13530

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO VIGESIMO SEGUNDO.

Es propiedad de los Editores.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes
y talentos, en órden alfabético.

REDACTADA

POR DISTINGUIDOS ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS

BAJO LA DIRECCION

DEL SR. D. BASILIO SEBASTIAN CASTELLANOS DE LOSADA,

Y REVISADA POR UNA COMISION

NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA.

TOMO XXII.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

MADRID: 1864.

IMPRENTA DE D. ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,
Colegiata, 6, bajo.

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C.....	D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L.....	D. Antonio Lopez.
C. de la V.....	Caño de la Vega (D. Juan).
C., B. C., B. S. C..	Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de F.....	Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N.....	Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
F. V.....	Fuentes Villaseñor (D. Primitivo).
G. de R.....	García Rodriguez (*Presbítero* D. Juan).
J. B. de R.....	D. Joaquin María Bover de Roselló.
M. B.....	D. Manuel Bejar.
R. y C.....	Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B.....	Sanchez Biedma (D. José).

SEÑORES REDACTORES

que han cooperado con sus artículos á la formacion del presente volúmen y explicacion de las iniciales con que los han firmado.

A. C.	D. Angel Castellanos y Lopez.
A. L.	D. Antonio Lopez.
C. de la V.	Caño de la Vega (D. Juan).
C., B. C., B. S. C.	Castellanos (Sr. Director D. Basilio Sebastian).
C. de F.	Excmo. Sr. Conde de Fabraquer.
F. de N.	Fernandez Navarrete (D. Eustaquio).
F. V.	Fuentes Villaseñor (D. Primitivo).
G. de R.	García Rodriguez (Presbítero D. Juan).
J. B. de R.	D. Joaquin María Rover de Rosello.
M. B.	D. Manuel Bejar.
R. y C.	Roca y Cornet (D. Joaquin).
S. B.	Sanchez Riedma (D. José).

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

RIE

RIEDOAL (Bto. Alsedo de). Criado desde su infancia con el príncipe Enrique, hijo de David, rey de Escocia, abandonó la corte para abrazar el estado monástico en la abadía de Riedoal, de la órden del Cister, en la diócesis de Yorck. Su edificante vida y ejemplos dió orígen á que se le encargára algunos años despues de su profesion el cuidado de los novicios; elegido luego abad de este monasterio, le gobernó hasta 1166, que fué el año de su muerte, acaecida á 12 de Enero. Su vida y sus milagros se leen en Bolando en este dia, quien le da el título de Beato. En la *Coleccion de los historiadores ingleses*, reunida por Rogerio Tivisden é impresa en Lóndres en 1651, en fólio, se encuentra de este autor la historia de la guerra de Standard en 1138, la genealogía de los reyes de Inglaterra, la vida y los milagros de S. Eduardo, rey y confesor; la de una religiosa de Watlum y la vida de Sta. Margarita, reina de Escocia. Tambien se encuentra un fragmento de su obra intitulada los *Asuntos de Inglaterra*, dirigida á Enrique II, duque de los Normandos y despues rey, que contiene el discurso que el rey Edgardo hizo á los obispos y á los superiores de los monasterios. Tambien se ha insertado en el capítulo III del siglo décimo de la *Historia de Inglaterra*, por

Nicolás Haerpsfield y en el tomo XXIII de la *Biblioteca de los Santos Padre de Lyon*, en 1677. Los bibliógrafos mencionan algunas obras históricas de Alsedo que no han visto aún la luz pública, á saber: un libro de los milagros de la iglesia de Hagustaldes; la vida de S. Niniano, obispo; la vida de S. Eduardo, en versos elegiacos, dedicada á Lorenzo, abad de Westminster; la de David, rey de Escocia, en dos libros dirigidos á Enrique II, rey de Inglaterra. El segundo de estos libros contiene un extracto de la vida de los reyes de Inglaterra desde Edelwulfo, padre de Alfredo *el Grande*, hasta Enrique II, y una crónica desde Adan hasta Enrique I. Se ha hecho una coleccion particular de los sermones y de las obras espirituales de Alsedo. El compilador de esta coleccion es el P. Ricardo Gibbon, jesuita, que la hizo imprimir en Douai en 1631; despues se ha insertado en el tomo V de la *Bibliotheca del Cister* y en la de *Santos Padres de Lyon* en 1677. Estos sermones, en número de treinta y uno, explican lo que se dice en los capítulos XIII, XIV, XV y XVI de Isaías sobre las desgracias de Babilonia, de los filisteos y de los moabitas. El primer discurso, intitulado del *Adviento ó advenimiento del Señor*, se encuentra en el tomo II de las obras de S. Bernardo, edicion de París en 1719. Alsedo habia comenzado en un principio á explicar en pocas palabras á sus hermanos la profecía de Isaías; viendo que le escuchaban con placer y no sin ventaja, continuó hasta la última de las desgracias de Moab. Poniendo entónces por escrito sus homilías, se las envió á Gilberto, obispo de Lóndres, para que las examinase y dijera su parecer. Dedícase ménos á desarrollar el sentido literal del profeta, que á sacar de él alegorías y moralidades para la instruccion de sus religiosos. No deja de hacer observar de tiempo en tiempo que lo que habia predicho Isaías de la Iglesia cristiana en términos misteriosos, se ha cumplido despues por completo. Dice en el décimo discurso que las dos grandes luces de que se habla en el Génesis, el sol y la luna, son la figura de los dos luminares que brillan en el firmamento de la Iglesia, el sacerdocio y la monarquía, el rey y el obispo, el príncipe y el clérigo, y que producen un efecto admirable cuando se hallan cada uno dentro de los límites de su poder, el uno presidiendo las cosas espirituales, el otro las temporales y seglares. Recuerda, pues, á los obispos el ejemplo de S. Agustin, de S. Gregorio, de S. Ambrosio y de S. Hilario; á los reyes y á los príncipes el de Constantino el Grande y de Teodorico I. Alsedo dejó tambien veinticinco sermones sobre los Evangelios y las principales fiestas del año, que se encuentran en la edicion de Douai en 1631 y en el tomo V de la *Biblioteca del Cister*, en Bonne Fontaine en 1662, Pero no se han insertado en la *Biblioteca de los Santos Padres de Lyon*. El editor ha publicado en esta coleccion la obra de Alsedo, que tiene por título: *Espejo de la Caridad*. Se halla dividida en tres

libros en que trata el autor detenidamente de la caridad y de otras virtudes cristianas. En un compendio que precede á la obra, manifiesta que no podemos dispensarnos de amar á Dios, porque amándole evitamos ser condenados por él, merecemos ser recompensados y le pagamos amor con amor, habiendo sido Dios quien nos ha amado el primero; que poseyendo esta virtud, todas las acciones son agradables á Dios; que como un cuchillo divino corta todas las pasiones viciosas del alma; que procura al hombre un reposo que no puede encontrar ni en la salud del cuerpo, ni en los placeres de los sentidos, ni en las riquezas; que por su medio adquiere la inocencia de costumbres, que consiste en el amor arreglado de sí mismo y del prójimo, que este doble amor es, por decirlo así, una parte del amor divino. En el libro primero, que se compone de treinta y cuatro capítulos, enseña Alsedo que el hombre hecho á imágen y semejanza de Dios es capaz de la bienaventuranza, y que por su libre albedrío, ayudado sin embargo de la gracia, podia amando á Dios sin cesar, encontrar siempre su dicha en el recuerdo y el conocimiento de Dios; pero que habiendo dejado de amar á Dios para amar á la criatura, ha caido en la miseria. Trata despues de la reparacion del hombre por medio de Jesucristo, de la gracia del Redentor, de su eficacia, que es tal que deja al libre albedrío su actividad, de manera que el hombre es quien hace el bien, prevenido y ayudado de la gracia que le ejecuta libremente. Hace esta distincion entre la gracia concedida al hombre inocente y la gracia concedida al hombre despues de su pecado; que esta es más fuerte que la primera á causa de sus debilidades, desconocidas al hombre en el estado de la inocencia, y que entónces la gracia del Criador daba al hombre el poder de perseverar en el bien si hubiera querido, miéntras que la gracia del Redentor nos da hasta la perseverancia. Dice despues que de todos los animales solo el hombre tiene la prerogativa de elevarse desde los placeres de los sentidos al deseo del sumo bien, cuya posesion es lo único que puede hacerle feliz. El libro segundo se halla dividido en veintiseis capítulos. Alsedo trata en ellos de los diferentes efectos que la caridad y la avaricia producen en el corazon del hombre; el uno calma sus pasiones, el otro las excita; pero advierte que no se debe tomar por caridad, por amor de Dios, ciertas afecciones momentáneas que se sienten por él: el verdadero amor de Dios consiste en una adhesion sincera y continua á su voluntad, que es el mismo Dios; este amor no es perfecto en un principio; tiene sus grados de perfeccion, por los que nos elevamos hácia el cielo, como la avaricia tiene los suyos para bajarnos á la tierra. En el libro tercero, dividido en cuarenta y un capítulos, da el autor la definicion del amor, de la caridad y de la avaricia, lo que no habia hecho aún. Bajo el nombre de amor dice que se puede entender, ó la facultad natural del

alma de amar ó no amar un objeto, ó el mismo acto de esta facultad, que se dirige hácia un objeto bueno ó malo: la bondad del objeto decide la bondad del amor, pero si el objeto es malo, el amor es malo. Segun Alsedo, la caridad y el amor son una misma cosa, con esta diferencia, de que la caridad tiene siempre un buen objeto, Dios ó el prójimo, y que el amor le puede tener malo; nosotros debemos elegir lo que debemos gozar, y despues de la eleccion fijar nuestro amor segun la razon nos lo dicte; mas ella nos enseña que debemos amar á Dios como el Ser Supremo, de quien debemos temerlo y esperarlo todo, y porque él nos ha amado primero, debemos tambien amarnos á nosotros mismos, y á nuestro prójimo como á nosotros mismos, porque Dios lo ordena así. Pero debe haber órden en estos amores: si aspiramos á la cumbre de la perfeccion, debemos unirnos á Dios por medio del amor, proponérnosle por fin de todas nuestras acciones, consagrarle nuestra abstinencia, nuestras vigilias, nuestras lecturas y nuestros trabajos. El órden del amor de nosotros mismos es procurar á nuestro cuerpo sus necesidades, y á nuestra alma todo lo que necesita para la salvacion. Como debemos amar tambien al prójimo, no más que á nosotros mismos, sino como á nosotros mismos, estamos por consecuencia obligados á contribuir, en tanto que está en nosotros, á la salvacion de su alma y á las necesidades de su cuerpo. Tambien debe guardarse cierto órden en las atenciones que debemos al prójimo, á saber: preferir á los que nos estan más cercanos, ó por la sangre ó por la amistad, ó por los beneficios que hemos recibido, y á los que estan en un grado superior, conservando la voluntad de ser útiles á todos. Alsedo cree que debemos gozar en esta vida, ó en el mismo órden, de aquellos de quienes somos parientes ó amigos, ó estan unidos á nosotros por algun motivo honroso, es decir, tratarles con alegría y utilizar sus servicios; pero siempre en el Señor, y no para satisfacer deseos ilícitos. El tratado de la amistad espiritual se halla dividido tambien en tres libros, se ha reimpreso, como el anterior, en la *Biblioteca de los Santos Padres de Lyon*. Está en forma de diálogo, cuyos interlocutores son Alsedo, Ibo, Graciano y Gauthier. Alsedo no encontraba nada más grato desde su infancia que amar y ser amado; esta pasion le siguió en sus estudios, pero no conociendo los peligros y hasta ignorando las leyes de la amistad, cambiaba con frecuencia de objeto. La lectura de los libros de Ciceron, intitulados *De la amistad*, formó sus opiniones y le hizo comprender en lo que consistia la amistad. Habiendo abandonado el mundo algun tiempo despues para consagrarse á Dios en un monasterio, se dedicó á la lectura de las Escrituras sagradas, las tomó aficion, y comparando lo que se dice de la amistad en los libros sagrados, con lo que habia leido en los escritos de Ciceron, se sorprendió de no sentir en estos últimos el mismo atractivo. No encontraba

otro que el que sentia de la dulzura del nombre de Jesus, sazonada con la sal de las Escrituras sagradas; lo que hizo nacer en él el designio de sacar de estos divinos libros y de los escritos de los Padres de la Iglesia materiales para formar un tratado que prescribiese las reglas de una amistad casta y santa. Distingue tres clases de amistad, la carnal, la mundana, la espiritual. La primera tiene su orígen de un consentimiento en los mismos vicios; la segunda, de la esperanza de la ganancia y del deseo de bienes temporales; la tercera, que es la única verdadera, no tiene por objeto ni las voluptuosidades ni las riquezas: es una union que se forma entre personas de probidad y de buenas costumbres. Esta amistad es un grado hácia el amor de Dios, así es que no se encuentra más que entre los buenos: no puede existir entre los malos, y se debe acriminar la opinion de los que creen que es permitido faltar á sus deberes para agradar á un amigo. En efecto, siendo el amor de Dios el fundamento de la religion cristiana, es necesario que Dios sea tambien su fin, y que le consagren los amigos todo lo que le sugiera el amor. El discurso sobre el segundo capítulo de S. Lucas, en que se dice que Jesus fué encontrado en el templo á la edad de doce años en medio de los doctores, se ha impreso en el tomo II de las obras de S. Bernardo de la edicion de París en 1609, despues en las colecciones de obras de Alsedo, y en la *Biblioteca de los Santos Padres en Lyon*, con las variantes sacadas de la edicion de S. Bernardo en 1609. Alsedo examina en este discurso porqué Jesucristo nació en Belen; porqué huyó á Egipto y permaneció allí oculto; porqué fué criado en Nazareth, y al salir de allí para ir á Jerusalen no fué solo, sino conducido por sus padres. Hace la observacion de que era costumbre entre los judíos cuando iban á Jerusalen en los dias de festividades, que los hombres fuesen separados de las mujeres por el camino, para que unos y otros llegasen más puros á la solemnidad. Toma ocasion de lo que pasó en el templo entre Jesus y los doctores, para establecer su divinidad, su consustanciabilidad con el Padre y el Espíritu Santo, y con respecto á lo que se lee en S. Lucas, que *sus padres no comprendieron lo que les decia*, cree Alsedo que esto no se referia á la Santísima Virgen, su madre, que despues que habia sido llena del Espíritu Santo, no podia ignorar nada de lo que se referia á su Hijo; y que por esto es por lo que dice que conservaba en su corazon todas sus palabras. No queda nada de la historia de Inglaterra, compuesta por Alsedo, más que el discurso del rey Edgardo, que habia insertado en ella. Este príncipe, llamado *el Pacífico*, reinó desde 959 hasta 975. Queriendo restablecer el buen órden en el clero regular y secular, reunió los obispos y los superiores de los monasterios, les hizo recordar los cuidados que él y sus antepasados habian tenido de proveerlos en las necesidades de la vida, la paz y el reposo; les manifestó el escándalo

que causaban con su mala conducta, ó no corrigiendo la de los clérigos y monjes que se separaban de las reglas de la disciplina, y les exhortó á tomar por su parte la espada de S. Pedro, miéntras que por la suya tomaba la de Constantino para cortar todos los desórdenes que deshonraban la Iglesia. La regla de las religiosas reclusas, falsamente atribuida á S. Agustin, se lee bajo el nombre de Alsedo en la tercera parte del código de las reglas por Holstenio, impreso en Roma en 1661, y en el apéndice del tomo I de las obras de S. Agustin, de la edicion de Holanda, bajo el título *De la vida eremítica á una hermana*, forma parte de las meditaciones 15, 16 y 17 de S. Anselmo. Los demás escritos atribuidos á Alsedo, que no han llegado á imprimirse, son: *la flecha de Jonatás; los tres hombres; las diferentes virtudes;* una *explicacion del Cántico de los Cánticos; el viento de la perfeccion;* un *diálogo de la naturaleza y de las cualidades del alma*, en dos libros; *los doce abusos de los claustros; de la lectura evangélica á Ibo;* un *diálogo entre el hombre y la razon; trescientas cartas;* una *coleccion de sentencias escogidas;* las *costumbres de los prelados;* los *oficios de los ministros; cien sermones sinodales;* un *tratado de la milicia cristiana;* otro *de la virginidad de María;* la *historia de la fundacion de los monasterios de Santa María de Loreto y des Fontaines.* Las obras de Alsedo son inequívocas pruebas de lo sólido de su piedad, no ménos que de su espíritu, con instrucciones saludables, máximas edificantes y reglas de conducta. Interesa á sus lectores por la claridad y precision de su estilo, por la uncion que vierte sobre las verdades prácticas de la religion y por la amena forma con que las propone.—S. B.

RIEGO (D. Diego del), natural de Nava de la Barca, en Asturias, diócesis de Oviedo. Aunque hijo de honestos y honrados padres, al mismo tiempo que ilustres, su posicion no era la más lisonjera; á pesar de eso el jóven Diego, llevado de sus buenas inclinaciones y deseos por adquirir estudios y conocimientos para llegar á ser un ejemplar sacerdote, venció con la mayor perseverancia y constancia todas las dificultades que se oponian al logro de aquellos deseos. Por fin tuvo la buena suerte en 19 de Marzo del año de 1531, de ser elegido por capellan interior del Manto, por el colegio viejo de S. Bartolomé de Salamanca. Entónces fué cuando dió á conocer sus buenas dotes, virtudes y morigeradas costumbres, al mismo tiempo que un gran celo por la religion católica. En el colegio se graduó de licenciado en cánones, y sus grandes merecimientos le hicieron salir de dicho colegio por provisor de Sigüenza, siendo entónces obispo el Sr. D. Fernando de Valdés, que prendado de su gran saber y virtudes, le dió una canongía en aquella santa iglesia, como premio merecido á sus relevantes cualidades y al grande aprecio y estimacion que le profesaba dicho prelado; y algun tiempo des-

pues, habiendo vacado la doctoral de aquella santa iglesia, se la llevó por oposicion. Debe consignarse como circunstancia notable, que *se graduó de doctor por la universidad de Sigüenza, en decretos, siendo el primero que allí se graduó en aquella facultad.* Despues, por Noviembre del año de 1554, le dió el mismo señor obispo D. Fernando de Valdes, siendo inquisidor general, plaza de inquisidor de Cuenca, de donde le mudaron á la de Valladolid en el año de 1558.—A. L.

RIEMUNDA (Sta.). Esta virtuosa vírgen fué beata bajo de la obediencia de los monjes Cistercienses. Floreció en el monte de Santa Walburga, habiendo observado constantemente una vida ejemplar y contemplativa, separada de todo trato con la sociedad, retirada y en el más completo aislamiento. Era sumamente espiritual y tan elevada en la oracion, que frecuentemente se le apareció en ella Cristo nuestro bien acompañado de los cortesanos del cielo, y otras muchas veces tuvo el contentamiento y placer celestial de ver salir de la hostia, á su elevacion en la Misa, unos resplandores tan vivos, que inundaban de refulgente y brillante luz todo el templo. Esta Santa fué muy favorecida de Dios, que sin duda quiso premiar sus relevantes y raras virtudes, pues se entregaba con la mayor frecuencia á ásperas y rudas penitencias, vigilias y ayunos sumamente rigurosos; y perseveró con esta vida en dicho monasterio del monte de Santa Walburga, hasta que Dios la llamó para sí para recompensar con la gloria sus muchas virtudes, abstinencias y austeridades.—A. L.

RIENDA (Baltasar de), canónigo de la iglesia colegial del Sacro Monte de Granada, publicó: *Tesoro espiritual y ejercicio muy meritorio del Rosario de la Vírgen María nuestra Señora á coros, en que se ejercita la oracion mental y vocal, con un ejercicio para la oracion mental, para tener dolor de los pecados, avisos para la comunion y actos muy meritorios para prevencion de bien morir;* Granada, por Baltasar de Bolivar, 1609, en 8.°— S. B.

RIENZI (Tomás María Gabrino). Nació en Roma el dia 15 de Octubre de 1720. Descendia en línea colateral del célebre tribuno Rienzo. Inclinado al claustro, entró á la edad de veintisiete años en un convento de Menores Regulares, en donde le encargaron sus superiores de enseñar la filosofía y la lengua griega. Se le mandó á Pésaro, y luego que estuvo allí se le encargó organizar el museo de esta ciudad. En sus ocios se habia dedicado el Padre Rienzi al estudio de la historia natural, y habia formado una coleccion de minerales, estalactitas y plantas marinas, que regaló á este Museo. Luego que volvió á Roma fué nombrado cura párroco de S. Anastasio de Trevi, parroquia que administró por espacio de veintisiete años. Despues de haber pasado por casi todas las dignidades de su Orden, fué nombrado el P. Rienzi general de ella, pero disfrutó poco de este honor, pues que murió en Roma

el dia 16 de Noviembre de 1808, á la edad de ochenta y dos años. En esta época habia publicado las siguientes obras en italiano : *Carta sobre la filosofía indiana;* 1753.—*Del orígen de las montañas;* 1755.—*Sobre las columnas de Hércules;* 1760.—*Explicacion de dos piedras antiguas.*—*Explicacion de una medalla de oro de Adriano VI y de una en plata de Brutus.* Esta fué traducida en francés en el *Diario de Bouillon* en 1760.—*Observaciones históricas y críticas sobre la historia romana de Dionisio de Halicarnaso contra la opinion de Beaufort;* 1797.—*Memorias sobre el tribunado de Nicolás de Bienzo;* Roma, 1806. Estos escritos se encuentran esparcidos en diversas colecciones, tales como las tituladas: *Novelle Fiorentine.*—*Novelle de la republica latteraria.*—*Le Diario di Roma*, etc.—C.

RIERA (Agustin), natural de Mallorca, religioso agustino, maestro en artes, doctor teólogo por la universidad de Barcelona. Tuvo muchos de los empleos de la Orden : fué prior de los conventos del Socorro de Palma y de S. Agustin de Barcelona, examinador sinodal de varios obispados, de la de Sta. Clara de Montefalco en las islas Canarias, académico residente de las de Buenas Letras de Barcelona, donde tenemos entendido que murió. Escribió las obras siguientes: 1.ª *Diálogo sacro de la santa Iglesia con Cristo crucificado;* Barcelona, 1767, un tomo en 8.°—2.ª *Sermon en las fiestas de la nueva iglesia y convento de S. Agustin de Barcelona.*—3.ª *Joel, de perfeccion.*—J. B. de R.

RIERA (Bartolomé), doctor teólogo, religioso menor de la regular observancia en el convento de esta ciudad. Fué maestro en artes y catedrático de filosofía y de moral en esta universidad. Escribió: *El místico Sol de la militante Iglesia, prodigioso en los tres estados de oriente, diaria carrera y ocaso*, etc.— *Oracion fúnebre predicada en las honras que el convento de Dominicos de Palma consagró al papa Benedicto XIII*, impresa en esta ciudad.—*Oracion fúnebre en las exequias que el convento de S. Francisco de Asís de esta ciudad consagró al Rmo. P. Antonio Perelló;* Palma, 1748.—J. B. de R.

RIERA (Bartolomé), nacido en Mallorca en 1538, entró muy jóven en la órden de Predicadores, siendo todo el tiempo de su vida un modelo de religiosos. Murió con opinion de santo el dia 24 de Abril de 1615. Los jurados del reino mandaron colocar su retrato en la sala consistorial entre los de nuestros ilustres paisanos. Fué sepultado su cadáver en la iglesia de Dominicos de dicha ciudad en sepulcro separado de los demás religiosos, y habiéndole encontrado incorrupto despues de muchos años, fué colocado dentro de un arca detrás de la capilla de Sta. Catalina de Sena, desde donde fué trasladado en 23 de Enero de 1837 á la de S. Pedro de la catedral, con motivo de la demolicion de aquel cenobio. Dejó un tomo en 4.° escrito de su mano con este título: *Conclusiones escolásticas teológicas morales.*—J. B. de R.

RIERA (Fr. Bernardo de), maestro mercenario aragonés. Varon religioso y erudito, fué quizá hermano ó deudo más cercano del magnífico Juan Riera, ciudadano y consejero que era de Zaragoza en el año 1467, como consta del *Sumario de privilegios y estatutos de los notarios del número de esta ciudad*, fól. X, pág. 2, que se publicó en la misma en 1548; y del mismo modo consta de su apellido en la mencionada ciudad, en el P. Fr. Simpliciano Riera, que en 1538 ejercia el cargo de prior de su convento de San Agustin de la Observancia, y habia sido de Biblia en él y grande escriturario, como refiere el cronista Jordan en su *Hist. de Agustin de la prov. de Arag.*, tomo III, lib. II, cap. II, fól. 92, columna 1.ª y 2.ª, núm. 28. Fray Bernardo pertenece á la *Bibliotheca Aragonesa*, por haber escrito en el tiempo que se ha notado una historia del cardenal D. Pedro Martinez de Luna, llamado Benedicto XIII, con este lema: *De Laudibus Benedicti XIII*, de que se valen los que han escrito de los sucesos y memorias del mismo Benedicto.—L. y O.

RIERA (Fr. Domingo), religioso español de la Orden de PP. Predicadores. Fué natural de la isla de Mallorca, donde tomó el hábito y profesó, distinguiéndose por su erudicion y piedad. Fué muy devoto del Rosario de la Santísima Vírgen María, cuyo culto favoreció y aumentó en cuanto estuvo en sus fuerzas. Floreció en el siglo XVIII, y parece vivia aún en 1717, habiendo publicado anteriormente estas dos obras: *Mare magnum exemplorum SS. Rosarii ex diversis auctoribus ac voluminibus congregatum, quibus præmittitur opus aureum B. Alani de Rupe, de psalterio Christi et B. Mariæ;* Mallorca, 1689, en fólio.—*Psalterium Marianum præfiguratum, in quo Beati Alani de Rupe opus aureum ad formam concionatoriam reducitur;* ibidem, 1700, en fólio.—S. B.

RIERA (Jaime). Es su patria la viña de Santañi, donde nació, en la aldea llamada Calonge, en el año de 1772. Concluidos los cursos de filosofía y teología, y doctorado en ambas facultades, se ordenó de sacerdote, habiéndose lucido en el púlpito ya en la corta edad de veintidos años, en que pronunció un panegírico de S. Antonio Abad, que le mereció el concepto de orador docto y elocuente con que generalmente era mirado. Salió muy airoso en la multitud de oposiciones á curatos; ganó el *accesit* en la que hizo á una canongía vacante, promovió y consiguió la ereccion de la iglesia sufragánea en el lugar de Calonge, logrando los habitantes de aquel pueblo tener la casa de Dios inmediata á sus hogares, gobernada seis años por el virtuoso eclesiástico á cuyo católico celo, laudables esfuerzos, ardiente caridad y generoso desprendimiento debian tan importante beneficio. Electo en 1816 vicario de la parroquia de Santañi, desempeñó este destino hasta el 19 de Diciembre de 1840, en que pagó el feudo á la mortalidad. Su carácter extremadamente

bondadoso, su constante afabilidad, y su irresistible inclinacion á hacer bien, unido á los sublimes rasgos de caridad evangélica, á su saber y mansedumbre, y á otras bellas cualidades que le ennoblecian, forman en un pequeño cuadro la más viva y expresiva apología del hombre virtuoso cuya pérdida lamentamos. Ninguno de sus escritos ha visto la luz pública. Todos ellos, particularmente una multitud de discursos morales que hemos leido, son de bastante mérito, y pueden calificarse por modelos de esta clase de composiciones. Tal es la elegancia de su estilo, la energía de su diccion y la sublimidad de sus pensamientos. — J. B. de R.

RIERA (Jaime). Nació en Ibiza en 6 de Junio de 1785. En su juventud abrazó el estado religioso en el Real convento de Sto. Domingo de la ciudad de Palma; pasó despues al convento de su patria, Ibiza. En el año de 1822 era catedrático interino de latinidad en el seminario conciliar de aquella capital, y dio al público: *Compendio elemental de Gramática latina, extensivo al arte mayor y menor*, impreso en Mallorca por Buenaventura Villalonga; un tomo en 8.°— A.

RIERA (Juan), religioso franciscano, natural de Mallorca, sugeto de quien habla Nicolás Antonio en su *Bibliotheca nova*, tomo I, pág. 588, en estos términos: *Vir doctus et pius, doctrinæ Raymundi Lullii, civis sui addictissimus, cujus causæ Romæ multis annis defendit, edito insuper docto tractatu, in quo respondet omnibus, quæ hucusque objecta sunt Raymundi doctrinæ. Palma Majoric., 1627, in folio, typis Gabrielis Guasp... decessit Hybernorum S. Isidori collegio romano, uti Lucas Waddingus refert.* El P. Custerer cita con elogio al P. Riera, y dice que en su *Transumptum memorialis in causa pii eremitæ et martyris Raymundi Lullii; quæ nunc Romæ vertit, coram sanctissimo per admodum reverendum Fr. Joannem Riera Seraphici Ordinis Franciscanis theologum et regni Balearium sindicum in romana curia hanc causam agentem:* hizo ostension de las cosas que falsamente imponen á nuestro esclarecido paisano Raimundo Lulio los famosos Eymeric, Brovia, Jasencio y otros. De esta obra de Riera hace un resúmen el P. Sebastian Salellas, de la Compañía de Jesus, en su tratado de materias tocantes al Santo Oficio, impreso en Roma en 1653; en ella cita á Raimundo de Sabande, Gerónimo Rosselló, Jaime y Miguel Oleza, Mateo Malferit, Juan Valerio, Rhanano, Juan Angelo, Juan Cabanilio y otros doctos escritores favorables á Lulio. El P. Custurer, ántes citado, impugna la opinion de los que creen prohibida la obra de Riera; el cronista de Menores de Palma asegura que se imprimió aquí en 1627 por Gabriel Guasp; que su autor fué nombrado postulador en la causa de Raimundo en 1616, con cuyo motivo pasó á Roma, donde le encontró la muerte en 1633. Citan tambien al P. Riera el cronista D. Vicente Mut en las páginas 556 y 523 de su *Historia*; el P. Pascual en su

Exámen de la crísis, tomo I, pág. 83; el obispo de Astorga en su *Biblioteca catalana*, pág. 540; y D. José Vargas Ponce, *Descripcion de las islas Pithiusas*, quien supone que el P. Riera fué uno de los primeros que enseñaron la latinidad en España. El autor de las defectuosas *Memorias eclesiásticas*, ó sea *Flos Sanctorum mallorquin*, hablando de este ilustre religioso, lo supone hijo de la villa de Suien, dice que vistió el hábito minorita en 26 de Abril de 1594, y fija equivocadamente el lugar de su muerte en el colegio de San Isidro de Madrid á 1.° de Julio de 1633. Por lo que toca á esto último, no podemos ménos de desmentir al parásito de nuestra literatura, por ser un hecho incuestionable el que Riera acabó sus dias en Roma y no en la corte de España. Lástima causa que las verdades históricas hayan de ser tratadas por una mano que muy á menudo las envuelve en fábulas.—J. B. de R.

RIERA (Juan), dominico mallorquin, floreció á últimos del siglo XVII. Escribió: 1.° *Psalterium Marianum;* un tomo en fólio. — 2.° *Mare magnum Mariæ;* un tomo en fólio, impreso en Palma en 1699.—J. B. de R.

RIERA (P. Narciso), de la Compañía de Jesus y rector del colegio de Tordellas en Barcelona, en cuya ciudad imprimió: *Nuevos elementos de Historia universal, sacada de la que escribió el P. Claudio Buffier;* comprende además elementos de geografía y cronología para educacion de la juventud; 1738.—A.

RIERA (P. Rafael), jesuita, natural de Barcelona. Escribió en lengua italiana un librito sobre el *Año del Jubileo*, que se imprimió en Macerata en 1580; y ántes en 1575, habia impreso otro de los *Milagros de la Vírgen de Loreto*. N. A., tomo II, pág. 208. Ribaden., pág. 167.—A.

RIERA (Sebastian), presbítero colegial de la Sapiencia, varon erudito, filósofo sabio y teólogo consumadísimo. Fué nombrado pavorde de la catedral de Menorca, donde murió lleno de años y de meritos. Dió al público unas conclusiones muy célebres, que habia de defender en 1.° de Junio de 1661 sobre la doctrina de Raimundo Lulio, las cuales fueron delatadas á la Inquisicion, y hubo de pasar á Madrid para defender su causa, en cuya corte el reino de Mallorca le suministró todo lo necesario para su subsistencia. El P. Marsal, en el prólogo que puso al libro del *Arte breve*, habla en elogio suyo, trae las censuras del Santo Oficio, y sostiene que nada arrojan las conclusiones para que puedan ser condenadas.—J. B. de R.

RIERA (Tomás). Nació en Felanitx, patria ilustre de muchos varones insignes en virtud, letras y armas, en el año 1625, siendo sus padres Antonio Riera y Margarita Huguet, ambos de familia antiquísima en aquel pueblo, y esta última hermana del Dr. Jorge Huguet, hombre ejemplar y virtuosísimo, que murió en 1622, siendo cura párroco de la villa de Sta. Margarita. El maestro Jordan se equivoca cuando en el tomo III, pág. 471, de

su *Historia de la provincia de Aragon*, afirma que Riera tomó el hábito agustino en el convento del Socorro de Palma, pues segun los *Apuntes históricos* del padre presentado Fr. Jaime Plomer, que tenemos á la vista cuando esto escribimos, lo recibió á 20 de Noviembre de 1638 en el de Ciudadela de Menorca, contando únicamente la edad de trece años. Trasladado al de Palma, permaneció novicio hasta 6 de Agosto de 1641, en que profesó la regla del grande obispo de Hipona. Aprovechado en los estudios, fué creado lector de filosofía y teología, y previos los actos y ejercicios literarios de estilo, le honró la religion con el magisterio de la última facultad. Siendo visitador de los conventos de las Baleares, la Inquisicion de Mallorca le nombró calificador del Santo Oficio. Fué prior del convento de Ciudadela, en el que dejó memorias que inmortalizan su nombre, y murió en el de Palma, colmado de virtudes y con opinion de santidad, el dia 9 de Febrero de 1681, á los cincuenta y cinco años de edad. Compuso un *Tratado del entredicho y cessatio à divinis;* impreso en Madrid en 1668, y reimpreso en Mallorca en 1689; y otra obra intitulada *Joel religioso*, que se imprimió en Palma el año 1680 en un tomo en 4.° — En ella expone la regla del grande Aurelio con tanta claridad y erudicion, que siendo un testimonio de que su autor poseia á fondo los puntos más importantes de la moral cristiana, y de que tenia hecha una séria y detenida meditacion en los autores más famosos é ilustrados que le habian precedido, presenta una prueba convincente de que su corazon, herido de un vehemente deseo de la gloria de Dios, estaba animado de un ardiente anhelo de ver en si y en sus hermanos la más austera observancia de su sagrado instituto. Fué el P. Riera uno de los testigos que en 1672 declararon en el proceso instruido por el ordinario de Mallorca para la beatificacion de la venerable sor Catalina Tomás, religiosa agustina del monasterio de Sta. Magdalena de Palma. — J. B. de R.

RIEROS (Fr. Alonso de), trinitario. Fué natural de la imperial ciudad de Toledo. Nada dicen los cronistas acerca de la fecha de su nacimiento, ni indican el nombre y calidad de sus padres. Supónese, sin embargo, que perteneceria á una honrada clase de la sociedad, y que serian tal cual acomodados por la educacion que más tarde demostró su hijo haber recibido; puesto que á su entrada en el convento, no solo estaba perfectamente instruido en la ciencia, que es el fundamento de todas las ciencias, esto es, en la religion, sino que además del conocimiento de sus dogmas, sus leyes y prescripciones, era excelente gramático y bastante buen retórico; lo cual da á entender que sus padres no pertenecerian á una clase ínfima, puesto que semejantes principios no era posible los adquiriesen sino los hijos de familias de regular posicion. Demostró el Señor cuánto apreciaba el alma de aquel que seria uno de sus siervos predilectos, pues ántes de que llegase á

conocer los tropiezos del mundo y enredarse en sus funestos lazos, le deparó el antídoto contra el mortal veneno, inspirándole deseos de consagrarse á la Divinidad, pudiendo decirse de él con toda certeza que fué á la vez llamado y escogido. Entró, pues, en el puerto de la salvacion ántes de haber conocido la tormenta, tomando el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de su patria, dirigido á la sazon por el Rdo. Padre y evangélico religioso Fr. Gonzalo de Pantoja, cuyo celo, piedad y observancia habian hecho de aquel Real monasterio el centro de todas las virtudes, y el compendio de toda la perfeccion religiosa. En efecto, la observancia estaba allí en su debido punto, la santa pobreza se mantenia inalterable como en los primeros tiempos; y la obediencia era tan extremada, que cualquier cosa, por muy árdua que pareciese, se ejecutaba con la mayor prontitud solo con que el superior la indicase. La penitencia tenia allí su asiento, y la asistencia al coro de noche y de dia era casi perpétua, rindiendo al Señor el debido culto sin la interrupcion más leve; la oracion casi nunca se interrumpia, y la caridad con los pobres, la compasion con los enfermos ejercíase allí con el mayor celo y ternura. La vista, pues, de tantos y tan heróicos sacrificios hechos en favor de la humanidad y en servicio de Dios, cautivaron de tal modo la piadosa atencion del jóven Alonso, que determinó elegir aquel santo templo para teatro de sus proezas espirituales. Presentóse, pues, al prior de la mencionada casa y le significó su piadoso intento. Escuchóle benigno Fray Gonzalo, y aunque le constaban los buenos antecedentes del mancebo y la religiosidad de sus costumbres, no le dijo terminantemente que quedaba admitido, porque deseaba ántes de concederle el santo hábito hacer un detenido exámen de todas sus circunstancias, obligándole á esta prudente reserva el conocimiento que del mundo tenia, y el temor de que algun sanguinario lobo, disfrazado con la piel de humilde cordero, se introdujese en el rebaño de las mansas ovejas para pervertirlas y perderlas. Recibióse, pues, á Alonso en clase de pretendiente, poniéndose á prueba su vocacion, ya sujetándole á la comun disciplina, ya prescribiéndole ayunos, mortificaciones y penitencias de todo género, ya en fin, ocupándole en trabajos duros y penosos. No habiendo desfallecido un punto, no viéndole faltar ni en un ápice á lo dispuesto, creyóse segura su vocacion y efectivo el llamamiento divino. Con esta seguridad fué propuesto para el noviciado, y con sumo gozo de su alma y general aceptacion de la comunidad recibió el hábito de la Orden el dia 6 de Mayo de 1551. Desde el momento que se halló colocado bajo la insignia de la Trinidad augustísima, comprendió con su buen juicio que el verdadero religioso debe aspirar á la perfeccion sobre todo, y sin esperar al año de la aprobacion, comenzó á marchar con veloces pasos por la senda que conduce á la cumbre de la dicha perfeccion, proponiéndose

desde luego poner todos los medios posibles para unirse con su Redentor. No satisfacian sus ánsias la observancia puntual de la santa regla, constituciones y demás estatutos saludables que componen al hombre espiritual y le guian á la vida eterna. Dulces y suaves le parecian las mayores asperezas, y aspirando á más grande perfeccion, pedia continuamente á Dios infundiera en su alma bastante fuerza para seguirle y amarle. Con esta resolucion, y con el favor que efectivamente recibiera del Altísimo, todo se le hacia fácil, todo llevadero, y caminaba de virtud en virtud, llevando ante sí, como norte y guia, el astro refulgente de la obediencia. Por tanto, pues, cuando llegó la hora de la profesion, nada halló que reprenderle ni advertirle su diligente maestro, ántes por el contrario tuvo muchas ocasiones de aplaudirle y de alabar al Señor, que tantas veces y con tanta claridad se digna manifestarse á sus siervos para comunicarles el tesoro de sus gracias. Dispúsose, pues, á consumar el grande acto de ofrecerse á la Divinidad con toda la pureza y uncion que el Señor pide en tan generoso sacrificio. No ofreció Alonso en holocausto sobre los altares las víctimas propiciatorias que al Señor eran gratas y aceptas en la antigua ley: no inmoló blancos corderos ni inocentes tortolillas, pero le hizo el sacrificio de sus sentidos y potencias, nobles cualidades que el Eterno concede al hombre, para que sin limitacion haga uso de ellas, y que bien empleadas enaltecen á la criatura y la colocan á nivel de los espíritus puros, hijos de la bienaventuranza. El dia 7 de Mayo de 1552 consagró al Señor su alma y su cuerpo, sacrificio que en nombre de su Divina Majestad aceptó con toda la efusion de su alma el venerable prior Pantoja. Hecho ya verdadero hijo y siervo de Dios por todos conceptos, puso toda su atencion y su conato en merecer tan hermoso título, y teniendo á suma honra que el Señor se hubiera dignado admitirle á su servicio, procuró adelantarse en el camino de la perfeccion, no haciendo ni diciendo cosa que pudiera ofender ni desagradar á su divino Maestro. Con tan felices auspicios comenzó á marchar el siervo de Dios hácia su fin y centro, sin reparar en las cosas de este mundo, ni en nada que pudiera distraerle del camino del cielo. Advirtiendo los superiores cuán grande era la virtud de su alma, y cuán justificado varon daba indicios de llegar á ser, decretaron con maduro acuerdo que se consagrára al estudio de las ciencias, á fin de que la religion y los fieles gozasen de su talento. Como Fr. Alonso no tenia voluntad propia, y su ley era el gusto de sus superiores, dispúsose á cursar las ciencias con tanto más placer, cuanto que comprendia que la sabiduría que iba á adornar su alma era emanacion sublime de aquel Señor á quien tanto amor y respeto profesaba. Unicamente experimentó un tanto de repugnancia, ó mejor dicho, de escrúpulo, cuando le mandaron estudiar artes, pues él, que anhelaba servir á Dios en el estado humilde, creia que la sublimidad

del sacerdocio era demasiado para su pequeñez. Mas como al fin la obediencia le guiaba, desapareció el escrúpulo, y pidiendo á Dios no permitiese que, como á otros muchos habia sucedido, el saber fuese causa y motivo para envanecerle, emprendió la científica carrera, resuelto con el favor divino á no discrepar ni un solo punto de la santísima voluntad en obsequio de la que emprendia una carrera en que nunca habia pensado, conociendo que el que obedece al superior obedece á Dios. Ingresó, pues, confiado en el favor divino, en las aulas, y no fué en verdad el estudio embarazo ni estorbo para que buscando la ciencia humana dejase de adquirir la divina. Antes al contrario, como ambas son hermanas gemelas cuando á un mismo fin van encaminadas, el conocimiento de la una sirvióle para conseguir fácilmente la perfeccion de la otra. Estas consideraciones le estimularon para estudiar la lógica, la física y metafísica, la generacion y ánima, ancho y deleitoso campo, que bien cultivado descubre muy pronto las raíces, que son la base y fundamento de la eterna ventura, y que sirven para abrir trillados caminos que guien sin riesgo al conocimiento del último fin y á la entera posesion de Dios. Fué ascendiendo grado á grado Fr. Alonso hasta la dignidad de teólogo perfecto, hallándose al terminar el curso de su científica carrera tan hábil y aprovechado, que se le juzgó digno de enseñar á los demás todo lo que él habia aprendido, siendo los primeros que dieron su parecer sobre este particular sus mismos maestros, en atencion á las muestras de singular acierto que habia dado ínterin fuera cursante, llenando de admiracion á sus prelados en los públicos certámenes en que, bien como arguyente, bien como sustentante, habia tomado parte muchas veces. Siendo ya perfecto teólogo, trató el siervo de Dios de recogerse más todavía, haciendo juicio que durante sus estudios habia perdido mucho tiempo, por no poderse dedicar al estudio de las sábias doctrinas y sublimes ciencias que cursáran los santos. Para el feliz logro de esta empresa, hizo casi total abstraccion de todas las criaturas, y fuera de la precisa asistencia al altar, al coro y á la práctica de las demás obligaciones monásticas, lo restante del tiempo lo pasaba en su celda, empleado en meditar sobre la ley de Dios, sin comunicarse con nadie. Oraba tambien muy de contínuo, mortificando su carne con ayunos, disciplinas, duros silicios y cuanto conceptuaba útil para enfrenar sus apetitos y conveniente para ceñirse á las leyes de lo justo, arte y arbitrio que el mismo Señor inspiró á sus criaturas, á fin de que desnudándose de los carnales afectos, tendieran el rápido vuelo de sus almas al centro comun de la eterna dicha. Trabajó en esto con tanto empeño y afanóse tanto para alcanzar el casto y envidiable amor de Jesucristo, que agradecido el tierno esposo de las almas justas, le recompensó largamente dándole las más señaladas pruebas de ello. Práctico el venerable

Padre en todos los grados de la virtud heróica, y hábil para regentar las primeras cátedras, dispuso la religion que pasase á desempeñar el alto y difícil cargo de gobernar y regir las almas. Conociendo los superiores los tesoros de ciencia, prudencia y virtud con que Dios se habia dignado adornarle, advirtieron al mismo tiempo que los talentos sepultados en el olvido y que no dan fruto alguno, se hallan expresamente censurados en el Evangelio, porque muy justo es que lo que Dios da redunde en beneficio de Dios. Trataron, pues, de ponerle en ocasion de esparcir luz á las almas, manifestando todo el valor que en la suya se encerraba. Parecióles el sitio más á propósito para tal objeto el convento de Madrid, que, como centro del reino, corte y asiento de la monarquía, era el lugar más á propósito para que luciesen las dotes que le adornaban y la gracia especial que tenia para el púlpito y el confesonario. Cándida oveja, esclavo de la obediencia y hombre sin voluntad propia, accedió á cuanto le proponian, admitiendo gustoso aquella carga y proponiéndose desempeñarla con su acostumbrada mansedumbre. Pero en su interior sentia notable repugnancia por haberse de colocar en posicion de ser celebrado y aplaudido; porque todo el cúmulo de sus santos goces residia en el silencioso retiro de su celda y en la total abstraccion del mundo. No manifestó, empero, su repugnancia ni con la señal más mínima. Habia ya de antemano, como hemos dicho, ofrecido al Señor el sacrificio de su voluntad, y así anhelando mostrar la finura de su amor, obrando beneficios en nombre del amado, beneficios que redundaron en mayor honra y gloria suya, tomó el camino de la corte en union y compañía de la santa pobreza, su inseparable compañera desde el dia que abrazó el estado religioso. Apénas entró el siervo de Dios en la corte, comprendió que era un proceloso mar de encrespadas olas, donde las más grandes y robustas naves suelen experimentar terribles y lamentables naufragios. Traspasado su amante corazon de pena cuando advirtió tanto vicio, tanto desórden como la corte encierra en su seno, y cuántas facilidades tiene el demonio para hacer seguras presas, trató de oponerse á aquellos peligros y de prevenir futuros riesgos, valiéndose del poderoso antídoto que poseia en su virtud y en su elocuencia. Comenzó, pues, á declarar cruda guerra al vicio desde el púlpito y á combatirle en el confesonario, y empezó al mismo tiempo á recoger un fruto tan abundante y sazonado de sus esfuerzos y evangélica doctrina, que enfurecido el demonio al ver cuánto se iba desmembrando su poder, y cuánto número de almas se le arrebataba diariamente, trató de luchar con el siervo de Dios, emprendiendo una guerra de poder á poder, como si el del infierno pudiera oponerse al de la suma Omnipotencia. Excusado es decir de qué parte se declaró la victoria: iluminados los mundanos pecadores por la refulgente luz de la gracia que

el Señor les administrára por conducto de aquel esclarecido defensor de la fe y propagador de su doctrina, rindiéronse al imperio de la verdad, declarando con sus arrepentidas lágrimas que eran muy débiles las fuerzas de la culpa para luchar con la de la gracia, y acudiendo presurosos al puerto de salvacion de la Iglesia, lograron escapar infinitos desgraciados del temeroso naufragio. El V. Rieros, diestro piloto, que con segura mano llevaba el timon de la nave salvadora, representó dignamente al amante Redentor del mundo, cuyos poderes habia recibido, admitiendo amoroso á todos cuantos se presentaban arrepentidos de sus culpas y deseosos de hallar al Señor, de quien con tanta ceguedad se habian apartado. Instruia tan sólidamente á todos en los fundamentos de la fe, dábales tan sanos consejos y tan acertadas reglas para que perseverasen en el buen camino, y supo en fin infundirles tanta y tan celestial gracia, que ninguno de los convertidos, á pesar de la cruenta rabia de la vencida serpiente, y á pesar de los lazos que con su astucia tendia para volver á cazar á los que de su dominio escapáran, ninguno tornó á caer en el error ni se apartó de la virtuosa senda en que el P. Rieros habia logrado introducirlos, demostrando así claramente que su nueva vida corria por cuenta de Dios, y que su triunfo era debido á los esfuerzos del Padre y á la influencia de la divina gracia. Efectos tan patentes, resultados tan maravillosos, sirvieron de estímulo para otros muchos que sin ser enteramente relajados andaban con descuidados y perezosos pasos en el camino de la perfeccion. Alentáronse con las persuasiones del Padre y la cosecha fué en aumento, y las trojes del Señor se llenaron de abundante mies. Entre los muchos cortesanos del mundo, apegados á sus pompas, gustos y vanidades, que renunciaron á ellas para seguir el camino que guia á la verdadera felicidad, debemos citar al marqués de Cortés, valeroso soldado, á quien los reyes católicos de España debian gloriosos triunfos y la consecucion de memorables hazañas. Este insigne capitan fué uno de los que, vencidos por las exhortaciones del evangélico Padre, sentó plaza en mejor milicia, acudiendo á Rieros y suplicándole le admitiera en el número de los soldados de Cristo. Recibióle con sumo gusto nuestro religioso, conociendo cuán verdaderamente arrepentido se hallaba de sus devaneos aquel que venia resuelto á pisar sus honras y dignidades, exaltado por la hermosura y el atractivo de la virtud, y deseoso de trocar sus honras por la ignominia y las penalidades de Cristo. Con el auxilio de tan hábil director mejoró notablemente el estado espiritual del marqués, que llorando con amargura el tiempo malgastado en seguir las vanidades del mundo, se propuso resarcir la pérdida con la austeridad y la penitencia. Cuando llegó la noticia de esta mudanza á oidos del prudentísimo rey Felipe II, aquel monarca, cuya gran figura política no se ha definido aún; pero

cuya talla religiosa no puede ménos de confesarse que fué gigantesca, deseó que la conversion redundára en beneficio y aprovechamiento temporal y espiritual de sus vasallos. Una de las principales atenciones de aquel religiosísimo monarca era encomendar el cuidado de sus vastos dominios á personas en quienes predominasen, además de la ciencia, los sentimientos religiosos, á fin de que los súbditos fueran regidos conforme sus buenas intenciones deseaban; y viendo al marqués tan adelantado en el camino de la razon, le nombró para desempeñar el vireinato de Navarra. Muy duro se le hizo al agraciado admitir tan honrosa distincion por temor al riesgo de volver á enredarse en los infinitos lazos que los gobiernos traen consigo, y así excusóse con reverencia de admitirlo, proponiendo á la consideracion de S. M. que no se hallaba con fuerzas para sobrellevar tan penoso cargo. Pero el sábio Rey, conociendo que la repulsa era modestia, insistió en que admitiese aquella prueba de su real confianza, negándose con el mayor teson á recibir las excusas. Batallaron por mucho tiempo en el alma del marqués las consideraciones del respeto debido á tan alta majestad, y el deseo de permanecer en posesion de la tranquilidad de su conciencia; pero cada vez más instado, y reconociendo que aquella insistencia del Rey procedia acaso de superior impulso, puesto que tan inescrutables son los juicios de la eterna Sabiduría, mostrando su respeto al Rey, que á más de favorecerle tanto era imágen y representacion de Dios sobre el mundo, no repugnó más el acceder á lo que el monarca le mandaba. Dijo, pues, á la católica majestad que estaba pronto á obedecer, pero con la precisa condicion de que llevaría consigo al P. Rieros, su confesor, su guia y la luz de su alma. El Rey, haciéndose cargo de tan justo como piadoso deseo, accedió á la propuesta y ofreció poner por su parte cuanto fuese necesario para remover los obstáculos que pudieran oponerse al logro de tan buen fin. El prudentísimo monarca hizo llamar al P. Rieros y dióle noticia del empeño en que se habia puesto, y que conociendo ser tan justa la peticion, no habia tenido ánimo para negarla. «Es preciso, le dijo, que asistais continuamente al marqués de Cortés, mi muy amado vasallo y vuestro hijo espiritual: conozco muy bien los copiosos frutos y abundantes cosechas que habeis recogido en la corte, acercando muchas almas al Señor y ganando otras que andaban perdidas por haberse apartado de la Suprema Majestad; pero siendo cierto que todo el mundo es país y que en todas partes hay sobrada mies, allí podreis muy bien ejecutar lo que el Señor os tiene encomendado. Esto que os digo, y juzgo que es de superior agrado, es tambien muy justo, útil y conveniente á mis miras y al buen servicio de mi corona. Suplícoos, pues, que aceptéis y que me encomendeis á Dios para que acierte en todo y por todo en lo que de su divino agrado fuese; pues me consta sois tan predilecto suyo, que

nada os niega de cuanto le pedís para bien de la humanidad necesitada.» Confuso y admirado quedó el humilde religioso al verse tratado con tal ternura y reverencia por el que era entónces el monarca más poderoso de la cristiandad; pero procuró excusarse poniendo por delante su insuficiencia y su deseo de vivir apartado de los negocios del mundo, pero hallando inmutable al Rey, contestóle con la mayor mansedumbre: «Yo señor, nada puedo resolver por mí. Prelados tengo que decidirán acerca de la órden que V. M. se sirve darme, los cuales hablarán por mí, y resolverán lo que fuese más del agrado de Dios y lo que mejor redunde en el buen servicio del estado, y así ruego á V. M. se sirva darme su permiso para volver á mi convento y al retiro de mi celda; retiro destinado por Dios para morada de un indigno y pobre religioso, y en comparacion del cual nada son ni nada valen las cosas de este engañoso mundo, todo pompa y todo vanidad.» Pasmó al prudente y religioso monarca aquella sábia contestacion, aquel evangélico desengaño, producido por tan humilde criatura, y alabó como era justo las altas misericordias de Dios, que con sábia providencia no deja de gobernar muchas almas, para que sirvan de glorioso ejemplar á las otras. Edificóle ántes la santa libertad con que aquel pobre y sencillo religioso se oponia á su voluntad y su deseo en aquel mismo palacio donde sus insinuaciones eran leyes, y donde multitud de cortesanos estaban de contínuo espiando sus menores movimientos para satisfacer y cumplir lo que juzgaban era de su superior agrado. Entónces comprendió que la verdad desgraciadamente no habita en los palacios, ni se cubre con la régia púrpura de los Césares. Despidió con mucho amor al bendito religioso, y á pesar de la natural gravedad de su carácter, no pudieron ménos de enternecerle los altos desengaños que de aquel evangélico varon acababa de recibir. Rogóle que no le apartára de su memoria para suplicar á Dios le tuviese de su mano, y le evitase tropezar en la multitud de peligros de que por su excelsa dignidad se hallaba continuamente circuido, viéndose en la precisa obligacion de atender á tantos árduos negocios, y de cuidar de tan inmenso número de vasallos. Ofrecióselo así Fr. Alonso, y como paloma que huye del voraz gabilan, entrando gozosa en su amado nido, así huyó velozmente de palacio al retiro de su celda, juzgando que en la régia mansion se hallaba amenazado de un gravísimo peligro. Acto contínuo, mandó llamar el Rey al provincial de la Orden, y le dijo tenia por cierto y seguro que era del servicio de Dios, así como de su real agrado, que el P. Fr. Alonso de Rieros acompañase y asistiese al marqués de Cortés en todo lo perteneciente á sus negocios espirituales y tranquilidad de su conciencia, puesto que el marqués no aceptaba el vireinato en que deseaba le sirviese, si no llevaba consigo tan segura y eficaz guia. Viendo lo justificado de la causa, y lleno de santo go-

zo el provincial al advertir el buen concepto que de sus súbditos se tenia, accedió á la voluntad del Rey, y ordenó al religioso que se dispusiese para la partida. Marchó el siervo de Dios con el gusto que experimenta todo aquel que está persuadido que obedece á la voluntad divina, y portóse en el camino como pobre religioso que era. Aunque el marqués, en atencion á su alto y distinguido empleo así como á su elevada clase, llevaba una numerosa y lucida comitiva, aunque todos iban provistos de objetos de comodidad y de regalos, y aunque todos desde el señor hasta el último sirviente, aficionados á sus buenas prendas y amándole de veras, procuraban servirle y regalarle; él jamás admitió la más insignificante muestra de alivio, y quiso hacer el viaje á pie, arreglado á la mortificacion, que siempre fué su norte y su guia. Con gran fatiga, cansado del cuerpo, pero fortalecido en el espíritu por el aliento de la gracia, llegó el venerable Padre á Pamplona, y sin procurarse el más leve descanso, empezó á ejercitarse en el desempeño de las funciones de su elevado ministerio, comunicando á todos y difundiendo por do quiera el fruto de los grandes talentos de que Dios le habia dotado para la conversion de las almas. Imponderable es el celo y espíritu fervoroso que el Padre de la luz comunicó á su siervo predilecto; rara ó ninguna era la alma extraviada que se escapaba á la solícita vigilancia de este recolector de espíritus para el cielo; y por grandes, feos y abominables que fueran los pecados de las criaturas que llegaban á oirle, el consuelo, la paz y la esperanza de futuras dichas eran el fruto de las palabras de aquel ser privilegiado, cuyas razones, cayendo ya como fecundante rocío, ya como copiosa lluvia, sobre el terreno del pecado, borraban antiguas manchas, y hacian brotar hermosas y abundantes flores. En sus pláticas familiares, en sus públicos sermones y en su conversacion privada, tenia una idea dominante, y excitaba á todos á que la pusiesen en práctica. Esta era la conmiseracion, el empleo de la caridad con los pobres necesitados, y principalmente con los que yacian en los hospitales en el lecho del dolor, ó sumidos en los horrores de los calabozos de la cárcel, donde además de que muchas veces puede confundirse la inocencia con el crímen por la malicia ó la imprevision humana, se hallan multitud de séres, que aunque corrompidos y criminales, deben ser atendidos por los que en el pleno uso de los goces, de los derechos y de la amada libertad, no somos ménos culpables que ellos á los ojos de la Divinidad. Hacíase Fr. Alfonso vivo ejemplo de lo que decia, y práctico ejecutor de lo que predicaba. Veíasele recorrer á todas las horas que le era posible, esos centros de miseria, esos asilos del dolor donde yacen los enfermos del alma y los dolientes del cuerpo, y á todos atendia, á todos consolaba, ejercitaba esas sublimes obras de misericordia, que son el patrimonio exclusivo, la propiedad absoluta de

la religion católica, y que en vano se buscarán en esos dogmas y creencias, que teniendo por base el frio egoismo y la glacial indiferencia, destruyan aquel principio, desvirtúen aquella sublime frase del Salvador: *Amaos los unos á los otros*, frase sublime sobre la que estriba el hermoso edificio de la humana fraternidad. Asistia, pues, como hemos dicho Fray Alonso á los enfermos y cautivos, limpiaba sus cuerpos y sus almas de la escoria que los ennegrecia, y á fin de alentarlos para que lleváran con resignacion su mala suerte, procuraba endulzar sus privaciones, y socorrer su necesidad con algunos regalos, para lo cual siempre estaba buscando entre sus devotos amigos ropas para los desnudos, alimentos para los que tenian hambre, y dinero con que poder satisfacer la exigencia de los deudores, el pago de los derechos judiciales y la composicion de las partes ofendidas, pues desgraciadamente hay almas que por amor de Dios no perdonarán una injuria, y se dan por satisfechos y contentos si con un pedazo de vil metal les pagan sus ofensas, áun cuando estas sean de aquellas, que los necios respetos humanos conceptuan como las más irreparables. Conociendo el siervo de Dios que la inteligencia humana es la cualidad más sujeta á error, y que rara vez el juicio del hombre camina por su recta via, los encarcelados eran objeto preferente de su cariño y de su solícito cuidado. Valiéndose de la influencia que con el Rey gozaba, cuando la justicia daba lugar á la clemencia, interesábase para que les concediesen absolucion, ó al ménos para que se les atenuase la pena que la ley y la vindicta pública reclamaban. Para mayor honra de nuestro venerable, y mayor gloria de nuestra patria, haremos mencion de un proyecto que concibió el P. Rieros, y que desgraciadamente no pudo tener efecto. Conociendo que las cárceles eran un foco de corrupcion por la reunion de séres criminales con otros menos culpables, y que la ociosidad en que todos vivian era una poderosa causa del desarrollo de los vicios, propuso al virey que los presos estuviesen separados en pequeñas habitaciones, sin más comunicacion entre sí ni más visitas que las de los jueces y religiosos encargados de dirigir sus almas hácia la senda de la virtud, de la que por su desgracia se habian separado, ocupándose en trabajos de manos segun los conocimientos de cada uno, consiguiéndose de este modo que no contrajeran nuevos vicios con el mal ejemplo, y que pensando continuamente en sus crímenes, fuese más fácil concebir el arrepentimiento. Hé aquí una idea que los modernos filántropos han proclamado como un descubrimiento importante, como un eficaz remedio para curar ciertos males sociales, y cuya idea tal vez haya sido sugerida por la lectura de algun documento sacado de nuestros conventos, desconocido como otros muchos para nosotros, y hábilmente explotado por los extranjeros, que siempre nos han vendido como grandes producciones lo que España tenia

desgraciadamente en el abandono y en el olvido. Nuestro país, que hace dos siglos puede decirse marchaba á la cabeza de la civilizacion, tenia idea de todo lo bueno, de todo lo útil, gracias á las instituciones monásticas, y nada, absolutamente nada teniamos que aprender ni importar respecto á beneficencia de los pueblos más adelantados de Europa. Todo cuanto ella ha inventado, todo lo poseiamos nosotros en los siglos XVI y XVII. Dejemos aparte las ciencias y la industria, fijémonos únicamente en las instituciones de piedad, las casas de expósitos, la enseñanza de los sordo-mudos, las asociaciones para socorro de necesitados y enfermos, la redencion de cautivos, gran fundacion en su tiempo, si bien hoy innecesaria por la destruccion de las poblaciones piratas, y otras mil instituciones beneficiosas; todo lo conociamos ántes que nadie, y de todo se sacaban abundantes y sazonados frutos. La idea del P. Rieros, hoy tan extendida en los pueblos que fastuosamente se llaman á sí mismos grandes é ilustrados, era más grande y más sublime de la que hoy se halla en practica, tan grande como todo lo que tiene por base la caridad cristiana y el amor al prójimo. Los pueblos modernos que han adoptado el sistema de la prision celular, no conseguirán nunca el feliz resultado que se han propuesto, no en verdad. El criminal aislado completamente, ya sea por tiempo determinado, ya para siempre, ó se hace más suspicaz y disimulado si ha de salir de la prision cumplida su condena, ó se desespera si de la celda ha de pasar á la tumba, porque lo que sufre es una apariencia de los eternos tormentos de la otra vida. El arrepentimiento, objeto principal que con el antedicho sistema se quiere obtener, no tiene lugar nunca; el hombre, que por muy criminal que sea, siempre se cree juzgado con demasiada dureza, siempre halla que su pena es excesiva, al sufrir el castigo más penoso mil veces que la muerte, maldice á la sociedad que se le impone, reniega de ella, concibe y madura proyectos de venganza para el dia en que pueda ejecutarlos, y los forja con diabólica exactitud, porque tiene sobrado tiempo para ello. Pero cuando el individuo, como proponia el P. Rieros, no está solo con su conciencia que le acusa, y su aislamiento que le espanta; cuando oye diariamente la voz amiga y tierna del sacerdote cristiano, que abre ante sus cegados ojos espacios de luz é inmensidades de consuelos; cuando le explica, porque la mayor parte de los criminales lo ignoran, la existencia de un Dios misericordioso que perdona y recompensa, entónces el hombre medita y compara. Sabe que puede rehabilitarse á los ojos de Dios y acaso á los de la sociedad; y entónces el arrepentimiento se hace verdaderamente un lugar en su corazon, y aleccionado en el trabajo, alentado por la esperanza, solo anhela llegue el dia en que extinguida su condena, pueda volver entre los hombres para ser útil á sí mismo y á sus prójimos. El aislamiento del delin-

cuente con tales condiciones es una pena útil y conveniente, necesaria mejor dicho, como lo demuestra la experiencia. En nuestros dias no faltan asociaciones caritativas ni virtuosos sacerdotes que hacen oir su autorizada voz á los desgraciados que gimen entre los hierros de una cárcel; pero sus exhortaciones suelen dar poco fruto, el resultado es insignificante ó nulo mejor dicho. El criminal, hombre por lo comun de escasos alcances, de inteligencia poco desarrollada y dominado por brutales afectos, apénas deja de hablar el sacerdote se reune con sus compañeros de infortunio y disolucion, y se burla procazmente de lo que ha oido ó lo olvida por completo, cosa que no olvidaria en verdad si su imaginacion, libre de otras ideas, se ocupára de todo lo que ha oido y meditára hasta convencerse de que aún puede esperar alguna cosa en el mundo abrigando la casi segura conviccion de que el arrepentimiento le abrirá el camino de la felicidad. Mucho pudiéramos extendernos sobre esta materia, pero nos lo impiden los estrechos límites de que disponemos. Perdónennos nuestros lectores esta pequeña digresion, que nos hemos permitido hacer en obsequio á la memoria de un varon esclarecido, y pasaremos adelante. En medio de tantas ocupaciones, desvelos y trabajos como se tomaba el P. Rieros para conseguir la salvacion de las almas, no abandonaba tampoco el cuidado de la del virey ni el del gobierno de su palacio, lo cual ejecutaba tan acertada y cumplidamente, que desde el señor hasta el último doméstico vivian arreglados y puros, ejercitándose no solo en la virtud y mortificacion, sino tambien en otros actos que los hacian hijos de Dios, permitiéndoles acercarse á la sagrada mesa á recibir frecuentemente el pan de la salud, como el Señor quiere que se acerquen con más apariencia de ángeles que de hombres. Amábale tanto el virey y depositaba en él de tal modo su entera confianza, que contra lo que generalmente sucede entre los grandes, en los palacios donde los afectos cambian con suma facilidad y el cariño se altera, poniendo en objetos nuevos el que ántes disfrutáran antiguos amigos, el del marqués no se alteró en nada, y así como era el P. Rieros su confesor y guia en lo espiritual, tambien lo fué en lo político, no haciendo ni determinando cosa alguna en que no le aconsejára. Muchas veces se presentaban negocios tan árduos que era preciso comunicarlos con el Rey, y en este caso el P. Rieros era nombrado embajador, y con mucho gusto tomaba aquella penosa obligacion y hacia tan largo camino á trueque de que por sus informes y buenos oficios se obtuvieran los mejores resultados. El prudentisimo Rey, cuya penetracion en el arte de gobierno es tan reconocida áun hoy dia por los mismos adversarios de su memoria, no solamente recibia con sumo placer al enviado, sino que con sutileza le hacia hablar para que emitiese su parecer acerca del asunto de que se trataba, y como la intencion del monarca era justa

y buena, y el P. Rieros se hallaba siempre inspirado y alumbrado por la suprema luz, sus pareceres y sus juicios eran tan conformes con los del soberano, que este tenia una gran satisfaccion en comunicárselo así y las consultas terminaban felizmente, quedando tranquilo el ánimo del Rey, y libre del temor de haber errado, puesto que guiándose por el parecer del sabio religioso, se persuadia de que habia recibido la inspiracion de la misma Divinidad. En esta confianza los negocios no sufrian la detencion más leve, pues confiando el Rey en el acierto del P. Rieros despachábalos con la mayor brevedad sin tener que remitirlos al informe de sus ministros ni de letrados, que comunmente detienen el despacho de los negocios por las vanas formalidades de consultas, revision de antecedentes y demás trámites que comunmente redundan en perjuicio de los interesados y menoscabo de la tranquilidad del ánimo de los reyes, responsables ante Dios de las faltas de sus ministros y de los males de sus vasallos. Del íntimo trato del religioso con el monarca, se originó que este le nombrára individuo del real y supremo Consejo de Navarra, cargo que desempeñó con notable acierto á impulsos de su obediencia, hasta tanto que, habiendo cumplido el marqués con su gobierno, pidió permiso al Rey para abandonar su empleo, y obtenida que fué la licencia, volvió á Madrid en compañia de su amado hijo espiritual. Por este tiempo se empezó á tratar entre el venerable P. Guzman y el católico soberano, de destinar algunos conventos de las provincias de España pertenecientes á la religion Trinitaria, para que se recogiesen en ellos los religiosos que quisieran vivir en mayor austeridad guardando las leyes de la estrechísima observancia. Interin se arreglaba tal negocio, quedó vacante el cargo de ministro en la Bienparada, y por acuerdo general fué nombrado para desempañarle el V. P. Rieros. No era esta la vez primera que el siervo de Dios habia desempeñado igual cargo en los conventos de la provincia mencionada, y no se ignoraban por lo tanto sus aciertos, su disposicion y su eficacia para el buen régimen y gobierno de los mismos, habiendo dejado en todas las cosas que gobernára notables aumentos, seguridad en la observancia y conveniencias temporales en todas las comunidades. Por tanto, pues, fué extremado el gozo que se apoderó de todos al saber que venia á gobernarlos, pero tan grande como la alegría de los súbditos fué la pena que al superior le causó su nombramiento por verse obligado á aceptar cargos y distinciones que siempre le habian repugnado. Sin embargo, Dios, que tanto se paga de la humildad del corazon de sus siervos, y que tanto auxilio les presta con sus luces soberanas, le ayudó de tal modo, que principiando á gobernar, todo le fué dulce, todo fácil y llevadero. Creia hallar muchos obstáculos para establecer la casa de Recoletos, pero con notable gozo de su alma advirtió que eran muchas las licencias solicitadas por los religiosos

de otras casas para entrar en la estrecha observancia, deseosos de vivir bajo la direccion de aquel varon apostólico. No prosperó, sin embargo, la idea, pues nunca faltan tropiezos en las grandes corporaciones, ni deja de haber encontrados pareceres entre los que gobiernan, divergencias que ocasionan el que se malogren altísimos pensamientos. Pasado algun tiempo, varios superiores, desvirtuando el proyecto del V. P. Guzman, quisieron seguir marcha opuesta á la que él habia trazado, estableciendo nuevas bases y constituciones para los conventos de la recoleccion, y tan adelante marchó el abuso tolerado ya por los ministros de varias provincias, que el P. Rieros se negó á asentir á que en la suya se introdujese la más mínima reforma contra el espíritu y letra de lo ya establecido y aprobado para la fundacion. Demostró con sobrada claridad y energía que la recoleccion, tal como se iba poniendo, no era más que un simple medio de eludir el rigor de la observancia, porque de ningun modo era necesaria para adquirir la verdadera perfeccion religiosa, y útil cuando más para aquilatar la virtud, pues el que deseaba adquirir la perfeccion del alma y ser humilde y pobre religioso, lo mismo le daba vivir en poblado que en desierto, y andar vestido de hábito más ó ménos tosco y sujetarse á tales ó cuales actos exteriores, con tal que en el fondo de su alma lleve grabada la humildad y el santo deseo de pobreza. Heríale mucho que la novedad de la recoleccion causase tanto ruido en España y diera tanto que hablar en un tiempo en que la herejía se hallaba tan extendida por toda Europa, no perdonando medio alguno de zaherir á las comunidades religiosas; y dolíale más porque ya se motejaba á los recoletos de vanidad y de querer hacer alarde de más austeridad que los otros. Pero sobre todo, lo que más sentia en el fondo de su alma era que algunos se aprovechasen de tan santa medida para eludir verdaderamente las prescripciones de la autoridad de la regla primitiva, con objeto de vivir más desahogados con apariencias de más sujecion. Otros muchos justificados religiosos comprendieron tambien el abuso, y no queriendo contribuir á que continuára, volviéronse á sus antiguas celdas, de las que segun su dicho no debieran haber salido nunca. Continuó clamando el P. Rieros, segun hemos dicho contra las novedades que se introducian, y demostró hasta la evidencia lo ineficaz y áun perjudicial que era la reforma; pero sus esfuerzos fueron vanos, no adelantó cosa alguna, pues habiendo tenido los innovadores suficiente proteccion en Roma, las constituciones fueron á su placer despachadas, y quedó sin efecto el sabio y cristiano intento del católico Rey y del prudentísimo Guzman. Cediendo Rieros á la fuerza, resignado con la voluntad de Dios, aunque pesaroso de las accionés de los hombres, dimitió el cargo de provincial y volvió á su convento de Madrid, donde acabó los felices dias de su vida utilizando sus conocimientos en bien de las almas y

adquiriendo ricos tesoros de mérito con la continuacion de las rigorosas penitencias que entabló al principio de su carrera monástica, y de las cuales no se apartó ni un ápice ínterin le duró la existencia. Envióle Dios una aguda enfermedad que él recibió con la mayor resignacion y gozo, conociendo era el medio que le aproximaba á su Criador y respondiendo como siervo fiel al llamamiento que se le hacia, dispúsose fortificando su alma con el auxilio de los santos sacramentos. Pobre fué toda su vida, y pobre salió de este mundo para ir á tomar posesion de los eternos é incalculables bienes que en el cielo tiene el Señor preparados para los que poseyeron el suficiente ánimo y firmeza para seguirle por los senderos del mundo. —M. B.

RIETI (Moisés), israelita de Lugo, de edad de cuarenta y siete años, y sus dos hijos Angel é Isaac se convirtieron al catolicismo y recibieron el bautismo en la catedral de Rávena el 26 de Noviembre de 1827, de manos del arzobispo M. Falconieri, que los habia mandado instruir en el seminario de la diócesis, y los dió la confirmacion dirigiéndoles una piadosa homilia. El prelado celebró despues la misa, en la que comulgó Moisés. La ceremonia, á que asistieron el cabildo, el seminario y un gran número de fieles, terminó con la procesion del Santísimo Sacramento, á que seguia el arzobispo con los neófitos, llevando cada uno una hacha en la mano. El prelado quiso que comiesen á su mesa, y los padrinos de los dos niños se encargaron de su educacion. —S. B.

RIETI (Rafael), judío, natural de Sinigaglia, se convirtió y fué bautizado en Fossombrona en los estados de la Iglesia, el 14 de Julio de 1839. Hacia siete años que no podia apartar un instante de su memoria el deseo de hacerse cristiano. Habiendo oido los sermones de un predicador distinguido, el abate Pellegrini, le siguió á Fossombrona, donde fué instruido por el preboste de Bo y por otros eclesiásticos. Su bautizo se verificó en la catedral. Ofició el obispo Ugolini rodeado de su cabildo. Dirigió al neófito una tierna alocucion. Despues del bautismo le administró la confirmacion y le admitió á la santa mesa. La ceremonia fué notable por una grande concurrencia, y en particular por la piedad y el recogimiento del neófito. —S. B.

RIETRUDA (Sta.), religiosa benedictina. En el dia 9 de Abril se celebra en Cantuaria las santas vírgenes Rietruda y Gisla, y no solamente son alabadas por santas estas dignas y escogidas esposas de Jesucristo, sino tambien por su inteligencia, sabiduría y erudicion, de que era susceptible el saber humano en su época; así lo dicen y concuerdan muchos autores; tuvieron por maestro en virtudes é instruccion al gran Alcuino, monje benedictino, honor y lumbrera de la religion. Doctrinó y enseñó á ambas santas vírgenes en un monasterio de Cantuaria, habiendo salido de sus manos tan perfectas y tan entendidas, que merecieron las bendiciones y aplausos de

todas las religiosas que las trataron y tuvieron en su compañía. Su amistad era tan fraternal, que se confundian tanto en su presencia como en su modo de pensar. Una y otra eran modelo de modestia, de obediencia y humildad, ejemplares en la oracion, ayunos y mortificaciones, y siempre entraban y salian juntas del coro, y se servian mútuamente con el afecto más cariñoso. Existen cartas del gran Alcuino dirigidas á estas preciosas vírgenes del Señor, como tambien las contestaciones de las Santas al mismo, llenas de afecto religioso y de reconocimiento, y entre otras hay una escrita por ambas, que se encuentra en las obras de Alcuino al principio de sus *Comentarios* sobre el Evangelio de S. Juan.—A. L.

RIETRUDA (Sta.), abadesa. Nació Sta. Rietruda en Francia, en la Gascuña, siendo sus padres gentiles; pero por la fervorosa y ardiente predicacion del P. S. Amando, monje benedictino, alcanzó el verdadero conocimiento de Dios. Sus padres fueron Hernoldo y Liquia. Casó Rietruda, siendo aún muy jóven, con un caballero flamenco que se llamaba Aldelbaldo en aquella provincia; se enamoró y prendó extraordinariamente de la santa doncella por ser en todas las cosas humanas tan acabada y tan perfecta, que no tenia copia; accediendo á la pretension por no desmerecerla, por ser caballero muy virtuoso y muy acomodado y de lo mejor de la Galia Bélgica. Los parientes de Santa Rietruda llevaron á mal este casamiento, porque llevados de una innoble ambicion, deseaban que la hacienda no saliera de sus manos. Verificado por fin el enlace, se partieron para Flandes, dejando en sus posesiones un administrador. Este casamiento fué tan á gusto del cielo, que les dió el premio de su conformidad y santo temor de Dios, que siempre tuvieron, concediéndoles cuatro hijos, que todos fueron santos, como se refiere en la vida de S. Mauronto. Algunos años estuvieron con el amor casto y honesto del matrimonio, pasando una vida santísima, y despues fué forzoso que Aldelbaldo partiese á la Gascuña á visitar la hacienda de Rietruda, y entónces aprovecharon aquella ocasion los parientes de la Santa para poner en ejecucion sus atroces intentos y ruin venganza, asesinándole, movidos de la envidia que les causaba su felicidad y riquezas, que tanto habian deseado poseer. Causó el más profundo dolor aquella inopinada pérdida y desgracia á la infortunada Rietruda, que le profesaba el más cariñoso afecto; y viéndose viuda, tan jóven y con cuatro criaturas, en tierra extraña, sin tener persona de su sangre á quien mirar, ni esperar que de ella se apiadase, que por otra parte, si bien lo hubiera considerado, era una felicidad en su estado por ser gente tan desnaturalizada, tuvo la gran dicha de encontrar el mayor consuelo en S. Amando, su padre espiritual; y tan de veras y con tanta eficacia la habló al alma, que decididamente determinó despedirse del mundo, recogiéndose con sus hijos bajo el amparo y proteccion de la órden de S. Be-

nito. En este tiempo un gran caballero de la casa del rey Dagoberto pidió por mujer á Sta. Rietruda, enamorado de su gran belleza, que era la más notable que se conocia en Francia; puso al Rey por intercesor para conseguir su pretension, y aunque Sta. Rietruda se defendia con valor, las importunaciones y ruegos de un Rey suelen pasar á obras cuando se les resiste, y así la Santa temió algun mal suceso; pero con su discrecion fué dando al caballero esperanzas en las respuestas corteses y comedidas que daba á Dagoberto. Trazó la Santa para lograr su intento un festin en una casa de campo, y convidó al Rey y sus cortesanos, que aceptaron el convite con singular placer. En la comida estuvo muy placentera la Santa, trinchando todos los platos al Rey, y cortejándole con admiracion de sus gracias, pero sin salirse de los límites que la prescribia su singular honestidad; y cuando observó al Rey tan satisfecho y tan de su parte, aprovechó aquella favorable coyuntura, y en medio de los brindis le pidió una merced ó favor la diestra y virtuosa Sta. Rietruda, y Dagoberto entusiasmado, creyendo que le queria brindar por su copa, gran favor en la modestia que usan las damas de aquel pais, vino en ello y accedió muy alegre y contento; entónces Santa Rietruda sacó de la manga un velo negro bendecido por mano de S. Amando, y cubriéndose la cabeza, dijo : *La merced que imploro de vuestra Majestad ha de ser que tenga por bien de darme á Jesucristo por esposo, á quien desde ahora me consagro.* Sintió el Rey el engaño, y el haber sido sorprendido con aquel inocente é ingenioso ardid; y sin pasar adelante en la comida, se levantó turbado y disgustado de la mesa, volviendo para siempre las espaldas. Sumamente gozosa quedó Sta. Rietruda con aquel suceso, y en prosecucion de su intento, dejando los ricos vestidos que usaba diariamente, se puso hábito de monja, y pidió á S. Amando un monasterio que habia fundado en las riberas del rio Escarpa, llamado el monasterio Marcianense; y recogiéndose allí con sus hijos y con otras religiosas que fueron del convento de Hamarico, donde estaba Sta. Gertruda, abuela de su marido, ordenó un muy religiosísimo monasterio de monjas, y reunió á él otro inmediato, donde era abad S. Ionato, y donde tomó el hábito despues su hijo S. Mauronto, segun dicen muchos escritores. Como la Santa era muy rica y poderosa, el monasterio alcanzó cuantiosas rentas, punto y objeto predilecto é importante para que las monjas sean observantes y como deben ser, y no se distraigan, con disculpa, las más de las veces frívola, de lo mal que á sus necesidades se acude y atiende. Quedó Sta. Rietruda por abadesa, entablando y dando el ejemplo á una observancia tan singular, que correspondia á su valiente y fervorosa determinacion. Se vistió interiormente de su áspero silicio en lugar de camisa, y á la blanda y mullida cama reemplazó una estera de enea; á las almohadas ricas de holanda una dura piedra por cabecera, y

en este lecho improvisado y de penitencia tomaba un corto reposo y breve sueño, las más de las veces interrumpido en el discurso de las noche, ya para tomar la disciplina, á que no faltaba ningun dia, ya para acudir á los maitines, á los que como cuidadosa capitana era la primera que asistia, y despues permanecia en oracion hasta el alba con otras señoras espirituales. Era muy celosa de que se observase silencio, por lo que era muy rígida y no permitia visitas en su casa, tratando como muertas para el siglo á todas cuantas se habian consagrado y encerrado en la clausura. En el monasterio no consentia reuniones ni corrillos, que promovian conversaciones profanas; todas habian de ser espirituales y devotas, y así obligaba á que guardasen y permaneciesen en sus celdas, único remedio para muchos males. Proveia á todas de lo necesario para cubrir sus más exigentes necesidades, haciéndolas olvidar el mundo, y cuya falta suele ser con frecuencia causa de la relajacion en todos los monasterios, bajo el pretexto de que no son socorridas en sus necesidades. En la comida era Sta. Rietruda tan abstinente, que nunca hacia uso de más viandas que unas yerbas crudas, y los domingos las cocia, por ser dia tan santo, con un poco de aceite. Por las pascuas probaba algun pescado, mas en tan corta cantidad, que era terrible penitencia á la consideracion de los flacos que la admiraban tan excesivamente parca. Con los pobres era muy caritativa y les daba grandes limosnas, siguiendo los impulsos de su corazon magnánimo y generoso. Con las labores de las monjas, cuyos trabajos siempre presidia, excitándolas á que jamás tuviesen momento ocioso, adornaba los altares de suerte que estuviesen con aseo y policía, siendo digno de admirarse su gran celo por la curiosidad y limpieza. A pesar de sus virtudes y vida santa y uniforme, no la faltaron trabajos durante la misma, si bien era tal su conformidad con la voluntad de Dios, que todo lo llevaba con animoso y valiente porte. Sin embargo, la naturaleza obra, y no puede dispensarse de las aflicciones y sentimientos naturales; muriéronsela casi todas sus hijas jóvenes, presenciando la Santa su muerte con la consiguiente afliccion y dolor por la pérdida de sus más caras afecciones como madre, y la falta de tan dulce y regalada compañía. Con Sta. Eusebia tuvo algunos sinsabores, porque habiéndose criado con la bisabuela en otro monasterio vecino, muerta esta señora quiso traer el monasterio y unirle al suyo, y la santa niña con la aficion resistió notablemente hasta volverse al dicho monasterio á decir las horas canónicas. Todo lo llevó con paciencia, y tuvo un valor admirable. La favoreció el Señor en la oracion con grandes regalos, ya enviándola ángeles, que con la representacion de aquellos divinos premios, la hiciesen más llevadera la penosa vida, ya hablándola el Señor muchas veces y dándola notables consuelos. De esta suerte y con esta santa vida alcanzó la alta edad de setenta y tres años, y á los últimos térmi-

nos de su vida tuvo la revelacion de su muerte, señalándosela para el dia 12 de Mayo. Sta. Rietruda la esperó con alegría y virtuosa resignacion, preparándose y previniéndose para recibirla con rigurosas penitencias, y fortalecida con los sacramentos, que recibió con la mayor devocion y lágrimas de alegría, dió su alma al Señor el referido dia 12 de Mayo. Se observó en su celda el dia de su dichoso tránsito un suavísimo olor, y su cuerpo conservó por muchos dias toda su flexibilidad y buen aspecto que conservaba en vida, como pudieron convencerse y testificarlo todas las personas que acudieron á visitarle, y el Señor obró y continúa obrando grandes milagros por la poderosa intercesion de esta Santa y escogida sierva suya; siendo en toda Flandes el monasterio Marcianense, de monjes Benitos, uno de los santuarios más considerados y concurridos de devotos de toda aquella comarca, y cuya celebridad es debida principalmente á poseer aquel monasterio la alhaja inestimable del cuerpo de Sta. Rietruda. Murió en el año de 687, y es de las principales santas de aquel reino y abogada de aquellos países. En el dia 7 de Febrero se celebra en el monasterio mencionado la elevacion del cuerpo de esta santa abadesa, y de las Stas. Clotsenda y Adalsenda, sus hijas.—A. L.

RIEUL (S.). Desde los tiempos de Luis *el Benigno* se hace mencion en el *Martirologio de Usuardo* y en otros, con relacion al 30 de Marzo, de este Santo, pues que desde aquel reinado se encuentra establecido su culto en Francia, y dice Moreri en su *Gran Diccionario histórico y geográfico*, que no pudiendo asegurarse ni el tiempo ni el país, ni ninguna circunstancia de la vida y muerte de S. Rieul, todo lo que se diga de las acciones y vida de este Santo se ha sacado de documentos infieles, pues que son falsas visiblemente las actas del siglo IX, de las que se ha sacado su historia. Sin meternos nosotros á profundizar sobre este asunto, y sin hacer más que relatar lo que encontramos escrito, vamos á consignar en este artículo lo que el mismo Moreri niega, pero que se refiere á lo que sobre este Santo explican los Bolandos, Vicente de Beauvais y S. Antonino. «S. Rieul fué obispo de Senlis, y se asegura que era oriundo de Argos, ciudad de la Grecia. Habiendo oido hablar de las maravillas de S. Juan Evangelista en Efeso, renunció la idolatría, y recibió el bautismo de manos de este santo apóstol. Volvió despues á su país para vender sus bienes, y distribuyendo á los pobres lo que sacó por ellos, acompañando á S. Juan en la predicacion del Evangelio, éste le hizo sacerdote. Conducido á Roma S. Juan, y desterrado á la isla de Pathmos por órden del emperador Diocleciano, se quedó solo San Rieul en Efeso; pero habiendo sabido que S. Dionisio Areopagita habia ido á Roma, le siguió y se ofreció á S. Clemente para ir á anunciar el Evangelio á los gentiles. Dícese que este Papa mandó á S. Dionisio con Rústico y Eleu-

terio á las Galias, dándoles por colegas á S. Rieul, Luciano, Eugenio y otros muchos. Dicen otros historiadores que S. Rieul continuó su camino sin pararse hasta París y Senlis; pero otros dicen que la antigua tradicion de la iglesia de Provenza autoriza que estos misioneros vinieron en un principio de Arlés, en donde habia ya muchos cristianos que habian sido bautizados por S. Trofimo, y que permaneciendo S. Dionisio algun tiempo en este país, consagró á S. Rieul obispo de Arlés, y fué á París á anunciar el Evangelio. Despues del martirio de S. Dionisio, S. Rieul encargó el cuidado de su iglesia á Felicísimo, obispo, que se encontraba entónces en esta ciudad, y fué á buscar las reliquias de S. Dionisio. Luego que llegó á París y adquirió las noticias que deseaba, fué al pueblo de Chateuil, en donde encontró una señora llamada Catula, que habia ocultado el cuerpo de S. Dionisio y de sus compañeros Rústico y Eleuterio. S. Rieul consagró á estos santos una capilla fabricada de madera, que hizo edificar aquella piadosa vírgen al rededor del sepulcro de aquellos santos mártires. Hecho esto, S. Rieul tomó el camino de Senlis, en donde con su predicacion convirtió á la fe de Jesucristo á casi todos sus habitantes, y cambió el templo dedicado á los ídolos en una iglesia consagrada al verdadero Dios. Despues de haber establecido el cristianismo en este país, murió en paz en medio de su pueblo el año 130 de nuestra era, bajo el imperio del español Adriano. Habiendo ido Clovis, primer rey cristiano, á visitar la tumba de este Santo, la enriqueció de oro, levantó sobre ella un suntuoso edificio, y le dotó con rentas suficientes para su sostenimiento. Los más hábiles críticos modernos no estan de acuerdo en la mision de S. Rieul, pues que unos la ponen en el imperio de Decio y otros en el de Diocleciano.—C.

RIEUX (René de). Este obispo de Leon floreció en el siglo XVII. Fué hijo de René, señor de Sourdeac y marqués de Onessant. Siendo jefe del oratorio del Rey fué acusado de crímen de estado en el ministerio del cardenal Richelieu, á causa de su afecto al duque de Orleans. Elegidos cinco obispos franceses para juzgarle, á los que nombró el papa Urbano VIII comisarios de esta causa, le depusieron de su obispado, que fué declarado vacante, nombrando para sucederle en 1635 á M. Tolon, cura de S. Gervasio de París. Renunciando este el obispado en 1637 ántes de recibir sus bulas, nombró el Rey á Cupif, arcediano y vicario general de Quimpercorentin, que fué consagrado en 25 de Mayo de 1640; pero despues de la muerte del cardenal de Richelieu, M. de Rieux, que habia guardado silencio durante su vida, apeló de la sentencia dada contra su persona al pontífice Inocencio X, que nombró siete nuevos comisarios para revisar el proceso. La Asamblea del Clero de 1645, habiendo tomado parte por Rieux, hizo ver lo injustamente que se le habia juzgado, y logró su absolucion y restablecimiento en su obis-

pado, por sentencia de 6 de Setiembre de 1646. Opúsose M. Cupif á la ejecucion de esta sentencia, y por decreto del Consejo se le mantuvo en pacífica posesion de su obispado hasta 1648 en que le confirió el Rey el de Dol, y dejando el de Leon volvió Rieux á tomar posesion de él en 24 de Diciembre del expresado año. Poco disfrutó René de Rieux de este triunfo, pues que atacado de un accidente de apoplejía, murió el dia 8 de Marzo de 1651, á la edad de sesenta y tres años, segun dice en su *Galia cristiana* Sainte-Marthe y se lee en las *Memorias del Clero*. —C.

RIEZ (Fausto de). Nació en Bretaña á últimos del siglo IV, estudió casi en su niñez la elocuencia, en que se hizo tan hábil, que segun la opinion de S. Sidonio poseia todas las reglas de este arte. Se dedicó tambien al estudio de la filosofía, profundizando de tal manera sus principios, que sabia atacar á los estóicos, los cínicos, los peripatéticos y los herejes con sus propias armas. Salió de su país para pasar á Francia, donde se retiró á la abadía de Lerins, muy célebre á la sazon en la Iglesia por las virtudes de San Honorato, de S. Máximo y de otros muchos varones ilustres. Continuó en su retiró los estudios que habia cultivado en el mundo, pero trabajó mucho más en adquirir el conocimiento de la Sagrada Escritura, y en hacerse hábil en las ciencias eclesiásticas. Sus costumbres eran puras, practicando con celo todos los ejercicios de la vida monástica. Se refiere que siendo ya muy anciano iba con frecuencia á Lerins, como para descansar de los trabajos del episcopado, donde servia á los religiosos, y que no dormia ni comia apénas nada, no ocupándose más que de la oracion y de cantar los salmos. Habiendo vacado el obispado de Frejus hácia el año 432, se pensó en S. Máximo, abad de Lerins, para ocupar esta silla; pero temiendo este santo varon la pesada carga del episcopado, se fugó. Acompañóle Fausto en su fuga, pasando tres dias y tres noches expuestos al aire y la lluvia. S. Máximo se libró de los que le buscaban, mas poco tiempo despues se vió obligado á aceptar el gobierno de la iglesia de Riez. Fausto, nombrado abad de Lerins en lugar suyo hácia el año 433, adquirió grande reputacion por los discursos que hacia de viva voz á los religiosos. Aún vivia S. Caprario, y sabiendo S. Hilario de Arlés que se hallaba en el último extremo, fué á prestarle los últimos deberes. Ya hubiese ido con Teodoro de Frejus y S. Máximo de Riez, ó hubiese encontrado á estos dos obispos en Lerins, obligó á Fausto á sentarse á su lado y al de estos santos obispos, como si hubiera querido indicar de esta manera que seria tambien algun dia elevado al episcopado. Hácia el año 454 tuvo Fausto una diferencia con Teodoro de Frejus, de donde dependia á la sazon la abadía de Lerins. Para terminarla, convocó un concilio Raveno, obispo de Arlés, al que asistió con Rústico de Narbona y los obispos de la provincia. El abad y los monjes de Lerins fueron admitidos á él como

partes interesadas. Resolvióse que se suplicaria á Teodoro que recibiese la satisfaccion de Fausto, olvidase lo pasado, le devolviera su amistad y le enviase á su monasterio; que este obispo continuaria dando al abad de Lerins los socorros que le fuesen necesarios, y que no se atribuiria sobre aquella casa más derechos que los que se habia atribuido su predecesor Leoncio, y que se reducian á ordenar á los clérigos y á los ministros del altar por sí mismo ó por medio de otros; dar el santo crisma y confirmar á los neófitos caso de que los hubiera. Se añadió que no se admitirian en el monasterio clérigos extranjeros sin órden suya; que todos los legos quedarian además bajo el gobierno del abad que hubiesen elegido, sin que Teodoro pudiera atribuirse ningun derecho sobre ellos, ni ordenar á ninguno para clérigo, si no se lo suplicaba el abad. El cuerpo de la comunidad se hallaba por lo tanto á la sazon compuesto de legos, que se elegian un superior sin que el obispo diocesano tuviese parte en esta eleccion. Despues de la muerte de San Máximo, acaecida el 27 de Noviembre del año 455, Fausto fué elegido para sucederle en el obispado de Riez, como le habia sucedido en el gobierno de la abadía de Lerins. Retirábase con frecuencia á la soledad, apareciendo otras veces en el convento de que habia salido, con el objeto siempre de practicar el ejercicio de la penitencia. Pero no velaba por esto ménos sobre los pueblos de su diócesis, instruyéndolos asíduamente en los misterios de la ley de Dios y en todos sus deberes, por medio de discursos que les dirigia desde las gradas del altar mayor y que escuchaban ellos de pie. — En el año 462 fué nombrado con Auxanio, obispo de Aix de la Provenza, para ir á Roma, con ocasion de que un tal Hermes, despues de haberse hecho consagrar obispo de Beziers por S. Rústico, se habia apoderado del obispado de Narbona. Con este motivo asistieron al concilio que celebró el Papa en el mes de Noviembre del año 462, con otros muchos obispos que habian ido á celebrar el aniversario de su consagracion. Examinado el asunto de Hermes, se decidió que fuese obispo de Narbona, pero á condicion de que no tendria facultades para consagrar obispos, cuyo derecho se transferiria á Constancio, obispo de Usez, como el más antiguo de la provincia; que sin embargo despues de la muerte de Hermes, el derecho de las consagraciones se devolveria al obispo de Narbona. Consta todo esto en la carta del Papa, fechada en 7 de Diciembre del mismo año y dirigida á los obispos del Vienesado y de las dos Narbonesas: Fausto fué el portador de esta carta. En el año 470 asistió á la dedicacion de la iglesia que habia mandado construir S. Paciano de Lyon. En los siete dias que duró esta solemnidad, Fausto pronunció algunos discursos á peticion de los obispos que se hallaban presentes. Sidonio, que era todavía seglar, fué uno de sus oyentes y de sus admiradores, quien le dedicó por la misma época un poema, para darle gracias por el cuidado

que se habia tomado por la educacion de su hermano y por la afectuosa manera con que le habia recibido en Riez. Algunos años despues estuvo encargado de escribir sobre el asunto de la predestinacion y de la gracia, contra los errores de un sacerdote llamado Lucido, acusado de enseñar que el hombre podia salvarse por solo la eficacia de la gracia, sin estar obligado á trabajar para ello. Fausto procuró primero atraerle á la verdad en muchas conferencias que tuvo con él sobre este objeto, pero viendo que no conseguia nada, le dirigió un escrito en que le manifestaba en pocas palabras lo que pensaba que debia creerse ó desecharse sobre la gracia para ser ortodoxo. Este escrito no tuvo mejores resultados que las conversaciones de Fausto. Hubo que recurrir á un concilio, que reunió Leoncio en Arlés hácia el año 480 lo más tarde. Fausto fué el encargado de redactar las actas de esta asamblea, en particular en lo que se dijese en las materias de la predestinacion y de la gracia. Lucido reconoció entónces sus errores, los condenó, y protestó que en lo futuro se atendria á lo que los obispos habian decidido en este asunto. Fausto tomó tambien parte en el tratado de paz que se concluyó en 473 entre el emperador Nepote y Eurico, rey de los visigodos. Apoderóse éste hácia el año 481 de lo que quedaba al imperio romano en la Provenza, y habiendo caido tambien en sus manos la ciudad de Riez desterró á su obispo. Ignóranse las razones que tuvo para ello, pero se cree que fué inducido por un pequeño escrito que habia compuesto Fausto contra los arrianos y macedonios, para manifestar que toda la Trinidad es de la misma naturaleza. Fausto encontró en su destierro algunas personas calificadas que le ayudaron en sus necesidades, aunque se hallaban muy distantes del sitio en que residia. Nombra en particular á Félix y Ruricio, con los que sostuvo correspondencia literaria. Su destierro solo duró tres años, habiendo vuelto á Riez hácia el año 484, cuando Dios quitó la vida á Eurico y rompió el cetro de hierro con que este príncipe arriano dominaba sobre sus súbditos: Gennadio no dice la época en que murió Fausto, pero parece que le supone vivo todavía hácia el año 493, cuando componia su *Tratado de Escritores eclesiásticos*. El primer escrito de Fausto, segun el órden cronológico, es su carta á Grato, diácono de la Iglesia católica, que vivia en la soledad, donde practicaba grandes austeridades, consagrado incesantemente á la lectura. Debilitando su espíritu este género de vida, hinchó su corazon hasta el extremo que creyo tener revelaciones. Hallábase bajo esta ilusion cuando compuso un pequeño tratado en que pretendia manifestar que no habia en Jesucristo, Dios y hombre, más que una sola naturaleza, que era la divina, de donde se seguia que Dios no podia ser padre del hombre, ni la mujer madre de Dios. Esto no era más que el eutiquianismo; y aunque supiese Grato por la lectura de las obras de S. Agustin, que este santo padre profesaba principios

enteramente opuestos, prefirió condenarle á seguirle; pero ya que quisiese tener la aprobacion de Fausto, abad á la sazon de Lerins y hombre de grande reputacion, ya que comprendiese por sí mismo la novedad de sus doctrinas, envió un escrito á este abad, suplicándole le dijese su opinion, lo que da motivo para creer que la soledad en que vivia era la Provenza, y se hallaba poco distante de Lerins. Costó á Fausto tanto más trabajo decidirse á responder á Grato, cuanto que su escrito le parecia poco digno de atencion, por lo mal formado que estaba. Temia por otra parte tratar una materia tan elevada y tan difícil. Respondiole, sin embargo, para no manifestar indiferencia á una persona que le habia consultado; pero conservó su escrito creyendo que el publicarle no podia ménos de deshonrar á Grato á causa de los errores que contenia. Si tuvo tambien callada su respuesta, no fué más que durante algun tiempo, pues se habia hecho ya pública cuando Gennadio terminaba su *Catálogo de hombres ilustres*, es decir, hácia el año 493. Fausto reconviene desde luego á Grato por la libertad que se habia tomado de condenar la doctrina de S. Agustin, pues aunque, le dice, este santo padre fuera sospechoso para algunos sabios sobre ciertos puntos, nadie habia hallado hasta entónces reprensible lo que habia escrito sobre las dos naturalezas. Los que Fausto llama sabios eran los semipelagianos, que no aprobaban la opinion de S. Agustin sobre la gracia. Manifiesta despues que no queriendo Grato que se dijera que la mujer era madre de Dios, creia evidentemente en la herejía de Nestorio, que no daba á la Santísima Vírgen más que la cualidad de madre del hombre ó de Cristo; herejía condenada en todas las iglesias. Le reprende en seguida por lo que habia dicho en su escrito, que no hay más que una naturaleza de Dios y del hombre; diciendo que es verdad que en Dios no hay más que una naturaleza en tres personas, pero que en Jesucristo hay dos naturalezas en una sola persona, y que cualquiera que diga que Dios nuestro Redentor es de una sola naturaleza, niega, ó que la humanidad esté unida á la divinidad, ó que la divinidad lo esté á la humanidad; no habiéndose verificado la obra de nuestra redencion por una sola, sino por las dos naturalezas. Reconocer únicamente en el Redentor la naturaleza divina, es confesar que la divinidad ha sufrido en su propia sustancia, que ha muerto, que ha sido enterrada; lo que sin embargo ha sufrido Dios, pero en la naturaleza humana y no en la suya propia. Fausto prueba la realidad de las dos naturalezas por medio de un himno de S. Ambrosio sobre la fiesta de Navidad, y por algunos pasajes del Evangelio, manifestando que los arrianos no se han equivocado al hablar sobre la divinidad de Jesucristo, más que porque no han distinguido ni reconocido estas dos naturalezas. «En cuanto á nosotros, añade, creemos que hay en Jesucristo dos naturalezas unidas en una sola persona, y que lo mis-

mo que el cuerpo y el alma forman al hombre, de la misma manera tambien la divinidad y la humanidad hacen un Cristo.» Alega el pasaje de Isaías, en el que se dice, nos ha nacido un niño, y se nos ha dado un hijo, para manifestar que el mismo que era Hijo de Dios desde toda la eternidad, ha nacido de una Vírgen en los últimos tiempos, y que es por consecuencia Dios y hombre. Dirigiéndose despues á Grato, le aconseja vuelva al camino real y comun que habia abandonado confiando en sus propias luces, y con este motivo que cambie en una ocupacion laboriosa, capaz de reprimir su vanidad, su aplicacion al estudio que solo servia para alimentarla; que abandonase la soledad y templase el rigor de sus abstinencias, que ponian su espíritu débil y enfermizo; que no se fiase nunca en sus pensamientos; que procurase leer lo que pudiese imitar, más bien que escribir lo que otros pudiesen leer, y que se retirase á algun monasterio para vivir bajo la direccion de algun abad prudente y experimentado, y se sometiese á todos sus mandatos. Fausto no dice nada en esta carta de la herejía de Eutiques, aunque tuviese motivo para ello; lo que hace presumir que fué escrita ántes del nacimiento ó la condenacion de esta herejía, es decir, ántes del año 449. Algun tiempo despues fué consultado Fausto por un obispo, á quien no nombra, sobre tres artículos; el primero cómo se debia responder á los arrianos, cuando decian que siendo nacido el Hijo del Padre, era preciso que fuera más jóven; el segundo, en qué sentido era verdad que la sustancia divina en Jesucristo no habia sufrido nada por un sentimiento de dolor, sino solamente por un sentimiento de compasion; el tercero, cuáles son las criaturas corpóreas, y cuáles las incorpóreas. Fausto omitió su nombre al frente de la respuesta, pero no tardó en circular entre el público. Habiéndola hallado algun tiempo despues Mamerto Claudiano en manos de personas que hacian caso de ella, la leyó y refutó en una obra dividida en tres libros, que han llegado hasta nosotros. Se detiene poco en las respuestas de Fausto á las dos primeras preguntas, y se detiene mucho en la que contesta á la tercera. Lo que dice Fausto, en efecto, sobre la primera pregunta, es poco notable, y puede decirse que en vez de ilustrar la dificultad, la oscurece más todavía. Dice que es preciso distinguir entre los nombres de las cosas y la naturaleza de las cosas: que engendrado y no engendrado son nombres de la divinidad, y no la divinidad misma: que sirven para darnos á conocer que el Padre no saca su orígen del Hijo, en una palabra, que designan las personas y no las naturalezas. Para manifestar que el nombre de ese engendrado no manifiesta en el Hijo una posterioridad de tiempo, da como ejemplo el mismo nombre de Hijo, que aunque derivado del Padre, es sin embargo de la misma época, puesto que el Hijo no es lo que no sea el Padre; del mismo modo que no puede haber justo sin justicia, el Padre no ha podido

existir nunca sin el Hijo. Añade que diciéndose el Hijo á sí mismo en Isaías, el primero y el último, el *alfa* y el *omega*, no hay nada más antiguo que él. Lo que dice Fausto á la segunda pregunta, tiende á manifestar que la Divinidad está sujeta á pasiones, y que puede decirse con certeza el que la cólera y el arrepentimiento, lo mismo que los sentimientos de compasion y de reconocimiento, tienen lugar en Dios. Lo explica diciendo que la cólera de Dios es justicia, que por su furor debe entenderse el rigor de su severidad, y por su arrepentimiento el cambio de su voluntad. S. Agustin no hablaba así de Dios. «Amais, dice, sin pasion; sois celoso, pero sin turbacion; os arrepentís, pero vuestro arrepentimiento carece de dolor y de tristeza; os encolerizais, pero sin conmoveros; cambiais vuestras operaciones, pero nunca vuestros designios.» En la tercera pregunta contesta Fausto, que segun la doctrina de la sagrada Escritura y de los Santos Padres, solo Dios es incorpóreo, y las demás criaturas son corporales, sin exceptuar los ángeles y el alma del hombre. La razon que añade á estas autoridades, es que todas las criaturas se hallan contenidas en cierto lugar, y que solo Dios, á causa de su inmensidad, no puede ser contenido ni limitado por ningun ser creado. Lo que no impide el que este autor conozca ya que hay criaturas espirituales, pero á la manera que el aire es espiritual, es decir, un cuerpo ligero en oposicion á los cuerpos más espesos y más pesados. Ya era Fausto obispo cuando fué consultado por Benito Paulino sobre varias dificultades, la primera de las cuales se referia á la penitencia en el artículo de la muerte. Paulino preguntaba si en el caso de que se haga una confesion, no habiendo tiempo para satisfacer por los pecados, la penitencia de una persona que ha vivido en el pecado y que gime en él en sus últimos momentos puede mirarse como buena. Preguntaba, en segundo lugar, si solo la ciencia del misterio de la Santísima Trinidad bastaba para la salvacion. En tercer lugar, si las almas separadas de los cuerpos perdian el sentimiento y la inteligencia. En cuarto, de qué males son eximidos ó castigados despues de la muerte aquellos de quienes se ha escrito: *El deseo de los pecadores perecerá*. En quinto, lo que se debe pensar de la naturaleza del alma, si es corpórea ó incorpórea. En sexto, porqué el pecado que comete el cuerpo es comun al alma, y si el cuerpo como el alma tendrá parte en el castigo y la recompensa. En sétimo, cómo el alma, que es inmortal, será castigada por pecados que no duran más que cierto tiempo. En octavo, si el alma y el espíritu no son más que una misma cosa. Paulino preguntaba tambien, si era verdad que los que habian perdido la gracia del bautismo, serian condenados por los pecados cometidos despues, pues estaba convencido de que cualquiera pecado que cometiese despues del bautismo, siempre que no se violasen los principales artículos de la fe, se pagaria solo por algunas penas temporales, y des-

pues quedaria purificado. Faustó contestó á la primera pregunta, que nadie se burlaba de Dios y que se engaña á sí mismo quien despues de haber vivido como pecador, piensa en mejorar de vida cuando está ya medio muerto, y que habiéndose negado á recurrir al médico cuando le era posible, comienza á querer consultarle cuando ya no puede. Sostiene por la autoridad de un pasaje que alega de la Sagrada Escritura, que así como el pecador debe pedir por sí mismo la penitencia, debe cumplirla tambien por medio de sus obras; de manera que procura sanar las llagas de su alma con tanto ardor como tuvo para adquirirlas. Esta doctrina de Fausto, que condenaba la práctica general de la Iglesia, que ha concedido siempre la penitencia á los que la han pedido en la hora de la muerte, fué censurada despues por S. Avito, obispo de Viena. Tambien censuró la respuesta de Fausto á la segunda pregunta, porque decia sin excepcion que la fe sin las obras no bastaba para la salvacion, habiendo casos en que estas obras son imposibles, como sucede al que se convierte en los últimos instantes de su vida. En la tercera, dice Fausto que las almas separadas de los cuerpos conservan el sentimiento y la inteligencia; lo que prueba por el afecto que manifestó el rico avariento á sus cinco hermanos cuando se hallaba entre las llamas, y por el cuidado que tuvo de su salvacion, suplicando á Abrahan enviase á alguien para avisarlos que hiciesen penitencia. Tratando de la cuarta, refiere que la ambicion y la avaricia de los bienes de la tierra es destruida por la muerte, sin que se destruyan los sentidos, pero que serán tanto más vivos, cuanto que quedarán libres de cualquiera otro objeto que no sea el de dar cuenta á Dios y el pensamiento de la eternidad. Respondiendo á la quinta, sostiene, como ha hecho ya en otra carta, que solo Dios es incorpóreo; en lo que funda la inmortalidad del alma, porque es hecha á semejanza de Dios. Para responder á la sexta pregunta, apela á la experiencia que nos da á conocer á nosotros mismos, que nuestra alma es en nosotros como el alma que manda y que ejerce su imperio sobre la carne, que le obedece como una sierva. El alma forma el designio, la carne le ejecuta; si la voluntad no mandase, la carne no obedeceria. Infiere de aquí que teniendo ambas parte en la accion, no son castigadas ó recompensadas en la otra vida. Fausto habla en este lugar del pecado original, que dice ser comun á la naturaleza humana. Responde á la sétima, que áun cuando el pecado concluya por la muerte, la pena debida al pecado será eterna; pero no da ninguna razon, suponiendo esta verdad suficientemente establecida en el Evangelio. Conviene en la octava, que el hombre no está compuesto más que de dos sustancias, del alma y del cuerpo; que mirando sin embargo al hombre bajo diferentes aspectos, se puede distinguir en él el alma del espíritu, de manera que el mismo hombre puede ser considerado ya como carnal, ya

como espiritual. Son carnales aquellos de quienes dice Dios en la Sagrada Escritura: «Mi espíritu no morará en aquellos hombres, porque son todos carne;» es decir, que se entregan á los placeres de la carne. Pero el hombre comienza á ser espiritual desde que no tiene más que buenos deseos, y no dirige sus miras más que hácia objetos espirituales; teme á Dios y es casto. Es decir, aquella clase de personas de quienes dice el Apóstol: «Sois el templo de Dios y su espíritu habita en vosotros.» En cuanto á la duda de Benito Paulino sobre la condenacion de los que habian cometido pecados notables despues del bautismo sin haberlos borrado por medio de la penitencia, demuestra Fausto que es mal fundada, y que el que despues de haber sido purificado en las aguas saludables del bautismo, vive en la impureza ó en otros crímenes, no será libertado de las llamas destinadas á castigar eternamente los pecados capitales. La carta á Benito Paulino se supone escrita en 470. Cerca de cuatro años despues, es decir, hácia el 474 ó 75, habiendo llegado á oidos de Fausto el rumor de que un sacerdote llamado Lucido, enseñaba que el hombre podia salvarse por solo la fuerza de la gracia sin estar obligado á cooperar á ello, intentó atraerle á la sana doctrina en muchas conversaciones que tuvo expresamente con él sobre esta materia. Estas conversaciones no tuvieron resultados, y era difícil que le tuviesen, porque Fausto y Lucido pensaban de distinta manera sobre el modo de obrar de la gracia. Fausto tomó otro partido, que fué procurar vencer á Lucido por escrito. Le dirigió, pues, una carta en que le proponia anatematizar seis artículos. Comienza su carta manifestando el motivo, diciendo que habia escrito con espíritu de caridad para procurar salvar á su hermano por un medio más suave del que los obispos se hallaban prontos á tomar excomulgándoles. Advierte en seguida á Lucido el cuidado que debe tener de no caer en ningun exceso, cuando se habla de la gracia y de la obediencia del hombre, de manera que no separe nunca la gracia y el trabajo del hombre, y que se detesta á Pelagio y á todos los que enseñan que la predestinacion se opera con exclusion del trabajo del hombre. Despues de este preámbulo pone los seis artículos que debia anatematizar Lucido. El primero es contra Pelagio, que creia que el hombre nace sin pecado, que puede salvarse por sí solo y sin la gracia de Dios. El segundo es contra los que decian que un fiel que despues de haber sido bautizado y haber profesado públicamente la fe y que continúa profesándola, cae en el pecado, es condenado á causa del pecado original. El tercero se dirige á los que enseñan que el hombre es precipitado en la muerte por la presencia de Dios. El cuarto, al que diga que el que perece no tiene poder de salvarse; lo que se entiende de un bautizado ó de un pagano, siempre que se haya encontrado en circunstancias para creer y no haya creido. El quinto es contra el

que haya dicho que un vaso de ignominia no puede llegar á ser un vaso de honor. El sexto, al que enseñe que Jesucristo no ha muerto por todos y que no quiere que se salven todos los hombres. Fausto añade, que cuando quiera Lucido ir á buscarle, ó sea citado delante de los obispos, le presentará testimonios para probar las verdades católicas y para destruir los errores, asegurándole entre tanto que el que perece por falta suya ha podido salvarse por la gracia, si ha obedecido con su trabajo que debe seguir á la gracia, y que el que se ha salvado por medio de la gracia, ha podido caer por negligencia y falta suya; que así, siguiendo un justo medio, debe unir el trabajo de un servicio voluntario á la gracia, sin la que no somos nada, y excluir el orgullo y la presuncion que podria tener á causa del trabajo, sabiendo que nuestro deber es trabajar. Insta á Lucido le declarase terminantemente si admitia ó desechaba esta doctrina, protestando tomar su silencio como una prueba de su obstinacion en el error, lo que le obligará á denunciarle y á darle á conocer tal como es en la asamblea de los obispos: «Conservo, añade, una copia de esta carta para leerla si es necesario, pero si creeis conveniente recibirla y abrazar la doctrina que contiene, enviádmela firmada de vuestra mano; si no quereis acceder, enviádmela tambien, que vuestra respuesta carezca de todo disfraz y ambigüedad. La carta de Fausto en la *Coleccion de los Concilios* se halla firmada por él, otros diez obispos y el P. Lucido. Pero no puede dudarse que la ha escrito por sí solo, y que las diferentes firmas que la acompañan se han puesto despues. Si los diez obispos hubiesen escrito ántes esta carta, les hubiera sido comun con Fausto, lo mismo que la respuesta de Lucido. ¿Qué necesidad tenia entónces Fausto de denunciar á Lucido á estos obispos, en caso de que se hubiera negado á contestar ó que hubiera insistido en sus errores? En los manuscritos de donde han tomado esta carta Canisio y Basnage, no tiene firma alguna, llevando á su frente el nombre de Fausto. Gennadio no dice nada de esta carta ni de la de Lucido; tampoco habla de los concilios de Arlés y de Lyon, que no son conocidos más que por la carta de Fausto, pero esto no es razon suficiente para desechar todos estos documentos. ¿Cuál es el historiador á quien no se haya escapado ninguna de las cosas que han pasado en su época? Fausto ha hablado de estos dos concilios en su carta á Leoncio, obispo de Arlés, y de las dificultades que habian ocurrido. ¿A quién se convencerá que un obispo con buena reputacion de hombre piadoso y de una edad avanzada, haya intentado imponer á uno de sus compañeros la celebracion de dos concilios, á uno de los cuales habia presidido en calidad de metropolitano, y á quien no podia ser desconocido el otro? Nadie niega que se celebró un concilio en Tolosa en 507, y sin embargo no es conocido más que por una carta de S. Cesario. Pero puede disculparse que el

obispo Fausto diga en términos expresos en la carta que escribió á Lucido, que es herir el respeto que se debe á Dios decir que no quiere dar la facultad de salvarse á todos los que da el uso del libre albedrío. Pues no puede dudarse que habla del hombre en el estado en que se halla en la actualidad, es decir, nacido en el pecado original. Canisio ha mirado esta carta como errónea. No obtuvo sobre el espíritu de Lucido más fortuna que las conversaciones. Por esta razon lo definió á un concilio de setenta obispos, que se reunieron en Arles, teniendo á su frente á Leoncio, obispo de esta ciudad. De los otros obispos los más conocidos son: Eufronio de Autum, Mamerto de Viena, Paciano de Lyon, Fausto de Riez, Grato de Marsella, Croco de Nimes, Basilio de Aix y Juan de Chalons sur Saone. Lucido asistió, se retractó de su doctrina y abrazó la de Fausto. No contento con pronunciar los anatemas insertos en la carta, añadió algunos contra otras proposiciones que no le habia marcado Fausto en un principio. Dirigió su retractacion á Leoncio, obispo de Arlés, y á otros obispos del concilio, declarando que segun lo que se habia decidido, condenaba: 1.° Al que dice que no se debe unir el trabajo de la obediencia humana á la gracia de Dios.—2.° Al que enseñe que despues de la caida del primer hombre se ha borrado completamente el libre albedrío.—3.° Al que asegure que Jesucristo, salvador nuestro, no ha muerto por todos los hombres.—4.° Al que se atreva á sostener que la presciencia de Dios arrastra violentamente á los hombres á la muerte, y que los que perecen, perecen por la voluntad de Dios.—5.° Al que dice que los que pecan despues de haber sido bautizados legítimamente mueren en Adan.—6.° Al que pretende que unos estan destinados á la muerte y otros predestinados á la vida.—7.° Al que pretende que desde Adan hasta Jesucristo no se ha salvado ningun gentil que esperase la venida de Jesucristo por la primera gracia de Dios, es decir, por la ley de la naturaleza, porque todos han perdido en Adan el libre albedrío.—8.° Al que cree que los patriarcas y los profetas, ó algunos de los santos mayores, han habitado en el Paraíso áun ántes del tiempo de la redencion por medio de Jesucristo.» En algunos ejemplares hay otro anatema contra los que sostienen que no hay ni fuego ni infierno para castigar á los culpables en la otra vida. Lucido, despues de haber condenado todas estas proposiciones como impías y sacrílegas, añadió: 1.° Que confiesa de tal modo la gracia de Dios, que une siempre á esta gracia el esfuerzo y el trabajo del hombre.—2.° Que reconoce que la libertad de la voluntad humana no se halla extinguida ni destruida, sino solamente debilitada y disminuida, de manera que el que se salva ha estado en peligro de perecer y que el que perece ha podido salvarse.—3.° Que Jesucristo, Dios y Salvador nuestro, ha ofrecido en lo que se refiere á las riquezas de su bondad, el precio de su muerte por todos los hombres.—4.° Que

no quiere que perezca nadie, puesto que es el Salvador de todos, en particular de los fieles, y que es rico para todos los que le invocan—5.° Que Jesucristo ha venido por la salvacion de los impíos y de todos los que han sido condenados sin que él lo quisiese.—6.° Que con relacion al órden de los siglos, bajo las leyes de la naturaleza que ha grabado Dios en el corazon de todos los hombres, algunos se han salvado por la fe y la esperanza en el advenimiento de Jesucristo.—7.° Que ninguno ha podido libertarse del pecado original por el mérito de su preciosa sangre.» Añade en una octava proposicion que cree en el fuego del infierno y en las llamas eternas preparadas para los que han perseverado en los pecados capitales. Concluye su retractacion en estos términos: «Santos y apostólicos Padres, pedid por mí. Lucido, sacerdote, he firmado esta carta con mi propia mano. Confieso la doctrina establecida, y condeno la que aquí se condena.» Fausto tuvo sin duda mucha parte en la retractacion de Lucido; pero no nos ha referido cómo fué recibida. Solo sabemos que Leoncio de Arlés le encargó de recoger lo que habia acaecido en el concilio sobre la materia de la predestinacion, y de ponerlo por escrito para poder refutar el error de los que caian en excesos con este motivo, y queriendo refutar la opinion de S. Agustin sobre la gracia, dió en el error de los semipelagianos. Hacia mucho tiempo que se habia declarado contra este santo doctor, y desde el año 449 dijo á Grato que los más doctos tenian por sospechosa la doctrina de este santo Padre sobre la gracia. Aprovechó, pues, la ocasion para combatirla, so pretexto de atacar la de los predestinadores, nombre que daban los semipelagianos á los discípulos de S. Agustin para hacerlos odiosos al público. Desde el principio del primer libro se declara Fausto contra las blasfemias de Pelagio, que dice haber sido refutadas desde mucho ántes por los sabios, anatematizadas por la Iglesia y como pisadas por su autoridad. Manifiesta entre otras abominaciones de su herejía el artículo en que enseñaba que el trabajo del hombre puede bastar sin la gracia. Era esto una consecuencia de sus principios, que el libre albedrío tiene aún toda su fuerza y que no ha sido ni herido ni debilitado por el pecado. Otros sostenian, por el contrario, que el libre albedrío no tiene fuerza alguna despues del pecado, lo que formaba dos opiniones ó más bien dos errores opuestos; sosteniendo los unos, con Pelagio, que basta el trabajo del hombre, y otros que solo la gracia opera en el hombre. Fausto condena igualmente ambos errores, que por ser contrarios no dejan de ser impíos. Dice que el libre albedrío áun ántes del pecado, no se levantaba á sí mismo sin el socorro de la gracia, y con mayor razon despues del pecado. Cita con este motivo estas palabras de Jesucristo, *sin mí no podeis hacer nada*, como propias para combatir el orgullo de los pelagianos. Pelagio añadia que Adan habia sido creado mortal, y que ya pe-

case ó no pecase moriria. Fausto le opone el lugar de la epístola á los romanos, en que dice S. Pablo, *que el pecado ha entrado en el mundo por un solo hombre, y la muerte por el pecado.* Le opone tambien la amenaza que Dios hizo al hombre de castigarle con la muerte tan pronto como hubiese comido el fruto prohibido. Sobre lo cual hace el siguiente razonamiento: «Si Dios no hubiese concedido nada al hombre ántes de su pecado, ¿qué le ha quitado para castigarle por este pecado?» Es preciso observar que Pelagio no hablaba del hombre sujeto á la muerte por la necesidad de su naturaleza, más que porque negando el pecado original, no queria reconocer sino la necesidad de morir como una consecuencia precisa, atribuyendo esta necesidad á la condicion del hombre y no á su prevaricacion. Pero negar el pecado original era quitar todos los motivos de la Encarnacion y aniquilar la gracia del Redentor. Pues suponiendo, como lo suponia necesariamente Pelagio, que abundaba la justicia en la tierra, no era necesario que el médico celestial bajase á ella, porque en este caso no habia ningun enfermo. Pelagio objetaba: «Si el pecado original es borrado por el bautismo, el que nace de dos padres bautizados no contrae este pecado, puesto que los padres no pueden trasmitir á los hijos lo que no tienen.» Fausto responde, en primer lugar, que es ridículo pretenda Pelagio que los padres trasmitan los dones de Dios á sus hijos, miéntras no quiere conceder que les comunican lo que es propio de la naturaleza. En segundo lugar contesta, que los padres engendran segun la carne y no segun el espíritu, ó segun el don que han recibido de Dios, don que es extraño á la sustancia humana. Da como seguro que el pecado original se trasmite por el ardor del placer que acompaña al acto conyugal; lo que prueba porque solo ha sido exento del pecado original el que ha sido concebido por el Espíritu Santo, y no por los medios comunes, y tambien porque Adan y Eva, formados sin el comercio de dos personas, estuvieron en su origen exentos de pecado. Objétase que hacer al matrimonio la causa de la trasmision del pecado original es hacer odioso al matrimonio y condenarle; á lo que contesta, que siendo el matrimonio instituido por Dios, no tiene en sí mismo nada de vituperable; pero que lo que ha añadido el hombre con su prevaricacion es digno de reconvencion. La generacion hubiera sido casta, si no hubiese existido la transgresion. Sucede con el matrimonio lo que con un vestido blanco que se mancha de tinta; puede continuarse usando, pero ha perdido ya su belleza y esplendor. Despues de haber combatido á Pelagio, ataca Fausto á los que dicen que el hombre se salva por solo la gracia sin cooperar á ello con su trabajo. Les pregunta si es permitido no hacer nada al hombre, á quien el mismo Dios habia ordenado trabajar en el Paraíso terrenal. Viniendo despues á los que decian que unos estan predestinados á la muerte y otros á la vida, los combate sosteniendo que esta

opinion hacia innecesario el socorro de las oraciones: «¿Qué tendrá, dice, que esperar el que ha sido adoptado por la gracia? Y por el contrario, ¿cómo al que ha condenado una predestinacion fatal, no perderia toda esperanza? En el uno no hay falta, en el otro no tiene lugar la gracia. Así la justicia de Dios se halla en peligro en ambos. Este será reprobado sin haber cometido ningun crímen que lo merezca, y aquel se salvará sin haberlo merecido por su fe, es decir, que se da la salvacion al que no la busca, y que se priva de ella al que trabaja para obtenerla. Pero decir que debe pedir porque ignora el lugar en que se halla colocado, si entre los elegidos ó entre los reprobados, ¿quién no creerá, añade Fausto, que esto es responder con prudencia y sabiduría? Pero continúa: ¿de que sirve al hombre rezar, pues se halla absolutamente destinado á uno de estos dos estados? Pues aunque ignore á cuál de ellos se le destina, no ignora sin embargo que ambos son fijos é inmutables. Nuestro adversario habla de S. Agustin, confiesa que ó es inútil orar, ó reconocer que no hay ninguna ley ó decreto de Dios que haya decidido nuestra perdicion. Enseñando que uno está reprobado desde su orígen, y que el otro está elegido en la predestinacion, ved dónde le precipita esta falsa persuasion, ¿pues qué otra cosa dice sino que ni unos ni otros necesitan recurrir á la oracion? En efecto, la oracion no seria necesaria á los que estan predestinados á la vida, y no puede ser útil á los que estan predestinados á la muerte. Con respecto á los predestinados, la oracion será supérflua, y con respecto al reprobado lo será tambien, pues no podia librarle de su desgracia. Si cree, pues, S. Agustin que debemos recurrir á la oracion, añadiendo que si no fuese necesaria, el mismo á quien debemos pedir no nos hubiera dado la fórmula; en fin, que si fuera verdad, como ha dicho un santo, continúa hablando de S. Agustin, que uno fuese destinado á la perdicion y otro á la gloria, no naceriamos para ser juzgados, sino lo seriamos desde nuestro nacimiento. Prueba que nuestras buenas obras no son de tal manera obra de la gracia, que no lo sean tambien nuestra, y que si se ha debilitado el libre albedrío por medio del pecado, como se debilita un hombre con una larga enfermedad, no se ha destruido de manera que con el socorro de la gracia pueda pasar del mal al bien, de la iniquidad á la justicia, de la impureza á la castidad. Explica lo que dice S. Pablo hablando de la eleccion de Dios: *No depende ni del que quiere ni del que corre, sino de Dios que hace misericordia de las obras de la ley*, añadiendo que el Apóstol en este lugar tiene por objeto reprimir el orgullo de los judíos, que se lisonjeaban de haberse justificado por solo la observancia de ley de Moisés. Para manifestar despues que la predestinacion de los elegidos no se opera gratuitamente, se detiene en estas palabras del Evangelio: *El Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre, y entónces recompensará á cada uno segun*

sus obras. Observad que cuando dice *sus obras*, quiere decir que el autor de la gracia ha puesto la salvacion del hombre, no en la predestinacion del Criador, sino en las obras de la criatura, y que como ha formado en cada hombre una mano derecha con el poder de extenderla donde le plazca, áun á objetos diferentes, de la misma manera ha puesto en cada alma el sentido de la razon y el albedrío de la voluntad, dejándole poder de usar de ella, ya para el bien ya para el mal; de modo que no puede decirse que haya dado á uno el amor al bien y la justicia, y que se lo haya negado á otro, habiendo concedido á todos los hombres la voluntad de dirigirse donde les parezca bien, como ha dado á todos ojos, manos y pies, para usar de ellos segun su gusto. Compara la justicia ó la salvacion á una fuente colocada en medio del mundo, donde es permitido á cada uno ir á beber, como un beneficio no personal, sino general y público. El que no va á ella á beber, se hace culpable para con el que ha hecho naciera esta fuente para uso de todos. Añade que si hay, como lo pretenden sus adversarios, un decreto especial relativo á la salvacion del hombre, no concibe cómo podrá Dios juzgarlos á todos el dia del juicio. Da por razon la imposibilidad en que se hallan los pecadores de hacer penitencia y de convertirse, si la suerte de los elegidos y de los reprobados estuviese decidida por la predestinacion, como lo pretende el destructor del libre albedrío, S. Agustin, á quien ataca principalmente. Continúa: Puesto que el destructor del libre albedrio asegura que todas las cosas estan fijadas y arregladas por la predestinacion, aniquila el soberano remedio de la penitencia, ¿y cómo se atreveria á predicar la gracia el que niega la misericordia? ¿Cómo me ordena la Sagrada Escritura huir el mal y hacer el bien, si no está en mí poder evitar el mal? ¿Y cómo el que ha publicado la ley me exhorta á cambiarme, si el mismo Criador me ha impuesto una ley que me es imposible observar? Que nadie vele, ayune, ni rechace los ataques de la voluptuosidad con la compuncion y la abstinencia: tales son las consecuencias que deduce Fausto del sistema de la predestinacion. Que nadie emplee la mortificacion para pelear con los vicios exteriores, ni la afliccion saludable para remediar los males interiores. Que nadie se oponga á la avaricia, ni desee el trabajo y las maceraciones del cuerpo, remedios á los crímenes, y no tome fuerzas de la cruz para rechazar al enemigo armado de los encantos de la voluptuosidad carnal; pero que por el contrario, se exponga á descubierto á los inflamados rayos del enemigo. Que nadie rescate con limosnas las deudas que le sujetan á la muerte eterna; que nadie se aplique á curar sus enfermedades espirituales por medio de obras de misericordia y de justicia, sino que lo abandone todo para el dia del juicio. Hé aquí, dice Fausto, dónde le conduce el sistema del que pasaba anteriormente por el defensor de la gracia; pero que en la

actualidad, quitando á los hombres el medio de salvarse, se encuentra es el enemigo de la gracia, por la cual se llega á la salvacion, y es evidente que ha entrado en los consejos del diablo para procurar con él la pérdida de la mayor parte de los hombres. Para manifestar que no se verifica el decreto de la predestinacion dice: que segun la Sagrada Escritura, hay hombres que de vasos de infamia se convierten en vasos de honor, y que resucitan á la gracia despues de haber estado muertos durante muchos años. Con cuyo motivo cita el ejemplo del hijo pródigo, cuyo padre dice que fué resucitado despues de haber estado muerto. Hé aquí cómo explica este lugar de S. Pablo: *Haré misericordia á quien me plazca.* Haré misericordia al que conozca que es justo, cuya fe haya experimentado, lo mismo que su obediencia á mis preceptos y mi voluntad. Objétase si el decreto de la predestinacion no ha tenido lugar, ¿por qué de muchos niños los unos son bautizados, miéntras los otros mueren sin bautismo? A esto no responde más que con injurias contra sus adversarios, y diciendo que no nos pertenece el querer profundizar los secretos de Dios. Da como principio cierto que todos los que han buscado á Dios, le han encontrado, y los que no le han encontrado en la apariencia es porque no le han buscado. *Nadie*, dice Jesucristo, *viene á mí, si mi Padre que me ha enviado no le atrae.* Fausto conviene que no se puede negar en que la misericordia de Dios se haya dado á todos. Quiere que este modo de hablar del Salvador no sea más que para humillar el orgullo del que atribuye su salvacion á sus propias fuerzas, y que presume de su trabajo con impiedad, que por lo demás la gracia obra sobre el hombre, no como se pone una piedra en lugar de otra, sino como se da la mano al enfermo que la pide para ayudarle á levantarse. La voluntad, dice, pide socorro, pues el enfermo no puede levantarse por sí mismo. Así es cómo el Señor invita al que quiere ir á él, atrae al que le desea, levanta al que hace esfuerzos para levantarse por sí mismo. ¿Pero qué es esto de atraer á Dios, sino predicar la verdad á los hombres, invitarlos por el consuelo de las divinas Escrituras, asustarlos con amenazas, proponerlos cosas deseables, amenazarlos con los suplicios y el juicio final, y prometerles todo género de recompensas? Aunque hubiese Dios conocido que no todos obedecerian á su voz, á sus invitaciones, ha dado, sin embargo á todos el poder de querer y obedecer. Conforme es un efecto de la gracia que sea atraido el hombre, así es tambien un efecto de su obediencia, porque sigue la voz del que le llama. Al fin del libro primero, y al principio del segundo, trata Fausto del endurecimiento, de que acusa no á Dios, como hacian sus adversarios, sino al mismo pecador, diciendo que de la asiduidad en el pecado, nace la desesperacion, y de la desesperacion el endurecimiento. No deja de decir que la clemencia de que Dios usa para

con los pecadores, esperando hagan penitencia es ocasion de su endurecimiento. Dícelo expresamente de Faraon, que se endurecia á medida que disminuia Dios el rigor de las penas con que castigaba sus crímenes. En Dios la presciencia no impone ninguna necesidad al hombre de obrar bien ó mal. Pero la presciencia es una cosa, y la predestinacion otra. La presciencia preve las acciones, la predestinacion prepara las recompensas. La una pertenece al poder de Dios, la otra á la justicia. Pero ni la presciencia ni la predestinacion tienen influencia alguna en la accion prevista. Dios preve el homicidio, ¿se dirá que inspira la voluntad del asesino, ó que detiene el brazo de la víctima? Fausto opina que la muerte que obtuvo á los santos Inocentes la vida eterna no fué consecuencia de su predestinacion. «No es Dios, dice, quien dispuso su muerte, fué ordenada por el poder del enemigo; pero como sabe sacar el bien de los mismos males, hizo convertirse en gloria de los niños muertos el crimen de su perseguidor.» Fausto rechaza con desprecio la doctrina de los que enseñan que Dios es misericordioso para aquellos á quienes él salva, y justo con los que deja en el fango de la perdicion. «Si es verdad, dice, como se pretende con una impiedad llena de blasfemias, que Dios sin consideracion á la justicia, dispone por su omnipotencia de la suerte del hombre, podrá quizá acaecer que al que haya llamado no entre, y que el que haya sido buscado será atraido á la salvacion; y de aquí el que no aparezca la misericordia de Dios con respecto á los que se han salvado, porque se habrán salvado sin haberlo merecido; y con respecto á los condenados, Dios no podrá pasar por justo, porque se habrán visto privados de su misericordia, sin haberla merecido por ningun crimen que la sea propio. Si ambos son culpables por la naturaleza, desaparecerá la justicia con respecto al que es elegido, siendo indigno de ello, y no habiendo hecho nada para merecerlo; lo mismo sucede con la misericordia, no subsiste con relacion al que está condenado á perecer sin que se haya tenido miramiento á su pecado. ¿Qué misericordia salva al ocioso y al perezoso? ¿Qué justicia condena al inocente? Concluyamos que este sistema conduce á dos cosas: á quitar de una parte, por medio de una ignorancia grosera, la libertad al hombre, y por otra, á llevar la impiedad hasta negar á Dios la justicia. Si pretendeis, añade Fausto, que la misericordia se manifieste con respecto al predestinado, y la justicia con respecto al reprobado, sostengo que estas dos virtudes se confunden entre sí. Pues no hay justicia en elegir para el cielo al que no ha dado pruebas de su mérito, y no hay ni bondad ni misericordia en condenar al que no lo ha merecido.» Quiere, por lo tanto, que la misericordia esté unida siempre en Dios con la justicia, tanto con respecto á los buenos como á los malos, porque los ha dado indiferentemente la luz de la razon, los ha formado igualmente á su

imágen, y los ha llamado generalmente á la gracia de la redencion. Se lee en S. Juan que los judíos no podian creer, porque, conforme se dice en Isaías, *Dios ha cegado sus ojos y endurecido su corazon.* Fausto pretende que la ceguedad y el endurecimiento de los judíos no tenian otra causa más que sus crímenes, y que si se dice que Dios no ha querido curarlos, es como si se dijese que no han querido curarse, porque Dios no niega la salud á quien la desea. Aplica á los judíos y á los gentiles lo que se dice de Jacob y Esaú, en la epístola á los Romanos: «Antes que hubieran nacido y ántes que hubiesen hecho ningun bien ni ningun mal, para que el decreto de Dios permaneciese firme segun su eleccion, no á causa de sus obras, sino á causa de la eleccion de Dios, se dijo á Rebeca: *El mayor quedará sujeto al más jóven; he amado á Jacob y he odiado á Esaú*; y aunque conviene en la oscuridad del pasaje, le explica fácimente diciendo, que Dios no ha decidido de la suerte de los pueblos hasta despues de haber previsto sus acciones. Añade que estas palabras, *no á causa de las obras, sino á causa de la eleccion de Dios*, no significan que estos pueblos no hayan hecho ninguna obra buena, sino únicamente que no se han salvado por las obras de la ley. Despues refuta Fausto la opinion de los que por la semejanza á que fué hecho el primer hombre, entendian la de Jesucristo, que debia nacer de una Virgen. Manifiesta que esta semejanza consiste en ser hecho á imágen de Dios, como se lee en la Sagrada Escritura, es decir, en la justicia, en la razon, en la sabiduría y en la inmortalidad: toma de aquí ocasion de tratar de la ley de la naturaleza, á que llama la primera gracia de Dios, y de manifestar con diferentes ejemplos que los santos patriarcas Abel, Enoch y los demás, han entrado en el vestíbulo de la salvacion, esperando á ser introducidos por Jesucristo hasta el mismo interior de la felicidad. Pero queriendo manifestar Jesucristo con el ejemplo de Job y de algunos otros, que la ley de la naturaleza no se hallaba extinguida, como tampoco en el pueblo de Dios, sostiene que la fe se hallaba unida á esta ley, y que se reconviene con justicia á los infieles por su incredulidad, porque podian creer en cuanto tenian libre albedrío, que es la razon de recompensar al que cree y de castigar al que no cree. Así, segun Fausto, la fe nace del libre albedrío; la atribuye dos acciones diferentes, la una para la salvacion, la otra para la condenacion del hombre; y dice que ejerce ambas no solo en los que son regenerados por el bautismo, sino tambien en los que no lo son; porque el libre albedrío es un don de la naturaleza, y la regeneracion un don de la gracia: por esto sostiene que los infieles han conocido á Dios por solo las fuerzas de la razon, con cuyo motivo cita la respuesta del rey Nabucodonosor á Daniel: *Verdaderamente vuestro Dios es el Dios de los Dioses y el Señor de los Reyes.* Fausto habia dirigido su obra á Leoncio de Arlés en una carta en forma de prefacio ó epístola

dedicatoria. Se ha separado en la *Biblioteca de los Santos Padres* de la edicion de Lyon, y se la ha dado el título de *Profesion de fe*, sin saberse el motivo, pues no es más que una recapitulacion de sus dos libros, de la gracia y del libre albedrío, aunque no expone más que los principios generales. Es evidente que Fausto no lo escribió hasta despues de haber dado la última mano á este escrito y haberle aumentado con la refutacion de algunos nuevos errores, que habian aparecido en el intervalo que hubo entre la celebracion del concilio de Arlés y el de Lyon. Lo que manifiesta él mismo en términos expresos. Su obra no obtuvo la aprobacion que él esperaba, y si se exceptua Gennadio de Marsella, que pensaba como él sobre la gracia y el libre albedrío, halló adversarios casi en todas partes. El papa Gelasio puso sus escritos en el número de los apócrifos, y aunque Hormisdas no quiso declararse desde luego contra Fausto, le excluyó sin embargo del número de los Padres á quienes es preciso tomar por jueces en las dificultades que se elevan sobre la doctrina. No le recibimos, dice, en el número de los Padres, y los que no son recibidos entre los Padres en la Iglesia católica, no pueden ocasionar ambigüedad alguna en la doctrina ni ocasionar perjuicio á la religion. En cuanto á lo que la Iglesia romana, es decir, la Iglesia católica, sigue con respecto al libre albedrío y la gracia de Dios, aunque se encuentra en los escritos de S. Agustin, hay artículos expresos en los archivos de la Iglesia. Habiendo suplicado Juan Majencio que los examináran á los obispos de Africa relajados en Cerdeña, creyeron que Fausto atacaba artificiosamente la gracia, y que favorecia á los pelagianos de una manera encubierta afectando ser católico. S. Fulgencio, que era uno de estos obispos, refutó en siete libros los dos de Fausto, para impedir que se esparciese el secreto veneno que contenian. S. Isidoro de Sevilla, que habla de esta obra de S. Fulgencio, dice que destruia la sutilidad profunda y artificiosa de Fausto, cuyo objeto era apoyar la herejía pelagiana. En una palabra, su obra fué atacada en todo el mundo cristiano. S. Avito, obispo de Viena, y S. Cesario de Arlés, á cual más ilustres ambos en las Galias por su saber y por su virtud, le refutaron públicamente. El papa Félix, á imitacion de sus antecesores, la desechó, y tuvo igual suerte en Oriente, donde fué condenada por todos los ortodoxos y refutada por un sacerdote de la iglesia de Antioquía, de manera que no hubo lugar para defender, ni justificar su doctrina, pues quiere que la fuerza, la luz y la salud del libre albedrío, procedan de la naturaleza y no de Jesucristo; miéntras S. Agustin y todos los católicos enseñan que la luz, la fuerza y la salud del libre albedrío proceden de Jesucristo y por Jesucristo. Fausto, sin embargo, murió en la paz y la comunion de la Iglesia, y es honrado como santo en algunas diócesis. Seria de desear que sus apologistas hubiesen probado, como han sostenido,

que sus escritos han sido alterados y corrompidos. Se ha creido por mucho tiempo que el libro del Espíritu Santo, citado por Gennadio en el catálogo de las obras de Fausto, se habia perdido. Pero parece que no puede dudarse que es el que se ha impreso muchas veces con el nombre de Pascasio, diácono de la Iglesia romana, como se dice en el artículo de Pascasio. Gennadio atribuye tambien á Fausto un pequeño tratado en que probaba, contra los arrianos y los macedonianos, que la Trinidad es consustancial. Añade que habia escrito otro contra los que dicen que hay algo incorpóreo en las criaturas, y que esta cualidad pertenece á solo Dios. Pero es evidente que Gennadio distingue estos dos tratados, y debe creérsele pues dice que los habia leido; además, en esta carta se trata ménos de establecer el misterio de la Santísima Trinidad contra los arrianos y macedonianos, que de responder á las dificultades que presentaban los primeros contra la divinidad de Jesucristo. Es mejor decir que además del pequeño tratado de Fausto sobre la Santísima Trinidad, y la carta 16.ª en que estableció la fe sobre la Santísima Trinidad y su opinion sobre la corporalidad de los séres creados, habia compuesto otro sobre la misma materia, que no tenemos ya. Algunos pretenden encontrar el tratado de Fausto sobre la Santísima Trinidad en la homilía XXXVII, de las que llevan el nombre de Eugenio de Emesa, ó en otro escrito impreso bajo el nombre de Fausto en París en 1586, é intitulado: *Respuestas á algunas objeciones sobre la fe.* El estilo y los razonamientos favorecen bastante esta opinion. El sermon 234, que es el segundo sobre la fe católica, entre los que se han atribuido á S. Agustin, no es más que un extracto de este tratado, que en la edicion del *Antídoto contra todas las herejías* (Basilea, 1528) lleva por título: *De la razon de la fe.* Gennadio cita entre las cartas de Fausto una que está dirigida á Félix Patricio, prefecto del pretorio, hijo del cónsul Magno, que habia abrazado el estado religioso. Habla de esta carta como de una enérgica exhortacion al temor de Dios, propia para las personas que siguen la penitencia con plena y sincera voluntad. Se ha impreso con los demás escritos de Fausto en la *Biblioteca de los Santos Padres.* Félix se hallaba á la sazon cerca de Leoncio, obispo de Arlés, para recibir sus instrucciones y edificarse con el ejemplo de sus virtudes. Aunque parecia no tener necesidad de otros avisos por la manera de que debia vivir, Fausto no dejó de dársele porque se lo habia pedido Félix. Los tres remedios que le prescribe para librarse del pecado son: la confesion de los que se han cometido ya, el temor del juicio final y el terror del fuego eterno. Se habla del tiempo de la noche como el más á propósito para la oracion y la meditacion, pero quiere que despues de este tiempo de silencio se consagre á la lectura hasta la hora de tercia, y que haga los ejercicios espirituales con tanta moderacion, que de-

see continuarlos siempre sin cansarse nunca. Indica desear que le asocie Dios dos amigos fieles, con los cuales pueda hacer sus ejercicios de dia y noche, ó al ménos recibir dos veces á la semana la visita de alguna persona que pueda darle consejos espirituales. Con respecto á los ayunos, le prescribe que los haga en invierno un dia si y otro no; pero le da á entender, que acortando su comida y bebida, debe reprimir tambien las pasiones de la carne y mortificarla, no dándola más que lo necesario. Le aconseja no cambiar de repente la manera ordinaria de vestirse, sino hacerlo por grados, por temor de que su corazon no se enorgulleciese de un cambio tan repentino, y su orgullo no tomase fuerzas en una humildad tan grande. Dice que podrá vencer con facilidad las tentaciones de la vanagloria, dirigiendo una mirada á su vida anterior. Le hace en pocas palabras el retrato del santo Job, para animarle á evitar en lo sucesivo toda clase de pecados, en su sencillez, en su constancia, que ningun acontecimiento de la vida puede hacer vacilar. Tenemos cinco cartas de Fausto á Ruricio, obispo de Limoges, pero ántes que fuese elevado á esta dignidad. Contienen diferentes dictámenes que le habia pedido Ruricio sobre la conducta que debia observar, ya en el uso de los bienes temporales, ya en los ejercicios de piedad. En la primera de estas cartas saca de las palabras de la Epistola á los hebreos, *El hijo es el esplendor de la gloria de Dios*, un argumento en favor de la eternidad del Verbo, diciendo, que como Dios no ha estado nunca sin esplendor, de la misma manera el Padre no ha estado nunca sin la majestad del Hijo; y que como los nombres del Padre y del Hijo son coeternos, pues si el Hijo no hubiera nacido el Padre no podria llamarse Padre; de la misma manera la eternidad del Padre es una prueba de la eternidad del Hijo: el Hijo es del Padre, pero no es posterior al Padre, como no se puede decir que la faz del hombre sea posterior á su cabeza porque nace de la misma cabeza. Igual comparacion se halla en el capítulo V del libro I sobre el Espíritu Santo; lo que prueba tambien que se debe atribuir este tratado á Fausto más bien que á Pascasio. Hay otros muchos escritos de este obispo, que se han atribuido á otros además de él, y no puede dudarse que es autor de la mayor parte de los sermones ú homilías que llevan ordinariamente el nombre de Eusebio de Emesa. Hay que poner en este número las dos homilías sobre el Nacimiento de nuestro Señor; la cuarta sobre la Epifanía ó los siete hermanos Macabeos; la sexta, novena, décima y undécima sobre la Pascua; sobre el buen Ladron; la segunda sobre la Ascension, sobre la Trinidad, sobre S. Máximo, su predecesor en el obispado de Riez y en la abadía de Lerins; las diez homilías á los monjes, si se exceptuan la quinta, sexta, novena y décima, que se hallan entre la de S. Cesario de Arlés y que parecen de su estilo, y la homilía sobre la fiesta de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo. Todas estas homilías son del mismo

estilo que las dos sobre el Símbolo, que se cree ser de Fausto de Riez por la sensible razon de que tienen en el prefacio dos libros del Espíritu Santo, que pueden pasar como de este obispo. Se le atribuye tambien la homilía sobre la viuda que ofreció dos óbolos, mas parece que su autor era solo un simple sacerdote y que hablaba de órden de su obispo, á no ser que Fausto la predicára á presencia de su metropolitano á ruego suyo. Algunos años despues se publicó otra sobre la Pasion, en que se dice que habia sido figurada en Abel, Isaac, Jonás y la tumba de Eliseo. Su estilo es más claro que el de Fausto, pero la doctrina sobre la gracia es la misma. Esta homilía lleva el nombre de Faustino en el manuscrito de donde está tomada. Tenemos otra bajo el nombre de Faustino en el Espicilegio, que tiende á justificar los ayunos de supererogacion, es decir, de los cinco dias que se añadian á la cuaresma. Eneas, obispo de París, refiere un fragmento en su tratado contra los griegos. Hay otro tercero, con el nombre del obispo Faustino, en la *Biblioteca de los Santos Padres*. Es una exhortacion para usar de los bienes de este mundo y de la misma vida para llegar á una mejor. Todavía se lee el nombre de Faustino al frente de una homilía contra la fiesta de las Calendas de Enero. El autor describe muy patéticamente las faltas que se cometian en aquellos dias, y exhorta á sus oyentes á manifestar su aversion por su exactitud en observar el ayuno, que habian establecido sus predecesores en aquel mismo dia, para oponerle á las disoluciones de que iba acompañada la fiesta de las Calendas. Esta homilía se encuentra en la coleccion de Bolando en 1.° de Enero. Hé aquí otras homilías que se atribuyen á Fausto. La de San Honorato, impresa entre los discursos que llevan el nombre de S. Eugenio, una sobre el dia de la Pasion, que es el sermon 153 del apéndice del tomo V de S. Agustin; una sobre la Natividad de S. Juan Bautista, que es la primera que hay sobre esta festividad en el apéndice. Tenemos otras cuatro en la *Coleccion de las reglas de S. Benito de Aniano*. El tercero es el octavo de los diez sermones á los monjes, impresos en la *Biblioteca de los Santos Padres*, entre los que se suponen ordinariamente de Eusebio de Emesa. El P. Sirmond cita un sermon de Fausto sobre la revelacion del cuerpo de S. Esteban, pero no ha hecho imprimir más que el principio. Se ve por las cartas de Sidonio Apolinar, que habia asistido á un sermon predicado en la dedicacion de la iglesia que hizo edificar S. Paciano, obispo de Lyon, en 470. Tenemos tres sermones sobre este asunto, entre los de Eusebio el *Galo;* quizá el de Fausto es uno de ellos? ¿Pero habria omitido que predicaba delante de muchos obispos y de órden suya? No debemos lisonjearnos de poseer todos los sermones ni todos los escritos de Fausto, ni áun de poder decidir con seguridad si todos los que se le atribuyen son ó no suyos; no habiendo más que un corto número que lle-

van su nombre, ya en los manuscritos, ya en los impresos. Gennadio, que escribia en la misma época que Fausto, conviene en que no habia visto todas sus obras. Así nos da el catálogo de una parte de ellas; es decir, de las que habia leido él mismo. No tenemos ya la de que habla Sidonio con tanto elogio. Se hallaba escrita en forma de diálogo, estando dividida en cuatro libros, segun las diferentes materias que en ellos se trataban. Fausto le habia enviado con algunos otros de sus escritos á sus compatriotas los bretones. Fausto habia redactado tambien algunas memorias para la historia del obispo Maximo, su antecesor. Pero habiéndoselas pedido el patricio Dinamo para ayudarle á hacer la vida de este santo obispo, se encontraron roidas por los gusanos, ó podridas por la humedad. Este hecho prueba, segun parece, que se haria poco caso de los escritos de Fausto, y quizá tambien que no se tenia cuidado de ellos. Ignórase lo que es el libro contra los antropomorfitas que le atribuye Tritemio. Parece que no le habia visto este escritor, pues no refiere su principio, como lo hace ordinariamente con las demás obras que habia leido. Canisio ha insertado en sus *Lecciones antiguas* una exhortacion, que lleva el nombre de Fausto en el manuscrito de donde la ha tomado. Cree que es necesario leer á Fausto, pues no se atreve á asegurar sea el de Riez. La materia de esta exhortacion es la obligacion en que nos encontramos de prepararnos á dar cuenta de nuestras acciones con diario exámen, castigándonos por nuestras faltas, y examinando no solo las diferentes maneras de que hemos pecado, sino tambien si hemos trabajado en adelantar en la perfeccion. El estilo de esta pequeña pieza es más sencillo y popular que el de Fausto; se acerca mucho al de S. Cesario de Arlés, por lo que se la coloca la 38.ª en el apéndice del tomo V de S. Agustin. Hablando Sidonio Apolinar de los escritos de Fausto, dice que eran importantes por la diversidad de asuntos, por la fuerza y la elevacion con que los trataba, y por el órden con que los habia colocado bajo diferentes títulos, y los ejemplos que daba; que trataba con gravedad las cosas sérias é importantes; que examinaba cuidadosamente las que son oscuras y difíciles; que apoyaba sólidamente las que estan contestadas, y que disputaba con prudencia sobre las que dependen del razonamiento; que tan pronto brillaba su discurso por su vigor y energía, como por su dulzura y gracias; pero edificante y elegante siempre, elocuente al mismo tiempo que sólido, de modo que no habia nada tan bien trabajado en los escritos de los que tienen más talento y elocuencia. Pero este elogio se refiere especialmente á una obra de Fausto que no existe ya, y que estaba, como acabamos de decir, escrita en forma de diálogo y dividida en cuatro libros. No se encuentra ni tanta elegancia, ni tanta solidez, ni tanto acierto en las demás que de él nos quedan, ya porque Fausto haya puesto en ellas ménos cuidado, ya porque la materia

que trata haya sido ménos proporcionada á su capacidad. Lo mejor de sus escritos es una carta á Patricio. Es oscuro en lo que escribe sobre la naturaleza del alma y de la gracia. Sus dos libros sobre la gracia y el libre albedrío fueron impresos en Basilea en 1555, entre los ortodógrafos, y en 1569, de donde han pasado á las *Bibliotecas de los Santos Padres*, con sus demás obras, y á la *Coleccion de los teólogos antiguos de Francia*. La obra sobre el Espíritu Santo fué impresa con el nombre de Pascasio, diácono de la Iglesia romana, en Basilea, en 1539; en Helmstad, en 1613, y despues en Paris, en Lyon, y además en la *Biblioteca de los Santos Padres*. Se encuentra tambien en esta coleccion las cartas y otros escritos de Fausto publicados por Canisio y despues por Basnage en la nueva edicion de las *Lectiones antiquæ* de Canisio; Amberes, 1725. En el tomo IX de la nueva coleccion del P. Martenne se encuentran seis homilías bajo el nombre de Fausto, cuatro de las cuales habian sido impresas ya con una traduccion francesa frente al texto, en la segunda parte de la *Historia de Boecio*, por el abate Gervasio, obispo despues de Horen; París, 1715, en 12.° El traductor y editor ha unido notas sobre la doctrina de Fausto relativa á la gracia, poco conformes á lo que hemos manifestado hasta aquí, á las opiniones de este obispo sobre estos asuntos. La homilía sobre S. Máximo se ha publicado en latin y francés en 1644, en 4.° — S. B.

RIFFER, general de los Cartujos, fué elegido prior de la Gran Cartuja y XIV general de la órden de la Trapa en 1278, despues de la muerte de Bernardo de la Tour. Ignórase el lugar y año en que nació, como tambien quiénes fueron sus padres, y tampoco se sabe la época en que abrazó el estado monástico, pero su generalato es memorable por los privilegios que obtuvo su Orden del papa Clemente IV, y por una revision solemne de los estatutos claustrales. Los que habia redactado Guignes I, hácia 1128, más bien que un código eran una exposicion histórica de lo que se practicaba en la Gran Cartuja. Estas reglas ó costumbres no se observaban uniformemente en todos los monasterios de la Orden. El capítulo general celebrado en 1259, pidió una redaccion más metódica y más precisa, que reuniese y armonizase todos los artículos para poder encontrarlos con más comodidad, recordarlos con más facilidad y hacer en fin las adiciones y supresiones necesarias: *Visum est capitulo generali, quod omnes consuetudines et statuta nostri Ordinis simul in unam, quantum possibile est, aggregarentur consonantiam, ut invenire citius, et facilius possent memoriæ commendari; si qua vero addenda essent, adderentur; si qua demenda, demerentur*. En estos términos refiere Riffer este decreto, al principio del código que redactó para poner en ejecucion lo que se habia resuelto. Dividió su trabajo en tres partes: la primera contiene cincuenta y seis capítulos ó artículos; la segunda, treinta

y dos; la tercera, treinta y cuatro. La primera trata de la celebracion de los oficios divinos; la segunda, de los monjes cartujos; la tercera, de los hermanos conversos y de las religiosas. A pesar del cuidado que puso Riffer en completar y disponer mejor esta coleccion, Guillermo Raynaud, XXV general de los Cartujos, dió otros nuevos estatutos á últimos del siglo XIV. La diferencia entre estas reglas y las de Guignes, primer código sobre el que se fundaron despues los otros, no consiste más que en cambios ó enmiendas de poca importancia hoy para la ciencia histórica. Los cartujos continuaron reverenciando las reglas y las tradiciones que tenian de su primitivo superior, declarando despues de haber recibido las de Riffer, que aunque se hubiesen hecho algunos cambios á las prácticas prescriptas ó recomendadas por Guignes, se debia conservar el texto intacto en todas las casas, restablecer los pasajes que se hubieran borrado ó alterado, y leerle completo en comunidad todos los años bisiestos. Además de estas lecturas cuadrienales, se prescribian otras más frecuentes, pero reducidas á ciertas partes de la regla y en asambleas mucho menores. El prólogo de Riffer comienza por estas palabras: *Incipit prologus in explanationem statutorum Ordinis Carthusiensis;* y el texto comienza por estas líneas: *Quia statuta Ordinis diffusa sunt et multiplicata, et ex eis quædam revocata sunt, et quædam retractata, seu in melius mutata*, etc. El P. Grior ha comprendido este mismo código en su *Coleccion de los Estatutos de los Cartujos*, impresa en Basilea por Amerbach, en 1510 en fólio, edicion rara de que es difícil encontrar ejemplares completos. Los Estatutos de Riffer se hallan en el tomo I de los *Annales Ordinis Carthusiensis*, en fólio, impresa en 1683 ó 1687 por Fremon, en la Correrie, lugar próximo á la Gran Cartuja. El autor ó editor de estos *Anales* fué el prior P. D. Inocente Masson, por cuyo cuidado se reprodujeron despues estos Estatutos, en 1703, en París, por Dezallier, en un volúmen en fólio intitulado: *Disciplina Ordinis Carthusiensis, in tres libros distributa.* No existe otro escrito de Riffer más que el que acabamos de indicar. Murió en 29 de Agosto de 1267 en olor de santidad, mencionándole Petreyo, Morot, la *Antigua Galia Cristiana*, Oudino, Fabricio, etc. —S. B.

RIGA (Pedro de), canónigo de Reims. Durante todo el siglo XIII y en tiempos posteriores, Pedro de Riga ha sido considerado como un excelente poeta latino, y sin embargo, sus contemporáneos no se han cuidado de conservar ni de dejar ninguna noticia relativa á su vida. Así es que se ignora con precision el año de su nacimiento, pero es segurísimo que floreció hácia fines del siglo XII. Segun el parecer de algunos autores, habia nacido en Vendome, y cursado y seguido sus estudios en Paris. En seguida fué nombrado canónigo y chantre de Santa María de Reims, y poco despues canónigo regular de la órden de S. Agustin, en la abadía de S. Dionisio de

la misma ciudad, y murió en el año de 1209. Sobre este dato anuncia Alberico su muerte en los siguientes términos: *Remis moritur quidam Sanctus canonicus regularis Sancti Dionisii, magister Petrus Riga, cognominatus Bibliotheca.* Debe sin duda alguna la grande reputacion de que ha gozado durante mucho tiempo á una paráfrasis en versos latinos del Antiguo y Nuevo Testamento, á la cual el mismo Riga dió el título de *Aurora*. Igualmente obtuvo el dictado de *Biblioteca*, ó sea el sobrenombre que indicaba el objeto de su poema (la Biblia), y puede ser tambien se le diese aquel cognomento, por juzgársele dotado de grandes y vastos conocimientos en todos los ramos del saber humano. Más tarde este nombre fué dado ó concedido, no al autor, sino á su poema, que en muchos manuscritos es conocido con el nombre de *Aurora*, y en muchos otros con el de *Biblioteca*. La *Aurora* contiene más de quince mil versos, el autor se da á conocer desde el principio por una especie de epígrafe que precede á un prólogo en prosa, y de que se tratará en seguida:

¿Scire cupis, lector, quis codicis istius auctor?
Petrus Riga vocor, cui Christus Petra Rigat cor.

En el prefacio declara que ha emprendido esta obra movido de las vivas y reiteradas instancias de sus condiscípulos, *soladium suorum*, y anuncia al mismo tiempo que reune en su poema á los sucesos históricos que refiere la Biblia, el sentido alegórico, destinado á esclarecer la oscuridad de los hechos; de este modo, dice, *ahuyenta la Aurora las tinieblas de la noche.* Siendo esta la plausible razon por la que ha intitulado su libro *Aurora*. Pero además hay otra razon que tener presente todavía, y es, que no habiendo llegado al término de concluir una obra de tanta extension, sino con mucha pena en un trabajo tan laborioso, ha podido justamente, añade el mismo autor, dirigir á su libro las palabras que un ángel dijo á Jacob despues de su combate nocturno: *Aurora est, dimitte me.* Es de creer igualmente que este grande poema haya salido bastante imperfecto de las manos de su autor, y puede ser tambien que por aquel entónces le hubiese publicado por fragmentos ó retazos. Giles de París *(Ægidius Parisiensis)* parece que fué el que reunió todas sus partes, las coordinó, corrigió los pasajes defectuosos, y áun le hizo numerosas adiciones. Esto es lo que se ve y deja conocerse por el prólogo en verso que se encuentra al principio en la mayor parte de los manuscritos:

¿Scire cupis, lector, quis codicis istius auctor?
Audi quid breviter dicat ad ista liber.

Petrus et Ægidius me conscripsêre: sed ille
Auctor; corrector ultimus ille fuit.
Ille prior Remis; hic parisiensis alumnus:
Hic levita gradu; presbyter ille manens.
Simplex clericus hic; sacri Ordinis ille professor:
Ambo graves annis: hic vir, et ille senex.
Alter adinvenit operam, sed in ordine peccans,
Omnia dimisit sensibus ire vagis.
Alter acu typicâ distinctis versibus unum
Consuit in corpus, atque revinxit opus.
Alter abundantis studii, sed auctior alter,
Quis proponendi debuit ordo geri;
Dulcius ut saperet modulamine condita metri,
Incipit hìc Rigæ bibliotheca Petri.

Gilles de París habla muchas veces de la ancianidad del poeta, cuya obra habia emprendido el mejorar, completar y perfeccionar; y áun puede creerse, que miéntras él trabajaba en dicha obra, Riga muriese; puesto que manifiesta no saber á qué causa pudieran atribuirse las muchas omisiones que tacha á su predecesor, omisiones que considera como muy importantes. «Si Pedro de Riga no dice nada acerca del Cordero Pascual, observa Gilles, es porque habrá encontrado demasiadas dificultades sobre este objeto, ó temeria sucumbir bajo tan grave peso ó carga.» Al mismo tiempo aprovecha la ocasion para dar cuenta de las adiciones que ha hecho á los libros de Tobías, Judith, Estér y de los Macabeos. Esto mismo se encuentra en un prefacio ó prólogo en verso que precede al Nuevo Testamento, prefacio que Leyser ha insertado íntegro y completo en su *Historia de los poetas de la edad media*, y de las que únicamente se citarán en este lugar los pocos versos siguientes:

..... *De paschali nihil agno*
Dixit (Riga) *in hoc languens, deficiensque loco.*
Forsan materia est nimis ardua visa canenti;
Forsitan et fessus rapuit actor onus.
Quo circa à sociis crebro, multumque rogatus
Istum defectum tollere velle; tuli.
Insuper in libris Tobiæ, Judith, et Esther,
Et Machabæorum mystica multa dedi.
Post toto veteri supplevi in corpore legis,
Ut magis adverti quidquid abesset ibi.

Gilles de París, por lo tanto, ha sido más bien un colaborador para la obra de Pedro de Riga, que un editor ordinario, y no debe causar admiracion de que muchos manuscritos lleven los nombres de estos dos autores, y áun alguna vez el solo nombre de *Petri Ægidii Parisiensis*. ¿Pero quién era este Ægidius ó Gilles de París? Se cuentan por lo ménos dos sugetos de este nombre que vivian en la misma época. El Ægidius, autor de un poema en cinco libros intitulado *Carolinus*, y del que Duchesne ha citado un trozo, hace muy bien que se distinga del otro. Aquel era médico, y parece debió vivir hácia fines del siglo XII; existen de él los poemas *de Pulsibus*, *de Urinis*, *de Antidotis*, y además un libro *de Virtutibus medicaminum*, que Leyser lo ha impreso completo en su obra; este su verdadero nombre era el de Gilles de Corbeil, habiendo observaciones incontestables que prueban que Gilles de París, autor del *Carolinus*, es real y verdaderamente el poeta que corrigió y completó la Biblia en verso de Pedro de Riga. He aquí lo que dice del otro Gilles, autor del *Carolinus*:

Nominis ille mei celeberrimus arti medendi,
Cum sit et hic (Parisiis) *ortus, cujus facundia grata est,*
Et nunquam laudanda satis, nec in agmine vatum
Nominis extremos sortiri debet honores.

Y en seguida añade para completar su elogio:

Cum sit et hic alius nostræ non indecor urbi,
Oris adornati, solo mihi junctus in usu
Nominis; in reliquis major, meliorque gerendus.

Estos tres últimos versos han hecho creer á Leyser y á algunos otros, que Gilles de París indicaba un tercer Gilles, orador ó poeta, y que vivia en el mismo tiempo en París, pero realmente no fueron más que los dos mencionados contemporáneos. Finalmente, se encuentran tambien en el *Carolinus* algunos versos en alabanza de Pedro de Riga. Egidio echa de ménos únicamente que la musa de este gran poeta, despues de manifestarse tan brillante en el curso y principio del poema, comienza á resfriarse y debilitarse en la prosecucion, sin duda por efecto de la ancianidad.

..... *Quem intepuisse dolemus*
Petrus in divinis verbo tenus alta sequentem.

Gilles de París, habiendo escrito el *Carolinus*, donde se encuentran estos

versos referentes á Pedro de Riga, para la instruccion de los hijos de Felipe Augusto, que vino despues á ser Luis VIII; es probable que este poema no fuese conocido hasta los primeros años del siglo XIII. Luis no tenia entónces más que trece ó catorce años, pues Gilles habla de Pedro de Riga como si él viviese todavía, y esta es una presuncion más en favor de la opinion de aquellos que pretenden que el autor de la *Aurora* habia muerto ya en el siglo XIII, es decir, en 1209, como lo dice Alberico de Troisfontaines. No debe tampoco olvidarse que otro poeta contemporáneo suyo (Guillermo el Breton) le ha pagado tambien un tributo de elogios en sus primeros versos de su *Philippide*, dirigiéndole á la vez una decorosa censura acerca de la rima elegiaca, que creia en su opinion debia emplear en su poema.

Si tibi, Petre Riga, vitium non ese putavi
Ubere de legis occultos sugere sensus,
Quos facis ut levibus verbis elegia cantet,
Fortia facta virûm numero breviore coarctans,
Quæ potius pede mœonia referenda fuerunt;
Cur ego, quæ novi, proprio quæ lumine vidi,
Non ausim magni magnalia scribere regis?

Por último, Everardo de Bethune, en un poema latino sobre la versificacion, en el cual pasa concienzuda revista y exámen á todos los poetas antiguos y modernos, dice con respecto á Pedro de Riga:

Petrus Riga, Petrâ cujus rigat initia Christus,
Legem mellifluo texis utramque stilo.

Este poema se encuentra en la obra de Policarpo Leyser.

Aun los extranjeros mismos rinden un tributo de justicia y admiracion al talento poético de Pedro de Riga; y entre otros Gui de Vicencia, obispo de Ferrara, que cerca de un siglo despues compuso, á ejemplo de Riga, un poema del Antiguo y Nuevo Testamento, que intituló: *Margarita Biblia.* Si se tratasen de examinar la mayor parte de los catálogos de las grandes bibliotecas y de muchos biógrafos, se poseerian y encontrarian algunas otras obras de Pedro de Riga, entre otras un libro *de Grammaticâ*; otro intitulado: *Tropi et Phrases Scripturæ*, y un *Speculum Ecclesiæ.* En cuanto á esta última obra, no puede dudarse es de Pedro el Chantre. La semejanza de los pronombres es la que únicamente puede inducir á error. La obra sobre la gramática solo es conocida por los catálogos, y parece ser solo un retazo en verso que le atribuye Leyser bajo la fe de los catálogos de los ma-

nuscritos de Inglaterra y de Irlanda. Esta coleccion de versos no puede ser otra que su *Aurora*. Costaria gran trabajo enumerar todas las denominaciones bajo las cuales ha sido designado y conocido este poema en los diversos catálogos de manuscritos. Es admirable, y más bien muy extraño, que un poema tan célebre no haya merecido jamás el honor de imprimirse y dársele la publicidad á que es tan acreedor; y únicamente el libro de Estér es el solo que ha sido publicado por Barthius. Casimiro Oudin es una honrosa excepcion, y es el que ha querido dar el ejemplo á los demás; pues habia emprendido, salvando todas las dificultades, dar una edicion, la tenia preparada por completo, habiéndose ocupado con el mayor esmero para dar á luz una obra tan reputada y tan digna, recorriendo con la mayor escrupulosidad todos los manuscritos que en aquel tiempo corrian y hubo á mano, pero ocurrió la desgracia de que muriese ántes de poner en ejecucion un proyecto tan laudable, y que sin duda alguna le hubiera dado renombre. Pero afortunadamente ha tenido la suerte, por cierto bien merecida y que prueba su reputacion, de que ningun libro ha sido tan repetidamente copiado como la obra del sabio poeta Riga; así es que será muy raro y difícil no se encuentren en las grandes bibliotecas públicas muchos manuscritos de la *Aurora*. Solamente la Biblioteca Real de París posee por lo ménos quince. La biblioteca de Lyon se lisonjea de tener y conservar el manuscrito autógrafo. Las márgenes de este volúmen, dice Mr. de Landine, presentan bastantes notas escritas por la misma mano que lo está el poema; y en el final del mismo se lee este verso:

Hic liber est actus Petri, manibusque magistri.

«Este verso, añade Mr. de Landine, ¿no indicaria que Pedro de Riga uese él mismo el copista de su obra en el manuscrito que existe sobre vitela con las letras capitales de color?» No queda, por último, más que dar una idea exacta, y exponer el juicio acerca de un poema que gozó de tanta celebridad, y que real y efectivamente es una de las obras más importantes en versos latinos que hayan sido compuestas despues de la decadencia de aquel idioma y de los escritos latinos. Procediendo al exámen del poema de Pedro de Riga, debe ántes tenerse entendido que no fué el primero que acometió la empresa de poner en verso la Biblia. Desde el establecimiento de la religion cristiana, este libro sagrado ha suministrado la idea y ha sido el objeto predilecto de un gran número de poemas. Desde el principio del siglo IV, un sacerdote español, llamado *Juvencus*, puso los Santos Evangelios en versos latinos, pero todo este trabajo estaba ceñido al texto copiado con toda fidelidad, aún no se conocia ni estaba en uso el buscar

y dar un sentido místico á esta clase de traducciones en verso. En el siglo V otro español, nombrado *Dracontius*, compuso en verso un *Hexameron*, ó sea la obra de los seis dias. *Asterius* compuso un poema intitulado: *Conferencia ó más bien cotejo del Antiguo y del Nuevo Testamento;* y *Rusticus Helpidius* escribió otro poema de poca extension en versos exámetros, titulado: *Historia Veteris et Novi Testamenti.* Además debe notarse que este quinto siglo fué muy fecundo en poetas traductores de la Biblia. A los que se acaban de citar, deben agregarse *Victorinus* de Marsella, que floreció en el año de 430, y que tradujo en verso el Génesis, continuado por su hijo *Etherius*, y que comprendia desde el principio del mundo hasta la muerte de Abraham; pero más bien que una traduccion puede considerarse como un comentario, puesto que le da materia para escribir y formar cuatro libros esta sola parte del Génesis. Guillermo Morel dió una edicion de esta obra en 1560. Dicho libro del Génesis fué aún puesto en versos latinos por un entendido sacerdote llamado Hilario, obispo de Arlés ó de Poitiers, en la época desde el año 440 al 450; y cuyo poema fué impreso en Paris en el año de 1544 y en el de 1650. En el siglo VI hallamos que *Avitus* compuso dos poemas sobre el texto de la Biblia, acerca del *Origen del Mundo*, sobre el *Levítico*, sobre los *Números*, el *Deuterenomio*, los libros de *Josué* y de los *Jueces*. En el siglo IX, *Alcuino* tomó tambien por objeto de sus versos muchos libros de la Biblia. En el XII, *Leonius*, sacerdote de la iglesia de París, puso en verso el *Antiguo Testamento*. *Marbodoe* tradujo en versos latinos el *Cantar de los Cantares*; é *Hildeberg* tomó por tema de un poema *la Creacion del Mundo*, tal y fielmente como se refiere en el Génesis. Este último poema, que Leyser ha creido y juzgado debia incluirlo en su *Historia de los Poetas de la Edad media*, es extraordinariamente notable por encontrarse en esta obra un gusto especial para las alegorías, que era entonces el que más dominaba entre los autores eclesiásticos, y que no pudo extinguirse en ellos, hasta que se introdujo el estudio de la escuela de Aristóteles, dando nueva direccion a sus ideas, y aboliendo aquel gusto de mal género. En cada frase de la Sagrada Escritura hallaban un sentido místico y oculto los autores de aquel tiempo. Sirva de ejemplo que apénas expone y refiere *Hildeberg*, la creacion del sol y de la luna al tercer dia de la creacion, cuando ve él mismo la imágen de Cristo y de la Iglesia.

Quarta die Deus fecit duo lumina magna:
Per quæ signantur Christus et Ecclesia.

Pedro de Riga en su inmenso poema ha seguido constantemente este método. Todos los hechos referidos en la Biblia son, en su concepto, alegó-

rias que dan lugar á explicaciones, algunas veces muy brillantes y satisfactorias. Véanse acerca de este particular algunos ejemplos: «En el *Exodo*, capítulo VIII, Dios envia sobre el Egipto una plaga de moscas y de mosquitos, y cubre la superficie de la tierra de ranas: el poeta pretende debe explicarse este suceso, diciendo que la mosca voraz figura ó representa á los glotones; los mosquitos, á los hombres turbulentos, y las ranas á los herejes, que como ellas, no cesan de alborotar con su continuado y molesto canto:»

Musca canina cibo maculans, pungensque gulosos,
Mordentesque fero dente notare potest.

.....

Rana loquax hæresim signat, strepit hæc, strepit illa,
Turget clamosis illa vel illa sonis.
Discurrunt culices, hominum turbando quietem
Designantque vagos qui sine pace manent.

En la burra de Balaam ve tambien á los gentiles, que despues de estar convertidos, cantan las alabanzas del Señor:

Muta priùs plebs gentilis loquitur modo laudes,
Christe, tuas: istud signat asella loquens.

El rey de Egipto manda ahogar los niños que nazcan varones, no conservando más que á las hembras. En este caso solo ve el autor, la preferencia que el demonio ha manifestado siempre en favor del sexo femenino:

Ægypti princeps muliebrem vivere sexum
Imperat, et mergi cogit in amne mares.
Dœmon femineos et molles diligit actus,
Ac sanctos odit prosequiturque viros.

Este poeta no se contenta con dar de esta suerte un sentido alegórico á los sucesos históricos que contiene la Biblia, pues no solo los comenta, extiende y dilata, sino que inventa hasta los hechos. Así es que afirma que el signo de que Dios se valió para manifestar el gran crimen del fratricidio de Caín, y por el que no fué muerto, era un gran temblor que se le produjo en la cabeza:

Dat Deus ergo Chain, signum cito ne perimatur
Et motus capitis et tremor illud erat.

Tambien enseña que la esposa de Cain se llamaba Calmana:

Conjugis illius Calmana nomen erat.

Sabe igualmente cuántas gradas tenia la escala de Jacob, diciendo eran doce, tantas como eran los discípulos:

Illa gradus habuit quasi bissenos: quia bissex
Exstant discipuli qui docuere fidem.

Se cree vulgarmente que José no tuvo que defender su castidad más que contra los deseos de la mujer de Putifar, pero segun nuestro poeta, Putifar estaba abrasadísimo de amor por José. ¿Cómo, dice, Putifar, habria de ser insensible á la belleza de un rostro en que se veian mezcladas las rosas y las azucenas? Por otra parte, era de las primeras y principales personas de la corte del Rey, y los grandes áun hoy dia estan sujetos á este vicio vergonzoso.

Sulphureo vitio qui dicitur esse notatus
Putiphar iste fuit captus amore Joseph,
Nam qui scit quos non laqueo prædetur amoris
Os in quo certant lilia mixta rosis.
Magnus habebatur antistes regis. Eoque
Putiphar à vitio non alienus erat.
Num etiam tales absorvet, eoque laborant
Qui mundi regimen et loca summa tenent.

Pudieran referirse otras muchas historias, no ménos apócrifas, que Pedro de Riga no teme ni desdeña intercalar en su *Biblia poética;* debe sin duda dispensársele, porque quizá encontró y tomó estos hechos en los libros de algunos rabinos; pero no podrá ménos de hacerse presente, cómo en aquel siglo tan religioso y devoto se desfiguraba sin el menor escrúpulo un libro que hubiera debido mirarse como sagrado. Puede tomarse una idea de la forma y del estilo del autor por las citas hechas; quizás sean demasiadas, pero necesarias para apoyar nuestro juicio y opinion. Esas antítesis, ese juego de palabras, es lo que constantemente se le nota en esas largas é interminables líneas de versos exámetros y pentámetros. Pero en medio de todo este fárrago, se encuentra algunas veces trozos muy armoniosos, y descripciones llenas de verdad y del mejor gusto. Hé aqui el motivo del juicio favorable que ha hecho Barthius de este célebre poema, y excusa en algun

tanto á nuestros antepasados de no haber hecho en tanto tiempo un libro clásico. De intento se ha omitido el manifestar que el poeta se ha creado á su gusto bastantes dificultades. Hay en su *Aurora* muy largos trozos ó retazos, donde no se encuentra una *A*; otros muchos que estan sin *B*, etc. Este era uno de los gustos extravagantes del tiempo en que Pedro escribia. Ciertamente el latin de que hace uso Juvencus, el primero de los poetas conocidos, y que puso los Evangelios en verso, no tiene nada de recomendable; pero si no se encuentran grandes faltas en el idioma del poema de Riga, por otro lado se echa de ver aquel mal gusto, de que ya viene hecho mérito, que deshonra y rebaja repetidas veces su extensa obra y trabajo. Por lo tanto, vamos á comparar juntamente (y estas serán las últimas citas) un trozo de cada uno de los dos poetas sobre el mismo objeto. Trátase de pintar la inquietud, bastante natural, que tuvo José cuando se apercibió que en Maria, su desposada, se observaban señales evidentes de fecundidad. Esto es lo que Juvencus dice refiriéndose á este paso:

Interea Mariæ sponso miracula mentem
Sollicitant, manifesta uteri quod pondera vidit,
Et secum volvit quânam ratione propinquæ
Dedecus oppressum celet, thalamosque recuset:
Talia tractanti torpescunt membra sopore.
Mox stertente, Dei vox audita monentis:
Accipe conjugium nullo cum crimine pactæ,
Spiritus implevit sancto cui viscera fœtu.
Hanc cecinit vates venturam ex virgine prolem,
Nobiscum Deus est cui nomen. Protinus ille
Hæc præcepta sequens, servat sponsalia facta.

Hé aquí el mismo pasaje del Evangelio de S. Mateo, traducido por Pedro de Riga.

Ventre Joseph cernensque stupensque Mariam
Quærit ut abscedat clamque relinquito eam.
Sed monet Angelus hunc in somnis ut sua fiat
Conjuge nil in eâ cogitet esse mali;
Conceptum puerum Sacro de pneumate credat,
Imponensque Jhesu nomen honoret eum.
Qui salvet populum, qui mundum mundet ab omni
Crimine, fit miseris spes, medicina reis.
Paruit ille sacris monitis, vir virginis esse
Gaudens; cum sanctâ virgine virgo manens.

Puede ser que jamás Pedro de Riga se haya separado ménos que en este pasaje del texto de las Escrituras, y sin embargo ha encontrado medio de colocar allí mismo esos dos juegos de palabras, tales como son: *Mundum mundet, vir virginis esse, etc.* La *Aurora* tuvo, segun parece, muchos imitadores. Montfaucon cita entre otros un poema de *Juan le Petit*, monje benedictino, el cual se encontró entre los manuscritos de S. Sulpicio de Bourges, y que tiene por título: *Rhithmi in Vetus et Novum Testamentum.* Créese que el autor vivia en el décimotercio siglo, ó cuando más en el décimocuarto. Pero nada ha podido descubrirse acerca de su vida ni de sus demás obras. Se ignora igualmente si su poema, que despues del nuevo título no parece ser otra cosa que una imitacion de la *Aurora*, se encuentra todavía en alguna biblioteca de Bourges ó en otra parte. Aquí termina esta noticia, en la cual ha parecido conveniente examinar con la debida extension el poema de Pedro de Riga. Este es, segun nuestro parecer, un monumento curioso de la literatura, del gusto y de las opiniones de fines del siglo XII. — A. L.

RIGAL (Antonio Pedro), varon ilustre en santidad y letras. Se tiene por hijo del Ampurdan. Tomó el hábito de canónigo de S. Agustin, y se cree ser el fundador del monasterio y colegiata secular de Vilabertran, en el vizcondado de Perelado. Formó unas constituciones para dicho monasterio. Véase la consagracion de esta antiquísima iglesia en la *Marca Hispánica*, núm. 328, pág. 1220; y tambien en la *Gallia Christiana nova*; tomo VII, págs. 778, 787 y 790. *Domenech*, pág. 237. — A.

RIGALDI (Fr. Juan), franciscano francés, llamado tambien Richardi, ilustre por su origen, los cargos que desempeñó y los escritos que salieron de su pluma. Nació á principios del siglo XIV, y desde luego dió muestras de lo mucho que debia brillar en la religion á que consagró toda su vida. Siendo todavía muy niño, le echaban con frecuencia sus padres de ménos, y no sabiendo su paradero, enviaban á buscarle á casa de sus vecinos, los que tampoco podian dar razon de donde habia encaminado sus pasos. Sin embargo, como volviese constantemente ántes de la noche, sus padres depusieron sus temores y comenzaron á mirar con indiferencia esta que para ellos era una travesura. Mas continuando sus excursiones conforme iba creciendo en edad, y llegando á faltar de su casa varios dias, comenzaron á sentir sérios temores, rezelándose de la causa que originaba sus frecuentes ausencias. Preguntáronle repetidas veces, y hasta le amenazaron con diferentes castigos, no solo para saber la causa de sus viajes, sino tambien el punto donde los dirigia. Pero todo fué en vano, pues el jóven Juan guardaba el más obstinado silencio, sin que súplicas, amenazas ni castigos le obligasen á romperle. Decidió entónces su familia seguir sus pasos, y en efecto, un dia que le vie-

ron alejarse con su acostumbrada cautela, encargaron á dos criados le siguiesen por distintos caminos, sin hablarle ni reprenderle, hasta fingiendo cualquiera ocupacion si acaso se encontraban con él inesperadamente, para dejarle solo y no malograr su designio. Juan, ignorante de los cuidados de que era objeto, emprendió su marcha desde la pequeña altura en que se hallaba situada la casa de sus padres, hácia el próximo valle en que se internó, y pasando el rio por un vado, comenzó á subir una escabrosa y elevada montaña. Difícil era adivinar el objeto de su viaje. El sitio por donde marchaba no abundaba más que en frondosos pinos, y si acaso alguna pradera interrumpia de vez en cuando las hileras de los oscuros árboles, pronto comenzaban estos á apiñarse de nuevo, formando un bosque tan espeso como impenetrable. Por aquellos sitios no habia penetrado aún el arado del labrador, ni los pastores llevaban á apacentar sus ovejas, y áun los cazadores más atrevidos no se atrevian á penetrar en ellos por temor á los lobos y animales salvajes, que aunque no aparecian con frecuencia, la imaginacion de los campesinos que habitaban aquellas proximidades suponian poblados y ser su mansion favorita. Más de una vez temblaron los criados del padre de Juan y estuvieron á punto de abandonar su empresa, y áun dice la crónica, que uno de ellos se volvió atrás, rezelándose no podia tener buen término aquel viaje, pues todavia jóven recordaba los cuentos que habia oido en la cuna, y le parecia que cada tronco de aquel bosque era un hombre encantado, que si daba un paso más alargaria sus ramas, y sirviéndose de ellas como si fueran manos, le arrojaria á lo alto, convirtiéndole al caer en otro arbusto de su misma naturaleza. Creia que el canto de los pájaros eran las voces de otras tantas fingidas sirenas, que le arrastrarian hácia si para convertirle en víctima de sus crueldades, y suponia, por último, que en lo alto de la montaña habitaba un dragon, que en cuanto le viese daria fin de su existencia. El otro, que era más anciano ó más despreocupado y más leal sobre todo á su amo, no perdió un instante de vista á su futuro señor y le siguió con la mayor ansiedad hasta llegar al término de su viaje. Pero con gran sorpresa suya encontró que de repente cambiaba todo á su alrededor y que salia como de un país asolado por una guerra á otro virgen todavía y hermoseado de todas las gracias y encantos que puede pintar la naturaleza. En vez de viejos y denegridos árboles, cuyas espesas ramas impedian penetrar á la luz del sol, se halló en medio de una extensa y despejada llanura iluminada por el astro del dia en todo su esplendor, en vez del silencio profundo y temeroso de los bosques, las voces de mil pintados pajarillos sustituian el cántico de los hombres. Sin embargo, el temor de ser visto le hizo detenerse, y escondido entre un grupo de los últimos pinos, siguió con la vista las pisadas de Juan. Anduvo éste todavia por algun tiempo hasta que al fin le vió detenerse

próximo á una roca en que no habia reparado el criado en un principio. Vaciló este en acercarse más, pero cuando á los pocos momentos vió desaparecer al hijo de sus amos, no pudiendo ya contenerse se encaminó á aquel sitio, dispuesto á descubrir dónde habia podido ocultarse su amo. Hízolo así en efecto, y al llegar á las piedras, vió que aunque incultas, parecian una mansion labrada por mano de hombres, pues aunque la naturaleza suele tener ocultas maravillas, el tiempo y las ciencias han descubierto que muchas de las que durante algunos siglos han sido miradas bajo aquel concepto, son en realidad restos de edificios antiguos, de monumentos desconocidos, de pueblos que pasaron ya, y hasta á los que la misma historia solo conoce de una manera muy imperfecta todavía. Sin detenerse en estas consideraciones, que acaso no era capaz de hacer, penetró el rudo labriego por el espacio dejado entre dos piedras colocadas de punta, sobre las que descansaba otra formando una especie de puerta. Eran estas bastante grandes para formar una especie de portal, detrás del cual se veia una plaza ó patio bastante capaz, en cuyo centro se elevaba una piedra de considerable altura. Juan habia subido á ella sin que su observador pudiese decir cómo, y allí arrodillado le oyó cantar algunas oraciones, y extrañándole se detuvo, aguardó y le vió á poco entregarse á las más duras penitencias. Saltáronsele las lágrimas al anciano, y llenó de fe llamo al jóven, le pidió le admitiese á participar de sus alegrías y trabajos. Sintiólo aquel, pero creyendo que el primer fruto de sus vigilias eran esta conversion, no vaciló en admitirle en su compañia, participándole todos sus planes y proyectos. Díjole que siendo muy niño todavía le habia conducido allí una señora, á la que no habia vuelto á ver más, y la que le habia dicho que no abandonase aquel camino, pues seria para él el de la gloria en este mundo y en el otro. El criado no le comprendió en un principio, mas cuando habiéndole vuelto á acompañar á esta especie de romería, con licencia de su familia, á la que participó en parte la que habia visto, distinguió á lo léjos un convento, se convenció de que Dios llamaba al jóven Righardi por aquel camino al de la religion, en que en efecto estaba destinado á brillar. Comunicólo así, y ambos decidieron ir á pedir el hábito al cercano monasterio, edificando ántes en aquel lugar una ermita que fué objeto de la veneracion de los siglos futuros. ¿Qué progresos no haria Righardi en la religion, el que ántes de abandonar el mundo se habia distinguido ya por sus penitencias, vigilias y oraciones? Fué un modelo de obediencia y humildad, de prácticas piadosas, de observancia regular y de todas las virtudes, en fin, que constituyen un bueno y verdadero religioso. Amábanle sus iguales y apreciábanle sus superiores, los que le distinguieron desde luego elevándole á diferentes cargos. Desempeñólos todos con celo y acierto, haciéndose acreedor á la estimacion de sus súbditos y á

la atencion con que siempre le habian mirado sus prelados. Mas no pararon aquí los esfuerzos de este piadoso Padre, pues procuró aprovechar con las buenas dotes de que la naturaleza le habia dotado, las de que pudiesen carecer los demás, y así escribió diferentes obras muy útiles todas para los adelantos de los religiosos, en particular la intitulada: *Compendio de Teología.* — *Tabla de temas aplicables á diferentes asuntos*, en que se propuso presentar en breve resúmen las verdades de esta ciencia poniéndolas al alcance de los más rudos é inaplicados. Esta obra tuvo en su época la mejor acogida, y fué muy útil para la enseñanza en su religion, mayormente porque no habiéndose inventado aún la imprenta, era muy difícil y costoso hacerse con manuscritos de las obras maestras que servian de texto en los estudios. Por ella enseñó el P. Richardi durante un largo período, y cuando superiores ocupaciones le impidieron continuar ocupado en la enseñanza, la recomendó no solo á su Orden, sino tambien á la diócesis de Drac ó Drex, de que fué promovido á la prelacia. Modelo de pastores el que lo habia sido hasta entónces de religioso, pasó sus últimos años repartiendo el pan espiritual á sus ovejas, y trabajando en su salvacion con el celo que habia trabajado anteriormente en la suya. Así se cumplió la profecía que le habia hecho la señora que en su niñez le enseñó el camino del desierto, que fué para él el verdadero camino de la gloria, pues no obtuvo poca en este mundo con su incansable celo, las buenas disposiciones que adoptó para el arreglo de su diócesis, los abusos que cortó, las dificultades que salvó, y en fin, las numerosas y difíciles circunstancias en que supo salir airoso en el camino, siendo de suponer obtuvo tambien la bienaventuranza eterna por su piedad, su no interrumpida penitencia y su caridad sin límites. Supónese que edificó á sus expensas un monasterio en el sitio de su conversion, donde pasó sus últimos dias, y fué sepultado hácia 1320 ó poco despues, año de su muerte. — S. B.

RIGALDO (Bto.), franciscano. Fué aleman y uno de los que más se distinguieron por su ejemplar vida y sus virtudes en la provincia de Aquitania. Constante en la oracion, contínuo en la penitencia y propagador celoso de la gloria de Dios, mereció que el Señor le distinguiera adornándole con varios dones espirituales, y en particular con el de hacer milagros. Floreció por los años 1334, y es considerado por la Orden Franciscana como uno de sus santos, conmemorándole en el Martirologio de la misma el dia 16 de Setiembre. — M. B.

RIGANTI (Nicolás). Nació este cardenal en Molfeta el dia 25 de Marzo de 1744, y mandándole á Roma cuando ya estuvo en disposicion, no tardó en desplegar su raro talento en la rápida carrera de sus estudios. Los domésticos ejemplos de sus tios Juan Bautista y Nicolás Riganti, autor el primero de

los *Comentarios sobre las reglas de la Cancillería*, y notable el segundo por los altos destinos que desempeñó, fueron unos vivísimos estímulos para que buscase la gloria. Instruido profundamente en todos los ramos de la jurisprudencia, pronto en penetrar la idea de las controversias y en aplicar á los hechos teorías análogas, cauto en pronunciar sus fallos, lo que jamás hizo sin un maduro exámen, claro en las ideas, feliz en exponerlas, y erudito con prudencia y oportunidad, mereció la admiracion, no solo de los romanos, sino tambien de los extranjeros, que gozaban en oirle cuando pronunciaba sus juicios en los tribunales. Empleado en un principio en la congregacion del buen gobierno, con el título de ponente, pasó despues al cargo de auditor de la A. C. Met., de este á la auditoría de la Signatura, y luego á la lugartenencia del mismo tribunal del A. C., en cuya magistratura se adquirió la reputacion de juez profundo é íntegro. Magistrado de tanta nota no podia ménos de ser muy apreciado de los pontífices, y en efecto lo fué de Pio VI y despues de Pio VII, que nombrándole *pro auditor* en cuanto fué elegido en Venecia, le eligió despues secretario de la Congregacion de la Consulta, en cuyo cargo se distinguió extraordinariamente por su talento en aquellas críticas y difíles circunstancias. Dice Artaud en la *Historia de Pio VII*, que á consecuencia del decreto del invasor Napoleon de 2 de Abril de 1808, que reclamaba á todos los súbditos italianos que permaneciesen en Roma, ó por haber el prelado expedido la encíclica de Pio VII á los obispos de las provincias ocupadas por el Emperador, ó en fin, por haber empleado palabras poco circunspectas en su correspondencia oficial con los gobiernos de las provincias y ciudades dependientes de la Consulta, algunos oficiales franceses pusieron á este distinguido prelado bajo la vigilancia de una guardia, intimándole la órden de salir de Roma en el término de veinticuatro horas y marchar á Ancona, en donde se le diria lo que habia de hacer. Tocó la deportacion tambien al pontífice Pio VII al siguiente año, y en cuanto en 1814 volvió este Papa triunfante á Roma, reintegró á Riganti en sus anteriores cargos, y en premio de su fidelidad y de sus importantes servicios le creó cardenal preste y obispo de Ancona y de Umana el dia 8 de Marzo de 1816, confiriéndole por título la iglesia de los santos Pedro y Marcelino, las congregaciones de Obispos y Regulares, Concilio, exámen de Obispos en los santos cánones y Consulta. Dice Leoni, en su *Ancona ilustrada*, que fué á aquella ciudad, y que habiendo enfermado, partió á Roma el 30 de Abril de 1819: murió á poco en Roma, dejando algunos dones á la catedral y á la colegiata de aquella ciudad. Pero se lee en el *Diario de Roma* de 1822, que á los treinta meses de hallarse en Ancona el Cardenal, experimentó un terrible ataque de apoplejía, del que salió con vida, pero que le obligó á volver á Roma en busca de un clima más conveniente á su salud, quedando en An-

cona ejerciendo sus funciones episcopales Francisco, obispo *in partibus* de Lidda, que fué despues arzobispo de Eliópolis. Quedó este prelado sin detrimento en sus facultades intelectuales, si bien sintiendo el peso de las tribulaciones con que quiso Dios probarle, á cuya voluntad se resignó siempre. Acometido de achaques que fueron apoderándose de sus fuerzas físicas, cayó en una larga enfermedad, que degeneró en fiebre gástrica nerviosa, con convulsiones epilépticas. Vió acercarse el último momento de su vida con los sentimientos que la religion impera al justo, y habiendo recibido los sacramentos, dió tranquilamente el alma á Dios el dia 31 de Agosto de 1822, á los setenta y ocho años de edad. Sus funerales se celebraron en la iglesia de Santa María de Minerva, en donde está el sepulcro de sus padres, y en él fué sepultado. Piedad singular, espíritu religioso, afecto filial á la Santa Sede, perfecto observante de la virtud social, corazon sufrido y generoso, integridad, desinterés, y feliz ingenio cultivado por la ciencia, fueron, segun Moroni en su *Diccionario eclesiástico*, los caractéres que distinguieron á este dignísimo purpurado. —C.

RIGAUD (P. S.). Este jesuita, de que nos da razon la *Biblioteca Lyonesa de hombres ilustres*, ayudó al famoso P. Francisco Claudio Menestrier, de la misma Orden, que fué varon de gran talento y capacidad, y del cual habia sido regente en las disputas que se propuso sostener en Dié contra los protestantes que se habian reunido allí en un gran sínodo. —C.

RIGAUD. Los Dominicos, al inscribir á este personaje en la lista de los escritores de su Orden, confiesan que no le conocen más que porque se encuentra su nombre en un manuscrito en pergamino, fólio mayor, que se conservaba en su convento de la calle de Saint-Jacques. El intitulado *Rigaudus, Ordinis Prædicatorum, in libros Sententiarum*, es de una letra ménos antigua que la de este volúmen. Las primeras y las últimas palabras de cada uno de los cuatro libros de este *Comentario sobre el maestro de las Sentencias*, han sido copiadas por Echard, carecen de toda importancia, son como máximas ó nociones familiares á todos los lectores, ó textos citados con frecuencia en los libros de teología. Los Agustinos de París, que habitaron en la plaza de su nombre, poseian una coleccion manuscrita de sermones del siglo XIII, *Sermones collecti á bonis Prædicatoribus*, en que se leian discursos del cardenal Odon, del franciscano Juan de la Rochela, y de otros muchos Padres predicadores, por ejemplo, de Hugo de S. Cher. Entre estos sermonarios se encuentra un tal Rigaud, pero sin designársele como dominico. ¿Este teólogo es el mismo que comentó á Pedro Lombardo? No resta medio alguno de ilustrar este punto, que tampoco tiene grande interés. Dícese que este Rigaud vivió á últimos del siglo XIII, pero de ello no hay la menor prueba ni indicio. — S. B.

RIGAUD (Anselmo), dean del cabildo de Lyon, redactó ó presentó los estatutos ó constituciones de esta iglesia, que fueron aprobados en el mes de Junio de 1251 por el arzobispo Felipe, habiéndolos insertado Dachery en el tomo IX del *Espicilegio*, dividiéndolos en veintitres artículos. Sabemos por ellos que se distinguian en este cabildo canónigos mayores, prebendados menores y simples capellanes. Los estatutos determinan las retribuciones correspondientes á los sacerdotes, diáconos, subdiáconos y clérigos de estas tres órdenes; las ocupaciones que tienen que desempeñar, la manera en que deben de asistir á los oficios, y otros detalles de disciplina interior. Anselmo, que las redactó ó recogió, vivia aún en 1252, segun se infiere de un acta que han dado á luz los autores de la *Galia Cristiana*, donde se encuentra su nombre. Los estatutos de que se acaba de hablar, son el único título literario del arzobispo Felipe de Saboya, que los confirmó y publicó. Nos abstenemos de hacer una mencion más extensa de este prelado, cuya historia individual presentaria por otra parte dificultades cronológicas enteramente extrañas á nuestro trabajo. Fué en la sede metropolitana de Lyon el antecesor inmediato de Pedro de Tarantaise. — S. B.

RIGAUD (Odon de). Este arzobispo de Ruan perteneció á una antigua familia de Lyon, que pasó despues al Delfinado, en donde subsiste aún en el Vienés en las ramas de Ceresin y de Raiat. Inclinado al claustro, tomó el hábito de S. Francisco en 1232, y sus méritos y buenos estudios le valieron el grado de doctor. Fué profesor de teología y predicador, y en 1247 fué consagrado arzobispo de Ruan por el papa Inocencio IV, que le conoció en el primer concilio general de esta ciudad. En este tiempo adquirió de los frailes dominicos de esta ciudad una casa cerca del Saona, la cual se cree dió nombre á esta calle, que aún se llama la Rigaudiere. Pasó Odon á Inglaterra á fin de recobrar algunos bienes pertenecientes á su iglesia, que habian sido secuestrados, á cuya comision llevó el favor de Enrique III, y transigió con el santo rey Luis XII y la reina Doña Blanca, regenta del reino. Levantada la cruzada en 1262, se cruzó con los obispos y los príncipes del reino para el viaje de Ultramar, y despues de la muerte de S. Luis, en Africa, fué nombrado por el rey Felipe el *Atrevido*, con Pedro, duque de Alenzon, y algunos otros prelados, para regentar el reino durante la minoría de su hijo Luis, que murió despues muy jóven; este acta está fechada en el campamento cerca de Cartago, el jueves despues de la fiesta de S. Remigio del año 1260. Encontróse despues Odon en el segundo concilio general de Lyon en 1274, y murió en 1275. Asegura el continuador de Ciaconius, que fué creado cardenal por Bonifacio VII, pero se engaña, pues que no consta de modo alguno que obtuviese esta dignidad. Escribió este prelado sobre el Maestro de las Sentencias, sermones y un tratado sobre visitas parroquiales. El autor de la

Vida de los arzobispos de Ruan, no conoció bien la casa de Odon de Rigaud. Puede consultarse sobre este artículo la *Galia Cristiana* de Sainte-Marthe, al tomo I. — C.

RIGAUDIO (Gil de), cardenal. Era francés, ignorándose de qué punto, así como el año de su nacimiento, y perteneció á la religion de S. Benito, llegando á ser abad del convento de S. Dionisio, cerca de París. A instancias de Felipe, rey de Francia, fué creado cardenal del órden de los Presbíteros por la santidad de Clemente VI, en el año 1334. Falleció en 20 de Diciembre de 1350, y fué sepultado en la mencionada abadía de S. Dionisio, construyéndosele un magnífico sepulcro, que por mucho tiempo se conservó, considerándole como un monumento artístico. Las memorias de esta casa le citan como á uno de sus bienhechores, en atencion á haberse construido durante su gobierno la espaciosa enfermería del monasterio. — M. B.

RIGAULT (Hugo). Fué natural de París, donde hizo sus primeros estudios y los de filosofía sin una inclinacion decidida á ninguna carrera; mas siempre llevado de su buen deseo de buscar y hallar su felicidad eterna, para cuyo importante fin pensó por último en que lo más á propósito le sería el estado eclesiástico. Hizo toda la carrera con muy buenas notas, y como su peculio era muy escaso, tuvo que ayudarse durante sus estudios con lo poco que ganaba como amanuense de uno ó dos eclesiásticos que se valian de él, y que á la verdad tampoco podian darle gran cosa. Cuando ya hubo concluido su carrera y se hallaba en disposicion de recibir los órdenes sagrados, luchó con la dificultad invencible para él de hacerse un patrimonio, que le hubiera servido de cóngrua sustentacion, y que indudablemente le hubiera facilitado el ordenarse. Sus escasas relaciones no le permitian tampoco esperar que lograria título colativo, ni tenia capellanía, por lo cual hubo de pensar en dedicarse á la cura de almas, y en concepto de párroco pedir y lograr el llegar al presbiterado, que era todo su anhelo. Efectivamente, pensó en asistir como opositor á los concursos que hubiera, y no pudo lograrlo en la diócesis de París, porque acababan de hacerse provisiones y no habria vacantes por algun tiempo, por lo cual tuvo que pensar en ir á otro obispado para lograr sus deseos. En Auxerre se tenia entónces concurso y allí acudió. Muy bien recibido fué, aunque nadie le conocia mas que por los papeles que presentaba acerca de sus estudios, y por las testimoniales de los respectivos párrocos, tanto del de la casa donde vivia, cuanto del de la parroquia de la Magdalena, donde solia concurrir; y este recibimiento que le hicieron, tan deferente como inesperado por su parte, vino á servirle de un gran aliento para presentarse mejor á la oposicion, y poder allí demostrar más á ciencia cierta sus conocimientos, toda vez que cesaba cuanta

coaccion pudiera hacerle el hallarse en país y entre gentes totalmente desconocidas un jóven de veinticinco años. Hizo, pues, su concurso, y logró un curato, que fué el de S. Pedro de Nace, del cual tomó posesion inmediatamente, ordenándose en seguida á título de él y de la manera que se acostumbra con los párrocos, es decir, *extra témpora* y *dispensatis interstitiis*. Mucho complació á todos el verle al frente de su parroquia y regentándola con el acierto que lo hizo; y á la verdad que tenian motivo para complacerse, pues además de la excelente índole que tenia por carácter, habia estudiado el modo de portarse con todos de tal manera, que sin faltar absolutamente á nadie, ni ménos faltarse á sí mismo, cumplia perfectísimamente los importantes deberes de su ministerio, siendo verdadero padre de sus feligreses. Incansable en el ejercicio de su santo ministerio pastoral, distribuia las horas de modo que tenia tiempo para enseñar á los niños y jóvenes, para visitar á los enfermos y presos, para consolar á todos los atribulados y aconsejar á los que para recibir consejo le buscaban; sin que por esto dejára de predicar cuando era debido, ni de estar al confesonario siempre que alguien le necesitaba en tan importante lugar. Los ratos de ocio los compartia en el estudio, en alguna honesta recreacion ó en escribir, pues fruto de su buen ingenio fué una preciosa obra, que titulándose *Sancta Autissiodorensis Ecclesiæ fastorum carmen*, se publicó en París, en 1790, que no pudo publicar en vida, porque todo su peculio lo destinaba á las necesidades de sus feligreses, á quienes miraba como hijos. Más de cincuenta años estuvo al frente de su parroquia sin querer salir de ella, hasta que en la edad de setenta y ocho el Señor lo llevó á mejor vida en medio de la profunda pena de sus fieles feligreses, que en el cura Hugo Rigault veian á un verdadero padre.—G. R.

RIGAULT (M.). Conocido por una edicion que dió de las obras de S. Cipriano despues de haberlas revisado por dos manuscritos de Italia. No alteró nada en el órden que habia dado á estas obras Pamelio, que las publicó en el cronológico, poniendo al frente la vida del santo y sabios comentarios, que son ménos útiles para la inteligencia del texto, que para hacer observar las relaciones que hay entre la doctrina y la disciplina de nuestra época con la del tiempo de S. Cipriano. Esta edicion se publicó en Amberes en 1568. Hay otra de Génova de 1593 y 1617, en que al nombre de Pamelio se halla unido el de Goubart, pero en la que este ha añadido largas y mejores observaciones, en las que se esfuerza en refutar al segundo y probar que S. Cipriano tenia tendencias calvinistas. Rigault, para evitar este inconveniente, cambió el texto de una multitud de notas para ilustrar los lugares difíciles y hacer observaciones sobre la disciplina de la época de S. Cipriano. La libertad que se tomó y que se habia ya tomado en la edicion de Tertuliano, de debilitar con sus glosas los lugares que establecian las prerogativas de la iglesia

de Roma, y de combatir opiniones unánimemente recibidas en la Iglesia, le atrajo gran número de enemigos, entre otros á M. de Aubespine. Grocio asegura que Rigaut hubiera sido declarado hereje, si este prelado, que habia recogido ya las censuras de las universidades y algunos otros sufragios, hubiera vivido más tiempo. Es imperdonable en particular el modo de que habla del bautismo de los niños, que niega ser de tradicion apostólica, y sobre algunos otros lugares, que se manifestaron despues, en el tomo I de observaciones sobre la *Biblioteca de autores eclesiásticos* de M. Dupin. Dupuy, que imprimió el S. Cipriano de M. Rigault en 1684, le reimprimió en 1666 aumentado con comentarios de Felipe le Prieur, y le añadió algunas notas escogidas de Pamelio, con los escritos de Minucio Félix, de Arnobio, de Firmiro y de Commodiano. En cuanto á las demás ediciones de las obras de S. Cipriano, podemos añadir que la de Altdorf en 1681, hecha por Federico Reinard, no contiene más que cartas de S. Cipriano revisadas en su mayor parte por un gran número de manuscritos. La de Oxford, en 1682, reimpresa en París en 1700, en fólio, es más vasta, más exacta y más útil que todas las anteriores. Los caractéres son muy hermosos y el texto se halla revisado por cuatro manuscritos, de manera que es muy correcto. Las márgenes se hallan llenas de apostillas, que ponen al lector al corriente de lo que se trata en la obra. Además del texto se hallan tambien las diferentes lecturas de los manuscritos y de las ediciones, y al pie de las páginas notas muy eruditas, tanto del editor como de M. Rigault, y de algunos otros autores que han trabajado en ilustrar el texto de S. Cipriano. Ocupan el primer lugar los tratados de este Padre, despues sus cartas y luego las obras que se le han atribuido. Juan Fellus, obispo de Oxford, que ha cuidado de esta edicion, ha puesto al frente de las obras de S. Cipriano la vida de este santo Padre escrita por el diácono Poncio; algunos testimonios que se encuentran acerca de él en los autores antiguos; la historia de su vida y de sus obras, compuesta por Juan Bearson, obispo de Chester en Inglaterra. Al fin ha insertado trece disertaciones de Enrique Dodwele sobre diversos lugares de los escritos de S. Cipriano, que se han impreso despues en Brema en 1690, y en Amsterdan en 1699. Habiendo notado Balucio gran número de defectos en todas estas ediciones, y no desesperando de dar una mejor, se dedicó con cuidado á leer las obras impresas de S. Cipriano y á examinar todos los manuscritos que pudo encontrar. Su salida de París en 1710 no interrumpió casi su trabajo, á que se venia dedicando con tanta asiduidad, y se aprovechó de su destierro para ver todos los manuscritos de las obras de San Cipriano que pudo encontrar en los diversos lugares por donde pasó. Habiendo regresado á últimos de 1715, aumentó su aplicacion y horas de trabajo, y comenzó á imprimir en 1717; pero habiéndole arrebatado la muerte

al año siguiente á la edad de ochenta y ocho años, se encargó de cuidar de esta edicion el P. Dom Prudente Maraud, sabio religioso de la Congregacion de S. Mauro, que la ha añadido nuevas notas, un prefacio y la vida de San Cipriano, siendo este el estado en que se han publicado las obras de este santo doctor de la Iglesia, en París, en la imprenta Real, en 1726, en fólio. La primera edicion de estas obras se habia hecho en Alemania en 1538 por el célebre Cochlée, siendo quizá la última la de 1726, que acabamos de citar.—S. B.

RIGAULT (Nicolás). Fué napolitano y nació en 1744; educado con el mayor esmero, decidió, desde que de decidirse fué capaz, seguir la carrera eclesiástica, no por aspirar á los importantes cargos que desempeñó, sino porque creia, y con razon, que este estado es el en que con mayor felicidad sirve la criatura á su Criador. Hizo, como era consiguiente, los estudios necesarios para optar á algun beneficio eclesiástico, y áun llegó á hacer concurso á los curatos de la diócesis de Nápoles, lo cual dió ocasion á que el señor obispo, creyendo que se sacaria más partido teniéndole á su lado en vez de proveer en él ningun curato, aunque en verdad merecia el que se le hubiera dado, le trajo á su lado y le ordenó á título de comensal suyo, hasta que tuvo ocasion de proveer en él un beneficio de su iglesia catedral. En el cabildo se hizo apreciable no solo á sus compañeros, sino á cuantos le conocian, porque desde luego mostraba su buena educacion, y era finísimo en su trato y sumamente servicial con todos, atendiendo en cuantas necesidades podia á la gente pobre, y logrando por consiguiente el aprecio de esta parte del vecindario de su país, que, como sabemos, es muy numeroso. No se sabe si por indicacion del gobierno, ó porque el Papa por sí mismo le propusiera, es lo cierto que fué nombrado obispo de Ancona, y en el desempeño de tan difícil cargo demostró cuánto valia, pues reunió todas las dotes de un verdadero prelado. Por supuesto que era incansable, pues ni un momento cesaba que no estuviera ocupado, ya en la predicacion, ya en la administracion de sacramentos, ya en la visita eclesiástica, en cuyo desempeño logró frutos muy abundantes, porque conociendo perfectamente bien por este medio las necesidades de los pueblos y los medios con que ellos mismos cuentan para proveerlas, les alienta á poner el debido remedio, al mismo tiempo que haciéndoles ver á pastores y á ovejas, es decir, á los clérigos y á los legos, las relaciones que á unos con otros debian enlazar, todos venian á comprender sus verdaderos intereses, y por excitacion del prelado los párrocos, deponiendo algunos motivos que ya los fieles, ya las autoridades, les daban para disgustarse, cumplian perfectamente su ministerio, porque sabian que aunque muy benigno y bondadoso el prelado, sabia sin embargo hacer á cada cual conservar su puesto, y lograba así que se tuviese á la Iglesia todo

el respeto que ella merece, y al mismo tiempo que cada uno cumpliese sus deberes. El romano Pontífice, ya fuese por consideraciones á la Iglesia, cuyo gobierno estaba á su cargo, ya atendiendo á sus méritos personales, lo cierto es que en una numerosísima promocion de cardenales que hizo Pio VII en el año 1816, le nombró cardenal presbítero de la santa romana Iglesia. A todos agradó sobremanera el que se colocára en tan elevada gerarquía á este hombre de tanto mérito; pero su elevacion no sirvió de modo alguno para retraerle ni embarazarle lo más mínimo en el ejercicio de sus importantes funciones, ántes por el contrario se dedicó á su ejercicio con tal asiduidad, que no tuvo ni áun tiempo para pasar á Roma, por lo cual no pudo tomar título de iglesia, porque sabido es que para esto se necesita la presencia personal cerca del Sumo Pontífice. Seis años disfrutó de esta alta dignidad; al cabo de ellos fué acometido en la visita misma de su diócesis de unas calenturas malignas, que le condujeron al sepulcro. Por demás fué sentida su muerte, y en sus últimos dias demostró hasta la evidencia su afecto á cuantos se acercaban á él, dirigiendo á cada cual palabras muy adecuadas, pero de esas que jamás se olvidan, y que producen una sensacion viva aunque agradable. Sus exequias fueron todo lo solemnes que pudieron, concurridas, como era natural, de lo más escogido de Ancona; y su cadáver, despues de haber estado algunos dias expuesto para que sus fieles súbditos le viesen, fué sepultado al lado de sus antecesores en una de las capillas colaterales, donde se puso una inscripcion, en que constan todos los antecedentes que llevamos referidos, y que son lo único que por más diligencias que hemos hecho, hemos podido averiguar acerca del Emmo. Sr. Cardenal Nicolás Rigault, obispo de Ancona.—G. R.

RIGAUT DE ROUSSI (Egidio). Nació este cardenal francés en Bessiaco, diócesis de Limoges. Inclinado desde niño á prácticas piadosas, se dedicó al servicio de Dios, y para mejor llenar su deseo, tomó el hábito de S. Benito y no tardó en ser nombrado abad de S. Dionisio de París. A instancias del rey Juan I, el papa Clemente VI le creó cardenal sacerdote de Sta. Práxedes el 18 de Diciembre de 1350 en Aviñon. Y no pudiéndose privar de él el Rey por tenerle encomendados graves negocios, le mandó el Papa el capelo cardenalicio, que le entregaron en París á presencia del monarca, los obispos de Laon, Chartres y de París. Murió á los veintitres meses de haber obtenido esta dignidad, el año 1353. Habiendo hecho grandes beneficios á la iglesia de S. Dionisio, y entre otras fabricado una enfermería para la asistencia de los monjes enfermos, á la que señaló rentas para su sosten. Los monjes le erigieron una honrosa sepultura.—C.

RIGERMAN (Fr. Antonio), dominico flamenco, natural de Alort. Tomó el hábito en Gante en 1.° de Junio de 1531, en cuya casa profesó despues.

Fué predicador general y prior de los conventos de Hag, Harlem y Gante por dos veces. Lanzado por los herejes de aquellos países, de su convento de Gante, se retiró al obispado de Ipre, donde recibió la mejor acogida de su prelado, y permaneció hasta que recuperado Gante por las armas del Rey católico en 1534, pasó á aquel convento, donde continuó hasta su muerte, ocurrida el año 1535 en 12 de Junio, á la edad de setenta y seis años. Escribió: 1.° *Paraiso del alma*, escrito en latin por Alberto el Magno y traducido al belga; Gante, 1556, en 16.°—2.° *Diversi tractatus à F. Judoco Caulier, ejusdem conventus de quo supra ad 1543 olim collecti, nunc à F. Antonio Rigerman in ordinem redacti;* 1580, manuscrito en 8.°—3.° *De præparatione ad sacram communionem.*—4.° *Enchiridium Theologicum.*—S. B.

RIGHINO (Fr. Agustin), religioso franciscano, natural de Ferrara y pariente de los duques de este estado. Apénas hacia doce años que habia entrado en la religion Seráfica, cuando fué promovido á los principales empleos de su Orden, siendo nombrado primero administrador y comisario general de la Orden en Sajonia, Irlanda, Romanía, Palestina, Oriente y Bolonia, y comisario general despues de toda Italia, cargos que desempeñó con grande celo y acierto. Fué elocuente predicador y erudito teólogo, conmoviendo de tal manera el ánimo de su auditorio, que corria á oirle en gran número, que se decia vulgarmente que sus discursos herian como el rayo, más bien que resonaban como el trueno. Fué muy estimado de la serenísima familia de Este, en particular por los duques Hércules y Alfonso, su hijo, llevando á cabo muchas cosas notables por medio de su autoridad y patrocinio, llamándosele regente de la ciudad por el grande poder que en ella ejercia. Hizo muchos y grandes beneficios á su convento de Ferrara, restaurando su antigua iglesia, y proporcionó grandes ventajas á los ciudadanos con su doctrina y consejos. Murió el año 1583, y fué sepultado delante del altar mayor, poniéndose sobre su sepulcro la inscripcion siguiente:

Flens veni in terras, et flens discedo, fuique
Dum vixi, fletus, rixa, dolor, gemitus.

Pedro Rodulfo procuró conservar su retrato colocándole en el catálogo de sus escritores, en que cita como suyas las obras siguientes: 1.° *Sermones per totium adventum, ac Quadragessimam*; Venecia, por Horacio de Gobbis, 1581, en 4.°—2.° *Sermones septem de festis Deiparæ semper Virginis, ac Incarnationis Verbi*; ibid., 1591.—3.° *De Indulgentiis.*—4.° *De numero salvandorum.*—5.° *De suffragiis mortuorum.*—6.° *Tractatum contra illos, qui dicunt malos sacerdotes non posse administrare Sacramenta Ecclesiastica.*—S. B.

RIGNANO (Fr. Miguel Angel de), religioso capuchino de la provincia de Sant Angelo, nació en Manfredonia, cerca de Rignano, de padres pobres, pero muy virtuosos, y despues de haber aprendido las primeras letras, siguió el estudio de la música con tanta aplicacion como buenos resultados, mereciendo por su buena voz la fama de un eminente cantor. Envióle su padre á Roma con el objeto de que mejorase de fortuna, y en esta ciudad obtuvo la mejor acogida, llegando muy en breve á formar parte de la familia del cardenal de Sta. Severina, quien le manifestó todo género de atenciones, no solo por sus habilidades, sino tambien por sus puras costumbres. Mas deseando conservarlas en su primitiva sencillez y comprendiendo los peligros que frecuentemente le cercaban en tan populosa ciudad, decidió por inspiracion divina tomar el hábito de los PP. Menores Capuchinos, y aprobando el cardenal su determinacion, le vistió de mano de Fray Miguel de Manfredonia, provincial de la provincia de Sant Angelo. Para conseguir su objeto y el de su instituto se propuso desde un principio seguir en todo la voluntad y arbitrio de su maestro, quien conociendo despues de un maduro exámen los talentos de su novicio, le dirigió con tanto acierto, que llegó en un breve período, no sin admiracion de su director, á ser un verdadero modelo de los demás religiosos. Aunque Fr. Miguel se ejercitaba constantemente en la paciencia, silencio, obediencia, modestia y en las demás virtudes, en lo que más se distinguia era en la frecuente oracion y meditacion, en que encontraba consuelos espirituales desconocidos á los no tan adelantados como él en el camino de la piedad. Era tanto el placer que en esto sentia, que afirmaba su maestro que todo el tiempo que le quedaba despues de cumplir sus obligaciones de novicio, le consagraba á este ejercicio, haciendo cien genuflexiones entre dia y noche á la majestad Divina, á imitacion del apóstol Santiago, cuya costumbre observó siempre inviolablemente. Admitido á la profesion por unánime consentimiento de todos los religiosos, manifestó luego sus avanzados pasos en el camino de la perfeccion, y conociendo por su propia humildad que fuera de Dios no habia nada apetecible en el mundo sino la virtud, se propuso seguirla de tal manera que nadie le aventajase en ejercitar los actos más humildes y despreciables de la comunidad. Pero en lo que más se distinguia era en los servicios que prestaba á los enfermos, de los que fué siempre el amparo y consuelo, como si fuese él solo para todos. Viendo sus aventajadas cualidades decidió su provincia hacerle prelado, para que puesto en un lugar preeminente pudiesen sus ejemplos ser vistos é imitados de muchos más de los que hasta entónces lo eran, porque como solo se elegian para prelados los que se adelantaban en las virtudes, esperaban, como lo consiguieron, que fuese el primero de todos en obras y palabras, y le imitasen muchos en sus buenos

ejemplos. Amante de la soledad, no permitia que ningun religioso saliera del claustro si no le obligaba alguna necesidad muy apremiante, diciendo que carecen del espíritu de la religion los que no pudiendo vivir en la quietud y retiro del convento, andan siempre fuera de él, mezclándose en los negocios seglares, que son propios de los que viven en el mundo. Aun en medio de los trabajos corporales, estaba entregado á la contemplacion de las cosas celestiales, tomando principalmente por modelo la vida de Jesucristo. Para compartir en cierto modo los tormentos de su pasion, mortificaba constantemente su cuerpo con duras penitencias, continuos ayunos, asistencia al coro y demás ejercicios de devocion, en que era tal su uncion y reverencia, en particular en el santo sacrificio de la Misa, que con solo vérsele celebrar se convertian muchos y compungian todos. Fué siempre tan observante de la regla seráfica, y con especialidad de la pobreza, que no permitia la más mínima transgresion en este punto, por lo cual, contento solamente con lo muy preciso, á imitacion de su patriarca S. Francisco, temiendo quitárselo á otros pobres, se abstenia con frecuencia de lo que le era más necesario, y áun asi, de las muchas limosnas que solian ofrecerle solo tomaba lo indispensable para el dia. A todas estas virtudes daba doble realce una profunda humildad con la que no solo toleraba perdonando las injurias, sino que las tenia en su ánimo como un verdadero tesoro. Aunque desde que entró en la religion se propuso firmemente seguir la cruz de Cristo y no vivir sin ella, lo que más procuró fué imitar al mismo Crucificado. Así acordándose muchas veces de la admirable paciencia con que Sta. Lidivina toleró graves dolores y dilatadas enfermedades, pidió al Señor que le diese igual cruz, y en efecto, comenzó á ser atormentado de contínuos y agudos dolores en todo el cuerpo, llenándose de horribles llagas que le cubrian desde la planta del pie hasta la cabeza; no podia sentarse ni echarse por lo cancerado de sus heridas, ni estar de pie porque le faltaban las fuerzas. Disimuló con fingida alegría este martirio de muchos dias, meses y años, pareciendo vencerse más bien que sentir tan horribles penas, hasta que al fin su Divina Majestad le llamó á mejor vida en 1616: parece que ántes y despues de su muerte hubo diferentes visiones y apariciones, por lo que los cronistas de su Orden creen piadosamente que fué á gozar del eterno descanso. —S. B.

RIGO DE MIRATORIO (B.), llamado tambien Arrigo y Enrique de Miratorio. Fué un religioso agustino, cuya santidad y virtudes elogian todas las crónicas de la Orden, advirtiendo empero que por falta de noticias no pueden hacerlo con toda la extension que este bienaventurado se merece. Consta, sin embargo, que consagrado desde su primera juventud á la vida religiosa, hizo en ella tan buenos adelantos, que no tardó en ser mirado como uno de

los agustinos que más honor debian dar á su siglo y á su Orden, pues desde luego brilló por todas las cualidades que deben distinguir al que abandona el mundo por seguir al Señor en la soledad y el retiro. Sus continuas penitencias, sus asiduas oraciones y sus constantes ejercicios de piedad le tenian siempre ocupado, hallándole en el coro, no solo el dia, sino tambien la mayor parte de la noche, pues procuraba estar siempre en presencia del Señor de todo lo criado, de quien esperaba su ventura en esta y en la otra vida. Así arrobado en continuos éxtasis y devocion, veia con frecuencia al Señor y á los Padres de su Orden, que se presentaban á sus ojos vestidos de los más vivos colores, adornados de una luz que no era ciertamente la de esta vida, sino que sin duda procedia de la eterna. Los hombres vulgares, los que aferrados á su ciego egoismo no quieren creer más que en lo que ven, si es que esto no lo ponen tambien en duda, se han esmerado en críticas, ya que no en negar las revelaciones, visiones y apariciones que tanto asenso tenian en tiempo de nuestros abuelos. Ignoramos la razon que para esto hayan tenido, y nos parece que han caido en un error en extremo grave, pues prescindiendo de que en los libros sagrados se refieren muchos sucesos de este género, que nadie se atreverá á negar ni á poner en duda, áun sin acudir á tales testigos hallamos en la poesia verdades admirables que no pasan de ser otras tantas revelaciones, que de simples intuiciones han comenzado á desarrollarse, á tomar cuerpo, á formar un ser con vida real y positiva, al que los más incrédulos no se atreverian á quitar lo que tiene de cierto. Ya en los tiempos antiguos habia dicho un grau poeta, tratando de la inspiracion y de las verdades sublimes que de ella se derivan:

Est Deus in nobis, agitante calescimus ille.

Verdad que lo es mucho mayor si se aplica á los hechos religiosos de que estan llenas las crónicas, y que con frecuencia se tienen que omitir por temor á los escépticos del siglo XIX. Mas todo el escepticismo no podria negar un órden superior de cosas al que nosotros vemos y tocamos, una vida espiritual diferente en un todo de la temporal é intelectual, y una coleccion de cosas derivándose de ellas, que son las que forman el objeto de esta ligera disertacion. Podriamos aducir millares de ejemplos por los que estas verdades quedan fuera de toda duda habiendo muchas que hasta son vulgares para nosotros. Atrevernos de consiguiente á mirar otras de una manera diversa, solo porque nos parecen demasiado pequeñas é insignificantes, es cosa que tiene un tanto de absurdo y ridículo, porque ignoramos su objeto y sus consecuencias. Solo Dios, que permitió se verificasen sucesos de esta naturaleza, que acaso no son extraños aunque á nosotros nos lo parecen, es quien sabe

los fines que para ello tuvo, el designio que le guió en su justa determinacion. ¿Quién, pues, se atreverá á sondear los juicios de la Divina Providencia, cuando vemos que Jesucristo obra sus principales milagros por volver al redil una oveja descarriada, y se olvida siempre de los reinos y de los imperios? ¿Qué tiene por lo tanto de extraño que se hayan obrado despues muchos sucesos de igual género por solo la salvacion de un alma? ¿Acaso Jesucristo en su vida se dedicó en la apariencia á cosas mayores? Y decimos en la apariencia, porque en la realidad no fué así, pues miéntras vivió como hombre entre los hombres, llevó á cabo la obra más grande despues de la creacion, la redencion del género humano, corrompido por el pecado y lanzado en los caminos de perdicion. De muchos sucesos de esta clase se halla llena la vida del Bto. Rigo, quien en sus milagros dió pruebas de su grande santidad, mereciendo por esto ser enterrado en un lugar distinguido en el convento de Miratorio hácia 1374. Trasladada despues la comunidad de este monasterio al de S. Cristóbal de la Peña, los restos del Bto. Rigo continuaron en el primero por no permitir el pueblo su traslacion, pues hallaba en ellos un consuelo en todas sus calamidades y desgracias, un guia seguro que con sus ejemplos los encaminaba al templo de la virtud.

RIGOBERTO (S.), arzobispo de Reims. Si, como dice un autor, nuestros deberes son las obligaciones que nos imponen las leyes divinas y humanas, cada estado, cada edad y cada condicion tiene los suyos especiales sin que estos le dispensen de guardar los generales. «Debemos á Dios, como creador la adoracion, como conservador reconocimiento, y como Señor absoluto sumision completa á su divina voluntad. El segundo de nuestros deberes es la humanidad, y por lo tanto, el que solo vive para sí, no es digno de vivir entre sus hermanos. Debemos á todos los hombres amor, compasion y auxilios en sus necesidades. Al estado que vela por nuestra seguridad y bienestar, el cuidado de su conservacion, el empleo de nuestros talentos y la obediencia á las leyes; y de aquí se sigue los deberes que nos estan impuestos para con nuestros superiores y áun con respecto á nuestros inferiores. Nuestros deberes con los particulares deben considerarse en relacion á los bienes que de ellos recibimos, y de aquí se derivan los deberes de los padres, de los hijos, de los parientes, de los amigos y de los compatriotas; deberes todos que estan subordinados los unos á los otros, pues que debemos más á Dios que á los hombres, más al género humano que á nuestra patria, más á la patria que al amor paterno, y más á este último sentimiento que á la amistad. La religion reglamenta nuestros deberes para con Dios, y las leyes civiles para con el estado; siendo la ley natural la que nos establece los deberes para con los demás. Los mejores medios que podemos emplear para llenar estos deberes, son: la prudencia, la vigilancia, la justicia, la

fortaleza y la templanza, que son actos de nuestra voluntad, á la cual debemos encaminar siempre al bien y obligarla á entrar en el buen camino cuando se separe de él ó pretenda descarrilarse. Desde nuestros primeros pasos en la vida no debemos olvidar tampoco que si los deberes de los padres son la instruccion y el cariño, los de los hijos son la obediencia, la sumision, el respeto, el amor y el reconocimiento; y cuando la amistad nos alargue su benéfica mano, recordaremos que los suyos son la confianza, el agrado, la bondad y el buen consejo. Una vez ya hecha la definicion de los deberes, debemos decir que todos los cumplió el glorioso S. Rigoberto, del que vamos á dar una pequeña noticia biográfica, sintiendo que los autores no nos den más detalles de su santa vida. Este virtuoso benedictino del siglo VII, de nacion francesa, debió, á lo que parece, ser natural de Reims ó de sus cercanías. Instruido por inclinacion natural, dirigida por Dios, desde sus primeros años en las máximas y sábia doctrina del Evangelio, deseó adquirir la perfeccion que podia acercarle á su Criador, y como el mundo no le presentaba franco el camino que habia de conducirle al fin que se proponia, desengañado muy luego por fortuna suya de sus pompas y vanidades, resolvió abandonarle y huir de su agitacion y peligroso estruendo, para buscar en el retiro lugar más á propósito y acomodado en donde, conferenciando á solas con su alma, pudiese atraer sobre ella la atencion de su Criador para pedirle la gracia de unirse á él por una eternidad. Con este designio y lleno de fe y esperanza, despues de haber cumplido exactamente todos los deberes que su edad y condicion le imponian para con su Dios, para con el estado, y en fin para con sus semejantes, se dirigió con entera vocacion y con la mayor humildad, cualidades indispensables para abrazar el estado religioso, al monasterio de Benedictinos más cercano, y con lágrimas en sus ojos que le arrancaba de su corazon el deseo, suplicó á aquellos virtuosos hijos del gran S. Benito, le admitiesen entre sus más humildes novicios. Conociendo los superiores la verdadera vocacion del neófito, le admitieron gustoso en el convento, y despues de las pruebas del noviciado, de las que Rigoberto no solo salió triunfante, sino edificando á los más piadosos y penitentes de la comunidad, se le permitió profesar, con lo cual quedó ya satisfecha su alma y alegre su corazon. Ordenado de sacerdote, á las virtudes se asoció la santidad, y tanta fué esta, que traspasando primero los reducidos límites de su celda y despues los de su convento y de la provincia, su fama llegó á la corte, y el soberano le propuso para prelado á la Santa Sede, y con esta solemne aprobacion fué nombrado arzobispo de Reims el año 696. Si bien la humildad, que fué en este santo virtud inseparable que brilló en él como refulgente sol, le hizo procurar todo lo posible el estorbar su elevacion al episcopado, que intentó rehusar, y que

solo admitió por obediencia, deber que no podia resistir el que tan bien supo guardar toda su vida los que Dios y las leyes de su patria le imponian. Aceptado que fué el báculo pastoral, se dirigió á sus ovejas con el mayor amor para darlas confianza, y llamándolas con el mayor cariño, enterado que fué de sus males y de sus necesidades, trabajó con asiduidad y constancia en sanar los primeros y evitarlos, y en socorrer las segundas, ya proveyendo á ellas cuando era posible, ya aminorándolas cuando no podia hacerlas desaparecer del todo. Infatigable obrero en la casa del Señor, no solo extirpó los abusos en su diócesis y hasta los que habian osado introducirse hasta el santuario, sino que viendo que su clerecía andaba algo descarriada, y no siempre encaminada por la senda que le imponian los deberes de su estado y condicion, maestro sublime de deberes, les hizo entrar en ellos con la mayor dulzura, obligándoles á vivir conforme á lo dispuesto en los sagrados cánones, y para que la leccion fuese más perfecta, al precepto añadió el ejemplo de su persona, que es la leccion más elocuente y sublime que puede dar un prelado á sus subordinados, y un pastor cristiano á sus fieles ovejas. Llegó el respeto que se tuvo á este santo arzobispo de Reims hasta el punto de que los soberanos de Francia le consultasen en sus más graves negocios, ya referentes al estado, ya familiares, y á que se juzgasen dichosos recibiendo de su mano la uncion espiritual que les autorizaba en su soberanía, y así fué que los reyes Dagoberto II y Childerico III recibieron de este santo obispo la consagracion, y el rey Pipino le rogó fuese padrino de su hijo Cárlos Martel, por lo que le tuvo en la pila bautismal cuando se cristianó. Usurpaba la silla episcopal de Tréveris un prelado abad llamado Milon, y cuando subió al trono Cárlos Martel se ingenió de tal modo el abad Milon con este soberano, que haciéndole olvidar que era ahijado de S. Rigoberto, le indispuso de tal modo contra éste, que le arrojó de la silla de Reims, y desterrándole de su diócesis, puso en su lugar al usurpador abad Milon. Descendió el santo Obispo de su elevado puesto con la mayor resignacion, sin que el desaire é ingratitud del Rey le mortificase, y sin abrigar rencor ni envidia contra su perseguidor Milon, ántes bien rogó á Dios de todas veras por ambos, suplicándole que semejante mudanza no perjudicase á sus queridas ovejas y redundase todo en honra y gloria de su divinidad y provecho de aquellas. Luego que en 741 murió Cárlos Martel, el papa Zacarías fulminó sus censuras contra el usurpador Milon, que fué arrojado de la silla de Reims, y en seguida se volvió á reponer en ella á Rigoberto, el cual procuró subsanar los males producidos por aquel cambio y se dedicó con todo celo á instruir á sus diocesanos en las santas máximas del Evangelio, en cuya santa tarea le llamó Dios á su seno, y murió con la tranquilidad del justo el dia 4 de Enero del año 749

de nuestra era, dia en que le recuerda con gloria la santa Iglesia católica nuestra madre.—B. S. C.

RIGOBERTO (P. Dom), religioso de la diócesis de Reims, profeso de la abadía de Claraval, y monje de la Trapa por el cambio de su estabilidad y reforma; murió en este último monasterio, despues de su permanencia en el mismo durante el espacio de trece años. Se presentó en este asilo en el momento que se convenció y supo que en él se practicaba exactamente la regla que habia profesado en la comun observancia de la Orden Cisterciense. Como su designio y deseo era el de consagrarse entera y completamente á la penitencia, y reparar las faltas en que hubiera podido incurrir en su pasada vida, por las austeridades de la que nuevamente abrazaba, no encontró ningun obstáculo que se opusiese á sus santos deseos, ni al cumplimiento de los deberes, que se proponia cumplir en aquella austera observancia. Principió á renunciar á su voluntad propia, á cuyo fin puso su persona y toda su alma entre las manos del P. Abad, abandonándole sin ninguna reserva la direccion de su conducta y de sus deberes, cuyo propósito observó exacta y religiosamente sin la menor alteracion y con igual constancia todo el resto de su vida, hasta el momento de su muerte. Se dedicó con el mayor rigor al cumplimiento de la regla, con un fervor y una regularidad tan igual, que no hubo una sola de aquellas obligaciones á que estaba sujeto, en la que no se mostrase tal como debia ser. Rara vez se le observó que se aproximase á la lumbre, áun en los mayores rigores y frios de las estaciones. Siempre con semblante risueño y con la misma perseverancia, desempeñaba y terminaba los trabajos más rudos y difíciles. Asistia al oficio divino con una modestia y un recogimiento, en que bien se echaba de ver su acatamiento á la presencia de Dios, y su alejamiento del trato y comunicacion con las criaturas. Su comedimiento en el refectorio era notable y su gran abstinencia, de la que fácilmente podia juzgarse, por ser acto de comunidad, conociéndose fácilmente que no le conducia allí la sensualidad, sino las órdenes soberanas de Dios que imponen la conservacion de la vida, de modo que solo atendia á la pura necesidad. El mismo recato y compostura guardaba en las conferencias; hablaba muy poco, y no decia más palabras que las justas, necesarias é imprescindibles. Era muy pronto en la obediencia, paciente y sufrido en las humillaciones, presentándose con el mismo carácter y amabilidad en el trato con los jóvenes y ancianos; sumamente generoso, regalando todas las cosas de que podia privarse y con el mayor placer, siempre que no violasen ni alterasen las reglas comunes. Tenia un dominio particular sobre el sentido de la vista, siendo efectivamente el dueño y señor de sus ojos, así fué que nunca se le sorprendió con una vista curiosa ni con miradas inútiles; no era ménos severo y rigoroso

en la observancia del silencio; y finalmente, podia considerársele como el modelo de un perfecto solitario, para lo cual no habia más que verle, estudiarle, y copiar sus irreprensibles operaciones é intachable conducta. Sus disposiciones interiores eran tales cuantas pueden esperarse, y juzgar de un exterior tan religioso y tan arreglado; los sentimientos y el grande amor que profesaba á Dios, era el más vivo y ardiente; amaba la gloria y el engrandecimiento de su santo nombre, y nada le parecia difícil ni oneroso cuando se entregaba al servicio del Señor, y correspondia á su culto. Su piedad era extraordinaria, sus costumbres muy puras, su oracion asídua, fervorosa y constante; su caridad para con sus hermanos ardiente y bondadosa, y su sumision á la voluntad y mandatos de su superior, cordial é inviolable. Miraba con tanto desprecio é indiferencia las cosas del mundo, que no habia ni una sola que pudiese gustarle y complacerle, ni que hiciese la menor impresion en su noble y sano corazon. Esta, sin duda, era la razon, por que poseyendo estas cualidades naturales, Dios le habia dotado de otras muy principales, como son todas aquellas que distinguen á los hombres, y que constituyen en el mundo la mejor recomendacion y el mérito más sobresaliente. Era tan espiritual y tenia tan desarrollada la inteligencia, que siempre fué su dictámen y sus juicios sólidos, acompañados de la mayor sagacidad, mucha retentiva, discernimiento y sinceridad. Era sorprendente y admirable su constante fidelidad, y nada en el mundo hubiera sido capaz de hacérsela variar ni de sorprenderle. En su amistad se manifestaba tierno y muy afectuoso, reuniendo á estos dotes un carácter de simplicidad, que ganaba los corazones de todos aquellos que le trataban. El P. Abad se servia de él para escribir, siendo más bien su secretario, pues conocia que habia tal conformidad y homogeneidad entre los pensamientos y máximas de ambos; así era que para conocer en todos los particulares sus pensamientos é ideas, no tenia el sabio Rigoberto que consultarle ántes sino saber las suyas. Se le habia cometido el cuidado de recibir los huéspedes y peregrinos que llegaban al monasterio, lo que cumplia con tal agasajo, caridad y religion, que jamás persona alguna le dirigio la palabra, que no quedase contento y edificado de su conducta y consideraciones. Se le propuso para una abadía de la Orden, y el Rey tuvo la bondad de aceptar con el mayor gusto la propuesta, sin que Rigoberto á todo esto supiese nada, ni tuviese noticia por ninguna parte. Estando ya el asunto muy adelantado, el P. Abad le comunicó aquella novedad. Pero él sin alterarse y en el mismo punto respondió sin titubear: «Que él habia venido á aquel apetecido monasterio, para vivir y para morir en la obediencia, y que le suplicaba humildemente que no le ordenase nada que pudiese trastornar sus resoluciones y sus designios.» El P. Abad insistió, haciéndole las más vivas instancias y reflexiones, pero

el santo varon, viéndose asediado de aquel modo, le hizo presente que hasta entónces habia tenido tan poco cuidado de su alma, que se consideraba indigno de admitir un cargo en que tenia que ocuparse de la direccion de las de sus hermanos. El P. Abad, viendo que persistia y perseveraba en un pensamiento tan puro, tan cristiano y tan contrario al deseo de la humanidad, y á lo que generalmente se acostumbraba en casos análogos, en que siempre eran codiciados puestos de tanta representacion y honor, creyó buenamente que la carne y la sangre no podian haberle inspirado aquella repulsa, y que más bien debiera creerse que Dios se la habia infundido en el corazon. Por lo tanto se rindió á sus vehementes súplicas, confirmándole en su desinteresado parecer, al mismo tiempo que alababa al Señor de que en aquella época se encontrasen todavía monjes que amaban y querian mejor obedecer que mandar. Despues de esta accion de tan perfecto desprendimiento, no pensó en otra cosa más que en adelantar á las miras, y en el camino que Dios le señalaba, y de asegurar la gran dicha que habia encontrado en aquel santo retiro, adonde la Divina Providencia le habia conducido, y á fin de conservarla para el resto de sus dias, prometió su estabilidad en aquel estado, renunciando por entero á la profesion que habia hecho en los Cistercienses. Su virtud aumentaba y progresaba de dia en dia, y el P. Abad, admirándole y viendo su sobresaliente mérito y brillantez en todas las cosas que pertenecian á su religioso estado, le encargó la educacion y direccion de los novicios, en cuyo puesto adquirió tal reputacion, y obtuvo tan feliz suceso y resultados, que la mayor parte de aquellos jóvenes que salian de sus manos, estaban impregnados de tal modo del espíritu de su profesion, y tan bien comprendian la extension de sus deberes, que ellos no temian tener las menores obligaciones, cuidando de observar en su conducta todo lo que veian en su maestro, copia exacta de los antiguos solitarios, considerándole como el varon más eminente en virtudes y santidad, queriendo, llevados de sus santas máximas, hacer revivir en ellos mismos, en cuanto les fuese dable y posible, la pureza y la perfeccion de los primeros siglos, como les habia parecido su sabio maestro, modelo incomparable, tanto por su virtuosa vida como por las circunstancias de su muerte. Dios, que únicamente queria que se dedicase y aplicase á su propia santificacion por las vias y por las pruebas á que le habia sometido, satisfecho ya de su gran obediencia y trabajos, le hizo incapaz de ocuparse de los demás, á quienes habia sacrificado para su instruccion y direccion los mejores momentos de su vida. Asi es que cayó postrado en el lecho, enfermo con un agudo reumatismo, causado por sus continuas mortificaciones, y por los frios excesivos que voluntariamente habia desafiado y hecho frente durante muchos inviernos. El, á pesar de todo, y en las remisiones de su afeccion dolorosa, no

dejó por eso de instruir en cuanto pudo y estuvo de su parte á sus queridos novicios, asistiendo igualmente al coro y á todos los actos que imponian las reglas ordinarias; resistió en aquel estado tanto como pudo, pero por último se vió precisado á ceder á la violencia del mal; al mismo tiempo se le conplicó viniéndole un fuerte acceso acompañado de dolores violentos, contínuos é insufribles. Despues se le abrió, formándole en seguida siete ú ocho bocas, por donde derramaba una abundante supuracion, presentándosele otros nuevos accesos, teniendo que sufrir otras tantas incisiones con instrumento cortante para dar salida á los materiales acumulados, cuyas operaciones sufria con una paciencia admirable, con la mayor impasibilidad y santa resignacion. Estas operaciones debian, segun las apariencias y el parecer de los peritos, disminuir el fondo de su mal y áun terminar sus padecimientos; pero desgraciadamente ocurrió todo lo contrario. Aquella descomposicion humoral se repartió por casi todas las partes de su cuerpo, pero de una manera tan molesta y aguda, que le parecia tener incesantemente y que le atravesaban puntas de puñal todas las regiones, particularmente en los riñones, en los brazos, en las espaldas y en las costillas. Despues de hechas las incisiones no habia que pensar en que se cerrasen ó cicatrizasen, pues permanecian las heridas abiertas, y el humor que salia por ellas era tan acre, maligno y corrosivo, que inflamaba las llagas y sostenia una perpétua irritacion, de suerte que sufria del mismo modo que si se le aplicase contínuamente hierros hechos ascua; y para colmo de sus graves padecimientos, se le agregaba que la menor agitacion le producia una excitacion nerviosa tan extraordinaria, que le hacia sufrir mucho; además se veia atormentado con el desasosiego y movimiento, que le producia una tos violenta durante el dia, y aún más por la noche, viniendo con esta molestia á abrirse y renovarse las llagas, poniéndole en un estado tan lastimoso y de dolor, que no puede explicarse. Cualquiera postura que tomase, ó en cualquiera direccion que se volviese, no podia encontrar situacion que no le fuese muy dolorosa, pero bien léjos de murmurar ó de quejarse, bendecia á Dios, y miraba sus sufrimientos como muestras preciosas de su misericordia, y justas consecuencias y efectos de sus pecados. Se le vió siempre invariable y conforme durante los siete años que duró su grave y penoso padecimiento; permanecia los dias enteros sentado en un humilde taburete, pasando las noches en un simple jergon, sin abandonar ningun momento sus hábitos y vestimenta de regular. Se presentaba en todos los capítulos, para no perder la costumbre de recibir las reprensiones y las humillaciones consiguientes; á pesar de lo muy débil y de su estado de languidez, encorvado y casi doblado por la mitad de su cuerpo, jamás prescindió de acudir á la iglesia á oir con toda devocion la Misa, asistiendo igualmente á los ofi-

cios; este celo por la religion y por sus actos llenaba de edificacion, de admiracion, al mismo tiempo que de compasion, á todos aquellos que lo presenciaban, y que eran testigos de sus fatigas y sufrimientos y de su santo celo. Dios, que conduce á sus elegidos por vias y caminos que los hombres desconocen, despues de haber castigado á su servidor en el cuerpo, quiso probar del mismo modo su alma. El Señor parece como que le abandonó y se separó de él, rehusándole su favor y gracias manifiestas, que tan necesarias son á todos aquellos que se encuentran bajo el peso de sufrimientos y tribulaciones extraordinarias. Buscaba con el mayor deseo é interés á Dios sin poder encontrarle, le dirigia ardientes suplicas y oraciones, pero desconfiaba de que estas llegasen hasta el Altísimo, y que su voz fuese escuchada, permaneciendo en estos casos en un estado de disgusto y aridez, sequedad que no podia comprenderse. Muchas veces, confiándose al P. Abad, le decia que el cielo era de bronce y de piedra para él, y que le tenia completamente cerrado á sus quejas y lamentos. Miéntras le dominaron estas preocupaciones, la muerte le parecia muy terrible, y la severidad de los juicios de Dios le llenaba de espanto y le sumian en una perturbacion notable; á pesar de lo fiel é impecable de su vida pasada, le parecia que habia sido por el contrario abominable y llena de manchas, no contando para nada con su admirable paciencia, que constantemente habia conservado en medio de tantos trabajos; su espiritu disipado y abatido por el exceso de sus dolores y sufrimientos, y lleno de densas tinieblas y preocupaciones, por cualquier lado que dirigiese la vista, no apercibia nada favorable, y solamente veia imágenes tristes y desconsoladoras. Sin embargo de todo, este hombre, sujeto simultáneamente á tantos males, cercado completamente de tantas miserias, cubierto de llagas como un segundo Job, destituido de toda asistencia aparente, se parecia á aquellos de quienes dice el Profeta, que permanecen heridos de grandes y extensos golpes en sus sepulcros, y de los que Dios habia perdido toda memoria: *Sicut vulnerati dormientes in sepulchris, quorum non est memor amplius:* con todo, estaba sostenido por la poderosa proteccion de Jesucristo, pues aunque el siervo de Dios pareciese indiferente é insensible, y que en el fondo de su conciencia no hubiese recibido ningun consuelo, su corazon permanecia inquebrantable, y su constancia fué siempre la misma é igual, conservando una sumision profunda á todo lo que Dios se sirviese ordenar de su persona, tanto por aquel tiempo y durante su vida, como para la eternidad. Por fin Dios, que no habia hecho más que ocultarse al parecer, se le mostró patentemente, le miró con ojos de misericordia y de piedad, y habiéndole dado muestras manifiestas de su poder, su alma, como una tierra que despues de largas sequías recibiese el don del cielo de lluvias copiosas y abundantes, mudó de repente de sem-

blante y de disposiciones. Le volvió la alegría de que carecia hacia tanto tiempo, su confianza adquirió nueva fortaleza y vigor, las nubes que le dominaron y que le cercaban se disiparon, cesando al mismo tiempo el temor á la muerte; los juicios de Dios ya no le parecieron tan terribles; la presencia de Jesucristo, la consideracion de sus bondades, y la esperanza de la gloria eterna, por la cual suspiraba incesantemente, le hicieron olvidar su pasado estado y le aliviaron, pareciéndole ligeros sus padecimientos, penas y disgustos. En los últimos meses que precedieron á su muerte, todos sus dolores se redoblaron y exacerbaron. Su reumatismo le oprimia é imposibilitaba más, sus llagas se pusieron de malísimo carácter, á consecuencia de nuevas inflamaciones, perdiendo casi enteramente el uso de los brazos y de las manos; sus piernas estaban de tal modo hinchadas é inflamadas, que no podia sostenerse ni marchar sino con una extremada dificultad; y sus continuados insomnios y perpétua vigilia, no le permitian ningun reposo ni de dia ni de noche. Su alma, con la fortaleza que nuevamente adquirió, resistió á todos estos combates y miserias humanas; pero su cuerpo estaba ya tan débil, y sus fuerzas tan deterioradas, que se vió bien pronto en aquel término que con tanto ardor deseaba, y para disponerse y prepararse á aquel último trance, recibió el sacramento eucarístico, considerando á Jesucristo como su protector, su guia y su amparo, y en seguida se le administró la extremauncion. Tres ó cuatro dias ántes de su muerte, la abundancia de la fluxion y acúmulo de humores, y los accesos de fiebre le producian una suma opresion que le iba concluyendo por momentos, reduciéndole á tan grande abatimiento, que se quedó sin accion y casi sin palabra; su voz era tan débil y confusa, que apénas podia entendérsele, pero en medio de todos estos extraordinarios trabajos y sufrimientos, su espíritu permanecia claro, sin nubes ni embarazos; su corazon libre de todo pesar, siendo superior á todos sus males: todo en el santo varon estaba destruido, y Jesucristo solo llenaba y ocupaba todos sus sentidos y potencias. Podia asegurarse que su estado era el de un completo abandono á las órdenes celestiales, una inefable confianza en sus bondades, una esperanza muy viva de conseguir los bienes eternos, un profundo sentimiento juzgando su indignidad y sus propias miserias, y una manifiesta alegría de que el fin de sus dias y de sus tormentos se aproximaba, viéndose muy cercano á disfrutar de los nuevos cielos y de aquella nueva tierra que decia el Profeta, cuya consideracion era todo su consuelo y su esperanza. Habiéndole dicho uno de sus hermanos, que era sobremanera dichoso por haberse preparado á la muerte con tan largos sufrimientos: Qué decis? le contestó, no hay otra cosa que la misericordia de Dios, en quien confio, y solamente en la misericordia de Dios; y volviéndose hácia el lado del P. Abad, que estaba presente,

continuó: «Yo no soy más que un miserable pecador, y siempre lo he sido; toda mi fuerza y mi confianza estan en la gran bondad de Dios, de quien espero misericordia, y que mis pecados no impedirán que tenga de mí piedad.» Todo el dia en que se verificó su muerte, lo pasó con grande tranquilidad y un silencio absoluto, ocupándose mentalmente de implorar al Señor, ya que su opresion le quitaba la libertad y el uso de la palabra. El P. Abad, por la tarde, y al tiempo de despedirse, le dijo: que podria muy bien suceder que no viese el siguiente dia; y el dichoso Rigoberto le aseguró que esperaba con una perfecta resignacion lo que la divina voluntad quisiese disponer de él. Hácia las ocho ó las nueve de la noche, hallándose en un estado de desfallecimiento general, y conociendo que no le quedaban sino pocos momentos de vida, lo advirtió y suplicó que se le pusiese sobre la desnuda tarima cubierta de ceniza. Se le dió aquel gusto, observando sus ojos inundados de alegría y llamando é invocando á Jesucristo, sirviéndose de las palabras de la Escritura: *Veni Domini Jesu*, que el Espíritu Santo le habia puesto en el corazon del mismo modo que en sus labios, y cuyas palabras repitió muchas veces, para manifestar lo mucho que su alma estaba penetrada de aquella fruicion, esperanza y placer del próximo é inmediato término para salir de esta vida miserable y mortal. Estaba extendido en posicion supina, como una víctima que espera solamente el golpe que la debe concluir. El P. Abad, habiéndose imaginado por algunas señales exteriores que tenia necesidad de alguna cosa, le preguntó si no queria nada. *Nada*, le respendió Rigoberto, *tan solo y únicamente necesito á Jesucristo;* y añadió levantando la voz y como transportado: *¿Cuándo vienes, pues; cuándo vienes?* Se observó despues algun cambio sensible en su semblante, pareciendo que mucha parte de sus fuerzas y animacion le habian sido devueltas; esto mismo hizo juzgar ántes que el término se hubiera prolongado más que lo que él mismo habia pensado; por lo cual momentos ántes de espirar, habiéndole manifestado que el P. Abad tenia necesidad de retirarse, por hallarse bastante delicado y muy débil, manifestó su sentimiento y un deseo ardiente y sincero de morir entre sus manos, y habiéndole reiterado aquella precision, y conociendo que únicamente su porfía impedia la ausencia del superior, no pudiendo vencer aquel deseo, le conjuró y exclamó ántes de irse, diciéndole: «que Dios no permitiria que él muriese, sin que estuviese su paternidad presente.» En efecto, marchó, pero volvió poco tiempo despues, teniendo el consuelo de morir en sus brazos, sin ningun extremo ni movimiento extraordinario, y en una perfecta y envidiable tranquilidad. El sentimiento, afecto y el conocimiento de Dios le duraron casi tanto como la vida. Su tránsito pareció más bien como el que se entrega á un sueño dulce y sosegado, que no el que precede á una muerte verdadera,

y su semblante conservó hasta en la sepultura, la serenidad y el aspecto agradable que tenia en vida. Este apreciabilísimo y santo religioso murió el dia 14 de Noviembre del año de 1679, dejando eterna memoria sus virtudes y padecimientos, siendo extraordinariamente sentida su falta por todos sus hermanos, dejándoles mucho que imitar, sobre todo en una resignacion á toda prueba y una paciencia sin igual.—A. L.

RIGOLEUE (Juan). Nació este jesuita en 1594 en S. Quintin, pequeña ciudad de Francia, en la Bretaña, á tres leguas de S. Brieux. Hizo sus primeros estudios en el colegio de Jesuitas de Rennes, y fué recibido en Ruan en el colegio de los Jesuitas, el año 1617. Acabado que hubo su noviciado, enseñó las humanidades con éxito, porque sabia muy bien la lengua latina, de suerte que por algunos se le preferia en esto al famoso P. Petau. Doce años despues acabó su segundo noviciado, y murió en Vannes en 1658, á la edad de sesenta y tres años, en olor de santidad. Tuvo especial devocion á la Vírgen Santísima; escribió muchas obras místicas, y se conserva de él un tratado, al que tituló *El amable Jesus;* otro sobre la *Oracion mental;* otro, *La guarda del corazon;* un *Compendio de la vida perfecta; Advertencias para la recepcion de religiosas*, y *cuarenta cartas dirigidas á las religiosas Ursulinas.* El P. Pedro Campion publicó en 12.°, en París, en 1686, la *Vida del P. Rigoleue.*— C.

RIGOMARO (S.), confesor. Fué natural de Sagona, diócesis de Mans, en Francia, y por su virtud, su piedad é instruccion en las sagradas letras, fué juzgado digno de obtener el sacerdocio. Habia sido discípulo de un santo presbítero, llamado Launillo, y de él, y de cuantos profesaban la virtud, procuró el jóven Rigomaro tomar ejemplos y lecciones para más adelantar cada dia en la evangélica perfeccion. Predicaba con mucho celo y uncion, sacando gran fruto de sus sermones, y obraba repetidos milagros con los enfermos, dando á muchos de ellos la salud solo con administrarles el sacramento de la extremauncion. Habiendo sabido que no léjos de su iglesia aún existia un templo dedicado por los romanos al dios Marte, cuya mentida divinidad adoraban los ignorantes campesinos de los pueblos inmediatos, encendido el Santo en divino celo, no paró hasta conseguir que se derribase aquella impía fábrica, levantándose en su lugar una triunfante iglesia cristiana. Fué maestro y director de Sta. Tenesina, vírgen, con quien le sucedió un notabilísimo caso. Era Tenesina una santa doncella que habia consagrado á Dios su virginidad, no obstante que por disposicion é intereses de su familia la obligaron á contraer matrimonio con Severo, uno de los principales magnates de la corte de Childeberto. La casta vírgen, habiendo dado cuenta á su esposo del voto que pronunciára, logró que este la respetase, y vivieron castamente por espacio de algun tiempo. Mas celoso de aquel teso-

ro, que siendo suyo no le era dado poseer, llegó á ponerse intranquilo, tratando á su esposa con dureza y desabrimiento, no teniendo esta más alivio ni consuelo que el comunicarse con Dios y entregarse á la práctica de la oracion. Habiendo elegido por su confesor á Rigomaro, y consultando con él el medio de sobrellevar sus penas, halló tanto consuelo en sus palabras y tanta sabiduría en sus consejos, que al punto se estableció entre ambos una dulce y santa intimidad. Cuando se apercibió de ella Severo, más celoso que nunca y sin reparar en las consecuencias de la ligereza de su conducta, acusó de adúltera á su esposa y de cómplice á Rigomaro. Sufrió este con gran paciencia las persecuciones que le suscitó la calumnia, pero aumentándose cada dia las sospechas del obcecado marido, y acusados ante el tribunal del Rey, Tenesina y Rigomaro tuvieron que presentarse á responder á la acusacion. No bastando para convencer á la parte ofendida los descargos que diera el sacerdote, hubo necesidad de acudir al medio sobrenatural, tan admitido en aquellos tiempos; esto es, al juicio de Dios, que se hacia manifiesto de varios modos. Reunidos en una iglesia en el dia señalado el monarca, los jueces, la nobleza y el acusador, entraron en el templo Rigomaro y Tenesina, llevando cada uno un hacha apagada en la mano, que súbitamente se encendió sin la aplicacion de otro fuego, como si Dios hubiera querido demostrar la pureza con que brillaba la inocencia de los calumniados. A vista de tal prodigio, todos quedaron absortos, y el acusador Severo, arrepentido de su mal juicio, se retractó públicamente, mirando á su esposa desde aquel dia con el mayor respeto y veneracion, y permitiendo continuase viviendo, como hasta allí, bajo la direccion del Sto. Rigomaro. Así sucedió, en efecto, ejercitándose ambos en la perpétua oracion, ayuno continuo y otras austeridades semejantes. Entre otros muchos autores, cita este portentoso suceso Gregorio de Tours en su *Cronicon franco*. Murió Rigomaro hácia mediados del siglo VI, en un dia 1.° de Agosto. Con motivo del antedicho prodigio, y para honrar su memoria, mandó Childeberto fabricar una iglesia, donde empezó á rendírsele culto, continuando hasta nuestros dias.—M. B.

RIGORD (P.), religioso de la Compañía de Jesus. Nació en Marsella, de una familia ilustre y sumamente honrada, que tuvo siempre el blason de haber producido muchos hombres de reconocido mérito. El P. Rigord hizo sus estudios con el mayor aprovechamiento, y siendo su vocacion consagrarse en el claustro al servicio de Dios y de sus semejantes, fué admitido en la Compañía, siendo todavía muy jóven, con gran placer y satisfaccion de todos los superiores y Padres de aquella sociedad religiosa, conociendo la instruccion, capacidad y grande talento del jóven Rigord, prometiéndose que con el tiempo seria una de las joyas de aquella asociacion, y que sus virtudes é inteligencia le harian brillar entre sus contemporáneos. Fué un reli-

gioso sumamente obediente, de gran piedad y constante oracion, desempeñando todos los empleos que se le cometieron con el mayor celo y mejor voluntad. Era sumamente querido de sus superiores y de todos sus hermanos por su apacibilidad, agrado y modestia, y por sus irreprensibles costumbres. Murió en el año de 1739, dejando una obra manuscrita, titulada: *Conocimiento de la Mitología por preguntas y respuestas*. Esta obrita, en forma de diálogo, fué impresa el año mismo de la muerte de su autor, volviendo á aparecer en el año de 1743, con adiciones y correcciones, que se han atribuido al abad de Allainval y á C. Franc-Simon. La tercera edicion, publicada por Allet en 1748, con nuevas correcciones, ha servido constantemente de modelo á todas las que se han hecho despues. —A. L.

RIGORD, Rigordus, Rigollus ó Rigotus. Nació este religioso historiador de la edad media, en la Galia ó en el Langüedoc, en el siglo XII. En un principio se aplicó al estudio de la medicina y ejerció algun tiempo esta facultad con poquísimo éxito. Cansado de luchar contra la desgracia que le perseguia por todas partes, buscó un asilo en el claustro, á imitacion de la mayor parte de los sabios de su época, y abrazó la vida religiosa en la abadia de S. Dionisio, en la que pasó el resto de sus dias. Aprovechándose en el claustro del tiempo que le dejaban libre sus deberes religiosos, escribió la *Historia del rey de Francia Felipe II*, al que dió él el primero el sobrenombre de Augusto, que ha confirmado la posteridad. Aun cuando gastó en esta obra diez años de constante estudio y trabajo, estaba tan digustado de ella, que trató de inutilizarla, proyecto que combatió Hugo de S. Dionisio, y que nos hubiera privado de un gran número de interesantes detalles. Convencido Rigord de las observaciones de su prelado, consintió se sacasen copias de su obra, de las que el rey Felipe, mandó se custodiasen dos ejemplares en los depósitos públicos, *in publica monumenta*, recompensando al autor con el título de su historiógrafo. Segun lo que aparece en la necrología del abad de S. Dionisio, murió Rigord el 27 de Noviembre del año 1207 probablemente, pues que en él termina su historia, y en el que se sabe se encontraba en una edad muy avanzada. Empieza la historia expresada el año de 1179, principio del reinado de Felipe y despues de dar razon de los primeros cinco años de su reinado, interrumpe Rigord su narracion para buscar el orígen de los franceses, á los cuales hace descender de *Francus*, y no vuelve á tomar el hilo de la historia de Felipe hasta haber dado la série cronológica de los reyes de Francia. Aunque no brilla en esta historia, dice Mr. Weis en su artículo de Rigord, en la *Historia universal de Michaud*, de donde lo tomamos, la elegancia del estilo, nada nos queda, segun S. Pelayo, mejor escrito de su época; nada puede haber más detallado ni mas exacto, y es superior á cualquiera otra historia en los treinta primeros años del

reinado de Felipe II, de Francia. Vese bien en ella que faltaba crítica á su autor, y que mezcla en sus recitados visiones, sueños, prodigios, etc.; pero este era el espíritu de la época, y Rigord no fué superior á sus contemporáneos. Continuada su historia por Guillermo Le Breton, fué publicada por Pithou, *Historiæ Francorum scriptores*; Francfort, 1596, en fólio, pág. 158; por Andrés Duchesne en el tomo V de sus *Escritores franceses coetáneos*; y por M. Brial en el tomo XVII de la *Coleccion de historiadores de Francia*. Las dos últimas ediciones fueron revisadas y corregidas por un manuscrito de la abadía de Saint-Denis. San Pelayo publicó una memoria sobre la vida de Rigord, en el tomo VIII, pág. 529, de la *Coleccion de la Academia de Inscripciones de París*. — C.

RIGORD (Luis). Este jesuita, que debió pertenecer á la misma familia que los anteriores, nació en la isla de Malta el 4 de Mayo de 1737; entró en la Compañía en 1771 en Viterbo, y despues de la supresion de la Orden, volvió á su patria, en la que vivia aún en 1807. Fué académico de los Arcades de Roma, y en esta ciudad publicó en 1774 una traduccion de Cátulo en versos italianos, prometiendo en su obra otras traducciones de poetas latinos modernos. — C.

RIGUAL Y FERRER (D. José), natural de Villafranca del Panadés, presbítero y canónigo de la colegiata de Sta. Ana en Barcelona, desde 5 de Setiembre de 1783, en que tomó posesion, hasta 31 de Octubre de 1794, en que se desprendió de la prebenda por permuta con D. Pedro Prats. Falleció en 1795. — *Epístolas canónicas de los Stos. Apóstoles Santiago, S. Pedro, San Juan y S. Judas Tadeo*; traducidas é ilustradas con notas por el doctor Don José Rigual. La version está arreglada al sentido y lenguaje que dió al original el Rdo. Fr. Luis de Granada; es un tomo en 8.°; Madrid, por Marin, 1787. — *Ejercicio cotidiano del cristiano, sacado de la Sagrada Escritura y de las oraciones de la Iglesia, con diferentes oraciones para ántes y despues de la comunion, y meditaciones para todos los dias de la semana*: de los libros de esta especie es sin duda uno de los más selectos; un tomo en 8.° — *Oficio parvo de la Santísima Virgen y de difuntos; órden de los entierros; los salmos penitenciales y graduales: letanías de los santos: oraciones para ayudar á bien morir: recomendacion del alma, y otras oraciones piadosas, segun el Breviario Romano*; un tomo en 8.°, por Marin, 1787. — *Præparatio ad Missam, et gratiarum actio ex Sacra Scriptura, Missali et selectis auctoribus transcripta*; es un librito de que se valen con mucha utilidad muchísimos sacerdotes; un tomo en 8.° — *Oficio de la Semana Santa en latin y en castellano*: se han hecho lo ménos seis ediciones; un tomo en 8.° adornado con estampas. — *Oficio de la Semana Santa y la de Pascua, con la misa entera del Jueves Santo, el Stabat, y meditaciones para las estaciones, con oraciones para*

la confesion y comunion; está ilustrado con escogidas notas. Se han hecho doce ediciones, y esto solo manifiesta el aprecio que les dispensa el público. *Explicacion de las principales partes de la doctrina cristiana, que enseña á formar un cristiano sabio en la ciencia de los Santos, y un fiel vasallo del reino de Jesucristo, sacada de las Santas Escrituras, Concilios, Padres de la Iglesia, y de los autores más excelentes que tratan las verdades de nuestra santa religion*; Madrid, imprenta Real, 1793; son seis tomos en 8.º Está dividida por meses y comienza por la explicacion del *Credo*, *Padre nuestro*, etc. Una meditacion para cada dia del mes.—*De institutione Grammaticæ ad usum Sem. Episc. Barcinon., in officina Teclæ Pla, viduæ*; un tomo en 8.º—*Historia cronológica del pueblo hebreo, de su religion y gobierno político.*—*Historia de la vida, pasion, muerte y resurreccion de Jesucristo, sacada de los Evangelios.*—*Explicacion de las ceremonias y disciplina eclesiástica de la Semana Santa.*—A.

RIGUET (Francisco de). Este religioso de grande erudicion y de raro mérito, mal llamado Reguet en el *Suplemento de Bastle*, floreció en el siglo XVII. Estudió en Pont-à-Mousson bajo la direccion del sabio jesuita Sirmond. Postulado, abad de la abadía de Foyilliers, órden Premonstratense, en 1641, profesó en esta Orden el mismo año. Desempeñó este abadiazgo desde 3 de Mayo de 1643 hasta 1658, que haciéndose relevar de sus votos, le renunció en el príncipe Cárlos Leopoldo, que fué despues conocido con el nombre de Cárlos V, duque de Lorena. No habiendo podido este príncipe obtener sus bulas, y habiendo muerto el príncipe Fernando, su hermano mayor, en 1658, dimitió la abadía en favor de Juan Du-Han de Martigni. Elegido el abate Riguet para ayo del mismo príncipe Cárlos V, fué enviado en 1673 á Polonia para procurar la corona á este príncipe, y arengó sobre este particular con tal elocuencia en favor de su candidato, que toda la asamblea proclamó entusiasmada al duque de Lorena por rey; pero á pesar de esto no salió airoso en su negociacion. Desde 1659 el príncipe Cárlos Leopoldo habia resignado en él el gran prebostado de la iglesia de S. Diez, de la que tomó posesion el dia 3 de Diciembre del mismo año, y tambien fué prior comendador de Flavigny y de Chatenoy. Los viajes y ocupaciones que le causaron los servicios que hizo al príncipe Leopoldo, no le hicieron olvidar su iglesia de S. Diez, á la que hizo muchos importantes servicios, como puede verse en la historia de la misma, que citaremos, y solo diremos que en su cualidad de ordinario del valle de S. Diez, erigió las tres nuevas parroquias de Mandray, Clevecey y Valsin. Hizo ó mandó hacer diversos útiles reglamentos, tanto para el capítulo de S. Diez cuanto para las parroquias que dependian de él. Murió este abad el año 1699, y han quedado de su pluma las siguientes obras: *Sistema cronológico é histórico de los obispos*

de Toul hasta los tiempos de Carlomagno, con noticias para la vida de San Diez; Nancy, 1701, en 4.° De este modo cita esta obra el abate Lenglet; pero consta que las *Memorias ó noticias sobre la vida de S. Diez* se habian publicado ya en 1681. Termina esta obra en la edicion de 1701 con una disertacion, en la que se pretende probar que la ciudad de Toul es la silla episcopal de los Lencois; pero esta disertacion es del capuchino P. Benito Picart de Toul. El conservador de la biblioteca del Rey, Mr. Clement, escribió contra esta disertacion la obra titulada: *Defensa de la antigüedad de la ciudad y sede episcopal de Toul*, que publicó en 8.° en París el año 1702.— *Historia de la iglesia de S. Diez, con los documentos justificativos de sus inmunidades y privilegios, dedicada al papa Benedicto XIII;* San Diez, 1726, en 12.° Esta obra lleva el nombre de M. Juan Claudio Sommier, arzobispo de Cesarea y gran preboste de la misma iglesia; pero se sabe que fué la misma obra escrita de Riguet. Mr. Sommier, que habia tenido el manuscrito del autor, se aprovechó de él, cambió algunas cosas, hizo algunas adiciones, é insertó los documentos de pruebas que solo habia citado Riguet, porque no juzgaba muy necesario darlos por completo. La epístola de la dedicatoria á Benedicto XIII es tambien obra de Sommier, y puede consultarse sobre este particular en la expresada historia la pág. 5, y desde la pág. 287 hasta la 298; y la pág. 305 de la *Defensa de Toul* por Bronillier, así como todo el capítulo IV de dicha defensa, en la que se hace un exámen crítico de la historia de la mencionada iglesia. Riguet habia preparado una edicion de la obra titulada: *Joannis Herculani Pleinfisini Historia de antiquitatibus Vallis Galilæi*, ilustrada de notas; pero habiendo muerto ántes de publicarla, la mandó en su última enfermedad á M. Hugo, que revisando el manusrito, hizo nuevas pesquisas, añadió nuevas notas, y lo publicó todo en el tomo primero de la obra *Sacræ antiquitatis monumenta;* Estival, en 1725, en fólio. En el prefacio (número 11) de esta obra, Mr. Hugo hace honor de esta edicion á M. Riguet, diciendo lo que él habia añadido para perfeccionarla.—C.

RIJO (P. Jorge). Este jesuita fué uno de los hombres más grandes en virtud que tuvo la Compañía en sus principios, y siendo tan antiguo, habiéndose impreso y publicado las vidas de otros varones ilustres mucho más modernos que él, no se puede comprender cuál es la causa de que su vida no haya visto aún la luz pública. Supónese, pero no puede ser, que la causa fué el general descuido que en las religiones dejan en el olvido las virtudes de muchos hombres que merecen eterna memoria, de lo cual forman siempre grandes quejas los que las han de escribir y las formarán eternamente miéntras el mundo sea mundo. Aunque en las cosas del P. Rijo solo puede ser la queja el que no se han impreso hasta esta época, quedando de él tan buenas memorias, como son las que vamos á copiar á continuacion.

Nació este santo varon en el lugar de San Juan da Talha de fronte de Sacaren, en el arzobispado de Lisboa, de padres nobles, como dice el P. Tellez en la historia de esta provincia, cuyos nombres eran Antonio Rijo é Isabel Jorge; entró en la Compañía de Jesus en Coimbra á 19 de Febrero de 1548, viviendo todavía S. Ignacio. El año ántes habia entrado en ella un hermano suyo llamado Vicente Rodriguez, que murió é hizo muchos servicios á Dios en la provincia del Brasil. Ambos hermanos fueron muy parecidos en las virtudes y tambien en el deseo de obtenerlas. Así dijo un Padre que venia del Brasil al P. Jorge Rijo, que su hermano el P. Vicente Rodriguez dirigió siempre á Dios la peticion de que le dejase vivir en la Compañía tantos años cuantos habia vivido en el mundo, y que le hiciese Dios merced de dejarle vivir dobles años. Respondió á esto el P. Rijo, que él, sin saber la peticion de su hermano, habia dirigido á Dios otra semejante, y que se le habia cumplido con usura, porque habiendo entrado en la Compañía á los diez y nueve ó veinte años, hacia ya sesenta y siete que vivia en ella. Hizo los votos simples en 1.° de Noviembre, dia de Todos los Santos, del año 1549; entónces no habia aún dos años designados para el noviciado, sino que se hacian los votos trascurrido un año, en dos fiestas, á saber, la Purificacion y la de Todos los Santos, esperándose unos á los otros, y así cuando los hizo él los hicieron diez y nueve juntos. No se tardó en comprender su buen comportamiento y prudencia, por lo que le hicieron segundo ministro del colegio de Coimbra, y poco despues, tomadas las órdenes sagradas, ministro del mismo colegio, porque aunque podia seguir los estudios, creyó ser más servicio de Dios y de la Compañía consagrarse á aquella ocupacion, y tambien porque haciendo más de siete años que se habia fundado la Compañía, no contaba con el suficiente número de personas dotadas de la prudencia necesaria para desempeñar los cargos de que procedia su futura estabilidad. Vivió cerca de nueve años en la Compañía ántes de la muerte de San Ignacio, y así bebió su primitivo espíritu, de que dió largas pruebas en más de cincuenta años que fué ministro del colegio de Coimbra. Parece que le concedió Dios á la Compañía para servir de idea y ejemplo de los que desempeñan este género de ocupaciones. Hizo profesion de los tres votos solemnes en manos del P. Leon Enriquez, á 9 de Junio de 1566, dia en que de allí á treinta y un años murió en el Brasil el P. José de Anchieta, de quien él fué muy devoto por su grande virtud, y á quien habia doctrinado en el colegio de Coimbra; y al año siguiente, despues de la muerte del Padre Anchieta, murió en el mismo dia el P. Vicente Rodriguez, á quien el Padre José habia dicho ántes de su muerte que le iria á buscar en cuanto estuviese en la gloria, y le cumplió su palabra en el dia de su aniversario, en que murió santamente el P. Vicente, hermano del P. Jorge Rijo. Compren-

diendo la Compañía que apreciaba más la virtud que las letras, le ofreció la profesion de los cuatro votos, dispensándole, como se hacia en otras provincias y tambien en aquella. Pero el humilde Padre no aceptó la dispensa, diciendo que además de no tener las cualidades necesarias, la que se le concedia de los tres votos era honra que no merecia, cuanto más la de los cuatro, que reclamaban otros méritos. Desde un principio fué mirado como hombre santo, asi de los religiosos como de los seglares. El V. P. Ignacio Martius, bien conocido en Portugal con el nombre del P. Mtro. Ignacio, tenia grande concepto de la virtud del P. Jorge Rijo. Este Padre, en una plática que dirigió á los religiosos de S. Roque, hablando de lo perjudicial que es en la religion el disimulo de ciertas imperfecciones, dijo estas palabras: «Oí tratar este punto al P. Jorge Rijo, que sirvió cuarenta y cuatro años en la Compañía, y fué siempre obedientísimo, recto y justo, y todos sabemos que siempre hablaba con verdad; él me dijo y yo escribí que el disimulo en ciertas imperfecciones es una red del demonio, que coge á muchos, comenzando por uno, despues sigue otro y luego otros.» En esta forma fué continuando su discurso el P. Ignacio Martius en aquella exhortacion, cuyo manuscrito se custodiaba con otros en el archivo de Coimbra. Este pensamiento, que manifestó con sus palabras, probó tambien con sus obras cuando yendo en el año 1597 de Lisboa á Coimbra para predicar en aquella ciudad, se echó á los pies del P. Jorge Rijo, y le procuró con todas veras besar la mano. Viendo los presentes por una parte las instancias del P. Ignacio Martius, y por otra la resistencia del P. Rijo, quedaron admirados; despues de haberse separado ambos, dijeron al P. Ignacio Martius: «Muy devoto es V. R. del P. Rijo;» á lo que contestó: «El P. Rijo es muy santo, é ignoro si le veneran en este colegio como merece su grande santidad, y afirmo que reconozco en él tanta, que quisiera estar siempre besando el lugar donde él pone los piés.» Semejante á este fué el concepto del Padre Pedro de Fonseca, tan célebre en el mundo por sus escritos y por las demás cualidades y virtudes con que ilustró á la Compañía; quien referia con frecuencia un acto heróico que hizo recien entrado en la Compañía el P. Rijo, como una cosa extraordinaria, y cuando comenzaba á contarla solia decir: «No se admiren, porque siempre fué admirable la vida del P. Rijo.» El P. Gerónimo Carballo, que segun opinion general fué uno de los hombres más grandes por su espíritu de la provincia de Portugal, sirviendo de prefecto durante muchos años en el colegio de Coimbra, decia no pocas veces: «Que el P. Jorge Rijo era uno de los mayores santos que habia en la Iglesia de Dios, y que el Señor haria muchas mercedes por él al colegio de Coimbra.» El eximio doctor, el P. Francisco Suarez de Granada, dijo muchas veces: «Que el P. Jorge Rijo era uno de los grandes santos de la Iglesia, y que sa-

bia de algunos venerados públicamente, á quienes creia llevaba ventaja en la virtud el P. Rijo en algunas cosas que nombraba particularmente.»El P. Diego Miran, valenciano, de gran virtud y autoridad, yendo de visitador á aquella provincia, preguntaba por el Padre obediente y santo, dando á entender el P. Jorge Rijo. Esta misma opinion tenia de nuestro religioso el P. General de la Compañía Claudio Aquaviva, y como pensase en esta época venir á España, decia: Que una de las cosas que le haria llevadero el trabajo de la jornada, era poder ver y tratar al santo viejo Jorge Rijo. El Sr. obispo de Coimbra, los canónigos de la Seo y doctores de la universidad, hacian de él notable estimacion, aunque en la ciudad era más bien conocido por su fama que por su persona, por salir pocas veces á la calle. Así es que decia un Padre, que solo pasó dos veces por la catedral, á pesar de haber pasado toda su vida en Coimbra. Hablando del P. Rijo la infanta Doña Catalina de Portugal, le daba el título de grande Santo, de lo que admirado un Padre de la Compañía que la oia, preguntó á S. A. que de dónde le conocia. A lo que contestó que para tenerle y reverenciarle por santo bastaba lo mucho que le habia escrito acerca de él su hijo Alejandro cuando estudiaba en Coimbra, al que la misma señora escribió por este motivo que le reverenciase y tuviese en lugar de padre; carta que enseñó el Sr. D. Alejandro á muchos Padres graves del colegio de Coimbra. Iba á entrar en la Compañía un estudiante, y encontrándose á un hombre tan respetable como entendido, le recomendó que viviese en ella con grande pureza de conciencia, porque en el colegio habia un Padre, llamado Rijo, que sabia los pensamientos que tenia cada uno. Despues de su dichosa muerte los niños de Coimbra cantaban por las calles los elogios de este santo padre, y al salir de la escuela iban en gran número á visitar su sepultura. Provenia esta opinion general, así de oir hablar siempre á los de la Compañía con grandes elogios de su virtud, como tambien á los despedidos de la misma Compañía, los cuales, formando quejas contra los demás superiores, no hubo ninguno que se atreviese á quejarse del P. Rijo, pues si lo hubiera hecho, hubiera sido sin duda tenido desde luego por mentiroso. Dos de estos despedidos asistieron á su entierro: el uno eclesiástico, y todo el tiempo que duraron las exequias estuvo de rodillas; el otro seglar, el cual derramó lágrimas en grande abundancia. Todos los religiosos más distinguidos y antiguos del colegio de Coimbra decian que les bastaba como prueba de la santidad del P. Rijo el testimonio de sus conciencias, pues siendo algunos de ellos súbditos del P. Rijo cerca de cincuenta años, y habiéndoles impuesto muchas penitencias, las cuales como hombres no podian ménos de sentir, decian que podian afirmar con juramento que nunca le vieron hacer cosa en que pareciese que cometia pecado venial. Lo bien fundado que era el concepto universal que de él se tenia, lo

demuestran bien todas las circunstancias con que obró en materias de virtud. En los setenta y siete años que vivió en la Compañía el primer pensamiento con que despertó siempre fué : *Hoy comienzo á servir á Dios*. Armado con esta tan útil consideracion, ponia todos los medios para encontrar ocasiones de ejercitar las virtudes, tenia gran cuidado en anotar todo lo que pasaba en su conciencia, y obró siempre con tanta pureza de vida, que nunca ejecutó ningun acto advertidamente que fuese pecado venial. Siendo aún seglar fué muy dado á cosas de piedad, viviendo siempre con grande cautela, y que aquellos descuidos de la vida pasada, que lloraba como culpas graves, dijeron sus confesores que podian afirmar con razon, que fueron más bien ignorancias que malicias. Pedia á cierto Padre algunas veces que le escribiese algunas cartas, y teniendo escrito un memorial que dejó encima de la mesa, cuando tuvo que darle en lugar de él, le puso en la mano otro papel que contenia sus faltas, de las cuales era la primera y más grave, que una vez levantó la vista más de lo que era debido, y á este tenor eran las demás. Cuando tomaba el pulso á los enfermos, arreglaba primero la ropa para no tocar con los dedos más que lo necesario. El penúltimo dia de su enfermedad se acercó á él un hermano, para arreglar su cama, y como le tocase por casualidad, le dijo: «Observe la regla y no toque sin necesidad.» El dia en que murió, yendo un Padre á tocarle los piés para ver si los tenia frios, los retiró á toda priesa. Era muy inclinado á todo lo que se rozaba con la inocencia, por lo que sentia y manifestaba particular agrado, cuando veia entrar en la Compañía á algun jóven de poca edad, diciendo: « que los superiores debian tenerles algunas cosas en cuenta, y que pues los recibian niños, debian de sufrir y enmendar sus niñeces.» Del amor que tenia á la pureza provenia no salir de su boca palabra alguna que áun sin querer pudiese excitar algun recuerdo poco puro en quien le oia. Rarísima vez hablaba con mujeres, y cuando era necesario hablar de alguna, no tomaba aquel nombre en la boca, sino que la nombraba por el de persona ó criatura. Aunque muchos creian excesivamente escrupuloso este modo de explicarse, su espíritu creia que aquellas palabras alejaban de su pensamiento cualquiera excitacion ménos cautelosa. Uniase por la oracion con Dios, y áun estando enfermo nunca dejaba de hacerla, sobre lo cual se refieren sucesos raros, de los que solo mencionaremos el siguiente: « Hallandose ya enfermo de la dolencia de que murió, en ocasion en que se estaba alzando el muro de una quinta que poseia la Compañía en Villafranca, obra en que el P. Rijo tenia especial placer por el recogimiento, que, una vez terminada, tendria la comunidad, le convidó el P. Rector para ir un dia á la quinta; aceptó más bien por darle gusto que por otra cosa. Reinaba á la sazon grande calma en el mar, por lo que el P. Rector permitió que fuesen

á la hora de la oracion, en la que se hallaba embebido el santo viejo, cuando fué á avisarle el hermano despensero, que le esperaban los compañeros, á lo que contestó muy afligido: «¿Jesus, y hemos de ir así sin oracion, sin misa y sin cosa alguna?» Tomó el sombrero y bordon y fué por obedecer; pero por no faltar á la oracion, estuvo por mucho tiempo apartado de los compañeros continuando en su santo ejercicio todo el tiempo que los de la casa estaban en oracion, porque no queria nunca dejar de hacerla á la misma hora que los demás. Al que le persuadia que se acostase más temprano ó levantase más tarde, por exigirlo así sus muchos achaques, contestaba que le diesen tiempo para hacer su oracion y demás ejercicios espirituales. La grande devocion con que oraba se deduce de lo que dijo á un padre, que se quejaba de que le distraian sus pensamientos miéntras oraba. Respondióle el P. Rijo muy admirado: «¿Qué otros pensamientos, á no ser nuestro Señor, puede tener quien se pone en oracion delante de él?» Tan nuevo era en él lo que era frecuente en los demás. Muchas veces durante la oracion, y en particular al fin de ella, levantaba los ojos como quien no podia contener la fuerza de espíritu que ardia en su corazon; al fin pedia muchas cosas á Dios, y en particular rogaba por el P. Antonio Mascareñas, cuya persona era de tan grande importancia para la Compañía. Hacia todas estas peticiones con la voz con que se hacen los coloquios, y con la misma voz rezaba la corona de nuestra Señora con tanto afecto como si la tuviera presente y estuviese hablando con ella. Hacia siempre la oracion de rodillas, áun despues de viejo y lleno de achaques, de manera que dice el cronista: «que por los muchos años, estaban las tablas de la celda, donde se ponia de rodillas, rozadas y muy lisas.» En la misma postura hacia los exámenes de conciencia, en que era tan puntual, que pidiendo licencia un dia de ayuno al P. Ministro para comer más tarde, añadió luego: «Ya he hecho mi exámen de conciencia.» En su última enfermedad, en que por ser Padre de todos, de todos era asistido, en oyendo la campana les advertia luego que ya era tiempo de recogerse á hacer el exámen. Cuando iba alguno á su celda, terminado el exámen, le encontraba apuntando sus faltas, lo que sucedió muchas veces, y si el asunto permitia dilacion, decia que le esperasen hasta apuntar sus defectos. Teniendo una grave enfermedad y entrando un Padre grave á visitarle, le dijo: «Hágame V. R. la caridad de esperar, que estoy acabando mi exámen,» teniendo siempre en todas estas ocasiones más cuenta con Dios que con los respetos humanos. Terminada la oracion todo el tiempo que fué ministro decia Misa en un altar de la iglesia, sin reparar en las incomodidades que pudiera sufrir por la diversidad de las estaciones; empleando en ella poco más ó ménos de media hora, arreglándose en este punto á lo que se acostumbra generalmente en la Compañía de Jesus. Eje-

cutaba este acto con notable devocion, en particular despues de la consagracion, en que levantando los ojos al Señor, le seguia con el afecto de una alegría inexplicable que se descubria en su rostro. Muchas personas tenian un particular consuelo en asistir á su Misa: uno de ellos, cuando se celebraba su oficio de difuntos, hablando con otros y señalando al altar, decia: «En aquel altar celebraba Misa, y oh! cómo se gloriaba y llenaba de placer cuando levantaba á Dios! Terminada la Misa, se retiraba á su celda y permanecia recogido por un cuarto de hora, y dejaba la puerta abierta en esta ocasion, siendo opinion general que lo hacia para que sabiéndose por esta señal el ejercicio en que se ocupaba, no hiciese nadie ruido ni hablase para no distraerle. Rezaba siempre el oficio divino en alta voz y con tanta devocion, que la causaba en los que le oian. En las ocupaciones en que se ejercitaba estaba siempre tan recogido que parecia que todo el tiempo era para él de oracion. Ocasion hubo en que un Padre procuró saber de él las devociones y ejercicios espirituales que hacia entre dia, y las horas que en ello empleaba, y como se lo refiriese todo hora por hora, supuso que el tiempo que no se dedicaba á obras de caridad lo empleaba todo en devociones y oracion, parte en su celda, parte delante del Santísimo, que visitaba muchas veces. A pesar de ser ya entrado en años y tener no pocos achaques, visitaba diariamente dos veces las capillas del colegio, estando en ellas mucho tiempo de rodillas. Encontráronsele algunos papeles escritos de lo que hacia en estas santas visitas, y pareciéndonos que será muy útil para los hombres piadosos, que leyeren estas virtudes y se alentasen á la imitacion de ellas, saber estos detalles, los ponemos á continuacion. Hé aquí lo que dicen estas apuntaciones: «Visito al Santísimo Sacramento todos los dias, y le digo: Pídoos, Señor, que os acordeis de un esclavo vuestro para que en la hora de la muerte useis conmigo de misericordia. Pídoos que os acordeis del bien espiritual de este Colegio y tambien del temporal. Os suplico al mismo tiempo que os acordeis del Papa, que le deis vida, salud y gracia para gobernar bien vuestra Iglesia, y os pido que extirpeis las herejías, y aquí rezo cinco veces el *Pater Noster* y *Ave María*. Visito el altar de nuestra Señora de la iglesia, pidiéndola que sea mi intercesora delante de Dios en la hora de mi muerte para que use conmigo de misericordia; aquí rezo el *Magnificat*. Tambien visito el altar de S. Ignacio, pidiéndole que sea mi intercesor en la hora de mi muerte delante de Dios, para que tenga misericordia de mí. Tambien visito el altar de nuestra Señora del corredor de encima, pidiéndole que sea mi intercesora delante de Dios en la hora de la muerte para que tenga misericordia de mí; rézole nueve *Ave Marías* y un *Pater noster*. Visito la imagen de Cristo crucificado de la capilla de los hermanos, puesto en el monte Calvario, dóile muchas gracias; en la segunda feria por la llaga que recibió

en la mano derecha por amor mio, le pido que perdone mis pecados; por la corona de espinas en la feria tercera; en la cuarta, por la llaga de la mano izquierda; en la quinta, por la llaga del costado; en la sexta, sábado y domingo, le doy gracias por todas las llagas que recibió en el monte Calvario por amor mio y del género humano; pídoos, Señor, que useis conmigo misericordia en la hora de mi muerte, *Pater noster*, *Ave María*.» Tal es el papel escrito de su letra. Cuando comia, su pensamiento no se apartaba de Dios, haciendo aquel acto no por apetito, sino por sostener la naturaleza, lo que se vé más claramente de otro apuntamiento suyo en que dice: «Doy gracias á Dios á la hora de comer y cenar por todas las cosas que me da, en particular por el servicio y lugar entre religiosos. Doy gracias á Dios por la misma merced, que hace á los que comen en la primera mesa y han de comer en la segunda, y á todo este colegio con sus residencias. Las mismas gracias doy por las mercedes que hace á toda esta provincia y á toda la Iglesia católica y á toda la Compañía y á todo el mundo con su divina Providencia. Pido á mi Señora, que dé las mismas gracias á la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero. Lo mismo pido á los PP. Ignacio y al P. Maestro Francisco y al P. Maestro Simon y al P. D. Gonzalo, José de Anchieta y á todos los Padres y hermanos de la Compañía que estan en el cielo; al dar las gracias pido á Dios que pague esta limosna al fundador y bienhechora de este Colegio.» Cuando se leia el Martirologio en la mesa, se iba encomendando á los santos por el órden con que los nombraba el lector. Tenia gran pena si lo leian bajo ó demasiado de priesa, y advertia al prefecto que hiciera remediar estas faltas, que no miraba como pequeñas por ser públicas. El mismo cuidado tenia del que bendecia la mesa y daba gracias á Dios, porque si lo hacia despacio y en voz alta, le daba las gracias al salir del refectorio; pero si con priesa y sin detenimiento, tomaba cierto aire entre grave y risueño, dándole á entender que le causaba extrañeza. Con motivo de un Padre que dió en una ocasion gracias con demasiada priesa, dijo á los demás con lágrimas en los ojos: «Que quien iba tan de priesa defraudaba á Dios la debida gloria.» De la santa costumbre que tenia de dar gracias á Dios de esta manera, nacia el cuidado con que examinaba á muchos siendo ministro al salir de la segunda mesa, sobre si sabian la bendicion y modo de dar gracias, é imponia penitencias á los que encontraba que se detenian algo. Al que le pedia algun consejo para obtener la perfeccion, le contestaba que no habia otro más eficaz que la presencia de Dios. Religioso hubo al que diciendo esto el P. Rijo con grande eficacia, se penetró tanto de este santo consejo, que consiguió por medio de él grande perfeccion. El último dia que fué á la quinta, como se ha referido, sintiéndose más enfermo, manifestó grande alegría porque comprendia

que no tardaria en hacer otro viaje mucho mejor. En todo lo que veia buscaba motivos de levantar el pensamiento á Dios; edificóse mucho una persona que le vió en cierta ocasion dar gracias al Señor por oir á un pájaro á quien habian enseñado por industria humana á pronunciar los santos nombres de Jesus y de María, alegrándose de que un pajarillo venciese en esto á los hombres. De andar pensando en Dios constantemente, nació en él aquel grande dominio que tuvo siempre sobre sus pasiones, no hallándose en él rastro alguno de ellas. Su alegría era grave y modesta, y no habia cosa, por muy alegre que fuese, que le hiciera reir. En las ocasiones de tristeza en que se turbaban todos los demás, no sentia alteracion alguna. Prendióse fuego el noviciado, y acudieron todos á apagarle con las prevenciones que á cada uno sugeria tan grave accidente; salió tambien el P. Rijo con grande sosiego, recomendando á todos la modestia. A pesar de lo vehementes y comunes que son los ímpetus de ira, nunca pudieron vencer al P. Rijo, ni hubo quien oyese de su boca palabra que expresase resentimiento en todos los años que fué ministro; á pesar de tener que entenderse durante más de cincuenta años con todos los hombres que asistieron al colegio de Coimbra, que era de los más numerosos, ó el más numeroso que tenia á la sazon toda la Compañía, y á pesar de ser su oficio á propósito para tener y dar disgustos con las penitencias que tenia que imponer necesariamente para sostener la observancia: no podian dejar de ofrecerse mil ocasiones en que diesen materia los descuidos de los súbditos para airarse alguna vez al P. Ministro, pero todos estos sinsabores eran como olas que dan en la movediza arena que las recibe, sin responderlas con el estruendo con que lo hacen las rocas. Fué esta tranquilidad de su alma tan notoria y admirable, que hubo persona seglar que despues de su muerte le rezaba tantas Ave Marías cuantos años habia vivido en la Compañía para alcanzar de Dios por su intercesion paz de conciencia y dominio sobre sus pasiones. Al imponer alguna penitencia unia á la mansedumbre grande entereza é inflexibilidad cuando lo exigia así la observancia; si terminada la penitencia se acercaba á él el que la habia hecho y le pedia alguna gracia, se la concedia con gusto como si no hubiera pasado semejante cosa, viéndose en él particular alegría cuando veia á alguno libre de las faltas de que habia sido acusado, deseando solo la enmienda y alegría de los súbditos. No calificaba las faltas, diciendo esta es desobediencia, despego ó cosa semejante, sino que las referia como se las habian dicho ó encontraba escritas, y enseñaba la regla contra la que faltaban, sin exageracion alguna; por eso no se sabe se encandalizase alguien de una palabra suya. Hubo muchos que conservaron todos los escritos de la penitencia que les imponia, y despues de su muerte los conservaron como reliquias, con el respeto de-

bido á las cosas de los hombres santos; guardaba sumo secreto en estas materias, llegando al extremo de que leyéndose una vez en el refectorio una reprension á los superiores, segun se acostubraba entónces, comenzando por el P. Rector, cuando llegaron al P. Rijo no encontraron otra cosa que reprenderle, sino que imponia las penitencias con el sigilo de la confesion. El mismo secreto guardaba en todas las cosas que se trataban con él en las consultas. Nunca decia falta alguna, sino cuando tenia precisa obligacion de decirlas á los superiores, á quienes correspondia enmendarlas. Dijo una vez que todo lo que podia remediar por sí mismo sin recurrir á otros tribunales, lo remediaba, y que por este medio obtuvo el aprovechamiento de muchos. Cuando procuraba alguno defenderse con sofismas, le decia: «que respondiese en forma á lo que estaba obligado por la regla.» Fué hombre tan amante de la verdad, que nunca dudó nadie de ninguna de sus palabras. En las informaciones que hacia y en las que se le encargaban muchas veces para Roma, se propuso siempre decir la verdad, despreciando todo respeto humano que pudiera intervenir. Su compostura exterior era conforme en todo con la interior; levantaba rara vez los ojos del suelo, consiguiendo más con su modestia de lo que lo harian otros superiores dando fe de todo. Aunque resplandecieron en él todas las virtudes, se distinguió más en la obediencia y caridad. Comenzando por la obediencia, dijeron sus confesores que el P. Jorge Rijo fué uno de los religiosos más obedientes que hubo en la Compañía, ya fuese superior ó súbdito, teniendo siempre presentes las obligaciones de su estado ó la voluntad de los que tenia en lugar de Dios. Era comun fama que el P. Jorge Rijo fué como un espejo de los rectores, de modo que en los muchos años que fué ministro, á pesar de ser tantos los rectores que tuvo, en que habia tanta diversidad de genios, á todo se conformaba este santo Padre, no por perpetuarse en la ocupacion, sino por no discrepar en cosa alguna de la voluntad de sus superiores. No permitia de ningun modo que se murmurase de ellos en su presencia, ni salió nunca de su boca palabra de resentimiento, aunque no le faltaron ocasiones de queja. Si los encontraba alguna vez se quitaba el bonete desde muy léjos y se detenia cuando pasaban. Si estaba sentado se ponia en pie, y no solo con los superiores, sino que con cualquiera otro hermano, usaba de mucha cortesía áun siendo ministro, no consintiendo que estuviese nadie en pié hallándose él sentado, ni que estuviese con el bonete en la mano teniendo él puesto el suyo, levantándose para todos cuando le saludaban. Nunca dejó de hacer cosa que se le mandase. Díjole en una ocasion un Padre con excesiva familiaridad, que habian notado algunos que hacia muchos años que era ministro, así por ser odiosa la mucha duracion en el gobierno, como porque no tenia ya la vivacidad ni memoria necesaria para aque-

lla ocupacion. Respondió á esto que nunca habia dado motivo ni para que le nombrasen ni para que le conservasen, que solo servia por obediencia; que ya habia representado á los superiores su insuficiencia para aquel cargo, y que comprendia que no convenia á un religioso verdaderamente resignado á hacer muchas penitencias, para librarse de un oficio tan penoso como era el de ministro. Lo que demostró despues la experiencia, pues apénas le hubo dejado el P. Rijo, que le habia desempeñado por espacio de cincuenta años, en los diez siguientes hubo que cambiar cuatro ó cinco padres. Por lo que con razon decia este santo viejo: «Me imagino que en este oficio soy esclavo de todos estos padres y hermanos, y que los debo servir como esclavo en cuanto pueda y me ayuden las fuerzas, pues nunca me faltaria la voluntad.» Como una regla de los ministros es que al imponer las penitencias lo hagan con tal prudencia que procuren unir á los súbditos con el superior mayor, cuando las imponia, lo hacia de tal manera, que no daba á entender á ninguno que provenian del P. Rector, tomando sobre sí toda la responsabilidad que de ello resultase, alegrándose cuando el P. Rector mitigaba la penitencia al que por órden suya la habia recargado, alegrándose de que recayesen las quejas sobre su persona y los merecimientos sobre el P. Rector. Quedando como vicerector durante el tiempo que fué el P. Rector á la Congregacion, pretendió el P. Maestro de novicios alterar en el noviciado algunas cosas de poco momento con licencia del P. Rijo, el cual no quiso acceder á ello, diciendo que el P. Rector habia de encontrar el colegio tal como le habia dejado, que esperase pues en la detencion no habia peligro. El P. Rijo dió los mismos ejemplos en esta virtud, de que fué particular lo que parece providencia divina, librarle de aquel cargo y dejarle de súbdito para que los que se quejaban de que fuese tanto tiempo superior, viesen que su virtud era siempre la misma. No haria cosa, por pequeña que fuese, para la que no pidiese individualmente licencia, pues aunque los superiores le daban muchas licencias generales, nunca las aceptaba, dando por razon que así se hallaba mejor, y que por ser algo falto de memoria, se podia exponer á hacer alguna cosa sin licencia, usando de las generales. Cuando llamaban á la puerta de su celda, decia siempre *entrad*, para conformarse con la regla que manda que se diga esta palabra cuando llaman á la puerta. Nunca consintió que los superiores le hiciesen regalos en la mesa, y cuando le enviaban alguna cosa, la tomaba únicamente por no parecer descortés. Todavía admitia ménos distinciones cuando era ministro, diciendo que con ninguna cosa cosa podia el superior obligar tanto á los súbditos, como con el rigor de su vida y ejemplo personal. Cumplió sus obligaciones de tal manera, que parece no quebrantó nunca la regla áun en las cosas más pequeñas, siendo esta la comun opinion de todos, y hubo

provincial que decia saber su vida y ocupaciones, que aunque estuviese en Roma, mirando al cielo, podia decir: ahora está el P. Jorge Rijo haciendo esto ó lo otro. El que queria tratar con él alguna cosa, ya sabia las horas á que habia de buscarle en las diferentes dependencias del colegio, sin que faltase nunca sino cuando estaba enfermo ó en alguna ocupacion que le habia impuesto la obediencia. Pero no era menor su caridad que todas sus demás virtudes, pues nunca negó limosna á nadie que se la pidiese, si estaba en su mano el darla, y cuando no, despedia al pobre consolado con esperanzas de concedérsela. Fué singularmente agradecido para con los bienhechores de la Compañía, ya presentes ó ausentes, de Portugal ó de otras naciones, procurando que ningun religioso les olvidase en sus oraciones. Cuando iban á estudiar á su colegio algunos de sus hijos, los recomendaba con especialidad á los maestros para que tuviesen mayor cuidado de ellos, y se alegraba de que adelantasen en las letras, y todavía mucho más en las virtudes. Cuando le pedian predicadores, procuraba se les diesen de los oradores más distinguidos. Decia que se debian conservar los amigos viejos, así por lo que se les debe, como para proveernos por su medio de lo mucho que nos es necesario. A pesar de que se hallaba siempre en el colegio como lo requeria su cargo, tuvo grande celo por el bien de las almas, á las que sirvió mucho, así en la educacion de excelentes operarios, como en el ánimo que infundia á todos los que se consagraban á las misiones. No habia mayor placer para el santo viejo, que el que tenia cuando al volver de las misiones le referian el fruto que habian obtenido. Uno de los grandes consuelos que tenian los religiosos en estos trabajos, era saber el que habia de tener el Padre Rijo cuando le refiriesen lo acaecido. Nunca queria hablar en contra de la caridad, ni permitia que se hablase en su presencia de las faltas ajenas, aunque fuesen públicas. Si insistia alguien en tales pláticas, se le saltaban las lágrimas, procurando encontrar causas para disimularlas, y cuando no las hallaba, decia que no podia ser así. Refirióle un Padre cierta desgracia de una persona muy ilustre de Portugal, bien conocida en todo él; pero no pudo el viejo convencerse de que pasára semejante cosa, y así dijo al Padre algunos dias despues, debia nacer todo aquello de estar convencido, que lo que él no hacia no lo podia hacer nadie. En la caridad para con los religiosos, dice la Crónica que fué como el sol, que da á todos luz por igual, no siendo solo para los virtuosos, sino tambien para los imperfectos; diciendo que el superior debia amparar principalmente á estos para que se mejorasen y no se perdiesen abandonando la religion por creerse desfavorecidos. Dos sobrinos suyos, que se educaron en el colegio de Coimbra, fueron despues á la India, y en nada los diferenciaba de los otros, y así les decian en chanza sus condiscípulos, que el P. Rijo era tambien tio suyo, porque

los trataba de la misma manera que á sus dos sobrinos. Sufrió un Padre una reprension pública bastante penosa por sus faltas, de la que andaba muy pensativo y desconsolado, y aconteció que una cuaresma fué á predicar á una ciudad, donde se le recibió con grande aceptacion, y refiriéndose esto al P. Rijo, pidió á algunos Padres, amigos suyos y condiscípulos, que le diesen el parabien por haber predicado con tan buen éxito para que procurase así llevar con gusto el yugo por Jesucristo. Cuando hacian los religiosos algun acto público, como conclusiones ó alguna cosa semejante, estaba esperando á que volviesen para alegrarse del buen resultado, y si alguno, que no sabia por lo que estaba allí, pasaba sin decir nada, se afligia, pero los que lo sabian, ya le contaban lo que habia pasado, y la satisfaccion que toda la universidad habia tenido, siendo grande la alegría que entónces manifestaba, invitando á estos para que en el tiempo de descanso le contasen por menor las cosas de aplauso que habian sucedido en aquel acto. No era el P. Rijo de esas personas en cuya boca solo son buenos los tiempos pasados, ántes bien decia que la Compañía habia mejorado mucho, estaba mejor ordenada y era más perfecta que al principio, y que tenia grande consuelo, porque habiendo sido una pequeña fuente, era ahora un grande rio. Tambien se alegraba al recordar que el sitio donde se hallaba el colegio de Coimbra, habia sido parte una calle y parte un monte despoblado, y que le habia llegado á ver en toda su magnificencia y esplendor. Si iba algun religioso á predicar fuera de la casa, se informaba del compañero de lo que habian dicho los oyentes, y cuando pasaba cerca del predicador, con la boca llena de risa y el rostro de amor paternal, le decia: «Dios le premie el bien que ha hecho á la Compañía.» No solo estimaba las cosas grandes, sino que hacia tambien aprecio de las más pequeñas. El amor que tenia á los religiosos y á todas sus cosas, procedia del que tenia á la Compañía, como á madre á quien amaba mucho. Si volvia alguno de Roma ó de la India, lo primero que le preguntaba era por los aumentos de la Compañía, por el aprecio que de ella hacian los príncipes, reyes y papas, y los demás grandes y señores. Si tenia grandes letrados y del fruto que hacian en las almas. No tuvo nunca más padre, madre y hermanos que los hijos de la Compañía, pues sus parientes por la sangre eran para él como si no los tuviera, lo que se prueba con decir, que viviendo él en la época en que los de la Compañía gozaban tanto favor con los reyes de Portugal Don Juan III, D. Sebastian y D. Enrique, nunca obtuvo favor ninguno para sus parientes. Reservó para los enfermos lo más acendrado de su caridad, la que fué tan elevada, que no se puede imaginar mejor. Decia que entró en la Compañía para ejercitarla con ellos; por lo que desde un principio le destinaron á servir á los enfermos, y cuando habia llegado á la última

parte de su vida, le habian vuelto á encargar de ellos; y que se iba acercando al término de su vida, acabando por donde habia principiado. Los visitaba y consolaba diciendo que solo por conversar y tratar con más familiaridad se podia estar enfermo. Ponia gran cuidado en ver si se ejecutaba lo que mandaban los médicos, hacia diversas advertencias á los enfermeros, y cuando estas no bastaban, á los superiores. Si el enfermo estaba de peligro se levantaba á media noche para visitarle é informarse de su estado. Sus primeros pasos por la mañana eran por lo comun ver á los enfermos, y eran tambien los últimos por la noche ántes de recogerse. Fué al suyo un religioso enfermo de otro colegio, y dijo el P. Nicolao Pimenta: «Vengais enhorabuena, que aqui os curaremos;» y añadió: «Pocos dias ha, me dijo el P. Rijo, que escribiese al P. Provincial enviase á este colegio los enfermos de la provincia, que aqui se podrian curar bien por ser el clima bueno, tener buenos médicos y estar la botica bien provista.» Sus paternales entrañas para con todos hacian que de todos fuese amado. En su última enfermedad se vió esto muy particularmente, esmerándose todos á asistirle á competencia. De noche le velaban muchos sacerdotes, como lo eran la mayor parte de los lectores de filosofía y de teología, sin hacer caso de las incomodidades que podrian provenirles de estas vigilias, creyendo que con nada correspondian á lo mucho que debian todos al P. Rijo. Parece que le reveló Dios el dia de su muerte. No cesaba de leer en las meditaciones del P. Ponto, y se le encontró la señal en la del juicio final, hablando de él y de las cosas de la gloria en los descansos con singular alegría, como quien tenia grande deseo de verse en ella. En el dia en que dijimos fué á la quinta convidado por el P. Rector, se detuvo más de lo ordinario despues de la Misa en dar gracias á Dios por ver cerrada del todo la quinta, cosa tan necesaria para la clausura religiosa. A cierta advertencia que hizo al hermano quintero, le contestó este, que S. R. volveria otra vez á la quinta, y entónces se haria todo, á que replicó diciendo: que lo dudaba mucho. En la noche en que comenzó á agravarse su enfermedad, dijo al P. Ministro y á otros que le visitaban: Esta vez he de dejar la tierra, y al dia siguiente dijo al P. Alonso Mendez: Esta vez os hemos de dejar. Ya en esta época habia enviado un recado al confesor, de que deseaba confesarse. A 11 de Julio, que fué el dia tercero de la enfermedad, hallándose mejor, dijo que si hiciese una pregunta: ¿No me he de morir de esta enfermedad?—Respondióle el Padre: Que confiaba en Dios, que no.—Luego volvió á decir: De aqui á tres dias en la segunda feria se verá lo que ha de ser. En aquella segunda feria le dieron la uncion y se desconfió totalmente de su vida, de que habia en el domingo grandes esperanzas. Entrando á despedirse del P. Sebastian Barradas, comenzaron ambos á llorar, y dijo entónces el P. Rijo al P. Bar-

radas: ¿Qué queria para el cielo?—Respondió el P. Barradas, que tenia setenta años, con grandes lágrimas: Que le alcanzase de Dios perseverancia en la Compañía; —que es un dicho muy notable en un varon tan santo y de tantos años de edad. Cuando le dió el P. Rector la noticia de que se desconfiaba de su vida, la recibió sin sombra de inquietud, haciendo despues confesion general, y pidió le administrasen los demás sacramentos, continuando en su juicio hasta espirar. Despues de recibir la santa uncion, le dijo el P. Rector que viese lo que queria hiciesen todos ántes y despues de llevarle Dios para sí, porque todos le estaban obligados. A lo que respondió: Lo que hacen á los demás. —No se pudo obtener de él que echase su bendicion á los padres y hermanos, aunque todos se la pedian y la deseaban. Oyendo despues al P. Maestro de novicios decirle que, si queria, se la echase á estos, tambien se negó; pero como le besase el Padre la mano y se la levantase en forma de bendicion, obtuvo de él que se la echára y á todos los presentes, á los que dijo estas palabras que miraron como el testamento de su moribundo Padre: —Encomiendo á todos que tengan siempre presente á Dios, y hagan todas las cosas de obligacion con grande devocion y perfeccion. —Pasó todo el resto de aquel dia y la mayor parte de la noche hablando con Dios en su corazon, segun se comprendia por el movimiento de los labios, y suplicó á los presentes que le fuesen alentando con sus oraciones devotas dirigidas á Cristo y á nuestra Señora, á la cual cuando la oia nombrar, manifestaba sensible consuelo y alegría. De este modo en la tercera feria, 15 de Julio de 1614, poco despues de las siete y media de la tarde, entre las oraciones y lágrimas de sus hijos en Cristo, pasó de la Compañía de la tierra á la del cielo, donde le recibieron con los brazos abiertos tantos héroes de la Compañía, cuantos habia educado en aquel colegio. Luego que murió se acercaron á él los presentes para besarle las manos con increible afecto, regándolas con sus lágrimas, y hubo alguno á quien dió un accidente del sentimiento. Yendo todos de allí á la iglesia á hacer oracion delante del Santísimo Sacramento, segun acostumbra la Compañía en los casos de defuncion, fueron tantos los sollozos y lágrimas, que dice el P. Alfonso Mendez, que fué despues patriarca de Etiopía y se halló presente, que no se acordaba de ver cosa semejante, y aquel cuarto de hora de oracion se podia llamar con verdad cuarto de hora de lágrimas. Era comun opinion que no eran necesarias las oraciones, porque suponian todos estaba gozando de Dios. Despues de amortajado y vestido con los ornamentos sacerdotales, fué llevado á la capilla de los hermanos, y expuesto allí con la conveniente pompa, haciendo al dia siguiente oracion allí la comunidad, y encomendándose á Dios por medio suyo. Todos le besaron entónces los pies y las manos, haciendo lo mismo en la iglesia ántes de enterrarle, y

á su imitacion todos los seglares que asistieron, movidos por la fama de su santidad, besándole no solo los pies, sino tocando á ellos rosarios y lienzos. El P. Rector celebró el oficio divino, asistiéndole muchos sacerdotes, los más de ellos lectores y profesos, habiendo competencia entre los que debian llevar la cruz, porque todos querian tener alguna parte en las honras de quien tanto las merecia. Su cuerpo fué depositado entre las gradas del altar mayor, junto á una columna al lado de la epístola, puesto en una caja de madera con una lámina de cobre con letras abiertas al buril, en que escribieron su nombre, año y dia en que murió, para que constase á los venideros el precioso depósito que se hallaba en aquella caja. Permanecieron sus restos en la iglesia vieja, en que fué enterrado, hasta el año 1641, en que el rector P. Nuño de Acuña, tan apreciador de todos los que honraron con sus virtudes la religion, mandó pasar de la iglesia vieja á la nueva la caja de los restos del P. Rijo con los de otros insignes varones, que se conservaron en un lugar separado hasta que despues de algunos años fueron trasladados á la capilla de S. Antonio en el interior del colegio donde se colocaron en el lugar que merecen con sus inscripciones, como avisos de las grandes almas que animaron á aquellas cenizas. Muchos, despues de la muerte del P. Rijo, no podian persuadirse á encomendarle á Dios teniéndolo por inútil, y prefiriéndose pedirle á Dios por su mediacion: persona hubo que despues de haberle besado los pies y las manos en la caja, se retiró á encomendarse á él como á grande amigo de Dios, y sintió en sí tanto gusto y alegría interior, que afirmó, conforme á lo que en sí experimentaba, que jurára que el santo padre Rijo estaba ya gozando de Dios. Los de fuera se procuraron aprovechar de sus alhajas como de cosa de hombre santo, y no solo los religiosos que se hallaban en Coimbra, sino tambien los de otros colegios, hicieron diligencias para obtener cosas suyas. Estando todavía con vida le escribian de otros colegios con solo el objeto de tener cartas suyas y conservarlas como reliquias; otros que tenian que pasar los mares, se fortalecian con alguna firma suya contra las tempestades y los peligros. El R. P. General de la Compañía miraba como dia de fiesta el en que recibia carta del P. Rijo, invitando al P. Asistente de Portugal á leerla con él, admirándose de que no ponia palabra de más ni de ménos. Las alhajas que usaba eran de un verdadero pobre, y así fueron toda su vida. Las arreglaba por sí mismo teniendo siempre en la celda los útiles necesarios para este efecto. Parece que en premio de tanta pobreza y de la pureza original en que murió, como manifestaron todos sus confesores, vistiéndose á los demás sacerdotes difuntos casulla roja, le vistieron á él una blanca y la cubrieron de flores. Los seglares llevaron tambien muchas flores, yerbas olorosas y ramilletes que arrojaron á su caja, como se acostumbraba antiguamente

sobre los cuerpos y sepulcros de las santas vírgenes. Atribúyensele diferentes milagros, y en las dos conferencias que se celebraron sobre sus virtudes en el colegio de Coimbra, lo que se tuvo y ponderó como el mayor milagro de todos, fué la uniformidad de su vida inculpable y tan cumplida en medio de tanta gente viva todavía, haciendo tan pocos años y siendo observadora por naturaleza, de modo que parecia la roca donde batian las olas, sin haber quien se atreviese á poner en él con razon ni el dedo ni la boca. Esta fué la opinion de aquel numeroso y santo colegio y de los Padres más antiguos que le habian conocido y tratado. Mandó el P. Rector, durante su enfermedad, que sin advertirlo él, le retratase un pintor para consuelo del colegio, por lo que sólo se le pintó de medio perfil, y aunque no del todo al natural, lo suficiente para despertar en aquellos tiempos la memoria á quien le hubiera conocido; pero las verdaderas imágenes de este Padre fueron los muchos y excelentes sugetos que educó durante tantos años, y los que procuraron imitar á lo vivo sus muchas virtudes. El P. Alonso Mendez, que fué despues patriarca de Antioquía, escribió la vida del P. Jorge Rijo en una carta dirigida al P. Provincial, siendo una de sus glorias tener por escritor de sus hechos á un varon tan venerable por sus letras, dignidad y demás virtudes que fueron en todo grandes y dignas de la escuela del P. Rijo en la que él las habia aprendido. — S. B.

RIKELME (Fr. Juan), franciscano español, natural de Sevilla, lector jubilado de la provincia de Andalucía, consultor del tribunal de la Inquisicion, Padre de la provincia de Canarias, muy erudito en letras divinas y humanas. Murió en Cádiz en 1713, habiendo vaticinado el dia de su defuncion. Publicó: *Nuntius pronubus*, obra dividida en tres partes; Barcelona, por Juan Nogués, 1684, en 4.° — *Veritas pro modestia colenda, et vanitate ornatus extirpanda*; Nápoles, por Cárlos Pertile, 1685, en 8.° — *Defensiorum primæ partis operum V. Matris de Agreda*; Cádiz, por Cristóbal Requena, 1697, en 4.° — *Ad quid homo ratione pollet?* Sevilla, colegio de S. Buenaventura, 1687, en 4.° — *Vidas de los santos Juan de Capistrano, Pascual Bailon y el B. Antonio Stronconio;* Cádiz, por Bartolomé Nuñez, 1691, en 8.° — S. B.

RILENDA ó Relinda, gobernó durante algunos años un convento de Bergo, cuando Federico Barbaroja la nombró abadesa de Hohembourg ó del monte de Sta. Odila, en la diócesis de Estrasburgo. Federico no era aún emperador y sí solo duque de Suavia y de Alsacia: en esta última provincia es donde se halla situado Hohembourg, y los desórdenes de las religiosas habian llegado á ser tan graves, que el duque se creyó obligado á poner remedio. Con este objeto llamó á Relinda hácia 1140, porque sus virtudes y talento la habian adquirido el aprecio público. Fué en cierta manera la

segunda fundadora de esta abadía. Siguiendo los consejos de Borcardo, obispo de Estrasburgo, consiguió reedificar lo que se habia demolido, recobró los bienes disipados, reformó las costumbres corrompidas, restableció por último la disciplina canónica, y la regla de S. Agustin en una comunidad manchada por los vicios del siglo y por los del claustro. Necesitó pocos años para trasformar aquella casa en un santo retiro, donde treinta doncellas la edificaban imitandola. Rilenda las inspiró en particular amor al estudio, y las enseñó la lengua latina con tanto éxito, que su erudicion era admirada en todo aquel territorio. Pero los versos latinos de la abadesa eran más maravillosos todavía, como puede decirse de los que ha insertado Bruschio en su *Historia de los Monasterios de Alemania*. Hé aquí por ejemplo un cuarteto que dirigia á sus hermanas en Jesucristo, haciendo hablar al mismo Jesucristo.

Ad Sorores Hoemburgenses, in personâ Christi tetrastichon hexametrum et eruditissimum.

Vos quas includit, frangit, gravat, attrahit, urit,
Hic carcer mœstus, labor, exilium, dolor æstus,
Me lucem..... requiem, patriam, medicamen et umbram
Quærite..... sperate, scitote, tenete, vocate.

Para apreciar bien estos cuatro versos debe observarse la correspondencia que existe entre las palabras que los componen. *Vos quas includit carcer, me lucem quærite, vos quas frangit labor, me requiem sperate* etc. Hé aquí otros de un gusto diferente.

O pie grex, cui cœlica lex, est nulla doli fex,
Ipse Sion mons, ad patriam pons, atque boni fons.
Qui via, qui lux, hic tibi sit dux, alma tegat crux,
Qui placidus ros, qui stabilis dos, virgineus flos,
Ille regatte, commiserans me, semper ubique.

Relinda murió en 22 de Agosto, ignorándose el año, unos dicen en 1163 ó en 1167, otros la hacen vivir hasta 1180. Fué reemplazada por Herrade, que heredó su celo y sus talentos. El número de religiosas de Mont-Saint-Odile se aumentó mucho; por lo que edificó Herrade en 1181, á sus propias expensas, al pie de esta montaña en Truttenhusen, un segundo monasterio, que sirvió de suplemento al primero. El P. Juan Buzeé, jesuita, ha tenido á su disposicion un hermoso manuscrito de mano de Herrade, intitulado:

Hortus deliciarum, que es una coleccion de sentencias extractadas de la Biblia y de los antiguos doctores de la Iglesia. Bruschio ha copiado el prefacio; Herrade aconseja en él á las santas religiosas de su convento el uso de estas flores espirituales de que ella, como diligente abeja, ha compuesto los mejores panales. Desea que sus compañeras se alimenten con ellas y se acuerden de ella en sus oraciones. Citamos estas palabras para dar una idea de la instruccion de Herrade, y vamos á insertar algunos versos. Al *Hortus deliciarum* sirven de apéndice veinticuatro estrofas ditirámbicas, pues así es como las ha caracterizado Bruschio, y se hallan seguidas de un cuarteto y de un distico.

Est. 1.ª *Salve, cohors virginum*
Hohenoburgensium,
Albens quasi lilium,
Amans Dei filiam.

Est. 10. *Christus odit maculas*
Rugas spernit vetulas,
Pulchras vult virgunculas
Turpes pellit fœminas.

Est. 11. *Fide cum turtureâ*
Sponsum istum redama,
Ut tua formositas
Fiat perpes claritas.

Cuarteto á las religiosas.

O nivei flores, dantes virtutis odores,
Semper divina pausantes in theoriâ
Pulvere terreno comtempto, currite cœlo,
Quo nunc absconsum valeatis cernere sponsum.

Distico á Jesucristo.

Esto nostrorum pia merces, Christe, laborum,
Nos electorum numerans in sorte tuorum.

Créese que Herrade murió hácia 1196. Hemos creido no se debe separarla de Rilinda, cuyas obras continuó. Ambas fueron muy elogiadas en una bula del papa Lucio II, dada en 1185 para confirmar el establecimiento del monasterio de Truttenhusen. Herrade descendia de los condes de Landsperg, una de las primeras familias de Alsacia. —S. B.

RILEY (Madama), hija de Mr. Bambastonzu, miembro del parlamento, habia sido sorda á las solicitaciones de su esposo, que durante muchos años la habia instado inútilmente para que abrazase la fe católica. En 1846 Miss Riley asistió al sermon en la iglesia de Windsor. El predicador protestante empleó argumentos de otras épocas, y se extravió en violentas injurias prodigadas á la Iglesia católica y á sus partidarios. Miss Riley, experimentó el mayor disgusto por tan injustas declamaciones; se irritó de oir calumnias, cuya falsedad la era conocida; la gracia habló despues á su corazon y salió del templo, diciendo á sus amigos: «Este ministro ha creido afirmarnos en el protestantismo, y se ha engañado. Conozco á muchos católicos; mi mismo marido profesa esta religion; estoy acostumbrada á admirar sus virtudes mejor que nadie. Puedo asegurarlos que toda esa diatriba que hemos oido, no es más que una infame calumnia. Creedme, es necesario ser muy débil para recurrir á semejantes medios. Si, este ministro acaba de abrir mis ojos, he entrado protestante en el templo, y salgo católica de corazon y decidida á hacerme bautizar.» Lo hizo como lo habia dicho, y cinco de sus amigas siguieron su ejemplo.—S. B.

RIMALDIA (Fr. Enrique), religioso dominico del siglo XV, muy distinguido por sus virtudes y erudicion, que le merecieron llegar á los primeros puestos de su Orden y asistir al concilio de Constanza, celebrado en 1414, siendo uno de los que firmaron la condenacion del célebre Juan Petit, llamado en latin Joannes Parvus. Era el P. Enrique uno de esos religiosos que consagrados exclusivamente al servicio de la religion, solo buscan los medios de servir á Dios elevándose sobre sus semejantes por sus grandes ideas y sus no ménos grandes acciones. Así es que desde el instante en que tomó el hábito se le encontró siempre ocupado en los ejercicios de oracion, humildad y penitencia, propios de su carácter, y no los abandonó en el resto de su vida. Los estudios que eran uno de los principalos objetos de la órden de Predicadores, formaron tambien el principal de este religioso, llegando á distinguirse de tal manera, que fué una de las primeras lumbreras de su Orden, en que fué maestro y doctor enseñando por largo tiempo en las primeras universidades de Europa. Difícil es asentar, sin temor á equivocarse, las fechas de su nacimiento, lo mismo que las demás de su vida, pues la biblioteca de la órden de Predicadores únicamente dice que asistió al concilio de Constanza como uno de los teólogos de la órden de Sto. Domingo, noticia harto insignificante, pues aunque hace suponer los grandes talentos y méritos que adornarian al P. Rimaldia para merecer semejante distincion, nunca es suficiente cuando se exigen detalles más extensos, como sucede en el caso presente en que se trata de un religioso de alguna importancia en su Orden, como no podia ménos de serlo el P. Rimaldia, y cuyos

estudios y antecedentes le debian poner en un grado digno del puesto á que se le destinaba. Hablamos en cambio de sus grandes virtudes, de sus méritos y de su excesivo celo en defensa de la religion, y en efecto, este no puede ménos de deducirse del único acto que se conoce de su vida, pues supo aventurarla por procurar la extirpacion de la herejía y su persecucion en un país que por tantos conceptos era víctima de la herética pravedad. Ignóranse las últimas noticias de su vida, lo que no es extraño atendido á hallarse en igual caso otros muchos teólogos de la órden de Predicadores que asistieron á aquel célebre concilio, cuya historia no es de este lugar, pues haria demasiado difuso un artículo cuya importancia solo procede del personaje de que en él se trata, quizá en otro se nos presente ocasion oportuna para hacerlo con más extension, y no la desaprovecharemos, pues nos parece que se leerán con gusto las noticias que reunamos sobre tan célebre concilio. — S. B.

RIMAN (Fr. Juan), religioso franciscano. Pocas son las noticias que nos han quedado del P. Riman, y áun estas aparecen como contradictorias. Su vida parece estuvo consagrada á la observancia de la regla de su Orden, en que fué un verdadero modelo. Lo que algunos han puesto en duda son sus méritos y carrera; quién asegura que siguió los estudios con aprovechamiento, que pasó por todos los grados de la enseñanza, y áun llegó al magisterio, gobernando despues varias comunidades, y áun su misma provincia, llegando á avanzar los que estos sostienen, que escribió y dió á luz diferentes obras, aunque no nos citan sus asuntos ni el lugar de su impresion. Otros, por el contrario, niegan todas estas cualidades, y hablando con bastante atencion de su piedad y virtud, nada nos dicen de sus escritos ni de sus servicios á la Orden. Probablemente esta confusion resulta de que ha habido dos religiosos franciscanos del misma apellido, uno de los cuales seria más sabio que ascético, ínterin el otro, por el contrario, se distinguiria por solo esta cualidad. En tal situacion, y hallándonos faltos de un guia seguro en este punto, ni sostendremos con la *Biblioteca Franciscana* que Fr. Juan Riman no fué escritor ni dió á la prensa ninguna obra, ni con otros bibliógrafos, que fué un varon distinguido por sus obras literarias. Consta si que existió uno ó más religiosos de este apellido que merecieron especial mencion en las crónicas de su Orden, y fueron, si no modelos de saber, el uno al ménos el que se conoce un varon de eminente virtud. Su asiduidad en la oracion, su frecuencia en la penitencia, su constancia en todo género de prácticas piadosas, le hicieron acreedor al aprecio y estimacion de sus hermanos y áun de toda su Orden, en cuyos *Anales* se creyó conveniente mencionarle. Prueba inequívoca de que su memoria no debia morir entre las de muchos varones, que aunque tal vez ilustres por circunstancias par-

ticulares, su nombre quedó sepultado en el olvido. El de Juan Riman, aunque objeto de una polémica, vivirá quizá por largo tiempo, y los curiosos y los eruditos buscarán con avidez sus obras el dia en que ilustrada esta cuestion con nuevos datos, pueda asegurarse lo que hay de positivo sobre el sugeto que ha motivado esta disertacion, harto compendiada sin duda para la extension con que la han tratado otros autores, y en particular los de su Orden. — S. B.

RIMI (Pedro). Nació este religioso en Perpiñan, ciudad de Francia, en el Rosellon. Fué religioso de la órden del Cármen, y doctor en teología. Compuso *Comentarios sobre todos los Salmos de David y muchos sermones*, y cinco libros de *Sentencias*, obras que se citan en la *Biblioteca Hispana* de Nicolás Antonio. — C.

RIMINALDI (Juan María). Este Cardenal patricio ferrarés nació el 4 de Octubre de 1718, en Ferrara. Habiéndose distinguido mucho en Roma en la facultad de leyes, se le admitió de auditor del Camarlengado. Clemente XIII le nombró en 1760 auditor de la Rota, y el cardenal Caracciolo, vicario de su diaconía de S. Eustaquio. Fué benemérito primiciero de la archiconfraternidad y hospital de S. Roque. En este cargo procuró de que en el patio cubierto para la fiesta de los Santos, se hiciese decorosamente una exposicion de cuadros escogidos y de célebres autores antiguos y modernos, dispuestos simétricamente con bellos marcos, cuya exposicion fué muy celebrada por Caneillieri en la pág. 65 de su *Mercato*, en donde da eruditas noticias de Riminaldi y de los trabajos que hizo para este piadoso establecicionto, reproduciendo las inscripciones lapidarias que erigió en él. Luego que llegó á ser decano de la Rota, premió Pio VI su larga carrera prelacial en 14 de Febrero de 1785, creándole cardenal preste de Sta. María del Pópolo, desde donde pasó despues al título de S. Silvestre *in capite*, del que tomó posesion en 7 de Febrero de 1787, razon por la que Carletti en la *Memoria de S. Silvestre in capite*, habla de este ilustrado cardenal. Siendo presidente de la universidad pontificia de Ferrara, cuando fué elevado á la púrpura. Gerónimo Baruffaldi, vicebibliotecario, recitó una oracion por la expresada promocion, la cual se publicó en Ferrara en 1785, y de la cual se da noticia en las *Efemérides literarias de Roma* del mismo año. Juan Cristóforo Amaduzzi solemnizó tambien esta promocion con su *Elogium G. M. Riminaldi;* Ferrariæ, 1785. Le honró además Pio VI nombrándole de las congregaciones del Santo Oficio, Concilio, exámen de obispos y de consistoriales, declarándole prefecto de la disciplina regular, protector y visitador apostólico de la archicofradia de S. Roque, su iglesia y hospital de parturientas, de la del Santísimo Sacramento de Loreto, y de las de S. Cárlos, S. Nicolas y S. Leonardo para la redencion de esclavos de Ferrara, se-

gun se dice en las *Noticias de Roma* de 1789. Léese en el número 1344 del *Diario de Roma*, correspondiente al año 1789, que hallándose el Cardenal en el convento de Sta. María de los Angeles, cerca de Asís, fué acometido de un fuerte catarro con visos de ataque apoplético, y que haciéndose conducir á Perugia á casa de los misioneros, se aumentó en este punto la enfermedad, y murió el 12 de Octubre de 1789, á la edad de setenta y un años. Se expuso al público su cadáver en la catedral, y haciéndole unos suntuosos funerales, quedó depositado en ella. Agradecida la universidad de Ferrara por el legado que la dejó de su rica biblioteca, celebró su memoria con funerales y elogio, de cuya funcion Zecchini y Amati publicaron la obra titulada: *Memoria de los funerales celebrados al Emmo. Riminaldi, por la universidad de Ferrara en* 1790, año de su impresion. Publicáronse además sobre este particular los escritos siguientes: *Oracion fúnebre del cardenal Riminaldi*, por Anibal Marioti; Perugia, 179...—*J. M. Riminaldi cardinalis laudatio*, por Antonio Vila; Ferrara, 1790. — Tantos elogios dicen lo amado y considerado que debió ser este Cardenal, del que se publicaron por Belisario Cristaldi, que fue despues cardenal, sus *Decisiones en la Rota*, las cuales se imprimieron en Roma, en ocho tomos, en 1789. —C.

RIMINI (Hugolino de), llamado así porque era natural de esta ciudad, fué tan fiel imitador como buen discípulo de Sto. Domingo. La pureza de sus costumbres y la reputacion de su doctrina influyeron en que el papa Gregorio IX le consagrase obispo de su patria. Esta dignidad fué para él un nuevo motivo de redoblar sus oraciones, sus vigilias y el rigor de sus penitencias, para atraer las bendiciones del cielo sobre sí y sobre el rebaño que le estaba confiado: gobernó santamente su iglesia desde el año 1232 hasta 1249. Cuando el Señor le llamó á sí, hacia diez y siete años que desempeñaba con gran celo todas las funciones de un verdadero pastor, sin descuidar otros trabajos que le habia hecho emprender el amor al estudio miéntras vivió en el claustro. Se le atribuyen diferentes obras: una pequeña *Suma de Teología*; un *Compendio de los cánones*, y *Sermones para todo el año*. Segun Fontana, fué uno de los Padres que asistieron en 1245 al primer concilio general de Lyon. — S. B.

RIMINI (P. Lorenzo de), dominico de la ilustre casa de Ballachis. Distinguido ya en el siglo por sus talentos y buenas cualidades, desempeñó con honor todos los deberes propios de su profesion, y á las virtudes religiosas que le habian hecho apreciar en el claustro, añadió las de un pastor celoso, caritativo y vigilante. Terminó sus trabajos con su vida en 1302. Todavía existe su epitafio en la iglesia de S. Cathal, donde quiso ser inhumado entre sus hermanos, no obstante haber ocupado la sede episcopal de Riminí. Tuvo un hermano que fué arcediano de la iglesia de S. Miguel, y un sobrino que

se distinguió en su estado de hermano lego de la órden de Sto. Domingo. El primero fué sucesor suyo en la misma sede, y la santidad del segundo, á quien se titula el Bto. Simon de Ballachis, hizo que despues de su muerte se pusiese su cuerpo con el de su tio en la misma tumba.—S. B.

RIMO (Fr. Pedro), natural de Perpiñan. Vivia á mediados del siglo XIII. Era carmelita: escribió sobre los salmos. Bosch, pág. 366. *N. A. Bibliot. Vet.*, tomo II, pág. 80. Véase Perpiñá.

RIMON (Fr. Antonio), capuchino, de quien se ignora la patria y principales circunstancias de su vida. Es indudable, sin embargo, que debió ser español, pues en España se publicó la principal, ó por mejor decir, la única de sus obras, y en nuestro suelo adquirió fama por sus notables virtudes. La crónica, al ocuparse de él, hace mencion de su grande caridad, de su ardiente celo por la salvacion de las almas, de sus rigurosas penitencias, de su fervorosa devocion, y de todas esas cualidades, en fin, propias de los hombres destinados á la vida monástica. Enumerarlas, á imitacion de lo que hemos hecho tratándose de otros varones eminentes, héroes de la religion Seráfica, seria aumentar el número de lugares comunes, de que desgraciadamente tiene que ir plagada una obra, que ocupándose exclusivamente de personajes de un mismo género de vida y en la que todos aspiraban á la perfeccion, no pueden ménos de tener cierto parecido y semejanza, mayormente tratándose de dar á conocer todos los españoles ilustres por su virtud y piedad, olvidados hasta ahora en el polvo de los manuscritos y libros, por desgracia poco leidos en nuestra época, y en los que si bien se encuentran algunas candideces y puerilidades propias del siglo en que se escribieron, abundan en cambio las grandes prendas de la buena fe y mejores deseos que animaban á todos sus autores. Así, no nos detendremos en referir detalladamente las grandes virtudes que durante su vida adornaron al P. Rimon, bastándonos con decir que aspiró al camino de la perfeccion, procurando ser en él uno de los más avanzados. La *Biblioteca Franciscana* le menciona únicamente por haber escrito una obra en elogio de los varones ilustres de la Orden Seráfica, ímprobo trabajo y de gran valer, pues en él se propuso legar á la posteridad los nombres de muchos religiosos que se habian distinguido por sus grandes cualidades, no solo en el objeto principal de su vida, sino tambien en la ciencia, en el gobierno y en beneficio de la humanidad, pues tales eran las bases que abrazaban por lo general las reglas de todas las religiones, aunque miradas poco exactas y escudriñadoras hayan supuesto despues que carecian de todo objeto y de todo fin, formando únicamente reuniones de hombres perjudiciales á la sociedad y á su progreso. El P. Rimon puso á su obra el título *De Viris illustribus Ordinis Seraphici*, y la imprimió en Salamanca en 1511, en 4.°—S. B.

RINALDI (Odorico). Este sacerdote del oratorio de S. Felipe Neri nació en Tréveris en 1595, de una familia patricia. Desde su más tierna infancia recibió en la casa paterna ejemplos de piedad y de virtud. Despues de haber hecho los primeros estudios en su ciudad natal, fué á continuarlos á Palma al colegio de los Jesuitas, que enseñaban allí á la sazon con gran reputacion, y terminó sus cursos en la universidad de Parma. Una gran aplicacion al trabajo, unida á sus felices disposiciones, le hicieron un varon distinguido. Deseoso de consagrarse mejor á Dios, abrazó en 1618 el instituto del Oratorio de Italia, en la casa que tenia esta Compañía en Turin. El célebre cardenal Baronio, miembro del mismo instituto, habia vivido en aquella casa, y en ella habia compuesto los *Anales eclesiásticos*, y prevenido por la muerte en 1607, solo habia podido dar á conocer doce volúmenes, que terminan los *Anales* en 1198. Veia la Congregacion del Oratorio con mucha pena que los materiales reunidos por este sabio estaban sin empleo alguno, y sentian vivamente que este gran trabajo, tan útil á la Iglesia y que tanto honraba á la Congregacion, no se terminase. A efecto de continuarle, pusieron los superiores la vista en Rinaldi, al que creyeron capaz de continuar tan vasta empresa, y se lo propusieron. Juzgó Rinaldi superior á sus fuerzas este trabajo; pero la voz de una autoridad, á la que no creia fuese permitido resistirse, venció la repugnancia de este modesto oratoriense. Volvió, pues, á emprender esta grande obra, despues de treinta y nueve años de interrupcion, y publicó el tomo I de su continuacion, ó sea el XIII de los *Anales*, el año 1646. La buena acogida que dió el público á este volúmen, alentó á Rinaldi, el que aficionándose cada vez más á este trabajo, empleó en él todas sus fuerzas y tiempo de que podia disponer, y llegó á componer diez volúmenes, de los cuales siete se publicaron durante su vida, y tres despues de su muerte. De este modo llegaron los *Anales eclesiásticos* á componer veintidos volúmenes, que llegaban hasta el año 1565, y que ofrecian muchos documentos preciosos, de los que han podido aprovecharse los que han escrito despues la *Historia eclesiástica*. Ocupábase al propio iiempo Rinaldi de un compendio del libro de Baronius y del suyo, que publicó en fólio en Roma el año 1669, y en 1670 en tres volúmenes en 4.° En esta obra, dice el sabio Tiraboschi, se admira una pureza de estilo que no se encuentra comunmente en los escritos de esta época, y que muchas veces es más buscada que lo que á la historia conviene. Aun cuando el trabajo de Rinaldi, dice su biógrafo M. L'Geny, sea inferior al de Baronius, como lo confiesa el mismo Tiraboschi; Ugheli alaba su estilo y su método; Riccioli alaba su erudicion y los servicios que hizo á la religion; el sabio Fabricius ensalza su elocuencia y su amor á la verdad; y en fin, M. Mansi le considera uno de los hombres más profundos, de más claro talento y más celosos que ha producido la

Italia en el siglo XVII. La Congregacion del Oratorio hizo justicia á su mérito, eligiéndose por dos distintas veces por su superior general; la gobernó sábiamente, y tuvo especial gusto en enriquecer con manuscritos raros las bibliotecas de sus casas en Roma. Rinaldi recibió pruebas de aprecio de todos los Pontífices que reinaron en su época. Inocencio X le ofreció la superintendencia de la Biblioteca del Vaticano, que habia desempeñado Baronius; pero rehusó Rinaldi este honroso destino para entregarse enteramente á su *Historia eclesiástica*. Fué muy caritativo para con los pobres, con los que partia las rentas de su patrimonio, que se sabe disfrutaban los Padres del Oratorio. En su testamento dejó una suma considerable en favor de los peregrinos á la Archicofradia de la Santísima Trinidad de Roma. Murió este virtuoso oratoriense el dia 22 de Enero de 1671, á los setenta y seis años de edad, despues de haber pasado los cincuenta y tres en la Congregacion, ocupado en útiles trabajos históricos, en obras de piedad y en dirigir las conciencias. — C.

RINALDI (Fr. Serafin), llamado tambien de Nuceria, religioso dominico, natural de esta última ciudad en el reino de Sicilia, pertenecia á una familia muy ilustre, y siendo todavía jóven, tomó el hábito en el convento de Nápoles, llamado de S. Pedro Mártir, de manos del maestro general Serafin Cavalli, que se hallaba presente á la sazon, por lo que Rinaldi dejó su verdadero nombre, llevando desde entónces el de Serafin. Verificóse esto en 1576. Distinguióse mucho en sus estudios, llegando á ser mirado como uno de los primeros teólogos de su época; fué regente del colegio que tenia su Orden en Nápoles, y moderador durante muchos años de la cátedra de Sto. Tomás en la universidad de aquella ciudad, no siendo además ménos digno de elogio por la erudicion, gravedad, religion, experiencia y rectitud de sus consejos. Gobernó dos veces como prior el convento de Sto. Domingo de Nápoles por nombramiento de los religiosos, y fué tambien provincial del reino de Sicilia, cuyo título obtuvo en el capítulo general celebrado por su Orden en Roma en 1612, y en el siguiente de 1615 fué delegado como definidor de su provincia, cargos todos que desempeñó con el mayor acierto y celo. Urbano VIII, apénas subió á la cátedra de S. Pedro, le nombró obispo de Motulene, atendida su grande popularidad y autoridad con los magnates del reino. Pero gobernó breve tiempo esta iglesia, habiendo fallecido en 1627, segun se infiere de las siguientes palabras que se leen en el necrologio del convento de Sto. Domingo de Nápoles. *Die XXIX mensis Septembris anni MDCXXVII Illustrissimus ac Reverendissimus Pater Fr. Seraphinus Rinaldus de Nuceria, Ordinis Prædicatorum professor, episcopus Motulensis filius conventus S. Dominici de Neapoli ex hac vita decessit.* Fué sepultado, segun su última voluntad, en el referido convento de Sto. Domingo, haciéndosele

unas solemnes exequias, en que pronunció la oracion fúnebre un Padre de la Compañía de Jesus. Parece que se conserva en la misma casa un manuscrito suyo con el título siguiente : *Defensione de' miracoli et azzioni mirabili di sant Antonio abbate Benedictino, protettore della citá di Sorrento, operate negli ossetti contra maligni spiriti, con la quale si risolvono coll' auctoritá della Sacra Scritura et doctrina de Santi Padri, le difficoltá insorte.* Este autor es muy elogiado en la *Biblioteca Napolitana*, y por cuantos escritores se han ocupado de las glorias de su Orden.— S. B.

RINALDO. Moroni nos da razon de un cardenal de este nombre, pero solo nos dice de él que se halla suscribiendo una bula del papa Celestino III, expedida en Laterano á favor de la Basílica Liberiana, á 5 de Enero de 1191: *Ego Renaldus S. Mariæ Novæ Diac. Card.*—A.

RINALDO (P. Francisco), de la Compañía de Jesus. Véase RAINALDO (P. Francisco).

RINCON (Fr. Antonio), franciscano español de la provincia de Santiago de Galicia, bastante conocido por los servicios que prestó á su Orden, pero que merecerá serlo mucho más, pues la única obra que nos ha dejado manifiesta sus grandes luces y vasta capacidad, además de que con ella legó á la religion Seráfica un recuerdo de lo que habia sido, la dió una prueba de lo que estaba llamado á ser. La circunstancia de ser español privó quizá á Rincon gran parte de la reputacion que de lo contrario le hubiera cabido, pues no se concibe si no el que su libro apénas haya sido citado, áun por los mismos cronistas á quienes debió servir de guia en sus trabajos, miéntras otros del mismo género son elogiados acaso con exceso por propios y extraños. Fontana, autor de una obra semejante para la órden de PP. Predicadores, es siempre mencionado con respeto por todos los escritores de esta Religion, y su autoridad es infalible y decisiva en los casos dudosos, prueba inequívoca de que prestó un grande servicio á sus colegas reuniendo en un solo libro las noticias en muchos esparcidas acerca de los varones eminentes de su Orden, de los sucesos más notables que en ella habian acaecido desde su fundacion hasta el dia en que tomó la pluma. Con el mismo objeto acometió su difícil empresa el P. Rincon, y su libro, muy elogiado en su época, ha tenido despues bien poca fortuna, á causa de que sus colegas, siguiendo el ejemplo de otros muchos compatriotas suyos, prefirieron valerse para sus escritos de autores extraños, despreciando lo que tenian en casa, aunque de superior mérito é importancia. Rincon, por otra parte, no fué un verdadero autor en el sentido que se da á esta palabra, pues su trabajo consiste en la compilacion de una multitud de bulas, documentos y demás testimonios, que podian ser útiles á la Orden Seráfica, ya para su historia, ó bien para su disciplina, régimen interior y conservacion. Este trabajo era tan vasto como penoso, pues

los Franciscanos se hallaban ya divididos en diferentes familias, y hasta extendidas no solo por Europa, sino tambien por las demás partes del mundo conocido, formando con las misiones, como un verdadero ejército, cuyo jefe se encontraba en Roma y sus soldados en las demás partes del universo. Todos, sin embargo, se encuentran comprendidos en esta obra intitulada: *Monumenta Ordinis;* impresa en Salamanca por Juan Porras, 1511, un tomo en 4.°—S. B.

RINCON (Antonio). Fué este insigne sacerdote natural de los Villares, obispado de Salamanca, muy estudioso y aprovechado colegial del Viejo de S. Bartolomé de Salamanca; sus irreprensibles costumbres y su conducta ejemplar hicieron que muy jóven entrase por capellan en el mismo colegio el año de 1625; y en el mismo año obtuvo la cátedra de griego, en cuyo idioma era muy consumado; la regentó algunos años, saliendo de su aula brillantes y aventajados discípulos, de los cuales era extraordinariamente querido por su bellísimo carácter, siempre afable y bondadoso. Toda su vida la empleó en el estudio y en adquirir conocimientos, siendo muy profundo en bastantes ramos del saber humano; al mismo tiempo era de un corazon muy sensible, condoliéndose de los trabajos y adversidades de sus prójimos, siendo muy caritativo y servicial, condiciones todas que le granjearon el mayor aprecio y estimacion de cuantos tuvieron la dicha de tratarle y conocerle, causando á todos admiracion su comportamiento y finura, su grande inteligencia constantemente cultivada, y siempre fué considerado como un insigne y sabio maestro. Murió en edad mediana en el mismo colegio, causando á sus admiradores el mayor sentimiento la pérdida de un sugeto dotado de cualidades tan relevantes y sobresalientes.—A. L.

RINCON (P. Antonio del), de la Compañía de Jesus, oriundo de una familia española, pero nacido en Méjico: vió este religioso la luz primera en la Puebla de los Angeles hácia 1550. Consagrado desde luego al estudio, hizo los más rápidos adelantos, y su aplicacion fué premiada no solo con esperanzas, sino con cargos que le prometian un brillante porvenir. Pero Antonio Rincon se hallaba dotado de un ardiente celo y de una piedad mucho más ardiente todavía, y todos sus pasos se encaminaban hácia la religion, en que esperaba obtener triunfos muy superiores y saborear dichas no gustadas de cuantos entretenidos en las ventajas del mundo, solo veian unos goces terrenales muy inferiores á aquella plenitud de alegrías y deleites que solo es dado saborear á los bienaventurados. Por otra parte, ¿qué podia ofrecer á Rincon el mundo, el país en que vivia? El hijo de una familia española, que solo suspiraba por volver á la patria despues de haber amontonado unas riquezas negadas hasta entonces á su esperanza, el meditar en su interior y observar lo que en su torno pasaba, no encontraba

más que decepciones y desengaños por todas partes. Veia á los indios compatricios suyos, y hácia los que le inclinaba cierto afecto que no podia reprimir, vejados y maltratados, sometidos á un régimen cruel y sin ninguna esperanza de salvacion ó mejora. La desgracia de haber nacido en un país abundante en oro, les habia colocado bajo la más negra esclavitud, y solo la omnipotencia divina podia sacarlos de tan precaria situacion. Los españoles, que le miraban como su compañero y hermano, no se encontraban en mucho mejor estado, pues si bien materialmente eran los dominadores del país, en la realidad no lo eran. Los odios y rencores que entre ellos existian, los bandos sangrientos que con frecuencia llenaban de confusion y horrores el país, el espionaje, las falsas delaciones y acusaciones mejor ó peor fundadas, que les conducian encadenados con frecuencia á la Península, no les colocaban en mucho mejor situacion, y la sombra de poder que por un instante ejercian, se hallaba acibarada por los temores de un futuro, cuyos resultados eran difíciles de prever, pero en los que con frecuencia se mezclaban en aligerada confusion los aciertos con los errores, los buenos servicios con las ligeras faltas en que les habian hecho caer sus mismos adversarios, y la necesidad natural de defensa y de hacer respetar la autoridad que del trono habian recibido. Individualmente las observaciones de Rincon eran más tristes y de peores resultados todavía. El amor á las aventuras y hasta á lo increible, que conducia á muchos á viajes y expediciones tan ridículas como desacertadas; el deseo de enriquecerse, cualquiera que fuese el medio, áun á costa de la sangre de sus semejantes, inclusos los españoles, cuando con cualquier motivo podia el bando contrario ponerlos bajo su dominio; el juego, la lujuria, todas las malas pasiones, en fin, imperaban entre aquellos hombres que, incapaces de obtener elevados puestos, ni áun de procurarse medios de vivir en la madre patria, ó demasiado impacientes para esperar su dia, si tenian las cualidades necesarias para ocupar elevados puestos, habian corrido á regiones remotas para satisfacer aquellos deseos que su misma impaciencia les impedia á menudo satisfacer. Tal era el triste cuadro que se presentaba á los ojos de Rincon en los primeros instantes de su juventud, en esos momentos en que el ardiente y generoso corazon todo lo ve con los bellos colores que forja la fantasía, y cree en un mundo tal como no ha existido ni puede existir sobre la tierra. Así su corazon, que odiaba naturalmente lo malo, que se veia arrastrado por un instinto natural propio de su edad, y por el sobrenatural de la gracia á otro mundo mejor, á otra atmósfera de más puras, sanas y saludables inspiraciones, no podia ménos de mirar con odio y horror todo lo que á estas impresiones no correspondia, y cubriendo al mal de más negros y terribles colores de los que por su misma índole le cubren, acabar por jurarle eterno odio, guerra

eterna. La desgracia, la esclavitud, la miseria en que se encontraban los indios, no podian ménos de interesarle por las mismas razones que le alejaban de los españoles. Veia á sus hermanos en los mejicanos, los apreciaba porque habian nacido en el mismo suelo en que él habia nacido, y porque sensible á todos los padecimientos, enemigo de la opresion y de los opresores, sentia en el fondo de su conciencia los gemidos de las víctimas, lloraba con ellas sus dolores, y padecia sus tormentos: aliviarlos, mejorar su situacion, igualarlos á sus opresores, fué el medio más sencillo y natural que se le ocurrió, en el que trabajó con todas sus fuerzas, con toda su voluntad y entendimiento. Antes de entrar en la Compañía, primero de comprender y tomar parte en los grandes planes que en favor de los indios quiso llevar á cabo esta sagrada institucion, Rincon trabajó solo y aislado en beneficio de los indios, cuya suerte le interesaba tanto, cuyo triste presente y más triste porvenir no se apartaban un instante de su pensamiento ni de su imaginacion. Mas ¿qué podia él jóven, solo, aislado, contra tantos reunidos, con autoridad tan sobrada, con derechos que podian defender ante un tribunal, y con fuerzas para sostener lo que poseian con derecho y lo que usurpaban tambien? ¡Cuántos desengaños, cuántas penas, cuántos sinsabores tuvo que sufrir el pobre jóven; cuántas veces vió su amistad burlada, las palabras convertidas en mentiras, los contratos en burlas, la buena fe ridiculizada y él mismo mirado como un hipócrita ó un seductor! Ni sus vínculos de parentesco, ni sus relaciones de familia, ni todos los recursos que su juvenil imaginacion le procuraba, nada le valia en aquella lucha, todo le era inútil ante el superior poder de sus adversarios, ante el supremo interés que los dominaba, que es la más tiránica de todas las pasiones. Así Rincon, viendo frustradas todas sus esperanzas, no encontrando consuelo alguno en el mundo, fué á buscarle en la religion, asilo de todos los desgraciados, puerto de todas las esperanzas desahuciadas, postrera guarida del que ha recorrido el mundo sin encontrar un corazon que corresponda á los latidos de su corazon, una inteligencia que comprenda las ideas de la suya, un compañero que le siga en su camino, un alma que comprenda y adivine la suya. Hay dolores supremos para los que la humanidad no tiene otro bálsamo más que la religion. Preguntadle al lisiado, al pobre, al afligido, dónde será igual con los que tienen completos todos sus miembros, dónde poseerá las riquezas eternas, dónde vivirá alegre y satisfecho; y limpiando la lágrima que oscurece su mejilla, levantará los ojos al cielo y os indicará la patria celestial prometida á todos los hombres. Este valle de lágrimas, sirviéndonos de esa elocuente aunque vulgar expresion, no es la patria de las almas grandes, de todos los que han nacido con superiores aspiraciones, con sublimes instintos; solo el hombre ligero, el indiferente, el egoista, el que

está satisfecho con el poco de lodo y barro que posee, puede creerse feliz aquí en la tierra; mas al que no bastan tan deleznables juguetes, al que siente en su interior latir un corazon ardiente, un alma vigorosa, para ese la tierra significa cuando más el medio de llegar al objeto del término de sus deseos. Así sucedia á Rincon. Veia que desde el instante en que se habia proclamado abiertamente defensor de los indios, no queria saludarle su familia, sus amigos le miraban como un extraño, y hasta los españoles, negándose á corresponder á sus saludos, le marcaban con el dedo como si fuese un extranjero. En aquella situacion, no hallando nadie que correspondiese á sus dolores, no encontrando un amigo en quien depositar sus penas, acudió á la religion, que nunca habia abandonado, hácia la que siempre le habia encaminado su instinto, y en la que estaba seguro de encontrar los consuelos que buscaba y necesitaba. No creia ciertamente hallarlos tan completos, pues su corazon, cerrado hasta entónces á todo lo que no fuesen las vanas esperanzas de mejorar la suerte de los indios, empresa en que no habia encontrado nadie que le acompañase, no creyó hallar ninguna criatura humana decidida á secundar sus deseos. Mas cuál fué su admiracion, su alegría y su consuelo, cuando al manifestar por primera vez sus dolores, sus desengaños y sus esperanzas á un Padre de la Compañía de Jesus, vió que este instituto abundaba en sus mismas ideas, trabajaba en lo que él habia trabajado, confiaba en lo que él no confiaba ya. Solo que la prudencia, la experiencia adquirida por su más grande número de desengaños, el espíritu de corporacion, que siempre da un aplomo y una marcha especial á los negocios, hacian que los PP. Jesuitas caminasen más derechos á su objeto, pero con más pausa, con más lentitud, con más inteligencia de lo que hasta entónces lo habia hecho Rincon. Así el jóven desesperado, el que no creia encontrar ya ninguna mirada amiga, ningun compañero en la tierra, halló una multitud de miradas que le contemplaban con admiracion y afecto, un gran número de manos que estrecharon la suya con la más franca, leal y ardiente amistad, una porcion de compañeros que le animaron y le prometieron su proteccion y ayuda en su noble, santa y heróica empresa. Cuán contento salió Rincon de estas primeras conferencias, cuán alegre de las sucesivas, con cuánta ansiedad buscó entónces la amistad, la compañía de los Padres; qué triste volvia cuando por sus ocupaciones no habia podido verlos, ó solo habia hablado con ellos cortos momentos; cuán alegre y contento cuando le recibian, los hablaba, permanecia á su lado largas horas, por largas horas los escuchaba... Es necesario recordar lo que es la juventud, esa edad dorada de la vida, para comprender todo el entusiasmo, toda la sensibilidad, todo el afecto y ternura con que desde aquel momento trató Rincon á la Compañía y

sus religiosos. Hallábase ya muy adelantado en sus estudios, puede decirse que los habia ya terminado; mas para no separarse un momento de los Padres quiso ampliarlos, continuarlos, comenzarlos de nuevo. No se negó á ello su familia, creyendo que de esta manera se cansaria de lo que no podia ménos de mirar como una perjudicial manía. Mas cuán engañada estaba; la idea fija, continua, permanente que habia germinado, formádose, existido hasta entónces en la cabeza de Rincon, iba á cobrar nueva vida, nuevo ser, á tomar una trasformacion saludable y benéfica, que le permitiria llevarla á cabo, ponerla en práctica de una manera, que si por entónces no daba todos los apetecidos resultados, con el trascurso del tiempo, con el de los siglos brotaria completa y perfecta, y saldria como Minerva armada de punta en blanco de la cabeza de Júpiter. Tal es la humanidad, tales son las grandes ideas, los grandes pensamientos que en ella brotan, nacen y se desarrollan. ¿Cuántos siglos no necesitan hasta su completa realizacion? ¿Cuántas generaciones no aparecen y desaparecen hasta convertir en realidad la idea que en embrion recibieron de sus padres? Pueblos enteros han aparecido y desaparecido, grandes naciones se han suprimido de la superficie del globo, y la humanidad aún no ha resuelto ninguno de los principales problemas que aparecieron con el primer hombre, que acaso se desvanezcan con el último, sin que la mente humana haya acertado ni á plantearlos siquiera. ¿Qué sería, pues, de nosotros sin la revelacion? ¿Sin la fe firme y ciega que nos acompaña en todos los pasos de la vida, que nos arrulla desde la cuna, que se significa en las luces que alumbran nuestra sepultura, en las campanas que tañen quizá un siglo despues de nuestro fallecimiento? ¡Pobre orgullo de los hombres! ¡Pobre ciencia que áun no ha acertado á resolver el problema del movimiento continuo, de la cuadratura del círculo, de la navegacion por los aires! Problemas resueltos sin embargo *ab æterno* por la Sabiduría divina, que puso al mundo en eterno movimiento, que señaló ángeles para guardianes de los hombres, y que marcó los puntos del espacio inmenso. Antes que nosotros naciéramos, ántes que naciese la ciencia, ántes que naciese el primer hombre, ya habia resuelto Dios esos grandes problemas que tantos millares de siglos se ha tardado en plantear, que tantos millares de siglos se tardará todavía en resolver si permite Dios que la humanidad los resuelva. ¿Qué sabriamos, pues, sin la revelacion, sin esa fe tradicional que nos ha enseñado á conocer á Dios, amarle y darle culto, sin esa fe que nos ha enseñado el uso que debemos hacer de todas las cosas, sin esa fe que nos guia en todas las necesidades, así morales y materiales? El hombre más sabio, el hombre más presuntuoso, cuántas cosas no hace de las que no puede darse cuenta ni razon, cuántas en que si no se dejára guiar por la revelacion, no acertaria ni á po-

ner los primeros materiales. Aun en lo mismo que hace como ya sabido, ó que procura resolver, ¡qué poco podria adelantar si no partiese de hechos ciertos, positivos y asegurados que solo la revelacion ha llevado á su dominio! Tal ha sido, pues, tal será siempre la marcha de la humanidad; toda su ciencia, todo su saber, no es sino un vano fantasma forjado en su imaginacion, al que no ha llegado sino como y cuando el Señor lo ha permitido, llenando empero la condicion que le fué impuesta de ganar con el sudor de su rostro, no solo el pan temporal, sino tambien el intelectual. Así debia suceder á la América: cuántas vicisitudes, cuántos trastornos, cuántos siglos de padecimientos y dolores no la restaban y quizá tiene que sufrir todavía, ántes de llegar á su estado normal, á ese estado en que el hombre es verdaderamente libre é independiente, goza de una existencia particular y pública, que en muchos de aquellos países no han obtenido los hombres todavía, ni obtendrán en mucho tiempo. Mas no por eso deben dejar de referirse los trabajos, los esfuerzos de los primeros hombres, de los verdaderos héroes, que inmediatamente despues de su descubrimiento, trabajaron por conseguir lo que entónces era un imposible, un fruto sin sazon; pues si bien iban engañados y no debian conseguir su objeto, no por eso dejaba de guiarles una idea noble, grande y generosa, un pensamiento admirable que si no realizaron, pusieron en el camino de su realizacion; plantearon, fundaron, echaron, en una palabra, los sólidos cimientos para que se llevase á cabo en lo sucesivo, arrojaron la semilla que debian fecundar los huracanes de otoño, y los vendavales de Marzo. Rincon fué uno de estos gloriosos héroes, uno de estos pacíficos guerreros, que con la cruz en una mano y la oliva de paz en la otra, trabajaron en la civilizacion de los indios, los hicieron cristianos para hacerlos hombres; los enseñaron los deberes de los hombres, para enseñarles á conocer sus derechos, y los enseñaron á conocer sus derechos para que los hiciesen respetar. No fué culpa suya si el campo no estaba aún preparado, y si la simiente no produjo todos los frutos que esperarse debian. El puso la primera piedra, la Providencia designará al feliz mortal que debe coronar con la cruz el edificio. El que de defensor de los indios se habia hecho amigo de los Padres de la Compañía, que los evangelizaban y protegian en cuanto estaba en sus fuerzas, no tardó en hacerse él mismo jesuita, y apénas contaba diez y ocho años cuando hizo los primeros votos en la Compañía. Alegráronse sus amigos y parientes, porque de esta manera ellos quedaban á salvo en las ideas que su hijo habia manifestado contrarias á los intereses de los españoles, y aquel podria seguir sus naturales instintos, sin que tuviera nada que tacharle la opinion pública. Así fué en efecto, pues desde el instante en que sus superiores le concedieron permiso para comenzar sus trabajos como misionero,

no tomó en lo que le quedó de vida ni reposo ni descanso hasta conseguir su salvacion. Comprendia, ó mejor dicho, sabia muy bien, que uno de los medios, quizá el más principal, el positivo, para que los españoles respetasen á los americanos, era el verlos convertidos, el que participasen de su misma religion, el que hubiese entre ellos comunidad de ideas y pensamientos. Este medio, pues, el más eficaz, fué el que empleó el P. Rincon para conseguir su objeto. Los indios convertidos se hallaban por otra parte bajo la proteccion de la Compañía, que se encargaba de enseñarles todas las artes necesarias para la vida, y de consiguiente quedaban libres de la esclavitud mejorando en gran manera su existencia, mejora notable y en que trabajaba con grande interés la Compañía, aunque no sin sufrir algunas contradicciones. No fueron pocas las que hubo de devorar el P. Rincon, cuyo ardor y esfuerzo en este punto aventajaban con mucho al de todos sus compañeros, siendo incansable no solo en la predicacion y enseñanza, sino tambien en la proteccion y defensa de sus paisanos los indígenas. La Compañía, temiendo en alguna ocasion verse comprometida por su celo un tanto indiscreto, le envió á los puntos más apartados que tenian en Méjico para las misiones, los que componian como otros tantos puestos avanzados donde los jesuitas, áun con peligro de su vida, salvaban á millares de indios de la muerte eterna. Pero el P. Rincon no tenia porqué temer, pues siendo mejicano y comprendiendo con toda perfeccion la lengua de los naturales, estos, que le miraban como hermano, acudian con toda presteza á su llamamiento, y nunca se rebelaron contra él ni contra ninguno de sus compañeros de doctrina, pues así llamaban los jesuitas los pueblos ó departamentos que se ponian bajo su direccion para la predicacion y enseñanza de los indios. Rincon, cuya pronunciacion mejicana y conocimiento del mecanismo del idioma era tan completo como perfecto, fué destinado por sus superiores á enseñar á leer á los indios, tarea que en nuestras costumbres, un tanto orgullosas, nos parece en extremo humilde, pero que debia ser tan penosa como gloriosa para el modesto Padre, porque en efecto, ¿qué más gloria que introducir en un pais un alfabeto nuevo y desconocido, que iba á cambiar por completo su civilizacion y cultura, su modo de vivir, sus costumbres, su existencia, sus intereses, sus aspiraciones y sus deseos? ¿Qué más gloria que enseñar á leer á aquellos, envejecidos algunos en dignidades de un sistema que habia desaparecido para siempre, reyezuelos otros de pequeñas tribus que venian con sus pueblos á escuchar y recibir las lecciones de su padre y maestro? Debia ser aquel un grande y admirable espectáculo, y si con tanto énfasis y detalles hablamos de la caida de Roma ó del imperio de Oriente, ¿por qué no decir algo, aunque sea en más humilde habla, de la caida del antiguo imperio mejicano, con su civilizacion, sus costumbres y sus leyes, desconocidas aún,

pero acaso tan dignas de ser estudiadas como las del antiguo Egipto, ó las de Babilonia ó Tébas? Porque ¿qué otra cosa éramos los españoles para los mejicanos, que lo que fueron los bárbaros del Norte para Roma, ó los cruzados latinos para los emperadores de Constantinopla? ¿No se sonrieron estos y procuraron burlarse del puñado de catalanes, que con un heroismo del que no hay ejemplo en ninguna historia antigua ni moderna, excepto en la mejicana, penetraron en Bizancio, se aliaron con el trono, recorrieron toda el Asia y se hicieron dueños de Atenas y otras muchas ciudades á que convirtieron en feudos, é impusieron los nombres de principados y ducados á la moda europea? ¿Qué otra cosa era, pues, esta expedicion sino como la prediccion, el augurio de lo que el viejo mundo habia de hacer despues en el nuevo? Solo que ahora, la sangre que queria sustituir á la ya corrompida de los descendientes de Roma, no tenia toda la sávia necesaria para regenerar aquel pueblo, hacia falta una sangre más pura y más nueva, y por eso fué necesario que el nuevo Atila, Gengiskan, saliese desde la Tartaria para invadir todo el Oriente, y fundar el imperio turco de Constantinopla. En Méjico, donde se verificó lo contrario, donde quizá dos sangres viejas y corrompidas se unieron en informe amalgama, se estan viendo todavía los malos resultados de tan contraria mezcla. Ciertamente que Europa llevó á América su civilizacion, acaso llamada á dominar algun dia en todo el mundo, que suavizó sus bárbaras costumbres, que mejoró su existencia social; pero tambien es cierto que llevó sus costumbres corrompidas, uniéndolas á otras más corrompidas todavía; y que todos los esfuerzos de los misioneros no consiguieron purificar, procediendo de aquí el que se haya retardado en gran manera la civilizacion de esa parte del mundo, el que esos pueblos, que parecian los llamados al poder despues de haber pasado este desde el Oriente al Occidente, viejos ya, aunque jóvenes todavia, no tienen fuerzas para llevar esa corona que pesaria demasiado sobre sus cabezas, y no tardaria en rodar al profundo de los mares que los rodean, de donde solo Dios puede decir cuál seria el atrevido y aventurero pueblo que se atreviese á recogerla y á levantarla. Así es que, como en un principio dijimos, todos los esfuerzos de los misioneros, si bien heróicos y muy útiles, no han dado aún, y tal vez tarden muchos siglos, si es que llegan á dar el apetecido y el necesario fruto. El P. Rincon, consagrado á la enseñanza vulgar, pero indispensable de la gramática, compuso la primera que de la lengua mejicana conocemos, la cual se imprimió en Méjico en 1595, en 8.°, siendo muy poco conocida, no obstante la grande importancia que en nuestra época han alcanzado los estudios filológicos, que hacen mirar con grande aprecio este género de libros tan raros como buscados. Esta es la última noticia que podemos dar del P. Rincon, útil obrero de la Compañía de Jesus

en el Nuevo Mundo, y uno de esos hombres de quienes nunca se encarecerán lo suficiente los méritos ni los grandes servicios que prestaron á la humanidad. Sábese que terminó su vida entre los indios, ocupando su honroso y glorioso puesto, y muriendo mártir de su deber, ya que no obtuviese la palma por la fe, que habia acaso deseado en lo interior de su alma, y que el amor y veneracion con que los indios le miraban fue causa que nunca obtuviese. Pero tal es el destino de la humanidad; ni todos los hombres son iguales, ni á todos es dado llevar á cabo iguales hazañas: cuál que gobernaria bien un reino, tiene que contentarse con la humilde direccion de una comunidad religiosa, y otro que hubiera sido modelo de hábiles capitanes, se ve obligado á vegetar á las órdenes de uno que le es muy superior en categoría, aunque inferior en mérito. Rincon, así como otros muchos, han debido contentarse con el oscuro lugar que les destinó la Providencia, aunque su utilidad sea incontestable, como hemos procurado probar en este artículo.—S. B.

RINCON (P. Francisco de), de la Compañía de Jesus. Fué natural de Toledo ó su diócesis, y vivió por largo tiempo en Nápoles, donde publicó bajo el anágrama de Cesfrandi Ceronein, una obra intitulada: *Gloria delle Glorie di Maria Vergine;* por Francisco Collegi, 1648, en 4.°—S. B.

RINCON (D. Fr. Juan de Medina), obispo de la santa iglesia de Mechoacan en Nueva España; fué el primero de este nombre, natural de la ciudad de Segovia, y sus padres fueron Antonio Ruiz de Medina y Doña Catalina de Vega. Nació en el año de 1530, y sus honrados y virtuosos padres le dieron una educacion escogida y le criaron en el santo temor de Dios. En aquel tiempo, en que dominaba el deseo general de pasar al Nuevo Mundo, llevados todos del afan de adquirir riquezas y destinos lucrativos, pasó igualmente y atravesó los mares el jóven D. Juan Rincon, llamado, no de la riqueza mundana, como los demás, sino de otra más verdadera y segura; llevándole de la mano el desengaño de todo lo que dejaba, se puso en salvo, tomando el hábito de religioso agustino en el convento de San Agustin de Méjico, siendo áun muy jóven, en el año de 1542, y le recibió con la más viva alegría de mano del venerable P. Fr. Gerónimo de San Esteban, y profesó en manos de Fr. Juan Roman, varon de vida muy ejemplar. Desde luego no tuvo otro pensamiento que el de llegar á ser un religioso ilustrado y entendido, y poner todos los medios para granjearse el aprecio y estimacion de todos los religiosos y de sus superiores. Así fué que consiguió sus propósitos con su asidua y constante aplicacion, llegando el estudioso Fray Juan de Medina á ser reputado como un gran teólogo, y despues como uno de los mayores ministros que tuvo el Evangelio en aquel orbe. Aprendió con una constancia admirable, y hasta la perfeccion, la lengua mejicana é

idioma otomita, con el laudable y humanitario fin de dedicarse á enseñar á los indios los caminos de la fe católica y de la salvacion de sus almas, predicando en aquellos idiomas con elocuencia y energía, con gran provecho de sus oyentes. Su gran capacidad, virtudes y reconocido mérito, le llevaron bien pronto á ser nombrado prior de su convento y de otros varios, gobernándolos sabia y santamente en lo espiritual y en lo temporal, como lo dice su primer cronista Fr. Juan de Grijalva, religioso de su hábito, en la Historia que escribió de su sagrado Instituto en aquel orbe, manifestando que fué la gloria de aquella provincia y la persona más eminente en todos aquellos paises de Nueva España. Tenia el alma muy inclinada al silencio y retiro de la celda, evitando todo trato y comunicacion más que el preciso é indispensable, dedicándose con el mayor fervor al ejercicio de la oracion en el sosiego y tranquilidad de su retiro. La misma causa é inclinacion era la que le obligaba, y de la que procedia el dejar y dimitir con la mayor diligencia y solicitud los cargos para que era nombrado y señalado, como empleos que embarazaban y contrariaban sus santos deseos y resoluciones de dedicarse y entregarse á la vida quieta y contemplativa; pero á pesar de todo no por eso desistian los Padres de la provincia, ni le perdian jamás de vista; siendo una lucha honrosa y permanente, porque al paso que Fr. Juan Rincon se excusaba de los honores y cargos, le volvian á reelegir y llamar. Se juntó y reunió el capitulo provincial en el convento de Atotonilco, para dar sucesor al que acababa su destino de provincial, segun regla de la Orden. El virtuosisimo Juan Rincon entró en él sin pensamiento y muy distante de lo que pudiera suceder. Así fué que maravillado y atónito al ver en los escrutinios el gran número de votos que iba reuniendo á su favor para ser nombrado provincial, temiendo lo que sucedió, pidió licencia para hablar en aquel senado, compuesto de santidad, letras, prudencia y gobierno; á continuacion se la concedieron, y empezó su razonamiento con palabras tan graves y tan humildes, precedidas del conocimiento y noticias que de sí mismo tenia, que muchos se inclinaron á corresponder con él, accediendo á sus excusas, porque sacó á luz, para fracasar la eleccion, una lista muy larga de defectos personales, y que no se compadecian con lo que pedia el gobierno, y esto era dicho con tan grande instancia y afecto, como en contrario sentido hubiera podido declararse un sugeto lleno de ambicion, codicioso de llegar á aquel puesto. Mas sus esfuerzos y sus súplicas no bastaron, y la eleccion se hizo en el año de 1566, recayendo en sugeto tan humilde y desprendido de toda cosa humana, con aplauso universal. Fué tenido en el gobierno por muy rígido, siendo más de extrañar cuanto era de condicion afable y condescendiente; mas el oficio y la ley, como su ministro que era, parecia que cambiaba su

condicion, pero era á consecuencia de la dura obligacion que le imponia cargo tan espinoso, sometiéndose á lo que exige y lo que se debe á la reverencia y santidad de la ley, que es soberana de lo inmortal y mortal; así es que la definió un gran Santo, *lex mortalium et immortalium*. No era amigo de publicar las faltas del súbdito y echarlas á la calle, ni sacarlas á la plaza; pero no por eso quedaban sin el necesario correctivo, del que no podian quejarse por su prudencia. Habia entónces en la provincia algunos religiosos que vivian con más anchura y libertad de la que pedia el instituto de aquel primitivo tiempo. No dió voces ni trató de que se le conociese el enojo y sentimiento que le producian aquellos desmanes, aguardó una ocasion que se le presentó favorable, y fué la de que se aprestaba un navio para hacerse á la vela para España. Los citó y mandó llamar á cada uno de por sí, fijándolos el dia en que todos estuviesen reunidos en el convento de Calvacan. Obedecieron, y llegaron al punto designado. El virtuoso provincial los recibió con sumo amor y muestras de caridad, les dió dinero, y con el mayor sigilo les mandó y ordenó que se embarcasen; así lo hicieron, y cuando por ellos preguntaron los demás, supieron estaban en España. Consumió, ó más bien abandonó, algunos conventos por ser los parajes donde estaban edificados de malísimo temple y muy achacosos, desapacibles y molestos para conservar la salud. No le movió á hacer esta mudanza porque desease el regalo para sus religiosos, sino porque el mal temple obligaba á vivir con alguna más relajacion de la que pedia el tiempo y constituciones, y con el fin de evitarlo y que no hubiese excusas, providenció el pase á sitios más ventilados y salubres. En otros conventos puso priores, y tal órden y concierto en la provincia, que parecia un paraiso en la tierra. En el año de 1572, la majestad de D. Felipe II le presentó para el obispado de Mechoacan, y llegó la nueva y el nombramiento á Méjico en el de 1573. Esta nueva dignidad puso en gran conflicto su extremada humildad, y estuvo tan temeroso é indeciso en aceptar, que no encontraba expediente ni motivos á propósito para rehusarlo. Eran de gran fuerza para este virtuoso y grande varon las poderosas razones tan acomodables á su carácter y circunstancias, de perseverar en su profunda humildad, norma de todas sus acciones, y de acogerse al aislamiento, sosiego y tranquilidad de su celda, teniendo muy presente lo que dijo S. Francisco al pontífice Honorio III, que le preguntó *si queria que sus religiosos fuesen promovidos á dignidades y obispados*; y le respondió: *Santísimo Señor, mis religiosos por eso se llaman Menores, para que no presuman ser mayores; y si vuestra Beatitud quiere que hagan gran fruto en la Iglesia de Dios, déjelos en su vocacion, y no permita que sean llamados á ejercer ni desempeñar dignidades ni cargos.* A las mismas razones y excusas se atenia el nuevo electo, juzgando que

eran valederas y se habian de entender del mismo modo en las demás religiones. De este modo acumulaba esta y otras razones para eximirse del peso de la dignidad, defendiéndose valerosamente con ellas, para anular el nombramiento y añadia : *Gran soberbia es del pensamiento humano, que contentándose un ángel con gobernar un alma sola, presuma el hombre de sí que tiene valor y virtud para gobernar á muchas.* Mas analizadas con atencion sus excusas, y que seria un desaire á la majestad del gran rey D. Felipe II la no admision de cargo tan honorífico, merecido y debido á las muy relevantes cualidades, sabiduría y virtudes de tan eminente religioso, le mandaron sus superiores aceptase, bajo precepto de obediencia, y le daban por razon suficiente lo expresado por infinitos Padres de la Iglesia:

Virtutibus pollens, coactus ad regimen veniat,
Virtutibus vacuus, nec coactus accedat.

Por esta puerta, y resignado por la voluntad y fuerza de la obediencia, entró en la dignidad, pidiendo y suplicando á la religion fuesen atendidas algunas condiciones, á que se tuvo á bien acceder sin poner en ello duda. En seguida escribió á su rey la carta siguiente, hija de su gran urbanidad, cortesania y agradecimiento.

*

S. C. R. M.

«El Espíritu Santo alumbre siempre el ánimo de V. M. Por una Real cédula que de V. M. vino para el cabildo *sede vacante* de la iglesia de Mechoacan, entendieron mi Religion y mayores la merced y favor que V. M. le ha hecho, eligiendo y presentándome para obispo de aquella diócesis, y luego me mandaron que aceptase lo que V. M. era servido; yo lo hice obedeciendo y reverenciando la voluntad de V. M. como de Rey y señor, y la suya como de mis prelados y mayores, en cuyo nombre á V. M. beso piés y manos, y al soberano Rey del cielo suplico me dé gracia y virtud para que en mí se cumpla el santo y cristianísimo celo y deseo de V. M.—En lo que manda por su Real carta que exhorte á los ministros que de esos reinos quisieren, perseveren en el ministerio y doctrina de estos naturales, tendré el cuidado debido. Y aumente y prospere Dios nuestro Señor la vida y estado de V. M. para su santo servicio, y para la eternidad de la perpétua y celestial gloria, como por esta Religion y humildes capellanes de V. M. se pide y desea. De Méjico en 19 de Octubre de 1574.—Besa á V. R. M. piés y manos, vuestro humilde vasallo y capellan, *Fr. Juan de Medina Rincon.*»

El Emmo. Arzobispo de Méjico D. Pedro de Moya le consagró en el

convento de S. Agustin de la misma ciudad, asistiendo á aquel santo acto D. Antonio de Morales, obispo de la Puebla, y un dignidad de la catedral, con gran alborozo y consuelo de toda la Religion. En seguida que tomó posesion de su obispado, mandó que se hiciese un padron de todos los pobres de su ciudad y pueblos de su jurisdiccion, notificándole para su satisfaccion y alivio de sus necesidades, que su hacienda era para ellos, y que les atenderia en todos sus apuros como padre y pastor espiritual. Cuando volvió á Méjico para asistir al concilio, dió catorce mil pesos de limosna, sin las muchas y ordinarias que se daban en su obispado, y estas se triplicaban cuando salia á la visita, y cerrando esta partida de ciento y tantos mil pesos que le valió el obispado, tomando para sus humildes atenciones lo más preciso é indispensable, el resto, y casi el completo, se dió de limosna. Tal y tan grande era su ferviente caridad y sentimientos, hijos de la bondad de su corazon y de su amor al prójimo, siendo admirablemente humilde el trato y composicion de su casa, verdaderamente de fraile sencillo, y de celda modesta sin ningun aparato ni adorno; jamás tuvo coche, ni mulas ni alhajas impertinentes é innecesarias, porque preferia aquella modesta existencia á que se distrajese ninguna cantidad, por corta que fuese, considerando sus bienes como patrimonio de los pobres. Los sábados decia la Misa cantada de nuestra Señora, y acabada, visitaba detenidamente el hospital, deteniéndose enfermo por enfermo, y á cada uno en particular se informaba con el mayor cuidado del estado de su dolencia, los animaba y consolaba, no omitiendo nunca socorrerlos con abundantes limosnas. Con los indios se mostraba tan afable y condescendiente, que les oia con sumo agrado, consiguiendo con su natural amabilidad que estos le amasen extraordinariamente, produciéndoles mucha alegria, viendo que se les atendia con tanto cariño, y que les era permitido no solo el llegar á su presencia, sino tambien la comunicacion con su querido y agasajador obispo. Se entretenia mucho con ellos y les hablaba por largo rato, oyendo sus trabajos y sus cuitas con el mayor interés, consolándolos con sus palabras, consejos y limosnas, ejerciendo esta virtud con una igualdad, equidad y mansedumbre propia de un varon santo. Predicaba con elegancia y elocuencia á su pueblo, á los indios en su idioma, que poseia como nadie, y á los españoles en el suyo. Fué singular y único, como tan amante de la fraternidad, de la quietud y sosiego, en hacer y firmar paces, y componer diferencias y escisiones. En sabiendo habia alguna contienda ó riña se presentaba inmediatamente, y solo con su presencia y consejos calmaba las pasiones y conciliaba los ánimos, y no se volvia á su morada hasta que no quedaba completamente satisfecho de que estaba bien asegurada la concordia entre las partes contendientes. Defendió los derechos de su iglesia catedral con gran decision y constancia, en razon de

que no se le cargasen costas contra lo dispuesto en la ereccion de la iglesia. Escribió á S. M. dándole cuenta del caso, alegando poderosas pruebas y razones, y el monarca, que le profesaba grande afecto y le guardaba muchas consideraciones, con la opinion que tenia de la gran santidad y virtudes de que era eco su fama, mandó se hiciese lo que el Obispo pretendia y solicitaba, pues un sugeto tan eminente y virtuoso no podia ser que pretendiese cosa contra razon y justicia. A pesar de ser tan blanda su condicion, tan condescendiente y tolerante, si alguna vez el caso exigia manifestase severidad, era firme, y ejecutaba sus providencias con sumo celo. Se convino y acordó en el concilio provincial de Méjico que ningun clérigo vistiese prendas de seda. En aquel tiempo tenia en su iglesia un maestrescuela muy rico, y por lo tanto estaba en la creencia que sobrándole bienes no podian censurarle gastase algun lujo, juzgando por lo tanto que aquella ley ó precepto no hablaba con él; por lo tanto y con poquísima aprension fué á visitar al Obispo cargado de seda, como si fuese á asistir á un gran sarao ó recepcion. Pero se equivocó cruelmente, pues fué tanto lo que el Obispo se ofendió al ver despreciado el decreto del concilio, que sufrió el sonrojo de que aquel prelado tan amante de la justicia le quitase el manto con sus propias manos, poniéndole sobre los hombros otro de paño, acompañando á aquel acto de severidad con una reprension tan amarga, que jamás se quiso exponer á vestir de seda. En otra ocasion un arcediano de su iglesia estando en el coro, dió un golpe en la cara á un racionero, y fué tanto lo que afectó é incomodó al Obispo aquella demasía, y estuvo en el castigo tan entero, que le condenó en primera instancia y en el acto á que le sacasen de la sala del cabildo desnudo de la cintura arriba, y que en esta disposicion le azotasen al rededor del coro. A su pesar revocó esta sentencia, porque fueron muy grandes los ruegos de muchos para que moderase la pena, y le condenó á destierro perpétuo en los reinos de Castilla. Cumplió la sentencia, y puesto á los piés del rey D. Felipe II, y contando con su clemencia, le representó su destierro, y le suplicó le oyese y desagraviase. Pero aquel severo monarca, con su gravedad acostumbrada le respondió: *Tal debeis de ser vos, pues el Obispo os destierra.* En seguida mandó se le impusiese perpétuo silencio en el caso que cumpliese su condena, y que no fuese oido en ningun tribunal ni en ningun tiempo. Otra vez un canónigo, que era muy amigo de competencias, y habia molestado y dado que hacer á otros obispos, para excusar este daño y los consiguientes escándalos, que eran siempre su consecuencia, el nuevo prelado le embarcó como á sus frailes, y le envió y confinó á España. Este procedimiento tuvo un feliz resultado, pues si bien no pudo volver á Nueva-España miéntras vivió el santo Obispo, aquel díscolo sacerdote perseveró hasta la muerte del santo prelado en la metrópoli, ha-

biendo conseguido mejorar sus costumbres y enmendarse, volviendo á su país sumamente pacífico con el firme propósito de ser sosegado, obediente, y granjearse con el cambio de su género de vida el aprecio que ántes habia perdido por su conducta y maneras belicosas. Este santo Obispo escribió en sus cortos ocios la vida de Fr. Juan de Moya, religioso de su hábito, gran varon en santidad, y uno de los nueve de más fama que tuvo la iglesia de Nueva-España. El autor que escribió el libro con el título *De Consuelo de Penitentes*, manifiesta que realmente escribió esta vida, y que era este sabio prelado un verdadero dechado de obispos, varon verdaderamente apostólico, pobre de espíritu, de extraordinaria humildad, sobremanera caritativo y amigo de socorrer á los pobres necesitados y enfermos, para cuya benemérita obra jamás tuvo pereza, siempre inquiriendo dónde habia males y necesidades que remediar, al mismo tiempo que muy dado á la oracion y sumamente devoto, siendo muy celoso de la gloria y honra de Dios y de su Iglesia. Pasó á gozar de mejor vida y á disfrutar en la gloria el premio merecido por sus muchas virtudes y santidad en el año de 1588, habiendo gobernado su iglesia con el celo más extraordinario, por la brillantez del culto y solemnidad de sus funciones y festividades, el espacio de trece años. Sucumbió despues de los insufribles tormentos y dolores que producen las afecciones de las vias urinarias, acompañadas de pertinaces retenciones, manifestando su resignacion y conformándose con la voluntad soberana, que así lo disponia. Fué sepultado en su iglesia, habiendo sido general el sentimiento que ocasionó á todo el mundo, tanto de naturales como de los de España, gozando de tan grande crédito y opinion, que es venerado como lo merece la fama y santidad de sus obras. Este prelado hizo la traslacion de la iglesia catedral de donde estaba adonde se encuentra actualmente, habiendo mejorado considerablemente, tanto en el edificio como en el ornato. Fué nombrado para sucederle el Mtro. Fr. Diego de Chaves, religioso de S. Agustin; pero no habiendo aceptado, tuvo por sucesor en la sede á D. Fr. Alonso Guerra, religioso de la órden de Sto. Domingo, y que ya habia sido obispo del Paraguay.—A. L.

RINGHIERI (P. Francisco Ulises), religioso de la congregacion del monte Olivete, nacido en Bolonia de una familia noble de Imola. Es conocido tambien como poeta trágico. Abrazó la vida religiosa con una vocacion decidida, y siendo ya religioso, enseñó por espacio de muchos años los principios de la literatura. Buen religioso, de vida ejemplar é irreprensible conducta, sus inclinaciones le llevaron á cultivar la poesía dramática con más celo é interés que buen resultado. Sus tragedias, escritas con buen estilo, diccion y energía, carecen en su mayor parte de accion é interés. Casi todos sus motivos ó asuntos estan sacados de la Santa Escritura, como son los de *Salomon*, *Athalia*, *Esther*, *David*, etc. Fueron representadas en algunos colegios de

Italia, y áun en los teatros públicos algunas de ellas. Se coleccionaron quince de las mismas, que se imprimieron en Bérgamo en el año de 1778, en cuatro volúmenes en 8.°, que reunidas á las que despues compuso, se llegaron á hacer muchas ediciones en Bolonia, Roma, Florencia, etc. El Padre Ringhieri murió en Imola el 7 de Octubre del año de 1787, siendo miembro de la Academia de los Arcades de Roma y de otras muchas sociedades literarias.—A. L.

RINGSTADE (Fr. Tomás), del órden de Predicadores. Fué natural de Inglaterra y probablemente del condado de Gales, por haber tomado el hábito en un convento de esta provincia. Estudió en la universidad de Cambridge y despues en la de Oxford, en la que obtuvo el lauro académico como maestro de sagrada teología. Habiendo pasado á Francia, desempeñó el cargo de penitenciario del Sumo Pontífice en Aviñon, mereciendo tanto aprecio de Su Santidad Inocencio VI, que habiendo quedado vacante la silla episcopal de Bagor, en la diócesis de Cantorbery, fué promovido á ella el 16 de Agosto de 1357 y consagrado solemnemente en 21 del mismo mes del siguiente año. Vuelto, pues, á Inglaterra y tomando posesion de su iglesia, puso todo su cuidado en procurar los aumentos de la misma, en reformar las públicas costumbres y en repartir por iguales partes el pasto espiritual entre sus ovejas. Murió el dia 8 de Enero del año 1365, siendo enterrado, segun su última voluntad, en el convento de los canónigos regulares de Huntidon, donde se le construyó un magnífico sepulcro. Dejó en su testamento mandas importantes para reparar la basílica bagorense, para proveer de ornamentos á las parroquias de las diócesis que se hallaban necesitadas, y para el monte de piedad erigido en la universidad de Cambridge con objeto de socorrer á los estudiantes pobres que concurrian á sus clases. Dejó escritas varias importantes obras sobre la Sagrada Escritura, que no llegaron á publicarse y que se conservaron manuscritas en varios conventos de Europa. Hé aquí los títulos de las más principales: *Postilla in Proverbia Salomonis.* — *Glossa super Psalterium.* — *Lectiones in Sacram Scripturam.* — *Scripta super quatuor libros Sententiarum.* — *Distinctiones theologicæ et placitæ theologicæ.* — *Sermones solemnes ad clerum et populum.* — M. B.

RINNA, hija de Ana, de la tribu de Simeon. (Par. IV, 20.)

RINTEL (Cárlos Gustavo), distinguido sabio protestante y refrendatario en la regencia de Koenisberg en Prusia, se convirtió al catolicismo é hizo su abjuracion en 1839. Habia publicado con motivo del asunto de Colonia, un escrito intitulado: *Clemente Augusto, arzobispo de Colonia, defendido contra los ataques del gobierno prusiano por un protestante*; despues otro con el título: *Defensa del arzobispo de Guesme y de Posen.* El gobierno prusiano persiguió al autor del primer escrito y le condenó, por haber dicho la

verdad, á perder la nacionalidad prusiana y á un año de prision, en una fortaleza. Antes de entrar en la prision, Mr. Rintel abjuró el protestantismo por abrazar el catolicismo, de que debia en lo sucesivo comprender la dulzura, la verdad y la tolerancia. Habiendo aparecido anónimos los referidos folletos, los protestantes han negado constantemente que estuviesen escritos por uno de sus correligionarios, como si no se pudiera ser protestante y defender la inocencia reprimida. La *Gaceta universal de Leipsick* ha visto en estas publicaciones una impostura y una mistificacion católica, y cuando el autor dió su nombre, no halló otro medio de defensa más sencillo y expedito que aprisionar al culpable defensor de la verdad. —S. B.

RINTON (María Georgina), nacida en Lóndres el 22 de Agosto de 1819, y educada en la herejía anglicana, se convirtió é hizo su abjuracion en 19 de Enero en manos de Mr. Prefontaine, cura decano de Laigle, en la iglesia de S. Martin de aquella ciudad, en la diócesis de Seez, y recibió el bautismo bajo condicion. El domingo siguiente 22 de Enero fué admitida á hacer su primera comunion la nueva hija de la Iglesia católica. —S. B.

RINUCCINI (Juan). Nació este noble florentino, de antigua familia, en Florencia el 22 de Julio de 1743. Habiendo recibido una educacion civil y científica conveniente á su clase, y deseoso de servir á la Santa Sede, solicitó y fué admitido á la prelatura, adquiriendo un protonotariato apostólico participante, de cuyo colegio llegó á ser subdecano el año 1775. Desempeñó sucesivamente los cargos de vicelegado de Bolonia, ponente de Consulta, y clérigo de Cámara, y habiendo acreditado su gran capacidad en todos estos destinos, su actividad, su prudencia y tino en el manejo de los más intrincados asuntos, Pio VI le promovió en Abril de 1789 á la dignidad de gobernador de Roma y de vicecamarlengo de la santa iglesia, y en fin, premió todos sus servicios creándole cardenal diácono de S. Jorge en Valabro el dia 21 de Febrero de 1794. Nombróle además de las congregaciones de la Propaganda, de los Ritos, de la Consulta, de la Inmunidad, del Concilio y de Loreto. Nombróle tambien protector de los Vallombrosianos, del hospital de S. Galicano, del Conservatorio de la Divina Providencia y de los sombrereros y carniceros. En la invasion del Estado Pontificio por los republicanos franceses en 1797, que se completó en 1798, fué perseguido lo mismo que todos sus colegas, y tuvo que abandonar á Roma. Reuniéndose el cónclave en Venecia en 1799 por muerte de Pio VI, se dirigió á aquella ciudad para asistir á la eleccion del Papa, y luego que en Marzo de 1800 fué elegido Pio VII, le hizo éste prefecto de la Congregacion de la Propaganda fide, visitador apostólico de la Santa Casa de Loreto, y de su memorable hospedería, protector de la órden de Siervos de María, de la archicofradía y hospicio de la Santísima Trinidad de los peregrinos, y de la hermandad de

S. José de Palombara en Sta. Sabina. Dícese en el número 104 del *Diario de Roma* de 1801, que murió este Cardenal en Venecia el dia 28 de Diciembre de este año, de un ataque de aploplejía que le arrebató la vida repentinamente á los cincuenta y nueve años de edad. Y en el mismo Diario, número 105, de 1802, se describen los solemnes funerales celebrados en la iglesia de S. Marcelo, en los que ofició el cardenal Caracciolo como camarlengo del Sacro Colegio, con asistencia de Pio VII, que al fin de la Misa hizo la acostumbrada absolucion sobre el cadáver, estuvo colocado este en lugar de depósito, en la capilla de S. Felipe Benicio, y en la tarde del 9 de Julio de 1801 fué trasladado con el conveniente decoro á la iglesia de S. Juan de los Florentinos, y puesto en un sepulcro en la capilla de S. Francisco de Asís, en el que le puso un magnífico epitafio su hermano el marqués Alejandro, del cual se da noticia en el número 160 del expresado *Diario* del mismo año. Poseia su familia en Roma el palacio de Rinuccini, que adquirió la madre de Napoleon; y en Florencia la capilla que fundó Lapo de Rinuccini II en 1332 en la sacristía de Santa Cruz, que hizo pintar Francisco á Tadeo Gaddi, discípulo predilecto del Giatto, cuya célebre capilla está descrita é ilustrada por G. Aiazzi. —C.

RIO (D. Baltasar de), sacerdote, natural de Palencia, estuvo en Roma donde obtuvo grande favor de los pontífices Julio II y Leon X, el último de los cuales le nombró arcediano de Cesena y protonotario apostólico. Habiendo obtenido una canongía en Sevilla, regresó á España, siendo nombrado arcediano de aquella santa iglesia, y segun algunos autores, obispo titular de Escala. Yace sepultado en Sevilla en una capilla edificada á sus expensas. Se distinguió mucho por su elocuencia en la lengua castellana y por su elegancia en la latina, y dejó la obra siguiente: *Orationem ad Leonem X, et Sacrosanctum Lateranense Concilium de expeditione contra Turcas ineunda; Romæ die XVII Junii mensis anno MD.XIII.* Esta obra se halla dedicada al rey D. Fernando el Católico y fué impresa en el mismo año y en la referida ciudad de Roma. —S. B.

RIO (P. Honorato del), de la Compañía de Jesus. Era natural de Cataluña, y de la ciudad y diócesis de Elna, en el condado de Rosellon; algunos le suponen nacido en S. Hipólito, ciudad situada en el mismo territorio. Su familia le educó desde luego en los principios del santo temor de Dios, de manera que Honorato hizo los más rápidos progresos en el camino de la virtud, y se dedicó desde luego por la vida religiosa; llamábanle á ella sus inclinaciones é instintos, su vocacion, en fin, que le decia se distinguiria por este camino, uno de los que son concedidos á los hombres por la Omnipotencia divina, para obtener la felicidad en esta vida y en la eterna. Decidido, pues, en su vocacion, ingresó en la religion fundada por S. Ignacio de Lo-

yola, en 1616, á la edad de veinte años. Hallábase adornado Honorato de las mejores cualidades para la piedad y el estudio; así es, que desde el instante en que ingresó en el noviciado, comenzó á distinguirse entre todos sus compañeros por sus buenas dotes, mereciendo que se le confiasen diferentes cargos, si bien todos á cual más rudos y penosos, como en efecto lo eran los que se concedian á los novicios. Desempeñólos satisfactoriamente manifestando era digno de la confianza que de él se hacia; mas muy pronto su grande humildad le obligó á renunciar á estos puestos, que le servian muy poco para su principal objeto, cual era trabajar en beneficio de su alma y en su particular salvacion. Para conseguir este objeto obtuvo de sus superiores que le dispensasen de todos sus cargos, dedicándose exclusivamente al confesonario y púlpito, en que parecia llamado á obtener una envidiable fama. Sus primeros pasos fueron tan gloriosas como fructíferos, obteniendo los mejores resultados en toda Cataluña, que recorrió haciendo diferentes misiones. Despues pasó á otros puntos de España, y así su fama fué creciendo más cada dia, hasta que temeroso de que le comprometiesen á aceptar los honores y dignidades que habia renunciado, se retiró á su querida Cataluña, dedicándose desde entónces á la composicion de diferentes obras, que impresas unas, manuscritas otras, fueron leidas con avidez y citadas con aprecio. En tan santas ocupaciones, y lleno de años y méritos, falleció este religioso dejando las obras siguientes: *Del valor y fruto de la Misa, y modo de ofrecerla;* que publicó bajo el velo del anónimo, y con el nombre de un sacerdote de la Compañía de Jesus. *Catecismo* que escribió de órden del Ilmo. Sr D. Francisco Lopez de Mendoza, obispo de Elna, quien mandó se usase en toda su diócesis, y varios tratados: *De Purgatorio.—De Æternitate.—De Indulgentiis.—Rationes ad peccatorum dolorem excitandum.—Remedia ad castitatem tuendam.—Exercitia varia.*—S. B.

RIO (P. Fr. Lucio). Fué ilustre hijo de la villa de Linás, en las montañas de Jaca, y del Real convento de S. Lázaro, órden de la Merced, de Zaragoza. Siendo jóven profesó en este instituto, y en breve tiempo poseyó todas las virtudes que forman su carácter. Al mismo tiempo fué uno de los varones más insignes en letras y en prudencia, y los destinos que le dieron sus superiores para la instruccion así en la cátedra como en el púlpito y confesonario, manifestaron su edificacion, celo y sabiduría. Fué tan tenaz en conservar el retiro del claustro, que cuando el rey D. Jaime II de Aragon lo deseó llevar á su palacio para confesor suyo, y la infanta Doña Isabel para que fuese su director espiritual, y la acompañase en sus desposorios con el duque de Austria, lo resistió, se precavió con los superiores para que no lo obligasen, y con su licencia se retiró al convento de Perpiñan, para vivir olvidado de la memoria y de la instancia; pero su residencia

en el Rosellon y Cerdaña le dió nuevos veneradores de sus ejemplos. Regresó á Zaragoza, y despues pasó al convento de Santa Eulalia de Barcelona, siguiéndole la aceptacion comun. Murió en esta ciudad en el año 1342, y el maestro mercenario Fr. Luis de Aparicio, vicario general de Italia y procurador general en Roma, puso al pié de sus imágenes este elogio:

Sanctus Lucius del Rio Cæsaraugustanus
In sola Cruce Domini gloriatus
Per Crucis mortificationem
Ad æternam vitam pervenit
Anno à Nativitate Domini MCCCXLII.

Escribió este insigne varon: 1.° *Algunos libros de Sermones*, que hizo con mucho fruto, como refiere el maestro Neyla en la *Historia del convento de S. Lázaro de Zaragoza*, pág. 2, cap. VIII, fól 81.—2.° *Varios papeles y consultas sobre asuntos importantes*, los que si se hubiesen conservado, sirvieran á la pública utilidad; mas solo ha quedado su memoria. La de este venerable religioso la conserva el citado maestro Aparicio, alegado por el mencionado Neyla, fól. 83, y en la *Centur. Sanctor. et Vir. Illus. Ordin. B. Mariæ de Merced.* Este escritor, y el presentado Bernal en la referida Historia, parte II, cap. V, desde la pág. 79 hasta la 84, consumiendo todo un capítulo. El maestro Fr. Alonso Ramon, en su *Coron. Mercen.* tom. I, capítulo IV. El abad D. Martin Carrillo, en los *Anales del Mundo*, lib. V, cap. II. Rojas, en su *Cadena de ejemplos*, lib. III, cap. VIII. *La Historia de la Congregacion Merc. de París*, cap. IX, pár. 5.° Corvera, en la *Vida de S. Mar. de Corvell*, cap. XXXVII, fól. 94, col. IV; aunque dice con equivocacion que nació en Zaragoza, y otros escritores.—L. y O.

RIO (P. Martin Antonio del), de la Compañía de Jesus. Nació en Amberes en 1551, siendo hijo de Antonio y de Isabel Lopez de Villanova, naturales de Cantabria. Siguió sus estudios en la universidad de Salamanca, donde se graduó de doctor en jurisprudencia en 1594. A su regreso á Belgica fué auditor general y tesorero de las tropas españolas, cargo que desempeñó por un largo número de años con los mejores resultados. Vino despues á España y abandonó el mundo entrando en la Compañía de Jesus en Valladolid. Destinado por sus superiores á la enseñanza, fué catedrático de Sagrada Escritura en Salamanca, donde obtuvo otros muchos triunfos y honores literarios, falleciendo por último en Lovaina, adonde acababa de llegar enviado desde España el 19 de Octubre del año 1608, á los cincuenta y ocho de su edad. Escribió un gran número de obras, entre las que citamos las siguientes, tomadas de Nicolás Antonio: 1.ª *In C. Solini Polyhistorem Notæ, una cum*

brevibus scholiis in T. Livii Epitomem; Amberes, por Plantino, 1572, en 8.°—2.ª *In Claudiani Poëtæ opera, notæ et conjecturæ;* ibid, en 16.°—3.ª *Adversaria in L. Annæi Seneca Tragœdias*, á la que unió despues otro tomo que contiene: *Veterum tragicorum fragmenta, Senecæ vitam et novum in tragœdias commentarium;* ibid, 1794.—4.ª *Miscellanea Scriptorum ad universum jus civile;* Paris, por Sonnio, en 4.° Hay otra edicion de Pedro Bronæi; Lyon, 1606.—5.ª *Repetitio L. Transigere C. De transactionibus.*—6.ª *Exercitatio ad L. Contractus D. De regulis juris;* dos libros.—7.ª *Disquisitionum magicarum*, tres tomos, impresa muchas veces en Lovaina, Maguncia y Lyon.—8.ª *In S. Orientii episcopi Illiberritani Commonitorium et S. Anthelmi ænigmata breves notæ;* Amberes, por Troquerio, 1600, en 12.°—9.ª *Florida Mariana: de laudibus et virtutibus Deiparæ Virginis panegyrici XIII;* ibid, por Plantino.—10. *Opus Marianum, nempe Speculum Marianum, Speculum charitatis et patientiæ Jesu et Mariæ. Polemica Mariana et florida Mariana;* Lyon, 1607, en 8.°—11. *Vindiciæ Areopagitæ* contra José Escaligero; ibid, 1607, en 8.°—12. *Paniculus foriarum Eleuchi Scaligeriani*, bajo el ánágrama de Liberio Sangæ; 1609, en 12.°—13. *Commentarius in Cantica Canticorum;* Ingolstad, 1604, en fólio.—14. *Commentarius litteralis in Threnos Jeremiæ;* Lyon, 1608, en 4.°—15. *Pharus Sacræ Sapientiæ, sive commentaria litteralia in Genesim;* ibid, en 4.°—16. *Adagialia Sacra è Veteri testamento*, dos volúmenes; ibid, 1612, en 4.°—17. *De difficilioribus et utilioribus S. Scripturæ locis;* tres tomos, inéditos. Publicó bajo el anágrama de Rolando Misteo Orlandini, una obra que debe ser muy importante, y que es por cierto muy poco conocida, intitulada: *Commentarium verum in Belgio gestarum à Petro Henriquez comite Fontano;* Madrid, 1610; Lovaina, 1611, en 4.°—S. B.

RIOCAT, obispo, es conocido por una carta de Sidonio Apolinar, en que dice que Fausto de Riez habia enviado á los bretones sus compatriotas, á quienes las guerras habian obligado á pasar á las Galias y á establecerse en Nantes, un obispo llamado Riocat. Dice de este obispo que es dos veces extranjero en el mundo, tanto porque habia renunciado á él al hacer los votos eclesiásticos, como porque se habia visto obligado por las guerras de los ingleses y de los sajones á abandonar su país y su pueblo. Riocat pasó por Clermont, donde se detuvo por algun tiempo, durante el cual enseñó á Sidonio diferentes obras de Fausto, que en la apariencia nō le eran desconocidas, puesto que no dice nada de particular de ellas. Pero apénas hubo partido este obispo breton, se avisó á Sidonio que llevaba una obra de Fausto, que no habia circulado aún. Corrió en su busca, le detuvo, abrió sus maletas, donde halló lo que buscaba, y no dejó partir á Riocat hasta que hubo leido esta obra y mandado copiar algunos fragmentos de ella. Con

este motivo escribió una larga carta á Fausto, en que le reconviene amigablemente por haberle ocultado este escrito. Era un diálogo dividido en dos libros, que trataba cuatro asuntos diversos. Gennadio no dice nada de él, y no tenemos ningun escrito de este género entre los de Fausto de Riez. S. B.

RIOCHE (Fr. Juan), franciscano inglés, probablemente natural de algun lugar cuyo nombre era el de su apellido. Abrazó muy jóven todavía el instituto seráfico, uno de los más célebres de aquella época, y en que por sus virtudes y conocimientos llegó á ser uno de los prelados más distinguidos. Floreció en el siglo XVI, época bien célebre en los anales de la Europa moderna, pues en él cambió su existencia, desapareciendo por completo el sistema feudal, cuya decadencia se habia declarado ya desde la época de las cruzadas, y siendo llamadas las ciudades á representar un papel importante en la vida de las naciones, que entónces se constituyeron por completo. El grande espectáculo que por todas partes se presentaba á los ojos de Rioche no pudo ménos de llamar su atencion y despertar su imaginacion ávida de emociones. Veia por una parte á España libre é independiente despues de haber sacudido el yugo de los sarracenos, luchando por imponer su dominio al Viejo y al Nuevo Mundo. El nuevo, por ella descubierto, recibia sus leyes y su civilizacion, y aunque no sin dificultades comenzaba á entrar en una nueva vida, á que andando algunos siglos debia ser llamado. El viejo, por el contrario, mal avenido con el yugo que los españoles querian imponerle, luchaba por sacudirle, y de aquí las continuas y frecuentes guerras en Francia, Italia y Alemania. Inglaterra, espectadora casi pasiva de todas estas contiendas, procuraba sin embargo mezclarse en los asuntos del continente, y aliándose ya á Francia, ya á España, enviaba sus soldados á pelear por una causa que no era aún la suya, pero que revelaba el futuro poder y engrandecimiento de esta orgullosa nacion. El protestantismo, por otra parte, comenzaba ya á levantar su cabeza, y aunque unánimes todos en combatirle, la inutilidad de sus esfuerzos manifestaba que andando el tiempo esta hidra de cien cabezas acabaria por tragarse una buena parte de la Europa civilizada. Este grandioso espectáculo no pudo ménos de llamar la atencion de Rioche, y el que por haber desempeñado diferentes cargos en su Orden, incluso el de provincial de Inglaterra, se hallaba en el caso de estudiar el pasado, teniendo á su disposicion un gran número de manuscritos, se aprovechó de ellos para reasumir todo lo que habia sucedido, poniéndolo como de prólogo á lo que no estaba distante de acaecer, y entónces fué cuando compuso su *Compendium temporum et historiarum ab ascensione Domini in cœlum usque ad anum* 1576, impreso en París, en 8.° —S. B.

RIOJA (Lic. D. Francisco de). Nació en Sevilla en 1600. Dedicóse

desde su juventud á la carrera eclesiástica, estudió leyes y se graduó de licenciado en esta facultad; pero como tenia grandes deseos de saber, se aplicó con grande esmero al mismo tiempo al cultivo de todo género de letras sagradas y profanas, señalándose especialmente en el de las lenguas griegas y latinas, en cuyas fuentes bebió el buen gusto que tanto campea en sus escritos. No tardó por ello en adquirir gran nombradía entre los literatos de su época, ya como poeta, ya como escritor, tanto que el conde-duque de Olivares, ministro y favorito de Felipe IV, le nombró su abogado consultor y bibliotecario del Rey, cronista de Castilla, y posteriormente le confirió una plaza de inquisidor de Sevilla, y una racion en aquella catedral. Tal era el gran concepto que merecia Rioja; pero miéntras los amantes de las letras y de la ilustracion de su patria se felicitaban de que tan justamente se premiase á tan esclarecido ingenio, la maledicencia y la envidia, pesarosas de su elevacion, se armaron para derribarle de la cumbre del favor. Hicieron creer al favorito que su protegido Rioja, pagando mal sus favores, habia escrito varios libelos y sátiras contra su absoluta y omnímoda dominacion; y como los privados siempre temen caer de la privanza, que con frecuencia suelen hacer odiosa por sus excesos, el conde-duque creyó la calumnia que torpemente zumbaba en sus oidos contra su bibliotecario, y desde su lujosa cámara vino á parar en un estrecho y oscuro calabozo. Por largos años sufrió Rioja tan injusta persecucion; pero al fin su inocencia quedó triunfante de las iras enemigas, saliendo libre y repuesto en sus honores, empleos y dignidades. Por sobrado dura prueba habia pasado el poeta sevillano para que tornase á buscar fortuna en las antesalas de los grandes; y acaso fué gran dicha para las letras su injusta persecucion, porque retirado en su patria, viviendo segun las inclinaciones de su carácter filosófico, compuso las dulcísimas silvas y admirables canciones que han sido y serán siempre una de las mejores joyas de la poesía lírica española. Pero miéntras gozaba tranquilo de su apacible morada, llamáronle de nuevo á la corte sin que se sepa el motivo; tan solo se dice que la iglesia de Sevilla le nombró su agente en Madrid, donde murió al poco tiempo en 8 de Agosto de 1659. «Rioja, dice el sabio Quintana, hubiera fijado sin duda los límites entre la lengua prosáica y la poética, si hubiese escrito más ó se conservaran sus composiciones.....» Lo poco suyo que nos ha quedado es suficiente, sin embargo, á darnos la idea de su carácter poético sobresaliente entre los otros por la nobleza y serenidad de la sentencia, por la novedad y eleccion de los asuntos, por la fuerza y vehemencia de su entusiasmo y su fantasía, y por la excelencia del estilo, que es siempre culto sin afectacion, elegante sin nimiedad, sin hinchazon, grandioso, y adornado y rico sin ostentacion ni aparato. Un mérito que le distingue particular-

mente es el acierto con que construye sus periodos, los cuales ni dan en seco por la brevedad, ni se arrastran penosamente por lo prolijos; defecto frecuente y grande en los más de nuestros poetas, cuyas cláusulas, no bien distribuidas, fatigan el aliento cuando se recitan. Nada, en efecto, más delicado que sus silvas á las flores. Hé aquí una muestra en la que escribió al jazmin:

¡Oh en pura nieve y púrpura bañado,
Jazmin, gloria y honor del seco estío!
¿Cuál habrá tan ilustre entre las flores,
Hermosa flor, que competir presuma
Con tu fragante espíritu y colores?
Tuyo es el principado
Entre el copioso número que pinta
Con su pincel y con su varia tinta
El florido verano.
Naciste entre la espuma
De las ondas sonantes
Que blanda rompe y tiende el Ponto en Chio:
Y quizá, te formó suprema mano
Como á Venus tambien de su rocío:
Y si no es rumor vano,
La misma blanca diosa de Citera
Cuando del mar salió la vez primera,
Por do la espuma el blanco pie estampaba
De la playa arenosa
Albos jazmines daba;
Y de la tersa nieve y de la rosa
Que el tierno pié ocupaba
Fiel copia apareció en tan breves hojas.

Nada, en efecto, tan sublime y grandioso como su magnífica cancion á las ruinas de Itálica, que por sí sola bastára á inmortalizar á su autor.

Fabio, si tu no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estátuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.
Así á Troya figuro,

Asi á su antiguo muro,
Y á ti, Roma, á quien queda el nombre apénas
¡Oh patria de los dioses y los reyes!
Y á ti á quien no valieran justas leyes,
Fábrica de Minerva, sabia Atenas;
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades,
Que no os respetó el hado ni la muerte,
Ay! ni por sabia á ti, ni á ti por fuerte.

Véase una prueba en el grande y profundo pensamiento que encierran los siguientes versos en su filosófica epístola á Fabio:

El ánimo plebeyo y absoluto
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caido:
Que el corazon entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente
Antes que la rodilla al poderoso.

Ninguno ha manifestado un carácter tan interesante, ninguno el acierto de variar el tono tan á propósito sobre los diferentes objetos que se le presentaban á la vista. Rioja es el primero entre nuestros antiguos poetas que sin lamentarse de la desgracia la ha saludado como el crisol de la virtud, y él es en fin el que ha dicho que valia más plegar la frente á la adversidad que la rodilla al poder. Finalmente, Rioja ha excitado siempre la admiracion de cuantos han leido sus versos; y su nombre forma época en la historia de la poesía española, sirviendo de modelo sus composiciones á cuantos aspiran al lauro y glorioso timbre de poeta. — A. C.

RIOJA (Fr. Melchor de), religioso franciscano. Segun las crónicas de su Orden, nació en Andalucía, de una familia antigua é ilustre, que le proporcionó una distinguida educacion, dedicándole á la primeras carreras del estado. Pero Rioja, que sentia en su alma toda la pequeñez que rodean al mundo y sus objetos, y que estaba por otra parte convencido de que la verdadera felicidad no consiste en las riquezas ni el poder, tenia diferentes cálculos y planes, y hacia largo tiempo que estaba dispuesto á ponerlos en vias de ejecucion. Preferia la vida solitaria del claustro al ruido de los placeres, por demás falsos y vanos, y hallábase decidido á encerrarse en una oscura celda ántes de pisar las doradas antesalas de los palacios. Sentia esto mucho su familia, y procuraba evitarlo á toda costa; mas el humilde jóven, huyendo de sus halagos, pasaba dias enteros en la última habita-

cion de su casa, contento con respirar el aire poético de la soledad y la meditacion, que tenia para él más valor que la perspectiva de doradas esperanzas, de locos ensueños, de ilusiones que tarde ó nunca se realizan. Sin embargo, acaso no hubiera visto realizadas las suyas, sin una de esas catástrofes dolorosas que nos envia la Providencia con justos y saludables fines. Una terrible peste asoló la ciudad de Sevilla, y su familia, que residia allí á la sazon, fué una de las que más padecieron en los estragos de tan terrible azote. Padre, madre, hermanos, todas las más queridas prendas de su corazon, las fué perdiendo una á una Rioja, sin que tuviese apénas tiempo para llorarlas, pues á una sucedia otra con tal rapidez, que su llanto, no seco todavía, volvia á correr á raudales en desolado dolor. El mismo estuvo á punto de perecer del contagio, y solo la caridad de los PP. Capuchinos le sacó de la ya abierta fosa. Sus cuidados, su presencia que le habia parecido un ensueño en que tras una larga y penosa tormenta se le habian aparecido como ángeles de salvacion; sus antiguas ideas, su actual salvacion que atribuia á un milagro; todo le animó á realizar lo que tanto habia pensado, y sin vacilar repartió sus bienes á los pobres y entró en la religion Seráfica. Grande fué su alegria al ver cumplidos sus deseos; admiraba y daba gracias á la Providencia por los extraños caminos de que se habia valido para conducirle al puerto, y ya en él, confiaba que el tiempo y las circunstancias acabarian de elevarle al grado de perfeccion que se habia propuesto. Así nos sucede con frecuencia á nosotros miseros mortates, que cegados por nuestras pasiones no vemos el punto á que nos encaminamos, y creemos ir al oriente de nuestras esperanzas, bogamos hácia él á vela y remo con todas nuestras fuerzas, y cuando creemos ver el faro que marca el puerto de nuestro destino, una deshecha borrasca vuélvenos á engolfar en alta mar, á lanzarnos á países desconocidos, y nos conduce tal vez adonde ménos lo habiamos pensado; pero en donde encontramos nuestra felicidad y nuestra dicha. El hombre sensato, el que está acostumbrado á luchar con las dificultades de la vida, no se queja de estos vaivenes, súfrelos resignado y alegre, y espera y confia en la Providencia, que le conducirá, si no al puerto por él deseado, al que mejor le convenga para su dicha presente y futura. No así el loco é insensato, que sin escarmentar por los desengaños, parece que se afana en aumentar tormento á tormento, en beber dolor tras dolor; y en lucha consigo mismo y con la tempestad, prefiere perecer en el naufragio á ceder al viento de la esperanza, á dejarse arrastrar agradecido por las auras de la Providencia. ¡Felices los que, como el P. Rioja, saben corresponder á su llamamiento, y bendiciéndola constante, llegan por puertos de ellos ignorados y desconocidos, á las regiones donde les sonrie eternamente la aurora de la vida, donde viven en contínua primavera, donde el dia carece de

noche, y donde en una sola disfrutan de todas las felicidades posibles. Tal fué la suerte que cupo en su nuevo estado al P. Rioja. En él sintió todas las venturas reunidas en una sola, todas las ilusiones realizadas, todas las glorias convertidas en una gloria sin fin. Varon extático, devoto y piadoso, para él no habia más gloria que amar á Dios, servirle y gozarle en la oracion y en las prácticas de las cosas santas. El humilde religioso no conocia felicidad alguna fuera de su convento, ni otro placer que el cumplimiento de sus obligaciones. Vivia así en constante tranquilidad entregado á los ejercicios propios de su estado, y despues á la oracion y mortificacion que voluntariamente se imponia. Cuando terminado el año de probacion hizo sus votos, se creyó en un nuevo mundo, en una region donde gozaba de una dicha ignorada de los demás mortales. Léjos de entibiar, aumentó sus oraciones y devociones, y apénas terminados sus estudios, principal obligacion que le imponia la regla, volaba al coro, donde pasaba el resto del dia, y á veces la noche tambien, en constante oracion y penitencia. Allí oia el sonido de la campana al tocar al alba, escuchaba allí sus sonidos cuando le llamaban al refectorio, no se hallaba en distinto lugar cuando sonaba al medio dia, ni queria alejarse para el toque de completas; esperaba que diese el del rosario, y sus compañeros decian se quedaba allí para no tener que venir á los de ánimas y maitines. Tal era su devocion, tan grande su fervor y ardor por las cosas santas. Mas no por esto decuidaba sus estudios, parecia que en los libros de rezo aprendia la filosofía y la teología, y cuando era llamado á exámenes ó certámenes públicos, ninguno se le aventajaba, nadie le igualaba, él era siempre el vencedor y laureado. Terminada su carrera y ordenado de sacerdote, sus superiores le dedicaron al ejercicio de la predicacion, ministerio el más sublime que puede existir sobre la tierra, pues en él se propuso el Señor, no solo enseñar, sino tambien corregir; no solo dar estériles teorías, sino ilustrarlas tambien con sublimes ejemplos. No eran estos en corto número en el P. Rioja, sus antecedentes, su inculpable vida, su contínuo retiro y oracion, todo influia en que los fieles le tomasen como modelo y acudiesen en gran número á sus predicaciones, seguros de encontrar en ellas el pasto espiritual de que estaban hambrientas sus almas. No se le escaseaba el P. Rioja; y su excelente voz, su elocuencia natural, su erudicion, el aire de tranquila felicidad que brillaba en su rostro y en sus modales, eran otros tantos atractivos que le unian con los fieles, y que obtenian sin duda los más benéficos resultados. Pero las circunstancias de la época y las necesidades de la Orden robaron á su patria á este siervo de Dios y á este orador elocuente. Destinado á uno de los conventos de los Paises Bajos, en época en que la rebelion y la herejía comenzaban á levantar allí sus sangrientas cabezas, el P. Rioja marchó á su destino alegre y resigna-

do, como las víctimas que se dice coronaba de flores la antigüedad para conducirlas al sacrificio. Guardian de diferentes comunidades, supo establecer en ellas la regularidad al prudente religioso, y sirviéndoles de modelo con su conducta, hizo que lo fuesen á la vez de los pueblos y ciudades que estaban encargados de convertir y de doctrinar. Sus misiones le obtuvieron grande fama y acaso habrian dado inequívocos resultados, si el fuego de las pasiones no hubiese hablado más alto que la justicia y la razon, y si intereses bastardos no se hubieran mezclado con los heredados de largas generaciones. Cuando el P. Rioja no pudo ya hacer oir su voz, cuando la violencia de las pasiones rugia más alto que el trueno y apagaba todos los demás sones, entónces el humilde religioso, retirado en el fondo de su celda, tomó la pluma y comenzó á escribir para animar al rebaño á sufrir con paciencia los trabajos que el cielo le enviaba, para aumentar sus oraciones, esperando un feliz cambio, y para ofrecerse en sacrificio, si le tenia el Señor destinado á víctima expiatoria. Deseaba él morir por todos ellos, queria que su vida fuese la hostia consagrada por los buenos y los perversos, pero el Señor no aceptó su oferta, y le dejó morir tranquilamente, siendo llorado por los fieles y respetado hasta por sus mismos enemigos. Sus obras se han perdido por desgracia, y solo se conserva la que tiene el título de *Guia espiritual para examinar la conciencia*, impresa en Lovaina por Gualtero Morbario en 1579, en 8.°—S. B.

RIOJA (Pedro Soto de). Nació este eclesiástico, poeta español, en Granada, el año 1590; estudió el derecho en Salamanca, en donde recibió la borla de doctor. Ejerció la profesion de abogado en Valladolid y en Madrid, y al fin de algunos años se cansó de su profesion, y haciéndose ordenar de sacerdote, obtuvo un canonicato. Fué muy amigo del fénix de los poetas españoles Fr. Lope de Vega Carpio, el cual hizo su elogio en su *Laurel de Apolo*. Se conocen de este Rioja, que sin duda fué pariente del excelente poeta sevillano y tambien eclesiástico D. Francisco Rioja, las obras siguientes: *Desengaños de Amor;* Madrid 1623, en 8.° Al frente de esta coleccion de ejemplos para huir del amor, hay un estimable discurso sobre la poesia en general y en particular de la lengua castellana. *El carro de Phaeton;* Madrid 1639, en 8.° Esta obra se ha reimpreso en Madrid, en Valladolid, en Barcelona, en Amberes y en Bruselas. Dejó además varias poesias ligeras, que se publicaron por separado. Murió Rioja en Madrid el año 1658.—A. C.

RIOLANO (Fr. Francisco de), religioso franciscano. (Véase Rivoliano.)

RIOS (Fr. Antonio de los), religioso de la órden de los Mínimos de San Francisco de Paula. Fué natural de la ciudad de Ecija, é hijo de padres más honrados y virtuosos que ricos, los que le educaron con su buen ejemplo en los principios de la religion. Su natural compostura agradaba á todos;

era de buen continente, y de proporcionadas facciones, de mediana estatura, blanco y rubio, y en fin de agraciada figura. Tenia mucha facilidad para hablar, siendo muy elocuentes sus discursos, á lo que contribuia mucho su feliz memoria y la gracia particular con que hablaba, no siendo nunca pesado ni enfadoso, ni áun en sus conversaciones. Estudió humanidades ántes de tomar el hábito religioso, siendo de corta edad, aunque de buenas costumbres. Entró en la Orden en su ciudad natal el 24 de Febrero de 1564, y entónces estudió teología, en que se distinguió tanto, que fué un predicador eminente, muy versado en la Sagrada Escritura y en los Santos Padres, siendo tan grande el tesoro que de sus sentencias reunió en su memoria, que era cosa admirable el oirselas citar fielmente en grandes cláusulas y períodos enteros, lo que hacia no solo en el púlpito, sino siempre que venia al caso en cualquiera conversacion, imprimiéndose sus palabras en los corazones que le oian, y dejándolos inflamados en el amor de Dios. Comenzó desde sus primeros años de religion á ser observantísimo en ella y descubrir un extraordinario espíritu, de modo que fué manifestando dedicarse generalmente al cultivo de todas las virtudes, haciendo una vida tan inculpable, que se tuvo siempre la opinion de que no pecó nunca mortalmente. Era tan temeroso en cuestiones de conciencia, que á pesar de sus vastos conocimientos jamás quiso confesar á nadie; y hablando de los peligros de este sagrado ministerio, decia: «Que el aborrecimiento que tenia al pecado, no le daba ánimo para oirle ni áun en confesion.» Nunca se pudo obtener de él que desempeñase algun cargo en la Orden, y cuando los superiores querian convencerle á que los admitiese, contestaba: «Que el oficio de prelado era sobre toda fuerza humana.» La obediencia le obligó en una ocasion á admitir el de corrector de la casa de Huelva, que aceptó por no contradecir. Pero habiéndole desempeñado un solo dia, le renunció con lágrimas, por lo que para consuelo suyo tuvieron que admitirle la dimision. Un amigo suyo le instaba para que no renunciase, y le contestó: «Temeridad es aceptar cuidado de muchas almas; si á un ángel no le encarga el Señor más de una, y no siempre se puede averiguar con ella, ¿cómo podrá un miserable hombre guardar seguras de condenacion todas las de sus súbditos?» De ser en esto, añade el cronista P. Fr. Antonio, tan estrecho, se le siguió padecer no pocos disgustos, y ser tenido por demasiadamente escrupuloso y singular en las elecciones, que por ningun respecto humano dió jamás el voto para prelado, al que no fuese el mejor. Para huir de semejantes peligros, y vivir tranquilo como deseaba, obtuvo por gracia del P. General renunciar el derecho de votos activo y pasivo. Cuando se vió libre de esto, que miraba como un grave compromiso, dijo: «Bendito sea Dios que me ha concedido lo que ha tantos años deseé y pedí para seguridad de

mi conciencia y paz interior.» Su vida fué siempre inculpable, y se observó en él una cosa muy digna de elogio, pues siendo por naturaleza colérico, supo reprimirse de tal manera con la prudencia, que en todas las ocasiones que se le ofrecieron en esta vida, fué increible su paciencia. Manifestóse esto principalmente en las graves enfermedades con que le afligió nuestro Señor, habiendo padecido una, que fué la última, que le duró cinco años. Dióle un temblor de manos y cabeza, encogiéronsele los nervios de tal manera, que no se podia mover ni era dueño de sus acciones, siendo necesario darle de comer por mano ajena. Solo le quedaron libres los sentidos del oido y de la lengua, que empleaba en dulces palabras de sufrimiento y paciencia, con lo que maravillaba y edificaba á cuantos le oian. Eran sus dolores tan grandes y vehementes, que de ninguna manera podia encontrar un instante de descanso. Debiendo causar admiracion, que fué tan grande la tolerancia al dolor, que no solo no se quejaba, sino que decia con rostro alegre y risueño: «Aquí, Señor, aquí me abrasa y me consume, para que en la eternidad me perdone,» palabras que se atribuyen á S. Agustin. Otras veces decia: «Más dolor, Señor, y más paciencia.» Notaron tambien los religiosos de su comunidad, que á pesar de ser un hombre de avanzada edad y tener el pelo blanco, ni el tiempo ni los increibles dolores que padecia, le envejecieron el rostro; ántes bien le tenia tan fresco y hermoso como cuando se hallaba en la flor de su edad, acompañándole una extraordinaria alegría y un resplandor maravilloso. Preguntóle un Padre en una ocasion de qué manera mitigaba aquellos dolores tan penosos y contínuos, á lo que le contestó: «Padre, estando en esta cama con la intension de estos dolores, bajo con la consideracion á los del infierno, y acordándome de lo que de aquellos tormentos dice la Sagrada Escritura y los Santos Padres, echo de ver que aquellos miserables condenados los padecen desesperadamente y sin fruto, y volviéndome á los mios, hallo que son incomparablemente más tolerables, y que es misericordia de Dios que yo no esté ya padeciendo aquellos tormentos. Vóime luego á las plazas y calles de Sevilla, y considero la muchedumbre de hombres que gozan de salud y andan libres de todo género de dolor, y que por ligeras ocasiones unos se ofenden á otros, y en un instante se arma una pendencia, á unos hieren, á otros matan, á otros prenden, y todos están ajenos de acordarse de Dios; y muchos de los que matan mueren sin confesion: otros caen y se lisian: otros mata la teja que cayó sin ajena malicia. Vuélvome á mi cama y á mis dolores, y considero que en ellos y en ella carezco de aquellos peligros, y estoy con más seguridad de merecer: alabo al Señor, y gózome del estado en que me tiene. Voy al purgatorio, y considero la inmensidad de aquellas penas merecidas, y que con ser almas santas las que las padecen, no merecen por ellas

mayor gloria, y así juzgo que más bueno me es padecer estos dolores en mi cama, que aquellos del purgatorio. Finalmente, mi Padre, vóime con el discurso al cielo, y hallo que los santos sin padecer gozan del sumo bien en la presencia de Dios, gozando lo que ganaron y merecieron; mas no pueden tener esperanza de aumentar los grados de su gloria, y vuelto á mis dolores hallo que en ellos tengo á Dios presente, pues dijo por todos los afligidos: *Cum ipso sum in tribulatione*, y que con su gracia me da esfuerzo para llevar estos dolores, y voy siempre alentado de mayores esperanzas, pues puedo aumentar más gracia y más gloria, y así juzgo que ahora me es mejor y más conveniente estar en la cama padeciendo: doy por ello gracias á Dios, y llevo con alegría estos regalos que me envia.» Estas y otras consideraciones semejantes eran para este santo varon consuelo y alivio en sus trabajos. Refiérense diferentes apariciones que tuvo este siervo de Dios, en una de las cuales se le reveló el dia y hora de su muerte, y entrándole á visitar el P. Corrector, recien electo aquel año, le dijo entre otras palabras de consuelo, que tenia grande compasion de verle padecer tan larga enfermedad, aunque se alegraba mucho de que la sufriese con paciencia. A lo cual contestó el siervo de Dios: «Tiempo breve tenemos.» Preguntóle el P. Corrector cómo lo sabia, y procurándolo encubrir, se lo mandó por obediencia, y contó una aparicion que habia tenido en un sueño, en que así se le prometia. Observóse el tiempo que señaló á su vida, y vino á morir precisamente el dia que habia designado. Siendo cosa maravillosa y constante, añade la crónica, que con llegar en estos dos años últimos muchas veces al punto de la muerte, queriéndole dar la extremauncion, nunca lo permitió, ántes siempre que se la llevaban decia que no era tiempo, que él avisaria cuando lo fuese; y en efecto, el mismo dia de su muerte, una hora ántes, pidió este último sacramento, recibido el cual espiró con grandes muestras de su salvacion. Sus palabras eran siempre tan consolatorias, que cuando alguna persona afligida por alguna causa oculta, llegaba á encomendarse á sus oraciones, le hablaba de manera que se comprendia muy bien sabia penetrar y conmover sus corazones. En lo que más se distinguió fué en la caridad para con sus prójimos, pues miéntras tuvo salud, si echaba de ménos algun religioso en el refectorio ó en los actos de la comunidad, le iba luego á buscar á su celda para ver si estaba enfermo, y le ofrecia sus servicios y las comodidades que le pudiese proporcionar. Si se hallaban en la enfermería, los visitaba por la mañana, al medio dia y por la tarde, los hacia las camas y consolaba con sus palabras y servicios que les podia prestar, no olvidando el exhortarlos al sufrimiento de los trabajos, considerando que se los enviaba Dios como á verdaderos amigos suyos. Hizo algunas curas milagrosas, y fué muy devoto de todos los misterios del Santísimo Sacramento

del altar y de la llaga del costado de nuestro Señor Jesucristo. Decia la Misa con notable devocion y lágrimas, y despues de haber celebrado, ayudaba otra con la devocion y modestia del novicio más humilde; encomendábase siempre á las oraciones ajenas, y encargaba á todos que fuesen muy devotos de la llaga del costado, fuente y orígen de todos los sacramentos. Miéntras tuvo salud, decia siempre Misa y ayudaba despues otra, como ya hemos referido; pero desde que se sintió enfermo, y ántes que cayese en la cama, oia todos los dias una Misa y comulgaba con grande devocion. Fué muy amante del retiro y de la soledad, pues no solo no salia nunca del convento, sino que tampoco de su celda, juzgando con prudencia que las obligaciones y respetos humanos se hallan llenos de peligros, ó que por lo ménos alejan el espíritu de aquellas cosas, que áun cuando son buenas, pueden quitar la tranquilidad y aumentar la vanidad. Rezaba siempre de rodillas el oficio divino con grande atencion y devocion, pero en lo que más resplandeció este siervo de Dios, fué en la perseverancia de la oracion, en la que el enemigo procuraba distraerle con frecuentes tentaciones. «Era muy ordinario, continúa la crónica, arrobarse en la oracion, y enajenarse de los sentidos, como constantemente no pocas veces le vieron muchos religiosos en el coro y en su celda, haciendo experiencia de los éxtasis que le duraban grandes ratos; cuando volvia, parecia su rostro hermosísimo sobremanera.» En un principio se entregó extraordinariamente á ejercicios de penitencia, con lo que acortó sus fuerzas de manera, que carecia de ellas para orar, por lo que mudó de vida, y disminuyó algo las mortificaciones, y comprendiendo que son más excelentes los frutos de la oracion, procuró distinguirse en ella, hasta que le llegó su penosa y larga enfermedad, en que ya no podia continuar en sus oraciones, supliendo en parte sus gravísimos dolores este su favorito ejercicio, y procurando sustituirle con el de la meditacion. Conoció el siervo de Dios los grandes peligros que tienen las visitas y conversaciones de los hombres, áun cuando suelen comenzar en cosas de Dios, por la facilidad con que al poco tiempo se tratan cosas de peligro, lo que ya habia dicho S. Pablo, y asi resolvió muchos años ántes de caer enfermo no salir nunca del convento, ni visitar á ninguna persona de las que acostumbraba, ya porque le enviase á ello la obediencia, ó por comunicar cosas de espíritu con los que se ocupaban de él. No solo se mortificó en esto, sino que decidió hacer vida solitaria, sin salir jamás de la celda sino á las obligaciones forzosas, y entónces no hablaba con persona alguna, si el prelado no le preguntaba algo, y á todos los demás saludaba quitándose la capilla con la mayor humildad. En el tiempo en que observaba este rigor de vida, habitaba en el Haraal, pueblo de propiedad de los duques de Osuna, D. Pedro Giron, tercero del nombre, entre los que han

llevado aquel título, vivia tambien allí á la sazon, aunque no habia sido aún virey de Nápoles, cargo á que ha debido toda su celebridad, y con este motivo mandó ahorcar á tres soldados, vecinos de aquella villa, porque se habian vuelto de la guerra, y por otras causas que no refieren las crónicas. Eran aquellos tres desgraciados de ilustre familia, y sus parientes emplearon cuantos medios se hallaban á su alcance para aplacar al duque, mas viendo que nada era bastante, acudieron al P. Fr. Antonio de los Rios, y como nunca cerraba la puerta á actos de caridad, accedió á las instancias de aquellos desconsolados y fué á casa del duque, quien al ver su venerable persona y la dulzura y eficacia de sus palabras, no obstante que jamás le habia visto ni tratado, perdonó al punto los condenados, mandando conmutar en otra la pena de muerte, lo que se miró como un milagro atendidas las circunstancias del caso y el carácter del duque. Miéntras tuvo salud, continuó en su vida solitaria sin comunicacion alguna humana, excepto cuando la caridad lo reclamaba. Arregló su vida estableciendo la mayor puntualidad, distribuyendo las horas del dia y de la noche, cada una para su particular ejercicio de contemplacion, oracion, exámen y trabajo de manos, dedicándose á barrer, hacer pleitas y otras cosas semejantes á imitacion de los Padres del desierto, y cuando llegaba la noche, acostumbraba á decir: «Ea, Fr. Antonio, haz cuenta que vais al riguroso juicio de Dios.» No dejó de ejecutar ninguno de los más humildes oficios del convento, teniendo algunas veces que prohibírselo el prelado. Cuando la enfermedad le postró en la cama sin fuerzas, no hizo cosa alguna ni recibió ningun regalo sin licencia del hermano que le servia en la celda, y á quien obedecia en todo cuanto le mandaba. Fué tan amante de la pobreza, que nunca tuvo en su celda más que una cruz de madera, y en una ocasion que vió una moneda, preguntó cuánto vale; y de que se lo dijeron, manifestó que nunca lo habia oido ni sabido. Llegaron los últimos dias de su vida, y diez meses ántes que muriese, consintió le enviasen la comida de casa del capitan Juan Pimienta, á ruego de su mujer Doña Ana de Cárdenas, que sentia mucho que el siervo de Dios, no pudiese comer cosa alguna, y se la enviaba con grande caridad. Cuando teniendo aún salud, vivia en el Haraal, solia salir algunas veces al campo hácia las huertas de Molinilla, y si veia algunos muchachos pequeños que llevaban haces de leña para vender, se los quitaba y llevaba á espaldas hasta el lugar con singular humildad, y sirviendo á todos de ejemplo y edificacion. Llegó el trance forzoso de su muerte, y terminó su vida santamente en la víspera de la Natividad de nuestra Señora, año de 1715, en el convento de Triana. Hízosele un suntuoso entierro, al que acudió mucha gente por tener fama de santo, como de sus obras se deduce, y todos quisieron obtener alguna reliquia suya, asegurándose que por su me-

diacion se ejecutaron diferentes milagros, por lo mismo que se habian verificado durante su vida.—S. B.

RIOS (Fr. Cristóbal Granado de los), religioso trinitario. Falleció en Toledo en 1649, despues de haber publicado: *Historia de nuestra Señora de los Remedios de la Fuensanta;* Toledo, 1636, en 8.°— *Victoria naval contra los turcos por intercesion de nuestra Señora.*— S. B.

RIOS (Gregorio de los), clérigo, que segun Nicolás Antonio fué el primero que escribió en nuestra lengua sobre el cultivo de los huertos. Su libro fué impreso en la edicion de varios autores de agricultura, hecha en Madrid, en 1620, en fólio; lleva el título de *Agricultura de Jardines, que trata de la manera como se han de criar, gobernar y conservar las plantas*, etc.— S. B.

RIOS (P. Guillermo de los), de la Compañía de Jesus. Habia nacido en nuestro país y pasó á las misiones de Méjico, sin que podamos decir la época, como tampoco el lugar ni la fecha de su nacimiento. Fué uno de aquellos gloriosos héroes, que cuando todos los aventureros del viejo Mundo se lanzaban al Nuevo en busca de fortuna y de riquezas, marchó él solo, cual pobre peregrino, apoyado en su báculo, sin otra esperanza que dar su vida por la fe y la salvacion de las almas. Los tesoros que iba á buscar no eran los de este mundo, no eran los que tanto ambicionan los hombres fiados únicamente en que no les falten medios de subsistir los pocos años que tengan de vida; los tesoros que él buscaba eran de mayor cuantía, eran eternos é imperecederos. Mas distante de su ánimo toda idea de ambicion ó sórdida avaricia, Rios no queria para si únicamente las riquezas que se hallaba pronto á distribuir, las queria para todos y á todos se las ofrecia á manos llenas. Tal es la imágen perfecta del verdadero cristiano, no del falso y fingido, ó del *neo* como se dice en la actualidad. El verdadero cristiano, con una idea grande y sublime del Supremo Hacedor, ya que no imitarle, porque esto no es dado á la pequeñez humana, procura seguirle en todos sus caminos, recordando que ha sido hecho á su semejanza. Sus ideas son grandes, vastas, inmensas, en él nada es pequeño ni raquítico; no ve en los demás hombres otra cosa que sus hermanos, procura no perjudicarlos ni herir sus intereses, y una lágrima enjugada vale para él más que todos los tesoros de la tierra. El falso cristiano, el *Tartufe* de nuestros abuelos, por el contrario, cubriendo todas las apariencias cree que ha hecho lo suficiente para cumplir con el mundo y consigo mismo. ¿Qué le importan las lágrimas que haga derramar, los perjuicios que ocasione, el daño que cause á sus prójimos? Ha cumplido con los preceptos que le impone su conveniencia, ha sabido amoldarlos á las que él llama doctrinas cristianas, y marcha tranquilo y satisfecho, muchas veces con la frente alta y elevada, suponién-

dose una superioridad que solo consiste en su osadía y su ignorancia. Tales son los ejemplos que con frecuencia nos ofrece el mundo, ejemplos tristes, pero muy imitados y seguidos, pues se trasmiten de padres á hijos, de generaciones á generaciones. Hombres hay para los que nada significa el vulgar perjuicio de tercero, y suelen creer hasta un acto justificable el censurarle en determinadas circunstancias. Muévelos é ello alguna vez su comodidad, otras su capricho, algunas sus pasiones, que no pudiendo ó no sabiendo reprimir, saben empero amoldar á sus principios y á sus doctrinas, como si estas doctrinas no les impusiesen como primero, como principal deber, el contenerse en todas las circunstancias de la vida, en particular en aquellas en que áun de pensamiento puedan dañar á sus prójimos. La sociedad, sin embargo, aprecia por lo general á semejantes hombres, no se atreve á atacarlos de frente, y rara vez los desenmascara, los marca con el estigma que merece su infamia y su mala fe; infamia y mala fe que suele ocasionar no solo daños y perjuicios, sino tambien crímenes y muertes, crímenes y muertes que se castigan en el infeliz que los ha cometido, pero no en el que le puso en el caso de cometerlos, cuya responsabilidad ante la religion y ante Dios es mucho mayor que la del criminal mismo. Mucho se ha hablado de los remordimientos de la conciencia del malvado, pero siempre se ha querido dar á entender el malvado material, á ese que todos vemos, que todos conocemos, al que condenan todas las apariencias; y sin embargo, cuántos hombres de cuya honradez nadie se atreveria á dudar, se hallan en un caso mucho peor que aquellos mismos malvados, que en más de una ocasion al subir al patíbulo podrian marcar con el dedo al verdadero culpable de su desgracia, que va sin embargo á verlos, que acaso declama contra su crímen, y que si algun recuerdo tiene en su mente de que pudo influir en los primeros pasos de aquel criminal, cree satisfacer su conciencia diciendo que le dio muy buenos consejos, que procuró desviarle del camino del mal, pero que viendo que era incorregible, tuvo que abandonarle á su desgracia. ¿Quién no aplaude al hombre que se explica de esta manera? ¿Quién duda de su moralidad, de su religiosidad y hasta de su piedad? Y ese hombre no es sin embargo más que un hipócrita disfrazado, no es más que un criminal con más fortuna y más inteligencia que su víctima; porque á no tener esta fortuna y esta inteligencia en el crimen, á haber sido ya que no cristiano hombre de corazon, no hubiese quitado á aquel infeliz los recursos, causa de su primer extravío, le hubiese ayudado á buscarlos, no le hubiera dado consejos inútiles, sino hubiese obrado en su favor, y haciendo nacer la gratitud en su pecho; una mirada suya hubiese bastado para detenerle en el camino del mal, caso que su naturaleza apasionada y ardiente se hubiese lanzado en él. Mas este es otro de los re-

cursos de los hipócritas y los malvados para beneficiar sus malas acciones; suponen que hay hombres á los que nadie puede detener en el camino del crímen, á que los impele su destino ó su naturaleza. Semejante idea es tan absurda como criminal en quien así la presenta, casi siempre por salvarse de sus propios remordimientos. En el hombre hay instintos que guian al bien ó al mal; instintos en que abundan por cierto las personas de que nos estamos ocupando, y á quienes podreis conocer en su falsa sonrisa. La cuestion es que sus instintos se hallan moderados por el miedo y la prudencia, y al escuchar á los unos, incitar á los otros y perjudicar á los que les conviene generalmente por satisfacer una mera alucinacion del momento, no quieren comprender los resultados de su mal calculado plan, y aunque ven que el mal ejemplo que han dado á los unos y la situacion en que colocan á los otros, pudiera muy bien ocasionar funestas consecuencias, saben muy bien acallar sus remordimientos, suponiendo, como hemos dicho, malos de condicion á los que acusan, si sus acusaciones les lanzan en algun camino, y malvados tambien á los que les ayudaron en sus planes, si se llegan á encontrar en el mismo caso. Así es como ciertos hombres comprenden el cristianismo, y como se atreven á llamarse católicos, infringiendo de obra y de palabra sus principales preceptos, aunque cumpliendo muy escrupulosamente todos aquellos que nadie deja de ver, de que todos hablan y que pueden servirles para sus adelantos materiales, y segun ellos, tambien para los espirituales. Si hubieran obrado así los misioneros, si sacrificándolo todo á su egoismo, inclusa la religion, hubieran seguido los ejemplos de estos falsos cristianos de la antigua escuela, ¿cuál seria hoy la suerte del catolicismo, atacado injustamente porque algunos de los que se llaman católicos se hallan manchados de semejantes abusos? ¿Qué progresos hubiera hecho en el Nuevo Mundo y en las demás naciones que conquistaron sus misioneros? Ciertamente la doctrina católica es mucho más alta, elevada y sublime de lo que la suponen todos estos sus falsos adoradores, y de ello no hay necesidad de otras pruebas más que las que nos dan los grandes héroes que por ella naturalmeute se sacrificaron. Uno de estos fué el P. Guillermo de los Rios, piadoso y sabio misionero, que encaminó sus pasos hácia Méjico, no para obtener una brillante fortuna para sí ó su familia; no para adelantar en su carrera, aunque tenia méritos para ello, sino única y exclusivamente para consagrarse á la predicacion del Evangelio y contribuir á la conversion de aquella parte del género humano que gemia en las cadenas de la ignorancia, en el oscurantismo de la idolatría. Desde sus primeros pasos en aquellas regiones manifestó el P. Rios la superioridad de sus luces, la grandeza de su ingenio, no era el nuevo misionero un hombre vulgar, falto de saber ni de ciencia, ni incapaz de elevarse en Europa á las primeras

dignidades. Por el contrario, hallábase dotado de las cualidades que más se aprecian en las naciones civilizadas, y su vasto ingenio y su profundo saber le abrian las puertas cerradas á tantos otros. Así fué que apénas hubo llegado á Méjico, cumplido con sus primeros deberes como misionero, permaneciendo durante algun tiempo en las doctrinas, fué llamado por sus superiores á la capital para consagrarse á la enseñanza. Era esta tan necesaria como las predicaciones en aquel pais, pues si bien en él parecia como principal objeto de los misioneros el consagrarse á la conversion de los indios; el formar á estos para que pudiesen llenarle debidamente; el instruirlos para que fuesen buenos sacerdotes; y el aumentar, por último, el caudal de luces de los mismos españoles que allí acudian, que no solian ser por cierto de lo más ilustrado, era un deber tan grande y una necesidad tan inminente como la misma evangelizacion. Así fué que el P. Rios prestó un verdadero y señalado servicio, consagrándose en Méjico á la explicacion de la Escritura Sagrada, que fué la cátedra que le destinaron sus superiores. Formó en ella excelentes discípulos, no solo como misioneros sino tambien como profesores dignos de sucederle en su cargo, y áun como piadosos sacerdotes, cuyos ejemplos sirvieron de edificacion en todo aquel país. Influyeron en esto todavia más que su saber las grandes virtudes de que se hallaba adornado, virtudes que fueron la noble auréola de su existencia entera, y las que eran tanto más necesarias en aquel suelo, cuanto ni los españoles que en él vivian, ni los naturales que las desconocian, dieron nunca culto á estas sublimes cualidades, que son el adorno de la vida humana, y sin las que no es posible por un momento la sociedad, ni la familia, ni el individuo mismo podria existir por un largo número de años, viéndose con frecuencia expuesto á morir á manos de sus semejantes, cuyos intereses, cuyas pasiones, cuyos mismos hábitos por la falta de freno les lanzarian contra los demás hombres para arrebatarles con la vida sus propiedades. Esto puede decirse con entera exactitud hablándose de Méjico en aquella sazon, trabajado por las discordias civiles, entregado al robo y al saqueo por los mismos que debian gobernarle y defenderle. En vano los religiosos procuraban mediar en las diferencias de los grandes que allí dominaban; en vano trabajaban por la union que tan necesaria era; en vano procuraban con sus buenos ejemplos mejorar la mala situacion de aquel país desgraciado. Todo era inútil, y si alguna salvacion hubo para él, si despues de muchos años de diferencias y dificultades se consiguió establecer la paz, fué debido principalmente á los trabajos, á los contínuos é incesantes esfuerzos de los religiosos. El P. Rios presenció todo lo acontecido en tan largo período, residiendo unas veces en Méjico, otras en la Puebla de los Angeles, de cuyo colegio fué por largo tiempo rector, y donde acabó de sellar su antigua y

bien adquirida reputacion, ora como profesor, ya como director de los jóvenes educandos de la Compañía. En ambas poblaciones se distinguió principalmente el P. Rios por sus grandes cualidades como orador sagrado. Hallábase en efecto dotado de notable elocuencia y no falto de doctrina, de manera que sus discursos abundaban en las galas de estilo y en la belleza de pensamiento que constituye la perfeccion de esta clase de trabajos. Realzábanlos mucho sus ejemplos, pues la santidad de su vida, la incorruptibilidad de sus costumbres, su celo por la salvacion de las almas, sus esfuerzos por el bienestar del prójimo, esparcian sobre él al presentarse en el púlpito un prestigio de que no podia privarle la malevolencia ni el encono de sus más encarnizados enemigos. No tiene por lo tanto nada de extraño que sus discursos produjeran tan verdadero como profundo efecto, é hicieran numerosas conversiones. Pues si bien de los primeros descubridores de la América no puede alabarse la parte moral, que harto hicieron en ser valientes y decididos para correr en busca de apartadas y nuevas regiones, sometiéndolas, aunque pequeños en número, con sus incontables habitantes, tambien debe decirse que algunos de ellos dieron en sus últimos dias muestras de un sincero arrepentimiento, y otros, cediendo á los pobres sus riquezas, entraron á servirlos en las religiones, de lo que ya se ha referido más de un caso en esta obra. El fruto por lo tanto que hizo el P. Rios con sus predicaciones se halla fuera de toda duda aunque no le atestiguasen las crónicas, pues podria aducirse de otros ejemplos. No nos son sin embargo conocidos los sermones morales que con este objeto predicó nuestro protagonista, pues únicamente tenemos noticia de un *panegírico que pronunció en la fiesta celebrada en el colegio de la Compañía de la Puebla de los Angeles, con motivo de la beatificacion de S. Francisco Javier, apóstol de las Indias*, el cual fué impreso en Méjico por Diego Garrido, en 1621, en 4.° Este discurso prueba que pasaba por el mejor orador de su comunidad, y que como tal fué elegido en ocasion tan solemne. Ignórase á lo que consagró el P. Rios sus últimos años, sabiéndose únicamente que fué trasladado á Méjico, en cuyo colegio, consagrado sin duda á obras de piedad, y continuando la santa vida que siempre le habia distinguido, falleció en 1635, con gran sentimiento, no solo de los religiosos, sino de toda la capital, que asistió á su entierro deseosa de pagarle aquel último tributo. —S. B.

RIOS (Dr. D. José), sacerdote natural de la villa de Ademuz, obispado de Segorbe. Obtuvo el grado de doctor en sagrada teología, y hallándose de vicario de la iglesia parroquial de la villa de Liria, se opuso en la santa iglesia de Segorbe á un canonicato; se movió un ruidoso pleito sobre su obtencion, y habiendo recaido sentencia de la curia romana á favor de su competidor, hizo oposicion en el arzobispado de Valencia al curato de la villa de

Cullera, que obtuvo, dando en él repetidos testimonios de su buen celo, piedad y erudicion en divinas y humanas letras. Era varon muy entendido y muy amante del saber, y bastante general en toda clase de conocimientos, pero sobre todo muy aficionado al estudio de antigüedades, y como tal recogió una muy considerable porcion de monedas romanas y medallas antiguas, por lo cual hace mencion de este benemérito sacerdote el célebre Martinez Pingarron en su erudito prólogo á la *Ciencia de las medallas;* paró dicha coleccion en el museo de la biblioteca arzobispal de Valencia, cuya riqueza por desgracia se fundió, perdiéndose á consecuencia del grande incendio producido por algunas bombas, que abrasaron y consumieron la biblioteca pública de dicho palacio, en el bombardeo que sufrió esta ciudad, sitiada por los franceses en los dias 5, 6 y 7 de Enero del año de 1812. La envidia de sus sobresalientes méritos y brillantes luces le acarrearon algunas persecuciones, armándole asechanzas y calumnias, que nunca pudo justificar la emulacion más maligna, pues cuando se trataba de suscitar y sacar contra él imaginados delitos, resultaban abonos y convincentes pruebas de su inocencia. Sin embargo de tan cruel persecucion, y que finalmente el poder más que la razon, el partido de escuela más que la justicia (que entónces estaba en la ciudad de Valencia con el mayor vigor) le destinó á una reclusion en el monasterio de Valdigna, y por una casualidad ó providencia divina se verificó el deseo, que siempre tuvo, de ser enterrado en su iglesia de Cullera, y en la misma sepultura que él habia construido para sí, y no pocas veces dicho y manifestado este deseo en el púlpito, anunciando que Dios le concederia el favor de llegar á ser allí enterrado, lográndolo por fin, pues cuando iba desde Valencia á su destino para cumplir lo mandado, al pasar por Cullera le sorprendió la muerte de resultas de un insulto apoplético, que le acometió en aquel punto en el año de 1777, cumpliéndose por este raro y providencial medio lo que él tenia como vaticinado muchas veces. Esta muerte fué extraordinariamente sentida de todos sus feligreses, porque le estimaban como párroco docto y virtuoso, y les consoló en cierto modo el poseerlo difunto, ya que las persecuciones no les habian dejado lograrle vivo. Hablan con elogio del célebre y entendido Dr. D. José Rios: Ponz, en su *Viaje de España*, tomo IV, pág. 188, y el P. Florez al principio de su primer tomo de las *Medallas de las colonias de España*. Fué varon sumamente activo é incansable y fecundo escritor, pues sin desatender las muchas obligaciones que exigian el fiel y buen desempeño de su ministerio sacerdotal, sin embargo escribió bastantes obras, entre las que pueden citarse las siguientes: 1.° *Sermon del glorioso patriarca S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus.* En Valencia, por José Esteban Dolz, año de 1741, en 4.° Le predicó el mismo año en la casa profesa de la ciudad de Valencia.

2.° En el libro de las *Fiestas centenarias del siglo V de la conquista de Valencia*, compuesto por D. José Vicente Ortí y Mayor, hay al principio dos *poesías*, la una castellana y la otra valenciana, y otras en las fiestas que por este motivo hicieron los dos colegios de torcedores y corredores de seda, en las cuales no permitió el autor se pusiera su nombre, sin embargo de haber compuesto en ménos de tres dias un poema que llena cerca de veinte páginas, desde la 424, y que mereció un aplauso general.—3.° *A los Edetanos ó á los hijos de Liria;* Valencia, por José Esteban Dolz, año de 1759, en 4.° El asunto de esta disertacion es declarar la inscripcion de una lápida romana encontrada á la inmediacion de aquella villa en Abril de 1759. Es papel muy erudito é instructivo, y que descubre una profunda inteligencia en las antigüedades.—4.° *Plática que dijo en 13 de Marzo de 1766 á la reverenda Congregacion de Sacerdotes, erigida desde el año de 1617 en la casa profesa de la Compañía de Jesus de la ciudad de Valencia.* En la misma por Dolz, 1766, en 4.°, y reimpresa por los hermanos Orga en el año de 1786, en 4.°—5.° Alegacion por los *Diezmos novales*, en fólio, manuscrita. La trabajó por encargo del cabildo de Valencia, y en vista de un papel que sobre el mismo asunto compuso D. Gregorio Mayans, y existe original en la librería Mayansiana entre los vinculados.—A. L.

RIOS (Manuel de los), clérigo de Segorbe, publicó en verso: *Avisos muy importantes de lo que se debe contemplar en el sacrificio de la Misa;* Alcalá, 1618, en 8.°—S. B.

RIOS Alarcon (P. Mtro. Fr. Bartolomé de los). Fué hijo de Alonso de los Rios y de Luciana Perez, vecinos de la parroquia de Santiago. Tomó el hábito y profesó en el convento de S. Felipe el Real de Madrid en manos de Fr. Felipe de Campos, prior, en 23 de Setiembre de 1598. Siguió sus estudios hasta graduarse de maestro de sagrada teología en la universidad de Alcalá por el año de 1613. Pasó á Flandes, en donde trabajó mucho en servicio de la religion y de la corona de España. Fué predicador de la infanta Doña Isabel Clara Eugenia, gobernadora de aquellos estados, y despues del Infante-Cardenal D. Fernando de Austria, á quien asistió por espacio de muchos años hasta la misma hora de su muerte, que acaeció en el de 1641. El año siguiente volvió á España, y el Sr. D. Felipe IV le hizo su predicador, y su religion definidor de esta provincia, en la que fué uno de los religiosos más venerables por sus letras y virtudes. Murió en su convento de Madrid el dia 4 de Mayo del año 1652 con general sentimiento. Las obras que escribió son: *Phœnix Thenensis è cineribus redivivus;* Amberes, 1657, en 8.°—*Sermon de la Expectacion;* Bruselas, 1644, en 4.°—*Christus Dominus in cathedra crucis docens et patiens, sive de septem verbis à Christo Domino in cruce prolatis;* Bruselas, 1645, en 4.°—*Vita coccinea, sive commentarium super Evangelia*

Passionis et Resurrectionis Christi Domini; Amberes, 1646, en 4.°—*Hierarchia Mariana.—Horizon Marianus, sive de excellentia et virtutibus Beatæ Mariæ Virginis*; 1647, en fólio.—*Panegírico funeral de D. Juan Cárlos de Guzman*; Bruselas, 1641, en 4.°—A. y B.

RIOS CORONEL (Fernando de los), clérigo español, que publicó: *Memorial relacion de las islas Filipinas: de lo que conviene remediar, de las riquezas que hay en ellas y en las islas del Maluco*; Madrid, 1622, en 4.°—S. B.

RIOS VILLEGAS (Fr. Angel de los), franciscano español. Pocas son las noticias que nos han quedado de este ilustre franciscano, cuya fama es digna por más de un concepto de pasar á la memoria de la posteridad. Nacido en la provincia de Santander, desde su juventud manifestó las mejores disposiciones para el estudio, distinguiéndose mucho más todavía en la devocion y piedad, en que habia de hacer algun dia los mayores adelantos. Aunque niño, huyó siempre de las diversiones y recreos propios de su edad, retirándose á otros ejercicios más graves y en consonancia con sus futuras ocupaciones; y no contento con esto, procuraba atraer á sus iguales al mismo método de vida, consiguiéndolo con algunos y formando en su casa una especie de convento, en que se observaban todas las reglas de las comunidades, y donde era mirado como superior. Sus padres veian con gusto su inclinacion y la fomentaban en cierta manera, convencidos de que por el camino en que se hallaba podria encontrar mucha más dicha de la que les habia cabido á ellos en el mundo. Angel proseguia entre tanto aumentando sus devociones, más propias de un hombre que de un niño, y cuando comenzó sus estudios se dedicó á ellos con el mayor ardor, no tanto por lo que llamasen su atencion los estudios, sino convencido de que serían el mejor medio para alcanzar sus fines. En efecto, no tardó en distinguirse entre sus condiscípulos y en ser mirado como el jefe de la escuela, quien hasta entónces lo habia sido en cuantas partes habia llegado á reunir un corto número de compañeros, que uniéndosele por la voluntad, le acompañasen en sus piadosas ocupaciones. Pasados los primeros años y con todos los elementos necesarios para seguir el estado á que le llamó siempre su vocacion, tomó el hábito franciscano, y fué en su convento lo que no podia ménos de esperarse de sus buenos antecedentes, de una entera, aunque corta vida, consagrada á ejercicios de piedad y devocion. El humilde novicio era el primero en concurrir á todos los ejercicios, en asistir á todas las devociones, en cumplir todos sus deberes, en obedecer en todo á sus superiores, en llenar, en fin, las obligaciones propias de su clase. Cuando profesó, con universal alegría de sus hermanos, continuó la misma norma de vida, y asi se dió á querer de sus iguales, á amar de sus superiores y fué admirado de todos. Prosiguió sus estudios haciendo notables adelantos, y la teología, que es la ciencia principal de su

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

profesion, fué poseida por él con una profundidad y extension, que no tardó en ser consultado en los puntos más difíciles de esta ciencia. Terminada su carrera obtuvo el cargo de lector, y en la enseñanza fué quizá uno de los varones más sabios y eruditos de su época; así se complacen en afirmarlo todos los cronistas, y aunque no nos quede de su asercion prueba alguna, por la que á nuestra vez podamos declararnos jueces, debemos sin embargo asegurar que las *consultas ó cartas que en materias filosóficas y teológicas* dejó manuscritas, y se conservaron largo tiempo en las bibliotecas de su provincia de Santander, fueron muy buscadas, sirviendo siempre para conservar, ó más bien aumentar, la reputacion de su autor. Estos méritos le valieron diferentes honores, y fué sucesivamente guardian de algunos conventos, y custodio por último de su provincia; cargos de difícil desempeño, y que solo eran confiados á personas de las mejores circunstancias, tanto por su saber como por su virtud. Sirviólos dignamente el P. Rios, manifestando el grande celo de que se hallaba adornado por la observancia de su regla, por el aumento de su religion, y por la buena armonía entre sus súbditos, tan indispensables en toda corporacion. Pero su prudencia, su actividad y buenos ejemplos, le permitieron conseguir tan difíciles como notables objetos, teniendo la gloria, al terminar el tiempo de su empeño, de que agradecida la Orden le declarase por aclamacion Padre de su provincia. Desde este instante no pensó ya más que en prepararse para mejor vida. Habia tocado al término de su carrera, y en una edad ya provecta, solo podia esperar un fin tranquilo y sosegado, semejante á los dias que habia pasado en esta tierra de aflicciones y dolores. Aumentó sus penitencias, redobló sus devociones, era incansable en todo género de prácticas piadosas; nunca dejaba de asistir al confesonario y púlpito, procurando así contribuir al bien de las almas en lo que sus fuerzas se lo permitian; y cuando en medio de tantos trabajos le llegó la última enfermedad, esperó resignado una muerte, postrer alivio á sus penas y dolencias. Recibió los sacramentos con la mayor devocion, y despues de haberse despedido de sus hermanos, encomendándose á sus oraciones, dió su último aliento en medio de la comunidad, que no sin lágrimas asistió á sus funerales, que fueron en extremo concurridos por personas de todas clases y condiciones. —S. B.

RIOTTA (Fr. José Tomás), del órden de Predicadores. Fué natural de Sicilia, y nació el dia 27 de Marzo del año 1667. No constan otros antecedentes de su vida sino que en 1683 tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de Sta. Zita, de la ciudad de Palermo. Estudió con profundidad y aprovechamiento la filosofía y la teología, dedicándose muy especialmente á la carrera del púlpito en la que descolló, ayudándole para ello las dotes de la elegancia en producirse, la memoria y la persuacion, cuali-

dades que constituyen el perfecto orador cristiano. Falleció en el antedicho convento de Palermo en el mes de Enero del año 1707, á los cuarenta de su edad, dejando escritas y publicadas las siguientes obras, todas en idióma italiano: *La Muerte-vida*, oracion fúnebre pronunciada en el convento de Sta. Zita de la ciudad de Palermo en las solemnes honras celebradas por las almas de cincuenta y dos religiosos de Sto. Domingo, muertos á consecuencia de un terremoto ocurrido en Sicilia el 11 de Enero de 1693; un cuaderno en 4.°, impreso en Palermo en el mencionado año.—*El Sol renaciente*, oracion fúnebre pronunciada en el convento de PP. Agustinos de la ciudad de Palermo, el dia 14 de Marzo de 1694, en las solemnes honras celebradas por el M. Rdo. P. Fr. Melchor Minutilla, provincial y examinador sinodal de dicha órden de S. Agustin. Palermo, 1694. Un cuaderno en 4.°—*El Gérmen de la vida en la muerte*, oracion fúnebre; Palermo, 1697.—*Cuaresma*, 1704.—*El crucero del Nuevo Mundo para adquirir la perfeccion.*—*Teatro de maravillas expuesto á los ojos del universo.*—*Teatro apologético de las máximas de la verdad.*—M. B.

RIOUVILLE DE LA MOTHE (Pedro), protestante, de cincuenta años de edad, entró en el seno de la Iglesia católica el 1.° de Noviembre de 1710.—S. B.

RIPA (Fr. Francisco de), sacerdote religioso de la órden de Menores capuchinos. Este esclarecidisimo varon brilló á fines del siglo XVI y principios del siguiente; era natural del lugar de Ripa, de la provincia de Génova, de la diócesis de Tortona. Su gran vocacion á la vida religiosa hizo tomarse el hábito en la órden de Capuchinos, siendo ornamento de la misma, y sacerdote inclito en virtudes y santidad, pues desde el momento en que se decidió á ser soldado de Cristo en la milicia de la religion, tomó la defensa del espíritu, de la que pende la vida mejor y más perfecta del hombre; persiguió los deseos de la carne, siendo su enemigo irreconciliable, y perpétuamente rebelde contra su imperio, combatiendo con armas tan fuertes, y de tantas asperezas y austeridades, que apénas le permitia lo necesario para vivir, teniendo lugar la moderacion áun en lo indispensable. No se le pasaba ningun dia sin circunstancia particular de abstinencia. Ayunaba las cuaresmas del seráfico P. S. Francisco, que casi abrazan el año entero, siendo su alimento solo pan y agua, ó tal vez pan y vino, añadiendo al pan alguna comida líquida de dos á dos dias, pero las más de las veces, que era lo más ordinario, tres dias en la semana no tomaba más que la escudilla que se suele poner en la Orden, ó una simple ensalada; los demás cuando llegaba á la cena su mantenimiento no excedia de un bocado de pan; y últimamente los tres dias postreros de la semana santa, no tomaba cosa ninguna, absteniéndose todo el año de carne, de pescado y de queso, al que en especial se inclina-

ba su apetito. Pero aunque era consigo tan rigoroso, y trataba su carne con tal abstinencia, no por eso reprendia la vida comun, ántes la alababa grandemente; y cuando le agasajaban los devotos con algun regalo, lo agradecia y se holgaba mucho de la expresion, dando infinitas gracias á Dios, si bien el santo varon jamás lo comia ni disfrutaba de ello, que era la prueba de su verdadera abstinencia y virtud. Enfrenado el sentido de la gula con la aspereza que se acaba de decir, por que no se hiciese insolente contra el espíritu, no era más piadoso con su cuerpo en los demás generos de mortificacion, pues reputándose por un vil gusano, le traia cubierto de un áspero y perpétuo silicio, le castigaba con disciplinas diarias, tan ásperas y fervorosas, que le hacian brotar gran cantidad de sangre, no le consentia más que un sueño muy leve sobre unas desnudas tablas y unos sarmientos por cabecera; y en medio del invierno más rigoroso y frio, no se ponia sandalias. Con cuyos virtuosos ejercicios, domando asi el cuerpo y sujetándole á la servidumbre del espíritu, vino á conseguir las heróicas virtudes de la humildad, de la obediencia, de la pobreza, de la paciencia, de la caridad y las demás que convienen á un perfecto fraile menor. El celo de la salud de las almas era en Fr. Francisco Ripa tan considerable, que habiendo entendido que peligraba la honestidad de una jóven precisada á aquel cruel trance, obligada por hallarse en extrema necesidad, pidió licencia á su superior para darla cada dia de limosna (porque ordinariamente se ejercitaba en el oficio de limosnero) la cantidad de pan que bastase para alimentarla, con cuya caridad tan meritoria, la preservó del peligro que tenia tan cercano. Las horas que concedia al sueño cuando más eran tres ordinariamente, y las demás que restaban de la noche, las ocupaba en frecuente oracion y contemplacion de las cosas divinas, adquiriendo en ella familiaridad tan estrecha con Dios, que entre los innumerables favores que recibia de su Majestad, lo era una ilustracion del entendimiento tan celestial, que alcanzaba á ver los sucesos futuros, y penetraba los pensamientos intimos de los hombres; de lo que se le conocen algunas comprobaciones auténticas; residiendo en el convento de Pontremoli, ocurrió que un barbero nombrado Esteban, bienhechor de la religion, enfermó de una calentura maligna y pestilente tan incorregible é incurable, que caminaba á pasos acelerados al término de la vida, Fr. Francisco pasó á visitarle, y la mujer del enfermo, llamada Verónica, afligida y temerosa de la cercana pérdida de su marido, rogó al siervo de Dios, que puesto que los remedios humanos no tenian lugar para devolver la salud al enfermo, interpusiese sus oraciones y la negociase y procurase el socorro divino en aquel triste trance. Por aquel tiempo se hallaba afligido por una gravísima enfermedad Miguel Angel Armonio, pariente de Verónica, y su vecino en la casa inmediata, por lo que

al mismo tiempo le encomendaba igualmente á Fr. Francisco, suplicándole se acordase de él en sus oraciones. El santo varon la ofreció que pediria lo que conviniese al uno y al otro y volveria á ver á su marido el dia siguiente; en seguida se dirigió á su monasterio, y habiendo pasado la noche en continua oracion con gran abundancia de lágrimas, se le reveló el suceso que aguardaba al mal de cada uno de los enfermos. Volvió á ver á Esteban como habia ofrecido, y en cuanto se avocó con él le dijo, que tuviese buen ánimo y que no dudase de que la presente enfermedad no era de muerte, que convaleceria por la misericordia de Dios á quien debia dar las debidas gracias. Verónica muy alegre, le preguntó qué nuevas traia respecto á Armonio, y la contestó; que si Dios habia determinado que muriese, ¿quién se atreveria á resistir á su voluntad? Ambos pronósticos se cumplieron fielmente; la convalecencia de Esteban y la muerte de Armonio. Una hermana de Verónica, que se llamaba Lazarina, estaba bajo el influjo de hechizo, y habiendo pasado una noche con suma inquietud y áun con mayores aflicciones que las que solia padecer en su enfermedad, mandó bien temprano por la mañana un hijo suyo al siervo de Dios que se las refiriese. Llegó el jóven al convento, donde halló á Fr. Francisco enfermo de varios achaques, y ántes que le hablase, en cuanto le vió, le dijo todo cuanto su madre le habia encargado con tanta especificacion, que el mozo quedó maravillado, y en seguida le despachó diciéndole respondiese á su madre de su parte, que nada de lo que padecia sucedia sin especial providencia de Dios y utilidad y provecho suyo; que sufriese con paciencia lo que la enviaba para que la fuese ocasion de mérito, y de premio grande, y que se consolase con que no habian de durar siempre sus aflicciones, sino que habia de llegar dia que la obra de Satanás, que entónces tanto la oprimia, se rendiria á la divina virtud; y finalmente, le dijo que sus dos tias, Verónica y Dominga, que venian padeciendo el mismo mal, tendrian aunque en diferentes tiempos, no ménos propicia la divina virtud; que su madre sanaria la primera, luego Verónica, y Dominga la última, y que él mismo diese gracias á Dios de que entre las delicias de la pobreza y las azucenas de la castidad, habia de llegar y de venir á ser en una casa de obediencia del número de los siervos y hermano suyo; que aquello era lo que tenia que anunciar á su madre para que saliese de su cuidado y solicitud, y que esperase en la soberana clemencia la mejoría que habia de seguirse, llevase con resignacion lo que ahora sufria. Toda esta respuesta no es más que un conjunto de profecías y revelaciones de cosas ocultas, y no hubo ninguna que no la confirmase el suceso con la mayor puntualidad. Sobre el favor de espíritu de profecía que adornaba al varon de Dios, le añadió su Majestad el inapreciable de hacer milagros por su poderosa intercesion, tanto en vida como en

muerte. En Pontremoli habia una mujer llamada María Carisia, que habiendo permanecido mucho tiempo hechizada, se sintió libre de tan molesto afan en cuanto Fr. Francisco la bendijo con la señal de la cruz. En otra ocasion, estando los religiosos del convento de Acqui ahondando el terreno para ver si encontraban agua, quedando formado un pozo que proporcionase la necesaria á la familia, de que estaban muy escasos, conocieron eran vanas sus esperanzas y esfuerzos tratando de desistir de su deseo, pues no esperaban ya descubrirla. Entónces descendió Fr. Francisco al suelo ó fondo del pozo, y despues de haber hecho una breve oracion, brotó de repente una vena de agua copiosísima que subia más de ocho varas por lo alto, por cuya razon el obispo de aquella ciudad acostumbraba llamarle el pozo de la oracion del P. Ripa. Habiendo vivido muchos años en la Orden con las asperezas y austeridades que vienen referidas, comenzaron á afligir al siervo de Dios varios padecimientos, en los que resplandeció su paciencia de tal manera, que al paso que se hacian intolerables é insufribles los dolores, crecia su fervor en las alabanzas divinas. Los médicos no hallaban remedio para sus males, y le aconsejaron que pasase á tomar los aires nativos para ver si le proporcionaban la salud, pues era la única medicina de quien debia esperarse. Lo puso en práctica con licencia del superior, y en cuanto llegó á Pavía, se exacerbó su padecimiento con el mal de la muerte. Desde luego reconoció su estado y peligro, y previniéndose para esperar la venida del soberano Señor, recibidos ya los sacramentos con gran devocion, y dispuesto apostólicamente su espíritu, ántes que despidiese el último aliento, vió al enemigo del género humano que en figura de médico procuraba engañarle diciéndole, que hacia diez y ocho años que vivia con insigne aspereza, por lo que en el pueblo y en la religion se habia granjeado comun fama de santidad; que si deseaba entónces la salud del cuerpo y se queria poner en sus manos, le proporcionaria los medios para que volviese á discurrir otra vez por el mundo, y áun curar los enfermos con su virtud, confirmando el crédito que poseia y haciendo su nombre inmortal y eterno. A lo que el bendito Fr. Francisco contestó: que era médico en el semblante y en el vestido, pero en las palabras engañoso y feo demonio, que á qué venia representarle asperezas ni austeridades, fama ni crédito; que hasta el dia no habia hecho nada que mereciese opinion ni nombre de santidad, y que cuanto le decia era mentira y engaño; que se apartase de su presencia que era un espíritu inmundo; á qué le prometia salud, milagros y fama, más queria morir con Cristo que vivir para él. Con estas razones desterró corrido y avergonzado al pérfido tentador, y á muy poco y brevemente descansó en paz este varon prodigioso en el año de 1616. Despues de su muerte se encontraba en Milan la hija de una condesa, la cual se hallaba paralítica, baldada é

impedida del uso de todos sus miembros, y su afligida madre prometiendo visitar el sepulcro del siervo de Dios, consiguió su hija la salud milagrosa é instantáneamente; por lo que ambas cumplieron el voto y colgaron junto á la sepultura una tabla pintada que fuese testigo perenne de milagro tan singular. — A. L.

RIPA (Fr. Juan), del órden de S. Francisco. Fué natural de Ripatransona, en la Marca de Ancona, Estados Pontificios. Ignórase el año en que nació, y únicamente se sabe que floreció bajo el pontificado de Juan XXII, siendo emperador Luis de Baviera. Siguió la carrera de las letras en Francia, cursando en la célebre universidad de Paris, donde á la edad de treinta años fué graduado de doctor en sagrada teología. Explicó esta ciencia por espacio de mucho tiempo en la mencionada universidad parisiense, manifestándose en sus lecciones muy apasionado del sutil doctor Scoto. Vuelto á Roma, estuvo algun tiempo en el convento de Franciscanos de esta ciudad, y reconocida por el Sumo Pontífice su actividad é ilustracion, le nombró su legado en Constantinopla, cuyo cargo desempeñó con gran celo, trabajando mucho para conseguir que se efectuase la union entre las iglesias griega y latina. Siendo ya de edad muy avanzada, volvió á su convento de Ripatransona, en el que falleció, sin que conste fijamente la época. Fué tan apasionado de su buena memoria, su hermano en religion Félix Peretti, cardenal de Montalto, y más tarde pontífice bajo el título de Sixto V, que sobre su sepulcro en el convento citado de Ripa, mandó colocar una magnífica lápida de mármol, con un elegante epitafio latino conmemoratorio de sus virtudes y de su ilustracion. Escribió varias obras, de las que no han llegado hasta nosotros más que los nombres; pues como dice muy bien en el citado epitafio el cardenal de Montalto, las injurias del tiempo y el abandono de los contemporáneos ocasionaron su pérdida. Hé aquí los títulos de ellas: *In aliquot Aristotelis libros præsertim de anima.* — *Quæstiones de formalitatibus*; — *de virtutibus*; — *de vitiis*; *in libros Sententiarum.* Esta obra, escrita bajo el tema *Amice, ascende superius*, es la única que llegó á conocer Montalto, conservándose manuscrita por muchos años en la biblioteca del convento de Asís. — *Sermones de tempore.* — *Sermones de Sanctis.* — M. B.

RIPA (D. Juan de), natural del valle de Ripa, en Navarra, obispado de Pamplona, hijo de los señores del palacio de dicho lugar, que es de los de Cabo de Armería con llamamiento á córtes por el brazo de Caballeros; pero desgraciadamente, á pesar de ser personas tan ilustres, no se ha podido averiguar los nombres de sus progenitores, solo sí que recibió una educacion esmerada y adecuada á su alta alcurnia, demostrando desde luego ser un modelo de virtudes, y manifestando gran talento é inteligencia, que sus asiduos estudios y aplicacion hicieron sobresaliese en todos ellos; muy jóven áun, ob-

tuvo los grados de bachiller en artes y teología, y fué recibido en el colegio viejo de S. Bartolomé de Salamanca en 15 de Octubre de 1552, por capellan de manto interior. Siendo colegial se graduó de licenciado en teología, y la leyó muchos años en la universidad con aplauso de todos, que admiraban su grande saber y conocimientos, al mismo tiempo que se hacia estimar y apreciar por su amable trato y bellísimo carácter. Era sugeto sin pasiones, muy sumiso y humilde, cediendo con facilidad de su parecer, aunque fuese el más acertado, á la autoridad de hombres más ancianos y encanecidos en estudios sublimes, y que les constituian en estado de poseer mayor caudal de ciencias, de conocimientos y de prácticas. En consideracion á sus relevantes méritos, salió en 27 de Octubre del año de 1563 por visitador de los hospitales de Sevilla, donde hizo servicios sin cuento, animado del mayor celo por el engrandecimiento de aquellos asilos de caridad, siendo constantemente padre de la humanidad enferma y desvalida. Aquellos establecimientos ganaron considerablemente con su vigilancia y buena direccion, consagrándose enteramente al buen desempeño de aquel cargo que se le habia confiado, esmerándose cuanto estuvo de su parte, tanto en la buena asistencia y cuidado de los pobres enfermos, cuanto en el aseo y pulcritud, y buena y exacta administracion de alimentos y medicinas. Fué finalmente premiado su mérito é incansables servicios con una canongía en Pamplona, y despues S. M. le dió la dignidad de prior de aquella santa iglesia, donde murió, dejando eterna memoria este varon extraordinario, pues además de ser muy docto y gran teólogo, su actividad y celo por la religion contribuyó poderosamente á que en aquella época se celebrase el culto con la majestad y ostentacion que requerian todos los actos en que se celebran los altos misterios de nuestra católica religion. Se verificó su muerte en el año de 1585, siendo grande el duelo y pesar que recibió aquel cabildo con la pérdida de tan excelso y virtuoso varon, siendo tan querido y respetado, que baste decir que la dignidad de prior que obtuvo en su iglesia, no fué por presentacion de S. M., sino de su cabildo; no puede ménos de repetirse que en aquel tiempo brilló el culto como en ninguna otra época, produciendo grande fruto para el bien de las almas, mejorando mucho las costumbres de aquel vecindario, desterrando los vicios y ociosidades, siendo siempre numeroso el concurso que acudia á celebrar las frecuentes funciones religiosas y festividades, donde jamás se escaseó en el púlpito la palabra de Dios, que tanto influye en los corazones endurecidos y pervertidos á abandonar la mala senda, y á encaminarse por la de la virtud y salvacion. —A. L.

RIPA (Fr. Rafael), del órden de Predicadores. Fué natural de Venecia, y tomó el hábito del ilustre patriarca en el convento de S. Juan y S. Pablo, de la mencionada ciudad. Fué honra y ornamento de la religion y de la patria

por su talento é ilustracion poco comunes, pues á los veintidos años de su edad, en que salió completamente instruido de la universidad de Pádua, era excelente orador, consumado teólogo y gran filósofo. Apénas hubo dejado las aulas, se dedicó á la enseñanza de sus hermanos en religion, aumentándose diariamente su fama, no solo por las acertadas disposiciones de su magisterio, sino tambien por la profundidad de su doctrina, expresada en las elegantes oraciones que públicamente pronunciaba. Cautivado por su erudicion y por la suavidad de sus costumbres, el cardenal de Ascoli, Gerónimo Bernario, tambien del órden de Predicadores, le nombró su teólogo con objeto de tenerle siempre á su lado; pero más tarde, por su mediacion, Paulo V le elevó á la silla episcopal Carnotense (isla de Corcira) el 12 de Setiembre del año 1605, desde la cual fué trasladado á la de Chiozza en 1610. Pocos meses rigió su diócesis el venerable prelado, pues hallándose ya en una avanzada edad, falleció en Venecia el 9 de Julio de 1611, contando ya noventa y dos años de vida. Su cuerpo fué sepultado en el antedicho convento de S. Juan y S. Pablo, donde habia recibido el hábito. Dejó las siguientes obras como monumento de su ingenio: *Commentaria et quæstiones ad S. Thomæ Aquinatis de ente et essentia tractatum quibus et qua omnia difficili tota pœna Aristotelis metaphysica tractari solent examinantur et ipsius V. doctoris littera et quæ in ejus gratiam Cajetanus Cardinalis olim scripsit ad omnibus tum vero præcipue de censioribusque hæc et illam hactenus, impugnantur, propugnantur;* Roma, 1598, un tomo en 4.° Esta obra fué dedicada á su protector el cardenal de Ascoli, y segun el parecer del sabio doctor Peregrino Zagatum, la dedicatoria y el prólogo son piezas dignas de leerse detenidamente: *Ad S. Thomæ Aquinatis, totam primam partem quæstiones et dubitationes scholasticæ, quibus ejusdem Angelici Doctoris littera universa brevissimo primum concluditur, mox splanatur ac firmatur: Demum una cum iis quæ ejus causa scripsit Cajetanus Cardinalis ab omnibus cum vero præcipue recentioribus qui ad hanc usque diem sunt ei adunati integra usquequaque defenditur;* Venecia, 1609, un tomo en folio. —*In funeri Bernardini paterni medicinam theoricam in Academia Patavina primo loco profitentis et ejusdem universitatis præsidis ac gubernatoris usi clarissimi oratio Fr. Raphaelis Ripæ Venetii Ord. Prædicatorum.* Esta oracion fúnebre fué pronunciada por su autor, cuando solo contaba veintidos años de edad, en la iglesia de S. Agustin de Padua. Dedicósela al ya citado cardenal de Ascoli, y se imprimió en Pádua en un cuaderno en 4.°, año 1592. — *Ad tertiam partem S. Thomæ qnæstiones et dubitationes scholasticæ ejusdem.* Esta obra, que no llegó á publicarse y que se conservaba manuscrita en la universidad de Pádua, fué muy alabada por los que tuvieron ocasion de verla. —M. B.

RIPALDA (P. Gerónimo). Nació en Teruel el año de 1536. Fué hijo de

su ciudadano el doctor Bernardino de Ripalda, médico titular de esta ciudad, muy acreditado. Se hallaba con la mejor educacion cuando abrazó el instituto de S. Ignacio de Loyola en 1551, y lo profesó con toda la disposicion para las ciencias y virtudes, en que despues se hizo admirar. Su magisterio en las humanidades, la filosofía y la teología, tuvo aprecio, como sus sermones y direccion en los hospitales, cárceles y confesonario. Túvolo el de Sta. Teresa de Jesus cuatro años, siendo jóven. Sus superiores lo destinaron tambien á los cargos del gobierno, y fué rector del colegio de Salamanca y de otros de la provincia de Castilla. Murió en Toledo en 1618, á los ochenta y cuatro años de su edad. Escribió: 1.° *Suave coloquio del pecador con Dios;* Lérida, por Luis Manescal, 1618, en 16.°, opúsculo utilísimo á toda suerte de personas. — 2.° *Version del latin al español del libro* De Contemptu mundi *de Kempis.* — 3.° *Catecismo y exposicion breve de la Doctrina cristiana*; Toledo, 1618, en 8.°; Madrid, 1620, en 8.° Otra vez en Madrid, 1633, por Francisco Martinez; Nápoles, 1682, ordenado al uso de este reino por el cardenal de Aragon y D. Fernando Fajardo, marqués de los Velez, en Cerdeña; Pamplona, por los herederos de Martinez, 1761, en 8.°; Barcelona, en la imprenta de Angela Marti, viuda; 1766 y 1768, en 16.°, añadidos cuatro tratados muy devotos, el órden de ayudar á misa, y un acto de contricion; Madrid, en la imprenta de la *Gaceta*, 1766, 1773, 1774, 1775, 1776, 1777, 1778, 1779 y 1780; y en la de Aznar, 1767, 1768 y 1769, siempre en 16.°; Barcelona, por Tomás Piferrer, 1774, en 12.°; Madrid, por Hilario Santos Alonso; 1781, en 16.°; Madrid, por Antonio Sancha, 1783, en 4.° de 100 páginas, y en 8.° de 127, y en 16.° de 126; Madrid, en la imprenta de D. José de Urrutia, 1791, en 8.°; Auspurg, 1715 y 1716, con láminas que representan los misterios sagrados, por el cuidado y diligencia del P. Gregorio Mayr; y esta edicion, como otras de las referidas, se hallan omitidas por los que tratan de nuestro escritor, del mismo modo que la que se publicó en Milan en su regio y ducal palacio por Julio César Malatesta, Real impresor de cámara en 1662, en 16.° mayor, que dedicó á D. Sebastian de Uceda, secretario de S. M. en la cancillería secreta del estado de Milan y de la guerra, siendo su gobernador el Excmo. Sr. duque de Sermoneta. Tengo esta curiosa edicion, aumentada con los citados tratados, encuadernados en pasta dorada. Consta de ciento veinte hojas, sin las de la dedicatoria, prólogo, índice y varias poesías españolas, italianas y latinas que le preceden, en 20 páginas. Ha sido justamente estimado este escrito, y el erudito abate Matanegui, *Cartas críticas*, edicion de Madrid de 1793, carta I, pág. 4, dice que él es un *tesoro*. — 4.° *Dos libros de oraciones panegíricas y morales, y exhortaciones místicas*, dignos de su autor. D. Nicolás Antonio y el P. Felipe Alegambe, tratan en sus bibliotecas de este sabio y piadoso escritor, aunque

no con la extension y noticias que piden sus méritos. Ilustran tambien su memoria los historiadores de la reforma del Cármen, especialmente el Ilmo. Sr. D. Fr. Diego de Yepes, en la *Vida de Sta. Teresa*, en el prólogo, sec. II, edicion de Madrid, 1776, tomo I. El P. José Antonio Butron, en la vida de la misma Santa, desde la pág. 599, rasgo 16, llamándolo docto y erudito. El P. Fr. Gerónimo de S. José en su *Flor del Carmelo antiguo y renovado. Ms.*, pág. 59. El abate D. Lorenzo Hervas, en su *Historia de la vida del hombre*, tomo I, pág. 294 y 295, y un grande número de prelados recomendando su uso, memoria que acaba de renovar D. Joaquin Moles en su version al español de dos *Cartas enciclicas* del sumo pontifice Benedicto XIV, sobre la necesidad que hay de enseñar y aprender la doctrina cristiana, y medios conducentes para remediarla, pág. 10, edicion de Madrid 1780. — L. y O.

RIPALDA (P. Juan Martinez), de la Compañía de Jesus. Este célebre instituto, nacido en España y fundado por un español, cuyo nombre será siempre tan célebre como glorioso, parecia destinado á florecer en este pais, donde le ilustraron muchos de sus más afamados hijos. Los Marianas, los Nieremberg, los Rivadeneiras y otros muchos, á él debieron toda su grandeza y el nombre que han legado á la posteridad. Muchos de ellos fueron más afamados en vida que en muerte, y sus nombres, que apénas suenan en la actualidad, recorrieron en sus dias la mayor parte del mundo conocido, siendo mirados en Europa como el oráculo de la ciencia y el prototipo del saber. Uno de estos varones tan dignos como útiles á la humanidad, fué el que va á ocuparnos en el presente artículo. Era navarro, de esas afortunadas provincias en que habia nacido el fundador de su instituto, al que quiso imitar tomando su santo hábito en la casa de Pamplona, cuando apénas contaba catorce años. Dedúcese de aquí lo grande, lo decidido de su vocacion, pues solo la gracia puede llamar en edad tan temprana al camino de la salvacion, solo ella puede inspirar sentimientos que eleven á los hombres sobre si y engrandezcan su gloria y la de su patria en aras de la inmortalidad. En efecto, favorecido por este divino don, comenzó Ripalda su noviciado, manifestando más bien sus grandes virtudes que los particulares favores con que le habia adornado la Providencia. La Compañía de Jesus no acostumbra á dedicar á los novicios á los estudios empleando los años de probacion en formar su corazon y su alma á los sentimientos de piedad, en hacerlos adquirir y practicar las virtudes, que deben despues, durante su larga carrera, manifestar que no solo llevan el hábito de S. Ignacio de Loyola, sino que tambien sus hábitos son los de este santo Patriarca. Ya en otros muchos artículos de esta obra hemos hablado de las diferentes pruebas á que somete sus novicios la Compañía, pruebas bastante bien

acordadas, y que aunque han variado algo con los tiempos, son siempre en el fondo las mismas, pues su principal objeto es hacerles humildes y verdaderos modelos de todo género de virtudes. La Compañía emplea tambien este tiempo en probar las cualidades de los novicios, y al que encuentra llamado á elevados destinos, no le corta la senda por donde ha de llegar á ellos, ántes se la abre y ensancha para que pueda llegar con más facilidad; advirtiendo que la Compañía nunca permitió á sus religiosos obtener elevadas dignidades, ni áun las eclesiásticas, siendo muy contados los casos en que un jesuita llegó al capelo ni obtuvo un obispado. Este tiene un buen fundamento, pues la verdadera grandeza no consiste en los cargos, honores y dignidades, todo lo contrario, el humilde es con frecuencia mucho más grande que el orgulloso y soberbio que oculta su pequeñez tras una larga coleccion de enfáticos títulos. Así los PP. de la Compañía solo han aspirado siempre á hacerse grandes por la virtud y el saber, que es en lo que consiste la verdadera grandeza. A este objeto tendieron todos los trabajos del P. Ripalda, quien pasados los años de aprobacion, comenzó su carrera con los mejores resultados, estudiando filosofía en Monfort y teología en Salamanca, y saliendo tan aventajado en ambas facultades, que no tardó en ser catedrático de ambas, tanto en España como en París y otras naciones de Europa, adonde le llamaron sus superiores vista la grande fama que habia adquirido en Salamanca, donde hizo, por decirlo así, sus primeros ensayos en la enseñanza. Una de las muchas ventajas que tenian las órdenes religiosas, era la grande facilidad para extender las ciencias y luces en todas las naciones, así civilizadas como salvajes, facilidad que ha desaparecido con su supresion, y que con dificultad llegará á obtenerse á pesar de los tan cacareados congresos de sabios, que son cuando más unos meros plagios de los capítulos generales de las órdenes religiosas. Como los individuos á ellas afiliados podian decir que no tenian patria, pues su patria era su religion, pasaban con la mayor facilidad de España á Francia, Italia ó Alemania, y de aquí el que sus obras se imprimiesen con frecuencia en paises que no eran el suyo, y que no podian estar más distantes del á que parecian destinadas. Esta locomocion de los religiosos influyó mucho en los adelantos de los siglos medios y áun de la época del renacimiento, que sin los religiosos de nada la hubiera aprovechado traer de Oriente, como otros tantos tesoros, los manuscritos de los griegos y romanos, pues su interpretacion hubiera sido muy difícil, si no imposible, si los papas no hubiesen podido reunir en Italia con la mayor facilidad los sabios de toda Europa, y hé aquí cómo se descubre la causa verdadera de los grandes adelantos que en siglos que nos parecen hoy oscuros hizo la civilizacion, y cómo hubo cierta solaridad entre las naciones en épocas en que no habia caminos, ni ninguno de

los grandes medios de comunicacion que en la actualidad se conocen. Provenia esto de las órdenes religiosas, cuyos individuos pasaban de un pais á otro á desempeñar todo género de destinos, los que además, reuniéndose en épocas dadas en capítulos generales, se comunicaban sus luces y conocimientos, y podia el español y aleman convenirse en unos principios en que no se han convenido despues, y tardarán de seguro algunos siglos en ser patrimonio comun de tan apartadas naciones. Los más insignes profesores de cada una de ellas, pasaban á las próximas ó lejanas, enseñando no solo en su Orden, sino tambien en los establecimientos públicos si era necesario, y de aqui la grande fama y celebridad que algunos de ellos llegaron á obtener. Uno de estos religiosos fué el P. Ripalda, quien despues de haber enseñado en Salamanca pasó á Francia, adquiriendo no pequeña reputacion en las principales ciudades de aquel siempre civilizado país. Dedicóse este Padre, además de la enseñanza, á la confeccion de diferentes obras, todas á cual más útiles, y que adquirieron entónces grande boga, aunque no han tenido despues igual fortuna. Fué la primera un tratado *De Ente superficiali*, un tomo impreso en Burgos en 1634, en fólio; propónese el autor en esta obra reunir en corto espacio y en un solo volúmen, todos los diferentes asuntos á que no tenia asignados la filosofia un lugar especial, y que por lo tanto andaba como vagando, y aumentaban las dificultades de esta ciencia. Este tratadito, que no ofrecerá hoy grande utilidad, fué por el contrario muy útil entónces, y no hubo universidad ni colegio que no le adoptase; consistia esto en que llenaba las necesidades de la época, que dada á los estudios teológicos, encontraban en ellos dificultades, si no insuperables, que no podian explicarse, y que encontraba desleidas, y no sin facilidad explicadas en este interesante y curioso librito. Más grande, notable y afamada es la obra del mismo autor, que bajo el título de *Brevem expositionem litteræ Magistri Sententiarum, cum quæstionibus quæ circa ipsam moveri possunt*, inprimió en Lyon Gabriel Boissat en 1634, en 8.°; pero su misma importancia quizá hizo que no tuviese tan buena acogida, y la fama del autor, extendida ya entre los sabios y sellada en esta obra, no aumentó en mucho, aunque sí ganó con la nueva produccion. Prueba de ello es que Ripalda volvió á su primer asunto, ocupándose de él en un segundo tomo, que publicó de su *Ente supernaturali*, obra que, como hemos dicho, tenia grande interés, y fué de consiguiente recibida y leida con igual avidez en esta segunda, que lo habia sido en la primera parte. Ripalda, sin embargo, se dedicó á la confeccion de diferentes obras, que aunque ignoramos sus nombres, no por eso dejaron de formar las delicias de sus contemporáneos, que las creyeron otros tantos pasos dados en la carrera del progreso de las ciencias, y fuéronlo sin duda, pues aunque por entónces las ciencias con-

tinuasen en su mismo estado, la piedra puesta por Ripalda en el edificio que debia servirles de morada, la fué adelantando y perfeccionando hasta colocarla en la situacion en que en la actualidad la vemos, situacion de la que tal vez no tarde en salir elevándose á una altura tan deseada como necesaria para la mejora del género humano. Los últimos años de Ripalda fueron tan gloriosos como los primeros de su vida: apartado ya del bullicio de los negocios, que aunque contra su voluntad le habian ocupado durante algun tiempo, pudo consagrarse á la obra más interesante de su vida, á la de su salvacion; noble y elevada empresa, supremo fin de toda inteligencia y que debe aspirar todo hombre que verdaderamente ilustrado, comprende que no es su patria la tierra en que mora, sino otra mansion donde le espera el término de sus trabajos y penalidades en esta vida, la que piadosamente se cree mereció el P. Ripalda. — S. B.

RIPALDO (Fr. Bonifacio de), religioso de la órden serática de S. Francisco. Perteneció este venerable y santo varon al convento de S. Francisco de Génova, donde descansan sus restos. Tuvo larga vida, habiendo permanecido inalterable y constante el largo período de cincuenta años en la religion, donde jamás se observó que descaeciese ó entibiase el fervor de su espíritu en los rigores y más penosas austeridades de la regla, siendo para todos un vivo ejemplo y un perfecto modelo de virtudes. Entre las muchas que le hicieron venerable, deben ponerse en principal y privilegiado lugar su virginal pureza, cuyos candores conservó y celó con admirable cuidado en la guarda de sus sentidos, singularmente en el de la vista. Jamás miró con curiosidad ni complacencia el rostro á mujer alguna, y si tal vez y con inadvertencia alcanzó á ver este dulce peligro, tomaba satisfaccion de su descuido con rigurosas penitencias. En la humildad fué tambien extremado, porque siendo hombre de gran talento y de una inteligencia superior, como tambien consumado en el conocimiento de buenas letras, tanto sagradas como profanas, tenia tal desconfianza y habia formado tan mezquino y bajo concepto de su saber, que á todos los religiosos reconocia por maestros y superiores en sabiduría, accediendo siempre á sus dictámenes por la gran desconfianza que tenia de su propio juicio y parecer. Hubiera tocado en la ridiculez y en la nimiedad este desprecio de sí mismo, embarazando las ganancias y productos que debian redundar en beneficio del gran Padre de familias, ocultando y escondiendo aquel privilegiado talento, si la misma humildad que le hacia desconfiado, no le hiciera al mismo tiempo perfecto y obediente en sumo grado. Poseia todas las prendas de gran predicador, así naturales como adquiridas, y era celosísimo del bien de las almas, consagrando los más de los momentos de su vida á tan santo objeto, recogiendo admirables frutos su incansable y ardiente celo; jamás se verificó que ad-

mitiese sermon ó subiese al púlpito sin que precediese expresa órden ó mandamiento de la obediencia, pues decia que en ella tenia su mejor librería, pues que sin los alientos y el ánimo que le proporcionaba el precepto, quedarian sepultados únicamente en su conocimiento propio, las noticias y conocimientos que le habia ganado su desvelo y estudio. Fué celador ardiente de la santa pobreza, y promovió mucho su perfecta observancia con su ejemplo. Siempre usó de un solo hábito grosero y remendado, y visitó á pié y descalzo las provincias de Sicilia y de Génova, donde fué provincial. Era de condicion tan mansa y benigna, que á un hombre que mató á un hermano suyo, no solo le perdonó de corazon, sino que tambien solicitó y contribuyó á que los demás deudos, que eran parte, le perdonasen, y se estrechó con él en vínculo de amistad, ansioso de la salvacion de su alma. Era sumamente caritativo y limosnero, y jamás se apartó ningun pobre descontento de su lado, pues si muchas veces su escasez no le permitia socorrerlos materialmente, los consolaba y animaba hasta que podia prestarles algun auxilio. Era muy asistente á las enfermerías, compadeciendo á los que sufrian en el lecho del dolor, y no solamente los acompañaba y dulcificaba sus padecimientos con consuelos, consejos y esperanzas, sino que los aseaba, administraba los alimentos y medicinas, y finalmente los velaba. Sus austeridades eran notables, sus constantes ayunos, disciplinas, cilicios y toda clase de mortificaciones eran ejemplares. Así fué que acabó el curso de su vida mortal con grande fama de santidad. Un religioso de grande y famosa virtud, que á la hora de su dichosa muerte estaba en oracion, vió ascender su alma en forma de una refulgente estrella en manos de angeles, á tomar posesion de la eterna gloria. Calificó Dios las virtudes de su siervo con insignes milagros, honrando su sepulcro con gloriosa memoria. Murió el venerable y piadoso varon Fr. Bonifacio de Ripaldo en el primer tercio del siglo XIV.—A. L.

RIPAMONTE (José). Fué natural de una pequeña ciudad del Milanesado, y de extraordinaria capacidad para la literatura é historia. Sus antecedentes estan algun tanto oscurecidos, pero se sabe que deseoso de pertenecer al estado eclesiástico, y no muy afecto á los estudios teológicos, hizo los precisos para poderse ordenar, siguiendo con ánimo los de historia, en la cual se distinguió de una manera especial. Cuál seria su profundidad se colige de que el rey de España, que puede decirse que era en aquella época el señor de Europa, lo llamó á su corte para confiarle el importantísimo destino de cronista suyo. Ripamonte logró, como no podia ménos, el afecto del monarca hasta un extremo que puede decirse que perjudicó á Ripamonte mismo y á la literatura, en razon á que nunca consentia el Rey que los trabajos de su favorito se le quitáran de sobre su mesa; y esto hizo á la verdad que

los riquísimos monumentos que de su bien cortada pluma hubieran resultado para ilustracion de la posteridad, quedáran reducidos á fragmentos muy incompletos, que le habrian servido de descrédito, si su justa reputacion no hubiese estado tan asentada, y no se hubiera sabido el verdadero motivo de esta aparente negativa. A pesar del afan con que el monarca recogia cuantos documentos escribia nuestro distinguido Ripamonte, él pudo frustrar su vigilancia para escribir la única obra clásica que de él existe, y que publicó casi sin conocimiento del Rey, pero que despues fué muy aplaudida, tanto en España como en el extranjero, porque á la verdad es una obra enteramente notable. La tituló *Historia de la iglesia de Milan*, y es muy buscada y fué muy aplaudida, porque á la copia abundantísima de noticias, tanto históricas como geográficas y estadísticas (en lo que la época permitia), agregaba una abundancia de notas tal, que venian á ser como una exposicion de los sucesos que directa ó indirectamente habian influido en los acontecimientos que se referian. Es verdad que algunas veces por el deseo de manifestar las diferentes opiniones que acerca de los sucesos habia, falta algun tanto á la crítica, ó más bien no conserva una unidad de apreciacion tan exacta como se requiere para que puedan pasar como juicio propio sus opiniones, pero no es esto tacha, pues que no fué nunca sino cronista, y en tal concepto su obra es buena, enteramente aceptable y muy adecuada á llenar un vacío que muchas naciones, y especialmente algunas iglesias, tenian, que llegaron á cubrir, porque naturalmente el éxito que logró Ripamonte animó á otros muchos á que hiciesen obras análogas, aunque no todas fueron tan bien recibidas como lo habia sido la de nuestro autor. Es muy sensible que no nos hayan quedado acerca de él más noticias, pues ni siquiera hemos podido averiguar la época de su fallecimiento. Solo se sabe que brilló en la mitad del siglo XVII, y que la mayor parte de sus manuscritos existen en la biblioteca del Escorial, donde pueden consultarse, porque contienen á la verdad datos importantísimos para nuestra historia. Su *Historia de la iglesia de Milan* comprende un siglo, y es una explicacion de los motivos que justificaron la separacion de esta iglesia y de su primacía, porque á la verdad merece tal honor una iglesia que con sus recursos y con los grandes beneficios que produjo, logró celebridad europea, porque especialmente en la época que describe Ripamonte habia mucho que saber, y como nadie hasta él se habia ocupado de ello, sus noticias fueron muy apreciadas y su nombre tan ilustre como era debido, mucho más en la época en que los conocimientos estaban algun tanto oscurecidos. Nada se sabe de cómo ejerceria su ministerio sagrado nuestro señor Ripamonte, pero es indudable que fué como sacerdote una notabilidad.—G. R.

RIPARIA (Fr. Bartolomé), del órden de Predicadores. Fué natural de

Tolosa en Francia, en cuyo convento tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo. Siguió sus estudios con tanto aprovechamiento en la célebre universidad de aquel punto, que al terminarlos fué honrado con la cátedra de teología de la misma y con el grado de doctor, siendo rector de aquel grave cuerpo científico por el año 1366. Fué despues electo prior provincial de Tolosa; no consta el año en que fué nombrado, pero segun se cree, debió ser en el capítulo general celebrado en Brujas, en Flandes, hácia 1360. Hallándose vacante la silla episcopal de Bayona en 1381, fué elegido para ocuparla, sin que consten tampoco cuántos años gobernó aquella diócesis, aunque por algunas disposiciones suyas, que se conservan, se sabe que vivia en 1383. Dejo escrito un *Commentarium in IV libros Sententiarum*.—M. B.

RIPARIA (Benito), del órden de Predicadores. Citale el Ilmo. Amat como autor de las obras siguientes: *Epistola Guidoni, episcopi Majoricarum*. Este Guido, obispo de Mallorca, es D. Guido Terrena, que ocupó esta silla episcopal desde 1316 hasta 1332, en que fué promovido al obispado de Elna.—*Disputa é demandes fetes per un dels frares preycadores del convent de Boluñya ab lanima ó sperit den G. de Corbo*. En un excelente *Códice*, que no hace mucho tiempo encontramos entre los desechos de una biblioteca, y creimos hacer con él un buen presente á nuestro respetable amigo y compañero el Sr. D. Miguel Salvá (hoy obispo de Mallorca), individuo de la Real Academia de la Historia, leimos un largo altercado que tuvo el P. Juan Gali con el alma de Guillermo de Corbo, cuyas voces, dice, se oian en su casa de la villa de Aleto despues de muchos años de difunto, de cuyo hecho se recibió informacion en virtud de letras apostólicas de 10 de Febrero de 1323.—J. M. B.

RIPARIO, sacerdote de la Gascuña, es conocido por una carta de S. Gerónimo, en contestacion á otra que le habia él enviado contra Vigilancio. Parece que S. Gerónimo recibió otras dos cartas de este mismo sacerdote por el diácono Alencio, por quien le envió la respuesta. Ripario le habia referido los combates que tuvo que sostener en defensa de la fe católica. S. Gerónimo elogia su celo y le manifiesta cuánto habia sufrido él por la misma causa, habiendo preferido variar de morada á variar de fe y abandonar su casa, no obstante lo agradable y cómoda que era, á mancharse con la comunicacion con los herejes, á los que hubiese tenido que ceder en aquellas circunstancias, ó batirse diariamente con ellos, no con palabras sino con la espada; que Jesucristo habia extendido sin embargo su omnipotente brazo sobre él para castigar al enemigo, y que Catilina habia sido arrojado no solo de la ciudad de Jerusalen, sino tambien de toda la Palestina; que sentia, no obstante, que muchos de los conjurados permaneciesen en Joppe con Léntulo. Algunos han creido ver á Rufino en los nombres supuestos de Catilina y de

Léntulo, y en su consecuencia colocado esta carta hácia el año 400. Pero no han tenido presente que Rufino salió voluntariamente de la Palestina en el año 397, y que ántes de salir se habia reconciliado con S. Gerónimo. Debe, pues, suponerse que es Pelagio á quien se dan estos nombres, y poner esta carta hácia el año 416 ó 417.—S. B.

RIPARIO (P. Antonio), religioso de la Compañía y glorioso mártir. Nació este insigne varon en la ciudad de Cremona, en Lombardia, de padres muy honrados y virtuosos, que le criaron en el santo temor de Dios y virtudes cristianas, cuya enseñanza recibió tan bien por su bella índole y apacible carácter, y desde niño observaba una compostura y tenia tan notable modestia, que todos los que le trataban y veian sus buenísimas cualidades se le aficionaban, concibiendo lo que en lo sucesivo prometia ser con principios tan recomendables en tan tierna edad. Comenzó con la mayor aplicacion á estudiar las primeras letras, en las que salió muy aprovechado, así por la docilidad de su ingenio como por su asiduidad é interés por instruirse, con lo que á todos edificaba, siendo el modelo y ejemplo de los demás niños. Esta es la razon por la cual fué siempre respetado y muy querido de todos sus condiscípulos, los cuales en su presencia, admirando su compostura y cierta gravedad, no se atrevian á descomponerse un punto, ni en obras ni en palabras; no hubo jamás quien se quejase de él ni tuviese que denunciarle ninguna falta, que fué una de sus buenas y ejemplares propiedades, que causaron la admiracion de todos cuantos le conocieron y trataron. Su grande inclinacion al estado religioso, y puede decirse su innata vocacion á dedicarse al servicio de Dios, le llevaron á pretender entrar en la Compañía, abandonando las esperanzas que podia prometerse en el siglo, y alcanzó ser recibido en ella con mucho gusto de sus superiores, prendados de sus prendas y buenos antecedentes, conociendo que habia de ser sugeto que habia de brillar y dar honor á aquella sociedad religiosa. Desde los primeros dias decian de Antonio Ripario lo que se afirmaba de S. Buenaventura, que parecia no habia pecado en Adan, pues tal era su apacibilidad y mansedumbre. Despues de su noviciado, de donde salió notablemente aprovechado, le señalaron para leer gramática, oficio que ejerció y desempeñó con mucha satisfaccion de todos, educando é instruyendo á sus discípulos con el mayor esmero y cuidado, así en las letras como en la virtud, aficionándolos al estado religioso, y consiguiendo que entrasen muchos de ellos en la Compañía. Cuatro años se ocupó en este santo ejercicio, despues de los cuales prosiguió sus estudios en el colegio de Milan, en cuyo punto los superiores, conociendo sus sobresalientes dotes, pusieron los ojos en él para que desempeñase el oficio de sotoministro, que suelen conceder al más virtuoso y cuidadoso. Este nuevo cargo lo ejerció el fervoroso hermano á gusto de to-

dos, y sin queja de ninguno, viendo su celo y exactitud. Atendia y acudia sin embargo á sus estudios como si no tuviera otra ocupacion, no olvidando el asistir igualmente en cuanto concernia y en cuanto podia á la salvacion de los prójimos. Hay la costumbre arraigada de siempre en aquella gran ciudad, de salir los domingos los PP. de la Compañía, como tambien en las demás fiestas, á enseñar la doctrina cristiana. Se reparten proporcionalmente, y segun les designa la órden de sus superiores, por todas las parroquias donde acuden todos los niños. Este siervo de Dios, cuyo celo era imponderable, pedia ir á la más distante de todas, y que se halla situada en los arrabales de la ciudad, por sufrir y padecer más y excusar á los otros Padres el trabajo, y tambien porque en aquella parroquia solian acudir las personas más rudas é ignorantes, con las cuales trabajaba de mejor gana y ejercitaba su paciencia. Muchas veces su gran deseo de terminar sus estudios le hizo pedir á los superiores pasar á la isla de Córcega, lugar aborrecido de todos por su mal temple y desigual clima, por lo que habia sido la sepultura de muchos Padres y de hermanos jóvenes. Deseaba con el mayor ahinco que le enviasen á aquel punto para sacrificarse más á su Redentor y conseguir mayores méritos para su salvacion, y en caso de que no le concediesen ir á las Indias, que era su principal intento. No sabia hablar de otra cosa sino de aquel viaje á Indias, envidiando la corona del martirio que muchos de la Compañía habian sufrido por Cristo, pareciendo en la intensidad de sus deseos que nuestro Señor le habia dado certidumbre y casi seguridades de que lo habia de alcanzar. A este fin y logro se encaminaban todas sus oraciones y mortificaciones, y las continuas súplicas que hacia á nuestra Señora y á otros santos con la mayor devocion, pero sobre todo y muy especialmente á S. José, de quien era muy devoto, teniendo tanta fe en este gran patriarca, que aseguraba y decia muchas veces á sus padres espirituales, que nunca habia pedido cosa por su intercesion que no la alcanzase; asi fué tambien como consiguió finalmente el permiso para pasar á Indias, partiéndose sumamente gozoso para la provincia del Paraguay, donde Dios ya le tenia preparada la corona del martirio; y tambien quiso su Divina Majestad que ántes de su partida hablase con aquel Padre de Oriente, el P. Marcelo Mastrilli, con quien tuvo particular cariño y amistad; y ya desde entónces parece que se concertaron para ser mártires, el uno del Oriente y el otro del Occidente, y se preciaron mucho de ser muy devotos del grande apóstol de la India S. Francisco Javier. Y tanto lo fué el P. Antonio Ripario, que nunca apartaba de sí una reliquia suya, de la cual se valió en una terrible tempestad que le sobrevino en el mar, porque viéndose ya perdidos todos los que tripulaban el buque, tomó la santa reliquia, y atándola á un largo cordel y dentro del relicario, la sumergió hasta tocar las

embravecidas olas del mar, ocurriendo la gran maravilla, que apénas llegó á las furiosas ondas, cuando en seguida calmó y cesó la tempestad con admiracion de todos. Este fué el poderoso motivo por el cual hizo voto de ayunar con el mayor rigor y abstinencia todas las vísperas del Santo, en agradecimiento del beneficio recibido, y tambien los viernes de ayunar á pan y agua en reverencia de la pasion de nuestro Señor Jesucristo, de quien fué tambien muy devoto, deseando corresponder en algo al amor que su Divina Majestad tuvo á la humanidad, dando su vida por nosotros. Despues que llegó al Paraguay y concluyó sus estudios, fué nombrado para la mision del Chaco, para la cual decia que Dios le habia traido de Europa, porque siempre que oia nombrar Chaco sentia en su alma particularísimos júbilos espirituales, como tambien en imaginarse padeciendo exquisitos tormentos reduciendo á Cristo aquellas almas, y en estas consideraciones solia ocupar muchos ratos de sus conversaciones, manifestando muchas veces que con el glorioso San José habia negociado ser electo para mision tan apostólica, en la que comenzaba á trabajar con grande espíritu y fervor, deseando convertir á Dios y procurar la salvacion á toda aquella gentilidad; pero Dios se contentó con el afecto y el deseo, y que diese la vida por su amor y por su fe, como ya queda expresado. Sus superiores le ordenaron fuese á acompañar al P. Gaspar Osorio en union de un estudiante pretendiente de la Compañía, llamado Sebastian de Alarcon. Ya reunidos, quiso el P. Osorio entrar por los Ocloyas; y lo hubiera conseguido, si un indio principal de la nacion Mataguay (que son antropófagos) no le hubiera faltado en la palabra; y aunque entró por aquella tierra, pero hallándola desierta, se volvió atrás; y hallándose en Jujui recibió una carta del superior, en que le ordenaba procurase entrar en seguida en el Chaco, por lo que se dieron prisa los tres religiosos, llevando algunos regalos de la gente piadosa para los indios. Comenzaron su camino dirigido más bien al cielo que al Chaco; llevaban consigo algunos indios, y como el camino era muy montuoso y nunca andado de cabalgaduras, era necesario que los Padres caminasen á pie; y para que las cargas pasasen, á fuerza de brazos iban abriendo el camino con hachas, y entre todos estos trabajos y fatigas no tenian otro regalo que unas tortillas de harina por cerner; y no pararon aquí las incomodidades del camino, que conforme se iban internando iba siendo más fragoso el terreno, aumentándoseles los trabajos con huírseles los indios que los guiaban, quedándose aislados y teniendo que volverse pies atrás, y viéndose precisados á volver á Jujui á buscar algun guia, quedándose solo el P. Antonio Ripario, y por única compañía un muchacho, en partes tan peligrosas de indios cerriles y de fieras, que era lo más temeroso que pudiera concebirse, principalmente por ser aquel espeso monte madriguera de tigres. Habiendo vuelto á reunir-

se los misioneros, prosiguieron su camino, en el cual su ordinario ejercicio era el decir Misa, y en encontrando algunos indios gentiles los enseñaban los misterios de nuestra fe, y con buenas palabras y dádivas los ganaban, y se prestaban algunos á irse en su compañía hasta que encontraban á otros, que venian en busca de los primeros y los sustituian, saludando los Padres á los recien venidos, y regalándolos tambien con lo que llevaban, con cuya conducta encubrieron los pérfidos indios sus dañados intentos por algunos dias, ó tambien por no mostrarse ingratos á los beneficios recibidos de los mártires de Cristo. Caminaron así cuatro jornadas acompañados de los indios guiriguanos, y desde la última despacharon á Sebastian Alarcon á la ciudad de Salta, juntamente con dos guiriguanas, para que les llevasen algunos víveres, de que estaban muy necesitados. Entre tanto se emplearon los gloriosos mártires en dar noticia á estos indios de las cosas del cielo, de cuyo conocimiento estaban totalmente ajenos y sumidos en la más crasa ignorancia; les pareció bien á algunos lo que oian de los Padres, y así escuchaban con amor y muestras de voluntad, si bien otros hacian burla y escarnio; y el haberles sacrificado y dado muerte fué porque les enseñaban á rezar y les predicaban los misterios de la santa fe católica, y presto descubrieron su mal ánimo, pues los dos que acompañaron al estudiante para traer el socorro de Salta, á los dos dias de camino lo mataron, y añadiendo crueldad á crueldad, se lo comieron, guardando por trofeo de su maldad la cabeza, de quien en tan feliz demanda derramó su sangre por Cristo. Con ella llegaron de noche adonde se hallaban los Padres, cuya vista los excitó y alteró sobremanera; y para enmendarlo, resolvieron y concertaron matar tambien á los Padres; y no fué tan en secreto, que no lo oyese el muchacho que los servia, que al punto les dió cuenta de lo que habia escuchado. No parece hizo mella en aquellos corazones de diamante, si bien de cera por su gran humildad, para imprimir Dios en ellos un ardiente celo de las almas, manifestándolo con la respuesta que dieron diciendo: «Hijo, nosotros venimos á enseñar la palabra de Dios á estos indios, y á mostrarles la estrecha senda del cielo, y esto lo hemos de hacer aunque nos cueste la vida.» En seguida, sin deshacer las cargas, se acostaron sobre el hato que llevaban; pero no duró más su reposo que un breve espacio de tiempo, en que la codicia de uno de los agresores se apoderó de la caja de los ornamentos, despertando la presa el ánimo de los demás, que desbalijaron las pobres cajas, en cuya circunstancia el invencible pecho de los ilustres mártires de Cristo, viendo la falta de los ornamentos para celebrar el incruento sacrificio de la Misa, se persuadieron que el Señor habia de recibir el cruento de sus almas, á que se dispusieron pasando aquella noche en fervorosa oracion, hasta que los enemigos, habiéndose enseñoreado de sus pobres alhajas y venida la ma-

ñana del dia siguiente, estándose paseando los valerosos soldados de Cristo, el uno con el diurno y el otro con el rosario, vinieron los indios armados de garrotes, flechas y lanzas. Habiendo escuchado el estrépito los que acompañaban á los Padres, se asustaron y escondieron en un pequeño monte, desde donde vieron que aquellos desalmados cercaron á los invictos mártires, y con el furioso golpe de una macana derribaron primero al P. Gaspar Osorio y luego á su compañero, el inolvidable P. Antonio Ripario, repitiendo ambos en aquel trance los dulcísimos nombres de Jesus y María, por quien daban con sumo gusto sus vidas. Viéndolos ya difuntos les cortaron las cabezas y desnudaron del todo sus cuerpos; en seguida los abrieron aquellos crueles é inhumanos carniceros con ánimo de comérselos, y lo ejecutáran á no estar tan flacos; llevárónse las cabezas con grandes gritos y algazara, cantando victoria, siendo verdaderamente gloriosa la que alcanzaron estos valerosos mártires con su dichosa muerte. Habiéndose marchado los gentiles, salieron del monte los indios compañeros de los Padres, é intentando abrir una sepultura, no pudieron por falta de instrumentos y por el peligro que corrian; pero amontonaron ramas y palos sobre los cuerpos y se volvieron á Salta, donde dieron cuenta del suceso á los españoles. En su muerte se observaron algunos prodigios portentosos, y entre los principales se refiere que todos los dias se aparecia el P. Osorio como si estuviera vivo, y revestido para decir Misa y rodeado de muchos resplandores; á la fama de este suceso vinieron á verle diez indios de otra nacion, y viéndole como viene dicho, se volvieron á sus casas espantados, donde se encerraron muertos de miedo, á lo que añadieron algunos testigos del cruel martirio, que todos los que habian puesto las manos en los Padres habian muerto dentro de poco tiempo. Sabida la muerte de estos dos siervos escogidos de Dios, el obispo de Tucuman mandó hacer una circunstanciada informacion del suceso y honras en todo su obispado, asistiendo este prelado á las que hizo la catedral, y en ella predicó el P. Mtro. Fr. Gerónimo Delgadillo, de la sagrada religion de Predicadores, y los llamó y proclamó mártires de Cristo, haciendo lo mismo otros predicadores. El glorioso martirio de Antonio Ripario, honroso Padre de la Compañía, y de su compañero el P. Osorio, fué en el año de 1639. Hacen mencion de este glorioso mártir los PP. Diego de Borva, Francisco Lupercio de Zurbano, en las *Cartas ánuas del Paraguay*, y Felipe de Alegambe en su *Biblioteca*, el cual le pone en el catálogo de los gloriosos mártires de la Compañía de Jesus—A. L.

RIPARIO Y DESIDERIO (Venerables), presbíteros. Estos dos sacerdotes, cuyos antecedentes y principios se ignoran, eran curas párrocos de dos iglesias situadas en la diócesis de Tolosa en Francia. Se hace digna mencion de ellos por lo celosos que fueron en defender la integridad y la pureza de la fe

católica contra los dogmas heréticos, tan difundidos en los primeros siglos de la Iglesia. Apénas comenzó el impío Vigilancio á esparcir su perniciosa doctrina, los celosos pastores, haciéndose cargo de sus erróneas proposiciones, dieron cuenta de lo que sucedia al esclarecido doctor de la Iglesia S. Gerónimo, que se hallaba entónces en Roma. Contestóles al punto el santo remitiéndoles la impugnacion de la herética doctrina en la parte de que le habian dado cuenta, pidiéndoles que, si les era posible, le enviasen algunos escritos del innovador para más enérgicamente combatirlos. A costa de mucho trabajo, gastos y hasta peligros, pudiéronse proporcionar un cuerpo completo de los escritos del heresiarca y lo mandaron á Roma. Débese por lo tanto al celo de estos sacerdotes todo lo que el Máximo doctor escribió contra la mencionada herejía de Vigilancio. En su carta contestacion da S. Gerónimo á Riparío y Desiderio el título de santos; título en que convienen tambien algunos otros autores, entre ellos el P. Mtro. Risco, que los cita en el tomo XXX de la *España Sagrada*. Ignóranse en qué lugar y fecha murieron, sin conocerse por tanto las circunstancias de su vida posteriores al suceso que les ha dado á conocer, haciéndoles dignos de figurar en las páginas de la Biografía eclesiástica. —M. B.

RIPATRANSONA (Fr. Pedro), del órden de Predicadores. Nació en la ciudad de aquel título, en la Marca de Ancona, Estados Pontificios, de donde le quedó el sobrenombre. Recibió el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de Firmo, en el cual hizo sus estudios, y llegó á ser un consumado teólogo y un elocuente predicador. Cuando ocurrió el lamentable cisma de la Iglesia entre los pontífices de Roma y Aviñon, Ripatransona fué uno de los más acérrimos defensores de Urbano VI y de la supremacía de Roma, como verdadera cabeza de la Iglesia militante y capital del mundo cristiano. Sostuvo sus opiniones con la pluma y con la palabra, empleando un lenguaje tan enérgico y unos argumentos tan poderosos contra los cismáticos, que el Sumo Pontífice juzgó conveniente premiar su celo, y en efecto lo elevó á la silla episcopal de Corinto, siendo consagrado como tal en el concilio de Constanza, adonde habia ido á tomar asiento. Ignórase á punto fijo la época de su muerte, y solo se sabe vivia por el año 1422, en el cual, con permiso del obispo de la diócesis, consagró el altar mayor de la iglesia del convento de Sto. Domingo de Firmo, y concedió indulgencias á los que le visitasen en ciertos dias. Dejó varias mandas á su convento y escribió algunas obras que no han llegado á publicarse. Hé aquí algunas: *Tractatus schismate pro deffensione Pontificum Romanorum Urbanis VI et sequentis.* —*Sermones de tempore, de sanctis et quadragessimales.* La primera de estas obras era de gran importancia histórica para conocer los sucesos ocurridos durante el último cisma de Occidente, y por lo tanto los biblió-

grafos de la Orden manifiestan en sus citas el profundo dolor y sentimiento que su pérdida les causaba. — M. B.

RIPAUL (El abate), filólogo y anticuario. Nació en Orleans en 1765 y murió en 1823; en tiempo de la revolucion fué uno de los redactores de la *Gaceta de Francia*; formó parte de la expedicion científica de Egipto y á su regreso fué nombrado bibliotecario de Bonaparte. Escribió una *Historia de Marco Aurelio*; Paris, 1820, 4 volúmenes en 8.° y una *Descripcion de los principales monumentos del alto Egipto*, 1820, en 8.° — D. M.

RIPAULT (Luis Magdalena). Nació este beneficiado francés en Orleans el dia 29 de Octubre de 1775 y fué sobrino de Ripaul Desormeaux, miembro de la Academia Francesa. No debiéramos dar entrada en esta obra á este célebre orientalista, porque si bien empezó la carrera eclesiástica, la abandonó despues y se casó; pero como fué beneficiado, le han tenido y considerado algunos por eclesiástico, y á fin de que en lo sucesivo se le conozca por lo que fué, y por lo que merece ser contado entre los varones que han hecho servicios á la instruccion pública, le damos cabida en este lugar, siguiendo en su biografía las noticias que de él nos da en la *Biografía universal francesa* de Michaud, Mr. Philbert. Destinado Ripaul al estado eclesiástico, hizo con este fin excelentes estudios, y á la edad de quince años se le concedió un beneficio, á cuyo título iba á ordenarse de sacerdote á la edad conveniente. Estallando la revolucion tan fatal para los eclesiáticos en Francia, obligó á Ripaul á abandonar la carrera y á huir en 1793 de los furores de los terroristas, y refugiándose entre los labriegos, pudo salvar á muchas personas de la feroz persecucion de los que ensangrentaron su patria. Luego que se restableció la calma, volvió á Orleans y se asoció al establecimiento de librería que habia fundado Mr. Berthevin en esta ciudad; pero poco despues volvió á Paris, que le ofrecia más vasto campo para sus investigaciones científicas y literarias. Concurrió con Fievec y Poucelin á la redaccion de la *Gaceta Francesa* por algunos dias, porque el 18 fructidor, ó sea el 4 de Setiembre de 1797, se suprimió este periódico como realista y se desterró á sus redactores, proscripcion que no alcanzó á Ripault porque áun era poco conocido. Recomendado por Pangeus, fué admitido en el número de los sabios que acompañaron á la expedicion de los franceses á Egipto. Conociéndole durante la travesía el general Kleber, se prendó de tal modo de su mérito y buenas disposiciones, que quiso protegerle; pero el modesto viajero rehusó la proposicion. Nombrado miembro y bibliotecario del instituto de Egipto, leyó en él una memoria sobre los rios cercanos á esta comarca. El Alto Egipto y sus antiguos monumentos fueron tambien objeto de las exploraciones de Ripault. Volviendo á Francia en Mayo de 1800, publicó en el *Monitor* una descripcion de antigüedades de la The-

baida, artículo que llamó tanto la atencion de Napoleon Bonaparte, que entónces era primer cónsul, que le nombró su bibliotecario particular, encargándole darle cuenta todas las mañanas de las obras publicadas el dia anterior, lo que le obligaba á pasar leyendo mucha parte de la noche, trabajo penosísimo que la costumbre le hizo vencer á satisfaccion del cónsul, al que sus opiniones independientes llegaron á desagradar. En 1804 se asoció para el referido encargo al abate Denina, y sintiendo mucho haber caido en desgracia de Napoleon, abandonó su destino y áun á Paris, no queriendo volver por más cartas que al efecto le escribió Napoleon, ya Emperador, al efecto, por lo que tuvo al fin que reemplazarle en 1807 por Barbier. Desde que se retiró al seno de su familia á Chapelle-Saint-Mesmin, cerca de Orleans, se ocupó de la educacion de sus hijos, y se dedicó con empeño á estudiar las lenguas semíticas, tales como el árabe, el etíope, el copto, el siriaco y el hebreo, en las que se lisonjeaba habia de encontrar la clave de los geroglíficos. Leyó varios discursos sobre esta materia en diversas sociedades sabias, y en particular en las academias de Ciencias y de Inscripciones y Bellas Letras; pero su sistema, áun cuando presentado de una manera ingeniosa, no obtuvo el aplauso de los eruditos; mayor éxito han tenido las pesquisas y escritos de Champollion en la explicacion de la escritura geroglífica. Llegando á sospechar Ripault que el exceso de alimentacion corporal comprimia las facultades intelectuales, cayó en el exceso opuesto, y á pesar de los ruegos de su familia y de sus amigos no comia lo suficiente para mantenerse. Este fatal régimen, unido á sus incesantes estudios, deterioró completamente su salud y le condujo al sepulcro el dia 12 de Julio de 1823, á la edad de cuarenta y ocho años. Dejó numerosos manuscritos sobre las lenguas y los geroglíficos, trabajos que no destinaba á la impresion, y que solo consideraba como materiales para sus obras. Las obras que imprimió son las siguientes, que dejó escritas en francés. *Un dia en París*; Orleans y Paris, 1797, en 12.° — *Memoria sobre el templo de Denderah*, 1800. — *Descripcion abreviada de los principales monumentos del Alto Egipto;* 1800, en 8.° Esta obra se tradujo é imprimió en aleman en Coblenza, 1801, en 8.° — *Una tarde de buena compañía en* 1804; París, 1804, 12.° — *Marco Aurelio ó historia filosófica del emperador Marco-Antonino*, obra en que se presenta completamente y de una manera nueva las máximas de este príncipe, que llevan el título de *Pensamientos de Marco Aurelio, expresados asimismo con relacion á los actos de su vida pública y privada;* París, 1820, 4 volúmenes en 8.°; publicó el autor en 1821, para unirle á esta obra, un *Atlas* en 8.° con tres grandes mapas de las provincias del Imperio romano. Habia enunciado una coleccion en dos volúmenes en fólio, de 120 láminas, de los monumentos de la historia aureliana, pero no llegó á verificarse. *Tito An-*

tonino el piadoso, resúmen histórico; Marco Aurelio Antonino, sumario histórico y fragmentos relativos á la vida, reinado, política y moral del emperador Marco Antonino el Filósofo, en los que se trata de la ley natural, de los principios de gobierno, del carácter del pueblo romano, de algunas costumbres que se remontan al orígen de la república, de muchos acontecimientos militares del siglo II de nuestra era, y entre otros de la victoria milagrosa; Paris, 1823, en 8.° Este compendio de la obra anterior manifiesta la admiracion del autor por Marco Aurelio, segun la opinion de su biógrafo Philbert. En el tomo XII de la *Revista Enciclopédica* de Mayo y Junio de 1824, se halla una noticia necrológica de Ripaut, que publicó Mr. Jomard, con su respuesta á las observaciones de Mr. Barbier.—C.

RIPAUT (Fr. Arcangel), capuchino francés de la provincia de Paris, de cuya ciudad era natural, y donde siguió con distincion sus primeros estudios. Hallábase en su juventud muy distante de entrar en ninguna religion, y así, habiendo abrazado la carrera del foro, la siguió con tanto lucimiento, que en pocos años llegó á ser consiliario régio en el parlamento de Paris, especie de consejo de Estado, á cuyas deliberaciones se sometian los asuntos más difíciles y delicados. Ripaut manifestó en este cargo las buenas cualidades de que se hallaba adornado, y su ingenio encontró un vasto campo donde ostentar su extension y erudicion. Sin embargo, algun tiempo despues comenzó á sentir un grande vacío en su alma, vacío que no le podian llenar ni el número ni la importancia de los negocios, ni otras muchas cosas que llamaban su atencion. Comenzó á preguntarse á sí mismo de qué provenia aquella interior inquietud que minaba su existencia, aquel desasosiego que no podia dominar, aquella secreta voz que por todas partes se levantaba contra él, que oia, que escuchaba áun á su pesar. Ideó varios medios para tranquilizarse, y no bastando ninguno, decidió retirarse algunos dias á ejercicios para interrogar allí á solas á su conciencia. Hízolo así, y frente á frente con la inquietud que le devoraba, determinó reformar su vida y apartarse del mundo tan pronto como hubiese terminado algunos negocios que por entónces se lo impedian. No tardó mucho tiempo en poner en planta su proyecto, y tomó el hábito de los PP. Capuchinos con grande edificacion y ejemplo de toda la capital de Francia. Su vida fué desde aquel instante un modelo de todo género de virtudes, pues humilde, modesto y amante del silencio y la oracion, no pensaba más que en ganar el tiempo que habia perdido, en compensar con sus buenos ejemplos los malos que pudiera haber dado miéntras vivió en el mundo. Sus buenas dotes oratorias le permitieron presentarse repetidas veces en el púlpito, acudiendo todo el pueblo de París á oir su elocuente palabra, con tanto mayor motivo, cuanto que el efecto que habia producido su conversion le rodeaba de cierto prestigio que aumen-

taba la veneracion con que era mirado del público. No fueron sus compañeros del Parlamento los últimos que acudieron á escucharle, y aunque acostumbrados á sus brillantes discursos en las graves cuestiones administrativas y políticas, le admiraron ahora mucho más, pues profundamente afectado por los vicios de su siglo, de que él mismo habia sido juguete, sabia desenmascararlos, atacarlos con verdad y elocuencia y reducirlos al último extremo hasta obligarlos á huir confusos ó postrarse pidiendo compasion. Inútil es decir que á sus ejemplos y predicaciones se debió más de una conversion, y que el P. Ripaut consiguió por este medio atraerse las generales simpatías. No contento con emplear la palabra, consagró tambien su pluma á combatir los errores de su siglo, y sus obras, llenas de una lógica vigorosa y eficaz y de ardientes y mágicas palabras, acabaron de sellar la reputacion que ya de antiguo se habia adquirido. Queriendo su Orden premiar sus grandes trabajos, le elevó á diferentes cargos á cual más honrosos todos, siendo uno de los más notables el de definidor de la provincia de París. Hallábase desempeñándole cuando falleció en París en 1630, dejando la siguiente obra dividida en tres libros, cuyos títulos son: *Abominatio abominationum falsarum hujus temporis devotionum.* Libro dividido en tres partes, en la primera de las cuales trata de *Illuminatorum*, en la segunda de *Adamitarum*, y en la tercera de *Spiritualium modernorum*, en la que por antítesis al primer libro aparece: *Diabolica nativitas, accretio et perfectio detestabilis animæ in falsa devotione Jesu et Mariæ injuriosa;* París, por Claudio Cromoisy, 1632.—El libro segundo contiene: *Altiora puncta Theologiæ Mysticæ cum facili tractatu de Præsentia Dei pro remedio horum abusuum;* ibid, 1632. El título del libro tercero es: *Divina Nativitas, infantia et progressus admirabilis animæ in sancto amore Jesu et Mariæ, cum tot praxibus novis devotionis amorosæ, quot sunt tractatus inauditi cujusdam devotionis non communis;* ibid, 1633 y 1640. Otra edicion aumentada, 1643.—S. B.

RIPERDO (Fr. Bonifacio), franciscano. Fué natural de Génova y tomó el hábito de la órden de S. Francisco en el convento de dicha ciudad, donde permaneció más de cincuenta años, distinguiéndose muy particularmente en las dos virtudes de la virginidad y la humildad. Fué ministro provincial dos veces, una de Sicilia y otra de Génova, cuyos oficios aceptó forzado por la obediencia, administrándolos con tanta virtud y deseo de acertar, que no se vió ántes ni despues de él quien le pudiera igualar. Hizo las visitas de su provincia sin el aparato que otros ministros acostumbraban; pues no llevaba más compañía que la de un religioso, ni otro alivio que un humilde jumentillo, y áun este ni de descanso le servia para soportar las fatigas del camino, valiéndoles únicamente para pasar los arroyos y llevar el escaso equipaje, que se reducia á las capas y las alforjas, resistiendo con

una angélica paciencia los rigores de la estacion, el calor y el frio y las molestias de los largos viajes hechos á pié. Recibió muchas gracias espirituales y de todas hizo buen uso. Poseia grande mansedumbre y á todos trataba con dulces palabras, perdonando las injurias con tanta humanidad, que á un hombre que mató á su hermano, no solamente le perdonó, sino que viéndole necesitado de auxilio, le dió de comer y le trató con particular familiaridad de allí en adelante. Rezaba siempre los oficios divinos con notable devocion, y en concluyendo quedábase por largo espacio ocupado en la mística contemplacion. Aunque su cargo de provincial le ocupaba muchísimo tiempo, no dejaba de dedicarse á la vida contemplativa, pues si en las horas del dia no le era posible consagrarse á la oracion, las tomaba de las de descanso por la noche, privándose del sueño por no faltar á las prescripciones de la regla. El provincialato de Génova le desempeñó por espacio de doce años; no consta si fueron continuos ó en diferentes períodos. Hallándose en edad muy avanzada, y queriendo el Señor premiar sus trabajos y sus méritos, le envió una enfermedad que en pocos dias hizo volar su alma á las eternas mansiones. Queriendo la Divinidad dar muestras patentes de la gloria que le tenia deparada, permitió que el mismo dia de su fallecimiento un santo fraile de la Orden tuviese una vision, en que advirtió que un coro de ángeles llevaba al cielo al bienaventurado Fr. Riperdo con grandes muestras de regocijo y alegría por el triunfo que lograban. La falta de noticias y la oscuridad de las crónicas hace que no pueda fijarse la época de su muerte, pero debió ocurrir en los primeros años del siglo XIV.—M. B.

RIPHAT, hijo segundo de Gomer y nieto de Japhet. En los Paralipómenos se le llama *Diphat*. La semejanza del *Resch* y del *Dateth* en hebreo, es tan grande, que con mucha frecuencia se confunden estas dos letras. No se sabe con certeza el país que fué poblado por los descendientes de *Riphat*. El caldeo y el árabe cree que fué la Francia; Eusebio los *Sauromatas;* la crónica de Alejandría los *Garamantas*, José la *Plafagonia*. Meto asegura que los pueblos de esta provincia se llamaban antiguamente *Riphatœi* ó *Riphaces*, y en la Bithynia, próxima á la Plafagonia, se encuentra el rio *Rhebeo*, los pueblos *Rhiebantes*, y un canton del mismo nombre. Estas razones han hecho creer á Bochart que *Riphat* habia poblado la Plafagonia. Otros creen que pobló los montes *Ripheos*, y esta opinion nos parece la más verosímil, porque los demás hijos de Gomer poblaron los países septentrionales, hácia la Escitia, y al otro lado del Ponto Euxino. — S. B.

RIPLAIUS ó Riplai (Jorge). Fué este inglés, canónigo regular de la órden de S. Agustin, muy versado en las matemáticas y en la poesía, y recorrió la Francia, la Alemania y la Italia, buscando secretos de la física. Fué muy hábil teólogo, y fué elegido para explicar esta facultad en un capítulo

general de su Orden. Despues obtuvo un breve del papa Inocencio VIII, que le permitió retirarse á la órden de los Carmelitas, en la que pasó el resto de su vida en una celda, como si fuese un solitario, y en la que murió el año de 1490, reinando á la sazon en Inglaterra el rey Enrique VIII. Escribió este religioso sobre la piedra filosofal, como puede verse en los *Ilustres Escritores ingleses* de Pitseus. — C.

RIPOL (Fr. Francisco), franciscano español, de la provincia de Cataluña. Ignóranse las principales circunstancias de la vida de este religioso, de quien únicamente se sabe nació en el principado por el testimonio del P. Fr. Juan de S. Antonio en su *Biblioteca Franciscana*, habiendo dejado muchos y grandes autores de citarle entre los hijos de aquel país, no obstante que lo merecia por su larga carrera, distinguidos servicios y notables puestos que ocupó en la religion Seráfica. Sus estudios fueron tan brillantes, que apénas los habia terminado, comenzó la Orden á que pertenecia á nombrarle para diferentes cargos, todos los cuales desempeñó con celo y acierto, emprendiendo diferentes misiones, á lo que tenia particular inclinacion. Contaba tambien para ello con las mejores cualidades, pues era un orador vehemente é impetuoso, severo para atacar los vicios, y muy decidido á obtener su conversion por cuantos medios estuviesen á su alcance. Su ejemplar vida le daba tambien para ello una grande influencia, pues los más endurecidos no podian ménos de respetar al que carecian de fuerzas para imitar. Los buenos resultados de sus predicaciones no tardaron en ser observados por sus superiores, que en su consecuencia le declararon predicador general de su Orden, cargo elevado y apreciable, que manifiesta su grande mérito y las esperanzas que en él se habian fundado. Al mismo tiempo Su Santidad, deseoso de honrar aquel misionero que con tanto celo habia trabajado en la viña del Señor, le nombró notario apostólico, y el P. Ripol pudo comprender desde entónces los altos destinos para que le tenia reservado la Providencia. Mas no por eso dejó por un momento sus severas y austeras costumbres, ántes, por decirlo así, aumentó sus penitencias, abstinencias y devociones, y procuró distinguirse por la pobreza, de que habia hecho voto, y en que fué muy observante toda su vida. No tardó en presentársele una ocasion en que manifestar el alto grado en que le adornaban todas las virtudes, pues habiendo vacado la comisaria general de su Orden en Tierra Santa, fué nombrado para desempeñar este importante cargo, con cuyo motivo hubo de hacer diferentes viajes á Madrid y áun á Roma, segun se infiere de haberse publicado allí la obra por que es conocido. Ignórase la época y lugar de su muerte, aunque se supone fué en Italia, en la segunda mitad del siglo XVII. Compiló la obra intitulada: *Bullas Pontificias ac Regias litteras pro locis Terræ Sanctæ;* Roma, 1655, en 4.° — S. B.

RIPOL DE ATIENZA (Fr. Miguel), carmelita de la Observancia de su convento de Zaragoza, donde nació el año de 1564, de una familia noble. Se estimó su literatura, y así su magisterio, como el grado de doctor en la universidad de su patria, y la posesion de su cátedra de Durando en 1614, de Biblia y de prima de teologia, en que se jubiló, fueron un testimonio público de su instruccion, y su observancia religiosa no careció de este mérito; motivos porque fué tres veces prior del referido convento, vicario provincial en 1613, dos veces provincial y visitador por S. M. de las provincias de Portugal y Cerdeña, cargo de que el mismo Rey Católico le admitió la renuncia, atendidos sus achaques; pero quiso que le propusiese sugeto que desempeñase esta comision, como lo hizo, presentándole al Mtro. Fr. Valero Jimenez de Embun. Fué del mismo modo calificador de la Santa Inquisicion de Aragon, examinador sinodal de varias diócesis, orador sagrado no vulgar, y director y consultor espiritual de particular aceptacion; por esto, entre otros sugetos doctos y piadosos, se valió de él el V. San Martin de Funes, obispo que murió en Albarracin, para consultarle el suceso de las misteriosos palabras que oyó como salidas del devotísimo crucifijo de la Seo de Zaragoza, el 12 de Setiembre de 1631, segun entre otros lo refiere el arcediano Dormer en la *Dedic. de la vida del Mart. Santo Dom. de Val*, al reverso del número marg. 158, y de esta época se convence la equivocacion de los maestros Faci y Martin, *Bibliot. Prov. y Carm. Cæsaraug.*, páginas 28 y 7, que dicen murió el Mtro. Ripol en 1629. Efectivamente, falleció en el de 1648, de ochenta y cuatro años de edad, habiendo escrito: 1.° *Resolucion de si se debe ó no permitir la casa pública de mujeres deshonestas en Zaragoza*, que firmó en 21 de Mayo de 1629. He visto una copia de este escrito en la librería del Real convento de Predicadores de dicha ciudad, en un tomo, que contiene diversos discursos de este argumento.— 2.° *Varii tractatus theologici*, que se imprimieron con otros de Carmelitas, en un tomo, en Zaragoza, por Agustin Verges en 1670, y los compendió en su *Theologia abreviata* el Mtro. Blasco.—3.° *Dos libros de sermones en diversos asuntos*, Mss. Es ilustre la memoria que hace de este autor el maestro Fr. Antonio Perez, en su *Compend. Hist. Geograf.* Ms., tratando del convento del Cármen de Zaragoza. — L. y O.

RIPOLI (Rmo. P.). Nació en Corato, reino de Nápoles, en 9 de Octubre de 1780. Sus padres, piadosos y ricos, le dieron una educacion cual convenia á su elevada posicion, y que no desdijera de los sentimientos de cristiandad que habian tenido sus mayores, entre los cuales se cuentan algunos sugetos colocados en los altares. Este cuidado con que á Ripoli se le previno desde su más tierna niñez para cuando su edad fuese á propósito, así como la excelente índole con que el Señor le dotó, hicieron que apénas tuvo cono-

cimiento del mundo, sus halagos y vanidades, resolviera en su interior despreciar enteramente á este mundo mismo y buscar en la imitacion de las virtudes de Jesucristo el bálsamo consolador para todas las aflicciones de que nuestra vida está siempre rodeada, por más que en ella tengamos una posicion, no solo desahogada, sino envidiable. Apénas concluyó la latinidad y filosofía, se dedicó al estudio de la sagrada teología, en cuya difícil ciencia hizo los más extraordinarios progresos, llegando á concluir el estudio de la parte dogmática y de la teología moral ántes de cumplir los diez y ocho años. A esta edad se creyó ya en situacion de tomar estado, y pidió y obtuvo de sus padres permiso para ingresar en la sagrada religion del Santísimo Redentor, animado de vivos deseos de ser en ella útil á sus hermanos; pero nunca creyendo que llegaria á los eminentes puestos, para los cuales Dios le tenia reservado. Apénas ingresó en tan respetable Congregacion, conocieron sus superiores lo mucho que podia esperarse de sus virtudes y capacidad, y le obligaron á concluir los estudios teológicos, en tanto que crecia en virtud bajo los auspicios y direccion de los Padres más distinguidos de la casa, pues no les pareció conveniente tratar á este jóven como se trata al comun de los novicios, porque veian en él cierta cosa especial que le distinguia de todos los otros. Apénas concluidos sus estudios, y cuando la edad fué á propósito, hecha por supuesto su profesion, le obligaron á recibir los órdenes sagradas; y decimos que le obligaron, no porque lo rehusase en el concepto de no querer ascender á tan sublime estado, sino porque creyéndose indigno de tanta elevacion, hubo de intervenir la órden expresa del superior para que él venciera los obstáculos que su pretendida indignidad le ponia sin fundamento alguno. Desde que hubo recibido la alta dignidad del sacerdocio, se dedicó con afan al desempeño de su importante ministerio, é hizo tanto fruto, que no se puede ponderar, porque tenia tal atractivo, especialmente para la gente del campo, que con el mayor afan le buscaban y anhelaban con verdadero entusiasmo oirle, porque sabia tocar perfectamente los sentimientos de todos, y todos quedaban con su doctrina no solo convencidos, sino dispuestos á obrar el bien y á mudar de conducta, porque comprendian que la que hasta entónces habian observado no era la que correspondia para llegar un dia á la posesion inamisible del verdadero y perdurable bien. Claro es que los primeros ensayos, ó más bien ejercicios de su celo apostólico, habrian de disponer los superiores que los hiciera, por decirlo así, á su lado; mas luego que hubieron visto su capacidad y su aficion, al mismo tiempo que la copiosa bendicion con que Dios favorecia sus fatigas, pensaron darle un campo más espacioso y le mandaron á las Calabrias para que allí sembrára la palabra de Dios; no porque los párrocos y demás personas encargadas de la instruccion de aquellos fieles no lo hicieran, ni por-

que faltase celo é interés, sino porque una voz que no está oida, parece más autorizada, y por consiguiente la de nuestro Padre sería allí muy provechosa, porque su celo no podria ménos de lograr el mejor éxito. Así fué en efecto; los párrocos todos de aquella comarca anhelaban á porfía el que el P. Ripoli fuese á dirigir la palabra á sus feligreses, y los fieles, como que ansiaban esto mismo, hasta el extremo de que los de unas partes iban á las otras áun cuando estuviesen distantes, para no privarse de este, que con razon llamaban auxilio del cielo, y que era una gracia que el Señor les hacia por medio de su fiel ministro. Imposible parece que hubiese hombre que pudiera resistir lo que Ripoli resistia; muchos dias predicaba en dos distintos pueblos, y cuando no, pasaba en el confesonario casi todo el dia, no habiendo habido ni siquiera un momento en que pareciere, no ya incomodado ni fatigado, sino ni áun ménos satisfecho con las molestias consiguientes al penoso ejercicio de misionero; bien es verdad que todos cuantos le veian, se asombraban, no dudando en decir á voz en grito, que el P. Ripoli era el apóstol de las Calabrias. Mucho anhelaban los hermanos de nuestro buen Ripoli el que dejára algun tanto el ministerio de la predicacion que desempeñaba con tan infatigable celo, para que se dedicára á prestarles el eficaz auxilio de sus consejos y direccion en el desempeño de los importantes cargos que á los superiores competen; mas él no quiso nunca aceptar prelacías ni distinciones, porque le privaban de los recursos convenientes para ayudar á los fieles en el importante negocio de su salud eterna; y como estas razones eran tan atendibles, á ellas cedieron de buen grado todos, y se contentaron con pedirle parecer acerca de los sugetos de quienes se habrian de valer para el desempeño de estos mismos cargos que él renunciaba. Sin embargo, hubo una circunstancia en que fué necesario que saliese, por decirlo así, de su estado de actividad, para entrar en otro no ménos conveniente, y en el cual tenia que procurar los intereses de toda su sagrada Congregacion. Efectivamente, en 1832 falleció el superior general de los hermanos del Santísimo Redentor, tratóse, como no podia ménos de suceder, de nombrar quién le sustituyera, y su eleccion recayó, y no podia ser otra cosa, en el P. Ripoli, que á la fama de su gran talento agregaba la de su virtud nada comun, y la de un acierto extraordinario para componer los más árduos asuntos y cortar las diferencias más notables, por más que sea necesario para ello conciliar muy distintos intereses. Hizo cuanto estuvo de su parte para renunciar un cargo tan honroso que él creia muy superior á sus fuerzas; sin embargo, por unánime consentimiento del capítulo general, y poniendo éste como condicion indispensable que si el caso lo requeria, se suplicase al Romano Pontífice que le hiciese aceptar el cargo, le fué conferido el generalato, de que tomó pose-

sion en 27 de Junio de 1832, dia de la fiesta de los Stos. Apóstoles S. Pedro y S. Pablo. No hay términos para explicar el hondo sentimiento que produjo á los calabreses el verse privados del que para ellos era cuanto habian menester, mas ante la consideracion del bien de la Congregacion á que este ilustre misionero pertenecia, y más bien ante la idea de que esta habia sido la manera de elevarle en aquel estado á la más sublime dignidad que era dable, no solo se conformaron, sino que se dieron por satisfechos, contentándose con rogarle el que de cuando en cuando les dirigiese alguna vez su autorizada voz, lo cual les prometió y cumplió hasta los últimos momentos de su preciosa vida. La Congregacion adelantó muchisimo con tener por superior á un hombre de tan excelentes dotes, porque sobre su gran capacidad é inteligencia suma, habia para hacerle recomendable como hombre, digámoslo asi, de gobierno, el que era puntualisimo en la observancia de sus reglas y constituciones, y podia por consiguiente con su ejemplo, como con sus palabras, obligar á sus subordinados á la observancia de ellas, hasta en sus más menudos detalles; tenia dulzura tal, que atraia irresistiblemente á los que tenia ocasion de dirigir su autorizada voz, y al mismo tiempo que era intransigente con las faltas, deslices é imperfecciones, era sumamente caritativo con los imperfectos, procurando que la reflexion labrase en ellos, y que por el convencimiento se decidieran á hacer aquello á que en realidad de verdad estaban obligados. El prevenia con exquisita atencion todos los disgustos que pudieran ocasionarse, y cuando eran enteramente inevitables, trataba de excitar á sus hermanos á sufrirlos cristianamente, sacando el doble fruto de la conformidad y de la mortificacion á que Dios les llamaba por estos medios tan adecuados, aunque al parecer tan poco conformes á la misericordia del Señor. Sumamente contentos y satisfechos plenamente de su eleccion estaban todos los individuos de la sagrada Congregacion del Santisimo Redentor, y muy bien gobernada ella, prosperaba de dia en dia, dilatándose tan benéfico instituto todo cuanto permitia el número creciente, es verdad, pero no tan ámplio como seria de desear, de sus profesores. Todo el reino de Nápoles conocia ya el mérito indisputable del sabio, celoso y caritativo superior de tan excelente obra, y el mismo Rey tenia experiencia de que sus acertados consejos y sabia direccion eran la causa de que prosperára tanto tan benéfico instituto; y de este conocimiento que de las excelentes cualidades que en el P. Ripoli concurrian, tuvieron, sacaban por consecuencia, y á la verdad era legitima, que si se le ponia al frente de una diócesis, serian muchos los beneficios que esta diócesis misma lograria; asi que en 1837 fué nombrado obispo de Potenza. No se puede explicar el efecto que le produjo la primer noticia que tuvo de que habia acerca de él tal pensamiento. Tan luego como se lo comunicaron

oficialmente, se presentó al Rey, le manifestó cuán poco á propósito era para desempeñar tan importante cargo, y rechazó con valentía, aunque con el mayor respeto, las advertencias que acerca de su idoneidad le hacia el monarca, fundándose en el acierto con que regia su instituto, y la satisfaccion con que todos vivian bajo su gobierno. Todo fué inútil; Ripoli rogó al Rey, como el más especial favor que podia conseguir de S. M., el que le permitiera quedar en su puesto de superior, si es que no le era dado renunciarle, hasta que el Señor dispusiese de su siervo lo que más conviniera á su gloria. Al cabo de tantas instancias, el Rey cedió, y no tuvo otro recurso que contentarse con tenerle por consejero para esta y las demás elecciones que hubo de hacer en su tiempo, y en las cuales mostró tanto acierto, que indudablemente los sugetos propuestos por él eran sin disputa los más á propósito del reino. Dió á Dios muchísimas gracias porque le habia librado del peligro de ser prelado, y siguió gobernando su Congregacion hasta el año de 1850. En esta época Dios nuestro Señor le dió una penosísima enfermedad, que sirvió para que demostrase más y más su virtud, su sufrimiento y su gran espíritu de mortificacion, y al mismo tiempo para que el Señor glorificase á su siervo, como lo hizo, pues que en esta su última enfermedad, los reyes de Nápoles, en justa protestacion del afecto que le profesaban, hicieron varias visitas al Rmo. P. Ripoli, lamentándose, como todos cuantos le conocian, cuando se persuadieron de que su carrera en este mundo estaba próxima á concluir. Así fué; recibidos los santos sacramentos con la devocion de que siempre habia dado muestras, y encomendando al Señor con rendido afecto su Congregacion y su espíritu, entregó este en manos del Supremo Hacedor el 18 de Febrero de 1850. Su muerte fué justamente sentida, y sus virtudes han dejado en el reino de Nápoles tan buen olor, que hacen inolvidable al muy Rdo. P. Ripoli.—G. R.

RIPOLI (D. Acacio Antonio de), de familia noble, jurisconsulto. Fué muchos años catedrático de leyes en la universidad de Huesca: despues, por espacio de diez y seis años, juez general de Cataluña. Al fin de su vida se hizo sacerdote, despues de haber sido removido de su destino por las turbulencias de aquel tiempo. Escribió: *Practicabilia Commentaria ad titulum digestorum de contionibus et demonstrationibus, causis, et modis eorum quæ in testamentis relinquuntur; Coloniæ, an.* 1617, un tomo en 4.°—*Additiones ad praxim Ludovici Peguera, simulque ordinem judicialem causarum usu frequentium in curia Barcinonensis Vicarii; Barcinone*, 1648, en fólio; por Antonio Lacaballería.—*Variæ resolutiones juris; Lugduni*, en fól. A la edad de setenta y siete años escribió una obra sobre la antigüedad, preeminencia, jurisdiccion y ceremonias del consulado de la Lonja del Mar; un tomo en fólio, impreso por Antonio Lacaballería; Barcelona, 1655. Escribió tam-

bien un sabio y sólido tratado sobre las regalías ó derechos de la Real Corona; *Tractatus Regaliarum*; Barcelona, 1644, en fólio, por Gabriel Nogués, con privilegio del virey el mariscal de la Motte. Dejó dos hijos, y murió de edad de más de ochenta años. *A. A. in app.*, pág. 277.— A.

RIPOLL (Jaime). En la vida de los varones ilustres hay circunstancias que solo sirven para satisfacer la curiosidad, hechos que los son comunes con los demás hombres. Tales son los padres, la patria, la época del nacimiento y de la muerte, dos penosos tributos que paga la humanidad en los dos extremos del corto período que media entre la cuna y el sepulcro. Indicaremos, pues, únicamente que D. Jaime Ripoll nació en Prepuna, pequeño pueblo del obispado de Solsona, que sus padres fueron Lorenzo Ripoll, propietario, y Lucía Vilamajó, natural de Bellpuig; que fué bautizado en aquel pueblo en 24 de Febrero de 1775, y que murió en la ciudad de Vich, á 15 de Noviembre de 1843. Aquí tenemos lo del hombre: vamos á ver ahora lo del sacerdote y lo del sabio. Hasta la edad de diez años fué educado en la villa de Bellpuig, de la que era oriundo, empezando á estudiar los principios gramaticales en el colegio de Escuelas Pias de Solsona en 8 de Setiembre de 1785, y dando despues principio á la retórica en 8 de Setiembre de 1788. Comenzó á cursar filosofía en la universidad de Cervera en Octubre de 1789, derecho civil en igual mes de 1792, y derecho canónico en igual mes de 1796. Lo que aprovechase el Sr. Ripoll en cada una de estas ciencias y facultades, lo prueba el haber recibido en todas ellas el grado de bachiller sin discrepancia de censores; el haber defendido en todas ellas un acto respectivo de conclusiones ó theses; el haber obtenido la licenciatura en cánones en la propia universidad, á 27 de Febrero de 1800, prévios los exámenes literarios dispuestos en la misma, y el doctorado en 31 de Marzo del mismo año, con todos los honores que acompañan á aquel acto solemne. El mérito sobresaliente del jóven laureado debia atraer sobre sus prematuros progresos las miradas protectoras del favor, que esta vez fué la justa recompensa de un bello corazon y de un precoz talento. El santuario y su sagrado ministerio atrajo las primeras miradas del jóven virtuoso, y cautivó su alma cándida, pues consagró á Dios las tiernas primicias de su amor y de su sabiduría, y tres meses despues de haber tomado la borla doctoral, ántes que entrase en el sacerdocio, fué agraciado con un canonicato de turno para la santa iglesia de Vich, y en Febrero del año siguiente 1801, fué ordenado de sacerdote por el Ilmo. Sr. Veyan, obispo de aquella diócesis, cuya grata memoria conserva aún la misma con admiracion y respeto. Hay en el discurso de la vida del Sr. Ripoll, y pocos años despues de la época de que estamos tratando, un hecho muy notable y seguramente inesperado, atendidos los antecedentes con que empezó el primer tercio de su vida; he-

cho, que si bien parece á primera vista no conciliarse con su carácter dulce, cándido y altamente pacífico, atendidas las circunstancias en que tuvo lugar, es muy conciliable no solo con las virtudes públicas y privadas de que fué modelo, sino hasta con los sentimientos más delicados de patriotismo y de religion, tales como se entendian ántes de adulterarse estas palabras. Cuando la nacion española, horrorizada por verse al borde de un abismo, se levantó como un soldado para sacudir una invasion que ella miraba más funesta á sus creencias y á sus principios que la de los árabes, ardió en todos los pechos la llama santa del amor patrio, llama que se vió brillar á principios de este siglo con todo su esplendor, y que se ha ido extinguiendo al soplo mortal del escepticismo religioso y político á que nos han conducido nuevas y extrañas doctrinas, faltándole ya el principio que le daba la vida. Esta llama cundió tambien en el alma elevada del jóven Ripoll, como un rayo de electricidad que se comunicaba súbitamente por las venas de los españoles; y á pesar de la dulzura de su natural apacible, respondió á la voz de *guerra á los invasores*, que resonaba por todos los ángulos de la península, y cuyo eco llegó despues más allá del Rhin. Nombrado en 1808 comandante de toda la fuerza armada del corregimiento de Vich por aquella junta, é individuo de la seccion militar que ella creó para el armamento y equipo de los tercios que se formaron, desempeñó á sus expensas ambos encargos con aquel desinterés que le era peculiar, sin haber exigido ni una racion siquiera. Su mano pura no se tiñó con sangre, pero él prestó su consejo y su direccion; se puso al frente de los defensores de la patria, y se mostró tan buen español como se habia mostrado ya durante nuestra guerra con la república francesa, época en la cual, no siendo aún sacerdote, tuvo el honor de servir á S. M. de oficial de una de las compañías del tercio de Lérida, hasta que este se reformó, quedando con el goce de uniforme y fuero militar. Vamos á entrar en la época más gloriosa de la vida del Sr. Ripoll, porque en ella desplegó toda la fuerza de su espíritu altamente investigador; y entre el inmenso cúmulo de pruebas que ofrece una série de más de cuarenta años pasados en la aplicacion y en el estudio, no nos será posible sino coger al azar algunas flores de las que forman la rica, bien que modesta corona, de su gloria literaria. Aplicado con una asiduidad infatigable al estudio árido y profundo de las antigüedades, dotado á un tiempo de una paciencia inalterable que superaba todos los obstáculos, de un exquisito criterio y de un tacto finísimo, parecia tener en su mano el hilo prodigioso para no perderse en el vasto y oscuro laberinto de lo pasado. La fama de su incansable estudio y vastos conocimientos en este ramo importante de la ciencia humana, no podia quedar circunscrita á su país y provincia. Los literatos de la corte mostráronse sinceros apreciadores

del mérito literario del Sr. Ripoll, y la Real Academia de la Historia le expidió en 1817 el diploma de socio correspondiente. La rareza y dificultad de sus investigaciones inspiraron desde luego la mayor confianza á aquel respetable cuerpo científico, el cual le comisionó para varios asuntos de su instituto, y modernamente para que en union con otro académico entendiese en el desempeño de la comision que se le encomendó relativa á las antigüedades de la *Cartago vetus*. Más adelante el señor subdelegado de Fomento de esta provincia le llamó para tratar con algunos literatos de varios puntos históricos del principado de Cataluña, que era conveniente dilucidar, fiando tambien á su inteligencia, pericia y probidad la indicacion de aquellos libros que deberian desterrarse para siempre de la sociedad, y cuya circulacion, minando sordamente las bases de la religion, de la moral y de las leyes sobre que aquella se apoya, tarde ó temprano produce un fatal desquiciamiento; y últimamente, la Real Sociedad de Amigos del País de Valencia le remitió el título de socio corresponsal en 26 de Mayo de 1843. ¿Qué podria decirse de aquel fondo de moral y de candor que constituia la esencia de su carácter? ¿Qué de aquella modestia, fundada en el bajo concepto y en la desconfianza de sí mismo que brillaba como una virtud evangélica entre las dotes más raras de aplicacion y de sabiduría? La Real Academia de Buenas Letras de Barcelona le admitió en su seno en 19 de Setiembre de 1835, y admiró de cerca aquella humildad sincera que elevaba su ciencia, aquel franco y sencillo trato que hacia olvidar al sabio para apreciar al amigo, aquel cúmulo de virtudes tan propias de su estado como de su saber, que le valieron en el lugar de su residencia el nombramiento de vicario general eclesiástico, é innumerables comisiones análogas á su estado y profesion, que le fueron confiadas y desempeñó con el celo y exactitud que correspondian á su religiosidad eminente y á su ánsia para obrar el bien. No era el Sr. Ripoll de aquellos eclesiásticos que dedicados exclusivamente á la ciencia de la tierra, olvidan casi enteramente la ciencia del cielo, que es la suya propia, y buscan para sí entre los hombres una gloria que solo han de procurar para aquel de quien son ministros. En medio de sus áridas y fatigosas tareas en que gozaba su espíritu y satisfacia su inocente pasion por las antigüedades, arrojando un rayo precioso de luz sobre los senos intrincados y tenebrosos de la historia con un nuevo descubrimiento, veíasele sumido en su interior, entregado á la oracion y al retiro, y tan recogido á los ojos de Dios, como amable en el trato de los hombres. Al paso que sabia hacer de su corazon una soledad apacible, era buscado y querido en la sociedad, no desacreditaba la virtud haciéndola sombría y quisquillosa, ni desfiguraba la religion presentándola esquiva é inaccesible. No habia hombre más severo consigo mismo, ni más indulgente con los demás;

poseia en alto grado la civilizacion cristiana, y sin transigir ni en un ápice con el vicio y con el error, era á un mismo tiempo hombre interior y hombre de mundo. Pero al paso que nos complacemos en engrandecer su modestia, raro y precioso esmalte de las altas inteligencias y de los privilegiados talentos; vemos que este placer es á costa de nuestro propio provecho, pues amó tanto el Sr. Ripoll esta virtud, y la tenia tan inviscerada en su espíritu, que no se creia capaz de emprender la aclaracion de un ramo seguido de nuestra historia, para lo cual le sobraban recursos en sí mismo, ni de reunir en un solo y ordenado cuerpo de doctrina los tesoros inestimables de sus numerosas investigaciones. Contentábase con aclarar un punto dudoso y aislado de la historia, interpretar alguna lápida é inscripcion, descifrarla ó calificarla, recoger libros raros y antiquísimos, deslindar ó deshacer algun error cronológico ó histórico; fijar la fundacion y vicisitudes de algun edificio, templo ó establecimiento importante; señalar minuciosamente la biografía de algun personaje notable, como por ejemplo, del famoso caballero catalan Mossen Borra, cuyo sepulcro se conserva en los claustros de la catedral de Barcelona, y cuya historia anda tan desfigurada; indagar el verdadero principio y el decurso de alguna costumbre ó festividad, demostrando en todas estas aisladas investigaciones un tino, un acierto, una exactitud increibles, probándolo todo con documentos auténticos, que solo su paciencia infatigable podia desenterrar del polvo de depósitos y archivos; hé aquí los objetos predilectos de sus estudios, los frutos de su aplicacion, que recogidos en dos tomos en 4.°, en número de sesenta y dos papeles sueltos, presentan más de trescientas páginas preciosas é impresas, de rico y abundante pero variado material para la historia y la cronología. Dió tambien á luz un *Compendio de la vida y virtudes del venerable Fr. Juan de la Virgen*, carmelita descalzo, natural de la villa de Bellpuig, y de otros tres carmelitas descalzos que murieron victimas de la caridad cristiana, asistiendo á los apestados de la misma villa. Impulsado de su celo religioso y de su devocion ferviente, ordenó un novenario á Jesus crucificado; mas como buscando conciliar con su piedad la pasion favorita de los estudios históricos, adicionó este devoto opúsculo con curiosas noticias acerca de la antigüedad y circunstancias de una venerable imágen de Jesucristo en cruz, que atraia en aquel pueblo la veneracion de las gentes. Mas no seria posible abismarse en la innumerable multitud de sus escritos y papeles inéditos, que su desconfianza en sí propio y su excesiva modestia le impidieron redactar y ordenar, como hubiera hecho cualquier otro, aunque ménos hábil investigador, más ansioso de gloria y de reputacion literaria. Dos grandes tomos en folio, otros dos en 4.°, y varios legajos, á cuyos dos primeros puso el humilde título de *Miscelánea*s, abarcan el tesoro incalculable

de sus preciosidades históricas, descubrimientos rarísimos, apuntes interesantes sobre mil materias diversas, mina preciosa y abundantísima que solo sería dable explotar en beneficio de la posteridad á un genio tan conocedor y penetrante como era el suyo. Inútil es el hablar del afan con que, miéntras se lo permitió su vista, procuró enriquecer la coleccion de papeles como él la llamaba, para la formacion de su completo episcopologio de la iglesia de Vich, y para el que trabajaba ya desde el año 1814. Pasaré por alto tambien las muchas noticias biográficas, y algunas de escritores ántes no conocidas, que remitió al Ilmo. Sr. Obispo de Astorga y coacadémico D. Félix Torres Amat para la formacion de sus *Memorias*, para ayudar á formar un Diccionario crítico de escritores catalanes, como lo confiesa el mismo autor en su prólogo á su citada obra, reconociendo que el Sr. D. Jaime Ripoll y Vilamajo, canónigo decano y jubilado de la santa iglesia de Vich, le decidió á la impresion y publicacion de dichas *Memorias*, prestándole el auxilio de sus preciosos trabajos. Y el mismo que se honra en consagrar este artículo á su memoria, creeria faltar en este momento á un deber de gratitud que sincera y tiernamente le consagra, si pasára en silencio la benevolencia con que se prestó á mis insinuaciones, no desdeñándose de auxiliarme en mis débiles trabajos, y prestándose su admirable docilidad á suministrarme algunas noticias curiosas de nuestra patria en varios puntos históricos que se me ofreció ventilar en mi Revista filosófica y literaria *La Religion*. Conservo estas noticias como un grato y triste recuerdo de la amistad del Sr. Ripoll, cuyo nombre, que él suprimia en sus mismas publicaciones, me complaci en citar, haciendo violencia á su excesiva modestia, y que solo me perdonó en gracia de mi gratitud y de mi afecto. El Sr. Ripoll habia manifestado en vida sus deseos de enriquecer con su abundante y escogido monetario el museo de la Real Academia literaria de Barcelona, que tal vez no tuvo tiempo ú ocasion para mandar en su última voluntad, pero sus dignos albaceas, haciéndose cargo de estos deseos, facilitaron generosamente á la Academia el medio de adquirirlo. Por último, y por conclusion de este artículo, creemos muy oportuno consignar aquí el título de las principales hojas y cuadernos sueltos que dejó impresos más bien que publicados, pues su extremada modestia se limitaba á regalarlos y darlos á conocer al reducido círculo de sus amigos, y que conservo como una muy grata memoria de su talento y de su amistad: *Vetusti recentesque ab Ausonensi Ecclesia servari ritus in conficienda Natalis Domini Eucharistia liturgia*, etc. — *Origen y solemnidad de la procesion del Santísimo Sacramento, ó del Corpus, en la Santa Iglesia catedral de Vich.* — *Antigüedad y observancia del rito peculiar de la Santa Iglesia de Vich de asistir doce presbíteros á su obispo cuando oficia pontificalmente la Misa.* — *La Santa Iglesia de Vich, estando*

en la firme creencia de que María Santísima murió verdaderamente, celebraba la fiesta de su gloriosa Asuncion con vigilia, á fines del siglo IX, etc.—*Ritos de la Santa Iglesia de Vich en el sábado santo á principios del siglo XIII.*—*Documentos de fines del siglo XV para ilustrar la historia de la Santa Cruzada en España.*—*Documentos que pueden servir para ilustrar la historia de los temblores de tierra acaecidos en Cataluña á principios y á mitad del siglo XV.*—*Varios cuadernos sobre inscripciones romanas, godas y monasteriales.*—*Documentos que pueden servir para componer la historia del culto de S. Roque*—*Ceremonias que á principios del siglo XIII se observaban en la Santa Iglesia de Vich el domingo de Ramos y dias siguientes de la semana santa*, etc.—*Barcelona fué la primera ciudad de España donde se introdujo la imprenta.*—*Documentos inéditos que pueden servir para ilustrar la historia de la antigua ciudad, hoy pueblo de Roda, diócesis de Vich.*—*Memorias para la historia eclesiástica de la ciudad de Manresa.*—*Sobre la antigua procesion del Corpus en Barcelona*, etc. etc. etc.—J. R. y C.

RIPOLL (Pedro), presbítero beneficiado en la parroquia de S. Bartolomé de Soller, y archivero de la comunidad eclesiástica de la misma. Ignoramos pormenores acerca de su vida, y solo se ha perpetuado su memoria por las siguientes obras que dió á luz: *Llibre de noticias curiosas de la villa de Soller;* un tomo en fólio Ms., que conserva el apreciable rector de aquella Iglesia D. Bernardo Galmes. Contiene un cronicon de sucesos, una minuciosa narracion de todo lo que hay que decir sobre las fábricas antiguas y modernas de aquella parroquia; el auto de su consagracion en 20 de Mayo de 1492, por el Ilmo. Sr. D. Fr. Juan de Deu, carmelita mallorquin y arzobispo de Tracia; una larga noticia del contagio de 1652; otra de la fundacion del convento de Observantes por el Venerable Catañy y una *Historia de la victoria que ottingueren los de Soller contra los turchs als* 11 *de Maig de* 1561.—J. B. de R.

RIPOLL (Pedro Onofre), sacerdote de la Compañía de Jesus, varon sabio y elocuente, confesor del Ilmo. Sr. D. Baltasar de Borja, obispo de Mallorca, y uno de los mejores oradores de su tiempo. Cítase aún como muestra de su saber y doctrina el *Sermon de la beata Catalina Tomás, predicado en su convento de esta ciudad el dia* 11 *de Setiembre de* 1628 *en las fiestas de la traslacion de sus santas reliquias.*—J. B. de R.

RIPOLL (Fr. Tomás), natural de Tarragona. Quién fué y lo que le debe la literatura catalana, expresan las dos siguientes inscripciones que copiaron D. Andrés Pi y Arimon, y D. Jaime Ripoll y Vilamayor. La primera se leia al pié de su busto de mármol al natural, colocado en la portería del convento de Sta. Catalina de Barcelona, y la segunda estaba puesta al pié de su retrato, existente en la que fué biblioteca del mismo convento.

PRIMERA.

REVERENDISSIMO PATRI F. THOMÆ RIPOLL
TARRACONENSI
ORDINIS PRÆDICATORUM GENERALI MINISTRO
AC HUJUS COENOBII FILIO AMANTISSIMO
VIRO DOCTRINA ZELO PIETATE ATQUE PRUDENTIA
URBI ET ORBI CLARISSIMO
CUIUS IMMENSIS SUMPTIBUS ATQUE INGENTI
STUDIO
ECCLESIA PLURIMIS SACRIS ET PRÆTIOSIS ORNAMENTIS DILATA
SACRARIUM NOBIS UNDEQUAQUE ARMARIIS,
ET SUPPELLECTILIBUS REFERTUM
BIBLIOTHECA IAMPRIDEM AB IPSO ERECTA
INFINITIS PROPE MODUM AC SELECTISSIMIS
LIBRIS CUMULATA
REDDITIBUS AUCTA, ATQUE AD PUBLICAM UTILITATEM EXPOSITA
CONVENTUS DENIQUE TOTUS BELLORUM CLADE
FIRME DIRUTUS.
SEMEL, AC ITERUM RESTAURATUS
ET AD COMMODIOREM AC NOBILIOREM FORMAM
EX OMNI PARTE REDACTUS
FRATRES EJUSDEM CONVENTUS FILII
PATRI, AC BENEFACTORI MUNIFICENTISSIMO
GRATI ANIMI MONUMENTUM POSUERE
ANNO DOMINI MDCCXXXIII.
ÆTATIS SUÆ LXXXI, ASSUMPTIONIS AD
MAGISTERIUM ORDINIS IX.
OBIIT ROMÆ XXII SEPTEMBRIS ANNO
MDCCXLVII
ÆTATIS XCV.

SEGUNDA.

RMUS. P. FR. THOMAS RIPOLL MAGISTER GENERALIS ORDINIS PRÆDICATORUM HUJUS CONVENTUS FILIUS, ET RESTAURATOR, ISTIUSQUE BIBLIOTHECÆ PROMOTOR ET FUNDATOR, ANNO 1730.

Celebráronse las exequias del general Ripoll en Sta. Catalina en 1747, y

se imprimió la relacion de ellas, como tambien su oracion fúnebre, por Juan Jolis. Algo deberia á la generosidad de tan ilustre promovedor de las letras el convento y biblioteca de los Dominicos de Vich, puesto que está colocado su escudo de armas sobre la puerta principal de la iglesia. — A.

RIPENSIS (Fr. Mateo), del órden de Predicadores. Fué natural de la pequeña ciudad de Ripa, en la isla de Jutlandia, reino de Suecia. Floreció hácia el año 1400, pasando despues, por una rara coincidencia, á residir en el convento de Ripa Transona, en Italia, por cuya circunstancia han confundido algunos autores la patria de este religioso, que se dió á conocer por haber escrito una coleccion de sermones que predicára. Ignóranse todas las demás circunstancias y particularidades de su vida.—M. B.

RIPPERIUS (Fr. Pablo), del órden de Predicadores. No consta de dónde era natural, ni en qué paraje tomó el hábito este religioso. Unicamente se sabe que residia á mediados del siglo XV en el convento Lipsiénse, en el que se conservaban manuscritas las obras que produjo, y son las siguientes: *Un libro de sermones.—Tractatus de vita perfectionis.—Expositio super «Exurgens Maria» et «Missus est.»* —M. B.

RIQUELME (Sor Paula), religiosa de la órden de Santo Domingo en el convento de Santa Catalina de Sena de la ciudad de Valencia. Fué fundado este monasterio á 23 de Enero de 1491 en una capilla y cementerio de los judíos recien convertidos, que donó con este objeto el rey católico D. Fernando al maestro Fr. Gaspar Fayol, vicario general de la Congregacion de los conventos reformados de la órden de PP. Predicadores en la provincia de Aragon. Siendo las primeras religiosas que entraron en el referido convento Sor Juana Botiyana, con otras tres beatas que llevaban ya el hábito de terciarias de la Orden, y se llamaban Sor Nicolasa de Calatayud, Sor Leonor García y Sor Juana Ponce. Comenzaron estas doncellas á vivir en clausura con tan buena fama y con tanto consuelo espiritual del pueblo valenciano, que en el mismo año de la fundacion tomaron el hábito otras muchas jóvenes, y en los siguientes hicieron lo propio un gran número de doncellas, recibiendo todas el velo de manos de Fr. Gaspar Fayol y de los maestros Fr. Luis Gil y Fr. Juan Enguerra, que le sucedieron en el cargo. Confirmó la fundacion de este convento el papa Inocencio, hallándose en Roma á 26 de Junio de 1492, á instancias del cardenal D. Rodrigo, que gobernaba la iglesia de Valencia, y á ruegos de la ciudad y del gobernador, recibiéndolo en la Orden en el propio año el maestro Fr. Joaquin de Turriano con todas las gracias, privilegios é inmunidades de que gozan los monasterios de monjas de la órden de Santo Domingo, encargando su gobierno al vicario general de la Congregacion de los conventos reformados de la provincia de Aragon, y nombrando primera priora á Sor Eulalia Fortuin del

monasterio de nuestra Señora de los Angeles de la ciudad de Barcelona. «El Señor, añade la crónica, que de un granito de mostaza sabe sacar y saca un árbol tan crecido que las aves del cielo moran y se anidan en sus ramas, se ha servido de los pequeños y pobres principios de esta casa, la que hoy vemos tan aventajada y poblada de religiosas, tantas en número y tan enemigas de lo terreno, que muestran bien en ello ser aves del todo celestiales, que como tales no tratan sino de remontarse al cielo.» Su santidad, regular observancia, oracion y contemplacion, penitencia, disciplina, ayunos y buen ejemplo en todo lo relativo á la religion, ha merecido grandes elogios de todos los cronistas de la órden de Santo Domingo que se han ocupado de esta ilustre casa. Una de sus prioras fué la V. Sor Paula Riquelme, religiosa en extremo notable por su santidad, y que mereció especial mencion á todos los cronistas. Era, en efecto, en extremo dada á todos los ejercicios de devocion, ayunos y penitencias que observa su Orden, no faltando nunca á ninguno de los que su regla la imponia; antes bien, aumentándolos con extraordinarios ejercicios y siendo por lo tanto un verdadero modelo para sus compañeras, que la eligieron una y otra vez para gobernarlas, esperando de su virtud y santidad los ópimos frutos que no pudieron ménos de conseguir, pues en el tiempo de su gobierno parecia la casa, al decir de la crónica, una mansion de ángeles, un paraíso celestial, en que todas las religiosas se apresuraban á cumplir con sus deberes y á llenar despues sus devociones con santa y humilde tranquilidad. Sor Paula, verdadera directora y autora de tan excelente método de vida, consiguió llevarle á cabo con la mayor perfeccion durante el tiempo de su gobierno en aquella casa, mereciendo por ello todo género de elogios. Además de que no era acreedora á muchos ménos por sus heróicas virtudes, pues esta ilustre religiosa sabia llenar sus propias obligaciones con tal celo y acierto, que siempre durante su vida fué mirada como santa, siéndolo todavía más á su muerte, ocurrida á últimos del siglo XV, y en que las religiosas aprendieron los grandes ejemplos de piedad y virtud que la habian adornado durante su larga carrera, pudiendo, si no imitarlos, admirarlos al ménos y adornarlos con esas sencillas tradiciones que la piedad nos conserva y conservará eternamente, fruto de una imaginacion tierna y amante, que ve en el objeto que forma el modelo de sus deseos un glorioso ejemplo que legar á la imitacion, y como quiera que referido sencillamente pudiera no llamar la atencion, le cita con apariencias maravillosas para que se grabe en el ánimo con más facilidad, como sucede en este caso, pues la muerte de esta religiosa se refiere de la manera siguiente: «Murió como una santa, siendo segunda vez priora de este monasterio, y con no ser entónces tiempo de rosas, se sintió olor de ellas por donde pasaba su santo cuerpo cuando lo llevaban á enterrar, y

acudió tanta gente á la iglesia para verla por la reja, que fué menester que asistiesen alguaciles para que unos á otros no se hiciesen daño en tan grande confusion.» —S. B.

RIQUIER (S.), abad de Ponthieu. Nació S. Riquier en la aldea de Céntula, en el Ponthieu. Poco favorecidos en bienes de fortuna sus padres, empero muy recomendables por su virtud y religion, lo educaron en el temor del Señor. Pasó sus primeros años en los trabajos de la vida campestre y la oracion, y las virtudes de que se hallaba adornado santificaban este trabajo. La Divina Providencia, que le destinaba á brillar como un modelo de todas las virtudes, le proporcionó la ocasion de aprender los medios que debian llevarle á la suma perfeccion. Dos sacerdotes irlandeses, llamados Cadoc y Frichon, que pasaban por el Ponthieu, fueron maltratados y perseguidos por el pueblo. Riquier les dió generosamente un asilo en su pobre casa, cuidó de ellos y los suministró alimento, prodigándoles cuantos servicios pudo. Dios no dilató la recompensa por la caridad que habia mostrado. Sus huéspedes, que le debian su salvacion, le enseñaron á practicar las más bellas máximas de la moral cristiana, y tal sensacion y mella hicieron sus discursos en su corazon, que desde entónces resolvió no vivir más que para su Dios y consagrarse á su servicio. Las austeridades de la penitencia formaron sus más dulces delicias. Se redujo á comer solo pan de cebada amasado con ceniza, y á no beber más que agua, que frecuentemente mezclaba con sus lágrimas. Dedicaba parte del tiempo en trabajos manuales, y el resto del dia y de la noche los pasaba orando y meditando. Habiendo sido ordenado sacerdote, se consagró todo entero á la instruccion de los fieles, predicando el santo Evangelio y tratando de atraerles á la gracia. Algun tiempo despues pasó á Inglaterra á fin de perfeccionarse en la ciencia de los santos, y al volver á su patria tornó á continuar con el mayor fervor y celo sus funciones ordinarias. Maravillosos eran los resultados que por todas partes producian sus discursos llenos de elocuencia y religiosa uncion. El rey Dagoberto I mostró deseos de oir á aquel sacerdote, á quien todo el mundo prodigaba tantas alabanzas. Le hizo predicar en su presencia, y de tal modo se conmovió al oirle el sermon que pronunció sobre la vanidad de las cosas del mundo, que le obligó, á pesar de su obstinada resistencia, á recibir considerables presentes. El Santo empleó aquellos regalos, debidos á la munificencia Real, en consolar á los pobres y en edificar el monasterio de Céntula, cuyos primeros cimientos se pusieron en el año 638. Algun tiempo despues edificó otro segundo monasterio, llamado hoy Forest-Moutier, y situado á tres leguas y media de Abbeville. Pasó el resto de su vida viviendo con un solo compañero, que habia querido seguirle al bosque de Crecy, ocupados ambos únicamente en la oracion y la contempla-

cion. Llevó hasta tal punto su amor á la austeridad, que parecia olvidarse de que tenia un cuerpo mortal. Murió hácia el año de 645. Existen sus reliquias en el monasterio de Céntula, hoy llamado de S. Riquier. Su nombre se encuentra en los calendarios franceses y en el romano.—C. de F.

RIQUIER, monje de Gemblours, es conocido porque comenzó á escribir una vida de Erluino, primer abad de su monasterio y uno de sus fundadores. Se hallaba situado en la diócesis de Lieja, y se intitula con frecuencia Gimblou. Riquier fué la causa de la pérdida de su obra por haberla escrito en hojas sueltas, las que se extraviaron entre otros papeles de tal manera, que el anónimo que emprendió, cerca de cien años despues, escribir los hechos de los abades de Gemblours, no pudo encontrar más que una parte del prefacio de la obra y treinta y cinco versos que formaban su principio. Sirven al ménos para demostrarnos que el cuerpo de la obra se hallaba en verso de diferentes medidas, pues los veinte primeros son exámetros, y pentámetros los quince siguientes. El prefacio estaba en prosa. Viéndose en él todavía que el venerable Erluino pasó algun tiempo en la corte de Oton, rey de Alemania, y que la abandonó para vivir en el retiro y la práctica de las virtudes.—S. B.

RIQUILDE ó Richilde (Sta.). Era abadesa de un monasterio llamado de Sta. Cruz, en Francia, y es conocida por una carta que la escribió otra abadesa de S. Juan de Arlés, llamada Sta. Cesaria, la cual es diferente de la hermana de S. Cesario, aunque lleva su mismo nombre; aquella habia muerto ántes del año 524, esta vivia despues de 560, pues no puede suponerse que una carta que escribió á Sta. Radegunda sea anterior á 569, puesto que al año siguiente escribió esta princesa á los obispos del concilio de Tours para suplicarlos confirmasen la fundacion de su monasterio en Poitiers, y la disciplina que hacia observar en él segun la regla de S. Cesario; lo que supone evidentemente que S. Cesario la habia enviado ya esta regla. Su carta á Sta. Radegunda es una exhortacion á la práctica de las virtudes religiosas, la primera de las cuales es pedir á Dios nos enseñe por sí mismo á conocer su voluntad y á dirigir nuestros pasos por la via de sus mandamientos; la segunda, que se escuche con tanta atencion la palabra de Dios cuando se leen las Sagradas Escrituras, como los grandes del siglo escuchan la lectura de las órdenes de los reyes de la tierra; la tercera, á dar gracias á Dios por los beneficios recibidos. Le manifiesta que por muchas ventajas que pueda sacar de la regla de S. Cesario que le habia pedido, sacaria muchas más de la lectura del Evangelio, cuya doctrina es superior á la de los hombres é infinitamente más preciosa; pero que no debe detenerse simplemente en lo que ha enseñado el Salvador; que es tambien necesario seguir é imitar los ejemplos que nos ha dado, ya de paciencia, ya de las demás

virtudes. Sabiendo que tenia medios para hacer limosnas, obtenidos de la liberalidad de los reyes, la recomienda las haga en abundancia, y descendiendo despues al gobierno de su monasterio, la avisa que no reciba á ninguna jóven á quien no enseñe las letras y el salterio de memoria; que es tambien necesario seguir é imitar los ejemplos que nos ha dado, ya de paciencia, ya de las demás virtudes, asegurándola al mismo tiempo que la observancia de la regla de S. Cesario, de que le envia un ejemplar, le procuraria á ella y sus religiosas la salvacion eterna. La aconseja modere sus austeridades, diciendo que una abstinencia demasiado rigurosa la obligaria á procurarse auxilios que tendrian algo de las comodidades del mundo, y á no poder seguir las horas de la comida prescritas en la regla, que debia servirla de modelo en todo. Hay, añade, religiosas indiferentes que se imaginan haber cumplido todas las obligaciones de su estado cuando han abandonado el hábito del siglo para tomar el de la religion. Este cambio puede operarse en un momento, pero debemos emplear todos los instantes de nuestra vida en trabajar, con los auxilios de Jesucristo, en la correccion de nuestras costumbres. Insta mucho sobre el peligro que hay para las religiosas en conversar familiarmente con los hombres, porque aunque no sean culpables de nada, no pueden estar seguras de no contribuir á la pérdida de los que tienen conversacion con ellas. Quiere que mire con la misma caridad á todas sus hermanas y que se amen entre sí, ya hayan nacido ricas ó pobres. Esta carta, que contiene tan sólidas doctrinas, se halla dirigida á las Stas. Riquilde y Radegunda. Lo que hace suponer que esta santa Riquilde, que no se halla citada en ningun otro lugar, era abadesa del monasterio de Sta. Cruz ántes que Sta. Radegunda hubiera dado su gobierno á Inés. Esta carta de Sta. Cesaria se encuentra en el tomo I de las *Anécdotas* del P. Martenne; Paris, 1717.—S. B.

RISBEO (Fr. Ricardo), de los menores de S. Francisco. Era inglés, aunque no consta de qué punto, y pertenecia al convento de Franciscanos de Richmond, en el que por su virtud y sabiduría llegó á ser guardian. Era profundo letrado y muy elocuente predicador, á causa de haber cursado las ciencias en la famosa universidad de Oxford. Cuando ocurrió el célebre y funesto cisma de aquel desgraciado reino, el rey Enrique VIII, que preciándose de teólogo, habia escrito un libro contra la doctrina del pérfido Lutero por lo que obtuvo de la Santa Sede el título de *Defensor de la fe*, título que desmintió más tarde, cuando para satisfacer sus bastardos apetitos se declaró protector de lo mismo que combatiera con la mayor crueldad á los católicos, aquel Rey mandó llamar á todos los superiores de las diferentes comunidades religiosas que existian en Lóndres, y les mandó conferenciar con los de su consejo acerca de la reforma, y para que deliberasen sobre el

partido que pensaban tomar. Para consuelo de la religion y mayor gloria de sus ministros, diremos que ningun apóstata hubo entre ellos. Guardando al Rey las debidas consideraciones, y contestando con el más profundo respeto á las proposiciones que se les hacia, dijeron al soberano, que sin faltar al merecido vasallaje de que le reconocian acreedor, continuarian acatando y obedeciendo sus órdenes siempre que estas no fuesen contra lo que debian á la fe jurada al Señor, y que no menoscabáran los derechos de la Santa Sede, acatados y venerados por ellos sobre todas las cosas y todas las potestades del mundo. Viendo su inmutable determinacion, y siendo inútiles todas las negociaciones que para convencerlos entabló el consejo, enfurecido el Rey mandó que inmediatamente todos los frailes, y especialmente los menores que por hallarse más extendidos en Inglaterra eran los que miraban con más horror los protestantes, fuesen al punto echados de sus conventos y destinados á diferentes prisiones. Cargados de grillos y cadenas, apaleados como viles criminales, fueron enviados á diversos puntos del reino, en cuyas cárceles por espacio de un año fueron martirizados con hambre, sed y otros malos tramientos, destinándoseles á trabajos duros y á viles ocupaciones. Muchos entregaron su aliento al Criador en fuerza de sus padecimientos, muriendo no pocos á los rigores del hambre y de la desnudez. Despues de tan larga prision, y no queriendo el gobierno gastar las mezquinas sumas que su escaso alimento le costaba, mandó soltarlos de las prisiones, despojándolos del hábito y diseminándolos por el reino con expresa prohibicion de salir de él. La mayor parte, sin embargo, logró evadirse y pasar á otros sitios, donde fueron tratados con más humanidad y donde podian consagrarse sin riesgo al libre ejercicio de la fe católica. Entre los mencionados religiosos que quedaron libres de las prisiones se hallaba Fr. Ricardo Risbeo, quien inflamado de su ardiente celo, y no determinándose á abandonar el país en que habia creido vivir y morir por Jesucristo, permaneció oculto en Lóndres, deseoso de prestar sus auxilios á los muchos católicos que diariamente necesitaban de él. Pero habiendo sido descubierto y acusado de contrariar las reales órdenes, se le sentenció á muerte, la cual se ejecutó con horribles circunstancias. Despues de haber estado muchos dias encerrado en una oscurísima torre, sita á la orilla del rio Támesis, en la cual entraba el agua cuando el rio crecia, fué sacado para el lugar del suplicio. Llevarónle arrastrando, para mayor ignominia, en una especie de carreton sin ruedas, y llegando al pie de la horca, que era muy grande y muy ancha, le hicieron subir á ella, habiendo ántes preparado una hoguera donde pusieron una caldera de agua para que hirviese. Estando ya disponiéndose para echarle el dogal al cuello, anunciáronle que el Rey le perdonaria si se retractaba públicamente de lo que habia dicho y predicado contra el sobera-

no, tratándole de cismático, hereje y usurpador de las atribuciones del Sumo Pontífice, vicario de Jesucristo. Pero el santo religioso, estimando en nada una vida que tenia ofrecida á Dios desde que se consagrára á su servicio, no quiso desmentir ni una sola de las opiniones que respecto á la fé y al Rey habia formado, ni negar la creencia en que se hallaba de la legitimidad del Sumo Pontífice. En vista de la negativa, procedióse á la ejecucion de la bárbara sentencia. No era Fr. Ricardo el único que estaba condenado á morir. Acompañábanle en aquel terrible y glorioso trance unos religiosos cartujos, cuyo nombre no nos han trasmitido los historiadores. Todos permanecieron inmutables en su determinacion, por lo cual participando los herejes verdugos del rencor de su soberano, ó creyendo tal vez intimidar á los gloriosos mártires del Señor, fueron quitando la vida uno por uno á los religiosos con los siguientes pormenores que horrorizan y hacen estremecer. Hallándose aún la víctima con vida cortaba el verdugo la cuerda y derribaba el cuerpo en el suelo. En seguida le descuartizaba echando los miembros á la hoguera, y por fin, abriéndole el pecho le sacaba el corazon palpitante, el cual era echado á la caldera de agua hirviendo, de donde medio cocido lo sacaba para dárselo á los perros. Llenó de horror al pueblo esta justicia, aumentándose más el espanto cuando vieron colocadas sobre unas varas altas las cabezas de las víctimas en las murallas de Lóndres. El último que sufrió tan horrible pena, como más principal entre los religiosos y considerado por lo tanto como más delincuente, fué Risbeo, á quien por esta razon le conmemora la Orden Franciscana como á uno de sus mártires, habiendo conservado en sus archivos la auténtica relacion de este martirio, que tuvo efecto en el año 1540. Para que algunos de los lectores no nos tachen de exagerados y crean imposible que en un pueblo como Inglaterra pudieran ejecutarse los martirios que dejamos escritos, más propios de los primeros tiempos de las persecuciones de la Iglesia, que de un siglo en que ya empezaban á difundirse por Europa las luces de una nueva civilizacion, diremos, en primer lugar, que la relacion auténtica de este y otros martirios existe y se halla comprobada con la autoridad de muchos y muy graves autores, tales como Fr. Marcos de Lisboa, Yepes y el ilustrado jesuita Rivadeneira. En segundo lugar, haremos notar que el odio profundo que los herejes concibieron contra los católicos, los arrastraba á cometer los más inicuos excesos, y diremos por último, que la bárbara costumbre jurídica ó inhumana ley de mutilar los cuerpos semivivos de los ajusticiados, sacándoles las entrañas y quemándoselas ante su vista cuando aún se hallaban en su conocimiento, subsistió mucho tiempo despues y áun llegó á ejecutarse tan bárbara pena á mediados del siglo XVIII con motivo de los sucesos ocurridos en Escocia por la invasion y derrota del católico y

desgraciado príncipe Cárlos Eduardo Stuard, época en que ya la Inglaterra blasonaba de ser un pueblo culto é ilustrado. —M. B.

RISBROUCKE ó RUISBROSKE (Guillermo). Fué un religioso franciscano que unos autores hacen de nacion inglesa, y otros natural de los Países-Bajos. Se cita á este fraile franciscano sin decir el siglo en que floreció, por ser autor de un libro titulado: *De Gestis Tatarorum*, y de un *Itinerario de Levante*. —A. C.

RISCO (P. Mtro. Fr. Manuel), agustino. Nació en Haro, obispado de Calahorra. Muerto el P. Florez, mandó S. M. en 1773 que Risco continuase la obra que éste habia empezado con el título de *España Sagrada*, y bien pronto dió pruebas de su suficiencia; continuó sus tareas, y habiéndosele franqueado el archivo de la santa iglesia de Leon, emprendió dos viajes á aquella ciudad para registrar por sí mismo el archivo, donde encontró papeles inéditos muy curiosos. En 12 de Abril de 1800 leyó en la Real Academia unas observaciones sobre el verdadero sitio de las antiguas ciudades de Munda y Cetina, en la Celtiberia, distintas de la Bética, interpretando y aclarando el texto de Tito Livio, que la menciona al hablar de la guerra sertoriana. El P. Risco falleció por los años de 1800 á 1802. Publicó hasta catorce tomos de la continuacion de la *España Sagrada*; Madrid, 1775 y siguientes, en 4.° En 1774 habia publicado la obra titulada: *La Profesion cristiana segun la doctrina evangélica y apostólica, y los ejemplos santísimos de nuestro Señor Jesucristo y de los primeros cristianos*; Madrid, en 4.°—D. M.

RISERIO (P. Juan), de la Compañía de Jesus. Nació en Bélgica, esa nacion tan célebre por su catolicismo y que es en la actualidad como la patria comun de todos los europeos, á pesar de los esfuerzos de Francia que con su poder quiere ocultar las ventajas que en cultura, riquezas, y acaso en verdadera gloria, la lleva la patria de los primeros pensadores de nuestra época. Ciertamente que cuando nació el P. Riserio no se hallaba la Bélgica en la floreciente situacion en que se encuentra en la actualidad. Empeñada en una lucha sin ejemplo, á no ser en su historia propia, sostenia contra su señora, que lo era á la sazon de ambos mundos, una guerra cuyos resultados eran muy difíciles de prever, y que si no ocasionaron su completa ruina y quizá la de la verdadera raza franca que es la que la puebla, débeselo á la Providencia, que en sus inescrutables designios habia decidido la decadencia de España; así es que en aquella lucha en que aparecen con frecuencia mezclados vencedores y vencidos, en que nunca se sabe de qué lado está la victoria, acabaron los Países Bajos por conseguir su empresa más bien por un conjunto de extrañas circunstancias que por sus propios esfuerzos y poder. Cuando en 1572 vino al mundo Riser, aún pudo oir el estampido

del cañon de los últimos triunfos del duque de Alba, que con un plan de campaña de que se haria honor el mejor de los capitanes modernos, redujo á los flamencos á retirarse á Alemania, y por un instante pareció que se habia terminado la rebelion. Pero Francia é Inglaterra, rivales eternas de España, deseando aniquilar el vasto imperio de Felipe II, enviaron nuevos refuerzos á los rebeldes, y dieron vida y animacion á un verdadero cadáver, pues tal lo era entónces la causa de los Estados de Flandes. Todavía hicieron más; suscitaron enemigos al de Alba en su propio palacio y en su propio gobierno, y el rey de España se vió obligado á enviarle primero un cogobernador en el duque de Medinaceli, y despues un sustituto en el comendador de Castilla. A pesar de todas estas dificultades, el grande capitan del siglo continuó sus antiguas proezas, y miéntras permaneció en Flandes no hubo hereje que le esperase cara á cara, ni flamenco que no temblase al oir su nombre. Pero estos triunfos, este poder y esta gloria han costado caros al heróico capitan, y sus hazañas se ven aún hoy eclipsadas, manchadas tal vez, por la fama que extendieron sobre él sus enemigos, que subsiste todavía, que subsistirá por mucho tiempo, miéntras España no vuelva sobre sí, y recordando que somos españoles ántes que hombres de partido, estudie la historia en sus propios libros, la busque en sus archivos y bibliotecas, y pueda entónces decir de buena fe y con imparcialidad, lo que fué, lo que valia el duque de Alba, el primer hombre como militar de su época, el primero quizás tambien como político, si no le hubiera oscurecido el único, el sin rival en el siglo XVI, el grande Felipe II. Los sucesores de D. Fernando de Toledo entraron en negociaciones con los rebeldes, incluso D. Juan de Austria, que como natural del país por su madre Bárbara de Blomberg, trató á sus paisanos con excesiva dulzura tal vez, ó convencido acaso de que por el camino contrario se quedaria muy atrás de su antecesor el duque Alba, con el que no pudiendo rivalizar, procuró muy bien no imitar. Uno de los medios que se idearon para ganar á los herejes fué el procurar su conversion, y en esto trabajaron tanto, ó más que nadie quizá, los PP. de la Compañía de Jesus. A ellos pertenecia ya desde mucho ántes que el P. Riser, habiendo tomado el hábito en la casa de Amsterdan, donde desde un principio se distinguió de tal manera por sus virtudes y aptitud para los negocios más difíciles y delicados que pudieran presentársele, que despues de haberle encargado sus superiores diferentes comisiones, le enviaron de vicerector al colegio de Amberes, que gobernó durante un trienio con el acierto que no podia ménos de esperarse de personas de tan buenos antecedentes. Mas apénas hubo terminado el tiempo de su empeño, pidió y obtuvo pasar á las misiones de Holanda, que era entónces la más difícil empresa que podia llevarse á cabo

en la Compañía. Concediéronselo sus superiores, y el P. Riserio emprendió su viaje á un país asolado por la guerra, fatigado por toda clase de padecimientos y acosado con frecuencia por el hambre y todo género de necesidades. Grande y sublime fué la tarea que emprendió el P. Riserio; en ella exponia su vida, su fama y todo cuanto de más caro y sagrado podia tener en el mundo. Iba á predicar y convertir á un país, donde no podria ni áun por suposicion creer que se encontraria con solo cristianos extraviados ú hombres que sin conocer la religion, huirian temiendo se les separase de sus antiguas y venerandas creencias; en Holanda, donde iba á predicar, sabia que se encontraria con enemigos armados, con hombres que no solo no querrian escucharle, sino que le perseguirian, le matarian á serles posible, haciéndole ántes sufrir todo género de tormentos. Tenia millares de ejemplos de esto, puesto que las matanzas de religiosos y de católicos se habian ejecutado en masa en los Países Bajos, sin que la tan cacareada noche de S. Bartolomé, en París, sea más que un remedo, una especie de represalias de lo que con los que seguian la antigua y verdadera religion cristiana se habia hecho en muchas ciudades de los Países Bajos, Inglaterrra y Alemania. Llenas estan las historias de las relaciones de los horrores que los sectarios de las diferentes escuelas protestantes ejecutaron con los que miraban como enemigos al separarse del seno de la Iglesia, áun sin motivo ni provocacion de ningun género. Sabido es lo que en Inglaterra hizo Enrique VIII, y de seguro las hogueras levantadas por los protestantes consumieron muchas más víctimas que la Inquisicion con todos sus autos de fe. Sin embargo, un espíritu de partido entendido con escaso acierto, un deseo de parte de los unos de mirar como exclusivamente suyo lo que pertenece á las glorias de la nacion entera, y de los otros de atacarlo únicamente porque se lo atribuyen aquellos, ha dado lugar á que nos extraviemos de tal manera de nuestro principal objeto, y ataquemos tan traidoramente á nuestra misma patria, que con dificultad llegarémos á entendernos, legando á nuestros sucesores el triste privilegio de limpiar el polvo de las pasiones de que estan llenos nuestros escritos, para ver lo que en ellos hay de verdad, y separarlo de los errores con que lo hemos manchado. La religion católica, madre de nuestra patria en Covadonga, la llevó en sus brazos hasta Oviedo, Leon, Burgos y Toledo, la enseñó de léjos las Navas de Tolosa, la indicó el camino de la gloria en la conquista de Andalucía por S. Fernando, y el del poder en la de Granada por los Reyes Católicos. Nápoles, Flandes y el Nuevo Mundo fueron entónces el almohadon en que pusieron los piés nuestros monarcas; Alemania hubiera sido su dosel, pero nos le quitó nuestra enemiga Francia, que tal vez vió con secreto júbilo el nacimiento de una falsa religion, que en lucha con la católica, cuyo único y natural defensor debia ser

el país que acababa de anodadar para siempre al islamismo en Lepanto, y que parecia imposible no acabase en breve tiempo con aquel hijo bastardo que para devorar su seno se levantaba gigante ya desde su misma cuna. Empero si consiguió contener al gigante, si le ahogó entre sus brazos obligándole á contenerse en las proporciones de un aborto, fué á costa de su grandeza, de su poder, de su porvenir inmenso. Así es como miramos nosotros al catolicismo; hija suya nuestra patria, creemos que como le debe la vida, le acompañará hasta la muerte, siendo la más gloriosa quizá la campanada que suene sobre su tumba, porque será el tañido que anuncie la muerte de los héroes, la hora en que ha sucumbido envuelta en su bandera la flor de la juventud, la gloria del país, la última esperanza de un millar de generaciones. Por esto prescindiendo del odio de los partidos, de sus pasiones, de sus principios y de sus ideas, todas las cuales caben muy bien, si es que no tienen su origen, en interpretaciones más ó ménos acertadas de las doctrinas católicas, creemos, á fuer de buenos españoles, que debemos seguir las antiguas, las únicas, las legítimas tradiciones españolas, mirando con odio eterno al protestantismo, que es nuestro constante rival y la causa de nuestra decadencia, y no teniendo otra bandera que el catolicismo, causa un dia de nuestro engrandecimiento y poder, minado en los Países Bajos, á pesar de los esfuerzos de algunos religiosos que, como el P. Riser, dieron su vida si no como mártires en defensa de nuestras doctrinas, como confesores al ménos, pues sucumbieron al peso de los trabajos y fatigas, de los padecimientos y privaciones de todo género á que voluntariamente tuvieron que someterse. Semejante al cisne, el P. Riserio nos dejó su último canto en su *Elogia ad imagines Sanctorum Virorum et Fœminarum Eremicolarum*. S. B.

RISHANGER (Guillermo), monje benedictino inglés del siglo XIV. Dejó escrita una historia de Inglaterra desde el año 1259 hasta su época, á la cual llamó *Opus Chronicorum*, y además escribió tambien una continuacion de Marthieu París. Murió, segun Pitseus en sus *Escritores ingleses*, y Vossius en su *Historia latina*, lib. III, el año 1312. — A. C.

RISIMA (Sta. mártir). La piedad es innata por lo comun en las mujeres, y hé aquí el motivo por lo que se las ve llenar los templos en mayor número que los hombres en el pueblo cristiano. Su propia debilidad las obliga á amar, y el afan de toda su vida es buscar objeto á quien servir y á que consagrar su atencion; y siendo esto así, ¿cómo no ha de buscar con preferencia por objeto principal á su Dios, al más digno de ser amado por gratitud, por poder y por belleza? ¿Quién mejor podrá corresponder á su amor, defenderlas y protegerlas? Empero si en todos los estados es natural á la mujer la devocion y amor á las cosas santas, en el de viudez es cuando

más se aficiona á esta virtud, pues que perdidas las ilusiones de la vida las busca en las realidades del cielo, y su oracion es más contínua, su esperanza más extensa y su amor más ardiente, pues que ve en su Dios la verdadera fuente de la felicidad, el mejor guarda de su pobre alma. Registrese la historia tanto sagrada como profana, y veránse innumerables viudas consagradas al servicio del Señor, ya en el claustro, ya en los asilos benéficos, en los que son delegadas de la misericordia divina en el ejercicio de la caridad; ya en sus propias casas, dando ejemplos de virtud y de adoracion á su familia y á sus compatriotas. Miles de viudas se presentaron al martirio voluntariamente en las persecuciones por que ha pasado la Iglesia; muchas de ellas las veneramos en los altares, y no pocas bicieron el oficio de apóstoles de la fe de Jesucristo en muchos países, en los que con su ejemplo y palabra lograron infinitas conversiones. Entre las viudas mártires que se hallan en estos últimos casos, podemos contar desde luego á la gloriosa Santa Risima. Era esta escogida de Dios una viuda, natural de Armenia, que teniendo afecto á los cristianos, movida de la ejemplar conducta que les veia observar, tuvo la especial dicha de oir predicar al obispo S. Gregorio. Convencióse tanto de las razones de su doctrina evangélica, y se maravilló de tal modo de las excelencias del cristianismo, que alumbrada su alma con tan clara luz, abjuró de la religion idólatra que profesaba, destruyó los ídolos que veneraba, y haciéndose preparar por personas cristianas y caritativas, recibió con la mayor alegria el bautismo, abrazando con entusiasmo la fe de Jesucristo. Haciéndose apóstol de la verdad, convirtió á una porcion de amigas suyas, que tomaron su ejemplo. Llegando esto á noticia de Tiridates, rey de Armenia, llamó á estas mujeres ante su trono y procuró hacerlas adorar los ídolos, pero como se resistiesen, y Risima le hiciese ver la falsedad de los dioses paganos y las verdades cristianas, el bárbaro monarca la hizo degollar con todas sus compañeras en el año de 328 de nuestra era: la Iglesia las recuerda el dia 29 de Setiembre.—B. S. C.

RISIUS (Sergio). Fué maronita, hombre de gran talento y de muchísima aficion á las lenguas orientales, en cuyo estudio puede decirse con verdad que consumió su vida. Todo su cuidado estuvo siempre fijo, despues que pudo hacerlo, porque habia adquirido los conocimientos necesarios de sagrada teologia y las demás ciencias auxiliares, en conservar y predicar en toda su pureza la Escritura Sagrada, obra para él de gran predileccion la de exponer en su sentido genuino los libros santos; y que fué, como no podia ménos, de gran provecho para el catolicismo, pues que los griegos, siempre fanatizados, no encontraban resquicio por donde permitir entrada á sus aberraciones, cuando se dejaba oir la autorizadísima voz de este hombre en cien conceptos respetable. Conociendo en Roma lo

provechoso que sería para el catolicismo el que un hombre tan eminente como él lo era se pusiese al frente de una de aquellas diócesis importantísimas en más de un concepto, y para cuyo gobierno se han requerido siempre muy especiales dotes, le obligaron á que aceptase el obispado de Damasco, que tuvo que tomar por obediencia, pues de otra manera no fué posible reducirlo, pues pretextaba una inutilidad que no tuvo en verdad, y que solo le hacia ver su humildad profundísima. Muy contentos estuvieron los fieles de su diócesis cuando supieron su nombramiento para el importante cargo de prelado; pero mucho mayor fué su satisfaccion cuando por el acertadísimo desempeño de ministerio tan difícil, vieron que no se habian equivocado en el juicio favorable que de él formaron desde luego. Es verdad que sus condiciones eran favorables hasta el extremo, si extremo cabe en lo favorable. El no se cansaba nunca ni de ejercer su ministerio y principalmente la enseñanza de los niños, ni nunca se le veia perturbarse ni exasperarse por desfavorables que fuesen las circunstancias que le rodeáran. Para con los clérigos como para con los fieles era un verdadero padre, remediaba hasta donde podia las necesidades de todos, á todos consolaba en sus tristezas, á todos alentaba en sus trabajos, y para todos era lo que debe ser el obispo, atalaya que previniendo con acierto los caminos al enemigo, le cercaba para batirle, sin permitir nunca que hiciera presa de su querida grey. No dejó nunca las observancias de su rígido instituto, y tan subordinado á sus superiores vivia cuando él era el pastor supremo de la comarca, como cuando era pretendiente en una pequeña cabaña del desierto. Un importantísimo servicio se prestó por su medio, no solo á la iglesia, sino á las letras, pues que la literatura árabe poseyó una joya de inestimable precio. Este importante servicio fué cooperar con los sabios orientalistas Pedro Golius y Guadagnoli, á que en Roma se imprimiera la *Biblia Arabe*, que por la vez primera vió la luz en 1671. Imposible es describir los trabajos que costó al obispo de Damasco tan importante publicacion, bien es verdad que si él hubiera sido capaz de dejarse llevar del aura que alcanzó por este trabajo, habria gozado mucho, porque la Iglesia y la ciencia comprendieron bien cuán estimable era, y supieron consignar su reconocimiento á quien con obra de tal importancia se alzó un monumento que no perecerá. Por supuesto que costó trabajo, y hasta el que se le preguntára por obediencia de parte del Romano Pontífice, el averiguar que nuestro Risius habia sido quien habia hecho la mayor parte de aquel tan importante trabajo, porque él, no dejando de alabar continuamente á los que le habian ayudado más bien en la parte material que en la formal, nunca decia siquiera la parte que él tuviera, que fué indudablemente la mayor y más interesante. Es muy sensible que de un hombre tan grande no nos hayan quedado otras memorias,

pero esto se concibe muy bien si se atiende á que era sumamente modesto, muy humilde y verdadero religioso, que como tal habia profesado vida oculta en Dios, y por consiguiente, para cumplir su instituto tenia que ocultarse, como á la verdad lo hacia áun en sus más perfectas obras. Todo esto es lo que hemos podido averiguar de este excelente prelado, gloria del siglo XVII, de su país y de su iglesia, que conserva su nombre en la veneracion debida.—G. R.

RISO. Se presenta en la historia este hombre sin antecedente alguno, ni se sabe si fué religioso, ni si ordenado de sacerdote, ni si de gran talento ó ilustracion, ni cosa alguna en fin; solo que el santo padre Alejandro III le nombró en 1180 cardenal diácono con el título de S. Cosme y S. Damian. Podríamos á la verdad deducir con fundamento, que no sería persona insignificante cuando por un hombre como Alejandro III se le concedió tal distincion. Podremos asegurar á no dudarlo, que Riso era hombre de mérito, porque á no haberlo sido, el Pontífice no le hubiese enaltecido de la manera que lo hizo, mucho más cuando es de inferir que no se ligáran para esto ni áun los compromisos de un nombramiento exigido por ninguna nacion amiga, ni las demás circunstancias que pueden influir en nombramientos de esta especie; pero todas estas cosas serian suposiciones más ó menos fundadas, más ó ménos gratuitas que siempre habian de desdecir de la exactitud con que en la presente obra se marcan los sucesos; por esto, aunque lamentemos el no poder ser más explícitos, nos contentaremos con decir: *Riso, cardenal diácono.*—G. R.

RISO ó Richo. Fué creado cardenal por Urbano II en 1688, que le hizo del órden de Sacerdotes con el título de S. Lorenzo in Dámaso, y en 1106 intervino en el concilio de Guastala, convocado por el pontífice Pascual II. Habiendo confirmado con juramento los privilegios por las violencias de Enrique V en el Concilio Romano de 1112, le revocó al Papa y á los demás cardenales. Suscribió la bula expedida por Pascual II á favor del monasterio de S. Benito de Mántua.—M.

RISON (Fr. Juan Nolasco), religioso mercenario, natural de Valencia. Vistió el hábito en el Real convento de la misma ciudad el dia 8 de Setiembre del año de 1655, y profesó el 13 de Enero de 1658. Concluidos felizmente sus estudios en el colegio de la Veracruz de Salamanca, fué promovido á los grados de maestro en artes, y doctor en sagrada teología en la universidad de Valencia, en la cual fué examinador de ambas facultades, y obtuvo la cátedra de metafísica, que regentó hasta jubilarse, y en el arzobispado de Valencia fué examinador sinodal. En su religion obtuvo tambien el grado de maestro; fué una y otra vez rector, y regente de estudios en el colegio de San Pedro Nolasco de esta ciudad; otras dos veces definidor general, y en el ca-

pítulo celebrado en la ciudad de S. Felipe, antiguamente Játiva, en 10 de Mayo de 1687, fué elegido provincial de la provincia de Valencia. Promovió en ella la observancia regular, de la cual era muy amante, con ardientísimo celo y juiciosa madurez. Predicaba al pueblo con solidez y fervor. Era un religioso mercenario muy riguroso, muy dado á la contemplacion y á la oracion, y de muchas austeridades. El maestro general de la Orden le nombró procurador de las baronías que posee en el reino de Valencia. Por este título tuvo voz en el Estamento eclesiástico, fué juez de contrafueros, treinta y seis de la costa y primer diputado del reino. Murió en su convento á 3 de marzo de 1700, siendo de edad de cincuenta y ocho años, con un concepto tan grande, con tanta reputacion y fama por sus extraordinarios méritos y virtudes, como lo manifiesta su elogio, que ántes de su muerte le hizo su religion en el año de 1696, como se puede ver en la *Vida de la V. Madre Sor Leonarda del Santísimo Sacramento, religiosa carmelita descalza*, hermana del autor, escrita por el Mtro. Fr. Luis de Blanes, de la órden de Predicadores, y que dice de esta manera: «*A. R. P. M. Fr. Joannes Nolasco Rison, Valentiæ ortus. Et inibi nostro adscitus instituto, ejusque zelantissimus cultor, Valentiæ provincialis. Semel atque iterum generalis diffinitor. Atque pro Reverendissimo Patre nostro magistro generali procurator; ac regni Valentini deputatus. Egregius verbi Dei, ac fervidus Præco. Synodalis Valentina diœcesis, ac universitatis in theologia, ac filosophia examinator. Virtutis amantissimus, ejusdem licæi in artibus et theologia laureatus. In cathedra metaphisica singulare acclamatione explevit jubilationem. Cujus quidem, quia adhuc in humanis agit, encomia silentio prætereunt. Promenda post consummationem. Et si satis superque clamitent ejus opera, prælo data.*» Estas son sus obras: 1.ª *Milicia espiritual, ideada en la ejemplar vida del V. y M. R. P. Mtro. Fr. Antonio Marigó, Padre de la santa provincia de Valencia, de la Real y militar órden de nuestra señora de la Merced, Redencion de cautivos, con adjuntas memorias de personas insignes en virtud;* Valencia, por Francisco Mestre, año de 1684, en 4.° Este libro incluye un *Sermon de Honras*, que predicó en las exequias del mismo V. Padre, y las memorias de muchas personas ilustres en santidad, de su mismo hábito y provincia. —2.ª *Carta pastoral á la santa provincia de Valencia.* La escribió en su ingreso al provincialato, y la dió á la estampa en la misma ciudad en el año de 1687, en 4.° —3.ª *Amorosos recuerdos del más digno objeto del amor de nuestro Redentor Jesus, incluidos en la más dulce jaculatoria: «Jesus, sed para mi Jesus;»* Valencia, por Francisco Mestre, año 1692, en 8.° — 4.° *Sermon en las exequias que el Real convento de Sto. Domingo de Valencia hizo al Excmo. Sr. Arzobispo, inquisidor general D. Fray Juan Tomás de Rocaberti;* imprenta del mismo convento, año de 1700, en 4.° — A. L.

RISON (Fr. Mariano Mauro), carmelita valenciano, natural de esta ciudad, donde se distinguió desde sus primeros años por su decidida vocacion á las cosas sagradas, siendo un modelo de todo género de virtudes. Sus padres, que le educaron en las santas máximas de la religion y la piedad, veian con gusto sus grandes progresos y procuraban animarle para obtener los altos fines á que le tenia destinado la Providencia. Mariano consiguió, en efecto, realizarlos, y apénas llegado á la pubertad entró en la órden del Cármen descalzo, tomando el nombre de Fr. Mauro de Jesus María. Sus grandes penitencias y austeridad, sus contínuas vigilias y sus adelantos en los estudios le valieron la consideracion de sus compañeros, que le miraban todos como modelo, honrándole al mismo tiempo con su amistad sus superiores, que veian en él uno de los religiosos que más lustre y honor debian dar á su Orden. Esperábalo así sin duda él mismo, puesto que cada dia aumentaba más sus trabajos y prácticas religiosas, que le obtuvieron grande fama en toda Valencia. Nombrado prior del convento de S. Felipe Apóstol, que se hallaba fuera de los muros de aquella ciudad, gobernó aquella comunidad con grande celo y acierto, ganando mayor reputacion, si cabe, que la que hasta entónces habia adquirido. Pero por una causa que nos es desconocida, y que entónces debió ser de grande importancia, y áun tener fecundos resultados, el P. Rison pasó de los Carmelitas descalzos á los Observantes, Orden que se habia subdividido, y dado orígen á la reforma, que tan famosa fué en aquella época, y lo es aún en nuestros dias, gracias á la justa celebridad de que goza su fundadora Sta. Teresa de Jesus. Esta transicion era en efecto sumamente extraña, y única quizá en su clase, pues por lo general todos los Carmelitas pasaban de los observantes á los descalzos. El P. Rison continuó distinguiéndose, y en esta nueva Orden fué lector y doctor en sagrada teología, y catedrático perpétuo de Sto. Tomás en la universidad y colegio de Predicadores de Orihuela. Ignórase fijamente la hora de su muerte, que se supone acaeció hácia 1704, despues de haber publicado los sermones siguientes: 1.° *Tres resplandores de la mejor luz Cristo, descubierto en un sermon de S. Antonio de Padua;* Valencia, por Jaime Bordazar, 1689, en 4.° — 2.° *Analogía sagrada de las coronas de Cristo nuestro bien sacramentado, y del rey de España Felipe V, en ocasion de cantarse el* Te-Deum laudamus *en la catedral de Orihuela, por la victoria que alcanzaron sus augustas armas en Portugal;* Orihuela, por Jaime Meriner, 1704, en 4.°—S. B.

RISPOLIS (Fr. Antonio de). Fué natural del Piamonte. Habiéndose inclinado á la vida religiosa, tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de Sta. María de la ciudad de Florencia, recibiéndole de manos de S. Antonino, prior del convento mencionado. Pasó luego á otro convento

de la isla de Sicilia, y trasladado despues á Nápoles, fué sorprendida en el mar, y apresada la nave que le conducia por unos piratas moros, que le trasladaron á Túnez en union de otros cautivos. Encerráronle en una lóbrega mazmorra, haciéndole sufrir infinidad de malos tratamientos. Al cabo de algunos meses, venciendo muchas dificultades y arrostrando peligros, le fué permitido salir de la prision y circular libremente por la ciudad, de cuya circunstancia se aprovechó para enterarse detenidamente de sus usos y costumbres, lenguaje, culto y ceremonias. Este conocimiento, sin embargo, le fué muy perjudicial, pues no poseyendo la suficiente firmeza para soportar los malos tratamientos que los bárbaros le daban en su penosa esclavitud, renegó de la fe de Cristo el dia 4 de Abril de 1460. Contrajo, segun costumbre de todos los renegados, matrimonio, y obtuvo una buena colocacion. Perseveró en el error por espacio de cuatro meses; mas habiendo llegado á tener noticia de la gloriosa muerte de su padre espiritual S. Antonino, que falleció siendo arzobispo de Florencia, fué tan grande la luz de arrepentimiento que alumbró su ceguedad, que al punto, volviendo sus ojos al Dios misericordioso, y ansiando lavar la mancha de su culpa, alejó de sí á la mujer, renunció públicamente el apóstata culto, volviendo á observar el del verdadero Dios, consagrándose á repetidos ejercicios de virtud y de penitencia. Sabiendo el tirano rey de Túnez lo que habia sucedido, le mandó prender y sentenciar á muerte, porque ni las amenazas, ni las promesas, pudieron obligarle á apostatar por segunda vez. Tuvo lugar la ejecucion de su sentencia el jueves santo del año 1461, siendo inhumanamente degollado, y su cuerpo arrojado en una inmunda cloáca, de donde á peso de oro fué extraido por los redentores cristianos. Hallóse dicho cuerpo en perfecto estado de conservacion, sin faltarle ni un cabello, y exhalando suavísima fragancia, por lo cual no cupo duda de la gran parte de la gloria que le habia tocado. Enterráronle en la capilla cristiana de los Redentores, bajo la imágen de un devoto crucifijo. La historia de su martirio fué escrita por el testigo ocular Fr. Constantino de Chipre, y remitida á todos los conventos de la Orden. Rispolis, durante su permanencia entre los infieles, habia traducido al italiano el Alcoran de Mahoma, trabajo de que se valieron despues muchos escritores, que no conocian tan á fondo como él la lengua ni el país sarraceno. — M. B.

RISSALATI (Fr. Acursio), del órden de Predicadores. Era natural de Palermo, en la isla de Sicilia, en cuya ciudad tomó el hábito de Sto. Domingo y desempeñó en varios conventos de su Orden el cargo de lector de sagrada teología. Dotado de especial gracia para la enunciacion de la palabra divina, puso todo su conato en difundir el culto y la devocion del santo Rosario, de que fué muy apasionado. Brilló por la dulzura de sus costumbres y por la

amabilidad de su genio, que le hicieron apreciar de todos cuantos le conocian. Vivió en el primer tercio del siglo XIV, sin que conste el año de su fallecimiento, dejando escritas y publicadas las siguientes obras: *Preces dicendæ in universali vel particulari supplicatione quadraginta horarum in quatuor precationes distinctæ, pro statu spirituali, temporali, animarum et beatorum;* Palermo, 1615, un tomo en 4.° — *Reloj del sepulcro de Cristo, que contiene un devotísimo modo de visitar el santo sepulcro el jueves y viernes santo, y de practicar el ejercicio de las Cuarenta Horas;* Palermo, 1602: Nápoles, 1609, y Palermo 1638. — *Hora contemplativa de un alma, que tiene un interior coloquio con el Santísimo Sacramento, ínterin se halla sobre el altar, y cuando se practica el ejercicio de las Cuarenta Horas;* Palermo, 1619. *Regla de la Tercera Orden de las hermanas de Sto. Domingo;* Palermo, 1610. —M. B.

RISSOBA (D. Bartolomé Santos de). Nació en S. Ervas de la Vega de Saldaña, y siguió sus estudios en Salamanca, en el colegio de Oviedo; despues fué canónigo de Palencia, y luego obispo electo de Almería, siendo, por último, nombrado para el obispado de Leon, cuya iglesia gobernó desde 1633 hasta 1646, época de su muerte. Dejó manuscrito un *Tratado de las obligaciones de los Obispos.* —S. B.

RISTICIO (Fr. Atanasio de), franciscano italiano de la provincia de la Basilicata, en el reino de Nápoles. Pocas son las noticias que hasta nosotros han llegado de este religioso, cuya fama sin embargo fué muy grande en su época, y que aunque modesto y humilde, no dejó de prestar servicios á su Orden. De sus virtudes se dice que no fueron vulgares, sino ántes bien que sobresalió entre sus compañeros por su amor al recogimiento y la oracion, y que fué un verdadero modelo de buenos religiosos, siendo muy apreciado de sus iguales y distinguido de sus superiores. Pero por lo que principalmente se dió á conocer fué por su aficion á la música, arte que no solo ha formado siempre las delicias del género humano, sino que ha sido una de sus mayores necesidades, formando parte lo mismo de sus dolores que de sus glorias, de su grandeza que de su abatimiento. La religion siempre ha empleado la música no solo para la mayor pompa de sus solemnidades, sino tambien como un medio de comunicacion con el Altísimo, hácia el que se elevan nuestros humildes cánticos, implorando piedad y misericordia. La dificultad ha sido siempre amoldar, por decirlo así, estos cánticos con la gravedad del asunto, con lo sublime que representan; y nuestros antepasados, al admitir el canto llano como único propio para las iglesias, anduvieron sin disputa mucho más acertados que los modernos al introducir la orquesta, que léjos de ser un adelanto, ha sido una verdadera decadencia. En los siglos medios una de las cosas que se enseñaba al monje era la música,

y en este arte salieron profesores muy aventajados; sin embargo, sus composiciones no eran con frecuencia sino restos del mal gusto, que venian á manchar toda la belleza del canto llano, que, aunque no puro, aún se conservaba con bastante perfeccion. Pero en la época del renacimiento fué cuando este canto original de los griegos llegó á su apogeo, y todas las iglesias le adoptaron, conservándose aún hoy bellísimas composiciones de aquel siglo. En él brilló el P. Risticio, y aunque de su *Musicale* no se conoce más que el título, citado por Fr. Máximo de Risticio, cronólogo de su provincia, es indudable, por los elogios que este le da, y los que no le han escaseado otros autores, que el referido religioso fué uno de los autores más notables de música sagrada de su época, y que aunque no hiciese más que reunir en su volúmen la diversidad de reglas y composiciones, que en muchos se hallaban entónces esparcidas, hizo un gran servicio, por el que merece el lugar que aquí le hemos destinado.—S. B.

RISTON (Eduardo). Este buen sacerdote católico inglés del siglo XVI abandonó su patria á causa del calvinismo, y se retiró á Douai, en donde fué recibido de maestro en artes en el colegio de los ingleses. Fué á Roma en 1577, y despues de estudiar en esta ciudad cuatro años de teología, recibió el órden sacerdotal en 1580. Fué mandado de misionero á Inglaterra, cargo que desempeñó con mucho celo, lo que le causó enemistades hasta el punto de aprisionarle para que no predicase. Despues de tres años de prision se le desterró del reino y se retiró á Francia. Fué á Pont-à-Mousson para tomar grados académicos; pero atacado por la peste, murió al volverse en el camino cerca de San Menehould, en el año 1585. Segun Pitseus, en sus *Ilustres Escritores ingleses*, dejó escrita una obra sobre el cisma de Inglaterra.—A. C.

RITA DE CASIA (Sta). Nació esta santa monja agustina el año 1376 cerca de Rocca Porena, uno de los castillos sujetos al dominio de Casia, en la Umbria. Desde muy niña, la piedad que germinaba en su tierno corazon la distinguió entre todas las niñas de las cercanías, y se la miraba con respeto, pues que sus conversaciones siempre eran de Dios ó de su santa Madre y de cosas santas. Deseosa de ponerse al abrigo de las asechanzas del mundo, manifestó deseos de hacerse religiosa y de ofrecer á Dios su virginidad; pero oponiéndose á esto severamente sus padres, que querian casarla, por no contravenir á sus mandatos y disgustarles, aunque con la mayor repugnancia, consintió en dar la mano de esposa á un hombre tan feroz como de malas costumbres, á quien sus padres, sin duda guiados de las apariencias ó tal vez del interés, la presentaron como el yerno que llenaba todos sus deseos. Diez y ocho años de martirio vió la sierva del Señor con aquel hombre, que más pudiera considerarle un tirano que un esposo, obedeciendo sus caprichos y sufriendo sus malos tratos con suma paciencia y humildad. Tuvo

dos hijos en su matrimonio, que amó tiernamente, procurando alimentarles, al propio tiempo que con la leche de sus pechos, con sus piadosos cuidados, para que el alma y el cuerpo corriesen el mismo camino, aunque con distintos fines, pues que al paso que este se vigorizase para gozar ó sufrir los trabajos de la humanidad, aquella se robusteciese en la gracia para poder llegar á la bienaventuranza. La desarreglada vida de su marido no podia ménos de proporcionarle un desastroso fin, y así fué en efecto, pues que le asesinaron rivales de sus galanterías y amigos de sus torpes bacanales. Rogó Rita á Dios por el alma de su marido, pidiéndole se condoliese de su pobre alma y la mirase con misericordia, y rogó tambien por sus asesinos; pero habiendo observado que en el corazon de sus hijos se anidaba la venganza, trabajó con ellos cuanto pudo á fin de hacerles olvidar la maldad, perdonando á los asesinos, y procurando dulcificar en lo posible sus exacerbados ánimos. Viendo que ni sus ruegos, ni sus súplicas, ni sus lágrimas eran tenidas en cuenta por sus hijos para mudar de intencion, y dejar á Dios la venganza que querian ellos tomarse por su mano, deseosa de evitar esta ofensa al Criador y desgarrando la peticion misma su corazon de cariñosa madre, suplicó á Dios con tan fervoroso heroismo que se llevase á sus hijos ántes de que cometiesen semejante delito, que el Señor acogió benigno el grande holocausto que hacia por la caridad del prójimo, y la concedió el consuelo de ver que sus hijos abandonaron su idea, y que repentinamente los llamó á sí, librando á su sierva del temor que tenia de la salvacion de sus almas. Libre completamente Sta. Rita, deseó consagrarse á Dios en el monasterio de Sta. María Magdalena de Casia, de la órden de S. Agustin; pero fué dos veces rechazada su peticion, porque la regla excluia las viudas. Viéndose la Santa contrariada en su designio y vocacion, invocó con ardiente y entusiasta fervor de esperanza el patrocinio de S. Juan Bautista, de S. Agustin y de S. Nicolás de Tolentino, y milagrosamente fué conducida por estos santos por las ásperas subidas del monte dentro del monasterio, quedando tan maravilladas las religiosas de este milagroso acontecimiento, que la acogieron en su seno, á pesar de las prescripciones de la regla. Ya religiosa Sta. Rita, se ejercitó en la virtud por medio de la ejemplar mortificacion de su cuerpo, al que castigó con ásperas penitencias, ayunos y vigilias rigorosísimas, cadenas, silicios y espinas cosidas en sus vestiduras interiores, á fin de meditar mejor entre lágrimas y dolores la pasion del Redentor, excitada vivamente en su bendita alma por la predicacion del glorioso Santiago de la Marca. Oraba un dia fervientisimamente delante de un crucifijo, y le suplicó con tantas veras la hiciese participar de los dolores que habia sufrido, que oyéndola el Señor y queriendo complacerla, hizo saltase una espina agudísima de su corona á la frente de Sta. Rita, y se introdujo de tal modo

en ella, que la causó una llaga incurable, causándola un acerbísimo dolor y produciéndola tal hedor, que á fin de no molestar á las religiosas se vió obligada á vivir separada de la comunidad, y como casi desterrada de ella. No siendo monja sujeta á perpétua clausura, quiso ir á Roma á ganar la indulgencia del año santo 1450, pero se la prohibió á causa de la deformidad y hedor de su llaga. Empero, ardiendo en su alma el fuego de la piedad y en su corazon el deseo de adquirir tan precioso tesoro, con su contínua y fervorosa oracion obtuvo de su Divina Majestad se cicatrizase pronto su llaga, y pudo ir á Roma y disfrutar de la fiesta de la solemne canonizacion de San Bernardino, que hizo el pontífice Nicolao V. Luego que volvió al monasterio despues de su devota peregrinacion, volvió á abrirse su llaga con la misma deformidad y fetidez que ántes, causándola al propio tiempo una grave enfermedad, que soportó con invicta paciencia. Entre los prodigios que para honrar á Sta. Rita obró Dios durante su vida, se cuenta que hizo ver á una parienta suya en su propio huerto y en lo más crudo del invierno una preciosa rosa olorosa y fresca y dos higos maduros, los cuales habia predicho encontraria, y por los cuales se habia creido deliraba. Entregada completamente á la contemplacion de las cosas celestes y despues de tantos sufrimientos, fué invitada por Jesucristo y su Santísima Madre al paraíso, adonde voló plácidamente su bendita alma el dia 22 de Mayo de 1447, poco ántes de cumplir los setenta años de edad, asegurándose en Siena, que en el momento de su glorioso tránsito se tocaron todas las campanas. Glorificó Dios á su sierva, dice Moroni en su *Diccionario eclesiástico*, con muchos milagros, y aún se conserva incorrupto su cuerpo, esparciendo suave fragancia; refiriendo Piazza en el *Emerologio di Roma*, que el dia de su fiesta y aniversario de su muerte se verifica un milagro, que acredita la santidad en que murió. Urbano VIII inscribió á Rita en el número de las Beatas, y Cárlos Agustin Ratti escribió su *Vida*, la cual se imprimió en Bolonia el año de 1726. Hállase en Roma la iglesia de Sta. Rita á la falda del Capitolio, cerca de la Escalinata de Araceli, dedicada á ella por los casianos en honor á Dios. Fué en lo antiguo esta iglesia la de S. Biagio de Mercato; era parroquia y encuéntranse en ella inscripciones del siglo XI, referentes á la familia romana Boccabella, que la fabricó. Restauró esta iglesia el prelado de Casia José Cruciani, mayordomo de Alejandro VII, encargando la obra al famoso arquitecto Fontana. Dícese por el citado Piazza, que ántes que la parroquia se suprimiese y uniese á la de S. Marcos, Cruciani, que era muy devoto de Sta. Rita, la dedicó á esta Santa, erigiendo en ella una cofradía titulada *de las santas Espinas de nuestro Señor Jesucristo y Sta. Rita de Casia*, á la que se concedieron muchas gracias, privilegios é indulgencias, y estatutos bajo el título expresado, en memoria de la espina de la Santa. Aún celebran

los de Casia la fiesta, exponiendo á los devotos la imágen de la Santa y la rosa de Mayo para recordar el milagro mencionado. Hace unos treinta años que varios muchachos devotos de la villa y corte de Madrid de las parroquias de S. Andrés, S. Pedro, Santa María y S. Justo, se reunieron en el zaguan de una casa de la calle de los Estudios, cerca de la calle de Toledo, y formaron, como objeto de juego, una congregacion de Sta. Rita, á la que sacaban en procesion por las calles, con estandartes de papel y otros juguetes místicos en su representacion, en cuyos juegos piadosos fué uno de los principales D. Pedro Castellanos, hermano menor del que esto escribe, que hace dos años falleció, y otros de sus hermanos menores. Fué aumentándose este juego religioso, hasta que llamando la atencion de personas piadosas, se asociaron á los niños y mozalbetes, y establecieron la congregacion de Santa Rita en la bellísima iglesia parroquial de S. Justo; empero como la gente jóven tiene poca estabilidad en las cosas, si bien no les faltó la devocion á la Santa ni la constancia para festejarla, han ido variando de iglesias, y hasta la primitiva congregacion se dividió en dos, celebrando la una sus festividades en el Real colegio de niñas de Sta. Isabel, y la otra en el Real monasterio de la Encarnacion de esta corte, habiendo logrado los jóvenes que las componen aumentar el culto de la Santa extraordinariamente en esta corte. Tiénese á Sta. Rita por abogada de los imposibles, y se acude por los fieles á pedir su poderosa intercesion para con Dios en los grandes peligros y difíciles casos de la vida.—B. C.

RITIJS DE AQUILA (Fr. Alejandro), franciscano italiano, natural de Nápoles. Floreció, segun todas las probabilidades, en el siglo XV, siendo una de las personas más ilustradas de su época, segun se deduce de sus escritos, que aunque escasos en número, no lo son por cierto de lectura ni de erudicion. Alejandro habia nacido en una de las épocas más revueltas que citan los anales de la humanidad, y en uno de los países en que habia llegado á ser como el teatro de las diversas ambiciones que pululaban entónces en Europa. Italia disputada á la vez por España, Francia y Alemania, veia su suelo ensangrentado no solo por los extranjeros, sino tambien por sus naturales, que afiliados á esta ó la otra bandera, procuraban saciar sus odios y venganzas á la sombra del soberano que los cobijaba. No tiene nada de extraño que admirado Alejandro ante tan grandioso espectáculo, quisiera estudiar, conocer y desentrañar sus causas, y se consagrase al estudio de la historia, único medio para conseguirlo. En nuestro siglo, con los grandes recursos que para este género de trabajos poseemos, nos parece en extremo natural y sencilla la empresa de este religioso; pero en el que él vivia, cuando apénas se habia descubierto la imprenta y los manuscritos eran en extremo raros, se necesitaba toda la paciencia, constancia y laboriosidad de

un hombre que vivia en el fondo de un claustro, solo, sin amigos ni parientes para que pudiera llevarla á cabo y darla glorioso término. Pero áun de estas circunstancias no pudo disfrutar sino en parte el P. Alejandro, pues en más de una ocasion fueron los ejércitos beligerantes á turbar la paz de su retiro; en más de una ocasion hizo la descripcion de una batalla, oyendo á lo léjos los disparos de los arcabuces de las tropas que se batian; en más de una ocasion escribió á la luz de las ciudades incendiadas, y tal vez su manuscrito fué corregido por los mismos que tomando parte en los actuales acontecimientos, podian inferir por analogía lo que en otros del mismo género habia acaecido. Mas todas estas dificultades fueron siempre y con facilidad vencidas por el austero religioso, que consagrado á prácticas de virtud, y acostumbrado á diferentes privaciones y padecimientos, veia sin asombro y con tranquilidad todo lo que á su alrededor pasaba y podia de consiguiente describir con facilidad el pasado, en medio de los peligros del presente y de los temores del futuro. Así es que su *Chronicon ab anno* 1180 *usque ad annum* 1496, corrió por mucho tiempo con particular estimacion, y fué consultado con frecuencia en la biblioteca del convento de S. Bernardino de Aquila, donde se conservaba manuscrito.—S. B.

RIU (Fr. Pedro), carmelita, conocido tambien por el nombre de Perpiña, en donde fué conventual. Luis Pons Icart le hace de Tarragona. D. Nicolas Antonio dice que este apellido se halla diversamente expresado por los autores, llamándole unos con el apellido latinizado de Rivo, y otros Rimi y Rimes; las memorias le ponen bajo el título de Perpiñá (Pedro de), expresando que murió en 1360, y despues ponen un Riu (Fr. Pedro), tambien carmelita, expresando que vivia en 1360. La igualdad de profesion, de nombre y de época, como la circunstancia de atribuir á ambos *Commentaria in Psalmos*, nos inclina á tomar á los dos por una persona. Además tiene, segun el mismo D. Nicolas Antonio: *Super Sententiarum libros IV.*—*Quæstiones Sententiarum libri II.*—*Sermones varios*, dos tomos.—*Exposicion del salmo Miserere en catalan.*—A.

RIU Y FONT (Dr. D. Pedro), beneficiado de la iglesia de S. Pedro de la Puebla de Barcelona, doctor en ambos derechos y abogado de la audiencia. Escribió: *El Sacerdote dignamente ocupado segun su vocacion.* Discurso que sobre las ocupaciones en que debe entender y las que debe precaver un ministro de Jesucristo dijo en los ejercicios espirituales el dia 20 de Febrero de 1804, en la casa de la Congregacion de la mision; Barcelona, por Brusi, en 4.° El canónigo magistral de Barcelona, Sr. Pou, me enseñó en 1819 varios tratados muy apreciables de este digno sacerdote.—A.

RIU Y TORT (P. Honorato), jesuita, natural de S. Hipólito, diócesis de Elna. Dejando un pingüe patrimonio, entró á la edad de veinte años en la

Compañia de Jesus en 1606, y murió en Perpiñan en 24 de Setiembre de 1644, á la edad de cincuenta y ocho años. *Epítome utilísimo de la contricion, su declaracion, motivos y medios para alcanzarla;* Barcelona, 1638, por Gabriel Nogués, en 8.°—*Tratado del valor y fruto de la Sta. Misa.*—*Tratados del purgatorio, de la eternidad, de las indulgencias.*—*Remedios espirituales para conservar la castidad.*—*El Catecismo*, por órden del obispo de Elna D. Francisco Lopez de Mendoza.— A.

RIUDEVETS (Fr. Rafael), religioso dominico, natural de la isla de Mallorca; tomó el hábito en el convento de su Orden, fundado en la villa de Monacor ó Manacor en 15 de Agosto de 1576, tomando posesion de él Fray Antonio Creus, del convento de predicadores de Valencia, en union con Fr. Julian Roig. El primer vicario de esta casa fué Fr. Bartolomé Riera, y tuvo por compañeros en la fundacion á muchos religiosos notables, y entre ellos á los siervos de Dios Fr. Juan Garcia y Fr. Rafael Riudevets, ambos varones muy penitentes y dados á la oracion, pues el primero apénas comia sino pan y agua, y se disciplinaba todas las noches, orando tanto que los seglares, siempre que hablaban de él, le daban el nombre del fraile que siempre está arrodillado. Cayó enfermo á efecto de sus extraordinarias penitencias, y despues de haber recibido los santos sacramentos con la mayor devocion, murió diciendo las palabras siguientes: *Jesus*, *Jesus*: Fr. Rafael Riudevets, dice la crónica que era tan abstinente y ayunador, que apénas tenia sino el pellejo y la armadura de los huesos. La mayor parte del año no dormia en cama, sino en la iglesia, y llevaba ceñida á la carne una cadena de hierro, la que estaba bañada en sangre de las disciplinas que se daba. Al andar por las calles lo hacia con tal modestia y llevaba tan bajos los ojos, no levantándolos nunca del suelo, que jamás sabia dar razon de cosa alguna cuando le preguntaban si la habia visto. «De aquí es, continúa el cronista, que el convento con el ejemplo y sermones de tan bendito religioso, pudo tanto para con los del pueblo, que se trocaron de pies á cabeza, dejando los bandos y pendencias que tenian de ordinario entre sí, y frecuentando los sacramentos.» No fué sin duda quien ménos influyó en ello nuestro protagonista, varon en extremo penitente y piadoso, como arriba dijimos, y cuyas virtudes áun entre los religiosos eran objeto de particular veneracion. Ignóranse las principales circunstancias de su vida: únicamente se detiene á hacer el elogio de sus virtudes, entrelazado con la historia de la fundacion de su convento, á la que sin duda pertenece. Pero debió morir á últimos del siglo XVI, y pocos años despues de verificada la fundacion mencionada, pues cuando tomó parte en ella, debia vestir ya el hábito de la órden de Sto. Domingo, segun costumbre general en estos casos; la memoria, como hemos visto, se conservó inmarcesible en

aquella casa, y áun en toda la religion, y como se infiere de las palabras del cronista.—S. B.

RIUS (P. Antonio), jesuita, natural de Barcelona, rector de su colegio. Escribió: *Voz del desengaño en la mision*; un tomo en 4.°, Barcelona, 1762. *Sermon en la extension del rezo de Santa Eulalia por toda España*; Barcelona, 1686, por Jaime Cais. Véase la relacion de las fiestas que se hicieron, pág. 27.—A.

RIUS (D. Francisco), cura párroco de S. Martin de Maldá, diócesis de Tarragona, corregimimiento de Lérida, y campo de Urgel. Escribió algunos volúmenes en fólio, que contienen una infinidad de noticias históricas y genealógicas, así de los señores de la villa de S. Martin, que pertenece á la baronía de Bellpuig, como de la mayor parte de sus parroquianos, trabajo ímprobo, curioso é interesante que no sabemos si ha podido preservarse del furor de las guerras que por tantos años han asolado á Cataluña.—A.

RIUS (P. Gabriel Agustin), del órden de S. Agustin, natural de Caulla. Fué muchos años catedrático de teología en la universidad de Tarragona, y de Escritura ó lectoral en la catedral de la misma. Despues fué prior en el convento de Barcelona, y últimamente volvió á Tarragona, donde murió el 28 de Noviembre de 1649, de edad de cuarenta y un años. Escribió: *Cristal de la verdad y espejo de Cataluña;* Barcelona, 1637 y Zaragoza 1646, un tomo en 4.° El P. Massot le hace hijo de Barcelona. D. Nicolás Antonio dice que escribió un libro en defensa del Rey católico contra los que se habian apartado de su obediencia. N. A. pág. 386; Massot, pág. 230. *Bibl. Carm. Desc.* Roig. Resúmen, pág. 149; Marcillo, pág. 322.—A.

RIUS (José), natural de la ciudad de Balaguer en Cataluña, de la Orden Seráfica de S. Francisco, en la cual fué custodio de la misma provincia, definidor general de toda la Orden, doctor y catedrático jubilado en la universidad de Cervera. Todavía se conserva la memoria de este sabio eminente entre sus contemporáneos, pues falleció en 1833 en su convento de Cervera. Teólogo profundo, consumado filósofo, orador insigne, hábil helenista, fué uno de aquellos pocos hombres cuya vasta capacidad lo abarca todo, grande en la cátedra, grande en el púlpito y grande en el bufete. Dotado de bella y respetable figura, de una voz sonora y penetrante, de una elocuencia firme y seductora, sacerdote ejemplar y rígido y observante religioso, fué una de las lumbreras de su Orden en España, y una de las más distinguidas eminencias de su claustro y universidad. A pesar de su modestia, su fama se extendió por dentro y fuera del reino, y si á tan vasto talento se hubiese unido la ambicion á la gloria, no hay duda que hubiera brillado en primera línea entre los sabios de su tiempo, en el cual muy pocos enseñaban

con tanta perfeccion como él el hermoso idioma de los antiguos pelasgos. Pero el P. Rius no se propuso inmortalizar su nombre en una obra clásica ó laboriosa que revelase todo el alto vuelo de su genio ó toda la profundidad de sus vastos conocimientos científicos. Los opúsculos que nos ha dejado son puramente de circunstancias, pero en su misma variedad se echa de ver la generalidad de su ingenio y la extension de sus conocimientos. Publicista, teólogo, filósofo, biógrafo y poeta, le admiramos en las siguientes composiciones: *Poesías* que le encargó la universidad de Cervera para celebrar la posesion de la plaza de regidor primero de la misma ciudad, que se confirió al entónces príncipe de la Paz en 1807; y otras *Poesías* que por encargo de la misma ciudad compuso en el paso por Cervera de SS. MM. D. Fernando VII y doña María Josefa Amalia en Abril de 1828, que forman parte de la coleccion impresa en la misma ciudad, y en la cual cooperaron otros ingenios, entre otros el de mi malogrado amigo Dr. D. Pablo Alcover. En el archivo de la Real Corona de Aragon se halla manuscrito un dictámen que le pidió la Junta provincial de Cataluña durante la guerra gloriosa de la Independencia, desde 1808 á 1812, *sobre el modo de salvar la Nacion*. El Padre Rius profesaba una tierna y ardiente devocion á la Santísima Vírgen, que le impulsó á escribir la *Historia de la Vírgen de la Misericordia*, célebre y prodigiosa imágen que se venera en su santuario de la ciudad de Reus. Este opúsculo lleva el título de *Arbol del Paraíso*. Ya en 1795 predicó y publicó una *Oracion fúnebre de D. Ramon Foguet, arcediano de Vilaseca, dignidad de la Santa Metropolitana Iglesia de Tarragona.—Contestacion al escrito que el Dr. D. José Vidal, Canónigo penitenciario de Lérida, dirige á todos los eclesiásticos de Cataluña sobre el juramento de fidelidad prestado á Bonaparte*; Solsona, por Segismundo Bon y Baranera, año 1812.—*Relacion de las solemnes exequias que la comunidad de PP. Franciscanos del convento de S. Bartolomé de la villa de Bellpuig celebró en alivio del alma de su difunto protector el Excmo. Sr. D. Vicente Joaquin Osorio de Moscoso, Volch de Cardona, Anglesola y Requesens, Marqués de Astorga, Conde de Altamira, Duque de Sesa, Príncipe de Aracena, Señor de las Baronías de Bellpuig, Liriola, etc., en el dia 15 de Enero de 1817 con la oracion fúnebre;* Lérida, por Buenaventura Corominas.—*La arbitrariedad ó injusticia del odio de los filósofos de España á los institutos regulares, manifestadas al más justo y grande de los monarcas, el Sr. D. Fernando VII;* Manresa, por Abadal, año 1813. A más de estos y otros opúsculos piadosos, como devocionarios, novenarios, etc., escribió dos obras de alguna mayor importancia, en bello y elegante latin, que son: *De vera religione*; un tomo en 8.°; Barcelona, por José Torner, 1824; y *Tractatus de philosophia morali, sive de octo libris ethicorum*. La memoria del P. Rius no vivirá tan brillante en sus escritos como

la de otros talentos, tal vez ménos vastos y perspicaces que el suyo, que procuraron inmortalizarse en sus producciones. Vivió entre sus contemporáneos como una notable celebridad; pero lo más rico, lo más precioso y profundo de sus conceptos, si bien arrebató á cuantos tuvieron la dicha de escucharle en la cátedra y en el púlpito y aprovecharse de sus lecciones, quedó, como la fugaz palabra del hombre, perdido para la posteridad.—J. R. y C.

RIUS (P. José de la Madre de Dios), rector de las Escuelas Pias de Mataró. Está contenido en las *Memorias*: en 1837 se publicó en Barcelona, imprenta de Bergnes, obra de este mismo sugeto: *Manifestacion presentada á las Córtes y á S. M. la Reina Gobernadora, del modo con que podrian servirse del instituto de las Escuelas Pias para extender por el reino la enseñanza gratuita de las letras.* Pruébase en ella que dicho instituto regular es útil á todo estado bajo cualquier forma constituido, por las ventajas literarias, económicas, morales que trae consigo. Tiene tambien: *Opera española;* un tomo en 8.°, imprenta de Verdaguer, en Barcelona, 1841. Consta de tres partes: 1.ª *Traduccion en verso castellano de la ópera original: pone de manifiesto cuán bien se presta la lengua castellana para el melodrama.*—2.ª *Juicio de esta ópera.*—3.ª *Discurso sobre la conveniencia y necesidad que tenemos de ópera nacional, y se prueban por principios de ortología y prosodia las eminentes cualidades de la lengua castellana para la música y canto.*—A.

RIUS (P. Pablo), jesuita. Nació en Barcelona á 19 de Enero de 1713; admitiósele en la Compañía en 29 de Setiembre de 1728. Despues de haber enseñado filosofía en Urgel, pasó ocupado el resto de su vida, á excepcion de un corto intervalo, que fué rector de la casa de S. Guillermo, en las misiones del campo, de cuyo ministerio fué llamado y conducido á Italia. Permaneció en Ferrara, en donde murió el año 1790. Habia publicado en España un volúmen: *Voz del desengaño.*—A.

RIUTORD (Rafael), religioso mínimo, natural de la villa de Sinen, sugeto á quien el tribunal del Santo Oficio encargaba la censura de las obras que habian de publicarse. Fué tres veces provincial de su religion, y murió en el convento de Palma el dia 24 de Junio de 1703. Dejó manuscritas las obras siguientes, cuyos originales se conservaban en el archivo de S. Francisco de Paula de esta ciudad: 1. *Catholicorum certamen, seu liber apologeticus in quo christiana religio propugnatur et judaismus confunditur testimoniis Veteris Testamenti.* En este libro trata con exquisita erudicion: 1.° *De vocatione gentium et reprobatione judæorum.*—2.° *Quod nequit expectari carnalis et temporalis congregatio israetitarum tribuum.*—3.° *Repellitur judæorum error de eorum reductione per Messiam in terram promissionis.*—4.° *Ostenditur trinitatem personarum non esse contrariam in Deo ejus simplicitate nec doc-*

trinis Veteris Testamenti.—5.° *Messias est verus Deus.*—6.° *De duratione legis Mosaicæ.*—7.° *Lex christiana non destruit secundum et tertium præceptum decalogi.*—8.° *Flós y fruits de la santa meditació y oració mental, y desenganys de arrobos falsos, visions y locucions interiors.* Escribió este libro en 1686.—J. B. de R.

RIVADENEIRA (Gaspar), de la Compañía de Jesus. Fué natural de Toledo, en cuya ciudad tomó la sotana de la religion fundada por S. Ignacio de Loyola, siguiendo su carrera en los estudios de la Compañía, y llegando á obtener el grado de doctor en sagrada teología. Pasó luego á la ciudad de Alcalá de Henares, en cuya universidad explicó la antecedente ciencia. No constan más pormenores acerca de él. Floreció á mediados del siglo XVII, dejando escritas y publicadas las siguientes obras: *De prædestinatione;* un tomo en 4.°, año 1652.—*De voluntate Dei tractatum;* 1655, un tomo en 4.° *De scientia Dei;* 1653, en 4.°—*De actibus humanis in genere;* 1655. Todas estas obras se imprimieron en Alcalá de Henares.—M. B.

RIVALDUS (Juan). Este religioso de la órden de S. Agustin, segun unos, ó de S. Francisco, como quieren otros, fué de nacion inglesa y que vivia en 1330: ha sido confundido por algunos autores con Juan de Muscat. Fué sabio teólogo y doctor de la universidad de Oxford. Tambien fué poeta é historiador, segun aparece en los comentarios que hizo de muchos autores antiguos y modernos. Compuso muchas obras, segun Pitseus, en sus *Ilustres Escritores ingleses;* pero las principales fueron las siguientes: *Super Psalterium.*—*Super Cantica.*—*In Evangelium Sancti Joannis.*—*In epistola Pauli.*—*In Augustinum de Civitate Dei.*—*In Mithog. Fulgentii.*—*In Lectura Scripturarum.*—*Sermones per annum.*—*Quæstiones ordinariæ.*—*In Valerium ad Rufinum.*—*De uxore non ducendo.*—*In Metamorphoseos Ovidii.*—A. C.

RIVALIA (Fr. Mauricio), religioso dominico, natural de un lugar llamado asi en la diócesis de Livonia. Parece hizo su profesion en Colonia hácia el año 1268, y desde luego manifestó los talentos y virtudes de que se hallaba adornado, pues era muy asiduo en la oracion, muy obediente á sus superiores, procurando adivinar en todo su voluntad, de manera que ántes de que le mandasen una cosa pudiera ya manifestarles que la habia hecho, muy humilde, siendo un verdadero ejemplo en este punto, pues procuraba hacerse inferior áun á los mismos legos, á los que miraba más útiles para todo que su misma persona, y estas y otras cualidades que le adornaron durante toda su vida le hicieron amar y respetar de iguales y superiores, que veian en él un modelo de buenos religiosos, y como tal le proponian á todas las que habitaba; distinguíase además Rivalia por sus grandes adelantos en los estudios, llegando en esto á tal extremo, que no solo aventajó á todos sus compañeros, sino que sus mismos maestros no tardaron en hacerle un

lugar para colocarle á su lado, desempeñando ya una cátedra poco despues de su profesion. Marchó á París hácia 1270, segun unos, á perfeccionar sus estudios de teología, pero segun otros autores, á explicar esta facultad, lo cual, aunque nos parece un poco dudoso, no nos atreveremos á asegurarlo, puesto que Fr. Mauricio pasaba ya por un varon docto en su Orden cuando tomó el hábito; mas puede suceder muy bien lo fuese en otras ciencias y no en la que nos ocupa, que como ajena á los estudios del siglo, no la habia estudiado y por eso fué á París, que pasaba entónces por una de las ciudades en que se enseñaba mas profundamente esta facultad desde muy antiguo; en efecto, venia la universidad de París adquiriendo una celebridad que solo la ha abandonado en estos últimos tiempos, y que en nuestra época no tiene nada con que compararse, pues hoy que tanto abundan los centros literarios y en que la enseñanza se halla tan extendida, nos admira la grande importancia que se daba en aquellos siglos á unos establecimientos como los de Salamanca, París, Oxford y otros donde acudian estudiantes de todas partes de Europa por falta de medios para estudiar en sus propias ciudades, y con frecuencia en sus naciones por grandes y poderosas que fuesen. Sin duda á su universidad debe tambien París una parte de su grandeza y fama en los siglos medios, pues sin ella hubiera ocupado un lugar muy secundario en la historia de Francia, puesto que ni áun los mismos reyes habian fijado allí de una manera definitiva su corte. Pero tiempo debió permanecer Rivalia en esta capital, pues inmediatamente despues del año en que se dice marchó á ella, le encontramos de nuevo en su patria dedicado á la enseñanza con el título de lector, que sin duda lo fué á tomar á París en alguno de los capítulos que celebrase su Orden, y luego le hallamos elegido prior del convento en que habia tomado el hábito. Desempeñó ambos cargos con grande acierto y celo, mereciendo siempre los elogios de sus compañeros y la amistad de sus superiores, que tenian fija la vista en él para mayores destinos. Merecíalos en efecto por su vasta capacidad y buenas cualidades, de que habia dado muestra en su carrera, y así cuando en 1272 se reunió el capítulo de su Orden en Viena de Austria, fué nombrado definidor de la provincia de Skemingia, cargo que desempeñó durante dos años, brillando en él como en todos los que su Orden le concedia. En esta provincia, donde se hallaba aún poco extendido el cristianismo, trabajó mucho en la conversion de los infieles haciendolo con los mejores resultados y se asegura que á su regreso trajo consigo á un jóven llamado Sigurico, hijo del rey de aquel país, que deseó tomar el hábito de la Orden, y vivir en ella como hermano converso. Ignóranse las últimas circunstancias de la vida del P. Rivalia, debiendo haber muerto á poco de su vuelta á su patria, pues ya no se vuelve á mencionar más en los ana-

les de la órden de Sto. Domingo. Parece dejó cinco epístolas dirigidas á diferentes personas de su Orden, y las que suponemos no traten de asuntos de grande importancia, pues ni siquiera lo indica Echard al mencionar los sujetos á quienes iban dirigidas. De ellas se infiere tambien que este Padre, más bien que *Rivalia* se llamaba *Reevalia ó Seevalia*, pues de ambos modos se firma, y tambien de ambos le hallamos citado en diferentes autores, mas Echard ha caido en un error en que no hemos podido ménos de seguirle, inducidos por la semejanza del nombre, no pudiendo por otra parte entrar en los detalles geográficos, un tanto difusos, que da acerca de este autor y su patria, pues no nos parece tan grande la importancia que ha obtenido por sus desconocidos escritos, que merezca que nos detengamos á largas explicaciones sobre una cuestion secundaria, cual es para nosotros la que ahora nos ocupa, aunque no le pareciera así al ilustrado bibliógrafo de los Dominicos. —S. B.

RIVALIO (Fr. Vicente), del órden de Predicadores. Fué natural de la Lombardía, y tomó el hábito de Sto. Domingo en la ciudad de Bolonia, distinguiéndose notablemente por su aficion al estudio y sus progresos en las ciencias, en las universidades de la mencionada ciudad de Bolonia y en le de Cremona, desempeñando, despues que terminó los estudios, el cargo de lector de artes y teología en varios conventos de la Orden. Mereció ser condecorado con el lauro académico del magisterio, cuya honrosa distincion le fué solemnemente conferida en un capítulo general, celebrado en Roma el año 1650. Fué nombrado por la suprema autoridad apostólica inquisidor de la fe contra la herética pravedad, cargo que desempeñó en Bérgamo el año 1652, en Brescia en 1664 y en Plasencia hasta el fin de sus dias, cuya fecha no consta. Dejó escritas las siguientes obras, que se conservaban en Bolonia y que no llegaron á imprimirse: *Catalogus illustrium virorum provinciæ Lombardiæ jussu magistro ordinis Fr. Thomæ Furci, confectus et ordine alphabetico scriptus.* Este importante libro no está completo, puesto que solo llega hasta la letra T. *Dictata olim philosophica de hominum analogiæ de trascendentibus, de principio individuationis.* —M. B.

RIVALTA (Fr. Jordan de), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Milan, y vivió á principios del siglo XIV. Tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de la ciudad de Pisa, en el cual se hizo distinguido por su facundia y elegancia en la exposicion de la sagrada doctrina. Escribió un libro de *Sermones* á varios asuntos, que por muchos años se conservó manuscrito en el convento citado de Pisa, donde falleció por el año 1311. —M. B.

RIVAROLA (Agustin). Nació este príncipe de la Iglesia católica apostólica romana en la ciudad de Génova, el dia 14 de Marzo de 1758. Fueron

sus padres el marques Negrone y Mariana, de la nobilísima estirpe de Cambiasi, descendiente del cardenal Patricio genovés Domingo Rivarola. Mandado por sus padres á Roma para que recibiese la instruccion en el celebrado colegio Clementino, pasó en él algunos años haciendo sus primeros estudios. Salió de él y se aplicó con asiduidad al estudio de la jurisprudencia civil y canónica, ejercitándose en los estudios de diversos auditores de la Rota y otros jurisconsultos, ya como discípulo, ya en calidad de pasante ó ayudante. El pontífice Pio VI, que llegó á cobrarle especial cariño, le nombró su camarero secretario supernumerario, y admitiéndole á la prelatura en 1793, le nombró gobernador de S. Severino, desde donde no solo tuvo que volverse á su país cuando en 1797 ocuparon la Marca los republicanos franceses, sino que tambien fué desterrado de Génova por órden del Directorio francés. Completaron los franceses su invasion de todo el estado pontificio, y en 20 de Febrero de 1798 destronaron al pontífice Pio VI conduciéndole prisionero, primero á Siena, y despues á Florencia. En la obra que publicó Baldassari titulada: *Relacion de los padecimientos de Pio VI*, se dice que en 27 de Marzo de 1799, de órden del Directorio al capitan Mongen, fué llevado el Papa á Parma, bajo la responsabilidad del duque de este estado. Empero vencidos los franceses por los austriacos en el Adige el 26 de Marzo por el general Kray, en Verona el 30, y completamente el 5 de Abril por el mismo Kray en la isla de la Scala, el general francés Scherer se vió obligado á retroceder con su disperso ejército al Mincio, de aquí al Oglio, y por último al Adda; y en su consecuencia se ordenó precipitadamente al capitan Mongen el dia 10 de Abril, trasportase á Pio VI á Turin, á pesar de la grande enfermedad que padecia el Papa, sin que los parmesanos hiciesen nada para evitarlo, razon por la que el jesuita P. Pignatelli reconvino sériamente al Duque. Como hemos ya dicho en la biografía de Pio VI, este Papa sufrió mil incomodidades y malos tratos de sus conductores por los pueblos, que salian á venerarle á los caminos por donde pasaba, hasta que llegó á Valencia del Delfinado en cuya ciudadela murió aquel sufrido y virtuosísimo sucesor de S. Pedro. En el mes de Diciembre de 1799 se reunió en la ciudad de Venecia el cónclave para nombrar sucesor á aquella víctima de la impiedad francesa, y el prelado Rivarola se dirigió á aquel punto, en el que hizo cual protonotario apostólico el servicio de guarda de la rueda ó sea de los tornos. Elegido papa Pio VII, en 1800, en aquel cónclave, envió á Rivarola por primer legado apostólico á Perugia y allí estableció un manicomio é hizo tantos beneficios, que se dió su nombre á una de las plazas de esta ciudad. Al terminar el año 1802, fué trasladado Rivarola á la legacion de Macerata, nombrado presidente general de la Marca. A pesar de lo difícil y crítico de aquellas circunstancias,

su integridad, justificacion, invencible firmeza de ánimo, inteligencia y celo, le hicieron salir airoso de ambos cargos, y su nombre se recuerda con gloria en aquel país. Ocupando los imperiales franceses la Marca en 1808, que reunieran en 1.° de Abril al reino nuevo de Italia, en Mayo se arrestó al prelado en Macerata, y encerrado en la fortaleza de Pésaro, de la que á los seis meses fué conducido con escolta á Rimini, en cuya ciudad permaneció muy vigilado diez y ocho meses, al fin de los cuales volvió á Génova. Apénas supo en 1814 que habia terminado la esclavitud de Pio VII, y que volvia á Roma á ocupar su silla á fin de Marzo, voló á Plasencia, en donde prestó al Papa su respetuoso homenaje, y poniéndose á su disposicion, le siguió á Cesena su patria. Nombróle allí Pio VII su delegado apostólico para que fuese á tomar posesion de Roma en su nombre, y se encargase de las riendas del gobierno, declarándole presidente de la comision de estado hasta su ingreso en aquella capital. Inmediatamente partió para Roma el enérgico prelado, y llegando á ella el 10 de Mayo, declaró terminado el gobierno provisional de los napolitanos, y al siguiente dia recibió de ellos la ciudad, dió disposiciones gubernativas, é hizo izar en el castillo de St. Angelo el pabellon pontificio y la bandera de la Iglesia romana. Despues de esto anunció á los romanos su mision y la proxima llegada de Pio VII á Roma, y en seguida lo dispuso todo para que la entrada del Papa en la ciudad eterna fuese magnífica y cual convenia á la capital del orbe católico, que despues de tantas persecuciones y trabajos, volvia á recibir en su seno al vicario de Dios en la tierra, y á su señor y soberano natural. La precaria invasion de Murat, rey de Nápoles, en la Marca, y sus amenazas, obligaron á Pio VII á ausentarse de Roma el 22 de Marzo, no volviendo á ella hasta el 7 de Junio, y durante esta forzada ausencia dejó el Papa para el gobierno de Roma y de las provincias una junta de estado, de la que nombró á Rivarola secretario con voto decisivo. Deseando el Papa tener á su lado á Rivarola, vacando el cargo de mayordomo mayor de Palacio, le dió este empleo el 8 de Marzo de 1816. Premió el Papa los servicios de este eminente prelado, por último, en 1.° de Abril de 1817, creandole cardenal diácono de Sta. Agueda en Saburna. Intervino en 1823 en el cónclave, en que por muerte de Pio VII se eligió papa á Leon XII, el cual, conocedor de su mérito, le nombró legado *à latere* de la ciudad y provincia de Rávena con tales poderes y facultades que fueron llamadas leoninas, por lo difícil de aquella época, que necesitaba un purpurado activo y enérgico por excelencia. El gobierno de Rivarola en Rávena ha dejado gratos recuerdos por los muchos beneficios que hizo y por la energía con que llevó á cabo sus disposiciones, debiéndole tambien su academia su renacimiento é incremento. Entre las muchas obras benéficas que hizo este Cardenal en Rávena, fué una la calle directa al puerto, por

tierra por una via más corta y mejor que la antigua; hizo construir un lavadero público cubierto, para las pobres lavanderas, que lavaban ántes en el rio ó en las charcas y arroyos al aire libre y expuestas á los rigores de las estaciones, y de consiguiente á las enfermedades. Muriendo en Marzo de 1826 el cardenal S. Severino, legado de Forli, le confió interinamente el Papa este gobierno, transfiriéndole en el mismo año á la diaconía de la iglesia de los Mártires, que el cardenal benefició. El valor y la intrepidez de este purpurado, resplandecieron en los tristes acontecimientos de Rávena. Dice el analista Copps, que deseando Leon XII atajar los progresos de los carbonarios en las legaciones, y evitar las víctimas que se sacrificaban por venganzas políticas, que eran ya más de treinta las que por esta causa habian sucumbido, mandó á Rávena al Cardenal con ámplias facultades y jurisdiccion sobre las cuatro legaciones, y sobre las provincias de Urbino y Pésaro. Le dió la autoridad de poder establecer una comision consultiva para juzgar las causas, y especialmente las de policía. Empezó el Cardenal por publicar rigorosísimos bandos para prevenir los delitos, aprisionó muchas personas de todas clases, y oido el parecer de cuatro jueces que nombró, juzgó en 1825, con una sola sentencia, quinientos catorce comprometidos en los disturbios, condenando á muerte siete de los principales; pero á ninguno quitó la vida, pues que agració á unos completamente, y disminuyó la pena á los demás, señalando pensiones á las familias de los que echó á presidio, diciendo, que si cual juez debia ser rigoroso, como presidente y cardenal tenia sumo gusto en practicar la clemencia. A pesar de esto, no dejó de granjearse enemigos. En Forli trató de asesinarle un jóven; en Rávena se reunieron cinco sugetos de la clase del pueblo para matarle, y uno de ellos le disparó un pistoletazo al coche, hiriendo al canónigo que le acompañaba. Al saber esto el papa Leon XII, expidió á las legaciones una comision especial, presidida por Monseñor Invenici, para castigar tan enormes atentados, y despues de haber recibido el Cardenal señales públicas y ostensibles de la indignacion general, partió para Génova. En los números 41 y 42 del *Diario de Roma* de 1828, se dice: que por el enorme atentado expresado, fueron ahorcados cinco individuos, á los que se condenó á este suplicio como principales autores de él. Luego que llegó á Roma el Cardenal, y ántes de ponerse en ejecucion la sentencia, escribió sucesivamente dos cartas razonadas al Papa, pidiéndole el perdon de los reos, con las más fuertes razones de caridad evangélica y de prudente política, manifestándole el buen efecto que produciria tal acto de clemencia en favor de la Santa Sede y de la religion. Alabó Leon XII la accion y buen corazon del generoso Cardenal, pero quiso que la justicia siguiese su curso *ad terrorem*, para prevenir otros delitos. Le hizo el Papa prefecto delas aguas y de las lagunas Pontinas. Despues

asistió á los cónclaves para las elecciones de los papas Pio VIII y Gregorio XVI. Gran amigo del Cardenal este último Papa, le confió empresas árduas, de las que salió con brillante éxito, tales como el memorable trasforo del monte Castillo, y las obras de Tívoli, y la magnífica reedificacion del suntuoso templo de la Porciúncula, á cuyos sitios fué el Pontífice á admirar los resultados, colmándole en público de elogios por su gusto, buena direccion y celeridad en la ejecucion. Hizo grabar una medalla monumental que recordase las obras de Tívoli, y tambien se recuerda la reedificacion de la Porciúncula, en otra medalla que mandó grabar á José Carbara, la cual describe Paolo Mario en el tomo III del *Saggiatore*. Llegando el Cardenal á prior del órden de diáconos, le declaró proprefecto de la Congregacion del Concilio, y prefecto de la de buen gobierno, en la que le encomendó el Papa la direccion suprema, la reedificacion del célebre templo de San Venancio en Camerino, y la edificacion de la majestuosa iglesia del Salvador en Terracina. Fué próvido, incansable, y celosísimo visitador apostólico de los hospitales de Perugia, de la Lucía de Narni, en donde recibió á Gregorio XVI en su viaje al santuario de Loreto, y de la Porciúncula; de S. Francisco de Asís de Todi y de la Consolacion en esta misma ciudad. Tambien fué protector eficaz de las órdenes de los Cassineses, Vallombrosanos, Agustinos, Capuchinos y de la Penitencia, de las Maestras pias, de tres monasterios, de cinco capítulos colegiados y catedrales, de cinco hermandades, entre ellas, la de S. Juan Bautista de los Genoveses, y de otros piadosos institutos; así como de las ciudades episcopales de Asís, Perugia, Recanati, Cincgoli, Agnni, Tívoli, Todi, Terni, Palestrina, Citta di Castello, Norcia, y de otros doce lugares. Muy apreciado por Cárlos Alberto, rey de Cerdeña, fué condecorado con el gran cordon y gran cruz de las órdenes de S. Mauricio y de S. Lázaro. De habla dulce y de agradable conversacion, fué naturalmente inclinado á cosas grandes, noblemente generoso, caritativo hasta el punto de merecer le llamasen el padre de los pobres, el refugio de las viudas y de los huérfanos, y áun el bienhechor de los presos. Tuvo singular devocion á la Vírgen Santísima de los Dolores, á la que llamaba su querida madre, cuya imágen hizo grabar en lámina por un buen artista. Fué propagador de la Medalla milagrosa. En los dos últimos años de su vida, los achaques de la edad vinieron á alterar su salud, que se empeoró en los cuatro meses últimos con una afeccion asmática, y como se agravase hasta el punto de no poder salir de casa, el pontífice Gregorio XVI le visitó con el mayor cariño en la celda, en que vivia modestamente, en el convento de Servitas de S. Marcelo, lo que reanimó mucho al Cardenal, viéndose tan honrado del Santo Padre. Despues de haber soportado con paciencia y resignacion la larga y penosa enfermedad que le aque-

jaba, se agravó hasta el punto de que se creyó necesario asistirle con los recursos espirituales de la Iglesia, y habiendo recibido los sacramentos de la Eucaristía y de la extremauncion, dió su alma á Dios en Roma el dia 7 de Noviembre de 1842, con la mayor tranquilidad y serenidad en su semblante. Celebráronse sus exequias en la contigua iglesia de S. Marcelo, á la que dejó un buen legado, y celebró en ellas de pontifical el cardenal Barberini, quedando sepultado en el modesto mausoleo que se habia preparado en vida con la humilde inscripcion: *Devotos de la Iglesia purgante, rogad por el alma de*, etc., ante el altar de la Vírgen, á la que consideró siempre como madre y protectora. Monseñor Escipion Perilli, su digno secretario, publicó su necrologia en el suplemento 25 del *Diario de Roma* de 1842. En la catedral de Tívoli se celebraron tambien solemnes exequias, con elogio fúnebre, que pronunció el canónigo Juan Potini, que se publicó varias veces la última en 1844 en Foligno. Hiciéronsele tambien solemnes exequias en el santuario de Sta. María de los Angeles de la Porciúncula, durante tres dias; en Camerino, por el cabildo de S. Venancio; en la iglesia de Sta. Anunciata, con música y elogio, por el canónigo Lorenzo Carsidoni, segun se dice en el número 6 del *Diario de Roma* de 1843. Y por último, en el núm. 3 de las *Noticias* de 1843, se dice que la ciudad de Bertinoro, con intervencion del obispo y de la magistratura, prestó tributo en su catedral á la memoria de su Cardenal protector, al que tambien rindieron fúnebre homenaje muchos pueblos y congregaciones religiosas, lo que prueba que fué generalmente amado, y quien despues de la muerte recibe voluntarios honores de esta clase, no pudo ménos de ser bueno para quienes tanto sentimiento manifiestan á su muerte, época en que nada puede ya esperarse del obsequiado.—B. C.

RIVAROLA (Domingo). Fué este Cardenal patricio genovés. Habiendo seguido la carrera de la Iglesia, se hizo sacerdote, y obtuvo una canongía, áun siendo muy jóven, en la metropolitana de Génova. Habiendo tenido algunas diferencias con Horacio Espínola, arzobispo de Génova, que era bastante severo, renunció el canonicato, y se fué á Roma, en donde por la eficaz mediacion del embajador de Francia, entró en la corte del cardenal Borghuese, sobrino de Paulo V, que aunque le recibió á disgusto, no tuvo jamás motivo de quejarse de él. Tuvo necesidad el Cardenal de que uno de sus familiares tratase con el Papa, y al efecto fué escogido Rivarola como aquel que no querido de su señor, y por consecuencia en desgracia de toda su corte, pudiese atraerse el encono del Pontífice; pero se llevaron chasco sus enemigos, pues que sucedió todo lo contrario. Admitido á la audiencia pontificia, como Rivarola uniese á su facundia y elocuencia una rara modestia y alegre aspecto, Paulo V no supo negarle lo que con tanta gracia le

habia pedido, lo cual aumentó el encono que le tenia la corte del cardenal. Introducido con el Papa el cardenal Touti, hablóle éste de Rivarola diciéndole, que le reputaba digno de ser empleado en tratar con los príncipes, porque habia visto lo bien que sabia exponer sus sentimientos y pretensiones, no solo con su graciosa habla, sino tambien con la elegancia y majestad de su persona. Este fué el punto de partida de la fortuna de Rivarola, porque el cardenal Borghuese empezó á mirarle bien, y á distinguirle de los demás familiares. Vacando en 1608 el obispado de Aleria, en Córcega, habiendo tomado celos de él el cardenal Touti, á fin de alejarle de Roma, le propuso á Paulo V para ocupar la vacante, manifestando deseos de favorecerle. Penetró el Papa los designios del cardenal, lo que algunos dicen que fué el principio de su desgracia, y á fin de castigarle por sus malas artes, ordenó á Rivarola aceptase aquella iglesia; pero á pesar de haberse dado la órden de que todos los obispos, inclusos los de la corte de su sobrino, fuesen á sus diócesis, mandó á Rivarola que se quedase en Roma á título de auditor pontificio. En 1609 el Papa ordenó que Rivarola renunciase el obispado, y le promovió al arzobispado de Nazaret, en el reino de Nápoles, que no exigia residencia. Ya en esta dignidad le mandó de nuncio extraordinario á Enrique IV, rey Francia, que amenazaba invadir la Italia, á fin de que le suplicase no turbase la paz con una guerra importuna. Aun cuando Rivarola supo en el camino la muerte del Rey, continuó su viaje á París, para donde solo le faltaba hacer una jornada. Al llegar á esta capital encontró gravemente enfermo al nuncio Ubaldini, cuyas veces hizo, no sin increibles trabajos, por las turbulencias que agitaban la ciudad, desempeñando la nunciatura tan á satisfaccion del Papa, que á pesar de que no cesaba de encomendarle la prudencia, la sagaz industria que tanto se necesitaba á la sazon usar con Francia, el Pontífice no se daba por sentido, sino que se conformaba con sus consejos y aprobaba sus disposiciones. Al volver á Roma, se encendió á poco una terrible discordia entre Rieti y Cantalice, castillo de los límites del reino de Nápoles, y como el Pontífice desease evitar los grandes desórdenes que causaba esta disidencia, mandó á Rivarola para que viese de conjurar aquella tempestad. En cuanto llegó Rivarola á Rieti, mandó que se abriesen las puertas de la ciudad que se habian cerrado, y que ambos partidos se devolviesen los prisioneros que se habian hecho. La sagacidad y talento de Rivarola se condujo con tanto acierto en esta ocasion, que en muy pocos dias restableció la paz entre ambos partidos, dejándoles contentos de su proceder, pues que ambos quedaron con la dignidad que deseaban despues de tan cruda lucha. Todos se admiraron en Roma al ver volver tan pronto y triunfante á Rivarola, que quedó acreditado del negociador más hábil para poner en paz á los pueblos y á las

personas, y deseando el pontífice Paulo V premiar este y sus anteriores importantes servicios, en 17 de Agosto de 1611 le creó cardenal preste de San Martin de los Montes y legado de Romaña, á la que libró en unos cuantos meses de los ladrones y asesinos que la tenian aterrorizada; este servicio le confirmó por dos veces en la misma legacion, y Paulo V en un consistorio le colmó de alabanzas. Muerto Paulo V, intervino en el cónclave para la eleccion de Gregorio XV, cuyo Papa en 1622 le hizo protector de la órden Camaldulense. Se empeñó tanto en la eleccion de Urbano VIII, que con su crédito la logró en el consistorio. Fué á visitar su país en 1627, y volviendo á Roma, murió en esta ciudad á los catorce dias de su llegada en el mismo año expresado, á la edad de cincuenta y dos años, lleno de gloria, y muy sentido de la corte y del pueblo romano. Hiciéronsele las exequias en la iglesia de Sta. María de Roma, de la que se trasladó su cuerpo á la de Sta. María de la Victoria. En Rávena existe una bella y pública inscripcion en alabanza de este Cardenal, recordando cuantos beneficios hizo durante su gobierno. Todos los escritores de la época de Rivarola alaban su talento y su disposicion como hombre de estado y de gobierno, así fué que su voto se respetaba en el colegio de cardenales y en las congregaciones á que pertenecia, y pocos eran los que se separaban de él, porque le consideraban el más acertado. Sus escritos en los asuntos que informaba ó exponia, eran piezas de mérito, segun su auditor Teodoro Amidenio, y otros escritores de la época.—C.

RIVANTELLA (Antonio). Nació este distinguido arqueólogo y bibliógrafo en el Piamonte el año 1708. Hechos sus estudios y sintiéndose con disposiciones para consagrar su vida á Dios en el claustro, abrazó la carrera religiosa tomando el hábito de S. Ignacio, glorioso español fundador de la Compañía de Jesus. No permitiéndole lo delicado de su salud seguir la carrera de la enseñanza, á que se le dedicó, se volvió al mundo y se le confirió en 1735 una plaza de conservador en la Real biblioteca de Turin. Apasionado al estudio de las antigüedades, se asoció á Juan Pablo Ricolvi, uno de sus condiscípulos y profesor de bellas letras á la sazon, para publicar la *Descripcion de las inscripciones antiguas de la coleccion de la Universidad de Turin*, y el buen éxito que obtuvo esta obra le dió la idea de extender el plan primitivo. A este fin resolvieron ambos amigos visitar sucesivamente todos los puntos del Piamonte que pudiera convenirles, para recoger las inscripciones esparcidas en sus poblaciones, las cuales se prometieron publicar con el título de *Marmora Subalpina*. Durante su visita se les dió noticia de los preciosos restos antiguos, que se habian descubierto en Monteú (Mons Acutus), poblacion cercana á Verne, á diez y seis millas de Turin, y marcharon á este punto en el otoño de 1743. Volvieron á este lugar el año

siguiente para continuar las excavaciones, y por una porcion de inscripciones llegaron á convencerse de que Monteú se encuentra sobre las ruinas de *Industria*, colonia romana citada dos veces por Plinio el antiguo, cuya ciudad ponian sus comentadores y otros varones ilustres sobre Casal, capital de Montferrato. Una muerte prematura privó en 1748 á Rivatella de su colaborador Ricolvi, el cual legó á su amigo sus manuscritos y colecciones, de las que no pudo disfrutar aquel, porque buscando en su dolor una distraccion en el estudio, no pudo conseguirlo, y yéndole consumiendo aceleradamente la pena, se unió á su querido amigo en la tumba el dia 1.° de Diciembre de 1753, despues de haber sido nombrado conservador del Museo de la universidad en 1751. Se conservan de estos dos amigos anticuarios las siguientes obras, unas en italiano y otras en latin. *Marmora Taurinensia dissertationibus et notis illustrata*; Turin, 1743 y 1747, en 4.°, en dos volúmenes. Esta coleccion es muy estimada de los anticuarios, y de ella se hace un buen análisis en el *Acta eruditorum Lips.*, 1751 y 1759.—*El sitio de la antigua ciudad de Industria descubierto é ilustrado*; Leipsik, 1747, en 4.°, con cinco láminas. Este opúsculo fué recogido por Gori en el tomo I de su *Symbologia literaria.*—*Cartolario d'Oulx*; 1753, en 4.° Esta coleccion de las cartas y diplomas conservadas en la abadia de Oulx, es muy importante para la historia del valle de Susa y de sus cercanías en la edad media. Fué Rivantella con José Pasini y Francisco Berta, uno de los redactores de la noticia de los manuscritos de la biblioteca de la universidad de Turin, publicada con el título, *Codicis manuscripti Bibliothecæ regia Tauronensis athenæi per linguas digesti et binas in partes distributi;* Turin, 1749, en 4.° La primera parte contiene la descripcion de los manuscritos hebreos, que son ciento sesenta y nueve, y de los griegos, que son trescientos sesenta y nueve; la segunda parte de mil ciento ochenta y cuatro latinos, doscientos diez italianos y ciento setenta y dos franceses. Cada uno de los artículos estan ilustrados con eruditas notas, pero como dice M. Weis, es de sentir que no acompañe á esta coleccion la historia de la biblioteca.—C.

RIVE (Juan José). Segun Mr. Daunou en la biografía que escribe de este ilustrado eclesiástico en la *Biografía universal francesa* de Mr. Michaud, nació Rive en Apt de la Provenza en 19 de Enero de 1730; pero la noticia de las obras impresas y manuscritas de este eclesiástico, en París, pone su nacimiento el 19 de Mayo de 1730, y su muerte á 20 de Octubre de 1791. Hijo de un platero, abrazó muy jóven aún el estado eclesiástico, y despues de haber profesado la filosofía en el seminario de S. Cárlos de Aviñon, fué nombrado cura párroco de Molleges en la diócesis de Arlés. Acúsase á Rive de no haber llenado sus deberes pastorales de una manera edificante, achacándosele desórdenes y áun excesos, sospechándose que abandonó su cu-

rato ántes de 1767, época en que fué á Paris. Como se sabia tenia algunos conocimientos bibliográficos, fué patrocinado por el duque de La Vallière, el que, á fin del año de 1768, le confió el cuidado de su preciosa coleccion de libros, la cual enriqueció Rive durante los doce años que la tuvo á su cargo, al propio tiempo que aumentaba la suya propia con porcion de libros raros. Dotado de una memoria poco comun, y entregado con afan á curiosas investigaciones, adquirió una grande reputacion en bibliografía y en historia literaria. Para expresar este género de habilidad, inventó el nombre *Bibliognosto;* pero aún más que á los libros amaba la controversia, y así es que buscaba ocasiones de dar á conocer su ciencia por medio de amargas y picantes disputas con los literatos, que se ocupaban de esta clase de estudios. Cuando los sabios disputaban en casa de La Vallière sobre cuestiones oscuras de historia bibliográfica, les presentaba el abate Rive, que empezaba siempre por contradecirles á todos. Con este carácter singular se granjeó muchos enemigos, los que contribuyeron despues de la muerte del duque, que tuvo lugar en 1780, á los disgustos que experimentó. Deseaba Rive ardientemente se le encargase dirigir el catálago de la rica biblioteca de que hacia tanto tiempo era depositario, pero este trabajo necesitaba más método y precision que podia esperarse de él, porque su turbulenta y extravagante imaginacion desordenaba las más veces sus conocimientos. La duquesa de Chantillon, heredera de esta biblioteca, hizo mejor eleccion confiando á los Sres. Guillermo, Debure y Vaupraet la descripcion y publicacion de los libros raros y de los manuscritos; y el catálogo razonado que hicieron y publicaron en París, en tres volúmenes en 8.°, en 1783, es una de las mejores obras de bibliografía general. Otros seis volúmenes impresos en 1788, cuidadosamente dirigidos por el librero Nyon, contienen el catálogo de todos los otros libros que habia poseido La Vallière. Como nada en estos trabajos se encargó al abate Rive, se vengó por medio de críticas virulentas, y la mayor parte falsas, á las que contestaron Vaupraet y Debure, con tanta moderacion como verdad, en las advertencias y suplementos de su catálogo. La Vallière dejó á Rive un legado de seis mil francos, y como esto no fuese lo suficiente para que se contentase á vivir sin otros recursos, trató de buscar en qué ocuparse con ventajas; pero con su arrogancia é insociables costumbres se habia cerrado á sí propio todas las puertas con obstáculos casi invencibles. En este estado se hallaba en 1786, cuando en la noche del 18 de Agosto le dió un ataque de parálisis que le dejó imposibilitado para el trabajo. No teniendo despues graves consecuencias esta enfermedad, en este mismo año se le proporcionó una ocasion en que emplear cuantos conocimientos, talento y actividad le quedaban. El marqués Mejanes acababa de legar á los Estados de la Provenza una considerable bi-

blioteca. Acordándose los provenzanos del Bibliognosto, su compatriota, el arzobispo de Aix, Mr. Boisgelin, le propuso en nombre de aquellos aceptase el título de su bibliotecario. Entre las condiciones discutidas en muchas veces con este motivo, una sola fué plenamento ejecutada, la de que habia de dársele un sueldo anual de dos mil libras, suma que indica el mismo Rive en una de sus obras, y no la de tres mil que él habia pedido, ni la de mil cuatrocientas que parece se le habia prometido; pero reclamaba además una indemnizacion por haber cambiado de domicilio, y por la traslacion de su biblioteca particular, que por otra parte queria vender á los Estados, y reunir á la de Mejanes. Exigia que él solo habia de dirigir la biblioteca sin recibir órdenes de nadie, y elegir los que habian de ayudarle, á los que llamaba sus discípulos. Mal acogidas fueron estas proposiciones; se le concedia con gusto la direccion y formacion de los catálogos, pero como no tenia una salud perfecta, se queria tuviese un ayudante nombrado por la administracion. Comenzadas por escrito estas diferencias, se continuaron de viva voz, cuando en 1787 pasó de París á Aix, y aún duraban cuando estalló la revolucion de 1789. Declaróse Rive partidario de ella, no ya por afecto á las ideas políticas que proclamaba entónces, pues que las habia combatido en sus escritos, sino porque vió en ella ocasiones y medios de satisfacer sus resentimientos; por lo tanto solo llevó al partido á que se asoció su furor personal y sus vengativas pasiones. Empezó por declamar contra el arzobispo, al que apostrofó llamándole el mitróforo Boisgelin, contra muchos ciudadanos recomendables, y sobre todo contra el desgraciado abogado Pascalis, cuya muerte se le achaca, y áun cree su biógrafo Daunou que hubiese llegado á entregarse á más culpables excesos, si no hubiese sucumbido á un ataque apoplético en Marsella el año 1792. Interminable sería la lista de las producciones de Rive, si hubiésemos de citar todos sus manuscritos, lo que no haremos porque hay muchas cuya existencia se duda, y que solo se conocen por su dicho, máxime cuando dice su biógrafo, que era capaz de dar sus proyectos como cosas realizadas. Sea de esto lo que quiera, se supone que dejó veinte volúmenes en 8.° de *Glanures encyclopédiques*; un *Dictionaire sphalmatographique*, ó sea de los errores literarios; un *Dictionario de Trobadores*, en el que hace mencion de Crescimbeni, Quadrio, Foncemague, Vaissette, Saint-Pelaye, Millot y Papon; biblioteca francesa, italiana, comotográphica, sotádica ó pornográphica, pedagógica, etc.; una *Historia crítica de los libros*; *Memorias sobre el orígen de la Imprenta, la Taquigrafía, la Stenografía y la Caligrafía*; sobre *Miguel Servet y sus obras*; sobre el libro de los *Tres impostores, etc.*; un *Cuadro sinóptico de todos los catálogos de Guillermo Debure, etc. etc.* El abate Rive imprimió las obras siguientes: en 1770, *Cartas filosóficas contra el sistema*

de la naturaleza, en la obra titulada: *Portefeuille hebdomadaire;* en 8.°— En 1773, un *Eloge á l'allemande* del prefacio del abate Maury sobre los sermones de Bossuet, en 8.°—En 1779, una *Noticia sobre la guirnalda de Julia*; en Paris, en 4.°—En el mismo año y en la propia forma, una *Noticia sobre la vida y las poesías de Guillermo de Machau*, la cual se reimprimió en el tomo III del *Ensayo sobre la música*, de La Borde.—En 1779, *Cartas sobre la fórmula «por la gracia de Dios;»* Paris, en 4.° En el mismo año, las nueve primeras hojas de las *Aclaraciones sobre las Córtes de Amor*, en 4.°, y *Noticias sobre el romance de Artus y sobre el de Parthenay*, en 8.°— En 1780, *Aclaraciones sobre las cartas de juego*; París, en 12.°, que segun Daunau, es el mejor ensayo de Rive, áun cuando el sistema que sostiene no es admisible. Bonillet habia atribuido la invencion de los naipes á los franceses, y Heinecken á los alemanes, y Rive los concede á los españoles, que segun dice, hacian ya uso de ellos en 1330, opinion que ha combatido Dupuy en el *Diario de los Sabios* de Agosto de 1780. En este mismo año el abate Rive insertó en el *Diario de París* una *Oda sobre el nacimiento del Mesías*. Celebró en 1781 la abolicion de la esclavitud en una oda impresa en Bruselas y Paris, en 8.° En 1782 publicó en fólio veinte cuadros de copias de las miniaturas pintadas en los manuscritos, á las que debian acompañar las explicaciones, de las que solo publicó el prospecto en 12.° Además imprimió las obras siguientes: *Noticia sobre el tratado manuscrito de Galeoto Martio*, «*De excellentibus.*» París, 1785, en 8.°, opúsculo al que debian seguir otros del mismo género, razon por la que se le dió el título de *Noticias caligráficas.*—*Historia crítica de la pirámide de C. Cestius, con una disertacion sobre el sacerdocio de los Septemviros Epulones;* Paris, 1787, un volúmen en fólio con siete láminas, destinado á formar el tomo III de las pinturas de Sarate-Bartoli.—*La Chasse aux bibliographes et antiquaires mal advisés.*; Lóndres, Aix, 1788 y 1789, dos volúmenes en 8.°, de los que el segundo solo contiene el prefacio, las erratas, y la tabla muy detallada del primero: anúnciase el autor como un discípulo de Rive, pero es muy fácil conocer es él mismo en el tono cínico de su crítica y en lo extravagante é incorrecto de su lenguaje, y especialmente en lo grosero de las injurias que vomita contra Lelong, Maugerard, Debure, autor de la bibliografía instructiva, Mercier de Saint-Leger, Guillermo, Francisco Debure y Mr. Vaupraet, redactores del catálogo de La Vallière. No es difícil encontrar, dice Daunau, por casualidad, en medio de este monton confuso de minutas é invectivas algunas particularidades curiosas, pero es comprar á mucha costa las pequeñas partículas de instruccion que se pueden hallar.—*Cartas violentas y negras* (contra los Sres. Boisgelin y Bausset); 1789, en 8.°— *Cartas purpúreas* (contra los administradores de la Provenza); 1689, en 8.°—

Cumplimiento de una profecía hecha en 1728 (sobre la destruccion de los parlamentos), en 8.°—*Cartas verdaderamente filosóficas del obispo de Clermont*; Nomopolis (Aix) 1790, en 8.°—*Carta á Camilo Desmoulins*; id. id.—*La liga monacal antieleemosynaria* (contra los Cartujos y Dominicos de Aix); 1779, en 8.°—Y en fin, la *Crónica literaria de las obras impresas y manuscritas del abate Rive, de los auxilios que prestó á los literatos franceses y extranjeros;* Eleatheropolis (Aix) 1791, en 8.° Mucha injusticia sería el no reconocer en Rive un bibliógrafo muy instruido y práctico, pues que recogió muchos hechos, observó otros y conoció multitud de libros, aclarando con nuevas observaciones muchas cosas en este género de erudicion; pero no se asoció á sus vastos conocimientos en esta materia la justicia ni la razon. La pequeñez de sus ideas, dice su biógrafo, se descubre en la importancia que da á minuciosos descuidos casi inevitables en la bibliografía, y de lo que él mismo no pudo librarse como lo probaron Debure y Vaupraet. Creíase el abate Rive un correcto y hábil escritor, y poderoso por el deseo que le animaba de ultrajar y fastidiar al prójimo; pero en sus perpé tuas invectivas jamás se encuentra un rasgo ingenioso. El corto número de ejemplares que hizo imprimir de sus producciones, contribuyó á hacerlas raras, y á que atrajesen despues de su muerte la atencion de algunos bibliotecarios más ilustrados que él, entre ellos de Mr. Achard, que se dignó buscar las obras inéditas de Rive, que publicó en Marsella, en 8.°, en 1793, el catálogo de los libros que poseyó el abate Rive. Despues de haber escrito este artículo siguiendo á Daunau, nos ha ocurrido esta observacion: ¿será que la bibliografía engendre en su estudio malignidad, mal carácter, envidia ratera y hasta el crimen, ó que mucha parte de los que se dedican á este genero de conocimientos tengan alguna de aquellas cualidades? Decimos esto, porque en muchas biografías de bibliógrafos antiguos y modernos, hemos encontrado escritores díscolos, mal intencionados, envidiosos, rateros en sus ataques sarcásticos, críticos dañinos y hasta malvados, y esto no en uno ni dos en los diversos siglos, sino muchos. Además hemos conocido y tratado en nuestros dias, y áun tratamos algunos entregados á la bibliografía, y en los que se han ocupado ú ocupan de ella con pasion, si hemos aprendido algo, hemos tenido que lamentar mucho y que sufrir no poco por su sátira sarcástica, su malísimo carácter, su constante mal humor, su desprecio de todos los demás que manejan libros, y su groseria y poca ó ninguna finura. La mayor parte de estos hombres guardan los libros raros como si los hubiesen robado, ocultándolos en el deseo de que no los conozcan los demás más que por su relato: hablan mal de todos ó de la mayor parte de los escritores contemporáneos, y los desacreditan, si no los difaman como sucede no pocas veces, y cual ratones de biblioteca que busca

el manjar que más le gusta roer, ellos van royendo, salvo honrosas excepciones, la reputacion de los que se dedican á las letras, y en especial de los que han logrado llegar á una altura honrosa por sus producciones. Al paso que vemos en la mayoría de los bibliógrafos de todos los países estas circunstancias, no podemos convencernos de que sean peculiares al oficio ó que provengan de él, pues que conocemos por fortuna no pocos cuyo carácter franco, amable y generoso son la delicia de los literatos, á los que instruyen con las noticias interesantes que les proporcionan sus conocimientos, y cuyos libros, léjos de ocultarse, se franquean á todo el que los necesita. Si no hubiera esta clase de bibliógrafos, y todos fueran como el abate Rive, y algunos que ha tenido España en nuestros dias, sería cosa de proscribir este importante estudio como enfermedad dañina á la sociedad y perjudicial á las letras, siendo así que es todo lo contrario.—B. S. C.

RIVEIRA (Fr. Antonio), franciscano. Fué natural de Lisboa, sin que consten más noticias. Arregló y escribió una *Regla del Orden de S. Francisco*, muy notable por su claridad, debiendo á esto el ser considerado como uno de los escritores de la religion.—M. B.

RIVELLO (Fray Damasceno de), religioso corista de la órden de Menores Capuchinos. Era italiano de nacion, de la provincia de Luca, hijo de padres virtuosos y muy honrados; desde su tierna edad manifestó sus inclinaciones religiosas, y más adelante la vocacion más decidida á consagrarse al servicio de Dios. Todos sus conatos fueron dirigidos á alcanzar algun dia sus propósitos, así fué que no perdonó medio para adquirir los estudios y disposiciones convenientes al logro de sus deseos. Su decision á ingresar en una Orden religiosa, que fuera á su parecer la más perfecta, por sus austeridades, aislamiento y pobreza, le hizo preferir la de Menores Capuchinos, de la cual tomó el hábito, con gran contentamiento suyo y mayor de los Padres. Allí fué donde pudo ostentar su gran religiosidad y virtudes, siendo su vida tan apostólica y espiritual, que ilustró extraordinariamente la religion con su ejemplo y su santidad. Era muy riguroso en la abstinencia y los ayunos, sujetando constantemente las inclinaciones físicas con contínuas disciplinas, silicios y otras mortificaciones. Era muy asiduo en la oracion y contemplacion, dotado de gran piedad y profunda humildad, modelo de obediencia y exactísimo en el cumplimiento de todos los deberes, tanto religiosos, como los humildes y de servicio inherentes á las necesidades del monasterio. Su caridad era notable, y su afan por socorrer á los pobres con cuantos auxilios estaban á su alcance; su asistencia á los enfermos, y el esmero y solicitud con que los trataba y cuidaba, le granjearon el renombre de piadoso y caritativo enfermero. Sus grandes virtudes hicieron que sus méritos fuesen aceptos al Señor, lo que se hizo patente con algunos hechos

maravillosos, conseguidos por la intercesion del santo varon Fray Damasceno de Rivello. Murió á una edad poco avanzada, pues el Señor sin duda quiso premiar cuanto ántes á este ejemplar religioso, muriendo en el año de 1593 en su convento de Luca, despues de recibir los santos sacramentos con la mayor devocion, y de despedirse del prelado y de los demás Padres, suplicándoles les perdonasen las ofensas que sin voluntad pudiera haberles hecho. Espiró con la mayor paz y tranquilidad, dejando á todos admirados, observando su semblante risueño, y en donde no aparecian las huellas del abandono del cuerpo por aquella santa alma, y viendo al mismo tiempo bajar del cielo unas luces resplandecientes como anuncio y señal de que su alma hermosa se estaba aguardando en las mansiones celestiales, viniendo como á recibirla y escoltarla. — A. L.

RIVERA (venerable P. Maestro Fray Domingo de), religioso de la órden S. Gerónimo, ilustre y santo varon, natural de Zapardiel, jurisdiccion de Piedrahita, en el estado del duque de Alba. Cuando entró en la religion ya habia cursado lucidamente en Salamanca, y sustentado por la universidad un acto mayor en escuelas con grande aplauso, siendo allí pasante de los hijos del conde de Altamira; pero siendo sus miras más elevadas, se ordenó de sacerdote, y aunque obtuvo un beneficio curado en el obispado de Avila, y le sirvió con grande ejemplo, siendo admirado por su irreprensible conducta, vida ejemplar y fiel desempeño de sus deberes sacerdotales, con todo eso dejó el beneficio, deseando cuidar únicamente del de su alma, objeto predilecto de sus aspiraciones, y para más seguridad y complemento de sus deseos abandonó tambien el siglo. En el exámen que hizo cuando llegó á pedir el hábito á la real casa de S. Lorenzo, se descubrió más capaz cuanto más humilde, manifestando con la virtud, las letras y grandes conocimientos el espíritu, el desengaño, con cuyas dotes sobresalientes dejó satifechos á los Padres religiosos. Le dieron el hábito á 23 de Marzo del año 1624, y ciertamente le sentó muy bien, hizo un novicio muy anciano en todo, y despues de haber profesado con general gusto y aplauso de la comunidad, le mandaron ir á suplir al colegio una plaza de pasante, pues que tan adelantado habia entrado en los estudios. El curso siguiente le dieron la cátedra de artes, sacándole para eso de la disciplina del maestro de novicios, que tambien podia serlo, segun estaba aprovechado en la religion, y le dieron la antigüedad de diez años de hábito, como dándoselos por vividos en la Orden, por lo que en la observancia y edificacion se habia anticipado al tiempo, doblando los años con los méritos, al contrario de los que no viven con la virtud, que por más que los dilatan los menguan. Tal era el alto concepto que se habia granjeado en el monasterio, concediéndole aquel favor singular y extraordinario, reconociendo sus relevantes prendas, vir-

tudes é ilustracion, mirándole como uno de los principales ornatos y blasones de la órden de S. Gerónimo. Era tan buen maestro y tan apreciado y considerado por sus discípulos, á quienes trataba con la mayor dulzura y comedimiento, que llegó á sacarlos tan sobresalientes, que áun ántes de acabar el curso podian leer cátedra fuera donde quisiera. En el año siguiente ascendió á la de vísperas, donde con su doctrina escogida, esmero y cuidado, les dió tambien ocasion al mismo lucimiento; y seguramente, y á pesar de sus pesadas y contínuás ocupaciones, no la perdia para dedicarse todo el tiempo que se lo permitian á las cosas del espíritu, que las trataba muy de veras, y el negocio principal de la salvacion; siendo este el objeto predilecto en los sermones que predicaba mucho con la mayor elocuencia y gran fervor, el blanco adonde con más particularidad se encaminaba su santo desvelo. Poseia profundos y vastos conocimientos en letras divinas y humanas, mucha leccion de santos, excelente memoria y facilidad, abundancia de términos, escogida diccion y noticias para significar y enriquecer sus conceptos, siendo oido con notable gusto y estimacion, y por lo útiles que eran para el alma sus escogidas oraciones. Acompañaban á esta sabiduría y gran talento lo morigerado de sus costumbres, siempre se le observó muy recogido, muy callado y tan humilde, que deseaba que nadie hiciera caso de su persona, sintiendo y evitando los frecuentes plácemes debidos á su extraordinario mérito; por el contrario, queria que nadie hiciese memoria de él, produciéndole tanto digusto el que le ensalzasen, cuanto á los desvanecidos lisonjea el aplauso y alabanza. Ordinariamente permanecia en su retiro, y solo se manifestaba cuando lo exigian sus deberes ó la obediencia; y aunque padecia achaques, especialmente lo que le molestaba era una afeccion asmática que le afligia en repetidas ocasiones: á pesar de aquel estado violento y angustioso, no permitia que nadie le sirviese, llegando esto á tanto, que era menester mandarle, haciendo uso del precepto de obediencia, se dejase asistir y curar, y que vistiese lienzo interiormente dejando la sayuela que traia inmediatamente aplicada á sus carnes. Andaban los superiores con este cuidado, lastimados de lo mucho que padecia, y no obstante, y á pesar de su gusto y deseos, obedeciendo lo que le mandaban, aumentaba por otro camino las mortificaciones y penitencias, en que fué notable y ejemplar, y solia decir á un amigo suyo: «Que se admiraba de que le solicitasen alivios, cuando él juzgaba al venir á ser religioso, que le emplearian en estar siempre cavando en la huerta, pues no merecia otra cosa.» Escribia sus materias teológicas y las enseñaba á los discípulos con grande magisterio y claridad; y ni este género de contínuos estudios, ni el presidir los actos, las lecciones de cada dia, las conferencias, le estorbaban para hacer observaciones y apuntaciones para los asun-

tos que tenia que predicar, en cuyo ramo dejó muchísimo escrito; ni el ponerse en el púlpito, en insinuándole la obediencia, con tal prontitud, como si solo fuera este su único estudio, y tan sobre sí en los accidentes, y en todo lo que atañia á decir un perfecto discurso, que á todos admiraba su fecundidad, memoria y talento. En una ocasion, estando predicando en aquel maravilloso templo, en las honras de la reina Margarita, y ponderando el dolor que causó en la monarquía la pérdida de tan santa Reina, entró el obispo de Segovia, y cesó de predicar hasta que su Ilustrísima tomase lugar en el auditorio, y luego poniendo los ojos en el túmulo de la santa Reina y diciendo aquel verso, *Infandum Reginam, jubes renovare dolorem*, volvió desde el principio á predicar sus heróicas virtudes, con diferentes discursos y con mil variantes y ponderaciones, de modo que renovando en todos el dolor de la falta de aquella excelsa soberana, ofreció juntamente nuevos motivos de estimarle y ensalzarle, admirando la mucha abundancia, espíritu y sabiduría que habia depositado Dios en su capacidad, y el poco embarazo que tenia en hallar nuevas ideas que ostentar en sus asuntos, siguiéndolas con exornacion y destreza muy del propósito. Duró en el colegio leyendo la cátedra de vísperas muy poco tiempo, que prevenido de la muerte, aún no la regentó un año cabal. Deseaban sus discípulos, al llegar las vacaciones de este año, se fuese á recrear á su tierra y disfrutar los aires nativos, por ver si por este medio mejoraba de sus achaques y dolencias, y recobraba la salud, que cada dia estaba más deteriorada; pero el siervo de Dios les decia con su amabilidad acostumbrada: *Que si iba allá, luego habia de morir*. Volviéronle á instar, y por no parecer obstinado fué, y se verificó lo que habia anunciado, que de allí regresó con la enfermedad de la muerte. Llegó al convento, estando la comunidad en Misa mayor, el dia de S. Miguel Arcángel, y se estuvo á las puertas del colegio aguardando á que le abriesen á la salida del coro, sin hacer gran caso de la grave enfermedad que traia, porque no queria producir interrupcion á los religiosos en aquel acto de sublime devocion, ni se hiciese ruido llamando, ni que nadie por su respeto dejase las divinas alabanzas. Abierta la puerta, los colegiales le llevaron á la enfermería con harta tristeza y sentimiento; les preguntó por la salud de ambas comunidades, y le respondieron que entre los enfermos que habia entónces, solo uno estaba de cuidado, que era un nuevo de la escuela, que se llamaba Fr. Antonio de la Buenaventura, religioso de mucha virtud; y entónces dijo: *Sí, que hemos de ir juntos el sacerdote y el acólito*. Vivió todavía ocho dias, y disponiéndose en ellos para el nuevo viaje de la recreacion sin fin, recibidos los santos sacramentos con la mayor devocion y veneracion, partió á disfrutar al cielo de las finezas y divinos favores y á gozar de la presencia de Cristo, llevándose en su compañía al acólito,

como ya lo habia anunciado, que murió en el mismo dia santamente, adelantándosele muy pocas horas, y los enterraron en dos sepulturas que estan juntas, para que así permaneciesen los cuerpos unidos como volaron á la felicidad sus almas. Así fué como pasó por la tierra, como luminoso y rápido metéoro, el nunca bien ponderado venerable padre y maestro Fray Domingo de Rivera, dejando sus virtudes y sabiduría imperecederos recuerdos, y habiendo sido una de las joyas más resplandecientes, que aunque por poco tiempo enriquecieron la santa Orden del gran P. S. Gerónimo. Murió este excelente santo y virtuoso varon el 8 de Octubre de 1682.—A. L.

RIVERA ó RIVIERA (Domingo). Nació este noble cardenal en Urbino el dia 3 de Diciembre de 1671. Fué hijo de Juan Cárlos, alférez de la ciudad, profundo jurisconsulto, orador, poeta y promotor de la láurea que recibió allí Albani, que fué despues papa con el nombre de Clemente XI, á cuya familia pertenecia; la madre de Rivera fué Cinzia Fazzini, noble, como su marido, de la primera clase. Los antepasados del padre fueron originarios de los nobles Riveras de España, y de los Riveras de Francia, cuyas familias florecieron por las virtudes y dignidades de sus miembros. Desde 1562 habian empadronado su nobleza en la romana, manteniendo la antigua nobleza en Aquila, como descendiente de la rama poderosa de los condes de Marsi, de cuya familia, Luis, abuelo de Domingo, se trasladó á Urbino, en donde fijó su domicilio y obtuvo el patriciado. Educado Domingo en la piedad y en los huenos estudios, prosiguió estos en el colegio de S. Francisco Saverio, de los Jesuitas de Bolonia. Volviendo á su patria á la edad de diez y ocho años, se graduó de doctor en derecho civil y canónico, y pasando á Roma, á fin de ejercitarse en toda clase de estudios, empezó á brillar en esta corte. Habiendo recitado, con gran presencia de ánimo, una elegante oracion á presencia del pontífice Inocencio XII y de muchos cardenales, el Papa quedó tan prendado de su ingenio y disposicion, que le nombró coadjutor del doctísimo Rafael Fabretti, custodio y prefecto del archivo del castillo de St. Angelo, al que sucedió en este destino el año de 1700. Elegido papa Clemente XI, le ocupó en la defensa de los derechos de la Santa Sede, y como saliese airoso en todos los negocios que defendió, le mandó en 1707 cerca del célebre príncipe Eugenio de Saboya, general en jefe del ejército imperial, á fin de que evacuase sus tropas del Bolonés y del Ferrarés. Desde allí le mandó á Victor Amadeo II, duque de Saboya, y despues rey de Cerdeña, y á los duques de Parma y de Módena, que le recibieron con satisfaccion. Al volver á Roma, despues de haber cumplido sus comisiones á satisfaccion del Papa, este le confirió un canonicato en la iglesia de Sta. María *in Via Lata*, del que pasó muy en breve á otro en la Basílica Vaticana. Creciendo los servicios de Rivera, fueron tambien las recom-

pensas del Papa, y por lo tanto, le nombró sucesivamente camarero secreto y prelado, secretario del Sacro Colegio y de letras ó cartas latinas. Declarado secretario de la Congregacion del Agua en 1716, se abrió á Rivera un vasto campo en el que hacer patente su inteligencia y laboriosidad, porque tuvo que dedicarse á las antiguas controversias de las lagunas, que hacian inmensos males á los campos de los Estados de la Iglesia. Hizo y mandó hacer grandes estudios para retener en su álveo las aguas del Pó, que estaban á punto de romper sus diques sobre el Reno, lo que fué causa de que se le mandase de visitador apostólico á la Romaña, en la que hizo reconstruir los diques para impedir los desbordamientos, cuyos trabajos publicó en una erudita y útil disertacion. Con motivo de las lagunas, trató Rivera con el plenipotenciario del duque de Toscana, y consiguió grandes ventajas en la cuestion de aguas á beneficio de los Estados Pontificios. Fué secretario del cónclave en que se eligió pontífice por muerte de Clemente XI á Inocencio XIII, distinguiéndose tanto en este cargo, que fué muy alabado de todos los cardenales. Esto le valió que el nuevo Papa le nombrase secretario de la cifra, y el que se valiese de sus consejos en su breve pontificado. Por esta razon tuvo la mayor parte en los grandes asuntos que se trataron en aquella época, como la investidura de las Dos Sicilias á Cárlos VI, emperador de Austria, y la restitucion de Comacchio, que por muerte del Papa, se efectuó en tiempo de su sucesor Benedicto XIII. Continuando con destreza y celo en el despacho de los negocios que estaban á su cargo, Clemente XII, que apreciaba su mérito, le eligió su secretario de consulta, y por último, premió sus servicios en 2 de Marzo de 1733; le creó cardenal preste del título de los santos Quirico y Julita, á propuesta de Jacobo III, rey católico de Inglaterra, al que Clemente XI habia concedido este privilegio, que ya tenian los demás soberanos de esta comunion. Poco despues cambió el Papa el título expresado con el de los Doce Apóstoles, y le asoció á las congregaciones del Concilio, Propaganda, Obispos y Regulares, de la Consulta y otras. Dióle tambien la protectoría del reino y colegio de Escocia, de la república de San Marino, de la provincia de la Marca, del colegio y nacion picena, de los Celestinos, y de dos escuelas artísticas. Rehusó constantemente la legacion de Rávena, que le ofreció Clemente XII, y en su lugar aceptó la prefectura del buen gobierno, en la que acreditó su prudencia, ingenio y prontitud en obrar cuanto podia contribuir al bien. Su amor á las ciencias y á las letras le obligaron á protegerlas y á buscar amistad en los hombres más eruditos, sabios y entendidos, entre los que debemos contar al marqués Escipion Maffei y á Brenkmano, habiendo sido poderoso Mecenas de Cárlos Maselo, y de otros muchos hombres sabios y virtuosos. El pontífice Benedicto XIV amó mucho al cardenal Rivera, y no le apreciaron ménos el rey de Inglaterra Ja-

cobo III y su hijo el cardenal York, á los que dió saludables consejos, siempre que se los pidió la estrecha amistad con que se trataban. Profundo Rivera en la ciencia del derecho y en la económica, cultivó tambien la amena literatura, en la que dejó escritas algunas obras, pero solo publicó la vida de su célebre compatriota Fabretti. Por último, lleno de méritos, y despues de haber contribuido con su sufragio á la exaltacion de Benedicto XIV, murió en Roma el dia 10 de Noviembre de 1752, á los ochenta y un años de edad, habiendo sido sepultado en la iglesia de su título, en la que se habia hecho fabricar de antemano un modesto sepulcro. Aun cuando el temperamento de este príncipe de la Iglesia le inclinaba á la ira, supo dominarse con la virtud de tal modo, que ni áun en las circunstancias más críticas y provocativas, no daba la más mínima señal de turbacion, ni desden, manifestando siempre su, al parecer, imperturbable tranquilidad. Fernando Ranalli, en sus *Biografías de los Cardenales*, dice que este fué último vástago de los Rivera de Urbino; pero no fué así, pues que en Nápoles habia la marquesa Rivera, esposa del benemérito marqués Juan de Andrea, ministro secretario que fué de estado para la hacienda y negocios eclesiásticos del rey de las Dos Sicilias, y bailío de la órden de S. Juan de Jerusalen, cuya marquesa fué madre del cardenal Gerónimo, de quien habla Moroni en el artículo *Milntene*, á la pág. 213, del tomo LIII, de su *Diccionario Eclesiástico;* y otro en Aquila en los hermanos Luis, barón de Vitorito, y César, caballero de S. Juan de Jerusalen, que son tambien de la rama primogénita de los Riveras italianos, oriundos de España especialmente. — C.

RIVERA (Fr. Miguel de), franciscano español y uno de los predicadores más distinguidos del siglo XVII. Habia nacido á mediados del anterior, y desde su primera juventud dió muestras de lo que debia llegar á ser. El estudio de las ciencias y las prácticas piadosas le ocuparon durante su juventud, llegando en él á su apogeo en la edad ya provecta y madura; pero Fr. Miguel, sin descansar ni un solo instante, sin desmentirse nunca á sí mismo, procuró siempre avanzar más y mas en el camino de la virtud, y así fué un modelo de religiosos y un ejemplo de prelados. Tomó el hábito en la provincia de S. Miguel, de la observancia regular, en que hizo los mayores progresos, y dejó grande fama por sus virtudes y santidad: amado por sus prelados y subalternos desde que llegó á sentarse entre aquellos, merecia este afecto por sus buenas cualidades, y por su contínua y regular observancia. Era además en extremo bondadoso, y sabia corresponder á las pruebas de deferencia que todos le daban, comprendiendo al mismo tiempo el valor de los esfuerzos de cada uno, procurando no exigirle más de á lo que alcanzaban sus fuerzas, cualidad en extremo rara áun en los que se precian de hombres de gobierno y de política, que ó bien por demasiado

exigentes malogran las mejor fundadas esperanzas, ó por ser remisos en extremo dejan secar en flor frutos que bien cultivados hubieran llegado á su sazon. Tales son las principales prendas por que es elogiado el P. Rivera, como ministro de su provincia; pero todavía lo fué más como ministro de la palabra, en un siglo en que no faltaban buenos predicadores, y aunque corrompidos algunos de ellos por el mal gusto propio de la época, y por una literatura de decadencia, aún podia esperarse de los que se conservaban puros y versados en la buena lectura, notables pruebas de saber y de buen gusto. A este corto número perteneció el P. Rivera, varon piadoso, que si con su palabra supo corregir las malas costumbres, evitar las muchas maldades y dirigir á los hombres por el camino de la salvacion, con sus obras supo corroborar lo que en los púlpitos decia, y merecer le tomasen por modelo, consiguiendo así su felicidad algunos pecadores empedernidos. Sus obras son dos sermonarios que han llegado hasta nosotros, y que son dignos de leerse áun en este siglo, que blasona de ilustrado. Intitúlase el 1.° *Cuadragesimal para todas las dominicas cuartas y sextas ferias de la Cuaresma*, y se hicieron de él dos ediciones en Salamanca en 1603 y 1605, en 4.°—El otro lleva el título de *Cuaresmal segundo*.—S. B.

RIVERA (Fr. Pedro de), franciscano español, descendiente de una familia tan ilustre como antigua. Despues de haber recibido una educacion propia de su elevada clase, le dedicaron sus padres á los estudios, pensando consagrarle á una de las carreras del estado en que la fortuna le brindaba un glorioso porvenir. Mas no eran estos los deseos de Rivera, pues sintiéndose más bien llamado al silencio y la tranquilidad del claustro, que al ruido del mundo y sus vanos honores, solo ansiaba que llegase el momento de retirarse á un lugar donde no llegase el tumulto de las pasiones, ni las miserias de una sociedad de que se compadecia en vez de quejarse. Así disimulando sus planes, continuó sus estudios, procurando avanzar cada vez más en sus conocimientos, lo que consiguió á fuerza de aplicacion, y gracias á la vasta capacidad de que la Providencia le habia dotado. Fué siempre el primero en todos los ejercicios de las academias, el que más se distinguió en las disputas escolásticas, tan en boga en aquella época, y el que áun siendo estudiante adquirió reputacion de sabio y erudito entre todos sus condiscípulos. Halagaban estos triunfos á su familia, y creian que su resultado seria conseguir el objeto de sus designios; mas el jóven Rivera pensaba de bien distinto modo, y se preparaba ya á llevar á cabo sus antiguos y bien calculados planes. Cuando hubo terminado sus estudios en la universidad, se dirigió á su casa paterna, donde manifestó sus deseos de abrazar la carrera eclesiástica. Un poco contrariaba esto los proyectos de sus padres, pues al fin, como entónces los que abrazaban este estado solian ocupar los principales puestos

del reino, no se creyeron frustrados en sus esperanzas, y léjos de oponerse, favorecieron hasta cierto punto las miras de su hijo. Comenzó este desde entónces á acompañarse constantemente con eclesiásticos y religiosos, y á entregarse á todo género de prácticas de piedad. Nunca se le hallaba fuera de la iglesia, siendo este el lugar á que asistia continuamente y con mayor placer y alegria. Sus devociones eran tan numerosas como las horas del dia, y sus visitas á los pobres, enfermos y encarcelados. No eran ménos numerosas sus penitencias, abstinencias y ayunos, teniendo destinados los dias de la semana para cada santo ó devocion particular. Sus obras de caridad eran muchas, hasta el extremo de que sus padres tuvieron que poner coto á sus liberalidades. No tardaron, sin embargo, estos en rezelarse que su hijo aspiraba á estado de mayor perfeccion que el clerical, y para evitarlo le propusieron un viaje á Roma, donde se hallaba á la sazon un tio suyo eclesiástico, que gozaba de grande favor en la corte pontificia. Rivera aprovechó esta ocasion como la más á propósito para el logro de sus deseos. Púsose en camino, y en vez de dirigirse á Roma, marchó á la provincia franciscana descalza, llamada de S. José, donde contaba con numerosos amigos y parientes, que sabian sus aspiraciones y las habian coronado con su aprobacion. Apénas se presentó á ellos, le recibieron con los brazos abiertos, y no vacilaron en darle el hábito, que tenia tan bien merecido. Aceptóle Rivera con la mayor devocion, siendo desde aquel momento un modelo de novicios como hasta entónces lo habia sido de seglares. Aunque provecto y ya avanzado en los estudios, nunca se negó á ejecutar las diferentes prácticas que de él reclamaba su reciente entrada en la religion, siendo un verdadero ejemplo de humildad y modestia, y complaciéndose en servir, no solo á sus superiores, sino tambien á sus compañeros, desechando así toda idea de superioridad, que pudieran atribuirse á su clase y estudios. No solo hacia cuanto le mandaban ó indicaban, sino que se apresuraba á ejecutar lo que le parecia podrian mandarle, adivinando las intenciones de cuantos le rodeaban. Antes de terminar el noviciado le hicieron catedrático de sus compañeros, y áun de algunos religiosos que habian profesado ya, y desempeñó este cargo con grande celo y acierto, procurando corresponder á la confianza de los que para él le habian nombrado. Pero no era solo un profesor, sino tambien discípulo de los que creia más adelantados en las prácticas piadosas y camino de la virtud, y así se dirigia siempre á ellos, suplicándolos que en cambio de sus lecciones le enseñasen lo que él deseaba saber y le parecia más conveniente, así para su felicidad temporal como para la eterna. Aún no habia profesado cuando llegó á noticia de sus padres su decidida resolucion, y no vacilaron en valerse de sus relaciones en la corte para impedirla y hacer que se anulase, mirándole como un hijo desobediente y que habia

faltado á cuanto les habia prometido. Pero algunas personas religiosas, y en particular sus parientes comprometidos en este asunto, no vacilaron en mediar, y aunque á costa de muchas dificultades y disgustos, se consiguió al cabo zanjar un asunto que era para todos tan delicado como provechoso. Y fuélo en efecto, pues obtenida la licencia de sus padres profesó Fr. Pedro Rivera, y desde aquel instante comenzó á hacer tales progresos en la religion y á distinguirse de tal modo, que fué la admiracion, la gloria y el ídolo de su familia. Ordenado de sacerdote, se consagró al ejercicio de la predicacion con tan buenos resultados, que sus superiores le destinaron á muchas misiones, en todas las cuales recogió ópimos y bien sazonados frutos. Su vehemente voz y ardientes palabras, su erudita doctrina y sus grandes ejemplos, hacian tal efecto en los corazones, que cuantos le oian se acercaban á él arrepentidos, pidiendo los escuchase en confesion; y él, que era en extremo bondadoso, los oia con tan grande caridad y amor, que acababa por ganarlos, atrayéndolos al buen camino, y consiguiendo probablemente su salvacion. Muchos por sus consejos y direccion cambiaron de vida, mejoraron las costumbres, olvidaron rencillas, perdonaron agravios y trataron de resarcir los perjuicios que habian ocasionado, procurando el P. Rivera, deseoso de que continuasen en tan buenas disposiciones, no abandonarlos, áun cuando nuevos cargos le alejaron para siempre de su favorito ministerio. En efecto, la Orden reclamó sus servicios y talentos, y no tardó en ejercer diferentes cargos, ya en su comunidad antigua, ya en otras que le reclamaron para gobernarlas. Procuró el P. Rivera en todas ser un modelo de superiores, convencido que sin los buenos ejemplos del que manda y dirige es difícil que los demás continuen por el buen camino. Así es que á pesar de su categoría, procuraba ayudar á todos en sus trabajos, ser su padre, guia y maestro, y allanar cuantas dificultades se le presentaban. Amábanle por este motivo todos sus súbditos, y procuraban tenerle contento, lo cual les era fácil, pues solo exigia de ellos el cumplimiento de la regla que habian abrazado y hecho voto de seguir. Mas no contentos con esto, apénas se presentó ocasion, procuraron corresponder á los beneficios que su guardian les habia dispensado, y en el primer capítulo provincial le elevaron á ministro de su provincia de San José. Poco tiempo desempeñó este cargo el P. Rivera, habiendo fallecido cuando se tenian más esperanzas de sus buenos oficios. Se le atribuye la publicacion de una obra intitulada: *Expositionem pœnarum Ordinis.*—S. B.

RIVES (Amauri ó Aimeric de). Este arzobispo de Lyon, que fué uno de los prelados más ilustres del siglo XIII, nació en la diócesis de Mans, y en cuanto estuvo en disposicion se le proveyó de un canonicato. Estudió en París y fué doctor de esta célebre universidad, en donde se distinguió por su

capacidad, especialmente en el derecho canónico. Solo su mérito le elevó al archidiaconado de París, y despues á la silla de la iglesia de Lyon en 1236, despues de la muerte del arzobispo Raoul ó Radolfo de Pinis. Poco despues de terminar el concilio de Lyon de 1245, que tuvo el papa Inocencio IV, obtuvo de este Pontífice el permiso de retirarse á la abadía de Grandmont, en la diócesis de Limoges, en la que murió en olor de santidad el año 1257. Mr. Le Courvaisier, en su *Historia de los obispos de Mans*, dice que Amauri fué despues colocado á pesar suyo en la silla episcopal de Limoges; pero nada de esto dicen los escritores antiguos. El cuerpo de este prelado fué enterrado en medio del coro de la abadía de Grandmont, en donde se ve su epitafio escrito en una lámina de cobre, segun Sainte-Marthe, en su *Galia cristiana*. A. C.

RIVES (Fr. Dionisio de), capuchino francés, natural de Aviñon, elocuente orador de la palabra divina, muy versado en la lectura de la Escritura Sagrada, y de cuyo ingenio, doctrina y sabiduría quedaron ilustres testimonios en la provincia de S. Luis. Escribió y publicó una obra muy notable en que trata: *De primatu S. Petri, Ecclesiæque visibilis infallibilitate contra athæos, judæos et hæreticos;* Lyon, sumptibus Benedicto Carlos, año 1662, dos tomos en fólio.—*Triplicem tractatum Sacræ Scripturæ, in quibus multa præclarè dilucidat ad Sacrum Textum spectantia;* ibidem, apud eumdem, 1660, un volúmen en fólio.—*Tractatum de mutatione sabbati in dominicam;* ibidem, apud eumdem, 1661, en 8.°—*Tractatum de significatione verbi* Creo; ibidem, 1661.—*Dissertatio de Origine hexaplis et octaplis;* Roma, por Miguel Hércules, 1671, en 4.° La misma obra con un apéndice de José María Suarez, obispo de Varion; Lyon, 1676, en 4.°—S. B.

RIVES (Fr. Gregorio de), capuchino francés, natural de Aviñon, alumno de la provincia de San Luis, hermano carnal del P. Dionisio Rives, de quien nos acabamos de ocupar, varon muy versado en la lectura, y fecundo por su erudicion en las historias vulgares y eclesiásticas, y no ménos distinguido por su piedad y virtudes. Escribió y dejó á la posteridad las siguientes obras: *Epitome omnium Canonum Conciliorum, tam generalium, quam provincialium in locos communes per alphabetum digestam ab Apostolis usque ad hæc tempora;* Paris, por Thionisio Thierry, 1663, un tomo en fólio.—*Historiam omnium Conciliorum, tam generalium quam provincialium, cum subscriptione præcipuorum Patrum, maximè Galliarum;* ibidem, apud eumdem, un volúmen en fólio.—*Conciliabula tum schismaticorum, tum acatholicorum, cum controversia historica et declarationibus locorum difficilium in historia ecclesiastica;* ibidem, apud eumdem, 1663, un volúmen en fólio. De todas las obras de este autor se formó un solo volúmen en fólio, publicado en Lyon, por Benito Coral, 1663. Sus manuscritos son los siguientes: *Epitome cano-*

num Conciliorum omnium. — *Brevis historia omnium Conciliorum.* — *Catalogus summorum Pontificum, sub quibus celebrata sunt Concilia.* — *Catalogus Patrum præcipuorum, qui Concilia interfuerunt.* — *Catalogus Episcoporum Gallorum, qui Conciliis interfuerunt.*—S. B.

RIVET (Antonio de la Grange). Nació este sabio benedictino en 5 de Octubre de 1683, en Confolens, en la parte de esta pequeña ciudad, que corresponde á la diócesis de Poitiers. Su padre tuvo dos hijos de su primer matrimonio, de los que el mayor fué gobernador del castillo de Bagnoles, y el segundo médico de la duquesa de Hanover. María Mailiard, casada en segundas nupcias, fué la madre de Antonio, que perdió á su padre ántes de haber acabado sus primeros estudios en Confolens. Su madre le retuvo en su compañía los dos primeros años de su viudez, y despues le mandó á Poitiers á estudiar filosofía al colegio de los Jesuitas, teniendo Antonio á la sazon quince años de edad. Taillandier cuenta el siguiente accidente, que determinó su vocacion. «Yendo á caza con algunos jóvenes, se encabritó su caballo, y el jóven caballero cayó, quedándosele enganchado un pie en el estribo. Pidió misericordia á Dios con todo fervor al verse en tan inminente peligro, y se levantó sano y sin lesion alguna. Al volver á la ciudad, entró á dar gracias á Dios en la iglesia de la abadía de S. Cipriano, y hallándose haciendo oracion, creyó oir una voz fuerte y poderosa que le mandaba abandonar al mundo, y dócil á la voz del que le llamaba, hizo voto de servir á Dios en la Congregacion de S. Mauro. Persistiendo Rivet en su determinacion, entró en el noviciado de los Benedictinos, y á fin de consolar á su madre, que cayó enferma de pena, la mandó una carta en verso, que fueron los únicos que hizo, y que no juzgó á propósito publicar Taillandier, que la habia tenido á la vista. Tomó al fin el hábito de S. Benito en la abadía de Marmontier en 1704, y pronunció sus votos en 1705. Luego que acabó sus cursos de teología, sus superiores le mandaron á la abadía de San Florent de Saumur, en donde habian establecido una especie de academia, formada de los más distinguidos religiosos de la Orden. En este liceo compuso *Disertaciones sobre la Santa Escritura*, que no han llegado á imprimirse. Trasladado en 1716 al monasterio de S. Cipriano, en Poitiers, trató de escribir una historia de los obispos de Poitiers, y una biblioteca de los escritores de Poitou; pero de estas obras solo dejó escrito el plan de la segunda, que llevo despues á cabo Dreux de Radier. Desde el año 1717 se vió precisado Rivet á ambos proyectos, porque se le mandó ir á París para trabajar en una *Historia de los Hombres ilustres* de la órden de S. Benito. Reunió á este fin cuidadosamente los materiales para la obra; pero diversas circunstancias le impidieron empezarla, obligándole á consagrarse á otro trabajo cuyo objeto tenia mayor extension, y una utilidad más general: fué este la

Historia literaria de Francia. Es preciso confesar que Rivet no fué extraño á las cuestiones teológicas de su época. No contento con haber apelado de la bula *Unigenitus*, se encargó de revisar y terminar el *Necrologio de Port-Royal*, dirigido por las religiosas de esta abadía, y especialmente por la madre Angélica Arnauld, y la hizo imprimir en Amsterdam en 1723 en 4.° No se hallaba entónces en París, pues que sus superiores en 1719 habian juzgado necesario alejarle de la capital, y le habian mandado al monasterio de S. Vicente de Mans, en el que, segun Taillandier, pasó los últimos treinta años de su vida. En este monasterio compuso los primeros nueve volúmenes de su *Historia literaria de Francia*, obra que mereció una grande y duradera reputacion. Algunos de sus cofrades, y entre ellos José Duclós, Mauricio Poucet, y Juan Coulomb, le ayudaron á recoger por todas partes los materiales para este trabajo, del que se han conservado sus notas, que han servido despues á los continuadores del mismo, y tambien pudo Rivet aprovecharse de algunos apuntes de Dom Rousel, que parece habia concebido el designio de hacerle; pero que habia empezado por ocuparse de los últimos siglos, desde los que debia remontarse hasta S. Ireneo. Presintiendo Rivet el gusto del público, ó para informarse de él, en 1728 imprimió el plan y algunos artículos de su obra. El tomo I apareció en 4.° en París, el año 1733. Contiene este tomo la historia de las letras en la Galia desde los tiempos más remotos hasta el fin del siglo IV de la era vulgar, continuándola los siguientes siete volúmenes hasta el año de 1100. Contiene el siglo XII, materia por sí solo para los tomos del IX al XV, pero solo el tomo IX pertenece en esta série á Rivet. Murió este estudioso religioso en Mans el dia 7 de Febrero de 1749, y este volúmen, fruto de sus laboriosas vigilias, no se publicó hasta el de 1750. Taillandier habia revisado y completado el manuscrito, añadiendo á los escritos preliminares un elogio histórico del autor, de cuyo elogio se valió Mr. Daunou, á quien seguimos para escribir su biografía, insertada en su lugar en la *Bibliografía Universal Francesa* de Mr. Michaud. Solo guardó silencio Taillandier en el elogio de Rivet, en cuanto á su *Necrólogo de Port-Royal*, y á su oposicion á la bula *Unigenitus*, y en lo demás fué franco y claro cual convenia al mérito de su héroe. Los tomos X y XI de la *Historia literaria de Francia*, impresos en 1756 y 1759, á Dom Clemencet; el XII, publicado en 1763, á Dom Clement; los volúmenes XIII, XIV y XV, publicados en 1814, 1817 y 1820, han sido compuestos en el Instituto por una comision especial, compuesta de MM. Brial, Pastoret, Guinguené, Amaury, Duval, Petit-Radel, y el citado Daunou, autor de la expresada biografía de Rivet: esta comision publicó tambien el tomo XVI, que se refiere al siglo XIII. El plan general de la obra fué determinado por Rivet, que quiso indicarle en el título mismo en

el que se acumulan los detalles, dice así: «*Historia literaria de Francia*, en la que se trata el orígen, progresos, decadencia y renacimiento de las ciencias entre los galos y los franceses; del gusto y genio de unos y otros por las letras en cada siglo; de sus antiguas escuelas, de los establecimientos de las universidades en Francia; de sus principales colegios, academias de ciencias y bellas artes; de las mejores bibliotecas antiguas y modernas; de los más célebres impresores, y de cuanto tiene particular relacion con la literatura; con los elogios históricos de los galos y de los franceses que se han granjeado alguna reputacion; el catálogo y cronología de sus escritos, observaciones históricas y críticas sobre las principales obras; noticia de las diversas ediciones, todo justificado por las citas de los autores originales.» Los discursos generales sobre la literatura de cada siglo es la parte de esta obra que se lee con mayor interés, porque presentan de una manera tan fiel como metódica el estado de los estudios, de las instituciones, de las sectas, de las tradiciones ó doctrinas, y los principales géneros de composiciones que ha producido cada siglo. Todos estos discursos, incluso el que empieza el tomo IX y el siglo XII, pertenecen á Rivet, y su lectura supone profundos estudios, y esparce una sana instruccion. Cada discurso de estos está seguido de una série cronológica de artículos sobre los escritores de cada época, guardando el órden de las fechas conocidas ó presumidas de la muerte de cada personaje, del que despues de referir los hechos de su vida pública ó privada, se da á conocer la materia, forma, manuscritos, ediciones y traducciones de sus obras. Muy aplaudido ha sido en lo general del público este método; pero se le moteja de pesadez y monotonía en el estilo, que no es, por otra parte, ni difuso ni incorrecto. Tambien se le moteja por la multitud de artículos consagrados á personajes poco conocidos y cuyos nombres son realmente á las letras, y áun á veces á la Francia. A pesar de esto, la crítica ha hecho justicia á la riqueza y exactitud de esta coleccion, que aventaja en precision y extension á todas las de su género anteriores y áun á las posteriores á ella si se continúa, como parece reclama el honor francés, hasta el dia, en cuyo caso sería la Historia mejor y más completa de la nacion francesa, que debiera ya haber levantado una estatua de gratitud al benedictino Antonio de la Grange Rivet, que es una de sus glorias nacionales. —B. C.

RIVETTA (Fr. Miguel Angel), del órden de Predicadores. Fué natural de Monferrato, en Italia, y tomó el hábito de la mencionada Orden en el convento de Sta. María de los Angeles, de la ciudad de Ferrara. Descollando por su sabiduría hasta el extremo de ser llamado el primer teólogo del siglo XVII, mereció la honrosa distincion de que el Senado de Venecia le nombrase para regentar en la universidad de Padua la cátedra de teología,

llamada de Sto. Tomás, á causa de explicarse en ella exclusivamente esta ciencia por los escritos del angélico doctor. Falleció hácia los años 1681, dejando escrita una obra que no llegó á publicarse, y que se guardó por mucho tiempo en el archivo del convento de Dominicos de Padua, que llevaba el siguiente título: *Scripta sive tractatus in universam Doctoris Angelici Summam.* — M. B.

RIVIER (María), fundadora. Nació en 21 de Diciembre de 1768 en Montpezat, perteneciendo á una familia muy distinguida, aunque acerca de sus riquezas no haya grandes noticias de lo cual puede inferirse, con fundamento que no serian muy cuantiosas. Desde su infancia estuvo baldada de todo su cuerpo hasta la edad de nueve años, en que milagrosamente se vió libre de tan molesta afeccion en el dia solemnísimo de la Asuncion á los cielos de nuestra Señora la Virgen María. Vivísimo fué el agradecimiento de la tierna niña á tan singular favor de la Madre de Dios, y sus padres no lo estuvieron ménos como era consiguiente, asi es que la devocion que la niña tenia á tan excelsa Madre, creció todo cuanto era posible hasta el extremo de dedicarse allá en su corazon al servicio de la Señora, prometiéndola emplearse en obras de caridad y en lo que fuera servicio de sus prójimos conforme al beneplácito de Dios y de su Madre purísima. Temian los padres que volviese á contraer su penosa enfermedad, y por esto la retuvieron á su lado educándola como podian hasta que tuvo doce años, y entónces creyeron conveniente llevarla á la enseñanza del convento de nuestra Señora de Padrelles para que allí concluyese de aprender cuanto conviene saber á las señoritas como lo era la excelente María. Captóse desde luego las simpatías de aquellas buenas religiosas, de manera que pusieron en ella toda su confianza para que regentase la clase si por algun breve espacio de tiempo tenian ellas que ausentarse para otros oficios de su comunidad y en órden á la piadosa instruccion de su condiscípula, á María la confiaban para su enseñanza á las pequeñitas, á las cuales desde luego hacia adelantar muchísimo, porque el ejemplo era más eficaz que las palabras, y con aquel más que con estas les hacia conocer y practicar sus deberes para con Dios. Ella crecia en virtudes, puede decirse, que cada dia, y cada dia se arraigaba más en su alma el deseo de consagrarse enteramente al servicio de Dios en el estado perfectísimo de religiosa, para lo cual con las mayores instancias, interesó en favor suyo á todas las religiosas del convento de nuestra Señora de Padrelles, donde estaba educándose, y donde por una justa tolerancia á su tan acreditada virtud se la permitia concurrir á todos los actos de comunidad y gustar enteramente de las delicias del claustro, aunque no estaba ligada á su Dios por los votos, cuya mision llenaba todos sus deseos, cuyo logro hubiese sido toda su dicha. Dios, que la tenia destinada para que

le glorificase en mayor escala y para que hiciese una obra nueva que inmortalizára la bondad de Dios para con sus siervos; y la memoria de esta tan favorecida, dispuso que la debilidad de su salud y la estatura pequeña en que habia quedado despues de la parálisis, de que milagrosamente se hallaba libre, fueran el obstáculo material que impidiéndole entrar en Padrelle la facilitará despues el hacer la gran fundacion que perpetuará su nombre para mayor gloria de Dios. En criatura de ménos virtud que la que tenia nuestra jóven, habria hecho honda impresion la especie de repulsa que recibia de su querida comunidad; pero María no se desalentó: tratando con su Esposo celestial este asunto, le hizo ver su decision á servirle siempre, y pensó en que si ningun instituto la recibia, si en ningun convento de los existentes cabia, un convento nuevo con un nuevo instituto la abriria sus brazos; mas nunca presumió que de este nuevo convento seria ella la fundadora, ni que este nuevo instituto podria ser por ella llevado á cabo. Como no era posible el que pasado cierto tiempo estuviera ya en el convento como colegiala, y las monjas tampoco la admitian como religiosa, tuvo que volver á su casa, no sin vivísimo sentimiento de parte de las monjas, el cual era correspondido por el suyo, que fué tanto mayor cuanto que el grande afecto que la profesaban y el no haberla hecho la más ligera indicacion que demostrára dificultad para su entrada cuando de ella les habia hablado muchas veces, le hacia sentir mucho más esta repulsa, que ella no creia tener tanto fundamento como el que se la queria dar. Sin embargo, enteramente conforme con la voluntad de Dios, y llevando grabadas en su corazon las máximas, consejos y doctrina que en aquella santa casa habia aprendido, partió á la suya, donde desde luego estableció una observancia regular rigidísima, poniéndose en abierta lucha consigo misma para no consentir á sus pasiones el que se rebeláran contra su razon, ó más bien haciendo que Dios fuese el solo dueño de todas sus acciones, encaminándolas todas al Señor por la práctica de sus consejos, por el cumplimiento de sus preceptos y por la realizacion de todas las cosas que conocian eran voluntad del Señor. Comprendió perfectamente desde luego que el principio de todo saber y el temor santo de Dios, y por consiguiente no sirve nada reunir todas las habilidades del mundo si no se sabe amar y temer á Dios; por lo cual en su misma casa estableció una especie de enseñanza para niñas, que reunia todos los dias y que les hacia aprender, además de todos los primores de que es susceptible una señorita bien educada, pues todos los sabia ella con perfeccion, todo cuanto en el ejercicio de la virtud sirve para el provecho de nuestra alma, mediante nuestra fidelidad á la gracia y ejercicio de las virtudes cristianas que conducen á la perfeccion. En los dias de fiesta reunia tambien á las mujeres, instruyéndolas en la religion y en los debe-

res que imponen los diferentes estados de la vida, haciéndolas ver cuán equivocada es su opinion en considerar como lo más importante esta vida material, no haciendo caso de la vida del espíritu, única que debe captar nuestra atencion para obligarnos á procurar que ella sea tan perfecta como es justo. Muchísimo crédito iba adquiriendo la buena María Rivier por esta su tan caritativa conducta con las jóvenes y niñas de su contorno, y este servicio importante de instruccion que tanto favorecia á aquellas, vino á ser de necesidad por las circunstancias que atravesó Francia. Nadie ignora los funestos efectos de la revolucion de fines del siglo pasado; todos conocen que bajo pretextos políticos atacó á la religion de Jesucristo, y que hubiera querido arrasar las iglesias y deshacerse de los ministros, como un dia destruia los imperios y derrocaba los tronos; por esto los ministros del santuario estaban dispersos, ó presos, ó maltratados; los hijos fieles de los padres de almas querian el debido alimento, el necesario pan, y sus padres espirituales, aunque querian satisfacer sus necesidades, no podian, porque ó gemian en el destierro, ó habian sido víctimas del furor revolucionario que nada respetó, que lo arrolló todo y de todo hizo patrimonio de su saña. El párroco del lugar donde residia María Rivier, y algunos otros sacerdotes celosos que allí habia, habian tenido que huir los unos y estaban desterrados los otros; llegaba el tiempo en que la Iglesia obliga á sus fieles hijos á que se acerquen al sagrado convite en que se recibe á Dios, y los niños no tenian quien les instruyera y llevase á la sagrada mesa, porque los sacerdotes no podian; los demás no sabian penetrar hasta el fondo de delicias que tal manjar contiene, y ellos gemian porque no habia quien los guiase. Pero Dios quiso que nuestra buena María Rivier supiese esta falta y para ello la veiamos llevar en torno suyo á cuantos jóvenes habian de acercarse á la mesa eucarística, hacerles comprender cuán grande es la dicha del hombre en unirse á todo un Dios por el inefable misterio, lo mucho que á Dios se debe por tan señalada dignacion, y las disposiciones con que debemos acercarnos á este convite todo divino y todo amoroso, todo admirable y en el cual la humildad de Dios, como el enaltecimiento del hombre, se ven tan claros que no dejan la menor duda. Inmenso fué el beneficio que estas constantes instrucciones de María Rivier produjeron, pero eran para la causa de la religion y tenian que sufrir sus contradicciones. Por algun tiempo se creyó que eran interesadas las miras de la buena María; pero luego quiso Dios facilitar los medios de que llevase á cabo su fundacion de enseñanza, para lo cual inspiró en el obispo de la diócesis á que correspondia su casa la idea de separarse de ella, ponerla bajo la direccion de un sacerdote de S. Sulpicio, cuya ciencia y virtud eran notorias, y así ver si se podia lograr algo de que hiciera su fundacion; para fomentarla, ó si era una de las mu-

chas obras inútiles de nuestra época destruirla en su orígen ántes que sus progresos hiciesen ó imposible el atajarlos ó necesaria una resolucion de esas que precisamente han de ser ruidosas porque afectan á personas cuya conviccion es difícil. El sacerdote, tan prudente como celoso de la gloria de Dios, llamó á la venerable mujer cuyas virtudes él ya conocia en su pequeño pueblo, donde tenia él una posesion, y allí la mandó que ensayase su instituto, lo cual hizo en 1794 con el éxito más favorable. El instituto de la buena María Rivier se llamó desde su orígen Hermanas de María de la Presentacion, y apénas le conoció el sacerdote y el pueblo donde se ensayaba, que, dando á Dios la mayor gloria, lo puso en conocimiento del prelado y le rogó él mismo con las mayores instancias, no solo lo aprobacion, sino el que procurára por cuantos medios estuviesen á su alcance que se propagára un tan benéfico instituto, cuyo fin no podia ser mejor, puesto que tenia por objeto educar á las niñas, prefiriendo siempre á las más pobres, sustentarlas y darlas, en fin, medios de poder un dia ser útiles á sí mismas y á la sociedad en que viven. Claro es que el orígen, á que podremos llamar primer ensayo, de este tan benéfico instituto, tuvo que ser en muy pequeña escala, pues solo unas poquísimas jóvenes que podian disponer de algunos bienes, fueron las que se reunieron á María Rivier para esta empresa, que teniendo para su desarrollo la pequeña casa que la caridad les dió en Choriox, debió su fomento á una circunstancia que el mundo diria casual, y nosotros, con nuestra respetable fundadora, diremos que fué enteramente providencial, pues que vino á dar no solo seguridad, sino grande aliciente á esta empresa. Una jóven de Nantes, de gran talento y de inmensas riquezas, que se habia casado solo por complacer á sus padres, y que perdió su esposo á los muy pocos meses de matrimonio, cedió su inmensa fortuna y dió su nombre á esta naciente Congregacion religiosa, dedicándose ella tambien á la enseñanza con una abnegacion la más honrosa, y secundando admirablemente las miras de nuestra esclarecida fundadora. Como el instituto iba tomando cada dia más incremento y las obras parecian benditas por Dios de una manera enteramente especial y prodigiosa, fué preciso darle estabilidad y reglas hasta los últimos detalles de tan distinguido y caritativo instituto, para lo cual, como la fundadora habia tomado tal acierto en todo, puso sus miras en un sugeto muy á proposito por todas sus circunstancias, que desempeñó su cometido de una manera admirable. Fué este el muy Reverendo Sr. Vernet, vicario general del arzobispado de Viena y administrador apostólico de la diócesis de Viviers, entónces sede vacante. Este tomó con todo intéres el nuevo instituto en atencion á su importancia y á que veia que habia de dar grandes resultados, y dictó con admirable acierto los estatutos y constitucion que le rigen, procurando venir á la completa libertad en el

ejercicio de su caritativo instituto, la completa dependencia en todo de los superiores, á los cuales se daba, como era consiguiente, toda la importancia que deben tener, y dejando á estos mismos sometidos á los prelados ordinarios, tanto para el ejercicio de sus funciones de tales superiores, cuanto para la aplicacion del instituto á las necesidades locales, de modo que pudieran estas hijas de María hasta aliviar al erario en sus dispendios para proporcionar la educacion del pueblo, cuando esta medida se viese aconsejada por la prudencia á juicio de los diocesanos. Tambien prescribió prudentísimamente la armonía que debia de haber entre unas y otras casas de este instituto, haciendo que todos sus miembros tuviesen cierta dependencia, si bien en la aplicacion esta dependencia misma fuese puramente de honor, pues ni en lo económico ni en lo gubernativo podian unos depender de otros colegios, pues esta dependencia habia de dar por resultado perjuicios para algunos sin ventajas para los otros. Muchos obispos adoptaron desde luego ese instituto y le prodigaron las más justas y debidas alabanzas, siendo tantas las peticiones que de todas partes dirigian á su fundadora para que estableciese colegios en unas y otras partes, que la era imposible satisfacer á todos, y solo su cabeza privilegiada y su corazon ansioso de gloria de Dios, podian llevar á cabo la empresa con tanta asiduidad y dándola tanta amplitud como iba recibiendo. Efectivamente, no solo en Burdeos, Aviñon, Menda, Viviers, París, Lyon y otros muchos obispados y arzobispados de Francia, sino la Saboya y otros varios puntos del extranjero, tuvieron gran empeño en recibir y fomentar el instituto de las hijas de la Presentacion de María, así que áun en los dias de su fundadora habia más de ochenta casas, cierto que no todas eran de una misma importancia, pero cierto tambien, que si en algunos puntos habia algunas de ellas que no valian cosa, habia otras donde centenares de colegialas recibian una educacion esmeradísima, y donde se hacia ver cúan pródiga en beneficios es la Divina Providencia, pues derrama sus gracias tan abundantes sobre cosas, que pequeñas en su orígen y aún insignificantes al parecer, vienen luego á dar frutos los más abundantes de vida para los espíritus, porque en las casas de la Presentacion lo primero que se enseña es el amor de Dios; y para lo material porque no hay duda que la sociedad es el reflejo de los individuos que la componen; y dadas individualidades perversas, perverso será el conjunto, así como el conjunto no puede ménos de ser bueno cuando los individuos lo son. Habiendo recibido este instituto religioso la sancion canónica en la aprobacion de los prelados, que se la dieron tan de buen grado, y que no se contentaron con esto, sino que con verdadero entusiasmo recibian y propalaban por sus diócesis este instituto, conveniales tener la sancion legal, es decir, la aprobacion de las autoridades civiles, y pretendió tambien

esta garantía que al mismo tiempo lo era para el estado de que la nueva fundacion estaria siempre en subvenir las necesidades de los pueblos. Logróse en efecto en 29 de Mayo de 1830 una Real órden aprobando el instituto de las hermanas de la Presentacion, y dándolas existencia legal como á todas las demás corporaciones de su especie. Este era el consuelo que la restaba lograr á su venerable fundadora María Rivier; y Dios quiso que pudiese complacerse en el perfeccionamiento de la obra que Dios mismo habia hecho por su medio, observando y viendo su canónica y civil aprobacion, su extension muchísimo mayor de lo que podia prometerse segun la prudencia y sabiduría humana y con un éxito en todo favorable, pues que las virtudes de las que profesaban aquellas reglas admiraban á cuantos tenian ocasion de hacerse cargo de ellas. Era, pues, ya llegado el término de tantos trabajos y sinsabores como hubo de experimentar indudablemente María Rivier para llevar á cabo una empresa colosal como lo fué su fundacion. Establecida la casa de Bourg-Saint-Audeol y queriendo regresar á Burdeos, donde estaba la casa matriz, fué su fundadora acometida de una pulmonía que la quitó la vida en cuatro dias, el 3 de Febrero de 1838, á los setenta años de edad, y habiendo recibido todos los sacramentos de la Iglesia y dado á Dios su alma con la inalterable paz que Su Majestad concede á los siervos suyos cuya vida le fué agradable. Mucha veneracion merece el recuerdo de la que estableció la grande obra de la enseñanza hecha por voto, y los siglos venideros apreciarán sin duda á su fundadora María Rivier. — G. R.

RIVIERE (abate). Estan completamente oscurecidos los antecedentes de este esclarecido personaje; pues acerca de su educacion, juventud y carrera nada absolutamente se sabe, si bien puede con fundamento deducirse que en ningun sentido era una vulgaridad, pues no es para vulgaridades ni acometer, ni llevar con tan buen éxito á cabo empresas de las que acometió y llevó á cabo nuestro distinguido personaje. Aparece á nuestra consideracion como vicario general de Besançon bajo la administracion de Mr. Cortois Pressigny; y todos los testimonios que acerca de él se han recibido de todas partes, le acreditan como hombre de mucha capacidad y de un talento nada comun. Efectivamente, él sabia contemporizar con todos, dando á cada cual lo que le parecia convenirle, él era atento hasta el extremo, allí donde vió que su atencion y delicado trato podian dar resultado feliz; y siempre fué por el honor y buen nombre, no solo de la Iglesia, sino de sus ministros en general y en particular, tan celoso que nunca consintió ni que sus derechos se perdieran ni áun se menoscabasen, ni que por ellos mismos se cometiera abuso, guardando tanta energía, tal firmeza y constancia para reprender, amenazar y áun castigar en un caso dado, como benignidad, bondad y caritativo porte para auxiliar á cualesquiera en sus mi-

serias, necesidades y disgustos; y áun para procurarles, por cuantos medios estaban á su alcance, el adelanto en sus carreras y mayor desahogo en su posicion. El no temia las arbitrariedades del poder secular, porque sabia con energía oponerse á ellas, y los derechos é inmunidades de la Iglesia eran para él tan sagrados, que se puede asegurar con toda verdad, que nunca consintió se despreciáran en lo más mínimo, ni lo que es mucho ménos, que por nadie se tuviesen en ménos estima de la debida. De todas estas cosas resultaba, como no podia ménos, que los clérigos, mirándole con aprecio y respeto, seguian sus indicaciones, y así lograban el que en todos sus empeños saliese airoso, y además el que en todo y por todo pudiera hacer bien y obrar con justicia. No fué ménos importante el servicio que prestó al comun de los fieles por un trabajo que publicó notable por más de un concepto, pues que á la verdad, en cualquier concepto que se le considere, no puede ménos de conocerse su importancia. Este fué el *Catecismo de Constanza*, llamado así porque se imprimió en aquella ciudad, y que era una traduccion fidelísima del aleman, pero que además de muy fiel era muy exacta, como la mejor que se ha hecho en su género, y sumamente importante porque la obra era apologética y dogmática, sublime en su fondo, sencilla en su forma, acomodada á todas las capacidades y necesaria para los jóvenes; pues si bien es verdad que desde que este se publicó han visto la luz algunas, tambien es cierto que hasta ella pocas ó ninguna se veian por Francia. La muerte del abate Riviere acaeció en Besançon el dia 11 de Junio de 1828, á los setenta y seis años de edad, y en medio del más profundo sentimiento de cuantos le conocian, á los cuales se hacia recomendable por sus circunstancias, tanto privadas como de un órden público. — G. R.

RIVIERE (Fr. Eustaquio), del órden de Predicadores. Fué natural de la ciudad de Brabante, en los Países-Bajos, y pertenecia á la familia apellidada Zichenis. Tomó el hábito de la órden de Sto. Domingo en el convento de Lovaina, en cuya famosa universidad hizo sus estudios con tanto aprovechamiento, que segun consta en las actas del capítulo general celebrado en Pavía en el año 1508, fué condecorado con el lauro del magisterio por sus profundos conocimientos en la teología. Desempeñó el cargo de prior del convento de la mencionada ciudad de Lovaina, donde falleció el dia 16 de Abril de 1538. Habiéndose suscitado en su tiempo la perniciosa herejía de Lutero, Riviere fué uno de los primeros que se aprestaron á la defensa de los católicos dogmas ultrajados, dedicando todos sus esfuerzos á combatir los dogmas de aquel heresiarca, así como las proposiciones del famoso Erasmo de Rotterdan. Su celo, su piedad, su mística elocuencia y el santo fervor de que se hallaba animado, demuéstranse con sobrada claridad en las

obras que escribió contra la herejía, y que son las siguientes: *Errorum Martini Lutheri brevis confutatio illorum potissimum qui à Lovaniensi et Coloniensi Theologiæ facultatibus fuerunt damnati;* Antuerpia, un tomo en 4.°— *Sacramentorum brevis elucidatio simulque nonnulla perversa Lutheri, dogmata excludens, quibus est sacramenta temerare cursus est tum ecclesiasticam hierarchiam prorsus abolere: proinde et ac tempestate quam impie cum in Romanam Sedem tum in ecclesiastica Ordines nonnulli debacchantur palam facies;* Antuerpia, 1523, un tomo en 4.° Esta obra, que ha llegado á hacerse sumamente rara, existia en la Biblioteca Real de París. — *Apologia propietate in Erasmi Roterodami enchiridii canonem quintum;* Antuerpia, 1531.—M. B.

RIVIERE (Francisco). Este teólogo, conocido con el nombre de Pelvert, nació en Ruan el dia 5 de Agosto de 1714. Hizo sus estudios primeros con los Jesuitas de su país, y los fué á continuar á la universidad de París. Luego que terminó sus estudios, entró en una comunidad de clérigos que se formó en la iglesia de S. German de Auxerre, y fué llamado á la diócesis de Troyes por Mr. Bossuet, obispo de esta silla, que admitiéndole á las órdenes le procuró beneficios. Este mismo prelado nombró á Riviere profesor de teología en su seminario, plaza que ocupó poco tiempo, porque dimitiendo Bossuet su obispado, y nombrado en su lugar M. Poncet de la Riviere, que siguió diversas opiniones, fué despedido de su cátedra. Reunióse en un principio Pelvert á la comunidad de S. José en París, y despues se fué á vivir con el abate Menildrieu. Rehusando firmar el formulario á que se obligó á los eclesiásticos, no pudo ejercer funciones algunas en las parroquias, y por otro lado su carácter se inclinaba más á la vida retirada y al trabajo de gabinete. En 1763 fué enviado al concilio de Utrech, al que asistió, lo mismo que el abate Duhamel. Murió Riviere en París el dia 18 de Enero de 1781, despues de haber publicado muchos escritos sobre teología y controversia, ó en defensa de las opiniones que habia sustentado, siendo publicados todos bajo el anónimo: los principales son los siguientes que se hallan en lengua francesa: *Disertaciones teológicas y canónicas sobre la aprobacion necesaria para administrar el sacramento de la Penitencia*; 1755, en 12.°— *Denuncia de la doctrina de los que se llamen en adelante á sí propios jesuitas á los arzobispos y obispos*; 1767 en 12.° — *Dos cartas sobre la distincion de la religion natural y de la religion revelada, y sobre las opiniones teológicas*; 1769, en 12.° — A estas cartas añadió Pelvert sucesivamente otras tres, la una en 1770, respondiendo á la crítica que se le hizo á las dos primeras por un doctor de la facultad; otra el mismo año sobre la obra de Maleville, titulada: *Exámen profundo de las dificultades de Rousseau contra la religion cristiana*: y la tercera, respondiendo á un escrito de un doctor contra la primera de estas tres últimas cartas. Reunidas todas forman dos volú-

menes en 12.°, que se encuentran ya muy dificilmente. — *Seis cartas de un teólogo en las que se examina la doctrina de algunos escritores modernos contra los incrédulos*; 1776, en dos volúmenes en 12.°: los escritores á que alude fueron cuatro antiguos jesuitas, Delamare, Floris, Paulian y Nonnotte, á los que Pelvert reprocha graves errores sobre el pecado original, sobre las obras y salvacion de los infieles y sobre la libertad, la gracia y la moral, y terminan las cartas con una disertacion sobre la creencia de los simples. — *Disertacion sobre la creencia y esencia del sacrificio de la Misa*; 1779, en 12.°, la que produjo una grave controversia, pues que la mayor parte de los apelantes vituperaron su conducta en esta circunstancia, acusándole de haber faltado al afecto que debia á Plowden. En otros de sus escritos apareció contra su doctrina, y Pelvert les respondió con su *Defensa de la disertacion ó refutacion de catorce escritos*; 1781, tres volúmenes en 12.°, defensa que no se publicó hasta despues de su muerte. — *Carta á una religiosa sobre la prohibicion de leer las Reflexiones morales y las Noticias eclesiásticas*; 1782, en 12.°: esta carta apareció despues de su muerte, y su biógrafo Picot, á quien seguimos, no se atreve á asegurar que sea de Pelvert. — *Exposicion sucinta y comparacion de la doctrina de los antiguos y de los nuevos filósofos*; 1787, dos volúmenes en 12.°: esta obra, á la cual no dió Pelvert la última mano, se dirige á los incrédulos, y en ella defiende la necesidad y la posibilidad y existencia de la revelacion. Pelvert fué el editor del tratado latino de Gourlin sobre la gracia y la predestinacion, obra que publicó en tres volúmenes en 4.°, y se asegura que además de los expresados, dejó un gran número de manuscritos sobre diversas materias, extracto de los Santos Padres, tratados de teología, comentarios sobre la Santa Escritura, y memorias sobre la historia de la Iglesia y relativas otras á la Bula. — C.

RIVIERE (Fr. Luis de la), minorita francés, conocido por sus escritos no ménos que por sus virtudes. Nació en Lyon hácia 1580, y desde su más temprana juventud manifestó las grandes cualidades de que su alma se hallaba adornada. Ajeno á todo lo que el mundo puede ofrecer á las personas inspiradas por la gracia, siempre vivió en la soledad y el retiro, distante de todo género de placeres, y áun de las diversiones propias de su edad, siendo su única distraccion asistir á las iglesias, y entregarse en ellas á fervorosos actos de amor de Dios. Su familia, que conoció muy en breve sus buenas disposiciones, procuró fomentarlas por cuantos medios se hallaban á su alcance, deseosa de que aumentase su lustre y honores con los gloriosos timbres de una vida entera consagrada á ejercicios de piedad y devocion. Así es que Riviere fué avanzando cada vez más en el camino que se habia propuesto andar, y apénas llegado á la pubertad, era citado como modelo entre todos los jóvenes lioneses. Su asistencia á las iglesias y hospitales, su conti-

nuo cuidado de los pobres, á los que buscaba recursos cuando no podia socorrerlos con los suyos propios, sus desvelos por contribuir al bien de sus semejantes, no haciendo caso de las murmuraciones á que por excesiva malicia ó mala inteligencia daba lugar su conducta, no le dejaban descansar un instante, y dia y noche continuaba dedicado á aquella vida activa, en que debia coger tan buenos frutos, obtener tan ópimos resultados. Estaba ya muy adelantado en sus estudios, en los que siempre manifestó una no vulgar capacidad, unida á la más grande aplicacion, cuando decidió tomar el hábito en la religion franciscana. Los superiores de esta Orden quisieron sin embargo probar su vocacion, pues aunque en todo Lyon era conocida su ejemplar conducta, ciertas personas malévolas habian dado por excesiva mala fe, ó por demasiada ligereza, en criticar algunos actos de Riviere, ejecutados con excesiva inocencia ó con escaso disimulo, de manera que el pobre jóven se veia mal mirado por personas que no comprendian sus intenciones, ó á quienes no habia creido oportuno revelar sus planes. Entre las muchas casas de menesterosos que frecuentaba el futuro franciscano, habia una de no buena fama y de la que huian las personas cautas, y que se preciaban de nimiamente virtuosas. En ella, sin embargo, entraba Riviere noche y dia, sin precaucion alguna, y como si no supiese lo que en toda la ciudad se decia en público y secreto. Ya le habian amonestado su familia y amigos sobre estas supuestas relaciones, que miraban como una mancha en su intachable conducta, y que creian enteramente contrarias á sus fines y designios; pero él, ó habia aparentado indiferencia, ó no hecho caso de sus amonestaciones, y no abandonado sus resbaladizos pasos en materia tan delicada. Así cuando se presentó á pedir el hábito, los Franciscanos, que conocian esta parte de su vida, que en realidad no tenia él tampoco secreta, la miraron como un obstáculo para su ingreso en la Orden, y no quisieron admitirle hasta probar lo que habia de verdad en este asunto. Riviere se retiró triste y desconsolado, mas no decidido á abandonar á personas cuya triste existencia, y tal vez su salvacion, creia depender de su conducta. Hiciéronse averiguaciones, pero las apariencias continuaban condenando al jóven postulante, y á tal extremo llegaron las cosas, que faltó poco para que tuviese que abandonar la ciudad. En tal situacion, ignorando qué hacerse, acudió á su confesor, que enterado del caso y mirándole como meritorio, nunca se habia atrevido á elogiar ni condenar la conducta de su penitente. Pero en fin, deseando salvarle del peligroso estado, buscó medios, y sabidas todas las particularidades que mediaban, con el auxilio de personas ricas, se consiguió que tomase el velo una jóven, á quien la desgracia habia tenido sumida hasta entónces en la miseria y el dolor, no pudiendo subsistir con los recursos que la proporcionaba el caritativo jóven, sin los que tal vez

la desesperacion la hubiera lanzado en todo género de crímenes. Este triunfo de Riviere fué seguido de su entrada en la religion, en la que desde luego manifestó las buenas cualidades de que para vivir en el claustro se hallaba adornado: humilde, modesto, callado, sencillo y candoroso, su vida fué desde aquel instante un modelo de todas las virtudes de que puede honrarse la humanidad. Amábanle sus superiores y respetábanle sus iguales, pues los servia de modelo y sabia enseñarlos y acompañarlos en el espinoso camino que juntos debian recorrer. No era ménos afortunado en sus estudios, en los que hacia los mayores progresos, marchando con notables adelantos al término de una carrera tan noble como gloriosa. Despues de haber profesado, mereció ser elevado al sacerdocio, por tener ya la edad competente y juzgarle sus superiores digno de una dignidad en que debia prestar notables servicios á su Orden. Consagróse desde luego al ministerio de la predicacion, difícil tarea en que la Iglesia se propone contribuir al bienestar de sus hijos en esta vida y á su felicidad en la eterna. En ella correspondió Riviere á sus buenos antecedentes, pues dotado del don de la palabra conseguia los mayores frutos, y todas las ciudades de Francia acudian á su ministerio para mejorar las costumbres del pueblo, corregir abusos y cortar escándalos. El prudente religioso se prestaba con gusto á tan delicada mision, y consiguió enjugar muchas lágrimas, y labrar, si no la fortuna, la tranquilidad de más de una familia, cuya suerte vacilaba entre los horrores de la desgracia y la miseria, que se habian atraido por su mal comportamiento. Contribuia tambien mucho á estos resultados su carácter activo y misericordioso, pues creyendo que debia unir las obras á las palabras, y que muchos de los males de que el pueblo se halla aquejado, provienen más bien de su precaria situacion que de sus cualidades ó sentimientos, para contribuir al desarrollo de estos procuraba que los ricos le proporcionasen medios de subsistencia; y mientras decia á estos que solo debian mirarse como administradores de los bienes que el cielo les habia concedido, de que eran los pobres los dueños verdaderos, aconsejaba á los otros supiesen aprovechar los medios que para vivir les proporcionaba la Providencia, dándola gracias por ellos, y no empleándolos en cosas fútiles, impropias de su condicion y estado. Con tan sublime política obtuvo el P. Riviere los mejores frutos, é inútil es decir que era amado de grandes y pequeños, mirándole todos como su padre, amparo y consuelo. Procuraba él por su parte corresponder en todo á la buena fama que habia sabido adquirirse, y su conducta era un modelo de religiosos ejemplares. Jamás faltaba á las obligaciones que le imponia su regla, y ni sus muchas ocupaciones, ni sus continuos trabajos, le alejaban del coro y demás actos de la comunidad á las horas designadas. Admirábanse todos de esto, que no era efecto más que de la regularidad de su vida, y de-

seaban saber cómo encontraba tiempo para lo que ellos no le tenian. Mas él, no queriendo presentarse como modelo, á lo que su humildad se negaba, se contentaba con contestarles con una sonrisa, en que les daba á entender demasiado si ellos querian comprenderlo. Muchas fueron las casas que recorrió con motivo de su cargo, y en todas fué mirado con sumo aprecio, á lo que le hacian acreedor sus buenas cualidades. Pero en la que obtuvo mayores distinciones fué en la que terminó su vida, pues anciano ya y no pudiendo continuar consagrado al penoso ejercicio de la predicacion, tomó la pluma y procuró continuar sembrando con sus escritos la semilla del Evangelio, que por espacio de cuarenta años habia esparcido por aldeas y ciudades, por campos y caseríos. Sus obras, muy apreciadas entónces, no tardaron en desaparecer para dar lugar á otras del mismo ó diferente género, pero á las que la moda de la época daba una importancia de que carecian en realidad. Así es que los bibliógrafos de su Orden, al ocuparse de ellas, solo citan alguna que otra, y áun esta con ciertas dudas, no pudiendo hacer constar su existencia é identidad. Pero en sus virtudes no ha cabido duda á ninguno de los cronistas, y todos á porfia se han esmerado en elogiarlas como en realidad lo merecen. Parece que áun en sus postreros dias no abandonó sus hábitos piadosos y caritativos, y que desde su misma cama se dirigia á sus amigos para socorrer á los pobres, y sellar áun en la hora de la muerte la gloriosa conducta de que habia hecho alarde durante toda su carrera. En su mismo lecho confesaba á los penitentes que querian tener el gusto de celebrar con él esta íntima conferencia del alma, les animaba con sus consejos, y al despedirse de ellos les recomendaba continuasen en la buena senda que siempre les habia trazado. Los religiosos de su comunidad procuraban ahorrarle este trabajo, que creian muy penoso en su avanzada edad y postracion; mas él procuraba burlarlos, valiéndose de los medios más exquisitos, y parece murió confesando á uno de sus más queridos penitentes. Habia ya recibido todos los santos sacramentos, que para consuelo nuestro concede la Iglesia en estos casos, y manifestado la mayor alegría al hacer los preparativos de un viaje, que toda su vida habia tenido presente en su memoria. Murió tan tranquilo como habia vivido, dejándonos la obra siguiente: *Tabulam mysticam de quadruplici amore divino;* Lyon, 1630.—S. B.

RIVIERE (Luis Barvier, conocido por el abate de la). Con negros colores presenta á este eclesiástico su biógrafo de la universal francesa de Michaud, Mr. Weis, y sentimos tener que seguir á este autor, y no poder presentar un retrato diferente y cual deseamos siempre aparezcan los eclesiásticos; pero el historiador debe ser exacto por más que le pese presentar ciertos hechos, pues que debe presentar lo malo para que se huya de caer en iguales defectos, y lo bueno para que se imite. En esta biografía segui-

mos exactamente á Mr. Weis, sin poner nada absolutamente de nuestra parte, mas que el disgusto de haberle copiado. Habia sido regente del colegio du Plessis en París, y despues limosnero del obispo de Cahors, que le colocó con Gaston de Francia, duque de Orleans. Fué un hombre fino en su trato, y astuto, pero de un carácter vil y despreciable. Adquirió la gracia del príncipe lisonjeando sus pasiones, y luego que se hizo dueño de su confianza abusó de ella, revelando sus secretos al cardenal Mazarini. Sus intrigas é infames complacencias, que debieran haberle merecido otro tratamiento, le valieron muchas ricas abadías; y por último, el obispado de Langres, al cual estaba unida la dignidad de par de Francia, y á este nombramiento y obispado se refiere Boileau en aquellos dos versos de su primera sátira:

..... *Le sort burlesque, en ce siecle de fer,*
D'un pédant, quand il veut, sai faire un duc et pair.

No obstante esto, este hombre especial aún no estaba satisfecho de su fortuna, y emprendió un viaje á Roma, esperando que allí podria obtener el capelo de cardenal; pero no salió airoso en su audaz empresa, no obstante que no faltó quien dijese que habia logrado ser nombrado para esta dignidad al propio tiempo que murió en París el año 1670. Su muerte consoló á los que habian visto con pena su elevacion, y los malignos se ensañaron á su costa en epigramas satíricos, que dejaron muy mal parada su reputacion. M. La Monnoye inserta dos de ellos en el tomo I de su edicion del *Menagiana*, y se atribuye la mejor á este autor. El testamento de este Obispo fué una verdadera pieza bufonesca; entre otras cosas singulares que dice en él, merece citarse la siguiente: *Nada dejo á mi mayordomo, porque hace ya diez y ocho años que se halla á mi servicio.* De este modo refiere en extracto Weis la vida de este prelado, cuya última cláusula testamentaria citada no deja por cierto bien puesta la fidelidad de su mayordomo, si bien es cláusula que pudiera dejarse con justicia no pocas veces en los testamentos de los grandes señores con respecto á sus criados.—B. C.

RIVIERE (Matías Poncet de la). Nació este prelado en París en 1707. Fué sobrino del prelado del mismo nombre, que murió siendo obispo de Angers en 1730. Habiendo abrazado el estado eclesiástico, fué gran vicario de Seez, desde cuyo destino fué nombrado en 1742 obispo de Troyes, por la dimision que hizo de este obispado Mons. Bossuet. Su administracion fué muy borrascosa para su diócesis, pues obligado á luchar contra los llamados apelantes, que eran en ella muy numerosos, puso entredicho á muchos eclesiásticos, y tuvo que sostener graves disputas con su cabildo, con sus

curas párrocos y con los magistrados de Troyes. Estos últimos pronunciaron contra él sentencias y amonestaciones para obligarle á administrar los sacramentos á un enfermo, y rehusando hacerlo el obispo, fué desterrado á Meri. Como para defenderse publicase cartas y escritos contra sus enemigos, el Parlamento de Paris se pronunció contra él, y prendiéndole, le encerró en la abadía de Murbach, en la Alsacia. Volvió á su diócesis en 1757, y en 1758 fué nombrado obispo de Aire, cuya silla renunció. Dimitió su obispado de Troyes y fué nombrado abad de S. Benigno de Dijon. Poco despues fué nombrado limosnero del rey de Polonia, duque de Lorena, y despues de haberse distinguido en el púlpito, murió en Paris de dean de S. Marcelo, el dia 5 de Abril de 1780. Fué este prelado autor más ingenioso que elocuente, más brillante que natural, y por lo tanto su reputacion no pudo sostenerse, y apénas se leen sus oraciones fúnebres, no obstante encontrarse en ellas verdaderas bellezas. Además de sus cartas pastorales y de un discurso sobre el gusto, impreso en la coleccion de la academia de Nancy, de la que fué miembro, han quedado de este prelado las obras siguientes: *Oraciones fúnebres de la reina de Polonia*; 1742.—*De Madama Ana Enriqueta de Francia*; 1752.—*De Madama Luisa Isabel, duquesa de Parma*; 1760.—*De la reina de Francia María Leczinska*; 1768.—*Del rey Luis XV*, 1762. De todos sus sermones, el más apreciable es el que predicó con motivo de la toma de hábito de Madama Luisa en las Carmelitas de San Dionisio, cuyo sermon se ha traducido al idioma español.—C.

RIVIUS (Juan). Fué hijo de un impresor muy célebre de Lovaina, y por demostrar desde luego un ingenio muy claro, desistió su padre de la idea primera que acerca de él concibiera, de hacerle impresor como él, y le dedicó á estudios; poniéndole para que los siguiera bajo la direccion de los PP. Agustinos, que por entónces (1610 y siguientes) gozaban con justicia de gran reputacion. El efecto no solo correspondió, sino que sobrepujó á las miras que sobre el jóven se habian formado, pues no solo hizo con brillante éxito sus estudios todos, sino que en los certámenes de fin de curso y áun de fin de carrera, Juan Rivius era siempre el primero y á quien se confiaban los más difíciles trabajos con la seguridad que siempre se tenia de que los desempeñaria admirablemente como lo hacia en efecto. Muy vivos fueron los deseos que animaron á Rivius de pertenecer al instituto mismo en que habia recibido toda su educacion y hecho su carrera, y no ménos vehementes los que tenian los Padres de que perteneciera á esta Congregacion tan ilustre un hombre que en realidad de verdad habia de ilustrarla más, porque de su ciencia y virtudes podia con fundamento esperarse mucho y bueno; asi que á la primera indicacion que hizo de sus deseos, le allanaron el camino, de suerte que muy poco tiempo despues fué recibido

como novicio; luego hizo su profesion, y por último, recibió los órdenes sagrados con edificacion de cuantos le vieron, porque el móvil principal que á entrar religioso le llevó no fué otro sino el de procurar en el claustro de un modo el más conveniente la gloria del Señor y bien de las almas. Lo logró, porque su asiduidad y su celo para el ejercicio de los sagrados ministerios puestos á su cuidado, así como su benignidad suma de carácter, la justa tolerancia en las imperfecciones de sus hermanos, como la energía en reprender los vicios, le hacian altamente apreciable y le ponian en situacion de que cuantos hubieran menester consejos acudiesen á él, y él en verdad los consolaba en gran manera, dando acertada solucion á sus dificultades, por intrincadas que ellas fuesen. Esto y las grandes simpatías que con todos tenia, y que por todos eran correspondidas, hizo que despues de pasados en el ejercicio de sus importantes ministerios los años prescritos por las muy sabias constituciones de su sagrada religion, fuese nombrado prior de su convento; desempeñó su cargo por varias veces tan á satisfaccion de sus hermanos y de sus superiores, que siempre se le reelegia en él, hasta que ya pareció conveniente nombrarle provincial, para que así fuesen más conocidas sus excelentes dotes y más admirado en el desempeño de su importante cargo, que ciertamente cumplió como era de esperar y como todos se habian prometido. Muchísimo trabajó durante el tiempo que fué provincial, pero muchísimos fueron los beneficios que tanto la Orden como sus individuos reportaron de su acertadísimo gobierno, hasta que elegido perpétuo como en premio de sus servicios, lograron con esta ocasion demostrarle cuán aceptos habian sido á todos. Efectivamente, fué confirmado este nombramiento en capítulo general, y todos estaban tranquilos por tener un tan celoso superior; pero Dios queria que fuese á su soberana presencia para pedirle cuenta de sus acciones, y por lo tanto la muerte le acometió en Ratisbona el dia 1.° de Noviembre de 1665. Ponderar lo que esta fué sentida en toda la religion Agustiniana, cosa es que sobrepuja la humana diligencia; la prueba fué que en todas partes se hicieron honras por su alma, y sus sufragios fueron mucho más solemnes que lo que se acostumbra con los demás provinciales. Como muestra de su ingenio dejó una *Vida de S. Agustin*, obra acabada y en la cual no se encuentran los defectos que la maledicencia ha querido consignar, pues despues se ha averiguado que todas estas cosas fueron presentadas por un émulo cuyo nombre no queremos citar. Tambien publicó algunas poesías latinas, y la obra que tituló: *Rerum Francicarum decades quatuor; imperio Belgarum exordium et progressus usque ad annum* 1500; obra de mérito y muy buscada.—G. R.

RIVO (Raoul). Este personaje, á quien tambien han llamado algunos Mr. Ruiseau, fué natural de Bree, pequeño pueblo en la provincia de Lieja.

Habiendo demostrado muy claro ingenio y aficion nada comun al estudio de las lenguas mádres, fué enviado á Roma, donde estaban estos conocimientos muy adelantados, para que los estudiase con toda la atencion que era debida. En efecto, allí se perfeccionó grandemente en humanidades, y como era consiguiente estudió tambien filosofia y sagrada teologia, habiendo sido ascendido al deanato de la iglesia colegial de Tongres en justa y muy merecida recompensa de los eminentes servicios que prestaba en el desempeño de su muy importante y dificil ministerio. Desde el dia en que, como presidente del cabildo, tomó á su cargo la direccion y gobierno de él, fueron sus continuos desvelos la prosperidad de su iglesia, sus incesantes intentos el que todo fuese lo más útil posible á los individuos, sin que en lo más mínimo se resintiera de esa utilidad individual la utilidad comun de los fieles, así que unos y otros estaban agradecidísimos á los desvelos de tan celoso y bondadosísimo padre y pastor. Mucho tiempo gobernó su iglesia, y siempre con acierto; muchas veces rogó á sus clérigos le relevára del importante cargo de dirigir aquella pequeña grey, muchas veces anheló retirarse á una vida más quieta, más sosegada y pacífica, pero sus tentativas todas eran inútiles, vanos sus deseos, porque los superiores ó prelados que conocian perfectamente bien cuán útil era el que él estuviera al frente de su iglesia, y lo mucho que esta prosperaba con tan solicito administrador, nunca consintieron, porque no debia ser, en que la abandonase, y siempre procuraron tenerle al frente de su querido rebaño, desvaneciendo, por virtud de santa obediencia, cuantas tentativas hacia para ser retirado de su puesto. Era muy rico, y el deanato le rendia tambien bienes muy suficientes no solo para su decorosísima manutencion, sino para haber hecho alguna obra que perpetuára su memoria. Por esta atencion quiso fundar un monasterio de religiosos, que en efecto estableció en Corsendone, dando á los que vivian en esta casa la misma regla de los antiguos monjes, y obligándoles á la misma observancia que tuvieron los institutos monásticos en sus primeros rigores; así que salieron de tan buen seminario excelentes profesores de la verdadera ciencia, que es la de procurarse la salud eterna mediante el ejercicio de las virtudes en el tiempo. Mucho renombre le dió esta piadosa fundacion, y muchísimo más logró cuando se supo, que aunque por obediencia él vivia al frente de su iglesia, desempeñando con el debido acierto su deanato; su espíritu estaba en su querida comunidad, su corazon en aquellos Padres, que es verdad vivian en el mundo y en medio de una ciudad, pero no parecian sino moradores del yermo, ya por su observancia, ya por las demás circunstancias particulares que les adornaban, y que eran el efecto natural de la admirable sabiduría que presidió á todos los acuerdos que tomára nuestro Rivo para hacer de su instituto ó fundacion una obra, además de imperecedera, porque

tenia cuantos elementos de vida son necesarios, admirable, porque estos estaban manejados con una destreza tal, que más bien que obra de un hombre, parecia, y hasta cierto punto lo seria, una de esas inspiraciones de Dios, que el Señor pone cuando quiere en la mente de sus siervos, para que de este modo se procure su mayor gloria por todos los medios imaginables. El tiempo en que floreció nuestro buen dean, y en que se hizo esa su tan notable fundacion, fué en los fines del siglo XIV; habiendo tenido él ya el gusto de experimentar los saludables efectos de su instituto, pues su vida se prolongó hasta 1405, época en que el convento de Corsendone disfrutaba ya de muy merecida reputacion, y sus hijos eran con ánsia pedidos para que desempeñáran en distintos puntos los importantes cargos anejos á tan alto ministerio, como es el sacerdotal. Su muerte fué cuando hemos dicho, pero su memoria se conserva imperecedera. Para esto sirven en gran manera sus obras, que reseñaremos brevemente, porque la índole de este artículo no permite otra cosa, pero que áun á la simple enunciacion dan á conocer á nuestro hombre como un sugeto de erudicion vastísima y de gran ciencia, que no solo podia dar extension á sus conocimientos por medio de la explanacion de ellos á los demás, sino que de los demás juzgaba, y juzgaba con acierto, porque era hombre de muy sana crítica. Sus obras fueron: *Traité de l' observation des canons*, que se imprimió en Colonia en 1568, y luego en Roma en 1590, y despues en París en la *Historia de los Padres*. Escribió una *Historia de los Obispos de Lieja*, desde 1347 á 1389, admirable, porque además de los datos históricos que facilita, ventila muchísimas cuestiones canónicas, y otras de crítica cuya resolucion era no solo reclamada mil veces, sino hasta necesaria. Escribió tambien un *Calendario Eclesiástico* en 1568, y para que de su gran ingenio y facilidad en versificar quedára ejemplo, hizo un breve *Martirologio* en verso, muy bello y muy bien arreglado. Todo esto hizo nuestro buen Raoul Rivo, acreedor es por tanto á que su nombre sea conocido y su mérito estimado de la manera á que es digno de ello. — G. R.

RIVO (Fr. Ricardo de), religioso dominico, natural de Brabante. Floreció en el siglo XV, y fué uno de los Padres más ilustres de aquellos países, tan célebres despues por sus desgracias y separacion del seno de la religion católica. Mas cuando nació el P. Rivo aún brillaba en toda su pureza el dogma de la fe en los Países Bajos, y se trabajaba en su defensa con el mayor celo y ardor, mirándose como la más distinguida honra que podia caber á los personajes de las primeras familias el ostentar en su blason el título de católicos, y verter su sangre, si necesario fuera, por nuestra santa fe. Rivo pertenecia á una familia antigua é ilustre, que se habia distinguido en las diferentes guerras que el Brabante habia tenido que sostener con los países vecinos. Sus antepasados gozaban de muy buena reputacion y algunas riquezas,

de manera que este tierno vástago de aquella antigua casa podia lisonjearse con un brillante porvenir. Pero su carácter dulce y suave, sus inclinaciones pacíficas y su genio dado más bien á acometer empresas literarias que políticas, en las que es más necesario el valor y arrojo que la constancia y paciencia, le decidieron á abandonar la casa paterna para seguir las lecciones y ejemplos de virtud y de saber con que le brindaba la naciente órden de Sto. Domingo. Acababa esta religion de aparecer por primera vez en el mundo, fundada por uno de los hombres más grandes que han brillado quizás en la historia de los siglos, por uno de esos héroes del cristianismo á quienes no se elogiará nunca lo bastante, de quienes se desconocen el objeto y las tendencias, y que sin embargo son dignos de ser contados entre los hombres más útiles á la humanidad. Tal fué Sto. Domingo de Guzman: jamás se ha mirado á este patriarca sino como el fundador de una Orden religiosa, no se ha comprendido su objeto ni sus fines, no se ha visto el más allá de esa institucion que fué una gran idea, que tuvo un pensamiento muy superior á su siglo, y que debia producir los más fecundos resultados. Sabido es que en la edad media todo se decidia por la fuerza de las armas; hasta los sagrados derechos de la justicia, las cuestiones religiosas, el honor de las damas, el mérito de los trovadores, todo venia en último resultado á decidirse por el derecho del más fuerte. Tal estado era injusto y violento, y sin embargo á nadie se le ocurria buscarle un feliz término. Santo Domingo de Guzman se lo propuso, luchó para conseguirlo, y si no lo obtuvo al fin, culpa fué mas bien de los hombres que le rodeaban, de las ardientes pasiones que se agitaban por todas partes, que de sus esfuerzos y designios, pues nunca se dió por vencido, siempre acudió á medios de paz, y cuando dejó al fin que las armas ocupasen el lugar de los discursos, tuvo al ménos la satisfaccion de dejar sembrada, no la semilla, sino un plantel de discípulos que debian continuar trabajando en su santa idea, animarla y darla vida, llevarla á cabo desde las regiones del Mediodia, donde habia nacido, hasta las heladas del Norte en que habia de encontrar millares de adoradores, desde el centro del Viejo Mundo hasta los entónces desconocidos paises de la aún no descubierta América, desde el antiguo y ya de larga historia imperio europeo, hasta las más apartadas zonas del Africa, del Asia y de la Oceanía. Tal fué el objeto de Sto. Domingo de Guzman, y si no por completo, le consiguió en gran parte, evitando muchas guerras religiosas, como la que asoló entónces el Mediodia de la Francia, fundando un tribunal que decidiese en las materias de la fe. Popular es la guerra de los albigenses, en Francia se defiende todavía á los desgraciados que se dejaron arrastrar por inicuas doctrinas, y que por un extravío de su inteligencia llegaron á dudar del verdadero Dios ó á sembrar groseros y ridículos errores sobre su puro

dogma. Las provincias de Narbona, Tolosa y otras, patrimonio de España en tiempo de los godos, y que solo la invasion de los árabes separó de nuestra corona, habiéndose conservado, sin embargo, hasta tiempos muy modernos como recuerdo de aquella dominacion por la parte de Cataluña algunos territorios propios de nuestros monarcas dentro del mismo suelo francés, aquellas provincias, repetimos, habian llegado al apogeo de su gloria y su grandeza. Sus condes, independientes casi de los monarcas franceses, ostentaban su poder al lado de los primeros soberanos de Europa, y sus córtes eran las cortes del amor, de las riquezas y del placer. Allí nació la poesía provenzal, ese dorado arte que tan buenos recuerdos ha dejado en la historia, y en cuyas fuentes se inspiraron los Dantes, los Ariostos y los Petrarcas, esos grandes genios de la edad media, que no han encontrado rival en los siglos modernos. Allí brillaba la filosofía, la teología y todas las ciencias con un esplendor extraordinario para tan remotos siglos; y en fin, las costumbres caballerescas, los torneos y todas esas fiestas que encantan la imaginacion de la ardorosa juventud, tenian allí su asiento y su morada. Provenia esto de la larga paz de que habia gozado aquel país, del bondadoso y paternal gobierno de sus condes y de las mismas ventajas que le proporcionaba su excelente posicion geográfica. Pero todas estas ventajas no debian tardar en volverse en contra, y ser origen de su decadencia y ruina. Siempre á los siglos de oro de la literatura han sucedido épocas de mal gusto, en que á la belleza y sencillez de la verdad ha sustituido el oropel de los pensamientos y de los sofismas, las ideas alambicadas, las antítesis y la oscuridad. Lo mismo sucede en las ciencias: á Platon siguen los peripatéticos con sus doctrinas erróneas y confusas, con los comentarios y las equivocadas interpretaciones de su maestro. A Aristóteles, la escuela ecléctica, cuya eleccion no es en último resultado más que el producto del genio y carácter de cada maestro, que acaban por no entenderse, y promueven con sus eternas disputas, en vez de la luz de la verdad, las tinieblas de la ignorancia. Así sucedió en los estados del conde Raimundo de Tolosa: cansados de la verdad, que siempre era una y uniforme, acudieron á los pensamientos frívolos y vanos, á las ideas falsas, y ganando acaso en gracia este nuevo sistema, acabó por producir el olvido de todo lo pasado, su negacion. Las ideas religiosas, objeto de las más bellas poesías de los trovadores provenzales, recibieron ciertas innovaciones no conformes al espíritu del dogma, innovaciones que repetidas de boca en boca, acabaron por tomarse como otras tantas verdades sinónimas, y formaban el *sine qua non* de su religion. Notáronlo algunos sacerdotes, en particular del clero regular, y quisieron oponerse. Mas el pueblo, bien avenido con sus ceremonias un tanto romancescas, y sus caprichosas ideas, se negó á obedecerles, y viéndose conminado,

acudió á las armas, es decir, á la persecucion, para verse libres de sus molestos censores. El conde de Tolosa, acostumbrado á dar gusto en todo á sus súbditos, no se mezcló en ninguna de estas cuestiones, y sin dejar de manifestarse decididamente católico romano, consintió en cierta manera en las no moderadas decisiones de sus súbditos. Tal vez desde aquel mismo momento se hubiera comenzado la guerra contra los estados de Tolosa, si no se hubiese presentado un hombre decidido á impedirla; este fué Sto. Domingo de Guzman. Corre á Tolosa y comienza á predicar las verdades de la fe, forma misiones, reune discípulos y hace que su voz de amor y de paz se oiga por todas partes, y cree por un momento evitar la terrible lucha que no debia tardar en seguirse, y que produciria la ruina de aquellas opulentas y florecientes ciudades, el exterminio de esta parte la más rica y más gloriosa de Francia. Pero todos sus esfuerzos fueron inútiles; los albigenses se hallaban muy obstinados en sus errores, y sus enemigos tenian un verdadero interés en perderlos. Así, aunque Sto. Domingo reunió diferentes concilios, asistió á ellos, y procuró establecer la concordia, todo fué inútil, pues la guerra estalló, guerra terrible y fatal, tan funesta para vencidos como para vencedores, de dudoso resultado, pero que ocasionó el exterminio de todas aquellas provincias, en que con la flor de sus habitantes pereció la ciencia, el saber y aquella civilizacion, única en su género, que se quiere aún imitar en algunas de nuestras academias. Pero la institucion de Santo Domingo de Guzman cobró desde entónces nuevo vigor y vida, los mismos resultados de esta guerra hicieron ver la necesidad de una Orden que evangelizase continuamente, que procurára conservar vivos en el pueblo los dogmas de fe, que evitára se manchase con dogmas impuros tan sagrado depósito, estableciendo un tribunal que fallase en último resultado en los casos graves, con lo que se podrian evitar acontecimientos dolorosos y guerras, como la que no sin asombro ni sentimiento acababa de presenciar la Europa llorosa y admirada. Fuése propagando poco á poco esta Orden, y no tardó en llegar á los Países Bajos donde fundó un convento en Bruselas, de que fué uno de los primeros religiosos el P. Fr. Ricardo Rivo, que no debia tardar en ilustrarle con sus virtudes y saber. Tomó el hábito, y profesó en 1472, y desde luego manifestó las grandes cualidades de que le habia adornado la gracia para corresponder á su elevada vocacion. Nada más conforme á las máximas del santo Evangelio que la vida que hicieron los primeros Padres dominicos; sus penitencias, su continua oracion, sus vigilias, todo era digno de los primeros siglos de la Iglesia, todo respiraba esa uncion y caridad que difícilmente volvió á encontrarse despues, salvo algunos raros casos de religiosos ilustres de que ya hemos hecho mencion en esta obra. El P. Rivo fué uno de los más observantes de aquella dorada

época, y á sus grandes virtudes unió un amor al estudio, un talento y una penetracion, que hicieron concebir acerca de él las mejores esperanzas. Siguió sus estudios en Colonia, haciendo los de teología con Fr. Miguel de Insulis, afamado maestro á la sazon de aquella universidad, y uno de los mejores teólogos de su siglo. Como esta facultad era en la que estaba llamado á brillar el P. Rivo, inútil es decir que á ella consagró toda su aplicacion, todo su talento, todos sus esfuerzos para poder algun dia encontrarse en estado de secundar los pensamientos del santo fundador de su Orden. En efecto, Fr. Ricardo, cuya vida austera y retirada, cuyos estudios solo se veian interrumpidos por los ratos que consagraba á la oracion y á sus deberes religiosos, no tardó en hacer los mayores adelantos, en sobresalir entre todos sus compañeros, en ser, por decirlo así, uno de los teólogos más distinguidos de la religion de PP. Predicadores. Maestro ya, no tardó en ocupar el mismo puesto en que se habia sentado el que con sus lecciones ilustró su espíritu con la luz de la verdad contra las tinieblas del error, y en él brilló no con prestado, sino con propio esplendor, no con la ciencia que hasta entónces se habia enseñado en las escuelas vulgares, sino con una más selecta, más elevada, más grande y admirable. No queremos decir que el P. Ricardo inventase nada nuevo, que fuese uno de esos profesores tan admirados en los siglos en que viven, y que se extravian con tanta frecuencia por manifestar una originalidad, que en determinados casos solo puede ser perjudicial y dañosa. No, el P. Ricardo lo único que hizo, lo único que procuró y consiguió, fué purgar la verdad del error, distinguir entre lo que la ciencia tenia de prestado, de lo que en realidad la pertenecia. Para ello acudió á la lectura de los Santos Padres, buscó las historias de los concilios, estudió profundamente las Sagradas Escrituras, y con tan buenos textos, bebiendo en tan abundantes fuentes, inútil es decir consiguió su objeto; elevó la ciencia á una altura desconocida en su época, y si no la purgó de la falsa y ridícula fraseología de que generalmente se hallaba por entónces sobrecargada, fué más bien por ceder al gusto de sus contemporáneos, porque temió que si no se rendia á este tribunal inapelable para los que escriben y hablan en público, acaso no hubiera tenido oyentes, y por una cuestion de mera fórmula, hubiese perdido su principal objeto, formar sabios y piadosos sacerdotes, ilustrados y virtuosos religiosos que fuesen algun dia la antorcha de la fe, la luz de la religion, la gloria de la Orden á que se habian consagrado. Vistos los buenos resultados de estos sus primeros pasos, procuró continuar por la misma senda, seguro de que al fin obtendria lo que en un principio se habia propuesto, y que consiguió en gran parte, pues no tardó en obtener la mayor popularidad, los más elevados honores que á su clase y á su puesto podian concederse. En efecto, en 21 de

Agosto de 1474 recibió el grado de doctor por la universidad de Colonia, celebrándose este acto con la extraordinaria pompa y grandes fiestas que entónces se acostumbraban. Fué Rivo desde entónces catedrático de aquella universidad, y sus lecciones encontraron un nuevo campo donde extenderse, donde mejorarse y perfeccionarse, pues escuchado por un auditorio mucho más numeroso, tomó nuevo ánimo, y duplicando sus esfuerzos, consiguió repetidos triunfos que citan con gusto y no sin admiracion sus contemporáneos. Un profesor era en aquella época un verdadero personaje, pues siendo el saber, si no raro, bastante escaso por la falta de medios de circulacion, la escasez de manuscritos y las grandes dificulades para adquirirlos, el que llegaba á vencer todos los obstáculos que se le presentaban hasta llegar á lo que podia mirarse lo más elevado de su carrera, sobre ser corto el número de los que á tal aspiraban, y tanto conseguian sus mismos esfuerzos, le daban un mérito y un valor, aunque él careciera de por sí de toda otra cualidad, esta era suficiente para que los prelados de la Iglesia, los grandes, los dignatarios de todas clases, los soberanos y hasta el mismo Papa, le llamasen á su lado y le consultasen en los negocios más delicados y difíciles, confiándole con frecuencia comisiones de la mayor importancia. El P. Ricardo estuvo ocupado en algunas de estas, y tomó una parte bastante activa en muchos de los más graves negocios de su época, captándose el afecto de sus superiores y de cuantas personas en tales asuntos le ocuparon. Pero tantos honores, su extraordinaria elevacion y sus repetidos servicios á su Orden, no podian ménos de llamar la atencion de esta, que se apresuró á colocarle en diferentes cargos, siendo el más notable el de prior de su casa de profesion, para que fué elegido en 1476. Marchó inmediatamente á Bruselas á llenar su cometido, que era sin duda el más agradable que podian darle, y con el que miraba como colmadas todas sus esperanzas y satisfechos todos sus deseos. En efecto, este puesto en una Orden de nueva fundacion, era de suma importancia y de grande interés para que se confiase á una persona vulgar. Debíase en él procurar, no solo la buena administracion de la casa, sino tambien la buena direccion de los religiosos, el esplendor del culto y el aumento de la Orden, que era en lo que entónces se trabajaba con grande ardor por todos sus indivíduos. El P. Ricardo comprendió desde luego toda la importancia de su mision, y procuró llenarla de una manera satisfactoria, y de modo que ni sus superiores ni sus súbditos tuviesen nunca queja de él, procurando sobre todo cumplir con su conciencia y los votos solemnes que habia hecho el dia de su profesion. Para comenzar sus tareas de una manera correspondiente á sus altos fines, corrió al oratorio del convento, se encomendó de todo corazon al Señor, y puso mano á su santa obra. Sus relaciones de familia eran un excelente medio

para procurar el buen resultado de sus designios, y á ellas acudió tomando grandes cantidades, que distribuyó en las primeras necesidades, procurando despues de satisfechas aumentar con otros medios las rentas de la casa, que por la ciudad en que se encontraba debia sostenerse en cierto grado de esplendor y grandeza. Acudió tambien á las predicaciones, y fué de púlpito en púlpito no solo por toda la ciudad, sino tambien por toda la provincia, haciendo resonar su elocuente voz, y al mismo tiempo que enseñando á los fieles las verdades de nuestra santa religion, y marcándoles el camino que debian seguir, indicándoles los medios con que podian al mismo tiempo que contribuir á su salvacion, cooperar á los altos fines de la religion Dominicana, tomar una parte más ó ménos activa en ella, y ser sus verdaderos hijos. Sus trabajos fueron coronados con el éxito más lisonjero, y en poco tiempo vió su convento elevado al más alto punto de esplendor, lleno de religiosos, abundante en rentas, y hecho, en fin, la casa modelo de todo Brabante. Por desgracia el P. Rivo sobrevivió muy poco tiempo á estos buenos resultados, pues las contínuas fatigas, las abstinencias, maceraciones y demás que habia usado toda su vida, y multiplicó en estos últimos años para servir de modelo á sus religiosos y áun á los seglares, terminaron su existencia hácia 1486, siendo todavia muy jóven. De sus obras solo se conoce la titulada: *Scripta in IV libros Sententiarum*, cuyo principio dice así: *Ista est lectura Sententiarum quæ legit Fr. Ricardus de Rivo Coloniæ pro forma ad magisterium anno MCDLXXI, filius nativus conventus Bruxellensis Ordinis FF. Prædicatorum.*—S. B.

RIVO (Vicente Valentin). Este cardenal español nació en la ciudad de Valencia. Siguiendo los estudios con ánimo de seguir la carrera de la Iglesia, se graduó de doctor en cánones, y abrazando la regla de S. Benito, fué abad del monasterio de Sta. María de Monserrat. Nombrado embajador del rey D. Martin de Aragon cerca de la Santidad de Gregorio XII, hallándose este papa en Luca en 9 de Mayo de 1408, le creó cardenal preste de Santa Anastasia, honor que apénas pudo disfrutar, pues que murió á los veintisiete meses, despues del año 1410.—C.

RIVOIRE (Antonio). Nació en Lyon, y el dia 13 de Marzo de 1709 entró á servir á Dios en la Compañía de Jesus. Expulsada su Compañía por la revolucion de ideas religiosas de la época, permaneció en su patria, en la que llegó á ser miembro de la Academia. Murió en 1789, y se han conservado de su pluma las obras siguientes en francés: *Tratado sobre los imanes artificiales;* 1752, en 12.°—*Nuevos principios de perspectiva lineal;* fué este tratado compuesto y traducido de dos obras, la una inglesa del Dr. Brook Taylor, la otra latina, de Mr. Patricio Mundoch, con un ensayo sobre la mezcla de los colores, de Newton, publicada en 8.° en 1757.—*Historia metálica*

de la Europa, ó *Catálogo de las Medallas modernas del gabinete de Mr. Poulhariez*; 1766, en 8.°—*Vida de S. Casto, obispo de Apt*; 1768, en 12.° La biblioteca de Lyon, dice Mr. Beuchot, su biógrafo en la universal, que conserva algunos de sus manuscritos, de cuya seccion en la misma biblioteca forma parte su elogio por Mr. Jars.—C.

RIVOLIANO (Fr. Francisco), religioso de la Orden Seráfica, natural de Galicia, en cuya provincia tomó el hábito, y vivió á últimos del siglo XVI y principios del XVII. Los principales bibliógrafos españoles han callado su nombre y demás circunstancias, siendo únicamente conocido por mencionarle la Biblioteca Franciscana, con ocasion de una obra en extremo importante para su Orden, y que revela sus no vulgares conocimientos, y mucho más todavía su piedad y aplicacion. Era costumbre de todas las religiones formar libros en que constasen todos los varones ilustres que en ellas se habian distinguido, en particular si lo habian hecho por sus virtudes y santidad. Pues si bien no desdeñaban las ciencias que para ellas tenian gran interés, parecíanle con razon de más importancia, porque se rozaban más inmediatamente con su objeto, las heróicas acciones de los hombres que habian sacrificado su vida en beneficio de la humanidad. Estos libros, llamados agiografías ó más vulgarmente santorales, tenian la doble intencion no solo de servir de modelo á los religiosos que debian seguir por el mismo camino, sino tambien de hacer la apoteósis de aquellos varones elevados con frecuencia á los altares, y de los que siempre hacia conmemoracion su Orden, rindiendo un tributo de justicia á su mérito y virtudes. Muchas son las obras de este género que se escribieron en aquella, en que muchos suponen no se imprimia ó que se imprimia muy poco, siendo así que en este punto puede rivalizar con la nuestra, con la diferencia de las diversas tendencias de los siglos. Entónces el espíritu humano trabajaba con el mayor ardor en beneficio de la religion, cuyos adelantos y fomentos le parecian la principal necesidad, el *sine qua non* de la existencia de todo pueblo civilizado. Hoy cree, por el contrario, que las pasiones y las luchas políticas son su único modo de ser, la manera esencial de llegar á esa perfectibilidad tan deseada, que aquellos veian en la bienaventuranza eterna, y estos en mundos desconocidos, en épocas que estan por venir. Triste condicion la del hombre corriendo siempre tras una felicidad que nunca encuentra, que quizá no está llamado á poseer, y que sin duda no es de este mundo, como se creia en los siglos á que nos referimos. Pero esta condicion y esta tendencia ha sido siempre el móvil de los más grandes esfuerzos, y por ella más bien que por el amor al oro, como quieren suponer muchas inteligencias ligeras ó corrompidas, se han sacrificado los séres más grandes que ha producido el género humano, las naturalezas más privilegiadas que honran los anales de

la humanidad. En vano se esforzarán los incrédulos á suponer que el interés es el único móvil del hombre; millares de ejemplos hay que les demuestran lo contrario, y la historia de las Ordenes monásticas es sin duda un fecundo arsenal adonde se puede acudir en busca de tales pruebas. Tal vez se quiera sostener que estas trabajaban por su engrandecimiento, y que sus mil formas y medios de existir eran otros tantos caminos de travesía para llegar á su objeto. Mas semejante suposicion es un grave error, al que se pudiera dar otro nombre entre personas de buena fe, el pobre lego sin estudios, sin carrera, sin porvenir, que pasaba toda su vida entre abstinencias y mortificaciones, ¿por qué se sacrificaba? El mandato de sus superiores no podia imponerle tanta abnegacion, pues únicamente podian obligarle á cumplir con su deber; lo que imitaba en sus compañeros ó en sus antecesores no sirve de prueba para este caso; ofrecia, pues, su vida en aras de un principio, de una verdad, vulgar ya, pero que se halla expresada en las sublimes palabras de nuestro divino Redentor: *Non solum panis vivit homo.* No se diga tampoco que este pobre lego era un hombre rudo y grosero, sin inteligencia ni conocimiento de ninguna especie. No, semejante asercion sería tambien otro grave error. Nadie ha preguntado cuáles eran los estudios de Guzman el Bueno, ni supuesto que Juana de Arco era una estúpida, ni que cuantos héroes dieron su vida por sus patrias, fueron otros tantos idiotas, indignos hasta de la atencion de los hombres ilustrados. Los pobres legos que consagraron sus vidas á Dios, se encuentran en igual caso, quisieron imitar un sublime modelo, marcharon hasta donde sus fuerzas se lo permitian en este camino de imitacion, y aunque careciesen de esa cultivada inteligencia, propia de otros hombres que se encontraban en diferentes circunstancias, aunque no supiesen más de una ciencia, la de amar á Dios, esa ciencia les bastaba para ser colocados en el número de los héroes de su época, para que nosotros los contemplemos con admiracion, aunque no seamos capaces de seguir ni de comprender sus esfuerzos. Tales son, pues, las historias, no leidas ya, que se propusieron escribir y escribieron muchos religiosos en los siglos XVI y XVII, dando orígen á la biografía, tan comun hoy, aunque destinada á objetos bien diferentes. El P. Rivoliano fué uno de estos escritores, y aunque nada se propusiese probar, aunque ni siquiera se le pasase por la imaginacion las dudas que sobre el verdadero mérito de sus héroes se les podrian ocurrir á los siglos futuros, procuró llenar su objeto de una manera digna y adecuada á los pensamientos de su siglo y las ideas que en él dominaban. No tiene, pues, nada de extraño que su obra obtuviese gran boga á la sazon, y que fuese leida con avidez, no solo por los religiosos de su Orden, sino tambien por los seglares, ávidos de ejemplos de virtud, empapados en una literatura sin mancha, y cuyas tenden-

cias eran la abnegacion, el sacrificio de todas las pasiones, bien diferente á la que domina hoy, que dando expansion á estas, procurando presentarlas en toda su supuesta belleza y en sus más risueños colores, tiende á aumentar las necesidades verdaderas con supuestas y ficticias necesidades, á destruir los vínculos sociales, aumentando la preponderancia y el valor del cuerpo, cuyo triunfo completo creando el antagonismo, destruiria la sociedad, y ó la lanzaria en brazos del negro despotismo, ó la reduciria al sublime de Rousseau, el estado salvaje. Estados ambos sin nobleza ni dignidad, pues que el hombre solo obedeceria en ellos á la fuerza bruta, y desconociendo las grandes verdades que desde mucho ántes habia olvidado, no tendria fin ni objeto en su triste obediencia, en su horrible postracion. Al ménos los héroes del P. Rivoliano, que consagraron su vida entera en aras de la Divinidad, que confesando lo falso y vano de este mundo lucharon para merecer otro mejor, en su triste vida, en sus inmensos sacrificios, hicieron una voluntaria dimision de todo lo que á la tierra les ligaba, á nadie obedecieron, su acto fué espontáneo, libre y voluntario. Congratulémonos así de haber tenido ocasion de hablar de este autor y de su notable obra, y al citarle, aunque no podemos recomendarla, porque no sería quizá leida en nuestra época, dejemos consignado el nombre de la *Gerarquía Seráfica de todos los Santos de la Orden de los Menores*, impresa en 1632, como de un libro útil, digno de su siglo y áun de los que le han sucedido.—S. B.

RIVOLLI ó Revol (Juan), dominico, prior del convento de Grenoble, en Francia, fué confesor del delfin de la Auvernia Humberto II, quien le nombró para este cargo más bien en atencion á su doctrina y piedad que á lo ilustre de su nacimiento. El nuevo confesor siguió al delfin á Oriente en su expedicion contra los turcos, y pueden atribuirse á este religioso una gran parte de las buenas obras que hizo aquel piadoso príncipe en los últimos seis años que gobernó sus estados. El 22 de Marzo de 1349 fué consagrado Juan obispo de Orange por el arzobispo de Lyon, y el 16 de Julio del mismo año firmó como testigo la cesion del Delfinado en favor de Cárlos V, nieto de Felipe de Valois.—S. B.

RIVOTELLA (Ardizzone). Este noble milanés mereció que Adriano IV en Diciembre de 1555 le crease cardenal diácono de S. Teodoro. Destinóle despues de rector de la ciudad de Benevento, y le nombró legado en Lombardía con el cardenal Oton de Brescia para arreglar las diferencias que se suscitaron entre los ciudadanos de Lodi y de Milan, y confirmarles en el aprecio de la Iglesia romana. Mandóle despues Alejandro III á la legacion de Constantinopla con el obispo de Tívoli cerca del emperador Manuel Comneno para noticiarle su exaltacion al pontificado y el cisma que lastimaba á la Iglesia por el antipapa Víctor V. Estos legados supieron tan perfectamente

cumplir su cometido, que el emperador griego, y con él todo el Oriente, reconoció á Alejandro III por legítimo papa. Despues de haber concurrido á la eleccion de Alejandro III, Lucio III y Urbano III, y confirmado con su firma su bula y la de Adriano IV, murió este Cardenal en una edad muy avanzada el año 1186.—C.

RIVULINO (P. Juan), de la Compañía de Jesus. Fué natural de Hungría, y escribió una obra con el título de *Fasciculum laudum B. Virginis*, que no llegó á ver la luz pública. Murió en Tirnau en 1693.—S. B.

RIVUS (Vicente Valentin). Fué español, aunque no se sabe de qué provincia, si bien se puede inferir con bastante fundamento que sería de alguna de las del principado de Cataluña. Desde niño profesó tiernísima devocion á la Madre de Dios, lo cual es bastante frecuente en los españoles, en justa correspondencia á los inmensos favores que á la Señora debe este suelo, que puede decirse es el patrimonio de María. Sábese que el niño Vicente habia muchas veces manifestado á sus padres el más vivo deseo de ver Zaragoza y Monserrat, sin otro fin que visitar los dos santuarios de María, célebres en los fastos del mundo, porque ante ambos simulacros ha obrado Dios por la poderosísima y siempre benigna mediacion de su Madre Santísima muy especiales favores, ha otorgado beneficios sin cuento, narrados por millares de inscripciones que rodean estos santuarios, infinitas fundaciones que la piedad de los antepasados hicieron para perpetuar el recuerdo de rasgos de proteccion con que María se ha empeñado, digámoslo así, en demostrarse madre de los españoles más particularmente, si cabe, que lo es de los demás fieles. No está completamente averiguado si Vicente Valentin Rivus logró su deseo de ver la imágen del Pilar, y adorar en aquel tan precioso simulacro á la Madre de Jesus; pero está fuera de toda duda que vino á Monserrat, y que la Virgen tomó por su cuenta á su muy querido siervo para hacerle un dia gloria y ornamento de la montaña santa, donde tantos milagros se han obrado. Efectivamente que si se considera tanto en el órden material como en el espiritual aquel santuario, no puede uno ménos de resolverse á fijar allí su morada para siempre, porque á ello excita todo cuanto allí hay, que parece indudablemente creado y dispuesto por el Señor para que allí le den gloria los servidores de su Madre. En hecho de verdad, un monte tan escarpado y tan vario en su pintoresco aspecto, una comunidad siempre respetable de monjes benedictinos, de esos hombres que regidos tan sábiamente, no han necesitado ni reformas ni dispensaciones, que conservan la observancia de sus primeros dias como en ellos, y que han sabido en las épocas más azarosas para la civilizacion ocultarse con sus conocimientos, para que estos no perecieran; de estos héroes del cristianismo, que ya conduciendo huestes formidables, como los vencedores de Calatrava y los héroes de Fite-

ro, ya por fervientes plegarias, como los muchísimos santos que nunca salieron del claustro, han proporcionado á la Iglesia y á sus respectivos estados dias de consuelo y de ventura, momentos de esos que han decidido la suerte de las naciones, y siempre al bien, porque los hijos del gran Benito no han podido, no pueden, no podrán nunca hacer más que dar motivos de que el nombre suyo sea una verdad, es decir, que por todos conceptos merezcan las bendiciones de cuantos los conozcan. Pues bien, en un terreno tan ameno, ante una imágen tan venerada, con una comunidad tan respetable, dijo nuestro Vicente Valentin Rivus: «Hé aquí mi morada, hé aquí que he hallado lo que ansiaba mi corazon; hé aquí cómo la Madre de Dios, trayéndome á visitarla, me ha demostrado este lugar, donde sus hijos la sirven como á Señora y la honran como á Madre, y yo quiero ser uno de tantos.» Y á los pies del altar ofreció á la Señora quedarse con aquellos santos monjes; y despues que hubo hecho esta promesa á la Señora, á los pies de los superiores pedia con instancia el santo hábito, sin reparar en que le dedicasen al ministerio que les pareciera más conveniente, y sin hallar penosa ninguna de las fatigas en que le decian era preciso se empleára, ni molesto ninguno de los cargos que le decian tenia que tomar sobre sí. En vista de las repetidas instancias con que suplicaba la santa cogulla, los Padres creyeron conveniente darle el consuelo de admitirle en su número, sin decirle por entónces el destino para que le tomaban, y dejando al tiempo el designarle cargo, y ni aún manifestarle quisieron si habia de ser lego ó sacerdote, porque quisieron que en esto el tiempo les indicase el partido mejor que tomarse debiera. Por supuesto que como su vocacion habia sido, digámoslo así, repentina, pues como llevamos expresado, la idea de su viaje fué solo por ver la Santísima Vírgen, y allí en aquella tan fervorosa visita fué donde la Vírgen santa le infundió la heróica resolucion que llevaba á cabo; los Padres, como era consiguiente, le probaron mucho más de lo que se acostumbraba con los que iban ya, digámoslo así, decididos; así que ni hubo género de austeridades por las que no le hiciesen pasar, ni ministerios, por penosos que fueran, en que no le obligasen á ejercitarse; pero como quien le llevaba allí era Dios, por la mediacion de su Santísima Madre, claro es que el Señor daria, como los dió en efecto, los auxilios convenientes para que el pretendiente, y despues novicio, llegase á ser no solo religioso, sino de los más esclarecidos. Por cuantos medios se trató de probarle, por otros tantos se le encontró no solo fiel, sino adelantándose á los deseos de sus superiores y maestros, los cuales todos tenian vivísima complacencia, no solo en tener á su lado, sino en seguir los ejemplos de este distinguido jóven. Terminada felizmente su probacion, y hecha con toda solemnidad la profesion, por la cual se ponia enteramente bajo la obediencia de la Orden, esta le prescribió que cultivára

su inteligencia, que se dedicára á los estudios, que en ellos habia de conseguir notables adelantos. Así fué, en muy poco tiempo se hizo excelente filósofo, muy aventajado teólogo, y tan diestro en el estudio é interpretacion de las sagradas Escrituras, que los Padres más acreditados del monasterio le consultaban en sus dudas, quedando maravillados de que en tan poco tiempo, y al parecer con poquísimo trabajo, hubiera conseguido aventajarse tanto en la ciencia. Pero en otro linaje de conocimientos era donde sus progresos eran más rápidos, y sus adelantos más positivos y fundamentales: en la escuela de la virtud, allí era donde aprendia, ejercitándose al mismo tiempo que enseñaba con el ejercicio; allí era donde rivalizaba con todos, no por espíritu de presuncion, ni mucho ménos porque él quisiera ni presumiese ser de los primeros, sino porque considerándose el último y más miserable de todos, se creia obligado á hacer los mayores esfuerzos para que ya que á ninguno aventajase, al ménos pudiera seguirles algun tanto rezagado, como él decia. En órden á los fieles, que con mucha frecuencia visitaban y visitan aquel santuario, el Padre les era de utilidad suma, porque les daba alientos para emprender nueva vida, si la de hasta entónces habia sido relajada; les animaba á perseverar, si hasta entónces habian sido justos; y tenia para todos un don especial, que hacia que tanto sus hermanos como los forasteros le buscasen siempre, y en él el remedio más eficaz de todas sus necesidades. Todos y cada uno de los monjes, que observaban atentamente la conducta de este excelente hermano suyo, le apropiaban allá en su imaginacion para el gobierno del monasterio, ó mejor diremos de los muchísimos monasterios que en aquel recinto vastísimo hay, á su manera; pero la idea primordial era idéntica, es decir, todos pensaban unánimes en que el P. Vicente Valentin Rivus era á propósito para prelado. Llegó, pues, una ocasion en que la muerte les arrebatára un abad excelente, grande hombre, de cabeza perfectamente organizada, de singular talento, y de un alma sencilla como una paloma, es verdad, pero para el gobierno astuto como la serpiente, no con esa astucia que busca y halla argucias para molestar á todos, sino con la noble astucia que preve el mal, y en su misma prevision como que le ofrece el correctivo. Para sustituir á este hombre adecuadísimo en verdad al desempeño de su cargo, fué nombrado casi unánimemente nuestro P. Vicente, el cual sorprendido enteramente y sin dar razon de lo que sucedia, concluyó sus dias sin haberse llegado él á persuadir de cómo habia sido el que la comunidad fijára en él sus miras. Por supuesto que puso en juego todos los medios que estuvieron á su alcance para disuadir á los Padres de su nombramiento; pero todo fué inútil: nombrado estaba, y nombrado quedó, y por obediencia se le obligó á que señalase dia para su solemne consagracion ó bendicion como tal abad, y para que desde entónces

se encargase del gobierno de aquella numerosa familia. Prescindiremos de referir los muchos y continuos ejercicios á que se dedicó en preparacion á su tan justa como debida elevacion, ni mencionaremos tampoco, porque de conocerle se deduce fácilmente, qué esmero tuvo en cumplir desde el primer momento con su importante cargo; solo sí diremos, porque esto es imprescindible, que para todo lo penoso, para todo lo molesto y áun odioso del cargo allí estaba nuestro P. Vicente, así como para lo beneficioso (si algo habia) y para lo honroso mandaba siempre á los hermanos, pretextando él ocupaciones, ó para ser más exactos en la expresion, buscando ocupaciones que aparentemente le impidieran ir allí donde pudiera esperarse alguna distincion honorífica. Todo esto se sabia en Roma, como no podia ménos de suceder, aunque nuestro buen abad ponia en juego cuantos medios estaban á su alcance para que pasase desapercibido; y el Papa, que lo era entónces la santidad de Gregorio XII, quiso demostrar que áun en el mundo permite el Señor la elevacion de los humildes en premio de su humildad misma, y para confirmacion de esta verdad, sin que nadie lo hubiese pretendido para él, ni nadie absolutamente supiese nada, le preconizó presbítero cardenal y le mandó el capelo el año 1408. Recibir tan honrosa distincion y ponerse en camino para Roma con ánimo de resignar en manos de Su Santidad no solo la dignidad cardenalicia, que acababa de conferirle, sino la abadía de su monasterio y comarca, de que no le habian querido relevar, todo fué uno; mas el Santo Padre, léjos de admitirle las renuncias, le confirmó en el cargo de abad y le hizo tomar el título de iglesia para su cardenalato; por lo cual, y usando del privilegio que desde la fundacion casi de los títulos disfrutan los prelados españoles de escoger ellos el título entre los vacantes, tomó el de Santa Anastasia, y recibida del Santo Padre la apostólica bendicion, regresó á su monasterio, disgustado porque Su Santidad no habia hecho caso de sus peticiones, pero satisfecho porque comprendia perfectamente que en obedecer merecia. Sin embargo, no fué mucho el tiempo durante el cual disfrutó la púrpura. No se sabe si la impresion que le causó su tan inesperada elevacion á la dignidad cardenalicia, ó las molestias del viaje á Roma, es lo cierto que á muy poco tiempo de haber regresado de la ciudad santa se sintió muy delicado en su salud, y otro hubiese desde luego excusado el trabajo, creyéndose exento de él por enfermedad, y á nuestro juicio habria obrado bien. Vivió aún dos años, pero padeciendo; bien es verdad que no cejó ni un punto ni en observancias, ni en el desempeño de sus importantes cargos, hasta que muy pocos dias ántes de su muerte, acaecida en 1410, se postró en cama para no volver á levantarse. Sus últimos momentos fueron edificantes, y es de presumir que el cardenal Vicente Valentin Rivus está gozando de Dios para siempre.—G. R.

RIXA (Sta.), reina de Hungría, cuya festividad se celebra en aquel país en 20 de Marzo. Esta ilustre heroina fué una de esas gloriosas matronas que posponiendo el brillo y esplendor del trono á la felicidad eterna, consagró toda su vida á los ejercicios de piedad y religion, viviendo en el fondo de la corte como si habitára en el rincon de un claustro. Allí rodeada de todas las grandezas humanas, de todos los halagos que pueden seducir á la ardiente imaginacion, de todas las adulaciones que conducen al poder, al abismo de la perdicion, Rixa supo hacerse superior á ellas y vivir con toda la sencillez y modestia de la más humilde religiosa. Su mayor alegría era consagrarse á obras de caridad, socorriendo á los pobres, distribuyéndoles abundantes limosnas, y procurando que no careciesen de nada en sus necesidades; amábanla de consiguiente como á una madre, mirábanla como el ángel benéfico que les habia enviado la Providencia para librarles de las penalidades de la vida, y la dirigian sus bendiciones en premio de los consuelos que de ella recibian. La dichosa matrona, no contenta con esto, procuraba el fomento del cristianismo en su reino; y no solo hacia que recorriesen misioneros las provincias más remotas, sino que les prodigaba todo género de auxilios para que estableciesen conventos donde al mismo tiempo que se diese culto al Señor, se dieran muchos y buenos ejemplos á los pobres campesinos, que faltos de educacion y de medios para proporcionársela, solo podian aspirar á obtener por la religion alguna esperanza, algun consuelo, alguna felicidad en la vida. Pues tal es la ventaja de la religion sobre la ciencia, todos los sabios del universo no conseguirán enjugar una lágrima, dar una esperanza, proporcionar un consuelo al hombre rudo y necesitado, miéntras el más humilde religioso, el lego más torpe y oscuro, podrá con sus palabras, no aprendidas ni leidas, no pensadas, extender un manto de felicidad sobre una familia entera, que la acompañe á través de las generaciones. Mujer, aunque reina, supo llevar á cabo con mucha gloria para su patria esta difícil empresa la bienaventurada Rixa, por lo que fué elevada á los altares y honrada en su patria, no con vanidades humanas, sino con blasones eternos. — S. B.

RIXIO Varo (S.), mártir. Mucho, muchísimo ciertamente dicen en favor del cristianismo, esa multitud de mártires que convencidos de la verdad del Evangelio, dieron sus vidas por la fe de Jesucristo; pero aún más alto hablan aquellos que imbuidos en las erróneas doctrinas de la idolatría, y profesores de ellas para aplicar la ley de exterminio á los cristianos, se convirtieron en el acto de ejercer su sanguinario ministerio, y en vez de ser jueces severos y dóciles á la ley que les obligaba á la crueldad, acabaron por presentarse ellos mismos reos del mismo delito que juzgaban, y se presentaron voluntariamente al sacrificio para unirse á las víctimas que se ha-

bian conducido á su tribunal para que las condenase. Milagro es este que Dios solo puede hacer, y que ha hecho no pocas veces, para dar á conocer su omnipotencia y para gloria de nuestra santa religion, y milagro que empezó por la conviccion de aquellos jueces idólatras, que sin tener alma dañada, vivian en la adoracion de falsas deidades porque no conocian al verdadero Dios que se les presentó por fin en la constancia, fe y apacible sufrimiento heróico de los mártires. La conviccion, como dice un autor católico, es el conocimiento cierto de la verdad, conocimiento fundado en la evidencia y en la razon, y los que han tenido la dicha de convencerse de las verdades cristianas, han sido héroes gloriosos que han corrido á costa de su vida á inscribirse bajo la bandera del cristianismo. Muchos se persuadieron al principio de nuestra religion, de su verdad; pero como no fué decidida su conviccion, ó retrocedieron á poco, ó fueron tibios y flojos en su nueva creencia, pues que, como dice con mucho acierto Diderot, entre la conviccion y la persuasion existe la diferencia de que lo que convence no puede ser falso, en vez de que puede ser uno fácilmente persuadido de una cosa falsa; y así es que en lo judicial, conviccion es la prueba de un hecho ó de un punto controvertido: la conviccion, pues, fué lo que desde verdugo, por decirlo así, de los cristianos, llevó al glorioso S. Rixio al cielo, haciéndole descender al suplicio desde el tribunal en que juzgaba á sus compañeros de martirio. Desempeñaba Rixio Vero uno de los juzgados de Roma, y mandados á su tribunal la gloriosa Santa Lucía, Autorino, Severino, Diodoro y Dion, con otros diez y siete compañeros, acusados de entregarse á las prácticas cristianas y de aborrecer á los dioses del pais, mandó este juez en cumplimiento de lo que le mandaba la ley, cuya ejecucion le estaba encomendada, que adorasen los ídolos. Como se negasen obstinadamente, mandó Rixio Vero se les aplicasen diversos tormentos á cual más crueles, empero como léjos de atemorizarles esto, aumentase su valor para confesar á Jesucristo, el juez, admirado de lo que veia, entró en cuentas consigo mismo, y convencido de que aquel heroismo solo podia venir de un Dios más poderoso y verdadero que los que él veneraba, se aclaró su entendimiento, se engrandeció su alma y se entusiasmó su corazon de tal modo al reconocer la verdad, que lleno de fervor religioso descendió de su tribunal confesando á Jesucristo, y colocándose entre los mártires pidió ser sacrificado con ellos, y así lo hicieron los implacables verdugos para bien de Rixio, que logró la vida eterna á los pocos momentos de su conversion, razon por la que la Iglesia le recuerda el 6 de Julio. —B. S. C.

RIZERIO DE MUCIA (Bto.), franciscano italiano, natural probablemente del punto que indica su apellido. Descendia de una familia tan noble como antigua, la que deseosa de adelantarle en el mundo, le habia dedicado á

los estudios que seguia en Bolonia, juntamente con el Bto. Francisco de Fallerone, manifestando ambos mancebos, no obstante su corta edad, que no debian ser llamados por la gracia á estudios superiores, cuales son los de la virtud, sin la que son vanas y fútiles todas las ciencias. La ocasion de su llamamiento fueron las predicaciones de S. Francisco de Asís, cuya fama se habia extendido por toda Italia, reuniendo el santo Patriarca gran número de discípulos. Acudieron á escucharle los jóvenes Rizerio y Peregrino, y heridos de repente por una luz divina, comprendieron que seguian un camino errado, y que para obtener el verdadero, debian marchar por las huellas del santo predicador á quien estaban escuchando, no apartándose en nada de sus consejos, y aprendiendo en sus ejemplos y lecciones. Obedeciendo á esta santa inspiracion, se acercaron á S. Francisco suplicándole se dignase admitirlos en su Orden. Examinólos detenidamente el Padre con el talento superior de que le habia dotado la naturaleza, y comprendiendo que podrian llegar á ser las lumbreras de su Orden, segun las muestras que en tan temprana edad daban de su amor á la virtud, no vaciló en admitirlos, imponiéndoles por su misma mano el santo hábito. Inútil es decir la alegría que con esto sentirian los dos jóvenes compañeros recibidos como legos por tal Padre, y llamados á imitarle por un camino del que se habian creido alejados, y que no hubiesen quizá llegado á pisar sin la casualidad, ó más bien la determinacion de la Providencia, de que acudiesen á uno de sus sermones. Dedicóse el santo Patriarca á estudiar las inclinaciones de ambos mancebos, y despues de conocidas, dijo: « Tú, Peregrino, sigue el camino de la humildad; y tú, Rizerio, sirve á tus hermanos.» Lo que se ejecutó como lo habia dicho, porque el P. Rizerio estuvo consagrado miéntras vivió á la vida activa sirviendo á Dios y al prójimo, llegando á obtener grande intimidad con S. Francisco, de quien aprendió muchas cosas y conoció la verdad de otras, reconociendo en el modo de que se operaban la voluntad de Dios. De manera que por un camino que no esperaba, llegó á aprender la suprema de las ciencias, que es la de conocer á Dios y al prójimo, y los medios de que se vale la Providencia para guiarle á la virtud. Imposible le hubiera parecido á Rizerio ántes de tomar el hábito, el que andaba en sus estudios esperando obtener como resultado un saber no comun al vulgo de los hombres, el que alcanzase este por un medio tan contrario y hasta opuesto á lo que hasta entónces se le habia dicho y enseñado; mas tal es la vanidad y los errores de los hombres del siglo, que llenos de su vana ciencia, que con frecuencia quieren anteponer á la religion, caminan por una senda extraviada, suponiendo que será su término un saber sin límites, una perfeccion y un progreso indefinido como hoy se dice, que á nuestro ver y al de otros sin duda más entendidos que nosotros, no llegará á verifi-

carse nunca. No quiere esto decir que seamos nosotros enemigos del progreso ni de ninguna idea grande y generosa, todo lo contrario, nos contamos en sus filas, y á ella sacrificaríamos, si necesario fuera, nuestras vidas, como expuso Colon la suya para descubrir el Nuevo Mundo. Debe, sin embargo, hacerse en todo salvedades y distinciones, y no confundir lo que el tiempo y la experiencia vendrán á demostrarnos como necesario é indispensable. Hay en la actualidad una verdadera manía en sobreponer la ciencia á la religion, mirando hasta como pobre de espíritu al que prefiere la última á la primera, lo cual es un error y un error de sentido comun. Prescindiendo de que los sabios son y pueden ser muy pocos, el vulgo de los hombres, el pueblo, si se le quiere denominar con esta expresion, nunca ha podido ni jamás podrá llegar á lo supremo de la ciencia, porque se lo impide su falta de capacidad, sus recursos, y tal vez sus hábitos é inclinaciones. Haced creer á cada uno de estos desgraciados que puede llegar á poseer la suprema ciencia, que puede constituirse en un semi-Dios, y os encontrareis con un nuevo pecado cometido por todo el género humano, y por darle un saber que nunca poseia, le pondreis en el caso de que olvide lo más sencillo y lo más natural, el pecado del primer hombre y la causa de su peregrinacion en la tierra. Imposible, pues, parece que creais en la perfeccion de la ciencia, en tiempos futuros en que lo definido será indefinido, ilimitado lo limitado, cuando al creerlo partis de un error y olvidais una verdad, que es la que constituye la base del dogma de la humanidad. La caida del primer hombre exigió la redencion del género humano, es decir, el pecado de la ciencia fué purificado por la virtud. Nadie negará que el que peca merece correccion ó castigo, y cuando el pecado es tan grande que ofende directamente al mismo Dios, solo el mismo Dios puede perdonarle ó imponer un medio de remision, una vindicacion, si nos es permitido valernos de esta expresion, correspondiente á la enormidad de falta. El pecado del orgullo no es más que la separacion del hombre del fin para que fué criado, es el que le hace imponerse igual ó semejante á la Divinidad, y la Divinidad para manifestar su excesiva grandeza, creyó debia redimirle por sí misma, enviando al Dios Hombre para que muriese en la cruz. Adan habia cometido una falta de orgullo, y con él todo el género humano á quien representaba como su padre, y el Eterno queriendo perdonar, se valió de su palabra para que el perdon fuese tan grande, tan magnánimo como el castigo. Y hé aquí uno de los dogmas que se olvidan al anteponer la ciencia á la religion. Dios quiso que la virtud fuese superior al saber, y esto no es en realidad más que una ley social, una necesidad para el género humano. Toda la ciencia posible no hará jamás comprender al hombre que su destino no es vivir para este mundo, sino para la eternidad que está llenando una ley in-

concusa, universal, la de formar un eslabon en la cadena de los seres que unen al hombre con Dios, y á su primera con su última obra. Aun suponiendo á un ser dotado de esa suprema ciencia, que se supone obtendremos algun dia, este ser no sabria nada si no comprendiese que debia sacrificarlo todo, incluso ese mismo saber, ante la ley de la humanidad, que le haria depender de otro ser superior á él, y lo ligaba á otro ser que no tardaria en seguirle y sucederle. Esto solo lo puede enseñar la virtud, la virtud que exige de nosotros sacrificios duros y penosos, pero que son los únicos que pueden guiar á la sociedad por el buen camino, conducirla á su último fin. Así la religion, escuela de la virtud, cátedra donde sin ninguna nota ni pérdida de tiempo se aprende todo lo que es preciso para vivir, debe ser preferida eternamente á la ciencia, que con todas sus aspiraciones y despues de muchos años perdidos en fútiles teorías, apénas llegará á convencernos de la verdad más sencilla que nos enseña el catecismo. El querer que el pueblo olvide este por una ilustracion que no ha obtenido y cada dia le es más imposible obtener, pues cada dia son menores sus recursos y mayores sus necesidades, es una cosa que si se dice de buena fe, no puede uno ménos de compadecer al que la dice, y de lo contrario de mirarle como merece. Las teorías políticas, muy buenas en su fondo porque tienen una tendencia social, y por lo general para la mejora del individuo, son malas, perjudiciales y dañosas, cuando olvidando su orígen y objeto y desvirtuándose por el ardor de las pasiones ó el ciego delirio de los que las profesan, solo producen errores y crímenes ó despeñan tal vez á la sociedad en un abismo del que tarde ó nunca volverá á salir. Así debe mirárselas como lo que son, y al ponerlas en práctica hacerlo con mucho recato, no sea que por evitar un mal se dé en el extremo opuesto. Mas nos hemos extraviado lastimosamente de nuestro objeto. La idea de que el P. Rizerio habia encontrado la ciencia, la positiva ciencia de la vida, por un camino por que sin duda no pensaba encontrarla, nos ha conducido á comparaciones y quizá alusiones en que no es nuestro objeto herir susceptibilidad de ningun género, pero que no nos parecen muy fuera de su lugar. ¿Pues qué hombre áun hoy dia creerá que llegaria á saber más abrazando una órden religiosa, que siguiendo los estudios á su capricho, ó segun un plan trazado de antemano? De seguro que nadie, y tal vez se burlaria al que se le propusiese semejante máxima, y sin embargo ella es una verdad en toda la extension de la palabra, pues el hombre más sabio no será mucho lo que alcance fuera de su profesion ó estudios predilectos, y áun el hombre enciclopédico, si pudiera concebirse, solo sabrá despues de largos años de tareas é investigaciones que ha nacido no para asemejarse á Dios, sino para seguir sus santos preceptos, cuyo objeto es el mejor órden y armonía de la sociedad, su verdadero progreso in-

definido, que se obtendrá en otro mundo mejor, pero de ningun modo en esta vida. Si pues el resultado de tantos trabajos es lo que con tanta facilidad se aprende y se sabe lo que se nos enseña desde los primeros pasos en el mundo al aconsejarnos marchemos por el camino de la virtud, ¿á qué tantas investigaciones y tanto tiempo inútil y locamente perdido? Sigamos, pues, los pasos de Rizerio, emprendamos el camino de la religion, estudiemos lo que con tanta facilidad nos enseña, y llegaremos más pronto y mejor despues de una vida pasada en la tranquilidad y el reposo, exenta de todo género de ambiciones, al fin para que fuimos criados. No tardó Rizerio en llegar al suyo, que fué por el camino de la obediencia y humildad al de los honores y distinciones de su Orden. El trato contínuo con S. Francisco, las lecciones que de él tomaba, los ejemplos que le admiraban y no podia ménos de imitar, acabaron por constituirle en uno de los discípulos predilectos del santo Patriarca, quien conociendo sus grandes virtudes y buenas cualidades y que algun dia tal vez pudiese llegar, si no á sustituirle, á trabajar con tanto celo como resultados en la propagacion de su Orden, le nombró ministro provincial de la Marca de Ancona, que gobernó con grande celo y discrecion, consiguiendo lo que le habia propuesto su Santo Padre, que fué el aumento de la Orden en aquellas regiones, y más todavía por hallarse poco extendida en esta parte de Italia, lo que no tenia nada de extraño si se atiende á que la Orden Seráfica se encontraba á la sazon en sus principios. Hacia mucho tiempo ya que se hallaba desempeñando este cargo, cuando permitió el Señor que fuese afligido con diferentes tentaciones, las que procuró vencer por medio de oraciones, lágrimas, ayunos y penitencias. Consiguiólo en breve; mas no pudo apartar de su mente una idea que algun tiempo despues llegó á apoderarse de ella, la de que habia sido abandonado de Dios. Viéndose víctima de tan cruel desesperacion, decidió partir á verse con S. Francisco, seguro de que si el Santo le recibia con su acostumbrada amabilidad, podia creer que Dios le era propicio todavía, mas por el contrario, si no le admitia tan familiarmente como podia esperarlo, era prueba inequívoca de que le habia abandonado el Señor. Tomó, pues, el camino de Asís, marchando por él con grande afan y deseo de llegar cuanto ántes al término de su viaje. Mas entre tanto S. Francisco, que se hallaba en el palacio del obispo de Asís, y habia llegado á sus últimos momentos, supo por revelacion divina el viaje y los motivos que á él inducian á su discípulo Rizerio, y conociendo que cuando llegase no le encontraria ya vivo, llamó á sus discípulos Leon y Masseo y les dijo: «Salid al encuentro de mi hijo Rizerio, besadle y abrazadle y decidle que le amo particularmente y más que á ninguno de todos los demás hermanos que se hallan esparcidos por el mundo.» Ejecutaron estos el mandato de su padre, y

llenaron de consuelo y alegría el alma de Rizerio, que comenzó á deshacerse en divinas alabanzas. No quiso, sin embargo, regresar á la Marca sin ver ántes muerto ó vivo á su santo Padre, y se dirigió á Asís, y al entrar en el palacio episcopal, S. Francisco, que ya habia fallecido, se levantó del lecho, salió á su encuentro y abrazándole con la mayor ternura, le dijo: «Querido hijo Rizerio, te amo más que á ninguno de nuestros hermanos de los que andan por el mundo,—y haciendo en su frente la señal de la cruz, le dijo despues de haberla besado:—Esta tentacion te ha sido dada para más premio, y si no quieres sufrirla ya más, no la tengas.» Y de repente desapareció aquella tentacion diabólica con grande admiracion de todos, quedando tan tranquilo y sereno como si no la hubiera sentido nunca. Continuó desde entónces Rizerio adelantando cada vez más en el camino de la virtud, en que habia dado ya pasos tan avanzados, y haciéndose acreedor al afecto que le profesaron siempre sus hermanos despues de la muerte de su padre, que tanto amor le habia manifestado, lo cual era prueba de que le miraba como uno de sus más fieles imitadores. Fuélo en efecto el P. Rizerio, cuya vida sin mancha, contínuas penitencias y oraciones le hicieron acreedor á la predileccion que le habia manifestado su santo Patriarca así en vida como en muerte. Ignórase la fecha en que acaeció la de este bienaventurado á quien Wadingo cita en 1236, y el Martirologio franciscano en 7 de Febrero, dia en que la Orden hace mencion de sus méritos y virtudes.—S. B.

RIZFRIDO (S.), obispo benedictino, fué natural de la Frisia, y vivió en los tiempos que aún dominaba el gentilismo en aquella region. Desengañado del mundo y buscando á Dios, tomó el hábito de S. Benito en el monasterio de S. Salvador de Trayecto, donde fué ordenado de sacerdote y vivió muchos años, hasta que por sus méritos y virtudes fué elegido para desempeñar la dignidad episcopal de Ultraya en Holanda. Gobernó santamente su iglesia por espacio de nueve años, al cabo de los cuales descansó en paz en el Señor. El cronicon Ultrayense le da los títulos de humilde, piadoso y divino, títulos que confirma el único discípulo que tuvo, y que fué el bienaventurado Ludgaro. Rifrido murió de muy avanzada edad en el año 836.—M. B.

RIZZI (Fr. Estéfano), del órden de Predicadores. Aunque este religioso es bastante moderno, apénas hay noticias de él, y únicamente se sabe que era natural de Roma, y profesó en el convento de Dominicos de Helvecia, en cuya ciudad publicó en el año 1708 un libro titulado: *Phisiologiæ epitome.*—M. B.

RIZI (P. Mtro. Fr. Juan Andrés). Fué hijo de Antonio Rizi, pintor, natural de Bolonia, y de Doña Gabriela de Chaves, natural de esta corte, casados en la parroquia de S. Ginés á 18 de Setiembre de 1588, y nació en el

de 1595. Pintó con gran conocimiento y destreza, y fué su primer maestro en la pintura Fr. Juan Bautista Mayno, del órden de Predicadores. En el año 1624 tomó el hábito de monje Benito y profesó en el Real monasterio de nuestra Señora de Monserrat en Cataluña. Cursó la filosofía en la universidad de Irache, pasó á la teología á Salamanca, en donde pagó de sus pinturas los tercios de los cien ducados que cada año ha de pagar la casa de la filiacion, y para otras casas é iglesias, que seria muy largo el referir. Para la casa de S. Martin de Madrid pintó los cuadros de la vida de S. Benito que estan en el claustro, y elogia el Mtro. Fr. Martin Sarmiento en el *Papel de los adornos del Real Palacio de Madrid*, diciendo no hay en ellos pintura alguna cuyo rostro no sea copia original de algun monje ó lego, ó criado de la casa, y que el suyo es el de un monje de barba negra que asiste al tránsito del santo Patriarca: Doña Teresa Sarmiento de la Cerda, duquesa de Bejar, le estimó mucho; y fué su maestro de pintura, y en su casa dejó varias. Escribió un libro excelente de la pintura que dedicó á dicha señora, y Palomino dice fué gran lástima no se diese á la estampa. En su casa de Monserrat tuvo algunos cargos, y fué abad de S. Bartolomé de Medina del Campo. Despues de haberse hecho estimar en España, así por su grande habilidad como por otras prendas que ilustraron su persona, pasó á Roma en donde se incorporó en la Congregacion de Monte Casino, y allí fueron muy celebradas sus pinturas. El Pontífice, habiendo visto dos apóstolados de su mano, los admiró, y gustó de conocerle, y le hizo muchas honras, y áun poco despues se dijo le habia dado un obispado. Murió en Monte Casino por el año de 1675. Adviértase que el Mtro. Argaiz le llama Francisco, equivocándole con su hermano, que tambien fué pintor insigne.

RHAY (Teodoro) (1). Aunque Alemania fué de los países donde con más entusiasmo se acogió la pretendida reforma, han continuado y continúan en ella siendo muy esclarecidos los hombres que siguen el catolicismo, y de esto hay una razon á nuestro juicio muy poderosa, y es que en ellos obra la conviccion, y la fuerza de verdad es quien los guia; teniendo por consiguiente en su apoyo esa misma contradiccion que la oponen sus adversarios y que tiende, como no puede ménos, á acrisolarla más y más. Todos los siglos, todas las épocas nos han presentado alemanes de mucho valor que han en la Iglesia de Jesucristo prestado eminentes servicios, pero el siglo XVII parece que fué de los mas fecundos, toda vez que produjo hombres de gran ciencia y de mucha virtud que esclarecieron ciertamente su época y su patria.

(1) Retrasada la insercion de esta silaba, cuyo lugar era inmediatamente despues de la *Re*, hemos creido oportuno colocarla en este, que es el más próximo al que la correspondia.

Fijémonos en el sugeto que va á ser objeto de este artículo biográfico que él nos suministrará materia suficiente para que girando acerca de él nuestras observaciones, por deduccion comprendamos cuán esclarecidos serian otros que alcanzaron indudablemente más fama, sin embargo que en favor de Rhay debe decirse que nunca ambicionó, ántes por el contrario, rehusó con todo el afan que pudo los cargos y distinciones, á los cuales á la verdad hubiese podido llegar con solo haber consentido en ello, pues todas las circunstancias le eran verdaderamente favorables. Nacido en Rais, que es uno de los pueblos más importantes del ducado de Cleves, fueron sus padres los más nobles de aquel pequeño estado, y la educacion que á su hijo dieron adecuada por consiguiente á su elevada condicion. Muy favorables fueron las disposiciones con que él facilitaba los afanosos desvelos de sus padres y deudos, pues desde sus primeros años demostró una apacible condicion y un carácter obediente, sumiso y pundonoroso hasta el extremo, si extremo cabe en las virtudes. Sus padres eran católicos y muy buenos, por lo cual formaron desde luego el propósito de educarle en el catolicismo, pensando, y pensando con mucho acierto, que no era posible legarle un patrimonio más pingüe ni una posicion más ventajosa que la que le proporcionaria la educacion en la verdadera fé, que hace al hombre que por cuantos medios estan á su alcance busque y halle su dicha, y que ponga el término de sus aspiraciones en el Ser infinito, cuya extraordinaria bondad ofrece al mísero mortal, en él y por él toda la esperanza bajo la cual obramos en órden á nuestra eterna felicidad. Muy dócil fué á las instrucciones de sus padres el jóven en quien se veia el premio de las buenas acciones de sus mayores, así que al desarrollarse en él la inteligencia y cuando podia y debia ya decidirse, no solo tuvo la mayor complacencia en pertenecer al gremio católico, sino que hubiese hecho cuantos esfuerzos le hubieran sido dables para ingresar en él, si por acaso no hubiese tenido desde luego tal dicha, así que del Evangelio hizo un libro, apénas pudo leer con conciencia, y todos los pasajes que él refiere, todos sus consejos y máximas, todos sus preceptos le llamaban de tal suerte la atencion, que para dedicarse bien y fielmente á la observancia de ellos ponia todo su esmero, de modo que hubiese querido desde el mismo momento en que lo comprendia, dedicarse á la perfeccion de tal manera, que el heroismo de la virtud hubiese resaltado en sus obras, y esto, ni por propia utilidad ni mucho ménos por presuncion, sino para gloria de Dios, que era la aspiracion de su buen deseo, única, exclusiva digámoslo así, y tan arraigada en su espíritu que á procurar esta mayor gloria de Dios dedicó todos sus esfuerzos. Pero no anticipemos los sucesos y veamos á Rhay en aquella edad en que en los jóvenes es todo atolondramiento, y no se piensa sino en correr tras de una mentida dicha ó buscar una posicion fas-

cinadora; y hemos á la verdad de admirarnos, porque hemos de encontrar en este jóven juicio, pero juicio muy recto y muy conforme á la razon en una edad en que no debia esperarse, una aplicacion constantísima á los estudios, y como era consiguiente un notable aprovechamiento en su carrera. Carrera que si se atiende á que quien la emprendia era el hijo del más pudiente del pueblo no parecia conveniente, y esto es porque los hombres de las circunstancias de Rhay se creen excusados de todo trabajo áun del intelectual, en el mero hecho de ser ricos y tener seguridad de que en su porvenir no puede ser necesario el fruto de su trabajo. Rhay, contra lo acostumbrado en su época por los de su clase, se dedicó con esmero á las humanidades, y no solo aprendió bastantes lenguas vivas y se impuso en ellas con algun esmero y perfeccion, sino que en el latin y griego hizo grandes estudios para poseer estos idiomas muertos; de tal manera que este le era familiarísimo, haciendo en él muchas veces ordinarias lecturas, y aquel le sirvió para escribir con mucho acierto cosas que han servido de ilustracion á las generaciones que le sucedieron, y á él de un gran crédito como luego veremos. Concluido, pues, el estudio de las humanidades y sostenidos certámenes literarios en los cuales obtuvo universal aplauso, cursó con igual éxito filosofía, mereciendo áun en la época misma en que era discípulo tales deferencias y tantas pruebas de afecto de sus maestros, sin otra razon que su comportamiento y aplicacion, que llegaron hasta el extremo de concederle la regencia de una cátedra, sin estar todavía laureado con el honroso grado académico que se necesita para tal desempeño. Mas no tuvieron motivo de arrepentirse por la deferencia que le hicieron, ántes por el contrario, sirvió esto para que se aplicase muchísimo más, y si hasta entónces habia sido el primero con sobrada justicia, de entónces más mereciera el aprecio de que es tan digno un jóven que, como él, hace esfuerzos para brillar en su carrera, cualquiera que esta sea. Emprendió despues el estudio del derecho y fijó su atencion en el canónico, siendo una cosa muy notable, y sobre todo en su época, el que pudiese llegar á tenerle completamente estudiado un jóven de diez y nueve años, que es la edad en que recibió la borla en esta facultad, con aplauso de cuantos le apreciaban, con disgusto de los muchos émulos que éste como todos los hombres grandes han tenido siempre. Laureado ya, y con una distincion tan honrosa, parecia deberse satisfacer y seguir en el ejercicio de su facultad logrando nuevas distinciones, alcanzando más señalados triunfos, pero no fué así. Es verdad que veia tras de sí un porvenir altamente halagüeño, y que tanto la posicion que por su familia le quedaba, cuanto la que él podria adquirirse por su trabajo en la carrera que acababa de concluir, le aseguraban la felicidad de que es posible gozar en este valle de miserias; pero es tambien cierto que no satisfa-

cian plenamente su corazon, que no le llenaba, digámoslo así, esa idea de que todas esas ventajas que adquiria, todos los caudales que podia acumular, eran caudales y ventajas que no pasaban de este mundo, y que llegaria la muerte y detrás de ella la eternidad, y este término y este paso no pueden repararse si una vez se dan, digámoslo así, con mal pie; por lo que resolvió decididamente abrazar el estado religioso, porque se convenció de la verdad consignada por Dios en la Sagrada Escritura: *¿De qué sirve al hombre haber ganado todo el mundo si pierde su alma?* Y quiso ante todo asegurar su eterno porvenir, ó cuando ménos que no le quedára el escozor de que su culpa habia motivado su ruina, y que por sí mismo y por su descuido y afecto al mundo habia tenido que sufrir las tristísimas consecuencias de este mismo fatal afecto. Comenzó pues, á revolver en su imaginacion esta idea, que era de Dios, y mirar uno por uno los institutos religiosos donde podria llevar á cabo sus designios, para lo cual pedia al Señor luces y conocimiento para aceptar un estado en el cual sirviera á Su Majestad y pudiese procurar la mayor gloria del Señor, única aspiracion de su anhelante deseo. Todos aquellos á quienes hablaba de los institutos religiosos, no como si él hubiera de profesar en alguno, sino como se suscitan las conversaciones cuando queremos el acierto en un negocio árduo, todos parecian confirmarle en la idea que él concibió desde luego, y que fué la de ingresar en la Compañía de Jesus, lugar muy adecuado para que un hombre como Rhay lograse los adelantos que eran de esperar de un instituto donde todas las cosas van con peso y medida, y ordenadas hasta el extremo de que nada discrepa lo más mínimo, y la Compañía á su vez podia sacar todo el partido que prometia un hombre que á los diez y nueve años de edad tenia ya concluida una carrera mayor, que no era ciertamente ni la más corta ni la más fácil. Dió el primer paso, pues, en este sentido comunicando su idea á su padre, el cual si bien es verdad que como idea la aprobaba, como no podia ménos, lo que es en la práctica sentia muchísimo la separacion de su hijo, porque decia que separarse de él para ingresar en la Compañía y perderle para siempre era todo uno, pues como en tan respetable sociedad no se atiende á otra cosa que á la mayor gloria de Dios, se busca ésta y nada más, sin reparar en los sacrificios que muchas veces impone el haber de buscarla; pero al cabo se decidió á otorgarle su consentimiento, persuadido como lo estaba de que el primer deber del padre es dejar á los hijos seguir su vocacion cuando esta es buena, pero como era consiguiente fueron muchísimas las advertencias y cargos que le hizo sobre los sacrificios á que habia de sujetarse, las graves obligaciones que se imponia, y los demás cargos que debe hacer en asunto de tanta monta un padre tan prudente como lo era el de nuestro Teodoro. Acompañó, pues, á su hijo, como era consiguiente, para

que se facilitára su ingreso en la Compañía de Jesus, y á la verdad no presentó dificultad alguna, porque siendo como era altamente apreciable, hasta honra de la Compañía era el admitirle en su seno. El, por su parte, se desveló cuanto pudo por corresponder á la suma bondad con que todos le recibieron, y su entrada fué solemne en toda la extension de la palabra, en razon á que el gran prestigio de que el padre gozaba atrajo muchísimas gentes á este acto, y no fué menor el número de los que acudieron por afecto particular hácia el jóven, y algunos que otros por esa curiosidad que excita siempre una accion cualquiera, por indiferente que sea, en que interviene un sugeto tan notable como nuestro Teodoro Rhay. El por su parte hizo abstraccion completa de sus antiguas pompas y de los derechos que le correspondian de un modo incontestable, porque para él ya ni habia otro objeto que Dios, ni podia por consiguiente recrearse en las criaturas ni en sus cosas, ni áun en los bienes del mundo. En su noviciado, y en las diversas pruebas á que han de sujetarse los Jesuitas ántes de llegar á emitir los votos, se portó admirablemente, poniendo el mayor esmero en obedecer siempre, y dando á entender un espíritu de humildad que demostraba muy á las claras la gran virtud de que estaba dotado. Segun costumbre general en el instituto, él tuvo que repetir los estudios que llevaba hechos, y pareció conveniente, atendida su gran capacidad, que se dedicase tambien al de sagrada teología, pues en él podria adelantar mucho, y valer por consiguiente muchísimo para el bien de las almas, y áun para más engrandecimiento de la Compañía, este profundo conocimiento que hacia que su carrera fuese todo lo completa que era posible, y él por consiguiente apto para cualquier cosa. Durante el tiempo que hubo menester para estudiar, se llegó el de ordenarse, pues contaba solo diez y nueve y medio años cuando ingresó en la Compañía, y á pesar de que su humildad muy profunda le hacia luchar con la idea de haber permanecido en clase de coadjutor, sus superiores le mandaron ascender al sacerdocio y no hubo otro remedio, sino que se ordenó con extraordinaria preparacion para ascender á tan alto ministerio, pues conociendo como conocia su importancia, creia un deber suyo llegar á tan sublime estado con las más adecuadas disposiciones. Ordenado de sacerdote y concluida por completo su carrera, le dedicaron por algun tiempo á la predicacion del Evangelio, con el cargo de misionar, cargo que desempeñaba admirablemente, porque era incansable para su ejercicio. El no esperaba nunca á que saliera el sol para dedicarse en el confesonario á auxiliar con tan importante ministerio á los pobres que tenian que trabajar en el centro del dia, y hacia por su parte el sacrificio de madrugar para venir á confesar, y no cesaba de tan difícil tarea muchos dias hasta que llegaba la hora de comer, volviendo al mismo desempeño luego que comia en co-

munidad, pues acerca de las prescripciones de esta fué siempre muy observante. En el púlpito eran sus maneras muy dignas, pero muy sencillas, asemejándose en cuanto podia á las condiciones de sus oyentes; haciéndose pequeño con los pequeños, y guardando para las capitales ó parajes donde la concurrencia era muy escogida, todas las galas de la elocuencia, en que, como hemos dicho, habia sido tan distinguido desde ántes aún de ingresar en su querida Compañía. Mucho bien hizo, muchas almas arrancó de las garras de la muerte eterna, á muchos sirvieron en gran manera sus acertados consejos, sabias explicaciones y acendrada claridad. Hubiese muy bien podido desempeñar importantes cargos como superior, y nada hubiera tenido de que lamentarse su instituto; ántes por el contrario, se le hubieran de haber agradecido mejoras muy provechosas, cosas que demostraban bien claro su celo por la gloria del Señor, su ánsia por la prosperidad de la Compañía; pero no fué esta vida pública, no fué este gobierno, por decirlo así, visible, por donde convino que este hombre, verdaderamente grande, se hiciera notable; él lo fué en lo interior de un gabinete, porque es muy cierto que cada cual logra su renombre por el exacto cumplimiento de aquello para lo que el Señor le tiene reservado en sus altos designios. Vamos, pues, á ver cuál fué el medio de que su adorable Majestad se valió para sublimar á Rhay, y hacer que todos le admirasen como un hombre de tan gran ciencia como prudencia y probidad. Efectivamente; preocupaba por entónces la atencion de la corte de Alemania la educacion de los duques de Juliers y de Neuburgo, porque querian que fuesen educados en el catolicismo, y eran muy sospechosos todos los maestros seculares que habia á la mano, por lo que se decidió pedir á los Jesuitas un hombre tan científico como era conveniente, y al mismo tiempo que tuviese la virtud necesaria para que sus palabras no fuesen estériles, en razon á que las animaba la fortísima razon del ejemplo. El escogido para tan importante cometido fué nuestro Padre Teodoro, y el éxito que alcanzó fué todavía mayor de lo que se esperaba; es verdad que su conducta no pudo ser más conveniente, pues que reducido siempre á la exacta ejecucion de su deber, con ninguno de los áulicos que rodeaban á los príncipes, ni entabló estrecha amistad, ni tuvo diferencia alguna, ántes por el contrario complacia á todos en cuanto de él exigian, como no fuese el interesarse ni con los príncipes ni con los reyes sus padres para cosa alguna, por lo que puede decirse que no se gastó, y se conservó siempre con la debida respetuosa elevacion que es tan conveniente á un preceptor, y que el nuestro hizo algunas veces valer para obligar á los jóvenes señores á cumplir con su obligacion, siendo para ellos el mayor castigo y sentimiento el indicarles que si no se aplicaban, tendria que dejar el cargo de educarles. En órden á la parte científica eran tales los ade-

lantos que les procuraba, y tan ordenado el método con que lo hacia, que los príncipes alemanes pudieron llegar á ser tan célebres en su ciencia como importantes en el poder de sus dominios, y esto fué sin duda el logro de todas las aspiraciones de su celebérrimo maestro. Aunque su conducta no podia ser mejor, ni más conforme con lo que exigia el deber de un maestro, que habia de esmerarse tanto más, cuanto que eran tan ilustres sus discípulos, no llenaba los deseos de los palaciegos, que hubieran querido á Rhay ó un hombre sin dignidad que se hubiese sometido ciegamente á sus más ridículas exigencias, ó un adulador vil que hubiera explotado en favor de todos el prestigio de que tan justamente gozaba; y como vieron que no era ni lo uno ni lo otro, y que todos sus consejos como sus instrucciones iban encaminadas á llevar á los príncipes por el camino de la justicia, de la rectitud, y del debido decoro y consideracion que solo se sostiene prestándole los mismos superiores á los que le merecen, y en el concepto ó término en que le merece cada cual, comenzaron á inventar contra él las calumnias más absurdas ó las anécdotas más ridículas, que hubieran acaso dado resultado, si su conducta no hubiese sido tan intachable, pero que no sirvieron sino para acreditarle más y más, pues que el completo desprecio con que miró todas estas pobrezas de ánimo de sus rivales, aumentó en mucho la consideracion y estima en que ya le tenian, tanto sus discípulos, como los padres de estos. No por esto hemos de decir, porque seria una temeridad, que la época en que educaba á los príncipes pasó sin disgustos para el maestro, nada ménos que eso, los tuvo y muy graves, pero los sufrió de tal manera, que sin mostrar nunca la más ligera alteracion, Jesucristo era el solo depositario de sus sentimientos, y nadie se apercibia de sus penas, porque convencido de que á nadie era posible evitárselas, tenia sumo cuidado en no demostrarlas. Así que esta prudente reserva evitó los muchos disgustos que hubieran surgido de su queja, y que nada hubiera sido más natural, puesto que no habia de parte de sus envidiosos el más mínimo fundamento para que procedieran contra él, y por consiguiente no hubiera sido extraño que la natural excitacion de su sensibilidad herida por tan indebido trato, hubiera dado por resultado alguna queja; pero no, sin queja alguna sufrió cuanto le hicieron de injusticias y malos tratamientos, hasta que sus mismos adversarios se convencieron de cuán inmerecido era el porte que con él observaban, y le trataron desde entónces con toda la consideracion y aprecio que se merecia. Concluyó, pues, la educacion de los niños puestos á su cuidado, y en vez de hacer lo que cualquiera otro hubiese hecho, que era esperar á que le hubiesen indicado el que se retirára, ó cuando más hubiese hecho alguna indicacion ligerísima del estado en que se encontraba en el desempeño de su cometido, en vez de esto, lo que hizo Rhay fué decir á los augustos padres que su

mision estaba concluida, que nada le restaba ya que enseñarles, y por consiguiente habia dejado de ser útil á su lado, motivo por el cual se retiraba de nuevo á su convento, es decir, no volvia por palacio, pues durante el tiempo que fué preceptor vivió con los Jesuitas, sin permitirse ni más exencion ni consideracion alguna más que la de no presentarse algunas veces á refectorio, porque las ocupaciones claro está que no le permitian asistir como hubiera querido, y como creia, y con razon, ser su deber, pues que él ingresando y profesando en la Compañía, obligado estaba á todas sus observancias y prescripciones, áun á las más menudas, y deseoso de su perfeccion, tambien era preciso que diese buen ejemplo, y resultaba, como era consiguiente, mucha edificacion de que una persona que podia tener tantas exenciones, no usase de ninguna, y se viese sujeto á los mismos actos y á las mismas cosas, horas y obras que el último de sus hermanos. No hay para qué decir que la educacion de los jóvenes, tan esmerada como rápida, llenó completamente los deseos de sus padres, y hubieran querido que hubiese estado en su mano el colocar al P. Rhay en el puesto eclesiástico más encumbrado de su reino, pero como las reglas de los Jesuitas prescriben que al llegar á cierto tiempo, y dadas ciertas pruebas, se haga voto de no admitir dignidades eclesiásticas, el P. Teodoro habia ya emitido este voto solemne, y no era posible dispensarle de él, ni por ningun concepto lo hubiese él consentido. Apelóse entónces, para agradecer de algun modo el importante servicio que prestára á la familia Real este distinguido jesuita, al recurso de ofrecer ventajas las más notables á su querida Compañía, pero esta manifestó, con el respeto y atencion que sabe y suele, que no estaba en el caso de aceptarlas, porque podrian un dia redundar en su perjuicio, así que ni Rhay ni los suyos recibieron otra recompensa que el que los duques conservaran siempre el afecto y respeto merecidos por su maestro, y la familia Real toda y todo el reino se persuadieron de lo muy importante del instituto de S. Ignacio de Loyola, verdaderamente establecido para proporcionar á la juventud la conveniente educacion, procurando el desarrollo de sus inteligencias en el cultivo de cuantas ciencias y ramos abraza el saber, el llevar su corazon siempre al más recto fin, mediante las máximas de la más sólida virtud, que inculcan continuamente á sus discípulos y que tienen que dar su fruto, porque no son estériles teorías, sino prácticas que se ven en ellos, y no como quiera en uno que otro, ni en una que otra circunstancia, sino en todos y en todas las ocasiones en que es necesario obrar. Volvió, pues, nuestro Padre Teodoro Rhay al sosiego de su casa, y cuando esto decimos, no se ha de comprender que vino á pasar una vida de descanso, no, ni el espíritu de la Compañía permite esto en sus profesores, ni las condiciones especiales de nuestro hombre le permitian tampoco estar parado sin procurar la ma-

yor gloria de Dios, único deseo de toda su aspiracion, único blanco de todos sus designios; asi es que en efecto la buscaba predicando y confesando como lo habia hecho ántes de tomar á su cargo el importante destino con que se le honró, y que desempeñó como hemos visto. Muy satisfecho con su vida laboriosa, pero sin importancia visible, y muy dispuesto á todo lo que fuera gloria de Dios y bien de su instituto, se creia el P. Rhay seguro casi de que para nada echarian mano de él, pues era en su concepto de los más inútiles de la casa. No presumia, pues, ni lo más remotamente posible, que se tratára de confiarle un nuevo cargo, cuando visitado por su superior, éste le intimó que tenia que disponerse á marchar á Duran, de cuyo colegio se le habia nombrado director. Inmediatamente se puso en camino sin replicar, y llegó á su destino con grande contento de cuantos conocian lo mucho que se podia esperar de un hombre de sus circunstancias; y á la verdad que estas serían muy especiales, pues entre otras muchas cosas que podriamos citar, que lo demuestran hasta la evidencia, hay una prueba inconcusa en la conducta que observó con él su querida Compañía al confiarle el cargo tan importante de director de uno de sus principales colegios. El órden es que los directores tienen ciertas facultades, pero sobre ser estas limitadas y concretas á ciertas y determinadas cosas, nada más, tienen precision áun para el ejercicio mismo de estas facultades de consultar con los superiores inmediatos el modo de llevarlas á término; y de todo esto se prescindió en favor de Rhay, cual si él fuese el solo árbitro de su colegio, pudo él por sí mismo girar y obrar, pues á todo esto alcanzaban y áun á más las instrucciones del P. General con que se le autorizaba para desempeñar su cargo, confiando solo en su probidad y rectitud. No salieron defraudadas las esperanzas de sus superiores, ántes por el contrario, si mucho se habian prometido cuando le dieron tan ámplias facultades, aún más felices fueron los resultados que se alcanzaron por su medio, pues supo establecer un órden y una economía en lo material como hasta entónces no la habia habido, y en lo que se relacionaba con los estudios, su constancia en el vigilar sobre todos y cada uno, y su método especial que hizo se adoptase en todas las cátedras puestas á su cargo, fueron medios excelentes de alcanzar el más feliz resultado, y hacerse por consiguiente acreedor al aprecio áun de sus mismos émulos, que tampoco le faltaron entre sus hermanos, porque la miseria humana induce á tener antipatía á aquel á quien vemos desempeñar cumplidamente un cargo, sin que el fundamento de esta antipatía sea otro, sino el que parece como que nos acusa aquella misma actividad de nuestro hermano ó compañero, de nuestra propia indolencia ó descuido; y en este concepto tuvo mucho que sufrir nuestro P. Rhay, pero sufrió en su colegio con la misma resignacion que habia sufrido en

palacio, por lo cual se hizo tan apreciable como allí. Acometióle, pues, la última enfermedad, y en ella se demostró hasta la evidencia el extraordinario afecto que le profesaban todos, pues cada cual tenia con respecto á él el mismo cuidado que se presta acerca de las personas que nos son más caras, no cercenando nunca las diligencias para saber del estado de su salud, y mostrándose en el semblante de todos la mayor gravedad de sus síntomas. Por último, al verificarse su fallecimiento, todos se conmovieron, y en sus exequias dieron con su asistencia un público y muy claro testimonio del grande aprecio que les habia merecido, y él demostró en esta ocasion lo firme de sus convicciones, pues en la recepcion de los santos sacramentos estuvo muy fervoroso, y muy animado y conforme en los momentos que precedieron y siguieron á esta solemne ceremonia, tan imponente para los sanos como provechosa para el enfermo. El dia 10 de Marzo de 1671 fué cuando el Señor le llamó para sí á los sesenta y nueve años de edad y cincuenta de jesuita, cuya vida habia pasado en obras de caridad, cuyos frutos recogió en el sosiego con que pasó á mejor vida y en los celestiales consuelos de que gozará segun piadosamente pensamos. Su memoria fué imperecedera, y áun cuando los hombres de su época no hubiesen tratado de consignarla en las diversas referencias que á él hacian con diferentes motivos, el crédito de sus obras literarias la perpetuaria, porque son acabadas, tan bien sentidas como exactamente escritas y sumamente oportunas, en la parte á que se refieren. Si nos permitiese la índole de nuestra publicacion entrar en el exámen de dichas obras, es cierto que nuestros lectores formarian un juicio muy favorable de ellas „pero esto no nos es dado; así que lo único que haremos será citar sus títulos, y los lugares y épocas donde salieron á luz, para que así puedan los que lo deseen consultarlas y cerciorarse por sí mismos de lo que llevamos asegurado. *Descriptio regni Thibet*; este se imprimió en Paderborn, en 1658, y fué la primera que vió la luz á instancias de sus superiores y amigos, y de la que se hizo una numerosa edicion, que escaseó bien pronto. En 1663 imprimió en Neuburgo su *Relatio rerum mirabilium regni Mogol*, que le acreditó muchísimo, y en el mismo año y la misma ciudad imprimió *Animæ illustres Juliæ Cliviæ et cet. è monumentis redivivæ*. Todas estas obras fueron como se ve por sus títulos escritos en latín, lo cual les da muchísimo más mérito, porque demuestra la vasta capacidad de aquel hombre tan aplicado, que á fuerza de estudio venció cuantas dificultades tenia para un aleman la lengua latina. En aleman tambien escribió dos preciosas controversias contra los protestantes, y las dió á luz, pero fué bajo el velo del anónimo, y por consiguiente solo en la casa-colegio de su cargo fué donde se supo sin género de duda. Tal fué, pues, la vida de Teodoro Rhay, célebre por su linaje, é individuo muy apreciable de la

Compañia de Jesus, que tuvo en que lo fuera gran complacencia.—G. R.

RHEDONENSE (Bricio), francés, alumno de la provincia británica de los Capuchinos menores. Varon que se distinguia por su doctrina, y que brillaba por sus religiosas costumbres, que como atestigua el Genuense habiendo sido destinado de superior á las misiones de Palestina y Egipto, no solo trabajó por muchos años en la conversion de los infieles á costa de muchos trabajos, sudores y anhelos, sino que áun para salvarlos deseó en los fervorosos movimientos de su corazon, sacrificar su propia vida. Con este piadoso objeto tradujo del latin al árabe con mucho trabajo las obras siguientes: *Epitome Annalium Ecclesiasticorum cardinalis Baronii;* impreso en Roma en 1653, en dos tomos en 4.°, en la imprenta de la Congregacion de Propaganda fide; y tambien otra titulada: *Epitome Annalium Veteris Testamenti Jacobi Saliani ab Adamo usque ad Christum;* dos tomos en 4.°, impresos en la misma oficina los años 1653 y 1655.—N. y S.

RHEGINO, obispo de Constanza, es conocido por un escrito que presentó á los Padres del Concilio de Efeso, en nombre de los obispos de la isla de Chipre, para impedir al obispo de Antioquía emprender nada en aquella provincia que no era aún de su jurisdiccion, sobre lo que el Concilio, dió el siguiente decreto: *Rem quæ præter Ecclesiasticas Constitutiones et Sanctorum Patrum Canones innovatur, et omnium libertatem attingit, annuntiavit pius Episcopus Rheginus, et qui cum eo piissimi Episcopi Provinciæ Zenon et Evagrius. Unde quoniam communes morbi majores egent remedio, eo quod majus damnum afferam et maximè si non est vetus mos; quod Episcopus Antiochenus ordinet in Cypro; habebunt jus suum intactum et inviolatum qui Sanctis in Cypro Ecclesiis præsunt, secundum Canones Sanctorum Patrum, et veteris consuetudinem, per seipsos ordinationes religiosissimorum Episcoporum.* Las empresas de que los obispos de la isla de Chipre se habian quejado al Concilio, eran principalmente de que el obispo de Antioquía pretendia ordenar en su provincia, aunque no le estaba sometida: siendo esto lo que se halla prohibido por el cánon XXXVI de los apóstoles; así no puede dudarse que son estos cánones los que dicen los obispos haber sido violados por el de Antioquía. Para convencerse de ello, basta únicamente poner un poco de atencion á las representaciones del obispo Rhegino, y lo que le contesta el Concilio. Representa Rhegino, que al ordenar el obispo de Antioquía en la provincia de Chipre, que no le estaba sometida, violaba los cánones eclesiásticos explicados por los Santos Padres reunidos en Nicea: *Præter Ecclesiasticos Canones et Constitutiones expositas à sanctis patribus in Nicea Congregatis.* Lo que supone que ántes del concilio de Nicea, habia cánones que prohibian estas ordenaciones irregulares; pero ántes del concilio de Nicea no se encuentra esta prohibicion en ninguna parte

más que en los cánones de los apóstoles, y no puede decirse que por estos cánones eclesiásticos ó cánones de los Santos Padres, haya entendido el Concilio la costumbre de las iglesias fundada en la tradicion de los apóstoles, pues se distinguen expresamente estas dos cosas; los obispos de Chipre, dice el Concilio, conservarán su derecho de consagrar los obispos de su provincia, segun los cánones de los Santos Padres y la antigua costumbre: *Secundum Canones Sanctorum Patrum et veterum consuetudinem.*—S. B.

RHEGINO (Bernardino), italiano, de sobrenombre *Jorge el Calabrés*, de la regular observancia, primeramente estuvo en Brixia, bajo la direccion de Francisco Licheto, y despues se dedicó á la teología en París. Aprendió en tan poco tiempo y con tanta perfeccion el griego, que parecia ser tal de nacimiento. Hallándose sumamente versado en la doctrina de Scoto, escribió una obra titulada: *Commentarios in librum primum Scripti Oxoniensis*, y otras elucubraciones que perecieron por la injuria de los tiempos. Habiéndose trasladado á la religion de los Capuchinos en 1532, vivió entre ellos cerca de cuatro años. Murió en su patria el año 1536, á los sesenta y nueve de su edad, despues de haber desempeñado el cargo de vicario provincial en Calabria. Todas estas noticias proceden de Wadingo, de quien las tomaron otros.—N. y S.

RHEGIO (Fr. Antonino de), religioso lego capuchino. Nació en Regio, cerca del año 1506, de la noble familia de los Tripodos, se crió y educó en la casa de sus padres en el santo amor y temor de Dios, hasta los veinticinco años de su edad, en que temiendo los peligros del mundo, y deseando consagrarse al servicio divino, tomó el hábito de la órden de los Menores de la observancia, y allí vivió un año muy celebrado por su rara virtud; era la época en que Fr. Luis y Fr. Bernardino de Rhegio trataron de establecer la reformacion de los Capuchinos en la Calabria, cuya vida ejemplar, y el deseo de más aspereza y rigor, movieron de tal modo el ánimo de Fr. Antonino, que en seguida se pasó á su religion. Comenzó desde el principio de su conversion á ejercitarse en las virtudes con tanta solicitud y desvelo, y particularmente en las de la humildad y caridad, que en los religiosos legos son las más propias y familiares, formando de sí el concepto más bajo, juzgándose inferior y sujeto á todos, obedeciéndolos con la mayor puntualidad, que era dechado y modelo entre todos sus hermanos. Sobre todo veneraba á los sacerdotes con tan respetuosa reverencia, considerándolos ministros de Dios y dispensadores de sus soberanos misterios, que jamás se sentó en su presencia, y generalmente era tal su deseo de que le despreciasen, que su mayor gozo estaba en el menosprecio, y en parecer ridículo y vil. Esta humildad perfecta de corazon le hacia tan obediente, que no le mandaban cosa alguna sus superiores por grave y dificultosa que fuera,

que no la ejecutase con sumo contento y solicitud. No era su obediencia tarda, negligente ni murmuradora, sino veloz, solícita, ciega y alegre, tanto que sin aguardar á la voz del prelado, en siéndole notoria su voluntad, ya tenia la mano en la obra, y la diligencia moviendo los pies, no encontrando gusto que se igualase al de obedecer prontamente á su superior, sin examinar la cualidad del mandato, como quien deseaba ser siempre súbdito. Como era producto su obediencia de su humildad, de ambas procedia una insigne paciencia, con lo que conseguia hallarse constante y fuerte en las adversidades, y sin inquietud alguna de espíritu; habiendo llegado Fr. Antonino á la cumbre de perfecta humildad, procedia en la tolerancia de los trabajos, de las enfermedades y menosprecios con gran paciencia, alegria y deseo de nuevas adversidades, sin que descubriese el menor indicio de perturbacion. Dejó infinitos ejemplos en que confirmó la excelencia de esta virtud, como lo fué entre otros las crueles persecuciones que en aquel tiempo se movieron á la reformacion de Calabria, de que viene hecho mérito; y tambien le dió en una enfermedad de gota que le afligió cuarenta años continuos y diferentes tentaciones de los enemigos del alma, con que toda su vida le molestaron, mirando una y otra calamidad con tanta serenidad y conformidad, que no le hacia impresion en el ánimo, ni le descomponia su admirable quietud y paciencia. Aún más fecunda fué su humildad, sobre la obediencia y paciencia que produjo en el siervo de Dios. Esta fué la caridad que es la raiz propia, segun S. Gregorio, de quien brota la humildad verdadera. Así fué que Fr. Antonino, habiendo tenido cimientos de profunda humildad, que es el fundamento y orígen de las demás virtudes para el edificio de la vida espiritual, fundó en ellos una caridad tan ardiente, y un amor de Dios y del prójimo tan dilatado, que parecia no tener límites que le comprendiesen. No habia para él cosa más agradable que ofrecerse á servir á todos, aunque para servirlos tuviese que sacrificar su existencia. Asistia á los enfermos con afecto tan entrañable, que en el cuidado de su curacion y alivio, no se diferenciaba de los que hubiera podido prestar la solicitud y el cariño de una madre. Acudia á remediar las necesidades de los pobres con no menor desvelo, quitándose á sí mismo áun lo más necesario por socorrerles, de que dejó muchísimos ejemplos. Su compasion y la ternura con que sentia las miserias ajenas era maravillosa, haciéndose partícipe de todas en el dolor y sentimiento, y desvelándose en buscarles remedio, ó por lo ménos en consolarlas; y así era que no habia persona alguna que tuviese afliccion que no acudiese á él como último refugio, prometiéndose de su mano reparo ó consuelo. Resplandeció altamente esta caridad, en el deseo que siempre tuvo de componer los pleitos y disensiones que llegaban á su noticia, á que era sumamente inclinado, sabiendo que es muy propio de la caridad

fomentar la concordia y evitar y concluir con las enemistades, que tanto excitan las malas pasiones y envenenan el corazon, deseando conservar la hacienda reunida, y juntar la mal dividida. Con el deseo que tenia Fr. Antonino de subir á la cumbre de la caridad, comenzó desde el mismo dia en que tomó el hábito de la religion á quitar los impedimentos que podian embarazarle en tan árduo camino; y conociendo que la carne es uno de los mayores, enemigo doméstico y familiar, y con quien es menester especial cuidado, trató de vencerla con ayunos, no contentándose con los ordinarios de la Orden, sino añadiéndoles las cuaresmas de S. Francisco (cuya observancia fué en él perpétua hasta los ochenta años de su edad), y además de las dichas, las vigilias de las festividades de Cristo Señor nuestro, de la Virgen Santisima, de los apóstoles y otros santos de su devocion, y todos los viernes del año, sin comer más que pan ni beber más que agua en muchísimos de estos ayunos. Llevó hasta la muerte un silicio muy áspero, en memoria de la mortificacion del Señor, por acometer con más armas á su contrario y oprimirle de suerte que no prevaleciese insolente contra el espíritu. La aspereza de su hábito, su poco dormir, y eso sobre unas desnudas tablas, sus largas vigilias, su voluntario padecer de frios y nieves, sus continuos trabajos de manos con que se fatigaba hasta quedar rendido, y las demás mortificaciones en que se ejercitaba, pudieran ocupar dignamente una dilatadisima narracion. Tantas eran sus ánsias de adelantarse, y tanto el amor de Dios que ardia en su pecho, entre cuyos indicios y aumentos indudables era uno y de los más infalibles, como dice S. Agustin, el sufrir por Cristo alguna penalidad, asi que Fr. Antonino, afligiendo su cuerpo con varias mortificaciones y asperezas de vida, á que voluntariamente se sacrificaba en memoria de la pasion del Señor, descubria lo mucho que le amaba y con amor infinito. Ultimamente, aborrecia de tal modo cualquier deleite ó diversion por lícita que fuese, que siempre llevaba presente en su ánimo para evitar su impresion ó la Cruz de Cristo ó el temor del juicio final. Comprendiendo que el medio más á propósito para conservar el divino amor, aumentarle y perfeccionarle es la oracion continua, se dió á su estudio tan cuidadosa y frecuentemente, que despues de trabajar, despues de maitines, ó de cualquiera otro ejercicio su descanso era orar. Miéntras comia oraba, ó miéntras bebia, cuando estaba sentado ó andaba, en la conversacion, en la soledad, dentro y fuera del monasterio, en fin, siempre oraba, y siempre habia en su alma algun fuego encendido de donde subiese en humo agradable al cielo el incienso de su oracion; para cuyo fin, avaro del tiempo, y atento á no gastarle en materia extraña de la contemplacion, que causaba en su ánimo tan notables delicias, raras veces hablaba con los religiosos, y casi nunca con los seglares, especialmente con las mujeres, sino es en el caso

que precisamente lo requiriese ó la caridad ó la necesidad. Su alimento y su comida regalada era esta contemplacion. Esta la que les sustentaba ordinariamente en lo retirado de la presencia divina, léjos del trato y perturbacion de los hombres. Derramaba copiosas lágrimas de dia y noche el santo varon, acompañando el llanto á su fervorosa oracion, y asi no debe causar admiracion, que ejercitándose en ella Fr. Antonino continuamente del fuego que ardia en su corazon, le saliese al rostro una luz celestial, ni que elevado al cielo en espíritu, se quedase sin sentido ni movimiento miéntras oraba. Le sucedió lo expuesto en muchas ocasiones, y una en particular en el convento de Regio, donde orando una vez en la iglesia ántes de maitines, Fr. Tomás de Catacio, que era entónces corista, iba tambien á orar; luego que entró en el coro vió el templo tan lleno de resplandor, que cualquiera hubiera juzgado era de dia y dia muy claro. Admirado de tal novedad, llegó á abrir la puerta por donde se salia á la iglesia, y vió en medio de ella á Fr. Antonino, resplandeciendo como un sol y bastante elevado del pavimento. Sintió el haber sido sorprendido en aquel estado, y exigió el silencio á Fr. Tomás. Existen testimonios y pruebas no ménos seguras y ciertas de los muchos padecimientos y enfermedades que casi repentinamente sanó, solo con su eficacia y por intercesion suya, y solo con hacer la señal de la cruz, siendo admirables las maravillas con que Dios quiso calificar la santidad de su siervo, y cuya referencia sería interminable, llegando á tanto su fama de santidad y milagros, y siendo tan célebre en Regio y en toda aquella comarca, que adonde quiera que se presentaba á pedir limosna acudia la gente á besarle la mano y el hábito, con notable concurso, siendo para su modestia y humildad gran sacrificio y mortificacion el verse aclamado por santo en todas partes. No se limitaron los favores dispensados por el Señor á Fr. Antonino al don de obrar milagros, pues le agregó el del espíritu de profecía tan celestial, que no habia cosa secreta, ni porvenir que para el santo varon no fuese claro y presente. Llevaba ya el fiel siervo de Dios cincuenta y cuatro años en la religion de los Capuchinos, sirviendo al Señor perpétuamente en santidad y buenas obras, y acreditando su bondad y sabiduría infinita, que á un hombre idiota, ignorante y simple, supo ilustrar con dones tan celestiales, y hacer que se aventajase tanto entre los demás, que insigne en la obediencia, inclito en la humildad y desprecio propio, invicto en la paciencia, admirable en la caridad, adornado en fin de todo género de virtudes, célebre en milagros, ilustre en espíritu de profecía, familiar á los ángeles y formidable á los demonios, tuviese poder para alterar la naturaleza comun de las cosas, para sanar las enfermedades con sus palabras y con la señal de la cruz, para multiplicar el pan, para apagar el fuego con su oracion, para sosegar las tempestades, y para obrar

otras maravillas y prodigios sin número, que exceden del órden natural, en fuerza de la divina virtud que el Altísimo le comunicaba: cuando hallándose ya de ochenta años, supo por revelacion celestial que en la ciudad de Regio se le acercaba su dia postrero, así lo manifestó á algunas personas gozando de entera y cabal salud. El primero á quien se lo comunicó fué á Luis Tripodo, pariente suyo, á quien descubrió que habia de morir en el dia de la octava de su seráfico Padre. La segunda persona fué una religiosa llamada Victoria Burgia, que despues de haberle dado limosna, le preguntó cuándo volveria, á lo que Fr. Antonino respondió: «No me preguntes, ¡oh Victoria! cuándo he de volver aquí, sino cuándo he de partir de aquí. Esta será la postrera vez que me veas, porque he de hacer muy presto un camino á bien diferente lugar.» El tercero fué otro de sus parientes, á quien dijo le aguardaba una enfermedad de que moriria al fin de tres dias. Habiéndole invadido el mal de la muerte, que tenia tan pronosticada, para pelear en la última batalla con el enemigo de las almas, y como soldado viejo de Jesucristo, recibió los santos sacramentos con gran devocion, y anhelando la patria celestial con espíritu fervoroso, dispuso con varios actos de varon evangélico el fin de la peregrinacion de esta vida deleznable. No se olvidó en la muerte de los beneficios que le habia hecho Jorge Teria, su favorecedor, y en el dia ántes de su tránsito, por la tarde, se le apareció en una casa de campo donde á la sazon residia, y llamándole por su propio nombre, le dijo: «Jorge, ya tengo licencia de mi superior para caminar: presto partiré: y así vengo á darte las gracias por las buenas obras de que te soy deudor; mi viaje está resuelto, y solo mañana, si fueres temprano al convento, podrás aún verme.» Dicho esto, desapareció; y Jorge Teria, pasando al convento al siguiente dia al amanecer se halló con que el varon de Dios habia muerto en la noche pasada, y que su cuerpo estaba en la iglesia en el ataud; por donde llegó á conocer que su visita y palabras habian sido en espíritu, ó que si fué corporal, fué un milagro más añadido al copioso número de los que el Señor obró por sus méritos. Murió en el convento de Regio el dia de la octava del seráfico P. S. Francisco, como lo habia profetizado, y dejando llena la familia de los Capuchinos, y á todo el gremio de la Iglesia católica, del olor suavísimo de sus virtudes y santidad en el discurso de los ochenta años de su vida apostólica, pasó de la compañía comun de los hombres, á la gloriosa de los santos y escogidos de Dios, de que fueron testimonios ciertísimos los que sobrevinieron despues de su muerte agregados á los milagros y maravillas que hizo durante su vida, dejando muchas y seguras comprobaciones de esta verdad. El primero se obró en su aspecto exterior, pues luego que entregó al Señor su espíritu, su color, que en vida era oscuro y como de aceituna, quedó blanquisi-

mo, y sus carnes tan flexibles, que más bien parecian de niño de tierna edad que de viejo, exhalando su cuerpo una fragancia sumamente agradable, tan abundante que se percibia á muy larga distancia. En cuanto se hizo público su tránsito, fué innumerable el número de personas que acudieron á la iglesia de los Capuchinos á ver el santo cuerpo, y tocarle ántes que le enterráran, siendo consecuencia de la devocion lo que sucedió, que fué cortarle el hábito, los cabellos, la barba y las uñas, y lo que cada uno podia llevar por reliquias. Los pedazos del hábito, que se llevó la gente consigo, y el báculo en que se solia afirmar su ancianidad, consta de testigos fidedignos haber sanado enfermedades de varios géneros. Seis años despues de su muerte se abrió su sepultura para enterrar en ella otro religioso, y se halló su cabeza entera y sin corrupcion, y pegado á la carne cabello y barba, la parte que se libró de la devocion de la gente, que arrancó lo demás por reliquias. Se guardó en lugar honorífico, y allí dió salud á muchos enfermos que vinieron confiadamente á tocarle. Su muerte se verificó en el dia que ya viene dicho en el año de 1586. — A. L.

RHEGIO (Fr. Francisco de), religioso capuchino de la provincia de su nombre, cuyo elogio se halla en un manuscrito, del que tomamos lo siguiente por convenir á nuestro objeto. «Ajustó de tal modo su vida á la norma y ley de las virtudes, que no faltó ni un ápice á la seráfica regla, ni á las constituciones de nuestro instituto; porque desnudándose totalmente de su voluntad y arbitrio, de tal modo se entregó al de sus prelados, que no solo era solícito en obedecer á sus preceptos, sino en adivinarlos el gusto para complacerlos. Para conservar sin mancilla la flor de la pureza, que guardó hasta morir, y huir todas las ocasiones en que podia peligrar, era rígido profesor del silencio, guardándose de toda palabra ociosa; y si la necesidad le ponia en precision de hablar, solo de las cosas celestiales formaba el argumento de su plática. Era asimismo centinela vigilante de sus ojos..... y así por huir más bien de todo riesgo, hacia vida solitaria, pasando los dias en la celda ó en el bosque, ya entregado á la oracion, ó ya leyendo libros espirituales, y ya en honesto trabajo de sus manos. Amantísimo de la más alta pobreza, solo admitia las cosas que la extrema necesidad dictaba, sin que entre las cosas viejas, viles y despreciadas, admitiese parvidad de materia contra la regla, ó no le fuese expresamente mandado por ella. Era tan adherido á la oracion y meditacion, en cuyo ejercicio pasaba muchas veces dias y noches enteras, sin otro alimento corporal, que de tanta continuacion en orar, alcanzó el estar siempre orando en cualquier sitio, lugar ó tiempo, sin que se lo embarazase el ejercicio corporal ó cualquier otro ministerio. Era grande la piedad y devocion con que todos los dias celebraba; pues era el blanco adonde dirigia el estudio de sus afectos y ejercicios para

no cometer la menor irreverencia ó falta de culto á tan sacrosantos misterios, por lo cual al tiempo de decir misa el Padre, se ocultaba la hora, y áun así concurrian muchísimos á oirla y á ser testigos de las delicias en que se bañaba su espíritu todo seráfico. Siendo guardian del convento de Coutron, y gobernando á los súbditos con aumento de la regular disciplina y observancia, fué asaltado de la última enfermedad; y él absorto en la meditacion de las cosas celestiales, se alegró como si viese abiertas las puertas del Paraíso, y entregó su dichosa alma al Señor en el dia 22 de Marzo de 1623, no faltando prodigios que fueron testimonios de su gloria.» Tal es la relacion que de las virtudes de este Padre hace un curioso manuscrito, que más atento á ellas que á los hechos de la vida pública se abstiene de mencionarlos, por lo que nosotros le hemos seguido por completo, contentos con haber dado la única noticia que de él ha llegado á la nuestra. —S. B.

RHEGIO (Fr. Luis de). Esclarecidísimo religioso de la órden de Capuchinos. El varon insigne Fr. Luis de Rhegio, elegido por merced singular de Dios para restaurar en Calabria la disciplina del seráfico Padre, y para dilatar por Sicilia y las provincias comarcanas la reformacion de los Capuchinos en los principios de su nacimiento, dotado de tantos favores de la naturaleza y privilegios de la gracia divina que se refiere justísimamente en el número de las principales columnas de la religion, fué de mediana calidad en linaje, pero ilustrísimo en virtudes y santidad. Habiéndolo ordenado el Señor así para la manifestacion de su gloria, y para explicar en estilo antiguo de su eterna sabiduría, con que á las obras de mayor excelencia, y en que más resplandece el poder de su brazo, no llama los nobles sabios ni poderosos, sino lo más despreciado del mundo, lo ignorante, lo flaco, y finalmente, lo que no tiene ser en la estimacion, cuyo obrar, como no es posible que se atribuya á la insuficiencia del sugeto, muestra ser efecto del autor soberano. Nació en Rhegio, ciudad en Calabria conocidísima, en el año de 1466, siendo pontífice Paulo II, y emperador Federico III, de honesto linaje, aunque mediano, como se ha dicho. Descubrió desde su tierna edad no comun ingenio, tanto que su padre, por verle inclinado á las letras y no violentar su inclinacion, le puso al estudio; pero habiendo muerto despues súbitamente, y mudándose las cosas con aquel infausto acontecimiento, fué preciso á Fr. Luis, que entónces se llamaba Cristaldo, dejar las letras y aplicarse á tan diferente ejercicio como fué apacentar unos bueyes, y cuidar de la hacienda del campo, que si bien ténue y corta, era en fin el sustento de la familia. Creció algo más en edad, y hallándose ya en los años de la adolescencia, y con un ánimo generoso é hidalgo superior á la ocupacion que le entretenia grosera y rústica, sentia notablemente verse en tal estado, y le producia continuo llanto. Su madre, que alguna vez

reparó en ello, le preguntó en una ocasion cuál era la causa de tantas lágrimas, y él se excusó diciendo que lloraba la pérdida de su padre, y que le habia de llorar perpétuamente á su parecer. La madre le replicó: Razon es que la llores, pero ha de ser con moderacion, y las lágrimas han de tener su límite y tasa; á lo cual Cristaldo volvió á responder: «¿Por qué no he de llorar siempre la muerte de un tan buen padre, que me solia dar tiempo para estudiar, y me habia encomendado á maestro que me enseñaba lo que podia serme de provecho y honra? Mas ahora que el cuidar de unos bueyes es solo mi escuela, ¿qué me queda ya que esperar que sea digno de un ánimo tan grande? Mucho se sobresaltó su madre al escuchar estas razones, y comunicando el negocio con su tutor, éste, atendiendo al bien natural de Cristaldo, á la inclinacion que tenia á estudiar, y á los nobles pensamientos que descubria, y prometiéndose de tales indicios un aprovechamiento, no vulgar ni ordinario, vino en que prosiguiese el estudio; y así dejando el campo, y estudiando otra vez, aprendió tan aprisa y con tal aficion la latinidad, que en breve tiempo leyó gramática, llevando una cátedra que vacó, con sumo aplauso y alabanza de ingenio. Era Cristaldo muy compuesto y morigerado, de rostro vergonzoso, de semblante modesto, cortés en el trato, y tan hermoso y amable á la vista, que se dejaba querer de todos, acompañando á este ornato exterior una graveded de costumbres tan excelente y tan bien impresa en el ánimo, que no le permitia nada que fuese vicioso, liviano, ó que desdijese de lo grave y honesto; de manera que en su edad juvenil desmentia el juicio la juventud, representando la madura vejez de un prudente anciano. Era tanta, en fin, su templanza, su mansedumbre, su humanidad, su inocencia y entereza de vida, que no habia en Rhegio quien se le aventajase, y él se aventajaba á los demás. La bondad infinita de Dios disponia á Cristaldo con tales preludios para levantarle á magisterio más encumbrado. Y así ordenó con su providencia que aquella flor de honestidad y de devocion que resplandeció en él desde su niñez, y con que se mostraba admirable entónces á los de su edad, se conservase tan entera, como iba creciendo, que cuando llegó á tener veinticinco años (que ordinariamente es cuando se corre más peligro, y donde la carne y el sentido suelen hacer los mayores estragos y alcanzar los mayores triunfos) ignorando por dispensacion singular divina tan comunes peligros, y perseverando en su castidad é inocencia, se determinó á ordenarse y á ser sacerdote. Tenia por amigo íntimo y confidente á Fr. Bernardino de Regio, y él lo era no ménos suyo, habiendo dado entre ellos el lazo de la amistad, no el deleite, el dinero, ni ningun vicio (que amistad que nace de aquí, más es torpeza que amistad) sino solamente la virtud. Así fué que uno y otro se adelantaban más cada dia en el camino de la perfeccion, sirviéndoles la amistad de es-

puela, porque además de los frecuentes coloquios espirituales que tenian con que se provocaban para huir de los vicios, y á buscar las virtudes, traian por ejercicio ordinario el ir juntos á los hospitales á visitar y curar á los enfermos, confesar y comulgar á menudo, y acudir al monasterio de la Anunciata, que era de menores observantes religiosos; y atraidos de su santa conversacion, como de un vínculo celestial, concibieron un mismo espíritu de religion, inspirándosele el Autor de la luz, y tomaron el hábito en un mismo dia, en una misma Orden, que fué la de la Observancia, y en un mismo convento, que fué el referido de la Anunciata. Inscripto en la sacra milicia de los Padres de la Observancia, y trocado el nombre de Cristaldo en el de Fr. Luis, fué cosa admirable con cuánto cuidado y solicitud se dispuso el nuevo soldado de Cristo á la renovacion de su vida interior y exterior, empleando el ánimo totalmente en el ejercicio de las virtudes, que guian á la forma perfecta de la disciplina regular y á la cumbre de la perfeccion evangélica. Lo primero que procuró fué conservar sin mancha alguna la pureza de la conciencia y la integridad de las costumbres, con que la vista del entendimiento se dirige más clara á Dios, de manera que nada se hallase en él que no fuese casto, grave y honesto, viviendo tan cuidadoso de sí, y con tal exámen de sus acciones, que ni habia en ellas exceso ó descuido culpable, ni cosa en que no resplandeciese su rara inocencia y un vivo ejemplar de virtud. Y como el lustre más excelente de esta pureza de ánimo, consiste en la verdadera humildad, deseoso de poseerla, se dió tan de veras á ser humilde, que no solo se despreciaba asimismo dentro de su propio conocimiento, sino tambien entre los demás buscaba la misma desestimacion, siendo una de las diligencias que hacia para adquirirla ocuparse en los ejercicios más viles y bajos, en que consistian sus mayores deleites. Era tan amigo de la oracion (sabiendo que es la madre de la humildad y de la inocencia, y universalmente de cuantas virtudes hay), que despues de profeso, habiéndole aplicado la religion por su gran ingenio al estudio, gastaba en orar la mayor parte del dia y la noche con aficion y gusto tan admirable, que algunas veces estaba de rodillas orando diez y doce horas continuas. Le sucedió una vez, residiendo en el convento de Quinquefrondi, que enviándole con Fr. Antonio de Regio, religioso lego de gran santidad, á ayudar á bien morir á un enfermo, y quedándose en su casa toda la noche porque la necesidad lo pedia, dejó á Fr. Antonio á su cabecera para que le asistiese y cuidase de él, y retirándose á un lugar apartado se hincó de rodillas sobre los cuezos, y oró por el enfermo seis horas, y más con tanto fervor y tan intolerable al demonio, que le vió entónces Fr. Antonio andar en una forma espantosa y fea rodeando la cama; como inquieto y alborotado con la oracion del santo Fr. Luis, procurando turbar al enfermo ya que no

le pudiese vencer; y que despues de una batalla muy porfiada entre ambos, intentando Satanás derribar aquella alma con sus tentaciones, y Fr. Luis confirmarla con la oracion que hacia por ella, venció finalmente Fr. Luis por virtud divina, y huyendo el enemigo del género humano, murió el enfermo con suma quietud y con grandes esperanzas de su salvacion. Se unia á su larga y continua oracion una igual penitencia y austeridad, castigando su carne con ayunos casi diarios, que la obligaban á estar sujeta al imperio del espíritu y la razon, llevando ordinariamente un cilicio asperísimo, tejido de cerdas de jabalí, con que domaba el cuerpo y prevenia para que no tuviese movimientos desordenados, y usando otras muchas mortificaciones. Esta conducta ejemplarísima fué causa de que admirando los religiosos tan heróicas virtudes y tan fiel y segura perseverancia, le enviasen en compañía de Fr. Bernardino á Bresa, para que bajo la disciplina de Fr. Francisco Liqueto, célebre lector de teología y acérrimo defensor de Scoto y sus opiniones, estudiase en aquel convento la ciencia teológica, y desempeñase las esperanzas que de él se habian concebido, haciéndose un varon doctísimo y consumado. Fr. Luis, como dirigia su aficion principal á los estudios de amar á Dios y aprovechar á la salud de los prójimos, trataba de no ocuparse de sutilezas, y en esta parte llevaba á bien que le aventajase Fr. Bernardino y cualquier otro de los condiscípulos. Concluido el curso y habilitando á todos con la licencia de predicar, salió Fr. Luis tan superior á los demás, que le miraban como modelo para imitarle, porque era su espíritu tan fervoroso y tal la eficacia de sus palabras en sembrar la augusta de Dios, que obraba maravillosamente en los ánimos de los que le oian, inspirándoles aborrecimiento al vicio, y amor y deseo de ser virtuosos; á este fin no se valia del lenguaje de humana sabiduría con frases estudiadas y flores retóricas, ni de la elegancia propia de estas, aunque en esta parte tenia excelencia, sino de fuerza de razones, usando solo de la doctrina sólida y sana, que se le habia infundido divinamente en los dulcísimos y suaves convites de la contemplacion celestial. La frecuencia de orar habia puesto al varon de Dios en una elevacion y exceso tan grande de entendimiento, que no solo le sucedia arrebatarse muchas veces en éxtasis, sino muchas tambien levantarse en alto de la tierra, y pronosticar con espíritu profético lo que habia de suceder, como se vió (entre otros casos ciertos y averiguados del mismo género) el año de 1528, en ocasion que estaba Calabria gravemente oprimida de un ejército de franceses, en cuya época era Fr. Luis guardian en el convento de S. Francisco de Turionovo: un domingo, despues de haberse hecho la señal para comer y hallándose ya los frailes en el refectorio, permanecia en la iglesia de rodillas haciendo oracion. Se levantó al fin de un buen rato muy contento, como quien recibe una nueva ó aviso muy satisfactorio, y se reunió á los

religiosos que le aguardaban; comieron, y dirigiéndoles por postre una plática de los inmensos beneficios de Dios, la terminó con exhortarles á que diesen infinitas gracias á Su Majestad, porque habia determinado librar á Calabria de la opresion presente del enemigo, concluyendo con decir á seis PP. predicadores que habia con los demás: «Id, pregoneros del Altísimo, predicad á los cautivos perdon, á los afligidos consuelo, á los oprimidos libertad, y finalmente á todos un año fértil de misericordias de Dios ya desenojado, en que esta provincia miserable, que se ve tan infestada y destruida, respirará por la divina clemencia y volverá á su antigua paz y tranquilidad.» Profecia que en breve tiempo confirmó el suceso, porque muriendo Mr. de Lautrech, general del ejército francés, los imperiales se apoderaron y tomaron posesion de aquel país, no pudiendo dudarse que el anuncio de Fr. Luis fuese revelacion soberana que Dios le habia comunicado. Otra vez, habiendo pasado á visitar á una hermana suya, que tenia algunos hijos de poca edad, y fijándose por acaso en uno de ellos, manifestó á la madre que amenazaba á aquel niño un grave peligro si no se tenia gran cuidado con él, lo cual sucedió puntualmente como lo pronosticó, pues acercándose un dia á la lumbre, cayó en las brasas y se vió en riesgo tan conocido, que estuvo en peligro de muerte, quedando por fin manco para siempre por haberse abrasado las manos. Habia conseguido el varon santo de la conversacion familiar y continua con Dios una confianza en el Señor tan firme y segura, que nada habia por difícil ó imposible que se juzgase, ni que excediese tanto de la fuerza y poder de los hombres, que no lo esperase conseguir de la divina benignidad. En prueba de lo dicho bastará citar el siguiente ejemplo. Siendo todavía guardian en el convento de Turionovo, ántes que se vieran los capuchinos, sucedió que por descuido del limosnero se hallaron los religiosos un dia sin pan á la hora de comer. Pasó la hora sin hacerse la señal para ir al refectorio, y llamando Fr. Luis al refitolero, que era Fr. Angel de Calamnia, y preguntándole la ocasion de la novedad, le fué contestado que el limosnero se habia descuidado y que no tenia pan que poner á la mesa. Entónces Fr. Luis levantando los ojos al cielo y haciendo una breve oracion le dijo: «Ve corriendo á la arca del pan, y el que allí encontrares ponle á los religiosos.» Fr. Angel le replicó que era diligencia excusada, pues que el arca estaba completamente vacía; pero Fr. Luis insistió: «Corre, hijo, no te detengas, haz lo que te mando.» El religioso por solo obediencia volvió á registrar el arca, y la halló llena hasta arriba de pan tierno. Admirado comenzó en alta voz á decir que aquel era milagro manifiesto de Dios, pero Fr. Luis le reprendió y ordenó que callase. Así lo hizo, puso el pan en la mesa, y comieron pan del cielo los religiosos. Como tanto deseaba la observancia de la regla perfecta y pura, pareciéndole que le era difícil conseguirla

en la Orden, lo comunicó con Fr. Bernardino Jorge, su amigo, y ambos acordaron el procurar y buscar la reformacion. Con esta idea por el año de 1525, cuando Fr. Mateo de Baso habia impetrado ya para sí de la Sede Apostólica la verdadera forma del hábito de S. Francisco, de que tuvo noticia por revelacion celestial, con licencia del General se partieron juntos á Roma, y alcanzaron permision del Pontífice para vivir reformadamente en el monasterio de los Santos Apóstoles, que entónces era de los Menores de la Observancia y despues vino á ser de los conventuales. Mas no habiendo entre sus superiores quien favoreciese su devoto instituto, al cabo de dos años que estuvieron en Roma volvieron á Calabria segunda vez, tratando de introducir en su Orden una nueva reformacion; y no pudiéndola proseguir por la repugnancia de los prelados, sin esperanza ya de hallar acogida, ni en el General ni en otro alguno, se pasaron á la religion de los Capuchinos, donde hicieron muchos progresos. Padeció Fr. Luis en los principios de la reformacion de Calabria tantos trabajos é infortunios, que justamente se le puede aplicar lo que dijo Dios al apóstol S. Pablo: *Yo le mostraré cuántos son los trabajos que le conviene padecer por mi nombre.* Pero entre las mayores tormentas y tempestades, que nunca le dejaban tener quietud, pues en lo exterior todo eran batallas y en lo interior todo sobresaltos y miedos, conservó una paz é igualdad tan notable, que nunca le llegó al ánimo la perturbacion. Tal era su templanza y paciencia, que sobre no quejarse jamás de los que le perseguian, rogaba á Dios por ellos, y cuanto más perseguido más rogaba y pedia. Finalmente, perseveró siempre tan firme la constancia en las adversidades, que ya no solo no llevaba á mal, ni las asechanzas que de léjos le amenazaban, ni las injurias que de cerca le herian, pero ni las sentia tampoco, de modo que el ánimo invencible de Fr. Luis, sin quedar herido ni perturbado con las persecuciones, las convertia en dolor y pena de los que trabajaban y se ocupaban en perseguirle. Despues de sosegadas las inquietudes y alcanzada la paz que habia deseado, no es fácil referir la sangrienta guerra que movia á su carne con la misma paz; cuánta batalla traia con sus sentidos, ya casi domados de todo punto y rendidos á su obediencia; cuántas persecuciones de armas hacia para alcanzar victoria perfecta de todos los vicios, y cuántos triunfos conseguia del enemigo comun de los hombres, peleando por él las virtudes de que estaba adornado su ánimo. Porque entónces fué cuando comenzó á ser más cruel consigo que nunca. Sus ayunos eran cada dia, y comiendo en ellos no más que los mantenimientos que se acostumbran en las cuaresmas, no tomando de la comida no más de lo necesario para vivir. Sus disciplinas duraban siempre los siete salmos penitenciales, rezados con espacio y con distincion, castigando así el cuerpo y avasallándole, como á enemigo conjurado contra el es-

píritu. Sus cilicios eran asperísimos, y muchas veces una cota de malla. Su andar perpétuamente descalzo, áun cuando fuese de camino, y en conclusion, cuantos géneros hay de mortificaciones concurrian en Fr. Luis en muy alto grado; siendo tal el extremo de su penitencia, la pobreza de su vestido y el desprecio profundísimo de sí propio, que resplandeciendo en él una clara luz de virtudes y santidad, guiaba á los demás religiosos á su imitacion por la estrecha senda de la vida evangélica. Y verdaderamente así debió de ser, que quien vivia elegido por Dios para edificar con su ejemplo á otros, empezase por sí el edificio. Pero aunque consigo era tan riguroso, no lo era con sus hermanos, socorriéndolos y cuidándolos con tal caridad, que no permitia les faltase cosa ninguna de las que pide el desahogo honesto del ánimo y el del cuerpo. Antes de los ayunos de las cuaresmas concedia á los religiosos los recreos que usa la Orden, decentes y moderados, en los que solia echarle de ménos la comunidad, y buscándole le hallaban en éxtasis levantado el cuerpo de la tierra. Curaba á los enfermos, y queria que los curasen con sumo amor, acordándose del argumento que hace S. Juan y de la consecuencia que saca diciendo: *El que no ama á su hermano, á quien ve, ¿como amará á Dios, á quien no ve?* En curar las enfermedades del alma principalmente era tal su estudio y solicitud, tal su piedad y afecto, que vistiéndose de las calamidades y disgustos del prójimo, y ejecutando el consejo del apóstol S. Pablo, lloraba con los que lloraban, y estaba alegre con los alegres, deseando ser útil para todos, y con el laudable fin de ganarle á Cristo todas las almas. Luego que fué elegido provincial de Calabria desde el mismo nacimiento de la religion en aquella provincia, empezó á servir el oficio, y le continuó con tan gran prudencia en el inquieto y mísero estado que tenian entónces las cosas, librando con su estudio y desvelo á la reformacion, cuyo padre y autor fué allí, de las adversidades que la oprimian y de los peligros en que tantas veces se vió cerca ya de espirar, que puede llamarse con justo título su apóstol entre los calabreses. Instituyó en la religion tanta disciplina, tanta observancia regular, tanta perfeccion de vida apostólica, y la confirmó tan ilustremente con los ejemplos de sus virtudes, que faltan palabras para encarecer sus eminentes prendas. Finalmente, propagó la reformacion por las regiones y provincias extrañas con tan fervoroso y abundante espíritu, que se deja conocer con facilidad haber Dios enviado por un nuevo apóstol que la levantase y tuviese en pie contra los ímpetus de las persecuciones que la habian de combatir, y así levantada y defendida la extendiese y dilatase gloriosamente por las últimas partes de Italia. Traia tan esculpida en su ánimo la pobreza evangélica como fundamento primero y estable de la Seráfica Religion, que en sola la falta y necesidad de todo tenia sus riquezas, no permitiendo que en los conventos se hiciese provision

para muchos dias, así de las cosas ménos considerables, por que no cesasen los religiosos de andarlas buscando de limosna continuamente, y quitando con tan apostólico escrúpulo lo que hallaba supérfluo, que ni caminando consentia á su compañero que llevase pan ó vino consigo, para mostrar que dependia totalmente de Dios. Y cuán agradable fué esto á Su Majestad, lo declaró con milagros más de una vez; y así sucedió en una ocasion que caminando con su compañero por un desierto, sin haberse desayunado ni tener con qué, y siendo ya pasado lo más del dia, el compañero iba rendido y casi desmayado de hambre. Fr. Luis le dijo que tuviese un poco de sufrimiento, que Dios sin duda proveeria á los suyos y les enviaria que comer. Apénas anduvieron un breve espacio, cuando vieron sobre una peña un pan grande y muy blanco, suficiente para dos hombres. Le tomaron dando gracias á Dios, y habiéndole comido, quedaron tan satisfechos y tan alentados, que no echaron ménos los más espléndidos y suntuosos banquetes. La continua atencion que ponia en el ejercicio de las virtudes no le impedia para el oficio de predicar, ántes se entregaba á él con tanto desvelo, y tan celoso de la salud de las almas, que para conseguirla cuanto le era posible no perdonaba fatiga alguna, incomodidad ni peligro que se atravesase, porque sabia que Dios hecho hombre, discurriendo por las ciudades y aldeas, habia padecido infinitos trabajos. De tal suerte estaba dotado de espíritu singular para el ministerio de la predicacion, que se ejercitaba en él ordinariamente, sembrando la palabra de Dios y su santo Evangelio con fervor y eficacia tal, que cogia siempre abundantes frutos de almas convertidas para el Señor. Porque no se contentaba con predicar solo con las palabras, sino tambien con las obras, preparándose para los sermones con perpétua oracion, tan ardiente y afectuosa, que obligaba á Dios Señor nuestro á que le comunicase virtud y luz celestial, y áun no pocas veces á que le revelase lo más oculto y lo que habia de suceder, de que él solia aprovecharse en servicio suyo, refiriéndolo y pronosticándolo cuando predicaba para hacer mas admirable la predicacion, y reducir los pecadores más fácilmente. Estando en Palmo, lugar de Calabria, junto á Seminara, predicaba junto á la orilla del mar, y reprendiendo los vicios y corrupcion de sus habitantes, les anunció que por su falta de enmienda les enviaria muchas desdichas y destruccion la ira del Señor; pronóstico fué que se realizó á muy pocos meses, llegando allí con su armada Dragut, corsario fierísimo, que con muerte de cuantos halló en el lugar, saqueó á Palmo y dejó destruido todo su término. Otra vez predicando en Turionovo se detuvo en medio de la oracion repentinamente, porque vió en espíritu, mostrándoselo Dios en una revelacion celestial, que en Rhegio sucedian atrocísimas muertes de ciudadanos, procedidas de unos bandos sangrientos y antiguos. En aquel momento lo calló Fr. Luis; pero en bajándose

del púlpito lo contó á algunos caballeros de los que le habian estado oyendo, los cuales despacharon á Rhegio emisarios, que les trajeron aviso cierto de lo sucedido, y lo hallaron conforme á la relacion de Fr. Luis, así en la hora como en lo demás. No es diverso de lo referido lo que le pasó en Seminara: predicando á la vista de todo el pueblo le sobrevino un rapto y exceso mental, que le tuvo algun tiempo inmóvil, con los ojos fijos en el cielo, con admiracion universal de los que le oian, observando aquella parada á que no estaba acostumbrado. Volvió en sí del éxtasis y dijo: «Ya, oh Seminara, vuelvo á ti de entre la miseria y destruccion de mi patria. Ya Rhegio está tomada del turco, abrasada y corriendo la sangre de sus ciudadanos. Apénas lo oyó el Gobernador y los principales del pueblo, enviaron á Rhegio, que está poco más de seis leguas de Seminara, á saber lo que habia ocurrido; confirmando á su vuelta ser cierto el estrago de aquella ciudad, hecho por la armada del turco, en el tiempo y á la hora que Fr. Luis lo anunció. Despues sobrevino á Rhegio segunda desdicha por mano de Barbaroja, pirata fierísimo, que la destruyó no ménos cruel y bárbaramente. Y tambien la predijo Fr. Luis mucho tiempo ántes. Predicando en otro lugar de Calabria donde una gran sequía amenazaba una esterilidad y la falta absoluta de frutos, estando en aquel dia el cielo sereno y claro y sin descubrirse la menor nubecilla, dijo á los oyentes, que en el mismo dia en que estaban habian de tener una copiosísima lluvia con que los campos resucitasen, y la esterilidad que temian, se convirtiese en abundancia y fertilidad, y el suceso correspondió á la profecía. Eran sus palabras tan enérgicas y fervorosas, que abrasaban los corazones áun de los más obstinados, reduciéndolos á la penitencia y sacándolos de la servidumbre de Satanás. Es suceso muy célebre el que le acaeció con un caballero amigo suyo llamado Juan Bautista Francio. Se encontraron caminando junto á Monteleon, y este caballero iba á Tropía con mucho acompañamiento, para conducir á su casa á una señora noble con quien se acababa de desposar. Despues de los acostumbrados saludos, le dijo Fr. Luis: «Anda en buen hora Juan Bautista, que el Señor estará contigo y te dará sucesion, tanta y tan agradable, que tendrás de este matrimonio seis hijos, los tres varones y las tres hembras;» y la verdad correspondió de tal suerte al pronóstico, que sin faltar uno ni en el número, ni en la calidad, tuvo los seis hijos que Fray Luis le habia profetizado, como lo afirmó él mismo á diversas personas bajo juramento. Una señora que tania dos hijas únicas, rogó al siervo de Dios intercediese con Su Majestad para que le diese sucesion de varones. El la pronosticó para su primer alumbramiento un hijo, pidiéndola en recompensa de la nueva, le pusiera su nombre de Luis, ilustrado el santo varon del soberano espíritu de que aquel niño habia de venir á imitar los pasos de

quien intercedia por él: todo correspondió á su vaticinio, llamándose Luis, el cual á su tiempo renunció al mundo y sus vanidades, ingresó en la religion de los Capuchinos, donde fué conocido por Fr. Luis el menor. Otros infinitos casos pudieran referirse y que se omiten para no ser difusos, que prueban en cuán alto grado tenia el santo Fr. Luis el don de profecia, pero cuánto fuese su mérito, y cuán poderoso con Su Majestad, lo manifestó con sin número de milagros que hizo por su instancia é intercesion. Habiendo sido provincial de Calabria tres años, juntó capítulo en Mileto para la eleccion del provincial que le habia de suceder; siéndolo segun su deseo Fray Bernardino, varon insigne y grande en todas las virtudes. Eran íntimos amigos, y Fr. Luis le habia anunciado, que aunque seria su sucesor en el cargo de provincial, moriria primero que él, y le llevaria de ventaja seis meses, porque moriria cerca de Navidad, y Fr. Luis no mucho despues de la Pascua de Resurreccion. Lo que se verificó tan exactamente, que Fray Bernardino falleció en Noviembre de 1536, y Fr. Luis en Abril de 1537, pasados los seis meses escasos contenidos en su pronóstico. Disuelto el capítulo, queriendo Fr. Luis retirarse en seguida á la Mota de Filocastro, para vivir allí hasta el fin de sus dias, escogiéndole por ser lugar en extremo pobre, y desviado del concurso y del comercio comun, Fr. Angel de Calamnia, que siempre habia sido su compañero, no pudiendo sufrir la separacion, llorando se lamentó de ella á Fr. Luis, creyendo le apartaba de sí como á siervo inútil; pero el santo varon le calmó diciéndole fuese donde le llamaba la voluntad de Dios y la obediencia de sus superiores, y le dió el consuelo de anunciarle que moriria en su compañía. Cuando llegó á la Mota predicó la cuaresma, y en uno de los sermones se volvió al pueblo y le anunció su próxima muerte, tan pronto que no volveria á subir al púlpito. En seguida entró en el convento estando más afectuoso que nunca con los religiosos y comió con ellos aquel dia que fué el postrero, como quien celebraba la pascua de su partida. Por la tarde sintió un fuerte dolor de costado acompañado de fiebre; este padecimiento se fué agravando, por lo que confesó y pidió con viva ansia el sacramento santísimo de la Eucaristía, que adoró con gran devocion postrándose en tierra, con actos muy fervorosos; en seguida quedó recogido en profunda contemplacion de las cosas del cielo. Despues de tener una amorosa plática con todos los religiosos reunidos, á quienes animó y dió excelentes consejos, de repente le faltaron las fuerzas y quedó desmayado, espirando á muy poco tiempo. Aunque hubo innumerables testimonios que convenciesen sin género de duda que el alma dichosa de Fr. Luis, estaba descansando entre los santos, no se contentó el Altísimo con semejantes pruebas y demostraciones, sino que quiso aumentarlas con milagros ilustres, que haciendo oficio de voces y palabras de su divini-

dad, afirmasen lo mismo aún más claramente. Permaneció expuesto á la devocion del mucho concurso de fieles que acudian á llevarse alguna prenda del santo cadáver que les sirviese de reliquia, notándose al mismo tiempo con la mayor admiracion, que no se habia alterado en su cuerpo el color natural que tenia en vida, conservando un aspecto muy grato y apacible y la mayor flexibilidad en las carnes. El olor que exhalaba de su cuerpo, parecia á todos de una fragancia celestial, lo que particularmente notaban los que le besaban los pies y manos. Y no se limitaron á esto los prodigios que obró el Señor para manifestar la excelencia de su siervo, queriendo acompañasen á los referidos mayores milagros que sería muy prolijo individualizar. El obispo de Nicodro concurrió con todo su clero, y vestido de pontifical, despues de haber hecho el oficio al santo varon, puso en una caja decente su cuerpo bendito, y le depositó honoríficamente en la sacristía de la iglesia vieja, en sepultura apropiada. Pasados tres años, en el de 1540, habiendo los religiosos construido nuevo templo, y queriendo trasladar el cuerpo para darle más digna sepultura, le sacaron, abrieron la caja, y en confirmacion de lo que ántes se habia visto, se reconoció otro efecto admirable de la divina virtud, porque hallaron el cuerpo tan entero, tan flexible y tan inalterable, que nadie le hubiera juzgado cadáver, sino de hombre vivo que estaba durmiendo. Con lo cual los religiosos más admirados le lavaron con gran devocion, y poniéndole nuevo hábito y caja distinta le volvieron á dar sepultura debajo del altar mayor del convento de la Motade Filocastro hasta el año de 1598, que siendo Fr. Buenaventura de Catania provincial de la de Rhegio, le sacó de allí y le colocó en la sacristía. Vivió el santo varon sesenta años. —A. L.

RHEGIO (Fr. Martin de), religioso capuchino, lego de profesion. Fué varon adornado de singulares virtudes, sobresaliendo principalmente en su maravillosa abstinencia pues ayudaba constantemente en su pobreza, silencio, aspereza de vida, mortificacion y frecuente oracion. Era muy considerado y respetado por todos los demás religiosos, pues su ejemplar vida é inalterables costumbres le habian captado el amor y el cariño de todos sus hermanos. Estuvo perpétuamente en el convento de Rhegio en la provincia del Santo Angel; vivió en la Orden treinta y nueve años, y habiéndole Dios revelado el dia de su muerte, y él mismo declarádosela á los religiosos, salió de las miserias comunes del mundo en el convento de Rhegio el año de 1569, y partió á descansar en el cielo dejando en la tierra gran fama de santidad, de que fué claro testimonio el haber conservado su cadáver un color natural blanco como la nieve, y sus carnes blandas, tiernas y tratables como las de un niño, confirmando la pureza de la vida pasada, y la gloria de la vida siguiente eterna é imperecedera. —A. L.

RHEITA (P. Antonio Maria Schirle de). Nació este sabio capuchino en la Bohemia á fines del siglo XVI, habiéndose creado á poco de tomar el hábito una gran reputacion como teólogo y como predicador. El arzobispo de Tréveris le confirió el honor de nombrarle su confesor y le ocupó en diferentes cargos importantes, en los que se condujo el P. Rheita con mucha prudencia y destreza. Llevándole su aficion al estudio de las matemáticas y de la astronomía, consagró á estas ciencias todo el tiempo que le permitieron sus deberes religiosos. Encontrándose en Colonia por los años 1642 y 1643, nos dice Weidler, que en las observaciones astronómicas que allí se hicieron, creyó ver cinco nuevos satélites de Júpiter los cuales estan consignados en la obra titulada: *Novem stellæ circa Jovem; circa Saturnum, circa Martem nonnullæ P. Anto. Reitâ detectæ et satellibus adjudicatæ*; Lovaina, 1643. De este descubrimiento hizo homenaje al papa Urbano VIII dando á sus estrellas el nombre de *Astros urbanoctavienses*, pero no tardó en descubrirse que eran estrellas del signo Aquarius. Llamado á Roma por el superior de su Orden, se estableció en Italia, y murió en Rávena el año 1660, á los sesenta y tres años de edad. Merece una especial memoria este sabio capuchino por haber sido el primer constructor de los anteojos astronómicos modernos de cuatro cristales convexos, uno ocular y tres objetivos y por haber sido el primero que hizo uso de esta clasificacion y de los dos nombres que han llegado hasta nosotros. Kepler habia ya propuesto esta especie de telescopios, pero no pudo ejecutarlos. Tambien es autor el P. Rheita del telescopio gemelo ó anteojos de larga vista para los dos ojos, invento que el P. Querubin de Orleans trató de poner en moda muchos años despues, cuyo instrumento óptico cree Monmela demasiado descuidado. Escribió el P. Rheita la obra: *Oculos Enoch et Eliæ, sive radius sidereo-mysticus;* Amberes, 1645, dos partes en fólio, con figuras, cuyo libro singular se ha hecho ya muy raro. Expone en su primera parte el autor las revoluciones de los planetas siguiendo el sistema de Copérnico y el de Tycho-Brahe cuya superioridad intenta fijar. Indica las causas más probables del flujo y reflujo de la mar, y á continuacion hace la descripcion de una máquina á la que llama *planetología mecánica*, por medio de la que puede hacerse comprender fácilmente el sistema del universo á las personas más extrañas á los conocimientos astronómicos. Propone un tercer sistema planetario, que le parece preferible á los dos mencionados, pero que no es en el fondo más, segun la expresion de Delambre, que el sistema de Tycho-Brahe vuelto. La segunda parte contiene una teología astronómica, dando las pruebas en ella de la existencia de Dios por las maravillas astronómicas. Es tambien obra del P. Rheita: *Fasciculus sacrarum deliciarum, sive indulgentiæ stationum Urbis à Paulo V concessæ*; Amberes, 1646. Dejó inéditos un comentario sobre

el Génesis y una explicacion de la Apocalipsis. Dice Weis que el nuevo Diccionario crítico y biográfico hace del P. Rheita dos personajes diferentes, el uno óptico y el otro capuchino. — A. C.

RHENANO (Beato). Nació en 1585 en Schelestadt, de padres originarios de la pequeña ciudad de Rhinach ó Rheinau en el canton suizo de Zurich, á la orilla del Rhin, de donde tomó su nombre; viajó por Francia y Alemania para aumentar sus conocimientos, fué corrector de imprenta en París en casa de Mr. Etienne, en Basilea en casa de Amerbach, y contribuyó eficazmente á difundir el gusto de las letras. Murió en 1647. Escribió *Illyrici descriptio;* París, 1602, en 8.°, y dió tambien ediciones de Tertuliano, Eusebio, Máximo de Tiro, Quinto-Curcio, Tito Livio, Tácito, Plinio el naturalista y Séneca. — L.

RHETIBUS (Daniel), italiano, cerca de los Baños en la Emilia, lector general de sagrada teología, predicador ilustre, y definidor y provincial en los Observantes, tradujo al italiano del idioma español un opúsculo que publicára el P. Daza del mismo instituto en la provincia de la Inmaculada Concepcion en España, que llevaba por título: *Descripcion de las llagas de nuestro seráfico P. S. Francisco*, á la que puso notas marginales y con dobles índices, que publicó en Florencia en 1629. Murió en Cortona á 20 de Marzo de 1638; estas noticias proceden de Fr. Antonio Terrinca, parte tercera del Tearra de Tuscia. — N. y S.

RHETICIO ó Rheticius. Hace Moreri en su gran *Diccionario Histórico y Geográfico* mencion de un obispo de Autun de este nombre, que fué elegido por el emperador Constantino para que fuese uno de los jefes de los donatistas. Asistió al concilio de Roma en que fué absuelto Ceciliano, y despues al concilio que se celebró en Arlés el año 314. Fué autor de un libro sobre el *Cántico de los Cánticos*, y de un abultado volúmen contra Novaciano; pero S. Agustin no dió grande importancia al comentario de este prelado, de que habla Dupin en su *Biblioteca de Autores Eclesiásticos* del siglo IV. En otra parte de la misma obra encontramos aumentadas las noticias de este prelado, manifestándosenos que S. Gregorio de Tours dijo que perteneció á una raza muy noble; que le obligaron á casarse, pero que habiendo consagrado á Dios su virginidad, guardó una perpétua continencia con consentimiento de su mujer, aplicándose ambos esposos á la oracion y á las buenas obras, despreciando las vanidades y costumbres profanas del siglo, y que muriendo su mujer en 1313, entónces fué nombrado obispo de Autun. Sus compañeros en el tribunal formado contra los donatistas fueron Materno, obispo de Colonia, y Martin de Arlés. En las actas del concilio de Arlés se ve su firma, y cuando fué á Roma por órden de Constantino sobre el asunto de los sicilianos, los juzgó en union del pontífice Mel-

quiades, y no del papa Silvestre, como dice S. Gerónimo en su carta á Marcelo. Muriendo este prelado lleno de méritos y de virtudes, fué enterrado en el mismo sepulcro de su mujer. De su comentario sobre el *Cántico de los Cánticos* se ve un fragmento en la apología de Berenguer, y S. Agustin nos ha dado á conocer otro en su primer libro contra Juliano, sacado de la obra contra los novacianos. Turon en su *Gloria Confessorum*, y Ceillier en su *Historia* de los autores sagrados y eclesiásticos, dan noticia de este prelado con elogio.—B. C.

RHEUN, de la raza de los sacrificadores, volvió de Babilonia á Jerusalen con Zorobabel el año del mundo 468, ántes de Jesucristo 532, ántes de la era vulgar 536.

RHO (Juan). Nació en Milan en 1590, y demostró desde luego un ingenio muy claro, así como un juicio y aplomo superiores á su edad, pues áun en lo juvenil supo portarse como hombre de la mayor madurez. Siempre tuvo del mundo el bajo concepto que se merece áun ántes de conocerle, así que desde los primeros momentos en que pensó sériamente en tomar estado, lo hizo siempre contando con que el que escogiere le llevára á la eternidad por un camino recto; y esta es sin duda la razon por la cual se decidió á ingresar en la Compañía de Jesus; pues seguramente en tan esclarecida sociedad se encuentra el paso más expedito para la vida eterna, toda vez que en nada se obra por propia voluntad, sino siempre conforme á las exigencias de la obediencia, y por consiguiente siempre exento el fiel de aquella responsabilidad que muchas veces retrae de las obras buenas, y no pocas inclina el ánimo al amor propio, obligando á nuestros espíritus á retroceder en los caminos una vez emprendidos para mayor gloria de Dios. Indecible fué el contento con que la Compañía de Jesus supo que tan esclarecido varon queria ingresar en ella, porque es de advertir que cuando Rho se presentó para recibir la sotana, era ya conocidísimo, porque habia hecho con el mayor aprovechamiento, y con la más exacta diligencia los estudios convenientes hasta recibir la alta distincion del doctorado, distincion que logró, no solo en la facultad de filosofía y teología, sino tambien en la de jurisprudencia, siendo esto tanto más notable, cuanto que era excesivo el rigor que se observaba por entónces en Milan para la aprobacion de los estudios escolásticos, en razon á que eran muchísimos y de mucho provecho los jóvenes que á ellos se dedicaban. Rho, sin embargo, era uno de los más sobresalientes, aunque muy modesto, y apareciendo siempre por su eleccion el último de sus compañeros, á pesar de que sus prendas, sin él querer, le ponian en primer término siempre. Veámosle, pues, en la Compañía, y hallaremos á este hombre tan grande, tan sabio, porque lo era en verdad, y que podia haber desde luego tomado á su cargo la ense-

ñanza de las más importantes asignaturas en la más difícil de las carreras, ponerse á estudiar entre los niños en los colegios de la Compañía, y ofrecer el espectáculo de la humildad más profunda por cumplir con la obediencia más perfecta, pues que una equivocacion material fué el motivo de que á él, profesor y sabio, se le mandase con los principiantes. Mas ni profirió una queja ni la menor resistencia, todo al contrario, muy satisfecho, contentísimo por hallarse colocado el último el que en realidad de verdad debia de ser de los primeros. No duró mucho en verdad esta humilde situacion, pues al momento que los superiores supieron la equivocacion que habian tenido, trataron de repararla llamándole al desempeño, aunque en comision, de otras cátedras, y tributándole en esto un honor, que con muchísimo excedia á la falta que con él se habia cometido por descuido. Al propio tiempo, y todo esto miéntras hacia su noviciado, le obligaban á disponerse para ascender al sacerdocio, y luchaban en él dos sentimientos: el muy noble y muy propio de un alma tan grande como la suya, del conocimiento de su propia pequeñez y miseria, y el no ménos excelente de su obediencia ciega; así que lo único que hizo fué reiterar mil y mil veces la protesta de su inutilidad, hacer presente á los Padres cuán poco podia esperar de sí mismo, y cómo no podria corresponder á los intentos de la Compañía. Sin embargo, fué subiendo de grado en grado hasta llegar al lugar donde Dios queria que fuese luz de su luz, antorcha brillante que destellára las gracias y misericordias divinas, mediante la ostentacion de los atributos de Dios, para que le apreciasen aquellas buenas gentes, que en sus discursos aprendian el conocimiento profundo y perfecto de las obligaciones particulares de cada uno, de modo que en su ejercicio pudiesen buscar y hallar su perfeccion; que aprendian, en fin, todo lo que lleva á la criatura á Dios, para que á Dios fuesen todos los que tuviesen la dicha de caer en sus manos y ser puestos por cualquier motivo bajo su especial direccion. Desde los primeros momentos en que este hombre tan distinguido comenzó á predicar, fué numerosísimo el concurso que acudió en tropel á oirle, y no se crea que lo único que sacaban los fieles de su doctrina era la admiracion, no, aunque muy mucho hubieran podido admirar de los sermones del P. Rho, porque era muy erudito y excelente retórico, ni este era su fuerte, por decirlo así, ni mucho ménos su intento, por lo cual no se paraba, digámoslo así, en las formas, sino que se inclinaba desde luego á mover los corazones, y por este medio lograba frutos tan abundantes, que llegó á ser reclamado de muchos superiores para dar misiones ó ejercicios en las casas, para lo cual tenia un don especial, pues lograba que todos los que concurrian á sus ejercicios ó misiones se penetráran tanto del espíritu con que uno y otro pasto espiritual debe recibirse, que no pudieran ménos de hacer cuanto estaba de su parte para

lograr el fruto, y en efecto lo lograban, porque sabido es que la misericordia de Dios nunca niega sus destellos á quienes de corazon le invocan, ni á quienes mirando sus miserias comparecen ante Su Majestad confesándolas. Además de los grandes bienes que hacia con sus instrucciones en el púlpito, eran no menores los que producia en el confesonario, porque allí su buen juicio podia discernir más en concreto, y preparar por los individuos el bien de las familias, importante y probabilísima ocupacion del sacerdote cristiano, que á no dudarlo ha de alcanzar como término de sus desvelos, poniendo tales medios, el que la sociedad se regenere, toda vez que esta no sea más que el reflejo de la familia, y la familia el resultado de las individualidades. Verdad que no han podido negar cuantos del particular se han ocupado. Este fiel relato de los trabajos apostólicos de nuestro P. Rho da una idea de que de él podia haberse esperado algo siguiendo en el ejercicio de su muy importante ministerio de la predicacion y en su asidua asistencia al confesonario; pero los Padres superiores, que sabian muy bien de quiénes han de valerse para los puestos más delicados, y que comprendian bien que el P. Rho en el púlpito y en el confesonario no era ni podia ser más que uno, así como en la cátedra y enseñando podia valer por muchos; no sin sentimiento de los de Milan y de sus hermanos los de la Compañía, le trasladaron á Roma, donde pudiera enseñar, como lo hizo, no solo á sus hermanos, que en gran número hacian su noviciado en la capital del orbe católico, sino á cuantos quisieran oirle, porque llegó á ser profesor en el Colegio Romano. Y el que se distinguió de estudiante, el que de sustituto fué oido con gusto, y como orador sagrado y director de conciencias tenia siempre en torno suyo multitud de almas que puede decirse pendian de sus labios; éste como catedrático del Colegio Romano supo dar á esta casa de enseñanza toda la importancia que merecia, todo el impulso conveniente para que todo el crédito de ella refluyese por necesidad, no en él, que por suma modestia nada queria para sí, sino en el instituto á que se complacia en pertenecer. Mucho pudieramos decir del gran crédito y merecidísima reputacion que logró como catedrático, pero tal vez á algunos parecerian nuestras alabanzas vanas lisonjas, así que hechos y no más que hechos será lo que referiremos en aseveracion de nuestro aserto; y no serán muchos en número, pero serán de muchísima importancia. Primer hecho: la Curia romana toda consultaba al jesuita Rho, cuando habia de darse alguna resolucion importante sobre asuntos árduos ó delicados. 2.° hecho: en los consistorios en que se habian de tratar las más importantes cuestiones de derecho internacional, ó de derecho canónico, aquellas asambleas donde los sabios del mundo venian á discutir acerca de las cosas de más trascendencia, y que cerraban las puertas á los que no estaban investidos ya de la púrpura

cardenalicia, ya de la dignidad episcopal; las abrian de par en par para que penetrase Rho, y se complacian mucho de poder decir al emitir su dictámen: *segun el parecer del P. Rho.* Por el general aprecio y merecida estima en que todos tenian sus talentos, y con que miraban sus escritos y demás obras, llegó á captarse la benevolencia del romano pontifice de tal suerte, que tampoco Su Santidad decidia cosa alguna sin consultar primero á su confidente, y fué cosa verdaderamente admirable, que ni toda esta importancia que se le daba, ni lo que es más, el que todos acudieran á él en sus dudas y en cuantas ocasiones le necesitaban, ni el que se le llamase para las asambleas más importantes y secretas, ni nada en fin, ni todo junto fué capaz de excitar su amor propio, ni de hacerle olvidar que esto y más era de Dios y únicamente de su adorable Majestad, por lo que á él referia siempre la gloria anhelando las ocasiones para hacer ver á la faz del mundo, no solo que no estimaba, segun el mundo mismo, estos tan señalados favores con que le distinguian, sino que no los aceptaba, toda vez que cual ellos eran, los referia á su buen Dios y soberano Señor. Así es que su espíritu, aunque abrumado de la pesada carga de tantas atenciones como sobre él pesaban, no estaba apartado de Dios, y nuestro esclarecido maestro dedicaba al Señor los ratos que le quedaban pasándolos en oracion y en otros ejercicios de la más sólida piedad y de los más conformes á lo que debe ser quien por profesion y voto debe procurar en todo *la mayor gloria de Dios.* Así fueron sus dias fecundos en buenas obras, así su carrera en este mundo concluyó cual concluye la carrera de los justos. A la edad de setenta y dos años sufrió una penosa, aunque no muy larga enfermedad, en ella pudo recibir los más claros testimonios del afecto que todos le profesaban, porque pudo ver cómo todos á porfia se interesaban por su salud, cómo todos practicaban todo cuanto podia servir para prolongar un poco más su existencia; y por su parte tuvo ocasion de demostrar una vez más que era hijo del gran Ignacio, pues tanto en los solemnísimos momentos en que le administraron los santos sacramentos de la iglesia, momentos tan importantes como solemnes, y en los que á tan imponentes ceremonias precedieron y siguieron, supo decir al mundo entero que la ciencia y grandeza de él nada seria sin la ciencia de Dios, y que esta ciencia de Dios consiste en conocer, no teórica y especulativamente sus atributos y los caminos del bien, sino en que la práctica sea quien pueda asegurarnos de que hemos entrado en ellos, mostrándonos el camino de la cruz como el único derecho para llegar á la posesion inamisible de Dios Señor nuestro. En efecto, pensando piadosamente y por las señales de que fué acompañada su muerte, es de presumir que habrá alcanzado la dicha de la bienaventuranza para donde partió de esta vida en 1662, con notable admiracion y buen ejemplo de todos sus hermanos,

los de la casa de la Compañía de Roma, pues nunca quiso vivir fuera de su comunidad, aunque podria haberlo hecho por muchos títulos y motivos. Sus honras, á que concurrieron los más notables personajes de Roma, que le tenian, como llevamos dicho, grande afecto, fueron notabilísimas, y más que nada, porque en todos se veia marcado el profundo sentimiento que produce el que desaparezca de entre nosotros el que forma nuestras delicias, cualquiera que sea el sentido en que aplicándolo al P. Rho queramos tomar la palabra. Quisieron que su sepultura hubiese sido algun tanto señalada, pero á los superiores no les pareció conveniente, así que no llevó más que su nombre en una losa de mármol. Pero examinemos siquiera ligeramente sus escritos, para que acabemos de formarnos una idea de lo que era este hombre verdaderamente singular. Imposible parece que ocupado, como debia estarlo, por los cargos cuyo desempeño hemos dicho le estaba confiado, tuviese tiempo para escribir infinidad de opúsculos sobre todas materias que facilitaba á cuantos se los pedian, muchísimos sermones sobre diferentes asuntos que, ya sueltos, ya coleccionados, se imprimieron en diversas épocas y lugares, y sobre todo que pudiese escribir las dos obras de crítica que le han dado celebridad europea, y sobre las cuales es preciso decir alguna cosa, que creemos no causará molestia á nuestros lectores saber lo que hizo, y porqué lo hizo un hombre tan apreciable, un sabio tan distinguido. La obra suya más clásica es la que tituló: *Achates ad Constantium Cajetanum adversus ineptias et malignitatem libelli Pseudo Constantiniani, de Sancti Ignatii constitutione atque exercitiis.* En esta obra se ventila una importantísima cuestion, y ella ha sido de gran trascendencia, no solo por lo que respecta á la Compañía de Jesus, sino por lo que hace á la no ménos importante Orden Benedictina, cuyo esplendor pareció quererse empañar por una aseveracion, hija es verdad de un buen deseo, pero de mucha trascendencia. Conviene que recordemos el suceso, para fijar bien los motivos por los cuales tuvo tanta importancia la obra de nuestro P. Rho. El llamado *Cajetanum*, cuya obra refuta con tanto acierto, y que segun las más seguras probabilidades no fué un personaje real, sino una entidad que se fingió para hacer representar un papel ridículo, quiso demostrar en su obra que el célebre S. Ignacio de Loyola, fundador, como todos sabemos, de la Compañía de Jesus, y que por tal concepto fué gloria de su siglo, habia pertenecido algun tiempo al monacato, siendo hijo del gran Padre S. Benito en un monasterio, que ni recordamos, ni tampoco es muy del caso enumerar aquí. En su obra se dicen muchas cosas sobre el particular; y está claro que á ser cierto lo que allí se asegura, la Compañía de Jesus aparece apadrinando muchas inexactitudes cuando ménos, y apoyándose en un fundamento falso, y por consiguiente siendo verdaderamente sospechoso cuanto

por ella se haga ó se diga, toda vez que comienza por asegurar acerca de su fundador cosas que no son verdad. Esta tendencia no pudo ocultarse, no digo á un talento tan claro como el del P. Rho, pero á ninguno otro, aunque hubiera sido muy vulgar; y era preciso para deshacer esa equivocacion, para pulverizar esa inícua calumnia y hacer que el polvo cayendo sobre los que la inventaron, los ensuciase cual merecia su inícua conducta, lo cual logró cumplidamente, pues que apénas se vieron las razones que en su apoyo traia, apénas se demostró por él cuán conforme estaba con los demás documentos históricos, tanto en la parte sagrada como en la profana, lo que sobre su fundador decia la Compañía y por consiguiente cuán falso era el juicio formado por los que defendian la opinion de que S. Ignacio habia sido monje. Y en verdad que grande honra habria sido para la órden y casa donde hubiese estado, el que un hombre de sus circunstancias hubiera vivido bajo sus constituciones; pero como esto no era exacto, indica mucha pobreza en quien buscaba este lauro, y mucho más cuando órden como la Benedictina no necesitaba en verdad engalanarse con joyas ajenas, pues las tiene propias de gran valía, y no es ocasion de demostrarlo, ni tampoco puede darse absoluta paridad entre sugetos y sugetos, toda vez que los de un instituto fueron para una cosa, y para otra los de otro; pero si pudiese darse esa identidad, y si pudiese hacerse esa comparacion, no saldria de cierto desairada la Orden monástica, cuyos individuos han sido infinitos en número, grandes en ciencia, y conservadores del saber durante la invasion de los sarracenos, y tan abundante en santos, que serian miles los que cada dia habia de conmemorar, si los conmemorase todos. Esta fué la gran reputacion del P. Rho, razonadísima en su interesante y muy preciosa obra, que, sea dicho de paso, es una lástima el que no hayamos podido analizarla con detencion, porque merecia ciertamente este honor, si bien era más propio de otra pluma mejor cortada que la nuestra. Creció la ansiedad de los Benedictinos á medida que fueron viendo las razones en que apoyaba sus dichos nuestro P. Rho, y ya vergonzosamente por medio del anónimo, ya con algun decoro más, siguiendo el pseudónimo anteriormente tomado, quisieron por folletos de ninguna importancia continuar la cuestion y volver á dirigir cargos, mejor diremos, diatribas contra la Compañía, atreviéndose á decir descaradamente que no podian justificarse todas las cosas que aseguraba Rho en su preciosa obra. Muchas fueron las ideas que ocurrieron al P. Rho para refutar estos segundos ataques que tan improcedente como indecorosamente se hacian primero, y directamente, contra su obra; en segundo lugar, y de un modo indirecto, contra toda la historia: alguna vez pensó en manchar su pluma con la ofensiva tinta del ridículo, y ridiculizar él tambien á los que le ridiculizaban; pero esto no lo

creyó digno de él ; y por último , se resolvió á publicar en serio una obra, que cortó radicalmente la cuestion , y que puede considerarse como la continuacion y complemento de la anterior. La tituló : *Ad J. B. Castaldum interrogationes apologheticæ in quibus S. Ignatii cum B. Cajetano , Theatino , colloquentis et ab eo Theatinorum ordinem postulantis , rejicitur fabula.* Esta se imprimió en 1690, y quita toda duda ya sobre la anterior apreciacion de que habia sido S. Ignacio benedictino , ya sobre la de ahora de que habia querido ser de los Cayetanos ó Teatinos. Esto , con muchos sermones , algunas obras ascéticas y el *Tratado de Teología moral* que dispuso para sí y sus compañeros cuando él estudiaba , y que despues , pasando de unos á otros, se legaban como apreciable prenda , porque en efecto era muy bueno , es lo que ha dado al P. Rho justa celebridad en la república de las letras. — G. R.

RHO (P. Santiago). Fué hermano este jesuita, misionero en la China y excelente matemático , del anterior jesuita Juan. Nació en Milan el año 1593, y luego que tomó el hábito en la Compañía de Jesus , obtuvo de sus superiores el pasar á evangelizar la China , gracia que , como dijimos en su lugar, no pudo conseguir su hermano. Partió Rho con el P. Nicolás Trigaut , jefe de las misiones en la China , y despues de haber permanecido algun tiempo en Goa , fué á Macao , en donde se detuvo al saber la noticia de las persecuciones que habian estallado en la China contra los cristianos. La detencion del P. Santiago en Macao , fué una felicidad para esta ciudad , pues que en 1622 la libró de ser tomada por los holandeses , enseñando á sus habitantes á servirse de su artillería , la cual puso despues al abrigo de toda tentativa haciendo construir nuevas fortificaciones. Penetrando al fin en el interior de la China , el P. Rho se aplicó sin descanso al estudio de la lengua china, la que llegó en muy poco tiempo á hablar y á escribir con tanta facilidad como la suya propia. En 1624 llegó á Kiangtcheon , en la provincia de Chansi , en donde predicó el Evangelio. Siete años despues fué mandado á la corte para dirigir el *Calendario imperial* , de cuyo trabajo se ocupó en compañía del P. Adan Schall hasta el dia de su muerte. Quiso el Emperador manifestar su gratitud á los dos misioneros , concediéndoles dignidades del imperio , pero ambos las rehusaron dando las gracias á este soberano , que les obligó á aceptar una cantidad de dinero que ellos emplearon en la construccion de una iglesia. Valiéndose el P. Rho del favor que le dispensaba el Emperador , hizo que este redundase en pró de la religion católica , y logró por medio de la predicacion y de sus buenas obras un gran número de conversiones. En medio del buen éxito que daba su celo á los negocios del cristianismo , le atacó una grave enfermedad contra la que se estrellaron los médicos más hábiles y afamados del país , y murió el 27 de Abril de 1638 á la edad de cuarenta y cinco años. Durante su permanencia en la China

llevó el nombre chino Lo-Yakon y el apellido Wei-Chao, que son los nombres que figuran al frente de sus muchas obras escritas en caractéres y lengua china. Dejó además dos cartas, escritas en italiano, en las que da cuenta de su navegacion, las cuales se imprimieron en 8.° en Milan el año 1620. El P. Kircher dice que Rho escribió más de cien obras en chino, sobre la astronomía y asuntos piadosos, de los que la *Biblioteca Real de Francia* posee muchos que confundió Fourmon en su catálogo, atribuyendo unas á un misionero franciscano, y otras á un Jesuita desconocido. El P. Schotwel, en su *Biblioteca de la Compañía de Jesus*, puede consultarse sobre este particular. — A. C.

RHODE ó Roze, criado jóven que habitaba en la casa de María, madre de Juan Márcos, y que habiendo ido á abrir la puerta á una persona que llamaba, sintió tal alegría cuando oyó la voz de S. Pedro, á quien se creia preso y que acababa en efecto de ser libertado milagrosamente por un ángel, que sin abrir, corrió á dar aviso á los fieles que estaban reunidos en aquella casa. Tratáronle de visionario y de insensato, pero sostuvo siempre que habia oido la voz de Pedro, y continuando en llamar el apóstol, fué al fin y la abrió. No se sabe más que esta particularidad de la vida de Rhode, pues su destierro y martirio, que se pretende sufrió en la isla de Cerdeña, se coloca en el número de las historias apócrifas. — S. B.

RHODES (P. Alejandro). Este jesuita misionero, nació en Aviñon el dia 15 de Marzo de 1591. Inclinado desde niño á los Jesuitas con los que tal vez estudió, abrazó con entusiasmo la regla de S. Ignacio de Loyola, glorioso español, fundador de la Compañía de Jesus, en el convento de su patria, y en seguida le mandaron sus superiores á Roma á estudiar teología y al cabo de cuatro años de súplicas, obtuvo en el de 1618 el permiso de ir á evangelizar á las Indias. Fué por tierra desde Roma á Lisboa, y en esta capital de Portugal se embarcó el 4 de Abril de 1619. Cuando llegó á Goa, trató de continuar su viaje al Japon, pero sus superiores le detuvieron allí durante tres años, en cuyo tiempo aprendió el canario y despues le permitieron seguir á las Islas adonde le llevaban sus votos. Despues de haber arribado á diversos puntos de las Indias, llegó por fin á Macao en 1623. En esta ciudad empleó un año en familiarizarse con la lengua del Japon, pero como las malas nuevas llegadas de este país le quitasen la esperanza de poder penetrar en él, se le mandó á la Cochinchina con otros muchos de sus hermanos de hábito. «Cuando llegue á aquel país, dice el P. Rhodes, confieso que al oir hablar á sus naturales, y en especial á las mujeres, me pareció oir gorgear á los pájaros y perdí la esperanza de poder entender jamás su lengua.» Desconfiaba mucho este Padre de sus fuerzas en un principio, pero fué tal su aplicacion y tanto lo que Dios le asistió en esto, que á los seis me-

ses estuvo en estado de predicar para que le entendiesen perfectamente los cochinchinos. Cayó sobre el P. Rhodes la mayor y más penosa parte de la mision, trabajo tanto mayor, cuanto que la persecucion llegó á rodearle. A los diez y ocho meses de permanencia en Cochinchina, recibió la órden de ir á predicar la fe á Tonkin, y en este pais tuvo la dicha de granjearse la confianza del Rey y de muchos grandes personajes de su corte, confianza que le hicieron perder despues las cábalas de sus enemigos, á sugestiones de las cuales mandó este soberano publicar un terrible edicto contra la religion cristiana, prohibiendo al P. Rhodes predicar su doctrina y mandándole salir del reino. Volviéndose Rhodes á Macao, enseñó teología durante diez años en esta ciudad, recorriendo de cuando en cuando la provincia de Canton. Vuelto á mandar á Cochinchina en 1640, la persecucion interrumpió sus trabajos en aquel pais; tuvo que huir dos veces, y preso al fin y presentado á los tribunales, éstos le condenaron á muerte, pero se conmutó esta pena con la de destierro en 1646. Juzgando sus hermanos que seria una temeridad mandarle de nuevo á Cochinchina, le invitaron á que volviese á Europa. Hallándose en Java, fué preso en el acto de estar diciendo misa en casa de un particular; se le metió en la cárcel, y no salió de ella sino para embarcarse en un buque que partia para Macassar. Volvió por Bartam y descendió á tierra en Surate, desembarcando en 1648 en la costa de Persia, y atravesando este reino, encontró á Labanllage Le-Gouz, despues fué por la Anatolia y la Armenia á Smirna, desde donde se embarcó para Génova, y despues de estar tres años en Roma, llegó á París en donde empezó á hacer los preparativos para un viaje que se proponia á Persia. Efectuó este viaje y despues de vivir muchos años en este pais, murió en el dia 5 de Noviembre de 1660. Las obras principales que dejó escritas el P. Rhodes, segun Mr. Egries que las cita en su artículo de la *Biografía universal*, son las siguientes: *Dictionarium annamiticum lusitanum et latinum;* Roma, 1651, en 4.° — *Catechismus latino-tunchinensis;* Roma, 1622, en 4.° — *Histoire du Royaume de Tunquin, et des grands progrés que la prédication del Evangile y a faits;* Roma, 1650, en 4.° Esta obra fué traducida al francés por Albi y publicada en Lyon en 1651, en 4.° y en latin en Lyon, en 1652. — *Relation de la morte glorieuse de Saint André de Cochinchine decapité pour la foi;* Roma, 1652, en 8.°, y traducida en francés, en 8.°, Paris, 1653. — *Relation de la bienhereuse mort du P. Antoine de Rabini, et de ses compagnons martirisés au Japon;* Roma, 1652, en 8.° y traducida y publicada en francés, en Paris, 1653, en 8.° — *Relations des progrés de la foi au Royaume de Cochinchine;* Paris, 1652, en 12.° — *Sommaire de divers voyages et missions apostoliques de 1618 à 1653;* Paris, 1653, en 12.° — *Divers voyages et missions à la Chine, et autres Royaumes de l'Occean avec le*

retour en Europe par la Perse et l'Armenie; París, 1653, 4.°—*Relation de ce que les PP. de la Compagnie de Jesus ont fait au Japon en* 1649; París, 1655, en 12.°—*Relation de la nouvelle mission en Perse;* París, 1659, en 12.° Las obras del P. Rhodes dan sobre la Cochinchina y el Tonkin detalles que han confirmado relaciones posteriores. Observó perfectamente este país y dió muchos particulares de su historia, que eran poco ó nada conocidos. El nombre comun de la Cochinchina en las obras del P. Rhodes, es el de Annam que le dan los naturales, nombre que ya se sabia por el P. Borri.—A. C.

RHODES (Bernardo). Sin que nos diga Mr. Eyries si fué hermano ó pariente del anterior, nos da á conocer á otro jesuita de este apellido llamado Bernardo Rhodes, el cual fué tambien hábil cirujano. Mandado á las Indias por sus superiores, fué hecho prisionero por los holandeses cuando se apoderaron de Pondicheri, y conducido á Amsterdam, en donde permaneció hasta que se le rescató por medio de un cangeo. Luego que llegó á París, se consagró todavía á las misiones, y no vaciló en emprender el viaje de la China. Despojado por los filibusteros en la isla de Anjouant hasta 1699, no pudo llegar á la provincia de Fo-kien, desde donde fué conducido á la corte por los mandarines á quienes el Emperador habia dado esta comision. Sus talentos le ganaron la confianza de este soberano y de cuantos le conocieron, y así es que acompañaba al Emperador y á su corte en cuantos viajes emprendia. Un exceso de fatiga le sofocó y causó su muerte en Fe-hol el dia 10 de Noviembre de 1614, á la edad de setenta años.—A. C.

RHODIGINUS (Fr. Santiago). Su familia debió de ser oscura, ó por lo ménos él ocultó su ascendencia, pues en todos los papeles y asuntos de su Orden, y áun en las notas que de él ponen sus cronistas, le distinguen desde luego por esa especie de apellido Rhodiginus, que es enteramente patronímico. De todas maneras es lo cierto que habiendo ingresado jóven aún en la esclarecida órden de Sto. Domingo, brilló en ella no solo como un verdadero religioso, sino como un hombre de mérito en el órden literario. Sus primeros años pasaron, como era consiguiente, empleándole en acaudalar ciencia al propio tiempo que adquirió virtud, y en ambas enseñanzas se le veia secundar con ventajas las miras de sus maestros, pues en las cátedras era siempre el primero por su aplicacion, y en el desempeño de sus deberes como religioso tampoco quedaba nunca rezagado, pues cuando no adelantaba á los más provectos, por lo ménos se conservaba á su altura, obrando siempre conforme le aconsejaba la obediencia, y teniendo particularísimo esmero en cumplir, no solo con lo que era de su deber, sino con los cargos de los demás, para de esta suerte aliviarlos algun tanto. Si se hubiese atendido solo á su humildad, no hubiera salido del estado laical, pues él pretendia haber

quedado para cumplir los ministerios más bajos de la casa de nuestra Señora de las Gracias, en la provincia Mediolanense, que fué donde él tomó el hábito é hizo su solemne profesion, pero los superiores claro es que no habian de consentir que se malograse su talento, ni mucho ménos que á él se le dejára en una clase donde podia, es verdad, santificarse, pero nada más; así que por obediencia, terminados sus estudios, le hicieron ordenarse con indecible contento de cuantos viendo sus excelentes disposiciones presagiaban que habia de ser un excelente religioso, gloria de su Orden y ornamento de su convento. Le quisieron dedicar al púlpito, para el cual tenia excelentes disposiciones; pero su salud se hizo delicada, y preveian con razon que su vida se hubiese abreviado si hubiera continuado en un ejercicio muy provechoso, es verdad, pero molestísimo, y que necesita más robustez que la que tenia el P. Rhodiginus. El confesonario fué por el pronto donde pudo ejercer su celo y caridad, y lo ejercia en efecto, pues con una constancia suma y con un verdadero afan de hacer que cada cual conociera sus imperfecciones para enmendarlas, sus pecados para llorarlos, y las virtudes que les faltaban para tratar de adquirirlas, era á quien se consultaban los negocios más árduos, porque para todos tenia una expedicion y acierto extraordinarios; era á quien se traian los más graves disgustos de familia, porque él hallaba manera de cortar las diferencias y poner en armonía á personas que parecia estaban muy discordes; á él se consultaba la manera de hacer restituciones importantes, tanto de lo defraudado en bienes materiales como de lo defraudado en la honra y buen concepto; porque él sabia unir extremos conciliando los intereses de todos, y dando el sosiego al que estaba intranquilo, y la debida satisfaccion al que resultaba ofendido. Esta tarea era penosa, pero le servia de mucho consuelo, porque veia que era un medio de favorecer á sus hermanos; y como la caridad era el solo aliciente de todas sus obras, en tan provechosa ocupacion encontraba él manera de satisfacer sus fervientes deseos. Como la frecuencia de casos graves que á él acudian, le solia alguna que otra vez poner en ocasion de hacer estudios, ó por lo ménos consultas, ya á determinadas personas, cuya opinion estaba muy autorizada, ya á los libros, en que encontraba seguramente respuesta á sus preguntas y salida á los argumentos de que habia de defenderse, tomó él por regla general el estudio, y haciéndose como un deber el dedicarse á él, y teniendo por precision que revolver libros y libros para satisfacer su ansia de conocer todo cuanto es dable conocer á la criatura, sin otro fin que el muy recto de desempeñar con todo acierto su importante cometido, el P. Rhodiginus vino á ser uno de los hombres de más capacidad de su época, porque además de las otras excelentes dotes con que contaba, tenia una felicísima memoria. El desempeño de su ministerio de oir á los fieles en confesion le permitia

muchos ratos, no digamos de ocio, porque él nunca se dejó dominar de este vicio, pero sí de descanso y de tiempo para poderse dedicar á otra cosa, de la cual pudiera resultar utilidad al comun de los fieles, para procurar lo cual sus superiores pensaron con mucho acierto en dedicarle á la enseñanza, bien persuadidos de que la gran copia de conocimientos que poseia, comunicada á sus discípulos con órden, con concierto y de buena manera, daria por resultado el mejor aprovechamiento de ellos, y el que adquiriendo los más importantes conocimientos en la mayor escala que es dable á una cátedra elemental, hallasen tambien medios y camino para emprender despues estudios más serios, cuyo fundamento fueran estas mismas nociones, que por lo acertadas y bien dirigidas aficionaban al estudio casi sin que los mismos estudiantes lo apercibieran. Segun la muy loable costumbre de su Orden y de casi todos los institutos religiosos, y áun de algunas universidades de las más célebres de la antigüedad, Rhodiginus hubo de comenzar por explicar filosofía, y fueron sus lecciones tan apreciadas y su sistema tan aceptable, que asistian con los jóvenes principiantes gran número de personas de edad para aprovecharse de la excelente manera con que presentaba las cuestiones; es verdad que si bien es cierto que era aristotélico, conocia los defectos y áun los vacíos de su sistema, y no tenia inconveniente en confesar que ningun sistema filosófico puede ser cabal y completo, ni mucho ménos perfecto, porque á todos ha de faltar precisa y necesariamente lo que falta á la humanidad; el conocimiento de sí mismo para dar razon de los fenómenos de la inteligencia, así que en el imperfectísimo modo que tenemos de avanzar á ellos, por decirlo así, se ve explicado y demostrado hasta la evidencia la manera, tambien imperfecta, de explicarse los maestros; y esto es muy natural de modo alguno puede darse á entender aquello que solo se ha conocido de un modo imperfecto, razon por la cual todos los sistemas filosóficos sin la menor excepcion tienen que ser hipotéticos, y serán tanto más exactos cuanto que esa hipótesis sea más positiva, tenga más de verdad, y á dar verdad, por decirlo así, á las hipótesis encaminaba sus desvelos nuestro esclarecido profesor. Dicho está que no habiendo sido su fuerte la filosofía, sino que en ella procuraba nada más que aquellos adelantos que eran consiguientes á quien lo habia aprendido y enseñaba como medio de explicar la sagrada teología, en esta facultad podria desde luego prometerse muchísimo más legítimos triunfos, idea que concibieron desde luego sus superiores, y por lo cual despues que hubo enseñado lo necesario para pasar al profesarado en facultad mayor, se le encomendó la cátedra de teología con universal aplauso. No se puede referir los adelantos que procuraba á sus discípulos, ni los recursos con que se ayudaba para lograr el éxito más lisonjero. El explicaba segun la doctrina de Sto. Tomás, de quien era defensor acérrimo,

pero parecia que penetraba hasta los pensamientos del Angélico Doctor; tal era la erudicion, fluidez y acierto con que esclarecia sus pasajes oscuros, y en órden á la parte práctica de la misma sagrada facultad, ó sea en órden á la teología moral, como el ejercicio del confesonario, era para él tan constante, sus doctrinas se hacian tan asequibles, y sus principios se patentizaban tanto, que era por demás; quedábanse verdaderamente sorprendidos cuantos acudian siquiera una vez á sus explicaciones. Esto sirvió para que por su medio se acreditáran algunos colegios que no estaban bajo el mejor pie, sin que de este descuido haya de hacerse á nadie inculpacion alguna, sino que muchas veces consistia la decadencia en la poca concurrencia de alumnos, por lo cual dando las explicaciones por lo que se llamaba una lectura, ó sea todo lo que han menester unos jóvenes para salir con el completo de conocimientos, cuya aplicacion puede ocurrirles en el trascurso de su carrera; dando, digo, esta enseñanza nuestro Rhodiginus, venian en tropel cuantos le habian oido nombrar, y el colegio, del cual salian aventajadísimos profesores, se sostenia no solo por entónces con la presencia de tal maestro, sino despues, porque claro está que aquellos á quienes él habia enseñado, y que habia presentado como aventajados discípulos suyos, primero por honra propia, y despues para sostener el buen nombre de su maestro, habian de hacer lo posible por poner en evidencia sus conocimientos, y esto de ninguna manera se lograba mejor que dando ellos á su vez estudios, si no tan provechosos como los que daba el maestro, porque esto en realidad de verdad era poco ménos que imposible en quienes no tenian ningun motivo para ser tanto, ni mucho ménos que su maestro; por lo ménos lo que hacian era sostener su crédito y formarse hombres de profunda instruccion, porque alentados por el buen ejemplo que les daba Rhodiginus, no cesaban un momento de procurarse los mayores adelantos para poder ser la honra de su religion, y retribuir de esta manera tan digna, tan conveniente, el esmero, desvelo y atencion con que su esclarecido maestro trataba de enseñarles. Recorrió el Padre muchos conventos de su Orden para dedicarse en ellos á la enseñanza, segun llevamos indicado; pero en ninguna parte estaba él tan satisfecho como en el de nuestra Señora de las Gracias, que por haber sido donde tomó el hábito y donde habia comenzado su carrera, tanto de púlpito como de la cátedra, le excitaba las más vivas simpatías, teniendo siempre un deseo tal de ir allá, sobre todo cuando comprendió que sus dias estaban para acabarse, pues su afan fué siempre dejar sus póstumos pensamientos allí donde habia dejado las primicias de su juventud. Los superiores, que anhelaban complacerle, y que por darle gusto se habian privado de los buenos oficios que hubiera podido cumplir desempeñando prelacías ú otros cargos análogos, le concedieron tambien este gusto,

siendo imponderable su contento al saber que á ménos que ocurriese alguno de esos notables acontecimientos que todo lo perturban, iba á concluir sus dias en el mismo rincon donde comenzó su carrera. Hubiera podido jubilarse, porque edad y méritos sobrados tenia para ello; mas como nunca huyó del trabajo y tuvo siempre en la mente el ayudar en cuanto estuviese de su parte á sus hermanos, y sabia que era gran auxilio el que prestaba enseñando, no dejó su cátedra, y en ella misma le acometió la enfermedad agudísima que le llevó al sepulcro. Como verdadero sabio comprendió muy bien la importancia de la preparacion para una muerte santa, y buscó los medios de lograrla, recibiendo con verdadero espíritu los santos sacramentos y haciéndose decir las preces de la Iglesia para consolarse con ellas, y para á su vez dirigir él mismo á Dios plegarias como las que dirige la piadosa Madre, que conociendo la necesidad de sus hijos, les auxilia en tan apurado trance con la mayor caridad. Murió, pues, con la muerte del justo, y su pérdida fué sentida por cuantos le admiraron en vida, que indudablemente fueron cuantos le conocian, porque se hacia querer sin más que llegar á verle una sola vez. Dejó dos preciosos manuscritos, que no se han impreso, acaso porque en su modestia suma no quiso nunca que tuviesen esta suerte. Se titula el uno: *In libros Aristotelis logicales, octo phisicorum, de anima et metaphisicorum;* y el otro *In primam et tertiam partem Summæ S. Thomæ annotationes.* Existen en la biblioteca de su convento, y son consultados por cuantos van á él con algun espacio, el uno como monumento histórico, el otro como una compilacion de la *Summa*, que es el libro de todas las épocas. Floreció Rhodiginus por los años 1620.—G. R.

RHODIUS (Andrés). No cabe la menor duda que fué este uno de los personajes más distinguidos del siglo XV, y cuyos eminentes servicios fueron á la Iglesia de una utilidad indudable. Fué arzobispo de la iglesia Colosense, y á esta dignidad que obtuvo es debido sin duda el que la historia le haya ya dado el nombre de Rhodius, que es el suyo genealógico, ó por lo ménos patronímico, ya el de Colosense, que tampoco se le puede rechazar en atencion á la importante silla que ocupó. Fué griego de nacion é hijo de padres cismáticos, los cuales procuraron enseñarle para atraerle á su secta cuanto era posible enseñarle por su buen ingenio, que desde luego se mostró y le permitieron por tolerancia únicamente aprender latin; pensando que esto no perjudicaria á sus intentos; y fué precisamente el medio de que Dios se valió para sacarle del error y ponerle bajo la protectora y benéfica luz de la verdadera fe, cuya antorcha él sostuvo despues iluminando á los que yacian en las oscuras tinieblas del error, y procurando la gloria de aquel de quien toda gloria procede. Como la lengua latina, para él muy familiar, segun llevamos dicho, le hacia comprender perfectamente el

espíritu de los expositores y Padres de la iglesia de Occidente, así como las aberraciones de la de Oriente y su peligrosa doctrina, que pone desde luego en ruina á los que quiso Cristo salvar con su preciosa sangre, no vaciló un momento en seguir la verdad abandonando el error, y la gracia al secundar este movimiento primero de su espíritu, le colmó de bendiciones haciendo que de una vez pasase del error á la perfeccion; pues que abjurada la doctrina cismática en que se habia educado, y dado de mano cuanto en él podian influir los respetos humanos, que tantas veces neutralizan las más excelentes disposiciones al bien, no solo se hizo católico, sino que ingresó en la órden de Predicadores, que era entónces floreciente en varones eminentes, sin que por esto quitemos el mérito á los que hoy la profesan, que á la verdad merecen tambien respeto y veneracion. En su convento y bajo la direccion de los más respetables y sabios Padres de la casa, se le hizo repetir los estudios que ya llevaba hechos y rectificar las opiniones que sin malicia, porque hasta entónces no conocia su error, habia formado contra la interpretacion verdadera ó genuina explicacion de los dogmas ó Escritura Sagrada segun la verdad católica. Cuál seria la firmeza de su fe, cuál su celo por la gloria de Dios y su aptitud para desempeñar los cargos más importantes del ministerio sacerdotal á que le promovieron muy poco despues de haber emitido su profesion solemne, se coligen de la gran deferencia con que le miraron, proponiéndole para la silla arzobispal de Roda, que obtuvo bien que á su pesar, pues no se creia digno de tan alta elevacion; pero sus superiores lo mandaron, el Papa le obligó á ello, y fué consagrado como obispo, y recibió el sagrado palio con admiracion y consuelo de todos; bien es verdad que todos estaban edificados de las virtudes que le veian practicar desde el momento mismo en que se convirtió, y muchísimo más desde que tomó el hábito de Santo Domingo, en cuya Orden su noviciado fué mucho más estrecho, por lo mismo que hacia muy poco que habia abjurado el cisma. En el desempeño de su ministerio pastoral, nada dejó que desear acerca de su celo é interés por el bien de su grey, y las azarosas circunstancias que hubo de atravesar, le acreditan muchisimo más que cuanto pudiéramos decir en favor suyo; así que el simple relato pondrá en evidencia los heróicos esfuerzos y los muy señalados servicios que hizo y prestó en bien de la Iglesia. Asistió al concilio de Constanza, y en él, como no podia ménos de suceder, asistió á la sesion veinte, que tuvo por objeto el que los que habian hasta entónces proclamado la legitimidad del cardenal Luna, pretendido papa con el nombre de Benedicto XIII, se ratificáran en la condenacion de aquella instruccion, y firmáran el concordato y pacto de Narbona, en que se aclaraban los hechos y que la Iglesia habia querido se celebrára para dar á los fieles la tranquilidad y sosiego que tanto necesitaban

en dias tan terribles de zozobra y de dudas. Nuestro arzobispo suscribió por sí y por el rey Segismundo, con lo cual acreditó más y más la sinceridad de su ingreso en el catolicismo, y con palabras enérgicas protesto su adhesion completa á la verdadera Iglesia, cuya reunion entónces respetaba como á árbitro único de la fe y costumbres. Asistió poco despues en 1317 á la coronacion de Martino V, elegido pontífice en 21 de Noviembre, y fué de los designados para acompañar al Papa en su viaje de regreso á Italia, con lo cual logró el que Su Santidad le tuviese en la estima á que desde luego se hacia acreedor, y que no podia ménos de prodigarle quien conocia sus excelentes prendas, su clarísimo ingenio, y sobre todo, la rectitud de sus intenciones, pues no cabe la menor duda de que en todo y por todo queria siempre lo mejor; sin que nunca le sirviese de obstáculo la dificultad de los medios de lograrlo, pues decia repetidísimas veces que para conseguir un gran triunfo, era menester gran combate, y que no hay triunfo más señalado que el hacer lo que procura la mayor gloria de Dios. Antes de que el Papa pasase á Roma, cuando todavía en Constanza recibió la legacion que los emperadores de Oriente le mandaban para poner en armonía á aquella iglesia con la latina, nuestro buen Arzobispo desempeñó un cargo que fué de grande importancia; pues que por el favor que personalmente le concedia el Papa, dirimió ciertas diferencias y venció muchas dificultades que habrian sido grande inconveniente y extraordinaria rémora para el feliz éxito de aquella legacion; pero que logrando, como logró, Rhodius la intervencion en ella como amigo que era del que la representaba, todo se pudo conciliar, y claro es que estos méritos le acrecian el aprecio y consideracion con que el romano Pontífice le miraba; porque en todas estas cosas no se vislumbraba más que un vehemente deseo de que el bien apetecido por los fieles, y necesario en gran manera para la Iglesia oriental, se le hiciese más asequible por las ámplias concesiones que alcanzó del sucesor de San Pedro. Claro es que habiendo muchos puntos que necesitaban reforma y acerca de los cuales el interés de la Iglesia católica no podia conciliarse con las miras particulares é interesadas tambien de los supremos imperantes, tenian que ir y venir diferentes enviados, que fueron alcanzando concesiones al tiempo mismo que traian garantías y seguridades de parte de sus comitentes, y claro es tambien que esto habia de exigir el trascurso de algunos años, sin que se pudiese llevar á debido término, ni el buen deseo del romano Pontífice, ni las justas exigencias de aquellos pobres fieles para quienes el cisma era terrible, y la situacion crítica hasta más no poder. Movido por estas consideraciones el santo Padre Martino V, resolvió en 1430 mandar á Constantinopla á nuestro buen Andrés Rhodius, obispo Colosense, revestido de las más ámplias facultades, como legado *á latere* de Su Santidad, y

con poderes suficientes para arreglar aquel asunto en que tanto se interesaba el bien de la Iglesia universal y el de la particular de Oriente. Excusado es decir que el buen Arzobispo se llenaria de júbilo al ver encomendada á él tan importante comision; y no se crea que su gran contento sería porque en manera alguna se creyera él con fuerzas para desempeñar bien semejante cargo, si no porque tenia mucha confianza en Dios; esperaba, por consiguiente, que el eficaz auxilio de la gracia divina arreglaria todas las diferencias, y que se podria venir al ansiado término, es decir, á que los hijos todos del Crucificado hiciesen, como el Salvador quiere, un solo redil, cuyo pastor sea uno solo; como una sola es la verdad que todos buscan, los unos por el verdadero camino que á ella conduce, los otros por un torcido sendero que llevarles ha precisamente á las tinieblas, cuya oscuridad los ofuscará, para que nunca puedan ver la luz y perezcan por consiguiente lamentablemente engañados por el enemigo comun, que siéndolo de la cruz lo es de cuantos á ella se cobijan para salvarse. Aprestadas todas las cosas lo más pronto que fué posible, emprendió el Sr. Arzobispo su viaje inmediatamente, no con la ostentacion que convenia á su importante mision, sino con el decoro que dice tan bien en un prelado católico. Llegó á la presencia del Emperador, y le entregó las credenciales del Papa y halló bastante favorable acogida. Una de las cosas que el Romano Pontifice anhelaba para llevar á debido término con autorizacion de toda la Iglesia, no porque Su Santidad no sea depositario de esta autoridad omnímoda y amplísima, sino porque con la ejecucion de su deseo, se daba más solemne sancion á este mismo íntimo vínculo que se queria establecer, fué la reunion de un Concilio donde los Padres de Oriente protestasen la fe de Nicea, y no hubiera desde entónces más desavenencias entre unos y otros. Las primeras conferencias del Emperador con el Legado, fueron en este sentido; habia mucho adelantado para lograr el que el Emperador mismo hubiese venido á Roma ó á otra parte que se hubiese señalado para la reunion, y esto era ya un excelente precedente para esperar un resultado favorable; mas las apreciaciones de los hombres de importancia en el órden gerárquico no son tan firmes y estables como debieran, y tal vez la indicacion de un favorito destruye en un instante la obra que ha sido resultado de muy largas negociaciones ó de importantes y repetidas conferencias, en que se ha departido con madurez y juicio acerca de los intereses más sagrados y áun del medio ó medios de asegurarlos para el porvenir. Y una cosa de esta especie hubo indudablemente de suceder en este asunto; pues de la noche á la mañana el Emperador cambió de opinion, y áun las deferencias con que habia tratado hasta entónces al arzobispo Andrés cesaron algun tanto, hasta el extremo de que lo apercibieran los más allegados á su real persona,

y aprovecháran esta ocasion para apoyar el cisma; retraer al Emperador de toda via de avenencia, y hacer cada vez más angustiosa la situacion de Constantinopla, y la posicion del Legado tanto más difícil, cuanto que se desvanecian las esperanzas del arreglo en que todos habian confiado. El Legado no podia permanecer por más tiempo en tan crítica situacion; tenia necesariamente que despejar la suya obteniendo una respuesta, una razon que le hiciese ó regresar á Roma para dar cuenta de su cometido, ó quedar allí á esperar respuesta á las comunicaciones que dirigiera si en estas podia prometer alguna cosa que llevára á feliz resolucion el asunto. Pidió, pues, oficialmente la respuesta del Emperador á las notas que le habia entregado de parte del Padre comun de los fieles, y recibió por toda respuesta que el Emperador remitiria al Papa la contestacion por un enviado extraordinario que le llevaria las más ámplias seguridades, y que le daria cumplida respuesta á todas sus exigencias. Esta contestacion afectó en gran manera al Legado, no por el desaire á su persona que contenia ciertamente, sino porque comprendia muy bien que esto era empeorar la causa de la iglesia de Oriente, y por tales consideraciones se acercó al Emperador, dándose por ofendido en su resolucion y manifestándole los peligros que corria si llevaba adelante su propósito de no mandar á Su Santidad la respuesta por el mismo conducto por donde recibiera sus instrucciones, ó al ménos la expresion de sus deseos. Supo decirle que tambien él era griego, y que griego por griego ninguno más que él ni áun tanto, se interesaria en el bien de su patria, y que además conociendo muy bien el carácter, los deseos y designios del Papa, nadie absolutamente, nadie como él podia llevar á feliz término asunto tan desgraciado. Al cabo á fuerza de fuerzas pudo disuadir al Emperador de que mandase un nuncio especial para responder al Papa, y logró que en la carta que el emperador le dió, por último, como contestacion á las credenciales, ó más bien enciclica que el Papa le remitiera, sonase algo de sumision á la silla de Roma, y se pudiera inferir un reconocimiento y confesion de la verdad en los puntos en que diferian, para que con tales antecedentes pudiese el Legado alcanzar del Papa algunas concesiones que habrian obligado al Emperador, y que con tino y prudencia hubieran dado acaso por resultado el apetecido fin de que las dos iglesias se uniesen. Sin embargo, á pesar de todos estos precedentes tan favorables, y de todos los esfuerzos de nuestro buen prelado, no se pudo conseguir nada, porque cuando Martino V disponia concesiones y ampliaba las facultades al mismo arzobispo Rhodius para volver cerca del Emperador y arreglar aquel asunto, la muerte arrebató al Pontífice, y consiguientemente las cosas por el pronto hubieron de quedar en tal estado, sin que por entónces se volviese á agitar este asunto, ni áun despues porque al Arzobispo se le confiaron otras comisiones, y no pudo por consiguiente

atender á esta, por más que á su importancia absoluta uniese la relativa de ser asunto de su querida patria. Muerto como decimos Martino V, sucedióle en el pontificado Eugenio IV, y así como el arzobispo de Roda Colosense habia logrado el afecto y las más extraordinarias deferencias de Martino, las logró tambien del santo padre Eugenio, bien es verdad que le eran muy conocidas las especiales dotes y circunstancias de este excelente prelado, porque las habia experimentado miéntras habia visto los importantes servicios que prestára, cuando Eugenio pertenecia al colegio de los cardenales de Martino V de feliz memoria. Apénas subió al pontificado el papa Eugenio IV, cuando surgieron diferencias muy graves entre los de Basilea y el romano Pontífice, tales que fué preciso que se nombrára por Su Santidad una comision que tratára de cortarlas, y de poner coto á la osadía de aquellos, quedando en su lugar y con la dignidad, importancia y aprecio debido la suprema gerarquía é importantes atribuciones del Pontífice. Buscó Eugenio IV, como era consiguiente, personas de gran importancia para desempeñar esta comision tan difícil como trascendental, y por fin fueron los arzobispos de Tarento y nuestro Andrés, con otros dos prelados, los diputados para presentarse al llamado Concilio de Basilea (que en realidad no era sino conciliábulo), y hacerles ver cuán equivocados iban, y cuál era el camino que debian seguir y la conducta que debian observar, si no querian perder con la separacion de la Iglesia todos los derechos á la gracia y gloria que solo en ella se pueden conquistar por nuestras buenas obras, unidas á los méritos infinitos de Jesucristo Señor nuestro. Fueron, pues, los legados pontificios á presentarse á aquella ilegítima reunion, y hacerles ver lo indebido de su proceder, y lo temerario de su conducta; y á nuestro Arzobispo se le confió el cargo de dirigirles la palabra el dia 22 de Agosto del año 1432, lo cual hizo con energía, con verdad y con un sincero deseo de su bien, aunque sin adelantar nada, ni áun conmover sus ánimos para arrepentirse de la usurpacion que pretendian acerca de las facultades del Pontífice; por lo cual, y habiendo obligado al otro arzobispo su compañero á hablar al conciliábulo, se retiró no logrando ni áun respuesta, y con sus repetidas instancias, obligó á los allí congregados á que le diesen una respuesta, que dieron en efecto el 3 de Setiembre, y con cuya ocasion les intimó nuevamente la órden del Pontífice el dia 6 del mismo Setiembre, presentándose con sus compañeros á hacer respetar los derechos de Su Santidad, y retirándose repelido por los cismáticos, y acudiendo nuevamente ante Eugenio IV á darle cuenta del desempeño de su cometido, acerca del cual obtuvo del Santo Padre la más completa aprobacion; pues como dijo Su Santidad, aunque el éxito no fué favorable, los medios se pusieron como dictaba la prudencia, y el no lograr el éxito, debido era á que otros serian

indudablemente los designios de Dios, que conociendo las cosas como nosotros nunca podemos llegar á penetrarlas, dispónelas siempre de modo que de ellas redunda la mayor gloria.» Esta respuesta dada por Eugenio IV cuando nuestro buen prelado y sus compañeros le daban cuenta del desempeño de su cometido, dice muchísimo más que lo que nosotros pudiéramos reflexionar acerca de él. Compusiéronse, sin embargo, las diferencias suscitadas, y en tanto tambien se halló modo de avenirse entre los prelados de la iglesia de Oriente, su patriarca de Constantinopla, y el Emperador, por una parte, y por otra el Papa y los obispos latinos, de cuyos preliminares fué consecuencia el que los prelados que lo tuvieron por conveniente concurriesen á Italia para celebrar en Ferrara un concilio; mas habidas algunas diferencias ántes de la solemne congregacion entre los mismos prelados de Oriente, en su mayor parte fundadas en mala inteligencia tanto del símbolo como de las definiciones de la Iglesia anteriormente congregadas, todas las cortó nuestro Arzobispo con un acierto extraordinario, logrando la más completa union de aquellos Padres, no solo en que se relacionaba con el asunto de debate, sino en todo lo que por cualquier concepto podia afectar al dogma ó á la disciplina; pues acerca de todo extendió sus cuidados nuestro distinguidísimo prelado. Por último, cuando ya arregladas todas las cosas para la celebracion del Concilio é iniciado este por el Sumo Pontífice segun las prescripciones canónicas, fué nombrado nuestro Arzobispo para llevar, digámoslo así, el órden de la controversia en union con otros cinco prelados latinos, y contra seis griegos, que serían los que expusieran las razones de su fe para que la santa asamblea, ilustrada por unos y por otros, pudiese decidir con acierto, pues si bien es verdad que el Espíritu Santo asiste á las definiciones dogmáticas, es tambien indudable que quiere el Señor que los ánimos de los Padres se ilustren por los medios ordinarios para poder mejor recibir la mocion del Espíritu Divino. Nadie puede decir con exactitud y verdad cuánto trabajó nuestro Rhodius en la celebracion de este concilio; pues que si bien es cierto que aparecen en las actas muchos y muy importantes discursos suyos, y fija por él de una manera tan clara como persuasiva la verdad y demostrado hasta la evidencia el fundamento del error, como los caminos por donde querian los accatólicos ir al esclarecimiento de la verdad, eran enteramente errados, y por consiguiente su término, léjos de serel adecuado y conveniente, tendria que ser el fatalísimo de la separacion de la verdad, y por consecuencia su irreparable pérdida; además decimos de todos estos trabajos utilísimos, importantes, de suma conveniencia porque abreviaban mucho las discusiones en las sesiones de la asamblea, y de un extraordinario mérito porque demostraban la gran capacidad, juicio, aplicacion y aprovecha-

miento de nuestro buen Arzobispo; prestaba al concilio otros servicios ni ménos importantes ni ménos necesarios. Claro es que los Padres no podian estar tan al corriente como convenia, ni de los acuerdos de Roma con respecto á los disidentes, ni de los vanos y frustrados intentos con que estos tratáran de sostener su error; y necesitaban para formar un juicio exacto, ilustrarse; ver claro acerca de este particular, disipar las nubes que pudieran impedirles el conocer tan exactamente como era debido la verdad pura, confesarla y declararla; y este importante servicio lo prestaba Andrés Rhodius, yendo á buscar á los Padres, á ilustrarlos, á convencerlos, si era necesario, sin otro fin que procurar el más seguro triunfo de la verdad católica, y hacer que resaltára como era debido ésta por entre las ofuscadoras nubes de la herejía. Tambien prestaba el importante servicio de interpretar los documentos griegos, que se presentaban al santo Sínodo, y de dar en griego las contestaciones que procedian; siendo, por decirlo así, el intermediario por cuyo conducto los separados del gremio católico adquirian las noticias importantes que les habian de atraer al redil, y los fieles tenian el consuelo de comprender el estado verdaderamente favorable en que se hallaban los de la Iglesia oriental. En este concepto de intérprete, digámoslo así, tuvo ocasion de enmendar las versiones que con malévola intencion se habian hecho de pasajes de los Padres griegos, y esto le valió mucho concepto, porque hizo brillára en gran manera su imparcialidad, tal, que lo mismo defendia el recto sentido de lo adverso, como de lo favorable; porque siempre dijo ser su norma la verdad ante todo. Concluido el concilio le firmó, siendo el cuarto de los arzobispos, y todavía no concluyeron sus importantes servicios, pues quedó en Florencia formando parte de la comision que persiste siempre en el mismo lugar de la asamblea durante algun tiempo, para recibir las comunicaciones de los prelados y dirigirse á las iglesias que no fueron representadas en el concilio, así como dar las convenientes certificaciones para los prelados que por convenirles hubiese necesidad de ellas. Cumplió este encargo tan bien como habia desempeñado cuantos anteriormente se le confiáran, y en esta como en todas ocasiones mereció que el Soberano Pontífice le prodigára las más señaladas atenciones, porque á la verdad parecia tener un don especial, no para una cosa sola como muchos le tienen en efecto, sino para cuanto se ponia á su cuidado. Como á sus influencias y desvelos se habia debido en gran manera el que llegase á feliz término la union de ambas iglesias oriental y occidental, quiso el Sumo Pontífice que él fuese quien diese, por decirlo así, la última mano á tan importante obra, y le mandó como nuncio apostólico con todas las facultades de legado *à latere*, y las muy especiales que por una sola vez y para este objeto tuvo á bien otorgarle, á Chipre, para que con la autoridad de

que iba revestido y con el acierto y prudencia que él sabia, procurase que se llevasen á feliz término todas las cosas determinadas en el concilio general que acababa de celebrarse, y pudiesen los que separados por tan larga distancia del Padre comun de los fieles, estaban impedidos de acudir á él para el remedio de sus necesidades, tal vez urgentes, encontrar este en el representante de su sacratísima persona, que adornado de ámplias facultades y de instrucciones tan extensivas como era conveniente, les consolaria, remediaria y absolveria de todo cuanto hubieran hecho con tal de que las protestas de su arrepentimiento fuesen acompañadas de las seguridades convenientes y suficientes á juicio del Legado. Si no pareciese molesto á nuestros lectores trascribiriamos aquí algunos párrafos del rescripto que para perpétua memoria dió el papa Eugenio IV en Roma el 7 de Agosto de 1445, y en el cual consigna no solo la mision especial que Su Santidad le diera á nuestro prelado, sino el modo admirable con que la llevó á cabo, consignando allí el romano Pontífice muchos de los trabajos apostólicos que emprendió con el más feliz éxito este hombre verdaderamente extraordinario, verdaderamente singular, pues que teniendo, como tuvo, á su cargo comisiones y asuntos tan importantes como inconexos, y en los cuales habia necesidad de demostrar conocimientos nada vulgares en facultades tan distintas como lo son la sagrada teologia, el derecho canónico, el derecho civil, el derecho internacional; sin embargo, el arzobispo Andrés de Rhodius pudo desempeñar todos y cada uno de sus cargos como si solo á aquella especialidad hubiera dedicado los estudios de toda su vida y los afanes de toda su carrera. Si á esto, que verdaderamente es admirable, agregamos el que nuestro excelente prelado en medio de tantos afanes, ocupado en tareas tan difíciles, y desempeñando comisiones que de fijo habian de absorberle completamente la atencion, no dejó nunca de cumplir las obligaciones que le imponia el instituto de padre dominico, de que nunca se habia apartado ni un punto; si añadimos que ni la dignidad arzobiscopal, por una parte, ni las atenciones singularísimas que debió á los sumos pontífices Martino V y Eugenio IV, ni las deferencias de mil prelados y de muchos monarcas pudieron nunca hacerle presumir de sí mismo, ni áun el éxito siempre favorable de sus empresas le hacia atribuir á su exacto desempeño este mismo apetecido resultado de ellas, sino que por el contrario todo se lo referia á Dios como motor de todas las causas y como autor de todos los bienes, nos habremos convencido, sin género de duda, de que como deciamos al comenzar este artículo el hombre cuya historia trazamos puede con verdad señalarse como uno de los primeros de su época, tanto por las grandes obras que por su medio se hicieron, cuanto por la manera con que se hicieron; pues no cabe duda en que el modo en las cosas es á las veces tanto ó más que las co-

sas mismas. Para llevar á feliz término su legacion hizo convocar un sínodo provincial, que presidió en nombre y por la autoridad del romano Pontífice donde tuvo el consuelo de recibir la profesion de fe católica de la iglesia oriental; así como tuvo la grandísima satisfaccion de remitir al Sumo Pontífice cartas de los supremos imperantes de aquella importante region, en que le aseguraban que con todas sus fuerzas defenderian no solo la verdad del dogma cuya única depositaria es la Iglesia de Cristo, sino las prerogativas y primacía de Roma como cabeza de ella, segun la institucion que el Salvador mismo hizo en la persona del príncipe de los apóstoles S. Pedro al decirle: *Tu es Petrus et super hanc petram ædificabo Ecclesiam meam; et portæ inferi non prævalebunt adversus eam.* Con la contestacion que el Santo Padre mandára en que consigna lo que acabamos de indicar, concluyen las noticias claras que tenemos acerca de este hombre, que tanto apoyo prestó á la fe de Cristo, que tan importantes servicios prestó á la Iglesia. Ya no se sabe si regresó á Roma, si murió en Chipre, si pasó á otra region, sensible es á la verdad no poder seguir paso á paso á un nombre tan distinguido, y llegar con él hasta el momento en que exhalára su último suspiro; pero esto no nos es posible, y por no incurrir en inexactitud, solo diremos que la opinion más acreditada, sin que pase de opinion, es que á los tres ó cuatro años de su residencia en Chipre falleció allí agobiado de una enfermedad en que tuvo no poca parte el afan con que desde luego se dedicó á cumplir todos los cargos que le imponia su importantísima mision. De todas suertes, y prescindiendo de la época de su fallecimiento, que para nosotros no tiene gran importancia, puede decirse de él que cumplió su mision sobre la tierra, y que su muerte, sabida en tiempo ó sabida despues, arrancaria de todos un universal sentimiento; porque en realidad de verdad, al sentimiento de todos es acreedor quien siempre se interesára por la dicha de todos, como nuestro buen arzobispo Andrés de Rhodius lo hizo no una vez que otra, sino durante toda su vida. Tambien como hombre de ciencia tributó su homenaje á la república de las letras, pues además de las eruditísimas disertaciones que hizo en los diferentes concilios, tanto provinciales como general, á que asistió, y que constan en las obras que refieren sus sesiones y en la Biblioteca de los Padres, donde no hubo dificultad en darle cabida, escribió conforme á la doctrina del angélico doctor Santo Tomás, y como apéndice á ella una *Apología demostrativa de la esencia y operaciones divinas*, que dedicó al muy distinguido y celebrado Besarion, arzobispo de Nicea, y cuyo manuscrito existe en la Biblioteca del Vaticano como uno de los monumentos más notables de erudicion y de catolicidad de los Padres griegos, pues que está escrito en griego, y por este concepto y para gloria de aquella iglesia se tolera el que se considere como suyo. Tambien

tiene otra obra corta en dimensiones, pero importantísima por su objeto y por la manera de llenarle, que fué una respuesta que dió á una disertacion ó carta de Jorge Scholario, que pretendia negar no solo la realidad, sino hasta la existencia figurativa de sacrificio en la ley de gracia; respuesta que no solo en el concepto de obra dogmática, sino tambien en el de coleccion historial de las apologías, y áun impugnaciones vigorosamente resueltas del asunto, es obra maestra porque alcanza adonde podia alcanzar, que era á todo lo anterior á su época, que era mucho y muy apreciable, y tiene además la ventaja de una brevedad admirable. Tambien existe manuscrita en la Biblioteca del Vaticano, y se ha impreso en la de los Padres y en alguna otra coleccion. Algunos han extrañado que el arzobispo Andrés de Rhodius no haya publicado alguna de sus obras; sin embargo no le fué posible por la vida activa que hemos visto que llevó.—G. R.

RHODOA, corepíscopo de Capadocia, es conocido por la parte que tomó en el concilio de Neocesarea en el Ponto, el que fué mirado como uno de los primeros frutos de la paz de la Iglesia, y se conviene haberse celebrado poco tiempo despues del de Ancira, porque en su mayor parte asistieron á ambos los mismos obispos. En las suscriciones no se cuentan más que quince, á saber: Vital de Antioquía, que parece haber presidido este concilio, German de Nápoles en la Palestina, Heráclco de Zeleno, S. Basilio de Amaseo, Leoncio de Cesaréa en la Capadocia, Amphion de Epifania, Lupo de Tarso, Narciso de Necomiade, Longinos de Neocesarea, Salamino de Germanicia, Gregorio ó Gorgonio de Cinna, Ereso de Placia ó Plata, Dicanio de Tabia, Alphio de Apamea en Siria, y Geroncio de Larisco en la misma provincia. Entre estas suscriciones se hallan las de dos corepíscopos en la Capadocia, Esteban y Rhodoa, y al fin un Valentiniano con un Leoncio, cuyas cualidades no se expresan. Pero se cree que las actas de este concilio no son originales, porque no se hallan en griego y se encuentran en ellas las mismas dificultades que en las de Ancira. El Synódico dice: el concilio estaba compuesto de veintitres obispos, y pone á su frente á Vital de Antioquía. Dice que se trató en él de los que habian caido en la herejia, de lo que sin embargo no se dice una palabra en los cánones que nos quedan de este concilio; lo que demuestra que el Sinódico tenia más noticias de las que tenemos hoy, ó mas bien que ha hablado de este concilio sin haber leido sus actas; no teniendo motivo alguno para creer que los obispos que acababan de decidir en el concilio de Ancira la penitencia de los que habian caido durante la persecucion, la arreglase de nuevo en este concilio. Tenemos catorce cánones de este concilio segun Dionisio Le-Petit y los demás coleccionistas. Zonaras, que ha dividido en dos el décimotercero, cuenta quince, y se hallan distribuidos así en el texto griego de la edicion del P. Labbé; hé

aquí su resúmen: Si un sacerdote se casa, será depuesto; si comete una fornicacion ó un adulterio, se le impondrá penitencia. No se puede ordenar á ningun lego, cuya mujer haya sido convencida de adulterio. Si le comete despues de la ordenacion del marido y no la abandona, será privado de su ministerio; solo puede entenderse de los clérigos menores que pueden ser casados. Si un sacerdote confiesa que ha cometido un pecado carnal ántes de su ordenacion, no ofrecerá, sino conservará el resto de sus ventajas á causa de sus demás buenas cualidades, pues se cree que los demás pecados son perdonados por la imposicion de las manos. Si no confiesa ni es convencido, se deja á su discrecion obrar como quiera. El diácono que se halle en el mismo caso, será puesto en la clase de los ministros inferiores. Nadie se puede ordenar de sacerdote ántes de los treinta años por digno que sea, puesto que nuestro Señor Jesucristo no comenzó á enseñar hasta esta edad y despues de su bautismo. El que ha sido bautizado hallándose enfermo, no puede ser sacerdote, porque en la apariencia no ha abrazado la fe con entera libertad; se podrá sin embargo ordenarle por su mérito ó por la escasez de sujetos. Hé aquí dos causas de dispensa. Los sacerdotes del campo no pueden ofrecer en la iglesia de la ciudad en presencia del obispo ó de los sacerdotes de la ciudad, ni dar el pan ó el cáliz en la oracion; pero en su ausencia puede hacerlo el que se encontrase si está solo. Los corepiscopos que se hallan instituidos á manera de los setenta discípulos, ofrecen con preferencia, á causa de su solicitud y del cuidado que tienen de los pobres. Como no habia más que un solo sacrificio, era necesario decidir el que debia ofrecerle, es decir, presidir el acto, y es notable la preferencia de los sacerdotes de la ciudad. No debe haber más que siete diáconos en cada ciudad por grande que sea, segun la primera institucion que se ha observado siempre en Roma. Se debe bautizar á una mujer en cinta siempre que lo pida, y el niño será bautizado separadamente; pues cada uno responde por sí en el bautismo. Si un catecúmeno peca despues que es admitido á orar de rodillas en la iglesia, que sea colocado en la clase de los simples oyentes; si vuelve á pecar hallándose en aquel estado, será despedido. Se ve aquí dos clases de catecúmenos, de los que los unos no eran admitidos más que á escuchar las lecturas y las explicaciones, como los paganos; más adelantados los otros, eran admitidos á orar con los fieles, pero de rodillas y ántes del sacrificio. El que ha deseado una mujer sin haber realizado su mal deseo, parece que ha sido preservado por la gracia. Es decir, que no imponian penitencia canónica por los pecados de simple intencion. Una mujer que se ha casado con dos hermanos, no recibirá la comunion hasta la muerte, con la obligacion, sin embargo, si recobra su salud, de separarse de su marido y hacer penitencia. Los que se casaban muchas veces eran penitenciados duran-

te cierto tiempo, por lo que estaba prohibido á los sacerdotes asistir á los banquetes de segundas nupcias, que aunque permitidos, eran mirados sin embargo como una debilidad. —S. B.

RHODOCUS, traidor del ejército de Judas Macabeo, que marchaba al campo del rey de Siria para descubrir á Antíoco Eupator los secretos de su partido. Fué al fin descubierto, convencido y puesto en prision el año del mundo 3841, ántes de Jesucristo 159, ántes de la era vulgar 163. — S. B.

RHODON, defensor de la Iglesia contra los herejes, se hizo célebre durante el reinado de Cómmodo. Era natural de Asia y estudió las letras sagradas en Roma bajo la direccion de Taciano, que era aún católico, es decir, hácia el año 170 de Jesucristo; pero no le siguió en los errores en que cayó en lo sucesivo. Por el contrario, sabiendo que Taciano habia compuesto un libro de cuestiones para manifestar la oscuridad de la Sagrada Escritura con el objeto de desacreditarla, Rhodon prometió en un escrito componer un libro expresamente para dirimir todas estas cuestiones. Ignórase si llevó á cabo este designio; las demás obras que compuso se han perdido. La más notable es la que escribió contra Marcion y que dedicó á un tal Galistion. Describia en ella las divisiones ocurridas entre los marcionitas, manifestaba sus autores y refutaba sus errores. Uno de los principales discípulos de Marcion fué Apeles, quien por la austeridad de su vida y su avanzada edad, se habia adquirido alguna reputacion entre los de su secta. No reconocia más que un principio y aseguraba que los oráculos de los profetas procedian de un espíritu enemigo, en lo que seguia las ilusiones de una jóven poseida del demonio, llamada Philumena. Otros marcionitas, como Potito y Basílico, seguian la doctrina de su maestro, admitiendo dos principios; otros diferentes de que era el jefe Synaos, admitian hasta tres naturalezas. Habiendo tenido Rhodon un dia una conferencia con Apeles, le convenció de herejía en muchos puntos; lo que redujo á este hereje á decir que no se debian examinar tan escrupulosamente las creencias de los demás, sino dejar á cada uno su opinion. Convenia Apeles en que los que pusiesen su esperanza en Jesucristo crucificado podian salvarse, siempre que hicieran buenas obras; pero decia que no habia nada tan oscuro como la naturaleza de Dios. Habiéndole preguntado Rhodon qué pruebas tenia de que no habia más que un principio, contestó: Que las profecías se destruian estando no solo falseadas en sí mismas, sino siendo tambien contrarias unas á otras; por lo demás, que no sabia cómo ni porqué no hay más que un principio, pero que su inclinacion le inducia á creer que no hay más que uno. Juró tambien que creia en un solo Dios, que no ha sido engendrado. «Me burlé de su respuesta, dice Rhodon, y deploré la locura de este hombre, que

preciándose de ser el doctor de los otros, no podia dar razon de su doctrina.» Rhodon puso esta conferencia por escrito, y la insertó en la obra que compuso contra los marcionitas. Escribió tambien unos excelentes comentarios sobre la obra de los seis dias de la creacion del mundo. S. Gerónimo le atribuye un notable escrito contra los montanistas, en que hablaba de Milciades, que habia escrito tambien contra ellos. Pero se cree que esta obra no es de Rhodon sino de Asterio Urbano; lo que parece por un fragmento de este escrito, citado en Eusebio, en que se ve que el autor escribia catorce años despues la vida de Maximila, acaecida en 218, es decir, que escribia hácia el año 232 ó 33, el año duodécimo del imperio de Alejandro, cuando Rhodon habia muerto en el reinado de Severo.—S. B.

RHODUNO, obispo de Tolosa, es conocido por haber sido desterrado con S. Hilario en 356, ignorándose el crímen de que se les acusó cerca del emperador Constantino, aunque el último manifiesta con bastante claridad, que habia sido desterrado como culpable de una accion indigna, no solo de un obispo sino áun de un seglar de buenas costumbres. Ambos prelados se dirigieron juntos á Frigia, lugar de su destierro. Durante éste, que duró poco más de tres meses, se ocupó S. Hilario en componer diferentes obras sobre las materias más importantes de la religion, para hacerse útil ya á aquellos con quienes vivia, ya á aquellos de quienes se hallaba separado. Ignórase lo que hizo Rhoduno en este tiempo. Bien que tampoco nos son conocidas las demás circunstancias de su vida.—S. B.

RHYCELIUS (Andrés). Nació este obispo sueco en 1677, en una aldea de Vestrogothie; profesó la teología en la universidad de Albo, y llegó á ser limosnero mayor del rey Cárlos XII de Suecia, arcediano de Lindkœping y obispo de la misma ciudad. La Sociedad Real de Ciencias de Upsal, le contó entre sus miembros, y murió el año 1755. Rhycelius habia estudiado con pasion las lenguas antiguas y las antigüedades de su pais, y dejó muchas obras en las que prueba su erudicion, de las que Catteau Caveville tiene por las más principales las siguientes: *De sepultura veterum Suev-Gothorum*, en 8.°—*Brontologia theologico-historica*, en sueco, Stokolmo, 1721, en 4.° —*Suev-Gothia munita*, ó noticia histórica de los fuertes, fortalezas y castillos de la Suecia; en sueco, Stokolmo, 1744, en 8.° —*Monastereologia Suev-gothica*, ó *descripcion de los antiguos conventos de Suecia*; en sueco, Lindkoping, 1740, en 8.°—*Mnemonica historiæ Suev-gothicæ epitome*, id. 1735 y 1751.— *Episcopia Suev-gothica*, ó *Cronica de los obispos de Suecia;* id., 1752, en 4.°—*Carmina varia græco latina*, publicados en diferentes épocas en Stokolmo y en Lindkæping, y un gran número de oraciones fúnebres de que se da razon en la *Biblioteca de homilías*, de Stricker.—A.

ROA (Fr. Alfonso de). Imposible parece que de un hombre que indu-

dablemente fué importantísimo en su religion y en su época no hayan llegado á nosotros más noticias, sino la de que fué hijo del seráfico patriarca S. Francisco, y que escribió una preciosísima *Crónica de la provincia de San Pedro y S. Pablo de Mechoacan de la órden de S. Francisco*, obra impresa en Méjico, en 1673, en 4.° —Muy sensible es que en una época, en que se apreciaba ya como es debido el conocimiento de los hombres eminentes, y en que se acostumbraba á consignar los hechos que pudieran un dia dar importancia á los sugetos y á las corporaciones, se haya dejado pasar desapercibido á este que prestó un verdadero servicio, no solo á su religion, sino al mundo todo, pues en su bien escrita crónica pudieron verse los esfuerzos que se hubieron de hacer para fundar, sostener y llevar á feliz término aquella santa provincia. Y como no puede dudarse que el testigo presencial dejára de tomar parte en aquellas mismas acciones que refiere, todas sorprendentes, todas admirables, y en las cuales bien á las claras se ve el dedo de Dios; pero dejemos conjeturas, y contentémonos con ignorar los pormenores de la vida del P. Fr. Alfonso de Roa. —G. R.

ROA (Fr. Antonio de). Desde sus más tiernos años presentó este siervo de Dios indicios de que habia de ser grande en virtudes y extraordinario en buenas obras. Cuando apénas tenia reflexion para conocer las asperezas y rigores de su vida perfecta en la edad de doce y catorce años, ya se daba al ayuno y otras penitencias, así como á la oracion y ejercicios de piedad, con una asiduidad admirable, siendo envidiado de muchos que ya en otra edad y circunstancias no tenian en verdad tanto espíritu como el jóven Antonio. Dedicóse, como era consiguiente, á la carrera eclesiástica, hizo sus estudios con grande aprovechamiento, y ya fuera por esto ó ya por ver tan decidida su vocacion al estado eclesiástico, es lo cierto que le nombraron canónigo de la santa iglesia de Roa, su pueblo natal, cuya colegiata por entónces estaba en auge, y contaba con rentas muy pingües. Con mucho celo y completa abnegacion desempeñó este cargo, pero siempre halló en él su corazon un vacío; es verdad que podia hacer y hacia mucho bien, porque él enseñaba á los rudos, él socorria á los pobres y se hacia todo para todos; pero su corazon anhelaba más trabajos para gloria de Dios, otro estado más humilde, ménos brillante, para conseguir su propia justificacion. Pensó en retirarse á una religion estrecha y observante, para en ella adelantar más en su perfeccion y escogió la del gran S. Agustin, siendo el convento preferido el de Burgos, donde se conserva la veneranda imágen de Cristo redentor nuestro crucificado, la cual él grabó tan íntimamente en su corazon, que desde allí no anheló más que las ocasiones de acreditar á Dios la fiel correspondencia al amor que la Divina Majestad se dignó inspirarle. En el noviciado excedió las aspiraciones de los más perfectos, quiso siempre ir delante de to-

dos, no por presuncion, sino por corresponder de esta manera con más fidelidad á la gracia, y logró en efecto adelantarse á muchísimos, siendo tan apreciado de todos sus superiores, que cuando despues de doce años de hábito, y por consiguiente de servicios y de méritos en toda Castilla la Vieja, quisieron llevarle á Indias para que allí se lográran por su medio felices resultados, como en España se venian logrando, costó mucho trabajo el que el superior cediera en darle su permiso para ir allí, y eso que luego que supo lo mucho que allá habia de hacer, se alegró en haberle otorgado esta gracia, no á él, pues él no la solicitó, sino á los superiores que la pidieron, porque efectivamente se vió que en aquellas apartadas regiones sirvió de mucho por la misericordia del Señor. Apénas llegado á las Indias, se puso bajo su especial cuidado la serranía de Molango, y aquel fué el teatro donde él mereció, por decirlo así, la gracia que Dios le habia dado, ó para ser más exacto, allí fué donde la gracia se mostró liberalísima con este siervo de Dios, para mayor gloria de su Señor y no menor mérito suyo. Trataba, pues, lo primero, de civilizar algun tanto á aquellas infelices hordas, que ni áun comprendian su idioma, pero se le oponian con decirle que aquella tierra era extremadamente pobre, y el cielo que los cubria no tenia para ellos sino inclemencia, de cuyos argumentos tenia el Padre que sacar los medios de atraerlos, de ponerlos en el buen terreno de su aprovechamiento, y hacer con ellos todo cuanto era conveniente para que le fuesen afectos y dóciles. Para esto él se atemperaba á los rigores que ellos sufrian, en tanto que prestaba á unos su ropa, á otros su pobre cama. El les daba el alimento que para él preparaban sus hermanos los religiosos, y él se contentaba con las raíces que producia aquel suelo no muy fecundo, y dia y noche estaba sobre ellos, y dia y noche empleaba en catequizarlos, dia y noche sacrificaba al bien de aquella pobre gente. Tomaba con cuantas cosas se le presentaban á la mano ocasion de atraerles al conocimiento de Dios, y luego á la consideracion de la misericordia de Cristo y su Madre, significada la del Señor en redimirnos superabundantemente con tanta ignominia y con tanta afrenta; la de María en tomarnos bajo su proteccion y declararse nuestra madre, cuando nosotros no tenemos para la Señora el afecto de hijos, ni siquiera nos acordamos de que lo somos. Para convencerles de los muchos sufrimientos de Cristo en su pasion, se hacia él mismo azotar cruelmente, y cuando ya los indios se mostraban como parados y sentidos vivamente de que tanto padeciera, él elevaba entónces su consideracion al alto designio de Dios en redimirnos, y les hacia ver esta caridad tan entrañable de Cristo, de modo que casi involuntariamente se encaminaban por el sendero de la virtud, y casi sin comprenderlo admiraban los misterios de la cruz, fecundos para ellos en dicha y ventura, como habian sido fecundos para la humanidad mi-

serable en su no menor dicha, ni menor ventura de ser por esta cruz salvos, los que en otro leño encontráran su ruina. Con tal trabajo y con tan extraordinario celo logró el que aquellos pobres que abandonaron á su ciudad, porque parecia la parte más despreciable de la mision, fueron los primeros en conocer á Dios y en adorarle, y se hicieron cristianos; pero no como quiera, sino cristianos que comprendiendo bien su interés, lo eran de corazon, y en aquella sierra en que parecia no ser posible penetrára ni la fe ni la caridad por la rudeza de sus indígenas, la fe y la caridad se entronizaron, porque un ministro del Evangelio, celoso de la gloria del Señor, secundó las miras misericordiosas de Su Majestad, y dando Dios incremento, pero regando el sacerdote con su sudor, la mision fué para aquellos infelices gérmen de dicha y ventura, y para el P. Antonio Roa de un mérito extraordinario. Así ni más ni ménos, trabajó durante todo el tiempo que el Señor quiso que estuviera ocupado en tan importante obra, de enseñar á los ignorantes el reino de Dios ó sea la patria de dicha que el Señor les rescatára por su sangre. Mas por lo que hace á sí mismo, nuestro buen P. Roa era una cosa admirable. Nada diremos de su humildad profunda, ni de su abstinencia constante, ni de su mortificacion tan cruel, que por lo rigorosa asombraba; nos fijaremos solamente en dos virtudes suyas interiores, pero que daban al exterior admirables y excelentes resultados. Eran estas el ejercicio de la presencia de Dios, al cual era tan dado, que se puede asegurar que ni un momento siquiera perdió de vista al objeto de sus amores; y es claro, como siempre estaba delante de su Dios, como contínuamente le tenia á la vista y no le olvidaba nunca, sus acciones todas tenian que ser meritorias, sus acciones todas tenian que ser de vida eterna, porque á la verdad no es posible mirar á Dios y no amarle, no es posible tener á Dios presente y ofenderle; por esto eran tan heróicos los actos de caridad que nuestro P. Roa ejecutaba, por esto era tan fecundo el ejercicio de su celo, porque Dios presente á todas sus acciones las vivificaba todas, y Dios mismo blanco de sus deseos, era como el núcleo de donde procedian y adonde se dirigian todos ellos. Además la otra virtud en que tambien se muestra sublime nuestro P. Roa es el ejercicio de la oracion. Para él no habia tregua en este ejercicio santo, ni descansaba, ni comia; lo poquísimo que tomaba, que era verdaderamente milagroso el como se sostenia, ni hacia al fin cosa alguna que no fuera en oracion, y por consiguiente como en todo estaba suplicando á Dios, en todo lograba su ayuda, en todo le daba el Señor su auxilio, en todo le prestaba el Señor su gracia, pero de una manera franca, liberal, cual convenia á quien con tanta abnegacion se habia entregado por completo en manos de su Dios. Por esto fueron heróicos sus rasgos de caridad, por esto fué su mortificacion tan extraordinaria, su celo tan acendrado por la gloria de Dios,

todos sus actos, en fin, á cual más meritorios, á cual más acreedores á la recompensa, y todos ellos ejecutados con total abnegacion, con tan extraordinario olvido de sí mismo. Dotóle Dios del don de profecía y de milagros, y los obró en todo órden y sobre toda suerte de elementos. Mas dejemos que la obediencia le llame á Méjico como para darle algun descanso despues de los trabajos que sufre en aquella sierra y entre aquella gente; dejémosle gozar de quietud... ¡Pero no! El P. Antonio Roa no ha nacido para el sosiego ni el descanso, el P. Antonio Roa irá sí á Méjico, pero será para sufrir la última enfermedad con suma resignacion, y con edificacion de todos recibir los santos sacramentos, dando en esto como en todos los demás actos de su vida pruebas inequívocas de su fe, de su amor á Dios, y de su afecto á la religion de S. Agustin, que le habia tenido en su seno y comisionado para tan importante empresa. Sucedió este fallecimiento en 1560, y fué sentido de cuantos conocieron su pérdida, no porque se dudára de que su espíritu volaria al cielo, sino porque se hubiera deseado que hubiese vivido más, para bien de cuantos experimentaban sus caritativos afectos, todos encaminados á la mayor gloria de Dios y salvacion de las almas, á las cuales queria más que á sí mismo.—G. R.

ROA (Fr. Cristóbal Perez de), religioso de la órden de S. Gerónimo. Fué natural de la ciudad de Gandía, y su padre sirvió de mayordomo mayor al duque de Gandía, pero las virtuosas inclinaciones de Cristóbal, le llevaron á preferir el servicio del Señor de los señores, en el convento de religiosos de aquella ciudad, lo que consiguió con el mayor beneplácito de la Orden y grande edificacion. Ya por entónces, y al tiempo de tomar el hábito, era estudiante muy aprovechado, y á su tiempo la obediencia le mandó al Real colegio de S. Lorenzo, donde se perfeccionó en toda clase de letras, saliendo excelente y sumamente instruido. Entendió muy bien los idiomas griego y hebreo, siendo un buen escritor y un predicador de los más célebres de su tiempo, teniendo tal facilidad y siendo tan fecundo y elocuente orador, que sin preparacion alguna, salia del coro para subir al púlpito, siendo admirable que jamás faltaba ni de dia ni de noche á las divinas alabanzas, ignorándose y no comprendiendo, cuándo estudiaba y ordenaba sus sermones; pues el tiempo que no ocupaba en el cumplimiento de la regla, le empleaba todo en la iglesia oyendo ó ayudando á misa, y cuando alguna vez se hallaba en su celda, siempre se le encontraba arrodillado orando ó rezando. Todos los religiosos llegaron á persuadirse que en estos santos ejercicios le iluminaba é ilustraba el Señor para todo lo qué tuviese que decir en la inmediata predicacion, como sucedia á Santo Tomás, ángel de las escuelas, y cuya doctrina seguia exactamente; y así era de sospechar por la fuerza y fervor de sus palabras, produciendo el mayor bien y beneficio á las almas.

Siempre se le observó adornado de las virtudes, como la humildad, pobreza y penitencia; y aunque su grande austeridad y ayunos le tenian descolorido y demacrado, nunca se le notó quebranto en su salud y firmeza, ni se le vió triste, mustio ó desazonado por el rigor de sus penitencias. Su carácter era sumamente amable y afectuoso, siendo muy querido y apreciado tanto de los religiosos como de los seglares, que en su fervorosa caridad y trato sencillo y condescendiente, hallaban el mayor consuelo en sus aflicciones, experimentando el beneficio de sus buenos y cristianos consejos, especialmente en el confesonario, en cuyo ejercicio era incansable, solicitando el bien de las almas con notable agrado, eficacia y doctrina celestial, ansioso de libertar sus almas de la esclavitud del pecado, sometiéndolas á la divina gracia. Su mansedumbre, paciencia y méritos científicos le llevaron á ser nombrado vicario y maestro de novicios, cuyo oficio ejerció muchos años, desplegando la riqueza de sus vastos conocimientos, procurando educar aquellos jóvenes religiosos como corderos en la mansedumbre y silencio, y como águilas en el cumplimiento de la obediencia. Tambien desearon verle prior en su monasterio y en otros de la Orden, pero Dios tuvo á bien llevársele para sí, sin que disfrutase aquellas honras. A los cuarenta y siete años de hábito, le dió una enfermedad aguda, y tuvo aviso del cielo que de ella habia de morir como el mismo Fr. Cristóbal lo reveló y declaró á los que le asistian; y así habiendo recibido los santos sacramentos de la Iglesia con notable devocion y fervosísimo afecto, partió á disfrutar de la divina mansion á que tan acreedor le habian hecho sus méritos y grandes virtudes, dejando á todos sus hermanos envidiando su fin dichoso, tanto como edificados con su ejemplo.—A. L.

ROA (Martin de). Este ilustre y sabio jesuita nació en la ciudad de Córdoba en el año de 1555, y entró en la Compañía de Jesus á la temprana edad de quince años. Sus grandes talentos y su no menor instruccion hicieron que muy pronto enseñase retórica en el colegio de la ciudad que le vió nacer, dando despues lecciones en el mismo de Sagrada Escritura. Obtuvo los más elevados cargos de la Compañía de Jesus, llegando hasta ser procurador general cerca de la Santa Sede. Al volver de Italia renunció los grandes cargos que habia merecido á la confianza de sus superiores para consagrarse enteramente al estudio de la historia y de las antigüedades á que era muy particularmente aficionado. Casi pasó toda su vida escribiendo, hasta que la muerte le sorprendió en Montilla el 5 de Abril de 1637, á la edad de setenta y cuatro años. Las principales obras de este escritor religioso, gloria de la Andalucía y una de las lumbreras de la Compañía de Jesus, son las siguientes: 1.ª *Singularium locorum et rerum Sanctæ Scripturæ, libri VI, in duas partes distincti; item de die natali sacro et profano liber*

unus; impreso en Leon en el año de 1667, en 8.°—2.ª *De accentu et recta in græcis, latini, barbaris pronuntiatione.*—3.ª *De Cordubæ principatu et de auctoritate et antiquitate sanctorum martyrum Cordubensium ac de Cordubensi breviario*; impreso en Leon en 1617, en 4.°—4.ª *Santos Honorio, Eutiquio, Esteban, patronos de Jerez de la Frontera; nombre, sitio, antigüedad de la ciudad, valor de sus ciudadanos*; impreso en Sevilla en 1617, en 4.°—5.ª *Del estado de las almas del Purgatorio*; id. en 1624, traducido al latin y al italiano.—6.ª *Málaga, su fundacion, su antigüedad, etc.*; impreso en Málaga en 1624, en 4.°—7.ª *Historia de la muy antigua y muy noble ciudad de Ecija*; impreso en Sevilla en 1629, en 4.°—C. de F.

ROA (D. Martin). Nació en Torralva, obispado de Sigüenza, de una antigua é ilustre familia que le dedicó á los estudios, y deseosa de sus adelantos, le envió al colegio de S. Bartolomé de Salamanca, muy célebre á la sazon, y al que acudian los hijos de las casas ilustres que deseaban hacer una carrera lucida. Roa fué recibido como colegial en 18 de Octubre de 1543, manifestando desde aquel instante las grandes cualidades que le adornaban, pues siguió toda su carrera no solo con aprovechamiento, sino tambien con esplendor, mereciendo el aprecio de sus profesores y condiscípulos. Al terminarla recibió los grados de maestro en artes y bachiller en teología, obteniendo tambien el de maestro en esta misma facultad por la universidad de Salamanca. Tan brillantes estudios debian valerle toda clase de consideraciones, y en efecto, ántes de abandonar el emporio literario en que se habia educado, obtuvo como regente la cátedra de artes, y despues la de teología de Escoto, que desempeñó por un largo espacio, no sin aplauso de sus discípulos y cuantas personas le conocian que esperaban en él los mejores resultados. Quizá hubiese hecho mayores progresos en el profesorado, pero su carácter piadoso le hizo preferir el estado clerical para el que siempre habia tenido grande vocacion. Ordenóse por lo tanto de sacerdote, y continuó en Salamanca y colegio de S. Bartolomé, hasta que fué nombrado en 26 de Octubre de 1541, canónigo magistral de la santa iglesia de Osma, á cuya dignidad se halla aneja la de abad de Santa Cruz. Marchó á ocupar este puesto, distinguiéndose desde luego en él, no solo por sus conocimientos literarios, sino por sus buenas costumbres y excelente género de vida. Era en extremo dado á la oracion empleando en ella horas enteras, además de las que segun su obligacion debia asistir al coro, á que nunca faltó, como tampoco á los demás ejercicios propios de su dignidad y clase. En extremo caritativo, repartia gran parte de sus bienes entre los pobres, los que le miraban como su padre y bienhechor, hizo diferentes donaciones piadosas y estableció otras fundaciones, todas las cuales conservaron por largo tiempo su memoria. Su fallecimiento, ocurrido en aquella

iglesia en 1593, fué generalmente sentido de cuantas personas le conocian y habian tenido ocasion de tratarle de cerca y apreciar sus buenas cualidadades. Hiciéronsele solemnes exequias.—S. B.

ROA DE AVILA (Juan). Escasísimas son las noticias que acerca de este sabio escritor del siglo XVI hemos podido reunir; por supuesto de su infancia y antecedentes nada absolutamente se sabe, y en cuanto á su edad madura la historia nos lo ofrece como un gran teólogo, que conociendo las miserias de este mundo y cuán expuestos estamos viviendo en él á sufrir todos sus malos tratos, así como persuadido de la seguridad en las obras que nos garantiza la obediencia, fué canónigo reglar de S. Agustin en la iglesia de Cabero. Allí, como hasta entónces lo habia hecho en el estado secular, desempeñó con acierto y constancia los importantes cargos de su elevado ministerio, captándose la benevolencia y simpatías de todos de tal suerte, que cuando sus hermanos hubieron de escoger prior por fallecimiento del que desempeñaba tan importante cargo, unánimes convinieron en que quien les convenia para el acertado gobierno de la casa era Juan Roa de Avila, y no se equivocaron á la verdad, porque reunia muy especiales dotes y concurrian en él muy relevantes circunstancias, pues además del conocimiento que tenia de las cosas de las casas y de sus necesidades, toda vez que para el remedio de ellas habia tenido muchas veces que prestar su oportuno consejo ántes de ser prior; agregaba suma prudencia y una dulzura tal, que áun á aquellos mismos á quienes necesitaba corregir les convencia de su extravío, les hacia comprender su obcecacion, y por consiguiente por sí mismos, como si dijéramos venian al terreno apetecido de una sincera y constante enmienda de sus defectos, por más arraigados que estos estuvieran en ellos. Además tenia cierta energía para sostener los derechos de su casa y comunidad, por lo cual todos le miraban con respeto, los propios como los extraños, y ninguno se atrevia á contradecirle, en primer lugar, porque rara vez habia razon para ello, y además porque se sabia que una vez aprendida por él una cosa, como obraba por conviccion y no por capricho, no cedia hasta dilucidar perfectamente el derecho que generalmente le asistia á él, y por consiguiente le permitia sostenerse en la opinion. Era hombre que si bien recibia con agrado y con afabilidad á cuantos se le acercaban, nunca gustó de visitas, por lo cual cuando sus ocupaciones se lo permitian, su cuarto y el estudio eran sus habituales recreos, y este es sin duda el motivo de que escribiera tanto y tan bien, pues si no parece imposible que un hombre que tenia su coro, sus ocupaciones como superior, y además las que le proporcionaba la fama de docto y de prudente, de que gozaba con tanta justicia, hubiera podido hacer lo que hizo y como lo hizo, pues que sus obras no son de esas que ligeramente se conciben, y no cuestan, digámoslo así, más tra-

bajo que el material de escribirlas; sus obras son meditadas, muchas de ellas resultado de grandes investigaciones y de mucho estudio de otros autores, y todas, por decirlo así, clásicas y muy acabadas. Dejémosle, pues, concluir sus dias en el retiro y soledad de su coro y de su cuarto, y vengamos al exámen, siquiera sea muy superficial, de los escritos de este grande hombre, los cuales, como veremos, no dejaron de sufrir sus contradicciones y contratiempos, ya porque algunos de sus censores no llegaron á comprenderlas, ya tambien porque la oscuridad de algunos de sus pasajes daba ocasion á que algun tanto se tergiversáran sus opiniones, que sin embargo fueron siempre católicas. Las obras que escribió son las siguientes: *De providentia Dei et prædestinatione*, tres libros que dedicó á Felipe, entónces príncipe de España, y despues rey segundo de su nombre, y que impresa en Madrid en 1591, en un magnífico tomo en fólio, gozó de gran popularidad, porque en verdad sin degenerar de la importancia de la materia que trataba, era un libro que podia comprender cualquiera, porque sus argumentos, ó más bien razones, estaban al alcance de cualquier capacidad, aunque no fuera de las más excelentes. En el mismo año publicó otra obra, que llamó *De Juribus principalibus*, y esta fué mirada con prevencion, tanto que se incluyó en el *Indice* de los libros prohibidos por la Santidad del papa Clemente VIII. Su autor hizo ante Su Santidad la debida reclamacion, protestando de su catolicismo, y de que sus escritos nada tenian que se opusieran ni al dogma, ni á la disciplina, ni á las buenas costumbres; y el Santo Padre, fijando la atencion en la súplica del autor, resolvió que se examinase de nuevo por la Congregacion del Santo Oficio, que se mirára con la exquisita atencion que requeria un asunto de importancia, como lo era la condenacion de una obra, y que diesen los señores de aquella Congregacion su dictámen, y segun él se procederia á lo que hubiese lugar. Miraron con toda la atencion debida la obra, estudiaron hasta sus más oscuras proposiciones ó corolarios, y despues de un maduro exámen, que se hizo primero individualmente por cada uno de ellos y luego por todos reunidos, resolvieron que no tenia nada por lo cual debiera ser puesta en el *Indice*, y por consiguiente que se quitára de él, y con esta declaracion de la Sagrada Congregacion pudiese libremente circular, sin que los fieles ni áun los más timoratos abrigáran acerca de ella ni siquiera la más ligera sospecha. Esto, como no podia ménos, sirvió de gran consuelo al Sr. Roa de Avila, que hubiera visto con profundo sentimiento que su pluma se habia extraviado, sin embargo de que tenia la suficiente energía para haber hecho su protesta y quemado por su propia mano si necesario hubiese sido su obra, pues ante todo queria, como es justo y debido, no dejar ni por un momento de pertenecer á la comunion católica, que es el único asilo de salud y ventura para la miserable

humanidad. Escribió: *Tabulas quinque de annis mundi, et succesionibus et genealogia Jesuchristi;* edicion de Roma, año de 1610, un tomo en 4.°, muy apreciado en su época y hoy tambien, porque las noticias acerca del Redentor son bastante fundadas, y sobre todo porque tiene citas muy oportunas y de la mayor erudicion.—*Apologia pro Immaculata B. Virginis Conceptione;* obra impresa en Bracciano, en 1614, que quita toda sospecha que pudiese haber quedado acerca de las doctrinas algun tanto extraviadas de nuestro autor, segun la apreciacion que de ellas hicieron sus adversarios, y que hemos visto cuán infundada era, porque la declaracion de la Sagrada Congregacion vino á esclarecer la verdad y poner todas las cosas bajo su verdadero punto de vista. Aun cuando no publicó más que estas obras de que llevamos hecha mencion, escribió otras muchas de la mayor importancia, que se han conservado y conservan con cuidadoso esmero en las bibliotecas, y que sirven, como todos los manuscritos, para ilustracion de los que con verdadero deseo de aprender acuden á estas fuentes de erudicion, para tomar de ellas el caudal de aguas claras de ciencia y de erudicion. Daremos siquiera los títulos de las principales, cuya noticia nada sospechosa, por venir de la acreditada pluma del Sr. D. Nicolás Antonio, servirá de ilustracion á los que deseen consultarles.—*De potestate Ecclesiæ et concursu potestatis principum;* cuatro volúmenes, que además de la razonable y razonada defensa de la tésis propuesta, comprende toda la historia, por decirlo así, de esa misma potestad eclesiástica, con los medios que ha tenido de defenderse en las ocasiones en que se ha visto atacada por bastardas aspiraciones de quienes en realidad no llegaban á comprender la importancia de este fuero tan necesario, como cualquiera de los que ninguna sociedad deja de reconocer.—*Apologia varia de materiis theologicis.—De Immaculata Deiparæ Virginis Conceptione plenior tractatus;* que es una explicacion de la defensa que escribió y publicó en compendio el año 1614, y que agradó muchísimo, siendo en este manuscrito más abundantes las citas de autoridad, mucho más completos los pasajes que se refieren, y el todo más amplificado, más extenso, sin las reticencias necesarias en el compendio para que no tuviese demasiada extension. *De explicatione divinorum mysteriorum tractatum logicum, phisicum et metaphisicum.* El título de esta obra parece indicar un trabajo filosófico más bien que no un estudio teológico; sin embargo ella es de teología propiamente tal, pero llama en su ayuda como á su legítima auxiliar á la filosofía, de donde saca notables argumentos y convincentes pruebas; salva siempre la parte en que los misterios estan sobre nuestra tan limitada capacidad.—*De misericordiæ actibus, eleemosyna et correctione fraterna et judiciali.—De cambiis et contractibus nummulariis.—De astrologicis theoriciis et judiciis utendis, et repellendis sapienter.—Resolutio moralium materiarum*

pro confessione et ministeriis ecclesiasticis, et pro participantibus ministeria. Esta obra la retocó, digámoslo así, dos ó tres veces, ya porque hubiera incurrido en alguna inexactitud, ó más bien porque la práctica y el estudio le proporcionarian nuevos datos que no querria desaprovechar, porque comprenderia que habian de servir de ilustracion á los que despues de sus dias la consultáran.— *Resolutiones controversiæ auxiliorum compendium;* fué una obrita de la que áun en su tiempo se sacaron varias copias, porque mereció justa aceptacion; y por último, su obra póstuma, concluida casi en sus postreros momentos, fué *Resolutio vera et catholica de causalitate divina omnino perfecta, actum humanorum servata incolumi libertate.* Tal fué el señor D. Juan Roa de Avila, canónigo reglar de S. Agustin.—G. R.

ROADUS (Fr. Pablo). Este religioso de la órden de Sto. Domingo, á quien han conocido todos por su nombre vulgar de P. Rovado, fué sin disputa uno dè los que más se distinguieron en su época, tanto por su ciencia cuanto por su virtud. En cuanto á aquella, habiendo hecho con verdadero aprovechamiento todos los estudios de humanidades, filosofía y sagrada teología, se le encomendaron, despues que hubo probado su suficiencia por los más rígidos exámenes y actos públicos dificilísimos, se le encomendaron varias cátedras, y en todas ellas salieron aventajados los discípulos, prestándoles además de la enseñanza material, no solo provechosísima, sino hasta necesaria para ellos, la enseñanza de la conducta que debian guardar en todas las circunstancias de la vida; enseñanza que puede con verdad decirse les era de tanto provecho como la otra, toda vez que el hombre naturalmente sociable, debe conocer perfectamente no solo sus derechos, acerca de los cuales es poco ménos que inútil la enseñanza, pues todos puede decirse los conocemos, sino sus obligaciones, de cuyo cumplimiento depende casi siempre, por no decir siempre de una manera absoluta, el éxito de todas las empresas. En órden á sus virtudes, á una humildad profundísima agregaba un afecto entrañable para todos, y este sentimiento, unido á su tan esmerada educacion, daba el resultado que no podia ménos de dar: el de que á todos los que le trataban los atraia al bien. Era además muy mortificado, pero en el ejercicio de esta virtud tan reservado, que apénas eran conocidas las importantes y asperísimas penitencias en que se ejercitaba; y en órden á estotra mortificacion, ménos notoria aunque no ménos provechosa, del dominio de sus afectos, lo hacia de tal manera, que todos creian carácter lo que era virtud; así que apénas se fijaban en el gran mérito que esto mismo llevaba consigo. Muchísimo hubiera complacido á sus superiores si alguna vez hubiera condescendido en tomar á su cargo alguno de los gobiernos para los cuales en verdad hubiera sido muy á propósito; pero nunca quiso, siempre le pareció preferible estar sujeto que no mandar,

y hubiera sido para él un verdadero tormento el que le hubieran obligado á aceptar. Era incansable en el ejercicio de su importantísimo ministerio sacerdotal, nunca le parecian molestas las penalidades precisas para la predicacion y para oir confesiones; y tanto en este como en aquel ejercicio su acierto era extremado, su tino delicadísimo, y el desempeño tan á satisfaccion de todos, que sin cansarse nunca de escucharle los muchos que acudian cuando predicaba, todos venian á oirle mejor, digámoslo así, por cuanto que lo que les decia entónces iba más directamente á sus peculiares necesidades; todos, decimos, iban á su confesonario para descargar sus conciencias del enorme peso de la culpa, consolarse y alentarse con sus palabras, todas llenas de uncion y de esperanza, y dar buen giro á sus más árduas empresas, mediante la exacta observancia de sus prescripciones, y la aquiescencia ó más bien realizacion de sus deseos. Este su tan acreditado celo y los favorables resultados que por él se lograban, eran motivo para que sus superiores no le dejáran parar en ningun convento, pues le llevaban de unos en otros, para que todos pudieran experimentar los favorables resultados de su caridad tan acreditada, de su amor al prójimo, consecuencia legítima de su amor á Dios, que tanto le enaltecia, y que le hacia merecer tanto en presencia de su soberano dueño. Era muy dado á la oracion, y como comprendia los grandes provechos que el alma puede y debe reportar de tan santo ejercicio, excitaba á todos á que la hicieran, procurando allanarles el camino; y para lograr este fin tan digno, tan importante y de tan grande conveniencia, escribió en italiano y en latin un precioso libro, que tituló *Convivium amoris*, cuando lo publicó primeramente en latin; é *Il Convito d' amore*, cuando lo puso en italiano. En ambos idiomas se agotó muy prontó la primera edicion, y hubo que hacer otras varias áun en su vida, lo cual demuestra que no dejaria de ser cosa buena, pues entónces, como ahora, no lograban el honor de la reimpresion, sino los libros que tal distincion merecian. Muy sensible nos es no detallar más pormenores acerca de un sugeto que por lo poquísimo que sabemos y hemos expuesto, nos merece un tal concepto como el que debe formarse del P. Pablo Roadus, dominico; pero no nos es posible decir más, porque lo enunciado es cuanto hemos encontrado en las crónicas de su Orden.—G. R.

ROAGA, hijo de Somer, de la tribu de Aser (I, Par. VII, 34).

ROÁN (Fr. Alonso de), religioso capuchino, sacerdote de la provincia de Normandía, que habiendo luchado con la peste por el largo espacio de catorce años, manifestó el generoso aliento que le animaba, poniendo á la vista de Dios y de los hombres el glorioso espectáculo de la caridad más ardiente, con que asistió á aquellos enfermos, que la guadaña del contagio iba derribando al sepulcro. Declaró implacable guerra al amor propio, para que

no le sirviese de estorbo en el estudio de la evangélica perfeccion, con la práctica de la contínua mortificacion de los sentidos, á que tanto contribuye la observancia de los votos religiosos. Con su extremada abstinencia, rindió la gula, no permitiéndose más por cotidiano alimento que un poco de pan con una escasa porcion de legumbres, y bebiendo solamente agua. Ocasiones hubo que tuvo que administrar los sacramentos á cuatrocientos apestados, y sin embargo nunca faltó al ejercicio de la oracion, no solo el obligatorio, sino voluntario en muchos ratos que dedicaba á la contemplacion, bien que usurpándolos á lo más preciso del sueño que reclamaba su fatigado cuerpo. En la estacion de mayores frios, nunca permitió que para él se encendiese lumbre, por su amor á la pobreza y á la austeridad; por igual motivo se limitaba con el mayor rigor á solo usar en todo lo que únicamente concede la regla á sus más perfectos observadores. Para manifestar su pureza, bastará referir una accion de Fr. Alonso, verdaderamente arrojada y con exposicion de su vida. Dominado una vez por una tentacion lasciva é impura, para evitar el riesgo en que iba á verse su alma, se arrojó completamente desnudo sobre un campo de ortigas, para que el dolor producido en todo el cuerpo por la orticacion corrigiese el lujurioso impulso. Estas y otras virtudes acompañaban á una extremada caridad, de cuyo activo ardor estaba Fr. Alonso tan poseido, que despreciaba todo lo que podia conducir á su conveniencia, salud y vida, cuando lograba ocasiones de sacrificarse por el bien de las almas. Era tan grande su celo por la salud y salvacion de sus prójimos, que noticioso de los daños que hacia la peste en la ciudad de Abrin, y que apénas se encontraba quien se expusiese al riesgo de asistir á los apestados, viviendo entónces en Roan, que distaba ciento veinte leguas de la ciudad invadida, se encaminó á ella con la mayor decision, obtenida la licencia del superior. No perdió en este viaje ocasion alguna que pudiese redundar en beneficio de sus prójimos: pasaba por aldeas en que habia entrado el contagio, buscaba los enfermos, los oia en confesion, y los consolaba con saludables exhortaciones; y en seguida para no hacerse gravoso á quien le hubiese de hospedar, se retiraba muchas veces sin tomar refaccion alguna á sitio descubierto, en donde descansando por breve rato á las inclemencias del hielo ó lluvia, marchaba en seguida á la aldea más inmediata, caminaba en contínua mendicidad, sustentándose casi siempre con la limosna que pedia de puerta en puerta, y de esta suerte, á ejemplo de Cristo, por cuyo amor habia entrado en tan penosa empresa, no pasaba por parte alguna en que no ejerciese los oficios de bienhechor, singularmente en todo lo perteneciente á la administracion de los sacramentos. Vencidas las dificultades de aquel dilatado viaje, llegó á la ciudad, donde eran muy pocos los obreros que pudieran asistir espiri-

tualmente á los afligidos por el contagio, logrando la mejor coyuntura y oportunidad para ejercer el empleo de sus fervores; los logró despues en las ciudades de Lisieux, Dieppe, Vernon, y por último en su misma patria Roan, donde adquirió el contagio, sacrificando el siervo de Dios la vida en el ámbito de los muros que le vieron nacer, pero que tambien fueron su sepultura. Decia misa todos los dias, aunque hubiese muchos enfermos á que ásistir, despues cumplia con la obligacion del Divino Oficio, rezado de rodillas y con atentísima devocion. De aquí partia á la visita de los enfermos, cuidando no les faltase nada, tanto en lo espiritual como en lo temporal, con arreglo á la necesidad y riesgo de cada uno. De los ricos solicitaba limosnas y socorros para los pobres, con la voz y con el ejemplo, porque de la comida que para él tenian señalada los ministros de la ciudad, tomaba lo peor y en menor cantidad, reservando todo lo demás para los desvalidos. A los que empezaban á convalecer, disponia se les concediese de los propios de la ciudad algun socorro que los alimentase, hasta que adquiriesen fuerzas para el trabajo. Descubrió que algunos maléficos ó hechiceros, por diabólicas artes, iban propagando el contagio; dió parte de esta maldad á las justicias de los lugares, consiguiendo beneficios para todos, y públicos castigos para escarmiento de la gente dañina. Tenia la mayor solicitud para que en medio de los horrorosos espectáculos de la peste no peligrase la observancia de los mandamientos de la divina ley, y que no hubiese inquietudes ni desazones sobre el modo de distribuir los alimentos y medicinas á los dolientes. Produjo finalmente su celo é industria tantas y tan útiles obras, que quedaron en Normandía para ejemplo ilustre y perenne de prudencia y de caridad. Movidos los roaneses de la fama de este su insigne ciudadano, y hallándose afligidos tambien de la peste, creyeron haber encontrado su antídoto, y el de los desconsuelos y amarguras que padecian, si lograsen que Fr. Alonso ejercitase en su república los mismos oficios de caridad que habia emplado en otras; pero en cuanto satisfizo su deseo, fué presa del contagio, y en seguida su víctima, saliendo de esta vida á gozar en la eterna de la inmortal corona debida á sus virtudes y merecimientos. Murió en el año de 1634.— A. L.

ROAN (Fr. Angel de), religioso capuchino, sacerdote, jóven de eminentes virtudes y de ardiente caridad. Habia sido muy estudioso y de feliz ingenio, pero la devastadora epidemia que dejó yermos aquellos países (1623) en muy poco tiempo, comprendió entre una de sus víctimas á Fray Angel de Roan. No mitigada la ira de Dios con aquella numerosa mortandad, amenazaba á la ciudad de Roan la última ruina, en la continuacion del cruel contagio que producia tal multitud de enfermos, que faltaban hasta las camas suficientes para socorrer aquella necesidad; los que las tenian,

tampoco las gozaban por mucho tiempo, porque inferior la fuerza de los medicamentos y demás recursos á los de la enfermedad, apénas habia quien no ocupase el túmulo desde el lecho. Derribó su segur á muchos religiosos capuchinos, pero no por esto permaneció tibia la caridad en los que quedaban, ántes animados de ardiente celo y deseo de servir y morir por el prójimo, pidieron con grande instancia á los superiores, que los fuesen sustituyendo en las mismas plazas que la muerte iba dejando vacantes. En esta tan gloriosa série no debe remitirse al olvido ni borrarse la memoria de Fr. Angel de Roan, predicador, respecto del cual las asistencias á los enfermos se redujeron á solos nueve dias que conservó la salud, y pudo consagrarse al oficioso ministerio en que la piedad le habia empeñado, pero con tan gran fervor, que en aquel breve espacio salvó muchas almas, que á no recibir los santos sacramentos al salir de esta vida, hubieran perdido la eterna. Muchos de estos, por haber vivido en ilícitas amistades, en mal enmendadas usuras, y áun en el horrible crímen de la herejía, se hallaban en el mayor descrédito para con el mundo, y en el mayor peligro para con Dios; pero mediante las inspiraciones de su gracia y saludables consejos de Fr. Angel, fueron reducidos á mejor suerte. Cuando referia á los religiosos las miserias de la enferma plebe, ninguno podia oirle sin saltarle las lágrimas; porque aunque la ciudad habia costeado y traido médicos y ministros que asistiesen á los enfermos, como eran tantos, morian muchos arrebatados del contagio, y con el desconsuelo de no haber quien les aplicase remedio alguno. Contaba tambien cómo él mismo habia hallado entre los cadáveres, ya en putrefaccion y hediondos, algunos de los apestados con señales evidentes de vida, pero espirando más bien á impulsos de aquella corrupcion y olor fetidísimo que aquella pestífera vecindad producia, que debido á la fuerza del mismo contagio. Decia igualmente cómo habia visto á otros, que arrojados en tierra pedian á gritos una gota de agua para refrigerar sus secas fauces, y apagar el incendio que interiormente les devoraba, sin que hubiese quien pudiera darles este pequeño alivio. Familias enteras, añadia, mueren dentro de sus mismas casas sin ser de nadie conocidas, sino de los gusanos y de los ladrones, que descerrajando las puertas, despojan las casas aún no bien muertos sus dueños. Sin embargo, en la relacion de tan lastimosas miserias, no dejaba de alegrarse mucho, cuando reflexionaba en la grande misericordia de Dios con los apestados, porque cuando estos veian que entraba en su casa Fr. Angel, le pedian socorro con muchas lágrimas, bien que gozosos de su presencia, y confesando sin repugnancia alguna todas sus culpas, ántes bien con grande consuelo y satisfaccion, de nada se acordaban entónces, sino de la eterna salud. Les administraba cuidadoso los sacramentos; y cuando veia que llegaban al tér-

mino de la vida con una cristiana y devota muerte, disfrutaba en aquellos momentos y se llenaba de júbilo y alborozo, porque despreciaba todas las fatigas y penalidades del cuerpo, padecidas á favor de los prójimos, como lo eran las vigilias, la hambre, el mal olor y el conocido riesgo de la vida, con tal que no le padeciesen las almas de los angustiados enfermos. Asistia con principal cuidado el hospital general, donde era tan grande el número de los heridos de la peste, que en cada cama ó tarimilla habia cinco, casi todos agonizando. Para poderlos confesar el siervo de Dios, sin que unos oyesen á otros, era preciso poner tan inmediato el rostro á la boca de cada uno, que á un mismo tiempo, participando la noticia de los pecados de que habia de absolver á los penitentes, comunicaban el veneno de su contagio. En cuanto se reconoció herido de la cruel epidemia, se retiró á un aposentillo, en que ya estaba su compañero padeciendo el mismo accidente; se administraron mútuamente los sacramentos, y habiendo escapado el compañero de aquel riesgo tan extremo, Fr. Angel se rindió al mismo pasando al coro de los ángeles el que hasta entónces siendo hombre los habia imitado en el genio y en las virtudes.—A. L.

ROAN (Fr. Claudio de), religioso capuchino y predicador de la provincia de París. Este virtuosísimo y caritativo varon, considerando el desamparo y desolacion de la ciudad de Evreux con motivo de la mortífera peste, se dedicó con la mayor decision y ardor al servicio de los enfermos. Habiéndose ocupado seis semanas en esta humanitaria empresa, y en todo lo que podia contribuir á su salud espiritual y corporal; y conociendo más mitigada la fuerza del contagio, sin haberle contraido hasta entónces, pidió á Dios le continuase dispensando el beneficio de la salud por tanto tiempo, cuánto bastase para concluir aquella obra de caridad; pero que despues fuese servido dispensarle, por premio de la misma, salir de esta vida arrebatado por el mismo comun accidente. El suceso comprobó haber sido agradable á Dios esta súplica, porque convalecidos casi todos los enfermos, y serenada la mortífera tempestad, vino á ser su víctima, quizás la última, el siervo de Dios, quien recibidos con devocion y alegría los santos sacramentos, se dispuso para la muerte, y la consiguió en perfecta paz y tranquilidad de su espíritu segun lo habia deseado y solicitado. Murió por el año de 1630.—A. L.

ROAN (Fr. Gerónimo de), sacerdote, religioso capuchino. Siendo este aventajado varon de edad madura y ordenado de sacerdote, huyó del siglo y se refugió á la religion de Menores Capuchinos. Dios le habia favorecido y adornado con insignes dotes, en particular de prudencia y mucha discrecion, y atendiendo á sus recomendables méritos, los prelados de la provincia, no habiéndose verificado otro ejemplar hasta entónces, le de-

dicaron á la enseñanza de los novicios, no teniendo más que tres años de antigüedad; salvando la inviolable costumbre de que los recien profesos perseveren tres años en perfecta observancia de todos aquellos ejercicios que en el del noviciado se les imponen. Fr. Gerónimo fué excepcion de esta regla con grande utilidad de la provincia de París, que debió á este maestro varones de insigne virtud, á quienes instruyó con la doctrina más acertada y más eficaces ejemplos, gastando en esta ocupacion tan meritoria la mayor parte de su vida. Por oculta revelacion conocia los más ocultos pensamientos de sus novicios, y en particular descubrió á dos lo que en secreto habian tratado entre sí. A otros ya profesos previno la série de todos los sucesos que habian de ocurrirles en la vida, con tanta distincion y claridad, como si en un espejo los hubiera visto representados, y con tal exactitud y certeza, que en nada desmintió la ejecucion á la profecía. Algunos seglares experimentaron el revelado conocimiento del varon santo, no desconociendo sus secretos más ocultos y reservados, cuyo don ciertamente no puede atribuirse de ningun modo á perspicacia, prontitud de ingenio ó discurso cuando el de los ángeles, en lo natural tan perfecto, no puede introducirse en el retrete íntimo en que el alma esconde sus ideas y pensamientos. Esta singular y divina luz daba grande peso y autoridad á los consejos de Fr. Gerónimo, y experimentados los novicios de aquella profundidad, se abstenian no solo de inútiles palabras y acciones, sino tambien de toda impura imaginacion. Suponian con bastante fundamento que poseia la llave de los corazones, y así se los manifestaban con entera fidelidad, sin atreverse á reservar nada al claro é infalible examinador, que tantas veces habia reconocido sus más retirados senos. Para que los novicios le buscasen con toda confianza, tenia tan abierta siempre la puerta de la celda como del corazon; los oia con paciente benignidad, aconsejaba con notable paciencia á los que hallaba necesitados de útiles advertencias, porque como la ocasion pasa con tanta facilidad, y varía tan pronto el ánimo de los hombres, nunca diferia el socorro espiritual á los que tenia bajo su direccion, animando y exhortando á los tímidos, para que buscasen su cariñosa instruccion y dictámen. Cuidaba con singular prudencia, que no se arrojasen con fervor indiscreto á vida más austera, á ejercicios más rigurosos que lo que podian tolerar las fuerzas físicas de cada uno. Le agradaba sobremanera la regla que S. Doroteo dió á su discípulo Dositeo, en órden á que poco á poco é insensiblemente se fuese acostumbrando á la austeridad. «Ha de ser, decia á los novicios, razonable nuestro ejercicio, con moderacion nuestro obsequio, porque si se quita al oprimido cuerpo lo necesario para vivir, se rendirá á los excesos de la mortificacion, y quedaremos incapaces de operaciones más excelentes.» Habiéndose fundado una nueva congregacion de

religiosas de Santa Clara, fuera de los muros de París en la casa que se llama *Roquete*, y que el vulgo apellida Capuchinas, cuya direccion se encomendó por autoridad pontificia á los frailes de la órden de Menores, eligieron los prelados por maestro y pastor de aquel corto rebaño, que constaba de doce piadosas doncellas, á Fr. Gerónimo de Roan. Distaba aquel nuevo monasterio cuatro millas de su convento, y sin embargo, á él iba todos los dias el siervo de Dios; sin que nieves, hielos, lluvias y demás recios temporales le pudiesen acobardar ni retraer de tan penoso ejercicio; y lo que descubre más su fervor es que iba y volvia en ayunas, permaneciendo así hasta la tarde, en que con una limitadísima refaccion sustentaba su fatigado cuerpo: ni jamás pudo conseguirse que en aquel monasterio admitiese ni un bocado de pan, ni un sorbo de agua, aunque muchas veces era no solo excusable, sino preciso dar algun alivio á la debilidad y desmayo en que se hallaba. Dos años seguidos empleó en instruir aquel coro de vírgenes, despues de los cuales profesaron todas solemnemente, y tuvieron el gran beneficio de que continuase siendo su maestro los ocho años siguientes, con grande aprovechamiento espiritual, é insigne ejercicio de las virtudes, por lo cual le apellidaban su patriarca, porque al principio las suministró alimento fácil y blando, en los rudimentos de la vida monástica y religiosa, despues las sustentó con más corpulenta doctrina en preceptos más elevados, y en fin las confirmó con el sólido pasto de la perfeccion evangélica. Si el aprovechamiento de los discípulos da nombre y celebridad al maestro, digno de las mayores alabanzas debe juzgarse á este insigne varon, por cuya doctrina aprovecharon y se distinguieron tanto aquellas religiosas vírgenes en la vida espiritual, que fueron como primer enjambre, de donde salieron despues tantas afanosas abejas á producir otros del mismo sagrado instituto en diferentes partes del orbe. Ocupado constantemente Fr. Gerónimo cuando disfrutó de cabal salud, se hizo célebre con su enseñanza; pero en su última enfermedad, perfeccionándose á sí mismo se hizo más célebre por lo que obró; pues padeciendo fuertes é intensos dolores, manifestó en su sufrimiento, tolerancia insigne y constantísima fortaleza, absteniéndose cuando se hallaba más fatigado y paciente, no solo de quejas y lamentos, sino áun del más leve suspiro, del que pudiera inferirse el vivo tormento que una molesta é incurable llaga le producia. En el fuego de esta tribulacion se acrisoló el oro de su perfecto y valiente espíritu, digno ya de que los ángeles le colocasen entre los tesoros del cielo. Coronó en el siglo XVII y año de 1625 su paciencia con el piadoso y devoto uso de todos los sacramentos, y más lleno de méritos que de dias, espiró en su convento de París. Despues de su dichosa muerte se apareció á Fr. Roberto de Drud, predicador, y enfermo entónces en el monasterio de Chartres, cuyo religio-

so concibió con esta visita tanto júbilo y alegria, que en la misma hora se encontró libre de la calentura que le aquejaba y de un vehemente dolor de cabeza que le tenia martirizado.—A. L.

ROAN (Fr. Iluminado de), sacerdote, religioso capuchino. Este excelente siervo de Dios fué ejemplar ilustre de las más sobresalientes virtudes, dedicándose de tal modo á su ejercicio, que llegó á poseerlas en el más alto grado de perfeccion. Era tan constante en la oracion, que si alguna vez le impedia dedicarse á ella algun importante negocio, suplia despues con otra hora de recogimiento en la celda la que habia faltado en el coro. Pero aunque era continuo en el estudio y deseo de esta virtud, la de la caridad le hallaba siempre atento á las conveniencias del prójimo; y así todos los religiosos con grande confianza se valian para su alivio de los obsequios y servicios del varon santo, que disfrutaba con ellos gran consuelo y placer, y mucho más si eran ordenados por la voluntad del prelado, á quien oia y veneraba como viva estampa de la imágen de Dios. No habia aprovechado ménos en la humildad, ejerciendo siempre como suyos propios los ministerios más inferiores del convento, como lo eran el barrer la casa, llevar agua y leña á la cocina, y fregar todos los útiles de la misma; y áun el dia en que celebró la primera misa, no quiso desistir de estos ejercicios de humildad, pareciéndole con razon que seria la más conveniente y mejor preparacion y disposicion para estrenarse en aquel altísimo ministerio. La ardiente caridad de que estaba poseido le impelió á instar al superior, para que le señalase como uno de tantos de los que habian sido elegidos para asistir á los apestados en la cruel epidemia que asoló toda la Normandia, que entónces ejercia más su rigor el contagio en toda la comarca Cadomense, y careciendo la infeliz plebe del auxilio de los sacramentos, que deben administrarse á los moribundos, se arrojó con intrepidez al peligro, y discurriendo por las aldeas y caserios, solia hasta olvidarse de tomar el preciso alimento, atento á asistir de dia y de noche al consuelo de los enfermos, que era el objeto á que le conducia la caridad de Cristo, y el amor y deseo del alivio á su prójimo. Cuando le era posible, sin faltar á esta ocupacion, buscaba los lugares más retirados para entregarse á la oracion y divina contemplacion. La continua fatiga y el gran celo con que Fr. Iluminado se dedicó á estos penosos ejercicios, atrajo el contagio y le dió más fácil entrada en su debilitado y cansado cuerpo; con todo, como mirase la muerte sin horror alguno, que juzgaba próxima, poniendo los ojos en la sagrada imágen de un crucifijo, exclamó en estas tiernas palabras: «Piadosísimo Dios, cuya bondad y misericordia con los pecadores es infinita, ténla, Señor, de aquellos que aún no han confesado sus culpas, y da á este tu siervo el tiempo de vida que sea bastante para administrar el sacramento de la penitencia á los

que de él necesitan para conseguir tu divina gracia, y despues salga yo de la miserable cárcel del cuerpo á alabar en mejor patria tu sagrado y divino nombre. No desatendió Dios los ruegos de su fiel y celoso siervo, porque en aquel instante se le movió el estómago, y desembarazado en un vómito de la causa mortífera, se restituyó por entónces á la salud y fuerzas que habia perdido, y luego á los ministerios de caridad que por su accidente habian cesado. Habiendo el contagio concedido treguas á aquella afligida comarca, y publicada en ella la sanidad, volvió Fr. Iluminado al convento, pero sabiendo poco despues la infeccion que padecia su patria Roan, y reconociéndose obligado á socorrer aquella urgente necesidad, por el impulso de la misma naturaleza, segunda vez se sacrificó á la asistencia espiritual y corporal de los nuevamente acometidos del contagio, y segunda vez asaltado de la misma mortífera dolencia, se vió pronto en el caso de recibir los sacramentos con grande devocion y ternura, y desde el convento de Roan subió á obtener la corona que le habia fabricado su inimitable caridad.—A. L.

ROAN (Fr. Serafin de), religioso capuchino. A ningun sugeto convenia este gran nombre como á este virtuoso varon que tuvo á Roan por patria, y por oficio la predicacion del santo Evangelio, que ejercitó con caridad y celo seráfico. Fué persona muy instruida en las ciencias, pero sobre todo sobresaliente políglota, pues era profundo su conocimiento en las lenguas latina, griega, hebrea y siriaca, hablando en todas ellas con elocuencia y facilidad, y tan correctamente como en la suya propia. Aunque el profundo conocimiento de las facultades que habia adquirido su vasta y singular inteligencia, revestia su ánimo y entendimiento de tantas y tan diferentes especies, dejándole ménos apto al recogimiento interior, sin embargo, desde la media noche se dedicaba á la oracion tanto vocal como mental, solicitando de Dios, fuente inagotable de todas las ciencias, copiosos cáuces de celestial sabiduría. Todos los hombres desean saber, por inclinacion natural, y así unas noticias excitan el deseo de saber otras; los ojos nunca se satisfacen por más que vean, ni los entendimientos por más que sepan; pero el saber de este gran varon fué más práctico que especulativo, porque supo arreglar su vida, de suerte que quedase teatro de solas aquellas operaciones que mejor correspondiesen á la razon, y se acercasen más á la perfeccion evangélica. En el coro de sus virtudes tuvo el primer lugar su piedad y gran amor á Dios, porque además de la oracion, en la que era tan frecuente, fué tan inclinado al santísimo sacrificio de la Misa, que en el mayor rigor del invierno dejaba las sandalias y el manto, y ministraba á los sacerdotes, posponiendo á este empleo los que siendo lector de teología y guardian pudieran ocuparle. Observaba el dictámen del seráfico Doctor San Buenaventura, que decia se hallaba mejor enseñado asistiendo á los sa-

grados misterios, que revolviendo libros; por lo cual era seráfica la doctrina de este esclarecido varon, y en el púlpito sus palabras parecian centellas de divino amor, con que encendia los ánimos de los que con el mayor placer le escuchaban. Este afecto de caridad le ponia como insensible á la accion de los rigores del invierno, en los cuales no aplicaba otro abrigo á su debilitado cuerpo que el de un viejo y sencillo hábito, si bien suficiente á remediar su desnudez, incapaz de impedir los rigores de la fria estacion. Aborrecia todos los halagos de la gula, y contento con un poco de pan y alguna corta cantidad de legumbres, se abstenia de todo otro género de alimento. Cuando era prelado, no permitia se le pusiese en el refectorio, sino los pedazos ó sobras del pan que quedaban de las antecedentes mesas, y de este modo lograba todas las ocasiones de ejercitar su austeridad y humillacion, pretextándolas siempre con motivos que impidiesen el paso á la vanagloria, vicio que asedia las más virtuosas operaciones. Dos años ántes de su muerte fué al convento de Lisieux, que era entónces casa de noviciado, y aunque el fervor de los principiantes de la vida espiritual casi siempre es sobresaliente, sin embargo, este viejo soldado excedia á todos en la palestra de las virtudes, y por esto era generalmente venerado como verdadera imágen de la evangélica perfeccion. Comia muchas veces en tierra, como los jóvenes acostumbran, ó por mejor decir, no comia, permitiendo solo á su preciso sustento un poco de pan, que con agua iba suavizando. Su continua oracion le tenia en el coro vigilante casi toda la noche, cuyo constante ejemplo le hacia aparecer jurado enemigo del sueño; castigaba, en fin, su mortificado y ayuno cuerpo con las más severas penalidades, y al paso que caminaba á mayor edad, se iban aumentando las riquezas que el cielo reunia para los esmaltes de su corona. Fué indecible su celo por propagar la fe, objeto predilecto que ocupó siempre su corazon. Admiraba su talento y sabiduría á los mismos émulos de nuestra católica fe; entre los cuales muchos de ellos, viendo refutados sus falsos dogmas, y desvanecidas las tinieblas de sus errores que habian bebido en las fuentes de sus falsos ministros; por la celestial sabiduría del varon santo, se reducian al gremio de la Iglesia romana, y los ministros mismos, no hallando modo de satisfacer á los argumentos con que los cerraba y ceñia Fr. Serafin, se le confesaban vencidos y derrotados, y detestaban el antiguo error de su nociva credulidad. Permaneciendo en el mismo convento de Lisieux, su gran fama movió á muchos de los príncipes herejes de los que habitaban en Cahors, á desear oirle en pública disputa con un predicador suyo, que estaba reputado por el más docto. No faltó quien se lo noticiase al siervo de Dios, y áun quien le instase á que fuese en busca de los herejes, para que aquellos que empezaban á titubear y á tener su secta por sospechosa, hallasen eficaz

y plausible motivo de restituirse á la verdadera. Fr. Serafin siguió este dictámen tan conforme á su voluntad, y apénas supieron su llegada á Cahors las cabezas de sus sectarios, cuando avisaron á su eminente predicante para que se hallase preparado y dispuesto al combate, á que le llamaba aquella ocasion oportuna. Llegó el dia que se habia determinado, y franqueadas las puertas del teatro en que se habia de verificar la disputa; entró en él el ministro hereje, llevando una biblia en idioma hebreo. Empezó á hojearla el siervo de Dios, y reconoció que la faltaban algunos trozos, y que estaba diminuta y truncada toda la série de los profetas. Observó el hereje la atencion de Fr. Serafin, y juzgando, lleno de vanagloria, que su competidor se hallaba ignorante y ajeno de entender la lengua sagrada, no sin un profundo desden le dijo: «¿Qué tiénes tú que ver, buen varon, con este volúmen, á cuya inteligencia no puede llegar tu capacidad?» El Capuchino, sonriéndose, le respondió: «Poco me importa el desprecio que de mí haces; lo indispensable para la presente disputa es que se traiga otra Biblia, porque la que has puesto á mis ojos, es por lo diminuta desproporcionada para resolver las dificultades que se ofrecieren.» Conoció el ministro por esta instancia que Fr. Serafin estaba instruido en la lengua hebrea, y sospechando su erudicion, empezó á rezelar que el lance le habia de dejar desairado. Con todo, se hizo superior al temor, y valiéndose de pomposas cláusulas y aparentes razones, procuró sostener y fortalecer las principales máximas de su secta, y quitar á los que por tanto tiempo la habian seguido y se hallaban presentes todas las dudas que sospechaba su inquieto y vigilante ánimo. Fr. Serafin le escuchó con gran sosiego y modestia, y habiendo reducido á breve compendio todo lo que abrazaba la prolija declamacion del ministro, le fué satisfaciendo con textos expresos de la Escritura y fundamentos tan eficaces de la razon y la autoridad de los Santos Padres, que todos se persuadieron ser bastarda y nociva la fe de los herejes, y avergonzado su ministro, hubo de reducirse á una torpe é inmediata fuga. De esta pública controversia se consiguió que aquellos principales sugetos por cuya atencion Fr. Serafin admitió la disputa con el hereje, habiendo conocido los verdaderos dogmas de la santa Romana Iglesia, y hecho profesion voluntaria de ellos, abjuraron sus antiguos errores y se apartaron de la herejía, sin que pudiese retardarles esta gloriosa resolucion la voz del engañado pueblo, que clamaba contra los recien convertidos, oponiéndoles que habian desamparado la milicia de Cristo por seguir las banderas de Satanás. Nada aprovechó, sin embargo el infiel alarido, ántes la reduccion de unos, fué causa ejemplar que influyó para que otros de los más principales se agregasen á nuestra católica religion, triunfando un solo capuchino, tenido por indocto, de todo el soberbio fausto de la herejía. Siempre que llegaban á sus manos las armas ó el

nombre del sumo Pontífice, aplicaba en la estampa los reverentes labios, comprobando con esta rendida y obsequiosa demostracion cuán hondas raíces habia echado la fe en su afecto. Y á la verdad correspondia con estas acciones á la ley de católico, conociendo y respetando en el Papa á Cristo, principio y fundamento de nuestra fe, cuyas verdades defendia, primero con la integridad de la vida, y despues con la eficacia de la doctrina. Despues de la ilustre victoria que alcanzó en Cahors del ministro protestante, restituyéndose al convento de Lisieux, donde moraba de asiento, se vió invadido de una fiebre maligna, cuyos ejecutivos y alarmantes accidentes le anunciaron muy luego que se aproximaba el último dia de su existencia mortal. Y habiéndose prevenido para aquel trance con los santos sacramentos de la Iglesia, que recibió con su acostumbrada devocion y compostura, salió pacíficamente de la patria de los mortales. La gran fama que granjeó con sus señaladas virtudes y vida ejemplar, hizo que rápidamente se extendiese la noticia de su fallecimiento, concurriendo gran número de sus admiradores á reverenciar su cadáver, cuyo hábito procuraban distribuirse en pequeñas partes, considerándolas como reliquias de gran precio, y que constantemente conservaron con piadosa fe en los merecimientos del esclarecido varon. Murió hácia el año de 1625.—A. L.

ROAN (Fr. Silvestre de), religioso de la órden de Menores Capuchinos é insigne predicador. Fué de ilustre linaje, y con su esmerada educacion y sobresalientes prendas y virtudes, consiguió tal pureza de vida, unida á una grande candidez y de tan buenos pensamientos, que no podia persuadirse hubiese persona alguna que intentase ofender á Dios, ni que otro ánimo pudiese ocupar su afecto, que no tendiese á la consecucion de los goces celestiales. Su constante vida ejemplar, y su solícita y fervorosa predicacion, le granjearon el mayor afecto entre todos los religiosos sus hermanos, y mucho nombre entre los seglares, que admiraban sus dotes oratorias y el espíritu del Señor de que estaba poseído. Habiendo predicado en la iglesia catedral de Orange la solemnidad de la Epifanía, se reconoció atacado de una mortal dolencia, y en el último período de su agonía, despues de haber dado á conocer interior y gravísima turbacion, prorumpió en estas palabras: *Vi y vencí*, quedando en perfecta tranquilidad. Conseguida esta feliz victoria, y recibidos los sacramentos de la Iglesia, levantó los ojos al cielo, diciendo muchas veces: *ruega por nosotros*, y en seguida abandonó la vida mortal. Divulgada en la ciudad su muerte, concurrió numeroso pueblo á sus exequias como tambien á la piadosa pretension de alguna reliquia, que hubiese tocado al cadáver, que veneraban como varon santo y digno de los más religiosos cultos. — A. L.

ROAN (Fr. Simon de), sacerdote religioso capuchino. Fué varon dotado

de singulares prendas; pero todo de una caridad sublime. Siempre habia vivido en la Orden muy ejemplarmente y conforme á las obligaciones que habia contraido. Sumamente observante y muy obediente, era modelo de todas las virtudes. Asolando en aquel tiempo una gran peste toda la comarca de Cahors, tuvo el noviciado de la caridad con los prójimos en todo aquel campo y territorio. Era tal la mortandad, que se descubrian á montones los cadáveres por plazas y calles. Hallábanse los vecindarios en el estado más digno de compasion, porque muertos los párrocos, apénas se hallaba quien cuidase de la salud tanto espiritual como corporal de los que sucumbian sin administracion de sacramentos. A vista de este desamparo, se encendió Fray Simon de afectos generosos de caridad, y tomando por compañero á Fr. Iluminado de Roan, tambien sacerdote y poseido del mismo celo, pedida licencia al obispo de Bayeux, en cuya diócesis está Cahors, partió luego á su campo y empezó á administrar á los enfermos los sacramentos de la penitencia, eucaristía y extremauncion. Y lo que manifiesta no poco la caridad y deseo de padecer de estos dos fervorosísimos operarios, es, que no teniendo casa á propósito en que hospedarse, pasaban las más noches sin más abrigo que el de un descubierto páramo. Fabricada despues una pobre choza, salian desde ella á asistir á los contagiados segun lo que exigia la espiritual y corporal penuria en que se encontraba cada uno. Luego que el contagio tuvo fin en el distrito mencionado, Fr. Simon partió á Roan, que como poblacion más numerosa, empezó á padecer la misma calamidad, con mayor necesidad de ministros que la aliviasen. Al paso que la peste se extendia, se aumentaba en el corazon del varon piadoso la llama del amor divino. Era Roan un espectáculo de desdichas, porque los que huyendo de la vecina muerte, desamparaban sus casas, las dejaban expuestas á las culpables manos de los ladrones, que cebaban en lo más precioso su insaciable y torpe codicia. Los que entraban á purificar y desinfestar las habitaciones con mirra, incienso y otros aromas proporcionados, las despojaban al mismo tiempo de lo más estimable, sin que el horror de los cadáveres pudiese impedir la repeticion de los hurtos. Deseando, pues, Fr. Simon acudir á unos y otros motivos de desconsuelo, aunque cuidaba más de administrar los sacramentos á los que morian, atendia tambien á defender los bienes de los que quedaban, y así en los quince meses de esta vigilante solicitud, sirviendo con ella en cuanto podia á los enfermos y á los sanos, dejó toda aquella república obligada á su devocion. Por este dilatado campo y ejercicio de buenas obras, corrió Fr. Simon con felicidad, dando en todo el tiempo que queda referido innumerables almas al cielo, mediante el incansable cuidado con que procuró que ninguno de los apestados saliese de esta vida sin el auxilio de los santos sacramentos. Por aquel tiempo tuvo que

asistir hasta sus últimos momentos al santo Fr. Nicolás de Cahors, víctima de la mortífera infeccion. Fr. Simon no podia contener las lágrimas, ni la santa envidia á la feliz suerte del que moria. Le administró con la mayor ternura el santo viático, y el sagrado amor en que Fr. Nicolás ardia le comunicó á Fr. Simon con vehemencia tan singular, que le sacó fuera de sí, y mirando con horror la vida mortal, expuesta siempre á peligros para el alma, y á miserias y trabajos del cuerpo, deseaba salir de aquellos y de estos con el dichoso fin que consideraba en aquel gran varon de Dios y compañero suyo. Le abrazaba deshecho en lágrimas y le decia: «Oh Padre amantísimo mio, y fiel consorte de mis fatigas, vete en paz: camina al eterno descanso, pues has llegado con tan grande felicidad al fin de los trabajos y de la vida, entre tanto yo quedo aqui dudoso de si Dios me concederá esta misma gracia. Pídote, Padre mio, que luego que te veas en la eterna mansion del cielo, pidas á la Divina Majestad que me saque cuanto ántes de este viciado mundo, y pueda seguir tus pisadas; porque rezelo quedar vivo en este universal contagio y perder la ocasion de morir por la caridad que siempre he deseado, y ahora poseo, aunque indigno de ella.» Fr. Nicolás volvió á despedirse de su afectuoso compañero, y casi en los últimos momentos le dijo: «Si por su infinita misericordia, fuere el Señor servido de que yo le llegue á gozar, te prometo pedir la satisfaccion y cumplimiento de tus deseos, y espero en su bondad que brevemente has de participar de mi misma gloria.» Con tan importante y feliz promesa llenó á Fr. Simon de un gozo inefable; administró á Fr. Nicolás el último sacramento y espiró. En seguida Fr. Simon partió al convento, y llamando al guardian, bañado en copioso llanto de dolor á la vez que de alegria, le dijo: «Sensible pérdida ha experimentado hoy nuestra religion, porque ha muerto Fr. Nicolás, que con su ejemplo y fervorosas exhortaciones supo encender y avivar en muchos el apagado ardor de la caridad. Mayor dolor sin duda hubiera ocasionado en mí la muerte de este varon insigne, si no me hubiera prometido pedir á Dios en el cielo, sea yo participante de aquella gloriosa corona concedida á los que dedican su vida á la asistencia espiritual ó temporal de los apestados. Una cosa me aflige y desconsuela, y es la perfecta salud con que me hallo despues de quince meses gastados en estos oficios de caridad, y como son los juicios de Dios tan ocultos, y yo tan indigno, temo ser privado de esta tan deseada gracia y dichoso fin.» El guardian lloró la muerte de Fr. Nicolás, y empezó á sentir tambien la que rezelaba cercana de Fr. Simon, religioso tan insigne en piedad; y habiendo oido sus temores, le consoló con estas palabras: «Ten buen ánimo, hijo, pues tienes tan fiel compañero en el cielo, que podrá conseguirte lo que con tantas ánsias pretendes. No querrá Dios que queden sin competente premio las grandes fatigas en que te ha

empeñado la caridad, ni te privará de la gracia concedida á tu fervoroso consorte.» Despues de estas blandas palabras, con que el prelado aseguró los rezelos de Fr. Simon, le invadió de improviso el comun contagio, y reconociéndose herido de la epidemia, exclamó el siervo de Dios: «¡Oh cómo mi compañero Fr. Nicolás se ha acordado de mis deseos, porque ya siento en mí indicios de mi cercana muerte! Pero ántes que me reduzca al lecho donde la tengo de esperar, quiero ir á disponer que se dé sepultura al cadáver, que aún no la tiene.» Fué esta seguramente verdadera hermandad á que ni la muerte se atrevió; pues casi con un mismo golpe de su segur segó ambas vidas, haciendo consortes de una misma felidad á los que juntos habia engendrado, no la viciosa naturaleza, sino la copiosa gracia de Cristo, y la igualdad y semejanza en el ministerio. Fr. Simon habiendo interpuesto sus oraciones para lograr su fin deseado, y recibidos los santos sacramentos con suma devocion y piedad, murió lleno de espiritual alegría, siendo indecible el dolor y llanto de toda la ciudad de Roan, que sintió extraordinariamente su falta, juzgando casi por imposible hallar otro sugeto que, como Fr. Simon, se dedicase al servicio y conveniencias del bien comun. Todos convinieron en que la precipitada muerte de este varon insigne era evidente demostracion de los méritos de Fr. Nicolás, que con tanta eficacia cumplió lo que habia prometido, y así la muerte no esperada del uno de estos dos ejemplarísimos compañeros, dejó cierta la eterna vida que ya estaba gozando el otro. Ambos siervos de Dios murieron en el año de 1623.—A. L.

ROBADO DE BRESCIA (Fr. Pablo), dominico italiano, natural probablemente de la ciudad que indica su apellido, donde tomo el hábito y profesó, siguiendo sus estudios hasta la terminacion de su carrera. Fué destinado despues á otras poblaciones de Italia, en las que se consagró por un largo período al ejercicio de la predicacion consiguiendo grande fruto en el aprovechamiento de las almas. Sus ejemplos y costumbres influyeron en gran manera en estos resultados, pues nadie podia acercarse á él sin admirar su sencillez y su candor, su celo por la salvacion de las almas, su desinterés y demás cualidades evangélicas. Así grandes y pequeños le rodeaban en todas partes, acudiendo á sus consejos para reformar su vida y mejorar en las circunstancias más difíciles y penosas. Beneficio grande que puede dispensar el catolicismo y que está negado á las demás religiones, pues el confesor, además de un buen consejero, es un fiel amigo, un guia seguro para conducirnos por el camino de la vida. Todas las personas que nos rodean se hallan ligadas á nosotros por afecciones ó intereses que no siempre estan en armonía con los nuestros. De aquí esa lucha, esa continua marea que nos acomete sin cesar, de que no podemos vernos desenvueltos y en que siempre queda vencido el

más débil ó el ménos astuto. Acudir en busca de un buen consejo, de un auxilio positivo á aquellos mismos cuyos intereses se hallan opuestos á los nuestros, sería tan ridículo como peligroso; y utilizar á unos contra otros, aunque más político, no es siempre posible y equivale á crearse una série de dificultades de que dado que saliesémos bien, no nos veriamos libres en toda nuestra existencia, además de que el menor descuido, la más pequeña debilidad ocasionaria nuestra ruina, nuestra vuelta á una situacion mucho peor de la que acabábamos de salir. ¿A quién, pues, dirigirnos en estos casos mejor que á un director espiritual, persona extraña á nuestros intereses, contraria á nuestras pasiones y obligada á someterlas á cierta norma para dirigirnos por el camino de la virtud, único que puede proporcionarnos la tranquilidad y sosiego, única felicidad posible en esta vida? ¿Qué medio más á propósito para elegir un prudente y atinado confesor que haberle oido hablar en público, conocer sus ideas y sentimientos y hasta el grado de su ilustracion y saber? Hé aquí la causa de la popularidad que obtuvo el P. Robado de Brescia, popularidad que conseguida como orador, la perfeccionó con el confesonario y mejoró hasta cierto punto con sus obras literarias, aunque de él solo nos es conocida una traduccion del latin al italiano, á que puso por título: *Combate del alma.*—S. B.

ROBALDO DE ALBIGANIA (Beato). Fué natural de Milan, y no hay antecedentes algunos de sus padres, ni de sus primeros años, educacion y demás. Estando en Bolonia el gran patriarca Sto. Domingo emprendió la fundacion de su esclarecida Orden, estudiaba allí Robaldo, y se propuso examinar el recien formado instituto. No era su mira el abrazarle, pero como Dios dispone las cosas de suerte que tal vez cuándo ménos se piensan vienen á dar los resultados que se esperaban ménos, esto sucedió á nuestro jóven: animado del Espíritu de Dios y llevado de una fuerza irresistible, pidió á Sto. Domingo mismo el hábito de su Orden, y de sus manos lo recibió. Aun ántes de haber recibido esta tan saludable investidura, era en él como naturaleza un odio implacable al mal y á sus seguidores, por lo cual, como los herejes eran seguidores del error, eran sus implacables enemigos, y se entiende que esta enemistad no era personal sino como sectarios, pues toda su complacencia era hacerlos conocer su extravío, y tratarlos luego con la posible benignidad en cuanto habian dado pruebas de querer entrar por el verdadero carril, que conduce á la única felicidad posible en este vallé de miserias. Grandísimo era siempre su celo por la gloria y amor de Dios, y este le obligó á suplicar á sus superiores la necesaria y conveniente licencia para pasar á Milan, y allí fundar una casa convento, donde pudiesen lograr los abundantes frutos que sin duda darian allí como en todas partes los hijos de Sto. Domingo, que parecia estar destinados á propagar por el mundo la luz de

la fe mediante la práctica de las buenas obras, que como nos ha dicho la verdad infalible de Cristo Señor nuestro, por medio del apóstol, son como la vida de esta misma fe, pues que sin obras es enteramente muerta. La fundacion del convento de Dominicos de S. Esturgio, que es la que hizo nuestro Robaldo, puede considerarse como un verdadero acontecimiento para Milan, porque sin duda alguna, la rigidez y observancia, tanto del fundador como de los primeros religiosos que allí vivieron, atrajeron hácia ellos de tal manera las voluntades de todos, que puede decirse sin temor de exagerar, que nuestro Robaldo disponia como si no fueran más de uno, de todos los espíritus de aquella comarca, pues todos sin excepcion alguna veian en él al hombre de Dios, y por consiguiente, en tal concepto aceptaban sus indicaciones, seguian sus consejos y obraban en todo y por todo conforme á su dictámen; con lo cual lograban, como no podia ménos de suceder, el ser buenos, porque el dictámen, inclinaciones y deseo de nuestro buen Robaldo ni tenia ni podia tener otro fin, toda vez que sus acciones, hasta las más insignificantes, iban animadas del celo por la gloria de Dios. Verdad es que el Señor, que se complacia mucho en las obras meritorias de su querido siervo, le habia dado don especial para ciertas y ciertas cosas. Efectivamente, en el componer diferencias y arreglar discordias era tan acertado, le favorecia el Señor con luz tan extraordinaria, que no se puede ménos de aplicar á milagro muchos de los favorables resultados que obtuvo; y no se crea que el Señor le premiaba sin trabajo, no; le hacia merecer este mismo premio por el sufrimiento; pero ya se ve, como él estaba siempre al pie de la cruz de su amado, todas estas cosas que sufria le eran sensibles, eso sí, pero las unia á esa misma cruz, y no hay duda, la cruz de Cristo léjos de acibarar endulza; no endulza, es verdad, segun la carne, pero lo que es segun el espíritu, contiene una dulzura que mayor no es posible ni áun imaginarla. Tenia don especial de curaciones, con el cual el Señor le favorecia para acreditar á los demás cuán aceptables le eran los ruegos y súplicas de su amado siervo; y tanto en el ejercicio de este don, cuanto en el de las demás virtudes y dones extraordinarios con que el Señor le dotára, mostró siempre tal ilustracion del cielo, que esta sola ilustracion divina, á falta de otras, hubiera sido prueba de su heróica virtud. Entre los muchos rasgos que en demostracion de esta verdad podríamos citar en su preciosa vida, solo lo haremos de uno con cuya relacion se acredita este aserto hasta la evidencia. Los herejes es sabido que se burlan grandemente de los milagros que hacen los siervos de Dios, y como en tiempo del P. Robaldo abundaban tanto los albigenses, estos no querian confesar en los grandes portentos obrados por los siervos de Cristo, la gloria de aquel en cuyo nombre se obraban, y hubieran querido desacreditar estos mismos portentos

poniéndolos en evidencia como una cosa fingida, inverosímil, falsa. Uno de estos desdichados dijo: «Si yo voy á Robaldo fingiéndome enfermo; le pido que me cure, y logro de él que diga sobre mí cualquier cosa, yo me haré el curado, y de este falso milagro sacaremos partido contra el que los hace.» Efectivamente, con tan depravada intencion se presentó al siervo de Dios; le dijo que padecia calenturas, que entónces mismo sufria mucho, y que le hiciera la señal de la cruz para verse libre de aquel trabajo; el Beato le hizo en efecto la señal de la cruz, pero no como quiera de un modo absoluto, sino pidiendo á Dios su curacion si estaba enfermo, su enfermedad si estaba sano, y el resultado fué que el engañado quedó el hereje, y el Beato demostró más y más su virtud. Por supuesto que aquel ensayo fué provechosísimo para el hereje; porque el Beato rogó por él, y obtuvo no solo la curacion de su dolencia, aunque fingida, sino la ilustracion de su entendimiento, trayéndole á verdadero conocimiento, y como era consiguiente, á la detestacion de su error y abrazar el catolicismo con toda sinceridad. Este y mil otros triunfos logró nuestro buen Robaldo por su constancia en el ejercicio de la caridad á que Dios le llamaba, por su fidelidad en corresponder á las gracias, favores y dignaciones del Señor. Obrando, pues, en perfecta conformidad con los preceptos y consejos evangélicos, pasó este buen religioso su vida; hasta que acercándose el instante en que Dios le queria llamar al logro del premio de sus buenas obras; la enfermedad se presentó como la ejecutora de los divinos beneplácitos en la persona de Fr. Robaldo, pero para que testificára en todo y por todo cuán agradable habia sido al Señor toda su vida, quiso que en su penosa enfermedad mostrára más y más las virtudes de que vivió adornado. Efectivamente, como un verdadero siervo de Dios sufrió hasta que la muerte le hizo ceñir la auréola de la inmortalidad. Sus hermanos, como todo el pueblo y el clero, comenzaron á manifestar lo heróico de sus virtudes; se publicaron ya sin reparo alguno sus milagros, y parecia más difícil encontrar una familia á quien no hubiese hecho algun bien, que el contar los muchos que de él recibieron todos, y eso que esto era bastante difícil. Se probaron canónicamente sus milagros y virtudes, y la Iglesia incluyó al P. Robaldo de Albigania en el catálogo de los beatos, habiendo asignado á la celebracion de su fiesta el dia 25 de Octubre de cada año, por ser el en que la tradicion de los Dominicos consigna su preciosa muerte. —G. R.

ROBBE (Santiago). Dice Mr. Tabaraud que fué sacerdote de la diócesis de Amiens, doctor y profesor en teología de la casa y sociedad de Sorbona, y primer maestro del colegio Mazarino, en cuyo destino murió el año 1742, á los sesenta y cuatro años de edad. Se conocen de este ilustrado sacerdote las obras siguientes: *Tractatus de mysterio Verbi incarnati*; París, 1762,

en 8.°— *De augustissimo Eucharistiæ Sacramento*; Neufchatel, 1772, en 8.°— *De Gratia Dei*; 1780 y 81, dos volúmenes. — *Disertacion* sobre la manera como debe pronunciarse el cánon y algunas otras partes de la Misa; se examina lo que debe entenderse por el *Submissa voce*, en este lugar del concilio de Trento, *pia mater Ecclesia*, etc. El objeto de esta curiosísima disertacion, impresa en Neufchatel en 12.°, en 1770, es probar que el rito de la pronunciacion secreta del cánon y de algunos otros puntos de la Misa, ha sido universalmente ejecutado, y continúa observándose en la iglesia griega y en la latina desde los primeros siglos hasta nuestros dias, y que un sacerdote no puede, sin pecar, pronunciar en alta voz las partes de la Misa en que prescribió el Concilio una pronunciacion secreta. Las obras de Robbe han sido impresas despues de su muerte por los cuidados de M. Lebel y sus sobrinos, de los que el uno fué doctor en teología de la casa de Sorbona y canónigo de Santa Oportuna; y antiguo rector el otro de la universidad, el cual murió el dia 19 de Octubre de 1780, á los sesenta y tres años de edad. — A. C.

ROBECK (Juan). Nació en Calmar, en Suecia, en 1672. Educado en la religion reformada, se convirtió en 1704. Entró en la Compañía de Jesus en Westfalia, y residió mucho tiempo en Kinteln. Predispuesto á la melancolía y enteramente preocupado con la nada de las cosas del mundo, llegó á aborrecer la vida, y se dió la muerte arrojándose al Wesser, en Brema, 1739. Antes de morir, escribió una apología del suicidio, titulada: *Exertitatio philosophica de morte voluntaria.* — M.

ROBELOT (Dionisio). Nació este eclesiástico, hijo de un procurador de Dijon, en esta ciudad el dia 23 de Mayo de 1763. Su padre, que contaba entre sus clientes la familia poderosa de Vogné, le consiguió del obispo de este nombre un canonicato en la santa iglesia de Dijon; pero como á los pocos años de ser canónigo estallase la revolucion en Francia, Robelot se negó á prestar el juramento que se exigió á los sacerdotes por la Constitucion civil impuesta al clero, y tuvo que desterrarse de Dijon para no caer en manos de sus enemigos. Refugiándose en Wesfalia, pasó allí muchos años escribiendo, y volviendo á Francia en tiempo del consulado de Napoleon el *Grande*, dió algunas lecciones particulares hasta su muerte, ocurrida en San Dizier el dia 2 de Febrero de 1825. Reconócese á este sacerdote como autor de dos obras. La primera y la más importante tiene por título: *De l'influence de la réformation de Luthero sur la croyance religieuse, la politique et le progrés des lumières;* Lyon, Rusand, 1822, en 8.° — La otra, se titula: *De l'autorité qui, prevenant les ecarts de l'independance dans la société religieuse civile et domestique, devient le premier de nos intérêts et le plus indispensable des besoins sociaux;* Lyon y París, Rusand, 1824, en 8.° — El ob-

jeto de la primera obra se habia propuesto para premio del Instituto nacional de Francia, premio que ganó Cárlos de Villers, que fué coronado por esta obra en 1803, á pesar de haber tratado el laureado este asunto en favor del protestantismo. Robelot abordó por el contrario la cuestion sobre un punto de vista católico, y como justamente dice su biógrafo Gravelot, dió en esta obra pruebas de lógica, crítica histórica y de grande y profunda erudicion, de suerte que si no alcanzó el premio, no fué tal vez porque su obra no sobrepujase á la de su competidor, sino porque los miembros de la Academia que la juzgaron estarian más en las ideas del protestantismo que en las de la religion católica que defendia este buen sacerdote, que no quiso mancharse con el impolítico é impío juramento que la revolucion francesa obligó á hacer á los eclesiásticos franceses, queriendo sancionar con autoridad del clero sus sacrílegos actos, lo que no consiguió, pues que se la rebelaron todos aquellos ministros del Señor, que profesaban al pie de la letra el Evangelio, los que prefirieron el martirio, la persecucion ó el ostracismo, ántes que claudicar de sus buenas y sólidas costumbres. — A. C.

ROBEREDO (Fr. Miguel de), religioso lego capuchino. Este cándido y virtuoso varon, sirvió el oficio de limosnero todo el período de su religiosa vida, ocupacion que es causa de distraccion á muchos, y por consiguiente pesado y molesto á los que en ella se emplean, padeciendo dificultades para hallar á Dios, mediante el ejercicio de la oracion, que apénas puede hacerse con quietud y tranquilidad, ofreciéndose, miéntras se ejercita, varios é importunos cuidados, acerca de aquellas cosas que son precisas para el sustento y consuelo de los religiosos. Sin embargo, no perjudicó á Fr. Miguel esta cotidiana solicitud, porque fijó siempre su ánimo en la contemplacion celestial; así era, que aunque comunicaba y conversaba con los seglares frecuentemente, nada participaba de sus abusos, ántes bien se hacia más notoria y continua la fragancia y ejemplo de sus virtudes. Infundia respeto á los que le miraban, con la modestia de su semblante y la honestidad de su trato, considerándole como depósito de las especiales gracias con que enriquece Dios á sus protegidos. Penetraba los corazones, y con sobrenatural conocimiento descubrió muchos ocultos accidentes, pudiendo ocurrir oportunamente á diferentes tribulaciones, en que algunas veces se encontraban sus devotos. Viviendo en el monasterio de Trento encontró á Juan Sardaña, abogado en aquella ciudad, que padecia una vehemente pasion de ánimo, dominándole profunda tristeza. Le asió de la mano el siervo de Dios, y retirándole aparte, le dijo: «Depon el consejo que has abrazado, aparta de ti sin dilacion esos pensamientos, y ten la seguridad de que ha de ayudarte el Señor deshaciendo el nublado que hasta aquí ha oscurecido tu entendimiento.» Conociendo el letrado la claridad con que Fr. Miguel habia pene-

trado en su corazon, siguió la instruccion que le dió, determinado á regular por ella su vida, durante la cual veneró como profeta al varon insigne, siendo predicador perpétuo de sus virtudes. Tratándose de edificar un monasterio de la Orden en la ciudad de Tervisio, y reconociéndose era poco capaz el sitio con arreglo á la planta que se habia trazado y propuesto, algunos ciudadanos devotos se empeñaron con una señora para que vendiese una casilla próxima al espacio señalado para la fábrica. Pero se negó, manifestando lo mucho que apreciaba aquella finca, y que únicamente accederia á deshacerse de ella dándola doblada cantidad de lo que valia. No hubo medio de hacerla desistir de aquella injusta resolucion, por lo que cediendo á su exigencia los que habian procurado el ajuste, hubieron de medir el precio al arbitrio de la poseedora. Moraba allí entónces Fr. Miguel con el oficio de limosnero, y hecho cargo de la avaricia de aquella señora, la anunció que el dinero que habia llevado cederia en no poco perjuicio suyo, si no se determinaba á restituirle, diciéndola con la mayor compostura y moderacion: «Señora, torpe error habeis cometido juzgando haber quedado gananciosa en este convenio; porque os hago saber, que en castigo de vuestra codicia ha de disponer el Señor que consumais toda la hacienda en satisfacer á médicos y medicinas, de que en breve os vereis necesitada.» Pero como el detestable apetito del oro no admite saludables consejos, no hizo esta matrona aprecio alguno de la amenaza de Fr. Miguel; ántes teniéndola por delirio, se sostuvo en su ánimo el retener aquella cantidad mal llevada; mas tampoco vino con lento paso el azote, no sobre ella, pero sí invadiendo á un hijo suyo una peligrosa y larga dolencia, para cuya curacion y remedios, que fueron muy costosos y repetidos, se vió obligada á vender otra casa que poseia y á gastar del todo su hacienda, llegando á verse en extrema necesidad, sin que persona alguna se compadeciese de su situacion, conociendo que su avaricia, que pudo y debió corregir, habia sido el motivo de su desgracia. Continuando Fr. Miguel el oficio de limosnero en la ciudad de Pádua, se desarrolló un mortífero contagio, y contrajo su mortal veneno. Porque aunque puso especial cuidado de no entrar sino en aquellas casas que conservaban la sanidad, interesado y atento á no inficionar la peste en su propio convento, se frustró su cautela y prevision. Mas reconociéndose mortalmente herido el siervo de Dios de la asoladora peste, se retiró á un rincon del monasterio en seguida, el más apartado del paso y comercio de los religiosos, con el humanísimo fin de no comunicarles su dolencia; pero no valió su reserva, porque todos los religiosos le asistieron con el mayor celo en todo lo que pertenecia al espiritual y corporal alivio, del que veian irremediablemente caminar á la eternidad. Fr. Miguel, con especiales súplicas, rogó fervorosamente á su Divina Majestad que tuviese á bien el que ninguno

de los religiosos de la familia, participase de aquel riguroso accidente. El Señor accedió á su vehemente deseo, y consiguió lo que habia pedido; pues siendo muchos los religiosos, y no habiéndose recatado ninguno de asistir al siervo de Dios por todo el tiempo que le permitió de vida la enfermedad, quedaron todos en posesion de la más constante salud. — A. L.

ROBERJOT (Claudio). Nació este sacerdote en Macon en 1753. Antes de la revolucion fué cura párroco de Macon, en donde mereció mucha consideracion por su carácter benéfico y por su instruccion. Como buen pastor vivia tranquilo y feliz en medio de su rebaño; pero sobrevino el desórden revolucionario, y seducido por las ideas que se propalaron, no tuvo la fortuna de poder sujetar las pasiones que se sobreexcitaron en él avasallando á la razon, y se casó. Esta union proscripta por la Iglesia á los ministros del santuario, le separó de los eclesiásticos fieles á sus juramentos, y afiliado á un partido faccioso, fué obligado á seguirle y áun á ser algunas veces cómplice. Sin embargo de esto, es preciso decir en honor á la verdad, que si Roberjot fué culpable de graves errores, no puede achacársele ninguna participacion en los grandes crímenes que han manchado en Francia la historia en los últimos años del siglo XVIII. En la formacion de las nuevas autoridades administrativas, Roberjot fué nombrado presidente del departamento del Saona y Loira, y despues diputado suplente en la Convencion; pero no llegó á ser convencional titular hasta despues del proceso de Luis XVI y de la revolucion del 31 de Mayo de 1793, pues que fué el sucesor de Carra, que pereció á consecuencia de esta última revuelta. Puede decirse que Roberjot no habló en la Convencion hasta despues de los grandes acontecimientos del 9 de Termidor, en Octubre de 1794, en cuya época denunció las dilapidaciones de los proveedores de armas, que se enriquecian á costa de la miseria de los soldados, cuyos heróicos hechos y valentia celebró al propio tiempo. Este discurso le valió ser nombrado comisario civil, representante del pueblo en el ejército de Pichegru. Llegado que hubo á este destino, sus primeros despachos á la Convencion fueron noticiando la entrada en Holanda del ejército francés, en cuya ocasion felicitó á los capitanes de un buque americano y de otro danés, que á pesar de la oferta de una fuerte suma, habian rehusado tomar á su bordo para conducirlos á Inglaterra á los príncipes de Salus y de Hoenlhoe, que fueron arrestados por los franceses. En 25 de Abril hizo parte del voto real ó ficticio de los pueblos situados entre el Meusa y el Rhin para reunirse á la república francesa, dando como prueba de la sinceridad de este voto la excelente acogida que los soldados franceses habian tenido en este país. Por cuantas partes recorrió Roberjot, puso en práctica cuantos medios de conciliacion le sugeria su buen carácter, y que estaban á su disposicion. Fué entusiasta de la idea, é hizo

cuanto pudo por ella, de que la Francia no se deshiciese de la Bélgica, y que avanzase sus fronteras hasta el Rhin. Luego que volvió á Francia, el 2 de Setiembre de 1795, hizo en la Convencion una relacion muy extensa y elocuente sobre los paises conquistados, hablando más particularmente de las provincias belgas, alegando cuantos argumentos pudiesen militar para su independencia ó para su devolucion al Austria, y concluyó alentando los ánimos para que se acordase su incorporacion á Francia. Suspendióse la deliberacion sobre esta proposicion; pero resucitada en el mes de Octubre de mismo año, Merlin de Douai apoyó la opinion de Roberjot con tal energía, que consiguió hacerla triunfar de una oposicion sumamente pronunciada. Elegido Roberjot miembro del Consejo de los Quinientos en 1797, y á fin de Diciembre, fué enviado á Hamburgo en calidad de ministro plenipotenciario cerca de las ciudades anseáticas. En 1799 el departamento del Saona y Loira le nombró diputado al Consejo de los Quinientos, hallándose entónces como uno de los ministros plenipotenciarios franceses en el congreso de Rastadt. Este congreso, que tenia por fin el restablecimiento de la paz, fué tan poco pacífico, que nunca pudieron los plenipotenciarios llegar á entenderse; notas poco meditadas irritaban los ánimos en vez de conciliarlos. Las conferencias se rompieron al fin, y el archiduque Cárlos, que mandaba el ejército austriaco, previno á los enviados franceses en todos los puntos de Alemania, que abandonasen al instante el territorio, cuya órden fué intimada más particularmente á la legacion francesa cerca de la dieta de Ratisbona, y como rehusase obedecer, el archiduque la hizo conducir militarmente como prisionera de guerra hasta los puestos avanzados del ejército francés. Motivó esta resolucion el archiduque en que los franceses, entrando en Suabia, habian quebrantado ó más bien roto el armisticio, estipulado por el tratado de Leoben, y que atacado por un gobierno que despreciaba todos los tratados, no queria dejar á la espalda de su ejército hombres que, bajo la salvaguardia de la inviolabilidad, podian servir de espías á sus enemigos. La ejecucion de esta medida determinó á los ministros del Emperador, que se hallaban en Rastadt, á retirarse inmediatamente por temor de las represalias; pero despues de haber protestado contra la conducta del ejército francés sobre la ribera derecha del Rhin, se retiraron tambien muchos enviados del cuerpo germánico. Quedándose los plenipotenciarios franceses bajo el pretexto de que la ruptura del armisticio con el Emperador no impedia se continuasen las negociaciones con el imperio, el dia 28 de Abril recibieron la siguiente carta: «Ministros: Podeis concebir fácilmente que en los puntos ocupados por las tropas imperiales no puede tolerarse ningun ciudadano francés; y espero me excuseis me vea obligado á manifestaros que dejeis á Rastadt en el término de veinticuatro horas.—Firmado, *Barbaczy*.» Este militar era coronel de un

regimiento de húsares austriacos Szecklers. Los tres plenipotenciarios pusieron muchas dificultades para obedecer esta órden; pero al fin salieron de Rastadt entre nueve y diez de una noche tan oscura, que tuvieron que hacerse preceder por gente del pais con luces para poder atravesar el camino. Apénas habian andado un cuarto de hora, cuando asaltándoles unos sesenta hombres, que vestian el uniforme de los húsares Szeklers, detuvieron el coche en que iban los ministros, y asesinaron á dos, entre ellos á Bonnier y á Roberjot, y á este, segun el despacho que publicó este extraño acontecimiento, en los brazos de su mujer. El tercer ministro, Juan Debry, dice el mismo despacho, fué cubierto de heridas; pero haciéndose el muerto, segun él mismo dijo á su llegada á Paris, le dejaron los asesinos como tal entre sus compañeros ya difuntos. Añade Juan Debry, que viéndose solo se subió á un árbol, en el que el dulce canto de un ruiseñor cercano habia mitigado algun tanto sus dolores. Luego que vino el dia Debry se volvió á Rastadt, en donde se presentó en casa del ministro de Prusia, el conde Goertz, que le recibió de la manera más satisfactoria para él en tan triste situacion. Los sangrientos cuerpos de Bonnier y de Roberjot fueron conducidos á la misma ciudad y enterrados con todas las ceremonias de costumbre, á cuyas honras fúnebres asistieron cuantos ministros se hallaban en Rastadt, los que formando proceso verbal de este asesinato, pidieron que sus autores fuesen buscados y castigados. Azara, el famoso español D. José Nicolás de Azara, primer marqués de Nibbiano, representaba á España como embajador plenipotenciario cerca del Directorio, é invitado por todo el Cuerpo diplomático extranjero que se hallaba entónces en Paris, del que era decano, escribió una enérgica protesta sobre los asesinatos de los plenipotenciarios de Rastadt, protesta que se publica en la historia de la vida de este célebre diplomático y distinguido literato español, escrita y publicada por el que escribe este artículo, cuya protesta basada en el buen derecho de gentes, fué muy aplaudida de cuantos la leyeron, y acogida con aplauso por el Directorio francés y por todos los gobiernos de Europa. El Directorio y los dos Consejos trataron de sacar partido de este hecho para excitar la indignacion de Europa contra el Austria, y lo pusieron todo en movimiento á este fin. Las plazas de Bannier y de Roberjot quedaron vacantes en el Consejo, y por todas partes se clamaba: *¡Venganza, venganza!* Los instigadores de este crimen ni sus autores no han sido jamás conocidos. Roberjot habia publicado en 1794 en el tomo XIV del *Diario de Física* una *Memoria sobre la causa del gusto al barril en los vinos*; y anteriormente, cuando era cura de S. Veran, cerca de Macon, habia publicado otra *Memoria sobre el medio de destruir la oruga en las vides*; la cual puede verse en las *Memorias* de 1787 de la Sociedad de Agricultura de Paris. Se conocen tambien de él un escrito sobre los estableci-

mientos de pobres en Hamburgo, y algunas cartas sobre la cultura y la industria en los Países Bajos, las cuales se pueden ver en el *Conservador de Neufchatel*, segun nos lo dice su biógrafo Beaulieu, á quien hemos seguido principalmente en este artículo.—B. S. C.

ROBER ó RUPERTO Y ALBERTO, segun otros biógrafos. Fué este historiador francés religioso benedictino en el monasterio de Marmontier, cerca de Tours, hasta que fué nombrado en 1095 abad de S. Remigio, en Reims, que era su país natal. Asistió al concilio de Clermont en Auvernia, que reunió el papa Urbano II el 18 de Noviembre del mismo año. Decidióse en él hacer la guerra á los infieles para socorrer á los cristianos oprimidos por los sarracenos, que poseian la Tierra Santa. A pesar de esto, su nombramiento fué rechazado, y fué depuesto de su cargo de abad en el concilio de Reims de 1097, y mandado al priorato de S. Orielo de Senne, á pesar de haber revocado la sentencia el expresado papa, á quien apeló de la decision y sentencia del Concilio. Pasando Robert con los cruzados á Palestina, se encontró en el sitio de Jerusalen. Volviendo á Francia, intentó en vano, apoyado en una favorable decision del concilio de Poitiers, que se celebró el año 1100, volver á sus funciones de abad de S. Remigio, y volvió con el título de prior de S. Orielo, en cuyo monasterio escribió la *Historia de la expedicion de los Cruzados*. Acusado despues de disipar las rentas de su priorato, fué depuesto de esta dignidad por el papa Calixto II en 1121, y murió de simple religioso en Senne el dia 22 de Agosto del mismo año. Fué Robert muy versado en el conocimiento de la santas Escrituras y en las letras humanas, razon por lo que le elogian, así como por la elegancia de su estilo, el papa Gregorio VII, Orderico, Vital, Trithemio y otros escritores eclesiásticos. La *Gallia Christiana* le atribuye las *Acta Conciliorum*. Han quedado de este instruido religioso las obras siguientes: *Lettre à Lambert*, obispo de Arras, que se encuentra en el tomo V, pág. 315 de las *Miscelánea de Baluze;* en cuyo escrito se queja de haber sido depuesto injustamente en el concilio de Reims.—*Historia Hierosolimitana libris octo explicata;* cuyo manuscrito se conservaba antiguamente en la biblioteca del monasterio de S. Remigio de Reims; es la relacion de la primera cruzada, que tuvo por resultado la toma de Jerusalen. Esta obra se imprimió primero en Colonia, en 1470, por Arnoldo, en un volúmen en 4.°, en 126 fojas no numeradas, sin indicacion de fecha ni lugar de impresion. Se reimprimió con el título *De christianorum principum in Syriam profectione;* Basilea, 1533, en fólio. Despues se insertó por Justo Rembert en sus *Scriptores rerum Germanicarum;* Francfort, 1584; y por Beugarit en el tomo I de sus *Gesta Deiper Francos;* Hanau, 1611. Francisco Badelli publicó una traduccion de esta obra, titulada: *L' Historia di Roberto monaco della guerra*, etc. etc.; Florencia, 1552, en 8.°, cuya edicion se ha

hecho sumamente rara. Tradújola tambien M. Sebastian Ciampi, literato y filósofo distinguido con el título : *La Querra per li Principi cristiani guerreggiata contra i Saracini;* escrita en latin por el monje Roberto, y traducida en lenguaje vulgar por un pistoyano; Florencia, 1825, en 8.°, con una lámina. Acompañada esta edicion de un prefacio y de sabias notas, está hecha con una fidelidad estimable, razon por la que es muy apreciable. Creyó M. Ciampini deberla escribir en el antiguo lenguaje italiano, que no deja de ser agradable, lo cual conservó á su traduccion cierto color local, y un carácter de antigüedad que la ennoblece mucho. — C.

ROBERT (Francisca), protestante de Caen, que convirtió Veron hácia el año 1630.

ROBERT (Abate Juan Francisco), escritor eclesiástico francés, canónigo honorario de Tours, nació en Abbeville (Somma) el 3 de Setiembre de 1797. Ha escrito un gran número de libros piadosos ó edificantes, tales son: *Santa Filomena, su elogio y el compendio de su vida y de su culto;* Lila, 1843, en 18.°— *Historia de S. Pablo;* Limoges, 1846, en 12.°— *Edgardo ó el triunfo del Cristianismo en tiempo de Clovis;* ibid, 1848, en 12.°—Ha publicado tambien otras obras más importantes, como *El catolicismo considerado en sus verdades fundamentales, puesto al alcance de todo el mundo;* Limoges, 1844, en 8.°— *Divinidad del catolicismo*, demostrada á un doctor de Oxford, segun la Biblia y los Santos Padres de los primeros siglos; París, 1842, en 8.°— *Historia de Sto. Tomás Becket, arzobispo de Cantorbery;* ibid., 1844, en 8.°— *Recuerdos de Inglaterra y consideraciones sobre la Iglesia anglicana;* Lila, 1841, en 12.°, y en dos volúmenes en 18.°; edicion de 1849.— S. B.

ROBERT (Mlle. Maria). Se convirtió, abjuró la religion anglicana en manos de M. el abate Moligny, y entró en el seno de la Iglesia católica el 15 de Febrero de 1840.

ROBERTI (Fr. Bernardo), capuchino italiano, natural del reino de Nápoles, donde se hizo célebre por su probidad y virtudes. Siguió sus estudios con grande aprovechamiento, llegando á ser uno de los varones más doctos en la ciencia teológica que produjo su siglo, por lo que obtuvo grande reputacion. No la consiguió inferior como orador sagrado, habiendo recorrido todas las provincias de Italia, que ansiosas de escuchar sus predicaciones, se le pedian á su Orden, la que no podia negarse á sus justos deseos, ni al deber en que se encontraba de que la semilla del Evangelio se sembrára y fecundára en toda la religion cristiana. El P. Roberti era por otra parte tan piadoso como docto, y procuraba infundir sus pensamientos y máximas en toda clase de personas, seguro de que serian muy útiles para su bienestar en esta vida, y su felicidad en la eterna. En su religion era apreciado por

su grande amor á la regularidad, su observancia de todas las prácticas claustrales, y el deseo que por sus aumentos le animaba. Quisieron elevarle á diferentes puestos, pero los renunció todos, pues anhelando únicamente su mayor perfeccion y el bien de las almas, creia que para cumplir con estos santos objetos apénas tenia el tiempo suficiente, no queriendo de ninguna manera distraerse de ellos. Era muy devoto de la Vírgen Santísima, y además de alabarla en todos sus sermones, de dedicarse con el mayor ardor á la defensa de su Concepcion Inmaculada, trabajaba en infundir este sentimiento á cuantos le rodeaban, ya en sus conversaciones ó en todos sus actos. No contento con esto, consagró en su elogio su pluma, siendo producto de esta tarea literario-religiosa una de las obras más celebradas de su siglo y que inspiró al P. Pedro Alois, de la Compañía de Jesus, los siguientes versos en alabanza de nuestro Roberti.

Ne Palma Eoa sua Phœnicia jactet;
¡Palma nec unigenam sospita jactet autem!
Quid Palma fecunda rogo sua funera Phœnix
¿Effecerat, hinc vitæ quod nova secla trahat?
Cœlite; quæ fretu surgit generosa, perennes
Vivet Roberti robore Palma dies.

La obra de Roberti, que tanta fama le adquirió y acaso no es hoy conocida aí áun de los mismos bibliógrafos, llevaba el título de *Itinerarium animæ ad Palmam Virgineam continens septuaginta duos ramusculus juxta numerum annorum ejusdem Sacratissimæ Virginis Mariæ;* Nápoles, por Octavio Beltran, 1647, en fólio.—S. B.

ROBERTI (Cárlos), cardenal. Habiendo seguido los estudios eclesiásticos, fué nombrado arzobispo de Tarse *in partibus*, y en esta cualidad se le nombró nuncio en Francia el año 1664. Alejandro VII le creó en 7 de Marzo de 1666 cardenal con el título de nuestra Señora de Ara-Cœli. Despues fué nombrado legado de la Romaña el 22 de Agosto del mismo año, y tambien se le confirió el obispado de Faenza. Murió en Roma el dia 14 de Febrero de 1673, á los sesenta y tres años de edad, y fué enterrado en la iglesia de San Andrés de Zebles Valles.—C.

ROBERTIS (Dionisio de). Nació este religioso agustino en Borgo-Santo-Sepolcro, cerca de la ciudad de Florencia, á fines del siglo XIII, y entrando muy jóven en la órden de S. Agustin, no tardó en distinguirse por su talento y fecundo ingenio. Siendo ya religioso hizo un viaje á Aviñon, en donde se captó el aprecio del cardenal Colonna, al que dedicó una de sus obras. Llegando á Paris su reputacion, se le llamó para utilizar sus talen-

tos, y profesó en aquella capital la filosofía y la teología con grande éxito. Entregándose al propio tiempo á la predicacion, brilló por su elocuencia en los principales púlpitos de París. Fué poeta, astrólogo, y pasó por un sabio de universales conocimientos. Cuéntase, que escribiéndole su amigo Villani, prior de Florencia, preguntándole cuándo acabaria la guerra que Castruccio Castracani, tirano de Luca, hacia á los florentinos, le respondió el P. Robertis: «Yo veo muerto á Castruccio y el fin de la guerra; sereis dueños de Luca por medio de un caballero de armas rojas y negras; pero no sin mucho trabajo y vergüenza para vuestra república, de la que disfrutareis poco.» El mismo dia en que recibió Castruccio esta carta, ganó una victoria cerca de Pistoya á los Florentinos en 1325. Consultando de nuevo Villani al sabio agustino, este le respondió: « Me confirmo en lo que he predicho; si Dios no ha cambiado el curso del cielo, veo á Castruccio muerto y enterrado.» En efecto, Castruccio acababa de morir en 1328, cuando el prior de Florencia recibió esta segunda carta que comunicó á sus cofrades, y al cabo de algunos años vieron cumplida en todas sus partes la prediccion del P. Dionisio. Guillermo Ganacci de Scannabechi, de Bolonia, que llevaba rojo y negro en sus armas, y al que Martin de la Scala habia confiado el gobierno de Luca, ayudó á los florentinos á apoderarse de esta ciudad en 1341, pero no la poseyeron mucho tiempo. El famoso Petrarca, que habia conocido á Robertis en París, le pidió tambien consejos con el fin de encontrar remedio contra su pasion por Laura, y con este motivo mantuvieron una íntima y larga correspondencia. Viéndose Robertis en una edad avanzada, abandonó la universidad de París para ir á disfrutar del dulce descanso en su patria. En su viaje pasó por Aviñon, visitó al Petrarca en Vaucluse, y se embarcó para Italia. Pero hallando á Florencia alterada por las disensiones políticas, cedió á las instancias de Roberto de Anjou, y se fué á Nápoles, en donde este príncipe le alojó en su propio palacio, para poder disfrutar con más frecuencia de su instructiva y grata conversacion. El mismo año le concedió el obispado de Monópoli, y le cedió algunas casas en el arrabal de Carbonára para que fundase una iglesia y un convento. Poco disfrutó el prelado del favor del soberano, pues que murió en Nápoles el dia 14 de Enero de 1342. Petrarca, de quien habia sido maestro, director y amigo, y á quien debió el conocer al rey Roberto, escribió á este príncipe consolándole de tan gran pérdida, y segun Audiffret, biógrafo de Robertis, le mandó el epitafio del P. Dionisio por el que se da á entender que este sabio prelado poseyó todas las virtudes sociales y la más vasta erudicion.—A. C.

ROBERTI (Juan). Nació este jesuita en 1569 en S. Huberto de Ardennes. Hizo sus estudios en Lieja y en Colonia, y fué destinado á seguir la

carrera de la enseñanza. Recibió el grado de doctor en la facultad de Mayenza, profesó la teología en Douai y en diferentes colegios de Alemania con mucha reputacion. Ocupó despues la plaza de rector en Paderborn, y al fin de su vida se retiró á Namur, en donde murió el dia 14 de Febrero de 1651, á la edad de ochenta y dos años. Fué varon muy laborioso y sabio, pero falto de crítica. Además de algunas thesis y de escritos polémicos indicados por el P. Southwell en la Biblioteca de la Compañía, y por Foppens en la Biblioteca Belga, han quedado del P. Roberti las obras siguientes: *Dissertatio de Superstitione*; Tréveris, 1614, en 16.° —*Mystica Ezechielis Quadriga; hoc est, Sancta quatuor Evangelia, historiarum et temporum serie vinculata gr. et lat.*; Mayenza, 1615, en fólio.—*Tractatus novi de magneticâ vulnerum curatione Anatome*; Lovaina, 1615, en 8.°; esta es una refutacion del tratado de Goclenius sobre las curaciones llamadas magnéticas ú obradas á distancia como por la simpatía, cuyos efectos, si son ciertos, los atribuye Roberti á la magia. Entre estos dos antagonistas hubo muy vivas polémicas, en las que tomó parte Van-Helmont. *Nathanael Bartolomæus seu demonstratio quâ probatur Nathanaelem esse Bartholomæum apostolum*; Douai, 1619, en 4.°; esta opinion no es particular del P. Roberti.—*Historia Sancti Huberti*; Luxemburgo, 1621, en 4.° Esta historia está llena de curiosísimas noticias, y á su final se hallan muchas disertaciones, entre las que la más curiosa se refiere á las curaciones obradas por intercesion de San Huberto. Las prácticas de que Roberto se esfuerza en demostrar la eficacia contra la rabia, se han condenado muchas veces por la facultad de Teología de París como restos de supersticion antigua, pero otras tantas han sido sostenidas por doctores de Lovaina, y en el siglo XVIII por el sabio Collet, que creyó que los doctores de Lovaina no eran gentes que tolerasen usos supersticiosos. *Sanctorum quinquaginta jurisperitorum elogia*; Lieja, 1632, en 12.° Pretende probar Roberti en esta obra que el beato Ives, patron de los abogados, no es el único santo que ha producido la clase de los jurisconsultos, pero no se ve sin sorpresa que haya aumentado la lista de los santos jurisconsultos, reyes, papas, doctores de la Iglesia y áun de muchos patriarcas del antiguo Testamento. *Vita Sancti Lamberti, episcopi Tungrensis*; Lieja, 1633, en 8.° obra que fué traducida al francés por el Padre Alard Le Roy. Se debe á Roberti la publicacion de un poema, cuyo autor, que vivia en la edad media, ha quedado desconocido, este es: *Contemptus mundi, versu rytmico*; Luxemburgo, 1618, en 8.° Mr. Weis publicó la biografía del P. Roberti en la Biografía universal francesa de Michaud, la cual hemos seguido en este artículo.—C.

ROBERTI (Conde Juan Bautista). Este literato italiano nació el dia 4 de Mayo de 1719 en Basano, en donde disfrutaba su familia de los honores

del patriciado. Desde que empezó á desarrollarse su razon, le enviaron sus padres á Pádua, para que se formase en la escuela de los Jesuitas, que en aquella época eran tenidos por los mejores directores é instructores de la juventud. Decidido á ingresar en esta Orden, tomó el hábito de S. Ignacio, y despues de haber hecho sus estudios en Bolonia, adonde fué á pasar su noviciado, fué destinado á la enseñanza y profesó sucesivamente en Plasencia, Brescia, Parma y Bolonia, y en todas partes recibió elogios, y en especial en la última ciudad, en la que adquirió una celebridad que no han confirmado sus obras. Diez y ocho años desempeñó una cátedra de filosofía, á la que asistia un numeroso auditorio que le oia con respetuosa admiracion. Suprimida la órden de S. Ignacio en 1773, la dispersion de sus hermanos le afligió profundamente, y fué á refugiarse al seno de su familia, en donde buscó la distraccion en el estudio y en la práctica de los deberes de su estado. Rodeado del amor de sus parientes, gozando de la consideracion de sus conciudadanos, y acompañado de las bendiciones y lágrimas de los desgraciados cuya suerte aliviaba, murió este virtuoso jesuita en Bassano el dia 29 de Julio de 1786, á los sesenta y siete años de edad, diciendo estas últimas palabras á un sobrino suyo: «No olvideis que todo es vanidad en este mundo.» El abate Roberti encantaba por la novedad de sus frases, por la frescura de su colorido y por los adornos con que le gustaba hacer brillar sus pensamientos. Los hombres más célebres de su época, no supieron defenderse, dice Angelis en su biografía, contra los prestigios de su falsa elocuencia, y los nombres de Alganoti, del mariscal Pallavicini, de los dos Zanottis, de Bianconi y Bettinelli, se ven inscriptos entre sus admiradores, y puede excusarles en parte el sentimiento de interés y de amistad que las cualidades de Roberti inspiraban á cuantos se le acercaban. Si pueden encontrarse defectos, no se hallará más que virtud en su corazon, y en esto, más que en su talento, debe buscarse el secreto de la gran reputacion que alcanzó en vida. Sus obras descubren un alma bellísima, y si la ejecucion hubiese correspondido al pensamiento que las dictó, pocos escritores hubiesen sido más dignos de elogio que su autor. Roberti compuso en su juventud poemitas que ya no se leen, y algunos apólogos que hoy apénas se leen ya, y de estos últimos dió el autor un juicio, al que puede atenerse el que los lea: «El estilo, dice, es demasiado afectado, el diálogo no está bastante desarrollado, y en los adornos con que he querido engalanarlos, he sido demasiado pródigo.» En un pequeño discurso con que empieza esta coleccion, observa con mucha delicadeza: «La fábula debe ser natural sin bajeza, adornada sin ambicion, sencilla con gracia, y espirituosa sin afectacion;» de suerte que sus preceptos valen más que sus ejemplos, y es seguro que aquellos le recordarán más que estos. Dejó un gran número de obras

en prosa, pero si bien pueden citarse muchas como monumentos de su piedad, seria dificil presentar una sola como modelo de estilo. Fué Roberti demasiado poeta cuando escribia en prosa, sin serlo bastante para hacer buenos versos. Dejábase llevar por su imaginacion que le arrastraba fuera de los límites del gusto, y á puro esparcir flores por su camino, acababa por embarazarle. Sus principales obras son las siguientes: *Orazione in lode delle arti del disegno.— Due discorsi sopra le fasce dé bambini.* Estas son dos cartas, la última contra el suicidio, refiriéndose á cartas de J. J. Rousseau.— *Trattatello sulle virtú piccole.— Sopra il predicare controgli spiriti forti.— Del leggere libri di metafisica é di divertimento.— Quatro opusculi sopra il lusso.— Della provitá naturale.— Sopra l' umanitá del secolo XVIII, con una lettera sopra il trafico dé negri.— Istruzione cristiana ad un giovane cabaliere. XXXVI Lezioni sulla fine del mondo.— Dell' amore verso la pátria*; obra póstuma.— *CII Favole Esopiane con un discorso intorno all' apologo.— La moda, le Fragole, le Perle, la Commedia, l' Armonia, poemetti ed il Paradiso terrestre, oratorio. — Varj Elogj, panegirici ed orazioni.* Las obras de Roberti se coleccionaron por primera vez en Bolonia el año 1767, y la segunda en Basano en 1797, en quince volúmenes en 16.°, y se han reimpreso en Italia en 1724. En las obras por Moreschi, dice Mr Angelis, se ha dado una noticia sobre la vida de Roberti y sus obras, y su elogio por el conde Giovio.—C.

ROBERTIS (Fr. Roberto), religioso dominico, natural de Roma é hijo de una de las más ilustres familias de aquella ciudad. Despues de haber recibido una educacion correspondiente á su clase, se consagró á los estudios, que siguió con grande aprovechamiento, prometiendo dar tanto honor á sus antepasados por la causa de las letras como habia heredado de ellos, por los que en su siglo adquirieron en el estruendo de las armas. Pero aunque hubiera podido dedicarse á cualquiera de las profesiones del estado, el ejemplo de sus parientes, algunos de los cuales ocupaban en el clero posiciones muy elevadas, le animó á imitarles tomando el hábito de religioso en el convento de María de Minerva, casa célebre de los Dominicos en la capital del mundo cristiano. Comenzó allí su noviciado con los mejores auspicios, no olvidando que lo mismo que por su sangre era superior á los demás, debia serlo tambien por su piedad y observancia de la regla. Si hubiera fijado en otra cosa sus aumentos, hubiese sido indigno de ellos, y quien habia recibido tan buena educacion, no podia olvidar que la principal cualidad de la nobleza es brillar en todas partes, distinguiéndose no solo por el fausto, sino tambien por la virtud, que es el principal esmalte de la verdadera nobleza. Profesó al tiempo oportuno, comenzó, ó por mejor decir, perfeccionó sus estudios, aumentando los de teología que aún no habia hecho, y eran los principales en la órden de Predicadores, pues de ellos

dependia pudiesen hablar en el púlpito con suficiencia y acierto, explicarse con facilidad sobre las más árduas y difíciles cuestiones, y resolver todas las dudas que ocurriesen en los puntos á que se referian. Tan profundo salió Robertis en esta ciencia, que no tardó en ser mirado como un prodigio en Roma, y encargársele por los mismos soberanos pontífices la solucion de las más difíciles y delicadas materias, en las que tomó una parte muy activa, mereciendo el general aprecio; al mismo tiempo comenzó su carrera como predicador con grande concurso de pueblo y áun de nobles, que iban con placer á escuchar á su amigo y compañero de cuya boca salian las palabras del Evangelio de esa manera digna y elevada, con esa gracia y ese tacto y exquisito gusto que solo puede ser el resultado de una buena educacion. Desempeñó al mismo tiempo diferentes cargos en su Orden, y quizá hubiera ascendido al cardenalato si la muerte de su hermano Septimio de Robertis, obispo de Triasi, en la provincia de la Basilicata, no hubiese animado á Paulo V á concederle aquella silla episcopal tan dignamente ocupada por esta familia, que ha dejado un indeleble recuerdo en la historia de aquella diócesis. Consagrado Robertis en 5 de Diciembre de 1611, no tardó en tomar posesion de su obispado, siendo mirado en él como un padre y un buen pastor, que solo se ocupaba del bien de los fieles, que lo anteponia todo á su verdadera felicidad. No perdonó medio para ellos, y ora reuniendo sínodos, ya visitando todas las ciudades y villas de la diócesis, socorriendo á los pobres, y haciendo en fin cuantos sacrificios eran compatibles con su clase y dignidad, murió llorado de todos sus diocesanos en 1624, á quienes no dejó otro consuelo que la memoria de las virtudes que en vida le habian adornado. Dejó una obra escrita en italiano con el título siguiente: *Vita con le apparizioni é miracoli della veneranda serva di Dio suor francesca Vacchini da Viterbo, monaca del terzo ordine di San Domenico, fondatrice della divota comumnella ad honore della gloriosissima Vergine Maria, e de novi chori degli angeli. Con la relazio et oblighi della delta comumnella, e della maniera che il suo benedetto corpo fu introvatto dopo due anni e cinque mesi che fu sepolta, racolta e descritta dal suo cotifesore Fra Roberto Roberti romano delle ordine de Predicatori vescovo de Tricasico;* ibid. Juan Jacinto Carlini: 1613, en 4.°—S. B.

ROBERTO (S.), fundador de la órden del Císter. La vida de este glorioso benedictino es la historia del Císter, y por lo tanto no podemos ménos de enlazar la una con la otra en este artículo para el que nos vamos á valer no solo de lo que dice Michaud, Moreri, Baronio y los cronistas de la Orden Benedictina y otros autores, sí que tambien y muy principalmente de lo que sobre esta célebre fundacion y bienaventurado fundador se ha consignado en la Historia de las Ordenes monásticas religiosas y militares, en su magní-

fica edicion en fólio, de París del año 1721, que salió de las prensas de Juan Bautista Caignard, impresor del Rey y de la Academia Francesa. La órden del Cister, que ha sido una de las más ilustres congregaciones que han salido de la floreciente órden de S. Benito, ha merecido con justicia las alabanzas y elogios que se la han prodigado por tantos soberanos pontífices, emperadores, reyes y célebres escritores, y áun cuando haya decaido de su antiguo esplendor, no por eso debe desconocerse que ha sido en todas partes y aún es, donde subsiste, uno de los más bellos ornamentos del estado eclesiástico. El glorioso S. Roberto fué su primer fundador. Natural este Santo de Champagne, tuvo padres tan nobles como virtuosos. Cuando su madre, llamada Ermengarda estaba embarazada de él, vió en sueños á la Vírgen Santísima que con un anillo de oro en la mano la prometia ser esposa del hijo que llevaba en su seno. Nació Roberto, y desde que pudo hablar, amaestrado por su buena madre empezó á dirigir sus tiernas plegarias á la Vírgen sin mancilla, pronunciando su nombre con la mayor ternura y con indecible entusiasmo. Deseando Roberto entregarse enteramente á la Vírgen María, que le habia elegido por esposo, apénas llegó á los quince años cuando tomó el hábito de religioso de la órden de S. Benito en la abadía de Montier-la-Celle, en la que hizo tan grandes progresos en la perfeccion, que á los pocos años de haber profesado, fué elegido prior de este monasterio, y despues abad de S. Miguel de Tonnerre, en donde trató en vano de restablecer la disciplina regular, porque los religiosos se opusieron á ello. Oyendo hablar del abad Roberto algunos ermitaños, que vivian en la cercana selva en un desierto llamado Colan, le suplicaron se encargase de dirigirles; pero la solicitud del prior de su monasterio y de algunos antiguos religiosos que sospecharon le perderian, le impidió hacer este servicio á estos pobres ermitaños, y se tuvo que reducir á consolarles por medio de cartas. Los religiosos de Tonnerre, que decian aprovecharse de las advertencias y buenos ejemplos de su santo Abad, continuaron viviendo con tanta relajacion de costumbres, que perdiendo S. Roberto la esperanza de poder encaminarles á la gloria de Dios, les abandonó y se volvió á su primer monasterio de Montier-la-Celle, á fin de poder servir al Señor con más sosiego, queriendo mejor obedecer que mandar. Su mérito no permitió que estuviese mucho tiempo en la humilde condicion que deseaba, porque inmediatamente fué elegido prior de S. Agulfo, monasterio de la dependencia de esta abadía. Algun tiempo despues los ermitaños de Colan, á pesar de cuanto habia pasado para que les abandonase el Santo contra su voluntad, resolvieron absolutamente someterse á su obediencia, y á fin de salir airosos y que no pudiesen negárseles él por obediencia, y el Abad por empeño, acudieron con esta demanda á la Santa Sede, y obtuvieron un breve por el que el

Papa mandaba al abad de Montier-la-Celle les diese al Santo por superior. No pudiendo ménos de obedecer el Abad, aceptó Roberto su órden con el mayor placer, tanto por obedecer á sus superiores, cuanto por complacer á tan buenos ermitaños, y vivir con ellos en el retiro separado del mundo. Partió de la Abadía, y al llegar á la soledad de Colan, los religiosos que le habian pedido salieron á su encuentro y le recibieron como á un ángel enviado por Dios para que los guiase en este desierto. Viendo Roberto lo mal sana que era esta soledad, les condujo á la selva de Molesme, en la que construyeron sus celdas con sus propias manos, valiéndose de ramas de árboles, y tambien levantaron un pequeño oratorio en honor á la Santísima Trinidad. Ya tenemos á S. Roberto rodeado de sus buenos religiosos en un sitio buscado por él, que no habia de tardar en llamar á otras ovejuelas fieles que deseasen ser conducidas á los pastos de la divina gracia bajo el cayado de tan virtuoso pastor. La pobreza de estos ermitaños, en un principio, fué extrema; se hallaban casi desnudos, y solo se mantenian con legumbres; pero habiéndoles prodigado sus dones muchos señores del país, llegaron á completar una buena renta, y luego que fueron ricos, se relajaron hasta tal punto, que no pudiendo S. Roberto conseguir ni por súplicas, ni por reconvenciones ni mandatos, evitar sus desórdenes y hacerles observar la regla, los abandonó y se retiró á un desierto llamado Haur, ocupado por religiosos que vivian en mucha union y en buenas costumbres, los cuales le recibieron cariñosamente, y juzgándose felices en que fuese á vivir con ellos. Trabajaba el Santo con sus propias manos como estos religiosos para proporcionarse el sustento, y todos empleaban el tiempo en que no trabajaban en la meditacion y en la oracion. Reparando estos religiosos que S. Roberto les sobrepujaba aún en austeridad, y viéndole siempre ocupado en santas prácticas, le eligieron por abad por unánime aclamacion, y muy contentos de tenerle por superior; pero Dios no queria que los gobernase mucho tiempo, porque le tenia destinado á más grandes empresas. Arrepintiéndose los ermitaños de Molesme de lo que habia causado la retirada de su Abad, interpusieron la autoridad del Papa y del obispo de Langres para obligarle á volver á gobernarles en su cualidad de Abad. Consiguieron al fin su peticion, y volvió el Santo con ellos; pero como su arrepentimiento solo estribaba en consideraciones mundanas, su falsa penitencia no produjo efecto alguno, pues que no llegó á observarse la regularidad con la exactitud que deseaba el Santo y á que estaban obligados. Observando algunos religiosos que sus costumbres no se hermanaban bien con la regla de San Benito, que oian leer en capítulo diariamente, que habian prometido observar, empezaron á hablar entre sí quejándose de su infidelidad, y buscaban sériamente un remedio contra este mal. Esparciéndose los escrúpulos de

estos religiosos por la comunidad, los demás á quienes no animaba igual celo, se burlaban de ellos y procuraron apartarles de semejante designio por todos los medios posibles; pero los celosos religiosos, sin hacerles caso, rogaban á Dios con frecuentes súplicas les condujese adonde pudiesen cumplir fielmente sus votos, pues que permaneciendo en compañía de los que no querian la reforma, les seria difícil conseguir su objeto. A pesar de estar firmes en su resolucion estos religiosos, no quisieron emprender nada sin consultar á su Abad, siguiendo en esto estrictamente la regla, que previene no se haga nada sin su permiso. Cumpliendo este precepto se llegaron á Roberto, y le hicieron presente que habian resuelto retirarse con su permiso á un lugar solitario, en donde pudiesen sin obstáculo alguno observar sus votos. No solo el santo Abad alabó su designio, sino que prometió ayudarles á llevarle á cabo y unirse á ellos; y á fin de hacerlo con la autoridad superior, se fué con seis religiosos á Lyon en busca del arzobispo Hugo, que era legado de la Santa Sede. Luego que estuvo en presencia del prelado le dijo que estaban resueltos á practicar exactamente la regla de S. Benito, y que para ello pedian la proteccion de la Santa Sede, y en particular el permiso de salir de Molesme, en donde ellos no podian ejecutar su designio, á causa de la relajacion en que se hallaban la mayor parte de los religiosos de esta abadía. Concedióles el legado lo que pedian, proveyéndoles de las cartas patentes necesarias, ordenándoles en ellas, en nombre del Pontífice, perseverasen en su santa resolucion: los seis religiosos que acompañaron al abad en este viaje fueron, Alberico, Odon, Juan, Esteban, Letaldo y Pedrro, los cuales se hallaban comprendidos en los designios de la reforma, y deseosos de vivir observando la austeridad de la regla. Luego que S. Roberto se halló de vuelta en Molesme con sus seis compañeros, eligieron los religiosos que mayor celo habian acreditado por la observancia de la regla, y reuniéndose hasta el número de veintiuno entre todos, fueron á establecerse á un sitio llamado Cîteaux, á cinco leguas de Dijon, y perteneciente á la diócesis de Chalons. Este punto era un desierto cubierto de árboles y de espinos, regado por un arroyuelo que tiene su origen en una fuente no lejana de una laguna, llamada *sin fondo* porque no ha podido encontrársele, y que tiene la propiedad de que disminuye notablemente cuando llueve, y se desborda en las épocas de mayor sequedad. Algunos autores son de opinion de que el nombre de Cîteaux que tiene este sitio, se le dió á causa de las cisternas ó aljibes que se encuentran en él. Empezaron estos religiosos por desbrozar algun tanto esta soledad y alojarse en pequeñas celdas hechas por ellos mismos con las ramas de los árboles, habiendo obtenido para ello el consentimiento de Gautier, obispo de Chalons, y de Raimundo, vizconde de Bearne, al que pertenecian aquellos bosques.

El establecimiento en sus celdillas se verificó el dia 2 de Marzo de 1098, que es el de la festividad de S. Benito, que cayó en este año en el domingo de Ramos. Era tan estéril esta comarca, que juzgando el arzobispo de Lyon que no podrian subsistir sin el socorro de algunas personas poderosas, escribió á Eudes, duque de Borgoña, exhortándole á que les proporcionase algunos recursos, y conmovido este príncipe de la relacion que le hacia de su pobreza, y aún más, edificado de su fervor, terminó á sus expensas la construccion del monasterio, y les proveyó durante mucho tiempo de todas las cosas necesarias á la vida: dióles además en propiedad tierras y bestias para su servicio, y el obispo de Chalons envió á Roberto el báculo pastoral, con calidad de abad, erigiendo el monasterio en abadía. Al siguiente año, ó sea el de 1099, algunos religiosos de Molesme, con licencia de Godefroi, su nuevo abad, fueron á Roma á quejarse al papa Urbano II, que se hallaba al frente del concilio que allí se celebraba, de que la religion estaba en desórden en su monasterio, y que por haberse retirado de él Roberto, se habian hecho odiosos á los señores y á sus vecinos, por lo que suplicaban á Su Santidad le obligase á volver al monasterio, á fin de que remediase todos sus males. Cediendo el Papa á la importuna peticion de los religiosos, adhiriéndose al consejo de los obispos que componian el concilio, escribió al arzobispo de Lyon sacase, si era posible, á Roberto de la soledad para que volviese á su monasterio de Molesme, y si no que hiciese de modo que los que amaban la soledad, que eran aparentemente los vecinos á los que aquellos se habian hecho odiosos, quedasen en paz, y que los que estaban en el monasterio viviesen conforme á su regla. Al recibir esta carta del Papa el arzobispo de Lyon, y á solicitud del abad Godefroi y de los religiosos de Molesme, reunió á los obispos Norgauld de Autum, Gautier de Chalons, Bertrand de Macon, Pons de Bellai y todos los sufragáneos, y además á los abades Pedro de Tournus, Jarenton de Dijon y Gosseran de Aisnai, con Pedro, camarero del Papa. Comunicó á esta asamblea el arzobispo la carta de Su Santidad. Habiéndose tratado detenidamente el punto, y decidido lo que parecia más acertado, escribió el arzobispo á Roberto, obispo de Langres, que habia resuelto volver á la iglesia de Molesme al abad Roberto, con la condicion de que ántes fuese á Chalons á devolver al obispo el baston pastoral ó báculo que de él habia recibido cuando le prometió obediencia, de cuya obediencia le dispensaba, y que Roberto por su parte debia levantársela á su vez á los religiosos del nuevo monasterio, que así se llamaba entónces al de Cîteaux, de la que le habian prometido como abad, y que permitiese á todos los del nuevo monasterio que quisiesen seguirle volver con él á Molesme, con la condicion de que en lo sucesivo habian de conservarse en paz unos con otros, hasta que S. Benito permitiese recibir

los monjes de un monasterio conocido. Añadia el arzobispo al obispo de Langres, que luego que Roberto hubiera dado cumplimiento á la anterior órden, se le enviase para restablecerle en la abadía de Molesme, con la advertencia de que si volvia á abandonar esta iglesia sin justísimas razones, no se le daria sucesor viviendo Godefroi. Por lo respectivo á la capilla del abad Roberto y cuanto habia llevado de Molesme, mandó quedase para los hermanos del nuevo monasterio, á excepcion de un breviario que conservarian hasta el dia de S. Juan, para transcribirle con consentimiento de los religiosos de Molesme. Obedeciendo S. Roberto las órdenes del arzobispo, levantó la obediencia que le debian á sus religiosos, y el obispo de Chalons le descargó á él de la suya y del cuidado de la iglesia que le habia confiado. Volvióse Roberto á Molesme con algunos religiosos que quisieron seguirle, porque se sentian más inclinados á la vida monástica que á la solitaria. Dió el obispo de Chalons á S. Roberto un certificado dirigido al obispo de Langres, en el que decia le habia absuelto tanto del gobierno del nuevo monasterio, como de la obediencia que le habia prometido. Dice la historia que este Santo gobernó aún el monasterio de Molesme nueve años, al fin de los cuales murió el año 1108. Como el primero y verdadero fundador de la órden del Cister fué S. Roberto, no creemos debernos dispensar de hacer la historia de esta Orden, por más que en lo sucesivo no pertenezca ya á su vida, pues que honor suyo fueron sus glorias, una vez que sin él acaso no hubiera existido ni proporcionado tantas glorias á la religion, y por esta razon, y porque nos parece que debe darse cuenta de las fundaciones al hablar de los fundadores en esta obra que ha de servir de consulta á los que hayan de escribir de ellas y de sus autores, vamos á entrar en este terreno, seguros de que si bien habrá quien nos lo critique, no faltarán lectores que nos lo agradezcan. Cuando S. Roberto volvió á Molesme, S. Alberico, que fué uno de los seis que le acompañaron á pedir al legado del Papa el establecimiento de esta reforma, le sucedió en el gobierno de este nuevo monasterio de Cîteaux, del que fué elegido abad en 1099. Habia tomado este santo el hábito en el de Molesme, y cuando S. Roberto salió de él para retirarse al desierto de Haur, Alberico, á quien el Santo habia nombrado prior, gobernó esta santa casa en su ausencia. De la misma manera que S. Roberto trató inútilmente de que los religiosos volviesen á la observancia de la regla, pues que léjos de oirle, le hicieron mil ultrajes hasta encerrarle en un oscuro calabozo, del que salió para retirarse á un desierto, á ejemplo de S. Roberto, y no volvió á Molesme hasta que supo que los religiosos habian vuelto á pedir á su abad, y volvió á abandonarle cuando lo hizo este, como llevamos dicho, habiendo sido nombrado tambien por él prior del nuevo monasterio. Tan luego como fué nombrado abad, envió á dos de sus más

celosos religiosos, Juan é Ilbad, al pontífice Pascual II para poner su iglesia bajo la proteccion de la Santa Sede, y á fin de que se facilitase el éxito, les proveyó de cartas de recomendacion para el Papa del arzobispo de Lyon, obispo de Chalons y de dos legados de Su Santidad que se hallaban á la sazon en Francia, todos los que testificaron al Papa que los religiosos del monasterio de Cîteaux no habian salido de Molesme, ni trasladádose al nuevo monasterio, sino para llevar una vida de mayor mortificacion y de más retiro, conforme á la regla de S. Benito, y á fin de separarse de las costumbres que habian introducido algunos contrarios al espíritu de la regla, lo cual no podian soportar. Pidiéronle le afirmase con su autoridad este nuevo monasterio, y confirmase lo que su antecesor Urbano II habia hecho en su favor: estas recomendaciones surtieron un buen efecto, y Pascual II puso al nuevo establecimiento bajo su proteccion por su bula del año 1100 del Señor, de lo cual recibió un indecible gozo su fundador S. Roberto que aún vivia; porque vió al cabo coronada su obra. Autorizados y confirmados en su monasterio Alberico y sus religiosos, hicieron los primeros estatutos del Cister, que no fueron más que unos reglamentos propiamente dichos para esta sola abadía, porque ni el Santo ni su glorioso predecesor se imaginaron tal vez que este monasterio habia de llegar á ser la casa matriz, el jefe de una Orden muy célebre, razon por lá que los primeros historiadores de esta Orden les califican simplemente de instituciones de los monjes del Cister. Al escribir estos estatutos Alberico observó exactamente la regla de S. Benito, quitando todos los abusos que la desfiguraban en algunos monasterios, como lo supérfluo en los hábitos, los mullidos y guarnecidos lechos, la diversidad y abundancia de las viandas, y otras cosas de esta especie. Resolvieron tambien tener legos conversos y colonos con permiso del obispo, los cuales serian tratados lo propio que ellos, con la diferencia de que no serian religiosos, que aceptarian las tierras y viñas que se les ofreciesen, y los estanques, tanto para poder establecer molinos para su uso, cuanto para que les proveyesen de pesca, y como en algunas partes habian establecido alquerías ó casas de campo de labor, ordenaron se mandase á estas á los legos conversos para cuidarlas, y no religiosos, pues que conforme á la regla, los religiosos debian permanecer en el claustro para orar y practicar el servicio divino. El traje de estos religiosos fué igual al de los de Molesme, de color leonado; pero se pretende que habiéndose aparecido la Vírgen Santísima á Alberico, le dió un hábito blanco, por lo que tomaron este color para sus hábitos, conservando del color leonado el escapulario. En memoria de esta divina aparicion, se celebraba en lo antiguo en la Orden la fiesta de la bajada de María Santísima, cuya fiesta colocó Crisóstomo Enriquez en su Menologio, en el 5 de Agosto con el título: *Descensio Beatæ Mariæ*

Virginis in Cistertium et miraculosa mutatio habitus de nigro in album colorem sub Sanctissimo Abbatte Alberico, lo que está en contradiccion en cuanto al color del primitivo hábito con los primeros historiadores que dicen fué leonado, y Angel Henriquez dice que el traje de calle de estos religiosos era de color gris, razon por la que les llamaban los monjes grises en Alemania. Ya sea por esta aparicion ó por su gran devocion á la Señora, lo cierto es que S. Alberico puso su monasterio bajo la proteccion de la Reina de los Angeles, razon por la cual esta Orden ha estado siempre particularmente consagrada á la Virgen. Despues de haber gobernado el Cister este santo abad por espacio de nueve años y medio con alegría de S. Roberto, no estuvo mucho tiempo más que este en el mundo, pues que falleció al siguiente año de la muerte del que fué su superior el año 1109, como si quisiese Dios que los que habian profesado tan santa amistad en la tierra, no tardasen en continuarla en la gloria. Tuvo S. Alberico por sucesor á San Esteban, tercer abad del Cister, al que consideran muchos por el verdadero fundador de la Orden, opinion de que no participamos ni creemos admitiria este santo, pues que si bien organizó la Orden, fué ya sobre sólidos cimientos echados por sus dos gloriosos predecesores. Fué S. Esteban de nacion inglesa, y tuvo por nombre Hardingue. Su celo por las observancias regulares le habia hecho seguir á S. Roberto cuando se retiró de Molesme á la soledad, y con él y S. Alberico volvió á este monasterio. Luego que fué abad de Cîteaux S. Alberico, le nombró prior, y áun cuando la austeridad de la vida que se llevaba no aumentó el número de religiosos en la época de su antecesor, no por eso disminuyó durante su gobierno nada sobre este particular, al contrario, lo mucho que amaba la pobreza le obligó á hacer reglamentos que marcaban el aprecio que hacia de esta virtud, la que quiso apareciese hasta en los altares, en los adornos de la iglesia, y en los vasos sagrados; pues que prohibió las cruces de oro y de plata sustituyéndolas por otras de madera pintada. Quitó el gran número de candeleros que se ponian en los altares no dejando en cada altar más que uno de fierro; condenó los incensarios preciosos, permitiéndolos solo de cobre ó de fierro, y solo permitió de plata dorada los cálices, pero jamás de oro, reformando las vestiduras sagradas de modo que no tuviesen adorno alguno de plata y que fuesen de telas las más pobres. En este reglamento parece se condena el lujo que se habia introducido en Cluni, en donde todo lo que servia á la Iglesia, era no solamente precioso por su materia, sino majestuoso con relacion á su trabajo y á la grandeza de muchas cosas, que no tenian otra utilidad al parecer que la de servir de adorno en la iglesia, como por ejemplo una gran corona de plata ó de cobre, que contenia multitud de candeleros de brazos, y que á manera de nuestras lámparas ó arañas modernas, cuyo uso hacia

estaba colgada en medio del coro, y candeleros de ramas de tan extraordinaria magnitud, que S. Bernardo, en su apología del abad Guillermo, los considera árboles elevados en medio de la iglesia, que solo eran notables por la cantidad de metal de que se componian, por la belleza de su trabajo y por el gran número de brazos que relucian tanto como las luces de que estaban cargadas, cuyos candelabros, coronas, y demás muebles preciosos condena este santo como cosas inútiles y supérfluas, que no sirven sino para quitar la devocion y respeto debido á las iglesias, por la atencion que se presta á su belleza y magnificencia por los fieles, más bien que ofrecer á Dios sacrificios y alabanzas, y más capaces de inspirar la vanidad que el menosprecio del mundo y el arrepentimiento de los pecados. Somos tan de la opinion del gran S. Bernardo en este particular, que creemos profanadas nuestras iglesias con el lujo de ornamentacion con que hoy se las carga, lujo que no puede ménos de ofender á Dios por la soberbia que revela, pues que la humildad es el adorno que más agrada á su divina misericordia. Ese desmesurado lujo ha hermanado la codicia á la impiedad en los tiempos que corremos, y esa es la causa principal de tanto robo sacrílego como se comete diariamente en nuestras iglesias con ofensa de nuestro catolicismo, y que podria evitarse con solo mandar que no se hiciese en ellas uso de los metales preciosos más que en las copas del cáliz y del copon: si en esto se siguiese la doctrina de los gloriosos S. Bernardo y de S. Esteban y de otros santos, que clamaron contra el lujo en los templos, seguramente que la religion se encontraria más honrada, por decirlo así, y se disminuirian los delitos y demás desacatos que diariamente afligen la piedad de los fieles. Y no se nos venga con la razon de que siendo todo de Dios, lo más precioso debemos consagrarle, porque en el sentido que se toma esta expresion, es tener al Criador por nuestra propia condicion, que tiene por preciosas las cosas terrenas, que no son más que barro y humo, pues que para Dios no hay más precioso en el mundo que el hombre, que hizo á su semejanza y le inspiró su espíritu, y en su alma virtuosa y santa es en la que ve la preciosidad y la riqueza, y no en que sus simulacros y objetos de culto sean de metales y piedras preciosas, miserables arenas por magníficas que sean á sus divinos ojos. No por esto queremos que las iglesias se desatiendan de lo necesario, no; una cosa es el decoro debido al Señor que lo exige, y otra el lujo que le desagrada; hágase uso de lo indispensable con moderacion, y que los templos recuerden á los fieles más la humildad evangélica en la casa del Señor, que la soberbia del gentilismo, que se pagaba de tener ídolos de oro y plata adornados de piedras preciosas, porque creyendo interesados á sus dioses pretendia comprar su favor con enriquecerlos. Danos tambien lugar á creer que por el expresado reglamento los religiosos de Cîteaux que-

rian condenar la magnificencia de Cluni, el que además de la sencillez y pobreza de sus ornamentos sagrados, uno de sus principales artículos era: que no habian de tener en su iglesia más que un candelero de fierro, como si quisieran significar que las lámparas y candelabros eran inútiles y contrarios á la pobreza que debe ostentarse. Advierte este reglamento que el vaso sagrado con el que los que comulgaban bajo las dos especies bebian la preciosa sangre fuese de plata dorada, de lo que se deduce que áun cuando ya estaba abolida la comunion de este género, conservó la órden del Cister aún esta costumbre muchos años para los que servian al altar, y debió prolongarse hasta 1437, puesto que Martin de Vargas, autor de la reforma de esta Orden en España (véase VARGAS) consultó al papa Eugenio IV sobre este particular, y Luis Barbó, obispo de Treviso, fundador de la Congregacion de Sta. Justina de Pádua, al que el Papa cometió la decision, mandó que los religiosos del Cister de la reforma española no comulgasen ya bajo las dos especies ni áun los que servian al altar, y que los sacerdotes en la elevacion del cáliz se conformasen con la Iglesia romana, mostrando al pueblo el cáliz despues de la elevacion de la hostia; entendiéndose tambien en esto que la órden de Cîteaux no se conformaba en esto á la Iglesia romana. La muerte con su fatal segur iba disminuyendo el número de religiosos del Cister, y como no se presentaban solicitantes á ocupar sus vacantes, S. Esteban llegó á perder la esperanza de tener sucesores, pues que como la austeridad de la vida era tan rigorosa en este monasterio, nadie queria someterse á tan pesado yugo, y ménos siendo tan excesiva la pobreza que los religiosos estaban reducidos algunas veces á vivir de limosna. Empero Dios, que deseaba hacer de esta Orden una de las más grandes asociaciones pias de la cristiandad, abrió las puertas de su misericordia, y oyendo las preces de sus servidores, inspiró al glorioso S. Bernardo y á treinta de sus compañeros en 1113 á abrazar esta penitente vida, á cuyo fin fueron guiados por Dios á pedir el hábito al monasterio de Cîteaux. Tan luego como S. Bernardo y sus compañeros dijeron su designio al santo abad de Cîteaux y á sus religiosos, les recibieron con grande alegría. Dieron los nuevos religiosos desde luego tan raros ejemplos de virtud, que concurridas otras muchas personas, renunciaron al mundo é imitándoles, abrazaron la misma vida á fin de expiar en la penitencia los desórdenes de su pasada vida. Fué ya tan grande el número de discípulos nuevos que llegaron á reunirse, que viendo S. Esteban la dificultad de albergarlos en su monasterio, determinó fundar otros. Poniendo en planta su proyecto, estableció en 1113 el de la *Ferté*, en la diócesis de Chalons, en el que puso por abad á Bertrand; al año siguiente fundó el de Pontigni, en la diócesis de Auxerre, mandando á S. Hugo para que le gobernase. Construyendo el año 1115 el de Claraval en

la diócesis de Langres, S. Bernardo fué su primer abad, y en el mismo año Arnaud, hermano de Federico, arzobispo de Colonia, fué enviado á Morimond de la misma diócesis de Langres, para que estableciese allí un nuevo monasterio. Aumentóse la Orden el año 1118 con la fundacion de los monasterios Prully, la Cour-Dieu, Trois-Fontaines y Bonnevaux, y el año 1119 con los de Bouras, Fontenai, Cadovin y Mazan. De todos estos monasterios formó S. Esteban un cuerpo; y á fin de unirlos con los lazos de la caridad y de la observancia uniforme, con lo cual podrian socorrerse unos á otros, formó en union de los abades y religiosos más instruidos de la Orden su primer verdadero estatuto, al que llamó *Carta de caridad*, la que en solo cinco capítulos contiene todos los reglamentos necesarios para el establecimiento y gobierno de esta Orden, y para mantener la regularidad, la union, la dependencia y la caridad. En el primer capítulo de la expresada carta se ordena la observancia literal de la regla de S. Benito, sin comentarios y sin dispensa alguna, tal cual se observaba en el monasterio de Cîteaux. Determina la segunda el poder de los abades, el del abad de Cîteaux sobre los monasterios de la Ferté, Pontigni, Claraval y Morimond, que son sus cuatro primeros hijos, y el de los abades de estos cuatro primeros monasterios, sobre el abad y monasterio de Cîteaux. El tercer capítulo reglamenta la manera de celebrar los capítulos generales, el poder de estos capítulos, la obligacion que los abades tienen de asistir á ellos, la manera de terminar las diferencias y las causas por las que puede ausentarse. Reglamenta el cuarto capítulo las elecciones de los abades, la autoridad del padre inmediato al tiempo de la vacante, la eleccion, las cualidades de las personas que deben elegirse y las de las que han de elegir. Y en fin, el quinto capítulo trata de la cesion y deposicion de los abades, incluso el de Cîteaux, causas y objetos por las que puede deponérseles, personas que les pueden deponer y la manera de proceder en este particular. Hé aquí un reglamento bien sencillo, que no deja nada que desear para una institucion tan grande y que pudiera servir de modelo á muchos legisladores que á fuerza de buscar claridad en las leyes que formulan, no hacen otra cosa que confundir á los que las han de observar con digresiones inútiles, que muchas veces dicen lo contrario de lo que quieren expresar, y que á puro fraccionar el sentido dividiendo la materia en mil y mil artículos, dificultan su estudio y de consiguiente su observancia. Escritos y aprobados por todos los que concurrieron á formar los estatutos, S. Esteban los presentó á los obispos de las diócesis de los monasterios de la Orden, á fin de que le diesen su aprobacion, lo que hicieron muy gustosos renunciando voluntariamente á los derechos que tenian de visita, correccion y de presidencia y confirmacion en la eleccion de los superiores. En gratitud y reciprocidad,

prometió S. Esteban y sus cofrades no fundar ninguna abadía en la diócesis de un obispo hasta que este prelado ratificase y confirmase este decreto, que se pasó á todos los monasterios del Cister para evitar toda division y escándalo entre los obispos y los religiosos. No contento S. Esteban solo con la confirmacion de los obispos, recurrió al papa Calixto II para obtener la suya, cuya peticion le fué otorgada el año 1119, confirmando la gracia despues el pontífice Eugenio III por su bula de 1152, en la que se insertan todos los capítulos expresados, lo cual hicieron tambien en lo sucesivo, á imitacion suya, los papas Anastasio IV, Adriano IV y Alejandro III, que concedieron bulas á la Orden, aprobando de paso en ellas los expresados estatutos. Es ciertamente admirable lo que progresó esta Orden. A los cincuenta años de su establecimiento se contaron ya quinientas abadías, y así es que en el capítulo general celebrado en Cîteaux en 1151, se dió un decreto prohibiendo recibir más, porque el número pareció ya excesivo á los religiosos; pero fué inútil este decreto, puesto que cien años despues habia más de mil ochocientas abadías de esta Orden, de las que la mayor parte fueron fundadas ántes del año 1200, pues solamente S. Bernardo fundó unas sesenta con religiosos siempre sacados del monasterio de Claraval. Tan gran progreso no puede ménos de atribuirse á la santidad de los religiosos de esta la Orden, los cuales admiraban al mundo con su ejemplar vida, razon por la que se les solicitaba en todos los países, y por la que por todas partes se levantaban monasterios que los conservasen. La santa y rigorosa observancia de Orden se hallaba aún en vigor en los monasterios de su dominio hácia la mitad del siglo XIII, en que escribió su *Historia de Occidente* el cardenal de Vitri, puesto que hablando de estos religiosos dice: «Que toda la Iglesia cristiana estaba llena de la alta reputacion y opinion de Su Santidad como del olor de un bálsamo divino, y que no habia país ni provincia á que no hubiese extendido sus ramas esta viña de bendicion;» y al describir sus prácticas y observancias, manifiesta: que no se servian ni de pieles, ni de camisas, ni comian carne más que en las grandes enfermedades; que no comian, pescados, ni huevos, ni leche, ni queso, sino alguna vez por extraordinario cuando se les daba por caridad. Que los legos conversos, que vivian en las alquerías, fuera de las abadías, no bebian vino; que los religiosos dormian sobre paja vestidos con sus hábitos; que se levantaban á media noche y empleaban el resto hasta el alba en cantar alabanzas al Señor; y que despues de haber cantado prima y la misa, y confesado sus culpas en capítulo, ocupaban todo el dia en el trabajo, en la lectura y en la oracion, sin dar jamás lugar á la ociosidad ni á la pereza, observando en todos estos ejercicios un exacto y continuo silencio, á excepcion de la hora que dedicaban á conferencia espiritual. Sus ayunos eran continuos desde la fiesta de

la exaltacion de la Santa Cruz hasta las pascuas; y por último, que ejercian con mucha caridad la hospitalidad con los pobres. En el pontificado de Urbano IV comenzó á dividirse esta Orden con motivo de interpretar algunos la carta de caridad en un sentido que les favorecia, con perjuicio de otros que se le daban diverso. Como esta reyerta tuviese que llegar por necesidad ante la autoridad del papa Urbano IV, nombró por árbitros de estas diferencias á Nicolás, obispo de Troyes, á Esteban, abad de Marmontier, y á Godofredo de Baujen, de la órden de Sto. Domingo, confesor del rey S. Luis; pero muriendo este Papa ántes que se hubiese terminado este asunto, Clemente IV, que le sucedió, quiso tomar conocimiento de él, y para remediar por de pronto el mal, ordenó que el abad de Cîteaux, los cuatro primeros abades, y muchos otros religiosos de la Orden, fuesen á Perusa, donde Su Santidad se hallaba, á fin de oir de sus propios labios sus querellas. Luego que los escuchó obvió en 1265 todas sus dificultades, interpretando y cambiando algunas cosas de las que contenia la carta de caridad por lo perteneciente al gobierno de la Orden y á la jurisdiccion de los superiores, añadiendo al mismo tiempo algunos nuevos artículos; pero no hizo cambio alguno en las observancias. Fué adoptada esta Constitucion del Papa, á la que llamó *Clementina* la Orden, por todos los expresados abades en Perusa, y poco despues por toda la Orden. En el Concilio general de 1289 se ordenó hacer una compilacion de todas las ordenanzas de los capítulos generales celebrados desde el principio de la Orden hasta aquel año, lo que acredita que el espíritu del fundador se habia conservado hasta entónces. Tambien se decretó una excomunion á los que habiendo obtenido privilegios, pretendiesen valerse de ellos; se prohibió hablar jamás sobre alimentacion, ni hacer mencion alguna de la carne, y se condenó al que se atreviese á hablar de ello á ayunar á pan y agua, y á disciplinarse durante el capítulo estuviese reunido. Ya fuesen de viaje, ó estuviesen en las alquerías ó en otras dependencias de las abadías, debian los abades y los religiosos de la Orden observar los ayunos prescriptos por la regla, lo mismo que los que se hallaban en el claustro. Con respecto al uso de la carne debian ceñirse todos estrictamente á lo que previene la regla de S. Benito, y ninguno debia comerla más que en la enfermería, á excepcion de los que hiciesen un gran viaje marítimo, que era á los que se permitia este manjar. Aun en la enfermería se prohibia el uso de la carne desde la septuagésima hasta la pascua, no debiéndose usar tampoco todos los sábados del año más que de alimentos sazonados con la grasa, lo cual debian observar tambien los que se veian obligados á comer en los monasterios de otras órdenes ó en cualquier punto en que se hallasen fuera de la enfermería, y más particularmente en los monasterios de doncellas; á los que faltaban á esta ley se les privaba de beber vino durante un dia.

Tampoco debia servirse carne á los obispos y demás personas que visitaban el monasterio, áun cuando no perteneciesen á la Orden. Todos los abades que hubieran dado de comer carne á cualquiera persona, á excepcion de los pobres y de los enfermos, estaban obligados á pedir perdon al capítulo general, que los castigaba severamente, y los demás religiosos ó legos que cometian esta falta, debian ayunar á pan y agua todos los viernes hasta el capítulo general más próximo. Tan severa observancia, fundada en el espíritu y fervor de los primeros Padres de la Orden, empezó á declinar en el siglo XIV en algunos de sus monasterios y colegios, pues que relajándose poco á poco de la primera observancia bajo el pretexto de algunas dispensas y privilegios, contra los institutos de la regla de S. Benito, empezaron á comer carne en ciertos dias y abstenerse de algunos ayunos hasta que al fin se relajaron por completo. El papa Benedicto XII, que habia sido religioso de esta Orden y abad de Fond-Froide, subiendo á la silla de S. Pedro el año 1334, quiso remediar este y otros abusos que se habian introducido en la Orden, y prohibió, entre otras cosas, á todos los abades y religiosos el uso de los manjares que les prohibia el instituto. Mandó ir á Pont-de-Forgue, diócesis de Aviñon, en donde se hallaba, al abad del monasterio de Cîteaux y á los cuatro primeros abades de la Orden, y despues de haber conferenciado con ellos, les dió el mismo año 1334 una Constitucion, por la que les prohibió á todos los monjes y jefes de la Orden comer carne y manjares cocidos con ella en los monasterios y cualquier parte que se encontráran, á excepcion de la enfermería, y revocó y anuló cuantos permisos sobre este particular existian, áun cuando los hubiesen obtenido de la Santa Sede, pues que causaban escándalo, y que por cada vez que un religioso ó lego quebrantase este precepto, ayunaria por espacio de tres dias á pan y agua, y recibiria la disciplina por el capítulo en igual número de dias. Ordenó tambien que si en esta falta cayese un abad, no recibiese la disciplina, pero que sufriria los ayunos, de los que persona alguna podria dispensarle. Y en fin, que si alguno reincidia en esta falta, habiendo sido ántes canónicamente advertido, y no se corregia de ello, quedase inhabilitado para toda clase de oficios y de empleos en la Orden. Llamóse *Benedictina* á esta Constitucion en la Orden, y fué recibida y aceptada, segun se ve en la compilacion segunda de las ordenanzas de los capítulos generales celebrados con autoridad del de 1350, á la que se denominó *Nueva Constitucion*. Ordenóse en este capítulo que todos los generales ó abades de la Orden tuviesen en su monasterio los estatutos y la ordenanza del pontífice Benedicto para la reforma de la Orden, y los hiciesen observar exactamente y leerlos frecuentemente al propio tiempo que la regla y el libro de las definiciones. Estos reglamentos pusieron término por algun tiempo á los abusos que se habian introducido en la Orden; pero des-

pues se aumentaron hasta tal punto, que en 1390 el capítulo general que se celebró, se creyó obligado á aplicar algun remedio fuerte para salvar la Orden del descrédito; pero esto no lo consiguió sino por medio de concesiones que aumentaron los capítulos siguientes, que llegaron hasta permitir la propiedad á los religiosos. El capítulo celebrado el año 1396, mandó al abad de Fontenai trasladarse á la abadía de Cheseri, á fin de que ratificase una transaccion entre el abad de este monasterio y su comunidad, por la que se señaló á cada religioso una cantidad para vestirse. El del año 1399 permitió expresamente á un religioso de la abadía de Miroir, disfrutar durante su vida de tierras que decia haber heredado de sus padres. El del año 1400 ratificó y confirmó una escritura de arrendamiento hecha por el abad y comunidad de la abadía de Benneval, á un religioso de la misma abadía, por la que se le cedia el arrendamiento de ciertos terrenos pertenecientes á este monasterio, prohibiendo al abad y á la comunidad desposeerle de ellos. Hasta esta época habia estado la Orden siempre unida, y aunque esparcida por todo el mundo, se habia siempre sometido á los superiores que residian en Francia; pero algunos religiosos españoles, que habian conservado el espíritu primitivo de la Orden, queriendo librarse del naufragio de que estaba amenazada, formaron una congregacion aparte, cuyo autor fué Martin de Vargas en 1426 (véase este artículo), cuyo ejemplo siguieron mucho despues en otros puntos de Europa, porque asustados de la relajacion en que habia caido la Orden, quisieron vivir en la estrecha observancia de la regla. Continuando el desórden en la Orden, acudieron en demanda de remedio los religiosos de las abadías de Francia y de España al pontífice Eugenio IV, el cual hecho cargo de las razones que le expusieron, advirtió al abad de Cîteaux y á los demás abades y religiosos de la Orden por su Constitucion de 1444, se purgasen de los defectos de que se les acusaba y diesen mejor ejemplo, cosa que solo podian hacer corrigiéndose de sus corrompidas costumbres, y de formar, si era necesario, nuevas constituciones. Nicolao V les ordenó el año 1448 se aplicasen con más cuidado y diligencia á la reforma de los monasterios, y observasen mejor en lo sucesivo las constituciones apostólicas y las órdenes de los capítulos generales. Inútiles fueron las amonestaciones apostólicas para remediar los abusos, en unos tiempos en los que afligidas por la guerra muchas provincias, la autoridad de los abades era casi nula. Los furores de la guerra y las insolencias de la soldadesca, que no respetando ni áun los templos, cometian mil atropellos con los sacerdotes y áun con las esposas de Jesucristo, obligaron á muchos religiosos y religiosas de la Orden á abandonar los monasterios para refugiarse á las ciudades, y estas guerras, que duraron muchos años, causaron tan gran carestía y falta de las cosas necesarias á la vida, que obligaron á

muchos religiosos á comer carne, porque la encontraban con más facilidad que los demás alimentos. Los más escrupulosos se abstenian de esta vianda; pero rehusaban los cargos que les obligaban á salir de los monasterios, porque solo encontraban en las poblaciones y en el campo manjares que les estaban prohibidos. Los bienes y rentas de los monasterios se perdian, porque se los descuidaba, y como las necesidades se aumentaban y la falta de alimentacion producia muchas enfermedades, los que mejor salud tenian venian á debilitarse tanto, que ninguno podia observar la regla ni los estatutos. Reunido el capítulo general para deliberar sobre este particular, reconoció la imposibilidad de hacer guardar la regularidad en epoca tan aflictiva, y rogó á Imbert de Cîteaux fuese á Roma con D. Juan, abad de Maizieres, para que pidiesen al Papa tuviese la bondad de remediar estos males, concediéndoles algunas dispensas de la grande abstinencia á que les obligaba la regla y sus constituciones. Llegando á Roma los dos abades en 1475, y obteniendo la audiencia de la Santa Sede, Imbert representó á Sixto IV la miseria y desolacion de los monasterios, la dificultad de encontrar viandas conformes á su grande abstinencia, y los desórdenes que esto causaba, pues que á pesar del buen ejemplo de los más celosos, y á pesar de las exhortaciones de los superiores, muchos religiosos se permitian comer carne, sin dárseles nada de las penitencias que imponia la bula de Benedicto XII. El papa Sixto IV, despues de oir á los abades, reiteró la prohibicion y las penas impuestas por la bula de aquel Papa contra los que comiesen carne sin dispensa ni permiso; pero reflexionando al mismo tiempo sobre las dificultades que lleva el derecho natural sobre toda clase de leyes, dió una bula concediendo su poder al capítulo general y á los abades de Cîteaux para que dispensasen, segun su conciencia, de la abstinencia de carne en caso de necesidad, todas y cuantas veces fuese necesario, á los religiosos de dicha Orden que pidiesen esta dispensa. Solamente la necesidad habia obligado á este abad á pedir la dispensa, y esto solo por el tiempo que durase aquella, en la esperanza de que podria volverse despues á la primera observancia; pero tan luego como verificó su regreso á Cîteaux, le acometieron muchos particulares y áun comunidades enteras pidiendo la dispensa de abstinencia pretextando necesidad. Hizo Imbert poco tiempo despues otro viaje á Roma, llevando sin duda la idea de adquirir nuevos poderes para obligar á la observancia, pero la muerte atajó su camino á poco de llegar á la ciudad eterna. Sucedióle en la abadía Juan de Cirei, el que para librarse de las importunidades que le llovian de todas partes pidiéndole dispensas, reunió un capítulo general en 1481 en que se examinó la bula de Sixto IV, el que creyó obrar en conciencia dejando á la discrecion de los abades particulares, visitadores y demás superiores, el

poder concedido por esta bula de dispensar sin escrúpulo de la abstinencia de carne á los religiosos que tuviesen necesidad de ella. No tardó el capítulo en reconocer que esta disposicion causaria tal escándalo y tal desconcierto, que llegaria á poner en peligro á la Orden por la facilidad con que abades demasiado indulgentes acordarian la dispensa, y otros la negarian absolutamente tratando mal á su comunidad, lo cual daria en uno y otro caso lugar á la murmuracion. Así sucedió en efecto; en un mismo convento, unos comian carne, otros pescado, otros huevos, otros legumbres, etc., desórden que causó entre ellos mismos disensiones graves, parcialidades y odios. A fin de evitar tan graves males, que tanto contrariaban la caridad y la union fraternal, citándose al efecto á los presidentes y definidores generales de este mismo capítulo, se acordó, despues de una madura deliberacion en decreto de 1485, que en todos los monasterios de la Orden de uno y otro sexo se guardase en lo sucesivo uniformidad, tanto en la vida comun cuanto en todas las demás cosas pertenecientes á la Orden: que comiesen carne tres veces á la semana, ó sea los domingos, martes y jueves, á cuyo fin se construyese en cada monasterio un lugar separado del refectorio ordinario. Si solo hubiera habido este desarreglo en la Orden, hubiera podido esperarse que despues de esta ordenanza se hubiese restablecido la paz y la union; pero habia monasterios en los que vivian los religiosos de una manera tan licenciosa, que podia aplicárseles las palabras del Salmista, de que estaban mezclados con el mundo, cuyas maneras habian tomado, que eran idólatras de sus propias pasiones, y que por lo tanto habian producido el escándalo. No pudiendo sufrir tal desórden los soberanos de los territorios en que se hallaban algunos monasterios, solicitaron su supresion del papa Inocencio VIII, pidiendo otros que se les reformase. Estas demandas obligaron al Pontífice en 1487 á mandar á los superiores, que despues de celebrar el capítulo general, visitasen exactamente todos los monasterios de la Orden y la reformasen; pero el Papa no fué obedecido en esta ocasion. Aumentándose diariamente el mal, Cárlos VIII, rey de Francia, hizo nuevas instancias á la Santa Sede á fin de que emplease medios extraordinarios para reformar la Orden sin atenerse á los capítulos generales, ni á las visitas ordinarias de los primeros abades. El mejor medio que se encontró por entónces fué convocar una asamblea en Paris, á la que asistiesen todos los abades de la Orden. Reunióse el año 1493 en el colegio de los Bernardinos, y allí se formaron los artículos de la reforma, entre los que se manda que los abades abandonen la vanidad y pompa secular que llevaban, las superfluidades y excesos en sus trajes y demás cosas de su uso, y que no poseyesen dos abadías de la Orden sin permiso del capítulo general. Que en lo sucesivo no se daria á cada uno su racion, sino que todos comé-

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

rian en comunidad en el refectorio; y que todos los abades, á los quince dias de su regreso á sus monasterios, quitarian á sus religiosos, bajo las penas impuestas á los propietarios, cuanto poseyesen como propiedad, ya fuesen animales, viñas, tierras, jardines ó granjas, ya las tuviesen en arrendamiento, ya de otra manera, y que toda especie de rentas se habian de aplicar al fondo comun. Que las puertas de los monasterios estuviesen siempre cerradas en las horas marcadas, para impedir las salidas y entradas á horas poco convenientes á la regularidad y al buen ejemplo. Que no se permitiese entrar en ellos en lo sucesivo á las mujeres en los lugares que exigiesen regularidad, á no ser grandes señoras ó ancianas encargadas de actos piadosos y benéficos. Que los religiosos no viajasen más que vestidos con los hábitos de la Orden: que no frecuentasen las fiestas públicas, los espectáculos ni las tabernas; que no hiciesen uso de armas ofensivas, pues que en el caso de tenerlas que llevar para defenderse de los perros, les bastaba un tosco cayado ó baston. Que ningun religioso pudiese tener en la pila bautismal á los recien nacidos, ni tener compadres ni comadres; que no profiriesen juramentos ni palabras deshonestas. Que segun las Ordenanzas de Benedicto XII, todas las chimeneas de los aposentos ó dormitorios se suprimirian, y que en lo sucesivo no se les permitiese lechos de pluma, colchones, sábanas de tela fina, ni camisas de hilo, pues que habian de ser de jerga. En cuanto á la abstinencia de la carne, que se conformasen con el uso introducido en la mayor parte de los monasterios, en que no se comia los lunes, los miércoles, los viernes y los sábados de cada semana. La confirmacion y ejecucion de estos artículos se mandaron dar en el primer capítulo general, que debia convocarse en Cîteaux, pero léjos de recibirlos, algunos religiosos lograron por secretas influencias, segun se dice, un decreto del parlamento de Dijon, por el que se rompieran estos artículos como hechos en París, con perjuicio de los estatutos de la Orden y de los decretos de este tribunal, que mandan que las asambleas de la Orden se verifiquen en Cîteaux, razon por la que aquellos artículos quedaron sin efecto, y la reforma general no pudo hacerse por entónces, como si le estuviese señalada al papa Alejandro VII. A pesar de lo dicho, muchos monasterios que deseaban la regularidad y el buen órden, recurrieron á sus príncipes para emanciparse de la jurisdiccion de los primeros abades de la Orden, y fueron los de las provincias de Toscana y de Lombardía, los cuales, apoyados por Luis María Sforcia, duque de Milan, siguiendo el ejemplo de Castilla en España, formaron una congregacion separada, lo cual no tardó en tener imitadores. Juan de la Barriere, abad de Nuestra Señora de Feuillens, en Francia, empezó en este reino la reforma con el nombre de congregacion de Feuillens; Dionisio de Argentier, abad de Claraval, estableció otra congregacion con

el nombre de estrecha observancia en el mismo reino, y así sucesivamente se fueron estableciendo otras. La Orden del Cister, que por más de un siglo gobernó casi toda la Europa en lo espiritual y en lo temporal, ántes de fraccionarse fué muy poderosa, y prestó inmensos servicios á la Iglesia por los grandes hombres que de ella salieron. Estos religiosos fueron empleados por el papa Inocencio III para la conversion de los herejes albigenses; Arnaud, abad de Cîteaux, con Pedro de Chateauneuf y Raoul, fueron legados de este Pontífice en las cruzadas contra los herejes, y Foulques, arzobispo de Tolosa, que fué religioso de esta Orden, manifestó en esto su celo, lo propio que Guy abad de Vaux-Cernai. Pretenden algunos autores que han salido seis pontífices de esta Orden; pero costaria mucho encontrar más que á los papas Eugenio III y Benedicto XII, que verdaderamente la hayan pertenecido. Lo que sí han salido de ella son cuarenta cardenales, gran número de arzobispos, de obispos é ilustres escritores, cuyos nombres pueden verse en los autores Angel Manrique y Cárlos Vich, que publicaron su catálogo. Muchos reyes y reinas prefirieron el hábito de esta Orden á la púrpura y á la diadema, imitándoles muchos príncipes y princesas, contándose solo en el monasterio de Trebnitz, en Silesia, más de cuarenta princesas de Polonia que tomaron en él el hábito y se hicieron religiosas, habiendo dado mucho esplendor á esta Orden las ínclitas Ordenes militares de caballeros de Calatrava, Alcántara y Montesa en España, y las de Avis y de Cristo en Portugal, que se la sometieron abrazando su regla. El abad de Cîteaux fué, desde S. Roberto su primer fundador, el único jefe superior general y padre de esta Orden, cualidad que se le ha disputado, y en la que fué mantenido por decreto contradictorio del Consejo de Estado del Rey, de 19 de Setiembre de 1681, pero su poder llegó á ser más limitado que el de otros generales de la Orden, pues que nada podia hacer sin consentimiento del capítulo general. Fué el primer consejero nato del parlamento de Dijon y en sesion de los Estados de Borgoña. Ha habido hasta la mitad del siglo XVIII cincuenta y ocho abades padres de la Orden, desde S. Roberto su fundador, de los que los veinticuatro estan reconocidos por santos y beatos. Juan de Cinei, abad XLII, obtuvo del pontífice Inocencio VIII que el abad de Cîteaux y sus sucesores podrian conferir á todos los religiosos de la Orden el subdiaconato y el diaconato, pudiendo dar esta gracia los cuatro primeros abades solo á los religiosos de sus respectivas comunidades. La abadía de Cîteaux tenia veintiseis doncellas en otra inmediata, llamada de su generacion, que produjo otras varias, y su filiacion se extendió á Francia, España, Saboya, Flandes, Inglaterra y Dinamarca; habiendo producido otras tres la abadía de Haneswal en la diócesis de Lóndres; pero la herejía que se apoderó de estos dos últimos reinos, destruyó en ellos los monasterios de esta Orden

Entre las abadías de la generacion del Císter se cuenta la de Obasina, jefe de una congregacion fundada por el bienaventurado Esteban de este nombre, del cual y de su fundacion hablamos en esta obra (véase Obasina), cuyo artículo puede leerse como complemento de este. Todos los años en el mes de Setiembre se verificaba en Cîteaux capítulo general de la Orden, el cual, como llevamos dicho, experimentó algunas interrupciones en 1411 con motivo de la guerra, que impedia á los Padres concurrir á él, y desde entónces se diferia de dos en dos, ó de tres en tres años, segun lo permitia la guerra, habiendo habido ocasion en que estuvo veinte años sin reunirse, ordenando Alejandro VII, en su breve de 1666, que en lo sucesivo se celebrase el capítulo general cada tres años. En los capítulos anuales habia distincion entre los abades que debian asistir á ellos, porque hubiera sido penoso y áun imposible muchas veces asistiesen frecuentemente los que tenian muy lejanas de Cîteaux sus abadías. Por esta razon los abades de Irlanda, de Escocia y de Sicilia no tenian obligacion de asistir al capítulo sino cada cuatro años; los de Siria y Palestina cada siete años; los de Noruega, Grecia, Livonia y Hungría, de tres en tres años; habiendo reglamentos que señalaban las épocas en que debian acudir los abades de los monasterios de Galicia, Portugal, Leon, Castilla, Navarra, Aragon, Cataluña, en España, y otras provincias. Los abades de Francia solo podian llevar consigo al capítulo dos servidores y dos caballos hasta las primeras casas de la Orden, es decir, hasta la Ferté, Pontiñi, Claraval y Morimond; y los demás abades de provincias extranjeras, dos servidores y tres caballos, siendo solo privilegio de los cuatro primeros abades, y de los de Saviñi y Prulli, el poder entrar en Cîteaux con cuatro caballos y llevar su secretario con ellos. En estos capítulos generales solo se hacia uso de la lengua latina, y se llevaba esto á tanto rigor, que en 1242 se decretó que si se elegia á alguno que no supiese el latin, fuese nula su eleccion, penándose al presidente y á los electores en este caso á ayunar por muchos dias á pan y agua. Como en estos capítulos no debia dejar impune á nadie, todo el que habia cometido alguna falta debia acusarse de ella en su presencia, y si habia alguno que no lo hacia, se declaraba por el que la sabia, en cuyo caso el abad imponia la penitencia al culpable. El abad de Cîteaux, en union de los definidores, juzgaba y arreglaba todos los asuntos que se proponian á la asamblea, formando su tribunal, pues que en los definidores residia la suprema autoridad del capítulo general. El abad de Cîteaux nombraba el primero cuatro definidores de su especial generacion, y en seguida los cuatro primeros abades le presentaban cinco, cada uno de sus generaciones, de los cuales elegian cuatro de cada una de ellas, que con los cuatro de la suya componian el número de veinte, de suerte que con el abad de Cîteaux y los otros cuatro

primeros eran veinticinco los definidores en el capítulo general. Fué muy comun ver en estos capítulos cardenales, arzobispos y obispos. El mismo papa Eugenio III quiso honrar con su persona el de 1148, y los príncipes se hacian un honor en contribuir á los gastos que se hacian para la asistencia de los que concurrian á estas notables asambleas. Ricardo, rey de Inglaterra, dió con este motivo á la abadía de Cîteaux la iglesia de Schardebourg, y cuantas pingües rentas tenia, para proveer á los gastos del capítulo general en los tres primeros dias de los cinco que duraba. A este ejemplo Alejandro II, rey de Escocia, dió poco tiempo despues para los gastos de los cuatro primeros dias veinte libras esterlinas, y Bela II, rey de Hungría, para el resto de los gastos dió cuatro iglesias con todas sus rentas. En fin, un gran número de príncipes y señores se dirigian á este capítulo general, recomendándole el éxito de sus más importantes negocios, y pidiéndole participacion en las oraciones de los religiosos. El hábito de los religiosos del Cister se componia, y compone en donde subsisten aún en comunidad, de una túnica blanca con escapulario y capucha negra, llevando ceñida la túnica con un cinto de lana negra. Para asistir á coro se ponen un sobrehábito blanco, y encima una capucha con una muceta, que termina en redondo por delante hasta la cintura, y por detrás en punta hasta las pantorrillas, y cuando salen fuera del convento se ponen un gran manto negro sobre todo de anchísimas mangas y con gran capucha, hábito que sirve tambien para el coro en las casas en que hay colegio. Los legos conversos llevan el hábito de color leonado, su escapulario cae en longitud de un pie sobre la cintura por delante, y termina en forma redonda con capucha del propio color, pero de la forma de la que usan los religiosos; en el coro hacen uso de una gran capa, que cae hasta el suelo, del mismo color que el hábito. Los novicios clérigos tienen el mismo traje en el coro, pero todo blanco y con escapulario más corto por detrás. De la abadía de las Huelgas de Burgos salió la fundacion de las religiosas reformadas de la órden del Cister en España, á las que se llama vulgarmente recoletas. Nombrada abadesa de las Huelgas Ines Henriquez, que fué la primera que se nombró trienalmente en este monasterio en 1587, cuando fué reelegida en 1596, puso todo su empeño en reformar el de Perales, que dependia de ella, y en el que habia desaparecido totalmente la primitiva observancia. Empezó por dispersar á las religiosas entre otros monasterios, y reunió en este á las más celosas religiosas de los demás de la Orden. Verificado esto, concibió el designio de una nueva reforma, y á este fin obtuvo en el mes de Setiembre de 1599 una bula de Camilo Cayetan, legado en España del papa Clemente VIII. Sucediéndola algunos dias despues Juana de Ayala en el gobierno de las Huelgas, continuó la ejecucion de esta reforma, y á este fin hizo venir á Valladolid religiosas de los demás

monasterios que la obedecian, entre las que eligió las que le parecieron más á propósito para poder sufrir las austeridades, á las cuales reunió en un monasterio bajo la denominacion y patrocinio de la gloriosa Sta. Ana. Quiso esta fundadora que las nuevas religiosas de Sta. Ana viviesen conforme al primitivo espíritu del Cister, y encargó á los PP. Gaspar de Weda y Agustin Lopez, religiosos de la regular observancia de España, hiciesen sus constituciones; pero alcanzándola la muerte, no pudo hacerlas poner en práctica. Maria de Navarra, que fué elegida abadesa en 1601, trasladó el monasterio de Perales á Valladolid en el de Sta. Ana, para lo cual obtuvo permiso del papa Clemente VIII en el mismo año, y en 1604 logró que Domingo Gimmasius, arzobispo de Siponte, legado en España por el expresado pontífice, aprobase las constituciones hechas por los referidos religiosos. En este mismo año las religiosas del monasterio de Málaga, aunque sometidas al obispo, quisieron vivir bajo las mismas observancias y pidieron las enunciadas constituciones. Abadesa de las Huelgas Francisca de Villa-Mazaria, que sucedió á Maria de Navarra, hizo que el papa Paulo V aprobase las mismas constituciones el año 1606, y obtuvo el permiso de fundar otros monasterios de la misma reforma, y por este permiso fundó uno en Toledo, mandando para ello religiosas del de Valladolid. Las demás abadesas de las Huelgas quisieron seguir el ejemplo de la madre de la congregacion, é hicieron otras fundaciones de la reforma. Juana de Leyva fundó uno en Talavera; Ana de Austria, hija del rey Felipe II, fundó en 1615 uno en Brihuega, otro en Madrid en 1616, cuyo monasterio se edificó á costa del duque de Uceda, y otro en Consuegra en 1617, bajo la obediencia de Ana María Manrique. Pasó esta reforma á las Indias, haciendo construir D. Cristóbal de la Cámara, obispo de Canarias, un monasterio; puso en él religiosas de esta reforma. Catalina de Arellano y Zúñiga estableció en 1634 otro convento en Casarubios del Monte, enviando á él religiosas de Valladolid; y en fin, la reforma hizo otros muchos progresos, siendo hoy una de las instituciones salidas de la órden del Cister, que mejor se han sostenido y sostienen en España, á pesar de nuestras discordias civiles, entre las que ha metido algunas veces su sacrílega mano la impiedad. Estas religiosas, conforme manda la regla de su instituto, se levantan dos horas despues de media noche para ir á maitines; de las cinco á las seis de la mañana estan en oracion mental, y á esta hora cantan la prima. Despues de vísperas tienen otra hora de oracion mental; se disciplinan todos los miércoles y viernes del año, y áun los lunes en el adviento y en la cuaresma. Observan una exacta pobreza, y ninguna puede poseer nada en particular, pues que todo es de la comunidad. Su hábito debe ser de una tela grosera, y solo pueden calzar sandalias. Observan abstinencia perpétua de carne, y solo pueden comer huevos el dia que no

sea de ayuno, pero nunca beber leche; y solo pueden comer carne las enfermas, y esto en la última mesa del refectorio, á fin de que no pierdan la leccion que se hace durante la comida. Ayunan desde la víspera de la Exaltacion de la Santa Cruz hasta pascuas, á excepcion de las tres fiestas de Natividad, de la Circuncision y de la Epifanía. El resto del año ayunan los miércoles, los viernes y los sábados; pero los dias que no son de ayuno no pueden tampoco beber ni comer fuera de las comidas. El uso del vino les está prohibido, á no ser por medicina. Los dias de ayuno de regla se las da por colacion una ensalada ó algunas frutas y pan, y en los ayunos eclesiásticos solo pan. Desde completas hasta prima del dia siguiente guardan un estrecho silencio, así como desde el medio dia hasta la nona. Tambien guardan silencio durante el trabajo, y para no romperle en este tiempo debe cada una trabajar particularmente en su celda, y solo se reunen en comun para hacer la lejía ó colada, y si en ella ó de cualquier modo rompen el silencio, la que comete la falta está obligada á disciplinarse en el refectorio y á comer sentada en el suelo solo pan y agua. Ninguna religiosa puede entrar en la celda de otra, y los dias de comunion no pueden entregarse á recreacion alguna. A pesar de estas austeras observancias no deja de contar esta congregacion de recoletas religiosas distinguidas por su nacimiento de las primeras casas de España. En fin, segun Manrique, Henriquez y otros historiadores del Cister, esta religion, que solo debe tener en cada monasterio veinte veligiosas de coro y tres conversas, es una de las fundaciones más ilustres de la órden Cisterciense. Despues de cincuenta años de turbaciones y divisiones en la órden del Cister en Francia, durante las cuales se relajó extraordinariamente la disciplina, Dionisio de Argustier, abad de Claraval, introdujo la reforma de la Orden, empezando por su monasterio en 1615, la cual costó mucho á este y á sus sucesores. Como la relajacion habia alcanzado tambien á las religiosas, la V. M. Luisa Blanca Teresa de Bullon, hija de Cárlos, gentilhombre de cámara del duque de Saboya, que fué su embajador en España, que era religiosa del Cister, consultando con S. Francisco de Sales, su pariente próximo, verificó la reforma en 1608, estableciendo la congregacion de religiosas Bernardinas reformadas de la Divina Providencia y de S. Bernardo en Francia y en Saboya, congregacion muy respetable, que ha dado muy santos ejemplos de virtud. La reforma de las religiosas del Cister fué propagándose por todas partes, y glorias son del cristianismo las de Bernardinas reformadas de la Sangre Preciosa en Francia, y otras muchas de que nos dan razon los historiadores cistercienses, si bien no podemos ménos de confesar con religioso orgullo que las congregaciones españolas han llevado la palma por su antigüedad y por la más estricta observancia de las reglas, así como por su severa austeridad.

Habiendo hecho la historia de la órden del Císter con respecto á los monasterios de religiosos, parécenos deberla continuar por lo que corresponde á las abadías y monasterios de religiosas, máxime cuando entre ellos se cuenta como el más principal el famoso de las Huelgas de Burgos, página religiosa muy gloriosa de nuestra España. Llámanse Bernardinas á las monjas cistercienses en Francia, porque se atribuye su fundacion al glorioso San Bernardo, que entró religioso del Cister en tiempo en que gobernaba la Orden el abad S. Esteban, sucesor y compañero que fué de su fundador San Roberto como llevamos dicho. Enriquez, en su *Menologio del Císter*, dice que la fundadora de las religiosas cistercienses fué Santa Humbelina, hermana de S. Bernardo, y en su *Lilia Cistertii*, que es la historia de la vida y origen de estas religiosas, asegura que decidida Humbelina á consagrarse á Dios, se retiró al monasterio de Juilly, de la órden de S. Benito, y que persuadió á las religiosas de esta casa á abrazar la reforma del Cister, lo cual consiguió. Manrique, en sus *Anales del Císter*, valiéndose de la autoridad de Guillermo, abad de San Thierry de Reims, tan amigo de S. Bernardo, que escribió su vida, que el año 1113, que era el quinto de la fundacion del Cister, entró S. Bernardo en esta Orden con treinta compañeros bajo la obediencia del abad S. Esteban, y que como muchos de estos eran casados, y sus mujeres resolvieron tambien consagrarse á Dios, á ruegos de S. Bernardo, se fundó un monasterio de mujeres en Juilly, diócesis de Langres, cuyo monasterio lleva no solo este nombre, sino tambien los de Billette, Villetum y Julleium, segun los autores. Perteneció este monasterio, segun el expresado autor de la vida de San Bernardo, á Milon, conde de Bar, el cual le donó á la abadía de Molesme, para que sirviese para retiro á religiosas, las que debian ser Benedictinas, pues que Molesme era de la Orden, y del cual salieron S. Roberto y S. Esteban, para fundar su reforma en Cîteaux. En fin, se sabe, á no dudar, que el primer monasterio de religiosas de la órden del Císter, se fundó por S. Esteban, y no por S. Bernardo, ántes del año 1120, en cuya época habia ya muerto en Juilly Santa Humbelina, y se fundó en Tart, diócesis de Langres. Dejando aparte el empeño de Henriquez, ya citado, que persiste en hacer á Santa Humbelina fundadora de esta institucion, trayendo en su apoyo á las Bernardinas recoletas de España, ó Descalzas por sus austeras costumbres, las que pertenecen más bien á los religiosos de Claraval que á los del Cister, diremos con el cardenal Santiago de Vitri, en su *Historia del Occidente*, que la excesiva austeridad con que vivieron en un principio las religiosas de esta Orden, no les permitió por su delicada natural complexion continuarla por mucho tiempo; pero que al fin vencieron á la naturaleza con su fe y constancia. Despues del establecimiento de Tart, he-

cho por S. Esteban, se fundaron en Francia otros muchos de la Orden, como los de Fervaques, en la diócesis de Nason, fundado en 1140, el de Blandech, en la de S. Omer, en 1153; Montreuil-les-Dames, cerca de Laon, en 1164, y otros muchos que se fueron fundando, habiendo autores que elevan su número hasta seis mil, contando entre ellos los dependientes de Obasina en Auvernia, de que ya hemos hablado (véase Esteban de Obasina) y el de Coiroux en la diócesis de Limoges, y el de Santa María la Real de Burgos en España, llamado de las *Huelgas*, que es el más célebre de la órden del Cister, tanto por la magnificencia de sus edificios y grandes bienes que ha poseido, y áun posee hoy como perteneciente al Real patrimonio de nuestros Reyes, cuanto por la jurisdiccion de que disfrutaba el gran número de vasallos que obedecian á su abadesa, sus doce monasterios dependientes y los hermanos hospitalarios, y gran número de eclesiásticos que le estaban sometidos. Fué construido este célebre monasterio por Alfonso VIII, rey de Castilla, el año 1187, y se le entregó á los religiosos del Cister, á cuyo efecto hizo venir algunas religiosas del monasterio de Tulebras, nombrando abadesa á una de ellas, denominada Michol ó Misol. Entre las primeras religiosas fundadoras se encontraron Doña Constanza, hija del regio fundador, que sucedió á Misol en el abadiazgo, y Doña Sancha, hija del rey de Aragon, que fué la tercera abadesa, habiendo sido religiosas de este monasterio despues muchas princesas españolas é hijas de los infanzones y grandes de la nacion. No contentándose el rey Alfonso con haber dado grandes bienes á este monasterio, quiso se distinguiese por sus prerogativas de los demás de sus estados, y al siguiente año de 1188, envió al capítulo general de Cîteaux al obispo de Sigüenza, para que pidiese en su nombre permitiese á las abadesas de los reinos de Castilla y de Leon celebrar tambien entre ellas un capítulo general. Concedido que fué este permiso, hizo el Rey que se reuniesen en el monasterio de las Huelgas el año 1189, los obispos de Burgos, Plasencia y Sigüenza, siete abades de la órden del Cister, entre los que estaban los de Balbuena, Hitero, Buena-de-Val, de Sandoval, y el de Echel-Dieu, en Francia, diputado al efecto por el padre ó abad de Cîteaux, que debia asistir con los obispos y siete abadesas de los reinos de Castilla y de Leon, que fueron las de los monasterios de Perales, Torquemada, S. Andrés de Arroyo, de Carrizo, de Gradefes, de Canas y de Fontalmesi, no habiendo querido asistir las de Colomba y Tulebras, la primera por causas desconocidas, y la otra porque tenia por cosa inconveniente, que habiendo dado su abadía nacimiento al de las Huelgas, se sometiese una madre á su hija. Empezó la asamblea el dia 7 de Abril, y como las abadesas de Perales y de Gradefes no quisiesen someterse á la abadesa de las Huelgas, porque sus monasterios habian salido del de Tulebras, del

que eran hijas, se resolvió que la abadesa de Tulebras se atuviese á la ordenanza del capitulo general de Cîteaux que las relevaria de la obediencia que debian, ó que viniese con ellas al monasterio de las Huelgas, y que si rehusaba ambas resoluciones, se ejecutaria la ordenanza del capítulo de Cîteaux, que permitia á todas las abadesas de los reinos de Castilla y de Leon, reunirse en el monasterio de las Huelgas, que consideraban como la Iglesia su madre. Fueron las dos expresadas abadesas á ver á la de Tulebras, la cual obligada por la autoridad del Rey, las permitió asistir al capítulo general de las Huelgas. Reuniéronse de nuevo al año siguiente las expresadas siete abadesas y la de Santa Colomba con los tres abades de la Orden, y se acordó en este capítulo que se reunirian todos los años el dia de S. Martin 11 de Noviembre, y que ellas, por sí y sus sucesoras, reconocian á la abadesa de las Huelgas y á las que en este puesto la sucediesen, por su madre, que como á tal la estarian siempre sometidas y la obedecerian de la propia manera que los abades de la Orden obedecian al abad del Cister y al capítulo general. Acordóse tambien que las abadesas de las Huelgas visitarian los monasterios que la estaban sometidos, y que las abadesas de Perales, de Gradefer, de Canas y de Arroyo visitarian á su vez el monasterio de las Huelgas, de la propia manera que los abades de la Ferté, Pontigni, Claraval y Marimond visitaban la abadía del Cister; y que si la abadesa de Tulebras reconocia el monasterio de las Huelgas y se sometia á él, seria la primera de las cuatro abadesas que hiciese la visita. Ordenóse tambien que al venir al capítulo general, cada abadesa pudiese traer consigo seis criados y criadas con cinco caballos. Celebráronse estos capítulos generales en España, hasta la celebracion del Concilio de Trento, en que se obligó á guardar á toda religiosa estrictamente la clausura, circunstancia que acabó con los capítulos generales y visitas de las religiosas; empero á pesar de esto, la abadesa de las Huelgas se reservó siempre, y le conserva aún hoy, el derecho de visita sobre sus conventos, á los que no pudiendo hacerlo por sí á causa de la prohibicion de salir de la clausura, manda comisarios que la ejecuten. El ejemplo del rey de Castilla no tardó en ser seguido por otros príncipes que obtuvieron del abad de Cîteaux un permiso semejante para las abadesas de Francia y de las provincias cercanas, cuyas abadesas celebraron entre ellas capítulos generales. La abadía de Tart, que era la más antigua de todas las de la Orden, pues que, como hemos dicho, fué fundada en 1120 por S. Esteban, compañero del primer fundador S. Roberto, se eligió á este fin, y el dia de S. Miguel del año 1190 se celebró el primer capítulo general de religiosas. Dice uno de los historiadores del Cister, que la gran autoridad que se dió á la abadesa de las Huelgas, la hizo creer que tenia el mismo poder que los abades, y que cuanto á ellos se

permitia, le estaba permitido á ella. Introdújose hasta en las funciones del sacerdocio, pues que en 1210 pretendió tener derecho de bendecir á las novicias, explicar el Evangelio, predicar y áun de confesar á las religiosas, cuyos abusos pretenden algunos autores que aprobaba tácitamente el rey de Castilla á su hija Constanza, que era entónces la abadesa. Al saber la presuncion de la abadesa, los superiores de la Orden, que no tuvieron valor de resistir á la autoridad del Rey, escribieron sobre este particular al papa Inocencio III, que cometió en 1210 á los obispos de Burgos y de Palencia con Gui, abad de Morimond, que se hallaba á la sazon en España, reprimir la audacia de la abadesa y de otras que querian imitarla. Sucediendo á Constanza en 1218 en el gobierno de la abadía Doña Sancha de Aragon, obtuvo nuevos privilegios para las Huelgas del rey San Fernando de Castilla. Habiendo hecho levantar Doña Urraca, viuda de Alfonso, rey de Leon, en 1222, el monasterio de Vilena, á siete leguas de Burgos, le sometió al de las Huelgas, del que habia sacado religiosas para fundarle, y siete años despues se le sometió tambien el de Villa-Mayor. Elvira, quinta abadesa de las Huelgas, fijó en ciento el número de las religiosas de su monasterio, el de las señoritas que se educaban en él en cuarenta, y el de las conversas destinadas al servicio de las religiosas. No habiéndose querido dejar visitar esta abadesa de Gui III, abad de Cîteaux, el año 1260, fué excomulgada en el capítulo general de la órden del Cister. El monasterio de Avia se sometió á las Huelgas siendo abadesa María Gutierrez; y María de Velasco, que la sucedió, recibió tambien el de Barria, no faltando despues otros monasterios que reconociesen por su madre iglesia al de las Huelgas, que se engrandeció extraordinariamente. Las abadesas de las Huelgas fueron siempre perpétuas hasta el año 1587, en el que despues de la muerte de Eleonora de Castilla, abadesa hija del rey D. Pedro I de Castilla, apellidado *el Cruel*, empezaron á ser trienales. Son tantos los monasterios célebres de la órden de religiosas del Cister, que seria larguísima tarea quererlos tratar en particular. Reduciéndonos á los de mayor nombre, señalaremos el de Conversano, que es el único de los de Italia en que tiene la abadesa el derecho de llevar báculo y jurisdiccion espiritual en la villa de Castellano. El de San Antonio en Paris, es uno de los más considerables de Francia, gozando su abadesa de muchos derechos, entre ellos el de ser señora, en parte, del barrio en que se halla la abadía, la que por su extension sobrepuja en poblacion á muchas ciudades considerables. La abadía de Fronneberg en Wesfalia, que pertenece á la filiacion de Marimond, es en parte católica y en parte luterana. Dice el P. Papebrock que habia allí tres comunidades, pero autores mejor informados aseguran que solo hay la católica y la luterana, y que nunca la hubo calvinista, siendo las abadesas una vez católicas y otras lute-

ranas; en Alemania hay tambien abadías tanto de religiosos como de religiosas enteramente luteranas; habiéndolas en las que las abadesas son princesas del imperio, como sucede en las de Heppack, Himmeltron, y Guttemel. El hábito de las religiosas del Cister consiste en una túnica blanca, escapulario negro y ceñidor del mismo color; en el coro llevan cola la mayor parte, y otras solo manto, y las hermanas conversas usan el hábito de color leonado, y las novicias usan el hábito enteramente blanco. Muchas santas nos mencionan los autores de esta religion, pero concretándonos á las que más se distinguieron por su santidad y virtud, señalariamos algunas si no las hubiésemos ya dado lugar en esta obra. Señalan los Cistercienses en primer lugar á la bienaventurada Juliana de Mont-Cornillon, á la que se debe la institucion de la fiesta del Santísimo Sacramento, que se empezó á celebrar en Lieja el año 1246 á peticion suya, y que se generalizó despues á toda la Iglesia por bula del papa Urbano IV. Henschenius, que escribió la vida de esta santa en la continuacion de Bollandus, da razones por las que la considera agustina y no cisterciense, y por lo tanto debe rebajársela del calendario del Cister, lo mismo que á Sta. Isabel de Schanang, célebre por sus revelaciones y escritos á la que consideran como suya las cistercienses, siendo así que pertenece á la órden de S. Benito. Hemos terminado, á Dios gracias, la vida del glorioso S. Roberto, y la historia de su célebre fundacion religiosa, faltándonos sin embargo en este artículo, la parte que escribimos en los artículos Martin de Vargas, Olderico de Aigremond, Esteban Obasina y de Santiago de Rochemonsou, y otros ilustres abades y superiores de la famosa órden del Cister, cuya historia en general acabamos de hacer, en presencia de lo que de ella nos han dejado escrito Angel Manrique en sus *Anales* de esta Orden, Montalvo en su *Crónica* de la misma, Cristóbal Henriquez en su *Menologio cisterciense;* Roberto Rusca en el *Orígen del Cister*, Gaspar Jougelin en sus *Abades*; Le Nain, en la *Historia de la Orden*, y otros muchos autores que han escrito sobre el Cister, además de lo mucho que de esta religiosa asociacion se habla en los Martirologios y Santorios en que se da razon de los santos cistercienses.—B. S. C.

ROBERTO (S.), niño y mártir, citado por Canisio en su Martirologio, quien calla el lugar y la época de su martirio. Ferrerario, en su Catálogo de los Santos que no se encuentran en el Martirologio Romano, dice que fué aleman, y que se celebra su fiesta en 24 de Abril.—S. B.

ROBERTO (S.), abad. Citado por el Martirologio monástico de Mausolico, y por Molano en sus adiciones. Pero Mausolico, dice Ferrario, trata de Roberto, abad de Molano, de quien se ocupa el Martirologio Romano en 29 del mes de Abril, y de otro Roberto, abad de la órden del Cister, que se celebra en 4 de Junio. El Roberto de que tratamos floreció hácia el año

164, y se encuentra su vida en los Santos de la Galia de Ronat Bened y en Surio, tomo II. Su fiesta se celebra el 24 de Abril.—S. B.

ROBERTO (S.), abad y confesor. Cuando la virtud se practica por los reyes, los súbditos no pueden ménos de ser virtuosos, pues que son aquellos el espejo en donde estos se miran en lo general, y el tipo á que arreglan su conducta; de aquí el bien que resulta á la sociedad de que los soberanos sean virtuosos, y el mal trascendental de que caminen por el sendero del vicio, porque entónces la ruina y el descrédito del estado les sigue necesariamente. Por esta razon se alaban tanto las virtudes de los magnates y deben de alabarse, pues que tantos bienes pueden proporcionar, y por la misma se ensalza con tanto esmero á los señores de la Edad media que dieron ejemplos de virtud á sus pueblos, pues que fueron los que tuvieron esta dicha unos verdaderos protectores de la humanidad en unos tiempos en que la fuerza era la principal razon, y en los que el deseo de adquirir el renombre de bravos, hacia olvidar á los hombres puestos en dignidad los sentimientos tiernos y religiosos, que no se imponian con la punta de la lanza ó á los mandobles de una tizona. Fué S. Roberto, que floreció en la primera mitad del siglo XI, hijo de Gerardo, descendiente del bendito S. Gerardo, varon de Aurillac, y de consiguiente perteneció á ilustre sangre de la más antigua y acrisolada nobleza. Sumamente religioso desde sus primeros años, no vió en las cosas del mundo sino vanidad y miseria, en medio de la grandeza en que estaba criado, y decidió huir de sus quimeras, de sus peligros y de sus engaños, consagrándose á Dios. Deseando visitar el sepulcro de los príncipes de los Apóstoles, su devocion le llevó á Roma, y en aquella santa ciudad tuvo lugar de admirar la magnificencia de los ritos, al paso que de confirmarse en su designio de abandonar al mundo en el que le ahogaba el humo de pestilentes pasiones movidas por la soberbia humana, y se temia le contagiase el vicio, enfermedad epidémica de la que es preciso huir con tiempo porque siempre contagia. Firme en su propósito, se retiró á la soledad con dos amigos que participaban de sus ideas, y como encontrase en ella una iglesia arruinada, la reedificó, y con la aprobacion del pontífice Leon IX, al que informó favorablemente el obispo de la diócesis de Claramonte, fundó el monasterio llamado la Casa de Dios en la expresada diócesis, del cual fué el primer abad. Conocida que fué esta santa casa, y la virtud y santidad de su ilustre superior y de sus dos compañeros, de todas partes acudieron piadosos fieles, suplicándole les admitiese en ella para hacer penitencia, y no tardó mucho en tener más de doscientos religiosos fervorosos, por lo que fué necesario reglamentar de nuevo la comunidad. Rigió y gobernó S. Roberto esta casa con la mayor prudencia y santidad, hasta el dia 24 de Abril de 1067 ó 68 en que murió, y en igual dia

le recuerda nuestra madre la Iglesia anualmente entre sus santos.—B. S. C.

ROBERTO (S.), abad. Floreció en Sicilia hácia el año 800 de la era cristiana. Se le cita en el Martirologio Sículo y entre los santos de la iglesia de Siracusa. Celébrase su fiesta en 25 de Abril.—S. B.

ROBERTO (S.), abad. Este venerable religioso, discípulo del gran Padre S. Bernardo, cuyos pasos siguió y cuyas altas virtudes procuró imitar en todo, señalándose por lo tanto más que ninguno entre todos los discípulos del dulcísimo doctor, que prendado tambien de su santidad y sus virtudes, le distinguió muy particularmente confiándole algunos encargos y comisiones de importancia. Ignórase de qué punto de Francia era natural Roberto, ni qué precedentes le acompañaban, cuando renunciando al mundo vistió el hábito cisterciense, pero los precedentes importan muy poco cuando la vida presente y los dias futuros son un ejemplo de virtud y un modelo de santidad en las personas. La de Roberto estuvo tan llena de buenas cualidades, fué tan justificada en todo y por todo, que á muy pocos años de haber tomado el hábito, y cuando áun puede decirse que se hallaba en los verdores de la juventud, fué encargado de hacer la fundacion del monasterio de Dunis, la cual se principió en el dia de la Encarnacion del Señor, año de 1138. Hecho primer abad de esta casa, vivió en ella con gran austeridad y recogimiento por espacio de quince años, al cabo de los cuales habiendo pasado S. Bernardo de esta á la eterna vida, le eligieron los Padres graves del capítulo para suceder á aquel varon eminente en la abadía de Claraval, queriendo rendir de esta manera un tributo de su respeto al santo varon que tanto le amára en vida, aunque obedeciendo en aquella eleccion á una suprema Orden, puesto que se hallaba prevista y dispuesta, segun se lee en antiguas crónicas, las cuales dicen que algunos años ántes del fallecimiento de S. Bernardo, hallábanse conversando dos justificados monjes de Claraval, y viniendo á tratar de cuánto viviria aún el esclarecido doctor, dijo uno de ellos que seis ó siete años, y que le sucederia en el gobierno el que entónces era abad de Dunis. El éxito vino á confirmar la certeza de la profecía, y Fr. Roberto, aunque con suma repugnancia, aceptó el cargo de abad de Claraval; confesando que su humildad se resistia á desempeñar un cargo en que le precediera el gran santo, cuyas virtudes no podia imitar, y cuya prudencia y habilidad para el mando jamás llegaria á adquirir; tanto más atendiendo el inmenso número de almas que en la abadía residian por entónces, y que sin contar con los donados, ascendian á ochocientos individuos. Pero confiando en el Señor, y conociendo que no le faltaria el auxilio del que por tal camino le llamaba, comenzó con grande ánimo y fe á ejercitarse en su oficio de pastor, hallando con gran consuelo suyo muchos medros cada dia en su apreciable ganado, cuya buena direccion y dicha tempo-

ral y espiritual le estaba encomendada por el dispensador de todos los bienes. Mereció recibir grandes consuelos de la Divinidad, tanto presenciando las gloriosas muertes de muchos de sus bienaventurados hijos, cuanto por las revelaciones de profundísimos misterios con que el Señor premiaba su fervor y su asiduidad en la oracion y meditacion, ejercicios en que gastaba la mayor parte de su vida. En su tiempo y entre otros muchos dignos varones de la Orden, salió de esta vida para la gloria eterna el beato y ejemplar monje Reginaldo, tan favorecido de la suprema bondad, que mereció contemplar entre otras agradables visiones á la Santísima Vírgen, mezclada cierto dia con los segadores del convento, á quienes enjugaba el sudor que la fatiga arrancaba de sus rostros. Tambien tuvo el placer de conocer y tratar á Guillermo, señor de Monte Pesulano, que oyendo la predicacion del santo fundador, se convirtió é hizo monje en el monasterio de Silva Grande, ocurriéndole en fin muchos casos raros, de los que extractaremos algunos en demostracion de lo muy favorecido que se hallaba del cielo por su mérito y sus virtudes. Habiendo determinado un rico y distinguido arcediano de Verdum, ciudad de Francia, asistir en devota romería al monasterio de Claraval con objeto de visitar y adorar la preciosa imágen de nuestra Señora, y las muchas reliquias que en aquella santa y venerable casa se guardaban. Cumplido su buen propósito, y no sospechando ni áun remotísimamente lo que el Señor le tenia deparado, fué á despedirse del santo abad Roberto con objeto de pedirle que le tuviera presente en sus oraciones. Llegó á la presencia del monje á tiempo que se hallaba en capítulo, rodeado de todos sus hijos, y al contemplar en ellos otros tantos ángeles humanizados, al advertir el sosiego, la dulce paz y santa alegría en que vivian, encendida su ya bien dispuesta alma en los divinos ardores, y tocado en el corazon por la celestial mano de la gracia, renunció inmediatamente al mundo, sin considerar lo que en él dejaba, no recordando sus comodidades, sus riquezas ni su posicion, ni haciendo ánimo siquiera de despedirse de sus muchos y buenos amigos, que con ansia anhelaban volver á tenerle al lado suyo. Pidió con muchas instancias y con fervorosas lágrimas que le dieran el hábito del Cister, recibiéndole juntamente con él un clérigo que le acompañaba y hacia las veces de capellan. Ambos perseveraron en la religion, dando grande ejemplo de austeridad y pureza de vida, aunque Andrés al principio de su noviciado sufrió muchas y muy terribles tentaciones; pues no obstante que á su ingreso en el claustro hiciera ánimo de desnudarse de todo mundanal afecto y de toda caduca mira, no dejó el enemigo comun de atacar su flaqueza por los caminos que en tales casos acostumbra. Era Andrés, en primer lugar, de complexion débil y delicada; y acostumbrado á los regalos de una opípara mesa, no podia acostumbrarse á la sobriedad y aspereza de la racion mo-

nástica, y tampoco se avenia muy bien con las prescripciones de la obediencia el que tan poco tiempo hacia que estaba acostumbrado á mandar á multitud de servidores y á ser por todos ellos como señor acatado. Su intencion era buena, aunque su fe se hallaba harto decaida. No atreviéndose, pues, á abandonar decididamente el hábito, porque ya su honor se hallaba interesado en ello, trató de salir de Claraval y pasarse á otra casa donde pudiera vivir con más holgura y comodidad, y donde no se observára abstinencia tan estricta. Consultó su determinacion con el santo abad Roberto, quien haciéndole todos los cargos y consideraciones que las circunstancias exigian, le instó á que meditase mucho la determinacion que queria tomar, y que no obrase de ligero. A pocos dias tornó á conferenciar con Roberto, pidiendo que le perdonase, pero manifestándole estaba resuelto á poner en ejecucion su designio; porque ya no le era posible aguantar por más tiempo aquel género de vida tan contrario á su salud, y en la que no le daban para comer otra cosa que desabridos potajes de legumbres y de yerbas Viéndole tan determinado, suplicóle que aguardase aún cinco dias ántes de poner en práctica su intento. Condescendió Andrés y ofreciendo aguardar el mencionado espacio de tiempo, se separó del abad, quien secretamente rogó á todos los monjes que durante aquellos cinco dias no dejasen de hacer oracion por la oveja que pretendia descarriarse y separarse del redil. Cuando se hubo cumplido el plazo, fuése Roberto por ser ya hora de comer al refectorio, y encontró en él al novicio Andrés, á quien habian puesto delante un plato de arvejas para comer, manjar que era uno de los que más le repugnaban y al que seguramente no hubiera tocado si el hambre no le aquejára. Venciendo su repugnancia, probó el desabrido manjar, y con notable asombro advirtió que era tan delicado, suculento y agradable, que parecia contener todas las sustancias delicadas que la gula humana ha inventado para complacer el apetito. Creyendo que sin duda el Abad para detenerle habia mandado condimentar la legumbre de diversa manera que los demás dias, fué á darle las gracias por ello. Pero cuando supo de su boca que nada habia hecho de lo que suponia, y cuando el cocinero declaró que precisamente aquel dia ni áun aceite tenian las arvejas, hallándose aderezadas con solo agua y sal, comprendió Andrés que la mano de Dios era la que obraba el prodigio, y confuso por una parte y agradecido por otra á un Señor, que tan solícito se manifiesta por los míseros gusanos de la tierra, y que tales regalos les proporciona, ya no trató de otra cosa sino de continuar sirviendo á aquel Señor tan piadoso como benéfico, siendo en adelante tan parco y abstinente en la comida, que muchos dias los pasaba con pan y agua, tomando como gran regalo, del que muchas veces se abstenia, una escudilla de aquellas lentejas y aluvias que en otro tiempo tanto le habian repugnado. Tam-

bien fué Roberto favorecido con santas y gloriosas revelaciones, de las que pondremos algunos casos. Tenia entre sus hijos espirituales uno muy predilecto llamado Guichardo, cuya virtud, pureza é inocencia llenaba de júbilo y de consuelo el alma del santo Abad. Enfermó gravemente este dichoso jóven, y la noche en que espiró, nadie fué á asistirle, tanto porque el tránsito ocurrió cuando todos se hallaban reposando, cuánto por creer que aún no era tan grande el peligro que corria. Hallábase el santo Abad en su lecho en ese estado de somnolencia en que el hombre ni duerme ni se halla despierto, y le pareció encontrarse en el coro del monasterio viendo en él á dos hermosísimos mancebos vestidos con el cándido hábito del Cister, los cuales estaban sembrando el pavimento de rosas, violetas, claveles y otro género de diversas flores, con las cuales quedó el coro convertido en un matizado y odorífero jardin. Reprendiéndoles severamente el Abad lo que juzgaba ser demasía, fué contestado por uno de los mancebos: «No te enojes, Padre mio por lo que hacemos, porque en ello cumplimos las órdenes que se nos han dado, y tampoco lo juzgues demasía, porque este tributo que hoy ofrecemos á la memoria y á la virtud del santo jóven que se halla espirando, indica que en dia no muy remoto tal vez, se celebrará en este coro la fiesta de un nuevo santo.» Desapareció la vision, pero fué tan grande el efecto que hizo en la mente de Roberto, que levantándose del lecho llamó á los monjes, y acudiendo todos al sitio en que se hallaba Guichardo, halláronle ya difunto, aunque cercado de celestes resplandores, que indicaban con sobrada claridad el preeminente lugar que en la gloria disfrutaba. Más tarde, hecha con autoridad apostólica debida informacion de la ejemplar vida de Guichardo y declarándole merecedor de recibir en los altares el público culto por parte de los fieles, se celebró en el coro de Claraval la festividad de su beatificacion con todas las circunstancias que le fueron reveladas al santo abad Roberto. No ménos dichoso que el del antedicho jóven fué el de Bernardo, santo monje de Claraval y discípulo tambien de S. Roberto, que tuvo la dicha de criar con sus ejemplos y su doctrina muchos hijos para el cielo, mandándoles delante de si, con objeto sin duda de que le prepararan el camino. Siendo novicio el monje Bernardo, dió en considerar con mucha insistencia sobre la multitud y enormidad de sus pecados, y la rectitud y sabiduria del supremo Juez á quien nada se le oculta, y que con tanta prudencia como equidad ha de juzgar en su dia á los vivos y á los muertos. Acobardáronle tanto sus reflexiones, perdió sin duda alguna por sugestiones del infernal enemigo las esperanzas de tal modo, que enteramente desconfiado de salvarse, estuvo á pique de caer en honda desesperacion. Noticioso el Abad de lo que sucedia, trató de apartarle de tan malos pensamientos, citándole muchos casos de grandes pecadores á quienes

el arrepentimiento abriera las puertas de la salvacion, enumerándole al mismo tiempo la inmensidad de la misericordia divina, que más grande siempre que las culpas de los hombres, las borra y las olvida cuando el pecador acude con perfecta contricion. Pero no aprovechando nada de esto para consolar al miserable novicio, añadió el Santo, un dia, por conclusion de la larga plática que ambos habian tenido: «No tengas, Bernardo, temor alguno en arrojarte en los brazos de Dios, altamente confiado en su divina misericordia, que yo te aseguro y salgo por fiador de que no solamente no te condenarás como temes, sino que perseverando en la religion, no decayendo en la fe y siendo siempre humilde y obediente, alcanzarás el goce de la vida eterna.» Con esta promesa, hecha por aquel varon tan recto y justificado, aquietóse el ánimo del combatido novicio, y desechando su mal pensamiento, no deseaba otra cosa más que ocasiones de servir á Dios y á sus prójimos. Como siempre estaba solicitando del Abad que le emplease en comisiones donde pudiera ejercer sus caritativos instintos, el abad Roberto le nombró enfermero y encargado de la hospedería. Aunque Bernardo pertenecia á la más ilustre sangre de Francia, y aunque en el siglo estaba acostumbrado á que le acudieran con todo lo preciso, y áun con lo supérfluo, multitud de servidores, procuraba abatirse y colocarse más bajo aún que los más humildes seres, y continuamente decia que no habia en el mundo nobleza mayor que abatirse por Jesucristo. Desempeñaba, pues, su humilde oficio con el mayor gozo, sirviendo á los pobres peregrinos, á quienes llamaba sus señores, con el más grande celo y cariño, curando á los enfermos con entrañas no ménos amorosas que las de una tierna madre respecto de sus hijuelos. Sobrevino una especie de epidemia, que ocasionó gran mortandad de monjes en Claraval, y el piadoso enfermero asistió á todos con la caridad y esmero acostumbrado, salvando á muchos de ellos de las garras de la muerte, pareciendo en ocasiones, segun la multitud de obligaciones que desempeñaba, que aquel hombre poseia el don de multiplicarse y reproducirse para acudir á todas partes. Luego que ya hubo cesado la enfermedad, y que se gozaba salud en el convento, pidió Bernardo á Dios que le sacára de esta mortal vida y lo llevase al eterno descanso de la gloria, conforme lo habia hecho con tantos de sus compañeros, cuya partida viera siempre con santa envidia y vehementes deseos de acompañarlos. Oyó el Señor su demanda, y queriendo sin duda complacerle, envióle una ligera calentura, y Bernardo apénas se sintió con el primer síntoma de la enfermedad, se postró en el lecho, ya con el firme ánimo de no tornar á levantarse. Al punto acudió á visitarle el santo abad Roberto, y apénas observó cuán poco mal era el suyo, pues escasamente se le advertia la calentura, maravillado de que así se abatiera un hombre que tantas fatigas anteriormente soportára,

le tomó el pulso, y le dijo como con tono de burla: «Levántese, hermano, y no tenia cosa alguna, porque con el mal que tiene no le sobrevendrá seguramente la muerte, y yo espero que aún nos ha de hacer grande consumo de nuestras habas y hortalizas.» Y dijo esto, porque el austero monje Bernardo no comió en todo el tiempo que en el convento permaneciera, otros manjares más suculentos, y que, segun su dicho, le aprovecháran mejor que los que dejamos mencionados. «No temo, no temo nada, padre mio, contestó el enfermo con alegre rostro, ántes confio y abrigo la segura conviccion de que no serán defraudados los deseos que formo.» Palabras eran enigmáticas pera el santo Abad; pues ignorando la peticion que Bernardo hiciera al Señor, creyó firmemente que se referia al deseo de curarse y de verse pronto ocupado en las faenas de su cargo. Pero de allí á cuatro dias se le agravó la fiebre en unos términos, que aunque el médico creia ser una calentura efímera, el Abad advirtió claramente que Bernardo tocaba ya el término de su existencia; y entónces vino á comprender las palabras del monje, que aunque con tan leve enfermedad en la apariencia, sabia ya que moriria muy en breve. Dispuso, pues, que le fuera dada la extremauncion, y apénas le administraron este sacramento, quedó Bernardo en un profundo éxtasis que le duró más de una hora, y vuelto de él dijo al abad Roberto con alegre rostro y manifestando grande satisfaccion en sus palabras: «Padre mio, desde ahora quedas libre del compromiso contraido conmigo por la oferta que me hiciste.» No recordaba el santo Abad lo que significaban las palabras del monje, hasta que éste, viéndole perplejo, le dijo recordase que siendo novicio le habia prometido en nombre de Dios la bienaventuranza, con tal de que perseverase en la religion y obediencia de sus mayores hasta la muerte. Entónces el Abad le mandó en santa obediencia manifestase dónde y cómo sabia que su salvacion estaba asegurada, para devolverle así la palabra que le tenia dada, á lo que el monje contestó: «Sabe, padre mio, que apénas caí en el profundo letargo de que he salido, fuí trasportado en espíritu al tribunal de Dios, á quien ví cara á cara; no en su divina esencia, sino en la forma de hombre que tuvo cuando permaneciera en el mundo, y allí ví un gran número de monjes de nuestra Orden Cisterciense, y entre ellos me fué señalado el sitio destinado para mí, y tuve la grata satisfaccion, el inefable consuelo de oir de la divina boca que el Señor me concedia plenísima indulgencia y remision de todos mis pecados y excesos, concediendo para de aquí en adelante igual gracia á todos los de nuestra religion, que en ella fuesen obedientes y perseverantes. Y en señal de que es cierto y efectivo cuanto digo, en este mismó punto irá mi alma á gozar el descanso eterno de la gloria.» Así sucedió en efecto, pues acabar de pronunciar la última palabra y rendir su espíritu al Criador, todo fué obra de un solo

instante, quedando todos tan regocijados como contritos, ante el espectáculo de aquella santa y edificante muerte, y alentados con la promesa que el Señor les hacia de la eterna bienaventuranza por boca de su predilecto siervo. No ménos gozoso quedó el santo abad Roberto presenciando la gloriosísima muerte de su súbdito, y viéndose libre del compromiso que contrajera; deseando, pues, seguir á aquel hijo de bendicion en su glorioso camino, rogó al Señor con muchas lágrimas, que si su vida no era ya necesaria á los monjes ni precisa para los aumentos del monasterio, le sacase de las miserias y trabajos de este mundo. Oyó el Señor sus ruegos, y volviendo de una jornada que habia hecho á la abadía de nuestra Señora de Ignies, donde le fué revelado era voluntad divina que se nombrase por sucesor suyo á S. Pedro Monáculo, cayó enfermo de una calentura y entregó el alma á su Criador el dia 29 de Abril de 1258. Obró el Señor infinitos milagros por la intercesion de su siervo despues de la muerte, y su bendito cuerpo fué sepultado con el de otros santos en el claustro del monasterio de Claraval, cerca de la puerta de la iglesia, en atencion al tiempo que gobernó aquella santa casa.—M. B.

ROBERTO (S.), conde aleman, cuya vida y virtudes escribió S. Ildegardo. Forma tambien parte de las vidas de los santos alemanes de Pedro Cratepol, y se encuentra citado en los martirologios de Canisio, Monástico y en las adiciones de Molano. Es patrono y titular de la ciudad de Bingensieno, donde segun Ferrario se celebra su fiesta en 15 de Mayo.—S. B.

ROBERTO (S.), abad. El amor á la soledad es innato en las almas contemplativas, y así es que se inicia desde los primeros años en los que nacen con esta predisposicion natural, y por más que se procure apartarlos de ella, y trabaje el individuo por alejarse, el instinto le lleva con fuerza irresistible á los lugares solitarios, y hasta le mantiene ensimismado en el retiro en medio de la algazara del mundo. El que con tal disposicion nace en la fe católica, tiene mucho adelantado para su santificacion, pues que asustándole el ruido del mundo, sus pompas y vanidades, mira sus goces como una verdadera desgracia, y para librarse de ella, acaba por abandonarle y huir á la soledad, en donde la contemplacion de la nada de cuanto vió y le rodea, le ha de proporcionar goces más duraderos, y la alegría de verse un dia en la region celestial, en donde no hay soledad, y sí goces, festines y alegría eterna. ¡Dichoso el que nace con disposicion semejante, y sabe aprovecharse de ella para huir del mundo y entregarse á Dios, que es la verdadera felicidad, la dicha que no tiene fin! Entre los muchos á quienes Dios hizo nacer al mundo con predisposicion al retiro y á la vida contemplativa, podemos contar al glorioso abad S. Roberto, del que vamos á tratar ligeramente. Nació este santo varon, al que celebra la Iglesia católica el 7 de Junio, en In-

glaterra á últimos del siglo XI ó principios del XII, pues que nada nos dicen de fecha fija los autores consultados. Dícenos un autor, que desde muy niño se le vió mirar con adversion los pasatiempos y diversiones mundanas, y tan inclinado á la meditacion, que constantemente tenia que buscársele ya en los puntos más retirados de su casa, ya en los solitarios paseos, entregado siempre á la oracion y al estudio, ó practicando alguna obra meritoria, pues que poseia su bendita alma todas las virtudes, conservando siempre cerradas sus puertas á los vicios. Con tales inclinaciones, será excusado decir que dirigió todos sus estudios al objeto de una carrera que le proporcionase acercarse más á Dios; eligió la eclesiástica, y el deseo que tenia de abrazarla, le hizo hacer prodigiosos adelantos. Luego que terminó sus estudios preparatorios, recibió las órdenes sagradas, y tan luego como fué hecho sacerdote y conoció su capacidad y su celo por el bien de las almas, se le presentó para un curato de la diócesis de Yorck. Dedicóse este buen párroco al cuidado espiritual, y en mucha parte al temporal, de sus parroquianos, y lo hizo con tanto celo, amor y humildad, que llegó á captarse el aprecio de toda la comarca, cuyas costumbres reformó aún más que con su buena doctrina, con su buen ejemplo, palanca irresistible que acaba por conmover los corazones más poderosamente empedernidos de una feligresía. Como la soledad era el instinto natural que predominaba en su alma, convirtiéndose en pasion, ya no pudo vivir en medio del rebaño que se le confiára, sino en el retiro por que ansiaba su alma. Veia que su doctrina, predicacion y ejemplo habia fortificado la fe en el corazon de sus feligreses, y que por lo tanto ya su presencia no les era tan necesaria; y decidido á vivir fuera del bullicio del mundo, dejó el curato con gran sentimiento de aquellos fieles, que considerándole su cariñoso padre, se vieron abandonados, huérfanos de sus caricias espirituales, y temerosos de que el que le sucediese no fuese tan fiel observador de las santas leyes del Evangelio, ni tan favorecido de Dios como su amado pastor Roberto. A fin de dar pábulo á su deseo, tomó Roberto el hábito de S. Benito entre aquellos monjes, llamados por Dios para ilustrar al mundo católico en la verdadera ortodoxia católica. Modelo de piedad, de caridad y de obediencia, no tardó en hacerse un lugar distinguido, no solo en su convento, sino tambien en toda la Orden; empero no veia Roberto bien ciertos abusos que se habian introducido en ella, y deseoso de remediarlos y de vivir aún con mayor austeridad que la que la regla exigia, solicitó la reforma de las costumbres que se practicaban por medio del restablecimiento de la primitiva disciplina; pero como esto no fuese posible hacerlo de un golpe, y sí con la debida prudencia, á fin de que el remedio no agravase la enfermedad por lo violento, salió Roberto con algunos de sus hermanos en 1137 á fundar el monasterio de Newmins-

ter, en el que se propuso restablecer el rigor de la primitiva disciplina, para lo que fué nombrado abad, siendo él el primero que obtuvo esta dignidad en esta casa de la Orden Benedictina. Esta posicion prelacial, que á otros halaga, porque les deja en un género de descanso, y les pone en el mando, siempre apetecido, no fué para nuestro Santo más que un incentivo para sobrepujar á todos sus hermanos en fervor, santidad y trabajo. Fué tal su amor al retiro y á la oracion, que solo abandonaba aquel y suspendia esta para atender á sus deberes de prelado, y para ir á ejercer su extremada caridad con los pobres, de los que fué un celosísimo delegado cumplidor de la Providencia en aquel país. Concedió el Señor á S. Roberto el don de profecía, y no falta quien añada el de milagros. En su deseo de propagar la religion creando semilleros de evangelizantes que la llevasen con dignidad á todos los puntos de la tierra, fundó varias abadías, y buscando á los hombres que profesaban la verdadera ciencia, vivió en la amistad más tierna con el glorioso S. Bernardo y con otros varones doctos de su época, procurando alentarlos y alentarse en la vida espiritual. Habiendo sido padre cariñoso de sus frailes, varon respetado por sus virtudes y piedad, y cumplido con la mision que Dios le confiára sobre la tierra, murió S. Roberto con la paz del justo el dia 7 de Junio de 1159, en el que recogió el Señor su alma para colocarla en el trono de gloria, desde el que implora á Dios por los pecadores. Dice un escritor piadoso, que los milagros obrados ántes y despues de su muerte por su mediacion, dieron claro testimonio de su santidad, y fueron causa de que la Santa Sede autorizase su culto con las solemnidades acostumbradas, tocando á la Inglaterra católica en vida del Santo, la gloria de contar entre sus esclarecidos hijos á este bienaventurado. —B. S. C.

ROBERTO (S.), confesor, religioso trinitario. Floreció en Sulmona durante el pontificado del papa Benedicto XI, y falleció en 1341. Citanle el Martirologio Romano, la Crónica cisterciense y Ferrario en 18 de Julio.—S. B.

ROBERTO (S.), abad del órden de S. Bernardo. Ignórase el punto en que nació este venerable varon, así como tampoco constan los antecedentes de su vida. Unicamente se sabe que era sobrino del gran P. S. Bernardo, y que siguiendo sus huellas tomó el hábito del Cister, llegando á ser abad de *Domus Dei*. No consta la época de su fallecimiento, y solo se le conoce en nuestros dias por la cita que de él hace su santo tio en la epístola primera, citándosele igualmente con elogio en el libro I de la vida del mencionado esclarecido doctor de la Iglesia. —M. B.

ROBERTO (S.), benedictino. Este santo religioso, cuyos antecedentes no constan en las crónicas de la Orden, sin duda alguna por la oscuridad de

los tiempos y trastornos acaecidos en España durante la invasion de los sarracenos y las guerras de la reconquista, fué el primer abad del convento benedictino de Sta. María de Matallana, sito en la provincia de Castilla y territorio que hoy se denomina tierra de Campos. Varon justísimo y muy esclarecido en milagros, perseveró en la práctica de los santos ejercicios hasta el fin de una vida purísima y sin mancha. Presidió á sus monjes como superior, y los amó como padre. Echó los fundamentos de aquel célebre monasterio, y arregló la práctica de vida á que debian sujetarse sus moradores. Derramó beneficios en toda la provincia, y lleno de méritos y coronado de virtudes, voló su alma al Señor á recibir la eterna recompensa. Toda la tierra de Campos, feracísima como es sabido en trigo, le reconoce como á su protector y abogado especial contra la asoladora plaga de la langosta, que con mucha frecuencia suele invadir aquellas comarcas, amenazando destruir las mieses. Por lo cual, cuando aparece calamidad semejante, ha sido costumbre sacar en devota procesion las reliquias de S. Roberto, á la vista de las cuales, no solamente huye el insecto destructor, sino que perece, hallándose grandes montones por los campos. Las mencionadas reliquias estaban colocadas en el altar mayor del citado monasterio de Matallana. Hoy se ignora su existencia. El tránsito del Santo tuvo lugar el dia 2 de Diciembre de año ignorado, á principios del siglo VIII. — M. B.

ROBERTO Y DALMACIO, dos soldados convertidos por S. Roberto y Ruperto, que se retiraron con él á una soledad á cinco leguas de Brionda, donde se fundó despues el monasterio de la Chaise-Dieu. Este establecimiento, erigido en 1052 y gobernado por la regla de S. Benito, tuvo tan rápido fomento, que el santo fundador llegó á contar en él hasta trescientos religiosos. — S. B.

ROBERTO DE ANGLIA (S.), del órden de S. Bernardo. Este santo fué natural de Inglaterra, por lo cual se le aplicó este nombre de Anglico ó de Anglia, para distinguirle del otro S. Roberto, fundador de la órden del Cister, y en cuyos tiempos floreció el bienaventurado que motiva este artículo biográfico. Nació, pues, como hemos dicho, en Inglaterra, en la provincia Croracense, y desde su más corta edad empezó á demostrar lo que en algun tiempo seria, pues dando indicios y señales de la mayor virtud y pureza de costumbres, en vez de ocuparse de los varios juegos y pasatiempos de la infancia, únicamente cuidaba del estudio y de la oracion, aprendiendo en brevísimo tiempo las letras humanas y divinas, y mereciendo que muy jóven aún le hicieran rector de una iglesia en un pueblo de muy corto vecindario. Muy pronto conoció que aquel estado, por muy santo que fuese, no era el que convenia á sus miras y aspiraciones, y deseoso de mayor austeridad y recogimiento, hizo renuncia de su cargo y tomó el

hábito de los monjes negros de S. Bernardo, en el monasterio de Buiteby. Habiendo por aquel tiempo el arzobispo Turstino concedido á Ricardo, prior de Santa María de Croraco, un sitio llamado las Fuentes, con objeto de que se fundase en él un monasterio; Ricardo pasó al mencionado lugar en union de doce compañeros, y empezó la fábrica del monasterio, valiéndose para ello de las limosnas de los fieles, y de sus propios recursos. Terminado el edificio é instalada en él la nueva comunidad, trató el abad de que en ella se observasen las prescripciones de la órden del Cister, llegando en muy poco tiempo á ser aquella casa un modelo de austeridad y un centro de virtud y de observancia religiosa. Allí nadie holgaba, y nadie se valia de ajenas manos para desempeñar aún los oficios más mecánicos y humildes. Empleábanse continuamente los religiosos en la oracion y en los trabajos de manos, áun cuando pertenecieran á la clase de los sacerdotes, siendo por esta razon tan escaso el número de sirvientes, que en ocasiones hasta el pastor de los ganados y el hortelano del convento era un grave y austero religioso, que se humillaba tanto con objeto de poderse levantar algun dia á la altura que Dios tiene prometida á todos los humildes y mansos de corazon. Allí la abstinencia era tan absoluta, que si hambrientos llegaban á la mesa, hambrientos se levantaban, porque la mezquina racion que para cada uno se ponia, bastábales apénas para sostener el débil cuerpo, que macerado con las disciplinas, molido con el continuado trabajo del dia, hallaba por todo descanso un lecho durísimo, donde por breves horas, las precisas para no desfallecer completamente, reposaba, adquiriendo algun aliento para comenzar igual fatiga al dia siguiente. Y sin embargo de tanta y tan continuada fatiga, la paz y la alegría reinaban en aquella casa, y las bendiciones al Señor, expresadas en acordes himnos y en cánticos reverentes. Noticioso Roberto de la ejemplar vida que llevaban los siervos de Dios en su nueva Tebaida; deseoso de adquirir la perfeccion de la vida, para llegar al fin único de las miras de todo hombre que aspira á gozar de Dios, pidió licencia al abad de su convento, y obtenida que fué pasó al monasterio de las Fuentes, dejando el hábito negro para vestir la blanca túnica del Cister. Muy pronto se distinguió entre todos, á pesar de que todos corrian parejas en la santidad y en la observancia; pero de Roberto puede decirse que avanzó mas que ninguno, pues era solícito en la labor, continuo en la oracion y meditacion, aplicado en las lecciones, prudente y acertado en el consejo, y amable en su trato, así como elegante y gracioso en su porte y en sus conversaciones. Permaneció en el antedicho monasterio cinco años, y al cabo de ellos, corriendo el de 1135, habiéndole donado un piadoso y rico caballero un terreno suficiente para establecer otro convento, dió principio sin tardanza á los trabajos, edificando nuevo templo para el Señor y nuevo

albergue para sus fieles servidores. El monasterio se denominó *Novum*, siendo bajo este nombre conocido en adelante, y eligiendo todos los que en él habian de habitar por su abad al venerable fundador Roberto, que se halló al frente de once compañeros, para dar principio á la nueva fundacion. Principió, entre otras virtudes, á practicar la abstinencia en unos términos que excede á toda ponderacion; pues no satisfaciéndole su sobriedad acostumbrada, al llegar la cuaresma ayunaba toda ella á pan y agua, sin tomar alimento de otra especie, aunque se sintiera enfermo ó desfallecido, casos en que la regla permite tomar algun alivio. De tal privacion le sobrevinieron algunas incomodidades y resultaron no pocos inconvenientes. Pero todo lo despreciaba á trueque de no variar en lo más mínimo la senda que se habia propuesto seguir. Al finalizarse la cuaresma, hallábase su cuerpo tan acostumbrado á la escasez y poco grato del insignificante alimento que usaba, que cuando le ponian en la mesa los acostumbrados regalos de pascua, consistentes en legumbres y frutas, no los podia gustar, sin que le causáran grande molestia, por la falta de costumbre. En una solemnidad, dia que la Iglesia celebraba con gran regocijo, y que la regla permitia algun desahogo á los monjes, pudo verse hasta dónde llegaba la abstinencia del santo Abad; pues sirviéndole á la mesa varios platos, que áun cuando sencillos y vulgares, eran para él los mas suculentos y delicados, no quiso tocar á ellos y ordenó que inmediatamente se dieran á los pobres que en la portería aguardaban la limosna. El monje que le servia á la mesa, compadecido de tanto ayuno, le instaba para que tomase alguna cosa, y el Abad deseoso de complacer á aquel, cariñoso y debilitado juntamente, dijo que comeria gustoso una rebanada de pan con manteca de vacas sobre ella. Volando fué el religioso á cumplir lo que juzgaba deseo, pero cuando volvió con el plato ya habia reflexionado Roberto que su peticion quebrantaba el propósito que formára, y así tomando el pan con manteca y sin consentir probarle, se levantó de la mesa y fué á ver si aún quedaba algun pobre en la portería. No halló más que uno á quien entregó la limosna; pero con notable asombro contempló, que recibir la limosna el supuesto mendigo y convertirse en un bello ángel de luz, todo fué obra de un solo momento. Tendió sus blancas alas el celeste espíritu, que tomára forma corpórea, y desapareció en el espacio, dejando al santo Abad lleno de gozo porque comprendió con harta claridad que el Señor se habia dignado manifestarle de semejante manera cuán acepta le era su caridad y su abstinencia. No fué, como adelante veremos, el único prodigio con que el Señor se dignára regalar su espíritu y confortar su debilidad. Era tan dado á la oracion, que todos los dias pasaba largas horas postrado de rodillas, rezando el salterio y otras devociones, además de las ordinarias y prescritas por la

regla. Hallándose en cierta ocasion orando y pidiendo á Dios que se dignára escribir en el libro de la vida los nombres de sus queridos hijos, los monjes, oyó una voz que de lo alto le decia: «Roberto, tu peticion es oida y tu deseo se halla cumplido. Ya hace tiempo que los nombres de todos tus hijos se hallan escritos en las páginas del libro de la vida, excepto los de dos, que hace mucho tiempo tambien pertenecen á la tierra, porque siempre en ella los han tenido escritos.» A pocos dias de este suceso, dos de los frailes legos dejaron el hábito y abandonaron el convento, muriendo trágica y lastimosamente, confirmando con su desgraciado fin la dicha que aguardaba á sus perseverantes compañeros, que ya estaban gozando anticipadamente de Dios. Pasando cierto dia el santo Abad por una poblacion llamada Castronovo, vió en la plaza una multitud de jóvenes muy bizarros y bien vestidos, y en medio de ellos un hombre, que aunque igualmente bien vestido y de semblante hermoso, tenia cierto aire de fiereza y ciertas señales que llamaron extraordinariamente la atencion de nuestro Santo. Andaba el tal hombre recorriendo de uno en otro todos los corros que formaban los circunstantes, hablando á unos al oido, señalando á otros, y haciendo tales extremos y ademanes, que no pudieron ménos de llamar la atencion de Roberto, que fijando en él la vista y conociendo quién era por superior revelacion, le llamó con irritada voz diciéndole: «¡Eh! apuesto galan, venid acá, que esos mancebos no necesitan que les hagais compañia.» Obedeció sumiso el hombre, y como si le hubieran atado á la cola de las cabalgaduras, siguió á Fr. Roberto y á su compañero hasta que estuvieron fuera de poblado. Entónces le preguntó el Santo: «¿Quién eres y qué es lo que hacias entre aquellos mancebos?» A lo cual respondió el demonio, pues efectivamente era él. «Quien soy harto lo has conocido, y en lo que me ocupaba era en promover disensiones para que la boda que aquellos mancebos estaban celebrando con motivo del enlace de un rico amigo suyo, se convirtiese en lamentable tragedia. Ya habia yo incitado á algunos para que diesen muerte al novio, y como esto no podia ménos de causar un notable tumulto en sus amigos y adversarios, hubieran sido muchas las muertes que ocurririan, muchas las almas que se perdieran, y notable el fruto que yo sacára. Ya llevaba yo muy adelantado mi negocio, ya contaba el triunfo como seguro; mas apareciste tú, y destruyendo con tu astucia la mia, me dejas corrido y afrentado, y me precisas á volver á mi reino con las manos vacías, cuando contaba llegar á reunir un abundante botin.» Oyendo esto el santo Abad, le mandó que huyese, y que jamás volviese á aparecer por aquellos lugares, ni tornára á hacer daño á los hombres, ni procurase engañarlos. Desapareció el maldito, dando profundos alaridos, y dejando tras de sí un hedor intolerable. En otra ocasion, una noche que el Santo se hallaba

con sus monjes en oracion en el coro, observó que á la puerta de él se encontraba el enemigo del género humano bajo una extraña y ridícula forma y apariencia. Estaba vestido como un rústico, con las piernas desnudas, ceñido el cuerpo con una toalla, una cesta en el brazo izquierdo, y una larga cuerda en la derecha con un grande anzuelo, como si fuera á pescar. Alargaba la infernal sierpe su cuello, como escudriñando las culpas de los monjes, y advirtiendo las faltas que cometian; pero viendo á todos tan santamente ocupados y atentos á las indicaciones de su prior, no se atrevió á penetrar en el coro y marchó al trascoro, donde se hallaban los frailes legos. Viendo aquí algunos que se caian rendidos por el sueño, y otros que no atendiendo al cántico ó al rezo, tenian ocupada su imaginacion en vanidades humanas, impertinencias ó devaneos, daba palmadas de gozo é indicaba tener una alegría extremada. Pasó luego el demonio al sitio en que estaban los novicios, y hallando entre ellos un mancebo que no solamente se hallaba olvidado por completo del santo estado á que Dios le llamára, teniendo ocupada su imaginacion en mundanales ideas, sino que ya andaba buscando trazas para dejar el hábito, le echó el anzuelo en la boca, y metiéndole en su cesta marchó con él muy contento y regocijado. Con sumo dolor observó el santo pastor cómo le arrebataban aquella querida oveja; pero no atreviéndose á quebrantar el silencio á una hora tan avanzada de la noche, dejó para la mañana siguiente el amonestar al jóven y reducirle á que cambiára de propósito y de vida. Pero su buen deseo no pudo obtener el resultado apetecido, porque ántes de amanecer huyó el jóven del convento, y reuniéndose con unos salteadores de caminos, estuvo con ellos cometiendo toda clase de crímenes y atropellos, hasta que preso y sentenciado á muerte, pereció en una horca impenitente y blasfemo, respondiendo á las sugestiones del infernal espíritu que le animaba, y que llevó su infeliz alma á padecer en los eternos martirios del averno. Hallándose otro dia el siervo de Dios celebrando el santo sacrificio de la Misa, vió en espíritu al mar sumamente alborotado y borrascoso, y en medio de las encrespadas olas una mísera navecilla sin timon, palos ni jarcias, y la cual, yendo á dar contra un peñasco, se deshizo completamente, sepultándose en las ondas los míseros hombres que la tripulaban. Encomendó el Santo al Señor las almas de aquellos infelices, aplicó por ellos el augustísimo sacrificio, y despues que le hubo terminado, mandó á sus monjes que acudieran al lugar del siniestro para ver si podian salvar aún algunas personas y efectos. Distaba el mar cuatro leguas del monasterio, y cuando los monjes llegaron á la playa, ya no hallaron más que los cadáveres de los náufragos, que fueron conducidos al convento para recibir honrosa sepultura, quedando el Santo sumamente consolado de que el Señor le permitiera semejante vision, para darle tiempo

de encomendar á su misericordia las almas de aquellos desventurados. Con estos sucesos y otros varios que ocurrieron, fué aumentándose el crédito del santo Roberto, y de todas partes acudian los afligidos y necesitados á reclamar sus auxilios, sus consejos y sus oraciones. No le faltaron tampoco, como á todo varon justo, émulos y perseguidores. Habiendo logrado con sus exhortaciones convertir á una principal matrona, cuya reputacion era bastante mala, consiguiendo que hiciera vida austera y religiosa en su mismo palacio, al que iba algunas veces para confortarla y animarla á perseverar en la virtud, tomaron de aqui ocasion sus émulos para formar malos juicios, asegurando que el trato con aquella señora era ilícito y reprobado, llegando hasta el caso de denunciarle como criminal al gran patriarca San Bernardo, que le llamó ante sí para examinarle y juzgarle. Mas apénas hubo llegado á su presencia, el Santo, que por revelacion divina ya estaba enterado de su inculpabilidad, le echó amorosamente los brazos al cuello, diciéndole: « Falso es, amado Roberto, cuanto de ti me han dicho, y así perdóname el mal juicio que yo tambien habia de ti formado; y en señal del mucho amor que te profeso, por lo que el Señor se ha dignado revelarme, recibe esta cinta, que es lo único que poseo. » Entrególe, pues, como regalo su ceñidor, y fué regalo precioso en efecto, porque más tarde, por la intercesion de los santos mencionados, se obraron con la aplicacion de la mencionada cinta una multitud de prodigios y milagros en enfermos, difuntos y endemoniados. Llegó, por fin, la época señalada por el Señor para que su amado siervo fuese á gozar en la gloria el premio de sus virtudes, y colmado de años, lleno de merecimientos y de virtudes, ascendió glorioso al cielo el dia 7 de Junio de 1159. Era su confesor un santo monje, llamado Godrico, con el cual pasaba muchos dias y varias noches, comunicándole las regaladas gracias, los singulares favores que del Señor recibia, ora con revelaciones, ora con la aparicion de los espíritus celestiales. Godrico, pues, en la noche que tuvo lugar el fallecimiento de Fr. Roberto, hallándose retirado en su celda, vió dos muros blancos y resplandecientes que llegaban hasta el cielo, habiendo á una y otra parte un numeroso ejército de ángeles, que con triunfal alegria llevaban al cielo el ánima de S. Roberto en union de otros bienaventurados espíritus; uno de los cuales, dijo el precitado Godrico, era el de una santa mujer llamada Edith, que vivia muchas leguas distante de allí, y de quien más tarde se tuvieron noticias, sabiendo haber fallecido el mismo dia que la vision se efectuára, quedando de este modo confirmada la gloria de nuestro Santo, cuya fama de bienaventuranza fué aumentándose de dia en dia con la multitud de milagros y prodigios que en su sepulcro se obraban entre la piadosa multitud que diariamente acudia á él en busca de remedio, y cuya narracion omitimos por no alargar dema-

siado este artículo, remitiendo á los devotos que quieran enterarse de más pormenores á las crónicas de la Orden, donde más detalladamente constan. El sepulcro del Santo, altamente reverenciado por todos los fieles, se conservó en Inglaterra hasta la época en que por su espantosa revolucion política y religiosa fueron hollados los templos, profanados los sepulcros, y aniquilados y destruidos casi todos los monumentos notables que encerraba aquel país, ántes uno de los más católicos y más piadosos de toda la cristiandad.—M. B.

ROBERTO (Bto.), benedictino y obispo. Fué natural de Francia (no consta de qué punto), descendiente de noble familia, y llamado en el siglo Roberto de Hossayas. Tomó el hábito en el monasterio de Chalons, y por su mucha santidad y virtudes fué elevado á la silla episcopal de la diócesis de Senlis, donde se condujo con tanta prudencia y justicia, como celo y solicitud por la salvacion de las almas. Dedicado á la predicacion y asistido por el Espíritu divino con abundante caudal de sano ejemplo y de evangélica doctrina, sacó notable fruto de tan apostólica tarea. Entre todas sus virtudes resaltaron muy especialmente las de la humildad y la caridad, por las cuales fué muy venerado de los grandes y muy querido de los pobres, que lloraron amargamente su muerte, acaecida el dia 22 de Diciembre de año incierto, á fines del siglo XIII, en cuyo dia le conmemoraba en Francia la Orden Benedictina, que ha colocado su nombre en los menologios de la Orden, venerándole como á uno de los esclarecidos santos de la misma.—M. B.

ROBERTO (Bto.), abad, religioso benedictino. Fué un varon muy señalado en virtudes, de claro entendimiento y fácil comprension: á estas recomendables cualidades le acompañó la buena suerte de tener por maestro al gran P. S. Bernardo, que le estimó mucho y supo apreciar sus sobresalientes méritos, tanto en ciencias como en virtudes religiosas. Este santo le nombró y puso por primer abad del monasterio Dunense, teniendo que hacer Roberto aquel gran sacrificio á la obediencia, pues se consideraba más á propósito para obedecer que para mandar; á pesar de su repugnancia dió muestras muy señaladas de su buena direccion y gobierno, adquiriendo grande nombre y reputacion de entendido prelado. Despues de la muerte del santo Doctor, pasó á ser abad del monasterio de Claraval, siéndolo contra su voluntad como en la prelacía Dunense, pues era tan adicto al retiro y á la tranquilidad, que le costaba gran trabajo ocuparse de los negocios temporales, y mucho más el mandar; sus buenas costumbres y santidad fueron notorias, y su fallecimiento dejó un inmenso vacío en la órden de S. Benito. Falleció el 31 de Mayo del año de 1158.—A. L.

ROBERTO (Bto.), abad benedictino. Era francés y muy próximo pa-

riente del melífluo doctor S. Bernardo, asegurando algunos cronistas ser sobrino de aquel santo. Tomó el hábito de la religion benedictina en el monasterio Cisterciense el Mayor, y cuando su tio fué elegido abad de Claraval, pasó á su compañía, siendo su discípulo así en la vida espiritual como monástica. Enseñábale el santo Doctor y Maestro á vencer la tentacion y domar el cuerpo con la continua oracion, las mortificaciones y el asiduo trabajo de manos, cosas que Roberto no llevaba con paciencia ni podia acostumbrarse á ellas, porque siendo de ánimo débil y recordando las delicias del mundo y las comodidades de su casa, no podia sobrellevar la austera vida que en Claraval se observaba. Vencido, pues, de su pusilanimidad, aunque no perdiendo la vocacion religiosa, y aconsejado por algunos compañeros tan débiles como él, pasóse al monasterio de Cluni, donde recibió la cogulla negra. Al cabo de algun tiempo su santo tio, inspirado por Dios, le escribió para exhortarle á que tornára á Claraval, y perseverase en su primera determinacion. Cuando llegó la carta á Cluni, hallábase Roberto en el campo, y allí le fué entregada por el mensajero. Leyóla el jóven sin manifestarse convencido ni resolverse á cumplir la voluntad de su deudo, pero un prodigio que sobrevino, le manifestó que tambien era la voluntad de Dios que obedeciese. Al recibir la carta hacia un tiempo hermoso y sereno, pero ántes de acabar de leerla, sobrevino una tormenta, y no obstante caer abundante copia de agua, la carta no recibió una sola gota. Tocado, pues, del espíritu divino, arrepentido de su debilidad y proponiéndose la enmienda, volvió inmediatamente á Claraval, donde permaneció bajo la direccion de su santo pariente, imitando el ejemplo de sus virtudes y adelantando notablemente en la virtud de la perseverancia. Llegó á obtener el cargo de abad, y habiendo vivido hasta una edad muy avanzada, y permanecido setenta y siete años en la religion, descansó en paz en el Señor el dia 29 de Noviembre de año ignorado. La Orden Benedictina le cuenta en el número de los santos de la misma, habiendo incluido su nombre en los menologios y tributándole culto, especialmente en los monasterios benedictinos de Francia, el dia aniversario de su glorioso fallecimiento.—M. B.

ROBERTO (Bto.), religioso lego en el monasterio de Claraval. Fué discípulo del gran P. S. Bernardo, varon dotado de muy sobresalientes virtudes, el cual dejando maravillosos ejemplos de humildad, obediencia y caridad, subió derechamente al cielo. Ejercitó la humildad de este discípulo querido el santo Maestro, áun hallándose en la agonía y moribundo, porque hallándose á su cabecera, y diciéndole que confiase mucho en Dios, respondió el enfermo: «Y realmente confío, Padre mio y Maestro, estando cierto que he de llegar á mi Señor y Criador, esperando en su misericordia que tengo de ver muy presto los dones de Dios en la tierra de los que viven.»

Entónces S. Bernardo, le contestó con severidad, diciéndole: «Hermano, haga la señal de la cruz sobre el corazon. ¿Qué es lo que has dicho? ¿De dónde te viene tanta presuncion, siendo un pobrecito y miserable? Tú, á quien yo di el santo hábito, que no mereces, igualándote á muchos nobles y doctos siendo un infeliz y pobre hombre, que viniste á la religion más propiamente arrojado del siglo y vencido de la necesidad que convertido por amor de Dios. ¿Y no basta á tu ingratitud haber recibido tantos beneficios de mano del Señor sin merecerlos, sino que tambien quieres su reino, como si se te debiera por derecho de herencia?» Entónces Roberto, como bien ejercitado en obediencia y en humildad, sin turbarse, sino con rostro sereno y apacible, respondió: «Padre mio amantísimo, verdaderas son todas las cosas que me has dicho; pero con todo, tambien es verdad lo que muchas veces me solias decir, conviene á saber, que el reino de Dios no se adquiere por la nobleza de la sangre, no por las riquezas terrenas, sino solamente se puede adquirir por la obediencia. Yo, pues, Padre de mi alma, puse sobre mi corazon esta única sentencia, esta doctrina abreviada por Dios como un sello, pensando en ella y meditando con solicitud y atencion, y sobre mi brazo, obrando con el mayor cuidado para obedecer ciegamente. Preguntad, Padre mio, si os place, á todos aquellos á quienes me mandasteis que sirviese, si fuí á alguno inobediente, si contristé á alguno de mis hermanos con señal, obra ó palabra, ó de otro modo. Pues si procuré obedecer á todos, servir á todos y amar á todos, por la gracia de Dios, ¿quién me puede prohibir ni estorbar para que confie en su misericordia?» Hicieron al gran P. S. Bernardo tanta fuerza estas palabras, conociendo su verdad, que mudando la severidad que habia fingido para ejercitar más á su discípulo querido en la humildad, con apacible aspecto le dijo: «Hijo mio, verdaderamente eres dichoso, porque ni la carne, ni la sangre, te reveló esta sabiduría, sino que te enseñó el Padre celestial; él mismo te puso para que vivieses en la eternidad de gloria, y por camino derecho te llevó á la patria. Ea, hijo, entra seguro, porque la puerta de la vida está para ti abierta.» Así fué que en espirando aquel obediente y bendito siervo del Señor, todo fué alabar á aquel difunto, dándole repetidas veces la enhorabuena de la gloria que gozaba por medio de la pureza de su alma y ejemplar obediencia; alabándole más por estas virtudes, que si le hubiese visto hacer muchos milagros, y le citaba á todos como ejemplo, para que le imitasen en ellos. Floreció por los años de 1140.—A. L.

ROBERTO (Bienaventurado), religioso lego cisterciense en el convento del Monte de Mauriniaco, habia venido á este monasterio enviado del de Claraval, y en ambos resplandeció en santidad, virtudes y milagros. Fué varon muy observante y muy cuidadoso en no faltar en lo más mínimo á la

regla de S. Benito. Su obediencia era ejemplarísima, sumamente servicial, no permitiendo, miéntras podia, que ningun otro se ocupase de los oficios más bajos y humildes estando él de por medio. Se desvivia por la asistencia de todos, pero en gran manera por la de los enfermos, á cuyas dolencias, atendia procurando aminorar sus tormentos con sus consejos, su genio festivo y placentero y constante compañía. Su abstinencia era notable, pero lo era mucho más por la causa que infinitas veces le hacia observarla, quedándose sin comer; esta era su ardiente caridad, pues le era imposible llegar bocado á la boca viendo á un prójimo necesitado y falto del necesario sustento; de esta suerte era muy querido y apreciado de todos los menesterosos, que ensalzaban su caridad y buenos sentimientos. Fué muy dado á la oracion y muy asistente al templo, donde permanecia horas enteras elevado y en contemplacion de los sagrados misterios de la pasion y muerte del Redentor. Pero sobre todas las cosas fué devotísimo de la soberana emperatriz de los Angeles, que apareciéndosele con su Hijo Santísimo y el melífluo S. Bernardo, le prometió en un rapto la certeza de su salvacion, y murió felizmente en el dia y hora que él habia pronunciado, en el 10 de Julio de 669.—A. L.

ROBERTO, cardenal de la santa Iglesia romana. Fué natural de Francia, ignorándose de qué punto. Habiendo seguido la carrera eclesiástica, llegó á ser abad de Cîteaux. En 1294 el papa Celestino V le creó cardenal del órden de los presbíteros y título de Santa Prudenciana. Murió en 1305. M. B.

ROBERTO (D.). Fué este señor el octavo obispo de Canarias y en esto no cabe duda, pues existen las bulas que así lo acreditan: pero todolo demás que dice referencia á este personaje no se sabe de cierto y solo por deduccion diremos lo que parece más razonable, siguiendo en esto al distinguido escritor de las cosas de Canarias, D. José de Viera, de cuya sana crítica no es posible dudar, á ménos que se quiera incurrir en la muy fea nota de temerario. En primer lugar no aparece el apellido del tal D. Roberto, y esto no es muy de extrañar, pues es de muy antiguo el que los prelados usen como apellido, ó más bien como calificativo, el nombre de su iglesia, y esta es práctica que todavia se acostumbra á observar, siendo, y sea esto dicho de paso, motivo de alguna confusion en la cronología de las iglesias cuando no está muy clara como sucede á la que vamos describiendo. Además no se puso su apellido tampoco en las bulas que le fueron despachadas, pues la curia tampoco acostumbraba hacerlo por entónces, y mucho ménos lo hubiera hecho con este prelado á quien la primer indicacion para que lo fuera vino de Su Santidad Pio II, que en 6 de Noviembre de 1459 le escribió diciéndole que al dia siguiente despachaba sus bulas para la mitra de Cana-

rias. Sus cualidades tambien son desconocidas, porque los historiadores no las dan, pudiendo ser motivo de este descuido el que apénas tomó posesion de su cargo, pues conociendo que no habia sido nombrado á gusto de los de aquella provincia eclesiástica, trató de trasladarse á otra parte, si bien indudablemente fué consagrado á título de aquella santa iglesia de Canarias. Hay, sin embargo, probabilidades de que fuera de Sevilla, pues que á un sevillano confirió los poderes para arreglar todos sus asuntos en la curia de Roma, y áun alguna vez en que su apoderado se refiere al obispo, parece consignar esta circunstancia de paisanaje, lo cual la hace doblemente creible. Es tambien de presumir que este obispo sería pobre, por cuanto no pagó todo lo acostumbrado á la Curia romana, prometiéndo hacerlo de los productos de sus rentas. Y esto es todo lo que podemos decir acerca de D. Roberto, octavo obispo de Canarias, á quien sucedió el dean de Rubicon. — G. R.

ROBERTO (D.), obispo de la iglesia de Astorga, primero de este nombre. Sucedió al obispo D. Alonso, de quien existe una escritura en dicha iglesia, cuya data es en 23 de Marzo del año 1131. D. Roberto asistió con otros obispos en la coronacion del rey D. Alonso, que se celebró en el año 1136 en la ciudad de Leon. Tambien asistió á un concilio celebrado en Valladolid el siguiente de 1137. La escritura de este concilio existe en los archivos de la iglesia de Salamanca. En tiempo de este prelado, en el año de 1138, se pobló en su obispado el convento de Sta. Maria de Carracedo, que habia edificado para su sepultura el rey D. Bermudo en el año de 990. Lo destruyó el rey Almanzor de Córdoba, y permanecieron sus ruinas por espacio de ciento cuarenta y ocho años, hasta que el rey D. Alonso le reedificó, dándole á los monjes de la órden de S. Bernardo, que le poseian últimamente. Es monasterio de gran observancia, y en él floreció en santidad S. Florencio, primer abad de esta casa, que cuando volvió á reedificarse en memoria del rey D. Alonso, su patron, levantaron los monjes una estátua suya, encima de la portada, en agradecimiento y para honrar la memoria perpétuamente de tan excelso monarca. Sucedió con ella un caso bastante raro y extraordinario, y fué el siguiente. Corriendo el año de 1580 por el mes de Mayo, un pastor, que se llamaba Anton Perez, salió á la puerta de la iglesia con una escudilla de miera, y llegando á la estátua de rey D. Alonso, se la puso sobre la cabeza y corona, diciendo quedase y tuviese cuidado no se le cayese, y con la miera le untó las barbas y cejas. Y aunque otro pastor le reprendió y aconsejó no cometiese tal desacato contra la imágen del rey D. Alonso, que era santo, y se burló de él, no temiendo ni previendo las consecuencias de su mal hecho; pues el Señor trató de castigar aquel atentado y menosprecio, y así fué que repentinamente le pri-

vó de la vista, y con grandes dolores en el cuerpo en castigo de su villanía. Seis dias le duró aquel aflictivo estado, en cuyo tiempo no cesó de clamar y confesar á voces que el desacato que habia cometido con la estátua del rey D. Alonso era la única causa de aquel castigo y de lo mucho que sufria. Como la pena pasaba adelante, le aconsejó Fr. Antonio de Burgos, que era su confesor, que hiciese una penitencia pública, y que pidiese perdon á quien confesaba habia injuriado. Le llevaron de la mano á la puerta de la iglesia, y á presencia de muchos monjes, se descalzó los zapatos, tomó una vela en la mano, y de rodillas la llevó encendida por espacio de treinta pasos, hasta llegar á la estátua, y postrado ante ella dijo algunas oraciones, la besó muchas veces los pies, pidiendo con muchas lágrimas le perdonase la irreverencia que habia cometido contra S. M. Fué admirable el suceso, pues en el punto en que dió fin á su plegaria, se levantó libre, sin dolor y con mejor vista que la que ántes tenia. Entónces era abad de este convento Fr. Angel de Cartagena. La estátua se reverencia como de tan grande Rey, y despues de este público milagro, como de tan grande santo, tan celoso del culto y honra de Dios, que el cronista Lobera, dice, vió más de seis mil privilegios y donaciones concedidas por este gran monarca á iglesias, catedrales, monasterios, hospitales, ermitas y cofradías, y que fundó algunas iglesias catedrales, enriqueciéndolas; igualmente fundó treinta monasterios del órden de S. Bernardo. Sucedió en la sede al obispo D. Roberto, D. Amadeo, que fué único de este nombre en aquella Iglesia. — A. L.

ROBERTO (D.), obispo de la santa iglesia de Calahorra. Fué el primero de este nombre, y sucedió á D. Fernando Manuel. Era un gran prelado, y confirmó privilegios en el año de 1367. En el mismo año asistió en las cortes que se celebraron en Burgos, reinando el rey D. Pedro el *Cruel*. Rigió la sede muy poco tiempo, pues murió en el año 1368, siendo muy sentido en todo el obispado, pues todos sus habitantes se prometian muchos beneficios, tanto temporales como espirituales, de las relevantes virtudes, caridad y firmeza de tan excelso varon; le sucedió en la sede D. Fernando Maestre. — A. L.

ROBERTO (D.), obispo de la santa iglesia de Calahorra; fué el segundo de este nombre y sucedió á D. Juan Castellanos de Villalba. Confirmó un privilegio que el rey D. Enrique el II, concedió á D. Pedro Ruiz de Torres en 22 de Setiembre del año de 1371, advirtiéndose que el tipógrafo que imprimió la historia de la nobleza de Andalucía, padeció engaño en la data del privilegio, pues la fija en la era 1469, que es el año 1431, porque el rey D. Enrique tomó título de rey en Calahorra en el mes de Marzo del año 1366, y manifestando que fué la data del privilegio en el año sexto de su

reinado, viene á resultar ser el año de 1371. Este prelado, entre otras muchas obras que emprendió, fundó el palacio obispal de Viana, teniendo por sucesor en la sede á D. Gonzalo de Mena y Vargas.—A. L.

ROBERTO, patriarca de Oriente, á quien Alberico llama Guido, fué electo en 1240 para patriarca de Jerusalen; habia nacido en la Pulla de donde fué nombrado obispo, pero expulsado por el emperador Federico II, se retiró á Francia, donde obtuvo el obispado de Nantes. Al saber que el Papa, contrariando los deseos del clero que habia elegido á Vitri, le habia nombrado patriarca de Jerusalen, se trasladó apresuradamente á los Santos Lugares. Pero habiéndose apoderado los Kharismianos de Jerusalen en 1244, huyó con los maestres del Temple y del Hospital, primero á Joppe y luego á S. Juan de Acre. En 1249 se encontró en el sitio de Damieta, y habiendo sido tomada la ciudad el 4 de Junio, entró en ella descalzo con el rey S. Luis, celebrando los santos misterios. Cuando fué preso el santo Rey, Roberto fué comisionado cerca de los infieles para tratar de la libertad del monarca. Pero miéntras se hacian estas gestiones, el soldan de Egipto fué muerto por sus propios súbditos. Hé aquí la relacion que de estos sucesos hace el señor de Joinville: «Habia un patriarca con el Rey, que era de Jerusalen, de edad de ochenta años poco más ó ménos; este Patriarca habia contribuido otras veces á dar libertad á los sarracenos, inclinando en favor de estos el ánimo del Rey, y habia ido adonde estaba el monarca para ayudarle á conseguir de los sarracenos su libertad. Era costumbre establecida entre los paganos y los cristianos, que cuando algunos príncipes estaban mútuamente en guerra, y uno de ellos moria cuando uno á otro se habian enviado embajadores, estos se quedaban entre los prisioneros y esclavos, ora fuese entre los paganos, ora entre los cristianos. Y como el soldan de Egipto, que habia concedido salvoconducto al Patriarca de quien hablamos, habia sido muerto, por esta razon el Patriarca se quedó prisionero como yo en el poder de los sarracenos. Y viendo los jefes que el Rey prisionero no tenia el menor temor á sus amenazas, uno de ellos dijo á los otros que el Patriarca era quien así aconsejaba al Rey. Y decia este jefe que si se adoptaba su plan se empeñaba á hacer jurar al Rey; lo cual lo conseguiria cortando la cabeza al Patriarca y echándola á rodar á los pies del Rey. No se convencieron de esto los demás jefes, sin embargo, se apoderaron del Patriarca y en presencia del Rey le ataron á un poste sujetándole las manos á la espalda con tanta fuerza, que las manos se le hincharon en corto tiempo, volviéndosele tan grandes como la cabeza, de manera que le brotaban sangre por muchas partes. Y tanto le atormentaba el dolor, que dijo al Rey: ¡Ah! señor, señor, no vacileis en jurar, pues tomo vuestro pecado sobre mí y sobre mi alma, pues á vos no os falta deseo y firme voluntad del

cumplir vuestras promesas y vuestros juramentos. Los jefes se contentaron con el juramento que el Rey les habia hecho y otros señores que allí estaban. El Patriarca, libre ya de sus tormentos, se quedó junto á S. Luis, quien lo llevó consigo á Palestina. Poco tiempo despues de su regreso, tuvo algunas diferencias con Gualtero de Brienne, conde de Jaffa, con motivo de una de las torres de esta ciudad que decia pertenecerle, y que Gualtero se negaba á entregarle. El Patriarca excomulgó á Gualtero por esta negativa, quien al principio hizo poco caso de semejante castigo. Pero precisado al año siguiente á marchar contra el sultan de Persia, que habia invadido la Palestina, pidió la absolucion al Patriarca, el cual se la negó. Próximo ya á comenzar el combate, pide por segunda vez la absolucion al Patriarca, que estaba presente, y por segunda vez se la niega éste, lo cual llenó de consternacion al ejército.» «Y habiendo el conde, dice Joinville, encontrado á un respetabilísimo prelado que era obispo de Rainnes, el cual dijo al conde: No desazone vuestra conciencia la excomunion del Patriarca, pues ha obrado muy mal, y yo usando de mis facultades os absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amen, y añadió: Vamos, marchemos contra ellos.» Pero el ejército cristiano fué derrotado y Brienne quedó prisionero y fué muerto á poco por los vencedores. El Patriarca tuvo la fortuna de escaparse. Los PP. Lequien y Marssi dicen que murió en 1274 y el continuador de Guillermo de Tiro fija la fecha de su fallecimiento el dia 8 de Mayo. Contaba más de noventa años. Wassebourg, cuya opinion siguen los modernos, dice, aunque sin pruebas que lo confirmen, que le ahogaron los sarracenos en el mar de Siria.—S. B.

ROBERTO ó Ruperto, obispo de Maguncia; pertenecia á una ilustre casa de Sajonia, y sucedió al arzobispo Hatton en 969 ó 970. Trithemio elogia su carácter dulce y afable. Antes de su episcopado, era guardasellos del emperador Oton I por el reino de Italia. Oton II le nombró su archicapellan y archicanciller del imperio. Este prelado murió en 975, sucediéndole Willigiro.—S. B.

ROBERTO, arzobispo de Ruan. Fué este prelado hijo de Ricardo I, duque de Normandía, y con disposiciones para la Iglesia, fué nombrado arzobispo de Ruan el año 989, cuya iglesia gobernó durante cuarenta y ocho años. Este prelado bautizó á Olaiis, rey de Noruega, al que habia hecho venir en su socorro Ricardo, en la guerra que sostuvo contra los bretones. Dice Moreri que tuvo tres hijos de una concubina llamada Elena, los cuales fueron Ricardo, Radulfo y Guillermo; este último sucedió al conde de Evreux cuyo feudo habia tenido su padre en participacion. Despues de su pecado hizo Roberto una penitencia ejemplar, y fué el que puso los primeros cimientos á la catedral de Ruan, como lo manifiesta en la Crónica his-

tórica de los arzobispos de Ruan escrita por el erudito Juan Dadré.—A. C.

ROBERTO, hijo de Thierri, duque de Sajonia y hermano de Matilde, mujer del rey de Germania, fué el sucesor del arzobispo Rogero en la silla de Tréveris, hácia 929 ó 30. Parece que asistió á gran número de asambleas eclesiásticas, tomando en ellas una parte muy activa, y distinguiéndose por sus muchos conocimientos y celo en defensa de la religion católica contra los herejes, que procuraban alterar sus doctrinas con sus ya desacreditados errores. No trabajó ménos en la reforma de las costumbres pervertidas con los malos ejemplos de los grandes. Se consagró tambien con buenos resultados á mejorar la suerte de la iglesia que gobernaba, y en 947 obtuvo del rey de Germania, Oton I, la confirmacion del privilegio concedido á la silla de Tréveris por los reyes Fuentiboldo y su sucesor Luis, privilegio que era de grande interés para los arzobispos y áun para el pueblo, pues de él provino la exencion que no tardó en obtener esta iglesia de los señores temporales, siendo los prelados de Tréveris en sus dominios verdaderos príncipes independientes, y gobernándolos por sí mismos tanto en lo político como en lo militar. Roberto murió á consecuencia de una peste acaecida en Colonia, durante la grande asamblea de señores celebrada en Colonia en 956. Este prelado era de costumbres propias en un todo de un príncipe, por lo que Ruotgero en la vida de S. Brunon, arzobispo de Colonia, le llama el *Magnífico*.—S. B.

ROBERTO, obispo de Nantes. Hace Sponde una sencillísima mencion de este prelado, diciéndonos solo que fué obispo de Nantes en la Bretaña, y nombrado despues patriarca de Jerusalen, cuya dignidad desempeñó desde el año 1227 hasta el de 1247 en que le sucedió Santiago Pantaleon.—C.

ROBERTO, obispo de Herford, uno de los primeros astrónomos y de los más hábiles calculistas de su época, era natural de Lorena. Ignórase cuál fué su familia, y la escuela en que hizo sus estudios. Pero se sabe que era hombre de mucho talento, de un raro mérito, y que habia adquirido conocimientos de todas las artes liberales: *Omnium liberalium artium peritissimus*. Habiendo pasado á Inglaterra sin duda con motivo de la conquista de este reino por Guillermo, duque de Normandía, fué ordenado de sacerdote por S. Wulstan, obispo de Vorcester. Formóse desde entónces entre ambos una union tan estrecha como santa, que duró toda su vida. Habiendo quedado vacante la sede episcopal de Herford por muerte del obispo Vautier, fué elegido Roberto para ocuparla, y consagrado por Lanfrenée, arzobispo de Cantorberi, el 19 de Diciembre de 1079. Una de las primeras atenciones del nuevo obispo fué reedificar su iglesia catedral, reducida á cenizas hacia muchos años. Tomó por modelo la de Lincoln, é hizo un edificio de buen gusto; carecemos de detalles sobre la conducta que observó Guillermo en

el obispado. Pero un escritor casi contemporáneo, nos da en general una idea muy ventajosa, diciéndonos que este escritor conocia muy bien el mundo, y sabia ganar las voluntades sin dar nunca un paso en falso. Cuando se veia obligado á presentarse en la Corte, lo hacia contra su voluntad, y únicamente por agradar á su príncipe. Era muy aficionado á los libros, y tenia cuidado de traérselos de muy léjos. Agradábanle principalmente los que trataban del conocimiento de los tiempos, género de estudios que tenia grandes atractivos para él. El cuidado que tuvo en continuar las relaciones que habia contraido con S. Wulstan, uno de los obispos más santos que existian á la sazon en Inglaterra, depone en favor de su piedad. Roberto, admirado de la pureza y de la inocencia de sus costumbres, tenia como un grande honor el alojarle en su casa, siempre que se presentaba la ocasion. Roberto miraba con tanto respeto á S. Wulstan, como confianza tenia éste en su colega. En su última enfermedad quiso que fuese Roberto quien recibiese su confesion, y le impusiese la penitencia. Habiendo muerto el santo obispo al cabo de algunos meses, el 19 de Enero de 1095, se apareció en sueños á su amigo que se hallaba á la sazon en la Corte, y le avisó de que fuese á celebrar sus funerales, lo que hizo Roberto, despues de haber obtenido el permiso del Rey. Treinta dias despues de su fallecimiento se apareció S. Wulstan otra vez á Roberto, á quien dió diferentes avisos saludables para su conducta, anunciándole que se hallaba próxima su muerte. Nuestro prelado no siguió con escrupulosa fidelidad estos avisos piadosos. Tuvo la debilidad de abandonar con los demás obispos de Inglaterra á S. Anselmo, su arzobispo, en la famosa asamblea de Rockingham, que se celebró en el mes de Marzo del mismo año, miéntras que para confusion suya los señores de la corte tuvieron más valor y firmeza. Pero habiendo vuelto el arzobispo de Cantorbery á la gracia del Rey, Roberto y Orciundo de Salisburry procuraron ganar la suya. Pidiéronle perdon humildemente de su falta, y obtuvieron la absolucion en toda forma. Roberto no sobrevivió más que algunos meses á este suceso, habiendo muerto el 26 de Junio del mismo año 1095. Simeon, monje y chantre de la catedral de Durlieur, le califica de un hombre digno de veneracion, *venerandus vir Robertus:* un prelado de grande piedad, *vir magnæ religionis.* Simler, abreviador y anotador á la vez de Gesner, es el primer bibliógrafo que sabemos haya elevado á nuestro prelado á la dignidad de escritor. Merecia con justo título este honor, como va á verse por las producciones de su saber, que ha dejado á la posteridad.—1.° Es suyo un compendio de la grande Crónica de Mariano Scot, recluso cerca de Maguncia, muerto en 1086 y por consecuencia contemporáneo de Roberto. Apénas hubo aquel oido hablar de esta obra, cuando la adquirió, á pesar de la distancia de los lugares. Habiéndola leido despues, le encantaron las gracias de

ingenio que en ella reinan, y se propuso reducir en prolijidad á más justos límites. Consiguiólo con bastante acierto segun la opinion de Guillermo de Malmesburri, quien dice que su compendio es preferible á la obra original. Sábese que esta crónica es el escrito más sabio y apreciable en su género que ha producido la edad media. Comienza en la creacion del mundo, y conduce la narracion histórica hasta el año 1083 inclusive. Sin embargo, el ejemplar que tenia Sigeberto de Gemblou, no llegaba más que hasta el año 1082. Mariano ha seguido en él principalmente á Eusebio y Casiodoro, y copiado por consecuencia las faltas de estos dos antiguos cronistas. Pero se ha hecho la observacion de que habiendo tenido ejemplares mucho más correctos de sus obras, de los que existen en la actualidad, el de Mariano puede servir para corregir los otros, áun los del venerable Beda y algunos otros. A pesar del testimonio de Guillermo de Malmesburry, de Juan Bromton, de Juan Tinmuth, de Simler y otros, todos los cuales atribuyen el compendio de esta crónica al Roberto que es asunto de este artículo, hay escritores que han querido conceder este honor á otro Roberto, obispo de la misma iglesia. Pero la época en que colocan á este, contraria su opinion. Le llaman Roberto Folioth, que fué maestro de Sto. Tomás de Cantorbery, y suponen que vivia aún en 1170. Solo esto basta para manifestar que no es este Roberto á quien Guillermo de Malmesburry atribuye la obra de que aquí se trata, puesto que este escritor murió hácia 1143. Por otra parte, caracteriza tan bien al obispo Roberto á quien hace su autor, que no se le pueda confundir con el otro más que por una inadvertencia inexcusable. Enrique Warton creia en su tiempo que lo que se ha impreso bajo el título de Crónica de Mariano Scot, es el compendio de Roberto Herford, más bien que la misma obra del autor original. Opinion no aventurada, puesto que se apoya en dos poderosas pruebas. La primera está tomada del manuscrito de esta crónica, que se conserva en la biblioteca de la universidad de Oxford, cuyo texto es mucho más extenso que el de las impresas. La segunda prueba proviene de las mismas ediciones de la obra, que comienza en el capítulo VIII y pasa al X sin contener nada del capítulo anterior. No siendo estas las únicas supresiones, segun el juicio de algunos críticos, que se han hecho en la obra original. La primera edicion que se publicó es debida á Basilio Juan Herold, que dió el texto sobre un manuscrito de la colegiata de S. Bartolomé de Francfort, y dedicó su trabajo á Isabel, reina de Inglaterra. Esta edicion, que es del año 1559, en un volúmen en fólio, salió de las prensas de Santiago Paré, impresor en Basilea por Juan Oporin. Pictorius insertó la misma crónica en su coleccion de historiadores de Alemania, impresa en Francfort en 1583.—2.° Simler cuenta en el número de los escritos de Roberto un tratado sobre los diferentes movimientos de las estrellas.

Siendo esto todo lo que se nos refiere, sin decirnos si existe la obra.—3.° Algunas observaciones matemáticas reducidas en forma de tablas, con un tratado de las lunaciones. Obra que no parece diferente de la que lleva el título de *El cómputo general y las correcciones del ciclo de Dionisio el Exiguo*, y de la que algunos han querido hacer honor á Mariano Scot, aunque pertenece á nuesto sabio prelado. Sin duda alguna en esta grande obra es donde existe una prueba no equívoca del profundo saber del obispo Roberto, que estableció el célebre período Juliano. El docto Urerius, en la página dos de su prefacio sobre sus Anales del Antiguo y Nuevo Testamento, no tiene dificultad en atribuirle la invencion: quinientos años ántes que José Escalígero, que la adoptó, la ilustró y la dió mas extension. Sábese, por otra parte, que este período se halla compuesto de tres ciclos: del ciclo solar de veintiocho años, del ciclo lunar ó áureo número de diez; y de la indiccion romana de quince años. El número primero se multiplica por el segundo, y constituye multiplicado así el gran ciclo pascual de 532 años. Ambos, por último, reunidos y multiplicados por los quince años de la indiccion producen el número siete mil novecientos ochenta.— S. B.

ROBERTO, obispo de Langres. Descendia de los reyes de Francia, siendo hermanos suyos Hugo, Eudo y Odon, denominado Borrel, duques ambos de Borgoña sucesivamente, destinándole sin duda su familia al estado eclesiástico, le envió á estudiar á la escuela de Reims, que florecia á la sazon dirigida por el célebre Bruno, fundador despues de la órden de la Trapa. El jóven Roberto estudió con tanto aprovechamiento, que pasó en lo sucesivo por erudito en las literaturas sagrada y profana: *geminæ scientiæ eloquentia floreret*. Al salir de Reims entró en el clero de la catedral de Langres y fué promovido á la dignidad de arcediano. Habiendo muerto el 2 de Abril de 1085, el obispo de esta ciudad Rainardo, convinieron unánimemente el clero y el pueblo en elegir á Roberto por sucesor suyo. Apénas se vió revestido de la dignidad episcopal, tomó por modelo de su conducta la que habian observado los más ilustres de sus antecesores. A ejemplo suyo hizo grandes beneficios á su catedral, y fué un insigne bienhechor de las abadías de S. Benigno de Dijon, de Molesme y de Beza. Reformó esta por medio de Esteban, monje de S. Claudio, á quien nombró abad, y restableció la antigua disciplina. Cuando obtuvieron, en 1099, los monjes de Moleno del papa Urbano II, que su abad Roberto, que se habia retirado al Cister, volviese á su monasterio, se dirigieron á nuestro prelado para hacerla ejecutar. El obispo Roberto escribió al prelado Hugo, arzobispo de Lyon, y su carta fué leida en la asamblea de Pedro Enciso, donde se terminó este negocio. Hugo le manifestó en su respuesta todo lo que habia pasado en este asunto, y las condiciones segun las cuales el abad Roberto habia sido devuelto á Mo-

lesme. Gualtero, obispo de Chalons-sur-Saone, que asistió á la asamblea y en cuya diócesis se hallaba á la sazon el Cister, escribió tambien al obispo de Langres para recomendarle al abad trasladado á su diócesis. En 1104 Roberto se encontró en el concilio de Troyes, convocado por el legado Ricardo, cardenal obispo de Albano, para la absolucion de Felipe, rey de Francia. Al cabo de dos años el papa Pascual II, que habia ido á buscar á Francia un auto seguro que no hallaba en ninguna parte, habiendo sido obligado á hacer la dedicacion de la iglesia de S. Benigno, fué asistido en dicha ceremonia por nuestro prelado y los obispos de Viviers y de Autun. Hallándose este obispo tambien en la diócesis de Langres, en Febrero de 1108, el obispo Roberto, que se hacia un mérito de acompañarle, pasó tres dias con él en el monasterio de Beza. Por último, despues de haber gobernado su iglesia un poco más de veinticinco años, cayó gravemente enfermo en Chatillon-sur-Seine, y llamó en seguida á los abades de las cercanias. Viendo próxima su muerte, les hizo su confesion y les pidió el hábito monástico, que recibió de manos de Guido, abad de Molesme. Se le administró despues el santo viático, y murió el 19 de Octubre, ó el 16 segun el necrologio de S. Benigno, del año 1110. Su cuerpo fué trasladado á la abadía de Molesme y enterrado en el capítulo. Asistió á sus funerales Beatriz, hermana del ilustre prelado, casada con Guido, señor de Vignori. Solo tenemos escasas noticias de los escritos de la pluma del obispo Roberto, por la razon de que en su mayor parte han quedado manuscritos, y no es fácil examinarlos, pero tiene los suficientes para merecer el titulo de escritor, y debe uno sorprenderse de no verle ocupar un puesto en la Biblioteca de su país. — 1.° Habiendo recibido Roberto la carta circular, más conocida á la sazon bajo el titulo de *Rotulus*, relativa á la muerte en Reims de su maestro S. Bruno, como le califica él mismo, respondió segun costumbre, y se ha impreso parte de su respuesta entre las de otras iglesias y monasterios. El piadoso obispo prometió mandar á los canónigos de su catedral, á los sacerdotes, monjes y ermitaños de su diócesis hacer oraciones y limosnas por el descanso del alma de aquel cuya triste muerte anunciaba. — 2.° Dos manuscritos de la Biblioteca del *respontionem glosem*, es decir, notas cortas sobre el libro del Levítico, atribuido á Roberto, obispo de Langres Es cierto que no designa á Roberto de Borgoña, objeto principal de este artículo, más bien que á otros dos obispos de la misma iglesia en el siglo siguiente, que llevaban tambien el nombre de Roberto, Roberto de Chatillon y Roberto de Torote. Pero las probabilidades son en favor del primero de los tres, por la razon de que no nos refiere su historia que hubiesen hecho tan buenos estudios y adquirido la reputacion que sabemos tuvo este personaje. Debe, sin embargo, exceptuarse á Roberto de Torote, que pasaba por versado en la

ciencia del derecho. — 3.° Lo mismo sucede con un manuscrito que descubrió M. de la Curne de Sainte-Balaye, en sus viajes literarios por Italia, bajo el título de *Introduccion al Calendario*, y el nombre de Roberto obispo de Langres. Por lo demás, todo lo que se sabe de este escrito es que comienza con estas palabras: *Ad notitiam*. No se nos ha conservado la carta que escribió al legado Hugo de Lyon en el asunto de Molesme y del Cister, aunque se han trasmitido las de otros.—S. B.

ROBERTO, obispo de Mans, sucedió á S. Aldrico, muerto en 6 de Enero de 856, y ocupó veintiseis años la sede de Mans. Es conocido por una carta de un género especial, que estaba muy en uso entre los obispos franceses del siglo IX, los cuales al verse enfermos de peligro, acostumbraban á escribir su confesion y á enviarla á otros obispos, á quienes pedian cartas de absolucion. Asi lo hizo Hildeboldo, obispo de Soissons, con su metropolitano Hincmaro, y Roberto, obispo de Mans, que hallándose en igual caso que Hildeboldo, envió su confesion á los obispos que se hallaban con Cárlos el *Calvo*, cuando este príncipe sitiaba á Angers, donde se hallaban los normandos. Se nos ha conservado la carta de Roberto, que es un monumento raro de humildad, con la respuesta de los obipos á quienes se hallaba dirigida. Por lo demás esta clase de absolucion era ménos una absolucion sacramental, que una indulgencia y absolucion. Hay tambien otra carta suya á Hildebrando, obispo de Seez, para notificarle la excomunion que habia pronunciado contra un tal Rainon, que se negaba á pagar los diezmos á la iglesia de Mans. Baluzio ha publicado tambien esta carta á continuacion de la de Reginon, pero dando á su autor el nombre de Lamberto. Refieren las actas de Roberto que tuvo cuidado de formar una coleccion de las cartas que le habian escrito los papas en favor de los derechos de su iglesia, para conservarlas á la posteridad. —S. B.

ROBERTO, obispo de Metz, es llamado tambien Ruodberto por los alemanes, y Ruperto por Reginon, su contemporáneo. Descendia de una ilustre familia de la Germania, segun la relacion de un cronista del siglo XII. Fué en un principio monje de S. Gal, donde dirigió las escuelas durante algun tiempo, llamándole de allí la Providencia á Metz, y colocándole en la silla episcopal de esta iglesia despues de la muerte de Walon ó de Wala. Su consagracion se verificó el 10 de las calendas de Mayo, es decir el 22 de Abril de 883. Cinco años despues, en 888, se celebró un concilio en Metz, en que se hicieron trece cánones sobre disciplina, en los que tuvo Roberto alguna parte, por ser uno de los obispos que componian el concilio. En 895 asistió tambien al de Tenzer, cerca de Maguncia, en que se hicieron unas excelentes constituciones. Todavía era jóven nuestro prelado cuando fué revestido del episcopado. Pero aunque poco avanzado en edad, tenia toda la

sensatez de un anciano. Los que nos refiere Notheo el *Tartamudo*, que habia vivido con él en S. Galo, en cuatro himnos que le dirigió para la fiesta de S. Esteban, patron titular de su catedral.

Flore Ruodbertus juvenale qui nunc
Cor senum gestans, senium beatus,
Ac piis plenum meritis, videre
Promereatur.

Poco despues tuvo el dolor de ver su ciudad episcopal expuesta á las incursiones de los húngaros. Como era muy ilustrado el obispo de Lieja, Esteban le dedicó uno de sus escritos. Roberto obtuvo, como muchos de sus antecesores, el uso del *pallium*, é hizo grandes beneficios á su ciudad episcopal, cuyas murallas reedificó, como tambien algunos monasterios de su diócesis. Murió el dia cuarto de las nonas, es decir el 2 de Enero de 916, despues de haber gobernado su iglesia durante treinta y tres años. El cronista de Metz le da treinta y cuatro años de episcopado, pero su obra está tan llena de faltas en el manuscrito de que se ha servido el editor, que se puede rezelar de la cronologia todavía más que de lo restante. Roberto dejó una pequeña coleccion de cartas en número de nueve. Segun todas las probabilidades las escribió cuando las enseñaba en S. Galo. Induce á juzgarlo así la inscripcion en que el autor tiene el título de *Magister*, y la calidad de monje de esta abadía, y otras diversas cosas que se leen en el cuerpo de la obra. Aunque esta coleccion sea poco notable por su volúmen, no deja de tener mérito. Contiene algunas expresiones nobles, ciertas galas de ingenio, y en particular un canonismo de muy buen gusto, caractéres que no eran comunes en los escritos de aquella época. Entre estas cartas hay una en que el autor explica en lengua tudesca algunas sentencias, latinas á ruego de sus amigos, ó más bien de sus discípulos. M. du Cange en el indice de los escritores de que se ha servido para su glosario de la baja y media latinidad, cita una vida de S. Teodoro, obispo de Sion, más conocido en aquel tiempo bajo el nombre de Octoduro. Habia encontrado esta vida en un manuscrito de la biblioteca de M. de Thou, núm. 295, donde lleva el nombre de un Ruodperto, que podia muy bien ser el mismo prelado, cuya historia acabamos de referir, al ménos no conocemos ningun autor de este nombre á quien pueda atribuirse esta vida con verosimilitud. — S. B.

ROBERTO, abad de S. Remigio de Reims, fué educado en esta abadia bajo la direccion del abad Herimar, y pasó despues al célebre monasterio de Marmontiers. El año 1094 despues de la muerte de Enrique, abad de San Remigio, fué llamado de nuevo Roberto para ocupar su lugar, pero se

opuso Bernardo, abad de Marmontiers, ó al ménos no consintió sino á condicion de que tendria el derecho de corregir al nuevo abad, si su conducta era tal que mereciese correccion. Bernardo no tardó en hacer uso del derecho que se habia reservado con respecto á Roberto, ya porque este hubiera dado realmente ocasion para ello, ya que se le hubiera acusado injustamente. Despues del concilio de Clermont, á que habia asistido Roberto, Bernardo le citó para que compareciese á su presencia sopena de excomunion para dar cuenta de su conducta; Roberto no compareció en el dia designado, y el abad de Marmontiers pronunció contra él una sentencia de excomunion, que fué confirmada en un concilio celebrado en Reims, en 1097. Roberto apeló de esta sentencia al papa Urbano II, y Lamberto, obispo de Arras informó al soberano Pontífice de todo este negocio por medio de una carta que le escribió suplicándole confirmase lo que se habia decidido en el concilio. Roberto marchó en persona á Roma, y fué bien recibido del Papa que anuló la sentencia de Bernardo y del concilio de Reims, bajo la base de que un monje sacado de un monasterio para encargarse de la direccion de otro, no se halla bajo la jurisdiccion del abad del primer monasterio. Si se juzga de Roberto por la carta que escribió contra él al papa Hugo, arzobispo de Lyon, se creerá que su deposicion no fué más que el justo castigo que se atrajo por lo irregular de su conducta. Hugo de Cluni escribió tambien una carta al mismo Papa, muy poco favorable para Roberto. Ambas se hallan en la grande coleccion del P. Martenne. Por otra parte Baudri, abad de Bourgueil, se interesó en favor de Roberto que parece habia sido discípulo suyo, y le recomendó á Odon, cardenal, obispo de Ostia, en una carta en verso en la que insinua que el arzobispo de Reims maltrataba demasiado á este abad: *Namque manum super hunc nimis aggravat ille Remensis*, etc. Es verisimil, segun el P. Mabillon, que la deposicion del abad de S. Remigio fué efecto del odio que le tenia el arzobispo de Reims Manases, que le desacreditó en el espíritu de Bernardo, y confirmó por sí mismo en su concilio la excomunion dada por el abad de Marmontiers contra el de S. Remigio. Marlot cree que fué depuesto porque habia malgastado los bienes de su abadía, para proveer á las gentes del viaje de la Tierra Santa, pero Roberto no emprendió este viaje hasta despues de su deposicion, puesto que se halló en la toma de Jerusalen en 1099. El padre Martenne, fundándose en una historia manuscrita de la abadía de Marmontiers, atribuye á la misma causa la deposicion de Roberto, que coloca despues de su regreso del viaje de Palestina, aunque parece seguro que fué anterior. Hugo, arzobispo de Lyon, legado de la Santa Sede, escribió á Urbano II muy detalladamente sobre Roberto y su deposicion, y sin embargo no le habla ni de su viaje á la Tierra Santa, ni de la disipacion de los bienes

de su abadía en los gastos de este viaje. Pero refiere tan solo en general que fué depuesto por no hallarse dotado del suficiente celo para hacer observar la regla, y que no daba por sí mismo el ejemplo á pesar de que se le habia advertido muchas veces. Esta carta fué publicada por el P. Martenne, y es muy importante en lo relativo á la cuestion de Roberto, no existiendo por otra parte nada más á propósito para ponernos al cabo de este suceso. Aunque el papa Urbano II anuló la sentencia dada contra Roberto, no pudo volver á su abadía, permitiéndosele únicamente retirarse al priorato de Senne, de donde salió poco despues para seguir á los cruzados en la primera expedicion á la Tierra Santa. El asunto de Roberto fué examinado de nuevo en el concilio de Poitiers celebrado en 1100, y decidido en favor suyo. Se declaró que su conducta era irreprochable, legítima su entrada, su promocion y su consagracion auténticas y canónicas, y confirmadas por las cartas del papa Urbano. Se declaró que habia sido depuesto injustamente, y que la sustitucion de Burchard, que habia sido puesto en lugar suyo, era ilícita. Roberto sin embargo no fué restablecido, ni confirmado Burchard, y se eligió abad de S. Remigio á un sugeto distinguido por su mérito (tan recomendable por su nacimiento como por su piedad, llamado Azenario, pariente de Guido de la Treinville, insigne bienhechor de la abadía de S. Remigio. Dedúcese esto de una inscripcion que se conserva aún en aquella abadía. Roberto volvió entónces al asilo que se le habia concedido despues de su deposicion, es decir, al priorato de Senne, donde vivió como simple particular, contento con el título de prior. Allí fué donde compuso su historia de la cruzada. Pero no tuvo la satisfaccion de terminar tranquilamente sus dias en aquel retiro, se le acusó tambien de administrar mal los bienes de su priorato y de malgastarlos. Eleváronse estas quejas hasta el papa Calixto II, que por un rescripto fechado en 16 de Mayo dió órden para que se le destituyese. Roberto sobrevivió poco á esta última deposicion, y murió hácia 1122. Su muerte se marca en el Necrologio en 25 de Agosto en estos términos: *Roberto, décimo abad de este monasterio, murió, gobernó dos años.* Una mano más moderna ha añadido: *Fué depuesto despues, y murió como monje hácia el año* 1122. Roberto es autor de una historia de la primera expedicion de los cristianos á la Palestina. Esta historia se halla dividida en ocho libros, en nueve y áun en diez, porque se dividen algunas veces en dos algunos de estos libros, lo que aumenta su número. El autor ha puesto al frente un prefacio apologético, en que refiere la manera de que el abad B., es decir, Bernardo, abad de Marmontiers, como se lee en el manuscrito de esta abadía, le animó á emprender esta obra, manifestándole una historia de aquella célebre expedicion, que no le agradó tanto porque no ascendia más que hasta el concilio de Clermont, cuanto porque un asunto tan notable no se

hallaba tratado con el método y el estilo convenientes. Por lo que ordenó el abad á Roberto, que habia asistido al concilio de Clermont, que diese una nueva forma á esta historia, añadiendo lo relativo á este concilio y corrigiendo el estilo. La historia que se propuso Roberto poner en mejor estilo no es otra que la del anónimo, que ocupa el primer puesto en la coleccion de Bougars. Comienza su narracion por el gran concilio celebrado en 1095 en Clermont en la Auvernia, donde se decidió hacer la cruzada, y la continúa hasta 1029, concluyendo con la victoria que obtuvieron los cruzados en 12 de Agosto de aquel año sobre el Soldan de Jerusalen cerca de un mes ántes de la toma de Jerusalen. Roberto, para ordenar su narracion y hacerla más grata, tiene cuidado de intercalar de tiempo en tiempo versos con la prosa. Explica tambien en verso, que pone al márgen en forma de sumario, lo que hay más importante en el curso de la obra. Entre estos versos marginales, pueden notarse dos que fijan el año de la toma de Jerusalen, no porque merezca llamarse la atencion hácia ellos por su mérito poético, sino porque los han copiado muchos historiadores posteriores á Roberto, ninguno de los cuales cita sin embargo, el nombre de su autor.

Anno milleno centeno, quo minus uno,
Hierusalem Franci capiunt virtute potenti.

Roberto asegura que los que leen su historia no hallarán falsedades, ni pequeñeces, ni mentiras, sino únicamente la verdad. Sin embargo, las maravillas que refiere al hablar de las hazañas de Godofredo de Bouillon, que de un tajo de su espada dividia un hombre en dos, han hecho formar á Juan Griphian un juicio muy desventajoso de la obra de Roberto. No solo la mira como llena de fábulas, segun el testimonio de Decker, y toma ocasion de aquí para suponer que es autor del célebre romance de Juan Turpin. No se puede negar que se encuentra en este romance, ó en esta supuesta *Historia de la vida de Carlomagno y de Rolando*, algunas maravillas semejantes á las que refiere Roberto de Godofredo, en su historia de la primera cruzada. Pero si esto es un verdadero motivo para creerle autor del romance de Turpin, por la misma razon podia Juan Griphian atribuirle las demás historias de la cruzada, puesto que en su mayor parte, sin exceptuar la de Guillermo de Tiro, refieren las mismas maravillas. En cuanto al juicio que forma Griphian del escrito de Roberto, tanto por su fondo como por su estilo, debe servir tanto ménos de regla, cuanto que conviene poco con el de los demás escritores. El autor de la *Gerarquía terrestre* cuenta á Alberto de S. Remigio, es decir, á Roberto ó Ruperto, segun Bossio, entre los historiadores mas ilustres de Francia. El maestro Yepes asegura que ha mirado

siempre con grande aprecio los diez libros de la historia de la guerra santa compuesta por Roberto, monje de San Remigio, que ha hecho su nombre muy recomendable entre los demás historiadores. Tritemio, citado por Marlot, elogia á Roberto por sus conocimientos en la Escritura Sagrada, su espíritu, su elocuencia, y llama á su historia *historiam insignem*. No habla ménos ventajosamente Orderico Vital al final de su libro IX, en que dice que Roberto ha escrito con tanta verdad como elegancia. Además de estos testimonios en favor del escrito de Roberto, es preciso considerar que fué testigo de la mayor parte de los hechos que refiere desde el principio hasta el fin, habiendo asistido al concilio de Clermont en 1095, y habiéndose encontrado en el sitio y toma de Jerusalen en 1099. La historia de Roberto recibe además un nuevo grado de autoridad por el uso que de ella ha hecho un anónimo en una historia de la cruzada, bajo el nombre del patriarca, de los obispos y de toda la Iglesia de Jerusalen. El P. Martenne, despues de haberse tomado el trabajo de sacar una copia de la historia de este anónimo, por un manuscrito de la abadía de Hemmerode, de la órden del Cister en la diócesis de Tréveris, comprendió que era casi igual á la obra de Roberto, abad de S. Remigio, á la que ha añadido algunos fragmentos de Foucher de Chartres, por lo que no la creyó digna de darla al público. Prometió sin embargo hacerlo, si lo creian conveniente los eruditos, y se contentó con publicar entre tanto el prefacio, que es en versos hexámetros en número de treinta y cuatro. El autor refiere el plan de su historia, que comienza en la toma de Nicea. La termina en el año tercero del reinado de Balduino, rey de Jerusalen, por cuya órden dice haberla escrito. El año tercero del reinado de este príncipe corresponde al de 1145, así nuestro anónimo compuso su historia hácia aquel tiempo. A continuacion del prefacio de que acabamos de hablar, publicó el P. Martenne una relacion compendiada de la guerra santa, hecha por el estilo de las crónicas, que comienza en 1097 y concluye en 1128. Indicamos aquí á los autores para no vernos obligados á volver á hablar de ellos, aunque conviene decir una palabra sobre el primero, que se ha apropiado la obra de Roberto. La historia de la primera cruzada por Roberto es una de las primeras obras que se imprimieron en París, apénas fué descubierto el admirable arte de la imprenta. Creémoslo así, porque existe una edicion de ella, sin fecha, sin nombre de lugar ni de impresion.—1.° El carácter de esta edicion, que es de letra cuadrada ó separada, y conforme al gusto de la *Biblia latina* impresa en Venecia en 1416, pero todavía más antigua, hace suponer que es anterior á este año, y por consecuencia poco posterior á la introduccion de la imprenta en París. Nadie ignora que Ulrico Gering, Martin Grantz y Miguel Tribulge, que fueron los primeros impresores de París, se estable-

cieron en 1470. Parece natural el suponer que siendo tan gloriosa para la nacion francesa la historia de la primera cruzada escrita por Roberto, fuesen los franceses los primeros en publicarla. —2.° Prueba segura de la antigüedad de esta edicion, es que carece de letras capitales, de cifras, de llamadas y de alfabeto: lo que segun Naudé es prueba de una grande antigüedad, en particular la falta de alfabeto ó registro, puesto que se encuentra ya en los libros impresos en 1470 y 1477. Así parece que la edicion de la historia de Roberto ha precedido á estos años. Observaremos aquí tambien, con el mismo Naudé, que los primeros impresores de París fueron los más descuidados en poner al frente de sus obras sus nombres y la fecha. Esta antigua edicion contiene 126 hojas impresas sin paginar, y comienza por una carta del Emperador de Constantinopla, escrita cuatro años despues del viaje á Jerusalen, dirigida á las iglesias de Occidente; pero en particular á Roberto, conde de Flandes, que habia visto al Emperador en un viaje que habia hecho ántes como peregrino á Tierra Santa para visitar el Santo Sepulcro. Esta carta va seguida del prefacio apologético del historiador, y de un prólogo como se vé en la edicion de Bougars. Al final de la historia se encuentra una corta carta del patriarca de Jerusalen, de los obispos tanto griegos como latinos y de toda la Iglesia de Occidente. Si esta edicion tiene la ventaja de ser la más antigua, se halla tambien llena de faltas, segun se ve por los ejemplares que existen. Por esta razon podemos creer que es una de las tres ediciones de que se ha servido Bougars, que dice ser muy buena y muy antigua, pero sin nombre ni lugar de impresor. O quizá la ha mirado como muy buena, porque contiene toda la obra de Roberto. La edicion más antigua despues de la que acabamos de hablar, es la hecha en Basilea en 1533 por Enrique Pierre. Bougars la juzga de una manera muy desventajosa, cuando dice: *Nos usi sumus.... alio depravatissimo Basileensi Henrici Petri.* Justo Benber imprimió la misma historia, y la insertó en su coleccion de historiadores de Alemania, que se publicó en Francfort en 1584 bajo el título: *Veterum scriptorum, qui Cæsarum et imperatorum Germanicorum res per aliquot sæcula gestas litteris mandarunt.* Habiendo revisado Bougars la historia de la cruzada de Roberto sobre tres manuscritos y tres ediciones antiguas, á saber, una muy buena y de grande antigüedad, pero sin nombre ni lugar de impresion, una muy mala hecha en Basilea en 1533, y una mucho más correcta hecha por Justo Benber, publicó por sí mismo una nueva que ocupa el segundo lugar en la coleccion de los historiadores de la cruzada, dada á luz en dos volúmenes en fólio, *Gesta Dei per francos, et Hannoviæ, Typis Wechelianis, apud Hæredes Joannis Aubrii, ann.* 1611. Despues de la edicion de Bougars se ha vuelto á reimprimir la historia de Roberto en 1716 en Francfort con notas de Gas-

par Barthius, entre los escritores de Alemania de Justo Renber: añadamos á todas estas ediciones de la obra de Roberto una traduccion en lengua italiana, impresa en Florencia: *Historia di Roberto monacho della guerra fatta da principi christiani contra sarracini per l'acquisito di Terra Santa, tradotta per M. Francesco Baldelli;* en Florencia, 1552, en 8.° Nos vemos obligados á llamar la atencion aquí sobre un error en que han caido algunos escritores, confundiendo á Roberto, abad du Mont Saint Michel, con Roberto abad de San Remigio, atribuyendo al primero la obra del segundo. De este número son Gesner, Duchesne y Possevino. Este último, despues de haber atribuido al abad du Mont Saint Michel la historia de la cruzada, dividida en ocho libros, impresa en Basilea en 1533, sin pensar que cae en contradiccion consigo mismo, restituye en la página siguiente la misma obra á su verdadero autor, con la diferencia de que divide la historia en diez libros.—2.° Possevino habla de un Roberto de Clermont, que escribió, segun dice, sobre el concilio celebrado en esta ciudad contra los turcos, en tiempo de Urbano VI. Este pretendido Roberto de Clermont no es otro que Roberto, abad de S. Remigio, puesto que el concilio de Clermont de que aquí se trata, no fué en tiempo de Urbano VI, sino de Urbano II, en 1095. Segun todas las apariencias, la obra sobre el concilio de Clermont es la que atribuye el mismo Possevino algunas páginas despues á Roberto de San Remigio. No puede negarse que nuestro autor escribió alguna obra sobre los concilios, ó al ménos sobre el concilio de Clermont, á que habia asistido, puesto que muchos escritores convienen en atribuirle un libro sobre los concilios: *Robertus Remensis monachus*, dice Konigius con otros autores, *collegit acta conciliorum*. Fleury, despues de haber referido, siguiendo la autoridad de Guillermo de Tiro, el discurso que pronunció el Papa en aquel concilio, cita á *Remigio monje de San Remigio de Reims, que se hallaba presente al concilio*, como autor de la historia de este concilio. Es evidente que se engaña este célebre historiador, y toma á Remigio por Roberto, que asistió efectivamente, y que en su libro primero refiere todo lo que acaeció. Pero no se conoce ningun monje de la abadía de San Remigio de Reims, llamado Remigio, que haya escrito sobre este asunto.—3.° Entre las cartas de Lamberto, obispo de Arras, impresas por Balucio, se encuentra una que escribió Roberto á este prelado para quejarse de su deposicion por el concilio de Reims. Refiere la sentencia dada en Roma á favor suyo, para demostrar que se le habia depuesto injustamente, y suplica á Lamberto interceda por él cerca de su arzobispo, que seguia persiguiéndole.—S. B.

ROBERTO, abad de S. Vigor en el siglo XI, apellidado Tombolaine del lugar de su nacimiento, situado en las cercanías de la abadía del Monte de S. Miguel en la diócesis de Avranches. Abrazó la profesion monástica en

esta abadía en la época de Hildeberto que sucedió á Suppon en 1033. Fué nombrado abad de S. Vigor por Odon, obispo de Bayeux, hermano uterino de Guillermo *el Conquistador*, y se dice que ántes de 1066 Odon fundó esta abadía. Llevó á ella Roberto cinco monjes del Monte de S. Miguel, y estableció en su monasterio una rigurosa disciplina conforme á la regla de San Benito. Despues de haber gobernado este monasterio muchos años con buen éxito, Roberto le abandonó para emprender grandes viajes, ignorándose el motivo de su separacion, que fué causa de la dispersion de sus monjes, por lo que abandonado el monasterio pasó á la dependencia de la abadía de S. Benito de Dijon, del que fué despues un simple priorato, de suerte que Roberto fué su primer y último abad. Llegando á Roma Roberto, el papa Gregorio VII le recibió muy bien y le obligó á quedarse en esta ciudad, en la que murió á fines del siglo XI. Consérvase de él una explicacion del *Cántico de los Cánticos*, atribuida á S. Gregorio *el Grande*, por lo que se la encuentra en todas las ediciones de las obras de este papa. La mejor edicion de las obras de este religioso es la publicada por Oudin en el tomo II de sus *Comentarios de escritores eclesiásticos*. Compuso tambien Roberto una *Relacion de la extraordinaria enfermedad de un monje epiléctico de S. Vigor y de su curacion*, segun lo expresa Rivet en el tomo VIII de su *Historia literaria de Francia*. — C.

ROBERTO, abad de Wasor en la diócesis de Namur, habia sido religioso y dean de Stavelo, pero es tan difícil como inútil fijar las épocas en que vivió en estos monasterios. Escribiendo Wiboldo de Stavelo, donde era abad, á la comunidad de Wasor y á Thierri que la gobernaba, les habla de Roberto como de un hijo suyo, *filium vestrum*, expresion que autoriza sin duda á suponer que Roberto habia pertenecido á esta comunidad ántes de ser su jefe. Sin embargo, es cierto que Roberto cuando fué elegido abad de Wasor, fué sacado de Stavelo donde era dean, bajo el gobierno de Wiboldo. Este habia sido tambien religioso de Wasor, y es presumible que promovido á abad de Stavelo, llevó consigo á Roberto, que salió de allí en 1148 para volver á Wasor en calidad de abad. Hé aquí al ménos la hipótesis que nos parece conciliar mejor las circunstancias enunciadas en los escritos de estos dos monjes. Los de Roberto consisten en una vida de S. Foronau, una carta á Wiboldo para consultarle sobre esta obra; una esquela de mero cumplimiento al mismo Wiboldo; una carta de 1157 relativa á una asociacion espiritual entre la iglesia de Wasor y la de S. Juan, catedral de Lieja; por último, un libro sobre la fundacion de la abadía de Wasor; si este libro, que comienza la crónica del monasterio, y la continua hasta 1080, es realmente obra de Roberto. El principal motivo de duda, es que se halla á continuacion de esta crónica un elogio bastante largo de Roberto, sin mencion de

ningun otro escrito compuesto por él sobre el orígen de la referida abadía. Molano y Auberto le Mire, que le atribuyen semejante tratado, nos parece han confundido este libro con la vida de S. Foronau de que forma parte. Una historia más extensa de este santo ocupa doce columnas en la coleccion de los Bolandistas, que la anuncian como obra del abad Roberto. Se halla precedida de la carta en que consulta á Wiboldo sobre este trabajo, y de la respuesta que dirige Wiboldo á la comunidad de Wasor, gobernada entónces por Thierry. El autor de la vida de S. Foronau, que ha preferido balbucear á callarse, con su silencio hubiera dejado en la oscuridad muchos y muy notables milagros. Nacido en Escocia y nombrado arzobispo de Domnachmor (Armagle) en Irlanda, S. Foronau abdicó esta dignidad para abrazar en Wasor el estado monástico: no tardó en verse encargado del gobierno de esta abadía. Sanaban los enfermos tocando sus hábitos; pero un milagro ménos vulgar es el haberse salvado de un naufragio con algunos compañeros: el santo arregló cuatro maderos en forma de cruz, se puso en medio, tendió á sus compañeros sobre los brazos, y llegó al puerto cantando con ellos: *In mari vita tua et semitæ tuæ in aquis multis.* Murió en 982, víspera de las calendas de Mayo. Tal es la materia del primer capítulo, que habia sido redactado primero por otro autor, como nos lo refiere un pasaje del mismo capítulo. Roberto no hizo más que rectificarle, extenderle y añadir los dos capítulos siguientes. Es permitido suponer que al salir de manos de su primer autor, cuyo nombre no está indicado, este primer capítulo no era más que el fragmento relativo á S. Foronau en la crónica de Wasor, y esta conjetura podria servir para probar que se han engañado Le Mire y Molano al atribuir esta crónica al abad Roberto. Este, en los caps. II, III y IV, nos refiere curaciones milagrosas y otros prodigios obrados en la tumba de S. Foronau ó por su intercesion. Lo más notable que menciona, es que enterrado en un lugar húmedo, se apareció el santo á sus hermanos, y les pidió una morada más saludable, que no le fué negada. Roberto de Wasor murió en 1174. Su estilo es comparado, puesto al igual, casi preferido al de Ciceron en una carta escrita á Wiboldo en 1147 por Reinardo, abad de Reinchusen. Puede deducirse de ella que Roberto ayudaba á Wiboldo á redactar las memorias que los asuntos del monasterio de Stavelo obligaban á dirigir á personas eminentes en la Iglesia y en el estado.—S. B.

ROBERTO, canónigo de Colonia, y gran preboste de la de Strasburgo, era hijo de Luis *el Barbudo*, elector palatino, y fué elegido arzobispo de esta diócesis en 1463, cuando apénas contaba treinta y seis años de edad. La gran *Crónica belga* dice que Roberto era hombre de pequeña estatura, de genio veleidoso y que preferia el ejercicio de la caza á cualquiera otra ocupacion. Pero á pesar de esto fueron muy notables los principios de su

gobierno. Juró conformarse al decreto dado por el cabildo poco ántes de su eleccion; restableció la paz en su diócesis y hasta trabajó con buenos resultados en pacificar las turbulencias que agitaban la iglesia de Maguncia. El papa Pio, que lo deseaba con grande ardor, quedó tan contento al saber su feliz conclusion, que confirmó sin la manor dificultad la eleccion de Roberto y le envió el *pallium*. Pero el deplorable estado en que se hallaban las temporalidades de su iglesia no tardó en obligarle á buscar recursos extraordinarios para sostener con decoro su dignidad. En efecto, sus bienes y los impuestos establecidos por sus antecesores, apénas le producian una renta de dos mil florines. Todo lo demás lo tenia empeñado en poder de diferentes acreedores, y hasta su mismo cabildo habia tomado parte de estos empeños durante la vacante de la silla episcopal. Quejóse Roberto de esto y pidió un subsidio; pero el cabildo, descontento de que no le dejase tomar parte en los negocios, contestó que no podia, y lo hizo en términos que disgustaron al prelado. La nobleza, á la que acudió con igual objeto, se excusó aunque en términos ménos duros. Pero irritándose cada dia más el cabildo contra él, llegó al extremo de indicarle que no le quedaba más recurso que la abdicacion. No supo con indiferencia esta noticia su hermano Federico, elector palatino, y escribió al cabildo que aunque él no habia influido en manera alguna en la eleccion de su hermano, el honor de su casa no le permitia consentir en que se le obligase á abdicar vergonzosamente. Sabiendo despues que los malos consejeros á quienes se entregaba el prelado, eran la causa de aquellas disensiones, le envió en 1469 hombres de consumada prudencia para dirigirle en su gobierno, y al mismo tiempo tropas bastantes con un hábil general para sostenerle contra los sediciosos. Roberto recibió las tropas con placer, pero hizo poco caso de los consejeros. Sus favoritos, dueños siempre de su ánimo, le precipitaban en nuevas dificultades, y ellos fueron los que le decidieron á tomar á viva fuerza sus castillos, que se hallaban en manos de los que los tenian hipotecados. Ciertamente que así logró recobrarlos, mas el resultado de esto fué un levantamiento general contra él. Declarada la guerra entre el prelado, el cabildo de Colonia y sus diocesanos, éstos, que se hallaban resueltos á deponerle, nombraron interinamente á Herman, hijo de Luis I, landgrave de Hesse, administrador del arzobispado en 1475, con promesa de elevarle á la silla de la misma iglesia. Roberto se puso por su parte bajo la proteccion de Cárlos, duque de Borgoña, y le pidió socorros; sus refuerzos fueron sin embargo inútiles. Pues dirigiéndose poco tiempo despues el infeliz prelado á la alta Alemania, y queriendo pasar por el Hesse, fué cogido en 1478 por las tropas del landgrave, hermano del administrador, y encerrado en el castillo de Blankestein, donde murió de pesadumbre en 1480. —S. B.

ROBERTO, monje de Lira, se ha dado á conocer á la posteridad por un comentario sobre el Evangelio de S. Juan. Dice Mr. du Cange que en su época se hallaba esta obra en el manuscrito número 2201 de la biblioteca del Rey. Pero el que lleva hoy esta signatura contiene otra cosa diferente, y el nombre de nuestro autor no se lee en la multitud de manuscritos de la misma biblioteca, cuyos títulos se hallan en la última coleccion del P. Montfaucon. Si este comentario es sin embargo lo que se supone, no puede remontar más allá de mediados del siglo XI, porque la abadía de Lira no fué fundada hasta 1046. Otras dos consideraciones además de esta nos hacen suponer que pudiera pertenecer á últimos del mismo siglo, pues esta fué la época más fecunda en literatos para la Normandía. Tampoco consta en ninguna parte que este autor tuviese apellido, costumbre que no se estableció hasta los siglos siguientes. — S. B.

ROBERTO I del nombre, religioso de Cluni, prior de S. Sauve de Valenciennes, fué un monje tan recomendable por su piedad como por su saber, que escribió diferentes obras que se han conservado manuscritas en aquel monasterio. Tambien hay algunas cartas suyas. En la *Gallia Christiana* se ha añadido la palabra *Sacra* á la de *Instrumenta* empleada por el P. Mabillon, lo que puede significar vasos sagrados, relicarios etc. Roberto murió lo más á principios del año 1122, puesto que su sucesor Ricardo fué colocado por Ponce, abad de Cluni, que abdicó en el mes de Abril de aquel año. — S. B.

ROBERTO (rey de Sicilia), religioso profeso de la Orden Seráfica. Este augusto y esclarecido varon fué rey de Nápoles y Sicilia, hermano de San Luis, obispo de Tolosa. Ambos se criaron y educaron en la prision de Barcelona, bajo la direccion y enseñanza de los religiosos de S. Francisco, uno y otro siempre unidos aprovecharon sus claros talentos en la adquisicion de las buenas letras, y pagaron abundantemente la tarea del magisterio con el amor entrañable y generoso que profesaron á la Orden Seráfica, honrando en vida y muerte su humilde y tosco sayal. Gobernó Roberto treinta y tres años sus dilatados reinos con tal acierto, valor y prudencia, que fué de los más famosos y esclarecidos príncipes de su siglo, y en los siguientes hicieron gloriosa su memoria las voces y plumas de la fama. Colenucio, Jacobo Rayno, Passaro y otros autores, se extienden en sus alabanzas, y le ponen en el número de los reyes prudentísimos y doctísimos con los epítetos de piadoso, liberal, magnánimo y valeroso; Jacobo Rayno añade haber sido el príncipe más sabio y erudito que se ha conocido en los cuatro siglos siguientes. Fué muy consumado en las ciencias matemáticas, insigne filósofo y gran teólogo, tan aficionado al estudio y lectura de obras escogidas, que ni áun estando en campaña perdia de vista sus libros, sir-

viéndole de recreo y amenidad para alivio de sus penosas tareas. Gustó los halagos de la fortuna, y padeció los reveses con ánimo tan sereno é inalterable, que ni la prosperidad le desquició de la templanza, ni la adversidad quebrantó su paciencia. Fué dos veces casado: en su primera mujer Doña Violante, hija de D. Jaime, rey de Aragon, tuvo dos hijos; á Cárlos, duque de Calabria, y á Luis. Los trabajos que más fatigaron su invicta paciencia, fueron los domésticos, causados por las grandes penas, afliccion y sentimiento que le produjeron la pérdida de su esposa y la muerte de sus hijos y otros personajes que le tocaban en primero y segundo grado de consanguinidad. Y estas desgracias fueron tan frecuentes y sucesivas, que en la mayor parte de su reinado arrastró lutos. Aconsejado por los próceres y por el bien de la monarquía, casó segunda vez con Doña Sancha, hija del rey de Mallorca, con quien no tuvo sucesion; pues áun cuando con esta señora en las cartas que escribió á los capítulos generales de la órden de S. Francisco, ruega que encomienden á Dios á sus hijos, emplea este amoroso título hablando de sus alnados. Fué tan cordial la devocion que tuvo Roberto á la órden de los Menores y á su santo patriarca, que con todos los esfuerzos de su poder y piedad favoreció sus causas y remedió sus necesidades. Negoció con el pontífice Benedicto XII, que se entregasen á su custodia y celo los santos lugares de Jerusalen, poniendo á costa suya las expensas, y fabricando los conventos, que son los más gloriosos timbres que ilustran y ennoblecen á la religion Seráfica. No es de este lugar ponderar esta excelentísima prerogativa de la religion de los Menores, cuyo apostólico celo en la conservacion de estos santos lugares, sobrepuja la raya de lo imposible, cargando sobre sus débiles hombros el peso que puede fatigar las fuerzas más robustas del coronado poder de la cristiandad, asunto sobre el que hay escritos muchos libros, y en todos se quedan cortos los elogios y la ponderacion acerca de este admirable prodigio, y únicamente puede decirse, que ya estaba de Dios que la pobreza de S. Francisco hubiese de ser en el mundo una maravilla milagrosa de su providencia. Ocho años ántes de su muerte, trató con la mayor decision y muy sériamente abdicar ó renunciar el reino en el príncipe Andrés, hijo de Cárlos, rey de Hungría, habiendo conseguido para efectuar esta renuncia indulto y facultad de la silla apostólica concedida por el pontífice Juan XXII. Esta precipitacion y prisa de renunciar, nacia de los ardientísimos y vivos deseos que tenia de tomar el hábito y profesar en la Orden Seráfica. Para arreglar el asunto de la renuncia, vinieron á Nápoles el rey Cárlos de Hungría con su hijo el príncipe Andrés, pero no tuvo éxito por las muchas dificultades de estado que se ofrecieron en aquel asunto tan trascendental y de tanto interés; y últimamente, por convenio de ambos reyes, quedó el infante de Hungría en

la tutela y proteccion de Roberto. Viendo el devoto príncipe frustrados sus santos deseos, cansado de las inconstancias de la fortuna, y desengañado de las falacias del mundo, trató de ajustar su vida en todo lo que permitia la soberanía de rey al estado religioso. Para este fin en lo más íntimo y retirado de su palacio preparó habitacion competente para doce religiosos franciscos que en su real capilla celebrasen á sus horas los divinos oficios. Asistia de dia aquellas horas en que le daban treguas sus forzosas ocupaciones. De noche era continuo en la hora de los maitines y asistia vestido con el humilde hábito de S. Francisco. Otras veces, en compañía de su venerable esposa, asistia á los oficios divinos en el convento grande de las Clarisas, llamado Corpus Christi, donde estaban para la asistencia de las monjas doce religiosos de familia. Concluidos los oficios divinos, la reina se entraba en la clausura á servir en hábito de monja á las mesas, y el Rey hacia esta ejemplar demostracion de humildad, sirviendo la comida en su mesa á los religiosos. Con esta señaladísima virtud vivió los últimos ocho años de su vida. Sintiéndose con la postrera enfermedad, llamó al provincial de la provincia de Nápoles, y obtenido el consentimiento de la reina como esposa, le pidió el hábito y profesion de la Orden Seráfica, para cuyo efecto tenia ganado indulto apostólico. Diósele todo con grande edificacion y ternura de todos los grandes de su reino, que asistieron á este devoto espectáculo. Hecha solemne profesion, recibió los santos sacramentos, y acabó la vida cristianísimamente, dejando admirable fama de sus grandes virtudes. Se hizo la pompa funeral con la magnificencia que pedia la dulce memoria de rey tan piadoso y amable. Los vasallos obsequiosos y reverentes á la última voluntad de su dueño, permitieron que el cadáver saliese del palacio al convento de Sta. Clara de Corpus Christi en hombros de religiosos, sin reales insignias, vestido con el pobre hábito de S. Francisco. Despues se fabricó sobre el altar mayor un majestuoso sepulcro de mármol blanco, de labor primorosa y molduras perfiladas de oro. Veianse en él dos estátuas, ambas efigies propias de Roberto, la una le representa como rey, sentado en su trono con corona y cetro; y la otra le representa difunto con hábito franciscano. Su epitafio, escrito con letras de oro, se reduce á este solo exámetro: *Cernite Robertum Regem virtute refectum*. Francisco Petrarca escribió despues otro epitafio elegantísimo, que grabado en letras de oro en una lápida, se puso cerca de este sepulcro. La reina Doña Sancha, dignísima consorte de rey tan generoso y pio, en el año de la viudez ocupó todas sus atenciones y cuidados en hacer sufragios por su marido, cumplir su testamento y dar impulso á algunas obras pias que tenia empezadas, todo á fin de desembarazarse para tomar el hábito de Sta. Clara, que habia deseado con tantas veras como deseó su esposo augusto el de S. Francisco. Estaba muy adelantada la fá-

brica del convento de Sta. María Magdalena de Nápoles, pero tenia escaso terreno, y para ampliarla compró todo el sitio que ocupaba la ermita de Sta. María de la Anunciata y el hospital contiguo. Dió para hacer el hospital sitio muy capaz en otro ángulo de la ciudad, y se obligó á los gastos de la fábrica, que es de las más suntuosas que hay en Nápoles. Concluidas estas obras y terminado el año de su viudez, tomó el hábito de Sta. Clara en el convento de Sta. María de la Cruz, fundacion suya. Mudó el nombre y quiso llamarse Sor Clara de la Cruz, y profesó la regla primera de Santa Clara. La dió el hábito y la profesion el general Fortanerio, y negoció con él con humildes instancias, que impusiese á las monjas precepto formal para que ninguna la nombrase con otro nombre más que el de Clara de la Cruz, sin título alguno de tantos como la pertenecian por reina. Vivió en el estado religioso año y medio y siete dias, siendo un modelo perfectísimo de virtudes, resplandeciendo con ventajas admirables, principalmente en la humildad. Fueron dignísimas y ejemplares las altas prendas y virtudes de esta grande y augusta señora, resplandeciendo en ella además de su gran humildad, la piedad magnífica y generosa liberalidad, con que empleó la mayor parte de sus tesoros en fundaciones de conventos de las dos órdenes de Menores y Clarisas, como tambien de hospitales. Fué acérrima celadora de la pobreza apostólica de la regla franciscana, amantísima de sus profesos, que tenian en ella madre, protectora y hermana. De estos títulos se gloriaba y los trataba con tal humanidad y llaneza, que jamás usó con ellos de aquella afectacion y gravedad con que se hace inaccesible la majestad á los pobres y humildes. A las monjas de Sta. Clara amó con igual ternura, y en su continuo trato y comunicacion, tenia singular consuelo y adquiria su espíritu gran aprovechamiento. Tuvo indultos apostólicos para tener en su palacio dos monjas profesas, en tiempos determinados, con las cuales hacia sus devotos ejercicios. — A. L.

ROBERTO (Fray), conde de Batifole, religioso de la Seráfica órden de S. Francisco. Entre los varones ilustres que florecieron con fama de virtudes heróicas en el seno de la Seráfica religion, fué uno de los más señalados el venerable Fr. Roberto, conde que fué y señor de los estados de Batifole. Su esclarecido nacimiento le proporcionó una esmerada educacion, que aprovechó extraordinariamente en un niño dotado de un ingenio claro y de un talento singular. Sus progenitores estaban enorgullecidos con la honra que les procuraba este amado hijo, cuyas virtudes desde sus más tiernos años se hicieron muy notables. Fuera de su grande aplicacion al estudio, era un ejemplo de obediencia y respeto á sus padres, muy callado, y sobre todo manifestó una decidida inclinacion á las cosas santas, á las prácticas de devocion y á la frecuente asistencia á los templos. Desde su infancia ma-

nifestó su vocacion de dedicarse al servicio de Dios, pero su gran prudencia y el temor de disgustar á sus padres, que cifraban en él sus futuras esperanzas y engrandecimiento, hicieron encerrarse en su pecho su principal deseo, remitiéndolo á ocasion más oportuna. Muertos sus padres, se encargó de la direccion de sus estados, tratando de arreglarlos convenientemente, teniendo todas sus cosas en disposicion de su favorito proyecto, que tanto tiempo habia estado madurando. Su aversion profunda á las vanidades y deleites del mundo, conociendo que entre sus delicias y abundancias corria peligro su salvacion, si prontamente no ponia por obra su deseo, le afirmó en su primitiva idea con la mayor resolucion, que era abrazarse con la cruz de la mortificacion; y sacrificando la mayor parte de su vida á la pobreza voluntaria, á la humildad y obediencia, vió coronados sus votos, vistiendo el penitente saco de la familia seráfica. Fué en estas y otras virtudes admirable, y un ejemplar de religiosas perfecciones. Como era casi innata su vocacion, no le costó ninguna violencia, descender del fausto, riquezas y comodidades, á la suma pobreza, á la mortificacion y á la carencia de todos los objetos que en el mundo se consideran como propios para disfrutar de un bienestar, evitando los quebrantos y golpes de la vida. Así es que se hizo notable por su obediencia, exacta observancia de la regla, por su austeridad y penitencia, siendo extremado en sus ayunos, disciplinas y uso de ásperos cilicios, siendo digno de admiracion el contraste de su antigua posicion, muelle y servido por gran número de criados, y en el presente estado, entregado á los más bajos y humildes servicios; no desdeñándose, ántes haciéndolo con el mayor gusto, el fregar, barrer y limpiar los lugares excusados, siendo al mismo tiempo sumamente cariñoso y servicial con los pobres enfermos, á quienes consolaba y aseaba con el mayor cuidado y amor. Murió con grande opinion de santidad, pues Dios le favorecia con especiales dones en su ferviente oracion, en la que era muy continuo, tanto de dia como de noche; fué muy sentida su falta, así de los religiosos como de todos los que le conocian, y asistió á su entierro y exequias el infante D. Cárlos, hijo del rey de Sicilia, y hermano de S. Luis, obispo de Tolosa, que en aquella ocasion se hallaba en Asis á ganar la indulgencia de la Porciúncula, donde está sepultado, y es venerable su memoria.—A. L.

ROBERTO (Fray), monje benedictino. Fué natural de Salen en los Abruzos, de donde le vino tambien llamarse el Salentino. Eran sus padres sumamente piadosos y buenos cristianos, y merecieron que ántes de venir al mundo su hijo, les anunciase el cielo la santidad con que habia de resplandecer; pues hallándose en cinta su madre, la pareció que llevaba en su vientre una esfera ó círculo brillante que ceñia todo el orbe. Siendo mance-

bo, brilló tanto Roberto por su piedad y buenas costumbres, que generalmente era llamado el santito, sin que le dieran otro nombre. S. Pedro Celestino, que le conoció desde la infancia, y que le impuso el santo hábito, llamábale siempre así por las grandes señales de bienaventuranza que en él se observaban, tan poco comunes en aquella tierna edad. Hecho monje, brilló tambien por la prontitud y aprovechamiento con que hizo sus estudios bajo la acertada direccion de S. Pedro Celestino, quien le estimó tanto, que fué siempre su compañero en las jornadas que el santo hacia, lo cual prueba su mérito y perfeccion. Observó tan puntualmente la regla monástica, ejercitóse tanto en todo género de mortificaciones, que en recompensa de su mérito obtuvo la alta gloria de que se le apareciese el Señor acompañado de los doce apóstoles, segun andaba en la tierra. Cuando S. Pedro Celestino fué elegido sumo pontífice, le quiso llevar consigo á Roma, pero el humilde monje le suplicó que no le sacase de su retiro amado, donde efectivamente le dejó el santo, vencido de sus tiernas súplicas. Por espacio de doce años vivió encerrado en el convento de Torre Mariceo, tratando su cuerpo con un rigor tan desusado, que solamente en el ayuno hizo que todo el año fuese para él como la más rigorosa cuaresma. Habiendo visto un árbol que naturalmente formaba una cruz, lo cortó y lo llevó á su celda, y todas las noches permanecia en él interin rezaba diez veces el *Pater noster*, siendo de advertir que dicha oracion era pronunciada con tanta pausa, que otra cualquier persona podia muy bien repetirla diez veces en el tiempo que él tardaba en rezarla una. Era esta mortificacion tan penosa, que cuando se bajaba de la cruz tenia todo el cuerpo descoyuntado, bañado en copioso sudor, y de sus ojos se desprendian á pesar suyo abundantísimas lágrimas. Premióle Dios su austeridad y sus méritos, concediéndole inefables consuelos y favores, y adornándole con el don de hacer milagros, siendo muy notable uno que hizo en el convento mencionado. Murió un lego sin confesion, y hallándose ya en el féretro el cadáver para darle sepultura, aproximóse Roberto, y preguntó al difunto si queria confesar para obtener los beneficios de la penitencia. Contestó afirmativamente el muerto, volvió á la vida, y despues de haber estado hablando largo rato con el monje Roberto y obtenida la absolucion de sus culpas, volvió á caer en el profundo sueño de la muerte. Otra vez hallándose el cielo muy sereno y claro, anunció á los religiosos una horrible tempestad, asegurándoles empero que el arcángel San Gabriel les defenderia, sacando sus cuerpos sin lesion. Ocurria esto en el campo, y de repente sobrevino la tormenta con tal furia y tanta abundancia de agua y granizo, que parecia anegarse el mundo. Pusiéronse todos los monjes á orar postrados de rodillas, y por la divina permision todo el paraje que los religiosos ocupaban permaneció tan seco, como si no hubiera

caido la más pequeña gota de agua. Viniendo el santo varon al convento acompañando á algunos devotos pasajeros, cruzaron por un áspero monte que estaba erizado de peñascales. Una grandísima roca se desprendió de la altura y venia rodando hácia los pasajeros amenazando sepultarlos; pero Roberto hizo la señal de la cruz, y la roca se detuvo hasta que los viajeros se hallaron fuera del peligro, pues entónces siguió su curso hasta caer precipitada en el abismo. Ofreciéronle los fieles muchas y muy abundantes limosnas, las cuales invertia él en socorrer á los pobres, sin que hubiera necesitado alguno que dejára de obtener los dones de su liberalidad, y además con el producto de las limosnas mencionadas, edificó catorce monasterios y además siete hospitales para refugio y socorro de los peregrinos que iban á visitar el monte Gárgano. En este sitio tan célebre por la aparicion del Arcángel S. Miguel, pero tan árido é incómodo para los que le visitaban, edificó otro hospital ó refugio de peregrinos, bajo la advocacion del santo Arcángel y de la Purísima Vírgen María. Hallándose cierto dia en el refectorio con sus monjes, faltaba pan, y murmurando aquellos por la falta de este alimento les dijo: «Poned vuestro corazon en Dios, que él os socorrerá abundantemente;» y apénas hubo pronunciado estas palabras, entró un hermoso mancebo resplandeciente de gloria, que puso delante de cada religioso un pan de incomparable forma y blancura, desapareciendo en seguida. Persiguió á Roberto injustamente el obispo de Theato, haciéndole sufrir muchos disgustos y sinsabores, pero Dios envió muy pronto el castigo á aquel prelado; pues una noche, hallándose recogido en su aposento, se le aparecieron visiblemente el patriarca S. Benito y S. Pedro Celestino (á la sazon difunto), y le dijo S. Benito que se abstuviera de molestar y turbar la quietud de aquel siervo de Dios. Luego S. Pedro Celestino, con semblante airado y como ejecutor de la divina justicia, le dió un golpe en el semblante, dejándole torcida la nariz y la boca en unos términos, que causaba horror mirarle. Profesó Roberto tierna y especial devocion á la Santísima Emperatriz de los Cielos, heredando esta devocion de su tierna y querida Madre Benvenuta, y fué tambien devotísimo de la pasion de nuestro Señor Jesucristo, premiándole este divino Señor su afecto, con presentársele pendiente de la cruz, y circuido de celestes resplandores. Habiendo llegado á cumplir la avanzada edad de sesenta y nueve años, descansó en paz el dia 19 de Junio del año 1341 en el monasterio de Sulmona, donde se habia retirado á concluir sus dias. La Orden Benedictina le ha colocado en el número de sus santos.—M. B.

ROBERTO Abolanz. Este canónigo de la santa iglesia catedral de Auxerre en los siglos XII y XIII fué lector de su capítulo, cuya dignidad le daba la direccion de todos los cargos de la Iglesia, y el cuidado de los archi-

vos y de los manuscritos. Fué un hombre muy estudioso y apasionado al de la historia. Mandó escribir á sus expensas grandes volúmenes de actas de los santos para el uso de su iglesia, que contenian todos los santos de los doce meses del año, y otros por este estilo. Acabados estos libros, un movimiento piadoso que experimentó su corazon, le obligó á retirarse á la órden de los Premostratenses. Antes de abandonar al mundo hizo su testamento en el capítulo de Auxerre, en el que quedaron consignadas estas circunstancias hasta el año 1205 en que le hizo. Tomó el hábito en el monasterio de San Marien-les-Auxerre, que visitaba con frecuencia hacia mucho tiempo por ser amigo de Milon, su abad. Fué autor de la célebre crónica conocida con el nombre de *Crónica de S. Marien de Auxerre*, porque si no la compuso, al ménos la corrigió en este monasterio. Murió Roberto en esta casa el año 1212. Los dos versos latinos que se leen en esta crónica, que tienen el año 1172, en los que el que los ha escrito marca que se hallaba en su sexto año, y que en este tiempo se tonsuró ó se hizo monje, son una adicion hecha por mano extraña que habla de sí mismo y no del autor de la crónica, de la que tal vez fué el continuador; así como deben atribuirse á la misma mano otros muchos versos del mismo libro que á todas luces se conoce no son de la pluma de Roberto. M. Camuzat, uno de los canónigos más ilustres que ha producido la iglesia de Troyes, muy conocido por sus importantes colecciones, hizo imprimir esta crónica en Troyes el año 1608, por un manuscrito que encontró en la abadía de Pontigni, pero aún hay manuscritos de esta obra más extensos y perfectos. M. le Venier, penitenciario de Auxerre, que murió en 1669, tuvo el ánimo de publicar una nueva edicion, lo que desgraciadamente no verificó. El sabio Mabillon y otros se han engañado al dar el nombre de Hugo al autor de la crónica de S. Marien, lo que proviene de que al frente de esta obra hay una crónica de Hugo de S. Victor que lleva solo el nombre de Hugo, la cual debió servir de guia á Roberto para sus épocas, lo cual ha sido causa que ambas obras se confundan en una. —C.

ROBERTO Adan Bajocensis, religioso agustino del siglo XV. Esta órden, á que hemos conocido nosotros, por decirlo así, en una época de decadencia, habia obtenido en los siglos anteriores un grado de esplendor á que no llegará quizá ninguna otra de las monásticas. Su regla habia sido adoptada para diferentes institutos de caballería, su historia era vulgar y su nombre se pronunciaba con la mayor veneracion y respeto. Muchos de sus individuos habian obtenido las primeras dignidades en la Iglesia y el imperio, y los primeros maestros del Sacro Palacio y los confesores de los reyes procedian de la religion Agustiniana. Posteriormente, y en particular desde la fundacion de la órden de PP. Predicadores, los agustinos habian perdido mu-

cho de su antigua grandeza, y los teólogos del Papa y los consejeros de los reyes procedieron de la órden Dominicana. Así es que perdió gran parte de su fama; sus indivíduos no tuvieron ya un porvenir que les halagase para hacer continuados y serios estudios, y únicamente trabajaron, como otras muchas religiones, para su salvacion y el beneficio de la humanidad en la mejora de las costumbres, en la predicacion, el confesonario y demás ministerios á que se hallaban consagradas en general todas las órdenes religiosas. Pero ántes de estos tiempos, cuando brillaba todavia el siglo de oro para los agustinos, Roberto Adan, francés segun todas las probabilidades, se distinguió mucho por su virtud y sus estudios. Eranle familiares todas las ciencias que á la sazon se enseñaban, y habia adquirido una facilidad para expresarse que se distinguia entre los profesores más notables y áun entre los oradores más afamados. Su fama, que llegó hasta el mismo trono, hizo que el rey de Francia le nombrase familiar suyo; y su Orden, que conocia sus grandes cualidades, le nombró en 4 de Febrero de 1489 visitador de todos los conventos de agustinos en los dominios de la monarquía francesa. Desempeñó Roberto ambos cargos con el mayor celo, mereciendo el aprecio de su soberano y de sus superiores, que quizá le hubieran promovido á puestos más elevados, si la muerte no hubiera venido á cortar el hilo de su vida, que más brillantes esperanzas se habian fundado en sus buenas dotes. Falleció santamente como habia vivido, dejando tras sí la mejor fama y áun algunas obras; pero se han perdido por la incuria de los tiempos, y hoy se ignoran hasta sus títulos ó la materia de que trató este varon notable, que ha obtenido una mencion honorífica en las crónicas agustinas, á pesar de la lejana época en que floreció, prueba inequívoca de sus grandes talentos y no menores virtudes, que por falta de noticias no hemos podido referir detalladamente.—S. B.

ROBERTO DE ALICON, religioso agustino del siglo XIV, en que se distinguió por sus buenas cualidades. Era Roberto uno de esos hombres que nacidos para el estudio y la virtud, viven constantemente ocupados en ellos, sin cuidarse del mundo exterior que los rodea, sin hacer caso de nada de lo que no tiene inmediata conexion con los objetos á que se hallan especialmente consagrados. Así es que su vida entera la pasó entre prácticas religiosas, contento con servir de modelo á sus hermanos, á los que con sus adelantos é ilustracion prestaba tambien servicios muy superiores á lo que en aquella época podia esperarse. Recorrió todos los grados de su carrera, siendo sucesivamente lector, prior, acaso provincial, y por último uno de los religiosos que pasaron á Roma comisionados por su capítulo para asuntos propios de su órden. Conocióle entónces el pontífice Urbano V, y apreciador de su mérito quiso que continuase á su lado para ocuparle en negocios de alguna

importancia, cual lo necesitaba á la sazon la Sede Apostólica, cuyo poder y vastas miras eran sin duda mucho más grandes que lo habian sido en ninguno de los siglos anteriores. Dotado Roberto de vasta capacidad y no vulgares conocimientos, consiguió ser muy útil al Soberano Pontífice, quien le promovió al obispado Daense en Mayo de 1366, aunque segun algunos solo le concedió la administracion de esta silla, vacante por la muerte de un prelado llamado Tomás, y acerca de lo cual no tenemos otras noticias que las que nos proporciona el P. Herrera en su *Alfabeto Agustiniano*. Ignóranse los demás hechos de Roberto desde que se puso al frente de esta diócesis hasta los últimos momentos de su vida. Es muy probable, sabidos sus buenos antecedentes, y que los autores no dicen cayese en desgracia del Sumo Pontífice, que supo corresponder á la confianza en él depositada y desempeñó su cargo con celo y acierto. Supónesele autor de algunas obras que no han llegado hasta nosotros, por lo que es muy probable sea equivocacion de los escritores, pues aunque como obispo no pudo ménos de dirigir á sus ovejas algunas cartas pastorales, y tal vez reunir uno ó más sínodos segun las intenciones y advertencias que tuviese de Urbano V, siéndonos aquellas tan desconocidas como estos, y áun el título de la diócesis que rigió, no nos atreveremos á realzar sus méritos, bastante aquilatados con la eleccion del Pontífice, sus reconocidas virtudes y honorífica mencion que ha merecido siempre á todos los cronistas de la órden de los Ermitaños de S. Agustin, que le mencionan entre sus más ilustres varones.—S. B.

ROBERTO DE ANDAGIO (Fr. Pedro), franciscano aleman, de quien se ignora la patria lo mismo que las principales circunstancias de su vida. Es sin embargo indudable que floreció á últimos del siglo XVI, y tomó una parte muy activa en la lucha religiosa que se verificó entónces en aquel país, lucha en que se disputaron todos los principios, todas las creencias, todas las bases en fin, en que hasta entónces habian descansado los santos dogmas de la humanidad, que habian sido subvertidos por la rebelion y la negacion del principio de autoridad. Real y verdaderamente no se presenta en la historia de ningun pueblo un espectáculo más grandioso que el que ofrece el protestantismo en su orígen, atacando todo lo más sagrado, todo lo más grande y más sublime que hasta entónces concibiera el espíritu humano. Cuando el cristianismo penetró en Roma y derribó el trono de los Césares con la vieja y despreciable religion pagana, se verificaron á la vez dos luchas, en las que la política de las razas mató á la religiosa, de manera que en la agonía del imperio romano nos llama más la atencion la marcha triunfal de los hunnos, los vándalos y los godos, que los progresos lentos y pausados del cristianismo; todavía más, las persecuciones que sufrió esta santa religion apénas fijan nuestra atencion como hombres estudio-

sos, cuando vemos los progresos de los germanos, de los francos y de todo el mundo deseoso de reconstituir las nacionalidades, que habia ahogado entre sus gigantescos brazos la vencedora Roma. Pero en el siglo XVI, en que ya Europa se habia dividido en tantos pueblos como son las lenguas que en ella se hablan, en que cada raza ha elegido el territorio más conforme á sus gustos é inclinaciones, en que únicamente se trata de aumentar el poder ó saciar la ambicion de determinados monarcas, el grito de un fraile oscuro y desconocido, que viene á cambiar el aspecto de todo lo hasta entónces conocido, que pugna por arrancar el poder espiritual único que ha quedado á la vieja Roma, nos hace remontar á los primeros siglos del cristianismo, recorrer su historia independientemente de la política, estudiar las opiniones diferentes de la general creencia, y nos lleva en fin, no á ser meros espectadores, sino á tomar una parte en la lucha que se inició entónces y continúa todavía. ¿Qué extraño, pues, que lo hiciera así Roberto de Andagio y dejára consignados sus sentimientos en una obra que ataca al protestantismo en su fundador, pues como lo indica su título: *Disputationem de statu religioso, ac de ijs, quæ sese religionis ordinibus manciparunt*, trata de evitar la separacion de los religiosos de sus órdenes, que fué una de las principales armas de Lutero. Esta obra se imprimió en Tréveris por Enrique Bret en 1594. —S. B.

ROBERTO Anglio (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra y tomó el hábito de la órden de la Santísima Trinidad en el convento de Montidon, desde donde despues que hubo profesado, pasó á estudiar á la universidad de Oxford, en la que se graduó de doctor, y fué un varon de inculpable vida, profunda sabiduría y acendrada virtud, á la par que de muy santas costumbres. Fué muy amante del retiro, y por esta circunstancia pudo entregarse con mucho descanso al cultivo de las letras, produciendo algunas obras estimables, cuyos títulos ponemos á continuacion. Murió con grande opinion de santidad en su convento de Montiduno en 20 de Setiembre de 1284. Obras: Tres libros de *Meditaciones sobre la Pasion de Cristo.*—Uno de la *Tranquilidad del alma*, y otro de *Alabanzas al apóstol S. Andrés.* M. B.

ROBERTO Anglico (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra, sin que existan otros antecedentes acerca de él, sino que habia tomado el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Cambridge, del que más tarde llegó á ser ministro, cursando en la famosa universidad del mismo punto, en la que fué condecorado con el grado de doctor. Cuando se encargó del oficio ántes mencionado, y observando que por descuido y abandono de sus antecesores, el colegio del convento se hallaba casi reducido á la nulidad, por falta de profesores y discípulos, procuró reparar semejante daño, trayendo

á él algunos sabios doctores de la Orden, con lo cual no faltaron estudiantes, logrando de esta manera que el mencionado colegio volviera á recobrar su antiguo esplendor y fama. Acabado su oficio quiso retirarse; pero como le desempeñára con tan general aceptacion de todos sus subordinados, la comunidad le reeligió por tres veces, deseando, por su estricta observancia religiosa y su acierto en el desempeño de los negocios, no ménos que por la profundidad de sus conocimientos literarios, tenerle por perpétuo ministro. Distinguióse mucho en la predicacion, fué de genio amable y tan sumamente activo, que nunca le faltó tiempo para dedicarse al cuidado temporal y espiritual de su grey, sobrándole todavía mucho espacio para dedicarse á la composicion de varias obras. Murió en su convento de Cambridge el dia 21 de Mayo de 1320. Escribió un *Tratado sobre el maestro de las sentencias* en ocho libros, y otro en cuatro sobre la *Etica de Aristóteles*. — M. B.

ROBERTO Anglico (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra, ignorándose de qué punto, así como el apellido de su familia y demás antecedentes. Tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Dubley, donde profesó, pasando luego á estudiar á la universidad de París, en la cual recibió el grado de doctor en sagrada teología. Fué varon de tanta elocuencia y elegancia para producirse, que dejó absortos y admirados á los más sabios franceses, escoceses é irlandeses, no solo con sus oraciones latinas, sino tambien por la facilidad que tuvo para expresarse en varios idiomas extranjeros. Volviendo á Inglaterra, fijó su residencia en el convento de Montidon, donde vivió retirado hasta su fallecimiento, ocurrido en 8 de Enero de 1281. Escribió las obras siguientes, que no han llegado á publicarse, y cuyos títulos se conservan por rara casualidad. *Sobre el Evangelio de S. Juan*, cuatro libros. — *Sobre las epístolas de S. Pablo*, doce. — *Tratado de la Encarnacion*, tres. — *Tratado de auxilios*, cinco. — *Sermones dominicales*, ocho. — M. B.

ROBERTO Anglico (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Karenesburgo, en el cual profesó. Pertenecia á una ilustre familia, cuyo apellido no consta en las crónicas de la Orden, habiendo tomado al ingresar en ella por sobrenombre el título del pueblo donde se hallaba situado el convento, con cuyo sobrenombre es conocido. Viéndole muy estudioso y aficionado á las buenas letras, la religion le envió á estudiar á la universidad de Oxford, donde recibió el grado de doctor y donde hizo oposicion á varias cátedras, que obtuvo y regentó por espacio de algunos años. Cansado de las fatigas de la enseñanza, renunció la cátedra y se retiró al convento trinitario de la ciudad de Lóndres, donde le habia precedido tanto la fama de su virtud y su talento, que el rey Eduar-

do I, queriendo darle una prueba de lo mucho que le estimaba por la nobleza de la familia, le nombró su confesor con grande aplauso de la religion y de la corte. Viéndose Fr. Roberto en tan distinguido puesto, hizo uso de su influencia para el bien general de la Orden, á la que profesaba grande estimacion. Como era tan aficionado á las letras, puso todo su afan y su cuidado en adquirir cuantos libros le fué posible, invirtiendo en la adquisicion de unos objetos tan raros y preciosos en su tiempo toda la renta que el Rey le tenia señalada. Llegó á reunir de este modo tal cantidad de manuscritos, que formó en el convento de Lóndres la biblioteca más copiosa que por entónces llegó á conocerse, y que fué la admiracion y envidia de todos los sabios contemporáneos suyos. Como habia adquirido muchos libros duplicados, hizo donacion de gran parte de ellos al convento de Karenesburgo, en muestra de su estimacion, llegando tambien á formar en él una copiosa librería donde se hallaba cuanto en su convento se podia desear, especialmente en obras de los Santos Padres. Aumentándose más cada dia el afecto que el Rey le profesaba, le presentó para el obispado de Norvins, distincion que rehusó con gran constancia; mas empeñado el soberano en honrarle, le nombró miembro del alto Parlamento, y á fin de que desempeñára este cargo con absoluta independencia de la Orden, hizo que el arzobispo de Lóndres le nombrára sufragáneo suyo, con el título de obispo de Nicomedia. No pudiendo Fr. Roberto negarse á tantas y tan señaladas pruebas de distincion, aceptó y desempeñó los cargos que el Rey le encomendára con la mayor exactitud é inteligencia. Murió el dia 17 de Octubre del año 1319, dejando al mundo por fruto y muestra de su talento las siguientes obras muy estimadas en su tiempo, completamente ignoradas en el nuestro por haberse perdido, como otras muchas, en un país que fué el primero en destruir las órdenes monásticas, aniquilando todos sus monumentos, así artísticos como literarios. Hé aquí los títulos de las obras que han conservado los cronistas bibliógrafos de la Orden. *In Psalmos David*, nueve libros. — *In epistola D. Pauli ad Romanos*, cuatro libros. — *De Miseriis regum*, dos libros. — *Sermones dominicales*, tres libros. — *De Conceptione Virginis*, tres libros. — *De Mysterio SS. Trinitatis*, dos libros. — *De angelis*, cuatro libros. — *De diligendo Deo*, cuatro libros. — M. B.

ROBERTO DE ARBRISSEL (B.). Este bienaventurado fundador de la órden de religiosas y religiosos de Fontevrand, á fines del siglo XI, nació de padres pobres el año 1045, ó en 1047 como dicen otros autores, en un pueblo de la Bretaña llamado en aquella época Arbrissel, de donde tomó el nombre, y que hoy se denomina Albresec, en la diócesis de Rennes, cerca de la Guirche. Su padre, llamado Damalioque, que abrazó despues el estado eclesiástico, y su madre Orvenda, que eran sumamente honrados y muy te-

merosos de Dios, le educaron en la piedad; y cuando ya llegó á la edad en que podia empezar sus estudios, le permitieron ir á buscar maestros donde quisiese, en la confianza de que Dios no le abandonaria y le abriria puertos de claridad; y así fué, pues que con el auxilio de su Criador encontró medios de vivir y de estudiar en los pueblos de Bretaña sin ser gravoso á sus padres. Esto le alentó á ir á Paris, en donde hizo tan rápidos progresos en sus estudios, que habiéndose distinguido en los de filosofía y de teología, de pobre estudiante pasó á ser un célebre doctor en la universidad de la capital de Francia, en la que recibió la borla despues de haber pasado por todos los grados académicos de esta célebre universidad. En aquella época Silvestre de la Guirche, que habia sido casado y era á la sazon canciller de Conon II, duque de Bretaña, fué nombrado obispo de Rennes; y deseando descargarse del peso del episcopado, confiándole á un eclesiástico de mucho mérito, puso la vista en Roberto, y le nombró su gran vicario, dándole un poder absoluto sobre su diócesis. Sirvióse Roberto de esta autoridad para restablecer la disciplina eclesiástica y desarraigar los vicios que se habian introducido, poner paz en donde la habian turbado las disensiones, retirar los bienes eclesiásticos de las manos en que no debian estar, abolir el infame comercio de simonía, que se habia hecho público, y romper los matrimonios incestuosos que habia entre los feligreses, y el concubinaje escandaloso de la mayor parte de los sacerdotes. Apoyó el obispo á Roberto en tan penoso trabajo, poniéndose por su crédito y autoridad al abrigo de los ataques de los maldicientes; pero muriendo el prelado cuatro años despues de esta reforma, privado Roberto de su protector, quedó á merced de los enemigos que le habia suscitado su celo; y á fin de evitar el escándalo que podia darse con este motivo, abandonó la Bretaña y se fijó en la ciudad de Angers, en la que enseñó algun tiempo la teología, hasta que deseando consagrarse enteramente á Dios, resolvió abandonar el mundo y retirarse á vivir en la soledad. Saliendo Roberto de Angers fué á esconderse, por decirlo así, con un compañero á la selva de Craon, en Anjou, hácia las riberas del rio Maine, en donde hizo una vida admirable, pues que solo se mantenia de yerbas y de raices silvestres, no comiendo ni bebiendo jamás carne ni vino, por necesidad que tuviese de ello. No vestia como los demás solitarios túnica de pieles de cabra ó de cordero, sino tejida de cerdas de puerco, á fin de atormentar más sus carnes; serviale la tierra desnuda de lecho para descansar, y solo reposaba cuando le vencia el sueño. Tan extraordinaria vida no tardó en ser esparcida por la fama en los pueblos cercanos, y áun cuando procuraba ocultarse en la espesura de la selva, por todas partes se veia acosado de los curiosos, que acudian deseosos de conocer á este nuevo prodigio de penitencia, que como S. Juan Bautista, predicaba á

cuantos se le acercaban. Fué tal el encanto de su voz y lo contundente de sus razones, que muchos de los que fueron á verle renunciaron á los desórdenes de su pasada vida, y se empeñaron en vivir bajo su disciplina, de modo que no tardó mucho en llenarse de anacoretas la selva de Craon. Llegó ya á ser tan grande el número, que Roberto se vió obligado á dispersarlos en los cercanos bosques de Nidde-Merle, Fongeres, Savigni, Concize y Mayenne. No pudiendo Roberto vigilar á tanto número de solitarios, los dividió en tres colonias, reservando una para sí, y dando las otras dos á sus más perfectos discípulos, el bienaventurado Vidal de Mortain, que fué despues fundador de la órden de Savigni, que tomó este nombre de la abadía de Savigni, en Normandía, y el no ménos virtuoso Raoul de la Futaye, fundador de la abadía de S. Sulpicio de Rennes, en la Bretaña (véase Raoul). Los bienaventurados Pedro de la Estrella y Firmat quisieron vivir por algun tiempo en compañía de estos solitarios, ejemplo que fué seguido de otras muchas personas, entre las que las más célebres fueron los bienaventurados Alleaume, fundador de la abadía de Estival, en el Maine, y Bernardo de Abbeville, fundador de la congregacion de Tyron. Todos los solitarios que estaban bajo la direccion de Roberto, Vidal y Raoul no vivian en comunidad, sino en celdas separadas; pero conociendo Roberto que muchos de ellos estaban inclinados á la vida cenobítica, hizo construir en 1094 un monasterio en la misma selva de Craon, en un sitio llamado la Roe, por la parte de Guirche, y la puso bajo la regla de S. Agustin, siendo durante algun tiempo su superior. Estos cenobitas no vivieron en un principio más que de limosnas, ni comian más que raíces; pero despues de la muerte de Roberto esta casa, que pasaba por la más pobre y santa del reino, abandonó su espíritu de pobreza y de mortificacion, y se igualó enteramente en todo á la de los canónigos regulares cuya regla seguia. Abandonó Roberto su monasterio para ir á predicar la cruzada de órden del pontífice Urbano II, con el fin de excitar á los pueblos á tomar las armas para reconquistar la Tierra Santa, á cuyo fin dimitió la abadía de la Roe en manos del obispo de Angers, á quien pertenecia la diócesis en que estaba situada. Habiendo elegido para que le acompañasen algunos ermitaños de la selva de Craon, empezó á predicar por las ciudades, pueblos y aldeas un nuevo bautismo de penitencia, que excitando á los unos á sacrificar su vida por la conquista de los lugares regados con la preciosísima sangre de Jesucristo, empeñase á los que no fuesen capaces de tan generoso sacrificio á abandonarlo todo para seguir y servir á Dios bajo sus órdenes. Fué tan grande el número de estos últimos, que no permitiéndole su caridad mandarles á todos, les buscó un lugar de retiro en el que pudiesen trabajar en su salvacion. En los confines de Anjou y de Poitou, á una legüecita de la ciudad de Cardes, célebre por la muerte de San

Martin, hay unos vastos campos que en aquella época se hallaban cubiertos de espinas y cambroneras, que separa en dos partes un valle regado por un arroyo, y este sitio, llamado Fontevrand, pareció excelente á Roberto para su designio. Lleno de fe y de esperanza, y abrasado por el fuego de la caridad, empezó el año 1099 á construir en aquel desierto algunas celdas ó cabañas, sólo para poner á cubierto á sus discípulos de las injurias de las estaciones. Empero, á fin de evitar el escándalo que podria sobrevenir de la reunion de los dos sexos, los separó en moradas diversas, imponiendo á la de las mujeres una estrechísima clausura, que además del voto consistia en un foso revestido de espinos. Hizo construir dos oratorios; el uno para los hombres, y el otro para las mujeres, adonde fuesen á hacer oracion. La obligacion que impuso á las mujeres fué la de cantar continuamente alabanzas al Señor, y á los hombres el que despues de sus deberes espirituales labrasen la tierra y trabajasen con sus propias manos cuanto se necesitaba para el sosten de ambas comunidades; y dicen los historiadores que era cosa verdaderamente admirable el órden y compostura que reinaba entre tan gran número de personas. La caridad, la union, la modestia y la mayor dulzura se observaban en todos aquellos penitentes, que solo vivian de lo que producia la tierra, ó de las limosnas que se les enviaba por los fieles, razon por la que con mucha propiedad les dió el B. Roberto el nombre de *Pobres de Jesucristo*. El ejemplo de estos nuevos solitarios atrajo á otros muchos, y familias enteras fueron á pedir el vivir bajo la égida de tan santo fundador, el que á nadie rechazaba cuando conocia en los que solicitaban que eran llevados del espíritu de Dios. Admitia á gentes de toda edad y condicion, sin excluir á los que estaban impedidos, á los enfermos ni áun á los leprosos. Tanta concurrencia de penitentes obligó á Roberto á hacer edificar muchos monasterios encerrados en una misma clausura. Hizo tres solo para mujeres, el uno para doncellas y viudas, que fué llamado el monasterio grande, dedicado á la Virgen Santísima, en el que encerró trescientas religiosas; el otro le dedicó á las leprosas y enfermas con el nombre de S. Lázaro, y en él estableció ciento veinte, y el tercero se aplicó á las mujeres pecadoras, llamándole de la Magdalena. Construyóse tambien por su órden y direccion un monasterio para los hombres cerca del de las religiosas, que dedicó á S. Juan Evangelista; y hecho todo esto, levantó una gran iglesia comun para todos los monasterios, que no se acabó de construir hasta el año 1119; estos fueron los principios de la célebre abadía de Fontevrand, cuyos cimientos se pusieron poco tiempo despues del concilio de Poitiers, celebrado el año 1100 de nuestra era. Como el fuego de caridad, que abrasaba el corazon de Roberto, le obligase á abandonar el desierto para continuar su predicacion, quiso ántes de partir declarar el espíritu de su instituto que habia puesto bajo la particular proteccion de Ma-

ria Santísima y de S. Juan Evangelista, con el deseo de que la recomendacion que Jesucristo al morir hizo de la una al otro, fuese el modelo de la relacion que establecia entre los hombres y las mujeres de su Congregacion, y que el respeto que los hombres, representantes de S. Juan, tuviesen á la superiora generala de las mujeres, que representaba á la santa Vírgen, fuese acompañado de una sumision real á su autoridad, declarándola superiora de ambos sexos, tanto para lo espiritual cuanto para lo temporal. La primera señora á que confió Roberto el gobierno y direccion de este nuevo pueblo escogido, fué Herlanda de Champagne, próxima parienta del conde de Anjou y viuda del Sr. de Monsereau, dándola por coadjutora y asistenta á Petronila de Craon, viuda del baron de Chemillé. Habiendo dejado arreglada del modo expresado el B. Roberto su fundacion, continuó sus misiones evangélicas, llevando en su compañia á sus antiguos discípulos Vital de Mortain, Raoul de la Futaye, y Bernardo de Abbeville, que habia dejado en el eremitorio de la selva de Craon, y luego que unos y otros hubieron ganado á Dios muchas almas, y reunido muchos discípulos, condujeron á estos al desierto de Craon. Ya en este punto, partieron entre los cuatro misioneros á los convertidos, y Roberto de Arbrissel, al que todos reconocian por jefe, escogió una parte de ellos que llevó á Fontevrand. Raoul tomó otra que condujo á su selva de Nid-de-Merle, y los demás siguieron á Vital á los bosques de Savigni; por lo que toca á Bernardo, tuvo que renunciar á llevarse penitentes y retardar el establecimiento de su congregacion de Tyron, por la órden que en aquella sazon le dió el obispo de Poitiers, de ir á auxiliar á los religiosos de S. Cipriano en un negocio importante que sostenian con los de Cluni. Despues de haber permanecido Roberto un poco de tiempo en el monasterio de Fontevrand fué á Poitou para continuar sus misiones en aquella ciudad, en donde Pedro, obispo de Poitiers, que conocia su mérito, le recibió como si fuera un apóstol, dándole ámplios poderes en su diócesis; y viendo los progresos que hacia en los lugares por donde pasaba, tanto por medio de su predicacion, cuanto por las demás obras de piedad que practicaba sin descanso, solicitó con empeño del pontífice Pascual II la aprobacion del instituto de Fontevrand, lo que consiguió el año 1106, en cuyo año volvió Roberto á este monasterio á llevar á sus hijas la bula de concesion del expresado Papa. A pesar de la grande extension de este monasterio, no fué suficiente para recibir á las muchas personas que se presentaban á tomar el hábito de la Orden, por lo cual el Santo fundador trató de establecer nuevos monasterios. Diéronle algunas piadosas personas á este fin la selva de Lojes y algunas heredades en la diócesis de Angers, é hizo construir en ella un pequeño convento, al que dió el nombre de esta selva, y como la renta que se habia dado para esta fundacion no bastase para man-

tener á las vírgenes que encerró en él, mandó que el monasterio de Fontevrand diese anualmente alguna limosna á esta pequeña casa. Habiendo ido á predicar á la Turena se le procuró otro monasterio en un sitio llamado *Chanfornois*, y actualmente Chanstenois, ofreciéndosele otro en Relay, en la misma provincia. Luego que volvió á Poitou, Pedro, obispo de Poitiers, le dió un lugar desierto llamado la Puye, en donde construyó un monasterio que llegó á ser tan considerable por las donaciones que se le hicieron, que pudo alojar en él más de cien religiosos. La fama de Roberto con la fundacion de esta casa tomó tanto vuelo, que se le invitó para fundar otras dos en la misma diócesis, la una en la selva de Gironda, que se llama hoy *Encloitre*, y que fué fundada por el vizconde de Chatellercaut, y la otra en una soledad llamada *Gaisne*, á dos leguas de Lodum. Dejando Roberto á Poitou, pasó á Berri, en donde recibió el monasterio de Orsan, que le procuró el arzobispo de Bourges. Fundó aún otros dos monasterios en la diócesis de Poitiers, uno en Landes de la Garnache, por lo que se llamó Lande á esta casa, y el otro en los bosques de Turon. Haciéndole ir á su diócesis el obispo de Orleans Juan II, le dió el monasterio de la Magdalena de Orleans, que se construyó en una agradable soledad en las riberas del Loire. Al propio tiempo que daba Dios sus bendiciones á los trabajos de Roberto, permitió que fuese humillado por las atroces calumnias que inventaron sus enemigos, á las que dieron crédito con bastante ligereza Marmodius, obispo de Rennes, y Geofroi, abad de Vendome. El primero le escribió una carta sumamente acre, en la que le decia que habia dejado de pertenecer á la órden de los Canónigos regulares para correr tras las mujeres, haciéndole cargo de escándalos de algunas á motivo de su incontinencia, y de dar el hábito á cuantos se le pedian, sin cerciorarse de su buena ó mala conversion, solo por el placer de tener muchos discípulos, y que despues de recibirles les dejaba vivir como quisiesen. Geofroi de Vendome le escribió, que se contaba de él una cosa que no le honraba mucho, de la que debia corregirse inmediatamente si era cierto, á saber: Que tenia tanta familiaridad con las mujeres, que las permitia vivir en su compañia, teniendo con ellas secretas conversaciones, y que á pretexto de sufrir los impulsos de las pasiones, no se apartaba de ellas, martirio de una especie sumamente peligroso y de malísimo ejemplo. Algunos tienen estas cartas por falsas, y como tales las rechaza el P. Mainferme, religioso de la Orden en su obra: *Escudo de la órden de Fontevrand*. Uno de sus cofrades, en una disertacion que hizo imprimir en Amberes el año 1701, tenia por verdadera la carta de Geofroi, pero Bollandus la rechaza, admitiéndola el P. Sirmond y el P. Alegambe, al paso que rechaza la atribuida á Marbodius. Sean ó no verdaderas ambas cartas ó alguna de ellas, no destruyen la santidad de Roberto de Arbris-

sel, y solo pueden dar á entender que Marbodius y Geofroi creyeron demasiado ligeramente á los enemigos de este santo fundador. Geofroi reconoció en seguida la falsedad de esta calumnia, y vino á ser amigo de Roberto, y tan apreciador de la abadía de Fontevrand, que hizo en ella muchas fundaciones, y para librarse de ser gravoso á los religiosos en las frecuentes visitas que les hacia, hizo construir una casa para él, la cual se denominó despues casa de Vendome. Hechas todas las mencionadas fundaciones, creyó Roberto necesario pedir su confirmacion á la Santa Sede, y pedir la exencion de la abadía de Fontevrand de la jurisdiccion del obispo, y habiendo acudido á Roma con tal solicitud en 1113, en el mismo obtuvo una bula dirigida á las religiosas de Fontevrand, á las que habia hecho hacer esta demanda al Papa. Continuando sus misiones apostólicas en el Limosin, estableció en él dos nuevos monasterios, el uno llamado Boubon, y el otro priorato de la Gasconiére. Pasando al Perigord, fundó el convento de Cadonia, que cedió en seguida al bienaventurado Giraud de Sales. En fin, el último establecimiento que hizo, que es uno de los más célebres de su Orden, fué el de Haute-Brugere, á ocho leguas de París, diócesis de Chartres, que le fué dado por Bertranda de Montfort, mujer de Foulques de Rechin, conde de Anjou. Habiéndose casado escandalosamente con esta mujer el rey Felipe I de Francia, áun viviendo su marido, llegó ella á convertirse al fin por las exhortaciones de Roberto, y creyéndose obligada á reparar el escándalo que habia dado, se retiró al templo que ella habia presentado al Señor, y no se contentó con tomar el hábito de Fontevrand, si que tambien todas las austeridades de la Orden que se hallaba en todo su fervor entónces, y edificó tanto á la Iglesia con su vida penitente, cuanto la habia escandalizado con sus desórdenes. Fué su primer cuidado proveer á este monasterio de cuanto necesitaba para la manutencion y entretenimiento de las religiosas, á fin de que la pobreza, que es la ruina ordinariamente de la regularidad, no las impidiese ofrecer á su celestial esposo sacrificios de alabanza, ni de meditar sus grandezas toda su vida, y temiendo que la renta que dependia de ella no fuese suficiente para el sosten de las religiosas, añadió á este donativo lo que el Rey la habia señalado en la Turena, como parte de viudedad, para lo que pidió y consiguió el consentimiento del príncipe. Previendo Roberto, despues de haber hecho tantas fundaciones, que no le quedaba mucha vida, quiso acabar el designio que le habia inspirado Dios para su instituto. Al efecto estableció por jefe superior de su Orden á Petronila de Craon Chemillé, á la que se considera como la primera abadesa de Fontevrand, y redactó los estatutos de la Orden, que puso bajo la regla de S. Benito. Ordenó la abstinencia perpétua de la carne, no permitiendo su uso ni áun en las enfermedades. Las religiosas debian guardar silencio siem-

pre, asistir reunidas á la iglesia y volver del mismo modo. Sus velos debian siempre ocultar su rostro. Solo debian vestir túnicas de las telas más toscas del país y del color natural de la lana, sin adobo alguno. Ninguna religiosa debia salir del claustro por motivo alguno, sin permiso de la abadesa. Cuando las prioras saliesen del monasterio, no debian hacer les acompañase ninguna religiosa, pero sí un religioso y un seglar al ménos, y solo la abadesa ó la priora podian hablar en el camino hasta llegar á su morada. El dormitorio debia estar siempre guardado por una conversa de dia, y por dos ó cuatro durante la noche. Las enfermas no podian recibir el santo viático ni la extremaunccion mas que en la iglesia, y cuando se las ponia en el suelo debia cubrirselas con un cilicio, el cual debian llevar tambien á la sepultura. Las religiosas debian rezar en comunidad el oficio canonical, vivir en comun sin tener nada propio, no usaban mantos ni camisetas negras, sujetaban la cintura con un cinto de cuero, del que pendia un cuchillo de valor de dos dineros, con vaina ordinaria. Lo que sobraba de su comida debia servirse inmediatamente á los pobres. Todos los domingos y fiestas de guardar debian ir al hábito, este nombre se daba al monasterio de los religiosos, para oir misa y asistir al capitulo, del que solo salian con licencia del prior. No debian recibir iglesias parroquiales, ni sus diezmos, ni dar sus bienes en arriendo á los soglares. Les estaba prohibido recibir mujeres en el monasterio, para ninguna clase de trabajo. Tambien les prohibió los juramentos, las pruebas del fuego y otras judiciarias, y ser arrendadores. Las provisiones necesarias á la vida, solo podian distribuirse á los religiosos por órden de la abadesa, y solo esta podia recibir religiosos y religiosas en la Orden. El Santo fundador fué el primero en someterse á la abadesa para dar ejemplo á sus religiosos, y vivió bajo su obediencia hasta su muerte, que tuvo lugar el dia 25 de Febrero de 1117, en el monasterio de Orsan, desde el cual fué llevado su cuerpo á Fontevrand, con una extraordinaria pompa, por Leger arzobispo de Bourges, que pronunció su oracion fúnebre, al que acompañaron en el convoy el arzobispo de Tours, el obispo de Angers, el conde de Anjou y muchos altos señores: su corazon quedó en la iglesia de sus hijas del monasterio de Orsan, como una preciosa é inestimable reliquia. Considérase á la órden de Fontevrand como una singularidad en la Iglesia católica, sorprendiéndose algunos al ver bajo las órdenes de una abadesa tanto á las religiosas como á los religiosos, contraviniendo segun algunos el órden de la naturaleza; pero además de que ya dejamos expuesto el principal objeto que tuvo el beato Roberto cuando así lo dispuso en la fundacion, diremos á los que esto critican, con el autor de la *Historia de las Órdenes Monásticas*, al que seguimos en este artículo, que repasen cuidadosamente la historia, y ésta les dará suficientes datos para que no se extrañen tanto de

la determinacion de este Santo fundador sobre este particular. Sin hablar de Judith, en cuyas manos puso Dios la salud de su pueblo, ni de una doncella de Orleans á la que la Francia debe ser el estado más floreciente de Europa, porque uno de sus reyes puso una ciega confianza en el heroismo de esta mujer fuerte, la historia nos presenta establecimientos parecidos al de Fontevrand. En la órden de Sta. Brigida, princesa de Suecia, los hombres estan tambien bajo la obediencia de la abadesa, á excepcion de que, como religiosos, estan tambien sometidos á los obispos de sus respectivas diócesis. En la abadia de S. Sulpicio en Bretaña el bienaventurado Raoul, discípulo como hemos visto del beato Roberto, estableció un instituto parecido al de Fontevrand; como explicaremos en el artículo relativo á este virtuoso fundador, imitando en esto á otros muchos institutos, que en tiempos anteriores habian dado la misma jurisdiccion á los monasterios de mujeres. Las religiosas de Fontevrand, para justificar su instituto, hacen mencion de muchos monasterios dobles en los que los religiosos estaban sometidos á las religiosas, citando expresamente el de Simpegham, pero nada hallamos más que en el de S. Sulpicio que confirme esta opinion, de suerte que debe tenerse por verdadero y primitivo autor del pensamiento y fundacion expresada al beato Roberto, que lo hizo en honor á la Virgen Santísima. Lo más especial en la órden de Fontevrand es que sus monasterios estan exceptuados de la jurisdiccion de los ordinarios, y que toda la autoridad reside en la abadesa como generala y jefe de la Orden; pero examinándose esto sin prevencion, no vemos inconveniente alguno en que una abadesa tenga igual autoridad sobre los religiosos de distinto sexo de su Orden, puesto que existe una jurisdiccion casi episcopal en muchos puntos, como la de la abadesa de Montevilliers en Normandia, que es señora y patrona de quince parroquias, cuya jurisdiccion hace ejercer á su vicario mayor nombrado por ella y de quien los curas estan obligados á recibir la aprobacion y sus órdenes, así como los capuchinos de Harfleurs, lugar que depende de ella. La abadesa de Conversano, en Italia, tiene semejante jurisdiccion en la tierra de Castellana. La abadesa de las Huelgas de Burgos, en nuestra España, tenia y tiene sobre los hermanos hospitalarios de Burgos, autoridad jurisdiccional, é iguales ejemplos se ven en Inglaterra, de modo que no debe extrañarse tanto el mando de las abadesas de Fontevrand, cuando existen otras con casi igual autoridad, y todas con aprobacion de muchos soberanos pontífices. Habiendo hecho la historia de la fundacion de la órden de Fontevrand en la vida de su glorioso fundador el beato Roberto de Arbrissel, creemos propio de este lugar, como complemento de tan notable vida, terminar este artículo con los progresos y reforma de esta Orden religiosa, pues que contribuye todo ello á la gloria del Beato, y completa la histo-

ria de su fundacion piadosa. El beato Roberto tuvo la satisfaccion de ver tan extendida la Orden que habia fundado y tan abundante en hijos, que solo en el monasterio de Fontevrand habia visto más de tres mil religiosos, número que se aumentó despues de su muerte. El abad Luger en una de las cartas que escribió al papa Eugenio III, con motivo de que el obispo de Poitiers inquietaba al monasterio, dice que habia en Fontevrand de cuatro á cinco mil religiosos. Aun cuando fué disminuyendo este número, aún era considerable el año 1148, en el que imponiendo el papa Inocencio IV un subsidio de diez libras tornesas sobre esta casa y sobre los beneficios de Anjou y de Poitou para sostener un obispo de Tiberiade, se excusó este monasterio diciendo que tenia setecientas personas que mantener. Disminuido estaba ya este número en 1292, cuando el papa Bonifacio VIII comisionó á Gil, obispo de Nevers, para que arreglase el número de los religiosos de Fontevrand, cuyo prelado encontró trescientas sesenta religiosas, las que redujo á trescientas, sin hablar del número de religiosos de todas clases. La determinacion de que solo hubiese trescientas religiosas, no debió subsistir largo tiempo, pues que en 1360 en que se quiso cargar otro subsidio al monasterio, resistió al pago la abadesa, dando por pretexto que tenia quinientas religiosas que mantener: debemos advertir, que no solo en el monasterio de Fontevrand habia en aquella época tantas monjas, pues que en el de Blessac, diócesis de Limoges, llegaron á reunirse hasta novecientas. Llegó á adquirir tanta reputacion el monasterio de Fontevrand, que monasterios enteros de diferentes órdenes le abrazaban, contándose entre otros el priorato de Bragerac, diócesis de Tolosa entónces, llamado despues de S. Aignan, en la diócesis de Montauban, que era de la congregacion del bienaventurado Giraud de Sales, cuyo prior y religiosos se sometieron con todos sus bienes el año 1122, á la obediencia de la abadesa Petronila de Chemillé. Pidiéronse por España religiosas de esta Orden, y se fundaron tres monasterios para ellas en la península; la primera casa fué Sta. María de la Vega, en la diócesis de Oviedo; la segunda nuestra Señora de la Vega de la Cerama, en la de Leon, y la tercera el Paramento de la diócesis de Zaragoza, cuyos monasterios obedecian las órdenes de Andeburge, tercera abadesa de Fontevrand. Enrique II, rey de Inglaterra, hizo llamar á su reino religiosas de esta Orden en 1177 para restablecer la disciplina regular en la abadía de Ambresberi, la cual les cedió, lanzando de esta casa á las religiosas que la ocupaban, y no tardaron en fundarse las casas de Etonne y Westnod en el mismo reino. Grandes progresos hizo tambien en Francia esta Orden, pues que además de las casas fundadas durante la vida del beato Roberto, tuvo cuatro en Normandía, una en la diócesis de Evreux y tres en la de Ruan. Además se establecieron las casas de Clar-

me y de Maureancourt en Picardía: tres en la Brie y en el país de Valois, el Long-Pré, Fontaine y Colinance: Foici en la diócesis de Troies, y Langueau en la de Reims: Cousanie, en el país de Mayne: Bellomer y los Espinos, en la de Chartres: Salvamento, en la de Besanzon: Cubes y Fontaines, en el Perigord: Vanassel y Pons-Choles, en el Limosin; y por último, Vainville, en el Beauvoisis. Estableciéronse tambien gran número de monasterios en la Bretaña, Anjou, Berry, Auvernia, Gascuña, Langüedoc, la Guyena y en algunas otras provincias. La casa de las Hijas de Dios en París, fundada por el rey S. Luis, y suficientemente dotada para sostener doscientas doncellas, quedó reducida á tres ó cuatro, por lo que Cárlos VIII la cedió en 1483 á la órden de Fontevrand, que tomó posesion de ella bajo el gobierno de la abadesa Ana de Orleans hermana del rey Luis XII. Las órdenes de Cluni, de S. Francisco, y gran número de casas de canónigos regulares, se asociaron á la órden de Fontevrand, por lo tocante á la participacion de los bienes espirituales. Muchos soberanos Pontífices concedieron privilegios á esta Orden, manifestando en esto el aprecio que hacian de ella, y Calixto II, despues de haber consagrado la magnífica iglesia del monasterio de Fontevrand, confirmó la Orden y todas sus donaciones por su bula de 1119, en la que se ve los muchos aumentos que habia tenido desde el papa Pascual II. El año 1145, Eugenio III dispensó á las religiosas y religiosos de esta Orden, de las pruebas del agua caliente y fria, del hierro caliente, y de otras que entónces se hallaban en uso, ordenando que nadie pudiese obligarles á justificar sus pretensiones sino por medio de testigos. El papa Honorato III les dispensó de la jurisdiccion del ordinario en el año 1224. Clemente VI, el año 1344, constituyó los arzobispados de Tours y las abadías de Marmontier y de S. Cipriano de Poitiers, jueces y conservadores de los bienes y derechos de Fontevrand. Sixto IV, el año 1483, dió poder á Ana de Orleans, que fué la veintisiete abadesa, y á las que la sucediesen, de dispensar á sus religiosos del oficio canonical y de los ayunos de la Iglesia, siempre que precediese el consejo del médico y del confesor. No obstante de que el beato Roberto puso su Orden bajo la regla de S. Benito, como hemos dicho, los religiosos se calificaron despues como canónigos regulares y tomaron la regla de S Agustin; pero fueron obligados á someterse á la de S. Benito por los estatutos de la reforma, que se verificó en 1474 por el piadoso celo de la abadesa veintiseis, María de Bretaña. Habiendo caido la Orden en una lamentable relajacion, se dirigió esta piadosa abadesa en 1459 al pontífice Pio II, suplicándole remediase los abusos que se habian introducido en ella. Haciendo honor este Pontífice á la prelada, mandó á Guillermo Chartier, obispo de París, y á los abades Cormerie y Airvan con el dean de nuestra Señora de París á reformar la

Orden con los poderes suficientes para dar las constituciones segun vieren les convenia. Visitaron estos comisarios pontificios el monasterio de Fontevrand, y los que de él dependian, é hicieron algunas ordenanzas. Viendo que algunos prioratos estaban arruinados y que no podian sostenerse con decoro, los suprimieron aplicando sus rentas al monasterio matriz, con la condicion de que despues de la muerte de las religiosas que los ocupaban se mandarian á ellos algunos religiosos para celebrar el oficio divino, cuyos religiosos podrian mudarse á voluntad de la abadesa de Fontevrand. Empero como la mayor parte de los monasterios, lugares y personas no estaban entónces dispuestos á recibir una completa y perfecta reforma, por más que trabajaron por conseguirlo, no pudieron volver á la Orden á su primitivo espíritu y esplendor; y tuvieron necesidad los comisarios de usar con suma moderacion de sus poderes y facultades. Permitieron á las religiosas salir de su clausura, solo con el permiso de la priora, en atencion á la pobreza á que habian quedado reducidos la mayor parte de los monasterios, cuyas religiosas se sostenian en su mayor parte con los socorros que se proporcionaban en sus salidas del convento. No contentas algunas religiosas con esta reforma, y deseosas de vivir en una observancia más exacta, invitaron á María de Bretaña á retirarse al monasterio de la Magdalena, cerca de Orleans, con la esperanza de plantear una reforma más completa, y esta religiosa, que deseaba la mayor honra de Dios, aceptó la proposicion. Retirándose la virtuosa María, con las monjas que querian la reforma, al expresado monasterio, tomó todas las medidas necesarias para establecerla fija en esta santa casa. A este fin empezó por coleccionar los diferentes estatutos hechos ya por los visitadores apostólicos, las constituciones del Santo fundador, las reglas de S. Agustin y de S. Benito, y suplicó á los religiosos de S. Francisco, á los Cartujos y á los Celestinos se los pusiesen en órden, lo cual hicieron pronto, pero ante todo hizo reconstruir el monasterio de la Magdalena, dividiéndole en dos partes, la una para las religiosas, y la otra para los religiosos. Hechos los nuevos estatutos, los hizo observar á todos, y dirigiéndose al papa Sixto IV en 1474, pidió su confirmacion. Recibidos por Su Santidad, diputó á los arzobispos de Lyon, de Bourges y de Tours, para que con los abades de Cormerie y de S. Laumer los examinasen, dándoles facultad de cambiar en ellos lo que les pareciese. El arzobispo de Lyon, subdelegado por su parte á Juan Berthelot, canónigo y chantre de S. Martin de Tours. Estos comisarios despues de haber hecho algunas enmiendas, publicaron los estatutos, que fueron aceptados el 23 de Julio de 1475 por las religiosas y religiosos del monasterio de la Magdalena de Orleans, único que por entónces recibió la reforma. Admitiéndola poco despues los monasterios Chaise-Dieu y de Fontaine, María de Bretaña

tuvo la satisfaccion de ver afirmado su pensamiento ántes de su muerte, que tuvo lugar el año 1477, bajo el abadiazgo de Ana de Orleans que la habia sucedido en la abadía de Fontevrand cuando la dejó para retirarse al monasterio de la Magdalena. Despues de la muerte de María, se sometieron á su reforma los monasterios de Encloistre en la Gironda, de Foici en Champagne, de las Hijas de Dios en París, y de Varville en Bauvoisis, y llegado este caso, el arzobispo de Bourges, con los demás comisarios diputados por Sixto V para revisar los estatutos como llevamos dicho, los hicieron comunes para todos los conventos reformados, por un decreto ú ordenanza que publicaron en Enero de 1479. Sucediendo en la abadía de Fontevrand Renea de Borbon á Ana de Orleans el año 1491, puso empeño, desde que tomó posesion de su dignidad, en que recibiese la reforma toda la Orden, y supo hacerlo con tal tino, que la introdujo en veintiocho monasterios. A este fin y para dar el ejemplo, empezó por el monasterio de Fontevrand, que era la casa matriz de la Orden, y como encontrase una grande oposicion en religiosos y religiosas, que se oponian á la reforma, acudió á la piedad de Luis XII, rey de Francia, que la favoreció en tan piadoso designio, y con su apoyo y órden hizo venir el año 1504 cuarenta y dos religiosas reformadas de los monasterios que lo estaban por María de Bretaña y por Ana de Orleans, mandando las religiosas que más descaradamente se habian resistido á otros monasterios. Como segun prevenian los nuevos estatutos, era preciso hacer voto de clausura, ella fué la primera en dar el ejemplo, lo que efectuó el año 1505 en las manos de Luis Borbon, obispo de Avranche, su hermano natural, en presencia de la reina Ana de Francia, de la duquesa de Bretaña, de Juana de Orleans, duquesa de Valois, de Carlota de Borbon, condesa de Nevers, su hermana, y de otros muchos príncipes y princesas. Dos dias despues las religiosas antiguas de Fontevrand hicieron el mismo voto de clausura, y el decreto de la reforma fué universalmente recibido en este monasterio el año 1507 por las ochenta y dos profesas, diez novicias, y por muchos religiosos. Muchos disgustos experimentó la abadesa de parte de los religiosos que habian recibido con disgusto la reforma, que deseaban conservar ciertas prerogativas que generalizada esta se les quitaban, y á fin de evitar un cisma en la Orden, por bien de la paz, y para poder salir mejor con su empresa, celebró esta princesa varias conferencias, é hizo por último un concordato con los religiosos el año 1504, concediendo á las religiosas y religiosos de los conventos reformados vivir segun su costumbre, sin que por causa de la reforma que acababa de establecer en la casa matriz, tuviese ella mayor poder sobre ellos, á pesar de lo que los estatutos prevenian sobre su jurisdiccion, que ella dimitia en su favor, concediéndoles la facultad de visita en los conventos no reformados. Habiendo caido enferma esta

princesa el año 1506, se exigieron de ella en lo más fuerte de sus dolencias cosas por las que se celebró un concordato, que la sometia de tal modo á sus inferiores, que podian suspenderla y áun deponerla; pero habiendo recobrado la salud, revocó este violento concordato, y prosiguiendo con empeño en la reforma, obtuvo una bula de Leon X que la aprobaba y confirmaba en su poder, y cartas patentes del Rey que la autorizaron para llevar á cabo su piadoso designio. Queriendo los religiosos reformados prevalerse del expresado último concordato, trataron de llevar este asunto al Parlamento de París; pero se opusieron á ello los antiguos religiosos, por ser cosa contraria á las costumbres y espíritu de la Orden. No obstante esto, por empeño de la abadesa y del procurador general, se entabló el proceso que se presentó en la corte, en donde se agitó sin éxito desde 1508 á 1518, que le mandó el Rey al consejo de Estado, el que en 18 de Marzo de 1520, publicó un decreto por el cual quedó nulo el enunciado concordato, mandando que la abadesa fuese perpétua, y que no podria ser visitada sino por autoridad apostólica; y esto por un religioso de otra órden reformada, cuyo auto confirmó el papa Clemente VII el año 1523. Nombrada Eleonor de Borbon abadesa de Fontevrand en 1575, viéndose á los treinta años de su gobierno en una edad muy avanzada, pidió á su subrino el rey Enrique IV, la concediese una coadjutora á fin de que la ayudase á sostener el peso del gobierno de la Orden, y á desarraigar algunos abusos que se habian introducido en ella, á causa de las guerras civiles por que habian pasado. La abadesa puso la vista para el expresado cargo en su sobrina la madre Antoñeta de Orleans, que se habia retirado y tomado el hábito en el convento de Feuillantines de Tolosa. Nombrada esta princesa por coadjutora de la abadesa, su tia, á peticion de ésta, y las bulas la fueron expedidas en Roma el año 1604. La madre Antoñeta de Orleans solo consintió en ir á Fontevrand con la condicion de que solo habia de estar un año en aquella abadía, y que no habia de dejar su hábito de Feuillantine; de suerte que fué preciso obtener un breve del papa Paulo V para obligarla á tomar el hábito de Fontevrand y el cargo de coadjutora. Cuando todo esto se hizo, obedeció la princesa, no perdiendo la esperanza de volver á su convento de Tolosa. Empezó su encargo por desterrar de Fontevrand la propiedad de cuanto poseian las religiosas, obligándolas con su ejemplo y con el poder que le habia dado la abadesa, á vivir observando exactamente su regla, lo cual procuró se hiciese en todos los demás monasterios; pero en cuanto murió la abadesa su tia, hizo dimision de la coadjutoría y obtuvo permiso del Rey para proceder á la eleccion de otra abadesa. Grandes contestaciones tuvieron lugar durante el abadiazgo de Juana de Borbon, pues que algunos religiosos pretendieron recibir novicios temiendo disminuirse. Como los religiosos en 1621 solicita-

sen de la abadesa Luisa de Borbon Labedau se revisase la regla, pidió esta princesa á este fin comisarios al papa Gregorio XV, el que por su bula del mismo año dió la comision á algunos prelados; pero introdujeron estos tantas novedades capaces de destruir la Orden, que su reforma fué desechada por religiosas y religiosos, lo cual fué motivo de que este asunto quedase indeciso hasta la muerte del Pontífice. Persistiendo los religiosos en la revision, la princesa y su coadjutora Juana Bautista de Borbon suplicaron al papa Urbano VIII, que habia sucedido á Gregorio XV en 1623, permitiese que los religiosos de la Orden se estableciesen en los tres monasterios de Encloitre, en la Gironda; de la Puye y de Orsan, y que las religiosas de estas tres casas fuesen trasladadas á otros prioratos de la Orden. A fin de obtener más prontamente su deseo, alegaron las princesas que estando obligados los religiosos por su profesion á servir á las religiosas en la direccion de sus conciencias, en el orígen de la Orden fueron dobles los monasterios, uno para los religiosos y otro para las religiosas; pero que habiendo disminuido considerablemente las rentas, no se hallaban en estado de poder sostener tanto número de religiosos habiendo monasterios que solo podian mantener uno ó dos: que solo en el monasterio de Fontevrand vivian los religiosos en comunidad, y que esta casa no podia ya sostener el número de religiosos, que necesitaban más de cincuenta monasterios de religiosas con que contaba la Orden, lo que obligaba á echar mano á cada paso de religiosos de otras órdenes para suplir la falta de los de Fontevrand; y que para evitar esta falta, remediar este inconveniente y aliviar á sus monasterios, suplicaban á Su Santidad las permitiese abandonar á los religiosos los expresados tres monasterios de religiosas, para que estableciesen en ellos seminarios, de los que saliesen personas capaces para que pudiesen ser mandadas á los conventos de la Orden. Para que el Pontífice concediese esta novedad más fácilmente, se supuso que la abadesa no perderia nada de su jurisdiccion, que ella recibiria siempre en el noviciado á los postulantes y á los novicios á la profesion con consentimiento del convento en que fuesen admitidos. Concedió el Papa en 1636 lo que se le pedia, pero como esta novedad no tenia más que una falsa apariencia de utilidad para la Orden y le fuese perjudicial en el fondo, ya sea porque la abadesa no creyese que el Papa consintiese, ya porque se arrepintiese de su demanda, este proyecto no llegó á realizarse, y la bula de Urbano VIII quedó sin efecto. Luego que murió esta abadesa, la sucedió en el gobierno de la Orden Juana Bautista de Borbon, y los religiosos renovaron su pretension en 1639. Deseando el rey Luis XIII conocer este asunto, nombró comisarios al efecto, y á pesar de lo mucho que en contra y favor de la Orden se escribió entónces, conformándose el soberano con el dictámen

de los comisarios, publicó un decreto en 8 de Octubre de 1641, en el que mandó que la regla de la órden de Fontevrand, confirmada por el papa Sixto IV, el gran Consejo de 1520 y la bula de Clemente VII que confirmaba este decreto, se guardasen y observasen en toda la Orden por religiosas y religiosos segun su forma y tenor, sin que á pretexto de las bulas de los años 1621 y 1636 pudiese hacerse ningun cambio en la observancia de esta regla, prácticas y usos de la Orden, ni que los monasterios de Orsan, la Puye y los demás puedan cambiarse para otros usos que los de su fundacion. El Rey sostuvo á la abadesa, á las prioras y á todas las religiosas en todos sus privilegios, y á la abadesa en particular en toda su jurisdiccion y autoridad sobre toda la Orden, tanto en lo espiritual como en lo temporal, sin que los confesores y religiosos pudiesen ingerirse en la administracion de lo temporal, sino en lo que fuesen empleados por la señora abadesa en la abadía y en toda la Orden, ó por las prioras en sus monasterios; mandando el Rey que el libelo que se imprimió, titulado *Factum*, fuese destrozado por el secretario de la comision, y que las palabras calumniosas é injuriosas contenidas en las memorias que se habian dado, fuesen tachadas y rotas á presencia de los procuradores de los religiosos, que estaban obligados á pedir perdon á la abadesa, y en su presencia á todas las prioras y religiosas de la Orden ante los comisarios, delante de la verja del convento de las Hijas de Dios de París, en donde se hallaba á la sazon la abadesa, todo lo cual se ejecutó como fué mandado. Restablecida la paz y la tranquilidad en la Orden, la abadesa hizo imprimir los estatutos hechos por los comisarios nombrados por el papa Sixto IV para la reforma de la Orden, cuyos estatutos continuan practicándose, constando de setenta y cuatro capítulos la parte concerniente á las religiosas, y de diez y seis la relativa á los religiosos. Los estatutos de los religiosos concernientes al oficio divino, expresan y fijan el número de salmos que deben rezar á maitines, y en las horas canónicales segun las fiestas y la manera de celebrar, mandándose que durante el adviento y la cuaresma, recen ántes de maitines quince salmos, y despues los siete salmos penitenciales con las letanías de los santos, y en cuaresma, despues de cada hora canónica, un salmo echados en tierra. En lo demás del año, á excepcion de la pascua, todos los viernes y dias de ayuno ordenados por la Iglesia dirán quince salmos, á no ser en dias de fiesta de nueve lecciones ó de alguna octava. Rezarán todos los dias el oficio de difuntos y el de la Vírgen, á excepcion de las fiestas dobles mayores y otros dias que se les marcan, y una vez á la semana vísperas y laudes del oficio de Todos los Santos. Por los estatutos de las religiosas se les ordena se levanten á media noche á rezar maitines, que hagan oracion mental, y guarden silencio en las horas y lugares que se les señalan. Todos los vier-

nes despues de maitines, no siendo fiesta doble, y todas las vigilias de las grandes dobles, si esta no es domingo, ó fiesta doble, lunes ó miércoles durante el adviento y la cuaresma, y todos los dias desde el domingo de Ramos hasta Pascuas, recibirán la disciplina por mano de la priora, la cual la recibirá tambien por mano de otra hermana. Se abstendrán de comer carne los lunes y los martes, exceptuándose en los casos de enfermedad ó demasiada juventud ó ancianidad. Tambien se abstendrán de ella desde la Septuagésima hasta la Quincuagésima, y desde la Ascension á Pentecostés, y durante el Adviento; y desde la Quincuagésima hasta la Pascua, la abstinencia será no solo de carne, sino tambien de cuanto provenga de ella. Tanto los dias de ayuno como los demás, se les dará dos platos de viandas cocidas y algunas frutas ó legumbres por colacion. No se dará á cada una por dia más que una libra de pan, de la que reservarán para cenar la tercera parte si no es de ayuno, y una sopa en vino pudiendo la abadesa aumentar ó disminuir estas comidas segun lo juzgue á propósito. Además de los ayunos prescriptos por la Iglesia ayunarán todos los viernes desde la Pascua hasta la Natividad de la Vírgen, y desde esta fiesta hasta el 1.° de Noviembre todos los miércoles y los viernes; y en fin, desde 1.° de Noviembre los lunes y miércoles, y todos los dias durante el Adviento. Por lo que respecta al traje, solo se les permite dos sayas blancas con una cola, una bata ó saco blanco con un cinto de lana negro, y la cola pueden dejarla segun el tiempo y los lugares que se les designan; se les permite camisas de hilo con permiso de la priora, pero ordinariamente han de ser de estameña; y en fin se deben acostar vestidas sobre unas mantas. Previenen los estatutos se reunan en capítulo todos los lunes, miércoles y viernes, tanto para confesar sus culpas cuanto para las necesidades del monasterio. El capítulo de los viernes se establece especialmente para la confesion de las culpas en particular, y los lunes y miércoles para que las digan en general. El primer lunes de cuaresma se celebra capítulo, en el que cada una de las religiosas que desempeñan cargos, al confesar su culpa, renuncia su oficio en manos de la priora, que puede en el acto quitársele y dársele á otra. En el decreto del gran Consejo de 1520 y en el breve de Clemente VII de 1523, al ordenar que la abadesa fuese perpétua se previene que las religiosas podrian ser visitadas una vez al año con autoridad apostólica por un religioso de otra Orden nombrado cada tres años el martes de Pentecostés para cada monasterio, y de entre todos los nombrados se sacará el visitador general el sábado de la octava del Santísimo Sacramento. Las religiosas profesan despues del año de noviciado, con la fórmula que marcan los estatutos, haciéndolo en latin y las legas en francés. Los religiosos no pueden recibir á ninguno ni darle el hábito, porque esto pertenece á la abadesa, y por su negativa

á las prioras con las religiosas, y cuando se aprueba alguno, le da el hábito el confesor en la iglesia mayor á presencia de las religiosas despues del año de noviciado, y profesan del propio modo que estas. La pobreza de los religiosos de esta Orden consiste en que no pueden aceptar ni en particular ni en comunidad nada, pues cuanto puedan ganar con su industria ó que se les dé por limosna pertenece á las religiosas, las cuales deben proveer á sus necesidades. Lo que sobra de su comida no pueden tampoco repartirlo por sí mismas á los pobres, sino mandárselo á las religiosas para que estas lo distribuyan. Tienen el deber de recitar el oficio canónico en voz baja en su capilla; estan exceptuados de los quince salmos de las vísperas y laudes de Todos los Santos, de los salmos que se dicen prosternados en tierra, así como de los sufragios y conmemoraciones con motivo de sus ocupaciones en el servicio de las religiosas. A pesar de lo dicho, deben rezar todos los dias de cuaresma los siete salmos con las letanías menores, á excepcion de los domingos y fiestas de doce lecciones, dias de oficio de la Virgen y de los difuntos, salvo los dias especificados en el breve de la Orden. Imponen los estatutos á los religiosos silencio en el claustro, en el refectorio y en el dormitorio, desde que empiezan las completas hasta terminar la prima. Reciben la disciplina de manos del confesor; estan obligados á los mismos ayunos y abstinencias que las religiosas; pero cuando con licencia ó comision de la priora salen del monasterio, pueden comer carne en los dias prohibidos por la regla, y áun cenar si no es dia de ayuno preceptuado por la Iglesia. Consiste su traje en una túnica negra, una especie de escapulario llamado Roberto, y una capa con una gran capucha unida á ella para cubrirse la cabeza, ciñéndose la túnica con un cinto de lana. Para la Misa usan sobrepelliz. Los legos estan vestidos con túnica gris con caperuza, y Roberto, ó sea el escapulario de la Orden, sobre el que llevan en el pecho las letras M. I. En esta Orden se ha conservado la costumbre de cantar las tinieblas á media noche. El P. Bonanni, en su *Catálogo de las Ordenes religiosas* que tan exactamente ha representado los trajes de las demás órdenes, no fué bien informado en cuanto á los de esta Orden por haber seguido al P. Beurrier de los Celestinos. Inexacto tambien en la fundacion de la Orden y en las noticias que da de su fundador, pues que le representa de dos distintos modos, una al tratar en la primera parte de su catálogo, publicado en 1706, de los religiosos, en que dice que la Orden fué fundada en 1110 por un tal Evrand, famoso jefe de ladrones, que dice fué convertido por Roberto Blesiux, natural de París y monje benedictino, al que algunos llamaban Arbrissel ó Arbrucelle; y otra, al hablar de las religiosas en la segunda parte, que publicó en 1707, en donde establece la fundacion el año 1088 por un tal Roberto, jefe de ladrones, que dice fué convertido por un religioso bene-

dictino llamado Abriselle. Es muy extraño que Bonanni hable así de esta Orden y de su glorioso fundador, siendo así que Baronius, Gonon y Saussay, á quienes cita en su obra, hablaron de diferente modo sobre la Orden y su fundador, al que reconocen por Roberto de Arbrissel. Muchos son los autores que pudieramos citar que hacen la historia de la célebre órden de Fontevrand, y dan noticias de su fundador el Bto. Roberto de Arbrissel; pero solo citaremos á Pavillon, que escribió la vida de éste; los Bolandos el 25 de Febrero; el jesuita P. Niquet, en su *Historia de esta Orden*; Baillet, en su *Historia de los Santos*, en el mismo dia, edicion de París de 1643; y la *Historia de las Ordenes monásticas*, publicada por Coignard, impresor del Rey y de la Academia Francesa en 1721, á cuyas obras puede acudir el que desee más noticias sobre este bienaventurado. — B. S. C.

ROBERTO Arturo (Fr.), trinitario. Fué natural de Irlanda y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Gabrias, donde profesó, pasando luego á estudiar en la célebre universidad de Cambridge. Distinguióse tanto en las letras, así divinas como humanas, que á la conclusion de su carrera mereció ser condecorado con el título de doctor en sagrada teología. Vuelto á su provincia, fué ministro del antedicho convento, y despues del de Alkarda y definidor de la provincia de Hibernia. Aunque algunas veces concurrió á los capítulos con el carácter de provincial, no llegó á desempeñar en propiedad este cargo, porque su modestia no le permitió jamás aceptarle, conociendo que Dios no le llamaba por aquel camino. Retirado en su convento Graliense, murió en un dia 25 de Enero, sin que conste fijamente el año, aunque se sabe que florecia por el de 1289. Dejó escritas las siguientes obras: dos libros *sobre el profeta Nahum*; — tres *sobre la epístola de S. Pablo á los Efesios*; — uno *sobre el misterio de la Encarnacion*; — dos *sobre el Evangelio de S. Juan*. — M. B.

ROBERTO Barbichano (Fr.), trinitario. Fué natural de Escocia y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Dumfries. Hizo sus estudios en la universidad de Cambridge, en Inglaterra, y restituido á su convento, condecorado ya con el título de doctor, desempeñó el cargo de ministro del mismo, pasando despues al de Aberdeen con el propio carácter. Murió en esta última casa el dia 26 de Julio de 1303, dejando escritas las siguientes obras: tres libros *sobre el Exodo, Levítico y Deuteronomio*. — Ocho libros sobre la *historia de los jueces de Israel*. — M. B.

ROBERTO, apellidado *Barthonia*. Fué este eclesiástico inglés de nacion, y habiendo obtenido un canonicato en la santa iglesia de S. Pablo de Lóndres, se unió con el dean de esta catedral contra el arzobispo de Cantorbery, que pretendia tener derecho de visita en su capítulo, y se fué á Roma para informar al Pontífice de esta diferencia. Descomulgó en vano á todos

los canónigos de S. Pablo, porque Roberto probó la nulidad de esta excomunion en obras que escribió, y que segun Pitseus, en sus *Ilustres Escritores ingleses*, se han perdido desgraciadamente. Vivia este canónigo aún en 1230, bajo el reinado de Enrique III de Inglaterra.—C.

ROBERTO DE BASCIA, franciscano, natural de Aquitania (Gascuña), donde floreció á últimos del siglo XV, obteniendo no poca celebridad por su saber y virtudes. Mereciale este Padre, pues fué uno de esos religiosos amantes de la regularidad y de las costumbres monásticas, á que consagró las principales horas de su vida, consiguiendo hacer una exposicion de la regla de su Orden, que obtuvo grande fama, y fué muy consultada en su siglo. Eran á la sazon muy necesarios esta clase de trabajos, pues no todos los religiosos se hallaban dotados del suficiente saber para atinar con el sentido literal, cayendo en graves errores, como se veia con frecuencia y la experiencia ha demostrado en muchos casos. Los religiosos, pues, que sostenian el principio de autoridad con todas sus fuerzas, viendo en él el áncora salvadora en las más difíciles circunstancias, no podian desconocer que éste podria ser minado por la libre interpretacion de su regla; y para evitar las diferencias que de este surgieran, procuraba siempre que sus más ilustres y doctos varones se consagrasen á su exposicion, seguros de que ateniéndose constantemente á ella, se conseguiria el fin que su primer autor se habia propuesto. La de Roberto Bascia fué quizá una de las más consultadas en Francia é Inglaterra, y obtuvo un lugar preferente en la coleccion de los documentos de la Orden, publicada en Salamanca entrado ya el siglo XVI. Esta obra, tan notable como poco conocida, y que hace grande honor á nuestra nacion, ha quedado en el olvido desde la extincion de las comunidades religiosas, y sería sin embargo de desear que los eruditos dirigiesen á ella sus investigaciones, pues encontrarian interesantes noticias acerca de los siglos medios y de sus costumbres y sucesos. Mas por desgracia el estudio del latin va siendo de mero adorno, y nuestros sabios no consagran sus tareas á tan difíciles elucubraciones, por más que de ellas sacarian doble producto que el que sin duda obtienen de otras harto ingratas, mas de escasos resultados para la historia. El tratarse de las comunidades religiosas es otra de las causas que los aleja de este género de estudios, pues aunque confiesan que su historia está por hacer, no se prometen grandes resultados del improbo trabajo á que habrian de someterse, ni creen llegado el momento de juzgarlas con la imparcialidad necesaria. Asi continuan y continuarán por mucho tiempo en el olvido la *Exposicion de la regla Seráfica* del P. Roberto, lo mismo que los *Monumentos de la órden de los Menores*, de que aquella forma parte, impresos en Salamanca en 1511, y las restantes obras de nuestro protagonista, entre las que se cita una intitulada: *In quatuor libros Sententiarum.*—S. B.

ROBERTO Beckley (Fr.), trinitario. Era natural de Escocia, y pertenecia á una distinguida familia. Tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Aberdeen, pasando á estudiar á Inglaterra á la universidad de Oxford, en cuya ilustre academia obtuvo el grado de doctor. Vuelto á su patria, vivió retirado en su convento, donde en muchas ocasiones que se ofrecieron manifestó lo versadísimo que era en las Sagradas Escrituras, distinguiéndose tambien por su exactitud en la observancia religiosa. Murió en el mencionado convento de Aberdeen el dia 23 de Agosto de 1306, dejando escritas las siguientes obras: seis libros *sobre el Cántico de los Cánticos*;—dos *sobre la epístola de S. Pablo á los Romanos*;—catorce *sobre el Evangelio de S. Mateo*;—dos *sobre el Santísimo Sacramento del altar*.—M. B.

ROBERTO Beluiri, dominico inglés. El pontífice Nicolao III le creó cardenal de Portue y de Sta. Rufina en 1368. Fué uno de los ingenios más extraordinarios de su época, distinguiéndose mucho por sus conocimientos en teología y filosofía, sobresaliendo mucho por su talento para los negocios públicos, y no ménos en los de su Orden. Su humildad y modestia le ganaron las voluntades de todos, de manera que áun ántes de obtener el capelo ya habia desempeñado puestos muy elevados. Fué provincial de su Orden en Inglaterra, y el rey Eduardo le presentó despues para el arzobispado de Cantorbery, que es el primado de la Gran Bretaña. A pesar de ocupar tan altos puestos, jamás cambió las costumbres que habia adquirido en la religion: todos los caminos los hacia á pie, no dejó el hábito de dominico, y no admitió ningun aparato que indicase su grandeza. Vivió con mucha pobreza y grande ejemplo; pero á poco de haber sido creado cardenal, falleció en Viterbo en 1280, dejando escritas diferentes obras *sobre los libros de las Sentencias*; *sobre la lógica y filosofía de Aristóteles*, y otros asuntos.—S. B.

ROBERTO Bellarmino (V.). Nació el célebre Cardenal de este nombre en Monte Pulciano el año 1542. Por parte de su madre fué sobrino del pontífice Marcelo II, y habiendo notado desde su niñez que estaba dotado de excelente ingenio y de un carácter muy adecuado al estudio, se procuró educarle con esmero, y dirigir sus estudios de modo que pudiese desarrollarse su entendimiento con la mayor facilidad en toda su extension. Conoció desde muy luego Belarmino que debia buscarse á Dios huyendo del estruendo del mundo; y como juzgase que viviendo en medio de su bullicio y asechanzas era fácil perder el camino por más cuidado que pusiese en no desviarse de la buena senda, determinó alejarse de tan temible enemigo, y para ello no encontró mejor medio que consagrarse á su Criador en el claustro. En este propósito vió en la célebre Compañía de Jesus un instituto ilustre en el Señor, capaz de proporcionarle la paz del alma, que deseaba, y

fijo en su idea y con verdadera vocacion religiosa tomó el hábito de jesuita á los diez y ocho años, viendo en su santa túnica un escudo seguro de salvacion contra las asechanzas del demonio, un antemural, que le libraria de los ataques del mundo corruptor, y un dique que sujetaria los embates de las pasiones, y que venceria las excitaciones de la carne, enemigos del alma, contra los que no hay que economizar medios de defensa para libertarse de ellos. Viéndose ya Belarmino en el estado que más convenia á su inclinacion y carácter, puso todo su empeño en adelantar en el camino de la perfeccion; y como pocas veces deja de conseguirse en esto el deseo cuando hay fe en las creencias, y cuando á la fe va unida la intencion con una decidida voluntad; logró edificar con su ejemplo y asegurarse en su vocacion, por lo que no solo se dió contentacion á sí mismo, sino que tambien satisfizo á los más piadosos deseos de sus superiores, que tuvieron en él un modelo que presentar á los demás novicios para que le imitasen. Fué tanto lo que en poco tiempo adelantó en sus estudios, y en especial en las letras sagradas, que áun ántes de ser ordenado de sacerdote se le confió la predicacion del Evangelio, mandándole á los mejores púlpitos para que dirigiese la palabra de Dios en la armoniosa lengua del Lacio en la Flandes contra los errores del renegado Martin Lutero, á cuya infame doctrina tomó un odio irreconciliable, y la cual supo combatir con el mayor ardor, destruyéndola con la fuerza de sus argumentos y con el irresistible poder de su persuasiva y vigorosa elocuencia. Mandósele con el propio fin á Lovaina á enseñar la teología, y predicó de tal modo contra la herejía en esta ciudad, que corriendo la fama de su elocuencia distinguida, por todas partes acudieron á esta poblacion, no solo fieles de todos los pueblos, sino tambien muchos protestantes ingleses y holandeses solo por el deseo de oirle. Como habia aprendido la lengua griega con perfeccion, la enseñó en Mondovi con el mayor éxito, y en Lovaina profesó del mismo modo la teología escolástica; y á pesar de que en Pádua solo habia recibido unas pocas lecciones de la teología sobre la primera parte de Sto. Tomás, estuvo en disposicion por su privilegiado talento y extraordinaria comprension de explicar en Lovaina toda la *Suma* de este angélico Doctor. No habiendo recibido en las escuelas más que las nociones de la lengua hebrea, escribió un ingeniosísimo método para que pudiese aprenderla con facilidad y en pocos dias el que se dedicase á su estudio; y áun cuando en su *Comentario sobre los Salmos*, segun la opinion de Ricardo Simon, no aparezca Belarmino muy perito en esta lengua, en la que descuidó el sentido literal algunas veces, su obra es sumamente erudita, muy útil á los fieles y está perfectamente dirigida. Con todos estos servicios y otros muchos que hizo á la religion y á la humanidad, su fama se hizo colosal en los Países Bajos, y de todas partes se iba á buscar al excelente maestro que sabia comunicar

los conocimientos con una facilidad en sus métodos de enseñanza, que en vano pretendian imitar sus émulos, y á oir al admirable predicador, que cual otro Hércules, por la fuerza de su elocuencia llevaba tras si encadenados á sus oyentes do quiera que se dirigia. A los siete años de su enseñanza y predicacion en la Flandes volvió á Italia cargado de laureles, y tan bendecido por los fieles como odiado por los herejes de los Paises Bajos, á los que arrebató muchos prosélitos con su predicacion, y tal vez acabára por desterrar del país la herejía y confundir á sus maestros y jefes, si hubiera permanecido más tiempo entre ellos; empero Dios los tenia condenados á vivir en el error por su negra ingratitud y rebelion, y mantuvo cerrados sus oidos á la verdad de su doctrina, y no permitió siguiese Belarmino más tiempo combatiendo á locos que se habian encerrado en el manicomio del infierno. En triunfo puede decirse fué recibido Belarmino por sus hermanos al regresar á Italia, en donde se hacian lenguas de su nombre, gloriándose la Compañía de Jesus de poseer un miembro tan útil á la propaganda evangélica. El pontífice Gregorio XIII, á cuyos oidos llegára el nombre de Belarmino cubierto con una auréola de gloria, deseó conocerle y valerse de sus conocimientos en pro de la Iglesia, y llamándole á Roma, quedó prendado de su buen decir, capacidad y elocuencia. Acababa de fundar este Pontífice en la ciudad eterna un colegio á la Compañía de Jesus, y nombró á Belarmino lector, ó sea catedrático de controversia del expresado colegio, seguro de que pocos podian llenar mejor que él este cargo. Aceptóle Belarmino muy gozoso, y empezó sus lecciones con felicísimo éxito, las cuales continuó sin tregua, y creciéndose más y más en la elocuencia por espacio de once años. Deseando el papa Sixto V poner en juego sus conocimientos en cosas que pudiesen redundar en bien de la Iglesia y del Estado, le agregó en 1590, en calidad de teólogo, á la embajada que mandó á Francia, con el cardenal Cayetano su legado *à latere*, y en esta comision diplomática se distinguió como podia esperarse de su talento. Subiendo al trono pontificio Gregorio XIV, le encargó con otros sabios cardenales como asistente de las congregaciones destinadas á este fin de las ediciones de la Vulgata, publicada ya por Sixto V, la cual se corrigió y publicó despues con un prefacio de Belarmino en el pontificado de Clemente VIII. Muriendo nueve años despues el azobispo cardenal de Toledo, el expresado papa Clemente VIII declaró á Belarmino su teólogo, consultor del Santo Oficio, examinador de los obispos, y deseando premiar por completo sus importantes servicios, le creó en 3 de Marzo de 1599 cardenal sacerdote de Sta. María *in Via*, con aquel elogio que tanto le honra: *Hunc eligimus, quia non habet parem in Ecclesia, quoad doctrinam.* Hizo Belarmino cuantos esfuerzos estuvieron de su parte para que el Pontífice no le nombrase cardenal, pero el Pontífice le obligó

á aceptar la púrpura, que ciertamente fué la causa de que resplandeciesen más en él sus heróicas virtudes. A las horas canónicas, que rezaba el Cardenal con profunda devocion, añadia diariamente el oficio de la Vírgen y el santo Rosario, la celebracion del santo sacrificio de la Misa de que nunca se dispensaba y la oracion mental. Hacia además que sus familiares, recogidos en su oratorio doméstico, hiciesen oracion diaria, y frecuentemente asistia á las varias congregaciones á que pertenecia y á las capillas pontificias de Roma, y en todas las festividades y dominicas del año predicaba fervorosos sermones en la iglesia de su título, y socorria con mano pródiga á los pobres, especialmente á los que asistian á aprender la doctrina cristiana. El dia 21 de Abril de 1602 le nombró el mismo Clemente VIII arzobispo de Cápua, y tan luego como recibió el palio, deseoso de llenar sus deberes pastorales y cuidar de sus ovejas, partió á su iglesia, que gobernó con mucho acierto durante tres años, siendo el padre cariñoso de todos sus diocesanos y el protector más decidido de los pobres y de todos aquellos que se distinguieron por su virtud, y el Mecenas de los que se dedicaban al estudio de las ciencias, de las letras y de las artes, á los que prodigó mil finezas para alentarles en sus carreras. En el tiempo que gobernó la diócesis de Capua, celebró tres sínodos diocesanos y un concilio provincial, y practicó su costumbre de predicar un punto del Evangelio todos los dias festivos al pueblo, á excepcion de la cuaresma y épocas de visita que lo hacia en las demás iglesias de la diócesis á las que concurria tanta gente, que para hacerse oir mejor, ó tenia que subir al púlpito, ó ponerse en medio del templo. Viendo en mal estado la fábrica de la catedral, la restauró á sus expensas, y deseando que los jóvenes estudiosos de su diócesis hiciesen mayores progresos, mantuvo algunos á su costa en la universidad y colegio de instruccion de Nápoles. Muerto su protector el papa Clemente VIII, tuvo que asistir como cardenal al cónclave en que habia de elegírsele sucesor, y como al despedirse de su pueblo en el último discurso que predicó en su iglesia lo hiciese como si no hubiese de volverle á ver, dice Moroni en su Diccionario de erudicion eclesiástica, que á tal noticia se oyeron en el templo gemidos y exclamaciones de dolor, como cuando partió de Efeso S. Pablo. Salió de Cápua Belarmino aclamado entre víctores y sollozos de sus feligreses, que amándole como á padre, se consideraban huérfanos desgraciados en su ausencia, y rogaban á Dios se les conservase para su bien. En el cónclave que se reunió para la eleccion de un nuevo papa por muerte de Leon XI, hubiera Belarmino salido electo pontífice, dice Moroni, si no se hubiese opuesto con la firmeza que le caracterizaba á la unánime determinacion de los cardenales. Luego que fué electo Paulo V, renunció en sus manos Belarmino su arzobispado, y las pensiones que queria señalarle, y empeñándose

este Pontífice en que permaneciese á su lado, le obedeció encargándose por complacerle del desempeño de los negocios de la corte de Roma y de la iglesia universal. Renunció á dos abadías en su diócesis, condonó generosamente una pension de cincuenta escudos al obispo de Pienza con la condicion de que no cobrase otra de doscientos que le venia satisfaciendo otro pobre obispo. De los catorce mil escudos que le habia señalado el Pontífice de renta, renunció generosamente los ocho mil, y distribuia más de cuarenta mil en limosnas. Adoptó por única vestidura en su cardenalato el traje que le dió el Papa en su promocion, y en el interior vestia tan pobremente como los mendigos, pues que solo le cubrian las carnes harapos ó sean ropas remendadas de diferentes colores. Su comida fué siempre frugalísima; ayunaba con el mayor rigor todos los miércoles, viérnes y sábados y en las vigilias de las festividades de la Vírgen. Viéndose Belarmino muy avanzado en edad y sumamente achacoso, pidió al Pontífice le concediese retirarse con sus hermanos los Jesuitas para prepararse á la muerte. Aun cuando con mucha pena por tenerse que privar de sus buenos servicios, accedió el Pontífice á la demanda del Cardenal, el cual lleno de gozo porque se le proporcionaba poder dedicarse con tranquilidad al importante negocio de su salvacion, se fué á vivir al noviciado de S. Andrés en el Quirinal, adonde se retiraba especialmente en el mes de Setiembre á ocuparse solo de la oracion y de la contemplacion, con la que nutria su alma en la divina gracia preparándola á que pudiese presentarse limpia en lo posible de manchas que la afeasen ante el supremo tribunal de su Criador. Frutos de este retiro son los opúsculos piadosos que de este sabio y virtuoso Cardenal nos han quedado, los cuales forman un tratado de perfeccion cristiana y hacen el más elocuente elogio de su corazon, del propio modo que sus demás obras le presentan célebre literato á la posteridad. Hallándose Belarmino enfermo y ya moribundo en el expresado noviciado de los Jesuitas, se dice que fué á visitarle el papa Gregorio XV, y que apénas le vió entrar exclamó: *Domine, non sum dignus ut intres*, etc.; palabras que expresan el gran respeto que tenia al vicario de Jesucristo. Murió el cardenal Roberto Belarmino en la paz de los justos el año 1621, á los setenta y nueve años de edad y veintitres de cardenalato, y esclarecido por su virtud y prodigios en vida y en muerte: fué sepultado en la magnífica iglesia de Jesus, en la que cerca del altar mayor se erigió á su memoria un majestuoso sepulcro con su busto esculpido en mármol y con una elegante inscripcion. Pocos autores han sostenido con más energia y elocuencia la causa de la Iglesia y las regalías de la Santa Sede que Belarmino. Respecto al poder temporal no estaba de acuerdo con los ultramontanos en su tiempo; rechazó absolutamente el dominio directo, pero sostuvo el indirecto con tanto celo, que consideraba herejes á cuantos no

le admitian. Este sabio Cardenal, como dice el jesuita Feller, enriqueció á la Iglesia con muchos é importantes escritos, siendo el más interesante de ellos el cuerpo de controversias, al que acuden todos los teólogos católicos que se ven precisados á combatir herejías, como á un copioso y bien ordenado arsenal en donde pueden encontrar cuantos instrumentos y materiales necesiten para vencer á sus enemigos. «De todos los controversistas, añade este autor, ninguno ha atacado tanto como él á los protestantes, cuyos teólogos, en su mayor parte, le contestaron confesando casi todos que proponia sus dificultades con la mayor energia, y algunos que las hacia desaparecer mejor que ningun otro escritor. Su estilo no es puro ni elegante, pero es concreto, claro, preciso, y sin aquella aridez que es el distintivo de la mayor parte de los escolásticos. Si hubiese existido en nuestra época, su crítica hubiera sido más segura, no hubiera citado autores apócrifos, y hubiera distinguido algo mejor lo que verdaderamente era dogma, de lo que puede considerarse como mera opinion. La mejor edicion de sus controversias fué la de París, llamada de los *Triadelfos* (cuatro tomos en fólio), ántes de publicarse la de Praga en 1721, que tambien consta de cuatro tomos en fólio. Sus demás obras fueron publicadas en tres tomos en fólio en Colonia, el año 1619. Estas comprenden los *Comentarios sobre los Salmos*, sus *Sermones*, un *Tratado de los escritores eclesiásticos*, impreso por separado en 1663, en 4.° —Otro *sobre la autoridad temporal del Papa contra Porclay*; en Roma, en 1610, en 8.° Tres libros sobre el lamento de la Paloma, llenos de uncion y de una moral persuasiva y tierna. *De ascensu meritis in Deum*, obra que es el fruto de una sólida y profunda filosofía, y de la cual el sabio Bufon y los más ilustres escritores del siglo XVIII han citado en sus obras pasajes de gran interés. Consérvase tambien de Belarmino un escrito sobre las obligaciones de los obispos, en el que les hace temer por su salvacion, citándoles al efecto los pasajes de S. Crisóstomo y de S. Agustin. Escribió asimismo una *Gramática hebrea*, y tambien fué autor de algunos himnos, entre los que se distingue el adoptado por la Iglesia para la fiesta de Santa Magdalena. *Pater superni luminis*, etc. Existe una recopilacion de sus cartas en 8.° y su vida, traducida del italiano al francés por Jacobo Fuligánti, en 1635, en 8.°, y otra en francés publicada en Nancy, en 4.°, 1708, por el P. Nicolás Frizon, de la Compañía de Jesus, la cual, si bien muy difusa, está escrita de un modo que interesa. La exposicion de los Salmos, dice Moroni, es una obra excelente, y no lo es ménos el citado himno de la Magdalena, que se lee en el Breviario romano. En su *Tratado de los escritorss eclesiásticos*, se ve el exámen crítico de las obras genuinas y apócrifas con el juicio del mérito de cada una de ellas, trabajo que fué muy apreciado hasta de los mismos protestantes, á pesar de haberle acusado Baillet

de prevencion en la censura que hizo de algunos libros y de haber incurrido en algunos errores cronológicos. Felipe Labbé añade al libro de los *Escritores eclesiásticos* del Cardenal, una disertacion filológica é histórica y un suplemento de escritores y de obras, que omitió Belarmino. En su grande obra de controversias, con la que penetró en el vasto mar de la teología, en defensa de la fe cristiana contra los heterodoxos, obra clara y ordenada, que tantas veces se ha reimpreso y que por tantos se consulta aún hoy, expone en primer lugar los errores de los herejes, despues la doctrina de los católicos, y juzga despues sentando su doctrina y rechazando la de los heterodoxos con brevedad y moderacion. Apoya sus pruebas en las Santas Escrituras, en los Santos Padres, en los concilios y en la opinion comun de los doctores de la Iglesia. Y áun cuando se valió, dice Moroni, de traducciones más bien que de los textos originales de los autores griegos, fué el mejor controversista de su época. Se le dió el sobrenombre del Atleta de la Iglesia romana, porque la defendió con valor siempre y muy especialmente en Lovaina contra Baio, al confutar las sesenta y seis proposiciones que habia ya condenado S. Pio V; contra Juan, rey de Inglaterra, con motivo del nuevo juramento de fidelidad á que obligó á sus súbditos católicos; contra los teólogos venecianos, para sostener el entredicho fulminado por Paulo V; y en otras ocasiones. Entre sus obras espirituales, además de las ya indicadas, es una de las más interesantes la dirigida á los obispos sobre los deberes de su ministerio, sumamente útil á los prelados que han de cuidar de la direccion de las almas. Tenemos de Belarmino la *Doctrina cristiana*, cuya obra compuso por mandato del papa Clemente VIII que aprobándola por medio de un breve especial, fué acogida por casi todas las diócesis católicas, y cuyo libro tenemos traducido al castellano en un tomo en 8.° Se combatió de tal modo esta obra, que dudamos si una de las ediciones españolas se puso en el índice de libros prohibidos por sus ejemplos; pero permitiendo la Divina Providencia que fuese defendida por una buena pluma, como dice Moroni, quedó vengada de las imposturas y calumnias de sus émulos. Y por último, la edicion de Venecia de 1721, en siete volúmenes en fólio, comprende todas las obras de este venerable Cardenal que mereció escribiesen su vida los escritores que al tomo IX, pág. 45 de sus obras, nos cita Novaes. Sentimos mucho no poder extendernos aún más en este artículo dedicado á uno de los más ilustrados purpurados de la Iglesia católica, por no permitirnoslo la índole de esta obra. —B. S. C.

ROBERTO DE BERG, coadjutor de Jorge de Austria, en el obispado de Lieja, fué reconocido por sucesor suyo despues de su muerte acaecida en 1597. Al año siguiente fué establecida la tipografía en Lieja por un impresor llamado Gualtero Morbario. En 1559 fueron devueltos al obispo de

Lieja el castillo de Bonillon, Covin y otras plazas, á consecuencia del tratado de Chateau Cambresis firmado por Alemania, Inglaterra, Francia y España. La diócesis de Lieja se encontró á poco en extremo apurada por la ereccion que hizo el Papa de diferentes obispados en su territorio, y el obispo y cabildo enviaron como comisionado á Roma á Levinio Torrencio, arcediano de Brabante, para oponerse á la referida division; pero fué en vano, porque Torrencio, despues de haber defendido la causa de la iglesia de Lieja, se dejó corromper, segun se cree, y Vargas, embajador de España, le prometió el obispado de Amberes, que en efecto obtuvo. Cualquiera que sea la verdad de estos hechos, es lo positivo que la iglesia de Lieja desistió de su pretension bajo la promesa que se la hizo de que se la compensaria, lo que parece no se llegó á verificar. Viéndose Roberto de Berg atacado de una enfermedad peligrosa en 1563, hizo su resignacion con el consentimiento del cabildo y el permiso de la Santa Sede en favor de su sucesor Gerardo, y murió en 1565.—S. B.

ROBERTO DE BETHUNE, obispo de Arras. La familia de Bethune era ilustre en los fastos de la nobleza, desde ántes del año 1000 de nuestra era, puesto que Roberto, llamado Faissens, señor de la ciudad de Bethune y abogado de Arras, vivia en el reinado de Hugo Capeto, jefe de la tercera linea de los reyes de Francia. Perteneciale la ciudad de Bethune en Artois, y le habia dado su nombre. Los primogénitos de esta familia eran varones y unian á este título el de abogados ó procuradores de Arras; es decir, de la iglesia y de la abadía de S. Vaast de Arras; pues el cargo de abogado que se habia introducido para defender los derechos y los bienes temporales de los eclesiásticos y de los servidores de Dios, contra las empresas y las oposiciones de las potencias seculares, no se hallaba confiado más que á personas de alto rango. Roberto VII y último del nombre, de quien vamos á hablar aqui, se intitulaba señor de Bethune, de Tenremonde, de Richebourg y de Warnaton, abogado de Arras y de S. Baron de Gante. Era hijo segundo de Guillermo de Bethune y de Matilde de Tenremonde. En 1213 no siendo todavía más que caballero y habiendo sido enviado como jefe de embajada á Juan, rey de Inglaterra, por Ferrant, conde de Flandes, que acababa de romper la paz con Felipe Augusto, arengó á este rey y consiguió enviase socorro á su príncipe. Vuelto de Inglaterra con la tropa auxiliar que mandaba el conde de Sarisbery, combatió con ella contra las del rey de Francia. Queriendo poco tiempo despues el conde de Flandes ir por si mismo á Inglaterra para obtener nuevos socorros, hizo partir á un embajador para anunciar su llegada. El rey al recibirlos en Windsor, les dijo: «Señores, vuestro amo el conde de Flandes ha llegado á esta tierra.» A lo que respondió Roberto de Bethune, celoso por el honor de su príncipe: «Señor, qué

haceis que no salls á su encuentro; » y el rey dijo sonriendo: «Mirad ese flamenco qué caso hace de su señor.» Al año siguiente, Roberto que se encontró con su amo en la batalla de Rovines, fué hecho prisionero con él. Un caballero, en cuyo poder cayó, le dió la libertad mediante un rescate, pero el conde de Flandes fué encerrado en la torre del Louvre recien construida á la sazon. Roberto de Bethune marchó á la Tierra Santa en 1238, pero habiendo hecho su viaje por Cerdeña, cayó enfermo en el castillo de Charles, donde murió, dejando algunas cartas y otros escritos.—S. B.

BOBERTO Billinghan (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra; ignórase de qué punto, y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Oxford, haciendo sus estudios en la célebre universidad del mismo punto, y llegando á obtener el título de doctor en sagrada teología. Fué ministro provincial, y comisionado por la Orden, pasó al reino de Granada, donde efectuó una gran redencion, sacando de entre los infieles y restituyendo á su patria una multitud de cristianos, particularmente ingleses, que gemian en la esclavitud. Murió en su convento de Oxford el dia 1.° de Agosto de 1283, dejando claros testimonios de sus virtudes, en especial de su caridad, no ménos que de su sabiduría, como lo demuestran las siguientes obras que produjo: Nueve libros de elegantes *Comentarios sobre toda la filosofía de Aristóteles.*—Quince *sobre el Maestro de las Sentencias.*—Cinco *sobre la Fe.*—M. B.

BOBERTO de Bruselas (S.), del órden de S. Bernardo. Este santo varon, cuyas noticias biográficas son sumamente escasas, fué natural de la ciudad de Bruselas, de donde le quedó el sobrenombre, tomando el hábito en el monasterio de Claraval á poco tiempo de haber sido fundado por el gran patriarca S. Bernardo. Fué primer abad del monasterio de Douai, y el Santo le cita con elogio como uno de sus más queridos discípulos en la epístola 256 y 337. Ignórase el año de su fallecimiento.—M. B.

ROBERTO Butlero (Fr.), trinitario, obispo. Fué natural de Irlanda, tal vez de la ciudad de Limerik, en cuyo convento de Trinitarios recibió el sagrado hábito de la Orden, á la edad de veinticuatro años. Habiendo comenzado sus estudios ántes de separarse y renunciar al mundo, la religion le mandó á continuarlos en el colegio de Oxford, en cuya universidad se graduó de doctor, y habiéndose luego dedicado con grande afan á la predicacion, salió un orador insigne. Vuelto á Limerik, fué nombrado prelado de aquel convento, donde se aplicó á procurar la salvacion de las almas con sus exhortaciones desde la cátedra del Espíritu Santo, y desempeñó tambien, á causa de la fama de su sabiduría y sus profundos conocimientos en las ciencias, muchos árduos asuntos temporales, tales como consultas, defensa de argumentos, etc. Llegando la fama de su virtud y sabiduría á noticia

del sumo pontífice Honorio IV, le creó obispo Rasense en Irlanda en el año 1285, primero de su pontificado. Tomó posesion Fr. Roberto de su obispado en el mismo año, gobernándole con la mayor prudencia, celo y amor, procurando que todos sus súbditos vivieran en el santo temor de Dios. Logró por premio de sus apostólicos trabajos una dichosa muerte, que ocurrió el dia 3 de Febrero del año del Señor 1299. Despues de su fallecimiento se encontraron las siguientes obras, que durante su vida habia escrito y que su modestia no le permitió dar á conocer; pero cuyo indisputable mérito fué altamente reconocido por todos: Tres *libros de alabanzas á la Santísima Virgen*;—cuatro *sobre el Evangelio de S. Lucas*;—seis *sobre el santo sacrificio de la Misa*;—cinco *de Sermones cuadragesimales*. Tambien se encontraron multitud de papeles sueltos sobre varios importantes asuntos, todos ellos escritos de su propia mano, lo cual probó su erudicion no ménos que su exquisita y contínua laboriosidad.—M. B.

ROBERTO Cameracense (de Cambrai), religioso capuchino, natural probablemente de la ciudad que indica su apellido. Nació en la primera mitad del siglo XII, y manifestó desde su juventud las buenas cualidades de que su alma se hallaba adornada, y debian algun dia hacerle brillar en la religion. En efecto, apénas llegado á la edad pueril, tomó el hábito en su patria, no desmereciendo ni durante su noviciado, ni despues de profeso, de la buena fama que anteriormente se habia adquirido. Amante de la observancia regular y de cumplir con todas sus obligaciones, fué un modelo de buenas costumbres y de excelentes religiosos. Humilde, obediente y virtuoso, no perdonaba medio por corresponder á los mandatos de sus superiores, procurando adivinar su voluntad y áun excederla siempre que se le presentaba ocasion para ello. Era muy amante de la pobreza, excediendo quizá en este punto á lo que le ordenaba su regla, y siempre su traje y su celda fueron lo más pobre de la comunidad. Entregábase tambien constantemente á las oraciones y penitencias, y sus austeridades solo eran comparables con las de los antiguos anacoretas. Al mismo tiempo se distinguia mucho en sus estudios, siendo incansable su laboriosidad, y empleando todos los medios imaginables para instruirse. Consiguió así sobresalir entre todos sus compañeros, y hacerse, siendo jóven todavía, una reputacion que le acompañó hasta la tumba. Viendo sus excelentes disposiciones, eligiéronle sus superiores para el cargo de predicador, uno de los más importantes de la religion capuchina, y para los que se elegian sugetos idóneos, no solo por su ciencia, sino tambien por su virtud, pues se hallaban encargados de las misiones, que en gran número y continuamente enviaba esta Orden por todos los territorios de los contornos de su convento. Roberto de Cambrai desempeñó este cargo en la provincia de Lila durante un largo período, consiguiendo

notable fruto, no solo con sus palabras, sino tambien con sus obras, pues procuró ser un modelo de virtudes, para que los que le oian no le encontrasen en contradiccion consigo mismo, y obtener por lo tanto mejor los apetecidos resultados. Todavía hizo más: con el objeto de que la experiencia obtenida en su larga práctica no se perdiese para los que le habian de seguir ya en la suya, ya en otras religiones, y procurando al mismo tiempo aprovechar los estudios que habia hecho en su juventud, compiló en los últimos años de su vida las sentencias de todos los Stos. Padres y concilios y las publicó en un volúmen en fólio, con el título: *Aurifodianæ universalis scientiarum divinarum atque humanarum ex fontibus aureis SS. PP., Conciliorum*, etc. París, Edmundo Canterot, 1680; Colonia, 1696. — *Aurifodinam ex fontibus aureis utriusque Testamenti in 20 libros distributam*; Lila, por Francisco Fiévet, 1696. — S. B.

ROBERTO Chambertino, franciscano irlandés, natural de Ulsona. Nació á últimos del siglo XVI, de una antigua é ilustre familia, tan célebre por los altos puestos que habian ocupado sus antecesores como por las virtudes que todos ellos habian atesorado, haciéndoles dignos del renombre de que justamente gozaban. Roberto se manifestó heredero de sus mayores, y desde su primera juventud procuró eclipsarlos con sus hechos y con sus arregladas costumbres. Dedicado á una carrera literaria, hizo sus primeros estudios en su patria con notable aprovechamiento, y despues pasó á España, siguiendo los de teología en Salamanca, emporio á la sazon de las ciencias y de las letras. Graduado de doctor en esta universidad, regresó á su patria, donde dió notable muestra de sus conocimientos, siendo uno de los teólogos más afamados de su siglo. Pero convencido al fin de que nada vale la ciencia sin la virtud y las arregladas costumbres, y que estas no podria obtenerlas de un modo más perfecto y completo, se decidió á tomar el hábito en alguna órden religiosa, haciéndolo en la Franciscana, muy afamada á la sazon, y en la que creia podria conseguir el logro de sus deseos. Apénas hubo profesado, cuando queriendo sus profesores utilizar sus vastos conocimientos en alguno de los colegios de la Orden, le enviaron al de Lovaina, muy famoso á la sazon, y en el que desempeñó por mucho tiempo el cargo de catedrático, teniendo ocasion de manifestar su vasta capacidad y no vulgares estudios al mismo tiempo que las demás cualidades que le adornaban. Su grande modestia le impidió aceptar ninguno de los empleos de la Orden para que fué propuesto en más de una ocasion, y hasta se negó á desempeñar el gobierno del colegio con que se le brindó repetidas veces, y en que hubiera podido prestar muy buenos servicios. Mas en extremo humilde, muy dado á las observancias y prácticas piadosas, creia todo empleo una carga muy pesada para sus débiles fuerzas, y así las huyó siempre contento

en su secundaria posicion, que le permitia entregarse á sus devociones y estudios favoritos. Tanta integridad de costumbres le valió grande reputacion en su Orden y fuera de ella, siendo consultado por todas las que tenian colegio, ó enviaban un religioso á Lovaina en repetidas ocasiones. Murió en esta ciudad en 1638, dejando una obra intitulada: *Scientia Dei;* y otras *De futuris contingentibus*, las que se conservaron largo tiempo manuscritas en el referido colegio.—S. B.

ROBERTO Chambre (Fr.), trinitario. Fué cardenal de la santa Iglesia romana, y el undécimo de la Orden Trinitaria que obtuvo tan alto honor despues de su introduccion en la Gran Bretaña. Fué natural de Escocia, y habia tomado el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Aberdeen, donde hizo su profesion. Como manifestase gran talento y mucha aptitud para el estudio, mandáronle los superiores á estudiar á la universidad de Oxford, donde se graduó de doctor con general aplauso de todos sus contemporáneos, que le estimaban sobremanera. Concluida la teología se aplicó á estudiar el derecho canónico, en el cual salió tan erudito, que necesitando la Orden evacuar algunos graves asuntos, le nombró procurador general, y desempeñó tan bien su cometido y tan á satisfaccion del sumo pontífice Juan XXII, que le confirió varios empleos importantes y varias comisiones eclesiásticas, por cuyo desempeño mereció que se le concediese el capelo, como tuvo efecto en la cuarta creacion hecha por el mencionado sumo pontífice Juan XII, en el año duodécimo de su pontificado, en las témporas de Adviento, colocándole en la clase de los diáconos y bajo el título de Sta. María *in Cosmedi*. Ignórase si despues de su elevacion volvió á la Gran Bretaña, y tampoco se sabe á punto fijo la época de su fallecimiento, ni el punto en donde pudo ocurrir. Dejó escritas algunas obras, conservándose solo la memoria de las siguientes: —un libro del *último juicio*; —nueve libros *sobre el Maestro de las sentencias*; —seis de *Sermones dominicales* para todo el año.—M. B.

ROBERTO Claysonio (Padre), de la Compañía de Jesus. Este benemérito sacerdote fué coadjutor y acompañó como misionero al Ilmo. Guillermo de Prado, obispo de Clermont, fundador del colegio célebre de Billon, en el ducado de Auvernia. Puede decirse que el primer pié que sentó la Compañía de Jesus en Francia con alguna firmeza, fué en el citado Billon, debido en gran parte al industrioso cariño con que favoreció á la Compañía el señor obispo ya nombrado. Pero estando en aquella época en su mayor fuerza la persecucion contra la Compañía, ni el señor obispo ni el P. Roberto Claysonio, que fué quien consiguió este triunfo, hablaron de fundacion, que ciertamente hubiera sido repelida. Fijóse su Ilustrísima con su coadjutor el P. Roberto en Rion, como una de las mas populosas ciudades

de la diócesis; y aunque su catedral estaba en Clermont, suplian esta falta tres iglesias colegiatas, que allí habia, gran número de prebendados, y un esqueleto de una universidad, que duraba en el nombre, pero le faltaba la dignidad por el poco uso, y carecia de maestros y estaba desamparada de discípulos. El P. Roberto Claysonio logró con su predicacion, con su trato, con su celo, prudencia y sabiduría, y con su incansable fatiga, que de su propio motivo, sin más instancia que el buen deseo, se moviesen los canónigos y ciudadanos á pedirle se encargase por sí y en nombre de la Compañía de la universidad, á fin de resucitar aquel cuerpo cuya vida se conservaba en ruinas, y cuyo verdor se lloraba marchito; admitió el P. Roberto, suplicando se le diese sitio y fondos para manutencion de los jesuitas que le habian de ayudar á esta obra tan importante, y para que desde luego entrasen, fueron señalados por sus compañeros los padres Gerónimo Bosio y Pedro Canal, y dando la ciudad sitio y el señor obispo fondos para la fundacion, en muy breve tiempo reflorecio aquella universidad, puestas en uso sus cátedras y entablado el afanoso celo de cuidar de los discípulos, y se vió ameno jardin de letras el erial que habia desfigurado el ocio y oscurecido su nombre la desidia, consiguiendo grandes aplausos en toda Francia la nueva universidad, llamada de Billon, debida á los esfuerzos y solicitud del benemérito varon P. Roberto Claysonio.—A. L.

ROBERTO Clemente Ruan (P. Mtro.), religioso agustino, natural probablemente de la ciudad que indica su apellido, donde vió la luz primera á principios del siglo XV. Consagróle su familia á los estudios, en que hizo los mas rápidos adelantos, pasando en breve por uno de los más distinguidos y eruditos de su época. Pero llamándole al claustro su vocacion, no tardó en abandonar al mundo para tomar el hábito en su patria en el convento de ermitaños de la órden de S. Agustin. Sus primeros pasos en la religion fueron tan avanzados en el camino de la perfeccion, que se captó desde luego el afecto de sus superiores, que comenzaron á elevarle á diferentes cargos, en todos los cuales manifestó el mayor celo y acierto, por lo que no tardaron en mejorar su fortuna y carrera. No por esto abandonó, sin embargo, nuestro Roberto el estudio de las letras, sobresaliendo en las divinas y humanas y obteniendo grande reputacion y fama. Tampoco quiso dejar de seguir las huellas de sus colegas en las prácticas de piedad y religion, y se le vió en breve tiempo brillar por su caridad, asídua oracion, ejercicios de penitencia, ayunos y vigilias. Habia comprendido que este era el mejor camino para servir á Dios y esperarlo todo de su misericordia, y no se vieron en efecto defraudadas sus esperanzas; Roberto fué elegido sucesivamente lector de su Orden, predicador y prior de varias comunidades, cargos todos de difícil desempeño, pero en los que manifestó las grandes

cualidades de que se hallaba adornado. Como catedrático de sus compañeros los jóvenes religiosos agustinos, les abrió los arcanos de la ciencia, les manifestó los ocultos senderos por que la Providencia divina ha guiado á los hombres hácia el camino de la salvacion, sin olvidar las máximas y ejemplos morales indispensables para plantar en el ánimo de los jóvenes los deseos que deben conducirlos hácia aquellas sendas, acompañarlos por ellas y perfeccionar su obra con el auxilio de la gracia. Otro tanto hizo en el sagrado ministerio de la predicacion; allí no se trataba de unos cuantos religiosos hermanos suyos en el espíritu, sino de una multitud de hombres, que acudian ansiosos á oir de su boca las palabras del Evangelio. Procuró pues hacerles beber su espíritu, infundirles sus santos ejemplos para obtener la mejora de sus costumbres y su felicidad eterna. Consiguiólo en muchas ocasiones, y el buen Padre creyó satisfechas todas sus vigilias, todos sus afanes, cuando hubo vuelto al redil una oveja descarriada, ó cuando un alma pecadora conquistó por su medio las gracias de la celestial Sion. Prior, por último, en su Orden, trabajó siendo un modelo para los religiosos de observancia regular, en infundirles cariño á las prácticas de la comunidad, en hacérselas seguir y en mejorar en lo compatible su condicion y estado, así en lo espiritual como en lo temporal. Procedió de aquí, que apreciado por los religiosos, que le miraban como un verdadero padre, no tardasen en elevarle á los primeros cargos de su religion, y en efecto fué sucesivamente nombrado provincial de Francia en 21 de Junio de 1456, presidente y vicario general de toda la religion Agustina en 21 de Mayo de 1479, y vicario general en 11 de Junio del mismo año, en el capítulo general celebrado en Ruan. Elevado á tan alta dignidad, la más preeminente á que podia aspirar religioso alguno, Roberto trabajó en el cumplimiento de sus deberes con un celo y ardor que le mereció las generales simpatías que ya desde muy antiguo se habia conquistado, y así es que aunque parecia que despues de este puesto debia retirarse para siempre á la vida privada, jamás lo permitieron sus religiosos, y continuó constantemente colocado hasta la hora de su muerte. Prueba inequívoca de lo que pueden la probidad y los talentos, á pesar de la envidia y la mala fe contra ellos suscitadas. En efecto, al cesar en su trienio en el vicariato, fué elegido de nuevo provincial de Francia en 18 de Julio de 1462, y al terminar este empeño fué nombrado definidor de la misma provincia en 4 de Junio de 1465, haciéndole al mismo tiempo la distincion de permitirle nombrar un lector de honor. Volvió, por último, á desempeñar el cargo de provincial de Francia, y hubiera continuado sin duda por largos años ocupado en tan importantes destinos, si la grande fama que habia obtenido cerca del rey Cristianísimo y del Soberano Pontífice no le hubieran designado para la dignidad episco-

pal, que merecia por sus dilatados servicios y su larga experiencia en asuntos de gobierno. Así en 14 de Mayo de 1459 fué elegido obispo de Hippona *in partibus*, siendo consagrado poco despues, aunque quedando durante algun tiempo independiente de su Orden en cierto modo y tambien de toda ocupacion, mas en 1486 se quiso aprovechar su capacidad, y el arzobispo de Ruan le nombró su sufragáneo, sin que por esto dejase de pertenecer á su Orden, en que conservó voz activa y pasiva. Acaso hubiera llegado á suceder en el arzobispado de su patria, pero la muerte vino á cortar su larga carrera, con grande sentimiento no solo de los religiosos, sino tambien de todos sus compatriotas.—S. B.

ROBERTO COLMAN, franciscano inglés del convento de Norvich. Pertenecia á una antigua é ilustre familia, y las ricas alhajas que adornaron su traje desde su cuna no indicaban que moriria en hábito de franciscano. Pero los desengaños del mundo, la multitud de vicisitudes por que atravesó en su larga carrera, y más que todo su eminente piedad, le hicieron adoptar esta heróica resolucion, pues lo fué en quien desde ministro del rey de Inglaterra descendió hasta la oscuridad de un claustro. Sus estudios fueron tan brillantes como no podia ménos de esperarse de su posicion social y de su despejada inteligencia; siguiólos en la universidad de Oxford, de que llegó á ser doctor y canciller, cargo que prueba estuvo dedicado por largo tiempo á la enseñanza, pues por lo general iba anejo á la del catedrático más antiguo. La crónica guarda en este punto profundo silencio, aunque se extiende mucho en referirnos los acontecimientos en que tomó parte durante los reinados de los Enriques IV y V, en que brilló en la corte de Inglaterra. Hé aquí compendiados los más notables que se verificaron por entónces, y en que Roberto, como ministro que fué de ambos reyes, debió figurar en mayor ó menor escala. La elevacion al trono de Enrique VI, hijo de Juan, duque de Lancaster, que era tercer hijo de Eduardo III, fué en perjuicio de Edmundo Mortimer, conde de la Marche, heredero legítimo de la corona, como descendiente de Lionel, segundo hijo de Eduardo III, miéntras Enrique descendia del tercero, lo cual fué origen de las guerras civiles que tanta sangre costaron á Inglaterra. El mismo dia de su coronacion, publicó una proclama en que declaró que habia subido al trono: 1.°, por derecho de conquista: 2.°, porque Ricardo, su antecesor, habia abdicado la corona en favor suyo; y 3.°, porque era el pariente varon más próximo del último rey (Eduardo III). Enrique con este manifiesto excluia el único título legítimo que tenia á la corona, que era la voluntad del pueblo, que la habia colocado en sus sienes. Al dia siguiente de su coronacion se reunió el Parlamento, y formó un acta, que estableció la sucesion del trono en la casa de Lancaster, en perjuicio del conde de la Marche: el obispo Carlisle

fué el único que tuvo valor en aquella asamblea para hablar contra el atentado cometido por los ingleses, y sostener que no habia autoridad alguna que pudiera deponer á un rey legítimamente; pero este acto le valió al obispo ser encerrado en una cárcel, á pesar de la inviolabilidad de sus derechos como miembro del Parlamento; el que decretó tambien que Ricardo, el último rey, fuera detenido en una prision todo el resto de su vida, y que se le diera muerte si trataba de fugarse, ó queria alguien ponerle en libertad. Este decreto terrible no impidió el que algunos señores conspirasen para restablecer en el trono al infortunado príncipe, y destronar al tirano que le habia usurpado su poder. En un torneo que debia celebrarse en Windsor, era donde se debia prender y áun asesinar á Enrique, convidado por ellos á la fiesta. Pero les hizo traicion el conde de Rutland, uno de sus jefes, que reveló á Enrique el complot, temiendo lo hiciese ántes que él su padre el duque de Yorck, que le habia sorprendido la lista de sus cómplices. El corregidor de Chichester, que era en donde se hallaban reunidos los conjurados, sabedor del secreto, los arrestó inopinadamente y condenó al cadalso á los principales de ellos. Siguiéronse otras ejecuciones, que acabaron con este partido digno de mejor suerte. La alianza que habia contraido Ricardo con Francia, animaron al monarca de esta nacion á reponerle en el trono y á vengar despues su muerte. Pero los disturbios que agitaban á la sazon á este país, no permitieron á Cárlos V realizar sus amenazas. Contento con sacar de las manos de Enrique á su hija Isabel, cuyo matrimonio con Ricardo no habia llegado á consumarse, confirmó la tregua que habia hecho con Inglaterra. Owen Glendour, que descendia de los antiguos príncipes de Gales, mostró más valor y decision. Habiendo animado á los de este país á sacudir el yugo de los ingleses, batió al conde de la Marche, enviado contra él, y le hizo prisionero. Los Pierzi, casa poderosa aliada del conde, quisieron tratar de su rescate, pero Enrique, que le era deudor de la corona, no lo permitió, y dejó al conde en poder de sus enemigos. Ofendido de esta ingratitud el conde de Northumberland, jefe de la casa de los Pierzi, hizo alianza con Owen Glendour y el conde de la Marche para destronarle; el Rey marchó contra los descontentos, y en 1403 les ganó la batalla de Shrewsburi, una de las más encarnizadas en la historia de las guerras civiles: hizo prisioneros á los condes de Worcester y Northumberland, decapitó al primero, y ofreció el perdon al segundo si deponia las armas; proposicion que no vaciló en aceptar. El año siguiente envió el rey á su hijo Enrique contra los del país de Gales, que perdieron dos batallas; mas léjos de desanimarse por estos reveses, hicieron nuevos esfuerzos para conservar su independencia. En 1405 estalló otra nueva rebelion. Ricardo Scroop, arzobispo de Yorck, Tomás Mowbrai, gran mariscal, y el conde de Northumberland, que los ha-

bia animado, tomaron las armas en union de otros muchos señores, despues de haber publicado un manifiesto contra el rey. El conde Westmorland pidió una conferencia al arzobispo y al gran mariscal, jefes de los conjurados; la aceptaron, y el conde se apoderó de sus personas, y les mandó decapitar. El suplicio de Ricardo Scroop fué el primer ejemplo de la pena capital aplicada á un prelado en Inglaterra. En 1406 convocó el Rey el Parlamento, en que se estableció una ley para excluir á las hembras de la sucesion á la corona, pero esta exclusion fué revocada el mismo año por otra ley firmada por el Rey, por todos los señores y por el presidente de los comunes en nombre de la cámara popular. Desde esta época puede asegurarse que comenzaron las hembras á tener derecho á la corona de Inglaterra. El mismo año violó Enrique de una manera escandalosa la fe de los tratados y las leyes de hospitalidad con Roberto III, rey de Escocia, con el cual habia firmado una tregua de muchos años. Confiando Roberto en la buena fe del monarca inglés, habia enviado sin precaucion alguna á su hijo Jacobo Stuart á la corte de Francia, donde debia perfeccionar su educacion. Las dificultades de la navegacion obligaron al jóven príncipe á fondear en las costas de Inglaterra, donde fué preso y conducido á presencia del Rey, que tuvo la crueldad de mandarle encerrar en la torre de Lóndres. El conde de Northumberland volvió á rebelarse en 1408, pero fué derrotado por el cherif de Yorck y muerto en la batalla. Enrique no permaneció frio espectador de las funestas querellas que desgarraban entónces el corazon de la Francia, y la dividian en facciones encarnizadas; envió socorros en 1412 al mando de Tomás, duque de Clarence, su hijo segundo, uniéndose al partido llamado de los Orleaneses, pero sabiendo los ingleses en el momento de su llegada, que acababa de firmarse la paz entre ambas partes beligerantes, pasó á la Guiena, donde tomó las plazas de que se habian apoderado los franceses. Miéntras el príncipe inglés se hallaba ocupado en esta expedicion, el Rey su padre fué atacado de la lepra, sin que por esto dejase de cruzarse para ir á Tierra Santa. En el curso de esta enfermedad, que le duró dos meses, le agitaron dos opuestos sentimientos: los remordimientos de su usurpacion y el temor de que le quitasen la corona, por lo que mandó que se la pusiesen á la cabecera de su cama. Mirándola en una ocasion, dijo á su hijo mayor: «Hé aquí una corona sobre la que ni tú ni yo tenemos derecho alguno.—Mi espada, contestó su hijo, me conservará lo que la vuestra os ha adquirido.» Poco despues entregó su espíritu, contaba á la sazon cuarenta y seis años, y habia reinado desde 1399, falleciendo en Marzo de 1413. Sucedióle su hijo Enrique V, mirado como el ídolo de los ingleses. Este príncipe habia llevado hasta aquel momento una vida licenciosa, pero al subir al trono se trasformó en otro hombre. Decidido á hacer reinar las

leyes, se separó de los compañeros de sus excesos, y siguió concediendo su confianza á los ministros que habian aconsejado á su padre. Uno de ellos era Roberto Colman. El principio de su reinado pasó en negociaciones con Francia, que no tuvieron resultado alguno; hiciéronlas fracasar los embajadores del monarca inglés con sus desmesuradas pretensiones; viendo que no tenian el éxito que ambicionaban, se decidió la guerra en un parlamento reunido en Leicester en 1414, lo que no impidió que continuasen las negociaciones, aunque inútilmente. Tramábase entre tanto una conspiracion, á cuyo frente se hallaba el conde de Cambridge, hermano del duque de Yorck y otros señores. Tenia por objeto colocar en el trono á Edmundo Mortimer, conde de la Marche, quien por temor descubrió al Rey todo el complot. Este despues de haber castigado á los conjurados, se hizo á la vela en Agosto de 1415, desembarcó en Normandía, y tomó á Harfleur despues de haber perdido una gran parte de su ejército. Envió al delfin un cartel de desafío para batirse los dos cuerpo á cuerpo, con la condicion de que el que quedase vencedor, seria proclamado rey de Francia; mas este duelo no llegó á verificarse, y el monarca inglés, viendo diezmado su ejército, emprendió su retirada á Calais, ganando en Azincourt la célebre batalla que le presentó la temeridad de los franceses. Esta victoria, aunque completa, no impidió que al fin de la accion le quitase el enemigo su bagaje, en que se hallaban las alhajas de la corona y los ornamentos reales; mas lo recobró despues en su mayor parte por diligencia del señor de Gaucourt, uno de sus prisioneros, que obtuvo en premio la libertad. Enrique volvió triunfante á Inglaterra, llevando consigo gran número de prisioneros; empero no activó los preparativos para proseguir la guerra, á lo que parece debian animarle estas ventajas. Mas no debe extrañarse esto, porque se hallaba en negociaciones con el duque de Borgoña, al que confiaba hacer entrar en sus intereses; no lo consiguió, sin embargo, segun los historiadores franceses, porque los ingleses piensan en este punto de muy distinta manera. Lo cierto es que Enrique tenia bastantes inteligencias en Francia, y podia confiar en hacer nuevos progresos. En 1417 hizo un segundo desembarco en Normandía, y sometió sin obstáculo casi toda lo provincia; era tal la animosidad de las facciones que despedazaban el reino, que preferian derramar sangre francesa á unirse contra el comun enemigo. En Julio de 1419 tomó Enrique á Pontoise, y recogió un rico botin. Despues de esta conquista publicó un manifiesto para hacer valer sus pretensiones. Sin embargo, á pesar de todas estas ventajas, que debia ménos á sus propias fuerzas que á las funestas divisiones de los franceses, los asuntos de este príncipe se hallaban en un estado que no podia sostenerse por largo tiempo; indudablemente habrian decaido muy luego, si la animosidad del delfin contra el

duque de Borgoña no le hubiese abierto un camino para llegar al término de su empresa. Despues del asesinato del duque de Borgoña, tomaron un aspecto completamente nuevo. La reina Isabel de Baviera, madre del delfin, se coligó contra aquel con el rey de Inglaterra. En 1420 hizo Enrique en Troyes, con el rey de Francia Cárlos VI y aquella princesa, el famoso contrato en que estos le prometieron la mano de su hija Catalina, con el derecho de suceder al trono con exclusion del delfin. La boda se celebró en la iglesia de S. Urbano de la misma ciudad por el arzobispo de Sens Enrique Savoisi. El inglés no se portó con más moderacion en su presunto nuevo reino. Habiéndosele quejado los parisienses de que sus tropas incendiaban todos los alrededores de París: «Es uso de la guerra, les respondió; guerra sin fuego no vale nada, lo mismo que las morcillas sin mostaza.» Enrique volvió á Inglaterra con la reina su esposa en 1421, y la hizo coronar. Despues de haber arreglado sus asuntos, volvió á Francia en el mes de Junio. En Octubre empezó el sitio de Meaux, que no capituló hasta Mayo del siguiente año. Enrique mandó decapitar á tres oficiales y ahorcar al bastardo de Vauvus, gobernador de la plaza. Durante este sitio, fué cuando recibió la agradable noticia de que su esposa habia dado á luz en 1421 un niño, que tuvo el mismo nombre que su padre y fué su sucesor. El delfin se sostenia entre tanto á la otra parte del Loira. Habiéndose puesto Enrique en marcha en 1422 para socorrer la plaza de Cosne, que sitiaba aquel príncipe, cayó enfermo en el camino, y se hizo trasladar á Vincennes, donde murió; su cadáver fué llevado á Westminster. Roberto le acompañó, y entónces tomó la resolucion de retirarse á un claustro, y terminar allí sus dias. Habia pasado por grandes vicisitudes, y visto terribles peripecias, lo que era suficiente en un hombre pensador para que tomase tan acertada resolucion, mayormente rayando ya en la ancianidad. Todos los autores pintan á Colman como erudito, grave, piadoso, bondadoso y modelo de todas las virtudes, siendo un ejemplar en aquella corte un tanto corrompida, y en que los hombres corrian sin freno ni miramiento á la satisfaccion de sus vicios. La accion de Roberto no fué tampoco la única en su género; pues ya habia visto al primer monarca á que sirvió, tomar la cruz y hacer un solemne voto poco ántes de morir, lo que se miraba entónces como mucho más meritorio que entrar en una órden religiosa; y otros grandes ingleses habíanse retirado á un claustro para pasar en él sus últimos dias, expiando sus faltas en la penitencia y devocion. Este era, por otra parte, el carácter de aquel siglo, en que nadie retrocedia ante el crímen, y las faltas más graves se cometian sin miramiento alguno ni consideracion; pero en cambio eminentemente religiosos todos aquellos hombres más ó ménos criminales, pues si no tomaban parte en los asesinatos los consentian al ménos, sentian muy alto en su

interior la voz de la conciencia, y la obedecian tarde ó temprano, entregándose á penitencias y mortificaciones tan horribles, como horribles y hediondos habian sido sus pecados. Exagerados en todo, á nada daban su verdadero valor, y su imaginacion les arrastraba siempre más allá de los justos límites en que debian contenerse. Ignoramos si se debe contar en este número á Roberto Colman. Pintarle bajo el carácter general, podia muy bien dar lugar al error, pero el cargo de ministro del rey de Inglaterra, que se nos dice desempeñó, nos pone en el caso de no absolverle de todas las faltas de que se hallaba manchado aquel monarca, pues en ellas debió tener más ó ménos participacion. Sin embargo, en sus últimos años procuró borrar todos aquellos errores; las crónicas franciscanas hacen de él los mayores elogios, y esto indica que su conducta miéntras vivió en la religion fué arreglada y correspondiente al santo hábito que vestia. Dedicóse á la composicion de diferentes obras, en algunas de las cuales demuestra sin duda sus buenos estudios, en otras su elocuencia y erúdicion, y hace suponer que ejerció el cargo de predicador, puesto que consisten en sermones, los que debieron ser de grande resultado é importancia en un personaje de su clase, que podia dar en sí mismo ejemplo de todas las grandezas y vanidades humanas; y en otras, por último, demostró sus talentos para la poesía, muy apreciada entónces, aunque dividida en diferentes clases, de que no debemos ocuparnos en este lugar. Roberto Colman murió despues de 1428. Los títulos de sus obras, que es lo único que de él ha llegado hasta nosotros, son los siguientes: *Sermonum, libro I.—Lectionum Sacrarum, libro I.—Carmina diversorum;* y otros que no mencionan los autores.—S. B.

ROBERTO Coxcio (P.) religioso capuchino de la provincia de París, donde tomó el hábito y profesó, distinguiendose mucho por su doctrina y virtudes. Pues desde el instante en que entró en la religion fué un verdadero modelo de todas las que deben adornar á los que siguen la vida del claustro. Nuestro Roberto procuró tambien aventajarse en los estudios á sus demás compañeros, y consiguió colocarse á una altura á que rayaban pocos en su siglo. Obtuvo el grado de doctor en teología por la universidad de París, y á él debe todas las consideraciones de que se vió rodeado en su larga carrera, pues esta dignidad era entónces en extremo rara, y revelaba no solo estudios especiales, sino tambien méritos que eran poco comunes á los demás hombres. Los del P. Concio fueron muy ilustres en este punto, porque trabajó con celo y esmero en la interpretacion de los lugares más difíciles y oscuros de la Escritura Sagrada, y pasó la mayor parte de su vida en la lectura de los Stos. Padres, que llegó á conocer con toda perfeccion. Pudo con tan buenos fundamentos escribir notables obras de controversia teoló-

gica, y aunque por desgracia se hayan perdido, no siéndonos conocidos ni áun sus mismos títulos, el nombre de este religioso y los grados de que se hallaba condecorado, manifiestan que no serian de las inferiores de su siglo, ni dejarian de tener una influencia más ó ménos directa en el adelanto de los estudios. Inútil es decir que este Padre estuvo dedicado á la enseñanza por largo tiempo, dando inequívocas muestras de su ciencia y saber, al mismo tiempo que de sus buenas costumbres, de las que procuró ser espejo para los jóvenes religiosos. Tambien estuvo dedicado al ejercicio de la predicacion, tarea comun á toda su Orden, que con sus contínuas misiones procuraba la reforma de las costumbres y la salvacion de las almas, santa y caritativa empresa en que se distinguian mucho los PP. Capuchinos, cuyo nombre vivirá eternamente por solo este recuerdo, en las naciones de donde han desaparecido acaso para no volver jamás. El P. Concio, por último, desempeñó diferentes prelacías por llamamiento de sus súbditos, que creian este un justo premio debido á su ciencia y virtudes. Captóse en ellas el amor de todos, y consiguió establecer la observancia regular un tanto entibiada por el trascurso del tiempo, que tanto puede en las congregaciones de hombres místicos y piadosos. Pasó los postreros años de su vida entregado á la penitencia y la oracion, y entónces fué sin duda cuando compuso la obra cuyo nombre ha llegado hasta nosotros, y que ignoramos si se dió á la prensa. Titúlase: *In Magistrum Sententiarum.*—S. B.

ROBERTO CONNVALUS ó CONNOVIO, religioso franciscano, natural de esta ciudad, llamada vulgarmente Chonnoe, en Inglaterra, situada en el país de Gales, y no léjos de la orilla del mar, uno de los territorios más frios y montuosos de Europa. Roberto manifestó desde su juventud las mejores inclinaciones, y su familia aún en tan tierna edad le consagró ya á la carrera en que estaba llamado á brillar. Correspondió él á su cariñoso afecto, y tanto en sus estudios como en sus costumbres fué un modelo de aplicacion y de virtud. Tomó á poco el hábito religioso, y siguió sus estudios en Oxford, la universidad más célebre á la sazon del país británico, en la que se distinguió por sus notables dotes de ingenio y de laboriosidad, siendo uno de los más aventajados no solo de su Orden, sino tambien de aquel establecimiento literario. Granjeóse el afecto de sus maestros y superiores, fué elegido para los cargos más difíciles y delicados, y siempre correspondió á la confianza en él depositada, ya en los actos públicos para que con frecuencia se le nombraba, ora en otros ejercicios á que se le destinaba en su reconocida reputacion. Su carrera literaria fué por lo tanto una carrera de triunfos, y aunque jóven, dejaba ya presagiar el profundo y fecundo escritor, que andando el tiempo seria el asombro de la Gran Bretaña y el sosten de su Orden, que encomendaria á su pluma la defensa y solucion de las cuestiones más

árduas. Terminados sus estudios se graduó de doctor, y fué nombrado catedrático de la universidad de Oxford, puesto eminente que solo se confiaba en aquella época á los discípulos más aventajados, y en que Roberto manifestó su grande ciencia y erudicion. Desempeñó este cargo por largos años, siempre con creciente aplauso y gran número de discípulos, que de todas partes del Reino Unido acudian á escuchar sus eruditas lecciones. Pero sus virtudes le llamaban á otros puestos, que no tardó en ocupar. Desde su entrada en la Orden se habia distinguido por su amor á la observancia regular; su celo en la práctica de todos los deberes religiosos, su humildad, obediencia y demás virtudes claustrales. En ellas, más que en los estudios, habia hecho notables adelantos, y tambien habia procurado inculcar en el ánimo de sus discípulos tan santas máximas y ejemplos. Fué por lo tanto sucesivamente guardian de algunos conventos, predicador de su provincia y provincial, por último, de toda su Orden en Inglaterra. Ejerció estos empleos con grande celo y acierto, procurando en unos el fomento de su Orden y bienestar moral y material de sus hermanos, y en todos la salvacion de las almas, objeto principal de su instituto. Llenó con grande fervor sus apostólicas tareas, y ora cuando se hallaba en las provincias, ya cuando por su elevada posicion tuvo que residir en la corte, siempre lució su elocuente y profunda palabra, condenando los vicios, y defendiendo las verdades de la fe con un fervor, con un entusiasmo, que le merecia el afecto de los unos y la admiracion y arrepentimiento de los más obstinados. Durante su provincialato reunió diferentes capítulos, encaminados todos al mayor bien de la Orden, para la que hizo sabios estátutos, procuró aumentar las fundaciones y extender por lo tanto la religion católica hasta las regiones más incultas de la Gran Bretaña, que aunque convertidas ya, unian al culto ciertas prácticas supersticiosas que convenia desterrar para siempre de sus sencillas costumbres. Pero lo que más distinguió á Roberto fué una ardiente polémica que sostuvo en defensa de su Orden, y de los derechos además de los regulares en oir las confesiones, derechos que en aquella época les disputaban los sacerdotes seculares en muchos países, y que en Inglaterra fué Ricardo Radulfo, arzobispo de Armach, en Irlanda, quien quiso quitarles para siempre el permiso que para oir la confesion auricular gozaban desde las épocas de las primeras fundaciones monacales, como unido á su dignidad sacerdotal. Roberto, en una erudita y profunda obra, sostuvo con decoro y ardor este derecho, que fué sostenido despues por otros muchos escritores regulares, acabando por quedar triunfantes en una cuestion en que se hallaba toda la razon de su parte. De las otras obras de este escritor solo podemos decir que consisten en sermones y tratados teológicos, pruebas los unos de sus conocimientos, y de su elocuencia los otros. Aún se halla-

ba desempeñando su cargo de provincial, cuando comprendiendo que se acercaban sus últimos instantes por la debilidad de sus fuerzas, y algunos padecimientos que de antiguo le inquietaban y habian llegado ya á su período de exacerbacion, se retiró á su convento de Lóndres; y aumentando sus prácticas piadosas, sus ejercicios de penitencia y sus devociones y oraciones, falleció en medio de sus hermanos, despues de haber recibido los santos sacramentos, y haberlos exhortado á las buenas costumbres y paz en el Señor, en 1360. De sus numerosas obras son pocas las que han llegado á nuestra noticia, y áun éstas, segun relacion de los biógrafos, han quedado en su mayor parte manuscritas. Son las siguientes: 1.ª *De confessionibus per regulares audiendis contra informationes Armachani*, impresa en París, con las obras de Ricardo Radulfo en 1496 y 1511. — 2.ª *De Christi paupertate et dominio temporali, quæstiones tres.* — 3.ª *Sermonum, lib. I.* — 4.ª *Lecturarum, lib. I.* — 5.ª *Quæstionum theologicarum, lib. I.* — 6.ª *Determinationum scholasticarum, lib. I.* — 7.ª *De stravagantis Pontificiæ intellectione, lib. I.* — S. B.

ROBERTO DE COURZON. Fué encargado por el Papa como legado suyo de formar unos estatutos para la universidad de París, arreglando el curso de los estudios y poniendo término á las diferencias que se suscitaban entre los profesores y el canciller de la catedral, distribuidor de las licencias: publicó algunas decisiones, entre las que se nota la que prohibia explicar los libros de Aristóteles, á excepcion de su lógica. Estos reglamentos son los que han dado principalmente á conocer á este prelado. Sin embargo, se le atribuyen dos libros intitulados: *De salvatione originis; lecturæ solemnes, de septem septenis.* Estas producciones son enteramente desconocidas, pero se sabe que compiló una *Suma teológica*, de la que no se han impreso más que algunos extractos, unidos por Pedro le Petit al penitencial de Teodoro de Cantorbery, pero existe manuscrita en la Biblioteca Imperial de Francia. Háse anunciado algunas veces como original de Pedro el Chantre, autor del *Verbum abbreviatum*, citado con frecuencia en esta *Suma*. Roberto de Courzon redactó ó suscribió en su calidad de legado en 1213 una escritura sobre el casamiento de Erardo de Brienne con una hija del conde de Champagne; en 1214 un acta, que estableció muchas parroquias, en vez de una sola, en la ciudad de S. Quintin; una carta al arzobispo de Narbona; otra á Juan *Sin Tierra*, y una carta á Simon Monfort. Presidió además los concilios de Reims, de París, de Burdeos y de Ruan, cuyas actas en su mayor parte son relativas á la disciplina eclesiástica. En general llenó muy mal su mision, y se excedió más de una vez de sus poderes; y Felipe Augusto, cuyos derechos desconocia, y el clero francés, á que acusaba de los más monstruosos desórdenes, se quejaron al papa Inocencio III, que no pudo dejar de

vituperar la conducta, inconsiderada al ménos, de este legado, y suplicó únicamente que se olvidase, en consideracion á la Santa Sede: *Tunc Episcopi Franciæ appellaverunt, viri improbi impetum formidantes, quem postea Romæ in generali Concilio (Lateranensi IV) vehementissime reddidere confusum, adeo quod dominus papa multiplices divi cardinalis excessus à prælatis Franciæ sibi petiit relaxatis.* Courzon, encargado principalmente de provocar una expedicion á Oriente, no habia desplegado gran celo más que en perseguir á los albigenses; habia hecho quemar siete en el Rouergeen 1214. Al fin, sin embargo, se ocupó sériamente de una cruzada á Tierra Santa; en 1218 se embarcó en calidad de adjunto al cardenal Pelagio, legado en jefe para esta empresa, y murió el mismo año delante de Damieta segun Jacobo de Vitry. Ignórase la fecha de su nacimiento; no hay noticias exactas sobre su familia, á que se supone noble, y no se ha convenido aún en el lugar en que vió la luz. La mayor parte de los biógrafos y bibliógrafos le suponen inglés, fundándose principalmente en su carta á Juan *Sin Tierra*, en que se declara súbdito de este rey. Esta epístola es de 1214, despues que Juan fué desposeido de sus dominios en el Occidente, lo que no ha impedido, sin embargo, á Roberto de Courzon, de calificarle de conde de Anjou, duque de Normandia y de Aquitania. Aunque este Roberto no sea un personaje de grande importancia para entablar polémicas sobre el lugar de su naturaleza, y aunque los cronistas del siglo XIII, por ejemplo Alberico des Trois Fontaines, le supongan inglés de nacion, debemos decir que M. Brial sostenia era natural de Francia, donde hay muchas aldeas ó lugares llamados Curzon, en la diócesis de Luçon, Courson en la de Coutances. Los ingleses sostienen que hizo sus estudios en Oxford, no creyendo que perteneció á la universidad de Paris, ni como estudiante, ni como profesor ó maestro: habia sido condiscípulo de Lotario de Segni, que subió á la cátedra pontificia tomando el nombre de Inocencio III, y le escribió muchas cartas calificándole de canónigo de Noyon, y despues de Paris, haciéndole, por último, cardenal sacerdote del título de S. Esteban en el monte Cælius. El sobrenombre que le distingue de los otros Robertos de su época se halla escrito de muchas maneras diferentes: Corson, Corçon, Courson, Corteom, Chorceom, de Corceto, Curteon, Corçum, Curchum, Cursium, etc. No siendo muy notables sus títulos literarios, no hemos creido deber dar una noticia más detallada de su vida, ni de sus escritos; pero su intervencion en los asuntos de la universidad de Paris no nos ha permitido pasarle en silencio.—S. B.

ROBERTO Covton, Cauton ó Cowton, franciscano inglés del siglo XIV. Ignórase la fecha exacta en que tomó el hábito, pero debia prometer mucho por su talento y aplicacion cuando sus superiores no vacilaron en enviar-

le á estudiar á los principales establecimientos literarios que habia á la sazon en Europa. Así siguió la filosofía en Oxford y la teología en París, donde probablemente enseñó durante algun tiempo, puesto que mereció de los doctores de la Sorbona el dictado del *doctor ameno*. Todos los autores contemporáneos hacen de él los mayores elogios. Fué de sólido juicio y agudo ingenio, y segun dice Pitseo, acostumbraba á defender el misterio de la Inmaculada Concepcion en cuantas ocasiones se le presentaban, costumbre de los franciscanos, que desde muy antiguo han sostenido este dogma en contra de cuantos se les han opuesto. Son muy pocas las noticias que nos han quedado de su vida, no pudiéndose asegurar si murió en Francia ó en Inglaterra. Sus escritos tampoco han llegado á ver la luz pública, conservándose sin embargo sus títulos, que son los siguientes: *Commentaria in tertium et quartum librum Sententiarum.* — *In quatuor libros Sententiarum.* — *Commentaria eadem abbreviata.* — *Sermones habiti ad crucem Divi Pauli Londini.* — *Disceptationum Magistratuum, lib. I.* — *Quodlibeta scholastica.* — S. B.

ROBERTO Cienthius (Bto.), franciscano escocés, célebre por su vida y virtudes. Floreció en el siglo XV, y fué uno de los religiosos más notables de aquella nacion, que tan célebre habia de ser despues por sus contiendas religiosas; pero Roberto, que se hallaba dotado del mismo celo por la causa de la verdadera fe que habia despues de adornar á los puritanos por sus menguadas doctrinas, manifestó desde el instante que tomó el hábito un celo y ardor de que hay pocos ejemplos y que merece ser eternamente elogiado. Distinguióse mucho en los estudios, y en particular en el de la teología, que era el más propio de su profesion, pero como la de humildad era la que principalmente habia hecho y á la que queria consagrar toda su vida, se negó á tomar el grado de doctor ni ningun otro, bastándole el convencimiento de que con lo que sabia podria ser útil á su Orden, que era lo único que con sus estudios se habia propuesto. En efecto, consagrado á la enseñanza la desempeñó con celo durante un largo espacio, y siempre en beneficio de sus hermanos, que no solo aprendieron de él la ciencia que tan perfectamente sabia, sino tambien la de la virtud en que era maestro mucho más consumado, y en la que principalmente estaban obligados á adelantar. Cuando se retiró del magisterio fué consagrado á ocupaciones más elevadas, obteniendo varios cargos, y sobre todo el de provincial de Escocia, que desempeñó en dos distintas ocasiones, siempre con gran celo y buenos resultados, pues su alma, deseosa únicamente del bien y de la prosperidad de sus hermanos, no se ocupaba más que de lo que pudiera tener relacion con este objeto, como se vió en todos sus actos, de que hace larga relacion la crónica de Barezzo. El Martirologio franciscano le consagra, por el

contrario, solo unas cuantas líneas para manifestar sus virtudes y méritos, que no fueron ciertamente pocos cuando le obtuvieron del Señor la gracia de hacer milagros, cuyo número y pormenores no nos son exactamente conocidos. Unicamente sabemos que su muerte fué tan santa como su vida; que ocurrió hácia el año 1460, probablemente en 15 de Diciembre, en cuyo dia hace la Orden Seráfica mencion de sus virtudes, y le honra con el culto debido á los que, distinguiéndose en ella, han elevado su fama y sido el origen del esplendor que alcanzó en tiempos posteriores, en cuyo número debemos contar al individuo que nos ocupa, gloria de Escocia y blason de la Orden Seráfica. — S. B.

ROBERTO Caucius, franciscano inglés, célebre en su vida por sus estudios y virtudes. Fué en el siglo XIV una de las lumbreras del catolicismo en la Gran Bretaña, en que además de las pruebas que dió de su saber, se distinguió por sus ejemplares costumbres. Pertenecia á una ilustre familia, y recibió una educacion bastante distinguida, cual no podia ménos de esperarse de la nobleza de sus padres; sin embargo, la misma aficion que despertaron en él al estudio de la contemplacion, hizo que se viesen frustrados sus deseos, pues en vez de seguir una carrera propia de su nacimiento, apénas llegó á la edad conveniente abrazó la eclesiástica en que debia brillar, y contra todas las esperanzas aumentar el lustre de su familia. No porque su modestia y humildad le hiciesen aceptar los elevados cargos que se le ofrecian fuera de su Orden, sino porque áun sin salir de su claustro, le brindaron sus hermanos con los puestos más elevados á que podia aspirar la ambicion más ilimitada. Despues de haber desempeñado los de lector, guardian, etc., fué nombrado provincial de los Menores en Inglaterra, puesto que equivalia quizá al de primado, y le colocaba en una categoría igual á la de los grandes de su país. Merecia Roberto esta distincion, dicen los cronistas, por su íntegra vida, sutil ingenio y no vulgar doctrina. En ella procuró corresponder á la confianza que en él habian vinculado los que para tal cargo le nombraron, y ciertamente que no la desmereció durante su larga carrera. Pues afectuoso y amable con los buenos, severo y conciliador con los extraviados, constante defensor de los intereses de su Orden, y amante de su esplendor y engrandecimiento, nadie podia ocupar con mayor motivo un destino que él, que sabia ejercerle dignamente. Su nombre además se hallaba adornado por la auréola de la ciencia, con igual ó superior brillo quizá que con la de la virtud. Desde su entrada en la religion se habia consagrado con grande ardor á los estudios filosóficos y hecho en ellos notables adelantos, escribiendo algunas obras por las que ha pasado su nombre á la posteridad. Cuando llegó á la edad madura, creyendo que aquellos trabajos eran insuficientes para su profesion, se dedi-

có con doble ardor á la teología, en que tambien hizo progresos muy superiores á su época y su siglo, que han quedado consignados en sus obras. Estas por desgracia no han llegado hasta nosotros, y solo podemos citar sus títulos. Su muerte acaeció en 1370, siendo enterrado en Sonmerset. Dejó: *Super Magistrum Sententiarum, lib. IV.—Quæstionum difficilium, lib. I.—In Physicam Aristotelis, lib. III.—In ejusdem Ethica, libros X;* y otras varias. S. B.

ROBERTO Cruso (Fr.), trinitario. Fué natural de Irlanda y tomó el hábito de la Orden Trinitaria en el convento de Galbie, desde el cual pasó á estudiar á Inglaterra en la famosa universidad de Oxford, y despues en la de Cambridge. Obtenido el grado de doctor en la última de las mencionadas universidades, volvió á su provincia, en la que pasó el resto de sus dias, consagrado á la oracion y al estudio. No existen más antecedentes acerca de él, y se ignora si desempeñó algunos cargos en la antedicha provincia de Irlanda. Murió á principios del siglo XIV el dia 9 de Enero de año ignorado, dejando escritas las siguientes obras: *Comentarios sobre cuatro libros del Maestro de las Sentencias;* cuatro volúmenes.—Dos *sobre la Física y la Etica de Aristóteles.*—M. B.

ROBERTO Drewer (V.). Fué inglés de nacion, pero sus estudios los hizo en un colegio muy célebre por cierto, que sus paisanos tenian en Valladolid, colegio mayor en donde se daba la más esmerada educacion, y donde las cuantiosas rentas sobre que se giraba permitia un trato excelente, siendo tambien mucha la importancia que tenian los estudios hechos en esta casa. Roberto desde luego manifestó una índole excelente, y tuvo en su idea el ascender á los sagrados órdenes, si para ello encontraba proporcion. Hallóla, en efecto, habiéndole cedido un pariente suyo una capellanía de sangre, y ordenado, comenzó á desempeñar los importantísimos ministerios de la predicacion y de oir confesiones, siempre con acierto y siempre á satisfaccion de sus prelados; habiendo en muchas ocasiones merecido del obispo de Valladolid la distincion de ser designado para hacer misiones, no solo en la capital de su diócesis, sino en otros varios pueblos, y en todas partes lograba abundantes frutos, porque su dulzura, por una parte, y por otra su ilustracion, eran cosas que en realidad de verdad le atraian todo el aprecio, la estima y consideracion de todos. Muchas veces pasó por su imaginacion el estado lamentable de su querida patria, y muy vivos fueron siempre los deseos que le animaban de proporcionar á sus paisanos en el conocimiento de la verdadera fé el principio de la inamisible dicha; y á que lográran esta conspiraron desde luego sus intentos, para lo cual excitó á algunos de sus paisanos, que con él estudiaban en el colegio, á que despreciando sus vidas y atendiendo á la vida de las almas de tantos infelices como

desconociendo sus verdaderos intereses se olvidaban de su Dios, y por consiguiente de su bien, hicieran una mision en Lóndres, de la cual indudablemente sacarian abundantes frutos. Algunas dificultades hubo de superar hasta llegar al término de sus caritativos deseos; mucho tuvo que hacer para reducir siquiera á algunos de sus paisanos á acometer aquella empresa, pero al fin con trabajos y penalidades, con molestias las más terribles é inauditos sufrimientos, y á costa tambien de muchísimas privaciones, pudo proporcionar lo necesario para llevar á Inglaterra una mision católica que neutralizára enérgicamente los progresos de la pretendida reforma. Preciso era que los que habian tomado á su cargo tan árdua como importante empresa, fuesen ántes á los piés del trono del sucesor de Pedro para tomar la santa bendicion, y al propio tiempo para conseguir de él las facultades necesarias y convenientes para tan importante empresa. Fueron en efecto, y recibieron del vicario de Cristo las más amplias facultades, las más espontáneas bendiciones y el parabien más completo, con lo cual emprendieron su viaje á Inglaterra, fortalecidos con la esperanza de que Dios no deja nunca de ayudar á quien de corazon le invoca, y convencidos de que podria ser que en lo material encontrasen contradicciones, sufrimientos, pérdidas, la muerte misma; pero indudablemente en esto hallarian la vida, pues ahí donde con morir consumáran su martirio, comenzaria la brillante auréola de su santificacion. Todos los que iban en esta piadosísima expedicion, resolvieron de comun acuerdo que Roberto fuera quien la dirigiese, esto neutralizó muy mucho la profunda humildad de este siervo de Dios; es decir, que lo que para otros hubiera sido, á no dudarlo, motivo y fundamento de complacencia, porque como iniciador del pensamiento le habria complacido llevarle á cabo, para Roberto fué motivo de disgusto, porque siempre creyó que todos y cada uno habian de ser más á propósito que él para lograr lo que le proponian. Por supuesto que la eleccion no pudo ser más acertada, y el éxito más completo coronó sus esfuerzos; además de que en todos conceptos á él le correspondia el primer lugar en esta empresa; ya porque era de más edad, ya porque tambien era el que más ánimo tuvo, no solo al acometerla, sino al llevarla á cabo. Dicho se está que á punto de llegar á Inglaterra habrian los misioneros de ocuparse del lugar adonde irian á ejercer su apostólico ministerio. Como los hombres somos tan miserables que más no puede ser, no hubo la avenencia que era de desear, ni áun acerca de esta cosa de tan poca importancia si se compara á lo importantísimo de la obra en sí. Muchos opinaban por Lóndres para comenzar sus misiones, otros quisieron que primero disfrutáran de este beneficio otros pequeños pueblos á quienes convenia acaso más esta práctica, por lo mismo que eran ménos importantes, y de esta opinion fué el P. Roberto, que

no solo quiso que se hiciese la predicacion primero en las pequeñas aldeas, sino que él fué con otros dos compañeros á un pequeñísimo pueblo cercano de Lóndres, miéntras los otros Padres se reponian del viaje y se ponian en situacion de comenzar los trabajos apostólicos. Mucho fruto logró en su expedicion, aunque ella fué corta, y muy satisfecho estaba de haber así comenzado, cuando una indicacion de su prelado le llamó á Lóndres donde dijeron eran más precisos. Claro es que desde que fueron á la capital se concitó contra ellos toda la animosidad de los enemigos de la fe, aunque no se metian con nadie, aunque sufrian con paciencia ejemplarísima no solo los denuestos é injurias con que los trataban, sino hasta los golpes que indebidamente les daban las gentes más abyectas de la plebe. Lóndres llegó á temer, es decir, los reformadores creyeron, y con razon, que si se permitia el esclarecimiento de la verdad, su secta iria por tierra, y resolvieron no perdonar medio de que los católicos fueran destruidos, y no se oyera nunca en aquella dócil poblacion la frase desnuda de la verdad, la importante doctrina que lleva al cielo. Juraron, pues, los inicuos reformadores exterminar á los ministros del verdadero Dios, y el P. Roberto Drewer fué, como era consiguiente, la primera de sus víctimas. Traidora y alevosamente se apoderaron de él y le hicieron sufrir todo género de tormentos, hasta que cansados ya de atormentarle, si bien él firmísimo é invicto en la confesion de la fe de Cristo, dió al Señor su espíritu á manos de sus enemigos el dia 26 de Febrero de 1507. Su memoria se conserva venerada, y los martirologios ingleses le citan en el dia de su preciosa muerte. —G. R.

ROBERTO ELEPHAT, minorita inglés, segun Willot, floreció en el siglo XIV, y es diferente de Roberto Eliphat, religioso agustino, arzobispo de Armach, de quien nos ocuparemos. Sin embargo, no se distinguió ménos que este por sus virtudes y estudios. Nacido en una época en que habia grande aficion al saber, y en que no habia inconveniente en emprender grandes viajes y hacer inmensos gastos para adquirir algunos conocimientos más de los que se enseñaban en su propio país, Roberto marchó á Francia, y emprendió sus estudios en la universidad de París, emporio á la sazon de la ciencia, y donde algunos hombres bastante notables habian conseguido hacer brillar sus nombres con la auréola de la inmortalidad. Roberto siguió sus lecciones, aprendió sus doctrinas, y llegó á adquirir un caudal de ciencia que no era muy general en su siglo. Cuando se creyó ya bastante adelantado regresó á su patria, y en la universidad de Oxford se dedicó al profesorado, para lo cual tenia más de un título. Hallábase entónces Inglaterra mucho más atrasada que Francia, adonde recurrian todos los que querian ponerse al frente de los conocimientos de la época, marchar, por decirlo así, al par con la civilizacion. El haber aprendido de consiguiente en la uni-

versidad, era una de las circunstancias que daba grande celebridad á un profesor, y hacia que su cátedra estuviese constantemente concurrida. Sucedióle esto á Roberto, cuyo nombre fué pronto uno de los más afamados de Inglaterra, concurriendo á oir sus explicaciones los jóvenes de las principales familias, y áun los miembros más distinguidos de las órdenes religiosas; no es, pues, extraño que algunos, conocida su grande reputacion, le hayan atribuido cargos que no ejerció nunca, y supuéstole dignidades á que se habia hecho acreedor por sus méritos y laboriosidad. Pero el humilde religioso, contento con vivir para la ciencia y la virtud, no quiso apartarse nunca de sus umbrales, y á ellas sacrificó lo mejor de su vida, los momentos todos de su larga existencia. Algunas obras poco conocidas han sido el fruto de estos estudios; obras de que apénas se ha hecho cargo la posteridad, pero que son como un eslabon en la historia de la ciencia, y que contribuyeron con otras muchas á su adelanto y actual estado. Por desgracia la vida de un hombre es demasiado corta para unir uno á uno todos los hechos, todos los rasgos, todas las circunstancias, que forman la historia de una ciencia, de un arte, de la civilizacion; por eso han quedado en el olvido los escritos de Roberto Eliphat, como otros muchos, debiendo contentarnos con sus títulos, que son los siguientes: *Conclusionum ordinarium, lib. I.—Lecturas theologicas.—Commentaria in quatuor libros Sententiarum.*—S. B.

ROBERTO Eliphat (P.), agustino inglés del siglo XIV, y uno de los religiosos más célebres de su época, en que las ciencias eclesiásticas habian llegado á tomar un grado de esplendor de que acaso no ha habido despues ningun ejemplo; fué discípulo del célebre Gregorio de Rimini, al que algunos autores suponen franciscano, y el cual enseñó con mucha fama en la universidad de París. Su discípulo Roberto procuró seguir sus huellas en la carrera de las ciencias, en que hizo grandes adelantos, llegando á igualar, si no á eclipsar, á su maestro. Un profesor de una universidad no era entónces como ahora un personaje casi desconocido, de poca importancia, y acaso no apreciado fuera del círculo de sus amigos y familia. El profesorado tenia á la sazon una grande importancia, y los hombres más eminentes en las ciencias y las artes se hacian un honor en contarse en su seno. Procedia principalmente esto de la falta de medios de publicacion y circulacion. Como no se habia descubierto aún la imprenta, todos los hombres que sentian bullir en su alma el santo fuego de la inspiracion, todos los que dotados de facultades superiores se veian llamados á influir en la civilizacion y progresos de sus semejantes, no tenian otro medio de dar á luz sus ideas, de ponerlas con rapidez en el dominio del público, que la cátedra, en que enseñando de viva voz, y asistiendo gran número de personas á sus explicaciones, estas al oir sus ideas se hacian partidarios de ellas ó las impugnaban,

transmitiéndolas de ambos modos á los puntos más distantes del globo, dándolas á conocer á su siglo. Ciertamente que cuando estos personajes habian llegado á adquirir grande fama, y sus amigos ó protectores creian sus trabajos dignos de la posteridad, les aconsejaban los consignasen por escrito, lo que hacian ellos dando vida á su nombre áun despues de su muerte. Pero los manuscritos eran un medio bien lento de reproducir las ideas, y si bien aprovechaban á los siglos venideros, al suyo prestaban escasa utilidad por la dificultad de copiarlos en guarismo suficiente y de remitirlos á puntos distantes. Roberto, sabio muy célebre en su siglo y recomendado por su doctrina y erudicion, ha pasado, sin embargo, como casi desapercibido para nosotros, porque su pluma apénas se ocupó en extractar sus luminosas ideas, y la obra que de él nos ha quedado es uno de los muchos comentarios que se citan en las bibliografías, sin hacer apénas caso de ellos por su mucha abundancia y poco interés. Algunos autores suponen que fué arzobispo de Armach, en Irlanda; pero esto no se ha averiguado de una manera inequívoca. La obra que nos ha dejado es un Comentario *super primum librum Sententiarum*.—S. B.

ROBERTO DE FLAMESBURGO. Este canónigo regular de S. Agustin y penitenciario en la abadia de S. Victor, fué muy estimado por su ciencia y saber en el siglo XII. Compuso un gran penitencial, que segun Du Pin en sus *Escritores eclesiásticos* del expresado siglo, se encuentra en muchas bibliotecas.—A.

ROBERTO FLAMIGHAM (P.), franciscano inglés del siglo XVII. Nació á principios de esta época tan célebre en los fastos de una nacion que perdió la ortodoxia de sus creencias por seguir los instintos de aviesas pasiones. Flamighan, sin embargo, que conservaba en su alma puros los sentimientos de la antigua religion, que tan glorioso renombre habia dado á sus antepasados, continuó fiel á ella, la consagró su vida entera, si no con ese ardor y ese entusiasmo propio de los climas donde siempre luce el sol de la primavera, al ménos con ese celo, con ese fervor, con esa constancia más profunda y más firme todavía de las naciones á quienes las nieblas impiden dar á luz sus pensamientos, y envueltos en la pesada atmósfera de un continuo invierno, ocultan en lo más recóndito de su corazon las verdades que su alma venera, que adora en el secreto de su conciencia, y á las que, aunque con calmosa frialdad, está dispuesta á sacrificar su vida. Tales eran las disposiciones de Roberto cuando tomó el hábito seráfico; disposiciones las más á propósito para el siglo en que vivia, para la tormenta que no debia tardar en rugir sobre su cabeza. En efecto, apénas profeso, comenzó la reforma sus continuadas persecuciones, teniendo los religiosos que retirarse á las montañas y desiertos para continuar allí el culto del Señor, y salir de cuan-

do en cuando á animar á los católicos á perseverar en la fe y sostenerlos en sus necesidades espirituales. Otro de ménos decision que este religioso, hubiera desfallecido millares de veces, y abandonado su religion, al ver la vida salvaje á que se hallaba sometido, sufriendo toda clase de privaciones y padecimientos, y expuesto á todo género de peligros. Pero el catolicismo habia echado en su alma raices harto profundas, y ni el frio, ni el hambre, ni la desnudez, ni los insomnios, ni las vigilias, nada pudo desterrarle de su alma, en que se hallaba grabado con indelebles caractéres. Cuando la persecucion parecia ménos cruel y continua, salia con sus compañeros á los campos y las ciudades á repartir el pan de la palabra divina y sostener polémicas con los herejes; algunos fueron víctimas de su osado celo, y áun ignoramos si cupo igual suerte á nuestro Flamigham, de quien únicamente se sabe que murió hácia 1640, siendo citado por Wite en el *Catálogo de los escritores religiosos de la Gran Bretaña*, aunque nos son desconocidas sus obras, que sin duda se perdieron en la terrible persecucion que padecian los católicos, siendo sin embargo de suponer que pertenecerian á la controversia.—S. B.

ROBERTO LE FLUD. Este religioso dominico, llamado tambien *Perscrutator*, nació en la ciudad de Yorck, en Inglaterra, y floreció en el siglo XIV, á fines del reinado de Eduardo II, que murió en 1326, y al principio del de Eduardo III. Ocupó toda su vida en investigar lo que hubiese de más curioso en las matemáticas y en la filosofía cristiana y profana, lo que le valió el nombre de *investigador*. Algunos autores, despues de haber leido sus obras, le han acusado de mago, y se ha condenado su excesiva curiosidad con respecto á ciertos secretos contrarios á su carácter y á la profesion que habia abrazado. Sus obras se titulan: *Mirabilia elementorum.—Impresionis aëris.—Magia cæremonialis.—Mysteria secretorum.—Correctorium alchymiæ.* Estas obras, citadas por Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, debieron recogerse ó perderse, pues que ya no se encuentra ninguna.—C.

ROBERTO DE GÉNOVA, cardenal. Fué francés de nacion, muy distinguido en todo casi desde su nacimiento, y despues de una carrera brillantisima llegó á la alta dignidad de obispo de Cambrai, cuyo cargo desempeñó con grande celo y con mucho provecho de los fieles encomendados á su pastoral cuidado y diligencia; y tan exacto es que cumplió fidelísimamente su cometido, que el soberano pontífice Gregorio XI le nombró en 1371 presbítero cardenal de la Iglesia romana. Apénas recibió el nombramiento pasó á Roma á ofrecer su respeto y adhesion al Soberano Pontífice, demostrándole que nunca habia pertenecido á aquella tribu que no le reconoce por pastor, ántes él, siempre fiel á su voz, habia tenido toda su complacencia en aceptarle con la mayor veneracion. Tomó titulo, como era consiguiente, y se

le dió el de los santos doce Apóstoles. Desempeñó comisiones muy importantes en el colegio cardenalicio, habiendo sido muy acertadas todas las resoluciones que tomó. En 1378 fué elegido antipapa bajo el nombre de Clemente VII. En otra parte de esta biografía se han dado las oportunas noticias de este personaje, allí pueden esclarecerse sus hechos, é inferirse de ellos el verdadero concepto que á los ojos de la sana crítica merece el cardenal Roberto de Génova. — G. R.

ROBERTO Gervasio. Nació en el siglo XIV en Anduze, diócesis de Nimes en Francia. Tomó el hábito en la órden de Predicadores ó de Sto. Domingo, y Urbano V le nombró obispo de Senez el año 1369. Hácia el año 1388 compuso un tratado del cisma contra Juan de Lignano y Balde, que habia escrito en favor de Urbano VI contra Clemente VII, cuya obra se hallaba manuscrita en la biblioteca de Calvet. En 1385 habia compuesto un tratado titulado: *Le Miroir royal*, que se publicó á principios del reinado de Cárlos IV, el cual se hallaba manuscrito en la misma biblioteca. Segun Dupin y Echard, en sus Escritores de la órden de Predicadores, murió Roberto Gervasio el año de 1396.—C.

ROBERTO Giraldino (Fr.), trinitario y cardenal de la santa Iglesia romana. Fué natural de Irlanda, y el octavo de la Orden Trinitaria que desde su introduccion en la Gran Bretaña mereció ser investido de la púrpura cardenalicia. Ignórase en qué convento tomó el hábito de la Orden, y tampoco constan las particularidades de su vida. Unicamente se sabe que desempeñó el arzobispado de Andemarch, en Irlanda, y que noticioso de su virtud y mérito el Sumo Pontífice, le creó cardenal en el año 1402 del órden de los presbíteros, y bajo el título de S. Esteban. Murió en el año 1404, sin que consten más noticias.—M. B.

ROBERTO Greme (Fr. Alejo), religioso cartujo. Roberto Greme, con cuyo nombre era conocido en el mundo el que despues fué el esclarecido varon Fr. Alejo, nació en Escocia en el castillo de Rostourn, á una legua corta de la capital Edimburgo, siendo ilustre vástago de una de las más consideradas y nobles familias de aquel reino. Su padre, conocido con el nombre de Coronel Greme, mandaba un regimiento de dragones en las tropas activas del rey Jacobo II, al que siempre sirvió con una fidelidad probada en todas las desgracias que habia previsto sucederian, conociendo que su adhesion al servicio de este gran príncipe vendria á recaer sobre su familia. El coronel Greme por parte de padre descendia de la casa de Montrose, y era primo del famoso marqués de este nombre, á quien Cárlos I, rey de Inglaterra, dió el mando general de las tropas de Escocia contra los rebeldes, y á quien Cárlos II, ántes de llegar á ser pacífico poseedor de sus estados, le hizo caballero de la Jarretierre y generalísimo de sus ejércitos contra los mismos re-

beldes, despues de haberle llamado de Alemania, donde ejercia el cargo de mariscal del imperio. Pero fué tan desgraciado este valeroso jefe, que despues de la pérdida de una batalla, habiéndose salvado á nado, se ocultó en unos cañaverales, donde fué descubierto por un paisano. Conducido á Edimburgo, fué condenado á muerte por los parlamentarios rebeldes y ejecutado el año de 1650. Por la línea materna descendia de la familia de Milord Perth, más ilustre aún por su piedad y por lo mucho que sufrió por la religion, que por sus empleos de virey, de gran canciller de Escocia y de gobernador del principado de Gales. Apénas el jóven Greme llegó á la edad de la razon, cuando su madre, celosa protestante á la vez que piadosa cuanto podia serlo en tan falsa religion, quiso encargarse por sí misma de dirigir su primera educacion. No puso ménos esmero y cuidado en instruirle en la práctica de todas las virtudes morales, que en inculcarle los principios de su secta. En este mismo error criaba á todos sus hijos, pero por más cuidado que puso en afirmarles en su creencia, no pudo impedir que Roberto experimentase desde su más tierna infancia una inclinacion secreta y profunda á la religion católica. No tenia todavía diez años, cuando habiendo sabido que se celebraba la Misa en el palacio real de Edimburgo, corrió á aquella capilla con el mayor ardor y diligencia, con cuyo paso alarmó bien pronto á toda su familia. Su madre noticiosa del acontecimiento, le hizo presente de la manera más vehemente todo el horror de la accion que habia cometido, y que la ceguedad de su madre le hacia mirase como una impiedad y una idolatría. Empleó para disuadirle y desviarle de aquella inclinacion las súplicas, las caricias, las amenazas, todos los medios, en fin, que fueron bien inútiles para reprimir su celo. La autoridad y las amonestaciones de su preceptor no consiguieron hacerle la menor impresion, y aunque despues de aquella escapatoria, cuidó no perderle más de vista, el adolescente encontraba siempre el secreto y los medios de burlar su vigilancia para presentarse todos los domingos en la capilla del palacio. Su madre no habia querido hasta entónces valerse y hacer uso del rigor, en la inteligencia de que la devocion de su hijo era más bien que efecto de su piedad, hija de una curiosidad propia de niño; mas cuando la participó su hijo primogénito, á quien habia dado el cargo de observar á su hermano, que Roberto en cuanto entraba en la capilla tomaba agua bendita, hacia la señal de la cruz, se ponia de rodillas hasta el pie de los altares, que usaba todas las ceremonias que se acostumbran en la Iglesia católica, no le quedó duda alguna que aquel hijo queria abandonar su religion, lo que la puso tan furiosa, que no contenta con abrumarle con injurias y malos tratamientos, le mandó castigar severamente por su preceptor. Esta persecucion doméstica, léjos de conmover é intimidar al jóven Roberto, y quebrantarle el

deseo de asistir á la Misa, no sirvió de otra cosa que de hacérsele más ardiente y más asiduo para conseguir su cumplimiento. Milord Perth, que ejercia entónces el cargo de gran canciller, y que acababa de abjurar la religion anglicana, se admiró extraordinariamente al saber el valor y la perseverancia de este niño, que nada era capaz de amortiguar el ardor que manifestaba de querer dar públicas pruebas de su fe. Fué este motivo bastante para hacerle tomar la resolucion de cultivar con sus propias manos esta jóven planta, que acababa, por decirlo así, de colocarse en el campo de la Iglesia. Creyó que en cualidad de su pariente, tenia el derecho de pedírsele á su padre para criarle y educarle con sus propios hijos; en seguida le hizo la propuesta. El coronel Greme, sorprendido con una peticion tan inesperada, le dijo claramente y con franqueza que su madre era la sola encargada de la educacion de sus hijos, y que por lo tanto le suplicaba se dirigiese á ella, pues creia muy justo que su esposa tuviese la principal parte en la gracia con que los queria honrar. Milord Perth se interesaba demasiado en la conversion de su familia, para que titubease en hacer esta segunda peticion, que obtuvo todo el resultado que apetecia. Milady Perth le mandó su hijo, con la esperanza no obstante, de sacarlo bien pronto de entre sus manos, puede ser que previendo las desgracias que sucedieron poco tiempo despues, y que hicieron cambiar de aspecto á toda la Inglaterra. Verdad es que tan zelosa como era por su religion, sufrió con grande disgusto la separacion, y el renunciar á ver á su hijo; pero se consolaba con la idea de que siendo aún muy niño, tendria luego ocasion de borrar del todo en su tierno corazon y desvanecer todas las impresiones que Milord Perth hubiera podido infundirle en favor de la religion católica. Milord Perth comprendió su designio, y se dió prisa por sustraer al jóven Greme del poder de su madre para tener sobre él toda la autoridad de padre y maestro. Hecho cargo de todas las obligaciones que le imponia esta doble cualidad, miró más bien como un placer que deber, formar el corazon y desarrollar la inteligencia de un niño, que á la vez era su hijo adoptivo, su primo y su discípulo; poco trabajo le costó iniciarle en las verdades de la fe, é infundir las máximas de la piedad cristiana, en un corazon que la gracia tenia ya preparado. Por su parte Roberto correspondió tan perfectamente á estos cuidados, que bien pronto hizo notables progresos en la virtud. Muy dichoso hubiera sido, si hubiera podido permanecer siempre en escuela tan santa. Mas las revoluciones ocurridas en Inglaterra no tardaron mucho en poner al gran canciller, que estaba encargado de todos los negocios del reino, fuera de estado de poder continuar sus instrucciones á su querido discípulo. Dios quiso santificar á ambos por caminos bien contrarios á sus primeros designios: á Milord Perth por los sufrimientos y persecuciones, y al jóven Roberto por

una penitencia severa, despues de haberle abandonado por algun tiempo á los deseos desordenados de su corazon. Sería bien difícil explicar la aflicion de Milord cuando se vió obligado á emigrar de Inglaterra, viéndose imposibilitado de devolver al jóven Greme á su madre, que le reclamaba. Como estaba tan penetrado de su carácter ardiente, que dominaba á su tierno corazon, temia con fundamento que concluyese por alejarse de Dios, y que se entregase al libertinaje con tanta más pasion cuanto habia demostrado ser grande su ardor para abrazar la virtud. Para prevenir esta desgracia le exhortó á que permaneciese fiel y constante en el servicio de Jesucristo, regalándole muchos libros, que juzgó serian los más propios y á propósito para conservar su piedad y afirmarle en las verdades de la religion católica. Finalmente, les fué preciso separarse, derramando bastantes lágrimas uno y otro. Milord Perth salió de Escocia, y Roberto volvió á entrar en poder de su madre. Los temores y las inquietudes de Milord fueron sobradamente bien fundados. Apénas el jóven Greme le perdió de vista, cuando al punto se resintió su piedad y perdió su inocencia. Precisado á refugiarse con su madre en casa de uno de sus tios, que era ministro protestante, bien pronto probó con una funesta experiencia su inconstancia y su debilidad. Y á la verdad, hubiera sido casi imposible, sin una gracia extraordinaria, que un niño hubiese podido resistir por largo tiempo á las caricias de una madre, que miraba como un mérito á la vez que un deber el corromper su fe. Su tio, muy contento de tenerle entre sus manos, le concedió amplia libertad. Roberto, que entraba en la adolescencia, es decir, en el paso y trasformacion más peligrosa en la vida del hombre, no tardó mucho en tropezar en todos los escollos contra los cuales todos los jóves desgraciadamente vienen á estrellarse. Principió á relacionarse con personas de su edad y condicion, tomando parte en todos sus placeres y diversiones, no rehusando nada á sus pasiones, que eran violentas, de suerte que no viéndose sostenido por el ejemplo, ni contenido por la autoridad de un padre, cuyo lugar ocupaba Milord Perth, se abandonó insensiblemente á toda clase de desórdenes y de impiedades. Desde entónces se acostumbró á blasfemar del nombre de Dios, teniendo tanto gusto y placer en proferir estos ultrajes infames, que no los economizaba, tratando de sobrepujar en lo maldiciente á todos aquellos de sus amigos que habian contraido esta detestable costumbre. La impiedad le conducia directamente al ateismo. Ni bien era católico, ni protestante, y despreciando igualmente todas las religiones, eran ordinariamente el objeto de sus burlas y sátiras. Estos desórdenes, tan poco comunes en una edad tan poco adelantada como la suya, hacian comprender á qué extremo llegaria algun dia su libertinaje; su insolencia y su orgullo hacian que se le mirase ya como un jóven intratable, y que la sociedad no podria sufrir con

el tiempo. Su tio fué el primero á quien él hizo experimentar los efectos de aquel carácter altanero é imperioso, que tanto trabajo le costó vencer, áun despues de haberse retirado á la soledad de la Trapa. Roberto se comportaba en la casa con todo el desenfado y licencia de un soldado que vive á discrecion en su alojamiento; sin pudor, sin honestidad, sin piedad y sin razon. Siempre agitado por sus pasiones, no podia tolerar que los demás estuviesen en paz. Tan pronto maltrataba á los criados, como insultaba á los niños de la casa, sus primos hermanos. Por último, no contento ni satisfecho con perder á cada momento el respeto que debia á su tio, tuvo un dia la temeridad de hacerle un ultraje en plena sociedad, del que sin duda le impidió vengarse su carácter de ministro. Sin embargo, trató de obligar á este sobrino ingrato á que le diese satisfaccion en varias ocasiones, pero él no era capaz de darla ni humillarse, en tal grado, que necesitando una vez treinta doblones y diciéndole su tio se los daria si le pedia perdon de la ofensa que le habia hecho, permitió no admitirlos y salir de su casa ántes que someterse hasta aquel punto. Se encaminó á Lóndres, donde habiendo encontrado muchos de sus amigos y de su mismo carácter, llevó al colmo sus impiedades y sus disoluciones. No habia atropello que no le sirviese de placer y áun de un honor el cometerle, entregándose á todos los excesos que la licencia y la impunidad pueden inspirar á un jóven libertino, dirigido por su propio capricho. Parecia imposible que nada fuese capaz de sacarle de tan profundo abismo; pero Dios, que le reservaba para colocarle como un vaso de honor en su mansion, jamás le perdia de vista; hablaba á su corazon de vez en cuando; turbaba sus placeres con sinsabores é inquietudes, y muchas veces en su mayor grado de disolucion le hacia entrever las deplorables consecuencias de una vida tan criminal. Por parte de Roberto no habian desaparecido por completo las semillas de virtud que Milord Perth habia sembrado en su alma, de las que conservaba algunos restos, á la verdad insuficientes para volverle al Señor, pero que no dejaban de inspirarle bastantes veces horror por sus extravios, deseando salir de aquella falsa situacion. Esto le sucedia en algunas felices ocasiones, que, aunque raras y de poca duracion, porque Roberto amaba el exceso tanto para las buenas acciones como para las malas, ejercia obras de caridad para con sus prójimos, que pudieran llamarse heróicas, porque no se contentaba con visitar los hospitales ó consolar á los enfermos, socorriéndolos con sus propias manos, sino que tambien despues de sus limosnas, tenia el suficiente ánimo para ayudar á curar sus úlceras y llagas, y muchas veces enjugaba y les limpiaba el pus con su propio pañuelo. Asi es que Jesucristo, que promete no dejar sin recompensa aunque sea un vaso de agua fria dado en su nombre, le hizo bien pronto experimentar cuánto aprecia los actos de una ca-

ridad tan compasiva. Tocó su corazon, inspirándole vivos afectos de compuncion, y le excitó á llorar sus pecados y á que hiciese esfuerzos para romper sus cadenas. Se vió agitada su conciencia, llena de confusiones, de remordimientos y de temores, que no le permitian tener ningun reposo ni de dia ni de noche. Pero para inspirarle todavía más horror hacia el deplorable estado en que se encontraba, le hizo presente el recuerdo de aquella tranquilidad y consuelo que en otro tiempo habia disfrutado en la casa de Milord Perth, cuando llevaba una vida pura é inocente. Estos pensamientos conmovian repetidas veces á aquel jóven pecador, hasta hacerle dar algunos pasos para apartarse de sus vicios; mas sus ideas no estaban casi nunca de acuerdo con su corazon, presentándole siempre impedimentos que retardaban el entero cumplimiento de sus buenos designios, y hubiera pasado miserablemente los dias de su vida, entre la voluntad por un lado y la impotencia de convertirse por otro, si Dios para facilitarle los medios, no le hubiese inspirado el deseo de trasladarse á Francia. Roberto cedió al momento á la voz interior que le llamaba á aquel reino, adonde se dirigió, no por satisfacer su curiosidad, sino con el intento de poner su fe á resguardo en el asilo de un claustro, donde se proponia recobrar su inocencia, ejercitando los trabajos y austeridades de la vida religiosa. Para llevar á cabo este designio se detuvo bastante tiempo en Brujas para perfeccionarse en la lengua latina por un estudio concienzudo, y en la fe, recibiendo el sacramento de la confirmacion, que le administró el obispo de esta ciudad. Pasó en seguida á Nieuport en Flandes, donde habiendo fijado su atencion en una órden muy austera, desistió del deseo de llegar á Francia. Hizo gestiones por algun tiempo para ser recibido. Los religiosos de aquella Orden, que eran ingleses, no excusaron ningun medio para obligarle á permanecer con ellos; pero bien fuese por timidez, por inconstancia, ó porque todavía no se hallase con suficiente fuerza para soportar las asperezas de una Orden tan austera, abandonó enteramente aquel santo propósito. La conducta que despues observó, pudiera hacer creer que el libertinaje era la principal causa de su inconstancia, porque en vez de huir de una ciudad que le ofrecia mil ocasiones de volver á sus criminales hábitos, estrechó lazos de amistad con los oficiales ingleses de la guarnicion que toda la autoridad de su Padre y de Milord Perth, que por entónces se hallaban en Francia, no consiguieron romperlos. Los nuevos empeños que habia contraido le hicieron recaer profundamente, siendo sus faltas tanto más criminales, cuanto que Jesucristo le habia hecho gustar la uncion de su gracia. Milord, informado de los desórdenes á que se habia entregado su primo, le escribió para detenerle en aquel mal camino muchas cartas enérgicas y muy persuasivas, pero Roberto no hizo el menor caso ni de sus consejos ni de sus

exhortaciones, y hubiera perseverado siempre en su desobediencia y en su obstinacion, si el temor de incurrir en el disfavor de la reina de Inglaterra con que Milord le amenazó, no le hubiesen hecho hacer lo que el temor de Dios no pudo conseguir de su contumacia. Finalmente, despues de prolongada resistencia, se presentó en la corte de S. German; pero como tenia tan corrompido el corazon, vivió poco más ó ménos y del mismo modo que en Inglaterra y en Flandes, con la única diferencia de que profesaba exteriormente la religion católica. Sin embargo, como era uno de los que habla el Profeta, que son buenos con los buenos, y malos con los malos, á poco tuvo vergüenza de vivir en la disolucion y el desórden en medio de una corte donde podia decirse que tenian su trono todas las virtudes; á cualquier parte que dirigiese su vista, encontraba censores de su libertinaje. No pudiendo resistir al poder de los grandes ejemplos que le daba una corte tan arreglada y tan santa, renunció enteramente á la disolucion, como tambien á aquella indigna molicie en que pasaba sus dias. Entró en el seminario de Meaux, donde empleó diez meses en aprender el idióma francés y en instruirse en los deberes del cristianismo, que casi habia olvidado enteramente. Este retraimiento le sirvió de mucho para afirmarle y fortificarle en sus buenas resoluciones. Comenzó á vivir como verdadero cristiano, y léjos de emplear en sus placeres, como hasta entónces lo habia hecho, la pension que la reina de Inglaterra habia tenido la bondad de asignarle, no la empleaba en otra cosa que en aliviar los sufrimientos de los pobres, para los que siempre tuvo una ternura y un afecto particular. Estos primeros esfuerzos fueron secundados con la lectura de libros piadosos, ocupacion que habia interrumpido desde que se separó de la compañía de Milord Perth; esta lectura despertó bien pronto sus primeras ideas de retraimiento, que se habian desvanecido en Nieuport, comprendió su necesidad y se confirmó en ellas más que nunca; no le detenia más que la incertidumbre acerca de la eleccion de la órden religiosa en que debia ingresar, pero Dios quiso fijar la inconstancia de sus pensamientos con algunas gracias patentes. Le condujo como por casualidad á una posada, donde tenia costumbre de detenerse en los cortos viajes que hacia de tiempo en tiempo. Miéntras se le preparaba de comer, se paseaba en su cuarto, preocupado con su intento. Clavó los ojos indeterminadamente en un crucifijo colocado sobre un bufete. En aquel instante, como si Jesucristo le hubiese afeado sus ingratitudes y los excesos de su vida pasada, se sintió penetrado de un dolor y de un sentimiento tan profundo, que no pudo contener los sollozos y los suspiros, estallando de tal modo que fué oido en toda la casa. La hostelera, alarmada con aquel ruido, subió rápidamente á su cuarto, y le encontró trastornado sobre una silla, el cuerpo inmóvil, los ojos fijos en el crucifijo, y todo el

semblante bañado de lágrimas: sorprendida al ver un dolor tan excesivo en un jóven que siempre habia conocido de carácter festivo, le instó para que la manifestase la causa de aquella pena; pero todas sus preguntas fueron inútiles, pues no pudo sacarle otra cosa que lágrimas y suspiros. Roberto, penetrado de amor y reconocimiento por una gracia tan imprevista y tan singular, se afirmó de tal modo en su resolucion de renunciar al mundo, que nada hubiera ya sido capaz de disuadirle de su buen propósito, pero como áun en los proyectos más santos ocurre muchas veces confundir sus propias inclinaciones con las inspiraciones que se creen venir de Dios, Roberto, que conservaba todavía un secreto apego á las comodidades de la vida y á la independencia, se persuadió que Dios le llamaba á Italia y á la profesion de ermitaño. Pocas luces son necesarias para comprender que una inspiracion tan extraña á un jóven de su carácter y de su temperamento, no podia ser más que una sugestion del angel de las tinieblas, sin embargo, le pareció tan santa y tan buena, que se la participó á uno de sus amigos, religioso ingles, el cual abundó en su mismo pensamiento y le prometió seguirle él tambien. Pero este religioso habiendo hecho la noche siguiente reflexiones un poco más sólidas sobre aquel proyecto, le abandonó por completo para dirigir todas sus miras á la órden de la Trapa. Roberto, á quien á su vez dió parte de su decision, no le gustó mucho, y la rechazó como un pensamiento extravagante; sin embargo, el religioso se mantuvo firme en su parecer y se decidió á partir solo. Roberto hizo los esfuerzos posibles para detenerle, pero no pudiendo conseguirlo, prefirió mejor el seguirle que separarse de él, esperando hacerle variar de dictámen durante el camino, y tratando de inspirarle aversion á la vida de la Trapa, y conseguir se volviese con él. Por fin llegaron á aquel punto, despues de cinco dias de marcha, siendo lo mas notable, que aquel religioso, que era muy robusto y acostumbrado á largas caminatas, se hallase sumamente cansado de aquel viaje: por el contrario, Roberto se sentia tan fuerte como el primer dia que emprendió la marcha, aunque hasta entónces habia sido tan delicado y tan afeminado, que no queria viajar más que en carruaje, pues ni áun podia sufrir la agitacion de ir á caballo. Apénas Roberto sentó los piés en la casa, cuando el Señor se apoderó de su espíritu, segun la expresion de la Escritura. Se vió de pronto cambiado en otro hombre; todo le encanta, todo le impresiona; las ceremonias que observa en la recepcion de huéspedes, el silencio, la caridad que se le atestigua, y la atencion con que se les sirve y complace; pero nada hizo más efecto en su corazon, que era tierno en extremo, y mucho mas de lo que pudiera imaginarse, ni una impresion mas fuerte, que el beso de paz que los religiosos se daban mútuamente cuando se acercaban á la santa mesa. Entónces creyó oir una voz se-

creta que le decia: «Aquí es el lugar de tu reposo y descanso;» y en aquel momento mismo tomó la resolucion de no salir de allí jamás, por mucho que le debiese costar esta determinacion. No es posible pueda verse una mudanza más pronta ni más extraordinaria. Este jóven, de una delicadeza suma, como veremos á continuacion, que temblaba con solo oir las penitencias que se observaban en la Trapa, que no le condujo allí otro motivo que el de impedir que su amigo continuase en aquella idea, se halló en un momento en una situacion enteramente opuesta. Se sintió fuerte, vigoroso, animando por sus palabras y con sus ejemplos al mismo á quien habia tratado de hacer vacilar y perder el valor. Llegó á ser tan amante de la penitencia, que como si hubiese comprendido no tendria el tiempo suficiente para dedicarse á ella, quiso vivir desde el primer dia de su llegada como un religioso de la casa. Comenzó, pues, desde entónces á mortificar sus sentidos, como tambien sus apetitos, y aunque la mesa de los huéspedes se servia de un modo muy frugal, todavia encontró el secreto de superar esta frugalidad, no usando sino los manjares más simples y más insípidos; y como siempre habia amado con extremo las frutas, que habia comido con exceso, desde entónces tomó la resolucion de privarse de aquel apetito por toda su vida. Desde luego se le dió completa satisfaccion, se le admitió con su compañero á los ejercicios regulares, el cual no reconoció ya en su amigo un peligroso tentador, sino un modelo de fervor y de fortaleza. Lo primero que hizo este jóven pretendiente fué leer y aprender los reglamentos de la casa; pero aún fué mayor su cuidado y fidelidad en practicar todas aquellas reglas. Siempre estuvo muy lejos de hacer distincion entre las grandes y pequeñas prácticas; le parecian todas igualmente importantes y dignas de ser observadas con el mismo afecto y asiduidad. Esta grande y celosa exactitud, que constituye uno de los principales caractéres de los que Dios llama á su servicio en este monasterio, se la concedió el cielo á Roberto con una gracia tan especial, allanándole de tal modo el camino, que no encontró ningun obstáculo que en él pudiera detenerle; trabajos, ayunos, vigilias, silencio, cama dura, en una palabra, todas las austeridades de la casa, en lugar de parecerle impracticables, como él se habia imaginado, no le hicieron ni áun experimentar las primeras aflicciones y fatigas, que de ordinario suelen sentir las personas acostumbradas á la buena mesa, al ocio y á las delicias de la comodidad. Pero si produce admiracion ver á este jóven pretendiente recorrer la carrera de la penitencia con aquella celeridad que Dios concede á los que ensancha y dilata el corazon; no causa menor sorpresa el ver marchar por el mismo camino á su compañero, pero con paso tímido, perezoso y lánguido, que debia haberle precedido en aquella senda estrecha, adonde iba él mismo encaminado. A esta flojedad siguió bien pronto el dis-

gusto; el demonio supo aprovecharse, y le costó poco trabajo el derrotarle y vencerle. Este religioso, encontrando la penitencia demasiado austera, tomó la resolucion de volver piés atrás, y al mismo tiempo la de pervertir á su amigo, con el fin de que un cómplice de su vileza y cobardía pudiese disminuir la vergüenza. Como la obligacion del silencio no le permitia hablarle, y temia el ser oido, le escribió un billete, en el cual le manifestaba que no pudiendo soportar por más tiempo las austeridades que tan indiscretamente habia abrazado, habia resuelto salirse de la Trapa; que reconocia que habian, tanto el uno como el otro, obrado muy de ligero, y que hubieran hecho mejor prefiriendo el partido de pasar á Italia para hacerse ermitaños; que aún era tiempo de reparar aquella falta, y que no esperaba más que á él. Añadia que era una grande indiscrecion á un hombre de su regalo y finura el permanecer por más tiempo en un lugar tan desagradable y mal sano, y así era que en el poco tiempo que practicaba las austeridades, estaba enteramente desconocido. «No pareceis otra cosa, le decia, que un »esqueleto, teneis la muerte pintada en el rostro, estais tan pálido y descar»nado, que no puedo miraros sin compasion; creedme, salgamos cuanto »ántes, y vamos á buscar en Italia un género de vida más proporcionado á »la debilidad de vuestra naturaleza.» Este religioso no podia valerse de un medio más insidioso para despertar en su amigo aquella tentacion sutil y peligrosa que por sí mismo habia hecho desaparecer; pero la gracia ocupaba enteramente el corazon del jóven pretendiente, y léjos de responder á este billete, y á otros dos concebidos en iguales términos pero mas apremiantes, que le dió algunos dias despues, Roberto se presentaba con su aspecto acostumbrado, sin darle á entender que hubiese leido sus comunicaciones. Este religioso conoció que sería en vano el instarle más, pidió su licencia y se marchó confundido, al mismo tiempo que pesaroso de ver que Dios no se habia servido de él mas que para facilitar el camino de la salvacion al mismo que habia hecho tantos esfuerzos para impedir el ingreso de ambos en el monasterio. Apénas se libertó Roberto de aquel lazo, que sin duda el demonio acababa de tenderle, cuando se vió envuelto y empeñado en una nueva dificultad, de la que no salió tan fácilmente. Hacia bastantes dias que tenia pedido con las más vivas instancias el hábito de la religion, sin haberlo podido conseguir. El P. Abad, no juzgando á propósito concedérsele sin tener el consentimiento del señor conde de Perth, le escribió con este motivo; pero este caballero, léjos de acceder, respondió: «que jamás consentiria que su primo, á quien tan bien conocia su genio y su carácter, como tambien lo delicado de su naturaleza y temperamento, se entregase á un género de vida tan superior á sus fuerzas.» Nada era más prudente ni más juicioso que esta negativa, atendiendo á las disposiciones

del cuerpo y del carácter de Roberto, porque bien considerado, no pudiera creerse que un jóven de veinte años, entregado á los placeres, la molicie y la ociosidad, pudiese sostener ni áun quince dias seguidos una vida que no era más que un perpétuo ejercicio de mortificaciones y de austeridades. Sabia por experiencia que su primo habia sido en el siglo gran comedor; que cuatro comidas no le bastaban diariamente, ni impedian se quejase muchas veces de necesidad, como le habia sucedido en el seminario de Meaux. Sabia tambien que habia sido tan flojo y tan perezoso, que se hacia llevar el alimento á la cama, donde por el solo placer de dormir permanecia algunas veces hasta dos horas despues de medio dia; que su delicadeza habia sido tanta, que habiéndose un dia acostado, estando en Escocia en casa de una persona adonde fué recomendado por sus amigos, que galantemente le cedió su lecho preparado con sábanas de algodon, se quejaba al otro dia por la mañana de que no habia podido descansar. Estas fueron las principales razones que obligaron á Milord Perth á no dar su consentimiento. Efectivamente puede decirse que la vida de este jóven sumido en los deleites y en dar gusto á sus sentidos, debia ser un obstáculo invencible á la decidida resolucion que habia tomado, de abrazar un estado para enteramente mortificarlos. Su carácter y genio particular no era ménos incompatible para la profesion religiosa que las disposiciones de su cuerpo; era soberbio, inconstante, impetuoso, incapaz de ceder á nada ni á nadie, cualidades que demostró en el principio de su vida, bien ostensibles en la conducta que observó respecto á su tio, y áun en aquellos momentos dió una nueva prueba de su irascibilidad y violencia. Juzgando que Milord Perth no rehusaria el consentimiento que esperaba para mudar de hábito, consideró su negativa como una injuria, le produjo tal indignacion y cólera, que rayaba en furor. Se expresó de una manera tan altiva y tan insolente, que el maestro de novicios, que le oia con indignacion, no pudo ménos de decirle que si hubiera creido se habia de portar con tanta descompostura, no le hubiera sufrido ni dos horas en la casa. Sin embargo, su resentimiento pasó mas allá, y no se vió contento hasta que pudo desahogar por escrito toda la amargura de que estaba lleno su corazon. Pidió permiso para escribirle, lo que verificó en inglés, pero como se creyese que su carta estaria concebida en términos ménos moderados y ménos respetuosos aún que los que verbalmente habia manifestado, se mandó la tradujese un religioso inglés, profeso en la casa. Se la encontró, en efecto, plagada de expresiones tan duras y tan chocantes, que se creyó prudente el no remitírsela, porque no podia casi llevarse más lejos la insolencia y la ingratitud, sin la menor consideracion á un señor tan distinguido, al que debia infinitas atenciones; pero tambien puede decirse que este último exceso fué como el último destello de su fie-

reza y de su orgullo. El maestro de novicios, ofendido hasta el extremo al ver tanto encono é insolencia, hizo cuanto pudo con el P. Abad y el reverendo P. Decano para impedir que se le diese el hábito; hizo presente que deberia temerse que nada pudiese jamás domar un natural tan fiero y tan altivo; pero la caridad, que es en extremo paciente, no permitió al superior partir tan de ligero; la conversion de aquel jóven, á la que estaba unida la de toda la familia, le pareció un asunto demasiado importante para no procurar el buen éxito; por otra parte, divisó señales tan ostensibles del dedo de Dios, que no dudó que su infinita bondad coronaria aquella obra, porque el novicio seguia contento, amaba y le gustaba su estado, pudiendo asegurarse que para aumentar su diligencia y conatos para abrazarle, contribuyó poderosamente el exceso que acababa de cometer. Este ejemplo nos hace ver que Dios no siempre quita y de pronto á sus elegidos el carácter natural de su alma, reformando su corazon. El maestro de novicios, no viendo dispuesto al P. Abad á despedir á su discípulo, se creyó en el deber de dedicarse á curarle de un mal tan esencial cual era su grande oposicion á la dulzura y á la humildad, que son el fundamento de la profesion monástica. Con esta mira no dejaba nunca pasase ocasion alguna para humillarle; continuamente le desdeñaba y le despreciaba, tanto en particular como en público, y léjos de consolarle cuando venia á consultarle sus dudas, ó á descubrirle sus aflicciones, nunca le contestaba otra cosa sino que jamás seria propio para la religion. En una palabra, le sometió á pruebas tan duras, que parecia ponerle en la precision de salirse, ó bien de humillarse á los piés de todo el mundo. Un modo de obrar tan extraordinario, y tan desmedido en la apariencia, produjo un resultado tan maravilloso, cual nunca hubiera podido prometerse el maestro de novicios. Se vió con la mayor admiracion que este jóven tan iracundo, y tan satisfecho de su mérito y de su calidad, que no podia sufrir la menor contradiccion de ninguna persona por digna y elevada que fuese, besaba, á pesar de su soberbia, la mano de un hombre que no tenia en el monasterio más que una autoridad subalterna. Sufria todos sus malos tratamientos con una paciencia ejemplar, y desde aquel momento hasta el último suspiro de su vida, manifestó en sus procederes y conducta tanta humildad, dulzura y docilidad, cuanto hasta entónces habia justificado ser indócil, orgulloso y desvergonzado. Una mudanza tan maravillosa no dejó ninguna duda sobre la sinceridad de su conversion. Se le hizo saber á Milord Perth aquel cambio, el cual estrechado por las continuas solicitaciones de su primo y del P. Abad, por último dió su consentimiento, haciendo muchas reflexiones dignas de su sabiduría y piedad. Ya se tenia la seguridad de poderle dar el hábito, cuando le ocurrió otro contratiempo que hizo diferir la ceremonia: le sobrevino una erisipela en una pierna, que le

obligó á permanecer en la celda por espacio de muchos dias. Como se pretendia asegurarse más del estado de su corazon y de su alma, se le trató de un modo bastante indiferente para hacerle sentir el poco caso que de él se hacia. Se le hizo guardar la soledad y el silencio, y durante todo el tiempo de este retiro, que se prolongó por doce dias, no vió más persona que un hermano lego, que le curaba y le llevaba de comer sin decirle una sola palabra. Esta privacion de todo humano consuelo no le causó la menor pesadumbre; le sirvió, por el contrario, de afirmarle más en la resolucion que habia tomado de morir en la Trapa. Finalmente, despues de pasados dos meses completos de contradicciones y de pruebas las más desagradables ó repugnantes, recibió el hábito en la villa de Toussaints en 1699, con el nombre de Fr. Alejo. Tan pronto como fué revestido en el nuevo estado, se hizo muy digno de él por su conducta. El mismo encontró el mayor encanto al ver el ardor con que se aplicó á combatir los vicios, á los cuales habia estado siempre tan sujeto y tan sometido, siendo los más principales el orgullo, la sensualidad y la pereza; entónces fué cuando dirigió todos sus esfuerzos contra ellos, declarándoles una guerra irreconciliable. Principió con el primero, y como quiso arrancarle de su corazon hasta la última raíz, no perdonó ningun medio que pudiese hacerle triunfar en una empresa tan trabajosa y tan difícil. No se contentó con dirigirse á Dios con una oracion tan ferviente y continua, sino que tambien se anonadó en su presencia á la vista de sus iniquidades y miserias; unió el amor y la práctica de las humillaciones exteriores, hácia las cuales habia profesado tanto horror como aversion. No dejaba pasar ocasion alguna de degradarse á los ojos de sus superiores y de sus hermanos. Por este medio la humildad ocupó bien pronto el lugar en que se enseñoreaba el orgullo. No pasó mucho tiempo sin que se le echasen de ver efectos sensibles, por el cambio que se habia verificado en todo su exterior. Desde aquel momento no fué éste el jóven arrogante, que marchaba con la cabeza levantada, que no hablaba sino con altanería, que no miraba sino con ojos de desprecio y de indignacion á todos los que se atrevian á contradecirle; desde entónces solo fué un humilde penitente, que no podia saciarse de oprobios, de confusiones, de injurias; que tenia siempre la cabeza inclinada á la tierra, donde la mirada, el gesto, la palabra, respiraban cierto aire de dulzura y de modestia, que encantaba á todos los que se le aproximaban. El rey de Inglaterra, que le honró con su conversacion en el último viaje que hizo á la Trapa, se sorprendió y enterneció vivamente, como todos los señores que le rodeaban, al ver á aquel ejemplar religioso. Le costó mucho ménos trabajo á Fr. Alejo dominar su sensualidad, que le habia costado el domar su orgullo, porque además de que él hallaba en la frugal y comun alimentacion de la casa un recurso siempre

presente y seguro para reprimirla sin mucho trabajo, la acortaba aún más para evitar áun las menores ocasiones de tentarle, motivo que le llevó hasta privarse de las frutas, que era la única cosa que podia lisonjear su gusto, de suerte que se reducia á no disfrutar otro placer en la mesa, que aquel que el hambre, unida al cansancio, le hacia hallar en las sustancias más insípidas. El Rdo. P. Abad, atendiendo á su juventud y á la delicadeza de su temperamento, le aconsejó repetidas veces tomase por la mañana algun alimento ántes que llegase la hora de comer, y que bebiese entre comida y comida para que mitigase el calor de los pulmones, que le causaba una alteracion insoportable; pero el hermano Alejo, que se juzgaba indigno del menor privilegio, y que miraba aquellas incomodidades como medios que Dios le ofrecia para reparar los excesos de la gula, de que tanto habia abusado en el mundo, suplicó con instancia al P. Abad no le obligase á usar atemperantes, *porque no convenia*, decia, *á un pecador como él, que no debia buscar más refrigerantes que en las lágrimas de la penitencia*. Este amor á la penitencia, como tambien á las humillaciones, se hizo más manifiesto en la reparacion de una pequeña falta, que cometió muy inocentemente. Un dia, entrando en su celda en el mayor rigor del invierno, encontró en ella un pájaro medio muerto de hambre y de frio, y trató de darle de comer una migaja de pan; pero como esta accion la hizo sin permiso de los superiores, su conciencia no estuvo mucho tiempo sin acriminársela como una falta considerable. Fr. Alejo, arrebatado de tener un motivo tan legítimo de degradarse en la opinion de sus hermanos, no faltó al otro dia por la mañana en ir á acusarse en su presencia de haber robado pan en el refectorio y haberlo llevado á su celda, pero callando el uso que de él habia hecho. Esto fué lo que dió lugar al maestro de novicios, que desde luego no le pidió ninguna explicacion, para ordenarle se humillase del modo más profundo, añadiendo que no hubiera creido jamás que un novicio de la Trapa para contentar su golosina hubiese podido cometer una infidelidad tan indigna en un hombre honrado, y que merecia estar privado de comer pan durante tres dias. Fr. Alejo tomó esta amenaza por una órden, y la obedeció el primer dia con la mayor alegría y simplicidad, y del mismo modo hubiera continuado los dos dias siguientes, si no se lo hubieran prohibido los superiores, que fueron avisados que cumplia aquella penitencia, que habia sido solamente una amenaza. No fué ménos fiel para combatir, ni ménos dichoso para triunfar de la pereza, que en el mundo fué siempre su vicio dominante. Estaba tan sometido á ser esclavo suyo, que no podia resolverse á hacer el menor movimiento que pudiera fatigarle. Pudieran referirse muchos hechos verdaderos, puesto que son dictados por su propia boca; pero son tan extraordinarios, que no se les creeria por invorosímiles. Sin embargo,

no se vió apénas en la Trapa novicio más laborioso y ménos desocupado. Hizo de su vida una contínua y enlazada cadena de ejercicios, que se sucedian los unos á los otros, de tal modo que parecian todos ellos fruto de una accion. No se contentaba con practicar con una exactitud escrupulosa los que prescribian las reglas del monasterio, sino que tambien se obligó á una regla especial para sus lecturas, oraciones y para las misas que debia celebrar ó ayudar, disponiéndolo de tal suerte, que no dejaba ningun momento de hueco en el tiempo. Jamás se le vió ocuparse de su persona, ni indeciso para determinarse á lo que debia hacer. Las vigilias nunca le parecieron excesivas, ni los trabajos bastante penosos. El fervor con que se conducia y obraba no impedia para que siempre se le viese infatigable, y lo que pareceria más increible, despues de la pintura que se ha hecho de su flojedad y de su delicadeza, es que cavaba á veces más que podian hacer dos religiosos; siempre se mezclaba entre aquellos de sus hermanos en quienes conocia tenian ménos fuerza ó ménos aptitud para el trabajo, á fin de ayudarles de vez en cuando con sus brazos, sin faltar sin embargo á lo que correspondia á su tarea particular, ejecutándolo con tanta destreza y facilidad, que se le hubiera creido fuese un hombre dedicado á las labores desde sus primeros años. Era igual para todos los trabajos que pedian vigor y actividad; y como no media siempre su celo con arreglo á sus fuerzas, sobre todo cuando habia que transportar maderos, piedras ó arena, se cargaba en términos que aquellos pesos hubieran abrumado á cualquiera otro que no fuese él; y ciertamente hubiera sucumbido bien pronto, si los superiores no hubiesen fijado su atencion en aquel exceso, y no le hubieran recomendado la moderacion. Un fervor tan diligente y activo en los ejercicios corporales, no impidieron ni causaron interrupcion á los ejercicios interiores de su piedad; porque miéntras sus manos se hallaban ocupadas en remover la tierra ó en transportarla, su espíritu estaba siempre ocupado del cielo y unido á Dios, divirtiendo su imaginacion con algunos pasajes de la Santa Escritura, y principalmente con los salmos, que habia tenido gran cuidado de aprender de coro. Así es que las ocupaciones de más distraccion, léjos de ser un obstáculo á su recogimiento y á la oracion, por el contrario, le servian de preparacion, y no sentia nunca mayor placer que cuando los trabajos que la precedian habian sido continuos y muy penosos. De este modo Fr. Alejo, que consideraba su cuerpo como un esclavo, siempre dispuesto á rebelarse, supo reducirle perfectamente á un estado del que nada tuvo que temer. No habia transcurrido aún el sexto mes de su noviciado, cuando comenzó á sentir que no estaba dotado de una complexion que pudiera sufrir por mucho tiempo el yugo de una penitencia tan rigurosa. Llegó á verse sujeto dia y noche á unos sudores muy molestos, que parecian dis-

minuir sus fuerzas insensiblemente, pero no su valor y decision. No fué ménos exacto en el cumplimiento de sus deberes, que fervoroso en sus trabajos y en la mortificacion de sus sentidos; por el contrario, como preveia que acabaria bien pronto la carrera de su vida, creyó debia redoblar sus esfuerzos para condensar en el poco tiempo que habia de vivir todo lo que hubiera de adquirir, tanto en virtudes como en méritos, en el curso de una vida más dilatada. El primer paso que dió para conseguirlo fué el abandonarse sin restriccion alguna á las órdenes de sus superiores en todo lo respectivo á las necesidades del cuerpo. Esta conducta le libertó de todas las inquietudes y distracciones que abruman á los religiosos imperfectos, que quieren reservarse algun derecho sobre su salud y su vida; por este medio se halló con la disposicion necesaria para trabajar con suceso en la santificacion de su alma, sin temer nada que pudiera distraerle de este objeto tan principal. En aquellos casos la oracion era su ocupacion favorita; no contento con emplear en ella casi todo el dia, empleaba en el mismo ejercicio una buena parte de la noche, siendo la ocasion más propia y oportuna para llorar sus pecados, y á ejemplo del Profeta bañaba el lecho con sus lágrimas. Habia recibido de Dios este don hasta tal punto, que no podia aunque quisiera detener el curso de su llanto. Bien fuese en la oracion, bien que ayudase á las Misas, ó que cantase las divinas alabanzas, derramaba continuamente las lágrimas con igual facilidad; sin embargo, como durante el dia estaba á la vista de sus hermanos, hacia todos los esfuerzos posibles para contenerlas; pero durante la noche sin este temor las dejaba correr libremente, hasta que el sueño le cerraba los ojos. Los novicios que se acostaban próximos á Fr. Alejo, no tardaron mucho tiempo en apercibirse que pasaba las noches en otra cosa más bien que en dormir. Como sus celdas no estaban separadas más que por delgados tabiques de tablas, el menor lamento, el menor suspiro que se le escapaba despertaba á sus vecinos, cuya causa ellos mismos publicaron muchas veces. Fr. Alejo, confundido de una publicidad que á otro religioso ménos humilde no le hubiera inquietado demasiado, hizo todo lo posible para moderarse, pero casi siempre inútilmente. Un dia el maestro de novicios le dijo que porqué continuaba interrumpiéndole el sueño y tambien á sus hermanos; y le respondió con la mayor bondad que bien quisiera que su llanto y sus suspiros no molestasen á persona alguna, que aunque tenia una grande necesidad de llorar y de gemir sin cesar, procuraria abstenerse por complacerle. «Pero ¿qué quereis que haga? añadia; me despierto de noche de vez en cuando, y el primer pensamiento que se me ocurre es que he ofendido á Jesucristo, á quien he crucificado un millon de veces, cuyo recuerdo me hace experimentar los efectos tan grandes de su misericordia; y este pensamiento se junta al recuerdo del

proceder tan lleno de amor, que ha tenido hácia mi desde mi más tierna infancia; mis crímenes y mis ingratitudes se presentan al mismo tiempo á mi imaginacion. Todo esto comprime mi corazon, y me aflige de tal modo, que no puedo desahogarme más que por mis lágrimas.» Siendo lo más sorprendente, que este espíritu de compuncion que siempre le dominaba, léjos de hacerle parecer triste, meditabundo y abatido, le inspiraba una alegría extraordinaria y continua, la que saltando del corazon como de un manantial, parecia derramarse por su semblante y por todas sus acciones; disposicion de ánimo que conservó hasta el último momento de su vida. Así es que nadie ha probado mejor que este siervo de Dios la verdad de la sentencia de un antiguo Padre de la Iglesia, á saber, que las lágrimas de la penitencia encierran una alegría tan espiritual, lo mismo que el panal de cera contiene á la miel. Fr. Alejo tuvo gran cuidado, no solamente de conservar este don tan precioso, sino tambien de acompañarle de todas las virtudes correspondientes á la santidad de su profesion. Su humildad era profunda, su obediencia ciega, rápida, pronta; su piedad, tierna y sólida; su caridad para con sus hermanos no tenia límites. La adhesion que tenia á los superiores era sincera, cordial é inalterable. Finalmente, el amor que profesaba á Jesucristo era tan vivo y tan ardiente, que no podia pensar en aquel divino Señor sin derramar un torrente de lágrimas. Su corazon, abrasado en este fuego divino, no le concedia casi momento de reposo durante las noches; y confesó al maestro de novicios que dedicaba una buena parte de ellas á llorar sobre un pequeño crucifijo, que llevaba siempre pendiente del cuello. Este extraordinario amor que tenia al divino Salvador le inspiró para el sagrado sacrificio celebrado en los altares una devocion tan tierna y señalada, que si quiere creérsele, no se hubiera jamás ocupado de otra cosa que de decir misas y ayudarlas. Pueden juzgarse las gracias que Dios le dispensaba en este sublime acto, por la indiferencia, ó mejor dicho, disgusto que le producia el tener que ocuparse del mantenimiento del cuerpo. Se enajenaba de gozo cuando los sacerdotes seculares pedian el decir misa miéntras comia la comunidad; nunca faltaba á ayudarles, dispensándose con este motivo, y sirviéndole de pretexto para no acudir á tomar su alimento en la segunda mesa. Aquella se apercibió de aquel piadoso subterfugio, y el maestro de novicios, que no perdia ninguna ocasion de humillarle y de contradecirle, le prohibió que ayudase á las misas durante un mes, género de mortificacion que le fué casi insoportable. A pesar de todo, Fr. Alejo no se aplicaba de tal modo á su propia santificacion que descuidase la de su prójimo. Como su caridad no era ménos católica que su fe, se extendia indiferentemente á todo el mundo. Por esta causa destinaba todos los dias una hora á la oracion particular, recomendando en ella á Dios las necesidades

de sus prójimos; pero nada le preocupaba más ni deseaba tanto de corazon, como la conversion de los dos séres de quienes habia recibido la vida. Efectivamente, nada más parecia faltarle para completar su dicha que el consuelo de ver á su padre y á su madre abrazar la religion católica; por lo tanto no escaseó medio alguno para obtener de Dios el beneficio de este cambio. Le ofrecia en todos los instantes del dia sus lágrimas, sus gemidos, sus oraciones, aumentando los trabajos y rigores de la comun penitencia con algunas austeridades particulares, todo hecho con tanta humildad y fervor, que por último el Señor escuchó y atendió á sus deseos. El coronel Greme, que desde su estancia en Francia y en la corte de S. German manifestaba mucho desvío á la religion católica, bien porque creyese no podia en conciencia renegar de aquella en que habia sido educado, ó bien porque le detuviese un falso punto de honor, no pudo resistir por más tiempo á la inspiracion de la gracia que le excitaba y hacia desear ver á su hijo en la Trapa. Milord Perth le dió una carta de recomendacion para el anciano abad, en la cual expresaba en su conclusion, que deploraba la desgracia de este caballero, que no tenia ninguna religion, y por último exclamaba: «¡Plegue á Dios que el aire de la Trapa pueda desengañarle, y que el ejemplo de su hijo le encamine á mudar de parecer.» Este ardiente deseo fué mirado bien pronto como una verdadera prediccion. El coronel Greme no fué tan pronto el avistarse con su hijo Fr. Alejo, cuando obrando la gracia de concierto con los deseos de este hijo virtuoso y amable, vió las tinieblas de su corazon y de su alma disiparse en un instante. La mudanza prodigiosa que se habia obrado en aquel hijo de bendicion, le pareció un milagro tan sensible y tan evidente, que se vió obligado á confesarse á si mismo, que no podia ser otra que la religion verdadera la que habia podido hacer de un jóven libertino, impio, colérico, impúdico y blasfemo, un hombre casto, dulce, piadoso, en una palabra, un humilde penitente. La conviccion de su entendimiento llegó al punto hasta su corazon, y salió de la Trapa sumamente resuelto á entrar en el seno de la Iglesia romana, determinacion que ni por condescendencia, ni por la adhesion que tenia á su príncipe, hubiera jamás tomado, á no obrarse este prodigioso cambio en sus ideas. Tan pronto como volvió á S. German trató de instruirse en el catolicismo. La gracia se hizo de tal modo señora de su corazon ántes de despedirse de la Trapa, que la verdad penetró en su alma sin combate y sin oposicion. Se le manifestó con todos sus encantos, y desde luego la hubiera abrazado con todas las ceremonias prescriptas por la Iglesia, si el deseo de hacer la abjuracion de sus errores en las manos del abad de la Trapa, no le hubiese hecho diferir la ejecucion por seis meses, es decir, el tiempo que faltaba hasta el dia en que su hijo habia de pronunciar sus votos solemnes. Habien-

do llegado este término, el coronel Greme se dirigió á la Trapa, acompañado de dos Rdos. PP. Capuchinos, de los cuales uno era su hijo primogénito. No hacia más que dos dias que el anciano Rdo. P. Abad habia terminado sobre la ceniza la penosa carrera de la vida mortal, tan santamente como desde luego se la habia procurado. Al siguiente dia hizo su abjuracion en las manos del nuevo Rdo. P. Abad, á la conclusion de la misa mayor, y en la cual Fr. Alejo habia pronunciado sus votos á presencia de toda la comunidad, de Milord el conde de Perth y de otros muchos personajes. Para el conde hubiera sido el dia mejor de su vida y el más colmado de gozo y alegría, si la reciente muerte del Rdo. P. antiguo Abad no se la hubiera moderado; y en efecto, se afectó tanto más de esta perdida, cuanto se habia lisonjeado al partir de San German, de tener todavía el consuelo aunque no fuese más que por aquella vez, de conversar con un sujeto tan santo á quien profesaba verdadera amistad y la mayor consideracion y aprecio. Hacia mucho tiempo que lo deseaba vivamente, pero no pudo poner en ejecucion su proyecto por impedírselo el honor que le hizo el rey de Inglaterra, confiándole la educacion de su hijo el príncipe de Gales. Pero nada fué más á propósito para dulcificar su pena y sentimiento, como la conversion sincera del coronel Greme, su primo, y sobre todo la profesion de Fr. Alejo, cuya piedad, dulzura, humildad y valor le sorprendieron hasta tal punto, que no hallaba términos para expresar su admiracion. Así como tambien contribuyó al gran consuelo que tuvo al ver renacer y fructificar todas las semillas de virtud que en otro tiempo habia sembrado en el tierno corazon de este hijo pródigo, afectándole en términos, que miró todos aquellos beneficios como la recompensa de todos los cuidados que habia tenido en su educacion. Por mucha satisfaccion que le cupiese á Fr. Alejo por haber contribuido á que su padre fuese un hijo humilde de la Iglesia, el recuerdo del estado desgraciado de su madre, que aún vivia en Escocia, sumergida en las tinieblas del error, le impedia disfrutar todo el fruto de esta conquista. No se apartaba de su mente el designio de procurar á su madre la misma dicha, y al efecto pidió permiso al P. Abad para escribirla: como estaba lleno y penetrado de las gracias y bendiciones que acababa de adquirir en las aguas de su segundo bautismo, empleó para persuadirla y para convencerla todas las expresiones que la ternura natural de un hijo, purificado por la gracia y sostenido por una imaginacion viva y ardiente, puede inspirar en sentimientos y palabras capaces de impresionar el corazon de una madre. Dios no quiso concederle en este mundo el consuelo que hubiera tenido al saber el éxito de una carta tan enérgica y tan patética, ni la llegada de su madre á Francia, que bien pronto fué seguida de su conversion, con el objeto de que la incertidumbre en que estaria sobre su estado le conservase siempre en el temor y

en la humildad. Fr. Alejo, despues de haber hecho todo cuanto pudo para procurar la vida del alma á aquellos de quienes habia recibido la vida del cuerpo, no pensó más que en hacer un santo uso de su silencio y de sus dolencias, ó por mejor decir, á prepararse á la muerte cuya cercanía presentia. Hacia más de seis meses que estaba persuadido de que sobreviviria muy poco á su profesion. Con efecto, algunos dias despues se vió atacado de una fluxion al pecho, acompañada de gran fiebre y de todos los accidentes que hacen sea mortal esta dolencia en un clima tan mal sano como era el de la Trapa; y á pesar de la gravedad no dejó su paso acostumbrado, siguiendo á la comunidad en todos los ejercicios de penitencia y de regularidad, evitando siempre con maña todos los alivios que se le querian proporcionar; de este modo continuó hasta el primer domingo de cuaresma, en la cual se vió obligado por las órdenes del P. Abad á retirarse á la enfermería. Apénas estuvo en ella, á los pocos dias la fiebre y la tos se le aumentaron de tal suerte, que se creyó que no pasaria de la cuaresma. Fray Alejo, que tambien estaba en la misma idea, atestiguó su alegría, y no olvidó nada por hacer para ponerse en estado de comparecer delante de Dios con entera confianza. Debe notarse que al principio de su noviciado, no encontrándose, por decirlo así, bastante sujeto por aquella multitud de reglamentos, que no dejan á los religiosos, sino muy pocos momentos de desahogo de que puedan disponer, aún todavía queria hacer una regla para la distribucion de aquel poco tiempo, y los ejercicios en que debia ocuparse. Se le presentó é hizo aprobar al maestro de novicios, no llevando más fin ni más objeto que la obediencia fuese la que únicamente dirigiese todas sus acciones. Aun durante esta enfermedad siguió y observó inviolablemente esta regla, de manera que jamás se halló desocupado. La oracion, el trabajo manual, la lectura de obras santas, el rezo del oficio divino, se sucedian constantemente unos á otros sin interrupcion en el mismo órden y en iguales horas; pero fué de suerte, que no contando entre el número de estos ejercicios el de calentarse para librarse de la accion del frio, pasó tres meses en la enfermería sin aproximarse á la lumbre, y solamente dos ó tres veces por obedecer al enfermero que se lo mandaba. Sin duda por esta fidelidad y exactitud tan constante en el cumplimiento de todos sus deberes, mereció recibir de la bondad de Dios el mayor beneficio á que podia aspirar un enfermo de su especie, es decir, el que le inspirase un ardiente deseo de terminar sus dias, acompañado de una paz profunda y una completa confianza en la misericordia de Dios. Aunque trató, por los medios que estuvieron á su alcance, de aliviarse y restablecerse, no se pudieron impedir los progresos de la fiebre, que cada dia era más violenta y devoradora. Como su extremada debilidad hacia temer que pudiese sucumbir cuando ménos se esperase, se le adminis-

traron los últimos sacramentos. Quiso, á ejemplo de sus hermanos, irlos á recibir á la iglesia, pero tuvo el dolor de no poder satisfacer por su pie este deseo, y le tuvieron que conducir en una silla, pues la grande opresion y fatiga le impedia dar un solo paso. Desde aquel dia la debilidad se aumentó notablemente á la par que se agravaron los demas síntomas. Se vió reducido á tan extrema languidez, que no podia ni un momento permanecer sentado sin desmayarse, triste situacion que le obligó á guardar cama seis semanas, á pesar de la gran falta de fuerzas, que hizo creer no podia vivir ni cuatro dias. Seria dificil explicar la alegria y la paciencia con que sufria, no solamente todas las molestias y accidentes de su enfermedad, sino tambien las que le ocasionaba la dureza de su jergon en su descarnado cuerpo, cuya continua impresion le produjo consecuencias insufribles, porque como constantemente tenia abundantes sudores tanto de dia como de noche, y estaba tan seco y tan demacrado que podian contársele todos los tendones y vasos, cubiertos únicamente por la piel, se llenó de ulceraciones en todos los puntos salientes, y algunos dias ántes de su muerte, se le mudaron en unas manchas de mal aspecto, principalmente en los sitios sobre los cuales estaba echado, que no dejaron duda de su índole gangrenosa. Con todo eso, bien léjos de quejarse ni manifestar el menor disgusto ó sufrimiento, siempre se vió su semblante dulce y risueño, que daba á conocer que sus padecimientos eran lo que ménos le ocupaba en este mundo. Esta igualdad de ánimo y la tranquilidad de su alma, no fueron las únicas virtudes de que dió pruebas en todo el curso de su enfermedad. No contento con considerarse como el más despreciable y el último de los hombres, quiso que se le mirase como á tal, y que siempre se le tratase en aquel concepto; virtud tanto más rara, puesto que sucede muchas veces, que nuestro orgullo que nos inclina á abatirnos y humillarnos, no puede sufrir sino con disgusto y sentimiento que otros se atribuyan este derecho. En los momentos en que experimentaba los más sensibles dolores, y era más extrema su debilidad, suplicaba con vivas instancias á los enfermeros, que acudiesen y prefiriesen las necesidades de sus hermanos á las suyas, y que le sirviesen el último. Con este motivo uno de los enfermeros le dijo un dia, que si creia tener más virtud y paciencia que los demás; á lo que el siervo de Dios contestó: «No es por eso, caro hermano, sino porque siendo yo el más defectuoso y miserable de todos, son por lo tanto más dignos de vuestros cuidados y de vuestra atencion, y tambien por ser sus necesidades más apremiantes que las mias.» Esta humildad y esta caridad se manifestó todavia, cuando habiendo sido atacado de un flujo de sangre que le duró hasta la muerte, hubo precision de trasladar á otra parte á los enfermos que estaban en su sala, temiendo que el mal se les comunicase. No manifestó la menor inquietud ni disgusto de verse solo

en un estado en que á cada instante tenia tanta necesidad de la asistencia de alguna persona para moverse y mudar de posicion; y el mismo temor de incomodar á un enfermo que habia querido permanecer cerca de él para asistirle en las ausencias de los enfermeros, hizo que le suplicase repetidas veces se fuese: «Salid, querido hermano, le decia en un tono lleno de reconocimiento y de ternura, estais bastante delicado, y yo no soy digno de que se me asista con tanta solicitud.» Pero su ardiente caridad se manifestó mucho más en una accion que pudiera llamarse el colmo de esta virtud, pues que segun la palabra del mismo Jesucristo, nadie puede dar una prueba más señalada de amor, que el que da su vida por la de sus amigos. Habia en la sala de Fr. Alejo ántes que se le presentase el flujo de sangre un enfermo que se hallaba á los últimos. El enfermero que estaba siempre á su lado, pasó por unos momentos á una habitacion inmediata. En este intervalo el enfermo tuvo necesidad de algun servicio. Fr. Alejo, que vió no estaba el enfermero, saltó al punto del lecho para ir á prestárselo. Se hallaba á la mitad de la sala cuando volvió el enfermero, el que sorprendido al verle levantado y sin baston, lo primero que creyó es que estaba delirante, y le preguntó qué era lo que iba á hacer: «Queria, le respondió Fr. Alejo, socorrer á mi hermano que me llama.» Y como el enfermero le hiciese presente que se exponia á espirar en el camino, el siervo de Dios le replicó suspirando. «¡Ay de mi! pues no soy digno de morir sirviendo á Jesucristo en la persona de mis hermanos.» Debe advertirse que hacia ocho ó diez dias que se hallaba postrado con una debilidad tan grande, que eran necesarias dos personas para moverle é incorporarle en la cama, desmayándose y desvaneciéndose muchas veces en los mismos brazos de los que le prestaban este servicio. Si esta accion hace palpable su amor y ternura á sus hermanos, no manifiesta ménos el poco caso y el desprecio que hacia de la vida. Así es que puede asegurarse que su deseo de la muerte fué tan grande, que no era posible llevarle á mayor grado. No podia evitarse que se informase continuamente, y con santa inquietud, si aún le quedaba mucho tiempo de vida, echándose de ver en su semblante ó la alegría ó la tristeza segun la respuesta que se le daba favorable ó contraria á sus conatos y deseos. Un dia le dijo el enfermero, que tenia demasiadas ganas de morir, pero que iba á suplicar á Dios le prolongase la vida. Fr. Alejo, alarmado con aquel deseo, le respondió llorando: «Y yo voy á suplicarle que no os escuche, porque vuestro ruego se volveria en pecado, segun las palabras del profeta.» Finalmente, este deseo de la muerte le dominaba de un modo tan extraordinario, que le hizo cometer una falta considerable que la sinceridad impide disimular. Hacia algunos dias que su inapetencia le producia el mayor disgusto y aversion á toda clase de alimentos. El enfermero dispuso

darle una noche una yema de huevo que le fortificase y facilitase el sueño. Al otro dia por la mañana advirtió el buen efecto que le habia producido, y temiendo que aquel recurso no le prolongase la vida, suplicó al enfermero no se la volviese á dar, añadiendo que le habia molestado bastante. En el mismo instante reconoció su falta, é inmediatamente envió á buscar al reverendo P. Abad, y le confesó con el mayor dolor y sentimiento que el deseo de morir le habia hecho pronunciar una gran mentira, que pedia perdon á Dios, y que esperaba obtenerle, porque el ardor que tenia de unirse prontamente al Señor para siempre no le habia permitido reflexionar sobre lo que acababa de decir. El P. Abad, despues de haberle impuesto una ligera penitencia, tomó ocasion de su falta para hacerle ver que este gran deseo de la muerte podria ser muy bien un efecto de su amor propio más bien que del amor de Dios, cuyos movimientos deben ser siempre tranquilos, moderados y sometidos á sus órdenes, como en efecto habia lugar de temer en aquel caso, no lo fuese de demasiada presuncion. Los superiores le manifestaban algunas veces que no comprendian cómo tenia la temeridad de desearse la muerte con tanto afan, porque le decian: ¿Creeis que diez y ocho meses de penitencia bastan para expiar el infinito número de pecados que habeis cometido, y de las burlas impias que habeis hecho de los sagrados misterios de nuestra religion, áun despues de haber conocido la verdad? Todavia añadian algunas reflexiones más fuertes procurando moderar su ardor; pero todo cuanto pudieron decirle no fué capaz, ni de debilitar su confianza, ni de amortiguar aquel ardiente deseo de la muerte de que estaba poseido. Respondia á los unos, que á la verdad temia á un Dios cuyos juicios tremendos habian hecho temblar á los más grandes y eminentes santos; pero que creeria hacer un gran agravio al mérito de la sangre de Jesucristo, si no se entregaba y abandonaba ciegamente entre los brazos de su misericordia. Á los otros contestaba, que era verdad que habia tenido la desgracia de haber ofendido á Dios con un millon de crímenes, y con la mucha burla que habia hecho de la religion católica; pero que su bondad era infinitamente mayor que sus pecados, y que desde que se retiró á la Trapa, no habia cesado de llorar noche y dia y de hacer penitencia. De todos modos son dignos de la mayor admiracion los altos juicios de Dios, relativamente á los santos á quienes ha dispensado su gracia y beneficios. Hanse visto sugetos en el mundo de una perfecta inocencia, y despues de haber hecho en la religion penitencia por muchos años, y sufrido por último con la mayor resignacion y conformidad dolores y prolongados padecimientos, con todo eso no han dejado de temer muchas veces los juicios de Dios, hasta venir á caer casi en el desaliento y en la desconfianza; y Fr. Alejo, por el contrario, despues de una juventud manchada con todo género de

crímenes, y una penitencia de muy poco tiempo, tenia una confianza tan firme y tan constante en su misericordia, que nada era capaz de conmover: lo que hace juzgar que no son las vidas dilatadas, ni las más austeras penitencias, las que lavan y borran los más grandes pecados, sino un grande amor: *Remittuntur ei peccata multa, quoniam dilexit multum.* Así puede decirse que Fr. Alejo habia amado á Dios con toda la vivacidad y toda la amplitud de su corazon, y que su conversion no habia sido solamente, como dice Isaías, tan profunda como habian sido sus extravíos, sino que tambien pueden aplicársele las palabras de otro profeta: «Vuestro espíritu os ha conducido á extraviaros, alejándoos de Dios; pero cuando volvais á él de nuevo, volvereis á buscarle con un ardor diez veces mayor.» El venerable prior, que habia sido su padre maestro, queriendo asegurarse de si este gran deseo de la muerte estaba fundado en una verdadera humildad, le dijo que era necesario hiciese una pública confesion de todos sus pecados. Esta propuesta tan dura y tan humillante le causó una alegría tan grande, que no tuvo reposo hasta que no consiguió el permiso de hacerla. El Rdo. P. Abad para calmarle, se le concedió con la condicion que no la haria hasta que no se le echase sobre la paja. Pero Dios se contentó con la disposicion de su corazon, como se verá en seguida. Este dia tan deseado llegó por fin. La muerte, con la cual puede decirse que Fr. Alejo se habia familiarizado hacia mucho tiempo, le pareció todavía más bella de cerca que le habia parecido de léjos. Por último, se le puso sobre la ceniza. Viéndose en aquella situacion con tanta más alegría, cuanto que esperaba allí mismo hacer la confesion pública de sus pecados como lo habia prometido; pero habiendo terminado las oraciones de los agonizantes, se halló de tal modo sofocado por la abundancia de flema que ocupaba su pecho, que no pudo ejecutar su designio. Tuvo que contentarse con hacer entender con palabras entrecortadas que deseaba ser enterrado fuera del cementerio. Conservó sobre la paja la confianza y tranquilidad que se se le habia observado durante su enfermedad. Pero nada es más admirable que el verle á las puertas de la muerte con aquellos contínuos transportes de alegría; tan pronto abrazaba á sus hermanos, como les apretaba la mano con una sonrisa agradable, que les hacia conocer bastante bien la seguridad en que estaba de que iba á poseer una vida infinitamente mejor. De modo que no puede hacerse una comparacion más propia de su estado, que aquel en que se encontrase un favorito, el cual despues de un largo destierro se viese llamar por su príncipe, para colmarle más que nunca de sus gracias y favores. Despues que la comunidad se retiró, un novicio inglés que se habia quedado, le preguntó qué debia hacer para que tuviese buen éxito su vocacion. Fr. Alejo le respondió con estas solas palabras: «Sed fiel á Dios, mi querido hermano, y Dios os

será igualmente fiel.» Tres ó cuatro horas ántes de morir tuvo una crísis violenta, que durante dos horas le causó la mayor agitacion y desasosiego, y luchaba como un hombre que le faltaba el aliento y que hacia los mayores esfuerzos para desembarazarse de lo que se lo impedia. Como los dolores le apretaban terriblemente, no pudo ménos de desaparecer de su semblante la alegría y el agrado que le eran naturales, pero esta mudanza no se extendió hasta su corazon. Invocaba á Dios sin cesar, diciéndole: *In manus tuas commendo spiritum meum.* Nada era más edificante que las oraciones que dirigia á la Vírgen Santísima, que siempre habia sido despues de Jesucristo el objeto de su amor y de su piedad. La llamaba en su auxilio, y repetia sin cesar las palabras que se hallaban en su oficio: *Maria Mater gratiæ, Mater misericordiæ, tu nos ab hoste protege, et hora mortis suscipe.* Por último, cesaron sus convulsiones, su rostro tomó su acostumbrado aspecto de dulzura y de serenidad, y el Rdo. Prior le preguntó en qué disposiciones se hallaba para presentarse á la presencia de Dios: «En una disposicion, le contestó, de amor y confianza, sin ningun temor á sus juicios, por el contrario, me hallo en el colmo de la alegría, á la vista de la dicha que se me prepara.» Aseguró en seguida que desde su conversion habia tenido á Jesucristo siempre presente, y que no encontraba términos para manifestar el reconocimiento en que rebosaba su alma por todos sus favores. Todavía empleó como media hora para hacer actos que indicaban su grande amor á Dios, y en dar á Jesucristo crucificado todas las señales de la más tierna piedad; abrazó repetidísimas veces una imágen de la Vírgen Santísima, que cuidó conservar estrechada en su mano. En estas disposiciones tan dichosas y tan dignas de envidia, quedó dormido con el sueño de los justos el dia 21 de Mayo de 1701, siete meses ménos nueve dias despues de su profesion, y á la edad de veintidos años. Su carrera fué muy corta, pero en ella dió las más aventajadas pruebas de su grande ardor religioso, y de una fidelidad constante y perfecta, viéndose exenta de las debilidades y contratiempos, que las vidas más santas tienen el trabajo de combatir, cuando son de larga duracion. Hé aquí la distribucion del tiempo que Fr. Alejo hacia diariamente, escrita por él mismo. «Tan pronto como la campana me dispertaba, me persignaba, me levantaba y recitaba el versículo, *Deus in adjutorium meum intende*, etc.; con el *Gloria Patri*. En seguida recitaba otros muchos versículos sacados de los salmos, hasta que llegaba á la puerta de la Iglesia, como por ejemplo: *Media nocte surgebant ad confitendum tibi super judicia justificationis tuæ. Adolescentulus sum ego, et contemptus*, etc. Y en entrando en la iglesia decia: *Introibo in tabernaculum ejus, adorabo in loco ubi steterunt pedes ejus.* En pasando delante del Santísimo Sacramento: *Omnis terra adoret te Deus, et psallat tibi.* Durante la oracion que se hace des-

pues de los maitines de la Vírgen Santísima, me ocupaba en dirigir mis pensamientos y en ofrecer á Dios todo lo que pudiera hacer en el discurso del dia, en union de todo lo que ha hecho y sufrido Jesucristo en este mundo, como tambien lo que han hecho y padecido los santos que estan en el cielo. Me unia igualmente á las intenciones de la comunidad y de los superiores para obtener de Dios la conservacion de los beneficios que ha tenido á bien dispensar á este monasterio por los cuidados del Rdo. P. Abad, hasta el fin de los siglos, en toda su fuerza é integridad. Le suplicaba tambien derramase su gracia sobre nuestros superiores, segun su necesidad; que proporcionase á los profesos los medios más convenientes para cumplir exactamente todos sus deberes, y que diese á los novicios y á los legos el verdadero espíritu de S. Benito, y la perseverancia en su vocacion. Cinco horas despues, hasta la de prima, destinaba á la lectura de las vidas de los Santos Padres del desierto, despues del tiempo que empleaba en aprender los salmos. Desde el capitulo hasta la hora del trabajo rezaba las oraciones que se hallan al final de nuestra regla, es decir, dos oraciones á la Vírgen Santísima en forma de ofrenda para todos los dias, y otra á S. Benito. Desde el trabajo hasta la Misa mayor, leia un capítulo de la regla, de la imitacion de Jesucristo. Despues de comer, leia la explicacion de la regla, hecha por nuestro Rdo. P. Abad, en que empleaba muy cerca de media hora, y si quedaba algun tiempo hasta la hora de siesta ó sosiego, leia el oficio del dia; por ejemplo, el oficio de la Santísima Trinidad para el domingo, el del Espíritu Santo para el lunes, el martes el oficio de Sta. Ana, el miércoles el oficio de S. José, el jueves el oficio del Santísimo Sacramento, el viernes el oficio de la Sta. Cruz, y el sábado el oficio de la Inmaculada Concepcion de nuestra Señora. Despues del trabajo y de haber comido hasta vísperas, leia el libro intitulado: *Práctica de la perfeccion cristiana y religiosa.* Despues de cenar, hasta completas, me dedicaba á la contemplacion, como igualmente todos los dias de ayuno despues de la colacion. En seguida, y desde la oracion que se hacia concluidas las completas, examinaba todo lo que habia hecho y obrado durante el dia, y pedia á Dios perdon de todas las faltas que hubiera podido cometer, rezando á continuacion las letanías de la Vírgen Santísima. Despues de la oracion continuaba recomendándome á mi buen Angel de la guarda y á los santos á quien tenia más devocion. En cuanto me acostaba, pensaba en las bondades de Dios, en mis miserias, y algunos más pensamientos que me excitaban á la compuncion, hasta que llegaba el momento de quedarme dormido. Para los dias de comunion, ocupaba en la oracion todo el tiempo desde prima hasta el primer toque á Misa mayor, es decir, de seis horas hasta siete y tres cuartos, y si no me lo impedian mis superiores ú otros quehaceres, hubiera continuado, como se

verificaba muchas veces, una hora despues de vísperas.» Inútil es el hacer reflexiones sobre el método consignado en este escrito, echándose de ver en todo él el espíritu de Dios; pero lo que no puede ménos de confesarse al leerle, es que una vida tan santa y tan perfectamente ocupada no podia concluir sino por una muerte igualmente santa, y tan dichosa como lo fué la de este bienaventurado religioso.—A. L.

ROBERTO GRIME (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra, sin que conste de qué punto, y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Roosens, pasando luego á estudiar á París en la famosa universidad de la Sorbona, en donde se graduó de doctor. Fué varon de grande talento, suma actividad y mucha inteligencia para la expedicion de toda clase de negocios; por lo cual, habiéndose suscitado en su provincia algunas cuestiones y diferencias, fué nombrado procurador particular en Roma, para que las sostuviese y defendiera. Cumplida su comision volvió á Inglaterra, quedando la Orden tan satisfecha de la puntualidad y exactitud con que llenára su cometido, que en el primer capítulo celebrado despues de su regreso, trataron de nombrarle ministro provincial, á lo que se resistió tenazmente, habiendo por lo tanto necesidad de nombrar otro, puesto que él preferia á todo cargo y dignidad, y más que el desempeño de los públicos negocios y el logro de las distinciones, el retiro de la humilde celda de su convento, en donde se dedicó á escribir varias obras, especialmente comentarios sobre la Sagrada Escritura, que no han llegado hasta nosotros. Cuando la provincia aguardaba mucho de sus aciertos, fué asaltado de una repentina enfermedad y falleció en su convento Roosense el dia 18 de Julio de año incierto, á fines del siglo XV. Dejó escritas las siguientes obras, únicas de que se tiene noticia: cuatro libros de *Comentarios sobre los Evangelios*; —cinco de *Sermones varios*.—M. B.

ROBERTO GRINEO (Fr.), trinitario. Era escocés y pertenecia á una familia de distinguido linaje. Tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el Real convento de Aberdeen, de donde salió despues de profeso para estudiar en la universidad de Cambridge, en la que siguió su carrera hasta graduarse de doctor. Distinguióse miéntras permaneció en la mencionada universidad por su erudicion y su talento, haciéndose notable por la claridad con que proponia y resolvia las más graves cuestiones científicas, siendo muchos los que acudian solo por el gusto de oirle argumentar y defender las proposiciones que él ponia ó que le daban. Vuelto á su provincia y convento, entregóse completamente al estudio y cultivo de las letras. Falleció en el antedicho convento de Aberdeen el dia 22 de Octubre de 1288, dejando escritas las siguientes obras: tres libros *sobre las Epístolas de S. Pablo*; —dos *sobre el Maestro de las Sentencias*; —uno de *Sermones para todo el año*.—M. B.

ROBERTO Grosse-Teste. Fué este prelado llamado *Capito* en latin. Nació en fines del siglo XI en Inglaterra, de padres pobres, en el país de Sufole. Hizo grandes progresos en las ciencias, y á su vuelta á Inglaterra despues de un viaje que hizo á Francia, fué recibido doctor de Oxford, y pasó por el primer teólogo y el filósofo más docto de su época. En un principio se le concedió el archidiaconato de Leicester, y en 1235 el obispado de Lincoln. Llenó dignamente las funciones de su alta dignidad, y el tiempo que le quedaba libre, le empleaba en componer obras y en conferenciar con los literatos de los que fué decidido protector. Se opuso con energía á las exigencias de la corte de Roma y de los monjes sobre la jurisdiccion de los ordinarios, y se indispuso con el papa Inocencio IV sobre una dispensa que habia concedido este Papa para un canonicato de la iglesia de Lincoln. Compuso muchos discursos en los que con la mayor energía reprende el desarreglo de los eclesiásticos, y algunas cartas que imprimió Mr. Brown en el segundo volúmen del *Fasciculus rerum expetendarum*, publicado en Lóndres en 1690. En 1652 se imprimió en Lóndres unas obras de este autor *De observaciones legales*. Hizo un *Comentario sobre las obras atribuidas falsamente á S. Dionisio Areopagita*, de la que se imprimió en Strasburgo en 1502 lo perteneciente al libro de la teología mística. Tradujo tambien en latin el *Testamento de los doce Patriarcas*, que se imprimió en París en 1549 y en la Biblioteca de los Padres, traducida en francés á principios del siglo XVIII. En las bibliotecas de Inglaterra se hallan muchas obras del mismo autor, entre otras un tratado de la confesion; otro sobre el matrimonio; sobre el deber pastoral; constituciones sobre la penitencia; una obra de piedad titulada: *El Ojo moral;* otra denominada *La Doctrina del corazon*; un libro de meditaciones; un tratado sobre los artículos de la fe; otro sobre los preceptos del Decálogo y varias cartas y sermones. Tambien fué autor de varias obras profanas, á saber: *Compendio de la esfera;* impreso en Venecia en 1504, y su *Comentario sobre los analíticos de Aristóteles;* Venecia, 1504, 1537 y 1552. A la erudicion y la ciencia hermanó este autor una gran piedad y un celo tal vez demasiado vigoroso. Segun Possevino, en su *Aparato Sacro*, Du Pin en su *Biblioteca de autores del siglo XIII*, y Balæus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, murió este sabio prelado el año 1253.—C.

ROBERTO Harlo (Fr.), trinitario. Fué natural de Escocia y tomó el hábito trinitario en el convento de Grenach, del que pasó á estudiar á la universidad de Oxford, obteniendo en ella el grado de doctor. Vuelto á su provincia, desempeñó el cargo de segundo ministro, y fué varon infatigable en el estudio, y muy versado por lo tanto en el conocimiento de las sagradas letras. No salió nunca de su convento de Grenach, donde falleció el dia 9 de Mayo del año 1309, dejando escritas las siguientes obras: dos libros del

Antecristo; — seis *sobre el profeta Ecechías*; — cuatro *sobre el Cántico de los Cánticos*; — nueve *de los Sacramentos de la Iglesia*. — M. B.

ROBERTO Helphistonio (Fr.), trinitario y cardenal de la santa Iglesia romana. Fué el quinto que obtuvo en la Orden la honra de ser agraciado con la púrpura cardenalicia, desde que la religion Trinitaria se introdujera en la Gran Bretaña. Nació en Escocia de una nobilísima casa, y tomó el hábito de la antedicha Orden Trinitaria en el convento de Aberdeen. Estudió en Oxford, y habiendo obtenido el grado de doctor, volvió á su convento. Manifestando en él además de su ilustracion y sabiduría un despejo natural para el manejo y desempeño de los más árduos é intrincados negocios, el rey de Escocia Alejandro III le nombró su confesor, porque sobre todas las antedichas cualidades poseia una virtud á toda prueba y una angelical pureza de costumbres. Habiéndose suscitado un grave negocio, el Rey le envió como embajador extraordinario cerca del sumo pontífice Urbano IV, quien quedó muy satisfecho de sus relevantes prendas. Ascendido á la sede pontificia Gregorio X, á instancias del soberano le nombró cardenal en la creacion hecha el sábado de las témporas de Pentecostés, del año 1290, con el título de S. Pedro Advincula. Antes de recibir el capelo, como el Rey se hallaba tan agradecido á los buenos servicios que le prestára, habiale presentado y héchole nombrar obispo de la diócesis Brechinense, en la que se portó con tanta mansedumbre, que generalmente era llamado el Obispo humilde, dictado que acreditó más con su sencillez y piedad despues de su ascension al cardenalato. Fué muy distinguido por su saber, así en la cátedra y en el púlpito como en el cultivo de toda la literatura. Murió el dia 13 de Octubre del año 1279, siendo enterrado en su iglesia Brechinense en un magnífico sepulcro, sobre el cual se colocó un elegante epitafio latino. De las muchas obras que escribió, solo se conserva memoria de las siguientes: un libro *sobre el profeta Oseas*; — otro *de los Angeles*; — tres que comprenden varios *tratados de Teología*. — M. B.

ROBERTO Herberto (Fr.), trinitario y cardenal de la santa Iglesia romana. Fué el sétimo de los que tuvieron la honra de ser investidos con la púrpura cardenalicia despues de la introduccion de la Orden Trinitaria en Inglaterra y demás reinos de la Gran Bretaña. Nació en Irlanda, en la ciudad de Korkagia, y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de dicha poblacion. Descubriendo dotes naturales y muy aventajadas para el estudio de las ciencias, la religion le envió á estudiar á la universidad de Oxford, en la que fué graduado de doctor. Era estudiosísimo, y salió predicador tan elocuente y tan sabio expositor de la Sagrada Escritura, que por fruto de sus exhortaciones no solo conseguia dejar admirados á los oyentes, sino que arrancaba muchas almas empedernidas de las garras del pecado,

Teniendo noticias de su virtud y sabiduría el sumo pontífice Bonifacio VIII, le llamó á Roma, deseoso de conocerle y comunicarse con él, satisfaciendo de este modo el deseo que aquel distinguido varon tuvo siempre de rodearse de todos los sabios del mundo. Desde su primera entrevista le tomó notable afecto, y quiso honrarle como su mérito pedia. Dedicóse nuestro Roberto á estudiar la lengua italiana y llegó á poseerla tan á fondo, que parecia su idioma nativo. Valiéndose de esta circunstancia predicó al pueblo romano, mereciendo los más grandes aplausos y con notable aceptacion de cuantos le escucharon. Evacuó tambien muchas y muy graves consultas que le encargaron los principales personajes y tribunales de la capital del mundo cristiano, y trabajó tanto en servicio de la religion, procurando adquirir almas para el cielo, que el Soberano Pontífice hasta lo sumo agradecido, y deseando premiarle, le creó cardenal diácono con título de *Santa María in Cosmedi*, en las témporas de Adviento del año 1297. Elevado á tan distinguido puesto, y cuando el colegio de cardenales esperaba que su ilustrado compañero les honrase por mucho tiempo, cuando el Sumo Pontífice creia gozar largos dias los consuelos de su amistad, congratulándose del nombramiento que hiciera, cayó enfermo de mucha gravedad en Formis y falleció el dia 1.° de Octubre de 1299. Fué sepultado en el convento de Trinitarios, titulado de Sto. Domingo, y sito en la mencionada poblacion de Formis, colocando su cadáver en una magnífica tumba, la cual, habiéndose arruinado este convento, fué descubierta en el año de 1572, hallándose el cuerpo intacto. Dejó escritas las siguientes obras: *Sobre los Salmos de David*, nueve libros.—*Sobre el Maestro de las Sentencias*, ocho.—*Sobre el Cántico de Zacarías*, uno.—*Sermones dominicales para todo el año*, nueve. Todas estas obras, que fueron escritas en Roma, las recogió despues de su muerte el P. Procurador general de la provincia de Irlanda, depositándolas en la biblioteca del convento de Atharia, donde se conservaron por espacio de muchos años con gran cuidado y esmero, siendo consultadas con frecuencia por los sabios.—M. B.

ROBERTO Heaveo (Fr.), trinitario y arzobispo de Dublin. Fué natural de Escocia, de ilustre familia y el sétimo que tuvo la honra de ascender á la silla arzobispal, desde que la Orden Trinitaria se hallaba introducida en la Gran Bretaña. Tomó el hábito de la mencionada Orden en el real convento de Aberdeen, y fué á cursar las ciencias en la universidad de Oxford, donde hizo muy rápidos progresos, hasta recibir el honorífico grado de doctor. Vuelto á su provincia, y atendiendo á los méritos de su ilustracion, confiriéronle varios empleos honoríficos en la Orden. Fué definidor y ministro provincial de Escocia, vicario general de Dania, y por último, el Rey le presentó al sumo pontífice Clemente V, quien teniendo en consideracion

su ilustre cuna y su profunda sabiduría, le creó arzobispo de Dublin, en Irlanda, el año 1306, en reemplazo de Ricardo Ferings, que le desempeñaba y que falleció á su regreso de Roma. Poco disfrutó Fr. Roberto tan honrosa distincion, pues falleció en el año 1309. Aunque el mencionado Roberto no consta como arzobispo de Dublin en el catálogo que escribió de ellos Jacobo Waseo, no admite género alguno de duda la identidad de la persona y del cargo, porque consta que lo desempeñó por documentos y noticias incontrovertibles y fehacientes. La causa de tal omision pudo nacer de varios orígenes, segun afirman graves autores, no siendo la menor, segun dice el P. M. Figueras en sus Anales de la Orden Trinitaria, que aún se conservan manuscritos; el no haber residido Roberto los tres precitados años en la capital de su arzobispado por haberle nombrado el antedicho Clemente V inquisidor general de Irlanda, para entender en este país en la causa que, como en todos los demás países de la cristiandad, se nombró para averiguar los crímenes de los Templarios. Comprendiendo Fr. Roberto toda la importancia de semejante destino, y haciéndose cargo de que el servicio de la fe exigia grandes sacrificios, teniendo como tenia tan bien organizada su diócesis, no tendria reparo en abandonar por algun tiempo el cuidado de sus ovejas, para dedicarse al cumplimiento de las penosas obligaciones que el mencionado cargo le imponia. Waseo, pues, al consultar las antiguas memorias de la iglesia de Dublin, hallaria el vacío de tiempo que Roberto faltó de la silla para atender á la Inquisicion, y no le incluiria en el catálogo de sus arzobispos, creyendo ser más honrado y superior el título de inquisidor, que efectivamente, por serlo, solo se daba á los cardenales y legados: pues bajo este concepto le incluyó en el catálogo de los inquisidores. De todas maneras, ningun género de duda debe caber de que Fr. Roberto Herveo fué arzobispo é inquisidor, y que despues de una meritoria y ejemplar vida, obtuvo del Señor una tranquilidad envidiable para lanzar el postrimer suspiro, dicha solamente concedida á los que justamente vivieron en el mundo.—M. B.

ROBERTO Hildestorio (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra, de la poblacion del mismo título que le sirve de apellido, y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Honslow. Siguió la carrera literaria en la universidad de Oxford, siendo uno de los más célebres doctores de su tiempo. Fué varon muy distinguido por su virtud y su talento, y habiendo merecido el aprecio general de los magnates y personajes notables, así políticos como religiosos, fué agraciado con diferentes cargos honoríficos. Desempeñó con aceptacion notable y con general aplauso, á la vez que con sumo acierto, los oficios de ministro en varios conventos, y el de provincial últimamente. Desengañado del mundo y deseando gozar la tranqui-

lidad del alma, retiróse á una pequeña celda de su convento de Honslow, donde entregado á la oracion y al estudio, vió llegar el término de sus dias, falleciendo el 24 de Octubre del año 1460. Fué consultado, áun despues de vivir en el retiro, por graves personajes sobre muy árduos negocios. Enterráronle en la sala capitular del convento, poniendo sobre su sepulcro una bien labrada losa con un epitafio latino, conmemoratorio de su virtud, su talento y su ilustracion, á la vez que de su modestia; pues aunque en vida se le ofrecieron muchos y muy distinguidos puestos y honores, fueron más los despreciados que los admitidos. No se encontró en su celda cuando ocurrió su fallecimiento otra alhaja que un santo Crucifijo, ni más utensilio que su tarima, su mesa y su tintero. Dejó como fruto de su trabajo las siguientes obras escritas todas ellas en el retiro del claustro: *Sermones sinodales, un libro.—Epístolas á varios sugetos, uno.—Sobre todas las epístolas de S. Pablo*, cinco libros.—*Sermones de Santos*, tres libros.—*Sobre todos los Salmos de David*, nueve.—M. B.

ROBERTO DE HORS, religioso premostratense contemporáneo de Roberto Abolanz, pero que habitaba en el priorato de Auxerre, llamado de nuestra Señora de Hors (fuera de los muros), cuya casa dependia entónces de la abadía de S. Marien. Créese que fué este religioso al que Guillermo de Seignelai, simple dean á la sazon de Auxerre, castigó haciéndole azotar en el capítulo de Auxerre, y encerrar en S. Marien para ayunar á pan y agua, por haberse distinguido entre los que no quisieron observar el entredicho impuesto por el mismo Guillermo, dándole mayor castigo, porque á la sazon era el prior del monasterio. De este prior, al que atribuyen algunos la crónica de Auxerre, que es de Roberto de Abolanz como dijimos en su artículo, se conoce la obra titulada: *Tradition de l'eglise d'Auxerre*; impresa en 1719.—C.

ROBERTO HUNDESLAO (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra, del pueblo de donde tomó su sobrenombre, no léjos de la ciudad de Lóndres. Fué segun la mayor parte de sus hermanos en religion, alumno de la universidad de Oxford, y uno de los más célebres doctores que en su tiempo salieron de ella. Aplicóse á la predicacion desplegando tal elocuencia y facundia, que cautivaba la atencion de los sabios y de los indoctos, logrando sacar notable fruto de sus evangélicos discursos. Viendo cuánta era la gracia que Dios le habia concedido para ganar y reducir almas, se entregó completamente á tan santa ocupacion, y fueron innumerables los pecadores que sacó del cenagal de la culpa, tanto por la palabra como por el ejemplo de sus virtudes y de su intachable vida. Fué nombrado ministro provincial de Inglaterra, y despues vicario y comisario general de toda la Gran Bretaña. Manifestó sumo celo por el esplendor de su instituto, y así poniendo

gran cuidado en que todos los recursos asignados para la redencion de cautivos se destináran estrictamente á este objeto, conminando con graves penas á los infractores, logró reunir tantas cantidades para aumentar el fondo de las redenciones, que la Orden pudo arrancar de los hierros de la esclavitud una multitud de infelices todos los años, logrando admirar al mundo con el ejemplo de los inmensos servicios que á la causa de la humanidad prestaba tan piadosa y caritativa fundacion. Uno de los medios que adoptó Fr. Roberto para que no se distrajesen los mencionados fondos, fué mandar que anualmente se llevase de cada provincia á cada caja general de la Orden el producto de sus colectas respectivas. Hizo además otras importantes reformas, encaminadas todas al bien general, mereciendo por ellas el nombre y dictado de santo varon, esclarecido en virtud y letras. Murió en 30 de Agosto de 1439, y fué sepultado en el convento de Trinitarios de la ciudad de Lóndres, donde accidentalmente se encontraba. Su cadáver fué colocado en un honroso sepulcro, en la sala capitular del mismo convento, poniendo sobre la tumba un elegante epitafio latino. Dejó escritas las siguientes obras. *Teología moral;* cuatro libros.—*Sermones sinodales;* uno.—*Epístolas á diversos asuntos;* uno.—M. B.

ROBERTO HYENENSE (P.), religioso capuchino del siglo XVII. Nacido en Italia, en la época de la reforma, este sacerdote, que fué en su época un gran predicador, pasó la mayor parte de su vida dedicado á la conversion de los herejes, que en gran número llenaban no solo las regiones de la Helvecia ó Suiza, sino tambien del Piamonte. A ambos países enviaban los capuchinos continuas misiones, y ciertamente que en el último consiguieron su objeto, reduciéndole aunque á costa de peligros y trabajos al seno de la Iglesia católica. El P. Roberto fué uno de estos misioneros apostólicos, que llenos de celo y fe atravesaron las montañas, recorrieron los valles, penetraron en las ciudades, y ya disputando con el profundo y astuto filósofo, ora enseñando al rudo y sencillo campesino, consiguieron millares de triunfos tan gloriosos para la Iglesia como celebrados en su siglo. No contento con esto Roberto, aún escribió contra los herejes, y su obra es una especie de historia de los errores de su tiempo, errores que desde la cuna del cristianismo vienen extendiéndose hasta nuestros dias con más ó ménos profusion, con aparentes colores, pero siendo siempre los mismos en el fondo, atacando idénticas verdades, sosteniendo las mismas máximas, condenando los propios dogmas. Seria muy útil y conveniente una historia de los errores de los hombres bajo este aspecto; la originalidad que se ha pretendido dar á las que existen, bajo el pretexto de una imparcialidad que se halla muy léjos del ánimo de sus autores, las ha dañado en vez de favorecerlas, puesto que si se hubiera manifestado lo que hay de comun entre

una y otra doctrina, la semejanza del protestantismo moderno con los iconoclastas y otras herejías del siglo III y IV, se veria lo que el espíritu humano ha adelantado ó atrasado en este punto, se podria hacer su historia, de que carecemos, y se llegaria á probar de una manera incontestable, si la sociedad marcha siempre adelante en indefinido progreso, como sostienen algunos autores, si permanece siempre inmóvil sin salir de un determinado círculo, ó si se repite en épocas determinadas, como suponen los partidarios de algunas escuelas. Este estudio tan interesante daria grandes resultados, haria brotar la verdad del abismo del error, y para él seria muy útil la obra de Roberto Hyenense titulada: *Veritates orthodoxæ, contra errores Hæreticorum nostri tempore*; impresa en Florencia en 1662.—S. B.

ROBERTO JENISONE (P.), jesuita inglés, nació, segun la Biblioteca de la Compañía, en Dunel en 1590, entrando á la edad de diez y siete años. Manifestó desde luego las mejores disposiciones para su sagrado instituto, siendo uno de los defensores más ardientes contra la herejía con que contó entónces la culta Inglaterra. Es difícil asegurar si vivió este religioso en este país ó en Francia, donde publicó la única obra que de él se conoce, pues el laconismo con que le citan los autores que de él han tratado nos impide dar un fallo decisivo en este punto, además de que siendo constante pasó la mayor parte de su vida consagrado á sostener polémicas con los herejes por haber sido destinado principalmente al ejercicio de la predicacion, es muy probable viviese en Francia más bien que en Inglaterra, pues en aquel país era donde entónces habian logrado los hugonotes algunas aunque momentáneas ventajas sobre los católicos, que á su vez supieron reevindicar tan enérgica como vigorosamente sus legítimos derechos. El nombre de su adversario, que latinizado, parece mas bien inglés que francés pudiera dar lugar á la duda; pero debe tambien advertirse que los calvinistas franceses procedentes de diversos países, no siempre pertenecieron á la nacion en que sostuvieron sus doctrinas, ántes bien á ella vinieron con el objeto de trasplantar las nacidas en climas bien lejanos, encontrando acaso eco, porque la moda en este como en otros puntos ha conseguido muchas veces triunfos momentáneos, introduciendo innovaciones, no solo inútiles sino tambien perjudiciales, que han combatido ventajosamente contra las antiguas costumbres, tanto por la influencia que tiene siempre la novedad, como porque cansados de aquellas los hombres y conociendo sus desventajas sin apreciar sus buenas condiciones, han querido abandonarlas para probar mejor fortuna. Tal ha sido una de las principales causas de la introduccion de las herejías en muchos países católicos, causas que ha sido harto difícil combatir á los misioneros, que expusieron para ello muchas veces su existencia, no consiguiendo siempre los resultados que seria de desear, ántes

bien viéndose perseguidos muchas veces y sufriendo toda clase de tormentos y áun la misma muerte, como ya hemos dicho. En cuanto al P. Jenisone sábese que se consagró constantemente á la predicacion, obteniendo los mejores resultados en gran número de conversiones, y cuando su palabra no fué suficiente para conseguir su santo objeto, tomó la pluma y escribió diferentes obras, de la que solo ha llegado hasta nosotros la que lleva el título de *Ocularia*, escrita contra la *Viam tutam* de Hunfredo Lyndi, é impresa en Ruan en 1631 en 8.°—S. B.

ROBERTO JORKERT (Fr.), trinitario. Fué natural de Escocia. Perteneció á una familia de ilustre linaje y tomó el hábito de la Santisima Trinidad en el convento de la ciudad de Aberdeen; manifestando notable ingenio y aficion á las letras, fué enviado á estudiar á la universidad de Oxford, donde adelantó tanto, que en ménos años que otros pudo alcanzar el título de doctor en sagrada teología, debiendo advertir que en su tiempo no se prodigaba el grado antedicho como en el presente, graduándose solo aquellos á quienes se conceptuaba útiles y hábiles para la enseñanza, asi como para recibir las primeras dignidades eclesiásticas. Vuelto á Escocia Fr. Roberto y no pudiendo vivir en la tranquilidad de la religiosa casa, porque llamaba extraordinariamente su atencion el estudio y el deseo de ilustrarse, trató de volver á Oxford, pero sus hermanos de religion, conociendo cuánto valia, no permitieron que se marchára y rogaron al provincial le detuviese entre ellos. Aun cuando era muy jóven, como la inteligencia superaba á la edad, hiciéronle ministro de su convento. Portóse en este cargo con tanta prudencia, cordura y exactitud, que no necesitó pasar muchos años sin llegar á viejo para ser nombrado provincial. Desplegó tanto celo por el santo instituto de la redencion, que hizo renuncia del cargo de provincial á fin de asistir á dar libertad á los cautivos, y aunque sufrió mil trabajos, penas y disgustos, tuvo el consuelo de rescatar por sí mismo dos mil quinientas personas. Brindáronle muchas veces con empleos y puestos honoríficos, á lo cual contestaba siempre que ni áun la corona de Escocia aceptaria, porque le causaba más satisfaccion y colmaba más su deseo el ir á prestar consuelo á sus cautivos y sufrir penalidades con ellos. Padeció bastantes tribulaciones y disgustos en el trascurso de las redenciones; pero en medio de sus penosas tareas fué tan aficionado á las letras y tan amante del trabajo, que escribió una multitud de obras, habiendo llegado hasta nosotros los títulos de algunas de ellas. Murió por fin tranquilamente en su convento de Aberdeen, el dia 18 de Enero de año ignorado, hácia la mitad del siglo XIII, y fué enterrado en la iglesia del mencionado convento, poniéndose en su sepulcro un honrosísimo epitafio. Hé aquí los títulos de las obras que los cronistas han podido recoger y conservar. — *Miserias de los cautivos*, seis li-

bros. — *Ilustres Redentores de la órden de la Santísima Trinidad*, cuatro libros. — *De Cristo, verdadero Redentor*, tres libros. — *Sermones de María Santísima del Remedio.* — *De la Encarnacion del Señor*, un libro. — *Sobre la Epístola de S. Pablo á los Romanos*, un libro.—M. B.

ROBERTO DE KENDALL (S.), trinitario. Este santo varon, honra y lustre de la religion Trinitaria en Inglaterra, fué natural de la pequeña aldea de Kendall, junto á Karenesburgo. Sus padres, aunque pertenecian á una clase muy humilde, tan humilde que casi tocaba en los límites de la pobreza, eran muy piadosos cristianos, y nada ambicionaban en el mundo, nada pedian á Dios con tantas veras como el tener sucesion. Lograron su deseo á fuerza de oraciones, y sintióse embarazada la madre de Roberto, siendo su embarazo una mezcla de satisfacciones y dolores. Presintiendo el comun enemigo de los hombres que en el niño que iba á nacer tendria un poderoso contrario, y que sería uno de sus mas acérrimos antagonistas, no perdonó medio ni arte para procurar el aborto, ya haciendo dar frecuentes caidas á la madre, ya atormentándola el espíritu con falsas noticias cuando su marido se hallaba ausente, ya en fin infundiéndola graves enfermedades que ponian en gran riesgo su existencia. Con tales precedentes, tanto el padre y la madre como los deudos y vecinos, daban por perdida y malograda la criatura. Mas como el Señor la favorecia, dió á luz felizmente la privilegiada criatura sobre quien habian de caer todas las bendiciones del cielo para causar la admiracion y el asombro del mundo. Salió, pues, á luz un robusto y hermoso infante, al que se impuso en la bautismal pila el nombre de Roberto, en obsequio y memoria de su abuelo paterno que se llamaba así. No desistió de su propósito el enemigo por la primer derrota sufrida, sino que inventó nuevas trazas y buscó nuevos ardides para destruir la obra de Dios, que tanto furor y rabia habia de ocasionarle en adelante. Como la madre se habia empeñado en criarle, el demonio la envió una enfermedad que casi la privó de la leche. Mas á pesar de esto, crióse el infante con un escaso alimento tan hermoso y robusto, que todos convinieron en que allí se obraba un verdadero milagro. Viéndose atajado tambien por este camino el infernal astuto dragon, recurrió á otro extremo y se apoderó del niño, infundiéndole, cuando solo contaba seis meses, tal desasosiego y tan mal humor, que pasaba llorando las noches y los dias, causando notable pena y angustia á su madre, que para entretenerle y acallarle le daba algunos juguetillos, que él, furioso como un energúmeno arrojaba léjos de sí, sin que nada bastára á entretenerle. Cierto dia no encontrando la madre otra cosa con que acallarle, le dió un rosario bendito que tenia varias medallas de la Santísima Vírgen. Fué tanto lo que con él se entretuvo el niño, que desde entónces hasta el último dia de su vida el rosario fué su delicia y su único

recreo, olvidándose muchas veces hasta de tomar el preciso alimento para contemplar aquel objeto precioso. El ejercicio del padre de Roberto era pastor, y apacentaba los ganados de un poderoso señor, teniendo á sus órdenes gran número de sirvientes repartidos en diferentes majadas. En cuanto el niño cumplió cuatro años, llevósele consigo para aplicarle á su oficio y que se adiestrase en compañía de los demás pastores, para desempeñar algun dia sus faenas. Fué Roberto por espacio de mucho tiempo el entretenimiento de aquellas gentes, así por la agudeza y talento que en tan tierna edad demostraba, como por lo devoto que era de la Santísima Vírgen, cuyas alabanzas estaba repitiendo sin cesar. Teniendo cada dia notable aumento los ganados, tal vez porque, como dice el cronista de Roberto, el cielo bendecia el terreno que su devoto y predilecto siervo pisaba, fué necesario adquirir nuevos pastos y dividir las majadas, y no siendo posible al padre llevar consigo el tierno niño á todas partes, dejóle en compañía de un anciano y virtuoso pastor, que se encargó de su cuidado y de su educacion al mismo tiempo, enseñándole la doctrina cristiana, infundiéndole amor á la virtud y apego á las sanas costumbres, logrando el niño Roberto, merced á su buen natural y santas inclinaciones, hacer tantos progresos, que no echó de ménos á su padre, ni le hicieron grande falta sus lecciones para adelantar en la virtud. Infundióle con su doctrina el buen pastor respeto á las prácticas religiosas, amor á Dios y afectuosa devocion al ángel de su guarda y á los santos intercesores entre la Divinidad y el hombre. Referiale la vida de los bienaventurados, sus mortificaciones y penitencias, y tanto inflamaban estos ejemplos la tierna y fervorosa imaginacion del niño, que deseando imitar lo que oia, tejió un silicio de esparto y compuso unas disciplinas, ejercitándose en estos actos á hurto del pastor, su maestro, temiendo que le estorbase aquella devota ocupacion. Habiéndole enseñado el anciano á leer, así que estuvo bien impuesto, procuró hacerse con un libro que contuviese alabanzas de Dios; y aunque en su tiempo, época de los manuscritos, era tan difícil y costosa la posesion de un libro, logró adquirir un devocionario cuyas oraciones rezaba siempre de rodillas cuando se hallaba solo con e ganado, pidiendo á la Santísima Trinidad, y poniendo por intercesora á la Vírgen María, que le guiase por el camino de su agrado y lo librára de toda ocasion de pecar. Cuando despues se reunia con los otros pastores, su conversacion no versaba más que sobre lo que habia leido, logrando de este modo sacar los oyentes gran provecho de la conversacion. Sabiendo ya leer correctamente, quiso aprender á escribir; mas como en el campo no era fácil adquirir papel y tintero, escribia con un carbon sobre las piedras lisas y blancas, llegando á perfeccionarse tanto, que cuando le fué posible escribir sobre papel, dejó absortos y admirados á los más hábiles maestros. Es-

tos, que casi podian llamarse prodigios, atendidos los medios de instruccion con que Roberto contaba, le granjearon el aprecio y estimacion general, venerándole todos como un futuro santo, pues por su conducta se le tenia como tal y se le conceptuaba digno del más profundo respeto. Era humilde en sumo grado, obediente á todos, y no daba por lo tanto motivo de queja ni lugar á disputas y cuestiones con los demás. Practicaba los ejercicios de piedad con gran cuidado, observando los ayunos de la Iglesia, ayunando además todos los sábados del año en honor y reverencia de la Santísima Vírgen María. Algunas temporadas pasaba al pueblo de su naturaleza á recoger lo necesario para el sustento de las majadas, y estar algunos breves dias al lado de su buena madre. En estas ocasiones invertia su tiempo en la iglesia, en la oracion y la lectura de su devocionario, sin que el amor de la madre ni las solicitudes de sus amigos y parientes fueran bastantes á distraerle de sus santas ocupaciones, ni le obligáran á intimar el trato y comunicacion con los demás; por cuya razon, viéndole tan devoto y retirado, dieron en llamarle *el Santo*. Pasó en esto á mejor vida el buen pastor su maestro, y quedó Roberto lleno de angustia y de pena, no siendo menor la que experimentó su padre, pues hallándose imposibilitado de atender al cuidado del hijo, no sabia qué partido tomar, ni á quién poner en el lugar del difunto, tanto para cuidar de las haciendas de su amo, como para atender á la educacion de Roberto. Habia entre los pastores uno muy inteligente en todo lo que pertenecia al ganado; pero la fama de su vida no era muy buena. Por esto, aunque el padre de Roberto deseaba el aumento de los bienes de su señor, no queriendo descuidar el bien espiritual de su hijo, no se resolvia á darle la plaza vacante. Viéndole Roberto tan perplejo, y enterado de la causa, le dijo: «Padre mio, siendo el pastor tan entendido y á propósito para el cuidado y aumento del ganado, no temais por lo que á mi pertenece; pues confio en Dios y su Santísima Madre que han de favorecerme para que yo sea bueno, y así podeis admitirle sin riesgo, que yo ofrezco avisaros si viese en él alguna cosa que no nos pudiera convenir.» Oyendo tales razones, más propias de un varon experimentado que de un tierno niño, admitió el padre al pastor, y dejándole encomendada la guarda del ganado y el cuidado de su hijo, se fué para sus manadas. Cuando el nuevo pastor empezó á tratar con Roberto y á recibir sus ejemplos y lecciones, sufrió tal cambio en sus costumbres, que desengañado de su anterior vida, se redujo á observar más cristiana conducta, siendo esta la primer conversion que obrára Dios por medio de su siervo; conversion que llenó de gozo á cuantos la presenciaron, y muy particularmente al padre de Roberto, que rindió humildes gracias á Dios por la dicha que le habia deparado, dándole por hijo tal tesoro de virtud y santidad. Como el ganado en que

asistió Roberto se aumentaba de dia en dia, fué necesario admitir nuevos pastores, entrando por esta causa muchos de diferentes clases, genios y condiciones; pero todos quedaban convertidos y reducidos, si acaso eran de mal natural, por la santa persuasion de Roberto. Ejercitaba éste el oficio de ángel entre los suyos, aliviando á los que veia más rendidos de cansancio, componiendo las diferencias de los enemistados, consolando á los tristes, animando á los pusilánimes y repartiendo á todos aquello de que tenian mayor necesidad, ejecutando todo esto con tanto agrado y tan alegre rostro, que todos quedaban contentos y satisfechos, aprovechados en cuerpo y alma, porque todas las conversaciones del jóven eran de Dios, y todas sus exhortaciones se encaminaban siempre á la práctica de la virtud. Por un imprevisto caso y cuando él ménos lo pensaba, abrazó Roberto la vida cenobítica, correspondiendo al llamamiento de Dios, y el motivo fué el siguiente. Habiéndose extraviado un toro de la manada, tomó Roberto á su cargo el buscarle, y corriendo los montes y valles sin haberlo podido conseguir, subió á lo alto de un cerro para registrar la campiña; pero su diligencia fué vana, porque no logró descubrir á la fugitiva bestia. Tendiendo la vista hácia todas partes, observó junto á un risco una pequeña choza, y junto á ella un bulto que se movia, no pudiendo adivinar si era persona ó bruto salvaje. Excitada su curiosidad quiso descubrir lo que era, y bajando del monte penetró en la espesura con mucha dificultad, porque era tan fragoso y enmarañado aquel terreno, que ni áun veredas habia para los animales silvestres. Llegando cerca de la choza, oyó una voz que le decia: «Roberto, suelta la capa para que pueda cubrirme, y en seguida me verás y hablaré contigo.» Hizo el jóven lo que le mandaban, y soltó su capa en el suelo retirándose algunos pasos. De repente vió aparecer por entre el ramaje un bulto, que se dudaba si pertenecia á alguna persona humana. Era un esqueleto ambulante, cubierto de una arrugada y ennegrecida piel, con una barba cana y una enmarañada cabellera. Sorprendido, por no decir asustado, quedó Roberto á la vista de aquella figura, pero tranquilizado por la dulzura de su voz, estuvo atento á lo que se le decia: «Tú, Roberto, dijo el solitario, vienes á este sitio por secreta disposicion del Altísimo. Vienes buscando tu perdido animal y encontrarás lo que no pensabas. Yo soy un sacerdote del Señor, cuya gran misericordia permitió que me retirase á este sitio para hacer penitencia de mis culpas. Muchos años hace que me hallo en este albergue, y con el auxilio de la divina gracia he perseverado en mi propósito. Puesto que el Señor ha permitido que me descubras, vuélvete á poblado, tráeme un saco para cubrir mi desnudez, y luego sabrás la voluntad de Dios.» Hizo Roberto lo que le mandaban, y como al volver al rebaño le dijeran sus compañeros que el toro habia vuelto espontáneamente,

conoció no haber sido casual su salida en busca de él, sino por superior impulso motivada. Partió acto continuo en busca de su padre, contóle lo que habia sucedido, y á fin de cumplir la peticion del solitario, fueron á pedir algun dinero al amo. Sorprendido éste de semejante pretension, puesto que jamás se la habian hecho fuera de las épocas en que acostumbraba pagarles sus salarios, y temiendo algun grave acontecimiento, dijo que no se lo daria sin ántes saber el objeto á que lo destinaban. Cuando estuvo enterado, lleno de piedad mandó no solo que se hiciera el saco á su costa, sino que cuando se llevase la provision á los pastores, se añadiese alguna porcion más para el solitario. Agradecieron hijo y padre la limosna al amo, y cuando el saco estuvo pronto, marchó Roberto á llevárselo juntamente con alguna provision. Llegó bien fatigado á la morada del anacoreta, y habiéndole entregado el saco, éste se lo vistió, dándole infinitas gracias, y despues, sentándose al pié de un árbol, le habló del modo siguiente: «Tú, Roberto, que hace tanto tiempo andas hecho pastor de ganado, debes saber que el Señor te quiere para pastor espiritual en su casa, y que en ella debes buscar el fin primero para que fuistes criado. Tú sabes ya leer y escribir, y es muy del gusto del Señor que adquieras más letras para el servicio de su gloria, provecho tuyo y utilidad de muchas almas. Sacrificate gustoso á la voluntad de Dios, que todo lo dispone para bien de sus siervos, y por ahora vuélvete á tu rebaño, y continua tu ejercicio, que más adelante yo te aconsejaré lo que conviene que hagas.» Despidióse Roberto del sacerdote despues de ofrecerle que no descubriria á nadie el paraje en que se encontraba oculto, y cuando volvió al rebaño, halló á su señor que le estaba aguardando. Con pretexto de ver la situacion de sus ganados habia ido á ver si le era posible conocer al solitario, y por lo tanto pidió á Roberto que le acompañára á su albergue; pero el jóven, guardando el prometido secreto se excusó respetuosamente. Conociendo el señor que su negativa tenia muy alto orígen, no insistió más y continuó haciendo la limosna al solitario. En la primer entrevista que Roberto tuvo con él, le dijo que deseaba aprovechar sus lecciones, y que le suplicaba le enseñase lo que creyese necesario para aprender la ciencia de la salvacion. El sacerdote le respondió: «Cuando traté de abandonar el mundo, repartí á los pobres cuanto tenia, no reservándome de mi patrimonio otra cosa sino algunos libros devotos que aquí tengo, y por los cuales podrás aprender las sagradas letras. Pero hallándose todos escritos en lengua latina, es preciso que ántes de todo te impongas en su conocimiento; y aunque te costará gran trabajo, confio en Dios, que asi lo dispone, que te dará fuerzas y luz para todo.» Resignado el jóven se entregó completamente en manos de su nuevo preceptor, que al punto comenzó á darle lecciones de sabiduria. Empezó á cur-

sar desde la gramática, acudiendo todos los dias á la morada del anacoreta, sin embargo de la distancia, y haciéndosele corto el camino por el afan que de instruirse tenia. Tomadas las lecciones, repasábalas despues en el ganado, con no poca admiracion de todos sus compañeros, que veian en él un santo á la par que un sabio consumado. Con la ayuda de Dios, con su buen ingenio y su vehemente deseo de instruirse, sin tener otro maestro que el venerable solitario, ni asistir á más universidad que el despoblado monte, ni á otra aula que la majada silenciosa, salió buen gramático, inteligente escriturario, sobresaliente místico y bastante moralista, pudiendo al mismo tiempo dar satisfactoria noticia de la lógica y teología. Nada de extraño tiene que Roberto aprendiera tanto y en muy corto tiempo; pues asistiéndole Dios, que es el maestro de los maestros, su inteligencia tenia que ser más despejada, y sus facultades más iluminadas por la celeste luz que todo lo alumbra y vivifica. Como el cargo de pastor y la ocupacion de estudiante no impedian á Roberto cumplir estrictamente sus obligaciones, y como la bendicion de Dios le seguia á todas partes, fué aumentándose el rebaño de tal suerte, que su amo se hallaba admirado y tuvo precision de dividirlo en dos, encargando á Roberto de uno y á su padre del otro. Portóse el jóven con tanta cordura y acierto, que áun cuando era menor de edad, fué acatado y obedecido de todos sus compañeros como si fuese un anciano prudente y experimentado. Murieron los padres de Roberto tan santamente como habian vivido, y conociendo el dueño cuánto valian las buenas prendas de Roberto, le obligó á aceptar el cargo que su padre habia desempeñado. Admitió el jóven y gobernó los cuantiosos bienes que le encomendáran, con más celo y esmero que si fueran suyos propios. Tenia á sus pastores perfectamente regidos y subordinados, hallándose todos satisfechos y contentos. Él por su parte hacia la vida de un santo, ocupándose de continuo en la oracion y en el estudio. El importe de su salario lo distribuia entre los pobres, y muchas veces su celosa caridad le hizo privarse de gran parte de su alimento para dárselo á los necesitados. Aunque se hallaba ya bastante instruido, no dejaba de acudir diariamente á ver al sacerdote solitario, procurando imitar su vida de anacoreta; y tal era en efecto la mayor parte de ella, pues anhelando apartarse de todo humano trato, tomaba un pequeño rebaño á su cargo, y conduciéndole á lo más retirado del monte, pasaba las horas en oracion mental y en evangélicas consideraciones. Un dia halló á su venerable maestro falto de fuerzas, gravemente enfermo y postrado en su miserable lecho; preguntóle con ansiedad qué tenia, y el santo varon le dijo: «Roberto, ruega á Dios por su indigno sacerdote Daniel, y cuando veas que he pasado de esta vida miserable, da sepultura á mi cuerpo, y por ahora vuélvete á tu re-

baño.» No quiso Roberto insistir más ni preguntarle cosa alguna, y ejecutó lo que le ordenaba, retirándose á su majada. A la mitad del camino sintiéndose muy cansado, sin comprender la causa puesto que tantas veces le habia atravesado sin molestia, se sentó á descansar sobre una piedra, y mirando hácia el sitio donde se hallaba la cabaña del solitario, observó que salia de ella una gran llamarada. Temiendo algun funesto accidente, voló allá, y encontróse á Daniel ya difunto, hincado de rodillas, y con las manos cruzadas. Cerróle piadosamente los ojos, y dando mil gracias á Dios que le permitia ser testigo de aquella gloriosa muerte, enterró el cadáver junto á la misma choza haciéndole, en cuanto le fué posible, las honras fúnebres y rezándole las preces y oraciones en tales casos acostumbradas. Cumplido este sagrado deber, empezó Roberto á considerar, que puesto que Dios habia permitido pasasen por él tantos y tan varios sucesos, precisamente le habia de querer para su servicio en aquel sitio. Animábale por una parte su ferviente deseo de consagrarse á la Divinidad, pero deteníale por otra la flaqueza que sentia para consagrarse á vida tan austera. Sin embargo, poniendo por último toda su esperanza en Dios, en la Santísima Vírgen y en el ángel de su guarda, determinó venciendo todos los obstáculos, quedarse en aquella soledad para reemplazar á su venerable maestro. Para cumplir este propósito en todas sus partes fué en busca de su amo, y despidiéndose humildemente de él le suplicó pusiese en su lugar para el cuidado y mejora de su hacienda al pastor que señaló como más apto y virtuoso. Rogó á su señor que excepto una pequeña cantidad que le pidió para hacerse un tosco hábito, repartiese entre los pobres los salarios que le adeudaba, porque él ya no tenia necesidad de cosa alguna. Mucho sintió el amo aquella determinacion, pues además del amor que le profesaba, conocia que no seria fácil reemplazar su honradez, fidelidad y cuidado, y que nadie le serviria con el esmero que él lo ejecutára. Preguntóle porqué le dejaba y á cuál amo iba á servir, á lo que Roberto le contestó: «Voy á servir á Dios, pues solo por este amo os abandono.» Con tal respuesta ya no insistió más el caballero, y echándole su bendicion como si fuera un tierno hijo suyo, le despidió ofreciéndole ejecutar cuantos encargos le habia encomendado. Encaminóse Roberto al sitio donde se hallaba la choza de su santo predecesor, y tomando posesion de ella empezó á hacer una vida tan áspera y rigurosa como la del más rígido anacoreta de la Tebaida. Vistióse el tosco sayal, que apénas era suficiente para resguardarle de la inclemencia de los temporales, dormia en el suelo y se alimentaba de yerbas, raices y de las escasas frutas silvestres que el bosque producia, proporcionándole bebida la cristalina agua de un arroyuelo inmediato al lugar donde tenia su albergue. Determinóse á vivir allí todo el resto de su vida, y no salir por ningun concepto de aquella sole-

dad. Furioso el enemigo comun de los hombres con tal determinacion, empezó á atormentarle con horribles y contínuas tentaciones, ya presentándole infernales espíritus bajo las formas de hermosas mujeres, ya excitándole á abandonar el retiro para volver á casa de su amo, sugiriéndole la idea de que la vida que allí hacia era inútil para sí mismo y para los demás, porque en el cuidado del ganado podia más bien servir á Dios y á los intereses de su antiguo dueño; y ya en fin procuraba intimidarle con horribles apariciones, espantosos rugidos y amagos de hundir el monte y sepultarle con su choza en las entrañas de la tierra. Pero Roberto, poniendo toda su confianza en Dios é invocando sin cesar el amparo y favor de la Santísima Vírgen y de los ángeles de su guarda, no solo consiguió salir triunfante de las asechanzas del enemigo, sino que ni áun experimentó en adelante turbacion ni espanto ni volvió á molestarle la idea de querer abandonar aquella austerísima vida, ántes por el contrario, aumentándose la firmeza de su vocacion, redobló sus penitencias y aumentó sus austeridades. Algun tiempo despues, y cuando ya Roberto se hallaba más tranquilo y libre de las tentaciones de la infernal serpiente, al salir cierto dia de su humilde choza, se encontró sorprendido viendo en forma material á nuestro Señor Jesucristo cargado con una pesada cruz. Espantóse al pronto, pero ilustrando su alma el Señor, conoció que no era vision fantástica la que delante de sí tenia y le adoró humildemente. Vuelto el Redentor á su humilde siervo, le dijo con agradable acento: «Roberto, toma tu cruz y sígueme.» Y dichas estas palabras desapareció al punto dejando lleno aquel lugar de dulcísima fragancia. Confuso por una parte, y henchido por otra de celestial consuelo, quedó el piadoso anacoreta, y entrando en cuentas consigo mismo empezó á clamar y á decir: «¿Me mandas, Señor, que tome la cruz y te siga? Luego no la he tomado aún: luego cuanto tengo hecho no sirve de nada, las penitencias con que juzgaba hacer mérito son inútiles y para nada han servido. Mal anacoreta soy, flojo penitente cuando aún no he acertado á serviros ni á merecer la aprobacion de mis actos. Dignaos, Señor, ilustrarme para que conozca el medio de seros grato, y para que dignamente os pueda seguir en el camino del dolor, ayudándoos á llevar vuestra pesada cruz: si es mi cuerpo el que estorba para lograr este fin, yo le sujetaré hasta que consiga dominarle. Si hay en mi alma rebelde algunas pasiones ocultas, dadmelas á conocer, que yo procuraré vencerlas por cuantos medios á mis alcances se encuentren. Ayudadme en fin, Señor, con vuestra gracia para todo, que yo procuraré tambien hacer en todo vuestra sagrada voluntad. Con estas ó semejantes plegarias clamaba Roberto contínuamente al Señor para que le significára lo que debia hacer redoblando las penitencias y multiplicando los rigores. Siendo estos tan excesivos que indudablemente acabáran con su existencia á no

permitir el Señor que saliera de aquella angustiosa incertidumbre. Envió un celeste mensajero que de su parte le dijo: «Roberto, ve á Karenesburgo, y la cruz que llevan en su hábito unos religiosos que allí verás, es la que el Señor te manda que tomes.» Al punto obedeciendo la sagrada órden, abandonó Roberto su agreste morada, y partiendo á Karenesburgo encontró á los religiosos Trinitarios que estaban fundando un convento. Tomó informes acerca de la regla, instituto, obligaciones y demás particularidades, y enterado de ellas, pidió humildemente al Padre ministro de aquel convento que le concediese el santo hábito. Examinóle muy por menor el religioso, y enterado de sus circunstancias, de la vida que habia hecho y de la vocacion que le asistia, conoció lo conveniente que seria para la Orden el admitir aquel santo, y lo propuso á la comunidad que unánimemente acordó se le concediera el santo hábito. Luego que Roberto estuvo acogido en el refugio de la casa de Dios, empezó de nuevo el demonio á desvelarse intentando tomar venganza de la derrota que por Roberto sufria. No dejó resorte que no tocára ni piedra que no moviera para conseguir que el nuevo religioso abandonára la vida monástica, ó para que en su defecto la comunidad lo expulsára. Pero todos sus ardides fueron vanos, estrellándose contra la inalterable firmeza y la invariable fe del bendito religioso. Aunque éste era el de mayor edad entre los novicios, no tuvo repugnancia ni mostró disgusto en mezclarse con ellos, en desempeñar todos los oficios inherentes á su condicion, áun los más bajos y humildes, y en humillarse en cuanto le fué posible. Aun en el desempeño de estos ejercicios perseguíale el demonio á fin de mortificarle. Si asistia á la enfermería le quebraba los vasos y redomas de las medicinas, á fin de que no se diesen con tiempo á los enfermos. Si iba por agua, le hacia caer y derramarla cuando ya estaba léjos de la fuente, para que perdiese el tiempo en volver á buscarla, ó bien la llenaba de tierra con objeto de que no pudieran beberla los religiosos. Si le mandaban cuidar de la comida en la cocina, apagábasele la lumbre vertiéndosele las ollas, ó poníanse las viandas incapaces de ser presentadas en la mesa. Cuando iba á hacer las camas de los enfermos, el demonio se las trastornaba todas, de modo que tardaba mucho tiempo en arreglarlas. El maestro de novicios, que atribuia á torpeza de Fr. Roberto todos aquellos destrozos ignorando anduviese por medio la rencorosa mano del demonio, le castigaba con el mayor rigor, sufriéndolo él todo, resignado y con la más evangélica mansedumbre, ofreciendo á Dios aquellas mortificaciones en descuento de sus culpas. No se limitó á esto solo el enemigo, pues no contentándose con que le castigára ajena mano, quiso castigarle por sí propio, y unas veces le echaba por las escaleras abajo dejándole sumamente maltratado, otras le revolvia los humores, infundiéndole graves dolencias que le impedian servir á la co-

munidad, y apuraba, en fin, cuantos ardides y recursos le sugeria su infernal astucia. Todo lo resistió el piadoso novicio sin que su paciencia se alterára, y sin que demostrase cansancio ni disgusto con sus acciones ni con sus palabras, presentándose siempre con alegre semblante y como si no le afectáran aquellos penosos sucesos. Sin embargo, en vista de ellos empezó á levantarse en la comunidad un rumor contra Fr. Roberto, conviniendo todos los religiosos graves que era perjudicial para la Orden y para el buen régimen de la casa admitir á la profesion un hermano tan descuidado. Otros opinaban no debia tratarse con semejante rigor á un ser tan perseguido por desgracias, en que ninguna parte tendria acaso su ánimo, y algunos verdaderamente ilustrados por la divina luz, comprendieron que cuanto sucedia eran obras y sugestiones del demonio, siendo Roberto un ser tan perseguido como virtuoso. No pasaban estos dictámenes desapercibidos por Fray Roberto, pero conformado de antemano con la voluntad de Dios, érale indiferente que le admitiesen ó no á la profesion, si el Señor así lo disponia, no teniendo otras palabras que oponer á cuantas objeciones le hacian, sino que se hiciera en todo y por todo la divina voluntad. La Santísima Trinidad, sin embargo, la excelsa Sabiduría que guiára á aquella casa los pasos de Fr. Roberto, y que habia permitido al demonio se desencadenára contra él, al cabo de diez meses quitó al enemigo las facultades de que continuára persiguiendo y atormentando á su siervo, no volviendo por lo tanto desde entónces á ocurrirle las desgracias anteriores. Desempeñaba con exactitud y esmero todas las obligaciones que le imponia su cargo; asistia á la enfermería con el mayor cuidado y aseo, y se portó en fin de tal modo, que los religiosos más adversos cambiaron de opinion y deseaban verle profeso, no ménos que sus amigos y los que habian formado mal juicio acerca de él, no dudaban ya de su virtud y su piedad. Admitido á la profesion, pasó Fr. Roberto siete años en clase de hermano lego, sirviendo á la comunidad en todo cuanto los prelados le ordenaban, dando gusto y complaciendo á todos los que en él depositaban su confianza. Si le mandaban asistir á la enfermería, nadie como él cuidaba de los dolientes. Si le encargaban de la despensa, su distribucion era tan discreta como segura su fidelidad. Acudia sin falta á las oraciones de dia y de noche en el coro, ejercitándose además largas horas en la meditacion y la oracion. No llevaba sobre su cuerpo más abrigo que el áspero silicio y el tosco hábito, y macerábase las carnes con frecuentes disciplinas, y ayunaba rigurosamente todo el año, excepto los domingos y algunas festividades principales. Habiéndole mandado distribuir la limosna en la portería, demostró Fr. Roberto en esta obligacion cuán grande era su caridad y su afecto hácia los pobres. Jamás marchó ninguno sin socorro, y muchas veces se

privó hasta de su escaso sustento para que ningun infeliz dejára de marchar socorrido. Tenia tan buen régimen dispuesto para la distribucion de las limosnas, que despues de repartir lo acostumbrado á pobres que venian á las horas señaladas, siempre le quedó con que socorrer á los que llegaban tarde, ó á horas incómodas é intempestivas, socorriendo á todos, y consolándolos con tanta caridad como paciencia. Advirtiendo el prelado lo mucho que daba de limosna, y juzgando que lo quitaria de la comunidad para dárselo á los pobres, empezó á vigilarle y á visitar de continuo las arcas de la provision en las despensas. Comprendiendo el santo religioso que se desconfiaba de él, y ántes que le dijesen una palabra, formó su cuenta muy por menor y muy exacta, y se la presentó al prelado, que hallándola ajustada y en regla, comprendió que la aparente prodigalidad de Fr. Roberto no procedia de dolo ni de exceso, sino de buena y económica distribucion. Cuando le vió convencido el humilde religioso, dijo á su superior como descargo: *Padre, la limosna no disminuye los bienes, sino que por el contrario los aumenta.* El prelado, asombrado y arrepentido, le mandó que diese cuanto quisiera, sin que en adelante le volviese á hablar una palabra, bien penetrado de que la mano de Dios obraba por conducto de aquel justo y caritativo varon. Contento pasaba Fr. Roberto la vida sin aspirar al sacerdocio, y sin que los superiores mostráran intencion de que abrazase tan sublime estado. Fr. Roberto no lo pretendia, porque en su profunda humildad se conceptuaba indigno de merecer tan alta honra, y los superiores no cuidaban de proponérselo, teniéndole por simple lego, ignorando, porque tampoco él lo habia manifestado, el tesoro de ciencia y de conocimientos que adquiriera en la soledad con las lecciones del solitario. El Señor, por una casualidad rara, ó mejor dicho, por una especial providencia, manifestó cuán digno era de ocupar un sitio entre los ministros del altar. Teniéndole todos en concepto de poco instruido, aunque justo, ocurrió un dia proponerse por varios Padres un caso grave de teología moral. Hallábase Fr. Roberto presente á la controversia, y uno de los contrincantes, sin duda por desahogo á la incomodidad que sentia por no poder descifrar la cuestion dijo: *Fr. Roberto nos dirá cuál es su parecer en esto.* No se resintió el humilde siervo de Dios por el irónico tono con que fueron pronunciadas estas palabras, y con la más grande mansedumbre respondió: *Padres, este es mi dictámen*, y le explicó acto continuo. Halláronle todos tan justo y arreglado, y quedó la cuestion tan bien resuelta, que no pudieron ménos de asombrarse áun los considerados como más sabios; y á fin de profundizar hasta dónde llegaba su ciencia, propusieron otras varias cuestiones y árduos casos que él dejó resueltos con claridad y sin demora, asombrando nuevamente á todos los circunstantes, no pudiendo convencerse que cupiera tan profunda

inteligencia en hombre considerado hasta entónces por tan sencillo, ó mejor dicho por tan ignorante. Más que nadie se admiró el P. Ministro, y como era muy docto, quiso apurar hasta qué grado era efectivo lo que juzgaba misterio sobrenatural. Al efecto llamó á Fr. Roberto, le examinó detenidamente, y en todos los puntos que tocó le halló perfectamente instruido. Como sabia que viniera á la religion desde el campo, y sin otro precedente que haber sido pastor y anacoreta, le mandó en santa obediencia declarase en qué universidades habia estudiado y qué profesores le educáran. Vióse precisado Fr. Roberto á decir públicamente lo que se le ordenaba, y entónces manifestó cuanto le sucediera con el sacerdote solitario, que por divina permision habia encontrado en la espesura del monte, y que ilustró su entendimiento enseñándole lo que sabia. Entónces los prelados, á instancias del ministro, le mandaron que se ordenára sacerdote; y él, aunque se juzgaba indigno de tan alta investidura, sacrificó sus temores y su modestia en aras de la obediencia, ejecutando sin detencion las órdenes superiores, previniéndose para abrazar aquel sagrado ministerio con repetidos ayunos y otras mortificaciones, y rogando á la augustísima Trinidad que le hiciese digno del título que iba á recibir. Ordenado el beato jóven, fué para él la cosa más árdua y más digna de ocupar su atencion el celebrar respetuosamente el incruento sacrificio. Antes de ponerse en el altar preveníase con oraciones y todo género de buenas obras, celebrando la reproduccion de la tragedia del Calvario con tanta ternura y profunda meditacion, que muchas veces se quedaba en éxtasis y elevado. En repetidas ocasiones le vieron no solamente los religiosos, sino tambien el pueblo asistente, con el rostro bañado en celestes resplandores, venerándole tanto por esta causa, que ya era dicho comun entre las gentes cuando iban á oir su misa, que habian asistido á la *Misa del Santo*. Conociendo el P. Ministro cuán lastimoso y reprensible era que aquella luz permaneciese oculta y limitada solo á alumbrar á un corto número de personas, dispuso colocarla en sitio donde iluminase á la generalidad, y al efecto le ordenó que tomára el cargo de predicador y de confesor. Excusóse cuanto pudo Fr. Roberto, y alegó muchas razones para que fuese admitida su excusa; pero no habiéndosele querido oir sobre este particular, vióse precisado á admitir los nuevos cargos con que honrarle pretendian. Cuando se dijo que iba á predicar por vez primera, como todos sabian que desde pastor habia ascendido á sacerdote, algunos letrados, movidos de curiosidad, acudieron á oirle, esperando escuchar cuando más algunas sencilleces propias de un hombre, aunque bien intencionado, ignorante en el conocimiento de las ciencias. Cuando oyeron en su sermon tantos y tan elevados conceptos, cuando tal vez por divina inspiracion se vieron reprendidos, pues el bendito religioso manifestó que la palabra de Dios no

debe oirse por curiosidad ó pasatiempo, no solamente quedaron admirados y confusos, sino que muchos de ellos, reconociendo el poder de la suma omnipotencia y desengañados del mundo, entraron en la religion. Continuó Fr. Roberto predicando y confesando, y como en breve se divulgase la fama de su acierto, asi para el púlpito como para el confesonario, venian desde muchas y muy lejanas partes á buscarle, y gastaba casi todas las tardes en oir y confesar á multitud de penitentes. Aunque la generalidad principió á celebrarle y aplaudirle, ni la estimacion ni el aplauso dañaron en lo más mínimo á su humildad, que siempre fué inalterable y profunda. Cumpliendo las obligaciones anejas al sacerdocio, no abandonó nunca las que la caridad le imponia, y asistió como siempre á repartir la limosna á la portería, sin faltar al coro ni apartarse un solo punto del rigor de su antigua vida, hallándole siempre los superiores tan humilde y tan rendido, como cuando era un simple y principiante novicio. Extendiéndose cada dia más la reputacion de santidad y virtud de Fr. Roberto, no teniendo persona que inspirase más confianza, le encargaron la recoleccion de limosnas y la administracion del caudal de las redenciones. Aceptó gozoso el Padre la penosa comision que le daban, como aceptó siempre todo aquello que redundase en beneficio de sus prójimos, y dispúsose al punto á dar principio á su benéfico empleo. Partió del convento sin más compañía que su Breviario y su báculo, y comenzó á discurrir por las poblaciones que le habian señalado. Predicaba y confesaba en todos los puntos donde iba á parar, sacando notable fruto, no solo por la conversion de las almas, sino por la reunion de grandes sumas para el fondo de la redencion. Convirtió muchos pecadores, alentó á los justos para que perseverasen en la fe, y demostrando con la mayor energía las penas y desgracias de los infelices cautivos, excitaba de tal suerte la compasion de los cristianos, que él solo reunió en muy poco tiempo la cantidad necesaria para hacer un gran rescate de cautivos. El comun enemigo de los hombres, que siempre quedaba vencido y humillado, discurrió un medio para que le encerrasen en el convento y no prosiguiera sus gloriosísimas empresas. Tomando la forma de un magistrado de cierta villa próxima al convento, fué á verse con el P. Ministro, y manifestóle que era muy afecto á la religion trinitaria, y muy favorecedor de los que vestian su santo hábito, en virtud de lo que se veia precisado á declararle la vida que hacia Fr. Roberto, quien bajo la capa de santidad se portaba con gran desdoro suyo y de la Orden, malgastando las limosnas que recogia en frecuentar las tabernas y otros lugares públicos, acompañándose con personas de muy reprensible conducta. El P. Ministro, aunque la acusacion procedia de persona tan respetable al parecer, dijo que no la creia, porque jamás tuviera ocasion de reprender ni censurar en lo más mínimo la vida

de aquel justo varon. « No es extraño, contestó el disfrazado enemigo, no es extraño que vos, como santo que sois y director de santos, no juzgueis mal de ese hipócrita religioso, puesto que á nosotros los seglares tambien ha tenido engañados mucho tiempo. Aconsejo, pues, á vuestra Paternidad que le recoja y castigue, porque de no hacerlo así se procurará buscar por otra parte el remedio. Despidióse con esto el fingido devoto, sin permitir que el P. Ministro, por más instancias que hizo, le saliese á acompañar. No atreviéndose el buen prelado á creer, pero tampoco á negar lo que habia oido, determinó para formar mejor juicio, proponer el caso á la comunidad, y al efecto convocó á capítulo en aquel mismo dia para despues de las vísperas. Vino entre tanto Fr. Roberto de desempeñar sus comisiones, y pidiendo su bendicion al prelado, éste se la dió mandándole que se fuese á descansar á su celda. Celebróse entre tanto el capítulo, y el P. Ministro expuso la acusacion de Fr. Roberto, dejando á todos absortos y confundidos, sin saber qué partido tomar, y sin que ninguno se atreviera á salir á la defensa del acusado. Pero el hermano lego-portero, que era muy afecto al santo varon, y que buscaba en su interior algun medio de disculparle, se levantó pidiendo respetuosamente licencia al prelado para dirigirle una pregunta. Obtenida la vénia, preguntó la hora en que el acusador se presentára, y enterado de ella manifestó que á semejante hora se hallaba cerrada la puerta, sin que nadie hubiera llamado para solicitar la entrada, cosa que admiró á todos casi tanto como la acusacion. Hallándose en esto, sintióse un estrépito tan grande que parecia hundirse todo el convento. Salieron los religiosos del capítulo, y advirtiendo que el ruido tenia lugar en la celda de Fr. Roberto, entraron en ella, y encontraron al religioso tendido en el suelo y casi sin aliento, derramando sangre por la boca y las narices, arañado el rostro y con una gran herida en la cabeza. No viendo persona alguna en la celda ni en el dormitorio, y hallándose todos bien seguros de que nadie habia penetrado en el convento, preguntó el Ministro á Fr. Roberto que quién le habia puesto en aquel estado. « Padre Ministro, contestó el herido, el magistrado que habló con vuestra Paternidad esta tarde, tomó por su mano la venganza y me dió el castigo que pretendiera me dierais vos. » Con esto conocieron todos que habia sido trama del demonio, y levantando al bienaventurado siervo de Dios, llevároule á la enfermería para curarle, teniéndole todos de allí en adelante la más profunda veneracion. Otro caso, que sucedió pocos dias despues, aumentó el respeto que Fr. Roberto merecia. Tocaron á maitines cierta noche, y al querer los religiosos salir para el coro eran tales las pedradas que daban en las puertas, y tan grande el ruido que habia en el dormitorio, que nadie se atrevia á salir de él. Salió Fr. Roberto con un hisopo de agua bendita y con una estola, y de allí á un

rato dió voces á los religiosos para que acudieran. Salieron en efecto, y hallaron al siervo de Dios que tenia con la estola atado por el cuello á un negro feísimo, que hacia grandes esfuerzos y demostraciones de sentimiento, diciendo: *Déjame, déjame;* á lo que Fr. Roberto contestaba, ¿cómo te atreves tú, mala bestia, á turbar así el reposo de esta santa casa? En nombre de la Santísima Trinidad te mando que vuelvas á tus penas, sin que tú ni ninguno de los tuyos volvais jamás á inquietar este convento. Acto continuo desapareció el demonio, dejando el dormitorio lleno de un olor intolerable. Volviendo el P. Roberto al Ministro le dijo: Rdo. Padre, demos gracias á la Santísima Trinidad, porque miéntras exista este convento se verá libre de asaltos y de las asechanzas del demonio. Desde aquella hora concedió el Señor á Fr. Roberto imperio sobre los demonios, y con solo el aspersorio del agua bendita los expelia del cuerpo de los energúmenos. Traianle de todos los puntos de la isla multitud de endemoniados, y á todos los dejaba libres, llegando á temerle de tal modo los espíritus malignos, que ofrecian dejar el cuerpo del poseido con tal de no ir á la presencia del Santo. Era con este motivo tan grande la concurrencia de gentes al convento, que enfadado una vez el superior mandó al Santo que de allí en adelante no curase á persona alguna. Obedeció Roberto, y retirándose á su celda, no salió en muchos dias de ella, aunque eran infinitos los que iban á buscarle. Pero de allí á poco tiempo sintióse el prelado poseido de un espíritu que le atormentaba mucho, haciéndole perder el juicio en ocasiones, poniéndole como loco. Suplicó el P. Vicario á Fr. Roberto que curase al enfermo, pero el Santo contestó que se hallaba imposibilitado de hacerlo, por mandato expreso del mismo que necesitaba su auxilio. Entónces el P. Vicario revocó la órden, y previno á Roberto que sin limitacion alguna curase cuantos enfermos se le presentáran, ora fuese de noche, ora de dia, y así en el convento como fuera de él, siempre que se le avisára. El conde Juan de Cornualles, hijo del fundador del convento de Karenesburgo, se hallaba atacado de una asquerosa lepra, que no le permitia contraer su proyectado casamiento, con grave perjuicio de sus intereses y de la seguridad de sus estados. Sumamente afligido, le dijo un dia á Fr. Roberto que le encomendase á Dios, y el Santo le contestó estas sencillas palabras: *Vaya en paz, señor, y tenga confianza en la Santísima Trinidad.* Solamente con escuchar la frase quedó el conde instantáneamente curado, y habiendo contraido matrimonio y cumplido sus deseos, donó al convento de Karenesburgo, para muestra de su agradecimiento, la iglesia de Kampes Tinal, que se hallaba contigua, con todas las tierras, dominios y derechos que le pertenecian, cuya donacion confirmaron despues todos sus sucesores. Viendo tales y tan portentosos casos, convencida la religion de la santidad de Fr. Roberto, y deseando

enaltecerle en cuanto la fuese posible, cuando quedó vacante la plaza de ministro, de comun acuerdo le eligieron para ocuparla. Muy sorprendido quedó el venerable cuando le dieron semejante noticia; pero no consintiendo su humildad admitir aquel cargo, suplicó al Provincial que no confirmase el nombramiento é hizo solemne renuncia del oficio, nombrándose por lo tanto otro prelado en lugar suyo. Reconociendo éste las altas prendas de Fray Roberto, y comparándolas con las suyas, se halló tan confuso, que renunció inmediatamente un cargo para cuyo desempeño no se hallaba con las fuerzas suficientes; siendo necesario por esto proceder á otra eleccion, en la que tambien salió nombrado Fr. Roberto, sin faltar otro voto que el suyo, porque todos estuvieron unánimes y acordes. A fin de que no sucediera lo que anteriormente, todos los religiosos escribieron al P. Provincial, suplicándole que en santa obediencia mandase aceptar el cargo al elegido. Este por su parte tambien le escribió al prelado, dándole tales excusas y razones para no admitir, que aquel se vió en el caso de respetar su voluntad, absolviéndole de aceptar el ministerio. Con esto no insistieron más los religiosos, dejando á Fr. Roberto quieto, conforme lo apetecia, en la tranquilidad de su celda y en el desempeño de las obligaciones que anteriormente tenia. En todas las virtudes resplandeció heróicamente Fr. Roberto; pero en la de la humildad no tuvo límites, ni hubo con quien compararle. A la vez que formaba un alto concepto de los demás, tenia de sí mismo el más humilde y bajo, y nombrábase con títulos despreciables. Fué un rico caballero, que se hallaba enfermo, al convento para que le curase Fr. Roberto, y suplicó que lo llamáran. Hiciéronlo así, pero hallándose á la sazon sirviendo en la cocina, contestó: «Decid á ese caballero que en acabando de fregar el vidriado iré á ponerme á sus órdenes.» Cuando el enfermo, que tenia formada otra idea de Fr. Roberto, oyó semejante contestacion, desconfió mucho de ser curado por un hombre que en tales oficios se ejercitaba. Pero terminada su tarea salió el bienaventurado, aspergeó al doliente que en el mismo momento se halló milagrosa y completamente sano, reconociendo entónces todo el valor de aquel humilde religioso, que con saber tanto y poder tanto, no se desdeñaba en emplearse en aquellos oficios, al parecer tan despreciables. Como este caso sucedíanle muchos, pues aunque le esperasen altos y distinguidos personajes, que acudian en busca de salud ó de consuelos, como llegáran á la hora de repartir la limosna á los pobres, haciales aguardar en la portería, admirándoles no poco el verle salir con la olla de la comida en la mano para distribuírsela á los necesitados. Esperábanle tambien en el claustro en ocasiones inoportunas, sin que él se desdeñase, sin embargo, de ejecutar en presencia de todos los actos más despreciables y los oficios más mecánicos, encomendados por lo regular á los sir-

vientes y á los simples legos. Llevároule una vez una mujer, que se decia endemoniada, á fin de que la curase; mas él apénas la hubo visto se negó á verificarlo. Dijéronle que faltaba á la caridad; mas él repuso: «No falto por cierto.» Poco despues cayó la mujer en peligro de muerte, y declaró que por sus fines particulares se habia fingido endemoniada. Con esto reconocieron todos la exquisita y sobrenatural penetracion del Santo, que conocia lo que pasaba en el interior de los corazones. Tambien le ilustró Dios en entendimiento de tal suerte, que en muchas cuestiones suscitadas acerca de los misterios de la Santísima Trinidad, la Encarnacion y el sacramento de la Eucaristía, resolvia fácilmente y con suma claridad todas las dudas, resolviendo tambien cuantos puntos intrincados se le proponian de teología moral y mística y de sagrada escritura, siendo en todo la admiracion de los más profundos sabios, que al mismo tiempo de advertir en él un cúmulo de ciencia, notaban la suma humildad con que exponia sus pareceres, no pudiendo ménos de conmoverse é inclinarse al respeto y la veneracion. Comunmente acababa sus doctas peroraciones y sus luminosos discursos con las siguientes palabras: «No hagan caso de todo lo que he dicho, ni tomen en consideracion el parecer de este ignorante religioso. Deseaba ardientísimamente padecer martirio por Jesucristo y á fin de poder conseguirlo, solicitó con mucho empeño asistir á una redencion. Habiéndose reunido un capítulo con este objeto, logró su designio y fué nombrado redentor en compañía de otro grave religioso, de lo cual se alegró muchísimo el bendito Padre, dándose grande priesa á solicitar y recoger limosnas. Recorrió á este fin la mayor parte de los conventos de la Gran Bretaña, excitó la caridad de los fieles, y logró reunir con sus diligencias y buenos oficios lo necesario para rescatar más de trescientos cautivos, cubriendo todos los gastos que ocasionase la expedicion. Dispúsose, pues, el viaje para Marruecos, y acordaron salir de Inglaterra el dia 1.° de Marzo de 1239. Todo se hallaba ya preparado, pero el mismo dia en que se dispusiera la marcha, sintióse Fr. Roberto atacado repentinamente de una grande calentura. A pesar de esto esforzábase á partir, creyendo que la enfermedad llegaria á disiparse y á no pasar adelante. Pero habiéndosele agravado mucho la dolencia, dispuso el prelado que lo llevasen á la enfermería. Como el santo varon aún podia mantenerse en pie, rogó al superior que le permitiera estar en su celdilla hasta quedar enteramente postrado. Concedióselo, y por espacio de muchas noches oyéronse en la estancia música de ángeles y tiernos coloquios con seres invisibles, aunque patentes para Roberto, que los religiosos entendieron ser la Santísima Vírgen, el ángel de su guarda y los santos religiosos de la Orden. Aún acudieron en este tiempo bastantes enfermos á solicitar su curacion, y todos marcharon satisfechos y consolados. Predijo su

muerte tres dias ántes de que ocurriera y llegado el término, que fué el dia 14 de Marzo de 1239, pasó á la enfermería pidiendo al P. Ministro que le administrase los santos sacramentos. Hiciéronlo así con asistencia de todos los religiosos, y despues de recibir con extrema devocion y ternura la sagrada Eucaristía y la Extremauncion, pidió á todos los circunstantes que le perdonáran sus faltas, y que rogasen á Dios tuviese piedad y misericordia de su alma. Luego dirigiéndose al P. Ministro le dijo: «Padre y hermanos mios, alegráos todos en el Señor, porque la Santísima Trinidad favorecerá tanto á su religion en las tres provincias de Inglaterra, Escocia é Irlanda, que todos los religiosos, sin faltar uno, conseguirán, andando los tiempos, la corona del martirio; y áun cuando á mí no me conceda el Señor tal dicha, no se libertarán mis restos de la persecucion.» Así sucedió en efecto, pues declarada la herejía en tiempo de Enrique VIII como religion del Estado, bajo el imperio de este rey y el de su hija Isabel, todos los religiosos trinitarios sufrieron el martirio, y el cuerpo de Fr. Roberto, así como el de otros santos, fué sacado de su sepulcro y reducido á cenizas. Reconociendo que se acercaba su fin dijo: «Mi cuerpo se halla dispuesto y amortajado, porque por mi propio lo hice. Ruego, pues, que me sepulten conforme estoy, sin que me desnuden ni examinen, y porque deseo salir penitente de este mundo, suplico á todos digan conmigo el salmo *Miserere.*» Hiciéronlo así los religiosos, y al llegar al versículo *Asperges me hysopo et mundabor*, aplicó sus labios al costado del crucifijo que entre las manos tenia, y entregó su espíritu al Señor con gran sosiego, quedando su rostro hermoso y resplandeciente. Al divulgarse la noticia de la muerte de Fr. Roberto, fué tan grande el concurso que acudió de todos los pueblos circunvecinos para verle y adorarle, que los religiosos se vieron en un notable apuro, teniendo necesidad de pedir auxilio á las autoridades, á fin de estorbar que se cometiera un atropello. Por todas partes no se oian otros clamores que los de: *S. Roberto, ruega al Señor por nosotros.* Sacaron el cuerpo á la iglesia y colocáronle en un sitio alto á fin de que todos le viesen. Llenóse el templo de enfermos y endemoniados, que venian solicitando la salud; y como el cadáver estaba tan flexible, los religiosos llevaron el aspersorio, y colocándole en las manos del difunto se las hacian mover, obrando por este medio la Santísima Trinidad infinidad de milagros. No se disminuyó el concurso en el espacio de seis dias consecutivos, sin ser posible en todo este tiempo dar sepultura al cadáver, hasta que al fin el obispo dispuso que se le enterrára en una magnífica y elevada tumba, para que todos los fieles le contempláran y le adorasen, pidiendo su intercesion en sus necesidades y dolencias. Causaba admiracion y santo gozo el oir por donde quiera las alabanzas y virtudes del glorioso Santo. Uno referia sus milagros, otro re-

cordaba sus profecías, cuál ponderaba sus conversiones, quién agradecia sus limosnas; y todos, finalmente, glorificaban á la Santísima Trinidad, que tan gran Santo diera á la Orden y al mundo. A los pocos dias de haber sido enterrado, notaron los religiosos que de su sepulcro fluia una especie de maná, el cual recogido sirvió en adelante para curar muchas enfermedades; no siendo esto sorprendente, porque nada de extraño tenia que el que tanto ardió por la caridad en vida, se liquidase despues de muerto por el amor de su prójimo. A causa de la devocion que manifestaron los fieles, concurriendo diariamente á aquel convento, que ántes se llamaba de la Santísima Trinidad, en adelante se tituló de S. Roberto. Viendo la religion que la fe crecia, que la devocion se aumentaba y que los milagros iban multiplicándose, acudió á la suprema autoridad apostólica solicitando se abrieran informaciones para la canonizacion del siervo de Dios. Examinados los testigos, comprobadas sus virtudes y atestiguados los milagros, entre los cuales se hallaban cuatro resurrecciones de difuntos, la santidad de Clemente IV le canonizó en 17 de Junio de 1265. La Orden Trinitaria, ántes de la introduccion del cisma en Inglaterra, celebraba su fiesta el dia 14 de Marzo, aniversario de su gloriosa muerte.—M. B.

ROBERTO DE KENNET apellidado el *Breton* ó el *Inglés*. Dice Pitseus en sus Ilustres Escritores ingleses, que despues de haber recorrido la Francia, Italia, Grecia y otros muchos paises, volvió á España, sin que nos diga si fué natural de ella ó estudió en el pais, y que fué archidiácono de la santa iglesia de Pamplona. Tradujo el Alcoran de Mahoma del árabe al latin, á peticion de Pedro, abad de Cluni, que dió para los gastos una gran suma de dinero. Compuso Roberto varias obras sobre el Alcoran y sobre la doctrina del expresado profeta árabe, y murió en Pamplona el año 1143.— C.

ROBERTO KETTO (Fr.), trinitario. Este ilustre religioso, primero que obtuvo en la Orden Trinitaria inglesa el título de patriarca, fué natural de Escocia, y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Kraimont, de donde pasó al estudio de las ciencias en la famosa universidad de Oxford. Habiendo salido grande escolástico y graduado ya de doctor, volvió á su provincia y convento, donde sucesivamente le hicieron ministro de varias casas que gobernó con suma prudencia, dejando en todas ellas como señales de su piadosa actividad muchas y muy utilísimas reformas. Pero siendo su carácter más inclinado al gobierno político que al económico, permaneció siempre muy poco tiempo en los oficios, porque al instante los renunciaba. Viendo esto los Padres graves de la provincia de Escocia, y deseosos de utilizar sus talentos, en el primer capítulo celebrado despues de su última renuncia, le hicieron ministro provincial. Mostró Fr. Roberto en este

cargo lo mucho que valia y cuán á propósito era para el gobierno político de la Orden, hallándose dotado, segun hemos indicado, de carácter y especial genio para ello. A su celosa solicitud fué debido que en todos los conventos hubiera superiores doctos y cuidadosos de la religiosa observancia, á los cuales daba coadjutores de reconocida habilidad y virtud para que el servicio de la religion estuviera en el grado de esplendor debido y sin experimentar el más pequeño menoscabo ni detrimento, procurando llevar adelante su espíritu de saludable reforma. Como el sujetar á la estricta observancia de sus obligaciones no sea del gusto de todos, y no faltando genios díscolos y caractéres suspicaces, formuláronse y escribiéronse contra él algunas quejas por varios de sus súbditos; quejas á que contestó siempre tan cumplida y satisfactoriamente, que dejando consolado al que se juzgaba ofendido, dábale una elocuente leccion de paciencia y de humildad, y le inclinaba á ser más justificado religioso. En sus visitas á los conventos oia con suma atencion las delaciones que de los prelados se hacian, y si las conceptuaba justas y fundadas, empezaba por disculpar al superior para evitar el escándalo, y consolando al quejoso y ofreciéndole remedio, llamaba á solas al ofensor, y reprendiéndole amorosamente, le persuadia con dulces palabras para que en adelante se portára con humildad y como un tierno padre con todos sus súbditos, y callando el nombre del denunciador establecia paz y concordia entre el prelado y los inferiores. Si advertia que la denuncia era falsa ó mal fundada, reprendia caritativamente al delator, persuadiéndole para que se inclinase al santo temor de Dios, y á obrar segun aconsejan los preceptos de la caridad. De este modo, cuando concluia su visita dejaba entablada en el convento la reforma que pensaba introducir, y esto á gusto de todos los que en él se hallaban, sin experimentar la más leve oposicion. Su justificacion fué tan universalmente reconocida y aclamada, que se decia de él que con los castigos obligaba; pues no disimulando nada á los súbditos ni á los principales, todos quedaban satisfechos y contentos. No pudiendo contener los claustros la fama de la virtud y la ciencia de este varon esclarecido, principió á correr fuera de ellos, cundiendo tanto su celebridad, que los principales del reino solicitaban su trato y procuraban su amistad; y luego cuando la hubieron conseguido y que le conocieron y trataron muy á fondo, noticiaron al Rey el valor de la joya que la religion y el estado poseian en aquel excelente prelado. Quiso el monarca conocerle y alegróse de tratarle. Deseando que aquella luminosa antorcha no permaneciera oculta en el silencio del claustro, sino que todos la viesen y gozasen de su resplandor, dió parte á la santidad de Alejandro IV, ascendido recientemente al pontificado, noticiándole cuán grande tesoro se encontrára en sus dominios. Hallábase vacante por entónces la silla episcopal de Belen, y debiendo recaer esta

dignidad en persona de altas prendas, ánimo esforzado y conocimientos suficientes para mantener el equilibrio entre los dos poderes eclesiástico y civil, al contestar el Pontífice al rey de Inglaterra dándole las gracias por haberle hecho conocer un varon tan estimable, acompañó el nombramiento de Fr. Roberto para el obispado de Belem en Palestina, cuyo nombramiento tenia la fecha del mes de Enero de 1256. Aceptado que fué, marchó Ketto inmediatamente á tomar posesion de su obispado en el que se aplicó de tal suerte á reformar costumbres y corregir abusos, que en muy breve tiempo logró sus benéficas miras, apaciguando antiguas desavenencias, corrigiendo inveteradas costumbres y desterrando perniciosos abusos, quedando tan satisfechos todos sus súbditos, así eclesiásticos y religiosos como seculares, que dirigieron espontáneamente y sin conocimiento del prelado cartas gratulatorias por haberles enviado un varon de mérito tan extraordinario. Era primer ministro en la corte pontificia el cardenal de Trezzi, Jacobo Pantaleon, el cual fué á noticiar, lleno de gozo, al vicario de Jesucristo el buen resultado del nombramiento que hiciera y á proponer á Fr. Roberto para más altos empleos. La muerte del Pontífice estorbó que le adelantasen por entónces en su carrera, mas habiendo ascendido á la cátedra de S. Pedro Urbano IV, que conocia harto bien los antecedentes del obispo betlemita, y como ocurriese por aquel tiempo la muerte del patriarca de Alejandría, que ocasionó graves disputas acerca de quién habia de sucederle, le nombró para desempeñar aquel tan grande como delicado empleo, cortando de este modo toda clase de disputas, y reconociendo que nadie como Fr. Roberto por su espíritu conciliador y demás buenas cualidades, era más á propósito para estorbar que surgieran otras nuevas. Tuvo lugar la eleccion por el mes de Noviembre del año 1261, y llegando la noticia á Fr. Roberto, manifestó mucho sentimiento por tener que separarse de sus feligreses á los que habia tomado mucho afecto. Mas siendo necesario cumplimentar la superior disposicion del jefe supremo de la Iglesia, partió deBelem, en medio de las lágrimas y bendiciones de sus hijos, que unánimemente confesaban no podian obtener otro prelado semejante. Pasó á Alejandría el santo varon, y al tomar posesion de aquel cargo, encontróse grandemente contristado, porque como venia de un jardin que habia hecho florecer á costa de mil trabajos y sudores, se halló con una tierra áspera é inculta, donde era preciso trabajar mucho y sin descanso para obtener algun producto. Abrazóse, sin embargo con su cruz, hizo ánimo de trabajar mucho, y dió principio á sus tareas procurando componer las diferencias que existian en los ánimos, los cuales estaban bastante enconados. Ganó Roberto las voluntades de la generalidad, halagando á unos con dulces palabras, concediendo á otros puestos y honores, y procurando en fin que todos se quedáran satisfechos. Cuando

tuvo conseguida esta idea, comenzó á plantear una ajustada reforma de costumbres, para lo cual reunió un sínodo, donde la estableció con reglas tan sensatas y disposiciones tan justas, que todos los patriarcas sucesores suyos las mandaron observar por lo bien que les parecieron. Mucho trabajó el bendito Padre para conseguir el goce de la tranquilidad á su iglesia. Cuando ya creyó que su fin se habia logrado, cuando ya le pareció que podia gobernar con descanso la grey que el Señor le encomendára, quiso Dios llevarle para la gloria, á fin de hacerle disfrutar el inmarcesible lauro que por premio tiene dispuesto á los que bien han vivido. Sintióse aquejado de una ardiente calentura, y el mismo dia que se le declaró el mal, pidió con instancia los santos sacramentos, recibiéndolos con mucha devocion y edificacion de todos los circunstantes. Cuando trató de disponer de los bienes terrenales, llamó á su mayordomo y le preguntó qué era lo que tenia *Señor, respondió aquel, su Ilustrísima ni tiene ni debe.* Oyendo lo cual, el santo Patriarca exclamó: *Nunc dimittis, Domine, servum tuum in pace.* Y conociendo que su dolencia se agravaba, y que su último instante iba aproximándose, pidió un santo crucifijo, y dirigiéndole tiernas súplicas y haciendo fervorosos actos de piedad, espiró abrazado con la imágen del Redentor el dia 15 de Octubre del año 1269, dejando grandes testimonios de su virtud y una notable fama de santidad y de bienaventuranza.—M. B.

ROBERTO Kilbario (Fr.), minorita. Fué natural de Inglaterra, no consta de que punto, así como tampoco el convento en que habia tomado el hábito de la Orden Seráfica. Por su ilustracion, sus ejemplares virtudes y prendas poco comunes, mereció la distincion de ser elevado á los más distinguidos puestos, siendo sucesivamente obispo de Porto y arzobispo de Cantorbery, obteniendo por último la púrpura cardenalicia con el título de Sta. Sabina. Consta que escribió varias obras, pero sus títulos no nos han sido trasmitidos por los biógrafos, así como tampoco la época en que ocurrió su fallecimiento.—M. B.

ROBERTO Korkagiense (Fr.), trinitario. Fué natural de Korkac, en Irlanda, en cuyo convento tomó el hábito de la Santísima Trinidad. Por su buen ingenio, así como por su aficion á las letras, luego que profesó fué enviado á estudiar á la universidad de París, donde se graduó de doctor y fué puesto en el número de los de la Sorbona. Vuelto á su patria le nombraron ministro del convento de Korkac. Como era un hombre de natural blando y apacible y de tan corto ánimo, que no tenia disposicion ni aliento para el buen régimen de la casa, aunque los religiosos le amaban mucho, y aunque notaban cuánto se disminuia la hacienda del convento, ni se atrevian á quitarle el cargo, ni á indicarle que lo renunciára. Dada cuenta á los superiores del conflicto en que se encontraban, hallaron estos

un medio de conciliar todos los extremos, disponiendo que el vicario del convento, hombre activo, entendido y diligente, se encargára del gobierno económico de la casa, y Fr. Roberto del espiritual, en lo cual fué un prodigio, porque juntando la discrecion á la amabilidad y la prudencia, era amado de todos en general. Viéndose libre de cuidados temporales, entregóse con afan al estudio, y produjo varias obras estimables. Florecia por el año 1312, y murió en su convento de Korkac el dia 10 de Diciembre de año ignorado. Hé aquí el título de sus obras: *Teología moral*, diez libros. — *Comentarios sobre los cuatro libros del Maestro de las Sentencias*; dos volúmenes. — *De la Oracion y Meditacion*, cuatro. — *Del régimen de la Iglesia*, dos. *Sermones de Santos*, dos. — *Exposicion de la regla de la Santísima Trinidad*, uno. — *De la guerra justa é injusta*, uno. — *De la gerarquía de los Regulares*, un volúmen. — M. B.

ROBERTO Kuldeo (Fr.), trinitario. Fué natural de Escocia, y tomó el hábito de la órden de la Santísima Trinidad en el convento de S. Andrés, de la ciudad de Edimburgo. Fué varon doctísimo, y recibió el grado de doctor en sagrada teología en la famosa universidad de Oxford. Retirado á su convento, murió por los años 1258, dejando escritas las siguientes obras: *Sobre el libro de los Reyes*, cinco volúmenes. — *Sobre el profeta Isaías*, un volumen. — *Alabanzas de los Santos Apóstoles*, un volúmen. — M. B.

ROBERTO Lamberg (Fr.), religioso capuchino, hijo del conde de Lamberg, en Alemania, donde se distinguió mucho por sus grandes virtudes el individuo de que nos ocupamos. Pocas son las noticias que nos dan las crónicas acerca de este religioso, de cuya virtud es testimonio inequívoco el haber abandonado al mundo por abrazar la vida monástica, en que fué un modelo de perfeccion. No podia ménos de verificarse así, pues solo una decidida vocacion ó los más amargos desengaños pueden hacer al hombre abandonar las comodidades y riquezas, y los augurios de un brillante porvenir, para vivir en la humildad, retiro y oracion, consagrado á prácticas piadosas, y sacrificándose por sus hermanos, á los que sirve de ejemplo, procura corregir y dirigir al mismo tiempo sus oraciones al cielo para obtener que la gracia venga á iluminar el empedernido corazon del que lanzado en la senda del vicio ó de las pasiones, no viendo nada delante de sí, corre hasta despeñarse en el abismo, de que rara vez es dado salir al hombre sin el auxilio divino. Roberto, pues, que habia visto muchos casos de este género, se decidió á vivir en el claustro, tanto para evitar el caer en otro igual, como para procurar la separacion de aquellos de tan errado camino. Consagróse, de consiguiente, sin cesar á la oracion y penitencia, vertia lágrimas por los pecadores, acordándose de su funesta ceguedad, y en todas sus oraciones y ejercicios no cesaba de pedir á Dios por su conversion,

que esperaba obtener como habia alcanzado la suya propia. Ordenado de sacerdote y dedicado á la predicacion, que era el ministerio que más convenia á su carácter, hacia continuas misiones y animaba á todos á seguir su ejemplo, huyendo de un mundo en que solo podian esperar amargos desengaños. No dejó de obtener notable fruto el buen misionero, y más de una vez fué coronado su celo con lisonjeros triunfos, que en su grande humildad atribuia siempre al Señor, creyéndose él humilde é inútil instrumento, que sin los auxilios superiores jamás hubiera obtenido tan buenos resultados. Así vivió y murió este notable religioso, siendo tradicion en toda Alemania y aún en Italia, que á la hora de la muerte le rodeaban las almas de los que habia sacado de las regiones de las tinieblas, y le condujeron en sus brazos á las mansiones celestiales. —S. B.

ROBERTO DE LAMBORRONE (P.), franciscano inglés, muy célebre en su época por su ilustre carrera, servicios que prestó á su Orden y cargos que desempeñó en ella. Pertenecia á una antigua é ilustre familia, y tomó el hábito siendo muy jóven todavía, dándose á conocer por sus regulares y observantes costumbres. Siguió sus estudios con grande aprovechamiento en las principales universidades de su patria, en que se distinguió por su aplicacion y talento, que le hacian mirar como un prodigio en su época. Apénas terminada su carrera, viendo sus prelados el grande fruto que de sus buenas prendas podian prometerse, comenzaron á elevarle á diferentes puestos, en todos los cuales manifestó el grande celo de que se hallaba adornado por el fomento de la Orden y bienestar de sus hermanos. Llegado á provincial de Inglaterra, asistió á diferentes concilios, así generales como provinciales, en todos los cuales manifestó los vastos conocimientos de que se hallaba adornado y sus buenos deseos por el bien de la religion católica, de que fué uno de los más ardientes partidarios; pero entre tanto desempeñaba otro cargo más difícil y delicado por el que ocupa un brillante puesto en la historia, el de confesor de la reina Isabel, mujer de Eduardo II, con quien casó en 1292. Este monarca tuvo la desgracia de atraerse el odio de los ingleses por el amor que profesó á un favorito llamado Gaveston, contra quien se coligaron repetidas veces los grandes del reino, y por último, la misma Reina, viendo que ni los consejos ni las repetidas guerras, ni todo género de desgracias apartaban á Eduardo de un hombre tan fatal. Sin embargo, Isabel desempeñó otro papel más importante, en que tuvo una parte muy activa Roberto de Lamborrone, y el que merece especial mencion. Una excursion intentada por el Sr. de Montpezat en la Guiena, rompió las paces en que desde mucho ántes se hallaban Francia é Inglaterra. La reina Isabel, que era francesa é hija de Felipe el *Hermoso*, se hizo nombrar en 1325 para negociar un arreglo con su hermano Cárlos; el jóven príncipe Eduardo,

hijo suyo, fué á reunirse con ella en París, despues de haber recibido de su padre, en clase de donativo, los ducados de Guiena y de Ponthieu, por los que hizo homenaje al rey de Francia pocos dias despues de la llegada de Isabel. Concluido el tratado que habia sido el objeto de su viaje, Isabel quiso prolongar su permanencia en Francia. Reteniala el temor que tenia al favorito de su marido, que habia extendido sobre su honra las más negras manchas para sostenerse en el poder. Pero el rey de Inglaterra amenazó y mandó que volviese su esposa con su hijo, y sabiendo que el rey de Francia se hallaba en connivencia con ella, rompió el tratado de paz nuevamente firmado. En 1326, segun una crónica manuscrita, el rey Eduardo, por consejo de Hugo el *Dispensero*, su coadjutor y gobernador del reino, mandó prender y poner en la cárcel á todos los religiosos franceses que se hallaban en Inglaterra, exigiéndoles en calidad de rescate una gran cantidad de dinero; cuando lo supo Cárlos, rey de Francia, hizo otro tanto con los ingleses que se hallaban en Francia. Al mismo tiempo se declaró la guerra y comenzaron las hostilidades, en particular en Guiena. Pero Isabel, viéndose abandonada de su hermano el Rey, recurrió al conde de Hainaut, se retiró á su lado y contrató el casamiento de Felipa, hija de este conde, con su hijo Eduardo. Isabel se embarcó despues para regresar á Inglaterra, y en 1326 desembarcó en la provincia de Sufolck con su hijo, el príncipe Eduardo su cuñado, y con tropas mandadas por Juan, hermano del conde de Hainaut. Reuniéronsele los príncipes de la sangre y casi todos los cortesanos: Eduardo, abandonado de todo el mundo, tomó la fuga; la Reina le persiguió y publicó un manifiesto en Wallingford, se apoderó de Bristol, donde prendió á los favoritos de su marido, á quienes mandó ahorcar á una altura de cincuenta pies. El Rey descubierto en las montañas de Gales, fué conducido á Montmouth, y entró en Lóndres, se reunió el Parlamento y tomó la resolucion de deponer al Rey. Este desdichado príncipe, cediendo á la fuerza, depuso la corona, el cetro y las insignias reales en manos de los diputados del Parlamento. Concluida esta ceremonia se procedió á la degradacion. Los comisarios representaban la nacion; un tal Trussel, juez, y que en esta ocasion desempeñó el oficio de procurador especial del pueblo, leyó al Rey el acta que relevaba á sus súbditos de sus juramentos. El gran mariscal rompió su baston de mando, y dispensó á los oficiales de su servicio. Tal fué el fin del reinado de Eduardo, pero el de su vida fué aún más cruel. Encerrado en el castillo de Berckley, los caballeros Maltravers y Gournay, encargados de su custodia, le dieron muerte, hundiéndole en el cuerpo un cañon de asta, por dentro del cual hicieron pasar un hierro encendido que le quemó las entrañas. Roberto de Lamborrone, triste espectador de estos sucesos, que no pudo evitar, pues en ellos se hallaban complicados desgraciadamente mu-

chos prelados, continuó confesando aún por largo tiempo á Isabel hasta su muerte en 1529. Dícese que dejó varias obras, pero se han perdido indudablemente en las revoluciones tan frecuentes entónces en Inglaterra. — S. B.

ROBERTO LANDER (Fr.), trinitario. Fué natural de Escocia, tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento Barrense, y estudió en la Universidad de Oxford, recibiendo en ella el grado de doctor. Ignóranse todas las circunstancias de su vida, constando únicamente que florecia por los años 1218. Es conocido por una importante obra que escribió, la cual yace ignorada, y que hoy hubiera sido de suma utilidad. Llevaba por título: *Varones ilustres de la órden de la Santísima Trinidad, redencion de cautivos.* M. B.

ROBERTO DE LEICESTER. Nació este religioso, de la órden de S. Francisco, en Leicester, ciudad de Inglaterra. Su ciencia y saber le dieron una gran reputacion en el siglo XIV como filósofo, teólogo y predicador. Siempre que predicaba llenaban los fieles el templo deseosos de oirle, y siempre lo hizo con general aplauso. Murió este famoso orador sagrado el año 1348. Además de muchos *Comentarios sobre el Maestro de las Sentencias*, segun Pitseus, Villot y Leland, las obras siguientes le hacen honor: *De Ratione temporum. — De Computo Hebræorum. — De Computo Latinorum. — De paupertate Christi*, y otras. — C.

ROBERTO DE LICIO (Fr.), religioso de la órden de S. Francisco. Nació este insigne predicador en Licio, que otros denominan Alecio, ciudad de la provincia ó territorio de Bari, en el reino de Nápoles, distante poco más de una milla del promontorio Salentino. Eran sus padres ilustres por la sangre, y muy señalados por su piedad, y es testimonio de esta virtud el que la madre, luego que reconoció en sus entrañas el fruto de bendicion, hizo voto de consagrarle al Señor en la Orden Seráfica, dirigiendo todos sus conatos para encaminarle á este fin, á cuyo efecto, desde la tierna edad, devotamente le vistió de religioso de aquella Orden, para que la tomase cariño y aficion; con el nuevo hábito le entregó la piadosa matrona á los Padres conventuales, para que instruyéndole desde luego en el temor de Dios y en las primeras letras, le dispusiesen á la futura profesion de la regla en cumplimiento de su voto, y supuesta la vocacion en Roberto. Todo sucedió prósperamente á medida de aquellos deseos sinceros y constantes. Aquel jovencito, acostumbrado al afectuoso y paternal trato de los religiosos, aumentó su inclinacion al instituto, que abrazó gustosísimo, hechas en Roberto naturaleza las observancias regulares. Aunque se crió y educó en la conventualidad, no quiso tomar el hábito sino en la observancia; fuese que la vocacion divina le movió á esta resolucion, ó que se la dictó alguno de los mismos conventuales afectos á la familia observante, de los cuales

habia muchos, si bien detenidos con varios respetos no tenian valor para pasarse á ella, ni áun para descubrir su corazon en público. Luego que profesó Roberto, comenzó á granjearse el afecto de todos con el buen uso de aquellas prendas, de que le dotó la naturaleza, como eran, hermosa presencia, despejo modesto, suavidad de voz, facundia sin locuacidad, viveza de ingenio, docilidad de juicio, blandura de voluntad; pero sobre todo gran facilidad para acomodarse á los diversos genios de cada uno; gracia que se concede á pocos, y que importa infinito para vivir en paz con todos. Cuando entró en la religion, estaba ya muy capaz en la lengua latina y en la oratoria, por cuya razon cierto predicador húngaro, que moraba en aquel convento é ignoraba la lengua del país, celoso del bien de las almas, escribia sus sermones en latin y se los entregaba á Roberto, para que traducidos en lengua vulgar los predicase. Hacialo con tan viva expresion de afectos, con acciones tan briosas, con energía tan alentada, que conmovia notablemente al auditorio. Comenzóse á celebrar la gracia de aquel jóven, así dentro como fuera del convento, con aquel estilo de ponderacion fervorosa, á que da ocasion en el vulgo, llamando su atencion la novedad, y en la cual generalmente se exceden los límites de la prudencia, y tal vez los de la verdad. Fué tomando tanto cuerpo este ruidoso aplauso, que llegó á oidos de los superiores, y estos considerando con maduro juicio y exámen que en virtudes tiernas suele ocasionar el aura popular los más rápidos y lastimosos estragos, resolvieron alejarle del peligro, pasándole á la provincia de S. Francisco en la Umbría. Aquí le señalaron casa de estudios, con órden al guardian para que al corista le tuviese recogido y aplicado, primero á la virtud y despues á los libros. Como Roberto por una parte era dócil de condicion, y por otra no se habia excitado su corazon y amor propio con los primeros aplausos, fácilmente se olvidó de ellos, y fué muy gustoso á cumplir la obediencia. Se aplicó al ejercicio de las virtudes y á los estudios, tan á satisfaccion de la comunidad, que á los pocos años toda ella instaba á los superiores para que le volviesen al púlpito. Repetian los frailes estas instancias con aquella especie de conato que parece ser fervor del celo, y no lo es sino de la inconsideracion. Con esta censuraban impacientes á los mismos superiores atribuyendo á nimiedad de temor lo que era cautela y precaucion; lo cierto es que los argüian de poco celosos del esplendor de la familia y del bien de las almas, pues tenian oculta una luz, que colocada en el candelero, podia alumbrar al mundo. Siempre suelen cubrirse con estos pretextos las miras del deseo y del dictámen, y pocas veces se ha visto conseguirse sazonados frutos de tales aceleraciones y apresuramientos. Lo seguro es que si á los ingenios, cuando estan en flor, se les guardase con prudente cuidado y se les reservase del pestilente viento de las aclamacio-

nes, llegaria á ser mayor el número de los oradores que diesen sazonados frutos. Los prelados últimamente, vencidos en parte por las multiplicadas instancias de los religiosos, y por otra viendo ya á Roberto revestido y ordenado de sacerdote, y en edad algo más oportuna para el ejercicio del púlpito, le instituyeron predicador. Comenzó sus sermones con espíritu verdaderamente apostólico, á que correspondian maravillosos frutos en conversiones de muy grandes pecadores. Volaba por Italia su fama, y todas sus principales ciudades le solicitaban para tener el gran placer de oirle, siendo las primeras que lo lograron, contándolo como recuerdo glorioso, Asís, Eugubio, Florencia y Aquila. El año cuarto de su predicacion fué tanto lo que con ella conmovió á esta ciudad, que casi todas las cuaresmas se empeñaba el magistrado con los prelados ó con el Papa, para que les diesen por predicador á Fr. Roberto. De su energía y doctrina dicen maravillas los historiadores extraños: Jacobo Felipe de Bérgamo afirma: «que fué doctísimo en las Sagradas Escrituras, instruido en el derecho canónico, maestro y doctor de todos los predicadores de su tiempo; y que por la clarísima y admirable gracia de predicar, tenia las primeras estimaciones de Italia.» Rafael Volaterrano, despues de haberse extendido en las alabanzas de S. Bernardino, de S. Juan de Capistrano, de S. Jácome de la Marca, y otros clarísimos oradores de la religion franciscana, antepone Roberto á todos, y añade estas formales palabras: Desde la primera flor de sus años comenzó á predicar con tanta elocuencia y admiracion de costumbres, que todos le tenian por perfecta idea del púlpito, y estudiaban en imitarle, así en la expresion de los afectos, modestia y buen aire de las acciones, como en el método y arte de sus exordios, exclamaciones, conmiseraciones, digresiones y epílogos. Verdaderamente que como nuevo orador de la divina palabra, dió á su siglo modo de proponerla. A la eficacia de su persuasion abrazaron el instituto franciscano trescientos sugetos, que se desataron de las prisiones del mundo. Tritemio, despues de hacer muchos elogios de Roberto, concluye llamándole «celebérrimo declamador del púlpito, y famoso en todo el orbe cristiano, que á la luz de sus palabras y ejemplos sacó á muchos del laberinto de las culpas.» Marco Cynico dice: «Que era vehementísimo orador, y sin controversia príncipe de los teólogos.» Alfonso, duque de Calabria, le llama «corona de predicadores y nobilísimo clarin de la Orden Franciscana.» El doctor Gonzalo de Illescas, en su libro VI de su *Historia pontifical*, cap. XIV, escribe estas palabras: «Lo que más espanto ponia en las gentes eran los sermones y amonestaciones santas de Roberto, fraile de S. Francisco, que andaba por toda Italia predicando penitencia, con tanto fervor, que movió infinitas gentes, así en Roma como en otras ciudades, *á salirse* azotando por las calles con muchas lágrimas y sollozos.» Finalmente,

Mariano Florentino testifica, «que era conocido de todos por el nombre de segundo S. Pablo.» Y no el andar ocupado en los afanes del púlpito le impedia el que continuamente tuviese la pluma en la mano; y trasladando al papel los afectos del corazon y los discursos del entendimiento, escribió con grande aceptacion, y como modelos en este género, los libros siguientes: *Sermones de Christo, et B. Virgine;—Sermones pro solemnitatibus totius anni, Domini Sabahot et Beatissimæ Virginis;— Sermones de tempore, et de laudibus Sanctorum;— Sermones de Adventu, et Quadragessima.— Quadragessimale de Peccatis;—Quadragessimale de Pœnitentia;—Speculum Fidei Christianæ;—De amore Divinorum Officiorum;— De timore Judiciorum Dei.* Estos servicios que hacia á la Iglesia, y las demás prendas con que le habia enriquecido y dotado la naturaleza y la gracia, le hicieron gran lugar en la estimacion de los príncipes eclesiásticos y seculares. El rey de Sicilia y Aragon D. Fernando le eligió por su confesor y predicador. Todos los pontífices de su tiempo le honraron con repetidas demostraciones de cariño, y cuando podian desprenderse de los negocios, oian sus sermones con notable gusto. En consecuencia de esta nombradía le concedieron varios privilegios, que igualmente tendian al honor y al alivio de su persona. Nicolao V, por un amplísimo breve, que puede verse en Wadingo, y de que se formó la piedra de su escándalo, le eximió de la obediencia de todos los prelados de la Orden, excepto solo el general, y le dió facultad para que siempre le acompañasen cuatro ó cinco religiosos de su eleccion, mandando á todos, así súbditos como prelados, que con caridad y agasajo le recibiesen en los conventos por donde hiciese tránsito, sin contravenir en cosa alguna á lo dispuesto por el breve, pena de excomunion reservada á la Silla Apostólica. Bajo de la misma pena mandaba á todos los obispos y párrocos que le franqueasen las Iglesias para decir sus sermones, sin pretender impedirlo con algun pretexto: tal era el concepto que de este predicador tenia el pontífice Nicolao. Calixto III, siguiendo á su predecesor, le confirió todas estas gracias, y le hizo su nuncio en los dominios de Francisco Esforcia, duque de Milan. Finalmente, los siguientes pontífices le honraron con los obispados de Aquino y Licio; y otros añaden tambien el de Aquila. Como Roberto experimentaba y conseguia de sus sermones los crecidos frutos de que viene hecha relacion, dió en entregarse al púlpito tan afanosamente y con celo tan indiscreto, que abandonaba la oracion mental, arma principalísima de los predicadores, así para contrarestar las tentaciones que suele traer consigo el mismo ejercicio de la predicacion, como para pelear con más eficacia contra aquellos vicios que reprenden. Al paso que se retiraba de la oracion, experimentaba en sí (como de ordinario acontece, más dificultad para volver á ella, y dejándose vencer de la tibieza,

rebozada con la piedad, continuaba su desórden. Con el abandono de la oracion y del recogimiento interior, le sobrevinieron infinitos males. Amortiguóse en su entendimiento la luz del desengaño, resfrióse en su corazon el fervor de la caridad, desenfrenóse en el apetito la concupiscencia, la rectitud de la intencion se torció, y en fin, quedó toda su alma como ciudad sin muros cercada de enemigos. Aquella blandura del natural que le facilitaba el ejercicio del amor santo, la convirtió toda en un desordenado amor de si mismo, de cuya mala raíz brotaron la vanagloria, la soberbia, la ambicion, el regalo y otras pasiones dignas del silencio. El enemigo de las almas con diabólica astucia le acometió, pero muy poco á poco, disfrazándole sus vicios con especiosos pretextos y motivos santos. Todo se lo encubria bajo la máscara de la caridad, diciendo que á esta como á reina debian ceder los ejercicios de las demás virtudes. Fundado en esta máxima (que es en sí verdadera cuando la caridad va bien ordenada) dió en cuidar mucho de su regalo, para tener las fuerzas competentes que pide la predicacion contínua y fervorosa. Si le convidaban los príncipes ó los caballeros á sus mesas, admitia el convite con gran desembarazo, queriendo que pasasen por primores de condescendencia, canonizados con los ejemplos de Cristo en la mesa de los publicanos, los antojos de la gula. Su celda, frecuentada á todas horas de la nobleza secular, más parecia gabinete de estado que retiro de un religioso. Sus visitas, que en los principios de la predicacion eran de solo las cárceles y los hospitales, se pasaron á los palacios y á los estrados; laberintos para los ojos y corazones humanos, tanto más peligrosos, cuanto más llenos de resplandor; donde la virtud, si no anda muy asida á la cautela, deja de perderse pocas veces. Le servia su política de tercera para su entremetimiento, y con esto dejó á la ambicion francas todas las puertas. Andaba además de esto su virtud menoscabada de la piedad del sexo devoto, y aunque conocia que al manso calor de los halagos se le iba ablandando el corazon, y recibia impresiones bastardas, harto peregrinas y ajenas del candor que profesaba, se dormia en tan sabroso encanto; en fin, de todas las prendas naturales que ántes servian á los empleos de la gracia, formó la cadena de sus hierros que le arrastraron al último precipicio. Como Roberto sacaba sus vicios al teatro del mundo, vestidos diestramente con el disfraz de las virtudes, conservó bastante tiempo su buena reputacion. Sin embargo, los religiosos, que tocaban más de cerca sus operaciones, encontradas y opuestas casi todas á las máximas de la virtud verdadera, no dejaron de conocer y de apercibirse del desórden de su vida, por cuya razon le corrigieron caritativamente. Entre estos fué uno el glorioso S. Juan de Capistrano, el cual á la correccion añadió la profecia de su ruina, intimándosela de parte de Dios. Pero de la

medicina no sacó Roberto sino el encono con sus hermanos; porque para que le aprovechase, le faltaba la humildad, y á quien le falta esta, hacen las correcciones los efectos que el hierro y el fuego en tumores crudos. No manifestó desde luego su sentimiento, porque convertida ya en astucia refinada toda la prudencia, sufrió el aviso, mintiendo en el rostro la serenidad que le faltaba en el ánimo, y dando señales de agradecido, y palabras de la enmienda, comenzó á revolver en su corazon una ruidosa máquina de pensamientos encaminados todos á su satisfaccion de lo que ya miraba como agravio, y meditaba en disponerlo con tal arte, que uniese la venganza y la conveniencia, quedando satisfecho sin dejar por eso de continuar bienquisto. Todo lo consiguió á medida de sus intentos, por medio de una oracion ó discurso que hizo al Pontífice, valiéndose de todas las galas de su buen decir, al mismo tiempo que de su astucia y energía. Disimuló en ella con tal artificio el tiro de su malicia dirigido á los prelados, que los atacó sin indicarlos, hiriéndolos á mansalva sin ruido ni estallido, tejiendo astutamente la acusacion envuelta en sus elogios. «Santísimo Padre (le dijo hablándole del particular), no ignora vuestra Santidad que el principal apoyo de toda perfeccion religiosa es y debe ser en el súbdito una ciega y puntual obediencia no solo á los preceptos, sino á las más leves insinuaciones de su prelado. Tibio soy, malo soy, pecador soy, relajado, escandaloso, perverso; é importaria poco que lo dijera mi lengua, si no lo publicáran con toda la voz de la verdad mis obras. En medio de esto, debo tambien conocer, que si acertase á ser en algo obediente, eso poco tendré de ménos malo. Mis prelados, Santísimo Padre, no llevan á bien que yo predique; y para no llevarlo á bien, yo mismo estoy conociendo que les sobran mil razones. Válese Dios de mí (venero su disposicion, y reconozco la vileza del instrumento) para que muchos pecadores de uno y otro sexo y de varios estados y dependencias, se conviertan al desengaño. Estos, no contentos con la luz de la doctrina que les administro desde el púlpito, quieren tambien la mano de mi consejo para desatar los intrincados nudos de sus conciencias. A este fin, ó me buscan en mi retiro, ó me sacan de él: y por cualquiera de estos dos caminos vea ya vuestra Santidad los inconvenientes que se descubren. Si mi celda se frecuenta (como es preciso, supuesta mi predicacion) se interrumpe y áun se profana con este bullicioso comercio el venerable silencio del claustro. Si las mujeres me sacan á la iglesia, son pocos mis años; muchos y varios los juicios de los hombres, y no siendo como los de Dios justificados en sí mismos, es preciso que yo con el retiro los haga justificados en cuanto esté de mi parte. Si á título de gratitud ó de necesidad me llevan á sus casas, y me dan su mesa, he de ser rústico volviendo las espaldas al obsequio; ó he de romper si le admito las leyes de religioso penitente,

con la nota de relajado y regalado. Veo que ganar almas para Dios, es el empleo más alto que pueden y deben tener los talentos del siervo fiel; pero tambien veo que la primera acreedora de mi talento es mi alma, y que nada me aprovecharia ganar las de todo el mundo, si la mia padeciese detrimento. En esta fe conozco, y echará de ver vuestra Santidad, con cuánto celo y prudencia previnieron los prelados mi seguridad en mi retiro; y con cuánta razon debo yo abrazar como mandatos unas insinuaciones, que teniendo en sí y por sí toda la justificacion, tienen para mí toda la conveniencia y utilidad espiritual.» Iba caminando su intencion por todos estos circunloquios á la peticion del breve, que consiguió, para quedar exento de la obediencia de los prelados, y como el arte de sacarle consistia en esconder el intento descubriendo la repugnancia, se dejó caer la especie con aquel cuidadoso y meditado descuido de la astucia, añadiendo: «Y aunque vuestra Santidad, con la plenitud de potestad que ha puesto el cielo en sus manos, podia dejar desarmadas y sin fuerzas mis razones, eximiéndome de la obediencia de mis prelados, en caso que el bien de las almas tenga el primer lugar en el cuidado de vuestra Santidad, seria esta, Santísimo Padre, para mis hombros una gracia de tanto peso, que para llevarla, necesitaba mayores fuerzas que las de mi espíritu. Suponga vuestra Santidad la gracia; y dé por conjurados desde luego contra mí no solo mis prelados, sino todos los religiosos de la familia. Pondere dignamente vuestra Santidad, ¿qué apoyo tuviera mi doctrina, si me vieran exento de la obediencia? ¿Tratarianme como miembro de su cuerpo viéndome ya separado? Y cuando vuestra Santidad allanase todos estos tropiezos con el apremio de las censuras, ¿cómo podria excusar que yo leyese en los semblantes el interior disgusto de los corazones? Verdaderamente, Santísimo Padre, que esto seria sacrificarme á un prolongado martirio; tal que dudo si, áun con todo el amparo de vuestra Santidad, quedarian en mí alientos para sufrirle. No sé cómo ni para qué he anticipado esta excusa; pero estoy tan poseido de mis temores, que ellos solos me han sacado las palabras á la boca. Volviendo, empero, sobre mí, no puedo ménos de asegurar, que aunque mi carne como enferma se desmaya, mi espíritu se mantendrá firme en beber cualquier cáliz de amargura que vuestra Santidad me fie. En esta fe, beatísimo Padre, es únicamente mi pretension, que vuestra Santidad me lleve al acierto por aquel camino que más bien le parezca, aunque sea el más sembrado de abrojos, pues no es razon me desvie yo de la cruz, cuando solamente vengo en busca de la seguridad.» El papa Nicolao le escuchó como pudiera á un apóstol, y no rastreando en sus proposiciones la más leve sombra de artificio ni vestigio de pasion desordenada, juzgó que los reparos de los prelados nacian de santo celo, pero ménos discreto de lo que convenia. Con arreglo á este

juicio, concedió á Roberto el amplísimo breve de que se ha hecho mencion, y le despidió con su bendicion apostólica, dejándole más bien puesto en su estimacion, y no sin esperanzas de favores de otra esfera. Tal es el poder de la astucia sobre el candor de una ingenua sinceridad, y con tanto esmero saben ocuparse y estudiar los hombres el camino de su perdicion. Un gravísimo analista de la Orden Seráfica no acaba de admirar la condescendencia del Pontífice con Roberto, cuando su florida edad por esta sola causa, y sin más razon, estaba intimando la lentitud en privilegio de tales consecuencias. Las tuvo fatalísimas á la verdad, no hallando para este procedimiento más razon que determinaciones insondables de la Divina Providencia, que dejando algun espacio á la potestad de las tinieblas, da lugar á sus terribles permisiones. Lo cierto es que si el Pontífice no se hubiera impresionado tan de lleno del informe de Roberto, y hubiera dado tiempo y oidos al informe de los prelados, sin duda no concediera, ó concediera ménos lato el privilegio, como despues lo acreditó con la experiencia, porque informado, por último, de la verdad, revocó todos los breves que habia expedido en favor de Fr. Roberto y sus secuaces, notándose en este caso los perpétuos inconvenientes del gobierno absoluto, sin noticia de los superiores intermedios, y los pantanos de pasar á resoluciones en que dos partes son interesadas, sin conceder á la una y á la otra la misma atencion, lo que da más peso al juicio y á la rectitud. Ganado el privilegio, dió Roberto toda la rienda á los desórdenes de su vida, con la seguridad de quien tenia tan bien guardadas las espaldas; y con el astuto disimulo de quien necesitaba mantener la buena reputacion para sacar á luz la idea de su pensamiento, que como ya se habia borrado la de ser mejor, solo le quedaba la de ser más. A este centro iba caminando por diferentes líneas. Comenzó á tantear con cautelosa maña todos los malcontentos de la observancia, que aunque pocos, respecto de su numeroso cuerpo, no dejaban de ser algunos; y hallándolos bien dispuestos á la impresion de sus persuasiones, estrechó su amistad con ellos. Les ganó la voluntad con regalos y con promesas de mejor fortuna si él tuviese la de apoderarse del gobierno. Manejaba de tal suerte todas estas diligencias de la ambicion, que se acreditaba con ellos de virtuoso, dándoles á entender, que á los regalos le movia la caridad, á las promesas la justicia, y al deseo del gobierno el celo de la observancia, cuyas glorias, decia, no pueden ménos de oscurecerse, miéntras anduviese el gobierno entre las manos de estos frailes ridículos, que con el título de celosos sobreescriben su indiscrecion. Como les tenia ganada la voluntad, fácilmente les conquistó el entendimiento, y fué agregando por este medio tantos amigos, que ya abultaban como parciales suyos. Al mismo tiempo mantenia secretas inteligencias con los primeros hombres de la conventua-

lidad, siendo su designio asegurar en ellos retirada y abrigo conveniente, caso que saliese desairado del capítulo general, para el que ya estaban circuladas las convocatorias. Celebróse este (y fué el tercer capítulo general de la observancia) el dia 27 de Mayo de 1452, en el convento de S. Julian, extramuros de la ciudad de Aquila, donde se juntaron mil y quinientos Padres de la observancia, entre ellos Fr. Roberto, con todos los vocales desu parcialidad. Los demás Padres, hostigados de las demasías y desórdenes de Fr. Roberto, no solo no hicieron eleccion, pero ni áun memoria de él para la vicaría general; ántes le dieron á entender, que traia implicados al capítulo los discursos de su ambicion, pues no era buena consecuencia ser cabeza de aquel cuerpo, de que desdeñaba ser miembro. Firmes en esta resolucion, eligieron en vicario general por vacante de S. Juan de Capistrano, que ya se hallaba en su viaje de la Hungría, al beato Márcos de Bolonia, varon de relevantes prendas y virtudes. Viéndose Fr. Roberto desairado en este lance, jugó el segundo que tenia maquinado, y se pasó á los conventuales, arrastrando tras de sí con sus astutas persuasiones más de ochenta de su parcialidad. Etnre estos los catorce eran sugetos muy versados en insigne literatura, y todos con Fr. Roberto, amparados de los conventuales, se quitaron la máscara con que hasta aquel punto los tuvo disfrazados la ambicion, y á rostro firme y descubierto, hicieron tan cruda guerra á la observancia, que la pusieron en la mayor consternacion. Desahogaban todo el encono de sus corazones con dicterios bien indignos de religiosos, durando el fuego de esta discordia, con mucho quebranto de la observancia, casi hasta los tiempos de Leon X, que con la bula de la union le apagó del todo, conciliando los ánimos con una completa avenencia. El Señor no quiso ni permitió que tan escandaloso rompimiento quedase sin un ejecutivo castigo, porque Fr. Juan Verano, celebérrimo predicador de Italia, y principal fautor de Roberto, á pocos dias de este suceso sintió sobre sí la mano de Dios en una enfermedad asquerosísima y hedionda entre cuyos horrores acabó miserablemente la vida. Todos los demás de la misma parcialidad, con este suceso, quedaron hechos fábula y escándalo de los pueblos, manifestando su indiferencia ó repugnancia, con no querer asistir á los sermones cuando predicaba alguno de los secuaces de Roberto. Ni los príncipes sintieron mejor tan escandalosos procederes. Cosme de Médicis, bisabuelo del papa Leon X, hablando sobre este asunto con un caballero florentino que, compadecido de la observancia, se lamentaba, dijo su parecer en estas palabras, dignas de todo elogio: « Tengo para mí que entre estos pobrecillos observantes prevalecen las virtudes, puesto que no pueden sufrir su compañía los que buscan la propia conveniencia. Esta es la razon porque yo sobre este caso ni tengo pena ni vos la debeis tener; ántes debe-

mos alegrarnos; pues entresacados los malos de los buenos, queda en estos más segura la religion. Una verdad os confieso, y es que hace muchos años esperaba yo este suceso; porque observando para mí el modo y circunstancias de estos predicadores de tanto aplauso, llegué á rastrear que en sus sermones buscaban su vida, no las almas; no la gloria de Dios, sino la de ellos.» Este universal escándalo de Italia, que á Fr. Roberto debiera servirle de freno para detenerle en su funesta pendiente, le iba derribando en nuevos precipicios; porque empeñado en volver por su opinion, eslabonaba unos yerros con otros mayores, formando de todos aquella odiosa cadena, en que presos de sí mismos los entendimientos presuntuosos, arrastran su propia infamia cuando piensan que la ocultan. En consecuencia de tan solemne deslumbramiento, y en apoyo del tema de los conventuales, se atrevió á escribir un papel cuyo asunto era: *Que todos los observantes vivian en pecado mortal*; porque con bula subrepticia de Eugenio IV habian sacudido de sí el yugo de la obediencia debida á los provinciales de la conventualidad como á sus legítimos prelados; y que esta razon de tanto peso fué la que le movió para dejar el estado del peligro en la observancia, y pasarse al de la seguridad entre los conventuales. Aún le precipitó su audacia en mayores arrojos; porque pasó á Roma, y despues de conmover al pueblo en sus sermones contra los observantes, publicando con la voz lo mismo que ya tenia firmado con la pluma, trabajó en predisponer en este mismo concepto al Papa y á los cardenales, representando delante de todos muy al vivo el papel del celo público, con afectados ademanes de quien se sacrificaba á los juicios de los hombres por el honor de unos hermanos y desengaño de otros. Todos estos conatos no sirvieron, por último, sino de irse armando á sí propio los lazos para quedar cogido en ellos, como de ordinario sucede á las cavilaciones y empresas de la malicia; así fué que el Papa, considerando la gravedad de la acusacion, hizo que compareciesen en Roma todos los padres de las provincias de Italia, con su vicario general el B. Márcos de Bolonia, para que respondiesen en forma á los cargos de Fr. Roberto. Hiciéronlo con aquella vigorosa fuerza que infunde en los corazones el espíritu de la razon y de la verdad; y no obstante que el Papa la conoció, no quiso pronunciar sentencia hasta que se examinasen con más rigurosa crítica los alegatos de una y otra parte. A este fin instituyó una gravísima junta de cuatro cardenales y treinta y cinco doctores, los más eminentes *in utroque jure* y en sagrada teología que á la sazon se hallaban en Roma. Examinada con todo detenimiento y debida madurez la causa por dicha junta, la resolvieron unánimes á favor de los observantes, dejando descubierto al mismo tiempo el artificio de Roberto y sus fautores. En fuerza de tan acertada resolucion, declaró el Papa la justicia y la inocencia

de los observantes, quedando tan edificado de la paciencia de estos, cómo escandalizado de la sagaz audacia de Fr. Roberto y los suyos. Ponderaba el santo Pontífice, cuán difíciles son de penetrar los secretos del corazon humano, sin las luces particulares de la gracia en el que gobierna, y no acababa de admirar el artificioso ardid con que Fr. Roberto le iba sacando los favores á su condescendiente y generoso corazon. Avergonzábase dentro de sí mismo, considerando la facilidad con que se dejó persuadir de sus astucias; y toda la indignacion que habia de lanzarse en castigos contra los reos la volvia contra sí, reconociéndose origen de los desórdenes, sin admitir para disculpa las candideces de su intencion. Por esta causa, y por no acabar de perder á Fr. Roberto, pensó castigarle solo con favorecer abiertamente á la observancia; castigo discreto á la verdad, pues no pueden padecer los malévolos otro mas intolerable, que ser excitados por la pasion de la envidia, al presenciar los favores que con toda justicia dispensan los soberanos á los beneméritos y virtuosos. Mudando de consejo, como verdadero sabio, Nicolao V concedió al B. Márcos de Bolonia una bula, en que revoca todos los breves de los súbditos exentos, que ya lo eran algunos al ejemplar de Fr. Roberto, y manda, bajo de censuras, estén todos á la obediencia de sus prelados inmediatos. Sentada esta primera base como inexcusable fundamento para las demás resoluciones, hizo que comparecieseu en su presencia con Fr. Roberto los padres de una y otra familia. Cuando los tuvo reunidos, les ponderó con gravísimas razones el justo dolor de su corazon, despedazado entre sus discordias; y que solo la esperanza de la enmienda le tenia suspenso el brazo para el castigo. Mandó despues á los conventuales, que dejasen vivir á los observantes segun la bula de Eugenio, sin obligacion de obedecer á los provinciales de la conventualidad. A los observantes tambien mandó, que si alguno de sus frailes voluntariamente eligiese pasar á los conventuales, no lo impidiesen, porque de esta manera se mantendria con más firmeza la observancia entre los voluntarios unidos. Así quedó por entónces amortiguada la sedicion más bien que apagada, pues con las sugestiones de los que por entónces salieron desairados, no tardó mucho tiempo en volver á encenderse el encono y la animosidad. El golpe recibido no hizo abrir los ojos á Fr. Roberto para el desengaño, y en vez de encerrarse en el retiro de su celda, ya que no arrepentido por lo ménos avergonzado y confuso, entró en nuevas cuentas consigo, y viendo que aún podian valerle sus astucias, resolvió llevar adelante la estrategia de sus empresas. Con este fin pidió particular audiencia al Pontífice, y habiéndola conseguido le habló, sin mudar de color ni tartamudear su lengua, tan firme y tan sereno en todo, como si llevase en el corazon la justicia y en los labios la verdad. «Santísimo Padre (le dijo), si

los yerros en que cae el entendimiento, sin noticia de la voluntad, merecen castigo y no lástima, aquí me tiene vuestra Beatitud hecho víctima de sus justas indignaciones. Sirvan á la virtud mis desaciertos escarmentados, ya que no acerté á servirla con mis ejemplos. Pero si ántes merezco lástima que castigo, porque faltó el discurso al afecto, y no supe guiar los medios á la intencion, apelo á toda la benignidad de vuestra paternal clemencia. No negaré que arrebatado del celo más de lo que convenia, se deslumbró la razon entre la fogosidad, pero habiendo sido mi culpa más bien hija de la inadvertencia que de la malicia, creo que pido de justicia el sagrado de la misericordia. Ocupé todos los ojos del entendimiento en la conveniencia del bien, y empeñada la voluntad en seguirle, cayó sin reparo en los pantanos del mal. Todo mi pecado es éste, sin que parezca que le disminuyo cuando solo le confieso como fué. Mas ya, Santísimo Padre, quedo bien aleccionado en la escuela del escarmiento, sabiendo que importa mucho disminuir el celo, para que crezca la estimacion; y que andaria más bien puesta mi fama en el juicio de los hombres, si hubiera sido ménos mi celo en el bien de mis hermanos. Y cierto que si en las presentes circunstancias no me atendiese ministro público del Evangelio, de cuya obligacion (segun el divino oráculo) es el cuidado de la buena fama, solicitaria la bendicion de vuestra Santidad para arrojarme á un desierto á coger el fruto de los desengaños, acabando mi vida en tranquilidad de espíritu. Sin embargo, me detiene tomar resolucion de tanta conveniencia mia, el justo gravámen de la conciencia, de que deseo verme aliviado, poniendo en la muy alta consideracion de vuestra Santidad el fundamento de mi temor. Las altercaciones, Santísimo Padre, á que dieron ocasion actividades de mi celo, ó si digo mejor, yerros de mi discurso, estan tan extendidas por Italia, que son el comun asunto, si no la fábula, de todas las conversaciones. Los discursos que se fabrican sobre ellas son tan varios como los afectos; y estos, aguardando el éxito para calificar sus pronósticos, tienen en acecho la curiosidad de todos. Sentado este principio, cualquiera novedad en el breve que vuestra Santidad se sirvió de concederme (por altas razones de mi veneracion ántes que de mi exámen), no puede ménos de ser muy notada, y siempre en desdoro de mi buena reputacion; porque glosando la novedad (sea revocacion ó limitacion del breve) á victoria conseguida de la parte opuesta, es preciso que de la mia concluyan una gravísima culpa, recargándome siempre una de dos infamias, de apóstata ó sedicioso. Y como en esto solo se quedase, deberia darme muy poco cuidado; pues á ley de religioso perfecto y de varon apostólico, debo servir á Jesucristo por infamia y buena fama; por alabanza ó vituperio; por honra ó por deshonra; ya tenido por seductor, ya por hombre de verdad. Pero estando toda Italia (como

vuestra Santidad no ignora) llena de los frutos de mi predicacion y doctrina, porque quiso la bondad de Dios darles el incremento, temo mucho no se marchite ó malogre toda la cosecha de una vez, si corriese por el mundo mi fama convertida en infamia, ó á lo ménos si la notoria evidencia de mi buen nombre se quedase solo en opinion. La importancia de que en la Iglesia no se dé ocasion á vituperar nuestro ministerio, para hacer y asegurar las conversiones de las almas, repite encarecidamente el Apóstol en muchos lugares, y siempre con aquel fundamento que entónces le enseñó la divina luz, y hasta hoy acredita la experiencia. Vuestra Santidad, pues, como árbitro soberano y oráculo de los aciertos, pese en la profundidad de su juicio una razon, que si merece el dictado de sospechosa, por salir de mis labios, tambien merece toda la atencion de vuestra Santidad, por estar en ella interesados todos los ministros evangélicos. Despues de esto, vuestra Santidad haga en mi y de mi lo que más bien le parezca; pues yo quedo seguro de hallar mi mejor fortuna, siempre que la busque, en donde me guiare su mano. Mas si ha llegado ya á tanto el colmo de mi desgracia, que he desmerecido la confianza de vuestra Santidad, quédeme siquiera en el título de hijo de derecho, de que me espere un poco, fiando al tiempo la experiencia de mis procederes. Si estos despues de tanta benignidad fuesen tales que me condenen, sabré yo que no me queda disculpa para apelar de la justicia á la misericordia, y sabrá vuestra Santidad, que no habiéndole quedado nada por hacer en beneficio mio, deberá sacrificarme sin apelacion al escarmiento público.» Dió Fr. Roberto á estas palabras tanta viveza con la natural energía de su decir, que el Pontífice no podia casi contener las lágrimas todo el tiempo que duró el razonamiento, respondiendo el benigno Padre con los brazos, confirmándole nuevamente en su estimacion. Dióle las gracias, de que se hubiese reconocido, cayendo de su dictámen en gracia de la virtud; y persuadido á que cumpliria la palabra de apartarse de los empeños pasados contra la observancia, le despidió confirmándole el breve, para que sin embarazo alguno se aplicase todo al cultivo de la viña del Señor, por medio de la predicacion. No hay motivo para acusar la sanidad y confianza del supremo pastor en este caso; pues el recato y la cautela comun, parece no podia, á no declinar en malicia, prevenir todas las revueltas artificiosas de aquella más que extraordinaria sagacidad. Asegurado nuevamente Roberto con la bendicion apostólica en todas sus exenciones y privilegios, comenzó á usar de ellos moderadamente, mirando con un ojo su conservacion, y con otro su propia conveniencia. Deseaba calificar los procederes pasados con la justificacion de los presentes; y jugaba con tal destreza en la publicidad todas las armas de la astucia, que en la opinion de muchos príncipes ganó el juego que ántes daban por per-

dido. Cuando hablaba de las pasadas turbulencias, decia muy misterioso: «Si fué mia la razon, es lo que no sabré decir; pero lo que sé y lo que digo es solo lo que veo; Su Santidad me mantiene en mis privilegios y exenciones; en la observancia dejó la puerta abierta para que sus frailes, si quisieren, se pasen á la conventualidad; y no mantiene Su Santidad lo que no es bueno, ni abre la puerta sino á lo mejor y más seguro. En fin, bien pudo haber algun exceso en mi celo; pero él fué tan fructuoso, que ya con la nueva disposicion y dispensacion de Su Santidad tienen segura la conciencia los que quedan en la observancia.» Por estos y otros medios se fué recobrando aquel sugeto sagaz con tal firmeza en sus buenos créditos, que en todas las restantes mudanzas de su fortuna siempre quedó de pies para con los príncipes seculares. En la religion, sin embargo, donde se miran las cosas más de cerca y con otra perspicacia, no pudo andar mucho tiempo disfrazada la astucia sin ser descubierta, por cuya razon comenzó Fr. Roberto á caer de su estimacion entre los mismos de la conventualidad. Aquel perpétuo y bullicioso tráfago de seglares dentro y fuera del convento, por más que iba pretextado con los empleos de la caridad, siempre les hacia disonancia, y mucho más ruido en el rezelo que en los oidos. De la misma manera el pomposo acompañamiento de frailes que le seguian de unas á otras partes, segun el breve apostólico, le tenian por gravosísimo los conventos del tránsito, y todos explicaban su disgusto con aquel género de amargura que sabe dar á entender el corazon en el ceño del semblante. Fr. Roberto, viéndose abandonado ya hasta de los mismos conventuales, cayó en una profunda melancolía, y en medio de sus oscuridades no dejó de alumbrarle más vigoroso el desengaño. Tendió el triste la vista por todos los sucesos de su vida; alzó los ojos para mirar la altura de donde habia caido; los bajó despues observando el formidable despeño en que se hallaba; y todo bien examinado, conoció que para acabar de precipitarse en la eterna condenacion no le detenia más que el hilo de un instante tan frágil como incierto. Horrorizado de su mismo peligro, pensó en evitarle, convirtiéndose muy de corazon á Dios, cuya misericordia iba justificando más y más la causa de la justicia, llamando al corazon de Fr. Roberto con el golpe de repetidos auxilios. Meditó sériamente acerca de su falsa posicion, y pensando que á los pasados agravios de la observancia no podia satisfacer de un modo más conveniente que volviéndose á ella, renunciando el breve y todos los demás privilegios y exenciones de su persona, lo puso en seguida en ejecucion. Dió cuenta de su resolucion al vicario general Fr. Marcos de Bolonia, escribiéndole una carta muy extensa, en que con vivas expresiones de pródigo derramaba su corazon contrito y humillado; y para testificar su arrepentimiento y el propósito de la enmienda, le envió junto con

la carta el breve pontificio y otras patentes del ministro general, por las cuales se le habian concedido otras gracias y exenciones, para que si le pareciese conveniente lo diese todo á las llamas. El bendito prelado, cuyo corazon estaba lleno de las dulzuras benignisimas de la caridad, salió tan fuera de sí con la conversion de Fr. Roberto (desesperada de todos á la verdad), que llegó á tocar en aquellos extremos santos de la paternal condescendencia; y arrebatado de ellos, le respondió la siguiente carta :

«Venerable hermano en Cristo, salud en el mismo Señor crucificado. Hermano de todo mi aprecio: entregáronme tus letras en estos dias; y habiendo vivido mucho tiempo en una amarguísima tristeza, de tal suerte me vivificaron y regocijaron, que me fijé en la inteligencia de que ninguna otra cosa podrá sucederme en esta vida más festiva ni feliz. Este es verdaderamente el dia que hizo el Señor; este por el que han suspirado prolongadamente mis esperanzas. Gózome todo conmigo y me congratulo contigo, esperando por instantes tu vuelta á nuestra familia. Aquí me tienes, dulcísimo hermano; todo me ofrezco á ti, asegurándote nada me pedirás que yo no te conceda; y esto no solo sin pena, sino con alegría y con la mayor prontitud. Acuérdate de lo que te prometí cuando concurrimos al convento de Ara Cœli. Prepara tú el papel y yo te daré la pluma para que me escribas como quisieres. Solo esto te encargaré: que mires por el honor de Dios, por el adelantamiento de la familia y por la salvacion de tu alma. Recibote por hermano mio amantísimo y digno de todo honor. El breve que te concedió nuestro Santísimo Padre, junto con las letras de exencion ó patentes de nuestro Rmo. P. General, recibí gustoso; pero con el mismo gusto te las devuelvo. Usa de todas ellas; usa de mí mismo tambien á la medida de tu juicio, á la medida de tu arbitrio, y en fin, como tú quisieres. Y por lo que toca á mi oficio, yo tambien te concedo las mismas gracias, no porque tengas de ellas necesidad, sino porque yo la tengo para descubrirte mis deseos, mi amor, mi predileccion, mi benevolencia, mi fe para contigo; y para asegurarte (usando de tus palabras) que queda en el olvido todo lo pasado. Confía no habrá mano tan poderosa que pueda mover, áun en lo más leve, mi ánimo contra ti. En órden á los compañeros, dispondrás lo que te parezca más conveniente. A tu hermano y mio Fr. Lucas, y al otro de Calio, recibiré como tú dispongas. Ya estoy esperando con ánsia tu vuelta para verte, para abrazarte, para darte señal de paz en el ósculo santo, para desahogar el afecto en todas aquellas expresiones de amor, que á mí me convienen como padre, y á ti se te deben como á hijo, y tambien para verte en el hábito comun de todos nuestros hermanos. Todas las honras que te han hecho en estos tiempos pusieron en mi noticia los romanos, y las oí con especial complacencia. Recibe mi corazon, recibe mi alma; y para poner fin

á mis palabras, recíbeme á mí mismo, y usa de mí á medida de tu voluntad. Vale y correspóndeme en el amor.— Dada en Espoleto en 19 de Agosto del año de 1453.»

Esta epístola le parece á Wadingo más paternal y ménos grave de lo que conviene á un prelado. Sin embargo, respetando el parecer de autor tan recomendable, debe decirse que los arrebatos de un padre, ya los mueva el dolor en la pérdida de un hijo, ya el conato de buscarle, ya el gozo de haberle hallado, si entrasen en el consejo de la razon, siempre saldrán condenados, pero si se compulsasen con los ejemplos de los santos, saldrán siempre aprobados. Asegurado Fr. Roberto con la carta del vicario general, volvió á la observancia, donde vivió algunos dias con buenas señales de pecador arrepentido. Pero como los malos hábitos se habian ya arraigado profundamente en su corazon, le costaba sumo dolor el haber de arrancarlos; y dejando caer el ánimo, abandonó la empresa, volviendo á dominarle las inclinaciones de la pasada vida. Resuelto á seguir por este mal camino, comenzó á tirar otras líneas para lograr sus fines sin la nota y registro de los frailes. Valióse del favor de los príncipes para negociar con el Pontífice una mitra, y entabló con tan buena maña sus pretensiones, que tuvieron efecto en el obispado de Aquino. Tomó la posesion, y echando ménos aquellas conveniencias que le faltaban para llenar la idea de su pensamiento, ó más bien la medida de sus pecados, solicitó el ascenso al obispado de Licio, su patria, que tambien obtuvo. Para el obispado de Aquila consta que estuvo electo, si bien no consta tomase posesion. En el empleo de obispo vivió con toda aquella astucia que necesitaba para esconder de la publicidad sus vicios personales, de modo que sin perder el crédito de buen prelado lograba sus inteligencias secretas con el apetito de la sensualidad. Juntaba en sus obras la luz y las tinieblas, Cristo y Belial, el espíritu y la carne, porque continuando su predicacion y buen porte exterior, se mostraba en los ojos de los hombres un apóstol, y prolongando en su retiro su iniquidad, áun no parecia cristiano. En este monstruoso desórden fué continuando sus dias hasta llegar á los setenta años, en que se descubrieron sus vicios más envejecidos que la edad, porque anegado por último en el cenagoso golfo de sus diversiones ó placeres, le cogió miserablemente la muerte. *Libidine paulatim illectus vesanus cœpit esse. Præsul postremo factus in patria, senex inter concubinas decesit.* Así lo escribe Volaterrano. Y aunque á todos los autores se les hace dura esta calificacion, ninguno la impugna, y únicamente la piedad esfuerza algunas congruencias, que aunque favoreciéndolas mucho, segun el parecer del cronista de la Orden Fr. Eusebio Gonzalez, no llegan á fundar más que sospechas de su salvacion. Una de aquellas congruencias y consideraciones es su fama póstuma, engrandecida no solo de los autores

cristianos, sino áun de los gentiles, que se extienden en alabanzas de su piedad y virtudes, como puede verse en el ilustre analista de la Orden al año de 1495. En consecuencia de esta buena fama, la ciudad de Licio, su patria, levantó á expensas propias en la capilla de S. Bernardino del convento de los PP. Conventuales de la misma ciudad un suntuoso sepulcro con dos estátuas de Fr. Roberto, la una en hábito franciscano y en actitud de predicar; la otra con vestiduras é insignias episcopales. En el frontis del sepulcro se lee grabado este epitafio:

MAXIMUS ECCLESIÆ, CEU PAULUS PRÆCO ROBERTUS;
QUINQUAGINTA ANNOS CONCIONATUS OBIT.
CARACCIOLUS FUERAT LICIENSIS, PRÆSUL AQUINAS
HOC TECTUS TUMULO CORPORE, MENTE POLO.

Tambien se lee el siguiente dístico en medio de la lápida que cierra el sepulcro:

Ille Robertus hic est Christi, quo præsule vatum;
Nemo post Paulum clarior orbe fuit.

Concluido el mausoleo diez y ocho años despues de la muerte de Fray Roberto, determinó la ciudad con público decreto hacer la traslacion, sacando sus cenizas de la sepultura que se le dió en el entierro comun de los religiosos, acaso porque así lo tenia declarado en testamento, ó por otra forma, con motivo de humildad afectada ó verdadera. Descubierta la sepultura, se halló el cadáver incorrupto y entero, sin alguno de aquellos horrores que suelen ocasionar la muerte, el sepulcro y los años. En esta incorrupcion funda la piedad con más firmeza la sospecha y la segunda razon para juzgar que Fr. Roberto murió en el Señor, pues no parece congruente á la Providencia divina conservar con privilegios de incorrupto un cuerpo cuya alma padeciese la infelicidad de la muerte eterna. Sábese lo que en punto de incorrupciones por virtud de la naturaleza dice la filosofía con el apoyo de la historia, y que puede ser de esta clase la incorrupcion del cuerpo de Fr. Roberto; pero tambien se ven en ella bastantes circunstancias para una prudente persuasion, de que corre la incorrupcion de este cadáver á cuenta de especial providencia, más que á influjo de causas naturales. Segun el parecer del cronista de la Orden ántes citado, supone que con esta disposicion echó el Señor un velo al entendimiento para que no fijase la vista con firmeza ni en la perdicion ni en la salvacion de este religioso, templando de tal suerte los rigores de la justicia para el temor con las suavidades de la mise-

ricordia para la esperanza, de modo que ni estas vanamente nos confien, ni aquellos despechadamente nos desesperen.—A. L.

ROBERTO Linceo (Fr.), trinitario. Fué natural de Irlanda, sin que conste de que punto, así como tampoco el convento en que recibió el hábito de la Santísima Trinidad. Estudió en la universidad de Cambridge, y fué varon ilustradísimo, mereciendo ser condecorado con el grado de doctor. La Santidad de Sixto IV le creó obispo de Fernen en Irlanda, por los años 1470. Murió en 23 de Marzo de 1481, y dejó escritas las siguientes obras.—*Alabanzas de la vida solitaria*, un libro —*Quodlibeta Theologica*, tres libros.—M. B.

ROBERTO de Lincoln, franciscano inglés, segun indica su apellido, célebre en el siglo XIV en que brilló por su ciencia y piedad. Refiérense de este religioso hechos extraordinarios, acontecimientos de esos en que cree la sencilla devocion y que la tradicion nunca ha negado, ni una crítica prudente debe poner jamás en tela de juicio. No son en verdad las máximas y dogmas católicos principios vidriosos de esos que temen la luz del dia porque les puede quebrar el más débil soplo del viento; por el contrario, descansan en bases sólidas y extensas, y diez y nueve siglos de lucha solo han conseguido afirmarlos cada vez, sacarlos triunfantes de cuantos combates les ha presentado la enemiga más apasionada, la crítica más punzante, el indiferentismo más disolvente, pues entre estas máximas y entre estos principios hay algunos que no lo son en realidad y que solo la mala fe puede pretender lo sean, abusando de la sencilla credulidad: á este número pertenecen una porcion de hechos semejantes á los que aludimos, que sin poder negarse, como no han recibido su sancion del padre de los fieles, del supremo vicario de Jesucristo en la tierra, no exigen una fe ciega, una adhesion, una conviccion como la que prestaríamos á cualquiera de los misterios reconocidos y declarados como tales en nuestra santa religion. Sucesos de aquel género forman el fondo de las crónicas de la mayor parte de las órdenes religiosas; algunos se hallan atestiguados por numerosos testigos y todos estan sancionados por la tradicion. Negarlos fuera un exceso de crítica que se acercaria mucho á la duda; y ponerlos en juicio, daria lugar á otras dificultades por la distancia de tiempo, lugar y el mismo espíritu del siglo. Así con prudente reflexion, sin desecharlos por completo, hemos creido deber dejar de referirlos en algunas ocasiones, seguros de que el erudito que los buscase y no los encontrase en nuestra obra recurriria á la fuente original, donde podria hallarlos con la mayor facilidad, y darlos el asenso ó someterlos á la crítica que le pareciese. Para el profano es de todo punto indiferente esta materia, y así ni áun siquiera los echará de ménos. Pero de ningun modo querriamos dar armas á la mala fe, pues si algunas veces se han referido, ha provenido de la importancia que se da en las crónicas al personaje de que nos ocupábamos; si los hemos

omitido en otras, ha provenido, ó de que se trataba ligeramente de aquel sugeto ó de otras mil causas como sucede en el religioso de que nos ocupamos, cuyo mérito principal es haber escrito un *Commentarium in tertium librum Sententiarum.*—S. B.

ROBERTO DE LORETVILLA, religioso agustino del siglo XIV. Pocas son las noticias que nos han quedado de este individuo lo mismo que de todos los demás de su época. El *Monastichon augustiniano*, que es la obra donde se hace de todos ellos más detenida mencion, se contenta con decirnos en unas cuantas palabras su nombre y principales destinos, dejando á veces dudas y confusion sobre su existencia, como sucede con el individuo de que nos ocupamos, confundido con otro de su mismo nombre y del que algunos han hecho un solo personaje y otros dos diferentes. Algo más explícito y con mejores documentos, tampoco el *Alfabeto* del P. Herrera nos da más luces en este punto, aunque sobre algunos personajes haya reunido un número mucho mayor y más exactas noticias, en cuanto á nuestro Roberto es indudable que fué francés y nació á principios del siglo XIV; tomó el hábito al poco tiempo, puesto que á mediados del mismo siglo era ya un predicador distinguido y afamado; sus estudios, que fueron los que generalmente se hacian en aquella época, le obtuvieron muy buena reputacion, puesto que segun todas las probabilidades estuvo consagrado á la enseñanza y fué mirado como un excelente profesor. Debia ser tan elocuente como erudito, pues se sabe que habiendo pasado á la corte pontificia con motivo sin duda de alguno de los capítulos generales de su Orden, pronunció un discurso en la segunda dominica de la cuaresma de 1364 en presencia del sacro colegio de Cardenales que es la causa principal de su actual reputacion. Tambien se le supone autor de diferentes obras, pero ni áun sus títulos han llegado hasta nosotros, de manera que nada podemos decir sobre ellas. Como hemos indicado, se le ha confundido con el otro Roberto de Loretvilla que fué obispo en la Bretaña en 1365, pero todos los autores agustinos han procurado deshacer esta equivocacion, y hoy ya se sabe que son dos personajes diferentes. Nada puede asegurarse de los demás cargos que desempeñó Roberto, si es que llegó á obtener alguno en su religion, aunque es casi probable debió conseguirlos tanto por su fama, como porque si no no hay un motivo para que pasase á Aviñon, donde se hallaba entónces la corte pontificia, y obtuviera marcadas pruebas de aprecio del Papa y los cardenales, que le honraron mucho, siendo quizá esta la causa de haberlo confundido con su homónimo, suponiendo que por esta razon fué elevado á la silla episcopal. Nada por último se sabe de su muerte, ocurrida en el mismo siglo, dejando tan buena fama como hemos referido.—S. B.

ROBERTO MAEWADO (Fr.), trinitario. Fué natural de Irlanda, y tomó el

hábito de la esclarecida Orden Trinitaria en el convento de Pontau. Se hizo notable como doctor teólogo por su gran erudicion y su aficion al estudio. Desempeñó el cargo de ministro en el convento de Dublin y más tarde en el de Pontau, manifestando durante su gobierno las altas dotes de que se hallaba adornado para la administracion económico religiosa. Trataron de hacerle provincial, y al efecto le escribieron repetidas cartas, no solo el provincial saliente, que le estimaba mucho, sino tambien gran número de personas de influencia y de respeto. Agradeció Fr. Roberto á todos la merced que pretendian hacerle; mas no apeteciendo cargos y deseoso de vivir retirado en la tranquilidad de su convento, negóse á asistir al capítulo, donde habia de verificarse la eleccion, por lo cual se vieron los electores precisados á nombrar otro en lugar suyo. Desembarazado de toda clase de negocios, dedicóse al trabajo y al estudio, ocupaciones en que invirtió el tiempo hasta su muerte, ocurrida en 4 de Mayo de 1293. Dejó escritas las siguientes obras; tres libros de *Teología moral*; seis id. sobre el *Evangelio de San Márcos*; dos sobre la *vida de Jesucristo*; ocho de *Sermones dominicales y feriales*.—M. B.

ROBERTO MALATESTA (B.), confesor. Religioso franciscano, natural de Rimini, é hijo de la noble familia de su apellido. Fué educado por el príncipe de aquella ciudad Cárlos Malatesta, próximo pariente suyo. Desde su niñez dió indicios no pequeños de su futura y grande santidad, pues apénas tenia la edad de cinco años, pasaba la mayor parte de la noche en oracion vocal, é interrogado sobre qué era lo que más deseaba: *la pobreza*, contestó. Esperando grandes obras de tan feliz augurio, su tio Cárlos le adoptó por hijo y heredero, y no le engañó su esperanza, pues conforme crecia en edad, crecia tambien en todo género de virtudes, de manera que á la edad de diez años ayunó todo el adviento y las vísperas de todas las festividades de los santos á pan y agua, tomando ya desde entónces un silicio que llevó siempre ceñido sobre la carne. Huia de todas las frivolidades y pasatiempos de los niños, buscaba los lugares solitarios, y vacaba constantemente á la oracion. Llegado á la juventud, sujetó de tal manera la carne al espíritu, que nunca fué inquietado por la lujuria ni sintió los combates de la carne, siendo muy amante de la castidad y procurando ser un espejo de pudicicia. Llegando á los diez y ocho años, su tio Cárlos sin saber los planes de su sobrino concertó su matrimonio con una hija de Nicolás de Este, marqués de Ferrara, á lo que dió despues su consentimiento el jóven Roberto, no por voluntad sino por el respeto y obediencia que debia á su tio y con mucho pesar suyo, pues veia tomaba estado en que perdia una de las gracias que tanto habia ambicionado. Contaba diez y nueve años de edad, y se hallaba casado con Doña Margarita de Este, cuando falleció y que-

dó por su heredero, siendo constituido por el papa Martino en quinto duque de aquel estado. Pero este cambio, léjos de hacerle sujetarse más á las vanidades y cargas mundanas, le favoreció mucho para servir más á nuestro Señor, como quien se hallaba más libre y tenia mejor disposicion para hacerlo. Era este duque y señor de Rímini muy devoto y afecto al Sto. Patriarca Francisco de Asís, y le habia tomado por su guia y maestro para seguir con su vida y ejemplo el camino de Jesucristo, á quien el seráfico Padre habia seguido con tanta diligencia. Leia siempre su vida con mucha atencion, y con frecuencia decia al santo: «Oh Padre seráfico, por vuestros altísimos merecimientos, encaminadme en el servicio de nuestro Señor.» «Viendo sus deseos el Señor, autor de todo bien, continua la crónica, le enseñaba todas las cosas por sus ángeles, y muchas veces á hora de maitines llamaban á la puerta de su cámara y oia una voz que le decia: Levántate, hijo, que ya es hora. Y deseando saber quién le llamaba, fuéle revelado que era el P. S. Francisco, de quien él habia de ser discípulo é hijo.» Meditaba con grande alegría en esta respuesta el siervo de Dios, y como no podia ser religioso menor, porque era casado, pedia con humildad y fervor á nuestro Señor por sí y por otros siervos de Dios, que le revelase cómo podria verificarlo. —Y una noche, continúa la crónica con su inimitable sencillez, se le apareció el P. S. Francisco, y le dijo: —Yo soy Francisco, á quien tú amas con tanto fervor, y de quien muchas veces fuiste llamado y tuviste vision, y agora vengo porque estés más cierto que has de ser mi hijo. — Y confortado el siervo de Dios, Roberto pidió al Santo que le diese alguna señal en su cuerpo propio por que quedase más certificado de esta vision. Y desapareciendo el P. S. Francisco, quedaron en el cuerpo del siervo de Dios Roberto, cinco grandes llagas, tres delante y dos detrás, de las cuales corria sangre con tan intenso dolor y tormento, que parecia que queria espirar. Y aquel dolor sintió aquella noche del aparecimiento y al dia siguiente hasta puesta del sol, que el siervo de Dios se halló sano y sin dolor alguno, quedándole la camisa que traia sobre el silicio llena de sangre podrida de las llagas. El cual certificado y alumbrado con esta señal de la voluntad divina, el dia de S. Francisco recibió el hábito de la órden tercera del P. S. Francisco con mucha devocion, y así quedó su hijo lleno de grandísimo contentamiento, porque veia que se habian cumplido los deseos que tenia de ser discípulo de tal maestro.» Hijo ya, é imitador del patriarca S. Francisco, obró con grande humildad en todas las cosas, porque aunque era príncipe, no usaba el fausto propio de su estado ni se vanagloriaba en los actos del gobierno, ántes bien hubiese renunciado si no se lo hubieran impedido las consideraciones que no podia ménos de guardar á su esposa, á dos hermanos pequeños que tenia, de cuya educacion estaba en-

cargado y á quienes por un noble sentimiento natural en todo corazon bien nacido, queria evitar las turbaciones que acontecen en los estados cuando cambia de manos el cetro. Sus amigos, sin embargo, temian que abandonase el mundo y se retirára secretamente á algun desierto. El siervo de Dios manifestaba en el gobierno, aunque con grande moderacion, la majestad propia del príncipe, pero cuando deponia su grandeza en lo interior de su palacio, queria ser el último de todos y se complacia en servir á sus propios criados. Habia escogido entre estos para confidente de sus propósitos á uno muy virtuoso, llamado Lario, y le obedecia en todo para ejercitarse en los oficios de la obediencia y humildad. Meditando una vez el siervo de Dios en la pasion de Jesucristo, y viéndole llagado y ensangrentado, se movió de tal manera á compuncion que besó y abrazó muchas veces á un leproso horriblemente llagado, y le lavó y limpió con mucha humildad las llagas. Eran tan grandes sus deseos de seguir á Jesucristo pobre y llagado, que decia con frecuencia á su compañero Lario: —¿Parécete, hermano, que todo el tiempo de mi vida podré merecer alguna cosa delante de mi Dios? En esto conoceré la inmensa piedad divina serme piadosa, si me trajere á mí, vilísimo pecador y miserable, á tanta gracia suya que merezca seguir su pobreza, humildad y tormentos. Siempre desde su niñez estuvo este siervo de Cristo muy deseoso de la pobreza voluntaria que hubiera querido alcanzar á ejemplo del patriarca S. Francisco, y como por las obligaciones propias del gobierno de su estado, no podia abandonar por completo las cosas temporales, no apreciaba en su alma las honras y riquezas del mundo más que como si fueran un poco de lodo, y solo las usaba en las grandes necesidades. No podia sufrir que hubiese en sus estados robos y violencias, y para reducir sus rentas á los justos límites que le dictaba su conciencia, llamó á cuatro de los principales ciudadanos y les dijo: «Mirad, hermanos, con diligencia si de mi patrimonio ó de otra cosa lícita puedo vivir con pequeña familia teniendo los gastos muy moderados, yo quitaré las cargas de los derechos puestos al pueblo. Lo cual no pudo llevar á cabo, porque vivió despues muy breve tiempo. Manifestaba á los pobres su grande caridad y piedad, socorriéndoles en sus necesidades y trabajos, no ménos que una madre á sus hijos. Daba de comer diariamente á algunos pobres en su palacio, lavándoles despues los pies; visitaba los hospitales quedándose fuera sus criados; curaba á los enfermos y les acudia en sus necesidades; los besaba y abrazaba sin rezelo á sus horribles enfermedades, y los servia en todo con maravillosa caridad y humildad. Habia en la ciudad de Rimini, dice la crónica, una mujer llamada María, toda cubierta de horribles llagas, de las cuales continuamente salia podredumbre y hedor intolerable, y de tal manera estaba tullida, que no se podia menear en el lecho. Mas con esto resplan-

decia en esta enferma maravillosamente la gracia divina, principalmente en dos muy grandes virtudes, conviene á saber, en constantísima paciencia de sus continuos dolores y tormentos, y en gran lumbre é inteligencia de su espíritu. Nunca en ella fué vista ni oida señal de queja en sus tormentos, siempre su boca estaba llena de loores de Dios, pidiéndole fuerzas en sus continuos trabajos, y muchas veces hablaba tan dulce y suavemente de nuestro Señor, que parecia á los que la oian que hablaba un ángel. De esta pobre señora era devotísimo el siervo de Dios Fr. Roberto, y la visitaba y curaba con su compañero, y despues de haberla curado, platicaba con ella gran rato de las cosas divinas y celestiales, y tornábase á su palacio secretamente. Otras muchas obras semejantes á esta hacia el cristiano príncipe lleno de misericordia y piedad, las que creemos prudente omitir. Maceraba constantemente su cuerpo con ayunos, disciplinas, vigilias, silicios y teníale sujeto siempre al espíritu. Dormia muchas veces sobre una tabla, y comia poco y manjares comunes. Consagraba la mayor parte del tiempo á la oracion para lo que tenia una devota capilla en su palacio, á la que se retiraba huyendo de las conversaciones de los hombres para conversar á solas con su Dios. En la oracion fué consolado muchas veces con especiales gracias del Señor. Dice la crónica que—«estando una vez en la capilla en oracion secreta en mayor hervor de espíritu de lo acostumbrado, apareciósele nuestro Señor Jesucristo en semejanza de serafin como cuando se apareció al P. S. Francisco en el monte Alberne, con cuya vista fué tan arrebatado en divina consolacion y elevacion, que con los brazos en cruz quedó en éxtasis fuera de sí. Y siendo el varon de Dios arrebatado por grande espacio á los divinos brazos, tornando en sí, comenzó á exclamar dando muchos suspiros y diciendo:—¡Oh qué cosas me dió á sentir el Señor! ¡Oh cuántas y cuán grandes cosas he visto!—Confesábase muchas veces y con mucha devocion, y recibia muy á menudo el Santísimo Sacramento con tanta devocion, temor y humildad y hervor de lágrimas, que parecia deshacérsele las entrañas.» Rezaba el oficio divino y en su capilla se celebraban las horas canónicas por algunos religiosos, y parecia trasportarse fuera de sí cuando rezaba los divinos loores ó cuando los oia celebrar ó cantar. Premió el Señor sus oraciones con gran número de milagros, y deseando Roberto ofrecerse en martirio y satisfacer al ménos en alguna parte los inmensos dolores de Jesucristo crucificado, el Señor, que nunca falta á los deseos de los justos, le dió para perfeccion de sus merecimientos una agudísima enfermedad, la que recibió y pasó el siervo de Dios con grande alegría y paciencia. Habiéndole sido revelada la hora de la muerte, se preparó cuatro meses ántes con la mayor devocion, confesando y comulgando con frecuencia, y ofreciéndose al Señor continuamente en repetidas

oraciones. Padeció en esta última enfermedad grandes tentaciones contra la fe, las que venció diciendo en voz alta el símbolo de S. Atanasio. Despues de esto permaneció sosegado durante algun tiempo, con los ojos, rostro y espíritu elevado todo á los cielos en la contemplacion de las cosas divinas, hasta que fué arrebatado fuera de sí, y volviendo dijo al poco rato: «Mirád cómo veo los cielos abiertos;» y luego manifestando en su rostro la mayor alegría y con los ojos fijos en el cielo, dió el espíritu á su Criador, y fué sepultado como religioso, vestido con el hábito de la Orden Seráfica, en el cementerio del convento como verdadero pobre, segun habia dejado mandado. Manifestó despues nuestro Señor la gloria de su siervo, dice la crónica, con muchos milagros, que por sus merecimientos hizo á sus devotos, los cuales se muestran escritos y probados por testigos dignos de fe y públicos notarios. La Orden Seráfica celebra su memoria.—S. B.

ROBERTO Massier ó Missier, franciscano francés del siglo XVI. Ignórase el lugar de su nacimiento, aunque se le supone de una antigua é ilustre familia. Su educacion debió ser muy distinguida, pues cuando tomó el hábito de la Orden Seráfica ya habia hecho sus principales estudios y dado inequívocas pruebas de su capacidad y saber. Una vez entrado en la religion, procuró ser modelo de todas las virtudes, avanzar en el camino que habia emprendido, y cuyo término era el fomento de su Orden y la perfeccion del religioso. Massier procuró llenar ambos extremos con la sólida é ilustrada piedad que desde sus primeros años habia sido su norma y su guía. Modesto, obediente, penitente y devoto, en todos sus actos se veia el deseo de conformarse con las prescripciones de su regla, de seguir las decisiones de la Providencia que le habia puesto en aquel camino. No solo procuraba obedecer á sus superiores, sino tambien á sus iguales y súbditos, y siempre era el primero en todos los oficios más penosos y delicados, en todos los puestos en que habia más dificultades que vencer, mayores obstáculos con que luchar. Así, apénas fué ordenado de sacerdote, se distinguió en extremo entre sus compañeros, y les fué preferido en todos los puestos de más honra y tambien de trabajo. Predicador afamado, recorrió no solo toda la Francia, sino tambien gran parte de Italia, electrizando con sus predicaciones á una muchedumbre, ávida de oir la palabra divina explicada por los labios de los oradores más elocuentes, de los que elegidos en cierto modo por el Señor, procuraban la mejora de las costumbres y del individuo, su ilustracion y su bienestar. En tan gloriosas tareas pasó el Padre Massier la mayor parte de su vida, ocupado siempre en el estudio, en el púlpito y confesonario á que habian acudido gran número de personas, deseando confiar sus faltas al que tan bien habia sabido dárselas á conocer, y cuya ejemplar vida y costumbres eran una garantía de que podian deposi-

tar en él con entera confianza la causa de sus aflicciones y de sus penas. Mas esto no bastaba á su Orden, que aunque envanecida con poseer tal miembro, queria utilizarle en beneficio más directo é inmediato, y así le retiró de este género de vida, nombrándole primero provincial de Francia, y comisario despues de uno de los conventos de París. Miéntras desempeñó el primer cargo, no pudo continuar en sus tareas oratorias; mas cuando cesó en él, consagrándose al segundo, volvió á sus constantes ejercicios, en que siguió hasta su muerte. Dejó las siguientes obras: *Sermones in epistolas et Evangelia quadragessimalia*; Paris, por Andrés Bromand, 1531, en 8.° — Ibid. Claudio Chevallon, 1525, en 4.° — *Sermones de Cuaresma, en italiano;* Venecia, por Bartolomé Imperator, 1548. —S. B.

ROBERTO Maydestonio (obispo de Herfordt), sugeto de gran capacidad y talento, muy versado y de mucha destreza en el manejo de negocios, así eclesiásticos como políticos. Hallándose en edad bastante adelantada, alcanzó y estudió los principios y santa vida de los religiosos de la Orden Seráfica. Ponderaba con su gran juicio la austeridad y perfeccion de su instituto, y le servia de grande edificacion ver renovadas las huellas apostólicas, que tenia ya casi borradas el olvido y relajacion de aquel siglo. Esta consideracion profunda le sacó de sí, sumergiéndole en exceso mental y abstraccion extática una noche en la oracion, dispensándole el Altísimo el imponderable favor de ser llevado en espíritu á la patria celestial, donde se le manifestaban las mansiones que tiene Dios prevenidas para sus escogidos, segun sus merecimientos. Registró cuidadosamente la diversidad de estados, causándole estrañeza y gran novedad no ver entre todos á los frailes Menores, de cuya vida evangélica y perfecto desasimiento del mundo tenia formado el más alto concepto; pero la Vírgen Santísima le sacó de aquella admiracion, guiándole á estancia más sublime, donde vió á Jesucristo asistido de sus apóstoles y discípulos, y entre estos y otros varones apostólicos á los frailes Menores. Volvió el obispo del rapto, é hizo voto de ser religioso menor. Para cumplir su deseo, obtuvo indulto y consentimiento del sumo pontífice Gregorio IX, como lo refiere París en el año 1241; aunque su vocacion sucedió en el de 1235. A imitacion de su virtuoso ejemplo tomaron el hábito otras personas eclesiásticas de gran suposicion, y entre ellas el abad de Osencia. — A. L.

ROBERTO de Melum. Fué nombrado obispo de Oxford en 1163, y segun Dupin en su *Biblioteca de autores eclesiásticos* del siglo XII, compuso una *Suma de Teología*, que se ha conservado manuscrita en la Biblioteca de San Victor. — A.

ROBERTO de Montberon, obispo de Angulema, tuvo que quejarse de las violencias de Hugo Buni de Lusignan, que habia invadido y saqueado

sus tierras. S. Luis condenó á este señor á rigurosas reparaciones. Esta diferencia es el asunto de dichas cartas dirigidas por Roberto al cabildo de Poitiers, al arzobispo de Burdeos, al rey de Francia, al visitador general de los Templarios, al papa Alejandro IV, á los obispos de Perigueux y de Evreux. El P. Martenne las ha publicado con otros documentos relativos al mismo asunto. Roberto murió en 1260; su episcopado, que no se remontaba más que á 1255, no es notable más que por los hechos que acabamos de mencionar. — S. B.

ROBERTO DEL MONTE. Este abad del monasterio del Monte de S. Miguel, perteneció á una ilustre familia de Normandía, y tomó el nombre de Torigny del pueblo en que nació. La villa de Torigny está situada en el Bessino, á cuatro leguas de St. Ló, la cual tuvo el título de condado, y poseia dos monasterios de la órden del Císter. Se gloría esta poblacion de ser patria de Brébeuf y de Francisco de Calieres, y es extraño no recuerde la misma memoria de Roberto, si nació en ella, lo cual parece no tiene duda, puesto hablando de sí mismo se denomina Roberto de Torincio. Este hombre tan célebre por la buena opinion de que disfrutó en el mundo por su piedad, erudicion é ilustre nacimiento, puede pasar con justa razon por uno de los padres de la historia eclesiástica, especialmente en la iglesia de Francia. Nació á fines del siglo XI, y más probablemente á principios del XII. El año de 1128 tomó el hábito de S. Benito en la abadía de Bec, fundada hacia poco por el V. Herluin. Se aplicó al estudio, que tan cultivado fué en este monasterio, y no tardó en adquirir celebridad. Enrique Huntindonensis, al pasar por Bec en 1139 para ir á Roma con el arzobispo de Cantorbery, encontró á Roberto siendo aún simple monje, pero que ya fijó su atencion, pues que hizo de él una mencion especial, y se expresó de este modo: *Siquidem Robertum de Torincio ejusdem loci monachum, virum tam divinorum quam secularium librorum inquisitorem et conservatorem studiosissimum ibidem inveni.* La crónica de Bec habla de Roberto el año 1154. Fué prior claustral de este monasterio, y estaba encargado de esta honrosa obediencia cuando el dia 25 de Mayo de 1154, el jueves de la octava de Pentecostés, los religiosos de S. Miguel del Monte le eligieron abad por unanimidad. Confirmada su eleccion por Hugo, arzobispo de Ruan, y por la emperatriz Matilde, lo fué el dia de S. Juan Bautista por Enrique, rey de Inglaterra y duque de Normandía. Bendijo á Roberto el obispo de Avranches el dia de Santa Magdalena, en S. Felipe de Montfort, dependencia de la abadía de Bec. Contando él mismo en su *Apéndice* todas estas circunstancias, da á conocer por ellas la gran consideracion en que se le tenia. Las turbulencias que hacia cinco años agitaban el monasterio de S. Miguel del Monte, las hizo cesar la administracion de Roberto, el cual continuó como en Bec sus modestas fun-

ciones copiando libros como los demás hermanos; pero con hábil crítica, corrigiendo el texto viciado de los originales, y velando por el bien de su monasterio, ya para aumentar sus rentas, ya para restaurar sus edificios, los que logró sostener y mejorar construyendo otros nuevos, embelleciendo su iglesia y enriqueciéndola con preciosas reliquias como puede verse en su suplemento á Sigeberto del año 1165. Puso su conato en engrandecer la biblioteca, que era muy copiosa y una de las más completas de aquella época. Su talento, su piedad y buena administracion no solo le alcanzaron una brillante reputacion, sino que le conciliaron la veneracion de las personas más distinguidas, lo que probaremos con algunos datos que se asocian muy bien con las particularidades de su vida. En 1156 el arzobispo de Ruan y los obispos de Coutances, de Bayeux y de Avranches, le vinieron á visitar y se quedaron cuatro dias en su compañía. Enrique II, rey de Inglaterra, honró al Abad comiendo á su derecha en el refectorio del monasterio. Su reputacion sin duda fué la que dos años despues atrajo al monasterio de S. Miguel al mismo soberano en compañía de Luis VII, rey de Francia, con gran acompañamiento de cardenales, arzobispos y obispos. Fué tanto lo que le distinguió el pontífice Alejandro III, que le mandó especialmente al concilio de Tours, reunido en 1163, para extinguir el cisma del antipapa Octaviano. Al siguiente año fué Roberto á Roma, donde alcanzó muchas bulas en favor de su comunidad. Despues de este viaje acompañó á Geofroi en su entrada en Rennes, cuando por haberse casado en Fougeres con Constancia, hija de Conau, duque de Bretaña, fué nombrado duque de este estado despues de la muerte de su suegro, que le habia dado en vida el título de conde de Nantes. Habiéndole rogado asistiese á la eleccion del obispo de Dol en 1177, hizo que se eligiese á Rolando, dean de la santa iglesia de Avranches. Pasó en seguida á Inglaterra, y de vuelta de este viaje, en 1178, procuró la dedicacion de la Iglesia de Genets, que habia hecho levantar en la costa cercana al Monte de San Miguel. En 1160 fué Roberto con Achard, obispo de Avranches, padrino de Alienor, hijo de Enrique II, rey de Inglaterra, manifestando en su *Cronicon Normanisiæ*, en el año 1162, que en aquella época tomaban los grandes frecuentemente á los religiosos por padrinos de sus hijos, costumbre sin embargo contraria á los estatutos de la Iglesia. Le llegó á apreciar tanto el rey Enrique II, que le confió empleos que eran incompatibles con su estado, tales como el gobierno del palacio castillo de Pontorson, y el encargo de hacer instalar á su hijo Geoffroi en el condado de Bretaña. Empero debemos observar que Roberto, por muy ocupado que estuviese por de fuera, dentro de su abadía no hubo superior más vigilante ni bienhechor más decidido. En el número de sus amigos contaba á Esteban de Fougeres obispo de Rennes, que le menciona fre-

cuentemente en sus poesías y le ha dedicado algunas. Por último, despues de treinta y dos años de gobierno, murió Roberto el dia 24 de Junio de 1186, que era el décimoquinto de su abadiazgo del monasterio del Monte de S. Miguel. Quédanos un pequeño número de obras que se le atribuyen, y se conservaban en los archivos de la abadia ántes de su destruccion, cuyos catálogos señalaban hasta ciento cuarenta los volúmenes, que se perdieron casi todos en la caida de la torre en que se conservaban. Los que segun su biógrafo Mr. Badiche quedan de este autor son los siguientes, cuyo número y observaciones tomamos del mismo. Un *Suplemento á la crónica de Sigeberto y su continuacion*; — un *Tratado de los monasterios y abadías de Normandía*; — la *Historia del monasterio del monte S. Miguel*; — un *Comentario sobre las epistolas de S. Pablo, sacado de S. Agustin*; — la *Historia de Enrique II* (es Enrique I) *rey de Inglaterra*. A los detalles biográficos que acabamos de dar sobre Roberto, cree su biógrafo Badiche deber añadir un ensayo sobre sus principales escritos, de los que Lucas d'Achery ha relegado al olvido muchos y publicado otros. A continuacion de las obras de Guiberto de Nogent (París 1651) hizo imprimir el suplemento y la continuacion de la Crónica de Sigeberto, el tratado de los Abades de Normandía con una carta de Roberto y su prefacio del Comentario sobre las Epístolas de S. Pablo. Hé aquí la lista de las obras de Roberto que Achery declara conocer. *Accessiones ad Sigeberti Chronicon*; — *Chronicon sive Appendix ad Sigebertum*; — *Gesta Henrici II regis Anglorum*; — *Tractatus de immutationibus monachorum, de abbatibus et de abbatiis Normannorum et de ædificatoribus earum*; — *Historia monasterii Sancti Michaelis de Monte*, que se encuentra en el tomo XIII de los *Historiadores de Francia*; — *Commentariis ex verbis Sancti Augustini in Epistolas B. Pauli.... præfactionem*. La copia de las cartas de Plinio y el prólogo que las precede. Vamos á observar sobre algunas de estas obras, dice el expresado biógrafo. En el ejemplar de la Crónica de Sigeberto de la biblioteca de Santa Genoveva en París, se dice que abraza desde el año 381 hasta 1113; y en ella se ven las inserciones de Geofroi (Galfridi) y las adiciones de Roberto del Monte, que comprenden los 103 años siguientes. La edicion es de G. Petit, doctor en teología y confesor del Rey, impresa por Enrique Esteban, sin fecha, pero con privilegio de 7 de Junio de 1513. A la pág. 109 empieza la obra de Roberto segun una nota manuscrita á la cabeza del volúmen, y se diferencia del punto en que empieza la edicion de Lucas de Achery. Las *accesiones* de Sigeberto empiezan el año 886 y acaban el de 1100; pero hay muchas lagunas. Pretenden unos que Sigeberto escribió hasta el año 1112 ó 1113, y otros que hasta 1118, y Roberto en su apéndice manifiesta que lo hizo hasta 1100. Despues hemos visto que Roux, doctor en Paris, habia publicado en 1513 la Crónica de Si-

geberto y la continuacion de Roberto. Lemire ha dado en 1651 la edicion corregida de Sigeberto dejando las adiciones y la Crónica de Roberto con las faltas de sus originales. La segunda obra es la titulada *Chronica sive Appendix Roberti de Monte ad Sigebertum ab anno MC ad annum MCLXXXII ó el MCLXXXIV.* El prefacio de este libro es tan curioso, que por sí solo formaria una obra interesante. La Crónica de Roberto empieza en Enrique, hijo de Roberto II, en el año 1101, y acaba en 1181, pero con el título de *Continuatio* vuelve sobre algunos hechos de los años precedentes, y en la edicion de Achery hay una laguna al final, porque el cuaderno manuscrito del Monte de S. Miguel estaba falto de una ó dos hojas. Este manuscrito, de que hizo uso el escritor benedictino, era tal vez de la pluma del mismo Roberto á juzgar por sus caractéres. Queria en un principio publicarle con el de Sigeberto; pero para la comodidad de los que poseian ya este último, imprimió el apéndice por separado. Presentó Roberto su Crónica á Enrique, rey de Inglaterra, su protector, y la nota que se halla al principio del manuscrito y que parece del mismo Roberto, dice que la Crónica alcanza hasta 1184, y áun debió añadir alguna cosa despues de habérsela presentado este año al rey de Inglaterra, puesto que habla de acontecimientos posteriores á esta fecha. La continuacion de la Crónica de Sigeberto fué publicada por separado en Amberes en 1608. El P. Janning pretende que esta continuacion no es solo de Roberto: que Roberto no empezó hasta 1115, que la primera parte alcanza á 1115, y la segunda, que es la de Roberto, hasta 1186, época de la muerte de este historiador; y que la tercera parte, que alcanza hasta 1210, tiene por autor al monje de Jumieges: *Gemeticensem monachum.* Comprende esta tercera parte veinticuatro años, y su recitado es breve y muy diferente del otro; y Achery pretende aún que la continuacion despues de 1184 no pertenece á Roberto. Esta obra, que tanta reputacion dió á Roberto, está dedicada á Gervasio, prior de S. Sereníco: su narracion es preferible á la de Sigeberto, pues que expresa más vigor y talento, si bien una maligna crítica no muy favorable á este. Es la tercera obra distinguida de Roberto su *Tractatus de immutatione ordinis monachorum de abbatibus, etc.* Mal eligió el título de esta obra, puesto que habla de monasterios que no estan en Normandía, y que empieza precisamente en Molesme de Cîteaux. En ella, dice su biógrafo, se ven capítulos bien superficiales; el texto, por ejemplo, sobre los canónigos regulares de Arouaise y los Premostratenses, no contiene tres líneas; solo desde el cap. VIII habla definitivamente de los monasterios de Normandía hasta el treinta y cuatro en que termina la obra, si bien en el cuarto con motivo de Fontevrault habla del de Savigni. Debió Roberto escribir este libro hácia el año 1150 segun la opinion de Achery. Publicó tambien este benedictino el prefacio ó pró-

logo de Roberto para el principio de S. Agustin sobre las Epístolas de S. Pablo. En el siglo en que vivió Roberto, un comentario era una obra obligada á todo literato eclesiástico, era la moda de la época, y este religioso no pudo resistirla, y siguió el gusto general de sus contemporáneos. Publicó tambien Achery el *Prologus Roberti abbatis in Plinium: qui et ipsum librum in Normanniam advexit et corruptum correxit*, palabras que se leian al principio de un bello manuscrito de los Historiadores de Plinio elegantemente copiado y mandado á Achery de S. Miguel del Monte. Por este prólogo se da á entender que Roberto fué el primero que dió á conocer la Historia natural de Plinio en Normandía. Hemos terminado la noticia de la vida y escritos del erudito literato el abad Roberto, y solo nos resta que decir que algunos autores han distinguido dos Robertos, el uno de Avranches y el otro del Monte, error causado por la posicion de las localidades, pues que la abadía del Monte de S. Miguel estaba en la diócesis y cercanía de Avranches, habiéndose engañado los que hicieron esta diferencia. Pueden consultarse sobre Roberto y sus obras la Historia galicana, la eclesiástica de Dupin, la Gallia cristiana, la Historia literaria de Francia, la Biblioteca histórica de Francia, la Historia de S. Miguel del Monte, y otras muchas bibliotecas de autores eclesiásticos; el Moreri, Possevino, Vossius y Leland.—B. C.

ROBERTO DE MONTE RUBIANO, religioso agustino del siglo XIV. Habia nacido á mediados del siglo anterior de una familia tan antigua como ilustre, y desde sus primeros años manifestó grandes prendas para el estudio, en que hizo rápidos progresos, llegando á poseer con perfeccion los principales conocimientos que se enseñaban en su época. Ignórase si tomó el hábito ántes ó despues de terminar su carrera, mas segun todas las probabilidades apénas entró en la órden Agustiniana comenzó á ejercer los cargos más distinguidos que en ella podian obtenerse. Sus grandes cualidades le hacian acreedor á ellos; orador elocuente y erudito, hizo resonar su voz en los púlpitos, combatiendo el vicio, ensalzando la virtud, y enseñando las máximas más puras de nuestra religion sacrosanta. No faltaban entónces herejes que combatir, pues el error desde los primeros siglos de la Iglesia se ha ocultado en diferentes y opuestos nombres y formas, y le encontramos en cada siglo haciendo mayores ó menores estragos, una vez encubierto bajo el manto de los reyes, otras sirviéndose del tosco sayal del peregrino, pero siempre el mismo, reproduciéndose siempre en distintas maneras, aunque igual en el fondo, de modo que los amantes de la verdad con solo la buena lógica y el sentido comun tenian armas suficientes para atacarle y reducirle á la más completa derrota. Roberto poseia estas armas, sabia usarlas dignamente, y así es que combatió con éxito y fortuna contra

toda clase de errores, contra todas las malas doctrinas, y labró su justa fama sobre la merecida derrota de sus adversarios. Su Orden, deseosa de premiar sus grandes servicios, le nombró en 1319 prior general, posicion la más elevada que podia ofrecerle, y en que continuó distinguiéndose, correspondiendo á los buenos antecedentes á que debia la eleccion. En su tiempo se echaron los fundamentos para la grandeza y esplendor á que llegó despues la religion agustiniana; se mejoraron los estudios, se fundaron nuevas provincias y conventos, y en fin, se estableció un nuevo órden de cosas, que no tardó en dar los más prósperos resultados. Pero cuando Roberto habia ideado nuevos planes que pensaba someter á los próximos capítulos generales, los años y los trabajos comenzaron á debilitar su salud, que fué decayendo visiblemente de dia en dia, hasta que falleció en Roma, segun todos los autores, con la mejor opinion. Celebráronse sus funerales con grande pompa y asistencia de todo lo más notable de la ciudad eterna, grabándose en su sepulcro una inscripcion, cuyos pormenores refieren las principales circunstancias de su vida.—S. B.

ROBERTO Morlon, presbítero. Era inglés, y uno de los muchos ilustres defensores del catolicismo, que no temiendo exponer su vida por la verdadera fe en los aciagos dias en que la Inglaterra gemia bajo el tiránico yugo de la herética é impía reina Isabel, permaneció oculto en la ciudad de Lóndres, consagrándose á suministrar á los fieles el auxilio y consuelo de los santos sacramentos, y á procurar la conversion de los que se hallaban encenegados en las tinieblas del error. Descubierto al fin y preso, fué sepultado en una cárcel, donde tuvo la santa alegría de encontrar á otros esforzados confesores de la verdadera religion, llamados Guillermo Dean, Guillermo Gunter y Jacobo Ciakson. Declarados todos ellos como traidores á la patria, por no querer reconocer la religion del Estado, sufrieron el martirio, siendo ignominiosamente ahorcados en la ciudad de Lóndres, cuya muerte sufrieron con heróica constancia, lanzando su último aliento bendiciendo al Señor, y haciendo en el patíbulo pública confesion de la fe ortodoxa el dia 28 de Agosto de 1588.—M. B.

ROBERTO de Moya (D.), obispo de la iglesia de Osma. Habiendo sido promovido á la iglesia de Sevilla D. Juan de Cerezuela, fué electo para la de Osma D. Roberto de Moya, abad de Valladolid. Prelado de tan excelente vida, tan religioso, de tan buenas costumbres y austeridad, que pudiera igualarse, si no superar, á los mejores que ha tenido aquella sede. Fué tan magnánimamente caritativo y liberal con los pobres, desvalidos y enfermos, que mereció el título, y universalmente fué apellidado padre de todos los menesterosos. Fué un constante bienhechor de la Iglesia, procurando la solemnidad y aumentando todo lo que requeria y era necesario para el me-

jor brillo y majestad del culto divino; con este laudable y religioso objeto, regaló muchas alhajas de oro y plata y ricos ornamentos. Despues de haber servido con el mayor fervor y devocion al Señor, y de no haber perdonado medio para el alivio de las necesidades y salvacion eterna de sus prójimos, murió en la opinion de santo y justo varon, habiendo gobernado su obispado como prelado ejemplar, en el año de 1453, y fué sepultado en la capilla mayor de aquella iglesia. Siendo abad de Valladolid dió á la órden de San Gerónimo la ermita de nuestra Señora del Prado, que despues fué insigne convento de aquella Orden. Sucedió á D. Roberto en el obispado D. Pedro de Montoya, sujeto sumamente apreciado de los reyes de su tiempo por la grandeza de su prudencia y consejo. — A. L.

ROBERTO DE NANTES. Nació este prelado en Saintonge en el siglo XIII, sin que se sepa en qué lugar, ni de qué familia, al decir de su biógrafo Mr. de la Fontenelle. Pero se sabe positivamente que sucedió al obispo Enrique I en 1235, época infausta, en la que no habia noticia en los hombres de mayor, más prolongado y desastroso frio, pues llegó á creerse se helaria toda la humanidad. El deshielo produjo una inundacion general que asoló el condado de Nantais, á cuyo desastre sucedió otra circunstancia funesta. Los judíos eran muy numerosos en Nantes, y entre los muchos privilegios de que disfrutaban en aquel país, uno de ellos era tener jueces de paz entre sí. Juan *el Rojo*, duque de Bretaña, á peticion del clero y de los señores, mandó en 1240 que saliesen inmediatamente los judíos de sus estados. Ni áun se les permitió la libertad de detenerse en la provincia Armoricana, porque los fanáticos, bajo el pretexto de una bula publicada en 1236 por el papa Gregorio IX para una cruzada, tomaron la cruz, y revolucionándose llevando este santo signo al frente de las turbas, acometieron furiosos contra todos los israelitas de Nantes y de la Baudeline, en donde habian vivido hasta esta época bajo la proteccion de las leyes. Acusado el obispo Roberto de haber provocado estas crueles medidas, fué reemplazado en el mismo año de 1240, se cree que á causa de este hecho, por Galeran, dean de la santa iglesia de Tours, que fué provisto del obispado de Nantes por el arzobispo de Tours, á causa de que estando sometido el capítulo de la catedral á un entredicho general, no podia proceder á una válida eleccion. — C.

ROBERTO DE NÁPOLES (Bto.), religioso dominico, natural probablemente de la ciudad que indica su apellido. Ignórase el año en que nació, lo mismo que las principales circunstancias de su vida, deteniéndose exclusivamente el *Diario dominicano* al hacer mencion de Roberto á referirnos sus muchos milagros y virtudes, antigua costumbre que nos ha privado de conocer muchas particularidades de las vidas y áun de los hechos de varones ilustres, que hoy adornan los altares, y que en su siglo fueron el orgullo

de sus contemporáneos, la gloria y ventura de la humanidad. Pero entónces se apreciaba más la relacion de las maravillas que la de los hechos positivos, que en la actualidad se prefieren á aquellas, suponiendo que las grandes virtudes no necesitan más que á sí mismas para brillar, y dando al hombre un valor excesivo ante la Providencia, á quien entónces se atribuia todo. Difícil es decidir en esta cuestion, que nosotros tampoco planteamos por completo, dejando su resolucion para ocasion más oportuna y áun para plumas más autorizadas que la nuestra, pues caso que nos decidamos á hacerlo, nos serviremos de sus palabras y de sus escritos, prescindiendo de nuestra humilde personalidad. De Roberto de Nápoles solo podemos añadir que murió santamente, despues de una vida llena de virtudes y grandes sacrificios, probablemente á 24 de Febrero, en cuyo dia le celebra la Orden. —S. B.

ROBERTO Netervillo (P.), religioso de la Compañía de Jesus. Permaneció este celoso jesuita, natural de Irlanda, disfrazado y encubierto muchos años en Ibernia é Inglaterra, atendiendo al socorro y asistencia espiritual de los perseguidos católicos. Pero á pesar de sus precauciones y reservas, porque hacia suma falta y eran muy necesarios sus servicios, fué conocido por los herejes, los cuales le acometieron estando dormido, y sin consideracion alguna le sacaron de los pies de la cama y le arrastraron por la casa, pisoteándole y ultrajándole por pertenecer á la clase que más aborrecian, siendo como era sacerdote y jesuita; le molieron á palos hasta que se cansaron, y abandonándole medio muerto, acabó su existencia con horribles sufrimientos y vehementísimos dolores, que sufrió con la mayor resignacion hasta el último momento de su vida, en obsequio y sacrificio de la fe católica, á cuyo servicio se habia consagrado. Sufrió el martirio el 15 del Junio de 1649. —A. L.

ROBERTO Olgibeo (Fr.), trinitario. Este dignísimo varon fué el primer obispo que tuvo la religion trinitaria despues de la introduccion en la Gran Bretaña. Nació en Escocia, y fué uno de los que principiaron á hacer fundaciones en aquel país, bajo el reinado del santo rey Guillermo, protector de la mencionada religion. Deseoso el monarca de premiar los trabajos y méritos de Fr. Roberto, le presentó á la Santa Sede para el obispado de Dumbart, que se hallaba vacante, cuya presentacion fué confirmada por el sumo pontífice Inocencio III. Puesto Fr. Roberto al frente de los negocios espirituales en la antedicha iglesia, la empezó á gobernar, demostrando gran solicitud por el bien de las almas, y cuidando de que no sufriera menoscabo alguno el esplendor del culto divino, poniendo su principal atencion en que los altares estuviesen siempre convenientemente adornados, como cumplia al respeto de los objetos que en ellos se veneran. Portóse en su delicado cargo como un verdadero sustituto de los apóstoles, observando vida

perfecta y ejemplar, predicando y exhortando continuamente al ejercicio de las sagradas y heróicas virtudes, y logrando de este modo recoger copiosos frutos en beneficio de las almas. Despues de muchos y muy gloriosos trabajos, falleció el dia 11 de Junio de 1223, con notable opinion de santo, habiendo gobernado pacíficamente su iglesia por espacio de seis años.—M. B.

ROBERTO DE OSTREVAND, arcediano de la iglesia de Arras, en el canton de Ostrevand, desempeñaba esta dignidad desde principios del siglo XII, segun se deduce de la carta del obispo Lamberto, fechada en 1101, en que se halla calificado así entre los testigos de este acta. Encuéntranse tambien algunas cartas de los años siguientes, que suscribió con la misma calidad. Las demás circunstancias de su vida han quedado en el olvido. Escribió la *Historia de S. Ayberto* ó *Auberto*, que de religioso de la abadía de S. Crispin en Hainautre, se hizo recluso y murió en 1140. El santo y el historiador habian estado unidos por los vínculos de la más estrecha amistad, y muchos de los hechos que este refiere se hallan fundados en el testimonio de sus propios ojos. Procedian los demás de un respetable religioso de S. Crispin, llamado Alulfo. Hé aquí algunos de los que nos han parecido más notables. Ayberto nació en el territorio de Tournai, vivió desde su más tierna juventud en una grande inocencia de costumbres. Habiendo oido cantar á un trovador la historia de S. Tibaldo de Provins, formó la resolucion de abrazar la vida eremítica á ejemplo de este santo. Unióse con este designio á un solitario llamado Juan, con quien practicó extraordinarias austeridades, que pusieron á ambos en un estado espantoso, de manera que los pastores huian á su aproximacion creyendo ver espectros y no hombres. Ayberto pasó despues á la abadía de S. Crispin, donde permaneció veintisiete años, al cabo de los cuales salió con permiso del abad para hacerse recluso. Habiéndole ordenado de sacerdote el obispo de Cambrai, celebraba dos misas todos los dias, la una por los vivos y la otra por los difuntos. Oia tambien las confesiones de los penitentes que acudian á su presencia de todas partes. Pero les hacia jurar ántes, que si se lo ordenaban irian á hacer una nueva declaracion de sus pecados á los pies del obispo. Con respecto á los que se negaban á hacer este juramento, y que protestaban de que únicamente se confesaban con él, no les enviaba á ningun otro en verdad, pero les imponia tan rudas penitencias, que eran casi impracticables. Murmuróse en público de esta conducta, Ayberto las mitigó en lo sucesivo de órden del papa Pascual, que habiéndole mandado oyese las confesiones de todos los que se presentasen á él, le advirtió al mismo tiempo les impusiese penitencias ménos severas y más conformes á las reglas de la prudencia cristiana. Esta vida publicada en un principio por Surio, con los cambios de estilo que tenia costumbre de hacer, fué dada á luz en toda su originalidad en 1642 por un manuscrito de

la abadía de S. Crispin, por Mr. Raiss, canónigo de la iglesia de Douai. Habiéndola unido despues los Bolandistas á un manuscrito de la abadía de Rongeval, la han colocado con su gran coleccion en 7 de Abril, con algunas observaciones preliminares. A la obra de Roberto han añadido la relacion de algunos milagros del santo, tomada de diferentes autores á que no nombran.— S. B.

ROBERTO DE OXFORD, religioso de la órden de Sto. Domingo, doctor en teología y uno de los hombres más sabios de su siglo. Vivió hácia los años 1270, bajo el reinado de Enrique III, rey de Inglaterra. Defendió este religioso en sus conferencias y en sus libros la doctrina de Sto. Tomás, y escribió lo siguiente: *Contra Ægidium Romanum*;—*Contra Henricum Gandavensem*;—*Contra Jacobum Viterviensem*;—*Contra quosdam Sorbonicos*; y tambien se conserva de él, segun Pitseus, un libro titulado: *Determinationum, libro I.*— A.

ROBERTO OXONIENSE (Fray), de la órden de la Santísima Trinidad, (véase OXONIENSE).— M. B.

ROBERTO PALMER (Fr.), trinitario. Fué inglés, ignorándose de qué punto, así como el convento en que habia tomado el hábito de la Santísima Trinidad. Unicamente se sabe que floreció por los años 1304, y que estuvo ocupado en varias redenciones, como lo prueba la obra que dejó escrita, y que lleva por título: *Redenciones hechas por los religiosos de la Santísima Trinidad entre los turcos infieles.* Esta obra consta de seis libros.— M. B.

ROBERTO PAULINO, arzobispo de Ruan. Este prelado fué elevado á esta dignidad en 1207, á la muerte de Gautier. En el mismo año de su elevacion, el privilegio de S. Roman fué contrariado por los oficiales del rey Felipe Augusto, que hacia poco habia reducido á toda la Normandía á su obediencia. Comisionando el Rey al arzobispo y al castellan de Arche para que le informasen sobre este particular, lo hicieron mandando al soberano un informe por el que se le hacia ver, que desde los reinados de Enrique y de Ricardo, soberanos de Inglaterra, jamás habia ocurrido diferencia alguna por este motivo, y que cuando la procesion pasaba por delante del castillo, se acercaban los canónigos á la puerta y ponian en libertad al que les parecia, con tal que el que pusiesen en libertad no estuviese acusado de traicion contra la persona del Rey; siendo cierto que cuando Ricardo fué detenido prisionero en aquel castillo, á su vuelta de Tierra Santa, por el duque de Austria y el Emperador, no libraron á ningun prisionero por respeto al Rey, que se tenia en prision; pero que hallándose ya en libertad el Rey al año siguiente, sacaron dos prisioneros, uno por aquel año, y otro por el anterior. Convencido el Rey de estas razones, confirmó el privilegio de los ca-

nónigos. Despues de adquirir Roberto gloria en la guerra que con otros prelados sostuvo contra los albigenses, murió en 1221, y fué enterrado en la abadía de Mortemer segun lo dejó ordenado. En el archivo de la iglesia de Ruan, dice Juan Dadré en su Crónica histórica de los arzobispos de Ruan, que hay una bula dirigida á él por el papa Honorio II, con relacion á la recepcion de los canónigos de su iglesia.—C.

ROBERTO PAULULUS es muy poco conocido, y lo sería ménos todavía si no se hubiese encontrado en la abadia de Corbie un manuscrito y algunos diplomas en que se leen su nombre y su calidad de *ministro* del obispo de Amiens: *Magister Robertus Paululus minister episcopi Ambienensis.* En estos términos suscribió en 1174, 1179 y 1184 algunas cartas indicadas por el P. Mabillon. Esta palabra de ministro significa sin duda aquí ó la dignidad de arcediano, ó un cargo semejante al que ejercen hoy los vicarios generales de los obispados. De todas maneras un tratado sobre las ceremonias, sacramentos y oficios de la Iglesia, inserto entre las obras de Hugo de S. Victor, es, segun todas las apariencias, obra de Roberto Paululus. Este último nombre es el primero que se encuentra al frente del manuscrito más antiguo y mejor de este libro, á saber, el que poseia la abadía de Corbie. En segundo lugar, en toda la obra y en particular en el prefacio, se llama el autor sacerdote secular, como un canónigo que no vive en un monasterio; no añadiendo ni una sola palabra que se refiera á los hábitos claustrales, que recuerde las instituciones ó las reglas cenobíticas. Añadamos que Hugo de San Victor ha compuesto sobre la misma materia varios libros, que no se asemejan á éste ni por el estilo ni por el método, y con frecuencia ni áun por la doctrina. En el prefacio de este tratado se dirige Roberto Paululus á uno de sus colegas, que habia encontrado el primer borrador dejado por el autor fuera de un armario destinado á guardar libros. No era entónces más que un cuaderno de cuatro hojas; en la actualidad es un tratado dividido en tres partes, porque el autor, á ruego de su colega, no perdonó ni desvelos ni vigilias para completar esta coleccion. Obligado él mismo á asistir á los oficios divinos, no tiene tiempo para explicárselos con largos discursos. Promete, pues, ser conciso, sencillo, no decir nada de su propio fondo, no embellecer nada con los adornos profanos del estilo, y por último, para que su colega pueda servirse con más comodidad de este manual, presenta desde luego á su vista los títulos de cada parte y de todos los capítulos. La primera parte trata de la consagracion ó dedicacion de la Iglesia y de la administracion de los sacramentos. Dice que el bautismo se administraba todavía por medio de la inmersion. En uno de los artículos relativos á la penitencia, examina el autor si una excomunion injusta puede tener eficacia alguna, y se decide por la negativa. Es, sin embargo, de la opinion

que se debe temer todo anatema eclesiástico, aunque sea injusto, pero no se atreve á tocar la cuestion de saber si este temor debe impedir el cumplir con un deber. En este tratado apénas se tratan ó desfloran las cuestiones teológicas; siendo principalmente los detalles litúrgicos los que ocupaban á Roberto Paululus. La descripcion de los hábitos episcopales ó sacerdotales se halla en los trece últimos capítulos de esta primera parte, que tiene cincuenta y siete. La segunda contiene cuarenta y uno, que tratan de las horas canónicas y más particularmente de las horas de la Misa; y es un tejido de explicaciones alegóricas. En los treinta y siete capítulos del libro III recorre el autor el calendario litúrgico desde el adviento hasta despues de Pentecostés. Da cuenta de las diferentes prácticas propias para cada solemnidad, y en medio de los comentarios místicos de que es siempre pródigo, es posible, sin embargo, recoger siempre un pequeño número de hechos: por ejemplo, que en algunas iglesias se decian dos Misas el dia de la Natividad de San Juan Bautista; que durante la cuaresma comenzaba la Misa todos los domingos á las nueve y los demás á las tres de la tarde *(à trois heures après midi)*; que se habia abandonado poco á poco el antiguo uso de no comenzar el oficio del sábado santo hasta despues de puesto el sol. Roberto Paululus no carece de instruccion. Cita la Historia tripartita, S. Gerónimo, san Ambrosio, S. Agustin y S. Hilario, á quien cree autor del *Gloria in excelsis*, San Gregorio papa, Beda, Isidoro de Sevilla, Hinemar á quien llama Imar, y el obispo de Mans, Hildeberto probablemente, á quien califica *de egregius versificator*. Pero cita tambien el decreto de Graciano y da entera confianza á las falsas decretales. La obra que acabamos de citar se halla seguida en la coleccion de las obras de Hugo de San Victor de un opúsculo intitulado: *De canone mystici libaminis ejusque ordinibus*. Que tiene diez capítulos de un misticismo trascendental, que dividen en siete períodos el cánon de la Misa, y dan sobre todo razon de las diferentes señales de la cruz que hace el sacerdote en el curso de estas oraciones. Dupin pretende que Roberto Paululus es tambien autor de este opúsculo, que atribuye Casimiro Oudin á Juan de Cornualles. Ninguna razon, ningun indicio apoya la hipótesis de Dupin. Las dos producciones citadas difieren en cuanto es posible por su diccion, por el estilo, por el carácter de las ideas, por el género de trabajo. El autor de los tres libros sobre las ceremonias, sacramentos y oficios, no es más que un compilador que recoge de todas partes hechos y explicaciones de que no intenta componer un sistema. El opúsculo sobre el cánon de la Misa puede parecer mucho más original. Es obra de una imaginacion activa, que no toma nada ajeno, que crea relaciones entre los signos, entre las palabras, entre los números. La materia es casi la la misma por ambas partes, pero se trata en la primera produccion por un

simple aficionado á las alegorías, que no quiere ó que no puede inventar ninguna; en la segunda por un mistico de profesion, bastante capaz de enriquecer el género á que se halla dedicado. Ambos escriben mal; pero el primero, porque sus ideas no le pertenecen nunca, y el segundo, porque las suyas son siempre demasiado extrañas para expresarse bien. Por lo demás no tenemos nada positivo, ni áun hipotético que decir aquí sobre la vida de Roberto Paululus, ni áun sobre la época de su muerte. No la menciona ninguno de sus contemporáneos. Unicamente vemos que vivia aún en 1184, porque esta es la fecha de una de las cartas que ha suscrito. No es probable sea el mismo que un maestro Pablo, autor de una *Suma de Penitencia*, ni que el Paulus ó Paululus que ha escrito una *Vida de S. Erardo*, obispo de Ratisbona. Los Bolandistas, que han recogido esta leyenda, piensan que fué compuesta á últimos del siglo XI, quizá por Pablo de Bernriod, autor de las *Vidas de Gregorio VII y del B. Herluca*.—S. B.

ROBERTO Perbesel (Fr.), trinitario. Fué natural de Irlanda y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Sta. Cruz de la ciudad de Limerik. Despues de haber profesado pasó á estudiar á la universidad de París, y se graduó de doctor en la Sorbona. Vuelto á Inglaterra, se incorporó al claustro de doctores de la universidad de Oxford, donde se opuso á varias cátedras, que obtuvo y regentó por espacio de muchos años. Retiróse luego al convento de Trinitarios de Atharia, donde falleció el dia 11 de Mayo de 1272, dejando escritas las siguientes obras: —Tres libros sobre el *Misterio de la Santísima Trinidad*; —quince sobre todos los *Salmos de David*; —catorce sobre la *Lógica de Aristóteles*; —cuatro sobre los *Angeles*; —ocho sobre la *Epístola de S. Pablo á los hebreos*; —nueve de *Sermones dominicales* para todo el año; —quince sobre el canto *Magnificat*.—M. B.

ROBERTO Personio (P.), de la Compañía de Jesus; fué de nacion inglés y nacido en Sonmerset; hallándose en Roma entró en la Compañía el dia 4 de Julio de 1575, teniendo veintiocho años de edad. Allí mismo profesó los cuatro votos á 1.° de Mayo del año 1587. Fué varon muy docto y de gran prudencia, y digno de eterno loor y alabanza por la pureza de su vida. A muchos que en su patria iban descaminados y dominados de errores contrarios á las verdades del catolicismo, con su grande elocuencia y persuasiva doctrina los redujo al camino seguro, y á otros cristianos católicos confirmó más en la fe, sufriendo increibles trabajos, y exponiéndose á cada momento á inminentes peligros de perder la vida. Muchas veces le buscaron para asesinarle, inquiriéndole con sumo cuidado, registrando y examinando sus pisadas, y otras veces con añagazas, falsías y engaños, llegando á verse casi entre las manos de los herejes, pero dichosamente siempre salió libre, amparado de la mano divina; de modo que casi puede de-

cirse, que no una vez, sino toda su vida estuvo padeciendo un prolongado martirio. Tambien puede llamarse padre de muchos mártires, porque resucitó en Inglaterra la fe católica, que estaba casi muerta, y hallándose próximo á caer aquel espiritual edificio, le fortaleció con sus esfuerzos y celo religioso. Con tan laudable objeto instituyó muchos seminarios de jóvenes ingleses católicos en Roma y en Rhemis, trabajando extraordinariamente y con la mayor actividad para que las astucias y furor de los herejes, ó la falta de los auxilios necesarios, fuesen causa de que aquellas casas se derribasen. Procuró asimismo que en España, principalmente en Sevilla y Valladolid, se erigiesen otros seminarios, como tambien en la Alemania inferior, contando con las liberalidades del rey D. Felipe II. En estos seminarios entraban nobles jóvenes ingleses, donde se afirmaban con más fuertes raíces en las verdades de la fe católica, estudiando todo lo necesario para que en llegando á la edad conveniente, se ordenasen de sacerdotes y fortalecido su espíritu, volviesen á su patria á disputar, combatir y triunfar de los herejes, procurando pulverizar y deshacer sus errores, exponiéndose estos valerosos atletas de la fe á alcanzar la victoria, consiguiendo numerosas conversiones, pero las más de las veces la palma y corona del martirio. Eran estos seminarios el refugio de los ingleses católicos, siendo en sus naufragios el saludable puerto, destruccion de los herejes, fortaleza y presidio de la sede apostólica y columna de la religion cristiana en Inglaterra. Con cuyos grandes medios el P. Personio ha recogido abundantísimos frutos en Inglaterra. Además de estas obras, en el mismo reino ofreció la vida á muchos peligros por la confesion y aclamacion del nombre de nuestro Señor Jesucristo y dilatacion de la fe católica; y muchas veces publicaba de palabra ó por escrito, que solo aquel privilegiado objeto le habia traido á Inglaterra. Fué desde luego escogido de Dios el P. Roberto para que sirviese de luz á toda Inglaterra, y le dió para ejercer aquel sublime ministerio ó ejercicio muchos dones divinos y humanos. El amor de Dios y del prójimo era en él sumamente ardiente y activo, su magnanimidad increible unida á una humildad profunda. Era su prudencia admirable no solo para regir las almas, sino para atraer voluntades, á que acompañaba una sinceridad y una grande amabilidad en todos sus tratos. Tenia todas las dotes y un ingenio muy á propósito para ser superior; pero al mismo tiempo fué súbdito de tanta obediencia, que hacia ventaja á todos. Aunque estudiaba con grande atencion y cuidado las letras divinas, se desvelaba con mayor vigilancia en las materias que tratan de reducir á las reglas de los padres sagrados y preceptos divinos, los controvertidos lugares de los herejes. Era enemigo capital de la herejía, deseando que en ningun lugar persistiese sembrando la zizaña y corrompiendo las sanas semillas de la fe católica. En pocos años

escribió muchos libros, llenos de agudeza y de elocuencia, y los cuales leian los mismos herejes, sus enemigos, para copiar y estudiar sus frases y aplicarlas á sus falsas doctrinas, utilizándose tan siniestramente de los talentos y erudicion del P. Personio. Acompañaba á su ánimo generoso tan buena disposicion, valor y energía, unidos á su airoso continente y elevada talla, que muchas veces en Inglaterra espantó con solo su presencia á los enemigos que le buscaban. Tenia tanta eficacia para persuadir todo lo que queria, que áun sus mismos contrarios alababan su gran talento é ingenio. Ultimamente fué soldado tan diestro en las batallas de Cristo y proteccion de la fe contra los herejes, que no pudiera imaginarse el poder hallar otro religioso más apto ni más á propósito, ni que pudiese triunfar y conseguir tan gloriosos resultados. Todos estos singulares ornatos le dieron facilísima entrada aunque lastimando su mucha humildad, con todos los príncipes y reyes cristianos, con cuya proteccion y dádivas sustentó más de treinta años la sagrada mision contra los pecados y crueldades de su patria, á cuya heróica conquista él fué el primero de la Compañía que dió honroso principio, acompañándole juntamente el P. Edmundo Campiano, mártir de Cristo, el año de 1580, estando en materia tan árdua falto de todo consejo, autoridad y gobierno, puesto que el prepósito general P. Claudio Aquaviva, le dió ámplios poderes y plenísima potestad en aquella santa obra. En medio de tan buena acogida y tanta benevolencia con que le trataban los reyes, nunca pidió cosa particular para sí ni para sus deudos, tanto que á un hermano suyo no le quiso dar una carta de recomendacion para el rey D. Felipe II, para que le atendiese en la milicia, porque iba á servirle en el ejército. Conociendo que el mismo Rey queria alcanzarle un capelo, ántes que el monarca declarase su intento, con rendidas súplicas acudió á Clemente VIII rogándole encarecidamente no le concediese aquella alta dignidad, de la que no era merecedor. Mucho admiró al Pontífice aquella súplica en su sentir intempestiva, porque nunca habia pensado en tal cosa; y aunque algunos censurasen aquella anticipacion, lo cierto es que sin duda obró por impulso divino, y que se rigió por razon celestial y prudente. Conocia este insigne varon, amaestrado por otros sucesos semejantes que si no prevenia al Sumo Pontífice con aquella anticipada diligencia para cerrar el paso á la gracia, fuera casi imposible excusarse despues que el Rey lo hubiese solicitado. A esta magnanimidad tan heróica correspondieron las demás virtudes en grado perfecto; la caridad con los prójimos fué tan profunda que perseveró en ella hasta que dió el último suspiro, era notable su cuidado y desvelo para socorrer en cuanto podia todas las necesidades. En la adversidad mostraba su paciencia inalterable, en la serenidad casi alegre de su semblante. Su piadoso celo y cuidado de la observancia religiosa iba creciendo de dia

en dia en este gran siervo del Señor con el continuo uso. Todas estas virtudes le sirvian de consuelo en la vida presente, y de prendas para la eterna y futura. Finalmente, hallándose en Roma murió tranquilo y felizmente, siendo de más de sesenta años de edad. Fué muy querido y respetado de todos los de la Compañía, tanto como aborrecido de los herejes, por la viva y constante lucha con que combatió á la herejía con su persona y escritos. Se le depositó en la iglesia del Colegio Anglicano, poniendo en su sepulcro un largo epitafio en el que se reseñan todas sus relevantes prendas y virtudes. El dia de su fallecimiento fué el 15 de Abril del año de 1610. Escribió este siervo de Dios muchas obras de que hace mérito el P. Felipe Alegambe. — A. L.

ROBERTO DE PORTA, agustino francés, maestro en sagrada teología y del consejo del rey de Francia, muy distinguido en su época por su doctrina y autoridad, fué designado por el Rey para tomar parte en el concilio de Tournay en 31 de Mayo de 1432, y en 1433 marchó con los varones más doctos de la religion agustiniana al concilio de Basilea. El prior general le concedió en 2 de Agosto licencia para ir á Tournai á condicion de que volviese dentro del mismo al concilio de Basilea, y en 31 de Diciembre del mismo año le nombró visitador general del convento de Tournai, y en 16 de Julio de 1436 vicario general del convento de París hasta la llegada del prior Gerónimo de Viterbo. A la muerte del maestro Juan de Ceresier, provincial de Francia, ocurrida en 3 de Diciembre de 1437, fué nombrado vicario general de la provincia de Francia, y en 3 de Junio de 1438 fué designado presidente en primer lugar del sínodo provincial. En 1.° de Junio de 1439 era provincial de Francia, por cuya época edificó el convento de París de nuestra Señora de la Concepcion de la órden de S. Agustin hácia 1440. En 20 de Agosto de 1552 le escribió el general una carta en que le dice no vaya á verle si estuviese ocupado en el consejo del Rey ó en alguna otra comision del legado del Pontífice. En 1454 fué elegido provincial en el convento de Lambal y confirmado por el general en 20 de Setiembre. En 1455, siendo todavía provincial de Francia, fué enviado al capítulo general de Roma juntamente con el maestro Juan Jacobo, provincial de la Marca de Treviso, aún fué de nuevo nombrado en 19 de Febrero de 1458 provincial de Francia, ignorándose los cargos que ejerció posteriormente, aunque se sabe vivia aún en 20 de Agosto de 1463 debiendo suponerse conservaria algunos de sus honores y dignidades. Ignórase la época de su fallecimiento. — S. B.

ROBERTO POULAIN Ó LE BAUBE, arzobispo de Ruan. No debe confundirse á este prelado con Roberto *Pullus*, cardenal inglés y teólogo célebre. Roberto Poulain fué elegido quincuagésimo segundo arzobispo de Ruan en 1208; y partió á la cruzada en 1212 segun el testimonio de Pedro de Vaux

Cernay, y moraba en Roma en 1214. No es conocido por otros escritos más que por las cartas que ha dado relativas á diferentes posesiones y á otros intereses eclesiásticos. Distínguese una carta escrita á Felipe Augusto, en que consiente que los juicios de los judíos se celebren en la ciudad de Dieppe como en tiempo de su antecesor. Este documento, que debe tener la fecha del año 1217 y no 1207, se refiere evidentemente al decreto de Felipe Augusto, relativo á los judíos, fechado en el año 1218, y de que puede tenerse conocimiento en la coleccion que acaba de citarse. Este prelado murió el 4 de Mayo de 1221 y fué inhumado en la iglesia de Morte-Mer. Hé aquí el elogio que ha hecho de él un poeta, probablemente compatriota suyo:

Isti successit præsul Robertus, egenos
Veste, civis recreans, cleri deffensor, amator
Juris, in ecclesiis devotus, atroxque tyrannis.

No se encuentra nada en los actos de la vida de este prelado que pueda designar claramente cuáles son los tiranos que ha querido indicar el poeta en estas últimas palabras del verso tercero. —S. B.

ROBERTO Prevost (B.), confesor, religioso franciscano, natural de Coutances, en Francia, é hijo de una familia tan distinguida por su nobleza como por su piedad, que le educó en el santo temor de Dios, y procuró enseñarle los primeros rudimentos de las letras y la gramática. Llegado á la juventud se sintió inflamado por un espíritu divino para imitar los pasos de S. Francisco de Asís, cuyo hábito tomó en el convento de S. Luis, que era el segundo de la provincia de París. Comenzó entónces el estudio de la filosofía, y llamado despues al estado del sacerdocio, siguió la teología, por cuyo motivo marchó á París, donde podia adquirir más vastos y completos conocimientos en esta difícil y sublime ciencia. Pero ardiendo en deseos de seguir regla más estrecha, y de pertenecer á la más estricta observancia de su misma Orden, obtuvo licencia de los superiores para pasar á Italia en union con el B. Francisco Symon, que se encontraba entónces tambien en París. Llegados á Roma, se les permitió pasar á la reforma y vivir entre los PP. reformados de la provincia romana. Algunos años despues pasó á la Palestina el B. Roberto, y permaneció allí por espacio de cuatro, transcurridos los cuales regresó á la antigua reforma romana, en la que se distinguió sobremanera por su vida ejemplar y santas costumbres. Así es que cuando en 1593 algunos PP. de la provincia de Francia, celosos de su profesion, desearon introducir en ella la reforma y obtuvieron con este objeto una bula del Pontífice, se lo manifestaron inmediatamente al B. Roberto; pero juzgándose él indigno por su grande humildad, no quiso de ningun modo aceptar su oferta hasta que fué

obligado por la obediencia. Decidió, sin embargo, pasar de Italia á España para presentarse al Rmo. P. General, manifestándole de lo que se trataba, para que procediese con la madurez que el caso requeria. Pero su largo viaje por Italia, España y Francia le ocasionó una gravísima enfermedad, la que sufrió con increible heroicidad, pero con el sentimiento de no poder hacer nada por entónces en la provincia de Francia. Visto esto, dirigió sus pasos hácia la Bretaña, decidido á vivir entre los PP. Recoletos de esta provincia, donde se distinguió por su extraordinaria sencillez y humildad, de manera que no quiso aceptar nunca ningun cargo honorífico en la Orden, sino que se ocupó siempre en los oficios más abyectos y viles. Fué un decidido y celoso observador de la disciplina regular de su instituto, muy amante de la pobreza evangélica, afectuoso y devoto, deseoso del silencio y la soledad, parco en las comidas, frecuente en la abstinencia, ayunos y oracion. Celebraba diariamente misa con grande preparacion, excitando eficazmente con sus discursos los ánimos de su auditorio á seguir el camino de la virtud. Lleno de méritos y virtudes durmió santísimamente en el Señor el año 1597, á los sesenta y siete de su edad, y fué sepultado en el convento de Sta. Valeria, virgen y mártir, cerca de la ciudad de Lyon. Su vida fué escrita por el Padre Juan Blamona, y publicada en las adiciones á la parte cuarta de la *Crónica de los Menores*. Tambien le citan Barezzo y Rapisceo en la *Historia general del origen de los Recoletos*, década IV, párrafo 6 y 9, é Hilarion de Costa en el libro III de su *Historia católica*. El *Martirologio Franciscano* hace una ligera mencion de sus virtudes en 30 de Octubre, en que celebraba su gloria la Orden Seráfica.—S. B.

ROBERTO Pullus, cardenal y canciller de la Iglesia romana. Natural de Inglaterra, se dedicó desde su primera juventud al estudio de las bellas letras y de las bellas artes, luego á la teología y á la inteligencia de los libros sagrados. La universidad de Oxford, tan célebre anteriormente en toda Europa, se hallaba próxima á su ruina. Roberto se propuso volverla á su antiguo esplendor. Abrió cátedras públicas, enseñó él mismo las ciencias gratuitamente, reunió los profesores y discípulos de las provincias vecinas, costeó una parte de estos gastos, prestó á los demás todos los oficios de la humanidad, y se declaró en alta voz protector de los literatos y su Mecenas. Ganó con su candor, con la bondad de su espíritu, con la probidad de sus costumbres y su saber, la estimacion y la amistad del rey Enrique I de Inglaterra; y solo despues de la muerte de este príncipe, en 1135, pasó á Francia. Pues se hallaba en esta nacion en 1140, segun se ve por la carta de S. Bernardo á Arcelino ó Anselmo, obispo de Rochester, escrita en aquel año. Roberto enseñó en Paris públicamente la teología. Su doctrina era sana, y esta razon fué la que animó á S. Bernardo á escribir á este obispo para su-

plicarle no insistiese más en llamar á Pullus á Inglaterra. Anselmo, en lugar de acceder á lo que se le pedia, respondió con dureza y mandó confiscar todos los bienes de Roberto, sin duda á causa de que no hacia ninguna de sus funciones como arcediano de Rochester, cargo que ocupaba á la sazon. Apoyado éste en el crédito de algunas personas poderosas en la corte de Roma, llamó á juicio al obispo de Rochester, lo que no pudo verificarse hasta despues del año 1141, puesto que Anselmo no fué elegido obispo de Rochester hasta este año, segun la *Crónica de Gervasio*. Conociendo el papa Inocencio II el mérito de Pullus, le llamó á Roma hácia 1142. Su sucesor Lucio II le creó cardenal del título de San Eusebio en 1144 y canciller de la Iglesia romana. Habiendo sabido S. Bernardo la eleccion de Eugenio III, bendijo á Dios por haber preparado á este pontífice un socorro tan poderoso en la persona de Roberto, pues no ignoraba el abad de Claraval que el canciller de la Iglesia romana era el principal ministro del Papa. Hé aquí cómo se explica con este motivo en su respuesta á la carta del cardenal Pullus, que no ha llegado hasta nosotros: «Doy gracias al Señor, porque ha preparado á Eugenio, su siervo y nuestro amigo, un ministro inteligente, capaz de auxiliarle en las penosas funciones de su cargo. Entrad, pues, en los designios de Dios, mi muy querido amigo; sed el consolador y el consejo del á que os hallais unido; usad de la prudencia que os da para garantir el pontificado de Eugenio de todo lo que puede deshonrarle. Para preservar á este Papa de la sorpresa á que le exponen la multitud y la multiplicidad de los negocios, desempeñad con honor el puesto que ocupais; tened un celo mezclado de prudencia y de firmeza; un celo que procure la gloria de Dios, vuestra salvacion y el bien de la Iglesia, á fin de poder decir: *la gracia de Dios no ha sido infructuosa en mí.*» Roberto Pullus no desempeñó su cargo hasta el tercer año del pontificado de Eugenio III, segun Onufrio. Chacon dice que hasta el quinto. Pero la opinion de Onufrio parece mejor fundada, pues se encuentran cartas apostólicas del año 1147 firmadas por el canciller Guido. No se pone, sin embargo, su muerte hasta el año 1150. Es el primer cardenal inglés que se conoce. Algunos ponen ántes de él á Ulrico, pero no presentan pruebas. En memoria de los trabajos de Pullus por el restablecimiento de la universidad de Oxford, se hace anualmente su panegírico. Excelente intérprete, buen teólogo, elocuente orador, dejó gran número de muestras de su talento y de su saber. Conócese de él una obra intitulada *Sentencias*, dividida en ocho partes; cuatro *Libros sobre las palabras notables de los doctores;* uno *del desprecio del mundo;* uno de sus *Lecciones;* uno de *Sermones*, diferente del que contenia muchos por el comun de los Santos; *Comentarios sobre algunos salmos y sobre el Apocalipsis.* Pero el único que ha visto la luz pública de todos estos escritos es el de las *Sentencias.* Fué

impreso en Paris por Simon Piget, en 1655, en folio, á expensas del Padre Claudio Hugo Mathoud, benedictino de la congregacion de S. Mauro. Con el objeto de dar la edicion completa, hizo todas las investigaciones necesarias para ver los demás manuscritos de Pullus custodiados en las demás bibliotecas de Europa, en particular en las de Inglaterra y Suecia. Pero no pudo conseguir nada, y tuvo que contentarse con dar al público los ocho libros de las Sentencias por un manuscrito de la abadía de S. Remigio de Reims, que parece contemporáneo al autor. El P. Mathoud ha hecho observaciones muy eruditas acerca de esta obra, en las que ha sido ayudado por el hábil teólogo P. Hilarion Le Febvre. La edicion se halla dedicada á Monsieur Goudrin, arzobispo de Sens, y el editor da en el título á Pallus el nombre de primer teólogo escolástico. No sigue, sin embargo, tal método. En sus escritos no se hallan ni términos ni distinciones escolásticas. Las cuestiones que trata no son sutiles ni metafísicas; se refieren ó á la fe, ó la disciplina, ó la moral, y para resolverlas no emplea los principios de la lógica ó de la filosofía, sino la autoridad de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, y algunas veces las luces de la razon. Pullus manifiesta en el libro primero que Dios existe por sí mismo; que es uno en tres personas, simple por su naturaleza, sin forma alguna; que como no tiene principio, no puede tener fin; que al admitir los paganos dioses más jóvenes, ó más poderosos unos que otros, ignoraban la verdadera creencia de la Divinidad, que no reconocia ni desigualdades de edad ni de poder; que si el Hijo era de otra sustancia que el Padre, el Hijo seria un monstruo, porque cada especie debe engendrar á su semejante. Este es un razonamiento tomado de S. Agustin. Pullus dice, como S. Gerónimo, que nosotros confesamos no solo los nombres de tres personas divinas, sino tambien sus propiedades, es decir, que el Padre es no engendrado, que el Hijo único es nacido del Padre, y que el Espíritu Santo procede de ambos. Pero la exposicion del símbolo que atribuye á este padre es del heresiarca Pelagio, como lo ha observado S. Agustin; ha pasado, sin embargo, durante largo tiempo como de S. Gerónimo, y el que cita Pullus no tiene nada contrario á la fe. Los diferentes atributos de Dios no dañan á su unidad. Es el mismo quien es omnipotente, justo, sabio, inmenso. Siendo esenciales todos estos atributos á la naturaleza divina, convienen bajo este concepto á las tres personas. No se distinguen más que por sus propiedades personales ó relativas: el Padre no es el Hijo; el Hijo no es el Padre, de quien está engendrado; el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, no es ni uno ni otro. Pero aunque el Padre no sea el Hijo, no es diferente de él. Su naturaleza es la misma; es todopoderoso como el Padre, y le es igual en todo. Como Dios está todo entero en todas partes, así el alma

del hombre está toda entera en el cuerpo que anima, y no estando compuesta de partes, es indivisible. Pullus enseña que el Padre y el Hijo son dos principios del Espíritu Santo, no en razon de su naturaleza, que es una, sino porque son dos personas distintas una de otra. No ha creido, como parece decirlo en un principio, que el Padre y el Hijo son dos principios distintos en sustancia, sino únicamente que estas dos personas producen una tercera, por una accion ó espiracion, que aunque realmente la misma, puede ser mirada como distinta, á causa de las dos personas que la producen. Admite las dos predestinaciones en el sentido de S. Agustin, y dice hablando de la oracion de los fieles por los muertos, que aprovecha á los que han merecido en esta vida que les aproveche en la otra, que es tambien la opinion de S. Agustin. Pullus enseña en el segundo libro que Dios ha creado el mundo cuando ha querido: que podria crearle ántes y crear muchos, si tal hubiera sido su voluntad. Moisés dice que la obra de la creacion fué acabada en seis dias; en otras partes se lee que todas las cosas fueron creadas juntas: el autor explica esta contradiccion aparente diciendo que Dios lo hizo todo á la vez, porque despues del dia de descanso, que fué el sétimo, no creó nada. Agita muchas cuestiones relativas á los ángeles, al momento de su creacion, su morada, su perseverancia en el bien y la caida de muchos de ellos. Su opinion en este punto es, que han sido creados en el cielo y con el cielo que debia servirles de habitacion; que han sido creados todos buenos y sabios; dotados de libre albedrío y de una libertad superior á la del hombre; que todos podrian perseverar en el bien con el socorro de la gracia; que el pecado de los que han caido ha sido el orgullo; que los demás, por haber usado con reconocimiento del socorro de Dios, han perseverado en la verdad y han sido confirmados en ella: de manera que no pueden caer ya, como el hombre no podrá pecar más despues de la resurreccion. Pullus no duda que los ángeles hayan conocido á Dios claramente y le hayan visto desde el momento de su creacion, siendo en esta presencia intuitiva de Dios en lo que hace consistir la bienaventuranza. En cuanto á los ángeles apóstatas, es de la opinion de muchos antiguos, que no son todavía atormentados por las llamas del infierno; que entre tanto sufren en los aires por las diferentes vicisitudes de las estaciones. Dice que el demonio no solamente era bueno por naturaleza cuando le creó el Señor, sino muy bueno; que despues de su pecado su sustancia no era buena ni criatura de Dios; lo que explica luego diciendo que se ha corrompido á sí mismo, y degradado su naturaleza por su pecado. Pullus, segun la doctrina de algunos teólogos de su época, no distinguia la sustancia ó la naturaleza de sus facultades. Cree que el alma no se halla unida al cuerpo sino despues de la formacion del cuerpo; que fué creada por Dios y no procede, como el cuerpo,

de la generacion; que unida á un cuerpo corrompido en su origen, contrae el pecado original, de que no se libra más que por medio del bautismo en la ley evangélica; por la circuncision, en tiempo de la de Moisés; y anteriormente, por la fe de los padres ó los sacrificios que ofrecian á Dios. Tales son los principios que establece Pullus en el libro III. Mas pone esta diferencia entre la obligacion del bautismo y de la circuncision, que siendo general la ley del bautismo, obliga en todos tiempos y á toda clase de personas; miéntras la circuncision no obligaba más que á los varones, y únicamente al octavo dia, de manera que los niños que morian ántes, no incurrian en ninguna falta ni castigo por no haber sufrido esta ley. Hace la observacion de que no se enterraba en el cementerio comun de los fieles á los niños muertos sin bautismo, á los que se sacaba del seno de su madre con el designio de bautizarlos si tenian vida. Se extiende sobre la diferencia de los preceptos y las observancias de la ley antigua y de la nueva, y despues de haber manifestado que la gracia era ménos abundante para el judío que para el cristiano, menciona el antiguo uso, que duraba todavía, de administrar la sangre del Señor á los fieles por mano de los diáconos, en la celebracion de los oficios divinos. «Cuando, dice, se os da á beber la sangre del cáliz, recordad que Jesucristo dejó correr por nosotros la sangre de su costado; y cuando tomais su cuerpo con vuestra boca, como para aplastarle con vuestros dientes, recordad que ha sufrido por nosotros.» Pullus trata despues de los sacramentos y de las promesas del Antiguo Testamento, y manifiesta que no habiendo sido más que figuras de los sacramentos del Nuevo, las primeras cesaron tan pronto como Jesucristo sustituyó en la última cena á la Pascua y á sus ceremonias otra Pascua, á saber, la participacion de su cuerpo y de su sangre. Asciende desde la pasion del Hijo de Dios á su encarnacion en el seno de la Vírgen Santísima por la operacion del Espíritu Santo, y en esta ocasion establece la union de las dos naturalezas, la divina y la humana, en una sola persona, sin cambio ni confusion de naturalezas. Emplea para esto las expresiones del símbolo atribuido á S. Atanasio, ya para explicar cómo Jesucristo, Hijo de Dios, es menor que su Padre, segun la naturaleza humana, é igual á su Padre segun la divinidad; ya para manifestar que no solo ha tomado un cuerpo, sino tambien un alma humana. Por medio de la distincion de las dos naturalezas, unidas personalmente en Jesucristo, explica todas las dificultades que se acostumbran á objetar sobre el misterio de la Encarnacion. Su opinion es, que el Hijo de Dios se unió sucesivamente á la masa de sangre de que formó su cuerpo, despues al cuerpo y al alma humana cuando esta animó su cuerpo; lo que prueba con las palabras del símbolo de Constantinopla, en que los santos padres del concilio dicen: «Se ha hecho carne por

obra del Espíritu Santo,» y despues: «Se ha hecho hombre.» A lo que añade que no hay repugnancia en que el Verbo haya sido unido á una carne inanimada en el seno de una Virgen. Cree que Jesucristo tiene todas las debilidades de la naturaleza humana, excepto el pecado y la ignorancia; pero no cree que haya tenido desde el instante de su concepcion ese conocimiento humano que llamamos experiencia, y no duda que haya hecho adelantos con la edad. En cuanto á su ciencia, abraza Pullus la opinion de los que atribuyen á Jesucristo una ciencia igual á su omnipotencia, y porque se seguia de aquí su igualdad con el Padre, responde Pullus que le es inferior áun suponiéndole esta ciencia infinita, porque la habia recibido como un don de Dios. El P. Hugo Mathoud inserta una carta de Gualtero de Mauritania á Hugo de San Victor, en que tomando el término medio entre los teólogos que atribuian á Jesucristo la plenitud de la ciencia, y los que sostenian que habia ignorado algunas cosas, dice, que siendo Jesucristo conforme á su naturaleza divina igual á su Padre, tiene, segun la misma naturaleza, todo lo que tiene su Padre, y en su consecuencia la plenitud de ciencia; pero que siendo menor segun la naturaleza humana que el Padre, tiene tambien una ciencia inferior á la suya. Pullus emplea tambien esta distincion, para resolver muchas cuestiones que se propone sobre la Encarnacion, en su libro IV. Refiere las diferentes opiniones de los teólogos sobre la impecabilidad de Jesucristo. Algunos han creido que podia pecar, porque habiendo aceptado todo lo que constituye la naturaleza humana, ha tomado el libre albedrío con su naturaleza de pecar ó no pecar: otros sostienen que el hombre Cristo no ha podido pecar, y parece que Pullus se inclina más á esta que á la otra opinion. Prueba que las tres personas divinas son iguales en poder y que las obras de la Santísima Trinidad son indivisas, porque su sustancia y su naturaleza es una; así la obra de la creacion es igualmente de las tres personas. Que si se dice que el Hijo no puede engendrar como el Padre, ni proceder como el Espíritu Santo; Pullus contesta: el engendrar en Dios no es obrar, y no manifiesta en el Padre un poder, sino la propiedad singular de su relacion con el Hijo. Enseña que el temor que está separado de la caridad perfecta no ha existido en Jesucristo, sino que ha tenido este temor santo, que existe áun en los bienaventurados, y que hablando propiamente no es más que el respeto y reverencia que se debe á Dios; que en lugar de la fe, que es como un espejo en que vemos á Dios en este mundo, Jesucristo veia á la Divinidad muy claramente y tal como es, que aunque los antiguos justos habian sido iguales en virtudes y superiores á muchos de la nueva ley por el mérito de la fe, sus faltas no pudieron ser perdonadas más que por la sangre del Cordero sin mancha que fué á quitar los pecados del mundo; no habiendo tenido este poder los sacrificios de los

toros y de otros animales, que por esto permanecieron estos justos en el infierno, donde Dios no les procuraba ningun bien, porque no eran todavía dignos de él, y donde tampoco les hacia sufrir, á causa de que su fe hacia sus faltas excusables. Pullus dice muchas cosas sobre la detencion de estos justos en el infierno, y su libertad por el mérito de la sangre de Jesucristo, y su descension á aquellos lugares donde se hallaban, hasta que purificados por esta sangre preciosa fuesen trasladados al cielo. Háblase en el libro V de la resurreccion de Jesucristo, de su ascension al cielo, de la bajada del Espíritu Santo sobre los apóstoles, de su dispersion entre los gentiles para anunciarles el Evangelio, de la necesidad del bautismo para la salvacion, de la eficacia de la fe y del martirio, cuando no hay agua ni ministro para bautizar. Enseña Pullus, con toda la Iglesia, que solo se puede bautizar con agua, y que no basta el agua sin la invocacion de la Santísima Trinidad; que esta invocacion es necesaria, que conviene conferir el bautismo por la triple inmersion: que la falta de probidad en el ministro no impide el efecto del bautismo, siempre que observe lo que se halla prescripto para el bautismo, áun cuando él hiciese esta ceremonia á manera de burla; que por el contrario el que le recibiese por derision veria frustrado su efecto, áun cuando el ministro se lo confiriese segun las reglas de la Iglesia. Añade que sucede lo mismo con la absolucion de los pecados en el sacramento de la penitencia. Haciendo el paralelo del bautismo y de la pasion del Salvador, dice, que se sumerge tres veces al bautizar no solo en honor de las tres personas de la Santísima Trinidad, sino tambien á causa de los tres dias que Jesucristo estuvo en el sepulcro; que debe diferirse el bautismo, excepto en caso de necesidad, hasta pascua, á fin de tener tiempo para instruir á los catecúmenos, hacer sobre ellos las oraciones y asegurarse de su fe como de una condicion necesaria para la validez del bautismo; que esta es la razon de dar padrinos á los niños, porque no pudiendo tener la fe que exige este sacramento, es necesario que sean presentados al sacerdote por el ministerio de estos padrinos, á fin de que, testigos de su bautismo, no haya despues duda alguna de que lo han recibido; pues siempre que hay duda sobre el bautismo de un niño, se debe bautizarle, por temor de que perezca eternamente por falta de este sacramento; los Santos Padres no han creido que fuese esto repetir el bautismo, cuando se ignoraba si habia sido conferido. Es del deber de los padrinos responder por los niños que tienen en la pila, dar caucion por su fe y sus promesas; por esta razon debe procurarse que sean adultos, que cumplan lo que han prometido por ellos en el bautismo cuando el sacerdote les ha interrogado por su fe y su renuncia al demonio. Aunque se diferia el bautizo de los catecúmenos adultos hasta la pascua, era costumbre no retardar el bautizo de los niños, á

causa de la debilidad de su salud y del peligro de que fuesen sorprendidos por la muerte sin haber sido bautizados. Aunque el sacerdote es el ministro del bautismo, cualquiera persona puede bautizar en caso de necesidad, pero el bautismo no debe repetirse jamás, ni la confirmacion, que basta con una vez que se reciba. El efecto de este sacramento, es perdonar los pecados, confirmar en el bien al bautizado, y armarle como un atleta contra los enemigos de la salvacion. Debe administrarse la confirmacion áun á los niños, y es una falta de sus encargados, cuando los dejan morir sin este sacramento. Como nada hay tan necesario á la salvacion como el bautismo, solo los obispos deben administrarle, y esta costumbre es de todos los siglos desde los apóstoles. Hay otros sacramentos que se pueden reiterar, como la penitencia y la eucaristía; el primero, porque es necesario confesar nuestros pecados siempre que los cometamos; el segundo, para alimentar nuestra alma y afirmar nuestro espíritu contra las debilidades de la carne. Este es en efecto el fruto que sacamos de la eucaristía cuando nos acercamos dignamente á ella: perdona los pecados, pero produce un efecto contrario cuando se recibe mal. Pullus establece esta diferencia entre la circuncision y el bautismo, que la circuncision no perdonaba más que el pecado original, miéntras que el bautismo borra el original y el actual, que perdona hasta la pena y abre la puerta del cielo á los que mueren inmediatamente despues de haberle recibido. Lo mismo sucede con el martirio; pero la confesion de los pecados no tiene este privilegio, porque debe ser seguida de los frutos de la penitencia. Es tambien necesario que la confesion de los pecados vaya acompañada del dolor de haberlos cometido, siendo en este mismo dolor en lo que toma su orígen la correccion de las costumbres, y el que se acusa de un pecado que no odia, se condena al acusarse, aunque no tenga más que un pecado de que no quiera corregirse. Pullus reconoce la utilidad del temor de la pena del infierno, y la mira como un don de Dios, pero no cree que basta por sí sola para obtener el perdon; no la mira más que como una disposicion que pone Dios en el pecador para excitarle á recurrir á los gemidos de la penitencia. Dice que nadie es justo sin caridad; que se puede perder, y de consiguiente la justicia; pero admite otra caridad, á que llama caridad reflexiva, que se cree ser la gracia de la predestinacion; por cuyo beneficio los justos, aunque sujetos á caer algunas veces en el pecado, se levantan y se salvan finalmente. Trata Pullus en el sexto libro de lo que pasa en el hombre ántes y despues del bautismo, es decir, del pecado original y de la concupiscencia, ántes que se perdone este pecado por medio del bautismo, y de los efectos de la concupiscencia despues de la remision del pecado original por medio de este sacramento. Trata tambien de la ignorancia y de las demás consecuencias del pecado, y resuelve algunos

casos de conciencia sobre hechos acaecidos por la ignorancia. Manifiesta que Dios en las guerras como en otros muchos acaecimientos, se sirve de las pasiones de los hombres para ejecutar sus designios. Queriendo destruir la Judea, dejó obrar á los romanos que, descontentos de los judíos porque se negaban á pagar los tributos, los atacaron y asolaron sus países. Dios se sirve de los malos como de los buenos ministros, para ejecutar sus voluntades, ora de los ángeles, ya de los hombres y áun de los mismos demonios. Cree que cada alma miéntras que se halla unida al cuerpo tiene su ángel bueno para guardarla, que los hay de consiguiente constituidos para la guardia de las naciones, para combatir los poderes del aire, para llevar las oraciones de los fieles á los pies del soberano juez, é introducir las almas de los santos en el Paraíso. Explica los diferentes órdenes de ángeles ó espíritus celestiales, sus oficios, sus nombres, la subordinacion que hay entre ellos. Despues pasa á lo relativo á los demonios, que son tambien en diferentes grados, y subordinados unos á otros. Desciende al detalle de los medios que conducen á Dios, y que debe tomar el sacerdote para poner á los pecadores en la via de salvacion. Uno de estos medios es la confesion de los pecados hecha al sacerdote con candor y dolor, sin ocultarle ninguna de las injusticias cometidas. Como la penitencia del pecador es inútil sin la confesion auricular, esta es tambien infructuosa sin la otra. No basta tener dolor de los pecados, esperar perdon y confesarlos, si no se hace penitencia. Se objeta que Pedro y María han obtenido el perdon de sus pecados sin haberlos confesado, y lo que dice S. Ambrosio, de que *las lágrimas lavan el pecado, que se avergüenza uno de confesar*. A lo que contesta: 1.° Que todo lo que ha sucedido no está escrito. 2.° Que la presencia del Señor ha podido operar sobre Pedro y María lo que los pecadores no pueden esperar ordinariamente. 3.° Que la confesion de los pecados se halla ordenada por la Sagrada Escritura y la santa Iglesia. 4.° Que es verdad que las lágrimas borran los pecados que se confiesan con pudor, y que no se borrarian con la sonrisa ni confesándolos con impudencia. En cuanto al sacerdote, quiere Pullus que examine atentamente la calidad del crímen que confiesa el penitente, y todas sus circunstancias: que despues le imponga una penitencia proporcionada á su pecado, haciendo siempre alguna diferencia entre un penitente enfermo y otro que se halle bueno. Se ve que en tiempo de Pullus, los sacerdotes no recibian la confesion del que se hallaba condenado al último suplicio, despues de haber sido convicto de crímen y que no le administraban el sacramento de la eucaristía, concédese hoy á los condenados á muerte, el sacramento de la penitencia, y jamás se ha negado el de la eucaristía á los que sufrian el martirio por la fe de Jesucristo. Las pruebas del fuego y del agua caliente se hallaban aún en uso en el siglo XII.

Pullus las llama el exámen ó juicio de Dios. Dice que las dos espadas de que se habla en el Evangelio, no pueden ser manejadas por una misma mano, que de otra manera no lo serian debidamente; que la una está confiada á los eclesiásticos y la otra á los legos; que la primera corresponde á la dignidad sacerdotal, y la segunda al poder secular; que la una extiende su rigor sobre el alma, la otra sobre el cuerpo. Pullus distingue tambien dos clases de pecados, los que son públicos y los que son secretos. El conocimiento y el castigo de los primeros pertenece al obispo. Los sacerdotes pueden conocer los demás y castigarlos. Parece decir que el sacerdote no perdona los pecados al dar la absolucion, que no hace más que declararlos perdonados por el sacramento; sin embargo, no es esta su opinion. Reconoce algunas líneas más abajo, y en otros lugares de su obra, el poder de juzgar en los sacerdotes de la nueva ley, y dice claramente que conforme él absuelve, ata tambien al pecador, que le liga en cuanto á la pena y en cuanto á la culpa; que liga á este en cuanto á la pena, cuando despues de la confesion de sus pecados, le impone una penitencia por cierto tiempo; que liga al otro en cuanto á la culpa, cuando viendo su obstinacion en el mal, le declara que no puede obtener el perdon y conserva así pecados que se hallan ligados en el cielo; como por el contrario, absuelve y perdona los pecados al que se ha confesado y corregido, y le son perdonados en el cielo. Siendo la satisfaccion una consecuencia de la confesion y de la absolucion de los pecados, Pullus habla de ella en el libro VII. Quiere que se imponga á los penitentes la práctica de las virtudes opuestas á sus malos hábitos, como la continencia á los impúdicos, y con respecto á las obras satisfactorias se guarden miramientos conforme á las fuerzas y enfermedades del penitente. Por obras satisfactorias entiende el ayuno, la limosna, la oracion, tanto por sí como por el prójimo; las maceraciones del cuerpo, entre otras las flagelaciones, ó voluntarias ó impuestas por el sacerdote. Se acostumbraba en la época de Pullus que los penitentes se arrojasen algunas veces á los pies del confesor para flagelarse ellos mismos en su presencia; costumbre nueva y cuyo origen no remontaba más allá de últimos del siglo X. Dice que nuestras oraciones son inútiles á los santos que estan en el cielo, á los que han muerto en el pecado, y á los niños muertos sin bautismo; pero que pueden aprovechar á los que habiendo vivido con negligencia, han dado sin embargo en su muerte muestras de penitencia y de piedad, que por su negligencia tienen necesidad de ser purificados por las penas del purgatorio. Al hablar del diezmo, dice Pullus que se debe pagar á Dios para el sostenimiento de los clérigos ocupados en su servicio, y que se debe hacer no solo de los frutos de la tierra, sino tambien de los animales y de toda clase de granos: que los legos no tienen nada que ver con la vida de los clérigos,

y que cualquiera que sea su vida, no estan dispensados de darles lo que les es debido; que los obispos deben hacer la reparticion de las rentas de la Iglesia, dando á cada uno de los sacerdotes que estan bajo su jurisdiccion lo suficiente para sostenerse á sí mismos, á los que les ayudan á servir las parroquias y á sus criados, y emplear lo demás en el ornato de las iglesias, y en particular en el socorro de los pobres; que podrá tambien, si las rentas son suficientes, destinar una parte durante cierto tiempo, ó siempre, á alguna comunidad religiosa. Añade que los dos poderes, el sacerdotal y el real, se hallan establecidos por Dios para la salvacion y paz del hombre; que estos dos poderes se prestan un socorro mútuo, y que la espada que Jesucristo ha puesto en manos del poder real, debe prestar socorro á la dignidad sacerdotal, que no podria con solo la de S. Pedro cortar todos los males que renacen sin cesar en la Iglesia. El obispo debe curar los enfermos del alma, y el rey vengar las injurias exteriores. Pullus da consejos sobre la eleccion de ministros y el ejercicio de los dos poderes. Quiere que no se llegue al sagrado ministerio ni por ambicion ni por dinero; que los príncipes se sirvan de ministros que castiguen á los malvados y honren á los buenos; que en caso de guerra, los soldados combatan á las órdenes del Rey por la salvacion de la patria, ya atacando las naciones enemigas, ya reprimiendo las guerras intestinas; que los súbditos paguen tributos al Rey, y que el Rey tome á sus súbditos bajo su defensa y amparo. El laico que quiere abrazar la carrera eclesiástica debe ser libre, letrado, renunciar á la milicia, á los negocios y la magistratura, porque le es igualmente prohibido verter sangre y hacerla verter. Puede tambien abrazar por sí mismo el estado clerical, pero otros deben promoverle á los diferentes grados del clero. No le debe ordenar más que una iglesia particular, á la que se halla tan unido desde el instante de su ordenacion que no puede pasar á otra sin necesidad. En todos los grados inferiores al subdiaconato es tambien permitido casarse; pero el matrimonio está prohibido á los subdiáconos, á los diáconos y á los sacerdotes, por esta razon se llaman sagradas estas tres órdenes; sin embargo, no hacen públicamente profesion de continencia, como tampoco los monjes. Su hábito y su estado son pruebas de sus votos. El lugar de los legos es el coro, el de los no legos fuera del coro. Pullus desciende á los detalles de las cualidades necesarias para ser promovido á los diferentes grados de la clericatura y de las funciones de los sacerdotes. Habla de la costumbre de hacer alguna oferta despues del bautismo, la confesion y el sacrificio de la Misa, ya para la fábrica de la iglesia, ya para el sostenimiento de los ministros; pero hace la observacion de que les estaba prohibido exigir nada, porque no se podia sin caer en simonía. Con respecto á los casados, dicen que pueden muy bien observar la continencia por comun consentimiento, pero de ninguna

manera romper su matrimonio. Pullus trata de la poligamia de los antiguos patriarcas, de los gentiles, del matrimonio cristiano, de los deberes recíprocos entre el marido y la mujer, todo segun los principios de S. Agustin. Enseña que en caso de adulterio, tiene el mismo poder para divorciarse el marido que la mujer; pero que no quedando roto su matrimonio por esta separacion, no pueden contraer otro ninguno de ellos: que el divorcio es tambien permitido en el adulterio espiritual, es decir, en el caso de que una de las partes no pueda habitar con la otra sin riesgo evidente de su salvacion, á causa de la perversidad de las costumbres ó de la doctrina. Señala entre los impedimentos dirimentes del matrimonio la corta edad, el voto implícito de castidad en las órdenes sagradas y en la profesion monástica, el parentesco y la afinidad áun espiritual y la impotencia natural. Parece que en en tiempo de Pullus algunos fieles poco instruidos manifestaban tanta veneracion al pan bendito, que se distribuye en muchas iglesias al salir la Misa mayor á los fieles que han asistido á ella, como á la eucaristía: ataca este error, y manifiesta que no comprende el fundamento con que se ha podido introducir, atendido á que todas las figuras de la sagrada eucarístia han cesado desde su establecimiento. En la mesa del Señor no se admite otro pan que el de trigo, ni otro licor que el vino. La tradicion de la Iglesia es que se debe mezclar con agua, porque el agua salió con la sangre del costado del Señor. En la participacion de este misterio el sacerdote toma primero el cuerpo de Jesucristo y despues su sangre: tal es el órden en que el Salvador dió la comunion á sus discípulos, del que no debe alterarse nada, pero dejó á la prudencia de su Iglesia la manera de distribuir este misterio á los legos: los distribuye la carne del Salvador, pero no su sangre, porque hay peligro en distribuir la especie líquida á una numerosa multitud, con mayor razon de llevarla á los enfermos, tanto más cuanto que esto no es necesario, pues no estando la carne sin sangre, el que come la carne toma tambien la sangre. Pullus ataca á los que mojaban el cuerpo de Jesucristo en el cáliz ántes de darle á los fieles, y se funda en que el Señor no lo hizo así, habiendo dado separadamente su cuerpo y su sangre, á lo que contesta que la Iglesia ha tenido razones para hacer este cambio; á saber, el peligro de verter esta sangre preciosa al distribuirla á la multitud, y que este peligro existe igualmente cuando se da á los enfermos el pan mojado, es decir, el cuerpo de Jesucristo mojado en el cáliz de su sangre. Pues Jesucristo en virtud de su bendicion por sí mismo y sus ministros, cambia el pan en su cuerpo y el vino en su sangre, de manera que el pan y el vino no son ya lo que eran ántes, sino estan cambiados en otra naturaleza, el pan en carne, el vino en sangre. Pullus prueba todo lo que dice con este motivo por las palabras de la consagracion, que se hallan en el Evangelio, y para no

dejar duda alguna de sus creencias, con este motivo, repite muchas veces que el pan está cambiado en carne y el vino en sangre, de modo que la sustancia del pan y del vino dejan de ser lo que eran, y se convierten en lo que no eran, aunque conservan despues de la consagracion las mismas propiedades exteriores que presentaban ántes á nuestros sentidos; que los que comulgan comen entero el cuerpo de Jesucristo sin dividirle en partes, que aunque parezca que se rompe, que se despedaza con los dientes, no está roto ni despedazado; que la fractura y la masticacion recaen sobre las especies y no sobre la sustancia del cuerpo del Señor: solo los sacerdotes pueden celebrar el santo sacrificio del altar; aunque sean de malas costumbres le consagran siempre que observen el rito eclesiástico. Los sacerdotes deben examinar á los que debe concederse la eucaristía y á los que se debe negar. Debe negarse á todos los que hacen penitencia pública y á los que llevan una vida vergonzosa, por temor de que no se escandalicen los débiles, si esta negativa puede hacerse sin ruido. Como habia una segunda pascua para los que no podian participar de la primera por alguna impureza, debian todos aquellos á quienes sus pecados impedian participar con los demás fieles de la pascua comun, diferir su comunion hasta que estaban purificados de sus pecados. Dice Pullus que con respecto á los pecadores secretos, debe advertírseles desde luego que se corrijan, pero que si piden con instancia la sagrada eucaristia, se les debe conceder por temor de que una negativa no haga público su pecado. Cita con este motivo el ejemplo del Salvador, que dió la comunion á Judas con los demás apóstoles. No decide nada sobre la comunion frecuente, pero quiere que se tengan presentes por lo ménos los decretos de los Santos Padres y de los Concilios, que ordenan comulgar tres veces al año en Navidad, Pascuas y Pentecostés. Pullus trata despues del juicio final, de lo que le precederá y le seguirá, de los ministros del antecristo, de los elegidos, del último fuego que purificará las almas de los fieles, de la resurreccion de los muertos, del estado de los hombres despues de la resurreccion, del de los bienaventurados y del de los condenados. Hace investigaciones muy interesantes sobre todos estos artículos, y manifiesta en toda su obra un espíritu ilustrado y exacto en sus razonamientos. Seria de desear que su estilo fuera más claro y sencillo. Se le acusa de haber caido en algunas opiniones particulares, algunas de las cuales hemos notado en el análisis de su obra. El P. Hugo Mathoud es el único que la ha publicado en París por Piget, en 1655, en fólio. El editor la ha añadido el libro de las sentencias de Pedro de Poitiers, canciller de la iglesia de París, muerto en 1205, con notas teológicas suyas, semejantes á las que insertó en los pasajes difíciles del texto de Pullus.—S. B.

ROBERTO Regnaud, franciscano francés del convento de París. Flore-

ció en el siglo XVII, distinguiéndose mucho por su doctrina y piedad. Habia seguido sus estudios en las principales escuelas de Francia, y dado durante ellos inequívocas pruebas de su aplicacion y talentos, que le debian despues elevar á las primeras distinciones, si él con una modestia que le hace sumo honor, no hubiese preferido vivir en el retiro del claustro, consagrado á la piedad y contemplacion, género de existencia poco conocida en nuestro positivo siglo, pero que entónces formaba la vida de un gran número de personas, no sin algunas ventajas para la sociedad, que se libraba de los vaivenes y de las hasta cierto punto justas aspiraciones de una porcion de personas, que no pudiendo subsistir por sí mismos, á pesar de sus buenas cualidades, recurren al estado para que les proporcione el necesario sustento, que no puede negarles legítimamente, y que no pudiendo tampoco bastar para todos, se ve obligado á cambios y variaciones en las que siempre padece el país por la diferencia de ideas, principios y opiniones, que no siempre pacíficamente llegan al poder. Era esta una de las ventajas de las comunidades religiosas, que aunque no tuviesen otras, bastaba para recomendarlas, pues un gran número de hombres, unos de buenas, otros de medianas, y en su mayor parte de las últimas familias del pueblo, se acogian en su seno y encontraban suficiente alimento para su cuerpo y su alma, no quedando tampoco olvidada la inteligencia á que siempre correspondia una buena parte, y tal, que en determinados siglos todo el saber no solo de Europa, sino del mundo civilizado, se hallaba en el recinto de los conventos, y sin los monjes de la edad media, quizá se hallaria sumida hoy la Europa en las tinieblas de la barbarie, pues no solo se los debe, como generalmente se cree, la copia de los manuscritos de las principales obras de la antigüedad, sino la conservacion de los estudios de griego y latin, sin los cuales hubieran sido aquellos inútiles en la época del renacimiento, y el cultivo de la filosofía, teología y otras ciencias, que bajo su direccion tomaron un nuevo carácter, que en su orígen es muy digno de estudio y meditacion. Ciertamente que el escolasticismo perdió despues todo su mérito, y pasados algunos siglos fué una algarabía ininteligible, pero lo mismo ha sucedido con todas las escuelas filosóficas, que naciendo en un Sócrates, un Platon, condensándose en un Aristóteles, vienen á parar en las disolventes doctrinas del Pórtico, donde solo pasean los sofistas. ¿Quién habia de decir á los grandes filósofos griegos, que un siglo despues de su muerte, sus escritos, llenos de excelentes y sabias máximas, fecundos en elevados y grandes principios, solo habian de producir estériles disputas, eternos juegos de palabras, miserables antítesis y retruécanos? Pero tal es la historia del ingenio humano en todos los siglos y países; y la humanidad, lo mismo que el hombre, tiene su juventud, su virilidad y vejez; quererla librar de los gene-

rosos y entusiastas arranques de la una, de los sesudos y atinados juicios de la otra, y de la debilidad de la última, es una empresa harto difícil y de no seguro resultado, pues equivale á oponerse á las eternas leyes de la creacion, leyes á que está sujeto todo el universo, y de que no se ha presentado ni se presentará jamás ningun ejemplo en contrario. Esto, en cuanto á lo que se ha dicho del escolasticismo, atacándole en su decadencia, sin estudiar su principio ni su siglo de oro, pues le tuvo tambien como todas las escuelas filosóficas. Las comunidades religiosas, que le habian visto nacer en su seno, qué sabian muy bien no era la filosofía de los Santos Padres, pero que en nada se separaba de ella en cuanto al dogma, no tuvieron ningun inconveniente en servirse de él para sus estudios, para sus adelantos, y para sus progresos. Pero su suerte no estaba de ningun modo unida á la de esta, ni á la de otra alguna escuela filosófica. Muerto el escolasticismo, la Iglesia tenia la filosofía de los Santos Padres, y los católicos modernos, sin separarse de ella, dieron el ser á otra escuela filosófica, llamada de la revelacion, á que dieron en Francia principio Malebranche, De Bonald y otros, que tuvo en España inmortales prosélitos en Balmes y Donoso Cortés, y que vive todavía en Augusto Nicolás y otros pensadores. Pero nos hemos separado en demasía quizá de nuestro principal objeto. Proponiamonos probar con el ejemplo de nuestro Roberto Regnault, religioso erudito y virtuoso, que las comunidades religiosas han reportado y reportarán siempre grandes ventajas á la sociedad, y que las admitimos en el progreso indefinido, no solo como un deber que se paga al que nos ha hecho un bien, sino como una consecuencia del mismo progreso, como una obligacion de respetar la libertad social é individual. Ciertamente que se ha apelado á la ciencia para librarnos de esta carga, para imponer al individuo la tiranía en nombre de la libertad, para coartarle el ejercicio de sus funciones, y no permitirle, cualesquiera sean sus deseos, sus aspiraciones, su carácter y su inclinacion, que pueda usar de sus santos derechos cuando éstos se proclaman más altos y cuando se nos llama á todos soberanamente libres. Conocemos muy bien nosotros, que somos decididos amigos de todos los progresos y de todas las libertades, que en estos casos es la voz de los hombres y de las pasiones la que habla más alto que la voz de la conciencia y del deber; pero tambien queremos que se dirijan en buen sentido estas pasiones, que se las ilustre, se las convenza de su error, y no se cometa la antítesis de suprimir la libertad en el reinado de la libertad. La ciencia que por tal ha abogado, es una ciencia que se halla aún en sus principios, que ha planteado muchas cuestiones que no ha resuelto ni resolverá en muchos siglos todavía, y de la que hay mucho que rezelar, pues nos ha puesto ya en grandes peligros, sin darnos por solucion más que ridículas paradojas. Una de las verdades

que ha sentado como inconcusa, es que las comunidades religiosas se oponian al aumento de la poblacion; pero al mismo tiempo nos ha dicho tambien que este aumento se hallaba en proporcion con la suma de bienestar de que gozaban los indivíduos. Así hay dos causas bien diversas para un mismo principio, que se destruyen la una á la otra, y que acaban por probar lo que nosotros pretendemos. Para fomentar el matrimonio se necesita fomentar la felicidad pública; es innegable: pero ¿y la moralidad? ¿Creeis que un pueblo descreido, por más que nade en la abundancia, tendrá grande apego á un vínculo que une un hombre á una mujer por toda la vida, que coarta sus pasiones, y que le impone difíciles y sagrados deberes que cumplir? ¿Creeis hasta que conozca estos deberes, si le privais de maestros que se los enseñen, si suprimís á esos indivíduos que mezclándose en las masas de donde procedian y de las que eran amados, porque en ellas contaban con amigos y parientes, los perseguís, los obligais á cuidar de sus personas y á desempeñar con rezelo sus más estrictas y principales funciones? En cuanto al bienestar, ¿quién os ha dicho que le contrariasen las órdenes religiosas? La caridad, ¿de dónde procedia sino de su seno? ¿Quién la enseñaba, la aconsejaba y la practicaba sino ellas? ¿No se ejerce hoy mismo por asociaciones, que si no son órdenes religiosas se asemejan en un todo á ellas? ¿Y por quién se ejerce mejor? Por vuestra desapiadada beneficencia, servida por hombres á sueldo, á los que solo mueve el vil interés, ó por los católicos desinteresados y llenos de abnegacion que sacrifican hasta sus vidas por dar un asilo al pobre en las montañas del S. Bernardo, que corren á salvarlo por los desiertos de América, y que renuncian á todo por ejercer tan santas obras? ¡Tristes ejemplos son, en verdad, los que se presentan á nuestros ojos, y el reproducirlos sería más triste todavía! Pero, por último, ¿vosotros que atacais el celibato religioso, defendereis sin duda el de nuestro siglo, en que segun todas las estadísticas es inmensamente mayor el número de los solteros que el de los casados; y se opone esto al aumento de la poblacion que aún se supone en guarismo creciente? No es, pues, la causa de la decadencia de la poblacion la que generalmente se supone por los economistas, ni el mayor ó menor número de religiosos influye poderosamente en ella. La experiencia debia haber demostrado ya este error, y creemos llegará dia en que se convencerá de él la ciencia. No somos nosotros los que deben descubrirle, pues daria lugar á una disertacion demasiado extensa é impropia quizá de un artículo biográfico, en que solo de paso se pueden tocar estas y otras importantes cuestiones. Hemos suscitado la presente, con motivo de un religioso, que tan sabio como modesto, tan virtuoso como humilde, pasó toda su vida en un claustro, entregado á sus objetos favoritos, á los que formaban su vocacion, su existencia, su ser. Hombre de su-

periores facultades las sacrificó en beneficio de sus semejantes, y llegó este sacrificio hasta el punto de no querer ni áun los honores que legítimamente en su religion podia haber obtenido. Ejemplo de verdadera humildad, vivió y murió alejado de todo brillo y de toda grandeza; el púlpito era su trono, en el coro encontraba la corona, en el confesonario su escabel, y en todas partes el trabajo, las fatigas y las glorias de su mision; mision divina que á pocos es dado cumplir sobre la tierra, y cuyos nombres debian vivir eternamente en la memoria de la posteridad. ¿Qué importa una obra más, mejor ó peor escrita, un prodigio de ciencia y de saber, si no consigue enjugar una sola lágrima, si solo sirve para solaz y recreo de los que la leen, ociosos á veces, harto alegres en otras para que necesiten este nuevo incremento á su placer? Aun entre los mismos libros, son tanto más útiles aquellos que nos dan excelentes ejemplos que imitar, que nos sirven para guiarnos en el camino de la vida; pocos son los que contienen estos ejemplos prácticos, pero quizá la literatura ascética es la que abunda más en ellos. No enseñan ciertamente un arte ni una ciencia, pero al aconsejarnos que moderemos nuestras pasiones, al darnos los medios para ello y decirnos cómo lo hizo tal ó cual personaje, hacen lo suficiente para nuestra felicidad si sabemos leerlos. Esto fué lo que procuró hacer el P. Roberto, quien ni siquiera se propuso dar á luz una obra propia, sino que mucho más modesto todavía, se contentó con publicar la *Historia de Martin de Espoleto*, mártir franciscano; Paris, 1636, escrita en español por Diego de Torres, y traducida al francés por el príncipe Cárlos de Valois. —S. B.

ROBERTO DE RETEVILLA (P. Mtro.), religioso agustino, uno de los principales teólogos de su época. Ignórase la patria y primeras circunstancias de la vida de Roberto, á quien solo por su apellido se supone natural de un lugar de este nombre. Sábese, sin embargo, que desde su entrada en la órden de los Ermitaños de S. Agustin, hizo grandes progresos en las ciencias y la virtud, distinguiéndose entre sus compañeros y captándose la benevolencia de sus profesores. Procuraron estos adelantarle en su carrera, pues le amaban con el cariño de hijo, y en efecto, apénas terminados sus estudios, desempeñó diferentes cátedras con grande acierto y celo, aumentando con creces una reputacion ya de antiguo adquirida. Su religion, que veia en él una de sus futuras lumbreras, le proporcionó todos los medios necesarios para perfeccionar sus conocimientos, y muy en breve fué Retevilla citado como uno de los teólogos más consumados de su siglo. Acudian á él áun los más elevados personajes del clero para consultarle en sus dudas y dificultades, y Roberto sabia resolverlas con tal facilidad, con tal acierto, que todos quedaban cautivados y admirados de su ciencia. Algunos, ó más agradecidos ó más influyentes, procuraron colocarle en un puesto en que

pudiera dar justo ensanche á sus vastos planes y hacer en favor de las ciencias eclesiásticas y de la Iglesia lo que otros muchos se habian propuesto, y si no lo habian conseguido, al ménos con sus esfuerzos obtuvieron conservar el dogma en toda su pureza y abrir el camino á otros, que, más afortunados sin duda, alcanzaron fijarle en diferentes concilios y en particular en el de Trento; que sancionando las doctrinas ortodoxas de todos los anteriores, ha fijado para siempre el símbolo de la fe, tal cual fué predicado por los apóstoles y reconocido por todos sus sucesores. Roberto fué sin duda uno de los que más trabajaron con esto objeto, de los que á fuerza de vigilias y trabajos llegaron á elevar la ciencia teológica á su mayor altura, á colocarla en ese punto del que no ha descendido, y en que indudablemente se conservará hasta la consumacion de los siglos, pues siendo como una explicacion, como la base de la fe, inútil es decir que se halla unida á nuestra santa religion, que camina al par de ella al través de los tiempos, venciendo todas las dificultades, todos los errores que amontona á su paso la falsa ciencia ó la imaginacion del hombre, que olvidando unas veces la verdad á consecuencia de las grandes revoluciones que tan frecuentes son en el universo, ó queriendo otras abrir nuevos caminos, por parecerle harto trillados los antiguos, da en el error, en la confusion y en la herejía. Combatióla Roberto con todo su saber, y obtuvo notables triunfos, productos de una sólida ciencia, de un completo convencimiento de las verdades que profesaba. Premio de estos esfuerzos y de los servicios que ya de antiguo venia prestando á la Iglesia, fué su nombramiento de maestro de sagrada teología, que obtuvo, segun consta en el registro del Vaticano, por renuncia de otro Roberto hecha en 1365 en manos del cardenal de San Marcos. En este elevado cargo procuró corresponder á sus buenos antecedentes, y no perdonó medio para conseguir lo que se habia propuesto. Asiduo en el estudio, consultó las obras de los Santos Padres, las actas originales de los concilios y todas las obras que posteriormente se habian escrito sobre materias teológicas, con lo que reunió tal caudal de ciencia, que era la admiracion de sus contemporáneos. Los soberanos pontífices le honraban con su amistad y le conferian todo género de comisiones, en particular las más difíciles y delicadas, seguros de que quedaria airoso y obtendria las mayores ventajas para la Iglesia. Continuó en estas tareas por muchos años desempeñando su cargo con acierto y celo, haciéndose amar y admirar de todos, y mereciendo el universal aprecio. No olvidó por esto sus deberes religiosos, ántes bien cumplió con mayor esmero los que se habia impuesto al hacer su profesion: asíduo en el coro, púlpito y confesonario, sin faltar á ninguna de las prácticas de la comunidad, parecia más bien un novicio que un padre grave, y servia á todos de modelo. Sus penitencias eran muchas, sus ayunos en ma-

yor número que los impuestos por su regla, y su humildad y obediencia de la que hasta cierto punto estaba dispensado, fué igual en los últimos que en los primeros años de religion. Deseoso el pontífice Urbano V de premiar tantas virtudes y méritos, le nombró para el obispado de Britennor, probablemente en la Bretaña francesa, que gobernó segun unos, y segun otros no llegó á desempeñar, siendo muy difícil resolver esta duda, pues los autores antiguos que han dado lugar á ella con su excesiva brevedad, no han dejado suficientes datos á los modernos para que puedan esclarecerla como seria de desear. Algunos le confunden con Roberto de Loretvilla, que perteneció á la misma Orden y desempeñó idénticos cargos; mas ya está probado que son dos personajes diferentes, y se debe tratar de ellos con la debida separacion. Ignóranse tambien las circunstancias de los últimos años de la vida del Mtro. Roberto, siendo de suponer que murió ántes de concluir el siglo XIV, y segun todas las probabilidades en la misma capital del mundo cristiano. —S. B.

ROBERTO Ribh D'Abigton, monje de Pontigny, y *Roberto* Baccon, doctor de Oxford, escribieron la *Vida é historia de S. Edmundo, arzobispo de Cantorbery;* murió en 1240, y su obra, que se publicó despues, se encuentra, segun Dupin, en Surius al 29 de Noviembre. —A.

ROBERTO Ridevalio (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra, ignórase de qué punto. Tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Oxford, haciendo sus estudios en la famosa universidad del mismo punto, en la que á su tiempo se graduó de doctor. Fué provincial de Inglaterra y se manifestó muy celoso del cumplimiento de su sagrado instituto, asistiendo en persona á dos redenciones hechas en el reino de Granada, sacando de la esclavitud quinientos nueve cristianos. Hízose célebre en la predicacion, acudiendo tanto número de personas á sus sermones, que logró sacar muy abundantes frutos espirituales en toda la Isla, la cual recorrió diversas veces. Terminado el oficio de provincial, se retiró á su convento, sin que quisiera, por mucho que se lo rogaron, aceptar el cargo de ministro. Como por el buen crédito que se habia adquirido en la predicacion y lo bienquisto que se hallaba entre todo género de personas, hubiese allegado algunas considerables limosnas, invirtió las cantidades á que ascendian en aumentar y hermosear su convento y colegio. Edificó un aula para los actos públicos, con su vistoso teatro, en el que hizo pintar los retratos de los escritores trinitarios del colegio de Oxford, que habian vivido hasta su tiempo. Adornó tambien la iglesia con ricas pinturas de las vidas de los más gloriosos patriarcas de la Orden, y en el claustro colocó las historias de los Btos. PP. Fr. Juan Anglico y Fr. Guillermo Scoto, colocando tambien en la sala capitular en grandes cuadros la vida de S. Roberto

de Karenesburgo. Su aficion á la pintura fué tal, que en el convento quedó como adagio el decir, que Fr. Roberto se afanaba y sudaba para dar de comer á los pintores. Logró, pues, en sus desvelos dar el ser y la vida á aquel colegio; y el convento trinitario de Oxford fué, sin género de duda, merced á sus esfuerzos, uno de los más brillantes de su tiempo. A pesar de tantos desvelos y de desempeñar tantos y tan diversos empleos, no descuidó el estudio, ni se distrajo del exacto cumplimiento de sus deberes religiosos, resplandeciendo siempre por su admirable perfeccion en la observancia, y murió dejando grande fama de santidad, en el mencionado convento de Oxford, el dia 10 de Octubre de año ignorado, á mediados del siglo XIV. Escribió todos los sermones que predicára, los cuales clasificados y ordenados formaron veinte volúmenes, distribuidos en la siguiente forma: *Sermones de festividades de los Santos*, tres volúmenes.—*Sermones de témporas*, cuatro.—*Sermones expositivos del canto Magnificat*, dos.—*Sermones sobre la resurreccion de los muertos*, tres.—*Sermones sobre la Concepcion de la Santísima Virgen María*, tres.—*Sermones sobre los cuatro novísimos*, tres.—*Sermones de alabanzas de los Apóstoles*, dos. Tambien escribió otra obra dividida en tres libros y titulada: *Los Preceptos de Dios y de la Iglesia*. M. B.

ROBERTO Rokeskelego (Fr.), trinitario. Este venerable religioso fué uno de los fundadores del convento de Trinitarios de Montidon. Era natural de Inglaterra, aunque no consta de qué punto, y tomó el hábito en el convento de Cantorbery, donde se hallaba, cuando el venerable Padre Fr. Ricardo, vicario general y provincial de Inglaterra fué á tomar posesion de los terrenos y edificios que se le habian asignado para la fundacion del antedicho convento de Montidon. Conociendo la virtud y santas costumbres de Fr. Roberto, le llevó consigo para que le ayudase en sus tareas, y le nombró ministro de esta casa, siendo el primero que desempeñó este cargo; no desmintiendo el buen concepto que formáran de su virtud y de su aptitud para promover los adelantos de la fundacion. El Venerable Roberto que se hallaba completamente entregado á la oracion y al recogimiento, sintió muchisimo la determinacion de su provincial; pero siendo preciso obedecer, aceptó con sumision el encargo. Empezó sus devotas ocupaciones, cuidando así él como los pocos religiosos que en un principio componian la fundacion, de vivir con tal recogimiento y tan estrecha observancia, que los vecinos de Montidon, admirados de la austeridad y rigor que en aquella casa se observaba, dieron en llamarla la pequeña cartuja. Establecida, pues, la marcha que deseaba observasen los religiosos para su mayor aprovechamiento espiritual, dedicóse á procurar el bien de los seglares, consagrándose enteramente á los trabajos del púlpito y el confeso-

nario, ganando en tan santos ejercicios muchas almas para Dios. Como el V. Padre era de un carácter dulce, afable y cariñoso, movió tanto los corazones de los habitantes de Montidon, que á porfía le acudieron con abundantes limosnas de todo género, las cuales sirvieron para sustento de los religiosos y para aumentar el brillo y esplendor de la fábrica del convento. Concluido el primer trienio de su cargo, y dejando ya bastante adelantada la fundacion, manifestó deseos de volver otra vez al retiro de donde saliera; pero vencido por los ruegos de sus súbditos y hermanos que le pedian no les abandonase, accedió á seguir desempeñando por otro trienio su difícil cargo, dejando á la conclusion de él perfecta y enteramente concluida la fábrica en disposicion de mantener un buen número de religiosos por contar con bastante renta. Insistian aún al terminarse el segundo trienio en que no les abandonase; pero él se excusó con tantas y tan eficaces razones, que pareció exigencia importuna el obligarle á aceptar. Contento y consolado quedó el Padre por verse libre de penosos y expuestos cuidados; mas al poco tiempo de haber vuelto al retiro de su celda, se sintió acometido de una grave enfermedad. Desde el primer dia que cayó postrado en el lecho, vaticinó su muerte, señalando el punto y hora, y pidió le suministrasen los santos sacramentos, que recibió con extrema devocion y ternura, quedándose poco despues sin habla y como elevado en un profundo éxtasis, que le duró hasta la hora señalada de su muerte. Cuando hubo llegado este instante, volvió en su acuerdo, cruzó las manos, y elevando los ojos al cielo, exclamó con voz clara y perceptible: *Gloria tibi Trinitas;* y en seguida, cerrando los párpados, descansó en el Señor con grande paz y sosiego el dia 2 de Julio del año 1231. Luego que circuló por la poblacion la noticia de su muerte, acudieron todos los vecinos al convento, declarando á voces sus admirables virtudes. Los religiosos trataban de darle inmediatamente sepultura; mas el pueblo se lo estorbó con piadosa insistencia, y así hubo precision de depositarle en la Iglesia, donde permaneció por espacio de tres dias expuesto á la pública veneracion, siendo preciso tenerle cercado de guardias para contener algun devoto atropello que pudiera sobrevenir. Quedó su rostro tan hermoso y apacible, que no parecia el de un difunto, sino el de un hombre sumido en el más tranquilo sueño, expidiendo su cuerpo una suave fragancia, signo indudable de la gloria que disfrutaba. Durante su permanencia en el templo, obró Dios varios milagros por la intercesion de su predilecto siervo, lo cual contribuyó á aumentar la fama que de su santidad empezaba á divulgarse por toda la comarca donde en vida fué tan querido y venerado.—M. B.

ROBERTO DE RUSCIA Ó DE RUTHENUS, religioso franciscano del siglo XIII, citado por Dupin, Trithemio y Wite, y al que algunos autores dan el nom-

bre de Auberto. Las noticias que nos han quedado acerca de este escritor son en extremo confusas, y es por lo tanto muy difícil decidir nada acerca de su vida. Las obras que, aunque manuscritas, han llegado hasta nosotros merecen sin embargo el lugar que le damos en esta obra, en la que de seguro no será confundido con ninguno de los muchos que floreciendo en su siglo ó en los inmediatamente posteriores supieron hacerse célebres por sus obras y virtudes. Roberto fué uno de esos sabios de la edad media, que nacidos en una época mal llamada de barbarie, cultivaron las ciencias y formaron un anillo en la larga cadena de su historia, no interrumpida en ningun siglo ni en ningun tiempo, por más que hayan pretendido lo contrario escritores harto ligeros y poco profundos en las materias de que se ocupan. La edad media no fué una época de barbarie y rudeza como se ha pretendido; todas las artes brillaron durante aquel período, todas las ciencias tuvieron sus representantes; y monumentos nos han quedado de su saber que no podrian imitar siglos mucho más civilizados. Hánse ponderado las iglesias góticas, esos edificios ligeros y voluptuosos que retratan á una generacion, que manifiestan el genio, la paciencia, la delicadeza y la gracia de los tiempos caballerescos. Pero se ha olvidado decir que en aquellos siglos floreció Sto. Tomás de Aquino, el ángel de las escuelas, quizá el primer teólogo del catolicismo, uno de los hombres más grandes é ilustres que ha producido la Iglesia católica. Tampoco se ha citado á S. Bernardo, el tierno, elocuente y feliz doctor, que fundó un órden religioso, y lanzó á la Europa entera á la conquista del Santo Sepulcro; el hecho más grande que ha llevado á cabo el Occidente desde sus primeras edades históricas, que no hubiera desdeñado Homero para argumento de su Iliada, y que ni áun soñó Virgilio al escribir su Eneida. En esa edad nació la poesía provenzal, parecida á las catedrales góticas en sus formas, su gusto, su genio especial, que ha desaparecido y no volveremos á resucitar. La poesía latina tomó nuevo genio y formas, y dió origen al romance que de ella tomó sus asonantes y consonantes. Fué cultivada la música y la pintura; el lujo en los trajes llegó á un extremo de que ni áun podemos tener idea en nuestro actual modo de vestir, y la fabricacion de las armas rayó á una altura que hoy solo podemos imitar. En esos siglos floreció Roberto de Ruscia, quien al morir en 1280 nos dejó las siguientes obras, muestra de su ingenio, saber y laboriosidad. *Sermones varios.* — *Commentaria in quatuor libros Sententiarum.* — *Expositionem Regulæ S. Francisci ad Aymonem Anglicum generalem et ministrum.* — *Librum de animæ.* — S. B.

ROBERTO DE RUSIA. Véase RUPERTO.

ROBERTO DE SALISBURI. Onufrio Pauvinus, y Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, hacen mencion de este prelado, del que solo nos dicen que

fué obispo de Salisburi, perteneciente á la sangre de los reyes de Inglaterra y que floreció el año 1410, bajo el reinado de Enrique IV, soberano de Inglaterra. Compuso un libro de cartas titulado: *Epistolæ familiares super gravibus Ecclesiæ negotiis.* — A.

ROBERTO Scoto (Fr.), trinitario. Fué natural de Dumbar en Escocia, y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de su ciudad natal. Despues de haber profesado, marchó á estudiar á la universidad de Oxford, de donde salió profundo teólogo y consumado filósofo, recibiendo el grado de doctor en aquel distinguido cuerpo científico. Retirándose á su provincia poco despues de terminados los estudios, dedicóse á escribir varias obras, aprovechando el sosiego y tranquilidad del claustro. No obstante la soledad y aislamiento en que vivia, la fama de su virtud é ilustracion circuló tanto que el Sumo Pontífice, á instancias del rey de Escocia, le creó obispo de Duns, cuya iglesia rigió con la mayor prudencia y la más profunda sabiduría hasta su muerte, ocurrida en 11 de Octubre de año incierto, á mediados del siglo XIV. Dejó escritas varias obras, pero solo tenemos noticia de las siguientes: Un *libro de cuestiones teológicas*; — cuatro de *Comentarios sobre Aristóteles*; — uno *sobre seis principios*; — uno *sobre la unidad de las formas*; — uno *de la Pasion de Cristo*; — uno *sobre la Epístola de S. Pablo á los Corintios*; — seis *sobre el Evangelio de S. Juan.* — M. B.

ROBERTO de Scroberi. Fué este religioso natural de Inglaterra, y tomó el hábito de la órden de S. Benito en la Congregacion de Cluni, en la que se hizo ilustre por su piedad y por su ciencia. Fué abad del monasterio de Scroberi, cuyo nombre llevó, é hizo trasladar las reliquias de Sta. Benefrida, vírgen y mártir, cuya vida escribió. Vivia este religioso, segun Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*, bajo el reinado de Esteban el año 1140. — C.

ROBERTO Sorbon ó de Sorbona, fundador de este célebre colegio en la ciudad de París. Véase Sorbona.

ROBERTO Stuart (Bto.), confesor, franciscano escocés, pariente de Jacobo V, rey de aquel país, que despreciando la gloria y la pompa de las grandezas humanas, vistió el humilde hábito de la religion Seráfica contento en respirar en el rincon de un claustro la atmósfera de la verdad, huyendo de la lisonja y la falsía que por lo general halla su morada en los dorados salones de la corte. Una de las mayores glorias del catolicismo, y en particular de las órdenes religiosas, es el gran número de miembros que han contado de las familias más ilustres y distinguidas, incluso de las primeras dinastías de Europa, que abandonando las riquezas y comodidades fueron á buscar la tranquilidad y el sosiego en la pobreza, en el desasimiento de los bienes y de las grandezas temporales. Roberto fué uno de estos gloriosos que, sin atender al brillante y seguro porvenir con que la fortuna le brin-

daba, sin cuidarse de lo que sus parientes pudieran sentir una separacion siempre triste, y una renuncia tan completa como la que él hizo de todas las honras y dignidades, huyó para siempre al fondo de un monasterio á ocuparse en las tareas más humildes, á servir entre los legos, á trabajar entre los novicios, á cooperar con los profesos al bien de la órden y de la cristiandad, glorioso sacrificio que nunca se apreciará lo suficiente, y ménos todavía en nuestro descreido siglo, que presa de todo género de pasiones, siempre ve un más allá en extremo calumnioso áun para las más sanas intenciones. Roberto no tuvo ciertamente que luchar con estas dificultades, pues aunque el siglo XVI no fué de los más sosegados que ha conocido la humanidad, sin embargo, como floreció á sus principios, pudo disfrutar de una paz y tranquilidad que no tardaron en turbar, por una parte, las ambiciones particulares, y por otra las interesadas miras de la política y de los gobiernos. Adivinó sin embargo lo que no debia tardar en suceder, comprendió que aquella Escocia, tan cristiana y floreciente á la sazon, no debia tardar en ser presa de todo género de calamidades, y que el protestantismo triunfante en Inglaterra no tardaria en valerse de sus doctrinas, no ciertamente para ganar almas para el cielo, lo que era imposible en sus erradas doctrinas, sino para apoderarse de aquel país y aumentar su poder hasta los confines del mundo conocido. Triste verdad que se ha visto despues realizada con dolor no solo de la Escocia y de Irlanda, sino tambien de todo el mundo civilizado, á que tanta sangre ha costado y tiene que costar esta malhadada doctrina. Rogerio, despues de haberse distinguido, murió hácia 1550, haciéndose célebre por sus milagros en su muerte lo mismo que lo habia sido durante su vida. — S. B.

ROBERTO Suthuelo (P.), religioso de la Compañía de Jesus. Mártir ilustre. Fué hijo de un caballero principal de Inglaterra, y sus padres, queriendo darle una educacion correspondiente á su clase, le enviaron á estudiar á la universidad de Douay, en Flandes, donde manifestando su inclinacion al retiro y vida religiosa, llamado de Dios á la Compañía de Jesus, á la que tenia gran afecto, pasó á Roma en peregrinacion, acompañado de otro jóven noble y de su misma edad, y fueron ambos recibidos en ella con el mayor placer y alegría. Terminado su noviciado y estudios de artes y teología con notable aprovechamiento, fué nombrado prefecto de los estudios en el Seminario Inglés de Roma, donde volvió á estudiar con el mayor cuidado su lengua nativa, que casi habia olvidado por haber salido muy niño de Inglaterra, y la aprendió con tanta perfeccion, uniéndola sus recuerdos que escribió despues diversas obras en aquel idioma, y en particular un libro de *Consolacion* para uso de los católicos, con estilo tan propio y elegante, que es de los mejores que se hayan escrito en inglés. El año de 1584

fué enviado á Inglaterra, donde consiguió notable fruto en la direccion de las almas, convirtiendo á nuestra santa fe á muchas personas principales. Allí permaneció algunos años, constantemente expuesto á las prisiones y á la muerte sin desistir un momento de su fervor, celo y trabajo. Sufria infinito á vista de tantas calamidades como experimentaban los católicos, como se echa bien de ver en la siguienle carta que escribió á un amigo suyo: «Hasta ahora vivimos con salud, indignos de prisiones, segun parece; más veces hemos escrito que recibido contestacion, aunque hay sumas dificultades para remitirlas, y sabemos que algunas se perdieron. El estado de los católicos recusantes es el mismo que suele, lastimoso y lleno de temores y peligros, mayormente despues que los adversarios esperan guerras. Los nuestros que estan en cadenas, se gozan y consuelan con sus prisiones, y los que continúan libres, ni cuidan mucho, ni piensan que su libertad les ha de durar. Todos por la bondad y misericordia de Dios se arman para sufrir cualquier contratiempo que les pueda sobrevenir, por duro que sea, y que nuestro Señor sea servido disponer, siendo más solícitos de su gloria y salud de las almas que para atender á sus daños temporales. Poco tiempo hace prendieron á dos sacerdotes, siendo increibles los tormentos que los hicieron y hacen sufrir en la cárcel de Briduel; el alimento que les suministraban era escasísimo, y tan asqueroso, que solo verlo les producia náuseas; siendo continuos sus trabajos y sin descanso, y no menores en enfermedad que en salud, porque á palos y azotes les hacen cumplir su tarea, siendo su lecho un poco de paja sucia y su prision hedionda. A algunos los cuelgan por las manos, tocando el suelo solo con la punta de los piés, por dias enteros; finalmente, los que en aquella cárcel estan detenidos viven *in lacu miseriæ, et luto fœcis.* Este purgatorio estamos tambien aguardando nosotros de hora en hora, en el cual los verdugos de los católicos Teóplifo y Yongo ejercitan todo género de tormentos; pero venga lo que Dios fuere servido, tenemos esperanza que podremos llevarlo todo con resignacion y en su obsequio, pues el Señor nos conforta. Entre tanto sean confundidos los que hacen mal, y proporcione el Altísimo paz á su pueblo, para que (como dice el profeta David) more su gloria en nuestra tierra. En los santos sacrificios de vuestra reverencia y de todos los amigos, humildemente me encomiendo. A 16 de Enero de 1590.» En otra escribe cómo guardaba en Inglaterra los ejercicios religiosos con otros de la Compañía, y esperaba el martirio por premio de sus trabajos; la carta decia así: «Andamos en medio de estas tempestuosas olas, y no con poco peligro, del cual con todo eso ha sido nuestro Señor servido de librarnos hasta ahora. Todos con mucho consuelo renovamos los votos de la Compañía, segun nuestra costumbre, y gastando algunos dias en exhortaciones y espirituales coloquios: *Aperuimus ora, et*

spiritum atraximus. Paréceme que veo los principios de la vida religiosa comenzados en Inglaterra, de la cual nosotros con llanto vamos sembrando las semillas, para que otros despues con gran gozo recojan los manojos para el cielo. Hemos cantado los cantares del Señor en tierra ajena, y en este desierto chupado miel de la piedra y aceite del pedernal; pero estos nuestros gozos acabaron en tristeza y súbitos temores, nos hicieron desaparecer por diversas partes. Pero, en fin, con mayor peligro que daño escapamos todos de la tormenta. Yo, con otro de los nuestros, creyendo evitar á Scila caimos en Caribdis; pero entrambos pasamos por la misericordia de Dios, sin naufragio, y ahora navegamos con seguro puerto. En otra mia escribí los postreros martirios y de Bailes y Honero, y la edificacion que recibió el pueblo con su santo fin. Aguardamos tambien nosotros (si no somos indignos de tanta gloria) cuándo vendrá nuestro dia. En el interin me encomiendo mucho á las oraciones de vuestra reverencia para que el Padre de las luces nos alumbre y confirme con su espíritu principal. A 8 de Marzo de 1590.» Al fin llegó á este operario de Cristo la hora de su descanso, y el año de 1592 fué preso por traicion en casa de un caballero, siete millas de Lóndres, adonde lo llevaron y pusieron en un calabozo del castillo, tan hediondo y tan sucio, que habiéndole sacado de allí á un mes para presentarle al tribunal, salió tan lleno de miseria y plagado de repugnantes insectos, que cubrian sus vestidos, excitando á lástima á cuantos le veian, y el mayor dolor á su padre. Este suplicó á la Reina haciéndola presente: «que si su hijo habia cometido algun delito, por el cual segun las leyes mereciese la muerte, se la diesen; mas que si no S. M. tuviese por bien que fuese tratado como quien era, pues aunque jesuita era caballero, y que á él, como á padre, que le permitiesen enviarle lo que necesitase para sustentar la vida;» lo cual se le concedió, y de este modo pudieron visitarle y proporcionarle alimento saludable, y además una Biblia y unas obras de S. Bernardo, que él mismo pidió para su consuelo. Al cabo de tres años, con ocasion al parecer de haber llegado unos estudiantes, que prendieron en el mar en un buque cerca de Calais, pasando del seminario de St. Omer al de Sevilla, resolvieron súbitamente en el Consejo de Estado quitar la vida al P. Suthuelo, acerca de cuyo martirio escribe el P. Enrique Garneto, su compañero (que fué con él á Inglaterra) lo siguiente con fecha de 4 de Marzo de 1595. «Con esta me ha parecido ofrecer á Vmd. una preciosisima fruta de este nuestro jardin, que es el martirio del P. Roberto Suthuelo, mi compañero en un tiempo, y ahora mi señor y abogado, que reina con Cristo en el cielo. Estuvo casi tres años en una estrechísima cárcel, sin hablar con ningun católico, y fué atormentado diez veces con los más atroces tormentos, y más escogidos de los que esta gente no acostumbra á dar á ningun delincuente, y el mismo padre afir-

mó que le fueron más horribles que los dolores que produce la misma muerte. Y aunque en todo ese tiempo no tuvo humano socorro, no le faltaron los divinos, porque no habiendo podido decir Misa, ni confesarse, ni hablar con persona alguna, nuestro Señor le habia de tal manera consolado y visitado, que salió de la cárcel á sufrir la muerte con tan sereno y quieto ánimo, como si saliera de una congregacion de personas religiosas á objeto de sumo gusto. Algunos dias ántes de la muerte le trasladaron del castillo de Lóndres á la Puerta Nueva, que es cárcel de ladrones y homicidas, y estuvo en aquella famosa mazmorra, que llaman el Limbo. El dia que fué martirizado no avisaron como suelen el dia ántes, para que no acudiese gente, y con aquel fin ajusticiaron en el mismo dia y al mismo tiempo, en otro lugar, á un famoso ladron; pero los católicos abandonaron á aquel criminal, y se fueron tras del mártir de Cristo. Luego que llegó al lugar del suplicio, se levantó de pie en el carro, y con las manos atadas hizo como pudo la señal de la cruz, y comenzó á hablar, siendo interrumpido por la justicia; pero suplicó le permitiesen decir algunas palabras, asegurando que con ellas no ofenderia á persona alguna; concedido se expresó así: —Yo he venido á este lugar para acabar el postrer lance de esta miserable vida, y ruego á Jesucristo, mi Señor, en cuya preciosísima pasion y sangre tengo la esperanza de mi salvacion, que haya misericordia de mi alma; confieso y protesto que soy sacerdote católico de la santa romana Iglesia, y religioso de la Compañía de Jesus, por todo lo cual doy infinitas é inmortales gracias y alabanzas á mi Dios y Señor. —En este punto fué nuevamente interrumpido por uno de aquellos ministros predicadores, que saltó con un disparate y le dijo: — Señor Suthuelo, declaraos, porque si entendeis estas palabras vuestras, segun el concilio de Trento, es cosa perjudicial. —El pueblo que se hallaba reunido, mandó á aquel insolente ministro que callase, y el Padre le contestó: — Señor ministro, os ruego no me molesteis en este poco tiempo que me queda; yo soy católico, y en cualquier modo que interpreteis mis palabras, confio salvarme por los merecimientos de nuestro Señor Jesucristo; y respecto á la Reina, jamás he intentado ni pensado mal alguno contra ella, ántes bien he suplicado á nuestro Señor, como en estos últimos momentos hago, que por su infinita misericordia se digne darla aquellos dones y gracias que su divina sabiduría conozca ser más convenientes para la salud de su cuerpo y alma en esta y en la otra vida; y encomiendo tambien á la misma misericordia de Dios mi miserable patria, y suplico á su divina bondad que la llene de aquella luz y conocimiento de la verdad, que sea para mayor provecho y salvacion de las almas, y para gloria eterna de su Divina Majestad. Finalmente, suplico al Eterno y Omnipotente Dios, que esta muerte se para provecho mio y de mi patria, y para consuelo de

mis hermanos los católicos. —Y aguardando que se moviese el carro, hizo otra vez la señal de la cruz, y fijos los ojos en el cielo con grande serenidad dijo: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum.* Recitó algunos otros versos de los Salmos, y estando colgado en la horca hizo muchas veces la señal de la cruz, por haber puesto el verdugo, por descuido, la soga de modo que no le podia estrangular tan pronto; y habiendo tenido los ojos abiertos todo aquel tiempo, los cerró cuando aquel le tiró de las piernas para rematarle, lo cual se hizo por particular favor, para sacarle más pronto de pena; uno de los verdugos intentó algunas veces cortarle la soga, mas lo estorbaron los caballeros que estaban allí presentes y todo el pueblo, que por tres veces gritó: *Dejadlo, dejadlo.* El mismo verdugo le quitó de la horca con grande reverencia, y juntamente con sus compañeros lo llevaron en brazos al lugar donde habian de hacerle cuartos, siendo costumbre llevarlo arrastrando por tierra; afirmando uno de ellos que jamás habia visto morir otro hombre con tanta piedad, y muchos de los mismos herejes volviendo de este espectáculo decian públicamente que deseaban á sus almas cupiese tan buena suerte, como hallarse con la del mártir. Vmd. suplique á nuestro Señor me haga digno de semejante empresa, pues no sé cómo pueda mucho tiempo escapar de las manos de estos enemigos.» Hasta aquí son las palabras de la carta. Despues que al bendito Padre se le anunció la sentencia de muerte, se le aproximó en la cárcel un señor de título de Inglaterra, y le pidió con gran encarecimiento, conjurándole por el trance que habia de pasar, que le dijese si era verdad lo que le habian imputado, y era que venia para apartar los súbditos de la obediencia de la Reina; á lo cual respondió el siervo de Dios, que jamás habia tenido tal voluntad ni propósito de procurar hacer el menor mal á la Reina, ni á otra persona de aquel reino; ántes por el contrario, que su intencion habia sido siempre la de procurar la salvacion de todos; y que por esto habia vuelto á Inglaterra á ayudarlos con los ministerios de su profesion, enseñándoles la verdadera fe y administrándoles los santos sacramentos de la Iglesia católica, para bien eterno de sus almas; y que por esta sola razon habia venido de Roma, pasado el mar y habitado algunos años en Inglaterra, con harto trabajo y peligro, y despues sufrido las prisiones y tormentos que le habian aplicado, estando pronto para sufrir mucho más y dar la vida por la misma causa; estando tan léjos de arrepentirse de lo hecho, que haria siempre lo mismo, y vendria una y más veces, no solo desde Roma, sino de la parte mas remota del mundo, para procurar la salvacion de la Reina, que la deseaba como á su propia alma, y que siempre habia rogado á Dios Nuestro Señor por ella, como entónces lo hacia, y por su Consejo; que el Señor les diese gracia y luz para conocer el error en que estaban, y por los mismos que le daban la

muerte, que no se les imputase. Asombrado el caballero con esta respuesta, contó á la Reina todo lo que habia pasado en la muerte del Padre, alabándole mucho sus raras prendas y virtud; la Reina le contestó que la habian engañado con falsas relaciones, diciéndola que aquel Padre habia venido para alborotar el reino. Mostró sentir y dolerse de su muerte, y mucho más despues de haber visto un libro que habia compuesto el mismo Padre, de diversos y muy devotos argumentos, en idioma inglés, por su entretenimiento, y para enseñar á los poetas á que empleasen el talento como conviene, en honra de Dios y de la virtud, no debiendo hacerse mal uso de la poesía; y acertó á desempeñarlo con tanta gracia, que los mismos herejes han impreso y venden públicamente diversas obras suyas, como son: *El Llanto de San Pedro*; *las Lágrimas de la Magdalena* y otras muy leidas y estimadas de todos, por la agudeza de los conceptos y elegante estilo con que estaban escritas. Escribió la vida y martirio de este siervo de Dios el obispo de Tarazona, Fr. Diego de Yepes, libro V de la *Historia de Inglaterra*. Hace igualmente mencion el *Catálogo de los Mártires de la Compañía*. Felipe Alegambe en su *Biblioteca*. Benzonio y Gerardo Montano en un elegante epígrama latino dedicado á este dichoso mártir.—A. L.

ROBERTO Suye (Fr), trinitario. Fué natural del condado de Aberdeen, en Escocia, é hijo de pobres y honrados padres, que se hallaban dedicados á los trabajos del campo, los cuales le criaron en el santo temor de Dios, saliendo tan bien educado, que siendo aún de muy corta edad, todos los domingos y fiestas no dejaba de acudir á la ciudad para confesar y comulgar y asistir á las misas que le era posible, retirándose por las tardes á orar á los templos, huyendo de las reuniones que tan perjudiciales son á todos, y principalmente á los que se hallan en la temprana edad de la infancia. Preferia, pues nuestro Roberto la oracion y el retiro á los bulliciosos juegos de la niñez, y sus ejercicios eran todos santos y devotos. De repente, iluminado por la celeste luz de la gracia, sintióse con vehementes deseos de abrazar la vida religiosa, aunque sin manifestar inclinacion ni preferencia por ninguna órden. Cierto domingo de cuaresma, que acudió Roberto á los ejercicios espirituales, se quedó á oir el sermon que en su parroquia predicaba un religioso trinitario; y como la plática versase sobre los muchos riesgos y peligros que para salvarse ofrece el mundo, las astucias del demonio y la fuerza de los carnales apetitos y las mundanas pasiones, enumerando al propio tiempo cuánto valia el santo amor y temor de Dios, sintióse tan profundamente herido el corazon del jóven Roberto por el dardo del celeste amor, que apénas se hubo terminado el sermon fuese tras del predicador á la sacristía, y le rogó que le confesase. Hízolo asi el religioso, y el jóven le manifestó el vehemente deseo que tenia de ser religioso

tambien, y que no obstante que hasta entónces no se inclinára decididamente á ninguna órden, habia sentido al escuchar su sermon una ardiente vocacion hácia la de la Santísima Trinidad. El religioso aplaudiendo su buena determinacion, le dijo, sin embargo, que reflexionase mucho sobre ella, pidiendo constantemente á Dios ayuda para, si era su divina voluntad, poder tomar y seguir con todo acierto una vida tan estrecha y observante á la vez que tan penosa como es la del religioso. Fuése, pues, Roberto muy consolado á su casa, y siguiendo el consejo del predicador hizo muchas y muy asperísimas penitencias, dirigiendo al Señor fervientes ruegos, á fin de que se dignára manifestarle su voluntad. Por fruto de aquellos piadosos ejercicios tuvo el inefable placer de advertir que sus interiores deseos de abrazar la monástica vida no se disminuian, ántes por el contrario aumentábanse más cada vez, reconociendo que la voluntad de Dios era que siguiese la senda que se habia propuesto; y por lo tanto, no queriendo demorar por mucho tiempo la realizacion de su designio; y al efecto, llamando aparte á su madre, la manifestó el deseo que formára de abrazar el estado religioso. La madre, que era muy piadosa, se llenó de gozo, tanto más cuanto que siendo devotísima del augusto misterio, no podia ménos de congratularse de que su hijo eligiera el hábito de la Orden puesta bajo tan soberanos auspicios. Hallándose un convento de la Orden mencionada cerca de la casa que habitaban, fuése Roberto á él gozoso con el paternal consentimiento, y preguntando por el superior, tuvo la grata satisfaccion de encontrarse con el mismo religioso cuyo sermon le habia infundido el deseo de pertenecer á su Orden. Habiéndole dado cuenta de su inmutable determinacion de abrazar la vida religiosa, así como de contar ya con el beneplácito de sus padres, el religioso prelado conoció que su vocacion era verdadera, y le animó á continuar en su empresa. Presentó á la comunidad el pretendiente, y todos los Padres graves de ella, noticiosos de sus antecedentes, no opusieron la más leve dificultad para que fuese admitido al noviciado, destinándole no á la elevada esfera del sacerdocio, sino á la humilde clase de los hermanos legos. Vistiéronle el celestial hábito, que fué recibido por el jóven con las mayores muestras de mística alegría, haciendo á Dios el solemne voto de cumplir exactamente las obligaciones de su instituto, como en efecto lo verificó, siendo en adelante raro ejemplo de virtud y honra de los hermanos legos de la Orden. Cuando Roberto tomó el hábito era ya de edad de veintiun años, hallándose en lo más florido de la juventud, y siendo por lo tanto un mozo alto, robusto y dotado de grandes fuerzas. Así por estas circunstancias como para probar si su vocacion era verdadera y su humildad correspondia á sus promesas y señales exteriores, el maestro de novicios quiso ejecutar con él algunas pruebas, y al efecto le destinó á la cocina, empleándole en partir

leña y en aprender á guisar, teniéndole todo el dia ocupado en tan penosos trabajos, y haciéndole asistir por la noche al coro para rezar los maitines y practicar los demás ejercicios religiosos, obligándole á estar todo el tiempo de rodillas. Sin embargo de tanto trabajo y de tan continua mortificacion, Roberto no se quejó nunca ni pidió alivio ó descanso. Destinado más tarde á los empleos del refectorio y despensa, abrazólos con gusto y cumplió con la mayor exactitud, cuidado y esmero estos cargos tan importantes como delicados y comprometidos, y para los cuales se requeria actividad y despejo, á la vez que una honradez á toda prueba. Cumplia, pues, tan bien Roberto con sus obligaciones, daba tan buena cuenta de todo lo que á su cuidado tenia, que parecia desempeñar sola y exclusivamente uno de los muchos cargos que le encomendáran. Dadas en su noviciado tantas y tales pruebas de obediencia, celo y aptitud, fué admitido Fr. Roberto á la profesion con general contento de todos sus hermanos y el beneplácito de sus superiores. Luego que profesó el santo jóven, comenzó á verse asediado por el comun enemigo del género humano, que le presentó crudas batallas. Entre las varias tentaciones con que le afligia, una fué la duda acerca de su eleccion de estado, poniéndole por delante que siendo un hombre rústico y sin ninguna instruccion, habia sido un notable absurdo abrazar aquella vida que le condenaba á perpétua esclavitud y á no poder hacer nunca uso de su libertad. Tentóle tambien con deseos torpes y feas representaciones, haciendo de este modo harto penosa y trabajosa su vida. Confiando siempre el santo lego en la misericordia de Dios y en los divinos auxilios, acudia en semejantes casos al remedio de la oracion y al consejo de sus confesores, triunfando por tal camino de las infernales maquinaciones. Hallándose una vez en la cocina asando un poco de carne para un enfermo, se vió atacado y afligido de una tentacion sensual tan fuerte y tan invencible á su parecer, que para destruirla tomó el asador ardiendo conforme estaba, y se lo pasó por los muslos repetidas veces, á fin de apagar con el fuego material los ardores del espíritu. Mucho tiempo tardó en curarse las heridas que se produjo; mas para confusion de los débiles y consuelo de los devotos, oíasele con frecuencia decir que ni los tormentos que el fuego le ocasionára, ni los dolores de las heridas que le produjo, le dañaban tanto como el temor que sintiera de caer en un pecado mortal. Vencido el demonio por esta parte, trató de recurrir á otros medios para mortificar al buen religioso. Habia salido muy hábil cocinero, y los manjares que preparaba eran muy apetecidos y celebrados, así por los sanos como por los enfermos. El demonio le atacó por este lado para desconceptuarle. Poníale desabridos los guisados y en términos de no poderse probar ni ser útiles para nada, ya llenándoselos de agua fria, ya aumentándoles la sal, ya, en

fin, introduciendo en ellos objetos asquerosos y repugnantes, muy ajenos de la limpieza y pulcritud que siempre distinguieran á Fr. Roberto. Atribuyendo los superiores aquellas faltas á descuido, é ignorando la verdadera causa, castigábanle severamente; y viendo que el castigo no disminuia las faltas, juzgaban que era malicia, viéndose por fin el prelado en la precision de quitarle de la cocina por no advertir en él ninguna enmienda. Pusiéronle en la despensa, y áun así no cesó la persecucion del enemigo, que ya le derramaba el vino y el aceite, ya le robaba los demás artículos, dejándolos á larga distancia del convento inutilizados, y como si el buen hermano los hubiera arrojado allí por solo el gusto de hacer mal. Reñíale el prelado, pesaroso de ver desastre semejante y de no advertir enmienda alguna, y aumentábanse los rigorosos castigos, que Fr. Roberto sufria con angelical paciencia y mansedumbre, bien persuadido de que no lo merecia, pero satisfecho de padecer por Dios, á quien daba humildes gracias en sus repetidas oraciones, suplicándole no dejára de proporcionarle ocasiones de padecer en su servicio y de ser despreciado por los hombres, como un ser inútil y de ningun valor. Además de los ásperos castigos que recibia, y como si no fueran suficientes, redoblaba él sus mortificaciones y penitencias, á fin de verse libre del feroz y porfiado enemigo, que tanto daño le causaba. De la despensa, donde nada hacia que fuera de provecho, á pesar del esmero y cuidado que ponia, fué trasladado á una granja, y destinado á las labores del campo, juzgando que, como hijo de labradores é instruido en las faenas agrícolas, podria servir de mucho. Procuró Fr. Roberto cumplir sus nuevas obligaciones con la exactitud y esmero que acostumbraba en todo, y no se limitó únicamente al cuidado y administracion de la hacienda, sino que mezclado entre los criados de la labranza, araba, escardillaba, regaba y hacia cuantas operaciones en tales sitios se requieren. Mas no obstante sus esfuerzos y la buena voluntad que todos no podian ménos de reconocer en él, apénas hubo entrado á dirigir la labranza, comenzóse á notar su deterioro y á presagiarse la ruina de la cosecha. Fué preciso tambien quitarle de allí como le habian quitado de todas partes. Vuelto Fr. Roberto al convento, vióse hecho el blanco de multitud de acusaciones y dicterios, ultrajándole todos y reconviniéndole á porfía. Unos decian que la comunidad padeciera notable equivocacion admitiendo en su seno á un hombre tan inútil y tan torpe. Otros le acusaban de malicia y de perversidad de intenciones, asegurando que todo el daño que hacia era intencional y con objeto de que le relevaran del trabajo. Solamente su confesor y padre espiritual era el que conocia su virtud y su inocencia, aunque no se atrevia á defenderle, temeroso de concitar contra sí la furia de los demás religiosos. No sabiendo, pues, en qué ocupar á Fr. Roberto, ideó el prelado destinarle á la demanda ó cues-

tacion de limosnas que por las calles se hacia para la redencion de cautivos. Aceptó humildemente el hermano tan molesto encargo, y ya con frio, ya con calor, con bueno ó mal tiempo, principió á dar cumplimiento á sus funciones. Andaba toda la mañana por la ciudad recogiendo lo que le daban, y por la tarde volvia al convento donde tomaba la escasa comida que le habian dejado del sobrante de los religiosos, porque creian que áun lo poco que le daban era inmerecido y mal ganado, siendo por esta circunstancia su alimento siempre poco, frio y desabrido. A la media noche asistia á los maitines rezándolos de rodillas, y despues se quedaba solo en el coro, aplicándose terribles disciplinas, permaneciendo en oracion hasta el alba, á cuyo tiempo oia misas y ayudaba las que podia, confesando y comulgando con la mayor devocion. Interin se hacia hora de acudir á su demanda, barria las celdas y claustros, hacia las camas de los religiosos enfermos ó achacosos, y serviales en todo cuanto le pedian. Tuvo siempre tanto y tan profundo respeto á los sacerdotes, que jamás levantó los ojos delante de ninguno, ni les habló á ménos que no fuese preguntado, tratando con igual respeto á los juniores y coristas, á pesar de ser todos más jóvenes que él, pues decia que estos religiosos estaban destinados á subir á la categoría de sacerdotes, y que por esa causa era preciso servirlos de rodillas, como séres privilegiados en cuyas manos habia de sostenerse la real y efectiva persona de Jesucristo. De esta manera se ejercitaba el perseguido Fr. Roberto en todos los empleos de la virtud, moviendo ya á piedad con su conducta á algunos de los religiosos que más en su contra estaban, y que ya principiaban á creer era en efecto santo y virtuoso. Llegó por fin la hora en que la divina justicia se dignó manifestar toda la virtud y la inocencia de su siervo á los ojos de los que tan erróneamente le juzgaban, y el medio de que se valió fué el siguiente. Dos ciudadanos de alguna reputacion, instigados por el demonio, que no quiso dejar de perseguir á Fr. Roberto en el último refugio que le quedaba, depuesto el santo temor de Dios, y haciéndose voluntariamente ecos de la infame calumnia, fueron al convento, y delante del P. Ministro y de otros religiosos graves que al efecto convocaron, dijeron que Fr. Roberto faltaba á la continencia con una persona que señalaron, con no pequeño detrimento de la limosna que recogia, ejecutando ambos delitos con notable escándalo de la ciudad. Afirmaron repetidas veces bajo juramento que era verdad lo que decian, dando varias señales y ofreciendo llevar otros testigos, si no querian creerlos, y concluyeron por fin asegurando que las virtudes y solicitud que Fr Roberto demostraba, eran otras tantas hipocresías, teniendo con ellas engañados á sus hermanos y superiores. Fuéronse los impios delatores, dejando absortos y perplejos á los graves Padres, que ni se atrevian á creer los enormes delitos de que á Fr. Roberto acusa-

ban, ni tenian por tan temerarios á aquellos hombres que así se atreviesen á faltar á la verdad en un asunto de tal importancia y trascendencia. Concluyeron por suspender todo juicio hasta tener suficientes pruebas, y rogó el prelado á los padres graves, que con él habian presenciado la delacion, que no dijesen á ningun otro religioso lo que habian oido, y con esto los despidió de su presencia. Vino por la tarde Fr. Roberto á la hora acostumbrada, y al ir á presentarse al prelado para que le diesen la bendicion, aquel puso en su noticia los delitos de que le acusaban, aunque sin manifestarle el nombre de los denunciadores, pero sí las veras con que habian afirmado ser efectiva la denuncia, y le mandó por último que como á prelado le manifestase si la acusacion era cierta. El venerable religioso, con semblante sereno y humilde tono, le respondió: «Padre, yo no puedo decir si es verdadero el crimen de que me acusan.» Por mucho que insistió el prelado, no pudo obtener otra respuesta; por lo cual, sobre manera irritado, le mandó que no volviera á salir del convento hasta que él ordenára otra cosa. Retiróse el santo lego á desempeñar sus diarias ocupaciones, y en toda aquella noche no cesó de rogar á Dios que perdonase á los que le habian levantado tan falsísimo testimonio, y que dispusiese como fuera de su soberano agrado de su persona, de su voluntad y de su honra. A la mañana siguiente quiso volver á interrogarle el prelado, y salió á la puerta de su celda para ver si habia algun religioso con quien mandarle á llamar. No vió á otro que á un jóven organista ciego, el cual, habiendo ya tomado el tino de la casa, andaba por ella como si tuviera vista. Uno de los padres graves que habia asistido á la delacion hecha contra Fr. Roberto, comunicó lo sucedido á este organista, seguro de que no le descubriria. Tenia el mencionado jóven un carácter áspero y una condicion muy altanera, y así cuando fué á buscar al beato Roberto para decirle que el superior le llamaba, no pudiendo contener la indignacion que contra él sentia, exclamó faltando á la caridad y á la paciencia. «Si yo fuera el prelado, ya hubiera puesto donde merecia al hipócrita, ladron y lujurioso.» Oyó el humilde lego con su acostumbrada mansedumbre este ultraje, y por toda respuesta y venganza hizo la señal de la cruz sobre los ojos del organista, invocando al mismo tiempo á la Santísima Trinidad, y al punto recobró el jóven ciego la vista, abriendo unos ojos tan claros y hermosos, como dados por la misma Divinidad. Quedóse absorto y confundido, y arrojándose á los pies de Fr. Roberto, le suplicó anegado en lágrimas de arrepentimiento le perdonase el mal juicio que de él habia formado, y reconoció y declaró en voz alta, á la vez que el milagro, la bondad y la inocencia del que tan injustamente acusaban. Al punto se divulgó por el convento la noticia del prodigio, y entónces los prelados y demás graves religiosos reconocieron cuán infundada habia sido la acusa-

cion, puesto que Dios se dignaba manifestar con aquel portento la inculpabilidad é inocencia del virtuosísimo lego. Cundió inmediatamente la nueva por la ciudad, acudiendo infinitas personas á enterarse por sus propios ojos del milagro, y á rendir á Dios humildes gracias. Entre los devotos acudieron tambien los infames delatores, quienes temerosos del castigo y verdaderamente arrepentidos, confesaron su impostura, y rogaron al siervo de Dios que les perdonase el daño causado á su estimacion. Pensábase generalmente que el hermano Roberto quedaria harto consolado por verse reintegrado en su honor y tan venerado y aplaudido en el convento y en la ciudad. Pero sucedió todo lo contrario. Conceptuándose indigno de tanta honra, derramaba lágrimas de sentimiento; y para huir del mundanal aplauso, rogó al prelado que le eximiese del cargo del petitorio para la redencion de cautivos, y que le permitiese quedarse en el convento otra vez en su antigua ocupacion de asistir á la cocina. Fuéle otorgada la peticion, y cumplió de esta manera su vehemente deseo de vivir retirado, separándose del aplauso y del aura popular. Vuelto, pues, á su cocina, y libre de las asechanzas y rencores del comun enemigo, aplicóse el bendito lego á cumplir con el mayor afan sus obligaciones, procurando los aumentos de su virtud, para agradecer á Dios los inmensos favores que le habia dispensado. A fin de no caer en el feo vicio de la ociosidad, doblaba el trabajo y ejecutaba por sí solo cuanto en aquella oficina se ocurria, trayendo y cortando la leña, conduciendo el agua, fregando platos y vasos, barriendo y aseando el departamento, y guisando los manjares, multiplicándose para el trabajo de un modo que el hermano lego que le daban para ayudante no tenia necesidad de ejecutar cosa alguna, y solo se ocupaba en aprender y enterarse de las manipulaciones del arte de cocina, aprendiendo á la vez á ser santo con las lecciones y ejemplos que de su maestro recibia. Desde que volvió á encargarse de la cocina, no le aconteció errar en la confeccion de los guisos, ni sacó vianda alguna echada á perder, á pesar de que él solo componia el alimento para los religiosos, los enfermos y los huéspedes, advirtiéndose entónces con sobrada claridad que todo lo anteriormente sucedido eran inventivas del demonio para desconceptuarle y hacer que aquel santo y justo siervo de Dios se viera despreciado y abatido entre los hombres. Embebido muchas veces Fr. Roberto en su trabajo, le ocurrió quemarse la barba al componer el fuego ó escaldarse las manos con el agua ó el aceite hirviendo, sin que por ello manifestase sentimiento ni dolor. No obstante que por el trabajo penoso del dia pudiera obtener dispensacion muy fácilmente, en vez de solicitar descanso, acudia á los maitines á la media noche, quedándose en el coro hasta el alba, ocupado en la oracion y aplicándose sangrientas disciplinas. Oia luego con suma devocion la primera Misa, confesando y co-

mulgando, y sin hacer la más leve falta en la cocina, ni descuidar las demás obligaciones que anteriormente hemos dicho se impusiera, tocaba las campanas siempre que ocurría á cualquier hora del dia ó de la noche. Cuando era tiempo de limpieza general, barria él solo la mayor parte del convento, y asistia á los huéspedes y peregrinos que acudian á él, cuidando de su regalo, acudiendo luego á la asistencia de los enfermos, sirviendo por fin en todo cuanto le mandaban á los religiosos ancianos ó achacosos. Por esta multiplicidad de cargos y servicios, los religiosos le impusieron para mayor honra suya los nombres de *limpieza del convento*, *hermano duende*, *monton de oficios* y *sirviente de todos*. Así con tan sencillos y vulgares dictados, se encomiaba su aptitud, su virtud y su diligencia para todo y en favor de todos. Hallándose aún en el mundo el siervo de Dios, quiso la augusta bondad premiarle los méritos contraidos, y al efecto le concedió la facultad de hacer milagros. Muchos fueron los que obró, y omitimos su narracion por no alargar demasiado este artículo. Solo enunciaremos que con hacer únicamente la señal de la cruz, sanaba los enfermos y expelia los demonios, siendo tal la eficacia de aquel don, que habiendo cierto dia acercádose al convento y no queriendo entrar en él un energúmeno por mucho que se lo rogaban los que con él venian, enterado Fr. Roberto de lo que acontecia, hizo desde el claustro la señal de la cruz en la direccion en que el energúmeno se encontraba, y al punto quedó éste sano y salvo, con suma admiracion del vulgo y crédito del varon santo. Humilde, pues, oficioso y caritativo, callado, pobre y penitente, pasó Fr. Roberto todo el curso de su vida hasta llegar al término fijado por el Señor para coronarle con el lauro de la eterna gloria. Cayó enfermo el dia 1.° de Abril del año 1303, y en el mismo dia se quedó en cama en la enfermería, donde confesó y comulgó con la devocion que acostumbraba. A los seis dias de enfermedad llamó al P. Ministro, y le dijo: «Padre, mañana á las ocho del dia he de morir. Ruego á vuestra paternidad y á todos los demás padres y hermanos que de todas veras me encomienden á Dios.» Al dia siguiente muy temprano volvió á pedir con gran instancia que le administrasen el santo viático y la extremauncion. Hízose como lo pedia con asistencia de toda la comunidad, á la que muy humildemente pidió le perdonasen el mal ejemplo que la habia dado, y los descuidos en que incurriera al servirla, encomendándose por último, á las oraciones de sus queridos hermanos. Tomó despues un Crucifijo en la mano, y haciendo contínuos y fervorosos actos de fe y de piedad, entregó su espíritu al Señor el dia 7 del citado mes de Abril, á la misma hora que habia profetizado. Al ir á amortajarle hallaron su cuerpo herido y maltratado por los silicios, lleno de frescas llagas y de cicatrices de otras antiguas. Vistiéronle el sagrado hábito y le colocaron en el féretro en la iglesia, habiendo quedado

el cuerpo tan manuable, flexible y de buen color como cuando estaba vivo. Divulgada la noticia de su muerte, acudió al convento una multitud de gente de toda clase y estado á contemplarle y rendirle tributos de su veneracion y respeto. Llenóse toda la iglesia del suavísimo olor que el cadáver expelia, y á fin de que por más tiempo gozáran los fieles de aquel celestial consuelo, determinóse no dar tan pronto sepultura al santo cuerpo, permaneciendo cinco dias en la iglesia, en cuyo tiempo se obraron infinidad de prodigios, siendo estos tantos y tales, que examinados por el diocesano, dió su permiso para que fuese sepultado con la nota de venerable en una capilla, y en túmulo separado del comun enterramiento de los religiosos. Así se hizo en efecto, construyéndole un decente sepulcro, encima del cual se colocó un cuadro con su efigie, que se conservó hasta la época del cisma anglicano, y que segun el cronista de la Orden, le representaba corpulento, de buen color y agradable semblante, barba crecida, y teniendo un plato en la mano, en el cual se veia la efigie del ángel de la redencion, como símbolo expresivo del celo con que el beato Roberto habia cuidado de la recoleccion de limosnas para dar libertad á los cautivos Venerósele, pues, como á santo y rezóse de él en todos los conventos trinitarios de la diócesis y en los de las tres provincias de la Gran Bretaña, solemnizando mucho el dia de su fiesta los donados ó legos, por haber pertenecido aquel santo varon á su clase. Con el tiempo fué creciendo la fe y la devocion entre el pueblo, aumentándose por la série de prodigios que el Señor se dignó obrar en el sepulcro de su siervo. Llegada la persecucion de la fe católica bajo el reinado de la impía Isabel, el sepulcro fué profanado y sus restos santos dispersos; pero la persecucion no pudo acabar con su memoria, que durará lo que el mundo, y será eterna en el Cielo.—M. B.

ROBERTO DE TELLEFOWRD (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra, del pueblo del mismo título de su apellido, y tomó el hábito de la Orden Trinitaria en el convento de la misma poblacion. Habiendo manifestado despues de profeso suma docilidad y grande aficion al estudio, le enviaron á cursar en la universidad de Oxford, en la que hizo grandes progresos, hasta obtener el grado de doctor en teología. Vuelto á su convento, le hicieron ministro del mismo, y despues provincial de Inglaterra, la cual gobernó con suma prudencia y acierto dejándola muy adelantada. Terminado su oficio se retiró al convento Exhoviense, por parecerle, á causa de hallarse léjos de las tumultuosas poblaciones, sitio muy á propósito para entregarse al estudio y á la meditacion. Pasó los últimos años de su vida ocupado en escribir algunas obras, y habiendo vuelto á su primitivo convento de Tellefowrd, le cogió la muerte casi repentinamente el dia 4 de Enero de año ignorado, á principios del siglo XIV. Dejó escritas las siguientes

obras: *Sobre la pureza de la Virgen María*, un libro. — *Sobre el misterio de la Santísima Trinidad*, dos. — *Sobre el Maestro de las Sentencias*, dos. — *Preparacion evangélica*, tres. — *Modo de escribir ó formar sermones*, uno. — M. B.

ROBERTO TIMELLI, religioso agustino penitenciario apostólico de Gregorio IX, cuyo cargo desempeñó en el siglo XIV, obteniendo no poca celebridad. Habia entrado Roberto en los ermitaños de S. Agustin en su primera juventud y distinguídose mucho entre ellos por sus buenas cualidades; mas la Providencia, que le tenia designado para otros destinos, le condujo á Aviñon, donde el Soberano Pontífice le nombró en 1371 para sustituirle en el santo tribunal de la penitencia y perdonar en el mundo los pecados que por su mediacion debia perdonar el Señor en el cielo. Tal fué el importante cargo de que se revistió el P. Timelli, varon docto y piadoso y que parecia llamado á superiores destinos, pues áun en el desempeño de este, trabajó unicamente guiado por los grandes deseos que tenia de ser útil á la Iglesia y servirla en todas ocasiones áun en las más difíciles y delicadas. Eralo sin duda el puesto que ocupaba á la sazon, pues el buen religioso tenia que oir en confesion diariamente al gran número de personas que acudia en romería á la Santa Sede para obtener la absolucion de sus culpas. Entónces esta peregrinacion era muy frecuente, y acudian á la ciudad santa multitud de individuos de todos sexos y naciones, confiando en encontrar en la presencia de Su Santidad el alivio á sus penas, y sus penitencias tenian de consiguiente un trabajo tan penoso que apénas les dejaba un instante de descanso. Posteriormente, para evitarles tanta fatiga, se ha introducido la costumbre de que el penitente acuda confesado ya á sus pies, de manera que no le queda más que darle la absolucion, tocándole con su larga caña. Pero hoy el número de los pecadores que acuden á Roma es mucho más reducido, ya por las mayores facultades que se han concedido á los demás confesores del catolicismo, en particular desde la introduccion de la bula de la Santa Cruzada, ora porque la mayor ilustracion ha disminuido en gran manera el número de crímenes más bien que pecados horrorosos y bochornosos que tan frecuentes han sido en otros siglos, ora por último porque invadiéndolo todo el indiferentismo ha hallado entrada hasta en las conciencias más timoratas, que se creen excusadas de lo que en otro tiempo hubiesen hecho por el menor escrúpulo. En los que vivió Roberto las costumbres eran otras y el genio del siglo muy diferente, y así es que solo del cargo que desempeño podemos deducir su gran capacidad y el ímprobo trabajo en que se ocupó durante su vida, á que quizá sucumbió cuando parecia llamado á las más eminentes dignidades. S. B.

ROBERTO DE TORIGNY, abad del Monte S. Miguel, es conocido con el sobrenombre de *du Mont*, ya por ser el apellido de su familia ó por el lugar

de su nacimiento, aunque otros suponen proviene del título de su abadía; en 1128 se consagró á la vida religiosa en la abadía de Bec-Herluin. Esta casa, gobernada por el sabio Boson, se sostenia con la grande fama á que la habian elevado Lenfranc y S. Anselmo; Roberto se formó en ella en las letras y en la virtud por los modelos que tenia á la vista. Sus progresos en los estudios fueron tan rápidos, que en 1139 el historiador inglés Enrique, arcediano de Huntington, pasando á Bec, admiró la extension de sus conocimientos y le representa como un ardoroso apasionado de los libros, de que habia hecho grande provision. La regularidad y sus virtudes monásticas le merecieron bien pronto ser elevado al empleo de prior claustral, que ejerció hasta el año 1154. Este año fué elegido para ocupar la silla abacial del Monte S. Miguel, que hacia cinco años estaba vacante por la negativa del duque de Normandía á ratificar las elecciones que se habian hecho sin participacion suya. La eleccion de Roberto hecha por unanimidad, confirmada por el metropolitano y aprobada con alegría por el príncipe, restableció la calma en aquella casa. Roberto justificó en aquel puesto la elevada idea que se tenia de su capacidad; en poco tiempo mudó la faz de su abadía, cuyo temporal y espiritual habian sufrido igualmente en las últimas turbaciones. Su reforma se resintió de su amor por las letras. Persuadido que una de las ocupaciones más útiles de los monjes era la de copiar libros en un tiempo en que eran tan raros, dedicó á sus hermanos á este trabajo, y enriqueció así su biblioteca con un gran número de volúmenes, muchos de los cuales se han conservado hasta nuestros dias; tan grande fué la consideracion que se adquirió nuestro Abad en su provincia, que al segundo año de su eleccion fueron á verle á su abadía cuatro prelados de la Normandía con su metropolitano al frente, y pasaron cuatro dias con él quedando encantados de su conversacion. Dos años despues, en 1158, le hicieron el mismo honor los reyes de Francia y de Inglaterra, que acababan de cimentar su buena inteligencia con el casamiento de sus hijos. La reina de Inglaterra no cedió á su esposo en aprecio al abad du Mont-Saint-Michel. Dióle de ello una prenda bien marcada, cuando hallándose en cinta, en 1162, de una niña que nació en Domfront y á que puso su nombre de Leonor, quiso que la tuviese en la pila del bautismo con el obispo de Avranches. Habiendo destituido en 1161 el rey de Inglaterra, por las quejas de los habitantes del país, al gobernador de Ponte-Orson, se confió su guarda á nuestro Abad. Tales son los actos más notables de su vida que se hallan consignados en su crónica. Querido en el interior, respetado fuera de su monasterio, murió en 23 de Junio de 1186. Pocas plumas hubo en el siglo XII que fuesen más fecundas que la de Roberto du Mont, si es cierto como lo asegura una historia manuscrita del Mont-Saint-Michel, que existieron antiguamente en su abadía hasta ciento

cuarenta volúmenes compuestos por el, que la ruina de una torre en que se encontraban guardados, minada por las lluvias, hizo desaparecer casi por completo, sin que hayan llegado hasta nosotros ni siquiera sus títulos. Los que nos quedan son casi todos históricos: 1.° *Gesta Henrici I, Regis Anglorum*. Es la continuacion de la historia de los duques de Normandía por Guillermo de Jumiege. El P. Rivet ha manifestado con numerosas pruebas sacadas de la misma obra, que esta continuacion, que forma el octavo libro de la historia de los duques de Normandía, lo mismo que muchos capítulos intercalados entre los libros anteriores, eran obra de un monje de Bec y no de Guillermo de Jumiege. El abate Claudio de Moulinet habia probado ya lo mismo á continuacion de la defensa de la disertacion del mismo autor y del tratado del abate Vertot sobre la Bretaña cómo feudo inmediato de la Normandía, que fué impreso en París por Guignard en 1714, en 12.° El abate de las Thulleries no ha procurado descubrir quién podria ser este anónimo monje de Bec. El P. Rivet tampoco ha llevado hasta este punto sus disertaciones; pero los autores de la continuacion de los historiadores de Francia, que han reimpreso este libro que completa la historia de Guillermo de Jumiege, han establecido con buenas pruebas que este anónimo no es otra persona que el célebre Roberto de Torigny, que fué despues abad del Mont-Saint-Michel. En efecto, en el prefacio que precede al apéndice de la crónica de Sigeberto, de que hablaremos despues, manifiesta decididamente el mismo Roberto que se valdrá mucho de una historia que habia compuesto ya de Enrique I rey de Inglaterra. Estos *Gesta* de los duques de Normandía no son otra cosa que la obra de Guillermo de Jumiege, que lleva por título: *De Normanorum ducum gestis*. Una prueba de que Roberto de Torigny es el autor de la continuacion de estos *Hechos*, es que lo dice en su Crónica hablando en el año 1135 de Enrique I, rey de Inglaterra. Ha hecho, dice, otras muchas obras de piedad, cuya enumeracion hemos dado en su vida; siendo precisamente esta enumeracion la que se encuentra en el cap. XXXII del libro VIII de la Historia de Guillermo de Jumiege. Roberto habia hecho pues, una historia de Enrique I cuando trabajaba en su Crónica, y esta produccion de su pluma no es una obra aislada, sino el suplemento de otra, á saber, los hechos de los duques de Normandía. Roberto cuando componia esta obra, que verisímilmente es la primera que salió de su pluma, no era aún más que monje de Bec. Dedúcese del cuidado que tiene en hacer entrar á cada paso en su historia los asuntos de Bec, y no es solo en el libro VIII, de que aquí se trata, donde hace esta clase de digresiones, pues los libros anteriores, como se ha demostrado por muchos autores, las contienen semejantes: lo que prueba que es él quien se ha permitido interpolar á Guillermo de Jumiege,

como ha interpolado despues la crónica de Sigeberto, sin que sea necesario suponer otros intercaladores, como lo ha hecho el P. Rivet y el abate de las Thulleries. Vamos á indicar estas interpolaciones, á fin de que en lo sucesivo se pueda distinguir con facilidad lo que pertenece al primer autor de los *Hechos*, y lo que Roberto ha añadido de su cosecha. Debe convenirse desde luego que el libro I y los ocho primeros capítulos del II no deben atribuirse á Guillermo de Jumiege, ni quizá á Roberto de Torigny. La razon es que no se encuentran en los manuscritos más antiguos de Guillermo, que Roberto no cuenta el libro VIII, que es suyo, sino como el VII: *Hic liber qui septimus cuditur in Normanorum ducum gesta*, dice en el cap. I. No parece haber hecho innovacion alguna notable en los libros III, IV y V. Al VI ha añadido el cap. IX, que está dedicado á las glorias de la abadía de Bec. El libro VII le pertenece casi todo entero: los caps. III, IV, XII, XIII, XIV, XV, XVI, XIX, XX, XXII, XXIII, XXV, XXVI, XXIX, XXX, XLIII y XLIV, son incontestablemente suyos; ha aumentado en más de la mitad los caps. II, IX, X, XI y XXXVIII. Ha hecho desaparecer tambien por completo la conclusion que habia colocado Guillermo de Jumiege al fin de su libro. En lo relativo á otros cambios ménos notables, se pueden consultar las notas que ha recogido el abate de las Thulleries de un manuscrito de la biblioteca de S. Victor, que no contenia ni las interpolaciones ni el libro VIII. Este, como hemos dicho, se halla consagrado por completo á trazar la historia de Enrique I, rey de Inglaterra y duque de Normandía, hasta su muerte acaecida en 1135; se halla dividido en cuarenta y dos cápitulos, pero hay un vacío notable desde el cap. XVII hasta el XXI. Algunos eruditos han consultado muchos manuscritos para llenarle, pero no han podido conseguirlo. Existe en todos, lo que prueba se han copiado del primero que habia sido mutilado, sin que sepamos el motivo; porque el lugar en que se encuentra la laguna es el más bello y glorioso de la vida de Enrique I, rey de Inglaterra; allí es donde hablaba el historiador de la guerra que tuvo que sostener Enrique en 1118 y 1119 contra el rey de Francia, y de la gloriosa victoria que obtuvo contra los franceses en Brennenville. Si la supresion de estos capítulos se hizo deliberamente, solo pudieron hacerla algunos franceses, que en la época de la conquista de la Normandía por Felipe Augusto, quisiesen desterrar la memoria de aquella jornada, y lo hubiesen conseguido si este acontecimiento no hubiera sido referido por otros autores, y en particular por Orderico Vital, que no ha omitido ninguno de los elogios que pudieran darse al rey de Inglaterra.—2.° *Roberti de Monte Chronicon, sive appendix ad Sigebertum.* La Crónica de Sigeberto, monje de Gemblours, habia adquirido tanta celebridad en los siglos XII y XIII que fué continuada por un gran número

de escritores. Hánse impreso muchas de estas continuaciones, ya despues de la Crónica de Sigeberto, ya separadamente. El método que habia adoptado parecia tan bueno que todos se apresuraron á imitarle; pero experimentó tambien muchas alteraciones. Encontrábase esta Crónica en casi todos los monasterios con adiciones ó interpolaciones relativas á los sucesos locales cuya memoria se queria perpetuar, lo que produjo el gran número de artículos nuevos que se halla en la edicion hecha por Auberto Lemire, y que distingue con letras itálicas indicando los manuscritos de donde los ha tomado. Hubiera podido aumentar muchos más si hubiese consultado un número mayor de manuscritos. Roberto del Mont adoptó este método de clasificar los acontecimientos. Sigeberto habia colocado al frente de su Crónica las de Eusebio y de S. Gerónimo, que alcanzan desde la creacion hasta el año 381. Sigeberto comienza la suya en 381 y la concluye en 1113. Roberto del Mont se propuso continuarla como otros muchos; pero viendo que Sigeberto habia continuado con demasiada superficialidad la historia de los duques de Normandía, se propuso suplir su silencio, insertando en los lugares convenientes los nombres, la sucesion y algunos de los hechos más notables de los duques de Normandía, de los arzobispos y obispos de la provincia, etc., que es lo que forma las *adiciones á la Crónica de Sigeberto*, que ha separado de ella el P. Dacheri para imprimirlos aparte. Sigeberto no habia dicho casi nada de los reyes de la Gran Bretaña, ya bretones ó ingleses. Roberto hubiese querido suplir su silencio; pero hubiese tenido que interpolarlo para esto en las Crónicas de Eusebio y de S. Gerónimo; lo que no se atrevió á hacer. Para satisfacer en cierto modo la curiosidad del lector, tomó el partido de insertar como una obra maestra, á continuacion de su prefacio, la carta de Enrique, arcediano de Hungtinton, á Varin, en la que hace la cronología de todos los reyes *bretones*, *desde Bruto*, *nieto de Eneas*, fundador de este reino, hasta Cadwallon, último rey de los bretones, que fué padre de Cawaladre, llamado Cedwalde por el V. Beda. «Yo soy, continua, quien le ha dado los materiales para esta carta, comunicándole un ejemplar de la antigua historia de los bretones que se conserva en Bec.» Ejemplar que era la historia fabulosa que tradujo despues al latin Godofredo de Monmouth. Despues de este primer trabajo sobre la historia de Sigeberto, se propuso Roberto continuarla como lo habia hecho ya con la historia de Guillermo de Jumiege, que habia adicionado y continuado despues. El objeto de esta segunda obra fué el mismo que le habia hecho emprender la primera, el de celebrar, como decia él mismo, el reinado de Enrique I de Inglaterra. No limita su trabajo únicamente á esto; recopila los acontecimientos de todos los países que llegan á su conocimiento, y más particularmente los que pasaban en Inglaterra y Normandía. Esta historia de En-

rique de Huntington, que llega hasta el advenimiento de Enrique II á Inglaterra, forma parte de la coleccion de Enrique Savile titulada: *Rerum anglicarum scriptores post Bedam præcipui*. Este plan es el que ha seguido Roberto para componer su Crónica. Despues de haber referido la muerte de Enrique I su héroe, pone un epitafio en verso, hecho por él, en que agota todos los elogios que puede inspirar la más grande admiracion. No se contentó con esto como en su obra primera; le debemos tambien la obligacion de haber continuado su Crónica en diferentes épocas: de donde procede que en algunos manuscritos no llega más que hasta el año de 1150. Pero es sabido que la ha continuado año por año hasta su muerte, y que en 1182 ó 1184 la presentó á Enrique II, rey de Inglaterra, como se deduce de esta nota que se leia en el manuscrito de Mont-Saint-Michel: *Ab anno MC. Robbertus abbas Sancti Michaelis de periculo maris fecit historiam continentem res gestas Romanorum, Francorum, Anglorum, usque ad præsens tempus, continentem annos usque ad an.* 1184; *quem librum præsentavit carissimo domino suo Enrico Regi Anglorum, continentem istam historiam et alias in hac pagina notatas.* Dedúcese de esta nota, y todavía mejor del exámen del libro, que puede utilizarse mucho de la Crónica de Roberto, y en particular para la historia de Francia. Pues despues de la muerte de Orderico Vital es el único historiador francés que se puede oponer al gran número de historiadores que escribian sus crónicas por la misma época; Roberto, viviendo bajo la misma dominacion, estaba en la mejor disposicion para saber lo que pasaba en Francia. No solo recogió los sucesos políticos, sino que procuró tambien manifestar los fenómenos de la naturaleza acaecidos todos los años, tales como los eclipses, las apariciones de los cometas, las hambres, las inundaciones, los temblores de tierra, etc. Hé aquí algunos hechos que pueden servir para la historia literaria de aquel siglo. Refiere que en 1128 un clérigo de Venecia, llamado Jacobo, tradujo al latin los *Tópicos* y algunos otros libros filosóficos de Aristóteles, aunque habia, dice, una antigua traduccion. Coloca en el año 1130 la compilacion del decreto de Graciano, á quien supone equivocadamente obispo de Chuisi en la Toscana, *episcopus clusinus*. Quizá deba leerse *monachus clusinus*, es decir, de S. Miguel de Clusa en el marquesado de Saluces, aunque otros le suponen monje de S. Felix en Bolonia. Esta útil compilacion, dice, compuesta de decretos y cánones de concilios, de pasajes de los santos doctores y de las leyes romanas, es de grande uso para decidir todas las dificultades en materias eclesiásticas, ya en los tribunales de Roma, ya en los demás tribunales eclesiásticos. Añade que en su época el Mtro. *Omnebonum*, que habia sido obispo de Verona y discípulo de Graciano, habia hecho ya un compendio de su libro. « El Mtro. Vacaise dice en el año 1149, lombardo de orígen, hombre honrado y hábil jurisconsulto,

tenia en este año una escuela de derecho entre los ingleses, á la que asistia de todas partes una inmensa muchedumbre de ricos y pobres. Hizo un compendio del Código y del Digesto para los últimos, el que divide en nueve libros, que bien meditados pueden bastar para la decision de todas las cuestiones de derecho que haya costumbre de tratar en todas las escuelas.» No ha llegado hasta nosotros el trabajo de Vacasio, y no conocemos ningun bibliógrafo antiguo que le mencione. En 1152, el papa Eugenio mandó traducir del griego al latin un libro de Pedro de Damasco: *Petri Damasceni*. Al hablar del gran concilio de Latran, celebrado en tiempo de Alejandro III en 1179, (Roberto le pone en 1180), refiere que un pisano llamado Burgundio, hombre erudito en griego y latin, presentó una nueva traduccion hecha por él del Evangelio de S. Juan. Declaró además que habia traducido ya una gran parte del *Génesis*, y aseguró que S. Juan Crisóstomo habia explicado en griego todo el Antiguo Testamento. La crónica del abad Roberto ha sido confundida por largo tiempo con la crónica de otro Roberto premostratense, que vivia á principios del siglo XIII. Esta se ha impreso con el nombre del abad de Mont á continuacion de todas las ediciones de Sigeberto, anteriores á la de Auberto Lemire; Amberes, 1608; 1.° en 1513, por Guillermo Parvi; Paris, H. Etienne, en 4.°—2.° En 1582 por Pictorius, por la edicion de Guillermo Parvi, en el tomo I de su gran coleccion de *Historiadores de Alemania*; Francfort, en fólio.—3.° En 1583, por Lorenzo de la Barre, en una coleccion intitulada: *Historia christiana;* Paris, en fólio. Esta crónica difiere completamente de la de Roberto del Mont desde el año 1113 hasta el 1154; pero desde este último año es enteramente conforme á la de Roberto del Mont hasta el año 1184 en que termina ésta, y el supuesto Roberto del Mont la ha continuado hasta el año 1210. La verdadera crónica de este autor es la que ha publicado Lucas Dacheri en 1651 á continuacion de las obras de Guiberto, abad de Nogent, por un manuscrito de Mont-Saint-Michel, que cree ser el autógrafo á causa de las frecuentes raspaduras y de los cambios que tiene. Estas variaciones son quizá las que han ocasionado el desórden y la confusion en las fechas que se observa en muchos lugares, en particular desde el año 1140 hasta 1154, en que se colocan todos los acontecimientos un año ántes. Pero todos estos defectos han desaparecido con auxilio de los manuscritos de otras bibliotecas, y por los trabajos de los continuadores del P. Bouquet, que la han insertado casi completa en el tomo XIII de la *Coleccion de los Historiadores de Francia*. La cronología de Roberto del Mont está todavía más viciada en un largo fragmento de esta crónica desde el año 1139, hasta 1168, publicado por un mal manuscrito de S. Victor, por Andrés Duchesne, con el título de *Chronica Normanniæ*.—3.° *Epistola Roberti monachi Beccensis ad Gervasium priorem Sancti Serenici*. No contento con trabajar

en la historia, Roberto exhortaba y animaba á los que tenian talento para este género de escritos á consagrarse á él; lo que manifiesta su carta á Gervasio, prior de S. Ceneré, en Maine. Tiene por objeto animarle á describir los sucesos que han acaecido en la Normandía despues de la muerte de Enrique I, rey de Inglaterra, en 1135, hasta la del conde Godofredo *el Hermoso* ó *Plantagenet*, conde de Anjou, que arrebató entónces esta conquista á Esteban de Blois, el cual se habia apoderado del trono de Inglaterra, es decir hasta 1151, época en que parece haberse escrito esta carta. Este trabajo, dice, os dará honor; yo particularmente os quedaré obligado, y lo que es más, os conciliará el favor del nuevo duque; es decir, del hijo del conde de Godofredo, Enrique, que fué poco despues rey de Inglaterra. Hé aquí el plan que le traza: «Me alegraria, le dice, que nos dieseis sumariamente la historia de los condes de Anjou desde Ingelger, el primero de ellos, hasta el dicho Godofredo, indicando únicamente los nombres, las genealogías, la duracion de su gobierno, y lo más notable que han hecho, ya en lo espiritual, ya en lo temporal. Me alegraria sobre todo que fijaseis la época y el reinado de la monarquía francesa en que vivia el conde Ingelger. Y cuando llegueis á Fulco, padre de Godofredo *el Hermoso*, como que casó con la hija de Elías, conde de Maine, sería conveniente que trataseis de los condes de Maine, como habeis tratado de los de Anjou, segun el plan que os he trazado. Me encargaria con gusto de este trabajo si tuviese tiempo y el auxilio de las crónicas que vos podeis consultar. He escrito ya una vida en compendio de Enrique I, rey de Inglaterra, que he añadido á los hechos de los demás duques de Normandía, para que su ejemplo no sea ménos útil despues de su muerte que lo fué su reinado durante su vida. Deseo por la misma razon que haya quien trasmita á la posteridad lo que ha pasado despues de su muerte á nuestra vista y en nuestra provincia.» No podemos asegurar si llevó Gervasio á cabo este proyecto, pero los continuadores de la *Coleccion de Historiadores de Francia* creen haber encontrado su escrito en un manuscrito de la abadía de S. Victor que han publicado en su tomo XII.— 4.° *Tractatus de immutatione Ordinis Monachorum; de abbatibus et abbatis Normannorum et ædificatoribus earum.* Roberto de Torigni compuso este tratado, como él mismo lo dice, en 1154, el año mismo que fué nombrado abad de Mont-Saint-Michel. Le ha dividido en dos partes muy diferentes, aunque en el impreso no se halla más que una sola série de capítulos en número de treinta y cuatro. En la primera, que contiene los siete primeros capítulos, describe el autor el orígen de las nuevas órdenes religiosas, que fueron establecidas en su época; los cistercienses, que en el período de cincuenta años habian fundado ya quinientas abadías; los cartujos, de que no debia haber más que trece en cada casa, lo mismo que los canónigos regulares de S. Vic-

tor, de Aroaise y Premonstratenses. No habla de los de Grandmont, ni de otras muchas congregaciones que se habian fundado ya en la época en que escribia. Es notable que todas estas congregaciones tuvieron su origen en Francia, de donde se extendieron á las naciones vecinas, aunque con poco resultado por más que digan los autores franceses, pues en España no llegaron á conocerse ni siquiera los nombres de muchas de ellas, y otras solo entraron porque sus generales obtuvieron licencia de los pontífices para reformar con ellas las que existian con la misma regla. El autor observa que esta nueva creacion de órdenes religiosas produjo una renovacion de fervor entre los antiguos monjes, que se avergonzaron de verse vencidos en la práctica de su regla por unos recienvenidos; que las autoridades eclesiástica y civil se mezclaron tambien en el asunto para obligarlos á abrazar las reformas de Cluni, de Marmontier, de Bec ó de otros monasterios, que eran entónces entre los antiguos monjes los más regulares que habia en Francia. En la segunda parte no habla más que de los monasterios de Normandía de la órden de S. Benito, que ántes de las nuevas creaciones era el único conocido en Francia. Las nuevas órdenes monásticas no habian en realidad abrazado una regla diferente de la suya, pero habian introducido grandes modificaciones en ella, formándose un gobierno particular. Roberto del Monte es muy sucinto en esta segunda parte; se contenta con nombrar los fundadores de cada uno de estos monasterios, y los abades que los habian gobernado hasta aquella época. Esta obra ha visto la luz pública, gracias al celo del P. Lucas Dacheri, á continuacion de la crónica de Roberto del Monte. Los continuadores de la *Coleccion de Historiadores de Francia* la han publicado de nuevo en el tomo XIV. — 5.° *Historia monasterii Sancti Michaelis de Monte*. Algunos bibliógrafos atribuyen á Roberto otras obras históricas además de las que acabamos de hablar. 1.° Una historia de la primera cruzada, que no es suya sino de otro Roberto que fué abad de S. Remigio de Reims. — 2.° Una historia de la abadía de Bec, impresa á continuacion de la obra del Bto. Lenfranc, que no puede atribuírsele por ningun motivo. — 3.° Una historia de la abadía de Mont-Saint-Michel. La aficion que tenia el abad Roberto á las investigaciones históricas, no da lugar á la duda de que haya compuesto una historia de su monasterio. Existen muchas sin nombre de autor en las pequeñas bibliotecas que se han compuesto en aquel monasterio, y que pueden atribuirse á Roberto, porque concluyen precisamente en el año 1154 en que comenzó á ser abad. Encuéntrase á continuacion una historia de los abades de Mont-Saint-Michel, que es indudablemente obra suya, porque concluye tambien en el año 1154, aunque haya sido continuada por otra mano; pero Roberto del Monte no ha creido conveniente darla su nombre, ni hablar de sí mismo. Se encuentran tambien

en el catálogo de los manuscritos de esta abadía muchas obras que podrian atribuírsele, entre otras una historia de este monasterio en versos latinos. Si estas obras no son suyas, parecen haber sido hechas durante su gobierno, y verisímilmente bajo su direccion. Pero hé aquí otros escritos de un género diferente, que no se le pueden disputar.—6.° *Prologus Roberti de Torineio in abbreviationem expositionis Epistolarum Apostoli, secundum Augustinum.* Roberto ha dado una prueba en este escrito de que no carecia de crítica. Existia tambien un grande volúmen con un comentario sobre las epístolas de S. Pablo, compuesto únicamente por los textos de S. Agustin, que se refieren á él, á que se llamaba por esto *Florus*, porque contenia la flor de las obras del santo doctor. Esta obra es atribuida por algunos sabios al V. Beda, porque al fin de su historia dice haber compuesto una cadena ó un comentario sobre S. Pablo, sacado de los escritos de S. Agustin. La prueba era bastante concluyente, pero Roberto, que tenia á la vista ambos comentarios, observa que el escrito de Beda era tan sucinto, que no igualaba en su tamaño la mitad de su manuscrito únicamente sobre la Epístola á los Romanos. Era preciso saber cuál era el autor de su grande comentario; y vió en Casiodoro, que mucho tiempo ántes de Beda, un abad de la provincia Tripolitana, llamado Pedro, habia hecho una obra semejante. No dudó ya que era la que él poseia. La extractó, como lo habia hecho verisímilmente Beda ántes que él; la adicionó con otras sentencias tomadas de los escritos de S. Agustin. El P. Lucas Dacheri se ha contentado con imprimir el prólogo de esta obra.—7.° El mismo editor manifiesta haber visto un ejemplar manuscrito de la *Historia natural de Plinio*, que le habian enviado de Mont-Saint-Michel, á cuyo frente se hallaba un prólogo de nuestro autor: *Prologus Roberti abbatis in Plinium: qui et ipsum librum in Normaniam advexit, et corruptum correxit.* Tal era la ocupacion de los sabios de aquella época, para procurarse copias fieles de los autores antiguos.—S. B.

ROBERTO DE TOROTTE Ó DE TOUROTTE, obispo de Langres y despues de Lieja. Roberto fué hijo de Juan, castellano de Noyon, y de Udeta de Dampierre; tuvo ocho hermanos ó hermanas, entre otros á Rodolfo ó Raul de Torotte, obispo de Verdum, de quien se hablará en su correspondiente artículo. Roberto fué primero canónigo de Beauvais; en 1226 una parte del cabildo de Chartres quiso nombrarle sucesor de Guillermo de Perche, pero no habiendo reunido entónces un número suficiente de votos, no consiguió su promocion hasta las elecciones que se celebraron seis años despues en el capítulo, que le elevó en 1232 á la sede episcopal de esta ciudad. Este prelado, que dió pruebas frecuentes de su energía, de su vigilancia y de su beneficencia, segun un cronista, solo nos es conocido por la carta pastoral que dirigió á

su clero con motivo de la institucion de la festividad del Santísimo Sacramento y por los actos administrativos que leemos en algunas cartas suyas que se nos han conservado. Habiendo aumentado rápidamente las órdenes mendicantes pocos años despues de su fundacion, Roberto estableció los Franciscanos en la ciudad de Chatillon en 1227, y compró por la misma época en Dijon los bienes de Alix, duquesa de Borgoña, para fundar un convento á los Dominicos. El obispo de Langres fué enviado por Luis IX con Adam, caballero de su consejo, al Papa y á Federico II, para trabajar en calmar las animosidades del emperador y del pontífice; Gregorio habia convocado á los obispos á concilio para deponer al emperador, y Federico habia mandado prender y tener prisioneros á estos mismos obispos, que llegaban de todas partes de Italia para pronunciar su deposicion. No existen noticias bastante exactas sobre lo que hicieron estos dos enviados, ni del éxito que obtuvieron sus esfuerzos. Guillermo de Nangis, al hablar de una mision semejante dada por Luis IX, designa otros personajes para desempeñarla. Roberto accedió en 1240 en la eleccion que habia hecho en favor suyo el clero de Lieja para ocupar esta silla, despues de haber rechazado al preboste del cabildo de Utrech que habia ido á la cabeza de gente armada á apoderarse de la misma sede. La reputacion que habia adquirido Roberto en su anterior administracion, le hizo acoger con alegria, pero no tardó en desagradar por su ambicion y su avaricia. Con motivo de la vacante de la sede metropolitana de Reims, que se prolongó durante algunos años despues de la muerte de Enrique de Dreux, Roberto de Torotte se puso entre los candidatos, lo mismo que otros muchos, y para conseguir su objeto hacia grandes liberalidades á los que pensaba podrian favorecerle; para poder hacerlas anonadaba con sus exacciones al clero, pueblo y monjes, pues como dice Fleury, no perdonaba gasto en estas ocasiones. Un cronista de la época, parece sin embargo indicar que cometia estos excesos más bien á solicitud de su familia que de sí mismo. A pesar de sus larguezas, continuó siendo obispo de Lieja como anteriormente. Este prelado fué quien llamó á los Franciscanos y á los Dominicos á esta ciudad, como lo habia hecho en Langres: estableció en ella á los primeros en 1242 y á los segundos en 1244. El redactor de los *Gesta Pontificum Leodiensium*, que escribia á principios del siglo XVII, dice que en su época los PP. dominicos de Lieja conservaban todavia el acta original de su fundacion hecha por este obispo; el sello adjunto representaba por un lado la imágen de este obispo colocada en su silla con la inscripcion circular *Robertus lingonensis, episcopus leodiensis*, y por la otra la imágen del mismo obispo, arrodillado y con las manos juntas con esta inscripcion: *Miserere mei, Deus.* Roberto fué á Verdum en 1245 para celebrar los funerales de su hermano, y murió en Lieja al año siguiente el 15 de

Octubre. Su cuerpo fué trasladado á Claraval conforme á sus deseos. Roberto de Torotte se ha hecho célebre en la historia de la liturgia por la institucion de la festividad del Santísimo Sacramento, llamada despues Corpus Christi Fué el primero que celebró esta festividad, de que no se habia tratado hasta entónces en ningun tiempo ni lugar. Lo que le indujo á hacer esta innovacion en las ceremonias de la Iglesia fueron las contínuas solicitudes de la Bta. Juliana, priora del monasterio de Monte Cornelio ó Cornillon, en la diócesis de Lieja, llamada generalmente *Juliana Corneliensis* del nombre de aquel monasterio. Esta piadosa monja, nacida en Lieja en 1193 donde murió en 1258, habia dado desde su primera juventud muestras de un grande fervor religioso. Habiéndola concedido Dios, dicen sus biógrafos, extraordinarios favores por el sacramento de la Eucaristía, la reveló que estaba elegida para trabajar en la institucion de una fiesta en honor de este sacramento. Su humildad la hizo resistir por largo tiempo á esta vocacion; durante veinte años ocultó en el secreto de su corazon este designio; pero instada cada vez más, cedió al fin y descubrió los designios del Señor para con ella, en un principio á hombres venerables y despues al obispo de Lieja, que ordenó la celebracion de esta fiesta. Un religioso del monasterio de Monte Cornelio, compuso, á peticion de Juliana, un oficio para esta festividad que fué el que se cantó probablemente hasta que compuso Sto. Tomás de Aquino el que en la actualidad usa la iglesia. El obispo Roberto hizo copiar una veintena de ejemplares de este oficio del hermano Juan, que distribuyó á las iglesias de sus diócesis. La vida de la Bta. Juliana, que se encuentra en parte en los anales cistercienses, ha sido redactada por los Bolandistas con mucha extension y grandes detalles por diferentes manuscritos, y se encuentra en su coleccion en 5 de Abril. Resuelta la institucion de esta fiesta, el obispo de Lieja dirigió una carta á los abades, priores, deanes, sacerdotes, etc. de su diócesis. Expone en ella ante todo la grandeza inefable del divino Sacramento y los motivos que le han decidido á celebrarle con una festividad particular y solemne; fija el dia en la feria quinta despues de la octava de la Santísima Trinidad, ordenando que se se preparasen con el ayuno, la oracion y la limosna; mira, por último, esta institucion como un remedio á los males que afligian á la Iglesia. Traduciremos aquí el siguiente fragmento de esta epístola. « Lo que nos ha inducido á establecer esta fiesta, dice el prelado, es que hemos pensado que, puesto que los santos cuyas memorias se recuerdan en las letanías y en las oraciones secretas de la Iglesia, tienen todos además sus fiestas anuales en que se celebran más particularmente sus méritos, es justo, digno, equitativo y saludable que el Santo de los santos, la dulzura de las dulzuras, tenga en la tierra una solemnidad especial en que se den acciones de gracias, elogios particulares y

tan grandes como sea posible al Señor, cuya desinteresada bondad, que no puede expresarse ni estimarse lo suficiente, le ha conducido á darse á nosotros en el altar de una manera admirable, y que por esta maravillosa exhibicion no cesa ni cesará nunca de cumplir la dulce promesa que nos hizo, cuando dijo: *Ecce vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem seculi;* en memoria de estas palabras pronunciadas en otro tiempo: *Deliciæ meæ esse cum filiis hominum.* » En los *Instrumenta* de la historia de los obispos de Langres hay seis cartas escritas por este obispo ó relativas á él. En la primera, que se halla fechada en Noviembre de 1232, establece un aniversario perpétuo en memoria de su antecesor. La segunda es una sentencia de arbitraje entre Roberto de Torotte y la abadesa del monasterio de Thar, con motivo de otro monasterio cuya jurisdiccion reclamaban ambos; esta sentencia fué dada por el arcediano de Bar, Guillermo de Bourmon y otros árbitros. El acta es de 1233. Por otra tercera acta, que es de 1234, manifiesta Roberto que ha conseguido de los señores de Saux que renuncien en favor del abad de S. Benigno de Dijon los derechos que pretendian tener sobre las tierras situadas entre sus bienes y los de esta abadía. La cuarta carta es del año siguiente, y se refiere tambien á los derechos atribuidos á esta abadía sobre algunos bosques. Declara Roberto en la quinta que renuncia á toda jurisdiccion temporal sobre el monasterio de Val-des-Ecoliers para que los religiosos puedan consagrarse con más libertad á la oracion y al servicio del Señor. Este acta es de 1276. En la sexta da á conocer el prelado que la larga morada que ha hecho en una de las casas de la abadía de S. Benigno de Dijon no le supone ni le da ningun derecho sobre esta casa. Otra acta de este género, fechada en 1240 y hecha en Lieja, determina el rango de superioridad entre dos abades. —S. B.

ROBERTO DE LA TOUR, arzobispo de Lion, es conocido en la historia por la activa parte que tuvo en el matrimonio de Hugo IV, duque de Borgoña, con la hija del conde de Dreux, verificado en 1229. Habia prometido aquel á Teobaldo, conde de Champaña, no realizar semejante enlace, y sospechando éste que su instigador habia sido Roberto de la Tour, halló medio poco tiempo despues para vengarse del prelado. Sabedor de que Roberto, quizá al regresar de la boda, pasaria por sus tierras, le hizo prender y llevarle de castillo en castillo con los ojos vendados para que no reconociese los lugares por donde se le conducia. Pero ántes de que el escándalo fuese mayor, consiguió Roberto su libertad, gracias á la generosa actividad de Enrique III, conde de Bar-le-duc, el cual por este hecho se hizo un enemigo del duque de Champaña.— S. B.

ROBERTO TREILL (Fr.), trinitario. Fué natural de Escocia, y muy probablemente de Peebles, puesto que tomó el hábito de la Santísima Trinidad

en el convento que existia en esta poblacion bajo la advocacion de S. Nicolás. Ingresó en la religion á la edad de veinticuatro años, y en seguida pasó á estudiar á la universidad de Oxford, donde se aplicó tanto, que en breve se distinguió entre todos los demás estudiantes. Graduóse de doctor á su tiempo, y siempre fué tanto su recogimiento y su amor al estudio, que á todos los tenia absortos y admirados. Vuelto á su convento, vivió en él como varon desengañado; pero cuando ménos lo esperaba, en un capítulo provincial fué elegido por ministro. Su modestia le impulsaba á renunciar el cargo, é hizo bastantes instancias para ello; mas al fin aceptó, no pudiendo negarse á las prescripciones de la obediencia. Constituido en aquella dignidad, gobernó su provincia con mucha prudencia y acierto, poniendo todo su cuidado en la observancia de la regla, que ponia siempre como ejemplo para los demás. Concluido el oficio se retiró á su convento de Peebles, escogiendo para su morada una humilde celda, en la que se dedicó exclusivamente á la oracion y al estudio, escribiendo varias obras, cuyos títulos expresaremos á continuacion. Murió en el antedicho convento el dia 25 de Octubre de 1287. Escribió las siguientes obras: dos libros *sobre el misterio de la Santísima Trinidad*; —dos *sobre la Epístola á los Romanos*; —dos *sobre la Epístola á los Gálatas*; — cinco de *Sermones cuadragesimales, dominicales y feriales*. —M. B.

ROBERTO Turnebo (Fr.), trinitario. Fué natural de Escocia, sin que conste de qué punto. Ignórase tambien en qué convento habia tomado el hábito de la Santísima Trinidad, constando únicamente que habia estudiado en la universidad de París, en la que obtuvo el grado de doctor. Restituido á su patria, desempeñó una cátedra de griego en la universidad de Oxford, explicando en ella por espacio de algunos años. Despues fué ministro de los conventos de Cathenes, Dumbar y Barren. Terminados estos oficios se retiró al antedicho convento de Cathenes, donde murió el dia 22 de Agosto de año ignorado, á mediados del siglo XIV. Dejó escritas las siguientes obras: *De locutionibus græcis*; un libro. — *Sobre el canto Magnificat*; once lib. — *Sobre todas las Epístolas de S. Pablo*; veintidos libros. — *Sobre todos los Salmos de David*; seis libros. — *Sermones dominicales para todo el año*; cinco lib. — M. B.

ROBERTO Turnellarius, franciscano inglés del siglo XIII. Pocas son las noticias que nos han quedado de este religioso, citado por Wite en el catálogo de los escritores de su nacion, sin que nos diga ni áun los títulos de las obras por que merece mencion semejante. Sin embargo, consta que se distinguió por sus virtudes durante su larga carrera, y que en las diferentes prácticas religiosas fué uno de los individuos que más florecieron en su siglo. Era uno de los primeros de la religion Seráfica, y no podia ménos de suceder así, pues hallándose inmediatos á su fundador todos los franciscanos que

de él habian recibido ú oido las máximas y consejos, las ponian en práctica en todo su rigor, y se esmeraban á porfía en distinguirse en la observancia, que debió hacerles dignos del aprecio de S. Francisco, ó de sus discípulos que vivian aún, y á quienes veneraban como á padres y maestros, como á ejemplos y modelos de virtud y perfeccion. Turnellarius, que floreció en aquella edad de oro de la religion Seráfica, no fué por lo tanto inferior á ninguno de sus hermanos; como ellos, conocia los altos destinos á que estaba llamada su Orden, el brillante porvenir que la esperaba, y comprendia que para conseguirlo todos ellos estaban obligados á poner con firmeza y solidez las bases sobre que debia establecerse tan majestuoso y sólido edificio. Roberto fué por lo tanto uno de aquellos héroes, que teniendo que dirigirse al pueblo para obtener de él el necesario sustento en cambio de sus buenos consejos y doctrinas, no perdonó penitencias ni maceraciones, abstinencias y ayunos. Fué continuo en la oracion, asíduo en todas las prácticas religiosas, y se distinguió en todo lo que á la regla de su Orden y sus sagrados deberes se referia. Activo, emprendedor, decidido y enérgico se presentaba á predicar en las calles y sitios públicos, recordando al pueblo sus deberes, mandándole reformar sus costumbres, llamándole á penitencia, y encaminándole por la senda de la perfeccion. Nada se le importaban las terribles amenazas, los insultos y baldones de un populacho soez, enemigo de toda correccion y freno: deseoso de dar su vida por Jesucristo, y de imitar á su patriarca S. Francisco de Asís, todo lo desafiaba, con todos luchaba y combatia, consiguiendo con frecuencia triunfos tanto más gloriosos cuanto ménos mérito los daba, y más olvidados han quedado para siempre quizá. Tuvo para esto que dar muchos ejemplos de abnegacion y humildad, de caridad y de amor; pero ¿qué se le importaban tantos sacrificios á aquel cuya vida era un perpétuo sacrificio, y cuya historia solo puede hacerse recurriendo á la de los primeros siglos de su Orden, y pintando las costumbres de los primitivos franciscanos?—S. B.

ROBERTO DE UZES (B.). Nació en la ciudad de este nombre, de casa antigua é ilustre, segun se asegura, aunque sin designarla. Nada se ha escrito sobre sus estudios y sus adelantos, sino que se admiraron desde muy temprano en él las luces y el celo de un profeta. Miéntras aprendió la gramática tenia revelaciones, visiones sobrenaturales, que tendian á reformar las costumbres públicas y á reanimar las virtudes cristianas. Ordenado de sacerdote tan pronto como tuvo la edad necesaria, predicó la penitencia con tanta más autoridad cuanto que era el primero á dar el ejemplo. A últimos del año 1292 se despojó sin reservarse ninguno de todos los bienes que habia heredado, y que segun los antiguos cronistas dominicos se hallaban situados en Sadon, probablemente Salon, cerca de la Durance. Para consa-

grarse más irrevocablemente todavía á la pobreza, resolvió tomar el hábito de la órden de los PP. Predicadores, y habitar su convento en Aviñon, pensamiento que le habia inspirado el espíritu divino. Sus superiores vacilaron en admitirle, no estando bien seguros de su mision profética. Pero compareció en un capítulo celebrado en Carcasona en 1293, en que fué interrogado, admitido, recomendado á las oraciones de todos los hermanos de la provincia narbonesa, mandándose celebrar misas por él : *Suffragia... pro Fr. Roberto de Usetia, fratre nostro, qui in præsenti capitulo provinciali professionem fecit, scilicet in festo S. Marthæ* (27 de Julio á la sazon en el calendario dominicano), *quilibet sacerdos imani missam, et quilibet conventus unam de B. Virgine.* Habiendo entrado de esta manera en el estado monástico, Roberto extendió su apostolado á Francia, Italia y Alemania. Sus predicaciones proféticas advertian á los monjes, los prelados, ó los príncipes, de sus deberes y de sus peligros ; daba de parte de Dios consejos al pontífice Celestino V y amenazaba á Bonifacio VIII. Pero esta mision tan activa y un tanto peligrosa no fué de larga duracion ; el apóstol, al regresar del capítulo general de Estrasburgo, cayó enfermo en Metz y murió conforme lo habia profetizado. Soneges fija esta muerte en 4 de Junio de 1296 ; otros la colocan con ménos verosimilitud en 1297. Un cronista ha cometido el error harto notable de hacer morir al profeta de Uzes en 1292 en el convento de los PP. Predicadores de Aviñon, que es la fecha y el lugar de su entrada en esta Orden, y no el de su muerte. Fué en un principio enterrado en el claustro del convento de Metz ; el general Bernardo de Yuzique le mandó exhumar en 1301, y le señaló un honroso sepulcro en el convento de Dominicos de Aviñon. La órden de Sto. Domingo celebra su memoria en 4 de Junio. Roberto de Uzés, cuyo nombre ha perdido hoy casi toda su celebridad, la obtuvo muy grande durante su vida por su celo y virtudes ; sin embargo, se distinguió poco como escritor. Dejó no obstante, segun Jacobo Lefebvre de Etaples, muchas epístolas y un opúsculo sobre el glorioso martirio de las once mil vírgenes de Colonia. La historia literaria de los PP. Predicadores no menciona sus producciones, pero refiere las visiones de Roberto publicadas por el mismo Lefebvre en un volúmen en fólio, impreso en 1513 por Enrique Estienne con el título de *Liber trium virorum et trium virginum spiritualium*, volúmen que es muy raro. Las tres vírgenes, cuyas maravillosas revelaciones contiene, son : Sta. Hildegarda, Sta. Isabel de Schonange y Santa Mechtilde. Los tres profetas son : Hermas, Uguetino y Roberto de Uzés. Los dos libros de este último se intitulaban : el uno, *Incipit liber sermonum Domini Jesuchristi, quos locutus est in servo suo ;* el otro, *Liber visionum, quas dedit videre Dominus Jesus servo suo.* El primero tiene treinta y cinco capítulos; el segundo treinta y ocho, precedidos de algunas líneas, en que el editor

Jacobo Lefebvre advierte que el libro segundo fué compuesto en su mayor parte por Roberto ántes de su admision en la órden de Sto. Domingo, y que por consecuencia este libro debia colocarse el primero, pero que no hay inconveniente en esta trasposicion, atendido á que en ambas partes solo se trata de visiones edificantes y saludables. Roberto sufre constantemente éxtasis en su retiro, en sus viajes y áun en la comida, diciéndose que tuvo uno en Paris, hallándose comiendo con sus hermanos en el convento de la calle de Saint-Jacques. Sus discursos y sus escritos no consisten por lo comun más que en la relacion de las milagrosas apariciones que han herido sus sentidos. En 1291 fué trasladado en espíritu á Roma al palacio de Latran, donde se identifica el sexo del papa: *ubi dicitur probari papa, an sit homo.* Hecho que nos demuestra hasta que punto se hallaba acreditada entónces la fábula de la papisa Juana. El P. Mabillon sostiene que acababa de inventarla y propagarla el dominico Martin de Polonia, muerto en 1278. Echard asegura que no se lee en los mejores manuscritos de la crónica de Martin, y que el impostor es más antiguo, más cercano al siglo IX, en que se coloca á la pretendida papisa. De todas maneras, Roberto de Uzés estaba imbuido en este deplorable cuento como otros muchos. Hé aquí las palabras que le ordena dirigir el Señor á los PP. Predicadores: *Filiis catuli varicosi dic: Elevantes recessitis ab humilitate prima. Gloriamini in sublimitate scientiarum vestrarum, eo quod plures aliis habetis peritos. Humiliamini sub manu mea excelsa, dantes laudem nomini meo, quia docui vos et enutriens creavi vos in medio caliginis. Patribus vestris dedit spiritu scientiæ, quem non auferam à vobis, si humiliantis cognoveritis, quia ego Dominus scientiarum sum.* Si esta leccion de humildad acusa á los dominicos algun tanto de orgullo, atestigua tambien su aplicacion al estudio, sus progresos en las ciencias, su superioridad en el siglo XIV sobre las demás órdenes monásticas. Ninguna produjo un número tan grande de hombres de mérito. Pero encargados de las funciones de predicadores é inquisidores, necesitaban tambien hombres tan fervorosos y celosos como Roberto de Uzés.—S. B.

ROBERTO Varoye (Fr.), trinitario. Fué natural de Escocia, ignorándose de qué punto, asi como tambien el convento donde habia tomado el hábito de la Santísima Trinidad. Hizo sus estudios en la universidad de Oxford, obteniendo en ella el título de doctor, y volvió á su provincia y convento de Valdescocia, llamado por la religion, que deseaba utilizar sus servicios y vastos conocimientos científicos. De Valdescocia pasó al convento de Aberdeen, donde llegó en ocasion que estaban reunidos el P. Provincial y los definidores ó correctores de la Orden, celebrando una junta para tratar de graves asuntos relativos al gobierno de la religion. Habiéndole dado parte del objeto de la reunion y determinaciones que se habian tomado, ma-

nifestó que no le parecia bien el acuerdo, sin hablar otra palabra. Aunque los superiores le instaron para que manifestase su parecer, no quiso decir cosa alguna hasta que habló el último de los constituidos en dignidad, y entónces emitió su juicio, que á todos pareció muy conveniente y arreglado, y determinaron seguirle en todas sus partes, declarando á Fr. Roberto por varon entendido, de notable valor y sabiduría, cuya opinion fué acreditada por los buenos efectos que en adelante produjo su decision. Retiróse despues de este suceso á Valdescocia, pero su retiro fué de corta duracion, porque los superiores le sacaron de él para encargarle varios ministerios, en todos los cuales se portó como varon de suma rectitud, prudencia y sabiduría. Terminados sus oficios, retiróse definitivamente al convento de donde habia salido, en el cual murió el dia 21 de Octubre del año del Señor 1289, dejando escritas las siguientes obras: *Sobre las epístolas de San Pedro y San Juan, apóstoles*, cinco libros; — *Sobre el cántico de Ezechias*, tres libros; — *Sobre el misterio de la Santísima Trinidad*, ocho libros; — *De la Fe, la Esperanza y la Caridad*, tres libros; — *De la mísera condicion del hombre*, ocho libros. — M. B.

ROBERTO Veise de Ulmo (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra y acaso de Cambridge, puesto que en el convento de la mencionada poblacion tomó el hábito de la Santísima Trinidad. Hizo sus estudios en la famosa universidad del mismo punto, donde fué graduado de doctor y se empleó por espacio de muchos años en explicar las ciencias en sus cátedras, no queriendo aceptar nunca los diferentes empleos y honoríficos cargos que la Orden le ofrecia, renunciando hasta el cargo de prelado de su propio convento, para el que fué muy rogado, por las buenas prendas que en él resplandecian; pues fué amable, caritativo, celoso del esplendor del culto y de la observancia, y de muy recta intencion. Escribió varias obras, cuya memoria se ha perdido completamente; existiendo solo una titulada *Catholicon*, dividida en tres libros, y que se conservaba en la librería del convento de Cambridge, donde murió el dia 10 de Setiembre de año ignorado. Floreció por los de 1450, siendo muy probable que no pasáran muchos años desde esta fecha hasta la época de su muerte. — M. B.

ROBERTO Victoriano (Fr.), trinitario. Era inglés y natural acaso de Karenesburgo, puesto que en su convento recibió el hábito de la Santísima Trinidad. Fué contemporáneo del ilustre confesor Fr. Roberto, de quien haremos mencion más adelante, y muy afecto á él, procurando imitarle en sus evangélicas costumbres y su angélica piedad. Habiendo la nobleza inglesa levantado el estandarte de la cruzada para marchar á la Tierra Santa á la conquista del Sepulcro de Cristo, y siendo preciso que la religion contribuyera con sus auxilios espirituales, mandó el general de los Trinitarios á

los prelados de todos los conventos nombramientos en blanco, para que los llenáran con los nombres de los que voluntariamente se ofrecieran á pasar á aquellas apartadas regiones. Llegando la nueva al convento de Karenesburgo ofrecióse de muy buena voluntad, entre otros, Fr. Roberto, y partió acto contínuo con la expedicion, resuelto no solamente á suministrar el pasto espiritual de las almas, sino tambien á pelear animosamente contra los infieles y á perder su vida en defensa de la religion. Hicieron su viaje con gran prosperidad llegando en breve tiempo á la Tierra Santa, donde esperaban conseguir la honra guerrera y el lauro celestial. Mas habiendo sido adversa la fortuna á los caballeros ingleses, y quedando unos muertos y otros cautivos, fué Fr. Roberto del número de estos últimos. Encerráronle los infieles en un oscuro calabozo cargándole de duros hierros y haciéndole sufrir como á los demás cautivos, hambre, miseria y desnudez, cubriéndole de injurias y de baldones, conceptuándole por su carácter de religioso como uno de los principales autores de la expedicion, determinando en venganza mandarle quemar vivo en union de otro religioso llamado Fr. Cornelio. Algunos de los que asistian á la deliberacion en que se propuso sacrificarles, se opusieron á que se ejecutára la sentencia, no por piedad y conmiseracion, sino con objeto de que padeciesen más y les fuese más penosa su existencia, y determinaron por tanto venderlos á unos egipcios en calidad de esclavos, dándoles por una mezquina suma y encargando á los compradores les ocupáran en los trabajos más duros y penosos, á fin de que sucumbiesen al rigor de la privacion y de las mortificaciones. Apénas salieron de la Palestina los benditos padres, permitió Dios que cambiára su suerte; pues sus dueños eran hombres tan humanos y compasivos, que no solo no les hicieron sufrir el mal trato que sus vendedores les recomendáran, sino que se comunicaron con ellos como si fueran sus compañeros, y áun como si perteneciesen á su propia religion. Con este motivo pudieron llenar muy bien sus obligaciones de sacerdotes, asistiendo á los cristianos que gemian en la cautividad en varias poblaciones de Egipto, consolándolos en su aflicion, sirviendo de intermediarios para ejecutar muchas redenciones, y llegando, en fin, su fervoroso celo, hasta el extremo de predicar á los moros la fe católica, logrando hacer muchas conversiones. Ocho años empleó Fray Roberto en estos santos ejercicios; pero habiendo sido delatado como instigador contra la ley mahometana, su dueño, que se preciaba de acérrimo defensor de su creencia, le llamó ante si y le ordenó que públicamente renegára de la fe de Cristo y abrazóse la de Mahoma. Habiéndole contestado Fr. Roberto que de ninguna manera ejecutaria tal cosa aunque le costára la existencia, furioso el egipcio, y creyendo ejecutar un acto meritorio, desnudó su alfanje y cortándole de un solo golpe la cabeza, envió su bendita

alma al cielo á recibir la palma del martirio. Tuvo lugar esta ocurrencia el dia 17 de Agosto del año 1224. Algunos religiosos que se hallaban cautivos le tributaron los honores fúnebres que les fué posible hacer en la precaria situacion en que se encontraban, consignando en una relacion todas las particularidades que llevamos citadas, cuya relacion, enviada á Europa, sirvió para consignar en las crónicas de la Orden la memoria de este suceso, y para que Fr. Roberto fuese considerado como uno de los mártires de la religion Trinitaria. — M. B.

ROBERTO DE VOORDOSTOCH (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra, probablemente de la poblacion que lleva el mismo título de su apellido. Tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Santa Cruz de Hunstow, próximo á Lóndres, pasando á hacer sus estudios á la célebre universidad de Oxford, saliendo tan sumamente aprovechado en las ciencias, que no solo obtuvo el grado de doctor, sino que le encargaron el desempeño de algunas cátedras, que regentó por espacio de muchos años; porque viendo los superiores los grandes frutos que obtenia y el mucho crédito que iba adquiriendo, no quisieron ocuparle en ninguno de los oficios de la religion que pudieran distraerle de la enseñanza, y así permaneció la mayor parte de su vida en la universidad, empleado en la instruccion y en el cultivo de las buenas letras. Siendo ya muy anciano, se retiró á su casa de profesion, donde falleció á poco tiempo de haber llegado, dejando muchos y muy claros testimonios de su virtud y su sabiduría. Ocurrió su fallecimiento el dia 25 de Julio de año ignorado. Floreció por el de 1267, y dejó escritas las obras siguientes, que por espacio de muchos años se conservaron con grande aprecio en la librería de su convento: *Sobre toda la Lógica y Física de Aristóteles*, cuatro libros.—*Tratado de la Gracia y del Pecado*, dos libros. — *Tratado de la Predestinacion y del libre Albedrío*, dos libros. — *Tratado de la Encarnacion*, dos libros. — *Tratado de los Sacramentos*, tres libros.—Escribió además varias contestaciones y discursos contra los herejes de su tiempo, que reunidos formaban cinco libros. — M. B.

ROBERTO WALDEBIO (Fr.), agustino inglés, descendiente de una familia tan antigua como ilustre. Muchos de sus parientes habian ocupado las primeras dignidades de la Iglesia y el Estado, y su hermano Juan era á la sazon arzobispo de Dublin, habiendo sido elegido para la silla de Yorck. Roberto recibió su primera educacion en el seminario de Tickel, donde aprendió las máximas de la piedad, que tanto habian distinguido á sus mayores. Hizo sus estudios con notable aprovechamiento, y no tardó en ser mirado como uno de los varones más eruditos de su época. Pero á pesar de su amor al retiro, no tuvo que tardar en despedirse de su adorada soledad, porque los príncipes de Inglaterra, que profesaban grande afecto á su fa-

milia, le llamaron á su lado, y Roberto hubo de acompañarlos á Francia, donde se verificaba entónces aquella sangrienta lucha que duró tantos siglos, y solo terminó cuando se debilitaron por completo las dos combatientes naciones. Pero Roberto aprovechó su mansion en Tolosa para perfeccionar sus estudios, y despues de haber cursado las letras sagradas y obtenido el grado de doctor en teología, fué catedrático público y dió á luz muchos escritos, cuyos títulos no han llegado por desgracia hasta nosotros, aunque todos los autores hablan de ellos con notable encomio. Distinguido orador, repartió á los fieles el pan de la divina palabra, y mereció de los príncipes que acudian con frecuencia á sus sermones, toda clase de premios, siendo elevado á las primeras dignidades. Nombrado en un principio obispo de Aise en la Gascuña, no tardó en ser promovido de esta silla á la arzobispal de Dublin en 1390, siendo al mismo tiempo honrado por sus monarcas con otros empleos, en particular el de canciller de Irlanda, que desempeñó hasta su muerte. Mas no solo los soberanos ingleses sino tambien los pontífices, se apresuraron á conceder á Roberto sus gracias y favores. Bonifacio IX le concedió licencia en 1392 para rezar las horas canónicas conforme á la costumbre de la Iglesia romana, y en el mismo año le dió su permiso para visitar las iglesias, monasterios y todas las personas, así seculares como regulares, de su Orden. En 1395 fué promovido á la silla de Chichester, y en 1399 á la de Yorck. Murió por último en Lóndres en 1400, y fué enterrado en la abadía de Westminster en medio de la capilla de San Edmundo, en un sepulcro de mármol, en que se lee el siguiente epitafio:

Præsul Adurense post hæc Archiê Dubliné,
Hinc Cicestrem, tamdem primas Eboreñ
Hic fuit expertus quovis in jure Robert
De Walhi dictus, nunc est sub marmore strictus;
Sacræ Scripturæ doctor fuit et genituræ
Ingenus medicus et plebis.

S. B.

ROBERTO Walderio (Fr.), trinitario. Fué inglés y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Montidor, perteneciente á la Orden mencionada. Hizo sus estudios en la universidad de Cambridge, donde obtuvo el título de doctor. Fué gran predicador y acérrimo enemigo de los herejes, muy erudito y apreciador de las buenas letras, no siendo ménos distinguido por su piedad y sus virtudes, mereciendo por ellas que le nombráran provincial de Inglaterra. Celebró capítulo, cuyas luminosas actas fueron en adelante muy apreciadas por sus sucesores, observándose todas las prescrip-

ciones contenidas en ellas. Hizo por sí mismo una copiosa redencion, en la que fueron puestos en libertad trescientos doce cautivos. Aumentó la librería del convento de Montidor con raros y preciosos libros, en cuya adquisicion invirtió grandes sumas; y cuando la religion esperaba grandes cosas de sus aciertos, abandonó la vida activa y se retiró á su convento con ánimo de divertirse en el ameno jardin que él habia plantado, es decir, en la biblioteca. Dedicado exclusivamente á los trabajos de la pluma, produjo las obras que á continuacion se expresan, y vivió retirado hasta que ocurrió su fallecimiento en 9 de Octubre de 1280. Véanse los títulos de sus escritos: — *Sobre el Génesis*, diez y seis libros. — *Sobre los jueces*, siete libros. — *Sobre Judith*, dos libros. — *Sobre Esther*, dos libros. — *Sobre el cántico de Ana*, tres libros. — *Sobre el canto Magnificat*, dos libros. — *Alabanzas de la órden de la Trinidad*, cinco libros. — *Alabanzas de la Santísima Vírgen*, un libro. — M. B.

ROBERTO Waldoquio (Fr.), trinitario y cardenal de la santa Iglesia romana. Este esclarecido religioso fué el cuarto que obtuvo la honra de ser revestido con la púrpura cardenalicia desde la introduccion de la Orden Trinitaria en los reinos de la Gran Bretaña. Era natural de Escocia, de muy ilustre sangre, y tomó el hábito de la antedicha sagrada Orden en el real convento de la ciudad de Aberdeen. Pasó á hacer sus estudios á la universidad de Oxford, y fué graduado de doctor teólogo, con grande aplauso y aprobacion de aquellas célebres escuelas. Presentado por el rey de Escocia para la concesion de algun distinguido cargo eclesiástico, atendida la nobleza de su cuna y la excelencia de su talento, fué nombrado por el Sumo Pontífice obispo de Sidonia, en la Siria; y pasando á aquellos remotos países á tomar posesion de su cargo, le desempeñó con tanto acierto y obtuvo tan copiosos frutos con su predicacion, manteniendo inalterable la fé en los corazones de sus ovejas y conquistando para Dios muchas almas, por las conversiones logradas en muchos infieles, que agradecido el sumo pontífice Urbano IV, y á fin de premiar sus servicios, le creó cardenal de la santa Iglesia romana el año 1271. Revestido de tan eminente carácter, pasó Fr. Roberto á la capital del mundo cristiano á dar las debidas gracias al pastor universal, por la alta honra que le habia dispensado. Vuelto á Escocia, continuó mereciendo en unos términos la confianza y aprecio del Soberano, que éste pretendió elevarle á la más alta dignidad eclesiástica del reino, cual era la de arzobispo de S. Andrés, primado de Escocia. Aunque la pretension hubiera sido favorablemente despachada, la muerte impidió que tuviera efecto su elevacion, y cuando se estaban celebrando las negociaciones, falleció el venerable Cardenal el dia 9 de Octubre del año 1272. Dejó escritas varias obras, que segun aseguran los que las vieron, eran otros tantos claros tes-

timonios de su ilustracion y su virtud. Pero todas ellas se han perdido con el trascurso de los tiempos, y solo han podido conservarse los títulos de algunas, que son los siguientes: — *Sobre el Maestro de las sentencias*, seis libros. — *Sermones adventuales ó de adviento*, tres libros. — *Sobre el misterio de la Santísima Trinidad*, cinco libros. — *De qué modo perdona Dios*, un libro.—M. B.

ROBERTO WARIO (Fr.), trinitario. Fué natural de Inglaterra ó de Irlanda, ignorándose de qué pueblo, y variando el parecer de los biógrafos de la Orden, hasta no afirmar terminantemente de qué provincia era nativo, por lo cual, como muy oportunamante dice el P. Lopez en sus *Noticias históricas de la Orden*, se comprende que debia ser varon de suma valia, cuando cada uno de los reinos de la Gran Bretaña pretendia hacerle hijo suyo. Este ilustre religioso tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Luigoeas, en Irlanda, una de las casas mas pequeñas y humildes de la provincia; pero habiendo manifestado suma perspicacia, gran aficion al estudio y despejado talento, comprendieron todos que seria grande lástima malograr aquellas felices disposiciones, y le enviaron por lo tanto á estudiar á la universidad de Cambridge, donde se graduó de doctor y regentó algunas cátedras. Divulgándose muy pronto la noticia, así de su ilustracion, como de sus virtudes poco comunes, la religion le sacó de las aulas y le llevó á desempeñar el cargo de ministro del convento de Korkagia; cargo que aceptó él, aunque con suma repugnancia, pero vencido por conocer la suma falta que en aquella casa habia de una acertada direccion, y porque además, como la Orden deseaba utilizar sus conocimientos y su persona, le impuso el precepto de la santa obediencia, al que ningun religioso puede negarse jamás. Hecho ministro, fué inmediatamente á tomar posesion de su cargo. Encontró el convento sumamente atrasado, la disciplina algo relajada y hasta el edificio muy destruido por las injurias del tiempo. Aquel primer aspecto le desanimó, y quiso volverse para renunciar con más insistencia el cargo. Mas rogado así de los religiosos como de los eclesiásticos y seglares del pueblo, que se ofrecieron á asistirle y ayudarle, tomó posesion del destino y empezó fervorosamente á ejercer su ministerio. Y como empezase á difundir con grande acierto la luz de su sabiduría y el ejemplo de sus virtudes, fuéle el Señor favoreciéndole de tal suerte, que al cabo de un año ya tenia arreglada la observancia, desempeñado el convento y reparada la fábrica. Estableció y procuró que se celebrasen los oficios divinos con mucha reverencia, ejecutándose puntualísimamente todas las ceremonias, porque decia que la renta más segura que puede tener cualquier convento, es servir á Dios con puntualidad en el coro y en la iglesia. En vista del buen resultado que produjera su gobierno, le encomendaron sucesivamente los superiores el cuidado

y reforma de otros conventos, que se hallaban tambien algo atrasados, y á todos los remedió y desempeñó merced á su gran celo, prudencia, economía y rigida observancia. Despues de algunos años invertidos en estas molestas tareas, fué nombrado ministro provincial, y ejerció este cargo admirablemente y á satisfaccion de todos. En recompensa de tantos servicios, y deseosos los superiores de colocarle en nuevos sitios, donde manifestára sus talentos y buena disposicion, le nombraron vicario ó comisario general de las tres provincias, Inglaterra, Escocia é Irlanda, en las cuales reformó cuanto halló relajado, y estableció la pureza y esplendor del culto divino, donde veia que no se ejecutaba como la Majestad á quien se ofrece requiere. Siendo vicario, y por razon de su destino, estuvo muchas veces en las córtes de Inglaterra y de Escocia, captándose la voluntad y el afecto no solo de los reyes, sino tambien de los grandes y magnates, quienes pusieron en conocimiento de su santidad Urbano V los méritos y virtudes de aquel esclarecido religioso, proponiéndole para algun honorífico puesto de la Iglesia. El Sumo Pontifice le nombró arzobispo de Dublin. Sorprendióle la noticia de su nombramiento hallándose en Escocia, pero deseoso de corresponder á la confianza que en él depositáran, y al mismo tiempo de trabajar en beneficio de las almas, aceptó tan elevado como espinoso destino, y fué á tomar posesion de su arzobispado, en el que le recibieron con extremada alegria tanto eclesiásticos como seglares. Pero el gozo de las ovejas y la satisfaccion del pastor no duraron mucho tiempo, pues habiendo sido uno de los primeros cuidados del nuevo arzobispo reformar y enmendar las relajadas costumbres públicas, suscitáronse contra él algunas persecuciones que le acarrearon no pequeños disgustos y pesadumbres. Pero no doblando el Arzobispo su entereza á los ruegos ni á las amenazas de los poderosos, tratando de conservar siempre sus derechos y de mantener íntegra la pureza de la fe y de las buenas costumbres, las persecuciones fueron en aumento y hasta llegó el caso de verse amenazada su existencia. En medio de aquel alborotado mar y circuido de tantos riesgos, el santo arzobispo, puesta en Dios su entera confianza, permaneció impasible y sereno, prefiriendo el servicio y la honra del Señor á la amistad de los poderosos, á las vanas consideraciones humanas, y hasta á la conservacion de la vida. En vez de ocultarse y de huir del peligro, él mismo le buscaba y con santa entereza se exponia. Buscó á algunos de los más poderosos á la vez que de los más protervos, les afeó su conducta, los amenazó con la celeste ira, y les dijo, en fin, tantas y tales cosas, que viendo ellos no tenian otro remedio que abrazar la enmienda ó precipitarse por la senda del crimen en el abismo de la perdicion, tomaron el partido de corregir sus costumbres. Logrado tan santo fin, rindió el Arzobispo humildes gracias al Todopoderoso, y acogiendo con

el mayor cariño á sus arrepentidos enemigos, logró hacer mansos corderos á los que ántes fueran encarnizados lobos, reformando de tal suerte su arzobispado, que interin le duró la vida no tuvo ocasion ni necesidad de volver á reprender escándalo alguno. Lograda, pues, tan alta empresa, dedicó el resto de su vida á practicar obras de caridad, repartiendo el producto de las rentas de su mitra en abundantes limosnas, y haciendo tantos favores, que todos sus feligreses le amaban como al más cariñoso de los padres. Con crédito de santo y generalmente bendecido, gobernó hasta su dichosa muerte, ocurrida en 13 de Agosto de año ignorado. Este religioso fué el décimo que obtuvo la dignidad arzobispal desde la introduccion de la religion trinitaria en la Gran Bretaña.—M. B.

ROBERTO DE WIMI, premonstratense. La biblioteca de la ciudad de Laon posee dos colecciones manuscritas de sermones, atribuidas ambas, desde hace mucho tiempo á *Roberto de Wimi*, canónigo de la antigua abadía de nuestra Señora de *Cuissi*, una de las cuatro primeras de la órden de Premontré. Estos manuscritos han pasado de la abadía de Cuissi á la biblioteca departamental del Aisne, donde se hallan en la actualidad. Se hallan ambos en pergamino, y parecen escritos á últimos del siglo XIII ó principios del XIV. Hé aquí las razones por que se atribuyen estos sermones á Roberto de Wimi. Al frente del primer manuscrito se leen estas palabras: *Conciones variæ, tum in capitulo generali, tum in festis annuis, tum in visitationibus habitæ. Auctorem hujus libri reperies folio* 207; *et vocatur Robertus de Wimiaco, can. eccl. B. M. Cuissiacensis.* Es verdad que estas palabras son de una mano mucho más moderna que la que copió la obra, cuyas veinticuatro primeras hojas han desaparecido, pero en la segunda columna de la hoja 207 se encuentra esta antigua inscripcion, que parece referirnos en efecto el nombre del autor: *Hunc librum scripsit frater Robertus de Wimiaco canon. ecclesiæ beatæ Mariæ Cuissyacensis.* En el segundo manuscrito, que está completo, en que un lector laborioso ha numerado 614 páginas á dos columnas, y ciento veinte sermones ó fragmentos de sermones, no se encuentra ningun nombre de autor ó de copista; lo que no impidió escribir quizá en el siglo pasado, en la hoja que precede á los sermones: *Fr. Roberti de Wimiaco, canonici Cuissiacensis, Conciones, quas tum in capitulis generalibus, tum in variis anni festis et dominicis habuit.* Si este título no se ha colocado allí por equivocacion, es muy posible que la opinion que expresa, y que se ha querido dar despues al olvido, pegando encima de estas palabras un papel, á cuyo través pueden leerse todavía, se haya fundado no solo en la semejanza de la letra de estas dos colecciones, sino tambien en alguna tradicion de la abadía de Cuissi. Esta tradicion, si se ha admitido en algun tiempo, es completamente falsa, y no tememos afirmar que ha habido razon para que-

rer suprimir esta nota, que no conviene más que al primer manuscrito, y que no pueden justificar las materias contenidas en el segundo. Tampoco era necesario escribir, como se ha hecho al dorso del volúmen, sobre la palabra *Conciones* el nombre de *Robertus de Wimiaco*. Aun ántes de la prueba inequívoca que hemos obtenido de la equivocacion, teniamos ya muchas razones para no admitirlo; la letra, que á pesar de la semejanza aparente, está muy léjos de ser igual, no autorizaria á concluir nada, aunque fuese del mismo copista; el estilo latino es muy diferente en ambas obras; por último, lo que nos parece más decisivo, los sermones de este manuscrito son del género de los que se llamaban *de tempore et de sanctis*, y ni uno solo se halla dirigido á un capítulo general, ya de la Orden Premonstratense, ya de otra cualquiera. Pero hay un testimonio más seguro: esta coleccion, que comienza por las palabras *Præparate corda vestra Domino*, y que se encuentra todavía en la biblioteca de Laon, es de Nicolás de Biart, que predicaba hácia el año 1250, y cuyos discursos manuscritos se encuentran tambien en la Biblioteca Imperial de Francia, siendo quizá los mismos de que habla Echard, puesto que contienen tambien el tratado de *Conscientiæ* de Roberto Sorbon, y llevan esta suscricion: *Hi sunt sermones dominicales fratris N. de Biart, et primo quatuor historiales, quorum primus est de librum Regum*. Siguen á continuacion los sermones *de Sanctis*. Aunque Nicolás de Biart ó Byard (es decir de Bearn) no pertenezca á este lugar, sin embargo, ya que hablamos de sus sermones que no han llegado á ver la luz pública, diremos algunas palabras acerca de ellos. Una copia manuscrita de la tasa de los libros, publicada por la universidad de París en 30 de Enero de 1303, y que Du Boulay, que la cita algunas veces, no ha dado á conocer por completo, aunque le hubiera sido fácil extractarla del libro del rector, nos refiere que los sermones de Biart para los domingos contenian diez y ocho de estos. *Item sermones Biardi de dominicis, continens I.j pec., xviij den. Item sermones de festis xviij p.; vj den.* La comparacion con la tarifa impuesta para otras colecciones semejantes, demuestra que habia algunas más apreciadas. Las primeras palabras que nos han servido para reconocer el autor de estas homilías darán una idea de la trivialidad y de la rudeza semibárbara que se nota en ella con frecuencia: *Præparate corda vestra Domino, et servite illi soli. Dicitur vulgariter; qui est garniz Si n'est honiz. Garnitus enim et munitus* etc. Al frente del panegírico de S. Martin se encuentran tambien proverbios y dichos en lenguaje vulgar, y áun algunas palabras en que han creido reconocer un predicador inglés Pits y Casimiro Oudin. Aunque no se parecen en nada á los sermones bilingües de Oliverio Maillard y otros predicadores, son como un paso dado hácia esta extraña mezcla, casi inevitable en un género en que se queria, sin renunciar todavía al latin, ser compren-

didos del vulgo. Aunque los ciento veinte discursos de Biart, principalmente en la segunda parte, en que los hay sobre los apóstoles, los santos y los mártires en general y en particular sobre S. Juan Bautista, S. Andrés, San Pedro, S. Pablo, S. Nicolás y S. Clemente, nos hayan parecido algunas veces tan dignos de atencion, como otros muchos que se han impreso en los siglos XV y XVI, puede creerse que no se publicarán nunca, y no nos atreveriamos á decir que lo merezcan. Los que se atribuyen á Roberto de Wimi, estan tambien manuscritos. Las dificultades que se refieren ya á la fecha, ya al redactor de esta otra coleccion, serian más fáciles de resolverse si tuviésemos documentos más completos sobre las obras y los escritores con que podria honrarse la abadía de Cuissi. La *Galia Cristiana* no menciona al canónigo Roberto en la historia de esta abadía. La Paige, Oudin y George tampoco hablan de él. Los sermones que llevan el nombre de Roberto de Wimi no estan designados en ninguna obra más que en la de Luis Hugo, abad de Estival, que los cita en los Anales de la Orden premonstratense entre los manuscritos que se conservaban en Cuissi. El analista premonstratense indicó el homiliario en que se encuentra el nombre de Roberto. El apellido de este canónigo de Wimiaco le provenia sin duda de la aldea en que habia nacido, Wimi, en Tierrache, en el departamento de Aisnes, del canton de Hirson, próximo por el lugar de su nacimiento á las numerosas comunidades de la órden de S. Norberto, extendidas en aquella parte de Francia, Premontré, Bucilli, Tenailles, Claire Fontaine, Saint Martin de Laon y Cuissi; profesó en esta la última, y compuso ó copió al ménos por su mano los sermones que se nos han trasmitido con estas palabras: *Hunc librum scripsit frater Robertus.* Que los haya escrito Roberto como predicador ó como copista, ó como podria suponerse que procedan de diferentes manos, es preciso confesar que no tiene en la actualidad grande interés para nosotros, tan parecidos son en su mayor parte á los innumerables sermones de que se hallan llenas las bibliotecas. Como contienen, sin embargo, algunos rasgos á propósito para caracterizar la elocuencia de aquella época, la órden para que fueron compuestos ó el siglo que los oyó, daremos algunas ligeras noticias sobre estos sermones, que podrán servir tambien para dar á conocer otros ejemplares. La coleccion, que lleva el nombre de Roberto Wimi, se halla escrita á dos columnas de cuarenta y tres líneas cada una, y tenia doscientas ocho hojas, cálculo que ha podido hacerse á pesar de la pérdida de los primeros códices, porque los cuadernillos de papel se hallan signados al fin de ocho en ocho hojas, y se ve asi que faltan tres cuadernos. El número total era de veintiseis. En esta larga série de columnas, cuya letra es bastante clara, pero muy compacta y llena de abreviaturas que reducen con frecuencia las palabras á una sola letra, no es difícil se escapase

alguna noticia sobre el origen de estos discursos: el único indicio que nos ha parecido de alguna utilidad para fijarle, al ménos por conjetura, se encuentra al fin del sermon cuarenta y cinco, dirigido como otros muchos de esta coleccion á un capítulo general: *Oremus etiam pro omnibus defunctis... et præcipue pro nostri Ordinis fratribus et sororibus, et principalissime pro prelatis Ordinis nostri defunctis, sive totius ordinis, sive Ecclesiæ Premonstratensis, et affectuosissime pro eis qui decceserunt in diebus nostris, sicut pro domino Johanne, et cet.* Como indudablemente estas palabras se refieren á un abad de Premontré, llamado Juan, este abad podria ser, ó Juan de Rocquigni, fundador del colegio de Premontré en la universidad de París en 1252, y muerto en 1269, ó si se quiere avanzar mucho más en el siglo XIV, Juan de Castallion, muerto en 1339, ó bien Juan de S. Quintin, muerto en 1352. Pero nos parece más probable que estos discursos fuesen en efecto pronunciados en 1269 á 1278, en tiempo del abad Guerric, sucesor de Juan de Rocquigni. El autor ó el colector habrian por lo tanto podido morir á últimos del siglo. Sentimos no poder indicar, á causa del gran vacío que tiene el manuscrito al principio, ni las primeras palabras del texto que sirven para indicar esta clase de colecciones, ni el motivo ó el número de los sermones hasta el que es hoy el principio del códice, y que se halla destinado á una asamblea capitular. No reina el mejor gusto, como puede juzgarse por el uso que hace de su erudicion profana. Despues de largas comparaciones tomadas de las estrellas fijas, de los planetas, y por último del gran año de 36.000 años á que llama año de Empedocles, llegamos á este paralelo. «Segun Ptolomeo, las estrellas son, ó tenebrosas, ó nebulosas, ó luminosas. Así es que para nosotros son algunas todavia tenebrosas, estan aún sumidas en la noche de la ignorancia ó del pecado, tales como los novicios y los que son nuevos en la Orden, y que teniendo mucho oculto y poco manifiesto, se asemejan á las tenebrosas. Otros son nebulosos, ó medianamente ilustrados por las luces de la ciencia y de la piedad. Otros, por último, son tan brillantes como las estrellas luminosas, es decir, que la doctrina y la santidad les rodean de esplendor: tales son todos los miembros de este capítulo general. Sigue despues un panegírico de S. Agustin, el jefe y padre de los canónigos regulares premonstratenses, y á quien compara al sol, lo que es muy justo, puesto que sus discípulos son estrellas; un sermon sobre la Natividad de nuestra Señora, en que emplea largas columnas en explicar el nombre de María por *amarum mare*, porque es un océano de gracias, y en que se indica apénas, siguiendo á S. Anselmo, la Inmaculada Concepcion, declarada con mayor claridad en su segundo discurso sobre la misma fiesta; otro sobre S. Lucas, cuyo nombre da tambien lugar á un grande número de comparaciones sacadas de la luz de los astros; otro sobre todos los Santos

que desde lo alto del empíreo, son para el autor una abundante mina de metáforas y comparaciones. Creeríase encontrar algunos hechos instructivos en los dos sermones que siguen, compuestos ambos para la visita anual de los monasterios de la Orden y consejos dirigidos á los confesores; pero no contienen más que lugares comunes, sofocados con frecuencia segun la costumbre de la mayor parte de los antiguos sermonarios, bajo una multitud de citas de la Biblia, y cuya esterilidad no pueden disfrazar todos estos vanos adornos. El sermon sobre S. Juan Evangelista es mucho más notable por algunos rasgos atrevidos, que no nos atrevemos á traducir, contra los prelados, que en vez de ser igualmente caritativos para todos, se entregan á preferencias sospechosas. Otros sermones sobre la Purificacion de María Santísima, el miércoles de Ceniza, la cátedra de S. Pedro, no carecen, el último en particular, ni de facilidad en el estilo, ni de sutileza en las interpretaciones alegóricas de que se componen con mucha frecuencia estas instrucciones. El décimocuarto y décimoquinto, dirigidos á los prelados, se expresan tambien con cierta severidad sobre las costumbres de estos jefes de la Iglesia. Despues de un discurso sobre la Anunciacion, en que se trata tambien de los astros y de Ptolomeo, hay una larga homilía sobre el Parasceve ó viernes santo, que le permite manifestar en toda su sencilla pedantería los conocimientos astronómicos que pretendia tener el autor. Con motivo de estas palabras del salmista, que aplica á la pasion: *Tempestas demersit me* y del versículo de S. Mateo: *Hodie tempestas*, expone, segun Séneca, los pronósticos verdaderos ó falsos de la tempestad: *Secundum naturalem enim astrologiam, cum corona circa sidera divellitur, indicium est tempestatis. Et hoc est, quod dicit Seneca de Naturalibus quæstionibus: Circa sidera, inquit, fit corona, que græce dicitur halo, etc.* Si la corona trazada al rededor del astro se desvanece, es que anuncia la calma, si se rompe, es la tempestad. Asi se rompió por la traicion de Judas la corona de los discípulos alrededor del Maestro: la tempestad comienza. Los demás pronósticos de la tempestad tomados de las estrellas y cometas, se desarrollan del mismo modo. No creemos que haya tantos cometas ni estrellas en ningun otro de los numerosos sermones de la pasion. La Cena, las Pascuas, S. Agustin se proponen dos veces todavía á la imitacion de los prelados; los tres primeros domingos de adviento son motivo de otros siete discursos, entre los que el del tercer domingo excede por su extension los límites ordinarios de este género de composiciones y forma un verdadero tratado. Hemos enumerado hasta aquí en el mismo órden de la coleccion estos primeros sermones, en número de veinticuatro, sin exceptuar ninguno; pero no creemos deber continuar esta nomenclatura, que sería tan fastidiosa como inútil, y en que aparecerian con frecuencia las mismas materias y los propios títulos. Mu-

chos se dirigen á los prelados; un número mayor todavía, pronunciados en los capítulos generales de Premontré, ó en las visitas de las abadías de la Orden, pueden contribuir sin duda á dar á conocer el gobierno interior de esta grande corporacion, tan notable como poderosa á la sazon. Nada más puede esperarse. En vano se busca en ellos las nuevas luces sobre la historia general, sobre el ejercicio de la inteligencia fuera de los monasterios: no podria esperarse encontrar nada semejante, como si hubiera sido uno de los jefes de la Orden quien hubiese usado la palabra, y no un simple canónigo, extraño probablemente á las pasiones y á los intereses del siglo. Para citar, sin embargo, algo de los numerosos discursos pronunciados en las visitas, y que pueden mirarse como los más instructivos de todos, traduciremos de uno de los últimos, el cincuenta y tres, esta semejanza, cuyos largos detalles que se nos debe permitir extractar, manifiestan en la apariencia en el autor, no un conocimiento exacto de la lengua griega, aunque haga tambien en otras partes algunas alusiones á ella, sino una imaginacion bastante viva y un ingenio bastante agudo: «Un árbol es un cuerpo que tiene sus raices fijas en la tierra, y cuyas ramas parten del tronco y se dirigen al cielo: el hombre se asemeja á un árbol, su cabeza con el rostro y los cabellos es la raiz: su cuerpo el tronco, sus brazos y sus manos las ramas pequeñas. Por esto se llama al hombre en griego, no sin razon, *anthropos*, es decir, un árbol inclinado. Y observad con este motivo que Dios ha querido que fuese así para manifestarnos que, lo mismo que el árbol por medio de su raiz, saca su virtud de la tierra en que está fijado, nosotros tambien tendemos hácia nuestra tierra nativa, es decir, hácia el cielo por nuestra raiz, es decir, por la cabeza asiento de la razon, etc.» Encuéntrase esta idea y desarrolla el predicador con cierta complacencia en una obra atribuida á S. Buenaventura, muerto en 1274, y que parece ser de Hugo de Estrasburgo; pero es posible que sea mucho más antigua, y que haya circulado desde mucho ántes, como otras comparaciones de este género por las iglesias y escuelas. A continuacion de los cincuenta y siete discursos que se han mirado como obra de Roberto de Wimi, y que pueden hacerse ascender hasta cincuenta y ocho, si se une el que se halla inmediatamente despues de su nombre, el manuscrito de la antigua abadía de Cuisse nos ha conservado veintiocho, que comienzan con este texto: *Nostra conversatio in cœlis est*, escritos por la misma mano, pero que no tratando más que de materias generales, repetidas sin cesar en todos los sermonarios, no nos ha parecido presentar ningun carácter particular que autorizase las conjeturas, ó sobre el autor de quien son obra, ó acerca de las circunstancias en que han podido pronunciarse. Nos ha parecido por lo tanto que áun para los que quieran hacer un estudio más extenso, tendrán

siempre ménos interés que los que se atribuyen á Roberto de Wimi. Nos figuramos en éste ó en el autor, cualquiera que él sea el de estos cincuenta y siete ó cincuenta y ocho sermones, un buen religioso, que apénas salia de su claustro de Cuissi, y que allí rodeado de una biblioteca bastante numerosa para aquella época, se valia de ella para componer homilías con más paciencia que talento, con más saber que gusto. Dedúcese de estas citas que habia leido, además de la Escritura Sagrada y las principales glosas, á S. Agustin, Boecio, Casiodoro, S. Gregorio, Isidoro, Beda, Raban Mauro, Anselmo, Hugo de S. Victor, Hainon de Halberstadt y S. Norberto el fundador de la órden de los Premostratenses, de quien recuerda é interpreta algunas veces instrucciones que no todas se han publicado. S. Juan Damasceno le era conocido por las versiones latinas. Habia leido tambien, aunque nunca usa más que el estilo eclesiástico, cierto número de autores profanos, como las traducciones latinas de algunos escritos de Aristóteles, Ciceron, Séneca, y en particular Ovidio, del que cita con frecuencia versos y hasta versos del Arte de amar. Pero el libro que se muestra más orgulloso de conocer, es la traduccion latina de la astronomía de Ptolomeo, de que hace uso á cada paso y que le da una multitud de alegorías tomadas del sol, las estrellas fijas y los planetas; este libro deberia formar parte de la biblioteca del convento. La analogía completa de las diferentes composiciones de la coleccion, nos obliga á creer que si hay algunas de origen diferente, son casi todas al ménos del mismo predicador. Obligado á vivir y escribir en el rincon de una provincia, el autor manifiesta un gran respeto por los conocimientos de los que han tenido la fortuna de estudiar en Paris, donde su Orden acababa de fundar un colegio en 1272. Si en los claustros, dice, se posee con más frecuencia la caridad, los doctores seglares y los estudiantes de Paris estan en posesion de la verdad: *In pluribus doctoribus secularibus et Parisiensibus scholaribus veritas invenitur sine charitate, et in multis religiosis et claustralibus charitas sine veritate.* Admiracion sencilla que se explica por el esplendor que daba entónces la enseñanza de la universidad de París, muy turbulenta, y en particular muy poco caritativa para con las órdenes mendicantes, pero que los mismos religiosos reverenciaban como depositaria de un tesoro que pasaba por la verdad y que era por lo ménos la instruccion. El estilo no prueba que el redactor de estos sermones aprovechase mucho las lecciones de las escuelas parisienses, si las habia frecuentado, ni los modelos de la antigüedad que conocia en parte. Sin admitir todos los barbarismos de las controversias escolásticas, no es muy severo, como ha podido verse por los pasajes citados, en la eleccion y construccion de los elementos del lenguaje. Pero es preciso decir, en excusa suya, que se conforma sencillamente con el estilo creado y casi consagrado en los monasterios de su

Orden, á los que destinaba sus discursos, y que ha podido muy bien escribir *premonstratensie vivere*, pues se expresaba así en su época al consejo de vivir como buen premonstratense. Es necesario tambien hacer la observacion de que no propone más que apuntes para borradores de sermones, más bien que composiciones perfectas, como lo indican estas fórmulas: *Et sic procede, ut vis: procede sicut scis, vis, vel potueris: de hac materia, si vis, quere plus alibi: de his invenies supra de his infra, etc.* Puede por lo tanto suponerse que si hubiese pensado dar á los predicadores principiantes, en vez de simples materiales, ejemplos verdaderos, hubiera dado á su estilo, como lo hace algunas veces, más elegancia, y á sus ideas más continuidad y proporcion. Cuando los piadosos benedictinos encontraban en sus anales de las letras en Francia, estas vastas colecciones de sermones, en particular inéditos, los analizaban con grande atencion desde el principio hasta el fin, hasta dar lugar á la acusacion de que concedian demasiado lugar á la minuciosa reproduccion de estas homilías que se asemejan mucho unas á otras, y solo rara vez son útiles á la historia de las opiniones y de las costumbres. Los modernos merecen la reconvencion contraria, porque esta clase de obras les interesa ménos que á aquellos y porque se juzgan de una manera muy diversa las doctrinas. Si los extractos en que se procura dar cabida á lo que puede servir al cuadro del movimiento de los espíritus, parecen cortos y áun estériles, es falta de nuestro siglo más bien que nuestra. — S. B.

ROBERTO Worsop (Fray), religioso agustino, natural del condado de Yorck, en Iglaterra, y no del de Evreux en Francia, como equivocadamente suponen algunos autores y tomó el hábito en el convento de Duncaster, donde siguió sus estudios y toda su carrera. Su país era á la sazon uno de los más florecientes del catolicismo, habia sido ilustrado por gran número de santos y teólogos, y en él se enseñaban y aprendian las doctrinas ortodoxas con una perfeccion de que quizá habia pocos ejemplos en aquella época. Así es que Worsop adquirió vastos conocimientos en la teología y demás ciencias auxiliares, y se elevó en esta materia á una altura que fué la admiracion de todos sus contemporáneos. Cultivó tambien la literatura profana y pasó por uno de los autores que escribieron en elegante y castizo latin, aunque por desgracia se han perdido todas sus obras sin que los autores que de él se ocupan nos hayan conservado ni siquiera sus títulos. Triste fruto de las revoluciones y digno ejemplo para los orgullosos sabios, que al poner su pluma sobre el papel creen legar su nombre á la posteridad, cuando el menor trastorno le hace desaparecer para siempre con más facilidad quizá que su mismo autor fué borrado de la lista de los mortales. Elevado al magisterio de teología, Roberto desempeñó este cargo con el celo y

ardor propio de un siglo lleno de fe y en que las creencias religiosas formaban la vida, el aliento que respiraban aquellos sencillos cristianos. Inútil es decir, que no abandonó ninguno de sus deberes religiosos, que fué tan célebre por su ciencia como por su virtud, y que sirvió constantemente de modelo á su comunidad. Predicador fervoroso, procuró corregir las costumbres, enseñando con su ejemplo, aconsejando con sus palabras y moviendo á todos á penitencia con sus elocuentes discursos. Debióle pues su siglo grandes beneficios, no solo como escritor, sino tambien como orador sagrado, ejerciendo esa benéfica influencia que ejerce siempre la palabra en el ánimo de los hombres que dispuestos á escucharla acuden de buena fe á beber la verdad en sus más puras fuentes, y aunque nunca han faltado corazones empedernidos y sordos á todo buen precepto, no obstante, en ciertas épocas, estos han tenido que ocultarse ruborosos, y siempre la buena educacion y los principios adquiridos en su infancia han acabado por hacerles entrar en la senda que tan ligeramente habian abandonado. En sus últimos años se propuso á Roberto uno de los primeros obispados de Inglaterra, y áun algunos autores aseguran que fué electo para él, pero prefirió morir en la tranquilidad del claustro, como se verificó hácia 1350.—S. B.

ROBERTO DE S. JACOBO, franciscano portugués de la observancia regular. Ignóranse las principales circunstancias de la vida de este religioso al que al par que la biblioteca de su Orden cita Arturo Monasterio en su martirologio, prueba de que se distinguió por sus virtudes tanto ó más que por su ciencia y saber. Era muy frecuente en las órdenes monásticas encontrar reunidas estas dos cualidades, que forman el último grado de la perfeccion humana. Pues el hombre más ilustrado y áun sabio, si no acierta á aplicar sus conocimientos para practicar el bien en esta vida y dar ejemplo á los que de él le toman fiados en su reputacion, puede decir que no es verdadero sabio, y que ni áun ha pisado el templo de Minerva. Por el contrario, el que fiado en sus buenas costumbres, en su severidad de principios y en sus piadosas y devotas practicas, no sabe explicarlas, ni puede decir adónde se encamina, viviendo únicamente guiado por los consejos ajenos, aunque meritoria y digna su conducta, se halla aún muy distante del punto adonde debe aspirar y llegar para llamarse varon verdaderamente perfecto. Esto, que tan difícil es de practicar en el siglo XIX, viviendo en la plaza pública por decirlo así, rodeado de todas las pasiones que pueden atacar al corazon humano, sin norte ni guia fija entre el mal y el bien, distinguiéndose siempre una estrella que no se puede asegurar si anuncia la aurora de la mañana ó las tinieblas de la noche, era en extremo fácil en los siglos que nos han precedido. Habian ya fijado su modo de vivir, sabian á que atenerse, y de consiguiente marchaban seguros y tranquilos por su camino, á cuyo

fin debian encontrar la dicha temporal y eterna. El estudio y el saber era para ellos un medio auxiliar de la virtud, y comprendian y practicaban perfectamente la máxima del filósofo, que ha dicho creyendo hacer un gran descubrimiento, que la falta de ciencia aleja de Dios y la verdadera sabiduría acerca á él. Así el P. Roberto como otros muchos pudieron atravesar con tanta facilidad los eriales de este valle de destierro sin que manchase la orla de su vestidura el envenenado hálito de las pasiones mundanas, sin que mordiese sus pies la ponzoñosa serpiente de los vicios. Dichosos ellos que en el fondo de un claustro, en el sosiego y tranquilidad del retiro, aprendieron á amar á Dios y practicar su ley, supieron aplicar la ciencia á la virtud, y legaron á la posteridad en sus obras dignos monumentos de su gloria y de la de sus hermanos, como lo hizo el religioso de que nos ocupamos en la *Relationem suæ provinciæ Algarbiorum*, que creemos no ha llegado á ver la luz pública.—S. B.

ROBERTO DE S. JUAN (B.), trinitario. Este esclarecido religioso digno de eterna memoria, primer mártir de la religion Trinitaria y gloriosa honra suya, fué natural de la ciudad de Montidor en Inglaterra, y pertenecia á una familia no ménos notable por su nacimiento que por su riqueza y su virtud. Heredó Roberto las buenas cualidades de sus progenitores, inclinándose á practicar muchos actos de piedad, particularmente los caritativos, porque no tenia más placer que socorrer á los necesitados. Era Roberto de complexion robusta, y hallábase dotado de grandes fuerzas y de un corazon ardiente y valeroso; por lo cual se sentia inclinado al ejercicio de las armas ocultando empero sus inclinaciones y sus gustos por dar gusto á sus padres, que trataban de dedicarle á la profesion de las letras. Algunas veces, no pudiendo reprimir sus ímpetus, ceñíase la espada en secreto y esgrimiala en la soledad del campo ó en su aposento, ejercitándose en las maniobras del soldado, aunque sin pensar remotamente que en efecto llegaria á ser soldado de Cristo, que le llamaba á sus banderas para combatir en defensa de la religion y honra de su bendito nombre. Habiendo salido de Inglaterra dos nobles mancebos, amigos suyos, con objeto de estudiar en la universidad de Paris, determinó irse con ellos. Habló al efecto á sus padres, los cuales como le aplicaban al estudio tuvieron como buena y acertada su disposicion, y proveyéndole abundantemente de cuanto necesitaba, dándole muchos y muy sanos consejos acerca del modo con que habia de conducirse en un mundo desconocido para él, dejáronle partir, teniendo á poco el gusto de saber que su hijo se portaba en la universidad con mucha virtud y honradez, adelantando notablemente en los estudios. Con su valor que demostró en varias ocasiones, por una parte, y con su aplicacion y su sabiduría, al mismo tiempo que su amabilidad y buen genio por otra, era á la vez temido y amado de

todos los demás estudiantes. No permitia que en su presencia se usase descompostura de ninguna especie, ni toleraba áun aquellas travesuras juveniles que son tan propias de la edad. Llegó á tanto el ascendiente que supo adquirirse, que más temian y respetaban á Roberto que al rector y profesores de la universidad, pues solo con que aquel manifestára airado el semblante, teníales á todos contenidos y apaciguados. Jamás se halló en las fiestas y motines que comunmente se levantan en las aulas, porque nadie se atrevia á suscitarlos cuando él se hallaba presente. Por esto, pues, quedó como proverbio decir en la universidad si ocurria algun alboroto: *No estaria allí Roberto*. Concluidos los estudios, no quisieron los amigos de Roberto de quien él no se habia separado un solo dia desde su salida de Inglaterra, ascender á los grados académicos, y determinaron pasar á Roma á hacer pretensiones para sus adelantos particulares. Hiciéronselo presente á Roberto, y áun cuando éste no tenia precision de hacer aquel viaje, ni le faltaban medios para vivir cómodamente hasta el tiempo de graduarse sin solicitar dispensa, hizo punto de honor el haber venido con ellos, y se creyó en el deber de acompañarlos. Partieron, pues, los tres á Roma, y llegando á la ciudad, tomaron, segun costumbre, juntos su alojamiento. Interin los compañeros desplegaban suma actividad para el logro de sus pretensiones y adelantos, Roberto que nada necesitaba para los suyos, no cuidaba de otra cosa sino de andar por la ciudad paseando sus calles y jardines, absorto con la contemplacion de los soberbios monumentos, así gentiles como cristianos, que en su seno encierra la capital del mundo católico. Por la noche cuando los tres amigos se juntaban, contábales Roberto lo que durante el dia habia visto, y todas sus conversaciones terminaban por decir que no sabia para qué viniera á Roma; pues aunque le deleitaba mucho todo lo que veia, al punto se le borraban de la imaginacion aquellas grandezas, y que sentia en su interior un presentimiento de que su venida no habia sido para cosa buena, aunque no le era posible acertar qué accion mala ejecutaria, porque se hallaba muy resuelto á no caer en ningun extremo vicioso ni perjudicial. Saliendo de su casa cierto dia, solo, segun acostumbraba, encontró en cierta calle á un pobre vestido de cautivo rescatado, que viniera á Roma con los P. Juan Anglico y Guillermo Escoto, primeros redentores de la Orden en Inglaterra. A este pobre, pues, estábale insultando de obra y de palabra un caballero romano. Llegóse Roberto á él, y con términos corteses le pidió que cesase de maltratar á aquel hombre, pues, aunque efectivamente le tuviera muy enojado, bastaba para satisfaccion el castigo que ya le diera. El romano despreció la súplica y continuó ofendiendo al pobre. No pudiendo Roberto tolerar la injusticia, y haciendo su oficio el ímpetu de la ardorosa sangre, arremetió contra el ofensor y le dió tal golpe en la cabeza, que lo

derribó en tierra como difunto. Creyendo haberle muerto, y viendo que acudia gente, escapó como pudo. Vino acto seguido la justicia, y principió á hacer averiguaciones y á practicar diligencias para prender al agresor. Considerando Roberto que no estaria muy seguro en la ciudad, y mucho ménos en su posada, resolvió marchar al convento de Sto. Tomás de Formis, del órden de la Santísima Trinidad, que á la sazon se estaba edificando y pedir á su prelado que le favoreciese en aquel lance, ocultándole y libertándole de manos de la justicia. Estaba por aquel tiempo en Roma el benditísimo padre fundador S. Juan de Mata, que teniendo noticia del suceso, le acogió en el convento y le ocultó por si la justicia venia á buscarle. Pero como sucediese que el herido volviera en sí, y su lesion no pasára de una pèqueña incomodidad, aplacóse la justicia y cesaron las diligencias. Los compañeros de Roberto, cuando supieron el caso, sin poder descubrir en qué paraje se ocultaba, afligiéronse en extremo y no cesaron de practicar exquisitas diligencias en su busca, hasta que al fin lo hallaron en el convento de Formis. Habiéndose visto y hablado, todos de comun acuerdo convinieron en que el mejor partido que podia tomar era volverse á su patria. Consultáronlo con el venerable patriarca S. Juan, y éste les dijo que lo discurriesen y mirasen bien, pidiendo ante todo á Dios que les iluminára el espíritu para obrar conforme á su servicio conviniera. Volvieron á conferenciar los tres por un largo espacio de tiempo, y no hallaron medio mejor que el anteriormente propuesto. En su consecuencia retiráronse determinados á emprender su viaje á la mañana siguiente. Aquella noche no le fué posible dormir á Roberto. Hallábase sumamente agitado, no por el cuidado del viaje, sino por una causa extraña y desconocida, que no le era posible comprender. «¡Válgame la Santísima Trinidad! exclamó. ¡Qué extraños sucesos pasan por mí! Me veo precisado á huir á través de los mares por defender á un cautivo, y he venido á refugiarme en el seno de una religion que tiene por objeto rescatar los cautivos de la dura esclavitud. ¿No será mejor buscar los cautivos para redimirlos, que huir por defenderlos? ¿Pero qué disposiciones tengo yo para entrar en la religion? Yo, de ánimo fuerte y violento, no podré algun dia cometer otro arrojo que me ocasione mayor daño y pérdida más completa? No... lo más acertado es regresar á mi patria... Mas por qué (volvia á decir sumido en sus confusiones) por qué extraña coincidencia, habiendo tanta multitud de templos y conventos en Roma he venido á refugiarme á este? Por defender á un cautivo vengo á la casa de los que tienen por instituto redimirlos y defenderlos? ¿No es esto una providencia? Pero no... yo no soy inclinado á la religion; el santo prelado, que es tan riguroso consigo mismo, tampoco admitiria en el seno de su bendita Orden á un hombre tan mundano y tan pecador como yo. No hay, pues, que vacilar más. Volvamos

á la patria.» Con tales dudas, con tales vacilaciones combatia el atribulado jóven, cuando sonó la hora de los maitines. Salió Roberto de la celdilla en que lo habian aposentado, y fuése en pos de los religiosos hasta el coro, á cuya puerta se quedó, postrándose de rodillas y suplicando humildemente á la Santísima Trinidad le diese luz para elegir lo que mejor le conviniese. Permaneció en la misma postura hasta que los religiosos salieron, volviendo á su celda para acostarse. Pero no le fué posible conciliar el sueño otra vez; mas cuando ya le iba venciendo algun tanto, parecióle oir una voz que le llamaba por su nombre. No viendo persona alguna, y pareciéndole que la voz venia de arriba, subió á la celda que correspondia á la suya, y dijo al religioso que la ocupaba: «¿Qué se te ocurre, Padre mio, para llamarme á estas horas?» El religioso le contesto que no habia llamado. Creyéndolo efecto del sueño volvió á recogerse; pero cuando principiaba de nuevo á dormirse escuchó la misma voz, que entónces parecia venir de la parte de abajo. Acudió á la celda de abajo é hizo la misma pregunta que ántes, y el religioso que en ella estaba le contestó que tampoco habia llamado. Volvióse, pues, á recoger, admirado sobremanera y haciendo las más extrañas conjeturas. «¿Qué es esto? decia entre sí, me llaman y no son los hombres? ¿Quién puede llamarme sino Dios? ¿Mas cómo me atrevo á discurrir semejante cosa? ¿Qué méritos tengo yo ni qué virtudes para que tal cosa me suceda? ¿Soy por ventura más que un miserable pecador? Voy en busca del santo prelado, á quien daré cuenta de lo que sucede, sujetándome á su dictámen.» Salió de su celda en efecto, fuése á la del glorioso P. Juan de Mata, y no hallándole en ella marchó al coro, donde estaba en oracion. Sintiéndole venir el santo prelado, salió á recibirle á la puerta de la celda; y ántes que el jóven le dijera una sola palabra se anticipó diciéndole: *Ya sé á lo que venís, como tambien lo que os ha sucedido. Estad seguro de que la Santísima Trinidad os quiere para ser religioso.* Confuso y absorto el jóven respondió: «Padre mio, en vuestras manos me pongo, y si es la voluntad de Dios me resigno con ella. Hágase en mi todo lo que de su superior agrado fuese.» Luego que hubo amanecido, y cuando los religiosos acabaron la hora de prima, detuvo S. Juan á la comunidad y propuso dar el hábito á Fr. Roberto. Uno de los más ancianos y graves del convento levantándose contestó: «Padre nuestro, no es la religion que profesamos para los osados y los valientes, sino que es más bien para los débiles, para los humildes y mansos de corazon.» A lo cual respondió muy gravemente el bendito patriarca: *Esto que propongo es del servicio de Dios, y algun dia se verá la honra que dará por su valor á la religion sagrada que profesamos.* El anciano confundido no acertó á decir otra palabra, y recogidos los votos, que resultaron unánimes, fué Roberto admitido al santo hábito, que sin dilacion le fué entre-

gado por mano del mismo S. Juan de Mata, quedando Roberto con gran contento de todos y de sí mismo en la clase de los novicios. En esto y siendo ya bien entrado el dia, vinieron los compañeros á decirle que ya estaba todo dispuesto para el viaje, asombrándose no poco cuando les dijeron la inesperada resolucion que habia tomado. Dióle permiso el prelado para que les hablase, y él lo hizo con tanta eficacia y con tal espíritu, excitándoles á la renuncia de las grandezas, pompas y comodidades humanas, y al aprecio que sobre todas las cosas merece Dios y la religion, que ellos, inspirados por la divina gracia, exclamaron: «Tú, Roberto, viniste con nosotros solo por acompañarnos, sin que te moviese otro interés que el del amor y el cariño; justo es, pues, que en debida correspondencia te paguemos no separándonos jamás del lado tuyo. Pide al santo prelado que nos conceda el hábito, y nos quedaremos en la religion todos juntos.» Ofreció Roberto hacerlo así; dió cuenta al bendito patriarca, y éste, gozoso en sumo grado por la feliz conquista que para la Orden lograba, vistió el hábito á los dos nuevos religiosos convertidos por el que apénas entrado en la religion ya principiaba á rendir ópimos frutos. Principió su noviciado Roberto, y el demonio, envidioso de tanta virtud, concitó contra él á todo el infierno junto. Muchas veces el santo y atormentado jóven se llegaba al patriarca y le decia: «Padre, ruega á Dios por mí. Pídele que me dé fuerzas para resistir tan crueles batallas, porque hay ocasiones en que el ánimo me falta y temo desfallecer.» A lo cual le respondia el santo Padre: «Hijo, permanece inalterable en la fe, y Dios te sacará de todo con victoria.» Cierto dia el maestro de novicios le reprendió severamente por una falta que no habia cometido. Disculpóse el jóven, y el maestro le volvió á reñir con más aspereza, añadiendo á la reprension algunas palabras injuriosas. Tuvo deseos Fr. Roberto de arrojarse y embestir con el que le ofendia; mas conociendo que aquel ímpetu era una sugestion del diablo, se arrojó á sus pies, se los besó humildemente y le pidió perdon, proponiéndose de allí en adelante no dejarse llevar de sus impulsos vengativos y coléricos. Luego que se apartó del ofendido maestro fuése al coro, y se aplicó tan rigurosa disciplina, que alarmados los religiosos con el ruido fueron á avisar al santo patriarca. Acudió éste, y halló á Roberto tan herido, que su sangre casi formaba un arroyo. Mandóle el santo que se detuviera, y el jóven le contestó: «Padre, á tiempo has venido, que de lo contrario tal vez no parára hasta concluir con el soberbio espíritu que en este cuerpo se alberga.» El Padre le consoló diciéndole, que ántes que incurrir en culpa habia contraido mérito por la facilidad con que habia sabido contener sus ímpetus, y le hizo ver cómo las sugestiones no son pecado. Quedó, sin embargo, tan curado Roberto de los coléricos instintos, que de allí en adelante no volvió á replicar cosa alguna á lo que le manda-

ban, por muy árduo y difícil que le pareciese. Profesó Roberto, y cuando el santo patriarca tuvo necesidad de abandonar á Roma, le dejó expreso mandato de que se ordenase de sacerdote. Así lo hizo, y aplicándose á la predicacion y al confesonario, comenzó á demostrar lo mucho que la religion y el bien de las almas podian prometerse de él. Por los años 1204 y en ocasion que el rey Felipe II de Francia estaba disponiendo la cruzada para pasar á la Tierra Santa, pidió al sumo pontífice Inocencio III nombrase algunos religiosos que acompañáran el ejército. El Papa dió sus órdenes al fundador S. Juan de Mata, y éste eligió doce individuos de la Orden, los más distinguidos por su virtud, su piedad y su mansedumbre. Entre ellos estaba Fr. Roberto, que con sumo placer admitió aquella comision tan conforme con sus ideas de caridad y amor para con el prójimo. Largo de referir sería el suceso de aquel viaje, y más larga aún la narracion de los altos hechos é innumerables servicios prestados por Fr. Roberto. Baste decir que para todo fué útil, para todo necesario, y que siempre se le halló pronto y hábil, áun en ocasiones y negocios tan árduos como encontrados. Con su gran valor exhortaba y alentaba á los soldados en el combate. Con su gran caridad asistia á los débiles y enfermos, y socorria á los pobres necesitados. Con su santo celo y su evangélica elocuencia conducia las almas por el camino de la salvacion, y en todas partes se le veia, particularmente cuando era necesario administrar los santos sacramentos de la penitencia y la eucaristía á los heridos y moribundos sobre el campo de batalla. Descuidándose á sí propio á la vez que tanto cuidaba de los demás, hubo ocasiones en que se quedó sin comer para dárselo á los necesitados, haciendo en suma tantos y tales actos de piedad y de ternura, que todos á una voz le apellidaban *el Santo*. Yendo en cierta ocasion solo en una nave de moros desde el puerto de Berito al de Ancona, fiándose en la fe de aquellos bárbaros, que no tienen ninguna, á causa de una tregua ó suspension de armas recientemente ajustada, oyó blasfemar á algunos de aquella impía chusma del santo nombre de Dios y de la religion cristiana. Recordando su antiguo valor y conociendo que en nada podia emplearlo mejor que en la defensa de aquellos objetos tan caros para su alma, salió á la cubierta y comenzó á predicar á los infieles, defendiendo nuestra augusta religion y manifestando la supremacía que sus dogmas tienen sobre todos los de las demás creencias que se observan en el mundo. Irritados los bárbaros con la exposicion de aquella doctrina, y juzgando que era un ultraje á su falso profeta Mahoma, los más fanáticos desnudaron sus alfanjes, y arremetiendo al religioso, hicieron pedazos su cuerpo, arrojándolo en el mar. Pocos dias despues de ocurrida esta catástrofe, gloriosa para Roberto aunque fatal para el mundo, que se veia privado de su apoyo y de sus auxilios, una barca de pescadores encontró la cabeza del mártir, que

tenia los ojos abiertos, hermosos y resplandecientes, brillando en su rostro una especie de sonrisa, como manifestando el sumo placer que le causára haber perdido la vida en defensa de la fe. Uno de los moros que venian en la nave, convertido por las exhortaciones de Roberto y por la vista de su glorioso martirio, dió parte cuando llegó á Europa al bendito S. Juan de Mata de todo lo que ocurriera. El patriarca, informándose muy por menor del suceso y asegurado de su certeza, lo puso en noticia del sumo pontífice Inocencio III, quien declaró á Roberto por verdadero mártir de Jesucristo, dando licencia para que se le rindiese culto y veneracion como á santo. Extremado fué el gozo que experimentó el venerable fundador de la Orden Trinitaria cuando le comunicaron la decision del Sumo Pontífice, declarando bienaventurado al que era su hijo espiritual, y á quien con sus propias manos impusiera el glorioso escapulario. Deseoso de tributarle la expresion de su cariñoso respeto, le erigió un altar en el convento de Sto. Tomás de Formis, colocando en él la efigie de S. Roberto, y en la solemne fiesta que la religion Trinitaria hizo para solemnizar la canonizacion del nuevo santo, el venerable Padre escribió y pronunció una oracion triunfante, tan tierna como elocuente, que por espacio de muchos años se conservó en la librería del mencionado convento de Formis, hasta que en la destruccion de este se perdió con otros varios escritos del santo patriarca, con harta pena de los que pudiendo verlos reconocieron su mérito y su utilidad. Las provincias de la Gran Bretaña, por haber tenido en ella su cuna el bendito mártir, profesáronle suma devocion y le tributaron reverentes cultos, gozosas sobremanera por haber dado tan hermosa planta al odorífero jardin de la Iglesia. En la mayor parte de los conventos trinitarios de Inglaterra, Escocia é Irlanda habia altares con la efigie de S. Roberto de San Juan, y áun en Formis, despues de acaecer su lamentable ruina, se conservó por muchos años en la pequeña iglesia de S. Miguel, construida con los restos del mencionado convento, un altar de S. Roberto con su efigie y su letrero. Tambien en España y Francia existian antiquísimas pinturas en ciertos conventos de la Santísima Trinidad, las cuales representaban á Roberto con diadema y rayos como santo canonizado, con una cruz en la mano derecha, una palma en la izquierda y las señales de las heridas en ambas partes del cuello, teniendo al pie esta inscripcion : *S. Roberto de San Juan, primer mártir de la religion Trinitaria*. El triunfo de este ilustrísimo campeon de Cristo fué el dia 13 de Abril del año 1209, aunque todos los cronistas de la Orden no estan conformes con esta fecha, porque la varian muy poco. La oscuridad de las noticias, y la pérdida de los documentos coetáneos que pudieran esclarecer este punto, ha hecho sin duda que el nombre de este santo no se halle consignado en otra parte que en las memorias de su Orden. No es por

esto, sin embargo, ménos glorioso su nombre ni ménos digno su recuerdo.— M. B.

ROBERTO de S. Patricio (Fr.), trinitario. Fué natural de Irlanda, sin que conste de qué punto, y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Laon en Inglaterra. Despues de profeso fué á estudiar á la universidad de Oxford, donde se graduó de doctor, y se opuso á varias cátedras, obteniendo la de vísperas de teología, que desempeñó con mucha aceptacion por espacio de algunos años. Vuelto á Irlanda, le nombraron ministro del convento de Atharia, en el cual terminado el tiempo de su oficio, se quedó á vivir, ocupándose en los trabajos literarios, produciendo las siguientes obras: *Cuestiones selectas sobre el Maestro de las Sentencias*, tres libros.—*Sobre la Lógica de Aristóteles*, dos.—*Sobre la Epístola de Santiago Apóstol*, uno.—*Sobre la Epístola de S. Pablo á los Hebreos*, ocho. Murió en el referido convento de Atharia el dia 19 de Agosto de 1292.— M. B.

ROBERTO ó Alberto de S. Remigio. Tritemio en sus *Autores eclesiásticos*, Gesner y Possevin en su *Aparato sacro*, nos dan noticia de este monje de la abadía de S. Remigio de Reims de la época del emperador Enrique V en el siglo XII. Hizo este religioso el viaje de Tierra Santa, y compuso la historia de la guerra que emprendieron los príncipes franceses á las órdenes de Godofredo de Bouillon contra los sarracenos. Empieza esta obra por lo que pasó en el concilio de Clermont al que asistió el autor, y acaba en 1099, habiéndose insertado en la obra *Gesta Dei per francos*. Recogió Roberto las actas de los concilios y murió el año 1122.—A.

ROBERTO Ivorius. Tomó este carmelita el nombre de esta ciudad de Normandía, que fué la del nacimiento de su abuelo, pues que él nació en Lóndres en el siglo XIV. Tomó el hábito de carmelita en esta última ciudad, y despues fué enviado á Cambridge, en donde se hizo un hábil filósofo y teólogo. Habiendo sido famoso predicador, fué elegido predicador de su Orden en toda Inglaterra el año 1379, y desempeñó este cargo seguido trece años hasta su muerte, ocurrida el dia 5 de Noviembre de 1392 bajo el reinado de Ricardo II de Inglaterra. Dejó escritas, segun Pitseus, las obras siguientes: *Commentarii in Ecclesiasticum; in Apocalypsim.—Lectura Scripturarum.—Conciones ad populum.—Registrum monimentorum provinciæ.*—C.

ROBERTO (Ademaro). Fué este cardenal hijo de Aymar, señor de San Fal, en el Limosin, perteneciente á la antigua nobleza del país. Dedicándose al estudio del derecho, que en todos tiempos abre la carrera de los honores y de la fortuna, no tardó en distinguirse en él, y sus talentos fueron recompensados por su elevacion á las primeras dignidades de la Iglesia. Nombrado obispo de Lisieux en 1342, de este puesto pasó en 1378 al arzobispado

de Sens. Fué nombrado notario de la Santa Sede bajo el pontificado de Clemente VI, del que se presume era sobrino, el cual le condecoró con el capelo con el título de cardenal preste de Santa Anastasia. En esta categoría asistió al cónclave que el 28 de Diciembre de 1352 nombró papa á Inocencio VI, y murió en Aviñon en 1384, dejando por heredero á su sobrino Ademaro, señor de Manghac, gentilhombre de Luis, duque de Orleans. Dejó preciosos manuscritos que ha poseido la biblioteca de Gabriel Naudé, y de los cuales hace mencion este abate en la página 223 de su *Catálogo de manuscritos*: en estas noticias Mr. Lacatte Foltrois dice que se ofrecen algunas dudas relativas al arzobispado de Sens, pues se presume que este fué ocupado por Pedro Roberto, ántes dean de San German de Auxerre.—C.

ROBERTO (Fr. Diego), franciscano francés, natural de París ó al ménos de su provincia, segun las noticias que de él nos han dejado los mejores cronistas. Era muy jóven todavía cuando tomó el hábito de la Orden Seráfica, de que debia ser una de las principales lumbreras en su siglo, que fué el XVII. Desde novicio manifestó su amor á las prácticas y observancia regular, prueba de la vocacion con que el cielo le habia favorecido, y profeso ya, no vaciló un instante en continuar en la senda que se habia propuesto seguir con ese celo y ese ardor propio de las imaginaciones privilegiadas, de los corazones llamados á gozar de Dios y sus grandezas. Pero todavía se distinguió mucho más en sus estudios, pues habiéndolos emprendido y continuado en la universidad de París, emporio de las ciencias y el saber de la vecina Francia, se aventajó tanto en ellos que fué un modelo entre sus condiscípulos como lo habia sido anteriormente entre sus colegas. Terminada su carrera literaria y recibido el grado de doctor en teología, comenzó á ascender por los puestos que tenia su Orden designados á los que habiendo dado buenas muestras de sí, prometian abundante cosecha de gloria y buenos resultados á la religion en que profesáran. No fué ciertamente el P. Roberto quien defraudó las esperanzas que en él habian fundado sus hermanos, pues desde el instante en que comenzó á regir sus destinos se distinguió por el acierto y celo con que acudió constantemente á su desempeño. Modelo de prelados, observaba y hacia observar las prácticas de la regla, y siendo el primero él á cumplirlas, nadie se negaba á seguirle en tan buen camino. Procuraba que las costumbres de los religiosos fuesen tan santas y piadosas como lo exigia su estado, y se consagraba con el mayor esmero á corregir las faltas más pequeñas, seguro de que así evitaba el que cayesen en otras mayores. Ganóse el afecto y veneracion de todos sus súbditos, que viendo el grado de esplendor que por sus esfuerzos habia obtenido su Orden, no vacilaron en elegirle ministro provincial de la provincia de San Buenaventura, puesto eminente, en el que asistió á dife-

rentes capítulos generales y reunió otros provinciales, siguiendo en todos la línea de conducta que se habia impuesto para su propio bien y el de sus súbditos. Continuó así durante muchos años el P. Roberto, mereciendo siempre los elogios de cuantos le conocian, y obteniendo no poca gloria por sus útiles servicios. Ignórase la época de su fallecimiento. Dejó diez y siete sermones, en francés, sobre el salmo *Domine, quis habitavit;* impresos en Lyon en 1622, en 8.° —S. B.

ROBERTO (Fr. Gerónimo), franciscano italiano, natural de Perusa. Fué este religioso uno de los fundadores de la filosofía escolástica de tan opuestas maneras juzgada en los siglos posteriores. Discípulo de Scoto, á quien mereció grandes elogios segun Oldoino en su Ateneo de Perusa, procuró seguir las huellas de su maestro, y ya que no fundar escuela pues ya la habia encontrado establecida por su célebre maestro, procuró consolidar la de éste con sus discursos, con sus escritos y sus predicaciones, contribuyendo así á una de las revoluciones más grandes que en la historia de la ciencia ha presenciado la humanidad. Por más que digan los adversarios de la filosofía escolástica, ántes de su aparicion el mundo se hallaba dividido en diferentes escuelas, y desde el instante en que se pronunció en decadencia, ha vuelto á reinar la confusion y el desórden en el seno de la ciencia. Solo el escolasticismo ha tenido el glorioso privilegio de ostentarse durante muchos siglos sin rival, dominando el campo de la filosofía, siendo el rey de la ciencia; los demás sistemas, tanto antiguos como modernos, han encontrado á su frente otra escuela ú otro sistema enteramente contrario que ha dado orígen á la duda y de consiguiente al error. Nuestro Roberto no solo cultivó la filosofía llegando á obtener el grado de doctor en esta ciencia, sino que fué tambien maestro en sagrada teología, y obtuvo en su siglo grande fama como astrólogo. Durante muchos años enseñó en su patria la teología á los franciscanos conventuales, á cuya Orden pertenecia, y se granjeó entre ellos notable opinion, no solo por su ciencia sino tambien por su santidad. Estos buenos antecedentes le valieron ser nombrado guardian de diversos conventos de su provincia de San Francisco, todos los cuales administró con grande celo y acierto, mereciendo el aprecio y estimacion de sus súbditos, que en él vieron un verdadero apóstol, un digno hijo de su santo y glorioso patriarca. Deseoso, por último, de corresponder á los beneficios que de él habian recibido, le nombraron provincial, puesto el más elevado á que podian alcanzar sus votos, y acaso hubiese ascendido al de general si la muerte no hubiera venido á interrumpir su meritoria carrera; falleció, siendo ya anciano, despues de haber profetizado el dia de su muerte. La Biblioteca universal franciscana cita de este autor las siguientes obras: *Tabulas de formalitatibus, et de ente, aliasque doctissimas lucubrationes.*—S. B.

ROBERTO (P. Pablo), de la Compañía de Jesus. Pocas son las noticias que nos han quedado de este religioso, mencionado más bien por los bibliógrafos que por los cronistas de su instituto. A juzgar, sin embargo, por la única obra que nos ha dejado, fué un varon ilustre por su piedad y saber, versado en los conocimientos de su época y dotado de esa fe y esa religiosidad tan propia del espíritu de la corporacion á que pertenecia. En el siglo XVII, en que vivió, eran más comunes quizá que en ninguno de los anteriores los grandes ejemplos de virtud, pues esta se hallaba arraigada en todos los corazones con tal vehemencia, que áun los libertinos tenian que tomar su máscara, si no querian les arrojase de su seno aquella creyente y devota sociedad. Hásela injuriado por algunos, valiéndose del corto número de hipócritas que en ella existian para sostener que se hallaba desmoralizada, y que bajo su mística apariencia ocultaba el terrible gusano que al siglo siguiente debia demoler las creencias, los pueblos y las naciones. Mas esta acusacion carece de todo fundamento, pues la hipocresía, ora política, ya religiosa, ha existido en todos los tiempos y en todos los países, y no es nuestro siglo el que más alto puede hablar en este punto, aunque haya cambiado los nombres y disfrazado sus sentimientos. Pero entónces habia una ventaja, que la hipocresía era desenmascarada, perseguida y castigada por millares de hombres cuya mision era la extirpacion de todos los vicios, y que por su carácter, su genio y sus votos no guardaban ninguna consideracion al con ella contaminado. Interin hoy las conveniencias sociales, los mutuos miramientos hacen que se oculte siempre la verdad, que los más encarnizados enemigos sean en lo secreto amigos, ó al ménos que se presten su apoyo y cooperacion en materias en que parece debian estar diametralmente opuestos. Por eso preferimos aquellas épocas á estas, por eso nos parece que sin carecer de vicios la humanidad, tenia entónces un correctivo mucho más eficaz é inmediato que en los tiempos que atravesamos. No culpemos, sin embargo, á unos ni a otros, seamos tolerantes con los defectos ajenos y bendigamos la Providencia que ha producido hombres del temple de que nos ocupamos para que sirvan de ejemplo á sus débiles semejantes, que sin fuerzas para seguir el camino de la virtud, no se atreven tampoco á rechazar á los que van por la senda del vicio. De ella huyó el P. Roberto, siendo uno de los obreros más útiles de la Compañía, en la que hizo los tres votos y falleció hácia 1643, dejando la obra siguiente: *Libro de bien morir*.—S. B.

ROBERTO (Guillermo), trinitario inglés ó más bien escocés, del ilustre linaje que indica su apellido, tomó el hábito en el convento de Aberdone, donde siguió sus estudios y carrera, llegando á obtener el grado de doctor en Sagrada Escritura. Distinguióse mucho por sus virtudes y celo por la ob-

servancia religiosa y murió en 1.° de Octubre del año 1293, con grande opinion por su santidad y doctrina; fué sepultado en el claustro del monasterio donde habia vivido, poniéndose sobre su sepulcro un honroso epitafio. Dejó las obras siguientes: *De Justificatione, lib. I.—De missione Spiritus Sancti, lib. I.—In Apocalypsim Joann., lib. I.*—S. B.

ROBES Sebastian, religioso trinitario, doctor parisiense, llamado por excelencia el príncipe de los redentores. Aunque inglés de nacion, le citamos aquí por haber vivido y muerto en esta isla, como lo aseguran los cronistas de su religion. Llamado por la infanta doña Constanza de Aragon para fundar el convento de esta ciudad, vino á ella poco despues de haber recibido el hábito de manos de S. Juan de Mata, y llevó á cabo el proyecto de la hermana de Jaime I, en el año 1232. Sus fervorosas pláticas convirtieron una hija del rey moro de Mallorca, llamada Luna, que en el bautismo tomó el nombre de María. Murió santamente en el convento de *Sancti-Spiritus*, de esta capital, el dia 3 de Mayo de 1285, y su vida anda impresa por el P. Antonio Lopez, trinitario. Escribió el P. Robes, por los años de 1240, seis libros en defensa del *Misterio de la Purísima Concepcion*, obra que cita con elogio el autor de las *Noticias históricas de la gran Reina de los cielos* en el lib. VI, cap. XXXVI, en la que parece que hace mérito de las doctrinas de los Padres de la Iglesia, y de Pedro Nombar, patriarca de Constantinopla.—(*Diccionario de Escritores mallorquines* de D. J. B. de R.)

ROBEY, magistrado de los Estados Unidos, se convirtió al catolicismo hácia 1822, y sirvió de padrino á M. Dunton Geoghegan, tambien magistrado convertido.—S. B.

ROBIIN (Fr. Luis), religioso dominico natural de Gante, donde tomó el hábito y profesó, siendo uno de los profesores más célebres de su época. Estudió filosofía en Lieja y teología en Ruremunda, consagrándose desde luego á la enseñanza, para lo que reunia las mejores cualidades. Aunque solo era maestro en su Orden, enseñó tambien en diferentes universidades, como en la de su patria y Lieja, adquiriendo grande reputacion, la que aumentó con sus predicaciones y sus numerosas obras, que tuvieron la mejor acogida, tanto por los asuntos que trataban, místicos en su mayor parte, como por hallarse adornados de esas gracias de estilo que contribuyen siempre á la buena acogida de todo libro nuevo. Imposible parece que en los pocos años de que pudo disponer llevase á cabo tantos y tan útiles trabajos, siendo así que á sus ocupaciones como religioso, unia las del profesorado y las contínuas tareas del púlpito y confesonario, que tanto tiempo absorben á los religiosos. Pero á una laboriosidad sin ejemplo unia una imaginacion viva y fecunda, gran deseo de contribuir á la edificacion de sus semejantes, y de fijar su atencion en asuntos graves é importantes, separándolos de las

frivolidades que como pasatiempo suelen ser el objeto de sus lecturas favoritas, que les proporcionan otros tantos autores, harto ligeros é inconsiderados para comprender el mal que hacen, con frecuencia con la mejor intencion. Hallábase Robiin en lo mejor de su carrera, próximo quizá á obtener grandes aumentos, cuando le ocurrió una desgracia que le privó de la vista por haberse abrasado el rostro, impidiéndole así continuar sus tareas sin el auxilio de un amanuense y privándole, sobre todo, del premio merecido por sus grandes y continuos trabajos. Aun vivió en Gante hasta 1720, sobreviviendo, por decirlo así, á su reputacion, y dejando las siguientes obras: *Oficio de la Santísima Vírgen segun el rito de la órden de Predicadores.* —*Conventus Gandavensis Ordinis Prædicatorum illustratus.* —*Gante bajo la tiranía del calvinismo.* —*Regla de la Orden Tercera de Santo Domingo, con meditaciones y otros piadosos ejercicios;* Gante, por Agustin Graet, 1714, en 8.° —*Regla de San Agustin*, ibid., por Pedro de Goerin, 1717, en 8.° —*Recreos poéticos elegidos de poetas antiguos y modernos;* Ruremunda, por Pedro Valleu, 1710, en 8.°—S. B.

ROBILLARD (P. Pedro), jesuita francés y uno de los escritores más celebrados de su siglo. Dupin y todos los bibliógrafos franceses mencionan al P. Robillard por su profundo saber y no vulgares virtudes, y merece ciertamente estos elogios en atencion á que aunque han sido pocas las obras que de él nos han quedado, domina en ellas la más ardiente piedad y el ingenio más fecundo. En su juventud siguió sus estudios con notable aprovechamiento, distinguiéndose en el de los idiomas, que no era muy frecuente entónces, pero que era muy necesario á los religiosos que solian ser enviados de uno á otro país, é indispensablemente debian hacerse entender de sus hermanos no ménos que del público, á quien de lo contrario eran inútiles, y de consiguiente tambien á su Orden, que al trasladarlos llevaba siempre un objeto y fin. Robillard estuvo en Italia, Alemania, tal vez en España, y donde principalmente hizo una larga morada y publicó sus mejores obras, fué en la capital de la primera nacion y del catolicismo, en Roma. Allí manifestó este Padre los grandes conocimientos de que se hallaba adornado, y adquirió esa reputacion que le ha seguido hasta despues de su muerte. Ignoramos si debemos omitir la mencion de sus virtudes, tan grandes, tan eminentes, que le han hecho acreedor á elogios más justos y más sinceros que los que le adquirieran sus obras. Porque en realidad, ¿qué valen todos los esfuerzos del espíritu humano al lado del grandioso espectáculo de la abnegacion, el desinterés, el continuo sacrificio del que sin esperar nada en este mundo, todo lo aguarda en la eternidad, en ese más allá en que se atreven á confiar tan pocos hombres? El sabio siempre busca un premio en sus esfuerzos, una vez, con los elogios de sus contemporáneos, otra una

vida cómoda y regalada, y con frecuencia las riquezas y el poder. Pero el varon justo, el hombre que solo encamina sus pasos por el sendero de la virtud, nada de esto quiere, nada de esto desea ni apetece. Los elogios son para él otros tantos escollos de que huye, porque teme zozobrar; las comodidades y regalos son contrarias al género de vida que se ha propuesto seguir, y las riquezas y el poder son los verdaderos enemigos, los más temibles adversarios del que ha abrazado la pobreza voluntaria por Jesucristo. Por esto el P. Robillard es acreedor á todas nuestras consideraciones, por esto merece que le elogiemos doblemente por su conducta y por sus obras. Estas son: *Consejos dados por San Luis, rey de Francia, á su hijo Felipe*, con la que se encuentran en algunas ediciones unos *Ejercicios del hombre cristiano*; Roma, por Bartolomé Zanneti, 1612, en 24.° Y un *Símbolo de los apóstoles*, escrito en diferentes idiomas; ibid., 1614, en 8.° S. B.

ROBIN. Nació en Tonnerre en 1750, allí hizo los estudios de humanidades y vino á cursar filosofía y sagrada teología á Paris. Desde luego fué muy aficionado á la literatura, y cultivó con algun éxito la poesía, habiendo hallado en personas poderosas de Paris apoyo para por este medio seguir sus estudios, pues por su casa era extremadamente pobre, tanto que al ver que no escogia oficio, sino que queria carrera, sus padres le dijeron no podian dársela y le abandonaron á sí propio, no porque ellos quisieran abandonarle, sino porque sus circunstancias no les permitian otra cosa; así que este sentidísimo abandono fué, como era consiguiente, muy duro para los padres de Robin. La gran proteccion que le dispensaron para sus poesías, la aprovechó él para buscar medio de ordenarse, y en efecto lo logró, y lo logró no como quiera, sino á título de una pingüe capellanía que le dió el conde de Artois; el cual, no satisfecho con esto, le nombró su secretario particular colmándole de deferencias, todas muy justas y debidas, porque Robin, fidelísimo en el desempeño de cuantas cosas se ponian á su cargo, sabia muy bien rehuir con delicadeza las que no le habian de dar un resultado feliz, y por consiguiente se hacia cada vez más apreciable, porque siempre salian bien los negocios que se le confiaban. Sin duda por esta misma confianza que á todos inspiraba, y que en verdad merecia, porque sabia cumplir bien su cometido en cualesquiera circunstancias en se hallase, fué designado para acompañar á Rochambau en su expedicion á América, y nuestro Robin, aunque nada tenia de militar ni tampoco lo presumia, con sus acertados consejos hizo al valiente y entendido general fijar más de una vez su atencion en circunstancias al parecer insignificantes, y que más de una vez deciden las acciones más importantes, comprometiendo tal vez el descuido de una de estas pequeñeces, al parecer de poco momento, las más acreditadas

reputaciones. El feliz éxito que alcanzó el general por sus indicaciones, y él que presentaba siempre cierta tendencia á desear ser colocado cerca del Rey, ya para ser, no predicador, pues en el púlpito se distinguia mucho, ya tambien para servirle de capellan, hizo que el general á su regreso se interesára en este sentido y lograse para él una capellanía de honor en la real capilla del monarca, con lo cual él se creyó plenamente recompensado de las molestias y trabajos que en América habia sufrido, y que en realidad de verdad fueron muchos, porque no abandonó nunca al general; y éste, como era consiguiente, hubo de estar siempre en los lugares más peligrosos, sin que fuera nunca el primero en disfrutar de las ventajas que alguna vez se ofrecian; pues su carácter puramente militar y como tal acostumbrado á ganar sus ascensos á costa de fatigas, le impedia el aprovecharse de las ventajas que indudablemente le ofrecia su posicion, y Robin tampoco las disfrutaba, porque el general no permitia llegasen á ellos. Desde que fué capellan del Rey, éste le cobró el afecto que era natural, pues que le estaba muy recomendado, y además él por sus propias prendas personales se hacia merecedor de este mismo aprecio, no solo de parte del monarca, sino de toda la corte, lo cual es, como sabemos, más difícil aunque no ménos importante; es más difícil, porque las aspiraciones de los cortesanos son siempre el monopolio, por decirlo así, de la voluntad del soberano, y no ménos importante, porque así se neutralizaba toda oposicion que pudieran presentar los que, gozando tambien de la confianza del monarca, algun dia podian aprovecharse de este privilegio y hacerlo, como era consiguiente, en perjuicio de su rival. Bien sea por indicaciones del monarca, bien sea por su propia inventiva, el Sr. Robin parece que trató de plantear un gran establecimiento de caridad, pero bajo bases y de una manera hasta entónces desacostumbrada. La obra era grande y de importancia, pero fuese que las circunstancias le retrajesen, ó que él abrumado del peso de la importancia misma de su obra, creyera conveniente retroceder, es lo cierto que desistió de su empeño, habiendo dejado solo las bases, que pudieran acaso servir á otros para trabajar en el mismo sentido que él, y dar acaso un dia determinado el fruto que, por no estar aún en sazon, no se podia esperar de los esfuerzos de Robin, aunque hubiese hecho muchísimos para conseguirlo. Cuando trabajaba acerca de este proyecto, ya veia acercarse la revolucion con sus fatídicos colores, mas él no la vió bajo su verdadero prisma; él, obcecado no sabemos por qué, creyó que la humanidad entera iba á lograr beneficios inmensos de esta revuelta que se preparaba, y que ya él preveia que no habia de ser solo para Francia sino acaso para toda Europa, y él creia que con ella podrian introducirse muchas mejoras muy útiles á la humanidad, porque podria imponer algun tanto á los poderosos, haciéndoles comprender que su poder mismo

era limitado, y á los pueblos servirles tambien para hacerles conocer su dependencia, y que ellos no podian nada sin la cooperacion de los que valian más; pero bien pronto los sucesos vinieron á darle patentes pruebas de que su presagio no habia sido acertado, de que nada bueno podia esperarse de la revolucion, por lo cual de defensor acérrimo que era de ella, allá en su interior, porque exteriormente no se declaró, vino á hacerse uno de los que más la odiaron; porque vió claro que en su persecucion á todas las clases respetables llevaba el sello de su malignidad, y el sarcasmo con que ponderaba los bienes que iba á producir, era la prueba más inconcusa de la iniquidad de sus miras arbitrarias. Así es que no tomó la menor parte en favor de la revolucion, y es seguro que hubiera seguido el partido de la mayor y mejor parte del clero frances, habiéndose negado á prestar el juramento de fidelidad que exigian, pues era como una especie de excision contra el romano Pontífice, para hacer prevalecer la idea de una Iglesia independiente, que era su dorado sueño. Segun todas las probabilidades, nuestro Robin murió en 1791, que fué cuando la persecucion comenzó á declararse en París, pues ántes habia sido en otros puntos y áun en otras naciones, si bien todos los acontecimientos de todas partes decian á voz en grito que semejante á la suerte que corrian en otros puntos los ministros de Jesucristo, sería la que á estos les esperaba en París. Así como no se sabe nada de la muerte de Robin, nada tampoco se dice acerca del lugar donde reposan sus restos mortales, y se hubiera acaso perdido la memoria de sus obras, si los celosos potentados que le protegieron no las hubieran dado publicidad ántes de su muerte, pues despues de ella casi era lo natural que no se hubiesen siquiera fijado en su mérito, como que ya no vivia el que las habia dado valor. Mucho podria decirse acerca de estas obras de Robin, pero por no apartarnos de lo acostumbrado y conveniente en nuestra obra, diremos solo lo preciso para que de ellas pueda formarse juicio. Tituló á la primera, que publicó en París en 1779, *Recherches sur les initiations anciennes et modernes*; pero es tan superficial todo lo que en esta obra hay acerca de lo antiguo especialmente, que si no la abonára un lenguaje selecto y una manera de decir muy dulce, hubiera pasado desapercibida, y léjos de dar celebridad á su autor, hubiera hecho que él tampoco hubiese sido conocido de nadie; porque en verdad obra fué del momento, y nada más que del momento, porque ni para consulta ni para nada valia ni vale despues de vista una vez, si es que hay aliento para leerla por completo. Despues imprimió otra que mereció con justicia tal aplauso, que Alemania y Holanda la tradujeron á sus respectivos idiomas apénas la vieron aparecer, y que titulada *Nouveau voyage dans l'Amerique septentrionale en l'anné* 1781, *et campagne de l'armée de Rochambau*, contiene noticias importantísimas acerca de las costumbres y usos de

los angloamericanos, obra que ha servido mucho para dirigir con acierto los asuntos de aquella poderosa colonia. Tambien publicó en 1782: *Vies des grands hommes du Christianisme*, de la cual no se publicó sino un tomo, que contiene la vida de Jesucristo, la de S. Pedro Apóstol, los cuatro Evangelistas y de S. Pablo; sirviéndola de apéndice la de Simon Mago y Apolonio de Tiana. Es muy sensible que no la continuára, porque era obra muy digna, pues hubiera perpetuado más y más la gloria de los héroes del catolicismo. En los años de 1790 y 91 publicó: *Histoire de la constitution de l'Empire française, ou Histoire des Etats Généraux pour servir à l'histoire de notre droit public*. Esta obra, que participa de política y de jurídico-administrativa, ha sido reputada por los sabios como obra maestra por las importantes nociones de derecho público con que ilustra muchos de sus pasajes, y porque es una verdadera historia del derecho en la época á que se refiere. Tambien se atribuye al abate Robin la traduccion de *Traîtement des insensés à l'hopital de Bedlam à Lòndres*. —G. R.

ROBIN (Claudio), nació en 1715, en S. Florencio el Viejo, en Anjou. Desde luego mostró un ingenio muy claro y una aplicacion nada comun, por lo cual en todos sus estudios tuvo el éxito más favorable, alcanzando todos los premios que se proponia en los diversos períodos de la enseñanza por que necesariamente hubo de pasar, y logrando tambien como premio el doctorado en la sagrada facultad de teología, que fué á la que se dedicó por la especial aficion que tenia á todas las cosas del estado eclesiástico. Como en sus estudios logró tanta ventaja, y su conducta acreditada siempre era muy ejemplar, no halló en sus prelados dificultad alguna, ántes por el contrario con grande complacencia le vieron subir al sacerdocio esperando con razon que este hombre habria de dar muy buenos resultados en un estado tan perfecto. Así fué que apénas ordenado, le encomendaron el curato de Chene-Hutte, pueblo que se encuentra situado muy cerca de antiquísimas ruinas, que se conocen en el país con el nombre vulgar de *Chatelier*. Estas ruinas fueron desde luego la distraccion de nuestro celosísimo cura, porque sin que indiquemos que en examinarlas se distraia, vaya á inferirse que esto le hacia desatender los importantes cuidados de su ministerio pastoral. Todo ménos que eso; es verdad que se aficionó mucho al estudio de las antigüedades, y que sobre este estudio mismo hizo grandes adelantos, siendo acaso motivo de los grandes descubrimientos y de la importancia que se ha dado á este estudio en nuestro siglo; pero todas estas cosas eran despues de cumplido su importante ministerio, porque él decia, y lo decia en toda su conducta, que ante todo era cura de sus feligreses, y por consiguiente, la menor necesidad de estos era para él preferente á todas las cosas que dijeran relacion con la satis-

faccion áun de sus más convenientes desahogos. Sin embargo, su aficion siempre creciente á los estudios arqueológicos le obligó á pedir á su prelado licencia para hacer una expedicion á Roma, donde hay monumentos tantos y tantas cosas dignas de fijar la atencion del que estudia y del que observa. Como era la única gracia que hasta entónces habia pedido, y no podia ni áun presumirse que en su rectitud y en su acreditado amor á sus feligreses los dejaria sin el pasto espiritual que habian menester, el prelado condescendió con sus deseos, y en efecto, fué una condescendencia provechosa, porque le puso en aptitud de conocer y apreciar debidamente cosas de mucho aprecio, sin resfriar por esto en nada el espíritu religioso que le animaba, y mucho ménos la ardiente ánsia con que procuraba siempre gobernar su parroquia, de manera que todos comprendieran y cumpliesen sus deberes como el medio más seguro de que todos caminasen á su perfeccion en el tiempo, que es lo que asegura la eterna ventura despues. Sumamente satisfecho se hallaba al frente de sus feligreses y ocupado en sus estudios de antigüedades, cuando no mucho despues de su regreso de la capital del orbe católico, fué promovido por su obispo espontáneamente, y sin que de su parte hubiese mediado pretension ni áun indicacion alguna, á la parroquia de S. Pedro de Angers, parroquia mucho más importante en todos conceptos, y que requeria á su frente un sugeto adornado de prendas tan relevantes como las que tenia el Sr. Robin. Mucho sintieron sus primeros feligreses el que se separára de ellos un tan celoso pastor, pero mediando como mediaba la suprema voluntad del prelado, no habia sino aceptarla, sirviéndoles de consuelo el que en primer lugar, el nuevo destino que se le daba era ascenso y adelanto en su carrera, y además que tambien él sentia dejar un pueblo con quien habia contraido estrechos vínculos de afecto muy merecido, porque en todas circunstancias habian dado muestras de sumision á este celoso padre de sus almas, en justa correspondencia á los esfuerzos con que él procuraba su bien, á lo cual se habian siempre mostrado agradecidos. Desde el primer dia logró en S. Pedro las mismas simpatías que anteriormente tuviera en el otro curato; verdad es que su conducta no podia ser ni más evangélica ni más conforme á la que podian esperar del ministro de Dios aquellas buenas gentes, porque para él eran propias suyas todas las necesidades de sus feligreses, no habia ni consideracion á clases, ni á condiciones, ni á cosa alguna; bastaba ser feligrés y pobre, para que tuviese abierto el bolsillo del párroco á todas sus necesidades; bastaba ser feligrés é ignorante, para que el párroco tratase de comunicarle toda la ciencia que fuese suficiente para ilustrarle; cualquier otro concepto en que á los feligreses se considerára, nos dará idéntico resultado el encontrar al párroco siempre todo para todos, pues cuando no podia remediar las ne-

cesidades ó tal vez exigencias de sus feligreses, él sabia identificarse con ellos en el sentimiento, para que compartiéndose este fuese ménos sentido á los que le experimentaban en su orígen, digámoslo así. Claro es que un párroco que tal opinion tenia de las necesidades, sufrimientos y penalidades de sus feligreses, no podia ménos de cumplir bien con los deberes de su ministerio, así que incansable para el púlpito y constantísimo en el confesonario, en general y en particular enseñaba, en general y en particular movia, no sabiéndose quién se complacia más en los triunfos de la gracia, si aquel en cuyo favor se verificaba esta, ó el párroco por cuyo esfuerzo se llegaba á conseguir. Ponia todo su esmero en que todos educasen á los niños lo mejor que les era posible, y por este medio procuraba un resultado, que si bien en el momento no era tan tangible como se hubiese querido, lo que es para el porvenir era fecundísimo, pues aseguraba la felicidad que es consiguiente á una civilizacion más avanzada, lo que corresponde á una educacion, si no completa, por lo ménos lo más completa posible. Como Dios nuestro Señor suele premiar los esfuerzos con que la criatura le sirve con dar á la criatura misma algunas recreaciones ó consuelos que le son gratos, lo hizo así con nuestro buen Robin, pues por una feliz casualidad fué él el primero que fijó su atencion en el *campo de César*, hasta entónces casi desconocido de los sabios, y esto le proporcionó, como era consiguiente, un recurso para continuar sus estudios sin dejar por esto sus atenciones parroquiales, pues ya hemos dicho que para atender á estas, ni le pareció mucho nunca el trabajo y molestia que hubo de sufrir, ni jamás se dió por contento sino cuando sabia que á sus feligreses nada les quedaba que desear. Estudiando él sobre el campo de César dió al público algunas memorias y noticias muy curiosas, de que haremos mencion cuando consideremos á este esclarecido párroco como literato, que bien merece tambien este concepto. Algunos han querido tachar á nuestro buen Robin, de un poco franco en su trato, queriendo que esta conducta suya hubiera quedado reservada á épocas en que las costumbres eran más inocentes; pero esta no deja de ser una de las apreciaciones gratuitas que dan á los hombres que, como nuestro párroco, saben captarse todas las voluntades, los que no querrian que nada se hiciese por afecto, sino como si dijéramos á fuego y hierro, sin que el tan noble sentimiento del amor dominase en ningun pecho, que era precisamente lo que sucedia con nuestro buen Robin; todos le querian, y como él sabia que le querian todos, para nada le precisaba el que nadie le temiese, y por esto su familiaridad con todos, por esto su franqueza, único defecto de que podia tildársele, pero que no era sin embargo tal que menoscabase sus derechos, es decir, que por esta franqueza con que se portaba, no prestaba ocasion á que nadie le faltase, como en efecto ninguno de sus fe-

ligreses le faltó. Siguiendo en su grande aficion á las antigüedades, dirigió él una preciosa capillita, que destinaba para su enterramiento, y en la cual efectivamente sepultó los restos de su padre, á quien conservó siempre entrañable afecto; mas no pudo lograr el ser enterrado él en ella, porque la revolucion quiso destruir esta obra, y la destruyó en efecto á su presencia, y siendo esta como la primer piedra que se ponia en el edificio de ignominioso trato con que los desalmados habian de hacer perecer al hombre grande que, acreedor á todo su respeto por su heróica caridad y conveniente porte, clamará un dia contra ellos, allí donde su clamor será eterno, porque será ante la justicia de Dios. Un año se pasó desde que el atropello hecho contra la propiedad del buen cura vino á llenarle de disgusto, porque muy grave lo fué para él el que produjo tan inicuo trato á las cenizas de su padre, hasta que un golpe de mano, un abuso de autoridad tan indebidamente ejercida como injustamente usurpada, atacó á su vida, poniéndole en situacion que necesariamente habia de producir su muerte. Efectivamente, en 1794 el infame Carrier, cuyo nombre mirarán con horror cuantos estimen en algo la honra de Francia, mandó que el cura de S. Pedro de Angers y otros muchos que ponian dique á la revolucion, ó mejor dicho se oponian á los abusos de autoridad de los pretendidos reformistas, fuesen trasladados á un destierro en barcos de vela de ningunas condiciones favorables; así que al hacer su travesía perecieron, contando nuestro buen Claudio Robin la edad de setenta y nueve años y una carrera honrosísima en que habia sacrificado su vida y su hacienda en pro de sus feligreses, á quienes siempre miró con paternal afecto. Dejó varias obras literarias, todas muy bien escritas y de las cuales vamos á hacer mencion, siéndonos muy sensible el que la índole de este artículo no nos permita acerca de ellas un detenido exámen: escribió un libro en 12.° que tituló: *El Amigo de los pueblos*, ó memoria interesante á la Iglesia y al Estado sobre la administracion de las parroquias y los derechos de los jefes de provincia. *Le Camp de Cesar au village d'Empire*, que contiene una descripcion de la iglesia de S. Pedro de Angers, y otras noticias bastante curiosas y muy á propósito para excitar á los inteligentes al estudio de aquellas antigüedades tan preciosas. Aquí puso una asercion no muy fundada de que S. Pedro habia sido ántes la catedral, pero tuvo la abnegacion y probidad de consignar su equivocacion al fin de la obra, lo cual le honra en gran manera. *Le Mont-Glonue*, revista histórica sobre los Celtas, Angerines, Aquitanos, etc.; obra muy estimada y buscada á pesar de que parece incompleta. Estas obras son seguramente del párroco Claudio Robin; muchos le atribuyen otras como la que se titula: *El peregrino piadoso*, pero no se puede esto dar por seguro, y nosotros no nos atrevemos á consignarlo. Si hizo otras muchas cosas, que ya incompletas,

ya manuscritas, existen bajo su nombre en diferentes bibliotecas, sin embargo, las de que llevamos dada razon le acreditan como sabio, así como su conducta dice que fué en toda la extension de la palabra un verdadero cura de almas. —G. R.

ROBINET (Juan Bautista René). Nació este laborioso escritor, segun el tambien laboriosisimo Mr. Weis en el artículo que le dedica en la *Biografía Universal Francesa* de Michaud, en Rennes, el dia 23 de Junio de 1735. Despues de haber terminado sus estudios con algun éxito, tomó el hábito de S. Ignacio en la Compañía de Jesus; pero cansándose pronto de este género de vida, que habia escogido sin reflexion y sin verdadera vocacion, recobró su libertad, y se consagró enteramente al cultivo de las letras. Fué á Holanda á imprimir su libro *De la Nature*, obra que metió algun ruido en aquella época, á causa de las opiniones singulares que encerraba, y la cual se atribuyó por unos á Toussaint, ya conocido por sus escritos filosóficos, y por otros á Diderot ó á Helvetius. En vista de estas dudas, Robinet dió á conocer que él era el autor de la carta de 18 de Mayo de 1762, que insertó en el *Diario de los Sabios* de la edicion de Amsterdan, en la que dice: «Si yo he hecho un mal libro, justo es se me impute á mí solo todo el mal, de cualquier especie que sea; y por lo tanto siento mucho que mi silencio haya dado lugar á que se le impute á otros. Anuncia en el prefacio de esta obra, que su fin es demostrar el equilibrio del bien y del mal en todas las sustancias y en todas sus fases; y por lo tanto, en esta obra, sino ya en la de Antonio Lasalle sobre la Balanza natural, fué tal vez en donde encontró Mr. Azais el gérmen de su tratado de las *Compensaciones en los destinos humanos*. Segun Grimm, el autor del libro *De la Naturaleza* no era un hombre sin mérito, pues que tiene estilo, y hay en él filosofía, si bien se resienten del gusto sistemático. La idea que se conoce apadrinaba más Robinet es la de que el universo está animado, y que todos los séres y áun los planetas y las estrellas, han recibido la facultad de reproducirse como los animales. Apoya esta opinion en respetables autoridades, y en una porcion de citas que prueban muchas pesquisas y una inmensa lectura. Con extraordinaria franqueza, á la cabeza de su sistema invita á que le propongan objeciones para que de este modo pueda examinarse mejor. «Dios y la naturaleza, dice; la causa y su efecto; hé aquí los grandes objetos de que me he atrevido á ocupárme en una edad en que se entrega el hombre naturalmente á diversiones frívolas. No pretendo yo enseñar á los demás, porque ni he adquirido ni comprado este derecho; solo trato de instruirme, dispuesto á considerar y amar como á un bienhechor, al que quiera tomarse el trabajo de rectificar mis ideas, si tienen necesidad de ello.» El abate Barruel en algunas de sus cartas helvecias y el P. Cárlos Luis Richard, refutaron sólidamente la obra

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

de Robinet; pero como su libro no se juzgó realmente peligroso, la autoridad no pidió se le condenase. Obligado para su subsistencia á entregarse á la especulacion de los libreros, publicó despues Robinet muchos *Romances*, traducidos del inglés, lengua de la que habia hecho un profundo estudio, y de la que no falta quien haya dicho que dió lecciones. La necesidad, sin duda, fué la que le obligó al propio tiempo á constituirse editor de las cartas secretas de Voltaire, que se habia procurado sin que se haya podido averiguar por qué medio, y que vendió por veinticinco luises á un librero, lo cual ofendió tanto á Voltaire, que manifestando su desagrado de esta falta de delicadeza á Damilaville, en su carta de 8 de Setiembre de 1766, dijo: «Robinet es un farsario, y es muy lamentable que haya habido verdaderos filósofos que hayan estado en relaciones con él.» Abandonando á Holanda, se fué á Bonillon, en donde trabajó algun tiempo con Castilhon en traducciones de diferentes empresas literarias, más útiles que lucrativas. Al volver á París en 1778, el escándalo que habia podido causar su libro *De la Naturaleza* se habia borrado de la memoria de tal modo, que fué nombrado al poco tiempo censor real, título que puso al frente del tomo XIII de la *Coleccion Académica*, cuya plaza ejerció hasta que se suprimió. Fué tambien secretario de Mr. Amelot, ministro de París, funcionario que en este destino reunia una porcion de atribuciones del ministro del Interior y del ministro de la Real casa. Durante la revolucion vivió Robinet retirado de su familia en Rennes, procurando que nadie se acordase de que existia, y acreditando el más sincero arrepentimiento de los errores de su juventud. Siguió, sin embargo, los principios de la iglesia constitucional; pero en su última enfermedad remitió al cura de su parroquia la declaracion siguiente: «Que queria vivir y morir en el seno de la Iglesia Católica, Apostólica, Romana, en comunion del Supremo Pontífice y de los obispos legítimamente instituidos por él;» cuya declaracion se publicó en la pág. 367 del tomo XXIV del *Amigo de la Religion y del Rey*. Perseverando en este piadoso sentimiento, murió Robinet en Rennes el dia 24 de Marzo de 1820, á los ochenta y cinco años de edad. Fué Robinet naturalmente bueno, servicial y muy limosnero. Fué el editor de las *Cartas secretas de Voltaire*, impresas en Génova (Amsterdan), en 8.°, en 1776 con adiciones y correcciones; del XIII volúmen de la Coleccion Académica, del Suplemento á la Enciclopedia, y del *Diccionario universal de Ciencias morales, económicas, políticas y diplomáticas*, en treinta volúmenes en 4.°, impreso en Lóndres (París) desde 1777 hasta 1783. Dirigió las *Tablas de las materias de la historia y de las memorias de la Academia de Ciencias*, y el *Diario de los Sabios*; la *Tabla latina y francesa del Gabinete de Historia natural de Seba*, y el de la *Nueva Biblioteca Germánica*. Tradujo del inglés de Hume los *Ensayos de moral ó reflexiones*

sobre los principios de la moral; 1760, en 12.°; y en la coleccion de las obras filosóficas de este escritor las *Consideraciones sobre el estado présente de la literatura en Europa*; 1762, en 12.° — De madama Sheridan, las *Memorias de Miss Sidney Bidulphi;* 1765, en 12.°, en tres volúmenes, traduccion atribuida al abate Prevost. Tradujo de Langhorne las *Cartas de Teodoro y de Constanza;* 1764, en 8.° — De Sir Cárlos Morell (Santiago Ridley), los *Cuentos de los Genios;* 1767, tres volúmenes en 12.°; y del italiano de Nicolás Donato, el *Hombre de estado*, con adiciones del traductor. Tuvo parte Robinet en la primera *Coleccion filosófica*, publicada por Castillon en la *Historia universal*, traducida del inglés; y en una obra periódica titulada *Asuntos de Inglaterra y de América;* Amberes (Holanda), 1776, trece volúmenes en 8.° — En fin, se conservan de la pluma de este laborioso escritor las obras siguientes: *De la Nature;* Amsterdan, 1761-1768, cuatro volúmenes en 8.° El primer volúmen de esta obra se ha reimpreso tres veces, con algunas variaciones, en Francia, en 12.° — Debe unirse á ellas las *Consideraciones filosóficas sobre la gradacion natural de las formas del ser*, ó los *Ensayos de la Naturaleza que enseña á formar el hombre;* 1768, en 8.° — De esta obra han hecho todos los biógrafos el quinto volúmen de la *De la Naturaleza*, y viene á ser una coleccion de extractos de naturalistas y viajeros relativos á los antropomorfitas; pero la obra que anuncia el título no se hizo. «Me habia propuesto, dice el autor, estudiar la gradacion de las formas del ser, pero cedo la pluma á otro más hábil que yo.» *Considerations sur le sort et les Revolutions du Commerce d'Espagne;* 1761, en 8.° — *Grammaire française*, extractada de los mejores gramáticos; 1762, en 8.° — *Grammaire anglaise;* 1764, en 8.°, reimpresa en 1774, en 12.° — *Parallèle de la condition et des facultés des autres animaux;* Bouillon, 1769, en 12.° — No ha llevado el autor por fin, como podria suponerse por el título de esta obra rebajar al hombre á la condicion de los animales; por el contrario, establece que ningun ser de la creacion puede comparársele; pero que el hombre está aún bien léjos de sacar todo el fruto que debiera de las ventajas que le ha concedido la naturaleza. — *Analyse de Bayle;* Amsterdan, 1770, cuatro volúmenes en 12.°, es una continuacion de la obra de Marsy. — *Lettres sur les debats de l'Asamblée nationale*, relativas á la Constitucion; Rennes, 1789, tres volúmenes en 8.° — *Les Vertus*, reflexiones morales, en verso; Rennes, 1814, dos volúmenes en 12.° — Mr. Mahul publicó una noticia sobre Robinet, sobre el que se ve tambien un curioso artículo en el tomo XXIV, página 367, del *Amigo de la Religion y del Rey*, á cuyas noticias se atuvo Mr. Weis para su artículo, publicado en el tomo XXXVIII de la *Biografía universal Francesa* de Mr. Michaud. — C.

ROBINET (Pedro). Nació este jesuita en Stenay de Champagne, ciudad

antigua de la Lorena, el dia 22 de Marzo de 1656, y tomó el hábito de la Compañía de Jesus el 22 de Octubre de 1671, en la que pronunció sus votos el 2 de Febrero de 1692. Aun cuando este jesuita no ha escrito casi nada, hacemos mencion de él en esta obra á causa de su grande aficion á los libros, y del esmero que puso en enriquecer la Biblioteca de la Sociedad. Habia sido profesor, por espacio de siete años, de teología escolástica cuando recibió la órden de acompañar á Dinamarca al embajador que Francia mandó á este reino. Luego que volvió á Francia, fué nombrado rector del colegio de Strasburgo. Llamado despues á España fué confesor de Felipe V, y despues de permanecer diez años en la península, se le nombró otra vez rector de Strasburgo, y en seguida provincial de Champagne. Murió en Strasburgo en 28 de Noviembre de 1738. Se ha conservado de él el siguiente escrito: *Celsissimo et Eminentissimo principi Guillelmo Egoni Fustenbergio. Argentinensium episcopo ac principi sacrâ purpurâ recens decorato, gratulatio*; Strasburgo, 1687, en fólio. — C.

ROBINET (Urbani), piadoso y sabio doctor de la Sorbona, canónigo, gran vicario de Paris, abad de Bellozane, fué natural de Bretaña, y murió el 29 de Setiembre de 1758, á la edad de setenta y cinco años. Fué redactor del breviario conocido con el nombre de Ruan, impreso en esta ciudad en 1736, el cual si se exceptúa la mutilacion de los salmos, es una obra maestra en su género. En 1744 publicó otra obra titulada: *Breviarium ecclesiasticum clero propositum;* dicho breviario ha sido adoptado por los obispos de Cahors et du Mans y algunos otros. Se le atribuyen los bellos prefacios de la misa de difuntos, de la del Santísimo Sacramento, de la dedicacion de la iglesia, del adviento y fiesta de Todos los Santos, que aún se cantan en la mayor parte de las iglesias de Francia. — M. B.

ROBINOT (Luis Agustin). Nació en 1756 en Decize, pequeño pueblo del Nivernais, de padres tan piadosos como nobles. Educado con todo esmero y logrando con los más exquisitos cuidados sus padres el que su inocencia se conservára, pensó desde luego en buscar y hallar el modo de ser más y más fiel á la gracia de Dios, que reconocia tanto en haberle el Señor dado padres tan buenos, cuanto en haberle libertado de los peligros que son tan frecuentes en las situaciones diversas, por las que precisamente pasa un jóven, especialmente miéntras se educa. La inclinacion le llevó desde luego al estado eclesiástico, y sus padres tuvieron gran complacencia en que escogiera tan perfecto estado, en el cual esperaban con fundamento que serviria á Dios, que es á todo lo que debe aspirar el sacerdote. Hizo, pues, sus estudios con las más brillantes notas; ninguno en su aula se le adelantaba, y le igualaban muy pocos, habiendo siempre entre sus maestros el mayor empeño en que se hiciesen patentes sus méritos literarios para que los pre-

lados le diesen la debida recompensa, otorgándole alguna colocacion que pudiese utilizar su buena capacidad en provecho del comun de los fieles, y sin menoscabo de su propio adelanto, tanto en la virtud como en las ciencias. Su ordenacion fué á título de un patrimonio, que sus padres le formaron, porque tenia cierto reparo en admitir á su cargo la cura de almas, sin otro motivo que por creer su capacidad limitada para tomar sobre sí tan importante ministerio. Desde luego se le concedieron ámplias licencias para confesar y predicar, y ayudó á su párroco con gran celo en el importante cargo que sobre sí tenia, logrando muy ventajosos resultados, pues además de su capacidad que, como llevamos dicho, no era nada comun, habia conseguido un afecto tal á los libros, que todo el tiempo que le dejaban libre sus quehaceres se ocupaba en la lectura, y por consiguiente en el estudio, del cual lograba grandes provechos. Muy contentos estaban en su pueblo natal, tanto el párroco como los feligreses, con que tan celoso ministro ayudase en el desempeño de la difícil é importante tarea de encaminar á aquellas buenas gentes á su último y adecuado fin; pero vino la revolucion, y sus exigencias introduciendo la alarma en las conciencias timoratas, que conocian bien la importancia de sus deberes, y hasta dónde llegaba la obligacion que el poder temporal podia imponerles, así como los derechos que asistian al poder espiritual, hicieron que por resistirse justamente á prestar un juramento repugnante, porque patentizaba un poder, una autoridad que nunca tuvo en la Iglesia el gobierno temporal, y tuvieron por consiguiente que abandonar sus puestos y emigrar, ya para ponerse á salvo de las injustificadas persecuciones de los insurrectos, ya para evitar las amenazas del gobierno, que no respetando nada, porque nada podia respetar, desatendia completamente los medios decorosos y dignos de tratar á los que de tal manera debe tratarse, y por consiguiente para atraerlos á su partido, no reparaban en los medios, ni respetaba cosa ni institucion alguna. Pues bien, por este motivo tuvo que dejar á Francia el Sr. Robinot por los años de 1791, y tuvo que sufrir en el destierro las penalidades que son consiguientes á un estado que no es normal, y en el cual además de todas las otras incomodidades y molestias, hay las gravísimas de desconocer el país, casi sus costumbres, pues no pueden á la verdad conocerse por el estudio, como se conocen en la práctica. Siete años duraron sus sufrimientos en el penoso destierro, que sobrellevó con tanta humildad como abnegacion, y hubiera indudablemente pasado en esta situacion toda su vida, si la revolucion no hubiese calmado sus excesos, ó si desgraciadamente su triunfo se hubiera prolongado por más tiempo. A su regreso, claro es que alcanzó los plácemes de todos los buenos católicos, pues su conducta habia sido no solo digna, sino la que habian seguido los hombres de algun valor, pues

tanto los muy reverendos prelados como los eclesiásticos de todas especies, hubieron de resolverse por este extremo, toda vez que era imposible excusarse de un juramento que no podian prestar, porque, como llevamos dicho, comprometian su conciencia. Apénas regresó de su destierro, le pusieron al frente de la muy importante parroquia de Lucenay-les-Aix, en cuyo desempeño se esmeró grandemente portándose con sus queridos feligreses de igual manera que se porta un padre con sus amados hijos, y estando siempre dispuesto á hacer en favor suyo toda especie de sacrificios, como en efecto los hacia en todo órden, pues podemos considerar como el menor favor que les hacia el dar cuanto tenia á cuantos pobres se le acercaban, habiendo llegado en alguna ocasion su generosidad hasta el extremo de que pidiendo un pobre en su casa á la hora de comer él, y manifestando el pordiosero que tenia mucha familia, quedarse sin comer por darle no solo lo que para aquella hora tenia dispuesto, sino lo que tenia para el otro dia. Estos rasgos de caridad, por más que él trataba de ocultarlos, eran notorios á todo el pueblo, así que el sumo aprecio en que le tenian no puede explicarse; bien es verdad que les era muy difícil encontrar otro párroco que mejor atendiese á sus necesidades, y que más se esmerára en su servicio. Esta misma manera tan conveniente de portarse en el ejercicio de su santo ministerio, y la gran fama que adquirió, fueron motivo de que obligado el obispo por las repetidas quejas que con fundamento ó sin él recibia todos los dias de los fieles de Murcigny, resolviera trasladar allí á Robinot, como lo hizo con grandísimo provecho de aquella feligresía, porque con su carácter conciliador, y con todas las demás dotes en que le hemos visto tan distinguido, se hizo apreciar como convenia, y claro es que al momento calmó las ansiedades y cortó, pero no como quiera, sino de raíz, los disgustos que hiciera surgir su antecesor. Mucho estimó el prelado el singular favor que hizo con ir allá para cumplir tan bien con el ministerio que se le encomendaba; así es, que la gratitud que excitó esta accion en el obispo le indujo la idea de premiarla, y premiarla de una manera conveniente. Algo hubo de vacilar, porque comprendia muy bien cuán importante era tenerle al frente de un curato, y además porque los feligreses del primer pueblo que regentó, estaban continuamente molestando al señor obispo con que les volviese á mandar aquel celoso pastor que con tanto interés habia cuidado por su salud espiritual, y con tan exquisita diligencia habia buscado los medios de ponerles en camino de salvacion; así es que aprovechando la circunstancia de que se establecia de nuevo la diócesis de Nevers, su distinguido obispo monseñor Millaux le nombró canónigo de aquella santa iglesia, con lo cual cesaron por una parte los compromisos, y de otra se vieron satisfechos los deseos de su prelado. Apénas el obispo de Nevers comenzó á tratar á Mr. Robinot, no

pudo ménos de apreciar sus excelentes dotes, y como era consiguiente, utilizarle para las muchas cosas á que servia, asi es que al momento mismo le hizo director del seminario conciliar, y luego le dió la inspeccion general de los estudios en su diócesis, llegando á poco á merecer el honrosísimo título y difícil cargo de vicario general. Todas estas comisiones las desempeñaba de manera que parecia haber nacido adecuadamente para cada una de ellas, y tan á satisfaccion de todos, que á pesar de ser como lo eran los cargos, no solo espinosos sino difíciles, no surgió durante su administracion el más leve disgusto, ni de parte del clero, ni de parte del pueblo, ni de parte de las autoridades civiles, con todos los cuales habia de luchar para el desempeño de sus importantes cargos. Cumpliendo tan á conciencia los importantes ministerios en que tan útil era á la iglesia, la muerte le arrebató cuando ménos se esperaba, y casi repentinamente, de tal modo que habiendo celebrado el santo sacrificio de la Misa, el dia 27 de Abril de 1841, aquella misma tarde se vió acometido de un ligero accidente, del cual falleció á las tres horas, en medio del mayor disgusto de todos, poniéndose en juego cuantos recursos cuenta el arte en tan apurados casos; y á la edad de ochenta y cinco años. Su muerte fué muy sentida, y sus funerales dignos de su memoria, la cual se ha perpetuado por sus escritos, pues dejó escritas dos obras de grande aprecio; la primera, que publicó en Lion en 1724, en cuatro tomos en 4.° bajo el título de *Discours dogmatiques et moreaux sur differents points de la religion*; que mereció mucha aceptacion, y la otra impresa en Valence en 1836, traduccion muy fiel, con notas y preciosos comentarios, de la que publicó Mr. Tassoni bajo el título de *La Religion demostrada y defendida*. Ambas son dignas del respetable Sr. Luis Agustin Robinot.—C. R.

ROBINSON (Hugo). Este inglés ha sido considerado como eclesiástico católico, pero no podemos afirmar lo fuese en efecto, y por lo tanto nos limitaremos á decir que fué rector y profesor de la escuela de Winchester, y arcediano de Glocester, y que murió el año 1655. Escribió algunas obras latinas sobre oraciones; una Retórica, un Compendio de Historia antigua, y las Antigüedades de la universidad de Oxford.—A.

ROBION (Fr. Luis), religioso dominico, natural de Morlaix en la Bretaña, donde profesó hácia 1631. Consagróse al estudio despues de hacer su noviciado, y manifestó si no aventajadas muy buenas cualidades para el estudio. Era este indispensable en una Orden, que consagrándose principalmente á la predicacion de la divina palabra, necesitaba que los individuos de su seno, reuniesen á una aplicacion no vulgar, dotes que les hicieran á propósito para su santo ministerio. Así es que se andaba con grande parsimonia en la eleccion de los sugetos que se presentaban á tomar el hábito

en ella, y solo se concedia á aquellos que habian dado ya algunas pruebas de su capacidad y suficiencia, manifestando que con el tiempo podrian producir sazonados frutos. Estaba además mandado por todos los capítulos provinciales y generales que se procediera con grande severidad en los estudios, y que los que desde luego por su inaptitud ó descuido manifestasen pocas esperanzas, fueran relegados á los oficios de la comunidad, puesto que se comprendia ya lo poco que de ellos podria esperarse en cargos públicos. Pero Robion no debia contarse en este número, pues activo y laborioso, y de más que vulgar talento, podia dar algunos dias de gloria á su Orden, legar su nombre entre los de otros tantos que la habian ya ilustrado, y hacerse acreedor en fin á todo género de honores y distinciones. Retrájole de ellos su excesiva modestia, y su amor al retiro y al estudio que era muy general en los que abrazaban las órdenes religiosas. Aunque vivia en una provincia, y le faltó ese sello que á las reputaciones literarias da siempre el aire de la corte, fué mirado, sin embargo, como un orador muy notable, y sus escritos se apreciaron tanto por su objeto como por su puro y excelente estilo. Por desgracia se han perdido en su mayor parte, achaque comun de ciertos siglos, ó de las revoluciones que les siguen, que haciendo girar en otro sentido al espíritu humano, le obligan á mirar con desden é indiferencia todo lo que se produjo en géneros distintos al que entónces domina, y dejan así perderse obras que hubieran sido despues muy útiles para la meditacion y el estudio. Pero como orador sagrado el P. Robion no se propuso presentar á sus contemporáneos más que ejemplos dignos de imitacion, modelos de virtudes que les sirviesen como regla práctica en la vida para su perfeccion y felicidad, de esta clase es la única obra que de este autor ha llegado hasta nosotros, y se halla traducida del italiano, con el título siguiente: *Relacion de los milagros y prodigios operados por la imágen de Sto. Domingo de Soriano*, segun el ejemplar aprobado por el capítulo provincial de la provincia de España, celebrado en Madrid en 1619; París: Juan Branchu, 1637, en 8.°— S. B.

ROBLEDO (Fr. Alonso de), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de nuestra Señora de la Mejorada. Este esclarecido y sabio varon fué condiscípulo de Alonso de Madrigal, llamado universalmente *el Tostado*; estudiaron juntos en la célebre universidad de Salamanca, y tan parecidos como eran en el nombre, lo fueron en el ingenio, en la memoria inmortal que dejaron y en la pureza de las almas. Tocó Dios en el corazon á Fr. Alonso, y le puso de manifiesto á su vista más ciencia y verdades que la que en los libros aprendia; le inspiró un gran desengaño haciéndole ver lo vano de cuanto adora el juicio de los hombres, debiendo atenderse principalmente al término de la vida humana y fijarse en lo corto

de sus plazos; cuán vano y perecedero era el título y la honra de ser tenidos por doctos y sabios si no se logra el grado de la ciencia de los santos. Reconocido Fr. Alonso á tan alta merced y favor que el Señor le hacia, no dudando de que aquellas inspiraciones eran voz del cielo, abandonó las escuelas y los estudios, y procuró olvidar las grandes esperanzas que aquel camino le prometia; conociendo al mismo tiempo lo interminable de las pretensiones y asistencia en los colegios, las dificultades y dilaciones para conseguir cátedras, canongías y dignidades, y bien penetrado de la barahunda del mundo y de la poca solidez de sus cosas, acordó definitivamente recogerse en una religion que le separase de todos los peligros de la vida seglar. Entendió que la órden de S. Gerónimo era la más apropiada á sus deseos, porque en lo general profesaba una santa quietud y aislamiento, siendo su más propia ocupacion dedicarse á las divinas alabanzas y á la meditacion de la Sagrada Escritura, no exigiendo el que fuesen muy doctos los religiosos, ni el que hiciesen gran ostentacion de habilidad, de memoria y de ingenio, sino que como muy santo se preciase de callado, humilde y obediente. Estas virtuosas condiciones fueron muy del agrado de Fr. Alberto, y se propuso en su corazon abrazarlas todas con la más decidida voluntad. Recibió el hábito dejando muy triste con su ausencia y alojamiento á su amigo y compañero *el Tostado*, en el monasterio de la Mejorada, en donde se practicaban y estudiaban á aquella sazon las buenas letras y doctrinas. En pocos dias se le conoció lo aventajado que habia de salir, como sobresaliente estudiante que ya era, de esta escuela, porque con la mayor decision se entregó á la práctica de la humildad con gran menosprecio de sí mismo. Abrazóse primero á la segurísima virtud de la obediencia, entendiendo, como docto, ser principal requisito de su nuevo estado donde no puede padecer alteracion ni mudanza el religioso. En seguida evitó tener en su celda libros ni papeles, excepto la Santa Biblia, en donde para él estaba resumida toda la librería y lo principal que debia saberse; verdad es que su gran memoria suplia la falta de los autores que habia estudiado, porque cuando sus hermanos le consultaban acerca de algunas dudas, respondia con admirable modestia y afable semblante, pero con sorprendente resolucion, todo lo que le suministraba su vasta erudicion y conocimiento, como si recientemente lo acabase de estudiar. No tenia en su desmantelada celda cosa alguna, y únicamente una pobre cama en que dormia, y un tajuelo en que se sentaba, sin mesa, silla, imágenes ni pinturas, solo conservaba una cruz de palo en la que meditaba y contemplaba el fruto de árbol tan precioso; no usó en toda su vida cuchillo, ni rosario, ni género de curiosidad alguna, como tampoco zapatos, calzas, ni escapulario ni cosa doblada, más que la que traia á cuestas, cuando aquella estaba de todo punto inútil, cuando se

la mandaban quitar, dandole otra; no tuvo breviario, ni capitulario, ni horas, no siendo esto de extrañar porque jamás faltaba del coro; y si la obediencia le obligaba á hacer alguna ausencia faltando al coro, su fidelísima memoria suplia todas estas faltas. Llegó algunas veces al monasterio de la Mejorada, y á visitarle, su constante amigo y compañero *el Tostado*, y por estar aquella casa situada dentro de su diócesis, pasaban los dos santos amigos dulces y suaves coloquios tratando de cosas celestiales. El obispo se admiraba de ver tan altos sentimientos religiosos en Fr. Alonso de Robledo, llamándole cien veces dichoso por haber acertado con camino tan seguro. El gran crédito que disfrutaba *el Tostado*, hacia que los religiosos le consultasen para que les aclarase algunas dudas acerca de algunos lugares de la Santa Escritura, como respecto de otras materias escolásticas; pero aquel sabio prelado les contestaba, que teniendo en su compañía á su amigo Fray Alonso que más bien podia resolvérselas, que lo que él no supiera ó determinára no se lo preguntasen á él, porque tampoco lo sabia; sabia de corrido, como lo afirma la historia de su tiempo, toda la Biblia y lo que siempre tenia en su memoria con marcada predileccion eran las epístolas de San Pablo. Estaba igualmente muy instruido en la Etica de Aristóteles y en la obra de Boecio Severino, titulada: *De consolatione philosophiæ*. Por esta admirable disposicion decia *el Tostado* que su memoria era inmortal. Como llegaba á tal grado el menosprecio de sí mismo, no pudo conseguirse jamás el que aceptase oficios considerados por honrosos, como lo eran el ser prior ni vicario, ni áun los de confesar y predicar, pero por otro lado ejecutaba con la mejor voluntad cuantos oficios humildes le encomendaba la obediencia; nunca estaba más contento que cuando barria ó recogia las basuras, sirviendo á sus hermanos en lo más asqueroso y despreciable, de modo que el oficio más honroso que tuvo toda su vida fué el de refitolero, que desempeñó muchos años; lavaba todos los paños de aquella oficina sin encargárselo jamás á otro hermano, servia de contínuo á la primera mesa, y en cuantos años permaneció en el monasterio, jamás se desayunó fuera de la hora de comer, ni por estas ocupaciones perdió ni un momento la asistencia al coro. En cuanto concluia sus quehaceres, se encerraba en la celda, donde estaba en perpetua contemplacion, y fuera de ella era igualmente constante en la observancia del silencio. Tantas virtudes y ejemplar comportamiento hacia el que todos le tuviesen la mayor consideracion y respeto, tanto como si fuera prior, pues en observando ó viendo cosas inconvenientes á la dignidad de un religioso, con solo levantar la vista, se echaba de ver su desagrado, dándose todos por corregidos y castigados al conocer su desaprobacion. En este curso de vida tan santo é inimitable, humilde y pobre, rebosando siempre en caridad y virtudes, llegó el término de sus dias

pasando á gozar de los bienes eternos adquiridos con tanto desprecio de sí mismo, como quien supo desprenderse de todos sus bienes por comprar aquel campo, que bien cultivado, proporciona y facilita la salvacion eterna. —A. L.

ROBLES (Sor Ana de), religiosa franciscana del convento de Sta. Isabel de Baeza. En su siglo se trató en España de restablecer el culto de la Inmaculada Concepcion, obligándose todas las corporaciones, todas las comunidades y todas las cofradías á defenderle por medio de juramento. Hiciéronse entónces y con motivo de una declaracion hecha por el Pontífice reinante en favor de este misterio grandes fiestas públicas, entre las que hubo varios certámenes poéticos en que tomaron parte los ingenios mas distinguidos de la época. Sor Ana sentia arder en su alma el santo fuego de la inspiracion y por este motivo y por pertenecer á una Orden que venia defendiendo desde antiguo la Concepcion Inmaculada, tomó la pluma y escribió algunos versos en su loor en union de otras cuatro compañeras, todos los cuales no tardaron en imprimirse en Granada. Poco es por lo demás lo que se sabe de su vida. Devota y piadosa cumplió con sus deberes religiosos con grande celo y acierto, dejando notable fama entre sus compañeras que por largo tiempo conservaron la memoria de su virtud. Es muy probable que escribiese algunas otras obras, pero ó se han perdido, ó de ellas no se conserva memoria, puesto que únicamente conocemos el título de la citada por el P. Alba con estas palabras: *Cancion en loor de la Inmaculada pureza de la Santísima Virgen María*, impresa con otras en Granada en 1651. —S. B.

ROBLES (Eugenio). Fué natural de Toledo, é hijo de una de las más insignes familias de aquella imperial ciudad. Desde su infancia procuraron educarle con esmero, y siempre recordó los buenos deseos de sus maestros y superiores, aprovechando mucho las instrucciones que le daban y siguiendo con la mayor docilidad las amonestaciones y advertencias que le hacian. Desde luego mostró inclinacion al estado eclesiástico, y para llegar á él de una manera conveniente, hizo todos los estudios con notable aprovechamiento, distinguiéndose entre los de su época por la solidez de sus conocimientos, y al mismo tiempo por una erudicion que le hacia brillar en gran manera en los actos públicos que se ofrecian; por lo cual en todos ellos era él el designado, lo que daba á sus condiscípulos algunas veces ocasion no solo para murmurar, quejarse y criticarle, sino para tenerle en ménos, á pesar de que su carácter enteramente franco, conciliador y bueno, le ponia á cubierto de las impertinencias con que trataban de molestarle sus rivales, que encontraban la pobrísima manera de hacerle esta contra tan injusta, solo por el capricho de incomodarle. No sabemos á qué título se ordenaria, pero se deduce que sería á título de curato, porque fué despues párroco de San

Marcos en el mismo Toledo, cuya parroquia desempeñó de una manera que sobre honrarle á él en gran manera, era de sumo provecho á sus feligreses, porque él era para todos y para cada uno como cariñoso padre que procura los intereses de su hijo único, y este era el motivo por el cual todos y cada uno, estimando como debian los esfuerzos que para el servicio de cada cual hacia, segun el órden en que estos mismos servicios les eran necesarios, se esforzaban en demostrar á su párroco el afecto que merecia y éste á su vez hacia que este afecto mismo refluyera en bien de ellos, pues les obligaba á que cumpliesen con toda exactitud sus deberes, y fueran lo que era de desear buenos individualmente, para que esta bondad individual refluyera en la familia, y viniese á traslucirse en el conjunto social, pues no cabe duda en que la sociedad es lo que los indivíduos, desarreglada ó arreglada segun que aquellos son morigerados ó relajados. Muy satisfechos estaban tanto los feligreses como el prelado con que nuestro Robles fuese párroco de S. Márcos; nunca, si no hubiera sido para proporcionarle un descanso á que le hacian acreedor sus méritos, y que por otra parte era necesario porque su salud se quebrantaba por momentos y su preciosa vida peligraba; nunca, decimos, habria él ni dejado su parroquia ni mucho ménos el prelado separádole de ella, mas por las atendibles razones expuestas le nombraron capellan muzárabe en la santa Iglesia catedral. No fué menor la utilidad que proporcionó en este nuevo destino, pues supo conciliar los ánimos un poco discordes de aquellos capitulares, que fundándose en motivos muy frívolos, sostenian rivalidades; inconvenientes que el Sr. Robles supo orillar, con tino, con acierto y de una manera tanto más conveniente cuanto que lo hacia sin violencia y casi sin llamar la atencion á los sujetos mismos á quienes ponia en armonía, resultando despues de algun tiempo en que trabajó el Sr. Robles con asiduidad y constancia indecibles, que todos caminaban de consuno al fin que todos debian proponerse y ni siquiera uno contrariaba, ni se oponia á los altos fines de la esclarecida corporacion de capellanes muzárabes, que sosteniendo y conservando el rito de la Iglesia gótica, parece que tambien debian sostener el primitivo espíritu de ella, es decir, un espíritu de mayor recogimiento, de más piedad y de ménos apego á las cosas materiales, que el que pudiera tolerarse en quienes ménos obligados, por decirlo así, que nuestro capellan, podian permitirse algunas. Muy útil fué á la capilla muzárabe el que á ella perteneciera el señor Robles, porque además de los grandes favores que hizo á los individuos de ella por su espíritu de conciliacion, por su constante deseo de hacer que todos se uniesen, para lo cual nunca dejó de poner los medios; hizo conocer el rito, orígen y demás cosas relativas á este tan extraño modo de celebrar los divinos oficios si se compara con la presente liturgia. Sin embargo, los

deseos del Sr. Robles no estaban satisfechos, él queria una sujecion de su voluntad para el aprovechamiento de su espíritu, porque estaba convencido de que obrando este por su propio querer no va tan seguro como es de desear; y aunque él tenia siempre director espiritual; y lo era una de las personas más autorizadas de Toledo, el justo respeto que hombre de sus circunstancias inspiraba, era motivo para que le dejasen obrar por sí, que siempre lo hacia muy bien, aunque nunca á su satisfaccion. Así es que para satisfacer sus ánsias pensó en abrazar un instituto religioso; vaciló entre los varios que le parecian oportunos, y por último, como él tenia mucho apego al estado clerical, y á ser posible no queria desnaturalizarse de él, ingresó en los clérigos menores. Luego que se supo en Toledo su determinacion produjo un sentimiento general, porque la capilla muzárabe se privaba de uno de sus más celosos ministros, pero al propio tiempo produjo tambien mucha satisfacion, porque en su nuevo estado indudablemente habia de ser más útil al comun de los fieles. Los superiores de la santa casa que con la mayor complacencia le recibió en su seno quisieron dispensarle el noviciado y hacerle entrar desde luego como uno de los más antiguos y respetables en atencion á sus antecedentes y circunstancias; mas él se opuso abiertamente, y no tuvieron otro remedio que condescender con sus deseos, y dejarle pasar el año de prueba y demás cosas como si hubiese sido una persona que ni siquiera conociese el instituto. Por supuesto que el año de prueba fué más bien de edificacion y de enseñanza para los demás, que no de aprendizaje para él; pues él llevaba ya no solo bien sabidas, sino ejercitadas todas las virtudes, de suerte que nada tuvo que aprender, ántes muy mucho que enseñar. Luego que ya profesó, fueron infinitos los trabajos que tomó á su cargo, é inmenso el fruto que sacó de ellos; él predicaba sin cansarse mañana y tarde en la ciudad y en los pueblos, léjos y cerca, y donde y como se ofrecia, sin que para él hubiera nunca ni molestia, ni dificultad, ni disgusto en el desempeño de su ministerio. Asistia con asiduidad suma al confesonario, donde se habla al individuo y se le habla de sí propio; tenia el Padre tal sutileza para introducirse, digámoslo así, en las almas, que por muy descreidos que fuesen los que á él se acercaban, no solo quedaban convencidos sino resueltos á obrar segun sus consejos, y siempre le traian nuevos penitentes para que tambien disfrutasen los beneficios de su ardiente caridad. El ejercicio de ella, tomándose trabajos superiores acaso á sus fuerzas, sería tal vez motivo de que estas se agotasen ántes de tiempo, y contrajera las dolencias que ejercitando su sufrimiento de una manera la más invicta, le acrisolaban más y más para el momento en que fuera llamado á ceñir la inmarcesible corona. Efectivamente, sus dolencias se agravaron, y se declaró por los facultativos que su vida peligraba; hiciéronle, es verdad, cuantos remedios

pudo aconsejar la ciencia, y todos resultaron inútiles, porque la hora de D. Eugenio de Robles habia llegado. Recibió los santos sacramentos con toda edificacion, y se despidió con el mayor afecto de todos sus hermanos, encargándoles mucho la conservacion del instituto, y que crecieran cada dia en virtudes, y quieta y pacíficamente dió á Dios su alma, en medio del justo sentimiento de sus hermanos y de todo Toledo y de cuantos le conocian, que veian en su pérdida la de un ministro celoso de Jesucristo, que todo se desvivia por el servicio de su Señor. Su entierro fué solemne, aunque muy modesto, conforme á su expresa voluntad; así como esta fué tambien de que no se pusiera en su epitafio ninguna inscripcion; sin embargo, se le sepultó en lugar distinguido. Sus escritos fueron: *Compendio de la vida y hazañas del cardenal D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros, Arzobispo de Toledo; y del Oficio y Misa Muzárabe;* Toledo, en casa de Pedro Rodriguez, 1604, un tomo en 4.° Esta obra parece tener la inconexion de tratar del Cardenal y del Rezo; pero si se atiende á lo mucho que acerca del aumento y demás cosas de la capilla trabajó Cisneros, no solo no es impropio, sino hasta conveniente el que las glorias de la una esten junto á las grandezas del otro. La otra obra que imprimió vió la luz en la misma casa el año anterior (1603), y se titula: *Relacion y modo del rezo del Oficio Gótico Muzárabe, que en la capilla del Corpus Christi de la iglesia de Toledo se conserva.* Esta obra fué muy útil para los fieles, porque da el porqué de muchísimas ceremonias de aquel rito, tan antiguo aunque solemnísimo, y que excita justamente la admiracion de cuantos atentamente le consideran. Tambien dejó manuscritos muchos sermones, pláticas y cartas espirituales, que conserva con el esmero debido el archivo de su sagrada religion en Toledo, y que fomentan indudablemente el crédito y justa reputacion que mereció y logró el presbítero D. Eugenio de Robles, cura, capellan muzárabe, y por último clérigo de los Menores.—G. R.

ROBLES (Fr. Francisco de), religioso español de la provincia de Castilla, de Menores observantes. Nació en la primera mitad del siglo XVI, y se distinguió mucho por su saber y virtudes. Brilló en aquella época en que España, señora de ambos mundos, llevaba á ellos con su idioma su civilizacion y su literatura; así es que sus obras tienen ese sello de grandeza, de noble sencillez que encanta y admira, y manifiesta desde luego el siglo á que pertenecia su autor. Escritas en latin, en lenguaje ciceroniano puro y correcto, manifiestan el genio del escritor, sus buenos estudios, y las tendencias de un siglo, que sin pompa ni vanagloria de ningun género habia descubierto, no una lengua universal, utopia de imposible realizacion, sino un medio de sustituirla, empleando una lengua sabia, aprendida por todos los que se consagraban al cultivo de las letras y ciencias, únicos para quienes es una necesi-

dad la disminucion de las lenguas vulgares. El siglo XVI estuvo sin duda á punto de conseguir lo que despues por un extravío del ingenio humano ha dado lugar á tantos errores, á tan supuestas invenciones y á tanto charlatanismo. Todos los sabios escribian entónces en latin sus obras científicas, y eran de consiguiente comprendidos por cuantos necesitaban que los comprendieran. Para conseguirlo mejor se ampliaron los estudios de la latinidad, que entónces por primera vez fueron mirados como base de toda carrera; y si los siglos posteriores hubiesen seguido esta marcha, acaso hubiera dado ya un gran paso la humanidad, y se hallaria mucho más avanzada en el camino de las reformas; pero por desgracia se abandonaron aquellos proyectos y el cultivo de las literaturas vulgares, que tiene desde luego grandes ventajas, hizo olvidar que de la ciencia á la literatura hay una gran distancia, y que un hombre puede ser un excelente médico, teólogo ó jurisconsulto, sin haber leido á Dante ni á Virgilio, á Lope ni á Calderon, miéntras le interesa las lecturas de las obras alemanas de medicina, de las inglesas de legislacion, de las italianas de teología, que si estuviesen escritas en un mismo idioma, el latin, como entónces se hacia, le ahorrarian mucho tiempo, no poco trabajo, y hasta suprimirian para él la imposibilidad en que se halla con frecuencia de poder adquirir libros, que por su insegura circulacion rara vez salen del país donde han sido escritos. Así los que como el P. Robles escribieron sus obras en latin, en una época en que todos le aprendian y leian con frecuencia libros en este idioma, tenian la seguridad de que sus escritos fuesen consultados, manejados y mirados con más ó ménos aprecio, segun su mérito y valor científico. No solo las obras de teología, sino tambien las de legislacion, medicina, etc., eran escritas en este idioma, y ha sido un grave error, pues no creemos haya habido mala fe por parte de los que han sostenido deben escribirse en lenguas vulgares, suponiendo que esto era un progreso, y que así adelantaria más la ciencia, el idioma y la literatura. Pero la ciencia ha atrasado, puesto que reclama hoy la invencion de una lengua universal; el idioma y la literatura, que en este caso son una misma cosa, nada han ganado tampoco, puesto que el inmortal Quijote se escribió cuando se imprimian millares de obras en latin, y Calderon, Lope, Tirso, Alarcon, etc., no encontraron una rémora al vuelo de sus ingenios en las producciones escritas en la lengua del Lacio por los doctores y letrados de su siglo. Antes bien parece que habia una doble grandeza en sus escritos, que adquirian mucho más valor cuando se veian aplaudidos por una multitud inmensa, que solo en ellos encontraba pábulo y aliciente á su imaginacion, que solo á ellos podia comprender, y que en realidad nada le importaba no comprender los demás. ¿Qué ha ganado nuestro pueblo con poder leer las obras de obstetricia, osteología, etc.?

¿Las lee? ¿Las comprende aunque las lea, porque se hallan en su idioma vulgar? ¿Se evitan muchos crímenes, porque el código penal esté escrito en castellano? ¿Y son más los adoradores del Rey de los reyes y Señor de los señores, porque nuestros doctores teólogos se expresen en el mismo lenguaje que el más rudo campesino?... Cuándo llegará el dia en que se comprenda lo que es civilizacion, el verdadero valor y acepcion de esta palabra; el dia en que se sepa lo que es la libertad y se la separe del libertinaje y la licencia, en que los hombres verdaderamente ilustrados, y profundamente honrados en su consecuencia, pues sin buena fe y noble corazon no hay, no puede haber ilustracion posible, marchen unidos como hermanos al goce de sus verdaderos derechos, de los derechos que desde el Gólgota concedió el Salvador á la humanidad por él rescatada. Entónces se comprenderá, decimos mal, se sabrá, que esos hombres á quienes hoy se acusa, de cuyas doctrinas se huye como de la piramidal llama, sabian mucho más que nosotros, iban más derechos, habian dado pasos más avanzados en el camino de la cultura y de la libertad. Entónces veneraremos á muchos varones, que como el Padre Robles, pasaron sus dias en la oscuridad del claustro, consagrando todas sus vigilias á lo que creian lo más beneficioso para sus semejantes y para todo el género humano; sabiendo una verdad vulgar, pero cada vez más olvidada, que no todos podemos ser ricos, ni sabios, ni grandes, aunque sí gozar de la parte de felicidad que nos corresponda en la vida, procuraban en sus obras y doctrinas evitar los extravíos, dulcificar el ardor de las imaginaciones calenturientas, y guiarlas por el buen camino, en que encontrasen, si no su prosperidad y sus sueños de grandeza, una elevacion al ménos correspondiente á sus facultades, al campo á que hasta entónces habian figurado, á la arena donde podian brillar con alguna utilidad. Hiciéronlo sin duda así sus superiores con el P. Robles; dejóse él mismo guiar con cordura y ciega sensatez, convencido de que nunca el padre quiere el mal de sus hijos, y que rara vez el maestro procura extraviar á sus discípulos, y consiguió su objeto. Pudo, aunque religioso, consagrarse á sus tareas favoritas, á lo que llamaba más su atencion, y á lo que siempre habia mirado con predileccion; y así fué que sin faltar á sus deberes, sin dejar de obtener una buena fama por sus regulares costumbres como ejemplar religioso, se consagró al mismo tiempo á sus estudios sobre la latinidad, de ese idioma tan en boga entónces, y que como hemos dicho ya repetidas veces, se ha olvidado tan injustamente en nuestros dias, concediéndole en la enseñanza ese lugar harto secundario, por no decir inútil, pues no tiene otro objeto que el de estudiar los buenos modelos de la antigüedad, modelos que, ó no se estudian, ó no se comprenden por jóvenes de corta edad, que acaso no podrian comprender ni los de los autores de nuestra lengua patria. Las obras de este autor, muy

apreciadas entónces y dignas todavía hoy de consideracion, son: *Rationem accentum omnium fere dictionum difficilium, tam linguæ latinæ quam hebraicæ, nonnullarumque græcarum, sed præcipue earum quæ per sacras litteras sparguntur, cum quibusdam orthographiæ regulis et additionibus Joannis de Robles;* Toledo, 1571, en 8.° Hay una edicion de la misma obra con un apéndice, que creemos tambien impreso aparte, bajo este título: *Cum copia accentum in Breviarum Romanum, et in regulam divi Augustini;* Toledo, por los hermanos Ferrarienses, 1521.—S. B.

ROBLES (Fr. Francisco), dominico español, de quien se ignora la patria y principales circunstancias de su vida. Sábese, sin embargo, que despues de haber tomado el hábito en la ilustre religion de los PP. Predicadores, siguió sus estudios con grande aprovechamiento, obteniendo grande fama como predicador y erudito, cualidades ambas, que aunque dichas con laconismo por las crónicas, revelan una vida entera de esfuerzos y sacrificios, de padecimientos de todo género, y por fortuna en esta ocasion de conocidos resultados. El P. Robles fué uno de los primeros misioneros que pasaron á la India Oriental que, como es sabido, se disputaron en un principio los portugueses y los españoles, siendo los religiosos, y por cierto los dominicos, los que más trabajaron en esta cuestion, que despues hubieron de abandonar por las intrigas de la política. ¡Cosa extraña! pero no sin ejemplo entónces: para desposeernos de una de nuestras conquistas se valieron los extranjeros de los religiosos, y en un país en que no teniamos soldados, en que los descubridores habian sido unos pobres frailes, que á los primeros habian aumentado otros muchos descubrimientos, en que por este motivo se hacian las misiones por españoles y portugueses; á la vez Francia é Inglaterra, envidiosas de nuestro poder, recurrieron á Roma, y allí por medio de los generales de las órdenes religiosas se mandó á los pobres misioneros españoles, que tanto habian trabajado en la India Oriental, dejasen sus conventos y sus propiedades en manos de los portugueses, regresasen á España, ó quedáran separándolos en pequeños grupos en diferentes conventos á las órdenes de prelados portugueses. Este hecho extraño se llevó entónces á cabo, y se consumó un acto que hubiera repugnado á los siglos modernos, pero que á la sazon dividida la atencion de España en tantas y tan opuestas empresas, se consumó definitivamente, sin dar lugar más que á las reclamaciones de nuestros pobres religiosos, al cambio de algunas notas diplomáticas, que murieron en la misma corte, que influida por extraños intereses miraba como el suyo propio zapar la grandeza de la nacion en cuyos dominios no se ponia el sol, por el temor de que los alumbrase á la vez en distintos hemisferios. Pero el P. Robles no conoció estos tiempos calamitosos, trabajó de buena fe, predicó á los indios la religion cristiana, y trabajó en

su civilizacion, enseñándolos hasta nuestro idioma, creyendo que la semilla que sembraba y regaba con el sudor de su rostro, sería recogida al llegar á sazon por sus hermanos los españoles, que despues solo recogieron dolores, tormentos y persecuciones. Pero sus servicios no son por esto ménos meritorios y gloriosos, y dignos de la memoria de la posteridad, puesto que el piadoso obrero murió en el campo en que ejercitaba su ministerio, despues de haber agotado su vida en tan santas tareas.—S. B.

ROBLES (Juan de). Bastante escasas son las noticias que tenemos acerca de este personaje, ornamento de la sagrada órden de Predicadores; sin embargo, son las suficientes para comprender que no sería un religioso vulgar, sino que en él habria circunstancias particulares que le harian recomendable. Efectivamente, diremos algo, aunque muy brevemente, de la situacion en que se hallaba la Orden cuando el P. Juan florecia en ella, y del partido que esta Orden tomó; entónces se deduce claramente el aprecio y concepto que nuestro padre la merecia. España ha sido siempre la nacion privilegiada para el catolicismo, y Castilla el emporio de las buenas obras y la cuna que ha visto nacer y permitido crecieran todos los institutos religiosos, cobijándolos con su sombra siempre benéfica. Pues bien, Castilla habia recibido religiosos dominicos desde los primeros dias de su fundacion, y como estos favorecidos siervos de Dios crecian, haciéndose cada dia más apreciables, y nunca se veian satisfechas las peticiones que de ellos hacian en todas partes, para que cumpliendo su benéfico instituto misionasen por do quiera. Castilla no podia abastecer de religiosos dominicos á los muchos pueblos que los pedian, así que con dolor profundo de los religiosos que gobernaban las casas principales, y que hubiesen querido que todas las necesidades y deseos se hubiesen al punto satisfecho, no se podia atender á tantas reclamaciones ni condescender con los piadosos deseos de los fieles, que por su parte se prestaban á fomentar la grande obra de Sto. Domingo de Guzman, ofreciendo ya dádivas, ya rentas, para la fundacion y sosten de los conventos aquí y allá donde eran casi necesarios. Talavera de la Reina era una de las poblaciones que más ansiaban tener dominicos, y que por más largo tiempo se veia sin ellos. Dos siglos iban trascurridos desde que se habia fundado tan benéfico instituto, y dos siglos que deseaba sin fruto el que se la mandasen unos cuantos que pudieran fundar su convento, que luego se perpetuaria y sería grande, no tanto en el número como en las virtudes de sus moradores. Con tan repetidas instancias, ó mejor que nada por que pudieran hacer que los superiores de la Orden se convencieran de la necesidad y conveniencia de este convento, lograron la promesa de que al momento se les dotaria de uno, y se prepararon á recibir los religiosos como un don del cielo, que á la verdad lo fueron muchas veces y en muy diversas ocasiones. Mién-

tras los de Talavera pensaban en allanar las dificultades materiales que habian de surgir para cimentar sólidamente el instituto que iba á crearse; la Orden pensaba en quién, cuándo y cómo sería el que pusiese en aquel nuevo jardin los fundamentos, que habian de ser bien sólidos para que la planta se aclimatase y no hubiese el sentimiento de que se agostase un fruto, que agostado seria perdido, al paso que en sazon podria valer muchisimo. Nuestro P. Juan de Robles, es pues, el designado para venir á esta nueva casa, que se dedicó al glorioso mártir S. Ginés. De aquí se deduce naturalmente que este religioso no sería ni de los ménos sabios, ni de los ménos observantes y celosos por el bien de la religion dominicana, por la prosperidad de la Iglesia católica y aliento de los fieles á la virtud. Si luego se atiende á lo que fué desde su fundacion el convento de Talavera, y se mira con atencion cuántos sabios y santos salieron de él, no podrá ménos de convenirse en que por necesidad hubieron de ser muy distinguidos los sugetos que vinieron á él para fundar tan benéfica Orden. Nuestro P. Robles no quiso nunca desempeñar las importantes funciones de prior, ni ningun otro cargo prelacial; pero de aquí lo único que se deduce es que era muy humilde, nunca se podrá sacar por consecuencia su insuficiencia para este ni para ningun otro cargo; ántes, por el contrario, en el mero hecho de verle propuesto, se puede inferir que serviria para ello, pues en su época (1530) no se echaba mano sino de los sugetos que eran muy á propósito, porque nadie se daba por ofendido aunque no se acordasen de él. En órden á su capacidad la hallamos bien acreditada en dos obras que escribió, no digamos muy científicas, pero desempeñadas con mucho acierto y por consiguiente de mérito en su línea. Llamó á la primera *Historia de Fr. Juan Hurtado*, porque era su vida, y á la segunda *Algunas fundaciones de Castilla*, porque de esto se ocupaba. Y esto es todo lo que de Fr. Juan de Robles sabemos. —G. R.

ROBLES (Fr. Juan de). Muy escasas son las noticias que han llegado hasta nosotros acerca de este monje benedictino, que sin embargo debió ser de una inteligencia y virtud no vulgares; porque si no hubiese estado dotado de estas prendas, no hubiera podido llegar á ocupar el importante puesto que desempeñó. Fué castellano viejo y tomó la santa cogulla en un muy acreditado monasterio de su mismo país natal, habiendo hecho tanto el noviciado como los estudios á satisfaccion de todos y de manera que no dejaba de honrar á la casa donde los hiciera. No se sabe cuáles serían los cargos á que le destináran en los primeros años de su profesion; pero se infiere por la noticia que hay de su prudencia y de su celo por el bien de la Orden y por los adelantos de ella, que seria designado para cargos que le fueron previniendo para el de abad, á que llegó, desempeñándole en el monasterio

de S. Vicente Mártir, cerca de Salamanca. Todas las noticias que hay acerca de la manera con que cumplió tan importante cargo, unánimemente le hacen acreedor á los mayores elogios, pues supo conciliar dos extremos que difícilmente se aunan, cuales fueron todo el rigor de la observancia con toda la unidad posible para hacerse apreciar hasta de aquellos mismos cuyos defectos corregia con brazo inexorable. Y tal fué efectivamente su conducta, que cuando llegaba la época en que habia de nombrarse quién le sucediera en el cargo, la sola idea de que podria venir otro que no le representára tan acertadamente como nuestro P. Robles, hacia que todos se estremecieran cuando llegaba la época de hacer elecciones. Así es que unánimemente era reelegido, áun cuando llegó á estar bastante achacoso por su edad, pues decian los padres que lo que le faltaba de energía para obrar, le sobraba de acierto para dirigir, razon por la cual toleraban sin menoscabo de la observancia aquel mismo entorpecimiento que producia su ancianidad. De modo que siendo abad, y dando á todos importantes avisos y admirables ejemplos, pasó á mejor vida á fines del siglo XVI, quedando muy buena memoria de sus virtudes y gobierno. Tambien dejó escrita una obra que tituló: *La Regla del glorioso padre S. Benito*, que fué recibida como lo merecia, con aplauso, siendo tan deseada que hubo necesidad de hacer, áun durante su vida, dos numerosas ediciones. Sensible nos es no poder decir más acerca del P. Juan de Robles, benedictino.— G. R.

ROBLES (Juan de), canónigo de la iglesia colegial de S. Isidoro de la ciudad de Leon. Escribió *De la traslacion y milagros del glorioso S. Isidoro, Arzobispo de Sevilla*, impresa en Salamanca segun sospecha Nicolás Antonio.—S. B.

ROBLES (Juan de), prior y vicario de San Julian de Alcalá, tradujo del italiano: *Vida y milagros de Santa Ana*, escrita por un canónigo regular de Brescia; Salamanca, 1522, en 4.° Segunda edicion, Sevilla, 1604, en 4.°—S. B.

ROBLES DE CORBALAN (Juan). Fué natural de Caravaca, y muy afecto al estado eclesiástico y al servicio del Señor en las cosas que dicen relacion al culto divino. Desde luego mostró muy claro ingenio, y los padres trataron de darle una educacion conveniente, seguros, como podian estarlo, de que él secundaria sus esfuerzos. Efectivamente, con un éxito extraordinario y con aplauso de todos sus maestros, estudió primero humanidades, luego filosofía, y despues sagrada teología, en cuya facultad obtuvo con grande aplauso el grado y título de licenciado. Parece extraño que dotado de tan buena capacidad, y no careciendo tampoco de recursos para haber llegado al doctorado, no se atreviera á dar este paso, para el cual debia alentarle el mismo feliz éxito que lográra hasta entónces en su carrera. Sin embargo,

el que no lo hiciera, el que se quedára licenciado, es para él todavía mucho más glorioso que el que hubiese ceñido la auréola de doctor, que habria merecido con sobrada justicia, y vamos á dar la razon de este hecho. Aun ántes de que tuviera grado alguno era alguna que otra vez designado por sus maestros para regentar alguna cátedra, cuando habia falta de alguno de los maestros mismos, y desempeñaba su cometido á satisfaccion de los que tal cargo le confiaban. Si se hubiese graduado de doctor, de cierto que sus mismos maestros con el más decidido empeño habrian tomado por su cuenta el obligarle á tomar á su cargo una cátedra y seguir en la carrera del profesorado un rumbo á que no le llamaba su vocacion, y éste fué el único motivo que le retrajo de poner los medios para lograr una honra que á él mismo le habria complacido sobre manera, porque no dejaba de costarle algun trabajo el quedarse con la carrera como si dijéramos por concluir, porque si bien es verdad que para la licenciatura ya ha habido necesidad de estudiar casi lo mismo que para el doctorado, siempre se suponen más conocimientos en el que logra este grado académico, el más honroso de todos. No dejó de causar disgusto en su familia y en sus profesores esta resolucion; pero viendo lo noble de su deseo, ninguno llevó su sentimiento más allá hasta que se supo lo que la motivaba; porque en efecto, nadie podia ménos de complacerse al saber que dejaba D. Juan de ser doctor, para no teniendo cátedra ni sujecion alguna, poder con mayor y más completa abnegacion dedicarse al cumplimiento de su ministerio sacerdotal. Porque apénas hubo logrado el título de licenciado que protestando por una parte su suficiencia, y por otra el que tenia rentas más que suficientes para su cóngrua sustentacion, pidió y logró ser ordenado hasta de presbítero, y obtuvo de su prelado autorizacion para ejercer todas las funciones de confesar, predicar y celebrar, y áun las necesarias facultades para suplir á los párrocos en los casos en que á estos les pareciera conveniente el que les ayudase en este cargo. Nunca tuvo el prelado que arrepentirse por esta autorizacion que le concedia; ántes por el contrario, complacidísimo estuvo siempre, porque nuestro jóven, desde el primer momento comprendió la estrecha obligacion en que estaba de hacer todos y cada uno de los oficios de su elevado ministerio, con la mira de que de todos y de cada uno habia de dar cuenta á Dios; y sabido es que cuando se obra de tal manera, nunca las cosas salen mal, ántes por el contrario, siempre redunda de ellas el fin propuesto que es, y no puede ser otro, la mayor gloria de Dios. Propusiéronle muchas veces el que pidiera alguno de los cargos eclesiásticos que estaban vacantes, y que muy bien hubiera podido desempeñar; más él nunca quiso hacerlo, ántes por el contrario, renunció repetidas veces las propuestas en que sin procurarlo iba, no solo para beneficios, sino áun

para canongías, no habiendo habido nunca medio de apartarle de su opinion, opinion que parecia fundada, y lo era en efecto, en una perfecta abnegacion, con la cual nunca quiso ni áun lo que por escala le hubiera podido pertenecer. Así es que simple sacerdote murió despues de haber prestado muy señalados servicios en el constante ejercicio de su sublime ministerio. Dejó escrita una obra que le inmortaliza y que se titula: *Historia del misterioso aparecimiento de la santísimá Cruz de Caravaca, é innumerables milagros que nuestro Señor ha obrado y obra por su devocion.* Obra que por ser una de las primeras que sobre el particular se escribieron, llamó en su dia muchísimo la atencion, agregándose el buen criterio con que fué dictada, y que no se consigna en ella ni vulgaridad ni cosa que no se demuestre palmariamente. De aquí que se tradujera en muchos idiomas, y con esto adquiriese la consiguiente y muy justa celebridad su autor el Lic. D. Juan de Robles Corbalan. — G. R.

ROBLES Rocha (Fr. D. Juan de), caballero clérigo del hábito militar de Alcántara. Obtuvo diferentes cargos en su Orden, entre ellos el de prior dos veces del sacro convento de la misma; siendo además capellan de honor de S. M. Ignóranse las demás circunstancias de su vida, sabiéndose únicamente que escribió, aunque no llegó á dar á la prensa; las obras siguientes: *Vida y virtudes de la V. Doña María Perero, monja y abadesa que fué del convento de nuestra Señora del Remedio de la Tercera Orden de S. Francisco. — Cuestiones regulares de la órden de Alcántara.* —S. B.

ROBOAM. Despues de la muerte de Salomon, en quien admiró el mundo durante los cuarenta años que reinó en Israel los ejemplos de la más alta sabiduría que hubo jamás entre los hombres, marchó su hijo Roboam á Sichem, donde el pueblo de Israel se hallaba reunido para nombrar rey. Jeroboam, un hombre fuerte y poderoso que se habia rebelado contra Salomon en los últimos años de su reinado, y vístose precisado á huir á Egipto, prevenido de lo que pasaba, abandonó el asilo donde se habia refugiado para evitar la justa venganza de Salomon, y dió la vuelta á Jerusalen. Inmediatamente fué en busca de Roboam y le dijo: «Vuestro padre nos puso un yugo muy pesado; no seais vos tan severo: disminuid las cargas que tenemos que soportar y os serviremos fielmente. — Volved dentro de tres dias, respondió Roboam, y os manifestaré lo que hubiere decidido.» El hijo de Salomon convocó á los ancianos contemporáneos de su padre, y les consultó acerca de la respuesta que debia dar: «Si accedeis un poco á las pretensiones del pueblo, dijeron los ancianos, y le tratais con dulzura, se dedicará para siempre á serviros.» Pero el Rey no aprobó este consejo, y siguió el dictámen de unos jóvenes sus compañeros y amigos, cuyo modo de pensar igual al suyo conocian. Es preciso responder al pueblo en estos términos: «Si mi

padre os ha impuesto un yugo muy pesado, yo seguiré su ejemplo, y áun seré más severo. Si os castigó con varas de mimbres, yo emplearé varas de hierro.» Tal fué el dictámen de los jóvenes consejeros de Roboam, quien dirigió estas duras palabras al pueblo en respuesta á la peticion que le habian hecho. A todo Israel indignó semejante conducta, y se retiró á sus tiendas. Solo los habitantes de Judá permanecieron fieles á Roboam, el cual huyó á Jerusalen, miéntras Jeroboan era nombrado rey de todo Israel. Cuando el Rey lo supo, reunió toda la tribu de Judá y la de Benjamin, y se puso en marcha con ciento ochenta mil hombres escogidos para reducir á la obediencia á las tribus rebeldes. Entónces el Señor se dirigió á Semecías, hombre instruido y religioso, á quien amaba: «Habla á Roboam, á las tribus de Judá y de Benjamin, así como á todo el pueblo y diles: Hé aquí las órdenes del Señor: no quiere que vengais á las manos, ni que hagais la guerra á los hijos de Israel, vuestros hermanos. Marchad, pues, y dad la vuelta á vuestras tiendas; abandonad vuestros proyectos, y seguid los consejos que Dios os da por mi boca.» El pueblo oyó la voz del Señor, y no se trabó aquella guerra impía. Jeroboam reedificó á Sichem en la montaña de Efrain, y fundó la ciudad de Phamuel. Entónces reflexionó y pensó que si su pueblo iba á Jerusalen para ofrecer sacrificios en el templo del Señor, podria algun dia volver á la obediencia de Roboam, y para evitarlo mandó hacer dos becerros de oro, y dijo al pueblo: «No vayais á Jerusalen en lo sucesivo; estos son los dioses que os sacaron de Egipto, y á ellos es preciso adorar.» Colocó el uno en Bethel y el otro en Dan, haciendo que el pueblo abandonase al verdadero Dios. Continuando Jeroboam su impía obra, alzó templos, y los puso al cargo y conservacion de sacerdotes que no eran de la tribu de Leví, instituyendo fiestas durante las cuales se sacrificaban víctimas en honor de los becerros de oro. El mismo Rey subia al altar para ofrecerlas en holocausto. Por aquel tiempo, un profeta, es decir, un hombre animado del espíritu del Señor, desde Judá se trasladó á Bethel por mandato de Dios, y halló á Jeroboam junto al altar del becerro de oro quemando incienso. El profeta exclamó: «Hé aquí lo que dice el Señor: en la raza de David nacerá un niño que se llamará Josías, é inmolará en este altar á los sacerdotes que incensan en este momento, quemando los huesos de los hombres. El altar va á romperse, y la ceniza será arrojada al suelo á fin de que veais que os hablo en nombre del Señor.» Jeroboam oyó estas palabras que el profeta pronunciaba en alta voz delante de él, extendió la mano hácia el altar y dijo: «¡Prended á ese hombre!» En el mismo momento el altar se partió en dos pedazos, y la ceniza cayó al suelo. La mano que el Rey habia extendido hácia el profeta se secó, y no pudo moverla hácia sí. Jeroboam imploró al hombre de Dios suplicándole le volviese el uso de la

mano, y el profeta dirigió una plegaria al Señor, volviendo al instante la mano á su primer estado. El hombre de Dios se retiró en seguida sin querer aceptar lo que el Rey le ofrecia, porque el Señor le habia prohibido comer ni beber en aquel lugar. Pero más tarde, como encontrase en el camino un hombre que le ofreció la hospitalidad, aceptó y se sentó á su mesa. Cuando volvió á emprender su viaje, halló un leon que le dió muerte, quedando su cadáver en medio del camino; pero fué conducido á la ciudad y colocado en un sepulcro. Asi castigó Dios la desobediencia del profeta. En nada mudó este suceso la conducta de Jeroboam, quien continuó su vida depravada, y siguió el culto de los dioses falsos, escogiendo entre los últimos del pueblo á los sacerdotes y encargados de las ceremonias religiosas. Por aquel tiempo Abia, hijo de Jeroboam, cayó enfermo, y el Rey dijo á su esposa: «Disfrázate para que no te conozcan, y ve á Silo, donde hallarás al profeta Ahias, el cual me ha predicho mi reinado en este pueblo. Consúltale á fin de saber la suerte y destino de este niño.» La esposa de Jeroboam fué en busca del profeta, llevando consigo diez panes, unas tórtolas, una cantarilla de miel y otros regalos. El santo varon era muy anciano, y sus ojos, ya debilitados, ni tenian fuerza para ver lo que se presentaba ante ellos: El Señor le dijo: «La esposa de Jeroboam viene á consultarte sobre la enfermedad de su hijo.» Entónces el Señor manifestó á Ahias lo que debia responderla. Apénas entro la reina, el profeta la habló asi: «¿Por qué os ocultais? Tengo que anunciaros una mala noticia. Hé aquí las palabras del Señor: Te he elevado entre todos los israelitas, y te he hecho jefe de mi pueblo, quitando este reino al linaje de David para dártelo. En vez de seguir el ejemplo de este principe, has hecho más daño que todos tus predecesores, estableciendo dioses extraños representados por imágenes de metal, y has abandonado mi culto faltando á sus juramentos. Haré caer toda especie de males sobre la familia de Jeroboam: haré morir desde los animales hasta el niño más querido: exterminaré su raza, y la perseguiré hasta que no quede uno solo. Los deudos de Jeroboam que mueran en las poblaciones, serán devorados por los perros, y los demás destrozados por las aves de rapiña. Volved á vuestra casa, pues vuestro hijo morirá en el momento en que entreis en la ciudad. Todo Israel lo llorará, siendo el único de entre vosotros que descansará en un sepulcro, porque es lo único que agrada al Señor.» Todo lo que el hombre de Dios habia predicho, sucedió, quedando exterminada la familia de Jeroboam más tarde. A los cinco años de reinado de Roboam, Sesac, rey de Egipto, marchó contra Jerusalen, y como los israelitas habian desobedecido al Señor, los abandonó á merced de sus enemigos. Los egipcios se apoderaron de las plazas más fuertes de Judá, y avanzaron hasta Jerusalen, adonde se habia retirado con sus tropas Roboam. Entónces

el profeta fué en busca del Rey y los príncipes de Judá, y les dijo: «Hé aquí las palabras del Señor: Me habeis abandonado, y os he retirado mi proteccion.—El Señor es justo, respondieron los príncipes.» Viéndolos Dios tan humillados, dijo á Semecias. «Puesto que estan humildes y arrepentidos, no les exterminaré, les daré algunos socorros, y haré recaer mi enojo sobre Jerusalen, protegiendo las armas de Sesac, pero sufrirán su yugo á fin de que sepan la diferencia que hay entre servirme á mí ó á los príncipes de la tierra.» El rey de Egipto se retiró de Jerusalen, llevándose los tesoros de la casa del Señor y los del palacio del Rey, sin perdonar el célebre escudo de oro, construido de órden de Salomon. Miéntras vivió Roboam, el reino de Judá estuvo atormentado sin cesar por guerras terribles contra Jeroboam. Diez y siete años duró el reinado del hijo de Salomon, que á su muerte dejó el trono á su hijo Abias, que continuó la lucha contra Jeroboam, el implacable enemigo de Judá.—El C. de F.

ROBRES (Lorenzo de). Ignórase el lugar y fecha del nacimiento de este religioso franciscano de la regular observancia, al que pone entre los ilustres aragoneses Latasa en su biblioteca. Floreció á fines del siglo XVI, y fué literato erudito, ingenioso y ameno. Compuso un libro, segun el P. Murillo, en su tratado segundo de las *Excelencias de Zaragoza*, que tituló: *Acentuario eclesiástico*, en cuyo principio pone algunas reglas de acento, y luego va acentuando la Sagrada Escritura; obra sumamente útil para los eclesiásticos. Escribió tambien diferentes poemas y composiciones métricas, como lo manifiesta el cronista Andrés, en su *Aganipe de los poetas aragoneses*, diciendo:

Fray Lorenzo de Robles muestra el vario
Y copioso torrente de su vena,
De cuya observantísima Camena
Su nombre está grabado en mármol pario.

El apellido de este autor parece debe ser Robres, y no debe confundirse con Fr. Francisco de Robles, de su misma Orden, escritor del mismo asunto, pues que además de ser diferente su nombre, este fué de la provincia de Castilla.—C.

ROBUSTER (D. Cristóbal), natural de Reus, oidor de la Rota Romana. Fué dignidad de enfermero de la iglesia de Tarragona y despues obispo de Orihuela. Escribió *Decisiones* etc. (N. A., tomo II, página 672. Bosch, tomo III, página 367. Pujades, Crón., tomo VI.)—A.

ROBUSTER Y SALA (D. Francisco), natural de Reus, arcediano de Santa María del Mar y canónigo de Barcelona. Fué despues obispo de Elna, y en 1592 asistió á la consagracion de la iglesia de Monserrate, que hizo el obis-

po de Vich D. Pedro Jaime, del cual fué sucesor en 1599. En el sínodo de 1602 mandó que á los enfermos que padecian vómitos no se les aplicase á la boca la Eucaristía para besarla, segun costumbre, sino que la adorasen solo, presentándosele desde léjos. En 1606 consagró en Manresa á Fr. Lorenzo Nieto, obispo electo de Caller, monje que era de Monserrate. Murió en Vich á 27 de Abril de 1607. En 1587 asistió en la diputacion de Cataluña como miembro del brazo eclesiástico. Véase *Capitols de Dret*, en 1635, página 67. Elías Estrugos dice en el prólogo, que el Sr. Robuster escribió en catalan.—A.

ROBUSTIANO (S.), mártir. Oscura en verdad es la vida de este Santo, pero no su santidad, puesto que está reconocida por la Iglesia, que le recuerda el 22 de Mayo. Nada podemos decir sobre su nacimiento y patria, ni de las especialidades de su vida, y si solo podemos asegurar por el testimonio de los autores eclesiásticos que nos dan noticias más ó ménos extensas de los mártires, que resistiéndose á adorar los ídolos de los gentiles en los primeros años de la atroz persecucion de Diocleciano, fué martirizado cruelmente en Milan por la fe de Jesucristo, lo cual le proporcionó una corona en el cielo y un nombre glorioso en la sociedad católica, que le reverencia como héroe del cristianismo en sus altares.—B. C.

ROBUSTIANO (S.), mártir. Por los autores consultados solo se sabe de este Santo, compañero de S. Márcos, tambien mártir, lo que manifiesta Ferrario, que se concreta á darles Milan por patria, diciendo que antiguamente se les celebraba Misa propia en dicha ciudad en su iglesia catedral, el dia de su festividad, señalado por la Iglesia, el 31 de Agosto.—C.

ROCA (Androin ó Andruin de la). Fué oriundo de una de las más esclarecidas familias de Borgoña, tanto que su hermano mayor llevaba el título de conde de la Roca, y desempeñó por este concepto altos é importantísimos puestos cerca de su soberano. Eran inmensas las riquezas de esta familia, y por consiguiente parte de ellas correspondieron á nuestro buen Androin, el cual las miró siempre con despego, comprendiendo y confesando que no hay caudal como el de la virtud, ni precio como el de las buenas obras; así que, haciendo generosa renuncia de la parte vinculada, y distribuyendo entre los pobres la de que libremente podia disponer, estuvo en aptitud de hacer de sí lo que creyó convenia más al servicio de Dios, y que le pareció ser ingresar en la vida monástica, desprendiéndose así del mundo, y huyendo por consiguiente de todas sus pompas, vanidades y alicientes. No pareció bien á su familia la resolucion que tomaba, pero á él le importó muy poco el que le juzgasen como quisieran, pues decia, y con sobrada razon, que si él no se procuraba su eterna dicha, ninguno de sus parientes ni deudos habia de venir á procurársela, por lo cual á él y solo á él tocaba el poner los medios de lograr beneficio tan señalado. En el monasterio

se portó siempre de una manera tan conforme á estas sus ideas, pues habiendo sido observantísimo desde el primer dia de su noviciado, logró, como era consiguiente, muchos adelantos en la virtud, pues en realidad los fundamentos son en toda la obra lo que la da la solidez que ha de tener, y en la gran obra de la vida monástica el noviciado es, puede decirse, lo que decide, pues si fué fervoroso y conveniente, toda la vida monástica recordará estos primeros favores, pero si en el noviciado se deja al novicio que se desaliente y que sea dominado de la tibieza, difícilmente se logrará despues nada de él, porque siempre vendrá á aquella primitiva decadencia y flojedad, y nunca se logrará de él cosa de provecho. Nuestro buen Roca fué fervorosísimo, como llevamos dicho, y por consiguiente excelente monje. Desde luego confiaron á su cuidado, en vista sin duda de su capacidad y excelentes disposiciones, comisiones de la mayor importancia, y en todas supo quedar perfectamente; verdad es que la principal de sus recomendables circunstancias era una prudencia suma, y ésta gobernando todas sus acciones, claro es que habia de dar siempre los apetecidos resultados; pues no cabe duda en que una persona prudente allana las mayores dificultades, vence obstáculos que parecian insuperables, y logra siempre un feliz éxito en todo, que fué lo que precisamente aconteció á nuestro monje. Así que apénas hubo pasado algunos años en la vida monástica, y la experiencia acreditó á los superiores que el buen éxito de sus empresas no era resultado de otra cosa que de la esmeradísima atencion con que á llevarlas á cabo se dedicaba; le propusieron para el importantísimo cargo de abad, lo cual en aquella época y tratándose de tan respetable comunidad, como eran y son los benedictinos, era una prueba de no ser el monje una vulgaridad sino un sugeto de muy apreciables circunstancias, pues que por entónces eran muchos los varones excelentes de quienes se podia echar mano para el gobierno de las casas de la Orden, y por ningun concepto habia necesidad de fijarse en medianías; por consiguiente al designarse á uno para una abadía, podia y debia inferirse que este sugeto vale, porque sino de modo alguno hubiera merecido ni aún el honor de ser propuesto. Pues bien, el P. Roca fué propuesto no solo y confirmado para la abadía de Saint-Seine, que era y es sin disputa una de las más importantes de Francia. Tenia una circunstancia desfavorable, que referimos para dar una prueba de lo que fué, y era que no se habia criado en aquella casa, ni áun habia estado siquiera un solo dia ántes de ser abad, lo cual á los monjes no solia acomodarlos mucho, y alguna vez solia dar malos resultados, si el abad tenia el carácter algo duro, por cuyo motivo, cuando se les indicó que venia un forastero se previnieron algun tanto. Sin embargo, esta prevencion duró muy poco, pues apénas pudieron conocer las circunstancias del P. Roca, que todos cedieron y todos comprendieron que era excelente su-

geto, y que hubiera sido hasta cierto punto una iniquidad no cooperar con él, cada cual en su línea, á hacer todo lo posible para que cada vez se hiciese más célebre el monasterio que regia. A esto ayudaban mucho el que además del acierto que por sí mismo tenia, porque llevamos dicho que era hombre de gran capacidad y de no menor prudencia; él no daba paso sin asesorarse de las personas más respetables del monasterio, respetaba en gran manera los pareceres de sus hermanos, y este respeto claro es que le daba por resultado, en primer lugar, el que todos tuvieran más libertad para decir su parecer, toda vez que su parecer era atendido, y esto sin duda halaga y alienta, y en segundo, el que áun cuando algunas veces no fuese tan conforme con la opinion particular el dictámen ó resolucion del superior, aquella cedia, porque conocia además de la rectitud de intencion, que no se habia tomado aquel partido sin deliberacion, y por consiguiente que la obcecacion estaba en él mismo y no debia presumirse que en los demás. Puede de aquí inferirse el auge y prosperidad que en la parte más esencial, que es la del espíritu, no lograria el monasterio de Saint-Seine, y si se mira la parte material veremos tambien que con igual celo y diligencia procuraba que nada faltase á los monjes, y sin apénas indicarlo, como los fieles veian el buen uso que de los bienes allí se hacia, pues que él ántes era esplendoroso, los pobres socorridos abundantemente y la comunidad sostenida con dignidad y decoro, ellos mismos se apresuraban á ofrecer en aquella santa casa dádivas y á fundar memorias, que eran beneficio, no solo para lo presente, sino más aún para el porvenir; y todo debido al modo, y forma con que el P. Abad aceptaba, y tal vez suplicaba las dádivas; mostrando la necesidad, pero sin dejar descubrir ninguna mira interesada. Es verdad que realmente no las tenia, pues era hombre que confiaba muchísimo en Dios, y por consiguiente en órden á bienes materiales, lo encomendaba todo á la más que paternal providencia del que no permite que perezcan ni áun las pobrecillas hormigas que han de ser holladas por el caminante, qué ni áun fijará en ellas su atencion. La fama de las excelentes dotes de gobierno del P. Roca, no era posible que quedára oculta, hubo de publicarse por todas partes, y tuvo por precision que llegar á Roma, y vino á llegar precisamente cuando un acontecimiento de grande importancia para la órden de S. Benito estaba á punto de verificarse. Con efecto, Hugo el gran abad de Cluny, habia resuelto hacerse cartujo, habia alcanzado del Santo Padre permiso para dar este paso, que creia necesario para su perfeccion espiritual, y el Santo Padre, acatando como no podia ménos un llamamiento especial de la gracia á estado más perfecto aún que el que tenia, no hizo sino otorgarle su bendicion apostólica, si bien sentia la falta que habia de hacer en su monasterio. Era ya cumplido el tiempo en que Hugo se habia propuesto probar la nueva vida para

no encontrarse un dia con que sus deseos le habian, por decirlo así, engañado; y su profesion se verificó con grande júbilo de los cartujos, que durante su probacion habian visto confirmadas las noticias é ideas que de él tenian, por lo cual era imposible que estuviese por más tiempo en interinidad la abadía de Cluny. Además, ó sea por esta circunstancia de ser interino el abad, ó sea por la debilidad de su carácter, el sucesor de Hugo habia dejado decaer un poquito el espíritu que siempre habia estado muy animado en Cluny, y esto era muy contra los intereses espirituales de aquella gran familia. Era, pues, necesario que el abad que entrase, tuviera energía y prudencia, esta para no exasperar, aquella para poner las cosas en su verdadero punto de vista, y en el lugar que les correspondia, para que no desmereciese una casa tan acreditada. En efecto, en 1351 próximamente el papa Clemente VI proveyó en el P. Roca la abadía de Cluny, lo cual llenó de satisfaccion á aquellos monjes, porque áun cuando en realidad de verdad algunos se habian dejado llevar de la natural debilidad, y consentido en las pequeñas relajaciones que permitiera el abad interino, no habia uno que no desease ardientemente el que la comunidad estuviera en su auge, y que no lamentase estos mismos defectos por más que fuese el primero en cometerlos. Tal es la condicion humana. Pues bien, Roca se puso al frente de aquella gran familia, y lo hizo imponiéndoles al mismo tiempo respeto y afecto; respeto, porque les indicó sus intenciones de que todo caminára á su perfeccion sin reparar en personalidades ni en exenciones de ninguno; su afecto porque al mismo tiempo se declaró padre de cada cual, protestando, como en efecto lo cumplió, que así como seria el defensor de los fueros, prerogativas y privilegios de la comunidad en general, sería tambien padre y patron de cada monje en particular; pero les añadió que nada de esto podia hacer, y esto se comprende muy bien, si todos y cada uno no le ayudaban al éxito de la gran empresa que tomaba á su cargo para gloria de Dios y bien de sus hermanos. Efectivamente, pareció que el Señor bendecia sus intentos y secundaba sus esfuerzos, pues nadie podria creer, á no verlo, cuán pronto y cuán bien volvió Cluny al estado de perfeccion en que estaba cuando Hugo le gobernaba, y que quiso el P. Roca que fuese á el mismo modo, porque tenia experiencia de que su tan respetable antecesor procedia en todo y siempre con una mesura digna de quien no buscaba en todo sino el mejor servicio de Dios. Muy satisfechos estaban los monjes de Cluny con tan excelente abad, y muy contento él de tener á sus órdenes una comunidad en que todos se esmeraban á porfía para cumplir con su instituto, y por consiguiente corresponder á los desvelos de su superior; pero este estado de cosas no podia ser estable, porque nada hay estable sobre la tierra; tenia precisamente que retirarse Roca de aquel puesto, porque en él ha-

bia ya hecho bastante, y era preciso que hiciese tambien en otras partes donde el bien de su religion y de la Iglesia en general le llamaba. Efectivamente, Inocencio VI que ocupó el trono pontificio despues de Clemente VI, quiso tener á su lado un consejero en quien pudiera fiarse, que reuniese á una capacidad buena una sana intencion y la suficiente perspicacia y acierto para dar solucion conveniente á los árduos asuntos que por entónces se debatian, y que todos parecian venir á resolverse por el Papa, en cuya autoridad ponian su confianza las naciones. Nadie pareció más á propósito que Roca, por lo cual fué llamado á Aviñon donde residia el Pontífice, y el mismo Santo Padre, recibiéndole con amabilidad suma, y concediéndole cuantas deferencias eran posibles, le constituyó en el cargo de consultor de su beatitud. Si se abriesen archivos y registrasen papeles, se podria formar una idea de cómo Roca desempeñó su cargo, pero esto seria muy prolijo, y hay una circunstancia que lo demuestra sin apelar á minucioso exámen. Basta saber que Inocencio VI no daba paso de importancia sin consultar á Roca, y claro es que en él habia acierto suficiente para indicar cuáles debian ser estos, pues de otra suerte, por grande que hubiera sido la estima que de él hubiera querido hacer el Pontífice, no hubiese nunca consentido en exponerse á tomar una resolucion, ó ménos conveniente, ó ménos digna, porque no era cosa de sacrificar su prestigio y dignidad á afecciones particulares. A pesar de estar sumamente satisfecho de su consejero, y creyendo que le seria muy difícil encontrar, siquiera para el poco tiempo en que le fuese necesario, otro tan á propósito como él, se desprendió de él por un tiempo para que prestase un gran servicio á la Iglesia, que necesitaba este auxilio, y que para el Papa era ante todo como lo ha sido siempre para todos los vicarios de Cristo. Estaba en pie la guerra que á nombre del Papa dirigia su cardenal Albornoz contra los que le usurpáran sus estados y posesiones, y era preciso que tuviese el Cardenal á su lado una persona de confianza del Pontífice para que entendiendo en el recibir y despachar las notas que de una y otra parte venian relativas á la guerra, pudiera el Cardenal dedicarse única y exclusivamente á la disposicion de las maniobras militares, pues de otra suerte sucedia que miéntras veia y contestaba los despachos, perdia un tiempo muy precioso para las operaciones. A desempeñar el cargo de confidente ó secretario ó consejero del Cardenal, ó todo junto, es á lo que vino nuestro buen Roca, con tanta mayor complacencia del Cardenal, cuanto que sabia lo merecida que tenia la confianza del Papa, y los especiales servicios que en todo órden y en muy diversos ramos habia prestado ántes de ir á Cluny, en Cluny, y despues al lado del Pontífice; así que desde que llegó al lado del Cardenal, puede decirse que se intimaron de manera que vinieron á ser dos cuerpos y un alma. En las contestaciones que daba, habia siem-

pre un acierto extraordinario, y no se verificó ni una vez siquiera el que surgiese un conflicto por las determinaciones que se tomaban segun su consejo. Aun en el indicar al Cardenal alguna vez los movimientos que debia tomar el ejército parecia inspirado, lo cual fué motivo para que al tener su Eminencia precision de ir á Aviñon á dar cuenta al Pontífice de cómo caminaban las cosas, y al propio tiempo á traer más recursos y algunas instrucciones para continuar la empresa, designase á Roca para que mandára las tropas durante su ausencia. En esto no logró todo el acierto que hubiera sido de desear, pues aunque Roca, por los estudios que habia hecho durante la permanencia al lado del Cardenal, se habia hecho un gran proyectista, lo que es hombre de accion no lo fué nunca, y por consiguiente casi todas las empresas que acometió durante la ausencia del Cardenal le dieron muy mal resultado, teniendo él, como era consiguiente, un grande pesar en cada suceso desagradable que le acontecia. Creyó, pues, prudente suspender por el tiempo que durára la ausencia del Cardenal las hostilidades, y esto sirvió de pretexto á los pueblos de Italia para volver á soltar las riendas á su desenfreno, olvidarse de la sumision que habian jurado al Cardenal legado, y ponerse en una situacion que hubiese sido trascendental y deplorable, si el Cardenal avisado oportunamente por el P. Roca, no hubiese vuelto á hacerles entrar en razon, y á sujetarlos como era justo. Por entónces pareció prudente separar de allí al P. Roca, pero como ni habia cometido ninguna imprudencia, ni mucho ménos obrado en nada contra los intereses del Papa, pues si bien no habia tenido el acierto debido, culpa era de que le habian engañado; se quiso que saliese de allí honrosamente y al efecto, y porque para esto en realidad era muy á propósito, Su Santidad le mandó cartas apostólicas para el rey de Inglaterra, á fin de que concertára con él la libertad de Juan, rey de Francia, que estaba prisionero, y con cuya retencion se atrasaba tambien el que los asuntos de los Estados Pontificios viniesen á una resolucion conveniente y digna, y fuesen por consiguiente puestos otra vez en órden los asuntos y estados que tan desarreglados se hallaban. Como esta era una legacion importante y especial, quiso el Santo Padre que áun cuando la direccion de los asuntos y demás fuese confiada especialmente al P. Roca, le acompañára como un segundo suyo, que estuviese tambien enterado en el asunto, por cualquier eventualidad que pudiera ocurrir, el muy Rdo. P. Simon de Langres, general de la órden de Sto. Domingo, y persona muy entendida, que por lo mismo respetaba muchísimo el P. Roca, porque sabia perfectamente bien lo que valia este esclarecido monje. Quiso el P. Roca que la direccion de tan gigantesca empresa estuviera á cargo de su compañero, pero este no lo consintió en manera alguna; sin embargo, en la delicadeza del

Padre no cupo ni por un momento el consentir en que se hiciese nada sin contar con su compañero, lo cual era para él satisfaccion y sosiego, pues le obligó á que no le dijera nunca sino lo que en realidad le pareciese para asegurar así el mejor acierto de la empresa. Efectivamente, se pusieron los medios para que ella saliese cual se deseaba. En primer lugar el rey de Inglaterra se quedó prendado de nuestro Padre en la visita de presentacion, de suerte que esto ya fué un verdadero adelanto; bien es verdad, que tampoco podia ménos de ser así, porque un hombre que traia ámplios poderes del Papa para ceder en cuanto fuese necesario, no hizo ostentacion de otra cosa sino de la condicion de simple legado; fué necesario instarle mucho para que recibiera, ó más bien permitiese solo en lo exterior los honores de tal. Trató al soberano inglés con muchísima delicadeza y con la más exquisita atencion, presentó sus peticiones con toda la copia de razones que en favor de ellas podian aducirse; nunca se creyó autorizado sino para contemporizar y procurar el bien de todos; en fin, pareció siempre ministro de paz, una paz tenia que ser el resultado de sus gestiones y lo fué con efecto, pues si bien tuvo que trabajar muchísimo con unos y con otros, con el rey de Inglaterra como legado, con el de Francia como representante de su más fiel aliado; el resultado fué que el dia 8 de Mayo del año de 1360, se confirmó la paz en Bretigny, cerca de Chartres; pero se hizo de tal manera, que ambos soberanos quedaron plenamente satisfechos, y ambas naciones muy contentas, porque en los tratados, que todos fueron obra de nuestro P. Roca, se atendia tanto á los intereses de una, como á los de otra, y sin menoscabo de la dignidad de ninguna se procuraba el enaltecimiento de las dos, que es lo que difícilmente se logra en circunstancias análogas, porque siempre parece que una de las partes beligerantes ha de sufrir las desastrosas consecuencias de la guerra, que son siempre cierta decadencia de que no es muy fácil reponerse. Aquí no, las generaciones futuras no pudieron decir cuál era la vencedora, ni cual la vencida, ó por ser exactos, lo que dijeron fué que en tan empeñada accion y despues de tantos sufrimientos ellos no dejaron huella, porque se supo conciliar todo al ajustar la con muchísima razon decantada paz de Bretigny. Este acontecimiento, que interesó en gran manera á Europa, interesaba todavía más si cabe al Papa por la parte tan activa que tuvo en su feliz suceso; así que si todos los soberanos se mostraban satisfechos, porque se habia verificado, el pontífice Inocencio VI tenia en ello una satisfaccion la más viva que podia pensarse. Y así, como él comprendia muy bien, tanto por la noticia que de las negociaciones tenia, cuanto por el grande estudio que habia hecho del carácter y apreciables circunstancias del P. Roca, que á sus esfuerzos se debia en gran parte, sino en todo, el feliz éxito de este suceso, por entón-

ces inesperado, hácia él se dirigía toda su gratitud, y en él hubiera querido que todos hubiesen visto el motor de tan fausto acontecimiento. ¡Los soberanos de Francia é Inglaterra veian la cosa de la misma manera, y no es extraño, porque estaban bien en antecedentes y pormenores, así que ambos quisieron dar al P. Roca alguna recompensa, mas él ninguna quiso aceptar, diciendo únicamente que toda su recompensa consistia en haber cumplido bien su cometido y secundado los pacíficos deseos del padre comun de los fieles. El Papa, sin embárgo, tenia manera de compensar tan extraordinario beneficio, como por medio de su legado se habia hecho á Europa, y lo compensó; pues en las témporas de Setiembre del año 1361 le envió el capelo, cuando todavía estaba ocupado en los arreglos consiguientes á la paz de 1360, ó por mejor decir, cuando sabiendo el Papa que aquello estaba ya terminado, y terminado de la manera más conveniente, era muy oportuno el que el legado volviese condecorado con la púrpura. Como las satisfacciones en este mundo nunca son ni pueden ser completas, no quiso Dios que Inocencio VI tuviese el consuelo de ver de regreso al que tan buen servicio le habia prestado en Inglaterra, despues de cumplir tan noble y honrosa comion; así que, el Cardenal, por más que aceleró su viaje cuando supo que la vida del Pontífice peligraba, no llegó á tiempo de verle vivo, tuvo pues el desconsuelo á su vez de no poderle dar cuenta de su expedicion, ni las gracias por la singular honra con que le habia distinguido. Claro es que como no habia pontífice cuando él llegó á Aviñon, que era todavía la residencia de la cátedra de Pedro, no pudo abrírsele ni cerrársele la boca en consistorio, que es lo que constituye la plenitud de facultades para el ejercicio de la potestad cardenalicia. En circunstancias normales, esdecir, cuando la Iglesia y los estados disfrutan de la tan apetecible paz, no se suele reparar en que falta á los cardenales este requisito, y sin dificultad alguna se les admite, y lo que más es, se les invita al cónclave, pero en momentos críticos, como un voto puede asegurar un triunfo, y un voto tambien puede desvanecerle, se mira mucho y se ponen obstáculos que verdaderamente no lo son; con dos fines, con el de ver si se puede inutilizar á los sugetos, lo cual siempre es algo, y mucho más en asuntos como el de que nos ocupamos; ó para dar treguas á fin de que estas treguas faciliten el atraer sugetos, ú otras circunstancias que siempre se aprovechan en tales casos. Hubo, pues, grande oposicion de que el cardenal Roca tomase parte en el cónclave; alguno de los cardenales, más vivo ó ménos reflexivo, llegó hasta á ofrecer una protesta de la eleccion en el caso de que en ella tomára parte este fiel servidor de la Iglesia; mas él, constante en su conducta ó prudencia, pero firme tambien en su propósito de dejar incólumes sus derechos, hizo grandes esfuerzos para entrar, porque creyó debia hacerlos, y en efecto, fué

uno de los que eligieron papa á Guillermo Grimoard, que tomó en el pontificado el nombre de Urbano V. Muchísimo complació esta eleccion á todo el orbe católico, y no dejó de tener intervencion en ella nuestro cardenal Roca, pues hizo conocer las prendas de este extranjero, digámoslo así, al colegio cardenalicio, y que sin embargo fué tan buen papa como lo han acreditado sus obras. Apénas colocado Su Santidad en el sólio pontificio, y recordando lo bien que el abad de Cluny habia manejado los asuntos de Inglaterra y Francia para lograr una paz útil á las dos naciones, y tan gloriosa para una como para otra, pensó en el Cardenal para que tambien ajustase paz entre su sagrada persona y Bernabé, vizconde de Milan. A este efecto le dió los más ámplios poderes, le invistió de todas las facultades convenientes, y le mandó con cartas de Su Beatitud, en las cuales rogaba esta paz como muy provechosa para la Iglesia y áun para los estados. Generalmente los más poderosos ceden más pronto á las indicaciones que se les hace en órden al bien; pero los pequeñuelos, como que apénas cuentan con recursos, si una vez se encuentran constituidos en alguna superioridad, ó no saben, ó no pueden, ó no quieren ceder, que era precisamente lo que le sucedia á Bernabé. Ninguna condicion le parecia aceptable, toda compensacion la creia corta; sus derechos nunca habian de ser amenguados ni mucho ménos, en las obligaciones nunca queria contraer compromisos; deseaba, en fin, la paz, pero siguiendo él dominando en los estados que usurpára, siguiendo en el usufructo de beneficios que no le correspondian; queria, en fin, la paz, pero siendo víctima la silla de S. Pedro; y esto claro es que no habia de convenir á nuestro Cardenal, así que las conferencias se alargaban: cuando no podia adelantar nada Roca, desistia por un poco de tiempo, luego volvia á insistir, hasta que al cabo su constancia, su prudencia y la gran fuerza de su voluntad lograron que se ajustase esta paz, y fué como la otra, con condiciones muy honrosas para una y otra parte, porque el cardenal Roca tenia muy alto aprecio del honor, y no podia consentir que ni por unos ni por otros se menoscabase, y así como nunca cedió á condiciones que para él fuesen depresivas, tampoco hubiese admitido las que fueran depresivas para el otro estado. Esta paz llenó tambien de satisfaccion al Papa y á todos los buenos, pues como á la guerra se sigue tanto exterminio, no hay quien pueda presenciar tranquilo tanto desastre, ni mucho ménos ver que se devoran unas á otras naciones que, siendo amigas, podrian mútuamente procurarse el bienestar y la dicha. Entraba en los planes del Pontífice el dar á nuestro cardenal Roca una de las iglesias de las cercanías de Roma, cuyos prelados son los cardenales obispos; pero sobre su voluntad y designios estuvo la voluntad y designios de Dios, que quiso que la buena obra de la pacificacion de Milan fuese la última que hiciera como diplomático, así como el ejercer la caridad con los necesita-

dos la última cosa que hiciera como religioso. Efectivamente, regresando á Aviñon se detuvo en Viterbo, porque le dijeron que habia peste y muchas necesidades, y él quiso socorrerlas hasta donde alcanzaban sus fuerzas. Es verdad, socorrió á muchos pobres, auxilió tambien á muchos enfermos, ayudó como uno de tantos á sus hermanos los monjes benedictinos; yendo él á casa de los pobres moribundos como un simple sacerdote, auxilióles cuanto pudo sin descanso ni tregua; pero al cabo contrajo la epidemia, y tuvo grandes sufrimientos, si bien le duraron poco, pues sabido es cuán pronto se consumen y destruyen los atacados por tan cruel azote. Dió muestras de su gran virtud, y en su enterramiento y demás, dispuso que para nada se contase con que era príncipe de la Iglesia, sino un monje benedictino; pero sus hermanos fueron los primeros en no acceder á este su piadoso deseo, pues querian honrar en aquella última ocasion todos sus anteriores merecimientos, dándole así testimonio de que no habia sido para ellos indiferente el que uno de sus individuos hubiera trabajado tanto en favor de la Iglesia, y hubiera con tanto ardor defendido los intereses del vicario de Cristo en la tierra como él lo habia hecho, repetimos, tan gloriosa y tan admirablemente. Mas habia tambien protegido mucho á otra congregacion religiosa, más moderna es verdad, pero no ménos apreciada, que era la de los Servitas, y estos tambien creyeron un deber suyo el honrar en muerte al que no habia permitido en vida que se le concediese la más mínima distincion, sino el que le encomendasen al Señor. Rogaron, pues, á sus acompañantes, que ya que como extranjero no tenia residencia en Viterbo, y como cardenal habia ocupado el palacio del Obispo, en atencion á hallarse la iglesia de Servitas cerca de la habitacion donde vivió, todos convinieron en darles el gusto de que se enterrase en ella, mucho más cuando ella era muy capaz, y allí se podrian hacer bien las honras fúnebres, pues en otra iglesia no hubiesen podido caber las personas que de todas las condiciones y linajes deseaban darle testimonio de su afecto y reconocimiento. Por supuesto que á pesar de las críticas circunstancias de epidemia, que siempre intimidan y que hacen que se mire con cierto horror los funerales, porque parecen indicar que á la muerte amenazadora no podia cortarse los vuelos, no dejaron de concurrir á este acto en que el prelado de la diócesis quiso hacer los honores, oficiando con todo su cabildo, á pesar de no haber esta costumbre ni aún con los cardenales legados que el Santo Padre mandaba algunas veces. Fué, pues, esta una gran solemnidad en que todos tomaron parte, una accion que agradó mucho á los monjes, siendo tambien altamente apreciada del Soberano Pontífice, que quiso tambien que su sentimiento se uniera al sentimiento universal, causado por la muerte de un sugeto, que nunca reparó en los peligros, y pasó su vida en

el ejercicio de altos é importantes ministerios, todos encaminados al enaltecimiento de la Iglesia, á la defensa de sus fueros, á la proclamacion de que en ella y por ella todo es grande, todo benéfico, todo provechoso. Luego que hubieron trascurrido algunos años, se determinó por su Congregacion de Cluny trasladar sus restos desde Viterbo á su mismo monasterio, donde se construyó *ex profeso* una suntuosa capilla, en la cual se hizo ostentacion de todos los beneficios que habia reportado á la Iglesia y á la Orden el finado Cardenal, por emblemas preciosísimos que la rodean y que son otros tantos testimonios de sus acciones tan dignas de perpétua memoria. En el centro se eleva el mausoleo donde estan sus cenizas, modesto, pequeño, porque su intencion y deseos fueron estos; pero precioso, porque la riqueza, que no pudo ponerse en lo grande, se empleó en lo poquísimo que permite la elevacion de dos pies, que es lo sumo que tendrá. Para su traslacion fueron comisionados algunos monjes respetables, que acompañados de servitas tambien de importancia, hicieron lentamente el viaje por los lugares mismos donde él habia pasado muchas veces, y en los cuales se guardaban recuerdos muy gratos, ya de su tránsito, ya de su permanencia. En todas partes los cabildos, poco ó muy numerosos, querian hacer algo en sufragio de este hombre de celebridad europea, y todos á porfía demostraban el sentimiento que les causaba su muerte y lo que tenian que agradecerle, pues raro era el lugar donde no habia alguna memoria suya. En Cluny fueron solemnísimas sus exequias, y fué preciso para saciar la curiosidad de aquellas buenas gentes y de muchas otras que venian de los contornos, dejar por algunos dias sin enterrar el cadáver del cardenal Roca, para que así pudieran ver siquiera la caja donde estaban sus mortales despojos. Tal fué el resultado de la buena fama que se supo conquistar por su constancia en obrar el bien, por su catolicismo siempre acreditado, y porque verdadero monje puso toda su gloria en el servicio de Dios y bien de sus hermanos. —G. R.

ROCA (Fr. Baltasar Juan), natural de Valencia, de noble y antiguo linaje. Tomó el hábito de la Orden de Predicadores, en el Real convento de Santo Domingo de dicha ciudad, á 27 de Octubre del año 1581, en donde habiendo cumplido los años de lector, fué promovido al grado de presentado en sagrada teología, y al honorífico empleo de predicador general, que desempeñó con aplauso. Este esclarecido religioso fué un modelo de virtudes y de la vida más austera y ejemplar, siendo extraordinario su talento y erudicion, como igualmente su elocuencia persuasiva en el púlpito. Ultimamente, sirvió el priorato de Santa Cruz de Lombay por los años de 1598, y restituido á su patria, murió en su nativo convento el dia 21 de Mayo de 1629. Publicó las siguientes obras: 1.° *Sumario de la devocion y Cofradía del*

Rosario, y del Nombre de Jesus; y de las indulgencias de ambas cofradías; Valencia, 1596; y otra vez allí mismo por Pedro Patricio Mey, 1621, impresa en 8.°—2.° *Historia verdadera de la vida y milagros del bienaventurado Padre San Luis Bertran, hijo de la ciudad y convento de Predicadores de Valencia; y de su beatificacion por nuestro santo padre Paulo V;* Valencia, por Juan Crisóstomo Garriz, 1608, en 8.°; la tradujo en francés, callando su nombre, Fr. Juan Doye, de la misma religion, como puede verse en Echard; y la imprimió en Tournay, por Adrian Quinque, 1628, en 8.°, viviendo todavía su autor.—A. L.

ROCA (Fr. Gabriel), religioso dominico, natural de Canet en Valencia, en cuyo convento tomó el hábito, muriendo tres años despues en Octubre de 1585, hallándose ordenado de diácono. Distinguióse en todo género de virtudes, en particular por su caridad para con los pobres, que era tan grande que en viéndolos se enternecia de manera que les daba todo lo que podia y tenia, y no teniendo nada que darles pedia limosna para ellos. Dábasela á él Dios, y tan crecida, de bienes del cielo, dice la crónica, que haciendo vida mortal parecia gozar de la inmortal, no perdiendo casi jamás de vista la majestad del Señor, en que tenia siempre tan fijos sus pensamientos, que llegó á sentir escrúpulos, aunque sin motivo, sobre si cumplia con la obligacion de las horas canónicas, rezándolas con el pensamiento puesto en Dios. Comenzaron á reinar muchas y grandes enfermedades en el convento de Sta. Cruz de Lombay, y fué enviado á él este religioso de caridad tan conocida para servir á los religiosos enfermos, lo que hizo con grande celo, no perdonando medio ni fatiga para aliviar sus padecimientos. Trabajo que le premió el Señor llevándole á su santo reino cuando se hallaba próximo á cesar en este servicio.—S. B.

ROCA (D. Jaime), obispo de Huesca. Era natural, y se educó desde niño en la corte del rey D. Jaime de Aragon, quien por sus grandes virtudes le concedió la dignidad de sacristan de la Seo de Lérida y despues el obispado de Huesca. Consagróse en la metrópolitana de Tarragona, asistiendo á este solemne acto el infante D. Pedro, heredero del rey D. Jaime, y muchos caballeros y señoras de la más distinguida nobleza. Como le tenia tanto aprecio el monarca aragonés, le nombró canciller de su reino, que era la mayor dignidad que podia concederle. Con este motivo no se apartaba nunca de la corte en que habia vivido casi constantemente, y se encontró en la muerte de D. Jaime, acaecida en Valencia en 27 de Julio de 1276, en cuya ocasion le encargó el Rey que cuidase de su hijo el infante D. Pedro para que siguiera su parecer y consejo en el gobierno de sus reinos, como de persona muy experimentada en la gestion de los negocios públicos. Tambien asistió este obispo al sepelio y exequias de S. Raimundo de Peñafort, que murió en Barce-

lona, en 1275, á la edad de noventa y nueve años. Funerales que fueron de los más magníficos celebrados en Aragon y quizá en España, pues asistieron á ellos dos reyes y una reina, cinco infantes, tres obispos y la mayor parte de la nobleza de Aragon. Ignórase el año del fallecimiento de este obispo, sabiéndose únicamente que en 1278 gobernaba ya la silla de Huesca su sucesor D. Esteban. — S. B.

ROCA (Fr. Juan), religioso mínimo de la órden de S. Francisco de Paula, á quien dió el hábito el mismo santo en el convento de Espezano hácia el año 1460. Era á la sazon presbítero seglar, jóven y de no malas cualidades, y se hallaba más bien entregado á sus pasiones que á los ejercicios de devocion propios de su clase. Sin embargo, á consecuencia de una conferencia que tuvo con el santo patriarca de la Orden de los Mínimos cambió de tal manera de costumbres, que pidió perdon con lágrimas de todas sus faltas y el hábito al santo padre, quien se le dió luego, comenzando á ser un grande religioso y uno de los compañeros de S. Francisco, con quien pasó á Francia, donde estuvo hasta la muerte del rey Luis XI, la que fué motivo de su mayor perfeccion, pues como su superior hubiera hallado en él alguna imperfeccion, apénas espiró el Rey entre sus brazos, marchó al convento, le llamó y dijo: Tomad este bonetico nuestro, y entraos en la recámara del Rey, y ponedsele en la cabeza, que luego resucitará. «No lo hizo como su prelado lo mandaba, ántes bien dudando, se escondió como fugitivo. San Francisco tampoco le habia mandado esto con el fin de que se ejecutase ningun milagro, sino por probar la voluntad del religioso, que sabia no ser muy fuerte en la obediencia, y para hacerle ver la poca que le habia tenido, le castigó mandándole que partiese luego á Calabria, á lo que obedeció, siendo desde aquel punto un religioso sumamente distinguido por sus virtudes, pues como el apóstol S. Pedro, siempre que se acordaba que habia negado al Señor, lloraba amargamente su pecado. Así el P. Roca se confundia y avergonzaba del suyo, que no es cosa ajena de los grandes siervos de Dios, dice el autor de la crónica de esta religion, caer algunas veces para levantarse más fervoroso en su servicio. Ignóranse las demás circunstancias de la vida de este Padre, quien murió en 1504 en el convento de Espezano, lleno de méritos y estimado y apreciado por todos los religiosos. — S. B.

ROCA (D. Juan de la), obispo de la santa iglesia de Popayan. Sucedió á D. Fr. Domingo de Ulloa, religioso dominico natural de Toro, y que murió en su diócesis el año de 1599. D. Juan de la Roca, primero de este nombre, fué natural de Lima y sus padres Andrés de la Roca y Doña Catalina de Cuadros. Fué varon dotado de singular talento y sabiduría, y muy docto en todas materias. Sus muchas letras y acreditada virtud fueron recompensadas como era debido, habiendo obtenido las dignidades de canónigo

doctoral de la santa iglesia de Lima, juez ordinario de la Inquisicion, y últimamente nombrado obispo de Popayan en el año de 1599. Le consagró D. Toribio, en aquel tiempo arzobispo de Lima. Todos los bienes que Dios le proporcionó toda su vida, y en el tiempo que rigió aquella silla, los empleó en limosnas, pues era sumamente caritativo y misericordioso, en reedificar templos, en proporcionar alhajas y ornamentos para que el culto tuviese el decoro y majestad necesarios y en el bien de su alma y la de sus ovejas y súbditos. Así fué que cuando llegó la hora de su muerte no tuvo necesidad de hacer testamento, pues que nada poseia, y tuvo ejecucion durante su vida pues todos sus bienes los empleó en caridad y buenas obras. Le sucedió en el obispado D. Fr. Juan Gonzalez de Mendoza, religioso agustino, varon de reconocido mérito y que gozó de renombre en su época. — A. L.

ROCA (Fr. Juan de Jesus de la), religioso carmelita. Este excelente varon, apreciado y ensalzado de Sta. Teresa, nació en el principado de Cataluña, en la villa de Sanahuja, obispado de Urgel. Su padre se llamó Pedro Ballon, y su madre Isabel Roca, personas sumamente honradas y de virtuosas costumbres. Recibió en la pila el nombre de Juan y el sobrenombre de la madre, no sin divina intervencion, porque fué una roca de bronce para resistir á la relajacion y los contratiempos de aquella tumultuosa época. Procuraron sus padres con el mayor esmero educarle y trasmitirle sus buenas costumbres, mejorándolas Juan con sus altos pensamientos y capacidad. Empezó su instruccion en Barcelona desde las primeras letras, y en la misma ciudad continuó con la gramática, hasta tomar el grado de doctor en teología, saliendo tan sobresaliente, que leyó un curso de artes en aquella universidad con el mayor aplauso; su mérito le hizo obtener un beneficio curado y se ordenó de misa. Pero no contentándose ni estando satisfecho de su suficiencia, pasó á Alcalá de Henares, donde fué tan estimado como sujeto docto, siendo notable que abundando los hombres entendidos en aquella escuela, trató de pretender una cátedra. El Señor que dirigia sus pasos, proporcionó que un dia oyese predicar al maestro Gracian, colegial teólogo, en cuyo sermon ensalzó la antigüedad de la órden del Cármen, de los muchos santos que tenia, y de la proteccion especial de la Virgen amparando á sus hijos. Aficionado á aquellas buenas noticias é inspirado por el Espíritu Santo, sabiendo la gran opinion que gozaba en la universidad el convento de Carmelitas descalzos de Pastrana, sin avisar á nadie se encaminó á él acompañándole un criado, que tenia la misma resolucion y que le siguió con tanto fervor, que llegó á los mayores grados de perfeccion, y se llamó Fr. Benito de Jesus y la Virgen; ocurriendo la notable coincidencia de que en cuanto salieron de la casa donde los dos vivian, se desplomó, teniéndolo por aviso del cielo, para emplear virtuosamente la vida que les habia salvado. Habiendo hallado en

tanta pobreza, como desprecio, silencio y oracion el asilo que buscaba, temiendo los oficios de gobierno en la nueva religion, y para que no le embarazase en sus deseos el estado de corista, pidió el hábito de lego aunque era sacerdote, huyendo, como varon verdaderamente humilde, de llamar la atencion y aspirar á mayor categoría. Los religiosos descubriendo su talento y sabiendo sus brillantes estudios, y entendiendo además que era sacerdote, no quisieron privarse de sus prendas para el desempeño de mayores ocupaciones, ni descender á colocar un sacerdote entre los legos; y valiéndose del gran afecto que manifestaba á la religion que ya le tenia cautivo, le negaron su pretension y le dieron el hábito á 1.° de Enero de 1572. Muchas esperanzas concibieron de aquel sabio varon que despues las vieron realizadas en lo mucho que trabajó por la religion y en los altos puestos que en ella obtuvo. Aceptó de tal modo la reforma con todos sus rigores, que no le dejó resabio alguno del siglo, limitando todo su cariño á su nuevo estado. Entre los hermanos de menor edad y capacidad era el más humilde y modesto; su inteligencia, prudencia y buen consejo le hicieron tan venerable, que el maestro de novicios le ordenaba sosegar á los más revoltosos. Habiendo profesado á principios del año 1573, comenzó desde luego á servir á la religion con su vasta instruccion y con su ejemplo, predicando en los pueblos con el mayor fervor, pues los rigores del invierno le encendian y los calores del estío le templaban por el servicio del Señor. Extendiéndose bien pronto por toda la Orden sus altas prendas y reputacion, le quedó tan apropiado el apellido de *Roca*, que no le conocian por otro los religiosos; significando en aquella palabra su constancia, su firmeza, y las raices que tenia echadas en todo género de virtud. El año de 1575 le eligió el convento de Mancera por su prelado, y se portó de tal suerte, que además de observar el rigor de Duruelo, recuperó algo del que se habia perdido. El año siguiente en el capítulo que los padres de la observancia hicieron en S. Pablo de la Moraleja, en el que pretendieron deshacer la reforma, se opuso con tanto valor defendiéndola, que no les permitió salir con su intento, alentando al mismo tiempo á sus dos compañeros, el prior de Pastrana y rector de Alcalá, á que le imitasen, pues estaban desanimados. El año de 1578 acompañó al P. Gracian en Valladolid á dar principio á aquella casa. En el mismo año le prendió el nuncio, y defendió á su Descalcez con la mayor constancia, valor y energía. En la misma moneda le pagaron los del capítulo de Almodóvar, pues por buen consejo le tuvieron un mes en la cárcel; en el año dicho de 1579, recibió una carta que Sta. Teresa le escribió desde Toledo á 25 de Marzo, avisándole del cuidado que debia tener por el bien de la Orden; en el mismo año, hallándose ya la santa en Avila, pasó á visitarla, para consolarse de las muchas contrariedades que sufria y tratar de los

asuntos de la religion, y acerca del buen resultado que se esperaba de la junta. El padre prior de la observancia supo su llegada, y no habiendo olvidado que el P. Fr. Gerónimo Tostado deseaba con los mayores extremos prenderle por la oposicion que en todas partes le hacia, deseó aprovechar la ocasion; le fué á ver al locutorio donde se hallaba con la santa, dejando algunos frailes que guardasen las puertas; le habló con gran comedimiento y cortesia, suplicándole pasase á su casa, pues que no podia permitir ni era justo que persona tan autorizada y de su mismo hábito se hospedase en mesones. El P. Roca sospechó la doblez de aquellos ofrecimientos y se excusó; pero tal fué la porfia del prior, que se hizo manifiesta su intencion y celada. La tornera observando á los frailes que esperaban guardando las puertas, avisó á algunos canónigos y caballeros devotos, en seguida se presentaron estos y estorbaron la violencia, haciéndoles presente con el mayor disgusto cuán mal parecia en la ciudad tan porfiada contradiccion á la mayor santidad, y cuán mal lo habia de recibir el Rey, sabiendo que habia nombrado una junta para defensa de los Descalzos. El P. Prior se vió precisado á ceder, por no permitir otra cosa las circunstancias, retirándose desairado y confuso. Habiendo ya dado licencia para que se hiciesen nuevas fundaciones, el P. Maestro Fr. Angel de Salazar pasó con el P. Roca desde Avila á Salamanca para tratar de formar allí un colegio. Temiendo la contradiccion de los observantes, no pretendia convento con iglesia y Santísimo Sacramento, sino una casa particular donde recoger á los estudiantes para que desde allí fuesen á las escuelas; sabiendo que el obispo tenia amistad con algunos maestros de la observancia, no quiso proceder al establecimiento del colegio sin su permiso. El prelado le pidió los papeles que acreditasen la facultad que tenia para hacer la fundacion. El P. Roca conoció el peligro que envolvia aquella exigencia, pero no pudo excusarse, y los entregó bajo palabra que no los veria la otra parte; mas el obispo no la cumplió, porque nunca faltan excusas valederas al poder. Viéndose sin el suyo el P. Roca, puso demanda ante el provisor pidiendo sus papeles. Conociendo el obispo que la sentencia tenia que ser con arreglo á justicia, pidió el proceso ántes de que se sentenciase. Algunos caballeros comprendieron el amaño y el agravio que se estaba haciendo, y hablaron al obispo en favor del descalzo, cuya religion deseaban vivamente se estableciese en su ciudad. Los estudiantes, temerarios como jóvenes, libres y atrevidos, acudieron con tanta furia á la casa del notario y al convento de S. Andrés de la observancia, que si no hubieran entregado aquellos documentos, hubiera podido ocurrir un conflicto de consecuencias deplorables. En cuanto el P. Roca se hizo con ellos, se retiró á su convento de Mancera dejando dado aquel primer paso en la fundacion de Salamanca. Estando en el expresado monaste-

rio le mandó á llamar Sta. Teresa para encargarle la ida á Roma, despues de haber sabido la buena resolucion de la junta, y que todas las cabezas de la Descalcez aprobaban la eleccion del P. Prior, excepto el P. Gracian que se hallaba con alguna confusion é irresoluciones. Llegado á Avila el prior P. Roca, le participó la Santa el favor de la junta, la resolucion de lo necesario que era el procurar la separacion, la imposibilidad de poderla conseguir en España por medio del Nuncio, ó de otra potestad secular; la importancia de la ida á Roma, y cómo habia puesto en él los ojos, por ser el más á propósito para desempeñar aquel árduo caso. Pocas razones eran necesarias para rendir á aquel santo varon, que la era tan afecto, y mucho más siendo aquel el parecer de la Santa á quien tanto veneraba; así es que se ofreció con la mejor voluntad en todo lo que le ocupase por amor de Dios y en servicio de su religion, quedando la santa madre completamente complacida. Pero como muy prudente y reflexivo, no pudo ménos de hacer algunas objeciones. La primera la fundaba en la seguridad de su conciencia y de la opinion, y la gran repugnancia que le costaba vestir el traje de secular, como el caso requeria, para evitar los peligros que tanto en España como en Italia, habia de hallar á cada paso de parte de los observantes. La segunda era, de quién se habia de valer para conseguir las cartas del Rey, eminencias eclesiásticas y seglares, tan necesarias é indispensables para poder negociar en Roma. La tercera quién habia de proporcionar los fondos para los gastos que no podian excusarse; y la cuarta, quién habia de ser el compañero para el consuelo y alivio y para la sustitucion en caso de necesidad. A todo dió salida favorable la perspicaz inteligencia de la Santa, ofreciéndose ella misma para resolver las dos primeras dificultades; la tercera la encomendó á la buena diligencia del P. Roca, para que sacase cuanto pudiese de los conventos de frailes y monjas, para cuyo buen resultado escribiria ella misma á unos y á otros. La cuarta igualmente dejó á su eleccion, en la cual tuvo el mejor acierto, eligiendo al P. Prior de Pastrana, Fr. Diego de la Trinidad, que aunque habia profesado en la órden de San Gerónimo, era afectísimo á la Descalcez, sugeto muy prudente, callado, sagaz y de escogida, espiritual y apacible conversacion. Para no dar que sospechar con aquel viaje á Roma, procuró hacerse el P. Fr. Juan con algun negocio público que hubiese de tratar en traje de seglar, y que fuese el pretexto que ocultase el objeto principal. Se le presentó una ocasion propicia, con una dispensacion que habia de solicitar para el enlace de D. Francisco Bracamonte, caballero de Alba, amigo suyo, con su prima hermana doña Ana de Bracamonte. Este mismo caballero le proporcionó el vestido, aderezo de espada, mula, etc., y cuatrocientos ducados en letra para Roma. Era el padre Roca muy bien dispuesto, de rostro grave y agraciado, teniendo el aspecto

de un valiente capitan, y se dice que cuando Sta. Teresa le vió con barba crecida y su nueva apostura, lo celebró mucho, porque no estimaba ménos á los varones decididos para los árduos negocios, que á los devotos para el coro: Fr. Diego de la Trinidad se aprestó igualmente para acompañarle, y el conde de Tendilla, don Luis Hurtado de Mendoza, le dió para ayuda de gastos cuatrocientos escudos, y además cartas para su padre, el virey de Nápoles, y para don Enrique su hermano. En este año ocurrió en Africa la muerte de D. Sebastian, rey de Portugal; su tio D. Felipe II se hallaba muy ocupado con los resultados y las pretensiones que originaron aquel suceso. Pero á pesar de tenerle tan ocupado é inquieto aquel grave asunto, no desatendió el de los descalzos, mirándole como propio. Dió instrucciones á su embajador D. Luis de Requesens, escribió cartas al papa Gregorio XIII y á algunos cardenales; pero habia llegado la Pascua de Navidad del año 1579, y aún no se habian sacado los despachos del Rey, y diciéndoles el secretario Gabriel de Zayas que partiesen, que en Roma los recibirian, dispusieron los Padres el viaje entrado ya el año de 1580; y habiéndose embarcado en Alicante y salido bien de peligrosas tormentas, calmas y acometidas de corsarios, arribaron al puerto de Liorna, del ducado de Florencia, con los nombres supuestos de Gerónimo de Vega y Diego Hurtado. Miéntras que llegaban los reales despachos se avistaron con el embajador, á quien declararon en secreto sus verdaderos nombres, mision y órdenes. Conferenciaron con los letrados para prepararles, y á varios españoles principales, entre otros al canónigo Montoya, general de la Inquisicion, y á monseñor Andrés Espinola, clérigo de cámara de Su Santidad. Montoya los presentó á algunos cardenales, manifestándoles el objeto de su venida á solicitar la separacion favorecida por el Rey, cuyos despachos se esperaban por momentos. Recibieron muy bien la propuesta los señores Cardenales, y en especial el obispo y religioso dominico Tiano. Por este tiempo se hallaban en Roma los superiores de los observantes, esperando al capítulo general, el cual se celebró el 22 de Mayo del año 1580, saliendo electo el Rmo. P. Fr. Juan Bautista Casardo, por cuyo motivo y ocasion permanecieron muy vigilantes los procuradores descalzos para no ser descubiertos, porque á serlo toda la Orden se hubiera manifestado en oposicion, y hubiesen sido presos y con mala causa, considerados como apóstatas. Llegaron por fin los despachos del Rey y con ellos el acuerdo, conforme con S. M., del nuncio y asistentes. Le dieron las cartas al Pontífice y Cardenales, de cuyos documentos quedaron traslados en los reales archivos de Simancas; y viendo el Papa tan autorizada pretension, mandó se pasase á la Congregacion de regulares que presidia el cardenal Gerardo Mafeo, persona gravísima y de grande inteligencia, para quien venia carta particular del Rey; al mismo tiempo ordenó

el Pontífice se diese traslado á la religion congregada en capítulo general. Muy bien recibida fué la propuesta, y afirmada con eficaces razones por el cardenal Montalto, religioso francisco y despues sumo pontífice Sixto V. Haciendo los demás cardenales tanto mérito de sus razones, de la carta del nuncio y asistentes y al gran interés manifestado por el Rey católico, que desde luego se inclinó la justicia á los procuradores descalzos. Viéndose en aquel aprieto el general de la observancia, se presentó á Buoncompagni, sobrino del Papa y decidido protector de la Orden, exponiendo el peligro del cisma si se daba oidos á los descalzos, y la ruina de toda la Orden; que para remediarlo era de opinion que alternasen por trienios los Provinciales, que lo fuesen una vez los calzados y otra los descalzos, único medio de evitar los daños próximos y la anarquía en la religion. Manifestó igualmente que aquella causa era de la Orden y la única á quien competia resolver en aquel caso, debiendo abstenerse la Congregacion y entregarle la causa, quien procuraria el mejor acuerdo y conformidad. Pareciéndole buenas aquellas razones á Buoncompagni, se las propuso á su tio, á quien contentaron mandando se siguiese aquel parecer. Los procuradores, sabiendo aquella novedad, se desalentaron y casi perdieron el ánimo, máxime hallándose ausente de Roma el embajador, que habia pasado á ser virey de Nápoles, viéndose precisados á hablar al abad Briceño, que hacia sus veces miéntras venia nuevo embajador. Le dieron cartas del Rey en que previendo su gran prudencia el peligro que podia ocasionar la celebracion del capítulo general, mandaba se hiciese todo el esfuerzo posible para que no se entregase la causa al capítulo. Prometió mucho Briceño, pero nada cumplió. Los procuradores, viendo la irresolucion, acudieron de nuevo á la Congregacion de los regulares con un extenso memorial esforzado de razones, manifestando los inmensos é incalculables daños que resultarian de concordar dos reglas opuestas en una religion, como dos almas en un cuerpo, y de una observancia tan diferente y tan esencial. Bien conoció la Sagrada Congregacion la fuerza de aquellas razones, pero se encontraban con la gran dificultad de ver tan decidido al protector y declarado el Sumo Pontífice en favor del general, y no se atrevian á hacer oposicion sin nuevas cartas del Rey católico, que continuase manifestando su solicitud en aquel asunto. Este dictámen no era hacedero y más bien imposible, porque el general instaba y el capítulo no estaba aún disuelto. En esta cruel alternativa se hallaron los procuradores sin humano remedio; pero Dios les inspiró un pensamiento que alentó su esperanza. Expusieron su congojosa situacion al Sr. Espínola, clérigo de Cámara de Su Santidad, y casi más bien fueron como de despedida que para buscar remedio á su cometido. Era Espínola de buen juicio, de grande corazon y ejercitado en negocios difíciles, y les dijo que se le ofrecia un me-

dio que podia ser de algun provecho, y que estaba reducido á ganar al cardenal Esforcia, que por su sangre, autoridad, su parentesco con el Pontífice, y por ser protector de España, sería muy atendido su parecer. El P. Roca se fué á Gabriel Robostel, agente del Rey católico, y le manifestó el mal estado en que tenia su comision, y que siendo tan amigo de Esforcia, le hiciese entender que en su favor estribaba toda la esperanza de la Descalcez. Robostel lo tomó en seguida por su cuenta, habló con el mayor interés y al alma al Cardenal, quien le escuchó atentamente, y habiéndole el Señor movido su corazon, dijo que en aquel dia habia ya hablado dos veces al Papa, que le hablaria la tercera, pero que dificultaba la buena resolucion teniendo á Su Santidad y á su sobrino en contra; pero que no faltaria á su deber y el Señor obraria lo demás. Con tanta vehemencia y copia de razones habló al Pontífice, que le hizo reparase en su juicio, y aconsejándole llamase á sí la causa, y la juzgase en consistorio, recobrando en ella más autoridad, mayor acierto, y la Congregacion de regulares y la religion quedarian sin quejas, si algunas tenian del decreto pasado. Suspenso con la fuerza de aquel discurso quedó el Pontífice, y despues de un corto rato dijo al Cardenal, que ya era tarde para tratar aquel asunto en el dia, que al otro sin falta se haria. Contentísimo Esforcia, dió gracias á Su Santidad por el favor. Al siguiente dia, en que se habia de tratar el caso en audiencia ordinaria, dijo el Pontífice á uno de los cardenales de la Congregacion, que era muy amigo de toda reforma, pero que queria saber qué causa tenia el general para contradecirla; pues no era justo condenarle sin oirle, y no podia resolver sin ver lo alegado por una y otra parte, y que el lunes siguiente en consistorio público trataria aquel punto con los cardenales de regulares, consultando su parecer. Así se verificó á presencia de Su Santidad y de los cardenales, y despues de haberse ventilado por ambas partes y hablado con la mayor eficacia en favor de los descalzos el cardenal Mafeo, presidente, y el cardenal Montalto con no menor energía, á quienes siguieron los demás, quedó el Pontífice tan convencido y enterado de la verdad, tan satisfecho del celo del Rey, tan consolado de que en su tiempo se diese principio á una reforma á quien tantas profecías, tantos cuidados de Dios, tantos desvelos de personas graves, tantas ánsias de la muy católica España favorecian, que concedió todo lo que por parte de los procuradores descalzos se pedia, reducido á que se hiciese provincia parte con provincial reformado que los gobernase, con otros particulares referentes al mismo objeto. En esta conformidad se despachó el breve á 22 de Junio del año de 1580, noveno del pontificado del Santísimo Gregorio. Antes de su viaje á Roma y de los favorables resultados conseguidos á favor de la Descalcez, por la eficacia y gran celo del santo y venerable Fr. Juan, contribuyó á la fundacion del colegio de

Baeza, haciendo innumerables servicios á su religion, falleciendo este gran siervo de Dios á fines del siglo XVI, siendo universalmente sentida su falta, y muy llorado por todos sus hermanos, y especialmente por la madre y protectora de la Descalcez, la inmortal Sta. Teresa de Jesus, que apreciaba sobremanera al P. Roca, á quien consideraba como una de las más firmes y sólidas columnas de la religion, por sus sobresalientes virtudes, religiosidad, vasta instruccion, y seguro y fácil expediente para dirigir los más árduos negocios.—A. L.

ROCA (P. Pedro), de la Compañía de Jesus, natural de Caudiel, en el reino de Valencia, estudió la gramática en las escuelas de S. Pablo de dicha ciudad de Valencia, vistió la sotana de jesuita en la edad de diez y siete años, pasó el noviciado en Tarragona, trasladado á Gandía, y ántes de concluir el segundo año de filosofía, sobrevino la expulsion de los de su religion; aportó á Génova, donde concluyó el curso de esta facultad. En Ferrara estudió la teología, y suprimida en 1773 la Compañía, permaneció siempre en esta ciudad, pasando únicamente á Cesena para recibir los sagrados órdenes. En 1798 volvió con los de su religion á España, y á su patria de Caudiel, permaneciendo en ella hasta su nueva expatriacion; vuelto á Italia y á Roma, vivió en esta corte hasta que el sumo pontífice Pio VII repuso la Compañía en Nápoles, adonde pasó en Mayo de 1805, á incorporarse con sus compañeros, á los que vistió la sotana el P. José Pignateli, primer provincial de aquel reino. Despues de catorce meses, fué ocupado éste por los franceses, y el nuevo rey, entónces José Bonaparte, con decreto de 5 de Julio de 1806, mandó salir dentro de tres dias á los jesuitas extranjeros, destinando á sus casas á los que eran napolitanos, como así se verificó. Hallábase á la sazon en Roma el Sr. Obispo de Orvieto, Mons. Juan Bautista Lambruschini, y deseoso de entregar su seminario episcopal con las aulas públicas que en él habia, á los jesuitas venidos de Nápoles, trató de ello con el P. Pignateli, el que aceptó gustoso tal oferta, formando en Orvieto un colegio de veintidos jesuitas, aunque vestidos de clérigos seculares, por no estar admitida aún la Compañía en el Estado Pontificio; nombró por maestro de retórica y lengua griega al benemérito y entendido Padre Roca, que enseñó á varios jóvenes jesuitas venidos de Nápoles, y á otros que quisieron instruirse en el idioma griego. Cuando Bonaparte se apoderó del Estado Pontificio, mandó salir á los de este instituto de Orvieto, y el gobierno de aquella ciudad alcanzó la gracia de que quedasen tres maestros de ciencias mayores, y dos de lenguas orientales, siendo uno de estos el P. Roca; pero por desgracia no duró mucho esta condescendencia, porque la policía de Roma, en el mes de Junio de 1812, mandó á los maestros italianos se fuesen á sus casas, y á los españoles á su país. En cumplimiento

de esta órden llegaron á Bolonia cuando ardia en España la guerra de la Independencia, con cuyo motivo carecian enteramente de los medios para emprender tan largo viaje, y obtuvieron el permiso del gobierno de Milan para quedarse, y perseveraron, confesando así en las parroquias como en los hospitales de aquella ciudad, hasta que vuelto á Roma libre de su cautiverio el santo padre Pio VII expidió en 7 de Agosto de 1814 la bula de reposicion de la Compañía de Jesus. El Sr. D. Fernando VII, con decreto de 29 de Mayo de 1815, restableció la Compañía de todos sus dominios, y comunicada la órden de regresar á su país, emprendieron el viaje, y tan pronto como la junta de temporalidades les hizo entrega del Colegio Imperial de Madrid en Febrero de 1816, el P. Comisario general de España Manuel de Zúñiga, nombró por catedrático de retórica y lengua griega al P. Roca, que continuó en este ejercicio hasta su muerte acaecida en Abril de 1826, en la edad de cerca de ochenta y dos años. Escribió: 1.° *Adhortatio ad studiosos adolescentes;* Madrid, por Francisco Martinez Dávila, impresor de S. M., 1816, en 4.°—2.° *De præstantia linguæ græcæ*; Madrid, por Buenaventura Cano, 1817, en 4.°—3.° *Pro lingua latina*; Madrid, por Francisco Martinez Dávila, 1818, en 4.°—4.° *De laudibus linguæ latinæ*; Madrid, por dicho Dávila, 1819, en 4.°— A. L.

ROCA (D. Sancho la). Por fallecimiento de D. Guillelmo Gaston entró á ocupar la silla episcopal de Pamplona D. Sancho de la Roca, que fué el tercer obispo de su nombre. Muchísimas simpatías contaba este eclesiástico, pues la eleccion de él y su aprobacion y demás se hizo en dos meses; pues D. Guillelmo murió en Febrero de 1121, y en Abril ya regia la diócesis D. Sancho. Sus antecedentes han yacido en el olvido; solo se sabe, y esto no con entera seguridad, que era aragonés, y que nunca quiso en su país ocupar ningun puesto eclesiástico, ni alto ni bajo, por miras un poco extrañas pero bastante fundadas. Pasan desapercibidos los antecedentes de este prelado, pero no es necesario que ellos le recomienden, aunque indudablemente serán dignos de los hechos que despues ejecutó; porque estos hacen todo su elogio, presentándole como un obispo celoso y digno de ocupar tan alta dignidad, por lo cuidadoso que era de obrar siempre cual convenia á quien estaba constituido en tan elevado puesto. Prescindiremos del acierto que tuvo desde el primer dia para el gobierno material de su diócesis, tanto en cuanto á elegir siempre las personas más idóneas para los cargos, sin que nunca le significáran nada ni las influencias ni las recomendaciones; cuanto en el celo con que miraba hasta los más insignificantes movimientos de sus clérigos, no con el fin de imponerles molesta servidumbre, sino para tenerlos en el buen camino, por sus amonestaciones, consejos y demás recursos, todos encaminados á guiar á su grey por el camino de la

dicha y ventura. Ocuparémonos solamente, y muy á la ligera, porque de otro modo no sería posible hacerlo, de la vida pública de este personaje, vida pública que fué muy provechosa para su iglesia, muy gloriosa para el prelado. Comenzó por hacer una gran donacion al monasterio de S. Juan de la Peña, donacion que aseguró canónicamente, y que fué de mucha utilidad á aquella santa casa, y este desprendimiento suyo complació mucho á los reyes, porque dejaba ver cierta abnegacion muy propia de un prelado de la Iglesia, y que sirve de mucho para atraer al redil algun que otro extraviado, que calcula las intenciones de los obispos y áun las miras de la Iglesia universal por algunas mezquinas aspiraciones de los que rodean á estos mismos prelados, y que serian destruidas en su orígen, si fuera de ellos conocido. Despues atendiendo á la necesidad é importancia de la grande obra de la catedral, que con afan emprendieron sus antecesores D. Pedro y D. Guillelmo, procuró por todos los medios que estuvieron á su alcance concluirla, lo cual logró, no solo en la parte material del edificio, sino en las accesorias de adorno de altares y demás, todo si no con gran lujo, al ménos con más que mediano decoro. A la conclusion de la iglesia quiso que se siguiera su dedicacion y consagracion solemne, y dispuestas como era conveniente todas las cosas, hizo esta ceremonia solemnísima, á la cual concurrieron los reyes con toda su corte y un inmenso pueblo, que ansiosos por una parte de presenciar esta ceremonia nueva y muy rara, y llenos por otra del regocijo que les causaba encontrarse con un templo suntuoso y digno de dar testimonio de su reconocimiento á los desvelos y sufrimientos por que hubo de pasar el Obispo para terminar tan completa obra. Fué para Pamplona un dia de verdadero regocijo el en que se celebró esta fiesta, y para el Obispo un dia de verdadero placer, porque vió terminada su obra, coronados sus esfuerzos con un éxito felicísimo: y que el contento que todos demostraban era testimonio muy claro de la íntima satisfaccion que les causaba verse con catedral, y catedral consagrada y constituida en todo el perfeccionamiento á que puede llegar un templo católico. Los reyes por su parte tambien estimaron mucho los desvelos que tuvo que sufrir el prelado para llegar á conseguir su objeto; porque además de todos los sufrimientos consiguientes á tan colosal empresa, tuvo el que le proporcionaban algunos individuos del cabildo, que se oponian en las reuniones que para este fin tenian, á que se les sacáran las subvenciones de que era necesario echar mano, y sin las cuales de ninguna manera se habria podido concluir la obra. Para mostrar el Rey cuán complacido estaba, y al propio tiempo la grande estima en que tenia tambien el reino los desvelos de los prelados, de acuerdo con su gobierno hizo el Rey donacion de varias rentas y propiedades, otorgando la escritura en el mismo dia de la consagracion del tem-

plo. Por supuesto, que la donacion fué en favor del Obispo, mas este no quiso privar á los canónigos de este beneficio, ó por mejor decir, quiso á su vez hacerles esta donacion, porque con ella les ayudaba y aseguraba tambien el que sus sucesores tuvieran por este motivo disgustos, si pensando de distinto modo que él no querian que esta donacion fuese para unos y otros como D. Sancho lo habia hecho desde el principio. Dejó grabada esta donacion con un pequeño censo que habia de pagar la catedral á una señora á quien debia muchos favores, y que queria el Obispo no se olvidáran nunca, para lo cual impuso esta pequeña carga, que cobraba ella personalmente de la mesa episcopal, cuando el obispo determinaba, más bien como un honor que se la concedia por la mitra, que no como una carga, como si dijéramos, que gravase al cabildo, pues la pension era insignificantísima. Sumamente satisfechos estaban todos con el gobierno y siempre acertadas disposiciones de nuestro buen D. Sancho, y él no ménos contento de la fidelidad con que veia secundados sus intentos y designios, pues en verdad cada cual hacia lo que podia por complacerle, si bien es cierto que nunca exigió cosa no digamos injusta, pero ni áun indebida, pues siempre queria lo que palmaria y palpablemente encaminaba al bien de sus feligreses é iglesias, que era toda su aspiracion, el que unos y otras caminasen y llegáran á su apogeo. Dios, que dispone las cosas segun sus designios, pero que permite muchas veces que estos no sean conformes con lo que parece á nuestra débil miseria, quiso que renovándose las antiguas enemistades entre Aragon y Castilla, estas dos poderosas naciones aprestasen mútuamente sus armas, y emprendiesen dura y cruel guerra, que fuese para ellas motivo de engrandecimiento por el triunfo, pero de castigo por los sacrificios y demás necesarios hasta llegar á la apetecida victoria. El rey de Navarra quiso ir en persona á esta guerra, que se hizo inevitable, porque los intereses de ambos estados reclamaban el arreglo por medio de las armas, y quiso el monarca llevar á su lado al obispo D. Sancho como consejero, como hombre de estado, que lo era tambien, y más que nada para que secundando los piadosos intentos de aquellos aguerridos y esforzadísimos varones, elevára sus súplicas al Altísimo cuando fuesen ellos á combatir por la gloria nacional, justo motivo que merece bien los sacrificios de los pueblos. Conociendo, como ya se conocen por lo anteriormente referido, las especiales circunstancias de nuestro Obispo, se comprende muy bien cuán útil sería al monarca en el trance tan crítico de una guerra justa, pues con su prudencia suma compuso las discordias que nunca faltan entre los oficiales superiores, por cosas que áun cuando en sí son de poco momento, pueden traer fatales consecuencias; con su prevision evitó lances y compromisos sérios que la impremeditacion tal vez habria avocado; con su presencia contuvo los excesos que entre las

gentes de armas y con ocasion de guerra son tan frecuentes, y con sus buenos consejos hizo al rey de Navarra que cediera algun tanto, y vió á los prelados que acompañaban al de Castilla, para que logrando tambien alguna cesion por su parte, y de esta suerte se gobernó mejor y más pronto un asunto que sin tan acertada intervencion habria dado más fatales resultados, porque indudablemente se habria derramado mucha más sangre. Tanto el estado de la provincia de Navarra con la conmocion consiguiente á la guerra, en cuanto que ella impone sacrificios, como la ausencia del Obispo, fueron hasta cierto punto rémora para los intereses de aquella santa iglesia, que merced á los esfuerzos del prelado, encaminados siempre á su mejoramiento, habia logrado este de una manera enteramente notable; sin embargo, nada perdió ni de su esplendor en la parte material, ni de la dignidad, respeto y veneracion á que los clérigos todos se habian hecho acreedores por la conducta á que les redujera el buen ejemplo del prelado; y la razon para que las cosas se sostuvieran en este estado tan próspero, era que además de haber nombrado por su vicario general y lugarteniente para durante la guerra á un hombre de excelentes circunstancias, de acrisolada virtud, de sabiduría muy acreditada, y sobre todo de una prudencia y rectitud sumas, que amen de esto tenia todas las simpatías de los clérigos y de los fieles, porque la benignidad de su carácter, al propio tiempo que su inexorable rectitud, le hacian muy recomendable; el Obispo á pesar de esto decimos, no perdia de vista su diócesis, ni se olvidaba de sus ovejas y unas veces con pastorales sentidas y bien dictadas, aunque breves casi siempre, otras con cartas familiares al cabildo, y tal cual otra vez con alguna misiva á algun capitular privadamente, sostenia el trato y comunicacion debidos para demostrar á unos y á otros, á clérigos y á seglares que no se descuidaba, y por consiguiente, no descuidándose el pastor, imposible es, ó poco ménos, que se descuiden los que con él comparten el trabajo apostólico, y muy raro sería el que se hubiese resfriado el afecto que á su prelado tenian todos sin excepcion alguna, si se veia de parte del prelado la misma diligencia, el mismo interés y el mismo afan cuando estaba ausente que cuando estaba en medio de ellos; la misma tierna solicitud cuando su mente estaba embargada en asuntos de gran monta, como eran todos los confiados á su cuidado en la guerra, que cuando no tenia que pensar sino en guiar con toda la paz y sosiego á sus amados hijos los fieles. Mas la guerra entre Castilla y Navarra terminó, como no podia ménos de suceder, gloriosamente para Navarra y sin gran desdoro de Castilla; y claro es, que la solicitud del prelado de Pamplona habia de proveer al momento á que se diesen á Dios las debidas gracias, y á que á los pobres pueblos que habian prestado hombres, recursos y súplicas muy repetidas á Dios por el buen

éxito de la empresa, se les proporcionára tambien algun alivio, algun descanso y alguna muestra de que no habia sida indiferente á su conducta el reconocimiento del monarca, ántes por el contrario, habia estimado en lo que debia sus heróicos esfuerzos, sus sacrificios, llevados acaso más allá de lo que sus mismas facultades les permitian, por ese ardor de verdadero patriotismo que han abrigado siempre los pechos españoles, tan nobles como aguerridos, tan generosos como nobles. Propuso, pues, el Obispo al Rey que para fomentar de algun modo la poblacion de un barrio casi desierto, que podia ser muy importante al contorno de la basílica de San Saturnino, iglesia construida donde el santo predicó la primera vez, se les concediesen ciertas franquicias y el uso de algunos terrenos y montes que pertenecian al Rey, y de algunos que eran tambien posesion de Santa María, cuyos terrenos el Obispo cedió desde luego para que su conducta alentára, por decirlo así, al Rey, y viendo éste cuán justa era la demanda la despachase en favor de los precitados pobladores, y estos tuviesen ocasion de adherirse más y más á su monarca, con lo cual se lograban dos grandes beneficios: afianzar más y más el afecto de los súbditos hácia su señor legítimo, el monarca, y hacerle ver el interés con que éste miraba sus cosas, y cómo ellas eran tambien muchas veces objeto de sus paternales cuidados. El Rey no podia ménos de admirar la prevision del Obispo, el afecto que á su persona y dignidad manifestaba en estas cosas, y el gran cariño que mostraba á los pueblos este excelente prelado; tampoco podia desconocer que la iglesia de Sta. María se habia privado de cuantiosas rentas para favorecer á los pobladores de aquel barrio, que podriamos llamar hijos menores de este reino, toda vez que no tenian aún los medios adecuados para su conveniente desarrollo; y por todo esto miró con la equidad y rectitud que era debido á lo que el prelado habia hecho, á lo que el cabildo habia consentido, y él de su *motu propio*, sin la más mínima excitacion de parte de nadie, y solo por justa retribucion á los servicios que le prestáran el Obispo y la iglesia de Sta. María, hizo á ésta donacion de la poblacion que se establecia, poniéndola á la disposicion del prelado que era ó fuese, rasgo que agradeció mucho el prelado y cabildo, y que pareció asímismo muy bien á cuantos tuvieron de él noticia, pues era la manera más delicada posible de devolver con creces á la Iglesia y al custodio de sus intereses lo que con tanta oportunidad como abnegacion la Iglesia habia cedido para bien de sus hijos, pues hijos suyos eran, aunque no los tenia tan cerca como á los de su propia feligresia. Por supuesto que esta donacion la hizo el Rey con instrumento público, en que honra mucho al prelado, lo cual era muy justo en verdad, porque á sus buenos oficios se debió toda la gloria que motivaba tan justa compensacion como el Rey hacia en esta su dádiva preciosa por todos

conceptos. Nunca fué el ánimo de D. Sancho que su espontáneo ofrecimiento de bienes y franquicias á la feligresía que por concedérseles habia de fundarse, tuviese una tan ámplia recompensa; pero cuando la logró con tal espontaneidad por parte del Rey, se complació muy mucho, porque le complacia grandemente todo lo que era enaltecer á su Iglesia, y tan espléndida donacion la enaltecia en verdad. No le coartó, sin embargo, las facultades ni los ánimos para pedir y lograr del Rey otras concesiones igualmente provechosas, y tambien muy estimadas, no solo de los que las recibieron, sino de la mayoría del pueblo. Estas donaciones se hicieron en favor de la órden de S. Juan de Jerusalen, y para el entretenimiento de sus hospitales, piadosos asilos que con este motivo abrieron sus puertas á mucho mayor número de enfermos, porque claro está, su subsistencia era más segura, y por consiguiente miéntras tuvo, que nunca ya le faltó, estuvieron sus camas siempre dispuestas para cuantos querian ocuparlas, aunque no tuvieran con la Orden la más mínima relacion. El Obispo tambien dispuso todo lo conveniente por su parte para que sus sucesores no pudieran molestar en lo más mínimo á los Sanjuanistas, haciendo con su cabildo un instrumento muy formal, confirmando perpétuamente por todo el tiempo que el hospital durára la donacion del soberano. Este paso del Obispo, que parecia solamente obra de su gran caridad, tuvo otra importancia muy de atender. Los capitulares de Pamplona y los de la mesa prioral de S. Juan no estaban en la mejor armonía, pues sostenian rivalidades y quisquillas infundadas, pues no tenian ni unos ni otros motivo de queja, y con esto cesaron por completo, estrechándose todos en el más íntimo afecto, porque todos pudieron ver claramente las buenas prendas de aquellos á quienes sin razon tenian por contrarios. Caminando las cosas por vía tan favorable á las iglesias y corporaciones religiosas de Navarra, y particularmente de Pamplona, era menester que otros dias de zozobra volviesen á agitarla algun tanto, para que despues de sufrir otro poco para gloria de Dios, apareciese demostrada de nuevo la prudencia del prelado, y de nuevo se viera que sus súbditos le eran siempre fieles. Murió el rey D. Alonso, segun la opinion más fundada, en 7 de Setiembre de 1134, y abierto su testamento se halló que por haber muerto sin sucesion dejaba todos sus bienes á las iglesias, declarando herederos de su corona, dominios y demás al Sepulcro del Salvador y á quien le custodiaba, al hospital de los Pobres de Jerusalen y al templo de Salomon y caballeros que en él velaban. Testamento piadosísimo si se hubiese tratado de unos bienes cualesquiera patrimoniales, ó en cualquier otro concepto suyos; pero inadmisible enteramente, tratándose de los bienes de la corona; así es que tanto Aragon como Navarra se opusieron tenazmente á que esto se ejecutára; si bien respetaron algunas mandas á

Sta. María de Pamplona, á Leyra y algunas otras, en razon á que esto era ya una cosa muy distinta y de muy diversa índole. Resolvieron, pues, como no podia ménos de suceder, que se celebráran córtes extraordinarias que arreglára este perentorio asunto, que arreglado bien y pronto no era de trascendencia, pero que dejado, siquiera hubiese sido por poco tiempo, Dios sabe á lo que hubiera ido á parar. Los aragoneses, como era consiguiente, tenian gran interés en que las córtes se congregáran en Monzon, por ser villa suya, pero los navarros querian que fuese en Pamplona, porque así ellos tenian más libertad, sin coartársela en manera alguna á los aragoneses; sin embargo, estaban muy discordes unos y otros, pues unos (los aragoneses) querian á D. Ramiro, hermano del difunto monje y obispo, y los otros (los navarros) estaban porque volviera á la línea antigua de los reyes que habia interrumpido la muerte de D. Sancho de Peñalva, y por lo tanto designaban á D. García Ramiro, hijo de D. Ramiro y de su esposa Doña Elvira, hija del Cid Campeador. Como estas dos córtes de Aragon y de Pamplona se habian indispuesto tanto por la eleccion del Rey, éste, sin otro fundamento que el de ser D. Sancho aragonés, tomó contra él cierta prevencion, sin que fuesen bastante motivo á disuadirle de ella los muy favorables servicios que para su eleccion prestára, ni las recomendables prendas que no podia ménos de reconocer en él. Como las cosas de este mundo todas se esclarecen, y en todas se deja ver el dedo del Señor para enaltecer á sus siervos, y poner, como si dijéramos, á cada cual en su lugar; nuestro buen prelado con el tiempo y con su conducta siempre igual logró el que aquella especie de animosidad que contra él tuviera el Rey cesára, y es claro que cesando habia de ser de un modo favorable al Obispo, y lo fué tal, que la satisfaccion que el Rey le dió fué cumplidísima, pues que su Real carta, que existe en el libro redondo de la catedral de Pamplona, comienza con estas terminantes palabras: «Yo D. García Ramirez, Rey de los Pamplonenses, reconozco que no me contuve bien contra Dios y Santa María, y contra vos D. Sancho, obispo de Pamplona;» y así continua dándole la más cumplida satisfaccion, ofreciéndole todos los servicios que pudiera necesitar en cualquier concepto, y defenderle de todas sus necesidades con exquisita atencion. Agregó á este su juramento y promesa de defensa del Obispo, sus derechos y demás, otro no ménos importante de quince de los principales señores de su estado, los cuales de igual manera que el Rey, ofrecian sus vidas y haciendas para defensa del Obispo, con que más prometian que ellos mismos harian justicia si alguna arbitrariedad se cometia por el Rey. Con esto no solo quedó el Obispo plenamente satisfecho, sino que se satisficieron tambien los vasallos, pues veian con disgusto el que el monarca estuviese contra quien tantos favores le habia dispensado, pues no cabe duda en que si no hubiese sido por los

buenos servicios é influencias de D. Sancho, hubiera sido muy difícil que D. García hubiera logrado el reino; porque la generalidad estaba por el de Aragon, aunque la circunstancia de ser aragonés no les acomodaba mucho. Claro es que las guerras que sostuvo su antecesor, y la lucha civil é intestina que el mismo D. García tenia precision de sostener, habia de dar por resultado el que el erario se pusiera exhausto, que no quedáran recursos ni áun para sostener el decoro del Rey, que por su parte no era gastador, ni mucho ménos. El Obispo vió esta necesidad, y comprendió que el decoro y dignidad Real exigian que la Iglesia se privase de algunos de sus caudales para dárselos al sucesor de los que con gran munificencia la dotáran. Consultó en cabildo si se creia conveniente hacer alguna donacion al Rey, y no hubo un solo capitular que no opinára que al Obispo se le autorizase para girar sobre los bienes, tanto de la mitra como de la iglesia, y áun de las parroquias, y que pudiese hacer al Rey las donaciones que estimára convenientes. Hízose así en efecto, y como no podia ménos de suceder, las demás iglesias y las comunidades acomodadas hicieron tambien donaciones al Rey, con lo cual pudo remediarse y tuvo buen cuidado de hacer él á su vez concesiones, en las cuales consignaba siempre su respeto y consideracion al Obispo, como para compensar en cierto modo la aversion que sin el más leve fundamento le tuviera cuando no conocia tan á fondo como convenia sus excelentes circunstancias. Es claro que la iglesia principal, que era la de Sta. María, mereció todas las atenciones del monarca, y lo primero que hizo fué poner de nuevo á la órden y sumision de su Obispo algunas iglesias que ántes se habian desentendido del dominio justo y debido que era conveniente y regular ejerciera la mitra, pero que habia estado bajo esa emancipacion, porque se habian adherido á las poderosos reyes de Leon y Aragon, que no habian sabido tener la suficiente abnegacion para prescindir por un momento de sus propios provechos, y dejar que con la debida rectitud se obrára por cada cual conforme era justo y debido. Como el asunto de por sí era muy delicado, y parecia hecho con algun tanto de violencia, porque difícilmente se comprendia que el Rey obraba con conviccion, atendida su anterior conducta, quiso ratificar estas donaciones y restituciones, ofreciéndoselas al Soberano Pontífice, para que por su medio la iglesia las hubiese como más legítimamente constituidas bajo su dominio, y en efecto, habiendo acudido el monarca por una parte, y por otra el Obispo, á quien animaban idénticos deseos, se logró una bula que, confirmando las que anteriormente habian dado otros soberanos pontífices, dió quieta y pacífica posesion de todos sus bienes á la santa iglesia catedral de Pamplona. Es muy notable el tino y acierto con que D. Sancho supo gobernarse, pues en los muchos años que regentó el obispado no tuvo disension alguna con los monasterios de su ju-

risdiccion, y no falta crítico á quien causa extrañeza tal cosa; sin embargo, persuadidos como estamos de su prudencia y de que esta era la reguladora de todas sus acciones, áun de las que parecian más nimias é insignificantes, no nos causará maravilla el que supiese sostenerse bien con todos; además que desinteresado como él lo era, no tenian motivos de disgusto, y condescendiente con aquellas pretensiones en que no se violaba ni la justicia ni el derecho, era protector, y protector decidido, de los institutos religiosos, á los cuales tenia la veneracion que se merecen; así es que los monjes estaban siempre del lado del Obispo, y cualquier pretension que hubiera hecho, ó cualquier necesidad en que se hubiera visto, los primeros que le habrian ayudado á salir de ella, habrian sin duda sido los mismos monacales, á pesar de que anteriormente habian tenido fuertes reyertas, y acaso algo más, con el cabildo de Pamplona. Tambien en esta bula de confirmacion de los bienes de la iglesia de Pamplona prodiga el Santo Padre, que lo era Inocencio II, justos y muy merecidos elogios al celo, integridad, afan y esmero con que el Obispo procuraba el bien de sus subordinados y el engrandecimiento de la Iglesia, que el Señor le habia confiado para que la gobernase. No sabiendo ya el Rey cómo agradecer los favores anteriormente recibidos, y los buenos oficios que siempre habia desempeñado y desempeñaba cerca de su persona nuestro distinguidísimo Obispo, le autorizó para fundar á expensas de su peculio la parroquia del Sagrario de la catedral, la cual fué dedicada á Sta. Cecilia, y dotada del suficiente número de sacerdotes para que estuviese asistida como era debido, siendo su párroco ó tesorero uno de los más caracterizados de aquel cabildo, y mucho honor para el que le cabia tal suerte. Vamos ahora á dar una idea de la última, pero acaso una de las más importantes obras, de nuestro buen obispo D. Sancho de la Roca. Llevamos ya consignado que este varon apostólico tenia gran caridad y era muy afecto á que cuantos menesterosos acudian á su palacio fueran socorridos con la mayor largueza, y por lo que respecta á los pobres enfermos era su compasion tal, que puede bien decirse que sufria con los que sufrian, y que si en lo físico no participaba de sus dolencias, porque esto no solo no era fácil sino imposible, lo que es en su corazon se gravaban profundamente las heridas ó llagas que veia en los cuerpos de sus hermanos. En la época de nuestro buen prelado eran frecuentísimas las peregrinaciones á Santiago de Galicia, y marchaban allá de todas partes, por consiguiente muchísimos de Aragon y Navarra; los cuales precisamente habian de pasar por el puerto de San Salvador de Irañeta. Ya la aspereza de aquellas montañas, ya el rigor de los frios y nieves, que por allí faltaban pocas veces, ya acaso algunas fieras que en aquel despoblado podian acometer á los pasajeros, era motivo de que muchos de estos se desgraciáran, y cuan-

do no contrajesen enfermedades que no siéndoles posible curarlas en el momento, les causaban muy graves sufrimientos, porque se agravaban con el cansancio del camino que habian de continuar, y que les era por consiguiente sumamente penoso. Para amparo de estos y para que tuviesen un lugar donde reposar los que estaban buenos, asilo donde curarse los enfermos, fundó, edificándolo á su costa y con la suntuosidad y esplendidez que le fué posible, un hospital en el precitado puerto, cerca, muy cerca, de la capilla de Carlomagno; y allí se amparaba á cuantos iban, sin reparar en las condiciones, y áun se rogaba con el mayor afecto el que se detuviesen allí á descansar, á aquellos que por cualquier motivo deseaban continuar su viaje sin recibir este alivio, que tan espontáneamente se les ofrecia, y cuya conveniencia no podia desconocerse, atendida la índole y circunstancias especialísimas de la localidad. Dotó este hospital, que se llamó de Roncesvalles, con pingües rentas suyas; pero como todo le parecia poco para sus pobres, estableció tambien allí una cofradía en honor de los santos mártires Quirico y Julita, para que sus cofrades cuidasen de aquella, y ya de los que concurrian á la solemne fiesta que celebraban el domingo siguiente al 16 de Junio, fiesta que se celebra hoy todavía, ya de los caritativos á quienes ellos quisieren invitar, sacaron algunas limosnas, que agregadas á la cuota que ellos satisfacian y con las rentas del fundador, pudiesen proporcionar á los enfermos todo género de comodidades á los que entrasen en aquel albergue que la caridad fundó, para que los necesitados tuviesen este nuevo asilo donde ser socorridos en el nombre del Señor; y, sea dicho de paso, para que quedára un monumento más, que acreditase la piedad, liberalidad y las otras dotes del Ilmo. Sr. la Roca. Como el hospital y hospedería era preciso que estuviesen al cuidado de alguna persona que secundase las miras del prelado, y como por otra parte él no intentó nunca aprovecharse de ninguna de las cosas que para estos usos habia, por los contornos de su hospital hizo construir una iglesia bajo la advocacion de María Santísima, que debia servir para las necesidades del contorno y para habitacion muy capaz y muy conveniente para un señor canónigo, que era como el administrador, director y guarda del instituto piadoso, es decir, que en todo y por todo proveyese á las necesidades de la casa. No puede explicarse el gozo con que vió asegurada su obra, parecia que comprendia que era la última que iba á hacer, segun lo plenamente satisfecho que estaba con ella. El logró en favor de su casa hasta bulas pontificias; en fin, dió estabilidad al establecimiento y proporcionó un asilo á los viajeros, donde podian reparar sus medio gastadas fuerzas, y donde encontraban lo que solo la caridad sabe dar, el remedio sin restriccion, la satisfaccion de la necesidad sin ningun género de vejacion. Lo que por parte de nuestro Obis-

po fué como un hijuelo de la catedral de Pamplona, creció áun en sus mismos tiempos hasta el extremo de que el solo capellan, que él estableció, vino á ser un cabildo, pues muchos se reunieron allí para pasar vida tranquila y sosegada. Pero dejemos esto, y quede solamente consignado que el celo de este gran prelado hizo erigir aquel gran edificio, hizo acometer aquella gran empresa, que solo acometia quien contaba con el divino auxilio; de la manera con que el Sr. Obispo confiaba en sus bondades, alentado por las promesas de que le aseguraba la fe. Mas dejemos que el Señor llame á su siervo á la posesion de la corona que indudablemente le espera, y veamos que aún en este último trance se muestra grande este esclarecido Obispo. Acometido de la enfermedad que le lleva al sepulcro, sufrió con gran resignacion, alentó á cuantos le rodeaban, y que mostraban su justo sentimiento; recibió cuando fué necesario los santos sacramentos con indecible devocion, y se hizo recomendar el alma cuando todavía tenia sus sentidos despejados, entregándola despues en manos de su Hacedor el dia 11 de Setiembre de 1142, á los veintiuno y medio de obispo, y habiendo logrado la estimacion de todos por sus recomendables circunstancias. Su fama nunca perece, porque fueron buenas todas sus acciones. ¡Ojalá y todos los prelados fueran como lo fué D. Sancho la Roca, obispo de Pamplona! — G. R.

ROCA DE LA CONCEPCION (Fr. José), religioso francisco descalzo de la provincia de S. Juan Bautista, natural de la ciudad de S. Felipe, ántes Játiva, é hijo de padres nobles y virtuosos. Fué Fr. José un religioso sumamente observante y de costumbres muy austeras, notable y entendido predicador. Siendo visitador de la tercera órden de S. Francisco en el convento de San Onofre de la misma ciudad, escribió: *Opúsculo seráfico en que se contienen el origen, regla y progresos de la Tercera Orden de Penitencia del seráfico Padre S. Francisco;* en Valencia, por José García, 1740, en 4.°—A. L.

ROCA Y PERTUSA (D. Antonio), presbítero y natural de la ciudad de Valencia, en cuya universidad estudió la filosofía, leyes y cánones. Fué del estado noble, hermano del marqués de Malferit; obtuvo un canonicato en la catedral de su patria; su conducta fué ejemplar, y podia servir de modelo á los predicadores por el atractivo y emocion que causaba en los oyentes, siendo constantemente numeroso el concurso que siempre acudia á oir la palabra de Dios, anunciada por su elocuencia y gran saber. El Rey le nombró canciller de competencias del reino de Valencia, y la Real Academia de S. Cárlos de la misma ciudad lo hizo académico honorario. El sábado santo, á 31 de Marzo de 1804, celebró este prebendado la primer Misa rezada que todos los años se dice en la capilla de la Virgen de los Desamparados, cuyo privilegio alcanzó D. Luis Lasala, tambien canónigo de esta iglesia, del santo pontífice Pio VII, con la condicion de que el celebrante

fuera un prebendado de la catedral de Valencia, y no se efectuase hasta concluidos los divinos oficios en la iglesia mayor. Sin embargo de haber sido el Sr. Lasala el que logró esta gracia, no pudo celebrar este primer año por hallarse gravemente enfermo; pero restablecido, siguió celebrando todos los años hasta el de su muerte, que fué el 15 de Junio de 1828. El señor Roca continuó desempeñando su ministerio y tratando con los sabios de la mencionada ciudad; juntó una selecta librería, de la que continuamente estaban disfrutando sus amigos; y murió en Enero de 1823. Publicó: 1.° *Oracion retórica de la Academia de S. Cárlos de las Nobles Artes, con motivo de la distribucion de premios, dia 6 de Agosto de 1792;* impresa en las Actas del dicho año en fólio. —2.° *Elogio fúnebre que en las solemnes exequias que á expensas del Excmo. Sr. Conde de Sirat y de Villafranqueza se celebraron en el convento de S. Juan de la Ribera, de esta ciudad, por el alma de su hermano Fr. José Catalá, religioso lego profeso de los Descalzos de S. Pedro de Alcántara, de esta provincia, en 19 de Setiembre de 1797*; Valencia, por D. Benito Monfort, 1799, en 4.° mayor. —A. L.

ROCA DE LA SERNA (Fr. Ambrosio), natural de la ciudad de Valencia, de noble linaje. Fué religioso carmelita observante, doctor en sagrada teología, catedrático de artes en aquella escuela, maestro en su religion, prior en el convento de su patria, visitador de la provincia de Andalucía y presidente de un capítulo provincial celebrado en la misma el año de 1642. La viveza de su ingenio, que era extraordinaria, le ocasionó en su juventud, que dejándose llevar del deseo de su propia estimacion, se acomodase y habituase á seguir y ostentar aquel estilo pomposo que le facilitaba lo florido de sus años y su desarrollado talento, hasta que desengañado que únicamente la vanidad le hacia seguir aquel giro, se dedicó todo y con el mayor ardimiento y fervor á la predicacion apostólica con un celo digno de su estado y ministerio. Erigió varias congregaciones para la nobleza valenciana, cuyos piadosos ejercicios eran de mucha edificacion en el pueblo. Renovó en su convento del Cármen el suntuoso edificio de la iglesia, dejándole tan majestuoso y ajustado á las reglas de la arquitectura, que pudo servir de modelo á cuantos templos se renovaron y restauraron despues en Valencia, que lo fueron casi todos. El alto nombre que disfrutaba hizo que la mencionada ciudad le enviase á la corte del Rey D. Felipe IV para que influyese favorablemente en la terminacion y ajuste de negocios muy importantes; y habiendo merecido extraordinarios favores á este gran monarca, murió en Madrid el dia 29 de Mayo de 1649, á los cincuenta y dos años de su edad, con universal crédito de docto y santo. Celebró exequias á su memoria el convento de Valencia, y predicó en ellas el V. é Ilmo. Obispo de Plasencia D. Luis Crespi de Borja. Sus obras son las siguientes: 1.ª *Bosquejo de la vida*

de S. Andrés Corsino, carmelita y obispo de Fiescoli; en Valencia, por Juan Bautista Marzal, 1630, en 8.°—2.ª *Luz del alma para la hora de la muerte;* en Valencia, por Juan Bautista Marzal, 1634, en 24.° Es obra poética, escrita con tanto ingenio, piedad y celo del aprovechamiento de las almas, que arrebata la atencion de cuantos la leen. Por su humildad la publicó en nombre del *hermano Gerardo de Jesus María*, y con el mismo se repitieron varias impresiones hasta el año de 1655, que habiéndose reimpreso en Valencia, convinieron todos en ponerle el nombre de su verdadero autor para no quitarle aquella gloria, ni tampoco á su órden del Cármen observante; porque Fr. José del Espíritu Santo, portugués, en su *Cadena mística Carmelitana*, cuenta por descalzo al *hermano Gerardo de Jesus María*. Con el nombre del autor verdadero se prosiguieron despues otras impresiones en Valencia por Juan Lorenzo Cabrera, 1657; en Madrid, por Andrés García de la Iglesia, 1665, en 8.°, con adiciones de *Fr. Manuel Zurita*, de la misma Orden; en Zaragoza, por los herederos de Agustin Verges, 1679, en 4.°, á diligencias del *Mtro. Fr. Mateo Moya*, tambien carmelita; el cual pone en la dedicatoria muchas de las noticias manifestadas que hacen su mayor elogio; y últimamente en Valencia, por Vicente Cabrera, 1682, en 16.° El erudito D. Justo Pastor Fuster aumenta las siguientes interesantes noticias acerca del benémerito Fr. Ambrosio Roca de la Serna, diciendo entre otras cosas que tuvo segundo nombre, llamado *Gerardo*. Tomó el hábito en el convento del Cármen en Valencia, dia 18 de Noviembre de 1619, á los quince años cumplidos de su edad; hizo su profesion en 17 de Diciembre de 1623, en manos de Fr. Esteban de Thous, prior de dicho convento, y vicario provincial del reino. En el certificado de su profesion se llama Ambrosio Gerardo Roca. Murió en Madrid á 24 (no á 25) de Mayo de 1649. Como fué tan aficionado á la poesía, segun se ve por su obra *Luz del alma*, recreó espiritualmente la suya en varias composiciones y metros. Son de él los *gozos* que comunmente se cantan de *nuestra Señora del Cármen*, segun lo atestigua el Mtro. Vorage, en su *Pozo de aguas vivas;* compuso tambien: 1.° *Sermon de las virtudes de S. Andrés Corsino, carmelita;* está desde la pág. 177, hasta la 246 de la vida del Santo, citada por Jimeno, núm. 1.°—2.° *Octavas á la herida que con el dardo causó el Serafin en el corazon de la santa madre Teresa de Jesus.*—3.° *Décimas al desposorio de Santa Teresa con Cristo, y al clavo que este divino Señor le dió en arras.*—4.° *Romance al favor que María Santísima hizo á la religion del Cármen dando el santo escapulario á S. Simon Storch.*—5.° *Otro romance al mismo asunto.* Todas las poesías mencionadas desde el núm. 2, se hallan impresas en el libro de las fiestas de Santa Teresa, que hizo y publicó en Valencia el P. Manuel Mendoza, año de 1622. La obra citada por Jimeno, *Luz del alma*,

se imprimió en el convento del Cármen, año de 1683, en 16.°—A. L.

ROCA DE LA SERNA (D. Vicente), obispo de Albarracin. Era natural de Valencia, en cuya iglesia metropolitana obtenia una canongía y la dignidad de arcediano de Játiva, cuando fué promovido á la silla episcopal de Albarracin por traslacion á la iglesia de Orihuela de D. Fr. Andrés de Balaguer. Tomó posesion en 21 de Noviembre de 1605, y entró en su iglesia á 18 de Marzo del año siguiente, mas solo la gobernó dos años, muriendo en 28 de Marzo de 1608. En un principio fué depositado en su iglesia catedral, pero despues se le trasladó á la de S. Juan de la Ribera, que pertenecia á los Franciscanos descalzos del reino de Valencia, donde habia dejado ordenado se llevase su cuerpo. Legó á la iglesia de Albarracin una tapicería muy buena y rica de la historia de Gedeon, y el pontifical, que era tambien muy rico y vistoso, con otras muchas mandas pias que dejó en Valencia y en San Juan de la Ribera, porque era muy rico por su familia ántes de llegar al obispado.—S. B.

ROCABERTI (Sor Hipólita de Jesus). religiosa profesa del órden de los Angeles del de Santo Domingo en Barcelona. Es otro de los raros fenómenos en su sexo, en quien compite la santidad con los más vastos y profundos conocimientos. Nació en 22 de Enero de 1594. Dotada de un talento extraordinariamente precoz, y de un corazon grande y apasionado, no hallando en el siglo objeto que satisfacer pudiese aquella grande necesidad de amar y de ser amada, naturalmente se dirigió á Dios, en cuyo temor fué educada, y poco despues de salida de la infancia, abandonó al mundo y entró en el insigne monasterio de nuestra Señora de los Angeles á la tierna edad de once años. ¡Qué notable coincidencia en la que tal vez no se ha parado nunca la atencion! En el año mismo 1594 nació tambien en Barcelona la célebre entre las célebres Juliana Morell, como ella persona de penetracion, aplicacion y sabiduría, y que, como ella, entró de muy jóven en la Orden Dominicana, y como ella muerta en el suave olor de todas las virtudes. Juliana empero brilló en sus primeros años con un resplandor prematuro y deslumbrador, para lucir en seguida modestamente encerrada en las paredes de un claustro desde donde se limitó á comentar la obra espiritual de San Vicente Ferrer, y publicar alguna que otra obra puramente ascética; en cuyas obras brillaba, sin embargo, la suavidad de su genio y su erudicion profunda en la doctrina de los Santos Padres. Hipólita empero, que vivió setenta y cuatro años, tuvo ocasion y constancia para escribir veintiseis libros, en los que descubria asimismo su profundo saber en la teología, Escritura, Santos Padres y concilios. Entrambas escritoras poseian el latin, el griego y el hebreo; entrambas trabajaron admirablemente en promover la observancia de la regla, y el culto de su divino Esposo. Inspiradas por

Dios, como otra Santa Teresa, gloria tambien de España y de su sexo, son dignas de ser estudiadas en todas las circunstancias de su vida y en la prodigiosa fecundidad de su talento. Hipólita, al ejemplo de aquella santa, escribió tambien por obediencia al mandato de su director espiritual su *Vida* y los singulares favores que habia recibido de su celestial Esposo, en cinco tomos. Escribió tambien unos *Tratados espirituales*, ó *Viaje á la espiritual Jerusalen*, que dedicaron la priora y religiosas del mismo convento en cuyo nombre los escribió, á la Serma. Princesa Margarita de Cambout, esposa del Sermo. Príncipe Enrique de Lorena, par y caballerizo mayor de Francia y virey de Cataluña, en dos tomos. Fué tambien biógrafa, pues escribió la vida de veintitres religiosas de su convento, que se imprimió en Valencia, así como aquel se habia impreso en Barcelona en 1646. A pesar de que vivió enferma y con calentura durante más de cuarenta años, dejó manuscritos más de veintiseis volúmenes, que hizo imprimir su sobrino el arzobispo de Valencia D. Tomás de Rocaberti. Trató en sus veinte tomos restantes de la penitencia, de la oracion, de la gloria de los bienaventurados, de la niñez y de los huesos de Cristo, de los coloquios del alma con Dios, del templo del Espíritu Santo, de la reparacion del tiempo perdido. Los tomos 15 y 16 contienen una exposicion y comentarios de la *Salve Regina*; los 17 y 18, una exposicion del Cántico de los Cánticos; el 19, otra de los Salmos penitenciales; el 20, de las vias purgativas, iluminativa y unitiva; el 21, de los amigos del cielo; el 22, de los difuntos; el 23, de los ángeles; el 24, de las virtudes; el 25, de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo, y el 26 es un comentario de la regla de S. Agustin.—R. y C.

ROCABERTI (P. José), jesuita natural de Barcelona, de la nobilísima familia de este nombre, catedrático de retórica en el colegio de Cordellas. Fué discípulo del Dr. Bach. Escribió: *Lágrimas amantes de la Excma. ciudad de Barcelona, con que agradecida á las reales finezas y beneficios demuestra su amor y su dolor en las magníficas exequias que celebró á las amadas y venerables memorias de su difunto Rey y Señor D. Cárlos II, siendo sus Excelentísimos conselleres D. Alejandro de Boxadort y Crassir, etc.*, impreso en Barcelona por Pablo Martí, año 1701, un tomo en 4.°—A.

ROCABERTI (Juan Tomás de), General LIX de la órden de PP. Predicadores; despues arzobispo y virey de Valencia é inquisidor general de España. La casa de Rocaberti, tan distinguida en este reino por su antigua nobleza, no lo ha sido ménos por los santos personajes de ambos sexos que ha dado á la Iglesia, y que han honrado diferentes órdenes religiosas. Un autor ha escrito la historia edificante de muchos individuos de esta familia, en quienes la virtud y piedad parecian hereditarias. José de Rocaberti, muerto en olor de santidad ántes de concluirse el siglo XVI, habia dejado

grandes ejemplos de virtud en la órden de S. Francisco. La madre Estéfana de Rocaberti, no habia edificado ménos á la naciente Reforma de Santa Teresa de Jesus, en la ciudad de Barcelona, donde fué fundadora de un monasterio de religiosas carmelitas, y donde murió con la muerte de los justos el año 1608. No deben tampoco olvidarse dos ilustres vírgenes, la Madre Gerónima Rocaberti é Hipólita Rocaberti; siendo la primera la que esbleció la vida regular, y la segunda la condujo á toda su perfeccion en uno de los conventos dominicos de Barcelona, llamado el monasterio de los Angeles. La primera, para cuya beatificacion se han hecho las informaciones, era hermana de abuelo del piadoso Arzobispo de cuya vida va á hacerse una reseña. Juan Tomás de Rocaberti nació hácia el año 1624, en Peralada, cerca de la Frontera del Rosellon y de Cataluña. Su padre D. Francisco Jofré, vizconde de Rocaberti, conde de Peralada, y su madre se llamaba Magdalena de Forteza, condesa de Santa María de Formiguera, los cuales, con la mayor solicitud, atendieron á la educacion de su hijo, viendo con el mayor placer que ordinariamente superaba en instruccion á sus mayores deseos, siendo notable por su docilidad y bellísimo carácter y su gran aplicacion al estudio de las letras, y á los ejercicios de la piedad cristiana; pues desde su niñez se echó de ver su gran deseo y desvelo por llegar á ser sabio y virtuoso. Habiéndole enviado á Gerona á continuar sus estudios, en todo aquel tiempo fué constante en la oracion, la lectura de buenas obras, la frecuentacion de la iglesia, y su afecto á todas las personas que le edificaban con su ejemplo, y que le instruian con su santa conversacion. Bastante entendido para temer el peligro, conservó su pureza y su inocencia, huyendo de las compañías que pudieran hacerle perder una y otra. Miéntras que todo el país se estremecia con el ruido de las armas y los españoles hacian los mayores esfuerzos para arrojar á los franceses del Rosellon, al mismo tiempo que Cataluña, á ejemplo de Portugal, se revolvia contra el Rey católico para ponerse bajo la proteccion de la corona de Francia, y finalmente en una ocasion en que un gran número de estudiantes abandonaban los libros y las aulas para ingresar en el ejército, el jóven Rocaberti no pensaba mas que en procurarse una vida más tranquila y ménos expuesta. El ejemplo de los demás no le excitaba ni animaba; por el contrario redoblaba el fervor de sus oraciones, y frecuentaba mucho más los sacramentos para hacer méritos con el Señor, por si se dignaba declararle su voluntad. Dios sin duda se la inspiró y fielmente la siguió, pidiendo al punto el hábito de Sto. Domingo, que recibió hácia el año de 1640 en el convento de Gerona. Desde este monasterio pasó al de Valencia, y en esta segunda casa, más alejada del tumulto de la guerra, fué donde Rocaberti concluyó su curso de teología con tan grande suceso y resultado, que aunque tan jóven tomó todos los grados y obtuvo

una cátedra de teología en la universidad de aquella ciudad. La reputacion que habia adquirido entre los varones sabios y entendidos, y que sus lecciones teológicas le hicieron mucho más célebre, calificaba su grande amor á las ciencias sin disminuir por eso su primer ardor por llegar á adquirir la perfeccion de las virtudes cristianas y religiosas. Nunca hubiera creido llenar todos los deberes de su gran vocacion, si no hubiese dedicado todo su talento en el servicio del bien de las almas, y en este sentido trabajó tanto en el ejercicio de la predicacion, como en la composicion de algunos libros piadosos. Durante el transcurso de muchos años la Providencia se valió y se sirvió de su ministerio para la instruccion de los pueblos y la conversion de los pecadores; pero sobre todo consiguió el mayor fruto en todos los fieles, en su adelantamiento en las prácticas de la vida interior, y que Rocaberti ya conocia cuando publicó en castellano sus dos primeras obras con el título de *Pasto espiritual para ejercicio diario de la meditacion;* y la otra con el de *Teología mística para instruccion del alma con la práctica de la oracion.* Don Nicolás Antonio, en su *Biblioteca Hispana*, hace mencion de estos dos tratados, que el público recibió con el mayor aplauso, y que leyó con grande edificacion. Las turbaciones en toda la monarquía, y particularmente en el principado de Cataluña, cuya agitacion y trastornos duraban hacia mucho tiempo con motivo de la guerra con la Francia, tuvieron feliz término con el tratado llamado de los Pirineos, de 1660, y esta paz dichosamente cimentada con el matrimonio del Rey Cristianísimo con la infanta de España, pudo hacer que Rocaberti continuase con suma tranquilidad en su ministerio, consiguiendo los mayores frutos y beneficios en favor de las almas. Despues de haber desempeñado honrosamente diferentes cargos en su provincia de Aragon, fué elegido, atendiendo á sus relevantes cualidades, superior de la misma provincia, donde la sabiduría de su gobierno acrecentó todavía más la alta idea que se tenia de su virtud, prudencia y de su amor á la vida regular. Era tan incapaz de disimular las transgresiones y los abusos, como cuidadoso de no irritar los ánimos con correcciones precipitadas ó poco meditadas. Sabia hacer respetar la ley con la autoridad del ejemplo, conduciéndose siempre con el celo ilustrado, que jamás deja de producir todo el efecto que debe proponerse un superior que busca más bien el beneficio de aquellos que deben obedecerle, que su propia gloria. Tomás de Rocaberti concluyó el cuarto año de su provincialato, cuando se vió precisado á hallarse en el capítulo general convocado en Roma el año de 1670, con el objeto de nombrar sucesor al P. Juan Bautista de Marinis, y él mismo fué elegido superior general de toda la órden de Sto. Domingo por la reunion de los votos de todos los electores, y con el mayor aplauso y satisfaccion de todos sus hermanos. Animado del mismo espíritu que sus ilustres

predecesores, marchó constantemente por la senda que le habian marcado, aumentando todos los medios para conservar y aumentar la pureza de su instituto, haciendo florecer por todas partes la más perfecta observancia regular, los estudios y las misiones, principalmente en los países de infieles. Favoreció y animó á todos los que cultivaban con éxito las ciencias, y que daban honor á su escuela con sus buenos escritos. La célebre contienda de la *Teología del espíritu y del corazon* fué dedicada á este celoso General, donde se celebraba repetidamente la gran proteccion con que honraba á todos los estudiosos. Respecto de la eleccion de sugetos que debian ser promovidos á los cargos ó á los grados, este sapientísimo superior se habia formado una ley para evitar el no conceder gracias á expensas de la justicia y del buen órden. No conocia otra preferencia que la debida á la capacidad y al mérito, sin atender ni tener en la menor consideracion ni al nacimiento ilustre de algunos, ni á las recomendaciones, ni á las molestas y frecuentes solicitudes de otros. Esta conducta, que siempre fué la misma, no fué la que ménos contribuyó á conservar la paz y la emulacion entre todos sus hermanos. El papa Clemente X y todo el Sacro Colegio, que estimaban extraordinariamente al General, y que querian se aprovechase aún más su sabiduría disfrutando toda la confianza del Pontífice, trató nuevamente de honrar en su persona á toda la Orden. No solo obtuvo de tan gran benevolencia que la fiesta del B. Alberto *el Grande*, del B. Gonzalo de Amarante y de la bienaventurada Margarita de Saboya fuese celebrada todos los años en todas las casas de la órden de Sto. Domingo como tambien en otras muchas diócesis, sino que con un celo tan laudable como perseverante, logró hacer se canonizase á S. Luis Beltran, el Apóstol de las Indias occidentales; y la ilustre Sta. Rosa de Lima, primera vírgen cristiana que haya merecido este honor en el vasto imperio del Perú. Tomás de Rocaberti procuró al mismo tiempo la beatificacion solemne, y mucho tiempo ántes anhelada, del santo papa Pio V. Los gastos extraordinarios, que se vió obligado á hacer en esta clase de ceremonias, no le desanimaron, arrostrando todas las dificultades; y en un gobierno de seis años hizo todo lo que no hubieran hecho seis gobernadores en medio siglo. El celo de este General no se manifestó ménos en las instancias, muchas veces reiteradas, que hizo cerca de la Santa Sede para conseguir que se extendiese á lo ménos á todas las provincias de su Orden, el culto religioso que el papa Pio II habia ya prescripto en el reino de Hungría, para honrar la memoria de la B. Margarita, hija del rey de Hungría Bela IV, y cuya gracia habia ya pedido anteriormente á Su Santidad el emperador Leopoldo por la siguiente carta: « Santísimo Padre, nuestro reino de Hungría, en otro tiempo tan religioso y tan floreciente, bajo la proteccion del cielo y la de aquella gloriosa vírgen, á la cual la piedad de sus

antiguos reyes la habia especialmente consagrado, se encuentra en el dia de hoy tan diferente de entónces, que no podriamos tomarlo á nuestro cargo sin lamentar esta situacion, y representar este triste estado á Vuestra Santidad. No ignorais, Santísimo Padre, que miéntras la mayor y mejor parte de este infortunado reino se halla oprimida por la crueldad de los turcos, la otra se halla infecta por la herejía y el cisma, no encontrándose apénas algunos restos de la antigua piedad y de la fe ortodoxa. La grande distancia entre las poblaciones nos impide el proporcionar el auxilio y el remedio necesario. Los hombres de bien, sin embargo, se lisonjean todavía con la esperanza de que los príncipes cristianos pongan término á sus querellas y guerras, en cuyo caso no sería imposible volviese este estado á su primitivo bienestar, haciendo florezca la religion con el eficaz auxilio del Todopoderoso, y bajo la proteccion de los santos patronos del mismo reino, que ciertamente no son en corto número. Entre estos santos patronos y protectores, los fieles de Hungría reverencian particularmente á la B. Margarita, hija del rey Bela, y de María, hija de un emperador griego, y que fué religiosa profesa de la célebre órden de Sto. Domingo, porque las virtudes de esta santa y casta vírgen resplandecen áun hoy dia con un agradable olor. Para honrar su vida pura é inocente, hace más de dos siglos que el papa Pio II, de feliz memoria, ordenó que los religiosos de su misma Orden celebrasen todos los años su fiesta con una misa solemne y oficio propio. Pero esta concesion no fué extensiva más que á los dominios del reino de Hungría; sin embargo, la brillantez y claridad de la virtud y de la santidad es tan luminosa como la del sol, cuyos rayos no hay poder que pueda reducirlos á alumbrar á ciertos lugares; brillan desde léjos, y repartiéndose por todas partes para bien y consuelo de todos los pueblos. Tenemos la más plena confianza, en que por grandes que sean los trastornos y el desórden en los negocios de Hungría, el Señor pondrá su mano por la intercesion de esta bienaventurada, si, como nosotros le pedimos por estas presentes, con el respeto filial y veneracion que tenemos á los santos, os dignais mandar con vuestra autoridad apostólica que el culto de la B. Margarita de Hungría continúe tal como ha sido prescrito y hasta aquí practicado en todo el reino, y lo sea en adelante en todas las casas de la Orden de PP. Predicadores. Si logramos obtener y conseguir esta gracia de Vuestra Santidad, la contaremos en el número y con la mayor distincion de tantas otras que muchas veces hemos recibido de su inmensa bondad, y cuyo recuerdo jamás podremos olvidar, etc. Dado en Viena á 22 de Octubre de 1672.» La emperatriz Margarita María de España dirigió al mismo tiempo, y con el mismo objeto, una carta semejante al cardenal Federico de Hesse, que por entónces, se hallaba encargado de los negocios del Emperador cerca de la Santa Sede

y ambas cartas fueron puestas en manos del general Rocaberti, segun dice Fontana, que tomó una copia de ellas. Miéntras que el P. Tomás de Rocaberti trataba con el mayor celo cerca del vicario de Jesucristo, procurando extender el culto de los santos de la Orden; el Papa, por su lado, empleaba el ministerio é influencia del mismo general, para vencer la modestia de uno de sus religiosos, y obligarle en fin, á aceptar el honor de la púrpura romana, que pertinazmente rehusaba. El P. Vicente María de los Ursinos, jóven religioso de veintitres años, y entónces profesor de filosofía en el convento de Dominicos de Bresa, acababa de ser comprendido en la promocion de cardenales de 22 de Febrero de 1672. Toda la ciudad de Roma, y mejor dicho, toda la Italia, aplaudiendo esta eleccion, tomaba parte en el regocijo y alegría particular que experimentaba toda la órden de Sto. Domingo. Pero el modesto Orsini, respecto de su ensalzamiento, no estaba acorde, ni estaba del mismo parecer que todos sus hermanos, y resolvió acogerse á su religion, y evitar aquellos honores que tanto habia despreciado en el mundo, y firme é inmutable en su resolucion, y en lugar de ir á recibir á Roma los distintivos de su dignidad, conforme á los votos y esperanzas de toda su Orden y los deseos del Pontífice, se limitó y contentó con escribir una carta á Su Santidad, que parecia haber dictado la humidad cristiana y el mayor respeto, y se retiró á Bolonia, donde debia predicar la próxima cuaresma. Sin embargo, cuanto más se oponia á su elevacion, tanto más trabajaba el Santo Padre para vencer su resistencia. Su Santidad le escribió un breve, en el cual, despues de elogiar sobremanera su rara modestia y sus demás virtudes, en su contexto le exhortaba, y casi puede decirse le mandaba, que se sometiese y le diese inmediatamente muestras de su sumision. El general Rocaberti fué el encargado de llevar y manifestar personalmente la voluntad del Papa, y de entregar al nuevo Cardenal las cartas apostólicas, debiendo unir sus exhortaciones y emplear su autoridad, si necesario fuese, á la del Pontífice, para obtener el cumplimiento de los deseos de Su Santitidad. Tomás Rocaberti se puso en marcha con la mayor diligencia, llegando prontamente á Bolonia, y con tanta eficacia trabajó y con tanta prudencia para disipar la afliccion, el disgusto y los escrúpulos de su súbdito, que consiguió conducirle él mismo á los pies de Su Santidad. Rocaberti habia salido de Roma el dia 2 de Marzo, y volvió á entrar en la misma ciudad el 18, con la doble satisfaccion de haber cumplido y llenado las intenciones del Papa, y la de haber procurado á su Orden un santo Cardenal, que despues se sentó en la cátedra de S. Pedro. En la epístola circular que el Padre general dirigió el año siguiente á todas las provincias de la Orden, para anunciar la muerte de Doña María Virginia Altieri, hermana del Papa reinante, y religiosa de Sto. Domingo en el monasterio de Sta. Magdalena,

en el Monte Quirinal, realzó dignamente todas las virtudes de esta vírgen romana, que habia envejecido en las santas prácticas de la más exacta regularidad y perfecta observancia, sirviéndole este motivo para exhortar nuevamente á todas las religiosas á imitar su ejemplo, y de seguir conforme á su vocacion los pasos de sus padres y antecesores. El objeto predilecto, y en que se le vió siempre más ocupado, en medio de sus vastos trabajos, en que siempre manifestó la mayor solicitud, fué el procurar el adelantamiento y progreso de las misiones de su Orden, que hacia mucho tiempo estaban principiadas con el mayor fruto, y gloriosamente sostenidas por sus predecesores en casi todos los paises del Norte, del Oriente y del Occidente. Además de las exactas relaciones que de todas partes recibia, y que el P. General hacia conservar cuidadosamente en los archivos de la Orden, estaba exacta y fielmente instruido de todo lo que pasaba, áun en los paises más lejanos, por el testimonio personal de muchos de sus religiosos, á quienes los intereses de la fe llamaban á Roma de vez en cuando. Por el año de 1673 fué cuando Domingo Navarrete, luego arzobispo de Sto. Domingo, despues de haber trabajado durante muchos años y con el mayor fruto en la viña del Señor en el imperio de la China, se presentó á Su Santidad, para darle cuenta, como tambien á la Congregacion *de Propaganda Fide* y á su General, para exponer y hacer presente el estado en que se hallaban las iglesias cristianas en aquellas vastas comarcas, los muchos y diversos obstáculos que contínuamente oponian los infieles á la publicacion del Evangelio, y las prácticas sospechosas toleradas ó permitidas á los nuevos cristianos por algunos de sus misioneros, y enteramente rechazadas y rebatidas por otros. El P. General fijó toda su atencion en este particular, por ser tan interesante, y que tan inmediatamente se rozaba con la pureza y verdad del culto divino. Se informó minuciosamente del número, de las cualidades, talento é instruccion de sus religiosos dedicados al ministerio apostólico entre los infieles, bien fuese de los que en la actualidad se ocupaban de aquellos trabajos ó de los que ya habian terminado aquella penosa carrera, ó por muerte natural ó á manos de los infieles, porque el martirio era la más frecuente y comun recompensa de los que habian ganado mayor número de almas á Jesucristo. Los indios habian hecho morir á muchos en el Indostan, principalmente en las islas de Timor y de Solor. Los turcos, los tártaros y los cosacos en la Rusia, habian derramado y diariamente hacian correr la sangre de otros muchos, que despues de haberles anunciado durante muchos años las verdades del Evangelio, sufrian constantemente los más crueles suplicios y cruel muerte, para confirmar la fe, que fervorosamente habian predicado, debiendo advertir que el que desee más pormenores relativamente á este asunto los encontrará en los Anales de la órden de Sto. Do-

mingo. Fontana, que habia leido y examinado las diversas relaciones mandadas al general Rocaberti, tiene razon para decir que en el mismo tiempo en que él escribia, los religiosos de Sto. Domingo, ocupados en las funciones del apostolado, entre los bárbaros de las Indias en el Asia y en América, otros en medio y entre los cismáticos de la Rusia y de la Armenia, bastantes entre los herejes del Septentrion, y muchos en el pais de los escitas ó de los tártaros, renovaban los penosos trabajos de los primeros sucesores de los apóstoles, expuestos á los mismos sufrimientos y á los mismos peligros por la gloria del Evangelio. Todo esto motivaba la activa vigilancia del P. General, ocupado asíduamente en reunir por todas partes el mayor número de obreros evangélicos, y reemplazar á todos aquellos que la muerte ó la persecucion habia arrebatado y hecho desaparecer. Los fervorosos católicos de Inglaterra y de Irlanda no trabajaban voluntariamente sino en sus países. La Italia y la Polonia procuraban bastantes para el Norte, y algunos tambien para la Persia. La Francia enviaba tambien otros á diferentes comarcas de la América; pero seguramente los reinos de España y de Portugal era de donde partia el mayor número de misioneros que iban á predicar la fe en las Indias orientales, en el imperio del Japon y en el de la China. El celo de Rocaberti no cesaba un solo momento, y su vasto genio é imaginacion bastaba para atender á tantos cuidados. Pero miéntras toda la Orden descansaba en la sabiduría de su conducta y buen gobierno, tuvo el gran disgusto de verse privada de los grandes servicios de su General, cuando ménos lo esperaba. El rey católico Cárlos II, queriendo aprovecharse de los consejos de aquel gran personaje, y que fuese su consejero nato, y al mismo tiempo deseando procurar un dignísimo pastor á la capital del reino de Valencia, le nombró su arzobispo ántes de concluir el año de 1676. Habiendo aprobado el Papa esta propuesta, envió sus bulas, y el nuevo arzobispo fué consagrado en Roma. Con todo, Su Santidad quiso que se reservase y continuase gobernando su Orden hasta el próximo capítulo general, que debia verificarse en la época de las fiestas de Pentecostés del año siguiente. El P. Echard se equivoca cuando atribuye estas bulas y esta órden al papa Clemente X, pues fueron de su sucesor Inocencio XI, tanto la una como las otras, como aparece de sus constituciones de 16 de Febrero del año 1677, donde hace los mayores elogios á la prudencia y á los raros talentos del general Arzobispo. Así es que tuvo que permanecer en Roma hasta que llegó el tiempo de presidir el capítulo, que lo fué el 2 de Junio del año 1677, en el cual se nombró para sucederle á Antonio de Monroy, y entónces partió para España igualmente sentido de los romanos que deseado de su patria y paisanos. En la corte de Castilla y en todo el reino de Valencia fué recibido con todos los honores debidos no solamente á un

grande arzobispo, sino tambien á un sujeto tan apreciable y querido del monarca y tan precioso para la nacion, cuyos intereses siempre habia sostenido con el mayor celo y dignidad. Seria de desear el tener á la mano las memorias circunstanciadas, para dar un conocimiento exacto, de todo lo que hizo en su diócesis, para la dicha y felidad del rebaño que le estaba confiado, y la gloria y ensalzamiento de una iglesia que gobernó con su nunca desmentida sabiduría y acierto durante veintidos años. La sólida piedad de que hacia su principal profesion, el celo que siempre le distinguió por la salud y salvacion de las almas, su amor al buen órden, á la disciplina, á la regularidad, de que habia dado tan señaladas pruebas; finalmente, su larga experiencia, su prudencia, su capacidad, y la ley que se impuso desde luego de no dispensarse jamás de la que exige la residencia, á no ser por razones canónicas; todas estas altas cualidades y eminentes virtudes constan por los escritos de los autores contemporáneos y posteriores, que aseguran todos de conformidad que el arzobispo Rocaberti llenó y cumplió hasta sus últimos dias todos los deberes de un bueno y vigilante pastor. Se mostró constantemente y en todas las ocasiones el amigo, el protector y el padre de los pueblos, y esta inclinacion generosa, que brillaba en su carácter, de hacer y de procurar el bien le granjeó desde luego la confianza y el amor de los fieles. El clero de Valencia y todas la órdenes religiosas miraban como un deber el conformarse á las sabias reglas y disposiciones de aquel pacífico é imponderable prelado, y como un mérito el poner en sus manos sus intereses más apreciados. Los particulares y las familias en sus necesidades, en el desórden y desarreglo de sus quehaceres, encontraban en él no solamente consuelos y consejos, sino al mismo tiempo tambien su sosten y su apoyo. Endulzaba sus penas y aflicciones como si las depositasen en el seno de un padre siempre pronto á socorrerles. La calma y tranquilidad que hizo disfrutar á su diócesis, le adquirió tan extraordinaria reputacion, que el rey Católico para procurar las mismas ventajas á todos los pueblos del reino de Valencia, le nombró por dos veces virey y gobernador de aquel reino. El arzobispo no usó de este nuevo grado de autoridad, sino para el bien público y el de la religion, haciendo que la justicia se administrase rectamente, haciendo que se observasen las leyes del reino y las de la Iglesia. Su Majestad Católica por su parte le dió repetidas veces nuevas muestras de su estimacion, y en 1695 el arzobispo de Valencia fué honrado con la suprema autoridad de la Inquisicion general de España. Entre sus muchas y no interrumpidas ocupaciones, este sabio prelado no podia olvidar sus libros. Tenia siempre una correspondencia continua con los sabios de Europa. Se conservan originales muchas de las cartas que escribió al célebre P. Alejandro en 1681, 83, 84 y 85. En la primera despues de haber

elogiado los escritos de este hábil teólogo, le pide continue dispensándole su amistad; *Memineris quod si eadem est Religio, quâ fruimur, idem sit amicitiæ, quo gloriemur.* Le manifiesta en seguida que se habia apercibido del ruido que empezaba á observar en Valencia á consecuencia de una nueva herejía que acababa de presentarse en el Brabante; y le suplicaba tuviese la bondad de instruirle acerca de este hecho. En la mayor parte de las demás cartas, el arzobispo agradecia al doctor de París, el presente que le habia hecho con sus obras, hablándole al mismo tiempo de aquellas que la madre Hipólita de Rocaberti, su tia, sabia religiosa de la órden de Sto. Domingo, habia compuesto sobre la vida interior, y que él mismo preparaba en muchos tomos para darlos al público, no dudando que la uncion de que estaban llenos estos escritos, no serviria poco para alimentar la piedad y excitar el amor de Dios en el corazon de los fieles que los leyesen con atencion: *Spero equidem, eos qui sæpius istis utentur libris, non parum tum in amore divino, tum in devotione incrementum esse facturos.* Estas obras con las que habia el Arzobispo hecho un obsequio al P. Alejandro y al convento de San Honorato en París, estaban escritas en castellano. Miéntras Tomás Rocaberti permaneció siendo general de su Orden, empezó á cuidar y á tratar de sacar del olvido y del polvo muchas obras excelentes, que estaban como perdidas y no parecian, imprimiéndolas nuevamente cuando fué arzobispo. Además de los Sermones de S. Vicente Ferrer y de S. Luis Beltran que habia reducido en dos tomos, publicó muchos tratados teológicos, por los cuales todos los sabios se interesaban, á saber: 1.° *Los Comentarios de Nicolás Eymeric, sobre los cuatro libros del Evangelio, y sobre las Epístolas de S. Pablo.* —2.° *Los del P. Nicolás de Gorrau*, otro sabio dominico autor en el siglo XIII, y confesor que fué del rey de Francia Felipe *el Hermoso.* —3.° *Los cuatro tomos de la Gracia de Tomás de Lemos.* La adhesion de este prelado por los intereses de la Santa Sede apareció en los tres volúmenes en fólio que compuso en sus últimos dias, y que fueron impresos en Valencia en 1691, 93 y 94. El autor trata detenidamente y con profundidad del poder eclesiástico y en particular de la autoridad del Soberano Pontífice. Los principios que establece ó más que sigue en todo el discurso de la obra, son tan conformes al modo de pensar de los teólogos españoles é italianos que no pueden serlo más. Esta obra tan buscada y tan aplaudida en España y en Italia, no tuvo igual fortuna en Francia. El parlamento de París prohibió su despacho en el reino por un decreto de 20 de Diciembre de 1695. El mismo arzobispo tuvo el trabajo y la curiosidad de reunir en veintiun volúmenes en fólio, todas las obras que trataban de las materias que la suya; es decir, los tratados de un gran número de autores, antiguos y modernos, teológicos y canonistas que habian acometido la empresa de

escribir para la defensa de la autoridad, derechos y eminentes prerogativas de la Santa Sede. El primer tomo de esta recopilacion, intitulado *Bibliotheca maxima Pontificia*, apareció en Roma el año 1695. El Arzobispo, que hizo los gastos de toda la nueva impresion, dedicó este gran cuerpo de obras al papa Inocencio XII. En el Bulario de la órden de PP. Predicadores se encuentra una constitucion del mismo Papa, que levanta la prohibicion de sacar los libros de las bibliotecas, y permite con ciertas condiciones á los bibliotecarios, puedan prestar todos los libros de que aquel prelado pudiese tener necesidad para cumplir su deseo. Este breve ó constitucion fué dada en 13 de Marzo de 1697. No es indiferente notar aquí lo que dió ocasion al autor para emprender esta obra. Hácia al principio del siglo XVII un jurisconsulto aleman, llamado Melchor Goldast, habia hecho aparecer en tres volúmenes un resúmen de diversos tratados, bajo el título de *Monarquía del Santo Imperio romano*, etc. Este escritor, cuya fortuna fué siempre mediana y de religion bastante equívoca, parecia haber elegido todo cuanto los enemigos de la primacía del Santo Padre habian publicado hasta entónces; razon por la que su obra es tan apreciada de los protestantes. La intencion, pues, del arzobispo de Valencia era, como él mismo lo dice, de oponer su nueva obra á la de Goldast y suministrar armas á los doctores católicos contra los enemigos de la Iglesia romana. En cuya gloriosa empresa no puede ménos de elogiarse su religioso designio. Ha procurado además esta ventaja á la república de las letras, pues ha conservado un sin número de buenos escritos, de los cuales muchos no habian sido áun impresos, y otros muchos yacian olvidados ó poco conocidos, ocultos entre el polvo en algun rincon de biblioteca. Continuando sus graves y asiduas ocupaciones, trabajando constantemente por la Iglesia y por la religion, llegó al término de su vida el nunca bien ponderado y ensalzado Juan Tomás de Rocaberti. Murió el 13 de Junio de 1699, á los setenta y cinco años de su edad y veintidos de su episcopado. Moreri nota que hubo de la misma familia otro Rocaberti arzobispo de Toledo, Inquisidor general de España y presidente del consejo, que murió en Madrid el 4 de Setiembre de 1710.—A. L.

ROCABERTI (D. Rodrigo), obispo de Zaragoza. Gobernó esta Iglesia hácia el año 1200 durante el pontificado de Inocencio III, quien le escribió la decretal que lleva el título *de censibus extra*. Solo ocupó un año esta silla sucediéndole D. Ramon de Castrocol. Se le supone pariente de un Raimundo de Rocaberti, arzobispo que fué de Tarragona.—S. B.

ROCACELSA, monje de Monserrate, dotado de espíritu profético. Escribió varias de sus profecías ó revelaciones, de las cuales refiere alguna el P. Antonio de Vieira en su apología al provincial de Andalucía, tomo IV de sus sermones. Vivia á fines del siglo XIV.—A.

ROCAFORT (Dr. José), rector de Tona, diócesis de Vich, sabio anticuario, discípulo del Dr. Finestre, nació en S. Feliu de Terravola, de dicha diócesis, de una familia distinguida. Se conservan muchos manuscritos del Sr. Rocafort en casa de su pariente el Sr. Puigrubí y Quintana de Orista, en diez y seis volúmenes en fólio, cuyo principal objeto es la genealogía de muchísimas familias catalanas. Con este motivo inserta un gran número de documentos muy útiles para la historia, que copió en los varios archivos así públicos como privados que registró. En 1751, siendo ya rector de Tona, tuvo la comision para registrar el de la catedral de Vich. Murió en Tona á 2 de Febrero de 1784. Se deben estas noticias al Sr. Ripoll, canónigo de la misma iglesia. — A.

ROCAFULL (José), natural de Valencia, maestro y dos veces catedrático de artes en aquella universidad y doctor en sagrada teología; fué beneficiado en la iglesia parroquial de San Bartolomé, Pavorde de la santa iglesia metropolitana, catedrático de teología por espacio de treinta y cinco años, vicecanciller de esta escuela y decano de los profesores teólogos. Su carácter dulce y afable le hizo merecer el dictado de padre y amigo verdadero de sus discípulos, atendiendo constantemente con el mayor esmero y aplicacion á su enseñanza, favoreciéndoles y socorriéndoles con la mayor solicitud si los veia necesitados. Además de los tratados que en los dias de escuela les explicaba por instituto y obligacion de su cátedra, les leia otros con el fin de adelantarlos más en los dias de vacaciones. Fué siempre muy considerado y respetado en Valencia, reputándole por un depósito ó archivo de todo género de erudicion, pues su estudio asiduo, penetracion y sobresaliente talento le habian granjeado aquel alto concepto. Su doctrina era muy encomiada y celebrada por su claridad, agudeza y solidez, á que acompañaba el encanto de su buena diccion, rara modestia y afabilidad, razon por la que disfrutaba y se atraia la atencion general. Los arzobispos, los vireyes, los magistrados y los primeros gremios de la ciudad, acudian á consultarle, confiando siempre el acierto á sus sabios dictámenes. Los Estamentos del reino de Valencia, congregados en las Córtes de Monzon el año de 1626, le recomendaron al rey D. Felipe III, con expresiones sumamente honoríficas, reconociéndole y considerándole digno de que el Rey le ocupase y emplease su grande ilustracion y talento en servicio de la Iglesia, y en el suyo particular. Con esta grande opinion murió en Valencia á 24 de Octubre de 1641, y dejó escritas las siguientes obras: 1.ª *Praxis totius moralis theologiæ futuris parochis, aliisve confessariis pro eorum instructione, et examinibus valde utilis*; dos tomos en fólio, el primero en Valencia por Claudio Macé 1644, y el segundo por los herederos de Crisóstomo Garriz, 1649. — 2.ª *Controversia an liceat DD. Mariæ de Austria contrahere matrimo-*

nium cum principe Britanniæ Carolo; esta obra la vió el P. Rodriguez, manuscrito en fólio, en la librería de D. Onofre Vicente de Ixar, conde de la Alcudia.—3.ª Otra obra deseaba sacar á luz, *De Sacramento ordinis in bonum clericorum, et totius Ecclesiæ*; como insinua en la prefacion de su *Praxis theologica*, pero no llegó á tener efecto su deseo.—4.ª *Manifiesto en que se funda no poder ni deber Valencia consentir en las nuevas obligaciones á que el Rey nuestro señor la quiere obligar, ni que S. M. debe imponerlas;* le escribió de órden de los jurados de aquella ciudad, sobre un servicio extraordinario que el Rey pedia por quince años para la guerra. Conserva este manuscrito en fólio, segun Jimeno, su sobrino José Rocafull, escribano que era del santo Tribunal de la Inquisicion. A estas obras añade Fuster las siguientes: —5.ª *Brevis totius Praxis Epitome, auctore Josepho Rocafull, S. Theolog. Doct. Primario professore et in Ecclesia Valentina dignissimo Præposito, anno* 1628, en dos partes. Parece ser que esta obra ó epítome lo es de la que trae Jimeno al número 1.° de las de este autor.—6.ª *Opus morale in Decalogi præcepta et Ecclesiæ mandata;* Valencia, por los herederos de Bernardo Nogués, año de 1649, en fólio.—A. L.

ROCAMORA (D. Fr. Anastasio Vives de), obispo de la santa iglesia de Segorbe, natural de la ciudad de Orihuela, hijo de D. Francisco Vives de Rocamora, despues religioso carmelita y escritor por los años de 1640. A los diez de su edad vistió D. Anastasio el hábito de la misma Orden, juntamente con su padre y otro hermano suyo. Hecha su profesion, y concluida felizmente la carrera de estudios y lecturas, obtuvo los grados de doctor y maestro en sagrada teología; fué prior del convento de Orihuela, y en el dia 20 de Abril del año 1646, le eligieron prior del real convento de Valencia. En su trienio envió Dios á esta ciudad el horrible castigo de la peste; pudo su contagio acabar con las vidas de muchos millares de personas, pero no acobardar el celo, vigilancia, caridad é intrepidez de ánimo con que este prelado insigne se arrojaba á los peligros, por no faltar al consuelo de sus súbditos. En el capítulo provincial celebrado en Calatayud á 3 de Mayo de 1653, fué electo provincial; y concluidos los cuatro años de su gobierno se retiró al convento de Orihuela, donde ayudaba con sus heróicos ejemplos á establecer la reforma, que entónces se introducia en aquella casa. Pero de allí la providencia del Señor le sacó para el obispado de Segorbe, disponiendo que el rey D. Felipe IV le postulase á la santidad de Alejandro VII, el cual otorgó la gracia el dia 30 de Marzo de 1661, y D. Fr. Anastasio tomó la posesion á 19 de Agosto del mismo año. En aquella santa iglesia costeó el frontispicio ó portada que mira á la parte del palacio del obispo; dentro de la misma erigió una capilla suntuosa á Nuestra Señora del Cármen; visitó su obispado muchas veces, celebró sínodo, fué espejo y norma del

clero y padre amantísimo de los pobres. Constantemente recordaba y suspiraba, echando de ménos la quietud de su celda, deseando morir en aquel retiro, desembarazado de los cuidados y ocupaciones del gobierno; y por eso, renunciando con el mayor desprendimiento y heroismo de humildad la mitra en 1672, se retiró al convento de la villa de Onda, despues de haber dado en Segorbe hasta la cama en que dormia. Vino á Valencia en el año de 1674, y el dia 22 de Abril se vieron en la iglesia del Cármen tres obispos carmelitas, hijos de aquella provincia; porque se consagró D. Fray Pedro Fris, obispo de Albarracin, y asistieron nuestro obispo y D. Fr. Juan Bautista Sorribas, obispo de Ampurias. Fr. Anastasio volvió tan quebrantado de salud á su convento de Onda, que murió ántes de un mes á 20 de Mayo del mismo año de 1674, casi á los sesenta de su edad. Celebraron sus exequias los conventos de Valencia y Onda, y fueron los oradores los maestros Fr. José Martí, prior del primero, y Fr. Andrés Caperó, obispo despues de Lugo y electo de Teruel. Nuestro obispo de Segorbe escribió: *Sínodo de Segorbe*, celebrado año 1668; en Valencia por Gerónimo Vilagrasa, 1669, en 4.° Alaba mucho D. Nicolás Antonio una *Carta pastoral* que puso el autor al principio de esta obra.—A. L.

ROCAMORA (Fr. Francisco Vives de), caballero de calificada nobleza, natural de Orihuela. En el siglo fué peritísimo jurisconsulto y gran canonista. Contrajo matrimonio con una señora de igual calidad, y tuvo entre otros hijos á D. Fr. Anastasio Vives de Rocamora, obispo de Segorbe. Dió esmerada educacion á su prole criándola en el santo temor de Dios, y habiendo enviudado, cansado del mundo y deseando el retiro, adonde pudiera consagrarse á una vida austera y religiosa, tomó el hábito de nuestra Señora del Cármen en el convento de Orihuela, juntamente con dos hijos suyos, de los cuales fué uno el referido obispo. Recibió los sagrados órdenes y vivió en la religion ejemplarísimamente. Dejó escritos tres tomos llenos de erudicion, con los siguientes títulos: 1.° *De cultu virorum venerabilium ante beatificationem.*—2.° *Regularium juris explicatio.*—3.° *Varii utriusque Juris tractatus.* Estas obras se conservaban manuscritas en poder de su hijo D. Fr. Anastasio, segun refiere el obispo Caperó.—A. L.

ROCAMORA (Fr. Tomás de), dominico portugués, oriundo de la ilustre familia de los condes de Elda, entró en la Orden siendo muy jóven todavía, y se distinguió mucho por su piedad, doctrina y notables hechos. En 1618 era ya lector de teología en su provincia de Aragon, en cuyo nombre sostuvo en este año en el capítulo general de Tolosa unas conclusiones públicas, con grande gloria suya y de su Orden, siendo promovido al grado de presentado en las actas del mismo capítulo. Nombrado en esta ocasion para enseñar las sagradas letras, gobernó durante muchos años como regente y rec-

tor el colegio de su Orden en Orihuela. Cuando Urbano VIII privó de la administracion de su cargo al Mtro. general de la Orden Fr. Nicolás Ridolphi, fué enviado Rocamora al capítulo ordinario reunido por esta causa en Génova en 1642, como definidor por su provincia de Aragon. El cisma que estalló en esta asamblea entre los enemigos y los partidarios del antiguo general de la Orden, fué causa de que eligiesen aquellos á Fr. Miguel Mazarino, hermano del Cardenal de este título, á quien solo eligieron los franceses y algunos italianos, miéntras los lombardos, españoles, alemanes y demás súbditos de la casa de Austria dieron sus votos á Rocamora, eligiéndole como general de la Orden, y siendo obedecido en todos los dominios de la corona de España y aún del imperio de Alemania. Pero el Pontífice cortó el cisma en su orígen anulando las actas de ambas elecciones; y vacando poco despues en 1644 la sede de Mallorca, fué presentado para ella Rocamora por el rey católico Felipe IV, siendo elegido por Urbano VIII en 14 de Noviembre. Gobernó esta iglesia por espacio de nueve años como un buen pastor, y murió en 10 de Noviembre de 1653, siendo sepultado en el convento de su Orden de Palma de Mallorca. Escribió y publicó: *Dioptra transalpina in catastrophem capituli generalis Ordinis Prædicatorum Genuæ celebrati anno* 1642. Ms. en 8.°—*Protestatio contra R. P. Fr. Michaelem Mazarinum, ne admitteretur in capitulo generali Januæ coacto nomine suo et vocalium sibi adhærentium significati;* Génova, 1642, en 4.°—S. B.

ROCAROMANA (Fr. Leon de), religioso capuchino en la Pulla; sacerdote y provincial en la provincia de Sant-Angelo, sumamente alabado por su prudencia y virtud. Es digna su memoria por su buen gobierno, religion, devocion y otras muchas prendas de las que constituyen un ejemplar capuchino; pero es más notable todavía por lo que ocurrió á este siervo del Señor hallándose en la última hora de su vida, pues se vió tan apretado batallando con el infernal enemigo, por un cargo que le hizo en el tribunal de Dios, acusándole de que contraviniendo al precepto de la regla seráfica habia usado habitualmente de un cuchillo, no permitido en ella á ningun religioso. No se le ofrecia dar respuesta alguna á aquella acusacion, y mucho ménos teniendo todavía en la manga el cuchillo, pero acongojado pidió por señas á los frailes que le asistian (porque ya no podia hablar) que se le sacasen de allí. Los religiosos no le entendian, por lo que no pudieron complacerle. Pero el miedo de la condenacion fué tan diligente y tan poderoso, que aunque la enfermedad le habia quitado las fuerzas y estaba enteramente postrado, sacó él mismo el cuchillo de la manga y le arrojó muy léjos de allí; con lo que desapareció el infernal acusador, y Fr. Leon entregó su espíritu al Señor con toda paz y quietud.—A. L.

ROCARTI (Fr. José), de la nobilísima familia de este nombre, natural

de Barcelona. Vistió el hábito de menores y fué predicador en el convento de Tortosa. Pasó despues á los capuchinos del Monte Calvario, y vistió su hábito. Fué varon de gran virtud, y el primero que en España promovió en el púlpito la oracion de las *Cuarenta horas*. Murió en 1584. Dejó escrito un tomo con el título de *Sermones de Tempore*; Marc. libro III, cap. II, página 310.—A.

ROCASANI DE MILAN (B. Sor Columba), religiosa dominica natural de la ciudad que manifiesta su apellido. Comenzó desde muy niña sus santos ejercicios, aprendiendo buenas costumbres y letras; no tardó en ejercitarse en penitencias, ayunos, abstinencias y vigilias á que no faltaba jamás. Todos los dias rezaba el oficio de nuestra Señora, los siete salmos penitenciales y otras muchas oraciones. Frecuentaba la iglesia de la órden de Sto. Domingo, y huia con grande cuidado de la compañía de sus amigas, niñas de su misma edad. Cuando se reunia á ellas encaminaba sus conversaciones á persuadirlas el desprecio del mundo y de las cosas mundanas, animándolas al seguimiento de Cristo. Adquirió tan buena fama, que procuraban sus vecinas acompañase á sus hijas, convencidas de lo mucho que ganarian. Era en extremo callada, y procuraba evitar no solo los pecados que se tienen por graves, sino áun los más ligeros, y las palabras ociosas de que tan poco caso hacen áun las personas que más miran por su conciencia. Jamás estaba desocupada, y siempre estaba leyendo, rezando ó meditando, ocupando el resto del tiempo en hacer labor, único recurso con que contaban para su sostenimiento su padre y hermano, que componian toda su familia. A pesar de su prudencia y recato, no faltaron personas que intentaron manchar su fama con las más viles calumnias; pero aunque todas llegaron á su noticia, considerando que se debian sufrir con paciencia y ánimo varonil, hacia oracion por los que hablaban mal de ella, dejando su causa en manos del Señor, y viniendo al fin el tiempo á desengañar á los maldicientes, que conociendo la virtud de la sierva de Dios, y llevados de sus merecimientos, la pidieron perdon, á lo que les contestó que no se daba por ofendida, exhortándoles á vivir bien. Comenzó por aquel tiempo á reinar una violenta peste en Milan, de que podeció no poco su familia, siendo entónces cuando murió su madre y áun dos hermanos suyos. Las autoridades para cortar el mal en sus principios, resolvieron tapiar las casas de los apestados, y de consiguiente tamb en en la que vivia Columba. Acongojada con esta determinacion, enfermó de gravedad, y estando en la cama no tenia quien la socorriese en sus padecimientos. Pero segun dice en su crónica el obispo de Monópoli: «Faltaron los hombres, y salió al remedio de la enferma la Reina del cielo, que vino en compañía de dos doncellas, y la consoló y dió muchos dias de comer, que habiéndose reducido la santa á lo último de la miseria, hizo Dios

con ella lo que con otros santos habia hecho en tiempos antiguos.» Fué despues llevada al hospital donde, segun asegura el referido escritor, «el médico, llevado de la hermosura de Columba, comenzó á solicitarla; haciendo resistencia á sus desatinadas diligencias, el mal médico se persuadió que la podria seducir, asegurándola que moriria á manos de la peste si no accedia á lo que él queria. La nueva Susana estuvo contentísima en sus propósitos, sin que tan bravos asaltos como eran las amenazas de la breve muerte la pudiesen rendir. Viendo que iban adelante los desatinos del médico, y que podria suceder con el tiempo, con violencia y por fuerza poner en ejecucion sus ruines deseos, tuvo por necesario dar cuenta de ello á los gobernadores del hospital, los cuales con muy grande afrenta despidieron al médico. En premio de la victoria que Columba alcanzó de sí misma y de tan poderoso enemigo, vino una celestial matrona en compañía de dos doncellas, la cual la ungió con un soberano licor, con el cual quedó de todo punto sana.» Habia experimentado la Santa en pocos años el riesgo que corria en el siglo la fama, la honra y la castidad de las mujeres jóvenes, y con el objeto de evitar estos peligros, vistió el hábito de Sto. Domingo, siendo la primera que entró en el monasterio de S. Lázaro. Llevó por espacio de diez años el hábito de la Orden tercera, transcurridos los cuales, decidieron los superiores de la religion que ella y sus compañeros recibiesen el escapulario y velo que usaban las religiosas que vivian en clausura. Encerrada en el monasterio, hizo una vida que merecia más el nombre de angélica que de humana. Era la primera á entrar en el coro y la última á salir de él, manifestando siempre grande contento al entregarse á estos ejercicios. Rezaba el Oficio divino con grande devocion, y vivió obedientísima á sus prelados, huyendo de todo lo que era vanidad y demostracion de grandeza. Ocupóse siempre en los oficios más viles del monasterio. Permanecia muda á las injurias, áun cuando las que se la decian eran en materia en que tienen poco sufrimiento las mujeres. Fué siempre muy puntual en la observancia de las cosas de la Orden, en el silencio, en los ayunos y en no comer carne. Vestia muy pobremente ahorrando no solo lo que tenia por supérfluo sino tambien lo necesario. Era muy poco lo que comia y tal su moderacion, que se podia asegurar que ayunaba siempre. Dormia muy poco y siempre vestida, velaba todos los viernes, favorecida con maravillosas revelaciones. Tuvo espíritu de profecía, y era tan grande la fuerza de sus santas oraciones, que ó alcanzaba lo que suplicaba al Señor, y cuando nó, sabia que no era conveniente concederla lo que pedia. Tenia muy buena fama, por lo que procuraban muchos sus oraciones, y fué siempre muy favorecida del cielo, á pesar de lo cual conservó una profundísima humildad. Fué muy devota de la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo, y al meditar en ella, sentia

fuertes dolores, segun refiere muy detenidamente la crónica. Priora de su monasterio en tres distintas ocasiones, en una de ellas al terminar la eleccion estuvo escondida por espacio de tres dias, de manera que pensaban las monjas que habia dejado la clausura del monasterio. Tal era el sentimiento con que recibia cargos que se tienen por la mayor de las honras; mas una vez colocada en ellas por la obediencia, se distinguia por la observancia y grande caridad que usaba con las religiosas. Cuando veia alguna relajacion, lloraba con la mayor amargura haciéndose sus ojos dos fuentes. Trabajaba mucho para convertir á los pecadores, y con sus exhortaciones y avisos llevó á muchos al camino del cielo. Cuando veia á alguna religiosa necesitada, se desnudaba sus hábitos aunque le hicieran falta á ella, pues su caridad la llevaba á vestir á sus hermanas, complaciéndolas de manera en todo lo que la pedian, siempre que pudiese acceder á su consuelo sin faltar á las reglas de la religion. Tenia singular cuidado con las enfermas, y de tal manera procuraba socorrerlas por medio de la oracion y animándolas á la paciencia, que no echaban de ménos ninguna clase de regalo. Hacia casi continuamente limosna, y si oia alguna palabra descompuesta, ó la disimulaba si la parecia conveniente, ó con modesto semblante y palabras amorosas, se apresuraba á corregirlas. Recibia con el mayor placer en el monasterio á las mujeres pobres, convencida de que así las salvaba de los peligros del mundo. Cuando veia á alguna doncella honesta, discreta y bien inclinada, que daba muestras de que viviria virtuosamente, no reparaba en que fuese pobre, sino que la vestia el hábito diciendo que no debia faltar Dios en semejantes ocasiones, que sería efecto de su Divina Providencia remediar las necesidades que se ofreciesen por librar á una doncella pobre de los riesgos del siglo, que eran muy grandes en mujeres pobres y necesitadas. Cuando llegó á los últimos momentos de su vida, quiso oir la santa Misa puesta de rodillas, y aunque la enfermedad la tenia muy acabada, recibió despues el santo viático con singular devocion. «Entre muchas que la fatigaron en su última enfermedad, dice el autor ya citado, fué una gravísima pasion de sed; congojada con la pasion, dijo estas palabras: —Oh Señor mio, cuando colgado de un madero padecistes tan grave sed, ¿quién salió al remedio de tan gran necesidad? ¿Quién os dió un poco de agua fria? ¿Hubo quien se compadeciese en aquel trabajo? No por cierto.—Calló un poco, y luego dijo: —Señor mio, ¿no hubo quien os diese agua? No, ni yo por vuestro amor, aunque me estoy consumiendo y abrasando, no beberé más hasta que muera.—Pidió un Crucifijo, y poniendo la boca en su santo costado, replicó: —Señor, remediad mi sed;—y diciendo estas palabras, quedó por una hora elevada y en éxtasis. Murió manifestando la mayor alegría, con los ojos elevados hácia el cielo é inclinada la cabeza. Falleció en 1517, asegurándose

que por su intercesion se ha verificado gran número de milagros, por lo que los PP. Predicadores la cuentan en el número de los bienaventurados de su Orden.—S. B.

ROCCA (Angel). Nació este filólogo y anticuario italiano el año 1545 en Rocca-Contrata de la Marca de Ancona. Destinado por sus padres á la vida religiosa, á los siete años tomó el hábito de los ermitaños de S. Agustin en Camerino, desde donde fué á hacer sus estudios á diferentes ciudades. Dice el P. Osinger que obtuvo el laurel doctoral en Pádua, en cuya ciudad se le nombró profesor; pero los dos historiadores de esta universidad, Papadopoli y Facciolati no hacen mencion alguna de él. Despues de haber obtenido diferentes empleos en su Orden, dió pruebas de su talento y capacidad en las lenguas griega y latina y en la erudicion sagrada y profana, y sus superiores le llamaron á Roma en 1579, en donde le pusieron de secretario del vicario general. Instruido de su mérito el papa Sixto V, le confió en 1585 la inspeccion de la imprenta del Vaticano, admitiéndole al propio tiempo en la congregacion establecida para la revision de la Biblia. Diez años despues se le revistió de la dignidad de sacristan de la Capilla Apostólica, y en 1605 se le nombró obispo de Tagasta *in partibus*. Hacia cuarenta años que este prelado empleaba las rentas de una abadía que el Papa le habia conferido, en procurarse las mejores obras en todos géneros, y en 1605 donó esta rica coleccion al convento de su Orden en Roma, á condicion de que se abriese al público todos los dias por la mañana. Esta biblioteca, llamada Angélica del nombre del fundador, fué el primer establecimiento de este género en Roma, siendo aún hoy una de las principales por haberla enriquecido en algunas épocas, particularmente con la reunion de las de Pignoria, Holstenius, del cardenal Pasioni y otras. Murió el P. Rocca en esta ciudad el 8 de Abril de 1620, y fué sepultado en la iglesia de S. Agustin, poniéndole un honroso epitafio. Este religioso fué autor de muchas obras sobre teología, moral, filosofía, liturgia, historia, gramática y otras materias; pero si bien se halla en ellas mucha erudicion, no debe buscarse ni método ni crítica alguna. La coleccion de sus obras fué publicada con este título: *A Roccæ opera omnia tempore ejusdem auctoris impressa, necnon autographa, et Romæ in Angelicâ Bibliothecâ originaliter asservata*; Roma, 1719, en dos volúmenes en fólio. El frontispicio de esta edicion fué renovado en 1745. El P. Niceron dió los títulos de todas las obras de que se compone esta coleccion en sus Memorias de los hombres ilustres, y suben á cuarenta y una, pero solo citaremos como las más principales las siguientes: *Osservazioni in torno alle bellezze della lingua latina*; Venecia, 1576, 1580 y 1590, en 8.° Salidas estas ediciones de la imprenta de Albes, hacen parte las tres del precioso gabinete de Mr. Renouard.—*Bibliotheca apostolica vaticana, Commentaria illustrata;*

Roma, 1591, en 4.° Esta es la obra más buscada de todas las de Rocca; en ella se hace la descripcion de la biblioteca del Vaticano, tal como se encontraba en su época, con un gran detalle, no sobre el número de libros y manuscritos que contenia, sino de su material y adornos, columnas, estátuas, emblemas é inscripciones, con cuyo motivo hace el autor curiosas y sabias digresiones. En esta obra se ve la oracion dominical en veinticuatro lenguas, coleccion la más completa que se ha hecho en este género, pues que la del Mitridates de Gesnero, publicada en 1550, solo contaba veintidos, y todas con caractéres latinos, siendo así que los de Rocca estan la mayor parte con sus caractéres originales, acompañados de su pronunciacion en letras latinas y de una version literal, lo que hace ascienda el número á treinta y siete. Omite dos, que habia publicado Gesnero, el etiópico y el galois, pero da más que él el suizo, dialecto aleman, el portugués, el irlandés y el chino; pero estas dos últimas solo en letras latinas. Muchos de estos estan enriquecidos con observaciones gramaticales. De esta misma obra sacó Próspero Marchand una pequeña disertacion titulada: *De origine Typographiæ*, que publicó como apéndice de su Historia sobre la imprenta. — *Bibliothecæ theologicæ ac scripturalis Epitome, sive index ordine alphabetico digestus*; id, 1594, en 8.° — *De Sanctorum canonisationi commentarius*; id., 1601, en 4.° Esta es la primera obra que se ha publicado sobre esta materia. — *Chronhistoria de apostolico Sacrario*; id., 1605 en 4.°, obra curiosísima y llena de noticias. — *De Sacra Summi Pontificis Communione Sacrosanctam Missam solemniter celebrantis Commentarius*; id., 1620, en 4.° Hay en esta obra rasgos de buena erudicion, pero el autor no es siempre exacto en las citas, segun su biógrafo Weis, á quien seguimos en este artículo. — *De Campanis*; id., 1612, en 4.°; obra muy curiosa. Hace remontar Rocca el uso de las campanas hasta S. Paulino, obispo de Nola, y Sallengre publicó tambien esta disertacion en el Tesauro de las antigüedades romanas. — *Commentarius contra ludum alearum*; id., 1616, en 4.°; traducida al italiano, id., 1617. A Rocca se debe la edicion de las obras de S. Gregorio *el Grande* y de S. Buenaventura, que han salido de las prensas del Vaticano. El retrato de este sabio prelado, grabado por Galle, se ve en la obra *Virorum illust., ex ord. Eremitarum D. Agustini, per Corn. Curtius.* Pueden consultar los que deseen más noticias acerca del P. Rocca las obras: *Pinacotheca de F. Nicius Erysthræus*, por Rossi; y la Biblioteca bibliográfica de Tonelli. — A. C.

ROCCA (El Dr. Moisés), israelita de Trieste, médico afamado, de treinta y tres años de edad, y su mujer, de veinticinco, con su hija única, se convirtieron y fueron bautizados solemnemente en Junio de 1843 por el cardenal Patrizzi, en la iglesia de los santos Andrés y Gregorio *in monte Cœlio*,

propia de los Camaldulenses, á quienes habia sido recomendada esta familia. El primero tuvo por padrino al conde Rodolfo de Lutzon, embajador de Austria cerca de la Santa Sede; la señora baronesa Ana Grazioli fué madrina de las otras dos. Ambos esposos recibieron despues el sacramento de la confirmacion, y fueron admitidos á la sagrada comunion. Para colmar su alegría les recibió el Papa, les hizo algunos piadosos presentes, y les dió su bendicion apostólica. Despues de haber recibido estos favores regresaron á su país. —S. B.

ROCCAIM ó Roccam (Fr. Nicolás), religioso minorita de cuya vida y virtudes hace un largo elogio el P. Riza en las Crónicas de esta Orden. Fué en efecto el P. Roccaim uno de esos varones eminentes por su piedad y virtud, y que parecen nacidos de siglo en siglo para ilustrar el catolicismo y aumentar sus timbres y glorias. Roccaim, cuya pura alma se hallaba adornada de todo género de virtudes, en quien era innato el sentimiento de la grandeza de la Divinidad, sin quererlo apénas, casi sin demostrarlo, llevaba á cabo las acciones más heróicas, las más extraordinarias y maravillosas que puedan citarse en ninguna de las Crónicas de las órdenes monásticas. Si se habla de humildad, era extraordinariamente humilde, ocupándose en los oficios más abyectos de la comunidad sin disgusto ni repugnancia alguna, ántes bien con placer y alegría; lo que manifestaba en su rostro y en todas sus palabras. Pero no solo servia á la comunidad, sino tambien á los hermanos legos, acompañándolos en sus postulaciones, tomando sobre sus hombros la carga que ellos debian llevar, y áun prestándoles sus hábitos cuando creia no podrian soportar el frio, ó tomando sobre sí los suyos cuando los abrasadores rayos del sol les impedian caminar y les incomodaba en extremo. No conocia otra voluntad que la de sus superiores, que siempre procuraba adivinar, saliéndoles al encuentro en las ocasiones y circunstancias más difíciles para que le prefiriesen á todos sus compañeros, pues cuando habia obstáculos que vencer, peligros á que exponerse, entónces era cuando Roccaim tenia como una fruicion especial en ofrecerse al servicio de sus superiores y de su Orden. Pero á pesar de esto, por lo que podia creerse á este religioso un varon consagrado exclusivamente á la vida activa, era un hombre de grande capacidad y talento y de vastos estudios; así que sus obras, de las que se ocupa Wadingo, aunque no tan detalladamente como fuera necesario, le obtuvieron grande fama en su siglo é hicieron de él uno de los varones más ilustres y como la lumbrera de su Orden. No solo se consagró á trabajos de erudicion, sino tambien de elocuencia é historia con los que creyó, y no sin razon, que podia ser muy útil á sus contemporáneos. Sus obras por desgracia han quedado manuscritas, y apénas han llegado los títulos hasta nosotros, por los que sin embargo puede formarse alguna idea de la im-

portancia de sus trabajos. Son estos: *De Conciliis generalibus.* — *Sermones varios, etc.* — S. B.

ROCCASICA (Fr. Livio de), religioso dominico, natural de Sicilia. Ignóranse las primeras vicisitudes de la vida de este prelado, que tanto brilló despues por su saber y virtudes en la órden de PP. Predicadores. Reunia ciertamente cualidades muy ventajosas para distinguirse entre sus compañeros, pues á una actividad no interrumpida se hermanaban grandes dotes oratorias y áun poéticas, que no debian tardar en ser objeto de su creciente popularidad. Quizá estas mismas cualidades le hicieron huir del mundo, pues dotado de un elevado corazon y de un carácter independiente, comprendió que ni como orador ni como poeta podria prometerse gran cosa de su siglo si no se arrastraba á los piés de un patrono, mereciendo de su aprecio una elevacion que no debia negarse á su mérito, pero que por desgracia se concede á la adulacion solamente. En el claustro, una vez cumplidos sus deberes, á nadie tenia que halagar, á nadie que sonreir, pues todo lo debia esperar de la Providencia, que hasta allí le habia conducido, y que al concederle el hábito de pobre, le habia despojado de todas las necesidades de la vida, de esas necesidades que son la muerte del genio, el sepulcro de la esperanza, el suicidio de las almas grandes. Así pues, tomado el hábito en el convento de *Zabuno d'Airola*, se dedicó á los estudios teológicos, no tardando en obtener el grado de bachiller en esta facultad. Predicador fervoroso y fecundo, recorrió no solo la isla donde habia nacido, sino tambien la Italia entera, llamando la atencion con sus sermones, atrayéndose el afecto de sabios é ignorantes, y mereciendo universal aplauso y elogio. Su profundo saber hacia fuese consultado como una de las personas más elevadas, y todos encontraban en él un padre tierno y un cariñoso amigo dispuesto á conducirlos, ora por las sendas de la perfeccion religiosa, ya á guiarlos con sus consejos en las dificultades de la vida, que amontanadas á su paso no podian atravesar sin un guia prudente, desinteresado y de confianza. Literato y poeta, le acogieron en su seno las primeras academias de Italia, y en todas brilló ora por sus inspirados versos, ya por sus eruditos discursos. Eligióle la Orden para prior del convento de Gaeta, pero no permaneció mucho tiempo en este puesto, pues habiendo vacado la plaza de regente de estudios del convento de Sto. Domingo de Nápoles, fué destinado á este puesto, que sirvió hasta su muerte, ocurrida en 1819. Por desgracia sus muchas ocupaciones le impidieron emprender obras de grande aliento, y únicamente se conocen de él algunas obras poéticas, que tampoco llegaron á ver la luz pública. — S. B.

ROCCI (Bernardo), cardenal, sobrino del cardenal Ciriaco. Fué mayordomo del papa Clemente X, que le nombró cardenal el dia 27 de Mayo de

1675, dándole el título de S. Esteban del Monte Celio. Despues fué obispo de Orvieto y legado de Ferrara, y murió en Frascati el dia 3 de Noviembre de 1680, á los cincuenta y cuatro años de edad y sexto de su cardenalato; se le enterró en la abadía de Grotta-Ferrata. —C.

ROCCI (Ciriaco). Nació este cardenal en Cremona. Fué abad de S. Juan del reino de Nápoles, arzobispo de Parras, nuncio en Viena y creado cardenal en 1634 por el papa Urbano VIII, que le dió el título de S. Salvador *in Lauro*. Murió en Roma el 25 de Setiembre de 1651, y fué enterrado en la iglesia de Monserrat de la misma ciudad. —C.

ROCCI (Fr. Simon Angel de), religioso dominico, que tomó este nombre de su patria, pues el de su familia era *Sena*. Nació en 1436 ó 37, y apénas llegó á la edad de diez y siete años, tomó el hábito de la órden de Predicadores en el convento de Sto. Domingo de Campo Régio, donde profesó algunos años despues. Siguió sus estudios en su convento hasta que fué enviado á Pádua por sus superiores en 1462, donde enseñaban á la sazon los célebres profesores Cayetano de Tienne, Cristóbal de Recanate y Francisco de Nardo. Pero habiendo invadido por aquel tiempo la peste aquella ciudad, volvió á su patria con el grado de lector bíblico, que era uno de los primeros grados literarios de la órden de Sto. Domingo; despues fué promovido á la cátedra de sentencias, y por último obtuvo el magisterio, que era el superior de todos los honores académicos de su religion. Enviado como regente de los estudios al convento de Sta. María de Novella, donde enseñó durante algunos años. Fué un excelente intérprete de las doctrinas de Sto. Tomás, pasando por el que mejor las explicaba en su época, y no se distinguió ménos por sus predicaciones recorriendo toda la Italia con no poco aplauso y fruto, obtenido con sus brillantes discursos. Sus buenas costumbres, su prudencia y amabilidad, hicieron que sus colegas le eligieran como prior, cargo que desempeñó por espacio de seis años, con grandes ventajas de la religion en lo temporal y espiritual; pues reedificó por completo la iglesia de su monasterio, la embelleció con gran número de adornos, cuadros, estátuas, etc. Tambien aumentó la biblioteca con muchas obras y códices antiguos, muriendo, por último, en Febrero de 1508 ó 1509, aunque segun el epitafio que compuso uno de sus discípulos, que escribió tambien su vida, acaeció su muerte en 1578. Hé aquí estos versos, que segun los autores dan mucha luz sobre la vida de este religioso:

Mensis erat quo animæ sanctorum luce piantur,
Quo Numa post Jani junxit in Urbe dies.
Cynthia ter (bis) quinto superarat aquarius ortu
Addideratque aliis tres super inde dies.
Tunc purgabatur purissima luce sequenti

Virgo Dei genitrix, filia, sponsa decens,
Atque sacerdotes præbebant dona petenti
Cerea, mœrenti tradita quippe manu,
Milleque quingentos novem conspexerat annos
Luna die, Christus quo satus orbe fuit.
Et nox obscura, bis quatuor egerat horas
Purgandæ sacræ Virginis ante diem,
Angelidum rapuere virum cum fata Simonem.
Proh dolor!

Hé aqui como se expresa acerca de la biblioteca aumentada por Roca:

Bibliotheca vetus priscis armata libellis,
Testaturque suis septa voluminibus,
Respice sunt illi centena volumina fixa.

Despues trata de sus obras:

Et liber unus adest quem Simon ediderat,
In quo tractatur, melior quæ vita tenenda
An laici, an claustri.

Escribió por último este religioso: *Officium ecclesiasticum in festo S. Ambrosii Sansedonii confessoris, Ordinis Prædicatorum, recitandum et cantandum*, que parece quedó manuscrito segun lo refiere Julio en la vida del mismo Beato, impresa en Roma en 1611, en 4.°—S. B.

ROCCIA (P. Juan de), jesuita portugués, natural de Braga. Entró en la Compañía en su patria, distinguiéndose desde luego por sus buenas costumbres y amor al estudio, en que llegó á hacer tales progresos que sus superiores quisieron dedicarle á la enseñanza; mas él, que pretendia consagrarse á otra enseñanza más grande, más noble, más honorífica, pidió se le enviase á las misiones, y en efecto, fué destinado á las de la China, donde habia á la sazon grande falta de operarios. Desde su llegada á aquel país se dedicó á aprender el idioma de los naturales, en que hizo grandes adelantos, pudiendo muy en breve comenzar la predicacion y áun la composicion de diferentes obras, que fueron muy útiles á aquellas misiones, pues facilitaron la catequizacion de sus habitantes. Dirigióla con acierto y celo el P. Roccia durante un largo periodo, en que no dejó de verse expuesto á las persecuciones de los mandarines y demás autoridades del celeste imperio, de las que supo librarse, ya con su consumada prudencia, ora con la grande influen-

cia de que á la sazon gozaban los jesuitas en aquel país. No ha sido ciertamente la China donde más han padecido nuestros misioneros, pues si bien ha habido épocas de grandes y crueles persecuciones, en otras en cambio han sido muy queridos y hasta honrados por los emperadores, y en ellas han podido sentar sobre sólidas bases el cristianismo en una region bien preparada para recibirle por la extraña mezcla de sus confusos dogmas, por su grande amor al saber y por sus costumbres un tanto austeras y penitentes en punto á religion. No sucede así en las naciones donde las creencias tienden á la voluptuosidad y á la satisfaccion, pues en ellas son harto difíciles las conquistas de los misioneros, expuestos á cada paso á los mayores peligros. Por eso jamás han podido con el islamismo, son tan raros sus triunfos en la India, y los que obtuvieron en el Asia y la Arabia fueron efímeros, desapareciendo áun en el mismo instante en que habian nacido á la luz. El P. Roccia, despues de haberse dedicado por muchos años á la predicacion, fué nombrado superior de aquella mision, cargo que desempeñó con acierto y celo durante un largo período, extendiendo el dogma cristiano y consiguiendo á fuerza de talento y habilidad la seguridad de sus compañeros y de los cristianos, que eran ya en bastante número; procuró la construccion de nuevas iglesias y la libertad en la celebracion de los oficios divinos, hasta que sintiendo debilitadas las fuerzas por los años y las enfermedades, renunció su empleo en 1621; pero ántes de dejar de desempeñarle falleció á últimos de Marzo de 1623. Escribió en chino, *la Doctrina cristiana*. — S. B.

ROCH (Fr. Juan Gaspar). Sin saber siquiera á qué religion perteneció, ni en qué siglo floreció, ni ninguno de sus antecedentes, ni en el órden literario, ni en órden á su estado y profesion, nos cita el continuador del Sr. Torres Amat D. Juan Corminas á este personaje como autor de una obra titulada: *Antigüedades de Mayo*; y dícenos el citado Corminas que de este escritor se ocupa Argaiz en la *Perla de Cataluña*; pero todo lo que de él dice es su nombre y el de la obra que le conviene citar para confirmar más y más la doctrina que viene dando su antedicha *Perla*. Nos lamentamos de nuevo, como ya en otras ocasiones lo hemos hecho, de que la parte biográfica de nuestros escritores se haya descuidado tanto por sus contemporáneos, que á nosotros no nos haya podido llegar ni siquiera la más remota noticia; mal irremediable, es verdad, por lo que hace á lo que pasó, pero que para lo sucesivo puede enmendarse tomando desde luego apuntes acerca de las cosas notables de los hombres que hoy descuellan, para que ni nuestros descendientes tengan que molestarse tanto como nosotros, ni la posteridad se vea privada de estas noticias. — G. R.

ROCHA (Fr. Antonio de la), religioso dominico natural de Lima, en el

Perú, en cuya última ciudad tomó el hábito y profesó, siendo muy jóven todavía. Despues de haber estudiado allí la filosofía y la teología, decidió consagrar su vida á promover entre los infieles el culto y gloria de Dios, y eligió principalmente para sus predicaciones á los pueblos del Panamá, llamados *Dorases*. Pero enviado por sus superiores á administrar la doctrina á San Lorenzo en sustitucion de Fr. Adriano de Uffelde, llamado de Santo Tomás, que habia partido á Lima, marchó á aquel lugar Fr. Antonio, consagrándose por espacio de seis meses á esta improba tarea, en que manifestó sus grandes cualidades como hábil y fiel operario de la viña del Señor. Terminada esta comision, volvió á partir al reino de Panamá y provincias de Doraso y otras, donde se dedicó exclusivamente á convertir á los infieles á la luz del Evangelio, que llevó á cabo con los mejores resultados, empleando muchos años en esta mision. Llamado despues por sus colegas, fué elegido prior del convento de Trujillo, en la provincia del Perú, cuyo cargo desempeñó hasta su muerte, ocurrida en 25 de Octubre de 1642. Escribió: *Relacion de la admirable conversion y redencion de los indios de la provincia de San Salvador, de Austria, de los Dorases y Zuries del reino de Panamá de Tierra firme, comenzando por las costumbres y usos de aquellas gentes;* cuyo tratado publicó íntegro el P. Juan Melendez en el tomo IV de su *Historia de la provincia del Perú.*—S. B.

ROCHA (P. Baltasar de la), jesuita portugués, nació en la villa de Vimieiro, en el arzobispado de Evora; llamáronse sus padres Diego Piteira y Ana Vidigal. Aún era estudiante en la universidad de Evora cuando entró en la Compañía á 16 de Febrero de 1680, á la edad de diez y nueve años. Pasó á la India en 1695 para emplear el resto de su vida en la salvacion de las almas. Era el P. Rocha hombre de grande talento, en especial para el púlpito, en el que dió mucho esplendor á la Compañía en la ciudad de Macao, y en la que sirvió en todas las cosas de crédito y aumento suyo y bien de los prójimos. En el año de 1669 pasó á Tonquin para informarse del estado de aquella mision, que se hallaba casi abandonada por haber sido desterrados de allí los Padres de la Compañía. Sabiendo el Rey en el año 1660 que millares de vasallos suyos eran cristianos, y rezelándose perder el reino, dió un decreto por el cual prohibia la ley de Dios en sus estados, y desterró de ellos á tres padres de la Compañía que asistian á su corte. Eran estos los PP. Onufrio Borges, italiano; Pedro Albiense y José Tissander, franceses. Siendo estos padres desterrados á Batavia, plaza principal de los holandeses, quedó la mision sin padres, pero bien provista de catequistas de la Compañía, para consuelo de la cristiandad miéntras duraba la persecucion. Fueron los Padres contemporizando con la tormenta esperando á que amainase, para volver desde aquel lugar á Tonquin, para restaurar y alentar de nuevo

á la cristiandad. Anticipóse á entrar en aquel reino un clérigo francés, Francisco Deidier, procedente de Siam. Fingióse padre de la Compañía para apoderarse de los catequistas é iglesias de la Compañía, tomando el bonete redondo que usaban los Padres portugueses. Con esta ficcion obtuvo grande séquito en la cristiandad. Pero viendo los cristianos que este misionero no observaba la modestia que reconocian en los Padres de la Compañía, comenzaron á desconfiar, y tuvieron para ello muchos fundamentos en la conducta del clérigo, pues cuando salia en público en la corte, daba carreras á caballo como si fuese un soldado, haciendo otras bizarrías, que ostentaba tambien en el manejo de las armas, como si fuese maestro de esgrima. Otras veces salia al campo con su espingarda á la caza de aves, cosas de que se escandalizaron mucho los cristianos, y comenzaron á huir de su trato; por último, comprendieron el engaño en que estaban, cuando el buen clérigo comenzó á hablar mal de los Padres de la Compañía, á quienes los cristianos amaban y veneraban como á sus primeros maestros. Hallándose la mision en aquel estado en Abril de 1669, llegaron á Tonquin en un barco de Macao cuatro religiosos de la Compañía, los PP. Baltasar de la Rocha, Domingo Fuciti, napolitanos; Felipe Fiesqui, genovés, y el hermano Ignacio Martin, natural de Tonquin. Los PP. Rocha y Fiesqui iban en traje acostumbrado, por lo que fueron luego conocidos por Padres de la Compañía. El P. Fuciti y el hermano Ignacio iban disfrazados, y así pudieron penetrar ocultamente en el interior del país, y quedarse entre los cristianos. Los dos PP. Rocha y Fiesqui no fueron recibidos por el Rey, ántes bien mandó quemar en público los ornamentos sagrados, imágenes y libros que pudieron haber á las manos. Miéntras volvia, estuvieron los dos Padres por órden del Rey como en prision en una casa decente, donde el huésped los trató benigna y cortesmente. Los dos Padres eran visitados allí con frecuencia por los cristianos, y como no podian manifestar su corazon con palabras, por cuanto los Padres aún no sabian su idioma, empleaban muchas horas con ellos llorando y suspirando. Quisieran consolarlos diciéndoles por lo ménos el santo sacrificio de la Misa, pero ni áun esto pudieron, por carecer de misal y ornamentos: los ornamentos hubieran podido suplirlos fácilmente, y porque entónces llegó á aquel puerto un obispo francés declarado adversario de la Compañía, de cuyas disposiciones podrian seguirse grandes desórdenes y daños á la cristiandad, le mandaron los Padres á pedir un misal prestado, á lo que no quiso acceder, causándoles otros daños cuya relacion omitimos. El P. Baltasar Rocha y su compañero no tardaron en volver á Macao, donde vivió aquel dos años, por ser allí muy útil su presencia, así por lo que se distinguia en el púlpito como por lo mucho que con sus consejos y conocimientos ayudaba á los pobres. Predicaba con mucha só-

lidez, ordenando sus discursos únicamente á la reforma de las costumbres y no á vanos aplausos de los oyentes, que no por esto le celebraban ménos. Fué enviado despues á Roma como procurador de su provincia, adonde regresó despues, desempeñando por órden del obispo una cátedra de moral para la instruccion de los clérigos, ocupacion que desempeñó con grande utilidad de sus oyentes. Era hombre de sólidas virtudes, y murió lleno de merecimientos en Macao, á 10 de Marzo de 1694. Su muerte fué generalmente sentida de toda la ciudad, y en ella hubo gran concurso de toda clase de gentes. Celebraron los clérigos voluntariamente sus exequias, y lo hicieron en agradecimiento de lo mucho que debian á este buen Padre, de quien habian recibido tan santa doctrina.—S. B.

ROCHA (P. Juan), obispo electo de Hierápolis y religioso de la Compañía de Jesus. Era portugués y natural de Lisboa, sugeto de prendas sumamente recomendables, dotado de vasta instruccion y profundos conocimientos. Cuando á principios del siglo XVII se deseaba en Etiopía un patriarca que fuese cabeza de los católicos, se atendió á aquella apremiante solicitud y fué ofrecido el patriarcado al P. Alfonso Mendez, que aceptó gustoso, por los afanes, trabajos y la ninguna conveniencia que ofrecia aquel cargo. Por la misma razon le aceptaron los coadjutores, señalados para la futura del empleo, el P. Diego Seco, obispo de Nicea; y el otro coadjutor lo fué el Padre Juan de Rocha, electo obispo de Hierápolis. Confirmó Su Santidad las elecciones, y el año de 1623, á 12 de Marzo, se consagraron en la casa profesa de Lisboa el señor patriarca y el obispo de Nicea, dilatándose la consagracion del obispo de Hierápolis por no haber llegado sus bulas, y porque instaba el viaje, que se dispuso inmediatamente, dándose á la vela el 25 del mismo mes la armada, que constaba de tres galeones de carga y tres navíos de guerra, embarcándose en la capitana los obispos de Nicea y de Hierápolis con la mitad de los jesuitas que iban de mision, y eran en número de diez y siete. Llegados á Etiopía, el P. Juan Rocha fué un poderoso auxiliar del Patriarca, contribuyendo en cuanto estuvo de su parte para conservar la fe católica entre aquellos naturales, trabajando con el mayor celo en su propagacion y culto.—A. L.

ROCHA (Rmo. P. Mtro. Fr. Manuel de), religioso benedictino del monasterio de Alcobaza, donde tomó el hábito en 9 de Febrero de 1693. Era natural de Castelblanco, en Portugal, y obtuvo el grado de doctor en teología por la universidad de Coimbra. Despues de haber desempeñado diferentes cargos en su Orden, fué electo general de la congregacion portuguesa en 1.° de Mayo de 1732, cuyo cargo desempeñó con los mejores resultados; tambien ejerció el de cronista general de aquel reino, y perteneció á su Real Academia de la Historia. Murió en Coimbra en 16 de Noviembre de

1744, despues de haber dado á luz las obras siguientes: 1.ª *Portugal renacido*; Lisboa, 1730, impreso además en la coleccion de la Academia, tomo X.—2.ª *Epístola analítica á Fr. Manuel de los Santos;* Madrid, 1732, en fólio. Forma tambien parte del Análisis benedictino.—3.ª *Elogio del doctor Manuel Pereira de Silva*; impreso en la coleccion de la Academia, tomo XII.—4.ª *Sermon en la canonizacion de San Luis Gonzaga*; Coimbra, 1727, en 4.°—5.ª *Sermon de la Concepcion*; Lisboa, 1734, en 4.°—6.ª *Sermon en accion de gracias por el nacimiento del Infante*; ibid., 1734, en 4.°—7.ª *Respuesta apologética á la Epístola analítica*; Ms. en 4.°—8.ª *Vida de María de Sta. Rosa, religiosa de Ancona*; Ms. en 4.°—S. B.

ROCHA (Felipe da). Fué portugués, y despues de haber hecho una brillante carrera literaria, que cayendo como caia en sugeto que tenia en favor suyo las simpatías de lo principal del reino, porque no solo lo merecian los antecedentes de su esclarecida familia, sino que sus dotes personales le hacian á ello acreedor, hubiera podido proporcionarle una brillantísima posicion, renunció á todo su porvenir lisonjero hasta lo sumo segun el mundo, para seguir la inspiracion de Dios, que le llamaba para sí, haciéndole abrazar uno de los institutos religiosos para cuya profesion se necesita más desprendimiento y abnegacion de sí mismo. Efectivamente, ocultando hasta su nombre y prosapia, se acercó el esclarecido Rocha á pedir el hábito de la Santísima Trinidad de Redencion de cautivos en uno de los conventos más observantes de su país. Algun trabajo le costó lograr sus deseos, sin otra razon que porque se manifestaba así un poco retraido, y como queriendo ocultar lo que era, hasta que convenciéndose de que la prudencia de los superiores sabria dar á su secreto el mérito que tenia y obrar como fuese conveniente, se manifestó á ellos y les dijo quién era, su carrera y antecedentes, con lo cual llegó al logro de sus deseos, que de otra manera, y esto parece muy puesto en razon, hubieran quedado frustrados por no saber los Padres á quién iban á recibir. Diéronle, pues, el santo hábito, hizo su noviciado con gran edificacion de todos, logró profesar con universal contento, y no pudo conseguir el que condescendieran con su deseo de que le tuviesen en la clase de legos, sino que fué ascendido á la alta dignidad del sacerdocio. Diéronle desde luego el cargo de predicar, y fueron muy abundantes los frutos que por el ejercicio de este tan importante ministerio consiguió. Efectivamente, cuantos le oian se convencian de la verdad y bondad de su doctrina, y claro es, tomaban la senda que lleva á hacer prácticas sus promesas mediante el cumplimiento de sus prescripciones. Muy célebre se hizo en Portugal, y se hubiera hecho tambien en España adonde le destinaban, si la muerte no hubiese cortado el hilo de su existencia. Sus últimos momentos fueron de un verdadero sacerdote religioso, y dejó concluida una

preciosa obra, que se publicó luego con la debida aceptacion, titulada: *Sermones de las dominicas de adviento y cuaresma*; obra que inmortalizará al P. Felipe da Rocha. — G. R.

ROCHA (H. Vicente). Nació en Villanueva de Portiman, en el Algarbe. Llamáronse sus padres Andrés Ligeiro y María Fernandez; entró en la Compañía de Coimbra en 3 de Marzo de 1605, teniendo la edad de diez y siete años. Durante su noviciado procedió con grande santidad, en la que continuó despues de hacer los votos. Comulgaba dos veces cada semana. El dia ántes, desde que salia del estudio por la tarde, no hacia otra cosa sino prepararse para recibir la sagrada comunion. Todos los dias estaba delante del Santísimo Sacramento media hora ó más de rodillas. Examinaba constantemente su conciencia, castigándose como por culpas graves por los defectos más pequeños. Fué muy dado á la oracion, y se le veia con frecuencia orando en la capilla. Despues de la cena se iba á hacer oracion, privándose del recreo que podia tener en hablar con sus hermanos, por hablar en aquel tiempo con Dios. Antes de recogerse por la noche en la cama hacia sus oraciones á las imágenes que tenia en la celda, como despidiéndose por aquella noche. En los dias que eran de sexta y feriados, como tenia más tiempo, dedicaba tambien más á la oracion. Habia alcanzado tanta sabiduría en las cosas espirituales, que cuando le manifestaba su conciencia, decia el Padre Prefecto de espíritu, que aprendia de él más que de lo que le enseñaba. Su propension á la piedad era en él casi una segunda naturaleza. Encaminaba á Dios todas sus prácticas, y esto sin molestia de aquellos con quienes conversaba, ántes bien con agrado de todos. Siendo para con los más la misma benignidad, era para consigo el mismo rigor. Siempre ayunaba todo el adviento y hacia otras mortificaciones con que sojuzgaba su cuerpo. Siendo solo ministro de los hermanos del recogimiento, cuando se veia obligado á dar cuenta de los defectos ajenos, pedia al P. Ministro le impusiese á él la penitencia que se habia de imponer á los delincuentes. Decia que una de las tentaciones con que le perseguia el demonio en el noviciado, era que se mortificaba poco, y que las penitencias no eran iguales á sus deseos. Sus muchos ayunos en los dias que no son de obligacion, los disimulaba en la mesa de manera que no se advertia lo mucho que se castigaba en esta materia. Cuando supieron su muerte los estudiantes, dijeron muchos, que no pocos de la Compañía morian tísicos por estudiar demasiado, pero que este siervo de Dios moria extenuado de las muchas penitencias. Sobrevínole finalmente la última enfermedad, y segun se infiere de lo que dijo en aquel tiempo tuvo revelacion de que era llegada la hora de su muerte. Hablando con otros de las vanidades de esta vida, dijo que moriria de allí á poco, y no tardó mucho en acometerle la última enfermedad, porque le sobrevino

dos dias despues. Sufria sus dolores con inexplicable paciencia, sin oírsele voz alguna de queja en sus angustias. Su modestia y candor de ánimo edificaban de tal modo al médico, que hablando con la gente de fuera no le daba otro nombre sino el de ángel, y decia tenerle tan presente en la memoria, que ya estudiase ó visitase, no se le olvidaba la modestia y compostura de aquel hermano. Tenia en tan poco aprecio las cosas del mundo, que le pesaba se retardase tanto la hora de la muerte. Como le ofreciesen algunos Padres decir misas por su salud, les contestó que rogasen más bien á Dios hiciese en él su divina voluntad, que no tenia amor á la vida. Cuando se le dió el aviso de que moriria, se alegró mucho, y sacando el silicio de debajo de la cabecera, se le dió en muestra de aprecio á quien le daba una noticia tan de su agrado. Finalmente, habiéndose preparado para esta última hora, acabó sus dias en paz en el colegio de Évora, á 4 de Enero de 1610 estudiando filosofía. — S. B.

ROCHE, miembro del parlamento inglés, por el condado de Corck, se convirtió al catolicismo hácia 1836. — S. B.

ROCHE (P. Alain de la). Nació este religioso dominico en 1428, en la diócesis de Leon segun unos, y en la de S. Brienne segun otros. Desde muy jóven manifestó grandes disposiciones oratorias, lo que decidió á sus superiores en cuanto fué ordenado de sacerdote, á mandarle á predicar á Spira, en Alemania, lo que verificó. Llamado en 1459, para predicar las sentencias en París, no vino á tomar posesion del púlpito que se le destinaba hasta 1460, habiéndose detenido en el convento de Lila, donde volvió despues. Enseñó tambien por espacio de muchos años la teología en Douai. Enviado á Zwoll, en Holanda, en donde se habia fundado un convento de su Orden, recorrió sucesivamente la Sajonia, la Alemania Baja, la Picardía y los alrededores de París, estableciendo en cuantos paises visitó la cofradía del Santo Rosario de nuestra Señora, instituido por el glorioso español Santo Domingo, y cuya tradicion habia interrumpido la peste, llamada fiebre amarilla, del siglo XV. Murió á la edad de cuarenta y siete años, en el convento de Zwoll el año 1475. Este religioso, orador sagrado, cautivaba la atencion del pueblo con el auxilio de historias maravillosas que mezclaba en sus sermones, y cuando predicaba á los alemanes ú holandeses, cuya lengua ignoraba, uno de sus cofrades que tenia á su lado en el púlpito, iba traduciendo sus palabras al auditorio, haciéndole de intérprete. Nada publicó este religioso durante su vida; pero despues de su muerte, los dominicos encargaron á Juan Andrés Coppeustein recogiese sus discursos y todos sus escritos, pidiéndole que los expurgase de todo lo que la sencillez y piadosa credulidad del P. de la Roche tenia escrito, más propio para ridiculizar que para favorecer á la religion, pues que creian que las fábulas imaginadas

por su cofrade, eran realmente contrarias y perjudiciales á la fe. A pesar de esta recomendacion, sus deseos no se cumplieron, razon por la que despues de la publicacion de las obras, los dominicos recogieron cuantos ejemplares pudieron para inutilizarlos y que no circulasen. Las noticias de las obras del P. de la Roche, que nos da su biógrafo Prosper Levot, son las siguientes: *Compendium Psalterii beatissimæ Trinitatis*; Colonia, 1469, en 4.° *De immensa et ineffabile dignitate Psalterii Virginis Mariæ*; Stokolmo, 1498, en 4.° — Una traduccion de esta obra ó de la siguiente, atribuida á Pedro Le Goux, se publicó con este título: *Le Pseautier de Notre Dame selon Saint-Jerome, translaté de latin*; París, en 4.°, goth., sin fecha, en 16.°; una y otra edicion son muy raras. — *De Psalterio Virginis Mariæ in Suecia*; Amberes, 1498. — Las obras del P. de la Roche han sido publicadas reunidas en coleccion muchas veces, particularmente en Friburgo, en 1619, en un volúmen en 4.°; en Colonia, en 1624, en 8.°; y en Nápoles, en 1630, con el título: *Tratado del Psalterio*, ó del *Rosario de Jesus y de María*, dividido en las cinco partes siguientes escritas en latin: *Apología á Feric, obispo de Tournay*. Compuso esta parte de la Roche, cuando acusado de innovador y de fanático, y tratado de visionario y turbulento, vió que estas acusaciones perjudicaban á la devocion del Rosario, cuya apología hizo en una carta dirigida en 1475 á Feric de Cluny, obispo de Tournay. — *Relaciones, revelaciones y visiones tocante al Rosario.* — *Sermones revelados á Alain por Sto. Domingo.* El P. Echard reconoció que estas pretendidas revelaciones eran un piadoso fraude, pues que estan en contradiccion con la verdadera historia. — *Sermones y pequeños tratados de Alain.* — *Ejemplos ó milagros del Rosario.* — Cita en esta obra el P. de la Roche como prueba de la proteccion concedida por la Virgen Santísima á los devotos de su santo Rosario, la milagrosa salvacion de un soldado, que hallándose de servicio en el castillo de Taureau, cerca de Morlaix, fué enterrado sin experimentar daño alguno bajo los escombros de un muro, que se desplomó y cayó sobre él hallándose rezando el rosario. Como el poder de Dios es infinito, y su Santísima Madre puede tanto para alcanzar su divina misericondia para sus devotos, la verdadera creencia, no el fanatismo, nos presenta á cada paso milagros semejantes al del soldado, y áun casos más sobrenaturales con que se ostenta el infinito poder del Hijo y la eficaz intercesion de la Madre; por lo que si el biógrafo de la Roche citó este hecho en son de ridiculizarle, nuestra piedad nos invita á creerle, porque apénas pasa dia en que no veamos ó sepamos aún mayores prodigios á favor de los devotos de María Santísima, nuestra Madre y Señora. — B. C.

ROCHE (Antonio Martin). Era francés, ignórase de qué punto, y pertenecia á la órden de los PP. del Oratorio, en la diócesis de Meaux. Abando-

nó la mencionada Orden á consecuencia de las desavenencias que suscitó por oponerse á varios decretos de la Iglesia, y murió en París en 1755, á los cincuenta años de su edad. Dejó escrita una obra titulada: *Tratado de la naturaleza del alma, y del orígen de sus conocimientos*, en la cual combate el sistema de Locke y sus partidarios. No fué impresa hasta despues de su muerte, en 1759. Es obra de mucha profundidad, escrita en muy buen lenguaje, y llena de sólidos argumentos, por lo cual es recomendable su lectura. Forma dos gruesos volúmenes en 8.°—M. B.

ROCHE (Fr. Bernardino), franciscano italiano. Nació en Bidino en 1654, de una familia muy ilustre en aquel país, que le proporcionó una excelente educacion. Aprovechóse de ella Bernardino, y sin descuidar los principios que son la base de toda la educacion literaria, se fijó especialmente en los de nuestra santa religion, que tenian para él un atractivo particular. Huyendo de los pasatiempos de los otros niños tan propios de su edad, y viviendo en la soledad y el retiro, Bernardino contrajo desde su niñez los hábitos más á propósito para vivir en el claustro, al mismo tiempo que para consagrarse al estudio y la meditacion: al estudio de los libros que tratan de Dios y de sus maravillosas obras, á la meditacion de estas mismas maravillas que solo se conocen en toda su grandeza en el retiro, en la soledad, allí donde el hombre á solas consigo mismo, y abstrayéndose de todos los pensamientos y necesidades humanas, penetra en su interior, medita sobre sí mismo, y se abisma en su pequeñez al contemplar la grandeza de cuanto le rodea. Por eso nuestro siglo es tan material é indiferente; viviendo arrastrado por todas las pasiones y necesidades humanas, no sabiendo ó no pudiendo retirarse del bullicio de la vida, jamás sondea su corazon, nunca penetra en el fondo de su conciencia, y ni medita ni puede meditar en el humo y vanidad de cuanto le rodea, en su escasa importancia al lado de lo que fué, de lo que ha sido y de lo que será. El carácter de los siglos que nos han precedido ha sido en este punto más noble, más justo más elevado. Convencidos de que nada significaban en los anales de la humanidad, de que no podian hacer por sí mismos ninguna obra completa, acudian á la fuente de la perfeccion, imploraban sus gracias y su misericordia, y desconfiando de sí mismos, confiaban en el único poder que desde la nada de donde los habia sacado, podia conducirlos hasta las regiones de la eterna sabiduría, de la felicidad sin fin. Esto no solo lo comprendian y creian pueblos enteros, sino tambien los indivíduos, y de aquí el gran número de religiosos, que llenaban entónces nuestras ciudades, nuestras aldeas, nuestros campos y nuestros desiertos. En este número debe contarse al individuo que ha dado orígen á estas ligeras observaciones, que ocupado desde el instante que tomó el hábito de la religion franciscana en el estudio de la

teologia, no tardó en ser uno de sus más distinguidos maestros, y de adquirir grande fama en su enseñanza, la que supo completar con la composicion de varias obras, publicadas sin duda poco ántes de su muerte y las que llevan los títulos de, *Vida y milagros de S. Antonio de Pádua*; Palermo, por Pedro de Isola, 1654, en 4.°—*Meditaciones*;—*Arte de la devocion á la Pasion y Reina de todos los santos*.—S. B.

ROCHE (Dr. D. Cristóbal), presbítero. Fué natural de la ciudad de Valencia, ignorándose completamente el año de su nacimiento, así como los primeros sucesos de su vida. Sábese que pertenecia á una distinguida familia de aquella ciudad, y que concluido el estudio de la gramática latina, y sintiéndose con vocacion para la carrera eclesiástica, pasó á continuar sus estudios á la universidad de Salamanca. En 11 de Octubre del año 1555 fué agraciado con una plaza ó beca del colegio del Cardenal, llamado vulgarmente Viejo de S. Bartolomé. En este colegio se graduó de licenciado en leyes, y poco despues se ordenó de sacerdote. Desempeñó la cátedra de instituta, y graduado de doctor en leyes, cánones y teologia, fué agraciado por S. M. el rey D. Felipe II con una plaza de auditor de la sagrada Rota, en le que prestó muchos y muy importantes servicios. Desempeñó esta plaza desde el año 1559, y en 1564 fué nombrado inquisidor de Zaragoza, cuyo destino ocupó hasta su muerte, ocurrida en 1570.—M. B.

ROCHE (Fr. Felipe), minorita irlandés del siglo XVII. Pocas son las noticias que nos han quedado de este religioso, que fué uno de los muchos que en su Orden trabajaron por extender el culto de María Santísima en el misterio de su Inmaculada Concepcion. Grande fué la devocion que hubo en su siglo á este santo misterio, no solo en Irlanda, país católico por excelencia, sino tambien en España, donde todavía se observa la costumbre en muchos pueblos de saludarse con sus principales palabras, las que tambien se hallan grabadas encima de las puertas de las casas, en prueba de que los españoles han creido en él desde los tiempos más remotos, y le han venerado con firme, segura y constante fe. No contribuyó poco á esto la religion seráfica, cuyos miembros todos trabajaron con ardoroso celo por extender esta devocion, ya en sus escritos, ora en sus sermones ó en sus discursos y palabras. Así fué que entónces sin duda se introdujo entre nosotros la referida costumbre, que poco á poco ha ido decayendo á impulso de las revoluciones que todo lo minan, cambian y mudan, como por desgracia estamos viendo en nuestros tiempos. El pueblo, que por su atareada vida es muy poco ó nada lo que puede aprender, que tiene que vivir únicamente por la fe, pues le es imposible darse cuenta de la mayor parte de los fenómenos que pasan á su vista, que es actor unas y espectador solo otras veces, necesita saber algo, aprender algo; ¿y en qué podrá ejercitarse mejor su entendimiento y

voluntad que en las máximas de la religion, que se enseñan gratuitamente, las que se le proponen para mejora de sus costumbres, que son el fin principal de su felicidad en esta y en la eterna vida? La independencia que se ha introducido hoy hasta en las últimas clases de la sociedad, ha llegado demasiado pronto y para su desgracia á las del más ínfimo pueblo, cuya suerte ha empeorado por lo tanto; pues falto de fe, sin esperanza de otra vida mejor, cae en crímenes tal vez y de seguro en errores que le hacen arrastrar una vida mucho más miserable de lo que debia ser la suya, y en cuyo último término se halla la desesperacion. Misterios como al que nos referimos, cuya verdad consoladora ha hecho la felicidad de siglos pasados, debia hacer tambien la del presente, si se inculcase en las masas y se hiciera ver su grandeza, sus buenos resultados y las santas y nobles máximas que en sí contienen. Los religiosos procuraron con razon trabajar con este objeto, y lo consiguieron con sus numerosas obras, una de las cuales es la del P. Roches, intitulada: *Militiam pro Immaculata Conceptione Matris admirabilis*; 1633.—S. B.

ROCHE (Juan de la). Nació en Nantes en 1656. Profesó las humanidades en Condom y la retórica en su ciudad natal. Su talento por la predicacion, á la que se aficionó desde luego, se reveló con cierta brillantez en los púlpitos de su provincia, y esto fué causa de que se le llamase á París, al convento de los PP. del Oratorio, en cuya Orden habia ingresado. Sus sermones estaban escritos con elegancia y nobleza, y los pronunciaba con gracia y uncion, de manera que no podian ménos de cautivar la atencion de su auditorio. Creció tanto su reputacion, que llamado á predicar dos cuaresmas seguidas delante de Luis XIV, declaró Racine que habia más bellezas en los sermones del P. la Roche que en sus propias obras, juicio que no ha confirmado la posteridad, segun su biógrafo Prosper Levot, porque le dictó sin duda un exceso de modestia, si bien ocupó un distinguido lugar entre los oradores sagrados. Murió en Suresnes el año 1711, y las obras que se conocen de su pluma é ingenio son las siguientes, publicadas en francés: *Elogio fúnebre de Mr. Bucherat*; París, 1700, en 4.° y en 12.°—*Sermones de Cuaresma y de Adviento*; Paris, 1725, cuatro volúmenes en 12.°—*Sermones, Misterios*; Paris, 1729, dos vol. en 12.°—*Sermones panegíricos*; Paris, 1730 y 1735, tres vol. en 12.° En este género panegírico era en el que más brillaba la elocuencia del P. la Roche, haciéndose aún hoy mucho aprecio de sus panegíricos de S. Luis y de S. Agustin, que fueron sumamente aplaudidos cuando los pronunció, por su elegancia, su claridad, bellas imágenes y buenas formas en que estan escritos.—B. C.

ROCHE (Juan Bautista Luis de la). Nació este doctor de Sorbona á fin del siglo XVII, sin que se sepa el lugar de su nacimiento. Fué predicador

con feliz éxito, y en 1716 obtuvo la abadía de S. Melanio de Rennes. Fue predicador del Rey y dividió su vida entre los deberes y las letras, que cultivó con mucho celo y talento. Murió en París en 1780, en una edad muy avanzada. Además de una tradicion del libro de los Salmos, distribuida para todos los dias del mes, publicada en 12.° en 1725; del oficio del los Santos Cosme y Damian, en 1728, en 12.°, y de una traduccion del *Breviario del Cister* para uso de los religiosos de la Trapa, en tres volúmenes en 8.°, se conocen de la Roche las siguientes obras: *Œuvres melées*; París, 1732, en 12.°, que es una coleccion de opúsculos escritos en su juventud, en los que se hallan reflexiones morales, una tragedia y la traduccion en verso de las *Bucólicas de Virgilio*, precedida de una disertacion sobre las reglas de la *Egloga*, cuya version está en un estilo raro y con un gusto que se separa del comun.—*Panegírico de Sta. Genoveva*; Paris, 1637, en 4.°—Una edicion de las *Máximas de la Rochefoucauld*, con advertencias, etc.; id. 1737 y 1741, en 12.° A esta edicion y editor se refiere Brotier cuando dice: los unos bajo el vano pretexto de una aproximacion cómoda, han hecho de esta excelente obra un diccionario triste y empalagoso de moral, que han sobrecargado con los pensamientos de Mad. de la Sabliere, y con largos é inútiles comentarios. Además de esto, dice su biógrafo Mr. Weis, puede añadirse que las noticias y observaciones de la Roche, son algunas veces falsas, como cuando pretende que no pueden existir celos sin amor.—*La bella Vegez, ó las antiguas cuartetas* de Pibrac, Du-Faur y del P. Mateo sobre la vida, etc., con observaciones; Paris, 1746, en 12.° Las prolijas reflexiones del autor dan lugar algunas veces á una justa crítica.—*Oracion fúnebre del duque de Orleans*, pronunciada en la iglesia de la abadía del Val de Gracia; Paris, 1753, en 4.°—*Reglas de la vida cristiana*; Paris, 1753, en tres volúmenes en 12.°—*Miscelánea de máximas cristianas, sobre la Religion, la Moral y la Naturaleza*; 1769, en 12.°—Atribúyese tambien á de la Roche: *El Año dominical*, en 12.°—*Una Cosmografía práctica*, en 12.°—*Las obras de la carne y los frutos del espíritu*; en 12.°—*Cartas literarias sobre diversos objetos*; dos volúmenes en 12.°; y por último unas *Memorias históricas y curiosas*; tres volúmenes en 12.°—Mr. Barbier tiene á estas dos últimas obras por imaginarias. Puede consultar el curioso el prefacio del *Diccionario de los anónimos*, á la página 15 de la segunda edicion.—A. C.

ROCHE (Fr. Lorenzo), religioso franciscano natural de la isla de Mallorca. Nació á principios del siglo XVII, y fué una de las glorias de su Orden por su saber y virtudes. Apénas tomó el hábito comenzó á distinguirse por sus ejercicios de caridad, sus penitencias, sus oraciones y demás actos propios de la vida claustral. Su obediencia no tenia límites, no reconociendo más voluntad que la de sus superiores, á los que se apresuraba á servir

en cuanto le mandaban, y áun á adelantarse á sus mandatos procurando adivinarlos. Supo captarse de esta manera su amor hasta tal extremo, que jamás se separó de su lado, y encontró en ellos amparo y proteccion, áun en las más difíciles circunstancias. Consagrado entre tanto á los estudios, hizo los más rápidos adelantos, y lo mismo que de sus superiores, se atrajó la buena voluntad de sus maestros. Su carrera fué una de las más brillantes que se hicieron en su tiempo, siendo el discípulo favorito de sus profesores, figurando en primera línea en todos los actos y certámenes públicos, y adquiriendo grande fama y celebridad. Así fué como Roche fué adelantando poco á poco hasta llegar á los primeros grados de la Orden, y distinguirse por sus buenas cualidades para el gobierno y los negocios. Ordenado de sacerdote, se consagró al ejercicio de la predicacion, en que obtuvo los mejores resultados, siendo uno de los oradores más afamados de su época. No trabajó ménos ni con menores resultados en el confesonario, llegando á reunir grande clientela, habiendo entre sus penitentes algunos que murieron en la mejor opinion por su santidad y virtudes. Tantos méritos no podian permitirle permanecer en la oscuridad por más tiempo; y en efecto, no tardó en ser elegido para diferentes cargos de su Orden, y luego para calificador del Santo Oficio. Este cargo en Mallorca y en el siglo XVII era más bien honorífico que laborioso; pues en aquel país pacífico y tranquilo de suyo, católico por excelencia, eran raras las causas que se presentaban que exigiesen grande trabajo y ofrecieran notables dificultades. Desempeñóle sin embargo el P. Roche durante toda su vida, mereciendo en las ocasiones que se presentaron el afecto de sus compañeros y áun la consideracion pública, pues entónces, á pesar de cuanto despues se ha dicho en contrario, este tribunal obtenia grande popularidad. El P. Roche fué nombrado, por último, ministro provincial de la provincia de Mallorca, de la observancia regular, cargo que desempeñó dignamente durante un largo período. A su muerte dejó una obra intitulada: *Promptuarium Morale examinandorum et examinantium*; Pamplona, por Martin Gregorio de Zabala, 1677, en 8.°—S. B.

ROCH (Pedro Luis Le Fevre de la). Nació en Cani de Normandía, y floreció en el siglo XVIII. Habiendo tomado el hábito de la Orden Benedictina, pasó despues de cura párroco de Gremonville en el país de Caux. Encontrándose en París en las jornadas revolucionarias de 13 y 14 de Julio de 1789, se hizo notar por su celo por la causa de la libertad, y fué propuesto para la distribucion de la pólvora tomada en el puerto de S. Nicolás. Cincuenta dias despues, fué amenazado de muerte por el populacho, á quien impidió quemase los papeles del archivo del ayuntamiento. En 1790 denunció y persiguió en Chatelet al autor de un libelo que escribió contra él. Le Fevre de la Roche fué el amigo de Helvetius y el legatario de sus escritos, y continuó

haciendo la corte á Mad. Helvetius, que no le olvidó en su testamento. Murió de la Roche el año 1806, y dejó las obras siguientes que lo recuerdan segun su biógrafo Beuchot. *La Cofradía ó Sociedad de nuestra Señora la Auxiliadora*, erigida en el país de Caux; 1779, en 16.°—*Ensayo de la traduccion de algunas Odas, y del Arte poética de Horacio*; 1788, tirada de cincuenta ejemplares, de los que solo ocho llevan el nombre del autor.—*Las obras de Helvetius*; París, por Didot, 1795, en catorce volúmenes en 8.°—*La edicion de las obras completas de Montesquieu*; París, 1695, en doce volúmenes en 18.°, en las que el texto está muy alterado á causa de haber consultado poco el editor de las demás ediciones.—*Las notas de Helvetius sobre el espíritu de las leyes*, que fué la primera vez que se publicaron.—*Del Arte poética, epístola de Horacio á los Pisones*; traducida en verso, París, 1798, en 18.° A seguida de esta obra se hallan los *Pensamientos sobre el Arte poética*, extractados de los manuscritos de Helvetius y de los consejos de Voltaire á Helvetius sobre la composicion y eleccion de objeto de una epístola moral; trozos inéditos hasta entónces.—A. C.

ROCHE (Santiago de la). Este religioso de la Chaize-Dieu nació en Mourson de Auvernia en el siglo XVI, de una familia muy distinguida. Fué doctor en teología, vicario del gran prior de Auvernia, hombre de gran mérito y condiscípulo del papa Gregorio XIII. Llegó á Tolosa haciendo la visita de los monasterios dependientes de la abadía de Chaize-Dieu, y oyendo predicar al P. de la Barrière, le siguió á á Feuillans, en donde tomó el hábito y profesó en aquella religion el año 1581. En este mismo año predicó en Muret un adviento y cuaresma, y erigió una hermandad de penitentes. En 1582 predicó en Fosseret, é instituyó una cofradía de sacerdotes dándoles regla para vivir devotamente. En 1584 le mandó á Roma el abad de la Barrière para que hiciese la defensa de la reforma de los Feullantinos ó Fulenses, y concediéndole cuanto pidió el pontífice Sixto V, pidió otros cuatro religiosos para establecer un monasterio de esta Orden en la ciudad santa. Trabajó tambien en la fundacion de la órden de religiosas de Santa Susana. Toda su vida habia padecido de dolorosos cólicos, y la violencia de esta enfermedad le quitó la vida á principios del año 1588, á la edad de cincuenta años. Fué enterrado en la catedral de Narni. En cuanto se supo su muerte corrió toda la ciudad á asistir á sus funerales, y sus habitantes no han querido jamás entregar su cuerpo, que se queria depositar en Roma en el monasterio de Sta. Potenciana, del que fué superior.—C.

ROCHE-AIMON (Cárlos Antonio de la). Este Cardenal y Arzobispo de Reims, que á sus dignidades unió los cargos de gran limosnero de Francia y el ministerio de las gracias, nació el de 17 de Febrero de 1692 en Mainiac, diócesis de Limoges. Destinado á la carrera eclesiástica y al hacerse licen-

ciado, fué nombrado obispo. El obispo de Limoges, Mr. Gennetines, le pidió por sufragáneo suyo, y el abate de la Roche-Aimon fué consagrado el 25 de Agosto de 1725, con el título de obispo de Sarepta *in partibus*. Dimitiendo su silla Mr. Gennetier en 1729, fué nombrado en su lugar el obispo de Sarepta en el mismo año para el obispado de Tarbes, desde el que pasó en 1740 al arzobispado de Tolosa, y al de Narbona en 1752. En las disputas que agitaron á la Iglesia en su época, mostró un celo moderado y pareció se plegaba á los deseos del gobierno. Miembro de las asambleas del clero en 1735, 1740, 1745 y 1748, habló muchas veces en favor de los intereses de la Iglesia y del clero. Desde 1755 asistió á todas las asambleas del clero, y las presidió desde 1760. Su carácter conciliador fué causa de que se le juzgase propio para dirigir estas asambleas, segun los deseos de la corte. El Rey le nombró su limosnero mayor en 1760 y arzobispo de Reims en 1762. Tomó parte este prelado en los actos del clero en 1765, y llegó á ser nombrado ministro de beneficios despues de la desgracia del ministro Jarento en 1771, año en el cual fué tambien creado cardenal. Fué además comendador de la órden del Espíritu Santo y abad de Beaulieu, de Cîteaux y de Fecamp. El fué el que administró los santos sacramentos á Luis XV al morir, y dijo en alta voz ántes de administrárselos, que el Rey le habia encargado declarar que estaba muy pesaroso de haber dado escándalo. Se nota como una especialidad que fué él el que celebró las ceremonias del bautismo del duque de Berry, que reinó despues con el nombre de Luis XVI, que le casó en 1770, y que le consagró en 1775, de suerte que cuando celebró esta última ceremonia dijo que no le faltaba ya más que decir su *Nunc dimittis*. Murió este prelado el dia 27 de Octubre de 1777, siendo el decano de los obispos y revestido de cuantas dignidades puede llegar á tener un prelado. Si no le dotó Dios de una gran fuerza de carácter, fué regular en toda su conducta, de genio accesible y muy social y amigo de la paz. Fué tal su amor y respeto al Rey, que venia á ser una especie de culto, que teniéndolo algunos por exagerado, fué causa de no pocas burletas y sátiras de los cortesanos de buen humor.—A. C.

ROCHECHOUART (Juan de). Fué este Obispo hijo del vizconde de Rochechouart Juan I de este nombre, y de Juana de Sulli. Habiendo abrazada la carrera eclesiástica, fué nombrado sucesivamente obispo de San Pons de Tomieres, arzobispo de Bourges y de Arlés en el siglo XIV. Se hizo del partido del antipapa Benedicto XIII, que segun algunos autores le hizo cardenal. Lo que se sabe de cierto es, que fué obispo de San Pons, arzobispo de Bourges en 1386, y administrador del de Arlés en 1390. Rescató del príncipe de Gales la señoría de Tonnay-Charente, que le habia sido empeñada por Luis, vizconde de Rochechouart, hermano de este prelado, que murió el dia

13 de Setiembre de 1398. Debe distinguírsele de Focand de Rochechouart, hijo de Aimeri IX, que fué dean de Bourges en 1292, obispo y conde de Noyon, par de Francia en 1318, y arzobispo de Bourges en 1330. En un sínodo que este último tuvo en 1336, ordenó se celebrase la fiesta de San Juan Bautista, y segun Laboreur y Saxi, murió el dia 7 de Agosto de 1345.—C.

ROCHECHOUARD (Juan Francisco José de). Nació en Tolosa á principios del siglo XVIII (en 1708). Se desconocen completamente sus antecedentes, tanto literarios cómo de familia; pero lo poquísimo que ha llegado á nuestras noticias nos hace inferir que debió ser hombre de un talento nada vulgar, y que tampoco careceria de virtudes. Efectivamente, se le encuentra colocado al frente de la diócesis de Laon, consagrado obispo y rigiéndola con mucho acierto; y no se crea que esta importante provincia eclesiástica fué siempre de las pacíficas y de las que con un excesivo respeto, si se quiere, miran y acatan los actos de sus prelados, sin darse razon de ellos sino para obedecerlos ciegamente; Laon, por el contrario, ha tenido siempre un cabildo muy ilustrado, es verdad, pero algun tanto caprichoso, y muchas veces para llevar adelante sus exigencias han reparado poco en la respetabilidad del prelado, y han solido algunas veces procurar conflictos que han dado por término la separacion del obispo; pues nuestro buen Rochechouard supo contemporizar perfectamente con unos y con otros, haciéndose merecedor á que todos le tuviesen en justísimo aprecio. Este mismo aprecio llegó á Roma, y el Soberano Pontífice quiso premiar los merecimientos que contrajera en el gobierno de su diócesis haciéndole cardenal, lo cual verificó en la gran promocion que hizo en 1761. Mucho hubiera agradado al Santo Padre que el Obispo hubiese ido á Roma á tomar título para su capelo, y entónces indudablemente le hubiese confiado comisiones que habieran acreditado más y más su capacidad; pero fuese que las circunstàncias especiales no se lo permitieran, ó más bien que el apego á su diócesis no le permitiera abandonarla, ni áun por los pocos meses que habrian bastado para cumplir con la corte romana, es lo cierto que no fué á Roma, y aunque disfrutó el capelo diez y seis años, murió sin título, es decir sin la plenitud de la dignidad cardenalicia. Su muerte, acaecida en 1777, fué sentidísima en Laon, donde se hicieron cuantos esfuerzos fueron imaginables para salvarle en su penosa enfermedad; así que tanto sus honras fúnebres como su epitafio fueron tan suntuosos y magníficos, cual convenia á quien tan justo aprecio mereciera de propios y de extraños. De nuevo nos lamentamos de que tan oscurecidas estén sus memorias, porque su vida no dejaria de ser notable, siquiera se atienda á lo poco que de ella conocemos.—G. R.

ROCHECHOUARD (María Magdalena Gabriela de). La abadesa de Fontevraud de este nombre ha sido uno de los espíritus más brillantes de su siglo, y vamos á dar noticia de ella, valiéndonos de lo que el abate Anselmo dice en su *Oracion fúnebre*, y del artículo en que se hizo su elogio en las *Memorias de Trevoux* del mes de Diciembre de 1704. Fué hija esta célebre señora de Gabriel de Rochechouart, duque de Montemar, par de Francia. La naturaleza la habia embellecido con todos sus dones, concediéndola además de sus gracias una fecunda imaginacion, espíritu fértil, penetrante, extenso, memoria fiel y genio propio para todas las ciencias. El estudio de las lenguas griega, latina, italiana y española fueron sus primeras diversiones, y como las estudió con pasion, las profundizó y se puso en disposicion de poder hablar de ellas y en ellas con las personas de mayor saber y erudicion, nacionales y extranjeras. La filosofía antigua y moderna dejaron de ser un misterio para esta jóven, que deseosa de saber se hizo explicar la parte sutil de la teología escolástica y las diversas opiniones de las escuelas. Con estos preliminares no tardó en poder juzgar por sí misma de las cuestiones más árduas y en conocer las Santas Escrituras, que fué su verdadera teología. Pasando á la lectura de los Padres de la Iglesia, conoció fielmente el carácter de cada uno de ellos, las materias de que habian tratado, las disputas que habian sostenido con los herejes, su estilo, su método y su género filosófico. En las horas de recreo se divertia leyendo los autores profanos, y Platon vino á serla sumamente familiar. A través de las opacas nubes con que este filósofo rodea la verdad, descubrió María bellezas, tesoros de moral, rasgos de elocuencia y una delicadeza de pensamientos, que no estan al alcance de los ingenios medianos. Homero la sirvió tambien para descanso de sus otros estudios sérios, y por difícil que sea verter á las lenguas modernas toda la nobleza y fuerza del autor de la *Iliada*, tradujo algunos libros de esta famosa obra, con una precision y claridad que poco se habia visto hasta entónces tan acabado en este género. Tantas y tan bellas cualidades, naturales y adquiridas, sostenidas por una gran virtud, la sirvieron mucho para el gobierno de la esclarecida Orden, á la que la llamó el Señor. De simple religiosa en la abadía *aux Boix*, de la órden de S. Bernardo, en donde se hallaba encerrada desde su juventud, el 16 de Agosto de 1670 fué nombrada abadesa, jefa y generala de la abadía y órden de Fontevraud, y no pueden expresarse fácilmente los beneficios que hizo en ella. No solamente santificó María á las religiosas que la fueron sometidas, si que tambien las ilustró. Al propio tiempo que velaba por sus monjas, fortificándolas con su ejemplo en la práctica del bien, animaba á los religiosos de esta Orden al estudio con sus palabras y con sus escritos, razon por la que al propio tiempo se vió florecer las ciencias y las bellas letras en las soledades

de Fontevraud, para lo cual tuvo gran cuidado en hacer que se educasen sabios profesores en el monasterio. Los escritos que salian de su pluma inspiraron á los religiosos gusto al estudio, y sus exhortaciones les dieron una verdadera idea de la elocuencia sagrada, para que predicasen con más fruto. Sus ordenanzas, en las que hacia hablar á las leyes la lengua más digna, parecieron tan sensatas, tan precisas y tan juiciosas, que grandes prelados no desdeñaron servirse de ellas para el gobiernode los religiosos de su diócesis. Sus cartas circulares sobre la muerte de sus religiosos, al honrar la memoria de las personas que las causaban, hacian se admirase la fecundidad de ingenio de la que las escribia, é inspiraban un grande amor á Dios y un perfecto menosprecio de la vida: el estilo dulce, ligero, natural y elegante, y el buen sentido y la sinceridad, cualidades de estas cartas, han hecho que se celebren y aprecien como preciosas obras. Aquellos pocos escritos de María, que se han librado del fuego al que los condenó su humildad, son obras de piedad, de moral y de crítica, habiendo entre ellos muchas buenas traducciones, máximas para la buena vida religiosa, algunos puntos académicos tratados con suma delicadeza. Todo esto con sus cartas componen una buena coleccion que agradaria mucho á los hombres instruidos, pues que se encuentran entre estos escritos obras maestras, que podrian servir de modelo en algunas materias, y esto bastaria para justificar cuanto se ha dicho de esta mujer célebre, de cuyas virtudes y talentos, como dijo en su elogio el abad Anselmo, hubiera podido formarse uno de los más grandes hombres de su siglo. Murió María Magdalena en su abadía de Fontevraud el dia 15 de Agosto del año 1704, á los cincuenta y nueve años de edad, con sentimiento general de toda la Orden y de cuantos tuvieron la fortuna de conocer su saber y virtudes.—C.

ROCHECHOUART (Simon de). Este Arzobispo de Burdeos en el siglo XIII fué hijo de Aimeri VIII, vizconde de Rochechouart, y de Margarita de Limoges, habiendo sido confundido por algunos autores con su tio Simon de Rochechouart, señor de Aveilles, hijo de Aimeri VII. Fué dean de Bourges y canónigo de la iglesia de Limoges, de donde fué elegido obispo por una parte de los canónigos en 1272. Habian elegido los demás canónigos á Clemente de S. Hilario, uno de sus compañeros, y despues de la muerte de este, ocurrida en 1274, fué Simon Rochechouart elevado á la silla arzobispal de Burdeos, que gobernó con mucho acierto. Murió este prelado el dia 29 de Octubre de 1279, y segun Lopez, en su *Historia de los arzobispos de Burdeos*, fué enterrado en su iglesia metropolitana.—C.

ROCHEFORT (Garnier de), obispo de Langres. Era monje de la abadía de Longué, *Longi vadi*, cuando fué nombrado abad de Auveribe en 1180. Lo era aún en 1185, cuando reconcilió á los clérigos de la capilla ducal de

Dijon, con el abad y la comunidad de S. Esteban, de la misma ciudad. Elegido abad de Claraval en 1186, adquirió gran crédito entre los cistercienses. Al año siguiente los caballeros de Calatrava, que desde algun tiempo ántes se habian separado de la órden del Cister, enviaron al capítulo general de esta religion á su gran maestre Nuño Perez de Quiñones, y prometieron volver á su seno: Garnier queria que dependiesen inmediatamente de la abadía de Morimond; el abad del Císter y el capítulo arreglaron esta asociacion. La importancia del abad de Claraval consta por una carta que le dirigió desde Joppe ó Jaffa, con fecha de 1.° de Octubre de 1192, el rey de Inglaterra Ricardo, para informarle de la victoria que acababa de obtener en 7 de Setiembre sobre Saladino; y puede deducirse de esta carta que Garnier habia contribuido con sus predicaciones á la empresa de la cruzada de 1189. El príncipe inglés dice que no puede permanecer en Siria más que hasta la Pascua de 1190, y que el duque de Borgoña, el conde de Champaña y los demás cruzados no podrian tampoco subsistir si no eran socorridos: «Suplico por lo tanto de rodillas á vuestra santidad, añade el Rey, que exhorteis á todos los príncipes, nobles y pueblos á venir ántes de Pascua á defender la herencia del Señor, lo mismo que nos animasteis á nosotros.» Ningun otro documento de aquella época atribuye á Garnier una influencia tan grande en aquellos acontecimientos. Refiriéndose Manrique al catálogo de los abades de Claraval, supone que Garnier gobernó nueve años aquel monasterio, y que en su consecuencia no llegó á ser obispo de Langres hasta 1193; pero además de que la crónica de Claraval indica el año 1192, hay otras episcopales de Garnier, de las fechas de 1193, 1194, 1195 y 1196. En su época los canónigos de Langres no estaban obligados á la residencia, pero se procuró obligarlos á ella por medio de un reglamento que confirmó Celestino III, y que habian redactado los jueces designados por él, los abades de Longue y de Claraval y el obispo de Frascati. Estableciase en ellos que para gozar de los frutos de una prebenda, habria que hacer todos los años una residencia, ó contínua ó interrumpida, de siete semanas, y asistir durante este tiempo todos los dias á uno de los oficios principales, á saber: á maitines, á misa mayor ó á vísperas. Llamábase esto la rigurosa; no equivalia sin embargo más que á una débil parte de las obligaciones que habia contraido un canónigo. Habia, sin embargo, excepciones para los estudiantes, para los que acompañaban al obispo ó al dean, ó se dirigian á la Santa Sede. Tres cartas de Inocencio III nos refieren que no fué feliz la conclusion del episcopado de Garnier. La primera lleva la fecha de 16 de Mayo de 1198, y se halla dirigida á nuestro obispo. Sus canónigos le habian citado delante del arzobispo de Lyon, acusándole de dilapidacion é incapacidad; habia apelado al Papa para que los citase en union suya para el próximo san

Miguel. Garnier recibe la órden de comparecer en persona para responder á las acusaciones y para exponer las quejas que pueda tener contra los canónigos. Entre tanto se le prohibe expresamente disipar los bienes de la Iglesia so pretexto de esta discordia. La segunda epístola se le dirige tambien con la fecha de 22 de Diciembre. Dedúcese de ella que continuaban las delaciones contra el obispo de Langres por los eclesiásticos y los fieles de su diócesis, por haber malgastado ó perdido los muebles ó inmuebles de su iglesia, de manera que de ilustre y opulenta se convertia en objeto de desprecio y de la compasion de sus vecinos. Los canónigos se presentaron en Roma el dia designado por el Soberano Pontífice. Garnier no compareció. Aunque despues de largas dilaciones se presentaron dos personas de parte suya, que carecian sin embargo de poderes, á pesar de lo cual les dió el Papa audiencia, pues sabia por cartas que Garnier se habia cruzado en el capítulo del Cister, y prometido hacer en persona el viaje á Tierra Santa; partido que tomaban por lo general los que tenian malos negocios en Europa. Garnier no partió todavía, pero presentó una apelacion en toda forma. Por consideraciones á él, Inocencio III habia diferido la sentencia hasta la víspera de Navidad, con gran disgusto de los canónigos, á quienes impacientaban y arruinaban estos retardos. El Papa, despues de referir estos hechos, declara al obispo de Langres que no quiere causarle el menor disgusto, pero que, sin embargo, no puede dispensarse de suspenderle de toda administracion temporal y espiritual, tanto porque es contumaz, como porque está probado que en efecto ha desempeñado muy mal sus deberes episcopales. Le manda terminantemente observar la suspension, y le advierte asimismo que para terminar este asunto lo más pronto y lo más canónicamente posible, está encargado el obispo de París de juzgarle y de decidir sin apelacion, á ménos que el acusado no prefiera ceder su silla, que seria lo mejor para su reposo y salvacion. Si no hace dimision, le ordena Inocencio presentarse delante del obispo de París á cualquiera citacion, y responder al efecto á las quejas del dean de Langres, encargado de la defensa de la Iglesia. Pero ante todo ordena el Papa que Garnier nombre un administrador capaz de gobernar provisionalmente la diócesis. La tercera carta pontificia es la comision dada en la misma fecha al obispo y al chantre de París. Se les prescribe, si el obispo de Langres prueba su inocencia, levantar la suspension pronunciada contra él, y absolverle sin apelacion de todo género de acusaciones. Son tambien encargados de juzgar igualmente sin apelacion muchas diferencias particulares entre el obispo y el arcediano de Langres por una parte, y el dean y muchos canónigos de otra, pues parece que habia en esta Iglesia muchas disensiones más ó ménos graves: acusábanse recíprocamente de depredacion, de incapacidad y de insuficien-

cia, y en todos los espíritus reinaban los resentimientos. Ya hubiese Garnier abdicado conforme á los consejos del Papa, ya hubiese sido condenado por sus jueces, no se le encuentra al frente de la iglesia de Langres en 1201, siendo reemplazado por el dean Hilduino, el mismo que le habia perseguido tan viva y tan constantemente desde el tiempo de Celestino III. Elegido en 1200, Hilduino fué consagrado el 4 de Junio del año siguiente. Manrique ha empleado los mayores esfuerzos para arreglar esta historia de manera que redundase en la menor desventaja posible del cisterciense Garnier. Segun este historiador, las disipaciones del obispo de Langres no habian sido más que profusiones de beneficencia y caridad. Perseguido injustamente, prefirió cruzarse á sufrir sentencia ninguna. Se hallaba en Siria cuando fué juzgado; se le absolvió ausente, tan buena era su causa. De regreso de Oriente, volvió á su iglesia, en la que fué acogido con transportes de alegría por las bendiciones de todo su pueblo, y en particular por los pobres. Hizo grandes donaciones al monasterio de Val-des-Choux, como se ve en el cartulario de esta casa, en que es calificado de obispo y duque. Tomó, sin embargo, la resolucion de abandonar su obispado y de retirarse á Claraval. Inocencio III escribia que habia recibido su resolucion enteramente voluntaria, y que le habia concedido para su sustento algunas tierras de la iglesia de Langres. Esta concesion fué hecha, sin embargo, á condicion de que Garnier se abstendria de infeudar nada, de enajenar nada, de distraer nada de una manera cualquiera, sopena de nulidad de todo acto contrario á éste. Manrique toma estas noticias de una carta del Papa al capítulo de Langres, fechada en la víspera de los *idus* de Mayo del año tercero de su pontificado, es decir, el 14 de Mayo de 1201. Esta carta no se halla en las colecciones publicadas. De todos modos es cierto que Garnier murió en Claraval, y su corto epitafio, que vamos á transcribir, no cita el año: *Hic jacet dominus Garnerius, primo Albæ Ripæ, deinde hujus monasterii nonus abbas, postea Lingonensis episcopus.* Como no se le menciona despues de 1201, se puede suponer murió en 1202. El P. Tissier ha publicado cuarenta sermones de Garnier sobre diferentes fiestas en el volúmen tercero de la biblioteca de los Padres del Cister. Cada uno de estos discursos se halla precedido de un texto sagrado, que por lo comun no tiene relacion alguna con su asunto, y no es desarrollado más que en un sentido alegórico. El orador olvida bien pronto su texto, y se pierde en un oscuro dédalo de alegorías. No se deduce, pues, cuál es su objeto, su designio, lo que pretende deducir; nada de lo que dice se asemeja á un razonamiento; no establece casi ningun vínculo entre sus ideas, pero sus alusiones no solo son incoherentes, en su mayor parte son falsas en sí mismas y sofísticas. Compréndase bien que quiere imitar las Morales del papa S. Gregorio sobre el libro de Job; pero

no sabe ni áun copiar este modelo, en que descubre Fenelon, á pesar del mal gusto que en él domina, rasgos llenos de fuerza y de dignidad. Los sermones de Garnier no merecerian seguramente imprimirse, á ménos que no se quisiese dar un ejemplo más de la extremada degradacion del género oratorio á últimos del siglo XII. Sin embargo, no dejan de manifestar conocimientos teológicos bastante extensos y exactos. Como tratan mucho más del dogma que de la moral, dan al autor ocasion de hacer uso de la instruccion que habia tomado de los libros de los santos doctores. Cita á veces tambien, áunque no muy á propósito, algunos escritores profanos, en particular poetas, que era otro de los escollos de los predicadores de aquella edad. Habla de las siete artes liberales tan impertinentemente como se hacia entónces, pero no deja de subordinarlas á la teología. Cuando traza los grandes misterios del cristianismo, lo que solo hace incidentalmente, su lenguaje, si no elocuente, es al ménos siempre órtodoxo. Todo lo que dice de la Trinidad, de la caida del hombre, de la Encarnacion, de la gracia, del temor, de la diferencia que existe entre las dos alianzas, es digno de un hábil teólogo. Se expresa sobre la Eucaristía con entera exactitud, emplea el término de la transustanciacion, y trata de dogmatizadores á los que no creen que Jesucristo se halla todo entero en cada especie de pan y vino. Hay además ciertas nociones particulares que se deben á este sermonario, porque no eran muy comunes; son las que hay de la historia de Sabelio, de Arrio, de Manes, de Valentin y de otros muchos herejes de los siglos primeros: dice en lo que se separaban de la fe católica. Por otra parte, rechaza tambien algunas opiniones nuevas, que comenzaban á acreditarse y que pasaban por piadosas. Sostiene que Asterius y Hermes, filósofos ambos del rey de Persia, han hablado de María y celebrado sus virtudes, ya porque con su ciencia ó su literatura haya podido llegar á este punto, ya porque les inspirase un espíritu profético. Garnier cita con este motivo largos fragmentos de este Asterius y de este Hermes, y de un poeta á quien llama Albumazar, pasajes singulares y raros, pero en los que se descubre, á pesar de su oscuridad, ideas y expresiones tomadas de la Biblia, lo que puede parecer una señal de su suposicion. El predicador se detiene en estos pretendidos testimonios, los explica y busca y encuentra en ellos alegorías. En este lugar carecen de límites sus errores y su equivocacion. En otra parte nos refiere cuáles fueron las palabras que escribió Jesucristo en el suelo cuando los doctores de la ley y los fariseos le llevaron la mujer adúltera; fueron estas: *Terra, terra, judica hos viros abdicatos.* No dice de donde toma estas palabras, pero las resuelve en todos sentidos y saca de ellas todas las alusiones que le place. Sin duda es á S. Pedro Crisólogo, á quien pretende citar bajo el nombre de Pedro de Rávena, suponiendo ha dicho en sus decre-

tos, que segun las leyes humanas, todas las cuestiones se borran por la prescripcion de treinta años. Aún puede recogerse en sus sermones un pequeño número de detalles sobre las costumbres de la época, como por ejemplo lo que se dice de la enseñanza de la gramática de Prisciano en las escuelas, de la consagracion de los óleos en las iglesias, y del culto que se obstinaban en dar el 1.° de Mayo á la diosa Maya, que humedecia y fecundaba la tierra. No existen todos los sermones de Garnier, pues remite á los en que ha explicado los siete salmos penitenciales, y que nunca han visto la luz pública. Parece que siendo abad de Auberibe y de Claraval de 1180 á 1192, dirigia diariamente una instruccion á los religiosos. En Claraval se conservaba otra produccion de Garnier de Rochefort, que era un glosario ó diccionario latino, conocido únicamente por su título, que el P. Martenne ha copiado de esta manera: *Vetus glossarium quod compilavit Garnerius quondam Lingonensis episcopus*. Quizá fué despues de su abdicacion cuando redactó este libro y algunos otros indicados por Alberico des Trois-Fontaines. Este cronista coloca en el año 1200 la dimision del obispo de Langres, y añade que el Papa le permitió dar órdenes y consagrar iglesias; que en sus ratos de ocio se puso á compilar libros nuevos, á componer nuevos tratados, á pesar de los sermones bastantes sutiles, *satis subtiles*, de que era autor. En algunas actas de Garnier su nombre está escrito *Warnerius*—S. B.

ROCHEFFORT ó ROQUEFORT (Pedro). Este prelado de Carcasona descendia de una de las casas antiguas de este nombre, establecidas en Langüedoc desde los tiempos más ántiguos de la monarquia. Gil de Auclin, arzobispo Narbona, que debia consagrarle, se hallaba fuera de su provincia ocupado en negocios del mayor interés para el rey de Francia y para su iglesia. En una carta fechada en Roma el año 1300, pidió á sus sufragáneos consintiesen consagrase al nuevo prelado en su paso por Lyon ó por Bourges, despues de obtener el beneplácito del metropolitano. Respondiendo favorablemente los obispos, Pedro Roquefort, que entónces era arcediano de Carcasona, recibió el carácter episcopal en Lyon en el mes de Noviembre del mismo año. En el mes de Marzo de 1302 celebró en las exequias del conde de Foix, que murió en Tarascon. Asistió con seis de sus compañeros al concilio, que celebró el papa Bonifacio VIII el 2 de Octubre de 1302, en el que se reunieron treinta prelados franceses, que prefirieron contravenir al edicto de Felipe *el Hermoso*, que desobedecer al Papa. Aseguran algunos historiadores que estos mismos prelados suscribieron en el mismo concilio poco despues la bula *Unam Sanctam*; pero el autor de la *Vida del emperador Enrique VII*, que vivia en este tiempo, nada dice de este hecho. En cuanto terminó el concilio, dejó Rocheffort á Roma y se volvió á su diócesis, en la que reunió en 1303 un sínodo, en el que dió una ordenanza prescribiendo á los curas y

á sus vicarios el dar, no con la mano á la mano el agua bendita á los señores jueces, á sus mujeres y á sus hijos, sino solo por aspersion. Semejante órden alarmó á la nobleza, codiciosa siempre de semejantes privilegios, que poseia este derecho desde Carlomagno, derecho que la habia sido concedido en consideracion, segun alegaba, de que concedia á la Iglesia los diezmos de que entónces gozaba con justo título, y por lo que desde dicho tiempo los señoñores justicieros habian sido considerados como los fundadores y bienhechores de las iglesias. Inútiles fueron para el Obispo estos alegatos, y viendo la nobleza su obstinacion, apeló de su ordenanza al Rey. Poco afecto este soberano á Roquefort, al que se acusaba haber favorecido á Bonifacio VIII, reuniendo los estados de la provincia de Tolosa, acogió las reclamaciones de la nobleza, confirmó sus privilegios, y revocó ó anuló la ordenanza del Obispo. Este prelado se encontró en el concilio de Viena, en el Delfinado, en el que se decretó la abolicion de la órden de los caballeros Templarios, y tomando su defensa con calor, se opuso con todo su poder á las medidas rigorosas que se emplearon contra ellos; pero á pesar de su energía, no pudo conseguir balancear la voluntad del Rey y la complacencia del Soberano Pontífice. Fundó é hizo construir Roquefort en 1315 la iglesia y monasterio de Beaulieu en la selva de Levautiere, que entregó á los PP. del seráfico Francisco de Asís; pero descontento á poco de la conducta de los religiosos, trató de echarles del monasterio; ordenó que le desocupasen, y puso en su lugar trece sacerdotes seculares; pero esta órden no llegó á tener cumplimiento despues de la muerte del prelado. Decoró muy bien su iglesia catedral, é hizo en ella importantes mejoras. Nombrado Bertrando abad de San Hilario, en la diócesis de Carcasona, uno de los comisarios para el restablecimiento del Parlamento de Tolosa, fué excomulgado por Pedro de Roquefort, su obispo. Felipe, conde de Valois, duque de Anjou y regente de Francia, habia restablecido este parlamento, que sin contar con los obispos de la provincia, habia durante seis semanas funcionado. Los prelados, que se creian con derecho á formar parte del Parlamento, se quejaron al Regente de su exclusion, pidiendo por reparacion de la injuria que se les habia hecho se anulase cuanto esta asamblea habia decretado sin su participacion. Se reunió el Parlamento para verificar los títulos que les dirigió el Regente con este motivo, y Bertrando se opuso con vigor á las pretensiones de los obispos, pronunciándose con calor contra estos; y Pedro de Roquefort, que no pudo sufrir este ultraje, se vengó lanzándole la excomunion. El 8 de Diciembre de 1219 el tribunal de la Inquisicion de Carcasona, presidido por su Obispo y acompañado de otros muchos prelados, juzgó solemnemente al hermano Bernardo Delicieux, de la órden de frailes Menores de S. Francisco, natural de Montpeller, acusado de haber envenenado con una torta al

papa Benedicto XI, predecesor de Clemente V. No habiendo podido ser probado el crímen, pero siendo muy fuertes las presunciones, si bien Delicieux no fué condenado á muerte, se le degradó y encerró en una torre situada entre la ciudad de Carcasona y la ribera del Aude, en la que pasó el resto de su vida sin otro alimento que pan y agua. Desplegó Pedro de Roquefort gran carácter en cuantas desagradables circunstancias se encontró, y á sus raros talentos unia una humillacion servil al Sumo Pontífice, olvidando por servir á este, dice su biógrafo Tabaraud, lo que debia á su soberano y á la Iglesia galicana, tan celosa siempre por sus libertades. Murió este prelado en Carcasona el dia 31 de Marzo de 1322, y fué enterrado en su iglesia catedral, á la que habia hecho muchos beneficios.—B. C.

ROCHEFOUCAUD (Alejandro de la). Este prior de S. Martin fué hermano del conde de Raudan, que murió en la batalla de Isoire, y de Francisco, obispo de Clermont, que fué despues cardenal. Tomó parte en el asunto de la pretendida poseida Marta Brossier, á la que acogió con su padre, llevándoselos á Auvernia y despues á Aviñon, por lo que el Parlamento de París tuvo que retenerle las rentas de su beneficio. El Abad fué á Roma con la poseida, creyendo hallar más credulidad en aquella ciudad, segun dice Mezerai; pero no fué así. Sospechando que el obispo de Clermont hubiese inspirado á su hermano sobre este particular, se le condenó á la pérdida de sus rentas eclesiásticas. Advertido Enrique IV del designio de ir á Roma, que habia formado el Abad y la poseida Marta, dió órden á Mr. Silleri, su embajador, y al cardenal de Ossat previniesen al Papa ántes de que aquellas empezasen á jugar su papel. Cumplieron estos su cometido, y así es que cuando el Abad llegó á Roma, se encontró ya cerrados todos los caminos, y abandonado de todos aquellos con que contaba para hacer prodigios con su creida endemoniada. Viendo frustrados sus planes el abad de S. Martin, recurrió en súplica á Enrique IV por él y por su hermano; pero poco despues cayó enfermo de pena de verse despreciado y murió. Marta y su padre fueron á parar á un hospicio, segun Mezerai en su *Compendio cronológico del año 1599*.—A. C.

ROCHEFOUCAULD (Domingo de la). Este príncipe de la Iglesia católica y arzobispo de Ruan nació en 1713 en San Elpis, diócesis de Meude. Fué de familia pobre é ignorada, que descubrió monseñor de Choiseul, obispo de Meude, cuando hacia la visita de su diócesis. Instruyó el prelado de este descubrimiento al arzobispo de Bourges, Mons. Federico Gerónimo de la Rochefoucauld, y este arzobispo se hizo un deber en sacar de la oscuridad á una porcion de individuos de su familia, y llamando á su lado al jóven Domingo, se encargó de dirigir sus estudios. Empezó por mandarle al seminario de San Sulpicio, y no tardó en nombrarle su vicario mayor. Desempeñó

muchos años el jóven Rochefoucauld estas funciones, y en 1747 fué nombrado arzobispo de Albi, para cuya silla fué consagrado el 29 de Junio por su pariente el obispo de Meude, al que debia su elevacion. Miembro de la Asamblea del Clero en 1750 y 1755, sostuvo en la primera los privilegios de su cuerpo, y se unió en la segunda con el cardenal su tio y con los demás obispos que adoptaron medidas de conciliacion en las cuestiones que se agitaban á la sazon en la iglesia de Francia. Se le dió la rica abadía de Cluni en 1757, y dos años despues fué trasladado á la silla de Ruan. La justicia y el desinterés que manifestó con motivo de un litigio con los vecinos de su castillo de Gaillon, su bondad, su dulzura, sus sencillas y amables maneras, le granjearon en Ruan y en Albi el aprecio general. Este prelado fué el primero que se adhirió á los actos de la Asamblea del Clero de 1765. El 1.° de Junio de 1778 fué declarado cardenal por presentacion dél Rey, y en tal calidad presidió las asambleas del clero en los años 1780 y 1782. Bajo sus auspicios se publicó en Ruan una coleccion de tratados de teología, dirigidos por los Sres. Baston y Jubache. Hacia de sus rentas un uso loable y todo parecia prometerle una feliz vejez, cuando estalló la revolucion. Nombrado este cardenal diputado á los estados generales, presidió la cámara del clero y votó con la mayor parte de los de su clase la separacion de las tres órdenes, y solo se unió á la tercera á invitacion expresa del Rey, y poniendo sobre la mesa una protesta en defensa de los derechos de los de su clase. Despues tuvo parte en todas las medidas que se adoptaron por el clero, y presidió las reuniones, que dieron por resultado la exposicion de los príncipes. Sorprendiéndosele un dia una carta en la que se declaraba contra las innovaciones, fué denunciado en plena asamblea, y sin intimidarse con la vocería que contra él produjo esta denuncia, se levantó y dijo con la mayor calma y sangre fria: «Sí, señores, yo he escrito la carta que se os denuncia, y he debido escribirla porque contiene mis verdaderos sentimientos.» Al acabar estas palabras se levantó contra él una terrible tempestad; pero á pesar de todo no se tomó contra él ninguna medida violenta. Rehusando este prelado prestar el juramento impuesto por una ley revolucionaria al clero, se trató de nombrarle un sucesor segun las nuevas costumbres, y el 23 de Enero de 1791 escribió á los electores representándoles la irregularidad de su operacion, publicando el dia 20 de Febrero siguiente una instruccion pastoral contra la constitucion civil del clero. El temor no le impidió jamás presentarse en la Asamblea en las más difíciles circunstancias, y la pérdida de sus rentas no alteró su constante serenidad. Se resignó á las privaciones, poniendo la mayor economía en los gastos de su casa. No pudiéndose resolver á abandonar su querida patria, no salió de ella hasta el 10 de Agosto de 1792, en que se embarcó para Bolonia, desde donde pasó á los Países-

Bajos, viviendo sucesivamente en Maestrich, Bruselas y Munster. Llegó á esta ciudad, que fué el término de su destierro, en Julio de 1794. Franceses y extranjeros admiraron su valor y resignacion, y el pobre prelado partia con los desgraciados áun lo poco de que podia disponer, diciendo rehusó las ofertas del papa Pio VI y de su familia. Murió en Munster el dia 23 de Setiembre del año 1800, á los ochenta y nueve años de su edad. El capítulo de Munster le hizo sepultar en una capilla de la catedral, y su oracion fúnebre fué pronunciada por el abate Jarri, discurso que segun su biógrafo Picot, fué impreso en 4.° en Amberes, en el cual con mucho talento se dan á conocer las virtudes del prelado, terminándose con un honroso epitafio á su buena memoria.—A. C.

ROCHEFOUCAULD (Federico Gerónimo de Roye de la), cardenal del título de Sta. Inés, príncipe del Sacro Romano Imperio, nació el dia 16 de Junio de 1701, siendo vástago de la ilustre y noble casa de este nombre. Su padre fué Francisco II de la Rochefoucauld, teniente general comandante de la gendarmería francesa y gobernador de Bayaume. Destinado desde su más tierna edad al estado eclesiástico, hizo con brillantez los estudios que se exigen á esta vocacion, y aún jóven obtuvo la abadía de S. Roman de Blaie en 1117, la de Bonport en 1722, los prioratos de Bonville y de Bonnes-Nouvelles, y el vicariato general del arzobispado de Ruan. Nombrado arzobispo de Bourges por dimision del cardenal de Gevres en 1729, fué elegido coadjutor de Cluni, y el 29 de Setiembre de 1738 lo fué titular de esta abadía, y por último, jefe de la Orden el 16 de Abril de 1747, por muerte del cardenal de Auvernia. Su mucho mérito, unido á su alto nacimiento, debia conducirle á las principales dignidades de la Iglesia. Benedicto XIV le creó cardenal en su promocion de 23 de Julio de este último año, y al siguiente le mandó de embajador á Roma en donde recibió el capelo. Notable este prelado por su rectitud, por su ilustracion, su destreza y especialmente por su carácter conciliador, salió con feliz éxito en cuantos asuntos se le confiaron, quedando Luis XV muy satisfecho de sus importantes servicios. Hallábase agitada la iglesia de Francia por las cuestiones del jansenismo, y este príncipe deseaba restablecer la paz que habian turbado estas disensiones, y conociendo que si habia de ser un prelado el que fuese capaz de lograr sus deseos, ninguno más á propósito por sus conocimientos y carácter que el cardenal Rochefoucauld, le eligió para presidir la Asamblea del Clero de 1750, confiándole la cartera de beneficios en 1755 despues de la muerte del obispo de Mirepoix, Mons Boyer. Encargóle de nuevo presidir la Asamblea del Clero que debia verificarse este año, en la que debia buscarse el medio de hacer cumplir la bula *Unigenitus* y otros breves relativos á ella sin levantar los ánimos y previniendo nuevas excisiones. Si bien no hubo discordan-

cia en cuanto á los principios, se dividieron los ánimos por lo respectivo á la aplicacion, y el Cardenal tomando el partido que mejor le pareció, no salió completamente airoso. Diez obispos fueron de la opinion del Cardenal, y otros seis, y nueve diputados, de la contraria, y acabada la Asamblea fué nombrado el cardenal abad de S. Vaudrille, y poco despues limosnero mayor de Francia, dignidades que disfrutó poco, pues que murió el 29 de Abril de 1757, y fué enterrado en el coro de la iglesia de S. Sulpicio. Segun su biógrafo Mr. Lecuy, este Cardenal hizo en favor de los pobres tan buen uso de sus rentas que fué muy llorado de ellos. —C.

ROCHEFOUCAULD (Francisco de la), cardenal de la santa Iglesia católica y obispo de Senlis, nació en Paris el dia 8 de Diciembre de 1558 de la ilustre familia de este nombre. Fué hijo de Cárlos de la Rochefoucauld, conde de Randau y de Fulvia Pic, de la familia de los príncipes de la Mirandula. Solo contaba cuatro años cuando murió su padre á consecuencia de una herida que recibió en el sitio de Ruan, y confiado al cuidado de su tio Juan de la Rochefoucauld, abad de Marmontier y capellan mayor de la real capilla, fué puesto para que hiciese sus estudios bajo la vigilancia de un excelente preceptor en el colegio de Clermont, que estaba á cargo de los jesuitas. En el Colegio de estos Padres estudió las humanidades, la filosofía y la teología con mucho éxito, y se aficionó de tal modo á ellos, que los llegó á tener no solo respeto sino hasta veneracion. Luego que cumplió quince años, el cardenal de Guisa resignó en él la rica abadía de Tournes, é hizo en tan corta edad tan buen uso de sus rentas, que fué un feliz presagio para lo porvenir. Despues de haber señalado una muy módica parte de la renta para su manutencion, destinó todo lo demás para la restauracion de su iglesia y para socorrer á los pobres. Reemplazó á su tio en la plaza de la capilla real. Luego que terminó sus estudios, quiso conocer á Roma y á la Italia, y este viaje no fué inútil para las letras, pues buscando á los sabios y visitando las bibliotecas y las librerías públicas, compró una porcion de obras griegas y latinas selectas, y llevó á Francia una rica coleccion. A su vuelta, á pesar de no contar más que veinticinco años, fué nombrado obispo de Clermont por el rey Enrique III, y tomó posesion de su silla el dia 7 de setiembre de 1585. Las nuevas doctrinas habian hecho un grande estrago en la creencia de los fieles de su diócesis, y su primer cuidado fué atraer á su redil á las incautas ovejas, que se habian separado de él, siendo fruto de su celo multitud de conversiones. Hallábase entónces la Francia entregada á los furores de la liga, y áun cuando el obispo de Clermont parecia no tomar parte alguna en estas revueltas, no reconoció á Enrique IV á su advenimiento al trono, y no le prestó sumision hasta que este príncipe no abjuró el protestantismo. Léjos de haberse herido la susceptibilidad de

Enrique IV por esta accion, concibió, por el contrario, lo mucho que podia valerle un hombre de tanto mérito y de tan firme carácter, y previniendo los servicios que de él esperaba con sus favores, le nombró comendador de la órden de Santo Espíritu, y en seguida pidió para él el capelo cardenalicio, que concedió á este prelado el papa Paulo V en la promocion de 10 de Setiembre de 1607. En tiempo de la minoría de Luis XIII no se rindió ménos homenaje de justicia á las raras cualidades del cardenal de la Rochefoucauld, á fin de sacar mayor partido de su experiencia en los negocios y de la sabiduría de sus consejos, se le acercó á la corte; dejó el obispado de Clermont y pasó á la silla del de Senlis, para el que fué nombrado. Poco despues fué elegido para ir de embajador á Roma, en cuya ciudad y destino estuvo cuatro años. Volviendo á Francia en 1613, asistió el 2 de Octubre de 1614 á la solemne ceremonia en que el Rey declaró su mayoría, y el 27 del mismo mes á los Estados generales reunidos en París. En esta asamblea propuso y apoyó con todas sus fuerzas la recepcion de los decretos del concilio de Trento, pero siempre con la reserva de las libertades de la iglesia galicana y de las inmunidades del reino, y la oposicion del tercer estado fué causa de que no se admitiese su proposicion; pero ya que no pudo vencer por entónces, logró que se recibiesen estos decretos en 1615 en una asamblea del clero, que presidió. Muerto en 1618 el cardenal Du Perron, le sucedió nuestro Cardenal en el cargo de limosnero mayor de Francia. En 1619 fué nombrado abad de Sta. Genoveva, por muerte de Brichantecow obispo de Laon, que poseia este beneficio. Llamado á la presidencia del Consejo de estado en 1622, hizo dos años despues dimision de esta plaza y del obispado de Senlis, á fin de consagrarse enteramente á la reforma de las órdenes religiosas, comision que le habian conferido el papa Gregorio XV y el rey Luis XIII. Débese á este Cardenal el establecimiento de la congregacion de Sta. Genoveva, llamada *Congregacion de Francia*. Con este motivo dimitió tambien su abadía con licencia del Rey, que consintió que este título viniese á ser regular, y fué trienal para investir con él al superior general de la nueva congregacion. Siendo subdecano del Sacro Colegio Romano, murió el cardenal Francisco de la Rochefoucauld el dia 14 de Febrero de 1645 en Sta. Genoveva, á la edad de ochenta y siete años. Habia dejado mandado que sus funerales se celebrasen como si solo fuese un simple canónigo regular; fué enterrado en la iglesia de Sta. Genoveva, y su corazon se llevó á la iglesia del colegio de Jesuitas en que recibió su educacion. Dice su biógrafo Lecuy, que desde su primera juventud estaba imbuido este Cardenal de los principios ultramontanos, que fueron los de sus primeros maestros, y de los cuales se habia hecho partidario, que tomó parte con el cardenal Duperron en cuanto se hizo contra Richer, víctima de su celo ardiente en defender la

doctrina contraria á la de Belarmino sobre el poder del Papa. Trabajó tambien y consiguió anular los decretos del concilio de Basilea, que limitaban las prerogativas pontificias. La conformidad de opiniones y su afecto á los Jesuitas le habian íntimamente unido al cardenal Belarmino durante su permanencia en Roma, y debe advertirse que en esta época muchos prelados participaban de la misma opinion, á pesar de que no habian dejado de contribuír á propagar las turbaciones de la Liga, y que tambien habian penetrado en la Sorbona. Por lo demás no pueden negarse al cardenal de la Rochefoucauld grandes y raras cualidades, una conducta verdaderamente episcopal, eminentes virtudes, un gran celo é importantes servicios hechos á la Iglesia y al estado. El P. la Moriniére, canónigo regular de Sta. Genoveva, escribió su vida, que se publicó en 4.° el año 1646, y el P. jesuita Ronviere escribió otra en latin, que se publicó en París en 1645, en 8.°, y en la *Biblioteca histórica de Francia* se da razon de nueve oraciones fúnebres que se le hicieron. —C.

ROCHEFOUCAULD Bayers, (Francisco José de la). Nació este prelado en Francia en 1735, sin que su biógrafo Hipólito de la Porte nos diga ni el dia ni el lugar. Como obispo de Beauvais y en esta cualidad par de Francia en 1772, fué diputado por el clero de la bailía de Clermont en el Beauvais, á los Estados generales que se reunieron en el año 1789, y como profesase en ellos los principios de la religion y de la monarquía, fué encerrado en el convento de los Carmelitas en el mes de Agosto de 1792. Su hermano Pedro Luis de la Rochefoucauld Bayers, que nació en 1744, fué agente del clero en 1775, obispo de Saintes en 1782 y abad de Vaulmiant. Nombrado diputado del clero del distrito de Saintes en 1789, fué uno de los que firmaron la protesta de 12 de Setiembre de 1791, y habiendo ido á visitar por pura amistad á su prision al obispo de Beauvais, sin que existiese contra él órden alguna de arresto, sufrió la misma suerte que su amigo. Cuando el asesinato del arzobispo de Arles Dulan, los dos prelados que acabamos de nombrar se encontraban con los demás sacerdotes encerrados en la iglesia de los Carmelitas, de rodillas y orando al pie del altar, separándoles solo una reja de los asesinos. Estos descargaron sus fusiles muchas veces sobre este piadoso grupo de ministros del Señor, y mataron á porcion de ellos; pero el obispo de Beauvais sobrevivió á este primer asesinato, y el de Senlis recibió un balazo que le rompió una pierna. La banda de los asesinos que hizo fuego en el Temple, se dispersó por el jardin para reunirse á los que habian empezado á matar á los demás sacerdotes que se hallaban en aquel vasto recinto, y por último los malvados se colocaron al pie de la escalera que bajaba al jardin, y allí iban asesinando una á una las víctimas que otros asesinos iban acorralando hácia aquel punto. Cuando fué llegado el turno al obis-

po de Beauvais, fueron á arrancarle del pie del altar de la iglesia en donde se hallaba arrodillado, y á la órden que se le intimó se levantó y marchó al martirio con la mayor tranquilidad. El obispo de Saintes fué uno de los últimos que se pidió; los gendarmes de guardia rodeaban el punto en donde se hallaba herido, y por esto causó algun trabajo encontrarle, pero á pesar de ser los que debian librarle en igual número á los asesinos, se le dejaron llevar. No pudiendo sostenerse á causa de tener rota una pierna, como hemos dicho, respondió á los verdugos que le mandaban les siguiese: «No rehuso ir á morir como los otros; pero tengo una pierna rota, por lo tanto os ruego me ayudeis á caminar, que yo iré voluntariamente al suplicio.» Entónces dos de aquellos bribones le tomaron por los brazos y le arrastraron hasta el pie de la escalera, en donde recibió el complemento de su martirio. La víspera de su muerte estos dos hermanos mandaron á decir á su agente de negocios que pagase inmediatamente cuantas deudas pudiesen tener. —C.

ROCHEFOUCAULD Bayer (María Carlota de la). Sin que podamos fijar la fecha de su nacimiento ni el lugar en que se verificó, diremos que perteneciente á la ilustre familia de este nombre en Francia, fué hermana de los obispos de Beauvais y de Saintes, Francisco José y Pedro Luis, mártires de la revolucion francesa como buenos católicos, que fueron asesinados en el convento de los Carmelitas de París el dia del asesinato del arzobispo de Arlés, Mr. Dulan, con otra multitud de sacerdotes allí encerrados, segun decimos en los artículos relativos á ambos prelados. Dedicada á la vida religiosa, que profesó siendo modelo de piedad, fué la última abadesa del monasterio de nuestra Señora de Soissons, puesto que ejerció hasta la revolucion desde 1778; y despues de haber llenado las mismas funciones en el monasterio de Paraclet durante diez años, murió en Soissons el dia 27 de Mayo de 1806, á la edad de setenta y cuatro años. Aprisionada como sus mártires hermanos en la época del reinado del terror, enferma y reducida á la indigencia, subsistiendo solo del miserable trabajo de algunas religiosas que instruian á las jóvenes que se las encomendaban, soportó todos sus trabajos con una paciencia angelical, siendo siempre un ejemplo de virtudes cristianas. Lloró cual mujer débil la desgracia de los obispos sus hermanos; pero daria gracias á Dios por haber concedido á su ilustre familia la gloria de contar dos mártires por la fe de Jesucristo, que la ensalzan más que todas sus grandezas anteriores. — B. C.

ROCHELLE (Juan de la), franciscano. Nació segun todas las probabilidades en la ciudad que le sirve de nombre, á principios del siglo XIII, puesto que en 1230 hacia ya muchos años que pertenecia á la órden de los Hermanos Menores, y áun habia adquirido una celebridad que no cesó de

aumentar y extenderse hasta 1271. En 1238, Alejandro de Hales, de quien habia sido uno de los mejores discípulos, le cedió su cátedra de teología, avisado por una vision divina, segun S. Antonino, de que Juan era el hombre que debia presentar la universidad de París. Distinguióse el mismo año el P. La Rochelle entre los adversarios de Felipe Greve, en la funesta disputa sobre la pluralidad de beneficios; Juan sostuvo la doctrina más severa. Fué en 1242 uno de los cuatro servidores ó intérpretes de la regla de S. Francisco, comision en que se le habia dado por colaborador á su maestro Alejandro de Hales. Juan continuó enseñando hasta 1253, época en que habiendo abdicado su cátedra, fué reemplazado por S. Buenaventura. Murió en París en 1271, segun Wadingo, y fué enterrado en su convento. Los biógrafos y los teólogos han hecho magníficos elogios durante largo tiempo de su saber y de sus talentos, cuyos frutos han quedado envueltos en las sombras de las bibliotecas de manuscritos. Ha dejado algunos comentarios sobre la Biblia y sobre los cuatro libros de las sentencias, sermones, sumas teológicas y tratados sobre el alma. Los libros sagrados que se propuso explicar son los de Salomon, Ezequiel y Daniel; los Evangelios de S. Mateo, S. Marcos y S. Lucas; las epístolas de S. Pablo y de los demás Apóstoles, y el Apocalipsis. Lelong, Oudino, Fabricio, Wadingo y Sbaraglia citan ejemplares manuscritos de estas glosas, conservados en las bibliotecas Imperial de Francia, de la Sorbona, de Oxford, de Pádua, de Bolonia y de Florencia. El comentario del Evangelio de S. Mateo comienza por estas palabras: *Similitudo vultús animalium;* Juan de la Rochelle es contado por Tritemio y por du Boulay en el número de los comentadores de Pedro Lombardo. Sus sermones sobre los domingos y fiestas del año existian en las bibliotecas de Reggio, de Claraval y de S. Benigno de Dijon. Se suponia tambien que existian sus sermones sobre los santos en S. Germán de los Prados; pero Oudino asegura que eran los de Juan Halgrin de Abbeville. No es fácil formarse una idea exacta de las obras de Juan de la Rochelle intituladas *Summa;* para averiguar si son otras tantas producciones distintas, seria necesario tener á la vista todos los manuscritos, y el resultado de este penoso exámen no seria de grande importancia. Sbaraglia indica una *Summa theologica*, depositada en las bibliotecas de Rodley, de Oxford y de Norvich; una *Summa de vitiis*, en los conventos de Asís y de Rávena; una *Summa de malo*, en Cambridge; una *Summa quæstionum diversarum*, en S. Víctor de París; una *Summa de animâ*, en los archivos de S. Pedro de Roma. Pero la *Summa theologica* y la *Summa de vitiis* comienzan ambas por estas palabras: *Cum Summa theologicæ disciplinæ divisa sit in duas partes, scilicet in fidem et mores;* y son sin duda el mismo libro, que podria muy bien pertenecer, como el tratado que le sigue, á Guillermo Perraud,

arzobispo de Lyon. Por otra parte, las *quæstiones diversas* de que se compone esta *Summa* tratan del alma y sus facultades, *de animâ et potentia ejus*, de manera que es permitido identificarla con la *Summa de animâ*, y áun con un tratado del alma que no tiene el título de *Summa* y de que hablaremos despues. Debemos ántes hacer la observacion de Fabricio, que indica además una *Summa articulorum fratris Joannis de Rupella*, manuscrito de la Biblioteca de la universidad de Turin, pero del que no tenia conocimiento Tritemio á últimos del siglo XV, y no menciona más que una sola Suma del franciscano de la Rochelle con el título *De Summa vitiorum et virtutum*. Este franciscano compuso seguramente uno ó muchos escritos sobre el alma; citados con los títulos no solo de *Summa de ânima*, *Summa quæstionum de animâ*, sino tambien de *Tractatus de animâ*, *opus de animâ*, además de un libro de *divisione gratiæ et linea justitiæ*, que comienza con estas palabras: *Quoniam post divisionem potentiarum animæ*. No siendo extraño que se confundan todas estas producciones en una sola, pero la una comienza con estas palabras: *Si ignoras te, o pulcherrima mulierum, egredere*, etc.; y la otra por estas: *Sicut dicit Joannes Damascenus, theologus, medicus et philosophus*, etc. Oudino creia reconocer dos obras distintas, dos métodos diferentes, dos escritores de diversas épocas. Lo que puede deducirse de todos estos detalles, es que Juan de la Rochelle comentó los libros del Antiguo y Nueve Testamento, explicó el Maestro de las Sentencias, compiló una Suma de Teología moral, y disertó sobre las facultades del alma, pero ninguna de estas composiciones ha conservado desde la renovacion de los buenos estudios el suficiente interés para obtener un editor y lectores. —S. B.

ROCHEMOUSON (Santiago), fundador de las monjas fulenses ó fulentinas, de la órden del Cister, que observan la regla del glorioso S. Bernardo. Fué Santiago religioso fulense, de una familia noble de Auvernia; y habia profesado en la abadía de la *Chaize-Dieu*. Su nacimiento, su mérito y gran capacidad le hicieron conocer al rey Cárlos IX de Francia, que quiso que ejerciese el cargo de vicario general en lo espiritual y temporal de Cárlos de Valois, su hijo natural, gran prior de Francia y abad de la Chaize-Dieu. Desempeñó Rochemouson estos empleos con inteligencia, y como se le ofreciese ir á la abadía de Feüillans, fué tanto lo que se conmovió al ver la austeridad de la vida de estos religiosos, que suplicó á su abad D. Juan de Barriere le admitiese en el número de sus discípulos, y se quedó con ellos. Recibióle el santo abad con alegría, y luego que profesó de esta reforma, fué á predicar á Sauveus. El señor de esta poblacion, que era Juan Grandemont, tenia por mujer á la virtuosa Ana de Polatron de la Hilliere, que frecuentemente vivia en su castillo de Sauveus, cerca de la pequeña ciudad de Muret, en donde la visitaba el abad Barriere siempre que

iba á predicar á Tolosa, para dirigirla piadosas pláticas, á las que concurrian muchas señoras amigas suyas, á pesar de estar más entregadas que ella al mundo. Muchas de estas señoras llegaron á convencerse tanto de la nada del mundo por las exhortaciones de Barriere, que resolvieron abandonarle, y empezaron á vivir con la austeridad que los religiosos fulenses, animadas por Ana, la que no pudiendo acompañarlas al claustro en que deseaba se consagrasen á Dios, las encomendó á su hermana Margarita de Palastron, viuda del señor de Margenstad, entregándola tambien una de sus más virtuosas y queridas hijas. Pretendió esta viuda vivir con sus amigas y sobrina bajo la obediencia del abad Barriere, practicando las observancias de los religiosos fulenses; pero áun cuando agradó mucho al abad semejante proposicion, lo que le movió á dar gracias á Dios que así disponia aquellas almas á su gloria, las fué dando largas para probar su vocacion, despues de haberlas hecho conocer bien el género de vida que pretendian. Habiendo mandado á Roma el abad Barriere dos religiosos pidiendo al papa Sixto V que aprobase su reforma, se les alojó en la ciudad eterna en una pequeña casa del Cister, llamada de S. Vito, en tanto que llegaban más religiosos pedidos por el Papa á Barriere, ántes de decidirse á conceder su peticion. Uno de estos dos religiosos era el P. Santiago Rochemouson, y habiendo reparado que todos los dias venian á orar á la iglesia siete ú ocho jóvenes vestidas de blanco con un velo del mismo color, colocado á la manera de las religiosas del Cister, preguntó Santiago lo que esto significaba, y le dijeron que estas jóvenes deseaban ser religiosas, pero que faltándolas el dinero necesario para entrar en religion, vivian en comunidad protegidas por S. Bernardo. Concibió Rochemouson el proyecto de socorrer á estas jóvenes para que consiguiesen su deseo, y no tardó en presentársele una ocasion favorable. El cardenal Rusticio, protector de la órden del Cister, hizo reconstruir la iglesia de Sta. Susana, que era su título, sin otro designio que satisfacer la obligacion que su piedad le habia inspirado. D. Santiago, que visitaba frecuentemente á este prelado como protector de la Orden, le persuadió uniese á esta iglesia un monasterio de vírgenes, á cuyo fin le habló de las que vivian en comunidad bajo la proteccion de S. Bernardo, que por falta de dinero no podian entrar religiosas. Muy gozoso el Cardenal de que se le proporcionase esta ocasion de señalar su piedad y su caridad, escuchó las proposiciones que se le hicieron por el P. Rochemouson, é hizo construir un monasterio en el que colocó á aquellas santas mujeres, dándolas por superiora á una religiosa sacada del monasterio de Sta. Cecilia, poniéndolas bajo la obediencia de los fulenses que las hicieron abrazar la estrecha órden del Cister. Bien pudiera darse el nombre de primeras monjas fulenses á las de Sta. Susana de Roma; pero este honor estaba reservado á las de Sauveus.

á las que habia ido entreteniendo el abad Barriere hasta 1586, en que recibiéndose la bula de Sixto V, erigiendo la primera congregacion de frailes y monjas fulenses, les permitió construir monasterios de uno y otro sexo, y determinando el P. Barriere poner á las religiosas en Montesquion de Volvestre, diócesis de Rieux, encomendó la ejecucion á un religioso por haber sido llamado á Paris por el rey Enrique III. Reunidas las nuevas religiosas en Feuillans, salieron de allí el 23 de Mayo de 1588, conducidas por su superior Francisco Rabandi, en número de quince; se dirigieron á Rieux á recibir la bendicion del obispo Juan de Bourg, y pasaron despues á Montesquion, en donde este prelado las puso el velo de la religion el 19 de Junio del mismo año, haciendo todas sus votos solemnes al siguiente año, de manera que quedó fundada completamente la congregacion de las monjas fulenses, debida á las tareas y proteccion decidida del P. Santiago Rochemouson. El abad Barriere nombró superiora á la ya expresada señora Doña Margarita Palastron, viuda de Ana de Izalquier de Clermont de Dieupantale, señor de Magestad; la cual aceptó el cargo; pero quiso que recibiese primero el hábito su hija Jacquelina de Dieupantale, á causa de su virginidad; la nueva superiora contaba solo cincuenta y ocho años de edad, en la que no tardó en hacerse admirar por su fervor, como todas sus religiosas de todo el reino. Como entónces habia aún pocos monasterios de religiosas de la observancia regular, y ésta fué tan severa en toda esta Orden, que sabiendo Clemente VIII que en una semana habian muerto á causa de sus austeridades catorce religiosos fulenses, habia ordenado en el capítulo de 1595 se moderasen estos rigores, al ver practicar á las mujeres tan severísimas penitencias, no pudo ménos de causar admiracion; pero tambien se las obligó á no exagerar la mortificacion. No siendo bastante el monasterio de Montesquion á contener el gran número de religiosas que llegó á reunirse, el 12 de Mayo de 1599 se las trasladó á la ciudad de Tolosa á otro convento, lo que causó una revolucion, pues que los habitantes de Montesquion tomaron las armas para oponerse á su salida, y fué necesario reprimirles. Muchas damas contribuyeron á costear el nuevo monasterio de Tolosa, y en especial Antoñeta de Orleans, hija de María de Borbon y de Eleonora de Orleans, que entró religiosa siendo viuda, y fundó en 1617 el monasterio de la órden de Poitiers. Creció tanto el número de religiosas con la entrada en la Orden de esta princesa, que el capítulo general acordó no se estableciesen más monasterios, y se pusiese coto al aumento de religiosas, y así es que se negó al conde de San Pol en 1602, que tres princesas hermanas suyas fundasen en París dos monasterios, permiso que se negó tambien dos años despues al arzobispo de Burdeos. A pesar de la prohibicion, la reina Ana de Austria, esposa de Luis XIII, logró llevar al fin fulentinas á París, y establecerlas en un nuevo monasterio

el 30 de Julio de 1622, siendo su primera superiora Margarita de Sta. María, señora principal, dos veces viuda de Enrique, señor de Foni, y de Salomon de Rethuni, señor de Rosni, á pesar de contar solo veintitres años cuando tomó el velo, y de ser de rara belleza y muy solicitada del mariscal Marillac Mr. de Courances, que viendo no pudo conseguir apartarla de su designio, acabó por hacerse él mismo religioso fulense en el mismo año. Las religiosas fulentinas ó fuillantinas guardan las mismas observancias que los religiosos de esta Orden, bajo cuya jurisdiccion, que les fué concedida por el papa Clemente VIII, por su bula de 10 de Octubre de 1606. El mismo Pontífice la exceptuó de la jurisdiccion del abad del Cister y de otros superiores de esta Orden, sometiéndolas inmediatamente á los fulenses, cuyo mismo hábito han usado desde su fundacion, segun Mouchy, religioso fulense. — B. S. C.

ROCHEO (Fr. Malaquías), trinitario y obispo de Duns. Este ilustre religioso, el vigésimo primero obispo que contó la religion Trinitaria despues de su introduccion en la Gran Bretaña, fué natural de Irlanda, y tomó el hábito en el convento de Pontan, en el cual se distinguió mucho, así por su virtud como por su sabiduría, siendo uno de los más elocuentes predicadores de su tiempo. Escribió varias importantes obras, por las cuales mereció que la Orden le nombrase provincial de Irlanda, y más tarde el Reverendísimo General le hizo vicario y comisario general de Inglaterra y Escocia, en cuyos reinos se dió ventajosamente á conocer entre los reyes y magnates por sus virtudes, talentos y lo admirablemente que cultivó todo género de literatura. Por el aprecio que mereció á todos y á cada uno de sus altos y poderosos amigos y protectores, fué propuesto al sumo pontífice Honorio IV para la provision del obispado de Duns, y Su Santidad admitió la propuesta, nombrándole para ocupar dicha silla en el año 1285, primero de su pontificado. Gobernó Fr. Malaquías su iglesia como buen pastor, dándoles á sus feligreses no solo el pasto de la celestial doctrina, sino socorriendo en lo temporal sus necesidades, y portándose, en suma, como médico de almas, pastor y padre. Murió con mucha y bien sentada fama de santidad el dia 18 de Setiembre del año 1304, siendo enterrado con gran pompa en su iglesia catedral. Las obras que dejó escritas son las siguientes: *Sobre el Evangelio de S. Lucas;* tres libros. — *Sobre el profeta Jeremías;* cuatro. — *Tratado de Auxilios;* dos. — *Vida de S. Patricio;* uno. — *Tratado de la Encarnacion;* tres. — *Sobre el libro del consuelo, de Boecio,* cuatro. M. B.

ROCHEPOSAI (Enrique Luis Chateigner de la), obispo de Poitiers, originario de una noble y antigua familia, nació en 6 de Setiembre de 1577 en Tiboli, cerca de Roma. Hallábase á la sazon su padre de embajador del rey

de Francia Enrique III cerca de la santidad de Gregorio XIII, para sostener la dignidad y los derechos de la corona de Francia contra las pretensiones de España. El jóven La Rocheposai fué educado con el mayor esmero, y tuvo por maestro en el estudio de las humanidades al célebre José Scalígero, uno de los más eruditos hombres de su época, bajo cuya direccion hizo rápidos progresos, y no salió ménos curioso en sus cursos de filosofia y de teologia. Destinado al estado eclesiástico desde sus primeros años, recibió en Roma la tonsura y las cuatro órdenes menores, y no tardó en obtener muchos beneficios. Recibió el órden sacerdotal en Paris, de manos de Enrique de Gondi, que era obispo, y despues fué creado cardenal. Nombrado coadjutor de Geofroi de S. Belin, obispo de Poitiers, le sucedió Enrique en 1611 en aquella silla. En 1617 asistió á la asamblea de los notables convocada en Ruan, y presidida por Gaston de Francia, hermano de Luis XIII, que tenia entónces solo nueve años, al que guiaban los cardenales Du Perron y Francisco de Rochefoucauld, que estaban encargados de asistirle. Se halló en el sinodo de Burdeos, y en la asamblea general del clero en 1628. Protector de las congregaciones religiosas y persuadido de su utilidad cuando son edificantes, estableció en Poitiers una comunidad de fulenses, y en Londum una de religiosas del Calvario. Otras ciudades de su diócesis gozaron por su cuidado tener en su seno establecimientos piadosos de uno y otro sexo. Infestado Poitou de nuevos errores, este prelado por medio de la persuasion y de la dulzura tuvo el consuelo de volver á la bandera de la Iglesia á un gran número de las que habian desertado de ella. En el episcopado de Rocheposai tuvo lugar en Loudum, ciudad de su diócesis, el famoso proceso de Urbano Grandier. Estaba este prelado en estrechas relaciones con el célebre Duverger de Hauranne, conocido con el nombre de San Cyran, y bajo su resignacion fué éste provisto de la abadía de este nombre el año 1620, y Duverger pasó muchos años en casa de Rocheposai en calidad de su vicario. El príncipe de Condé, que se habia indispuesto con la corte en 1614, formó el proyecto de apoderarse de Poitiers; pero el obispo hizo tomar las armas á los habitantes, poniéndose á su cabeza cubierto con la coraza y completamente armado, y cuando se presentó el príncipe con sus tropas, le cerró las puertas de la ciudad; no faltando autores á los que la conducta de este prelado en esta ocasion pareció poco conforme con los cánones; pero el abad de Saint Cyr tomó su defensa en una obra llena de erudicion titulada: *Apología de Enrique Luis Chateigner de la Rocheposai, obispo de Poitiers, contra los que dicen que no está permitido á los eclesiásticos recurrir á las armas en casos de necesidad;* 1615, en 8.° Murió este sabio y laborioso prelado de un ataque apoplético el dia 30 de Julio de 1631. Sus restos fueron llevados á la Rocheposai, en donde fueron

sepultados en la capilla de su castillo. Segun su biógrafo Lecuy, se conocen de este prelado las obras siguientes en francés: *Coleccion de axiomas de Filosofía y teología.* — *Observaciones francesas sobre S. Mateo;* y las latinas que siguen: *Exercitaciones ad diversos Scripturæ libros;* Poitiers, 1640, en fólio. Estos comentarios aparecieron ántes por separado del modo siguiente: *In Genesim;* 1628, en 4.°— *In Exodum et in libros Numerorum, Josüe et Judicum;* 1629, en 4.°— *In quatuor libros Regum.* — *In librum Job,* 1628. — *In Prophetas majores et minores;* París, 1630. — *In quatuor Evangelia;* Paris, 1626. — *In Acta Apostolorum.* — *Nomenclator S. R. E. Cardinalium qui ab anno* 1000 *commentati sunt;* Ruan, 1653, en 4.° Esta obra es una bibliografía muy incompleta de los cardenales escritores. — *Dissertationes Ethicæ politicæ.* Estas son las obras fuera de las pastorales y ordenanzas propias de su ministerio. — C.

ROCHER (P. Juan Jacobo), jesuita francés. Nacido á mediados del siglo XVI este religioso, manifestó desde luego hallarse llamado para servir á Dios bajo la sotana de S. Ignacio, así es que apénas comenzados sus estudios en un colegio de la Compañía, todas sus horas de ocio, que eran pocas por ser en extremo aplicado, las consagraba á los Padres, procurando servirles en todo, imitarles en sus costumbres, y aprender con sus ejemplos. Asistia á la iglesia en todas las solemnidades, tomando en los oficios divinos la parte que por su corta edad le correspondia, y manifestando lo que deberia llegar á ser en lo sucesivo. Los Padres, que vieron su buena inclinacion, la secundaron y procuraron conservarle en el buen camino que habia emprendido. Siguióle Rocher con los mejores deseos, y llegado á la edad de la adolescencia, los Jesuitas que conocian á fondo su virtud y laboriosidad, no vacilaron en admitirle en la Compañía en 1572. Durante el noviciado, correspondió á las esperanzas vinculadas en él, siendo un modelo de humildad y obediencia, y haciéndose acreedor á que entre muchos llamados, fuese él uno de los pocos escogidos. No fueron menores sus adelantos en los estudios, gracias á su capacidad y continua aplicacion, y así apénas los hubo terminado, obtuvo diferentes cargos muy honrosos todos y relativos á la enseñanza, que era el principio de la carrera de los PP. de la Compañía. Enseñó durante cinco años filosofía y casos de conciencia, haciendo de sus discípulos, que lo eran tambien de su instituto, unos futuros sabios, ó más bien unos tiernos vástagos que prometian aventajarse tanto en la ciencia como en la virtud. Nombrado despues para las cátedras de lengua hebrea y Escritura sagrada, no se distinguió ménos en estas asignaturas, que conocia profundamente, y procuró hacer algunos adelantos sobre los conocimientos comunes en su tiempo. Fué de consiguiente un orador muy notable, y en los cuatro años que estuvo consagrado al ministerio del púlpito,

hizo las delicias de la corte de Francia y de sus principales ciudades, donde acudian á oirle en grande número todas las personas más ilustres por su posicion ó su saber. Ultimamente fué elevado á los cargos de gobierno, siendo rector por espacio de tres años, y manifestando en este tiempo, marcado por su regla, las buenas cualidades de que habia dado ya muestras en los demás grados por que habia pasado en su carrera. Como término de ella hizo los cuatro votos poco ántes de su muerte, que acaeció entrado ya el siglo XVII. De sus obras solo se conoce la intitulada: *Manual de Sacerdotes.*— S. B.

ROCHESTER (Anoldo ó Ernulfo). Nació en Beauvais hácia el año 1040, y fué enviado en su primera juventud á la célebre escuela de Bez, cuya direccion estaba á cargo de Lanfranc. Despues de haber hecho grandes progresos en la virtud y en las letras, volvió á su patria y se consagró á Dios en el monasterio de S. Luciano de Beauvais, y no en el de S. Sinforiano como lo ha supuesto Ibo de Chartres. Creyósele desde entónces capaz de dar lecciones de gramática á los jóvenes religiosos, y se le dió este cargo. Pero como halló ciertos abusos, que no podia ni corregir ni sufrir en conciencia, formó el designio de abandonar aquel monasterio para retirarse á otro más regular. Escribió hácia el año 1170 á S. Anselmo, cuyas bondades habia experimentado durante su permanencia en la abadía de Bec, manifestándole grandes deseos de tener alguna conversacion con él acerca de los medios de que debia valerse. San Anselmo contestó á Ernulfo en una carta llena de ternura, aprobó su designio, y le exhortó á ejecutarle, obteniendo ántes sin embargo el permiso de su abad. Manifiesta grande sorpresa de verle enseñando inmediatamente despues de su profesion, y en un tiempo en que no debia pensar más que en instruirse en los deberes y obligaciones del estado que habia abrazado. Le aconseja no lleve ninguna mira ulterior en el cambio que medita, y que elija un monasterio donde léjos de enseñar á los demás, no trabaje más que en su propia instruccion. Ernulfo siguió este consejo, y se dirigió á Lanfranc, arzobispo á la sazon de Cantorbery. Despues de haberle manifestado sus intenciones como á un verdadero padre, que le habia educado, le consulta sobre la eleccion de monasterio, prometiéndole someterse á todo lo que tuviera á bien prescribirle. El santo arzobispo le ofrece un lugar entre sus religiosos, y le ordena, entre otras cosas, salga inmediatamente de un lugar, donde se veia expuesto á perderse. Ernulfo obedece inmediatamente á una órden tan terminante, y pasó á Inglaterra hácia el año 1071 ó 1072. Encontró allí muchos religiosos de Bec, que habian acompañado á Lanfranc, y no pensó más que en seguir los consejos que les habia dado S. Anselmo, aprovechándose de los momentos de vagar que consagraba Lanfranc á su instruccion. Mas no tardó en ser encargado de enseñar gra-

mática, para lo que tenia particulares disposiciones, lo que le dió ocasion de obligar á S. Anselmo en la persona de sus discípulos, muchos de los cuales eran amados con ternura del santo abad de Bec, segun se deduce de sus cartas. Elegido abad del monasterio de la Guevre el prior de Cantorbery, Enrique, S. Anselmo creyó á Ernulfo digno de reemplazarle, y supo justificar la eleccion de este prelado con su prudente conducta, y con los servicios que le prestó en las tristes circunstancias en que se encontró poco despues. En los archivos de Cantorbery se conserva una carta de un prior de Rochester, llamado Ernulfo, que hace suponer que la persona de quien se trata en aquel artículo habia sido prior de aquella iglesia y habia sucedido á Ordwin, y dimitió en 1089. Pero acabamos de ver que nuestro Ernulfo permaneció siempre en Cantorbery desde su llegada á Inglaterra, y no se encuentra por otra parte vestigio alguno de que haya sido prior de Rochester. En una carta de S. Anselmo se menciona un Ernulfo, capellan de Gondulfo, obispo de Rochester; este capellan tomó el hábito monástico, y fué encargado de llevar á Cantorbery, segun costumbre, el báculo pastoral de Gondulfo, despues de la muerte de este prelado acaecida en 1108. Este Ernuldo es sin duda el prior de Rochester de este nombre, que se ha confundido malamente con el que forma el objeto de este artículo. Ernulfo, despues de haber ocupado dignamente el puesto de prior de Cantorbery, fué sucesivamente abad de S. Pedro de Burgh en 1107, y obispo de Rochester en 1114. Ocupó esta sede nueve años y algunos dias, y murió á los ochenta y cuatro años, el 15 de Marzo de 1123, segun la antigua costumbre de comenzar el año, ó 1124 segun la nueva. Ibo de Chartres habla de Ernulfo con elogio en su carta 78. Alábase en particular su probidad, y la prudencia que manifestó en todos los puestos qué ocupaba. Entre los manuscritos que regaló Felipe, obispo de Bayeux, á la abadía de Bec á últimos del siglo XII, habia dos tratados de Ernulfo intitulados así: *Liber Ernulphi de incertis nuptiis: Item quatuor quæstiones divinæ Scripturæ solutæ ab eo.* Estos dos tratados no son otra cosa que las dos cartas de Ernulfo publicadas por el P. Dacheri por un manuscrito del sabio Mr. Rigot, en que tienen este título: *Arnulphus Rossensis episcopus, de incertis conjugiis; ejusdem epistola de sacramento altaris.* La primera de estas dos obras se halla dirigida á Vachelin, obispo de Winchester. Ernulfo le recuerda una conferencia que habian tenido en Cantorbery, en que habian tratado esta cuestion: *An uxor à filio conjugis, non suo, adulterium passa, à thoro conjugis merito suo sit pontificali judicio removenda.* Ernulfo habia sostenido que en un caso semejante la mujer debia ser separada del marido para siempre. Vachelin era de contraria opinion; despues de haber disputado por largo tiempo, se habian separado sin decidir nada. Volviendo Ernulfo á la carga en este escrito, observa desde

luego con S. Agustin, cuyas palabras cita, llamándole *Magnus ille doctor, Augustinum dico;* que las cuestiones que se refieren al matrimonio son muy difíciles y muy oscuras: despues expone la opinion de Vauchelino, cita las autoridades en que la apoyaba, y las impugna; despues de lo cual sostiene que segun las leyes y las costumbres de la Iglesia, los decretos de los concilios y la doctrina de los Santos Padres, una mujer que se hallaba en el caso propuesto, debia ser penitenciada y separada para siempre de su marido. Nuestro autor dice al terminar su escrito, que no ha hecho más que reproducir la opinion de Lanfranc, de gloriosa memoria, con quien habia tenido algunas conversaciones sobre este asunto. 2.° La segunda carta de Ernulfo se halla dirigida á Lamberto, sabio religioso de S. Bertin, y abad despues de aquel célebre monasterio. Lamberto habia propuesto cuatro cuestiones sobre el sacramento de la Eucaristía á nuestro autor, que estuvo dos años sin contestarle á causa de una larga enfermedad. Lamberto preguntaba, en primer lugar, porqué los fieles recibian el cuerpo de Jesucristo mojado en la sangre, miéntras los apóstoles habian recibido separadamente el cuerpo y la sangre de las manos del Señor. Se acostumbraba todavía entónces, como se deduce de esta pregunta, á dar la comunion bajo las dos especies. Ernulfo contesta á esta primera cuestion que Jesucristo, al instituir los santos sacramentos, ha dejado á la Iglesia el poder de arreglar la manera de administrarlos. Por lo que el Salvador al decir á los Apóstoles: *Haced esto en memoria mia;* no les prescribió la manera de hacerlo, no les dijo: *hacedlo de esta manera: Non ait: hoc modo facite.* Lo mismo que cuando instituyó el sacramento del bautismo dijo á los apóstoles: *Id, bautizad á todas las naciones en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.* La Iglesia ha tenido de consiguiente costumbres en su orígen, que se han cambiado despues por justas razones, y á las que se han sustituido otras. Ernulfo apoya lo que dice en este lugar con la autoridad de S. Agustin, que en su carta á Januarius enseña que la Iglesia ha querido por respeto hácia el cuerpo de Jesucristo, que se reciba ántes de cualquiera otro alimento, aunque sus discípulos no estuviesen en ayunas cuando recibieron el cuerpo del Señor. Ernulfo contesta despues á las demás preguntas de Lamberto con mucha exactitud y solidez, y establece de la manera más clara y más precisa la fe de la Iglesia sobre la sagrada Eucaristía. Observa juiciosamente que esta clase de cuestiones son por lo comun propuestas por personas que quieren pasar por sabios, y les gusta entregarse á estas disputas filosóficas mucho mejor que someterse humildemente á las autoridades más sagradas y á la disciplina eclesiástica. No quiere que se ponga en cuestion lo que debe ser objeto de fe, porque no es ventajoso á un alma cristiana querer discutir los misterios de nuestra redencion, pues equivale en cierto modo á zapar lo que es el fun-

damento de su salvacion, haciendo preguntas que manifiestan duda sobre los misterios de la fe. 3.ª Siendo Ernulfo obispo de Rochester, hizo una exacta investigacion de los privilegios, cartas, consagraciones de obispos y otros documentos, desde su fundacion hasta su época, y formó una coleccion á que intituló: *Textus de ecclesia Roffensi per Ernulphum episcopum.* Todos estos títulos se hallan escritos en latin y en sajon ó inglés. Ernulfo insertó entre ellos las leyes de Hethelberto, de Alfredo, de Guntrimo, de Canuto y de Guillermo I, etc., escritas igualmente en sajon y latin. Insertó tambien en esta coleccion extractos de los decretos de los Papas, hasta su época, con sus nombres, los de los obispos de Jerusalen y de las cuatro iglesias patriarcales, de los arzobispos y obispos de Inglaterra desde S. Agustin, las genealogías de Eduardo el viejo y de los reyes de la Heptarquía desde Ada. Esta coleccion se conserva con mucho esmero en los archivos de Rochester; despues de Ernulfo se ha aumentado con los nombres de los cuatro arzobispos de Cantorbery y de trece obispos de Rochester. Todo lo demás está escrito de la misma mano, y es de la misma época del autor. Una parte de estas memorias se ha impreso en la *Anglia Sacra*, es decir, lo relativo á la iglesia de Rochester: *Ernulphi episcopi Roffensis collectanea de rebus ecclesiæ Roffensis à prima sedis fundatione ad sua tempora ex textu Roffensi, quem composuit Ernulphus.* 4.° En la biblioteca de S. Benito de Cambridge se encuentra una coleccion de cartas, *liber epistolarum*, que comienza asi: *Ernulphus Dei gratia*, etc. De lo que podemos deducir, que una parte de estas cartas son del obispo de Rochester, pero no podemos asegurar con certeza que es autor de todas las contenidas en esta coleccion. Baleo atribuye á Ernulfo dos escritos, uno sobre las seis palabras que habló en la cruz nuestro Divino Redentor, *de operibus sex dierum*, *et de sex verbis Domini in cruce*; pero estos escritos son ambos de Arnoldo de Bonnevald. Posevino, que atribuye estos escritos á Ernulfo, les une algunos sermones. Wion le hace autor de un tratado en verso sobre los Proverbios de Salomon, que menciona el P. Lelong en su Biblioteca sagrada.—S. B.

ROCHESTER (Gondulfo de), uno de los obispos más célebres de la iglesia anglicana en su época, y de los más decididos en favor de S. Anselmo durante sus desgracias, nació en el Vexin, en la diócesis de Ruan, y tuvo por padre á Hathenin y por madre á Adeleira. Despues de haber tomado la primera tintura de las letras en el lugar de su nacimiento, fué á Ruan á continuar sus estudios, en los que hizo tantos progresos como podian hacerse á la sazon. El deseo, sin embargo, de servir á Dios le indujo á entrar en el clero de la catedral, no pasando mucho tiempo sin que llegára á ser por su sabiduría y virtud el ejemplo de los demás clérigos. El arcediano Guillermo, que fué despues arzobispo de la misma iglesia, conociendo su mé-

rito, le cobró singular cariño y le concilió el del arzobispo Maurilio, que quiso alojarle en su casa y tenerle por comensal. Gondulfo hizo grandes progresos en compañía de este piadoso y sabio prelado. Hablando un dia con el arcediano sobre asuntos de piedad, decidieron emprender por via de penitencia la peregrinacion á Jerusalen. Hiciéronla á pie y padecieron muchos trabajos. Hallándose á su regreso en un grande peligro en el mar, hicieron voto de entrar monjes si escapaban del peligro, y en seguida sucedió la calma á la tempestad. A su regreso á Ruan Gondulfo no vaciló en cumplir su voto. Fué á Bec, y abrazó la profesion monástica bajo la direccion del B. Abad Helloin y del célebre Lanfranc, prior de la casa. El mismo año condujo allí la Providencia á Anselmo con igual designio. Era el de 1059, y apénas se hubieron conocido los dos neófitos, cuando el alma del uno se unió para siempre al alma del otro. Jamás se ha visto amistad más completa ni más permanente. No lo era mucho ménos la que existia entre Lanfranc y Gondulfo. Lanfranc le amaba por su piedad, su celo y los raros talentos de que Dios le habia dotado; y Gondulfo estaba unido á Lanfranc como un excelente discípulo á un excelente maestro. Habiendo sido nombrado éste abad de S. Esteban de Caen hácia 1063, quiso tener á Gondulfo por cooperador suyo en el gobierno de esta nueva abadía. Formóse allí una ilustre academia de sabios, lo que supo aprovechar Gondulfo para perfeccionar sus estudios, y tuvo indicios desde entónces de que sería algun dia promovido al episcopado. Como era entendido, activo y se hallaba versado en los negocios civiles, cuando se vió obligado Lanfranc, en 1070, á aceptar el arzobispado de Cantorbery, le llamó á Inglaterra para encargarle el cuidado de sus temporalidades. Gondulfo las administró con tanta sabiduría y prudencia, que muy léjos de perder, como acontece con mucha frecuencia, en sus adelantos en el camino de la virtud, avanzó mucho más todavía. Era tan grande su caridad para con los pobres, que se extendia en algunas ocasiones mucho más allá de los límites de la diócesis de Lanfranc. A pesar de la distancia que le separaba de Anselmo, prior á la sazon de Bec, no podia éste olvidar á su querido Gondulfo, y desde los primeros años de su separacion se estableció entre ambos una correspondencia epistolar, que es una prueba de la amistad tan cristiana como tierna que se habian jurado. Habiendo perdido la iglesia de Rochester su obispo en 1076, Lanfranc pensó desde luego en Gondulfo para ocupar esta vacante. Para no hacer nada ligeramente y por mera inclinacion, propuso su designio á personas ilustradas, que le aprobaron y aplaudieron. Despues de lo cual envió al mismo Gondulfo sin que él lo supiese á Normandía, donde se hallaba entónces el rey Guillermo, para obtener su consentimiento. Este príncipe, que conocia por sí mismo el mérito de su súbdito y que le agradaba premiar á las per-

sonas de semejante carácter, le dió con gusto el obispado y le envió á Inglaterra. Informado el arzobispo Lanfranc de la voluntad del Rey, reunió al clero de Rochester y se la manifestó. Todos convinieron con alegría en tener á Gondulfo por obispo, y no obstante sus reclamaciones, se designó dia para la ceremonia de su consagracion. Celebróse en la catedral de Cantorbery, no el 21 sino el 19 de Marzo, que fué el tercer domingo de cuaresma del año 1077. Gondulfo encontró su nueva iglesia en un estado deplorable, siendo por esto por lo que Lanfranc le habia destinado á ella. No tenia entónces más que cinco canónigos, que carecian hasta de lo necesario. Una de las primeras operaciones del piadoso prelado fué sustituirlos con monjes. En poco tiempo reunió hasta cincuenta ó sesenta, que viviendo conforme á la observancia regular, tenian abundancia de todo. Desde su elevacion comenzó la iglesia de Rochester á recobrar diariamente algo de su antiguo esplendor, y no tardó en recobrarle por completo. Gondulfo, ayudado de las liberalidades de Lanfranc, emprendió la reedificacion de su iglesia catedral con todas las dependencias necesarias para habitaciones de su numerosa comunidad, y lo ejecutó con fortuna en el espacio de pocos años. Consagraba toda su atencion en dar á aquellos con quienes vivia ejemplo de todas las virtudes cristianas, en las que era un modelo completo. Su piedad era tierna, sólida, afectuosa, y habia hecho de él un hombre de oracion y continuos gemidos. Celebraba por lo comun dos misas diarias, la segunda de las cuales era siempre de difuntos. Costumbre bastante general en su siglo. Pero á pesar de su inclinacion á la vida contemplativa, no olvidaba nunca los deberes de la activa, habiendo obtenido el secreto de asimilar la una á la otra. Ningun obispo tuvo jamás tanto cuidado de los pobres, á cuyo socorro se dedicaba con grande celo. Su veneracion á los santos le hacia tener un verdadero deleite en exhumar ó trasladar sus reliquias. La santidad de su vida era tan generalmente reconocida, y él se habia hecho tan respetable, que el rey Guillermo *el Rojo*, que trataba con la mayor dureza á casi todos los demás obispos de sus estados, honraba á Gondulfo hasta el punto de concederle su confianza y de enriquecer á su iglesia, miéntras que despojaba las demás. El obispo de Rochester era mirado como el primer sufragáneo de la sede metropolitana y primada de Cantorbery, siendo él quien desempeñaba las funciones episcopales en sede vacante ó en las ausencias del arzobispo. Hacia cerca de cuatro años que administraba Gondulfo esta diócesis al mismo tiempo que la suya desde la muerte del B. Lanfranc, cuando la Providencia hizo que se nombrase para ocuparla á Anselmo, abad de Bec. No podia Gondulfo obtener mayor consuelo por la pérdida que habia experimentado con la muerte de su antecesor. ¡Qué alegria para ambos verse tan cerca despues de una separacion tan larga! Es bien conocido lo mu-

cho que tuvo que sufrir S. Anselmo durante su carrera episcopal, tanto de parte de los dos reyes, Guillermo *el Rojo* y Enrique I, como de sus colegas los obispos políticos. Gondulfo obró con tanta prudencia en aquellos tiempos críticos y tempestuosos, que fué siempre fiel y estuvo estrechamente unido al santo arzobispo, sin ofender á sus adversarios. Cuando el príncipe Enrique quiso subir al trono, á la muerte de su hermano el rey Guillermo, experimentó contradicciones de parte de los ingleses que amenazaban con una guerra civil. El obispo Gondulfo, que era especialmente querido y honrado del pueblo y del clero, encontró medio de apaciguar todas las turbaciones, y contribuyó más que nadie á afirmar la corona en las sienes del nuevo Rey. Así es que Enrique, y su esposa la reina Matilde, miraban al santo prelado con profunda admiracion y respeto. Uno de los mayores placeres de la Reina era poder gozar de su piadosa conversacion, y con este objeto le llamaba con frecuencia á la corte. Habiendo dado á luz un príncipe heredero presunto de la corona, quiso que fuera bautizado por el santo Obispo, y que le llevase por sí mismo á la pila. Gondulfo no utilizó tanto favor más que en beneficio del monasterio, de su catedral y de otro monasterio que habia fundado y edificado para religiosas en su diócesis en un lugar estéril y desierto, pero que habia convertido en una especie de ciudad muy grande y muy poblada. Cerca de un año ántes de su muerte permitió el Señor, para purificar al santo Obispo, que fuese atacado de una enfermedad de languidez. No pudiendo hacer en tal estado sus acostumbrados ejercicios de penitencia y piedad, los suplia con sus limosnas, oraciones, sentimientos de humildad y los gemidos de un corazon abrasado en el amor divino. Habiendo progresado la enfermedad, le visitó su antiguo é íntimo amigo S. Anselmo, y le administró los últimos sacramentos. Vivió sin embargo muchos dias aún. Conociendo se acercaba su hora postrera, y queriendo morir como monje, se hizo extender sobre un silicio, y dió así su último suspiro el 8 de Marzo de 1108, que era tercer domingo de cuaresma, aniversario del dia en que habia sido consagrado obispo treinta y un años ántes. Tenia entónces noventa y cinco años ó poco ménos. Su cuerpo, revestido de los ornamentos pontificales, fué inhumado en su catedral con los honores correspondientes á su clase. El arzobispo de Cantorbery ofició en sus funerales, en los que todos los presentes manifestaron su profundo dolor. Algunos años despues un monje del monasterio de la catedral de Rochester escribió la vida de este grande obispo, la que se halla impresa en el segundo volúmen de la *Anglia Sacra*, mereciendo tanto más crédito, cuanto que el autor habia pasado mucho tiempo al lado de su héroe. De este escrito hemos tomado todo lo que se acaba de leer en este artículo, ó por mejor decir, no hemos hecho más que compendiarle, aumentándole todo lo

que dijeron Guillermo de Malmesbury y algunos otros escritores casi de la misma época, en los que se refiere que Gondulfo, á excepcion de los milagros, habia ejecutado todos los hechos en que se reconoce á los santos. El uso principal que de su ciencia hizo Gondulfo, fué corregir los libros antiguos, en particular los de la Escritura Sagrada. Este fué tambien uno de los trabajos literarios del B. Lanfranc, su maestro, de San Anselmo, su condiscípulo, y de otros muchos discípulos de la escuela de Bec, donde habia perfeccionado sus estudios. Trabajo que supone un gran fondo de erudicion y algun conocimiento de crítica. Trabajo además útil para conservar la tradicion en toda su integridad, conservándonos en su pureza el texto de los autores originales. Trabajo, por último, de que sacaron mucho fruto las iglesias de Francia é Inglaterra, desde el siglo mismo en que estos grandes hombres se ocuparon en procurarles esta ventaja. Existe todavía hoy un ilustre documento, que demuestra la parte que tuvo Gondulfo en este trabajo. Es una grande Biblia en pergamino, escrita á dos columnas con hermosos caractéres, cuya primera parte anuncia desde su portada que es obra de Gondulfo de Rochester. El piadoso y sabio prelado la regaló al monasterio de su catedral, y en union con el prior y todos los sacerdotes que le componian, dió un decreto lanzando excomunion contra cualquiera que robase, ocultase el volúmen, ó borrase la inscripcion que lleva de que pertenece al monasterio de Rochester. Decreto que fué copiado al frente del volúmen, pero que no impidió que fuese arrebatado andando el tiempo, sin duda cuando la fatal revolucion que acaeció en la iglesia anglicana durante el reinado de Enrique VIII. Despues de haber pasado durante este período por las manos de diferentes personas, cayó en las de Herman Van de Wal, burgomaestre de Amsterdan. Pero cuando se vendió en 1734, con otro libro de este erudito, se ha perdido definitivamente. La antigua y estrecha union entre S. Anselmo y Gondulfo, tal como la hemos referido, produjo desde su separacion gran número de cartas por ambas partes. Quédannos del primero más de veinte, que suponen otras tantas por lo ménos de sus amigos, y que formarian una coleccion tan agradable como interesante, si se hubiese tenido cuidado de conservárnoslas. En ellas, mucho mejor que en su historia, descubriríamos el carácter de la razon y del talento de este grande obispo. Además, los rasgos de amistad cristiana en que tanto abundan, lo mismo que las de S. Anselmo, y su estilo aumentarian su aprecio; pues se sabe que los discípulos de la escuela de Bec de aquella época, tenian la facilidad de escribir mucho mejor que la mayor parte de sus contemporáneos. Podemos juzgar de ello con respecto al mismo Gondulfo, por dos de sus cartas libertadas de las revoluciones que nos han privado de las demás. La una, que es la más antigua por su fecha, se halla escrita á sus queridos amigos los monjes de Bec, como

él mismo los califica en la inscripcion, para anunciarles que al fin despues de una vacante de cerca de cuatro años, acababa de ser ocupada la sede arzobispal de Cantorbery por el nombramiento de Anselmo su abad, que se hallaba á la sazon en Inglaterra para asuntos de su monasterio. La carta es por consecuencia del mes de Febrero de 1093. Rezelábase que los monjes de Bec, en extremo afectos á su abad, no pusiesen algun obstáculo á esta disposicion de la Divina Providencia, lo que hubiera causado grandes perjuicios á la iglesia anglicana, que tenia necesidad de un primado de las cualidades de Anselmo. Gondulfo procura prevenir este inconveniente, é insta á los que escribe, y consuela al mismo tiempo por la pérdida que iban á sufrir, den su consentimiento con la mayor brevedad y no se opongan á la voluntad de Dios, que acababa de manifestarse. La otra carta no tiene en verdad el nombre de Gondulfo; pero hay sin embargo pruebas de que le pertenece. Se halla dirigida á S. Anselmo, y le fué enviada á Lyon, durante su segunda residencia en esta ciudad, desde últimos del año 1103 hasta Abril de 1115. El objeto del autor es decidir al santo obispo á volver inmediatamente á Inglaterra. Con este objeto le da las más fuertes razones; el desórden en todos los estados, las iglesias saqueadas, el santuario manchado, el sacerdocio envilecido, las viudas y las doncellas oprimidas, los obispos sin vigor y casi sin accion, y otras muchas calamidades que atribuye á su ausencia, y que podria remediar con su regreso. De que pertenece esta carta al obispo Gondulfo no dejan duda alguna las reflexiones siguientes: Adúcese que la insertó en su *Historia de los nuevos acontecimientos*, y que no ha creido oportuno nombrar su autor; dice, sin embargo, que era un varon piadoso, amigo de Dios, y uno de los que deseaban con más ardor el regreso de S. Anselmo. El autor por su parte manifiesta ser un obispo afecto al santo prelado, pronto siempre á obedecerle, lleno de tristeza por su ausencia, y que á pesar de la libertad con que se creia obligado á hablarle, conservaba siempre el mismo afecto á su persona. Todos estos caractéres son los del retrato de Gondulfo, y no nos permiten desconocerle. Añadamos para confirmar esta semejanza que el autor, en la inscripcion de su carta, toma un título que parece designar al obispo de Rochester, calificándose de siervo de toda la casa del Señor. ¿A quién convendrá mejor este título que al obispo que suplia en las ausencias al arzobispo de Cantorbery, primado de Inglaterra? Si es sensible la pérdida de las demás cartas de Gondulfo, la de sus sermones lo es mucho más todavía. Creémoslo así por la idea que se tiene de ellos y por los fragmentos que ha insertado el anónimo en la historia del obispo, quien se hallaba de tal manera conmovido por las grandes verdades que anunciaba á sus pueblos, que con frecuencia contestaban su palabra los gemidos y las lágrimas, lo que no dejaba de suceder siempre

que hablaba de la penitencia. Así hacian tanta impresion sus discursos en el ánimo y corazon de los oyentes, que no podian ménos de gemir y llorar con él. No eran menos patéticos sus discursos ordinarios y familiares, que los que hacia en público. Nada más tierno que lo que decia sobre la necesidad de la mortificacion de la carne, y contra el vicio de la vanagloria.—S. B.

ROCHETAILLE (Juan), cardenal de la santa Iglesia romana. Fué natural de Francia, sin que conste de qué punto. Habiéndose dedicado á la carrera eclesiástica con sumo aprovechamiento, fué elevado por su ciencia y su virtud á la silla episcopal de Paris, y despues ascendido á los arzobispados de Ruan y Besanzon. Ultimamente, fué elevado á la dignidad de patriarca de Constantinopla, y poco despues agraciado con la púrpura cardenalicia por el sumo pontífice Martino V, en el año 1416, bajo el título de S. Lorenzo *in Lucina*. Murió ya de edad avanzada en 1437. —M. B.

ROCHETTE (Juan de la), protestante de Troyes, fué instruido y convertido por el P. Angel de Raconis, capuchino; la historia de esta conversion se publicó hácia 1633. —S. B.

ROCHETTE (Luis de). Nació este Padre dominico en Tolosa de Francia hácia el fin del siglo XV, y sintiéndose desde sus primeros años con vocacion religiosa, entró, aún muy jóven, en esta clase, tomando el hábito en la órden de Predicadores, fundada por el glorioso Sto. Domingo, que tan distinguidos y numerosos hijos ha dado á la Iglesia católica. Muy hábil teólogo, no tardó mucho en distinguirse y en ocupar los más altos oficios de su Orden, habiendo llegado á ser nombrado inquisidor de la fe, título que obtuvo el año 1537. Desde que obtuvo esta dignidad fué un terrible enemigo de los herejes, á los que persiguió con el más ardiente celo. Trató de purgar de herejes á la ciudad de Tolosa; pero por una fatalidad bien singular, cayó él tambien, segun su biógrafo Lamotte, en el mismo error que combatia, y fué un escándalo el que un jefe de la Inquisicion viniese á ser un hogonote, como así fué. Los sectarios de Calvino debieron experimentar en aquella ocasion una grande alegría, y los hijos de Sto. Domingo un verdadero sentimiento. No pudo ocultarse por mucho tiempo el cambio de Luis Rochette; se le acusó ante los vicarios y el arzobispo de Tolosa Odet de Coligni de bastante mal católico, y no tardó en hacerse más culpable. Entregado á la justicia secular, se perdió completamente Rochette, y fué sentenciado á morir como hereje quien tan ardientemente ántes habia combatido la herejía. El 10 de Agosto de 1539 se levantó un cadalso en la plaza de S. Esteban, junto á la misma iglesia; conducido á él el apóstata, Lorenzo Lallemant, obispo y príncipe de Grenoble, le degradó del carácter del sacerdocio, con asistencia de otro prelado, y á presencia de algunos consejeros del Parla-

mento, del juez y de cuatro capitulos, despojóse á Rochette de sus vestiduras sacerdotales, arrojándosele sobre el cuerpo una bata de tela gris que le cubria hasta los talones, cubriendo su cabeza con un gorro. Acabada esta triste ceremonia, fué conducido este desgraciado á la plaza de Salin, en la que terminó su vida en las llamas de una hoguera, á la que se le sujetó para que fuese abrasado como hereje y apóstata de la religion católica. Hemos colocado á este desventurado dominico en esta parte de la obra, y no en la de los herejes ó heterodoxa, porque la mayor y mejor parte de su vida aparece como un ardiente católico, y porque quien así fué, no pudo ménos de caer en demencia para venir á parar al fin de sus dias en tan terrible error; los que no sean de nuestra opinion, pueden considerarle como si le hubiesemos colocado en el lugar que le corresponde en la obra y no en este lugar. — A.

ROCHFORD ó Rupeforti (Fr. Roberto), franciscano irlandés, descendiente de una antigua y distinguida familia, que habia dado muchos varones eminentes á la Iglesia católica, que contribuyeron con sus esfuerzos á sostener la fe ortodoxa en un país en que siempre ha sido combatida por poderosos y temibles adversarios. Rochford, siguiendo las huellas de sus antecesores, se consagró con celo y buenos resultados al cultivo de las ciencias religiosas, en particular de teología, en que estaba llamado á brillar como excelente predicador. No contento con los estudios que podia hacer en su patria, pidió y obtuvo de sus superiores ser trasladado al convento de Lovaina, de Menores irlandeses, en el que perfeccionó su carrera y adquirió conocimientos en extremo extensos y apreciables. Pudo así al regresar á su país consagrarse á la enseñanza y la predicacion, doble objeto, pero en el fondo uno mismo, pues solo se refiere á la conservacion y propagacion de la fe católica, ya formando buenos ministros, que sean capaces de repartir con buenos resultados el pan de la palabra divina, al mismo tiempo que edifiquen con su ejemplo á los fieles, ora corrigiendo las costumbres del pueblo, aconsejándole todos los medios que pueden influir en su bienestar y formarle para la gloria, grandeza y perfeccion á que se halla destinado por una religion cuyo fin es hacer el mayor número de buenos y labrar la felicidad, no dando á los hombres, grandes, exagerados, y con frecuencia ficticios placeres, sino asignándoles y conduciéndoles á una vida pacífica y tranquila, en que existen esos mismos goces, aumentados por la duracion, placer desconocido á las cabezas ardientes que de todo quieren abusar, encontrando por lo tanto el dolor y su perdicion en el mismo abuso de que es consecuencia inmediata y legítima. Tales eran, pues los principios que estaba llamado á difundir el P. Rochford, entre uno de los pueblos más católicos de Europa, que dócil á sus consejos é insinuaciones se prestaba á escucharlas, á ponerlas en práctica y seguirlas en un todo. Por desgracia el estado

de esclavitud y abyeccion á que le ha tenido siempre sometido Inglaterra, le impedia saborear una dicha que de seguro hubiese gustado de lo contrario. Mas la Providencia le tiene destinado quizá para un gran ejemplo, acaso para la ruina de sus opresores cuando se llene la copa de las iras del Eterno; hasta entónces paciente y sufrido encuentra consuelos en la religion de que careceria sin ella, y halla verdaderos apóstoles que, como Rochford, se exponen á todo género de peligros por guiarles en el camino, á cuyo término está la satisfaccion, el cumplimiento de decretos superiores, y que cuando no pueden hacerlo de palabra, lo hacen con la pluma, presentándoles el noble ejemplo de su antiguo y popular apóstol, lo que se propuso hacer Rochford en su *Vida de S. Patricio, Apóstol de Irlanda*, impresa en Audomasi, en 4.° S. B.

ROCHIN (Fr. Pedro), religioso dominico francés. Fué elegido general de la órden de Predicadores, en Aviñon, en 1450, aunque otros autores aseguran lo fué en Lyon en 1451. Distinguióse mucho por su grande ánimo, literatura y prudencia, siendo además muy práctico y experimentado en el manejo de los negocios de la Orden. Concibiéronse grandes esperanzas de su eleccion, mas las anuló la muerte, porque no sobrevivió más que veinticinco dias á su eleccion, no pudiendo celebrar otro nuevo capítulo despues del en que habia sido elegido, pero en el que hizo constituciones muy notables en lo relativo al culto divino y observancia regular. Mandó, so pena de incurrir en graves censuras, que nadie pudiese tratar de la division de la Orden, ni graduarse de maestro sin licencia especial del general. Impuso graves censuras á los que hablasen mal en el púlpito de los religiosos dominicos, reservándose la absolucion ínterin no restituyese la fama á los que hubieran agraviado. Murió en Julio de 1450 ó 1451, y fué sepultado en el convento de su Orden de Lyon de Francia. —S. B.

ROCHMARINO (Fr. Andrés), franciscano polaco del siglo XVII. Nacido en ese reino en que es tan popular el catolicismo, cuyos habitantes vierten áun en el dia de hoy su sangre en defensa de una religion tan injusta y constantemente atacada en el resto de Europa por los partidarios de las opiniones exaltadas, de que lo son tambien los polacos. Rochmarino, que aunque conocia la historia y las revueltas que tan frecuentes fueron siempre en su patria, ignoraba sin embargo lo que era esa mezcla extraña de la religion y política, de que tanto fruto han sacado siempre los hipócritas de todos los partidos, se consagró con celo, lealtad y buena fe á la observancia de la santa religion de sus padres y abuelos, de la santa religion que habia civilizado á su pais, y en que aún hoy fundan sus compatriotas sus esperanzas de porvenir y de gloria. Enemigo de todo género de contiendas y disturbios, amante por el contrario de la paz y sosiego del claustro, vivió siempre en el más

profundo retiro, consagrado exclusivamente á su propia santificacion y al fomento de la Orden religiosa que habia abrazado. A poco de su profesion, distinguido por sus estudios y talento, sus superiores procuraron adelantarle en su carrera, y fué en efecto nombrado profesor de filosofía del convento de S. Bernardino de Cracovia. Sus buenas disposiciones, su amor al estudio y sus deseos de adelantar en tan difícil ramo, le hicieron emprender diferentes trabajos, deseoso de volver al catolicismo á sus tiempos primitivos y de separarle de la senda á que habia venido á parar en su época de decadencia. Sus esfuerzos, por desgracia, se vieron frustrados; habia sonado ya la última hora para aquella doctrina, que debia ser sustituida por otra llamada á cambiar el carácter de los siglos siguientes, y por lo tanto los trabajos de Rochmarino, si no desapercibidos, no tuvieron todos los resultados que de tan ilustre genio podian esperarse. Tampoco él tuvo lugar de perfeccionarlos, pues elegido despues para profesor de teología del mismo convento, hubo de cambiar de miras y abandonar sus tareas favoritas por otras más importantes para su estado religioso. Cuando se jubiló en la enseñanza, su Orden le tenia reservado otros puestos mucho más honoríficos, y despues de haber sido guardian en varios conventos, fué elevado á definidor de su primacía, quizá le esperaba un porvenir mucho más venturoso todavía, si no le hubiese sorprendido la muerte, despues de haber publicado las siguientes obras: 1.ª *Commentaria in lib. primum sententiarum Scoti*; Venecia, Marcos Ginami, 1629, en fólio.—2.° *In Logicam et Metaphisicam juxta mentem Scoti*; obra citada por Simon Starwolsco, en sus *Escritores ilustres de Polonia* S. B.

ROCHON (Alejo María de). Si bien no fué este célebre astrónomo y distinguido navegante sacerdote ni religioso de ninguna órden regular, fué tonsurado, y creemos por lo tanto no deber negarle un lugar en esta obra, puesto que se distinguió por sus hechos y por sus obras en el siglo XVIII en que floreció. Nació el dia 21 de Febrero de 1741 en el castillo de Brest, del que fué su padre gobernador. Pedro de Rochon de Fournoux, su padre, fué caballero de la órden de S. Luis, gobernador del castillo de Brest del que en 1744 obtuvo el mando superior, y su hermano mayor fué comandante del regimiento de Bressa, y despues general de brigada y capitan general de Córcega en donde murió el 1.° de Marzo del año 1796, que era el cuarto de la república francesa. Destinóse á Alejo María de Rochon al estado eclesiástico, proveyéndole al afecto del priorato de S. Martin-la-Garenne, cerca de Nantes; pero su pasion irresistible por las ciencias y por los viajes, le impidieron acabar de recibir las órdenes sagradas y no llegó á ser en la carrera eclesiástica más que clérigo tonsurado, en la que desde sus primeros pasos se le conoció con el nombre del abate Rochon, nombre que

llevó una gran parte de su vida. En el año 1765 fué nombrado bibliotecario de la Real Academia de Marina establecida en Brest, y la Academia de Ciencias, á la que habia dirigido algunas memorias sobre la óptica, le admitió en el número de sus corresponsales. En el año siguiente obtuvo el título de astrónomo de marina; y en esta cualidad se embarcó en Abril de 1767, en el navío de línea la *Union* que conducia á Marruecos al general Breugnon que habia sido nombrado embajador extraordinario cerca del Emperador musulman, y al cónsul Chenier que debia quedarse en aquel imperio como agente general de la nacion francesa. Habia sometido Rochon al juicio de la Academia de Ciencias el 5 de Febrero de 1766 una memoria sobre el medio de perfeccionar los instrumentos dióptricos; otra memoria en Noviembre del mismo año sobre un medio de observar en la mar los eclipses de los satélites de Júpiter para determinar las longitudes; y en Febrero de 1767, otra tercera memoria acerca de los medios de hacer el heliómetro de Bonguer propio para medir ángulos considerables, á fin de facilitar las observaciones de las distancias de las estrellas á la luna, estas memorias se han impreso en los opúsculos matemáticos de Rochon en 1768. Entre las observaciones que debia hacer durante su navegacion, se le encargó tambien de determinar las longitudes, y de observar las distancias de las estrellas á la luna por los nuevos medios que él habia propuesto. Consistian estos medios, en cuanto á la determinacion de las longitudes, en conservar el planeta de Júpiter, á pesar de la agitacion del buque, en el campo de un objetivo ó anteojo acromático de una fuerza ámplia considerable, sirviéndose de un cristal convexo de cuatro pulgadas de diámetro y de un pie de foco, que dibujaba la figura de Júpiter sobre un cristal ligeramente desbrillantado. Dice su biógrafo Mr. Weis en el artículo que le dedica en la *Biografía universal Francesa* de donde tomamos la mayor parte de las noticias que vamos á exponer, que Rochon habia creido conseguir su objeto, sirviéndose de una silla suspendida poco más ó ménos como las brújulas, de modo que no obedeciese á ninguno de los movimientos del buque; pero por desgracia su extrema movilidad hacia se prestase con la misma facilidad á los movimientos del observador haciéndole perder el equilibrio por muy poco que se desviase de su posicion, de suerte que quedó poco satisfecho de un ensayo que ya ántes de él habian hecho Santiago Besson en 1557 y Irwin en 1749 por un medio muy semejante, y asi es que abandonó este medio convencido de que el método de las distancias luminosas ofrece mayor certitud por medios mucho más cómodos. Hizo Rochon algunas observaciones curiosas tanto en Cádiz en donde se detuvo, como en Marruecos, y determinó muchas longitudes por las distancias de la luna al sol y á las estrellas. Bufon, de quien parece fué Rochon cooperador en la empresa de concentrar la luz con cris-

tales de gran superficie, compuestos de zonas de diferentes rayos, que es lo que se denomina cristales lenticulares, se unió á Rochon para proponer al mariscal de Castries, ministro á la sazon de marina, hiciese explorar las cercanías del Polo por aeróstatas sobre los que se pusiesen criminales condenados á muerte; proyecto casi impracticable que no fué adoptado. En 1768 encargó el gobierno á Rochon fuese á reconocer las islas y escollos que separan las costas de la India de las islas de Francia y de Borbon. A este fin partió de Lorient en la flota *Normanda* mandada por Mr. de Tromelin, su pariente y amigo. Aparejó la expedicion el 19 de Marzo, y despues de haber visitado Cádiz, Canarias, las islas de Cabo-Verde, y doblado el Cabo de Buena Esperanza, echó anclas el 25 de Julio en el puerto nordeste de la isla de Francia. Apénas llegaron á aquel punto, se ocupó Rochon en llenar el objeto de su mision. Fué á Madagascar para reconocer esta isla, en la que Poivre, intendente de la isla de Francia, le encargó recogiese cuanto pudiese contribuir al progreso de las ciencias y de las artes, y en particular al bienestar de la colonia, y Rochon hizo en esta ocasion una abundante cosecha. Poco despues de su regreso á la isla de Francia, volvió á partir con dos corbetas, mandadas por el capitan Grenier, para reconocer las islas y escollos al norte de esta colonia y hacer experiencias. El 2 de Junio, dia célebre en los fastos de la astronomía por el paso de Venus sobre el disco del sol, determinó Rochon la latitud de la punta sud de un escollo de veinte á veinticinco leguas de extension (16° 47') erizado de rocas puntiagudas que ocupaban bancos por intervalos. El dia 13 se abordó al principal puerto de las Seychelles. En una de estas islas, llamada Palma, fué en donde el ingeniero Barré, que formaba parte de la expedicion y al que se debe un plano exacto y muy detallado del banco y archipiélago que rodea á la isla de Seychelles, reconoció un árbol que produce un fruto muy apreciado de los indios, conocido con el nombre de coco de mar, que Rochon hizo conocer en Francia y que hizo trasplantar con éxito en la Isla francesa. Despues de haber atravesado las Moldivias y bordeado la costa de Malabar, y Ceylan, los buques de la expedicion hubieran indudablemente perecido entre los bancos, si el capitan no hubiese seguido los consejos de Rochon, que indicándole su verdadera posicion le hizo conocer el peligro que corrian. El dia 6 de Agosto llegaron á Pondicheri, y despues de haber pasado á corta distancia de Sumatra y de Diego García, arribaron el 6 de Octubre á la isla de Francia, hallándose Rochon de vuelta en Paris en 1770. Habíase detenido en su travesía en la isla de la Ascension, y en la Coruña en donde el marqués de Piedra-Buena, intendente de Galicia, le regaló una gran barra de platino, que habia sido fundida en el Perú por medio de una aligacion de cobre rojo y de zinc, á lo que se debe que Rochon se ocupase despues de este precioso

metal para la construccion de los espejos de los telescopios y de los instrumentos náuticos. Llevó Rochon á Francia, entre otros objetos curiosos, los que regaló al gabinete de historia natural del jardin del Rey, los más bellos cristales de roca en cuarzo de Madagascar, que se habian visto hasta entónces, y una grande aguja de este cristal cuyos dos extremos terminaban en pirámides exagonales; hizo cortar y labrar algunos fragmentos de ella, reconoció la propiedad de la doble refraccion de que está dotada esta sustancia, y concibió la feliz idea de aplicarla á la medida de los ángulos: tal fué el orígen del ingenioso micrómetro cuya invencion valió á Rochon un lugar distinguido entre los astrónomos-ópticos que más útiles servicios han hecho á la ciencia. Cree Mr. Arago que Beccaria habia ya reconocido la doble refraccion del cristal de roca, y que Rochon no hizo más que confirmar esta propiedad en el que encontró en Madagascar, pero segun Malus, Rochon es el primero que ha utilizado para las artes la doble refraccion. La aplicacion que de ella ha hecho para los anteojos, para la medida de los ángulos astronómicos y para la de las distancias sobre la tierra, es uno de los más curiosos resultados de la óptica, y el grado de perfeccion á que ha llegado esta ingeniosa invencion, prueba que en las ciencias nada hay de especulativo, y que las diversas propiedades de los cuerpos acaban siempre por tener una útil aplicacion. En el mes de Febrero de 1771 le consultó el ministro de marina con motivo de un camino directo de la isla de Francia á la costa de Caromandel, que habia propuesto el capitan Grenier, el cual presentaba la ventaja de acortar la travesía cerca de ochocientas leguas. Rochon no convino con la opinion de este marino; pero la Academia de Marina, que habia sido igualmente consultada, no adoptando su opinion, cometió á Kerquelen en Marzo de 1771 el encargo de verificar las ventajas y los inconvenientes de este camino y de la idea de ir á buscar pretendidas tierras australes. Rochon que acababa de ser recibido miembro de la Academia de Ciencias de la que habia sido por largos años uno de los corresponsales más activos, debia embarcarse con la expedicion en calidad de astrónomo, pero poco satisfecho de los procederes de Kerquelen con respecto á su persona, no pasó de la isla de Francia. Durante su permanencia en esta isla, le propuso Poivre el 14 de Setiembre, en una carta que su biógrafo tuvo á la vista, emprender la interesante empresa de dar la vuelta al mundo con el capitan Marion, que habia manifestado los más vivos deseos de hacer este viaje. Estando este en el sentido de la longitud, tenia más necesidad que otro alguno de un astrónomo que supiese determinarla perfectamente en los mares desconocidos que debian recorrerse. Consintió Rochon en este viaje con entusiasmo, pero el gobernador de las islas de Francia y de Borbon, que era amigo de Kerquelen, y que deseaba y esperaba recon-

ciliarle con el nuevo académico, se opuso formalmente á ello y tuvo que renunciarse á este proyecto. Dejó Rochon la isla de Francia con Poivre en Octubre de 1772, y despues de haberse detenido cuarenta dias en el cabo de Buena Esperanza partió desde este punto el dia 1.° de Enero de 1771. En la isla de la Ascension ensayó una máquina de su invencion para medir la profundidad del mar cuando ésta excede la longitud de la sonda; pero él mismo confesó despues que encontró en la Geografía de Varenius revisada por Newton, la descripcion de una máquina casi semejante, que no conocia cuando concibió la idea de la suya; poco despues de esto llegó á Brest. Los servicios que Rochon habia hecho á las ciencias en sus tres viajes, y los no ménos preciosos hechos á la humanidad, salvando del naufragio con sus observaciones las embarcaciones *Vilvant*, *Barrier* y *l'Heure du Berger*, sobre los que se habia embarcado sucesivamente, determinando con precision la posicion de los escollos, bancos é islas que separan la isla de Francia de la costa de Coromandel, le valieron en Junio de 1774 ser nombrado conservador del Gabinete de Física y Optica del Rey, establecido en la Muette, en union de Juan Bautista Leroy, su colega en la Academia de Ciencias. El gabinete de la Muette habia sido establecido por órden de Luis XV para su uso particular, siendo nombrado su conservador en un principio el sabio benedictino P. Noel (Natividad), el cual obtuvo su jubilacion al advenimiento al trono de Francia de Luis XVI, el que dispuso que la renta de seis mil libras que aquel disfrutaba se dividiese entre Le Roy y Rochon. Le Roy se ocupó mucho de la electricidad, en la que fué poderosamente secundado por el Dr. Francklin, su amigo. Ronchon hizo sus observaciones sobre los instrumentos de óptica; habia leido en la Academia de Ciencias el 5 de Febrero de 1774 una *Memoria sobre los medios de perfeccionar los lentes acromáticos por medio de la interposicion de un flúido entre los objetivos*, y fué tan bien apreciada la utilidad del procedimiento que propuso, que el relator de este sabio cuerpo terminó su exposicion diciendo: «Nuestras experiencias prueban incontestablemente que el resultado ha excedido á lo que nuestro colega anunciaba y osaba esperar.» Tres años despues, el 25 de Enero de 1777, sometió Rochon á la misma sociedad el descubrimiento que habia hecho del *Diasponámetro*, y la entretuvo al propio tiempo con la invencion de su micrómetro. El 9 de Abril siguiente leyó en sesion pública una memoria sobre este asunto, en la que demostró que el aplanamiento del globo de Júpiter, descubierto anteriormente por Casini, es de cerca de $\frac{1}{16}$. En este mismo año 1777 tuvo serias discusiones con el P. Boscovich, que pretendia haber sido el primero que habia empleado la doble refraccion del cristal de roca para medir los ángulos pequeños. Lalande, amigo de este último, y Fontana, reconocieron formalmente que las pretensiones del sabio extranjero

no estaban fundadas en ninguna prueba, y certificaron por escrito que la invencion pertenecia á Rochon. Nombrados por la Academia de Ciencias para juzgar de esta diferencia Borda, Bezont, Vandermonde y Casini, decidieron igualmente en su favor. En 1780 el Dr. Francklin le manifestó los ensayos que habia hecho en América para imprimir con tanta celeridad como se escribe, hablando de su descubrimiento con mucho misterio. Esta reserva picó vivamente la curiosidad de Rochon, y le obligó por primera vez á ocuparse del arte tipográfico. Hizo uso de una punta de acero, con la cual escribió sobre una lámina de cobre barnizado, y cubriéndola en seguida con ácido nítrico le dejó morder un cuarto de línea. Sometido este ensayo á Turgot y al mismo Francklin, obtuvo su aprobacion; fué tambien presentado á la Academia de Ciencias el 18 de Febrero de 1781. Habiendo sometido M. de Piré á los estados de Bretaña un proyecto dirigido á perfeccionar la navegacion de esta provincia y á hacer de S. Malo un puerto de guerra, se encargó á Rochon en 1785 examinar este plan con Coulomb, oficial de mucho ingenio. A fin de dar su dictámen, recorrió en 1783 todos los sitios por donde debian pasar los canales proyectados, y en 1785 hizo una nueva visita con Forreroy y Bossu; pero el plan de Piré no obtuvo la aprobacion de los comisarios. En este mismo último año publicó Rochon su *Exámen de los proyectos de navegacion interior propuestos por el ingeniero Le Fer de la Nouerre*, sobre los que le habia consultado el gobierno. Desde el principio de 1785 habia manifestado Rochon la ventaja que podian sacar las artes de la platina, é hizo público el resultado de sus experimentos sobre un nuevo metal en la memoria que leyó en Noviembre de 1786 en la Academia de Ciencias: *De la utilidad de los espejos de platino para los instrumentos de marina y para la fabricacion de los telescopios*; pero M. de Arago dice que debe renunciarse á esta clase de espejos, porque reflejan muy poco la luz. Los variados conocimientos de Rochon y su infatigable celo eran causa de que á cada momento se le confiriesen nuevas misiones. En Diciembre de 1784 MM. de Colonne y de Angivilliers le encargaron examinar las máquinas de cardar é hilar el algodon establecidas en París, y se sabe que en 1786 visitó por órden del gobierno Berri y el Nivernais con Condorcet y Bossut. El objeto de su viaje en esta última provincia fué examinar los trabajos que se ejecutaban en ella, á fin de establecer una comunicacion entre el Lolra y el Yona, empresa importante, especialmente para la provision de maderas á la capital. Hácia esta época fué cuando la Academia de Ciencias de San Petersburgo le nombró miembro corresponsal. El 3 de Abril de 1787 obtuvo la plaza de astrónomo-óptico de marina, que habia quedado vacante por muerte de su contrincante el P. Boscovich. Habiase creado esta plaza por Luis XV en favor del P. Boscovich, que siendo extranjero y profesor de astronomía y de óptica en Viena

de Austria, no habia consentido servir á Francia, sino con la condicion de que su plaza seria inamovible. Rochon fué enviado á Lóndres en 1790 por órden de M. Montenoriu, ministro de Negocios extranjeros, con motivo del nuevo sistema de pesas y medidas que se querian introducir en Francia; y en el mismo año fué nombrado individuo de la comision de monedas y encargado de hacer experimentos, especialmente sobre el metal de las campanas, de los que dió cuenta á la Asamblea Nacional. El 2 de Julio de 1792 fué encargado, en union de Coulomb, de examinar diferentes proyectos propuestos para desecar las aguas estancadas del término de Neuille-sur-Seine. Despojándole la revolucion de todos sus empleos, deseó separarse del teatro principal de las convulsiones políticas, y retirándose á su país natal, se consagró enteramente á trabajos de utilidad pública. Los importantes servicios que hizo, unidos á su buen carácter, le hicieron un buen lugar con las autoridades, de cuyo ascendiente se valió únicamente para librar á muchos desgraciados del cadalso. Madama Gratien de San Mauricio, de la casa de Tromelin, su prima, le debió la libertad y la vida. No pudiendo la marina procurarse para la construccion de los fanales y otros usos las hojas de cono, que se traian de la India, surtió á esta necesidad Rochon, inventando gasas metálicas de hilo de laton y de fierro, cubiertas con un betun sólido y trasparente, hecho de materias fáciles de obtener á poco precio, tales como la cola de pergamino y de pescado, y garantido de la humedad por medio del aceite de lino vuelto secante. Estas gasas, de las que Rochon estableció una fábrica en la posesion de Coatsheró, cerca de Morlaix, perteneciente á M. de Tromelin, su cuñado, que fué despues mariscal de campo, reunian á la ventaja de ser incombustibles el proporcionar doble claridad y poder ser empleadas en los buques, sin el inconveniente de romperse á la explosion de los cañones. La escuadra del almirante Villaret y los jefes de los puertos de Brest, de Lorient y otros, hicieron uso de estos faroles y rindieron el debido homenaje al genio de invencion del autor. Escaseando el combustible en los establecimientos de marina, Rochon, al que las autoridades locales habian hecho nombrar comisario de minas y salitres é inspector de las ferrerías de Coatannos, fué invitado para buscar un medio de suplirle. En sus excursiones á Bretaña habia descubierto la turba, de la que hizo extraer considerables cantidades, que reducidas á carbon satisfacieron todas las necesidades. En 1795 formó en Brest un taller para la construccion de los anteojos necesarios á la marina, y colocó en este establecimiento hábiles artistas que hizo venir de París, entre ellos á Mr. Desmarquets, discípulo de Lerebours, y bien pronto la marina militar pudo proveerse de excelentes lentes, utilísimos para el servicio de los buques. Obtuvo Rochon el permiso de agregar á su taller un hábil lapidario que

habia labrado en la Muette sus primeros prismas de cristal de roca, y haciéndole ejecutar bajo su direccion sobre gruesas agujas de cuarzo bien cristalizadas los cortes prescriptos por Beccaria, reconoció que los cortes hechos en sentido piramidal daban una doble refraccion, muy útil para la medicion de los ángulos. Por este experimento y otros que hizo en su taller de Brest pudo verificar mediciones que parecian impracticables en 1777, cuando encontró el medio de medir de esta suerte los ángulos pequeños. Creado el Instituto en 1795, fué comprendido Rochon en el número de sus miembros, siendo uno de los noventa y seis elegidos por los cuarenta y ocho que habia nombrado el Directorio. No perdiendo de vista lo que podia contribuir á los progresos de la astronomia náutica, propuso en 1796 construir un observatorio en el puerto de Brest, y reemplazar la antigua Academia de Marina por un instituto que se ocupase de los mismos trabajos que deberian emprenderse en este puerto. Detúvose este proyecto por motivos económicos; pero se llevó á cabo la construccion del observatorio, del que fué Rochon el primer director, si bien se hizo con mucha lentitud. Nadie mejor que Rochon conocia las necesidades de la provincia que le habia visto nacer, y lo que le faltaba para acrecentar su prosperidad; pero el puerto de Brest fijaba toda su atencion. En Mayo de 1799 sometió al ministro de Marina y del Interior un proyecto de union entre los rios Odet y Châteaulieu, que desagua en la rada de Brest. Este proyecto, muy importante en tiempo de guerra para el primer puerto de Francia, fué aprobado por ambos ministros, y si bien no se llevó á efecto desde luego, se decretó en 1822 se hiciese por los planos de Rochon. En Mayo de 1802 obtuvo del ministro de Marina permiso para proseguir sus estudios, y el jefe del gobierno le permitió en 1805 prolongar su residencia en la capital, en donde encontraba más recursos que en Brest para sus trabajos. Se le consideró como director del observatorio de Brest en París, y se le dió alojamiento en el Louvre, para que continuase en sus inventos y trabajos. Desde la creacion del Instituto no dejó pasar Rochon un solo año sin dirigir á este cuerpo, ó á los diversos ministros que se sucedieron, un gran número de Memorias sobre la óptica, la ciencia náutica y sobre otros objetos de utilidad pública, cuya noticia daremos al fin de este artículo. Presentóse Rochon sucesivamente al tribunal de las longitudes como astrónomo, como navegante y como artista, cuantas veces vacó alguna plaza, pero jamás pudo ser admitido; repulsa que le fué muy sensible, pues que la consideraba como una exclusion; y no fué ménos sensible al silencio que los comisarios encargados de examinar las decisiones del jurado sobre los premios decenales, habian guardado con relacion á sus obras sobre la óptica. A pesar de todo esto, continuó Rochon ocupándose con actividad del progreso de las cien-

cias, no obstante su avanzada edad, y en medio de sus importantes trabajos le alcanzó la muerte el dia 5 de Abril de 1817, Mr. Delambre, en la noticia que sobre este académico leyó en la sesion pública de 16 de Marzo de 1818, dijo en su elogio: «Rochon trabajaba sin cesar en perfeccionar sus ideas y las de los demás. Empleaba todo su tiempo en pesquisas útiles, y una gran parte de sus rentas en ensayos dispendiosos. Su obra maestra, el descubrimiento más importante que ha hecho, y que bastaria para inmortalizar su memoria, es sin contradiccion su micrómetro de cristal de roca, que inventó en 1777. No se hizo entónces á esta invencion toda la acogida que merecia, pero despues adquirió esta idea felizmente una importancia en manos de su colega Arago, que se sirvió de ella con éxito para esclarecer uno de los puntos más difíciles de la astronomía moderna.» La Academia de la cual habla Delambre, quiso volver á revisar esta noticia, y hé aquí lo que nos dice M. Rossel sobre los principales descubrimientos de Rochon: «Su micrómetro, en prisma de cristal de roca, es uno de los más ingeniosos y útiles instrumentos que han imaginado los astrónomos; pero es necesario no extender su uso para la medida de los grandes ángulos. Las numerosas tentativas que ha hecho Rochon para determinar así el diámetro del sol y de la luna, dejan aún mucho que desear. Las dos imágenes, cuando su separacion es un poco fuerte, no se acromatizan jamás perfectamente á la vez, pues queda tambien entónces una paralaje sensible, que obliga á observar la tangente de ambos discos en el mismo punto del campo del anteojo. El diasporámetro de Rochon es un instrumento útil, del que han sacado partido muchos físicos extranjeros, sin hacerle la justicia que le es debida, y áun sin citarle. No ha quedado sin empleo este instrumento óptico en manos de académicos franceses. Se ha servido de él este físico para probar que la dispersion de la luz no es la misma en las dos facetas en que se parte un rayo, atravesando los cristales dotados de la doble refraccion. Muy curioso por sí mismo este descubrimiento, adquirió mucha importancia desde las últimas observaciones que se han hecho sobre los fenómenos de la paralizacion.» Rochon ha dejado escritas las siguientes obras, de las que algunas se hallan todavía inéditas: *Opúsculos matemáticos*; Brest, 1768, en 8.° Además de las Memorias de que hemos hablado, en la coleccion publicada por la Academia de Ciencias, se hallan tambien otras sobre el *Pilotage*, y otra sobre el *Arte de tallar y pulimentar los cristales y los espejos de los telescopios dióptricos y catóptricos*. Al fin de esta obra se hallan tablas para el cálculo del sitio del sol y del de la luna.—*Coleccion de Memorias sobre la Mecánica y la Física*; Paris, 1783, en 8.° Lalande hizo el elogio de esta obra en su bibliografía astronómica.—*Nuevo viaje al mar del Sur, escrito con arreglo á planos y por dias, del diario de Mr. Croset*; Paris,

un volúmen en 8.°, 1783.—*Viaje á Madagascar y á las Indias Orientales;* Paris, 1791, en 8.°; id. 1793, id. 1802, tres volúmenes en 8.° Hay otra nueva edicion con el título: *Viajes á las Indias Orientales y al Africa, con una disertacion sobre las islas de Salomon;* Paris, 1807, en 8.° Contienen tambien estas últimas ediciones el viaje á Marruecos, habiéndose suprimido en la de 1807 cuanto se refiere á Madagascar. Dos veces se han traducido estos viajes al aleman, en Berlin el año 1792, en 8.°, y en Lóndres en 1792 y 1793. Al fin del viaje de Madagascar se ha insertado una *Descripcion de la Cochinchina*, que jamás visitó Rochon, y se cree ha sido sacada de un manuscrito de la *Historia natural del jardin del Rey*, atribuida á un misionero francés: este mismo volúmen presenta una carta de la isla de Madagascar, reducida del dibujo original que Robert hizo en 1727, que habia sido regalada á Rochon por Mr. Malesherbes. Una carta para inteligencia de Rochon, Surville y Manion, se halla en el segundo volúmen de la edicion de 1802, á cuyo frente se ve un vocabulario madagascario. El tercer volúmen concluye con las tablas astronómicas y con la general de materias. Los viajes de Rochon no estan bien escritos en lo general, como él mismo lo reconoce en el discurso preliminar, pues que la disposicion de las materias se presenta en desórden, viéndose esto no solo en las observaciones del autor, sino en la multitud de documentos y disertaciones que pertenecen á otros escritores. Fórmase Rochon, una idea demasiado elevada del carácter y costumbres de los salvajes, á los que concede más virtudes que las que regularmente tienen, y puede culpársele de no haber hecho la debida justicia al mérito de Flacourt, cuya obra sobre Madagascar puede consultarse aún con fruto.—*Noticia de las ventajas que pueden resultar de la conversion del metal de las campanas en moneda, para facilitar el cambio de los asignados;* Paris, 1791, en 8.°—*Razon de las experiencias sobre la moneda fundida en metal de campanas;* en 8.°—*Ensayo sobre las monedas antiguas y modernas;* Paris, 1792, en 8.°, con láminas.—*Sobre la construccion de cristales lenticulares;* Memoria leida en el Instituto en 1801, Paris.—*Observaciones sobre las mareas*, que es el resultado de las observaciones que sobre este particular hizo Rochon durante su permanencia en Brest.—*Sobre la navegacion interior*; esta Memoria, comunicada al Instituto en 1803, lo propio que la antecedente, se ha publicado en Paris, en 4.°, y en el mismo año con el título: *Proyecto de navegacion interior entre el puerto de Brest y el Loira, en Nantes.* Manifiesta Rochon en esta memoria, cómo se estableceria una comunicacion infinitamente útil entre Nantes, Lorient y Brest, haciendo comunicar y navegables los rios Edra, Isaac, Ourt, Bravet y Chatelin.—*Experiencia sobre un lente hecho con un prisma de cristal de Islandia:* Sometida esta memoria al Instituto en 1803, se imprimió en el *Monitor* de 6 de Julio del mismo año. Una

Memoria de M. Malas, *sobre la teoría de la doble refraccion*, explica la manera de Rochon para tallar su prisma y sus ventajas.—*Sobre la gasa de hilo de fierro;* memoria sometida al Instituto en 1806.—*Experiencias acerca de la formacion de la doble imágen, y su desaparicion en el spatho de Islandia y en el cristal de roca, aplicada á la perfeccion de todos los micrómetros compuestos de estas dos sustancias;* leida esta Memoria en el Instituto el dia 1.° de Abril de 1811, se imprimió en el *Monitor* de 10 del mismo mes.—*Sobre el arte de multiplicar las copias;* Camus dió una noticia en su *Histoire du Polytypage.*—*Sobre la construccion de un micrómetro privativo*; memoria inserta en el *Monitor* de 16 de Abril de 1812.—*Teoría general de los instrumentos que sirven para la medida de los ángulos.*—*Sobre el uso de las gasas metálicas para que los edificios sean incombustibles;* cuenta Rochon en una memoria el ensayo hecho por Mr. Dilh, que se sirvió de un cimento impenetrable al agua con seis metros cuadrados de estas gasas, de las que se sirvió para cubrir los muros de los graneros de Paris.—*Procedimiento para conocer por la altura media del hombre la distancia en que este mismo hombre se encuentra del ojo del observador.* Este procedimiento se ha empleado en las operaciones de táctica militar, y el jefe del gobierno de aquella época mandó construir al óptico Jæcker un gran número de lentes con sujecion á este principio para su estado mayor.—*Medio de hacer potable el agua del mar*; consiste esta invencion de Rochon en un grande alambique en el que se hace el vacio, debilitando la presion del aire hasta el punto de que el agua entre en ebullicion bajo el 50° del termómetro de Reaumur. Las siete anteriores memorias fueron leidas en el Instituto en Marzo y en Abril de 1812.—*De los espejos y cristales ustorios;* París, un volúmen en 4.°: se duda sea esta obra de Rochon. —*Exposicion de un método fácil, usado comunmente por los navegantes, para resolver los problemas más útiles de la latitud y de la longitud*; un volúmen en 4.°—*Disertaciones que pueden ser útiles ó necesarias á los navegantes*, de las que se tiraron muy pocos ejemplares. Hace ver Rochon en esta memoria el partido que pueden sacar los navegantes de los prismas de cristal de roca, para conocer las distancias á que ven los buques en el mar.—*Sobre el nuevo arte de navegar sin velas y sin remos por medio de la fuerza expansiva del agua reducida á vapor.*—*Observaciones sobre un nuevo medio de remontar los rios por medio de ruedas de molino movidas por el vapor del agua caliente.*—*Sobre la turba carbonizada mezclada con carbon de Landas para suplir al carbon de piadra*; París.—*Sobre los molinos harineros.*—*Observaciones hechas á los comisarios encargados de examinar el juicio del jurado sobre los premios decenales concernientes á la física*; dirigida á la Academia Real de Ciencias de San Petersburgo, en cuya memoria se queja Rochon, segun su biógrafo Mr. Dezos de la Roquette, á quien hemos seguido en la redaccion de este

artículo, de que se olvidase en estos premios enteramente la óptica. — C.

ROCO CAMPOFRIO (D. Juan), obispo de la santa iglesia de Coria. Sucedió á D. Gerónimo Ruiz Camargo, y fué el octavo de este nombre. Tuvo por patria á la muy noble villa de Alcántara, y por padres á Antonio Roco y á Doña Catalina del Barco. Nació en 8 de Julio del año de 1565. Aprendió las primeras letras en el convento del Palancar, de la órden de S. Francisco, cuyo monasterio fundó S. Pedro Alcántara. En el año 1582 dió principio en Salamanca á los estudios de cánones. En el de 1585 tomó el hábito de religioso en el convento sacro de S. Benito de Alcántara. En el año de 1589 fué colegial en el colegio que su religion tenia en Salamanca. Dando en el curso de todos sus estudios manifiestas muestras de su capacidad y aprovechamiento. Fué ordenado de misa en esta misma ciudad por D. Gerónimo Manrique, su obispo. Dijo la primera misa en su colegio, dia que siempre confesaba fué el más venturoso y placentero de su vida. En el año de 1591 se graduó de doctor en la universidad de Valencia, y en el mismo año pasó á Portugal en servicio del archiduque cardenal Alberto de Austria, con el título de su cruciferario. El rey D. Felipe II, sabedor de su mérito é ilustres virtudes, le dió el título honroso de su capellan. Despues pasó á los Paises Bajos (Flandes) en compañía del mismo archiduque, con el título de juez eclesiástico de su casa y corte y el de vicario general del ejército. Visitó y tomó cuentas al anterior vicario general, administrador y ministros del hospital del ejército, y sirvió el oficio de secretario de cámara cuando el archiduque pasó á celebrar su casamiento; volvió este príncipe á Flandes, y D. Juan Roco le pidió licencia para regresar á España. En seguida fué nombrado inquisidor de Córdoba y Valladolid, y propuesto para regente de la gran Canaria, y desempeño de la ciudad de Sevilla. Reformó la universidad de Salamanca, y fué consejero del Consejo supremo de la santa Inquisicion. El rey D. Felipe III le dió la presidencia de Hacienda y tribunal de la misma, haciendo tanto mérito de la suficiencia y servicios de tan benemérito varon, que le nombró por uno de sus testamentarios. Poco despues de la muerte de este monarca, llegó á la Corte en el año 1623, reinando D. Felipe IV, D. Cárlos, príncipe de Gales, hijo de Jacobo rey de Inglaterra, Irlanda y Escocia, á tratar del casamiento de la Serma. Infanta Doña María, hija de los reyes D. Felipe III y Doña Margarita de Austria: tratóse detenidamente acerca de su pretension en una solemne junta, en la que se propuso y se convino en los medios para poder conciliar las distintas religiones, pues la infanta era católica y el príncipe calvinista. Uno de los nombrados para dilucidar tan grave asunto fué el presidente de Hacienda, cuyo parecer firme y constante fué, que no habia medio posible para que se pudiese efectuar el matrimonio, y sobre el particular escribió una memoria enriquecida con

muchos datos y sólidas razones; pero á pesar de su autorizado dictámen, sucedió lo que á todos es notorio. En el año de 1624, le presentó el Rey para el obispado de Zamora en 12 de Noviembre. Le consagró en 29 de Junio del año 1625, en el colegio de Doña María de Aragon de Madrid, D. Julio Saqueti, obispo gravinense, nuncio de Su Santidad, y le asistieron D. Fray Juan Bravo de Lagunas, obispo de Urgento, y D. Fr. Antonio de Govea, obispo de Sirene, ambos religiosos agustinos. Entró en su iglesia en domingo 12 de Julio, y sin perder momento, dió principio á la visita de su obispado. Poco tiempo despues fué promovido de esta iglesia á la de Badajoz, entrando en ella el dia 6 de Octubre del año de 1627, y despues de haber visitado todo el obispado y atendido y socorrido sus necesidades, en el año de 1631 fué promovido para regir la iglesia de Coria. Donó á la fábrica de la iglesia de Zamora cuatrocientos ducados. Reparó los palacios obispales, é hizo donacion á la iglesia donde está el cuerpo de S. Ildefonso, de un portapaz de plata, y una casulla de brocado muy rico; en Badajoz hizo muchas limosnas, y ayudó á su fábrica con los socorros que pudo. A la iglesia de Coria, donó en el año que tomó su posesion todo su pontifical. Al colegio que tiene la órden de Alcántara en Salamanca le regaló su libreria y quinientos ducados; al convento sacro de Alcántara una ara construida de una piedra de mucho valor, guarnecida de plata, una lámina grande, igualmente de plata, con las palabras de la consagracion, un arca de reliquias y una pirámide de bronce sobredorada con una reliquia de S. Benito, y un atril grande de plata. A la iglesia parroquial de la misma villa, que se intitula nuestra Señora de Almocava, le donó dos mil ducados para su reparo, y una custodia de plata sobredorada, en que se llevaba el Santísimo Sacramento en el dia de su gran festividad, casullas de damasco y otras cosas. Escribió con el celo más laudable acerca del bien público, un tratado en que se ocupa de lo mucho que conviene limitar en España los estatutos de limpieza de sangre, cosa muy deseada y necesaria para excusar muchos daños. Obra de mérito y que merecia los honores de la impresion. Murió en la villa de Alcántara en 13 de Setiembre del año 1635, y se dió sepultura á su cuerpo en el convento sacro de la misma villa. Dotó en su iglesia de Coria un aniversario, que se dice en el dia de su fallecimiento, y otros doce en todos los meses del año. Vacó la sede por su muerte un año y cuatro meses, al cabo de los cuales fué provista en D. Antonio Gonzalez de Acevedo.—A. L.

ROCOLES (Juan Bautista de). Este historiador nació en Bezieres en 1630 de una noble familia del pais. Tomó el hábito en la órden de S. Benito, en donde se aficionó al estudio, y en particular al de la historia; pero no pudiendo acostumbrarse á la vida tranquila y uniforme del claustro, pidió su secularizacion. Ya conocido por algunos literatos, se estableció en Paris

para aprovecharse de sus consejos, y continuó aplicándose con celo al estudio de las lenguas antiguas y á la historia. Siguió los cursos de la universidad, y se hizo recibir doctor en derecho canónico, sosteniendo sus exámenes de una manera tan brillante, que al terminarlos fué nombrado profesor honorario. Por la influencia de sus protectores obtuvo los títulos de consejero y limosnero del Rey, con el cargo de historiógrafo, cuyos títulos puso en su obra del Mundo, de Davily, publicada en 1660. Fué tambien agraciado con un canonicato de la colegial de S. Benito, y con otros beneficios; pero la inconstancia de su carácter le impidieron disfrutar mucho tiempo de todo esto que debia más al capricho de la fortuna que á su mérito. A fines de 1672 partió para Génova, provisto de cartas del ministro Claudio y de Baile, é hizo profesion del culto reformado. En la esperanza de ser bien recibido del elector de Brandemburgo, se fué al año siguiente á Berlin, y habiendo tenido la fortuna de agradar á este príncipe, le condecoró con el título de su historiógrafo, y le concedió una pension. Aunque ignoraba la lengua alemana, emprendió escribir la historia de los electores de Brandemburgo de la casa de Hohenzollern; pero cansado pronto de este trabajo dejó manuscrita su historia con el título: *Historia Zollerana Branderbugicæ electoralis familiæ usque ad Joachimum II*, y ya fatigado de permanecer en Berlin, pidió permiso para retirarse, y se fué en 1675 á Leyden con la mujer con quien se habia casado en Prusia. Púsose entónces á ganancias con los libreros, pero apénas sacaba con que subsistir como se ve por una carta de Bayle á Minutor, de 4 de Agosto de 1675. «Rocoles está en Leyde, le dice, con su mujer en bastante mal estado de fortuna.» El año 1678 volvió á Francia despues de la toma de Nimega, y volvió á entrar en la Iglesia romana. Descontento de que se le echase en cara su apostasía, se volvió á Holanda, en donde profesó de nuevo la reforma religiosa, y en fin muriéndose su mujer, y cansado de su vida aventurera, volvió otra vez á Francia en 1685, y habiendo logrado se le perdonasen sus errores, fué restablecido en su canonicato de S. Benito, y murió en la comunion cristiana el año 1696. Rocoles tuvo talento y facilidad, pero le faltaba el buen juicio y la razonada crítica. Poseia á fondo las lenguas antiguas, como lo prueban sus traducciones de Herodoto y de Tácito, que se conservan manuscritas en algunas bibliotecas de Prusia y de Holanda. Además de la edicion del Mundo, de Davily, de que hemos hecho mencion, que publicó con adiciones de escaso interés, se conservan de Rocoles las obras siguientes en francés: *Introduccion general á la historia*; Paris, 1662, dos volúmenes en 12.°, id. 1672, y reimpresa otras muchas veces despues. Esta, que es una de sus mejores obras, está, segun Bayle bien escrita y provista de muy bellos conocimientos.—*Diálogo de Luxemburgo*; obra citada por Bayle, pero cuya fecha y ta-

maño se ignoran.—*Compendio de la Historia de Alemania;* La Haya, 1672, en 12.°, id. 1681: es una traduccion del *Nucleus historiæ germanicæ* de Gaspar Sagittarius.—*Historia verdadera del Calvinismo, ó Memorias históricas de la reforma*, opuesta á la Historia del Calvinismo de Maimbourg; Amsterdam, 1683, en 12.°: esta obra no tuvo éxito alguno, ni áun entre los protestantes.—*Los Amores de Antíoco*; Amsterdam, 1683, en 12.° Lenglet en su biblioteca, cita una obra del mismo título, impresa en París en 1679, en 12.°, que bien puede ser la primera edicion de la citada.—*Los insignes impostores*, ó historia de muchos hombres que han salido de la nada, que han usurpado las cualidades de emperador, rey y príncipe; id. 1683 y 1696, en 12.°, con láminas, obra muy rara; Bruselas, 1628, dos volúmenes en 8.° menor, con láminas. Esta compilacion fué traducida dos veces por Pauli Halle en 1760, precedida de una noticia sobre el autor; y por Agricola; id. 1761, en 8.°, cuya última version fué revisada por Juan Federico Joachim; lástima que no vuelva á reimprimirse en nuestros tiempos, en los que bien pudiera aumentarse con hombres de la catadura de los que describe Rocoles, que sin más méritos que los de osados aventureros han asaltado los tronos, desde las ínfimas clases de la sociedad, y de otros que sin otra razon que la intriga, se han hecho príncipes, duques y magnates, insultando al mundo y á la moral con sus escándalos.—*La vida del sultan Gemes (Zizim)*, hermano de Bajaceto; Leyde, 1683, en 12.°—*Viena dos veces sitiada por los turcos, en* 1529 y 1683, *y felizmente librada*; con reflexiones históricas sobre la casa de Austria y sobre el poder otomano; Leyde, 1684, en 12.°, con láminas: en esta obra hay algunos detalles contados por testigos oculares.—*La Fortuna madrastra de muchos príncipes y grandes señores de todas las naciones*; id. 1684, en 12.°, con láminas: es obra muy rara y buscada.—*Ciska el Ciego, capitan general de los Bohemios evangélicos*; con la historia de las guerras y turbaciones por la religion en el reino de Bohemia, despues del suplicio de Juan de Huss; id 1685, en 12.°: libro que dice Bayle que debe leerse. Segun su biógrafo Weis, al que hemos seguido en este artículo, Rocoles dejó manuscrita en latin la *Vida de Joaquin Ronant*, mariscal de Francia; obra que escribió en su juventud, ignorándose los motivos porque no llegó á publicarla.—C.

RODA (Fr. Francisco de la), religioso lego capuchino, varon memorable que ejercitó muchas y admirables virtudes. Se agregó á la Congregacion de los Capuchinos en la provincia de Cataluña, donde desde muy luego dió á conocer el singular espíritu con que le habia dotado el Ser Supremo, segun el arbitrio de su acertada y santísima voluntad. Con la profesion de los votos se perfeccionó en el ejercicio de las virtudes, sustentado con el ali-

mento de la oracion y contemplacion de todo lo celestial, consiguiendo por este medio un perfecto conocimiento de sí mismo; y sumergido en el profundo abismo de su vileza, se anegaba en copiosas lágrimas, consecuencia de su sensible y afectuoso corazon. Al mismo tiempo considerando la grandeza infinita de Dios, se arrebataba en contínuos éxtasis que le dejaban enajenados los sentidos, como se echó de ver en un caso maravilloso; pues ayudando una vez al sacerdote en la misa, quedó tan absorto en sus sagrados misterios, que al dar las vinajeras se le abrieron las manos y se le cayeron con el plato, y para que no se ignorase el noble orígen de este descuido, dispuso Dios que no solo no se quebrasen habiendo dado en el duro pavimento, sino que no se vertiese gota de su contenido. Como Aod, juez del pueblo de los hebreos, usaba con igual destreza y facilidad de ambas manos; y como los ángeles que descubrió Jacob que subian y bajaban por la escala dirigidos por un mismo impulso; no de otra suerte se dedicaba el siervo de Dios á la vida contemplativa, sin negarse por eso á la activa, y con entrambas manos sustentaba el trono de Dios en el alma, segun pinta la Escritura el de Salomon. Subia ángel á la oracion, y descendia igualmente ángel á la accion, cumpliendo fielmente con las que le dictaba la obligacion de su ministerio. Ninguno habia más pronto al servicio de la comunidad, ninguno más solícito en el obsequio de sus hermanos, ninguno más atento á practicar las puntualidades de la obediencia, y en fin, ninguno más escrupuloso en las observancias que impone el voto de pobreza á sus profesos, y especialmente en las construcciones cuya asistencia le encomendaban los prelados. Aborrecia el ocio como uno de los mayores enemigos de la vida espiritual, causa por la que cuando los años y los achaques le inhabilitaron para ocupaciones de mayor trabajo y fatiga, como lo eran cultivar la huerta, guisar la comida ó solicitar las limosnas, empleaba el tiempo que le quedaba de la oracion y demás espirituales ocupaciones en tejer sandalias para el uso de los religiosos; en los dias de fiesta solia dedicarse á escribir sobre puntos y materias pertenecientes al interior aprovechamiento, en donde daba bien á conocer las copiosas ilustraciones que su grande inteligencia recibia del cielo. Estas eran acompañadas del don de profecía, con varias revelaciones y apariciones celestiales, de que muchas veces gozó; pero ocultándolas con tal sigilo, que del todo se hubieran ignorado si la noticia que daba de algunas el confesor no las hubiese manifestado. Cuando llegaban al convento personas devotas que necesitaban consejo en alguna dificultad que se les ofrecia relativa á la direccion de sus negocios, al punto les encaminaba el prelado al insigne varon, quedando con entera seguridad del dictámen de quien tenia á Dios por maestro, y que sabia serlo respecto de los que lograsen su provechosa conversacion. Vida tan santa tuvo en la

muerte dichoso término. El dia 2 de Agosto de 1632, célebre en la Iglesia católica por el santo jubileo de la Porciúncula, se dispuso á ganarle Fray Francisco de Roda con singular pureza y ardiente devocion, y despues de haber salido con la comunidad á visitar la iglesia, dijo á un religioso con extraordinaria alegría: «Oh, si el Señor me concediese acabar la vida en esta ocasion, cuán grande beneficio me hiciera.» Apénas pronunció estas palabras, cuando se sintió con el frio de una peligrosa terciana que á los siete dias le relegó á la sepultura. Al primer accidente conoció la voz del Señor, y habiéndole recibido con la prevencion de los santos sacramentos, con la luz de la fe y el óleo de la caridad, entró con él á los eternos goces del cielo, siendo merecido premio á sus constantes y excelsas virtudes. — A. L.

RODA (P. Fr. Lorenzo de), religioso de la órden de S. Gerónimo en el convento de Mejorada, cerca de la villa de Olmedo. Este virtuoso y entendido varon fué por espacio de diez y seis años gran maestro de novicios, probando con su constancia en este penoso oficio su virtud y santidad. En todo este tiempo jamás se acostó despues de maitines, aplicándose hasta prima á la oracion mental, conociéndose en la buena doctrina y enseñanza que daba á los novicios, que aquel acierto en su educacion era fruto de sus contínuos desvelos. Sacó muchos, muy buenos y aventajados discípulos, muy prácticos en la obediencia, muy especulativos en la meditacion, pero sin duda por incuria, ninguno se ocupó de escribir los hechos, virtudes y cosas particulares de su maestro; siendo este descuido tanto más de extrañar, cuanto que nunca cesaban de alabar su virtud y sabiduría, y no solamente sus discípulos le ensalzaban contínuamente, sino que tambien los ménos observantes, y áun sus émulos confesaban sus altas prendas, de lo que se infiere cuánto debia resplandecer en tan santo religioso la virtud y el saber. Fué una vez prior en la casa, y lo fuera otras muchas segun la aceptacion y gran nombre y opinion que habia adquirido, si no hubiese muerto feliz y cristianamente varon tan justo, á los pocos dias de terminar su prelacía. Murió hácia mediados del siglo XVII. — A. L.

RODAS (Fr. Antonio de), religioso de la órden de Menores capuchinos y predicador. Este señalado varon tenia el citado apellido de Rodas, no porque fuera natural de la Isla de este nombre, sino por ser hijo de la ilustre familia de los Rodes, bien conocida en Francia. De este antiguo tronco nació esta nueva rama, que tanto debia ennoblecerle. Tenia el padre de Fray Antonio mucho valimiento en palacio, y pudo conseguir del Rey una abadía para su hijo, aunque se hallaba en muy corta edad. Esta dignidad fué el cimiento sobre la que podia esperar Fr. Antonio habian de cargar otras muchas del estado eclesiástico; pero temeroso de que los altos puestos eran muy propensos á ruina, y que las rentas eclesiásticas suelen emplearse en

distintos objetos de los señalados por el papa Urbano I, cuando dijo: Que los bienes de la Iglesia son votos de los fieles, precio de los pecados y patrimonio de los pobres; no queriendo que padeciese riesgo su salud espiritual por este camino, trató de acogerse, abandonando lo que tenia y podia conseguir al sagrado de la religion. La misma naturaleza suele influir en los nobles ánimos para que se manifiesten luces refulgentes, como centellas de virtud, que encendieron tanto el de Fr. Antonio, ayudado de la gracia de Dios para refrenar los anhelos de la ambicion y codicia, solicitando la gloria de Dios y contradiciendo las instigaciones de Satanás, que decidido á conseguir estos resultados por los medios más eficaces, dedicó la flor de su juventud á la religion de los Capuchinos, en la misma provincia de Tours. Este jóven, que en el siglo habia tenido mesa tan opípara y abundante, se ciñó tanto á la que le proporcionaba la del refectorio, que usaba de ella únicamente lo que bastaba á conservar la vida. Su elevado linaje le habia hecho idóneo para desempeñar los más altos puestos, pero prefirió dedicar á la religion todos sus conatos y cuidados, procurando ser el más humilde é inferior á todos en las palabras y acciones, en el hábito, en el asiento y en todos los demás actos precisos á la humana vida. De los pedazos de sayal desechados era colector avariento, fabricando con ellos el manto ó hábito que pedia precisamente la honestidad, y encendiendo con estas prácticas su amor á la santa pobreza y desprecio propio; maravillando á los que considerando quién habia sido Fr. Antonio, y cómo se portaba despues, se confundian y avergonzaban de no imitar esta tan apostólica desnudez. Aunque llegó á ser uno de los mejores predicadores de su provincia, así por la gracia como por la facilidad en decir, permaneció, sin embargo, siempre humilde, conociendo que la humildad es tutora de todas las virtudes y beneficios de Dios, y así encomendaba á su cuidado y á su ejercicio todas las buenas prendas con que se hallaba. Huyendo siempre de las honras, le siguieron siempre los honores, colocándole la provincia en sus más superiores puestos, por la misma razon que veia no solo el olvido, sino la aversion con que procuraba Fr. Antonio retirarse del manejo de aquellos cargos. Fué guardian y maestro de nuevos, así llamados los que aún no llevan cuatro años en la religion, en el convento de Poitiers, disponiendo Dios entónces esta eleccion porque habia determinado que padeciese aquella casa una grande calamidad, de la que Fr. Antonio habia de ser el mayor alivio y consuelo. Siendo, pues, prelado de aquella numerosa familia, enfermaron veinte religiosos con una especie de dolencia tan extraordinaria, que les acometia, singularmente cuando se hallaban en el coro, empezaudo con accidentes de grande riesgo y penalidad. El primero de estos era un delirio que les duraba por todo un dia, junto con una fiebre sumamente ardorosa, por cuya razon

los médicos ignorando la causa de aquellos fenómenos, sospecharon si sería obra de Satanás, aplicando á los religiosos algun hechizo que los hiciese enfermar. Mejor lo juzgaron otros discurriendo que habia alguna causa general de aquellos padecimientos, siendo sus accidentes primitivos tan parecidos y análogos, y así advirtiendo el cuerdo prelado que constantemente empezaban á enfermar los súbditos dentro del coro, con acuerdo de los mismos médicos, hizo levantar las tablas del pavimento, y cavando despues la tierra, se percibió en seguida un olor pestífero producido por la corrupcion y humedad de los cadáveres que estaban en la bóveda, situada debajo del coro, averiguándose con toda certeza que eran los muertos los que hacian guerra á los vivos. Se procuró remediar el daño, sacando los cuerpos y abriendo una gran ventana, que con su ventilacion facilitase la evaporacion y salida de aquellos gases perniciosos; pero los que ántes habian participado de su influencia, se hallaban sumamente apretados, así de las congojas como del hastío que les ocasionaba la enfermedad, comunicándose ésta á muchos de los que asistian á aquellos oficios de caridad. No obstante el riesgo y el conflicto, se animaban á porfia los religiosos á servir, consolar y medicinar á sus afligidos hermanos, estando convencidos unos y otros de que la singular asistencia de Fr. Antonio á la enfermería habia de ocasionarle la muerte. No los engañó su rezelo, porque teniendo muy presente el siervo de Dios la obligacion de su oficio, decia ser ocioso y áun injusto el nombre de padre en quien no cuida de sus hijos y, como pelícano amoroso, no se ofrece á verter la sangre por ellos. Porfiaban los súbditos que en el caso presente no era su asistencia necesaria, cuando los enfermos la tenian tan puntual en todo cuanto necesitaban; que mirase que era persona pública, y que como tal no debia exponer su vida á peligro tan evidente, mayormente cuando pidiendo á Dios en su retirada oracion el remedio de aquella calamidad, podria ayudar tanto al bien comun de su familia. ¿Pero quién era capaz de convencer á quien tanto amaba? Sabia muy bien Fr. Antonio lo que le importaba no decaer de su ánimo, y hacer por sí lo que mandaba que hiciesen otros; y así era de suerte que no dejaba celda de enfermo que no buscase, instándoles no solo á la paciencia y conformidad en aquel trabajo, sino administrándoles ya la comida, ya los medicamentos, barriendo las celdas, limpiando los vasos excretorios, y en fin, acomodándose á todo lo espiritual y corporal de que los dolientes necesitaban, y dicta el paternal afecto de un corazon verdaderamente caritativo. Representábanle los médicos su predisposicion natural para contraer aquel contagioso padecimiento con más facilidad que los demás religiosos que asistian á los enfermos; pero despreciando el peligro les satisfacia con lo que Cristo Señor nuestro enseñó, que el buen pastor ha de exponer su vida por sus ovejas.

No solo la expuso Fr. Antonio siguiendo esta evangélica voz; pero la depuso, porque herido de muerte de aquel contagio, le arrebató en breves dias del trabajo y del ministerio. Luego que se sintió indispuesto, por que el regular delirio no lo impidiese, se previno con los santos sacramentos de la penitencia, Eucaristía y extremauncion. Salió luego fuera de sí, sin poder pronunciar palabra hasta que poco ántes de espirar levantó la voz diciendo: *Yo camino*, y poco despues exclamó tres veces: *Gozo grande, gozo grande, gozo grande*, con que descubierta quizá en esta vida alguna noticia especial de la gloria que le esperaba en la eterna, pasó del convento de Poitiers al gozo inefable del cielo. Lo admirable fué que desde la muerte de Fr. Antonio no pudo aquella atroz dolencia prevalecer contra alguno de los enfermos; ántes muerto el pastor, se volvió á juntar en perfecta sanidad el rebaño, aplacada la ira divina con aquel perfecto holocausto de caridad, cuya muda voz enseña la que deben tener con sus súbditos los superiores que quieren cumplir con su obligacion. Murió el benemérito Fr. Antonio de Rodas hácia el año de 1615. — A. L.

RODDO (Fr. Jacobo), franciscano inglés; pocas son las noticias que nos han quedado de este religioso, uno de los más ilustres de su siglo y país en la religion seráfica. Consta, sin embargo, que pertenecia á una familia tan distinguida como antigua, y que desde el instante en que tomó el hábito dió las mayores pruebas, no solo de su aptitud para los estudios, sino tambien para la piedad en que estaba llamado á hacer grandes adelantos, animando ó siguiendo su ejemplo á caminar con fruto y buenos resultados por las espinosas sendas de la virtud. Tal fué, pues, la vida del P. Roddo, que siguiendo las huellas del glorioso patriarca S. Francisco de Asís y de sus primeros discípulos, consiguió se le mirase como un digno imitador suyo, y se le citára como ejemplo áun entre los mismos religiosos que en su siglo y en Inglaterra fueron siempre muy fervorosos y celosos, pues el carácter especial de esta nacion, comprendido á medias por los continentales, consiste en un entusiasmo frio, pero tenaz, en una decision constante y consecuente, que cuando en nosotros aparece y desaparece en un momento, brilla en ellos durante largos períodos, y no se extingue sino con lo que la ha dado pábulo y orígen. Esta es la causa de que el catolicismo produjese en Inglaterra tantos santos y mártires en los primeros siglos de la Iglesia, de que se poblase despues tan grande número de conventos que mereciera elogios en las historias eclesiásticas y de que durante la reforma, más bien política que religiosa, por que pasó en tiempo de Enrique VIII, hubiese tantos mártires, tantos misioneros y tantos decididos á recibir la palma del martirio, puesto que se establecieron colegios de ingleses dedicados exclusivamente á la conversion de sus compatriotas y conservacion de la fe entre los que aún permanecian

firmes en ella, no solo en Roma, sino tambien en las naciones católicas, contándose en España tres, uno en Sevilla, otro en Valladolid, y creemos que el tercero en Madrid, donde se halla en la actualidad el Caballero de Gracia, aunque éste duró mucho ménos tiempo. No es extraño, por lo tanto, la grande fama que obtuvo Roddo por sus penitencias, austeridad de vida, ejemplares costumbres, y demás prácticas propias de un buen religioso, las que le valieron el aprecio de su siglo, que le honró como uno de sus principales predicadores, al mismo tiempo que de sus más notables escritores. Por desgracia casi todos los escritos de los religiosos ingleses han desaparecido en las revoluciones que siguieron despues, pudiéndose apénas asegurar si llegaron á ver la luz pública; el que se conoce de este autor lleva el título de *Commentaria super Evangelia*, y parece que existió por largo tiempo una copia en Italia en el convento de Asís. —S. B.

RODEILLE ó RODELLE (Pedro). Nació este jesuita en Rhodes el dia 7 de Setiembre de 1638. Pasó en Tolosa la mayor parte de su vida, en donde enseñó las humanidades y la retórica, habiendo sido prefecto de las clases inferiores. Fué tambien rector de los colegios de Billon y de Beziers, y murió en Montpellier el 10 de Diciembre de 1696. Han quedado de este autor las obras siguientes: *Delphinus Gallicus rex maris constitutus, carmen genetliacum*; Tolosa, 1662, en fólio. — *Valerii Martialis epigrammatum selectorum libri quinque, commentario brevi notisque illustratis*; Tolosa, 1679, en 12.° *Horatius ad Serenissimum Galliarum Delphinum*; Tolosa, 1683, en 8.°, Paris, 1683, en 12.°, en dos tomos; esta edicion está con una explicacion, notas y un compendio cronológico de la historia romana desde el 710 de Roma hasta el 746. —*Junii Juvenalis Satyræ cum interpretatione et notis*; Tolosa, 1688, en 12.° — *Epistolæ duæ ad Julianum Hericurtium*; estas dos cartas latinas, dedicadas á Mr. Julian de Hericourt, se hallan impresas en la Historia de la Academia de Soissons, compuesta en latin por éste é impresa en Montauban en 1688, en 8.° —C.

RODELLA (Juan Bautista), literato y biógrafo, nos presenta la historia á este escritor, que nació el 1.° de Marzo de 1724 en Padenghe del Bresciano, de una familia oscura. Llevado en su infancia á Brescia, fué admitido en el colegio de los Jesuitas, en donde no tardó en distinguirse por la rapidez de sus progresos. Encantado el P. Sanvitalis, bajo cuya direccion habia hecho sus estudios de humanidades y filosofía, vino á ser su protector y amigo. Abrazó la carrera eclesiástica, á la que se sintió inclinado, y estudiando la teología, continuó cultivando las letras y la historia, formándose el gusto con la lectura de los mejores autores. Al salir del seminario, su generoso protector le proporcionó la plaza de secretario del conde Mazzuchelli, que se ocupaba entónces en levantar un monumento á la gloria de los escritores

italianos, y Rodella vino á ser su colaborador leyendo los periódicos, las colecciones literarias, y cuantas obras podian proporcionarle noticias. Estudió al propio tiempo con grande aficion la numismática, y describió la preciosa coleccion de su Mecenas. Dirigió la impresion de la gran obra de Mazzuchelli, y estaba á punto de imprimirse el sétimo volúmen, cuando perdió á su bienhechor, con el que hacia veintidos años vivia en íntima amistad. A la muerte del conde habia precedido doce dias ántes la de la condesa, su esposa, á la que miraba Rodella como á su segunda madre. Vaciló largo tiempo sobre el partido que debia tomar, y viniendo en su socorro la religion, ésta le proporcionó consuelos más eficaces que los de la amistad. A fin de distraer su pena, escribió la vida de Mazzuchelli, y la publicó con el título de *Nigrelio académico agiato*. Rodella tomó al fin de nuevo sus trabajos literarios, y resolvió consagrar el resto de su vida á terminar la importante obra que su Mecenas habia dejado incompleta. En el espacio de veintiocho años pudo completar cuatro tomos de *Noticias biográficas*, cuya publicacion, con la de dos volúmenes de Mazzuchelli, que quedaban inéditos, completan la *Historia de los autores italianos* hasta la mitad del siglo XVIII. Rodella excitó el celo de los literatos, comunicándoles el resultado de sus pesquisas, y se mezclaba en sus debates, sacrificando su reposo al interés de la verdad. Aunque huia del trato de las mujeres, y que, segun se dice, jamás se vió solo con ninguna ni cinco minutos, emprendió el *Elogio de las Brescianas*, que se habian distinguido por su talento y virtud, y escribió las vidas de sus más ilustres compatriotas hasta el número de ciento dos. Jamás consideró el arte de versificar, sino como un ejercicio fútil; y sin embargo, adquirió tal facilidad de rimar, que cuando sus amigos le pedian un soneto, componia casi siempre dos ó tres sobre el mismo objeto. Gozaba de una salud robusta, que debia en parte á su sobriedad, y así es que llegó á la vejez sin sentir el peso de las enfermedades. Advirtiéndole la primera enfermedad grave su fin próximo, se preparó á él con oraciones y actos de piedad, recibió los sacramentos con gran devocion, á pesar de lo que dijeron los malévolos que le consideraban jansenista, de manos del cura de S. Zenon, segun el testimonio de Gassago, y murió tranquilamente el 5 de Mayo de 1694. Fué enterrado sin pompa alguna en la iglesia de S. Zenon, su parroquia, segun lo habia dispuesto. Publicó Rodello todas sus obras con los nombres supuestos de *Juan de la Barotta*, *Nigrelio Académico*, *Gaspar Dublin*, *Bartolo Cignani*, *Ireneo Filaleto*, *Diógenes Bavarton*, y otros. A continuacion de su *Elogio* pronunciado por el P. Santiago Gussago, fraile de S. Francisco del convento de Pádua, que se imprimió en 8.° en 1804, se halla la lista de las obras de Rodella. Además de algunos libros ascéticos traducidos del francés, sonetos y cartas que se han insertado en la coleccion calogerana, un discurso sobre

la paciencia y otras, se conocen de este autor las siguientes obras en italiano: *Vida, costumbres y escritos del conde G. M. Mazzuchelli*; Brescia, 1766, en 8.°; esta vida es muy minuciosa, pero exacta é interesante. — *Noticias sobre Andrés Saroti, poeta bresciano, en la Nueva coleccion de Mandeliana*; tomo XL. — *Sobre Francisco Dábola*, al frente de su cuaresma; Brescia, 1787, en 4.° — *Sobre José Tabelli*, sacerdote bresciano, 1784, en 8.° — *Sobre el jesuita P. Lana.* — *Sobre Agustin Gallo*, agrónomo, al frente de su *Tratado de Agricultura.* — *Sobre Benito Castelli*, monje del Monte Casino, en las *Vidas de los italianos de Fabroni*, al tomo I. — *Las veinticinco novelas de D. Tragino de la Bastia de Britheinopoli*, por Simon Piscopio; 1781, en 16.° — Es tan raro este *Opúsculo*, que apénas se conoce un ejemplar; pero Jacobo Dionisi, que conocia el mérito de estas *Novelas*, se procuró dos ediciones en Verona, en 12.° — Entre sus manuscritos, dice su biógrafo Mr. Weis, que son diez; los notables son: La *Continuacion de los Escritores italianos* y los *Elogios de las damas brescianas.* Las cartas de Rodella diseminadas en las bibliotecas de Italia dan muchos detalles sobre la historia literaria de su época. Su retrato fué mandado grabar por su buen amigo el abogado Chiaramonte, que hizo este obsequio á su memoria. — C.

RODENAS (Fr. Miguel), franciscano español cuya patria se ignora. Floreció en el siglo XVIII, y tomó el hábito seráfico en la observantísima provincia de S. Juan Bautista de Valencia. Habia oido hablar del rigor y aspereza con que se guardaba la regla en esta provincia, de la perfecta vida que hacian en ella los religiosos, y de los varones eminentes por sus virtudes, que la habian ilustrado, y no vaciló en seguir su santo ejemplo, procurando si no igualarlos, seguir al ménos sus pasos lo más de cerca que pudiese. En efecto, desde los primeros instantes fué un fiel obrero de la viña de Jesucristo, y sus buenas costumbres y vida ejemplar le valieron todo género de consideraciones de sus prelados y compañeros. Como habia seguido una carrera literaria, y pudo perfeccionarla entrado ya en la religion, para lo que contaba con abundantes medios, no tardó en aspirar á empleos y dignidades, que aunque por humildad hubiera deseado dimitir, el bien de su Orden y las necesidades que representaba le obligaron á aceptar tan satisfactoriamente, como puede inferirse de los progresos que fué haciendo en lo sucesivo en su carrera. Nombrado profesor en sagrada teología de su provincia, ejerció por largos años un destino que en otra religion le hubiera dado grandes ventajas, pero que en esta solo le proporcionó trabajos, pues obligado por el puesto en que se encontraba á dar ejemplo á numerosos discípulos, hubo de aumentar en sus penitencias, vigilias y maceraciones, y emplear todos los medios de edificacion para ser maestro de virtud, más bien que de la ciencia que tenia á su cargo el enseñar. Pero era esto tan na-

tural en su carácter, se hallaba tan conforme á sus hábitos y á los que de antiguo habia adquirido en su provincia, que léjos de costarle trabajo alguno, lo desempeñaba con la mayor perfeccion y alegría, procurando única y exclusivamente ser el primero en la vida evangélica, como estaba tambien obligado á serlo en la científica, si cabe esta frase, tratándose de un individuo consagrado á la enseñanza. Despues que hubo ejercido por largos años este destino, tan notable y á propósito para ser promovido á otro superior, fué elegido guardian agente del convento de S. Roque de Gandía, uno de los principales de la provincia, y en que continuó dando claras muestras de su ciencia y virtud; de su ciencia, porque acudian á consultarle muchas personas en casos graves y difíciles, y tenia que ayudarlas con sus luces y experiencia á salir de sus dificultades y de su virtud, porque ya no solo tenia que ser un espejo para los religiosos, sino tambien para los seglares que de él querian aprender é imitar lo necesario para la salvacion de su alma. Hallábase quizá desempeñando este destino hácia 1740. Dejó una obra intitulada: *Vida admirable del V. Fr. Andrés de Hybernon, lego descalzo de su provincia*; Valencia, 1751, en 8.°—S. B.

RODENAS (Tomás), sacerdote, natural de la villa de Ayora, doctor en sagrada teología, vicario de aquella parroquial y comisario de la Santa Inquisicion de Murcia. Fué catedrático de retórica en la universidad de Valencia, donde dió muestras constantes y señaladas de su mucho estudio, laboriosidad é irreprensibles costumbres. Murió jubilado en Valencia á 25 de Mayo de 1757, de edad de ochenta y un años. Escribio: 1.° *Panegyris Rhetorica soluto, et ligato stilo omnifariam illustrata. In laudem Florentissimæ Scholæ Valentinæ Dialogi adinstar.* En Valencia, por Antonio Valle, 1721, en 4.°—2.° *Diálogo alegórico á la Santísima Trinidad, por los tres atributos divinos de la omnipotencia, sabiduría y bondad.* Jimeno dice haberle visto manuscrito en 4.°, en poder de un discípulo suyo.—A. L.

RODES (V. Sor Rafaela). El convento de religiosas franciscas de Santa Clara de Perpiñan ha dado muchas y muy gloriosas monjas á la seráfica y dilatadísima familia. Entre las muchísimas de que pudiéramos hacer mencion, se cuenta Doña Rafaela Rodés, que perteneciendo á una de las más distinguidas y ricas familias de Gerona, renunció á sus riquezas, renunció á las comodidades y halagos con que le brindaba la vida regalada que hubiera podido llevar en su casa, y vistió el tosco sayal de S. Francisco, en aquella casa de verdadera y rigorosísima observancia. Desde el momento mismo de entrar en aquella santa casa dió ejemplo de la humildad más profunda, estimándose como la última de todas, como la nada, y ménos aún que la nada, y creyéndose indigna hasta de los favores con que el cielo da vida á los seres más viles y abyectos. Su noviciado fué una contínua ense-

ñanza para sus hermanas y áun para sus maestras, y en las pruebas y demás que intentaban para cerciorarse de hasta dónde se podian llegar las esperanzas de la comunidad acerca de esta inocente doncella, ella se adelantaba á los deseos de todas é iba mucho más léjos aún en perfeccion, de lo que se prometian sus hermanas y superioras. Luego que hubo profesado, se dejó ver en su ferviente anhelo por comunicar con su esposo y alcanzar de él los bienes celestiales, que son consecuencia de un íntimo trato; no porque en el ejercicio de la oracion, á que era aficionadísima y en el cual lograba grandes provechos, se propusiese ella nunca estos provechos mismos, sino porque hacia el Señor en recompensa de su exactitud y en premio de los sufrimientos que necesariamente habia de experimentar, concesiones y favores que compensaban estas mismas penalidades con que tanto agradaba á su querido esposo Cristo Jesus. Su celo por la gloria de Dios y por la exactitud en el cumplimiento de las más menudas prescripciones, no solo de su regla sino de sus santas constituciones y demás fué tal, que veia con dolor sumo la más ligera infraccion de su santa regla, y se llenaba de pena cuando notaba que alguna religiosa era ménos observante de lo que debia. En cuanto á ella misma, no se la vió nunca faltar en lo más mínimo, y fué tan abstraida, tan amante del retiro y del silencio, que ni aparecia por los claustros ni otras oficinas del convento, sino cuando su presencia era precisa, ni se la oyó nunca la voz á no ser preguntada, y entónces respondia con precision exactísima, eso sí, pero pareciendo esquivar las palabras para no decir ninguna que no fuera necesaria. Hubiera querido infundir en todas sus hermanas este mismo espíritu de recogimiento, este mismo amor á la soledad, al retiro y al silencio, y para inclinarlas á que buscasen por este medio al esposo amado de su corazon, las hacia ver cuán mejor es la compañía de Jesucristo que la de un deudo, pariente ó amigo; cuánto más apreciables son los favores que dispensa Dios, Señor nuestro, que no los que dispensan nuestros más íntimos amigos del mundo; cuánto se gana en la celda y cuánto se pierde en el locutorio; con otras muchas cosas de grande edificacion que la religiosa sabia decir muy bien, y que en verdad daban el resultado apetecido. En cuanto cumplió el tiempo que las constituciones requieren para que una religiosa sea nombrada superiora, quisieron sus hermanas darla tal cargo á nuestra sor Rafaela; mas ella lo resistió tenacísimamente, porque decia no era para tal empeño; sin embargo, la obediencia que tenia que prestar y prestaba gustosísima, la obligó á aceptar el de vicaria, que desempeñó por muchísimos años. Por supuesto que aunque no era por eleccion y nombramiento sino vicaria, lo que es de hecho era todos los cargos que habia en el convento, y no se crea que esto quiere decir que se entrometiese al desempeño de ninguno que no la compitiera, nada de esto, sino

que en su deseo de aliviar á todas de su trabajo, aunque fuese á costa del trabajo y molestia suyos propios, tomaba sobre sí lo penoso de todas y llevaba, por decirlo así, el peso del convento, en tanto que las demás religiosas estaban muy bien servidas, muy contentas y satisfechas, porque nada las faltaba ni experimentaban necesidad alguna. Muchísimas veces quisieron hacerla abadesa y siempre lo rehusó; respetando todos esta su opinion, porque la cuenta salia lo mismo que si lo fuese, pues todo el cargo lo desempeñaba y no la faltaba más que la representacion, la cual para nada la hacia falta, porque ni ella la echaba de ménos, ni por no tenerla dejaba de cumplir bien y fidelísimamente con los cargos todos de una superiora que desea en el mejor gobierno de su comunidad corresponder á la divina gracia y cumplir con sus exclusivos deberes de fomentar, en cuanto pueda, el bien de sus subordinadas. Para esto era celosísima nuestra madre Rafaela, y como su cargo requeria de ella este cuidado, no habia la más ligera imperfeccion en la casa acerca de la cual no estuviese ella vigilantísima con el mayor afan; pero era lo admirable que reprendia y á veces castigaba, y castigaba con algun rigor, pero lo hacia con tal espíritu, obraba de una manera, que la misma reprendida, la misma castigada se complacia, porque tenia bien en cuenta que castigo y reprension para su bien sería, porque como no hacia cosa alguna sin consultarla con Dios en la oracion, no habia miedo de que se equivocase, y eran por consiguiente muy respetadas hasta sus más insignificantes acciones. Su penitencia era cruel, y muchas veces hubiera parecido imposible el que pasase con tan poco alimento como tomaba, y el que macerase su cuerpo con el rigor que lo hacia, si no se hubiese sabido que nuestro Señor da á sus escogidos fuerzas extraordinarias para que hagan lo que él quiera, para que cumplan completamente sus santísimos designios. Nuestra excelente religiosa recibia de Dios superiores ilustraciones, tanto para conocer las cosas y goces de la bienaventuranza, cuanto para conocer los diferentes estados del espíritu, de las personas, del mundo, y poder ayudarles por medio de sus oraciones, encaminadas á los fines adonde debieran de ir. Con su familia, á quien veia pocas veces, porque no era afecta á visitas, ántes la repugnaban grandemente, con su familia tuvo algunos rasgos en que desteló bien claro cuánto la ilustraba Dios. Una sobrina suya la preguntó un dia acerca del estado para que la llamaba el Señor, y su tia la dijo que seria monja, y buena monja, y que en sus dias y en su mismo convento habia de tomar el hábito. La jóven en todo pensaba ménos en esto, así es que tanto ella como los demás parientes se rieron del dicho de la religiosa. Ella no llevó á mal que tal hiciesen, dejó andar el tiempo, dejó que las circunstancias se complicáran de la admirable manera que Dios sabe disponer las cosas cuando quiere, y vió cumplido su pronóstico; la jóven pidió

el hábito en aquella santa casa y le obtuvo, siguió las huellas de su tia y fué tan respetada por su virtud como por su acierto en el gobierno de la comunidad, que tuvo á su cargo por mucho tiempo, pues fué abadesa nada ménos que cinco veces, y algunas preferida á señoras de muchos más años que ella, tanto de edad como de hábito. Es verdad que su tia la tomó por su cuenta desde que entró en el convento, ella dirigió su noviciado, ella arregló su profesion, ella la guió en todo y por todo, logrando el consuelo de que Sor Verónica Gorsch, que así se llamaba, secundase perfectamente los designios de su muy querida tia, y no hiciera sino seguir sus huellas. Omitiremos otras muchas cosas que en alabanza de nuestra Sor Rafaela pudieran decirse, y nos limitaremos á consignar la gracia última que el Señor la concedió en vida, para llevarla consigo á gozar para siempre de su presencia y gloria. Estaba muy enferma una jóven que prometia mucho, los médicos la habian desahuciado, las religiosas la creian por muerta. Sor Rafaela pidió á Dios ser ella quien muriese y no la enferma, y con efecto la enferma sanó, la sana cayó en cama; los médicos dijeron, casi á la primera visita, que la enfermedad era de muerte. Horribles padecimientos se iban cada dia aumentando; Sor Rafaela siempre satisfecha porque Dios la habia escuchado. Se declaró en inminente peligro, se la administraron los santos sacramentos, que recibió con devocion suma; oyó las exhortaciones del sacerdote, dió á las monjas maternales consejos, encomendó al Señor su espíritu, y con la mayor paz, con un sosiego inalterable, pasó á mejor vida el año del Señor 1591, dejando olor de preciosas virtudes. Al momento comenzaron las averiguaciones acerca de estas, y su resultado fué que la Iglesia, maestra de toda verdad, declaró venerable á Sor Rafaela Rodés, francisca de Perpiñan. —G. R.

RODESINDO (S.), obispo de Compostela. Fué hijo del conde D. Gutierre Arias, y de la condesa Doña Ildura. Estos dos señores no habian tenido sucesion, y se la pedian al cielo con oraciones y lágrimas, y condescendiendo á sus ruegos la divina Providencia, no tardó en nacer el niño que tan preciosos frutos debia dar á la tierra con sus virtudes y santidad, viniendo al mundo en jueves 26 de Noviembre de 1907. Apénas tuvo uso de razon, celebró el dia de su natalicio, no con banquete y diversiones, sino con limosnas y otras obras de caridad. La condesa su madre tuvo la devocion de que fuera su hijo bautizado en la iglesia del Salvador, donde habia tenido revelacion de su nacimiento; pero no habiendo en ella pila de bautismo, pues no era parroquia, sino una capilla de los dominios de los condes, se determinó llevarla allá en un carro desde la iglesia de Sala, que era la parroquia más próxima. Pero entónces se verificó un milagro que refiere el P. Marieta en sus *Santos de España*, de la manera siguiente: «La subida

de la sierra era muy áspera, y así el carro se quebró por esto á medio del camino, y todavía con manifiesto milagro que nuestro Señor fuese servido de obrar, la pila llegó á la iglesia y se cumplió el piadoso deseo de la madre de Rodesindo.» Con estas señales del cielo, se comprendia ya lo que el santo niño debia ser en adelante. Su buena educacion le puso en el caso de hacer grandes adelantos en los estudios, segun se infiere de algunos escritos suyos que han llegado á nuestros tiempos. En cuanto llegó á los veintiocho años, edad que se requeria en aquella época para ser ordenado de sacerdote, obtuvo esta dignidad, siendo en el mismo año elegido obispo de Ducino, cerca de Braga, en Portugal, supliendo su grande ingenio y virtudes á lo corto de su edad. El rey Ordoño le trasladó despues á la silla de la iglesia de Mondoñedo, con cuya ocasion fundó cerca de esta ciudad un monasterio intitulado de Cabeyro, que perteneció despues á los canónigos premostratenses, y donde parece se enseñaba hasta hace poco una casulla que habia regalado el Santo al monasterio. Transcurridos algunos años, cuando el rey D. Sancho *el Gordo* quitó de la silla de Compostela, llamada entónces Iria Flavia, al obispo Sisnando, tercero de este nombre, trasladó á ellas á S. Rodesindo, á peticion de los pueblos, que conocian ya sus muchas y grandes virtudes. Además de obispo era allí Rodesindo gobernador por el rey D. Sancho, extendiéndose su poder á toda Galicia, la que defendió y libertó de las invasiones de los normandos, célebres piratas de la edad media, que recorrian en pequeñas embarcaciones todo el litoral de Europa, robando y saqueando los lugares próximos al mar, hasta que el rey de Francia les cedió una provincia á que pusieron su nombre. En el tiempo que le dejaban libre los negocios públicos, se consagraba á otros en bien de sus gobernados; y entónces fué cuando fundó el monasterio de Celanova, en una aldea de su patrimonio llamada el Villar, en el territorio de Galicia, que se intitula de Limia por el rio que le baña. Puso por primer abad de aquel monasterio á S. Franquila, que lo era de Riva de Sil, para que con su virtud fundase sobre sólidas bases lo que debia reinar en aquella santa casa. Muerto el rey D. Sancho, que habia mandado prender y tenia encerrado en una prision al obispo Sisnando, pudo este escaparse, y en la noche de navidad se presentó en el palacio de Rodesindo, y penetrando armado en la alcoba, le puso la espada al pecho amenazándole con la muerte. Despertó despavorido el santo prelado, teniendo que ponerse en huida y abandonar su diócesis, no sin embargo sin protestar ántes contra el intruso, á quien predijo la desgraciada muerte de que no debia tardar en ser víctima. Retiróse entónces al monasterio de Celanova, donde vivió hasta la edad de sesenta años, muriendo en el de 967, á 1.° de Marzo, en cuyo dia se celebra en la diócesis de Santiago de Galicia y otras de España. El cuerpo del Santo se enterró

entónces sin la menor pompa, pero no habiendo tardado en acaecer gran número de milagros, que obraba nuestro Señor para manifestar la virtud de su siervo, y continuando estos por largo espacio de tiempo, se trató de su canonizacion, la que no tuvo lugar hasta que hallándose en España en tiempo del emperador D. Alonso, hijo de Doña Urraca, el cardenal Jacinto, como legado del papa Alejandro III, mandó en 1156 por una bula, que se hiciese la traslacion del cuerpo á otro lugar más elevado, invitando á todos los habitantes de aquel territorio á asistir á la canonizacion, por lo que les concedió indulgencias. Procedióse, pues, entónces á la canonizacion por la autoridad de este legado, poniendo el cuerpo del santo en un sitio en que permaneció despues por mucho tiempo, que era en una capilla cerca de la puerta del claustro, al otro lado del sepulcro de S. Torcuato. Poco despues de su regreso á Roma, fué elegido soberano pontífice el cardenal Jacinto, tomando el nombre de Celestino III, y á consecuencia de la devocion que tenia á S. Rodesindo desde que habia estado en España, confirmó todo lo que habia hecho ántes, y procedió de nuevo á su canonizacion, segun aparece de una bula que existia en el monasterio de Celanova. Tambien habia en esta casa y se enseñaban al público varias alhajas que habian pertenecido al Santo; entre ellas una cinta de lienzo muy pequeña, con una faja de oro tejida por la parte de abajo; tres anillos dorados, un cáliz muy pequeño tambien, y muy ancho de boca, de plata sobredorada, unas vinajeras de cristal, un pie de plata dorado y una casulla de una tela semejante al tafetan.—S. B.

RODEZ (Bernardo de), monje de la abadía benedictina de S. Victor de Marsella, es conocido por un acta fechada en 2 de Diciembre de 1256, en que dice, no permitiéndole su fragilidad la exacta observancia de la regla, ha pedido al abad Esteban y á sus hermanos el permiso de pasar á otra Orden. El abad y los hermanos le contestan á continuacion y le dejan libre de sus votos, al ménos en lo que se refiere á su monasterio, y le autorizan á entrar en otro. Bernardo toma entónces la palabra para renunciar á todos los derechos que le daba el título que abdica, y para jurar sobre los Evangelios que abandonará en el término de un mes el condado de Provenza, donde se obliga á no volver. Este acta está hecha en presencia de Guillermo, antiguo obispo de Veme, certificada por dos notarios, y sellada con el sello del mismo Bernardo. Estas formas de despedida ó destierro no se hallan indicadas en el notable tratado del P. Martenne, sobre las antiguas costumbres de los monjes. Fosbroke cita un ejemplo en Inglaterra muy análogo al del monje de S. Victor.—S. B.

RODEZ (Pedro de). En una coleccion manuscrita de controversias acerca de la famosa bula de Martin IV, *Ad fructus uberes*, que en 10 de Enero de

1282, so pretexto de contener á las comunidades mendicantes en los límites de la debida moderacion, les confirió en realidad privilegios exorbitantes, se encuentra un informe de Pedro de Rodez, preboste de la iglesia de Meude, doctor en teología en París, encargado hácia el año 1286 por algunos obispos de Francia á obtener del papa Honorio IV una explicacion de esta bula, fuente perenne de rivalidades y conflictos. Se deduce de este informe, que los dos enviados Pedro de Rodez y su compañero de viaje, Tomás, dean de Pontoise, habian ido á defender una causa muy difícil de ganar en la corte de Roma. Al lado del Papa habia un cardenal dominico, Latino Malabranca, que apénas anunció Pedro que expondria las razones de los religiosos para refutarlas luego, exclamó: «No, no, decid las vuestras; ellos saben bien explicar las suyas.» El orador insistió, y se le permitió hablar como queria, pero estaba ya condenado.—S. B.

RODICIANO (S.), mártir. Llámasele tambien Rodopiano. Fué natural del Asia Menor, y muy probablemente de la ciudad de Afrodisia, en la Caria, puesto que en esta poblacion se consagró al servicio de Dios en los altares, recibiendo del obispo el grado del diaconado. Vivió en el siglo V de la Iglesia, y por su constancia en la fe católica y su firmeza en predicar la religion del Crucificado, sufrió heróicamente el martirio, siendo apedreado en compañía de otro santo diácono llamado Diodoro, no constando á punto fijo por la oscuridad de las actas el año en que padeció.—M. B.

RODIER (Pedro). Floreció este eclesiástico en el siglo XIV. Habiendo seguido la carrera eclesiástica, fué nombrado canónigo de la catedral de Limoges, titulada de S. Marcial en 1319. Comisionado con Pedro de Galart, maestro de los Ballesteros, para obligar á muchas ciudades de Flandes á cumplir el tratado de paz, llenó perfectamente sus deberes de comision. En 1320 fué nombrado clérigo del Rey y enviado á Aviñon con el Sr. de Sulli, á fin de establecer los límites de las ciudades de Lila, Douai y Bethuna. En aquella ocasion era ya canciller de Cárlos de Francia, conde de la Marche y cuando este subió al trono le hizo canciller de Francia con la custodia de los sellos Reales en Enero de 1321, los que conservó en su poder hasta el 19 de Noviembre de 1323, que los devolvió por haber sido nombrado obispo de Carcasona, desde cuya época nada nos dice Moreri, del que hemos tomado estas noticias.—C.

RODIGIO (Fr. Genaro de), religioso lego capuchino de la provincia de Venecia. Fué muy aventajado en el estudio de las virtudes. No hubo perfeccion en que no se ejercitase con generoso y constante anhelo, tanto que si mereció alabanzas cerró el paso á la imitacion. Tenia alto conocimiento de la continua guerra que hace el cuerpo al espíritu, y como los auxiliares de que aquel se vale para conseguir sus victorias son los deleites, con cuidado-

sa vigilancia se consagró á cerrarles todas las puertas por donde se pudiesen introducir con perjuicio del ánimo. Un áspero silicio hacia oficio de muro contra los embates del apetito, domado tambien en las desnudas tablas del lecho, donde un tronco por cabecera más que descanso le daba tormento, abreviando al sueño las horas con su precisa molestia. De aquí provenia tambien la exactitud y puntualidad con que acudia siempre el primero al oficio de media noche, el cual acabado, perseveraba constante y sin restituirse á la celda en el ejercicio de la oracion por los difuntos y bienhechores. A proporcion de las vigilias eran sus abstinencias; excepto los domingos, en que solia acompañar el pan con algunos pececillos, en los demás demás dias de la semana no admitia ni hacia uso de ninguna vianda caliente. Con la austeridad de ayunos, vigilias y otros ejercicios, ya exteriores y ya interiores, dominado el cuerpo se hallaba su espíritu dispuesto á ejercitarse con grande aprovechamiento en la caridad y en afectos fervorosos de divino amor, tanto que encendida la sangre que en esta noble llama se dilataba en las venas, y anhelaba verla derramada en defensa de la fe católica y en correspondencia, aunque desigual, á las finezas del Salvador. Esta fué la razon poderosa que le movia á instar vivamente y de continuo á los superiores le enviasen á tierra de infieles, donde pudiese sacrificar su vida á las verdades del Evangelio. Aunque no consiguió esta pretendida ocupacion, no del todo quedaron por satisfacer sus generosos deseos de morir por quien tanto amaba. Así fué que habiéndose introducido una cruel peste en el lugar del puerto de Naon, y faltando ya quien sirviese á los enfermos, que eran innumerables, se valió el provincial ministro de Fr. Genaro, y señaló por compañero de dos sacerdotes de la Orden que habian pedido y conseguido tener parte en este generoso empleo. Miéntras estos administraban los sacramentos, procuraba el siervo de Dios ayudar á los dolientes por todos los medios posibles. Los exhortaba á la paciencia y conformidad en aquel trabajo para que no perdiesen el mérito; les enseñaba cómo habian de hacer el exámen de sus faltas para lavarlas con legítima penitencia. Pero su celosa caridad no solamente cooperaba á la conveniencia de las almas, sino tambien á la de los cuerpos, y así para que consiguiesen los de los pobres alivio y regalo en la curacion, juntaba y empleaba todas las limosnas que podia conseguir de los pudientes. Se confirmaba en este religioso el dicho de Salomon, que las aguas, por copiosas que sean, no apagan el ardor de la caridad, porque áun en ocasion de abundantes lluvias iba por todas las poblaciones de aquellos contornos pidiendo para los enfermos. Tampoco se excusaba de esta piadosa solicitud por ser el tiempo muy caloroso, porque en cotejo de la llama que ardia en su pecho, eran tibios y tolerables los rayos del sol. A este fuego espiritual se unió el temporal de una pestífera calen-

tura, que se encendió en el pecho de Fr. Genaro, y le hizo participante de los vehementes dolores que padecen los apestados, aunque tambien de los merecimientos que produce la tolerancia á los que con ella se rinden á las divinas disposiciones. Viéndose ya postrado en el lecho, creyó el varon ilustre que Dios habia asentido á sus deseos de sacrificarle la vida en aquel martirio de caridad, por lo cual se previno con heróicos actos de virtud para alcanzar la corona que suponia inmediata; pero la cuidadosa asistencia de los médicos, y mucho más las oraciones de los religiosos, le preservaron de la muerte, para que de nuevo se dedicase al alivio de los que todavía se hallaban combatidos de la borrasca. Habiendo del todo cesado el contagio, se restituyó al monasterio con los sacerdotes, en cuya compañia habia salido del mismo, y vivió despues tres años, tan léjos de entibiarse en sus fervorosos empleos, ni por el aumento de edad ni por las quiebras de la salud, que ántes más bien parecia rejuvenecerse con nuevos alientos en la perfeccion. Eran mayores sus abstinencias y más rigurosas sus disciplinas, consiguiendo por ellas verter la sangre que no habia podido sacrificar á su deseado martirio. Como estaba acostumbrado á tratar con Dios, le causaba tedio el comerciar con las criaturas, y así buscaba ó en la iglesia la contemplacion, ó en la celda la soledad; pero si necesitaba de su asistencia alguna persona dentro ó fuera de la casa, no huia la ocasion del ajeno consuelo, aunque el suyo se defraudase. Además de las virtudes de este perfecto religioso, el Señor le concedió el don de hacer milagros. Refiérense infinitos, y entre otros el siguiente: Necesitando un caballo para conducir un poco de leña le pidió á un devoto de la Orden, el cual sin la menor dilacion se le envió. Pero al pasar cargado ya por un puente mal seguro, tropezó en una tabla algo levantada y cayó en el rio, de donde dos horas despues le sacaron ahogado. Produjo este irremediable incidente un gran desconsuelo en el siervo de Dios, así por el perjuicio del dueño, como porque este podria juzgar el suceso como efecto de descuido ú omision del religioso. En este conflicto se le ofreció impetrar el poder divino, para que el bienhechor no quedase sin el caballo. Hizo oracion, consiguiendo ser atendido del cielo, pues al punto resucitó la bestia á vista de muchos, los cuales divulgaron despues por todo el pueblo aquel evidente prodigio. Atendiendo á la brevedad, se omiten otras maravillas de este género obradas por las súplicas y ruegos de Fr. Genaro, y obtenidas del Señor en obsequio de su siervo. Estaba dotado igualmente de la gracia de componer enemistades y disensiones, siendo digna de celebrarse la paz que consiguió entre dos encarnizadas facciones, que tenian destruidos y aniquilados los linajes más lustrosos de la república. Muchos prelados y señores habian procurado apagar aquel furioso incendio, que amenazaba á tantos inevitable ruina; pero siempre se habia frustrado

esta piadosa solicitud. Pero lo que no pudieron conseguir los esfuerzos reunidos de todos llevó á la última perfeccion un humilde lego, aunque tan amado y favorecido de Dios. Fiándose Fr. Genaro en la divina gracia, buscó á los principales sugetos de ambas facciones, y aunque al primer lance y reunion los halló obstinados en su discordia, no desmayó en la empresa intentada, ántes avivado en la misma contradiccion, vino á rendirlos á una constante y segura union con repetidas y fervorosas exhortaciones, no sin asombro de los que ignorando la virtud sobrenatural que le asistia, y examinando su determinacion en la balanza de la humana prudencia, la habian dado por temeraria y no proporcionada á la grandeza de tamaña empresa. Se dieron mano de amigos los que poco ántes meditaban las mayores hostilidades, y correspondiendo á esta pública demostracion la sinceridad de sus interiores afectos, quedó Dios glorificado, atendido el precepto del Evangelio, los mal intencionados confusos, el pueblo edificado, segura para siempre la paz, y su santo medianero en superiores estimaciones. Este siervo de Dios y varon insigne señaló con mucha anticipacion el dia de su muerte, se despidió cordialmente de los religiosos de su mayor amistad y cariño, y en el primer viernes de Marzo del año de 1633 voló su espíritu á poseer la mansion celeste y gozar aquella eterna paz, superior á todo encarecimiento.—A. L.

RODIGIO (Fr. Juan Andrés de), religioso capuchino, sacerdote de la provincia de San Antonio de Venecia, fué varon perfectísimo y tan grave, prudente y templado, y de una pureza tan angelical, que su existencia era más bien celestial que humana. Era de rostro agraciado pero venerable, y tan modesto y tan compuesto su semblante, que provocaba á la devocion. Siempre llevaba la vista baja, inclinados los ojos al suelo, el cuerpo derecho, los pasos humildes y silenciosos, y los sentidos todos sometidos á todo género de mortificaciones; así era que para aficionarse al ejercicio de las virtudes bastaba y no era necesario más que mirarle y tratar de imitarle. Fué tal el progreso de espíritu que hizo en la religion, y tal el respeto y la consideracion que se le tenia, que á los nueve años de hábito fué elegido para maestro de novicios, en cuyo ejercicio lució tan increible benignidad, mansedumbre, paciencia, caridad, desvelo y solicitud, que además de conseguir en la Orden general alabanza por sus extraordinarios conocimientos y virtudes, la proporcionó muchos hijos que la ennoblecieron con el ejemplo que les daba de santidad y sana doctrina apostólica. Encomendaba con la mayor frecuencia á sus novicios, que despues de las obras de la obediencia tratasen de la oracion en primer lugar, por ser el universal orígen y manantial de las virtudes. Sucedió una vez que habiéndoles hecho una plática sobre los raptos y las demás mercedes de Dios, que nacen de la oracion, un

novicio, que anhelaba más de lo que era razon á semejantes favores divinos, cuando sus compañeros estaban en conferencia ó estudio con el maestro, se quedaba en la iglesia haciendo oracion. Fr. Juan, echándole una vez de ménos, y preguntando por él á los demás, sin que ninguno supiese qué responderle, levantó los ojos al cielo por un breve rato, y habiendo entendido por revelacion celestial lo que pasaba al novicio, dijo á los presentes: «Vamos aprisa á buscar á nuestro hermano, que se halla entregado á las asechanzas de Satanás, y él falsamente piensa que está abrazado con Dios permaneciendo en suma quietud.» Llegaron juntos á la iglesia, y vieron al imprudente novicio arrebatado en éxtasis, tanto que no percibia las voces que se le daban. Le tomó en sus brazos Fr. Juan, y al momento volvió en sí, diciendo por qué le apartaban de sus delicias, que le dejasen dormir en el seno del Señor. Fr. Juan entónces mandó á los novicios que orasen y pidiesen á Dios por su hermano, y á él le dijo que no durmiese ni se entregase á un sueño que le era tan mortal, y que ciertamente se engañaba, pues no dormia en el seno de Cristo, sino del demonio. El novicio no queria creer al maestro, el cual le hizo llevar á la celda contra toda su voluntad, y allí le examinó del rapto que habia tenido y de lo que en él se le habia comunicado, á lo que el novicio le respondió: «que apareciéndosele Cristo nuestro Redentor, y enseñándole otro novicio, que poco ántes se habia salido de la Orden y vuelto al siglo á instancia de Satanás, le habia dicho: *Anda, hijo, y convierte á tu hermano, librándole del imperio de los demonios, á quien ahora vive sujeto, reduciéndole tú de la muerte á la vida. No temas salir del convento, que yo te asistiré, y en habiendo ganado á tu hermano, volverás con él como con un trofeo glorioso á la religion.*—¿No se ha de obedecer á Cristo? decia el novicio, ¿no es mandato de Dios que cuide uno del bien del prójimo? ¿Qué ganancia mayor puede haber que el alma de un hermano perdido?» Fr. Juan le dijo entónces estas palabras: «Hijo, cree lo que yo te dijere. Lo que me has referido es arte é industria del demonio para sacarte del gremio de la religion, y una vez fuera y destituido de defensa y ayuda, destruirte y someterte á su voluntad. Dios te ha traido ahora á la religion para que perseveres en ella, no para que conviertas á otros; asegúrate primero á ti, y despues entrará en su lugar el cuidado de que los demás no se pierdan. ¿Tú pretendes levantar á tu hermano de su caida? ¿No echas de ver que es estratagema del enemigo comun para envolverte en la misma caida, y áun más peligrosa? Cristo te llamaba del siglo á la religion, no de la religion al siglo, que esto último solo el demonio puede persuadírtelo. Ten por cierto, hijo, lo que te digo, no es consejo de Dios el que te se ha dado; ni tú ganarás á tu hermano como lo piensas, sino ántes te perderás juntamente con él.» No queriendo persuadirse el novicio á las verdades y razones de su maes-

tro, pensó en evadirse una noche por el tejado. Fr. Juan tuvo segunda revelacion de aquella salida, y á las tres de la noche, hora en que el novicio ténia determinada la fuga llevando consigo tres religiosos, le cogió tratando ya de descolgarse por una pared; entónces le amenazó con la venganza de la ira divina si no se desviaba de aquel intento. Los religiosos hacian por él oracion, y Dios se sirvió escucharlos, ordenando que el novicio entendiese el engaño y astucia diabólica. En seguida cayó enfermo, y no convaleciendo de la enfermedad, pareció á los religiosos conveniente el volverle al siglo; pero confirmado en su vocacion con divina virtud, lloraba copiosamente por tenerse que separar de la Orden, tanto que Fr. Juan, compadeciéndose de sus lágrimas y habiendo por él rogado al Señor, le consoló diciéndole que fuese donde se le ordenaba y que no perdiese él ánimo, que Dios haria que no le hallase la muerte fuera del seno de la religion, ni sin el hábito que traia puesto, cuyo anuncio se realizó puntualmente, porque habiéndosele remitido á Pádua, de donde era, todavía con el hábito de novicio, luego que llegó al convento para dejarle allí y tomar sus vestidos seglares, se le agravó su padecimiento de tal modo, que al tercer dia murió en aquella casa despues de haberle dado la profesion. Lo que ocurrió con este novicio y con otros, cuyos pensamientos sabia penetrar, aunque fuesen los más ocultos, prueba que gozaba del cielo familiares revelaciones. Era varon muy contemplativo y tenia ordinarios éxtasis; asi fué que una vez, en ocasion que habia de confesar á los novicios para que comulgasen, llegando uno á su celda, le vió en un rapto tan profundo, que despues de haberle hecho muchisimo ruido y haberle tirado con gran fuerza del hábito, apénas le pudo volver en sí. Con estas virtudes y favores del cielo vivió cuarenta años en la Orden, y para concluirlos dichosamente y pasar de esta vida á disfrutar la bienaventuranza, murió en el convento de Vicenza, correspondiendo la santidad de su muerte á su ejemplar y virtuosa vida. — A. L.

RODILLO (Fr. Juan), franciscano español del siglo XVII. Nacido en Castilla la Vieja de una familia más ilustre en virtudes que en bienes de nobleza ó fortuna, Rodillo manifestó desde su primera infancia las mejores disposiciones para la piedad y virtud, á que consagró toda su vida. Era aunque jóven, modesto, humilde y sencillo; se dedicaba constantemente á todo género de devociones, y los ratos que le dejaba libre el estudio, los empleaba principalmente en la asistencia á la iglesia y demás prácticas religiosas. Así es, que desde niño puede decirse que habia ya tomado el hábito de la Orden á que despues perteneció; tanto se conformaba desde entónces á su regla y demás observancias. De consiguiente, cuando comenzó la vida claustral todo le fué fácil y sencillo, no encontrando nada áspero, pareciéndole ántes bien en extremo suave para la aspereza y rigor con que se habia pro-

puesto tratarse. Mitigáronse sus penitencias y mortificaciones, porque como se le destinaba al estudio, querian sus superiores conservase todas sus fuerzas para dedicarse á sus tareas literarias. Correspondió Fr. Juan á las esperanzas de sus superiores, é hizo rápidos progresos, siendo en breve tiempo no solo un discípulo aventajado, sino un profesor excelente. Enseñó durante un largo período la sagrada teología en la provincia de la observancia regular, obteniendo grande fama por el mérito de sus explicaciones y por el aprovechamiento que de ellas alcanzaban todos los asistentes. Al mismo tiempo que á la enseñanza científica se consagró á la de la cátedra del Espíritu Santo, cuyo objeto más vasto, más grande, noble y elevado le hacian tambien más digno de universal renombre. Obtúvole, porque poseia vasta erudicion y no vulgar elocuencia, y sus sermones fueron por largo tiempo no solo la admiracion y el objeto de los aplausos del pueblo, sino tambien de las clases más elevadas de la sociedad. Recorrió casi toda España, predicando ora en misiones ó ya en funciones solemnes, y siempre sus discursos fueron oidos con gusto, escuchadas sus palabras con avidez, y aplaudidas por una multitud ávida de ejemplos, deseosa de lecciones que la condujeran á la perfeccion de la vida. Inútil es decir que Fr. Juan obtuvo no vulgar fruto en todas estas ocasiones, reuniendo una numerosa clientela, de la que mejoró la vida y costumbres, muriendo algunos de sus penitentes en opinion de santidad. Ignórase el resto de los hechos de este religioso, sabiéndose únicamente que publicó un *Sermon de S. Buenaventura*; Madrid, por Antonio Gonzalez, 1677, en 4.° — S. B.

RODINGERO (B.), confesor, franciscano aleman, tomó el hábito en 1221, y desde luego se distinguió por sus virtudes y sus adelantos en las prácticas religiosas. Dirigido por uno de los maestros de espíritu más célebres de su época, Rodingero adquirió muy en breve una perfeccion de que hay muy pocos ejemplos, y mereció la admiracion de sus contemporáneos que en él veian un varon verdaderamente piadoso y religioso. Siguió paso á paso la carrera que habia emprendido, y muy en breve mereció que sus oraciones fueran premiadas con favores y gracias inesperadas, que sus penitencias recibiesen una sancion y sello particular, y que todos sus actos tuviesen en fin un olor espíritu, que era como el aroma que deja un indeleble recuerdo en cuantas personas le han una vez aspirado. Sus constantes ejemplos y la fama que le habian adquirido, le valieron ser nombrado guardian del convento de Alberstadt, cargo bastante elevado, pues le ponia en inmediatas relaciones con la corte, que ya le apreciaba por la buena opinion que de él tenia. Fundado en estas, fué elegido para maestro espiritual de Santa Isabel, hija de Andrés, rey de Hungría, y esposa de Luis, landgrave de la Turingia. Los rápidos adelantos de la discípula manifiestan muy bien

cuáles debian ser los del maestro, que con tan buenos auspicios tomó su direccion, ganando un alma para el cielo, un modelo de virtudes para la tierra, y una heroina para los altares. Los consejos y excelente direccion de Rodingero enseñaron á la santa el modo de marchar en línea recta por el camino de la virtud, sin que ninguna de las dificultades de la vida fuesen rémora á su rápida carrera. Bajo la enseñanza de nuestro Beato aprendió el modo de domar todas las pasiones, siendo un modelo de castidad, humildad y paciencia, sin que la enorgulleciesen los buenos resultados, ni exacerbasen su corazon los mayores obstáculos. A su lado y con sus consejos aprendió la manera de orar, de orar incesantemente, de orar siempre y de enviar sus súplicas al cielo como el incienso que sube en columna expiatoria por las debilidades de los mortales. Por último, Rodingero enseñó á la santa princesa la gran virtud de la caridad por que se ha distinguido siempre y que es la causa principal de su gloria. Muchos años permanecieron maestro y discípula al lado el uno de la otra, y cuando los separó la muerte, ya esta habia quedado bien cimentada en las máximas de la piedad, de manera que su vida fué una série de ejemplos, que se citan todavía y se citarán eternamente á la admiracion de los hombres. La discípula fué, sin embargo, canonizada, miéntras el maestro solo en su Orden, que celebra su memoria á 16 de Marzo, obtiene los honores de Beato. —S. B.

RODINGO ó Crodingo (S.). Solo se sabe de este justo, que fué irlandés, que padeció persecuciones como abad de un monasterio, y por último, que murió el año 680 de nuestra era, recordándole la Iglesia el dia 17 de Setiembre. — C.

RODINGO (S.), obispo, benedictino. Fué natural de Escocia, y habiéndose dedicado á la carrera eclesiástica, llegó á ser obispo en su patria, aunque no consta de qué punto. Gobernó su diócesis, segun se dice, por espacio de cuatro años, al cabo de los cuales, Dios, por medio de una revelacion, le ordenó que la abandonase. Hízolo así en efecto, y pasó á Francia, donde tomó el hábito benedictino en un monasterio situado á las inmediaciones de lo que hoy se llama Tolon, en cuyo convento llegó más tarde á desempeñar el cargo de abad. Hizo allí muy santa y caritativa vida, curando los enfermos, así del cuerpo como del alma, dejando satisfechos y consolados á todos cuantos se veian en necesidad de recurrir á él. Habiendo empezado á divulgarse la fama de su santidad y á acudir multitud de personas á solicitar el remedio de sus males y de sus necesidades, venerándole como á un bienaventurado, él, huyendo del aplauso y de la vanidad que esto pudiera infundirle, trató de ocultarse, y al efecto se retiró á Verdum, á vivir en compañía de su obispo S. Pablo. Estuvo con este dos años, al cabo de los cuales, deseando vivir en la soledad, se retiró á las asperezas del monte Ar-

gonia, en donde edificó un monasterio que llevó el título de Belloracense. Era señor de aquel territorio un príncipe llamado Astrucio, quien envidioso de la prosperidad que el monasterio iba adquiriendo, de las limosnas que recogia y de las heredades que los fieles le legaban en los testamentos para aumentar el esplendor del culto divino y de la casa consagrada á Dios, no paró hasta echar á Rodingo del país, diseminando á los monjes que en el convento se encontrabau. Pronto, sin embargo, sufrió Astrucio la pena de su sacrílego pecado; pues su mujer é hijos murieron desgraciadamente, no quedándole más que una hija de pequeña edad, en cuya mano derecha se vió estampado el nombre de Rodingo, con caractéres tan indelebles, que no hubo fuerza ni humanos medios para podérselos borrar. El desterrado abad, que se encontraba en Roma, supo lo que acontecia por medio de un ángel, que de parte de Dios le ordenó volviera inmediatamente á su monasterio. A su regreso, y siendo reconocido en todos los pueblos por donde pasaba, salian á recibirle á los caminos presentándole los enfermos para que los curase. Llegando á un pueblo llamado Rieson, en que á consecuencia de la falta de agua se hallaban los campos secos y exhaustos, hincó su báculo en la tierra, é instantáneamente brotó una copiosa fuente de la que todos los labradores pudieron aprovecharse para regar sus heredades, ganando aquel año tanto oro con el producto de la cosecha, que agradecidos, dieron al Santo la cantidad necesaria para comprar un gran terreno y edificar otra iglesia y convento, á lo cual ayudó mucho el príncipe Astrucio, que se hallaba ya arrepentido de su inicuo proceder, á causa de haber perdido cuantos objetos amaba, padeciendo además muchas y dolorosas enfermedades, sin que para su consuelo le quedase otra cosa que la misericordia de Dios. Para reparar en algun tanto los daños que al abad Rodingo habia causado, le hizo donacion de una selva llamada Wastlen, para que los monjes se aprovecháran de sus productos, cuya selva se encontraba situada en lo que hoy se denomina Belli. Tuvo el nuevo monasterio muchos enemigos, y experimentó grandes contrariedades; pero de todos los riesgos y de todos los combates salió vencedor Rodingo, con su fe y su confianza en el auxilio divino. Tuvo revelacion del Altísimo de que andando el tiempo habian de experimentar sus monjes graves conflictos y persecuciones por codiciar los poderosos magnates los bienes que el monasterio poseia; y así, cierto dia, hallándose reunido todo el pueblo para una fiesta religiosa, salió revestido de los hábitos pontificales, y con las solemnidades acostumbradas, excomulgó á todos los que en cualquiera tiempo codiciáran y atentasen contra los bienes de la comunidad. Al terminar su maldicion contra los protervos, entonó el Salmo 118 *Deus laudem meam, etc.*, y todos oyeron distintamente estas palabras pronunciadas en las alturas: *Tu peticion está oida y tomaré por mi*

cuenta causa para defenderla. Fué elocuentísimo para anunciar la palabra de Dios, y no es posible enumerar el notable fruto que de sus sermones obtenia. Aparecióselo muchas veces el ángel de su guarda para aconsejarle y guiarle en cuanto emprendia, y así tuvo sumo acierto y notable felicidad en todas sus evangélicas empresas. Fué en extremo observantísimo de la regla, á la que añadió muchos más rigores de los que marca; pues en las cuaresmas solo comia tres veces á la semana. Amó tanto la soledad y el retiro, que habiéndole mandado llamar Clodoveo II, rey de Francia, que deseaba conocerle, le suplicó humildemente que no le hiciera abandonar su celda, ofreciéndole en cambio rogar á Dios por su prosperidad contínuamente; y el monarca, edificado con tanta humildad, no volvió á insistir en sus pretensiones. Llegando á contar la avanzada edad de ciento doce años, nombró en lugar suyo á un monje de acreditada virtud, llamado Stéfano, y se retiró á un yermo cercano al monasterio, donde vivió solo por espacio de cinco años, comiendo solo pan y bebiendo agua; y aunque los domingos y fiestas venia al monasterio á decir Misa y echar la bendicion á sus monjes, volvíase inmediatamente á su desierto en ayunas, sin querer tomar nada de lo que le presentaban. Llegando á cumplir los ciento diez y siete años, y sabiendo por divina revelacion, enviada con el ángel de su guarda, que la hora de su muerte se hallaba próxima, avisó al abad y á todos los monjes, y componiendo un lecho de paja y ceniza, se acostó en él para recibir devotamente el augusto sacramento de la Eucaristía. Halláronse presentes á este solemne acto todos sus hijos, el obispo de Verdum y otro santo religioso llamado Armonio, y algunos monjes de Argonia, que habian sido milagrosamente avisados. Llegada la hora del tránsito, levantó los ojos al cielo, y entonando el himno *Subvenite, Sancti Dei*, al que con muchas lágrimas contestaron los circunstantes, entregó su alma al Señor el dia 18 de Setiembre de 704. Al saber la nueva de su muerte acudieron tantos enfermos á adorar sus restos y á pedir á Dios la salud por la intercesion de su bendito siervo, que en tres dias no fué posible dar sepultura al cadáver. En adelante, bebiendo el agua de una fuente inmediata á la celda que ocupára en la selva desierta y de que él acostumbraba surtirse, eran infinitas las dolencias que se curaban. La Orden Benedictina le cuenta en el número de sus santos, y ha colocado su nombre en los Menologios, conmemorándole en el mencionado dia 18 de Setiembre. — M. B.

RODINGTON (Juan). Nació á fines del siglo XIII en Lincoln de Inglaterra. Estudió la filosofía y la teología en Oxford, y despues fué á perfeccionarse en las ciencias á París. Segun Willot, fué religioso de la órden de San Benito, y segun otros de la de S. Francisco. Nos dice Moreri, que al volver á Inglaterra, fué nombrado provincial de su Orden, cuyo destino desem-

peñó algunos años, y que murió en Bedford, el año 1348, en tiempo de Eduardo III, rey de Inglaterra, despues de haber compuesto las siguientes obras citadas por Pitseus en sus *Ilustres Escritores ingleses*: *Super Magistri Sententiarum lib. IV determinationes theologicæ.—Quæstiones disputatæ.—Quæstiones ordinariæ.—Quæstiones extraordinariæ.—Quodlibeta majora.—Quodlibeta minora.—Replicationes scholasticas.* Y otras de menor importancia.—C.

RODION, mártir. Señala la Iglesia como mártires, á 10 de Noviembre, á los bienaventurados Santa Olimpia y S. Rodion, sin expresarnos si fueron esposos, parientes, ó solo compañeros de martirio. Dícese solo de ellos, que conocieron en Roma al glorioso S. Pedro, príncipe de los apóstoles, el cual les enseñó la religion de Jesucristo, y despues de instruirlos en ella, les administró el sacramento del bautismo, con lo que quedaron bajo las banderas del cristianismo. Asegura Galesio que fueron discípulos é imitadores fieles de S. Pedro, y que siguiéndole en la corona del martirio, fueron degollados en Roma, su patria, por órden del perverso emperador Neron.—C.

RODO (P. Fr. Juan), natural de Terrasa, monje del Escorial y su organista principal, muy apreciado de S. M. el Sr. D. Fernando VII por su habilidad y excelente conducta de vida. Escribió: *Compendio del arte de Canto llano del P. Ramoneda*, monje del mismo monasterio, segun la práctica y método moderno, para que los particulares adquieran con brevedad y poco trabajo la inteligencia y destreza conveniente; Madrid, 1837, por Dávila, impresor de Cámara.—A.

RODOBALDO (S.), obispo diez y siete de la iglesia papiena, en cuya silla sucedió á S. Fulco. Citale Jacob Gualla en su *Sanctuarium*, y Ferrario con referencia á este autor, diciendo ambos se celebra su fiesta en 21 de Octubre.—S. B.

RODOBERTO, obispo, es conocido por haberle enviado S. Ouen su historia de S. Eloy, con una carta en que le suplica la corrija y quite todo lo que le parezca defectuoso, tanto en las cosas como en el estilo y áun en la ortografía. Rodoberto le devolvió su obra algun tiempo despues con una respuesta que es su mayor elogio. Ignórase quién podia ser este prelado á quien confió S. Ouen la revision de su escrito. Algunos autores creen que era Rodoberto, obispo de París, y su opinion podia robustecerse con un lugar de la vida de Sta. Batilde, de que se deduce que este prelado se hallaba muy unido con S. Ouen. Pero se sabe que habia muerto ántes que Clotario III, y por consecuencia ántes que estuviese terminada la vida de S. Eloy. Otros pretenden que este Rodoberto no era otro que Crodoberto, obispo de Tours, lo que tampoco deja de tener sus dificultades. Pues parece que si hubiera

sido metropolitano le hubiese hablado S. Ouen con mucho más respeto. El P. Mabillon, que refuta estas dos opiniones, se halla inclinado á creer que era un obispo de Neustria, sufragáneo de Ruan, lo que sería sin embargo muy difícil de probar por los catálogos de los obispos de esta provincia, que son muy imperfectos.—S. B.

RODOIN (P.). Fué este religioso prior de la abadía de S. Medardo de Soissons, en la época en que fué abad Hilduin. Encargóle éste ir á Roma á pedir las reliquias para el monasterio, y consiguió del pontífice Eugenio II el cuerpo de S. Sebastian, mártir, y una parte del de S. Gregorio *el Grande*. Estas santas reliquias fueron recibidas en S. Medardo con mucha pompa, el dia 9 de Diciembre del año de gracia 826. El gran número de milagros que obró el Señor con este motivo atrajo al monasterio multitud de gentes, hasta el punto de no poder contener la Iglesia tanta afluencia de fieles, por lo que se tomó el partido de construir otra mucho mayor y más magnífica. Encargóse á Rodoin dirigir su construccion, pero no tuvo el gusto de ver terminada su obra, porque le alcanzó la muerte el año 833. Compuso este prior una relacion de los milagros hechos por intercesion de S. Sebastian, y si bien no existe el manuscrito, puede decirse que es el fondo de la que compuso Odilon sobre este mismo asunto. Mabillon cree que Rodoin hizo el suplemento de la vida de S. Medardo, por Fortunato, que se imprimió con ella en el octavo volúmen del *Spicilegio*; pero en este caso, la parte que en el suplemento se refiere á Rodoin sería añadida por otro autor despues de su muerte, Rivet, en el tomo IV de su *Historia literaria de Francia*, hace honorífica mencion de este piadoso religioso.—C.

RODOLFO (S.), obispo benedictino. Era francés y natural de la provincia bituricense. Tomó el hábito de S. Benito en el monasterio de S. Medardo, del que llegó á ser abad. Elevado á la silla episcopal de Bituria, puso todo su conato en fomentar los adelantos de la Orden; y al efecto fundó el monasterio de Virsion, al que se retiró en los últimos años de su vida, huyendo del bullicio del mundo y de los peligros temporales. Murió en 21 de Junio del año 876, en cuyo dia le conmemoraban los benedictinos, celebrándole fiesta en la provincia mencionada.—M. B.

RODOLFO (S.), abad benedictino. Era francés, y tomó el hábito del Cister en el convento berdonario, desde donde fué mandado á España, á trabajar en la propagacion de la reforma cisterciense. Fijó su residencia en Castilla la Nueva, y fundó el monasterio de Cantabos, que más tarde fué el de Santa María de Huerta, célebre en todo el mundo católico por su magnificencia, santidad y esplendor. Fué Rodolfo el primer abad del citado monasterio, el cual gobernó con sumo acierto y pureza de costumbres hasta su fallecimiento, ocurrido en el año 1150. La Orden Benedictina le cuenta

en el número de sus santos, y le conmemora el dia 27 de Junio, aniversario de su fallecimiento.—M. B.

RODOLFO (B.), benedictino. Era natural de la ciudad de Luka, en Sajonia, en cuyo convento tomó el hábito de la Orden mencionada, perteneciendo á la clase de los legos. Resplandeció tanto en la virtud, que obtuvo mil favores y gracias de la Divinidad, teniendo repetidas visiones gloriosas, en una de las cuales se le apareció Cristo en compañía de quince religiosos del mismo convento, ya difuntos, todos crucificados y circuidos de celestes resplandores. Probaba su paciencia con disgustos y enfermedades, llamóle el Señor para el eterno descanso, y falleció el dia 27 de Mayo del año 619. La Orden Benedictina le cuenta en el número de sus santos.—M. B.

RODOLFO (V.), benedictino. Fué natural de Verona, en Italia. Antes de tomar la cogulla del santo Patriarca, se distinguió mucho en las artes liberales; pero desengañado del mundo ingresó en el convento de Montevergine, situado no muy léjos de la ciudad mencionada, donde vivió con tanta perfeccion y rigor, que muy pronto fué elegido abad del antedicho monasterio. Era tan amigo del silencio, que en veinte años que fué superior, no habló sino lo indispensable para dar sus órdenes, ni abandonó el retiro del yermo en que habitaba. Siendo ya de muy avanzada edad, solicitó permiso para hacer vida de recluso, segun antigua costumbre de la Orden Benedictina; y obtenida que fué, vivió santamente en la reclusion hasta el fin de sus dias. Aunque fué siempre amable y compasivo, y aunque todos sus súbditos le amaban de corazon, temianle sobremanera; porque con una sola mirada dirigida á los culpables de alguna falta, espantábalos más que otros superiores con reprensiones y castigos. Continuamente se hallaba rezando salmos; y cuando lo verificaba, parecia estar hablando con alguna persona que le respondia. Fué un conjunto de todas las virtudes, un ejemplo de la vida regular, y un modelo, en suma, de evangélica perfeccion. Murió á la edad de setenta y nueve años el dia 21 de Abril del año 1584. La Orden Benedictina le ha colocado en el número de sus santos, y le conmemora en dicho dia ofreciendo reverente culto.—M. B.

RODOLFO, cardenal de la santa Iglesia romana. Era natural de la metrópoli del mundo católico la veneranda ciudad de Roma. El papa Honorio III le creó cardenal del órden de los diáconos y título de Santa María *in Aquiro*, en el año 1126. Elevado despues á la silla episcopal de Orti, murió desempeñando este cargo, sin que conste con exactitud el año ni sitio en que ocurió su fallecimiento.—M. B.

RODOLFO, obispo de Orvieto, nació en Francia, de donde pasó á Italia sin que se sepa el motivo. Fué elegido obispo de Orvieto, ciudad de los estados de la Iglesia. Su consagracion se verificó en 975, y gobernó aquella

iglesia por espacio de quince años hasta 990. Elógianse en general los grandes beneficios que hizo, tanto en lo espiritual como en lo temporal. Renovó la nave de su catedral, que pasó despues por uno de los más hermosos edificios de la época, obtuvo nuevos privilegios y publicó excelentes estatutos para reformar las costumbres de su clero. No se nos refiere por lo demás si estos estatutos, el único título que tiene Rodolfo para ser citado como escritor, llegaron á ver la luz pública. Pero la manera ventajosa de que habla de él Ughelli supone que los habia visto manuscritos por lo ménos. —S. B.

RODOLFO (Abad). Nació en Munster á fines del siglo XI, y habiendo tomado el hábito de religioso en la abadía de Saint-Tron, en Lieja, llegó por su mérito, su santidad y su virtud á desempeñar el cargo de abad, que cumplió con la mayor satisfaccion y aprovechamiento de sus súbditos y hermanos. Durante aquel empleo tuvo el dolor de ser saqueado y quemado su monasterio por el feroz Gilberto, conde de Duras, lo cual le obligó á refugiarse en Colonia, cuyo arzobispo le hizo abad del monasterio de San Pantaleon. Habiendo regresado otra vez á su abadía de Saint-Tron, permaneció en ella hasta su muerte, ocurrida en 1136. Dejó escrita una historia de la mencionada abadía, que comprende desde su fundacion hasta el año de su muerte, y en la cual trabajó hasta sus últimos momentos. Tambien escribió la *Vida de S. Liberto*, arzobispo de Cambray, cuyas dos obras fueron insertas en la coleccion publicada por D'Acheri, y titulada *Spicilegio*. Es finalmente suyo un *Tratado contra la Simonía*, divido en siete libros, cuyó manuscrito encontró Mabillon perfectamente conservado en la biblioteca del antiguo monasterio de Gemblours. —M. B.

RODOLFO. Dice Moreri que fué monje de Cluni, discípulo de Pedro el Venerable, de la misma Orden, cuya vida escribió en latin, y la cual se halla impresa en el tomo VI de la *Amplissima Colectio del P. Martenne*, pág. 1187. Conjetura el editor que este Rodolfo es el mismo que fué abad de Cluni en 1173, que dimitió por exceso de piedad tres años despues, y que murió el año 1176. —C.

RODOLFO ó Raoul, obispo de Nimes, es conocido únicamente por un manuscrito del Vaticano, que perteneció á la reina de Suecia, y que se intitula: *Summa Sacramentorum edita per venerabilem dominum Rudolfum episcopum Neucansensem*. Los autores de la *Nueva Galia cristiana* no han encontrado ninguna otra noticia sobre este Rodolfo, y tampoco saben la época á que asignarle en la cronología de los obispos de Nimes. Por el título y las primeras líneas de su libro se deduce claramente que no es anterior á la época de la teología escolástica. Es posible que escribiese entre los años 1190 y 1210. — S. B.

RODOLFO ó Raoul II, abad de S. Mauricio de Valois á mediados del si-

glo XII. Se ha impreso muchas veces bajo el nombre de este abad una carta de Luis VII, en que este príncipe, animado por el ejemplo de sus predecesores Clovis, Dagoberto y Carlomagno, se decidió á reparar la iglesia ó monasterio de Agaune ó de S. Mauricio, que los bárbaros habian reducido á cenizas. Los autores de la nueva *Galia Cristiana* hacen la observacion de que este incendio ocurrió el año 940, y deducen que esta carta se halla dirigida no á Luis VII, sino á Luis IV por Rodolfo I, abad de Agaune en el siglo X. M. Brial conserva, sin embargo esta carta entre las que han sido realmente escritas á Luis *el Jóven*, y que habia recogido su canciller Hugo. Si es así, debe suponerse que más de doscientos años despues de la ruina de estos edificios, se hallaban todavía sin reedificar, ó que esta nueva relacion de un antiguo desastre no era más que un pretexto para solicitar nuevos beneficios. La carta por lo demás no tiene otro objeto, y la fecha, ó reciente, ó supuesta, del acontecimiento de que trata, no está indicada ni designada de ninguna manera. *Ecclesia nostra..... cum universis edificiis ad eam pertinentibus per manus barbarorum ita in cineres redacta est ut etiam muri ex magna parte corruerint.* —S. B.

RODOLFO, Raoul ó Radulfo, sobrino del obispo de Winchester, Enrique de Blois fué elegido abad de Cluni en 1173. Una bula de Alejandro III confirmó esta eleccion, y el 26 de Agosto recibió Rodolfo la bendicion abacial de manos de Pedro, obispo de Chalons-sur-Saone. Abdicó esta dignidad, no en 1175 como han supuesto MM. de Sainte-Marthe, sino cuando más en 1176, como debe concluirse con le Mire por un acta en que Raoul da, en el mismo año de 1176, su consentimiento en calidad de abad de Cluni á una donacion hecha por el abad de Cercamps á Gualtero de Chalons, prior de la Charité-sur-Loire, cargo que habia desempeñado ántes de ser abad de Cluni. Este religioso murió en 20 de Setiembre de 1177, y no en 1176 como se leia en la antigua *Galia Cristiana*. Martenne y Durand han insertado en su amplísima coleccion una vida de Pedro el Venerable, cuyo autor, designado en el manuscrito con el nombre de Rodolfo, monje de Cluni, no es otro que el abad Rodolfo ó Raoul de que acabamos de hablar: tal es al ménos la opinion de estos sabios editores. Esta vida se halla precedida de un prólogo ó de una dedicatoria á Esteban, abad de Cluni, sucesor inmediato de Hugo de Frazan, que habia sucedido á Pedro el Venerable. El autor anuncia que no escribirá nada que no haya visto con sus propios ojos ó sabido por testigos oculares. Atestigua que estando Ringarda en cinta de Pedro, encontró á S. Hugo, abad de Cluni, que la dijo: «Señora, sabed que el niño que llevais en vuestro seno está consagrado á Dios y dedicado á S. Pedro.—Sea así, contestó ella, si es un niño.—Lo es, replicó Hugo, no tengais duda.» Despues de algunos detalles sobre la educacion de Pedro en Saucilanges sobre

sus cargos de prior de Vezelai, de *Domne* ó de *Domina*, sobre su promocion á la dignidad abacial, su piedad, su celo y su caridad, sobre su decision por la causa de Inocencio III; despues de una indicacion sumaria de sus principales escritos, el historiador emprende la relacion de los milagros obrados por el venerable Abad. A estos milagros se hallan consagradas las dos terceras partes de la obra de que damos cuenta. Un aldeano arroja una serpiente, siendo por los méritos de Pedro por los que recobra asi la salud. Dios revela á Pedro que un monje ha muerto envenenado. Un hermano que está en la agonia se queja de estar pisoteado por un caballo negro que se prepara á devorarle, y Pedro, despues de haber arrancado del moribundo la confesion de un pecado no confesado hasta entónces, le libra del caballo negro que huye al galope *in latrinas*. Enrique I, rey de Inglaterra, se aparece muchas veces despues de su muerte á uno de sus guerreros, y se le aparece montado en un caballo negro y acompañado de una numerosa escolta. «Sí, soy Enrique, dice al guerrero á quien atemoriza esta aparicion, soy tu antiguo señor, que sería condenado para siempre sin los buenos servicios de Pedro de Cluni; pero manda á decir á Pedro que acabe su obra, y que no cese hasta que haya recibido mis gracias definitivas.» Pedro de Cluni no dejó de redoblar los sacrificios, las oraciones, las limosnas, y poco despues volvió á aparecer el rey Enrique, que se declaró completamente libre, satisfecho y reconocido. Figuran en esta historia otros muchos acontecimientos, que instruyéndonos á fondo de las circunstancias milagrosas de la vida del V. Pedro, nos refieren muy pocas de las que no tienen nada de sobrenatural. El último capítulo nos refiere, sin embargo, algunas noticias sobre su padre, su madre y sus seis hermanos, cuatro de los cuales eran eclesiásticos y dos legos. Estos dos últimos se llamaban Eustaquio y Dissuto. Erácleo fué obispo, y los otros tres, Jordan, Armando y Ponce, fueron abades de la Chaise-Dieu, de Grand-Lieu y de Vezelai. Esta vida no se halla terminada por la relacion de la muerte de Pedro el Venerable. Rodolfo habia hablado en otra parte de ella, es decir, en una carta al papa Adriano IV, carta de que Wion ha publicado un corto extracto. El propio extracto se encuentra atribuido al mismo Rodolfo en la Crónica de Cluni, publicada por el P. Marrier al fin de la biblioteca de esta Orden religiosa. — S. B.

RODOLFO ó Rodulfo. Nació en Munster este religioso en el siglo XI. Despues de haber hecho sus estudios en Lieja, hizo un viaje á Alemania, en el que formó la resolucion de abrazar la vida monástica. Deseoso de llevar á cabo su propósito, visitó varios monasterios, pero no viéndolos bien regularizados, se retiró al de S. Trudon ó de S. Trou, en la diócesi de Lieja, en donde se le encargó la instruccion de los jóvenes religiosos. Thierri, que era

el abad de aquel monasterio, eligió á Rodolfo prior del mismo, y ambos trabajaron sin tregua en su reforma. Muerto Thierri, fué elegido Rodolfo abad en su lugar el año 1108. Poco tiempo despues fué saqueado y quemado el monasterio, se restableció, pero tuvo que abandonarle al fin. Despues de haber hecho dos viajes á Roma, introdujo la reforma en el monasterio de S. Pantaleon de Colonia, é hizo prior de él á Liberto, uno de los religiosos de su abadía. Murió Rodolfo el año 1136. Compuso este religioso una *Crónica* de la abadía de S. Trou, desde su fundacion hasta el año de su muerte, la cual publicó el P. Lucas Acheri en su *Spicilegio*, en cuyo tomo VII le cree, sin fundamento, autor de la *Vida de S. Liberio*, obispo de Cambray, impresa en el mismo tomo. Segun Valerio Andrés, en su *Biblioteca belga;* Possevino, Wosius, Dupin en la *Biblioteca de autores eclesiásticos con relacion al siglo XII*, y otros autores que le citan, Rodolfo habia compuesto otras muchas obras, entre ellas un *Tratado contra los simoniacos*, que encontró Mabillon manuscrito en la biblioteca de Gemblours, dividido en siete libros, y cuyo argumento publicó este Padre con una carta de Siberto y la respuesta de Rodolfo, acerca de lo que los padres dan á sus hijos cuando estos entran en religion: por un lado critica á los padres que por avaricia no quieren dar les nada, y por otro condena á los religiosos que exigen algo á los padres por la recepcion de sus hijos. — C.

RODOLFO AQUAVIVA (P.), mártir religioso de la Compañía de Jesus. La ilustrísima sangre de los duques de Atri ilustró mucho más el insigne mártir de Cristo Rodolfo Aquaviva, con haberla derramado por Jesus. Era este Padre natural de Nápoles, hijo de Juan Gerónimo, duque de Atri, hermano de dos cardenales, Julio y Octavio Aquaviva; el cual, habiéndose criado con el regalo que acostumbran semejantes príncipes, llegó á despreciarlo todo por Jesucristo, abandonando el mundo y todas sus grandezas y esperanzas, y sujetándose al suave yugo de Cristo en la vida religiosa, la cual hizo en la Compañía de Jesus desde edad de diez y seis años. Alcanzó á ser connovicio del B. Estanislao Kostka, y compañero de su espíritu religioso. Su gran fervor no cabia en Europa, y así pasó á los espaciosos países del Asia, pareciéndole todo poco á su grande celo y espíritu. En la India dió tan grandes muestras de su fervor, que habiendo enviado el Gran Mogol un embajador á Goa, para pedir pasasen á su imperio algunos PP. de la Compañía, siendo escogido el primero de todos para aquella mision, y por superior de los demás el P. Rodolfo Aquaviva, á quien acompañaron el P. Antonio Monserrat y el P. Francisco Enriquez, partieron todos de Goa en compañía del embajador, y llegaron á la corte del Gran Mogol, que estaba en Pateful, á 28 de Febrero de 1580. Era tanto el deseo con que los esperaba el bárbaro príncipe, que contaba los dias, y preguntaba cuándo habian de llegar. Cuando le

noticiaron que estaban en la ciudad, mandó que fuesen inmediatamente á palacio, donde los recibió con mucha honra y demostraciones de amor, deteniéndolos con diversas preguntas hasta bien entrada la noche. Antes de despedirlos mandó traer gran cantidad de dinero para dársela. Mas el P. Rodolfo no quiso aceptarlo, para que entendiese este poderoso Monarca, cómo no buscaban sus riquezas, sino su alma. El Emperador quedó muy edificado, y se maravilló mucho el que hubiesen menospreciado el oro que les habia ofrecido. Buen rato estuvo hablando del particular con sus caballeros, repitiéndolo muchas veces por gran maravilla. Volvieron á visitarle al siguiente dia. Los recibió con el mismo placer, mostrando deseo de ver los libros que traian de la ley de Dios. Le presentaron la Biblia, que consigo llevaban, separada en cuatro tomos. Cogió el Emperador cada libro de aquellos con mucha reverencia, besándolo y poniéndolo sobre su cabeza; preguntó cuál de ellos era el de los Evangelios, se le manifestaron y volvió á mirarle con particular atencion, haciéndole nueva reverencia. Habiendo examinado los libros, se entró con los Padres en su aposento, mandó llamar á sus caciques, para que disputasen en su presencia acerca de cuál era la Escritura cierta y verdadera, á la cual se habia de dar crédito. Comenzaron los Padres á probar la autoridad y certidumbre de la Escritura divina, y á demostrar al mismo tiempo las falsedades y mentiras que tenia su Alcoran, con razones tan concluyentes y eficaces, que los caciques quedaron atajados y confundidos, sin responder palabra, y el Emperador, muy satisfecho de lo que habia oido, dijo despues á los Padres, que le parecia bien su ley, mas que deseaba le declarasen el misterio de la Santísima Trinidad, y cómo Dios tenia Hijo y se habia hecho hombre, porque estas eran las mayores dificultades que tenia. Los siervos de Dios le dieron razon de todo, mostrando quedar muy satisfecho de la noticia y explicacion que le habian hecho de estos divinos misterios. Les previno que hablasen con los moros con recato de allí en adelante, porque no podrian oir de buen grado tan sábia doctrina como les predicaban. Llevaban los Padres traducido el Alcoran de Mahoma, para poder declarar y contradecir sus falsedades, y mostrar con evidencia sus mentiras y contradicciones; sirvióles esto de mucho para lo sucesivo, porque de allí á tres dias tuvieron otra disputa sobre el paraíso de Mahoma. Pero eran tales las razones con que los Padres le impugnaron, que no supieron responder los caciques. Quiso el Emperador ayudarlos viéndolos tan corridos y afrentados; procuró con algunas razones aparentes sustentar lo que ellos afirmaban, mas tampoco pudo satisfacer á las razones que los Padres le hicieron. El jueves siguiente tuvieron la tercer disputa; se trató en ella del Alcoran, de la soberbia de Mahoma y su mala vida y costumbres, contraponiendo á todo esto la santidad y pureza de la vida de Cristo, la verdad de su doctrina y la muchedumbre de mila-

gros con que la confirmó. Fué tal la confusion con que salieron los caciques de esta disputa, que no se atrevieron de allí adelante á tener con los Padres otra pública, y á los cuales manifestaba el Emperador cada dia mayor cariño y voluntad. Decia que deseaba hubiese iglesias en su territorio, y puesto que tenian los gentiles sus templos y pagodas, en donde adoraban á sus ídolos, no era fuera de razon que tuviesen tambien los cristianos iglesias y templos en que adorasen á su Dios. Se admiraba sobremanera de la pobreza y castidad en que vivian los santos religiosos, y de su grande penitencia, principalmente de la del P. Rodolfo, que le parecia un ángel. Este nombre le daban todos los que le conocian, hasta los mismos moros y gentiles. Guardaba tanta austeridad, que no comia otra cosa sino un poco de pan, sin más vianda; especialmente el último año que estuvo en el Mogol, con solo pan y agua le pasó, ni tenia otra cama sino la tierra desnuda. Hacia otras muchas penitencias muy rigurosas, y tal vida como la pudieran hacer los más austeros anacoretas de los yermos. Permanecia en oracion muchas horas del dia y de la noche, aconteciéndole á veces ponerse en oracion al ocaso del sol, y no levantarse de ella hasta la nueva aurora. Otras veces se estaba en alta contemplacion los dias enteros. Entre sus grandes asperezas y otros muchos trabajos que pasó, le llenaba el Señor de celestiales deleites, teniendo su conversacion con los ángeles. El mismo no sabia declarar las consolaciones que el Señor le comunicaba; al mismo tiempo ejercitaba obras de gran piedad con los infieles. Consiguió licencia del Rey para hacer un hospital donde se curasen los enfermos, cosa de gran edificacion para los gentiles y moros, que se espantaban de ver la grandeza de la caridad cristiana, y por ella se movian infinitos á pedir el bautismo. Ayudaba mucho las particulares disputas que tenia el P. Rodolfo con los maestros de los moros y gentiles; algunas duraban hasta muy entrada la noche, en las cuales les hacia callar. El Rey le dió tambien licencia para predicar y convertir los que quisiese. Muchos deseaban hacerse cristianos, y tenian bien que hacer los Padres para catequizarlos, si bien el enemigo comun procuró entibiar y torcer el ánimo del Emperador, para impedir la conversion de aquellas gentes que ya temia. Estuvo muchas dias sin hablarles, hasta que una vez admitió su visita en la cual les dijo, cómo un grande letrado de su secta queria entrar en el fuego con su Alcoran, que si se atreverian á entrar ellos tambien con el Evangelio. Respondiéronle que si entrar en el fuego era para averiguar la verdad de su ley, por las disputas pasadas habia ya entendido S. A. cuánta diferencia habia de la una á la otra; y que este era el camino que Dios nuestro Señor enseñaba á los hombres para averiguar las cosas dudosas; y que pues ellos habian dado razon de la ley de Cristo, la diesen sus sacerdotes de la de Mahoma, y cuando por ella no se averiguase muy claramente ser la ley

de Dios la cierta y verdadera, estaban ellos preparados, no solo para entrar en el fuego, sino tambien para dar su vida en testimonio de aquella verdad. El Emperador quedó con esto tan satisfecho, y los Padres volvieron á suplicarle que se sirviese señalar dia para que hubiese disputa pública con sus sacerdotes, si no estaba convencido y con entera satisfaccion de la verdad de la religion cristiana. Le hicieron tantas instancias, que se vió precisado á señalar para el certámen el sábado inmediato. Llegado este dia fueron los Padres á palacio á la hora señalada; mas el Emperador, como tenia entónces poca gana de presenciar la disputa, puso inconvenientes y excusas para no hallarse presente, temiendo la confusion de los suyos; aunque echando de ver la falta en que habia caido, dijo que se volviesen á juntar para el lunes. Halláronse en esta disputa muchos caciques, capitanes y otros señores de la corte. Apretaron tanto en ella los Padres con sus razones á los caciques, que se vió forzado el Emperador á tomar parte en la controversia y volver muchas veces por ellos en defensa de Mahoma y de su ley, pero ni él ni los demás pudieron dar razon, ni sustentar lo que decian. Estando las cosas en esta disposicion, llegó á los Padres una carta del P. Provincial, enviando á llamar al P. Rodolfo, porque tenia necesidad de echar mano de él para marchar á la India. Fué el Padre con esta carta á dar cuenta al Emperador, de la órden que le habia llegado de su superior y á pedirle licencia para partir. Mostró en aquella ocasion el infiel monarca el mucho amor que tenia á la estimacion que hacia del siervo de Dios Rodolfo, porque entre otras razones le dijo las siguientes palabras: «Padre, yo te amo mucho, y me lisonjea y agrada infinito tu amistad, porque tú me has hecho entender muchas cosas, y me satisfacen más que cuantas á otros he oido; y por eso si tú te quieres ir, yo no te haré fuerza, mas de ninguna manera lo harás con mi beneplácito; y si tú me dejares, ese pecado caerá sobre tu cabeza.» A esto respondió el P. Rodolfo, que en su lugar vendrian otros Padres muy doctos y santos y muy á su gusto; mas el Emperador, con algun sentimiento, volvió á responderle: «Deja, Padre, esas razones que en ninguna manera consentiré en que te vayas, á lo ménos con mi voluntad.» A esta conferencia estaban presentes algunos caballeros de los principales de su imperio, y todos lisonjeando al Emperador le importunaban para que no consintiese en la marcha del Padre. Viéndose éste tan asediado, y atendiendo al gran sentimiento que el Emperador mostraba por su parte, y al deseo igualmente manifestado por los demás magnates, le pareció oportuno suspender su partida por no disgustar á aquel príncipe, que áun cuando le tenia dudoso acerca de su intencion y última resolucion de su bautismo, no habia desconfiado de su conversion. Estimó en mucho aquel monarca se hubiese decidido el P. Roberto á quedarse en su pais, por consideracion y respeto

suyo, y desde aquel dia le dió mayores pruebas de su particular estimacion; volvió á tratarle con la antigua familiaridad, dándole esperanzas de ocuparse y de oir atentamente la ley de Jesucristo, al mismo tiempo que se iban aficionando algunos caballeros y señores principales á oir la palabra de Dios y la doctrina cristiana. Los caciques temieron aquella renovada intimidad, y que tuviese el resultado, si pasaba adelante, el que se hiciesen cristianos, tanto el Emperador como los señores y capitanes de su corte; y lo temieron con tanto mayor fundamento, cuanto que siempre le habian conocido mucha aficion á la ley de Jesucristo: esto les produjo el aumentar su antiguo odio y aborrecimiento al P. Rodolfo, pareciéndoles que habia trocado el corazon del Emperador, y que por último haria de él cuanto quisiese. El Gran Mogol fué sabedor de este disgusto y antipatía, por lo que previno al siervo de Dios diciéndole: «Estos sacerdotes son muy malos y traidores, y por eso te quiero dar algunos soldados de mi guardia y criados mios, que te guarden y acompañen siempre para impedir te hagan algun agravio.» Pero el P. Rodolfo le contestó, que ya sabia su alteza que cuando les envió á llamar para que viniesen á su corte, el virey de la India quiso pedirle rehenes para su seguridad, mas que no lo consintieron, porque su gloria era morir por la verdad que predicaban, y que por tanto temia que dándole su alteza aquella guardia para su custodia, se desmentiria la confianza que hasta entónces tenia puesta en Dios. El Emperador le replicó, que ciertamente hacia muy bien en obrar así, pero que estaba obligado á hacer lo que le proponia, porque le habia recibido bajo su palabra. El P. Rodolfo, á pesar de todo, no quiso admitir aquella guardia. Este razonamiento que tuvo el Emperador con el Padre, lo referia despues á muchos señores y grandes de su imperio, añadiendo que sus sacerdotes no tenian tanto ánimo y abnegacion para morir por su ley, como el P. Rodolfo estaba preperado á sacrificar su vida en defensa de la que enseñaba. Insistia repetidas veces el siervo Dios con el Emperador á que se acabase de decidir y resolver á ser cristiano, porque si sus vasallos le observaban tan perplejo en aceptar la ley de Cristo, tampoco ellos se determinarian á recibirla; pero por más que instó y trabajó, nunca pudo persuadirle á que se bautizase, poniéndosele por delante que con aquel paso se veria obligado á abandonar sus muchas mujeres, y otros vicios inveterados, que no toleraba ni permitia la pureza de la ley cristiana. En este tiempo enfermó el P. Rodolfo con una fiebre tan ardorosa é intensa, que puso su vida en grande peligro; pero el Señor le guardaba y reservaba para regalarle poco despues la corona del martirio en la isla de Salsete; así aunque escapó con vida de aquella grave dolencia, quedó tan flaco y debilitado, y se retardaba tanto su convalecencia, que se creyó necesario para que recobrase su salud, volviese á la India, para lo

que recibió órden expresa del P. Provincial. Contribuyó mucho á adoptar aquella resolucion el ver lo poco que adelantaba y la poca esperanza que por entónces habia de lograr la conversion del Mogol, habiendo estado tres años en su corte, y probado todos los medios imaginables. Aquella enfermedad tan grave fué motivada de las muchas penitencias y del mal trato que se daba el siervo de Dios. Al emprender su marcha el P. Roberto, le envió el Rey gran cantidad de oro y plata, mas él, verdadero pobre de Cristo, no lo quiso recibir, dejando admirados y edificados á aquellos infieles. Habiendo convalecido el bendito P. Rodolfo, fué señalado para la mision de Salsete, que era una isla próxima á Goa, plagada de bracmanes que hacian sumamente dificultosa la conquista para Cristo de sus habitantes, contando además con que estos profesaban un odio inveterado contra los Padres de la Compañía, por la predicacion de la santa fe y destruccion de sus ídolos, por cuya causa se habian revelado cinco pueblos, y acababan de reconciliarse, pero no de corazon, estando acordes en su odio á los de la Compañía por la razon dicha, de que destruian sus ídolos y sus templos, y particularmente porque por órden de uno de los Padres mató á una vaca un soldado, á la que tenian y adoraban por Dios, á imitacion de lo que hacian los egipcios con el buey Apis, y quedaron con grande ansia y deseos de hallar ocasion propicia para vengar aquel grande agravio en su entender. Cuando llegó á la ciudad de Goa el P. Rodolfo, le señaló el P. Provincial por superior del colegio y residencia de toda la isla, y juntamente de toda la mision, confiando que con su mucha santidad y prudencia conseguiria ópimos frutos de aquella gente, y con su blanda y apacible condicion los sosegaria y pacificaria del todo. Le dió por compañero al P. Alonso Pacheco para que fuese con él algunos dias, y le diese noticia é ilustrase sobre aquella tierra por ser el P. Rodolfo nuevo en ella. Era el P. Pacheco ilustre y nobilísimo por su sangre, hijo de D. Juan Pacheco de Alarcon y de Doña Catalina de Alarcon, nieto de D. Francisco Pacheco y de Doña María de Alarcon, señores de Minaya y otros vasallos en el reino de Castilla. Pero mucho más noble é ilustre fué por su rara virtud y el apostólico celo por el cual fué digno compañero del P. Rodolfo. Habiendo salido de Goa, llegaron á la primera residencia del Cortamisi, donde estaba la iglesia de los apóstoles S. Felipe y Santiago. Allí se juntaron todos los padres y hermanos que habia en la Isla, y despues de haber renovado sus votos conforme al uso de la Compañía, trataron entre sí para adoptar los medios que fuesen más convenientes para convertir y ganar á los gentiles de Salsete, y ocuparse muy de veras de su conversion. Para dar principio á la santa empresa, convinieron en que el P. Rodolfo, en compañía del P. Pacheco, visitase en seguida todas las residencias y viesen la disposicion de los lugares,

donde con más comodidad se pudiesen edificar iglesias, y que esta visita se comenzase por la villa de Coculino, y las otras que se habian rebelado, para confirmar los ánimos de aquellos gentiles en la paz que se habia asentado, y consolarlos de los daños y pérdidas pasadas; y con esta ocasion se eligiese un sitio en alguna de aquellas villas donde se edificase una iglesia, para predicarles como era debido la ley verdadera. Persuadianse los Padres que este paso se podia dar con toda seguridad, marchando allá el P. Alonso Pacheco, á quien los moradores de aquellas villas mostraban en lo exterior mucha amistad por el favor que en sus negocios con el virey les habia hecho para su feliz logro. Con esta resolucion, en la mañana del lunes 15 de Julio de 1583, despues de haber todos dicho misa en la residencia de Orlino, que estaba dedicada al Arcángel S. Miguel, partieron para la villa de Coculino el P. Rodolfo Aquaviva, el P. Alonso Pacheco, el P. Francisco Antonio, el P. Pedro Berno, italiano, y el hermano Francisco Arana, sobrino del arzobispo de Goa. Iban en compañía de estos Padres algunos cristianos naturales de la Isla, y otros dos portugueses. Caminando en reunion, llegaron cerca de la villa de Coculino, apeándose ántes de llegar á ella en un sitio que les pareció muy á propósito para edificar una iglesia. Estándolo mirando y midiendo, vino uno de aquellos gentiles que disimulando diestramente la traicion, les dió el parabien de su venida en nombre de todo el lugar, diciendo que despues vendrian á visitarlos los demás. Habia contentado mucho á los expedicionarios el sitio donde se habian apeado, para edificar la iglesia, y desde allí acudir á la conversion de aquellos cinco lugares; y como les habia anunciado el dicho gentil, que luego vendrian á visitarlos de la villa, estaban determinados á pedirles aquel sitio y licencia para hacer un templo y enarbolar luego una cruz. No faltó quien orientase á los del pueblo de lo que trataban entre sí los Padres, y como sus ánimos estaban alterados y muy irritados y enconados por los sucesos ántes referidos, poco fué menester para levantarlos. Se puso en medio de todos ellos uno de aquellos bracmanes ó sacerdotes, diciéndoles á grandes voces que aquel era el tiempo y ocasion en que habian de vengar las injurias de sus dioses y destruccion de sus templos, de lo cual habian sido causa aquellos Padres; y que no contentos con lo pasado, les querian de nuevo edificar allí su iglesia y poner cruces para acabar de destruir de todo punto la memoria y adoracion de sus dioses. Les recordaba con el mayor sentimiento la injuria que se les habia hecho con la muerte de aquella vaca á la cual adoraban, en fin, no perdonó medio ni ardid para excitarlos á una cruel venganza. Apénas hubo el bracman acabado su razonamiento, cuando todos los habitantes del lugar, chicos y grandes, tomando las armas, salieron en busca de los Padres, y para que no se les escapase alguno, tomaron los

caminos y pasos por donde habian de volver. Los siervos de Dios estaban bien descuidados é ignorantes de lo que contra ellos se armaba en el lugar de Coculino, esperando su visita, como ya se lo habian anunciado. Mas la tardanza les hizo ya rezelarse y sospechar alguna cosa de la mala intencion de que debian estar animados aquellos gentiles, y que las primeras muestras de paz habian sido fingidas; en esta persuasion les pareció más acertado volverse por entónces á sus residencias. Estaban ya los gentiles en celada, esperándolos al paso bien preparados y apercibidos de armas. Cuando los vieron venir, se arrojaron sobre ellos como lobos hambrientos sobre mansos corderos, diciendo á grandes voces: *Mata, mata, que estos son los que han destruido nuestros templos, y quieren destruir nuestros dioses.* Quiso uno de los portugueses disparar una arma de fuego, mas el P. Alonso Pacheco le fué á la mano diciendo: *Señor, no es ahora tiempo de venganza, ni de defendernos, sino de esperar la muerte con ánimo cristiano, y dar la vida alegremente por la honra de Dios.* No faltó quien con tiempo ofreció al P. Rodolfo un ligero caballo para que se escapase y salvase; mas el siervo de Dios no quiso dejar á sus hijos y compañeros, sino animarlos con sus palabras, presencia y ejemplo. Acometieron aquellas fieras rabiosas contra los indefensos corderos que los esperaban con más ánimo y gusto de dar sus vidas, que ellos traian de quitárselas. El primero á quien hirieron fué al bendito P. Rodolfo, dándole una gran cuchillada en las piernas, con cuya herida le hicieron arrodillar en el suelo; mas el santo Padre, alzando los ojos y fijándolos en el cielo, ofreció su alma y vida á su Criador, y el cuello á la espada del cruel bárbaro. Y para mostrar con cuánta voluntad hacia de sí este sacrificio, con su misma mano bajó la sotana y descubrió el cuello para esperar el segundo golpe, de quien habia recibido el primero. Hubiera bastado ver esta grande humildad y mansedumbre, acompañada de una singular modestia que resplandecia en su rostro, para ablandar el corazon de una fiera; pero sábese que delante de los mártires ellas se amansaban, y aquellos tigres se volvian más crueles. Tal era este bárbaro, que sin ningun género de piedad descargó sobre el cuello del inocente Padre dos grandes cuchilladas, y no contento con estas, le dió otra cuarta en las espaldas, y la quinta fué una estocada con que le traspasó el pecho y con ella acabó su santa vida, rematando la mision de Salsete, á los treinta y tres años de su edad, habiendo empleado la mitad de ellos en la Compañía con notable ejemplo de virtud y santidad. Las últimas palabras con que acabó fueron estas tres oraciones: *Perdonadlos, Señor; Sto. Javier, rogad al Señor por mí; Jesus, recibe mi alma;* esta última repitió tres veces. El segundo en quien los gentiles mostraron su furia fué en el hermano Francisco Arana, á quien dieron una gran cuchillada en el cuello y otra lanzada en el costado, y

aunque cayó en el suelo con estas heridas, no murió luego, porque le guardaba el Señor para que padeciese otros mayores tormentos. El tercero fué el P. Pedro Berno, al cual dieron una cuchillada en la cabeza, y otra en el cuerpo, y una lanzada con que le atravesaron por un ojo, y despues de muerto hicieron los gentiles en su suerpo mil géneros de afrentas y de ultrajes por satisfacerse de los que decian que este Padre habia hecho á sus ídolos quebrándolos y pisándolos; y aquel bendito mártir solia decir muchas veces, que no se convertirian de veras los gentiles de Salsete hasta que se derramase su sangre en aquella isla, y que el Señor le daba á entender y sentir en su corazon, que habia de morir por su servicio en Coculino. El cuarto, á quien aquellos caribes quitaron la vida, fué el P. Alonso Pacheco, que aunque aparentemente le mostraban amistad, era á quien más de corazon aborrecian por un mandamiento que llevó contra los idólatras, y con el cual les habia quitado toda esperanza de conseguir licencia para reedificar sus templos. Salió este siervo de Dios al encuentro, al que alanceó al P. Berno, diciendo con gran valor: *A mí, á mí, que fuí el que destruí vuestros ídolos, y los hice pedazos y los pisé.* Y como tenian tan fresca la memoria de este caso, le acometieron furiosamente y con la mayor rabia, y con una lanza le atravesaron el pecho de parte á parte. Mas el bendito Padre, para mostrar que con la misma constancia y fortaleza de ánimo con que habia resistido á las injustas pretensiones de los salsetanos, daba en aquel momento la vida con la mejor voluntad por la honra de su Dios, viéndose atravesado con aquella lanza, se hincó de rodillas, y puestos sus brazos en forma de cruz, levantados los ojos amorosamente al cielo, se ofreció en verdadero sacrificio al Señor, que para su remedio dejó abrir su costado con otra lanza, con cuya consideracion animado este bienaventurado Padre, espiró diciendo: «Con otra lanzada, mi Jesus, os pasaron el pecho, por ella os pido les perdoneis, y les envieis predicadores de vuestro Santísimo nombre.» La segunda lanzada que le dieron, fué en la garganta, con la cual cayó muerto, para comenzar á vivir eternamente en el cielo. El quinto fué el padre Francisco Antonio, portugués, de treinta años de edad, habiendo vivido doce en la Compañía con edificacion y ejemplo de todos. Tenia este siervo de Dios por costumbre suplicar á la Divina Majestad en las Misas, que por su amor le concediese este singular don del martirio, del cual tuvo siempre grande deseo. Cumplióselo el Señor, siendo el instrumento estos gentiles, que le dieron una cuchillada con que le hendieron la cabeza, y otras diversas heridas, con las cuales acabó su santa y dichosa vida. Estaban ya muertos los cuatro Padres, y á pesar de ver su sangre derramada por aquel suelo, no se amansaba la ferocidad de aquellos crueles corazones; ántes viendo al hermano Francisco Arana, que aún permanecia vivo, arremetie-

ron todos á él, y le arrastraron dos veces al rededor de un ídolo, amenazándole que le acabarian de matar cruelmente si no le adoraba. Pero el constante mártir respondió siempre con invencible ánimo y fortaleza, que á solo un Dios verdadero adoraba, y no á ídolos de piedra, ni á los demonios que hablaban en ellos. Con esta respuesta se redobló su ira á los tiranos, y atándole de pies y manos, le pusieron en un lugar alto, para que les sirviese de blanco á sus flechas, de las cuales le dejaron tan cubierto, que apénas parecia figura de hombre. Despues de muerto, las mujeres y los muchachos rabiosos por la destruccion de sus ídolos, ejercieron en su cuerpo muchas crueldades. Luego llevaron las saetas teñidas de sangre á ofrecérselas á sus falsos dioses como un glorioso trofeo. Los bracmanes quedaron muy contentos y satisfechos de haber vengado las injurias de sus ídolos con la muerte de tantos Padres, y por hacerles más fiesta y honra, los ungian con la sangre de los santos cadáveres, y llevaban á sus altares los palos de las lanzas bañados de la misma sangre de aquellos siervos de Dios. Poco despues los llevaron arrastrando hasta echarlos en un pozo de agua, cubriéndole con ramas, arena y otras cosas, para que no fuesen hallados ni descubiertos. Tambien mataron con los Padres otros cuatro cristianos, naturales del país, que vivian en las residencias, y tenian cuidado de las iglesias, y otro portugués de los que venian en su compañía. De esta manera ofrecieron sus vidas y derramaron su sangre estos dichosos Padres en la flor de su edad, por la exaltacion de la santa fe y predicacion de la ley de Dios, á 15 de Julio de 1583. Aquel mismo dia estaban los religiosos de aquel colegio de Goa, celebrando con particular consuelo el martirio del padre Ignacio de Acevedo y sus dichosos compañeros, á los cuales habian martirizado en el viaje del Brasil unos herejes de la Rochela, trece años ántes y en el mismo dia. Y cuando aquella noche les llegó la noticia de lo que habia sucedido en Coculino, y sin preparacion ni antecedente alguno, causó en toda aquella casa gran pena y desconsuelo por el cariño y amor que tenian á los Padres, y la gran falta que habian de hacer tales personas en la India. Mas recogiéndose todos á oracion por mandado del P. Provincial que allí se encontraba, se cambió la tristeza pasada en gozo y alegría, considerando su dichoso fin y glorioso empleo. Salió luego de Goa el P. Provincial con más de treinta Padres y hermanos, para buscar los cuerpos de aquellos dichosos mártires y darles sepultura. Llegados á la fortaleza de Rachiol, hicieron muchas diligencias por recobrarlos; pero no habia medio de que los gentiles quisiesen descubrirlos, hasta que interesándose vivamente el capitan de la fortaleza, con dádivas, promesas y amenazas, se consiguió ofreciesen el entregarlos, y cuando más descuidados se hallaban los Padres, les dieron aviso para que saliesen á recibirlos, porque ya los traian.

Se juntaron todos los cristianos de la comarca, y los portugueses de la fortaleza, para traerlos al dia siguiente á la iglesia de nuestra Señora de Rachiol, depositándolos aquella tarde en otra iglesia de S. Antonio que estaba cerca. Era tanto el deseo que todos tenian de ver aquellos benditos cuerpos, que fué necesario descubrirlos, por el consuelo de los Padres y hermanos y de los cristianos que allí estaban. Tenia el P. Rodolfo sus heridas tan frescas, que le corria sangre de ellas, como si entónces las acabára de recibir. Y con todo de hacer tres dias que eran cadáveres, y habian estado en aquel pozo inmundo, ningun mal olor exhalaban ni se desprendia de sus cuerpos, ántes bien la vista de sus heridas causaba en todos tan grande devocion y consuelo, que arrojándose en el suelo, no se hartaban de besarlos, mezclando la sangre de las heridas con la abundancia de las lágrimas que derramaban por sus ojos, pareciéndoles que veian en aquellos benditos cuerpos la gloria de que ya gozaban sus almas. Con esta misma devocion acudian los cristianos de todos aquellos contornos, unos humedecian sus pañuelos en la sangre de las heridas, que parecian recientes, otros les cortaban pedazos de sus vestidos, para conservarlos como preciosas reliquias. Al dia siguiente se celebró una procesion muy solemne, en la cual fueron acompañados los mártires con multitud de luces. Los conducian en sus hombros los Padres que vinieron de Goa, y los llevaron hasta la iglesia de nuestra Señora, y los enterraron en su capilla mayor, depositando á cada uno en su caja, con su propio nombre. El P. Provincial dijo una Misa solemne en accion de gracias, conviniendo todos que no debian hacerse otros sufragios por aquellos gloriosos mártires, pues habian muerto por la exaltacion de la fe y destruccion de la idolatría, como así lo confesaron despues los mismos gentiles que los habian dado muerte, tanto por estas causas como porque de nuevo trataban de edificar una iglesia en su término para acabar de destruir la adoracion de sus ídolos. Este glorioso martirio fué revelado en Europa por nuestro Señor á su siervo el P. Juan Fernandez; le hizo patente la horrorosa escena de Salsete del asesinato de los cinco Padres de la Compañía por aquellos fieros gentiles, y preguntando cómo Dios permitia aquella atrocidad con tan buenos Padres, le fué respondido por un ángel, que no importaba que los matasen, porque conseguian el don inapreciable de ser mártires de Cristo. Cuando en la ciudad de Goa se supo el lamentable suceso, fué extraordinario el sentimiento que sintieron todos sus habitantes, por el mucho afecto que tenian á los Padres, y por la grande indignacion que les produjo aquella demasía, siendo grande atrevimiento el que cinco lugares en tierras de Su Majestad, y tan cerca de Goa hubiesen cometido crímen tan enorme, juzgando todos la muerte de aquellos santos Padres por ofensa comun y deshonra de aquella cristiandad. Esta fué la causa de que toda la

ciudad se conmoviese y levantase, con un deseo ilimitado de vengar aquellos asesinatos, si las autoridades se lo hubiesen permitido, proponiéndose destruir la villa de Coculino y las demás que eran cómplices. Pero como los naturales de aquellas poblaciones estaban tan vecinos de los moros, y se sabia por experiencia que en seguida se pasaban á tierra firme, le pareció al virey lo más prudente disimular por entónces y esperar ocasion favorable para darles el castigo que merecian, como se verificó pasados algunos años. Entre las demás penas que se impusieron á estos cinco lugares, una muy sensible para los gentiles fué privarlos de la jurisdiccion que tenian, dándoles por señores á dos caballeros principales, de los cuales uno, llamado D. Pedro de Castro, deseando volverse á Portugal, y teniendo gran devocion á la Compañia, con licencia del virey y magistrados de la ciudad, renunció la posesion y derecho que tenia sobre tres de aquellos lugares en la misma Compañia, para que con sus rentas se atendiese á los novicios que se recibian en Goa. Los cuerpos de estos benditos Padres estuvieron depositados en la iglesia de nuestra Señora, junto á la fortaleza de Rachiol, hasta el año 1597, que se llevaron á Goa, y se colocaron en la iglesia del colegio de S. Pablo de aquella ciudad. Fué la sangre de estos benditos Padres semilla de cristianos, porque se realizó el vaticinio del P. Pedro Berno, pues despues de haberse regado aquel territorio con la sangre de aquellos gloriosos mártires, comenzó á dar más copioso fruto, porque el año 1588 llegaba el número de cristianos en aquella isla á veinte mil, y el mismo año se convirtieron á la santa fe tres aldeas á un tiempo, en las cuales se bautizaron mil seiscientas almas, sin otras trescientas que se fueron á bautizar al colegio de S. Pablo de Goa el dia de la vocacion de aquella iglesia. Una de estas aldeas habia estado casi despoblada algunos años, y sus pocos habitantes persistian con tal obstinacion en sus idolatrías, que en cuanto sabian que alguno queria hacerse cristiano, procuraban quitarle la vida, por cuya razon andaban muchos de sus vecinos desterrados ó expatriados. El Señor ordenó mudar los sentimientos acérrimos de aquellos obstinados gentiles, por la intercesion de los que allí habian derramado su sangre, y rogaban por ellos en el cielo; y con la mayor sorpresa y voluntariamente, pidieron que les predicasen y enseñasen la ley de Cristo, porque estaban dispuestos á recibirla y á hacerse cristianos. Facilitándose desde entónces y de tal modo la conversion de aquellas gentes, que ellos mismos se presentaban rogando y suplicando les hiciesen cristianos, y alguna vez lo hicieron pueblos enteros. Cuando llegó á Europa la nueva de tan glorioso triunfo, produjo en muchos gran devocion y ternura. El invicto mártir Cárlos Espinosa fué devotísimo del glorioso P. Rodolfo, á quien se propuso imitar, y lo consiguió siendo uno de los mártires del Japon. Todo lo referido está tomado del

libro segundo de las *Misiones* del P. Luis de Guzman. P. Orlandino en las *Anuas* de la India Oriental. P. Pedro Yarriz, en el segundo tomo de su *Thesauro Indico*. P. Antonio Vasconcellos, *in descriptione Regni Lusitani*. Padre Spinelo, cap. XX. Jacobo Damiano, en su *Synopsi*, libro V, cap. VII. Pedro Ordoñez Zavallos; libro III de su *Viaje del mundo*, cap. XVI. Escribió tambien el martirio de estos cinco mártires, en seis libros y en verso heróico el P. Francisco Bencio. Tambien hace honorifica mencion de estos benditos Padres Tomás Bozio en su obra: *De signis Eccles.*, libro VII, signo XXVII. Y la *Centuria Martyrum Societatis Jesu*. Al dichoso mártir Rodolfo, y á cada uno de sus santos compañeros en particular, celebra la inimitable pluma de Gerardo Montano, haciendo los mayores elogios de los mártires en magnificos versos latinos.—A. L.

RODOLFO DE DIEPHEUT, obispo de Utrech, fué propuesto para este cargo en 1424 á la muerte de Federico Blankenheim, pero fué elegido Zweder de Colemburgo, hijo de Gerardo, señor de Egmont, por la mayoría del cabildo con sentimiento de los demás candidatos propuestos por los monarcas vecinos. Rodolfo, que lo era del duque de Cleves, se apoderó de Utrech y arrojó á Zweder de esta ciudad. Entónces trasladó éste su sede á Dordrecht, donde residió bajo la proteccion de Felipe *el Bueno*, duque de Borgoña. Resuelto este príncipe á restablecer á Zweder en su sede, pasó á sitiar á Utrech, y él en persona fué uno de los primeros en subir al asalto. Pero viéndose rechazado despues de un combate de cinco horas, levantó el sitio y regresó á Holanda. Sin embargo, habiéndose hecho dueño Zweder del castillo de Gorst, obligó á los habitantes de Amensfort á reconocerle, haciendo lo mismo con los de Rheneu, de modo que obligó poco despues á Rodolfo á abandonar á Utrech, donde hizo su entrada en 1425. Los desterrados, que le habian seguido, cometieron grandes excesos en esta ciudad, llegando el extremo de matar á puñaladas al burgomaestre Barendo Provis, en su propia cama, miéntras se le administraba el viático. En 1430 hizo paces Rodolfo con el duque de Borgoña, y trabajo en la corte de Roma con tan buenos resultados, que se hizo confirmar por Eugenio IV. Pero Zweder apeló al concilio de Basilea, en donde pasó para sostener su apelacion, no llegó á sentenciarse por haber muerto en 1433. Quedó entónces Rodolfo en pacífica posesion del obispado de Utrech, no obstante que una parte del clero habia elegido á Walerano de Meurs, que fué confirmado por el antipapa Felix. Mas como en 1447 quisiese establecer un impuesto para pagar las deudas de su iglesia, se sublevaron contra él una parte de los canónigos capitaneados por el dean, llegando las cosas á tal extremo, que habiéndose hecho dueños de Utrech, obligaron al obispo á retirarse á Horst. Aprovechó la ocasion Walerano para volver á levantar su partido; pero pasando allí el cardenal Cano en 1449,

ajustó un convenio entre ambos contendientes, en que se estipuló que Walerano renunciase el obispado de Utrech en favor de Rodolfo, y que éste le ayudaria á sentarse en la sede de Munster, vacante á la sazon por fallecimiento del obispo Enrique. Desde esta fecha escasean las noticias acerca de este prelado, debiendo suponerse gobernó en paz su diócesis el tiempo que le quedó de vida, pues las crónicas no referian por lo general más que las guerras y sucesos muy notables. Rodolfo murió de una pesadumbre en 1455. —S. B.

RODOLFO Petriñani. Este esclarecido y virtuoso jóven, una de las más bellas y tempranas flores que adornaron el místico jardin de la piadosa órden de las Escuelas Pias, fué natural de Roma, sin que consten más noticias. Unicamente se sabe que fué uno de los primeros niños que acudieron á recibir la instruccion cristiana en las aulas fundadas por el glorioso José de Calasanz en la capital del mundo cristiano, en las cuales desplegó tanta aplicacion, demostró tanta virtud y juicio tan anticipado, que el bendito fundador, reconociendo en él cualidades muy á propósito para ilustrar la recien fundada Orden, le vistió con el mayor placer el hábito de la misma á las primeras instancias que le hizo, admitiéndole en la clase de los hermanos. Poco tiempo vivió en la religion; pero lo bastante, sin embargo, para ilustrarla con su piedad, su devocion, su virginal candor y su inocencia, prendas que seguramente no son para gozadas por este mundo miserable é incapaz de comprenderlas. Por semejantes virtudes mereció que la Santísima Vírgen se le apareciese en diversas ocasiones, llevando algunas á su divino Hijo en los brazos, llenando su alma de unos placeres inefables, desconocidos y fuera del alcance de la humana comprension. Cierto dia la piadosa y amantísima Reina de las vírgenes, que tanto placer tiene en comunicarse con los guardadores de la angelical pureza, deseando conceder un elevado premio á la inocencia y devocion del angélico jóven, puso en sus brazos al divino Niño que haciendo mil caricias al afortunado Rodolfo, le convidó para que fuese á habitar en su compañía á las celestes mansiones. Admitió el jóven tan regalado ofrecimiento, y hallándose aún en la temprana edad de diez y ocho años, voló su dichosa alma al cielo, asistida de los celestes protectores que le regaláran tanto en vida. Falleció en Roma el dia 29 de Agosto de 1625, dejando llenos de pena á sus hermanos por ver perdidas las halagüeñas esperanzas que formáran; pero trocándose su sentimiento en alegria, cuando el santo fundador les manifestó los favores de que habia sido objeto y la gloria que disfrutaba: dichosas nuevas que para consuelo de la religion y ejemplo del mundo le habian sido trasmitidas por divina revelacion. —M. B.

RODOLFO de Pfert (Fr.), sacerdote, religioso capuchino, de nacion

aleman, y perteneciente á la provincia llamada de los Esguizaros. Fué uno de los más ejemplares en su Orden, y una de las muchas víctimas sacrificadas por el contagio de una asoladora peste, que reinó en una gran parte de Europa por los años de 1611 y 12; mártires de su abnegacion y profunda caridad: epidemia tan destructora que solo en aquella provincia hizo sucumbir á doscientas mil personas. Los Capuchinos, que jamás faltaron al ministerio de su innata caridad, acudieron en aquella ocasion como en todas á socorrer espiritual y temporalmente á sus prójimos afligidos por aquel cruel azote. Se repartieron por diversas ciudades, y cumplieron tan fervorosamente y con tanto celo con aquella caritativa obligacion, que murieron muchos sacrificándose por el alivio y asistencia de los contagiados. En Viena, en Franfort, en Suecia, sucumbieron bastantes con el heróico valor que Dios infunde en el ejercicio de virtudes tan relevantes. Fr. Rodolfo de Pfert, despues de haber servido con el mayor celo y constancia á los epidémicos de Friburgo, sin sosegar de dia ni de noche, administrando los sacramentos á innumerables apestados, contrajo en fuerza de tantas fatigas é incansable ejercicio la mortal dolencia, siendo uno de tantos mártires sacrificados á la caridad cristiana, pero dejando eterna memoria su noble abnegacion, debiendo esperarse subió á gozar en el cielo el premio de sus trabajos. — A. L.

RODOLFO DE RUDESHEIM. Singler, al que se refiere Moreri en su *Bibliotheca Gesner.*, dice que fué obispo de Breslau, en Silesia, en 1407, y que compuso diversos tratados ó comentarios sobre las Santas Escrituras y varios sermones, sin que nos dé más noticias de su vida, obras y muerte. —C.

RODOLFO DE S. ALBANO. Solo hallamos en los *Ilustres escritores ingleses* de Pitseus una pequeña nota biográfica de este religioso, copiada tambien por Moreri en su gran *Diccionario histórico*. Religioso y abad de este célebre monasterio, florecia hácia el año 1150, y escribió la *vida de S. Albano* y la de *Alejandro el Grande* en cinco libros. — A. C.

RODOLFO STAFFA, cardenal de la santa Iglesia romana. Era natural de Perusa, en Italia, y fué creado cardenal del órden de los diáconos y título de Santa Maria *in Aquiro*, por el sumo pontífice Honorio II, en el año 1124. Murió en 1130 siendo obispo de la antedicha diócesis de Perusa, habiendo tenido la satisfaccion de merecer por sus virtudes de nacer, gobernar y morir en un mismo punto, amado y reverenciado por sus conciudadanos, que hallaron siempre en él al compatriota generoso, al padre benéfico y al amigo constante y verdadero. No existen, por desgracia, noticias algunas con las que nos fuera dado ilustrar la vida de este príncipe de la católica Iglesia. — M. B.

RODOLFO DE TOROTE, obispo de Verdum; tuvo muchos hermanos, entre otros uno llamado Roberto, obispo de Langres, y Juan, castellano de

Noyon, que fué gobernador de Champaña. Eran hijos de Juan, señor de Torote, y de Odeta de Dampierre, y llevaban como su padre el nombre del castillo de Torote, de que eran propietarios. Este nombre señorial se ha escrito posteriormente á la época que nos ocupa Tonrote, y este último nombre es el que lleva actualmente una aldea de Picardía, pero hemos conservado el nombre antiguo á ejemplo de los historiadores que nos han precedido. Rodolfo ó Raul era canónigo y chantre de la iglesia de Laon; cuando su pariente Juan de Apremont fué promovido al obispado de Metz, le eligió por sucesor suyo en el de Verdun en 1224. La dimision que hizo en favor suyo fué aprobada por una parte de los canónigos; los otros eligieron á Enrique, preboste de Montfaucon y arcediano de Argonne. Esta division de los votos causó debates y procesos á que puso fin el papa Honorio III pronunciándose por Rodolfo, que fué entónces con sus tropas á reconquistar la ciudad que se hallaba en poder de su competidor. En cuanto fué pacífico poseedor de este obispado, le gobernó con mucha bondad, segun el historiador de Verdun. Sin embargo, los habitantes de la ciudad, excitados por las principales familias, se rebelaban contra los empleados elegidos por el obispo, y contra él mismo en el año 1227. Rodulfo se retiró entónces al castillo de Charny, próximo á la ciudad, de donde llamando en socorro suyo á sus aliados y parientes, tuvo sitiada la ciudad durante quince dias, y la obligó á someterse por hambre. Pero habiendo salido poco despues de Verdun los jefes de la rebelion, se dirigieron á Aix-la-Chapelle, cerca de Enrique, rey de romanos, y obtuvieron de él un privilegio que les sustrajo á la autoridad de su obispo. Habiéndolo sabido Rodolfo, partió, tambien para ir á representar á aquel príncipe que el privilegio que habia concedido á los habitantes de Verdun, era contrario á los derechos de su iglesia establecidos por los emperadores, y Enrique devolvió entónces al obispo su jurisdiccion. Despues de algun tiempo de calma, los ciudadanos se rebelaron de nuevo, y Enrique envió á Teodosio de Weda, arzobispo de Tréveris, para atraerlos á la sumision por todos los medios que estuviesen en su poder. Pero no queriendo Rodolfo deber el término de estos desórdenes á medios violentos, y sacrificando sus derechos señoriales al amor á la paz, cedió á los habitantes de su ciudad los derechos que tenia sobre ellos como conde, mediante la suma de dos mil libras, que fueron pagadas por las tres principales familias en las que el pueblo debia en lo sucesivo elegir únicamente sus magistrados. La crónica de Alberico cita á este prelado entre los que se dirigieron á Montaine, cerca de Vertus, en Champaña, en 1239, cuando se examinó y condenó al suplicio á los herejes llamados Búlgaros. Rodolfo murió el 21 de Abril de 1245, despues de haber gobernado su diócesis durante veintiun años con mucha dulzura y prudencia segun

Roussel; su hermano el obispo de Lieja fué á celebrar sus funerales. Existe de este prelado una carta de Enero de 1226, relativa á la construccion de la iglesia y del monasterio de S. Nicolás de los Prados, fundadas por su antecesor y continuadas por él, donde se establecieron canónigos de S. Victor de París. El historiador de Verdun inserta tambien entre sus documentos justificativos dos convenios, hechos entre este prelado y Tibaldo, conde de Bars, relativamente á algunas tierras y castillos. Estas dos últimas actas pertenecen al año 1240.—S. B.

RODOLFO WALTON (Fr.), trinitario. Fué natural de Irlanda y tomó el hábito de la Santísima Trinidad en el convento de Atharia, en el que obtuvo la fama de sabio doctor, observantísimo religioso y estricto celador del aumento material de la casa, en que desempeñó el cargo de ministro por espacio de diez y ocho años consecutivos, á causa de que, deseosos todos de ser gobernados por un varon de tanta disposicion é integridad, le reelegian al terminar el oficio. Durante su permanencia en este destino se experimentaron tan notables adelantos y aumentos en las rentas de la casa, que anualmente daba, por la tercera parte de su sobrante para el fondo de la redencion de cautivos, una suma más alta que ningun convento de su clase. Tuvo además provistas las hospederías y abastecidos los graneros y despensas de ropas, comestibles y cuantos objetos son necesarios para una grande comunidad. Murió en 5 de Diciembre de 1283 unánimemente llorado de todos sus súbditos, que perdian en él al más tierno y cariñoso de los padres. Fué honoríficamente sepultado en el claustro de su convento de Atharia. En medio de sus muchas y graves ocupaciones no abandonó los trabajos de la pluma, y escribió las siguientes obras: *Sobre los Sacramentos*; dos libros.—*Alabanzas de S. Patricio*; dos libros.—*Sermones cuadragesimales*; cuatro libros.—M. B.

RODOLIUS ó RODELIUS (Tomás), monje de Igni. Todo lo que se sabe de este Tomás es que fué monje de Igni, abadía de la órden del Cister, en la diócesis de Reims, y que escribió la vida de *Pedro Monóculo*, que fué promovido en 1179 á la abadía de Claraval y gobernaba ántes la de Igni. Tomas Rodolius habia sido discípulo de Pedro Monóculo, que le distinguió con su afecto, lo que consta en una carta que escribió Tomás á Pedro para felicitarle por su elevacion á la abadía de Claraval, carta que ha conservado Manrique. Esta carta no contiene, á excepcion de las felicitaciones al abad Pedro por su nueva dignidad, más que una ardorosa invitacion para que no le olvidase, ni á él ni á su hermano Felipe, en las oraciones que dirigiese al Señor. Peticion muy sencilla, pero que hace en términos en extremo enfáticos. El abad Pedro, á quien Tomás escribió esta carta, murió seis años despues de haber sido promovido á la abadía de Claraval, es decir en 1186.

Nuestro autor no pudo escribir su vida hasta tres ó cuatro años despues, es decir en 1189 ó 1190, que es la fecha que damos á esta obra, de que se encuentran algunos fragmentos en los anales de la órden del Cister de Manriquez. La vida que ha dado Enriquez de este mismo abad de Claraval, en su *Fasciculus Sanctorum Ordinis Cisterciensis*, parece haber sido extractado en parte de la obra de Tomás, en parte de las vidas que se han publicado tambien del P. Pedro de Monóculo, Antonino de Florencia, Vicente de Beauvais y otros; pues Pedro ha merecido tener muchos historiadores, tan grande era su reputacion de santidad. Al principiar la vida de Pedro Monoculo, Tomás se obliga con una especie de juramento ó imprecacion, á no escribir más que la verdad. *Nisi vera sunt*, dice, *quæ in litteris istis explicantur, humerus meus cadat a junctura sua, et brachium cum suis ossibus confringatur. Sit cœlum quod supra me est, æneum, et terra qua calco ferrea: et pro frumento oriatur mihi tributus, et pro hordeo spina fiat.* Pero las grandes verdades que nos refiere Tomás despues de este formidable juramento, son las visiones de su héroe y los milagros que ha obrado el Señor en favor suyo. Por ejemplo, Pedro veia con frecuencia á la Santísima Virgen; ella fué quien le invitó una noche á entrar en la órden del Cister. Asi es que cuando se presentó en el monasterio de Igni encontró la puerta abierta y á esta Señora esperándole, tan hermosa como se le habia aparecido en sueños. El mismo Jesus le colmaba con sus favores. No siendo más que simple monje de Igni, tenia la mala costumbre de dormirse en el coro durante sus oraciones; pero siempre era despertado por uno que le tocaba ligeramente en el brazo. Abria los ojos temblando, creyendo que era el abad que hacia su ronda, pero no veia á nadie. Por último, un dia vió á su lado á un hermoso jóven, de cabellos de oro, que se alejó en seguida para pasearse en medio del coro y desapareció: *Vidit sibi adstare juvenem splendidum et decorum, aureos habentem capillos*, etc. Siendo ya abad de Claraval, su primer cuidado fué renovar los reglamentos que prohibian á las mujeres la entrada en el monasterio. Pero un dia se llenó de asombro al ver tres señoras muy hermosas, y con los más brillantes trajes, que recorrian los lugares más ocultos del convento, y examinaban todo con ávida curiosidad. Irritado Pedro, se dirige á ellas para echarlas. Pero la más hermosa le dice sonriendo: «Pedro, tranquilízate, soy la Madre de nuestro Señor Jesucristo, y mis dos compañeras son Maria Magdalena y Maria Egipciaca.» Sin tomarnos el trabajo de extractar por más tiempo esta recopilacion de sueños monásticos, nos contentaremos con referir á nuestros lectores, que Pedro fué llamado *Monóculo* porque perdió un ojo á fuerza de llorar, tanto por los pecados que habia podido cometer, como por las buenas acciones que habia dejado de hacer. Pero la pérdida de este ojo fué para él un motivo de alegria; tenia, segun expresion

suya, un enemigo ménos en el mundo. *Eja, dilectissimi fratres*, dice á los monjes que le rodeaban, *exultemus in Domino, eique immensas gratias reddamus. Vicîmus enim, superavimus adversarium. Jam unus ex hostibus meis extinctus est, unus adhuc superest: ipsum timeo; de omisso nos doleo.* La fama de tantas virtudes se extendió tan léjos, que el papa Lucio III, si se cree á Tomás Rodolius, quiso verle y tomar sus consejos en las circunstancias difíciles en que se hallaba á la sazon la Iglesia. Le llamó, pues, á Roma; pero cuando llegó Pedro Monóculo, el Papa, anciano y enfermo, tocaba casi á sus últimos momentos. El Pontífice quiso al ménos ser confesado por Pedro y áun recibió de sus manos la sagrada Eucaristía. El mismo Pedro, de regreso á su patria, no sobrevivió largo tiempo á este viaje. Tomás Rodolius refiere su muerte con detencion, lo mismo que las apariciones y milagros que la siguieron. Pedro Monóculo habia nacido de sangre de reyes, segun todos los historiadores: *ex Galliæ regum sanguine procreatus.* Es sensible que no digan nada más, y que no nos refieran cómo pertenecia á tan ilustre familia. Esta omision da lugar á sospechar que en esta, como en otras muchas ocasiones, se ha querido aumentar el esplendor de una persona ó de una órden, suponiendo á sus jefes títulos y una ilustracion cuestionable. En la Biblioteca real de Francia existe un manuscrito de la vida de Pedro Monóculo, con el título de *Vita Petri abbatis Clarævallensis, auctore Thomas monacho de Radolio* (sin duda debe leerse *de Rodolio*). Ignoramos la fecha exacta de la muerte de este autor. Pero segun la observacion hecha anteriormente, de que su obra no ha podido aparecer ántes de 1190, su muerte debe colocarse á últimos del siglo XII, ó en los primeros años del siglo XIII.—S. B.

RODOLOVIC (Nicolás). Floreció este príncipe de la santa Iglesia católica en el siglo XVII. Fué originario de Ragusa. Nombrado arzobispo de Chieti, fué elegido tambien secretario de la Congregacion de los Obispos y de los Regulares. Haciendo honor á su capacidad y á sus buenos servicios, el papa Inocencio XII, el dia 14 de Noviembre de 1699 le creó cardenal. Murió de apoplejía en Roma el dia 28 de Octubre de 1702, á la edad de setenta y ocho años, y fué sepultado en la iglesia de S. Marcelo.—C.

RODOLPHE (Cárlos Federico), luterano, natural del reino de Wurtemberg; fué recibido el 11 de Enero de 1829 en el Hospicio de la Santísima Trinidad en Roma, y pidió ser instruido en la religion católica. Hizo la abjuracion el 1.° de Febrero y recibió el 5 los sacramentos de la confirmacion y de la Eucaristía, que le fueron administrados por M. Mattei, patriarca de Antioquía, hermano mayor de la cofradía. El príncipe Felipe Albani, uno de los guardias, fué su padrino.—S. B.

RODOLPHE (José), ministro protestante muy afamado en el país de Gu-

yena, Saintonge y las Cevennas, se convirtió al catolicismo hácia el año 1641. S. B.

RODRADO, sacerdote de la diócesis de Amiens, fué ordenado en 853 por su obispo Hilmerado, y es conocido porque se propuso escribir una obra semejante á la de Grimaldo, abad de S. Galo, lo que ejecutó efectivamente, y lo más extraño todavía es que no solo siguió en todo el mismo método que Grimaldo, sino que hasta cogió el prólogo de éste, que se encuentra colocado tambien como en la obra de nuestro abad, entre el texto de S. Gregorio y la adicion de Rodrado. Sin embargo, á pesar de esta identidad de prefacio y de otros rasgos de semejanza, la obra del uno no es la del otro. Hay entre las dos grandes diferencias, que el P. Dores Hugo Menard, que se ha servido de las dos obras para su edicion del *Sacramentario de San Gregorio*, ha tenido cuidado de marcar en general. Se puede consultarlas en el sabio prefacio de este editor. La obra de Rodrado ha quedado manuscrita, y existió en la biblioteca de la abadía de Coalzé. El P. Dom Hugo Medard ha publicado únicamente algunos fragmentos á continuacion del *Sacramentario de S. Gregorio*. Añadiremos á la noticia que acabamos de dar, que á su frente se encuentran dos pequeños prefacios, uno en prosa y el otro en catorce versos, en los que el autor nos da á conocer su persona y nos refiere el motivo de su trabajo, suplicando con mucha humildad á los sacerdotes que se sirvan de su coleccion, se acuerden de él en el santo altar. — S. B.

RODRASSEU (Fr. Francisco de), capuchino polaco, célebre por sus controversias con los herejes, y autor de gran número de obras que se leen con grande aprecio todavía. Nació este religioso en el siglo XVII, época de lucha para el cristianismo, que vió renovarse en su seno las herejías que venian afligiendo á la Iglesia desde sus primeros tiempos. No fué ciertamente el Occidente donde estas pusieron su vencedora planta; faltaba un siglo todavía para que echasen profundas raices en los países meridionales. Pero en el Norte, en las naciones donde habian combatido los Wiclef, los Huss y los Luteros, reinaba el error con tan vasto poder, y el combatirle era una de las mayores dificultades que podian ofrecerse á los esfuerzos humanos. Uno de los designados con este objeto fué el P. Rodrasseu, que contaba para ello con las mejores cualidades por su vida ejemplar, su vasta ciencia, su carácter decidido y resuelto, y su amor por la santa causa de la religion, á que se habia consagrado. Elegido misionero apostólico, emprendió su marcha á Bohemia, país manchado por todo género de errores, y en que la herejía habia hecho presa. Comenzó allí sus predicaciones con fervor y entusiasmo, recorrió campos y aldeas, y no perdonó medio para conseguir su objeto. Sus buenos ejemplos, su doctrina y su infatigable celo produjeron los mejores resultados; millares de herejes reconocieron sus errores y fueron

llamados al seno de la Iglesia católica, que, como madre cariñosa, les acogió en sus amorosos brazos, alegrándose del regreso del hijo pródigo, que en un instante de locura y ligereza habia abandonado la casa paterna sin motivo ni razon. Rodrasseu, para conseguir mejor su objeto, escribió gran número de obras de controversia, que vieron por entónces la luz pública, y son consultadas todavía con aprecio. Ignórase la época de su fallecimiento, mas se supone acaeció en Bohemia hácia 1650. Escribió: *Tratado de algunas controversias, ó respuestas á setenta objeciones confeccionadas por los herejes;* Raudonicij, 1620; ibid., 1627, por Pablo Leiro, un tomo en 4.ª—*Directorio para las nuevas controversias sobre la fe católica;* Ocomnoy, en Moravia, por Nicolás Ardech, 1655, un tomo en 8.°—*Vida de S. Antonio de Lisboa*, llamado vulgarmente de Pádua, *con varias máximas y notas, y varias resoluciones de las dificultades para satisfaccion del vulgo;* Praga, por Jorge Zipars: 1645 y 46, un tomo en 4.°—*Ejercicios espirituales para las personas de todas clases y estados;* ibidem, 1645, un tomo en 8.°—S. B.

RODRIGO (S.), mártir español. Fué natural de la villa de Cabra, en Andalucía, donde instruido en la religion cristiana, y despues de hechos los estudios necesarios, fué promovido á la dignidad de sacerdote. Tenia dos hermanos, cristiano el uno y gentil el otro, siendo tal su depravacion en el error, que menospreciaba la religion católica y vivia en perpétua contienda con su hermano. Una noche, que encolerizados en su disputa llegaron á las manos, segun dice Marieta en los *Santos de España*, quedó vencido, ó como dice el mismo autor «cansado y desfallecido de fuerzas el santo sacerdote, lo tomaron aquella gente perdida que andaba en compañía de su hermano, y le maltrataron á golpes, de lo cual el siervo de Dios quedó descoyuntado, de que llegó casi á la muerte.» Hallándose el santo mártir sin habla ni sentido, le hizo su hermano poner en unas andas como si estuviera muerto, y le mandó pasear en hombros por todas las calles y plazas de Córdoba, y conforme á su bien ideada intriga iba diciéndo detrás de él: «Sabed que este es mi hermano; compungido con la visita de Dios ha elegido ya el culto de nuestra fe, y estando en lo último de su vida, como veis, no ha querido pasarse sin hacéroslo saber.» Estas y otras cosas decia el santo mártir de su perverso hermano sin saberlo él ni consentirlo en tal cosa. Despues de algunos dias recobró Rodrigo su salud y fuerzas, vuelto ya de la enfermerdad que le habia ocasionado el mal trato que de su hermano y los suyos habia recibido, y comprendiendo la diabólica maquinacion que habia empleado su hermano con él, usó del ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, que refiere la doctrina del Evangelio, cuando queriéndole matar Herodes siendo niño, huyó á Egipto, además de que el mismo Salvador sienta la máxima de que cuando nos persiguiesen en una ciudad huyamos á otra, y así, de-

jando su patria, se fué á servir al Señor á otra parte, donde pudiera consagrarse con sosiego á seguir en todo su divina voluntad. Mas la Providencia le habia destinado desde un principio para el martirio, y no debia tardar en cumplirse su santo decreto. El rey de Córdoba, enemigo decidido de la religion cristiana, se consagraba constantemente á perseguir y atormentar á los hijos de Dios para que tuviesen cumplimiento aquellas palabras del Evangelio: *Todos los que os persiguiesen y matasen juzgarán que hacen servicio á Dios;* y en otro lugar: *Esto os he dicho para que tengais paz en mí, porque en el mundo siempre tendreis guerra.* Habiase retirado Rodrigo á una montaña cerca de Córdoba, y tuvo necesidad de bajar á la ciudad para deshacerse de algunos objetos que eran inútiles para su uso. Conocióle su hermano, el cual le prendió llevándole delante del juez, y deponiendo contra él que despues de haber confesado la secta de Mahoma, habia apostatado y convertídose al cristianismo. Revestido entónces el siervo de Dios de una fortaleza enteramente divina, no quiso huir de ningun modo, como lo habia hecho la vez primera, ántes confesando públicamente no haber abjurado jamás de la ley de Dios, ni haber pertenecido nunca á la secta de Mahoma, siendo falso cuanto habia dicho de él su hermano, prevaleciéndose de que hallándose sin sentido le habia llevado por la ciudad, yendo él detrás pregonando lo que le habia parecido, valiéndose de esta torpe intriga, por lo que no podia ménos de declarar y públicamente declaraba, que no solo se tenia por cristiano, sino tambien por ministro y sacerdote de Jesucristo. El juez creyó atraerle con palabras y promesas, diciéndole: «Mira, que podrás ser honrado con dignidades y riquezas, y tambien evadir la sentencia de muerte que te está preparada si volvieses en ti, y creyeres que nuestro profeta Mahoma fué enviado del omnipotente Dios, y jurases que Jesucristo no es Dios.» Mas Rodrigo contestó al juez estas palabras: «Decid esas cosas á los que son dados á vuestras leyes y profanados con los ritos de ellas, quieren más ser honrados á la apariencia exterior de los hombres con estas cosas temporales, que con el honor de los bienes eternos; pero nosotros los cristianos, á quien nuestro vivir es Cristo y el morir en él es ganancia, de quien el apóstol S. Juan dice: *Señor, ¿á quién otro iremos, sino á vos, que teneis palabras de vida eterna? ¿Cómo, pues, dejaremos la fuente de agua viva, y nos iremos á encenagar en el cieno turbio de mentiras y suciedades de vicios?*» Irritó mucho al juez la osadía y atrevimiento de estas palabras; mandóle encerrar en una mazmorra, y le tuvo allí largo espacio de tiempo entre muchos criminales condenados á muerte. Permaneció el santo mártir en aquel horrible calabozo muy contento y alegre, porque sabia muy bien que el Señor le vigilaba allí y guardaba, como en todas partes, pues se halla donde quiera que el justo le llama, en el cielo, en la tierra, en el mar, en

las cárceles y en los trabajos, porque así lo tiene prometido en su santo Evangelio, en que dice S. Mateo: *Veisme aquí, que siempre estaré y estoy con vosotros hasta que el mundo se acabe;* y en otro lugar: *Estos son enemigos del género humano las leyes amenazadoras de tu crueldad y de tus espantos; mas dicho nos tiene nuestro Señor y Criador: No temais al que solamente puede matar al cuerpo y despues no tiene en qué ejercitar su ira, sino temed al que al cuerpo y ánima puede enviar al fuego eterno; mas traeros han en sus consejos, y en sus sinagogas os azotarán y os pondrán delante de reyes y presidentes por amor de mi nombre, y el que perseverare hasta el fin, éste será salvo.* Fortalecido con estas máximas no temia Rodrigo la ira de sus verdugos, y así cuando fué enviado de nuevo ante el juez esperó su decision con el mayor placer diciéndole: «Ahora, pues, haz lo que quisieres; pero tú verás que los tormentos me serán más provechosos, y cuanto más tú te abrasares de ira contra mí, tanto más te equivocarás y contribuirás á que vaya á la gloria con mayor y más feliz corona.» Pero el juez, viendo su tenacidad, no vaciló en pronunciar su sentencia de muerte, diciendo á los verdugos: *Id, y llevadlo á cortar la cabeza.* Lo que pusieron en ejecucion, conduciéndole hasta la orilla del rio, donde arrodillado el Santo, y despues de hecha la señal de la cruz, le fué cortada la cabeza por sus inhumanos verdugos, los que segun la órden que tenian, echaron al rio el cuerpo del Santo, atándole una piedra para que se sumergiera y no volviera á parecer. No contentos con esto, como terminado el martirio quedasen en las piedras algunas manchas de la sangre del Santo, las lavaban y las echaban al rio para que los cristianos no las cogiesen para reliquia. La Providencia permitió, sin embargo, que se encontrase el cuerpo del Santo algunos dias despues, siendo sepultado con el mayor honor y pompa. Fué el glorioso triunfo de este santo mártir á 13 de Marzo de 857. — S. B.

RODRIGO (S.), abad, benedictino. Aunque consta que este santo religioso era de muy buena familia, ignórase cuál fué el pueblo de su naturaleza, aunque algunos autores aseguran que nació en Caleruega, patria de Santo Domingo de Guzman, y no han faltado algunos que avanzan hasta decir que era pariente de este ilustre y santo fundador. Nació, segun se colige por su epitafio, hácia el año 1200, ignorándose todas las circunstancias de su vida, anteriores á su entrada en el claustro, pues las memorias de la Orden nada dicen acerca de esto, presentándole ya como abad del monasterio de Silos por los años 1242. Fué sumamente apreciado y favorecido de los reyes Don Fernando *el Santo*, y de su hijo D. Alfonso *el Sabio*, siendo el motivo del aprecio y consideracion que le tenian el siguiente milagroso suceso. Habiendo llegado al pueblo de Silos el infante D. Alonso (despues rey) conduciendo preso con tres monteros á un escudero de Palencia, falsamente acusado de

cierto delito, encomendóse el preso al bendito patron del pueblo, quedando, acto contínuo, libre de sus cadenas, y yéndose á refugiar al convento donde era abad Rodrigo. Apénas los monteros se apercibieron de la falta, acudieron en su busca, tratando de sacarle á la fuerza de su refugio. Pero el santo abad Rodrigo fuése á ver al infante, y le suplicó no permitiera que la inmunidad de su convento fuera allanada, tanto más cuánto que la libertad del escudero habia sido un milagro patente de Sto. Domingo. Penetrado el infante de la verdad de lo que le decian, contestó: Yo habia determinado matar á este hombre; mas puesto que Sto. Domingo le liberta, no tengo de ir yo contra la voluntad del cielo. Váyase con la buena ventura, y por mi parte no reciba daño alguno. Acto contínuo dió cuenta al Rey del portento sucedido, noticiándole á la vez la conversacion tenida con el abad, y ponderándole mucho su santidad y su prudencia, y el piadoso monarca quiso conocerle, y le hizo muchas mercedes y grandes donaciones para su monasterio. Muerto el santo rey Fernando, continuó Alfonso X favoreciendo al convento de Silos con abundantes donaciones; y habiéndose quemado en un incendio que ocurrió en el archivo del citado monasterio muchas escrituras, el Rey, fiándose en la rectitud y honradez del abad, le facultó para que por solo su palabra se rehicieran todas las escrituras que acreditaban el derecho del convento á los bienes que constituian las citadas donaciones. Tuvo siempre D. Alfonso tanta confianza en Rodrigo, que con mucha frecuencia le consultaba, particularmente cuando ocurria algun suceso grave ó extraordinario. Cuando emprendió la guerra contra Aragon, que fué mandando un cuerpo de ejército por la Rioja, hácia las fronteras de aquel reino, apartóse un dia de las tropas y se fué al monasterio de Silos á ver á su buen amigo el abad, y á consultarle acerca del resultado de aquella expedicion. Encomendóle Rodrigo que pusiera en manos de Dios el éxito del negocio, y que no abrigára temor alguno. Pasó el Rey toda una noche orando delante del sepulcro de Sto. Domingo de Silos, y fuéle revelado que saldria triunfante de la empresa, venciendo á todos sus enemigos en el corto espacio de tres meses. Habiéndose realizado la divina promesa, y despues de ajustada la paz, ordenó el monarca para significar su agradecimiento, que cada dia se dijese por su intencion una misa delante del altar del bienaventurado Sto. Domingo, haciendo extender público documento que acreditase en todo tiempo el cumplimiento de la profecia; cuyo documento, autorizado con su sello real, fué guardado para perpétua memoria en el archivo del monasterio de Silos, á quien con tal motivo concedió nuevos privilegios é inmunidades. Cansado ya Rodrigo de la vida activa, y deseoso de mayor perfeccion, hizo renuncia de la abadía, y en 1276 se retiró á una celda, donde falleció al cabo de cuatro años, en el de 1280. Aunque consta que Rodrigo efectuó muchos mila-

gros, asistido por la divina gracia, que quiso de esta manera premiar sus méritos y servicios evangélicos, solo haremos mencion de uno harto notable. Un viernes santo, cuando la comunidad, segun costumbre de la Orden Benedictina, iba á tomar por todo alimento pan y agua, al echar el santo abad la bendicion al agua, quedóse convertida en generoso vino, permitiendo Dios que aquellos observantísimos religiosos disfrutáran este desahogo en tan solemne dia, y en atencion á los méritos de su Abad. Pero éste, ignorante del suceso, al probar el agua, y al advertir la metamórfosis, mandó suspender la distribucion é hizo que le trajesen otro cántaro de agua para bendecirla; y habiéndose repetido el milagro, conoció que la dispensacion venia de arriba, y mandó entónces que los fieles bebiesen el vino, agradeciendo á Dios la merced que les hacia. Un año que el monasterio se hallaba sin vino á causa de no tener cosecha, ni quien lo diera de limosna, llegando hasta el caso de temer que faltára para celebrar la misa, ocurrió un caso parecido. Era el tiempo de la recoleccion de la uva, y en el que los que á pesar del mal año habian cogido algun fruto, se preparaban á elaborar el vino. Mandó el Abad limpiar y disponer las cubas de la bodega, como los años anteriores, causando admiracion notable á sus súbditos, que juzgaban habia perdido el juicio cuando mandaba ejecutar aquella operacion, sabiendo que para nada hacia falta. Pero Rodrigo, sin hablar una palabra á ninguno, y obrando con aquella fe que siempre presidia á todas sus acciones, tomó de una parra un pequeño racimo de uvas, que no habia llegado á madurar, y esprimiendo un poco de zumo en cada una de las cubas ó tinajas, quedaron estas instantáneamente llenas, como en los años de mayor abundancia, y hubo suficiente vino, no solo para celebrar el santo sacrificio de la Misa, sino tambien para consumo de la casa, y para socorrer algunas necesidades ocurridas en la poblacion con motivo de la escasez. Por este milagro se veia esculpida en la lápida de su antiguo sepulcro, sito en el claustro bajo del monasterio de Silos, una parra con sus racimos de uvas, y además un báculo sostenido por una mano, la que besaban con sumo respeto todos los que por el claustro pasaban, así religiosos como seglares. Allí permaneció sepultado por espacio de doscientos ochenta años, hasta el de 1560, en que siendo preciso hacer una obra en la pared donde estaba la tumba, se determinó trasladar á otra parte los restos del santo Abad. Levantaron la lápida que cubria la tumba, y todos los circunstantes así eclesiásticos como seculares, que no obstante haberse procurado ejecutar la traslacion en secreto, acudieron en gran número, vieron el santo cuerpo incorrupto, vestido con la cogulla y llevando aún ceñido un silicio que acostumbraba usar en vida. La lápida contenia la siguiente inscripcion; *Hic jacet egregius abbas Rodericus, qui fuit in isto monasterio triginta quatuor annis et abrenuntiavit abba-*

tiam, quarto nonas Aprilis. Era millesima trecentessima decimaoctava. Mandó el Abad del monasterio trasladar estas preciosas reliquias á la iglesia, y fueron con gran veneracion colocadas en el crucero, al lado del Evangelio, donde permanecieron infinitos dias, y donde acaso existan aún. Ocurrió el glorioso tránsito de Rodrigo el dia 20 de Setiembre del año de Cristo 1280, y la Orden Benedictina la colocó en el número de sus santos, conmemorándole en dicho dia, y haciendo escribir su nombre é historia en el Menologio, con la de los demás ínclitos varones que honran á la religion.—M. B.

RODRIGO (S.), benedictino. Las crónicas de la mencionada Orden citan con elogio á este santo mancebo, aunque no consignan las particularidades de su vida, constando únicamente que tomó el hábito de la antedicha religion en el monasterio cisterciense de Moreruela, en España, donde resplandeció tanto en todo género de virtudes, que aunque permaneció muy poco tiempo en el claustro perteneciendo siempre á la clase de los novicios, aventajó en piedad y observancia á los de edad provecta y á los más distinguidos varones de la comunidad. Antes de cumplir el año de su aprobacion, y queriendo Dios sin duda premiar su angelical conducta, ó lo que es más probable, deseando adornar su gloria con aquella brillante estrella, le llamó para sí, llevándole á gozar las inefables delicias de la bienaventuranza. Falleció el dia 10 de Octubre de año ignorado, aunque muy fundadamente se cree debió ser á últimos del siglo XI. El venerable siervo de Dios Fr. Fernando, monje del mismo monasterio, vió subir su alma resplandeciente al cielo, cercada de angélicos coros, de lo cual dió testimonio. La Orden Benedictina le considera como uno de sus santos, y reza de él en el mencionado dia 11 de Octubre, aniversario de su fallecimiento.—M. B.

RODRIGO (D.), arzobispo de Toledo. Este famoso príncipe de la Iglesia primada de las Españas fué el único de su nombre en la larga série de prelados que han ilustrado la toledana sede. Fué natural de Navarra, no se dice á punto fijo de qué pueblo, y pertenecia á una nobilísima familia de aquel reino, siendo sus apellidos Jimenez y Rada, con los cuales es muy poco conocido, pues la nobleza de su cuna quedó eclipsada con la nobleza de sus esclarecidas acciones. Floreció á principios y hasta la mitad del siglo XIII, sin que conste tampoco cuándo recibió las órdenes sacerdotales, aunque sí se sabe que hizo sus estudios en la universidad de Paris, una de las más famosas de su tiempo, y á la cual acudian á instruirse los jóvenes de casi todos los pueblos civilizados de Europa. Ascendido por sus virtudes y su ilustracion á la elevada dignidad arzobispal, manifestó en aquel preeminente puesto toda la generosidad que en su alma se encerraba, todo el valor que en su brazo residia, y todo el amor que á la santa fe católica profesaba, declarándose acérrimo contrario de la mahometana secta, á la cual combatió

con las armas espirituales, al mismo tiempo que supo esgrimir la espada del guerrero en los campos de batalla. Fué tan generoso y desprendido de los bienes mundanales, que todo el producto de su patrimonio y sus rentas lo repartia á los pobres necesitados, empleando además gruesas sumas en la reparacion de muchos lugares de la diócesis, destruidos por los moros. Asistió en compañía del rey D. Alonso VIII á la famosa batalla y triunfo de las Navas de Tolosa, cuya relacion omitimos por haberla citado ya en muchos lugares de esta obra, en la cual tomó una parte muy activa, trocando las vestiduras sacerdotales por la armadura guerrera. Al año siguiente de aquel memorable suceso llevó á cabo una sublime accion, que cubrirá su nombre de alta gloria. Como consecuencia de la guerra y de la multitud de gentes que á ella habian acudido, desarrolláronse la pestilencia y el hambre, llegando esta última á ser tan grande por la carestía de víveres, que los que defendian las fronteras cristianas, casi estuvieron resueltos á abandonarlas, como en efecto lo hubieran ejecutado á no acudir con presteza el arzobispo D. Rodrigo, que llevando gran cantidad de víveres y dinero reunido á costa suya, fijó su residencia en el castillo de Calatrava, de cuya poblacion no quiso salir ínterin duró el hambre, manteniendo á sus expensas á toda la guarnicion, y alentándola con su ejemplo, á fin de que permaneciera fiel y obediente á su soberano y á la causa de la fe, estorbando que la villa, como punto fronterizo, viniese á caer en manos de los musulmanes. Pasada la crísis, y siendo harto necesaria en Toledo su presencia, salió de Calatrava dejando la frontera bien abastecida y asegurada, y pasando por la sierra ó puerto llamado del *Milagro*, por uno que en él sucedió, observó cuán conveniente sería edificar en aquel punto una fortaleza para seguridad de todos los lugares comarcanos, y para contener las irrupciones que los moros pudieran verificar por semejante punto. Detúvose, pues, el tiempo que juzgó conveniente para poner en práctica su obra, y despues que la vió planteada, continuó su marcha á Toledo, donde llegó un sábado, víspera de la festividad de los ramos. Tambien esta ciudad padecia bastante hambre, por consecuencia de la escasez, siendo infinito el número de pobres que en sus muros se albergaban; y así apénas tuvieron noticia de que se acercaba el evangélico pastor que les servia de padre y de providencia, salieron en masa á recibirle á los caminos, demandando socorro á grandes voces. Conmovido D. Rodrigo con el aspecto de su miseria, los consoló lo mejor que pudo, alentándoles para que tuviesen confianza en Dios, y ofreciéndoles en su nombre prontos y eficaces auxilios. Al otro dia domingo, y ante la numerosa concurrencia que asistió á la Misa celebrada por él, subió al púlpito é hizo una ardiente y amorosa plática acerca del deber en que los cristianos nos hallamos de repartir nuestros bienes con los necesitados, puesto que

todos somos hijos de un solo padre, é individuos de esa gran familia, que principiando en Jesucristo, concluye en el más humilde individuo que habite en la más oculta parte del universo. El sermon produjo tanto efecto, que todos los ciudadanos ricos y bien acomodados, siguiendo el ejemplo de su prelado, que no era en verdad difundidor de vanas teorías, sino que acompañaba siempre el hecho á la palabra, conviniéronse, segun las facultades de cada uno, á sostener cierto número de pobres; y por lo tanto, haciendo trabajar á los sanos y suministrando auxilio á los enfermos impedidos y verdaderamente necesitados, se consiguió que todos quedáran sostenidos hasta que hubo pasado aquella lamentable época de hambre y de desolacion. El mismo dia en que tuvo lugar este piadoso convenio, y tratando sin duda la Divinidad de manifestar cuán acepto le era y cuánto deseaba premiarle, permitió que un escuadron de moros, apoyado por algunos infantes, penetrase en los dominios cristianos, llegando á dar vista al castillo sito en la sierra del *Milagro*, el cual, como ántes hemos dicho, habia nuestro prelado reparado y guarnecido. Creyeron los infieles, en vista de lo escasa y debil que era la guarnicion, que les sería muy fácil apoderarse de la fortaleza. Pero el corto número de defensores supo contener tan valerosamente su ímpetu, y rechazó con tal firmeza sus ataques, que avergonzados los enemigos y contando bastantes pérdidas, abandonaron el sitio y la esperanza de conseguir sus propósitos. Llegando á noticia del Arzobispo lo ocurrido, y temiendo volvieran á reproducirse las tentativas de los moros, envió tropas y víveres al castillo para que en ningun tiempo los halláran desprevenidos. Noticioso el rey de Castilla D. Alfonso VIII de lo bien que empleaba el Arzobispo su tiempo bienes y rentas, le hizo merced y donacion de las siguientes villas y lugares, situados en la jurisdiccion de la mitra de Toledo: Valdetorres, Loeches, Valdemera, Quejo, Vilches, Aldeaelcampo, Valtierra, Arganda, Valmores, Olmeda, Pozuelo, el Villar, Perales, Valdilecha, Tielmes, Caravaña, Orusco, Embez y Herencia, con la aldea de Torrijos y Herencia y una parte de la villa de Esquivias. Además le dió el título de Canciller mayor de Castilla, título que desde entónces va anejo á la dignidad arzobispal de Toledo, y título que hasta nuestros dias conservan, habiendo respetado todos los soberanos de España el acuerdo tomado sobre este punto por aquel su ilustre y remoto predecesor. Siendo nuestro Arzobispo sumamente celoso de su dignidad, y deseando de que la Iglesia primada de las Españas no sufriese el más pequeño menoscabo en sus preeminencias y franquicias, y que fuese por todos y en todo tiempo respetada, quiso asistir al concilio general celebrado en Roma en la iglesia de S. Juan de Letran en el año 1215, convocado y presidido por el sumo pontífice Inocencio III, ante el cual citó á los arzobispos de Tarragona, Narbona, Santiago de Galicia y

Braga, que no le querian reconocer la primacía. Probó canónica y jurídicamente su derecho D. Rodrigo con los auténticos documentos que exhibió, dados á sus predecesores por muchos sumos pontífices, y aunque la suprema sabiduría del vicario de Jesucristo comprendió toda la extension de las razones que le asistian, por justos y poderosos motivos dilató la determinacion de la causa por entónces, mandando que se diese á todas las partes traslado de lo que les era pedido, y así quedó el pleito entre ellos indeciso y sin resolver, cuya resolucion no tuvo efecto hasta muchos años despues, sin embargo de que el papa Atanasio dió una bula de exencion al arzobispado de Santiago, la cual fué anulada por sus sucesores, mandando que se reconociera por todas las demás iglesias de España, y perpétuamente, la supremacía de la metropolitana de Toledo. En el citado Concilio Lateranense fué donde el arzobispo D. Rodrigo dió señaladas pruebas de su extraordinaria sabiduría en un acto cuya relacion se halla consignada en un antiquísimo códice, que acaso se conserve aún en la librería de la santa metropolitana iglesia y que lleva por título: *El Primado, nobleza y señorío de la santa iglesia de Toledo*. Dicho códice está escrito en lengua latina, y aunque muchos graves autores, de muy respetable autoridad, entre ellos el arzobispo D. García de Loaisa, en sus *Anotaciones al decreto de Gundemaro*, citan este códice y refieren el notable suceso de D. Rodrigo en el antedicho Concilio Lateranense, creemos que nuestros lectores verán con más gusto la traduccion literal del pasaje del mencionado libro, que la sumaria relacion del precitado suceso. Hé aquí el traslado: «En el año del Señor de 1225, por el mes de Noviembre, fué celebrado santo y universal sínodo en Roma, en la iglesia de S. Salvador, presidiendo Inocencio, Papa tercero de este nombre, el año décimoctavo de su pontificado, en el cual se hallaron dos patriarcas, el de Constantinopla y el de Jerusalen, porque el de Antioquía, impedido por una grave enfermedad, y el de Alejandría, á causa de hallarse detenido en poder de los musulmanes, no pudieron asistir, y enviaron en lugar suyo vicarios. Halláronse asímismo en este Concilio primados y arzobispos sesenta y uno, obispos cuatrocientos doce, y de abades, religiosos, deanes, priores, prepósitos, arcedianos, clérigos, seglares, embajadores de príncipes, consejos y comunidades de diversas partes del mundo, una suma extraordinaria. Delante de este auditorio el arzobispo D. Rodrigo, primado de las Españas, de licencia y consentimiento del Sumo Pontífice, propuso la palabra de Dios, y aunque el principio y fin del sermon lo tuvo en lengua latina, para satisfaccion y cumplimiento de todos los oyentes, así clérigos como legos, que habian acudido de diferentes puntos del mundo conocido, haciendo en el sermon sus pausas é interpolaciones, y proponiendo las mismas autoridades y razones que habia propuesto en latin, iba explicando á los legos

que carecian de letras los pasajes de su discurso en sus propias lenguas maternas, predicando por consecuencia en idioma romano ó italiano, teutónico, francés, inglés, tudesco, navarro (acaso vascongado) y español, que en todo componen seis lenguas, cosa que fué recibida con mucho aplauso y contento, y tenida por sutil, admirable y rara, y apénas oida despues del tiempo de los apóstoles, que hablaron en diversas lenguas por el Espíritu Santo animados; pero en aquellos tiempos causó admiracion notable que en un mismo sermon se interpolasen tantos y tan diversos idiomas.» Admirado el Sumo Pontífice de la extremada sabiduría que manifestára en aquella ocasion nuestro Arzobispo, reconociendo su gran valor, su virtud y la excelencia de su doctrina, le agració con la púrpura cardenalicia, como una muestra de su estimacion y deseo de premiarle, concediéndole al mismo tiempo, y por espacio de diez años, el oficio de legado de la silla apostólica en España, facultándole para poder legitimar hasta trescientas personas ilegítimas, dejándolas aptas y á propósito para obtener cualesquier dignidades, empleos ó beneficios eclesiásticos. Tambien le concedió para lo sucesivo, y apénas cayese en poder de los cristianos la ciudad de Sevilla (de cuya conquista se estaba tratando por el rey de Castilla), quedase sujeta en lo espiritual á la jurisdiccion de la iglesia primada de Toledo, como igualmente todas las ciudades que de nuevo viniesen á poder de los reyes cristianos, pudiendo en ellas elegir é instituir obispos y conferir todas las dignidades y prebendas á quien él quisiese, añadiendo á estas otras muchas gracias civiles y eclesiásticas, con lo cual contento, satisfecho y pagado, regresó á España D. Rodrigo. Por lo dicho, y sin necesidad de volver á repetirlo, se colige que el venerable Arzobispo fué insigne varon y muy versado en las humanas y divinas letras. Escribió varias obras, perdidas hoy por el abandono de sus coetáneos y sucesores, contándose entre ellas la *Crónica de las cosas memorables de España*, que dividió en nueve libros, y á cuyo fin señala el año en que la concluyó, que fué el de 1243, dos ántes de su fallecimiento. Esta crónica, que es muy celebrada por todos los historiadores y que ha merecido la honra de pasar á la posteridad, contiene en sus fojas los más principales sucesos de la *Historia de España*, referidos en estilo claro y sencillo, con bastante buena crítica para aquel tiempo en que la verdad histórica se hallaba mezclada con ridículas consejas y novelescas relaciones. Aunque no pudo D. Rodrigo sustraerse completamente á la influencia de su época, y caer en muchos errores, su trabajo es digno de atencion y de aplauso, particularmente en la parte que á su época se refiere y en donde relata los sucesos contemporáneos suyos con bastante extension y detenimiento. De todas maneras su obra no ha sido inútil para la posteridad, puesto que todos los recopiladores de historias nacionales se han servido de ella, citán-

dola siempre con elogio. A sus esfuerzos y á su desinterés se debe el acrecentamiento de los recursos de la silla arzobispal, el esplendor de la fábrica de su iglesia y la preponderancia de su ilustre cabildo. Hizo en favor de la mencionada santa iglesia muchas donaciones de propiedades que le pertenecian, cediendo y anexionando perpétuamente á la misma los bienes y rentas que constituian el adelantamiento de Cazorla, de que el Rey le habia hecho graciosa donacion, trasmitiéndole perpétuamente á sus sucesores en la dignidad arzobispal, á los cuales tambien trasmitió, como hemos dicho ántes, la dignidad de canciller mayor del reino. Deseando igualmente ilustrar en lo material su iglesia, á la que profesaba un entrañable afecto y á la que, como ya hemos visto, procuró siempre ilustrar con espirituales beneficios, trató con aventajados artífices de levantar la suntuosa fábrica de la catedral que hoy existe, echando por tierra la que existia en forma de mezquita, tal y conforme la habian dejado los moros al tiempo de su salida. Respetando los sitios consagrados por las santas tradiciones, conservando sobre todo, con religioso cuidado y devota solicitud, el sitio donde la purísima Vírgen María colocó sus divinas plantas, cuando en humana forma y palpable figura se dignó bajar á aquella afortunada iglesia para regalar el celestial ornamento á su querido y predilecto capellan Ildefonso, cúpole á D. Rodrigo la gloria de principiar aquella maravillosa y sorprendente fábrica, que hoy causa la admiracion de nacionales y extranjeros; obra incomprensible para los modernos genios, que no concebirán nunca, á pesar de su orgullosa presuncion, tan gigantescos pensamientos, y obra que es un libro de mármol continuamente abierto á las modernas generaciones, en el cual estas pueden leer y penetrarse del imperio que la fe ejercia en otros tiempos sobre el corazon y la inteligencia. La arquitectura gótico-árabe, esa sublime mezcla de grandeza y de sencillez, es, al decir de un célebre escritor, la expresion más clara y elocuente del sentimiento religioso que se abrigaba en el corazon de nuestros antepasados. Esta opinion es cierta en todas sus partes; nosotros confesamos su certeza, porque nosotros hemos experimentado sensaciones desconocidas al contemplar esas obras hijas ménos del arte material que de la celeste inspiracion. Si nuestras convicciones religiosas fueran ménos vehementes, si cegados por el materialismo del siglo de la falsa filosofía pudieramos abrigar alguna duda acerca de lo que realmente es y de lo que realmente existe, nuestra conversion hubiera sido completa con solo observar esas inmensas moles de piedra, que ora siendo una historia, ora un poema, nos conmueven, nos elevan, nos trasportan á épocas y regiones desconocidas, y nos dejan persuadidos de que en nosotros existe algo más que el grosero barro que nos cubre. ¿Y quién puso tal fuerza en la mano del artista que levantó aquellos fortísimos muros, que resisten

impasibles la accion destructora de los tiempos? ¿Quién le infundió la atrevida idea de formar aquellos haces de columnas, que parece van á tronchárse por la tenuidad que representan, y que sin embargo sostienen siglos y siglos la pesada techumbre y el sin número de ojivales arcos que gravitan sobre ella? ¿Quién inflamó su mente y le hizo concebir la forma de aquellas alabastrinas estátuas, de aquellos follajes, de aquellos delicados calados, de aquellos brillantes mosáicos que por un constante milagro, por un inconcebible prodigio, hoy estan tan limpios, tan puros, tan resplandecientes como el dia en que el artista los declaró concluidos, y como si un invisible guarda estuviera constantemente encargado de su conservacion, ó como si una prodigiosa hada de los cuentos orientales los renovára cada dia con el golpe de su mágica varilla? ¿Y quién, finalmente aconsejó á un débil hombre que hendiera los aires con la elevada aguja de esas cinceladas torres que, segun la feliz expresion del tierno y religioso Chateubriand, forman el distintivo del pueblo católico y separan las ciudades cristianas de aquellas que no pertenecen á la comunion de los fieles? ¡Ah! en presencia de semejantes portentos conociendo como conocemos la insuficiente pequeñez del hombre, no se puede ménos de reconocer y confesar, que si en aquellas hermosas fábricas no pusieron sus manos los habitantes de los celestes espacios, por lo ménos el soplo de Dios, la inspiracion verdaderamente divina fué la que inflamó el espíritu del hombre, y le hizo concebir y crear lo que no se halla ciertamente dentro de los límites de la humana posibilidad cuando esta se encuentra abandonada á sus propios recursos. Fundó y dotó D. Rodrigo en la misma iglesia algunas iglesias particulares, entre ellas la de S. Ildefonso, donde por institucion suya se dice casi al romper el alba una misa cantada de nuestra Señora, que del nombre de la capilla es llamada vulgármente de S. Ildefonso. En esta capilla fué donde enterraron á los arzobispos de la misma santa Iglesia, el cardenal D. Gil de Albornoz, Don Juan de Contreras y D. Alonso de Albornoz, obispo de Avila. Instituyó para mayor aumento y esplendor del culto divino catorce capellanes, á los que impuso la obligacion de decir misa en los altares de las capillas que fundó á diversas advocaciones, previniendo tambien que asistiesen frecuentemente al servicio del coro. En la capilla de Sta. Lucía instituyó dos capellanes con las obligaciones de decir semanalmente cada uno cinco misas, aplicables las del uno por el alma del rey Alfonso VI, que ganó á Toledo, y las del otro por su propia intencion como fundador. En la capilla de S. Eugénio, llamada ántes S. Pedro el Viejo, instituyó otra capellanía de cinco misas semanales, y en la de santa María Magdalena, que es una de las más próximas á las paredes del coro, se celebran por su alma otras cinco misas rezadas cada semana. Providencia divina fué sin duda la que permitió que ha-

biendo vivido el venerable Arzobispo consagrado tantos años al servicio de la Iglesia, y poniendo todos sus desvelos en procurar los aumentos y el esplendor de la fe, viniera á morir cumpliendo tan sagradas obligaciones. Como en su tiempo no habia en toda España un varon más eminente y entendido en asuntos religiosos, ni que hubiese desplegado más inteligencia y habilidad en el despacho de los más árduos negocios, apénas ocurria alguno de suma entidad, no habia persona á quien encargárselo sino al arzobispo D. Rodrigo. Siendo ya de edad muy avanzada, y volviendo de Roma donde habia ido á tratar un gravísimo negocio con el Sumo Pontífice, enfermó y murió á bordo de la nave que le conducia, el 9 de Agosto del año 1245. Fué sepultado en el monasterio de Huerta, cerca de Medinaceli, en un magnífico sepulcro, que se conservó por muchos años y en el que se dice permanecia incorrupto su cuerpo y los ornamentos pontificales que le vestian. Decoraba su sepulcro el busto del cardenal arzobispo, y en una lápida se veia el epitafio siguiente: *Mater Navarra: nutrix Castella: schola Parisius: sedes Toletum: Hortus mausoleum: requies cœlum. —Mi madre fué Navarra, Castilla mi nodriza, mi escuela París, mi silla Toledo, mi sepulcro Huerta, mi descanso el cielo.* No podemos explicarnos por qué razon la catedral de Toledo, restaurada por este sábio prelado y por cuyo esplendor tanto se desvelára, no posee sus cenizas, y tampoco acertamos á explicarnos porqué las comisiones arqueológicas de nuestro país no han propuesto y promovido la ereccion de un monumento á la memoria de varon tan esclarecido, cuando otros ménos importantes han merecido este honor. La memoria del arzobispo D. Rodrigo es seguramente muy acreedora á semejante honra. Dejando aparte su celebrada crónica, que ella sola bastaria á inmortalizarle, teniendo en cuenta la atrasada y oscura época en que se escribió; la vista de la magnífica catedral de Toledo, levantada, como hemos dicho, por su cuidado y diligencia, hace recordar involuntariamente su nombre, y que se eche de ménos un recuerdo vivo, una memoria que patentice el agradecimiento con que la edad moderna, que se jacta de ser tan apreciadora del mérito y tan dispensadora de la justicia, mira á los que con su virtud y sabiduría contribuyeron á que fuera levantándose el magnífico edificio de la moderna civilizacion española. —M. B.

RODRIGO (D.), obispo de la iglesia de Astorga. Fué primero de este nombre, y sucedió á D. Pedro Fernandez. Escasas noticias hay del obispo don Rodrigo, y únicamente se sabe existia rigiendo aquella silla por los años de 1235. Le sucedió en la sede S. Nonio, obispo santo, cuyo cuerpo se venera en la ciudad de Astorga, y está sepultado en el convento de San Dictino, del órden de Sto. Domingo, y el último año que da noticia de su memoria es el de 1241. —A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Calahorra; fué primero de este nombre en aquella sede, y sucedió á D. Almoravid del Carte. Pocas noticias se conocen relativas á este prelado, pero existe un documento en el cual confirma un privilegio que el rey D. Fernando IV concede al convento de S. Andrés de Espinadeira, de la órden de S. Benito, en el año de 1305. Tuvo por sucesor á D. Juan Muñoz de Hinojosa. — A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Cuenca. Fué el primero de este nombre sucediendo en la sede á D. Mateo Reynal. Era natural de Burgos, y fué canónigo de la santa iglesia de Cuenca, y su obispo. En el año de 1260, en 17 de Marzo, concede á la clerecía de su obispado la gracia y merced siguiente:

*

Conocida cosa sea á cuantos esta Carta vieren, cómo Nos Don Rodrigo, por la gracia de Dios, Obispo de Cuenca, entendiendo, y viendo la gran pobreza, y la gran mengua de toda la clerecía de nuestro Obispado, por les facer bien, y merced, facemosles gracia, é otorgamosles de consejo, é de consentimiento de nuestro Cabildo, que el Clérigo que muriere el dia de San Juan, ó den adelante, que haya todo su beneficio entegramente del añal, así como si hubiese todo ese año cumplido; y porque esta donacion, y esta nuestra gracia sea mas firme y mas notable, mandamos poner en esta Carta presente nuestro sello pendiente, y el sello del Cabildo, arriba dicho. Su data en Pareja á 17 de Marzo. Era de 1298. Que es año de 1260. Tuvo por sucesor al entendido prelado D. Pedro Laurencio.—A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Lugo. Fué primero de este nombre, y su antecesor fué el obispo Odoario, que floreció el año de 744, pues áun cuando le sucedieran en la silla otros prelados, no se tiene noticia hasta D. Rodrigo, que regia aquella silla á mediados del siglo IX. Fué varon muy cristiano y animoso, y se halló con el rey D. Ramiro en la memorable batalla de Clavijo, accion en que por la primera vez se vió pelear al apóstol Santiago; fué sujeto bastante erudito; y escribió una historia de las cosas memorables de España. Despues de su muerte le sucedió Adulfo. — A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Lugo. Fué segundo de este nombre y sucedió á D. Juan, monje de la órden de S. Benito. D. Rodrigo fué un prelado muy señalado por su valor y por su celo por el triunfo de la religion cristiana, contribuyendo á combatir sin tregua á sus encarnizados enemigos. Tuvo la señalada honra de hallarse en la gloriosa accion de las Navas de Tolosa, hecho el más memorable que han presenciado los siglos, en cuya batalla se triunfó completamente de la muchedumbre y del ejército más numeroso que jamás pudo presentar la morisma. En ella fueron muy notables y portentosos los hechos del prelado D. Rodrigo, animando con sus

acciones y palabras el empuje y valor de los soldados de la fe de Cristo, viéndósele constantemente en los sitios de mayor peligro, despreciando la muerte. Escribió una relacion sobre este y otros hechos memorables, y le sucedió hácia el año de 1220 D. Miguel, obispo que contribuyó con sus saludables consejos á terminar la discordia del rey D. Fernando *el Santo* con sus hermanos. — A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Lugo, tercero de este nombre, y sucedió á D. Fernando. Fué electo en el año de 1320, y le consagró en 4 de Mayo en la iglesia de Castro-Nuño, priorato de S. Juan, D. Berenguel, arzobispo de Santiago, y asistieron los obispos de Zamora y de Coria. Este prelado fué muy celoso del culto, y de que se atendiesen y respetasen las dignidades eclesiásticas. Así es que padeció muchos trabajos y persecuciones en defensa del arzobispo de Santiago, constantemente perseguido y amenazado por los que tenian tiranizada la iglesia y ciudad de Santiago. Pero á pesar de todo, con su ardimiento y persuasiones logró que el arzobispo de Santiago permaneciese quieto y sosegado en su sede. Despues pasó á su iglesia y ciudad de Lugo, y dió una plaza al convento de Sto. Domingo para dar ensanche á aquel monasterio. Le sucedio en la silla el obispo D. Alonso. — A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la iglesia de Mondoñedo, primero de este nombre; sucedió á D. Alonso. Este prelado fué muy considerado y apreciado del rey D. Fernando IV, quien le dió á Mondoñedo, Castro-doro y licencia para explotar sus abundantes salinas, teniendo en consideracion y agradecido por la actividad y prontitud que le sirvió en la corte de Roma para conseguir el despacho de su dispensacion. Agregó y anexionó á su cabildo algunos préstamos y beneficios, para que sus prebendados no careciesen de lo necesario para su sustento, y conservar el decoro de su dignidad, y para que el culto divino fuese asistido con toda la decencia y solemnidad debida. Este prelado concurrió al concilio compostelano, celebrado en Salamanca, dejando buena memoria por sus virtudes, religiosidad y buen ejemplo. Le sucedió D. Alonso en 1321, que le sobrevivió poco tiempo. — A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Oviedo, primero de este nombre. Sucedió en la silla á D. Mendo, del que hay memoria en el año 1189. D. Rodrigo era monje de la órden de S. Benito, y abad de S. Vicente de Oviedo. Era persona muy respetable, de relevantes virtudes, gran piedad y rígidas costumbres. El rey don Fernando II le dió los castillos de Pajares y Proaca, en remuneracion ó recompensa de haberle servido y socorrido con un empréstito de quinientas monedas de oro, con cuyo auxilio dió el Rey la batalla de Cáceres, en la que fueron batidos y vencidos los moros, causándoles gran mortandad, muertos la mayor parte con la poderosa ayu-

da del apóstol Santiago, que peleó á vista de ambos ejércitos. Este prelado es de quien la Historia general del rey D. Alonso el *Sabio*, en la cuarta parte, capítulo XI, dice: «Que estando el rey D. Fernando III, y la reina doña Berenguela, su madre, en Valencia, vino á ellos el obispo de Oviedo, y les dijo: que el conde D. Alvar Nuñez de Lara, que tenia alterado el reino, concedia treguas al Rey para que anduviese seguro. Cuando la Reina oyó aquella humillante concesion, recibió gran pesar, y alzando los ojos al cielo dijo: Dios y Señor poderoso, confundid la soberbia de este conde. ¿Cómo, Señor, que el Rey de Castilla ha de pedir treguas para andar por su tierra y dominios á un vasallo rebelde y tirano?» D. Rodrigo tuvo por sucesor á D. Juan, segundo de este nombre en aquella iglesia.—A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Palencia. Fué único de este nombre y sucedió en la prelacia á D. Domingo. El rey D. Fernando III le donó la villa de Mazariegos con todas sus pertenencias; siendo la data de la donacion en el año de 1242. Tambien le donó otras muchas tierras y viñas en el año de 1251. Este prelado fué uno de los que más servicios hicieron á aquel santo Rey, y uno de los primeros que entraron en Sevilla, cuando la ganó de los moros dicho rey don Fernando III *el Santo*, con solemne triunfo y admiracion de sus contemporáneos: tomó su posesion en 22 de Diciembre de 1248. Se ignora el año en que murió este prelado, de quien fué sucesor el obispo D. Fernando.—A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Salamanca y primero de este nombre. Sucedió á D. Alonso, que murió en 29 de Enero de 1289. El obispo D. Rodrigo fué muy favorecido y le hizo grandes mercedes el pontífice Nicolao IV, siendo una de las más principales la concesion por un año, y por una sola vez, de los frutos de las prebendas y beneficios eclesiásticos que vacasen en su obispado, con el fin de que se desempeñase y saliese de sus ahogos, resultado de su gran caridad y carácter benéfico, siendo excesivamente pródigo y liberal cuando se trataba de socorrer las necesidades de sus semejantes. Además, en el contexto de la concesion del expresado Pontífice, le dice lo grato que le es el favorecerle, atendiendo á su mucho valor, grandes virtudes y sabiduría. Este prelado, en los quince años que gobernó la sede de Salamanca, fué extraordinariamente respetado, querido y reverenciado, siendo verdadero padre de los pobres, como le aclamaban universalmente. Murió en el año de 1301, y tuvo por sucesor en el obispado á D. Fr. Pedro, religioso de la órden de Sto. Domingo, quien fué muy favorecido por los reyes D. Fernando IV y su hijo D. Alonso XI, por los grandes servicios que hizo á la corona real, tanto en España como en Roma, haciéndole grandes mercedes, como tambien á su iglesia.—A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Segovia; fué primero de este

nombre, y su antecesor, á quien sucedió, fué el obispo D. Bernardo. Era dean de esta santa iglesia, cuando fué electo para regir su sede; y aunque sujeto de prendas recomendables y de acrisolada virtud, fué tan corto el período de su prelacía, que no llegó á un año, pues su nombramiento fué en el año de 1248, y falleció en el de 1249, por lo que apénas dejó memoria alguna del tiempo que rigió aquel obispado, sucediéndole D. Raimundo Losana.—A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Sigüenza, sucesor del obispo Joscelino. Este prelado fué uno de los que se hallaron en la gloriosa y memorable batalla de las Navas de Tolosa, y presente en el año de 1201, en que S. Julian, obispo de Cuenca, otorgó una escritura á favor de la santa iglesia de Toledo, donde habia sido arcediano. Hizo donacion de una heredad, con tal que la Iglesia dijese y lo destinase á un aniversario por su alma, firmando como testigos D. Rodrigo, obispo de Sigüenza; D. Martin, arzobispo de Toledo; D. Gonzalo, obispo de Segovia. Tambien confirmó este prelado una escritura de donacion que una gran señora, llamada Doña Catalina, hace á los primeros religiosos que vinieron á Castilla de la órden de la Santísima Trinidad, y es la data en el año de 1209, estando el Rey en Atienza. Sucedióle en la prelacía de la santa Iglesia de Sigüenza el nombrado D. Martin de Hinojosa.— A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Tuy, fué primero de este nombre en aquella diócesis, y sucedió á D. Fr. Simon de Sosa, portugués y de la órden religiosa de S. Francisco, sujeto dignísimo y capellan que fué del rey D. Dionisio de Portugal. El obispo D. Rodrigo tomó posesion de la silla en el año de 1330, y llega su memoria hasta el año de 1333. Fué un prelado muy virtuoso y muy exacto en el cumplimiento de los deberes de la alta dignidad que ejercia. En su tiempo se fundó en Tuy el convento de Dominicos, á cuyo establecimiento contribuyó poderosamente D. Rodrigo, manifestando el mayor interés, y ayudando á aquella órden religiosa con cuantos medios estuvieron á su alcance. Sucedióle en aquella iglesia don García.—A. L.

RODRIGO (D.), obispo de la santa iglesia de Tuy; fué segundo de este nombre y sucedió á D. Enrique Guillermo, prelado que era inglés de nacion, y á quien el pontífice Martino V dió el capelo. El obispo D. Rodrigo tomó posesion de esta silla el año de 1448; pero la gobernó poco tiempo, sucediéndole en el obispado D. Juan de Cervantes.— A. L.

RODRIGO, monje cisterciense. Este varon, cuyos antecedentes se ignoran, y cuya memoria se conserva únicamente por considerarle como uno de los escritores de la Orden, vivió en el monasterio del Cister por los años de 1160, escribiendo un libro, al que debe su celebridad, sobre el martirio

de las once mil vírgenes. Obra notable, segun afirman sus contemporáneos, en aquel tiempo de oscuridad y semibarbarie en que estaban sumidos los pueblos (principalmente de Francia y norte de Europa), en que eran tan raros y escasos los partos del entendimiento, y en que toda la ilustracion se hallaba encerrada en el fondo de los claustros, desde donde más tarde difundiria sus esplendorosas luces sobre la ignorante sociedad, embrutecida por el abuso del poder y la tiranía del armado feudalismo.—M. B.

RODRIGO (Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo, fué natural de Sevilla, é hijo de una familia tan antigua como ilustre. Entre las muchas virtudes por que se distinguió, y por las que fué envidiado santamente, brilló especialmente por dos, siendo humilde por excelencia y devoto en el mismo grado del Santísimo Sacramento, porque desde el dia en que vistió el hábito de la religion fué creciendo en ambas cosas con evidente mejora. Cuando llegaba el dia de la comunion, designado por las costumbres y regla de la Orden, eran tantas las lágrimas que derramaban sus ojos, que llenaba de admiracion á los que le daban la comunion y á los que comulgaban con él, animándolos á todos á sentir algo de lo mucho que sentia su alma. Hubiera querido el siervo de Dios no hacer en público esta demostracion y encubrir sus sentimientos; mas no podia, porque no dependia de él, sino del Señor, que le habia concedido aquella gracia para ejemplo de otros muchos. Así que parecia su alma derretirse al calor de aquella llama de amor divino que sentia en sí. Admirábase de que no saliesen los hombres de sí mismos con la consideracion de tan excesivos dones, y decia algunas veces «que el gusto de tan precioso convite sobrepujaba en infinitas ventajas á cuantos regalos han sabido inventar los apetitos humanos, y que recibiendo aquel santísimo cuerpo le parecia cosa fácil sufrir muerte y tormentos gravísimos, no solo por el mismo Cristo, que es la cabeza de todo este hermoso cuerpo de la Iglesia, sino por el menor de sus miembros y el cristiano más pequeño.» Y añadia aún: «que esto le parecia á él más natural, que á la mano ponerse á sufrir el golpe que va á herir á la cabeza.» Con estos adelantos en la virtud se distinguió Rodrigo en los primeros años de hábito, que en los postreros adelantó mucho más todavía. Hubo á la sazon una grande peste en todo el territorio de Salamanca y Alba, y le arrebató en la flor de su juventud, aunque lleno de méritos por su virtud y aprovechamiento.—S. B.

RODRIGO *el Viejo*, religioso de la órden de S. Gerónimo. Era portugués y vino desde Portugal á fundar el monasterio de Valparaiso, asistiendo al primer capítulo general que celebró la Orden en España en representacion de este convento, que carecia de prior á la sazon. Tenia este siervo de Dios un alma purísima, ardiente y llena de ternura en la consideracion de los divinos misterios. «Cuando decia Misa, refiere el P. Sigüenza que se bañaba

todo su rostro en lágrimas con la fuerza del calor que hervia en su corazon, viéndose boca á boca con aquel Señor infinito, que tenia en sus manos, á quien no osan mirar los ángeles sino con suma reverencia y admiracion. Vinieron á ser estas lágrimas en tanta copia, que hacian daño notable en los arnamentos del altar y en las vestiduras sacerdotales; y para remediar esto, se acostumbró por su respeto poner pañizuelos de lienzo en la sacristía para que los llevasen los sacerdotes al altar cuando van á celebrar, y de allí dimanó la costumbre en toda la Orden, que fué aceptada y es muchas veces menester por la merced larga del Señor, que da á sentir á sus siervos lo que traen entre las manos.» Cuando acababan los maitines, se quedaba este religioso en el coro en oracion, donde le encontraban los que iban á prima, y si estaba de semana, pasaba de allí á decir misa mayor. Las dulzuras de que gozaba en tan larga y continua oracion, lo que en ella le comunicaba el Señor, jamás pudieron saberlo sus compañeros, porque era un hombre muy callado y discreto, y sabia muy bien el peligro que hay en publicar y comunicar estos asuntos. Llamábanle por esto, más que por los años, Fray Rodrigo *el Viejo*. «Como en la Santa Escritura, dice la crónica, se llama el patriarca José hijo de vejez, aunque su padre Jacob era más viejo cuando engendró á Benjamin, y las canas, como dice el Sabio, son el buen seso, y la vejez digna de respeto la vida pura y sin nota.» Hablaba con este siervo de Dios otro Padre de aquel convento sobre el aprovechamiento espiritual de los religiosos, y tratando del retiro le dijo: «Cosa es difícil, y que se alcanza con gran trabajo, venir á estado que no quiera un fraile salir jamás del monasterio.» Respondióle el siervo de Dios: «No es mucha santidad no salir con el cuerpo del monasterio, sino estando dentro no salir con el alma y con el espíritu, ni áun cuando ande fuera con los pies.» Nombráronle procurador del convento, cargo que le obligaba á salir fuera muchas veces, lo que le ocasionaba un grande tormento, que sufria solamente por obediencia, lo mismo que se hubiese sometido á otros trabajos mayores. Pero áun en medio de las ciudades y de los negocios tenia el corazon tan recogido, como pudiese tenerlo otro muy espiritual encerrado en su celda; así es que solia decir el prior cuando estaba ausente: «Aunque Fr. Rodrigo ha estado en la ciudad esta semana, yo sé muy bien que no ha salido de la celda, porque consigo se la lleva, y tan pura vuelve su ánima como si estuviera en el altar.» No siempre hacia sus viajes á pie; pero cuando el camino estaba solo, se apeaba siempre, y andaba con su cayado en la mano, mandando á su criado que fuese á caballo. Cuando terminó el curso de su vida, todos le llamaban el siervo de Dios y lloraron su pérdida.—S. B.

RODRIGO (Fr.), religioso sacerdote de la órden de S. Gerónimo, en el convento de Valparaiso, en el reino de Córdoba; dignísimo y santo varon

que vino desde Portugal, en compañía del P. Fr. Vasco, á fundar el citado monasterio de Valparaiso. Era este siervo de Dios de una alma purísima, llena de ternura y sensibilidad, principalmente en la consideracion de los misterios divinos. Cuando decia Misa, prorumpia en copioso llanto, inundando con sus lágrimas los ornamentos y paños del altar, como las sacras vestiduras, y para evitar su deterioro y remediar en parte sus efectos, acostumbraba al salir de la sacristía ponerse unos lienzos ó pañuelo, costumbre que se generalizó y adoptó en toda la Orden; medida acertada y muchas veces necesaria para evitar las consecuencias del sentimiento que experimentan los siervos del Señor cuando celebran tan alto ministerio. Su oracion era ferviente y continua, de modo que aún terminados los maitines, permanecia este ejemplar religioso en oracion, y allí volvian á hallarle los que venian á prima, y si acaso era hebdomadario, desde allí salia á decir la Misa mayor; de suerte, que desde la media noche, y áun ántes, hasta cerca de medio dia, cuando iba á comer, era el coro su asiduo aposento. Los goces que en tan larga y continua oracion disfrutaba en la comunicacion con el Señor, no era fácil se supiesen por ser varon muy callado y discreto, conociendo lo que desmerecen estas cosas cuando se publican ó comunican; por esta razon y su gran juicio y madurez, era más bien que por la edad, generalmente conocido por Fr. Rodrigo *el Viejo*. Conferenciando con este siervo de Dios otro religioso de aquel convento sobre el aprovechamiento espiritual de los monjes, y viniendo á tratar del encerramiento, le manifestó lo difícil que era el alcanzar sin gran trabajo el que un religioso se sometiese á no salir jamás del monasterio; pero el santo Fr. Rodrigo observó que no era tan difícil ni tan meritorio el no salir corporalmente del monasterio, como lo era el no salir con el alma ni con el espíritu; de este virtuoso proceder era el santo religioso viva muestra. Le hicieron procurador del convento, siéndole forzoso salir muchas veces á evacuar los negocios del convento, sufriendo en ellos la mayor contrariedad y tormento, pero lo sufria con la mayor resignacion por la obediencia, por quien sufriria cosas mayores. Sin embargo, su ánimo inalterable hacia que áun en medio de la plaza y en el trato de los negocios, conservase tan recogido su corazon, como el de otro muy espiritual pudiera tenerlo en la celda. Así lo manifestaba el prior, cuando se hallaba ausente, pues solia decir, que áun cuando Fray Rodrigo habia estado toda la semana en la ciudad, tenia la completa seguridad, de que no habia salido de la celda, porque se la llevaba consigo, volviendo tan pura su alma, como si estuviese en el altar. Hacia sus frecuentes viajes sobre un asnillo, pero con mayor frecuencia, y cuando no encontraba gente, se apeaba, caminando largos trechos apoyado en su cayadilla, obligando al mozo á que subiese en la cabalgadura. Finalmente, lleno de

años, de virtudes y merecimientos pasó al seno del Señor, siendo muy sentida y llorada su muerte de todos los religiosos, sus hermanos, y de todos cuantos le conocieron y disfrutaron de sus santos beneficios y consejos, siendo universalmente apellidado santo siervo de Dios. —A. L.

RODRIGO (Fr.), religioso portugués de la órden de los Ermitaños de S. Agustin. Pocas son las noticias que nos han quedado de este Padre confundido por algunos con Fr. Rodrigo de Santa Cruz. Consta, sin embargo, que fueron dos personajes muy distintos, y aun que florecieron en épocas muy diversas. Del que ahora nos ocupamos fué consumado en la piedad y todo género de virtudes, por lo que ha merecido especial mencion del maestro Herrera y demás cronistas de su religion. Siguiéndoles, diremos, que desde el instante en que tomó el hábito procuró cumplir con los sagrados deberes que se habia impuesto, no faltando á ninguna de las prácticas de la comunidad, y excediendo en oraciones y penitencias á sus demás compañeros. Hallábasele continuamente en el coro ó en su celda orando y entregado á constantes meditaciones, en las que mereció diferentes favores del cielo. Sus vigilias y ayunos eran no solo las que imponia la regla, sino tambien las que se imponia él á sí mismo, consagrando todos los dias á tan santo objeto. No sobresalió ménos en su caridad para con los enfermos, á cuya cabecera empleaba largas horas sirviéndoles en los oficios más humildes, con lo que fué sin igual en la caridad, sanando á algunos de una manera milagrosa. Los religiosos que conocian sus grandes prendas, acudian á él en sus necesidades, pero Fr. Rodrigo, procurando ocultarlas, les despedia entre risueño y chancero, cuando por lo general estaba dispuesto á concederles lo que le pedian. Fué muy amante de la pobreza, y en su celda no habia mueble alguno, sirviéndose de la ventana como de atril de su breviario, y del suelo para lecho. Sus hábitos eran tan viejos como remendados, evitando siempre el cambiarlos por otros nuevos, y cuando á ello se le obligaba, elegia los que habian dejado otros religiosos. En los últimos años de su vida aumentó sus penitencias y mortificaciones sin que fuese rémora su avanzada edad para emplearse en los ejercicios más penosos. Enfermo ya, no quiso abandonar el silicio, ni la cadena con que ceñia su cuerpo, á pesar de las súplicas de los médicos y mandatos de sus superiores, creyendo no faltar en esto á la obediencia, pues seguia los preceptos del Evangelio. Cuando comprendió que se acercaba su postrera hora, mandó que le administrasen los santos sacramentos, y se despidió de sus hermanos encomendándose á sus oraciones. Falleció en tan santa manera con grande edificacion de todos los presentes, que se disputaban sus reliquias, y léjos de encomendarle á Dios, pedian por su intercesion en sus mayores apuros y necesidades. — S. B.

RODRIGO ó Rodriguez (Rodericus Sancius ó Sanchez de Arévalo). Este obispo de Zamora, ciudad de Castilla muy notable por haber sido asesinado en su cerco por el traidor Vellido Dolfos el rey D. Sancho de Castilla, cuyo ejército sitiador quedó mandando despues de la muerte de este rey el famosísimo general castellano Rodrigo Diaz de Vivar, apellidado *el Cid campeador*, terror de la morisma, y en cuya ciudad reinaba Doña Urraca, hermana de D. Sancho y de Alfonso VI de Castilla, que le sucedió, fué uno de los prelados más sabios de su siglo. La multiplicidad de sus nombres y de sus títulos ha hecho caer á los biógrafos en frecuentes equivocaciones, de las que se hace cargo Próspero Marchand en su Diccionario en el artículo *Sancius*, dando el Diccionario universal dos artículos, el uno con el nombre de Rodriguez, y el otro con el de Sancio ó Sanchez. Nació este prelado en Santa María de Nieva, villa de la provincia y diócesis de Segovia, en España, de una de las casas más nobles de Castilla la Vieja. Quedando huérfano de padre de muy corta edad, quedó bajo la tutela de su madre, mujer muy piadosa, que consagrándose á la educacion de su hijo, le representaba sin cesar los peligros á que iba á exponerse en el mundo, ensalzándole las delicias de una vida consagrada únicamente á Dios en el retiro. Convencido de los consejos de su madre, determinó Rodrigo abrazar el estado eclesiástico, y hubiera entrado en el claustro si no se hubiesen opuesto á ello sus parientes paternos por el interés de su casa, á la que sus precoces talentos prometian aumentos y nuevo lustre. Decidióse en consejo de familia que el jóven Rodrigo iria á estudiar á la universidad de Salamanca, y por espacio de diez años siguió en ella con el mayor éxito los cursos de filosofía y de jurisprudencia civil y canónica. Luego que terminó estos estudios, recibió la borla de doctor, y se le detuvo para que enseñase el derecho en esta Universidad, ya célebre en esta época. A pesar de esto habian hecho en su alma tanta impresion los consejos de su madre, que el tiempo transcurrido no habia podido borrarlos, y renunciando de repente la carrera de la enseñanza, abrazó el estado eclesiástico. Su privilegiado talento y su nacimiento ilustre, no podian ménos de elevarle á las primeras dignidades, y en seguida fué nombrado arcediano de Treviño, despues dean del capítulo de la catedral de Leon, y poco despues de la de Sevilla. En 1440 le nombró el rey de Castilla embajador suyo cerca del emperador Federico III, y se portó tan perfectamente en este encargo, que el Rey le manifestó habia desempeñado su mision conforme á sus deseos, y así fué que encargándole otros importantes negocios, le recompensó con el obispado de Oviedo, viniendo á ser á poco capellan del Rey, auditor y miembro real del Consejo de Castilla. En 1458 fué nombrado diputado cerca del papa Calixto III, para felicitarle por su elevacion al solio pontificio, cuyo Papa, encantado de su elocuencia, le detuvo

en Roma, en donde no tardó en captarse la amistad de los miembros del Sacro Colegio. Subiendo á la silla de S. Pedro Paulo II, le nombró inmediatamente gobernador del castillo di Santo Angelo, haciéndole sucesivamente obispo de Calahorra, de Zamora y de Palencia, y como no podia abandonar al Papa, que quiso tenerle siempre á su lado, se hizo representar en las expresadas diócesis por medio de gobernadores ó vicarios generales. Murió este prelado en Roma en 1470, á los sesenta y seis años de edad, y fué sepultado en la iglesia de Santiago de los españoles. Fué un prelado piadoso y muy celoso por la corte romana, al propio tiempo que de suma instruccion. Bautista Platina, que le eligió por uno de los interlocutores de su diálogo *De vero et falso bono*, hace un grande elogio de su afabilidad, de su talento y de su erudicion. Los protestantes le han injuriado presentándole como adversario de la corte de Roma, siendo así que fué uno de sus más sabios y ardientes defensores. Sus obras son las siguientes: *Spęculum vitæ humanæ*. En este tratado de moral, dividido en dos libros, pasa el autor una escrupulosa revista á los inconvenientes de las profesiones desde el cetro al cayado del pastor, obra que siendo la primera escrita en este género, tuvo mucha aceptacion y de la cual se hicieron once ediciones en el siglo XV, en España, y varias traducciones en lengua francesa, siéndolo muchas veces en los siglos XVI y XVII en varias naciones de Europa. — *Liber de origine ac differentia principatus imperialis et regalis, etc.*; Roma, 1521, en fólio: obra en la que el autor manifiesta la supremacía del Papa sobre todos los soberanos, la cual publicó su sobrino Fernando de Fonseca. Los que deseen saber todas las obras impresas y manuscritas de este prelado, pueden consultar el Diccionario de Próspero Marchand, la Bibliografía de Debure, el Manual del librero de Brunet, la *Bibliotheca Hispana vetus* de Nicolás Antonio, la Biblioteca de la media é ínfima latinidad de Fabricius, y sobre todo el Diccionario español de la Serna y Santander.—C.

RODRIGO DE AGANDURU MORIZ, religioso agustino descalzo, misionero probablemente de Filipinas, pasó la mayor parte de su vida escribiendo su *historia*, lo mismo que la de las *Islas Molucas*, segun Antonio de Leon en su *Bibliotheca Indica*. Fué este padre uno de los primeros que pasaron á aquellos lejanos paises á predicar el Evangelio y verter á torrentes la luz de la verdad para sacar á los pobres indios de las tinieblas de la idolatría en que yacian sumidos. Sus grandes trabajos en la predicacion, sus continuos viajes, la exposicion de su vida, que más de una vez corrió grave peligro en tan apartadas regiones, le hacen acreedor á la memoria de la posteridad, que siempre oye pronunciar con gusto los nombres de los héroes que sacrificándose por la humanidad, la prestan los más eminentes servicios; servicios casi siempre desconocidos áun para la mayor parte de los hombres que

dejan pasar ignorados á estos séres benéficos, miéntras tienen elogios sin número para el conquistador, que acaso regó con la sangre de sus hermanos su misma patria, que por usurpar un pedazo de terreno, recurrió al incendio, al hambre y la desolacion; ó para el político, que por satisfacer una ambicion no siempre laudable, redujo á su país á los horrores de la anarquía, retardó la civilizacion por siglos enteros y causó innumerables males en las personas y en las familias. Pero tal es la suerte de la triste humanidad: el hombre verdaderamente útil, que contribuye á su desarrollo y sus adelantos, queda ignorado, acaso es vejado y despreciado en su mismo siglo; y los posteriores, ó no se cansan en pronunciar su nombre, ó lo hacen envolviéndole en el anatema, que acaso sin saberlo, tal vez con dañada intencion, lanzan contra una clase á la que deban tal vez hasta la misma existencia y el saber sobre todo de que se valen como envenenada arma, volviéndola contra el seno de que recibieron la vida y la luz. Rodrigo de Agandurú fué uno de esos gloriosos héroes, que llevaron la civilizacion á un mundo desconocido, que le ilustraron con su saber, que le prestaron su ciencia y que le enseñaron hasta las artes más necesarias de cuyo conocimiento carecia. Conservemos, pues su nombre, ya que otra cosa no nos es permitido, con la oliva de la paz, con la palma del martirio, pues á justo título merece que ambas adornen su sepultura.—S. B.

RODRIGO DE AHONES (D.), arzobispo de Zaragoza, del antiguo y distinguido linaje que indica su apellido. Fué electo por el cabildo, segun la antigua costumbre, aunque con permiso de los reyes. Era canónigo de nuestra Señora del Pilar, y se consagró en 1244; asistió al Concilio VI, que se celebró en Tarragona á 1.° de Mayo de 1246, y al VII, que se celebró en el mismo dia del año siguiente de 1247. Murió en 22 de Febrero de 1248, sucediéndole D. Arnaldo de Peralta. —S. B.

RODRIGO ALVAREZ, franciscano español de la observancia regular. Ignóranse las principales circunstancias de este religioso, nacido en nuestro país segun todos los autores, y misionero despues en el Perú á principios del siglo XVII. Distinguióse principalmente por sus escritos en defensa de la Inmaculada Concepcion de la Virgen María, que áun en aquel siglo formaba el tema de los principales escritos de esta Orden, que desde su orígen venia ocupándose de tan santo objeto. Con este motivo es citado por Alba y otros bibliógrafos, que han tratado de todos los autores que han escrito, ya en elogio, ya en defensa ó por cualquiera otra causa, sobre los principales misterios de la vida de María Santísima. El P. Alvarez, por lo demás, pasó gran parte de sus años en el Perú, ocupado de las santas tareas de su elevado ministerio. En aquellos países, civilizados ya por los españoles, y que gozaban hasta cierto punto de la cultura de la madre patria, quedaban aún

algunos restos de las antiguas tribus salvajes, que viviendo en el fondo de sus montañas, se negaban á toda instruccion, á todo gérmen de bienestar, mirando á los españoles y todavía más á los misioneros, como verdaderos enemigos, de quienes tenian que recatarse, y de los que debian huir para no quedar convertidos en siervos suyos. Difícil era disuadirlos de este error, convencerlos de lo conveniente que les seria un cambio de vida, y ganarlos sobre todo para la religion cristiana. Inmensos eran los trabajos que sufrian los misioneros con este fin, haciendo largos y penosos viajes, conducidos con frecuencia por guias infieles, padeciendo hambres, sed, calor, y todo género de penalidades; mas llevábanlo con gusto, si por premio á tantos afanes conseguian ganar algun alma para Jesucristo, contribuir á la salvacion de algunos paganos. Alvarez trabajó mucho con este santo objeto; activo, infatigable, valeroso y decidido, se consagró con alma y vida á esta mision, y quizá fué uno de los que cogieron más abundante fruto. Valióse para ello de un medio muy adecuado á su carácter y circunstancias, pues convencido de que los indios se negarian á obedecerle, y huirian de él siempre que les hablase de los dogmas severos y graves del catolicismo, eligió su parte tierna y bella, hablándoles en sus predicaciones de la Santísima Vírgen María, de la Reina de los Angeles, á quien debian encomendarse en todas sus oraciones. Sus discursos produjeron el mayor efecto, y Alvarez vió muy en breve convertidas tribus enteras, muriendo con el consuelo de haber sido un fiel obrero de la viña del Evangelio. Publicó: *Pro Immaculata Conceptione Virginis*; — *Carmen de eodem Mysterio*; Lima, 1631, en 4.°— S. B.

RODRIGO Alvarez (P.), religioso de la Compañía de Jesus. Su padre era portugués, y su madre natural de Palencia, ciudad de Castilla la Vieja, se fueron á establecer en Africa, y vivieron en los presidios que tenian los reyes de Portugal, en las ciudades que se llamaban Azamor y Arcila; allí nació el gran siervo de Dios, Rodrigo Alvarez, por el mes de Setiembre del año 1523, y atendiendo sus padres á la educacion futura de aquel niño, resolvieron venirse á España. En la navegacion, á pesar de ser de poco tiempo, padecieron mucho, especialmente por haberles faltado el agua, y la aflicion y contínuo llanto, que excitaba en un ser tan tierno la devoradora sed, le causó una fuerte inflamacion á los ojos perdiendo uno de ellos. Estudió las primeras letras y gramática en Lebrija, donde sus padres hicieron asiento, y despues teología y demás asignaturas en Alcalá de Henares. Desde que tuvo algun conocimiento, tuvo un amor y una decidida inclinacion á las virtudes, especialmente á la castidad, tratando de sujetar sus deseos con ásperas penitencias, huyendo todas las ocasiones y peligros en que aquellos pudieran ser excitados; siendo tan constante en esta virtud, que conservó

siempre su pureza hasta la muerte. Muertos sus padres, á los que favoreció mucho la fortuna y sus buenas costumbres y conducta, le dejaron sobrados bienes que espléndidamente los repartió todos entre los pobres; y para procurarse la subsistencia, sirviendo al mismo tiempo de provecho á sus prójimos, abrió en Lebrija una escuela de gramática, enseñando á los jóvenes, al mismo tiempo que las letras humanas, ejemplares virtudes. Su inclinacion, favorecida con el parecer de las personas con quienes estaba relacionado, que le aconsejaron se ordenase de misa para ser provechoso á las almas, le decidieron á emprender el viaje á Sevilla, donde presentándose al provisor del Arzobispo, le dijo el objeto de su venida, y que viese si convenia fuese ordenado para honra de Dios y servicio de su Iglesia, y si no que se lo manifestase, en la inteligencia que él no pretendia otra cosa que agradar á nuestro Señor. El provisor, prendado de su modestia, y movido interiormente á su favor, le contestó que no tenia motivos para dejar de ordenarle, porque en su alma sentia que Dios le mandaba que así lo hiciese; y en seguida le hizo ordenar de todas órdenes el año de 1552, dispensándole por sus buenas dotes la falta del ojo. Despues de ordenado, sirvió en Sevilla á los pobres del hospital del Amor de Dios en el oficio de cura; y continuó tambien la enseñanza de la gramática, hasta que Dios le llamó á la Compañia de Jesus por divina inspiracion. Habia llegado de Jerez á Sevilla el Padre provincial Diego de Avellaneda, y aprovechando la coyuntura, le suplicó el ser admitido en la Compañia, pero haciendo presente que era hombre entrado en años, tuerto, feo y de mal aspecto, de voz desagradable y sus demás faltas personales; que si juzgaba que con ellas podia ser de alguna utilidad para el servicio de Dios, le sería en extremo grato el pertenecer á ella; y que si creia lo contrario, lo sentiria, pero se conformaria. Consultado el negocio, entendieron los Padres que en él andaba la mano de Dios, y sin titubear le admitieron el 12 de Agosto de 1568, á los cuarenta y cinco de su edad. Hízose desde luego pequeño, y siendo ántes tan maestro de espíritu, sometió el suyo á la voluntad de su superior, con tanta resignacion y verdad como si nada supiera de la vida y ejercicios espirituales. Fué extraordinariamente perfecto en la observancia religiosa, pobrísimo en su persona, humilde en sus acciones, sin ningun resabio de vanidad, muy dado á la penitencia y austeridades, tan rendido y sujeto á la obediencia, que jamás quiso emitir su parecer en asuntos graves, sin que precediese la licencia de sus superiores, ó haberlo tratado ántes con ellos. La pureza de su alma era tan notable, que no solamente no cometia pecados graves, pero ni áun los veniales á sabiendas, ó como llaman los teólogos, de eleccion. Aborrecia sobre todo el detestable y universal vicio de la murmuracion, y se obligó con voto particular á no decir jamás palabras que fuesen en ofensa de per-

sona alguna, y principalmente de los sacerdotes, religiosos, prelados y príncipes, á quienes nunca consintió que se tocára ni se hablase mal en su presencia. Ardia en el amor á Dios, y tenia el de Jesucristo tan entrañado en el alma, que sus palabras eran fervorosas, encendiendo el ánimo de los que le oian, naciendo de este amor el que tenia á sus prójimos, cuyos trabajos sentia como los propios, y procuraba remediarlos, especialmente los espirituales del alma; y aunque continuamente se ocupaba en estos ejercicios santos, siempre eran mayores sus deseos que sus trabajos, queriendo á la vez confesar y remediar á todos, abrazándolos en su corazon, y ofreciendo aquel gran deseo al Señor, el cual le dió singular gracia para consolar á los afligidos en el cuerpo ó en el espíritu, que acudian á él solícitos en demanda de consuelo, el que muchas veces les procuraba con solo su vista y presencia. Tuvo una devocion extraordinaria y familiar con el Señor, del cual era muy favorecido en la oracion, y visitado muchas veces con particulares demostraciones de cariño; y nunca se apartaba de su pensamiento el recuerdo y memoria de la admirable pasion y muerte de nuestro Salvador. Estimaba mucho á todos, y en igual sentido se desestimaba y despreciaba á sí mismo, teniendo sumo cuidado con el recogimiento y guarda de los sentidos, observándosele un gran concierto en todas sus obras, y su rostro iluminado con resplandores en medio de su oracion y contemplacion. Mas entre todas las virtudes y dones con que Dios favoreció á este siervo suyo, cuatro fueron las más principales y en que más sobresalió. El primero, la luz del cielo con que el Señor habia ilustrado su alma, adornándola con su espíritu y fervor. El segundo, una rara discrecion espiritual para desenmarañar los enredos del demonio y desengañar personas ilusas. El tercero, un don de consejo, y direccion de almas temerosas y afligidas. Y el cuarto, una paciencia admirable y constante para padecer muchos y gravísimos dolores y tormentos con alegría, por amor del Señor. Fué singular en esta virtud; ferviente en su amor y por la honra de su fe, pedia á Dios continuamente en sus oraciones, que no le sacase de esta vida sino bebiendo primero en el cáliz de su pasion. Todo lo que deseaba era morir por Cristo; y el Señor, aunque no le concedió la corona de mártir, le dió largas y penosas enfermedades, con excesivos y vehementes dolores, causados por el mal de piedra y cálculos en los riñones, que le sirvieron de un continuo y prolijo martirio, porque los padecia no solo con paciencia, sino con particular gozo y dulzura de su corazon. El mismo Padre escribió un papel de su mano, en que entre otras dice estas palabras: «Domingo último de Diciembre de 1582. Los médicos se resolvieron y opinaron ser en esta enfermedad que padezco, de piedra, la cual naturalmente, segun la sentencia de todos ellos, poco á poco me acabará la vida, y segun me va apretando, parece que ántes de mucho

me rematará; mas tengo esta enfermedad y trabajo por particular regalo y misericordia de nuestro Señor, porque me previene y dispone ántes para que me apareje bien á morir. Muchos años ha que en todas mis oraciones pido á nuestro Señor el don del martirio, y hámele conmutado Su Majestad en esta enfermedad, que segun dicen los médicos es un largo martirio; y pues Su Majestad me ha hecho tan singular misericordia, yo le bendigo, y acepto libremente este trabajo y enfermedad, que Dios me da por su eterna providencia, como si me lo diera á escoger y me lo pusiera en mis manos; y porque yo no sabré cómo deba agradecer, ni dar las gracias debidas por tan señalada misericordia, pido á mi Señora la sacratísima Vírgen María, Madre de Dios, y á todos los santos de la corte del cielo, que agradezcan y den gracias por mí á nuestro Señor, y me alcancen particulares favores, y fuerzas para que lleve este trabajo con mucha paciencia y conformidad con la divina voluntad, y con grande alegría, pues me cupo alguna parte de la cruz santísima de nuestro Señor Jesucristo.» Despues, temiendo que la fuerza de los dolores le podia hacer perder el juicio, y decir proposiciones inconvenientes, hace una larga y devota protestacion, revocando y dando por nulo todo lo que en tal caso dijere ó hiciere. Cuando los dolores eran más recios, y le ponian en mayor aprieto, decia afablemente y con lágrimas: «Más quiero éstos dolores que ser ángel, arcángel ni serafin, porque en esto imito á mi Señor Jesucristo, y hago lo que ellos no pueden hacer, que es padecer por el divino Señor.» Tan completamente estaba entregado á su servicio, y tanto deseaba complacerle en todas sus cosas en vida y en muerte, la cual recibió con extremada confianza y seguridad, como si tranquilamente se dispusiese á dormir. Recibió igualmente con la mayor alegría y devocion los santos sacramentos, y espiró á media noche del dia 14 de Abril del año 1587, entrado en los sesenta y cinco años de su edad, y viviendo los veintiuno en la Compañía, dejando grandes ejemplos de santidad, apreciando tanto y siendo tan amante de su religion é instituto, que solia decir, que si todos sus individuos abandonasen la Compañía, él solo permaneceria en ella, sin rebajar un punto la grande opinion y aprecio en que la tenia, y en la cual nuestra Señora le habia mandado entrar expresamente. La misma noche que murió, hallándose en oracion una persona de gran crédito y santidad, vió con la mayor sorpresa subir al cielo el alma del P. Rodrigo, acompañada de muchos ángeles. Otros sucesos se refieren, en los cuales manifestó el Señor los merecimientos de este Padre, y la gloria que en el cielo le tenia preparada, como lo patentizaron algunas maravillas, que despues de su muerte obró por su intercesion, sanando á enfermos desahuciados, y socorriendo á personas augustas afligidas de necesidades espirituales, que á él se encomendaron. Los autores que escribieron de Sta. Teresa de Jesus, y el P. Fr. Fran-

cisco de Sta. María, en el libro III de la Crónica del Cármen Descalzo, hacen mérito y memoria de este gran siervo de Dios, porque sus declaraciones fueron de tanta autoridad, que sosegaron á los inquisidores de Sevilla, cuando le ordenaron examinase el espíritu de Sta. Teresa, cuando recientemente y todas sus monjas habian padecido persecucion, estando muy próximas á ser prendidas por la Inquisicion; pero Dios volvió por la verdad y la inocencia, valiéndose del gran crédito y opinion que entre todos gozaba el P. Rodrigo, esclareciendo los hechos, y dando á conocer y estimar á su gran sierva santa Teresa. — A. L.

RODRIGO Alvarez (D.), obispo de la santa iglesia de Leon, y único de este nombre. Lucas Tudense ó de Tuy, hablando de este prelado dice que en el año 1217 avisó con la nobleza de Leon al rey D. Fernando III viniese á tomar la posesion de su reino; y tambien dice el citado D. Lucas con referencia al mismo: «D. Rodrigo, obispo de Leon, varon de gran prudencia, dotado de gran sabiduría é insignes virtudes, defendió valerosamente la ciudad de Leon para el rey D. Fernando III y la fortificó; y esto fué en el año 1234. Murió el obispo D. Rodrigo en el año de 1237, y está sepultado en su iglesia en la capilla del Nacimiento de Cristo, y el epitafio de su sepultura dice así:

*

Sub Æra 1275. 8. *Idus Martii, pacis et pietatis Apex, exemplar honestis: Hic Rodericus erat Pontificalis honos; hic civus et potus fuit, hic et vestis egenis dictus;* hic unus *omnia factus erat. O tu, Legio, à luce cecidisse Patronum, aut vix, aut nunquam, jam paritura parens.*

Sucedióle en la sede D. Martin Alfonso. — A. L.

RODRIGO Anes de Sa de Almeyda Meneses, marqués de Abrantes en Portugal, de la Tercera Orden de S. Francisco. En la apariencia no deberíamos colocar á este personaje en este punto, porque fué seglar y casado. Sin embargo, como perteneció á la Orden Seráfica, y todos sus bibliógrafos le cuentan en el número de sus escritores, creemos que sin tomarnos libertad de ningun género podremos colocarle, seguros de llenar dignamente nuestro objeto. Es muy difícil, por otra parte, decidir la cuestion de cuales individuos pertenecen ó no á esta parte de nuestra obra, pues entre los eclesiásticos siempre se han contado á los ordenados *in sacris*, que con frecuencia abandonaron su carrera, casándose muchos y pasando otros por las más extrañas aventuras, y entre los religiosos jamás se ha negado un lugar á los que pertenecian á las Terceras Ordenes, que con frecuencia son seglares. Además las antiguas beatas deben contarse en este número, y Sta. Margarita de Cortona, como casi todos los reclusos, real y verdaderamente no habian

hecho votos monacales, aunque llevasen el hábito de una órden determinada y viviesen bajo su obediencia, aunque excediéndose en mucho en sus límites bajo el punto de vista de austeridad, penitencias, mortificaciones, etc. El tiempo, sin embargo, ha sancionado el culto que se les da hoy dia, y la vindicacion que de ellos ha hecho la Orden á que pertenecieron, aunque en realidad, como pertenecen otros muchos que no nos atreveriamos citar en ella. Así pues, aunque no sin duda, nos atrevemos á colocar en este puesto al marqués de Abrantes, varon de conocida piedad, persona muy ilustre por sus escritos, citada por todos los bibliógrafos de la Religion Seráfica como una de sus principales glorias. Ciertamente su vida no es de este lugar: literato de conocido mérito, sus mejores escritos pertenecen principalmente á las bellas letras, y todos sus trabajos fueron en este sentido; pero por sus virtudes y por los cargos que desempeñó, merece á nuestro parecer la mencion que le consagramos. Ejerció por largo tiempo el cargo de censor de la Academia Lusitana de la Tercera Orden de S. Francisco, que le nombró su ministro, con cuyo motivo pronunció diversos discursos ú oraciones en 1721 y 23, todos los cuales se imprimieron, y es natural se rozasen con la historia de esta corporacion, ó con sus principales hechos; su publicacion se verificó en una *Coleccion*, á que llama el P. Fr. Juan de San Antonio de la *Real Academia Lusitana*, que hemos sentido no poder encontrar, pues hubiera sido muy útil para la historia de este Cuerpo y de la Orden.—S. B.

RODRIGO DE ARCE (Mtro. Fr.), religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced. Eminente predicador, que floreció á fines del siglo XVI, catedrático de teologia en la universidad de Toledo, grande y muy versado teólogo, como lo indica la cátedra que regentó por espacio de bastantes años; pero sobre todo tan aventajado predicador, que siempre y en tiempos posteriores al estudio de sus apuntes y sermones ha hecho que de predicadores medianos y de poca nota, consiguiesen llegar á ser elocuentes y grandiosos oradores. Así lo manifiesta la historia general de la Orden, hablando de los profundos conocimientos, grande inventiva y novedad que se admiraba en el órden y traza de sus sermones, expresándolo con estas palabras: *Hic igitur venerandus magister subtilitate in geniisque accumine præstans, cujus manuscripta ac prædicationum suarum perspicaces conceptus in magno pretio, et æstimatione etiam apud doctissimos aliarum religionum viros semper habentur.* Diciendo el autor que áun en el tiempo que escribió el anterior periodo se hacia notable estimacion del menor papel, apuntacion y sermon del Mtro. Arce, gozando de inmenso crédito entre las personas entendidas de la religion y fuera de ella. Además de este mérito y gracia especial que tenia en el púlpito, en toda ocasion era su trato tan dulce, y tan amena y suave su conversacion, que producia la más viva simpatia y afecto en todas las

personas con quienes comunicaba y tenia algun coloquio, especialmente si aquellas eran de clase y de talento, fuesen nobles, señores ó grandes príncipes, pues á muy pocas visitas era digno de observarse cómo se granjeaba su gracia, voluntad, favor y ofrecimientos; por eso acostumbraba decir que se perdia el tiempo no tratando con personas principales y entendidas, que eran las que proporcionaban honra y provecho, opinion que valió mucho á la religion, pues en muchas ocasiones se echaba mano de su persona para cosas de honra y de crédito, que redundaban en bien de la misma; así en materia de púlpito como de consejo. Siempre se le encargaron los sermones más principales, cuyo desempeño requeria elocuencia y gran saber, siendo admirable el numeroso concurso que acudia á oir la divina palabra expresada por tan eminente orador en todas las ciudades donde vivió, siendo extraordinariamente notables los destinados á honras de pontífices, reyes, fiestas solemnes en accion de gracias por sucesos felices, y otros muchos, que le adquirieron una celebridad sin ejemplo. El Mtro. Arce con estas dotes admirables no solo se hizo lugar con el gran crédito que alcanzó como predicador, sino tambien en el favor y consideracion de los magnates y caballeros de las repúblicas en que vivió. Respecto á su buen consejo y prudencia, era tal el nombre y opinion del Mtro. Arce, que siempre se contaba con su acuerdo y parecer para decidir negocios árduos, no haciéndose nada sin consultarle. Si algun señor daba estado á sus hijos, el voto del Mtro. Arce era el que primero se oia y respetaba, y lo mismo cuando se trataba de testamentos y de disponer el alma, dirigiéndose y gobernándose por solo su parecer, nombrándole por testamentario y eligiéndole por confesor en aquel trance, donde se tratan las cosas tan de veras. Tambien confirmó el P. Arce la utilidad y provecho que reportaba la comunicacion y trato familiar con la nobleza, puesto que por su medio é influencia consiguió se hiciesen muchas y cuantiosas limosnas á conventos de la Orden necesitados y á la redencion de cautivos mayores. Era muy compasivo con todos los afligidos y desgraciados, especialmente con los cautivos, dominándole esta virtud de tal modo, que jamás perdia ocasion de exhortar á los fieles para que ayudasen los rescates con sus limosnas. No habia sermon en que no tocase este punto, ni se hallaba en conversacion que no lo enunciase, haciéndola recaer sobre este objeto con grande maestría y sagacidad. Con la eficacia de sus razones hacia ver en su verdadero estado las necesidades, tanto espirituales como temporales, que padecian los cautivos, moviendo á todos con el encanto de sus palabras, consiguiendo y granjeando innumerables limosnas. Una cuaresma predicó en Valladolid, concurriendo á oirle toda la nobleza de la ciudad; existia entónces un señor grande de España, acreditado de poco piadoso y ménos religioso; á pesar de todo, sus amigos le convidaron é invi-

taron á tener un buen rato y buen fin á la cuaresma, oyendo al Mtro. Arce; accedió á sus ruegos por no parecer obstinado, asistiendo al sermon del mandato; y sorprendido y admirado de ver tal gracia y eficacia, le suplicó en seguida que á devocion suya predicase el sábado santo la descension de Cristo nuestro Señor al limbo; el Mtro. Arce ni supo ni pudo resistirse á aquella súplica, aunque estaba cansado, porque era grande la autoridad del príncipe que se lo mandaba. Predicó con el mayor fervor, y aprovechando la coyuntura, dijo tanto y con tan escogido lenguaje, acerca de los trabajos y penalidades del cautiverio y grandezas y méritos de la obra del rescate, que el príncipe en la misma pascua le dió libranza de mil ducados para ayuda á la redencion, que precisamente se publicaba entónces, y decian con el mayor gracejo los que supieron la inesperada dádiva ó limosna que el Mtro. Arce tenia en la lengua ganzua, pues habia sacado tan cuantiosa limosna á un señor que tenia opinion de muy avaro. Cuatro veces fué el Mtro. Arce á redimir cautivos con el mayor gusto y complacencia, de las cuales en tres fué nombrado redentor, adquiriéndose tanto crédito entre los moros, que del modo que lo disponia así se ejecutaba todo, atendiendo á sus deseos; rescataba á los cautivos que podia, sin exigirles otra fianza ni seguridad que la de su palabra; no tenia ningun cuidado ni temor, ántes por el contrario se hizo tan familiar, y era tan bien admitido entre aquellos bárbaros mahometanos, que arreglaba, mediaba y componia sus disensiones, reconciliaba sus enemistades y consolaba en sus trabajos, no sin que obtuviese gran favor y provecho temporal para los cautivos cristianos, que por su respeto eran tratados con más consideracion y ménos aspereza. Esta amistad y cabida con los moros, especialmente con los vireyes del gran Turco, con los alcaldes, bajaes y arraeces, despertó la envidia en algunos del pueblo que pertenecian al vulgo, siendo más señalada en los que trataban en cautivos, porque como veian al Mtro. Arce tan favorecido y atendido, no podian obligarle á que comprase algunos cautivos baldados y viejos, que de nada les servian y de los cuales deseaban deshacerse, motivo suficiente para que le aborreciesen de muerte; y así tuvo el término que tuvo, pues habiendo fallecido allí Bocazan, virey de Argel, íntimo amigo del Mtro. Arce, le sucedió en el vireinato Amet Caratali, el cual llevó consigo un hijo de veinte años de edad, atrevido y desmandado como hijo de aquella autoridad, y mal aconsejado como mozo. Su conducta en Argel exigió algun cuidado, y aquella por fin vino á ocasionar su muerte. Tuvo un encuentro, y el contendor y matador se sospechó fuese un jóven bien visto y querido de todos, sobrino del anterior virey, llamado como el tio Alí Bocazan. En seguida le prendieron por grandes indicios que resultaban contra él, sepultándole en una cárcel lóbrega y estrecha, pero no tan custodiada que no facilitase su entra-

da en ella al Mtro. Arce, pues por el gran concepto que gozaba no habia para él puerta de calabozo, mazmorra ó barrio cerrado; así era que el Mtro. Arce iba á menudo á visitar y consolar á Alí Bocazan, como quien habia sido tan amigo de su tio, y en pocos dias le dispuso el ánimo para que desease vivamente hacerse cristiano; le catequizó y bautizó, dándole por abogado al apóstol Santiago, cuyo nombre le puso, y llamó Diego. Todo esto se hizo con gran sigilo y secreto, sin que nadie lo entendiese; solamente un moro que servia en la prision al nuevo cristiano, el cual tambien se bautizó y llamó Juan. Los dos convertidos trataron en seguida de su remedio y libertad, consiguiendo por fin huirse de la prision; mas cuando el virey, padre del jóven muerto, tuvo noticia de su huida, se alteró mucho y enfureció, dando órdenes para que se hiciesen las más exquisitas diligencias para encontrarlos. Miéntras todo esto ocurria logró conseguir la envidia sus inicuos deseos, pues los émulos y enemigos del Mtro. Arce extendieron las voces de que aquel religioso, con sus entradas y salidas en la cárcel, habia ayudado á su quebrantamiento y favorecido la evasion de los presos; acumuláronle además que impedia el servicio de los cautivos á sus dueños, haciéndoles trabajar por su utilidad y provecho con la protesta y excusa de observancia de su ley; añadiendo que si los cautivos no obedecian en esto al Mtro. Arce, los castigaba ásperamente hasta que les hacia brotar sangre, á cuyo efecto presentaron dos testigos, paso que pareció muy mal á todos, y mucho más sabiendo la frivolidad del motivo que habia para imputar al Mtro. Arce semejante culpa y tiranía, fundado en lo siguiente: habiendo estado el Mtro. Arce lo más de la cuaresma en Argel, hacia frecuentemente pláticas espirituales á los cautivos en sus mismas cárceles y barrios, donde les administraba los sacramentos. Habiendo llegado la semana santa, les pidió que ayunasen desde el miércoles santo hasta la Pascua, no obstante que siempre comian tan poco y tan malo, que pudiera decirse era constante y suficiente ayuno; asimismo los exhortó á que el jueves santo hiciesen dentro del barrio una procesion de disciplina, segun en España se usaba, para que no se olvidasen completamente de las prácticas y de las santas ceremonias de la Iglesia; todos lo aprobaron, y la procesion se verificó. Súpose lo ocurrido por algunos moros, que manifestaban ser amigos del Mtro. Arce, y al parecer afectos á los cristianos, á sus leyes y ceremonias, y con aquella ocasion levantaron el testimonio ya dicho y otros muchos, de que se hizo poco caso respecto del principal cargo, que era la ayuda que suponian prestada á Alí Bocazan en el quebrantamiento del encierro y su evasion; y únicamente atendiendo á esto el nuevo virey, prendió al Mtro. Arce y le encerró estrechamente algunos dias, hasta que dentro de poco se supo que habian cogido al nuevo cristiano, que se huyó con Alí Bocazan. Le condujeron aherrojado á

Argel, y le hicieron sufrir crueles tormentos, declarando á pesar de todo que él y su amo solos habian dispuesto la huida y forzamiento del encierro, no teniendo parte en aquel hecho ninguna otra persona, por cuya declaracion salió de la prision el Mtro. Arce, pero no tan libre, que no le condenasen á destierro perpétuo de Argel, amenazándole con la pena de muerte si volviese. Dióse por muy contento el Mtro. Arce, pues no le pareció libraba mal saliendo con vida de aquel peligro; y así obedeciendo la sentencia, partió en seguida para España, y tanto más consolado cuanto tuvo la dicha de haber hecho ya y terminado su redencion, poniendo á salvo sus cautivos, pues de otro modo quizás hubieran corrido peligro y frustrarse el rescate. Alí Bocazan, por otro nombre D. Diego de Arce, que así quiso llamarse en honor del P. Maestro á quien debió la vida de cuerpo y alma, como solia decir, vino á España, y el Rey católico le dió para miéntras viviese con que poder pasarlo con la decencia correspondiente á su clase. Vivió algunos años en Ronda y murió santamente, enterrándose en el convento de Mercenarios, y áun dicen que profesó en aquella Orden, pues murió con el hábito puesto, miéntras estuvo en la cama, de aquella Orden religiosa á quien debia tan señalados favores. Dejó algunos bienes al convento, pues á pesar de su módica pension fué hombre tan parco en su sustento y tan comedido en el porte de su persona, que ayudó cuanto pudo en vida para las redenciones que se hacian, diciendo que su mayor gusto sería el poder acudir en persona á este santo ejercicio. El Mtro. Arce volvió á rescatar á Túnez no pudiendo ir á Argel, acompañado del santo anciano Fr. Luis de Matienzo, facilitándose mucho los tratos de la redencion, pues como ya se sabe, el Mtro. Arce atraia las voluntades de todos, ayudando á la mayor intimidad con los infieles el saber perfectamente su idioma. Tambien tuvo envidiosos y calumniadores, y se vió muchas veces en peligro de perder la vida, si bien jamás por temor de perderla dejó de socorrer y consolar á los cautivos cristianos, y áun á los mismos moros reprendia y enseñaba lo que era justo y razonable en lo moral y político. Ultimamente, cuando más no pudieron los que contra él fabricaban tantas quimeras y calumnias, hicieron de modo que una partida de cautivos que ellos querian vender la rescatasen; y como el Mtro. Arce les manifestase que el dinero de la redencion no llegaba á la cantidad exigida, le obligaron á que hiciese una escritura con todos los requisitos necesarios, segun sus usos y costumbres, comprometiéndose á pagar el resto, quedando entre tanto en rehenes uno de los dos redentores. Ocasion fué aquella en que se vió apuradísimo el Mtro. Arce, y sumamente afligido por el gran compromiso en que ponia á su provincia de Castilla; pero conociendo la mala intencion de los moros, y que su doblez iba encaminada, suponiendo no podria dar cumplimiento, á quedarse con el dinero recibido y quedarse

con los cautivos rescatados, como así lo tenian acordado, adoptó la valerosa resolucion, forzado por las circunstancias, de llevarse todos los cautivos y quedarse en rehenes, como tenian escriturado. Entónces se vió la abnegacion y heroismo de los PP. Redentores en la porfía que entablaron el Maestro Arce y el santo anciano Fr. Luis de Matienzo sobre cuál de los dos habia de quedar en rehenes, ambos deseosos de quedarse, y quizás de conseguir la corona del martirio; mas no pudiendo avenirse, pusieron la decision en las manos de Dios, acudiendo á la oracion, y el Señor les reveló que el santo Fr. Luis de Matienzo fuese el preferido para quedarse en rehenes. El bendito anciano dió infinitas gracias á Dios, porque sin merecerlo le proporcionaba ocasion para adquirir la corona del martirio; pero aunque estuvo muchas veces muy próximo á la muerte y coronarse con ella, en los tres años que estuvo en Tunez hasta que se concluyó de pagar el resto del empeño, con todo eso Dios permitió volviese con vida á España y á su provincia, donde terminó su virtuosa vida pocos años despues en el convento de la Orden de Logroño, con un leve padecimiento y cargado de bastantes años. Fué un varon muy penitente, y muy trabajado, y ocupado áun en los últimos dias de su existencia, habiendo sido esta bastante larga, porque murió de más de setenta años, y su estado de aniquilamiento favoreció el triunfo y el tener poco que vencer la enfermedad, aunque leve, para producirle la muerte. Terminó sus dias gozando la opinion de santo, habiendo prevenido al médico no se molestase en su tratamiento, porque gastaria el tiempo y las medicinas en balde. Con el enfermero y confesor fué más explícito, pues les aseguró la certeza de su muerte, señalando el dia y la hora. Estuvo expuesto en la iglesia su bendito cuerpo veinticuatro horas, y el corregidor de la ciudad, que le era muy afecto y devoto é hijo de penitencia, pidió permiso al prelado para que le enterrasen en sepultura especial y aparte, en un ataud á propósito para cuerpo de un santo, y como tal le veneraba toda la ciudad. — A. L.

RODRIGO DE ARGUMEDO (D.). Fué hijo de la muy ilustre familia de los Garcías Argumedos, y natural de Cádiz, si bien se ignora los años en que naciera, porque la devastacion que los ingleses y holandeses hicieron en aquella fértil provincia por los años de 1596 fué causa de que se perdieran con los archivos muchísimas noticias que la posteridad echará de ménos, pero que no pueden darse sin el grave peligro de que no sean una verdad, lo cual es mucho peor que la misma privacion de ellas. Desde luego mostró D. Rodrigo muy claro ingenio; y el ser de un carácter sumamente apacible y muy dado, áun desde niño, á las cosas de la Iglesia, hicieron concebir la esperanza de que éste y no otro seria el estado por el cual Dios nuestro Señor le llamaria á su santo servicio. Así lo comprendió él mismo, y por esta

razon y para secundar por su parte el llamamiento divino, estudió con particular esmero despues de las humanidades y filosofía, sagrada teología, dedicándose muy particularmente á la sagrada Escritura, en cuyo conocimiento hizo grandes adelantos á efecto de su constancia en el estudio y de su notorio celo por el mejor conocimiento é interpretacion más recta de los textos sagrados. Para poder lograr en este ramo los apetecidos frutos, se dedicó despues de concluida su carrera al estudio de las lenguas primitivas, hebreo y griego, en las cuales hizo todos los adelantos que la época permitia, colocándose á una altura á que poquísimos llegaban por entónces. Con carrera tan completa y con una aplicacion como la suya, no es muy extraño que se hiciera excelente orador; y como él conoció que por este camino no solo agradaba al Señor, sino que correspondia adecuada y convenientemente á sus gracias, se dedicó al púlpito, donde efectivamente alcanzó lauros, y lauros positivos, no tanto por la buena fama á que se hizo acreedor, cuanto porque eran muy frecuentes las conversiones que resultaban de su predicacion, y esto á la verdad tampoco tenia nada de extraño, porque á la muy acertada eleccion de asuntos, agregaba el esmerado estudio con que procuraba tratarlos, y á ambas cosas un celo propiamente apostólico, pues hubiera deseado, como S. Pablo, ser anatema por todos, con tal de salvar á todos y á cada uno de las garras del espíritu de tinieblas. Como sus méritos no podian estar ocultos, porque públicos y muy públicos eran los saludables efectos de su celo, el obispo de Cádiz quiso premiarlos dando al señor Argumedo una canongía en aquella iglesia catedral, y como por el mismo tiempo se hallase vacante la dignidad de chantre, apénas hecho canónigo, fué promovido á esta chantría con aplauso de cuantos supieron su nombramiento. No por esto ni desmayó su celo ni dejó de trabajar como hasta entónces en el bien y provecho de las almas; por el contrario, comprendiendo, (y en esto tenia perfecta idea de lo que son las dignidades eclesiásticas) comprendiendo perfectamente bien que no debe el eclesiástico aspirar á los altos puestos, y que estos deben ser siempre para los que más méritos hayan contraido en la carrera y servicio del altar y de los fieles en el órden espiritual; procuró desde entónces hacerse merecedor del alto puesto que ocupaba, por medio de sus más relevantes méritos, por medio de sus más acreditadas virtudes, así es que si como eclesiástico particular era ejemplar y celosísimo por el bien de las almas, como chantre no es posible indicar hasta dónde llegó su esmero por hacerse perfecto. Luego hablaremos del rasgo de abnegacion con que demostró su despego á las cosas materiales, porque hemos de ver el uso que hizo no solo de las temporalidades que le producia su pingüe prebenda, sino de lo que por su casa le pertenecia, que no era poco; pues vino heredando á la mayor parte de sus parientes, y todos ellos estaban muy bien aco-

modados. El eco de sus buenas obras y de su celo no pudo contenerse dentro de los estrechos límites de Cádiz, voló á Sevilla, y el prelado de aquella diócesis, que tambien estimaba como debia los esfuerzos y servicios que prestaban los eclesiásticos de sus sufragáneas, le hizo merced del arcedianato de Niebla en aquella insigne catedral, dispensándole la residencia, ó más bien permitiendo que continuára en Cádiz por los felices resultados que su permanencia en aquella ciudad daba á los fieles que tanto se aprovechaban de su predicacion y doctrina. Un poco extraño parecerá el que un hombre de tanta moralidad como nuestro D. Rodrigo aceptase y poseyera el canonicato y chantría de Cádiz, con más el arcedianato de Niebla en Sevilla; pero si se atiende, en primer lugar, á que en la época de nuestro canónigo, esto no solo estaba en uso, sino que era lo más frecuente, y por otra parte se mira al destino que iba á dar á todas las subvenciones que le resultáran de sus prebendas, no extraña la conducta, ni áun extraña el que no solo estas dignidades y cargos, sino la dignidad de tesorero de la santa iglesia de Canarias se le confiára, para que con las rentas de unas y de otras pudiera llevar á cabo la colosal obra de que dentro de breves momentos daremos cuenta, y que es una de las cosas más gloriosas de la vida de nuestro buen Argumedo. Sus antecedentes y el fiel desempeño de su ministerio en todas las cosas que con él tenian relacion, su constante adhesion á la Santa Sede, y sus otros méritos de que no queremos hacer mencion, motivaron el que fuese nombrado *Protonotario apostólico*, lo cual le fué de grande honor no solo á él, que con este título adquiria grandes privilegios y prerogativas, sino á su cabildo, que miró como una deferencia hecha á la corporacion ésta que el Sumo Pontífice les dispensaba, y estimó y agradeció en cuerpo lo que se hacia por uno de sus individuos, en lo cual mostró dos cosas, nobleza é hidalguía como cuerpo, aprecio grande y estimacion no comun hácia su favorecido compañero. Con una conducta siempre digna, con el ejercicio de una caridad que nunca se agotaba, pasó sus dias en el mejor servicio del Señor, y gastando todo su caudal en beneficio de los pobres, á quienes nunca dejaba ir sin socorro, y en piadosas fundaciones de que ahora vamos á dar cuenta. Efectivamente, en el mismo dia en que tomó posesion de la chantría de Cádiz, otorgó instrumento público por el cual de sus propios dejaba algunos bienes para dicha catedral, á fin de que á su fallecimiento se hiciera un aniversario perpétuo, con distribucion para todo el cabildo y demás dependientes, y con Misa y vigilia que habia de celebrarse en la capilla del apóstol S. Pedro, que era donde sus padres y mayores estaban enterrados, por tener en ella cierto patronato y áun ciertas cargas que cumplir por memoria de sus mayores. Luego que le dieron la dignidad de Canarias, como con esta se acrecian tanto sus rentas, cumplió esta misma fundacion

del aniversario, haciéndola extensiva al dia de su nacimiento, y dando por consiguiente para su cumplimiento más haciendas, con lo cual podian en los dos dias que les obligaba á hacerle sufragios, hacerlos solemnemente, pues eran muy ámplias y muchísimo más que suficientes las rentas que dejaba. El objeto de su preferencia, y en lo que más caudal invirtió, fué en el convento de S. Agustin de Jerez de la Frontera, á cuyo fomento ayudó en gran manera. En primer lugar cedió á los religiosos una ermita y casa que tenia fuera de la ciudad y camino del Puerto de Sta. María; y además de esta cesion gratuita, enteramente gratuita, les ayudó con todo cuanto hubieron menester para la construccion sobre aquel terreno de un gran convento y una iglesia suntuosa, que sustituyese á la ermita que allí habia, sin imponerles otra carga ni condicion sino la de encomendarle á Dios á su fallecimiento, y la de que la iglesia habia de sostener el título y cuidar y venerar la imágen de la Guia á que estaba consagrada la pequeña ermita sobre la cual, digámoslo así, se construia esta gran iglesia. Véase, pues, cómo ni los prelados en darle prebendas, ni él en recibirlas obraban mal, pues no podia darse mejor empleo que en la iglesia misma á las rentas de la iglesia. Obrando así, y cumpliendo cual verdadero ministro de Jesucristo con el importante cargo de procurar su gloria, vió venir la muerte, que le acaeció el 19 de Setiembre de 1539, despues de haber recibido con extraordinaria edificacion todos los sacramentos de la Iglesia, y siendo asistido como era debido por sus compañeros de cabildo. Hubiera este deseado que sus mortales restos hubiesen quedado al lado de las cenizas de sus mayores, en la capilla de S. Pedro, de la catedral de Cádiz; pero su expresa última voluntad fué que se enterráran en el convento de S. Agustin de Jerez en una de las sepulturas comunes de los religiosos, y así se cumplió, habiendo sido llevado á aquella última morada con gran suntuosidad, despues de hacerle en Cádiz los debidos honores fúnebres. Los religiosos pusieron sobre su sepultura una lápida, que consigna lo que fué D. Rodrigo de Argumedo.—G. R.

RODRIGO DE ARRIAGA (P.), jesuita español del siglo XVII, Ignórase fijamente el lugar y año de su nacimiento, y en cuanto á su carrera, se supone fué en los establecimientos más acreditados de nuestro país, tan famosos á la sazon en la Europa entera. Dedúcese esto principalmente de los elevados cargos que desempeñó despues en las principales universidades, y de sus escritos que tan buena acogida obtuvieron, lo cual es una prueba inequívoca de su mérito. Indudable parece que un hombre del mérito é importancia del P. Rodrigo de Arriaga, no salió de España hasta despues de haber terminado su carrera literaria, y que el grado de doctor que llevó despues toda su vida, le tomó en la universidad de Salamanca, ó en otra de las prin-

cipales de España. En su viaje al extranjero fué admirado de los sabios más notables del mundo civilizado, y la Compañía, que comprendia todos los servicios que podia prestarle en el profesorado, le destinó á la universidad de Praga, donde enseñó durante muchos años con tanto acierto como buenos resultados. Aquel país donde se acababa de introducir la Compañía, carecia de todos los recursos civilizadores, de todos los medios de marchar al frente de las naciones más cultas ó adelantadas. Convertida la Bohemia al cristianismo en época muy reciente, hallábase en un estado de atraso de que era muy difícil sacarla sino á costa de gigantescos esfuerzos. Procuraba hacerlo la Compañía, que en ella habia asentado su planta firme y segura, y creia y con razon que solo por medio de las predicaciones evangélicas por la enseñanza establecida y fomentada por ella, podria conseguir tan fecundos resultados. Sus esperanzas no se vieron fallidas, y los Jesuitas consiguieron sacar muchos discípulos que los honraron despues, y que han inmortalizado su nombre en la república de las letras. Cuando llegó á aquel país nuestro compatriota, encontró una falta fundamental para llevar á cabo los planes de la Compañía; no habia libros de texto, sino se conducian desde el extranjero, y esto inutilizaba en gran manera los esfuerzos de los profesores. Propúsose llenar en parte este vacio, y entónces fué cuando compuso sus dos obras destinadas principalmente á la instruccion de la juventud, á la que prestó este servicio muy digno de tenerse en cuenta al citarlas en esta obra. Sus títulos son: *Cursum Philosophicum;* Amberes, imprenta Plantiniana de Baltasar Moreri, 1623, en fólio: París, id.—*De Oratione; libri IV.* Colonia, por Bernardo Gualtero, 1637, en 8.°—S. B.

RODRIGO DE ASTORGA (Fr.). Este religioso varon, desde muy niño se señaló en grandes virtudes en la ciudad de donde era natural, y en donde se crió y educó. Sus raras prendas y perfecciones, hicieron que todos le amasen y encomiasen, viendo su modestia y continente reposado, impropio en un niño de corta edad. Desde luego tuvo inclinacion y verdadera vocacion á seguir la carrera eclesiástica; estudió con el mayor aprovechamiento, estando dotado de tanto ingenio, que sobresalió entre todos sus condiscípulos, sin competencia alguna; se hizo sacerdote y por sus relevantes méritos obtuvo algunas prebendas en la iglesia, pero aquel estado no satisfacia á su corazon, aspirando siempre á mayor perfeccion de vida; suplicaba llorando le alumbrase el Señor para que le encaminase adonde fuese más en su santo servicio, y que le aconsejase la via de salvacion más cierta y segura; el Señor le atendió como lo hace siempre que tiene que corresponder á los puros deseos del que quiere servirle, inspirando á su alma entrase en la órden de S. Gerónimo, de la que apénas tenia noticia, pero que súbitamente se halló con este deseo. Tenia dos amigos, personas principales con quienes

se habia criado, y de cuyas buenas costumbres estaba satisfecho. El uno era el maestresala del obispo de Astorga, y el otro un letrado muy reputado en la ciudad; les comunicó sus intentos y los propósitos que tenia, recabando de ellos el que todos tres abandonasen el mundo, y se entrasen en la órden de S. Gerónimo. Acordes en el punto principal, determinaron buscar una casa léjos de la ciudad y del trato de las poblaciones; tuvieron noticia del monasterio de Guisando, situado en una montaña áspera, entre unos riscos y cuevas que habian habitado muchos santos, cuya vida fué una copia de los que estuvieron en los yermos de Egipto y Tebaida. Alegres sobremanera con aquellas buenas nuevas, emprendieron el viaje juntos; juntos los recibieron, é hicieron una vida muy santa, señalándose Fr. Rodrigo entre sus compañeros, como quien en sus primeros años habia ejercitado constantemente la virtud. Rehuyó siempre el trato con el otro sexo, perseverando en la pureza y castidad propias de un ángel. Todo lo que poseia lo distribuyó siempre con largueza entre los pobres, no verificándose jamás se fuese alguno sin ser socorrido con alguna limosna y consuelo en sus aflicciones, no limitándose á los casos de mendicidad, pues socorria con la esplendidez que estaba á su alcance necesidades graves de personas particulares, evitándolas graves conflictos. Aunque se ordenó de sacerdote en el siglo, se excusaba muchas veces de decir Misa, considerándose indigno de ejercer acto tan sublime, diciendo que no debia permitirse que alma tan distraida cual la suya se emplease en acto que exige tanta reverencia; pero despues que entró en la religion, no pasó ningun dia sin decirla, porque sus ocupaciones no le impedian prepararse convenientemente para celebrarla, lo que bien se echaba de ver cuando la decia, porque parecia tenia en suspenso la accion de los sentidos, y desnuda y separada el alma de su cuerpo. Todo el tiempo que fué religioso le ocupó santamente de tal suerte, que nunca tuvo un momento ocioso, y cuando en algun caso le dejaban descansar los preceptos de la obediencia, se retiraba á su celda, donde unos ratos oraba, en otros escribia libros de un mérito poco comun, que con la mayor sencillez y desinterés regalaba á los religiosos, no exigiéndoles más retribucion que la de que le encomendasen á Dios. Oia las confesiones de sus hermanos, saliendo de sus pies áun los más afligidos y tentados: tan alegres y satisfechos, que no temian de allí en adelante ningun peligro. En todas sus conversaciones era modesto, alegre, templado y afectuoso, con tanta prudencia y santidad, que jamás querian separarse de su apacible trato y comunicacion. Con vida tan ejemplar llegó á su término, habiéndole precedido sus dos amigos y compañeros, facilitándole y allanándole el camino de la gloria sus muchas virtudes é intachables costumbres.—A. L.

RODRIGO DE AYALA (Fr.), religioso agustino descalzo, natural de Bur-

gos y una de las lumbreras de su Orden en su época. Ignórase la de su nacimiento, como tambien la de su entrada en la religion, aunque segun la fecha en que murió debió ser en la segunda mitad del siglo XVI. Fué tan notable por sus virtudes como por sus estudios, brillando en las primeras no ménos que en los segundos. Por sus buenas cualidades era muy amado de todos, en particular de sus maestros, que comprendian el buen fruto que debia producir su semilla, sembrada en tan fértil terreno. En efecto, siguió su carrera con grande aprovechamiento, y no tardó en obtener el grado de lector en teología, tan apreciado como distinguido en aquellos tiempos. Fué profesor de los religiosos durante algun tiempo, sirviéndoles de ejemplo, no solo con su saber, sino tambien con las enseñanzas que en materias de piedad le prodigaba con noble celo, convencido de que un religioso debe distinguirse en este punto mucho más que en ningun otro, siéndole enteramente inútil la ciencia sin la virtud. Destinado al ejercicio de la predicacion, le desempeñó con grande celo, ardiendo por la salvacion de las almas, en lo que veia el fin principal de las tareas de los oradores religiosos. Así, aunque su talento le permitia adornar sus discursos con todas las galas de la elocuencia y las gracias de la poesía, huyó siempre de tan contrarios extremos, pues lo eran en realidad de su objeto principal, y procuró que sus discursos fuesen graves, severos, elevados, cual lo requeria el sitio y lugar en que se pronunciaban, y encaminados en particular á la enseñanza cristiana de su auditorio y su mejora en las costumbres. Era por lo tanto oido con gusto y edificacion por un público ávido de aprender las santas máximas del Evangelio y de practicarlas en la soledad de sus casas. Tuvo muchos hijos espirituales, algunos de los cuales murieron en la mejor opinion, y todos le preferian por su confesor, sabiendo que encontrarian en él alivio y consuelo en sus penas y dolores. Durante una peste que asoló por entónces las provincias de España, trabajó con grande celo y caridad, prestando todo genero de auxilios á los infelices enfermeros. Se distinguió mucho en todo género de virtudes, brillando en él en particular las de la castidad, penitencia y oracion, en que fué tan extremado, que era tenido de todos por modelo. Murió en 1602 en el convento de Zaragoza, en la mejor opinion por sus puras y santas costumbres. —S. B.

RODRIGO DE BAEZA (V.), presbítero. Era este santo varon natural de la ciudad de Andalucía del título de su apellido, y habiendo seguido la carrera eclesiástica y ordenádose de sacerdote, obtuvo un curato en la villa de Marchena, el cual sirvió, distinguiéndose notablemente por su virtud y la justificacion de su vida y costumbres. Escasas son las noticias que de este eclesiástico nos han quedado; pues tal vez su grande modestia impidió que se supiesen, divulgasen y consignáran muchas de sus cristianas heróicas

acciones. Pero el mayor elogio que de tan virtuoso sacerdote puede hacerse, son las palabras con que le cita la V. M. María de la Antigua, tan célebre por su santidad, sus revelaciones y sus escritos. Dijo esta ilustrada religiosa, en el libro I, capítulo II de sus obras: «Entre las grandes mercedes que el Señor me ha hecho, ha sido una, que jamás pongan los ojos en mí sino personas santas y virtuosas, y entre estas se halla el V. P. Rodrigo de Baeza, á quien solo de haberle una sola vez visto, conocí por revelacion que era un varon de notoria santidad y pureza de costumbres.» No hemos podido averiguar otras particularidades acerca de la vida de este sacerdote, ni noticias más interesantes que consignar, en este ligerísimo apunte biográfico.—M. B.

RODRIGO DE BELNISIO (B.), confesor, religioso franciscano, natural probablemente de Andalucía, pues en esta provincia pasó la mayor parte de su vida. Deseoso de obtener la perfeccion evangélica, abrazó el hábito siendo muy jóven todavía, y comenzó desde luego á manifestar las mejores disposiciones para distinguirse por su virtud. Humilde en extremo, no desdeñaba ocuparse en ningun género de ejercicio, y se le veia ayudando constantemente á los hermanos legos en las tareas propias de su profesion. Obedecia con el mayor gusto y puntualidad á sus superiores, y áun á sus inferiores, y era un modelo de oracion y penitencia. Pasaba la mayor parte de la noche en el coro en dulce éxtasis, pensando en la grandeza divina comparada con la pequeñez de las cosas humanas; cuando sus ocupaciones no le permitian permanecer en los lugares sagrados estaba continuamente meditando en los objetos de su devocion, teniendo siempre su pensamiento ocupado en Dios, sin que le fatigase la atencion que necesariamente habia de dedicar á lo que entónces principalmente se empleaba. Pero por lo más que se distinguió fué por sus penitencias; sus constantes ayunos y vigilias eran sus mejores manjares, y jamás consintió en tomar nada, ni áun los dias que le permitia su regla, si no era conforme á la que él se habia impuesto. Nunca quiso comer carne, y cuando se lo mandaban los médicos por lo débil que se hallaba, tenian que ordenárselo tambien sus prelados, y áun así solo les obedecia con cierta marcada repugnancia. Usaba un grande silicio, que no consintió en quitarse miéntras tuvo vida: tampoco dormia en cama, sino en una tabla, y esto las pocas horas que estaba retirado en su celda, pues, como hemos dicho, la mayor parte de la noche la pasaba en el coro. Su vestido era el más usado de toda la comunidad, y cuando tenia que cambiar alguna prenda, procuraba hacerlo con un compañero que tuviese alguna próxima ya á desecharla. Sus grandes penitencias no tardaron en ocasionarle terribles enfermedades, las que sufrió con la mayor alegría y hasta con aire de triunfo, sintiendo tener que recibir los remedios que se le propinaban, pues los creia otros

tantos alivios á unos dolores que estaba obligado á sufrir y sufria con gusto en remuneracion de sus pecados. No pudiendo sufrir por mucho tiempo tal género de vida, murió siendo áun muy jóven en el convento de la Peña del Moro, cerca de Villanueva, donde fué sepultado. La Orden Seráfica celebra su memoria en 9 de Mayo.—S. B.

RODRIGO DE BENEVENTO (B.), confesor, religioso franciscano de la provincia de Santiago. Ignóranse las primeras circunstancias de su vida, no teniendo noticia alguna suya hasta que tomó el hábito de la Orden Seráfica en la provincia referida. Manifestó en ella hallarse adornado de las mejores cualidades; y ya como novicio, ora como profeso, fué uno de los religiosos más notables de su época. Siguió los estudios con grande aprovechamiento, dando pruebas de un notable ingenio, que unido á su aplicacion y buenos deseos, le pusieron en breve en estado de ser uno de los oradores más notables de su provincia. Sonreíale una brillante carrera, y sus compañeros le proporcionaban ocasiones en que distinguirse, mas él, que no queria otros honores sino los obtenidos á fuerza de trabajos y desvelos, no tardó en pedir su traslacion á América para consagrarse á la predicacion y conversion de los indios. No le fué fácil obtener la licencia, pues no abundaban en su provincia los sugetos de sus relevantes cualidades; pero á fuerza de ruegos é importunaciones, la consiguió al fin y fué enviado á la provincia del Santo Evangelio. Llegado á aquellos remotos climas, fué su primer cuidado aprender el idioma, sin lo cual no podia comenzar sus predicaciones y obtener los resultados apetecidos. Consiguiólo sin dificultad, y entónces comenzó á recorrer todos los pueblos que componian su provincia, que eran conocidos con los títulos de la region de Xalisco y el valle de Vanderrana. Hallábanse aquellos pueblos muy atrasados por falta de operarios, y Rodrigo, que era uno de los más activos de la viña del Señor, consiguió en muy breve término los mejores resultados, convirtiendo á todos los indios que no habian abrazado aún la doctrina del Evangelio. Sus puras costumbres, su vida ejemplar, contribuian mucho al resultado de sus predicaciones, pues amado de los naturales, que solo veian en él un padre caritativo y tierno, y apreciado de todos, sus consejos eran mejor recibidos, sus máximas escuchadas con más interés y sus lecciones aprendidas con el mayor celo. Así dice con razon la crónica, que fué un laborioso operario, adornado de grandes virtudes y de no ménos santidad, por lo que obtuvo extraordinaria veneracion de todos, tanto en vida como en muerte. Falleció en 1560, y fué sepultado en el convento de S. Francisco de la Puebla de los Angeles, donde lo mismo que en toda la Orden se celebra su memoria en 12 de Diciembre.—S. B.

RODRIGO DE CABREDO (P.), jesuita español del siglo XIII. Distinguióse principalmente este religioso por sus servicios en el Perú y Méjico, donde

habia pasado como misionero á últimos del siglo anterior. Sabidos son los esfuerzos de los Jesuitas para elevar á aquellos países á un grado de cultura y de civilizacion que hubieran sin duda obtenido si se hubiesen dejado guiar por su protectora influencia; pero el genio del mal se introdujo en aquellas regiones, y la desgracia pesa aún y pesará por largo tiempo sobre sus cabezas. Mas no por eso son ménos laudables los trabajos de los apostólicos varones que, como Rodrigo de Cabredo, consagraron su vida entera á propagar la religion cristiana, á enseñar la agricultura, las artes y las ciencias, á hacer, en fin, de un pueblo rudo y salvaje otro más culto y entendido, cuyos hijos fuesen dignos de figurar al lado de los más célebres de la madre patria. Viajes, trabajos, peligros, todo género de padecimientos y áun de persecuciones sufrieron aquellos venerables Padres al lanzarse en busca de un objeto tan difícil como glorioso, al combatir en favor de un ser tan desconocido como abstracto, de una idea que con su realizacion llega á ser una verdad, que se siente, se palpa, se juzga y se conoce de la civilizacion. La civilizacion, que debia ser el resultado de sus desvelos y fatigas, y que llegó á serlo en cierto modo en la época á que nos referimos, y en que floreció el P. Cabredo. Este jesuita, tan notable por su experiencia y prudencia como por su virtud, despues de haber desempeñado diferentes cargos en aquellos países, en todos los cuales dió las mejores muestras de sí, y dejó aseguradas para siempre una reputacion sin mancha y un nombre glorioso, obtuvo el elevado puesto de visitador de ambas provincias de Méjico y el Perú; en él procuró conciliar con los intereses de la Compañía los de los hijos de aquel hemisferio. El humilde religioso elevado á un lugar tan notable, procuró hacer todo el bien que se hallaba en su mano, y conseguir el objeto que se habian propuesto sus antecesores al enviar tantos Padres, la flor quizá de su instituto en Europa, á convertir los indios y asegurar para siempre la religion del Crucificado á aquel que se ha llamado Nuevo Mundo por ser recien descubierto. No contento con esto, y para extender más el campo de sus beneficios, pasó á Roma, no ya como visitador, sino como procurador de la provincia de Méjico, mas detúvole la muerte en el camino, sin poder llevar á cabo sus vastos planes, y falleció en Chamberí de Saboya el 28 de Julio de 1627, dando en la hora de su muerte inequívocas muestras de la piedad que le habia distinguido durante su larga vida y carrera. Dejó escritas un gran número de obras, pero á nuestra noticia y áun á la de otros bibliógrafos mucho más autorizados, solo han llegado las dos siguientes: *Sermon pronunciado en la traslacion de los restos del P. Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus*, que se publicó como apéndice en la *Vida del* mismo *P. Baltasar Alvarez*, escrita por Luis Ponte. *Historia del insigne milagro que obró nuestro patriarca S. Ignacio de Loyola*

con cierto religioso de la órden de Sto. Domingo en la ciudad de Lima; en 8 de Noviembre de 1607; Widmanstadij, 1607. —S. B.

RODRIGO DE CÁCERES (Fray), religioso de la órden de S. Gerónimo. Recibió el hábito en el monasterio de Yuste, y allí aprovechó extremadamente en su vida espiritual. Fué gran servidor de la gloriosa Vírgen nuestra Señora. Los dias en que se celebraban sus fiestas eran para este religioso los de mayor regocijo y satisfaccion. Se preparaba para su celebracion, haciendo santas prevenciones, ayunos, vigilias y otras mortificaciones. A pesar de todo esto, no se contentaba con practicar estas diligencias, juzgando todas sus obras llenas de imperfeccion, y quisiera que su estancia en la tierra fuera como ángel del cielo, para solemnizar la gloria de aquella gran Señora. Esta era la razon de sus grandes ánsias por salir de esta vida miserable y hallarse en las festividades del cielo, donde no penetra cosa imperfecta. Le pidió á Dios con el mayor fervor, por intercesion de la soberana Reina, que su muerte se verificase en uno de los dias de su festividad. El Señor accedió á sus súplicas, y la soberana intercesora quiso con este motivo honrar á su siervo. Vino el mes de Agosto y empezó á enfermar, durando la dolencia hasta la vigilia de la Asuncion de la Vírgen. Hallábase fatigado de la calentura, llamando á su amantísima Reina, teniendo el imponderable consuelo de que visiblemente se presentase á consolarle y darle la feliz nueva de que en su dia la acompañaria al cielo, galardon que le fué concedido por sus muchas virtudes y santidad. —A. L.

RODRIGO DE CARDENAS (Ilmo. y Rmo. P. M. Fr.). Fué del Perú, hijo de familia que á los demás timbres que la hacian esclarecidísima, agregaba el de ser católica, y tan arraigada en la fe, que si alguna vez se apesadumbraban los padres de Rodrigo, era cuando pensaban sériamente en que por las circunstancias del país y demás, podria acaso alguna persona de su familia apartarse de la senda de verdad para seguir el derrumbadero del error. De aquí se infiere con cuán cuidadoso esmero procurarian cimentar en esta misma religion católica al querido fruto de su santo enlace dos personas tan piadosas como lo eran los padres de nuestro Rodrigo, y el contento que ambos tendrian cuando viesen secundar sus miras hasta más allá aún de donde ellos las ponian, al querido de su corazon. Efectivamente, el niño parecia indicar desde sus primeros años los grandes designios que Dios tenia acerca de él, porque en él nunca hubo nada pueril, nada profano, siempre una idea más exacta aún de lo que su edad permitia, de lo recto y de lo justo, y un afan propiamente tal para ir en pos de esta justicia y rectitud. Siempre profesó sumo respeto al par que grande afecto á los eclesiásticos y religiosos, y cuando su edad no le permitia otra cosa, en el afan con que los miraba al pasar estos por su calle, demostraba que le satisfa-

cia la idea de que un dia podria pertenecer á alguna de las comunidades que por entónces ya producian sus encantos. Los padres, como veian esta tan buena disposicion, ni le hostigaban ni hacian otra cosa que dar á Dios muy repetidas gracias por el singular favor que les hacia en haberles dado un hijo tan apreciable. Sin embargo, como era consiguiente, le dedicaron á estudios, siendo lo primero que aprendió, despues de la enseñanza elemental, las humanidades, en que sobresalió por todos sus compañeros. Estaba entónces en la edad en que los PP. Dominicos permiten á los jóvenes recibir el santo hábito, y nuestro buen Rodrigo suplicó á sus padres le concediesen esta gracia. Aunque el padre lo deseaba vivamente y era para él una verdadera y plenísima satisfaccion, no obstante, cumpliendo con el imprescindible deber de manifestar en su hijo todos los inconvenientes que podia presentar el estado á que aspiraba, le halló tan firme en su propósito, tan cimentado en el conocimiento de las circunstancias que debe reunir el religioso, y tan dispuesto á emprender esta vida, por más que segun el mundo tenga escollos y dificultades, que de modo alguno creyó prudente oponerse á su propósito, ántes por el contrario, él mismo le acompañó en sus pretensiones, que fueron favorablemente despachadas, porque la comunidad comprendió muy bien que el jóven era llevado allí por Dios, y que sería mucho el provecho que de su estancia en ella lograria la comunidad misma y los fieles á cuyo pasto espiritual se le dedicase. Entró, pues, y lo que ántes de su ingreso habia sido simple conjetura porque no procedia sino de la confianza que inspiraban sus buenos antecedentes, se convirtió en realidad desde el momento en que se notó su gran docilidad y sumision no solo á los superiores y maestros, sino hasta el último lego; su profunda humildad, su constante deseo de adelantar en la virtud, y su afan nunca interrumpido por hacerse cada dia mejor y por ser observante hasta de las mas pequeñas cosas, no solo prescritas, sino áun deseadas por la santa regla y sabias constituciones. Bajo estos auspicios siguió todo el tiempo de su noviciado, asi es que al cumplirse éste, unánimemente fué aprobado para la profesion, en la cual confirmó más y más sus propósitos, llenándose de gozo al considerarse afiliado para siempre á la tan esclarecida órden de Predicadores. Al momento de haber profesado le mandaron á estudios; y si en el camino de la virtud y en las pruebas que de ella le exigieron, le encontraron no solo firme y bien cimentado, sino ansioso de adelantar cada vez más, en la carrera literaria es pasmoso lo que se le vió progresar. Para él no hubo dificultades ni áun en los principios; las cuestiones más metafísicas las comprendia perfectamente, así es que sus maestros poquísimo trabajo tenian que emplear en él, y con este muy poco trabajo lograban siempre abundantísimos frutos, más aún de lo que se proponian. Por supuesto que

en todos los actos públicos en que por su instruccion podia tomar parte, la tomaba, y no se verificó nunca el que quedára mal; ántes por el contrario, cuando los certámenes eran en el colegio, honraba á sus condiscípulos, y cuando eran fuera, daba un verdadero honor á su colegio y áun á la religion dominicana, á que siempre se gloriaba en pertenecer y en que todos dijeran que pertenecia. Así hizo su carrera, llegando en tanto á la edad conveniente para ascender á los órdenes sagrados, á que le hizo subir la obediencia, pues él por su parte nunca hubiera pasado del estado laical, por más que veia que en estudios aprovechaba y por más que alguna vez comprendiera que podia tambien ser útil en el desempeño del importante ministerio sacerdotal. Por último, se ordenó porque así se lo mandaron, y se ordenó con las debidas disposiciones, habiendo sido el dia de su primera misa de gran contento para su comunidad, para su familia y hasta para el pueblo, pues todos se prometian mucho, y con razon, del nuevo sacerdote. Vacilaron algun tanto sus superiores en si le dedicarian al púlpito para provecho de los fieles, ó á la cátedra para bien de sus colegios, é indirectamente de los fieles en general, porque mucho les interesa contar con buenos ministros; y al cabo se decidieron por este extremo, contando con sobrada razon con que es mucho más fácil encontrar un buen predicador, que no un buen catedrático. Comenzó, como era consiguiente, por enseñar filosofía, y lo hizo tan bien, que solo un colegio fué el que le tuvo por maestro, pues inmediatamente que enseñó á éste, pareció conveniente que pasase á enseñar sagrada teología, y así se hizo, siendo uno de los muy pocos ejemplares que se han conocido de que los jóvenes que bajo su direccion se pusieron para lógica, estuviesen bajo su direccion tambien hasta el complemento de su carrera. Aunque filosofía no enseñó sino á un colegio, lo que es teología fueron muchísimos los que aprendieron bajo su régimen; así es que su constancia y aplicacion en la enseñanza y estudio le merecieron con razon los títulos de Padre maestro y luego definidor, pues que para lograr tan honrosa calificacion le daban título los lucidísimos informes que en ocasiones mil habia dado con motivo de ser consultado, ya por sus mismos hermanos, ya por universidades y otras corporaciones científicas, en asuntos de importancia suma, en cuestiones de gran dificultad, y habiendo tenido tal acierto en sus respuestas y dictámenes que ninguno fué echado por tierra aunque algunas de las cosas á él consultadas hubieron de ir unas al Supremo Tribunal de la Rota Romana, otras al no ménos respetable de la santa Inquisicion. Pues bien tranquilo y sosegado en el ejercicio de la enseñanza estaba nuestro buen Padre, cuando por fallecimiento del Ilmo. Sr. D. Fernando Montero, obispo de Nueva Segovia, fué destinado para ocupar su vacante, atendidas sus relevantes prendas y apetecidas circunstancias. Es indecible lo que sintió nuestro Pa-

dre Rodrigo el que se hubiera pensado en él, pero el mismo móvil que le habia llevado á la cátedra y al presbiterado, le llevó á la mitra; así es que por obediencia aceptó y fué consagrado en Manila, donde comenzó á ejercer su ministerio dando órdenes y haciendo otros actos pontificales, en el convento de Santa Clara de aquella ciudad. Vino pues á Nueva Segovia en 1655, y comenzó á desempeñar su ministerio pastoral con la misma solicitud, de igual suerte que habia obrado anteriormente, sin que por ser prelado dejára de ser religioso, en su porte, en su trato y en toda su conducta ejemplar, edificante, digna de un hijo del gran patriarca Sto. Domingo. Por espacio de ocho años gobernó su diócesis, siendo estimado del clero, del pueblo y de cuantos por cualquier motivo tenian ocasion de conocer sus dotes altamente apreciables; y al cabo de este tiempo contrajo una enfermedad que le llevó al sepulcro, si bien el Señor le permitió tiempo para disponerse al gran viaje de una manera edificantísima. Muchos fueron los bienes que produjo en la silla de Nueva Segovia el que lo ocupase nuestro Padre, octavo prelado de ella, y muy vivo el sentimiento que produjo su muerte, tanto más cuanto que su edad no era avanzada ni mucho ménos. Sin embargo, como los designios de Dios son tan altos, todos creyeron que era llegado el momento de que el prelado recibiese su premio, y por esto se conformaron honrando siempre su memoria.—G. R.

RODRIGO DE CARMONA (Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo en su convento de Sevilla, fué un varon sumamente celoso y muy servicial, no solo de su monasterio, sino á favor de toda la religion. Era de una viveza extraordinaria, de sutil ingenio, unido á una gran prudencia, devocion y vasta instruccion, adornado de otras buenas partes y virtudes, que hacian gozase de alta opinion, habiendo sido visitador general, definidor varias veces y prior en su monasterio y en otros muchos; los religiosos sentian infinito su falta cuando se le llevaban á dirigir y gobernar otros conventos, así era que en seguida volvian á elegirle con postulacion, modo de eleccion más completa y general que las ordinarias. Despues de haber ejercido constantemente y por muchos años los altos cargos que le encomendó la obediencia con alabanza de todos sus súbditos y beneficios incalculables para toda la Orden, acabó su vida tranquilamente y como siervo del Señor predilecto, dejando llenos de luto y amargura y memoria eterna á todos sus hermanos.—A. L.

RODRIGO DE CASTRO (D.), obispo de la santa iglesia de Cuenca. Fué el segundo de este nombre, y sucedió á D. Diego de Covarrubias, hijo de Don Alvaro Osorio, conde de Trastamara y Lemos, y de Doña Beatriz de Castro, condesa de Lemos. Dió principio á sus estudios mayores en la universidad de Salamanca, siendo obispo de aquella diócesis su hermano D. Pedro de

Castro, y en ella sobresalió, siendo uno de los más felices ingenios que tuvo aquella gran madre de tantos hijos ilustres. Pasó á Flandes en compañía de su hermano D. Pedro, obispo de Salamanca, necesitándole para su servicio en aquellos países el rey D. Felipe II, cuando este monarca estuvo en Flandes é Inglaterra. D. Rodrigo volvió á España, y se graduó de licenciado en cánones y leyes en la citada universidad. En seguida emprendió su viaje á Roma, con el título de Secretario de la Cifra, cuando su hermano D. Fernando Ruiz de Castro, marqués de Sarriá, fué por embajador á la corte del Pontífice. Cuando volvió á España, trajo breve y fué comisionado para prender á D. Fr. Bartolomé de Carranza, arzobispo de Toledo, y ejecutó la prision estando este prelado en la villa de Torrelaguna, y le entregó á la Inquisicion de Toledo. A los muy pocos dias se le dió plaza en el Consejo supremo de aquel Tribunal y el obispado de Zamora, y fué promovido de este para el de Cuenca en el año 1578. Distribuyó sus rentas entre los pobres y necesitados, remediando al mismo tiempo otras muchas necesidades secretas. Favoreció las órdenes religiosas, honró y amparó las letras. Los PP. Luis de Molina y Francisco Suarez, de la Compañía de Jesus, ambos prodigios en la teología escolástica, le dedicaron como á singular protector y amparador de las letras una parte de sus sabios y provechosos estudios; se ocupó y estudió mucho en el arte de administrar la justicia, no con ruido y espanto, sino con gran secreto y prudencia. De aquí procedia el ser amado y temido al mismo tiempo. El rey D. Felipe II le mandó que acompañase desde Barcelona á Madrid á su hermana la emperatriz Doña María, consorte del emperador Maximiliano, cuando regresó á España, donde murió con opinion de santa. Gregorio XIII, pontífice santísimo, le dió el capelo de cardenal en 15 de Diciembre del año 1578, y el título de los doce Apóstoles, y le recibió de mano del cardenal Granvela. De la iglesia de Cuenca fué promovido para la arzobispal de Sevilla en el año 1581, y en ella celebró sínodo diocesano en el año 1586. El rey D. Felipe III, el *Bueno*, cuando fué á casarse á la ciudad de Valencia con la Serma. Reina Margarita, le mandó que viniese acompañándola desde Barcelona á Valencia, donde veló á aquellas Majestades, haciendo en esta ocasion los grandes gastos que su grandeza pedia. Volvió á la iglesia de Sevilla, y murió en ella el 18 de Setiembre del año 1600, teniendo ochenta de edad. Fué depositado en su iglesia, y despues trasladado á la villa de Monforte de Lemos en el reino de Galicia, al colegio de la Compañía, fundacion suya, que dotó pródigamente, colocando la primera piedra en dicho edificio en el año 1595. En este Colegio, cuya arquitectura es de las más notables de España, se leen artes, filosofía, moral, teología, gramática y retórica, como igualmente todo lo que corresponde á la enseñanza elemental, dando al mismo tiempo mu-

chas limosnas. Sucedió á D. Rodrigo en el obispado D. Gomez Zapata, natural de Madrid. — A. L.

RODRIGO DE COLEMBURGO (Fr.), religioso franciscano, floreció en 1270, distinguiéndose mucho en la universidad de Oxford, y despues en la de París. No dejó escrita obra alguna, pero su grande fama ha pasado á la posteridad. Tuvo el grado de doctor con no poca satisfaccion de sus discípulos y áun de sus compañeros, que veian en él un hombre superior á su siglo, uno de esos pocos seres cuya existencia anuncia una nueva via, un nuevo camino para los adelantos de las artes y de las ciencias. La fama de Rodrigo le permitia aspirar á los puestos más elevados, abrirse el vasto porvenir, que se presentaba ante su vista con todos los mágicos colores que le presta la esperanza, empero su modestia y su humildad le hicieron preferir otra senda, tanto mas gloriosa cuanto que entraba en ella renunciando á todo lo que el mundo le ofrecia en premio á sus talentos y adelantos. Abrazóla, sin embargo, deseoso de trabajar en bien de la humanidad, de conducirla por el camino de la perfeccion al templo de la virtud, donde si sus esfuerzos eran firmes y constantes podria verse coronada con la palma de victoria, con el laurel del triunfo. Empero Rodrigo, como otros tantos antecesores y sucesores suyos, no pudieron hacer más que sembrar la semilla que debia fructificar más adelante, y aunque temiesen que el campo debia verse cubierto de abrojos que secan en su flor los mejores frutos, quemado por la zizaña que habia de venir á secar sus mejores trabajos, no por eso cesaron en sus esfuerzos, ántes bien los continuaron convencidos de que tarde ó temprano vendrian á dar el apetecido resultado. Han pasado muchos siglos, y los hombres continúan siempre lo mismo; arrástranlos sus pasiones al error, y rara vez el desengaño los atrae á la verdad: algunas almas puras suelen seguir las manifestaciones de su espíritu sin mancha, y estas son las que tienen la fortuna de llenar los designios de la Providencia. Triste es ciertamente decirlo; pero ni la demasiada ciencia, ni el escaso saber son los mejores guias en la vida; una mediana instruccion suele obtener triunfos más seguros y positivos que los consiguen los pretendidos sabios con toda su vanidad y grandes pretensiones. Los siglos, por otra parte, se dejan arrastrar por caminos á cual más opuestos, y en vano la Iglesia, depositaria de la santa verdad, de las antiguas tradiciones, procura conducirlos á través de los escollos que se levantan do quiera á su paso, explicándolos lo que hay ó no cierto, la parte que tienen de error, sus verdaderos ó falsos adelantos. Esto lo hizo Rodrigo de Colemburgo, esto lo han hecho en nuestra época ilustres oradores, y lo harán en lo venidero otros, enviados por la Providencia para guias y apoyo de la humanidad desfallecida: oigámosles, prestemos atento oido á sus palabras, seguros de que este es el único medio de

acertar, de caminar con más seguridad y éxito por la senda del verdadero progreso.—S. B.

RODRIGO DE LA CRUZ. (V.), benedictino. Era español, y habia tomado la cogulla del bendito patriarca en el Real monasterio cisterciense de Huerta, á principios del siglo XVII. La excesiva modestia que distinguió siempre á este santo religioso, el cuidado que siempre tuvo en huir del vano aplauso del mundo, y el especial encargo que hizo de que no se escribiera cosa alguna acerca de él despues de su muerte, son causa de que ignoremos las más notables particularidades de su vida y que no exista otra cosa que su buena memoria. Los cronistas de la Orden nos han conservado su nombre, y aseguran que eran sus virtudes las más altas y recomendables; por lo cual el Señor, para manifestar al mundo cuán aceptas le habian sido y qué sitio tan preeminente ocupaba en gloria, permitió que por espacio de tres dias despues de su muerte, ocurrida el dia 31 de Diciembre de 1636, exhalase su cuerpo un aroma tan sobrenatural como agradable. La religion benedictina le cuenta en el número de sus santos y le conmemora en el dia mencionado arriba.—M. B.

RODRIGO DIAZ (D.), obispo de la santa Iglesia de Salamanca, segundo de este nombre. Sucedió á D. Lorenzo en el año 1335. Fué notario mayor del reino de Leon, religioso de la órden de Santo Domingo, del linaje y sangre de Castilla. Rigió aquella iglesia por el espacio de cuatro años, edificando á todos con su modestia, virtudes y piedad. Murió en el año de 1339 á 18 de Junio. Está enterrado en la capilla de San Martin en un sepulcro que se halla enfrente de la sepultura del obispo D. Fr. Pedro Perez. En el año de 1608 se abrió su sepultura, hallándose entero y sin detrimento su cuerpo é intactas y perfectamente conservadas sus vestiduras sacras y los ornamentos. Tuvo por sucesor á D. Juan Lucero. — A. L.

RODRIGO DE DIOS (P.), franciscano portugués, natural de la ciudad de Bricianda en la diócesis de Lamego. Hijo de una antigua y distinguida familia, Rodrigo manifestó desde sus primeros años las buenas cualidades de que se hallaba adornado, no solo para el ejercicio de todas las virtudes, sino tambien para el estudio y la ciencia. En efecto, apénas comenzó su carrera se distinguió por su aplicacion y capacidad, y como esto iba unido á una modestia no vulgar y á una piedad sin límites, procuraron desde luego sus maestros que se consagrase á Dios en alguna órden religiosa, donde podria ser de grande utilidad, al mismo tiempo que adquirir para sí inmarcesible gloria. Llegado á la edad competente, se decidió por la religion franciscana descalza, en que tomó el hábito á principios del siglo XVII. Dotado, como hemos dicho, de las mejores cualidades, hizo en muy breve tiempo los más rápidos progresos en los estudios, y sus superiores deseosos de me-

jorarle le nombraron para diferentes cargos, que desempeñó con celo y acierto haciéndose acreedor á nuevos ascensos. Como era de buenas costumbres y vida ejemplar, se le eligió para maestro de novicios, en cuyo puesto continuó por un largo periodo, enseñando á sus discípulos no solo las reglas de la virtud, sino tambien las de la ciencia en que estaban obligados á hacer iguales y simultáneos adelantos. Su método de enseñanza ha merecido grandes elogios á los cronistas de su Orden, y en efecto es acreedor á ello por ser este uno de los puntos más importantes en toda religion, y en que más deben esmerarse todos los de él encargados, pues de ellos depende el porvenir y engrandecimiento, y tambien la decadencia ó desaparicion de su Orden. En elogio del P. Rodrigo debemos decir que muchos de sus discípulos llegaron á figurar en los principales cargos de la religion Seráfica, venerándole siempre como su padre y maestro, y que quizá á ellos debió tambien los nombramientos, con que fué posteriormente honrado, de definidor y ministro provincial de su Orden, los que desempeñó como no podia ménos de esperarse de sus distinguidos antecedentes. Retirado de todas las dignidades al llegar á una edad bastante avanzada, se dedicó exclusivamente á escribir ó perfeccionar las obras que en su juventud habia compuesto, y por las que hoy se le conoce principalmente. Murió en opinion de santidad en Lisboa en 1.° de Febrero de 1622. Intitúlanse sus escritos: *Causas espirituales*, compuestas para direccion de los sacerdotes; Lisboa, por Antonio Craesbeck de Melo: 1674, en 8.°, 1678. En la primera edicion aña dió el *Tratado de la oracion* de Francisco de Medina. *Tratado de los grados*, ibid, por Pedro de Craesbeck, 1618. —S. B.

RODRIGO DE FLORES (H.), de la Compañía de Jesus. Fué coadjutor temporal y varon verdaderamente devoto, mortificado, humilde y de alta perfeccion, debiéndosele mirar como espejo de virtud y religion. Desde que ingresó en la Compañía se aficionó en extremo al ejercicio de la oracion; disponiéndose con la contínua mortificacion de su cuerpo. Experimentó y sufrió en los principios mucho desamparo del Señor en sus preces; pero perseveró en sus llamamientos hasta que le manifestó su amor y dulzura, comunicándole luz y gracia especial á su entendimiento, consiguiendo el inefable favor de poder hablar de los misterios de Cristo, como si fuera el más eminente y consumado teólogo. Y tanto se encendió la voluntad en su amor, que su mayor placer y regalo era hablar y tratar con su Criador. Se levantaba ántes que los demás para gozar más tiempo de su amado, que asi llamaba al Señor en la oracion, y pasaba en ella algunas noches, sin dar otro descanso al cuerpo que el muy preciso. Arrebatábase con frecuencia, quedando elevado en éxtasis, sin otro sentimiento ni uso de los sentidos, tanto que punzándole los pies con alfileres no los sentia. Entraron algunas

veces y á deshora en su aposento personas graves y santas, y le vieron de rodillas en oracion, rodeado el rostro de resplandor celestial, y tan claro el aposento con la luz del cielo, estando cerrada la puerta y ventana, cuanto pudiera estarlo con la luz natural. Mas á pesar de ser tan contínuo en la oracion, no faltó jamás al cumplimiento de los oficios y obligaciones en que le ocupaba la obediencia, siendo en ellas tan fervoroso, hacendoso y servicial como si no pensára en otra cosa que en lo que hacia, de modo que de la oracion sacaba ánimo y esfuerzo para el trabajo, y con el trabajo se disponia para la oracion. Su ordinario vestido era una sotanilla parda, muy corta y muy vieja, y cuando pretendian hacerle una nueva, no lo consentia, diciendo que desempeñando el oficio más bajo no desdecia el que el traje fuese correspondiente. Era sumamente callado, pero en lo poco que hablaba se conocia el amor profundo á Dios que ardia en su pecho. Era muy constante en todo género de penitencia y en el ayuno, usando con la mayor reserva del silicio y disciplina, sin que le estorbase para estas mortificaciones el ordinario trabajo de la cocina ó de acarrear piedra á la obra de la casa profesa de Sevilla. Deseaba verse en las Indias entre bárbaros, ó bien en otros puntos donde le faltase lo necesario, para tener más que padecer y que ofrecer á Dios. Era extraordinariamente parco en la comida, tanto en la cantidad como en la calidad de los manjares, huyendo de todo lo que pudiera lisonjear y dar gusto al paladar. Su única bebida en sus trabajos, sudores y cansancio, fué siempre agua, y en sus padecimientos tomaba de buena gana las medicinas amargas, no tanto por el alivio que pudieran producirle, como por el deseo de mortificarse. En el último tercio de su vida pidió muy de veras á Dios que le diese una larga y penosa enfermedad para purificar su corazon, y prepararse mejor para la muerte, apareciendo más puro en su presencia. Dios accedió á sus deseos, dandole una fiebre ética que le duró seis meses, y sufrió con admirable paciencia y con ardientes deseos de verse libre de las prisiones de la mortalidad, y gozar de la bienaventurada presencia del Señor, á quien con gran paz, quietud y alegria de su alma, habiendo recibido devotamente los santos sacramentos, dió su espíritu el año de 1584.—A. L.

RODRIGO DE LA FUENTE, franciscano. Ignórase de qué punto era natural este esclarecido mártir de la fe de Cristo, aunque muy fundadamente se cree naciera en algun pueblo de las inmediaciones de Alcalá de Henares, pues en esta ciudad y su famoso convento de Santa Maria de Jesus, vulgarmente llamado de S. Diego de Alcalá, tomó el hábito de la Seráfica Orden, y siguió los estudios hasta recibir las órdenes sacerdotales. Hízose notable en este convento por su humildad, su aplicacion y su mansedumbre, no ménos que por su rígida penitencia y estricta observancia de la regla Seráfica.

Luego que hubo profesado y dedicádose de lleno á cumplir las obligaciones de su sagrado ministerio, fué tanto el fervor en que su alma se encendia por el amor del prójimo, y su afan de extender la católica creencia, que no pareciéndole suficiente campo el español territorio, y advirtiendo que de la otra parte de los mares existian pueblos privados de la luz de la verdadera fe, y de los que podian sacarse multitud de almas para el cielo, solicitó con grande ánsia ser enviado á las misiones encargadas de difundir la verdadera religion en las apartadas regiones del Nuevo Mundo. Vió cumplido al fin su ferviente deseo, nombrándole los superiores para formar parte de una expedicion que iba á salir á las posesiones españolas de la América, con objeto de trabajar en la reduccion de aquellas pobres gentes, que siendo verdaderos hijos de Dios, vivian sumidos en la condicion miserable de las bestias, careciendo hasta de razon, y vegetando en los bosques sin más aspiraciones que las de satisfacer instintivamente sus necesidades y sus brutales apetitos. Llegado Fr. Rodrigo á la isla de Sto. Domingo, se le encargó la formacion de una mision ó pueblo de indios en medio de los bosques, y cúpole la suerte de dar con individuos dóciles y humildes, que escucharon con sana intencion sus consejos y aprovecharon sus lecciones, llegando á ser en poco tiempo humildes siervos del Señor, y miembros útiles para la Iglesia y el Estado, puesto que como todos aquellos que eran civilizados bajo la augusta sombra de la cruz, no solo eran buenos cristianos, sino tambien fieles súbditos del monarca. Nunca, y ménos en los tiempos modernos, serán bastantemente alabados los servicios que prestáran en América las dos religiones dignamente émulas de S. Francisco y S. Ignacio. La edad presente, que se ha gozado y se goza en calumniarlas, nunca producirá los saludables frutos que aquellas produjeron, á pesar de sus brillantes teorías y de sus elevadas pretensiones. Todo el que se tome el trabajo de examinar la historia de las misiones del Nuevo Mundo, conocerá muy fácilmente cuán grande y cuán meritoria es la conducta de aquellos hombres que abandonaban sus hogares, y que se abstraian hasta del trato con sus semejantes, para ir á habitar en desiertos bosques, y para ocuparse en traer no solo á la vida del alma, sino tambien á la vida social, á aquellos desgraciados séres que, siendo tan hijos de Dios como los habitantes de la culta Europa, carecian completamente hasta de los más leves destellos de la luz de la razon. Rodrigo de la Fuente tuvo la suerte de dar en los principios de sus apostólicas tareas con salvajes humildes y sencillos, cuales eran los antiguos habitantes de la *Española*, primer descubrimiento de Colon, y cuya mansedumbre tanto elogia el célebre almirante en las cartas donde da cuenta á los soberanos del éxito de sus descubrimientos. Formó, pues, en breve una mision en los bosques, gozando en breves dias el inefable placer de hallarse al frente de una bien organizada

poblacion cristiana, que como los primitivos hijos de la Iglesia alababan á Dios en medio de las desiertas selvas del ántes ignorado continente. Algunos años pasó Rodrigo ocupado en la santificacion de aquellas almas, cogiendo abundante fruto de sus tareas evangélicas; pero su celo por extender la fe católica y aumentar el rebaño del Señor con nuevas ovejas, único fin con que sus hermanos le condujeran á aquellas regiones, le hizo abandonar momentáneamente la mision con objeto de probar el logro de una empresa, que hasta entónces habia producido malísimos resultados á todos los misioneros que trataran de llevarla á cabo. Entre el grupo de islas del Atlántico hay algunas pequeñas, que por espacio de muchos años despues del descubrimiento estuvieron habitadas por una raza de salvajes, cuyas feroces costumbres contrastaban notablemente con la simplicidad y mansedumbre de los demás que poblaban aquellas regiones. Estos salvajes, que luego se hallaron extendidos por toda la América, eran los *caníbales* ó *caribes*, raza brutal y cruel que hacia frecuentes incursiones en las islas circunvecinas á las que ellos ocupaban, y hacian cautivos á los que podian haber á las manos, con objeto de matarlos y celebrar horrendos festines devorando sus cadáveres. Dicha raza, que ha desaparecido completamente sin que ninguna de las varias naciones que hizo conquistas en América lográra dominarla, y que consintió aniquilarse y desaparecer primero que doblegarse á admitir los beneficios de la civilizacion europea, habia continuamente desoido las amonestaciones de los misioneros como hombres de paz, y huido delante de los hombres de guerra cuando no podia hacerles frente, negándose absolutamente á tener trato ni relacion con los europeos. Sabiendo el Padre Rodrigo que en un bosque próximo á la mision estaba acampada una tribu de caníbales, sin duda alguna guiados por la mala idea de hacer presa, cuando la ocasion se presentase, en aquellas mansas ovejas que tranquilamente vivian bajo la protectora égida de la religion, y á pesar de constarle al santo misionero la ferocidad de aquella gente y los infructuosos pasos que se habian dado para su conversion y reduccion, creyendo ser más afortunado ó dejándose llevar de su ardiente celo, determinó ir en su busca, aunque los indios de la mision, principalmente los ancianos, que temian el inminente peligro á que iba á exponerse entre aquellos bárbaros, le suplicaron que no lo hiciese. Nada pudo detenerle; y haciéndose acompañar de dos indios, que llevó como guias é intérpretes, y llevando algunos víveres y varios efectos para ganar la voluntad de los salvajes, partió en busca suya vagando casi dos dias por la enmarañada espesura de los bosques. Habiendo, por fin, llegado á su encuentro, hizo que los intérpretes les anunciasen amorosamente el objeto que le guiaba, y el deseo que tenia de ser escuchado. Los caribes, disimulando la mala intencion que abrigaban, fingieron escuchar

al misionero; mas apénas éste, fiado en su aparente docilidad, les entregó los regalos que llevaba, que aunque de insignificante valor eran muy apreciados de aquellos feroces antropófagos, no teniendo ya que esperar cosa alguna, se arrojaron á él como carnívoras fieras, y dándole repetidos golpes le arrancaron la existencia, haciendo volar su bendita alma al cielo. Luégo haciendo pedazos su cuerpo y poniendo los trozos á la lumbre, dispusiéronse á celebrar uno de sus horribles banquetes. Pero si Dios nuestro Señor habia aceptado el sacrificio de su fiel siervo para premiarle en la gloria los servicios que en el mundo practicára, no permitió quedára impune el criminal atentado de sus bárbaros asesinos, los cuales, apénas hubieron terminado su banquete, quedaron muertos como heridos por el rayo. Los dos guias, que aterrados habian sido testigos del espantoso crimen y del no ménos espantoso castigo, volvieron á la mision á dar cuenta de lo sucedido, comunicándose luego la noticia á los superiores de la religion, que á su vez la trasmitieron á España. El martirio de este varon tuvo lugar por el mes de Octubre del año de 1581, y la Orden Franciscana le ha colocado en el número de sus santos, incluyendo su nombre en los Martirologios y celebrando su tránsito glorioso el dia aniversario del mismo. — M. B.

RODRIGO DE FUENTES (D.) Sumamente escasas son las noticias de este sujeto, que sin duda sería de gran valer, siquiera se atienda únicamente á que perteneció al colegio mayor de S. Bartolomé de Sevilla en los años en que estaba en su mayor auge; pero bien sea porque no saliese á ninguna colocacion brillante, ó bien porque por su mismo carácter no quisiera prestarse á ser conocido de los demás, ello es lo cierto, que ni áun en las crónicas ó anales de aquel célebre colegio de donde se han sacado antecedentes que esclarecen en gran manera genealogías y hechos los más ilustres de otros esclarecidos personajes, ni en ninguna otra parte, encontramos acerca de este sugeto más que su nombre; la época de su nombramiento de colegial, que fué en 1438, y el acta de su posesion, que refiere que esta se le dió positiva y realmente, habiéndola él aceptado sin violencia y con toda y plena deliberacion. Esto es, pues, todo lo que se sabe. Acaso otros más afortunados que nosotros podrán en documentos inéditos, ó por cualquiera de los medios de que el literato dispone, obtener mejores resultados. Por lo que toca á nosotros nos cabe el sentimiento de que respecto á Rodrigo de Fuentes no podemos decir sino que fué colegial de S. Bartolomé. — G. R.

RODRIGO GALLEGO (V.), presbítero y mártir. Era natural de Sevilla, en cuya ciudad hizo sus estudios y siguió la carrera eclesiástica hasta obtener la investidura del sacerdocio. Cuando el año 1538 se dispuso una expedicion para ir al descubrimiento de aquella parte de América, que se tituló *la Flo-*

rida; Rodrigo, animado de santo celo y deseando contribuir en cuanto posible le fuera al bien espiritual y temporal de los salvajes habitantes de aquellas apartadas tierras, se asoció con otros virtuosos clérigos, y marchó con la flota, que salió del puerto de San Lucar en el mes de Abril del antedicho año 1538, en calidad de misionero. Llegados á su destino, empezaron á cumplir todos dignamente la santa mision que se habian propuesto, ayudando con los socorros espirituales álos indivíduos de la expedicion, y buscando entre las espesuras de las selvas á los indios bravos para bautizarlos, doctrinarlos y hacerles entrar en la vida sociable y gozar de las ventajas que esta proporciona. De los clérigos y religiosos que en número de diez habian salido de España, ninguno volvió á ella, rindiendo todos la vida en cumplimiento del voto que pronunciáran. Murieron los unos víctimas de las enfermedades que produce el clima, y perecieron los otros á manos de la furia de los indómitos salvajes, que aquellos bosques poblaban. Rodrigo Gallego fué el último que quedó vivo, y despues de ver morir á sus amados compañeros, y al bravo cuanto desgraciado guerrero Loto, capitan de la expedicion, fué tambien sacrificado por algunos salvajes el año 1568, despues de una larga permanencia en aquel apartado clima, donde con el mayor ardor se consagrára á la conversion de almas para el Señor, ofreciéndole constantemente el sacrificio de su vida, que le fué últimamente aceptado. El nombre de este virtuoso y heróico sacerdote que con tanta abnegacion ofreciera su vida en defensa de la doctrina y de la fe católica, es citado con elogio por los historiadores de la América, el inca Garcilaso y Antonio de Herrera, colocándole en el gran número de mártires que la historia de la conquista cuenta en el Nuevo Mundo. — M. B.

RODRIGO Gonzalez (P.), de la Compañía de Jesus. Fué natural de la villa de Osorno, obispado de Palencia; era de muy claro talento y muy aprovechado en sus estudios, y estando ya graduado de licenciado, entró en la Compañía en la universidad de Alcalá, donde era colegial trilingüe y muy gran retórico; despues de haber oido teología del P. Mtro. Deza, le llevaron á Madrid á leer latinidad, y atendiendo á sus buenas prendas y capacidad, fué nombrado prefecto de aquellos estudios, cuyo cargo desempeñó con tanto provecho de los estudiantes y edificacion de la gente cortesana, que conociendo que los estudiantes por la honra se animan á estudiar, introdujo los grados de doctores, que se acostumbra á dar en las universidades, haciendo sus ejercicios públicos, á los cuales acudian muchas personas ilustres, tanto eclesiásticas como seglares, y entre otros el nuncio de Su Santidad Gregorio XIII, Mons. Ormaneto, obispo de Pádua, era el que más los frecuentaba, deleitándose en ellos, por el mucho provecho y beneficio que de ellos resultaba en favor de la juventud estudiosa. Se ocupaba á más de estos ejer-

cicios del magisterio en los demás ministerios de la Compañía, principalmente en confesar y predicar, que lo hacia admirablemente. Acerca de la muerte de este benemérito Padre se cuenta lo siguiente. Una mujer con fama de hechicera, y que producia muchos males en la corte con aquel infame ejercicio, fué á confesarse con el P. Gonzalez. El celoso Padre no la quiso absolver si no se decidia á abandonar aquel género de vida, entregándole los efectos de sus hechicerías. Dueño de ellos, en vez de destinarlos á las llamas, por más desprecio determinó echarlos en los lugares comunes del convento. Pero el enemigo de las almas propuso vengarse, para esto se valió de la siguiente manera. Habia ido el P. Rodrigo Gonzalez á predicar al monasterio de los Angeles, fundacion de monjas en Madrid, dia de la Ascension del Señor, que fué á 15 de Mayo de 1580; y predicó con gran fervor y espíritu, y tan encendido en amor de Dios y de los prójimos, que parece presentia que aquel habia de ser el último; volvió á su casa como á las once del dia y fué á los lugares comunes; estando en ellos, el demonio, envidioso de su santidad y del provecho que hacia en las almas, y por vengarse del agravio que le habia hecho en aquellos mismos lugares, permitiéndolo así Dios por sus justos juicios y para mayor corona de este siervo suyo, hizo fuese cogido entre dos tabiques, como en una prensa, y le apretó de tal manera entre ellos, que le quebrantó todo el cuerpo y costillas, dejándole únicamente libre la cabeza; estando gimiendo en esta afliccion, entró un hermano que oyó se quejaban, y viendo que el Padre aplastado no le contestaba más que con lamentos, trató de descubrirlo, y halló al P. Rodrigo cubierto de ladrillos y yeso, y entre dos tabiques, y reclamando ayuda, acudió gente, le sacaron de aquel lugar y le llevaron á la cama hecho pedazos su cuerpo. En ella estuvo sufriendo indecibles dolores y tormentos, con notable paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, al cual daba de contínuo infinitas gracias, por las señaladas mercedes que le habia hecho, y particularmente por darle tal muerte por su amor. Recibió todos los sacramentos con mucha devocion y ternura, y con mucha paz pasó de esta vida á la eterna á 12 de Junio de 1580, habiendo estado en la Compañía doce años. Fué enterrado en la iglesia del colegio, con numeroso concurso de gente, y especialmente de sus discípulos que sintieron en extremo su prematura muerte. —A. L.

RODRIGO Gonzalez de Leon (D. Fr.), obispo de la santa iglesia de Santiago. Sucedió en la sede á D. Gonzalo Fernandez de Villamarin, y fué el primero de aquel nombre; varon señaladísimo, religioso de la órden de los Predicadores, provincial de Castilla, confesor del rey D. Alonso *el Sabio*, arzobispo de Santiago y canciller del reino de Leon. Todos los elevados cargos que obtuvo fueron debidos á su sabiduría, grandes virtudes y vastos

conocimientos que poseia en aquella época. Sumamente estudioso, caritativo y piadoso, se granjeó el afecto de sus contemporáneos, mereciendo gran reputacion y fama por la buena direccion y desempeño de los altos destinos religiosos que se le cometieron. En el año 1280 confirmó privilegios de su tiempo, y constan firmados del modo siguiente: *D. Fr. Rodrigo, Primado de las Españas, Canciller del Reino de Leon.* Murió en el año de 1304. El muy elocuente y erudito P. Mtro. Fr. Hernando del Castillo, en la segunda parte de la *Historia*, capítulo IX, que escribió de su sagrado instituto, consigna que este eminente prelado gobernó su iglesia por el espacio de diez y ocho años, y que se halla sepultado en el convento de Sto. Domingo, de la ciudad de Santiago, como consta por el epitafio siguiente, que se lee en su sepulcro.

✠

Dominus Frater Rodericus Gonzalez, natione Legionis, insignis genere, quondam Fratrum Prædicatorum Ordinis, Hispaniæ Prior Provincialis, et post pro miseratione divina factus est Archiepiscopus Compostellanus. Æra 1300.

Tuvo por sucesor este eminentísimo y preclaro varon á D. Rodrigo del Padron, segundo de este nombre, natural del reino de Galicia, y arcediano de Salnes, de la Santa Iglesia de Santiago. —A. L.

RODRIGO DE LAS HORMAZAS (Fr.), religioso lego del convento de S. Gerónimo del valle de Hebron; este virtuoso varon, de rostro poco agraciado y muy moreno, tenia tan hermosa el alma, que era espejo en que pudieran mirarse todos los demás religiosos. Era tan notoria y sublime su humildad, que hacia los oficios que le encomendaba la obediencia con el mayor agrado, pureza y sencillez, por bajos que fueran, sirviendo á sus hermanos como un esclavo, siendo admirable su mucha devocion y piedad. Más de treinta años tuvo el cargo de ayudar á la misa del alba, no faltando jamás á su cumplimiento; y otros tantos desempeñó al mismo tiempo el oficio de la cocina, poniendo más cuidado y atencion en lo primero, que nunca quiso fiar á nadie; y lo segundo, sin duda alguna, lo tenia encomendado á los ángeles, quienes le servian de buena voluntad, para desembarazarle y que sirviese á Dios en el altar ayudando á misa. Fué público y notorio en mil ocasiones, cuando solia señalar con la campana para que bajasen á comer, no tener nada aderezado, por cuya falta le reprendia frecuentemente el refitolero, y al sentarse la comunidad, presentarles la vianda tan bien guisada y sazonada como si no se hubiera ocupado de otra cosa. Como el religioso encargado de celar el órden que se llevaba en la cocina, veia que á la primera señal para juntarse el claustro y rezar segun costumbre por los bienhechores, se afligia en extremo y le reñia su descuido por no tener nada pre-

parado; pero el siervo de Dios con paciencia y alegría le contestaba, que no se enojase, que daria buen recado, sin dilacion y sin que esperase la comunidad. Así sucedia, pues, en el corto espacio invertido en rezar dos ó tres veces el *Miserere mei*, lo daba completamente aderezado á satisfaccion de todos. Ocurrió esto tantas veces, que no pudo encubrirse á los religiosos, conviniendo en que aquello no era posible ocurriese naturalmente, y que solo la intervencion del Señor y la ayuda de los ángeles podian explicar aquel extraño suceso. Al llegar su fin manifestó la gran pureza y santidad de su vida; un dia estando bueno y sano, puso lo necesario en el refectorio para que los religiosos hiciesen colacion, en cuyo dia habia recibido el Santo Sacramento, y hecho este servicio, se fué á echar en la cama, avisando al prior que le llevasen la extremauncion, porque en seguida iba á morir; como le veian sin ningun síntoma de enfermedad, tan entero y sano como siempre, y que aquel mismo dia les habia servido de comer, al pronto no hicieron caso, juzgándolo un capricho; pero el siervo de Dios les afirmó que habia de morir prontamente, y que no dudasen administrarle aquel santo sacramento cuanto ántes, porque no podia partir sin él á la otra vida. Viéndole entónces tan determinado, y con tantas instancias y ruegos, entendieron los religiosos tenia alguna revelacion del cielo, por lo tanto se le dió y recibió con muchas lágrimas y sentimiento: inmediatamente elevó sus manos y los ojos al cielo, y dió el alma á su Criador. Testifican cuantos le vieron, que en aquel momento se observó una completa mudanza en su rostro, porque siendo tan moreno y poco agraciado, se cambió su semblante, poniéndose tan hermoso, blanco y sonrosado, que presentaba el rostro de un ángel, de tal modo que nadie hubiera podido conocerle á no haber estado á su lado y visto aquella trasformacion. — A. L.

RODRIGO HURTADO (P.), religioso de la Compañía de Jesus. Fué natural de la ciudad de Toledo, hijo de padres muy devotos, honrados y caritativos; especialmente su madre fué muy gran sierva de Dios, y como tal crió á su hijo Rodrigo Hurtado en buenas y loables costumbres, infundiéndole con su sangre el santo temor de Dios Apénas sabia hablar cuando ya sabia las oraciones, y las rezaba diariamente con el mayor gusto. Siendo ya mayorcito le dieron por ayo un sacerdote llamado el licenciado Porras, que murió mártir en una tinaja de aceite hirviendo en el levantamiento que hicieron los moriscos en el reino de Granada, y de quien aprendió muchas virtudes, y particularmente la devocion de nuestra Señora la Virgen María, cuyo rosario y horas rezaba cada dia, ayunando los sábados y oyendo misa, no dejando de cumplir con esta devocion por nada en el mundo. Tambien aprendió de su virtuoso maestro á ser caritativo con los pobres, en tanto grado, que estando una vez en camino, vió á un pobre viejo fatigado y su-

friendo un fuerte dolor, y compadeciéndose de él, le sirvió y aplicó por sí mismo los auxilios y remedios que reclamaba su situacion. Llegó á su juventud, cuando hierve la sangre, y se dió mucho á ejercicios militares, correr cañas, y otros pasatiempos cortesanos, determinando por último pasar á Indias, y teniendo ya licencia de sus padres y recibiendo la bendicion de su madre, le dijo ésta: Anda con Dios, hijo mio, que yo espero en Su Majestad que has de ser santo. Fué á ver ántes de la marcha á su hermano Gerónimo Hurtado, que por entónces se hallaba estudiando en Salamanca, y por su consejo se recogió en el colegio de la Compañía para hacer una confesion general, y allí es donde se resolvió á abandonar la partida para las Indias, y tomar otro camino más corto, derecho y seguro para llegar al cielo. Pidió ingresar en la Compañía con un gozo y una alegría tan extraordinaria, que bien se echaba de ver que el Señor le guiaba y llamaba por aquella áspera pero segura ruta. Accediendo á su viva súplica, fué admitido y recibido en ella el año de 1565, á los veintiuno de su edad. Le enviaron al noviciado de Medina del Campo, donde dió grandes muestras de su fervoroso espíritu y de la verdad y conviccion con que abandonaba el mundo y se abrazaba á Cristo crucificado. Se entregaba á muchas mortificaciones públicas y secretas, como tambien á la oracion y penitencia. Tuvo una propension muy grande al llanto, causa suficiente para padecer mucho de los ojos, impidiéndole muchas veces la lectura y el estudio; últimamente aquel humor le cargó tanto á un lado de la garganta, que fué necesario someterle á un tratamiento cruel y penoso, aplicándole para su curacion muchos cauterios, cortarle grandes pedazos de carne fungosa, y hacer otros remedios y ligaduras de vasos para contener peligrosas hemorragias; sufriendo todas estas operaciones con una paciencia y serenidad tan notable, como si no fuera suyo aquel cuerpo que tanto padecia. Por fin, fué Dios servido de sanarle de aquella dolorosa enfermedad y de otras muchas que tuvo, saliendo muy bien de sus estudios y dedicándose al púlpito, llegando á ser excelente predicador. Estaba tan satisfecho y contento con su vocacion y con verse en la Compañía, que un dia dijo á sus hermanos: Muchos años anduve buscando alegría y contento y nunca los hallé; pero desde que pertenezco á la Compañía, ningun dia me ha faltado. Era tan dado á la penitencia y trataba tan ásperamente sus carnes, que una vez que le acometió en Toledo una grave enfermedad, en la que el médico ordenó se le aplicasen unas ventosas, con dificultad hallaron un sitio sano de la piel donde podérselas echar. Por esta grande mortificacion y por sus muchas virtudes, le persiguió y maltrató el enemigo del bien de las almas. Una vez estando en el Corral de Almaguer, oyó su compañero, que era el P. Alonso de Arboleda, en el medio de la noche, grandes gritos, alaridos y ladridos

de perros en el aposento del P. Hurtado, y acudiendo inmediatamente, le halló muy cansado y trasudando, como si hubiera peleado y luchado, y agradecido á su cuidado le dijo: Dios se lo pague, Padre, que tan buena obra me ha hecho. Otra vez, entrando en su celda, se encontró en ella con una monja en extremo hermosa, que le empezó á hablar amorosamente, pero comprendiendo al punto de parte de quién venia aquella asechanza, huyendo de la tentacion, se refugió á la iglesia y se postró delante del Santísimo Sacramento, único sitio donde se creia seguro y libre de aquellas pérfidas tentaciones. Cuando estuvo en la mision del pueblo ántes citado, le fué á visitar el obispo de Troya, que era el visitador del cardenal D. Gaspar de Quiroga, en el arzobispado de Toledo, y abriendo la puerta del aposento donde se hallaba, le sorprendió haciendo oracion, elevado en el aire y tendido á la larga, como si estuviera en una cama; de estos raptos solia experimentar muchos, especialmente en la misa. Finalmente, hallándose en la villa de Berlanga ejerciendo sus constantes y santos ministerios, predicando, confesando y enseñando la doctrina cristiana en aquella poblacion, como ántes lo habia hecho en toda aquella comarca, habiendo concluido de decir la misa un dia de la octava de la Ascension, le acometió una afeccion catarral con fiebre alta, que aunque por el pronto el médico juzgó no era padecimiento que inspirase cuidado, el enfermo no se engañó, y le tuvo muy grande para prepararse y confesarse generalmente. En efecto, á la mañana siguiente, que era el 13 de Mayo de 1578, le acometió una recia apoplejia, que del todo le quitó el habla, y á muy pocas horas espiró. Gozaba universal opinion de ser un verdadero siervo de Dios, y en aquel pueblo todos le aclamaban por santo, y como á tal le hicieron un solemne entierro en la iglesia mayor de Berlanga, confirmándose más en aquel parecer, por la inalterabilidad de sus formas y facciones, flexibilidad de sus carnes y coyunturas, y por haber notado muchos le rodeaba una atmósfera que exhalaba una fragancia grata y especial. —A. L.

RODRIGO DE LA JARA, franciscano español del siglo XVIII. Habia nacido á últimos del anterior, y manifestado desde sus primeros años las mejores inclinaciones á la piedad y virtud. Dedicóle su familia á los estudios, é hizo tan rápidos progresos, que en muy breve tiempo fué el ídolo de sus profesores, que veian en él un excelente sucesor de sus tareas y de sus doctrinas. Pero Rodrigo tenia otras aspiraciones, pensaba en otro mundo más ancho y más vasto que desde su infancia se venia ofreciendo á su imaginacion como el sueño dorado de su esperanza, como la realizacion de sus ilusiones. Profundamente religioso y educado por su familia en los principios de la más severa austeridad, siempre habia sido la religion una de las bases de su carrera, lo que habia formado el principal y más noble de sus deseos.

No habia ciertamente pensado todavía en abandonar el siglo para retirarse al claustro; pero una voz interior, que no sabia explicar ni definir, le conducia irrevocablemente hácia la mansion desde donde debia pasar en santa paz la mayor parte de su vida. Cuando pasados algunos años, se convenció por completo de que el mundo no llenaba sus esperanzas, de que faltaba algo para satisfacer las necesidades de su corazon, comprendió que este algo se hallaba en la soledad y el retiro, y fué á buscarle en la religion Seráfica. Pronto manifestó el ardoroso jóven que las buenas cualidades que le adornaban no le permitirian permanecer por mucho tiempo en un lugar secundario, y que sin abandonar la modestia y humildad que habia prometido por sus votos, tenia que cumplir superiores destinos, que realizar nuevas aspiraciones. En efecto, apénas ordenado de sacerdote, se consagró al ejercicio de la predicacion, se encontró, por decirlo así, en su centro, y entónces fué cuando comenzaron su carrera y sus trabajos. Nombrado predicador de la provincia de Castilla de la Observancia regular, recorrióla en su mayor parte, predicando en todos los conventos, haciendo fervorosas misiones, y procurando corregir las costumbres y mejorar la vida de sus numerosos penitentes. Acudian á escucharle poblaciones en masa, admiraban su elocuencia y su erudicion, su piedad y ejemplar vida, su caridad y uncion, y en fin, todas las cualidades que deben adornar á un orador perfecto. Cuando ya los años ó las enfermedades le obligaron á abandonar tan glorioso ministerio, sus superiores quisieron premiar sus servicios, y fué nombrado visitador de la Orden Tercera, cargo que desempeñó hasta su muerte. Habia escrito diferentes obras, entre las que se citan las siguientes: *Panegírico* que habia *pronunciado en la canonizacion de S. Juan de la Cruz;* Madrid, por José Gonzalez, 1729, en fólio.—*Domus Dei;* dedicada á la Tercera Orden de S. Francisco.—S. B.

RODRIGO DE LLERENA (P. Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo en el Real convento de Guadalupe. Era natural de la ciudad de Llerena, y fué uno de los monjes más ejemplares que tuvo en el siglo XVII aquel Real monasterio. Recibió señalados favores del cielo y muchos bienes en la oracion, en la que se ejercitaba de dia y noche con el mayor fervor, siendo tal su recato en manifestarlos, que áun á los religiosos con quienes comunicaba su conciencia y los pensamientos más íntimos de su espíritu se los revelaba, pero como si fuesen ocurridos á otra persona. Con la misma reserva hablaba de los ejercicios de sus virtudes, evitando cuanto podia las sugestiones de la vanidad. Refirió en una ocasion, como caso sucedido á otra persona, que estando notablemente tentado de deseos carnales, se fué á la huerta del convento, en aquella ocasion cubierta de nieve, y desnudándose se tendió en aquel lecho helado, y permaneció en aquella situacion hasta que la eficacia

y accion del frio apagó las llamas de la concupiscencia. Consideró el que le escuchaba la templanza y humildad con que lo contaba, y el celo con que procuraba la pureza de la castidad que habia profesado, con otras mortificaciones semejantes, conociendo por su relato que el autor de la obra y de la historia eran uno mismo. Su más ardiente caridad la empleaba en el confesonario, siendo muchas las almas que salvó y ganó para Dios, sustrayéndolas con sus cristianos consejos del poder del pecado, y de gravisimos delitos y aflicciones; y por que no desmayasen en el cumplimiento de la penitencia que les imponia, les advertia, lleno de piedad, que de aquella precisa satisfaccion que debian dar por sus culpas cumpliesen la mitad, que él cumpliria la otra parte, como así lo hacia. Tuvo tambien particular don del Señor y mucha luz de profecía, como lo prueban sucesos dignos de conservarse á la posteridad. A un religioso de su mismo monasterio, que se encontraba muy desasosegado, le entró á visitar, y le manifestó y refirió cosas de su vida que á nadie habia comunicado, siendo imposible saberlas naturalmente, y con tales circunstancias que el religioso, en gran manera admirado, le confesó era verdad cuanto le habia dicho, y despues afirmó que entónces se calmó y sosegó. Hablando otra vez con una religiosa la manifestó el estado de su corazon y de sus deseos, todo con el fin de que se enmendase; la religiosa, inundada en llanto y sumamente contrita, le confesó ser verdad lo que la habia dicho y penetrado su grande inteligencia, y le pidió con la mayor humildad la proporcionase remedio y consuelo para verse libre de aquella pasion interior, y el santo varon se le concedió, dejándola tranquila y consolada. En otra ocasion, caminando á su patria, se sintió gravemente enfermo; el mozo que le acompañaba, viendo su estado, quiso volviese al monasterio, que estaba aún próximo; mas el siervo de Dios se negó, diciendo que en llegando á Trujillo le darian unos peces que le volverian la salud. No le pareció al mozo muy á propósito la medicina para el achaque, que ciertamente se iba aumentando; pero se desengañó al otro dia, llegados á Trujillo, pues en cuanto el P. Fr. Rodrigo comió unos peces que le ofreció una religiosa de mucho espiritu, con quien santamente comunicaba, quedó libre de su padecimiento y malestar. Era extraordinaria su caridad con los pobres; fué portero del convento, y madrugaba cuánto podia para remediar la necesidad de aquellos infelices; y aunque era curioso y muy esmerado en la limpieza, no reparaba en aquellas ocasiones en llenar las mangas de cuanto hallaba, ni hacer melindres por el temor de mancharse, con tal que llevase buena provision. Socorria tambien con licencia de los superiores á otras personas necesitadas y vergonzantes, gastando en este piadoso objeto y en regalar á los enfermos la limosna de sus misas; y tan grande era su caritativo celo, que cuando murió dejó pagados los alquileres de la casa á una mujer po-

bre. Entre otras devociones fué muy particular la que tuvo con la pasion del Señor: en llegando la semana santa se ponia más silicios que los acostumbrados, ayunando á pan y agua, cuya rigurosa abstinencia observaba todos los viernes del año, solia ponerse en cruz, un pie sobre otro, como si estuviese enclavado, y en esta violenta postura meditaba la pasion y rezaba el Rosario á la Madre de Dios, teniendo hecho voto de hacer estos santos ejercicios, siempre que pudiese, en aquella penosa postura. En cuanto á su devocion á la Virgen Santísima se mostró muy singular, especialmente del misterio de su Purísima Concepcion. A este fin ayunaba todos los sábados, y ponia de ordinario una lamparita á la ventana de su celda, que caia á la iglesia, para que ardiese en su reverencia, saludando desde aquel punto á la santa imágen muchas veces al dia. Usaba de asperísimos silicios, y un religioso, que vió uno de ellos, se espantó y admiró, dudando pudiese sufrirse aquel tormento. Tomaba muchas y contínuas disciplinas, siendo el lecho y el reposo de sus mortificaciones una tabla, en la cual tenia clavada una manta. Algunos dias ántes de su muerte dió claros indicios de que sabia con certeza se aproximaba el término de su vida. Uno de ellos fué que habiendo recibido una carta de una hermana suya, religiosa en un convento de Llerena, acompañada de una caja de conservas, suplicándole con muchos ruegos fuese á verla, pues hacia mucho tiempo que lo deseaba; el siervo de Dios dijo que ya no la veria más, pero que la entretendria con promesas para no desconsolarla; y aconsejándole un religioso reservase aquel obsequio de la caja que su hermana le habia enviado para cuando estuviese enfermo ó delicado, contestó que áun cuando cayese enfermo no la necesitaria, como así se verificó, porque el padecimiento fué tan rápido, que no le dió lugar á probarla. Tenia un santo crucifijo, en que tenia puesta toda su devocion, que se le pidieron unas monjas de Trujillo para colocarle en su coro; pero se excusó con ellas, manifestándolas que de ningun modo se desprenderia de aquella imágen hasta su muerte. Dos meses ántes de que esta se realizase, pidió licencia al prelado para mandársele á aquellas religiosas que tanto lo deseaban. Habiendo caido gravemente enfermo, y al quererle administrar las medicinas convenientes las rehusó, manifestando que todos los recursos del arte eran insuficientes, porque habia llegado el fin de su existencia. Con estas indicaciones, reveladas sin duda del cielo, y recibidos los santos sacramentos con la mayor devocion y santa conformidad, enriquecido de virtudes y mercedes que el Señor le habia dispensado, pasó á gozarle en la glorias el dia 31 de Julio de 1636, á los cuarenta y seis años de hábito.—A. L.

RODRIGO DE LOAISA (P. Mtro.), religioso agustino del convento de Lima, en el Perú, de donde probablemente era natural. Habíase distinguido mucho por sus estudios y virtudes, de manera que llegó á obtener los primeros cargos

en su Orden, pasando sin embargo ántes por todos aquellos que debian servirle como de escuela para desempeñarlos de una manera digna y acertada. Prior de diferentes conventos, procuró aumentar su bienestar moral y material, de manera que al mismo tiempo cumpliesen con todo lo relativo á la regla de su instituto, no se vieran expuestos por necesidades apremiantes á salir fuera de la casa, con lo que se relajaba mucho la disciplina, corriendo otros graves riesgos. Tambien procuraba que trabajasen con acierto y celo en la conversion de los indios, objeto principal de los misioneros en América, y que nunca olvidaban los superiores, pues con este fin habian sido fundadas aquellas provincias por los primeros religiosos que marcharon de España cuando el descubrimiento del Nuevo Mundo, y algunos de los cuales desempeñaron tan dignamente su cometido, que su nombre será citado siempre con veneracion, cual lo merecen por sus apostólicos trabajos; y otros sin abandonar tampoco este pensamiento, ántes bien secundándole y de una manera muy poderosa, consagraron sus esfuerzos á mejorar la suerte de aquellos infelices naturales, convencidos de que solo así podrian obtener los resultados apetecidos con la predicacion del Evangelio. Dedicado despues á la enseñanza, acabó de echar á su reputacion el sello que la faltaba, y consiguió esa auréola tan necesaria en las órdenes religiosas, en que el saber y las virtudes son preferibles á todas las demás cualidades; así sus compañeros no vacilaron en concederle su más completa confianza, enviándole como definidor al capítulo general que se celebró en la provincia de Andalucía en 8 de Setiembre de 1586, cargo que debió desempeñar de una manera muy acertada, puesto que aquellos Padres, deseosos de conservarle á su lado, le eligieron rector de su provincia, donde con este motivo permaneció durante un largo período. En 1618 residia aún en Andalucía, pues consta pidió licencia para publicar algunos opúsculos, los que dió á luz en efecto, aunque nos sean desconocidos sus títulos y las materias de que trataban. En esta provincia fué promovido á los primeros honores, y obtuvo, segun Calancha en su *Historia del Perú*, grande fama por sus virtudes, letras y nobleza. A su regreso al convento de Lima se llevó consigo una copia del Santo Crucifijo de Burgos; ignorándose la época en que aquel se verificó, lo mismo que su muerte y demás circunstancias de la vida de este religioso.—S. B.

RODRIGO *el Lógico*, donado de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de Córdoba. Este varon espiritual se crió en compañía del santo Fr. Vasco, fundador de la casa de S. Gerónimo de Córdoba, y aunque no recibió el hábito de la religion, fué súbdito y estuvo en su obediencia como donado, y es el primero de que hay noticia en esta religion. Llamábase Rodrigo, y por sobrenombre *el Lógico*. Era hombre de gran entendimiento y de mucha

agudeza; se aficionó mucho al estudio de la dialéctica, sobresaliendo en ella en el estado de abandono é ignorancia en que en aquellos tiempos estaba el cultivo del saber y de las ciencias. Dícese que reconocida su buena disposicion, talento y conocimientos, fué nombrado maestro de los hijos de un rey, sin decir cuál fuese, de los varios que reinaban en la península en aquel tiempo, ni tampoco los maestros tenian la autoridad ni consideracion que en épocas posteriores. Les enseñaba la lengua latina tal como entónces se usaba, dándoles igualmente noticia del arte de disputar y poner en razon las cosas, á lo que se ha llamado lógica ó dialéctica, y algunos principios de filosofía. En esta ocupacion gastó los mejores años de su vida el donado Rodrigo, sin marchitarse en todo este tiempo la flor de su pureza, siendo notoria su gran honestidad, y por tal era respetado. Los gentileshombres y caballeros de palacio, que no estimaban en mucho esta virtud, se reian de su rigorismo, y dominados de una mala idea, quisieron probar á este santo, proporcionándole un caso casi forzoso, valiéndose de una cortesana que coadyuvase á su infame intento. Pero la fortaleza y presencia de ánimo del siervo del Señor hizo saliese incólume de aquella celada contra su pureza. Pero temiendo volviese á repetirse burla tan pesada, exponiendo su decoro y honestidad, y queriendo huir del peligro, trató de apartarse del mundo y del palacio, donde se presentaban tantas ocasiones de ofender á Dios; ni quiso quedarse muy cerca, temiendo la importunidad de los amigos y la memoria del chasco pasado; marchó á Italia, algunos creen que en compañía del P. Fr. Vasco, siendo lo cierto que ambos estuvieron en la obediencia, y discipulado del siervo de Dios Tomás Sucho Senes, haciendo una vida muy santa y austera, allí se ejercitó en grandes penitencias y asperezas, castigando su cuerpo con ayunos, vigilias, desnudez, pobreza, obediencia, y en todo aquello que más se estima y considera en los varones admirables, tal cual era Rodrigo *el Lógico*. Despues de algun tiempo regresó á España en compañía de Fr. Vasco. Como este santo varon se fué á Portugal, Rodrigo se quedó en Castilla, no muy léjos de Córdoba, adonde por fin pasó construyendo una pequeña ermita cerca del monasterio de S. Francisco, que se llamaba Arrizafa. En aquel punto se le reunieron otros dos compañeros, que le tenian por maestro; hacian vida santa, trabajaban con sus manos, ocupándose en tejer cestillos de mimbre y de esparto, esteras, arneros y otros objetos por el estilo, sosteniéndose con el producto de su venta, imitando á los antiguos Padres del desierto. Despues que Fr. Vasco vino á fundar la casa de Córdoba, aunque Rodrigo permaneció algun tiempo con sus compañeros en la ermita, acudia de contínuo al monasterio, tratando siempre con los religiosos y poniéndose bajo la obediencia de Fr. Vasco. Era digno de llamar la atencion el fervor y devocion con que ayudaba ú oia Misa, ha-

ciéndole prorumpir en llanto y en profundos suspiros; á pesar de todo procuraba en cuanto podia encubrir este sentimiento, por no turbar al sacerdote y á los demás asistentes al santo sacrificio; mas en llegando á la consagracion y elevacion de la hostia le era imposible reprimirse. Aunque era sujeto muy docto, era tan extraordinaria su humildad, que jamás quiso ordenarse, diciendo que bastante merced le hacia Dios á un tan vil gusanillo como él era, permitirle ayudar á Misa, oficio que áun los ángeles le tendrian en mucho. Todo su deleite y su placer le cifraba en la lectura y leccion de las santas Escrituras, no apartando sus ojos en tanto que podia de los libros santos; así era que áun en el tiempo que ocupaba tejiendo canastillos, haciendo esportillas ó arneros, tenia abierta á su vista la Sacra Biblia, de suerte que pudiese leer algun período de cuando en cuando. Era un espectáculo sorprendente ver un varon ya anciano, ocupadas sus manos en tan humildes labores y el libro delante, con los ojos y rostro bañados en lágrimas, alimentando su alma con la palabra divina, de donde sacaba tan vivos conceptos y gustos. En este género de existencia vivió muchos años, tan olvidado del mundo como transportado al contínuo trato y conversacion con el Señor, todo con la mayor sencillez, sin pretension de ningun género, cuidando únicamente de cumplir todo lo que la obediencia le mandaba. Cuando Dios fué servido llamarle para que recibiese la corona de la gloria y de justicia, estaba con la mayor quietud y tranquilidad, como el que solo aguarda le abran la puerta de su propia morada: aproximándose el término de aquella vida sin mancha, como todos le conocian y conceptuaban por tan santo y tan docto, venian muchos religiosos á consultarle acerca de sus dudas y sus escrúpulos; otros á pedirle consejo para las cosas espirituales y á descubrirle su pecho. Entre otros, y ya muy próximo á su último momento, se le acercó uno, y principió sus casos prolijamente y todo muy mal expresado; el siervo de Dios le interrumpió, y tuvo que decirle le expusiese con brevedad lo que pretendia saber, pues que estaba á punto de partirse y de ir á gozar de su Señor Jesucristo, que no le detuviese, pues que eran contados sus momentos. Por fin, enterado de lo que aquel religioso deseaba, y habiéndole satisfecho con claridad y breves palabras, se fué á gozar de Dios, quedando su cuerpo tan compuesto y tan natural, que parecia mejor que en vida. Tenia más de cien años cuando murió, y fué su tránsito felicísimo, poco despues que el del santo P. Fr. Vasco. Le enterraron con gran reverencia en su misma sepultura, por que no se apartasen en vida ni en muerte, viendo señales tan claras de que participaban de una misma gloria.—A. L.

RODRIGO DE LUNA (D.), arzobispo de Santiago. Este prelado por desgracia no poseia las virtudes y las relevantes prendas que su antecesor Don Alvaro de Isorna. Fué el cuarto de este nombre, é hijo de D. Rodrigo de

Luna y de Doña Juana de Ardoz. Uno de los cargos más punibles y feos que se hacen á D. Alvaro de Luna, condestable de Castilla, gran privado del rey D. Juan II, en el proceso que se formó contra dicho valido, es que daba los arzobispados, obispados y demás dignidades eclesiásticas á personas indignas, atendiendo solamente á los consejos que le infundia su ambicion y el engrandecimiento de su sangre, poniendo en mejor lugar los acuerdos del gusto propio que á los de la ley divina, obrando con la mayor parcialidad y faltando á todos los deberes de la recta justicia. A D. Rodrigo de Luna, su sobrino, que estudiaba gramática en la ciudad de Avila, le hizo dar y procuró el arzobispado de Santiago con el mayor escándalo y sonrojo del reino; y el autor del *Mar de historias*, que alcanzó tan desdichado tiempo, dice lo siguiente: *Ovo para su hermano la iglesia de Sevilla y despues la de Toledo; y para un sobrino suyo mozuelo la iglesia de Santiago.* El primer suceso en que se halló fué el haber concurrido con otros prelados á dar el pésame al rey D. Enrique IV por la muerte de su padre el rey D. Juan II, al mismo tiempo que el parabien por su ascenso al trono de España. La *Silva Palentina* dice de este Arzobispo lo siguiente: «Es de saber que en el año de 1458 era arzobispo de Santiago D. Rodrigo de Luna, sobrino de D. Alvaro de Luna; vivió como quiso, con deshonor de su dignidad y persona, acerca de cuya conducta y proceder en casos semejantes dice S. Juan Crisóstomo, que el que no estima la fama de su nombre es cruel y capital enemigo de su alma. El rey D. Enrique le mandó venir á su corte para ponerle en razon, y tratar de conseguir con su alta influencia modificase sus costumbres, y diese el ejemplo que debia en el desempeño del carácter sacerdotal de que estaba revestido en aquella elevada prelacía, que siempre habian dirigido varones virtuosos y prudentes; pero durante el tiempo que permaneció en la corte, donde se le hacian graves amonestaciones sobre sus procederes, y se le marcaba la regla que debia observar, como igualmente la conducta para bien vivir, el conde de Trastamara Per-Alvarez Osorio y otros caballeros, le tomaron sus villas y fortalezas, las cuales en el resto de su vida no las pudo recobrar. Finalmente, murió desterrado de su Iglesia, y otorgó su testamento en Salamanca en 9 de Julio del año de 1460, y dejó por heredero de sus bienes á su hermano D. Pedro de Luna. Está sepultado en la iglesia del Padron, y tiene el epitafio siguiente:

*

Sepultura del Reverendísimo Señor Don Rodrigo de Luna. Falleció en el mes de Julio, año de 1460. Esta obra mandó hacer el honrado D. Pedro de Soto, Cardenal y criado de su Reverendísima Señoría.

Le sucedió en la prelacia D. Alonso de Fonseca, sugeto sumamente virtuoso y benemérito.»—A. L.

RODRIGO MARTINEZ (Bto.), confesor, religioso franciscano de la provincia de Santiago; fué uno de los primeros discípulos del seráfico P. S. Francisco de Asís, y se distinguió por su austera y penitente vida. Retirado á un monte llamado *valle de Rago*, hizo constantemente vida eremítica, vacando en la soledad á la contemplacion de las cosas celestiales. Allí léjos del mundo de que voluntariamente habia huido, luchaba hasta vencerlas con sus pasiones, y entonaba perpétuos himnos en alabanza del Criador. Brindábale á ello una naturaleza avara de manifestar la gloria y la grandeza del que la habia sacado de la nada, y en aquel inmenso templo donde á cada parte que se dirigiese encontraba un objeto digno de admiracion, podia alabar al Señor sin interrupcion ni descanso, pues nada le impedia tan santa tarea. Vivió así muchos años este piadoso ermitaño, visitado solo de cuando en cuando por algun pasajero extraviado, por algun peregrino que venia por la noche á buscar asilo en su ermita contra las inclemencias del tiempo ó el rigor de las estaciones. Anciano ya, no quiso descender á poblado ni áun admitir un compañero que le sirviese de alivio en aquel desierto; habia hecho voto de vivir solo, y solo permaneció hasta acercarse la hora de su muerte. Tuvo entónces medio de avisar á sus compañeros los religiosos franciscanos, que le auxiliaron en su última enfermedad, y no encontrando remedio en la tierra, se preparó para encaminarse á las regiones celestiales, que le habian servido por tanto tiempo de objeto de sus deseos y de sus contemplaciones. Su muerte fué muy sentida en aquellos contornos, pues todos amaban cordialmente á este piadoso solitario, y concurrieron á darle sepultura, aunque con lágrimas de alegría y dirigiéndole desde luego sus oraciones. Sepultado en un principio en el referido monte, fué trasladado despues en 1584 al convento de S. Francisco de Zamora, con grandes honores, aplauso y veneracion de toda la ciudad, por el P. Fr. Pedro Secundez, maestro en sagrada teología y ministro provincial de aquella provincia, siendo depositado á la izquierda del altar en un sepulcro de mármol con la veneracion debida. En la capilla de Santa Catalina del convento de S. Francisco de Salamanca se veia tambien un sepulcro piramidal, que contenia parte de los restos del referido Beato, aunque dándole el nombre de Martinez de Lara. —S. B.

RODRIGO DE MEDINA (Fr.), religioso lego de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de nuestra Señora de Guadalupe. Este virtuoso y humilde varon era de noble linaje, hijo del mariscal Pedro García, hermano de Doña Catalina de Ulloa. Recibió el hábito en dicho convento, y no quiso ordenarse llevado de su profunda humildad y modestia, sino permanecer en el estado de lego con el objeto de servir á la religion y á sus hermanos, ejerciendo los oficios más bajos y humildes del monasterio, y así perseveró

como santo, con el mayor afecto, conformidad y complacencia; sirvió mucho tiempo de ayudante ó compañero del cocinero, y se tenia por muy dichoso cuando fregaba y limpiaba la cocina, escudillas y platos del servicio de sus hermanos. Despues de haberse ejercitado muchos años en aquel puesto con singular mortificacion, pidió al prior le hiciese merced de encargarle la zapatería, por humillarse más y parecerle que aquel oficio era el más ínfimo y del que podia sacar mayores productos de virtud humilde. El prior accedió á sus vivas instancias, viéndole tan arraigado en aquel propósito. El santo monje puso todo su conato en aprender algo del oficio, pero se le daba tan mal, que nunca supo hacer otra cosa que majuelas, así llamados los lazos y cordones del calzado, siendo lo más gracioso y extraño que se preciaba mucho de su trabajo, y cuando llegaban á visitarle al convento algunos caballeros, parientes suyos, les ponia en las nubes sus adelantamientos en aquel arte; ya era muy viejo cuando le jubilaron de aquel oficio, del que nunca llegó á ser oficial, y le mandaron ayudase á las misas, lo cual cumplia con singular devocion, sintiendo en su alma el mayor regocijo y consuelo. Llegó á tal decrepitud, que ya ni ayudar á misa podia, y todas sus conversaciones y coloquios versaban siempre sobre la ventura que se gozaria en el reino de los cielos, y del ansia y deseos que tenia de partir de esta vida. Toda ella ocupó una reducida celda, estrecha y tan pobre que á todos causaba admiracion, y allí permaneció más de cincuenta años, sin tratar de trasladarse á otro local mejor ó más ámplio, hasta que Dios le proporcionó el grande y magnífico del reino celestial. Acabó santamente el curso de su peregrinacion, dejando á sus hermanos un alto ejemplo de humildad que imitar.—A. L.

RODRIGO DE MENDOZA (D.), obispo de la santa iglesia de Salamanca. Sucedió á D. Luis Cabeza de Vaca, y era hijo de D. Rodrigo de Mendoza y de Doña Ana Manrique, condes de Castro. Despues de haber sido dean de la santa Iglesia de Toledo, y maestrescuela en Alcalá de Henares, y acompañado al papa Adriano VI cuando partió de España para Roma á ocupar la santa silla de Pontífice, de quien no se separó y le sirvió todo el tiempo de su pontificado, hasta su muerte, hallándose presente á su cabecera en su última hora, fué electo obispo de Orense en 28 de Octubre de 1532, y promovido al obispado de Salamanca, de que tomó posesion á 11 de Julio de 1538, en cuyo tiempo se reunieron Córtes en Toledo, formadas de los tres estados, por órden del emperador, en las cuales pidió un servicio á sus reinos para desempeñar sus rentas y real patrimonio. Asistió á dichas córtes D. Rodrigo en compañía de otros veintiun obispos. Hubo grandes y acalorados debates en las mismas. Los grandes se opusieron, y en ninguna manera accedieron á conceder lo que se pedia, y los prelados ponian la con-

dicion de que se contase con el beneplácito del Pontífice, pues de otro modo tampoco hacian la concesion. Algunos pormenores de lo que pasó en aquella asamblea con no pequeño disgusto y sentimiento del emperador, dejó escritos el Dr. Pedro de Salazar de Mendoza, en la historia del cardenal D. Juan Tavera, por haber sido este príncipe de la Iglesia uno de los ministros que el Emperador eligió para terminar aquel asunto y conseguir su intento. En este mismo año de 1538 fundó el monasterio de Corpus-Christi, de religiosos del órden de S. Francisco, D. Cristóbal Suarez, tesorero del emperador D. Cárlos; y en el año de 1542, D. Francisco de Herrera y Doña María de Anaya fundaron el convento de Jesus de religiosas de la órden de S. Bernardo. En el año de 1543 el rey D. Felipe II se casó por la primera vez en esta ciudad, miércoles á 14 de Noviembre, con la princesa Doña María, hija de D. Juan III y de Doña Catalina, reyes de Portugal. Una relacion de aquel tiempo dice: «Llegó la princesa á Aldea Tejada, lugar poco distante de Salamanca, y de allí la salieron á recibir, lunes á 12 de Noviembre, mil y trescientos hombres salmantinos galanamente aderezados. Seguian trescientos caballeros de los bandos de Sto. Tomé y S. Benito. Los del bando de S. Benito, que eran ciento y cincuenta caballeros, llevaban librea de tafetan carmesí, y los del bando de Santo Tomé, que eran otros tantos, llevaban librea de color pajiza y blanca. Escaramuzaron los unos y los otros á los ojos de su princesa. Salieron al camino á besarle la mano los prebendados de la iglesia mayor; y despues de ellos á poco trecho, la universidad y colegios, bien aderezados los unos, y los otros á su modo. Llegaron la justicia y regidores á la puerta de la ciudad con ropones de terciopelo carmesí, donde le recibieron debajo de un riquísimo palio. La primera estacion que hizo en la ciudad, fué apearse en la iglesia catedral á hacer oracion, donde fué recibida con solemne pompa de toda su clerecía. Desde aquí partió á palacio, al cual llegó á una hora de noche, acompañada de muchas luces, pasando por arcos triunfales y calles bien aderezadas. En palacio, que fué en las casas del licenciado Lugo, frontero de Santo Tomé, estaba la duquesa de Alba y todas las mujeres principales de los nobles de Salamanca, que la besaron la mano. Hizo otra entrada el príncipe en martes, acompañado del cardenal D. Juan Tavera, arzobispo de Toledo, y del almirante de Castilla, conde de Benavente, duque de Alba, marqués de Astorga, conde de Albadeliste, conde de Aguilar, duque de Medina, marqués del Valle, marqués de Sarria, almirante de Nápoles, conde de Andrada, príncipe de Asculi, conde de Fuensalida, comendador mayor de Leon, y comendador mayor de Castilla. Allegaron á vistas el un esposo y el otro ricamente ataviados; desposólos el cardenal de Toledo, y cumpliendo con este acto, se sentaron los príncipes en sus sillas, besándoles las manos toda

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

la gente de corte. A esto se siguió un sarao, que tuvo fin con danzar los desposados. En esto se pasó el martes 13 de Noviembre; veláronse al amanecer del miércoles. Fueron los padrinos el duque y la duquesa de Alba, hallándose entre otros presente el arzobispo de Lisboa. Este dia visitó el príncipe las escuelas, solemnizando su entrada, como acostumbra, con la fertilidad de sus ingenios. El jueves los dos bandos corrieron toros y cañas, siendo uno de los de la fiesta el duque de Alba. El viernes visitó los colegios y monasterios. El sábado solemnizaron los bandos las bodas de sus príncipes con justas, saliendo bien aderezados. El domingo tornearon á pie, entrando en el palenque con artificiosas invenciones de fuegos y de apariencias. Contentísimos los príncipes partieron de Salamanca á 19 de Noviembre para su corte de Valladolid.» El año siguiente de 1544 fundó el colegio de Santa Cruz, Doña Isabel de Rivas, mujer del doctor Tapia, catedrático de prima de cánones; y en el mismo año el doctor Loarte y Doña María de Castro, fundaron el convento de la Madre de Dios, de religiosas de S. Francisco. En el año de 1545 D. Martin Gasca, maestrescuela y canónigo de la santa iglesia de Sevilla, que murió electo obispo de Cádiz, fundó el colegio de Santa María Magdalena. Ha tenido siete obispos y nueve inquisidores, y en diferentes consejos y chancillerías diez y ocho consejeros, regentes y oidores en España y Nuevo Mundo. Murió el ilustre prelado D. Rodrigo de Mendoza en Valladolid, á 4 de Noviembre del año de 1545; ordenó se diese á su cuerpo sepultura en la capilla mayor del convento de S. Francisco de Valladolid, donde tienen sus entierros sus nobles padres. Vacó la sede cuatro meses, y tuvo por sucesor á D. Pedro de Castro, sugeto de noble alcurnia y persona de gran valer. —A. L.

RODRIGO MENESES (Hermano). Entró este religioso varon en la Compañía de Jesus, y en su colegio de Coimbra en Portugal, el año de 1543. Era hijo del presidente de Lisboa, y estaba en servicio del rey de Portugal. Era igualmente de gran ingenio y memoria, y por lo tanto prometia brillantes esperanzas en el siglo; tenia una hermana dama de la Reina, y siendo novicio le enviaron á una peregrinacion con otros de la Compañía, vestido muy pobremente como es costumbre, con un sayo pardo lleno de muchos remiendos, que parecia un pordiosero, y pasando por Evora, donde estaba la corte, supo la Reina que cruzaban por allí unos peregrinos jesuitas, y como tan devota de la Compañía, quiso verlos, edificándose al observarlos tan pobres y humildes, les aconsejó la perseverancia en la religion con palabras amorosas y lo mismo hizo el Rey. Mas cuando la dama de la Reina ántes citada, vió á su hermano en aquel hábito en presencia de los reyes, fué tanto lo que se corrió y afrentó, que comenzó á llorar y lamentarse como jóven seglar, que ignora los tesoros encerrados en la santa pobreza y desprecio del

mundo, y le empezó á decir palabras afrentosas. Pero como el hermano Rodrigo tenia diferente luz que ella, se reia altamente de sus lágrimas y lamentos lleno de gozo. Sabiendo su madre que aquella noche habia de ir á dormir á dos leguas de Evora, trató de enviar disimuladamente personas que su hijo no conociese, con cabalgaduras para él y sus compañeros, y al mismo tiempo les ofreciesen como limosna muchos regalos, como casualmente y movidos de compasion. Mas la sagacidad del hermano Rodrigo penetró al punto la verdad, y con mucho comedimiento los despidió á todos, no queriendo admitir ni recibir cosa alguna, tal era el apego y grande afecto que tenia á la pobreza evangélica. Habiéndose extendido por aquel reino la voz de que los que hacian aquellos santos ejercicios tenian visiones extraordinarias y celestiales, con raras apariciones, y los que las experimentaban quedaban atónitos y sin juicio, con cuyo ejemplo abandonaban muchos jóvenes á sus padres, honras y haciendas, despreciándose sobre manera, por cuya causa el vulgo solia decir de ellos: *Multo pleni sunt isti*; el cardenal D. Enrique, inquisidor general, á cuya noticia llegaron aquellas voces, trató sigilosamente de averiguar la verdad, á cuyo fin comisionó á un religioso muy grave, de la órden de S. Gerónimo, para que se informase juridicamente de los que habian hecho los ejercicios si era cierto veian aquellas visiones fantásticas, para poner remedio al daño que producian. Habiendo examinado minuciosamente á muchos sobre el particular, y negado tal hecho como falso, llegó el turno de tomar las informaciones al hermano Rodrigo Meneses, y habiéndole requerido sériamente á que dijese la verdad, acerca de si habia observado ó visto algunas visiones ó fantasmas horribles, respondió que sí y muy grandes; interrogado segunda vez por el juez, que le pareció habia encontrado lo que deseaba, que declarase qué género de visiones ó fantasmas eran aquellas, y que las enumerase todas, mandando al escribano las fuese escribiendo con puntualidad, dijo el hermano Rodrigo: «Lo cierto y seguro es que yo me vi á mí mismo, pues que ántes no me habia visto ni conocido, y despues me conocí y vi tan feo y abominable por mis pecados y malas inclinaciones, que jamás se presentó á mi vista mónstruo más abominable que lo era yo mismo.» El juez quedó admirado de su respuesta, pues buscando alguna luz para condenar aquellos ejercicios, la halló tan en honor, crédito y estimacion de los Padres, que se desengañó completamente. Contó al cardenal lo que le habia pasado con el hermano Rodrigo Meneses, y no solo se deshizo por su base la falsa calumnia y las infames acusaciones contra los ejercicios, sino que quedaron muy edificados de la virtud y prudencia del hermano Rodrigo. El año de 1548 falleció este siervo de Dios, llevándose las esperanzas que habian hecho concebir sus grandes virtudes y perfeccion. Sucumbió á consecuencia de un fuerte

dolor de costado, siendo muy acompañado y asistido de todos los Padres y hermanos del colegio de Lisboa, que derramaron muchas lágrimas, sintiendo perder tan pronto á aquel jóven, de quien se prometian hubiera llegado á ser un gran superior de aquella provincia, y operario de singular fruto.—A. L.

RODRIGO DE MIRAVETE (P. Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo, y vicario del convento de Baza; era hijo de aquel monasterio, de acreditada santidad y de celo en todos los oficios que le encargó la obediencia desde que estaba de novicio; gozó siempre de tan aventajada opinion, que en cuanto salió de la escuela, le ocuparon en algunos oficios fuera del monasterio, bien persuadidos de su celo, integridad y carácter á propósito para desempeñar aquellos, sin temer se distrajese en su cumplimiento, pues era bien conocida de los superiores, y estaba muy radicada en su ánimo, la humildad y la observancia; fué comisionado para administrar y estar al cuidado de unos cortijos y de la granja llamada de Benzanela, donde vivió con tanto recato y religiosidad como cuando estaba en la escuela, sirviéndole de mortificacion el sumo trabajo y las inclemencias que tenia que soportar de ardorosos y fuertes calores en el estío, y de frios intensos y hielos en el invierno, andando de uno en otro cortijo, inspeccionando todo lo que se hacia, bien penetrado de que el cuidado y atencion en las labores, era el que proporcionaba abundantes cosechas. No se alteró su salud á pesar de esta vida agitada, porque la virtud de la obediencia, es poderoso defensivo contra el rigor de las estaciones. Lo pingüe de las cosechas era admirable, conociéndose que la caridad cultivaba aquellas tierras, y jamás los priores le tomaron cuentas, viendo resultados tan portentosos. A pesar de ocupaciones tan activas, no desatendia el rezo y la oracion, de la que sacaba fuerzas para todo. Se encerraba en una capilla de nuestra Señora, que habia en la Granja, y allí á sus solas, consultaba con el Señor la disposicion y modo de conducirse en todo lo que pendia de su cuidado, siendo cosa rara y notable que desde que frecuentó este siervo de Dios aquella capilla, donde se ejercitaba en la oracion, quedó en ella un olor tan aromático y fragante, que siempre se ha conservado, sin que el tiempo haya podido extinguirle, ni el descuido de los criados, introduciendo distintos olores, y ménos gratos, de yerbas agrestes y montaraces. Estando en la administracion de esta granja y cortijos, sucedió el levantamiento de los moriscos en toda aquella comarca, que hasta su total expulsion de España fué siempre para los cristianos poco segura su servidumbre y fidelidad. Con aquel motivo tuvo el siervo de Dios muchas ocasiones de verse expuesto á perder la vida, pues acometieron diversas veces estos fieros enemigos las haciendas y granja que estaba á su cargo, con el designio de robar cuanto habia, y destruirlo todo

si encontraban resistencia, pero Dios le libró de su fiereza y de sus asechanzas. Una noche, que se hallaba solo en la granja, pretendieron saquearla, pero el bendito Fr. Rodrigo acudiendo al favor del cielo y al de Sta. Bárbara, patrona de aquella heredad, dispuso sin duda por divina inspiracion, una grande hoguera en el patio de la casa, y en los miradores unos bultos ó sacos figurando personas, cuya vista engañó de tal modo á los enemigos, que juzgando que lo que veian eran hombres de armas, se retiraron, dando lugar á que Fr. Rodrigo se saliese y pusiese en salvo. Cuando á la mañana conocieron el engaño, embistieron furiosos á la casa, y no hallando resistencia, se ensañaron destrozando las imágenes y cruces que hallaron, suceso que fué muy doloroso y afligió sobremanera al santo varon. Hallándose en la misma granja en otra ocasion, habiendo puesto en cobro y ocultado todas las alhajas que pudo, se sentó en un poyo en uno de los miradores, y se puso á rezar el oficio divino, en aquella situacion acertó á pasar un morisco por el camino real, y alcanzó á ver al Padre por la espalda, disparándole al punto un mosquetazo, mas Dios le libró de este peligro, pues llegó la bala en el momento que el Padre bajaba la cabeza acabado un salmo, al decir *Gloria Patri*, etc., como lo tenia de costumbre, inclinándose profundamente pasando el proyectil sin ofenderle, sepultándose en la pared que estaba al frente, donde quedó para siempre la rotura y señal de esta maravilla, continuando Fr. Rodrigo con las divinas alabanzas, dando gracias al Señor de que le habia librado como á David de la lanza de Saul. Estos lances infundieron tanto respeto á los enemigos, que se contuvieron en sus acometidas, produciéndoles notable temor el solo oir el nombre de aquel siervo de Dios, llegando éste á tal grado, que viéndose cercado el convento de esta gente feroz, y careciendo absolutamente de víveres, no teniendo qué llevar á la boca, ni saber qué determinacion tomar, movido el santo varon á compasion viendo la extrema necesidad de sus hermanos, se obligó á remediarla armándose con el celo de Dios y el escudo de la caridad que desecha todo temor. Salió en medio del mayor peligro á buscar al Sr. D. Juan de Austria, capitan general encargado de sofocar y destruir aquella sublevacion y levantamiento, y que entónces estaba en Guadix, y pasó por en medio de las filas del ejército enemigo con resolucion y ánimo increible, sin que ninguno se le atreviese. Hizo presente á S. A. la necesidad y apuro que padecia el convento, quedando el príncipe maravillado sabiendo los riesgos á que se habia expuesto para venir á valerse de su piedad, mirándolo como providencia del cielo; ordenó se le diese el socorro que solicitaba: y escolta para su resguardo, consiguiendo volver y remediar á sus hermanos. Concluida la guerra, se acabaron los trabajos y calamidades en aquella casa, debiéndose en mucha parte al cuidadoso desvelo de Fr. Rodrigo. Le

nombraron arquero, y en este oficio trabajó infinito y con igual solicitud, disponiendo los papeles y cuentas con la mayor claridad, para que los que le sucediesen encontrasen facilidad y se hiciesen capaces de dirigir aquel ramo. Despues le nombraron vicario dos trienios, el uno lo fué con el P. Prior Fr. Diego de Murcia, el cual habiendo muerto le dejó en el gobierno de la casa, y en el tiempo que la gobernó, dió á conocer que era buen Alcides de tan grande Atlante. Llevó adelante la buena direccion de su gobierno, mostrando lo piadoso de su afecto al culto divino, poniendo y llevando á la perfeccion lo que con este objeto estaba principiado, suministrando el coste y los gastos de su depósito, de suerte que si en este particular fué tan ejemplar y digno de alabanza el prior, no lo fué ménos el vicario. Vivió despues muchos años con notable edificacion, y habiendo llegado á cumplir cincuenta y cuatro de hábito, falleció llevándole el Señor para premiarle y darle la corona de las virtudes á que se habia hecho merecedor. Murió en el año de 1610.—A. L.

RODRIGO DE MOLINA (V.), presbítero y mártir. Era natural de Andalucía (ignórase de qué punto), y desempeñaba el curato del pueblo de Bayorcal en las Alpujarras de Granada. Cuando ocurrió el famoso levantamiento de los moriscos de aquellas sierras, una tropa de estos rebeldes invadió la parroquia de nuestro cura, profanaron las cruces, acuchillaron las santas imágenes, y pusieron fuego á la iglesia, llevándose por último, preso al beneficiado, juntándole con otros sacerdotes, de distintos pueblos que habian cautivado con inhumano designio. El dia de Inocentes (28 de Diciembre de 1568) sacaron á los sacerdotes, que eran tres, al campo, y ántes de matarlos idearon hacerles sufrir algun horrible tormento. Al efecto, untáronles los pies con aceite y pez, poniéndoselos despues sobre un brasero encendido, con lo cual padecieron los terribles dolores que no es posible encarecer. Despues, tratándoles como á perros, cuyo nombre por desprecio les daban, los ataron con una cuerda llamada trahilla, de las que sirven para atar á los perros de caza, y los llevaron desnudos y descalzos hasta un campo cerca del lugar de Picena, donde se entretuvieron en tirarles al blanco con los arcabuces y las ballestas, despedazando despues sus cuerpos con las espadas, y dejando en el campo los cadáveres insepultos, que fueron pasto de los perros y de los lobos carniceros. Sufrieron estos esforzados sacerdotes su martirio con la más heróica firmeza, desoyendo las intimaciones que los enemigos les hacian para que renegasen de su fe. Cita este caso con notable elogio el historiador Mármol, en su *Rebelion de los Moriscos*.—M. B.

RODRIGO DE MONDRAGON (Fr.), religioso Gerónimo del convento de Granada. Era natural de la villa cuyo nombre llevaba, vino muy niño á Casti-

lla, llegando á Talavera de la Reina, donde vivió hasta que cumplió los veinte años, y teniendo un espíritu y una ardiente vocacion al estado religioso, decidió abandonar el mundo y tomar el hábito de la órden de S. Gerónimo. Se fué á nuestra Señora de Guadalupe, donde recibió el hábito, viviendo en aquel convento otros veinte años con grande ejemplo y mortificacion. Le enviaron á estudiar al colegio de Sigüenza, donde oyó artes y alguna teología; despues se aplicó infinito por adquirir conocimientos del derecho canónico. Le dieron el cargo de confesar seglares, y ejercitó aquel oficio con grandísima piedad. Cuando imponia algunas penitencias ásperas conforme á la gravedad de las culpas, para que los penitentes las recibiesen y cumpliesen con buena voluntad, tomaba á su cargo la mitad de aquellas, cumpliéndolas con mayor dolor y lágrimas que los que las habian cometido, tanta era su ánsia y solicitud por la salud de las almas. Le enviaron á Granada con otros quince religiosos, con el título de confesor. Su ejercicio era tan activo, que desde el confesonario pasaba al coro, sin tener en todo el dia momento ocioso ni de tregua. Dedicaba muy pocas horas al sueño, empleando las más en meditar, estudiar y otros santos ejercicios; era sumamente devoto, sensible y compasivo; cuando moria cualquier religioso le lloraba como si fuese la persona más íntima. Le acometió el contagio de la mortífera peste que entónces reinaba en Granada, y aunque le socorrieron con tiempo, aprovechó bien poco, porque indudablemente el Señor queria llevarle á su gloria y con su vida rescatar mil vidas. Se confesó en aquel trance este varon religioso, y recibió el santo sacramento, diciéndole amorosísimas razones. Despues de su muerte reveló su confesor, que partia aquel siervo de Dios de esta vida, con la misma virginal pureza como salió del vientre de su madre, y quiso el Altísimo que se manifestase la santidad de su siervo, por un extraño caso ocurrido en Granada. Habia á la sazon en aquella ciudad un hombre docto, quien teniendo una gran codicia y ambicion de poseer muchas haciendas, pero felizmente desengañado de aquella vil pasion que le dominaba, dió gran parte de sus bienes á los pobres; se retiró y recogió á observar un nuevo género de vida; su ejercicio, aunque no era de su profesion y facultad, era la leccion y estudio de la santa Escritura. Confesaba y comulgaba á menudo con gran devocion, se disciplinaba todos los viernes del año llevando contínuamente ceñido al cuerpo un áspero silicio; se levantaba todas las noches á la hora de maitines á rezarlos con otras muchas devociones y obras de penitencia. Este siervo de Dios era muy aficionado y devoto de Fr. Hernando de Jaen; supo habia muerto, y al punto se recogió á su aposento á rezarle todo el oficio de finados. Cuando volvió á salir, supo la noticia del fallecimiento de Fr. Rodrigo de Mondragon, compañero de Fray Hernando, y aunque no tenia con él ninguna amistad, más que oidas de lo

buen religioso que era Fr. Rodrigo, se propuso rezarle otro oficio de finados. Estando rezándole se le presentó Fr. Rodrigo vestido de una claridad celestial y revestido de sacerdote, dejándole tan deslumbrado y atónito aquella vision, que solo recordaba le produjo copioso llanto, repitiendo lo mismo en otras dos ocasiones, y en una de ellas considerando cómo habia querido Dios que muriese de la peste un varon tan señalado, sintió en el fondo de su alma le respondia, que así lo habia permitido el Señor para que fuese como una expiacion y sacrificio aceptable á sus ojos, por otros muchos que habian de morir, y por sus ruegos les perdonó el Señor dándoles más tiempo de penitencia. Efectivamente el suceso comprobó aquella revelacion, cesando la mortífera epidemia. Por su intercesion igualmente consiguió el alivio de graves dolencias que en lo sucesivo padeció, produciendo las mismas maravillas y milagros en otros muchos sujetos dolientes y afligidos.—A. L.

RODRIGO DE Moscoso (D.), arzobispo de Santiago y tercero de este nombre. Sucedió en la prelacía de esta santa iglesia á su hermano D. Alonso de Moscoso, que habia gobernado aquella iglesia por el espacio de once años, en cuyo tiempo tuvo muchos disgustos por su gran interés en defender los derechos y lo que pertenecia al apóstol y á su iglesia, teniendo que vencer muchísimas dificultades y oponerse á los señores de la tierra, que se los disputaban, llegando las cosas al duro trance de tener varios encuentros y necesidad de llegar á las armas, en que salió vencedor. D. Rodrigo de Meneses, natural del reino de Galicia de la Excma. casa de los condes de Altamira, sucedió, como viene dicho, á su hermano D. Alonso, que murió en el año de 1378. Por aquel entónces, ya era canónigo de Santiago, ascendiendo á la prelacía, gobernó aquella sede loablemente por el espacio de ocho años, siendo muy querido y reverenciado por todos los que le conocieron por sus grandes prendas, virtud y religiosidad. Murió en el año de 1381 en la ciudad de Salamanca, y está sepultado en la misma, teniendo su sepulcro el siguiente epitafio:

*

Vir cunctis Bonus Rodericus Metropolitanus, dictus patronus, jacet hic, per quem Jacobita ecclesiæ domita fuit urbs qui perpetua vita vivet per multa sæcula. Qui obiit Salmanticæ æra 1381. *Die mensis Novembris, et fuit hic sepultus die S. Nicolai. A.* 1384.

Tuvo por sucesor en el arzobispado al eminentísimo y preclaro varon Don Juan García Manrique.—A. L.

RODRIGO DE Narvaez (D.), obispo de la santa iglesia de Jaen, fué único de este nombre, y sucedió al grande y virtuoso prelado D. Nicolás de

Biedma. Tuvo por patria á Baeza, y por padres á Ruyz de Narvaez y á Doña Mencia de Biedma. Fué arcediano en la santa iglesia de Jaen, y su obispo, y la gobernó cuarenta años. Erigió la iglesia colegial de nuestra Señora del Alcázar, de la ciudad de Baeza, en el año de 1412, y puso en ella dignidades y canónigos dotándola ilustremente. Ocurrió en su tiempo hallándose en Baeza, que el rey moro de Granada envió sobre Jaen á su principal capitan Reduan con cinco mil caballos y ochenta mil infantes, y dice D. Ambrosio Suarez del Aguila, en el compendio que escribió de la nobleza de España, que asi que lo supo el obispo, vino de Baeza á Jaen, entrando en esta ciudad y que con la ayuda de la gente noble, formó un escuadron de quinientos caballos, y con ellos acometió al moro, le desbarató y le hizo retirar, quedando muerto Reduan, su principal jefe. En el año 1411, reedificó (y le compró renta) la ermita de Sta. Olalla, que está en el término de Baeza, y el motivo que tuvo para ello le refiere Argote de Molina en su Nobiliario; y fué que en esta ermita hay dos imágenes, una de Cristo crucificado, y otra de su benditísima Madre, por quien Dios ha obrado muchos milagros. En este año fué muy célebre este santuario por un milagro que Dios obró en Doña Maria de Mendoza, consorte de Dia Sanchez de Benavides, caudillo mayor del obispado de Jaen, que estaba tullida de todo el cuerpo; por consejo del obispo D. Rodrigo, y de Gerónimo Martinez, canónigo de santa María del Alcázar de Ubeda, fué llevada en andas á esta ermita á tener novenas, y á su conclusion, presente el Obispo, muchos nobles, escuderos y dueñas, se vió sana, buena y con perfecta salud. Suficiente motivo para que este obispo honrase la ermita con edificio y renta. En el año de 1412 dió la capilla de S. Pedro Mártir, sita en la iglesia catedral de Baeza con consentimiento de su cabildo, á Pedro Diaz de Quesada y á Doña Juana de Carcamo, su consorte, para que se pudiesen sepultar en ella, y dice el Obispo: *Nos acatando á vuestra gran devocion que teneis á nuestra iglesia y al bienaventurado mártir, é á la nobleza de vuestro linage, é al estado en que estades, é á los muchos é buenos merecimientos vuestros, porque merecedes auténtico lugar, é don de la iglesia: é por los muchos servicios que vos habedes fecho, é facedes de cada dia á Dios é á nuestro señor el Rey, y á la nuestra fe católica, en vuestras obras de caballería, acertando vos en muchas batallas, é vencimientos contra los moros enemigos de nuestra fe, con ayuda de nuestro Señor Dios, y con la gran devocion que vos habedes á la Virgen bienaventurada Sta. María. E otrosi por muchos servicios, é honras que á Nos, é á cada uno de nos habeis fecho.* Con estas consideraciones enajenaban una capilla de una iglesia, y es la data de la Escritura en 24 de Agosto del año de 1412. En el mismo año 1412 le envió una embajada con dos personas ilustres de su ciudad, el uno se llamaba Villanueva, y el otro Fernan Sanchez

Pollo, regidor de Ubeda, y la embajada contenia, que las sepulturas de sus iglesias se daban en las parroquias por los curas de ellas, con acuerdo de los vecinos que pertenecian á dichas parroquias á los beneméritos por limosna competente, y que su señoría las queria él solo dar por su mandado, que le suplicaban no fuese así. Tambien le pidieron se moderasen los gastos de los oficios de difuntos, y otras cosas del bien público. Fueron bien oidos, y en todo bien despachados. Estaba el obispo en Madrid asistiendo al rey Don Enrique III, en el año de 1396, y murió en un dia de sábado en el principio del año 1422, reinando el rey D. Juan II, y está sepultado en la iglesia colegial de nuestra Señora del Alcázar en su capilla mayor; dicen por él sus prebendados en cada mes dos fiestas, y todos los sábados del año un responso cantado sobre su sepultura, y el cabildo la ofrenda en el dia de los difuntos. La iglesia catedral de Baeza y clerecía de esta ciudad dice todos los años un responso en su iglesia colegial en los dias de letanías. Tuvo por sucesor en la sede á D. Gonzalo de Estúñiga. — A. L.

RODRIGO DE ORELLANA (Venerable P. Maestro Fr.). Fué hijo de D. Gabriel de Orellana y de María Verdugo, cuyas familias eran en su tiempo de las más esclarecidas de Castilla la Vieja, y los padres de Rodrigo muchísimo más estimados por lo acreditado de sus virtudes que por los timbres de su casa; y eso que, como llevamos indicado, era de las primeras, no solo en caudal, sino lo que más es en hidalguía y en contar de sus ascendientes acciones las más nobles y generosas. No se extrañará, pues, que tratasen de dar al jóven una educacion enteramente conforme á sus piadosos sentimientos, y de tal manera esmerada que no pudiera mejorarse, y con considerar que el jóven correspondió con suma exactitud á los desvelos de sus padres, se habrá venido en conocimiento de que los resultados que lograron acerca de él fueron los más apetecibles, es decir, fijar su mente y hacerle comprender que su verdadero interés estaba en aplicarse á ganar su alma por su fidelidad á cumplir con las obligaciones del estado en que á Dios pluguiera constituirle. Desde luego se inclinó al eclesiástico; así que luego que hubo concluido el estudio de la filosofía, al que precedió el de humanidades en toda la extension que pudieron dársele, fué á Salamanca para estudiar sagrada teología en aquella tan acreditada universidad, de donde han salido sabios tan eminentes como los que han admirado los siglos. Si feliz fué el éxito que logró en humanidades y filosofía, no lo fué ménos el que alcanzó en teología, y esto era consiguiente, porque afirmándose más y más en las elevadas miras que desde luego se propusiera, preciso era que correspondiese mejor, conforme conocia mejor el medio de corresponder y al propio tiempo cuánto le obligaba esta misma correspondencia. Cuando ya tuvo concluida su carrera y ceñia su inocente sien la auréola de doctor, comenzaron sus

maestros á excitarle para que siguiera el profesorado, en cuya brillante carrera habria sin duda logrado muy merecidos lauros; pero él manifestó desde luego que su inclinacion era al cláustro, y por consiguiente que le excusasen toda indicacion que tendiera á llevarlo por otro camino, pues él habia aprendido que este era por el que Dios le llamaba, y por consiguiente por él queria ir, pues le parecia altamente injusto desoir la voz y sentimientos que Dios le dirigia é inspiraba. Resolvió tomar el santo hábito del gran Padre S. Agustin, y se le suplicó al convento de Salamanca, donde fué admitido á prueba, habiendo hecho un noviciado que asombró hasta á los mismos maestros, pues no parecia jóven que principiaba la carrera de la virtud, sino hombre ya encanecido en el servicio y amor de Dios nuestro Señor, que más bien que á recibir ejemplos de virtud iba á dar animacion á esta virtud misma en los sujetos deputados para enseñarla. A consecuencia de un noviciado tan ejemplar, la votacion que le aprobaba para el cláustro no pudo ménos de ser unánime, lo cual asombró en gran manera á los superiores cuando llegó á su noticia, pues si bien es verdad que la generalidad de los religiosos que habian de profesar lograban una gran mayoría, tambien es cierto que habia muy pocos en quienes fuese tan unánime el parecer de la comunidad, que era muy numerosa por entónces. Su profesion fué en manos del P. Fr. Diego de Salazar, prior en Salamanca, y se verificó el dia 15 de Julio de 1552 ante un concurso tan numeroso como escogido. Despues de profeso y recibidas las órdenes sagradas, nunca pensó sino en hacer cuanto la obediencia le mandaba, y cumplir fiel, exacta y debidamente las obligaciones que tenia, tanto como sacerdote cuanto como religioso, poniendo siempre el mayor esmero en ser el primero en todos los actos de comunidad, no por la gloria de serlo, sino por no exponerse á faltar en la cosa más pequeña. Al considerar los superiores esta tan excelente disposicion del buen P. Rodrigo, formaron desde luego concepto de utilizar sus servicios para ponerle al frente de algun convento, donde tanto por su doctrina como por su ejemplo estaba llamado á dar frutos los más ópimos. Vino la reforma, que hizo necesaria la negligencia con que algunos superiores miraban los intereses de sus conventos, y claro es que Fr. Rodrigo fué de los que la aceptaron en toda su extension, y más que él hubiese querido hacerla extensiva, no solo al primitivo rigor, sino á ser posible á un rigor desusado, y tal que hubiera podido ser excesivo; así que bajo tales auspicios, los Padres le creyeron útil para encargar á su cuidado alguna casa para que volviese al buen camino, sin que por esto se diga, ni mucho ménos, que en los conventos de Agustinos habia vicios feos que corregir, ni graves abusos que remediar; nada de esto, eran pequeños defectos, ligeras imperfecciones que sin embargo relajan la observancia y vienen á dar por tier-

ra áun con conventos donde en otras épocas ha habido la mayor edificacion. Y no se crea tampoco que porque hemos dicho que Fr. Rodrigo se hubiera complacido en que su Orden hubiera venido á mucho mayor rigor, se ha de pensar de él que era para los demás ni duro, ni áspero ni intolerante, todo lo contrario; su benignidad no conocia límites, su tolerancia llegaba hasta donde frisaba la ofensa de Dios, y su carácter para con los demás era benigno, afable, digno, sin permitir por esto abuso de ningun género; pero sabiendo corregirlos de suerte que aquel á quien reprendia, quedára siempre convencido, nunca exasperado, siempre dispuesto á lo bueno y á lo justo, nunca violentado por las exigencias de la justicia y de la virtud. Como religioso particular, pero prestando á su Orden muy buenos servicios por desempeñar muy convenientemente los cargos que ponia á su cuidado, vivió por espacio de diez y siete años, al cabo de los cuales pareció á los superiores conveniente hacerle prior en el convento de S. Agustin de Valencia. Claro es que relacionadas como estan siempre las provincias de un mismo reino en órden de los progresos, adelantos y áun vida de las órdenes religiosas, tienen unas noticias de otras, especialmente acerca de los sujetos más distinguidos; y cuando de una para otra parte se manda persona tan autorizada como un superior, que casi generalmente es elegido de entre los sujetos de casa, se tiene cierto afan por saber quién será quien venga, cuál su carácter, costumbres, exigencias y demás; y esto, que sucede con todos, no dejó como era consiguiente de suceder con nuestro P. Orellana. Las noticias que de él se dieron eran lo favorables que requerian sus antecedentes, y por consiguiente, los Agustinos de Valencia se dieron por muy satisfechos con el sujeto que se les designaba, y siempre se persuadieron de que habia de ser un hombre excelente, pues de él se decian tales cosas, y no como quiera, por personas del vulgo, sino por las más autorizadas de Salamanca de dentro y de fuera del convento, y áun en este de los que estaban por la reforma y de los que no la querian; pero lo que es acerca del P. Rodrigo, todos conformes, todos unánimes en confesar que era un gran sujeto, que la casa que lo tuviera por superior lograba un buen partido. Y en efecto, no se equivocaron, apénas llegó á Valencia para tomar posesion de su cargo, llamó á su celda á todos los Padres antiguos de la casa, les hizo ver los deseos de que esta viniese al primitivo ser y estado de observancia que habia sido el motivo de que en ella se hubieran distinguido tantos y tantos como en épocas anteriores habian dado lustre y esplendor al instituto; les manifestó que sus miras, léjos de ser el hostilizar á ninguno, ni mucho ménos el crear descontentos, eran las de procurar de que todos caminando de consuno en su perfeccionamiento, lograsen este por la observancia de las santas constituciones, piadosas y venerandas costumbres de

la casa, y sobre todo no apartándose ni un tilde del espíritu y letra de los estatutos y regla; que él, el último de todos, nada podria hacer si ellos, á quienes respetaba y amaba entrañablemente, no le ayudaban en su empeño, que por una parte era justo hasta más no poder, y por otra algun tanto difícil; que él contaba con todos y con cada uno, sintiendo en el alma si necesitaba echar mano del rigor, pero usando de este recurso si otro no le podia dar los apetecidos resultados. Claro es que esta manera de presentarse tan franca, tan conveniente, y al mismo tiempo tan digna, tenia que lograr por resultado el que los Padres se empeñasen como él en hacer cuanto estuviera á su alcance para que el convento se hiciese tan ejemplar como era debido, tan observante como lo habia sido anteriormente. Y sin más que esto y la constante vigilancia de nuestro P. Rodrigo, Valencia se reformó, aquellos mismos que abusaban, vinieron al buen camino, y nuestro prior tuvo el consuelo de que no le fué necesario usar de rigor con ninguno, porque ninguno se opuso ni se resistió á sus miras, todas encaminadas al bien general. Puede tambien colegirse de tan feliz éxito, cuánta satisfaccion no resultaria á la superioridad, que habia hecho tal eleccion; así que apénas trascurrieron los tres años que cada prior duraba, nuestro P. Rodrigo fué trasladado á Zaragoza, para que allí hiciese lo que hizo en Valencia. Muchísimo trabajaron los Padres de Valencia para lograr el que fuese reelegido para aquella santa casa; pero los intereses de la Orden, y más bien el progreso de la reforma y el impulso que se deseaba darla, no lo permitieron, por lo cual el mismo P. Orellana fué quien aquietó á los de Valencia, asegurándoles que él procuraria desde donde estuviera fomentar en virtud, y áun en bienes, aquella santa casa con el mismo interés con que lo habia hecho cuando estaba al frente de ella. Pasó pues á Zaragoza y logró el mismo afecto, la misma estimacion que habia conseguido en Valencia: verdad es que él puso en juego los mismos medios de prudencia, de dulzura y benignidad que habia ensayado con tan feliz éxito en Valencia. Como además de su gran prudencia tenia copia inmensa de conocimientos, pareció al definitorio que honraria mucho á esta asamblea contándose en su número, y fué efectivamente nombrado definidor, cargo que si en algunos era de pura honra, en nuestro Padre maestro fué para darle que hacer, pues pocas semanas se pasaban sin que tuviese que evacuar alguna consulta, que averiguar algo para bien de la Orden ó para satisfacer á preguntas de otras religiones, de universidades y de lugares de enseñanza donde era costumbre comunicar las dificultades para esclarecer su opinion. Con ocasion de escasear algun tanto los Padres de quienes se pudiera echar mano para los importantes y delicados ministerios de la santa visita, se autorizó á nuestro Orellana para que hiciese la de su provincia de Aragon, y se lo-

graron muy excelentes resultados; porque él es verdad que era, segun llevamos indicado, benignísimo sumamente, sumamente complaciente y extremadamente atento; pero tambien era recto, no dejaba pasar cosa alguna, no permitia abusos, y los cortaba do quiera que ellos existiesen, razon por la cual sus visitas fueron siempre provechosas y áun temidas de los inobservantes, porque si amonestados no se enmendaban, entónces dejando la benignidad el campo al justo y debido rigor, les hacia experimentar este rigor mismo, pues decia, y con razon, preciso es al cirujano molestar al enfermo para limpiar la parte herida de la sanies que la destruyera por completo si no se la quitase con mano fuerte y vigorosa. Sin embargo, su visita y todo era muy querida, porque jamás procuró sino lo muy justo, nunca de mala manera ni sin acuerdo y consejo de los ancianos, á quienes consultaba siempre porque le inspiraban muchísimo respeto. En órden á procurar á los religiosos cuanto podia contribuir á su bienestar moral y físico, era muy celoso, no perdonando medio de que se llegase hasta donde era posible, bien es verdad que su caridad salia tambien fuera del convento, socorriendo con cuanto tenia, á los pobres que lo necesitaban, razon por la cual era tambien muy querido del pueblo. Luego que en Aragon hizo su visita, y concluyó su trienio de prior en Zaragoza, fué llevado á Sevilla, donde estuvo un trienio entero y parte de otro, que no concluyó, porque la muerte le sobrevino. Era el año 1577 cuando nuestro Padre, viendo resentida su salud, rogó á la Orden le dispensára del cargo de prior y no lo pudo conseguir. Su enfermedad se agravó, sus últimos momentos se acercaron, y entregó á Dios su espíritu en manos del venerable Juan de Ribera, que por el grande afecto que profesaba á nuestro Padre maestro Fr. Rodrigo de Orellana, vino desde Badajoz de donde era obispo. La Iglesia confirmó al P. Rodrigo el título de venerable con que se le honraba áun durante su vida. — G. R.

RODRIGO DE ORENES (P. Fr.), religioso de la Orden de S. Gerónimo, prior del monasterio de la Sisla de Toledo, varon prudentísimo, santo y docto, muy celoso de la religion, dotado de grandes virtudes y de altas prendas. Fué nombrado y comisionado por la Orden para pasar á Roma para remediar los daños y perturbaciones causados á la misma por un religioso de la misma religion. En el año 1471 hubo precision de reunir capítulo privado para poner límites á un desafuero y atrevimiento que habia cometido Fr. Juan de Toro, profeso de la Sisla de Toledo. Estaba este religioso en Roma gestionando ciertos asuntos relativos al monasterio con poder particular; pero pareciéndole que aquella facultad con que se le habia revestido era insuficiente para lo que creia merecer su ingenio, se tomó por sí licencia de procurador general; á este fin se concertó con algunos parciales

suyos del mismo convento, que le ayudaban y favorecian secretamente; trató con el Pontífice de alterar todas las bases de la regla y proceder de su religion, particularmente en lo tocante á las elecciones y en los bienes y rentas temporales, y otros trastornos propios del carácter de hombres inquietos, tomando la voz de la Orden como procurador general, consiguiendo con sus instancias un breve subrepticio, haciendo sus informaciones como mejor le pareció, multiplicando razones y falsos testimonios. Convencido el Papa, le concedió un breve muy ámplio, cometiendo la causa al obispo de Coria. Terminado aquel asunto, en que tenia cifrado todo su interés, se volvió á España, trayendo en secreto y guardado en su pecho el fuego de su perdicion. Le fué preciso comunicar el asunto con sus compañeros y cómplices, y con otras personas que entendiesen de la curia, y le ilustrasen el cómo se habia de valer para intimarlo á la Orden y que tuviese cumplido efecto á su tiempo. Recorrió algunos dias las casas de Castilla, sin órden ni obediencia, vagamundo, libre y de poco asiento, como sujeto inquieto, falto de prudencia, sin madurez en el juicio, bullicioso y entremetido. Se presentó en algunos conventos con razones embozadas, buscando á otros de su condicion y carácter que le apoyasen. Estos pasos no los dió con toda la reserva que apetecia, llegando la Orden á traspirar y sospechar sus malos propósitos. Produjo el escándalo consiguiente, corriéndose la voz que habia traido algunos buletos para alterar la Orden; así fué que en muy pocos dias se extendió por toda la religion la fama de su funesta empresa. El santo general Fr. Pedro de Córdova, llamó á todos los que componian el capítulo privado, mandando que en seguida se recogiese al fraile en cualquier convento en que le hallasen, como á quien andaba sin patente y sin licencia. Atemorizado Fr. Juan, en cuanto se vió preso, confesó su atrevimiento, reconociendo se habia excedido al sacar un breve subrepticio y falso, con título de procurador general, con la mayor humildad pidió perdon de su culpa. Los del capítulo se compadecieron de él, y le trataron piadosamente, mandándole que volviese á las mismas casas donde habia causado aquel escándalo, y satisfaciese y desengañase á todos diciendo la verdad, y al paso le impusieron una leve penitencia. Los breves no se pudieron recobrar, porque los habia entregado en Toledo á un procurador, y éste al obispo de Coria. Se avisó á este prelado manifestándole que Fr. Juan de Toro desistia de la causa, porque no tenia poderes del procurador general, y habia procedido sin órden de su religion. El obispo dió sus excusas, y se negó á devolver los breves, no sabiéndose por lo tanto su contenido, más que lo que el causante habia declarado. A muy pocos dias, despues de aparentar someterse con muestras de humildad y obediencia, dió pruebas de su genio indómito y de su desvergüenza, marchándose fugitivo á Roma, pero sin abandonar el

hábito, proceder que reanimó á todos sus parciales. Aunque tarde, conoció la Orden su descuido y falta de tacto en dejar tan pronto libre á un hombre tan desenvuelto, haciendo confianza de su fingida humildad. Desde Roma, y con la mayor osadía, mandaba letras y amenazas, haciendo y diciendo cuanto mal podia de la Orden, en tal grado que la religion se vió precisada á no despreciar aquel enemigo, y tratar de responder á las muchas malicias y falsos testimonios que extendia y publicaba en la capital del orbe católico, desdorando y ultrajando á la Orden, captándose la benevolencia de los cardenales con sus ardides y sutilezas, y áun sorprendiendo al Pontífice. En este estado fué cuando la Orden se valió del sabio y virtuoso prior de la Sisla, Fr. Rodrigo de Orenes, para que pasase á Roma á contrarestar y destruir la obra de aquel mal religioso, permitiéndole que escogiese el compañero que quisiese para que le acompañase. Cuando llegó á Roma acababa de morir Pablo II, que habia dado el primer breve á Fr. Juan de Toro; le habia sucedido Sixto IV, á quien tambien habia informado y llenado la cabeza de mil falsedades, embustes y malicias, habiendo conseguido del nuevo Pontífice mandase despachar otras letras conformes con las de su antecesor, con mayor poder, é inmunidades que asegurasen la persona de Fr. Juan, que en aquel asunto habia representado mucha santidad y celo, por ser hombre muy falso y que poseia la aficion y el arte de engañar como ninguno, pues tanto pueden los medios infames puestos en accion por un enemigo por flaco que sea. Llegó Fr. Rodrigo de Orenes con las cartas y poderes de la Orden, informó á Su Santidad de toda la verdad de aquel triste negocio, descubriendo los embustes del fraile, manifestándole y haciéndole un fiel retrato de su diabólico ingenio, condicion y falsas apariencias, como quien bien le conocia. Hizo igualmente patentes el buen gobierno y leyes que la Orden observaba en las elecciones y en la disposicion de los bienes temporales; la vigilancia y cuidado en las cosas espirituales; cuán puntual era en la observancia, hasta en las más insignificantes ceremonias. El Pontífice oyó con el mayor placer á Fr. Rodrigo, echando de ver desde luego en su compostura y gravedad de la persona, de qué lado estaba la verdad, desengañándole fácilmente su gran penetracion; por lo tanto, en seguida mandó expedir una bula ó breve muy favorable, revocando todo lo que su antecesor y él igualmente habian mandado, engañados y falsamente informados por Fr. Juan de Toro. Dió cima y remató con toda felicidad este enojoso asunto el prudente y virtuoso prior Fr. Rodrigo de Orenes, cuya sabiduría y talento hubieran favorablemente terminado negocios mayores y de mayor importancia. Dejó al Pontífice prendado de su persona y virtudes, y muy satisfecho y edificado de su porte y cualidades, y tan inclinado á favorecer á la órden de S. Gerónimo, como descontento y airado contra Fray

Juan de Toro, que al estado á que llegó no quisiera haber nacido; afirmando Fr. Rodrigo, que el Papa le dijo las siguientes palabras con harto enojo: *Iste Ribaldus volebat evertere Ordinem divi Hieronimi.* Pretendieron reducirle á la obediencia de la Orden, movidos é compasion de su alma, pero nada se consiguió con aquellos buenos deseos, porque desesperado y confuso se fué adonde jamás se le pudiera hallar.—A. L.

RODRIGO DEL PADRON (D.), segundo de este nombre en el arzobispado de Santiago; sucedió á D. Fr. Rodrigo Gonzalez de Leon, natural del reino de Galicia, y cuando ascendió á esta santa silla era ya arcediano de Salnes, de la dicha santa iglesia de Santiago; su nombramiento fué muy grato á la reina Doña María, madre del rey D. Fernando IV. En la *Historia del rey D. Alonso XI*, en el capítulo VIII, se dice de este prelado, que en las tutorías de este rey seguia el partido del infante D. Pedro. «Y maguer (dice) que D. Rodrigo, arzobispo de Santiago, y los procuradores de las ciudades y villas que eran de la parte del infante D. Pedro, enviaron á acometer muchas veces á los de la parte del infante D. Juan, que se quisiese ver con ellos, porque si un tutor ó dos acordasen de facer que lo que tuviese fecho fuese con acuerdo de todos, y no por discordia.» Por todo lo cual quedó acordado lo que por entónces parecia más conveniente, en tiempo que la ambicion de tantos se daba por muy ofendida, si no se lo concedian todo. Mas claras luces se hallan de este prelado en la historia que escribió el muy docto y muy erudito varon el doctor Pedro Chacon (que con su profundidad y grandes conocimientos, se hizo inmortal, gozando de una fama inmensa) del principio y sucesos de la universidad de Salamanca, madre de infinitos sabios. «*En este tiempo*, dice, *reinando el rey D. Alonso XI, andaban las cosas en grande alteracion; y á los maestros de la universidad no les pagaban sus sueldos, de que resultó el venirse casi á deshacerse; hasta que en los años de 1310, D. Pedro, obispo de Salamanca, dió de ello noticia al papa Clemente V, diciéndole el gran daño que resultaba de aquesto. Respondió el Papa por una bula, que está en los archivos de la universidad, y comienza: Dudum nobis fratris Petri Episcopi Salamantini.*» En ella manda á D. Rodrigo, arzobispo de Santiago, se informe de lo que valia el noveno de los diezmos del obispo de Salamanca; qué cátedras habia; qué salarios tenian todas ellas, y que juntase un concilio en Salamanca de los obispos de la provincia compostelana, y en él se adjudicase el noveno de los diezmos, y se nombrasen personas que cobrasen estas rentas, y de ellas se pagasen las cátedras, sin tomar para sí cosa alguna. El arzobispo hizo lo que el santísimo Clemente le mandaba, juntando el concilio, y con tan solemne autoridad y asistencia de tan gravísimos Padres, se adjudicó la renta que tiene y goza esta ilustrísima escuela, muro firmísimo de la fe católica, de la Iglesia romana, y de su sede

apostólica, y el mayor teatro de letras y de hombres sabios que tienen ambos mundos, nuevo y viejo. Sin este concilio se celebró otro en la misma ciudad de Salamanca en el año de 1312. Este prelado, en compañía del infante D. Felipe, sirvió al rey D. Fernando IV en el cerco de Algeciras con cuatrocientos caballeros; y dice la *Historia del Rey*, capítulo LV, que estando este monarca en peligro, llegó el infante D. Felipe su hermano, y el arzobispo de Santiago, con cuyo auxilio todos se animaron y tomaron grande esfuerzo. Este prelado sujetó en tela de juicio á los vecinos de la ciudad de Santiago, que no querian reconocer, ni tener por señores á sus arzobispos. Murió en 3 de Noviembre del año de 1316, y está sepultado en su iglesia. Fué un prelado sumamente activo y valeroso, de que dió infinitas pruebas en el corto período que dirigió aquella diócesis, siempre trabajado por las disensiones y turbulencias que desgraciadamente ocurrieron en aquel tiempo. Grandemente celoso y obediente al Sumo Pontífice, coadyuvó en todo cuanto estuvo de su parte á los deseos de Clemente V, para el sostenimiento y conservacion de las cátedras de la ilustre universidad de Salamanca. Fiel á su Rey, le ayudó poderosamente con auxilios materiales, sacándole de un grande aprieto, en donde se encontraba en la más angustiosa situacion. Le sucedió en el arzobispado D. Fr. Berenguer, segundo de este nombre, religioso y general de la órden de Sto. Domingo. — A. L.

RODRIGO DE PEÑALVA (Dr. Fr.), trinitario. Escasas son las noticias que las crónicas de la Trinidad nos han trasmitido acerca de este religioso. Unicamente nos dicen que era español, y que perteneció á la ilustre familia de Peñalva, pero sin indicar su patria ni la época de su nacimiento. Manifestó, pues, que habia recibido brillante educacion, y que pertenecia á ilustre y bien acomodada, ó por mejor decir, opulenta familia, por haber hecho sus estudios en la famosa universidad de Paris, donde tuvo la suerte de encontrar y tratarse con los más doctos y santos varones que frecuentaban aquellas célebres escuelas; los cuales á la vez que cultivaron su ingenio para que recibiese con fruto la semilla de la sabiduría, supieron infundirle los gérmenes de la virtud en el alma. Habiendo estudiado el jóven Peñalva con notable fruto la filosofía, introdújose luego en las profundidades de la ciencia teológica, ciencia á cuyo estudio se consagró con notable gusto, por ser el que más rectamente conduce al conocimiento de las grandezas de Dios y á la resolucion de oscurísimos problemas, de impenetrables arcanos para la generalidad de los hombres. Habiendo sostenido con gran lucimiento diferentes actos públicos, arguyendo y defendiendo las más árduas cuestiones de la ciencia, en vista del aplauso que habia obtenido y de la estimacion que empezaba á adquirirse, le instaron sus amigos á fin de que recibiera el grado de doctor en el distinguido y sabio cuerpo de la Sa-

cra Sorbona. No tenia intenciones Rodrigo de permanecer en París, trataba únicamente de perfeccionarse en los estudios y pasar luego á su patria, donde, inclinado como estaba á la carrera eclesiástica, procuraria obtener algun beneficio para servir á Dios y á la Iglesia. Pero la beatísima Trinidad, que deseaba verle antorcha para iluminar mejor su excelso templo en el mundo, le dió soberano impulso para no resistir á las insinuaciones de los que le rogaban admitiese el grado de doctor, accediendo tambien á los deseos del arzobispo de París, que le mandaba recibir el órden sacerdotal. Mucho tuvo que ofrecer á Dios rindiéndose á semejantes insinuaciones, pues conceptuándose digno de toda honra, y no merecedor de las altas investiduras con que pretendian adornarle, tuvo que hacer el penoso sacrificio de su humildad en aras de la obediencia. Recibido el noble título de ministro del altar, no tuvo ociosos sus talentos el tiempo que el Señor tardó en llamarle para más altos empleos. Predicaba con celestial elocuencia, explicaba al pueblo rudo é ignorante los fundamentos de la fe y los divinos misterios, anatematizaba el vicio do quiera que se encontrase, y procuraba dirigir los torcidos pasos de los que caminaban por la senda de la perdicion hácia el recto sendero de la salvacion y de la virtud. No le embarazaban tales y tan árduas ocupaciones para que acudiese á las obligaciones de la universidad, y regentando cátedras, y enseñando en público de dia lo que de noche aprendia en el retiro de su estudio, llegó á adelantar en muchas ocasiones á los que habian sido sus maestros, no envaneciéndose él con semejante triunfo, ni dándose ellos por sentidos de verse pospuestos al jóven español, que tan bien aprovechára las lecciones recibidas. Llegaron por aquel tiempo á París las dos lucientes estrellas del místico firmamento, los patriarcas insignes de la Orden Trinitaria S. Juan de Mata y S. Félix de Valois. Entre las muchas personas distinguidas y graves doctores que, inspirados por la divina gracia, solicitaron á vista de la santidad de los ilustres fundadores, pertenecer á su santo instituto, se halló Rodrigo de Peñalva, que obediente al llamamiento del cielo, pidió humildemente el hábito al glorioso P. Juan de Mata, que reconociendo su mérito, su virtud y la fuerza de su vocacion, satisfizo cumplidamente su deseo, alistándole en la Trinitaria familia. Fué uno de los que formaron en París la primera comunidad, y concluido el año de su noviciado, tuvo la satisfaccion de ser admitido al profesado por el esclarecido cofundador S. Félix de Valois. Vivió en París algun tiempo practicando todo género de virtudes y devotos ejercicios, adelantando cada dia más en aquella escuela donde la caridad tenia su asiento, y donde el ejemplo del denodado caudillo alentaba á sus soldados y fieles súbditos á caminar con pasos agigantados por la senda de la perfeccion. Bien penetrado de la alta mision que estaba llamado á desempeñar en el

mundo, perfectamente instruido en la regla y en la práctica de la observancia religiosa, pasó Fr. Rodrigo á España, en compañía de S. Juan de Mata, con objeto de fundar conventos para la propagacion de su religion augusta. En este viaje se perfeccionó más el venerable Peñalva en las altas virtudes que habia adquirido en el convento de Ciervofrígido, al lado del venerable y esclarecido Patriarca. No prolongaremos este artículo biográfico, que debe ser harto breve, refiriendo todas las particularidades de su viaje; únicamente diremos que el suelo español, presintiendo la gran felicidad que con la venida de aquellos santos habia de proporcionársele, los recibió con milagrosas señales de regocijo; pues siendo la estacion más fria y rigorosa del año, cubriéronse los campos por donde pasaban de odoríferas y pintadas flores, como vistiéndose de gala por un fausto acontecimiento. Otro portento acaeció poco despues, manifestando más la santidad del patriarca, y en el cual no cupo poca parte de gloria al venerable Peñalva. El primer convento que de la Orden Trinitaria se fundó en España, fué el de Puente la Reina, el cual á pesar de las contrariedades que sufrió, de los tiros de la envidia y de otra multitud de causas, llegó muy pronto á verse en alto grado de lustre y prosperidad, mereciendo el beneplácito de la Divinidad en unos términos que el Unigénito Hijo de Dios, una de las tres personas de la Beatísima Trinidad, se dignase bajar en persona á dar la posesion del mencionado convento al fundador Juan de Mata. Interin arreglaba la multitud de negocios que le asediaban, y á fin de no perder tiempo, deseoso de poner en manos del Rey de Castilla las cartas que le traia de parte del sumo pontífice Inocencio, trató de que uno de sus más predilectos hijos se encargase de esta comision pasando á la corte de Burgos exponiendo al mismo tiempo al soberano, que conforme era su obligacion y su deber pasaria á ponerse á sus reales pies y recibir sus órdenes, apénas se lo permitiera el estado de sus negocios. No halló entre tantos como le acompañaban el venerable patriarca otro más á propósito y más apto que Rodrigo de Peñalva, el cual, recibidas sus instrucciones, partió inmediatamente para la corte, tan deseoso de cumplir su encargo, que olvidado de lo principal, ó lo que es más seguro por oculta y divina Providencia, se dejó en el convento las cartas que habia de entregar al soberano. Al atravesar Fr. Rodrigo las líneas ó límites del reino de Navarra, fué detenido y preso porque los centinelas que guardaban un campamento, viéndole vestido con hábito desconocido para ellos y absolutamente nuevo en España, le tomaron por espía. Llevado á la presencia del jefe del puesto, explicó quién era y el objeto de su viaje; pero no pudiendo manifestar los comprobantes de su dicho por haberse dejado en Puente la Reina las cartas, y no permitiéndole volver por ellas, la sospecha fué adquiriendo visos de realidad, y se dispuso que el presunto espía

fuese encerrado en un oscuro y estrecho calabozo, donde permaneceria hasta la terminacion de la contienda que por entónces dividia á Navarra y á Castilla. No teniendo otro recurso armóse con el escudo de la paciencia, y se resignó á padecer aquella tribulacion hasta tanto que el Señor tuviera á bien disipar las nieblas que envolvian su conducta á los ojos de los hombres. Interin sucedia esto en Castilla, hallábase orando en Puente la Reina el venerable Juan de Mata, y revelándole la inspiracion divina lo que pasaba á su amado hijo, en un rápido vuelo y conducido por celeste espíritu pasó al lugar en que su hijo y discípulo padecia, llenando con su presencia de gozo el alma del pobre cautivo, cuyos grillos y cadenas quedaron instantáneamente quebrantados, y abriéndose por superior impulso las puertas sin que los guardas lo advirtiesen, salieron juntos padre é hijo de aquella negra prision, volviéndose en breve rato al convento de Puente la Reina, no obstante que distaba diez leguas del punto en que Fr. Rodrigo fuera aprisionado. Conoció el venerable Juan de Mata que todo lo sucedido era divina permision, y que sin duda queria la voluntad de Dios que él mismo en persona, y no otro fuese á llevar las cartas de Inocencio al rey D. Alonso. En su consecuencia, dejando al venerable Peñalva por ministro del convento, y acompañado de suficiente número de religiosos, pasó á la ciudad de Burgos á desempeñar su cometido. Aquí, áun á trueque de parecer algo difusos, no podemos resistir al deseo de hacer una breve reseña del monasterio ó convento de Puente la Reina. Este convento, fundado segun costumbre primitiva en las afueras de la poblacion, fué por mucho tiempo no solo el asilo de la santidad y virtud por parte de los religiosos, sino tambien el alivio de los necesitados y el consuelo de los afligidos. Más adelante se trasladó al poblado el convento, estableciéndose en la calle Real, frente á la iglesia parroquial de Santiago, habiendo producido esta mudanza el que las gentes del campo, que vivian dispersas en las alquerías inmediatas al convento, no reconocian ni acudian á otra parroquia para recibir los santos sacramentos, que á la iglesia de los Trinitarios, donde no solo hallaban este consuelo, sino que al par del socorro para las almas hallaban tambien los auxilios para el cuerpo, puesto que en la citada casa se suministraban abundantes limosnas de ropas y comida á los infelices, y se acogia y curaba á los peregrinos, contribuyendo los fieles con cuantiosos donativos á la práctica y sostenimiento de estos actos de caridad. Habiendo tenido por conveniente el rey de Navarra que los moradores dispersos de los campos se redujesen á vivir en poblado, concedió privilegios y exenciones á todos los habitantes de la villa de Puente la Reina, á la cual vinieron á residir, por gozar de los antedichos privilegios y demás franquicias que se les ofrecian, los vecinos de la campiña, quedando el convento sin tener en quien poder ejercitar sus

anteriores actos de caridad, y por esta razon tambien se trasladó con los vecinos á poblado. Cuando el obispo de Pamplona trató de fundar parroquia para la nueva colacion ó barriada, los vecinos, que no habian conocido en mucho tiempo otra iglesia que la de los PP. Trinitarios, á quienes debian multitud de favores y beneficios, por los que se hallaban muy agradecidos, pidieron por parroquia el convento; mas como el obispo manifestase que segun la práctica eclesiástica, el vicario y cabeza de la mencionada parroquia debia necesariamente ser un sacerdote secular, y como insistiese en que así habia de ser, surgieron algunas dificultades entre la autoridad y el vecindario, que terminaron por una concordia, en la que se estipuló, que áun cuando el vicario fuese secular, el primer beneficiado de los seis que se instituyeron, fuese el P. Ministro del convento de los Trinitarios con la renta que á cada uno asignó, que fué la de cuatrocientos ducados de plata, y asimismo que todos los religiosos del mencionado convento, que con permiso de su prelado quisiesen celebrar el santo sacrificio de la Misa, pudieran verificarlo sin estorbo, guardando entre sí el turno que acostumbraban guardar los demás beneficiados. Esta concordia se observó durante algunos años, hasta que por fin, por la instabilidad de las cosas humanas y mal hallados los beneficiados de que asistiese á su cabildo un religioso, empezaron á hacerle desaires y marcados desprecios, hasta precisarle á abandonar por dignidad el puesto; pues como el servicio que los Trinitarios prestaban á la parroquia era más bien por deferencia á los vecinos que por interés, no dudó un momento el P. Ministro en abandonar la mezquina renta que le daban, aprovechando gustoso la ocasion de quitarse de mundanales cuidados, y consagrándose enteramente al fomento y perfeccion de su religiosísima casa. El antiguo convento, fundado tan á gusto del cielo como en la vida del santo Patriarca se refiere, quedó encargado á un religioso, unido á algunos sirvientes, para que cuidase de la hacienda, consistente en viñas y tierras de pan llevar, cuyos frutos estaban perpétuamente libres del diezmo y de todo género de tributo. La iglesia y convento vino, por fin, á arruinarse, y el tiempo, que todo lo destruye, no permitió quedase en pié aquella fábrica tan ilustrada con milagros. No obstante, deseando los piadosos Trinitarios de Puente la Reina consagrar una eterna memoria y un grato recuerdo á aquella cuna de su religion en España, edificaron en el sitio donde estuvo el convento una pequeña ermita, consagrada á Santa Marina, cuyas ruinas aún existian en estos últimos años. El convento de Puente la Reina sufrió notables descalabros con las guerras y disturbios ocurridos en Castilla, no siendo pequeño el experimentado en el año 1521, cuando el rey de Francia Francisco I, habiendo declarado la guerra al emperador y soberano de España, y creyendo ocasion oportuna para lograr sus designios la cir-

cunstancia de la guerra civil de las Comunidades de Castilla, penetró en la Navarra, á la sazon desprovista de armas y de soldados, y fué apoderándose sin resistencia de todas las plazas fuertes hasta llegar á Logroño, donde halló el castigo de su soberbia, quedando tan completamente derrotado su ejército, que fueron muy pocos los franceses que lograron atravesar los Pirineos para llevar las nuevas de la catástrofe. Cuéntase que, seguros los franceses de hacerse dueños enteramente de Navarra, traian en su compañía varios religiosos Trinitarios con objeto de hacerles dueños de los conventos españoles, y algo de esto pasó en Puente la Reina; pues habiendo entrado en el convento, al volverse á Francia se llevaron todos los papeles del archivo, los cuales se colocaron en el convento de la ciudad francesa de Pau, de donde jamás pudieron sacarse ni por ruegos ni por ofertas, siendo más afortunado el cabildo secular, cuyo archivo fué tambien arrebatado y devuelto despues por una crecida suma de dinero, que en tiempo de guerras y disturbios hasta las cosas sagradas son objeto de lucro y especulacion. Interin estuvo Fr. Rodrigo al frente del primitivo convento, le gobernó con todo el acierto y sabiduría que eran propios de su arreglada y santa vida, mereciendo todos sus actos la más completa aprobacion de su santo padre y maestro. Hallándose ya muy extendida la Orden por toda España, y siendo grande el número de conventos fundados en sus diversas provincias, no era posible que una sola cabeza atendiese á tantos cuerpos, y á este fin dispuso el santo fundador, para el mejor régimen de los muchos conventos que iban estableciéndose y el más pronto despacho de la multitud de negocios que ocurrian, nombrar ministros provinciales y generales, señalándoles sus respectivas demarcaciones y dándoles las instrucciones convenientes. Muchos y muy beneméritos religiosos existian en España, que pudieran sustituir en su cargo al santo fundador, primer general; pero entre todos obtuvo la preferencia el V. Rodrigo de Peñalva, lo cual habla muy claro en favor de sus méritos y virtudes; pues eligiéndole para representante suyo un santo tan favorecido del cielo, no cabe duda que encontraria en él muchas prendas que le harian digno de semejante distincion. No quedaron defraudadas las esperanzas que acerca de su aptitud se habian concebido; pues durante su gobierno, la observancia fué en aumento, la piedad no sufrió menoscabo alguno, y el principal objeto de la fundacion de la Orden, la redencion de cautivos, fué tan atendido, que multitud de infelices cristianos fueron sacados de entre las cadenas en que gemian en Córdoba y en Sevilla por los cuidados y solicitud de Fr. Rodrigo, que asistió en persona á varias redenciones hechas durante su generalato. La fama de sus virtudes, la noticia de sus aciertos y la amabilidad de su trato, decidieron al rey de Castilla Alfonso VIII á nombrarle su confesor, delicado cargo que Fr. Ro-

drigo aceptó por obediencia y que desempeñó tan cumplidamente, que de director espiritual llegó muy en breve á ser el confidente del Rey y su consejero en los negocios temporales. Todos los que algo versados en nuestra historia se hallan, saben las desgracias y reveses que al principio de su reinado experimentó el monarca de Castilla, debidos á sus funestos extravíos, y por los cuales permitió Dios que el brazo de la morisma castigase en los pueblos los desaciertos de su Rey; castigo acaso más terrible que el que personalmente pudiera imponerse al delincuente, y que nosotros no calificaremos de injusticia, como hacen algunos que se atreven á pedir cuenta á la Divinidad de sus actos; pues estos, sean cuales fueren y júzguense cómo cumpla á la pobre y oscura inteligencia humana, siempre van guiados por superior y sabio móvil, y encaminados á muy altísimos fines. Injusticia parece á nuestros modernos y filantrópicos filósofos que Dios, por el adulterio de David, castigase al pueblo israelita con la peste de los tres dias; pero reflexionemos nosotros, abiertos los ojos á la luz de la verdadera filosofía, y veremos que aquella pena fué más dolorosa para el culpable que la imposicion de un personal castigo. El verdadero rey justo y amante de sus pueblos, es el padre de sus súbditos. El padre amante no experimenta dolor más grande que cuando pierde algun hijo, y preferiria mil veces sufrir en su persona los daños y los disgustos y las aflicciones que aquejan á los pedazos de sus entrañas. Pues bien; un rey que se halle bien penetrado de la mision que sobre la tierra desempeña, que conozca sus deberes y trate de cumplir sus obligaciones, ¿no sentirá amargamente, no llorará con lágrimas de sangre las desgracias de los pueblos por culpa suya castigados, y no sentirá más aquellas desgracias que si en su persona las experimentase? Dias de luto hubo por algun tiempo en Castilla; pero cuando despues de la funesta jornada de Alarcos abrió el Rey los ojos á la luz, y adorando la mano que le heria, propúsose reformar sus alteradas costumbres, su primer diligencia, su más ferviente deseo fué volver por su honor, vengar á sus infelices súbditos, víctimas de la arrogancia sarracena, y ensalzar á la Iglesia católica, á quien amenazaba de nuevo el islamismo, que envalentonado con sus fáciles victorias, y engrosado con los numerosos refuerzos que diariamente recibia del Africa, parecia querer renovar los funestos dias que sucedieron á la fatal derrota de Guadalete. Venciendo el Rey con magnánima alma sus prevenciones, olvidando políticas diferencias, y dejando aparte disputas antiguas é inveterados rencores, trató por la salvacion de la religion y la tranquilidad de todos los dominios españoles, de invitar á los príncipes cristianos para aliarse en santa guerra contra el infiel. No solo halló aprobacion esta idea en el ánimo del V. Peñalva, sino que se ofreció á acompañar con los suyos al ejército, á fin de prestar á los com-

batientes todos los espirituales auxilios que el cristiano necesita, y que en semejantes casos son tan difíciles de lograr. Alentado el Rey con semejante promesa, y conociendo que donde la religion asistia no era dudosa la victoria, despachó sus embajadores á los reyes comarcanos, y de todos fué bien admitida su propuesta, ofreciéndose á asistirle con su persona y sus gentes de armas los soberanos de Aragon y de Navarra. Los infieles por su parte tampoco se descuidaban, pues á su demanda de auxilio, pasó de Africa el rey de de Marruecos, que tomó entónces el pretencioso título de *Miramamolin*, ó príncipe de los creyentes, á la cabeza de un ejército tan numeroso, que llenó todas las Andalucías; y que, segun la pintoresca expresion de un cronista contemporáneo, asemejábase á un dilatado enjambre de abejas, que oscurecian la luz del sol por los sitios que pasaban. Señalóse para cuartel general de los cristianos la Imperial ciudad de Toledo, en la que se reunieron varios Padres Trinitarios, llamados por el provincial Fr. Rodrigo, y sacados de los conventos de Burgos, Segovia y otras partes. Igualmente acudieron á la ciudad mencionada los reyes de Navarra y Aragon, y el conde de Provenza, que venia acompañado de multitud de caballeros franceses, que deseaban tomar parte en la cruzada española. Acompañaba al conde el glorioso fundador S. Juan de Mata, de cuya venida se holgó no poco el rey D. Alonso, advirtiendo claramente que Dios tomaba por suya aquella causa, cuando le enviaba sus santos por auxiliares. Ofreció el santo Padre al monarca con humildes palabras su superior valimiento, y aumentando con los que sacó de Toledo el número de religiosos destinados á la expedicion, los reunió en dia señalado á todos en una iglesia, para darles sus instrucciones y exhortales al cumplimiento de los sagrados deberes que se imponian. Cuando los religios supieron que el mismo Juan de Mata y Fr. Rodrigo de Peñalva marchaban á su cabeza, su entusiasmo religioso no tuvo límites, y anhelaban el momento de ofrecer la vida en las aras de la religion y de la patria. Llegado el instante de la marcha, en todo el tiempo que esta duró no es posible reducir á números los servicios prestados por los Padres á la causa de la religion y de la humanidad. Ellos asistian á los enfermos, alentaban á los débiles y enfervorizaban el ánimo de los valientes, adelantándose siempre en el cuidado, la solicitud y la vigilancia. Llegó el ejército aliado á las faldas de Sierra Morena, en cuya parte opuesta se hallaba el fastuoso campamento agareno, poblado de multitud de tropas de todos los países, que el islamismo tiene á su dominio sujetas, las cuales guardaban á su emperador *Miramamolin*, que orgulloso sobre manera, creyéndose ya dueño de toda España, y despreciando al humilde y pequeño ejército que en contra suya venia, hallábase en su lujosa tienda, donde brillaba todo el lujo y toda la pompa oriental, cercado de sus esclavos y favoritas, cubierto

de oro y de ricas pedrerías, aspirando el aroma de los arábigos perfumes, y con tanto sosiego y tranquilidad como si se hallase en sus palacios de Túnez y Tetuan, confiado en el valor y vigilancia de sus númidas y sus etiopes. No hallaron los cristianos medio hábil de salvar las fragosidades de la sierra con la brevedad que su impaciencia requeria, y sin dar un largo rodeo no era posible encontrarse al frente del enemigo. Pero los ruegos de los santos varones que á las huestes acompañaban, pudieron tanto en el ánimo del Señor, que todos los obstáculos fueron removidos, porque era forzoso que solo milagros ocurrieran en aquella batalla milagrosa. Hallábanse los soberanos congregados en una de las reales tiendas en la madrugada del dia 15 de Julio, celebrando consejo de guerra, cuando les fué presentado aquel misterioso y desconocido pastor, cuya identidad aún no han podido fijar las historias, y que algunos amantes de nuestras glorias político-religiosas, aseguran ser el bendito Isidro Labrador, el cual ofreció guiar al ejército por senda desconocida, hasta colocarle con suma brevedad al frente del enemigo. Admitida la oferta y puesta en marcha la tropa, pronto se mostró ante los ojos de los fieles el fastuoso campamento oriental, lleno de tanto número de soldados, que bastarian á dar pavor y espanto á corazones donde la fe y el valor no tuvieran tan preferente asiento como en los pechos españoles: pasóse el dia en tomar precauciones para dar inmediatamente la batalla, é interin que los caudillos militares daban órdenes, marcaban puestos y ordenaban haces, los caudillos de las almas, principiando por los reyes, distribuian en el ejército los consuelos de la fe, el bálsamo de la esperanza y el alimento que los mismos ángeles envidian á los hombres; pues á la vez que los musulmanes se preparaban á la lid con abundantes y suculentos refrescos, restauradores de las perdidas fuerzas, los cristianos, verdaderamente contritos y arrepentidos de sus culpas, recibian de rodillas al Señor sacramentado, anticipado viático para aquellos que debian emprender su jornada á la vida eterna. A los primeros albores del dia 16 de Julio, dia consagrado por la Iglesia á celebrar la festividad de nuestra Señora del Carmelo, la entusiasta tropa cristiana se lanzó al combate en medio del rumor de los bélicos instrumentos, contestados segun costumbre por la espantosa griteria de las africanas hordas, en cuya táctica militar entraba, como entra hoy áun, el sistema de aterrar al enemigo con voces descompasadas. No haremos aquí una detenida explicacion de la batalla de las Navas de Tolosa; no referiremos el arrojo de los fieles, ni aquella valerosa accion del rey de Navarra, y que dió orígen á la orla del escudo de sus armas. Semejante digresion alargaria demasiado los límites de este artículo, y además existen muchas y muy luminosas historias, donde pueden acudir á enterarse los amantes de las glorias nacionales. Unicamente diremos, que en

lo más recio de la batalla, y como prodigio debido á los ruegos de los religiosos que al ejército seguian, apareció visiblemente en los aires como presagio cierto de la victoria, la misma señal que anunció á Constantino el triunfo sobre Magencio; el signo venerando de nuestra redencion, con la notable particularidad de que la cruz aparecida en los celestes espacios, era en color y forma semejante á la que en su hábito ostentaban los religiosos Trinitarios. Con el poderoso auxilio del cielo, la victoria no podia ya ser dudosa, y alcanzóse tan completa, que el ejército africano quedó absolutamente derrotado, huyendo el Miramamolin, que debió la salvacion al esfuerzo de su caballería, abandonando su lujosísima y rica tienda, y dejando en el campo, entre muertos y prisioneros la espantosa cifra de doscientos mil hombres, con la sola pérdida de veinticinco soldados por parte de los cristianos. Cosa sobrenatural é increible, si no se hallára consignada sin variacion en todos los cronicones antiguos, y autorizada con la respetable afirmacion de todos los prelados españoles y con la autoridad del sumo pontífice Inocencio III, que despues de conceder á los que tomasen parte en esta guerra las indulgencias de la bula de la Santa Cruzada, estuvo el dia de la batalla postrado de rodillas por espacio de seis horas, suplicando al Señor concediese el triunfo á los adoradores de la cruz, y que henchido de santa alegría cuando á su noticia llegó la nueva de la victoria, escribió al rey Don Alonso aquella entusiasta carta, que aún se guarda en nuestros antiguos archivos. Por consecuencia inmediata de esta victoria, y siguiendo el alcance del enemigo, el rey de Castilla logró apoderarse, despues de una corta resistencia, de la importante ciudad de Ubeda, que era uno de los principales baluartes del imperio musulman, reducido ya á los límites de las Andalucías. Pero la alegría del triunfo cambióse muy pronto en dolor, y las palmas de la victoria quedaron algun tanto marchitadas; pues á consecuencia de la estacion calurosa, de la aglomeracion de personas y de la corrupcion del aire, viciado por las emanaciones de las heridas, sobrevino una espantosa peste, que en pocos dias se llevó á los que habia respetado el alfange agareno en los campos de batalla. En esta ocasion demostraron los Padres Trinitarios cuán útil era su instituto y cuán grande, cuán sublime es aquella religion que manda al hermano sacrificarse por el hermano; pues en aquellas lamentables circunstancias fueron tantos los servicios que prestaron, tales las fatigas á que voluntariamente se entregaban, y tal en fin el cúmulo de auxilios y consuelos que prodigaron, que áun cuando la santa y benéfica institucion no presentára en su historia páginas más brillantes, la peste de Ubeda la hubiera para siempre acreditado. Excusamos decir que una de las figuras que más descollaron en aquellas aflictivas circunstancias, fué la de Rodrigo de Peñalva; pues como segunda persona, digámoslo así, del

santo fundador, confidente suyo, y conducto por donde se trasmitian sus órdenes, no podia ménos de secundar dignamente sus evangélicas inclinaciones, además de lo que su propia piedad le sugeria. Cuando el rigor de la peste hubo desminuido, vino á ocupar la atencion del rey de Castilla otro conflicto. Habíase hecho en la batalla tan grande número de prisioneros, contándose entre ellos personajes moros de elevada categoría, que no se sabia dónde colocarlos, ni qué destino darles. Siendo tambien muy grande el número de los cristianos que gemian cautivos en poder de los infieles de Marruecos, acordóse proponer un cange de prisioneros, y al efecto, y como una de las obligaciones de la religion trinitaria, dispúsose que los religiosos de esta Orden pasasen á Marruecos á tratar sobre el asunto. Aunque el trato era ventajoso, las circunstancias á la verdad no podian presentarse más desfavorables, porque irritados los musulmanes con su completa y reciente derrota, era de esperar que por lo ménos los Padres redentores fueran acogidos por aquellos bárbaros con desprecio y con insultos. No bien llegaron á enterarse los Padres redentores de lo que se trataba, y mirando por sí mismos ménos que miraban los demás, encendidos en santo celo, y deseosos de padecer por Cristo, solicitaron con ánsia ser enviados al Africa, á dispensar consuelos á sus hermanos oprimidos. El más ardiente promotor de la redencion fué el venerable Peñalva, que siempre el primero donde habia beneficios que prestar, ó peligros que sufrir, se dispuso con la mayor alegría á desempeñar una comision, cuyo término no podia preverse; pues por más justa y más humanitaria que era, al fin habia de tratarse con bárbaros que desconocian las leyes de la humanidad, desconociendo al mismo tiempo el sagrado derecho de gentes, que tanto respetan los pueblos civilizados. Comisionóse, pues, accediendo á sus instancias á Fr. Rodrigo, para tratar del rescate, quien inmediatamente se dirigió á Marruecos en compañía de otros cuatro religiosos. No poseia Castilla en aquella época puerto alguno en el litoral del Mediterráneo, y siendo el de Málaga por donde más fácilmente podia efectuarse el viaje de los redentores, hubo necesidad de que estos atravesáran las provincias musulmanas de la Andalucía. La exacerbacion de los ánimos en el pueblo moro era tan grande contra los cristianos por la ultrajante derrota que habian sufrido, más triste y dolorosa aún porque destruyera multitud de brillantes esperanzas, que ni el carácter de ministros de paz y dulzura que les distinguia, ni su sagrado carácter de embajadores, impidió á los religiosos el verse insultados, escarnecidos y algunas veces maltratados, ofensas que ellos toleraban con evangélica paciencia y santa alegría, porque así veian colmados sus deseos y sus aspiraciones de padecer por el Señor. Habiendo llegado á Málaga el salvoconducto que esperaban para pasar á Marruecos, embarcáronse, llegando con

toda felicidad á la corte del infiel Miramamolin, donde á pesar de las seguridades ofrecidas, hallaron motivos suficientes para resfriar el ánimo en corazones que estuviesen ménos fortalecidos por la fe, y ménos ayudados por el espíritu divino. El Señor, dispensador de toda fortaleza, les dió suficiente valor para contemplar animosos las miserias que padecian los infelices cautivos en poder de los bárbaros dueños, cuya furia se hallaba sobreexcitada por la victoria que las armas cristianas sobre los infieles consiguieran. Empezaron su evangélica tarea los amorosos Padres animando á aquellos desgraciados, exhortándoles para que confiasen en la misericordia de Dios, que con ventajas les sacaria de situacion tan aflictiva, y recomendándoles que no descuidasen un punto el culto y servicio de aquel Padre cariñoso, que en ninguna ocasion abandona á los que siguen sus pasos y le acompañan por la senda de los padecimientos, ayudándole á llevar la penosa cruz de las angustias y penalidades. Administrábanles los sacramentos para fortalecerles el espíritu, y á merced de los recursos que les proporcionára la magnanimidad del rey de Castilla, suministraban alimento á los hambrientos, á quienes solo daban sus tiranos, tratándoles peor que á las bestias, negro pan y agua medio corrompida, facilitando tambien medicinas á los enfermos, asistiéndolos y consolándolos para que llevasen con resignacion el trabajo de sus dolencias. Con tan prontos y eficaces auxilios, y con tan buenos protectores, muchos que ya se hallaban en la rápida pendiente del abismo en fuerza de la desesperacion, resueltos á abjurar de la religion en que nacieran para abrazar la secta de sus perseguidores, por no tener ya fuerzas para soportar sus inicuos tratamientos, detuvieron el paso y salvaron sus almas de la ruina á que la infelicidad los arrastraba. Habiendo, pues, cogido tan buen fruto espiritual de la benéfica semilla que esparcieran, comenzaron á tratar de los bienes corporales, entablando negociaciones para el rescate de los cautivos. Verificado el cange de los cristianos por los moros de distincion hechos prisioneros en los campos de las Navas, y quedando muchos cautivos que no estaban comprendidos en el mencionado tratado, aún no pudo la caritativa alma de los generosos Padres abandonar á aquellos infelices que llegaban tarde para disfrutar los beneficios de la redencion, y así parte con los donativos del rey de Castilla, limosnas de los fieles, y escaso fondo que la órden de los Redentores tenia en España, por hallarse aún la fundacion en sus principios, consiguieron romper las duras cadenas de trescientos infelices, haciendo para esto los mayores sacrificios; pues concluido el primer trato, ventajoso para los moros, exigieron despues tan subidos precios por los cautivos, que solo á fuerza de considerables cantidades pudieron ser devueltos al seno de sus familias. Pero la santa, la sublime caridad, emblema y distincion del cris-

tianismo, no mira ni repara en cantidades mezquinas ó grandes, siempre que se trata de enjugar una lágrima ó de endulzar un dolor. Los sacrificios que la caridad hace, hállanse suficientemente recompensados con la satisfaccion que produce el agradecimiento del socorrido, y la caridad del cristiano prodigará gustosa el oro, si economiza con él á sus semejantes una sola lágrima, un leve suspiro de dolor. Gozoso Peñalva con el triunfo que la caridad habia obtenido, y con próspero viaje, llegó á tierra de cristianos, devolviendo á la madre patria aquellos hijos útiles para la industria y para la agricultura. Antes de separarse de ellos, y de mandar á su casa á cada uno, hízoles una amorosa plática, exhortándoles á perseverar en el servicio del Señor, por cuyos méritos habian logrado salir de su penosa situacion. Abundantemente socorridos, partieron á sus respectivos pueblos, colmando de bendiciones á aquellos santos religiosos, vivas imágenes de Jesucristo, que rescataban del poder de la barbarie y de los riesgos del pecado á los hijos de Dios, herederos de su gloria. Cumplida ya su mision enteramente, pasó el venerable Peñalva á Burgos, donde á la sazon se hallaba la corte, á dar cuenta al rey D. Alfonso del éxito de su encargo. Mucho se alegró el soberano de verle, y mucho estimó sus desvelos y servicios, que trató de recompensar con honores y distinciones. Pero el humilde religioso, que conocia que ningun mérito adquiere ni ninguna recompensa merece el que cumple con su obligacion, pidió al rey por único premio, bien al revés de los magnates del mundo, que con nada se hallan satisfechos ni contentos, pidió que le permitiera retirarse de la corte á buscar en el retiro de un convento los medios de llegar con desahogo y descanso al término de su viaje. Mucho sintió el monarca desprenderse de su confesor y consejero, pero deseando complacerle, áun en aquello que causaba pena y disgusto, concedióle el permiso que pedia. Vuelto Fr. Rodrigo á su provincia, tuvo el consuelo de ver que el soberano, ya que él no habia querido obtener ninguna recompensa, empleaba su liberalidad en beneficio comun de la Orden, haciendo cuantiosos donativos á los conventos, y prefiriendo en todas ocasiones á los religiosos Trinitarios. Desembarazado completamente Peñalva de todos los negocios del siglo, áun de aquellos que directamente se relacionaban con la religion, puso todas sus miras, concretó todos sus deseos á dirigir á sus súbditos por el camino de la salvacion, no descuidando la suya propia, enteramente dedicado á las prácticas de la oracion y la virtud. No olvidando nunca lo que en Marruecos habia visto, y doliéndose hasta lo sumo, más que de nada, de la miserable condicion de los cautivos, procuró fomentar la obra de la redencion, cuidando de qué, ántes de todo, y con preferencia al socorro de cualquiera necesidad, se apartase de las limosnas y donativos la tercera parte destinada al fondo de la

mencionada redencion. Preparado convenientemente con tan santa vida y tan piadosos ejercicios, cuando el Señor llamó á su puerta para llevarle consigo, hallóle pronto y dispuesto para el viaje. Era ya de edad muy avanzada, y hallábase en el convento de Segovia, cuando le asaltó la enfermedad precursora de la muerte. Habiendo recibido los últimos sacramentos con la devocion acostumbrada, y encomendando su alma al santo patrocinio de la Purísima Vírgen, á quien durante su vida profesára la más tierna devocion, entregó tranquilamente su espíritu al Criador, y fué á gozar el eterno descanso, el dia 8 de Marzo del año 1253.—M. B.

RODRIGO PEREZ (D.), obispo de la santa iglesia de Orense, primero de este nombre, sucedió á D. Pedro Yañez de Novoa. El libro titulado de las *Dotaciones* dice hablando de este prelado, que habiendo vacado la iglesia de Orense, el cabildo unánime eligió por su obispo en 7 de Octubre del año de 1408 á D. Rodrigo Perez, tales eran sus méritos y virtudes y el concepto que disfrutaba en aquella diócesis. Cuando le eligieron, era arcediano de Baroncela, y rigió la silla con el mayor celo y esmero por espacio de diez y ocho años, teniendo por sucesor á D. Gonzalo Nuño de Aza ó Novoa.—A. L.

RODRIGO DE PORTILLO, franciscano español del siglo XVII. Descendiente de una antigua é ilustre familia, recibió una distinguida educacion, á que supo corresponder áun en su más tierna edad, haciendo grandes adelantos en las letras y en las ciencias. Sonreíale el más lisonjero porvenir, cuando su piedad y devocion le inclinaron á tomar el hábito de la Orden Seráfica, no sin tener que vencer ántes algunas dificultades que se le presentaron por parte de su familia. Pero habiéndolo conseguido su noble empeño, se consagró desde aquel instante al servicio de su religion, de que llegó á ser uno de los miembros más ilustres. Dotado de grande capacidad y de singular aplicacion, terminó y perfeccionó sus estudios en breve tiempo con grande facilidad y notable aprovechamiento, siendo desde aquel instante mirado como uno de los teólogos más eminentes de su época. Dedicado al ejercicio de la predicacion, brilló en él en gran manera, pues su arrogante figura, ejemplar vida, natural elocuencia y no vulgar erudicion, eran cualidades más que suficientes para que su fama llenase en breve tiempo todos los ámbitos de la península. No solo en su provincia de Santiago, sino tambien en otras de España, fué escuchado con grande avidez, y muy en breve se le llamó á la corte, pues deseaba oirle Felipe IV, aquel monarca literato, que tan bien sabia distinguir el mérito donde quiera que le encontrase. Felipe IV se prendó desde luego de este religioso, y á su proteccion debió el ser encumbrado á los puestos más eminentes de su Orden. En muy breve tiempo obtuvo los cargos de predicador de S. M., censor del tribunal de la Fe, y Padre de su provincia de Santiago de Galicia; habia desempeñado ya

otros cargos inferiores, y no le fué por lo tanto difícil ser elevado á estos, que ocupó con tanta gloria como fortuna. Enviado poco despues á Roma como procurador de toda su Orden, permaneció por algun tiempo en la ciudad eterna, desempeñando este nuevo destino con grande tacto y acierto, y no pocas ventajas para los que para él le habian elegido. A su regreso fué cuando se ocupó en la composicion y publicacion de las obras que de él conocemos, si merecen tal nombre sus sermones, pues á excepcion de una, todas las demás pertenecen á este género. Sus oraciones obtuvieron grande fama, y son buscadas áun en el dia por los eruditos. Sus títulos son los siguientes: *Oracion fúnebre en la muerte de Doña Juana de Córdoba, duquesa de Frias;* Madrid, imprenta Real, 1624, en 4.°— *Oracion fúnebre en las exequias de Felipe III, rey de las Españas;* ibidem, 1626, en 4.° Escribió además una obra ascética al estilo de su siglo, intitulada: *Cristo y María, ó los beneficios que recibe constantemente el mundo por su medio;* Octoduri, por Gerónimo Murillo, en fólio.—S. B.

RODRIGO QUINTANO, minorita, citado por Wadingo. Aunque se ignoran las circunstancias de este religioso, su apellido completamente español debe hacérnosle suponer compatriota nuestro, puesto que existen aún familias, y muy ilustres por cierto, que llevan este sobrenombre. La época en que floreció debe suponerse en el siglo XVI, puesto que escribió contra los herejes, que eran entónces la pesadilla de todas las personas religiosas, que veian atacado al cristianismo por el más cruel de todos los enemigos, por la apostasía, nacida en su seno, y que cual venenosa víbora, se apresuraba á devorarle. Así es que todos los escritores, todos los hombres de algun valer é importancia, consagraban sus palabras, sus discursos y su pluma á combatir el enemigo, que por decirlo así, les habia nacido dentro de casa, y contra el que no eran suficientes todas sus fuerzas. Rodrigo de Quintano fué uno de estos decididos campeones, que se lanzaron en pro de la santa causa del catolicismo, áun con exposicion de sus mismas vidas, para sacar incólume el arca santa de la verdad, inhumanamente atacada por sus impíos detractores. Pero su triunfo completo en las regiones en que vivian, en que dominaba, por decirlo así, el catolicismo, no lo fué tanto en aquellas donde habia nacido la herejía, y en que habia tomado tan rápido vuelo, que fueron necesarias las armas para contenerlos. España, que en aquella sangrienta y encarnizada lucha se habia declarado campeon del catolicismo, que le defendió en todas partes, atacando á la herejía en Alemania, los Países Bajos, Inglaterra y áun en la misma Francia, tenía un doble interés en todas estas cuestiones; y por eso sus escritores esgrimian con tanta fuerza y energía sus plumas contra los que eran por una parte sus enemigos naturales, y por otra los enemigos de la religion y de la santa causa que habian abrazado, y

por la que estaban sacrificando sus vidas, su poder y sus riquezas. Por desgracia ninguno de nuestros historiadores ha considerado bajo este punto de vista el reinado de la dinastía de Austria en nuestro país. Acúsanla de nuestras desgracias, de nuestra decadencia, y no quieren comprender que esta fué causada por el grande, por el gigantesco esfuerzo que tuvieron que hacer en contra de la Europa entera, más ó ménos manchada con las doctrinas innovadoras. Si estas triunfaron, débenlo tambien por otra parte á los celos de los monarcas, que deseosos de menoscabar el poder de la casa de Austria, no tuvieron inconveniente en faltar á lo que á su religion debian por zapar la gloria y poder de una nacion grande y poderosa, que si cayó fué con doble gloria y esplendor, pues cayó abrazada á la cruz del Crucificado. En cuanto á la obra del P. Rodrigo Quintana, que ha dado lugar á esta ligera indicacion, parece quedó manuscrita y se intitula : *De Christo Jesu contra infideles.*—S. B.

RODRIGO DE RIVERA ANDRADE, franciscano del siglo XVII. Nació segun todas las probabilidades en el siglo XVII, y fué uno de los religiosos más ilustres de su época. Distinguióse principalmente por sus estudios, en los que hizo los más rápidos progresos, obteniendo puestos en extremo honrosos en su época, y que son verdaderos testimonios de su ciencia y saber. Enviado al colegio que tenia su Orden en la universidad de Salamanca, en representacion de su provincia de Santiago de Galicia, no tardó en ser elevado á los primeros puestos que entónces se conocian en esta clase de establecimientos literarios, debiéndolo principalmente á sus vastos conocimientos y notoria capacidad. Ejerció durante un largo período el tan difícil y codiciado cargo de moderador de los estudios de su convento, que era una especie de censor y de juez á la vez en los actos públicos y áun privados de los estudiantes, extendiéndose su autoridad áun sobre los mismos profesores en determinados casos. Semejante cargo en tan famosa universidad indica que Fr. Rodrigo era uno de los varones más aventajados de su época, y que su Orden tenia fundadas en él grandes esperanzas. Empero no sabemos que despues de este desempeñára ningun otro destino, guardando un profundo silencio todos los autores en este punto. Sábese, sin embargo, por lo que de sus escritos ha visto la luz pública, que fué un predicador de grande reputacion, y que recorrió la mayor parte de España, ya en misiones, ora en las funciones solemnes, dirigiendo su palabra al pueblo y á los grandes, á los que conmovia con su elocuencia y admiraba con su doctrina. Hermoso privilegio del genio de brillar en todas partes, ya bajo el sayal del pobre franciscano, ora en el traje del cortesano afeminado, ya por último bajo el humilde bordon del peregrino. Mas con frecuencia estos triunfos los paga demasiado caros el que los obtiene, y miéntras la vulgar medianía se ostenta por todas partes

coronada por el éxito, y consigue los mejores y más positivos resultados, el verdadero, el positivo saber tiene que contentarse con un oscuro puesto, y gracias que se le deje descansar en él y no tenga que buscar un asilo en el silencioso rincon de un claustro. Acaso esta fué la suerte del P. Rivera; tal vez por esto no obtuvo ninguna de esas encumbradas dignidades, que con tanta frecuencia se concedian á hombres de los que ni áun se conocen los mismos títulos. Adversa en un todo la fortuna á este religioso, ni áun sus escritos ha llegado á poseer la posteridad, habiéndose perdido en su mayor parte, de manera que solo podemos juzgar de su mérito por uno que se ha salvado, y es un *Sermon de la vigilia de la Natividad de nuestro Señor*, impreso en Valladolid por Gerónimo Murillo, 1634, en 4.°—S. B.

RODRIGO Rovicio (B.), confesor, religioso franciscano, muy célebre en España, murió en 1378, y fué sepultado en Vimaraens en el convento de S. Francisco, en un lugar oculto, pero decente, lo que dicen algunos autores se hizo porque estuvo dotado de espíritu profético. Sin embargo, buscado con la mayor diligencia el cuerpo de este Padre, no pudo encontrarse en aquel lugar, porque habia sido trasladado á la iglesia matriz de Vimaraens, á causa de la grande devocion que con él se tenia. Hé aquí cómo refieren algunos cronistas los hechos principales de la vida del B. Rodrigo Rovicio: «En el monte de Valdearogo yace sepultado el hermano Rodrigo Rovicio. Fué hombre admirable por su penitencia, amante de la pobreza, apartado del mundo y dotado de espíritu profético. Consultado por la reina de Castilla, esposa del rey Enrique y madre del rey Juan, sobre á cual de los dos pontífices debia adherirse en el cisma reinante á la sazon en la Iglesia, al llegar los enviados á su presencia, ántes de que le hubieran manifestado el motivo de su viaje les dijo: *Sabed que muerta la Reina de Castilla, que os envia, el rey D. Juan de Castilla se decidirá por el pontífice Urbano, lo que le saldrá mal. Despues morirá el rey Cárlos de Francia, á quien veo sepultado en el infierno á causa del cisma que ha introducido y sostenido en la santa Iglesia del Señor.* Los enviados marcharon despues de oirle estas palabras, que acaecieron conforme las habia predicho.» Sobre esto hace la crónica larguísimas consideraciones, que no nos parecen de este lugar, pues se hallan reducidas á referir sucesos históricos expuestos ya en esta obra en sus correspondientes artículos. De este beato, por otra parte, no se sabe más que lo referido, y que su Orden celebra su memoria en 27 de Enero.—S. B.

RODRIGO Rubiche (Fr.), de la órden del seráfico P. S. Francisco. Este venerable religioso fué portugués, hijo de la santa provincia de Lisboa, varon consumado en virtudes, de grande austeridad y penitencia, observante puntualísimo de la regla, despreciador valiente de las vanidades del mundo, celador fervoroso de la pobreza evangélica, extático, contemplativo,

ilustrado con el don de profecía y de santidad tan famosa, que no solo en Portugal, donde era universalmente conocido, sino en el reino de Castilla, era grande su opinion. La fama de sus virtudes, obligó á la reina Doña Juana de Castilla, viuda del rey D. Enrique II, y madre del rey D. Juan I, á enviar un criado suyo de la mayor confidencia á Portugal, para consultar y tomar parecer de Fr. Rodrigo en un negocio interesante y de importancia, cual era que le declarase é indicase á cuál de los dos pontífices que estaban en cisma debia el reino de Castilla dar la obediencia, si á Urbano VI, ó á Clemente VII. Llegó el enviado á la presencia de Fr. Rodrigo, y ántes que manifestase el objeto de su embajada, le atajó el bendito religioso diciéndole: « Sé á lo que vienes de Castilla, quién te envia, y á qué fin. Sabrás, pues, que la reina madre Doña Juana, que te envia, ha muerto despues que salistes de Castilla, y que el rey D. Juan, su hijo, seguirá la parcialidad del antipapa Clemente, con todo su reino, dándole la obediencia, y con ella más fuerzas al cisma que padece la Iglesia; pero este error, aunque esté autorizado por consulta y determinacion de la universidad de Salamanca, no quedará sin riguroso castigo; y para que te certifiques más de la verdad que te hablo, sabrás tambien que el rey Cárlos, de Francia, que es el fautor principal del antipapa Clemente, ha muerto, y está sintiendo sobre sí la pesada mano de las iras de Dios.» Con este melancólico despacho salió de Portugal aquel mensajero, y en confirmacion de los vaticinios de aquel santo religioso, halló á la Reina muerta y enterrada en Toledo, y que habian llegado noticias ciertas de haber fallecido igualmente el rey de Francia Cárlos. Que el Rey estaba muy careado á seguir el partido del antipapa, con aprobacion por consulta de la universidad de Salamanca. A esta determinacion sobrevivió muy poco el Rey, y muy mortificado con funestos infortunios y presentimientos, siendo el último y principal el haber perdido la batalla de Aljubarrota, y poco despues la vida, cayendo de un caballo en los campos de Alcalá de Henares. Obró Dios, por intercesion de este siervo suyo, insignes milagros despues de su muerte. Fué célebre su memoria el tiempo que estuvo su cadáver en el convento de Guiomares, donde se le dió la primera sepultura. Trasladóse despues á la real iglesia colegial de nuestra Señora de Oliveyra, contemporizando la religion con la devota piedad de los canónigos. Diósele depósito en un nicho hecho en la pared de la nave de la iglesia, que se llama la nave de Jesus, al lado del Evangelio. Quedó el nicho muy bajo y muy á mano la caja, para que de esta cercanía se tomase la devocion, ménos discreta que fervorosa, licencia de sacar la mayor parte de sus reliquias, como se vió, cuando por órden de D. Fr. Agustin de Castro, arzobispo de Braga, se registró la caja, y no se halló en ella más que las cenizas, un hueso y la cabeza. Esta se halla en el sagrario, con

venerable estimacion, y la llaman vulgarmente la cabeza del santo Fr. Rodrigo. Ha obrado el Señor por ella milagros y curaciones, singularmente en mordeduras de perros rabiosos, y cuando enferman los ganados, tienen devocion los pastores de tocarlos con esta reliquia, con felices y maravillosos efectos. — A. L.

RODRIGO DE SALAMANCA (Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de Montamarta, en la provincia de Zamora. Fué uno de los discípulos más queridos del P. Fr. Hernando de Logroño, siendo fiel imitador de las virtudes y modo de vivir de su maestro, cualidades que excitaron la envidia ó emulacion de sus hermanos. Como este siervo del Señor era tan penitente, siguiendo los pasos de su santo maestro, que habia introducido en el convento é inclinado á los religiosos á tantas maneras de asperezas y penitencias, sospechaban que este santo le ayudaba é inducia para establecer aquel rigor; lo cual no era así, sino consecuencia voluntaria de la severidad y santidad del prior, limitándose Fr. Rodrigo, como súbdito obediente, á observar sus preceptos, callando y sufriendo con paciencia las suposiciones y el disgusto de sus hermanos, prefiriendo le hiciesen aquel cargo mejor que no lo atribuyesen al superior. Tuvo el santo Fr. Rodrigo de Salamanca, entre otras virtudes y prendas dignas de la mayor alabanza, un corazon y un ánimo tan sensible, acompañado de una tan grande devocion, que no le era dado leer en público la vida de los santos, ni en el refectorio, ni en el capítulo, porque en seguida se enternecia de tal suerte, que no podia pasar adelante; llegando á tal extremo, que en el coro y en los sitios citados, se veia precisado á encomendar el oficio cuando le tocaba por su turno. Tambien dejó en aquel convento un ejemplo notable de humildad, y era, que si alguno le enojaba, ó le decia alguna palabra áspera ó descompuesta, con tanto fervor le iba á pedir perdon, como si él la hubiera proferido, ó héchose reo de aquella culpa, no contentándose únicamente con esta demostracion, sino que ántes de apartarse de allí le habia de besar los pies. Era hijo de nobles padres; cuando faltaron estos, heredó una gran parte de sus bienes, y le importunaron cuando hizo testamento, que los dejase á los parientes, á lo que nunca quiso acceder, pues su voluntad era dejarlos todos al monasterio, diciendo que él más que ninguno estaba obligado á dejarlos á los que mejor sirviesen al Señor con ellos, lo que así sucederia en el monasterio. Porque dejando aparte que con aquella hacienda se mantendrian grandes siervos de Jesucristo, alcanzando buena parte á los pobres mendigos y menesterosos que llegaban á sus puertas, dejándola á sus parientes sabia que se consumiria presto en vanidades, trajes, comilonas y juegos, y que si el mundo y sus apasionados daban esto por bien gastado y empleado, y áun lo celebraban, él no participaba de aquella opinion. Aca-

bó este santo religioso su vida, como se esperaba de tales principios y constantes virtudes. En el momento de su muerte se vió su rostro circundado de una auréola luminosa, mostrando los rasgos de su rostro grande alegría, señal, sin duda, de que vió segura su corona ántes de partir de este destierro, donde la habia labrado con su continua humildad y penitencia.—A. L.

RODRIGO DE SALVATIERRA, religioso agustino, de una familia tan antigua como distinguida. Nació en Sevilla, donde tomó el hábito de la órden de S. Agustin, en que obtuvo cátedras, diferentes prelacias, y la superior de la provincia, cargo en que manifestó su vasto saber y grandes virtudes. Despues de una prolija y dolorosa enfermedad en que manifestó la sincera piedad y singular paciencia de que se hallaba adornado, murió con grande edificacion de todos, en el convento de su patria, en 1672.—S. B.

RODRIGO DE S. JACOBO, franciscano portugués, de la provincia de los Algarbes, de la observancia regular. Pocas son las noticias que nos han quedado acerca de este religioso, cuyas virtudes fueron tan elogiadas como su saber en el siglo en que floreció. Desde el instante en que tomó el hábito procuró conformarse en un todo con las prescripciones de su regla, siendo un modelo de humildad y obediencia. No solo sus superiores, sino tambien sus compañeros, eran acreedores á sus servicios, que prestaba con gusto en cuantas ocasiones se le presentaban, haciéndose un deber en servirlos hasta en sus deseos. Distinguíase en particular en asistirlos en sus enfermedades, pasando las noches en vela á su lado, y procurando en cuanto se hallaba á su alcance el completo alivio á sus dolencias. No por esto descuidaba las demás prácticas religiosas. Asistente al coro y demás obligaciones de la comunidad, cuando tenia algun momento de ocio, le dedicaba siempre á la oracion y meditacion, pasando largos ratos en la iglesia en presencia del Santísimo Sacramento, de que era muy devoto, lo mismo que de la Inmaculada Concepcion de María Santísima, y de otros santos, como el Patriarca de su Orden, etc. Hacia contínuas penitencias, y usaba todo género de maceraciones, lo mismo que ayunos y vigilias, teniendo destinados diferentes dias á la semana para cumplir en cada uno con una de sus devociones. Siguió constantemente esta angélica vida hasta el momento de su muerte, que acaeció despues de una larga enfermedad y de haber recibido los santos sacramentos, volando su alma á la eternidad, donde sus hermanos creyeron piadosamente que habria obtenido el descanso destinado á los justos, segun lo habia merecido por las virtudes que le distinguieron en la tierra. Habíase consagrado á reunir materiales y escribir la historia de la provincia, tarea árdua y penosa y en la que se proponia imitar á todos los cronistas de su Orden y de los demás institutos religiosos. Desde muy antiguo

se habia procurado dar á luz los hechos de los varones eminentes ya por su virtud ó su ciencia, que se habian consagrado en el claustro al servicio de Dios ó del altar en una órden monástica; y miéntras la historia civil apénas cuenta en los siglos medios y áun en tiempos posteriores con alguna descarnada crónica, donde los hechos se refieren con increible confusion; apénas hay convento, provincia ni órden, que no cuente con numerosas obras destinadas á esclarecer su historia y los hechos de los varones que la ilustraron. Una empresa de este género fué la que emprendió el P. Rodrigo, la que parece llevó á cabo, aunque no llegó á ver la luz pública, segun aseguran todos los bibliógrafos. Titulábase: *Historia de la provincia de los Algarbes.*—S. B.

RODRIGO DE S. MIGUEL, agustino descalzo de la congregacion de España, fué natural de Aguilar de Campo, y tomó el hábito en el convento de nuestra Señora del Portillo. En Filipinas, donde estuvo como misionero, desempeñó los cargos de prior de Macingli y Marivelez y vicario provincial. Volvió á España en 1614 y despues en 1626. En 1625 estaba predicando el Evangelio en la Caldea, y atrajo al gremio de la Iglesia católica gran número de caldeos del reino de Bassona, siendo enviado por estos en Abril de 1625 á la presencia del soberano pontífice Urbano VIII, para prestarle obediencia en su nombre y ofrecerle su fidelidad. Urbano VIII habló con grande elogio de este religioso al rey Catolico, en una carta de 21 de Julio de 1626. Despues de muchos y útiles trabajos falleció en 1627, cuando regresaba á España á descansar de tan largos viajes y gloriosas fatigas.—S. B.

RODRIGO ó RODERIC DE STA. CRUZ. Fué este un portugués, religioso de la órden de Ermitaños de S. Agustin, ilustre por su piedad y por su ciencia en el reinado de Manuel, soberano de Portugal. Enseñó en Lisboa la filosofía y la teología con mucho éxito, y compuso unos *Comentarios sobre Aristóteles y sobre el Maestro de las Sentencias*, citadas por Nicolás Antonio en su *Bibliotheca hispana.*—C.

RODRIGO DE SEVILLA (Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo en el monasterio de S. Leonardo. Era natural de Sevilla é hijo de padres nobles y honrados. Entre sus muchas virtudes, sobresalió en ser humilde por excelencia, y en el mismo grado devoto del Santo Sacramento, pues desde el dia que se vistió los santos hábitos de la religion, fué creciendo en entrambas virtudes con evidentes mejoras. Cuando llegaba el dia de la comunion, segun la costumbre y leyes de la Orden, eran tantas las lágrimas que vertian sus ojos, que causaba admiracion á cuantos lo presenciaban. Al siervo de Dios le era muy sensible se hiciese publica esta demostracion y sentimiento, mas no podia evitar el llanto, que se lo producia el Señor, para

ejemplo y beneficio de los demás. Muchas veces se le oyó decir que el placer que experimentaba en tan precioso convite, sobrepujaba en un grado muy superior á cuantos regalos ha sabido inventar el humano apetito; y que recibiendo aquel santísimo manjar, le parecia cosa fácil sufrir la muerte y los mayores tormentos, no solo por Cristo, sina por cualquiera de los miembros de la comunion cristiana. Con tan señalada y relevante virtud, pasaba Fr. Rodrigo sus primeros años de monje, cuando invadió una cruel peste toda aquella tierra de Salamanca y Alba, arrebatándole en la flor de la juventud, si bien de muy anciano en su inteligencia, y largos años de aprovechamiento y méritos, pasando á la gloria y dejando no pocos recuerdos de su santidad y virtudes. — A. L.

RODRIGO DE SIGÜENZA (Fr.), religioso de la órden de S. Juan de Dios. Nació en la villa de Utiel, en el reino de Aragon, en 1610, poniéndole el mismo nombre que llevaba su padre, que pertenecia, lo mismo que su madre María Luna, á lo más noble de aquella ciudad, por lo que educaron á su hijo en la forma que convenia á su clase y riquezas. Aficionado éste al servicio militar, apénas habia cumplido los quince años, cuando asentó plaza para seguir las banderas del emperador Cárlos I. La primera batalla en que tomó parte, fué en la de Pavía, en que quedó prisionero el rey Francisco I. Marchó despues con el ejército á defender la Hungría de la invasion de los turcos en 1526, yendo á esta campaña en clase de soldado, lo mismo que San Juan de Dios, que iba entre las milicias del conde de Oropesa, de modo que estos dos ilustres varones, fundador el uno de una religion tan célebre como meritoria, y su cooperador, cofundador como puede llamársele tambien al otro, pues obtuvo su confirmacion y estableció sus estatutos, asistieron á una misma campaña, en un mismo año y á un mismo fin sin conocerse. «Pero quién no pondera, dice la Crónica de la Orden hospitalaria los secretos juicios del Señor? ¡Cuán investigables son sus caminos, y que pocos los andan ni alcanzan á saberlo! ¡En dos soldados que estaban sirviendo sus plazas en una campaña que se formó contra la invasion bárbara de los turcos, estaba como depositada nuestra sagrada religion! ¡En dos soldados de fortuna, que para mejorarla sirvieron á los reyes de la tierra, y se pasaron á servir al rey del cielo! De dos soldados de milicia de la tierra hizo el Señor dos capitanes para la milicia del cielo. No lo llegaron á ser sirviendo al Emperador muchos años, y á muy pocos lo fueron sirviendo á Dios. ¡Qué diferentes empleos! ¡Qué diferentes empeños, y qué diferentes pagas! ¡Sirviendo en el mundo mucho, medraron poco; sirviendo á Dios poco, medraron mucho!» Tambien asistieron en 1529 á la campaña de Alemania, en que el emperador Cárlos V se propuso impedir la entrada de los turcos: San Juan de Dios tenia á la sazon treinta y cuatro años, y el siervo

de Dios Fr. Rodrigo de Sigüenza diez y nueve. Volvió á España el santo Patriarca, y Rodrigo continuó todavía sirviendo en el ejército, con cuyo motivo pasó á Bolonia, hallándose en la coronacion del emperadar Cárlos V. Con este motivo refiere la Crónica los pormenores de la coronacion de nuestro célebre monarca, que por no ser muy comunes áun en las obras de historia, trascribimos con sus propias palabras: «Habia pasado este invencible príncipe de Génova á Placencia, primera tierra del Papa; halló allí tres legados suyos, que le buscaron y le pidieron con palabras y ceremonias sacadas del libro pastoral, que jurase de nunca de hacer fuerza á la libertad de la Iglesia. Dijo el Emperador que juraba de no perjudicar los derechos de la Iglesia y del Imperio, advirtiendo de el que tenia á las ciudades de Parma y Placencia. Desde aquí pasó á Bolonia, donde entró con la majestad y pompa dignas de aquel monarca. Esperábale el Papa, vestido de pontifical y con tiara puesta, en un riquísimo y precioso tablado. Subió arriba el César armado de todas armas, ménos la cabeza que habia de ser coronada. Coronóse primero con la corona de hierro, que está en el estado de Milan, en la ciudad de Mousa, en el convento de S. Juan Bautista, de donde la trajeron. De allí á tres dias recibió la de oro de mano del Pontífice mismo, con la mayor grandeza que han tenido los dos mayores monarcas de la tierra. Hizo el Papa al César canónigo de S. Pedro, luego sirvió en hábito sacro la misa, que el Pontífice dijo, de cuya mano recibió las insignias imperiales. Púsole la corona de oro, y habiéndole besado el pie y adorado, fué aclamado por rey de romanos. Esto fué el año 1530, á los treinta años de su edad, dia de San Matías, en que los cumplia por ser el dia en que habia nacido. Desde la iglesia, pues, montaron el Papa y el César en dos caballos, y debajo de un riquísimo palio fueron á palacio, acompañados de lo mayor del mundo.» Terminadas las ceremonias y regocijos de la coronacion, marchó Rodrigo con el cuerpo de tropas de que formaba parte, y pasando por el territorio de los venecianos, los Alpes y Trento, entró en Alemania, donde debia disponerse el ejército para esperar á Soliman, que se preparaba á invadir la Hungría aquel año con todas sus fuerzas, avergonzado de la fuga que se habia visto obligado á emprender desde Viena el año anterior despues de haber perdido 80,000 de los 200,000 hombres que llevaba. Volvió por segunda vez á acometer una empresa, cuyo resultado debia ser la conquista de Alemania, y lo hubiera sido con la pérdida tal vez de toda Europa, si la Providencia, con una sabiduría en que no siempre meditan los hombres, no hubiese reunido en la persona de Cárlos V con sus grandes dotes personales los mayores estados que ha vuelto á regir monarca alguno, pudiendo así impedir las empresas del islamismo, que desde entónces se pronunció en decidida decadencia, pues todos sus posteriores tentativas fueron luego por

mar únicamente, y áun estas supo reprimirlas, dando un golpe decisivo á la media luna, el hijo de este mismo monarca, Felipe II, que en la inmortal batalla de Lepanto acabó para siempre con la marina otomana, y de consiguiente con los últimos restos de la fuerza y poder del desde entónces desgraciado imperio turco. Mas en esta ocasion pudo aún llegar hasta Viena, donde se presentó para combatirle el mismo Carlos al frente de su ejército. «Soliman temió, dice la historia, y fué haciendo círculos con su ejército, y últimamente volvió la espalda y se encerró en Belgrado, dejando á su aventura y diligencia 20,000 caballos, que con Casam-Bajá habia enviado á correr la tierra, los cuales despues de haber hecho algun daño, queriendo seguir á Soliman, se hallaban cortados de menor número, á cuyas manos todos perecieron.» En todas estas ocasiones se halló nuestro siervo de Dios Rodrigo de Sigüenza, obrando siempre como valeroso soldado en los puestos que le señalaban. Hízole alférez el gran duque de Alba, marchando despues á Metz, en cuya toma se distinguió, como no podia ménos de esperarse de su valor y buena sangre. Disuelto aquel ejército, pidió licencia para volver á España, y la obtuvo volviendo á casa de sus padres con su grado de alférez, honra que consiguió en premio de sus servicios de más de veinticinco años. Pensaba al mismo tiempo pretender mayores conveniencias de honores y ventajas en el sueldo, mas luego que llegó á su patria supo la muerte de sus padres, pero todos sus parientes le ofrecieron asistirle en cuanto se le ofreciese, de manera que no echase de ménos en sus pretensiones el amparo de sus padres, pues todos le hacian las mejores ofertas, aunque á condicion de que se estableciese en su patria, y dejando la milicia tratase de tomar estado. El sentimiento que tuvo al saber la muerte de sus padres hizo tanto eco en su corazon, que á pesar de todas estas conveniencias comenzó á desengañarse del mundo, y casi decidió abandonarle. Corrian entónces los años de 1552, y los del siervo de Dios eran cuarenta y cinco; edad que con la escuela de la milicia habia madurado tanto, que era ya en el discurso y la prudencia viejo, y muy viejo, porque fué de excelente capacidad y de las mayores cabezas que hubo en aquel siglo, y se conoció en lo que emprendió, en lo que dispuso y en lo que consiguió con su profunda inteligencia y disposicion. El convencimiento de la poca fortuna que le habia seguido en la guerra á pesar de los muchos años de servicio con que contaba, y habiéndose distiguido más que otros, que le habian sido preferidos; el hallarse sin padres, solo é independiente, y sin obligaciones á que acudir, fueron causas que le impelieron á buscar un rey mucho mejor, dejando la guerra material para buscar la paz espiritual del alma, que era lo que deseaba y á lo que le habia inclinado el Señor con sus soberanos auxilios. Marchó á Madrid á la sazon que el V. Anton Martin estaba fun-

dando el hospital de nuestra Señora del Amor de Dios, y llegando entónces á sus oidos la fama que comenzaba á correr por toda España y áun por Europa del glorioso S. Juan de Dios, que acababa de fundar el primer hospital, principio de una nueva religion, en la ciudad de Granada, para recoger los pobres, enfermos y peregrinos, y curarlos; le pareció á propósito esta forma de vida para dejar el mundo y retirarse á servir á Dios en sus pobres, correspondiendo á la voz interior de su corazon, que le marcaba este camino. Decidido, pues, en su vocacion, se dirigió á Granada, llegó á aquella ilustre y célebre ciudad, se fué en busca del hospital, entró en él, registró las salas, y admiró la buena asistencia con que se servia á los enfermos pobres: agradóle la modesta compostura con que los hermanos y enfermeros acudian á todos, y trató de pedir el hábito al hermano mayor, que lo era entónces el V. Fr. Juan García. «Iba vestido de soldado y muy galan, dice la Crónica, porque como habia sido alférez, traia algunas galas que habia conseguido en la campaña, y las habia hecho para venir á ver á sus padres á su patria. Como le vió el hermano mayor con aquella gala y brios, y que con mucho rendimiento y desengaño deseaba trocarlas por el saco que los demás hermanos traian, le examinó, le probó y experimentó, y finalmente le aprobó, y con comun consentimiento de los demás hermanos, le dió el hábito el año de 1595, tres ántes de la rebelion de los moriscos de Granada.» Manifestó desde luego sus buenas cualidades, por lo que sin vacilar le nombraron procurador, cargo que consistia en llevar al hospital lo necesario para los enfermos y hermanos. Desempeñó por algunos años este empleo, hasta que le nombraron mayor, puesto que ocupó durante algunos años, porque entónces no se elegian aún los oficios en esta comunidad, sino que se ejercian por un simple nombramiento que hacia el ordinario, á quien estaban sujetos los primeros religiosos ántes de la aprobacion de su regla. Continuó en este cargo hasta la rebelion de los moriscos, en que le renunció para ocuparse en asistir á los enfermos y heridos del ejército, lo que ejecutó todo el tiempo que duró aquella guerra, llevando en su compañía para que le ayudasen y asistiesen á los venerables PP. Sebastian Arias y Pedro Soriano. «Todo el tiempo que duró la guerra, dice la Crónica, estuvo el siervo de Dios en los ejércitos, haciendo servicio á Dios y á los reyes católicos. Era para todo y en todo tenia buen voto, especialmente en lo tocante á la milicia. Es constante que muchos capitanes le consultaban en materias de guerra, porque quien habia sido tan gran soldado y habia servido tantos años, sabia muy bien el modo de gobernar los escuadrones, elegir los puestos, y saber esperar al enemigo ó atraerle por ofensa. Daba su parecer, y era con mucha cordura y acierto por la mucha experiencia que tenia.» Pero la mayor parte del tiempo le ocupaba en el santo

ministerio de la cura de los heridos y enfermos, y tambien en procurar saliesen del poder de los moros los niños y niñas, enviándolos á Granada y otros lugares cercanos para que se instruyesen en la fe y se bautizasen. Lo mismo hacia con los impedidos, y esto con tanto artificio como amor y ternura, porque lastimaba su compasivo corazon ver aquellos inocentes niños entregados á un culto falso y expuestos á la eterna condenacion. El buen comportamiento del P. Rodrigo durante toda la guerra le valió el aprecio y estimacion de los generales marqués de Mondejar y D. Juan de Austria, quien desde entónces distinguió mucho á este religioso, y á su vuelta á Nápoles, despues de la gloriosa batalla de Lepanto, mandó edificar á sus expensas el primer hospital que hubo en Italia, honrando y favoreciendo mucho al V. P. Fr. Pedro Soriano, á quien habia conocido en Granada. Retirado Rodrigo á su hospital, despues de haber trabajado con tan infatigable desvelo en el ejército, no le faltaron algunas dificultades, que refiere la Crónica de esta manera: «Como habian fundado el hospital los PP. Gerónimos y quedaron con la administracion, teníanla y se hacian dueños de todo aquello que al hospital por esta parte le venia, sin hacer distincion de lo que tocaba á su administracion, de lo fundado por ellos, y lo que pertenecia á las limosnas y legados, que solicitaban los hermanos y compañeros, hijos del hospital de nuestro glorioso P. S. Juan de Dios. Como en estos acontecimientos no podian hacer nuestros religiosos otra cosa más que quejarse y sentir la opresion que padecian, trató el siervo de Dios de redimir esta vejacion con altísimo y soberano impulso, sin duda alguna que lo movia desde el cielo nuestro glorioso P. S. Juan de Dios. Como consideraba el venerable siervo de Dios, que se habian fundado por los hijos de aquel hospital de Granada muchos hospitales, y que era como cabeza de todos éste, dispuso enviar á Roma para conseguir del Pontífice bulas apostólicas, en que declarase ser aquella Hermandad y Congregacion de sujetos destinados al servicio y cura de los enfermos y pobres, verdadera religion. Consultó el caso con el arzobispo y con algunos aficionados y bienhechores del hospital, y todos vinieron conformes en ello; con que tomada resolucion entre los mismos hermanos, y avisados los que estaban en los nuevos hospitales del caso, se hicieron los poderes y demás despachos necesarios.» Consultaron acerca de los que serian más á propósito para conseguir su pretension y hacer en Roma las diligencias, y nombraron á los venerables hermanos y verdaderamente PP. Sebastian Arias y Pedro Soriano, hombres de gran capacidad, talento é inteligencia y de mucha modestia, virtud y santidad, que marcharon á Roma con los correspondientes poderes y despachos, y consiguieron en muy breve tiempo su pretension. Corria el año de 1561, en que gobernaba la iglesia S. Pio V; presentáronsele los venerables PP. Sebas-

tian Arias y Pedro Soriano, entregándole á Su Santidad sus despachos y poderes al mismo tiempo que las cartas de recomendacion que llevaban de D. Juan de Austria y del marqués de Mondejar, contando al mismo tiempo con la proteccion del embajador de España y del arzobispo de Granada, obtenida por medio de Rodrigo de Sigüenza, que era conocido, amado y respetado por todos estos personajes. Recibióles el soberano Pontífice con mucha benevolencia y agrado, y despues de algunas conferencias y consultas, mandó que se les diesen las bulas al tenor de la peticion, con lo que á los pocos meses tuvieron los siervos de Dios sus despachos y breves en la misma forma que habia pretendido y dispuesto el P. Rodrigo de Sigüenza, por cuyo medio se obtuvieron, y á que debió su engrandecimiento la religion de S. Juan, que siendo entónces harto pequeña y no habiendo fundados más que seis hospitales, consiguió sin embargo de la sede apostólica una declaracion tan importante, como la de que constituia y formaba una verdadera religion. Apénas vieron en su poder los breves los PP. Sebastian Arias y Pedro Soriano, decidieron que el uno los trajera á España y el otro pasára á Nápoles á hacer nuevas fundaciones, y así se verificó, volviendo con ellos á Granada Fr. Sebastian Arias, y pasando á Nápoles Fr. Pedro Soriano. Llegó pues Fr. Sebastian á España, é hizo la entrega de los breves que se verificó en Granada, con grandes demostraciones de alegría. Pusiéronse en ejecucion conforme á su tenor, y sacándose traslados auténticos, se remitieron á nuevos hospitales y á la corte, causando en todas partes general alegría. Tardóse sin embargo mucho tiempo en España en ejecutar los despachos, que no tuvieron cumplimiento en muchas partes hasta el año 1574. Como el Pontífice romano declaraba la forma de hábito que debian vestir los religiosos, que lo eran verdaderamente, y que se tuviesen por tales, el venerable Fr. Rodrigo de Sigüenza fué el primero que hizo su profesion en manos del arzobispo de Granada D. Juan Mendez de Salvatierra, prometiendo obediencia, pobreza y castidad á Dios, y á los prelados vivir bajo la regla de S. Agustin; haciéndola luego en la misma forma todos los hermanos que habia en el hospital, imponiéndoles el escapulario y capilla sobre la sotana ó saco que llevaban entónces: y desde aquel momento, aunque no sin creerse obligados á sostener algunos pleitos, se eximieron de la jurisdiccion y administracion de los Padres de la órden de S. Gerónimo, quedando los religiosos dueños del hospital y de sus haciendas y limosnas, y disponiendo de ellas y de todo su gobierno y dominio aparte del hermano mayor, estableciendo la observancia, que continuó despues en efecto y vigor hasta la extincion de las órdenes religiosas. El haber conseguido felizmente esta dificultosa empresa se debió en particular á Fr. Rodrigo de Sigüenza, que con su grande capacidad lo dispuso, consiguió y puso en ejecucion en Es-

paña, disponiendo los medios más eficaces para que se diese á las bulas pontificias su debido cumplimiento; asistir como jefe del hospital á la cura de los enfermos pobres, sostener igualmente pleito con el convento de San Gerónimo sobre la administracion, y haberle ganado por compromiso y concordia entre las dos comunidades, dejar exento de toda jurisdiccion el hospital y convento, y quedar dentro de la religion el dominio, materias son, dice la Crónica, que en muchos años, muchos hombres juntos y todos de muy grandes talentos y capacidad, no las hubieran llegado á conseguir. Hemos hablado hasta aqui, continua su biógrafo, de su gran talento y capacidad, de lo mucho que obró y consiguió en beneficio y lustre de nuestra religion, resta ahora escribir de sus muchas virtudes y santidad, á quienes se debe atribuir tanto y más que á su inteligencia, lo que emprendió y lo que consiguió. Como entró en la religion con el desengaño de lo que es el mundo, y lo que es todo cuanto en él hay, y entró ya de edad madura, hombre de tan gran talento y juicio, determinado á seguir á Dios buscando la luz de la vida, y huyendo de las tinieblas, abrazando el camino de los abrojos y espinas para llegar por tan segura senda á la perfeccion, se entregó todo á la oracion, á los ayunos, á las mortificaciones y penitencias, con tanto rigor y constancia que era ejemplo y admiracion de los demás hermanos que tenia en compañía suya. El ardor y celo de su viva caridad lo prueba claramente su asistencia en los ejércitos á la cura y cuidado de los heridos, impedidos y enfermos, en que con innumerables trabajos, y sin descansar noche ni dia, acudia al consuelo de unos, á la cura de otros, y es muy digno de consideracion, que no siendo más que tres compañeros, y teniendo á su cargo tan gran número de heridos y enfermos, los asistieran á todos sin faltar á ninguno. Sus penitencias y mortificaciones solo eran comparables con su caridad. Solo llevaba el hábito, sin ninguna otra camisa ni ropa de hilo sobre su cuerpo, lo que constituia una especie de silicio bien áspero y sensible. Llevaba la cabeza descubierta, los pies descalzos, lo que continuó hasta que la falta de salud le obligó á ponerse unas sandalias. No mandó nunca nada, áun siendo prelado, que pudiera hacer por sí mismo, y contestaba cuando le preguntaban que porqué hacia por sí lo que debia encargar por decoro? —Porque á cada uno ha de pagar Dios lo que trabajase. —Mereció muchos favores del cielo, y en particular le fué revelada la muerte de su amigo el P. Fr. Pedro Pecador, á quien queria con mucha ternura por las singulares virtudes que resplandecian en este siervo de Dios. Veintidos años fué hermano mayor del hospital de Granada, segun lo refiere el P. Fr. Luis García, en un breve sumario que escribió de su vida, y fué necesario su gobierno todo aquel tiempo para dejar firmemente establecido lo espiritual y temporal de la religion, porque des-

pues de la muerte de su fundador S. Juan de Dios estuvo á punto de perderse el hospital por falta de medios, porque no eran tan crecidas las limosnas como ántes, y aumentaba mucho el número de pobres y enfermos. En estas grandes dificultades, siempre se manifestó con ánimo firme y constante, confiando solo en la Providencia con tanta seguridad, que acometió empresas como las ya referidas, y las consiguió y llevó á cabo casi sin apoyo ni proteccion alguna. Pues si bien es cierto que en la ciudad de Granada, la catedral, la Inquisicion, los nobles y áun todo el pueblo, le favorecian y ayudaban por apreciarle todos con especial afecto, sin embargo, todos los recursos que le daban los necesitaba para el hospital, de manera que puede asegurarse obtuvo casi milagrosamente los despachos y breves pontificios; y los puso en ejecucion en ménos de cuatro años. Para gozar en el cielo el descanso que con tanto afan habia solicitado en la tierra, le quiso llevar el Señor para sí á edad de setenta y un años, habiéndole servido como fiel y prudente siervo por espacio de veintitres, y con tanto cuidado á sus pobres enfermos que dice el autor de su vida: Que en veintidos años que fué hermano mayor, no tuvo un solo dia de descanso; y despues ponderando su ardiente caridad: « A ningun enfermo dejó de asistir por asquerosa y pegajosa que fuese su enfermedad, y de ordinario acudia más á los enfermos de más peligro. A mi me envió una vez á hacer traer un enfermo que estaba lleno de mal de S. Lázaro, que hedia, de manera que no podia yo disimular, y él le cogió, le acostó y le asistió con el amor que á mí me faltó; pues confieso mi culpa y conozco la mucha tibieza mia. » Finalmente, este gran siervo de Dios para pagar el comun tributo, conociendo que llegaba su fin y hora, se dispuso recibiendo los santos sacramentos y exhortando con palabras tan santas como eficaces y prudentes á los hermanos á la perseverancia en el servicio del Señor, la asistencia al cumplimiento de sus obligaciones y el reconocimiento de lo mucho que debian á Dios por haberlos hecho ya verdaderamente religiosos; y entregó por último su espíritu al Criador, adonde piadosamente se cree le está gozando por eternidades de siglos. Murió el viernes de pasion del año 1581. « Tenia, dice su biógrafo, muy buen talle, era bien dispuesto, de buen arte y de muy buena cara; tuvo especialísimo don de gobierno, fué singular en la paciencia y sufrimiento, y lo hubo menester para las opiniones y asuntos que tuvo por la administracion del Hospital. Era muy discreto y entendido; tenia natural elocuencia, y sus palabras parecian del cielo, especialmente cuando persuadia á las mujeres perdidas se volviesen á Dios, y dejasen su vida tan peligrosa y desastrada, y consiguió convertir á muchas y remediarlas, como lo hacia nuestro P. S. Juan de Dios. Era tan celador de las almas, que diera la suya mil veces por sacar á una de pecado mortal. Tenia cuando yo le

conocí tan venerables canas, que parecia un apóstol, traia la barba larga, porque en aquel tiempo se usaba. Murio el año de 81, viernes de Lázaro. Yo no me hallé presente á su entierro ni á su muerte, que es lo que siento mucho, porque estaba en Almuñecar á la demanda, y allá me la remitieron, diciéndome que la habia tenido como un apóstol; porque su principal motivo y predicacion fué la conversion de las almas solicitó la de las pérdidas el siervo de Dios como si fuera sucesor de los apóstoles.» Se halla enterrado en la iglesia del hospital y convento de Granada, no sin veneracion de la religion y áun de todos los fieles de aquel pais, que ántes y despues de su muerte le tuvieron en concepto de santo.—S. B.

RODRIGO DE SILOS (S.), confesor. Hay familias destinadas por el cielo á ser la gloria de su pais y la honra de su nacion, pues que de ellas salen muchos vástagos floridos, que embellecen y embalsaman la tierra que los produce y el ambiente que los rodea. Una de las familias españolas que se hallan en esta excelencia es la del glorioso Sto. Domingo de Guzman, blason santificante de nuestra España y sol refulgente de la religion que lleva su nombre. A esta dichosa y nobilísima familia perteneció S. Rodrigo, natural de Silos y tio de Sto. Domingo, el cual floreció en los reinados del invicto patron y rey de España S. Fernando, conquistador de Sevilla, y de su hijo Alfonso el *Sabio*. A pesar que le brindaba el mundo con sus halagos y la fortuna con sus grandezas, renunció los unos y las otras, y deseoso de consagrarse exclusivamente al servicio de Dios, tomó el hábito de religioso en el monasterio de Silos. Su talento y virtud le hicieron pronto un distinguido lugar entre los religiosos, los cuales conociendo lo bien gobernados que estarian por quien tantos privilegios habia alcanzado del cielo, le eligieron abad de aquella santa casa. Si de monje fué modelo de humildad y de las demás virtudes claustrales, de prelado lo fué de gobernante, y á pesar de que fué severísimo en la observancia de la disciplina, en la que no perdonaba defecto alguno, fué tan bondadoso y amable que se temian más sus ruegos que sus mandatos, por cuanto obligaban más los primeros, porque el encanto que les acompañaba no daba lugar á la réplica, y sujetaban imperiosamente á la obediencia. Fué tal el respeto que se tuvo á su persona, y lo mucho que podian prometerse de su virtud, que los dos soberanos expresados, no solo le acreditaron su amor y consideracion de mil maneras, sino que se consideraban honrados en visitarle, ya por solo deferencia, ya tambien para pedirle su acertado consejo en asuntos graves que tuviesen que resolver. Los que refieren sus maravillosos milagros, señalan el de convertir el agua en vino, como lo habia hecho el Salvador del mundo en las célebres bodas de Caná. Dado completamente á la contemplacion y al ayuno, y uniendo á esto una austerísima penitencia que destroza-

ba sus carnes, ya de suyo delicadas, cayó en una postracion indispensable, y el dia 19 de Setiembre, en que le celebra la Iglesia, del año 1280 de Jesucristo, entregó su espíritu á su Redentor, diciendo los autores que Dios glorificó con muchos milagros su sepulcro. Recuérdase á S. Rodrigo en Silos, como un patrono divino acompañante á Sto. Domingo en santificacion y en la proteccion de todo el pais, y en especial de aquel afortunado pueblo.—B. S. C.

RODRIGO SOARES (P.), jesuita portugués, natural de Arouca, en el arzobispado de Lamego, entró en la Compañía en Coimbra, á 8 de Abril de 1561; fué á la India, y falleció en el viaje en 1576. Su muerte puede inferirse de un párrafo de una carta que escribió á Ayres de Saldanha, que fué capitan de Tánger, el P. Mauricio de la Compañía; es el siguiente: «El Padre Rodrigo Soares acabó en su oficio á la entrada de Mayo, empleando todo el tiempo en obras de caridad: sospéchase que su muerte provino de ellas, porque dia y noche se ocupaba en confesar á los dolientes de una enfermedad contagiosa, y les hacia medicinas y otras cosas, que nos movian á todos á recordarle lo débil de su complexion, de lo cual hizo tan poco caso, que estando ya indispuesto, nunca lo quiso decir, hasta que le abandonaron las fuerzas, y se halló en estado de no poder hacer lo que requeria el contagio. Fuéle revelada la muerte y otras señales, que en ella manifestó, de cuán perfectamente hacia lo que habia profesado. Me atreveré á afirmar en esta materia, que no se puede merecer más de lo que él mereció, aunque hubiera recibido el martirio en el interior del Japon. Teníale tanto afecto el virey, que le habia tomado por confesor, y le ocultamos su muerte por más de veinte dias, porque dijo muchas veces que solo en él confiaba para que le favoreciese Dios, y le ayudase en el gobierno de la India. Despues que lo supo, manifestó tanto sentimiento, que llegó á quejarse de mí, por no habérselo dicho; y habiéndole manifestado que no tenia razon, me dijo, que ya que no hubiese podido salvar la vida del Padre, le hubiese pedido que le alcanzase de Dios en la hora de su muerte le llevase para sí ántes de llegar á la India, si en ella no habia de servir á Dios y á S. A. como deseaba, y pidió esto de allí para adelante con muchas lágrimas, abrazado con un retablo de nuestra Señora.» Hasta aquí la carta, que es cuanto se sabe de este bendito Padre, cuya muerte, ocurrida en ejercicios de caridad, es manifiesto indicio de cuán santa fué su vida.—S. B.

RODRIGO DE SOLIS (P.), religioso agustino de la provincia de Castilla. Ignórase á punto fijo la época en que tomó el hábito, siendo sin embargo constante, que nacido en el primer tercio del siglo XVI, al comenzar el segundo pertenecia ya á la Orden Agustiniana. Sus virtudes y su saber le valieron hacer grandes progresos en ella, siendo apreciado no solo de sus

compañeros, sino tambien de los mismos monarcas, que le honraron con sus confianzas, y le designaron para misiones y cargos á cual más importantes. Siguió en un principio su carrera con notable aptitud, distinguiéndose mucho por sus adelantos, que fueron de lo más rápido que se habia hecho hasta entónces en su religion; no hubo certámen, academia ó acto público en que no tomase parte, distinguiéndose en todos, y dando inequívocas pruebas de su elocuencia y erudicion. Con este motivo no tardó en ser nombrado lector de artes del convento de Haro, cuyo cargo desempeñaba en 28 de Noviembre de 1541, y continuó desempeñando todavía por un largo período. Contaba en efecto Rodrigo con las mejores cualidades para la enseñanza, pues á su austera vida é irreprensibles costumbres, unia una ciencia poco comun, y una facilidad para comunicarla, que es ménos frecuente todavía aún en los que son profesores. No basta que el que enseña posea profundamente la ciencia de que hace profesion, conozca y pueda explicar sus más sublimes verdades, y pueda descender hasta sus detalles más ínfimos; esto seria suficiente tratándose de sabios, de personas de su misma capacidad, y que se encontrasen con él en idénticas circunstancias, y á las que con solo una ligera indicacion daria á entender y explicaria completamente la materia de que se trataba. El catedrático debe unir á estas otras muchas cualidades; su fácil, clara y sencilla explicacion, tienen que amoldarse á la capacidad de sus oyentes, al estado de su instruccion y de su ánimo, á sus cortos años, y de consiguiente á sus gustos é inclinaciones; no todos los sabios sirven para profesores, como tampoco para escritores; á veces una inteligencia mediana y áun vulgar, hallará más eco en sus oyentes ó lectores con unas cuantas máximas dichas con claridad y sencillez, que si remontándose en alas del genio se perdiese en las sublimes y celestiales regiones donde arrancando aplausos y áun la admiracion de todos, acabaria por no ser comprendido de los no iniciados en el asunto de que se trataba; y tal vez tambien de los que le comprendiesen, pero que olvidados por aquel momento del fondo para contemplar las formas, acabarian por no poder dar razon de lo que habian oido ú escuchado. Tal es el defecto en que caen con frecuencia, áun los profesores más entendidos, y que se precian de más ilustrados, no teniendo presente que su objeto es enseñar á la juventud ligera é indócil, sin ningun conocimiento, sin preparacion á veces para adquirirlos; mas en este defecto no pudo caer Rodrigo de Solis, pues aunque despues obtuvo grande y merecida fama por su saber, entónces no la tenia, puesto que aún no habia terminado, segun se deduce de la fecha en que se graduó de bachiller en artes, que fué trece años despues, en 25 de Octubre de 1554. No es decir esto que no hubiese terminado ántes sus estudios, sino que no les impuso el último sello, y continuó por lo tanto á

ellos consagrado, hasta la época en que nos referimos. Desde este instante se ve al P. Rodrigo adquirir doble fama y nombradía; pero esta procede más bien que de su saber, de sus grandes virtudes. Rígido por carácter y en extremo observante de su regla, siempre fueron la humanidad, la obediencia, las prácticas religiosas, la asistencia al coro y demás ejercicios de la comunidad, los principales actos de la vida de este religioso. Distinguióse extremadamente en ellos, y así pasó por uno de los varones más piadosos de su siglo, en cuyo concepto le apreciaron, no solo sus superiores, sino tambien los grandes, y el mismo Felipe II le distinguió con especiales muestras de benevolencia y afecto. Así, cuando se trató de reformar la provincia de Aragon, de la órden de S. Agustin, que habia decaido en mucho de la antigua observancia, fué elegido este religioso, marchando á ella con el título de vicario general de Aragon, Valencia y Cataluña, que le fué concedido, no solo por su Orden, sino tambien por el mismo monarca, deseoso de extirpar los abusos que el olvido de la regla habia introducido en los conventos de aquella parte de la monarquía. Marchó Rodrigo con otros compañeros á desempeñar este cometido, y encargándoles de varios conventos, él se quedó en el de Zaragoza que, como situado en una poblacion grande, era el que más tenia que reformar, y el que al mismo tiempo debia ser el modelo de los demás. Tres años se ocupó en esta penosa tarea, teniendo que vencer toda clase de obstáculos y dificultades, y necesitando todo su carácter, toda su energía, toda su entereza, para reducir á la observancia claustral y á la vida regular á unos religiosos que la habian desgraciadamente olvidado. Su ejemplo, su decision, y las omnímodas facultades de que se hallaba revestido, le permitieron al fin proseguir mereciendo el aprecio de la Orden y de las elevadas personas que habian tomado parte en este asunto. Pero cuando le habia casi terminado, cuando tocaba la meta de sus esperanzas, falleció en 1582 á 83 en opinion de santidad.—S. B.

RODRIGO DE UTRERA (P. Fr.), religioso de la órden de S. Gerónimo en su convento de Sevilla. Fué de los primeros colegiales que en su orígen entraron en el colegio de S. Lorenzo el Real; aprovechó mucho como buen estudiante; siendo despues predicador elocuente y de ardiente celo, fué nombrado en su casa maestro de novicios, dándoles grande ejemplo, y educándolos en la virtud y observancia; era muy devoto de S. Pablo, y encomiador de sus epístolas, con cuya admirable doctrina enriquecia y embellecia las pláticas que hacia á sus discípulos, y sermones que predicaba, produciendo bienes inmensos en beneficio de las almas. Celaba con el mayor esmero de que especialmente los nuevos ocupasen bien las horas de asueto, que les permitia la asistencia al coro y la obediencia. Examinaba y reconocia escrupulosamente sus celdas y los ejercicios á que se dedicaban, cuidan-

do especialmente no tuviesen más libros que los espirituales, pues los de otras materias se los destruia; en fin, nada omitia de cuanto le parecia necesario para que aquellas plantas en flor no se marchitasen, y se lograse el fruto apetecido. Queria que fuesen humildes, huyendo de toda vanidad; así fué que una vez que salió con ellos á la granja, reparó que algunos llevaban el vestuario nuevo, y uno en el cordon del sombrero borlas pendientes, y lo sintió tanto, que les mandó se volviesen á sus celdas en pena de aquella vanidad. Era recatadísimo y honesto, y huia de las conversaciones de mujeres, y áun de su presencia, deseando participasen de aquel mismo espíritu de aversion sus novicios, evitando las viesen cuanto estaba de su parte; así sucedió una vez, entre otras, que un corista por olvido se dejó abierta en la iglesia la puerta del coro bajo, despues de la oracion de la tarde; dando una vuelta el maestro, vió que se habian entrado en la iglesia algunas mujeres desenvueltas, y reprendiendo con enojo al corista, le ordenó que al punto cerrase aquella puerta, que habian penetrado algunas lobas rabiosas en la iglesia. Además de haber sido por mucho tiempo maestro de novicios, fué vicario dos trienios, y luego arquero ó encargado de la cobranza de las rentas del convento, empleo ajeno á su carácter, y que por lo tanto le produjo muchas inquietudes é incomodidades. Por entónces no habia en la ciudad hospedería donde pudiesen descansar los que ejercian este oficio, y despues de andar corriendo toda la mañana para realizar la cobranza, venciendo mil dificultades y pleitos, de que no pueden excusarse los que exigen intereses, el siervo de Dios se iba á pasar la siesta al campo al arrimo de unos paredones, fuera del lugar que llamaban de San Diego, donde se ponia á rezar las horas, para en seguida volver á la tarea, que como saliese bien de ella, no reparaba en padecer y sufrir los calores y abrasadores rayos del sol, que allí son excesivos. Cuando no tenia ocupacion precisa, era al archivo donde constantemente asistia, donde trabajó mucho y con gran provecho, ó bien al coro, donde permanecia muchas horas en oracion. Su última enfermedad fué una fiebre lenta, la que acrecentó sus deseos de unirse con el Señor, haciendo muchos actos de amor y contricion. Despidióse de sus hermanos con grande cariño, pidiendo le perdonasen y encomendasen á Dios, queriendo tambien abrazar á uno que era muy despejado y no tenia buena condicion; mas al tiempo de echarle los brazos, le volvió la espalda, pero el humilde siervo de Dios, se contentó con decirle: Hermano, andad con Dios, que yo he cumplido con mi obligacion. En seguida se fijó en un Crucifijo, que no dejaba de la mano, haciendo muchos actos fervorosos, y repitiendo lugares de S. Pablo con suma oportunidad; al mismo tiempo mostraba á todos el rostro muy alegre, y sospechando algunos que cierta noche seria la de su muerte, Fr. Rodrigo les aseguró

muchas veces que aquella no lo seria; le preguntaron cómo lo sabia, y que cuál habia de ser; á que contestó, señalando al santo Cristo que tenia en la mano, que aquel Señor lo habia dicho, pero el cuando, lo reservaba para sí. Estuvo penando hasta la siguiente noche, en que sucumbió, que fué á 9 de Octubre del año de 1653, en la cual pasó á tener eterno descanso, y á gozar el premio de sus virtudes, de su larga vida, y de hábito más de cincuenta años.—A. L.

RODRIGO DE VILLAMAYOR (Fr.), religioso franciscano, natural del lugar de su apellido, distante una legua de Salamanca. Fué lego de profesion, y le ocupó la obediencia en los oficios más humildes. Fueron tan grandes sus mortificaciones, que llegó á dominar sus pasiones completamente. Asistia siempre á maitines, y despues de ellos, en vez de volverse á la celda, se quedaba el resto de la noche en oracion en el coro, bajando despues á oir la Misa de alba. Recibió de Dios diferentes favores, siendo uno el de revelarle que se acercaba la hora de su muerte, y un dia de adviento, despues de salir de la oracion, se fué á la celda del prelado á pedirle licencia para irse á la enfermería. Aunque permaneció en ella durante algunos dias, nunca interrumpió sus ayunos. Entrando en una ocasion á visitarle el P. Guardian, le dijo que se habia levantado ya al oratorio de la enfermería á oir Misa y recibir el viático, por lo que suplicaba mandára darle el último sacramento de la extremaunción, asegurándole que ya estaba su fin cercano. Viéndole el Padre Guardian más alentado á su parecer, difirió por entónces el darle aquel sacramento, prometiendo se le administraria en tiempo oportuno. Pero el enfermo insistió, asegurándole al prelado así la hora de la muerte como la dificultad que habria en darle la uncion en aquella última hora, lo que efectivamente se cumplió, pues en aquel dia, hallándose cenando la comunidad, conoció el enfermero que estaba Fr. Rodrigo para espirar, y corrió al refectorio á dar el aviso para que se le dispusiese el último sacramento. Apresuróse la comunidad á ir á la sacristía, pero la hallaron cerrada, y á los sacristanes fuera. Decidieron, pues, ir á la enfermería miéntras llegaban aquellos, no queriendo perder el tiempo en ayudarle á bien morir, y emplearlo en las oraciones y preces de costumbre; pero al llegar encontraron al enfermo sobre la cama, abrazado con una cruz, dando los últimos suspiros, y percibiéndose los últimos actos de amor de Dios, en cuyo suavísimo ósculo entregó su espíritu. Fué su tránsito en 1609. Sabida su muerte por la ciudad, fueron todos los habitantes á venerar su cadáver, llevando por reliquia los restos de su hábito.—S. B.

RODRIGO DE LA VÍRGEN (Fr.), trinitario. Fué natural de Veigas, villa del principado de Asturias, y pertenecia á lo más noble de las familias de la misma. Desde sus primeros años dió claras muestras y patentes señales de

lo que llegaria á ser con el tiempo, pues huyendo de los juegos y vanas diversiones de la juventud, únicamente se ocupaba en la oracion, contemplacion de los divinos misterios, y otros actos de retiro y mortificacion. Quedó muy niño sin padres, y al cuidado de un hermano, hombre ya crecido, el cual consultando sus intereses y conociendo que el suelo asturiano es mejor para nacer que para vivir en él, arregló sus asuntos lo mejor que pudo, y en compañía de su hermano pasó á vivir á Castilla. Llegando á Madrid, quedóse Rodrigo acomodado en una casa decente, pasando su hermano á probar fortuna á Andalucía. No por haberse engolfado de repente en el agitado mar de la corte el sencillo habitante de los montes asturianos sufrió alteracion alguna en sus costumbres ó inclinaciones. Conservó inalterable la pureza de su vida, y portándose segun cumplia á sus convicciones religiosas y á la nobleza de su sangre, no desbarró en un solo paso; y mostrando inclinacion á la carrera eclesiástica, dió principio con grande afan y entusiasmo al estudio de la latinidad. Habia por aquel tiempo el V. P. Fray Juan Bautista dado principio á la reforma de la descalcez en el convento de Valdepeñas, y aunque esta poblacion se halla distante treinta y dos leguas de Madrid, teniendo noticia el virtuoso jóven de la mencionada fundacion, y movido sin duda alguna por el superior impulso de la Santísima Trinidad, que buscaba para su familia gente útil y piadosa, trató de afiliarse en la bandera enarbolada por aquel santo fundador, cuya virtud volaba en alas de la fama; y conviniéndose con un religioso trinitario, amigo suyo, llamado Fr. José, que deseaba pertenecer á la reforma descalza, partieron juntos á Valdepeñas, teniendo la honra y el dulce consuelo de ser los primeros que tomaron el hábito de la reforma, siendo tambien los primeros en la virtud, la observancia y la penitencia, y siendo, en fin, tales como convenia fueran los que Dios elegia como base y piedra fundamental de tan grandioso edificio. Apénas hubo tomado el hábito, comenzó el nuevo religioso á caminar por la senda de la perfeccion con tanto fervor y tan gran perseverancia, que desde el primer dia ofreció á Dios el sacrificio de su vida, de sus sentidos y potencias, renunciando no solo á sus afecciones, sino tambien á sus instintos, sus obras y sus pensamientos, colocándose enteramente bajo el dominio de la divina potestad, propósito que sostuvo con firmeza, no apartándose ni un solo punto de él hasta dejar terminada su peregrinacion sobre la tierra. Muchos religiosos hubo observantísimos en la reforma; pero ninguno lo fué tanto como este insigne varon, pues áun cuando con ojos de lince se escudriñáran sus acciones, se examinasen sus actos, nadie pudiera encontrar la más mínima falta que reprenderle, el más leve asomo de mancha que nublase su pureza. Su obediencia no tuvo límites, pues solo en algunas ocasiones, aunque usando de humildes réplicas, se excusó en admitir los oficios

de prelado con que á pesar suyo le querian investir. En todo lo demás obedecia á cualquiera con la mayor prontitud, simplicidad y alegría. Si estando en una ocupacion le mandaban dejarla para ejecutar otra, al punto obedecia, sin manifestar disgusto ni repugnancia. Su castidad llegó á rayar á tan grande altura, que segun el dicho de su confesor, no solo en el cuerpo sino tambien el pensamiento se mantuvo vírgen é impecable, corriendo parejas esta virtud con la de la pobreza, puesto que sus hábitos, sus efectos de uso y el adorno de su celda eran lo más humilde, lo más pobre que se podia encontrar en el más humilde y sencillo religioso. No pudiendo, por último, sin embargo de su extremada humildad, resistir las prescripciones de la obediencia, hubo por lo tanto de admitir el cargo de prelado algunas veces. En el desempeño de este cargo unió á la humildad la virtud no ménos de la caridad para con todos sus hermanos, pues si el celador le advertia algunas culpas ó faltas en el capítulo, el tener que reprenderlas y castigarlas causábale profundo dolor y amarguísimo sentimiento, temblando y padeciendo, como si él fuera verdadero culpable, todo el tiempo que aquellos actos duraban. Llegado el caso de reprender, lo hacia con tal blandura y tanta sumision, vertiendo en ocasiones tan amorosas y tiernas lágrimas, que, conmovidos los delincuentes á vista de semejante humanidad y dulzura, se arrepentian de todas veras, y se proponian no volver á faltar, ménos tal vez por la enormidad de la falta que por el temor de afligir á su venerable y amoroso superior. Generalmente y para poner el sello á su humanidad concluia la reprension achacando á sus propias faltas y descuidos los desaciertos de sus subordinados, y fiel imitador de Jesucristo, tomaba sobre sí los pecados de los demás, y se aplicaba la penitencia que los otros merecian. Y todo esto lo ejecutaba con tal sencillez y con tanta naturalidad, que se hallaban juntas en él la humildad del novicio y la sencillez de un inocente niño. Era el consuelo de los afligidos y el alivio de los enfermos. Cuando no podia acudir con las obras no faltaba el auxilio de su consoladora palabra, y así se compadecia de las enfermedades corporales como de las del espíritu, teniendo lugar en su amoroso pecho la compasion hácia los míseros dolientes, á los que estaban en pecado mortal, ó á los que se hallaban subyugados por algun afecto ó alguna pasion degradante, no mereciéndole ménos simpatías los pobres cautivos y los míseros encarcelados. Cuando llegaba á su noticia hallarse alguna alma encenagada en el fango de la culpa ó metida en el intrincado laberinto de alguna mundana pasion ó ilícito entretenimiento, su dolor no tenia límites, y anhelando sobre todo la salvacion de sus prójimos, no perdonaba medio ni fatiga hasta conseguir desatar el hechizo con que el pecado tenia sujetas y aherrojadas las almas. Exhortaba á los pecadores con eficacia y persuasivas razones, encomendábalos de todas veras á Dios, der-

ramaba abundantes lágrimas en su presencia, y hacia por la conversion de las almas extremadas y rigorosas penitencias. Procedia, en fin, tan arregladamente en todo á las prescripciones de la caridad, que nadie tuvo jamás de él la más mínima queja. Cosa admirable y dificultosa, aunque un prelado sea santo, y muy perfecta y observante la religion ó comunidad en que viva y gobierne. Su rara paciencia y singular constancia fué demostrada en el valor con que resistió todas las incomodidades, trabajos y penalidades que le ocasionaron los negocios de la descalcez en sus principios. Su modestia edificaba y movia á respeto á todos cuantos tenian la fortuna de contemplarle, no obstante que eran muy pocos los que obtenian esta dicha, porque anhelando conservar la pureza de su alma, huia con afan constante de todo trato y comunicacion con las criaturas. Nunca tuvo amistad, que así pudiera llamarse, con seglares, ni trato íntimo con ningun otro religioso, guardando siempre muy estrecho silencio, y áun en los momentos de la lícita recreacion por maravilla se le oia una mínima palabra. No es extraño en verdad que guardase tal compostura, y que fuese tan perfecto en el silencio el hombre que enteramente apartado y abstraido del mundo, solo tenia íntimo trato con Dios, y solo á él se dirigia en tiernos y amorosos soliloquios, llegando por esta causa en infinitas ocasiones á enajenarse su alma y á elevarse sus sentidos y potencias en la contemplacion de los augustísimos misterios, que impenetrables para la pobre inteligencia humana, cercan á la Divinidad, y que la hacen aparecer como cubierta de sombras, que en realidad son como refulgentes resplandores y claros torrentes de luz. Continuamente y á cualquier hora del dia ó de la noche hallábase á Fr. Rodrigo orando en el coro ó en la iglesia, sin que nadie supiera dónde y cuándo pagaba á la naturaleza el tributo del necesario descanso. Despues de maitines, y aprovechando la quietud y el recogimiento que el silencio trae consigo, quedábase en oracion hasta la hora de prima, invirtiendo la mañana en ayudar cuantas misas le era posible, celebrando luego el santo sacrificio, cuyo solemne acto ejecutaba con tanta ternura y tan grande copia de lágrimas, que inspiraba á sus oyentes la devocion más intensa. Fué tan devoto de la Santísima Vírgen desde su infancia, que en nombrando el dulcísimo nombre de María no le era posible disimular el gozo que experimentaba y el santo júbilo de que su corazon se henchia. Adorar á esta soberana Señora, prestarla los servicios que podia, y rendirla constante adoracion y culto, era el regalo de su alma, la satisfaccion más cumplida y el goce más completo que podia experimentar. Todos los dias rezaba de rodillas el oficio de la Purísima Concepcion, no olvidando nunca esta devocion, aunque viniese muy cansado de algun viaje, ó muy mojado de la lluvia. El que quisiera obtener alguna cosa de él, por muy árdua ó dificultosa que pareciese, no tenia más

que pedírsela en nombre de su divina Patrona para obtenerla al momento. Para celebrar las festividades de la augusta Señora, preparábase con ayunos de pan y agua y otros devotos ejercicios, y se advirtió la extraña coincidencia de que en todas las solemnidades que la Iglesia consagra á María, le tocaba ser hebdomadario, como si la soberana Reina del cielo guiase las cosas de modo que siempre la festejase su predilecto capellan. Estando ya en los últimos momentos de su vida, y sabiendo los religiosos cuánto era el afecto que á su bendita Madre profesaba, pusieron una imágen suya en sitio donde pudiera verla, y áun cuando ya se hallaba sin habla y casi sin sentido, abrió los ojos, y estuvo contemplando por largo rato el divino simulacro, con tales muestras de santo placer é inefable alegría, que todos devotamente coligieron que más que la copia era el original lo que estaba contemplando. A la oracion juntó la mortificacion y la penitencia, multiplicando los ayunos, doblando las disciplinas, y cubriéndose de más asperísimos silicios. Vivia tan descuidado de sí mismo, que ni áun lo más preciso para la vida se procuraba. Logró de este modo triunfar de sí mismo, refrenar sus gustos y contener sus apetitos, abrazando con sumo gusto todo aquello que era más penoso y repugnante á la humana naturaleza. Dominando, pues, el cuerpo, vencidas las inclinaciones de la carne, y adquirido sobre sí propio el más absoluto dominio, llegó á tan dichoso estado que en solo Dios se deleitaba, y solo la Divinidad era el blanco de sus aspiraciones y sus miras, disfrutando tanta calma, tan grande tranquilidad, que ni los sucesos prósperos ni los adversos lances conturbaban su ánimo ni regocijaban su mente, conservando siempre la paz inalterable del corazon, que es la mayor de las dichas en esta vida miserable. A pesar de ser tan humilde en todo y con todos, el celo que experimentaba por la observancia religiosa le hacia mostrarse algunas veces férvido y arrebatado, llevando en ocasiones su observante rigor hasta las cosas más pequeñas é insignificantes, aunque nada insignificante hay cuando del servicio de Dios se trata. Este celo de Fr. Rodrigo era efecto del puro y ferviente amor que al Señor profesaba, porque no es amor en efecto el que con pruebas no se manifiesta, y mal dirá que ama á Dios el que solícito no se manifestáre de su honra y de su servicio. La virtud, pues, de la observancia llegó al extremo en Fr. Rodrigo, sin que ya fuera posible llevarla á más alto grado de perfeccion. Viendo el comun enemigo de los hombres que no le era posible atacar y vencer en lo interior á aquel esforzado campeon de la fe, que tan prevenido se hallaba y que tan vigilante vivia siempre, procuraba distraerle y asustarle con temerosos golpes y con ruido de cadenas, y otras veces con feas y repugnantes visiones. Conociendo Fr. Rodrigo de dónde procedian aquellos ataques, menospreciaba á la infernal serpiente como era justo, y no hacia caso de aquellas apariencias con que el enemigo signifi-

caba su cólera y su rencor. Llegó por fin la hora marcada por el Señor para que recibiera el justo premio y el galardon de sus trabajos. Atacado de la última enfermedad, sufrió las penalidades de la dolencia con toda la serenidad que le caracterizaba, no dejando de proseguir sus ejercicios y oraciones como si en realidad no estuviera enfermo. Rindió su espíritu al Señor con la santa alegría en que siempre habia vivido, no desmintiendo un solo punto la calma que en vida le distinguiera, y confirmando con su muerte la fama de beatitud que ya hacia tiempo le acompañaba. Aseguró su confesor, despues de la muerte del siervo de Dios, que habia pasado de esta á la otra vida sin perder la gracia bautismal, dicha que es á tan pocos concedida. Quedó su rostro hermoso y su cuerpo flexible y perfumado. Ocurrió su dichoso tránsito el dia 11 de Setiembre de 1621 en el convento de Madrid, siendo enterrado en el mismo. —M. B.

RODRIGO DE VIVAR, religioso de la órden de S. Gerónimo, fué lego del monasterio de Guisando, y muy distinguido por su asiduidad en la oracion y fervoroso espíritu. Desde que se levantaba á maitines á las doce de la noche, permanecia de rodillas delante del altar mayor hasta las cuatro de la mañana, y cuando conocia que se habian retirado ya todos los religiosos y quedaba él solo, se consagraba á sus penitencias y mortificaciones, en que continuó por muchos años. Era singular su obediencia, y muy aficionado á todo lo relativo á la observancia; rara vez se acostaba en cama, haciéndolo siempre sobre una tabla ó en el suelo; tampoco se desnudaba para dormir, echándose vestido donde le vencia el sueño. Todos los religiosos le miraban con grande reverencia, aunque él los respetaba en extremo á todos. Llegó á tener tal fama por su grande santidad, que hasta los seglares le iban á ver y á encomendarse á él como á verdadero santo. El marqués de Villena, D. Diego Lopez Pacheco, caballero tan aventajado en las cosas de espíritu como en las armas, y á quien los Reyes Católicos miraron con particular aprecio y estimacion, iba con frecuencia á aquel convento, y comprendiendo muy bien lo que era Fr. Rodrigo en las pláticas y conversaciones que con él tenia, y por los santos consejos que le daba, y por otras cosas que supo de él, llegó á cobrarle tanta aficion, que siempre que se veia obligado á ir á la corte llamado por los reyes, iba primero á Guisando á comunicar sus negocios con Fr. Rodrigo, y cuando se despedia, quisiese ó no, se ponia de rodillas delante de él y no permitia levantarse sin besarle humildemente las manos y recibir su bendicion. Afirmaba muchas veces este caballero, que ninguna vez hizo esto que no le saliesen bien sus cosas, encontrando siempre gracia en los reyes y sus ministros; y cuando no lo hacia, nada le salia bien; proviniendo de aquí la grande fe que habia cobrado á este siervo de Dios, que recaia á su vez en honra suya, pues es muy de apreciar en tan

grandes señores tanta modestia y humildad. Despues de haber pasado muchos años en la religion, sin salir de aquel convento, y en una vida de tanto rigor y penitencia, pasó Fr. Rodrigo al cielo, segun piadosamente lo cree y afirma el cronista. — S. B.

RODRIGO WITONE, franciscano inglés. Pocas son las noticias que nos da Wite de este religioso, nacido en la Gran Bretaña y donde pasó toda su vida. Consta, sin embargo, que siguió sus estudios con grande aprovechamiento, distinguiéndose entre sus condiscípulos, y mereciendo el afecto de sus superiores, que deseosos de adelantarle en su carrera en vista de sus buenas disposiciones, despues de haberle dado el grado de lector en teología, le designaron para la enseñanza, á que se consagró con anuencia de sus superiores, obteniendo en ella los mismos ó mayores triunfos que habia conseguido durante sus estudios de teología. No era ciertamente esta facultad la más fácil de aprender en aquella época, pues no habiéndose metodizado aún de una manera fácil, clara y sencilla, como se ha hecho en los tiempos con las diversas partes que la componen, el escolar veíase obligado á devorar una porcion de volúmenes en fólio, sin que de su lectura sacase otro resultado más que el que hubiera podido obtener grabando en su inteligencia un pequeño manual. La falta de estos, que son de invencion bien reciente, obligaba tambien á los profesores á un estudio especial de la ciencia que enseñaban, para separar lo excesivamente elevado de lo indispensable y más útil, y dejar para estudios superiores ó complementarios lo que de ningun modo podia aprenderse en el breve espacio de un curso. Así es, que lejos de ser un cargo demasiado pingüe ó lucrativo el de catedrático en una órden religiosa, lo tenia todo ménos esto, y si se añaden las innovaciones que presentaban las obras últimamente escritas, y la necesidad en algunas órdenes de adoptar para ellas los principios escritos para otras, se presentaba una casi insuperable dificultad, que no siempre podian vencer sino los genios superiores. Debemos, pues, contar á Witone en este número, puesto que se le elogia mucho como eminente teólogo, dictado nada vulgar en la época en que vivió. Tambien se habla de él como predicador elocuente, y por cierto que debia poseer esta cualidad, puesto que aún nos quedan algunos sermones suyos. Es indudable, sin embargo, que escribió muchas obras, puesto que así lo aseguran Pitseo y Angel de S. Francisco, aunque no se hayan tomado el trabajo de trasmitirnos sus títulos, lo que no debe extrañarse en atencion á que los catálogos bibliográficos no han comenzado á formarse, y mucho ménos á apreciarse hasta los últimos siglos. Ignórase la época en que falleció este religioso tan encomiado en las crónicas de la religion franciscana, y cuyo nombre solo ha pasado á la posteridad, por haber dejado manuscrito un tratado de *Sermonum de tempore ab initio ad-*

ventus usque ad pascha, segun dice el ya citado bibliógrafo Wite. —S. B.

RODRIGO DE ZAMORA (D.). Este sabio prelado español vivia en el siglo XV. Su mérito le elevó á las primeras dignidades de la Iglesia, y le adquirió la confianza de muchos pontífices y de los reyes. Fué jurisconsulto, teólogo, orador, historiador y muy versado en el manejo de toda especie de negocios. Por las obras é historiadores de su tiempo se sabe fué encargado, en los reinados de Juan II y de Enrique IV de España, de los negocios de esta nacion en Roma, y que siempre fué estimado de los pontífices Eugenio IV, Nicolao V, Calixto III, Pio II y Paulo III. Este último papa le hizo gobernador del castillo di Santo Angelo, y le confirmó en el cargo de refrendador que tenia en el pontificado de Pio II. Poseyó este prelado sucesivamente los obispados de Calahorra, de Zamora y de Palencia. Hizo Pio II tanto honor á su talento, que le consultó todas sus obras ántes de publicarlas. Las obras compuestas por Rodrigo versan sobre la teología, el derecho y la historia, habiendo escrito en este último género la *Historia de España*, por órden de Enrique IV, dividida en cuatro partes, y continuada hasta sus dias. En los manuscritos de la Biblioteca del Vaticano se halla un gran número de arengas, en las que se ve claramente la multitud é importancia de los negocios de que fué encargado por sus reyes cerca de la Santa Sede, y de los que esta misma le confió. Tambien ha dejado cartas y diversos tratados sobre diversas materias, casi todas dedicadas al papa Paulo II. Su empleo de gobernador del castillo di Santo Angelo, dió motivo á su tratado *De castellanis et custodibus arcium et castrorum, et de ducibus exercitus*, que dedicó á Guillermo de Estanteville, cardenal y arzobispo de Ruan. Es autor Rodrigo de la obra titulada *Speculum vitæ humanæ*, dividida en dos libros, en la que pasa una escrupulosa revista á todos los estados y condiciones, mostrando las ventajas é inconvenientes, la manera de aprovecharse de ellos, los defectos que deben evitarse, y cómo se debe conducir el hombre en ellos en lo espiritual y temporal; explica con extension su proyecto de esta obra en la carta preliminar dirigida á Paulo II, epístola dedicatoria, que sirviendo de prefacio al libro, se ha impreso entre los monumentos que el cardenal Querini unió á la vida de este Papa por Miguel Canensio, la cual se publicó en 4.° en Roma el año 1740. La primera edicion del *Speculum* se imprimió en fólio en Roma, el año 1468, dedicada á Paulo II, y se reimprimió en la misma ciudad en 1473, en el pontificado de Sixto IV, segun se dice al fin del libro. Despues se han hecho otras ediciones, y entre ellas dos en 1475, la una en Bastle y la otra en París. Se conserva en la Biblioteca del Vaticano un escrito de Rodrigo, titulado: *Ad Reverendissimum in Christo P. D. Marcum Barbum tit. S. Marci Episcopum Vincentium, altercatio incipit de pace et bello inter R. P. Rodericum, Episcopum*

Calagurritanum, *Hispanum*, *et Barthol.*, etc. Antes de ser nombrado obispo Rodrigo, habia hecho un escrito con la idea de apaciguar el cisma, dedicado al papa Nicolao V. Rodrigo creia de sí que no escribia ni con pureza ni con elegancia; de manera, que cuando Nicolás Antonio, en su *Bibliotheca Vetus Hispana*, le echa en cara su falta de estilo, no hace más que repetir lo que ya dijo de sí este ilustre prelado. En las vidas de Nicolao V, por Domingo Georgi, y de Paulo II, se hace mencion especial de este benemérito obispo español.—C.

RODRIGO (Lic. D. Antonio). Siguió con crédito los concursos á curato del arzobispado de Zaragoza, y en él fué párroco de mérito conocido. Siendo rector de Bardules, lo eligió vicario de la sede de esta ciudad su arzobispo D. Andrés de Bobadilla, que fué nombrado para esta mitra el año de 1586. De los libros parroquiales de esta iglesia consta que residia ya en 1594 este curato. Era persona muy docta en teología, muy ejemplar y celosa de la salvacion de las almas, como dice el P. Murillo, *Tract. II de las Excel. de Zarag.*, cap. LI, pág. 141, col. I; y advierte que murió en los principios del reinado del rey católico D. Felipe II. Efectivamente, falleció en el de 1604 á 28 de Julio, y fué sepultado en la capilla de S. Vicente mártir, de racioneros de Mensa de dicha iglesia, como consta de los citados libros. El canónigo Blasco de Lanuza, en el tomo I de sus *Histor.*, libro IV, cap. XX, pág. 554, col. II, dice que á él debe mucho la devocion de esta ciudad de Zaragoza, y las muchas virtudes que hay en ella, porque procuró plantarlas con obras, con palabras y grande espíritu; que fué persona ejemplarísima y de grande celo, como lo muestra el libro que escribió de *Penitencia*, y otros tratados espirituales de los *Misterios del Rosario*, *del Pater noster*, que son de grandísimo provecho á las personas que tratan de materias de devocion y de espíritu. El citado P. Murillo dice tambien que escribió: 1.° *Algunos tratados espirituales de los Misterios del Santo Rosario y declaracion de la oracion del Pater noster.*—2.° *De la Penitencia*, donde descubre muy bien su espíritu y celo, siendo todo lo que escribió muy útil para los que tratan de aprovechar en el ejercicio de las virtudes, mortificacion y oracion. D. Nicolás Antonio, en su *Bibliot. Hisp. Nov.*, segunda edicion, página 158 del tomo I, col. I, solo dice que publicó: *Plática espiritual de virtudes y oracion mental*, que se imprimió en Zaragoza en 1601, en 8.°; y en Huesca, por Pedro Bluson, en 1623, en 4.°; y otro libro intitulado *Del Rosario*, en 1603. He visto estos tratados, que se han hecho raros, en la librería del Real convento de Predicadores de Zaragoza, con el siguiente título: *Plática espiritual de virtudes, oracion mental y presencia de Dios en la oracion del Pater noster*, escrita por Antonio Rodrigo, vicario y racionero de la Seo de Zaragoza, dedicada á Cristo nuestro Señor. En Huesca, por Pedro

Bluson, 1623, en 8.°, de 247 páginas sencillas, y las aprobaciones son del maestro cisterciense, Fr. Miguel Descartin, catedrático de teología de Escoto, de la universidad de Huesca, y del P. jesuita Francisco Gutierrez. Esta obra se divide en tres partes; en la primera se da una instruccion para reducir á la oracion del *Pater noster*, las devociones más esenciales, y ejercitar rezándola muchos actos de virtudes, y se ponen tres medios de practicarla en forma de oracion, y un copioso exámen de conciencia por las palabras del *Pater noster*. En la segunda parte se declara la misma instruccion y palabras del *Pater noster*, y se ponen muchos avisos y documentos espirituales para el ejercicio de las virtudes; y en la tercera se da tambien una instruccion para tener oracion mental y presencia de Dios, con ocasion de las peticiones del *Pater noster*, repartiéndolas en los siete dias de la semana, y avisos muy importantes para la plática de este divino ejercicio. En la página 39 trata del modo de rezar el santo Rosario; y la 115, de la confesion y de otros asuntos espirituales. —L.

RODRIGO (Fr. Antonio), franciscano español, de la provincia de Burgos, de la observancia regular. Nació á principios del siglo XVII, y despues de haber hecho los primeros estudios tomó el hábito de la religion Seráfica en el convento de su patria. Tenia regulares disposiciones y una elocuencia natural, y se distinguia en gran manera y hacia presagiar ser muy á propósito para la carrera del púlpito. Conociendo esto sus superiores, favorecieron sus estudios en este sentido, y ciertamente que no se vieron defraudadas sus esperanzas. Sus primeros ensayos en la oratoria fueron coronados con el mayor éxito; todo Burgos corrió á admirarle, y se llenó de entusiasmo por hijo tan docto y erudito. No era ciertamente en aquel siglo el arte de la predicacion lo que se hallaba más adelantado; Hortensio Pallavicini y sus imitadores le habian convertido en una algarabía ininteligible, y en cuanto al fondo, disfrazado bajo el enorme peso de unos adornos tan pomposos como desproporcionados, ó desaparecia por completo, pudiendo asegurarse que de ningun modo existia, ó se perdia entre las vagas tinieblas de aquellas imaginaciones que á fuerza de querer ilustrarlo todo acababan por disfigurarlo de la manera más peregrina y exquisita. Este mal gusto, general entónces á toda la literatura, no era, como se ha creido áun por algunos escritores muy ilustrados, propio exclusivamente de nuestro país; habia venido de allende los Pirineos, y miéntras nosotros no hablamos en culto hasta el reinado de Felipe IV y Cárlos II, un siglo ántes, en tiempo de Isabel de Inglaterra, se usaba el gongorismo más refinado en aquel país, no solo en las obras literarias, sino hasta en las conversaciones de la corte, donde se llamaba á Inglaterra *Felicia*, á la reina el *Sol*, y á sus damas las *Estrellas*; los caballeros llevaban nombre de pastores, y un prior de un convento, y

no por ridiculizarle, aunque en esta época es en una de las que el protestantismo reinó con más violencia en aquel país, es titulado *Baco*, sino porque entónces se buscaban los nombres mitológicos y se daba tormento á las frases para buscarlas sentidos incógnitos al vulgo, de quien se querian diferenciar los señores de esta manera. Podriamos, si esta obra fuese de otro género, traducir en este lugar un diálogo de un cortesano inglés, que pasaba por el rey de los elegantes á la sazon en aquella corte, en que se encuentran todo género de comparaciones, de retrúecanos y antítesis, acabando por hacerle tan ridículo como risible, que probaria que el mal gusto, aunque adivinado por Góngora y los suyos, no habia nacido, sino fué trasplantado á nuestro país, como lo habian sido anteriormente las fábulas pastoriles, y los versos endecasílabos, que acabaron con el romance, metro original español, en que se halla escrita nuestra epopeya y que será eternamente cultivado por los amantes del buen gusto. Pero no todos los predicadores habian imitado al P. Pallavicini, y creemos que en este número debemos contar á nuestro Rodrigo, á juzgar por el sencillo y natural título del único sermon que de él nos es conocido, en que nada tendria que censurar la atildada pluma del célebre Fr. Gerundio de Campazas. Creemos por esta razon poder contar á nuestro predicador entre los buenos predicadores de nuestro siglo de oro, y designar sus obras á la imitacion y ejemplo. Dedicóse tambien á escribir en defensa del misterio de la Inmaculada Concepcion, y dejó una obra muy apreciada en su época y digna de la atencion de la posteridad. Ignoramos sus demás escritos, lo mismo que las principales circunstancias de su vida. Los títulos de sus obras son: *Panegírico en elogio de S. Diego;* Burgos, por Nicolás Sedano, 1670, en 4.°—*Espejo del clarísimo misterio de la Inmaculada Concepcion de la Reina de los ángeles; Ibid., eodem anno*, 4.° S. B.

RODRIGO (P. Francisco), de la Compañía de Jesus. Nació en Alicante el dia 15 de Setiembre de 1681. Estudió la gramática y retórica en el colegio que tiene la Compañía en aquella ciudad con notables ventajas sobre sus demás condiscípulos, y allí mismo estudió tambien el curso de artes. Vino despues á Valencia sin acabar de deliberar si estudiaria teología ó leyes, á que le inclinaban su aficion y los halagos del mundo. Pero sintiéndose profundamente llamado de Dios para huir de los lazos engañosos de la humana sociedad y entrar en la Compañía, puso en ejecucion el divino llamamiento y fué admitido en el noviciado de Tarragona dia 5 de Octubre de 1698, á los diez y siete años de su edad. Concluido el bienio volvió á estudiar filosofía en Calatayud, y la teología en Zaragoza, donde defendió el acto mayor de esta facultad, como tambien despues en Valencia, sin que le produjesen embarazo ni confusion las diferentes sentencias que en una y otra

parte leian los maestros. En medio de sus estudios enseñó gramática en Tarazona y en el seminario de S. Pablo de Valencia; y habiéndolos concluido, leyó retórica en Zaragoza, filosofía en Orihuela y teología en Alicante. Las muestras que dió de su sobresaliente ingenio en estos magisterios le hacian acreedor de otras cátedras más superiores; pero el P. Francisco Rodrigo se resistió con la mayor modestia y agradecimiento, pues su preferencia estaba á favor del ejercicio de la predicacion, que constituia todas sus delicias y esperanzas. No es fácil explicar la discrecion, viveza de ingenio y facilidad con que manejó este sagrado ministerio. Eran sus sermones el embeleso y admiracion de cuantos le escuchaban en todas las ciudades y pueblos donde predicaba. Antes de estudiar la teología habia empezado á predicar, porque enseñando gramática en Tarazona, no solo explicaba á los niños la doctrina cristiana y predicaba en las plazas, sino que el Sr. D. Blas Serrate, obispo de aquella santa iglesia, le hizo predicar muchas veces en su catedral, y le dió la cuaresma del hospital, que tocaba dar al prelado, dispensándole la falta de órdenes y todos los impedimentos que hubiese. De quien con tales créditos se ejercitaba en la predicacion, áun ántes de terminar sus estudios, ¿qué debia esperarse cuando fuera mayor, despues de ilustrado su entendimiento con las luces esplendentes de la ciencia sagrada? Dios omnipotente, que distribuye los talentos, le enriqueció con tantos, que se puede decir sin hipérbole ó exageracion, que mayor facilidad y prontitud en discurrir, ni mayor afluencia de voces escogidas y castizas, propias y elocuentes, no se hallarian fácilmente en otro. Quisieron algunos probar su facilidad, empeñándole y haciéndole subir al púlpito, á las veinticuatro horas, á las doce, y alguna vez de repente del todo, sin más tiempo que para leer el Evangelio en el misal, y estas exigencias eran en sermones de empeño y circunstancias, pero se hallaron el desengaño con la mayor sorpresa á vista de su maravilloso ingenio y elocuencia. A ninguno se negó jamás de cuantos le buscaban para predicar, y olvidándose tal vez de algun sermon que tenia encargado, se lo acordaban la víspera ó el mismo dia, y no por eso dejaba de predicar con mucha soltura y desembarazo. Las misiones y cuaresmas que tuvo en algunas parroquias de Valencia, llamaron los más lucidos y numerosos concursos, y sucedia lo mismo en los sermones que predicaba entre año, que eran tan frecuentes, que habia dia que predicaba dos ó tres sobre un mismo asunto, sin repetir nada ni parecerse absolutamente. En el año de 1723 predicó todos los sermones de cuaresma, que ántes y despues han acostumbrado predicar oradores diferentes, á la Real Audiencia de la ciudad de Valencia, en la capilla del Real palacio; y lo desempeñó con tal aplauso de aquel docto, nobilísimo y autorizado auditorio, que prosiguió en predicarla nueve años continuos. Al mismo tiempo cuidaba de las

cárceles y de algunas congregaciones de la casa profesa, especialmente de la de los caballeros, á quienes indujo á que predicasen los provechosos ejercicios de S. Ignacio por espacio de diez dias, desde las seis á las ocho de la tarde, de cuya santa costumbre resultó el gran beneficio de reformar malas costumbres y vicios, hijos de la ociosidad y del abandono de las cosas santas; y para el buen gobierno y aumento de esta ilustre congregacion, compuso *reglas* y *estatutos* muy proporcionados á los sujetos y á la índole de aquella asociacion religiosa, las cuales se imprimieron y repartieron entre los caballeros congregantes. Por órden del provincial cuidó asímismo de la casa Real de las niñas huérfanas del Refugio; las enseñaba la doctrina cristiana, las instruia con frecuentes pláticas, y las tenia cada mes sus comuniones, criando aquellas tiernas plantas con el santo temor de Dios. Para una magnífica fiesta de S. Luis Gonzaga, que el Excmo. Príncipe de Campo-Florido, D. Luis Riccio, capitan general de aquel reino, hizo en la casa profesa el año de 1734, á más de haber predicado ese dia con admiracion del auditorio, compuso una *ópera* que se cantó á la tarde como siesta, y se repartió en libritos impresos. Para otra fiesta solemnísima, que se hizo en la misma casa por la canonizacion de S. Francisco de Regis, tomó á su cargo todo el adorno de la calle de la Portería, y la música que hubo por la noche, y trabajó muchas y muy primorosas poesías en toda clase de metros; despues, deseoso de conservar un recuerdo de aquella solemne funcion, se dedicó á escribir una *Relacion* de la misma, y con elegante estilo, describiendo todo el adorno de la iglesia, capillas y claustro, entretejida con discretas y agudas poesías; pero al llegar á referir los adornos de la portería para contar despues los que habia fuera en la calle, le acometieron con tanta fuerza los graves accidentes que de antemano estaba padeciendo, que no le abandonaron hasta producirle la muerte, ocurrida el dia 13 de Agosto de 1738, á los cincuenta y siete años de su edad, treinta y nueve de religion, y veintidos y seis meses de profesion de cuatro votos. Además de las obras ya insinuadas, escribió: 1.° *Sermon de los desagravios de Cristo sacramentado*; en Alicante, por Claudio Page, 1713, en 4.°—2.° *Oracion fúnebre en las exequias de la Reina nuestra señora Doña María Luisa Gabriela Emanuel de Saboya, que hizo la ciudad de Orihuela;* en Alicante por dicho impresor, 1714, en 4.°—3.° *Breve noticia de las festivas demostraciones con que la muy ilustre ciudad de Valencia celebró la feliz noticia del efectuado casamiento del Sermo. Sr. Príncipe de las Asturias, con la Serma. Señora Princesa de Orleans.* No está nombrado el autor, ni notada la impresion, ni el año, pero es cierto que esta fiesta se hizo con mucho lucimiento de la nobleza, que corrió á caballo las alcancías, dia 30 de Mayo de 1722.—4.° *Perillustri Valentinæ Civitati, pro gloriosissimi suæ Universitatis Pa-*

tronatus exercitio, nuper à Catholico Rege Philippo indulto, et ejusdem Rectoris omnium suffragiis, electione, et proffessione ad eadem feliciter collata, Oratio gratulatoria; en Valencia, por Antonio Bordazar, 1720, en 4.° Es la primera oracion retórica que se ha oido de boca de jesuita en el teatro de la universidad de Valencia; el rector de quien habla fué el doctor y canónigo Benito Pichon.—3.° *Oracion fúnebre en las reales honras que por el Rey nuestro señor D. Luis I celebró la villa de Alcira, dia 13 de Octubre de 1724*; en Valencia, por Antonio Bordazar, dicho año, en 4.°—A. L.

RODRIGO (P. Gonzalo), jesuita portugués. Entró en la Compañía en Coimbra, y fué enviado á la India siendo ya sacerdote en 1551, llegando á Goa en Setiembre, despues de haber pasado muchos y grandes peligros. Destinado á Armocia llegó á esta ciudad en 21 de Noviembre, dia de la Presentacion de la Santísima Vírgen, y comenzó sus predicaciones que hicieron grande fruto entre los paganos, á quienes convenció de sus errores. Prestó tambien grandes servicios durante una peste, de la que al fin fué atacado, y apénas se habia repuesto se le llamó nuevamente á Goa por haber sido nombrado legado en Etiopia. Partió á aquel país en 1555 con el objeto de explorar el ánimo del emperador Claudio, á cuyo reino se iba á enviar un patriarca portugués, y llegó á él no sin haber pasado ántes muchos peligros. Presentado al monarca etíope, puso en sus manos la carta que llevaba del rey de Portugal, pero habia cambiado de opinion y no quiso reconocer al romano Pontífice ni que se predicase en sus reinos la religion católica. Gonzalo le propuso entónces una conferencia con los doctores de su ley, pero negándose tambien á esto, tuvo que contentarse con recibir una obra en que manifestaba los errores de los abisinios y la verdad de la fe católica. Presentó su trabajo al Rey, quien se indignó en un principio, pero consintió despues en que explicase su doctrina en su presencia. Admiróse el monarca de hallar tan grande saber en tan extremada juventud, por lo que le manifestó, lleno de confianza, que no podia acceder á sus deseos ni áun permitir su circulacion por aquel reino, pues podria dar orígen á una revolucion, porque en su reino si bien algunos alababan su doctrina, otros, y eran la mayor parte, se manifestaban decididos enemigos de ella. Viendo que nada podia conseguir se despidió del monarca, que le concedió diez onzas como regalo para el viaje, las que no aceptó, aunque manifestó al monarca agradecia su buena voluntad. Antes de partir para Goa prestó diferentes servicios á los portugueses, bautizando sus hijos, enseñándolos, etc. En el camino sufrió una nueva tempestad; pero habiendo llegado felizmente prestó nuevos servicios, como la edificacion de un templo, que fué muy útil á los indígenas: tambien fué enviado como legado á un régulo del país, que habia manifestado deseos de convertirse, sin que consiguiese nada. Ignóranse las

demás noticias de este religioso, cuyas obras son: *Librum de abassinorum erroribus et romanæ fidei veritate;* escrito con el motivo que hemos manifestado.—*Epistolam de sua in Ethiopica legatione, deque rebus cum Claudio rege actis.*—S. B.

RODRIGO ó RÓDRIQUE (Juan Ignacio de). Nació en Malmedi el año 1697. A los veinte años, creyéndose con vocacion, tomó el hábito en la Compañía de Jesus, no faltando autor que diga que solo tomó este partido para conocer mejor el régimen y organizacion de los Jesuitas. Ocho años estuvo en esta religion sin que se nos diga si se hizo ó no sacerdote, y al cabo de ellos, ó se secularizó si fué sacerdote, ó se despidió, ó fué despedido de esta religion. Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que hizo muchos viajes por Francia, y que fijándose despues en Colonia, allí se casó con una viuda tan pobre como él, pero que poseia un privilegio imperial para la publicacion del periódico político francés titulado *Gaceta de Colonia*, cuyo periódico prosperó mucho bajo la direccion de Rodrique, dándole no poco interés la guerra de 1741. Las relaciones que por todas partes se proporcionó Rodrigo, le proveyeron de interesantes noticias; pero no atreviéndose á insertar en la *Gaceta* cuanto llegaba á su noticia, lo suplia con boletines manuscritos, que distribuia á ciertas personas. Muy versado en la política de las cortes, Cárlos de Lorena le consultó ántes de la conclusion de la paz de Aix-la-Chapelle en 1748. Murió este ex-jesuita en Colonia el dia 6 de Abril de 1756, y fué sepultado en el corredor de las pobres clarisas, segun lo dejó ordenado en su testamento. Además de la Gaceta se conocen de este autor los siguientes escritos: *Disceptationes de Abbatibus, origine primæva et hodierna constitutione abbatiarum inter se unitarum Malmundariensis et stabulensis, oppositæ observationibus maxime reverendorum Edmundi Martenne et Ursini Durand;* Wurtzbourg, 1727, en fólio. Al ataque que se le dió de un pasaje de su viaje literario sobre la abadia de Stavelo, contestó con la obra: *Imperialis Stabulensis monasterii jura propugnata;* Colonia, 1730, en fólio.—*De Abbatibus monasteriorum Malmundariensis et Stabulensis disceptatio tertia, prima adversus vindicias stabulenses D. Edmundi Martenne;* Colonia, 1731, en fólio, era una réplica á la defensa de D. Martenne. Dando razon de estos debates los autores de la *Historia literaria de la Congregacion de S. Mauro*, dan á Rodrigo el nombre de adversario de cofrade, diciendo que habia sido expulsado de los Jesuitas por sus malas costumbres. Añaden que los religiosos de Malmedi, en favor de los cuales Rodrigo habia escrito, le despreciaron altamente, y que fué ignominiosamente condenado por sentencia del juez civil á retractarse de cuanto habia dicho contra la jurisdiccion y antiguos títulos de la abadía de Stabelo, y á pagar además una multa; pero segun su biógrafo Abel-Remusat puede sospecharse que los Benedictinos fuesen ar-

rastrados en este relato por el espíritu de cuerpo. No es decir esto que no encontrase Rodrigo impugnadores, pues que sobre lo que dijo de que Cunibert no habia sido arzobispo de Mayenza, publicó un anónimo: *De initio metropoleos ecclesiæ Coloniæ Claudiæ Augustæ Agrippinensium disquisitio;* Colonia, 1732, en 4.°—*Coloniensis Ecclesiæ de suæ metropoleos origine traditio vindicata ab impugnationibus disquisitoris anonymi*: 1731, en 4.° Esta vez apareció M. Hartzheim, que era el autor anónimo al que respondió Rodrigo, y él publicó una Réplica en 1732, en 4.°—*Historia universalis institutionis*, Lovaina, 1734, en 8.°—*Compendio de la Historia universal hasta el siglo XVI de la era vulgar.*—*Correspondence des Savants*; en 12.°, obra periódica que publicó semanalmente los miércoles y los sábados, que empezó en Enero de 1743, en el que terminó. Llámase á este autor por algunos escritores, Rodrigo, por otros, Roderic y por otros Rodrique; pero el que llevan sus obras es el de Roderique. — A. C.

RODRIGUEZ (V. P.), presbítero y mártir. Fué natural de Andalucía y desempeñaba el curato beneficio de Fondales en las montañas de la Alpujarra. Su virtud, su dulzura y su mansedumbre le habian granjeado la estimacion de toda clase de personas en el pueblo donde se hallaba encargado de repartir el pasto espiritual, siendo, empero, por aquellas recomendables cualidades el blanco de la saña y el objeto del rencor y rabia de los impios herejes mahometanos, que disfrazándose con la apariencia de cristianos, solo aguardaban una favorable ocasion para arrojar la máscara y procurar el triunfo de su proscripta y execrada secta. La ocasion anhelada llegó y el antedicho pueblo fué uno de los primeros que se levantaron en la sangrienta y memorable rebelion de los moriscos la noche del 24 de Diciembre de 1568. El grito de sedicion fué dado á tiempo que los fieles se hallaban descuidados en el templo, celebrando los divinos oficios de la mencionada noche, y los rebeldes principiaron la serie de funestas hazañas, robando las casas de los cristianos viejos, invadiendo despues la iglesia, la cual comenzaron á destruir, rompiendo las santas imágenes, profanando los vasos sagrados y prendiendo á los sacerdotes y á cuantos fieles pudieron haber á las manos. Los ultrajes y malos tratamientos que hicieron padecer á sus cautivos no tienen número; baste decir que despues de tenerlos desnudos y sin comer en la época más rigurosa del año, los sacaron al campo y asesinaron bárbaramente á diez y seis personas, reservando para los últimos á los sacerdotes, á fin de tener el bárbaro placer de gozarse con más detencion en su martirio. Atadas las manos, llevándolos medio arrastrando con una soga atada al cuello á modo de bestias, y dándoles de palos y empellones, condujéronles fuera del pueblo entre la gritería y los ultrajes de la chusma, y allí les dieron una muerte tan lenta como cruel, hiriéndo-

les con flechas, lanzas y cuchillos, no permitiendo que se diese sepultura á sus venerables cadáveres, que permanecieron abandonados en medio de una heredad, para ser devorados por los lobos y las aves de rapiña. El martirio de Rodriguez y de sus compañeros de trabajos apostólicos ocurrió por una singular coincidencia el dia 28 de Diciembre, consagrado por la Iglesia á conmemorar la festividad de la Degollacion de los Santos Inocentes, como si la Divina bondad hubiera permitido que ellos, inocentes tambien, consiguieran en tan señalado dia la inmarcesible palma y la triunfal corona del martirio. — M. B.

RODRIGUEZ DE TORRES (D. Fr.), religioso mercenario calzado, nació en Madrid, pues aunque algunos autores dicen que fué de Burgos, otros de su propia Orden nos aseguran haber nacido en esta villa, año de 1546, y áun él mismo dice en la crónica de la Orden que dejó manuscrita, que en Madrid anduvo á la escuela y al estudio en compañía del venerable P. Fr. Juan Bautista del Santísimo Sacramento, fundador de la Descalcez. Tomó el hábito en el convento de esta corte, y profesó el año de 1574, á 18 de Agosto, en manos del P. Fr. Rodrigo de Arce, comendador de Toledo, por comision del provincial de Castilla. Siguió la carrera de los estudios con gran fama; graduóse de maestro en sagrada teología, y fué uno de los hombres más doctos y virtuosos que tuvo la religion en su tiempo. Fué comendador de Soria en el año de 1588, en cuya época tuvo adelantada por sí mismo la reforma de la Orden, y despues en 1591, en Huete, en donde la intentó sin fruto por tenerlo Dios dispuesto para otro sujeto, como él mismo lo dice. En 1600 pasó á comendador de Burgos; en 603 á definidor de provincia; en 611 á definidor general, y en 614 á padre de provincia. Estos puestos, sus letras y prendas le hicieron muy estimado en la corte y fuera de ella, particularmente de D. Fernando de Acevedo, arzobispo de Burgos y presidente de Castilla, que le eligió por el año 1616 por su auxiliar y gobernador. Consagróse con título de obispo de Rosse, iglesia de Irlanda, en donde puso un vicario general que en su nombre asistió en 1633 á un concilio, y fundó allí un convento de religiosos de la Merced. No sé si pasó á aquel reino, pero sí que se mantuvo en Burgos de gobernador del arzobispado; en cuyo tiempo, de órden del Nuncio de Su Santidad y del dicho arzobispo de Burgos, autorizó las informaciones de las virtudes y santidad del rey D. Alonso VIII. Murió en 1642, de cerca de cien años de edad, y se enterró en el convento de su Orden de aquella ciudad en un sepulcro que labró á su costa, y se puso este epitafio:

Aquí yace el Reverendísimo Sr. D. Fr. Melchor Rodriguez de Torres, Obispo de Rosse en Irlanda, autor de la Agricultura espiritual, de la Lucha inte-

rior, Empeños del alma, Jornadas de S. Joseph, su Devocionario y Crónica de la Orden, y fundador del convento de S. Joseph, en Rosse.

Escribió: *Libro de la Agricultura cristiana y ejercicios de la vida religiosa*; Burgos, 1603.—*La Lucha interior, y modo de su victoria*; Zaragoza, 1608, en 8.°—*Empeños del alma á Dios, y sus correspondencias*; Burgos, 1611, en 8.°—*Declaracion acerca de la santidad del santo rey D. Alonso el Bueno, fundador del monasterio real de las Huelgas, junto á la ciudad de Burgos*; impresa en los apéndices á las memorias del mismo Rey, pág. 186 de la edicion de Madrid, año de 1783. *Las Jornadas de Jesus, María y Joseph*, Ms.—*Crónica de la Orden*, Ms. y original en el archivo general de la religion que está en el convento de Madrid, y contiene la primera centuria. Es un tomo en fólio, grueso, todo escrito de mano del autor siendo ya obispo de Rosse, dedicado á la reina Doña Isabel de Borbon, con las licencias para imprimirse, dadas en Burgos año de 1637, y la portada estampada en lámina, muy ingeniosamente inventada. Tambien parece que ofreció dar á luz las siguientes obras: *Locorum S. Scripturæ difficilium expositio, in quos Hæretici offendunt hodierni.*—*Sobre los Evangelios de todo el año.*—*Discurso de las grandezas de Cristo y María.*—M. B.

RODRIGUEZ (P. D. Agustin). Nació en la parroquia de S. Ginés en 15 de Febrero del año de 1717. Vistió el hábito en el monasterio de S. Basilio de esta corte en 18 de Noviembre de 1733, y profesó en 25 del mismo del siguiente año. Siguió la carrera de sus estudios con grande aplauso hasta el grado de maestro del número *ad titulum cathedræ*, y fué abad de su casa de Madrid, y varias veces definidor de la religion con otros puestos en ella. Aplicóse mucho al estudio de las letras sagradas, poseyó con eminencia la lengua griega, y dejó escrito un arte de ella, que se guarda manuscrito en el archivo de su monasterio de esta villa, en donde falleció á 5 de Noviembre del año de 1776.—A. B.

RODRIGUEZ (Beato Alfonso). Una de las glorias de la insigne órden de la Compañía de Jesus fué el P. Alfonso Rodriguez, que nació en Valladolid en el año de 1526, en la época en que el grande Ignacio de Loyola acababa de salir de Barcelona, donde habia estudiado humanidades, para emprender en Alcalá el estudio de la filosofía y prepararse para la fundacion de su admirable *Compañía de Jesus*. Alfonso Rodriguez, hijo de una modesta, pero honrada familia, apénas conoció en los primeros años de su vida las costumbres propias de la niñez. Consagrado constantemente al estudio y á la práctica de las virtudes cristianas, se preparó á los estudios, que siguió en la célebre universidad de Salamanca, donde se graduó de doctor en filosofía, y á los diez y nueve años de su edad entró en la Compañía de Je-

sus, que ya empezaba á hacerse célebre por las grandes eminencias sociales que iban alistándose en sus banderas para contribuir á la grande obra de regeneracion católica emprendida por Ignacio de Loyola. El P. Rodriguez fué uno de aquellos doscientos alumnos de la floreciente universidad de Salamanca que, movidos por la poderosa elocuencia y fervor del P. Juan Ramirez, llamado el *Apóstol de España*, abandonaron el mundo para entregarse á la contemplacion y defensa de las verdades eternas en la soledad de los claustros, y para difundir las doctrinas católicas por el mundo. A pocos años de haber entrado en la Compañia de Jesus, le confió esta la educacion de los novicios del colegio de Salamanca, en cuyo cargo brilló tanto, que el P. Suarez, nombre tan célebre en el catolicismo y que llenó al mundo con la fama que le dieron sus admirables obras de teología escolástica, no dudaba en afirmar con orgullo que la teología mística la habia aprendido en la escuela del P. Rodriguez. Era tal la erudicion del jóven jesuita Rodriguez, que fué nombrado á los dos años rector del colegio de la Compañía en Monterey, donde por espacio de doce años explicó con grande aplauso teología moral, siendo sus lecciones tan celebradas, que eran copiadas con avidez y reproducidas por todas partes. No se limitaba en su colegio de Monterey solo á la enseñanza, sino el púlpito y el confesonario ocupaban constantemente su atencion, y empleaba largas temporadas del año en dar misiones en los lugares de aquella comarca. Era tal la fama de su ciencia, y el éxito que obtenia su predicacion, que le dieron el sobrenombre de *oráculo del siglo*. La reputacion que se habia adquirido en su cátedra y en sus trabajos apostólicos, hizo que le llevasen á Valladolid para resolver casos de moral, cargo difícil, que ejerció con la mayor prudencia y tacto, acudiendo á consultar con él, no solo los individuos de su religion, sino muchos eminentes obispos y dignidades eclesiásticas. Treinta años ejerció el cargo de maestro de novicios en Valladolid, hasta que la provincia de Andalucía le mandó á Roma para asistir á la quincuagésima asamblea general de la Compañía de Jesus, distinguiéndose entre los concurrentes por su piedad y sabiduría. El P. general Claudio Aquaviva quedó tan prendado de su ciencia y de su fervor que le ordenó, no que volviese á su antigua provincia de Castilla, sino que se dirigiese á Andalucía, órden que recibió cuando ya contaba cerca de sesenta años, sin que la debilidad y los achaques inherentes á la vejez le impidieran trabajar por espacio de otros treinta años con una actividad admirable. Este largo período de su vida lo pasó en el colegio de Montilla, en el de Córdoba y en la casa profesa de Sevilla, donde volvió á tomar el cargo de maestro de novicios en el año de 1606, que desempeñó con su acostumbrado celo. Por él fueron educados tantos sabios religiosos como en aquella época florecieron en Europa y en la India por su saber y

su virtud, habiendo muerto varios de ellos en opinion de santos. Empleaba el tiempo que le dejaban libres sus ocupaciones en la oracion y en el estudio. Escribió sus pláticas, que merecieron el dictado de admirables, y sobre todo compuso un *Ejercicio de perfeccion*, obra que ha merecido las mayores alabanzas de los hombres experimentados en la ciencia del espíritu, y obra de que se han servido despues tantas almas fervorosas que han encontrado en ella uno de los libros más indispensables para adelantar en el camino de la perfeccion cristiana. Es la única obra que se conserva del virtuoso Rodriguez, que ha tenido muchas ediciones y ha sido traducida en casi todos los idiomas de la Europa, contándose seis traducciones en francés, de las cuales se cita como la mejor la de Reignier de Smaret. Vivia con el mayor retraimiento, sin salir de su celda más que para celebrar el sacrificio de la misa, administrar la comunion á los novicios, y asistir al refectorio. No salia de su convento más que una vez al año, y eso para ir á visitar á los marqueses de Priego, en Córdoba; no por las riquezas y el favor de estos potentados, sino en reconocimiento de que eran los patronos de la casa en que vivia. Sin salir de su aposento dirigia el colegio; para ello tenia reunidos durante media hora á los novicios, en cuyo tiempo les comunicaba las correspondientes instrucciones; los animaba en sus luchas espirituales, resolvia sus dudas y desvanecia sus escrúpulos. Durante otra media hora, reunia al ministro y al procurador; le pedia cuenta del estado espiritual y temporal de la casa, y despues de darles las oportunas instrucciones, volvia á encerrarse en su cuarto para no consagrarse más que á la oracion. Así pasó más de doce años, siendo tal el retraimiento, que cuentan que siendo rector de Montilla, y sirviendo en la casa algunos años, hacia sus reglas; un dia pidió en recompensa de un servicio particular que habia hecho al provincial, el gusto de saludar al P. Rector, pues á pesar de que hacia tres años estaba en el colegio, no habia podido verle, porque siempre estaba metido en su celda. Hubo ocasiones que en algunos de los colegios que habitaba, si tenia precision de ir á algunas piezas distantes de su aposento, necesitaba de un guia para no perderse en el camino, porque ignoraba absolutamente las entradas y salidas de su casa. Esta vida retirada y de continuos trabajos hizo que al cumplir los ochenta y ocho años de edad, se hallasen tan gastadas por las fatigas y los achaques sus fuerzas, que enfermó y tuvo que rendirse al lecho y pasar en él los dos últimos años de vida que le restaban. Durante este tiempo recibió todos los dias la sagrada comunion, sin perdonar jamás ninguno de los rigores que le permitia su estado. Diciéndole un Padre que moderase el castigo de su cuerpo, pues no tenia ya fuerzas para ello, le respondió con una sentencia digna de un gran maestro de espíritu. «No olvideis jamás, hermano, que el dia que se pasa sin

trabajar bien puede contarse entre los muertos.» Despues de haber recibido con extraordinaria devocion los santos sacramentos, murió el dia 21 de Febrero de 1616, en Sevilla, á los noventa años de su edad y setenta de religion, despues de mucho tiempo que habia hecho los cuatro votos solemnes. Su entierro fué un verdadero triunfo; acudieron todas las clases de la sociedad; el clero, la nobleza, el pueblo, aclamándole como á un santo, besándole los pies, procurando tocar rosarios y conseguir alguna reliquia suya, viéndose precisados á proteger su santo cadáver contra la piadosa violencia de los fieles, que querian cortar parte de sus vestiduras. Modelo de humildad y obediencia, ejemplar en sus costumbres, amante de las letras divinas, no solo fué tenido por sus contemporáneos como uno de los mejores ascéticos, sino que despues de su muerte ha quedado grabada su memoria entre los fieles como la memoria de un santo. En el año de 1825 el papa Leon XII lo beatificó, y su beatificacion se celebró solemnemente con grandes funciones en el Colegio Imperial de la Compañía de Madrid. No debe confundirse á este escritor con otro ascético del mismo nombre y apellido que le sigue, jesuita tambien, que nació en Segovia en 1530, y murió en la isla de Mallorca en el año de 1617, notable tambien por su longevidad. Segun se dice, compuso varias obras muy buenas, pero la mayor parte han quedado inéditas.—C. de F.

RODRIGUEZ (D. Alonso), obispo de la iglesia y ciudad de Astorga. Por muerte del obispo D. Pascual, que acaeció en 4 de Mayo del año de 1353, fué electo por el cabildo de Astorga D. Alonso Rodriguez, quinto de este nombre, arcediano del Páramo en la misma iglesia. Se verificó su eleccion en el año de 1355, y sin duda debió vivir muchos años rigiendo aquella santa iglesia, porque no se halla memoria del sucesor hasta el año de 1389, en cuyo tiempo era obispo D. Juan, tercero de este nombre, que vivió muy poco tiempo, porque en el siguiente de 1390 hay memoria del obispo D. Pedro Martinez, séptimo de este nombre. Era dean de Astorga cuando los de su iglesia le eligieron por su cabeza y obispo.—A. L.

RODRIGUEZ (Venerable hermano Alonso), religioso y coadjutor temporal de la Compañía de Jesus. Este gran siervo de Dios era español, y natural de la ciudad de Segovia. Llamáronse sus padres Diego Rodriguez y María Gomez, personas honradas y de cristianas costumbres. Su trato era en paños, manufactura propia de aquella ciudad. Nació Alonso Rodriguez el dia 25 de Julio del año 1531, aunque otros señalan el de 1530. Le criaron con sumo esmero, enseñándole virtud y buenas costumbres, de que eran un vivo ejemplo, mostrando, aunque tan niño, un natural muy inclinado á la devocion, especialmente con la Vírgen Santísima. Aún no sabia hablar, y en oyendo su nombre dulcísimo se alegraba, dando claros indicios de su

contento y su gozo. Más adelante, pero sin haber aún llegado al desarrollo completo de su razon, le sucedia quedarse absorto y fuera de sí, con la vista fija, llamando á grandes voces á la Virgen María que le ayudase, preludio y presagio de lo que llegaria á ser con el tiempo. Despues conoció á los Padres de la Compañía de Jesus, que fueron á predicar á aquella ciudad y provincia, y se hospedaban en su casa; con ellos aprendió la doctrina cristiana y otros ejercicios de devocion, principalmente el rosario de la Santísima Virgen. Estudió gramática en Alcalá, pero faltándole su padre, le fué forzoso dejar los estudios, y volver á su casa, para atender á los negocios de la misma y al consuelo de su madre y hermanas, y cuando llegó á edad competente, casó con una doncella no ménos virtuosa que bien nacida. Vivió en aquel estado algunos años, ocupado en los negocios y acrecentamiento de su casa, pero mucho más en los que tocaban á su alma, frecuentando los sacramentos, y dedicando muchas horas á ejercicios propios del servicio de Dios. Mas su Divina Majestad le llamaba á más perfeccion, estimulándole con penas y trabajos, con menoscabo en la hacienda y comercio, perdiendo en pocos dias grandes cantidades, y dando por fin á su esposa una grave dolencia, de que murió. Viéndose Alonso ya sin estos lazos, y desembarazado de aquella carga, se entregó y dedicó con mayores veras al servicio divino. Tres años permaneció en Segovia en el estado de viudo, empleándolos en santas obras y mucha penitencia, en ayunos, silicios y otras asperezas. Vistióse de un áspero silicio, que le cubria desde el cuello hasta cerca de la rodilla, tomaba frecuentes disciplinas, y ayunaba y mortificaba su carne, para que sirviese al espíritu con tan noble resolucion, y en tres años consecutivos no interrumpió ni alivió sus ejercicios. Hizo una confesion general con un Padre de la Compañía de Jesus, que por este tiempo tenia ya colegio en aquella ciudad. Tenia todos los dias cuatro horas y media de oracion. El primer año fué casi siempre su oracion vocal, rezando el rosario entero de nuestra Señora, con tan grande consuelo, y disfrutando tantos favores del cielo, que cuando rezaba el *Pater noster*, veia una rosa colorada muy hermosa, y otra blanca cuando rezaba el Ave María. En este tiempo aprendió de sus hermanos á rezar el rosario meditando los quince misterios, y Cristo nuestro Señor le enseñó por sí el modo de ensalzar las circunstancias de cada uno de ellos, regalándole con varias visitas y revelaciones, dándole á sentir las penas y tormentos de su sagrada pasion, mostrándole lo mucho que en ellos el mismo Señor habia padecido. Siendo esto de modo que el siervo de Dios desde los pies á cabeza se sentia estar crucificado. Experimentando estas bondades celestiales, perdió todo afecto terrenal, que áun para un hijo único que le quedó, le perdió en cuanto al natural, amándole solo para Dios; y así pidió á su Divina Majestad, que si le hu-

biese de ofender, se le llevase. Oyóle el Señor, y aquella misma noche se le mostró muerto en un ataud, y al cabo de un mes se verificó su muerte real y verdadera, por cuyo motivo quedó Alonso desembarazado para tratar de entrar en la Compañía de Jesus, adonde le llamaba el Señor, y donde habia de florecer en gran santidad y pureza, triunfando de grandes trabajos y tentaciones. Estando el siervo de Dios tan adelantado en espíritu, y siendo ya de edad de treinta y ocho años, partió á Valencia en busca del P. Luis de Santander, rector del colegio de la Compañía de Jesus, por cuyos sermones y trato habia dado principio en Segovia á entrar y caminar por la senda derecha de la virtud, y tomar su consejo en órden á la ejecucion de sus buenos deseos. Con parecer del mismo Padre se dió á los estudios de latinidad, en que aprovechó medianamente. Pero estando en ellos, como ya venia preparado de Dios para alejarse del mundo, se resolvió á entrar en la Compañía de Jesus en estado humilde, y pidió ser recibido en ella para hermano coadjutor, pareciéndole que este estado era más conforme á la humildad, mortificacion y devocion que él tanto deseaba. Pretendió el demonio estorbarle tan santos intentos, y para esto tomó figura de ermitaño, y se le hizo amigo por muchos dias, convidándole con una ermita. Pero conociéndole con luz superior el devoto pretendiente, se alejó de él dejando frustradas sus asechanzas y ardides. Movióle infinito á preferir la vida religiosa el haberle dicho el P. Santander, que en la soledad habia de hacer su voluntad, en lo que hay bastante peligro; mas en la religion, la ajena. Entónces se levantó de donde estaba sentado, y con extraordinario fervor, arrojado á los pies del Padre, le dijo lo siguiente: «Pues si en hacer mi voluntad hay peligro, y solo seguridad en cumplirse la de Dios, yo propongo el no hacer mi voluntad en todos los dias de mi vida.» Con el fervor de este acto mereció le asistiese Dios para cumplir su propósito y deseo; porque desde entónces parece le quitaron de raiz el querer propio. Tenia ya el santo varon cosa de cuarenta años de edad, y pocas fuerzas, por su mucha penitencia, y asi hubo dificultades en admitirle y recibirle en la Compañía: mas el P. Antonio Cordeses, varon insigne en espíritu, que entónces era superior en la provincia de Aragon, dijo: «Recibamos á Alonso para santo, que con sus oraciones y virtud nos ayudará mucho á todos.» Le recibieron en el colegio de S. Pablo de la ciudad de Valencia en el año de 1571, último dia de Enero. La primera noche que durmió en la casa, para recibirle otro dia, se recogió muy alegre á su aposento, que eran unos entresuelos bajos, cuyas ventanas daban á la calle pública. A poco rato, cerrada la noche, se sintió llamar de afuera por su propio nombre. Abrió una media ventana, y conoció con la luz á su ermitaño, que le hablaba tan alterado y con tanto enojo, que llegó á desconocerle. Le trató muy mal de palabra, di-

ciéndole mil injurias, las cuales no sirvieron sino de confirmarse el siervo de Dios en su vocacion. Allí dió principio á su noviciado, con raro ejemplo de mortificacion, virtud y admiracion de su grande santidad; á los seis meses fué enviado al colegio de Mallorca, donde vivió lo restante de su vida. Por la grande estimacion que hacia de su vocacion, le inquietaba el imaginar que podia perderla, despidiéndole de la Compañía, hasta que un dia estando en oracion instando y llamando á Dios con gemidos y suspiros del alma, oyó que le decian: *Alonso, basta que lo quiera yo.* Estas palabras bastaron para ahuyentar los miedos y rezelos reemplazándolos con la seguridad y el sosiego. Despues de hechos los votos, fué increible lo que avanzaba cada dia más en mortificacion y santidad, y conforme al gran caudal de amor divino que el Señor habia puesto en su siervo, dió amplísima licencia al enemigo comun de las almas para que le tentase. Duró la sangrienta pelea por más de siete años, sin más intentos que mancillar su castidad por todas las vias imaginables, ya con pensamientos torpes, ya con representaciones imaginarias, sin darle un momento de tregua ó alivio, pero de todos sus acontecimientos salia triunfante con el auxilio de Dios. Cesaron aquellas tentaciones, que tan afligido le habian tenido tantos años, y su alma, destinada ya para compañera de los ángeles, fué de allí adelante muy parecida á ellos en la pureza y limpieza. Fué señor de su imaginacion con mando tan absoluto, que como si con un freno la gobernára, no se divertia á parte alguna, ni se le empleaba sino donde y cuando él queria, de modo que en alma y cuerpo caminaba sin pesadumbre ni cuidado, no como quien andaba con trabajos, sino como quien era llevado á la virtud por mano ajena. Ardia en vivas llamas de amor de Dios, y el gran incendio interior y exteriormente se mostraba, y mal encubierto con el cuidado que él tenia de esconderle, salia y se echaba de ver con todo eso por todos los miembros y sentidos, de modo que con solo observar su aspecto y compostura, excitaba á la devocion y al deseo de imitarle. De aquí se siguió el gran aprecio y estimacion que se hacia del siervo de Dios, pues los que le trataban, le miraban como santo, y los que no le conocian, deseaban verle por ver si era cierto lo que publicaba de él la fama, encomendándose todos á sus santas oraciones, pareciéndoles que tenian en el venerable hermano Alonso un singular abogado y protector. Una de las mayores pruebas y gran testimonio de su virtud, fueron las enfermedadades con que el Señor ejercitó su paciencia, haciendo ilustre su santidad, que fueron tales y tan vejatorias, que apenas tenia un momento de descanso, mayormente despues que con los muchos años se le amontonaron los achaques propios de la edad provecta, aposentadores de la muerte, que en años tan cansados no podian ser pocos, ni pequeños, en cuerpo tan afligido de penitencias y mortificaciones perpé-

tuas, y abnegacion de disfrutar todo género de gusto, ni de poca pesadumbre y molestia para el cuerpo, añadiéndose á uno y otro el combate perpétuo de las tentaciones del enemigo del alma, que no cesaron en siete años primero, y despues otros diez seguidos. Dispuso Dios, que le queria labrar rica corona, que experimentase de ordinario un molimiento y quebranto de fuerzas, tan grande y tan contínuo, que le fatigaba mucho, cargándole más por las noches, cuando se le habia de aliviar con el descanso de la cama y sosiego del sueño. Pero en aquellas horas padecia mucho más, y era de suerte, que como él mismo confesó á su superior, padecia mucho más que si lo estuvieran azotando siempre cruelmente. A estos llamaba achaques ordinarios, porque los padecia de contínuo, sin ocasionar mudanza en su trato, ni poderle persuadir á que guardase cama por ellos, y tratase de recobrar la salud. Preguntándole un dia un superior cómo le iba de achaques, y cómo se hallaba de padecimientos, no pudo dispensarse de revelarle la verdad, y respondió: «Padre, padezco dolores de estómago y riñones, piedra, hijada, cólica y de piernas, las cuales por no poderlas mover más que si fuesen de mármol, me producen grandísimos dolores. Pero yo no tengo á estas por enfermedades; y si Dios me las quitase, me hallaria sin ellas desconsolado, y muy á solas; y con ellas estoy contento, y el Señor me hace tanta merced, que de contínuo y cuantas veces quiero tratar con la Vírgen Santísima, la hallo en el cielo en un mismo lugar, y con el mismo traje y semblante, muy alegre y propicia, y trato todo lo que quiero con ella; y veo al mismo tiempo á nuestro Señor Jesucristo, aunque no tan claro como su Santísima Madre, y siempre los hallo muy favorables, y salgo de todo bien despachado.» Por eso no se podia persuadir á representar sus enfermedades al superior como prescribe la regla, porque para el siervo de Dios no eran enfermedades extraordinarias, y la regla manda que cuando se sintiese alguno extraordinariamente mal dispuesto, avise al enfermero, ó al prefecto de la salud, ó al superior. A este propósito decia: «Siempre temo de suponer algo por el amor propio; de presente temo no se aumente el padecimiento mucho más, y para despues temo no me den algun regalo, por lo que yo habré representado; y así es que estoy persuadido por experiencia, que no conviene proponer desde luego lo que exige la necesidad, sino encomendarlo primero á Dios, y esperar, si buenamente se puede, dos ó tres dias hasta que se modere la pasion, y vea si el amor propio me traia engañado. Haciéndolo así, queda uno más contento y satisfecho de haber propuesto, al mismo tiempo que con más salud y más mérito delante de Dios. Respecto de mis desmayos y tormentos del cuerpo, de que padezco mucho, como tambien bascas que me dan mucha pena, disimulo en todo, hasta no poder moverme sino con trabajo; pero pasadas algunas horas, se me va

este tormento de no poder mandar al cuerpo; los demás duran, y espero que con ellos me visitará el Señor y regalará con este favor y consuelo hasta que muera, sin haber en el mundo medicinas para ellos, por ser merced de Dios. Las otras enfermedades de poco momento, disimulando con ellas, se me han quitado despues de algunos años, no haciendo cuenta de mí, ni yo de ellas; y si hubiera tomado medicinas, buscando y consultando médicos, quizá no me hallára con la salud que tengo, lo cual conviene hacer de ordinario, excepto cuando son enfermedades graves y claras, como fiebres, dolores de costado y otras semejantes, que llama la regla sentirse uno extraordinariamente mal dispuesto, las cuales se deben manifestar para cumplir con la santa obediencia; y áun en tiempo de tales enfermedades, no dejaré la mortificacion, quitándome ó apartándome de todo regalo y recursos para excitar el apetito, si ya no es que sin ellos no arrostrase el deseo á comer lo necesario para pasar la vida. Con las enfermedades é indisposiciones, cuando son largas, se entra muchas veces sin sentir la singularidad y el regalo, grandes males en la religion. Y si los enfermos y achacosos no miramos en ello, presto nos hallaremos sensuales y esclavos de nuestros apetitos que retoñan con el frecuente regalo, y así es menester velar siempre y no descuidarse de la mortificacion de las pasiones.» Una vez se le exacerbaron extraordinariamente los dolores, de tal modo que le obligaron á no moverse del lecho, y su mayor alivio consistia en entregarse todo á Dios, y ofrecerse enteramente á su voluntad, pidiéndole le asistiese, no tanto para quitarle los dolores, cuanto para sufrirlos con contento suyo y resignacion en su santa voluntad. El Señor acudió visitándole y regalándole con su santa y visible presencia, acompañándole su Santísima Madre, que no podia olvidar á su hijo Alonso. El resplandor que de sí arrojaban Hijo y Madre era tan grande, que no solo bastó para desterrar de sí las tinieblas de la celda, por ser de noche, sino que la luz de un candil que en ella habia, quedó oscurecida. Recibió su alma tal consuelo, que instantáneamente cesaron sus dolores. Estaba por Mayo de 1608 gravemente enfermo con calenturas y dolores, causados de varios accidentes, que obligaron á que el superior le suspendiese por algunos dias el usar sus devociones. Pasados algunos, parecióle hallarse más libre y con mejor salud, y envió á pedir licencia para continuarlos, pero se le dió limitada, y solo para pasar el rosario, y no alargarse á más sin órden nueva. Entregado á esta sola devocion, el Señor le proporcionó un sueño tan dulce y maravilloso, que no solo sintió el alma sus efectos, sino tambien el cuerpo; porque con solo este remedio se le siguió la salud, cuyo daño se temia del contínuo ejercicio y actual union con Dios, comprendiendo sus superiores que no era medio oportuno para proporcionársela el privarle de aquellos gustos celestiales, y que el orar y an-

dar sin intermision alguna en la divina presencia, le era ya tan connatural con el contínuo uso, que no le perjudicaba á la salud, ántes se la menoscababa lo contrario. Las muchas tentaciones con que permitió el Señor fuese atormentado su siervo fueron á proporcion de su ejercicio en todas las virtudes, especialmente en mortificacion y penitencia. Los muchos insectos de que abunda Mallorca, como toda region templada, jamás los echó de sí, cuanto la modestia y urbanidad permitió, cosa dicha fácilmente, pero tan difícil en la ejecucion, como cada uno puede observar de sí mismo; mayormente que en él desecharlos, obra muchas veces más la naturaleza con súbitos movimientos, que la libertad en acciones advertidas. Pero él con el hábito de tantos años, habia reducido la naturaleza á no anticiparse jamás á la razon. Pudiendo ir á un lugar por dos caminos, siempre elegia el más largo y de menor comodidad, y más sujeto á inclemencias de suelo y cielo. Jamás se quejó de las mudanzas de tiempo y del aire, por extraordinarias que fuesen en destemplanza, ántes se holgaba más con el tiempo borrascoso, frio y caluroso con exceso, que del claro y apacible, porque buscaba siempre su incomodidad y ocasiones de mortificar su carne sin testigos. El rigor del invierno y ardores del verano eran sus entretenimientos, nunca más contento que cuando le daban que merecer; así nunca usaba de ningun alivio para templar el frio ni moderar el calor. Sentado en una silla hallaba con que afligirse, colocándose en ella de manera, que más parecia estar encogido para mortificarse, que sentado para descansar; nunca arrimaba el cuerpo al respaldar de la silla, nunca se apoyaba en los brazos de la misma. Si estaba en pie, tampoco le faltaban modos de darse pena; se sustentaba sobre uno solo, y de ordinario sobre el más enfermo, cuando podia hacerlo sin ser notado. Tenian las fuentes viejas del refectorio solos dos caños, el uno daba escasamente el agua, y caia á gotas, el otro abundantemente, y en ellos halló su cuidado cómo ejercitarse; porque en treinta años ninguno le vió echar mano para lavarse las manos, sino del más escaso, hallándole desocupado, y era casi siempre, porque todos huian de aquella escasez de agua, y enfado y detencion en lavarse. En suma puede decirse que fué un perpétuo verdugo de su cuerpo, sin darle en ningun tiempo género de alivio, ni permitirle un rato de descanso, porque hasta en el dormir buscaba la postura que más le habia de incomodar, y cuando el Señor le probó con enfermedades que le obligaban á dormir sentado en la cama, le dió gracias, porque así seria el sueño más interrumpido y el descanso menor. Vino á alcanzar con el continuo ejercicio de estas penalidades exteriores un hábito tan arraigado, que más parecia obraba con propension y gusto de la naturaleza, que con eleccion de voluntaria virtud. Evitó en el trato indispensable con las mujeres el fijar la vista en ellas, hablándolas únicamente de

las vanidades del mundo y de los tesoros que tenemos en Cristo, y en una palabra, de todo aquello que las podia desasir del mundo y aficionar á Dios, ni solamente mortificaba la vista en los objetos de peligro, pero áun en cualquiera recreacion, por honesta que fuese. En cuarenta y siete años de religion jamás pidió licencia para salir al campo (sino una sola vez para consolar á un hermano que tenia necesidad de ello) siquiera á desahogar su espíritu. Las soledades y anchuras de los campos, y la pureza de sus aires, y aquella hermosura natural de sus valles y de los montes, que nunca cansa, y de que siervos de Dios se ayudaron para levantar el espíritu, ó para divertir tal vez sus ejercicios para volver á ellos con nuevo vigor de ánimo, únicamente no agradaban al hermano Alonso, ni tampoco quiso ver ninguna de las armadas que algunos años vinieron á la isla de Mallorca, ni otras cosas semejantes, lisonjeras y gratas á la vista. Jamás se puso á las ventanas ó mirador alguno, áun de las fiestas públicas de su iglesia y escuelas, que eran ordinarias, pues se retiraba, y á la sombra de su portería se escondia, y si en dias tales salia á la iglesia, era á acciones necesarias, y forzosas de ayudar á Misa, confesar, comulgar y rezar, y entónces estaba tan ajeno de divertirse al mirar, que para él todo pasaba como si estuviese en un país remoto. Enviado alguna vez á divertirse á la granja, era como si no fuese, tan recogido estaba en ella como en casa, y tan refrenados tenia los ojos como si se paseára por la ciudad en medio de las gentes; y así cuando volvia á la casa no sabia dar razon de cosa que hubiese visto, porque en ninguna habia reparado; pero sí volvia más aprovechado, porque aquel cuidado de enfrenar los ojos en las mismas ocasiones para vencerlas, le esforzaba esta mortificacion de la vista y recato de ella. Era tan sin igual su modestia, que muchas personas venian de largas distancias y pasaban el mar por solo verle, y sujetos gravísimos venian al colegio por solo estarse un rato mirando y consolando con su presencia, admirándose de todas sus acciones, si bien otros muchos acudian á él por la divina sabiduría de que estaba lleno y acertados consejos que les daba. Algunos vireyes, obispos, consejeros Reales, magistrados y caballeros no se atrevian á hacer cosa de importancia sin su consejo, dejándoles el santo hermano consolados, satisfechos y seguros de lo que debian hacer. A este paso era la mortificacion de los demás sentidos: no admitian sus oidos palabra que fuese vana, ó que pudiese ser ocasion de vanidad, áun aquellas recreaciones del ánimo que se permiten en el cuerpo las repudiaba. Nombre de mujer ni le tomaba en la boca ni le oia de buena gana, si no fuese, ó de santa canonizada, ó que lo mereciese ser, salva la necesidad y urbanidad. Si alguno por inadvertencia ó impremeditacion entablaba pláticas de terceros que redundasen en alguna mengua de su reputacion, si no se lo prohibia la autoridad de la persona,

sériamente y con medidas palabras le advertia, áun cuando las faltas de aquellos de quienes se hablaba eran notorias, y andaban en las bocas y corrillos de todos; y con ser un modelo de mansedumbre y modestia, solo en estas ocasiones salia de madre al parecer. La música, tanto de voces como de instrumentos, cuando la habia en la iglesia poco le deleitaba, porque ó no la oia, ó era como si no la oyese, no por falta de gusto natural, sino por sobra de mortificacion y diversion del espíritu, que ocupado en otra parte, no la atendia. Flor jamás se vió en sus manos ni ramos en su aposento, sino fué en tiempo de sus dolencias, que los enfermeros llevaban consigo. A los hospitales y cárceles iba de muy buena gana, y servia á los enfermos en los ministerios más inmundos. La celda le servia por sepultura, y el mundo lugar de su destierro, y flores en el camino de la vida solo abundante de espinas. En el sentido del gusto no buscó cosa alguna en que se le pudiese dar, ántes pidió á Dios que se le ofreciesen ocasiones de padecer en él, y el Señor se las daba muy colmadas, ordenando algunas veces que por descuido le diesen huevos podridos de pestilente olor, calabazas amargas como hieles y otras cosas semejantes, y las comia el siervo de Dios con particular afecto y contento, mortificando totalmente su gusto; y por que no reparasen en ello y se las quitasen, las comia más aprisa. Si con ocasion de algunas fiestas le daban alguna cosa que le pareciese regalo, para no sentirlo, entraba dentro de sí y se ponia en la presencia de Dios, de tal suerte que no advertia ni percibia ningun gusto. Con andar los superiores y demás ministros advertidos y cuidadosos de su salud para quitarle todas las cosas que pudiesen hacerle daño ó perjudicarle, sucedia muchas veces que del mismo celo y cuidado naciesen los descuidos, y que aquellos mismos á cuyo cargo estaba el mirar en ello, se descuidasen involuntariamente, como si alguna secreta mano anduviese por allí que descompusiese sus designios. Respecto de todo lo demás, ninguna ocasion dejaba pasar el hermano Alonso en la mortificacion consumada de sus pasiones, descuidado siempre de sí en el comer, vestir, dormir, estancias y aposentos, dejándose llevar y tratar como un cuerpo muerto. Afligióle toda su vida una fluxion y destilacion que le dió mucho que merecer, causada de las incomodidades de un aposento en que vivió muchos años; porque recien llegado á Mallorca, con las estrecheces que á los principios se experimentan en la habitacion, le señalaron un aposento expuesto á las inclemencias del cielo, y lo fué mayormente en tiempo de invierno, que sujeto á humedades y frios era casi inhabitable; y aunque fué experimentando sus efectos y las incomodidades que le producia y el daño que con el tiempo podia hacer á su salud, jamás se atrevió á hacerlo presente á su superior, por parecerle que el hacerlo era muy contrario al deseo que tenia de vencerse en todo. Las penitencias de disciplina, silicios y

otras exteriores fué preciso limitárselas rigorosamente; mas á pesar de todo, cada mes acudia á pedirlas, cuya costumbre guardó tan inviolablemente, que en el espacio de cuarenta y seis años, sano y enfermo, no se sabe que faltase ni un solo mes. Cuando sus enfermedades ordinarias le prohibian el hacerlo por sí mismo, enviaba al enfermero que en su nombre las pidiese; y cuando la dolencia llegaba á no darle lugar á usar de las disciplinas, silicios y otras penitencias corporales, pedia al superior se las conmutase en otras mortificaciones que se conciliasen con la enfermedad. Tan ansioso andaba por la penitencia y aspereza, que áun en la cama y sin fuerzas no remitia un punto sus fervores. Pocos meses ántes que muriese, cuando ya falto de fuerzas y tullido de los pies, exhausto y consumido con los continuos padecimientos, no podia levantar los brazos, ni apénas tener en las manos la disciplina, sin embargo la tomaba tres dias cada semana. Llegado á los ochenta años de su edad, cuando no solo ella, sino los achaques y dolores y falta de fuerzas le tenian jubilado, fué menester que los superiores le quitasen los ayunos; mas muchas veces, engañándose á sí mismo y juzgando que podia ayunar, pedia licencia para hacerlo, y sabia exponerlo con tan buen modo y razones tan concluyentes, que muchas veces la conseguia. Entónces era de ver su alegría y su júbilo, como si le hubieran hecho una singularísima merced. Ningun dia, entre tanto que tuvo salud para bajar al refectorio, dejó de hacer alguna pública mortificacion, no solo para provecho suyo, sino para ejemplo de los demás que asistian á la mesa, sin ofrecérsele jamás que á su vejez y años cansados se le debia alguna manera de indulgencia. Postrado el pecho por el suelo, iba discurriendo por los pies de los demás religiosos y se los besaba á menudo, y cuando por sus muchos años no podia sino con sumo trabajo, fué necesario mandasen los superiores se contentase con besar los pies de uno de cada mesa, sin correrlos todos. Se ponia de rodillas en medio del refectorio, y dicha su culpa por la negligencia en la observancia de las reglas y obediencia de ellas, casi cosido con la tierra por andar tan encorvado, tendia sus brazos y estaba largos ratos en cruz, dándole fuerzas, que la edad le habia quitado, los deseos y fervor. Añadia á estas otras penitencias ordinarias; hasta que la edad decrépita y postreras enfermedades, no tanto le jubilaron cuanto le imposibilitaron bajar al refectorio. Toda esta guerra que hacia el siervo de Dios á sus gustos procedia del odio santo con que se aborrecia, despreciándose bajamente; porque en verdad la humildad de corazon y la exterior tuvo por maestro al mismo Cristo nuestro Señor, que quiso en esta virtud serlo de todos, y guió muchas veces á su siervo en el abismo de su propio conocimiento, y en este ejercicio le infundió Dios tan perfecto menosprecio de sí, mostrándole en vision lo que él era. Pareciale imposible que

hombre que supiese habia ofendido á Dios, no se aborreciese mucho á sí mismo; se tenia por el mayor pecador del mundo, y aunque habia tenido revelacion de su salvacion, y de que no habia de entrar en el purgatorio, lloraba frecuentemente y con gran amargura sus pecados espantándose de que hubiese quien pudiera llegar á él, y tratar con una cosa tan inmunda y vil. Le causaba mucha pena el ver que algunos tuviesen formado de él gran concepto, sintiendo cualquier comedimiento y honra que le hiciesen, del mismo modo que otros sienten las afrentas. Estando enfermo, se quejaba amorosamente con Dios, porque permitia que alguno se acordase de cosa tan mala, como él se suponia; solo gustaba de que lo menospreciasen y dijesen mal de sus acciones. Algunos Padres graves, que sabian la condicion, por darle gusto y hacerle el favor que deseaba, le decian: *Hermano Alonso, ¿para qué sois bueno sino para dar trabajo? Ya estais viejo y no valeis para nada;* y el buen hermano se ponia tan alegre, con una risa y un contento que admiraba. Vivió muchos años con mucho temor y rezelo, no le dispidiesen y echasen de la Compañia por sus imperfecciones y faltas, y fué necesario para su quietud y consuelo que el Señor le dijese y asegurase que no le despedirian. Se asombraba y le producia extrema confusion cuando oia alguna alabanza suya, lo cual aborrecia más que la muerte, dando grandes muestras de sentimiento y de pena. A iguales extremos le obligaban las cartas que le escribian desde varios puntos principales, consultándole las dudas de su espíritu, ó pidiéndole la ayuda de sus santas oraciones. Entónces su refugio era su rincon, considerando su ningun valor; y volviéndose á Dios con amorosas quejas, no rompia estas cartas por aprovechar el papel de las vueltas, pero borraba las firmas de manera que quien las encontrase, no pudiese entender pertenecian á personas de calidad, ni supiesen que tanto aprecio hacian de su humildad y vileza. Con este tan profundo sentimiento y aversion que tenia á sí mismo, se alegraba de cualquier agravio, pena ó descomodidad que le venia, resplandeciendo siempre en el bendito hermano una paciencia invencible. Al principio fué poco conocido el espíritu del siervo de Dios, y siendo ciego en punto de obediencia, no faltó quien condenase su modo de obedecer, y le juzgase por imprudente. Hubo muchos que por esa causa le dieron mucho que merecer, siendo así que estaba tan léjos de sentir sus desprecios y agravios, que ántes se regocijaba con ellos, sufriendo con extraordinaria paciencia las rarezas y excentricidades de algunos Padres. En sus repetidos padecimientos, áun cuando padecia dolores muy intensos, permanecia en una admirable quietud y paciencia, sin quejarse, ni áun significar con palabras sus sufrimientos. Cuando alguno le preguntaba cómo le iba, respondia con semblante alegre: *Todo irá bien con la gracia de Dios.* Solamente al superior y al médico daba entera cuenta

de los síntomas que experimentaba, y áun con su buen ánimo disminuia cuanto podia su padecimiento. Esmeróse en esta paciencia de sufrir enfermedades, disfrutando de muchos favores que el Señor le dispensaba. Una vez se le apareció Cristo muy lastimado y llagado, como lo estuvo en su pasion; dándole espiritualmente á conocer sus dolores y tormentos, que por todos habia ofrecido al Eterno Padre en el ara de la cruz, exhortándole á su perfecta imitacion, y á su ejemplo á llevar alegremente los trabajos de alma y cuerpo, sin dar muestra alguna de flaqueza ni quejarse. El consuelo y alegría del espíritu que experimentó entónces, aunque por breve rato, le duró mucho tiempo, y la memoria fresca del favor y doctrina de su maestro perseveró con singular provecho suyo y mucho deseo de continuar padeciendo por su amor. No fué ménos señalado este virtuoso y venerable varon en la pobreza, que en él fué muy consumada y singular; nunca estaba contento, sino cuando sentia sus efectos, y si no le daban lo peor de la casa se afligia sobremanera. Si hallaba un alfiler, no se atrevia á tomarle sin licencia, y todo su contento le cifraba en tener falta ó incomodidad en la comida, vestido y aposento; su alegría seguir en todo á la comunidad, y que en él recayese todo lo peor; y áun cuando estaba lleno de dolores y achaques, no podia ver sentarse en la mesa de los enfermos, ó que le diesen cosa particular, diciendo que los regalos le producian pena y disgusto, y las penas regalos. Jamás se le oyó la palabra *mio* ni *tuyo*, palabras que en la religion entibian la caridad. Todo lo que se le daba, bien fuese comida, vestido ó aposento, lo recibia con accion de gracias y como don gratuito. Nunca, aunque se viese falto de las cosas más necesarias é indispensables, abrió la boca para pedirlas, cuanto más para quejarse, porque habiendo de una vez depositado sus cuidados en Dios, y en sus superiores en su nombre, le parecia como un robo el volverlos á hurtar ó cobrar; y aunque el cuidado de los superiores en la Compañía es tal, que pueden con él descuidar los súbditos, pero ordenándolo Dios de otra manera, no fué bastante para que en muchas ocasiones no careciese de muchas cosas al siervo de Dios, con lo cual tuvo motivos no solo de ejercitar la pobreza, sino tambien la paciencia y deseo de padecer, no solo en los principios, cuando era ménos conocida su santidad y ménos acreditada su persona, que entónces se le ofrecieron sobradas ocasiones de sentir los efectos de esta virtud, no por descuido de los superiores, sino por ignorar cuán decidido estaba á no pedir, interpretando su silencio á que no pedia por no faltarle nada. Pero áun despues de conocida su mortificacion y necesidad, por la vejez y los achaques, se vieron los superiores obligados á velar sobre él para que no padeciese daño notable en la salud. Si por yerro ó por otra causa le quitaban alguna prenda de su vestido ó aposento, nada pedia y mucho ménos se quejaba. Un dia inadverti-

damente le sacaron el único asiento que tenia, y por olvido pasó un año sin él, y estuviera un siglo si últimamente no hubieran caido en la cuenta. Sucediendo otra vez casi lo mismo con el colchoncito donde dormia. En el vestido y alimento le deleitaba lo más desechado y vil, y por el contrario le afligia lo más acomodado y lustroso; era un tormento para el siervo de Dios el vestirse ropa nueva, hallando mil razones para persuadir á los ministros no se la diesen, pues no le hacia falta, hasta que avisado que era órden del superior, terminaba la porfia y se la vestia, no con su gusto sino por cumplir con la obediencia. Una pluma, un pliego de papel y otras cosas semejantes, no las tomaba ni daba sin licencia expresa del superior. Solia llevar su pluma á un hermano estudiante para que se la cortase para escribir, mas con la veneracion que mostraban á su santa persona, tal vez se la trocaban para quedarse con ella, ó para mejorarla por ser vieja y casi inútil. Al pronto su cándida sencillez no dió en estos trueques; mas cuando lo advirtió, jamás quiso pasar por ello, diciendo que la regla ni lo permitia ni lo consentia. Los muchos años y falta de dientes y muelas le obligaron á comer el pan descortezado, por no poderlo mascar, y los que se sentaban á su lado en la mesa, viéndole tan impedido de manos, solian tomarle el pan y dárselo descortezado, y áun se lo trocaban por dárselo más á propósito. Este uso introdujo la caridad, y el siervo de Dios pasó algun tiempo por ello, usando más de la caridad ajena que pidiéndolo, sin ofrecérsele que en esta accion pudiese haber alguna cosa que no correspondiese á aquella extremada pobreza que observaba. Mas un dia, estando en la mesa, por un destello celestial conoció que aquello no debia hacerse, salva la regla, y desde aquel momento no permitió que le cambiasen el pan, ni recibió cosa que le ofreciese alguno, fuera del superior ó los ministros que servian. La obediencia de este siervo del Señor fué ejemplarísima, aprendida más bien del divino espíritu, que tomada de enseñanza ó razon humana. Tenia la voz del superior por voz y órden de Dios, siempre que en ella no se viese claramente pecado. Y así era puntualísimo en ejecutar todo lo que le mandaban, sin reparar en dificultades ni en imposibilidades. Estando enfermo le fué á visitar el superior, y observando que le dolia mucho la cabeza, se despidió encargándole que no hablase; cuya órden guardó tan á la letra, que no se le oyó palabra en todo aquel dia, aunque el enfermero le preguntaba algunas cosas inexcusables; y el mismo silencio guardó el dia siguiente, hasta que vino el superior y le pidió licencia para responder á cosas precisas al médico y al enfermero. Como este se refieren otros mil casos, que prueban al extremo que llevaba la observancia de la obediencia. A esta virtud de la obediencia ciega llamaba el hermano Alonso la conservadora de la disciplina religiosa; y que si todos los religio-

sos obedeciesen con esta perfeccion, sin duda seria la más aventajada de todas. Que el verdadero obediente era espejo de la verdadera santidad, incentivo de virtud para todos, y que el que en esto se descuidaba, en nada aprovechaba á los demás, haciéndose á si mismo mucho daño. Llegó con el ejercicio continuo de esta hermosisima virtud, adonde muy pocos llegaron, que fué á obedecer, no solo conformando su juicio con el del superior, pero ni áun ofreciéndosele cosa en contrario. Dejó escritos memorables documentos acerca de la citada virtud y ejercitándola, recibió muchos y extraordinarios favores y regalos del cielo. El don que tuvo de oracion fué maravilloso y especial. Andaba siempre en presencia de Dios sin poderse apartar un momento de ella, de donde resultaba, que en la casa, por las calles, y en todas las ocupaciones que tenia, iba su interior tan puesto en Dios, que apénas veia á los hombres que pasaban, dejándose llevar de aquel deseo tan ardiente de Dios, por el cual habia perdido del todo el amor y afecto á las criaturas, y tenia para todas las horas del dia particulares devociones que dejó escritas. Andaba siempre en fervorosa oracion, de la cual le elevaba el Señor á una altísima contemplacion. Aun durante el sueño, le aconteció muchas veces estar su alma unida con Dios tres y cuatro horas, por medio de la oracion, sin que el sueño y quietud de los sentidos la estorbase; ántes el Señor bañaba su espíritu con tantos y tan soberanos consuelos, que redundando en el cuerpo, no lo pudiera sustentar sin grande peligro de su vida si Dios no le favoreciera. Era devotísimo del Santísimo Sacramento del altar; y no faltando á sus obediencias, todo el tiempo de que podia disponer empleaba en su asistencia, postrándose delante de su Señor, principalmente cuando salia de casa y cuando á ella volvia. Por esta causa tenia el más devoto afan por ayudar á Misa, y en todas las ocasiones y tiempos no solo le hallaban los sacristanes pronto para servirlas, sino que se conocia el placer que en ello experimentaba, echándose de ver en el contento y alegría que su rostro expresaba cuando se ocupaba de este ministerio. Hacialo con tanta devocion y modestia, que la causaba igualmente en todos los que le veian, y así muchas personas devotas procuraban saber cuándo el santo hermano habia de ayudar á Misa, para asistir á ella. El venerable hermano Alonso, como se puede haber colegido de todo lo que queda dicho, fué muy ilustrado del cielo, y esclarecido en el don de profecía, por lo cual solia anunciar algunos sucesos lejanos ó venideros con tan gran certeza como si ocurriesen á su presencia. Sucedió una vez que habiéndose de embarcar para Barcelona el P. Juan Aguirre, y estando ya en la villa de Soller para tomar la Colla, encomendando á Dios aquel viaje, supo que aquel buque daria en manos de corsarios, y que el Padre habia de ser cautivo si en él se embarcaba. Púsose en oracion el fervoroso

Hermano más de propósito para negociar el remedio del dicho Padre, y tomó por medianera á la Vírgen, suplicándola que impidiese el embarque de aquel Padre, el cual debia hacerse aquella tarde. El tiempo en seguida se mudó en contrario, y no pudo partir entónces, y á la mañana siguiente escribió el P. Rector del colegio á Soller, mandando al P. Aguirre que dejase de embarcarse y volviese al colegio, con cuya providencia logró escapar del peligro y cautiverio en que dieron todos los que se embarcaron. Una señora, viéndose en grande afliccion y cuidado por haberse embarcado un clérigo hermano suyo para Valencia, el temor de que se hallase cautivo la acongojó y afligió de modo que no pudo reposar en toda la noche. A la mañana fué á contar su afliccion y pena al hermano Alonso, quien la consoló diciendo, diese gracias á Dios y se tranquilizase, porque á aquella hora estaba ya en Valencia libre y muy contento, porque nuestro Señor habia librado su bajel de los corsarios, que casi toda la noche le habian dado caza. La señora marchó consolada, y á su tiempo recibió carta de su hermano, el que la contaba puntualmente todo lo que el siervo de Dios habia dicho de su viaje y llegada á Valencia. Pero no se contentó con esto la hermana, pues llevada del fraternal afecto, volvió á instar al hermano Alonso para que suplicase á Dios volviese ya graduado de doctor el clérigo su hermano: á estas instancias no contestó el venerable; pero viéndose importunado, se vió obligado á decirla: «Señora, vuestro hermano no volverá más á Mallorca; conformaos con la voluntad de Dios y consolaos con ella.» Pocos meses despues llegó la noticia de Valencia de que era muerto, y vió que el Señor le habia revelado la libertad y la muerte de su hermano. Fueron infinitos los casos en que el siervo del Señor patentizó habia sido favorecido de Dios con el don de profecía, y que sería muy prolijo enumerar, concluyendo con el siguiente. El año de 1615, haciéndose oraciones y plegarias por la comun necesidad del agua, mandaron los superiores al hermano Alonso impetrase con Dios nuestro Señor y le pidiese remedio para aquella afliccion y necesidad pública. Hízolo con mucho afecto y fervor, respondiéndole el Señor: *Yo les proveeré como les conviene y han menester; no tendrán lluvia, pero yo te prometo no les faltará trigo de fuera con comodidad.* Así fué, que apénas se cogió trigo en todo aquel país, pero el Señor proveyó viniesen naves de tantas y tan remotas partes á Mallorca, que se pasó aquel año sin grandes necesidades. Este santo Hermano tuvo la sabiduría divina, de modo que admiran los hombres más doctos y entendidos muchas obras de espíritu que dejó escritas, y sus labios guardaban la divina ciencia que el Señor le comunicaba, y por la cual era un oráculo de teología mística, viniéndole á consultar los hombres más espirituales y científicos, aceptando con el mayor respeto su parecer. Recibian todos sus sentencias y consejos como si

saliesen de un oráculo, y se han hecho muchas copias ó traslados de algunas obras que escribió y que no fueron pocas. El catálogo de todas ellas refiere en su biblioteca Felipe Alegambe, y son las siguientes: *De la oracion y avisos para bien vivir y morir*; — *Del propio conocimiento y aprovechamiento*; — *De la humildad y otras virtudes*; — *De la humildad, paciencia y obediencia*; — *De la estima de la Compañía de Jesus*; — *De la disposicion para recibir el Santísimo Sacramento y accion de gracias*; — *Del amor de Dios*; — *De la piedad para con la Vírgen María*; — *De la contemplacion, mortificacion, humildad y otras virtudes*; — *Libro de varios tratados, en cuyo principio se declaran las peticiones del Padre nuestro*; — *De la presencia de Dios*; — *De dos maneras de resignacion en Dios*; — *Cómo el alma se deja*; — *De la oracion y mortificacion*; — *Del modo como crece el alma en virtud y santidad*; — *De las señales de la propia predestinacion*; — *De la mortificacion y otras virtudes.* — Tambien para los sacerdotes: — *Del celebrar la Misa.* — Y para los estudiantes: — *Del tesoro de los trabajos*; — *De los tres votos de la religion*; — *De la hermosura del alma y de la virtud*; — *De la fealdad del pecado.* Un libro con este título: *Yo no tengo de ser juez de la regla sino guardador*; — *Item, de la presencia de Dios*; — *Del exámen de la conciencia*; — *Del amor de Dios*; — *De la virtud de la obediencia y otras*; — *Avisos para imitar á Cristo*; — *De la caridad, de la union y transformacion del alma en Dios*; — *De la oracion y verdadero conocimiento de sí*; — *Documentos para las tentaciones.* Todos estos tratados, dice el citado Alegambe, los escribió el hermano Alonso enseñado con una sabiduría celestial. Escribió tambien para dar cuenta de su conciencia á los superiores, que se lo mandaron, el órden de su vida. Además de todas las obras referidas, escribió muchas cartas espirituales para instruir y consolar las almas. Tenia este gran siervo de Dios muy grande y entrañable devocion con los santos, particularmente con el Angel de su Guarda y con sus patrones, que eran veinticuatro, por todas las horas del dia, dedicadas á cada uno la suya, y era cosa infalible el despertar, aunque estuviese durmiendo, siempre que comenzaba hora nueva, para que cumpliese su devocion. Pero sobre todo, como ya se dijo, fué extraordinariamente devoto de la purísima Vírgen y del Santísimo Sacramento. A las imágenes tenia tambien gran devocion, y con ellas se elevaba en la consideracion de lo que representaban con un modo admirable. El Señor obró muchas maravillas por este su siervo en el discurso de su vida, cuya mayor parte fueron por ejercitar la caridad, con lo cual alcanzó de Dios salud para muchos, y algunos años de vida y muchos consuelos y bienes espirituales; y en todas estas maravillas se echa de ver la grandeza de su caridad, pues el amor á los prójimos y el celo de la salvacion de las almas fueron dos alas con que el hermano Alonso Rodriguez se remontó sobre sí mismo y subió á grande

punto su santidad. Deseaba en cuanto le era permitido ayudar á todos. Por todos hacia continuamente oracion, y los encomendaba á Dios, y en particular tenia presentes á los que se le oponian y perseguian. Con las pláticas espirituales, modestia y ejemplo, hizo en treinta años que fué portero cosas admirables y conversiones milagrosas, adelantando á otros en mucha perfeccion. Todo el mundo era poco para su abrasado celo; y ya que no podia predicar á Cristo en todo él, hacia con tan grande fervor oracion por la conversion de todos los reinos de la tierra y cuantas personas vivian en ella, que se ofrecia á padecer por cada una todos los tormentos del infierno por una eternidad; por lo cual mereció que le arrebatase Dios una vez su espíritu, y le mostró todos los hombres y mujeres del mundo, revelándole que con aquellos ansiosos deseos habia merecido tanto como si hubiera convertido toda aquella gente. A este colmo de perfeccion y caridad habia subido, cuando fué llamado el santo varon á recibir el premio de la gloria á los ochenta y siete años de su edad, empleados los cincuenta y tres en la continua mortificacion, penitencia, humildad, paciencia, obediencia, oracion, caridad y las demás virtudes. Convidábanlo asimismo los santos moradores del cielo, con los cuales trataba muchas veces, y más Jesucristo y su Santísima Madre, que muy á menudo le llevaban allá en espíritu y le mostraban la gloria que le tenian preparada. Pero al santo Hermano con aquella gloriosa vista se le encendia más el deseo de padecer. Llevando enfermo en la cama dos años ántes de llegar su término, dijo al P. Juan Torrens, que le habia ido á visitar, que aunque padecia mucho, estaba muy consolado y con vivos deseos de contentar á Dios y de entender en qué cosas le podia der más gusto, aunque fuese en perder mil vidas, si tantas tuviera; y acudiendo á nuestro Señor para que le acordase si habia alguna cosa en que enmendarse para mejorarse en su servicio, le habia el Señor respondido: «Alonso, consuélate y ten buen ánimo, que todo va bien; no temas cosa alguna.» Y la Vírgen le habia dicho las mismas palabras, añadiendo: «Yo tengo cuidado de ti.» Tan bien dispuesto para la muerte se hallaba este varon escogido. Todo el último año de su anciana vida, en el que estuvo gravemente enfermo, se disciplinaba tres veces todas las semanas, y pedia ayunar todos los dias de precepto, de suerte que la gravedad de sus dolencias no fueron suficiente motivo para remitir el rigor de su penitencia y mortificacion, y áun así no bastaba á satisfacer el deseo que le animaba de padecer por Cristo, y este mismo Señor con grande benignidad le dió una colmada bendicion y tesoros de su santa cruz, para que su muerte fuese preciosa en su divino acatamiento. Y así los últimos cuatro meses de su vida, sin la intensidad de los dolores nefríticos, y otros generales que sufria en todo el cuerpo, le sobrevenia de ocho en ocho dias, y á veces de cinco en

cinco, una fiebre tan alta, aumentando la intensidad de todos sus achaques, que bastáran á destruir al sujeto más robusto. Duraban estas exacerbaciones ordinariamente un dia entero, y á veces dos, y pasada la furia del periodo, dejaban al enfermo con el mismo vigor que ántes tenia. En lo más recio de sus dolores solia decir: «Más dolores, Señor, y más caridad y paciencia con ellos.» Palabras que repetia muchas veces cuando pensaba estar solo, pareciendo le servian de satisfaccion y contento, ofreciéndose á Dios y regalando su espíritu. Llegó al estado de casi no poder hablar, y preguntándole el enfermero, qué tenia, respondió: «Mucho amor propio;» porque siempre le duró el conato con que se hacia guerra, y la mortificacion en cuanto le permitia su situacion. Confesaba y comulgaba los domingos, mártes y jueves, como lo habia acostumbrado muchos años, sin haberle impedido esta devocion accidente alguno por grave que fuese. En su última enfermedad cumplia con estos sacramentos con gran preparacion interior, sentado en la cama, quitándose por sí mismo el bonetillo que tenia, pareciendo que el Señor le habia dejado accion en aquella parte de los brazos, que era necesaria para ello, diciendo por sí la confesion general, la cual hizo dos veces, áun despues de haber recibido el de la santa uncion. Conforme á la devocion que tenia al Santísimo Sacramento, era tanta la reverencia que tenia á los sacerdotes, que en entrando alguno en su aposento, en seguida se quitaba el bonetillo, aunque para otras acciones no se podia mover. Tres dias ántes de su dichosa muerte, habiendo recibido el Santísimo Sacramento, y ocupado en dar gracias por tan singular beneficio, se suspendieron de repente todos sus dolores, y se le puso el rostro claro, blanco, sonrosado y hermoso como un ángel, y de un aspecto más venerable que el que solia tener en su entera salud, y le elevó el Señor con un dulcísimo rapto, en el que permaneció tres dias enteros gozando los consuelos que su Divina Majestad le habia prometido en la hora de su muerte. De cuando en cuando abria los ojos animados y alegres, dirigiéndolos con pasion á un crucifijo exclamando: *Ah Jesus!* Si le hablaban no respondia ni daba señales de oir, aunque le hablasen alto, sino solo al enfermero, que por serlo le era superior. En los tres dias últimos no se notó señal alguna de dolor, ni el pulso hizo mudanza. Le asistian los Padres de la casa con asiduidad y devocion. Entrando la vigilia de Todos los Santos del año de 1617, á 31 de Octubre, en su media noche, despertó de aquel rapto y maravillosa quietud con un dulcísimo Jesus en la boca, y al punto le acometieron todos los dolores reunidos, haciéndole dar muestras de grande sentimiento con una voz lastimera, repitiendo constantemente el nombre de Jesus. Levantósele el pecho, y el pulso le iba faltando por momentos. Los Padres que le asistian avisaron al superior y á todos los de la casa, para que presenciasen tan de-

voto espectáculo; todos procuraban por su devocion tocar sus manos y rostro con el rosario. Estuvo en aquella agonía y congojas casi media hora, endulzándola siempre con el santísimo nombre de Jesus. Acabada de rezar la recomendacion del alma, abrió extraordinariamente los ojos, y miró á todos con una vista más clara, viva y alegre, que mostró en toda su vida, como despidiéndose con ella de los presentes; y volviéndose al crucifijo que tenia en las manos, inclinó la cabeza para adorarlo, y pronunciando con voz alta y prolongado espíritu dos veces Jesus, espiró, sin duda con particular consuelo de acabar en la cruz de tantos dolores, para parecer á su señor Jesus, que espiró en ella, y de no haber muerto en la quietud y regalo que por espacio de tres dias habia gozado. En apuntando el dia, dió señal la campana del colegio, siendo cosa maravillosa, que no oyéndose de léjos su tañido, en un punto se supo y dijo por toda la ciudad que el santo Hermano habia muerto, y en seguida llegaron á venerar su cuerpo todos los de la ciudad, sin faltar consejeros, magistrados, cabildo, clero y religiones, hasta el mismo virey. Muchas personas sintieron una celestial fragancia, muy diferente de todos los perfumes de la tierra, indicio de la gloria de que ya gozaba su alma. Fué tanta la gente que concurrió á venerar al difunto, y á consolarse con su vista, que la portería, claustro y paso delante de su aposento, estaban siempre cuajados de personas, y para complacer á todos y cumplir con los deseos é instancias de muchos personajes, que pedian ver aquel venerable rostro, pasado medio dia, sacaron el bendito cuerpo del hermano Alonso, y lo colocaron en la iglesia sobre un alto tablado, haciéndole la guardia muchos religiosos, así de la Compañía como de otras religiones, los cuales tomaban los rosarios y pañuelos, que de todas partes les arrojaban de léjos por no poder acercarse, para que los tocasen al cuerpo, y que despues guardaban por reliquia, sanando en aquel mismo acto un niño que padecia una afeccion antigua y rebelde de la vista con solo aplicar los ojos al cuerpo del V. Hermano. La iglesia catedral honró con sus solemnes responsorios el entierro, al que siguieron con mucha devocion y piedad todas las parroquias y religiones; y el obispo D. Fr. Simon Bausá, del órden de Predicadores de Santo Domingo, ya que por estar enfermo no pudo asistir, mandó acudiese la capilla y música para mayor solemnidad del funeral. Pero fué tanto el concurso de la gente, que no fué posible romper por ella, hasta llevar el cuerpo á la capilla de la Concepcion de nuestra Señora, donde se habia cavado la sepultura de este gran siervo de Dios. Fué necesario por fuerza y con violencia retirar el cuerpo otra vez dentro del colegio, y cerrar con cuidado y prestéza las puertas del claustro y sacristía. Quedó la iglesia y claustro repletísima de gente, que áun siendo muy de noche, apénas se pudo conseguir volviesen á sus casas; por fin se retiraron, pensando no

sería el entierro en aquella noche. Pero el P. Rector, tomando mejor acuerdo, quiso que oculta y secretamente, á las doce de la misma, con solo los Padres y hermanos del colegio, se depositase en su lugar y bóveda, para excusar mayor tumulto, que sin duda lo hubiera el dia siguiente. Obró el Señor algunas maravillas estando el cuerpo en la iglesia, ántes de enterrarle y despues de enterrado y frecuentado su sepulcro en una capilla por medio de los objetos que muchas personas habian tomado por reliquias, y los cuales sería muy difuso el referir. Pocos meses despues de su muerte, á peticion de algunos capitulares, ordenó el obispo de Mallorca que se pusiese su imágen en público sobre su sepulcro. Y Su Santidad Urbano VIII, movido de tantas y tales maravillas, desde Roma despachó el rótulo para que se tomasen informaciones de su vida, virtudes y obras heróicas. Fué cosa maravillosa cuán presto se fué cumpliendo la particular revelacion que notificó su Divina Majestad al santo Hermano, diciéndole que le habia de hacer conocido por todo el mundo, para mayor gloria del mismo Dios, bien universal de la santa Iglesia, y más en particular de aquella tierra, y efectivamente por soberana manera fué cundiendo su fama, como se vió en Roma, Nápoles y otras partes de Italia, Francia, Flandes, las dos Españas y áun de las más remotas partes de las Indias, con ocasion de los favores y milagros que por su intercesion muchos han experimentado, enviando en agradecimiento ofrendas y presentes notables á su sepulcro, que tan reciente quiso la Majestad Divina hacerlo glorioso. Escribió la vida de este santo Hermano, aunque resumidamente, el P. Juan Burgesio, libro *de Patrocinio Virginis*; P. Antonio Balinguen en su *Calendario Mariano* á 31 de Octubre. Y despues, año de 1627, se imprimió más aumentada por mandado de D. Dionisio Montserrat, vicario general de Mallorca. Fuera del Padre Miguel Julian, rector del colegio de Mallorca, que escribió una relacion de sus virtudes y dichosa muerte; tambien escribió de este V. Hermano, Jacobo Damiano, libro VI de su *Sinopsi*, cap. IV; y Felipe Alegambe en su Biblioteca, donde pone casi toda su vida. Celebra igualmente á este raro varon Jacobo Bideman, libro I, *Epigramm.*, donde proponiéndose un retrato de este siervo de Dios, que derramaba muchas lágrimas, le consagra unos admirables y elocuentes versos latinos. —A. L.

RODRIGUEZ (Fr. Alonso), religioso franciscano de la provincia de San Juan Bautista. Habia tomado en Italia el hábito claustral de la religion seráfica, y leyendo la regla de los descalzos, fué iluminado por la divina luz, de manera que comprendiendo su grande perfeccion, procurase observarla desde allí en adelante. Con este objeto, teniendo noticia del rigor y pureza con que se guardaba en la provincia de S. Juan Bautista, decidió pasar á ella, despreciando los consejos de la debilidad humana, que poniéndole

mil dificultades, queria apartarle del camino tan estrecho y áspero. Emprendió el viaje de Italia á España, sin que las nieves de los Altos Pirineos, ni las tempestuosas aguas del Mediterráneo, pudieran entibiar su fervor. Llegó á la referida provincia, é incorporado en ella comprendió que lo que habia oido era únicamente un eco de lo que en ella se practicaba; en cuanto á la exacta y rigurosa observancia de la regla, y al rigor y aspereza de vida, que excedia en mucho á lo mandado como de obligacion. Consoló tanto esto su espíritu que le parecia haber encontrado un paraíso celestial en la tierra, siendo rosas y flores las espinas de la penitencia, en la cual y en la santa pobreza, menosprecio del mundo, humildad y celo de reformas, aventajó á muchos de los religiosos originarios de la provincia, educados en las rígidas y graves costumbres de su fundador. Pruébase esto, porque al poco tiempo de estar en ella le eligieron por prelado, y siéndolo de Jumilla y Villena, tuvo por súbdito al glorioso S. Pascual Bailon, el cual le amaba y reverenciaba como verdadero hijo del gran patriarca S. Francisco, y á instancia suya tradujo del toscano la exposicion que hizo el P. Fano sobre el artículo de la *Pobreza*. Era tan celoso de la puntual observancia del estado evangélico, que siempre llevaba la regla en las manos para consultar su verdadero sentido. Y por no ser fácil tener un ejemplar del manual, que se acababa entónces de imprimir, con aprobacion de los superiores de la Orden, hizo se le copiasen, y parece le tomó como norte por ser una de las exposiciones más conformes al espíritu del fundador de la Orden Seráfica. Consiguió con su ejemplo tan buenos resultados, que siendo guardian del convento de Santa Ana de Villena, consiguió que aquella comunidad llegára á sustentarse únicamente con yerbas, y áun las que sobraban de un dia, las hacia servir al siguiente. Habiendo ido al ayuntamiento de la ciudad con objeto de renunciar la limosna de carne que acostumbraban á dar todos los años, volvió al convento tan alegre y gozoso, como pudiera haber ido otro, que se hubiese encontrado un gran tesoro. Conocia bien lo precioso que era el que se hallaba oculto en el abandono de todas las cosas humanas, y en no tener nada sobre la tierra en que fijar la esperanza. A pesar de la estrechez y austeridad á que habia obligado á los religiosos, era tan amado de ellos, como no podia ménos de serlo un superior, en quien no veian ningun defecto, sino un celo ardiente por el mayor aprovechamiento de todos, obligándoles más con su ejemplo que con sus preceptos, y obrando con tanta humildad, que á pesar de ser guardian tomaba á su cargo el despertar á los religiosos á prima y maitines. Serviale esto de muy poca ó ninguna incomodidad, porque por lo comun pasaba en oracion la mayor parte de la noche, y estaba tan inflamada su alma en el amor divino, y tenia tanta participacion en su divina luz, que como si fuese un espejo en que reverberase, salia á veces fuera la cla-

ridad con tanta abundancia, que hallándose de guardian en Villena en su continuo empleo de la oracion, le acontecian algunos casos tan notables como curiosos, que puede consultar el lector en la crónica de su provincia. Entre las singulares gracias con que fué favorecido del cielo, fué una la de ser humilde siervo y en extremo devoto de la Virgen Santísima, rezando todos los dias su oficio menor y honrándola con otros muchos y piadosos ejercicios. No haremos particular mencion de sus muchas devociones y mortificaciones, porque pueden muy bien inferirse de lo arriba referido. Solo una cosa debe ponderarse, y es, que ni por haber sido elevado á las más altas prelacías, pues cuando murió era definidor y guardian de Villena, se entibió el fervor de su humildad, el abatimiento propio, mansedumbre y pobreza de espíritu; ni por los años y achaques que le sobrevinieron, templó el rigor de la penitencia y áspero modo de vida, que hizo desde que entró en la provincia de S. Juan Bautista. Gravemente enfermo, caminaba á pié, y hubo ocasion en que habiendo ido desde Villena á Yecla, le atacó la dolencia de tal manera, que sin poder dar un paso cayó en tierra, y afligiéndose su compañero, le consoló él y prosiguió el camino lo mejor que pudo, sin querer subir á caballo. Dióle la última enfermedad, cuando ya estaba llena la medida de sus merecimientos, y habia decidido el Señor saliese de este destierro. Sufrióla con alegría, como quien deseaba padecer, y despues de haber recibido los últimos sacramentos, rezando y alabando á Dios, le entregó su espíritu en 1584, en el convento de Santa Ana de Villena, donde fué sepultado con grande concurso y aclamacion de su santidad; y hubo persona que cuando iban á cubrir de tierra el venerable rostro, no pudiéndolo permitir su piedad, le echó encima un pañuelo, haciéndole la única honra que pudo en aquella ocasion; despues se trasladaron sus restos, atribuyéndoseles diferentes milagros. —S. B.

RODRIGUEZ (P. Ambrosio), jesuita portugués, natural de la ciudad de Caldas, en el arzobispado de Lisboa; sus padres Pedro Rodriguez y Francisca Fernandez le dedicaron á los estudios, que seguia en el colegio de S. Antonio, contando diez y ocho años de edad cuando entró en la Compañía en Lisboa, á 5 de Junio de 1622, para coadjutor espiritual. Al concluir el noviciado fué enviado á la isla de la Madera para perfeccionarse en el latin y estudiar teología moral. Dió muestras de tan buen ingenio que muchos Padres eran de parecer estudiase filosofía, pero su humildad le hizo no aspirar á otro estado más que al que se habia propuesto seguir en la religion. Siempre se manifestó muy observante de las reglas. Hacia casi toda la oracion de rodillas, con grande reverencia. Despues de la Misa empleaba media hora en dar gracias á Dios. Era muy puntual en los ejercicios espirituales. Sucedióle, siendo ministro en el colegio de Évora, y estando despachando al-

gunos negocios propios de su cargo, oir la señal del exámen, y luego se ponia de rodillas sin hablar más palabra. Además de la oracion ordinaria, empleaba mucho más tiempo en este santo ejercicio, el que nunca le faltaba, porque no lo dedicaba á visitas inútiles de gente seglar. Tratábase con aspereza despues de recogerse la comunidad; se disciplinaba con rigor todos los dias, su grande modestia le hacia andar siempre con interior recogimiento. Desempeñó el cargo de ministro en los colegios de S. Anton, Braga y Coimbra, y últimamente por más de cuatro años en el colegio de Évora. En este puesto, que tan molesto es por sí, por los disgustos que acostumbran á dar los imperfectos cuando se les imponen penitencias, nunca dijo una palabra que manifestase resentimiento. Haciendo las veces de rector en el colegio de S. Antonio, le pidieron dos hermanos licencia para salir juntos, la que les negó, pues en castigar faltas fué siempre muy animoso, y no guardó ningun miramiento. Buscaba tiempo oportuno en las penitencias, dilatándolas cuando sabia que el culpado estaba falto de sufrimiento. Cuando tenia que avisar á algun Padre para el sermon ó plática, entraba en su celda como si fuese á visitarle, ofreciéndosele en lo que le necesitase; si sabia que estaba muy ocupado ó con alguna molestia, reservaba la peticion para tiempo más oportuno. Su caridad fué tan grande que le ocasionó la muerte. Era secretario de la universidad de Évora, precisamente cuando el ejército portugués sitió la plaza de Badajoz. Hubo grandes enfermedades en el ejército, siendo muchos los enfermos enviados á Évora. En el hospital de los estudiantes, que se halla á cargo del secretario de la universidad, fueron recogidos de órden de los superiores de la Compañía más de ciento sesenta enfermos, teniendo la caridad del P. Rodriguez grande materia en que ejercitarse. Visitaba dos veces al dia su hospital; dirigíales pláticas, consolaba á todos, y les oia en confesion; llevábales muchos regalos, y obtuvo del cabildo una limosna de veinte mil reis, que dedicó á mejorar la situacion de los enfermos. Viendo que morian muchos, porque no podian comer, pidió algunos Padres y hermanos que fuesen al hospital á la hora de la comida, para dársela por sí mismos. Alternaban los Padres y hermanos todos los dias, pero él iba siempre y volvia á comer al colegio todos los dias despues de medio dia, habiendo estado hasta esta hora en ayunas. Viendo que la enfermedad era contagiosa, pues habia ocasionado la muerte de algunos enfermeros y hasta la de un cirujano, no por esto desistió en su caridad. Levantaba á los enfermos en los brazos para limpiarlos, haciéndoles las camas; barria las enfermerías; daba premios á los criados para que fuesen solícitos en el cuidado de los enfermos, deseando todos para él toda clase de felicidades, y pidiendo á Dios que le premiase. Hacia poco más de mes y medio que se ocupaba en tan caritativo ejercicio, cuando comenzó á sentirse tan enfermo,

que no podia dormir de noche. Sufriólo todo por espacio de dos dias sin decir cosa alguna, continuando en la asistencia de su hospital, aunque muy débil y enfermizo. No por esto mitigó sus ejercicios espirituales, exponiendo siempre al Santísimo Sacramento en la iglesia donde se estaba haciendo una novena y rogativas. Solo el Rdo. Mtro. de novicios Alfonso del Castillo descubrió el estado en que se hallaba; dió luego cuenta de ello al P. Rector, quien le fué á buscar, y le mandó se recogiese y tratase de su salud, y al enfermero que tuviese cuidado de él. Durmió un poco aquella noche, y al dia siguiente, creyendo estar aliviado, volvió al hospital, y por la tarde hallándose delante del Santísimo Sacramento, diciendo la letanía, le dió un accidente por cuya causa no acertaba á decír las oraciones, por lo tanto se vió obligado á recogerse. Oyéndole quejarse los Padres y hermanos que le visitaron, se convencieron desde luego de que la enfermedad era maligna, pues le obligaba á hacer aquellas demostraciones, siendo tan sufrido como á todos era notorio. La víspera de S. Lucas le dijo el P. Alfonso del Castillo, que necesitaba recibir el viático. Respondió que bien, y dijo que llamase luego á su confesor, añadiendo: Gracias á Dios nuestro Señor, no tengo cosa que me dé pena, desde hace tres años empleé nueve dias en hacer confesion general. Recibió el santo viático é hizo un coloquio con grande devocion. A los pocos dias fué ungido, contestando al P. Rector que le administraba este sacramento. Pidió perdon con mucha humildad de la poca edificacion en que habia vivido en una religion tan perfecta. Repetia los actos de fe, esperanza y caridad, en cuanto le era posible, hasta que le faltó el habla. Falleció en 21 de Octubre de 1658, en el colegio de Évora, de enfermedad contraida en servir á los enfermos del mal contagioso. — S. B.

RODRIGUEZ (P. Antonio), jesuita portugués, natural de Montemayor el Nuevo en el arzobispado de Evora. Llamáronse sus padre Andrés Mendez y Catalina Alvarez. Entró en la Compañia en Evora á 18 de Febrero de 1571, teniendo diez y nueve años de edad. Habiendo ido ántes á pedir el hábito en la religion de Sto. Domingo, le dijo un anciano en la portería que fuese á pedirlo á la Compañía, que le recibirian. Tomó estas palabras como un oráculo, y manifestó el efecto que le queria Dios en la Compañía, donde procedió siempre como santo. Nunca se excusaba del trabajo, y tenia gran celo por todo lo de la religion. Habiendo sido electo obispo del Japon el P. Sebastian de Moraes, provincial entónces, despues de decir misa, tomó los votos de los religiosos sobre quién seria uno de sus compañeros. La mayor parte de los votos recayeron sobre el P. Antonio Rodriguez, y él á cada voto se ponia de rodillas, y levantando las manos al cielo se lo agradecia á Dios y á quien se lo daba. Quedó muy contento de tan buena eleccion. El año de 1588 se embarcó para la India, en compañía del obispo y de los hermanos

Antonio Luis y Gaspar de Castro. Sobrevinieron en la nave grandes enfermedades, en las cuales recayó el peso de las confesiones sobre el P. Rodriguez. Murió un capellan de la nave ejerciendo honrosamente su oficio, y se prohibió al obispo por los principales de la nave andar entre los enfermos, recayendo todo el trabajo sobre el caritativo Padre. Lo que sobre esto nos dejó escrito el P. Gaspar de Castro, hermano á la sazon, que era uno de los compañeros del obispo, es lo siguiente. «Despues que nuestro Señor se llevó al P. Obispo para el cielo, alcanzó que se conmutase el destierro de dos de sus hijos, los que estaban mejor preparados para gozar con él del descanso eterno, y así fué nuestro Señor servido de llevar para sí al P. Antonio Rodriguez en una segunda feria á las dos de la tarde, á 22 de Agosto y veinte dias de su enfermedad. No era posible que dilatase Dios más esta muerte por el mucho celo y amor con que le servia, porque apénas pasaron los primeros dias de embarcados, comenzó luego á ejercitar los ministerios de la Compañía inclinando la gente á la devocion y buenas costumbres, como hacen todos los buenos hijos de este instituto que han pasado por esta carrera. Todo el tiempo que le quedaba de su oracion y acostumbrado rezo, le empleaba en hablar con todos y en inclinar en particular y universalmente á la confesion y oracion, y vivir en paz. Hacia esto con tanto celo, que edificaba á todos con su mucha caridad. Todas sus pláticas eran de Dios, llenas de un grandísimo fervor de padecer martirio por Dios. Todos los dias decia las letanías en la nave, y el sábado la misa y las letanías de nuestra Señora, haciendo se cantasen con órgano. Formó una cofradía de nuestra Señora del Buen Viaje, en que entraron muchos cofrades, y el dia de la visitacion de Sta. Isabel hizo que se adornase el castillo de proa, en que tenia su capilla, con banderolas y demás de costumbre. En este dia cantó la misa y fué oficiada con órgano; predicó el P. Obispo con mucha devocion y consuelo de todos. En aquel mismo lugar hizo que todos tomasen los santos al principio de cada mes; cuando los tomaban, se ponian de rodillas y los besaban con mucha devocion. Este ejemplo tomaron del P. Obispo. El dia de Sta. Ana ordenó el P. Antonio Rodriguez una procesion solemne en que llevaron una imágen de nuestra Señora, de bulto, cuatro niños muy bien vestidos. Era mucha la devocion, y por comun decir de todos, no se podia ir á la India sino con Padres de la Compañía. La misa se celebró con canto y órgano; la gente salió muy consolada del sermon del P. Obispo, porque se esmeró mucho en persuadirnos que se entregasen en las manos de la Divina Providencia y dejasen obrar á Dios. Luego al dia siguiente tuvimos viento próspero, como deseabamos. El dia de S. Cristóbal, patron de la nave, hizo el Padre una procesion con misa y sermon lo mismo que la anterior, y el P. Obispo llevó una reliquia del propio santo en las manos en un relica-

rio. Despues se la dió á besar á todos. Sin embargo, en el espacio de trece dias, se llevó Dios tres sacerdotes, sin quedar en la nave con quien confesarse, con lo que todos lo atribuian á sus pecados, pues les quedaba muy dificultoso remedio para su salvacion. Todos los dias tenia el P. Antonio Rodriguez á quien confesar, y muchas veces confesaba por la noche por no bastarle el dia. Puso á muchos en paz y á todos consolaba y socorria en sus necesidades, así de comer como de vestir, porque ténia tanta cabida con todos que no pedia cosa que no obtuviese. Una vez le encargó el P. Obispo que recogiese una limosna para los enfermos, y á la primera vuelta que dió reunió veinte cruzados, además de otras muchas limosnas que le dieron todos. Cuando habia enfermos, todos deseaban confesarse con él, y como ellos decian, la cabecera de un enfermo con un Padre de la Compañía es muy blanda. Así como aumentaban los dolientes, se multiplicaban las confesiones, y él con igual alegría perseveraba en su trabajo. Empleaba todo el dia en confesar, dar la santa uncion, ayudar á los que estaban para morir y encomendar á los muertos. En medio de este fervor, hallándonos cerca de la isla de S. Lorenzo, á doscientas leguas de Mozambique, enfermó el Padre Rodriguez ligeramente, y se recobró con la misma facilidad, de modo que habiéndose sentido indispuesto el P. Obispo, pudo confesarse con él. Pero al otro dia se encontró peor, sin duda por haber confesado en aquella tarde á muchos enfermos. Finalmente, llegaron á caer en cama todos tres Padres, el P. Obispo, el P. Antonio Rodriguez y el capellan de la nave. El hermano Antonio Rodriguez suplia por todos hasta donde lo permitia su estado. Decia todos los dias las letanías, encomendaba á los muertos, además de las pláticas que hacia todos los domingos y dias festivos, las que hacia con mucha elocuencia, y era oido con mucho gusto. En aquel entónces crecian los enfermos, y faltaba quien los confesase, pero como la caridad era grande, ordenaron los Padres, aunque con detrimento suyo, que los llevasen á los camarotes donde estaban los enfermos, y de esta manera se confesaron todos, y los que no podian ir, fueron llevados en brazos de otros. Era esta desgracia un triste espectáculo, y á la puerta del P. Rodriguez se hallaba siempre el mayor número. Estando ya muy enfermo, llegó á confesar en una tarde hasta siete personas, de modo que se le agravó la enfermedad sin que le bastasen cuantas medicinas se le hicieron, y por la brevedad del tiempo que estuvimos en Mozambique y muerte del Obispo, y parecer se hallaba mejor, no fué posible llevarle á tierra. Entónces dijo que le pusieran por lo ménos adonde habia muerto el P. Obispo, lo que hicimos por darle gusto. Cuando se vió en el camarote del P. Obispo, lleno de la mayor alegría, no dejó de repetir en aquellos dos dias estas palabras: ¿Quién me diera que me enterráran á los pies del P. Obispo para ir luego á la gloria? ¡Oh! si me

enterráran á los pies del santo! Viendo ya cerca su última hora, decia que le dejasen, y confesaba claramente que estaba Jesus con él. Decia que pues Jesus mandára y Jesus quisiera que llegase á aquel estado, no le desampararia Jesus. Si le queriamos nombrar algun santo, decia que Jesus bastaba, que él escogeria de los demás santos. Muchas veces repetia estas palabras: *Bienaventurados los que mueren en el Señor*. Confesaba que no tenia otro placer sino el que le provenia del Santísimo Sacramento, y que holgára le enterrasen á los pies del P. Obispo para ir luego á la gloria. Nos encargaba mucho que sacáramos su alma del purgatorio. Llegado el Padre al último término, el hermano Luis rezó la letanía delante de un devoto crucifijo, á la que contestó claramente, y teniendo la luz en la mano, espiró con el nombre de Jesus en la boca y en el corazon, en una feria segunda, tres dias despues de la muerte del P. Obispo, á los 22 de Agosto, y veinte de su enfermedad, dos dias despues de la partida de Mozambique. Le amortajamos luego con la sotana y ornamentos sacerdotales que habia en la nave, conviene á saber, una sobrepelliz y una estola, pues no habia más. Despues de encomendar su alma el hermano Antonio Luis, le metimos en una caja muy fuerte y cerrada por hacer su voluntad, pareciéndonos que cumpliria Dios sus deseos de ser enterrado á los pies del P. Obispo, por no haber más que treinta leguas á Mozambique y correr hácia allí las aguas. En el momento en que lo llevamos amortajado hácia el combés, sintieron algunos un olor suavísimo, y todos alabaron á Dios. En el mismo dia entrando en el camarote donde murió, me llegó un olor suavísimo. Todos manifestaron grande sentimiento por el mucho amor que le tenian.» Hasta aquí la relacion del P. Castro. Falleció en el año 1588.—S. B.

RODRIGUEZ (Antonio José). Este religioso benedictino español nació el año 1705 en la ciudad de Mérida, region llamada Extremadura. Despues de haber estudiado humanidades, distinguiéndose por sus grandes progresos y aplicacion, se consagró á la vida monástica tomando el hábito en la órden de PP. Benedictinos, y obtuvo de sus superiores consagrar el tiempo que le dejaban libres sus deberes religiosos al estudio. Su constante estudio y sabia penetracion le hicieron adquirir muy pronto extensos conocimientos en teología, derecho, é historia, y superó á la mayor parte de sus compatriotas en las ciencias físicas y naturales, estudios á la sazon muy descuidados todavía en España. Fué uno de los primeros sabios que se levantó contra las preocupaciones que reinaban en las universidades, contribuyendo mucho para que se abandonasen en ellas las categorías de Aristóteles, para que se adoptase un sistema de enseñanza más conforme con el progreso y luces de la época en las naciones más adelantadas. Apoyado en sus proyectos innovadores por los más ilustrados prelados, Rodriguez llegó á

ser el adversario más decidido de todos los errores, atacando especialmente con el mayor vigor los que se habian introducido en la práctica de la medicina, de los que eran víctimas los aldeanos y sencillos labradores de los pueblos del campo. A este fin publicó su obra titulada: *Palestra crítico-médica*, que imprimió en Madrid en los años 1735 y 1736, y en ella desenmascaró á la ignorancia, al charlatanismo y á la mala fe de los empíricos, é hizo sentir la necesidad de que se obligase á un riguroso exámen á los que pretendiesen ejercer el arte de curar. Los importantes servicios hechos á la ciencia y á la humanidad por Rodriguez, extendieron su reputacion por toda España, y si bien su obra le creó una turba de enemigos, á quienes privó de medrar con sus farsas y engaños, le proporcionó muchos ilustres protectores. Nombrado examinador sinodal por el arzobispo de Toledo, no tardó en ser honrado con la confianza del infante D. Luis de Borbon, que le eligió su director espiritual. Las academias de Madrid y de Sevilla se apresuraron á abrirle sus puertas, y obtuvo el permiso de fijarse en Madrid, porque le presentaba más que las otras capitales del reino, los medios necesarios para terminar las obras que habia emprendido, y en las que no cesó de trabajar con infatigable ardor. Debilitado ménos que por los años por el constante estudio y por su excesiva aplicacion, murió en Madrid el año 1781, á la edad de setenta y seis años. Además de la obra citada anteriormente de la que se han hecho muchas ediciones, ha dejado el P. Rodriguez las siguientes que dan evidentes muestras de su talento: *Tratado de Teología y del Derecho canónico;* Madrid, 1760, en 4.°— *Demostracion de los fundamentos de la Religion cristiana*; id., 1762, en 8.°— *Disertacion sobre el gran problema de la respiracion;* id., 1765, en 8.°— *Disertacion sobre la regla de S. Benito;* id., 1764, en 8.°— *Disertacion sobre el orígen, disciplina y gobierno del órden monástico;* id., 1766, en 8.° — *Tratado de Teología moral y de derecho civil*; id., en 4.° en cuatro volúmenes: de esta obra se han hecho varias ediciones; pero la mejor y la más estimada es la de 1688, publicada tambien en Madrid. — A. C.

RODRIGUEZ (Bartolomé). Sin que sepamos antecedentes algunos acerca de este sacerdote, nos lo presenta D. Nicolás Antonio, en su Biblioteca nueva, como párroco de los presidiarios de Ruremunda en Flandes, y al propio tiempo como hombre de algun ingenio y de tal cual literatura, toda vez que á él se debe una muy estimada *Vida del glorioso S. Roque*, que impresa en 1637 logró muy justa celebridad, y procuró al autor merecidos elogios, porque en verdad hay en ella mucho razonamiento, muy buen criterio en la manifestacion y pruebas de los milagros, y en todo el contexto muy buen estilo, muy buena diccion y bastante copia de lugares que ilustran y esclarecen los hechos. No hay más obras de este autor ni tampo más datos, lo cual

es muy sensible, porque de esta manera no se puede llegar al exacto conocimiento y merecido aprecio de sujetos que indudablemente serian muy apreciables si se conocieran sus circunstancias, y hoy por no ser estas conocidas tienen que quedar como olvidados, cometiéndose involuntariamente la injusticia de no encomiar á quienes lo merecerian, al paso que muchas veces se enaltecerá al que ménos méritos tenga, dejando olvidado y postergado al hombre de mérito. — G. R.

RODRIGUEZ (M. Sor Catalina). Dominica portuguesa, célebre por las mortificaciones y penitencias. Comenzólas imponiéndose una estrechísima regla en el comer y beber, y como el sueño es parte del sustento corporal, aunque ya le hacia cruda guerra con atormentarse con hambre y sed, le aumentó otras dos austeridades, primera, cortarle y abreviarle muy notablemente, en los tiempos en que debia entregarse á él; segunda, las horas en que á él se entregaba era de tal modo, que el sueño que hizo la naturaleza para alivio y descanso de los trabajos del dia, era para ella un continuo tormento, porque si dormia no habia de ser en cama, ni desnuda, y todas las noches de su vida las pasó en una tabla, y siempre vestida, sin mudarse, ni aliviarse de ropa, ni diferenciar por la noche la que usaba de dia, que entre todas sus mortificaciones es la mayor que pueda referirse. De lo que procedió, á juicio de los médicos, una enfermedad de lepra incurable, que acabó por quitarla la vida. Mas estos fueron juicios humanos, y la verdad es que quiso el Señor probar á su sierva y ver si era igualmente constante en los trabajos que venian contra su voluntad, como lo era en los que se tomaba voluntariamente, pues es muy grande la diferencia entre las asperezas voluntarias y las asperezas forzosas. Dióle su divino Esposo la enfermedad, y para doblar sus merecimientos la fortaleció con una extraordinaria paciencia con que lo sufria todo. Es muy natural en las mujeres sentir más las enfermedades cuando causan asco, y si producen deformidad, es para ellas el mayor de los males. Sin embargo esta, que la invadió por completo su dolencia, no dejó de hacer ninguno de los ejercicios de la comunidad, jamás faltaba al coro, ni á la oracion en que era continua. Veneraba al Señor sacramentado con especial devocion y afecto cordialísimo de su alma, y era tal el respeto con que iba delante de él todas las veces que habia de comulgar, que tres dias antes y tres despues guardaba un silencio inviolable, y cuando se ofrecia alguna cosa de tan grande necesidad que era preciso contestar, lo hacia por señas. Aumentó el mal, cayó en la cama, y como otro Job se cubrió de llagas; estaba tan asquerosa y disforme, que causaba miedo, de lo que provenia que aunque habia en el convento gente muy caritativa, algunas veces ocurrian descuidos, y la pobre enferma padecia mucho, mas nunca se oyó en su boca palabra de que pudiesen colegir las enfermeras ni el más leve senti-

miento ó desconsuelo de verse descuidada. Todo lo referia á Dios dándole gracias por los trabajos de la enfermedad que le venia de su bendita mano, y por los que la ocasionaban las faltas de las que la curaban, que comprendia tambien que las permitia y ordenaba. Llegó el mal á su último extremo y á tal estado, que si para su remedio y cura, ó alivio, ó limpieza la habian de levantar en la cama, ni ella podia sufrir los dolores que la causaba cualquier movimiento, ni las enfermeras la lástima y disgusto que naturalmente las causaba. Y sin embargo, la primera palabra que se la oia, entre profundos gemidos, era alabar á Dios; y algunas veces estando sola pasaba con él las horas enteras en unos coloquios tan humildes y amorosos, que eran claras muestras de su conformidad. Cuando falleció, como ya en vida estaban sus miembros corrompidos, hubo rezelo entre las religiosas de que pudiera ocasionar el contagio que produce este mal, y cuando se reunieron para la recomendacion del alma y entierro, procuró cada una ir á su modo provista de defensivos. Pero se anticipó la misericordia del Señor á descubrir el premio que habia merecido la difunta por su martirio. Apénas estuvo en artículo de muerte, dice la crónica, que se vieron en la enfermería y en todo el convento dos cosas de grande maravilla, siendo la una sentirse un olor tan suave y excelente, que á juicio de todas excedia los mejores perfumes y aromas de la tierra, y la otra fué oirse un rumor y susurros, que no dudaba nadie ser de un gran número de abejas reunidas, que venian sin ser vistas con el ruido que hacian las voces de la comunidad que rezaba. Así fué llevada á la sepultura con música funeral y grande consuelo de las religiosas. Porque el buen olor fué prueba de que podian estar seguras del contagio, y la música invisible es de suponer que fuese de las almas santas que iban acompañando á la gloria á la que salia del purgatorio, que habia padecido en vida tan constantemente, y que como santa que era se habia ofrecido muchas veves por ella al Señor. De una y otra cosa hubo luego manifiestas señales, porque no resultó daño alguno de la enfermedad, y resplandeció de tal manera el precio de su santidad con Dios, que las religiosas que sentian algun achaque ó dolencia, alcanzaban salud visitando su sepultura, y pasando la fama á la ciudad, sanaban muchos enfermos, recibiendo y tocando con devocion la tierra de ella, de lo que se refieren muchos ejemplos que omitimos, porque aunque proceden de un autor piadoso, y existen los testigos, no sabemos hayan sido aprobados por la Iglesia. —S. B.

RODRIGUEZ (Fr. Cipriano). De los antecedentes de este esclarecido monje no han llegado á nuestro conocimiento otras noticias, sino que fué español, y que habiendo recibido una educacion esmeradisima, lo cual le hacia esperar un porvenir muy lisonjero, pues á cualquier carrera que se hubiese dedicado hubiera logradoen ella un encumbrado puesto, renunció comple-

tamente á toda esperanza y se hizo monje del Cister, escogiendo para su ingreso, probacion y profesion el monasterio de la villa de Nucia, donde fué recibido, como era consiguiente, con sumo gusto de cuantos le conocian, que con fundamento esperaban que habia de dar abundantes frutos esta fértil planta que se ponia en un terreno tan á propósito para fructificar. Desde luego se mostró como si el noviciado le trajera ya hecho, sumamente obediente, dispuesto á cuanto era preciso, y muy aplicado al estudio, y consiguientemente á estas tan apetecibles circunstancias era muy recogido, sin que pudiera sacarle de su celda más que la necesidad ó la obediencia. Los superiores le obligaron á recibir los órdenes sagrados, á cuya sublime dignidad en manera alguna queria acercarse; pero le fué preciso, porque interesándose en ello la obediencia no tuvo otro remedio, y fué hecho sacerdote, llenando no solo las prescripciones económicas, sino áun los deseos del más exigente prelado. Nunca abandonó el estudio, á pesar de que en el ejercicio del importante ministerio de oir confesiones empleaba muchísimo tiempo; y esta aplicacion suya fué motivo para que en algunas ocasiones le encomendáran el desempeño de cátedras, el cual hacia con grande lucidez y con no menor provecho de sus discípulos que de él mismo, porque claro es que para haber de darles oportunas instrucciones se veia precisado á repasar él á su vez aquellas materias, y esto no dejaba de traerle utilidad. Era hombre que á lo claro de su ingenio y á la gran observancia de su regla, en la que fué siempre de los primeros, agregaba una gran prudencia y un tino sumo para ver, apreciar y disponer todas las cosas, por cuyas recomendables circunstancias creyeron los superiores que podria servir para ejercer algunas cargas de gobierno. Como los Cistercienses han sido siempre tan mirados, y la prudencia en ellos ha sido como el elemento de su vida, ni con este ni con ninguno de sus monjes han ensayado nunca el ponerlos al frente de un monasterio sin que los tuviesen experimentados, por lo cual experimentaron al P. Rodriguez, y hallando que podria ser muy útil su gobierno, no ya de una casa extraña sino de la suya misma, en ella le nombraron abad, cuyo cargo desempeñó con aplauso, no solo de sus súbditos sino de toda la Orden; tanto que apénas cumplido el tiempo de su abadía, y con motivo de un capítulo general que para nombrar ministro general de la Orden se reunia en uno de los mas célebres monasterios de Castilla, nuestro Padre concurrió como tal abad, á quien como á los demás de su categoría correspondia la asistencia á esta asamblea, y con notable admiracion suya, halló que casi unánimemente y partiendo la iniciativa de algunos Padres graves, que residian en su monasterio y habian podido observar su conducta y conocerle perfectamente mucho mejor aún que los que desde fuera no veian sino lo mínimo de las obras de su acreditado celo, fué él nombrado general y se le obligó por la misma

asamblea á aceptar el cargo sin que le valiesen, porque en verdad eran frívolas, las excusas con que pretextaba su inutilidad para el desempeño de mision tan importante. Efectivamente, la tomó á su cargo y el capítulo general que le nombró no tuvo ocasion de arrepentirse de haberlo hecho, porque en realidad de verdad parecia haber nacido para tal cargo. Desde luego comenzó á girar una visita por los monasterios y sin consideracion alguna con los abusos, aunque mirando mucho á los que los cometian, para atraerlos al buen camino de que les habia apartado su obcecacion, lo cual logró casi siempre; con cuya conducta alcanzó muy merecido renombre, y se granjeó el aprecio de todos, que le ayudaban unánimes á la consecucion del importantísimo fin que todos se proponian de hacer el bien de la comunidad por medio de la más exacta observancia de todos sus cánones, constituciones y venerandas costumbres. Además de las dotes que como hombre de gobierno presentó, no dejó tampoco de ofrecer á la consideracion, no solo de los de su época, sino de las generaciones futuras, las de un escritor concienzudo, y hombre por consiguiente de ciencia, así que siempre se tuvieron en estima las obras de su ingenio, que publicadas con esmero en su época han llegado hasta nosotros acreditando verdaderamente á su autor. Vamos á dar noticia de ellas, siquiera sea muy sucinta, pues otra cosa no permite la índole de este artículo. Tituló á la primera *Medalla filosófica*, y en ella comprendió no solo todas las principales cuestiones de filosofía, sino lo que es más y tuvo mayor mérito, los principios todos por donde estas cuestiones se resuelven, y por donde se viene con ellas á la elucidacion y práctica demostracion de la verdad. Obra que sirve á los estudiantes de filosofía de gran ayuda, así como la otra que escribió á continuacion, y que tituló *Medalla teológica*, sirve á los teólogos, porque es como si dijéramos el esqueleto de toda la teología, siendo muy de admirar que en una y en otra estan todos los principios y áun todas las legítimas consecuencias que son como la base de ambos estudios, reducidas á su más mínima expresion ó como verdaderamente él lo llama, á la pura y propia sustancia de la cosa. Para demostrar su suficiencia en teología mística escribió un libro *In Canonem Misæ*, obra de devocion, que gozó con justicia de mucha reputacion y que habrá acaso servido de base á alguna de las que posteriormente se han escrito con mucho acierto y con aprovechamiento de las almas que de ellas se han valido. Por último, escribió un tomo *De Scriptoribus Hispaniæ*, obra que tal vez fuera el fundamento de la con que tan justa reputacion ha alcanzado D. Nicolás Antonio, y que puede decirse que tuvo en nuestro P. Cipriano el mérito de la originalidad. Esto es todo lo que podemos decir acerca del esclarecido cisterciense P. Fr. Cipriano Rodriguez. —G. R.

RODRIGUEZ (Mtro. D. Fr. Cristóbal), obispo de la santa iglesia de Are-

quipa; religioso dominico, único de este nombre; tuvo por patria á Salamanca, y fueron sus padres Cristóbal Rodriguez é Ines Juarez. Tomó el hábito de religioso en el convento de S. Esteban de Salamanca, y profesó en 21 de Abril del año de 1563, en manos del prior Fr. Diego de Torres Ruiz. Fué sujeto de señalado talento y capacidad, maestro por la Orden, prior del convento de Alcalá, y visitador de los conventos de las Indias, y electo arzobispo de Sto. Domingo en Nueva España; y de esta sede fué promovido por primer obispo de Arequipa en 7 de Octubre del año de 1611, y partiendo á su residencia, murió once leguas ántes de llegar á su obispado, en el año de 1614, en la villa de Cumaná de su obispado, y está sepultado en su iglesia catedral. Fué sugeto apreciabilísimo por sus buenas dotes, virtudes y religiosidad, por haber desempeñado todos los cargos de su Orden religiosa y despues las altas dignidades de que se hizo merecedor con singular prudencia, al mismo tiempo que actividad y energía, y tuvo por sucesor á D. Fr. Pedro de Perea, religioso agustino y persona sumamente recomendable.—A. L.

RODRIGUEZ (P. Cristóbal), religioso de la Compañía de Jesus. Este memorable varon fué no ménos ilustre por sus heróicas virtudes, que por su celo, prudencia doctrina y trabajos pasados por la Iglesia de Cristo. Tuvo otros dos hermanos en la Compañía, el uno el P. Juan Rodriguez, que fue el menor en edad y el mayor y primero en entrar en la Compañía, que fué el año de 1554; y habiendo sido rector del colegio de Trigueros, fué enviado á Indias, donde murió santamente. El otro el P. Garci Rodriguez, que fué el mayor, y entró despues del año 1556. El tercero, el doctor Cristóbal Rodriguez, natural de Hita en España, como sus hermanos, é hijo de unos honrados y virtuosos labradores. Estudió en Alcalá artes y teología, con opinion de feliz ingenio y estudiante aventajado. En Sigüenza se graduó de doctor en teología, en cuyo tiempo se aficionó á la Compañía, solicitó su recepcion, y fué recibido en Alcalá el año de 1554, siendo ya sacerdote, y de treinta y cuatro años de edad. Despues le enviaron á Gandía, donde leyó teología algun tiempo, y fué rector de aquel colegio, y despues el beato Francisco de Borja le tuvo en su compañía, y le hizo rector del colegio de Valladolid y viceprovincial de las dos provincias de Castilla y Toledo, que entónces eran una. En estos oficios, en que era el superior de todos, obraba como si fuese el más inferior; tenia el peor aposento de la casa, uniendo la circunstancia de servir de paso á los demás; usaba una sotanilla muy vieja, con la que trabajaba en las obras que se hacian como el más necesitado peon y trabajador, llevando ladrillo, yeso y cal, y todos los demás efectos que eran necesarios. Y aunque venian á visitarle y consultarle negocios gravísimos muchos caballeros de la corte, no por eso mudaba vesti-

do, ni se aliñaba, ni limpiaba, quedando todos muy edificados al observar la humildad y desprecio del mundo que resplandecian en este santo varon. Era muy penitente, ayunaba mucho, y cada dia tomaba dos recias disciplinas, á lo que estaba tan acostumbrado, que si algun dia las suspendia, se le presentaba fiebre. Desde Valladolid le sacaron para Alemania, donde dió principio á sus largas y apostólicas peregrinaciones, en las que hizo señalados servicios á la Iglesia, por cuyos méritos, y estando bien satisfecho el beato Francisco de Borja de las grandes virtudes del P. Cristóbal, esmaltadas con singular prudencia y doctrina, quiso emplearle desde luego en mayores negocios para el servicio y culto del Señor. Le mandó pasar á Alemania, á peticion de la reina de romanos Doña María, que despues fué emperatriz, y esposa del emperador Maximiliano II, para tratar con él cosas y asuntos de mucha importancia y pertenecientes á la religion católica. Púsose en seguida en marcha este siervo de Dios, sin reparar en la aspereza del tiempo, penosos caminos, y peligros de la residencia entre herejes, que eran muy insolentes en aquel país, sin omitir por eso grandes penitencias que hizo durante el viaje, y muchas oraciones que ofrecia á nuestro Señor por el buen suceso de aquella empresa y negocios de que iba encargado, los cuales manejó con singular prudencia, religion y gravedad, y con grande satisfaccion de aquellos príncipes. Procuró y consiguió con sus instancias, que el emperador Fernando separase de su lado y del Rey de los romanos, á muchos mal intencionados, enemigos encubiertos de los católicos, y especialmente á un predicador suyo y á su limosnero. Aconsejaba á aquellos príncipes, y les anunciaba el gran peligro que corrian en no cuidar con el mayor celo, y remediar muy de veras, los daños públicos que pueden ocasionar los que tienen potestad para ello; proponiéndoles ejemplos de muchos reyes, que por este descuido fueron castigados muy severamente por el Señor. Les repetia continuamente que la felicidad de los imperios dependia de celebrar como era debido el culto divino, y cuidar se observase la verdadera religion. Exhortaba particularmente á la reina Doña María, para que tuviese en mucha cuenta promover con actividad los negocios de la religion católica, porque para aquel fin la habia traido Dios á Alemania, y que debia tener este único cuidado, ya que al Emperador y Rey le era preciso ocuparse de otros muchos y vastos asuntos. Con el Rey de los romanos procuró tambien este celoso Padre dejar muy confirmados los fundamentos más principales de la religion católica contra los herejes que los minaban. El Rey le escuchó con el mayor placer, alabando muchas veces á la reina su esposa el candor de ánimo, la mucha virtud y caridad del P. Cristóbal. Estaba la reina María contentísima con los buenos oficios que habia hecho el siervo de Dios, prometiéndole hacer cuanto pudiese por la religion, quedando ella

tan satisfecha de las verdades católicas, que cuando marchó de Alemania el P. Cristóbal le encargó dijese al Sumo Pontífice cuánto habia hecho á su favor, y lo determinada y resuelta que quedaba de vivir siempre y morir en su obediencia, sin permitir ninguna novedad contra la religion de sus antecesores, y que si personalmente no pudiese evitar la ruina de Alemania, con su vida y ejemplo, se tuviera por muy dichosa en sacrificarla por esta causa. Daba tan buena cuenta, y era tan expeditivo el P. Cristóbal Rodriguez en los asuntos que se le encomendaban, que habiéndose ofrecido en la Iglesia un negocio de suma importancia, le escogió y prefirió á todos el papa Pio IV, no dudando de su buen éxito, poniéndolo en tan buenas manos. Habia venido á Roma un embajador de los copthos llamado Abrahan, que decia ser enviado de parte de Gabriel, su patriarca, para dar la obediencia en su nombre al Sumo Pontífice, y despues en cartas posteriores le pidió le enviase á Memphis, que actualmente es el Cairo, alguna persona con quien pudiese tratar de la reduccion de la iglesia de los copthos, que por otro nombre se llamaban Jacobitas, y habitan en Egipto, para unirla con la romana. Este negocio tan grave se confió á la virtud, ilustracion y prudencia del P. Cristóbal Rodriguez, siendo nombrado nuncio de Su Santidad para los copthos, y su patriarca. Llevó consigo al P. Juan Bautista Eliano, que otros llaman Romano, por ser de aquella tierra, y saber su idioma y otros muchos, y merecerlo por su gran virtud, pues aunque era de Egipto é hijo de hebreos, fué recibido en la Compañía, cuando aún no se hallaba el instituto como despues, en que no se permite recibir sino á personas limpias de esa raza. Entregó el Sumo Pontífice al nuncio ricos dones y ornamentos sagrados para el Patriarca, con la instruccion de lo que habia de hacer. Cuando el Padre llegó á Venecia, tuvo aviso que la embajada de Abrahan habia sido simulada ó supuesta. Púsolo en conocimiento del Papa, mas le contestaron, que no obstante aquel rumor, prosiguiese él en la suya. Se embarcó el siervo de Dios en Venecia con direccion á Alejandría, juntamente con el embajador Abrahan. El P. Cristóbal y su compañero iban vestidos con hábitos de sacerdotes egipcios. Su gran fervor no le hizo perder el tiempo en la navegacion, durante la cual consiguió considerable fruto en todos los tripulantes. Exhortaba á sus compañeros el P. Eliano y el hermano Alonso Bravo, á que diesen muchas gracias al Señor, por haberlos escogido para aquella empresa, y dado tan buena ocasion para padecer algo por su amor, que procurasen por su parte no poner impedimento alguno, para que fuese tan brillante como deseaba el éxito de aquella legacia. Les dijo lo que habian de hacer en el buque, mirando por la observancia religiosa, atendiendo á aprovechar á sus prójimos; les encargaba sobremanera la observancia de todas las reglas de la Compañía, como si estuviesen en

los colegios, haciendo que las leyesen á menudo, que mirasen mucho como trataban con los marineros y pasajeros, para que no viesen en ellos accion ni oyesen palabra que no fuese de mucha edificacion, dándoles el ejemplo en todo, para exhortarles mucho más con sus obras que con sus palabras, aunque ellos estaban tan poseidos de la virtud, que no necesitaban más estímulos que los de sus propios deseos, que eran los de su principal. Iba reunida en la nave gente de varias sectas y naciones, porque fuera de los católicos, habia renegados, herejes, moros, judíos de profesion y nacion, y cismáticos griegos. Lo primero que procuró el siervo de Dios fué reformar los católicos, enseñándoles la doctrina cristiana, el modo de confesar, encomendarse á nuestro Señor, y arreglar su vida y costumbres, los cuales estaban tan estragados, que se corrian y avergonzaban de declararse eran cristianos, y tenian empacho de que los viesen confesar. Algunos se redujeron á hacerlo, aunque ocultamente, yendo á deshoras á buscar á alguno de los dos Padres para confesarse. Les oian á cualquier hora que se presentasen, pero le causaba mucha pena al P. Rodriguez aquella vergüenza tan perjudicial, encomendándolo muy de veras al Señor, el cual lo remedió de un modo maravilloso. Uno de los individuos, que ni áun de noche quiso confesarse, ántes habia resistido muchas veces á los santos avisos que habia recibido, cayó gravemente enfermo, y como le apretase el mal y su mala conciencia, quiso confesarse ó vino en ello, consiguiendo alejar á un mismo tiempo los males del alma y del cuerpo con tanta rapidez, que al siguiente dia se encontró completamente bueno, tan contento con lo que le habia acontecido, que á todos lo decia, si bien no habia ninguno que no fuese testigo de aquella maravilla. Desde entónces concibieron tanta estimacion á aquel saludable sacramento, que á porfía querian confesarse á todas horas, oyendo confesiones el P. Eliano en italiano, aleman, latin, español y árabe. Limpias las conciencias, procuró el P. Cristóbal Rodriguez no las volviesen á manchar, quitando los juramentos, juegos y otros malos usos, recabando del capitan del buque los prohibiese. Hacia tambien que se reuniesen á oir la leccion santa de algun libro espiritual y de provecho, lo cual sirvió de mucho, así para evitar la ociosidad y los males que de ella se siguen, como para instruirles en santas costumbres. Entre los navegantes habia diez jóvenes caballeros, de vida y conversaciones bastante libres, y aunque con mucho trabajo, y acudiendo al Señor con oraciones, pudo conseguir el P. Cristóbal una completa mudanza en costumbres y palabras de aquellos licenciosos. Además redujo con su ejemplo y persuasion á algunos herejes, ganando la voluntad de muchos turcos é indios, que á porfía deseaban darle gusto y servirle en todo cuanto pudiesen. Llegados á Alejandría, algunos judíos conocieron al P. Eliano, á

quien miraban como enemigo capital, por ser paisano, haber dejado su ley, haber combatido sus errores, y sobre todo le aborrecian de muerte por ser el que más habia procurado se quemasen en Roma muchísimos ejemplares del libro del Talmud. Esta enemiga y el gran riesgo que corria este Padre, puso en cuidado al P. Cristóbal, y ciertamente fué el primero de los peligros y trabajos que pasó en Africa. Ampararon por entónces los venecianos que habia en Alejandría al P. Eliano, haciéndole pasar inmediatamente al Cairo. Llegados á este punto, fué el P. Rodriguez como nuncio de Su Santidad á ver al Patriarca alejandrino. Le dió sus cartas, y despues en un discurso prudente le significó el amor y caridad que residia en el pecho del Sumo Pontífice para con el Patriarca y los copthos; que era el enviado del vicario de Cristo y sucesor de S. Pedro, para servir y ayudar al Patriarca en cuanto pudiese, y procurar la union de ambas iglesias, por ser indispensable para la salvacion eterna, sirviéndole de gran consuelo visitar aquella tierra, donde habian vivido tantos santos varones y grandes doctores de la Iglesia, teniéndose por muy dichoso en padecer trabajos, y áun perder la vida en aquella causa, de la cual pendia el bien espiritual de innumerables almas. Respondióle afectuosamente el Patriarca, dando las gracias al Pontífice, como padre universal de todos, por el cuidado que tenia de su Iglesia, felicitándole por haberle enviado tal nuncio. Al otro dia el P. Rodriguez le entregó los presentes que le enviaba el Papa, que agradeció mucho el Patriarca, aunque despues de recibidos poco se le daba de la estancia del nuncio. A pesar de aquella indiferencia, le instó el P. Rodriguez le señalase personas doctas con quien tratar los asuntos de la religion. Entre aquellos lo fueron el mismo Abrahan, que habia hecho ó desempeñado la embajada, y otro coptho llamado Georgio, que era reputado de docto. Habló con ellos el P. Cristóbal entrando en polémica y discusion, sirviéndole de intérprete el P. Eliano, valiéndose de tanta fuerza de razones y de autoridades, que se persuadieron de la autoridad y superioridad del Soberano Pontífice sobre toda la cristiandad como cabeza y pastor universal de todos los cristianos, lo cual vino en conceder el mismo Patriarca. En vista de sus buenas disposiciones, le instaba el P. Rodriguez á que publicase y firmase con su nombre asunto tan principal, para que sirviese de testimonio á los venideros. El Patriarca, aunque no se negó, sin embargo iba dando largas. Entre tanto observaba el siervo de Dios los lastimosos errores de aquella gente engañada, con pena y sentimiento de su corazon. Veia con qué facilidad se separaban los matrimonios, repudiando á las mujeres y casándose con otras; que circuncidaban los niños ántes de bautizarlos, que no admitian los sacramentos de la confirmacion, extremauncion y matrimonio, sustituyéndolos con la fe, la oracion y el ayuno; con otros mil trastornos y

errores incompatibles con las verdades de la religion apostólica. Siendo la controversia más porfiada la que versó acerca de si en Cristo habia una ó dos naturalezas. Batidos en todos sus atrincheramientos por las razones victoriosas é incontestables del católico doctor, vinieron á confesar que no tenian que responder, quedando convencidos. El siervo de Dios no cesaba de instar para que desde luego le diese cartas el Patriarca para el romano Pontífice, en que confesase la obediencia que se le debia; por último, fué contestado en todo lo que podia desear. Le dijo el Patriarca, que ya las tenia escritas, y que al otro dia se las entregaria. Impaciente acudió al siguiente dia, pero con la mayor sorpresa observó un completo cambio y mudanza, presentando mil subterfugios, y preguntando en qué términos debia entenderse la dependencia al Pontífice romano. El P. Cristóbal volvió á esforzar sus razones, pero viendo que por aquel camino nada adelantaba, empleó corteses ruegos suplicándoles se sirviesen mirarlo mejor y más detenidamente, y se retiró muy afligido para entregarse á la oracion y á la penitencia, para que Dios iluminase á aquellas gentes imbuidas en el error, y pudiesen salvarse sus almas. Manifestó el Patriarca deseos de retirarse al desierto al monasterio de S. Antonio, distante del Cairo cinco dias de camino. El siervo de Dios pretendió acompañarle, lo que le fué concedido, con ánimo de aprovechar aquella coyuntura y poder hablarle á solas. En el viaje pudo observar el grave descuido que los copthos tenian en no administrar el bautismo á los niños sino despues de algunos años. Le hizo presente al Patriarca lo dañoso y perjudicial de aquella costumbre, y que si aquella gran falta era por omision de los obispos, que á él tocaba corregirla ó enmendarla. El Patriarca, convencido de la justicia del consejo del P. Cristóbal, mandó que en seguida se bautizasen todos los que no hubiesen recibido aquellas aguas de salud; pero hizo presente á los Padres que aquella mala costumbre estaba muy generalizada, y que extendiéndose aquella diócesis hasta Etiopía, que se hallaba á distancia de veinte dias de camino, podrian echar de ver cuán grande sería el número de almas perdidas, y que si no temiera ó rezelára de los moros, los enviaria para que en todas partes destruyeran aquella mala costumbre. El celosísimo P. Rodriguez en seguida le dijo: que no habia que tener miedo ni rezelo, que irian seguros, y que si les aconteciese alguna desgracia, la tendria por grande dicha y ganancia. Que estaban prontos, que se les enviase, en lo que mucho se holgarian. Condescendió el Patriarca con la instancia del siervo de Dios, prometiéndole que en pasando la cuaresma le mandaria. No se descuidaba el P. Rodriguez en el negocio principal de su legacía, encomendándolo á Dios, haciendo por ello muchas penitencias y rigidos ayunos. Instaba nuevamente con el Patriarca á que se decidiese á afirmar aquellos capítulos, en que él y los diputados

habian convenido. Hizo que se los leyesen, y los dió á trasladar á un sacerdote llamado Gabriel, tan atrevido como ignorante, y enemigo capital de la Iglesia romana. Este mal sacerdote miraba al nuncio con ceño y la mayor saña, y luego que leyó los capítulos, comenzó á dar voces diciendo que eran todos heréticos y contrarios á la doctrina de los coptos, y que no los trasladaria por nada en el mundo, y que si el Patriarca los aprobase, le tendria por descomulgado; que no era posible conviniesen en aquellas cosas Abrahan y Georgio, sino que el P. Cristóbal habia sido falsario, y escrito lo que le vino bien para engañar al Patriarca, que era ya un anciano; pero que no habian de conseguir nada miéntras él viviese, diciendo que lo mejor que podian hacer, era el que se volvieran á su tierra aquellos herejes, perros malditos y asnos. El Patriarca, cargado de años, de pocas letras é inconstante, calló, trocándole de manera, que lo que ántes habia dicho era claro como el sol del mediodia, tuvo desde allí adelante por herejía. Fué menester toda la virtud del siervo de Dios para sufrir tales términos y tan inopinadas mudanzas. Mas no por eso desistió de su causa, y haciendo algunas reflexiones sobre aquellos cambios inmotivados, echó de ver en todos disimulacion, inepcia y ambicion. Por lo tanto se volvió al Cairo despues de haberse portado con la mayor liberalidad con todas aquellas gentes, y en el camino se encontró con algunas cuadrillas de salteadores árabes, de los cuales milagrosamente le libró el Señor, porque estando en medio de ellos, ni tuvieron ojos para verle, ni manos para tocarlo ó encontrarle. Tambien le favoreció y libró con sus compañeros de una cruel peste, que diariamente sepultaba en el solo Cairo más de dos mil personas; finalmente, determinó volver al yermo, donde se hallaba el Patriarca, el cual le recibió con mucho disgusto, manifestándole aquel anciano contumaz que no se cansase, que él no habia de hacer mudanza en nada de los dogmas antiguos de los cophtos, y que no queria oir hablar más palabra sobre aquel asunto. Conociendo el siervo de Dios no conseguiria nada con aquella obstinacion llevada al extremo, se volvió al Cairo, desde donde avisó al Sumo Pontífice de todo lo que ocurria, para que le mandase nuevas órdenes acerca de lo que debia de hacerse, proponiéndole al mismo tiempo que á pesar de todo se quedaria entre aquella gente, aunque con riesgo evidente de perder la vida, para procurar reducir á algunos particulares del pueblo, ya que no podia al clero, ó si no que le diese licencia para pasar desde allí á Etiopía ó á la India, para predicar la fe de Jesucristo, pues era en lo que cifraba todos sus deseos. Miéntras venia de Roma la respuesta, dedicó todo su ardiente celo el P. Cristóbal á los cristianos que habia en el Cairo, y particularmente á los cautivos. Entre ellos habia muchos que en veinte años no se habian confesado, remediando el Señor por medio de sus ministros á muchas almas que es-

taban desamparadas. El fervor con que los religiosos trabajaban en bien de aquellos desgraciados cristianos fué verdaderamente apostólico. Estaba establecida la costumbre entre los turcos, que si algun cautivo se les fugaba, tomar en su lugar por esclavo á aquel con quien se hallase cuando se fugó. A pesar de todo, y con manifiesto riesgo de perder su libertad, procuraban los siervos de Dios viniesen los cautivos á sus casas, para enseñarlos, consolarlos y confesarlos. Entre otros cautivos que allí se encontraban, halló el P. Cristóbal al hermano Fulgencio Freires, de la Compañía, que áun teniendo muchos años, estaba tan gozoso en su trabajo, efecto de su extraordinaria caridad, que no queria que le rescatasen, haciendo entre los cautivos el oficio de apóstol, apartándoles de sus vicios, enseñándoles á ser devotos y virtuosos. Mas á pesar de su conformidad favoreció el Señor las obras del buen hermano, rescatándose juntamente con otros ocho cristianos. Tambien ejercitaron grandemente la paciencia los PP. Cristóbal y Eliano sufriendo contínuas injurias y baldones, y áun bofetadas. Trascurridos ocho meses, pasaron los Padres á Alejandría para ocuparse en sus santas tareas con los muchos cristianos que habia en aquella ciudad. Se despidió del Patriarca, del que pudo conseguir que enviase á Roma y al Concilio Tridentino al obispo de Nicosia, que era el más docto que tenian los copthos, y tambien espontáneamente escribió al Pontífice, agradeciéndole haberle enviado tan aventajada persona cual lo era el P. Cristóbal, y excusándose cortesmente por no haber concluido nada por falta de avenencia en materias de religion. En Alejandría consiguieron ambos Padres considerable fruto, predicando con gran fervor el P. Eliano, para lo que le favorecia su gran conocimiento en aquellos idiomas; acompañándole en la predicacion el P. Cristóbal, dando un singular ejemplo con su mucha santidad. No solo reformaron á muchos cristianos empleados en el tráfico, que eran católicos, sino que tambien redujeron al gremio de la Iglesia á muchos herejes, convirtiendo igualmente á muchos renegados, que abandonando la ley de Cristo se habian hecho moros; hizo bautizar á algunos judíos, haciéndoles conocer la verdad de la ley evangélica, y lo mismo á otros muchos griegos. Sin embargo, no pudieron librarse de la persecucion de sus enemigos. Estando una vez el P. Eliano y el H. Bravo á orillas del mar, les cercó una gran multitud de moros y judíos, y se llevaron atatado al Padre, quien no se veia de gozo acordándose de cuando fué preso nuestro Redentor, y conducido desde el huerto de Gethsemaní hasta Jerusalen, deseando morir por nuestro Señor. Entre tanto avisó el H. Bravo al P. Cristóbal del suceso, el cual, acompañado de muchos cristianos y el procónsul de los venecianos, acudieron al corregidor de la ciudad adonde habian llevado al preso por Cristo. Los judíos clamoreaban y daban voces, diciendo que aquel era el que habia acusado ántes en su

tribunal que debia trescientos veinticinco escudos, y por no pagarlos, alegaba que era cristiano. El procónsul defendió al Padre, diciendo que era falso cuanto exponian los judíos, que solamente era sacerdote de los cristianos, lo cual era muy notorio, siendo aquella una calumnia y un falso testimonio merecedor de un gran castigo; un noble veneciano, llamado Cándido Bárbaro, dió fianza de quince mil ducados. Los demás cristianos hicieron al mismo tiempo un buen presente al gobernador, con lo cual al dia siguiente, al volver los judíos con sus reclamaciones contra el Padre, habia remitido la causa al gobernador del Cairo, que era el virey de todo Egipto. Miéntras tanto el P. Cristóbal se estaba consolando con su buen compañero el Padre Eliano, animándole á morir por Cristo, á lo que él mismo estaba deseoso y muy determinado. Sin embargo de las buenas razones que emplearon los cristianos italianos comerciantes para hacerles desistir á aquellos infieles de su injusto encono, buscaron nuevos medios para conseguir su objeto y satisfacer su saña, muriendo el P. Eliano sin riesgo de los suyos; á este objeto compraron con trescientos ducados á cuatro testigos falsos de los turcos, para que acusasen al P. Eliano y jurasen que le habian oido blasfemar de Mahoma, por cuyo delito se imponia pena de muerte. No faltó quien avisase á los cristianos del proyecto de esta nueva iniquidad, los cuales no encontrando otro recurso, dispusieron enviar á Italia al P. Eliano y á su fiador, dejando burlados á los judíos y turcos de Egipto; pero como tenia gran virtud y ánimo para sufrir con resignacion todos aquellos trabajos y pruebas, no quiso el Señor dejar que se ejercitase en ellos, y así corrió aún mayores riesgos en la mar que habia pasado en la tierra, si bien de todos le libró Dios, por sus muchas virtudes y por las oraciones del P. Cristóbal, que quedó en Alejandría algun tiempo, encomendando á nuestro Señor el viaje de su fervoroso compañero. Entre las tribulaciones que experimentó en la travesía, la primera fué una gran tormenta que sufrió á los cinco dias de embarcado; pero corrió más riesgo del fuego que del agua, porque entre horrendos truenos y relámpagos, una centella incendió un mástil seco, que en seguida se hizo un ascua; no bastaban todos los recursos imaginables para apagarle y extinguir el incendio, no quedando otro remedio que el de cortarle por la base; pero se temia que al caer pegase fuego á las otras partes del buque, mas afortunadamente cayó al agua, sin comunicarle á otra parte. Arreciando la tormenta, el buque comenzó á desbaratarse y á hacer agua, el P. Eliano confesó cuantos pudo, y abriéndose el buque con grande estrépito se ahogaron muchos, pero entre los que se salvaron fué uno el Padre, asido á una tabla y con la proteccion especial del Señor. Fué acogido en Chipre por unos pastores, sufriendo tantos sinsabores y penalidades, que cuando llegó á Roma, ya estaba en aquella santa ciudad el P. Cristóbal, que

aunque partió más tarde de Alejandría, la prosperidad de su navegacion le hizo llegar mucho ántes. El Sumo Pontífice le agradeció los trabajos en que se habia ocupado por su obediencia, y lo mucho que por su parte habia hecho por la autoridad de la silla de S. Pedro. No le faltó en seguida al siervo de Dios una nueva provincia en que poder ejercer su apostólico celo. Habia en los montes Apeninos y en la Calabria muchas gentes inficionadas de la herejía; habian ocultado su peste por muchos años, y de los herejes waldenses, y por otro nombre *pobres de Leon*, habia ochenta familias que persistian en su error hacia más de cuatrocientos años, considerándose ya por irremediable aquel daño, y como último y eficaz antídoto, el cardenal Alejandrino, entónces inquisidor, y que despues fué sumo pontífice llamado Pio V, mandó allá al P. Cristóbal, de cuyas letras, santidad y diligencia estaba muy satisfecho, le dió todas sus veces y autoridad, cuanta fuese necesaria para el remedio de aquella gente engañada, pues no habia abandonado sus errores por más diligencias que se habian hecho. Llegado allá el P. Cristóbal, publicó su venida y la autoridad de que venia revestido, mandando desde luego que no oyesen Misa los herejes hasta que él los absolviese de su excomunion; pero estos permanecian tan empedernidos en sus opiniones, que para evitar ser curados de sus males, encubrian la llaga y su laceria, profesando aparentemente el catolicismo. El Padre comprendió que el asunto estaba erizado de dificultades, y así procuró recabar de Dios, aunque á costa suya, el remedio de aquellas almas; hizo muchas penitencias, dió grandes limosnas, oró fervorosamente, principiando á exagerar en público y en secreto la gravedad de aquel estado y situacion, demostrándoles la verdad de nuestra santa fe, haciendo favores y buenas obras á todos, prometiéndoles perdon de las rigurosas penas con que los inquisidores les apretaban é inquirian de los herejes. Pudo tanto con ellos su celo y caridad, que consiguió se le descubriesen todos, y le confesasen cuarenta errores que tenian. En accion de gracias celebró aquel suceso con una solemne procesion, en la que fueron los penitenciados, los cuales quedaron tan agradecidos al Padre, que escribieron al cardenal Alejandrino dándole muchas gracias por la blandura que en las penas habia usado con ellos el P. Cristóbal, suplicándole que, aunque aquel negocio estaba ya terminado, se les dejase allí para su consuelo, y para confirmarles en la obediencia á la silla apostólica y en la doctrina católica, cuyo deseo alcanzaron con mucho gusto del santo varon, el cual escribió por su parte al P Diego Lainez, general entónces de la Compañía, que toda su vida permaneceria allí para el bienestar de todas aquellas almas. Y efectivamente consiguió admirables frutos, despues de haber concluido con las herejías. Incansable para instruir bien á los niños en la doctrina cristiana, les hacia ir procesionalmente por los diferentes barrios de la

ciudad, repitiendo los principales artículos y puntos que habia necesidad de confirmar en aquella tierra. Por la tarde hacian otra procesion cantando las letanías, pasando en seguida á la iglesia á saludar con mucha devocion á la Madre de misericordia. Los dias de fiesta y domingos, además de los sermones, hacia pláticas doctrinales á todo el pueblo. Mejoró las costumbres, quitó muchas usuras, pacificó enemistades inveteradas, compuso muchos pleitos, concilió antiguos rencores, desterró vicios perniciosos, instruyó á la clerecía en el cumplimiento de sus obligaciones, introdujo la costumbre de oir Misa diariamente, que no partian al campo los labradores, ni los menestrales á sus respectivos oficios, sin que primero la hubiesen oido, y para más obligarles él mismo se la decia al amanecer. Del dinero que se sacó de muchas penas pecuniarias, hizo que se reparase un hospital, facilitando camas, mantas y todo lo demás necesario y de regalo para los pobres, complaciéndose todos en ver tan bien empleadas sus penas. Además el siervo de Dios salia por toda la comarca á procurar iguales beneficios á todos los pueblos inmediatos. Por todas partes se hacia sentir su paso, haciendo el bien á todos, tanto corporal como espiritual, ganándose de tal modo sus voluntades, que se sometian y sujetaban al santo varon para hacer cuanto les aconsejase con el mayor gusto y obediencia. Todos le amaban tiernamente, y le ofrecian presentes; mas nunca quiso tomar nada, ni áun lo necesario para remendar sus pobres vestidos, que traia hechos andrajos, teniendo por bastante premio de sus muchos trabajos aquel ornato de su evangélica pobreza. Allí permaneció hasta que le sacó la obediencia con increible sentimiento y llanto de la ciudad. Este esclarecido siervo de Dios y bienhechor de la humanidad, ilustró luego la ciudad de Aquila, donde sirvió de singular consuelo al presidio de españoles, los cuales todos se confesaron con él. Pasó á Mota del Monte Corvino, y en muy breve tiempo convirtió á doscientos setenta herejes, reduciéndolos á la obediencia del vicario de Cristo, sin otras muchas más almas que remedió. De allí pasó á Monteleon, donde empezó á hacer tales obras, que no pudiendo sufrir el demonio la guerra capital que le hacia este esforzado héroe y soldado de Cristo, procuró impedir el fruto que en todas partes lograba. Le prendió un ministro Real, quitándole la patente y facultades que tenia de la Inquisicion, y le remitió preso á la ciudad de S. Severo; le mandó muy escoltado con guardas y soldados, como si fuera un terrible criminal, ó fuera menester emplear mucha violencia, á quien no deseaba en esta vida sino la cruz de su Señor Jesucristo, y sufrir por su amor muchos trabajos, grillos, prisiones y persecuciones por la justicia humana; y así quiso el Señor cumplir parte de sus deseos, y tratarle como verdadero siervo suyo, ejercitándole en paciencia, para que no solo mereciese haciendo, sino sufriendo tambien. Cuando se vió preso el santo varon,

no le cabia el corazon en el pecho de puro gozo y consolacion de su espíritu. No habia para él cosa más gloriosa que aquella ignominia, ni de más gusto que aquella molestia. No temia sino que habia de ser breve su prision. Estaba contentísimo con que le hubiese venido aquel trabajo, sin haber dado para él ocasion alguna, y solo por obedecer á la silla apostólica y hacer la causa de Dios. De lo cual tomaron fácilmente motivo los ministros Reales, pareciéndoles iba contra su jurisdiccion; y para esto arrebatadamente, sin informarse de la autoridad que traia, ni del fin que pretendia el siervo de Dios, tomaron resolucion tan notable y poco meditada. Viéndose el santo varon en el estado que tanto deseaba, escribió al P. Lainez, su general, dándole cuenta de lo que pasaba, pero suplicándole no se apresurase en hacer que saliese de la prision, sino que le dejase allí algun tiempo para ejercitarse en paciencia, porque estaba muy contento en padecer algo por su Redentor. Era tan grande su deseo en este particular, que cuando llegó preso junto á S. Severo, porque los soldados no le habian puesto grillos ni esposas, por la reverencia que les causaba la santidad del Padre, les pidió encarecidamente le cargasen de hierro y echasen grillos. Pero cuanto más se lo suplicaba, más se satisfacian los de la escolta de su grande santidad. En esta ocasion le escribió S. Francisco de Borja, dándole el parabien de verse preso por Cristo, significándole la santa envidia que le tenia. Decia que habia echado de ver en aquel favor que Dios le habia hecho, cuán agradable era á sus divinos ojos, pues estando trabajando tan fielmente en su viña y santo servicio, se habia dignado de permitir padeciese persecucion y vejámenes por su nombre, dándole el jornal que en esta vida suele dar á los buenos y diligentes operarios, como lo hizo con S. Pablo, para doblar despues el premio en la otra vida de sus fervorosas obras y mucha paciencia. Llamábale dichoso de haber sido digno de padecer por la justicia, y cumplir en su persona y cuerpo, con el Apóstol, lo que faltaba á las pasiones de Cristo, aunque fué tan copiosa su redencion; exhortaba á que se gozase con la esperanza de una abundantísima cosecha, que habia de ocasionar su persecucion, como se fertilizan los campos con las lluvias, aunque espanten las nubes con sus truenos. Tenian un mismo espíritu estos dos santos Padres, y así se hablaban con este lenguaje del Evangelio, que no entienden los del mundo. No necesitaba el preso este consuelo, porque eran cortas todas las persecuciones y trabajos del mundo para lo que él deseaba padecer. De San Severo fué remitido á Nápoles el P. Cristóbal, donde se hallaba el virey, el cual no solo quedó satisfecho de su inocencia, sino muy edificado de su gran modestia, pues teniendo comision y potestad muy ámplia de la Inquisicion de Roma, haciéndole además su vicario para las cosas de la fe todos los obispos en cuya diócesis entraba, nunca quiso usar de esta potes-

tad, pues cuando era necesario se lo cometia á los ministros y vicarios ordinarios, á los cuales remitia la ejecucion de todo, contentándose únicamente con hacer oficio de predicador y teólogo, refutando las herejías y exhortando á la enmienda de los vicios, procurando no ofender á nadie, sino hacer bien á todos, templando cuanto podia la severidad de los inquisidores, y dando en su persona admirables ejemplos de rigor y penitencia, especialmente de abstinencia, en que fué extremado. Con todo lo referido, y con las cartas que recibió el virey, de Roma y de varias ciudades y muchos obispos de Italia, y el grande fruto que todos publicaban habia conseguido en todas partes este gran siervo de Dios, le sirvió de gran disgusto, y quedó muy pesaroso el virey de los procedimientos que se habian tenido con tan respetable y santo varon; y honrándole sobremanera y cuanto le fué posible, le suplicó que volviese á su santa y religiosa vida, pues que era en tanto bien del reino, mandando á todos los señores y magistrados que le favoreciesen y ayudasen en todo, imponiendo graves penas á los que pusiesen algun impedimento ó estorbo, con lo cual se partió más animado el siervo de Dios, saliendo á proseguir su labor y á perseguir los herejes, para traerlos al amoroso gremio de la Iglesia. Volvió á Monteleon, pasó luego á Monteagudo con tan feliz suceso, que extirpó las herejías y dejó limpios de zizaña aquellos campos de la fe católica. Ilustró tambien á Bario. Fué despues pedido del obispo de Troya para hacer los mismos oficios en su obispado, el cual le hizo tambien su vicario, y con las mismas patentes y facultades de la Inquisicion. Entró en Cela y Falto, donde en poco tiempo redujo quinientos veinte herejes, no contando los de corta edad de ambos sexos. Confesó á todos generalmente, con increible celo y trabajo propio, llegando el número de los herejes que convirtió por aquel partido á más de mil quinientos. Hizo al mismo tiempo otras grandes conversiones de católicos, quitó muchos abusos, y dejó á todas aquellas gentes no solo cristianas católicas, sino devotas y casi religiosas, edificando á estos nuevos hijos de la Iglesia con su ejemplo, costumbres intachables é irreprensibles, y santidad de su vida. Fué tan grande el celo, prudencia y ejemplo de este santo varon, que en la última enfermedad de que murió el P. Diego Lainez, segundo general de la Compañía, quiso que emplease sus grandes partes, sabiduría y profundidad el P. Cristóbal en el gobierno de los Jesuitas, y le señaló por provincial de la provincia de Toscana, porque con el amor grande que tenia á la Compañía, le pareció que no podia dejar encomendados á sus hijos en mejores manos que en las de este grande varon. Ejercitó el nuevo oficio con mucha caridad y ejemplo, y con tanta humildad, que visitando su provincia no llevaba compañero ni mozo, y muchas veces la visitaba á pie, por ejercitar más la pobreza. Vino á España con el comendador mayor D. Luis de Requesens, y se halló en la

peligrosa derrota que tuvo en la mar. Fué notable la edificacion que causó en esta jornada, porque acompañando á este señor y siendo provincial de Toscana, traia una sotana muy raida y corta, y unas mangas de otro paño viejo añadidas, no reparando ni dándosele nada de ello, aunque trataba con señores y grandes. En el modo de componerse el vestido resplandecia en el P. Rodriguez un santo descuido y desprecio del demasiado aliño y composicion, de que algunos tanto gustan, y seguramente el no reparar y hacer tan poco mérito de estas cosas era natural consecuencia de tener su pensamiento siempre en Dios, á cuyos ojos deseaba y procuraba parecer puro, limpio y bien compuesto; por esto se confesaba dos veces cada dia, con mucho dolor y sentimiento de sus faltas, aunque muy pequeñas. Era cosa digna de admiracion observar un sujeto tan humilde y despreciado en sí mismo, siempre vestido de viejo, con un bonete medio deshecho, unos zapatos remendados y un rosario muy inferior asido de su cinta, ser tan tenido, reverenciado y considerado de señores, cardenales y príncipes, y del mismo Papa, porque era tan grande el resplandor de su virtud y santidad, que se hacia respetar y amar de tal manera, que conseguia de todos cuanto deseaba, y de este modo hizo conversiones maravillosas á nueva vida, con reformacion en sus gastos, costumbres y modo de proceder. Estimaba mucho las cuentas benditas, y como una vez fuese á visitar los duques del Infantado, ofreció darles unos rosarios de perdones, pero les exigió la condicion y promesa que le habian de rezar cada dia, y habian de confesar cada mes y dar alguna limosna. Aceptadas estas condiciones, les dió dos rosarios, no queriendo dárselos de otra manera, mostrando la estimacion en que debian tenerse. Habiéndosele perdido uno despues de un buen rato que habia salido del palacio, volvióse muy aprisa, y entró en los aposentos de aquellos señores, buscándole con tanta avidez por todas partes, con tanta afliccion, como otro pudiera tenerla por haber perdido una piedra de gran precio, hasta que le dijeron que allí le tenia, que se les dejase; pero por muchas instancias que hicieron, no le pudieron recabar de él, tanta era la estimacion en que le tenia. Vuelto á Italia, el papa Pio V, que tenia bien conocida la singular virtud y reputacion de este Padre, á quien llamaba hombre apostólico, y por tal le tenia, le envió por cabeza y superior de otros sacerdotes que iban á la batalla naval, en que fué general de la liga que se hizo entre el papa Pio V, el rey de España D. Felipe II y la república veneciana, el Sr. D. Juan de Austria, hermano del rey de España, para el cual le dió el Sumo Pontífice el siguiente recado á la despedida: «que fuese con buen ánimo y confianza en Dios, que no dudase en dar la batalla, que Dios le daria la victoria, que Su Santidad se lo aseguraba.» Partió el Padre con el hermano Francisco de Briones, su compañero; llegando á la armada, dió el recado de Su Santidad

al Sr. D. Juan como se lo habia mandado. Conociendo este príncipe desde luego la gran virtud del siervo de Dios, le veneró y estimó en mucho, de modo que hacia cuanto le aconsejaba; á tanto llegó el amor y el respeto que le tenia. Cuando estaban con el enemigo á la vista y le iban á acometer, se entró el P. Cristóbal en la cámara de popa de la galera Real: se puso en oracion, y en ella, certificado de haberse conseguido el triunfo, salió sumamente alegre y regocijado, diciendo con un crucifijo en las manos: *Buen ánimo, Sr. D. Juan, que las galeras del Turco no lo son verdaderas, sino galeras pintadas, y Dios nos promete la victoria.* Con tales palabras todos animados acometieron con mayores bríos, y milagrosamente el Señor les concedió una completa victoria. Miéntras duró el fiero combate, se desvivia para procurar el remedio espiritual y corporal de los heridos, confesándolos y disponiéndolos bien con Dios para aquella hora, animándolos con sus santas palabras, haciéndolos curas, atendiéndolos con tanta solicitud y amor, que no probó bocado en aquel dia, y al siguiente procuró con la mayor eficacia se pusiesen en libertad y proporcionase descanso á todos los cristianos que estaban al remo en las galeras turcas, facilitándoles limosnas y vestidos para que fuesen contentos y socorridos á sus casas; pero no pudiendo allegar tanto como deseaba para ejercer aquella caridad, aceptó la parte del saco con que ántes le habian convidado, y su carácter y dignidad habia rehusado, no queriéndola admitir; con aquella parte, cuando llegaron á Seleucia compró á todos vestidos. Terminada tan felizmente esta funcion, á que la obediencia le habia hecho asistir, volvió á Roma á dar cuenta á Su Santidad de tan gloriosa expedicion. Llegó tan pobre como habia partido, y el que habia vestido á tantos, casi vino desnudo, por el grande amor que tenia á la santa pobreza, en tanto grado que no quiso admitir un manteo que le ofrecian, porque el que traia estaba tan raido y hecho pedazos, que excitaba á compasion; asi fué que notando D. Juan de Austria la aficion que tenia á su manteo, en tono amistoso y halagüeño le amenazó con que se le habia de hurtar y echar al agua, pues no servia para otra cosa, y hacerle otro nuevo; pero el P. Cristóbal súplicó á S. A. desistiese de hacer tal cosa, porque estaba muy contento con su viejo manteo, y que no tenia necesidad de otro mejor. Mas llegó un dia en que descuidándose, vió cómo el príncipe tenia en sus manos su manteo, y lo iba á arrojar al mar; con la mayor prontitud acudió volando, y se lo volvió á arrebatar de las manos de D. Juan, tomando de este acaecimiento ocasion para un sermon, que á todos hizo desde el castillo de popa, acerca de la vileza y desprecio con que deben mirarse las riquezas mundanas y vestidos preciosos, y la grande estimacion que debia hacerse de la pobreza y del traje humilde, con tanto espíritu y fervor, que á todos dejó admirados. Estaba tan prendado del Padre el príncipe D. Juan,

por el gran concepto que habia formado de su virtud y santidad, que habiendo de hacer la jornada de Túnez, envió por el Padre desde Nápoles con su fragata Real, la cual llegó á Roma por el Tiber con una carta muy amorosa y expresiva, en que le llamaba para llevarle en su compañía, porque decia S. A. que parecia ser el depositario de sus fuerzas, como Sanson las tenia en sus cabellos. Ordenó la obediencia que en seguida cumpliese con el deseo de tan gran príncipe, y al momento partió, sin proveerse de nada para si ni para los compañeros, diciendo que aunque parecia falto de todo iba bien surtido con solo hacer puntual y pronta la obediencia. Era tan exacto en esta virtud, que entre otros muchos hechos que se refieren y que lo prueban, se cuenta que una vez le mandó el B. Francisco de Borja fuese á cierta comision; el P. Cristóbal le manifestó que estaba con calentura, mas que le mandase levantar de la cama y marchar, y le dejaria hacerlo la tiébre y cumpliria la obediencia; así lo hizo el B. Francisco, y con la mayor prontitud se levantó el buen obediente sano y bueno, y cumplió en todo cuanto se le habia encomendado. Cuando llegó á Nápoles publicó por el ejército un jubileo plenísimo, que habia alcanzado de Su Santidad. Era tanto el amor y buena opinion que del Padre tenian los soldados, que se confesaron é hicieron las diligencias para ganarle casi todos. Tambien los hizo confesar á la partida de Sicilia, y otra vez cuando llegaron á la Goleta, y lo mismo hizo en otras ocasiones, consiguiendo con su mucho fervor, celo y actividad, que gente tan distraida, como suelen ser los soldados, se confesasen á menudo y con la mayor voluntad. A la salida de Sicilia, animando á todos, les aseguró que tendrian un temporal bonísimo hasta llegar á la Goleta; así lo proporcionó el Señor, como su siervo lo habia prometido, porque fueron toda la navegacion con viento en popa. De allí partieron por tierra para Túnez, y el fervoroso Padre caminaba siempre á pie entre las picas y arcabuces, ya rezando, ya tratando de Dios con los soldados y del bien de las almas, llevando repartidos á sus compañeros por el ejército con órden de que hiciesen lo mismo. Habiendo entrado en Túnez, miéntras los soldados ejercian el merodeo, se ocupó el P. Cristóbal en aderezar un rico altar en el patio de palacio, en el cual dijo Misa, y continuó diciéndola todos los dias, convirtiendo aquella cueva de foragidos en casa de Dios. Instado de su gran caridad, procuró que inmediatamente se echase un pregon para que bajo severas penas no se permitiese ni se continuase haciendo mal y daño á ningun moro de los pobres, viejos y enfermos que no habian podido huir. Vuelto á Sicilia, le invadió una recia enfermedad, de la cual apénas se habia repuesto y levantado, cuando le llegó órden del Papa que al punto partiese á Roma, para desde allí marchar á los estados de Flandes. Llegado á Roma, Su Santidad le mandó que vistiese hábito de seglar, porque tenia que atravesar

por muchas tierras de herejes. Cumplió con la obediencia, vistiéndose de soldado y ciñendo espada. Pero aunque tal era su traje exterior de soldado, no lo era la vida, porque hacia su camino ayunando todos los dias y casi siempre iba rezando, y gran parte de la noche la empleaba en la oracion y en tomar una áspera disciplina. Llegado á Flandes, el tiempo que allí permaneció trabajó mucho en servicio de Dios y de la santa Iglesia, consiguiendo abundante y copioso fruto. En todas estas jornadas nunca dejó de decir Misa por más dificultades y peligros que hubiese, áun pasando por tierras de herejes; en tales ocasiones tenia breve de Su Santidad para decirla en el aposento de las posadas en que se hallaba, y cuando iba en la armada procuraba decirla en cualquier peñasco que hallaba en la mar, y áun en la ribera en tierra de turcos, sin temer ningun peligro. Y claramente mostraba el Señor lo que esta devocion de su siervo le agradaba, porque le sucedia algunas veces quedarse en tierra de turcos diciendo Misa, habiéndose partido la armada con peligro y exposicion de fieras ó enemigos; pero con grande alegría y confianza animaba á los que con él quedaban, diciéndoles no temiesen, que por decir Misa jamás se perderia ninguno; y entrando despues en la fragata, sin trabajo de los remeros volaba el buque con admiracion de todos, y entónces decia: *¿No veis cómo nos ayuda Dios por haber dicho Misa?* Era tan grande la opinion que todos tenian de su santidad, que cuando llegaba á la armada le recibian con salva como si fuese el almirante. Tambien fué enviado desde Roma á Nápoles con el comendador mayor D. Juan de Zúñiga, virey de aquel reino. Desde allí vino á Loreto, donde fué algun tiempo rector, á recogerse y pasar su vejez, sirviendo á la Vírgen; y por estar desocupado el dia para confesar y ayudar á sus prójimos, consiguió breve de Su Santidad para decir Misa á las tres de la mañana en el altar de nuestra Señora, de la cual fué toda su vida devotísimo. Ejercitó su paciencia el Señor con graves enfermedades, y principalmente padecia mucho de un mal oculto, que le afligia con vehementes dolores. Tuvo este gran siervo del Señor espíritu de profecia, como lo manifestó respecto del P. Claudio de Aquaviva, quinto general de la Compañía, ántes que fuese electo para este cargo, y cuando ménos se pensaba que hubiese de llegar á serlo dentro de pocos años, confirmando el vaticinio del P. Rodriguez, siendo electo el más jóven de cuantos entraron en la congregacion general. Tambien tuvo revelacion y predijo el triunfo en la batalla naval de Lepanto, y lo mismo pasó en la pérdida de la Goleta y en la hora de su muerte, y en otros muchos sucesos ocurridos en la Compañía y fuera de ella. Llegó el tiempo en que Dios quiso remunerar con premios eternos los muchos trabajos que por su santo nombre habia pasado este su fiel servidor. Le alteró sensiblemente la salud el madrugar tan de mañana para decir Misa en nues-

tra Señora de Loreto, porque los serenos, que allí son muy dañosos, le llegaron á afectar tanto, que se fué poco á poco acabando y destruyendo, hasta que habiéndole el Señor revelado la hora de su muerte, trasladado á Nápoles, murió allí á 12 de Febrero de 1581, y fué sepultado en la casa profesa de la Compañía con mucho sentimiento de todos y estimacion de su grande santidad, porque verdaderamente fué este Padre de los insignes varones de su siglo en obras, paciencia y consumado en todas virtudes, en las cuales legó heróicos ejemplos todo el tiempo que vivió en la Compañía, que fueron veinte años. Escribió la vida de este santo varon el P. Sachino en la segunda parte de la *Historia de la Compañía*, y tambien hace memoria Felipe Alegambe, tratando del P. Eliano, en su *Biblioteca*. — A. L.

RODRIGUEZ (Fr. Cristóbal), franciscano español, natural de las Navas del Marqués, en Castilla la Vieja, diócesis de Avila; descendia de una familia tan antigua como ilustre. Siguió sus estudios en el colegio de S. Millan de la ciudad referida, en que fué ordenado de sacerdote. Despues desempeñó varias comisiones del Supremo Tribunal de la Inquisicion, y tomó en Madrid el hábito seráfico, aunque segun todas las probabilidades, únicamente perteneció á la Orden Tercera de S. Francisco. Su amor al saber le indujo á hacer grandes investigaciones sobre la bibliografía de Europa, recorriendo casi todos sus países, y tomando notas sobre sus principales autores, con lo que formó una *Biblioteca universal bibliográfica*, dividida en muchos tomos, que parece no llegó á ver la luz pública, aunque mereció los aplausos del rey de España Felipe V. Este escritor vivia aún en 1732, y habia escrito las obras siguientes: *Bibliotheca universalis, in qua nullo docente magistro recondita antiquitatis monumenta aperiuntur, ejusque alphabeta et apices;* tomo I, en fólio mayor; constaba de 130 láminas, y tenia todas las censuras necesarias para su impresion.— *Alphabetorum 1500 à creatione mundi, carptim adjectis regum, privilegiis ac bullis pontificiis;* un volúmen en 4.°, que tampoco llegó á ver la luz pública, aunque hubiera sido muy útil y hubiese influido mucho en los adelantos de la paleografía española. Tambien escribió otras dos obras, que indican sus muchas investigaciones en los archivos, no solo públicos, sino tambien particulares. Es la primera: *De primogeniis bonis D. Alvari de Luna;* tratado muy erudito, impreso en Madrid por la viuda de Infanzon, 1720, en fólio; y la segunda: *De antiquitate Excell. domus Ducum del Infantado, opibusque suis primogenitis asignatis, temporum ratione servata et alphabetica ordine;* diez tomos en siete volúmenes, que se custodiaban en el archivo de la referida casa, perteneciente en la actualidad al duque de Osuna.—S. B.

RODRIGUEZ (Fr. Damian), franciscano español, natural de Alcalá, donde vino al mundo á principios del siglo XVI. Su familia, regularmente aco-

modada, procuró proporcionarle una educacion correspondiente á su clase, á la que supo corresponder el tierno vástago llenando con colmo sus deseos, pues dotado de las mejores cualidades para el estudio, hizo los más rápidos adelantos, prometiendo á sus padres dias de prosperidad y ventura. Pero los deseos de Damian eran muy diferentes á los de su familia; esta hubiera querido verle encumbrado en los honores del mundo, obteniendo los más elevados destinos, miéntras él por el contrario, humilde y modesto, no aspiraba más que á huir del siglo, ocultando en un claustro sus buenas prendas. Fué esto motivo de algunas disensiones domésticas, pero al fin venció Damian tomando en Alcalá el hábito de la Orden Seráfica con grande alegría suya y de los religiosos, que conocian sus buenas prendas y el grande partido que de ellas se podian sacar. Desde aquel instante manifestó la verdad de su vocacion; siendo asíduo en todas las prácticas de la comunidad y aumentándolas hasta cierto punto con rigores no prescriptos en la regla, llegaron estos á tal extremo, que sus superiores le obligaron á mitigarlos, y él entónces, necesitando un objeto que llenase su ardorosa imaginacion, se consagró á la poesía para la que tenia disposiciones particulares. Reinaba á la sazon en España el arte en todo su esplendor, y nuestros ingenios eran la admiracion del mundo civilizado. No consiguió Fr. Damian colocarse á la altura de aquellos séres privilegiados que admiramos todavía, y cuyo nombre vivirá tanto como el habla castellana; pero sus versos no carecen de mérito é interés, en algunas partes rayan en la elevacion y la grandeza propia de aquellos buenos tiempos, y no se hubieran desdeñado de firmarlos otros genios más elevados. La musa de Rodriguez, piadosa y devota, se consagró principalmente á asuntos místicos, como no podia ménos de suceder atendida su profesion, y los desempeñó con bastante acierto, aunque en este punto no fué precisamente aquel siglo ni los posteriores los que más se distinguieron, pues salvo raras excepciones, nuestras poesías místicas carecen de esa elevacion, de esa grandeza, de ese interés en que tanto abundan las profanas. La mayor parte de las obras de este religioso se han perdido, conociéndose solamente una obra suya, escrita en octavas, é intitulada: *Verdadera fraternidad de los cinco mártires de Arabia, á saber, los santos mártires Cosme, Damian, Eupremio, Leoncio y Eutimio, hermanos*; Toledo, 1621, en 4.° — S. B.

RODRIGUEZ (P. Mtro. Fr. Fernando), religioso benedictino, natural de Castañeira en Portugal, tomó el hábito en el monasterio de Alcobaza, donde pasó probablemente la mayor parte de su vida, y dejó manuscritas las obras siguientes: *Historiæ lib. Regum et omnia quæ illis temporibus acciderunt in orbe*, fólio. — *Historiæ Evangelistarum, et Actuum Apostolorum*, fólio. — S. B.

RODRIGUEZ (Hermano Francisco), jesuita portugues, digno de buena

memoria. No se sabe con seguridad su patria, aunque se supone lo fué Braganza. Despues de estar en la Compañia le levantaron la calumnia de que era cristiano nuevo, por cuyo falso testimonio le despidió la Compañia, pero de que se averiguó la verdad, mandó el Padre general que le volviesen á recibir, y entró por segunda vez, procediendo como un ángel, segun dice la crónica. Hallábase enfermo en el colegio de Evora, cuando en la hora de comer se hizo señal con la campanilla de que estaba espirando; acudieron algunos Padres y hermanos, encontrándole en aquella situacion, aguardando á cada momento salir de esta vida, cuando de repente se puso á reir con admiracion de todos los presentes, que vieron accion tan poco comun en tal tiempo. Preguntóle el P. Sebastian Rodriguez, si veia alguna cosa, y dijo que sí con la cabeza. Insistiendo despues en si veia á nuestra Señora, dijo que sí con la misma señal de cabeza; y volviéndose del otro lado, espiró en seguida. Murió en el colegio de Evora á 11 de Julio de 1612.—S. B.

RODRIGUEZ (P. Francisco), jesuita portugués. Nació en la villa de Odemira, en el arzobispado de Evora, llamándose sus padres Francisco Rodriguez y Elena Jorge. Estudiando en Coimbra, tuvo noticia del instituto de la Compañia que se hallaba entónces en su comienzo; mas no decidiéndose entónces su vocacion, pasó de Coimbra á Salamanca, donde segun algunos autores, fué profesor de sagrados cánones, distinguiéndose por su raro ingenio y grandes talentos. Yendo á Roma un religioso de la Compañía, hombre de grandes virtudes, y que hacia el viaje á pié por devocion, viviendo de limosna, conversó en Salamanca con el P. Francisco Rodriguez, y pudieron tanto con él los ejemplos y prácticas del Padre, que se resolvió á entrar en la Compañia. Con este objeto fué á Coimbra, y pidió su aceptacion, que se le concedió en fuerza de su gran fama y sabiduria. Entró en la Compañía en Coimbra á 8 de Abril de 1548, segun consta de algunos documentos originales que vió é insertó el Padre maestro Franco. En 1553 se abrieron escuelas en la residencia de S. Anton el Viejo de Lisboa, que comenzó á ser colegio, y además de las clases de latin, que por entónces fueron tres, hubo una cátedra de casos de conciencia para la que fué elegido por lector el Padre Francisco Rodriguez. Comenzó á dar sus lecciones, una de matemáticas y otra de casos de conciencia, con tanto concurso, que en la de moral tenia cuatrocientos oyentes. Estándose formando una mision en que iba el patriarca de Etiopia Juan Nuñez Barreto y otros santos varones, tuvo ardiente deseo de ir á la India. Hizo su peticion al Padre provincial, á quien le pareció muy inoportuna, pues siendo naturalmente tullido de manera que andaba dentro del colegio con dos muletas, y cuando salia á predicar, para lo que tenia extraordinario talento, iba en un jumentillo, subiéndole y bajándole en bra-

zos del púlpito, le contestó un dia: «No hablase más de tal cosa, que no era á propósito para jornada tan larga quien no podia dar dos pasos en casa sin ayuda de sus dos muletas.» Mas le replicó diciendo: Que no pedia licencia para andar sino para navegar, y como esto se hiciese con las velas y no con las muletas, que estas no le podian servir de impedimento. Como viese que no era oido en Portugal, recurrió á S. Ignacio, que se hallaba á la sazon en Roma, el cual le dió la licencia, que fué como él decia el mayor favor que en esta vida pudo hacerle S. Ignacio. Finalmente, fué metido en la nave por brazos ajenos, y luego que se vió en ella, levantó los ojos y las manos al cielo, dió gracias á Dios por tan especial beneficio, y teniendo en la mano las muletas, dijo á los religiosos que le acompañaban: «Quién me diria, amantísimos Padres, que habia de quedar alguien en Portugal que se acordára, aunque fuese por brevísimo tiempo, de este miserable pecador, digno de perpétuo olvido. Pero Dios lo ha dispuesto, porque así no habrá nadie, que recordando mis flaquezas é impedimentos, desespere de ir á la mision de la India, pues á mí me lo han concedido siendo tullido, para que ninguno se excuse de tan gloriosa navegacion, y se resuelvan todos, aunque sean viejos, ciegos y enfermos.» Así habló este Padre, cuando aunque callase decia tanto con su ejemplo. Embarcóse en una nave llamada *Garza*, y por otro nombre *Flor de la mar*, de que era capitan el almirante de la escuadra D. Juan Meneses Sequeira. Hiciéronse á la vela en los últimos dias de Marzo de 1556; uno de los que padecieron fué el P. Francisco Rodriguez, pero su ánimo luchaba mucho contra el cuerpo alentándole á predicar, y así lo hizo el dia de Pascua, dándole el Señor fuerzas para perseverar en este ejercicio todos los domingos y dias festivos. La forma que se observaba en la nave para socorrer á los enfermos, lo escribió el P. Rodriguez en una carta, cuyo traslado se conservó por largo tiempo en el archivo de Evora, de que tomamos algunas cláusulas. «En cuanto comenzamos á estar mejores, dice el Padre, decidimos el modo que podia haber para curar á los enfermos de la nave, y pareció bien al patriarca, que como él no podia socorrer á tantos, y por andar yo con dificultad por la nao, pues algunas veces andaba arrimado á dos bordones y por lo ménos á uno, y no tener persona de la Compañía á quien se pudiera fiar este cargo, porque el hermano Juan tenia mucho que hacer con nosotros, se acordó que fuese yo á visitar á los enfermos y proveer sus necesidades, parte dándoles de lo que llevabamos, y parte pidiendo en la nave á las personas que podian hacer limosnas á los necesitados.» Despues de tomar esta disposicion se acudió con toda caridad á los enfermos. Procuróse impedir en los demás los juramentos y juegos. Hicieron confesar á la gente de la nave, confesando á casi todos el patriarca y el P. Rodriguez. Inspiraron á algunos tanta devocion que decidieron confesarse cada ocho

dias. Sufrieron diez ó doce dias de calmas, hasta que sobreviniendo algunos golpes de viento salieron de aquella mala situacion; sobrevino despues una cruel tormenta, en que creian ya perdida su vida; el patriarca bendijo un poco de agua y la echó al mar, cesando la tempestad. Llegaron á Mozambique la víspera de Santiago, donde compusieron una grande diferencia entre el vicario y los hermanos de la Misericordia. El P. Rodriguez predicó muchas veces, y para confesar la gente de la tierra se levantaba por la mañana muy temprano, quedando así más expeditos. Fué despues á tratar algunas cosas con los moros en sus mezquitas, y pudo convencerlos de que ni áun su propia ley sabian. Hallando á uno que se preciaba de más sabio, le dijo que le dejase estudiar aquella noche, y que al dia siguiente disputaria con él. Concedióselo el Padre, y fué á buscarle á la mañana siguiente, y le preguntó si habia estudiado lo que queria saber, y le contestó que sí. Díjole el Padre que debia asistir á la disputa su cadí mayor, porque éste era su sucesor, y tambien los moros presentes. Venido el cadí, se sentaron y preguntóle el Padre: «¿Qué era lo que habia estudiado en su ley?—Respondióle que estudiára que habia dos casas en el cielo, una para los buenos y otra para los malos.» Cuando vió el Padre lo poco que sabian, decidió hacerlos caer públicamente en alguna contradiccion, para confundirlos así; con este fin les preguntó: «Si les mandaba su ley que no mintiesen so pena de pecado?—Contestaron que la mentira era en su ley un pecado muy grande.» El Padre les replicó que tambien se mandaba en la nuestra que nadie mintiese so pena de pecado. Preguntóles el Padre, «¿qué gente era la que iba á casa de los malos, como ellos decian?—Respondieron que los judíos y gentiles.—Preguntóles quiénes iban á casa de los buenos.—Respondiéronle que no sabian si iban en esta vida los moros ó los cristianos.» Entónces les probó el Padre que su ley era mala, pues no les aseguraba el fin que habian de tener; lo que manifestó el Padre con razones que les convencieron. Viendo los moros que iban á quedar muy malparados, acudieron diciendo que sabian muy bien que ellos iban á casa de los buenos, pero no los cristianos: á lo que les contestó el Padre: «Si sabeis eso, ¿por qué mentís contra vuestra ley que prohibe mentir, y hace poco me prometisteis que habiais de decir verdad, y sin embargo habeis mentido claramente?» Quedaron entónces muy confusos, y queriéndolos el Padre manifestar su error les dijo: «Que era imposible que hubiese aquellas dos casas en el cielo, y les preguntó de dónde lo sabian.—Le respondieron que lo decia Mahoma, que era profeta.—Preguntóles el Padre quién era aquel Mahoma; y contestaron que fué el primer hombre que hizo Dios en el mundo ántes de Adan, y que estuvo oculto hasta un tiempo en que se manifestó.» Dijeron todavía más, que Mahoma era de la misma sustancia que Dios; pero el Pa-

dre les probó que todo era falso. Viéndolos convencidos, dijo al Padre el cadí mayor, que no podian estar allí disputando por más tiempo, porque ya otra vez habia disputado un cadi con un sacerdote cristiano, y vinieron á palabras, por lo que el capitan de la fortaleza mandó prender á un cadí; y no querian verse en nuevos apuros. Despues de lo cual se levantaron y fueron de aquel lugar. Tornáronse los Padres á embarcar, y llegaron con feliz éxito á Goa, donde escribió el P. Rodriguez á sus hermanos de Portugal lo que les habia sucedido en su viaje, añadiendo algunas palabras en que manifestaba el grande placer que tenia de hallarse en la India para convertir las almas, concluyendo con estas palabras: «Para alcanzar esto os he de dar el remedio que me parece fué causa de que mi superior me enviase siendo yo tan indigno de tan grande eleccion, y es que tengais grande esperanza en Dios, que os ha de mandar conforme á aquello: *Jacta cogitatum tuum, etc. Spera in Deo, et ipse faciet.* Que es Dios tan bueno que hace tanto por las virtudes, que áun á los muy frios en ellas, en tanto que quieran de ellas fiarse, favorece en alguna manera, como me sucedió á mí, que decia muchas veces que esperaba en Dios venir á la India, y aunque lo decia friamente, parece que por premio de mi misma esperanza quiso nuestro Señor hacerme esta merced para que viesen otros muchos cuánto vale confiar en el bien, pues que en este caso se consiguió este efecto. No deseo más que ver muchos de vosotros por estas partes, para que Dios nuestro Señor sea muy glorificado en ellas.» El P. Rodriguez fué muchos años en Goa rector del colegio de S. Pablo, siendo mirado en aquella ciudad como un oráculo por su mucha sabiduría, y en particular por su grande virtud. Hay una carta suya, escrita en 1560 al P. Leon Enriquez, rector del colegio y nueva universidad de Evora, en que entre otras cosas se dice lo siguiente: «Ya sabe vuestra Reverendísima que el bien de las letras no es para ser letrado, sino para con el uso de ellas hacer bien á las almas de los prójimos; lo que se prueba fácilmente, pues por buen letrado que uno sea, si no acierta en la práctica, como algunos letrados portugueses, no tiene de las letras más que el uso, porque todos los demás no entienden nada de ellas. Repita esto constantemente á nuestros carísimos hermanos, y puédole certificar que en estas partes, que parecen ser el objeto propio de la Compañía, se hace mucho más con dos grados de virtud que con todas las letras del mundo, aunque tambien son necesarias, pues la Compañía pretende ilustrar á los demás.» Yendo el obispo á visitar la diócesis, pidió al P. Provincial mandase explicar á los clérigos una leccion de moral; encargó este cuidado al P. Francisco Rodriguez, el cual lo hacia de cuatro á cinco de la tarde. Iba á verle el cabildo, las dignidades de la catedral y la mayor parte de los clérigos de la ciudad y muchos particulares. Era tanto el concurso á esta explicacion, que por

no caber en la cátedra, la daba en el patio y en los claustros del colegio. En la misma cuaresma predicaba el Padre los domingos por la tarde, explicando el salmo *Miserere mei Deus.* A la conclusion refutaba los errores de los bracmanes, que se hallaban presentes á todos los sermones. Continuó tratando de este punto durante todo un año los domingos por la tarde. Refutaba el Padre su ley, que habia traducido, usando de los dichos y escritos de aquellos bracmanes que eran tenidos por profetas y doctores de su secta, con lo que aumentaria cada vez más su confusion. Procedió de aquí desterrar el virey de la ciudad é isla de Goa á todos los bracmanes, que eran muy perjudiciales á los recien convertidos al cristianismo. Además de esto predicaba en las ferias sextas sobre la pasion del Señor, siendo este Padre tan incansable, que segun su biógrafo, valia él solo más que un colegio entero. Entre las cosas que hizo de grande servicio de Dios, fué alcanzar un decreto del virey D. Antonio de Noroña, para que no se edificase de allí en adelante ningun templo á los ídolos, ni se reedificase ninguno de los construidos, áun cuando estuvieran á punto de arruinarse; dió ocasion á esto la insolencia de los gentiles, que quisieron prender fuego á unas casas donde se habia refugiado un hermano de la Compañía para librarse de su furia. Recurrieron los gentiles á Goa; pero el Padre hizo que no fuesen oidos, por lo que tomando sus ídolos pasaron de la isla á Tierra Firme, donde no llegaba el dominio portugués. Influyó tambien con otros piadosos varones para que mandase Francisco Barreto con graves penas que ningun gentil usase de sus ritos en las tierras de los portugueses, ni celebrase fiestas á los ídolos. Que los huérfanos de padres gentiles, ántes de tener uso de razon, fuesen cogidos y bautizados, áun cuando tuviesen madre, y despues de tener uso de razon se les señalasen tutores cristianos hasta los catorce años. Hicieron además otras muchas leyes en beneficio de los cristianos naturales del pais, con las cuales el gentilismo iba decayendo y creciendo la fe. Fué por aquel tiempo muy celebrada en Goa la conversion á nuestra religion de una hija del rey Meale; este rey, que vivia en Goa con la esperanza de ser restituido á su reino, pertenecia á la secta mahometana. Una hija suya se aficionó á nuestra santa ley, pero habia que vencer grandes dificultades; los que mediaban en este negocio decidieron que la princesa se descolgase una noche desde una ventana con cuerdas, y que la recibiese una señora portuguesa; consultaron al P. Rodriguez, que no aprobó su plan por impropio de semejante persona, siendo su opinion que la princesa enviase una prenda al gobernador, el cual, en caso necesario, se la enseñaria á su padre en muestra de que la princesa pretendia ser cristiana. Siguióse este consejo, y el gobernador, recibida un joya de la princesa, fué á casa de su padre, y enseñándosela manifestó los deseos de su hija, lo cual sintió el rey extremadamente. En

este intermedio escapó la princesa segun se hallaba dispuesto, y fué llevada á casa de una señora portuguesa, siendo increible el dolor del rey moro. El P. Rodriguez la instruyó en los misterios de la fe, y fué bautizada en la iglesia de la Compañía el dia de la Asuncion de nuestra Señora, haciéndose grandes fiestas, y todo con regio aparato para la exaltacion de nuestra santa ley y confusion de los moros y gentiles. Refiérese tambien este otro hecho de nuestro Padre; sabiendo que los jefes de doscientas familias de gentiles pescadores se ocultaban en sus casas y no salian á pescar cuando se preparaba alguna armada, teniendo miedo de que los tomasen para marineros. Hallábase el virey aprestando un gran socorro para las Molucas, y se fué á ver con el P. Rodriguez, diciéndole que procurase prender á los pescadores, pues estaba seguro de que preferirian hacerse cristianos á ir en la armada. Hízolo así el celoso virey, y viéndose ellos en tal apuro, quisieron desde luego bautizarse y seguir la verdadera ley. En esta ocasion se convirtieron doscientas familias, gracias al celo del P. Rodriguez, que andaba acechando todas las ocasiones para traer á las criaturas al conocimiento de su Criador. Obtuvo mucho fruto de las frecuentes disputas en que venció á los bracmanes. Pudo tener á la vista las obras de uno á quien llaman los portugueses Gita Veaco, y dicen eran como las Escrituras sagradas de los bracmanes, las que no quieren nunca enseñar, sino que las conservan con grande cuidado, pasando de unos á otros las noticias de estas, que son como su teología. Convirtióse un famoso bracman, á quien pusieron Manuel en el bautismo. Sabiendo éste que otro bracman tenia en Tierra Firme estos libros escritos en hoja de palma, y que segun la costumbre del país componia sobre ellos ciertas explicaciones, obtenida licencia del virey, pasó de noche á Tierra Firme con algunos hombres animosos, entró en la casa donde tenia el bracman estas obras, y apoderándose de ellas se volvió á Goa con sus dos compañeros. Fué traduciendo estos libros al portugués, y otros Padres iban poniendo al márgen las impugnaciones, haciéndose de este modo el P. Rodriguez muy docto en aquellas materias; y obtuvo del virey que ordenase, bajo graves penas, que todos los bracmanes de Goa se reuniesen los domingos por la tarde para disputar sobre su ley, y cuando no, para oir las impugnaciones de sus falsas doctrinas. En estas disputas fueron los bracmanes confundidos muchas veces por sus mismos libros, y porque muchos no querian conocer la verdad, mandó el virey desterrar de Goa á cuarenta. En el concilio provincial que celebró el arzobispo en aquella ciudad tomaron una parte muy principal tres insignes varones de la Compañía de Jesus, tan virtuosos como ilustrados; fueron los PP. Antonio de Quadros, provincial, Francisco Rodriguez y Blas Nuñez. Encomendóles el modo de hacer las constituciones, lo que ejecutaron, siguiéndose grande bien á las almas, no solo para entónces, sino tambien

para lo venidero. Tuvo este Padre mucha influencia con los vireyes, no obrándose en Goa ninguna cosa de momento para la gloria de Dios en que no tomase una parte muy activa. S. Ignacio habia formado tan buen concepto de él, que cuando le dió licencia para ir á la India, como extrañasen algunos que enviase por rector del colegio á un hombre que no se podia mover, respondió el Santo, que los rectores no gobernaban con los pies, sino con la cabeza. Vivió en la India diez y siete años residiendo siempre en Goa. Era provincial cuando le atacó la última enfermedad, de que murió santamente á 17 de Setiembre de 1573; del P. Francisco Rodriguez hacen mencion el P. Mtro. Fr. Baltasar Tellez, en la historia de la provincia de Portugal. La historia de la provincia de Goa intitulada *Oriente conquistado*; la historia general de la Compañía en diferentes partes, el *Agiologio lusitano* que varía en el dia de su muerte y el P. Franco en sus *Imágenes de virtud*. S. B.

RODRIGUEZ (P. Francisco), jesuita portugués, entró en la Compañía en el noviciado de la casa de S. Roque á 19 de Diciembre de 1562. Pasó en Evora parte del tiempo de su noviciado. Era muy fervoroso y tenia buenos estudios; ofrecióse para curar en una peste con tanto alborozo y alegría, que dijo de él D. Diego de Castro, gobernador de Evora, que no hubiera podido ofrecérsele con mayor alborozo para ir como los romanos en triunfo al Capitolio. Luego que le avisaron, fué á dar gracias á Dios delante del Santísimo por la merced que le hacia. No tardó en ser invadido, trasladósele de la casa de la salud, donde asistia, á la quinta de Loredo, que era la enfermería de los PP. de la Compañía. Un dia ántes de su muerte, dijo que al siguiente se descubriria el mal que tenia y que moriria de él. El dia referido, levantándose un poco en la cama, dirigiendo los ojos al cielo y llenos de lágrimas, exclamó: *Pater in manus tuas commendo spiritum meum;* y pidió el sacramento de la santa uncion, el cual recibido, repitiendo muchas veces el santísimo nombre de Jesus, le entregó su espíritu en 7 de Junio de 1590. — S. B.

RODRIGUEZ (P. Francisco), de la Compañía de Jesus. Fué uno de los dos gloriosos mártires que en Etiopía tiñeron y matizaron con la púrpura de su sangre aquellos incultos campos, á principios de Junio del año 1638. El otro compañero era el P. Jacinto Francisco, y ambos fueron dos apostólicos sacerdotes, predicadores de la santa fe en aquellos reinos, acérrimos defensores de la silla apostólica contra los herejes cismáticos de Etiopía, que con frenética osadía la hacian cruda guerra, negándola la obediencia, prestándosela al patriarca de Alejandría. En esta lid dió gloriosamente la vida el santo mártir y obispo de Nicea D. Apolinar Almeida, de la Compañía de Jesus, y con él sus dos mencionados compañeros los PP. Jacinto Francisco

y Francisco Rodriguez. Este último era portugués, natural de Lumiar, cerca de Lisboa, tambien llamado nuestra Señora de la Luz, y seguramente el cielo quiso que naciese en la villa de nuestra Señora, quien habia de ser tan hijo suyo; y por renombre de la Luz, quien la habia de dar de vida á tantos infieles, sepultados en las tinieblas de la ignorancia; se aplicó mucho en su juventud al estudio, y al cursar el segundo año de filosofía, con ocasion de consagrarse patriarca el P. Alonso Mendez, vino á Lisboa á pedirle le recibiesen para servir en las misiones. Habia estudiado en el colegio de la Compañía en Lisboa, con opinion de un gran estudiante, tuvo su noviciado y estudió la filosofía en Coimbra, á la sazon que estuvo en aquel colegio el patriarca de Etiopia, y tanto le impresionaron y afectaron los acontecimientos que oyó de aquellos reinos, y la gran necesidad que habia de obreros para aumentar la cosecha de la salvacion de las almas, aunque á costa de grandes tribulaciones, trabajos y ocasiones de sufrir el martirio, que encendido en vivos deseos de dar la vida por Cristo, fué el motivo para que con instancia pidiese al nuevo patriarca que le llevase en su Compañía; mas considerando aquel superior sus pocos años, y que era necesario completase sus estudios, le aconsejó los concluyese, por lo ménos los de filosofía, y que despues pasaria á Goa donde terminaria de estudiar la teología, en cuyo caso le llamaria á Etiopia, y le emplearia en la conversion de aquellos naturales. A todo se sometió con gusto el siervo del Señor, y lo ejecutó puntualmente como lo dispuso el patriarca. Así fué, que concluída la filosofía, se embarcó para Goa el año de 1623, donde cursó el segundo año de teología, y el año de 1628 pasó á Etiopía, cumpliéndole el patriarca la promesa. Era un jóven apreciabilísimo, de vivo ingenio y muy expedito en el manejo de negocios temporales; y por esta gran disposicion tuvo el encargo de recibir y de recoger en su poder la limosna anual que venia de la India para atender á aquellos pobres portugueses, que vivian en la más extrema miseria faltos de todo. En este ejercicio fué tan exacto y esmerado, que siendo aquel destino muy envidiado durante los siete años que lo desempeñó, no hubo queja, ni contra el Padre, ni contra la económica distribucion de sus limosnas. Imitó, siguió, y áun se adelantó á su compañero el P. Jacinto Francisco en el cuidado de bautizar muchos niños. El patriarca, que hacia gran mérito de sus sobresalientes dotes, le dió el encargo de dirigir el edificio que empezó á construirse en la ciudad de Daulas, con el religioso objeto de que fuese una iglesia catedral por el estilo romano, de hermosa fábrica, á cuyo grave encargo trato el P. Rodriguez de acudir prestando la más asidua asistencia y cuidado; mas habiéndose desarrollado y encendido la persecucion, cesó la obra del todo, y saliendo muchos religiosos de la Compañía desterrados del reino, el P. Francisco Rodriguez era tan

apreciado y querido de todos, y tan amado de los portugueses establecidos en Etiopía, que pidieron con las mayores instancias al P. Diego de Matos, superior de aquella mision, que le dejase en ella, y el mismo Padre fué el que hizo mayores esfuerzos para continuar allí, lo que se consiguió quedándose disfrazado en hábito secular, confortando á los católicos, predicando, enseñando y administrando los sacramentos, aunque con muchos trabajos y riesgos, hasta que por fin fué descubierto por los cismáticos, preso, y afligido con muchos castigos y penalidades con su compañero el P. Jacinto. No se limitó el odio inextinguible de los obispos y monjes cismáticos contra estos benditos Padres, á encerrarlos en estrechas prisiones, sino que de obra les dieron infinitos palos, golpes y bofetadas, llenándolos de injurias y de insultos, llamándolos perros herejes, enemigos de Dios y de su ley, predicadores de falsa doctrina, y que con sus errores engañaban y pervertian los pueblos; y despues de tan malos tratamientos, tenian la bárbara crueldad de no darles de comer en muchos dias, y cuando alguna vez permitian se les diese algun sustento, era tan escaso y de tan mala calidad, que fué maravilla pudiesen vivir algunos dias en aquella cárcel tan penosa. Despues los condujeron á puntos malsanos, para que consumidos de enfermedades y miserias, causadas por pestilenciales emanaciones y manjares detestables, acabasen sus vidas; pero viendo que á pesar de tanta barbarie, aquellas se prolongaban, los entregaron á unos furibundos monjes cismáticos, más crueles que las fieras, los cuales les encerraron en oscuras mazmorras, redoblando con exquisita crueldad los malos tratamientos; sacándolos al público en sus fiestas, como á fieras ó animales dañinos, para que sirviesen de solaz y entretenimiento á los ociosos espectadores, quienes los golpeaban y afrentaban con mil oprobios, hasta que no pudiendo sufrir el resplandor de virtudes de los siervos de Cristo, los cuales á imitacion suya sufrian estos tormentos con admirable modestia, gravedad y resignacion, los llevaron arrastrando atados con cadenas, y los ahorcaron de unos árboles, y apedrearon sus cuerpos, volando como palomas sus benditas almas desde los arboles al cielo. El P. Francisco Rodriguez recibió la corona del martirio á los treinta y cinco años de edad, y á los veinte de religioso, y llevando siete de misionero en la Etiopia. Los gloriosos triunfos de estos mártires escribió el patriarca D. Alonso Mendez, y todo lo referido acerca de la vida del P. Francisco, como testigo de vista, y á quien trató y apreció sobremanera como compañero suyo.—A. L.

RODRIGUEZ (Francisco), jesuita portugués, natural de Montemayor, en la diócesis de Coimbra, escribió siendo procurador en Madrid de las provincias y reino de Portugal por la Compañía de Jesus: *Catálogo de los mártires de la Compañía de Jesus, que murieron por la fe en el Japon*; año 1635.

Madrid, por Andrés Parra. Tambien la publicó en Roma en italiano, aunque sin nombre de autor, y en latin en Amberes: imprenta de Juan Menosio: 1636, en 12.°—S. B.

RODRIGUEZ (Francisco), de la Compañía de Jesus, diferente de otro de su mismo nombre y circunstancias, y que publicó tambien otra obra semejante á la de este autor, con el título: *Catálogo de los religiosos de la Compañía de Jesus que fueron atormentados y muertos en el Japon por la fe de Cristo*, año de 1632 y 1633, *sacado de cartas ánuas llegadas año de* 1634 á *Lisboa;* ibid., *eodem anno* 1633.—S. B.

RODRIGUEZ (Fr. Francisco), religioso franciscano descalzo. Nació este erudito varon en Callosa de Segura, reino de Valencia, en 25 de Setiembre de 1747, estudió la gramática y parte de la filosofía en la universidad de Orihuela; tomó el hábito en el convento de nuestra Señora de Loreto, en la universidad de Monforte el año de 1760; profesó en el siguiente, y obtuvo varios empleos en su religion, como el de regente de estudios, lector de teología en el convento de S. Juan de la Ribera, y cronista de la religion, y últimamente guardian en 1798 del convento de Torrente. Escribió: 1.° *Compendio histórico de la vida, virtudes y milagros del beato Andrés Ibernon*, religioso lego profeso de la órden de S. Francisco, de la más estrecha observancia de los menores descalzos de S. Pedro de Alcántara, de la provincia de S. Juan Bautista, en el reino de Valencia, sacada de los procesos de su beatificacion; Valencia, por Salvador Fauli, 1791, en 8.°, es traduccion del italiano.—2.° *La inoculacion del entendimiento;* manuscrito traducido del idioma francés, que no se imprimió por la publicacion de otra traduccion de distinto autor.— 3.° *El Misionero parroquial, de Chevasu;* manuscrito. Esta traduccion paró en poder del arzobispo de Valencia, de órden del cual la habia hecho, y que no se publicó por el mismo motivo.—A. L.

RODRIGUEZ (Fr. Gaspar), religioso franciscano, natural de Sevilla, é hijo de una familia tan antigua como noble. A los diez y ocho años de edad hizo un viaje á América, pero el mal trato que se daba á los naturales del país, y la corrupcion de costumbres que observó entre los españoles, aceleraron su regreso á España. Llegó á Sevilla, y tomó el hábito de religioso lego en el convento casa grande de S. Francisco, y apénas profesó, se consagró con tanto ardor á los ejercicios propios de su estado, que fué mirado como modelo áun por los más fervorosos. Era tan grande su abstinencia, que en muchos años no quiso comer la racion de la comunidad, dándola de limosna, y manteniéndose exclusivamente con lo que sobraba á los demás religiosos. No obstante el penoso oficio de sacristan, que ejercia en aquel convento, pasaba toda la noche velando, hasta despues de maitines en que

dormia como dos horas, y despues se levantaba á la oracion, la que duraba hasta la hora de tocar á prima. Era en extremo sencillo y tan obediente, que á todos los miraba como superiores suyos. Originósele la enfermedad de que falleció, de que hallándose una noche en oracion delante de una imágen de Jesus Nazareno, que se veneraba en su convento, y viendo que se caia, se interpuso para sostenerla y que no diese en el suelo, recibiendo un fuerte golpe en el pecho, de que no llegó á restablecerse. Agravósele su enfermedad, y en 6 de Diciembre recibió con grande devocion los santos sacramentos, entregando su alma al Criador al dia siguiente, año de 1669, cuando tenia treinta y cuatro años de edad. Verificóse á su muerte un notable milagro, y fué sepultado con grande solemnidad y no ménos sentimiento de los pobres, que lloraban la pérdida y orfandad en que quedaban á consecuencia de su muerte.—S. B.

RODRIGUEZ (P. Gaspar), jesuita portugués, natural de Merejana, en el arzobispado de Évora, donde entró en la Compañía á 25 de Marzo de 1561, teniendo la edad de veintiocho años y siendo ya sacerdote. Asistia en la quinta á los religiosos atacados de la peste. Estando curando á un hermano le atacó el mal con tal violencia, que á los tres dias falleció. En este intervalo, hallándose próximo á la muerte, decia con mucho dolor: *¡Ay triste de mí, cuán poco he hecho por el amor de Dios!* Pidió á un hermano novicio que le asistia, que cuando viese á los hermanos novicios les pidiese perdon por él y besase la tierra en que hubieran puesto los pies. Apénas enfermó, dijo que moriria de aquella dolencia, y echado en la cama, levantadas las manos al cielo, y puestos los ojos en una cruz que tenia delante, pasó todo aquel tiempo rezando algunas oraciones y diciendo muchas palabras de contricion y dolor de sus pecados; recibió los santos sacramentos, y hallándose próximo á espirar, como humilde que fué siempre, pidió perdon al hermano novicio que le acompañaba. Falleció á 26 de Junio de 1588. Fué enterrado en la iglesia de Loredo, y trasladados sus restos algunos años despues á la iglesia del colegio, y puestos en la bóveda de la capilla de Sto. Domingo, que es hoy de S. Francisco Javier. —S. B.

RODRIGUEZ (P. Gerónimo), jesuita portugués, natural de Oporto; entró en la Compañía de Coimbra á 18 de Diciembre de 1564, teniendo diez y ocho años de edad. En 1581, despues que el rey D. Felipe II tomó posesion de los reinos de Portugal, las primeras córtes que celebró se reunieron en la villa de Thomar, donde se abrió el testamento del rey D. Enrique, en que se hallaron algunas palabras que decian de esta manera: «Mando á mis testamentarios, que despues de mi fallecimiento hagan ir por mi alma á un romero á Jerusalen á visitar los Santos Lugares, y que vaya por Roma á besar el pie á Su Santidad, pidiéndole me conceda una absolucion plenaria

per modum sufragii por mi alma, pidiendo al mismo tiempo á Su Santidad licencia para ir á Jerusalen, y de camino visitar todas las iglesias de Roma en que hay estaciones.» Viendo el Rey esta determinacion, mandó que se cumpliese luego. Para este efecto hizo llamar al P. Miguel de Sousa, viceprovincial entónces en ausencia del P. Sebastian de Morais, que habia ido á Roma á la eleccion del P. General Claudio Aquaviva; pidióle el Rey dos Padres, uno de los cuales fuese por el alma de su tio Enrique, y otro por su sobrino D. Sebastian. Respondióle el P. Viceprovincial que no podia dar Padres para fuera de la provincia sin licencia del P. General. Luego mandó el Rey escribir al P. General, el cual mandó al P. Sebastian de Morais, que se hallaba todavía allí, que nombrase dos de la Compañía y diera aviso al Rey. Apénas llegó el Padre á Portugal eligió al P. Gerónimo Rodriguez para peregrino del alma del Rey, dándole por compañero al H. Baltasar Diaz por el rey D. Sebastian. En cuanto lo supo el Rey mandó despachar las necesarias cartas de creencia y dar el viático para el viaje. Fueron ambos á despedirse del Rey, á quien dijo el Padre: «Señor, nosotros somos los peregrinos que V. M. manda á Jerusalen, estamos dispuestos para la jornada, venimos á saber si quiere alguna cosa más de nosotros.» A lo que contestó el monarca: «Quiero que os acordeis de encomendarme á nuestro Señor en aquellos Santos Lugares, y nuestro Señor os pagará ese trabajo como los demás que hiciéredes por su amor.» No quiso el Rey darles la mano, cuando fué á besársela el Padre, y la escondió debajo de la capa. Pasaron el Tajo por Aldea Gallega, á 5 de Diciembre de 1581, á las cuatro de la tarde; fueron atravesando toda España, visitando muchos de sus más célebres santuarios, como Guadalupe, Monserrate y otros. Pasaron á Roma, á Venecia, y llegaron á la Tierra Santa. El hermano hizo un derrotero de la jornada, y el P. Gerónimo escribió con grandes detalles un memorial de los Santos Lugares, que segun el P. Franco, que le tuvo á la vista, es muy devoto y curioso. Todo él se halla lleno de la piedad en que tanto abundaban aquellos Santos Lugares y abundaba tambien el Padre cuando le escribia. Midió á palmos con sus manos las circunferencias de aquellas casas, y dijo Misa en las que habia altares para este fin. Solo veneró algunas desde fuera, por haberlas convertido los turcos en mezquitas, como la capilla del Santo Monte Olivete, donde se hallan marcadas las plantas del Señor cuando subió al cielo. El cenáculo donde celebró el Señor y descendió sobre los Apóstoles el Espíritu Santo; y así otros muchos lugares que convirtieron los turcos en casas de su profeta por estar bien edificadas por los cristianos. Dice el Padre que los lugares de que hacian ménos caso los turcos eran los de la pasion, porque tienen por cosa segura para sí, que no murió Jesucristo, sino que los cristianos por el odio que tienen á los judíos, les levantaron este falso testimonio, pero tienen por cosa

indudable que subió al cielo rodeado de majestad y gloria desde aquel monte. De la grande devocion con que vió el Padre los Santos Lugares en que obró el Señor nuestra redencion, quedó tan penetrado de su santísima pasion, que en el resto de su vida nada le agradó ni habló de otra cosa. Falleció santamente en Coimbra, á 16 de Febrero de 1591. —S. B.

RODRIGUEZ (Fr. Gerónimo), franciscano portugués de la provincia de Santiago, de la observancia regular. Nació á principios del siglo XVII, y desde luego manifestó las buenas cualidades de que se hallaba adornado. Ignórase si tomó el hábito en su patria, haciendo de consiguiente sus estudios en las universidades de Lisboa ó de Coimbra, ó si vino á España y se hizo religioso en la provincia que le considera como uno de sus más ilustres hijos. Está de todos modos averiguado que perfeccionó sus estudios y terminó su carrera en la universidad de Salamanca, dando tan ventajosas muestras de sí, que llegó á ser en el colegio de su Orden, agregado á aquel establecimiento, profesor de teología moral, cargo muy honorífico á la sazon y para el que se elegian profesores de notable mérito, no solo por el lugar en que le desempeñaban, sino por ser como el término de la carrera en las órdenes religiosas. Tampoco puede asegurarse si terminó Rodriguez su carrera en España, ó si pasó á Francia, ya enviado por su Orden, ora para cuidar de la impresion de su obra, que tan grande celebridad obtuvo entónces y que no carece todavía de mérito para los miembros de la religion Seráfica. Es indudable, sin embargo, que pasó los últimos años de su vida rodeado de todo género de consideraciones, conforme cumplia á sujeto de tan recomendable saber y que tantos méritos habia contraido en la enseñanza. Probablemente no llegó á aceptar ningun destino en su religion, por impedírselo sus contínuas ocupaciones, ó porque prefirió vivir en el retiro para entregarse más constantemente á ella. Debió fallecer á últimos del mismo siglo, dejando la mejor fama, segun la mencion especial que hacen de él los bibliógrafos y demás autores de su Orden. Dejó una obra con el siguiente título: *Compendium quæstionum Regularium Emmanuelis Roderici, sive resolutiones quæstionum regularium ad compendii formam redactas, quibus accesserunt notæ, retractationes et additiones, quibus seorsim partim quædam ab authore oriissæ supplentur, partim aliorum idem vel diversum sentientium rationes pari brevitate excerpte expenduntur, variaque Bullarii indulta inter texta recensuntur.* Lyon, por Jacobo Cardon; 1680, 4.° —S. B.

RODRIGUEZ (D. Gonzalo), obispo de la santa iglesia de Palencia. Fué único de este nombre y sucedió á D. Suero Perez. Era hijo de D. Alonso Rodriguez Osorio, y de Doña María Alvarez, vivió poco despues de su nombramiento; gobernando aquella diócesis por pocos meses, á fines del siglo XIII. A pesar del corto período de su prelacia, se hizo distinguir por sus

grandes prendas, suficiencia y virtudes, habiendo merecido aquella dignidad por su gran nombre, y ser un sacerdote tan recomendable y de tan notables cualidades. Le sucedió en la silla D. Pedro, que fué segundo de este nombre. — A. L.

RODRIGUEZ (P. Mtro. Gonzalo), de lo Compañía de Jesus. Grandes fueron los trabajos apostólicos del P. Mtro. Gonzalo Rodriguez, dando con su fervorosa y elocuente predicacion grande luz, iluminando con las verdades del cristianismo á las naciones orientales. Nació en la villa de Calleiros, arzobispado de Braga; siendo sus padres Juan de Prol y Constanza de Velas. Movido su corazon y afirmado en su vocacion con los sermones del P. Francisco de Estrada, solicitó entrar en la Compañía, siendo admitido en ella en Coimbra el dia 23 de Agosto del año de 1545. En el de 1551 fué enviado á la India con los PP. Melchor Nuñez Barreto, Antonio de Heredia, Manuel de Morales y otros ocho hermanos. Los buques en que se repartieron eran en número de tres, yendo en la *Capitana* el P. Melchor Nuñez, y en otro el P. Mtro. Gonzalo Rodriguez, acompañado de los hermanos Antonio Diaz y Manuel Teyxeira, siendo este último en la India varon fervoroso y muy ilustrado. En la navegacion padecieron grandes peligros, de que solo Dios los libró, siendo uno de ellos patente milagro, pues encalló la nave en la arena, de modo que con ninguna diligencia humana la podian poner á flote; mas haciendo oracion los Padres, con el mayor asombro la misma nave se levantó, cosa que todos admiraron, y dando gracias á Dios, prosiguieron su derrota y llegaron á Goa, donde fueron recibidos con sumo gozo del Padre Paulo Camerte, que era el superior. A muy poco tiempo de haber llegado el P. Gonzalo á Goa, se le mandó pasar á Ormuz, para sustituir allí la ausencia del admirable P. Gaspar Barceo, cuyas virtudes son uno de los timbres más gloriosos en las historias de la Compañía. Acerca de este viaje, escribió á los Padres y hermanos del colegio de Coimbra la siguiente carta, en la que se echa de ver su gran fervor y espíritu religioso.

«Mis amados en Cristo padres y hermanos, cuya gracia y el amor de Jesucristo permanezca por siempre en vuestras almas. El año pasado os escribí desde Goa, pero ignoro si recibisteis mis cartas, en la que os daba cuenta de nuestro viaje, llegada, y de todo lo que nos habia acontecido desde nuestra partida. Al presente voy á referiros nuevamente todo lo que despues ha sucedido. Sabreis, mis muy queridos hermanos en Cristo, cómo pasados muy pocos dias despues de mi llegada, me mandaron que me embarcase en seguida para Ormuz, donde al presente me hallo, con tanto apresuramiento, que no pude ver al P. Manuel de Moraes de quien deseaba despedirme. Ya podreis conocer la soledad que mi alma sentiria viéndome separado de mis padres y carísimos hermanos, partiéndome de su compañía

para quizás no volvernos á ver en esta vida. Me embarqué con un negociante en una nave, el cual me dió de comer por amor del Señor, durante toda la navegacion, puesto que yo no llevaba nada absolutamente para mi manutencion en este viaje. Entre tanto enseñaba la doctrina á los esclavos, y las prácticas que se acostumbra usar en el templo del Señor. Los sábados decia la Salve, y de esta manera pasé cincuenta y tantos dias en el mar ántes de llegar á Ormuz, para donde habia salido el P. Gaspar pocos dias ántes, viendo abatidas con el fervor de sus sermones y elocuente palabra todas las fortalezas por donde pasaba en compañía de D. Antonio, jefe principal de la armada. Aquí se ve, hermanos mios, lo extraño que sería que esta gente estuviese pobre y escasa de virtudes, acostumbrada como estaba á conversar con tan perfecto varon como es el P. Mtro. Gaspar, por quien el Señor ha obrado maravillas y recogido abundante fruto en esta tierra. Se hallaban todos con grande cuidado por su ausencia, diciendo á voz llena que nunca vendria otro Padre á aquel país, que obrase ó por quien Dios haya obrado tantos beneficios en favor de sus naturales. Finalmente, desembarcando el dia de nuestra Señora por la mañana, me fuí á la iglesia con el propósito de predicar, si hallaba gente para este objeto. Aquí hay un vicario de esta ciudad con los Padres, á quien abracé como á hermano, hablándole de nosotros y tambien del capitan y de las demás personas que tuve por conveniente. Pasados dos ó tres dias, que permaneci con el vicario, me fuí á S. Pablo, que se halla á la distancia de la ciudad, como desde el monasterio de Celas á Coimbra, donde hallé á un hermano, cuidando de un pequeño hospital, donde me detuve con gusto por saber que siempre reposaba allí el P. Mtro. Gaspar.—Invitado para predicar el domingo siguiente, que fué el segundo de Adviento, quiso nuestro Señor darme gracia, con la que quedaron satisfechos, porque algunos me decian saliendo de la Iglesia: *Tu es, qui venturus est, et non alium exspectamus.* Así es que nuestro Señor, y hasta ahora, siempre ha atendido á mis súplicas, haciendo sea grata mi predicacion de todos los domingos y fiestas del año, si bien me cuesta mucho trabajo, por considerarme inútil para tan alto empleo, pero Dios se apiada de mi y suple todo lo que falta á mi entendimiento. Actualmente concurre mucha gente á confesarse en este jubileo, que publiqué en uno de mis sermones, y con la gracia del Señor espero conseguir mucho fruto. En esta ciudad habia dos hombres de depravadas costumbres; uno de ellos hacia más de quince ó veinte años que vivia con una mujer, otro perseveraba en pecado con otra siete ú ocho años; ahora espero confiadamente se reconocerán y se alejarán del pecado por la bondad infinita de Dios. Es verdad que estos casos producen poca admiracion en esta tierra, donde son muy frecuentes. Otros cuatro ó cinco portugueses, muy pronto se ca-

sarán con personas con quienes estaban en pecado, fuera de otras dos que al presente traigo entre manos. —Tambien se celebrarán otros casamientos de hombres de esta tierra, de los cuales permanecian muchos en pecado. Se han hecho y se hacen muchas confesiones de muchos años, y algunas restituciones. Se veda el tratar cosas prohibidas por los sagrados cánones. Procuro conciliar los ánimos, y hacer algunas amistades en casos graves, como desafíos, bofetadas, etc. Pero en lo que más me ocupo es en predicar y confesar, porque en este país nunca falta quien quiera confesarse, y habito junto al hospital para estar más á mano de cuanto pudiera ser necesario. —Conmigo se halla un hermano, que trabaja de su parte cuanto puede. Enseña la doctrina todos los dias, y por las noches va con una campanilla encomendando á las almas del purgatorio, y á los que estan en pecado mortal; sirve en el hospital, y hace cuantas obras de misericordia pueden ofrecerse. Igualmente me ocupo en enseñar la doctrina á los niños, haciéndoles una plática á las mujeres de servicio, á los esclavos y cristianos de esta tierra, acabando con unas laudatorias ó alabanzas. —Digo Misa en el hospital, confesando á los enfermos y administrándoles el Santísimo Sacramento, pero no quiero callar un suceso que aconteció cuando llegué á esta ciudad. A muy poco tiempo de estar en ella, vi una carta de la Meca para el rey de Ormuz, escrita por un santon principal de la casa de la Meca, y pariente muy próximo de Mahoma, pidiéndole y mandándole que hiciese ayunar ciertos dias á todos sus súbditos, así grandes como pequeños, porque estaba Dios muy airado contra ellos, y que le habia sido revelado que la ley de Mahoma habia de concluir destruida por los pecados de todos. —Luego que se publicó y pregonó por toda la ciudad, aunque al pronto no lo comprendia, logré que luego se me dijera su objeto, y rogué al Señor diese luz á aquellos ilusos que triunfasen de sus supercherías. Los cristianos en esta tierra viven mal generalmente. Las guerras empiezan á cundir por todas partes. Cuando estaba escribiendo la presente, estaba despejada toda la ciudad de Ormuz. Los portugueses permanecian quietos esperando todos los dias la llegada de algunos buques, teniendo recogidos sus efectos en la fortaleza, y yo tambien tengo recogidos mis libros. Tenemos á la vista seis galeras, y de nuevo se ven sesenta velas, otros dicen que treinta. No sabemos lo que pasará en verdad. Desde que llegué á esta tierra hasta ahora, no me ha sido posible ni me han permitido hablar al rey sus cortesanos, segura señal de que el demonio teme cuando tanto se recata. Por lo tanto, he determinado, ya que no puedo avistarme con aquel monarca, comunicarme con él reservadamente por medio de cartas, por si alguna otra vez le toca el Señor en el corazon. Una misiva tengo ya escrita y entregada á su intérprete, el cual me ha dado esperanzas de entregarla en cuanto cesen estas guer-

ras de Ormuz. He tenido frecuentes disputas con los moros, judíos y gentiles; á muchos he convencido fácilmente, pero con otros no he obtenido tan feliz resultado, porque son tan obstinados como sus pecados, y tan adheridos y apegados á su ignorancia, que cuando creo haber conseguido algun fruto, me saltan que habiendo muerto sus padres en aquellas creencias, no les toca á ellos más que morir gentiles. — Oh hermanos mios, cuánto sentiriais y os compadeceriais andando por las calles de esta populosa y grande ciudad, llenas de tantas gentes y de tan diversas naciones, casi todos enemigos del nombre de Cristo, y que ciegos y sin el conocimiento de las verdades de la fe, caminan al infierno. Continuad armados de virtudes y de caridad, y perseverad en vuestros fervorosos deseos, pues no faltará donde ocuparos en estas regiones proporcionándoos mucho trabajo. Han sobrevenido en este verano tan copiosas y abundantes lluvias, que semejaban un diluvio, alternadas con una calma espantosa tan ardorosa, que abrasaba las carnes y producia el mayor desaliento. Aun despues de haber pasado la fuerza de este imponente temporal, no se podia andar por las calles sin llevar el rostro cubierto; los naturales más ancianos decian que nunca habian conocido tiempo semejante. Tambien se observó un cometa, de gran magnitud y muy brillante, que se corrió desde el Norte al Sur, arrojando tanta claridad como si hubiera muchas antorchas encendidas. — Escribiendo la presente, se está viendo entrar por el estrecho más de treinta naves, no sabemos si se detendrán en Ormuz ó pasarán á Basora; lo cierto es que nos ponen en grande aprieto. Los cristianos de aquí se dirigirán para Magastan, que es tierra firme, van como unos trescientos. Va con ellos el hermano Alonso Mendez para doctrinarlos y sustentarlos en la fe de Cristo; igualmente lleva algunos recursos para remediar y socorrer á los más pobres; se encaminan á una fortaleza de moros, que está á seis ó siete leguas de Ormuz, y que estan sujetos á este reino, pero es tierra muy enferma; nuestro Señor los salve y los defienda: de todo lo que vaya ocurriendo os escribiré y daré noticia. Os suplico os acordeis de mí y me encomendeis á Dios en vuestras oraciones. A último de Agosto de 1552. — *Gonzalo Rodriguez.* »

Bien se echa de ver en esta carta el santo fervor de este siervo de Dios en ayudar para el bien de las almas. Fueron muchos los sustos y sobresaltos que experimentó en el cerco de la plaza, que Dios libró y evitó fuera tomada. Al mismo tiempo su compañero sufrió mucho en Magastan porque los moros que guardaban la fortaleza, daban por tomada la plaza de Ormuz por los turcos, diciendo al hermano Mendez que en cuanto llegasen allí le habian de cortar la cabeza, mas el Señor fué servido de que permaneciese tranquilo, y que los enemigos tuviesen que retirarse sin efectuar sus proyectos. El P. Gonzalo siguió exactamente los pasos de su antecesor

Gaspar Barceo, siendo incansable en sus trabajos apostólicos, consiguiendo notables provechos con sus sermones, estorbando en la populosa ciudad de Ormuz con sus sabios consejos muchas guerras, disensiones y duelos, exterminando infinitos pecados públicos y deshonestos. Venian entónces á confesarse con él desde muy léjos, y por razon del improbo trabajo fué por lo que le enviaron, como viene dicho, al hermano Alvaro Mendez para que le ayudase, que fué persona de gran sabiduría y discípulo de tal maestro, y en cuyo viaje ocurrió un hecho muy notable á este siervo de Dios, consignado en la historia de esta provincia, y del cual nada dice la carta del Padre Gonzalo de que se ha hecho referencia. Cuenta dicha historia, que dirigiéndose el Alvaro á Ormuz desde Mascate en una ligera y pequeña embarcacion, fué vista de otras tres ó cuatro embarcaciones de corsarios árabes, que emprendieron el acometerla y darla alcance. A pesar de que conociendo el peligro, volaba la navecilla en que iba el hermano, tanto se aproximaron, que aunque no podian abordarla, les mandaron multitud de flechas al siervo de Dios y demás tripulantes. Pero con asombro de todos, y á favor de las oraciones del hermano Alvaro, milagrosamente se vió que las saetas volvian hácia atrás retorciéndose é hiriendo á los que las despedian, los que espantados con cosa tan extraña y fuera del órden natural, se alejaron pavorosos, librando Dios á sus siervos por aquel medio tan singular. En cuanto el hermano Alvaro llegó á Ormuz, sin tomar el menor descanso ayudó mucho al P. Gonzalo Rodriguez, tanto en enseñar la doctrina á los niños, como en consolar y asistir á los enfermos, y en otras caridades semejantes. A poco tiempo fué cuando hallándose muy descuidado se aproximó la armada de turcos, y el gobernador propuso que los cristianos se recogiesen en el alcázar con el P. Gonzalo, y los que no cupiesen allí, marchasen á Magistravo ó Magastam, como ántes se dijo, con el hermano Alvaro, cuya medida se vió obligado á tomar por lo que podia escasear el agua en el alcazár. Resplandeció la virtud de ambos en una y otra parte. Mas Dios no permitió que los turcos perseverasen en batir la fortaleza; ocurriendo en esta ocasion un milagro manifiesto debido á la oracion del P. Gonzalo, y fué, que los proyectiles que arrojaban los turcos á la fortaleza, se volvian contra ellos, lo que les hizo desmayar completamente. Pegaron fuego á la casa de la Compañía, pero no consiguieron que se propagase. Por falta de salud, nopudo continuar el P. Gonzalo Rodriguez en Ormuz, y los superiores dispusieron marchase á Goa, pero brevemente se le ofreció un nuevo viaje con ocasion del patriarca que habia de ser mandado á Etiopía. El rey Don Juan III, estando muy empeñado en llevar á cabo aquel proyecto, ordenó á D. Pedro Mascareñas, que iba por virey de las Indias en el año de 1554, que en cuanto llegase, mandase un embajador en su nombre al emperador

de Etiopia, llamado Claudio, inquiriendo en qué ánimo estaba para recibir un patriarca, pues aunque alguna vez habia manifestado por sus cartas al rey de Portugal seria bien recibido, queria asegurarse y no exponer al nuevo patriarca á que no fuese recibido y venerado como exigia su dignidad. Llegó el virey á la India el 23 de Setiembre de 1554. En seguida dispuso la embajada, eligiendo para ella á D. Diego Diaz, que habia desempeñado otra cerca del Preste Juan, determinando le acompañase un Padre de la Compañía, que fuese sugeto docto y entendido, que comprendiese pronto y bien las cosas de los abisinios y sus ideas religiosas. No encontraron á ninguno que pudiera llenar debidamente aquel encargo como el P. Gonzalo; por lo tanto fué escogido por concurrir en él todos los requisitos necesarios para esta empresa, dándole sus superiores por compañero al hermano Fulgencio Freyre, que ántes de ser de la Compañía, habia desempeñado cargos honoríficos en aquellos países. Bien escoltados por navíos de guerra, salieron de Goa en 7 de Febrero de 1555. Iba por almirante el capitan D. Fernando Farto, y los sucesos de aquella navegacion ántes de entrar en Etiopía los refiere el P. Maestro Gonzalo Rodriguez en la siguiente carta que escribió al P. Baltasar Diaz, rector del colegio de Goa.

«Reverendo Padre: el amor de Jesus inflame de contínuo nuestras almas. Desde el dia que partimos de esa, que fué á 7 de Febrero, llegamos en diez dias á la isla de Socotora, muchas veces con más viento del que queriamos. En medio de los vaivenes y mareos consiguientes, el hermano Fulgencio Freyre, como más acostumbrado á semejantes trabajos, se hallaba bien dispuesto, ejercitándose en sus meditaciones á sus horas, y hablando algunos ratos con los soldados y hombres de mar. Llegados á Socotora desembarcamos con el mayor placer y alegría; á muy poco fuimos á hacasa del bienaventurado Sto. Tomé, rezando á su memoria, incensándole y ciendo preces que los isleños absolutamente no comprendian. De cuando en cuando decian unos como responsos, empezando uno y respondiendo los demás. No debiendo extrañarse no tuvieran la debida devocion, considerando que desde que el bienaventurado apóstol empleó su celo en convertir á la fe de Cristo á muchos de aquellos naturales, permanecieron siempre despues sin varones que sostuviesen sus creencias, estando por el contrario tiranizados por los moros, pervirtiendo su fe y las buenas doctrinas que se les habian enseñado á costa de tanto trabajo y de un celo tan perseverante.—«La iglesia parece ser hecha á manera de las sinagogas antiguas, porque tiene un recinto por fuera y otro más adentro, y otro más interior con la capilla, siendo como una iglesia de tres naves con tres capillas muy bajas; tiene su átrio muy grande y una especie de claustro por donde se pasean, rezando por sus difuntos. Tienen su pila de bautizar y palabras de

bautismo, que yo mucho desearia saber. Los caciques andan vestidos ó envueltos en unos paños hasta media pierna, y unas calzas atacadas por detrás, que parecen unos nazarenos; duermen sobre unos cueros y viven muy pobremente, sin rentas, sin beneficios, ni ninguna propiedad, más que el impuesto ó más bien limosna que salen á pedir, alguna leche y carne, y muy pocas frutas y verduras. La gente de esta Isla es muy bien dispuesta, tiene grande respeto á los caciques, y ciertamente desde luego parecen cristianos. Las mujeres andan cubiertas, pero con paños inferiores, manifestando en todo mucha pobreza. Tienen mucho deseo de ser instruidos, y me parece gente sencilla y bien preparada para conseguir mucho fruto si se les sabe dirigir. Creo seguramente que mucho mejor pareceria á Dios y edificaria al mundo si muchos religiosos, que se limitan á la asistencia del coro y andar por las poblaciones inmediatas á los monasterios, dando sin duda buenos consejos y ejemplo, se empleasen en conquistar y redimir muchas almas que permanecen en las tinieblas por falta de cultivadores, pudiendo decirse: *Messis multa, operarii pauci.* Encuéntranse en Socotora minas de oro y de plata, objeto que llama principalmente la atencion de los extraños, y que no piensan en ocuparse, como debe todo fiel cristiano, en explotar más bien la joya de la salvacion de las almas de aquellos pobres naturales en quienes descuidan el enseñarles las buenas doctrinas y el camino de la verdad. Dios pedirá cuenta sin duda á los que en esto son culpables; pero dejemos estas reflexiones que no rezan con los que procuran emplear su celo por la salvacion de su prójimo. Colocamos el retablo é imágen de Santo Tomé, que llevábamos, mostrando aquellos naturales grande placer por ver en su tierra cosa semejante. Arreglamos el altar y adornamos la iglesia con juncos y enramada. Dijimos Misa, y tres ó cuatro indivíduos tomaron el Sacramento eucarístico. El domingo siguiente hubo en la iglesia mayor concurrencia, tomando otros doce comunion. Seguramente Santo Tomé parece una iglesia de aldea, con su tamboril, y su incienso que se tomaba de la corteza de algunos árboles. A pesar de todo, no debe parecer poco hallarse esta iglesia en tan humilde estado, porque es seguro que desde que Santo Tomás edificó aquella casa, no se dió en ella el Santísimo Sacramento. Estaba muy separada ó desviada del punto en que desembarcamos, pues habia cerca de una legua, la que anduvimos todos en romería. Gloria sea dada á nuestro Señor, que envió al gran Apóstol á construir aquel santuario en el que despues de más de mil y quinientos años se ha podido decir Misa, siendo al mismo tiempo tantos los que desean confesarse, que apénas pude valerme con ellos. En esta isla estuvimos ocho dias, y transcurridos, partimos, y llegamos en nuestros barcos cerca de Adem, donde tropezamos con una galera de moros, cuyo capitan nos pareció turco; pusímonos de

costado para hablarles y á tiro de espingarda, en seguida vimos que enarbolaron una bandera casi cuadrada y una especie de sombrero, que era la señal de guerra. Comenzaron á tocar sus tambores y á jugar su artillería, que traian bastante. Cuando vimos tal determinacion, y que el enemigo continuaba muy alterado, embravecido con su artillería y numerosa guarnicion, pues pasaban de más de trescientos, conocimos el grande aprieto en que estábamos. Mas nuestro capitan se dispuso á admitir la partida y jugar el todo por el todo. Quiso Dios nuestro Señor que el jefe enemigo se reparase, diciendo nos fuésemos en paz y prohibiendo á los suyos que nos hostilizasen ó tirasen. En este dia llegamos y entramos á las Ave-Marías por las puertas del estrecho canal de Arabia. Anclamos detras de la isla; por la mañana continuamos la navegacion, llegando despues á Macua, donde estuvimos medio dia; en seguida pasamos á Arquiquo, donde desembarcamos, si bien en cuanto pusimos piés en tierra, se alteraron y pusieron en armas los moros y turcos tocando el tambor y sus trompetas, y dando grandes voces y alaridos. Con todo, no se alteró la paz, porque Arquiquo pertenecia á un portugués que tenia alli sus dependientes para recaudar sus rentas. Los trabajos, hambre y sed que en este viaje se han sufrido, no son para dichos ni para escritos, porque casi no se pueden creer, y únicamente presenciándolos ó habiéndolos experimentado. No nos dejeis de escribir, pues es el único consuelo que tenemos en estas apartadas regiones, el saber de nuestros amados hermanos, á quienes encargamos nos encomienden á Dios en sus oraciones, como nosotros recíprocamente lo haremos por acá. Fecha 12 de Marzo de 1555. *Tuus in Domino filius, et frater* —Gonzalo Rodriguez.»

Detuviéronse en Arquiquo como tres ó cuatro dias, hasta que encontraron camellos y algunas cosas necesarias para el viaje. «En este camino, dice el Padre en otra carta, padecimos bastantes hambres, porque no llevábamos el pan necesario para alimentarnos, tan escaso y tan mal acondicionado, que llegó el caso de no tomar absolutamente ningun alimento por tres dias consecutivos, dejando aparte el peligro y el temor que producian los leones, tigres, onzas y otros animales feroces. Llegó á tanto la escasez, que hubo ocasion de no poder continuar la marcha. Por fin llegamos á Deboroa, y nos recibió su gobernador. Aqui se cogió mucho fruto con los portugueses que hacia muchos años no se confesaban por falta de confesores.» Además de otros peligros de que el Señor libertó al Padre en esta jornada, fué uno que habiéndose separado algun tanto de la Compañía, tropezó con un leon, y sobrecogido de su fiereza, Dios le dió lugar de ampararse en la Compañía, y la fiera se retiró. Todo cuanto en Etiopía aconteció al Padre, lo cuenta en una carta dirigida á los Padres y hermanos de la Compañía, en que les

habla del Preste. No se traslada toda, porque parte de su contenido es semejante á la que escribió acerca de Socotora, donde refiere los trabajos de su viaje que sumariamente se reduce todo á lo siguiente: «A 17 de Mayo llegamos adonde se encontraba el rey de Etiopía, al cual encontramos en un campamento rodeado de muchas tiendas. Mandó se nos recibiese á Diego Diaz al mismo tiempo que á mí. El segundo dia fuímos á hablarle. Estaba sentado en un catre con unas cortinas por encima, y su tienda muy adornada y guarnecida de seda. Dióle Diaz las cartas, que mandó leer, estando presentes todos los portugueses, ó la mayor parte de los que habian ido con Cristóbal Gama á socorrer á los abisinios contra los turcos y moros en el año de 1541. En ellos le enviaba á decir el Rey nuestro señor: que por haberse mostrado el rey Claudio aficionado á la fe católica, siguiendo las huellas de su abuelo y padre, estaba agradecido el rey de Portugal, y deseaba enviarle persona de su casa, y con él cierto número de religiosos de rara virtud, santa vida y probada doctrina, que le aconsejasen é instruyesen en lo que le convenia. Como viésemos que el rey Claudio se mostraba confuso, habiéndole dejado de tal modo suspenso el mensaje, que hablándole nosotros no dió ninguna respuesta á propósito, nos despedimos de él y volvimos á nuestras tiendas. De allí á dos ó tres dias partió á ver á una tia suya, en cuya expedicion tenia que emplear ocho ó diez dias de camino, y nosotros nos quedamos en medio del campo, disgustados y desairados, sin haber encomendado por su parte quién nos atendiese y cumplimentase como era debido. Pero á este descuido y desatencion ocurrió un honrado portugués, que nos llevó á un sitio más seco y ventilado, que estaba de allí como dos ó tres leguas, donde nos dejó acomodados en su propia casa, y él se dirigió donde estaba el Rey. Aquí permanecimos por espacio de un mes, tiempo que el Rey gastó en su viaje, y en bastantes ratos compuse un tratado acerca de los errores de Etiopía y verdades de nuestra santa fe, para que fuese presentado al Rey, del cual tuvo noticias por un portugués muy privado suyo, al cual habia manifestado no queria á los Padres, y que no tenia necesidad de ellos, y mucho ménos queria someterse á la obediencia de la santa Iglesia de Roma, y generalmente me afirmaban todos, que del mismo sentir eran muchos grandes del reino, que preferian más bien sujetarse á los moros, que mudar sus costumbres, que oir nuestros consejos y doctrina. Pero lo que más me confirmaba en insistir en que viese por escrito mis razones, era porque debiendo contestar, por la respuesta que me diese, llegaria á cerciorarme de su verdadera intencion, por tanto tiempo tan indecisa. Y así cuando volvió de su viaje, nos dirigimos adonde se hallaba, y donde nos acogieron los portugueses, si bien habia manifestado no queria volvernos á ver. Y como el tratado que habia compuesto es-

taba en idioma portugués, y precisamente para que lo comprendiera habia de trasladarse en caldeo, le escribí una carta en que le pedia me proporcionase dos monjes letrados para que me tradujesen en caldeo algunas verdades de nuestra fe, para demostrarles la poca razon que les asistia para calificar á todos los que seguiamos á la Iglesia romana de herejes y peores que los moros. Y porque sabian tenian un libro, al que titulan *Adulterio de Frangues*, cuya obra reprueba el concilio Calcedonense, por suponer eran cuatro las personas de la Santísima Trinidad, con otros muchos errores, que falsamente nos imputan, se le pedia al Rey igualmente. Pero lleno de ira no nos le quiso dar, ántes bien se indignó mucho de que supiésemos el contenido de dicha obra. Accedió á la peticion de proporcionar los monjes para traducir el tratado; pero fuese por tener órdenes reservadas, ó por temerle, no pusieron manos en la obra, de modo que fué preciso irlo a suplicar una y otra vez al capitan de los portugueses: finalmente, con el favor divino, pudo concluirse siendo intérprete en la mayor parte un honrado portugués que poseia perfectamente aquel idioma.» Continua el Padre Mtro. Gonzalo Rodriguez narrando en su carta todas las ocurrencias y contrariedades de este asunto, tratando de traer al verdadero conocimiento á aquellos naturales, á cuyo objeto distribuyó muchas copias de su obra por toda Etiopía, y una particularmente al mismo Rey, quien puso muchas dificultades y excusas para admitirla, pero por último la examinó, y viendo en su contexto refutados todos sus errores, se manifestó sumamente enojado, juzgándolo por grave atrevimiento, y diciendo que falsamente querian imputarse aquellos errores á los etiopes, y que su intencion no habia sido facilitar intérpretes para que escribiesen aquellas cosas, sino para que esclareciesen los dogmas y artículos de su fe. Pero el P. Gonzalo le hizo presente con el mayor respeto que tenia á su favor el testimonio firmísimo de los monjes letrados, que confesaban aquellos errores, de lo que estaban plenamente convencidos. Entónces, viendo el Rey que por aquel camino se veia vencido, tomó otra direccion manifestando que cosas tan respetables y de tanta consecuencia no debian tratarse por un sacerdote particular, sino que debian ser cometidas y resueltas por personas de más autoridad, como obispos y pontífices; y que el P. Gonzalo habia sido enviado por el rey de Portugal con la única mision de confesar portugueses, y no con la de trastornar y modificar las doctrinas que hacia más de mil años se seguian en aquellos países. El P. Gonzalo le respondió humildemente, que aunque era un pobre é insignificante sacerdote, no le estaba impedido escribir lo que habia escrito, porque todo era con arreglo al parecer y sentir del Pontífice romano y de los obispos, y en todo sacado de los evangelios y de los santos concilios, y que el Rey no le habia enviado únicamente con el objeto de

ayudar á los portugueses, sino tambien para servir á los abisinios en todo cuanto pudiese, y para preguntar á S. M. si le agradaba reconocer por cabeza de la Iglesia y pastor universal al romano Pontífice, y admitir en su reino los sacerdotes que le enviase doctos y de santa vida, porque no fuera prudencia de tan gran Rey mandar tales varones adonde no habian de ser bien recibidos. El Rey, muy amostazado por verse contrariado en todas sus razones, le respondió con descompuesta voz que no reconocia otro pastor ó pontífice que al patriarca de Alejandría, y que en su reino habia bastantes sacerdotes doctos y pios, y que no necesitaba de ningunos otros. El P. Gonzalo viendo cuán infructuosas eran todas sus razones para convencer á aquel monarca, se despidió de él y se retiró á su posada, habiéndole dejado su libro. El Rey llegó á sosegarse, y más tranquilo su ánimo, se dedicó á leerle con reflexion, aficionándose á su lectura de tal modo, que hizo que lo leyese tambien su madre y hermano y todos los señores del reino, que por fin hicieron justicia y admiraron la gran sabiduría é inteligencia de aquel Padre tan jóven. Llegó á noticia de Abuna, patriarca de Alejandría, todo lo que ocurria, y se apresuró á prohibir con anatema el que ninguna persona tuviese ni leyese aquel libro. El Rey sintió aquella providencia y le envió un embajador, pidiendo levantase la censura y le concediese licencia para leerle, pues que estaba muy aficionado á la dicha obra. El Patriarca le negó rotundamente este permiso, reprendiéndole ágriamente porque se permitia leer libros impíos. El rey Claudio sintió en extremo aquella reprimenda, llegando á excitarle la cólera y el enojo á que era muy propenso, siendo su consecuencia decir mal del Patriarca, llamándole hereje y sarraceno, pareciéndole muy extraño que un pontífice cristiano se ocupase en leer, como sabia seguramente, el alcorán de Mahoma, y privase á los demás el leer un libro tan santo, no nombrando de otro modo al excelente escrito del P. Mtro. Gonzalo; y le escribió proponiéndole que si tanta razon le asistia, conferenciase y disputase con este Padre extranjero, y se convenceria de la gran estimacion y acatamiento que se merecen estos sacerdotes cristianos latinos. Pero no admitió el reto el Patriarca, alegando que no habia sido él consagrado en Etiopía para disputar con sacerdotes peregrinos, sino para consagrar al clero y dirigir el culto y observancia de la religion admitida. De esta controversia se siguió un gran contento á la familia del Rey y á la de su madre, pues esta y los señores estaban de parte del Patriarca, y únicamente el Rey favorecia al sacerdote humilde latino. Sin embargo, esta opinion y favor del monarca dió gran nombre al P. Gonzalo Rodriguez, publicándose por Etiopía su doctrina con la mayor estimacion y encomios, y tanto, que venian muchos de todas órdenes y estados á conocerle personalmente, admirándose de su gran doc-

trina, la cual confirmaban los monjes y autorizaban el libro que habian leido y traducido cuidadosamente en caldeo, engrandeciendo á su autor y confesando los errores en que los etiopes estaban sumidos, y que si no se conseguia una reforma radical y santa en la doctrina, se irian á la India con el P. Gonzalo, si el Rey no deponia sus errores, para irse de allí á Roma. Finalmente, el Rey temió las consecuencias de los rumores causados por ocasion de este libro, mayormente estando tan divididos los pareceres; y queriendo no manifestarse parcial, cambió de rumbo y mandó esconder el libro y que no se volviese á su dueño. Y habiendo pedido copia de libros de varias bibliotecas, procuró con la mayor diligencia examinar cómo refutaban aquellos errores, mas no hallando cosa de importancia y que le ilustrase algo más, tomó la determinacion de dar á entender que, en su opinion, todo era una misma cosa, la religion de los católicos y la de los etiopes. Con todo eso, deseó vivamente ver las ceremonias y ritos de la Misa romana, y para este objeto los portugueses dispusieron y adornaron un altar debajo de un tabernáculo, donde el P. Gonzalo dijo Misa delante del Rey y de muchos señores de su corte, que aprobaron y ensalzaron sobremanera aquella majestad en la celebracion del santo sacrificio. Miéntras el Rey entretenia el tiempo y permanecia indeciso, meditando y deliberando la respuesta que habia de dar al P. Gonzalo, se ocupaba el siervo de Dios en confesar á los portugueses, que hacia años no se habian confesado por falta de sacerdote católico, consiguiendo con ellos y con sus santos consejos, el que se hiciesen muchas restituciones de cosas ajenas, mal tenidas ó adquiridas, haciéndoselas devolver á sus dueños, cuyo buen proceder admiró infinitamente á la multitud, pues decian entusiasmados que no habian visto ni tenido sacerdotes semejantes á aquel, pues con sus sabias advertencias y amonestaciones hacia devolver á sus dueños lo que con fraude, injusticia ó ignorancia se les habia quitado; por cuya razon muchos recobraron sus haciendas, deseando y conociendo el gran beneficio y utilidad para todos de que no faltase y permaneciese en el país un sacerdote tan santo y benemérito. Llegó el dia en que el P. Gonzalo pidió licencia al Rey para volverse con el embajador, y le suplicó con la mayor claridad y sin rodeos le diese una respuesta decisiva acerca de la venida del Patriarca. El monarca le contestó, que respecto á la venida de los Padres, los recibiria con el mayor gusto y con las atenciones que merecian, y juntos determinarian y acordarian lo que habia de hacerse. En seguida mandó dar al Padre diez onzas de oro para el viaje, las cuales no quiso admitir de ningun modo el siervo de Dios; y habiendo instruido muy bien á los portugueses en sus obligaciones y en el cumplimiento de sus deberes, y habiendo conseguido durante su estancia en aquel reino el componer muchas desavenencias, discordias y enemis-

tades, confesando y aconsejando á todos, haciendo casar á muchos con sus mancebas, ó separándolos de ellas y de su trato, bautizando muchos niños, dió la vuelta el P. Gonzalo á Goa, y en esta navegacion sufrieron una gran tempestad y tormenta, viéndose ya el buque casi sumergido; pero nuestra Señora la Vírgen Maria les libró milagrosamente, y en memoria de este beneficio y gran merced, se conserva en el templo de nuestra Señora en Goa una tabla pintada que recuerda este suceso. Viendo el grande fruto conseguido en Etiopia por el P. Mtro. Gonzalo Rodriguez, la santa obediencia le mandó ir á Bazaim, donde su presencia fué de grandísimo provecho para las almas. Lo principal de su vida consta por las cartas que escribió á los religiosos de la Compañía, en las que en medio de su mucha humildad se echan de ver los muchos trabajos que experimentó este siervo de Dios en sus largos viajes. Los años siguientes trabajó con grande utilidad en Tanaa, y no léjos de aquel punto fundó una aldea con la advocacion de la Santísima Trinidad, tomándola de un templo que allí edificó, que fué el primero que en la India se dedicó con este sagrado nombre. En el año de 1561 fué enviado por el arzobispo de Goa al rey Idalcan, que parecia que tenia pensamiento de abrazar la religion católica, como lo habia dado á entender por medio de los embajadores que mandó al prelado, pidiéndole su amistad. Fué escogido para aquella empresa el P. Mtro. Gonzalo, como sujeto muy versado y muy diestro en aquella clase de negocios. El dia 17 de Marzo de dicho año partió de Goa, y sufrió infinitas penalidades en aquel agreste y fragoso terreno, si bien fué bien recibido y tratado de los naturales. Llegaron por último á Visapur, corte de Idalcan, donde se convenció, pasados algunos dias, que á aquel jóven Rey no le habia movido á dar aquel paso sino una inútil curiosidad. Desengañado del poco fruto de aquella jornada regresó á Goa, donde empleó los restantes años de su vida, que no fueron muchos, en sus acostumbrados ejercicios apostólicos, ayudando al bien de las almas en Tanaa. Finalmente, falleció en Goa santamente este gran siervo de Dios, cuya laboriosa existencia dedicó constantemente en procurar el bien y la salvacion de sus prójimos. El Agiologio lusitano marca el dia de su muerte á 5 de Marzo del año 1564; pero el Menologio de la Compañía señala el dia 4 del mismo mes. De este benemérito y religioso varon escribió el P. Maestro Baltasar Tellez, en su *Historia de Etiopía*, y se conserva en la biblioteca de la Compañía. Tambien habla de él Eusebio en un tomo que intitula: *Honor del gran patriarca S. Ignacio*. Sus copiosas cartas son las que suministran los principales datos sobre los hechos de su vida, cuya mayor parte existen en el archivo de la Compañía en Evora. Tambien trata de tan esclarecido y eminente varon el P. Francisco de Sousa en su *Historia de la provincia de Goa*. —A. L.

RODRIGUEZ (P. Ignacio), jesuita portugués, nació en la villa de Chaves, que es una de las mejores de la provincia de Tras-os-Montes, manifestándose desde sus principios que era dado por Dios con algun fin particular, porque debió la vida á las oraciones de su madre. Llevó en un principio el nombre de Antonio, deduciéndose del tenor de su vida que era hijo de la oracion, siendo propenso á usar de caridad para con los pobres; tanto, que habiéndose acercado en una ocasion á su puerta un mendigo muy roto y mal vestido, le hizo entrar en su casa, le puso á la mesa y le metió en su cama, en la que durmió y descansó el pobre; despues de ejercer este acto de caridad, sintió en su interior particular impulso de pertenecer á la Compañía de Jesus, los cuales conservó siempre hasta que los puso en ejecucion. Ayudó mucho á fomentarlos el trato con los PP. Jesuitas, á quienes tuvo por maestros en el colegio de Monterey, en Galicia, que se halla en las fronteras de Portugal, no lejos de Chaves. Siendo provincial de la Compañía el P. doctor Manuel Correa, pasando por la villa de Chaves con su compañero el Padre, que era natural de aquella tierra, se ofreció á nuestro estudiante, teniendo en cuenta sus antiguos deseos; y viendo en él las buenas cualidades que tenia para la Compañía, le admitió, y hechas las diligencias de costumbre, fué enviado al noviciado de Coimbra. Entró á 11 de Mayo de 1695, teniendo casi diez y nueve años de edad, detúvose allí poco tiempo, porque enviando la santa obediencia á algunos hermanos novicios á Lisboa, uno de ellos fué nuestro Ignacio, á quien mudó el nombre el P. Mtro. de novicios en atencion á que habia otros del mismo nombre y apellido en la provincia. Llegado á Lisboa, como fuera muy poco el tiempo que llevaba de novicio en Coimbra, no habia adquirido la costumbre de modestia propia de su estado; así es que cuando entró en la celda del P. Rector del noviciado se puso á mirar los libros, y dijo muy alegre al P. Rector: ¡Ay! en cuanto á libros no estamos mal. —Cuando el P. Rector oyó esta sinceridad y vió la clase del nuevo huésped, dijo para sí. —Aviado estoy con tal novicio, no falta aquí que desbastar. —Al principio manifestó algunas ligerezas que fueron desapareciendo poco á poco, con la destreza que acostumbran á hacerlo los maestros prácticos. Despues con las pláticas y meditaciones del P. Rector se penetró de tal manera de Dios, que se comenzó á entregar de veras á los ejercicios de las virtudes, como veremos en este breve resúmen de su vida, siendo para todos los novicios un vivo espejo de perfeccion. Terminado el noviciado, estudió letras humanas en la misma casa, donde se estudiaban entónces, á imitacion de lo que se acostumbra en Roma. Tenia en aquel tiempo por director espiritual al P. Juan de Fonseca, de cuyas virtudes consiguió aprender muy buenos ejemplos. Era el hermano Ignacio de agudo ingenio, que comprendia con facilidad y obraba con actividad. Apren-

dió muy bien las letras humanas. Hablaba latin con facilidad, observando la regla que manda á los que estudian hablar en idioma latino. De Lisboa fué enviado á estudiar la filosofía á Evora, donde estudió durante algunos años con general edificacion de todos y opinion de virtud. Lo mismo en Evora que en Coimbra, donde fué enviado despues á continuar sus estudios, procedió con la misma igualdad de costumbres, sin que ni áun las enfermedades le hiciesen aflojar nada en sus fervores. Llamóle Dios para las gloriosas misiones del Oriente, lo que pretendió con grandes instancias y consiguió con no ménos dificultad, originado todo de su virtud y demás dotes naturales, completas todas para los ministerios de la Compañía. Concurrian en el hermano Ignacio todas las buenas prendas que le podian hacer estimado en aquella provincia, porque sabia muy bien las ciencias que estudió, y era muy á propósito para enseñarlas en las cátedras más distinguidas; su amable genio y suave trato le hacia bienquisto de todos; á nadie era pesada su virtud. Pero las mismas razones que servian á otros de lazos que los ataban, fueron para él motivo de desengaño, considerando que así tenia más que ofrecer á Dios. Hallábase en el sétimo año de religion cuando fué destinado á la mision de la India, en lo que recibió increible placer, como lo manifiestan las cartas que escribió en aquel tiempo á algunos de sus condiscípulos. Pasó á Lisboa y se ordenó de misa, que celebró con grande consuelo suyo, y llegado el tiempo de la partida, se embarcó rico en todo género de buenas obras. Era muy devoto de S. Luis Gonzaga, siendo la vida de este santo regla de la suya. Esmeróse tanto en imitarle, que decian muchos que si se perdiese la vida de S. Luis la podrian trasladar por la vida del P. Ignacio Rodriguez. Leia con frecuencia su vida y casi la sabia de memoria. Cuando le argüia alguno de alguna santa extravagancia ó rigor que usaba consigo, era su ordinaria respuesta: «Así lo hacia el beato Luis.» Repetia é introducia con frecuencia en la oracion los dichos más especiales de S. Luis en materia de virtud, y sentia particular júbilo cuando le hablaban de él como de cosa que amaba de todo corazon. Tambien era muy devoto de beato hermano Juan Brecmaus, cuyas vidas eran el norte por donde gobernaba sus acciones. Así como la primera y mayor devocion que tuvo S. Luis Gonzaga fué el Santísimo Sacramento, esta fué tambien muy singular en el P. Ignacio Rodriguez. El cuidado con que se preparaba para recibirle era superior á todo encarecimiento, pidiendo á los santos ángeles y demás moradores del cielo le preparasen para recibir tan soberano huésped, y á los demás les rogaba le ayudasen á darle gracias por haber visitado su alma. En las vísperas de comunion empleaba más tiempo en la oracion. Hacia ordinariamente su oracion delante del Santísimo. Acostumbrábase en Evora á llevar en la quinta feria santa el Santísimo á la capilla del recogimiento

para que estuviese más cerca de la iglesia. Todo el tiempo que estaba allí el Señor hasta el sábado santo, no solo asistia de continuo en la capilla, sino que se concertó con muchos hermanos para que asistiesen y cortejasen en aquellos dias por turno á tan soberano Señor, que se dignaba ser huésped de su recogimiento. Despues de comulgar, además del cuarto de hora que emplean todos en comunidad para dar gracias á Dios, empleaba él los tres cuartos que faltan hasta la hora en que se da la señal para el estudio. Una comunion le servia de preparacion para la otra, y muchas juntas de preparacion para recibirla en un dia más solemne. Las vísperas de comunion, miéntras estuvo en el recogimiento, y tambien cuando se hallaba ya en el colegio, iba á hablar de Dios con los hermanos novicios, y lo hacia con tanto fervor y agrado, que todos deseaban fuese compañero suyo para encenderse más en deseos de recibir al Señor. Ayudábase con muchas consideraciones para recibirle con más devocion; pero la consideracion en que se detenia más, era la de la Cananea: *Nam, et catelli edunt de micis, quæ cadunt de mensis dominorum suorum.* Cuando oia en la capilla dar la señal de la campana de alzar al Señor, le iba á acompañar, asistiéndole hasta que comulgaba el sacerdote. El dia del Corpus Christi le pasaba todo en la capilla, y lo mismo hacia en Lisboa en el tiempo del *Laus peremne*, asistiendo en el coro de la iglesia del noviciado sin sentarse nunca delante del Señor. Tambien fué en extremo devoto del misterio del Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo, á que festejaba mucho. En prueba de esta devocion, refiere un religioso, que un mes ántes de la Natividad le sentia levantarse todas las noches, apénas sonaba la media noche, á hacer oracion delante de este misterio, y que le oia llorar, y aunque solo llevaba puesta la sotana, decia no sentir frio alguno, efecto del grande calor que ardia dentro de su alma. La misma devocion inculcaba á sus discípulos, á los que hacia además que fuesen muy devotos de las almas del purgatorio, y la aplicaba toda en satisfaccion de sus obras. En la devocion de nuestra Señora se distinguió siempre mucho á imitacion del beato Luis. El nombre ordinario con que le tomaba en la boca era el de mi Señora, y la visitaba muchas veces en su capilla pidiéndole perdon de lo mal que la servia. Eran tan rigurosos sus ayunos en las vísperas de sus solemnidades, que muchas veces, por quejas que tenian de tanto rigor sus superiores, le imponian diferentes castígos. Miéntras estudiaba humanidades, pronunció muchas veces oraciones en obsequio de esta Señora, y cuando lo hacia en la clase era con tanto deseo de honrar y engrandecer sus excelencias, que se leia en su semblante el ferviente amor que abrasaba su corazon, relumbrando en su misma faz una como gracia del cielo, que solo pueden explicar, segun su biógrafo el P. Franco, los que la vieron. Su estilo era muy afectuoso procurando imi-

tar el de S. Ildefonso, cuando multiplica ansiosamente palabras laudatorias de esta Señora, pareciéndole todas muy pocas para explicar lo excesivo de su afecto. Dijo muchas veces que uno de los mayores placeres que tendria era andar por todo el mundo predicando la devocion de esta Señora. Tambien se le oyó decir que si fuese tanta su desgracia que le despidiesen de la Compañía, habia hecho voto á esta Señora de servir en cualquier religion, y que todo el lucro de su trabajo se habia de emplear en su culto y obsequio, como el del esclavo en utilidad de su señor. Todos los dias rezaba de rodillas el Rosario y el oficio de nuestra Señora. Los sábados, además del ayuno, se ponia un silicio. Hablaba con tanto fervor de las prerogativas del Rosario, que muchos al oirle hicieron propósito de rezarle toda la vida. En las pláticas que hacia inculcaba siempre la devocion de nuestra Señora con tal eficacia, que la ponia dentro de los corazones; habiendo confesado alguno de los Padres, que muchas cosas de la devocion que sentia en sí por la misericordia de Dios lo debia todo á las pláticas de este virtuoso Padre, con las cuales experimentaba en su alma particular devocion y ternura por las cosas de Dios. Siempre que oia las horas ó cuartos del reloj, además de otras breves devociones, hacia muchas jaculatorias á nuestra Señora. Cuando estudiaba filosofía, á cada párrafo la saludaba con el Ave Maria. En las vísperas de sus solemnidades hacia siempre especiales mortificaciones, y tomaba disciplina pública en el refectorio. Cuando pasó del noviciado de Evora al de Lisboa, en el camino no cesaba de decir alabanzas de esta Señora y cantar las letanías, con cuyo buen ejemplo edificó tanto á sus compañeros, que todos hacian lo mismo, empleando casi todo el tiempo en honrar y venerar á la Madre de Dios, de quien con aquellos afectos, á imitacion de su gran devoto, se confesaban en todo verdaderos hijos. Acostumbraba á decir que era el más grande pecador que habia en el mundo, y así se explica su profunda humildad, mas que tenia grande confianza en Dios, y que por medio de su rosario esperaba le alcanzaria de Dios un acto de contricion y verdadero arrepentimiento de todas sus culpas en la hora de la muerte. Finalmente, el P. Ignacio no se pertenécia á sí mismo, sino todo á esta Señora, andando siempre con ella en la boca y en el corazon, procurando por todos los medios ser uno de sus mayores hijos y esclavos. Distinguióse por otras muchas virtudes; pero en particular por la mortificacion, en que dió tantos y tan raros ejemplos, que pueden competir con los que dejaron los santos que hicieron de ella más estudio, la cual reconocen todos como fundamento de este hermoso edificio de perfeccion evangélica. Siempre y en todas las cosas que podia y le dejaban, se mortificó privándose de todo lo que le podia servir de placer. Siempre llevaba los ojos bajos, sin que le viesen levantarlos nunca en los muchos años que vivió en el noviciado de Lisboa y en el colegio de Evora. El dia en que

entró en esta ciudad la reina de Inglaterra, fueron todos los religiosos de la Compañía, excepto los novicios, á esperarla al camino, y volvieron todos delante de ella. Habiendo por toda la ciudad y calles por donde pasaba adornos muy hermosos y curiosos, segun se acostumbra en las entradas de los reyes en las ciudades, el P. Ignacio pasó por medio de ellos sin dar fe de cosa alguna; porque hablando otros despues en casa de lo suntuoso de los arcos y del singular ornato de las fuentes de la ciudad, y demás cosas, se manifestó tan extraño á todo, como si no hubiera ido con los demás, por cuanto solo iba allí con el cuerpo, que todos los sentidos los tenia embebidos en Dios. Esta misma mortificacion observaba en las procesiones, cuando por acompañar á otros le acontecia hallarse en ellas, ó por donde pasaba. Parece que no tenia el P. Ignacio ojos para ponerlos en criatura alguna, pues nunca los fijaba en hombres, y mucho ménos en mujer ninguna, que la pureza de los varones santos no les permite ver semejantes objetos, aunque sea con indiferencia, y tiene por abominacion mirar áun de improviso con los ojos á quien puede, de cualquier modo que sea, desinquietar los afectos. Ejemplo es este que aprendió el P. Ignacio de S. Luis Gonzaga, que siendo niño y viviendo muchos años al servicio de la emperatriz, nunca supo de qué color llevaba los vestidos. No le gustaba oir las músicas y cánticos que solia haber en las aulas en las solemnidades académicas, y para evitarlas mortificaba sus oidos, fingiendo algun pretexto, que descubria luego su virtud, se quedaba en la celda. Mortificaba el olfato en no oler ninguna flor ó yerba suave, y si en alguna ocasion se le ofrecia por urbanidad, se excusaba modestamente de aceptarla, privando á este sentido de cualquier recreo que le pudiera provenir de aquí. El sentido que tuvo siempre en perpétua tortura fué el del gusto. Al principio del año proponia á nuestra Señora abstenerse en su obsequio durante todo un año de tal ó cual fruta, y le pasaba todo sin tocarla, aunque no hubiese otra en la mesa. No tocaba ningun plato particular que se le pusiese, comiendo muy poco, y la mayor parte del tiempo le pasaba en procurar que no le trajesen ningun manjar exquisito, lo que sentia mucho. Volvia muchas veces de la mesa casi sin comer, y por esta causa le enviaban los superiores por segunda vez á la mesa, y con especialidad para ver si comia ó no comia. No fué ménos heróico en una mortificacion con que se venció en una ocasion. A causa de sus continuas abstinencias se le debilitó tanto el estómago, que apénas podia digerir el alimento, aunque fuese muy poco. No hizo ménos guerra al sentido del tacto de la que hizo á los otros, martirizando todo su cuerpo. Llegó á echar espinos y ortigas en la cama, revolcándose sobre ella como si lo hiciera sobre olorosas y suaves flores; pero prohibiéndole el confesor esta mortificacion, inventó luego otras con que suplirla, y en esto dice

un Padre, que fué ministro en el recogimiento de Evora, que era muy notable este siervo de Dios, porque cuando le impedia alguna mortificacion por ser contraria á su salud, luego descubria otra su fervor, é ideaba otras, y que luchar con él en esta materia era luchar con la hidra, que cortada una le salian muchas y nuevas cabezas; y lo que es más en elogio de esta virtud, son los medios santos con que conseguia muchas licencias para mortificarse, en lo que era agradablemente importuno. Dijo una vez aquel Padre, que dándole una vez licencia para cierta mortificacion, vió en su rostro una alegria tan celestial, que se le quedó por mucho tiempo impresa en la memoria, y que habia notado que como el siervo de Dios, al retirarse no se advirtiere de aquel júbilo, salió luego de la celda, huyendo así del superior. Miéntras fué novicio, no usó vestido interior en tiempo de invierno para que le penetrase el frio, y fué necesario que le mandára el P. Rector que le usára. Aunque toda su vida fué un perpétuo ayuno, las ferias sextas de la cuaresma las ayunaba á pan y agua en honra de la pasion de nuestro Señor, de que fué en extremo devoto. Cuando le era preciso estar sentado, como en la mesa y otros lugares, para no tener descanso ni áun en aquel lugar, que era propio de él, estaba sin recostarse y asentado en la extremidad del banco. Finalmente, dijeron cuantos le trataron, que en esta virtud llegó al último exceso, y que no hubo cosa con que no mortificase su cuerpo. De este desapego de sí propio, nacian los deseos que tenia de unirse con su Dios por el trato con él en la oracion. El tiempo que le sobraba de sus ocupaciones, lo empleaba todo con Dios. Retirábase de los recreos comunes para hacer oracion. Miéntras estudió en Lisboa, apénas se levantaba iba á hacer oracion á la tribuna, y en dando la campana la señal de la oracion, iba á la capilla á hacer su hora con los demás. La postura era de rodillas, hasta que se le ordenó estuviese un cuarto de hora de rodillas y otro de pie, y fuese así alternando. Muchas veces obtenia licencia para continuar haciendo oracion despues de recogerse la comunidad. En Evora tenian los hermanos del recogimiento tal opinion de su virtud, que en el tiempo de la oracion que se hace en la capilla procuraban muchos estar cerca de él, porque con tan santa aproximacion experimentaban más fervor y recogimiento interior de sus potencias, como si el que sentia este siervo de Dios se les comunicase á ellos. Estaba siempre tan ocupado de Dios, que podemos decir de él que andaba en perpétua oracion, no habiendo para él más placer que tratar con Dios ó hablar de sus excelencias. Tratóse siempre como hijo de la pobreza, de que era extremado amante. No solo queria que se le diese lo peor de la casa, conforme dice la regla, sino que procuraba persuadir con muchas razones al hermano que tiene á su cargo repartir los vestidos, le diese el más viejo y peor que tuviese en su poder. Procedia del amor que

siempre tuvo á vivir desapegado de todo, que cuando tenia algunos premios ó libros, se los repartia á los hermanos, rogándoles que le hiciesen la merced de aceptarlos. Cuando sus parientes le enviaban algun dinero, le empleaba en libros; pero meditando despues que podia aficionarse de aquel modo á las cosas de la tierra, pidió licencia para distribuirlos entre los hermanos, y llevó otros al P. Rector para que los aplicase conforme mejor le pareciera. En la pureza vivió siempre más bien como ángel que como hombre. Basta para prueba aquella cautela que tuvo siempre en el mirar, y queda arriba referida. En la obediencia se manifestó tan puntual, como quiere S. Ignacio lo sean sus hijos. No contentándose con acudir á la señal de la campana, estando desocupado iba á esperar á los lugares á que llamaba. Si la señal de la campana le encontraba ocupado, soltaba en el mismo punto lo que tenia en las manos. Del amor de esta virtud nacia el grande que tenia á sus superiores. Aunque sentia en sí particular propension á las penitencias y mortificaciones, obedecia siempre al confesor y los superiores, aunque es verdad que deseaba que todo lo que le ordenasen fuera siempre contra su inclinacion, y que todas las obediencias fuesen aflictivas, y las que más sentia eran las que se le ordenaban para alivio suyo. La humildad fué en él medida de las demás virtudes, haciendo con frecuencia aquellas acciones en que más se demuestra. Aborrecia todo género de superioridad propia; y por esto decia que si llegára á enseñar, le gustaria que fuese en alguna escuela de lectura, porque en ella se hallaba libre de todo lo que pudiera redundar en lucimiento suyo. Cuando leia la leccion espiritual en la mesa ó en la capilla, procuraba equivocarse, por que mandándole repetir, tuviese ocasiones para despreciarse y creerse más inepto que el último de los novicios. En Evora y Coimbra le quisieron hacer sotaministro de los hermanos novicios; pero se excusó por todos los medios y razones que le sugirió su virtud, porque aquella ocupacion era en algun tanto honrosa; y viendo los superiores que esto le causaba alguna pena, le admitieron sus excusas. Avergonzábase mucho cuando le pedia alguien que le encomendase á Dios, y mucho más si le llamaban santo, porque únicamente queria que le despreciasen, y tenia muy bajo concepto de sus oraciones, miéntras le tenia muy grande de las oraciones de los otros hermanos. Hízole un favor el P. Ministro del recogimiento, y comprendiendo como verdadero humilde que cedia en honra suya, entró en la celda del P. Ministro, y puesto de rodillas, comenzó á llorar y sollozar, de manera que costó mucho trabajo al P. Ministro consolarle de aquel su dolor y tristeza. Pidió con grandes instancias en el noviciado al P. Rector le diese el grado de coadjutor temporal, porque juzgaba convenir más á su espíritu de humildad, que el grado de estudiante, que da más orgullo, lo que tan de veras aborrecia. Ocupábase

en los oficios humildes con particular júbilo, buscando todos los ministerios que conducen más á esta virtud. Del ejercicio de todas ellas y del grande amor que tenia á Dios, nació el grande amor que tuvo á los prójimos, procurando no ser gravoso á ninguno de ellos. Sabiendo que un religioso se creia ofendido de él, y no creyendo haber dado motivo para ello, se fué á ver con él, y le pidió perdon con todas veras como si fuese culpado. No queria ni consentia que en su presencia se murmurase de sus hermanos, y aborrecia en extremo este vicio tan pernicioso en las comunidades religiosas. Si acontecia alguna disension entre algunos de su estado, mediaba, ora con unos ó con otros, y les decia de tal manera tan buenas y tan santas razones, que depuestos todos los disgustos que entre ellos habia, los hacia abrazarse, diciéndoles que lo contrario seria ofender gravemente la caridad de los hermanos; y en este punto hizo muchos servicios á Dios y á la religion, como certificaron los que vivieron con él. En las horas de recreo no se mostraba triste, ántes bien era uno de los que tomaban más parte en la alegría general, dándole Dios un agrado para con todos, que con todos se amoldaba sin disminuir por esto en su virtud; hacíalo todo por dar contento á sus hermanos, á quienes amaba como á sí mismo. En las horas de reposo únicamente trataba con los que veia más inclinados á la virtud; notábase que los que tenian trato con él adelantaban más en las virtudes. Usaba un modo especial para introducirse con los desconsolados, y con los que se iban enfriando en la virtud, enfervorizando á estos y dando consuelo á aquellos en sus aflicciones. Cuando estudiaba humanidades, viendo que algunos hermanos no podian estudiar sin grande dificultad las lecciones de uno de los libros clásicos, compró un comento con su dinero y lo puso en la biblioteca, para que los ménos adelantados recurriesen á aquel auxilio, lo que hizo llevado de la caridad y deseo de que no pasasen tantos trabajos con aquel estudio. Esta su grande caridad se manifestaba todavía mejor en el servicio de los enfermos; dejaba muchas veces de ir á la quinta para asistirlos, y cuando se rezelaba le podrian negar la licencia, andaba algunos dias ántes ganándose la voluntad del superior para que lo dejase en la casa, dándole muchas razones para convencerle á que le concediese el permiso. Con todas estas virtudes, que eran notorias á todos, se tuvo de él un grande concepto de santidad. Un Padre de los más graves y doctos del colegio de Evora decia hablando de este siervo de Dios, que por la virtud y santidad que en él consideraba, le tenia dentro de sí un particular respeto, como lo podria tener á un hombre de muchos años y de mucha autoridad. Muchos Padres graves del colegio de Evora, observando la modestia con que obraba al servir la mesa, dijeron al P. Ministro del recogimiento que el hermano Ignacio les parecia un ángel. Los Padres que fueron ministros suyos en el recogimiento

de Evora, dijeron que no habian conocido novicio más fervoroso, que no habia cosa por pequeña que fuese para que no pidiese licencia, que queria se regulase todo por la voluntad del superior. Todos los que hablaban de este Padre decian que era santo y de vida muy ejemplar y ajustada con la regla de S. Ignacio, cuyos ápices eran para él como los mandamientos de la ley de Dios, observándolos asi todos; manifestándose todas sus mortificaciones, que por ajustarse con la regla lo procuró en todas las cosas posibles, á imitacion de S. Luis Gonzaga, á quien procuró seguir en todo. En abono de sus virtudes, transcribiremos el testimonio que de este siervo de Dios dió el P. Mtro. Miguel Diaz, que fué su maestro de novicios en Lisboa en la casa de probacion, y formó el concepto de que la virtud nada vulgar con que resplandecia entre los demás novicios, daba ciertas esperanzas de continuar en ella en lo sucesivo, como manifestó la experiencia; porque era muy dado á la oracion y presencia de Dios, muy devoto, cándido y sincero con todos, y en particular con los superiores; muy dócil é inclinado á todo género de virtudes, y muy caritativo y agradable para todos, tomando muchas veces para sí un trabajo que era superior á sus fuerzas para aliviar á los demás. «En particular observé en él un espíritu de mortificacion tan singular, que si no se le hubiera ido á la mano negándole gran parte de las penitencias para que me pedia licencia, hubiese perdido las fuerzas y la salud, como la iba perdiendo con las muchas abstinencias que hacia; y por esto fué necesario ponerle tasa, determinándole con grande exactitud la cantidad que habia de comer. Generalmente en todo género de penitencias y asperezas era tan fervoroso, que algunas veces me pareció conveniente reprenderle con aspereza, y áun amenazarle para atemorizarle, y ver si de esta manera le podia reprimir con el terror. Una noche de viernes santo, despues de haber empleado con los novicios un tiempo considerable en santas meditaciones y coloquios sobre la muerte del Señor y la soledad de la Virgen Santísima, les envié á recogerse á sus celdas y á dormir el resto de la noche. Al poco rato, rezelándome que el hermano Ignacio hacia en aquella noche alguna cosa extraordinaria, entré en una celda en que habia una hermosa imágen de talla del *Ecce-Homo*, y le encontré de rodillas con una soga atada al cuello, cuya punta habia puesto en las manos del divino Señor, y atado así con su Dios exterior é interiormente, estaba en oracion con un rostro tan devoto y compungido, que me enterneció. Cuando supo que tenia á mi cargo el cuidado de la provincia, me escribió luego una carta en que decia: «Ahora sí que tengo un Padre que me ha de conceder licencia para las mortificaciones y penitencias que deseo, y fué refiriendo muchas en particular.» Pero yo, que le conocia bien y sabia que su espíritu era mayor que sus fuerzas, lo remití al arbitrio de su confesor, al cual mandé avi-

sar por tercera persona, que tuviera mucho cuidado con él al concederle las penitencias que pidiese, porque era fervoroso en demasía en este particular. Dos años estuvo pidiéndome con grande instancia pasar á la mision de las Indias, en particular una vez que me escribió en esta materia una carta muy larga, alegando que habia hecho voto de ir, y otras muchas razones con discrecion y espíritu, que enseñándosela yo al P. Juan Pereira, compañero mio y secretario de la provincia, se admiró mucho del gran talento y prudencia de este siervo de Dios. Deseando conocerle, y cuando le vió en el colegio de Coimbra, le tomó grande afecto por su virtud y agradable modo de proceder. Pero como yo le desengañé de que por no defraudar á la provincia de semejante sujeto, no le habia de conceder licencia para pasar á la India, me instó con tan repetidas y fervorosas cartas, que sentí escrúpulos en negarle su marcha á la mision; y para librarme de él propuse su pretension á la consulta de la provincia, manifestando á los PP. consultores las virtudes y excelentes partes de este sujeto, y creyendo en mi interior que no serian de parecer de que la provincia le perdiese, más sucedió lo contrario, porque todos creyeron unánimemente que lo llamaba Dios para la India. Díle por lo tanto licencia con grande repugnancia mia, pues parece me vaticinaba el corazon que no lo habian de lograr ni la India ni Portugal, como sucedió en realidad, anticipándose el cielo á llevarlo para sí ántes de llegar á Goa.» Tal es el testimonio del P. Manuel Diaz, que fué su maestro de novicios, quien añade además en la misma carta. «No refiero más particularidades de sus virtudes, por ser muy sabidas de otras personas, que tenian el mejor concepto y opinion de este siervo de Dios.» Con este caudal de virtudes se hallaba adornado este siervo de Dios, cuando le enviaron á la mision de la India el año 1702: embarcóse viendo cumplidos sus deseos, pero en la nave le sobrevinieron muchas y muy graves dolencias. Quiso el Señor dar esta ocasion al P. Ignacio Rodriguez para ser en la muerte imitador de su beato Luis, como lo fuera en vida; pues el orígen de su muerte, como la del beato Luis, fué servir á los enfermos, de que habia gran número en la nave, y todos de enfermedades contagiosas, á los que asistió con mucho celo sin hacer caso alguno de su persona. El padre Francisco Hurtado, condiscípulo y compañero suyo, me escribió en una carta lo siguiente, sobre su fervor y la muerte de este su santo colega. «Despues que nos embarcamos, dice el Padre, continuó siempre con el mismo fervor de vida, y como en la nave crecian las ocasiones para ejercitarse en obras de caridad, á que le arrastrase su fervor, se consagraba continuamente á confesar, predicar y asistir á los enfermos, no dejando de buscar en la nave un lugar apartado para entregarse á sus mortificaciones. Asistiendo en la noche del domingo de Resurreccion á un moribundo, con-

trajo una fiebre maligna qus en breves dias le hizo perder sus sentidos; pero poco ántes de morir, volvió en sí con cabal juicio, y se confesó conmigo, que era ya el único confesor que quedaba en la nave, porque el P. Juan de Rocha ya en esta sazon no podia dar cuenta de sí: y yo, aunque estaba tambien indispuesto, tenia algunos intervalos, en los cuales estaba en mi. Este fué el único sacramento que recibió el referido Padre, por no haber quien le pudiese administrar el viático, y queriéndole yo administrar la santa uncion, encontramos que no habia óleo santo. Algun tiempo despues de confesado, me hice trasladar otra vez, aunque en brazos, á su camarote, y le pregunté si tenia alguna pena, ó alguna cosa que se quisiera reconciliar, y me contestó que no con alegre semblante. Murió á principios de Mayo, siendo su muerte muy sentida de todos, de los cuales era tenido por santo. Varias veces me comunicó los grandes deseos que tenia de servir á Dios en estas regiones; é ignoro si quiso el Señor castigar á esta provincia de Goa, privándola de tan eminente sugeto, á cuyas oraciones me encomiendo muchas veces pidiéndole ruegue á Dios allá en el cielo por este su indigno compañero.» Tal es la carta del P. Francisco Hurtado, en que refiere la muerte del P. Ignacio Rodriguez; y aunque no indica en ella la fecha, parece lo hizo en otra posterior, diciendo fué en 5 de Mayo. Todo lo que he escrito en esta vida, dice su biógrafo el P. Franco, lo recogí de sus compañeros y contemporáneos, que fueron testigos de vista de sus virtudes, y me complace en extremo haber hecho este pequeño obsequio á tan santo discípulo, de quien fuí maestro en las letras humanas en el noviciado de Lisboa, y en quien reconocí siempre más que ordinarias virtudes. Algunas cosas que de estas virtudes parecen más recónditas, contaba él á algunos que veia inclinados á la virtud en las pláticas particulares, diciéndoles lo que ejercitaba en esta y aquella virtud, y sabia que aquel en cuya presencia lo decia, no tenia otra intencion en ello, sino fomentar la virtud en aquellos que veia propensos á ella con alguna especialidad, sin intervenir en esto género alguno de vanidad ó hipocresía, de cuyos vicios estuvo siempre muy ajeno el P. Ignacio Rodriguez.»—S. B.

RODRIGUEZ (Sor Isabel), franciscana. Ignórase de qué punto era natural, y únicamente se sabe que tomó el hábito en el convento de Veas, dedicado á la Purísima Concepcion, y perteneciente á la Tercera Orden de San Francisco. Fué esta religiosa muy observante en la oracion y en la penitencia, hallándose dotada á la vez de profundísima humildad. Entre todas sus devociones, la tenia muy especial á la pasion de Jesucristo, y cuando se hallaba sola meditando sobre ella, lloraba amargamente y decia tiernas expresiones como si en realidad le tuviera padeciendo ante sus ojos. En estos casos dábase sin piedad con una piedra en los pechos. En la semana santa no

probaba alimento de ninguna clase, desde que ponian el Santísimo Sacramento en el monumento el jueves santo hasta el domingo de Pascua. Entre otras cosas pedia constantemente á Dios que no la diese para morir una enfermedad larga, á fin de no hacer penar ni causar molestia á sus hermanas, porque era más amiga de servir que de ser servida. Oyó Jesucristo su ruego, y queriendo premiarla su devocion, el dia de viernes santo del año 1560, hallándose meditando sobre la pasion, y llorando amargamente segun tenia de costumbre, fué atacada de una repentina enfermedad, que la quitó la vida en aquella misma noche, hallándose en la avanzada edad de noventa años.—M. B.

RODRIGUEZ (Fr. José), religioso trinitario calzado. Nació en Valencia en el año de 1630; desde luego dió muestras de una gran disposicion para el estudio; tomó en 1648 el hábito en el Real convento de nuestra Señora del Remedio. Se dedicó particularmente á la historia literaria del reino de Valencia, en la que empleó más de veinte años en la recopilacion de noticias; imprimió esta obra despues de algunas contrariedades: *Biblioteca Valentina*, continuada y aumentada con el prólogo y originales del mismo autor; Valencia, 1748, en fólio; obra que hubiera inmortalizado su nombre si hubiera estado escrita con mejor método y estilo más correcto y sencillo. Obtuvo Rodriguez los empleos de ministro de los conventos de Valencia, y provincial de los de dicho reino, de definidor de su provincia, de examinador sinodal del arzobispado, y de cronista general de su religion. En 1674 pasó á Castilla para asuntos particulares de su convento, en cuya ocasion trabajó en la recoleccion de noticias. Murió en 28 de Noviembre de 1705. Además de la obra citada, dejó inéditas las siguientes: 1.ª *Crónica de la provincia de Aragon del órden de la Santísima Trinidad.* 2.ª *Purpura Valentina.*—3.ª *Bibliotheca Ordinis Sanctissimæ Trinitatis.*—4.ª *Noticias de la casa de Baviera.*—5.ª *Noticias del Real palacio de Valencia.* D. de M.

RODRIGUEZ (Venerable Juan), presbítero mártir. Fué natural de Andalucía, sin que conste el pueblo, y habiendo seguido la carrera eclesiástica y ordenádose de sacerdote, fué agraciado con el curato beneficio de Hiza, en las Alpujarras de Granada. Cuando ocurrió el levantamiento de los rebeldes moriscos en el año 1568, Rodriguez, temeroso de lo que iba á suceder, se encerró con algunos fieles cristianos en la iglesia el dia 26 de Diciembre, refugiándose en la torre, donde se conceptuaban libres de la saña de sus bárbaros enemigos; pero estos, cuyo furor era tan grande como su crueldad, pusieron fuego á la torre, haciendo perecer entre sus ruinas á todos los que dentro de ella estaban, quedando únicamente el beneficiado con vida. Mas añadiendo los impíos rebeldes la barbarie al desacato, y de-

seosos de dar un satisfactorio espectáculo al pueblo, desnudaron al venerable sacerdote, y se le entregaron á las hembras moriscas, á fin de que estas le asesináran. Aquellas infernales harpías, oprobio de un sexo todo humanidad, todo dulzura, excediendo en rabiosa crueldad á sus impios consortes, sacaron los ojos con puñales al siervo de Dios, y luego dándole palos, tirándole piedras, é hiriéndole el pecho y la espalda con afilados cuchillos, le hicieron exhalar su último aliento. Sufrió Rodriguez con inaudito valor aquel horrendo martirio, ensalzando y glorificando al Señor, ínterin eq uedaba ánimo y valor para ello. Ocurrió su muerte el dia 27 del dicho mes de Diciembre y año mencionado.—M. B.

RODRIGUEZ (P. Juan). Fué tambien apellidado este jesuita Giram por algunos autores, y Girao por otros. Este religioso, que tan célebre se hizo en las misiones del Japon á fines del siglo XVI y principios del XVII, nació en Alconche de Portugal, diócesis de Lisboa, el año 1559. Aficionado desde sus primeros años al estudio y á la vida contemplativa, se decidió á abandonar el mundo por el servicio de Dios en el claustro, y apasionado á la institucion del glorioso español S. Ignacio de Loyola, tomó el hábito en la Compañía de Jesus el año 1576. Ansioso de servir á su religion en los puntos más peligrosos, obtuvo de sus superiores el ir á predicar el Evangelio á los paises más remotos, y el año 1583 se embarcó para el Japon. Pasó muchos años en este reino, entregándose con la mayor aplicacion á aprender la lengua del pais, y habiendo logrado no solo entenderle, sino tambien hablarle con perfeccion, desde el año 1593 estuvo en estado de predicar públicamente el cristianismo, asegurándose por los escritores de estas misiones, que llenó muchas veces las funciones de intérprete cerca de Taikosama, al que fué enviado en 1596 en calidad de embajador de Matías Alburquerque, virey de las Indias. Sea de esto lo que quiera, no puede dudarse de que el P. Rodriguez debió tener algun favor con este príncipe, puesto que al siguiente año se le exceptuó formalmente de la proscripcion general que se dictó contra los misioneros. Pronunciada esta, fué á vivir á Nangasaki con dos ó tres de sus hermanos de religion. En 1598 acompañó al oficial portugués que iba de Macao para entregar al emperador el presente que le ofrecia todos los años el comercio portugués. El P. Pasio nos ha dado los detalles de la audiencia que Taikosama, moribundo á la sazon, concedió al P. Rodriguez, por cuya órden se hicieron grandes honores al misionero, obligándole á asistir á las solemnes fiestas que los grandes del imperio daban para obsequiarse unos á otros segun sus costumbres. Despues de la muerte de Taikosama continuó Rodriguez gozando de la confianza del príncipe que sucedió á este conquistador, de la que se aprovechó para lograr en favor de la mision diferentes beneficios, y despachar favora-

blemente varias negociaciones que le encomendaron sus superiores. La estancia más comun del P. Rodriguez, era en la ciudad de Nangasaki, y en ella continuaba sin tregua el estudio del japonés, confeccionando al propio tiempo una Gramática elemental de esta lengua. La Gramática que compuso en portugués la imprimió el año 1604 en Nangasaki, con permiso del padre Fr. Pasio, viceprovincial, al que ayudaba en el ejercicio de sus funciones.. Raros son en Europa los ejemplares de esta Gramática del P. Rodriguez. Segun un autor, esta Gramática es una obra confusa, prolija y no muy bien metodizada, hecha, como todas las de este mismo género escritas en esta época, sobre la base y plan de las malas gramáticas latinas que se usaban en Portugal. El autor, dice Mr. Abel-Remusat en el articulo que dedicó al padre Rodriguez en la *Biografía universal francesa* de Michaud, descuidó en esta Gramática completamente las diversas escrituras del Japon, y no ha distinguido suficientemente lo que corresponde á la lengua propia de los japoneses, de la que concierne á los chinos, lengua sabia y usual hasta cierto punto entre estos pueblos. La ortografía que ha seguido en la representacion de las palabras japonesas, y la total ausencia de los caractéres originales, para los que el autor no ha establecido regla alguna de transcricion, hacen impracticable el uso de este libro para los que carezcan de nociones de los elementos de la lengua escrita y hablada. Debió conocer el P. Rodriguez los principales defectos de su Gramática, cuando él mismo escribió un extracto de ella, en el que dispuso las materias en mejor órden, suprimiendo los detalles supérfluos, cuyo manuscrito existe en la Biblioteca Real de París, y á cuya vista la Sociedad Asiática, deseando dar á conocer los elementos del japonés, no creyó poder elegir obra más útil que este extracto. A este fin hizo traducir al francés dicho manuscrito, y le imprimió en 1824; empero como el autor habia querido ser útil á sus hermanos de mision que se dedicaban á la predicacion y á la confesion, por cuya razon habia reunido porcion de nociones literarias en su grande obra, se han coleccionado estas y extractado cuanto puede ser de algun interés. Además del *Arte da lingoa de Iapam*, que es el título de la obra de que acabamos de hablar, se conservan del P. Rodriguez muchas cartas escritas entre los años 1604 y 1625, las cuales se han publicado, insertándolas en las colecciones de *Litteræ Japonicæ*. Murió este laborioso misionero jesuita el año 1633, á la edad de setenta y cuatro años. Muchas veces, dice Abel-Remusat, se presenta el apellido español Rodriguez en las misiones del Japon. Vése en ellas al P. Gerónimo Rodriguez, jesuita tambien, que fué gobernador de las misiones del Japon el año 1620, el cual envió el primer misionero al pais de Yezo, y otro llamado Agustin Rodriguez, fraile franciscano que fué de Filipinas al Japon en 1594, con presentes para Taikosama. La historia de las religiones españolas de las

misiones en la India, presentan no pocos religiosos del apellido Rodriguez, que es originario de nuestra península, que le han ilustrado con gloria de su patria en aquellas regiones, por su saber, virtud y santidad, y áun por su martirio, confesando á nuestro Señor Jesucristo y predicando su santa ley.—A. C.

RODRIGUEZ (Juan), sacerdote, natural de Valencia. Fué algunos años religioso jesuita. Empezó á leer gramática en el seminario de S. Pablo de la ciudad nombrada. Trasladóle la religion al colegio de la ciudad de Lérida, y en aquella universidad fué catedrático de retórica. Pero dejó despues la sotana y la cátedra, y vivió en Madrid con hábito clerical. Siendo jesuita imprimió un libro con este título: *Aparato fúnebre que la ilustre ciudad de Lérida mandó disponer en las exequias que celebró á la S. C. R. Majestad del rey Filipo* el Grande, *cuarto de Castilla y tercero de Aragon*; en Barcelona, por Antonio Lacaballería, 1666, en 4.° Rodriguez advierte que en la página 97 hay una elegante *Oracion latina*, que dijo en aquellas exequias el mismo escritor.—A. L.

RODRIGUEZ (Venerable Fr. Juan de la Cruz). Tomó el hábito de religioso descalzo de la Santísima Trinidad en el convento de Madrid, y empleó su vida en el ejercicio santo de las virtudes, que le hicieron venerable á sus hermanos, y su encendida caridad le ofreció víctima de la salud de sus prójimos. El año de 1648 acaeció en Murcia el cruel azote de la peste; y hallándose este religioso en la edad de treinta y tres años, y secretario general de la religion, consiguió, á costa de mucha solicitud, ir á asistir á los apestados en compañía de otros cinco, de quienes fué nombrado presidente. Entró en la ciudad con un crucifijo en las manos predicando penitencias, y diciendo á lo que venia con las palabras del Bautista: *Pœnitentiam agite, appropinquavit enim regnum cœlorum*, y cuando llegó á la plaza, ya le seguia innumerable pueblo. Desechando luego el descanso estos religiosos, dieron principio á su tarea sirviendo á los apestados en los ministerios espirituales y corporales, hasta que al cabo de un mes, herido Fr. Juan de la peste, conoció su cercano fin, y aunque agravado de la dolencia pestilencial, acudia á los enfermos. Dijo Misa en el mismo dia que murió, y acabó exhortando á sus compañeros y demás circunstantes á servir á aquellos miserables ciudadanos. Fué el fin de su vida á 17 de Julio de 1648; y le dieron honrosa sepultura en la iglesia de S. Juan de Dios, no permitiendo el gobierno que fuese enterrado con los demás apestados su cuerpo. Tuvo otros tres hermanos religiosos de varias órdenes y tres hermanas monjas Carmelitas descalzas.—A. y B.

RODRIGUEZ (Venerable Sor Juana), religiosa franciscana. Nació esta virtuosa niña en la ciudad de Toledo, fecundo solar de santos, há-

cia el año 1437. Sus padres eran nobles, piadosos y ricos; habiendo pasado muchos años este matrimonio sin tener sucesion, hicieron voto á la madre de las gracias María Santísima, de que si atendia á sus piadosos ruegos, y concedia sucesion á su casa, celebrarian todos los años con fiesta solemne su Purísima Concepcion, y fundarian en honor suyo un colegio donde se educasen y criasen doce niñas pobres hasta que se hallasen capaces de elegir estado. Concedida la súplica por la clemente Señora, se hallaron con la posesion de su hija, considerándola como un don que les enviaba del cielo la divina misericordia, lo que muy bien pudo echarse de ver porque se anticiparon en aquella niña, tan apresuradamente y tan á competencia, la razon y la gracia en producir sus frutos, que ántes que pudiese romper la naturaleza en vicios y pasiones ya estaba prevenida y enriquecida de virtudes y dones celestiales. Aun en su misma infancia la manifestaba Dios los sagrados misterios de nuestra fe católica, quedando para explicarlos dos veces muda, una por lo inefable de su grandeza, y otra por el impedimento de la infancia. Teniéndola Dios así preparada, y cautiva de su amor con la dulzura de sus finezas hasta la edad de siete años, determinó sacarla del estado de párvula en el espíritu, elevándola por la participacion de su cruz á más eminente grado de santidad. A este fin, estando oyendo misa un sábado la devota niña, toda absorta en la contemplacion de los sagrados misterios que en ella se representan, vió que de la hostia consagrada salia una mano con una cruz que se la entregaba para que la recibiese y guardase en su seno como preciosísima joya. Admitióla llena de gozo, pero habiéndosela representado al mismo tiempo con toda claridad los trabajos que se la intimaban en la entrega y posesion de aquella tan preciosa cruz, desmayó la naturaleza y cayó en tierra trastornados y perdidos los sentidos y falta de fuerzas. Confortada á pesar de aquel desvanecimiento con la virtud divina, abrazó su cruz muy apretadamente, ofreciéndose á padecer, contando con su intenso amor, cuanto determinase la Providencia Divina acerca de ella. Poco despues de esta vision tuvo la de otra cruz, tan grande, que con el extremo inferior tocaba en los abismos, y con el superior en los cielos. Y habiendo entendido que en esta cruz se significaba la grandeza é inmensidad de la de nuestro Señor Jesucristo, quedó desde este dia tan humillada y devota de su pasion sacrosanta, que en reverencia de ella, repetidas veces se ofrecia á llevar gustosa su cruz, en imitacion y compañía de su divino dueño, y gastaba en la contemplacion de sus penas dias y noches, padeciendo en su meditacion éxtasis tan admirables como frecuentes. No obstante que se hallaba tan engolfada en el mar de la devocion y de la vida del espíritu, cuando llegó á la edad competente, rendida del todo á la obediencia de sus padres, tomó el estado de matrimonio sin entibiarse ni áun levemen-

te en los fervores de su santa vida. Sin embargo, queriéndola Dios toda para sí, sin la division de aquella parte de amor que debe á su esposo la mujer casada, desató este lazo con la muerte del consorte á los pocos años de matrimonio, en el que no tuvieron hijos. Por este tiempo fué cuando la venerable Madre María la Pobre, separándose de la vanidad humana, se vistió el penitente saco del seráfico P. S. Francisco, en su Orden Tercera de Penitencia, y movida de tan poderoso ejemplo la venerable Sor Juana, abrazó la heróica resolucion de seguirla en todo, como lo ejecutó con valentísima constancia, hasta que finalmente tomó con ella el hábito de religiosa en la fundacion del Real convento de Sta. Isabel de Toledo. A consecuencia de este paso, de la vida que hizo en el siglo por todo el tiempo de su viudez, no puede decirse otra cosa sino que acompañó con gran fineza á su santa maestra y madre en la tolerancia de sus desprecios, en la alegria de sus persecuciones, en el desprecio de las vanidades, en el desprendimiento de las riquezas, en la frecuencia y extremo de los ayunos, en la penalidad de su total descalcez, en la crueldad de la disciplina, en la asperidad de los silicios, en lo prolongado de las vigilias, en la dureza de la cama, en el ejercicio de la misericordia con pobres y enfermos; en la asistencia á los divinos oficios; en la constancia y fervor de su oracion; y finalmente, en la ardientísima caridad y amor de Dios y del prójimo. Verdaderamente fué un eco vivo y perenne de la gran sierva de Dios María la Pobre, de quien fué discípula y súbdita al mismo tiempo que compañera, y de tal manera la copió el espíritu por la imitacion de sus virtudes, que es difícil el resolver si efectivamente fué imitacion ó identidad. En el estado de religiosa, llevando adelante este mismo espíritu, hizo tan admirables progresos en las virtudes, que colocada finalmente sobre el monte de la santidad, más que cercana al cielo parecia ciudadana suya, y como tal gozaba de frecuentísimas visiones y revelaciones celestiales. Del amado evangelista S. Juan tuvo muchas apariciones, y en premio de la ardiente devocion con que le obsequiaba la dictó altísimas doctrinas, que despues escribió Sor Juana con el prodigio de no haber jamás aprendido ni sabido escribir; por lo que se guardan estos papeles con mucha veneracion y cuidado en el archivo del mismo convento. Pocos dias ántes de morir la sierva de Dios, el enemigo comun, para desmayarla la confianza, se la apareció en la oracion, revestido de horrible figura con un libro en la mano, dándola á entender que aquel era el registro en que la multitud de sus pecados llenaba todas las hojas. En esta tribulacion invocó la venerable Juana el auxilio de la Madre de las misericordias, que socorriéndola prontamente con su adorable presencia, ahuyentó al enemigo, y la dejó asegurada en la esperanza de su felicidad eterna. Poco despues de este suceso, llena de heróicas virtudes y divinas conso-

laciones, puso fin á la carrera de sus dias con una muerte preciosa en la fiesta de la Epifanía del año de 1505 en el mismo convento de Sta. Isabel de Toledo, donde se conserva fragante el buen olor de su santa fama. — A. L.

RODRIGUEZ (Venerable Fr. Lorenzo). Fué hermano del venerable Don Fr. Melchor Rodriguez, obispo de Rose, en Irlanda, y el primero ó segundo religioso que tomó el hábito en el convento de la Merced Calzada de esta Corte. Vivió muchos años en el convento de Toledo, en cuya ciudad era muy amado y respetado de todos por su virtud. Fué más frecuente en el confesonario y coro que en su celda. Era Padre espiritual de todos los prebendados y canónigos de aquella santa iglesia, muy celoso de las ceremonias y reglas del divino oficio, enemigo capital de toda ociosidad, y así lo que le sobraba de sus tareas, lo empleaba en leer libros devotos y otros ejercicios santos. Cosia sus hábitos y los de los religiosos pobres, y llamábanle todos el abuelo, teniéndole y respetándole por padre. Llevósele el Señor colmado de virtudes por el año de 1632, de noventa años de edad, en Toledo con grande sentimiento de toda la provincia, como lo dice el P. Fr. Gabriel Tellez en su Crónica, Ms. fólio 390. — A. y B.

RODRIGUEZ (Fr. Luis), franciscano español de la provincia de la observancia regular del santo Evangelio de Méjico. Fué este religioso uno de los misioneros más distinguidos que en su siglo contaron las regiones del Nuevo Mundo, y cuyos grandes trabajos merecen muy bien ser tomados en cuenta por la posteridad. Apénas llegó á aquel país se dedicó con el mayor celo y afan á aprender el idioma de los naturales, convencido de que este era el único medio de poder dirigirles la palabra de modo que le entendiesen, obtener entre ellos alguna popularidad, y hacerse un nombre áun entre los mismos religiosos. Consiguiólo con facilidad, y entónces fué cuando comenzó sus tareas apostólicas. Hízolo con los mejores resultados, y los indios le cobraron tal cariño y afecto, que le miraban como un verdadero padre, título que procuró merecer siempre, prestándoles grandes é importantes servicios, y haciendo, en lo que le era posible, más llevadera su suerte. No contento con esto, y ora por consejo de sus superiores, ya á peticion de sus mismos compañeros que sabian cuán grande era la facilidad con que hablaba y escribia el idioma mejicano, se consagró á componer obras en esta lengua, destinadas unas á los mismos indios para facilitarles el aprender los elementos de la religion cristiana, y otras para los misioneros con el objeto de que pudieran enseñárselos tambien con alguna comodidad. Tradujo además muchas obras religiosas de reconocida importancia, pudiendo decir que con los trabajos de este y otros misioneros el idioma mejicano poseyó una rica y variada literatura ascética, que puede compararse con la de los mejores idiomas europeos. Estas obras se han perdido por desgracia lo mis-

mo que aquella lengua, de manera que no puede formarse hoy una idea acertada del mérito de las sabias y profundas investigaciones de estos laboriosos escritores, lo que sería muy útil para los estudios lingüísticos. Entre las muchas obras que compuso ó tradujo Rodriguez al idioma mejicano, las más conocidas son las siguientes: *Los Proverbios de Salomon* y otros muchos *fragmentos de la Biblia.* — *De contemptu Mundi, aureum opus*, cuyos últimos capítulos publicó corregidos Fr. Juan Bautista, guardian agente del convento de Tetzavani de la misma provincia. — Varios volúmenes de *Sermones*, impresos tambien por el referido guardian, juntamente con otros tratados. — *Catecismo* breve en el mismo idioma con otros *Sermones*. — S. B.

RODRIGUEZ (Fr. Luis), religioso franciscano, natural de Noya en el reino de Galicia, fué lector de sagrada teología en su Orden y publicó: *Dialecticæ Aristotelis Compendium, commentaria et plures articulos super Logicam Joannis Duns. Scoti;* Salamanca, por Antonio Ramirez, 1624. Dejó otros tres volúmenes sobre *Física y Metafísica* que tenia preparados para la prensa, pero que no llegaron á ver la luz pública. — S. B.

RODRIGUEZ (D. Luis García), obispo de la santa iglesia de Orense, segundo de este nombre. Sucedió á D. Diego de Zúñiga y Sotomayor. El prelado D. Luis fué varon insigne en virtud y letras, y muy conocido por ellas y por su afluencia y buen decir. Fueron sus padres Juan García y María Rodriguez Ponce, nobles montañeses; se bautizo en la parroquia de S. Marcial. Hizo sus primeros estudios en Leon y los superiores en Salamanca, saliendo con gran brillantez en todos los actos, y siendo admirado y celebrado por su aventajado y lucido ingenio. Se opuso al canonicato doctoral de Oviedo, y se le llevó atendiendo á su gran superioridad sobre los demás cooopositores. En su universidad tuvo las cátedras de clementinas, sexto y vísperas, donde fué muy aplaudido por su elocuencia y facilidad en el buen decir; pasados siete años, hizo oposicion al canonicato doctoral de la santa iglesia de Avila, y habiéndola ganado, sirvió aquella dignidad por espacio de catorce años. Fué llamado y escogido para ser confesor del muy religioso y Real convento de la Encarnacion de Madrid. Y el rey D. Felipe IV, habiéndose informado de sus grandes prendas, virtudes y saber, le presentó para la iglesia de Orense, en 14 de Setiembre de 1633. Su Santidad el pontífice Urbano VIII, pasó y concedió la gracia en 23 de Enero del año de 1634. D. Francisco Sanchez, obispo de Canarias, le consagró en el convento de la Encarnacion el dia 21 de Setiembre del mismo año 1634, y asistieron á la consagracion los obispos de Urgento y el de Siria. Entró en su iglesia de S. Dionisio Areopagita. A 20 de Abril del año siguiente celebró sínodo, y dió á todo su clero constituciones muy saludables y religiosas. En Orense dotó una Misa cantada el dia de la Exaltacion de la Santa Cruz. Tambien dotó

otras Misas, y dió á su sacristía un bellísimo terno. Fué promovido, á los dos años, para la iglesia de Astorga á 9 de Febrero de 1637, y entró en su iglesia en 4 de Junio. La primera estacion fué el dar principio á la visita detenida de su cabildo, que hacia cuarenta y cinco años que no se visitaba, tratando siempre de establecer en él el mayor órden, y siendo muy justo y riguroso en la distribucion de fondos, teniendo gran celo para que no se malversasen ó distrajesen, en perjuicio de las obras de caridad y obsequio del culto divino. No contento con todas estas providencias y medidas, celebró tambien sínodo, puesto que hacia igualmente cuarenta y cinco años que no se habia celebrado. Murió un domingo, á las nueve de la mañana del dia 18 de Abril del año de 1638, siendo muy sentida generalmente su pérdida por sus altas prendas, y el gran nombre que le habian granjeado sus virtudes, suficiencia y caridad. Su sucesor fué D. Juan de Velasco y Acebedo.—A. L.

RODRIGUEZ (P. Manuel), jesuita portugués, natural de la villa de Viana, en la provincia de Alentejo, misionero de grande espíritu y de excelentes virtudes. Llamábanse sus padres Simon Rodriguez y Catalina Diaz. Entró en la Compañía en Lisboa á 20 de Enero de 1642, é la edad de diez y siete años. Deseoso de consagrar su vida á la conversion de las almas, pasó á la India en 1647, pocos años despues de la conclusion de su noviciado. El P. Rodriguez residia ya en la mision de Madeira en 1663, donde trabajó con grande espíritu cerca de veintidos años, y hubiera continuado trabajando el resto de su vida, si no le hubiese ocupado la obediencia así en la provincia de Malabar como en la de Goa. Dió comienzo á sus trabajos apostólicos en la residencia de Candahar. Reinaba entónces allí grande quietud, sin que los gentiles molestasen al Padre ni á los cristianos. Entre otras converiones que hizo, fue muy notable la de un jefe pagano que padecia una terrible enfermedad: ora le privaba de los sentidos, ora de los miembros y siempre hacia tales contorsiones, que se le suponia endemoniado; unos le tenian por energúmeno y otros lo atribuian á enfermedad natural. Hizo el Padre varios gastos con los médicos é idolos, pero todo sin provecho alguno. Viéndose con su caudal perdido sin mejora de enfermedad, fué á verse con el beato Rodriguez por consejo de algunos cristianos. En el camino padeció terribles accidentes, procurando sin duda el enemigo impedir que fuera á verse con el Padre. Llegó finalmente ásu presencia vencido todo género de obstáculos, y fué un suceso maravilloso, que aplicándole el Padre el santo Crucifijo, se sintió aliviado del mal que le atormentaba. Fué instruido en la fe y bautizado despues, cesando la fuerza y los extravagancias del mal, continuando solo lo que era enfermedad de la naturaleza. Procedió como fervoroso cristiano y terminó su vida natural con señales de entrar en

la eterna. En 1666 tuvo á su cargo la residencia de Mulipasi, que era un vasto distrito, porque además de lo que comprendia en otros rumbos, solo hácia el Sur era de tres dias de camino. La mayor parte del año le empleó en largos viajes, visitando por órden del P. Provincial las residencias de que consta la mision. Fueron muchos los trabajos que padeció en aquellos caminos, entre ellos le visitó el Señor con uno tan grande, que fué particular merced del cielo salir con vida. Aconteció que volviendo el Padre de Satiamangalan á su residencia, encontró los caminos interrumpidos por la guerra, porque el Nayque de Maduré habia decidido castigar á algunos señores vasallos suyos rebeldes. Creyó el Padre que podria pasar segun le habian afirmado algunos cristianos de aquel pais. Llegó el Padre á un lugar el dia de S. Luis Gonzaga, donde creia haber mayor seguridad, pero en donde encontró mayor peligro, porque rezeloso del Nayque el señor de aquel pais, mandó vigilar los caminos y matar á cuantos transitasen. Quiso el Señor que ántes de llegar al pueblo donde se encontraban los soldados, le llamasen para un enfermo que estaba espirando sin haber recibido el santo bautismo; administrósele y en esta demora tan provechosa para aquella alma, fué la fortuna del Padre de escapar de la muerte. Acabado de administrar el Sacramento siguió su camino, y encontró á un soldado cristiano que le dijo no pasase adelante, porque se habia enviado órden para que le buscasen y quitasen la vida. Con este aviso se retiró el Padre á una fortaleza en que se hallaba ya el Régulo, acompañado de algunos cristianos que le servian de soldados y le habian salido al encuentro. Pero temeroso de lo que le pudiese sobrevenir, no teniendo seguridad alguna en aquella gente, se quiso ocultar en un bosquecillo, como sin duda lo hubiera hecho, si no le hubiese visto un Badaga, que despues de preguntarle quién era y adónde iba, le notificó que fuese á la presencia del Régulo. Quedó entonces el Padre solo con uno de los soldados cristianos, porque todos los demás le habian abandonado. Parecióle al Padre que hablando con el Régulo y certificado de quién era, no le haria desacato alguno. El Badaga le condujo hasta la puerta de la fortaleza; pero por más instancia que hizo, ni este ni los que allí se encontraban le quisieron permitir la entrada. Era mucha la gente que salió á ver al Padre, y no faltaron algunos que le recibieron con palabras afrentosas. Fué el Badaga á hablar con el Régulo, diciéndole lo que le pareció, de manera que el Régulo quedó certificado de que el Padre llevaba mucho oro, por lo que dió una sentencia condicional, como lo manifestó despues el efecto; que si era así como le habian dicho, le matasen, lo mismo que á sus criados, y que de lo contrario le dejasen ir en paz. Con esta resolucion salió de dentro el Badaga, que dijo en secreto á los soldados lo que debian hacer conforme á la órden del Régulo. Quiso el Padre quedarse aque-

lla noche en la fortaleza, pero no se lo permitió. Dijéronle que volviese por el mismo camino por donde habia venido. Salieron despues dos soldados y le fueron guiando á un matorral donde debian ejecutar la órden del Régulo. De estos dos soldados, el uno era cristiano, el cual acercándose á uno de los criados del Padre, le dijo en secreto cuanto pasaba, y que por lo tanto cuidasen de sus almas, porque estaba próxima su muerte. Creyó el Padre el aviso por ser cristiano el soldado; confesó á los criados y se preparó él para morir. Llegaron al matorral, donde salieron ocho ó diez soldados, que cayeron luego sobre ellos, y no encontrándoles más dinero que algunas monedas de las más pequeñas de aquel país, admirados de encontrarles tan poco, comenzaron á mirarse unos á otros. Quitaron á los moros las arracadas de oro que llevaban en las orejas, conforme á la costumbre de aquel país, pero le dejaron al Padre las suyas porque eran de poco valor. Uno de los soldados dijo á los otros que cortasen la cabeza al Padre y á sus moros; quien oyendo esta sentencia se puso de rodillas sin más demora con las manos levantadas al cielo y ofreciendo el cuello al filo del cuchillo. Los criados hicieron lo mismo siguiendo su ejemplo. ¿A quién no enternecerá esta accion que enterneció hasta á los mismos gentiles? Porque uno de ellos, que dijimos ser el principal, á quien estaba encomendada aquella comision, viendo que quien así se ofrecia á la muerte no podia ménos de ser religioso de buena vida, le dijo que se levantára, porque no habia de ejecutar en él semejante sentencia. Como el Padre habia dado crédito al cristiano que le dijo que habia órden para que todos fuesen muertos, continuó en la misma postura, lo cual visto por el pagano, se levantó y cogiéndole del brazo le hizo sentar á su lado. Pero luego con gran desenfado le comenzó á preguntar ¿para qué servian unas medicinas que habian encontrado entre su equipaje? Respondióle el Padre sinceramente su objeto, pues su fortuna habia sido que al registrarlos no habian dado con un cáliz de cobre, que tenia la copa de oro, porque si le hubieran visto, hubiesen creido que era todo de oro y los hubiesen matado. Despidiéronle despues dándole dos soldados para escolta, que le acompañasen hasta pasar un rio. «Aquella noche, dice el mismo Padre en una carta, tan ligeros de carga como de estómago, porque éramos cinco y no habia arroz ni para uno, ni teniamos con qué comprarle; pero dando gracias á Dios por habernos librado de la muerte. Al dia siguiente caminamos hasta ponerse el sol al lado del rio Caveri, llenos de agua y muertos de hambre, que no satisfacimos hasta la noche al llegar á casa de unos cristianos, que no sin lágrimas oyeron lo que nos habia acontecido.» Esto es lo que dice el Padre despues de escapar de aquel trance, que de estos y por esta causa padecen mucho los misioneros en aquellas tierras; porque como aquellos bárbaros no conocen el valor de las almas, que van allí á granjear los mi-

sioneros, persuádense que poseen grandes tesoros, sin que la continua experiencia les acabe de desengañar. Hallándose sin religiosos la residencia de la ciudad de Maduré, se convinieron en servirla los PP. Andrés Freire y Manuel Rodriguez. Este pasó muchos trabajos en los caminos, porque tuvo que andar por ellos en invierno, que allí son mucho más penosos que en otros países. Asistia á los cristianos de noche, por ser lo contrario muy expuesto en aquel país, por ser los cristianos de castas inferiores y muy grande la exposicion si los hubieran visto tratar los gentiles con semejante gente. En esta ocasion hizo muchas notables conversiones, de las que solo referiremos una, por ser de un gran enemigo de los misioneros, así para perseguir á los cristianos, como para celebrar con grande aparato las fiestas de los ídolos. Atacóle una cruel enfermedad, en que llegó á tal estado, que ya daban sus parientes órden para encender la hoguera en que le habian de quemar. Llegó en aquella sazon á la ciudad en que habitaba un catequista; suplicáronle los cristianos que fuese á ver á aquel hombre, porque habia dado ya palabra de aprender los misterios de nuestra fé si se veia libre de su enfermedad. Se hallaba en el último extremo. Aseguróse el catequista de su voluntad, díjole las cosas necesarias en tal conflicto, invitándole á hacer actos de fe, esperanza, caridad y contricion, y le dilató el bautismo hasta el último trance, si no aflojare el mal. Pero fué Dios servido de ir luego viendo su mejoría, de manera que al tercer dia se encontró enteramente sano, y siendo competentemente instruido, le bautizó el P. Manuel Rodriguez, poniéndole por nombre Javier. En la residencia de Maduré hizo este Padre muy grandes servicios. Hallábase en aquel tiempo aquella ciudad muy decaida de su antigua opulencia por haber el Régulo mudado á otra parte la corte. Acudia desde allí el Padre á los cristianos de otras provincias anejas á esta residencia, porque además de la de Maduré tenia la de Utamapalian, tres dias de camino de oriente á poniente, y otros tres ó cuatro de distancia á otras provincias. Siendo muchas las dificultades para recorrerlas las que aumentaron en el tiempo que estuvo allí el P. Manuel Rodriguez por razon del hambre, robos, guerras é injusticias que habia en todas aquellas provincias. En medio de tantos infortunios no dejó de coger el buen fruto de sus trabajos, aunque no tan copioso como en los años de bonanza. Todo lo cual declara el Padre en esta carta que escribió al Rdo. P. Andrés Freire: «Presentes deben estar en el ánimo de V. R. las calamidades que este año pasado sobrevinieron á este reino en general y muy en particular por esta parte, porque áun prescindiendo del hambre, que fué tal, que dudo si de las tres partes de los moradores quedó una en esta provincia, que no la abandonase; fueron y áun son hoy tantos los desafueros, y á falta de los enemigos de fuera, tantos los de dentro, que nadie puede decir estoy seguro. Los minis-

tros Reales, por una parte, y estos son los más dañosos, los marabés por la otra, y los ladrones por todas, y todos á quien más ha de robar. Esto es lo que ocurrió acá el año pasado y áun el presente, pero no obstante estos obstáculos hice dos viajes desde aquí á las tierras del Sur. No puedo ir á Utomapaleam, por lo que he enviado allí á un catequista, que despues de dos meses de residencia, volvió con gran dificultad, habiendo hecho muy poco ó ningun fruto, así por causa del hambre, que hace muchos años dura en aquellas partes, como tambien por razon de la guerra que hace tanto tiempo que anda muy cruel entre aquellos régulos, sin tener nunca fin. En esta tierra no se hace ninguna nueva conversion, ni veo señal de poderse hacer, salvo si Dios nuestro Señor, á quien todo es fácil, obra alguna nueva maravilla, ó de otro modo que él solo sabe y nosotros no alcanzamos. Las dos veces que fuí á las tierras del Sur bauticé ciento sesenta y cuatro personas, no entrando en este número las que en la hora de la muerte, recibiendo el sagrado bautismo, fueron al cielo.» Habia en aquel tiempo grande falta de misioneros, por haber espirado muchos ahogados con el grande trabajo que tenian sobre sus hombros. Por esto se aumentó tambien el peso á los que quedaron con vida. Trabajaba este Padre como si por sí solo equivaliese á muchos obreros. Entre otras conversiones que hizo en aquel país, fué muy extraordinaria la de un mercader gentil, que dejando su trato, comenzó á vivir como hombre penitente ó espiritual, segun su secta ó sectas, porque fueron varias las que siguió en el espacio de veinte años que llevó esta vida, la cual acompañó con las extraordinarias penitencias que hacia, áun prescindiendo de los ayunos y penitencias, porque eran rigurosas, pues pasaba dias enteros y á veces muchos seguidos sin comer nada; vivió catorce años con su mujer como si fuesen hermanos y no casados, cosa rara entre semejantes penitentes, á quienes permite su secta tener dos y más mujeres, por parecerse de este modo más á sus dioses, de quienes predican tuvieron muchas, por no bastarles solo una, para con tales ejemplos desfigurar su incontinencia. Pero todo este rigor y todo este método de vida, que hacia más bien para que le estimasen que en obsequio de sus dioses, para agradarlos; porque no haciendo caso alguno de ellos ni de los ídolos, en que son adorados como divinidades, solo trataba de exaltarse á sí, como si fuese el dios entre los ciegos, porque por tal le tenian ó veneraban. Este hombre, que con máscara de virtud y penitencia encubria una miseria luciferina dentro de su corazon, llevado de ella blasfemó un dia de Dios delante de un cristiano. Este le reprendió con grande celo, y habló con él sobre algunos misterios y cosas de la ley de Dios, que no sabia aquel hombre, y lo hizo con tan buena fortuna, que tocándole Dios en el corazon, se resolvió á aprender los misterios de nuestra santa religion. Explicóselos con cautela como se acos-

tumbra con semejante gente, empleando un año entero en probarle en la fe, y en proponerle los divinos misterios que encierra. Era este hombre muy docto en su secta, y por esta razon fueron muchas y grandes las dudas que propuso para alcanzar mejor la verdad, como él decia. En fin, resueltas todas sus dudas y abrazando la ley de Dios de todo corazon, el que era ántes pagano se hizo predicador del Evangelio, manifestando grande celo de que conocieran todos á Dios. Por lo que no solo á su mujer, sino á todos los de su familia, exhortaba á hacerse cristianos, dándoles consejos saludables. No hacia caso alguno de su cuerpo, teniéndole tan debilitado por los rigores antiguos, que no pudiendo tenerse en pie, era necesario que le levantasen dos personas. Hízose llevar en esta forma delante del P. Manuel Rodriguez, cuando fué á visitar á los cristianos del Sur, donde estaba esperando con grande ánsia el sagrado bautismo, que recibió de mano del Padre, y fué con tan grande fe, que el Padre le dió luego la sagrada comunion, pareciéndole que no podia durar ya muchos dias con vida; y asi sucedió, porque á los cinco, despues que se bautizó pasó de esta vida, obrando Dios en su muerte grandes maravillas, porque dos dias ántes de morir dijo á su mujer, que solo viviria aquellos dos dias, y que no lo dijera á nadie hasta que espirase. Apénas espiró, notaron los circunstantes que apareció en su rostro una luz y hermosura extraordinaria. Vieron además de esto una grande claridad, con lo que se persuadieron que amanecia por ser entónces la madrugada; pero desapareciendo poco despues, quedó tan oscuro como ántes, no amaneciendo hasta despues de una hora. ¡Feliz hombre por cierto, que en medio de tanta y tan envejecida ceguera así supo abrazar la verdad, y salió luego del peligro de volverla á perder! Ciertamente que si el P. Manuel Rodriguez no hubiera alcanzado otro premio en sus largas navegaciones y vida tan penitente más que hacer esta conversion, todo lo hubiese dado por bien empleado con semejante consuelo. Lo demás que padeció y trabajó en aquella residencia, lo refiere el P. Rodriguez en una de sus cartas con estas palabras: «Al principio del año 1674 esperé en Maduré al P. Provincial, conforme á su órden, porque se queria ver allí conmigo y con los demás Padres de la mision que pudiesen venir. Despues que salió el P. Provincial de Maduré para la costa de Pescaria, fuí yo, aunque tarde, á visitar á los cristianos que hay en Maduré por la parte del Sur, porque no haciéndolo entónces temia no poderlo hacer en mucho tiempo, como sucedió despues que pasó un año entero sin poder hacer aquel viaje. Partí despues de Maduré en el invierno, y al llegar al primer puerto, avisé á los cristianos de mi viaje. Despues de administrarles los sacramentos, me vino á preguntar un catequista que habita en aquella provincia, y entónces se le habia desterrado injustamente á una poblacion junto á las sierras del Malabar, sitio poco acomodado para ejercitar

nuestros ministerios; pero como se hallaba próxima la fiesta de Navidad, me resolví á ir con él á aquel lugar por no tener otro. El primer dia llegué á la fortaleza de Caetarro, ya de noche, y confesando en ella á los cristianos que allí habia, y dándoles la comunion, partí á la madrugada, haciendo á pie el resto del viaje por caminos llenos de agua y de lodo, además de estar infestados de bandidos que andaban robando y tenian atemorizada toda aquella comarca. La noche siguiente la pasamos en casa de un cristiano, y partí ántes de amanecer con el mismo rezelo que el dia anterior, á pesar de lo mucho que llovia, dejando dicho á los cristianos que fuesen á buscarme al lugar para donde caminaba. A esto se añadió el tener que pasar por poblaciones y lugares donde tenemos grandes enemigos, y el sitio que era el fin de mi jornada era una poblacion en que habia muchos bracmanes, los mayores enemigos que tiene la ley de Dios, y los más soberbios que hay en estas tierras; por esta razon nos fué tambien necesario entrar de noche en aquel pueblo, donde los cristianos nos recibieron con grande consuelo y alegría. Despues de llegar allí hice un altar en una casilla de paja que me prestaron, y arreglé con la posible decencia todo lo necesario para decir misa. Asistieron los cristianos que confesé allí, y á los cuales dí la sagrada comunion, pero no pudieron ir todos, porque se lo impidió la lluvia, que cayó sin cesar por espacio de más de ocho dias. A consecuencia de este tiempo, que era muy desigual por razon de las lluvias y grandes frios, caí enfermo con dos cristianos que me acompañaban; pero fué Dios servido que en aquel sitio, donde no tenia médico ni enfermero, ni las comodidades que un enfermo acostumbra á tener en nuestros colegios, sané casi de repente, pudiendo asi ayudar á aquellos cristianos de los cuales vinieron á confesarse los que se hallaban más léjos apénas cesó la lluvia. Hallándome yo en aquella poblacion, aconteció que en una de las octavas de Navidad, despues de haber dicho Misa, advirtieron los cristianos que cerca de la poblacion pasaba mucha gente de guerra, que manifestaba ser en número de unos doscientos hombres; y observándolos atentamente, comprendieron que era el ladron arriba citado, que habia robado una poblacion cercana muy rica y asesinado á mucha gente, y lo mismo hubiera hecho en aquella si no la hubiera libertado el Señor, porque en aquella ocasion conforme me dijo un soldado cristiano que lo sabia, traia tambien intento de robar aquel pueblo. Apénas supieron los moradores qué clase de gente era aquella, apénas los vieron acercarse, se marcharon todos, y yo tambien con ellos, porque temian el daño que pudieran hacerles. Yo dí muchas gracias á Dios, porque me libró con aquellos cristianos de aquel peligro tan grande.» De la residencia de Maduré pasó el P. Manuel Rodriguez á la de Varugapati, que por la falta de los misioneros hacia muchos años estaba casi abandonada, aunque re-

servadamente la asistian los Padres que tenian cuidado de las demás. Despues que el P. Manuel Rodriguez, siendo superior de toda la mision, comenzó á asistirla, comenzaron tambien á concurrir los cristianos que hacia mucho tiempo no habian recibido los santos sacramentos. Eran tantos en número, que se necesitaban cuatro ó cinco Padres para confesar todos los que allí se presentaban; hubo tambien muchas conversiones en los pocos meses que asistió entónces en Varugapati, en que pasaron de cuatrocientas. Por ser muy pequeña la iglesia que allí habia para tan grande concurso, trató el Padre de hacer otra mucho mayor con la ayuda de los cristianos, que siendo gente pobre, trabajaron en ella con tanto ardor, que se acabó brevemente con grande consuelo de todos y pesar de los enemigos de la fe. El Padre celebró en ella con sus cristianos la fiesta de Pascua. Pero con la llegada de un grande ejército, que invadió aquella provincia pocos meses despues, no solo la iglesia, sino tambien el P. Manuel Rodriguez con algunos otros Padres que se encontraron entónces allí, corrieron grande riesgo entre aquellos bárbaros. Fué el caso que entrando el Sabagi pacíficamente en aquellas tierras, y publicando la fama que no haria daño alguno, ni consentiria lo hiciesen sus soldados, castigando severamente á aquellos que cometiesen culpas áun las más leves; todos permanecieron en sus casas sin el más pequeño temor, haciendo lo mismo el P. Manuel Rodriguez con los otros Padres. Pero el efecto manifestó lo contrario de lo que habia divulgado la fama, porque apénas asentó el Sabagi su campo, salieron los soldados de caballería á buscar paja, no contentándose con la que encontraban en los pajares, deshacian tambien las casas que eran de la misma materia. Llegados á la iglesia, que estaba cubierta de paja nueva y reciente, la comenzaron á destechar, y no contentos con esto, querian llevar presos á los PP. Manuel Rodriguez, Andrés Freire y al venerable Juan Brito que se hallaban allí, diciendo eran gente que habia huido de la derrota acaecida poco ántes en el reino de Ginja. Viendo los Padres la sinrazon de aquellos hombres, cuyas lenguas no comprendian, como tampoco ellos á los Padres, del modo que pudieron les dieron á entender eran religiosos penitentes, que no tenian trato alguno con sus enemigos. Dándoles crédito al fin uno de ellos, que parecia el principal, no solo no se hizo lo que intentaban los otros, sino que haciéndoles una cortesía les dejó libres, llevándose á los soldados. Entónces los Padres, para no tener otro encuentro semejante, se retiraron á un lugar más seguro, dejando á la ventura aquella casa y la iglesia de Dios, quien la guardó no solo aquella vez, sino tambien la segunda, cuando volvió el ejército de Sabagi para ir á caer sobre Tanjaor. No por esto escaparon las personas de aquella provincia, porque corretearon la mayor parte de ella para sustentar los caballos, ocasionando á los cristianos grandes pérdidas y

continuos sobresaltos, por cuya causa se retiraron á los montes con sus familias. En esta ocasion les siguió tambien el P. Rodriguez, sufriendo grandes incomodidades, así por la falta de lo necesario para vivir, como por verse obligado á habitar en cavernas. De esta manera así las ovejas como el pastor anduvieron durante algun tiempo por aquellos montes, hasta que amainando las inquietudes volvieron á sus casas. En la misma sazon en que estuvo turbada aquella residencia por las armas de Sabagi, tuvieron tambien los cristianos que sufrir otros grandes trabajos. Habitaba en aquellas inmediaciones un mancebo cristiano, hombre de grande fe, llamado Javier. Tuvo éste grande amistad con un gentil, y le persuadió en la última enfermedad que se hiciese cristiano: accedió, le bautizó y se murió. No pudo sufrir este espectáculo un sacerdote de la infame secta de Lingaon, cuyo ídolo llevan sus adoradores colgado al cuello, y sintiendo que muchos de su familia, á que pertenecian aquellos cristianos, hubiesen dejado á Lingaon por seguir la ley de Dios, reuniendo á otros de su faccion y secta, cuando los cristianos se hallaban celebrando el entierro, cayó sobre ellos, y sabiendo que Javier era la causa de todo, apoderándose de él, le comenzó á apalear cruelmente. Decíale á cada golpe que le daba que abandonase la ley de Dios; á lo que contestaba Javier que ántes perderia la vida. No contento con esto el sacerdote, trató de llevar preso á Javier delante del señor de aquellas tierras y quejarse de los cristianos, porque despreciaban sus dioses. Quisieron los cristianos arreglar aquellas diferencias por medio de las justicias de las poblaciones; pero estas se hallaban sobornadas por los sacerdotes, por lo que sus diligencias no consiguieron fruto. Recurrieron luego al P. Manuel Rodriguez para que los aconsejase en este apuro, y saber el modo con que se habian de haber delante del señor principal de la provincia, para cuya presencia estaban convocados. Porque los gentiles le habian hecho dar una órden ó emplazamiento, en que se obligaban á pagar en aquel plazo cierta cantidad de dinero si quedaban vencidos disputando con ellos, y la misma pena los cristianos si fuesen los vencidos. Viendo el Padre este apuro, y conociendo bien las artes de los sacerdotes, les animó con la esperanza de la victoria. Encomendó la causa á un cristiano pariente del señor de la provincia, hombre de grande fe, muy entendido en sus historias y elocuente en sus discursos. Habia muchas razones para que ni el Padre ni ninguno de sus dos catequistas saliese en aquella ocasion al campo; estaba dispuesto á tomar la parte que pudiese como buen pastor. Con esta respuesta y resolucion partieron los cristianos muy animosos y confiados en Dios. El cristiano á quien se encomendó el negocio, lo hizo tan bien como pudiera hacerlo cualquiera catequista de los más versados en las sectas de los idólatras. Despues de reunir el sacerdote á muchos de la secta de Xiven y á no menor número de la

de Vixnu, que aunque opuestos entre si se ayudaban mucho en estos casos, presentó delante del señor de aquel territorio su queja diciendo: «Que ya no habia dioses, porque los cristianos, además de decir que no los habia, los despreciaban.» El gobernador era muy amigo del cristiano á quien se encomendó este asunto, y habia hablado con él muchas veces sobre cosas de fe; preguntóle con agrado qué negocio y qué queja era aquella? El cristiano le contestó que los suyos á nadie habian hecho mal, que solo enseñaban el camino de la salvacion á quien le queria seguir, y que el sacerdote que se quejaba de los cristianos habia delinquido gravemente, haciéndose juez en materia que no le competia, y castigado con inhumanidad á un cristiano que no le habia hecho agravio alguno. Oyendo el gobernador estas y otras razones semejantes, no difirió por entónces este negocio, haciendo poco caso de las quejas de los sacerdotes, que iban todos los dias á la puerta del palacio como amotinados, pidiendo que les hiciese justicia. Manifestaba el gobernador mucho deseo de enterarse de las verdades de nuestra fe, por lo que tenia diferentes pláticas con un cristiano, el cual le descubrió los errores de su secta con tan buen éxito, que el gobernador quemó algunos libros que tenia de hechicerías y otras cosas. Deseaba además saber con certeza otros puntos en que comunmente tropiezan todos aquellos gentiles, siendo uno la transmigracion de las almas, que se cree en aquel país, diciendo que hay otra generacion en que se da el premio de las virtudes y el castigo de los pecados que se cometieron en la primera. De manera, que quien fué virtuoso en esta vida, en la siguiente, pasando su alma á otro cuerpo, nace rey ó con alguna de las felicidades de este mundo, sucediendo lo contrario al que fué pecador. Manifestóle el cristiano con buenas razones no existir segunda vida despues de la presente, á lo que ni el gobernador ni sus letrados tuvieron nada que contestar. Empleó en estas pláticas casi un mes, é incomodado el sacerdote de tantas demoras, amotinó no solo á las sectas inferiores, sino tambien á los bracmanes, para salir al campo en defensa de sus dioses. Uno de estos bracmanes, gran maestro de su ley, el cual por grandeza llevaba siempre delante de sí, áun en medio del dia, un paje con una hacha encendida, quiso disputar con el cristiano; pero á los pocos pasos comprendió la poca luz que daba su antorcha, porque las razones del cristiano oscurecieron con su mayor luz sus argumentos, en que no habia más que humo. Oyendo el gobernador la verdad, aunque no la siguió, le pareció que no era bien contradecirla. Por lo que encargó á algunos de su palacio que arreglasen este negocio de manera que se diese á los cristianos alguna satisfaccion, pues habian sido agraviados sin motivo. Hiciéronlo así, mandando llamar al sacerdote y al cristiano agraviado. Llevó aquel consigo gran número de gentes; con el cristiano fueron solo unos pocos de los suyos. In-

formados de lo sucedido, reprendieron gravemente al sacerdote por haberse atrevido á castigar como juez, siendo un pobre demandante. Mandáronle restituir todo lo que habia tomado á los cristianos, en lo que manifestó mucha repugnancia, por lo que ellos le mandaron castigar en presencia de todos; para evitarlo, restituyó lo hurtado á los cristianos, y los jueces por última resolucion dijeron á los cristianos, que ó ellos ó sus maestros podian predicar en aquella provincia, y que quien lo impidiese seria castigado con rigor y aspereza. De esta manera se desvaneció toda aquella tempestad con grande placer de los cristianos y del P. Manuel Rodriguez, que los dirigió con sus consejos y los ayudó con sus oraciones. Padecia ya en aquel tiempo este religioso muchos achaques, causados por sus trabajos; mas no fueron causa para que aflojase en las obligaciones de misionero, porque no tenia amor ninguno á su vida. Hizo en aquel período algunas jornadas acudiendo á otras partes, las que refiere el P. Andrés Freire en una carta en la siguiente forma: «Bien sabe V. R. cómo salí de ese lugar en Julio de 1677, en la conformidad y por las causas que le son tambien presentes; volví aqui entrado ya Enero y no ántes, por haber empleado tres meses en ir y venir de las costas de Pescaria y Travamor, y porque cuando llegué ya cerca, supe que estaba aquí alojado el ejército de Sabagi, lo que me obligó á dejar este sitio más deprisa de lo que habiamos imaginado. Continué aquí hasta Mayo, y nada ocioso, como vió V. R., por lo que no lo describo. A principios de Mayo me obligó á salir de aquí la enfermedad del P. Vicente Duarte, que Dios haya. Volví á mediados de Octubre, y en el tiempo que asistí en mi residencia, que no fueron trece meses completos, hice quinientas cuarenta conversiones, además de las personas que bauticé en la hora de la muerte, que no fueron pocas, pero no las acostumbramos á escribir, porque suponemos que estan ya en el libro de la vida. Entre las referidas conversiones me parece dignas de memoria las dos siguientes. Bien conoce V. R. al gentil que es cabeza de esta poblacion, el cual asi por no tener hijos de la primera y legítima mujer, como por la sabida razon de tener muchas estos gentiles, se casó con la segunda, de la cual tiene ya dos. A ambos he bautizado, y la madre es tambien catecúmena por este motivo y no más por el impedimento que solo con la muerte de alguno de los tres podrá cesar. Varias veces se han malogrado los partos de la primera mujer con no pequeño sentimiento suyo y del marido, que la tiene más afecto, asi por el natural, que todos alaban, como por la sangre derivada de los Dureis ó señores de Catalur y Parambur, cualidades que faltan á la segunda. Dió, pues, á luz esta afligida madre un niño, en cuyo nacimiento hizo el padre grandes demostraciones de alegria en banquetes, fiestas y otros gastos, tomando en ellos la mayor parte los bracmanes y jocques, á quienes dió más oidos ántes de dar á luz

el niño, y despues de nacido gastando con ellos mucho y haciéndose devoto por consejo suyo del ídolo Perumal, cuya marca le imprimieron en los hombros con un hierro ardiendo, como acostumbran á hacer semejantes devotos, pagando por ello la correspondiente ofrenda. Celebró despues en esta poblacion la fiesta á sus ídolos, en lo que me causó no poca molestia, por servirse en ella á la fuerza de los cristianos; más tarde lo pagó luego con la pérdida de la hacienda y destierro á que dieron origen las guerras que sobrevinieron. Mas en las fiestas que entónces se hicieron y en las felicidades que á todos rodeaban, no pude ménos de decir al P. Juan Brito, temeroso de lo que podria sobrevenir, que solo Dios, dando alguna enfermedad á aquella criatura ó á la madre, podria hacerlos mudar de intento é iluminar tanta ceguedad. Pero hé aquí que al dia siguiente enferma la criatura, de manera que los padres y todos los demás, así parientes como profetas falsos, desconfiaron de lo que habian dicho en sus profecías y del favor de sus ídolos, á los que atribuyendo el buen resultado del parto, habian primero invocado y solemnizado. Por lo tanto, contra lo que pretendian el diablo y sus ministros, resolviéronse los padres á que fuese bautizado el moribundo hijo, que por este medio viviria, como habian vivido los dos de la segunda mujer, recibiendo el bautismo en peligro semejante. Envióles luego un catequista, que por encontrar á la criatura en muy mal estado, le dió el santo bautismo, y en aquella misma noche fué servido Dios de darle la vida eterna y no la temporal, como intentaban sus padres. Con la muerte de la criatura, llanto y tristeza de los padres, desapareció toda la corte de falsos profetas, resentidos tambien todos ellos, no por la desgracia, sino porque con ella tenian término los banquetes, en que hallaban tan abundantemente de comer, y no se lastimaron ménos despues cuando la madre de aquella criatura, con beneplácito de su marido, comenzó á aprender el catecismo, con lo que espero llegue á ser toda esta poblacion de cristianos, porque ya es mayor su número que el de los gentiles.» En los diferentes viajes que hizo en los años que permaneció en la residencia de Varugapati, fueron algunas veces los religiosos á asistir á otros compañeros en sus enfermedades. Habiendo enfermado mortalmente el P. Vicente Duarte en Aneicareipalean, distante muchos dias de camino de Varugapati, apénas llegó á noticia del P. Manuel Rodriguez, se puso á toda prisa en camino; pero cuando llegó ya le habia el Señor aliviado de los trabajos de esta vida mortal. Tuvo, sin embargo, el viaje del Padre grandes utilidades. En primer lugar, porque pudo hacer un decoroso entierro al Padre, y además porque habiéndose quemado aquella casa é iglesia, trató luego de reedificarla, en lo que sufrió algunas contradicciones, porque los enemigos de la fe, por medio de un nuevo gobernador, le hicieron parar la obra. Tuvieron los cristianos oculto con prudencia

el cuerpo del P. Vicente Duarte hasta que llegó el P. Manuel Rodriguez. Así que se supo la muerte fué luego á verle el gobernador, y tal vez no con los mejores designios, por lo que los cristianos se apresuraron á ocultar todos los objetos de la iglesia. Pero todo se arregló por medio de un cuñado del gobernador, hombre de mejor condicion; yendo éste á visitar al Padre, le manifestó cómo los gentiles habian engañado al gobernador, haciéndole creer que donde ellos estaban no llovia, lo cual era una de las muchas quejas que formaban los gentiles contra los cristianos, diciendo ser castigo de sus dioses por permitirlos entre ellos y en sus poblaciones. Pero Dios confundió brevemente esta calumnia, porque llovió tanto, que el trabajo de tres meses que empleó el gobernador con no pequeña opresion de los natules en construir una reguera, le deshizo de tal manera el agua en una sola noche, que no quedó piedra sobre piedra. Los gentiles que no eran enemigos de los cristianos, dijeron ser aquella ruina castigo de lo mal que el gobernador se habia portado con el Padre. Despues de arreglar los asuntos de aquella residencia, se retiró á Varugapati. A principios de 1679 le fué preciso ir á Elamangalan, que dista de allí al poniente como siete dias de camino. Fué la causa la enfermedad del P. Juan Antonio Amadio, que murió en sus brazos. En el periodo que estuvo el Padre ausente, hubo grandes revueltas en Varugapati, siendo originado todo por los enemigos de la fe; por eso cuando volvió el Padre, tuvo primero que recorrer toda aquella tierra para averiguar el estado de las cosas. Por último, le fueron á llamar los gentiles y cristianos, y le llevaron con grande alegría á Varugapati. Pero él, como viese que no se cumplia la palabra que se le habia dado de restituir todo lo que se habia hurtado, no se creyó seguro, y así volvió á separarse de ellos. Pasó la fiesta de Navidad en Vandaley, donde acudieron muchos cristianos, pero solo pudo celebrarse aquella solemnidad en una pobre cabaña; mas volvió luego á Varugapati, tomando las cosas mucho mejor aspecto. De esta residencia, donde permaneció tantos años y cultivó con tantos trabajos, pasó á la de Candahar, que se halla en los montes, y donde por el carácter de los habitantes vivian los misioneros con más desasosiego; pero este llegó á su último punto en el tiempo que permaneció allí el P. Manuel Rodriguez. El motivo porque fué á aquel lugar y las inquietudes que sobrevinieron, las refiere en una carta, que trascribiremos á continuacion, pues como todos sus biógrafos, creemos que nada mejor que sus propias palabras puede pintar con más vivos colores estos trabajos: «Han transcurrido, dice el Padre, dos años, como sabe muy bien V. R. desde que fuí enviado á este lugar á fin de evitarme viajes, por sentirme ya sin fuerzas para ellos; pero Dios nuestro Señor parece no se ha servido que permanezca yo sin hacerlos, ni haga mucha parada en este lugar, lo que

parece más conforme así á nuestro particular instituto como al estado de viandantes, que tanto conviene á todos los que somos de naturaleza humana. Acabada la festividad del Nacimiento en el año anterior, hallándome aquí para celebrar la del primer dia de Enero de 1682, sin poder hacerlo ni decir Misa, partí de aquí á la madrugada é hice ambas cosas en la iglesia de las Llagas; y volviendo despues á este lugar por haber tenido mejores noticias, me ví de nuevo chasqueado y me fué preciso volver en breves dias con la resolucion de no parecer por aquí miéntras continuasen en las revueltas. Pero cuando ménos lo pensaba me obligó la caridad salir á todo riesgo entrada ya la cuaresma, y lleno de miedo por la llegada del Marava y sus bandidos. Y teniendo que atravesar varios caminos para llegar á Tricherapali para ir á hacer compañia al P. Rodrigo de Albreu, que me avisó quedaba enfermo con dos cristianos que lo habian acompañado á hacer unas confesiones en las sierras, donde la lluvia, que parece le obligó á detenerse cuatro dias, parece fué la causa de esta indisposicion; partí de aquel lugar un domingo, y pasé bastantes trabajos hasta llegar á Pacuri. Apénas partí me encontré con algunos soldados del Marava, pero como me acompañaban dos cristianos de la misma nacion, que habian venido á la iglesia, pasé sin riesgo por merced del Señor; pero ellos, admirados de verme, quedaron encarados conmigo hasta perderme de vista. Despues oimos tocar tambores por la parte del Sur, los que iban marchando hácia el Norte, y como esto nos pusiese en cuidado, porque marchando el ejército por aquel camino era imposible escaparnos de su encuentro, despues de haber consultado entre nosotros, resolvimos continuar el viaje al son de los tambores que tocaban muy cerca, y apretando el paso llegamos á Varuga, donde dejaron de oirse aquellos sones. Despues de haber comido allí de priesa y cumpliendo yo entretanto con los deberes de sacerdote, salí á las tres ó cuatro de la tarde, guiado por un cristiano que me habia enviado el Padre enfermo para que me acompañase hasta el fin de la jornada, donde llegué á media noche, lo que sin este guia no hubiese podido conseguir, porque ni yo ni los que me acompañaban sabiamos el camino, ni tampoco hubiera podido pasar como pasé por un puesto servido por los maysures, que me hubiesen tenido por sospechoso, sabiendo de dónde venia y que dejaba atras el Marava, que amigo sincero ó fingido seguia entónces los intereses del Nayque. Hallé al Padre muy débil, y aunque mejor de la calentura, no del todo fuera de peligro; y por esto le acompañé hasta pasar la Pascua y ayudarle en el trabajo que tenemos en ella. Pero ni áun esta pasé sin peligro, porque ántes de decir Misa, habiendo confesado á muchos los dias anteriores y hallándome confesando todavía, dieron señal de rebato porque se acercaba el Maravá. Como ya hacia tiempo corria la voz de su venida, se la dió crédito con fa-

cilidad. Pero aunque el rebato salió falso, las confesiones cesaron por aquel dia, y gracias que pude decir Misa. Seguí haciendo compañia aún por algunos dias al Padre, hasta estar seguro de que el Maravá se habia tenido que retirar, derrotado por el Mayssur y Sabagi, y teniendo tambien noticia por dos cristianos de aquella nacion de que el referido Maravá queria entenderse con ellos y con los nuestros, que los habia enseñado para tratar de su conversion, con lo que me despedí del Padre dejándole mejorado. Para evitar todo peligro en el camino hice tambien el viaje de noche y fué Dios servido de traerme aquí sano y salvo. Pero no por esto permanecí mucho tiempo en este lugar, ántes bien me retiré muy en breve á causa de un Maniagar que venia á caer sobre estas tierras y tambien sobre nosotros, y fué preciso marcharnos de aquí con las provisiones por el temor que habia de que nos las robasen. Pasé por segunda vez á ver al P. Rodrigo de Abreu, que se hallaba aún con algunos achaques de la pasada enfermedad. Tuve tambier que hacer otros viajes, siendo uno á dar los sacramentos á Faverei, que pertenecia á una familia que fué la primera que abrazó la fe en este país, por lo que siempre se la ha distinguido, pues quizá sin ella no se hubiese conseguido reducir á la fe los demás. Faverei, por otra parte, manifestaba tanto afecto á los Padres, cuando los veia, como si fuesen ángeles, y aunque sanó en esta ocasion, como su edad era ya mucha, en Noviembre del mismo año, cuando ménos lo pensaban, volviendo las mujeres del servicio del campo, le hallaron casi muerto, falto del calor natural, aunque todavía en su juicio, por lo que les advirtió algunas cosas para el bien de su alma, qúe entregó allí al Criador, como se cree piadosamente por los muchos años que vivió ejercitando todo género de virtudes. En la ida y vuelta de esta jornada no me faltó en qué ejercitar la paciencia, por haberme visto acometido de mis antiguas dolencias y de otra nueva en que me asistió con toda caridad un vecino, el P. José de Silva, pasando algunas noches sin dormir; y aunque igual servicio le habia prestado yo en otra ocasion, me parece que él se portó mucho mejor conmigo en esta. Repuesto ya y sabiendo que el Maniagar habia durado poco en el gobierno, y tambien en esta vida porque le habian matado los ladrones, yendo él huyendo de Tanjaor para Tricherepali, donde lo querian prender, y como con su muerte quedó más pacífico el país, teniendo yo tambien noticias de que habia muerto el Nayque de Maduré, me despedí del P. Rodrigo Abreu, y de noche, como habia hecho el viaje á la ida, me recogí á la venida, creyendo no tendria que emprender nuevos viajes, pero con la muerte del Nayque quedó todo peor de lo que estaba; los bandidos del país, que no perdian ocasion, estando siempre alerta y viendo el gobierno vacante, comenzaron á hacer de las suyas, primero léjos y despues cerca de la ciudad de Tricherapali. Con este motivo enviaron

los del gobierno algunas fuerzas contra ellos, los que se retiraron por haber saqueado una poblacion que no era por cierto de las más culpadas, habiendo matado á diferentes personas. Al dia siguiente en el que acaeció esto, salí de aquí para asistir á algunos enfermos que se hallaban cerca de la referida poblacion por la que tenia que pasar; y habiendo tenido noticia de todo, despues de haber andado una buena parte del camino, llegué á este lugar donde sabido el suceso y corriendo á cada instante nuevas de que venia la caballeria de la ciudad, comenzaron á atemorizarse de tal manera, que dos dias ántes de Nochebuena, hallándome yo descansando, me vinieron á avisar por la noche, diciendo que infaliblemente venia la caballería en grande número, y que de consiguiente era preciso marcharse á pesar del intenso frio. Los vecinos con estas noticias, abandonando sus casas, se pusieron en camino, sin llevarse nada, aunque el dia ántes se habia llevado ya algunas provisiones, y yo les fuí siguiendo con los que me acompañaban, y despues de habernos detenido un rato en las afueras de la poblacion con las personas que iban con nosotros sintiendo el rigor del frio, á lo que ayudaba mucho una espesa lluvia que caia, viendo que no era posible encender lumbre, me fui la vuelta de Cuccampati, donde y no aquí celebré la fiesta de Navidad. Si bien parece fué Dios servido de esto, porque como el Padre vecino mio tiene tan poca fuerza como todos sabemos, y el concurso de los cristianos fué grande allí, si no hubiera tenido quien le ayudase y para satisfacer sus deseos se hubiera puesto el Padre á confesarlos de dia y de noche, con dificultad hubiera escapado de alguna enfermedad ó de otro peligro. Algunos dias despues volví aquí, ya porque habian cesado los temores de la venida de la caballería, como porque sobrevinieron algunos impedimentos á nuestra asistencia, que supongo habrá referido el P. José de Silva á vuestra Reverendísima, que será Dios servido alejar de nosotros para no vernos en las ocasiones separados de todos sin un lugar seguro para nosotros y nuestras provisiones, y esta es la razon de no comenzar una iglesia para sustituir á la de Candahar, que á causa de haberse ido á alojar á ella los manigaos, mandé destecharla completamente, y solo existen las paredes que deshacia el venidero invierno, y creo que no tenemos seguridad miéntras no cesen las revueltas del reino y tengamos cabeza que nos gobierne. Con esto he referido á vuestra Reverendísima, si no todo, la mayor parte de mis viajes y sus causas en el año de que hablamos; en los catequistas tampoco han podido hacer gran cosa en esta residencia, y los que estan en la ciudad de Tricherapali casi nada, excepto bautizar á algunos en artículo de muerte y servir caritativamente á los enfermos. Los bautismos en este año, inclusos los que han hecho los catequistas en artículo de muerte, han sido cuatrocientos cinco, y aunque son más de los que fueron en el

año 1680, no pueden igualar los que eran antiguamente, ni puede ménos de ser así por haber habido tantas turbaciones en todo este tiempo.» Esto es lo que dice el P. Rodriguez de sus padecimientos y frecuentes y trabajosos viajes, que eran todavía mucho mayores para quien tenia tantos achaques y habia pasado tantos trabajos como sufrió él en veintiun años de mision en que habia servido, no solo en esta, sino tambien en otras residencias, con grande espíritu y celo de la conversion de las almas. Despues de haber vivido por espacio de veintidos años en esta trabajosa mision de Maduré, sin perdonar medio ni esfuerzo para convertir las almas, habiendo hecho grandes servicios á Dios; sus superiores, en atencion á sus muchos achaques, le consagraron á otras ocupaciones en climas más suaves, y aunque á disgusto suyo, tuvo que obedecer como buen religioso, no teniendo otra voluntad que la de sus superiores. Como la capacidad de este Padre era tan vasta como conocida, le encargaron diferentes gobiernos, y en 1686 era provincial de Malabar, siendo despues promovida para igual cargo á la provincia de Goa, en las que lo mismo que en todas sus anteriores ocupaciones, dió muchos ejemplos de virtudes religiosas, teniendo gran celo en la observancia y caminando mucho más adelante con sus propios esfuerzos. Era mirado como un hombre severo. Desempeñó dos veces el provincialato de Goa, y en estos gobiernos despidió á muchos de la Compañía que lo habian merecido. La segunda vez que fué provincial despues de haber gobernado durante algun tiempo, le sobrevino la enfermedad de que falleció. Preparóse como quien habia vivido santamente, y hallándose en aquella hora un Padre grave, que creia se habia excedido en el número de los religiosos que despidiera, esperaba diese alguna satisfaccion en este punto, pero como le viese tan tranquilo le preguntó si tenia alguna cosa que le diera pena, y como le contestára que no, le instó preguntándole por los muchos religiosos que habia despedido, en lo que estaba bien que diese alguna satisfaccion, á lo que le contestó: «Padre mio, no tengo escrúpulo alguno por los que despedí; ya me he confesado de los escrúpulos que tengo por los que no he despedido.» Despues con grande paz entregó su dichosa alma en manos del Criador, á quien habia hecho servicios tan gloriosos en todos los año de su vida. Su muerte fué en Goa, sin que haya podido averiguarse el año, mes y dia en que acaeció. —S. B.

RODRIGUEZ (P. Manuel), jesuita portugués natural de la villa de Soure, en el arzobispado de Evora. Tenia diez y ocho años de edad cuando entró en la Compañía en Evora á 23 de Febrero de 1658. Sus padres se llamaban Manuel Rodriguez y María Alvarez. Se embarcó en el año 1667 para la India, á 27 de Abril, en la nave llamada *S. Benito*. Iba destinado para la provincia de Goa y trabajó en ella incansablemente en la mision del reino de Mayssur. En la

relacion sumaria que hace de las misiones que tiene la Compañía en Oriente el P. Gaspar Alonso, que murió siendo obispo de Sto. Tomé, refiriendo los sugetos que se hallaron en la mision de Mayssur, dice así: «Sea el primero el P. Manuel Rodriguez, natural de Soure, en Alentejo, de edad de cuarenta y cinco años y quince de mision, sugeto en todo cabal; asiste en la residencia de Caucasali, donde hay tres iglesias anejas, en las que se dedica con grande celo, así en convertir gentiles y doctrinar cristianos, como en traducir y componer libros en la lengua canará para mayor bien de la mision. Es excelente, é invitado para explicar teología en Goa, prefirió los trabajos de la mision al esplendor de la cátedra, mirando como mejor la de la cruz.» Hasta aquí este virtuoso Padre que dice en pocas palabras lo necesario para comprender lo aventajado que era en todo el P. Manuel Rodriguez. Hallándose en Mayssur, ocurrió una horrible hambre que duró muchos años seguidos, y á la que siguió todo lo que esta desgracia trae consigo. De lo que obró en esta ocasion el P. Manuel Rodriguez, consta por la relacion del mismo Padre lo siguiente: «Mucho obró en esta ocasion la grande caridad del P. Manuel Rodriguez, visitador entónces de esta mision y su más antiguo operario; sugeto aventajado en letras y virtud, y misionero hoy de la China para donde partió en este año de 1689, dejando á todos los mejores recuerdos. Residia este Padre en la corte, donde por hallarse lo más rico y lucido de ella, concurria gran número de pobres y hambrientos, para saciar al ménos con sus migajas el hambre que padecian. Viendo el Padre lo poco que socorrian los ricos de la corte á estos miserables, tomó secretamente una casa para recoger en ella y sustentar como en hospital á los más pobres y hambrientos; condújolos allí con este objeto en gran número, y convertido en su médico y enfermero, los socorria con lo necesario para los cuerpos, y procuraba al mismo tiempo ganar sus almas; ayudando en esta empresa y trabajo al P. Rodriguez, su compañero en aquella corte, con grande celo y notable emulacion. Al principio acudian muchos á aquella casa, más bien por aliviar su hambre, que porque deseasen salvar sus almas; pero los que al principio iban con solo deseos de comer, movidos de la caridad y doctrina de los Padres, hallábanse con deseos grandes de salvarse. Un gentil rico, favorecido por los bienes de la fortuna, piadoso y compasivo por naturaleza, y por lo tanto muy dado al culto de sus ídolos, oyó referir las grandes hazañas de la caridad de los Padres para con los pobres, por lo que fué á su casa para ver con sus propios ojos si era verdad lo que decian. Entrando en ella un dia de Pascua, y viendo el gran número de ofertas que traian los cristianos, notó que los Padres no tomaban nada de ellas para sí ni para sus criados, sino que se las repartian á los pobres y viudas que allí se hallaban, de lo que admirado en gran manera comenzó á discurrir diciendo para sí

mismo: ¿Qué hombres hay en el mundo semejantes á estos, tan desapegados de las cosas de él, que no aceptan ni áun lo que les ofrecen sus discípulos? Cuán diferentes maestros son estos de los nuestros, que no enseñan sino por el lucro que tienen en enseñarnos, siendo nuestro todo el gasto, y todo el lucro suyo. Estos sí, que además de no enseñar por interés, gastan lo que tienen con sus discípulos, acudiéndoles en sus necesidades con tanta igualdad y caridad como estoy viendo con mis propios ojos. Estos son los verdaderos maestros, estos enseñan la verdad, á estos he de seguir.» Penetrado de todo esto, se resolvió á escuchar la ley de Dios, llevándose á su aldea un catequista que se la enseñase. Viendo los paganos que se les escapaba este su antiguo compañero, comenzaron á hacerle cruda guerra por medio de sus parientes. Dieron cuenta á su Gru ó maestro de su ley, el cual acudió luego á toda priesa; como tenia en favor suyo al gobernador, desterró al catequista é injurió al catecúmeno, diciéndole merecia muy bien que se le confiscasen sus bienes, pero que le perdonaba por ser la primera vez; mas que en pena de lo que habia hecho, le habia de pagar cierta cantidad de dinero. Dióselo el catecúmeno por verse libre de él, y para evitar los contínuos ataques de su mujer y parientes, se resolvió á dejar su casa y aldea, é irse con el P. Rodriguez, el cual despues de haberle instruido bien, le bautizó y le dió el nombre de Pedro, que merecia bien por la firmeza que mostrára en la fe. No se contentó el demonio con vejar á este catecúmeno, de cuyo corazon no pudo arrancar las verdades de nuestra fe. Convirtiéronse algunos golaros, que son una familia que tiene gran poder en la corte de Mayssur. Llevaron muy á mal estas conversiones de parientes suyos, y conspiraron entre sí para ver si podian desterrar del reino á los maestros de la ley de Dios. Quejáronse al Rey diciendo muchas calumnias de los Padres, pero nada creyó de lo que se le decia, porque estaba bien informado de su inocencia y del odio que tenian los golaros á la ley de Dios. Viendo el mal éxito de su intriga, tramaron otra nueva; diciendole que los Padres hacian oro en su casa, y que su majestad podia enriquecerse con lo mucho que en ella encontraria. Tampoco hizo caso el Rey de esta mentira. Mas los golaros no desistieron, porque tenian grande empeño en salir con su empresa. Tenia el Rey un hijo bastardo muy querido y favorecido de su padre, y capital enemigo de los misioneros: tales cosas le hicieron creer, que le hicieron salir de palacio acompañado de gente armada, é ir á casa del P. Rodriguez, que era el que residia en la corte: quisieran los catequistas avisar al Padre de la venida de aquel huésped á su casa, pero fué tal la precipitacion con que entró, que no dió lugar á esto; ántes bien maltrató á los criados de la casa, porque le pidieron con toda sumision que esperase hasta ir á dar recado al Padre. No satisfecho con esto,

fué á la iglesia, y blasfemando sacrílegamente de las santas imágenes que en ella habia, las trató con grande irreverencia. Acudió el P. Rodriguez á este rebato, y procuró atraerle á razon con la mayor cortesía, pero su contestacion fué decir al Padre muy graves injurias y palabras descompuestas y descorteses, y volviéndole las espaldas, se marchó. Quedó el Padre admirado de esta novedad, sin alcanzar entónces de ella cosa alguna, creyendo que sería, porque habiéndole pedido este príncipe una cosa al Padre, se la negó porque no la tenia; pero la causa eran los golaros, que procuraban por todos los medios que se hallaban en su mano acabar con aquella mision. De la de Mayssur, en que habia trabajado por espacio de veinte años, obrando en ella cosas muy heróicas, pasó este Padre al grande imperio de la China, donde acabó sus dichosos dias lleno de santas virtudes y grandes merecimientos.—S. B.

RODRIGUEZ (Fr. Manuel), franciscano español de la provincia de la Concepcion, de la observancia regular. Este religioso, tan notable por sus letras como por sus virtudes, fué uno de esos oradores que se adquirieron en su época grande celebridad, y se reconquistaron un nombre, cuya importancia no pueden negar los siglos futuros. No todos los hombres dotados de grandes cualidades se hallan destinados, á vivir eternamente en la memoria de la posteridad. Cuántos cuyos talentos y erudicion, cuya laboriosidad y elocuencia rayaban á la altura de los más elevados de su siglo han quedado despues en el olvido, ó se han perdido para siempre en la oscuridad del tiempo, que no resucitará sus obras despues de haberlas hecho desaparecer una vez. De esta desgracia se hallan tocados más que ningunos los oradores, cuyo genio especial y forma de darse á conocer al público, los expone á no vivivir más allá de su siglo, á quedar confundidos aunque grandes genios entre las últimas medianías. Nadie ha negado á España el haber poseido en determinadas épocas los oradores sagrados más célebres de Europa; y sin embargo hoy apénas podemos citar; no poseemos una obra que dispute la palma en este género de elocuencia á los Bossuet, los Masillon y los Bourdaloues. La causa de esto es que nuestros predicadores, modesto nombre que se aplicaban en su aquilatada virtud, curábanse bien poco de su fama póstuma, y miéntras el P. Granada daba preceptos á los jóvenes oradores en una Retórica sobresaliente en su mérito y única en su género, apénas procuraba reproducir ninguno de sus sermones, á pesar de su gran número y la elocuencia en que debian abundar, segun puede deducirse de la lectura de sus obras. Sucedia otro tanto al venerable Avila; al gran misionero, cuyo estilo enérgico y vigoroso confunde, asombra y admira al pecador, no dejándole tiempo ni áun para meditar, pues herido por los rayos de aquella ardorosa palabra, se cae á los pies de los

altares, llora su pecado y hace penitencia. Otro tanto pudiera decirse de Malon de Chaide, Ribadeneira, Nieremberg y cien y cien varones, que fueron la honra y prez de su siglo, y cuya fama como oradores sagrados ha quedado reducida á la nulidad más completa. ¿Y por qué no contar en este número á nuestro Rodriguez, predicador afamado en su siglo, y elegido para usar de la palabra en las ocasiones más solemnes? Desgraciadamente son pocas las noticias que de él nos han quedado, y áun un sermon suyo que se supone impreso, parece lo fué en latin, á juzgar por su título, que es el siguiente: *Panegyrium de extensione cultus Immaculatæ Conceptionis Virginis Mariæ, propio motu factæ à Clemente XI Pontif. Max.*; en 4.°—S. B.

RODRIGUEZ (Fr. Manuel), religioso agustino, á quien supone español Valerio Andrés, en su *Biblioteca Bélgica*, lo que se infiere tambien de su apellido, que es originario de nuestro país. Dirigió las cátedras de su Orden en la ciudad de Amberes, y se distinguió mucho por sus conocimientos literarios. Valerio Andres le atribuye las obras siguientes: *Herodem sævientem, sive drama tragicum de Infanticidio;* Amberes, por Juan Cuobbaro, 1626, en 8.°—*Rodericum Fatalem*, es decir, un drama destinado á referir la caida del último rey de los Godos, segun Nicolás Antonio; Lovaina: 1631.—*Grammaticam Angelorum mysticorum, sive Labyrintum Crytographicum, quo sibi mutuo ejus artis periti ocultos animi sui conceptus per litteras omni suspicione carentes multifariam, tute, secrete atque fideliter significari possunt;* Amberes, por Gerardo Wolfchat, 1639.—S. B.

RODRIGUEZ (P. Manuel), jesuita portugués, célebre por haber servido con grande celo en tres diversas pestes á los invadidos, hallándose su vida en innumerables peligros, de todos los cuales se salvó, no obstante sus deseos de padecer por sus hermanos y prójimos en el Señor. Nació en la villa de Covilliam en el obispado de la Guardia. Llamarónse sus padres Francisco Gonzalez y Guiomar Rodriguez. Entró en la Compañía en Coimbra á 27 de Diciembre de 1591 para ser, como fué, coadjutor espiritual. Aún no era sacerdote cuando hubo en Lisboa en el año 1569 la peste que llamaron grande por los muchos estragos que hizo. En esta peste manifestaron mucho valor los Padres de la Compañía, así de la casa de S. Roque, como del colegio de S. Antonio. Trabajó entre ellos con igual peligro y espíritu el P. Manuel Rodriguez; fué Dios servido de que quedase con vida para emplearla en otros riesgos semejantes, como hizo en la ciudad de Braga, y últimamente en la cruel peste de Coimbra, donde obró grandes maravillas, de las cuales hay relacion especial, por lo que las escribiré particularmente. Fué esta ocasion uno de los grandes teatros que tuvo en Portugal la caridad de la Compañía, como lo fueron la mayor parte de las pestes que sobrevinieron en las ciudades donde habia jesuitas. En Enero de 1595 se declaró en

Coimbra una terrible peste, á que se procuró remediar. Estableciόse un hospital para los invadidos en el campo de la ermita de S. Sebastian, no léjos de S. Antonio de los Olivares. Envió luego la Compañía á algunos religiosos que administrasen los santos sacramentos á los invadidos y se ocupasen de su bien espiritual, que del temporal se encargaron otras personas, acudiendo al colegio con gruesas limosnas. Entre los religiosos que querian exponer sus vidas voluntariamente, fué uno el P. Manuel Rodriguez, á quien acompañó el P. Jorge Tavora y el Hermano Luis Antunez. Eligióles tambien la obediencia como hombre de virtud muy experimentada. Mandó que fuesen á prestar sus servicios á una quinta del colegio llamada Cheira, distante como un cuarto de legua de la ciudad. Desde aquel punto debian asistir tambien á los enfermos del campo de S. Sebastian, y á los demás de aquellos contornos. Dando el P. Manuel Rodriguez cuenta de sus ocupaciones al Padre provincial, dice así: «Llegué á Cheira con los santos compañeros á últimos de Enero. Rezaba el oficio divino por la mañana todo entero hasta las completas, por el temor de las muchas ocupaciones y cansancio de la tarde, y tambien por los accidentes repentinos que son tan comunes en este tiempo, áun en los que no andaban tan cerca de los apestados como yo. Hacia oracion por estas sierras y olivares hasta S. Sebastian, por donde algunas veces en los pasos y lugares más excusados me arrodillaba pidiendo socorro al cielo. Decia siempre misa todos los dias teniendo salud y lo necesario que faltaba muchas veces, y la decia en S. Sebastian ó aquí en cuanto tuvimos capilla. Todos los dias andaba el camino á pie desde esta Cheira á S. Sebastian, que es cerca de media legua, y la mitad de sierra áspera, dos, tres, cuatro y cinco veces, que eran casi diez medias leguas, no pudiendo ántes en Coimbra ir desde Sta. Cruz, ni de Ponte, ni de la plaza una sola vez sin mucho cansancio, y tanto que muchas veces hacia sentar al compañero en las gradas de la catedral por no poder seguir adelante. Pero en estos caminos me hizo el Señor saborear muchas veces los placeres de nuestro P. San Francisco Javier, en las Indias y otros países. Dios da sus divinas fuerzas para su servicio y de tantos pobres, áun á quien no las merece, como á mi pecador, porque socorre á los desamparados. Acuérdome que yendo desde S. Antonio, há cerca de treinta años, á un jubileo, en casa del obispo á confesar todo el tiempo que duraba para consolar á toda la feligresía dividida en cinco ó seis lugares distantes de la matriz, pero á ellos anejos, confesaba por las tardes en Enxara y otros lugares; lo mismo hacia por la mañana hasta las once, y todo este tiempo, sin decir Misa, daba el Santísimo Sacramento á muchos que habia confesado. Despues iba á Enxara de los Caballeros, decia misa y consagraba no solo para dar la comunion á los que allí habia confesado, sino tambien para dársela á los que esperaban despues de

mi misa para ganar el jubileo. Como acaecia esto en Agosto, me querian muchos llevar á sus casas. Muchas veces aceptaba de cansado su caridad y grandes agasajos, especialmente si tenia confesiones allí para por la tarde, ó la doctrina cristiana, que explicaba todos los dias tres veces en aquellos lugares, ó si tenia que hacer otros servicios de Dios. Acuérdome que me parecian más ligeros y alegres aquellos caminos por aquellos montes y valles solitarios, que se me habian hecho hasta entónces. Así, pues, Padre en Cristo, sucedia en los caminos que andaba todos los dias desde Cheira. Muchas veces me llamaban en S. Sebastian despues de haber cumplido allí con mi obligacion para confesar á muchos invadidos por la peste en Cozelhas. Desempeñada allí mi obligacion, volvia por la ciudad á nuestra cerca, y queria Dios que encontrase en ella, no sé si esperándome, al P. Rector, viéndome desde la ventana y saliéndome al encuentro en los calores de la canícula, como hace el buen padre con el hijo pródigo. Hacia esto el Padre por su mucha caridad sin mandarle yo llamar, y si acaso lo hacia para alivio de su cabeza, que con los muchos trabajos tiene tan débil y enferma, consolábame Dios nuestro Señor en esto mucho más, y ambos nos consolábamos con la Providencia Divina con tales y tan buenos encuentros, y aciertos tan deseados en tiempos tan tristes. Despues venia desde allí á esta Cheira, habiendo andado en este tiempo unas dos leguas, ó poco ménos, con los calores del estío; llegaba á Cheira cerca de medio dia, y á veces era necesario á estas horas y con estos calores ir á S. Sebastian con un cesto de ungüento que la caridad del hermano Sebastian Fernandez, por el grande amor que á estos pobres tenia el P. Rector, solia haberme preparado; y aunque le importunaba, obligado por tan grandes necesidades, él se nos ofrecia muchas veces y lo hacia y daba con grande caridad. Eran tales los calores al medio dia en aquel mes de Junio, Julio y Agosto, en que el Hermano me hacia la caridad de estos ungüentos, que no podia andar sin sentarme al pie de algun olivo, todo el espacio de camino que media desde Coimbra á S. Antonio; asentado me separaba el vestido del cuerpo, á que se me habia pegado con el calor. En estos caminos con el calor y la debilidad, como me dijo el cirujano, llegaron á salir en el cuerpo, espaldas y brazos, unos granos grandes y una especie de empeines que me daban miedo y dolores, pero nunca hacia caso de esto cuando se trataba de servir á los pobres, que esperaban llegase yo con estas medicinas que tanta falta les hacia. Lo que me atormentó mucho en aquellos calores durante todo aquel tiempo, fué que en todo el medio cuerpo, desde la cintura arriba, me picaban como con agujas tan puntiagudas como los cabellos de la cabeza, y cuando me echaba en la cama me parecia que los colchones estaban llenos de ellas. Estas grandes señales en todo el medio cuerpo, y este picor tan agudo y menu-

do, me duró dos meses, hasta que á mediados de Agosto me dieron unas grandes tercianas, de que Dios nuestro Señor me quiso aliviar, creo que por los merecimientos, sacrificios y oraciones de todos, de donde procede todo bien, y muy particularmente del P. Antonio de Vasconcelos, que me fué á visitar por mandado de V. R. y del P. Jorge Diaz, que no sosiega en estos casos. El Padre me habló desde el olivar estando yo con la calentura casi delirando, y salí á la ventana para oirle y hablarle, porque no tenia vista para ver. Díjome que le enviaba á visitarme el P. Rector; oyendo yo al P. Antonio de Vasconcelos y hablándole, me conjuró á estar en la cama, y se marchó sin que le haya vuelto á ver. Yo estaba ya dispuesto para morir, y mandé á llamar al P. Fr. Juan de S. Sebastian, que me vino á confesar, decir misa y dar el santo viático.» Hasta aquí llega la relacion que hizo al P. Provincial con la verdad y candor que de tan buen súbdito podia esperarse. El principal trabajo recayó sobre el P. Rodriguez, porque en cuanto á sus compañeros fué Dios servido darles el premio de los suyos. El P. Jorge de Tovara murió en Abril, habiendo hecho muchas obras de grande caridad, como diremos en su vida, y en su compañía estando enfermo y sano las ejecutó no inferiores el P. Rodriguez. Ambos Padres dormian en una cama tan pequeña, que no podian moverse sin peligro de caer. Fué un verdadero milagro que no muriesen ambos en breve tiempo, por el contagio que recibia el uno del otro, y habian recibido los dos de su aproximacion á los invadidos. Por la noche estaban los siervos de Dios lamentándose cuando hacia viento, frio ó lluvia. ¡Ay! pobres mios, decian, ¿qué hareis ahora tan llenos de agua, males, dolores y vientos, sin casas, sin camas, muertos de frio, de hambre y sin medicinas? — Este recuerdo los afligia de tal modo, que apénas podian descansar. Acordábanse de las chozas en que los tenian, construidas por sus propias manos y cubiertas con el heno y paja que habian podido reunir para que tuviesen algun abrigo; todo era afliccion y sentimiento. Como el P. Rodriguez era hombre de más experiencia en estos casos de peste por haberse encontrado en otras, procuraba cercenar los fervores del P. Tavora, resistiéndole en algunas obras de caridad, de las cuales se podia seguir ó temer algun desdoro. Cuando volvian de S. Sebastian encontraban la puerta llena de pobres, en particular de mujeres. Enfadábase con ellas el P. Rodriguez, y las reñia, diciendo que llevaban allí la peste, siendo una calle pública por donde pasaban los moradores de los lugares comarcanos. No era aventurado este temor del Padre, porque muchos de los que por allí pasaban de los lugares vecinos, fueron invadidos y murieron de la peste. Además de esto decia al P. Tavora que no podian dar á los pobres lo necesario para su sustento que les enviaban del colegio, porque en perdiendo ellos las fuerzas no podrian acudir á las necesidades espirituales del prójimo, más ne-

cesarias que las corporales en ocasion que no habia quien las remediase. Cuando habia allí mujeres, las echaba de la puerta sin darlas nada, así para evitar el sobredicho peligro y el escándalo que podria originarse. Pero el P. Tavora, en llegando á la casa, tomaba el pan que habia puesto en la mesa el hermano, y lo tiraba en pedazos por la ventana, y á veces le era necesario comer la borona de los mozos por no ser ya tiempo de enviar al colegio. Deciale el P. Rodriguez en estas ocasiones: No dé V. R. lo que me envian, para poder andar á pié tantas veces al dia, que V. R. anda á caballo por tener necesidad. — Entónces le respondia el P. Tavora como admirado de que S. R. no tenia ya caridad. Refiriendo esto el P. Rodriguez, dice estas palabras: Pero nada de esto llegaba á nuestros corazones, ni yo lo cuento sino arrepentido de mi cautelosa dureza, y para manifestar el amor que este santo Padre tenia á todos los pobres, sin hacer distincion, porque dice el refran, *haz bien y no cates á quien*. Aquel grande limosnero de Montemayor el Nuevo, cuando estaba en Castilla y tenia duda de la necesidad ó engaño del pobre que le pedia, decia al darle limosna: «Tú me engañas.» Y yo ahora que el Padre goza en el cielo con S. Francisco de la caridad con que prometió dar cuanto le pidiesen por amor de Dios, yo pobre estoy temblando si me pedirá Jesucristo en traje de pobre como á San Martin y me dirá en el dia del juicio: *Quod uni ex minimis meis non fecistis, nec mihi fecistis.* De estas crueldades me acusaba con él mismo en confesion, y acuso ahora fuera de ella, y pido á V. R. que pida perdon por mí al cielo de tanta dureza é innecesarias cautelas que me hacian dar disgustos al Padre é irle á la mano, aunque ligera y levemente, quedando yo con la conciencia así cargada. Ignoro si por esta causa ó por abstinencia no cenaba el Padre muchas noches, ni tomaba un solo bocado, y se recogia así ayunando toda la noche y debiendo estar hasta el medio dia y mas al dia siguiente en ayunas, porque ambos ibamos desde Cheira á decir misa á S. Sebastian y á sacramentar á los enfermos que iban diariamente de nuevo, y á muchos que querian comulgar por devocion, de manera que el Padre, sin que le pudiésemos ir á la mano, pasaba el dia y la noche, es decir, veinticuatro horas, sin probar bocado, procediendo de aquí el estar tan flaco. De esta misma hoguera de amor divino, en que ardia, nacian otras muchas obras, por las que peleabamos algunas veces, aunque pocas, y no siempre de corazon. Fué una de ellas, una en que el Padre creyó muy buena obra poner con nosotros en las pobres, pocas y pequeñas casas de Cheira, parte del ajuar de la mujer del proveedor, que dicen que introdujo la peste en Coimbra, á quien el obispo, la ciudad y áun la Misericordia tenian tanta aversion, que nunca la quisieron dejar entrar en la ciudad, cuanto más su ruin hacienda. El Padre, con su grande caridad, la puso sin este miedo en una

de las casas, y que daba al pié de la ventana donde dormiamos. Pero yo en cuanto le vi en peligro, mandé luego sacar todo aquello de la casa amenazando á la viuda, que no queria sacarlo, lo haria quemar todo con lo nuestro si llegára á morir el Padre. Aconteció que despues que falleció el Padre, adoleciendo yo gravemente de la peste, el hermano Antonio Luis, sin darme cuenta de ello, metió en esta casa parte del ajuar que yo tenia fuera, á dos jóvenes hermanos huérfanos que le pidieron que los agasajase; uno de ellos, en las pocas noches que durmió en el lugar, enfermó de la peste de manera que corrió gran peligro en S. Sebastian, donde convalecido yo le ayudé, más al otro le hice salir de Cheira. Yendo contando las caridades y cautelas que se deben tener en tales tiempos, puede referirse otro caso que aconteció, mucho peor, si no hubiesen puesto más los hombres para estorbarlo, yendo á mano á la caridad del Padre, y fué que habia una casa junto á la nuestra donde se metió despues un hombre con su familia, y eran diez ó doce personas. Queria el Padre dejarlos permanecer allí con su grande caridad y compasion; pero cuando ví que no podia conseguir nada con el Padre, hice con el quintero que los echase de allí, como si fuera por órden del colegio, y así lo hizo. Dios nos dé su verdadera paz y la caridad, que para ser buena ha de ser conforme á las leyes de la prudencia. Quiero llegar al punto principal de la muerte del P. Jorge de Tavora. Hallándose enfermo en San Sebastian, tuvo como un desmayo, que tomamos como señal de su próxima muerte, y era prueba que habia que acudirle á toda priesa. Pudiérase sangrar, mas no solamente no se sangró, ni se recogió, sino que se fué desde allí á la puerta de la casa del colegio, donde no podia ménos de estar esperando mucho tiempo. Pero lo más cierto es que Dios, que lo llamaba para sí, quiso que se fuera primero á despedir de los que tanto amaba. Cuando llegó allí era ya tarde, y no se pudo conseguir el sangrarle por lo mucho que habia que hacer con el gran número de dolientes; anocheció y se agravó mucho la enfermedad, fué creciendo de manera que se lo llevó en pocos dias. El hermano Luis Antunez no se apartaba de su lado en todo el dia; yo le acompañaba todas las noches. Fué necesario que el hermano se separase de él de noche y se fuese á dormir á otra parte, así por el grande peligro, como para que le quedasen fuerzas para curar de dia, cuando tenia yo que acudir á las confesiones y comuniones de los enfermos de S. Sebastian, y de las muchas familias que se habian refugiado al rededor de la quinta huyendo de la ciudad. Yendo yo á hacer unas confesiones, se le llevó el Señor para sí. Quedó el Padre muy acongojado con la falta de tan santo compañero. No fué menor su sentimiento cuando en Julio se llevó Dios para sí al hermano Luis Antunez. Este santo hermano tenia cuidado del Padre, y cuando volvia estaba todo preparado muy á tiempo. Llamándole para comer, y

estando echado por el grande cansancio en la cama, como le dijese el Padre que no se atrevia á comer, le tomaba en los brazos como madre amorosa y tierna, le llevaba en ellos y hacia sentar en la mesa. Deciale: Padre mio, no tenga miedo, que nunca lo he de desamparar. — A estas palabras, que decia entre muchas lágrimas de consuelo, le contestaba el Padre: ¿Qué he de hacer yo, querido mio, si Dios me quiere afligir y atormentar con su enfermedad, sino acompañarlo siempre? — Viendo enfermo al hermano, el Padre no se separaba de su cabecera, teniendo su cama al lado de la del enfermo, y en todos aquellos dias dejó las ocupaciones de los enfermos de la casa de sanidad. Teniendo ya el Padre licencia para decir misa en la Cheira, estando el hermano ya sangrado un dia del Corpus Christi por la mañana, sin podérselo el Padre impedir, se levantó, vistió un roquete, ayudó á misa y comulgó con grande devocion y alegria de la mucha gente que lo vió desde el olivar donde oian misa. Estas confesiones y comuniones continuaron despues todos los dias en la cama, hasta que le empezaron los delirios. En estos solia decir: Cuitado de mi, que he comido y no puedo comulgar; mozo, tráeme un poco de agua para preparar la comida al Padre, que viene de S. Sebastian. — No se apartaba el Padre de él para nada, con la misma mano con que metia el bocado en la boca del enfermo, estaba él de pie metiendo algunos bocados en su boca. Deseando el Padre un dia decir misa, y no teniendo quien le ayudase por estar el hermano fuera de sí con el delirio, mandó á llamar á un jóven que vivia allí cerca, para responderle desde el olivar, que estaba junto á la ventana y el altar. Comenzando el Padre la misa en voz alta para que le oyese el ayudante que estaba fuera, el hermano comenzó y fué respondiendo á toda ella con la voz tan clara, que el Padre lo miró como un milagro por estar ya fuera de si con el delirio. Fué extraordinario el consuelo que recibió el Padre con cosa tan poco imaginada, y dió gracias al Señor por consolarle, así como tambien por dar al hermano aquel momento de alegria. Cuando espiró fué con tanta paz, que no conoció el Padre que moria. Quedó su rostro tan tranquilo y hermoso, que daba señales de su eterna felicidad. Fué enterrado junto al P. Jorge de Tavora, debajo de las gradas del altar mayor de la ermita de S. Sebastian, á la parte del Evangelio. Murió este bendito hermano en 18 de Junio. Tuvo grandes virtudes, hablaba de Dios con gracia particular; entró en la Compañia en Evora. El P. Rodriguez tuvo tambien que ejercitar su caridad con el hermano Pedro Francisco. Era éste natural de Braga y entró en la Compañia en Coimbra á 11 de Febrero de 1577. Servia á los enfermos en la ciudad en union del P. Antonio de Provenza. Siendo atacado de la peste fué sacado de la ciudad en ocasion en que el P. Manuel Rodriguez se hallaba sangrado de un pie y atacado de la peste; aunque enfermo, fué en la misma noche á auxiliar

al hermano Pedro Francisco, que al parecer no daba señales de muerte; pero que un cuarto de hora despues de reconciliado falleció, siendo su muerte en 23 de Mayo; enterráronle junto á las mismas gradas en la parte de la epístola, hallándose en medio dos religiosos de S. Antonio, que habian muerto en el mismo ejercicio de caridad. Los dos religiosos enterrados entre los de la Compañía, se llamaban Fr. Francisco y Fr. Diego; á ambos asistió el P. Rodriguez, murieron como ángeles más bien que como hombres. Al santo P. Fr. Diego confesó nuestro Rodriguez; despues, por ser el tiempo muy tempestuoso y no poder el Padre ni otros religiosos decir misa, hubo dificultad en dar al enfermo el santo viático. Era unánime parecer que en aquella ocasion no habia comodidad, pero no pensaba asi la caridad del P. Rodriguez. Fuése á la portería del convento de S. Antonio, pidió llevasen el Santísimo Sacramento hasta el olivar, y le dejáran en un lugar decente y limpio donde habia puesto una piedra por ara, y cáliz y lo demás necesario que era posible conforme á la ocasion. Dudaron los religiosos, por causa de la peste, que excusaba de esta obligacion, en particular siendo tiempo de viento y lluvia. Respondió el Padre que la peste obligaba más á consolar y animar los enfermos con Jesucristo, y que pondria tal diligencia que no hubiese peligro. Como el Padre los veia más dudosos á causa de lo violento de la peste, les dijo con mucha blandura, que Cristo, que era todo fuego, consumiria cualquiera otro fuego que les amenazase. Y volviéndose á la parte donde yacia el santo enfermo, bien léjos de allí, pero á la vista, dijo: «Y aquella alma santa tambien es fuego vivo como vuestras reverencias todos y toda su provincia, pues quizá no vuelvan á conocer un alma tan pura.» Enterneciéronse los Padres, diéronle las gracias por tan buena invencion para consolar á su enfermo. Llevaron al Señor al lugar preparado, donde lo tomó el Padre y entre la gente de aquel que llamaban arrabal, lo llevó y dió al enfermo, que al poco tiempo entregó su bendita alma en las manos de su Criador. El poco tiempo que estos dos santos varones vivieron en aquel arrabal, andaban por las cabañas confesando y consolando á los pobres con las mangas llenas de alimentos, que les enviaban de su monasterio y repartian á los enfermos. Ambos ayudaban la misa al P. Rodriguez, como diácono y subdiácono, con la mayor devocion, sin haber consentido miéntras vivieron que le ayudase otro. Entre las innumerables cosas que en el servicio de Dios obró en esta ocasion la misericordia divina, fué una la conversion de un letrado de Coimbra. Hacia ya veinte años que se dudaba de este hombre, y atacado de la peste, se vió obligado á trasladarse desde la ciudad al arrabal de S. Sebastian. Trataron los religiosos, sin saberlo el P. Rodriguez, de sacarle de su mal estado; pero estaba tan obstinado, que prefirió marcharse del arrabal, yéndose en efecto á una quin-

ta suya cerca de Mondego, junto á S. Jorge; pero la gente que vivia por aquellos alrededores, tomando las armas, le hizo volver al arrabal. Sabiendo entónces el Padre lo que pasaba, le habló de su salvacion, y puso Dios tal fuerza en sus palabras, que depositó en él por completo su confianza. Dió esto tan grande alegria en el arrabal, que no podia el Padre verse libre de los abrazos que todos le daban por haber efectuado cosa tan inesperada. Los religiosos mandaron tocar las campanas de S. Sebastian. Con este y otros frutos consolaba Dios á su siervo en medio de aquel horrible incendio, en que exponia su vida diariamente. Refiérelo él sin grande encarecimiento con las siguientes palabras: «Yo, dice el Padre, venia temprano de Cheira, y hallaba tres, cuatro, seis, quince y áun veinte cadáveres amortajados á las puertas de las cabañas: ¡qué espectáculo para por la mañana ántes de Misa, que por fuerza ha de decirse en ayunas! Recorria dos calles de cabañas para ver quién se queria confesar y comulgar, para acudirlos con tiempo ántes de decir misa. Estas calles se hallaban llenas de cabañas y de apestados. La costumbre hacia que no les causase horror este espectáculo. Además de los muertos que se encontraban á las puertas amortajados, hallaba algunos dentro de las cabañas, y llorando á su lado las mujeres é hijos. ¿Qué haria un cuerpo tan débil, enfermo y cansado como el mio en aquel tiempo, no solo con los temores de la peste, sino tambien con presenciar tantos dolores, con la diaria vista de tantos muertos, huérfanos, huérfanas, viudas y viudos allí de nuevo abandonados, con las quejas, lastimosos llantos, no solo de estos que lloraban á sus parientes, sino tambien de más de trescientos apestados que se quejaban de la enfermedad de que se veian acometidos, sin que las medicinas tuviesen la suficiente virtud para ser curados y verse sanos? Durante las curas, en que se empleaba largo tiempo por ser tantos los enfermos, eran estos llantos y gemidos mucho más dolorosos. Oianse de otras partes otros gritos, no solo con lamentos, sino casi con blasfemias, por verse tantas noches y tantos dias, tan continuados en tantos meses encenagadas las cabañas de agua, y los harapos de los pobres llenos de agua, sin esperanza de sol para enjugarse. Eran tales estos frios, con viento, lluvia y hambre, que enfriaban los estómagos vacíos. La sangre se congelaba en las venas, de manera que por más que las picasen y abriesen no salia gota, aumentándose nuevos dolores de las sangrías, que les hinchaban sin provecho los brazos. Hacian estas presentes y tristes miserias padecer á un pobre hombre, que tenia que pasar á la fuerza una parte de miedo propio, y otra de compasion ajena, cuando tenia que recorrer aquellas calles tan llenas de cabañas. Nadie crea que encarezco, pues quien esto viera y oyera, acaso se le turbáran los sentidos y desfalleciera. Esto basta en general, porque las particularidades de más de dos mil invadidos, tantas

y tan graves y lastimosas circunstancias, qué más se podria contar ni sentir como saben cuantos las pasaron? En medio de tantos horrores habia grandes actos de caridad de muchos, que iban de la ciudad con los apestados para curarlos. Pasaron estos de doscientos cuarenta, muchos de los cuales murieron del mal de aquellos á quienes curaban. El Padre confesaba á estos cuando los veia, sirviéndoles, segun sus palabras, de confesonario los olivos. En un lugar por donde pasaba todos los dias, confesó á dos de estos, y lo tierno de sus confesiones hizo en el Padre tanta impresion, que todos los dias cuando pasaba por allí por la mañana, se tendia en tierra con los brazos en cruz, y pedia á Dios le quisiese dar por su infinita misericordia aquella penitencia que impusiera en aquel lugar á sus pies á aquellos desgraciados hombres. Cuando el Padre se encontraba ya solo por haber muerto los jesuitas sus compañeros y los religiosos de S. Antonio, le enviaron dos compañeros de la órden de S. Francisco, del convento de S. Pedro, llamados Fr. Juan Cabrera y Fr. Alejo, hombres de rara caridad; estos tenian especial cuidado del sustento corporal de los miserables y de curarlos. Amábanse tanto estos tres varones, que encontrándose en el arrabal se abrazaron, tomando unos de los otros grande aliento espiritual. Eran como tres ángeles. Antes de ir ellos padecieron mucho los enfermos, por no hallar quien preparase y repartiese la comida, como lo habia habido en otras partes en que se habia encontrado. Hubo con sus palabras grande desamparo; nunca habia creido verlo tan grande, ni me atreveré á tomar parte en otra ocasion igual sin tener primero algun remedio, porque habia la buena provision de otra peste en que socorria á los pobres con dinero y médico, que andaba conmigo con obligacion de visitar á los enfermos que le señalase; tambien me habia dado botica que me proveia de todo, y á otros religiosos, mandándoles las recetas los médicos con nuestras señales. Acontecia muchas veces al Padre, al ir por las cabañas, tener que curar con sus manos las llagas casi gangrenadas que se habian sajado, porque el cirujano, por ser solo y nada caritativo, las habia curado de prisa, dejando dentro la materia. Dice que vió enfermo, que se arrancaba con sus propias manos, sin sentirlo, la carne podrida de su cuerpo. Esta laceria, son palabras suyas, me obligaba á ir con el calor del estío por los olivares secos con las medicinas, con la caridad, con el amor del P. Rector y del amado hermano Sebastian Fernandez, que me las habian dado para alivio de los cuerpos de aquellos miserables. Sentian grande alborozo cuando me veian ir en aquel tiempo con el cesto lleno de medicinas. Aunque la caridad del Padre era tan grande, siempre huyó de tomar á su cargo el sustento de los enfermos. Antes bien escribió al P. Rector, que deseaba hubiese algun decreto de la Congregacion general, para que en aquellas ocasiones los religiosos, á imitacion de los apóstoles,

dejasen á otros este cuidado, y se consagrasen ellos en ayuda de las almas, y si agenciaban algunas limosnas, las diesen á quien las repartiera. Con motivo de hablar de este asunto, cuenta lo que le aconteció en Lisboa en la peste, con estas palabras: «Acuérdome, dice, que en la primera peste, treinta años hace, andando repartiendo muchas limosnas, encontrando en Alfama en una calle á una viuda con algunos hijos pequeños, sin padre, le dí lo que le pareció entónces que convenia. Continuando mi camino, pregunté á los pocos pasos, como de costumbre, por los enfermos y pobres, y me enseñaron una que tenia á su madre viuda vendiendo en la ribera. No creyendo á esta tan necesitada como á la primera que habia visto, no la dí tanto como á aquella, porque deseaba guardar con buen órden la justicia distributiva. Yendo adelante, continuando mi obligacion, apartándome de todas para entrar en otra calle próxima, léjos de su vista, paré en lugar que podia oirlas, quedaban diciendo: *Estos andan dando limosnas á las mancebas.* por la misericordia divina que nos guarda en la religion, pudiera muy bien jurarlas entónces y ahora, que no sabia nada de semejante cosa, aunque como á nuestro P. Mtro. Gaspar de Ormutz, no me faltaban enemigos que me combatiesen. Así como él nos escribia desde la India sus tentaciones y fuerzas divinas, del mismo modo puedo referir la mia á los soldados que se estan armando en el colegio para conquistar el mundo entero. Pero digo esto, reconociendo que si no me tuviera Dios de su mano, fuera peor que Lucifer y Judas y todos los otros malos, y tambien, *si videor, insanire.* Oyendo esta infamia, que podia hacer mal á muchos religiosos que visitaban tambien á los enfermos y á muchos sacerdotes seglares que nos ayudaban, visitándolos con sus limosnas, yendo al rio, á los hornos y á las barcas, volví atrás, y presentándome á aquellas mujeres, llegué á ellas con semblante severo para hacerlas arrepentirse sin deseo de otro castigo, y dije con tristeza para que me comprendiesen: ¿A un religioso que ofreció su vida á nuestro Señor por ayudaros, decis con sequedad semejantes mentiras? ¿Quién os ayudará, morireis desamparadas como merecen vuestras ponzoñosas lenguas? Comenzaron luego á llorar y á pedir perdon, y un hombre honrado, que lo habia visto y oido todo, salió de una casa á pedirme por ellas; pero yo, que no queria más que el conocimiento y enmienda de su pecado, pidiéndoles que juzgasen mejor, continué mi camino en busca de otros pobres y enfermos para socorrerlos. Me ha demostrado la experiencia que la mayor parte se queja áun cuando se haya repartido bien, distinguiéndose sobre todo los que estan más necesitados. Esto me ha manifestado la experiencia en las cuatro pestes en que me he encontrado. Por esta causa, habiendo tenido en Cheira cuatro ó cinco veces grandes limosnas de pan y otras cosas para los enfermos, nunca quise repartírselas por mi mano, á no ser á los pobres de solemnidad,

á quienes hacia ir desde S. Sebastian con canastas para llevarlas y entregar á los Padres de S. Francisco, justos despenseros de Jesucristo, con quienes los pobres se edificaban mucho; aunque me importunaban, se los remitia á los Padres, con lo que se aquietaban. Unicamente regalaba algunas veces á los enfermos en la cama algunas pasas y manzanas, y áun este reparto me ocasionaba disgustos; por lo que entregué tambien á los Padres para todos estos pobres algunas canastas de fruta del Cheira, que les concedió el P. Rector.» El principal peso de las confesiones, no solo del arrabal, donde los muertos pasaron de mil y de otros mil los invadidos, además de los impedidos, recayó sobre este siervo de Dios, por tener la gente especial consuelo en confesarse con él. Entraba en aquellas cabañas infestadas, exponiéndose á cada paso á la muerte por el bien de los miserables. Las confesiones pasaron de tres mil. Además de esto confesaba en los alrededores. Encontrábasele, ora al pie de un olivo, ora al pie de otro árbol, en los montes, valles y calles confesando. Usaba de palabras enérgicas y llenas de espíritu para mover á penitencia á los corazones. Cuando daba la comunion á los enfermos, decia palabras tan elocuentes, que enternecia á todos. Llamaba con santa sencillez á estas pláticas recreos espirituales, que sacaban las almas de lo profundo y las elevaban á Dios. En las pestes en que se halló, nunca usó de preservativos, porque decia: «Nunca llevé la antorcha encendida, sino para acompañar á los difuntos. Nunca usé bolas ni otros defensivos. Unicamente hacia muchas veces la señal de la cruz donde sentia dolor, y con esto me encontraba bien, y en otras cosas semejantes, de que debo prescindir ahora. *Nocte et die in profundo maris fui*; porque en Braga tuve otra como peste, estando yo solo para confesar á los enfermos y sanos de toda la ciudad; Dios sea loado y me guarde solamente para su servicio.» De estas pláticas espirituales refiere el siguiente fruto, que por ser tan notable, no es bien le pase en silencio. Inés de Fonseca, dice el Padre, mujer que fué del proveedor y quedó viuda, que dicen que introdujo la peste en Coimbra, matrona honrada y virtuosa, viniendo desterrada aquí con motivo de la peste, y hallándose triste por verse viuda, se consoló tanto con estas palabras, que me pidió recibiese su confesion general, lo que era mi mayor deseo para con todos, despues de la comunion y santa plática. El dia de nuestra Señora de Febrero, hablándola yo de aquel misterio, se admiraba de lo que oia decir de Jesucristo; insistí en ello diciendo que más debiamos admirarnos de lo que Jesucristo decia de los pobres; que se hacia con ella lo que se hacia con los pobres. Hizo tanto efecto esta doctrina en la piadosa matrona, que luego delante de mí se dirigió al altar, y con muchas lágrimas hizo voto á nuestro Señor Jesucristo de estar en S. Sebastian siempre que hubiese peste, y curar á los enfermos; tenia el don de curar como el P. Alejo, y lo ha-

cia mejor que un cirujano, á quien instruia muchas veces. Mandáronla dar luego un hábito de estameña y una toca, y la proveian de lo necesario para sí, y de medicinas para los enfermos. Si no hubiera ido ella ántes que el Padre, hubiesen muerto muchos y padecido más. Despues, sin poderlo ella impedir, la obligaron á salir del arrabal viviendo cerca de Cheira, donde murió, confesándose primero, y haciendo su testamento; miéntras estuvo allí sana, curaba los enfermos de la peste, que la encargaba yo en aquellos alrededores, por la fuerza del voto, aunque limitado á S. Sebastian. Hacíalo ella con mucha caridad, teniendo á veces que ir conmigo en medio del calor. «Dios sea loado por la vida que por medio suyo dió á muchos y la fuerza que puso en sus palabras.» Este es el caso que en tal persona y en tal materia fué de raro fervor y caridad. Fué tambien muy notable la devocion de este siervo de Dios en las procesiones que hacian los Padres desde S. Sebastian hasta S. Antonio. Iba el P. Manuel Rodriguez en el tiempo en que empezaban, tomaba una cruz de madera de su misma altura, é iba delante con todos los niños, apartándolos entre sí por el grande peligro. Detrás de ellos iban muchos hombres, separados tambien; luego seguian los Padres, que cantaban con mucha devocion las letanías, á que contestaban todos. Cuando los Padres comenzaron á decir: *Sancte Pater Francisce, ora pro nobis;* el Padre se volvia hácia ellos, y poniéndose de rodillas todos con él y con los Padres, se arrodillaban en la calle, y poniendo la cruz que llevaba en el suelo, se ponia él tambien en cruz sobre ella con los brazos extendidos, y estaba así llorando con aquella devota compañía arrodillada, miéntras los Padres repetian con mucho vigor y con muchas lágrimas hasta cinco veces: *Sancte Pater Francisce, ora pro nobis.* Y para que algun tibio, dice el Padre, no creyese alguna liviandad de mí, declaré una vez y bastó, que hacia esto por que pidiésemos á S. Francisco que pidiese para nosotros en el cielo las llagas de Jesucristo, ofreciéndoles como las quiso dar en su cuerpo en la tierra por la perfecta salud de Coimbra y de tantos y tan llagados pobres de nuestro S. Sebastian. Yo no podia por las lágrimas acabar esta devocion cuando queria ponerme de pie, porque todavía estaba cansado por tener el pecho en la tierra y los brazos extendidos, ayudábanme los devotos para levantar la cruz; pero yo solo aprovechaba su auxilio para levantarme, y continuaba con ella en las manos hasta llegar al crucifijo de S. Antonio, y volver todos á S. Sebastian con el mismo órden y devocion. Estas procesiones cesaron despues por parecer del P. Rodriguez, que como hombre de experiencia, declaró que en tiempo de peste, áun con las prevenciones con que se hacian son muy arriesgadas. Mostrábase toda aquella gente tan edificada y consolada con la devocion que veian en el Padre, que querian servirle en todo. En una ocasion en que llevó desde S. Sebastian

todo el ornamento así del altar como del sacerdote, con la caja del cáliz y con una imágen de Jesucristo para decir misa en la Cheira, y dar el santo viático al P. Tavora; viendo la gente que lo llevaba el Padre todo en la cabeza, porque no tenia fuerza en los hombros, muchos hombres honrados lo querian llevar y acompañarle; pero su humildad no quiso acceder, y así con todo en la cabeza, bastante cansado, llegó á la quinta y consoló al enfermo. Lo que queda referido es solo un sumario, hecho á grandes rasgos, de lo que obró este fervoroso Padre en esta ocasion en que hizo á Dios innumerables servicios, asistiendo á los apestados hasta acabar aquel cruel azote de la ira de Dios, sin perdonar trabajo ni peligro ninguno, por acudir al bien de tanto desgraciado. Un autor ha escrito una cosa muy notable de este Padre, que tomamos de su biógrafo: «Sintiéndose este santo varon herido de la peste, con una santa sencillez, y segun me persuado, por especial impulso del Señor, tocó sus heridas con el Santísimo Sacramento y sanó.» Por ventura esto quieren decir unas palabras suyas cuando, como dije arriba, se curaba con la señal de la cruz. Cuando al principio de la peste se fué á ofrecer al P. Rector, lo hizo con estas palabras: «Que era llegado el tiempo de ó acabar la vida con una muerte honrada, ó por lo ménos de satisfacer las ánsias que sentia en sí de padecer.» Cuando sirvió en la primera peste de Lisboa, era su fervor tan extremado, que le llamaban el *P. Caridad*. Tambien se dice que en la peste de Coimbra, así como se curó á sí mismo con la señal de la cruz, dió salud á muchos haciéndoles la misma señal. Despues de la peste vivió este Padre con raro ejemplo de virtud en el colegio de Coimbra, y habiendo perdido la vista, pasó á emplearse por completo, como se empleó, en la contemplacion de Dios, del cual fué á gozar con la muerte del justo, á 20 de Setiembre de 1612. De este Padre se habla con motivo de la grande peste de Lisboa, en la segunda parte de la *Historia de la Compañía de Jesus* en aquella provincia.— S. B.

RODRIGUEZ (Sor María), franciscana. Fué natural de Villanueva del Arzobispo, y tomó el hábito en el citado convento á la temprana edad de seis años; y como flor sembrada tan temprano en el vergel de la religion, echó profundas raices en él, creciendo hermoso arbusto fecundado por las salutíferas aguas de la gracia celestial. Produjo por lo tanto ópimos frutos, dignos del jardin en que vivió y de la celeste mansion en que hoy habita. Obtuvo especiales favores del cielo, y entre otros fué uno el oir todas las mañanas una perceptible voz que la decia: *María, levántate á alabar al Señor*. Al principio se espantó, pero conociendo que solo del cielo podia venir un aviso que tan justas órdenes la daba para que se emplease en el servicio divino, tranquilizóse y obedeció, familiarizándose tanto con aquella voz en adelante, como si fuera la de una humana criatura, que tuviese á su cargo

cesarias que las corporales en ocasion que no habia quien las remediase. Cuando habia allí mujeres, las echaba de la puerta sin darlas nada, así para evitar el sobredicho peligro y el escándalo que podria originarse. Pero el P. Tavora, en llegando á la casa, tomaba el pan que habia puesto en la mesa el hermano, y lo tiraba en pedazos por la ventana, y á veces le era necesario comer la borona de los mozos por no ser ya tiempo de enviar al colegio. Deciale el P. Rodriguez en estas ocasiones: No dé V. R. lo que me envian, para poder andar á pié tantas veces al dia, que V. R. anda á caballo por tener necesidad. — Entónces le respondia el P. Tavora como admirado de que S. R. no tenia ya caridad. Refiriendo esto el P. Rodriguez, dice estas palabras: Pero nada de esto llegaba á nuestros corazones, ni yo lo cuento sino arrepentido de mi cautelosa dureza, y para manifestar el amor que este santo Padre tenia á todos los pobres, sin hacer distincion, porque dice el refran, *haz bien y no cates á quien*. Aquel grande limosnero de Montemayor el Nuevo, cuando estaba en Castilla y tenia duda de la necesidad ó engaño del pobre que le pedia, decia al darle limosna: « Tú me engañas. » Y yo ahora que el Padre goza en el cielo con S. Francisco de la caridad con que prometió dar cuanto le pidiesen por amor de Dios, yo pobre estoy temblando si me pedirá Jesucristo en traje de pobre como á San Martin y me dirá en el dia del juicio: *Quod uni ex minimis meis non fecistis, nec mihi fecistis*. De estas crueldades me acusaba con él mismo en confesion, y acuso ahora fuera de ella, y pido á V. R. que pida perdon por mí al cielo de tanta dureza é innecesarias cautelas que me hacian dar disgustos al Padre é irle á la mano, aunque ligera y levemente, quedando yo con la conciencia así cargada. Ignoro si por esta causa ó por abstinencia no cenaba el Padre muchas noches, ni tomaba un solo bocado, y se recogia así ayunando toda la noche y debiendo estar hasta el medio dia y mas al dia siguiente en ayunas, porque ambos ibamos desde Cheira á decir misa á S. Sebastian y á sacramentar á los enfermos que iban diariamente de nuevo, y á muchos que querian comulgar por devocion, de manera que el Padre, sin que le pudiésemos ir á la mano, pasaba el dia y la noche, es decir, veinticuatro horas, sin probar bocado, procediendo de aquí el estar tan flaco. De esta misma hoguera de amor divino, en que ardia, nacian otras muchas obras, por las que peleabamos algunas veces, aunque pocas, y no siempre de corazon. Fué una de ellas, una en que el Padre creyó muy buena obra poner con nosotros en las pobres, pocas y pequeñas casas de Cheira, parte del ajuar de la mujer del proveedor, que dicen que introdujo la peste en Coimbra, á quien el obispo, la ciudad y áun la Misericordia tenian tanta aversion, que nunca la quisieron dejar entrar en la ciudad, cuanto más su ruin hacienda. El Padre, con su grande caridad, la puso sin este miedo en una

sona de la Santísima Trinidad. Para consuelo y regalo de su alma tuvo algunas visiones celestiales, y una de ellas fué desempeñando el cargo de sacristana. Saliendo cierto dia á la iglesia con objeto de componer los altares, se halló con un hombre pobre, afligido y cubierto de harapos, con todas las trazas con que generalmente se representa al *Ecce Homo*. Sorprendida al pronto, dió voces llamando á sus hermanas; pero cuando estas acudieron, ya el hombre habia desaparecido, y aunque el demandadero y otros sirvientes del convento salieron en busca suya, no vieron á nadie en la calle, coligiéndose de aquí que el aparecido era Jesus, quien en premio de la caridad que Sor María tenia con los pobres, y de la compasion que la inspiraban los necesitados, habia tomado aquella forma para presentarse ante su vista. Obró tambien el Señor muchas maravillas por intercesion suya, de las que citaremos la siguiente. Siendo abadesa del convento una tia suya, hallóse cierto dia sin bocado de pan ni esperanza de adquirirlo. Fué con gran pena á comunicar esta falta á su sobrina, que la respondió con entera confianza: *No tema, señora, que á cuenta de Dios está el proveer*. Púsose en oracion, y permaneció rogando gran parte de la noche. A la mañana siguiente levantándose con grande alegría, dijo á la abadesa: *Señora, Dios con su larga mano ha acudido á nuestra necesidad, y va á remediar la falta que os causaba tanta pena. Puesto que el Señor se manifiesta tan misericordioso con nosotras, cuidemos con mucho esmero de su culto y su servicio*. Fué cosa admirable el cumplimiento de su pronóstico, pues á poco rato de haberle hecho presentóse en la portería del convento un hombre, que dijo ser de un pueblo distante una legua, y preguntando por la abadesa la hizo entrega de dos fanegas de trigo y quince ducados, manifestando era una restitucion que se hacia en beneficio del convento. Marchó el hombre, y jamás llegó á saberse, por muchas diligencias que se hicieron, quién fuera él, ni quién habia enviado la limosna, no obstante hallarse tan cerca el pueblo de que indicára venir, convenciéndose por lo tanto de que era un ángel, y que al llamar restitucion á lo que traia, era porque Dios pagaba ó restituia el regalo por la devocion. Era el Eterno tan familiar para con su amada sierva, que contínuamente estaba obsequiando su espíritu con celestiales dones. Acostumbraba comulgar todos los domingos, teniendo en ello un inefable placer, porque no habia delicia más grande para ella que recibir el cuerpo de su amado; pero habiéndose quedado un dia en su celda sin comulgar, á causa de hallarse muy aquejada por la calentura, que habitualmente padecia, oyó junto á sí una voz que perceptiblemente la decia: *Levántate y ve á comulgar, porque Dios quiere que le recibas*. Levantóse haciendo un esfuerzo, y fuése al coro, y al entrar en él instantáneamente se la quitó la calentura. Preparóse lo mejor que pudo para recibir aquel augustísimo misterio, aquel

verdadero Dios sacramentado, y que entónces más que nunca experimentó un placer desconocido, un goce interno, mayor que los que nunca habia experimentado; por lo cual postrándose humildemente de rodillas, dándose golpes de pecho y haciendo otras muestras de profundo sentimiento decia: *¿Qué pensamiento era el mio? ¿En qué me hallaba ocupada, que así desoia vuestra voz, cuando tan amorosamente me llamabais? Vos, tan amante, procurais mi bien, y yo, tan ingrata como desconocida, huia de él y rehusaba admitir el celeste alimento, que tan generosamente me ofreciais?* Desde entónces, por muy enferma que estuviese, jamás descuidó de recibir la sagrada Eucaristía, alimentando su alma con aquel celeste manjar, que la prestaba valor y aliento para que su débil cuerpo pudiera soportar las molestias é incomodidades que la ocasionaba su penosa y continua fiebre. Diez años ántes de su muerte quedó privada de la vista, soportando esta desgracia con grande resignacion, bendiciendo la mano que se la enviaba. Cuando el Señor determinó llevarla á su seno á gozar el premio debido á tantas virtudes, la avisó anticipadamente del dia y hora en que su tránsito se verificaria; y hallándose en el crítico momento, hizo llamar á su hermanas; y estando todas reunidas, las suplicó que en vez del Credo que habian de cantarla cuando el alma se separase del cuerpo, la cantáran el Gloria. Hízose como lo pidió, y miéntras duró el himno, prorumpió en varias exclamaciones de alegría, entregando en una de ellas el alma á su Criador el dia 4 de Julio del año 1586, contando ya los setenta de su edad. Fué enterrada en el antedicho convento de Villanueva del Arzobispo, del que nunca habia salido, y diez años despues de su muerte, abriendo la sepultura para enterrar á otra religiosa, hallaron su cuerpo entero é incorrupto, exhalando suavísima y celestial fragancia, indicio claro de la eterna gloria que en el cielo disfrutaba, como justo premio de la piedad y de la virtud que en vida la distinguieran.—M. B.

RODRIGUEZ (Sor María), franciscana. Fué natural de San Clemente, en la Mancha, y tomó el hábito de S. Francisco en el convento de la mencionada poblacion, perteneciente por la religion á la provincia de Cartagena. Modelo de observancia y de rigor penitente, jamás usó de lienzos ni zapatos, andando generalmente descalza. Fué muy dada á la oracion y á la vigilia, y no contenta con practicar en sí misma esta virtud, hacia que la practicasen las demás; y como se levantaba ántes que ninguna, iba por las camas diciéndolas á todas: *Ea, señoras, levántense, que ya es hora de ir á alabar al Señor.* Fué tambien muy dada á la mortificacion y á la abstinencia, aplicándose sangrientas disciplinas; vestia duros silicios, y en las cuaresmas no tomaba su escaso alimento más que una vez cada dos dias, y esto guardando la forma del ayuno, de modo que puede decirse que su cuaresma era duplicada. Devota de la pasion de Jesucristo, y acordándose de lo mucho que el

Señor pasó, dábase continuamente de bofetadas en el rostro en memoria de las que á Jesus le dieron en el pretorio de Pilatos; y hallándose en el artículo de la muerte, dijo que no se acordaba desde que tuvo uso de razon de haber dejado pasar un solo dia de consagrar algunas horas á conmemorar la pasion y muerte de nuestro Señor Jesucristo derramando abundantes lágrimas, y pudiendo por esta razon decirse con toda verdad que habia comido el pan de lágrimas, y regado con ellas el lecho donde dormia. Murió siendo de edad de setenta y siete años, en el de 1577, siendo honorificamente sepultada por haber sido la primera que murió en dicho convento despues de haber pronunciado el voto de clausura, porque ántes, así ella como las demás religiosas que en el mencionado convento estaban, vivian con arreglo á las constituciones de la Tercera Orden de S. Francisco.—M. B.

FIN DEL TOMO XXII.

ESTANTE 18
Tabla 7.ª
N.º 1
1

BIOGRAFÍA

ECLESIASTICA

22

13.530

R